

HISTORIA DE GRECIA ANTIGUA



José María Blázquez
Raquel López Melero
Juan José Sayas

CATEDRA

HISTORIA DE GRECIA ANTIGUA

José María Blázquez
Raquel López Melero
Juan José Sayas

SEGUNDA EDICIÓN

CATEDRA
HISTORIA. SERIE MAYOR



© José María Blázquez, Raquel López Melero, Juan José Sayas
Ediciones Cátedra, S. A., 1999

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 7.391-1999

ISBN: 84-376-0806-6

Printed in Spain

Impreso en Gráficas Rógar, S. A.
Navalcarnero (Madrid)

Índice

INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I. EL SOPORTE GEOGRÁFICO DE LA GRECIA ANTIGUA	15
Grecia y los griegos	15
Aspectos geográficos generales	17
Geografía regional	20
CAPÍTULO II. LA LENGUA DE LOS GRIEGOS	49
La prehistoria del griego	49
Los dialectos hablados históricamente	54
Las lenguas literarias	57
El griego postclásico	60

PRIMERA PARTE

LA CIVILIZACIÓN EGEA

INTRODUCCIÓN	65
CAPÍTULO III. LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN EGEA	70
Primera aproximación al problema	70
Los modelos de desarrollo	71
El efecto multiplicador de Renfrew	77
Migración: influencia y evolución en el origen de la civilización Egea	86
CAPÍTULO IV. EL BRONCE ANTIGUO	90
Creta. Periodo Minoico Antiguo o Prepalacial	90
Las Cícladas. Cicládico Antiguo	94
El Egeo Oriental. Periodo Prototroyano	102
Grecia continental. El Heládico Antiguo	106
CAPÍTULO V. EL BRONCE MEDIO	117
Creta. Periodo Minoico Medio (IB-II cerámico) o Protopalacial	117
Las Cícladas. Cicládico Medio	124
El Egeo Oriental. Troyano Medio	125
Grecia continental. Heládico Medio	126
CAPÍTULO VI. MINOICO RECIENTE	134
Desarrollo histórico	134
Los palacios y construcciones afines	141
Ciudades y aldeas	149
Construcciones funerarias	150
Arquitectura religiosa	151
Cerámica	152
Trabajos en faenza, marfil y piedra	158
Artesanía de los metales comunes	161
Glíptica	164
Orfebrería, joyería y otras artes menores	165
La escritura	166

Religión y religiosidad.....	170
Sociedad y forma política.....	181
Aspectos económicos: la producción.....	187
Aspectos económicos: el comercio y el transporte.....	194
La vida privada.....	198
CAPÍTULO VII. EL MUNDO MICÉNICO ANTIGUO Y MEDIO (HELÓDICO RECIENTE I Y II).....	201
Los comienzos de la Civilización Micénica. Las tumbas reales de fosa vertical.....	202
La influencia de Creta en la fase de las tumbas reales en tholos.....	207
La artesanía en el Mundo Micénico Antiguo. Consideraciones generales.....	213
Las formas de vida y organización en el Micénico Antiguo y Medio.....	225
CAPÍTULO VIII. EL MICÉNICO RECIENTE.....	230
Los grandes centros continentales.....	230
La expansión ultramarina.....	232
La cuestión de las relaciones con Oriente.....	235
El problema del Imperio Micénico.....	237
La desintegración de los reinos micénicos.....	239
Transformaciones e innovaciones en el Mundo Micénico en torno a 1200 a. de C.....	242
La cuestión doria.....	245
La organización de los centros micénicos. Planteamiento general.....	269
CAPÍTULO IX. LA EDAD OSCURA.....	287
Consideraciones generales.....	287
La evolución de la cerámica.....	289
Fuente escrita.....	294
La sociedad.....	295
Aspectos económicos. Agricultura y ganadería.....	301

SEGUNDA PARTE

GRECIA ARCAICA

CAPÍTULO X. LA GRAN COLONIZACIÓN GRIEGA.....	309
Extensión de la colonización griega.....	310
La fundación.....	311
Colonización comercial.....	312
Los cultos. El oráculo délfico.....	315
Colonos e indígenas.....	316
La aparición de la moneda.....	319
La esclavitud.....	320
La colonización griega en Oriente: Siria.....	321
La colonización de la costa de Anatolia.....	327
La colonización griega en África. Egipto.....	328
La colonización griega en Macedonia, Tracia y el Ponto Euxino.....	332
La colonización griega en las costas del Adriático.....	335
La colonización en Sicilia y en la Magna Grecia.....	336
Influjo griego en Etruria.....	343
La colonización griega en el sur de la Galla.....	345
La colonización griega en la Península Ibérica.....	346
CAPÍTULO XI. LAS TIRANÍAS.....	352
Causas y características.....	352
La tiranía en Jonia.....	355
Los tiranos del istmo de Corinto.....	359
La tiranía en Atenas. Ción. Solón. Pixístrato.....	364
La tiranía en Sicilia y la Magna Grecia. Gelón. Hierón. Anaxilao.....	371
Los legisladores.....	373
Juicio sobre las tiranías arcaicas.....	375

CAPÍTULO XII. SOCIEDAD Y CULTURA	376
Organización social.....	376
La cultura. Innovaciones espirituales.....	383
La poesía lírica.....	383
La historiografía.....	388
La ciencia.....	390
La filosofía.....	391
Manifestaciones artísticas.....	393
Conclusiones.....	406

TERCERA PARTE

GRECIA CLÁSICA

CAPÍTULO XIII. DESDE EL FINAL DE LA TIRANÍA ATENIENSE A LAS REFORMAS DE CLÍSTENES	411
Hacia el ocaso de la tiranía.....	411
Dificultades exteriores.....	412
La tiranía cambia de rostro y los exiliados reaccionan.....	413
Resistencia a la tiranía.....	414
Hacia el asalto final.....	416
La lucha contra la tiranía vista por la tradición.....	418
En la encrucijada política.....	417
La llegada de Clístenes.....	421
Las reformas: Demos, trittyes, tribus, Consejo de los Quinientos, ostracismo.....	423
El reinado de Cleómenes de Esparta.....	429
La desaparición de las tiranías sicilianas.....	433
La tiranía en el siglo IV.....	437
CAPÍTULO XIV. LOS SISTEMAS CONSTITUCIONALES DE ESPARTA Y ATENAS	440
Los ciudadanos de Esparta.....	440
La constitución espartana.....	444
El sistema constitucional ateniense.....	448
CAPÍTULO XV. LOS PERSAS HASTA LA SUBLEVACIÓN JONIA	453
Los orígenes de los persas.....	453
Las primeras acciones asirias contra los pueblos iraníes.....	456
La formación del reino medo.....	457
¿Arbaces? Astiajes.....	459
El imperio aqueménida.....	460
Ciro II el Grande.....	461
Cambises (529-522 a. de C.).....	465
Darío I.....	466
Administración del imperio persa.....	469
Religión persa.....	471
CAPÍTULO XVI. DESDE LA SUBLEVACIÓN DE LOS JONIOS DE ASIA MENOR A LA DERROTA DE LOS PERSAS	476
La revuelta jonia.....	476
La reacción persa.....	479
La política griega antes de Maratón.....	481
Maratón.....	483
Atenas y la flota.....	485
Los persas atacan de nuevo.....	486
Fuerzas y operaciones.....	488
Las victorias de Platea y Mícale.....	491
CAPÍTULO XVII. LAS DIVERGENCIAS GRIEGAS HASTA LA GUERRA DEL PELOPONESO	493
La nueva situación.....	493
Pausanias al mando de la Liga Helénica.....	494

Fundación de la Liga Ático-Délica.....	495
Componentes de la Liga.....	497
Crecimiento de la Liga.....	498
Cimón, Efiáltas y las reformas constitucionales.....	501
Conflictos entre atenienses y peloponesios.....	502
Expedición a Egipto.....	503
Esparta entra en la guerra y se amplían los frentes de lucha.....	504
Paz con Esparta y continuación de la guerra con Persia.....	506
La Paz de Calias.....	507
La Paz de los Treinta Años.....	508
La política occidental ateniense.....	509
La revuelta de Samos.....	511
Atenas y su política al norte del Egeo y en el Mar Negro.....	512
CAPÍTULO XVIII. LA TRANSFORMACIÓN DE LA LIGA ÁTICA EN IMPERIO.....	515
Planteamientos previos.....	515
El empleo de la fuerza.....	517
Difusión de las instituciones democráticas entre los aliados y fidelidad a Atenas.....	518
Guarniciones militares y utilización de la proxenia y de las cleruquías.....	520
Los aspectos económicos del imperio.....	522
CAPÍTULO XIX. LA GUERRA DEL PELOPONESO HASTA LA PAZ DE NICIAS.....	526
Causas de la guerra.....	527
Los pretextos.....	528
Actividad diplomática para evitar la guerra.....	530
Responsabilidades de la guerra.....	532
Fuerzas enfrentadas y planes estratégicos.....	535
El asunto de Platea y el primer año de la guerra.....	538
El descontento del pueblo y la caída de Pericles.....	539
La caída de Potidea.....	542
Sucesores políticos de Pericles.....	542
El asedio de Platea y la sublevación de Mitilene.....	543
La guerra civil de Corcira.....	545
Presencia ateniense entre los griegos occidentales.....	546
La actividad militar de Demóstenes y la toma de Pilos.....	547
La actividad de Brásidas en Tracia.....	549
CAPÍTULO XX. DE LA PAZ DE NICIAS AL DESASTRE FINAL DE LA GUERRA DEL PELOPONESO.....	551
Hacia la Paz de Nicias.....	551
A medio camino entre la guerra y la paz. Epidauró, Mantineia y Melos.....	552
Expedición a Sicilia.....	554
La guerra deceláica.....	557
Egospotamos y el fin del imperio ateniense.....	558
La revolución de 404 a. de C.....	559
CAPÍTULO XXI. LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DEL PELOPONESO Y LA GUERRA DE CORINTO.....	563
Secuelas de la Guerra del Peloponeso.....	563
La Guerra de Corinto. Los conflictos con Persia.....	567
Causas y Guerra de Corinto.....	571
La paz de Antálcidas.....	576
CAPÍTULO XXII. DE LA PAZ DE ANTÁLCIDAS A LA BATALLA DE LEUCTRA.....	578
La hegemonía espartana.....	578
La recuperación de la Cadmea y la llamada Liga marítima ateniense.....	580
Los deseos de paz y la batalla de Leuctra.....	584
CAPÍTULO XXIII. AUGE Y DESARROLLO DE LA HEGEMONÍA DE TEBAS.....	587
La presencia tebana en el Peloponeso.....	587
Política de Tebas y de Atenas en el monte de Grecia.....	591
Los intentos de paz.....	592

El cambio de imagen de Atenas en política exterior.....	594
Hacia el ocaso de la hegemonía tebana.....	595
CAPÍTULO XXIV. FILIPO DE MACEDONIA.....	598
Antes de Filipo.....	598
Guerra social.....	602
Los primeros pasos de Filipo.....	605
La tercera guerra sagrada.....	607
Los acontecimientos de Tracia y la guerra olímpica.....	609
La cuestión de Eubea.....	610
La Paz de Filócrates.....	611
Opiniones en Atenas tras la Paz de Filócrates.....	614
Nuevas operaciones de Macedonia.....	615
Nuevas alianzas en el camino de la guerra.....	616
La cuarta guerra sagrada y la batalla de Queronea.....	619
Consecuencias de la batalla de Queronea.....	620
CAPÍTULO XXV. LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS.....	623
Valoración de la riqueza y del trabajo.....	623
Otras consideraciones sobre las actividades económicas.....	626
La tierra.....	629
Diversificación de oficios y trabajo.....	637
Manufacturas.....	640
Actividades de la construcción. Obras públicas.....	649
Comercio.....	652
Política fiscal. Ingresos y gastos.....	665
CAPÍTULO XXVI. MANIFESTACIONES CULTURALES. LITERATURA Y PENSAMIENTO.....	678
La obra poética de Píndaro.....	679
El pensamiento filosófico.....	681
La tragedia.....	692
La historiografía.....	706
La comedia.....	717
La oratoria.....	723
CAPÍTULO XXVII. MANIFESTACIONES CULTURALES. ARQUITECTURA Y ARTES PLÁSTICAS.....	734
La arquitectura.....	738
La escultura.....	745
La pintura.....	760
CAPÍTULO XXVIII. EL PANTEÓN GRIEGO.....	767
Zeus.....	769
Hera.....	770
Posidón.....	770
Apolo.....	771
Artemis.....	773
Atenea.....	775
Afrodita.....	778
Deméter.....	780
Dioniso.....	784
Hermes.....	787
Arcs.....	788
Hefesto.....	788

CUARTA PARTE

GRECIA HELENÍSTICA

CAPÍTULO XXIX. FUENTES DEL MUNDO HELENÍSTICO.....	791
La administración. Los archivos.....	793

Historias locales. Guías.....	794
Otras fuentes.....	795
CAPÍTULO XXX. ALEJANDRO MAGNO.....	797
El acceso al poder.....	797
Los comienzos de la conquista. Batalla del Gránico e Issos.....	799
Egipto.....	803
Conquista de Asia. Batalla de Arbela.....	806
La lucha contra Bessos. Conquista de las satrapías del norte.....	808
La conquista de la India.....	813
El regreso.....	815
La situación de Grecia.....	816
El fin de la expedición.....	817
Características de la monarquía de Alejandro.....	821
CAPÍTULO XXXI. EL IMPERIO DESPUÉS DE ALEJANDRO.....	827
Los Diádocos. Desde la muerte de Alejandro a la batalla de Couropedio.....	827
Pirro.....	835
Las monarquías helenísticas hasta la batalla de Rafío (217 a. de C.).....	836
Grecia desde el 240 al 226.....	842
Ptolomeo IV. Antioco III. La batalla de Rafia.....	847
La restauración del imperio seléucida.....	849
Filipo V y la Primera Guerra Macedónica.....	850
Filipo V y Asia.....	852
La Segunda Guerra Macedónica. Liberación de Grecia.....	853
Antioco III y Roma.....	858
La Magna Grecia y Sicilia.....	861
El reino seléucida hasta el año 121.....	861
Perseo y el fin de la monarquía macedónica.....	867
El reino Lágida desde Ptolomeo IV Filométor.....	868
Macedonia y Grecia.....	872
CAPÍTULO XXXII. ESTRUCTURA POLÍTICA Y ECONÓMICA.....	881
El marco político.....	881
La economía.....	913
CAPÍTULO XXXIII. LAS RELACIONES ENTRE GRIEGOS Y ORIENTALES. LA HELENIZACIÓN.....	955
Relación entre griegos y orientales.....	955
La helenización en Bactriane y la India.....	956
Judaísmo y helenismo.....	958
La población.....	969
CAPÍTULO XXXIV. EL HORIZONTE CULTURAL HELENÍSTICO.....	974
La filosofía.....	974
La ciencia.....	987
La técnica.....	990
La religión.....	994
Arte y arquitectura.....	1.016
Las letras.....	1.039

APÉNDICES

I. LA SITUACIÓN DE LA MUJER EN GRECIA.....	1.051
II. LA VIDA AMOROSA REFLEJADA EN EL ARTE Y LA LITERATURA.....	1.055
III. LA EDUCACIÓN EN GRECIA.....	1.060
BIBLIOGRAFÍA.....	1.093

INTRODUCCIÓN

RAQUEL LÓPEZ MELERO

CAPÍTULO PRIMERO

EL SOPORTE GEOGRÁFICO DE LA GRECIA ANTIGUA

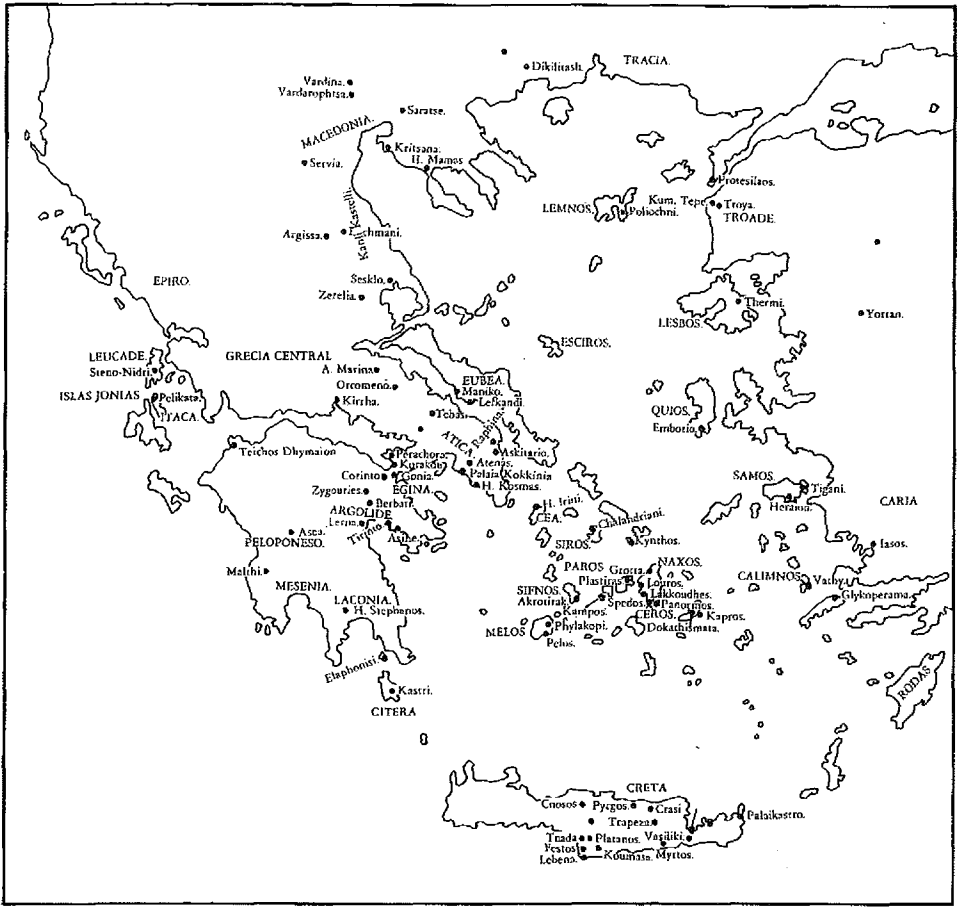
GRECIA Y LOS GRIEGOS

Grecia, propiamente dicha, incluía en la Edad Antigua la península Balcánica, junto con las islas del mar Jónico y del mar Egeo. Sin embargo, el Mundo Griego era más amplio, y muy difícil de delimitar con exactitud desde el punto de vista geográfico. Estaba integrado por todas las tierras habitadas por griegos, aunque también este concepto es un tanto impreciso.

Ni siquiera tuvieron estas gentes una denominación común a lo largo de su historia. *Graeci* es tan sólo el nombre que les aplicaron los romanos. En la última fase de la Edad del Bronce, los griegos ya formaban una cierta comunidad cultural, la de los llamados aqueos, que identificamos como protagonistas de la Civilización Micénica. Al lado de esta mención genérica, aparece una serie de etnónimos, relacionados con ciudades, con regiones o de carácter exclusivamente étnico, que indican la enorme fragmentación del pueblo griego en esa época. Más adelante, después de la etapa que se conoce como la Edad Oscura, caracterizada por la importancia de los movimientos migratorios y de los fenómenos de transformación cultural, aparece el término *Hélade*, un colectivo que se aplica al conjunto de los griegos, ahora llamados *Helenos*.

La Hélade no fue nunca, sin embargo, una unidad política, ni una unidad geográfica, ya que su territorio era discontinuo; ni, en fin, una unidad étnica, a no ser en un sentido históricamente secundario. Las gentes griegas eran de origen indoeuropeo y habían ido avanzando por Grecia en dirección norte-sur y superponiéndose en distintos momentos y lugares a una población anterior cuya componente y grado de pervivencia es muy difícil de establecer. Pero en esta larga historia de migraciones los propios griegos se habían comportado muchas veces unos con otros como invasores y enemigos, no ya en un terreno de competencia política, sino partiendo de una oposición étnica.

Y, sin embargo, los griegos constituían una unidad. Cuando Heródoto (8.144) en el siglo V a. de C. se plantea la cuestión de los signos de identidad de los griegos, alude a la unidad de sangre, que en ese momento era, en efecto, un rasgo distintivo, pero recalca asimismo la comunidad de lengua, de religión y de *costumbres*. En la Época Clásica eran, pues, griegos los que se sentían griegos y encarnaban la cultura griega, en sus elementos más relevantes y distintivos, frente a otros pueblos. Y esta conciencia de identidad de los griegos de época histórica es un hecho constatable, que se mani-



fiesta por igual en todas las áreas y puntos de implantación, con independencia de la lejanía o proximidad de las mismas a las tierras balcánicas, y al margen de las grandes diferencias culturales que mediaban entre unos griegos y otros.

La que hemos llamado Grecia propiamente dicha estaba habitada en su totalidad por griegos, pero también había griegos en Tracia, en las costas del Mar Negro y en el resto del litoral de Asia Menor; los había en puntos concretos del Próximo Oriente y Egipto asomados al Mediterráneo, y, por el Occidente, se concentraban en Sicilia y en la llamada Magna Grecia, y los había en la costa mediterránea de la Galia e Hispania.

En época histórica la lengua griega estaba fragmentada en numerosos dialectos, pero conservaba una unidad suficiente como para que los hablantes de unos llegaran a comprender a los de otros, y, por otra parte, los griegos tenían perfecta conciencia de su comunidad lingüística. Así, a los que no eran griegos les aplicaban el término común de bárbaros, un vocablo onomatopéyico que aludía a una forma de hablar incomprensible.

En determinadas regiones, como el Ática o la Arcadia, los griegos se consideraban autóctonos, pero hoy sabemos que en todas las áreas de la Grecia histórica se habían acrisolado elementos étnicos muy diversos, entre los cuales había tenido siempre un

papel decisivo la componente de origen indoeuropeo distribuida por las tierras helénicas en torno al 1900 a. de C., que había contribuido más tarde al desarrollo de la avanzada civilización del Periodo Micénico. Es muy difícil saber, sin embargo, en qué proporción fueron determinantes los elementos culturales exóticos, cuál fue su grado de evolución *in situ* y en qué medida se dio una pervivencia del sustrato. El proceso se muestra demasiado complejo y dilatado como para poder reconstruirlo con los escasos testimonios a nuestro alcance.

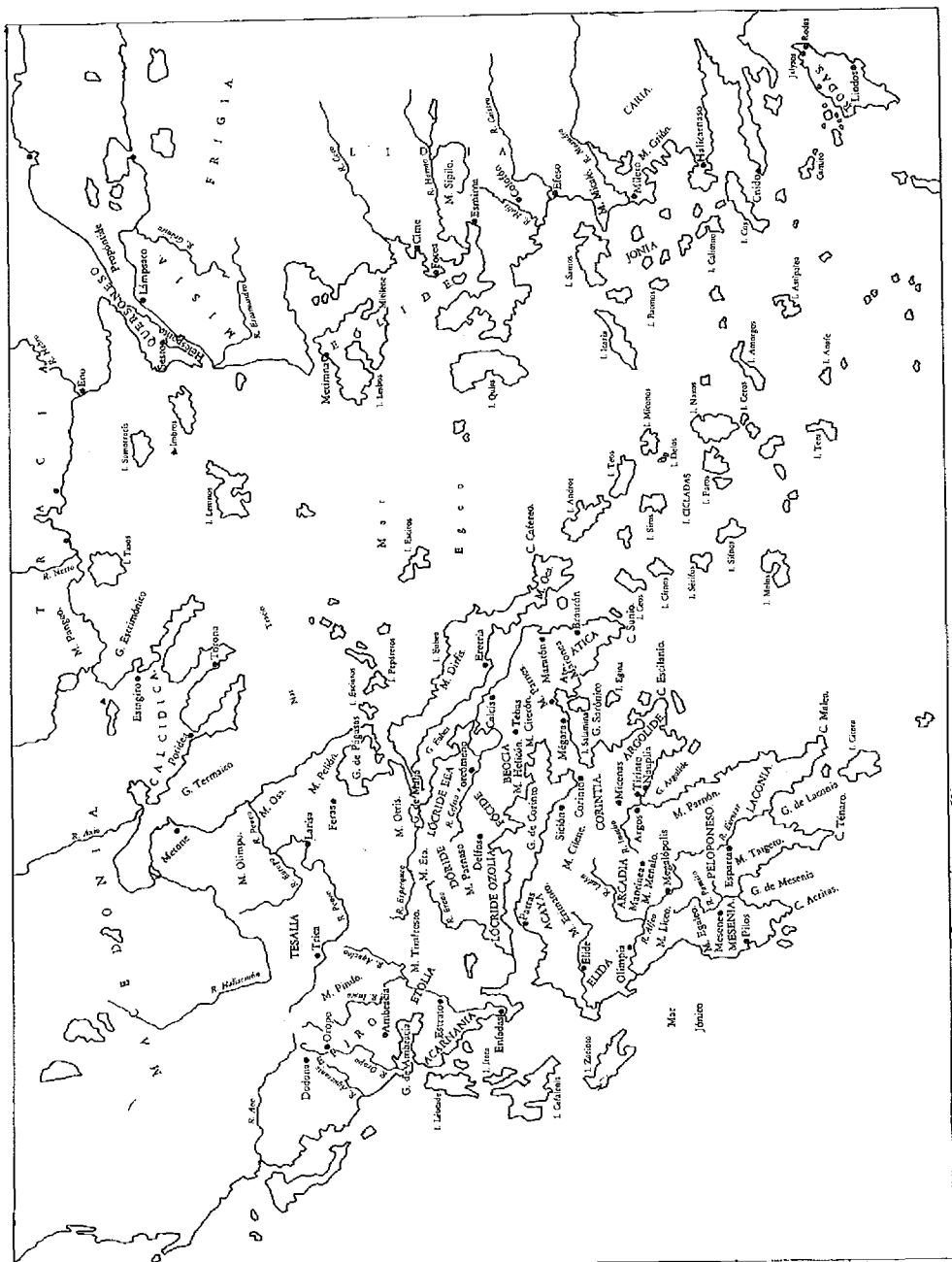
Una conjunción de factores produjo el desmoronamiento y la disolución de la Cultura Micénica, y, cuando, después de una larga etapa que sólo nos ha dejado testimonios arqueológicos, por lo general muy pobres, y una maraña de leyendas difícil de utilizar como fuente histórica, vuelve a aparecer en la Época Arcaica un panorama relativamente amplio del Mundo Griego, las transformaciones de todo tipo que se observan en él en relación con la Edad del Bronce muestran por doquier una significativa solución de continuidad, que impide establecer con certeza el proceso histórico subyacente y que no contribuye demasiado a explicar los puntos oscuros, no ya desde esa desconocida fase intermedia, sino también de la Época Micénica.

El área genuina de expansión de esa civilización del Bronce Tardío aparece después habitada por los pueblos del grupo dorio, que según todos los indicios habían emigrado allí desde la Grecia septentrional. La dorización del Peloponeso y Creta es casi total, y los restos del naufragio micénico aparecen en las costas de Asia Menor e islas adyacentes; en el continente sólo los arqueólogos han podido encontrar el testimonio material de numerosas destrucciones y abandonos de lugares de residencia.

El desastre micénico produjo un receso cultural en las áreas correspondientes, que se puede definir en términos de discontinuidad, en lo que respecta a población, cultura material e instituciones varias. Sin embargo, no es menos cierto que los habitantes de esas áreas siguieron siendo griegos, en cuanto portadores de los elementos básicos y genuinos que definen ese gran marco cultural y étnico. Desde este punto de vista, se puede afirmar que no se rompió la continuidad, y que las nuevas fases asumieron fácilmente la herencia del pasado, que supo encontrar cauces adecuados para su transmisión. Es como si los griegos de la Edad del Bronce se hubieran sumergido conjuntamente en un enorme crisol, del que fueron saliendo siglos después mezclados y transformados, pero llenos de una savia creadora que logró potenciar sus elementos más activos para crear una cultura muy superior a la que habían perdido.

ASPECTOS GEOGRÁFICOS GENERALES

a) *Suelo*. Al igual que las otras dos grandes penínsulas del Mediterráneo, la Balcánica es una zona afectada por los plegamientos más recientes, y, por lo tanto, volcánica y sísmicamente activa. Los hundimientos parciales que acompañaron a su orogénesis —el más importante de los cuales creó el mar Egeo— confieren una sinuosidad peculiar a sus costas, como es el caso del golfo de Corinto, que casi llega a escindir por completo la península. No hay en todo el Mediterráneo una región geográficamente tan tortuosa como la griega, no sólo por lo que respecta al trazado de sus costas, sino también por la abundancia y estructura de sus relieves. A pesar de la relativa frecuencia con que aparecen terrenos aluviales, que han rellenado muchos valles en otro tiempo abruptos, las tierras llanas sólo constituyen el 20 por 100 de la superficie de



Grecia. Además, los plegamientos montañosos, que llegan hasta el mar y vuelven a aparecer en las islas, se encuentran fragmentados en múltiples direcciones, produciendo relieves de formas caprichosas y sugerentes.

El sustrato de esquisto y areniscas aflora por muchos lugares, pero suele estar cubierto de una capa de caliza que limita la formación de humus y produce lugares secos y desforestados. Hay que observar también que las montañas griegas son de una altura media, no rebasando, salvo excepciones, los 2.000 metros. Apenas acumulan nieve, y, en consecuencia, los ríos que bajan a las llanuras tienen un caudal reducido, que en muchos casos llega casi a extinguirse en la temporada seca. En fin, la complicada estructura de sus montañas afecta al comportamiento de los vientos modificando el clima de las diferentes regiones.

Todos estos factores han dado lugar en el paisaje griego a una rica variedad de formas y aspectos que singularizan las distintas unidades geográficas, diversificando sus recursos naturales y, en definitiva, su riqueza, cualitativa y cuantitativamente.

b) *Clima.* El clima de Grecia responde al tipo común mediterráneo, aunque, como ya se ha apuntado, existen muchas diferencias entre sus regiones, debido a las peculiaridades geográficas. Los inviernos suelen ser lluviosos, y abundan los días en que el viento del norte dispensa ráfagas heladoras, haciendo descender bruscamente la temperatura, pero también se cuentan otros, generalmente en diciembre, en que el cielo está muy despejado y el sol hace llegar rayos cálidos. En cuanto a los veranos, son calurosos y no tienen otra lluvia que la de las tormentas cuando llegan a producirse. El cielo griego tiene en verano una luminosidad característica, consecuencia no sólo de la ausencia total de nubes, sino también de la reverberación de los rayos solares en las calizas de las laderas montañosas. La proximidad a las costas de casi todas las tierras griegas suaviza, sin embargo, la torridez estival gracias a la acción de las brisas y los etesios.

La combinación del paisaje griego con su clima resulta muy estimulante para los sentidos y explica, al menos en parte, la especial vitalidad artística de este pueblo.

c) *Vegetación.* También la vegetación griega es típicamente mediterránea, si bien en algunas zonas, como el Ática, la acción del hombre llegó a producir ya en la Edad Antigua importantes modificaciones de orden muy negativo. Los siglos subsiguientes han contribuido más y más a la deforestación del terreno, de modo que se hace difícil reconstruir la situación original.

En las áreas propiamente montañosas se daba una alternancia entre el bosque tupido, por lo general de hayas o pinos, y los parches rocosos desprovistos de humus. La línea del Pindo, los montes Pelión y Osa y las montañas más intrincadas de la Arcadia, que todavía hoy conservan sus bosques, nos dan idea de cuáles eran las zonas que en la Antigüedad ofrecían mayor resistencia ante la acción devastadora del hacha humana, por un lado, que debía obtener madera para la construcción terrestre y naval y para el mantenimiento de los hogares; y de la cabra, por otro, muy abundante en las regiones menos irrigadas, que devoraba los brotes, impidiendo la recuperación del bosque. Sabemos que en el siglo V a. de C. se importaba en abundancia madera del exterior, porque algunos estados habían agotado sus propios recursos. Incluso la encina, otro árbol característico de aquellas tierras, que antiguamente cubría grandes extensiones en el Epiro y la Arcadia, constituye ahora una especie poco menos que residual.

Entre el bosque y la llanura abundaban en Grecia las zonas cubiertas de piedras y maleza, en las que con un gran esfuerzo lograban los campesinos obtener una pobre cosecha en una lucha desesperada por la supervivencia. Era una labor minuciosa de selección y tratamiento de los terrenos, gracias a la cual se conseguían pequeños parches de huerto alternando con otros de cereal. Por fortuna, el clima de estas zonas más improductivas era favorable al olivo y la vid, de modo que en conjunto el excedente de aceite y vino venía a equilibrar el déficit de grano.

d) *Minerales*. Los recursos del subsuelo griego son variados, pero poco abundantes y, además, sólo fueron parcialmente aprovechados en el Mundo Antiguo, debido a las limitaciones tecnológicas. Así, por ejemplo, el hierro tardó bastante tiempo en generalizarse y siempre resultó caro, porque debía importarse de Asia Menor a causa de las dificultades que presentaba su reducción en las minas locales. Por lo que respecta a los metales, sólo son de destacar los depósitos de plata de Laurio, en el Ática, y los de cobre de Eubea.

El carbón utilizado era el vegetal, ya que sólo los herreros de Elide parecen haber utilizado un carbón mineral, y los depósitos de lignito de Eubea, hoy en explotación, eran desconocidos por los antiguos.

En razón del intenso comercio que se desarrollaba en las regiones griegas en general, había una tendencia a obtener los productos donde eran más abundantes y fáciles, y a distribuirlos por todas las zonas. Así ocurría con el esmeril de Naxos, con la piedra pómez de Tera o con el betún de los pozos de Zacinto. La piedra de construcción era abundante en muchas zonas, y en algunos lugares se daban variedades nobles muy cotizadas. Tal es el caso de las canteras de mármol del Pentélico, en el Ática; del mármol verde y blanco de Caristo, en Eubea; del mármol verde de Atrace, en Tesalia; o del más bello de todos para los Griegos, que era el mármol blanco de la isla de Paros. La obtención, el transporte y la manufactura de estas piedras resultaba costosa en mano de obra, tanto peonal como especializada, y, puesto que el nivel económico de los Griegos era más bien bajo, sólo se utilizaba para las construcciones públicas, en aquellas ciudades y coyunturas en que ello era posible. El mayor rendimiento económico de estos recursos se obtenía a través de la exportación.

La arcilla, utilizada para la cerámica, sí era un producto cuya abundancia repercutió favorablemente en la vida doméstica común, además de en el comercio exterior. Algunas calidades excepcionales, combinadas con una técnica de larga tradición, lograban productos muy resistentes al golpe y al desgaste. La decoración añadida por pintores, a veces de notable calidad, confería a las piezas un valor artístico que las convertía en objetos de lujo.

GEOGRAFÍA REGIONAL

La Grecia continental está integrada por una serie de regiones naturales que, por lo general, coincidían con unidades políticas en la Época Clásica. Y, a su vez, estas regiones se pueden agrupar en unidades más grandes con cierta personalidad geográfica. Pero no resulta fácil adoptar unos criterios plenamente satisfactorios para establecer una estructuración geográfica del Mundo Griego en la Antigüedad que refleje a un tiempo las divisiones naturales y la geografía humana, sin olvidar, por otra parte, el factor

diacrónico. Téngase en cuenta, por ejemplo, la distinta consideración que merece el área minorasiática a lo largo de la historia griega. El esquema que desarrollamos es, pues, puramente funcional y sólo pretende servir como orientación introductoria que facilite la lectura de los restantes capítulos de este libro.

Cabe destacar, en primer lugar, la Grecia continental o lo que hemos llamado más arriba Grecia propiamente dicha. Es obvio que en ella se singulariza el Peloponeso como una gran unidad, pero no es menos cierto que el resto del territorio admite a su vez otra gran división.

Podemos destacar, por consiguiente, en primer lugar, una *Grecia Septentrional*, integrada por tres grandes regiones, a saber, *Tesalia*, el *Epiro* y *Macedonia*, que ocupan el norte de la península hasta el paralelo en que el golfo de Actio (o de Ambracia) y el golfo de Malia producen un estrechamiento. Toda esta área ha sido la primera tierra griega ocupada por los distintos inmigrantes procedentes de Europa que luego se han ido expandiendo sucesivamente hacia el sur. Alejada de los grandes focos culturales helénicos, la Grecia Septentrional tuvo en la Edad Antigua formas de vida muy primitivas, y, aunque procediera de Macedonia el impulso político que acabó por transformar la Grecia Clásica en el Mundo Helenístico, el proceso cultural correspondiente se desarrolló lejos de allí y tuvo sobre sus tierras una influencia muy limitada.

Llamamos *Grecia Central* a la porción larga y estrecha de la península Balcánica comprendida entre el paralelo mencionado más arriba y el istmo de Corinto. Este área estaba integrada por una larga serie de unidades geográficas y políticas, y era étnica y culturalmente muy heterogénea. La tendencia a bajar hacia el sur de los grupos de población de origen europeo había llevado a esas tierras a muchos inmigrantes, pero el golfo de Corinto era un obstáculo natural que ralentizaba el avance, y, en consecuencia, la Grecia Central conservó poblaciones residuales de muy variadas procedencias y acusa con claridad los efectos de la superposición de estratos poblacionales, aunque nuestra documentación en este sentido sea muy limitada, y no podamos reconstruir con precisión el mosaico étnico de la zona desde un punto de vista diacrónico. Se destacan como unidades regionales de la Grecia Central *Acarnania*, *Etolia*, la *Dóride*, la *Fócide*, la doble *Lócride*, *Beocia*, el *Ática* y la isla de *Eubea*.

Finalmente, llegamos a la *Grecia Meridional*, llamada por los griegos *isla de Pélope*, que es a un tiempo una unidad y una pluralidad de regiones muy diversas. El Peloponeso era la estación final de los inmigrantes griegos procedentes del norte, que se fueron estableciendo allí sucesivamente. Era también una tierra abierta al Mediterráneo, que durante la Prehistoria había recibido numerosos influjos culturales exóticos. En época histórica se pueden distinguir en él una zona central, la *Arcadia*, ocupada por una escasa población que permanecía allí, al parecer, desde la Edad del Bronce, y un cinturón de regiones ocupadas por los dorios. En la mitad sur, *Laconia* y *Mesenia* constituían el estado espartano, hasta el siglo IV a. de C., en que esta última región logró su independencia; y, en la mitad norte, la *Argólide*, *Corinto*, *Acaya* y la *Élide* eran regiones naturales en las que se asentaban sendos estados dorios de muy diversas características. De todos modos, la zona del istmo tuvo una gran fragmentación política, y en ella *Mégara* y *Sición* se contaron como estados independientes durante largo tiempo.

Como es bien sabido, el Mundo Griego incluía una pluralidad de islas, algunas de ellas más próximas al continente asiático que a la península Balcánica, pero no por ello menos incluidas en el complejo cultural helénico. Sirva como ejemplo Lesbos, la patria de Safo y Alceo. Estas islas son muy numerosas y diversas en todos los aspectos,

pero pueden considerarse en grupos desde una perspectiva general. El primero de ellos lo componen las situadas en el mar Jónico, es decir, al oeste de la península Balcánica. De norte a sur, las más extensas son *Corcira*, *Léucade*, *Cefalonia* con la mítica *Ítaca* pegada a su costa, y *Zacinto*. Otro grupo, en el Egeo central, es el que forman las *Cícladas*, así llamadas por formar una especie de anillo, y las *Espórades*, esparcidas al norte y al este de aquéllas. *Tasos*, *Samotracia*, *Imbros* y *Lemnos* ocupan el extremo norte del Egeo, entre la península Calcídica y el Helesponto. En el Egeo oriental, asociadas a las costa minorasiática, se articulan de norte a sur *Lesbos*, *Quíos*, *Samos*, *Cos* y *Rodas*, junto con otras de mínima importancia. Finalmente, cerrando por el sur el Egeo, aparece la gran isla de *Creta*.

Pero todavía falta una parte importante del Mundo Griego, la más dispersa y heterogénea, pero también una de las más significativas desde el punto de vista de la historia griega. Es la que corresponde a las *colonias*. Hay que mencionar, en primer lugar, los asentamientos de la costa occidental de Asia Menor, los más antiguos de todos, que se encuentran en tres regiones, cuyos nombres —*Eólide*, *Jonia* y *Dóride*— evocan la filiación étnica de sus respectivas poblaciones. Un segundo grupo lo constituyen los enclaves situados en las *costas del Egeo septentrional*, de la *Propóntide* (mar de Mármara) y del *Ponto Euxino* (mar Negro). En tercer lugar figuran las colonias establecidas en *Sicilia* y la *Magna Grecia* (sur de Italia). Finalmente, había un puñado de colonias dispersas por el resto de la costa mediterránea que no habían controlado los Fenicios: así, Cirene en Egipto, Marsella en la Galia o Ampurias en Hispania.

Pasamos a continuación a un tratamiento más detallado de las áreas helénicas que hemos referido.

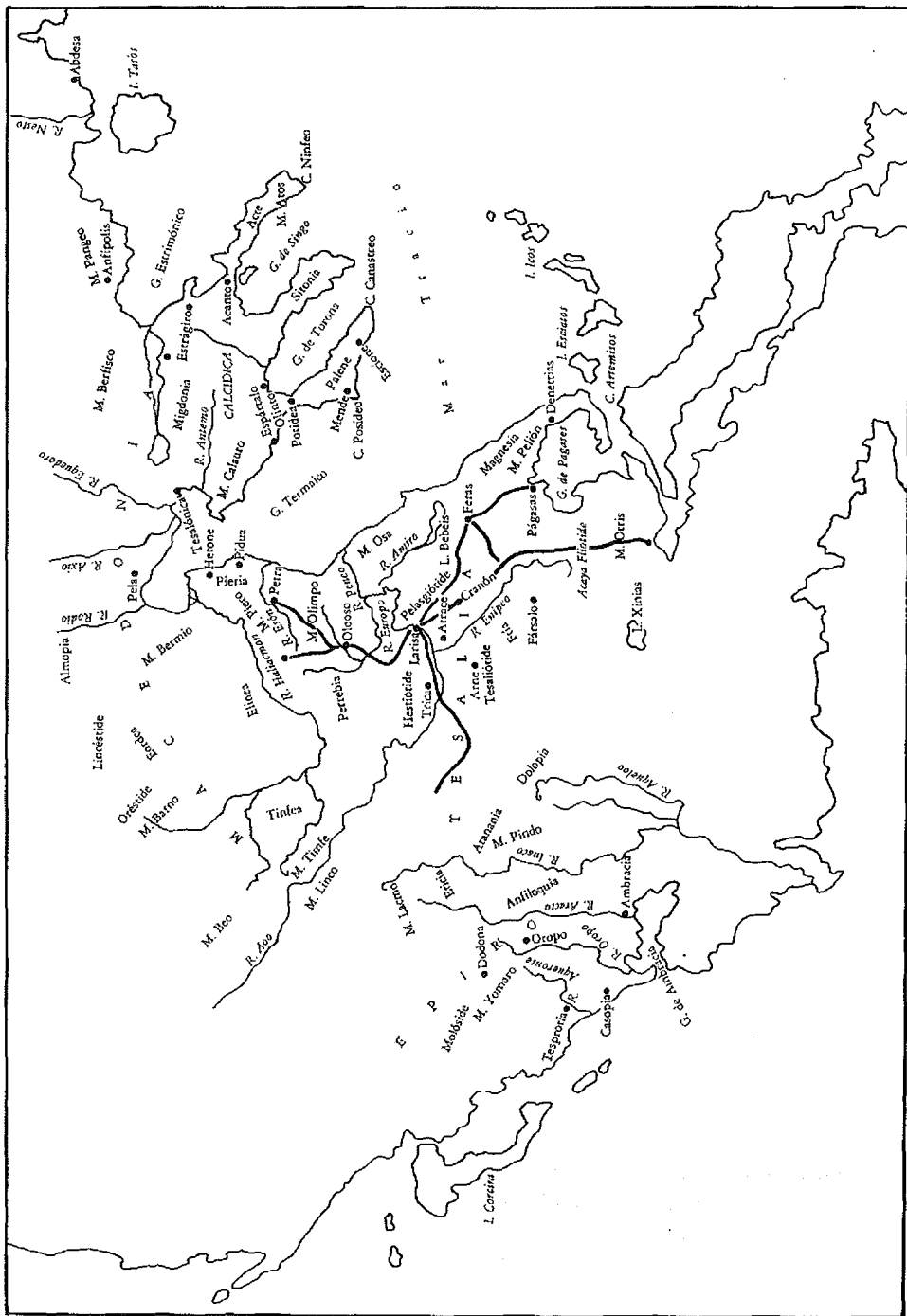
Grecia Septentrional

a) *Tesalia*. A pesar de su proximidad al mar y de su ubicación en el centro de la Grecia Septentrional, Tesalia era una de las regiones más aisladas de Grecia, y ello debido a dos factores de orden geográfico: las montañas que la rodeaban dificultaban las comunicaciones con el exterior, y, por otra parte, su riqueza natural hacía posible una economía autosuficiente.

El Olimpo y el Pindo separan Tesalia de Macedonia y de la Grecia noroccidental, respectivamente, en tanto que el Osa y el Pelión constituyen una barrera a lo largo de la costa. La salida fácil al mar se encuentra por el sur, a través del golfo de Págasas, situado entre los montes Pelión y Otris; y también por el sur se abre la vía de acceso por tierra más cómoda, entre el Otris y el Pindo, hacia el valle del Esperqueo. Alejada de los grandes estados de la Época Clásica, Tesalia no tuvo una verdadera presencia en la historia de Grecia hasta el siglo IV a. de C., en que asumieron los papeles principales de la misma dos potencias más próximas: Tebas y Macedonia.

La región tesálica es una llanura aluvial, la más amplia y rica de Grecia, constituida por los depósitos de las aguas del Peneo y sus afluentes. La cadena costera impedía inicialmente la salida al mar de esas aguas, provocando su estancamiento durante una fase geológica larga, en la que se fue acumulando la gran capa de limo que sería más tarde suelo fértil. Cuando la erosión acabó por romper la barrera y proporcionó una salida de las aguas al mar por el valle de Tempe, el área tesálica se fue drenando, hasta dejar tan sólo unas pequeñas lagunas como resto de la primitiva situación.

Las tierras afloradas estaban siempre bajo la amenaza de posibles inundaciones en



la temporada de lluvias, a pesar de las obras de contención que se realizaron en el cauce del Peneo, pero eran óptimas para el trigo e incluían los mejores pastizales de Grecia. A su vez, las montañas circundantes proporcionaban caza, madera de construcción y frutos diversos. Los tesalios tenían, pues, un sustento abundante y fácil, pero también un clima extremado —debido a la especial configuración geográfica de la región— que contribuía a endurecer su carácter.

La llanura tesalia era en sí misma una unidad geográfica natural, en la que no se destacaba ningún área preponderante. Resultaba muy adecuada para la formación de grandes dominios rurales de economía agropecuaria, que, en lo que respecta a la ganadería, estaba orientada a la cría de caballos. Todo ello dio lugar a la consolidación de una aristocracia dominante que mantuvo su situación de privilegio siglo tras siglo. No se desarrolló allí la ciudad-estado ni la vida urbana propiamente dicha. El modelo de economía cerrada basado en un hábitat rural era consonante con la estructura social y con la forma política de los tesalios, constituyendo todo ello un sistema equilibrado que difícilmente podía verse afectado por factores de distorsión en el contexto del Mundo Griego de las épocas Arcaica y Clásica.

Sólo en el siglo IV a. de C. las graves alteraciones en la vida política y económica que experimentó la Hélade sacaron a la región de su inveterado inmovilismo y produjeron algunos cambios. Se empezó a exportar grano, y ello provocó el desarrollo de la ciudad de Feras, situada junto al único punto por donde podía salir el producto, el golfo de Págasas. Sin embargo, el liderazgo de Feras fue abortado por las ingerencias tebana primero y luego macedonia, que no podían dejar de apetecer un bocado tan exquisito.

Además de Feras, destacan como núcleos de población con un carácter de ciudades-mercado, Larisa, nudo central de comunicaciones internas, situada en la confluencia del Europa con el Peneo y a la entrada del valle de Tempe; Fársalo, en el sur, conectada con las dos vías de salida del territorio, la marítima y la terrestre; y Págasas, el viejo puerto del golfo que lleva su nombre y junto al cual construyeron los reyes macedonios la fortaleza de Demetrias, que controlaba toda la Tesalia.

b) *El Épiro*. Flanqueando Tesalia por el oeste se encontraba la región del Épiro, larga y estrecha, que permaneció totalmente aislada del resto del Mundo Griego hasta la Época Helenística. Su escarpada costa del mar Jónico no tenía un solo puerto acogedor, y la cadena del Pindo resultaba difícil de cruzar en sentido transversal por cualquier punto.

A diferencia de Tesalia, el Épiro era una región geográficamente muy fragmentada, constituida por una pluralidad de valles profundos, separados entre sí por crestas montañosas. Ello da razón suficiente de su estructura política también fragmentaria. Allí la verdadera unidad política era el *ethnos*, forma alternativa respecto de la *polis* en el Mundo Griego, que se caracterizaba por la ausencia de vida urbana y por el mantenimiento de una estructura social gentilicia que articulaba todos los poderes en forma indiferenciada. Los catorce *ethne* o cantones del Epiro estaban integrados en tres grandes grupos étnicos de carácter también territorial, que formaban una especie de federación de escasa trascendencia política en el orden interno. Los Molosos ocupaban toda la zona central y oriental situada al sur del Aqueronte (*Molósida*); los Tesprotos, la llanura de este río y el área costera al sur del mismo (*Tesprotia*), y los Caonios, la llanura de Butroto (*Caonia*).

El clima de la región epirota es, como el de Tesalia, un tanto peculiar dentro del conjunto de la península Balcánica, debido también en este caso a sus particularidades geográficas. Se caracteriza por una notable pluviosidad distribuida regularmente por todas las estaciones, que debió de ser aún más elevada en la Edad Antigua, en que el bosque cubría densamente la mayor parte del territorio. Era una zona especialmente adecuada para todo tipo de ganadería, debido a la abundancia de pastos de buena calidad que proporcionaban los valles y planicies aluviales bien irrigados, y a la relativa suavidad de las temperaturas.

Desde las áreas griegas de mayor desarrollo y trasiego cultural el Epiro aparecía como una tierra semixótica, con la que no existían apenas contactos y que estaba envuelta en el mito y la leyenda. Sus vacas producían cantidades inverosímiles de leche, su río Aqueronte iniciaba su curso en el reino de los muertos, y en los encinares de Dodona el dios Zeus tenía su sede oracular.

c) *Macedonia*. Era la región más septentrional de Grecia, de grandes dimensiones e integrada por valles fluviales y amplias llanuras abiertas hacia el golfo Termaico y rodeadas de altas montañas. Por el oeste limitaba con Iliria, por el norte con Peonia, por el este con Tracia y por el sur con Tesalia y el Epiro.

La llamada Baja Macedonia abarcaba una serie de llanuras aluviales formadas por los ríos que desembocan en el Egeo septentrional, a ambos lados de la península Calcídica —el Haliacmón, el Axio y el Estrimón— y sus afluentes. Desde las estribaciones del monte Olimpo, que marcaba la frontera con Tesalia, hasta el curso inferior del Haliacmón se extiende la *Pieria*. A su vez, desde este río hasta el Axio discurre una amplia llanura, adecuada para el cultivo y los pastos, cuya parte inferior, que miraba al golfo Termaico, recibía el nombre de *Botiea*, mientras que la situada en la parte superior del río Lidias se denominaba *Almopia*. En fin, al este del río Axio se proyectaba otra rica llanura, conocida con el nombre de *Migdonia*, que llegaba hasta el valle del Estrimón.

Rodeando a la Baja Macedonia, la Alta Macedonia se articulaba en altiplanicies bastante elevadas y coronadas por montañas. Así, la *Elimiótide* o *Elimea*, en el curso medio del Haliacmón, la *Oréstide* en su curso alto y la *Peonia*, correspondiente al valle superior del Axio.

El clima de la región era duro, con grandes oscilaciones de temperatura entre el invierno y el verano; sólo se atemperaba en las zonas próximas a la costa. No era viable, por tanto, allí el cultivo del olivo, pero se daban en abundancia muchos frutales, vid y trigo. Ricos pastizales permitían asimismo el desarrollo de una ganadería adaptada a las condiciones climáticas. Abundaba en las tierras macedonias la madera de construcción, y, como un recurso adicional, se contaba con las reservas de plata del monte Disoro.

Tres rutas naturales importantes convergían en Macedonia: una iba desde Tracia a través de la Migdonia; otra, desde las tierras danubianas por el valle del Axio; y la tercera, desde el Adriático, pasando por el sur de Iliria. En la época Neolítica, estas rutas habían conocido un gran trasiego de poblaciones y siguieron siendo después vías migratorias y comerciales.

El hecho de ser Macedonia encrucijada de rutas euroasiáticas ancestrales motivó la presencia en el territorio de grupos humanos muy diversos, de los cuales sólo algunos hablaban un dialecto griego, bastante diferente, por otra parte, de los del resto de la

Hélade. Este factor lingüístico, unido al bajo nivel cultural de las poblaciones macedonias llevaban a los griegos a considerar a esas gentes como extrañas a su universo panhelénico.

Desde comienzos del primer milenio se debió de ir consolidando en Macedonia una capa social dominante que adquirió el control de las tierras mejores, beneficiándose de su explotación a través del trabajo de elementos sometidos. Con el tiempo alcanzaría una cohesión política que dio lugar a una dinastía reinante cada vez más poderosa. La fundación en el área de la Calcídica de colonias griegas, que tenían un contacto cultural y comercial intenso con sus metrópolis, introdujo a la aristocracia macedónica en el Mundo Griego, haciendo posible la empresa política de Filipo y de su hijo Alejandro Magno.

Grecia Central

a) *Acarmania*. Era una pequeña zona costera que se extendía a lo largo del mar Jónico, desde el golfo de Ambracia, que la separaba del Épiro, hasta las bocas del golfo de Corinto. Acarnania era básicamente una amplia llanura aluvial originada por el río Aqueloo, que flanqueaba el territorio por su lado este. De elevada pluviosidad, constituía un excelente terreno para el cultivo combinado con la ganadería, de modo que sus recursos naturales la hacían autosuficiente. Además, su costa abrupta y llena de escollos la protegía contra las incursiones marítimas, favoreciendo también su aislamiento. Al igual que el Épiro, estaba integrada por una federación de *ethne* que tenía su centro en Estrato, junto al río Aqueloo.

b) *Etolia*. Situada al este de Acarnania y al otro lado del Aqueloo, Etolia era una gran región, en su mayoría montañosa. Los ríos y torrentes, alimentados por una elevada pluviosidad, fueron abriendo hendeduras profundas y creando valles encajonados entre montañas. Las tierras de aluvión que las rellenan constituían una fuente de riqueza, pero las comunicaciones entre unas zonas y otras y entre toda la región con el exterior eran muy difíciles, lo que dio lugar a un poblamiento a base de pequeñas comunidades aisladas con niveles culturales muy bajos. Sólo la llanura situada en torno al lago Triconis ofrecía posibilidades naturales para un mayor desarrollo.

La comunicación de Etolia con el exterior era relativamente fácil por el noreste; desde las estribaciones meridionales del monte Tinfresto se alcanzaba el valle del Esperqueo, que desembocaba en el golfo de Malia. En cambio, el monte Córace obstaculizaba el acceso a la Lócride occidental.

Al igual que Acarnania, Etolia tenía una línea de costa en el golfo de Corinto que no era favorable para el establecimiento de puestos comerciales, de modo que sus habitantes vivían replegados hacia el interior. Parece, incluso, que la salida al mar Jónico que utilizaban no era el puerto acarnanio de Eníadas, sino el golfo de Ambracia, al que llegaban remontando el curso del Aqueloo por su margen oriental, que les pertenecía, y cruzando luego en dirección oeste por el límite entre Acarnania y el Épiro.

Todavía en el siglo V a. de C. Etolia era un claro ejemplo de estado tribal, con sus pequeñas ciudades-mercado. En el interior del territorio se encontraba Agrinio, junto al Aqueloo, pero las más grandes eran Calidón y Pleurón, próximas a la costa. Sin embargo, en esta parte meridional la población no parece haber pertenecido al grupo noroccidental, sino al eólico que estudiaremos más adelante.

c) *Dóríde*. Era una región muy pequeña de la Grecia Central. Su límite norte lo marcaba el monte Eta y estaba irrigada por las aguas del Cefiso superior, que hacían a sus tierras ricas en cereales y pastos. Esta pequeña altiplanicie se conocía en un principio como la *Driópide* y también se la llama *Tetrápolis Doria*, en razón de las cuatro aldeas que la integraban: Pindo, Erineo, Citinio y Beo. En dirección norte-sur cruzaba la Dóríde la ruta que conducía desde el golfo de Malia hasta el de Corinto bordeando las Termópilas y pasando por la Fócide.

Los dorios del Peloponeso consideraban la Dóríde como su lugar de procedencia, y es muy probable que su población fuera, en efecto, un residuo de la que emigró al Peloponeso y se multiplicó en aquellas tierras. Es significativo, por ejemplo, el hecho de que en la asamblea de los anfictiones de Delfos, que gobernaba el santuario, los dos votos dorios estuvieran repartidos de tal manera que uno correspondía a esta pequeña Dóríde y otro a todos los dorios del Peloponeso, cuyo número multiplicaban muchas veces el de aquéllos. La organización en cuatro aldeas de la Dóríde no deja de recordar el modelo de poblamiento de Esparta, y tampoco parece casual que Heracles, el héroe dorio por excelencia, tenga en el mito su muerte y ascensión a los cielos precisamente en el monte Eta.

d) *Fócide*. Comprendía la Fócide el valle medio del Cefiso y la correspondiente porción de costa rocosa en el golfo de Corinto. La vida de esta región se centraba en el valle, entre los montes Parnaso y Calídromo, donde se ubicaban las pequeñas ciudades del territorio. Eran tierras aluviales, muy ricas en pastos y cultivos, y de un clima atemperado.

Bien comunicada en todas direcciones, la Fócide asumió una forma política un tanto peculiar. Siguiendo el tipo básico del ethnos, se constituyó en estado federal, pero con un importante desplazamiento del poder político desde las unidades locales hasta el gobierno central. Contaba con un ejército federal y acuñó moneda federal. Así, en el ámbito de la Hélade llegó a alcanzar una personalidad y una fuerza similar a la de las poleis, lo que le permitió escapar a la avidez de sus vecinos, que ambicionaban el control de la vía que llevaba hacia el norte a través del valle del Cefiso y el paso de Elatea hacia las Termópilas.

En el territorio de la Fócide, al sur del Parnaso, se ubicaba la ciudad sagrada de Delfos que, a comienzos del siglo IV a. de C., logró que fuera reconocida su independencia respecto de la federación focia gracias al apoyo de una serie de estados griegos.

e) *Lócríde*. Los Locrios formaban un pequeño grupo de población que se encontraba fragmentado desde el punto de vista geográfico en dos zonas discontiguas, la *Lócríde Occidental* u *Opuntiana* (llamada también *Eea*) y la *Lócríde Oriental* u *Ozolia*. Ambas eran estrechas franjas de costa muy pobres en recursos naturales y separadas entre sí por el valle del Cefiso. Posiblemente se trataba de una población residual que en otro tiempo había ocupado la zona intermedia, siendo desplazada de ella por inmigrantes más fuertes, que habrían acaparado las mejores tierras, empujando a los antiguos habitantes hacia los flancos costeros.

La Lócríde oriental se extendía desde las Termópilas hasta Larimna e incluía una pequeña hondonada fértil. Tampoco era su costa aprovechable para el comercio, teniendo como tenía por delante a los emprendedores eubeos. Su única importancia era la de constituir una tierra de paso, atravesada por la ruta que, desde el golfo de Corin-

to, iba a la Dóride, de gran importancia estratégica, por lo que se vio implicada en las Guerras Sagradas. Aunque la mayor parte de su litoral costero era de acantilado, contaba, sin embargo, con el importante puerto de Naupacto. A su vez, la pequeña planicie de Crisa aportaba una porción de tierra fértil. Pero, aun así, era una zona de escaso desarrollo y nivel cultural.

f) *Beocia*. Beocia era una gran llanura rodeada de montañas un tanto similar a Tesalia. Por el oeste, la cadena del Helicón corría paralela a la costa; por el sur, el monte Citerón y el Parnes separaban Beocia del Ática. En la costa del mar de Eubea tan sólo se destacan los montes Ptoó y Mesapo, pero la prolongación de la cadena costera oriental de la península Balcánica tiene lugar en la isla de Eubea, cerrando desde ella la región a los vientos marinos del noreste.

Entre estas montañas se extendían ricas tierras aluviales, como las de Queronas, las que rodeaban el lago Copais y, en la parte meridional de la región, la llanura de Tebas y el valle del Asopo. Todas estas tierras recibían y habían recibido siglo tras siglo abundantes limos, que las hacían adecuadas para el cultivo y los pastizales.

El lago Copais se había formado por estancamiento de las aguas del Cefiso y sus afluentes, que no encontraban salida fácil al mar. De altitud inferior a la de Tesalia, la llanura beocia no llegó a drenarse y conservó en su centro esta laguna de 13 km de ancho por 24 de largo. Eran tierras perdidas para la explotación agropecuaria, aunque el lago proporcionaba también su propia riqueza y hacía más fértil el área circundante, de hecho, una de las más productivas de Grecia. Esa masa de agua hacía, sin embargo, insano el clima beocio. El poeta Hesíodo dice que nunca era agradable: demasiado crudo en invierno y sofocante en verano. Como en Tesalia, las montañas que rodeaban la llanura impedían la acción atemperadora de los vientos, pero en Beocia el calor era más agobiante, debido a la humedad que emanaba del lago.

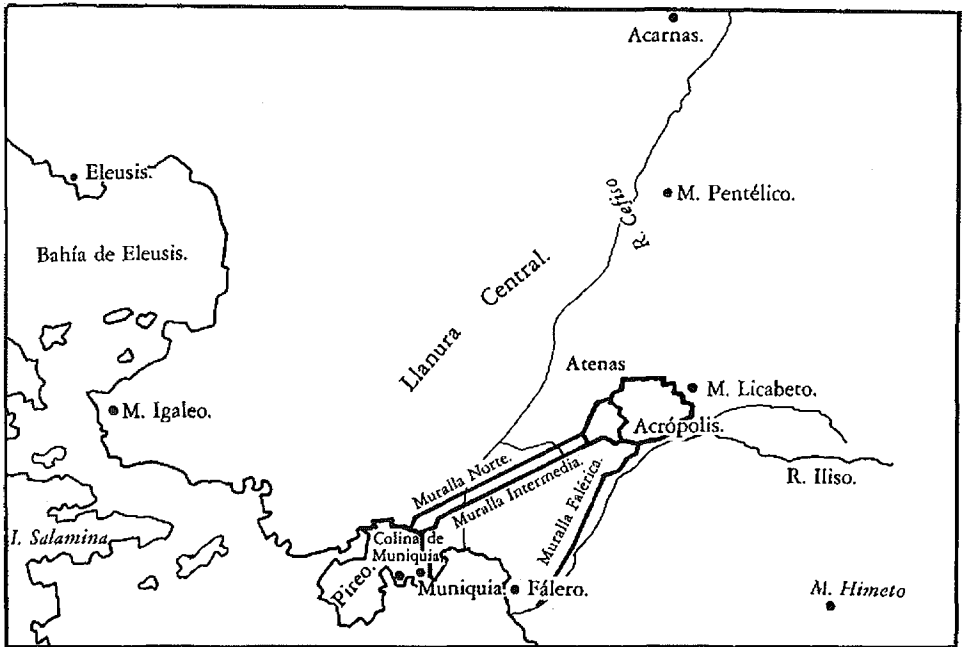
Además, el Copais dividía la región en dos mitades mal comunicadas entre sí, contribuyendo a la disgregación política del territorio. En consecuencia, se constituyeron dos centros de poder, Orcómeno en el norte y Tebas en el sur, que se disputaron la hegemonía de la región. Esta última ciudad, que había sido uno de los centros de poder en la época de la Civilización Micénica, estaba más favorecida por la naturaleza y tuvo siempre una mayor pujanza, pero difícilmente podía dominar las tendencias separatistas de Orcómeno, acaso reforzadas por un antagonismo de tipo étnico.

Beocia tenía una importante porción de costa en el golfo de Corinto, aunque muy escarpada e impropia para construir un solo puerto. La correspondiente al mar de Eubas sí contaba, en cambio, con el puerto de Aulide, que había sido, según la leyenda, el utilizado por Agamenón para concentrar y dar salida a la expedición aquea contra Troya. Sin embargo, desde la Época Arcaica los eubeos supieron aprovechar su posición de primera línea frente al Egeo y hacerse con el control del comercio.

La riqueza de Beocia era tan sólo fruto de la calidad de su tierra, a cuya explotación se orientaban sus gentes. La industria y el comercio estaban reducidos a un mínimo, hasta el punto de que, según refiere Aristóteles (*Pol.*, 6.4.5), en Tespias ejercer un oficio no estaba bien visto. Parece que las tierras más fértiles estaban en pocas manos y eran explotadas a través de mano de obra dependiente o asalariada, y que había, además, una pluralidad de pequeños propietarios que, a fuerza de trabajo, saber hacer, buena administración y un control riguroso de la procreación conseguían salir adelante en

las zonas montañosas y menos fértiles. Tal es el tipo de campesino que canta el poeta Hesíodo.

g) *El Ática*. La región del Ática ofrecía una rica variedad de condiciones y contrastes geográficos que se complementaban entre sí. Los antiguos distinguían en ella tres zonas: la costa, la llanura y las montañas. Es una especie de península de forma triangular en la que acaba la Grecia Central y que se encuentra separada de Beocia por los montes Parnes y Citerón, y de la Megáride, por el monte Cerata. Además, se encuentra surcada por cuatro formaciones montañosas: el Egaleo, que tiene su prolongación en la isla de Salamina; el Pentélico, que discurre por el este a lo largo de la costa; el Himeto, que avanza hacia el golfo Sarónico, y el Laurio, situado en el extremo sur de la península.



De estas montañas los habitantes del Ática obtenían madera y piedra para la construcción, mientras en sus estribaciones se criaba ganado ovino y caprino. Además de los mármoles procedentes del Pentélico, se obtenían calizas cerca de Atenas, piedra oscura en el área de Eleusis y travertino en el Himeto. La arcilla de buena calidad abundaba en las orillas del Iliso y en las del Cefiso ático —distinto del río de igual nombre que corría por la Dóride, la Fócide y el norte de Beocia. Pero, sobre todo, cabe destacar lo que llegó a ser un elemento decisivo en la economía del estado ateniense: la plata que se extraía del monte Laurio.

Los cuatro pliegues montañosos dividían el territorio en llanuras de formación aluvial. La más grande de todas era la de Atenas, enmarcada por el Himeto, el Pentélico, el Parnes y el Egaleo, que tenía unos 10 km de ancho por 20 de largo y estaba irrigada

por el Cefiso, único caudal de agua de cierta consideración. La llanura central abarcaba un tercio del total de la tierra fértil del Ática. Entre el Pentélico, el Hímeto, el Laurio y la costa oriental se encontraba la estrecha llanura llamada *Mesogeo*, con pequeños ríos que desembocaban en la costa. Al norte del Pentélico estaba la reducida llanura de *Maratón*, asomada al mar. Y, finalmente, el oeste del Egaleo y mirando hacia la costa del golfo Sarónico, se ubicaba la llanura de *Tría*, cerca de Eleusis, que era una tierra muy rica, de unos 12 km en ambas dimensiones.

En todas estas zonas los rendimientos agrícolas eran elevados, pero, teniendo en cuenta las reducidas dimensiones de las mismas, se puede afirmar que en conjunto el Ática era una región pobre, donde había que aprovechar al máximo los recursos naturales, cualesquiera que fuesen. Por otra parte, el clima no favorecía la explotación agrícola. La pluviosidad era comparativamente baja y reducida a una estación, y los vientos, secos y fuertes, castigaban los cultivos. Eso sí, la ausencia de fríos extremos en invierno hacía posible el cultivo más característico del Ática: el olivo. Los cereales sólo se producían en las zonas arcillosas y aluviales, e incluso ahí la cebada era más productiva que el trigo. En los terrenos menos fértiles se daban la higuera, la vid y el olivo. Abundaban los pequeños huertos, fruto de un trabajo arduo por parte de los agricultores, que proporcionaban coles, cebollas y habas sobre todo. Pero la población era comparativamente numerosa en el Ática, debido al desarrollo de la industria y el comercio, de suerte que desde fecha muy temprana, los Atenienses hubieron de importar trigo y cebada, que intercambiaban por aceite y vino principalmente.

Las montañas del Ática no constituían un obstáculo serio para la intercomunicación de las distintas áreas interiores, ni tampoco para las relaciones con el exterior. A través del desfiladero del Citerón se llegaba a Platea, enlazando con la red de caminos de la Grecia Central. Por otro lado, el paso de Decelia, que permitía franquear el Parnes, enlazaba Atenas con Oropos, desde donde se conectaba fácilmente con Calcis y Eretria en Eubea. La costa del Ática ofrecía en sí misma pocos recursos naturales, pues incluso sus zonas salineras no eran lo bastante productivas para atender a las necesidades del territorio, debiendo hacerse importaciones de Mégara. Es, desde el punto de vista de las comunicaciones marítimas, como el Ática sacaba partido de su situación y de su larguísima costa, que tenía frecuentes entrantes de arena apropiados para varar las embarcaciones.

En la costa oriental se encuentra la bahía de Maratón, bien protegida de los vientos y muy visitada desde tiempos remotos. Un poco más al sur, la bahía de Prasias debió de tener una participación importante en el comercio marítimo de la región antes de que Atenas acaparase estas actividades. Desde este puerto se embarcaban hacia Delos las procesiones sagradas de los Atenienses. Y en esta misma costa este se ubicaba el puerto de Tórico, cuya mayor virtud era la seguridad frente a los vientos y a los embates del mar, debida a la proximidad de la isla de Helena. Incluso cuando los puertos de Atenas absorbieron la mayoría del tráfico marítimo, Tórico, pegado como estaba a las minas del Laurio, siguió funcionando como embarcadero del mineral. En la costa oeste del Ática la zona baja de la bahía de Eleusis, con un entrante de amplio diámetro, fue aprovechada desde antiguo. Más al sur, y ya en las proximidades de Atenas, el área del Falero había sido inicialmente el lugar de atraque con destino a Atenas, pero en la Época Clásica, por iniciativa de Temístocles, se hicieron las obras necesarias para que la propia Atenas gozase de unas instalaciones portuarias adecuadas que le permitieran imponerse como una gran potencia naval. Gracias a esos trabajos, llegó a haber tres

puertos protegidos por la misma muralla —Muniquia, Cea y Cántaro—, que en caso de necesidad podían acoger naves de guerra. El puerto de Cea, que era una bahía casi cerrada, constituía propiamente el puerto militar, complementado por el de Muniquia, mientras que el de Cántaro, el más amplio, estaba dedicado al comercio, contando con las instalaciones necesarias para realizar las operaciones comerciales y los almacenajes. Con estas sólidas instalaciones y siendo el Ática una península que proyectaba su vértice hacia el mar, Atenas estaba en inmejorables condiciones para ejercer su influencia sobre las islas y para llegar a controlar las vías marítimas que llevaban a las zonas triqueras del Mar Negro.

En medio de este territorio ático, Atenas se ubicaba en un enclave apropiado para ser la capital de la región y la sede del gobierno central. Bien comunicada con el resto de las zonas áticas por tierra y en muchos casos también por mar, contando con un lugar excelente para su acrópolis y teniendo en su territorio la llanura más grande, lo que significaba también la aristocracia más numerosa, Atenas había logrado en el siglo VII a. de C. una unificación política de la región del Ática que fue definitiva. El estado ateniense tuvo un largo y complejo desarrollo constitucional, que lo llevó a convertirse en la democracia más pura de cuantas existieron en el Mundo Antiguo. En sus órganos de gobierno estaban representados por igual los habitantes de la costa, los de la llanura central, los de las zonas montañosas y los del núcleo urbano de Atenas.

La ciudad de Atenas eclipsó a todos los demás núcleos de población del Ática, pero los que habían sido centros de sus respectivas regiones antes del sinecismo conservaron después un cierto individualismo apoyado en la tradición. Eleusis, en la llanura del Tría, siguió siendo famosa en su condición de ciudad sagrada, celebrando sus misterios hasta el triunfo total del cristianismo sobre el paganismo. Braurón, en la costa oriental, era el lugar de origen de un sector importante de las familias políticamente dominantes durante las épocas Arcaica y Clásica. Y, finalmente, se singularizaba la *Tetrápolis Ática*, integrada por Maratón, Enoe, Tricórito y Probalinto, que ocupaba el área nororiental del Ática.

En las proximidades del Ática se encuentra la isla de *Egina*, situada en el golfo Saronico frente a Atenas. Debido a su enclave privilegiado ejerció desde muy pronto una actividad comercial intensa con las ciudades griegas, y durante la Época Arcaica llegó a configurarse como un poder naval en competencia con Samos. Pero su reducida extensión y la escasez de sus recursos naturales fueron postergando a la *polis* de los Eginetas a medida que Atenas avanzaba en su desarrollo. Así, cuando los Atenienses constituyeron la Liga Délica, Egina pasó a ser un miembro de la misma, subordinado a la iniciativa de sus vecinos.

h) *Eubas*. La isla de Eubas se puede considerar como una región de la Grecia Central, no ya por su origen geológico, sino por el desarrollo de su historia. Su gran tamaño en comparación con el de otras islas y su estrecha proximidad a la costa la hacen aparecer más como una pieza continental que como una isla. De forma muy alargada, presenta en la parte central de su costa una formación montañosa, el Dirfis, que continúa la cadena tesalia del Pelión; y también en el extremo sur se levanta el monte Oca, alineado con el Parnes del Ática. Al norte de la isla y en la llanura de Lelanto había ricos campos de cultivo y pastizales y, en general, las zonas elevadas estaban cubiertas de bosque. El canal de Euripo, en el que Eubas casi toca con el continente, facilitó desde el principio la comunicación de la isla con el resto de Grecia, dando salida

a su excedente agropecuario y maderero, que era absorbido con avidez por la deficitaria Atenas.

La mayor ventaja de Eubea en el contexto del Mundo Griego era su posición en el Egeo occidental. Controlaba la entrada al golfo de Págasas y, lo que es más importante, las rutas marítimas que enlazaban el Egeo septentrional con el golfo Sarónico; obviamente, también el acceso a la costa continental del mar de Eubea.

Las ciudades principales de Eubea fueron Calcis y Eretria, situadas muy cerca una de otra, en la llanura central. Ambas controlaban conjuntamente el Euripo y tuvieron un importante protagonismo en la época de las colonizaciones. La primera de ellas contaba, además, en su territorio con yacimientos de cobre y hierro. Más tarde, la pujanza de Egina, Corinto y Atenas en el terreno comercial acabó por provocar la decadencia de los Eubeos, acentuada por el enfrentamiento entre las dos ciudades.

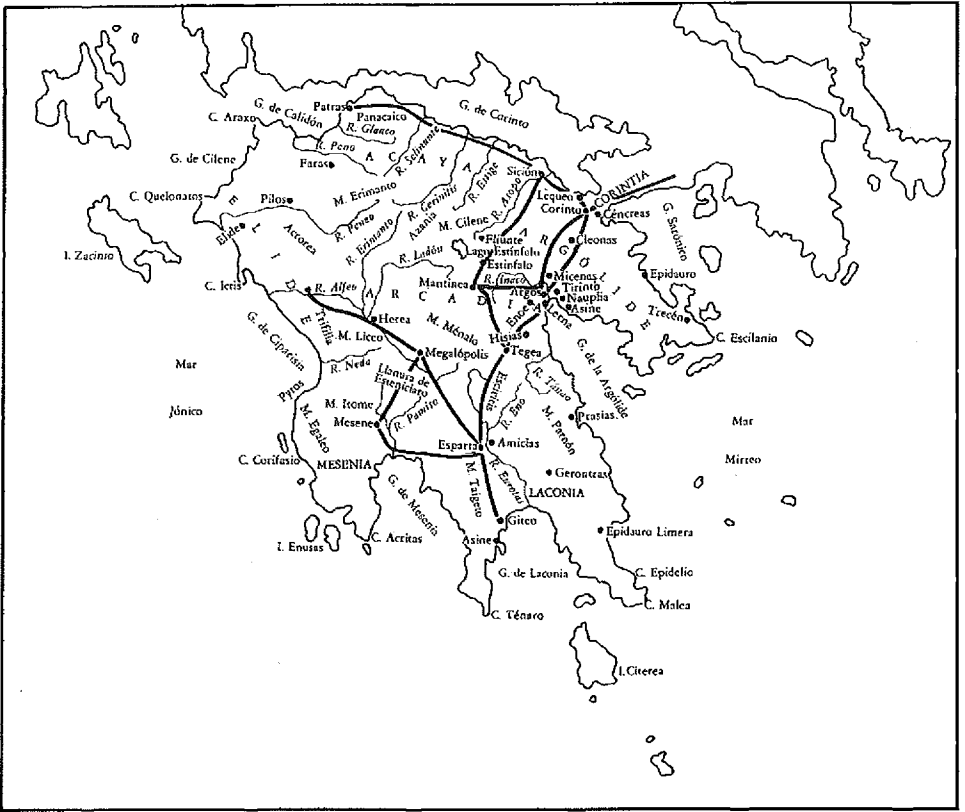
También en el norte de la isla surgió una ciudad, Hestias, de importancia menor. La implicación más importante de Eubea en los asuntos continentales tuvo lugar en la Guerra Lelantina.

El Peloponeso

a) *Corinto*. Cerca ya del Peloponeso, la *Megáride* —pequeña región que une la Grecia Central con la Meridional o Peloponeso— se estrecha bruscamente hasta formar el istmo de Corinto, que alcanza una anchura mínima de 8 km. El tirano Periandro pretendió hacer un canal que comunicara el golfo de Corinto con el Sarónico, no pudiendo llevar adelante su proyecto porque el oráculo de Delfos declaró la obra impía. De todas formas, existía un camino transversal por el que, con la ayuda de máquinas de arrastre, se transportaban las embarcaciones de un lado al otro. Además de este valor para las comunicaciones marítimas, el istmo permitía el paso entre las tierras que unía, aunque su configuración montañosa impedía la existencia de una ruta cómoda y segura.

En las tierras del Peloponeso colindantes con el istmo se constituyó el pequeño estado de Corinto, cuya importancia se basaba precisamente en su posición estratégica. Era la llave del Peloponeso y tenía, además, bajo su control la comunicación entre las dos aguas. La zona urbana se encontraba muy próxima al istmo, pero la *polis* corintia contaba también con una ciudadela fortificada —el Acrocorinto—, situada en un lugar elevado, de fáciles defensas naturales, desde donde se dominaban las dos principales rutas que conducían al interior del Peloponeso, así como la que bordeaba su costa septentrional. En la segunda mitad del siglo V a. de C. los corintios reforzaron sus defensas construyendo una muralla que enlazaba la ciudad con la línea de fortificaciones del golfo Sarónico.

La reducida extensión de su territorio, el desarrollo comercial de la vecina Atenas y la existencia del poderoso estado espartano explican por qué, a pesar de su posición, Corinto no llegó a convertirse en líder del Peloponeso. Por lo demás, se contaba entre los estados griegos más ricos. Tenía una fértil tierra al borde del golfo de Corinto, que le daba trigo, cebada y, sobre todo, vid, y una arcilla de primera calidad que facilitó el desarrollo de su famosa industria cerámica. Sus ingresos procedían mayormente del comercio, con vistas al cual se construyeron dos puertos, el de Lequeo, en el golfo de Corinto, que estaba unido a la ciudad por un muro, y el de Céncreas, en el golfo Sarónico.



Parece que fue con los tiranos cuando se desarrolló la actividad comercial, según se deduce de las exportaciones a gran escala de la cerámica corintia. La formación y el mantenimiento de la tiranía como forma política se vio favorecida allí por las condiciones naturales. No se pudo constituir en el territorio una aristocracia fuerte, porque no había lugar para los grandes dominios agrícolas. Por otra parte, no existía, como en otras *poleis* una masa de campesinos empobrecidos en la que pudieran apoyarse los tiranos. Los únicos sectores potenciales eran el artesanal y el comercial, y a ellos prestó apoyo la tiranía para lograr un respaldo y, al mismo tiempo, una fuente de riqueza.

El expansionismo comercial de Corinto se produjo a través de una política colonial, que, por un lado, hacía posible el control de las rutas marítimas y el éxito en la lucha de mercados, y, por otro, daba salida al excedente de población, alejando asimismo de la ciudad a los posibles elementos perturbadores.

Los corintios fueron los primeros que se lanzaron a la construcción de trirremes, y alcanzaron en la época de su tiranía un papel preponderante en el contexto helénico. Corinto estableció relaciones estrechas con numerosos estados griegos; desempeñó un papel de mediador entre Tebas y Atenas en el conflicto de Platea; apoyó a Esparta frente al filopérsa Polícrates de Samos, y prestó a Atenas una ayuda de veinte naves en su enfrentamiento con Egina. En Corinto se reunieron los principales congresos helénicos de la Época Arcaica, así como el celebrado con motivo de la invasión de Jerjes, y

también fue la sede de la Confederación Helénica de Filipo y Alejandro de Macedonia. En la Liga Peloponesia, Corinto supo frenar las ambiciones de Esparta convirtiéndose en portavoz de los estados aliados y logrando que prevaleciera el principio democrático en las decisiones.

Hacia el año 600 a. de C. el tirano Periandro logró para Corinto un efímero papel estelar en el ámbito griego, pero el fin de la tiranía fue también el fin de su poder político, quedando irremisiblemente condenada a ser un vasallo, primero de Esparta y luego de Macedonia.

b) *Acaya*. El estado de Acaya comprendía una estrecha banda territorial en la costa norte del Peloponeso. Tenía ricas llanuras aluviales cruzadas por pequeños ríos, que se extendían desde la Elide hasta Sición y desde la costa del golfo de Corinto hasta las estribaciones montañosas que la separaban de la Arcadia.

En su parte occidental la producción del lino de la zona de Patras permitió el desarrollo de un sector industrial. Aunque contaba con una línea de costa favorable, Acaya no parece haber ejercido un papel importante en el comercio, ni siquiera en las rutas occidentales, por donde se encauzó su aventura colonial. Los aqueos fundaron en la costa oriental de la Magna Grecia las colonias de Síbaris, Crotona, Metaponto y Caulonia, pero estos asentamientos apenas comerciaron con la metrópolis.

En el terreno político, la trayectoria de Acaya fue particularmente gris, manteniendo una postura sumisa y de poca proyección exterior, hasta el punto de no participar ni en las Guerras Médicas ni en otras desencadenadas entre estados griegos. Sólo en la Época Helenística la Confederación Aquea pasa a desempeñar un papel destacado en el Peloponeso y en la Grecia Central. Esta inflexión política parece haber sido determinada por la incorporación hacia el 250 a. de C. de Sición, la pequeña ciudad-estado situada al este, que controlaba las dos rutas a través de la Arcadia que daban salida a los espartanos hacia el golfo de Corinto sin pasar por el territorio de este último estado, y que había permanecido sometida a la hegemonía espartana. Gracias a esta iniciativa de Arato de Sición, la Confederación Aquea llegó a incorporar la Arcadia y la Argólida, y, bajo la protección de los romanos, acabó por ejercer su influencia en el resto del Peloponeso. A Acaya le había llegado su oportunidad en la historia, primero, con la decadencia de Esparta, debida a la separación de Mesenia, y luego, con la destrucción de Corinto.

c) *Élide*. Esta región ocupa el noroeste del Peloponeso y está constituida por las llanuras que, arrancando de las estribaciones montañosas occidentales de la Arcadia, llegan hasta el mar. Son tierras aluviales irrigadas por los ríos Peneo y Alfeo y muy propias para el cultivo de cereales, vid y lino, fuente este último producto de una industria dedicada a la exportación. Tenía también la Élide abundante ganadería, que era objeto de la rapiña de sus vecinos, según refiere Jenofonte (*Hel.*, 3.2.26). Estos buenos recursos naturales derivados de la tierra, suficientes de suyo para alimentar a la población, inhibieron posiblemente el desarrollo del comercio, a pesar de contar la Élide con el puerto de Fea.

Los habitantes de la región vivían dispersos en pequeñas comunidades agrícolas; no se llegaron a constituir en el territorio grandes centros que impusieran su liderazgo sobre los demás. Cuando en el 471 a. de C. surge por sinecismo la ciudad de Élide, que

era un nudo natural de comunicaciones, y sustituye como centro político a Olimpia, tampoco se produce un fenómeno de afluencia de población a la misma. Polibio (4.73.3) alude significativamente a una familia aristocrática de cuyos miembros ninguno había visitado Élide en varias generaciones. Todo ello explica que la unificación política de la Élide tuviera una base federal. Un consejo de noventa miembros vitalicios formaba un círculo cerrado dentro de la oligarquía dominante.

La importancia de la Élide y su estabilidad obedecían sobre todo a la ubicación en su territorio de uno de los santuarios panhelénicos más célebres, el de Olimpia, situado a orillas del Alfeo. Los eleos presidieron inicialmente los famosos Juegos Olímpicos, que, según la tradición, se celebraban desde el año 776 a. de C., pero, a medida que esa magna concentración fue adquiriendo un carácter más panhelénico, se fueron produciendo intentos de otros estados por acceder a su control, y la Élide se vio implicada en el juego político exterior. Así ocurrió, al parecer, con Fidón de Argos, y luego con Esparta, a cuyo intervencionismo cedió la Élide, buscando quizá una protección frente a las presiones de la Arcadia.

d) *Arcadia*. Es la región central del Peloponeso, que se vio privada de toda salida al mar cuando los eleos se apoderaron de la Trifilia, una especie de corredor con una costa poco aprovechable, por otro lado. La Arcadia era una tierra montañosa y alta, muy abrupta en el norte y en el oeste, en tanto que por el este y por el sur abundan las altiplanicies y las ondulaciones suaves. Los lugares más inaccesibles y accidentados, como el lago Estínfalo, encerrado en un circo de montañas, o la cascada del río Estige, alcanzaron una proyección mítica; toda la región aparecía como una tierra lejana e idealizada para el conjunto de los Griegos.

En la Arcadia abundaban los pastos de montaña y bosques; tanto el alto valle del Alfeo, donde se encontraba Megalópolis, como el área sudoriental correspondiente a Tegea y Mantinea, eran adecuados para el cultivo. Sin embargo, la región era deficitaria en alimentos y contaba con un excedente de población que buscaba una salida en el mercenariado.

La rivalidad entre Tegea y Mantinea, la situación excéntrica de estas ciudades y la enorme dificultad de las comunicaciones en el territorio arcadio, fueron un obstáculo para la unificación política, que sólo se logró con carácter temporal en el siglo IV. La capital federal fue entonces Megalópolis, ciudad fundada por Epaminondas poco después del 370 a. de C. que había aglutinado el movimiento de reacción contra el dominio espartano. En el siglo III a. de C. la Arcadia fue incorporada en su casi totalidad a la Confederación Aquea.

Las tres ciudades arcadias mencionadas estaban muy bien situadas desde el punto de vista de las comunicaciones. Por Tegea y por Mantinea pasaban las únicas rutas procedentes de Mesene y Esparta en dirección al istmo de Corinto; en cuanto a Megalópolis, se asentaba en un cruce de rutas, a saber, la de Mesene a Tegea y Mantinea, y la de Esparta a la Élide. Estas vías rodeaban el territorio de la Arcadia, sólo cruzado por caminos difíciles, desconocidos y desde luego sumamente arriesgados.

e) *La Argólida*. Situada en el noroeste del Peloponeso, constituía la Argólida una región geográficamente peculiar. Su larga línea costera del golfo Sarónico era tan uniformemente rocosa que servía de barrera, no de comunicación, entre el territorio y el mar. Las tierras del interior formaban un conglomerado de pequeñas colinas, que sólo en la parte que mira a la bahía de Nauplia dan paso a una amplia llanura aluvial. Esta

zona, bien irrigada por las corrientes de agua que bajan de los montes arcadios, hasta el punto de producir pequeños parches semipantanosos, daba grandes cosechas de cereales y ricos pasos. Era la Argos «criadora de caballos» (II, 2.287) y «fértil en trigo» (II, 15.372) de los *poemas homéricos*. La riqueza del suelo, que se completaba con viñedos y olivares, alimentaba a un elevado contingente de población asentado en la ciudad de Argos.

También en la llanura argiva se encontraba el mejor lugar para el atraque de las naves procedentes del cabo Malea: el puerto de Nauplia. En la época de la primera colonización, Argos, que parece haber recibido elementos eolios a finales de la Edad del Bronce, tuvo una actividad significativa, puesto que figura como metrópolis de algunas colonias dorias de Creta, Rodas y la Dóride minorasiática. Sin embargo, posteriormente, el estado argivo dio la espalda al mar y dirigió todos sus esfuerzos a su consolidación como potencia del Peloponeso, amenazada por la creciente pujanza de Esparta y por la rivalidad de los estados vecinos del istmo. El rey Fidón logró someter a Corinto, recuperando así el acceso al golfo de Corinto que en otro tiempo habían tenido los reyes de Argos, pero este control resultó efímero.

f) *Laconia*. Laconia al este y Mesenia al oeste son las dos grandes regiones naturales en que se divide el tercio meridional del Peloponeso por obra de la cordillera del Taigeto, que discurre de norte a sur, desde la Arcadia hasta el cabo Ténaro. El Taigeto cuenta sólo con dos o tres pasos naturales difíciles de franquear incluso en verano, de modo que constituía una auténtica muralla entre las dos regiones.

Laconia era un territorio geográficamente muy aislado del resto de Grecia. El acceso al área del istmo lo tenía bloqueado por la *Esciritis*, una altiplanicie que venía a conectar el extremo septentrional del Taigeto con el también extremo septentrional del Parnón, la cadena montañosa que discurría paralela a la costa oriental laconia. El territorio estaba, pues, prácticamente cerrado por tierra, pero tampoco tenía buena entrada por mar. Aunque la costa oriental contaba con la abrigada bahía de Epidauro Límpera, cerrada por la isleta de Mínoa, resultaba muy difícil atravesar el Parnón, y, por el sur, el golfo de Laconia estaba demasiado abierto al mar, de modo que el puerto de Giteo resultaba muy poco acogedor.

Podría decirse que Laconia era una gran fortaleza natural, y una prueba de ello es el hecho de que la ciudad de Esparta no tuviera murallas hasta la Época Helenística. Pero, además, sus habitantes no tenían necesidad de salir al exterior porque contaban con buenos recursos naturales. Entre las dos cadenas montañosas corre el río Eurotas, bien alimentado por los numerosos afluentes que bajan desde ambas crestas, en especial los del Taigeto, que conserva la nieve casi todo el año. El valle era un oasis en verano, y se daban en él todos los cultivos necesarios para la alimentación, incluido el olivo. Había también en Laconia buenos pastos y abundante madera y caza.

Durante la Edad del Bronce, Laconia fue un tanto marginal, debido precisamente a su aislamiento geográfico, ya que la Civilización Micénica se desarrolló sobre todo gracias a los contactos con Creta, más fáciles desde el golfo de la Argólida o la bahía de Pilos. Sin embargo, en época histórica la ciudad de Esparta llegó a ejercer el control de todo el Peloponeso desde su formidable alcázar natural. La clave de este desarrollo político hay que buscarla en la anexión del territorio de la vecina Mesenia, que tuvo una serie de consecuencias singulares sobre la estructura socioeconómica del estado espartano y sus instituciones.

g) *Mesenia*. La simetría geográfica de esta región respecto de Laconia es bastante acusada. También tiene una llanura central recorrida de norte a sur por un río, en este caso el Pamiso, que recibe afluentes del Taigeto y desemboca en un golfo, el de Mesenia, formado, como el de Laconia, por el cabo Ténaro, y de un trazado muy similar. Una cadena más pequeña que el Parnón, el Egaleo, corre asimismo paralela a la costa occidental, que cuenta, a su vez, con una bahía, la de Pilos, cerrada por la isla Esfacteria.

Mesenia es algo más reducida en extensión que Laconia, pero tiene más tierra fértil. Las montañas del Liceo la separan de la Arcadia por el norte, y cerca de ellas se eleva el monte Itome, pero el resto es una amplia llanura aluvial, que llega por casi todas partes hasta el mar, irrigada por numerosos caudales de agua, de los cuales los más importantes son el Pamiso y el Nadón.

Después de haber albergado en su suelo uno de los reinos más importantes de la Cultura Micénica, que tuvo su centro en Pilos, Mesenia hubo de asumir una penosa condición en la Época Arcaica, hasta que fue liberada en el siglo IV a. de C.. Los espartanos explotaron sus recursos a través de su población sometida y utilizaron el territorio como lugar de caza.

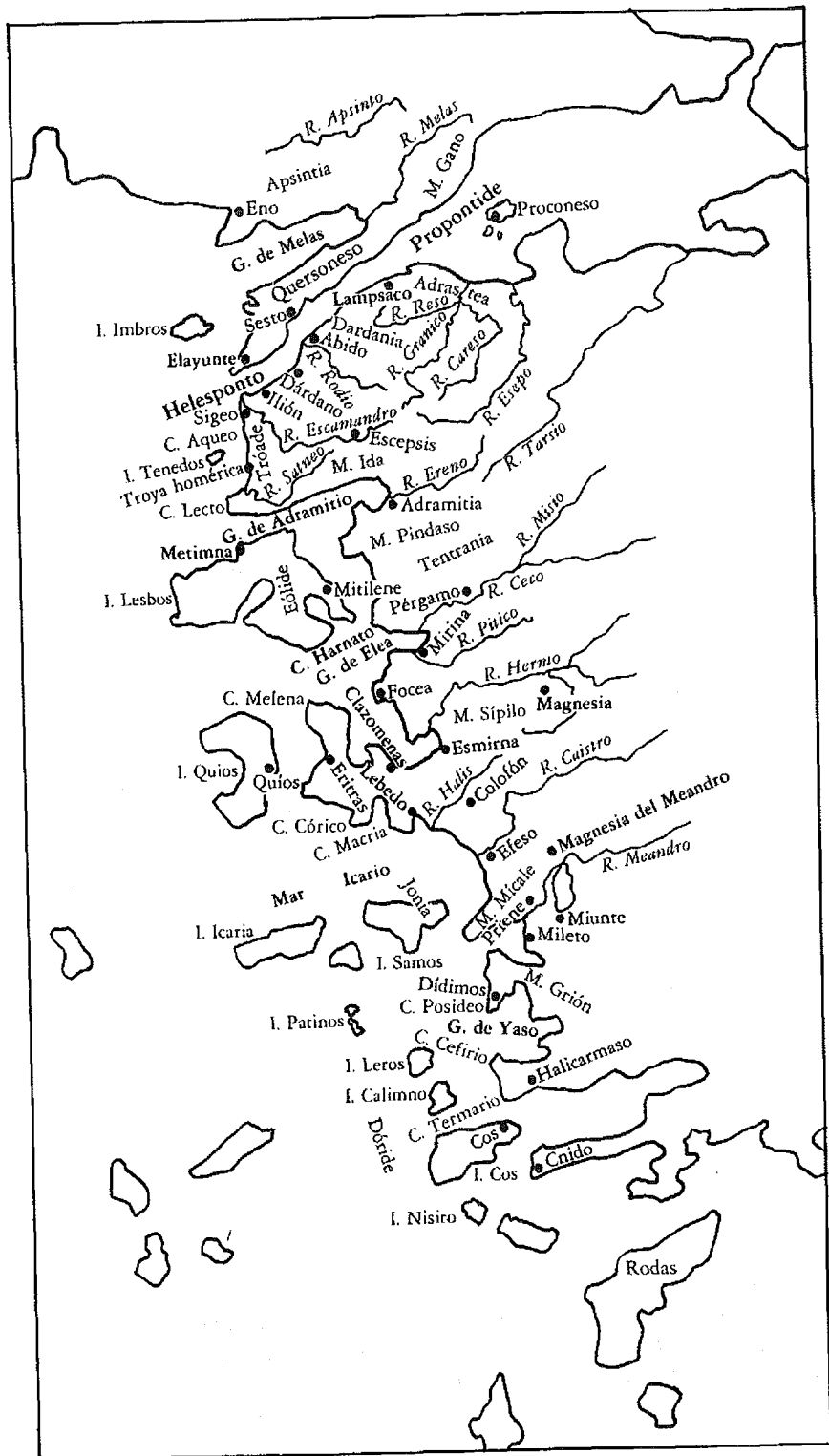
La Grecia insular

a) *Las islas Jónicas (Corcira, Léucade, Cefalonia y Zacinto)*. Forman una cadena paralela a la costa griega del mar Jónico. De elevada pluviosidad y clima atemperado, son especialmente adecuadas para el olivo y la vid. La más meridional, *Zacinto*, servía de punto de atraque en la ruta hacia Sicilia, pero la verdadera importancia dentro de las rutas comerciales correspondía a la más septentrional, *Corcira*, en la que se detenían tanto los barcos que remontaban el Adriático como los que iban a Sicilia y la Magna Grecia, no sólo porque contaba con un buen puerto en su lado oriental, sino por su situación intermedia entre las tierras griegas y la península Itálica.

Fundado en el 733 por los corintios, que expulsaron a los primeros colonizadores etreos, el pequeño estado de Corcira tendió a desvincularse de la metrópolis y a jugar sus propias bazas como puesto comercial independiente, atrayendo sobre sí la hostilidad de las otras colonias corintias de la Grecia noroccidental, que controlaba la poderosa ciudad del istmo. Sus iniciativas de alianza con Atenas tampoco fueron muy ventajosas, y no pudo eludir su natural condición de puesto codiciado en la Época Helenística.

b) *Las islas del Egeo central (Cícladas y Espórades)*. Esta piña de pequeñas islas son los restos de una región sumergida, de modo que consisten básicamente en fragmentos de cresta montañosa, lo que no implica, sin embargo, que carezcan de fuentes de riqueza. En muchas de estas islas hay terrazas naturales de roca esquistosa que conservan el agua de las lluvias invernales y pueden ser cultivadas con buenos rendimientos; en cuanto a *Tera*, su naturaleza volcánica la hace especialmente fértil. A ello hay que sumar los recursos minerometalúrgicos: el famoso y cotizado mármol de Paros; la plata, y durante un tiempo también el oro, de Sifnos; la piedra pómez de Tera; el esmeril, tan importante para la artesanía antigua, de Naxos, etc.

Por otra parte, en unos tiempos en que la navegación se hacía sin alejarse demasiado de las costas, estas islas tenían el gran valor de permitir la travesía del Egeo por



su parte central. Sirva como ejemplo de su carácter de puente el papel representado por la isla de Delos, que, a pesar de que estaba azotada por los vientos y hubo de ser acondicionada artificialmente para acoger a las naves, constituyó un lugar de concentración para los griegos en el festival de Apolo Delio, y, después de las Guerras Médicas, se convirtió en la sede de la Confederación de Delos. Más tarde, en la Época Helenística, fue un punto clave en el tráfico de grano procedente del mar Negro y del Oriente en general, y posteriormente se utilizó como lugar de concentración de esclavos orientales destinados a la península Itálica.

Las más grandes entre las *Cícladas* son *Andros*, *Tenos*, *Naxos*, *Paros* y *Melos*. Las *Espórades* forman dos grupos alejados entre sí. Las llamadas *Espórades del Norte* (*Esciatos*, *Pepáretos* y *Esciros*) son una continuación de la cadena costera de Tesalia y, como las *Cícladas*, tienen un suelo rocoso con alguna tierra fértil apropiada para el cultivo o los pastos. En fin, se llama *Espórades del Sur* a las pequeñas islas que salpican la porción del Egeo comprendida entre las *Cícladas* y la costa caria de Asia Menor.

c) *Las islas del Egeo septentrional* (*Tasos*, *Samotracia*, *Imbros* y *Lemnos*). La más septentrional de todas, *Tasos*, que describe el poeta Arquíloco como el espinazo de un asno, tenía abundantes bosques y también minas de plata. Dotada de un buen puerto natural y muy próxima a la costa tracia, *Tasos* comerció desde muy pronto con los vecinos de esa región y tuvo acceso a las minas de plata del monte Pangeo hasta que los etenienses desplazaron de allí a los *Tasios*.

Samotracia e *Imbros* eran poco más que hitos en la travesía del norte del Egeo, aunque la primera de las islas llegó a ser en la Época Helenística un centro de religión misteriosa. Finalmente, *Lemnos* era una isla volcánica y, por lo tanto, muy fértil, que, además, constituía la llave del Helesponto; por ello, cayó en poder de los etenienses, que establecieron allí una cleruquía.

d) *Las islas del Egeo oriental* (*Lesbos*, *Quíos*, *Samos*, *Cos* y *Rodas*). Todas estas islas están muy cerca de la costa de Asia Menor, de modo que fueron ocupadas durante la primera colonización, prácticamente al mismo tiempo que el borde costero. En realidad, quedaban integradas en las regiones coloniales minorasiáticas.

Lesbos llegó a tener cinco centros urbanos, el más importante de los cuales, *Mitilene*, fue construido en un islote pegado a la costa oriental de la isla, que acabó por unirse a ella a través de un cordón de depósitos, formando una pequeña bahía utilizable como puerto. En la Época Arcaica gozó de gran prosperidad, porque consiguió hacerse con el control del Helesponto, perdiéndolo luego en favor de Atenas e iniciando así su decadencia. La anexión a la Jonia de la mayoría de las ciudades de la Eólida continental había convertido a la isla de *Lesbos* en el verdadero centro de la región. La vid, el olivo y la higuera se daban en abundancia en sus tierras, y también los cereales; no carecía de pastos, y las zonas más altas proporcionaban caza y madera de construcción. En sus buenos tiempos contó con una población acomodada y selecta, que se refleja directa o indirectamente en la obra de sus dos grandes poetas, *Alceo* y *Safo*.

La «rocosa» *Quíos* de los *poemas homéricos* estaba asociada a Jonia. Sus vinos y sus higos la hacían famosa. Fue lugar de concentración en el comercio de esclavos antes que *Delos*, pero, privada de un buen puerto, no logró un desarrollo de la actividad comercial, que acapararon las ciudades jonias de *Esmirna* y *Éfeso*, situadas enfrente.

Un poco más al sur, *Samos* tenía una situación muy próxima a la costa, con la ven-

taja adicional de constituir el primer punto de la ruta transegea que pasaba por las Cícladas. Dotada de una tierra poco fértil, Samos se consagró por iniciativa de su famoso tirano Polícrates a la empresa marinera, construyendo una flota poderosa que llevó a cabo principalmente actos de piratería. No sobrevivió, sin embargo, su actividad a la normalización del comercio por el Egeo que tuvo lugar en la Época Clásica y, privada de una proyección continental por la pujanza de Mileto y Éfeso, inició una etapa decadente hasta su revalorización como punto estratégico naval en la Época Helenística.

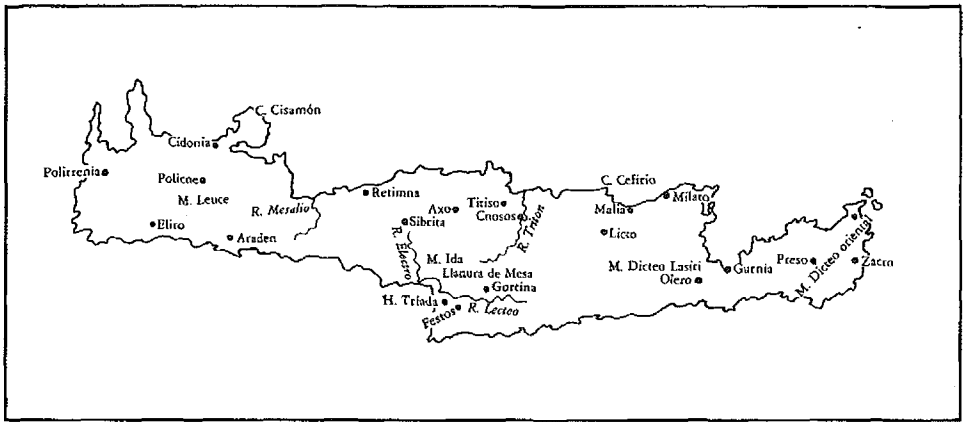
Después de una serie de islotes insignificantes aparece la isla de *Cos*, también pegada a la costa minorasiática y situada en la latitud de las Espórades meridionales. Las mujeres de la isla se especializaron en la manufactura de la seda, que se traía de Asia Menor, desarrollando la más importante industria griega en este sector. En la Época Helenística, *Cos*, *Rodas* y la ciudad continental de *Cnido* compartían un importante comercio exportador de vino.

La más meridional de las islas anejas al frente costero de Asia Menor es *Rodas*, amplia y fértil, que contó inicialmente con las ciudades de *Lindo*, *Camiro* y *Yálisho*, situadas en los puntos más favorables de la costa desde el punto de vista de la explotación del territorio.

En la Época Arcaica, *Rodas* quedó un tanto marginada de las actividades comerciales, debido al crecimiento de otros puertos del Egeo y a la carencia por su parte de un núcleo urbano fuerte orientado al comercio. Pero en el 408 a. de C. los rodios fundaron la ciudad de *Rodas* en la prominencia de la isla que apunta hacia la costa de Asia Menor, integrándose así en la importante ruta comercial que unía el Egeo con Oriente. Los trabajos de acondicionamiento realizados para cerrar la bahía convirtieron el puerto de *Rodas* en el mejor de todo el Mundo Griego y en la llave del Egeo para el comercio marítimo con Oriente. Cuando en la Época Helenística el centro de gravedad del Mundo Griego se desplazó desde la Grecia continental hasta la oriental, *Rodas* asumió el papel que había representado anteriormente el *Pireo*, y es probable que su actividad fuera más importante que la de *Alejandro*, si bien en la Época Romana esta última ciudad atrajo hacia sí la ruta comercial principal de Oriente a Occidente, debido a la mayor demanda de la península Itálica frente a una Grecia empobrecida.

e) *Creta*. Es la mayor y más meridional de las islas griegas y constituye por sí misma una unidad geográfica. Muy alargada en el sentido del paralelo, sus dos extremos son pobres e inhóspitos, el occidental especialmente, que permaneció casi deshabitado. Por el contrario, la zona central, flanqueada por los montes *Ida* y *Dicteo*, está bien irrigada y es apta para el cultivo, hasta el punto de que la llanura de *Mesara* se cuenta entre las tierras más ricas de Grecia. Tenía *Creta* una buena producción de vino y aceite, y sus montes proporcionaban abundante madera de construcción, siendo, al parecer, el ciprés su árbol más característico.

Su situación en la línea principal del tráfico por el Mediterráneo justifica que *Creta* haya sido pionera en los viajes de larga distancia. Su población se estableció inicialmente en varios puntos, siempre costeros, distribuidos por el sur, el norte y el este, y la carencia de un buen puerto podría haber sido la causa de la falta de concentración de su comercio. Sin embargo, la destacada riqueza del palacio de *Cnoso*, en comparación con los demás, y la memoria legendaria de una monarquía, la de *Minos*, que se cuenta entre las más poderosas de la tradición griega, invita a pensar que se produjo la unificación política de la isla, con la consiguiente consolidación de un estado fuerte



y muy organizado que habría servido de base a la primera talasocracia mediterránea.

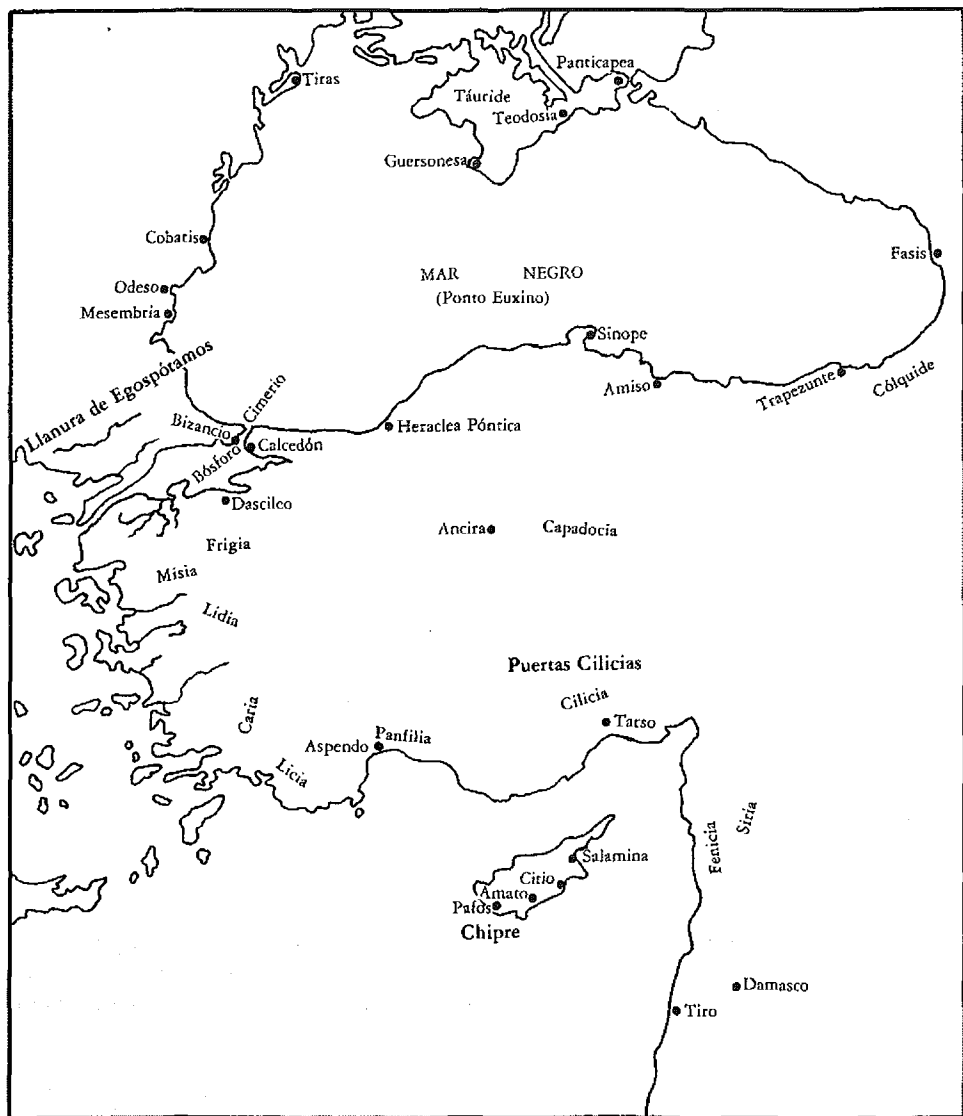
En cualquier caso, el fin de la Civilización Micénica es también el fin del esplendor de Creta. Más tarde, la isla quedó incluida en el área doria y vivió básicamente de la explotación de sus recursos naturales, en tanto que las actividades del mar se inclinaban más bien hacia la piratería, protagonizadas quizá por los eteocretenses, un residuo de población predoria. Gortina, en la llanura de Mesera, fue la ciudad más importante de la época histórica.

La Grecia colonial

a) *La costa occidental de Asia Menor (Eólida, Jonia y Dóride)*. En este borde costero había una larga serie de enclaves griegos, algunos de los cuales llegaron a ser grandes ciudades, especialmente en la Época Helenística. La temprana fecha de su fundación, anterior a la época histórica, hace que sepamos muy poco sobre sus respectivos orígenes, que se inscriben dentro de un fenómeno migratorio de gentes griegas, conocido como *primera colonización*.

La *Eólida* es la zona más oscura de todas, difícil de distinguir de la Jonia. Las excavaciones arqueológicas han demostrado que *Esmirna*, ocupada por griegos quizá alrededor del año 1000 a. de C., pertenecía a la cultura eolia, si bien parece haberse incorporado a la Jonia quizá en el siglo VIII a. de C. Con un emplazamiento privilegiado para el comercio, es hoy por hoy el asentamiento griego primitivo de Asia Menor que mejor conocemos arqueológicamente. Tenía enormes murallas erigidas en el siglo IX a. de C. y reformadas en el VIII, con bastiones defensivos, que rodeaban por completo un conjunto apiñado de viviendas y dependencias.

Después de la anexión de Esmirna a la Jonia, la única ciudad importante de la Eólida era *Cime*, la patria del padre de Hesíodo, que tuvo, sin embargo, un desarrollo político y cultural muy precario. En realidad, los asentamientos eolios de la costa son pocos y están en conjunto mal estudiados; resulta muy difícil diferenciar la cultura material de esta zona, en lo poco que se conoce, de la del reino de Frigia, en el que queda englobada. Da la impresión de que la presencia eolia en Asia Menor es en época re-



mota inseparable de la jónica; políticamente, y también culturalmente, Jonia acaba por absorber y eclipsar casi por completo a la Eólida, hasta el punto de que el área eolia del oriente no se encuentra en realidad en Asia Menor, sino en la isla de Lesbos.

Los orígenes de *Jonia* están también envueltos en la leyenda —que alude a inmigrantes de Beocia, la Argólida, Corinto, Ática, Eubea, Tesalia, la Arcadia y Mesenia—, pero el conocimiento sobre la época histórica es bastante mejor. Los emplazamientos elegidos para las ciudades son promontorios de tipo peninsular, que brindan fácil defensa contra un ataque desde tierra; aneja a estos enclaves se extendía un área de cultivo y pastos, arrebatada por lo general a los indígenas. Algunas de las ciudades parecen haber tenido su origen en puestos comerciales de época micénica.

Las principales ciudades de Jonia se habían constituido en una especie de anfictiónia, la *Dodecápolis Jonia*, quizá a comienzos del siglo VIII a. de C. Eran *Mileto*, *Miunte*, *Priene*, *Éfeso*, *Colofón*, *Lébedos*, *Teos*, *Clazómenas*, *Eritras*, *Foceá* y las insulares *Samos* y *Quíos*. Tal vez en una etapa anterior las ciudades jonias habían formado ya algún tipo de alianza, pero no necesariamente integrada por los mismos miembros que la Dodecápolis. Desde luego, Clazómenas, Focea, Eritras, Samos y Quíos eran asentamientos parcialmente eolios, y, por otra parte, en Colofón y Éfeso la población estaba muy mezclada.

Éfeso, cabeza de la Liga, tenía un emplazamiento privilegiado con buenas comunicaciones por tierra con el norte y el interior. Sus campos, irrigados por el Caistro, eran ricos y contaban con un puerto abrigado, en un entrante del mar, protegido por la isla de Samos.

Pero la más importante y genuina de las ciudades jonias era Mileto, la más meridional. El lugar había registrado presencia cretense en el Bronce Medio y luego micénica en el Reciente. La tradición alude a una fusión de los colonizadores con la población caria, y, de un modo u otro, la presencia griega parece allí ininterrumpida. La ciudad estaba en una pequeña península situada dentro de la bahía —el golfo Látmico— que en otro tiempo formaba la desembocadura del Meandro. En este entrante del mar, hoy rellenado por los depósitos del río, se ubicaban también las ciudades de Miunte y Priene, estrechamente vinculadas a Mileto.

Mileto tenía ricas tierras y una industria de manufactura de lanas muy famosa; también fabricaba cerámica. Su actividad comercial era especialmente intensa y diversificada. Heródoto (5.28) la llama «adorno de Jonia».

La *Dóride*, en fin, al sur de Jonia, incluía también las islas de Rodas y Cos. En la zona continental se ubicaban dos ciudades: *Halicarnaso* y *Cnido*. Se sabe muy poco de ellas y de sus relaciones con los indígenas, si bien la presencia caria parece allí muy significativa. Cnido se encontraba en la lengua de tierra que avanza hacia la isla de Cos, y Halicarnaso, en la pequeña península situada un poco más al norte. Ocupaban, pues, los dos flancos de la bahía, cuya entrada resguarda la isla, formando con la ciudad de Cos un conjunto estrecho y solidario. Pero, además, estas tres ciudades estaban muy vinculadas a las tres originarias de la isla de Rodas: Lindo, Camiro y Yálisio. Todas ellas constituían la *Exápolis Doria*, que tenían cultos e intereses comunes.

b) *La zona norte del Egeo y el Mar Negro*. La *península Calcídica* constituye hasta cierto punto una región distinta de Macedonia. Tiene la forma de una mano con tres dedos extendidos, que son tres lenguas de tierra (de oeste a este, *Palene*, *Sitonia* y *Acte*), dirigidas en paralelo hacia el mar. Por lo tanto, su borde costero es largo y goza de lugares abrigados para las naves, así como de enclaves de fácil defensa frente al interior; con el aliciente, además, de que el monte Ciso dificulta el acceso por tierra. En fin, su proximidad al Helesponto y al área comercial del mar Negro convertían a la Calcídica en un lugar idóneo para el establecimiento de colonias.

El nombre de Calcídica deriva de Calcis, la ciudad de Eubea, y fueron en efecto los Eubeos quienes se establecieron en la región a partir del siglo VIII a. de C.. Colonos de Eretria, la otra gran ciudad eubea, ocuparon Palene con los asentamientos de *Mende* y *Escíone*, y fundaron *Metone* en el borde occidental del golfo Termaico; por su parte, los de Calcis fundaron *Torona* en Sitonia, y, en fin, Acte y el resto de la costa oriental de la península, hasta el río Estrimón, recibieron hacia el año 650 cuatro colonias en-

viadas por los Calcidios y sus vecinos isleños de Andros. Entre ellas se cuenta *Estágiro*, la ciudad natal de Aristóteles. Después, hacia el año 600, los Corintios fundaron *Potidea* en el punto en que Palene se une a tierra.

De acuerdo con la norma general de las colonias griegas, estos asentamientos no vivían propiamente del comercio, sino más bien de lo que obtenían en las tierras ocupadas —trigo y vino en este caso—, aprovechando asimismo los recursos que les brindaban los bosques y los yacimientos mineros próximos.

Desde el río Estrimón hasta el Helesponto se extendía la costa de Tracia. Los habitantes del interior de la región eran rudos y salvajes, hasta el extremo de que su crueldad resultaba entre los Griegos proverbial. Ya habían tenido que habérselas con ellos los emigrantes de Paros que se establecieron en la vecina isla de Tasos a comienzos del siglo VII, y el recuerdo de estos hechos permanece vivo en los poemas de Arquíloco. Poco después, desde Tasos se procede a la ocupación de la *Perea*, región costera frente a la isla, comprendida entre el Estrimón y el Nesto. El interés por estas tierras se veía fuertemente estimulado por la existencia en el monte Pangeo de minas de plata.

El resto de la costa tracia, que seguía teniendo una franja de tierra fértil entre las montañas y el mar, recibió diversos grupos de colonos griegos. *Abdera*, la patria de Demócrito, fue creada inicialmente por jonios de Clazómenas, que fueron erradicados por los indígenas y reemplazados por otros de Teos. Y más hacia el este se ubicaban *Maronea* y *Eno*, fundadas también por eolios o jonios.

El área de los Estrechos fue desde fecha temprana muy codiciada. La enorme cantidad y variedad de productos que eran enviados por mar desde los puertos del mar Negro al Egeo debía pasar necesariamente por el mar de Mármara o Propóntide, atravesando el Bósforo y el Helesponto; es decir, que el control de esa ruta comercial a través de posiciones fijas constituía un objetivo principal en la guerra de mercados, difícil, sin embargo, de lograr por un solo estado.

De todas formas, la propia riqueza de las tierras de la Propóntide, en trigo, vino y pescado sobre todo, atrajeron desde fecha muy temprana a colonos agricultores, que crearon los primeros asentamientos. Por razones posiblemente aleatorias un estado muy pequeño, Mégara, fue el primero de la Grecia continental en afirmar su presencia en la Propóntide. Así, en la primera mitad del siglo VII, los Megarenses fundan *Calcedonia*, primero, en el lado asiático del Bósforo, y, poco después, *Bizancio*, en el europeo; cada una de estas fundaciones se había visto precedida, respectivamente, por las de *Astaco* y *Selimbria*, en sendos puntos de la Propóntide próximos al estrecho.

Por esos mismos años diversas ciudades griegas de Asia Menor e islas adyacentes crearon asentamientos costeros en la zona. En el *Quersoneso*, península que forma el lado europeo del Helesponto, colonos de Lesbos fundaron *Sesto*, mientras en la otra orilla del mismo estrecho los Milesios creaban *Abido*, justo en frente de Sesto, poco después de haber establecido *Cícico* y *Proconeso* en las dos islas de la Propóntide. Más tarde, los Foceos crearon *Lámpsaco* no lejos de Abido; los Milesios, *Cíos* y algún otro pequeño asentamiento en la costa asiática de la Propóntide; los de Colofón, *Mirlea* cerca de Cíos, y los Samios, *Perinto* en la costa europea. Finalmente, ya en pleno siglo IV a. de C., Milciades el Viejo conquista para Atenas todo el Quersoneso; y, por su parte, Hipias funda *Sigeo* en el cabo del mismo nombre, que abre el Helesponto al Egeo por la costa asiática, de suerte que la entrada hacia el Mar Negro desde el Mediterráneo queda en poder de los etenienses.

Para los griegos del siglo VII el área del Mar Negro estaba impregnada de leyen-

das, forjadas en la última fase de la Edad del Bronce, cuando los barcos aqueos se habían aventurado por esas aguas. El movimiento colonizador que ocupó el área de los Estrechos llegó también a las costas del Mar Negro un par de generaciones después, es decir, cuando ya se había afirmado su presencia en la zona más accesible. Por esa misma época los cimerios, pobladores hasta entonces de las estepas situadas al norte del Mar Negro, estaban siendo desplazados por los escitas, que, procedentes del norte, se instalaron definitivamente en la zona, convirtiéndose en una de las culturas periféricas al Mundo Griego más ricas y espectaculares.

A partir del 625 a. de C. se establecieron fundaciones coloniales griegas en toda la costa del llamado Ponto Euxino. Mileto es la metrópolis más activa, que funda en la región llamada *Ponto* de la costa meridional *Sinope*, *Amiso* y *Trapezunte*; en la oriental o región de la *Cólquide*, *Fasis*, *Dioscurias* y *Pitiunte*; en la septentrional, *Panticapea* y *Teodosia*, situadas en la península de Crimea; y en la occidental, *Olbia*, *Tiras*, *Istro*, *Odeso* y *Apolonia*. Los megarenses, con beocios de Tanagra, fundan la famosa *Heraclaea Póntica* en *Paflagonia*, ya en el siglo VI, desde la cual se envía, a su vez, una expedición para fundar *Calatis*, en la costa occidental.

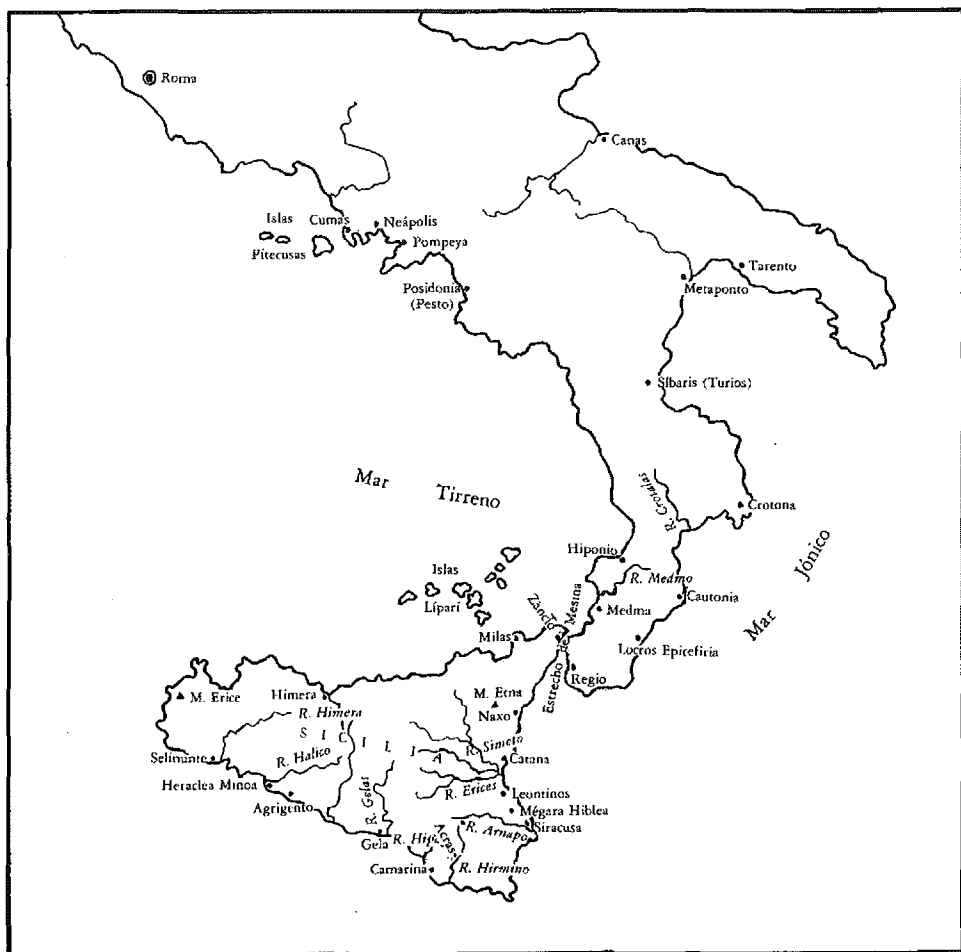
Además de los ingresos derivados del trasiego comercial, todas estas colonias explotaban directamente los recursos de la zona, que eran muy abundantes, tanto en agricultura y ganadería como forestales. A ello hay que sumar también la abundante pesca, en especial del atún, y los productos del subsuelo, a los que de un modo u otro tienen estos colonos un acceso preferencial. Así, el hierro y el cobre del Cáucaso y de las montañas tracias, que se exporta a toda Grecia; o el oro, que abundaba relativamente en la zona.

c) *Sicilia y la Magna Grecia*. Numerosas leyendas atestiguan la presencia de los griegos en la península Itálica y Sicilia en época micénica, lo que es fácilmente explicable si se considera, no ya la posibilidad de llegar a Italia desde Grecia a lo largo de la costa del Adriático, sino el puente natural con el sur de la península Itálica, que constituyen las islas del mar Jónico. Tras el paréntesis de la Edad Oscura, las costas del sur de Italia y Sicilia empiezan a convertirse, desde comienzos del siglo VIII, en tierras del Mundo Griego.

Los primeros en llegar parecen haber sido los eubeos —gentes de Calcis y de Eretria juntamente, después enfrentadas entre sí—, que se establecieron en las *islas Pitecusas*, frente a la bahía de Nápoles. En seguida, los calcidios fundaron *Cumas* en uno de los salientes que cierran la bahía, donde se han hallado restos de ocupación en época micénica. Al margen de las minas de oro que, al parecer, tenían las islas, el interés de la zona residía en su proximidad al territorio etrusco, y, en efecto, *Cumas* registra desde el principio un activo y variado comercio.

La fundación de *Cumas* se vio seguida por una serie de nuevas fundaciones coloniales eubeas en la costa oriental de Sicilia, que contaba con tierras muy ricas, de las que expulsaron por la fuerza a sus anteriores ocupantes. Primero apareció *Naxo*, cerca del estrecho de Mesina, y unos años después, *Catania* y *Leontinos*, más al sur.

Finalmente, los eubeos tomaron posiciones en el mismo estrecho de Mesina. Según Tucídides, piratas de *Cumas* y de *Calcis* fundaron en la punta siciliana *Zanclo*, que cobraba peaje a los barcos por cruzar el estrecho; luego, gentes de *Zanclo* y de *Mesenia* se establecieron en *Regio*, al otro lado del mismo. También colonos de *Zanclo* habían fundado, según la tradición, *Milas* e *Hímera*, en la costa norte siciliana. El impulso co-



lonial de los eubeos hacia el occidente está detrás asimismo de la fundación de *Locros Epicefiria* cerca del estrecho, en la costa oriental de la punta de la bota. Su nombre indica que la metrópolis era el estado locrio de la Grecia Central, pero parecen haberse contado entre los colonos gentes de Eubea y de las islas próximas. En la línea costera opuesta y cerca del estrecho, Locros fundó *Medma* e *Hiponio*.

La colonia más importante de Sicilia, *Siracusa*, situada en el este, fue fundada por los corintios, que, como es sabido, se especializaron en las rutas comerciales de Occidente. También en este caso se desplazó a una población indígena, y la ciudad, dotada de un magnífico puerto, supo explotar todos los recursos naturales y crear, además, un importante mercado, gracias a todo lo cual llegó a alcanzar una proverbial riqueza. Siracusa fundó, a su vez, *Acras*, *Casmenas* y *Camarina* en la Sicilia meridional.

La costa meridional de Sicilia contó, además, con dos ciudades famosas: *Gela*, fundada conjuntamente por rodios y cretenses, y *Agrigento*, creada por Gela con participación de rodios. Ambas gozaban de un rico territorio, y los restos de sus magníficos edificios públicos son un exponente del alto nivel económico alcanzado.

Colonos procedentes de Acaya se establecieron en la costa oriental de la Magna Grecia, al norte de Locros Epicefiria. Se fundaron *Síbaris* y *Crotona* —la primera en pleno golfo de Tarento, y la segunda, a la entrada del mismo—, y poco después *Caulonia*, más al sur. Todas ellas tenían buenas tierras, aunque la más privilegiada era Síbaris, que hasta su desaparición por obra de Crotona en el 510 a. de C. encarnó para los griegos el prototipo de la vida fácil y regalada. Fue uno de los centros comerciales más importantes de la zona, debido a su relación directa en este terreno con Mileto, el gran mercado del Mediterráneo oriental, por un lado, y con Etruria, por otro. Síbaris acaparó, por tanto, una parte importante del comercio transmediterráneo, que eludía así el paso por el estrecho de Mesina. Las fundaciones de *Metaponto*, en el mismo golfo de Tarento, y *Posidonia* o *Pesto*, asomada al mar Tirreno, se atribuyen a Síbaris y deben ponerse en relación con el trasiego comercial con Etruria.

Hay que destacar en la parte más recóndita del golfo de *Tarento* la colonia que le da su nombre, única fundación espartana, que la tradición atribuía, tal vez sin mucho fundamento, al exilio obligado de los hijos naturales nacidos a las mujeres de Esparta durante la larga ausencia de sus esposos en las Guerras Mesenias. Comerció con su metrópoli y con estados griegos, como Corinto, y, además de tener un magnífico puerto bien abrigado, contaba con buenas tierras.

Cerca de Tarento se hallaba, en fin, una única fundación jónica, *Siris*, creada por emigrantes de Colofón. Se encontraba en la zona que los Aqueos tenían como suya, y fue destruida, en efecto, a mediados del siglo VI por Síbaris, Crotona y Metaponto.

d) *Los asentamientos en el Adriático*. En cierto modo, la primera colonia griega en el Adriático fue la de la isla de Corcira (ver *supra*). Esta ciudad, independiente y emprendedora, fundó en la costa ilírica en el 627 la colonia de *Epidamno* (la romana *Dyrrhachium*, hoy Durazzo), que posiblemente ambicionaba el acceso directo a las minas de plata ilíricas, al margen de otros intereses comerciales; poco después, Corinto fundó *Apolonia*, un poco más al sur. A principios del siglo VI, Corcira y su aliada minorasiática Cnido crearon *Corcira Negra* en una isla del archipiélago dálmata, ocupando también los griegos las islas adyacentes. La tradición atribuía, sin embargo, a los eubeos la primera exploración de esta zona, con la fundación de *Orico*, en las fronteras de Grecia e Iliria, pero no tenemos información arqueológica de esos asentamientos.

El área de la desembocadura del Poo llegó a ser de dominio etrusco, pero estuvo muy frecuentada por los griegos, que tenían por suya la ciudad de *Espina*.

e) *Las fundaciones africanas*. La costa norteafricana era dominio ancestral de los púnicos, pero los griegos consiguieron afirmar su presencia en Egipto y la Cirenaica. Colonos dorios procedentes de la isla de Tera, junto con algunos cretenses, se instalaron en esta última región en el tercio final del siglo VII a. de C. recibiendo nuevos aportes poblacionales dorios de diversa procedencia un par de generaciones después. *Cirene* atraviesa muchas vicisitudes políticas, tanto en el orden interno como en sus relaciones con el medio indígena, pero ello no le impide alcanzar una floreciente riqueza, obtenida de los recursos naturales del país y del activo comercio de su puerto de Apolonia.

Por el contrario, *Naucratis*, la colonia establecida en territorio egipcio, muy cerca de Sais, fue exclusivamente un puesto comercial, que carecía de tierra y tenía, por consiguiente, una población reducida y muy mezclada. Naucratis era en realidad un puerto que el Faraón había cedido a los griegos de Asia Menor para facilitar las transacciones

comerciales con ellos. Después se admitió a elementos procedentes de otros estados griegos, pero siempre relacionados con el comercio.

Para la cultura griega tiene, sin embargo, Naucratis un enorme valor, ya que en ese lugar cosmopolita y abierto a todo visitante encontraron los intelectuales de la Grecia clásica las fuentes de la sabiduría oriental, mezcla de mitos y conocimientos científicos, que conservaban los egipcios.

f) *Las colonias del extremo occidente.* Fueron los focenses de Asia Menor quienes consiguieron contactar con la ruta de los metales que llevaba el estaño procedente de las llamadas *islas Casitéridas* hasta el Mediterráneo, cruzando Europa por los valles del Loira y el Ródano. En la desembocadura de este último río fundaron *Masilía* (Marsella) en el año 600. La colonia tuvo un crecimiento rápido, convirtiéndose en el centro comercial de distribución de productos destinados al sur de la Galia. Además de contar con el puerto, la ciudad se asentaba hacia el interior y tenía un rico territorio. Hubo de hacer frente a la hostilidad indígena, así como a la de los etruscos y los cartagineses, cuyas respectivas áreas comerciales había invadido. Constituía una comunidad amplia, que revela en sus cultos, costumbres y cerámica su procedencia anatolia. En la misma Costa Azul, Masilia fundó *Antípolis* (Antibes) y *Agate* (Agde), logrando además extender su influencia hacia las costas ibéricas.

Emporio (Ampurias) parece haber sido en un principio un puesto comercial de etruscos y fenicios, pero los focenses de Masilia se establecieron más tarde en su *Paleópolis* —pequeña isla aneja a la costa—, pasando seguidamente a tierra firme, donde convivieron con la población indígena, aunque separados de ella. Los lazos que unían a Emporio con su metrópolis fueron particularmente estrechos, y es probable que existiera una subordinación en términos políticos y administrativos. La tradición que hacía a los Rodios fundadores de *Roda* (Rosas), cerca de Emporio, no es acorde con los testimonios arqueológicos, habida cuenta de la escasez de cerámica rodia en la Península Ibérica. Posiblemente fueran los focenses de Masilia los únicos que crearon colonias en la costa oriental de Hispania, aunque, en cualquier caso, las fundaciones de *Hemeroscopeo*, *Alonis* y *Acra Leuce*, que les atribuía la tradición, no han podido ser localizadas y, por ende, tampoco estudiadas.

CAPÍTULO II

LA LENGUA DE LOS GRIEGOS

LA PREHISTORIA DEL GRIEGO

Desde los comienzos del periodo histórico, es decir, desde los primeros siglos del primer milenio a. de C. , el área geográfica correspondiente al Mundo Griego tenía una lengua bien definida, por oposición a las de las áreas circundantes. Pertenecía a la gran familia lingüística llamada indoeuropea, presentando dentro de ella las mayores afinidades con el grupo iranio-armenio-frigio. Sin embargo, hoy parece claro que el proceso de formación de la lengua griega tuvo lugar al margen del resto del área lingüística indoeuropea, de suerte que el griego constituye por sí mismo una rama de la familia indoeuropea, y no una lengua perteneciente a una subfamilia o grupo, de la que se hubiera posteriormente desgajado, como es el caso, por ejemplo, de cada una de las lenguas germánicas.

Después de constituirse la lengua griega, o lo que podríamos llamar convencionalmente *protogriego*, en la zona del área balcánica, tuvo lugar una diferenciación dialectal, que se presenta en un grado muy avanzado en el siglo V a. de C., cuando empezamos a tener testimonios más completos del panorama dialectal griego. En esa época, los hablantes de los distintos dialectos no eran incapaces de entenderse entre sí, pero ello no significa que no tuvieran serias dificultades para hacerlo, y cabe suponer que las posibilidades de intercambio de mensajes resultaban de suyo bastante limitadas. Otra cosa es que, en razón de las estrechas relaciones existentes entre unas zonas y otras, hubiera en casi todas las comunidades un número mayor o menor de individuos familiarizados con las principales variantes de los distintos dialectos, y capaces, por tanto, de entenderse con cualquier griego.

Hasta aquí, la cuestión es más o menos clara, pero las dificultades surgen y se multiplican cuando se trata de reconstruir el proceso histórico a través del cual nacieron y se diversificaron los principales grupos dialectales. Se ha trabajado mucho desde el siglo pasado en este terreno, y en las últimas décadas se han vuelto a plantear todas las cuestiones de raíz, debido a que la interpretación tradicional no parecía satisfactoria. Ahora bien, como ocurre con frecuencia cuando se procede a la revisión y verificación de tesis largo tiempo aceptadas, son más numerosos los problemas ahora suscitados que los resueltos.

Una cuestión clave es la de saber si la tradicional clasificación de los dialectos griegos en los cuatro grupos etiquetados como *jónico-ático*, *eolio*, *arcado-chipriota* y *occidental-dórico*, que en definitiva arranca de los propios griegos, es históricamente correcta. El tratamiento de esta problemática se beneficia de los modernos avances en dialectología, pero depende de una integración de los testimonios lingüísticos con los testimonios arqueológicos, en la medida en que las conclusiones alcanzadas deben ser coherentes con los puntos de vista sobre la distribución de las comunidades griegas a finales de la Edad de Bronce y sobre sus movimientos por el territorio.

Dos obstáculos de tipo general se oponen en este caso a la resolución definitiva de los problemas. En primer lugar, la escasez y ambigüedad de los testimonios lingüísticos. La única lengua de la Edad del Bronce directamente documentada es la de las *tablillas micénicas*, pero, por la propia naturaleza de esos documentos, sólo tiene en ellos un reflejo parcial y escueto, muy limitado semántica y gramaticalmente; y, por otra parte, no sabemos en qué medida representa la lengua hablada en el ámbito de esa civilización. Los testimonios complementarios proceden sobre todo de la toponimia, y resultan muy difíciles de manejar si tenemos en cuenta la existencia en el territorio helénico al menos de una lengua no indoeuropea, cuando los hablantes de griego o protogriego se extendieron por él. El grado de pervivencia de ese sustrato lingüístico es imposible de establecer, y las opiniones son divergentes en lo que respecta a la adscripción al mismo de determinadas formaciones toponímicas características de la prehistoria de Grecia.

El otro obstáculo es el problema metodológico que plantea la utilización de la arqueología como fuente indirecta para la prehistoria de la lengua. La documentación arqueológica se refiere por principio a la cultura material, y no existe una ley histórica que relacione los cambios materiales con los movimientos y mezcla de poblaciones y con los cambios lingüísticos. Sin embargo, los únicos testimonios que van aumentando son, salvo rarísimas excepciones, los arqueológicos, de modo que parece obligado prestarles atención, por más que su ayuda sea indirecta y subsidiaria. El problema metodológico consiste, pues, en establecer un hilo conductor —aunque sólo sirva para esbozar, o eventualmente contrastar, hipótesis de trabajo— entre los cambios lingüísticos y los cambios materiales.

Los cambios lingüísticos que ahora nos interesan son tanto los que afectan a toda lengua en virtud de su proceso de evolución interna, como los que conllevan la sustitución de una lengua por otra o de un dialecto por otro; así, por un lado, la formación de la lengua griega y el desarrollo de sus correspondientes dialectos, y, por otro, el hecho constatable de la desaparición de la lengua o las lenguas prehelénicas de la península Balcánica, o el no menos cierto de la generalización del dialecto dorio en un área geográfica donde se había documentado el micénico.

Hemos asistido en la Historia a fenómenos de recesión de unas lenguas en beneficio de otras dentro de comunidades que apenas habían sufrido alteración poblacional, pero en esos casos la lengua invasora correspondía a un pueblo de nivel muy superior, que dominaba políticamente y colonizaba culturalmente al otro. Así se explica el caso singular de la difusión del latín. En la época que nos ocupa no pudo darse ninguna sustitución semejante, de suerte que, salvo pruebas fehacientes en contra, cabría suponer que la adopción de una lengua o dialecto nuevos en un área determinada obedeció a la sustitución parcial o total de unas poblaciones por otras.

Desde esta posición, la mayor dificultad reside en la correcta evaluación de las po-

sibles huellas arqueológicas de los movimientos humanos, que son básicamente las destrucciones y los cambios en la cultura material. Unas y otros pueden tener otras causas, y, a su vez, la ausencia de estos testimonios materiales no constituye de suyo un argumento *ex silentio* en contra de un movimiento de población. Y tampoco es fácil controlar los factores que, en los casos de mezcla de poblaciones heterohablantes, determinan la pervivencia de la lengua indígena o bien la imposición de la invasora.

Son tres las cuestiones básicas que se plantean en la prehistoria de la lengua griega, y las tres están muy relacionadas entre sí. En primer lugar, dado que los dialectos griegos históricos remiten todos ellos a una lengua común claramente distinta de las demás lenguas indoeuropeas conocidas, hay que preguntarse cuándo y dónde se formó esa lengua. La segunda cuestión es la de interpretar la diferenciación dialectal primaria en términos cronológicos y geográficos, sobre la base de que tenemos documentado uno de esos dialectos en el Bronce Reciente. Finalmente, la tercera cuestión consiste en interpretar el mapa dialectal de la Grecia histórica en función de los complejos movimientos humanos y transformaciones culturales operados en la llamada Edad Oscura.

La formación de la lengua griega en su estadio anterior a la fragmentación dialectal tuvo que ser un proceso largo, consonante con la permanencia en una misma zona de la comunidad que lo protagonizó; y, por otra parte, un proceso posterior a la fragmentación y dispersión del núcleo indoeuropeo primitivo. Sin embargo, sobre este último asunto reina el desacuerdo más absoluto, que se resume en dos alternativas básicas. O bien el indoeuropeo es una lengua neolítica del sureste de Europa, que evolucionó en esa zona de agricultores desde el cuarto milenio, o bien —de acuerdo con la tesis tradicional, que conserva hoy en día muchos defensores— el indoeuropeo se consolidó y empezó a fragmentarse hacia el año 3000 a. de C. en las estepas asiáticas occidentales, entre poblaciones de tipo nómada, siendo luego introducido por inmigrantes del grupo Kurgan, como postularan Hammond, Gimbutas y Crossland, primero en la región del Ponto y luego en Anatolia, Grecia y el área danubiana. La primera de estas hipótesis implicaría que la región balcánica era una parte del área indoeuropea primitiva, y que incluso antes del 3000 a. de C., podían encontrarse asentados en ella los hablantes del protogriego que dio origen a esta lengua.

En cualquier caso, es importante tener en cuenta el hecho modernamente resaltado de que la lengua griega no acusa influencias significativas ni de lenguas no indoeuropeas ni de otra lengua indoeuropea más o menos afín, lo que hace pensar que la indoeuropeización de la futura Hélade es un fenómeno identificable con el de la difusión de la lengua griega o protogriega desde su lugar de formación. Con esta cuestión se relaciona la tesis, hoy comúnmente aceptada, que encuentra en la Grecia Central y el Peloponeso el lugar de origen de la llamada cerámica *minia*, lo que permite descartar viejas teorías sobre la penetración de los primeros griegos o de los primeros indoeuropeos en Grecia desde Asia Menor en el tránsito del Heládico Antiguo al Medio. La llegada de los futuros griegos a Grecia parece ya un hecho definitivamente independiente de la difusión de la cerámica *minia* (ver *infra*) y las nuevas excavaciones arqueológicas han revelado un corte más significativo entre el Heládico Antiguo II y el III que entre este periodo y el Heládico Medio (ver *infra*). Por otra parte, como ya indicara Mylonas en 1962, no existe entre el Heládico Medio y el Reciente un corte tan importante y tan generalizado como para postular en ese momento la llegada de una nueva población que hubiera podido sustituir a la preexistente.

En consecuencia, y en cierto modo por exclusión, se ha abierto camino la tesis que

considera como protohelénicos los elementos que a finales del tercer milenio cambiaron la fisonomía cultural de la Grecia peninsular, creando una situación que habría permanecido sin grandes cambios hasta el 1700 ó 1650 a. de C., en que, por razones difíciles de precisar, tuvo lugar una aceleración cultural centrada en el noreste del Peloponeso, que dio nacimiento a la Civilización Micénica. Así, pues, admitiendo como todavía abierta la cuestión del origen último de las lenguas indoeuropeas, es generalmente aceptado el hecho de que durante la Edad del Bronce se produjo una expansión del área lingüística indoeuropea hacia la región del Egeo, introduciéndose entonces el griego o protogriego desde el área en que se hablaba hasta la Grecia Central y el Peloponeso. A esta tesis general se suman matizaciones divergentes. O bien el protogriego se formó en el norte de Grecia, o bien fue introducido hasta allí desde una zona balcánica más septentrional o incluso desde otra región situada más al este.

Queda en suspenso por el momento la sugerencia maximalista de Renfrew de que la totalidad de Grecia y probablemente también Creta se incluían dentro de la región en que se desarrolló el indoeuropeo paralelamente a la difusión de las culturas neolíticas, a partir del quinto milenio. Carece de pruebas fehacientes, basándose en realidad en el argumento general esgrimido por su autor respecto de la generalización de las lenguas indoeuropeas, en el sentido de que sólo con la revolución neolítica se produjo a la vez un movimiento constante y paulatino de poblaciones y una eclosión demográfica importante, hechos éstos que podrían explicar la enorme y completa dispersión de esas lenguas a partir de una pequeña comunidad originaria. En el caso de Grecia, las series de topónimos que están bien documentados por todo el territorio, con la excepción precisamente del norte, y que no parecen indoeuropeos, así como las características de la lengua escrita en Lineal A, en lo que se ha podido apreciar, sugieren la presencia de al menos una lengua no indoeuropea en época neolítica. En cuanto a la tesis de que el griego entró en Grecia procedente del noroeste de Anatolia, ya hemos dicho que parece descartada.

La prehistoria de los dialectos griegos plantea retos muy difíciles al investigador. ¿Existió alguna vez un griego común del que derivaron sus dialectos, o bien el protogriego fue una pluralidad de derivaciones indoeuropeas relativamente afines, que luego confluyeron por asimilación recíproca? Esta cuestión, aunque distinta, es inseparable en su tratamiento de la relativa a la formación de los dialectos griegos históricos a partir del estadio prehistórico más avanzado. Obviamente hay que ir desde el después hacia el antes, puesto que sólo el después es conocido, y empezar por hacer una clasificación estructural aceptable de los dialectos históricos. Desde esta posición se puede abordar la diacronía hacia atrás, intentando establecer conexiones entre los dialectos prehistóricos que se consideran como ancestros de los históricos. Podrían reconstruirse así fases sucesivas de la diferenciación dialectal y fenómenos de interacción secundaria, en consonancia todo ello con los movimientos poblacionales y otros factores del proceso histórico relevantes para la lengua.

Son muchas, empero, las piezas fundamentales de este esquema que nos faltan, y cualquier reconstrucción puede ser un castillo de naipes. Se impone, por tanto, la cautela en la elaboración de las hipótesis, y mucho más de las conclusiones. Como ya se ha dicho, los dialectos griegos no presentan rasgos comunes importantes que deben ser interpretados como el resultado de contactos prehistóricos con una o más lenguas no indoeuropeas, lo que permite suponer que esos dialectos proceden de una evolución continua a partir de un único dialecto indoeuropeo. Sólo se puede asegurar, de hecho,

que una lengua esencialmente homogénea es el ancestro directo de todos los dialectos griegos, pero, en cualquier caso, este hecho sería bastante difícil de armonizar con la eventualidad de que esa lengua se hubiera configurado en toda o casi toda la península helénica. Tiene más sentido suponer que el proceso tuvo lugar en un área más reducida y alejada de contactos con otras lenguas. Tampoco se puede concluir que un griego común haya llegado a hablarse alguna vez en toda la Grecia prehistórica: la diferenciación dialectal puede haber sido un proceso simultáneo a la irradiación poblacional desde el área de formación del ancestro común.

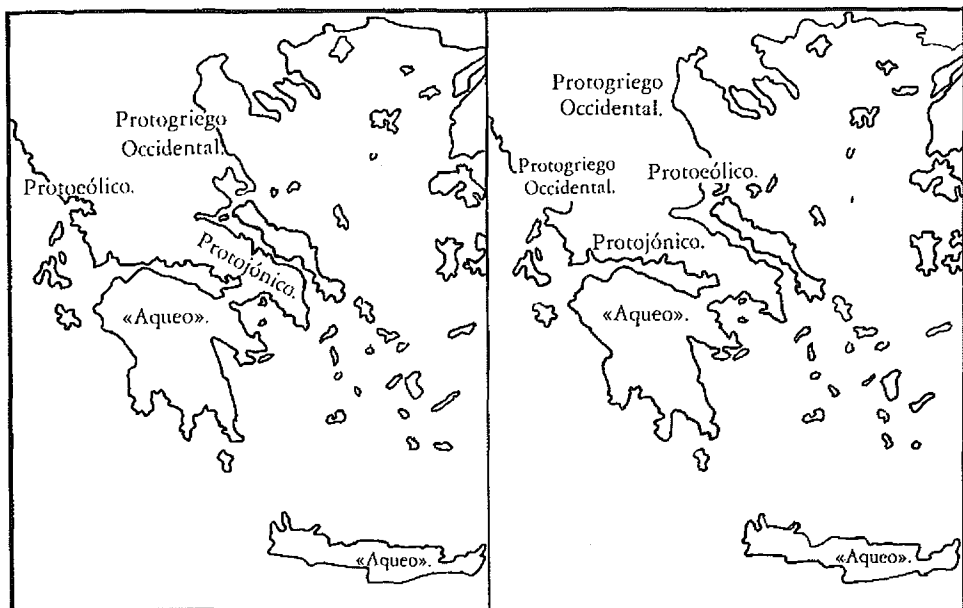
La aplicación de las técnicas y métodos de la moderna dialectología al estudio de los dialectos griegos ha sido fructífera. La consideración isoglósica de las diferencias y semejanzas entre ellos sugiere un proceso de diferenciación mucho más complejo del que correspondería a la agrupación tradicional de todos los dialectos históricos en cuatro bloques, que presupone la existencia previa de otros tantos ancestros prehistóricos para los mismos. La organización en cuatro grupos, que vienen a coincidir grosso modo con los tradicionales (asociando el aqueo-micénico al grupo arcado-chipriota), se mantiene en principio, pero las relaciones entre esos grupos en términos diacrónicos se presentan en formas más complejas y novedosas, intentando explicar los problemas que planteaba la interpretación tradicional, y en especial la inclusión de la lengua del Líneal B en el esquema.

Existen divergencias importantes entre las conclusiones a que han llegado los lingüistas en sus respectivos replanteamientos de la prehistoria de los dialectos griegos, pero se acepta en general la idea de que a finales del periodo micénico la lengua griega estaba diferenciada en dos grandes grupos de dialectos: uno septentrional, definido como protogriego occidental, y otro meridional. La dificultad está en saber si en ese mismo periodo había ya un tercer grupo dialectal protoeólico, y si el grupo meridional —tanto si incluía un subgrupo protoeólico como si no— estaba por entonces diferenciado o no en un subgrupo protojónico y uno o más subgrupos peloponesios.

Georgiev defiende incluso para el Bronce Medio la existencia de un dialecto protojónico y otro protoeólico, mostrándose favorable a la tesis tradicional de que había habido tres desplazamientos poblacionales importantes de pueblos de lengua griega hacia el Peloponeso, pero incluso desde una posición más restrictiva, como es la de Bartonek, que se conforma con distinguir en el Bronce Reciente una gran diferenciación entre grupo del norte y grupo del sur, sin llevar más allá sus conclusiones, queda respaldada por la lingüística la idea de que al final de la Edad del Bronce existía una importante diferenciación cultural entre la Grecia Central y el Peloponeso, por un lado, y el norte y occidente, por otro, hasta el punto de haberse sentido las respectivas poblaciones como étnicamente distintas. Con este planteamiento se refuerza la tradición de la invasión doria frente a quienes han intentado negarla y han defendido la presencia de los dorios en el sur de Grecia durante el periodo micénico.

Las conclusiones a que llegara Collinge en la clasificación isoglósica de los dialectos griegos históricos no son incompatibles con un panorama del Bronce Reciente en que ya aparezcan los cuatro grupos —*protogriego occidental*, *protoeólico*, *protojónico* y *aqueomicénico*. Crossland presenta dos alternativas de posición de los grupos dialectales a finales de la Edad del Bronce.

Una primera posibilidad es que en el Bronce Final el protogriego occidental (que por entonces incluiría el protodorio) fuera hablado al norte y al oeste de Tesalia; el protoeólico, en Tesalia; el protojónico, principalmente en Beocia (con una extensión



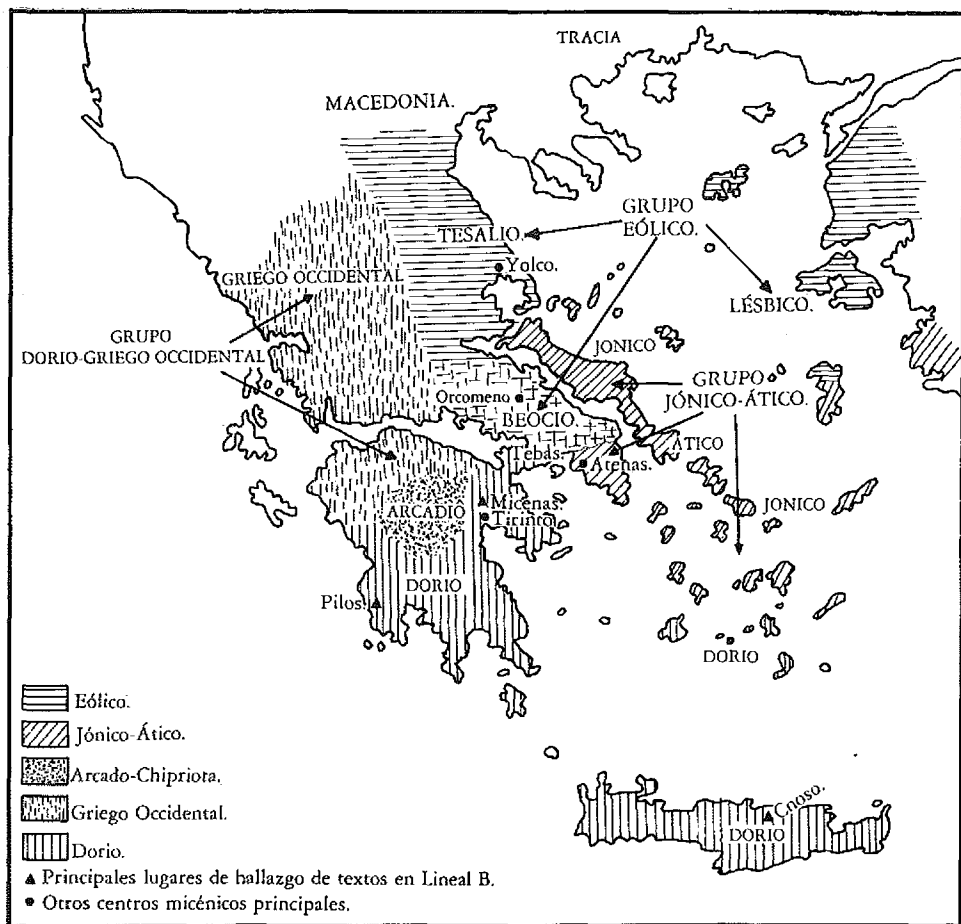
Dos posibles distribuciones de los grupos dialectales griegos a finales del segundo milenio a. de C.

posterior hacia el Ática), impidiendo el contacto entre el protoeólico y el aqueomicénico del Peloponeso. Los tres últimos grupos habrían formado un continuum en el área de la civilización micénica, bien diferenciado de la periferia noroccidental y caracterizado por los contactos e intercambios correspondientes a una única, distinta y avanzada región cultural.

La otra posibilidad, que es la que sugiere Collinge a partir de su análisis de los dialectos históricos, es que en el Bronce Final el protogriego occidental-protodorio fuera hablado en Tesalia, y el protoeolio, en la Grecia occidental. La posición de los grupos a comienzos del periodo clásico se explicaría suponiendo un corrimiento hacia el este de los hablantes eólicos. A su vez, la tesis de Risch y Chadwick en el sentido de que el jónico se desarrolló como dialecto bien diferenciado después de los movimientos de pueblos que cierran el Bronce Final, explicaría sus semejanzas respecto del grupo histórico dorio-noroccidental. En fin, si en verdad se produjo una migración eolia desde Tesalia al Peloponeso hacia el 1400 ó 1250 a. de C., ello explicaría las semejanzas existentes entre el eolio, el micénico y el arcadochipriota.

LOS DIALECTOS HABLADOS HISTÓRICAMENTE

Se articulan, como hemos dicho, en cuatro grupos: jónico-ático/arcado-chipriota/eólico/griego occidental. Esta diferenciación responde a sus rasgos distintivos, que son naturalmente el resultado del proceso de su formación. Pero los hablantes de los cuatro grupos presentan una acusada discontinuidad geográfica, que también se aprecia en algunos de los dialectos que integran esos grupos. Ello es debido a los distintos movimientos migratorios.



Distribución de los dialectos griegos en los cuatro grupos tradicionales a comienzos de la época histórica.

a) *Grupo jónico-ático.* Comprende dos dialectos muy afines: el *jónico* y el *ático*. En la *Iliada*, que recoge tradiciones de la Edad del Bronce, los jonios aparecen como vecinos de los beocios y los locrios, es decir, como habitantes del Ática y de la isla de Eubea. Todavía no se había producido entonces la emigración jonia al Asia Menor, y tampoco, por ende, la diferenciación dialectal entre jónico y ático.

A partir de la Época Arcaica el jónico es sobre todo el dialecto de la región costera minorasiática llamada Jonia y de sus islas adyacentes. La población de la Dodecápolis jonia y demás ciudades del territorio, desde Focea hasta Halicarnaso, estaba muy mezclada en su origen, no sólo por la pluralidad de estirpes griegas que habían participado en la colonización, sino por la fusión con el entorno indígena, en especial con las mujeres carias. Sin embargo, en toda la Jonia y en las colonias fundadas por Mileto en el área del Mar Negro se hablaba el dialecto jónico con una gran pureza, de la que se hacía gala, y que era fruto de la fuerte cohesión y conciencia de unidad que caracterizaba a la Jonia. También se hablaba el jónico en la isla de Eubea y las Cícladas, así

como en las colonias fundadas por calcidios y eretrios en la costa septentrional del Egeo, en la costa oriental de Sicilia y en la Magna Grecia.

En el territorio de Atenas, el Ática, se hablaba el dialecto ático, algunas de cuyas particularidades distintivas frente al jónico de Asia Menor se daban, sin embargo, en el jónico de Eubea.

b) *Grupo arcado-chipriota*. Es el residuo en época histórica del conjunto dialectal del Peloponeso correspondiente al Bronce Final, en el que se incluye la lengua de las *tablillas micénicas*. El arcadio y el chipriota son dos dialectos muy semejantes, hablados, respectivamente, en la Arcadia y en la lejana isla de Chipre. Una serie de leyendas ilustran la colonización griega de Chipre desde el Peloponeso, llevada a cabo en torno al 1000 a. de C. y atribuida a gentes procedentes de la Arcadia, Laconia, Argos y Sición. Ello explica la afinidad lingüística entre regiones tan alejadas entre sí.

c) *Grupo eolio*. Compende tres dialectos históricos: *lésbico*, *tesalio* y *beocio*. El primero es el de la Eólida oriental, que inicialmente comprendía la isla de Lesbos y la costa minorasiática de enfrente hasta Esmirna, incluyendo Clazómenas, Eritras y la isla de Quíos. La expansión de los jonios de Asia Menor hacia el norte redujo este área eolia a una pequeña porción de costa por encima de Focea y a la isla de Lesbos, que era la verdadera Eólida de Asia Menor.

El tesalio se encontraba en estado puro sólo en la parte oriental de Tesalia, ya que por el oeste era cada vez mayor el predominio del griego occidental. Esta influencia aparece también muy acusada en el tercer dialecto eolio, que se hablaba en Beocia en época histórica.

El dialecto eolio prehistórico fue uno de los que sufrieron mayor fragmentación, debido a que sus hablantes fueron desplazados en la época de las migraciones, posiblemente por el empuje de los dorios. Toda Tesalia parece haber pertenecido una vez al área eólica e incluso haber sido la tierra donde se formó el dialecto (ver *supra*). La presión de los griegos occidentales sobre Tesalia debe de haber producido el corrimiento de algunos de sus elementos hacia Beocia, antes en el área jónica. El propio Tucídides recuerda la tradición del origen tesalio de los beocios.

La región de Etolia tenía eolios junto al golfo de Corinto, en las ciudades de Calidón y Pleurón, pero no sabemos si era el residuo de una penetración noroccidental en Etolia, o bien se habían trasladado allí desde Tesalia. En realidad, desconocemos el área de dispersión de los pueblos eólicos antes de producirse las grandes migraciones de finales del segundo milenio que tanto afectaron al mosaico étnico de la Grecia Central y el Peloponeso.

Finalmente, la Élide, incluida en el área doria en época histórica, presenta muchos testimonios, no sólo lingüísticos, de inmigración eolia. Rasgos eolios aparecen asimismo en los dialectos dorios de Corinto y la Argólida, lo que sugiere una penetración en el Peloponeso de estas gentes a través del istmo. Esta eolización de la Argólida previa a su dorización se hace patente, por otra parte, en los eolismos que aparecen en las islas dóricas del Egeo, como la de Rodas, colonizadas verosímelmente desde la Argólida.

d) *Grupo occidental*. La gran región del Epiro, en el noroeste de Grecia, podría haber sido la zona donde se configuró en época prehistórica este grupo dialectal. En

el periodo histórico el grupo comprende dos piñas de dialectos. Una, la de los llamados *griegos del noroeste*, comprendía las variantes del Epiro, Arcarnania, Etolia, Lócride y Fócide (incluida Delfos), muy relacionados entre sí, aunque sus respectivos hablantes carecieran de una cohesión étnica significativa. La otra era la de los dialectos *dorios*, hablados en todo el Peloponeso, con excepción de la Arcadia y de la pequeña Trifilia, al sur de la Elide, en la Dóride minorasiática e islas adyacentes y en las colonias fundadas por estados dorios. Aquí sí existía una comunidad cultural y una conciencia de singularidad étnica, aunque ello fuera en gran parte un fenómeno históricamente secundario. Los dialectos dorios del Peloponeso tienen una gran semejanza entre sí, si bien algunos de ellos, como son el de Acaya y la Élide, presentan afinidades peculiares muy importantes con el subgrupo noroccidental, en el que podrían incluirse igualmente.

LAS LENGUAS LITERARIAS

La diversificación dialectal dio lugar entre los griegos a una concepción peculiar de la lengua, que constituye un rasgo significativo de su cultura, no siempre bien resaltado. Tenían, ya lo hemos dicho, una conciencia clara de su singularidad lingüística frente a otros pueblos, pero, al mismo tiempo, su lengua era una pluralidad de lenguas. En el ámbito de la lengua hablada, cada griego tenía por suya la de la estirpe o ciudad a que pertenecía, pero para los griegos clásicos la lengua había rebasado su valor primario de mecanismo de comunicación, o su carácter de signo de identidad étnica, para convertirse en un instrumento de expresión artística. Como es sabido, los griegos desarrollaron una gran variedad de géneros literarios, que, a no ser en las áreas culturales más relegadas, eran productos populares, no porque carecieran de un autor individual y conocido, sino porque la literatura, ya fuera la de las obras dramáticas, ya la de los *poemas homéricos*, ya la de los cantos corales, ya, en fin, la de los discursos forenses o políticos, tenía como destinatario al pueblo y llegaba, en efecto, hasta él.

Ocurría, sin embargo, que los géneros literarios se había originado en distintas épocas y regiones, por lo cual habían adoptado formas lingüísticas también diversas. Y, familiarizados como estaban los griegos con el fenómeno del dialectismo, aceptaron sin rechazo el hecho de que cada género tuviera también su dialecto peculiar. Lo aceptaba el público y lo aceptaba el artista. Quien cultivaba un género poético conocía y manejaba el dialecto literario correspondiente, fuera cual fuera su dialecto materno o la estirpe griega a la que pertenecía. Como ejemplo elocuente se puede citar el caso del poeta laconio Tirteo, que compone en el siglo VII a. de C. elegías guerreras destinadas a exhortar al combate a sus conmillitones espartanos de habla doria, utilizando, sin embargo, el dialecto jónico épico de sus predecesores en el género.

Este hecho, que estaba directamente motivado por las técnicas de composición poética, fue indudablemente enriquecedor para los griegos desde un punto de vista cultural, y contribuyó a realzar su vivencia del panhelenismo como un complejo de manifestaciones muy diversificadas e individualizadas. Al mismo tiempo, para el creador literario la lengua aparecía como una materia plástica artísticamente moldeable; su actividad, cual la del escultor, tenía unos condicionamientos estilísticos y no podía ser ajena a las exigencias del público, pero la lengua estaba totalmente abierta al desarrollo de la inspiración personal. Ningún poeta o prosista griego escribió en una lengua

que pudiéramos llamar común. Había siempre un tratamiento refinado de la sintaxis o el léxico, que convertía la obra en un producto artístico; mucho más en el caso de los poetas, fieles al dialecto del género, pero que desarrollaban, sin embargo, su gusto personal por encima de todo convencionalismo. Podemos así hablar con toda propiedad de una lengua de Esquilo, de una lengua de Heródoto, de una lengua de Píndaro o de una lengua de Demóstenes.

La *lengua de la epopeya*, plasmada en los *poemas homéricos*, se desarrolló durante siglos en las escuelas de poetas y rapsodos de Jonia, con anterioridad a la composición de la *Iliada*. Tiene una componente jónica fundamental, pero abundan en ella los eolismos, que representan aparentemente el estrato más antiguo del género. Los condicionamientos métricos del hexámetro han impedido muchas veces su sustitución por jonismos, pero no siempre ocurría así, y, en cualquier caso, esos eolismos conferirían a la lengua épica su verdadera peculiaridad, tanto más cuanto que se encontraban incluidos en los elementos formularios. Por otra parte, la mezcla eólico-jónica de la lengua de la epopeya era muy distinta de la que se daba sin duda en la lengua hablada de muchas ciudades jonias, debido a la heterogeneidad de sus respectivas poblaciones. Los eolismos de la epopeya son por lo general extraños al dialecto lesbico y se encuentran, en cambio, en época histórica en el tesalio y el beocio. Es más que probable que los orígenes del género haya que buscarlos en la época micénica, quizá entre los eolios emigrados a la Argólida, que fueron más tarde a Asia Menor.

La lengua épica tuvo una evolución posterior a la composición de los *poemas homéricos*. En realidad, hay que considerar que las distintas escuelas de aedos, cuyas obras se han perdido, tenían sus propias peculiaridades en el tratamiento de la lengua, y, por otra parte, el texto de los *poemas homéricos*, tal y como ha llegado hasta nosotros, no es exactamente el original, ya que ha sufrido numerosas modificaciones puntuales en el largo camino de su transmisión.

También utilizó a su manera la lengua y el verso épico el poeta beocio Hesíodo en la composición de sus obras. Rasgos distintivos de la escuela en que aprendió su arte y mucho también de aportación personal, sobre todo en lo que a temática se refiere, alejan sus poemas de los homéricos.

La *elegía* fue otro género elaborado por los jonios, que combinaba su dialecto vivo con la lengua épica en una forma métrica original, el llamado dístico elegíaco, asociación del pentámetro con el tradicional exámetro dactílico de la epopeya. Su contenido era totalmente distinto del de ésta, y fue cultivada por poetas de diversas épocas y procedencias. Calino de Éfeso y Arquíloco de Paros, los más antiguos, son del área jónica, y así también Mimnermo y Jenófanes de Colofón. Tirteo, en cambio, era espartano, y Teognis, megarense; es decir, dorios ambos por lengua materna y dorios también los destinatarios de sus poemas. En el siglo VI a. de C. escribe sus famosas elegías el ateniense Solón, que dirige, por su parte, a sus conciudadanos atenientes. Algún dorismo o aticismo se desliza, respectivamente, en las obras de estos autores, pero son fieles todos ellos a la tradición de sus maestros jonios. En el siglo V, y más tarde entre los llamados poetas alejandrinos, se sigue cultivando una elegía llena de homerismos.

El *troqueo* y el *yambo* eran metros nacidos en Jonia, que utilizaban la lengua de la vida diaria. De hecho, el ritmo yámbico era el más consonante con el tono normal de la conversación. En la forma literaria que alcanzaron en Arquíloco y Semónides los yambos y troqueos se manifiesta una confluencia de la lengua homérica, siempre limitada

al dialecto jónico, con la que se busca, al parecer, elevar el género a una categoría artística.

Al lado de estas dos muestras de lengua poética puramente jónica basada en el trímetro yámbico y el tetrametro trocaico, se encuentra la gran representación de la lengua poética ática en los mismos metros: primero en los poemas de Solón, pero sobre todo incorporada al drama en sus partes dialogadas.

Otra lengua poética desarrollada en la Época Arcaica es la de la *lírica monódica*, que presenta también variantes dialectales. Alceo y Safo toman como base el dialecto eólico de Lesbos; Anacreonte de Teos, el jónico; y Corina de Tebas, el beocio. En todos los casos la base de la lengua literaria es el dialecto del poeta y de su auditorio, pero en todos también se hace sentir una gran influencia de la lengua de la epopeya, cuya intrínseca vitalidad creadora potencia la elaboración artística.

En el área doria cuajó en el siglo VIII a. de C. un género magno de la lírica griega, el *coral*. En la época de su verdadero creador, Alcmán, que trabajó en Esparta y para los Espartanos, la lengua de la lírica coral era dorio peloponésico impregnado de eolismos y de formas gramaticales y lexicales de la epopeya. Poco después, Estesícoro de Hímera e Ibico de Regio tomaron como maestro a Alcmán, aumentando, sin embargo, el número de las formas homéricas en perjuicio de la componente doria. Más adelante, los poetas de Ceos, Simónides y Baquilides, cuya lengua local era el jónico puro, aumentan todavía más la componente jónica de la lengua coral, limitando la doria a un tinte superficial, que revela, con todo, el condicionamiento lingüístico del género. Finalmente, Píndaro, nacido en la Tebas beocia, lleva la lírica coral a sus más altas cotas artísticas resucitando precisamente su lengua doria de los orígenes, que sigue teniendo en él abundantes adornos épicos.

Dos géneros muy diferentes, entre los ya mencionados, confluyen con sus respectivas lenguas poéticas en la *tragedia ática*: la lírica coral y el trímetro yámbico/tetrametro trocaico. Cada uno de los grandes trágicos trabaja la lengua de un modo personal, pero la fidelidad a la tradición de los géneros se mantiene, y es precisamente una característica fundamental de la tragedia ática la alternancia de unas partes muy diferenciadas, que tienen funciones específicas y formas peculiares de ejecución. El desarrollo argumental y el tratamiento de la acción se relacionan estructuralmente con el carácter y los rasgos formales de esos géneros.

La *comedia* es un tipo dramático que presenta ciertas analogías de forma con la tragedia, pero también grandes diferencias, tanto en su temática como en su lenguaje y composición. En sus orígenes sicilianos, Epicarmo, natural de Mégara Hiblea, utilizó una base doria salpicada de variantes dialectales, populares unas, solemnes otras. En Atenas, en cambio, el genial Aristófanes asume elementos extraños a ella, tomados de los dialectos extranjeros o de las lenguas literarias de otros géneros poéticos, en función del efecto cómico que se propone producir. Y también en aras de un mayor realismo: así, el megarensis y el beocio de los *Arcamienses*, o los laconios de la *Lisistrata*, hablan en escena sus respectivos dialectos maternos.

La farsa aristofánica utiliza sistemáticamente la parodia como elemento cómico, de suerte que por ella desfilan todos los géneros literarios y las grandes figuras conocidas de los atenienses. La más inagotable fantasía y la técnica más sofisticada definen la creatividad de Aristófanes, que no reconoce barreras en la utilización de la lengua: todo, absolutamente todo tiene cabida en su mágico crisol, y, cuando no le basta lo que tiene, crea palabras nuevas, aparatosos vocablos que alcanzan el límite de la expresividad. Sin

un público como el ateniense, dotado por tradición cultural de una extraordinaria receptividad en el terreno lingüístico, difícilmente podría haberse dado un fenómeno tan singular de creación literaria como es el teatro de Aristófanes.

Finalmente, se encuentran entre los griegos clásicos otras dos lenguas literarias importantes: la de la *prosa jonia* y la de la *prosa ática*. La primera está representada sobre todo por los logógrafos o primeros historiadores griegos, el más importante de los cuales es Heródoto. Se utiliza aquí el dialecto jónico más puro, que era el de Mileto, adornado, sin embargo, con palabras y giros elegantes, extraños a la lengua de la calle. Es notable el esfuerzo de Heródoto, oriundo, por otra parte, de la Halicarnaso doria, por crear una lengua literaria, es decir, artística, que difiriera claramente de la de los géneros poéticos, a pesar de que el recurso al caudal de la epopeya era de algún modo obligado. Esta misma lengua jónica pergeñada por Heródoto es utilizada por los filósofos jonios, como Heráclito de Éfeso o Demócrito de Abdera, así como por Hipócrates, dorio de la isla de Cos, en sus obras sobre medicina.

Mucho más compleja y diversificada es la lengua de la prosa ática, desarrollada en Atenas en los siglos V y IV a. de C. Como en el caso de la jónica, se trata del dialecto hablado, con un tratamiento cuidadoso de sus distintos recursos expresivos y estilísticos. En el siglo II de nuestra era se produjo una fuerte corriente de imitación de los prosistas áticos clásicos. Por entonces la lengua griega había sufrido ya una importante evolución que se consideraba como degenerativa, y esos autores neoáticos intentaron depurarla desde el supuesto, probablemente muy exagerado, de que la lengua literaria de los prosistas atenienses clásicos se había ajustado a unas normas estrictas de tipo académico que excluían toda forma dialectal o vulgar.

La imitación de los clásicos por parte de los aticistas fue un fenómeno de hipercorrección que debe de haber influido en la transmisión de los textos, alterando muchas veces sus formas genuinas. Ello nos impide evaluar el grado de purismo de la prosa ática. Probablemente haya que buscar un término medio, porque la imagen que tenían los aticistas de sus remotos antecesores parece fuera de contexto en la Atenas de los siglos V y IV. No cabe dudar, desde luego, de que la lengua de la prosa ática era deliberadamente culta, pero también hay indicios claros de que no se apartó del lenguaje vivo de la conversión, por más que procurara evitar lo excesivamente vulgar o chavacano. Desde su propio refinamiento de élite cada autor usaba sin duda de su libertad, llevado por su gusto personal y por las peculiaridades del contenido de su obra.

EL GRIEGO POSTCLÁSICO

La sumisión de los estados griegos a la monarquía macedónica es el hecho político decisivo que cierra la Grecia clásica y da paso al periodo Helenístico, caracterizado, entre otras cosas, por una expansión de la cultura griega hacia el Oriente. Esta inflexión política y cultural tiene una correspondencia en la literatura y la lengua, donde también se establece un tránsito del periodo clásico al postclásico. En el caso de la lengua se observa el fenómeno, a primera vista sorprendente, de la sustitución de los dialectos por una lengua común, la llamada *koimé*.

A comienzos de la Era Cristiana el panorama lingüístico del Mundo Griego había cambiado por completo con respecto al siglo IV a. de C. Antes, en un espacio geográfico mucho más restringido, convivía una pluralidad de dialectos, con rango muchos

de ellos de lenguas oficiales, y una serie de lenguas literarias; ahora todas las tierras del Mediterráneo oriental, por así decirlo, compartían una misma lengua, que era la de la calle, la de los documentos oficiales, la del comercio y la de la literatura en prosa. La diferencia no era ya de dialectos —que sólo en algunas zonas tenían una pervivencia residual paralela a la lengua común—, sino de estilos y calidades artísticas, tal y como ocurría en la lengua latina.

La base de la *koiné* es el dialecto ático, pero también se encuentran en ella elementos extraños, sobre todo jonismos, de suerte que el ático parece haber sido uno de los dialectos afectados por la imposición de la nueva lengua común; a no ser que el ático coloquial fuera ya en el siglo IV a. de C. una lengua adulterada, y que haya sido esa lengua la que se generalizó. De hecho, no se puede saber con certeza si un determinado jonismo de la *koiné*, estaba ya presente en un ático que podríamos llamar *vulgar*, o bien entró en el dialecto a través de la *koiné*. Posiblemente el proceso haya sido doble, dándose primero una contaminación del ático, que facilitó la confluencia de los dos dialectos más hablados y la generalización de la lengua resultante.

Se ha señalado que la constitución del imperio marítimo ateniense en el siglo V a. de C. fue el primer impulso para la formación de la *koiné*. La lengua ática alcanzó, en efecto, por entonces una amplia difusión; pero lo verdaderamente importante quizá fue la coincidencia de esa hegemonía política y económica de Atenas con su desarrollo intelectual y artístico, que convirtió a la ciudad en la capital cultural del Mundo Griego. El dialecto ático ganó entonces la partida al jónico, que había sido inicialmente la lengua de la cultura. Y fue precisamente el área de habla jónica la primera que postergó su dialecto en favor de la *koiné*.

Sin embargo, el factor que potenció la imposición de la lengua común jónicoática sobre el resto de los dialectos griegos y su penetración hacia el Oriente fue la creación del Imperio Macedónico. La clase dirigente macedónica, al menos en la época de Filipo, tenía el ático como lengua de cultura, siendo el *macedónico* tan sólo el habla vulgar de las gentes de la región. Parece que Filipo era capaz de escribir correctamente en ático, y, desde luego, de Alejandro podría decirse que tenía una educación ateniense, ya que su maestro Aristóteles, natural de Estagira, en la Calcídica jonia, había vivido desde su juventud en Atenas.

Filipo tenía una cancillería ática, y Alejandro utilizó el ático como lengua imperial, estimulando el arraigo de la cultura y la lengua griegas en los países conquistados, a través de una política de fundación de ciudades, que prosiguieron sus sucesores. Alejandría en Egipto, o Antioquía en Siria, por ejemplo, fueron grandes centros de mezcla de poblaciones griegas y orientales, que tenían la imperiosa necesidad de comunicarse, lo que sólo era posible manejando una lengua común. Y esa lengua no podía ser otra que la que ya se hablaba en la mayor parte del Mundo Griego y que era análoga a la utilizada en los documentos oficiales.

El uso como soporte de la escritura del papiro, un material mucho más barato y manejable que los que se habían utilizado en Grecia hasta entonces, fomentó el empleo de la lengua escrita en la vida diaria e hizo aumentar sensiblemente el número de las personas que sabían leer y escribir. Esto último contribuyó, a su vez, a la difusión de las obras literarias, escritas en su mayoría en ático. Así, el ático, que estaba a la vez dentro y fuera de la *koiné*, potenció la generalización de esta lengua, al tiempo que era cada vez más absorbido por ella en los ámbitos literario y cancelleresco.

En las ciudades jónicas de Asia Menor las inscripciones, que son casi nuestra única

fuentes de información sobre la lengua hablada, ya que fuera de Egipto no se han conservado los papiros, aparecen en un 80 por 100 en *koiné* pura en una fecha tan temprana como el siglo III a. de C.

Los territorios de habla doria, noroccidental y eolia adoptaron asimismo la *koiné*, aunque con un ritmo desigual y conservando algunos parches resistentes. Así, la aparición de un dialecto neolaconio, no muy distinto del laconio clásico, en el siglo II d. de C. prueba que la coinización de esa zona no había afectado a la lengua hablada, por más que, como en todas partes, los documentos oficiales se redactaran y se recibieran en la lengua común. Pero, en definitiva, la oposición dialectal a la *koiné* era una batalla perdida: en el siglo II d. de C. las inscripciones dialectales son raras, y después del IV desaparecen por completo. Las variantes dialectales del griego moderno derivan todas ellas de la *koiné*, con la única excepción del *tsaconio*, conservado en la parte oriental del Parnón, que deriva del neolaconio, aunque con ciertos elementos de la *koiné*.

La formación de la *koiné* constituye un proceso de confluencia dialectal, donde prevalece, como hemos dicho, el dialecto más fuerte, que era el ático, pero sufriendo una serie de influencias procedentes de los demás, que no son, por otra parte, aleatorias.

Se ha podido constatar que el proceso estuvo determinado por las siguientes tendencias. En primer lugar, se han impuesto todos los elementos que compartía el ático con el jónico, que eran muchos al tratarse de dos dialectos del mismo grupo. También se han impuesto los rasgos específicos del ático cuando los demás dialectos no compartían una misma variante, pero se han perdido esos rasgos específicos en los casos en que los otros dialectos sí tenían una variante común. Así, pues, la coinización de la lengua griega se muestra como un desarrollo natural de la misma estimulado por una serie de circunstancias históricas.

En lo que respecta al léxico, la lengua jónica tiene una representación muy importante en la *koiné*. Por supuesto, la inmensa mayoría del vocabulario era común al ático y al jónico, pero también había muchos vocablos específicos de este último dialecto. La *koiné* helenística presenta numerosas palabras que no se utilizan en la prosa ática y en cambio sí aparecen en los *poemas homéricos*, en Heródoto y en los trágicos. Su presencia en obras literarias, como la de Polibio o las del Nuevo Testamento, podría deberse, como se creyó en un principio, a una imitación deliberada de la literatura clásica por parte de esos autores, pero los papiros han venido a demostrar que pertenecían a la lengua del pueblo, luego deben de haber entrado en la *koiné* directamente del jónico.

Los poetas helenísticos sí destacan, en general, por su recurso a los clásicos, de modo que la lengua poética de esa época tiene un marcado carácter arcaizante que se proyecta no hacia el ático, sino hacia las lenguas poéticas más antiguas.

PRIMERA PARTE

LA CIVILIZACIÓN EGEA

RAQUEL LÓPEZ MELERO

INTRODUCCIÓN

Lo que se conoce como tal es en realidad un conjunto de unidades culturales que presentan elementos diferenciadores, pero también importantes conexiones entre sí, debidas a influencias mutuas, a afinidades etnográficas de las respectivas poblaciones, a la existencia de un sustrato común relativamente homogéneo y, por encima de todo, al factor geográfico, que explica al mismo tiempo la fragmentación de ese área cultural y su singularidad frente a las demás del amplio marco en que se inscribe, que es el Mediterráneo.

Esa piña de culturas ha recibido el nombre de Civilización Egea, porque se ubica en las tierras que rodean el mar Egeo y en las numerosas islas que lo pueblan. El espacio cronológico que cubren es, grosso modo, el de la Edad del Bronce en el Mediterráneo oriental, que se inicia con el tercer milenio y concluye a finales del segundo. En el tránsito del tercero al segundo milenios parece haber tenido lugar el establecimiento en el área del Egeo de lo que podríamos llamar las primeras comunidades helenuhablantes, cuya presencia produce cambios muy importantes en el desarrollo de la civilización, mientras que las migraciones hacia el sur de los últimos grupos humanos helénicos dentro de la propia Grecia, que coinciden con movimientos de otros pueblos por el resto del Mediterráneo oriental, marcan el paso de la Edad del Bronce a la llamada Edad Oscura.

La nomenclatura atribuida por los historiadores modernos a las cuatro grandes unidades culturales del Egeo no es uniforme y, en cualquier caso, resulta convencional. La *Civilización Cretense* corresponde a la isla de Creta y a los puntos del Mediterráneo que sufrieron su colonización. También se denomina *Paleocretense*, para diferenciarla de la que corresponde a la Creta histórica, aunque en realidad ha prevalecido la denominación propuesta por Evans de *Civilización Minoica*, derivada del nombre del mítico rey de Cnosos. Estas denominaciones cubren todo el periodo cultural, incluida la última fase, que es propiamente micénica.

En relación con la Grecia continental o peninsular, se habla de *Civilización Heládica* de un modo un tanto anacrónico e impropio, ya que el nombre de *Hélade* fue aplicado a Grecia más tarde, incluyendo también las islas del Egeo y Creta. La Civilización Heládica se ha dado en denominar *Micénica* a partir de la época de las primeras tumbas reales, es decir, en el periodo del Bronce Reciente. El nombre se pergeñó cuando el reino de Micenas parecía ser el centro de esa civilización, pero la localización de otros yacimientos arqueológicos afines en el Peloponeso y la Grecia Central ha venido a restar cierta propiedad a tal denominación, que resulta ya muy difícil de sustituir; de todos modos, Micenas, y en general la Argólida, parecen haber desempeñado un papel

especial en el nacimiento y desarrollo de esa facies cultural. Por otra parte, la intensa influencia de Creta sobre el continente primero, y luego de éste sobre Creta, durante el Bronce Reciente ha llevado a algunos historiadores a utilizar el término de *Creto-micénica* para la denominación conjunta de ambas especies culturales, alternativa ésta que tiene el inconveniente de que no se puede aplicar a las primeras fases y resulta, por tanto perturbadora cuando se quieren establecer las coordenadas espacio-temporales de la Civilización Egea en conjunto.

Se llama *Civilización Cicládica* a la cultura desarrollada inicialmente en las Cícladas, que se extendió por todas las islas próximas. Finalmente, se denomina *Civilización Troyana* a la que se documenta en la franja costera noroccidental de Asia Menor, con una amplia proyección hacia el sur y hacia las islas que flanquean dicha costa.

La cronología de los hallazgos arqueológicos del área egea ha sido objeto de una intensa polémica, no sólo debido a la nueva luz y a los nuevos problemas que han aportado los nuevos hallazgos, sino al hecho de que la labor desarrollada en este sentido por los primeros arqueólogos, y especialmente la de Evans, se ha revelado en general como poco científica y bastante tendenciosa. Todavía Pendelbury y Glotz se mantuvieron fieles a los postulados de Evans, pero en las últimas décadas se ha acabado por desautorizar al famoso arqueólogo británico y por replantear la cuestión cronológica en todos sus detalles, en función, por otra parte, de algunas revisiones importantes introducidas en las cronologías egipcia y altooriental, así como del descubrimiento de nuevos sincronismos entre estas culturas y la cretense.

La contestación del sistema cronológico de Evans, basado casi exclusivamente en la evolución de los estilos cerámicos, desde una perspectiva demasiado teórica e ignorante de los diversos factores que han podido incidir en esa evolución y de toda una pluralidad de datos complementarios, ha llevado, sin embargo, a una diversificación de posturas difíciles de conciliar.

En cada uno de los cuatro núcleos culturales se han esbozado cronologías absolutas, por lo general discutidas y resistentes a una sistematización de conjunto. La aplicación de los métodos del C-14 y la dendrocronología para la fijación de las cronologías absolutas desgraciadamente tampoco ha resuelto los problemas, porque ha conducido en muchos casos a resultados paradójicos o contradictorios, que han sido acogidos con reservas, en razón de las limitaciones que afectan por principio a esos métodos.

No existe, por lo tanto, un cuadro cronológico cierto para la Civilización Egea, aunque también es verdad que las numerosas fluctuaciones y discordancias que se aprecian en él afectan más a la tarea del arqueólogo que a la del historiador. Los problemas propiamente históricos se pueden abordar por lo general al margen de esas precisiones y sobre la base del esquema general de desarrollo cultural. Lo verdaderamente importante es que la secuencia cultural de cada región puede ser relacionada con la de las otras, es decir, que se puede establecer una cronología relativa. El punto más controvertido en el Bronce Antiguo es el de la relación de la cultura de Troya I con las del resto del Egeo: para Mellaart y French esa cultura se habría iniciado bastante antes del comienzo de la Edad del Bronce en el ámbito Heládico, mientras que otros historiadores la hacen comenzar después. Las Cícladas constituyen la clave para la cronología relativa del conjunto en el Bronce Antiguo, en la medida en que muestran claros contactos con casi todas las demás regiones. En particular, las respectivas secuencias cronológicas de Creta y las Cícladas son fáciles de conectar entre sí; a partir de esos primeros sincronismos se pueden establecer los del sur de Grecia, y, a continuación,

los de las culturas de Troya. La mayor dificultad en el continente la presentan Tesalia y Macedonia, cuyas conexiones con el resto del Egeo no resultan claras, y que, en todo caso, presentan una evolución mucho más lenta. En general, la primera fase del Bronce es la más incierta, incluso en cronología relativa.

A continuación recogemos uno de los cuadros cronológicos establecidos para el tercer milenio, es decir, para el Bronce Antiguo, donde se incluyen las cuatro grandes áreas de la Civilización Egea. En él se establece una cronología relativa entre las distintas culturas de cada fase (Bronce Antiguo, I, II y II), una cronología absoluta basada en el radiocarbono sobre una vida media de 5.568 años y una adecuación a fechas del calendario obtenida por Renfrew a partir de la calibración del radiocarbono de Suess. Otras alternativas presentan cronologías absolutas más altas o más bajas y a veces incompatibles con esa cronología relativa, que cuenta, sin embargo, con un convincente respaldo arqueológico.

Desde una perspectiva amplia, la Civilización Egea presenta una inflexión principal hacia el 1600, donde se inicia una nueva fase, la llamada *Civilización Micénica*, que eclipsa a las anteriores, debido a su manifiesta superioridad en todos los órdenes, y que acaba por absorber todo el marco del Egeo. Se puede hablar de un *Mundo Micénico* como precedente del Mundo Griego, en razón del carácter expansivo de esta cultura, que sabe asimilar todo lo mejor de las fases precedentes y que nos ha dejado unos documentos escritos a través de los cuales podemos llegar a su mejor conocimiento.

Sin embargo, esta diversificación de la fase micénica no justifica su extrapolación total del conjunto de la Civilización Egea, ya que sigue siendo una cultura de la Edad del Bronce muy vinculada a las etapas precedentes y que constituye en realidad la culminación de todo el proceso histórico cultural desarrollado en el Bronce Egeo. Por otra parte, desde cierto punto de vista y por lo que respecta a la Grecia peninsular sobre todo, se aprecia un hiato mayor entre las dos primeras etapas del Bronce Egeo que entre la segunda y el Mundo Micénico; en consecuencia, sigue siendo aconsejable mantener la consideración tradicional de la Civilización Egea como el marco cultural de la Edad del Bronce en el que queda incluida la Micénica.

La división clásica en tres grandes periodos —Bronce Antiguo, Bronce Medio y Bronce Reciente (llamado también Tardío o Final)— sigue siendo útil, ya que apenas existe desajuste cronológico entre las cuatro grandes áreas culturales señaladas en el paso de un periodo a otro. Cada uno de estos periodos se divide en tres fases, generalmente identificadas por números romanos, y, a su vez, dentro de ellas se establece una periodización más minuciosa a base de letras. Todas estas subdivisiones, que se basan sobre todo en la evolución de la cerámica, sí presentan desajustes cronológicos y muchas discrepancias entre los especialistas, y, por otra parte, se encuentran pendientes de revisión en función de las nuevas excavaciones. El cuadro es, por lo tanto, bastante convencional, pero no se puede prescindir de él como término de referencia.

Las fases I, II y III del Bronce Antiguo establecen una secuencia gradual en el desarrollo cultural del conjunto, pero no una distinción tajante de culturas en toda el área del Egeo. Así, el Bronce Antiguo II es la época correspondiente en Creta al Minoico Antiguo II, que es una continuación del Minoico Antiguo I; en la Grecia peninsular meridional, a la *cultura de Korakou* (Corintia, en el Peloponeso); en las Cícladas, a las principales fases de la *cultura de Ceros-Siros*, que excluyen, sin embargo, los grupos de Kastri (Siros) y Amorgos; y en el Oriente, a Troya II. En el Bronce Antiguo I se sitúa el Minoico Antiguo I, y en Grecia, la *cultura de Eutresis* (Grecia Central), que es

FECHAS C-14 a. de C.	CRETA	CÍCLADAS	CONTINENTE	ANATOLIA NOROCCIDENTAL	FECHAS DE CALENDARIO a. de C.
+~1800	MINOICO MEDIO	CICLÁDICO MEDIO		Troya VI	+~2100/2000
BRONCE ANTIGUO III	MINOICO ANTIGUO III	Phyl. I / Kastri	Lef- kandi I	Troya III-V	+~2400/2300
			Tirinto		
+~1900	MINOICO ANTIGUO II	Keros-Syros	Korakou	Troya II	
+~2200	MINOICO ANTIGUO I	Grotta-Pelos	Eutresis	Troya I	+~2700
+~2500	«subneol.»	Kephala	Eutresis Gp. II	Kum Tepe I b	+~3200
NEDL. FINAL					

Áreas de la Civilización Egea en el Bronce Antiguo.

la manifestación más clara del Heládico Antiguo I; en la misma fase debemos ubicar la cultura de Troya I, pero ésta puede haber comenzado más tarde que la de Eutresis y desde luego siguió en vigor durante una buena parte del tiempo en que se desarrolla la cultura de Korakou. En cuanto a la fase III del Bronce Antiguo, tiene como manifestación más diferenciadora la *cultura de Tirinto* en el continente; en Oriente corresponde a Troya III-IV.

CAPÍTULO III

LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN EGEA

PRIMERA APROXIMACIÓN AL PROBLEMA

El nacimiento de la Civilización Egea es un caso concreto de formación de un marco cultural del Bronce en un área de vida neolítica. Por consiguiente, la cuestión de sus orígenes se debe abordar en un doble plano: primero, dentro del fenómeno general que constituye el tránsito de las sociedades neolíticas a las metalúrgicas en el amplio espacio geográfico correspondiente al Mundo Antiguo, y, segundo, desde una consideración específica del proceso desarrollado en el área del Egeo. No cabe duda, en efecto, de que la evolución de la Cultura Egea en su primer estadio debe tener importantes semejanzas con las que se produjeron en otras áreas del Mediterráneo en idéntica coyuntura histórica, pero no es menos cierto que la peculiaridad que presenta ese área frente a otras en muchos aspectos exige un estudio singularizado de su trayectoria.

Las aportaciones de prehistoriadores e historiadores en este sentido son muy numerosas y por demás heterogéneas. Los testimonios disponibles permiten de suyo elaborar muchas hipótesis, pero, al margen de la natural limitación de toda documentación exclusivamente arqueológica, resultan exiguos para establecer conclusiones incluso generales y dejan sin solución la inmensa mayoría de los problemas. Hay serias discrepancias metodológicas entre los especialistas, y, por otra parte, tiene una incidencia muy fuerte en esta problemática el antagonismo de las grandes teorías sobre el desarrollo del proceso histórico en general en las sociedades humanas.

El Bronce Egeo presenta desde sus primeras fases una serie de elementos característicos de las sociedades metalúrgicas, pero la evidencia de que disponemos no permite establecer con certeza la secuencia cronológica de las innovaciones ni los condicionamientos recíprocos que facilitaron su recepción. Nos falta un control del desarrollo demográfico, tanto en el aspecto cuantitativo como en el cualitativo, es decir, en lo tocante a movimientos de población y, en especial, a la penetración de elementos foráneos procedentes del entorno geográfico. Tampoco es fácil, en fin, distinguir los hechos de influencia de otras culturas periféricas producidos por vía de comercio o de inmigración, de los fenómenos de evolución interna.

Las diferentes interpretaciones esbozadas sobre el origen de la Civilización Egea suelen destacar como determinante del cambio un factor o elemento concreto, cuya pre-

sencia habría aumentado la receptividad del sistema social ante las innovaciones, propiciando la sustitución del modelo cultural en su totalidad. Para algunos, como Gordon Childe, la clave está en la transformación de las formas de subsistencia operada sobre todo por la irrigación, que permite multiplicar los rendimientos de la tierra. Los autores marxistas, por su parte, acostumbran a dar una mayor importancia al cambio en los medios de producción, de suerte que la introducción de la metalurgia se destaca como el elemento más relevante. En el caso de Renfrew, el comercio aparece como principal motor del desarrollo del Egeo en esta fase. Otra corriente historiográfica minimiza la importancia inicial de los cambios de orden económico y vincula el arranque del proceso a determinados factores de tipo social o ideológico: la aparición de las jerarquías en opinión de Adams, o la evolución del sistema de creencias y su forma de expansión artística, en la de Frankfort. Incluso el simple aumento de la densidad de población hasta un punto crítico resulta en un autor como Boserup el factor determinante del desarrollo de las sociedades agrícolas.

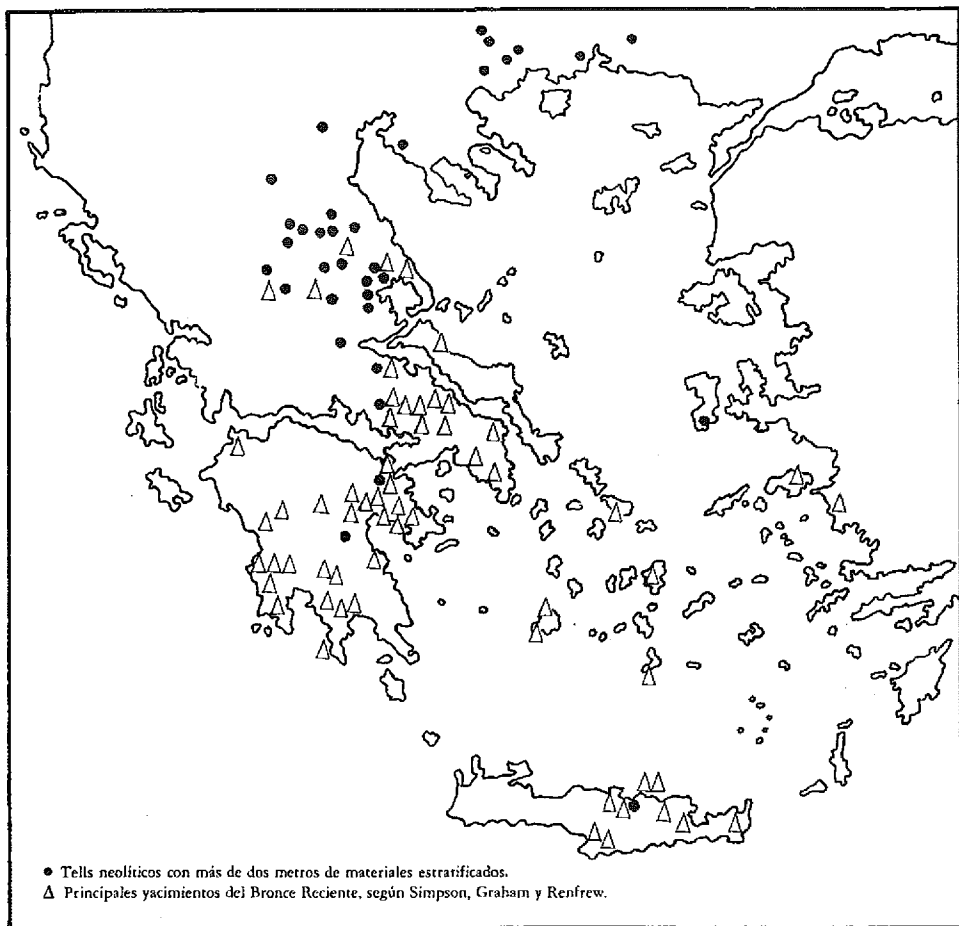
LOS MODELOS DE DESARROLLO

Estas alternativas admiten, a su vez, diferentes tratamientos a la hora de reconstruir hipotéticamente el proceso en cuestión. A veces se ha utilizado el método comparativo, consistente en tomar de un modelo social supuestamente análogo y mejor conocido —sacado generalmente de las culturas primitivas conservadas en la actualidad— los datos necesarios para la reconstrucción del estrato prehistórico que interesa. Las limitaciones teóricas de esta vía metodológica son, sin embargo, muy grandes, y, aunque algunas de las aportaciones de estos estudios han sido bien acogidas, no se admite hoy en día por lo general la validez de una transposición cultural entre marcos cronológicos o geográficos alejados entre sí.

La mayoría de las explicaciones elaboradas consisten en el establecimiento de una determinada concatenación entre los elementos exponentes del cambio, en virtud de la cual la primera innovación o el primer factor interno de desequilibrio va provocando una serie de consecuencias que conducen a la conclusión del proceso, tal y como se manifiesta en el terreno arqueológico, que es el de la evidencia. Son muchos los modelos de evolución que se pueden esbozar por este camino, todos ellos hipotéticos, sin embargo; además, resultan pobres, en tanto en cuanto se limitan a establecer relaciones puntuales entre los elementos del sistema, sin llegar a reflejar la dinámica interna de todo el proceso en su conjunto. Pero el mayor defecto de esta aproximación metodológica es quizá la necesidad de sobrevalorar sin la debida certeza un determinado factor, lo que puede proporcionar una imagen distorsionada o excesivamente parcial de la evolución. De todas formas, utilizada con ciertas reservas, puede contribuir a aclarar el panorama en algunos aspectos. Recogemos a continuación dos modelos alternativos desarrollados por Renfrew.

En el modelo de *subsistencia/redistribución*, el factor decisivo para el desarrollo de la Civilización Egea habría sido la creación de un sistema redistributivo de los bienes de subsistencia, debida a la explotación intensiva de un nuevo tipo de plantas, que proporcionó una diversificación de la producción agrícola.

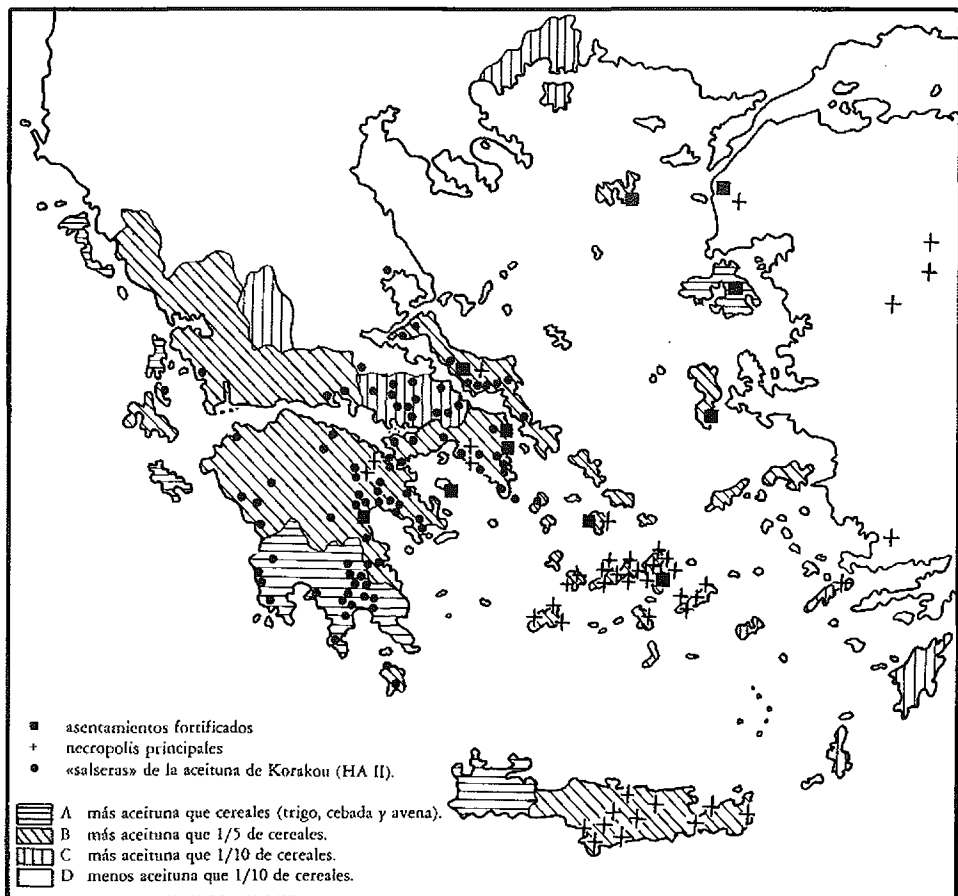
Toma como premisas este modelo las ideas de que *a)* cuando se produce una am-



Contraste de áreas en la distribución de los asentamientos más importantes del neolítico y del bronce reciente.

pliación en la gama de recursos, de tal orden que los nuevos no entran en competencia con los antiguos por lo que respecta a la tierra ni en lo tocante a la mano de obra, se puede llegar a un crecimiento neto de la producción, que, a su vez, permite un aumento de la población; *b*) la diversificación de la producción agrícola proporciona mayor seguridad —puesto que elimina la dependencia de una única cosecha— y una cierta especialización en la producción; *c*) la producción especializada requiere algún sistema de intercambio, que en determinadas condiciones puede ser de carácter redistributivo, es decir, con un control centralizado de la transferencia de los bienes; *d*) tal sistema constituye una base natural para el establecimiento de una jerarquía de poder y riqueza.

Las condiciones iniciales del modelo serían: *a*) la existencia a comienzos del cuarto milenio de una agricultura floreciente en amplias zonas del Egeo; *b*) la concentración de la actividad agrícola intensiva, centrada en la producción de trigo o cebada, en las



Correlación entre los yacimientos más importantes del Bronce Antiguo y las regiones de mayor producción oliverera, según Renfrew.

fértiles llanuras del norte de Grecia, frente a la rareza y reducida extensión de los asentamientos del sur, que tenían que utilizar otros recursos, como la pesca; *c*) el reducido desarrollo de la artesanía especializada y de la estructura social jerárquica; *d*) la limitación del comercio a intercambios en pequeña escala.

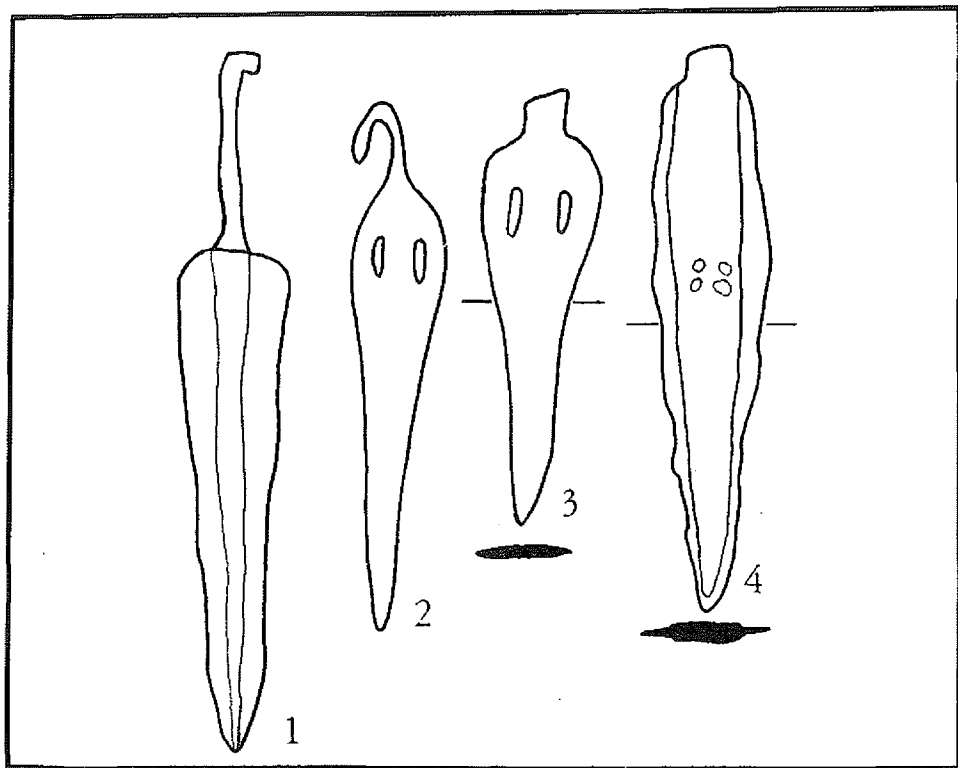
Los factores causantes del desarrollo habrían sido: *a*) la introducción del cultivo de la vid y del olivo a comienzos del tercer milenio, que habría hecho posible la explotación de nuevas tierras —las áreas de colinas situadas por encima de los 700 m—, muy soleadas, poco irrigadas por la lluvia y a salvo de heladas invernales; *b*) la estructura geográfica del sur de Grecia, que permite a una sola ciudad disponer de tierra arable y de colinas aptas para la oleicultura y la viticultura (ello debe estimular la creación de un sistema redistributivo dentro de cada ciudad, favoreciendo la aparición de *toparcas* o jefes locales, y debe conducir a un crecimiento demográfico, siendo así que el olivo y la vid se dan en tierras no aptas para los cereales y que exigen un trabajo que debe realizarse en diferente época del año); *c*) la concentración de los alimentos para

su redistribución en manos de un jefe central, que favorece el desarrollo de la artesanía especializada en cada unidad de poblamiento o núcleo protourbano.

Las premisas, las condiciones iniciales y los factores causantes señalados conducen a la siguiente interpretación del proceso, a partir de testimonios arqueológicos: *a)* Testimonios procedentes del poblado macedonio de Sitagroi indican que en el tercer milenio se había desarrollado ya la viticultura en el Egeo, y la oleicultura está documentada en el Bronce Antiguo de Creta, las Cícladas y otros lugares. Por otra parte, el aumento sensible del número de asentamientos en las áreas del sur de Grecia, de clima mediterráneo, sugiere la existencia de una agricultura diversificada. *b)* El panorama arqueológico muestra, en efecto, un lento crecimiento demográfico en el norte del Egeo, y, en cambio, un índice mucho mayor en el sur. *c)* El uso de sellos y documentos gráficos estampillados debe ponerse en relación con el desarrollo de un sistema redistributivo. *d)* La identificación de construcciones más grandes que las demás en algunos poblados y la existencia de signos de riqueza documentan el nacimiento de un orden social jerárquico. *e)* Algunos productos nuevos —metales, sellos de marfil o pasta—, junto con piezas de utillaje especializado, revelan la aparición de una artesanía especializada. *f)* La documentación sobre núcleos de artesanos especializados procedente de Myrros (Creta), Lerna (Argólida) y Chalandriani (Siros) presenta a los asentamientos protourbanos del sur del Egeo en el tercer milenio como gérmenes de la economía palacial desarrollada en el segundo milenio.

En fin, el modelo sugiere en términos prospectivos que las áreas adecuadas para la policultura (olivo, vid y cereales) son las únicas capaces de desarrollar un sistema de economía redistributiva, las llamadas a conocer un mayor aumento demográfico y las destinadas a la creación de una artesanía especializada. Las pruebas arqueológicas relativas al tercer milenio no contradicen estas predicciones, pero por el momento son insuficientes para su verificación.

Esta última puntualización del autor establece por sí sola el carácter hipotético del modelo, que presenta, en efecto, varios puntos débiles. La cuestión más problemática es la de saber si en realidad las comunidades del Bronce Antiguo en el Egeo tenían un sistema de intercambio redistributivo. Ni los sellos ni las piezas o casas más grandes de algunos poblados lo demuestran por sí mismos; es verosímil que esas dependencias fueran almacenes de productos, y que los sellos sirvieran para establecer la procedencia o contenido de los mismos, pero tal hipótesis sería igualmente adecuada para otro tipo de intercambios. La ampliación de la gama de productos agrícolas, si en verdad utiliza una misma mano de obra, no tiene por qué haber desarrollado una economía centralizada: la circulación de los nuevos productos podría haber utilizado los mismos circuitos que en la fase anterior. Tampoco hay indicios claros de la existencia en los poblados de un poder centralizante capaz de transformar el sistema económico; la minúscula artesanía especializada desarrollada en ellos en las primeras fases no tiene por qué haber sido dependiente del toparca: podría haberse creado en el seno de las unidades familiares de producción, realizándose entre ellas directamente los intercambios a que hubiera lugar. Lo cierto es que está por demostrar que el modelo económico redistributivo haya tenido en las sociedades primitivas la presencia que cabría suponer desde la consideración teórica de que es el más adecuado para unas comunidades que carecen de mercados y tienen, sin embargo, una producción diversificada. No hay que olvidar que el sistema de economía centralizada requiere una adecuación social e ideológica y un desarrollo político que no se produce por el mero hecho de ampliar la gama de cul-



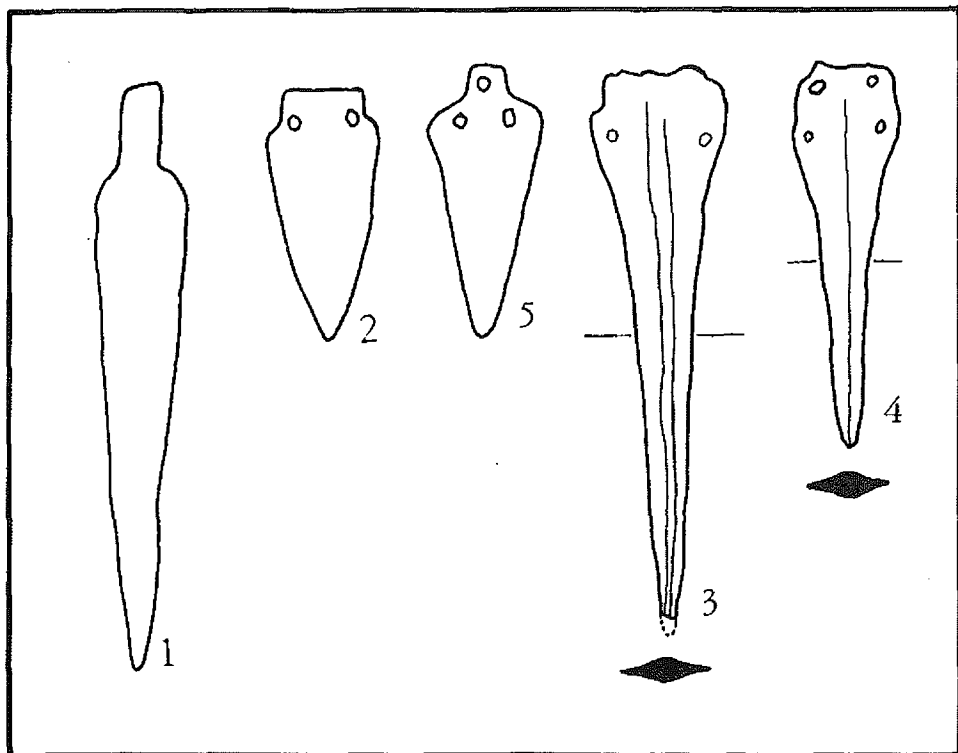
Puntas de lanza del Bronce Antiguo Egeo.

tivos o de desarrollar la artesanía; en principio, parece lo más probable que en los primeros estadios de la Edad del Bronce las formas de intercambio hayan seguido una evolución lenta dentro del mismo sistema de las fases anteriores.

El modelo de *artesanía especializada/riqueza* considera como factor decisivo la aparición de una sociedad estratificada en la que el status más elevado es el que tiene riqueza y capacidad militar; esta situación sería consecuencia del desarrollo de la metalurgia y del comercio marítimo.

Aquí las premisas son: *a)* una capacidad de incremento de la producción agrícola a través del aumento cuantitativo y/o cualitativo de la inversión *per capita* en mano de obra, que podría alimentar al sector artesanal y al estrato improductivo; *b)* un aumento creciente de la productividad del agricultor bajo el estímulo de la adquisición de bienes producidos por el artesano, que pueden servir para elevar el status y ofrecen una oportunidad de exhibir riqueza; *c)* la aparición de la hostilidad y la guerra como consecuencia de ese deseo de aumentar por todos los medios la riqueza.

Las condiciones iniciales de este modelo serían: *a)* la coexistencia en el Egeo hacia el 3500 a. de C. de una serie de comunidades autosuficientes, con carencia, sin embargo, de un estatus elevado o de una jerarquía social destacable; *b)* el desarrollo de un primitivo comercio de bienes no alimentarios sobre la base del intercambio recíproco: brazaletes y hachas de piedra en un contexto local, pero también obsidiana llevada des-



Puñales del Bronce Antiguo Egeo.

de la isla de Melos a los diversos puntos del continente; *c*) el conocimiento de la metalurgia del cobre, aplicada en forma muy restringida a la fabricación de pequeños objetos (leznas, agujas, etc.) y hachas ligeras.

Como factores causantes del desarrollo se sugieren: *a*) que la aleación del cobre con el estaño para formar bronce hizo posible por vez primera en el tercer milenio la producción de una gama de armas capaz de conferir un estatus y una seguridad en el combate a quienes las poseían; *b*) que la artesanía metalúrgica produjo vajilla y joyería capaz de convertirse en signos externos de riqueza y, consecuentemente, de diferencia de estatus; *c*) que la geografía del Egeo permitía una difusión rápida de cualquier innovación de forma o técnica, a través de una navegación estimulada por la búsqueda de materias primas, que habría configurado una red de contactos por toda el área; *d*) que la demanda de productos no alimenticios favoreció la especialización de la metalurgia y de otras ramas artesanales, hasta el punto de que cada comunidad podría haber mantenido un núcleo artesanal; *e*) que el carácter codiciable de los productos artesanales les confería un valor de riqueza, estableciendo una competencia hostil para su adquisición.

La documentación arqueológica del Bronce Antiguo en el Egeo es consonante también en cierto modo con este modelo: *a*) desde la fase II del periodo aparece una amplia gama de tipos de metal correspondientes a armas, herramientas, vajilla y adornos personales; *b*) la distribución de los tipos de metal muestra la gran rapidez con que son imitadas las nuevas formas en áreas muy amplias; y lo mismo cabe decir de la di-

fusión de las piezas cerámicas en forma de salsera o de copa de doble asa, y de los ídolos cicládicos; c) en numerosos sitios se han detectado centros de producción artesanal; es hipotético que fueran controlados por el toparca, pero la existencia de una figura local prominente, distinguida por su riqueza, se manifiesta en las finas dagas y las diademas de plata o de oro halladas en algunos lugares; d) aparecen ahora fortificaciones de piedra en áreas susceptibles de ser atacadas súbitamente desde el mar, que registran, por otra parte, una disminución de la población, o al menos un freno en su desarrollo demográfico.

Las prospecciones de este modelo sugieren que las regiones que cuentan con cobre o estaño son las más llamadas a aumentar su riqueza, aunque no resulta fácil verificar esta hipótesis, habida cuenta de nuestra ignorancia sobre los recursos metalúrgicos locales en las fases más primitivas.

Para Renfrew, ninguno de estos modelos ha requerido para su implantación, en el caso concreto del Egeo, la incidencia de una variable de origen externo. La oleicultura, que es el acontecimiento determinante en el primero, puede haberse desarrollado a partir de la variedad silvestre local; y la metalurgia del bronce, determinante del segundo, también encuentra un precedente en el contexto cultural propio. Pero, en cualquier caso, Renfrew prefiere interpretar esos modelos en términos de sistemas y subsistemas, que no requieren la existencia de un acontecimiento previo que inicie la cadena causal. Considera también que los dos modelos son complementarios, en tanto en cuanto aíslan diferentes factores para llegar a conclusiones también diferentes, pero no contradictorias. En definitiva, establecen diferentes cadenas causales entre los subsistemas de un mismo sistema, cuyas relaciones internas son enormemente complejas. De este modo se podrían crear otros modelos igualmente válidos, que reflejaran otras interacciones entre los subsistemas.

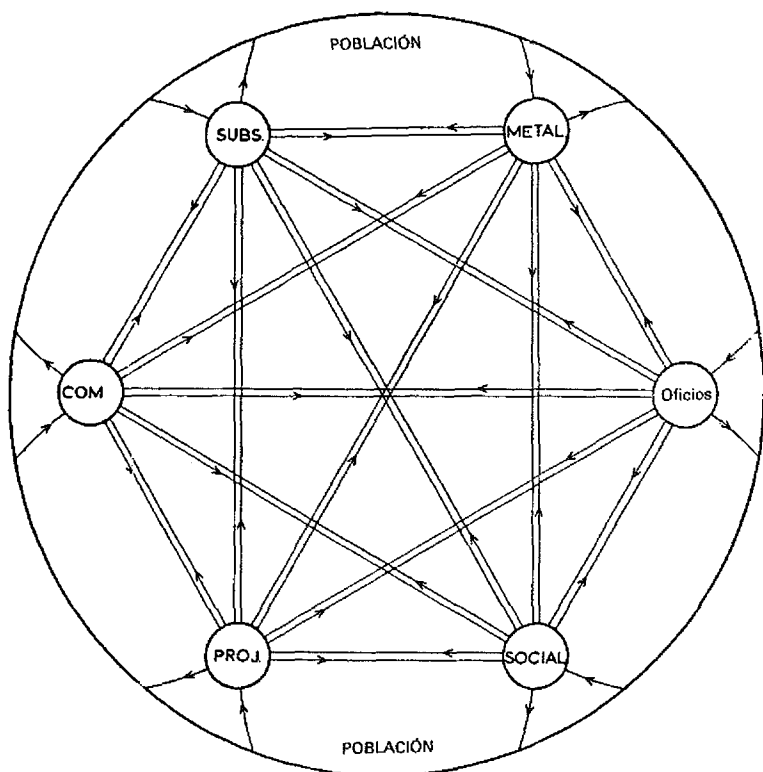
EL EFECTO MULTIPLICADOR DE RENFREW

Las condiciones que favorecieron el crecimiento se pueden establecer de un modo más sencillo para Renfrew en términos de lo que él ha llamado el *efecto multiplicador*: la mutua interacción entre los diferentes campos de la actividad, la propensión de los sistemas humanos a que una innovación en un subsistema favorezca la innovación en el otro y, en definitiva, la interdependencia entre los subsistemas, que es la única explicación del desarrollo prolongado.

En esta concepción la cultura se entiende como el soporte de las fuerzas conservadoras, que actúa como un mecanismo homeostático, minimizador de los cambios. Cada subsistema desarrolla su actividad sobre la base de unas pautas aprendidas, que constituyen la herencia cultural; la tradición y el precedente regulan de un modo riguroso todos y cada uno de los recursos del sistema, en función de una natural tendencia de la cultura a permanecer inalterada. Es el cambio, cuando en efecto se produce, lo que requiere una explicación. Para Renfrew, la reacción homeostática de la cultura ante una innovación sólo es superada cuando se produce un efecto multiplicador, debido a que esa innovación interesa a más de un subsistema. Como ejemplo, se menciona la introducción de la viticultura. La innovación corresponde en este caso al subsistema de subsistencia, pero lo que explicaría la generalización del cultivo de la vid sería el hecho de que la dimensión festiva del vino propició una respuesta de receptividad en el sub-

sistema social; a su vez, el subsistema artesanal recibiría el estímulo de la producción de vasos lujosos para la bebida y otros elementos relacionados con la manufactura y conservación del vino; incluso el llamado subsistema proyectivo y simbólico podría verse positivamente afectado si los efectos del alcohol adquirían una dimensión religiosa. A consecuencia de este efecto multiplicador se produce un desarrollo irreversible de todo el sistema en un aspecto muy parcial y, sin embargo, de complejas implicaciones.

Otro ejemplo señalado por Renfrew es el de los puñales, cuya fabricación en el tercer milenio servía de utilidad al comerciante. Esta invención, unida a la de la nave larga, estimuló el crecimiento del comercio, que debía abastecer de cobre, y ese crecimiento favoreció a su vez el de la producción metalúrgica, al hacer posible la adquisición de nuevas técnicas e ideas procedentes de ultramar. Así, el desarrollo del comercio y el de la metalurgia siguieron en paralelo una trayectoria de mutua interacción, capaz de vencer la resistencia del sistema. Insiste el autor en que tales interacciones están en la raíz de todo crecimiento y desarrollo en el seno de la cultura.



El modelo cultural de Renfrew, integrado por seis grandes subsistemas: de subsistencia, metalúrgico, de la artesanía y los oficios no metalúrgicos, social, proyectivo y simbólico, y del comercio y las comunicaciones. La población aparece como un parámetro del conjunto. Las líneas con flecha indican las treinta posibles interacciones entre los diferentes subsistemas. La conjunción de las interacciones produce el efecto multiplicador que da lugar, según Renfrew, al crecimiento y desarrollo de la cultura.

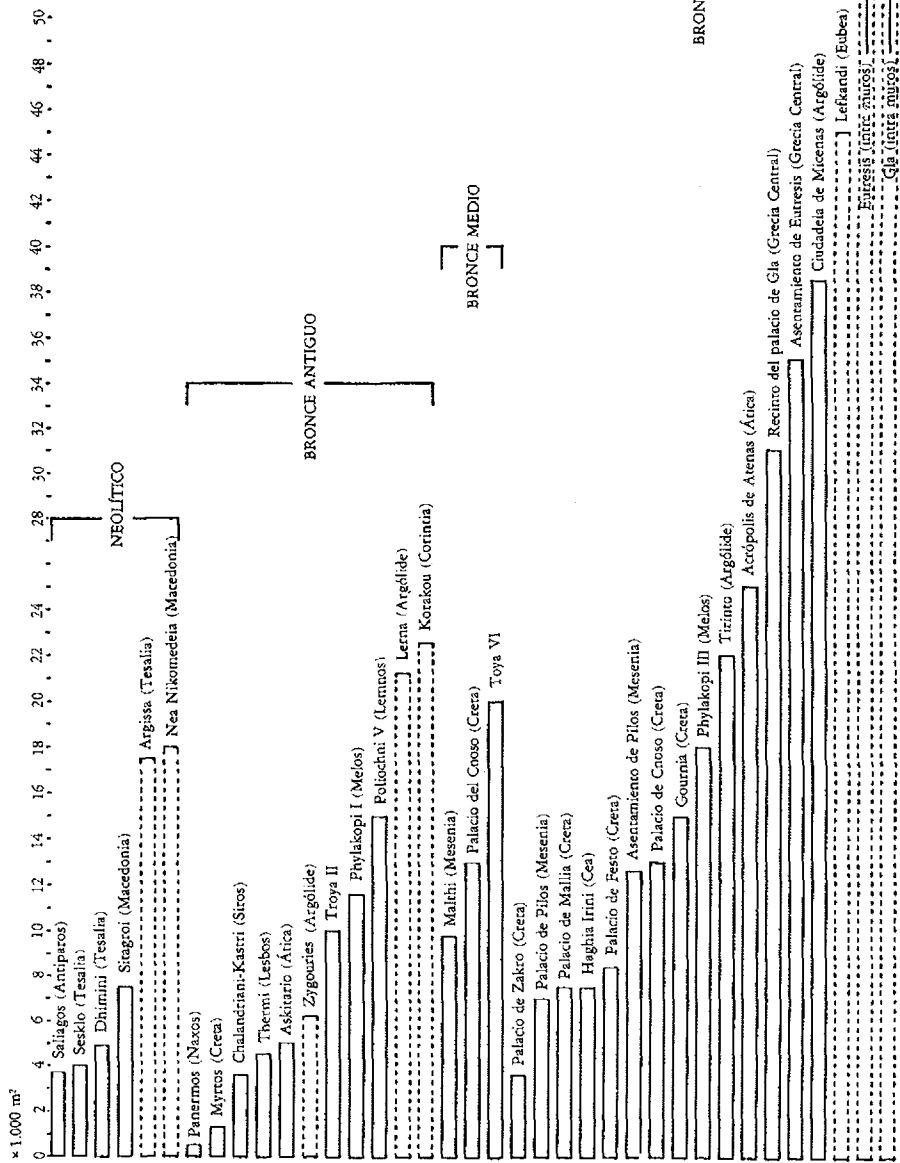
Factores e interacciones en el Egeo durante el tercer milenio

El conjunto de las innovaciones principales que caracterizan a la Civilización Egea en el tercer milenio, por oposición a la fase neolítica precedente, son reseñadas por Renfrew como sigue, adscribiéndolas a cada uno de los seis subsistemas de su modelo-sistema, a los que se suma el factor demográfico y de poblamiento, que, para el autor, no es un subsistema, sino un parámetro, cuyo valor es función de los subsistemas, a la vez que influye sobre ellos.

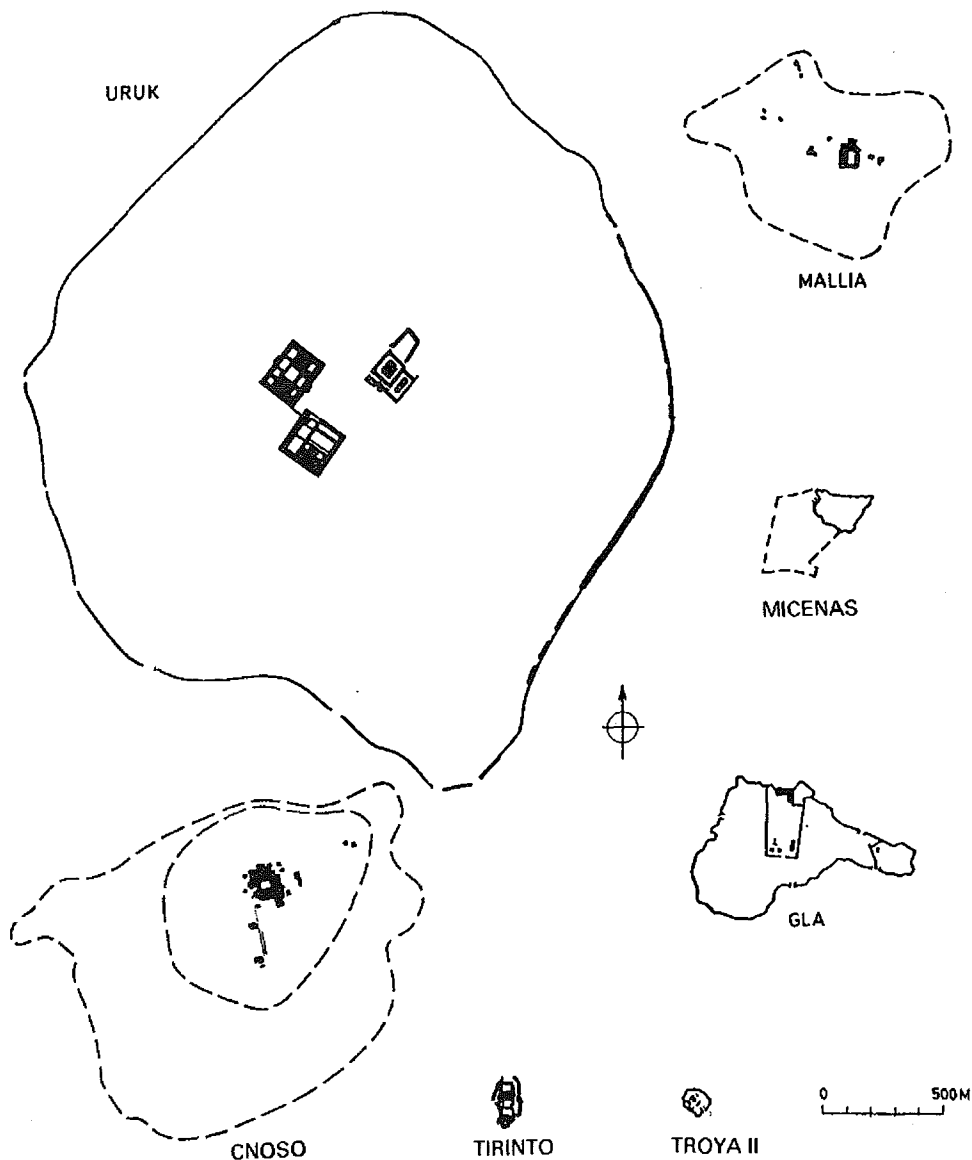
A. Población y poblamiento. a) El número de los asentamientos hallados y el tamaño de los mismos revelan un crecimiento progresivo de la población en el área del Egeo. b) El índice de crecimiento es más bien reducido en el norte de Grecia, pero mucho mayor en el sur. c) En Creta y Mesenia el índice de crecimiento desde el Neolítico hasta el Bronce Reciente parece haber sido más o menos exponencial. d) En las demás áreas del sur estudiadas el crecimiento inicial fue del mismo orden, pero se vio retardado en el Bronce Medio. e) El tamaño de los poblados neolíticos del Egeo era comparable con el de los más pequeños del Próximo Oriente. El crecimiento en el área desde el Neolítico hasta los asentamientos protourbanos del Bronce Antiguo, y, a su vez, desde el Bronce Antiguo hasta el Reciente, fue en muchos casos de 1 a 2; mucho menor de hecho que en el Próximo Oriente, donde el crecimiento fue de 1 a 10. f) En la época neolítica los asentamientos no estaban por lo general fortificados. Durante el tercer milenio se aprecian fortificaciones de piedra en el este de la Grecia peninsular, en las Cícladas y en la costa occidental de Asia Menor. En el Bronce Reciente son abundantes por todo el Egeo sur, con la excepción de Creta. g) Durante el tercer milenio, en determinadas áreas marítimas, sobre todo en las Cícladas, el número de los asentamientos tiende a ser menor, y los poblados importantes, más grandes en tamaño. h) La existencia de talleres y de grandes construcciones centrales dentro de los asentamientos, que es una novedad, manifiesta una especialización y una división del trabajo.

Como factores favorables al crecimiento de la población se destacan: A.1. La mayor eficiencia en la producción de alimentos y la mayor diversidad en las cosechas. A.2. La redistribución efectiva de los alimentos dentro de la unidad social. A.3. Las posibles nuevas ideas sociales y religiosas reductoras del control homeostático (hipotéticamente) de la tasa de población. A.4. La mejora de los conocimientos médicos (hipotético). A.5. La seguridad militar favorecida por la organización jerárquica y por las medidas defensivas prácticas.

B. Subsistencia. a) La economía de subsistencia tardoneolítica está marcada por una gran diversidad en la gama de las cosechas y por una mayor especialización, en el sentido de obtener cosechas más puras. b) Estas tendencias continuaron en el Bronce Antiguo, en que la cebada cobró mayor importancia, al igual que las leguminosas. c) El cultivo de nuevas especies, sobre todo el olivo y la vid, fue por entonces desarrollado, sumándose al de la higuera, que es tardoneolítico. d) A partir del tercer milenio aparece la producción industrial de aceite y vino, que es almacenada en grandes recipientes. e) Éstos y otros productos circularon a través de un sistema redistributivo, que surgió en el tercer milenio como precedente de la posterior economía del palacio.



El aumento en la extensión de los asentamientos prehistóricos del Egeo (según Renfrew). Las líneas de puntos corresponden a los asentamientos cuya área ocupada puede haber sido inferior en algún momento. En el caso de Gla y Eurresis, sólo una parte del espacio intramuros estuvo ocupada por casas.



Asentamientos del Bronce Antiguo comparados con la primitiva Uruk (según Renfrew). La mayor parte del área intra muros de Uruk estaba densamente habitada. Las líneas de puntos indican la extensión de la «ciudad baja» en Micenas, la supuesta área de asentamiento en torno al palacio cretense de Malia y la «ciudad interior» y «ciudad exterior» en torno al palacio de Cnoso, según Evans. Las áreas de poblamiento de Malia y Cnoso podrían haber sido más reducidas.

f) La dieta se vio complementada, aunque limitadamente, por las variedades ganaderas del neolítico y por el pescado.

Como factores *favorables al desarrollo del subsistema de subsistencia* se destacan:

B.1. Las nuevas herramientas de metal, que aumentaban la eficacia de las labores agrí-

colas. B.2. Los estímulos del sistema redistributivo sobre la producción, tanto por el deseo de recibir bienes como por las sanciones aplicadas a las cuotas bajas de productividad. B.3. Los factores sociales, incluido el uso de lujosas copas, que aumentaron la demanda del vino. B.4. El uso de lámparas de aceite, que hizo crecer la demanda de este producto. B.5. El deseo de adquirir nuevos productos artesanales en intercambio. B.6. El desarrollo del comercio ultramarino, que favoreció el aumento de la producción. B.7. La demanda de productos de subsistencia para ofrendas religiosas, que constituyó un estímulo adicional para la producción. B.8. La necesidad de aumentar la producción de alimentos, motivada por el aumento de la población.

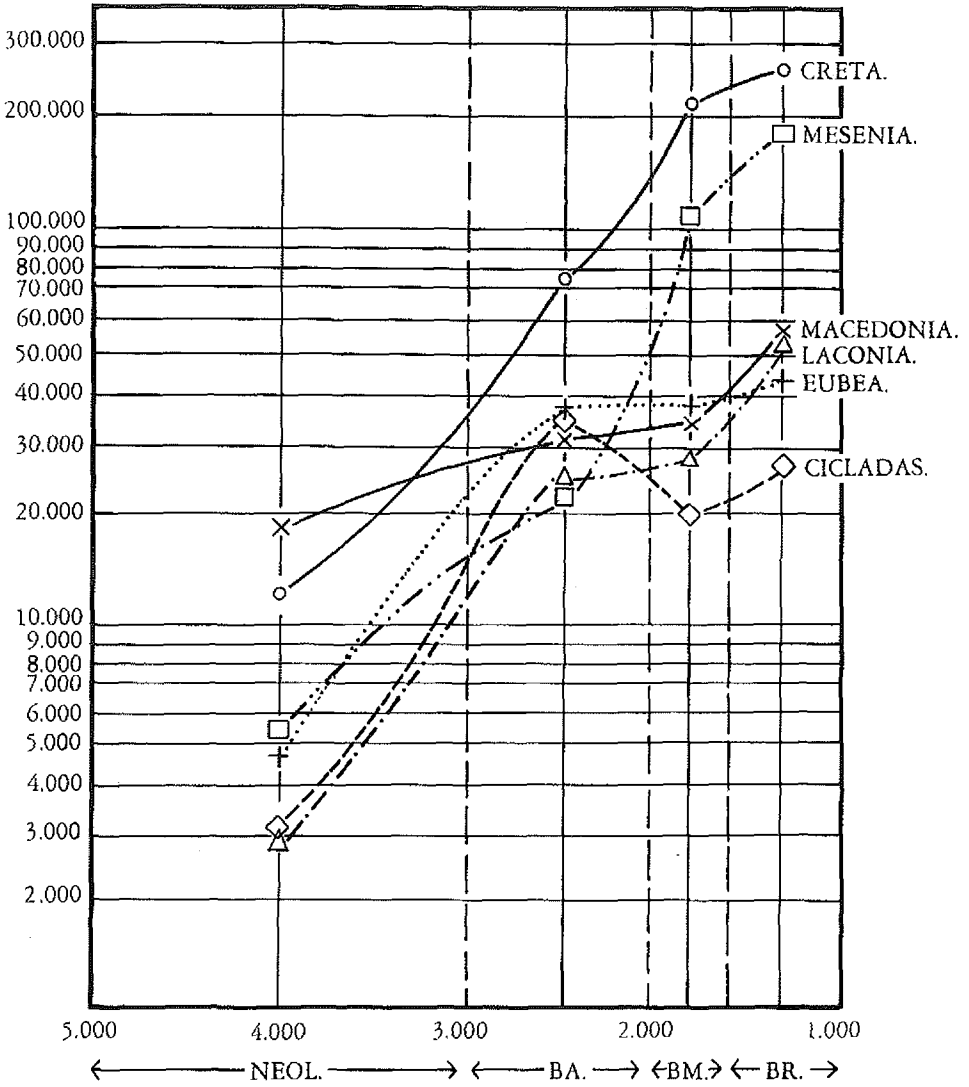
C. *Metalurgia.* a) La producción metalúrgica aumentó espectacularmente en la Edad del Bronce, sobre todo en la fase II del Bronce Antiguo. Contrasta con la limitada producción de cobre y de oro a finales del Neolítico. b) Las técnicas metalúrgicas que surgieron durante el tercer milenio incluyen: *i.* Aleación del cobre con el estaño o con el arsénico para obtener bronce; *ii.* Fundición y moldeado del plomo; *iii.* Trabajo con martillo del oro y la plata para producir formas artísticas; *iv.* Laminado para producir vasos de metal; *v.* Uso de remaches; *vi.* Producción de alambre; *vii.* Ornamentación por granulado. c) Aparecen el puñal y la lanza de bronce. El puñal evoluciona durante el Bronce Antiguo hasta la forma de espada. d) Se producen herramientas de metal eficaces, que incluyen grandes hachas planas y hachas perforadas. e) También se produce toda una serie de herramientas más pequeñas, que incluye leznas, barrenas y gu-bias. f) Se hacen ahora joyas y objetos de adorno en oro, plata y bronce.

Como factores favorables al crecimiento del subsistema metalúrgico se destacan: C.1. Desarrollos tecnológicos, en especial importantes descubrimientos pirotecnológicos del alfarero. C.2. La necesidad de armamento provocada por el aumento de las hostilidades militares. C.3. El deseo de objetos de exhibición. C.4. La costumbre de enterrar con los muertos objetos de metal en buen uso, que los retiraba de la circulación. C.5. La disponibilidad de materias primas llevadas desde ultramar a través del comercio.

D. *Técnicas artesanales.* a) Algunos productos de la época, como sellos grabados o piezas de pasta fina, y cierta evidencia directa, indican la existencia de una artesanía especializada. b) Una nueva gama de herramientas impulsó los oficios tradicionales de carpinteros y albañiles. c) La construcción naval y la producción textil fueron transformadas por la creación de nuevos productos, por la especialización y por la disponibilidad de un nuevo utillaje. d) Aparecieron ramas artesanales totalmente nuevas, como la lapidaria, la de las pastas finas o la de la orfebrería. e) El resultado de estos avances en las técnicas artesanales fue una gama totalmente nueva de productos del sector, muy bien ilustrada en los primeros palacios por su refinada construcción, sus ricos accesorios y, más tarde, por su decoración al fresco.

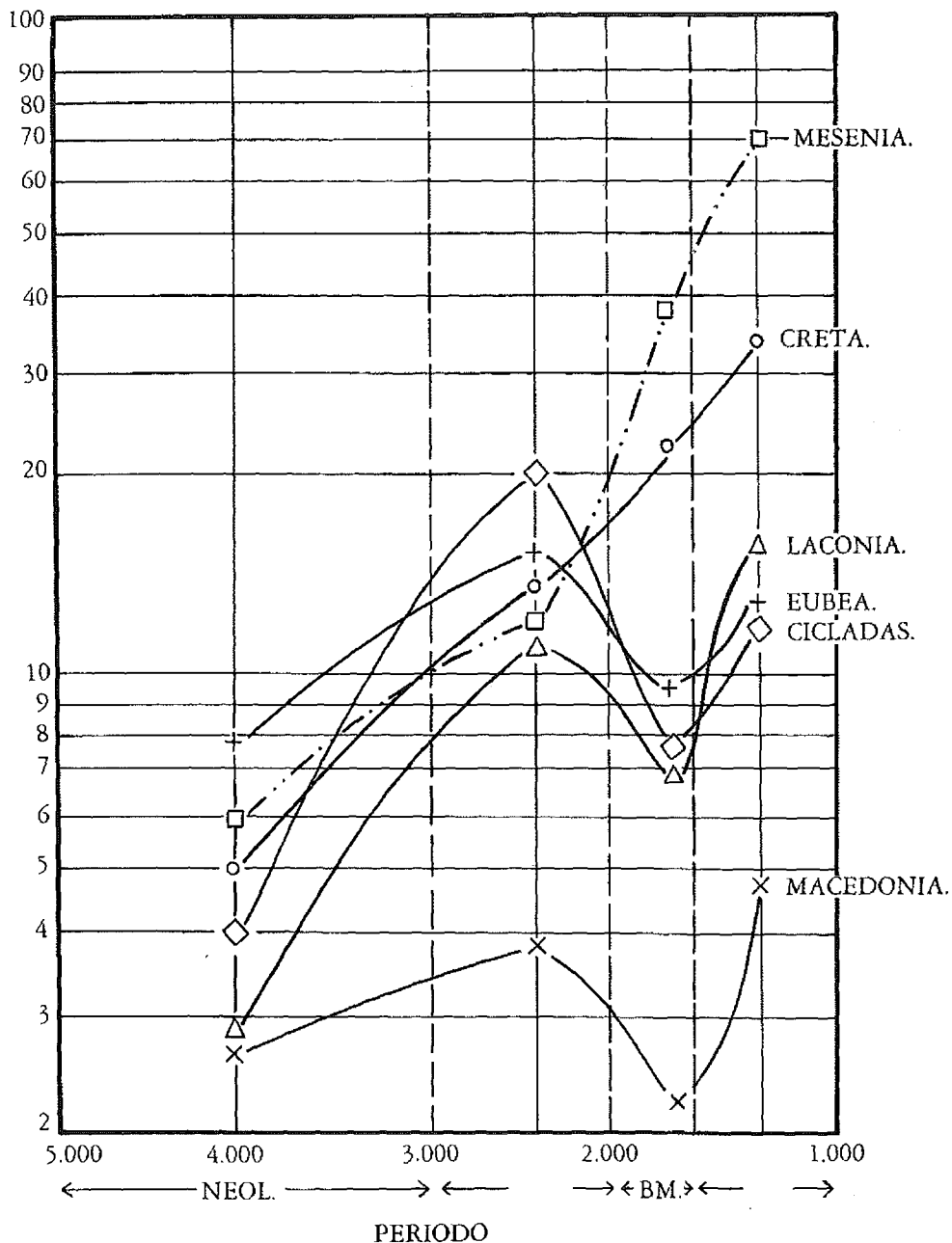
Como factores favorables al crecimiento del subsistema artesanal se destacan: D.1. La especialización artesanal posibilitada por el incremento de la producción agrícola. D.2. La concentración de recursos en los centros de redistribución, que permitía mantener en ellos una artesanía especializada. D.3. El crecimiento demográfico, que permitió la transferencia del excedente de población al sector artesanal especializado. D.4. Las nuevas herramientas de metal, que hicieron posible toda una gama de nuevos oficios (cantería, escultura, construcción naval, etc.). D.5. La representación religiosa y la decoración suntuosa de los interiores de los palacios, que requerían una especialización

Habitantes.



Estimación del crecimiento absoluto de la población en distintas áreas del Egeo durante el neolítico final y la edad del bronce (según Renfrew). Nótese la diversificación de la tasa durante el Bronce Medio.

Número de asentamientos por cada 1.000 Km².



Aumento medio del número de asentamientos en las mismas áreas y periodos.

artesanal. D.6. El comercio del aceite, los perfumes, los productos textiles, etc., que favorecía la producción artesanal especializada.

E. Sistemas sociales. a) Objetos de valor, exponentes sin duda de un considerable prestigio, son claramente reconocibles por primera vez en el tercer milenio. Frecuentemente están hechos de metal —armas de bronce y vajilla de oro y plata. Es la primera expresión clara de riqueza en el panorama arqueológico. b) Una creciente diferenciación entre ricos y pobres está documentada por los ajuares funerarios desde el tercer milenio. c) Objetos de valor simbólico —diademas y armas ceremoniales— indican la aparición de una jerarquía en términos sociales y económicos. Como testimonio complementario se consideran las construcciones más grandes que aparecen en varios poblados protourbanos. d) Los sellos y las marcas del tercer milenio indican un desarrollo de la noción de propiedad. e) El sistema redistributivo se desarrolla en Creta y el sur de Grecia como precedente del de los primeros palacios. f) Se inaugura ahora la guerra organizada, con armas ofensivas especializadas y fortificaciones de piedra para la defensa. g) Con la guerra surgen los guerreros, bien documentados por las tumbas que contienen varias armas, como un preludio de las del Bronce Reciente. h) Algunas de estas novedades permiten ubicar en esta época el origen de los poderes locales.

Como *factores favorables al desarrollo del subsistema social* se destacan: E.1. La diversidad en la producción de los bienes de subsistencia, que conduce al sistema redistributivo. E.2. Las nuevas formas de visible y prestigiosa riqueza (resultado de la producción metalúrgica y de otras artesanías), que estimulan la aparición de las distinciones jerárquicas. E.3. La riqueza visible, que provoca competencia y guerra. E.4. Las nuevas armas, que facilitan la guerra y la aparición de la clase de guerreros. E.5. La escritura, que ayuda a la administración redistributiva. E.6. El crecimiento demográfico, que favorece la definición social por actividades más que por vínculos de parentesco.

F. Sistemas proyectivos. a) Hay un aparato conceptual, que permite pesar y contar, y es verosímil la existencia de patrones de medida. b) La expresión simbólica de conceptos en los sellos anticipa el desarrollo de la escritura jeroglífica en el segundo milenio. c) Se consigue una mejor representación de las formas tomadas de la naturaleza, primero de animales y luego de plantas, en la pintura y en la escritura. d) Surge un simbolismo religioso más complejo. e) Se difunde el enterramiento en tumbas construidas, tanto individual como colectivo; los difuntos van acompañados por ajuares funerarios. f) Hay varios instrumentos musicales, tanto para el canto como para la danza. g) Se desarrolla una nueva gama de técnicas decorativas, y se pueden distinguir ya estilos coherentes. h) Se documentan ahora nuevos rituales y juegos.

Como *factores favorables al desarrollo de los sistemas proyectivos* se destacan: F.1. La especialización artesanal, que requiere un intercambio, y, por ende, la formulación de conceptos de equivalencia, de peso y de medida. F.2. La evolución del sistema social, que favorece nuevas formas de expresión simbólica. F.3. El orden social cambiante, que estimula cambios consonantes en el orden religioso. F.4. El contacto con otras tierras, que conduce a innovaciones en la expresión artística y en el simbolismo religioso. F.5. El desarrollo de las técnicas artesanales, que ofrece nuevos medios de expresión, tanto en las artes plásticas como en la música. F.6. El crecimiento demográfico, que promueve nuevas formas de juego y ritual, como, por ejemplo, la del toro.

G. Comercio y comunicaciones. a) El intercambio recíproco fue gradualmente sustituido durante el tercer milenio por el redistributivo como el principal mecanismo para la transferencia de bienes dentro de la unidad social. b) El intercambio recíproco, sin duda bajo la forma de intercambio de regalos, siguió siendo un importante mecanismo de transferencia de bienes en el comercio exterior. c) El comercio organizado del Bronce Reciente tiene su precedente, al menos en Creta, en la actividad comercial que revelan los hallazgos de marfil y otros materiales importados del Próximo Oriente y Egipto. d) Los contactos entre el Egeo y otras áreas del Mediterráneo fueron escasos durante el tercer milenio, aunque desde finales del Neolítico existiera una comunicación entre Creta y Egipto. e) Los contactos en el interior del Egeo se hicieron muy abundantes dentro de la fase II del Bronce Antiguo, hasta el punto de que se puede hablar en esa época de un espíritu internacional. f) Los objetos más ampliamente distribuidos por el Egeo fueron armas de metal, herramientas y vasos. Se encuentran en abundancia formas cerámicas que imitan las de metal. g) El transporte por el Egeo fue siempre principalmente marítimo, aunque se documentan mapas en Creta.

Como factores favorables al crecimiento de los subsistemas de comercio y comunicaciones se destacan: G.1. La diversificación de los productos de subsistencia. G.2. La amplia gama de nuevos productos de metal codiciados. G.3. La apremiante necesidad de materias primas, especialmente metal. G.4. La aparición de nuevos productos, sobre todo textiles y aceite de oliva. G.5. El perfeccionamiento de los barcos. G.6. La riqueza y el elevado estatus de los jefes, que promovía el intercambio de objetos lujosos. G.7. Las nuevas formas de expresión, que permitían nuevos modos de comunicación por medios artísticos y simbólicos.

El esquema de Renfrew constituye un esfuerzo notable de sistematización en el difícil tratamiento histórico-arqueológico del Bronce Antiguo, que es donde se sitúa la problemática de los comienzos de la Civilización Egea. Muchas de las afirmaciones contenidas en él son discutibles, ya que, según reconoce el propio autor, sólo son sugeridas, no documentadas, por los testimonios arqueológicos. Ya hemos aludido más arriba a esos puntos conflictivos y volveremos a hacerlo más adelante al estudiar el periodo en cuestión. En cualquier caso, el esquema tiene un valor orientativo indiscutible.

MIGRACIÓN, INFLUENCIA Y EVOLUCIÓN EN EL ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN EGEA

No es un problema específico de esta civilización el determinar cuál de esas tres vías ha propiciado su nacimiento. Se plantea con frecuencia en contextos primitivos muy escasos de documentación, en los que, además, los movimientos poblacionales de diversa naturaleza y alcance son harto frecuentes. La tendencia tradicional a relacionar los grandes cambios en la facies cultural de un territorio con una inmigración masiva supuestamente portadora de la nueva cultura está hoy por hoy metodológicamente superada, debido a un mejor conocimiento de los movimientos humanos en general y del desarrollo de las diversas técnicas.

Así, la *teoría migratoria*, que buscaba el origen de las poblaciones griegas del Bronce Antiguo ya en Europa, ya en Oriente, ya en África, puede considerarse como fuera de lugar. De hecho, se basaba en la sobrevaloración de un elemento cultural significativo, cuando no en un dictamen erróneo sobre su procedencia foránea; y, desde luego, no hay prueba alguna sobre la existencia de una migración importante en el tránsito

del Neolítico a la Edad del Bronce, ni se puede señalar región alguna desde la que pudiera haber sido importada la cultura egea del Bronce Antiguo tal y como se manifiesta. La propia diversificación de ese conjunto en cuatro áreas claras y distintas es un poderoso argumento en contra de la teoría migratoria en su formulación maximalista, al margen de los testimonios de continuidad de cada una de las regiones.

Esto no excluye, por supuesto, la eventual penetración de pequeños grupos humanos, que es aceptada comúnmente por los especialistas, aunque valorada de distintos modos. En el caso más favorable se le atribuye la introducción de las innovaciones más importantes del periodo, pero no se plantea como crucial la cuestión de su procedencia, ya que en verdad parece un tanto irrelevante para el análisis del desarrollo de la Civilización Egea.

La supuesta penetración en Grecia de *inmigrantes procedentes del norte* a comienzos del Bronce Antiguo se basa en ciertas semejanzas de la cultura material. En 1959, Mylonas estableció un paralelo entre algunas formas de la llamada cultura de Korakou en Haghios Kosmas (Ática) y las de la cultura de Baden en los Balcanes, y, por otra parte, se ha hallado en algunos lugares cerámica cordada a la que se atribuye un origen balcánico. No se pueden considerar, sin embargo, estos testimonios como huellas arqueológicas de una inmigración, ni tan siquiera de una penetración de carácter secundario; y, en cualquier caso, no hay modo de establecer para esos eventuales inmigrantes un protagonismo en el desarrollo cultural del periodo.

En relación con la posibilidad de *inmigraciones procedentes del sur*, hay que decir que ya Evans destacó una serie de rasgos minoicos que encontraban paralelos en Egipto y, sobre todo, en la zona de Libia, donde ciertas tumbas circulares parecían asemejarse a los *tholoi* de Creta. Por su parte, Elliot Smith llegó incluso a sostener que la Civilización Minoica era el resultado directo de las influencias egipcias. Hoy en día esas influencias se suelen limitar a las derivadas de un contacto temprano entre Creta y Egipto de carácter comercial, pero también se ha postulado la instalación de grupos de población protolibia en Creta a comienzos del periodo y durante cierto tiempo; no se puede demostrar, aunque es muy verosímil.

Hay base igualmente para pensar en una *transferencia poblacional* de carácter menor a la región del Egeo *procedente del área sirio-palestina*. En 1965, Weinberg señalaba una larga serie de elementos culturales muy varios (vasos en forma de pájaro, pies elevados de las copas, enterramiento en *pitbos*, decoración incisa, etc.), presentes en el Bronce Egeo del tercer milenio, que encuentran paralelos en la cultura de Ghassul (Palestina).

Pero la teoría más defendida es la de las *migraciones desde Anatolia* hacia Grecia, Creta y las Cícladas a comienzos de la Edad del Bronce. Vermeule apunta a grupos humanos de diferentes filiaciones étnicas y facies culturales. Ciertamente, la documentación al respecto es variada y compleja, extendiéndose a lo largo de todo el Bronce Antiguo. En muchos casos, las semejanzas detectadas se pueden atribuir a contactos comerciales, mientras que en otros parece obligado admitir una implantación poblacional foránea. Esta misma diversidad excluye, sin embargo, la idea de una migración masiva a comienzos del periodo, a la que se pudiera atribuir el cambio cultural en conjunto.

La *teoría de las influencias*, alternativa de la migratoria, parte de Gordon Childe, que veía en Egipto, Mesopotamia y la India el origen de las grandes «revoluciones» prehistóricas, considerando que se habían extendido desde allí en forma progresiva hacia áreas cada vez más alejadas. La Civilización Egea habría sido el resultado de la in-

fluencia estimulante de las civilizaciones superiores del Próximo Oriente, operada tanto por vía de comercio como también a consecuencia de los movimientos de los prospectores de metales, que habrían recorrido las áreas del Egeo. La transferencia tecnológica y de otros aspectos culturales habría posibilitado el desarrollo de una civilización del Bronce en esas áreas. La teoría de Gordon Childe ha tenido un fuerte arraigo desde su desarrollo en 1936, debido a su sencillez, que, dada la imposibilidad de reconstruir con certeza el proceso, la hace aparecer como la más obvia y la menos comprometida. Pero también resulta excesivamente simplista. De hecho, podemos verificar que las grandes innovaciones no se han extendido como manchas de aceite, sino de un modo más complejo. Por encima del factor de proximidad al núcleo de irradiación prevalecen otros varios, y el desarrollo autónomo de las unidades culturales dentro de las grandes civilizaciones es una realidad cada vez más constatable. El análisis de cualquier parcela arqueológica, por pequeña y simple que sea, dentro del contexto que nos ocupa presenta tal número de variables fuera de nuestro control que no es posible atribuirla con propiedad a un simple fenómeno difusionista. Movimientos de población, hechos de infección entre grupos próximos y toda suerte de circunstancias, que aparecen como aleatorias porque no estamos en condiciones de establecer para ellas una relación de causa y efecto, oponen siempre resistencia a la explicación unitaria y sencilla.

No es de extrañar, por tanto, que se haya intentado abordar el problema de los orígenes de la Civilización Egea con una metodología de carácter estructuralista, en la idea de que una sistematización de los datos disponibles puede servir para llenar algunas lagunas y para profundizar en la interpretación del proceso. En esta línea de aproximación está el trabajo de Renfrew reseñado más arriba, que atribuye un valor muy secundario a los movimientos de población y a las influencias foráneas tal y como las entendiera Gordon Childe, considerando que la Civilización Egea es, por encima de todo, el resultado de una larga evolución. Como se ha visto, en la teoría evolutiva de Renfrew las civilizaciones se estructuran en sistemas y subsistemas a través de los cuales se canaliza la relación dialéctica entre las comunidades humanas y el medio, que implica una adecuación del mismo a la vez que un intento de transformarlo y dominarlo del modo más adecuado a los fines pretendidos. La dinámica interna del conjunto produce una evolución local coordinada, pero también diversificada, que se explica por el intercambio de influencias entre los distintos sistemas y subsistemas, con un efecto multiplicativo. El ritmo de evolución y sustitución de los sistemas y subsistemas depende del grado de equilibrio entre las fuerzas conservadoras y las innovadoras, lo que explica la existencia en una misma civilización de fenómenos locales o generales de aceleración o inmovilismo; y también el hecho de que determinadas innovaciones tecnológicas o espirituales hayan llegado a alcanzar en una zona alejada una difusión mayor de la que tuvieron en aquella en que se originaron.

Los postulados generales de la interpretación de Renfrew pueden considerarse como válidos, aunque llevados a sus últimas consecuencias, al menos tal y como lo hace el autor, conducen a un modelo excesivamente rígido y perfecto, que en ese sentido resulta inaceptable en los niveles de documentación en que nos movemos. Se exagera en él el concepto de *continuum* cultural, tanto en el aspecto diacrónico como en el sincrónico, dejando poco margen para una integración de la teoría evolutiva con la migratoria y la difusionista, que se debe mantener en principio como una posibilidad siempre abierta. No cabe duda de que ha habido movimientos de población y hechos de difusión, aunque no estemos en condiciones de precisar demasiado al respecto.

En resumidas cuentas, lo más sensato es quizá admitir que los tres factores han podido desempeñar un papel importante sin quedar subordinados por principio unos a otros. Es probable que se haya dado una alternancia local y temporal entre fases culturales caracterizadas por una determinada influencia foránea, otras en que prevalece sobre todo la evolución interna y otras, en fin en que los aportes poblacionales han dado lugar a cambios espectaculares. Parece, en consecuencia, más prudente limitarse a analizar los testimonios disponibles en cada parcela de estudio, intentando explicar, en la medida de lo posible, la naturaleza y el origen de los cambios observados.

CAPÍTULO IV

EL BRONCE ANTIGUO

Como ya se ha dicho, existe gran desacuerdo sobre la datación del comienzo de este período en las distintas áreas culturales egeas, pero en todas ellas se constatan desde comienzos del tercer milenio ciertos cambios importantes, cada vez más acusados según se avanza en el tiempo. En general, hay un desarrollo de la vida urbana, con un aumento sensible del tamaño de los hábitats. Se observa asimismo un trasiego comercial con zonas periféricas, especialmente del Oriente, y una gran variedad en los tipos cerámicos.

Según se ha dicho también, no parecen haber tenido lugar inmigraciones masivas, y tampoco se ha podido demostrar la entrada en Grecia de una primera oleada indoeuropea en una fecha tan temprana. Sin embargo, la introducción de las innovaciones más importantes se atribuye en general a elementos foráneos procedentes del Mediterráneo oriental, que deben de haber sido bien acogidos, en la medida en que aportaban unas técnicas beneficiosas.

Cada una de las cuatro áreas del Egeo presenta un desarrollo singular, debido fundamentalmente al factor geográfico, que condiciona la acción de los demás factores determinantes del cambio. En conjunto, Creta es la unidad cultural que presenta una evolución más acelerada, tendencia ésta que tendrá una clara continuidad a lo largo de la Edad del Bronce, justo hasta el momento en que la Civilización Micénica toma el relevo y asume el protagonismo dentro del marco cultural del Egeo.

CRETA. PERIODO MINOICO ANTIGUO O PREPALACIAL

Características generales del periodo. En el actual estado de la documentación, que es de suyo precario, se puede conjeturar que a comienzos de este periodo se establecieron en Creta pequeños grupos humanos procedentes de Anatolia, la región sirio-palestina y/o el África protolibia, especializados en el trabajo del metal, que se habrían fusionado con la población neolítica. La fase II muestra una aceleración cultural, con la consiguiente influencia de Creta sobre el territorio del Egeo, lo que atribuyen algunos no sólo a la evolución interna, sino también a la instalación de nuevos elementos extranjeros más numerosos, de la misma procedencia que los primeros. Los núcleos de población dejan de ser aldeas para convertirse en minúsculas ciudades, y se aprecia,

por otra parte, una diversificación de la economía. Las regiones de mayores posibilidades agropecuarias, es decir, las llanuras, avanzan en el desarrollo de la agricultura, al tiempo que fabrican cerámica y tejidos. En cambio, en las partes costeras menos fértiles se asientan comunidades dedicadas básicamente al comercio exterior, que viven también de la pesca y cuentan con una artesanía local; las tumbas han proporcionado reproducciones de barcos de diversos tipos, representados también en algunos sellos.

Aunque la artesanía era de carácter familiar y no hay sobre talleres atestiguados, sí se puede suponer que se había producido ya la división del trabajo característica de las sociedades del Bronce frente a las neolíticas, aunque no sabemos hasta qué punto se habían constituido los llamados sectores improductivos, es decir, la clase sacerdotal y la clase militar, o si existía algo similar a los esclavos. La utilización de grandes enterramientos colectivos, que acogían a centenares de personas, sugiere una estructura social a base de unidades suprafamiliares.

Las armas halladas son muy raras, y las ciudades, incluso las costeras, carecen de fortificaciones y tampoco se asientan en acrópolis naturales. Entre las fases II y III debió de producirse una catástrofe bastante generalizada, posiblemente uno de los frecuentes seísmos que afectaron a la isla; se destruyeron muchas ciudades, reconstruidas rápidamente en los mismos lugares o en otros distintos.

No tenemos testimonio alguno sobre palacios ni sobre la estructura política, aunque es posible que no se hubiera configurado todavía ninguna institución de este carácter, y que el poder estuviera repartido entre los jefes de los grupos.

Es importante hacer constar el desarrollo que parece haber tenido la vida religiosa a lo largo de la tercera fase, en la que debemos situar el arranque de los santuarios de las montañas, cuyo culto, tributado probablemente a divinidades celestes, tenía ya, al parecer, un cierto aparato ritual. También existían santuarios domésticos y al aire libre, consagrados a la diosa-madre, y santuarios subterráneos en grutas para cultos ctónicos. Son abundantes los hallazgos de objetos religiosos, tanto en estos lugares cultuales como en las tumbas. El culto al toro, en fin, tenía ya presumiblemente una cierta importancia, a juzgar por las representaciones de juegos acrobáticos con toros que aparecen en sellos.

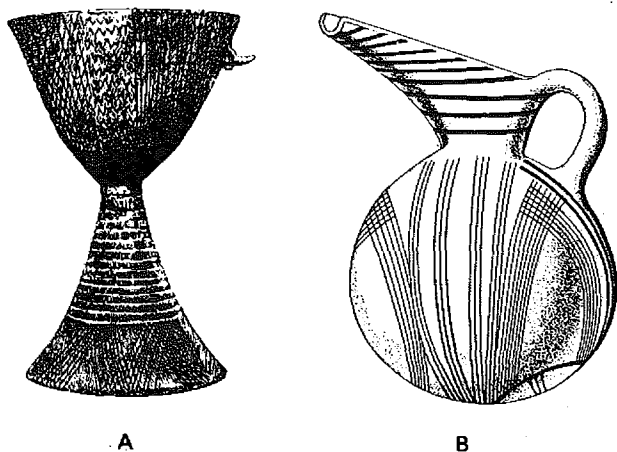
A partir de la fase II y, sobre todo, en la III, se puede apreciar un desarrollo artístico y un aumento del nivel de vida. Las viviendas comunes parecen más confortables, y hay, además, algunas casas con varias dependencias y con dos plantas; también se encuentran los espacios abiertos enlosados. Las numerosas figurillas halladas indican que se había empezado a utilizar la indumentaria de épocas posteriores, tan vistosa y elaborada en el caso de las mujeres; y otro tanto cabe decir del tratamiento de los cabellos a base de moños y trenzas adornados con cintas. En el hombre, como en las mujeres, las partes desnudas del cuerpo e incluso las ropas se realzaban con joyas de variados diseños y facturas.

Enterramientos. Las construcciones más destacables de este periodo pertenecen a la arquitectura funeraria, y en ellas se manifiestan ya desde los comienzos los rasgos básicos de los enterramientos de la Edad del Bronce. El tipo más modesto es el del *recinto rectangular* con divisiones paralelas interiores, que forman compartimentos, divididos a su vez por muros. Es el enterramiento colectivo característico de la parte oriental de la isla. El recinto más conocido e importante de todos es el de Malia, que siguió utilizándose hasta la primera fase del Bronce Reciente. Los muros exteriores se

hacían a base de grandes piedras, y para los apoyos más importantes se utilizaba el ortostato, empleado más tarde en los palacios. No había techos, y las sepulturas eran cubiertas simplemente con tierra.

La otra forma de enterramiento colectivo corresponde a los *tholoi*, contruidos casi todos ellos durante las fases I y II, aunque se siguieron utilizando después. Salvo excepciones, se encuentran en la zona central, bordeando la llanura de Mesara. A veces, tenían tumbas individuales adosadas a los muros exteriores, así como cercados contruidos, al parecer, para albergar nuevas inhumaciones cuando ya no cabían más en el *tholos*. Este tipo funerario presenta muchas variedades y en algunos de ellos hay una pieza dedicada al culto de los muertos. Básicamente el *tholos* es una construcción circular cubierta por una falsa bóveda, que se consigue reduciendo progresivamente hacia arriba el diámetro de los anillos de piedra más altos hasta un punto en que es posible cerrar con una sola losa horizontal. En estos *tholoi* cretenses se aprecia una ausencia de monumentalidad, si se comparan con las construcciones similares de la Europa occidental a base de megalitos; sólo en las últimas fases de la Civilización Egea aparecen los espléndidos *tholoi* megalíticos.

Cerámica. La cerámica del Minoico Antiguo es rica y variada. En su fase inicial continúa en cierta medida la tradición anterior, tanto en las formas como en la decoración de los vasos, pero tiene una nueva vitalidad creativa en ambos aspectos y, además, se introduce la decoración pintada. La fase I se ha podido identificar con claridad a partir de uno de los enterramientos de Lebena, en el sur de la isla, cuyos hallazgos fueron estudiados y publicados por Alexiou en 1958. Comprende cuatro variedades: una bruñida, generalmente gris ahumada, que es conocida como el *estilo de Pyrgos* y constituye una imitación de modelos en madera, a juzgar por el acabado de su superficie; otra pintada —*estilo de Haghios Onouphrios*— con líneas rojas o marrones sobre fondo crema; una tercera —*estilo de Lebena*— también pintada, cuya decoración, muy similar a la anterior, se realiza sin embargo, en tono claro sobre fondo oscuro; y, en fin,



Cerámica del Minoico Antiguo I (según Evans). A. Cerámica incisa: cáliz bicónico del estilo de Pyrgos. B. Cerámica pintada: jarra globular de largo pico del estilo de Haghios Onouphrios.

una cerámica bruñida oscura y frecuentemente roja. La forma más peculiar del estilo de Pyrgos es el cáliz bicónico de pie alto, que se completa en Lebena con la píxide esférica de cuello estrecho cónico y protuberancias perforadas a modo de asas, las píxides elípticas o cilíndricas, o los *kernoi* dobles o múltiples montados sobre un pie fino. Todas estas piezas presentan decoración incisa a base de líneas paralelas u opuestas, aproximándose al estilo cicládico de Grotta-Pelos. El estilo de Haghios Onouphrios, en cambio, está representado sobre todo por la jarra de largo pico dirigido hacia arriba y de panza globular; son característicos también de la cerámica pintada el jarro globular con cuello y dos asas, la copa de asa única y la píxide de tres pies.

El Minoico Antiguo II comporta nuevas variedades cerámicas que se desarrollan a partir de las anteriores. El *estilo de Koumassa* es una evolución del de Haghios Onouphrios; aunque su denominación deriva de los *tholoi* de Koumassa, se encuentra por toda la isla. Esta cerámica es técnicamente superior en lo que respecta a la calidad de la pasta, del engobe y de la cocción; el color de la pintura tiende al marrón oscuro o al negro, aumentando así el contraste sobre el fondo. Hay un mayor dinamismo y variedad de formas, y la decoración se hace más densa. El motivo más característico es el triángulo reticular, que forma combinaciones diversas: la mariposa de dos triángulos con un vértice común, el triple triángulo formado por líneas que convergen en la base del central, o las cenefas de triángulos unidos por los extremos de las bases.

En la Creta oriental prevalece el *estilo de Vassiliki*, caracterizado por una gran complejidad de las formas y la decoración. Las jarras se hacen más altas, con el cuello y el pico más elevado y sin la panza globular; y aparece la tetera con un enorme pico abierto en forma de cabeza de pájaro, que se realza con dos pequeñas protuberancias a modo de ojos. La técnica de elaboración está muy perfeccionada: una alimentación desigual de oxígeno en el proceso de cocción, cuidadosamente manipulada, logra un manchado y vetado característico, de gran efecto estético.

La *cerámica incisa* presenta, en fin, un desarrollo importante en esta segunda fase. La incisión se hace más densa y, además de los sistemas de líneas alternados, aparece el puntillado hecho a cepillo, los semicírculos concéntricos y las líneas onduladas superpuestas sobre una superficie gris. La forma principal es la píxide globular más o menos aplastada y con tapadera plana, que se utiliza también en el *kernos* doble o triple de pie cónico; hay asimismo píxides cilíndricas con tres pequeños pies.

En esta misma fase aparece un objeto de uso presumiblemente cultual, que tiene la forma de una tapadera redonda con un asa cóncava o convexa en la parte superior. Se encuentran por toda la isla y podrían estar relacionados funcionalmente con las «sartenes» cicládicas, que tampoco parecen objetos de uso culinario.

La tercera fase sigue mostrando una continuidad en los estilos cerámicos. El principal es el *nuevo estilo de Vassiliki*. El fondo es ahora uniforme, destacando más sobre él la decoración en un tono ocre blanquecino, aunque también aparece la combinación inversa de decoración oscura sobre fondo claro. Los motivos son más variados y complejos, formando a menudo guirnaldas; la espiral, el semicírculo, el disco y el triángulo son los elementos básicos, que, a veces, se convierten en figurillas de animales al añadirsele cabezas y miembros. Las formas son las mismas que en la fase anterior, con pequeñas variantes. En la Creta oriental y en el área de Cnoso este estilo llega a un estadio de evolución que inicia el *estilo de Camarés*. En cambio, en el área de Mesara continúan los estilos pintados en oscuro sobre claro o viceversa con decoración muy fina y dinámica; en un momento avanzado de la fase aparece una incipiente policromía

aplicada a motivos muy simples. En general hay bastante dificultad para distinguir algunos ejemplares cerámicos del Minoico Antiguo III de los de la fase anterior.

Otras facetas de la artesanía. Los vasos de piedra son una especie muy abundante en el Minoico Antiguo y un elemento característico de los ajuares funerarios. Los primeros quizá fueran importados de las Cícladas, pero a partir de la segunda fase se manifiesta una gran producción local, muy variada en formas, materiales y decoración. Generalmente se trata de píxides o de *kernoi* decorados con incisiones, bajorrelieves o incluso también pequeñas incrustaciones de diversos colores. La serie más rica procede de la necrópolis de Mochlos y pertenece casi por completo a la segunda fase.

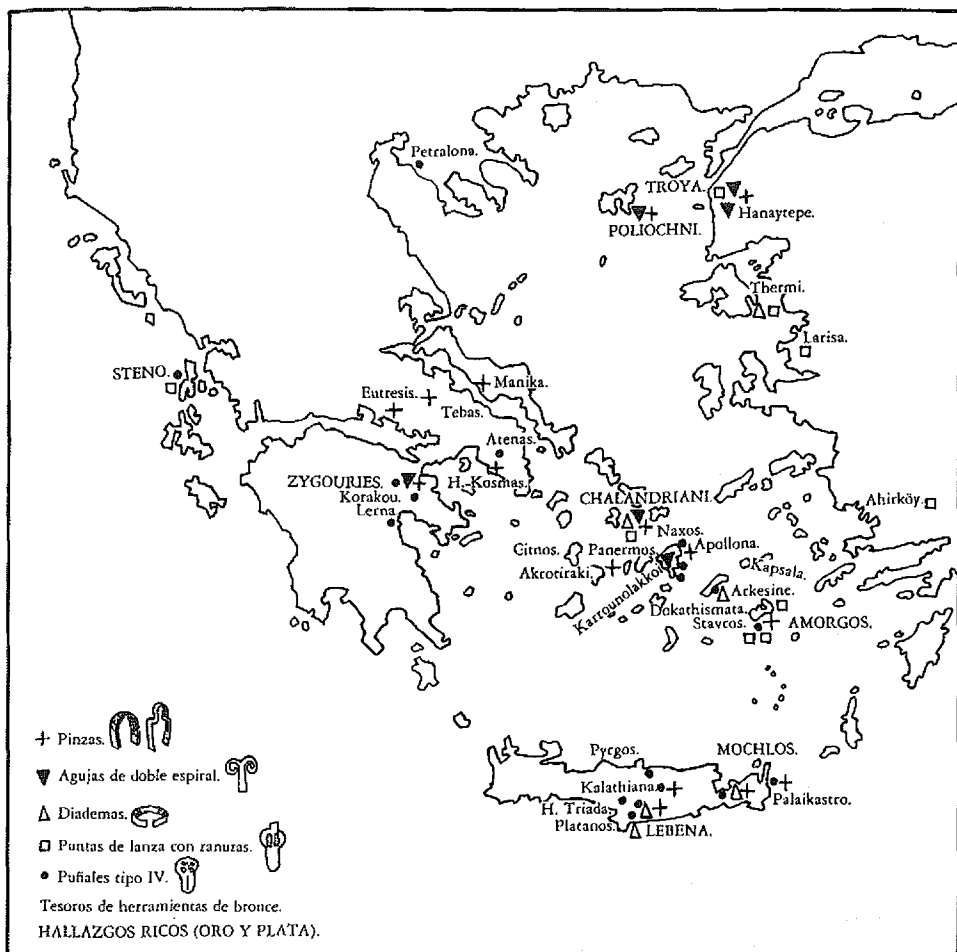
Ya hemos dicho que los hallazgos de armas son muy escasos en este periodo de la cultura minoica. Por otra parte, sólo en la última fase prepalacial se utiliza el cobre en aleación con arsénico o estaño para lograr hojas de mayor solidez. Desde el principio se trabajan dos variedades de armas: el puñal corto triangular y el puñal triangular oblongo, cuya lámina se refuerza con una ancha nervadura. Existe también una serie de pequeñas herramientas para el trabajo artesanal, y aparece por vez primera la doble hacha, de cobre o de plomo, que constituye sin duda un símbolo religioso.

A partir de la segunda fase se documentan los trabajos en oro, que comportan ya una serie de recursos técnicos: la soldadura, que permite fabricar piezas huecas, el laminado, la incisión, el recortado, el repujado, la filigrana y el más difícil de todos, el granulado, que ignoramos cómo se conseguía. Diademas, agujas en forma de flor, colgantes con cadena, sortijas, brazaletes y pequeñas bandas destinadas al adorno de vestidos fueron utilizados para engalanar a los difuntos, conservando así la apariencia que habían tenido en vida.

Las piedras finas y las perlas servían para fabricar objetos de adorno personal menos lujosos, que también se realizaban en piedras comunes. El desarrollo de la glíptica añadió una dimensión artística a estas joyas de carácter menor. Los sellos más antiguos, que tenían también un uso práctico como signo de identificación, llevaban incisiones geométricas y estaban fabricados en esteatita, marfil o hueso. En la segunda fase se enriquecen y diversifican las formas y los motivos, hasta llegar en la tercera fase a una variada gama de representaciones. En esta época suelen ser cilíndricos, con las dos bases grabadas y unos agujeros para pasar un hilo a su través. Las representaciones más abundantes son de animales, que en ocasiones prestan su forma a toda la pieza, pero se encuentra asimismo la figura humana. De influencia egipcia son los sellos en forma de escarabeo. Al final del periodo aparece la forma de prisma triangular, que permite grabar en tres caras.

LAS CÍCLADAS. CICLÁDICO ANTIGUO

Aspectos generales. Las islas del Egeo parecen haber recibido más o menos al mismo tiempo que Creta inmigrantes portadores de las nuevas técnicas. Sin embargo, el desarrollo cultural tuvo allí una orientación diferente, dado que no se contaba con tierras apropiadas para el aumento de la producción agrícola o ganadera. La población diseminada por las islas aprovechó las posibilidades que brindaba en ese momento el comercio y vivió de la exportación de sus materias primas, como la obsidiana —que siguió teniendo demanda durante bastante tiempo—, el esmeril, los mármoles y quizá también metales, como el cobre o la plata. Además, las islas manufacturaban algunos



Principales hallazgos de objetos de metal correspondientes al Bronce Antiguo, según Renfrew.

productos para la exportación: puñales de bronce, algo de cerámica y, sobre todo, las famosas figurillas cicládicas. Los isleños tenían sus propios barcos, no sabemos si coordinados o en competencia con los de Creta, y en ellos hacían llegar sus productos hasta las costas del Egeo.

No se han hallado aquí tumbas colectivas, sino tan sólo enterramientos individuales, y, como quiera que tampoco existió después un desarrollo político hacia la constitución de estados o reinos, es posible que el tejido social siguiera siendo muy primario, más atomizado tal vez que en las otras áreas. La producción artesanal y la empresa marítima obligaban desde luego a aunar esfuerzos, pero esa colaboración ha podido tener un carácter más espontáneo y dinámico que la correspondiente a la explotación agropecuaria, de mayor estabilidad. También cabe suponer que las islas fueran muy receptivas con respecto a los elementos foráneos, en la medida en que sus habitantes vivían proyectados hacia el exterior. Deben de haber facilitado en gran medida la introducción en el área egea de los conocimientos de todo tipo procedentes de la periferia.

La religiosidad cicládica es tan singular y palpable como misteriosa. No se ha identificado con seguridad ningún santuario de esa época ni existen indicios claros sobre ritual. Y, sin embargo, esas innumerables figurillas de mármol que se distribuyen por todo el Egeo, donde prevalece la representación de la mujer desnuda con las manos juntas o cruzadas sobre el pecho y que conectan con tipos neolíticos, no parece que puedan tener sino un carácter religioso, sobre todo en la medida en que destacan los símbolos de la fecundidad. Su presencia en las tumbas, incluso de niños, sugiere que se les atribuía una virtud protectora, al margen de la que podríamos considerar como estimulante de la fecundidad. Por otra parte, los objetos en forma de sartén, profusamente decorados con estrellas y espirales, que llevan inciso en la inserción del mango el triángulo púbico, parece seguro que tienen una función ritual.

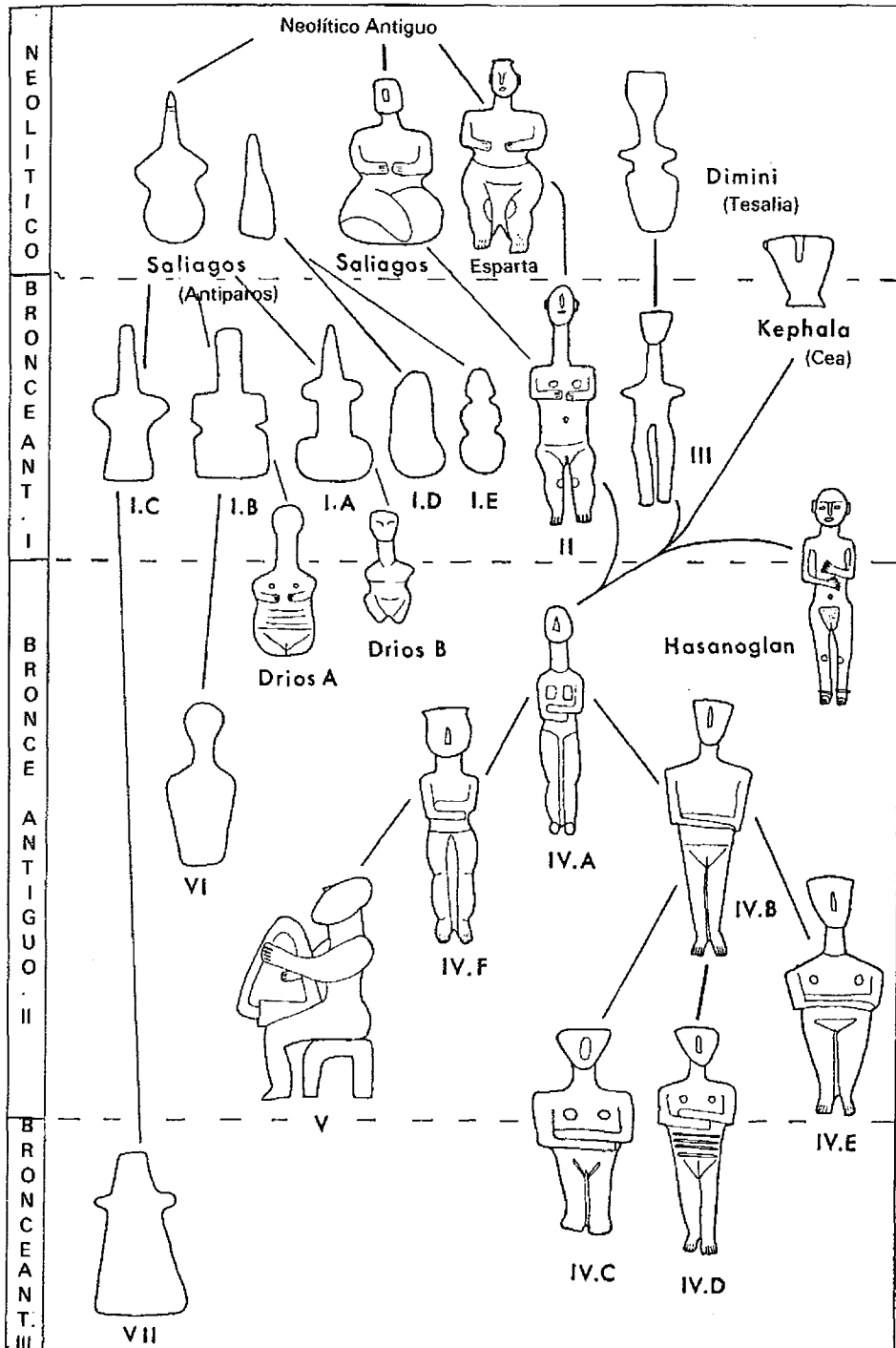
Casi nada sabemos de la vida privada y el atuendo personal de los habitantes de las Cícladas en este periodo. Los hábitats se muestran bastante pobres y diseminados por las costas; del mismo modo, la diferencia que se aprecia en los ajuares funerarios no llega a ser exponente de una verdadera riqueza.

Facies culturales. En el conjunto cultural de las Cícladas correspondiente al Bronce Antiguo destacan tres grupos con diferencias importantes en la cultura material. La llamada *cultura de Grotta-Pelos* es conocida por las necrópolis de cistas que se distribuyen por las Cícladas meridionales y centrales; los testimonios de poblamiento proceden, a su vez, de los niveles preurbanos de Phylakopi (Melos), de Grotta (Naxos) y de otros lugares de Amorgos, Sifnos y Melos. La *cultura de Ceros-Siros* está documentada en necrópolis de las Cícladas septentrionales y centrales y cuenta con hallazgos procedentes de algunas islas tan meridionales como Ios y Tera. Los principales asentamientos conocidos son el de Chalandriani (Siros), Dhaskalio (Ceros), Monte Kynthos (Delos) y Naxos. En cuanto a los hallazgos de superficie, cubren también toda el área cicládica. El tercer grupo, en fin, está integrado por asentamientos y necrópolis de la cultura de Phylakopi I, por el asentamiento de Paroikía en Paros y por otros hallazgos en Sifnos, Amorgos y Naxos.

El estudio de los materiales permite situar la cultura de Grotta-Pelos dentro de la primera fase del Cicládico Antiguo y en las Cícladas centrales y meridionales; la de Phylakopi I corresponde, por su parte, a la última fase del periodo en las Cícladas meridionales. La cultura de Ceros-Siros resulta, en principio, más difícil de ubicar en las coordenadas espacio-temporales: para algunos especialistas habría sido la facies cultural del norte de las Cícladas, más o menos contemporánea de la Grotta-Pelos en el sur. Pero un análisis más minucioso de la distribución de los hallazgos y de la estratigrafía de Phylakopi lleva a considerar las dos culturas como sucesivas, no simultáneas; a su vez, la frecuencia de los hallazgos de metal en Ceros-Siros demuestra la posterioridad de esta cultura respecto de la otra.

La cerámica característica de *Grotta-Pelos* es oscura, gruesa y bruñida. Como forma dominante aparece el cuenco, con unas asas muy peculiares que lo alejan de sus paralelos del este del Egeo; también abunda un vaso sin asas que tiene la forma del cuenco, pero con un cuello añadido; la «quesera», un cuenco con una serie de agujeros cerca del borde; el jarro de cuello ancho con pie, con o sin asas; y las píxides cilíndricas y esféricas. En Grotta la serie de formas incluye otros tipos más. Algunas piezas llevan bandas verticales u horizontales de incisiones en espina de pescado, y excepcionalmente se encuentra la espiral. También aparecen vasos de mármol.

Se sabe muy poco de los poblados de esta cultura, aunque parecen haber estado cer-

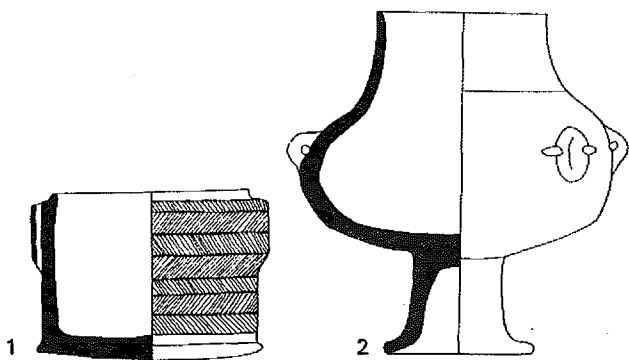


Evolución de las figurillas cicládicas desde el Tardoneolítico a lo largo del Bronce Antiguo (según Renfrew). En la fase de Grotta-Pelos (CA I) se encuentran tres tipos: esquemático, de muñón (Louros) y desarrollado (Plastiras). Este último es el que prevalece en la fase de Ceros-Siros (CA II) bajo la forma de brazos cruzados. El tipo esquemático de los Brettidolen presenta variantes, pero siempre se trata de una representación esquemática del cuerpo humano sin indicación de las piernas o de la cabeza; la forma I.D es poco más que un guijarro aplastado.

ca del mar en pequeños promontorios, con las necrópolis en colinas próximas a los asentamientos. Las cistas suelen tener cuatro losas verticales formando un trapecio, cubiertas por una quinta; a veces, tienen otra en el suelo, aunque lo más frecuente era depositar el cadáver en la tierra o encima de un lecho de guijarros. El difunto aparece acostado sobre su lado derecho, con las piernas flexionadas hacia la barbilla, pero sin una orientación fija. Cuando hay ajuar funerario, se deposita junto a su cabeza y también a veces al lado de los pies.

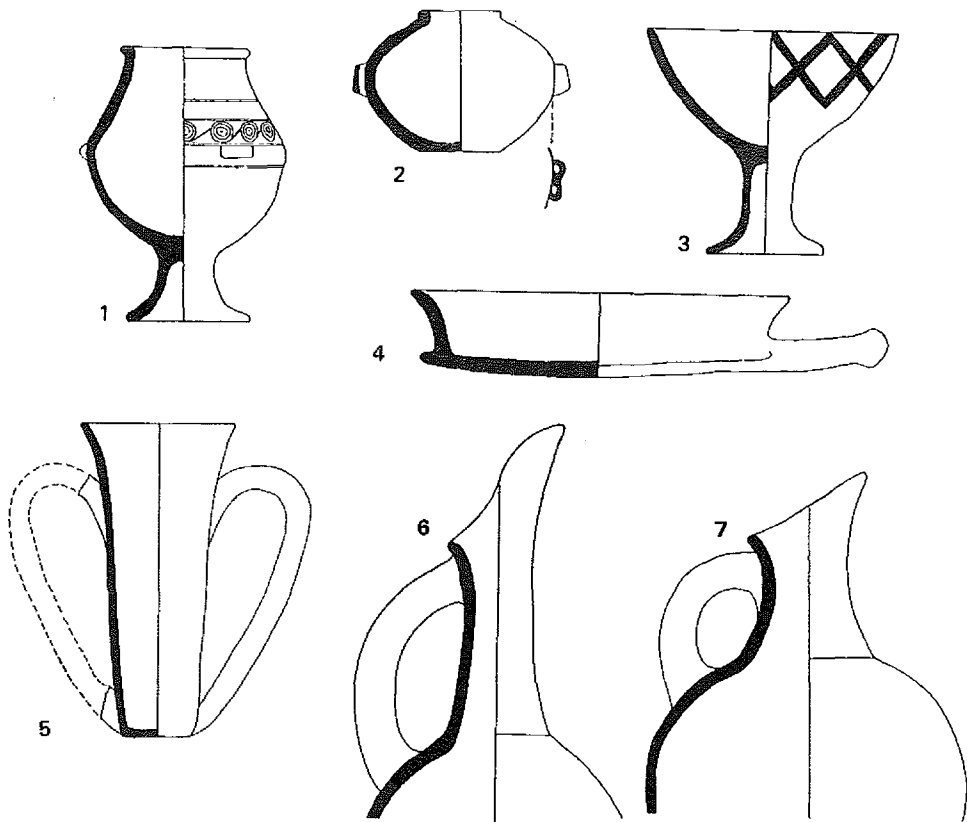
Las figurillas de mármol de esta cultura presentan ya los tipos cicládicos característicos: el esquemático (*Brettidolen*), el de brazos en forma de muñón (tipo Louros) y el más desarrollado (tipo Plastiras).

En términos generales, tanto la cerámica como el enterramiento en cistas y las figurillas esquemáticas evidencian una conexión muy fuerte entre la cultura de Grotta-Pelos y la costa occidental de Asia Menor, que se ve reforzada por las peculiares semejanzas de la cultura de Iasos (Caria) en concreto. Un desarrollo paralelo y una relación genética entre los dos ámbitos culturales son igualmente constatables; el margen de interpretación que divide a los especialistas se refiere al alcance de la transferencia en términos migratorios, pero esto es, en definitiva una cuestión de matiz. La cultura de Grotta-Pelos es a todas luces el resultado de la evolución de dos componentes: el sustrato neolítico y el aporte minorasiático.



Cerámica de la cultura de Grotta-Pelos = Cicládico Antiguo I (según Renfrew): 1. Píxide cilíndrica con decoración incisa en espina de pescado. 2. Vaso de pie.

El siguiente estadio cultural cicládico, el de *Ceros-Siros*, evidencia un salto cualitativo muy grande. Abundan los tipos metálicos y aparece toda una gama de nuevas cerámicas. Las píxides son lentoideas, y los jarros de pie tienen otro diseño. Pero las mayores novedades son la jarra de un asa, cuyo origen es presumiblemente anatolio; la «salsera», que procede al parecer de la Grecia peninsular; la «sartén», o el vaso largo y estrecho con dos enormes asas que llegan hasta la base (*depas amphikyPELLON*). La coloración, tirando a ocre, y el bruñido son también diferentes. En la decoración impresa abunda ahora la espiral y el motivo de los círculos concéntricos, apareciendo asimismo los vasos pintados. Otra novedad característica son las figurillas de mármol con los brazos cruzados.

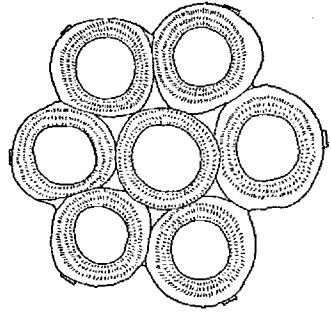
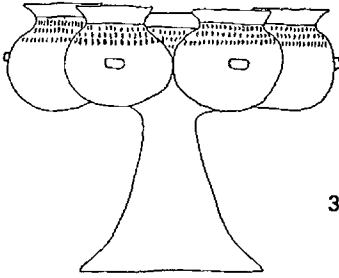
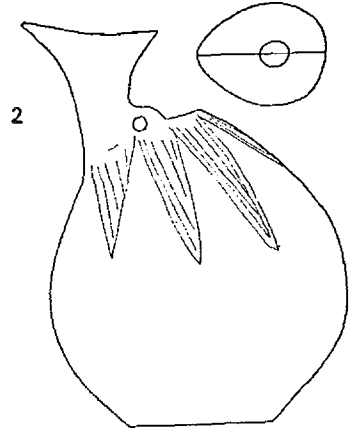
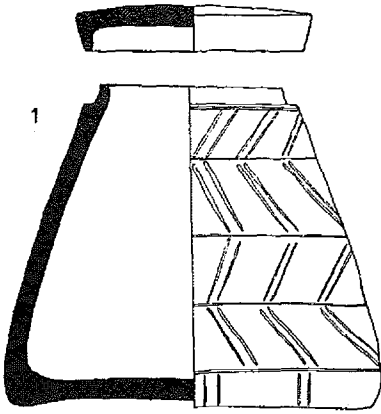


Cerámica de la cultura de Ceros-Siros = Cicládico Antiguo II (según Renfrew): 1. Vaso con decoración impresa. 2. Píxide lentoidea. 3. Cáliz con decoración pintada. 4. «Sartén». 5. *Depas amphikýpellon*. 6-7. Jarras de pico.

Sobre los poblados de esta cultura contamos con buena documentación. El mayor que se conoce es el de Kastri (cerca de Chalandriani, en Siros) del que se conserva una parte de una muralla con bastiones semicirculares y la correspondiente de un segundo anillo exterior. Dentro hay un conglomerado de habitáculos irregularmente organizados en callejuelas. En algunas de esas piezas se han hallado hogares, y uno de ellos en especial contenía restos de bronce fundido, testimonio de trabajo sobre plomo y un importante tesoro de objetos de metal. En Panormos (Naxos) ha aparecido una fortificación con bastiones muy irregulares situada sobre una pequeña colina cerca del mar y con una necrópolis en los alrededores. Sus reducidas dimensiones sugieren que la población vivía extra muros. Otros dos hallazgos, en la isla de Siros y en la de Delos respectivamente, confirman el modelo representado por los anteriores: pequeñas alturas fortificadas en puntos costeros con posibilidades portuarias. Los muros defensivos con bastiones circulares encuentran su paralelo en el poblado peninsular de Lerna III.

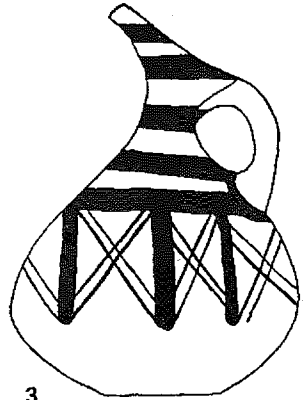
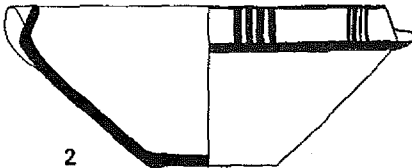
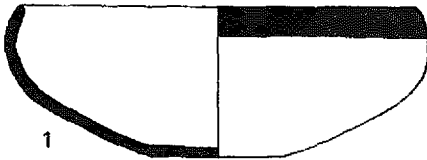
Las necrópolis son más grandes y presentan ajuares correspondientes a esta cultura, pero las costumbres funerarias manifiestan en general una continuidad. Distinto es,

A



3

B



3

Cerámica de Phylakopi I (Melos) = Cícládico Antiguo III (según Renfrew): A. Cerámica incisa: 1. Píxide cónica. 2. Vaso en forma de pato. 3. Kernos. B. Cerámica pintada: 1-2. Cuencos. 3. Jarro de pico.

sin embargo, el caso de Chalandriani, donde las tumbas están agrupadas en recintos. La planta va del rectángulo al círculo, y la construcción no es a base de losas verticales formando cistas, sino de murete de piedra seca, con una falsa entrada con grandes piedras y con una losa horizontal arriba imitando un *tholos*. En Naxos y Sifnos se encuentra también algo similar. Estas tumbas contienen una sola inhumación y el difunto suele aparecer acostado sobre el lado izquierdo y con las rodillas plegadas hacia la cintura.

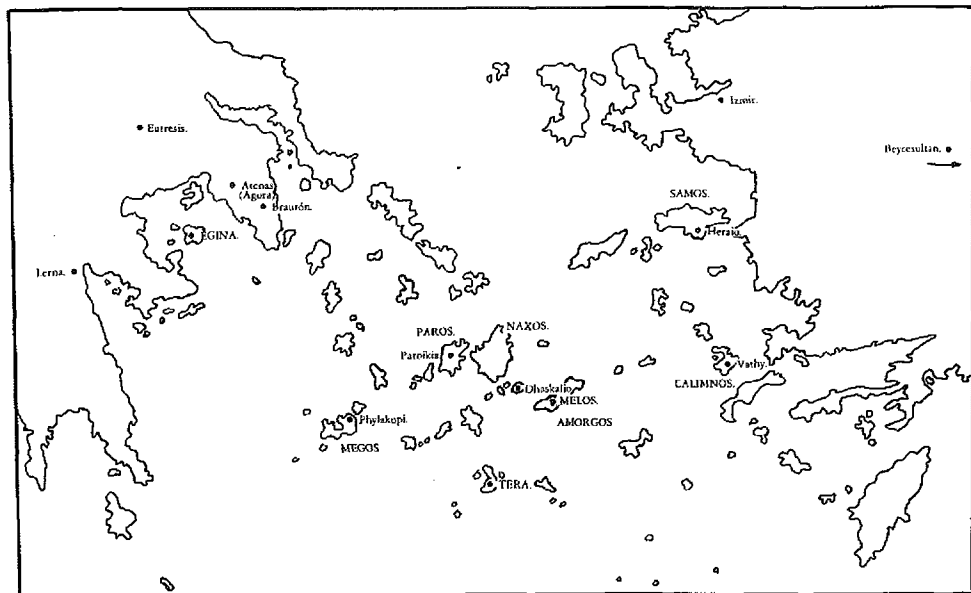
El rasgo más destacado de la cultura de Ceros-Siros es la gran cantidad de conexiones que presenta con todo el entorno egeo, ninguna de las cuales acusa, sin embargo, una especial dependencia. Por lo tanto, la interpretación más obvia es que esta cultura se desarrolló en un ambiente de trasiego comercial intenso en todas direcciones, lo que a su vez debe de estar en relación con la demanda generalizada de metal, que era distribuido por doquier desde los distintos lugares de procedencia. Las Cícladas constituían en ese momento el nudo de las comunicaciones marítimas del Egeo y parecen haber asumido un importante protagonismo en ese comercio.

En estas condiciones, resulta muy difícil hacer deducciones sobre movimientos migratorios a partir de la cultura material; a este efecto habría que proceder al análisis de los restos humanos, pero por desgracia la moderna depredación de las tumbas ha impedido que se pueda contar con el material suficiente. Por lo tanto, no se puede ir más allá de la constatación de una poderosa influencia procedente de la Grecia peninsular, Creta y la Anatolia occidental; de esta última región sobre todo. Al mismo tiempo se han podido constatar rasgos evidentes de desarrollo local en los tipos metálicos. La falta de continuidad que manifiesta esta cultura respecto de la de Grotta-Pelos aboga, en principio en favor de una posible renovación poblacional, pero la imposibilidad de identificar el lugar de origen de la misma resta importancia al argumento migratorio.

Phylakopi I es el único poblado del Cícládico Antiguo que se puede considerar propiamente como una ciudad. Las casas tienen paredes rectas con esquinas bien trazadas, y se observa una cierta planificación en la estructura del conjunto. Se registra, sin embargo, una ausencia de fortificaciones.

La cerámica incisa de *Phylakopi I* tiene como formas más características la píxide cónica y el vaso en forma de pato, común en la Grecia peninsular y en Anatolia. Una segunda variedad cerámica la constituyen los vasos sin decoración, de superficie brillante y oscura, que llevan un engobe especial y después un bruñido. Algunas piezas de este tipo se confunden con las de Ceros-Siros, al igual que ocurre con la tercera variedad, la cerámica pintada, de la que aparecen cuencos, jarros con pico, *pitthoi*, copas con un asa y a veces también *keranoi*.

Los enterramientos de esta cultura son tumbas excavadas en la roca, que siguen utilizándose durante el Cícládico Medio. La cultura de *Phylakopi I* registra influencias de las dos facies culturales cicládicas precedentes y del entorno egeo, tanto oriental como occidental. Las tumbas excavadas en la roca, que aparecen por primera vez en las Cícladas con esta cultura, tienen un paralelo contemporáneo en Eubea y en Corintia; Renshaw las relaciona con unas tumbas de fosa tardoneolíticas halladas en la zona del Ágora de Atenas.



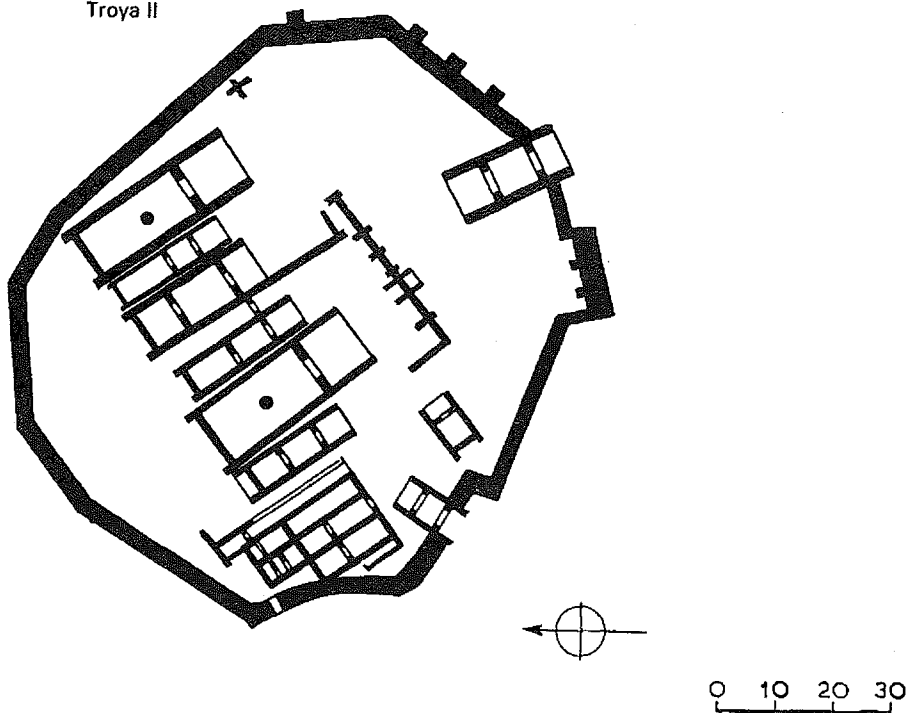
Hallazgos de vasos en forma de pato (CA III: Phylakopi I) (dibujo) por el Egeo.

EL EGEO ORIENTAL. PERIODO PROTOTROYANO

La costa oriental de Asia Menor, en la que se incluye Troya, así como las islas vecinas —Lemnos, Lesbos, Quíos y Samos— se ha revelado recientemente como un área extensa de la Civilización Egea, antes limitada sólo a la comarca troyana. Allí parece haber comenzado a desarrollarse la metalurgia en un largo Calcolítico que precedió al Bronce.

De todas formas, Troya sigue siendo el lugar más importante, y corresponden al Bronce Antiguo las ciudades I a V de las nueve que han aparecido superpuestas, si bien la última de ellas es ya contemporánea de los comienzos del Bronce Medio en el resto del Egeo. El emplazamiento era privilegiado, puesto que controlaba la ruta marítima del Helesponto y las rutas terrestres del interior en una zona crucial del comercio prehistórico de larga distancia.

Erigida en una acrópolis natural que domina una fértil llanura, la ciudad estuvo siempre fortificada, aunque la población viviera en su mayoría extramuros. Troya II tenía un gran palacio con la sala principal de tipo mégaron, que sugiere la existencia de un poder centralizado en la persona de un monarca; circunstancia ésta que podría explicar, a su vez, el hallazgo de un tesoro de objetos de oro, bronce y piedra oculto en el exterior, junto al muro, sin duda ante la amenaza de la catástrofe que acabó con la ciudad. La muralla estaba sólidamente construida, con un espesor de cinco a diez metros en su parte inferior y reforzada con torres por el lado más accesible. Tenía dos puertas dobles muy fortificadas, una más grande, que daba entrada a todo el recinto, y otra más reducida, que conducía directamente al palacio. Las ciudades III, IV y V con-

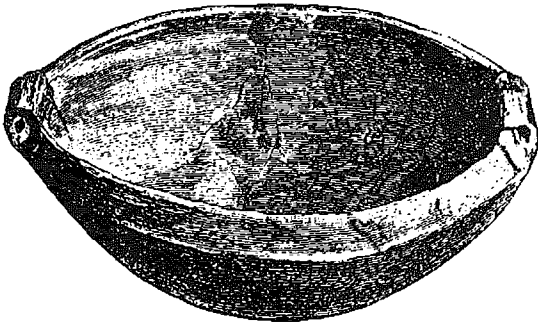


taron con fortificaciones comparativamente más pobres y también las construcciones interiores eran más modestas.

La cerámica característica de Troya I es oscura y hecha a mano. Aparecen cuencos con o sin patas y jarras de pico. Se encuentra ocasionalmente cerámica incisa o pintada en blanco. En Troya II hay un desarrollo peculiar, que se ha estructurado en siete fases. En la segunda se introduce ya el torno, y en las últimas las variedades negras y grises dan paso a coloraciones claras en marrón, canela y rojo. La tercera fase introduce la famosa copa *amphikypellon*, el vaso largo y estrecho con dos grandes asas arrancando de la fase que se encuentra en la facies cicládica de Ceros-Siros; hay toda una gama de nuevas formas, entre las que se cuenta un vaso globular con cuello que lleva los rasgos de un rostro humano en un costado o en la tapadera. La decoración es a base de incisiones, acanaladuras o relieves.

Troya III manifiesta una continuidad en la cerámica respecto de la ciudad anterior, con las copas de una o dos asas y con los vasos y las tapaderas decorados con caras. Aparecen asimismo algunas terracotas de animales. La evolución prosigue con algunas innovaciones, pero sin cambios significativos en las fases cerámicas correspondientes a Troya IV y V. Hay que llegar a la Troya VI del Bronce Medio para encontrar un corte significativo, evidenciado sobre todo por la aparición de la cerámica *mimia*.

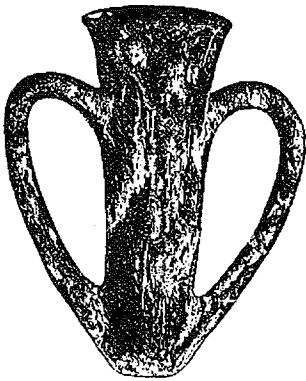
En Lemnos (Poliochni) se ha exhumado una ciudad fortificada, cuyos estratos son sincronizables de un modo general con los de Troya, gracias a la cerámica; también ha aparecido un tesoro que presenta muchas semejanzas con el de Troya II. Sin embargo, el conjunto es en todos los aspectos mucho más modesto. La isla de Lesbos ha proporcionado a su vez en Thermi un hábitat cuyo nivel más moderno corresponde a Troya I. Los sucesivos estratos presentan primero una aldea abierta, después una pequeña



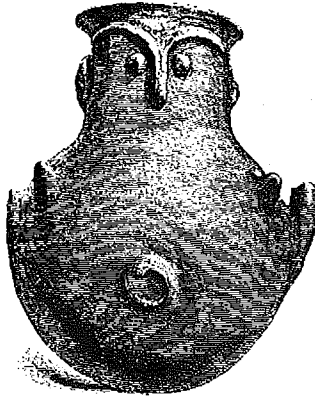
1



2



3



4



5

Cerámica troyana del Bronce Antiguo (según Schliemann): 1. Cuenco (Troya I). 2. Jarra de pico (Troya I). 3. Depas amphikypellon (Troya II). 4. Vaso con decoración antropomórfica (Troya II). 5. Jarra de cuello largo (Troya IV).

ciudad amurallada llena de casas muy apiñadas y luego una fortaleza de muros reforzados con bastiones, con un carácter más urbano. En este área del Egeo oriental se han localizado más de cuarenta asentamientos, entre costeros e isleños, desde la Tróade hasta Esmirna, correspondiente a la cultura de Troya I, mientras que con las fases de Troya II sólo coincide una decena.

Las respectivas poblaciones de estas ciudades parecen haber vivido básicamente del comercio organizado, que se combinaba con la explotación agropecuaria —de muy variadas posibilidades según los sitios—, perfeccionada por las nuevas técnicas y el utillaje de metal. Sobre la religión, la organización social y los demás aspectos de la vida privada de Troya no tenemos prácticamente testimonio alguno, lo que hace pensar que el universo espiritual y material de esa zona era bastante distinto del de Creta y las Cícladas. Es posible que el grueso de la población hiciera una vida muy cerrada a las influencias exteriores y que la infiltración de elementos procedentes de las áreas más aculturizadas fuera allí más escasa. Parece que falta una proyección hacia el mar y un desarrollo de la industria, de modo que la participación en el comercio podría haber sido más bien pasiva, aprovechando la circunstancia de que se trataba de una zona de trasiego. De todos modos, debe de haber una clave que explique ese diferente desarrollo cultural de la población. Tal vez la institución monárquica había desarrollado una economía centralizada y ejercía el monopolio del comercio cercenando los estímulos y las iniciativas de la población. No lo sabemos.

El desarrollo histórico de la región durante el Bronce Antiguo es asimismo misterioso. La uniformidad de la cerámica parece indicar que no han existido grandes cambios en la composición étnica de la población, y, sin embargo, sobreabundan las destrucciones de ciudades, entre las cuales la más espectacular es la de la poderosa Troya II, que registra gruesas capas de cenizas; y se aprecia también el abandono definitivo de muchos hábitats en el período correspondiente a Troya II, con un solo asentamiento de nueva planta, el del Heraion de Samos. Algunas de esas catástrofes pueden haber sido naturales, pero no todas ellas desde luego, y, en definitiva, el enorme y continuado esfuerzo dedicado en Troya al amurallamiento indica de suyo que se vivía una situación de amenaza. Ahora bien, si no ha habido cambio en la población existen dos posibilidades para explicar las destrucciones, que tal vez se hayan dado alternativamente. Una es la de las luchas entre las distintas ciudades, o quizá más bien derivadas del intento del rey de Troya por tener bajo su dominio a los demás núcleos de poder; y otra, la acción de enemigos vecinos. Nos faltan, sin embargo, dataciones absolutas de las destrucciones y tampoco la cerámica permite en esa zona afinar demasiado en la cronología, de modo que resulta imposible intentar la reconstrucción del proceso a no ser de un modo hipotético. La aparente sincronización de las destrucciones de la costa oriental del Egeo con otras de la Anatolía occidental y meridional, así como de Tracia, ha sugerido su atribución a los Luvitas, un pueblo indoeuropeo afín al hitita, que en el segundo milenio se encuentra instalado en el sur de Anatolía.

Después de la destrucción de Troya V, que marca el final del período sí se aprecia una diferencia en la composición de la población, más o menos en consonancia con lo que ocurre en la Grecia continental.

Aspectos generales del periodo.

Las zonas colindantes de Corinto y la Argólide parecen haber sido las primeras en recibir los estímulos culturales que penetran por la misma época en Creta y las Cícladas; en consecuencia, son las que más acusan sus efectos. Los hábitats se muestran más grandes y más próximos unos a otros. La agricultura y la ganadería experimentan un impulso en las zonas respectivamente más apropiadas. El cultivo de la vid y el olivo se generaliza en esta época, permitiendo una ocupación creciente de las zonas adecuadas a los mismos (ver *supra*). Igualmente se aprecia un desarrollo de la producción artesanal de carácter doméstico. Los barcos cretenses y cicládicos llevaban probablemente hasta las costas los productos exóticos, ya que no hay indicios de que las gentes del continente tuvieran por entonces sus propias flotas comerciales. Las fortificaciones son raras, y la vida de las comunidades debe de haberse desarrollado como en Creta sin grandes conflictos.

Es probable la existencia de poderes locales de tipo personal, pero no podemos establecer con certeza su influencia en el sistema económico y la estructura social, ni, en definitiva, su verdadero carácter. Por otra parte, aquí también faltan los grandes enterramientos colectivos, y las creencias religiosas apenas han dejado huellas. Tampoco se aprecia una evolución artística hacia lo suntuario; la vida privada discurría, al parecer, en forma sobria y modesta.

Las diferencias entre el Heládico Antiguo y el Minoico Antiguo son bastante importantes, y se deben posiblemente a la intensa penetración en la isla de los influjos procedentes del Mediterráneo oriental, que no tuvieron en cambio un impacto directo en las áreas continentales. Aquí debe de haberse producido una lenta evolución de las poblaciones neolíticas, con una mínima colonización cultural del exterior. La difusión del utillaje y armamento de bronce y de las innovaciones en la agricultura y la ganadería se produjo tal vez por medio de una reducida infiltración poblacional que fue rápida y totalmente absorbida por el sustrato, y luego por vía de comercio o a través de artesanos itinerantes.

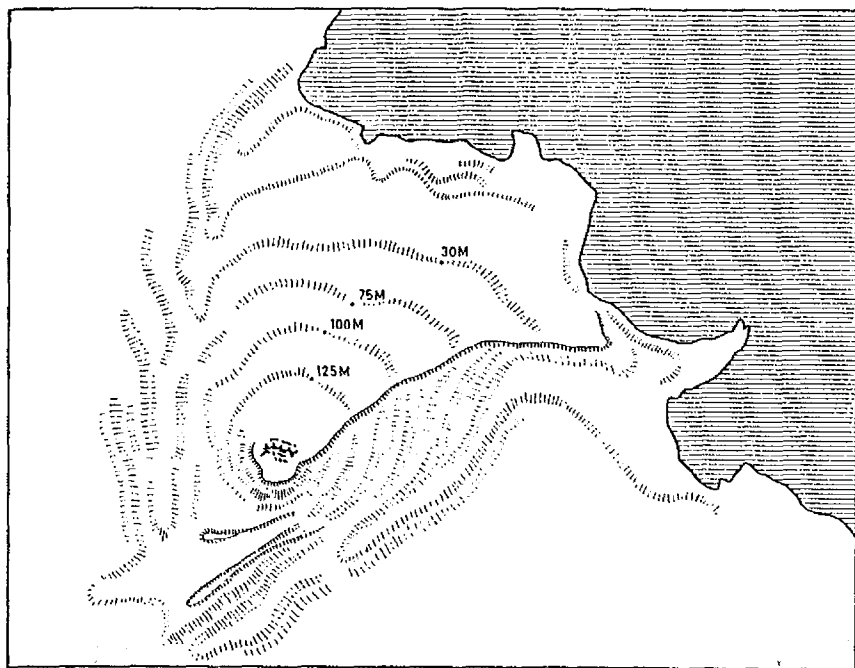
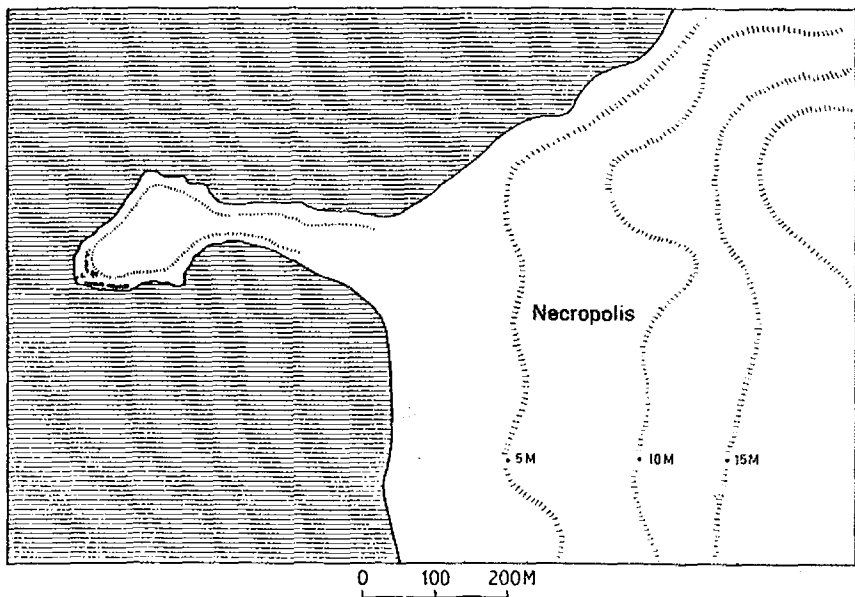
El hallazgo de alguna construcción que destaca por su tamaño sobre las viviendas, como la llamada «casa de las tejas» de Lerna, que contenía un depósito de marcas, ha permitido conjeturar la existencia de una administración centralizada en algunos poblados, pero en la propia Lerna se ha encontrado después otro depósito de marcas dentro de una construcción muy simple, lo que ha hecho pensar que su uso era estrictamente comercial. El excedente de vino, aceite o grano servía sin duda a estas comunidades para comerciar con los mercaderes que llevaban productos desde fuera y para alimentar a los artesanos especializados, bronceístas y alfareros sobre todo; es probable, por tanto, que existiera algún mecanismo interno destinado a facilitar el desarrollo de este comercio, pero no tiene por qué haber sido un sistema centralizado de tipo palacial. Hay que admitir que no sabemos absolutamente nada sobre cómo se desarrollaba la producción y la circulación de los bienes en general.

Los testimonios relativos a las formas de enterramiento son pobres y dispersos. Característica del periodo, aunque no generalizada, es la costumbre de enterrar a los muertos bajo el suelo de las casas, que se documenta en Beocia, en la Argólida y en Laconia, incluso en la segunda fase. En la Grecia Central y el Peloponeso hay también hallazgos de enterramientos en tinaja de barro, aunque corresponden a niños. Aparecen también tumbas excavadas en la roca, para uno o varios difuntos; y cistas hechas con losas, aisladas o formando conjuntos con pasillos entre unas y otras, como en la necrópolis de Maratón en el Ática. Una misma necrópolis, la de Haghios Kosmas, también en el Ática, combina el tipo cicládico de cista a base de losas verticales y el de la pequeña construcción con falsa bóveda y entrada simbólica. No es posible, en el estado actual de la documentación, establecer ninguna conclusión sobre la filiación étnica de las poblaciones a partir de estos testimonios, por muy sugerentes que parezcan.

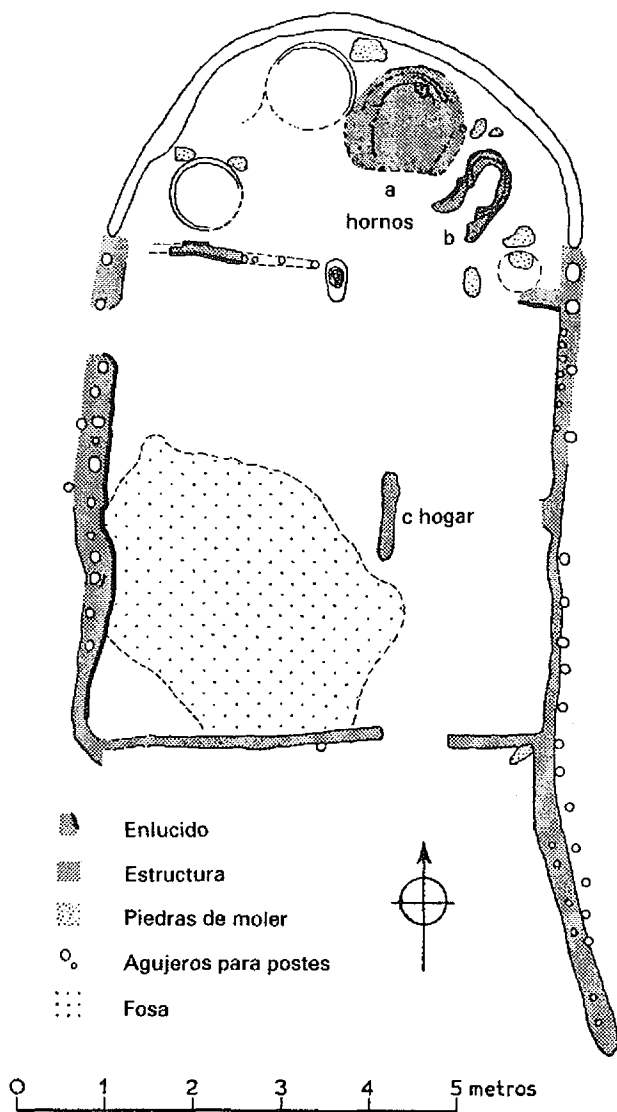
La «llegada de los griegos»

En la tercera fase del Heládico Antiguo se ha podido constatar arqueológicamente la infiltración de grupos humanos portadores de una nueva cultura. Muchas aldeas han sido remodeladas y se han construido otras nuevas, con una tendencia clara a la reducción del tamaño de los hábitats. Se aprecian en general diferencias culturales entre unas regiones y otras más importantes que las de la fase precedente. Aunque los asentamientos no son bien conocidos, hay testimonios significativos. En Orcómeno (Beocia) las casas circulares son sustituidas por otras que tienen un extremo en ábside, tipo éste llamado a prevalecer en el Bronce Medio. Una construcción así de finales de la segunda fase se ha hallado debajo del palacio micénico de la Tebas beocia. Haghios Kosmas, en el Ática, fue abandonado, tras haber sido destruido por un incendio a finales del Heládico Antiguo II. El caso de Lerna, uno de los poblados más importantes de la fase II, parece elocuente. Los nuevos habitantes de la fase III han formado por encima de la «casa de las tejas», no sabemos con qué finalidad, un pequeño túmulo circular de tierra, rodeándolo con un anillo de piedra. Aparecen muchas casas nuevas del tipo de ábside, con una pieza principal, en medio de la cual se encontraba el hogar, y un vestíbulo abierto, con dos soportes de madera para la techumbre. El antiguo muro del poblado ha sido desechado y no se han hecho nuevas fortificaciones. Corinto, por su parte, aparece abandonado después de la fase II.

El tránsito del Heládico Antiguo III al Heládico Medio, que comporta otras destrucciones y una generalización del tipo de vivienda absidal en los poblados, parece señalar la instalación definitiva de los nuevos pobladores infiltrados paulatinamente, que habrían conseguido prevalecer sobre las comunidades anteriores. El proceso debe de haber sido complejo y variado, y desde luego resulta imposible establecer en qué medida llevó consigo el exterminio, la subordinación o la absorción de los grupos preexistentes, y tampoco podemos calcular el número de los inmigrantes. Lo único que parece hoy en día más claro es que fue entonces cuando se produjo la indoeuropeización de Grecia, es decir, cuando entraron en ella los grupos humanos portadores de la lengua griega o protogriega. Sería inútil tratar de encontrar pruebas fehacientes al respecto, pero por exclusión parece ése el único momento en que ha podido tener lugar una renovación poblacional lo suficientemente amplia como para producir una sustitución lingüística.



Tipo de asentamiento costero en el Bronce Antiguo egeo. A) Pequeña península proyectada hacia el mar: Manika (Eubea). B) Cabeza próxima a la costa con buenas defensas naturales: Chalandriani (Siros). En ambos casos existe un recinto fortificado.



La «casa quemada» de Sitagroi (Macedonia) con su planta absidal (según Wakeham). Las paredes son de entramado. La dependencia del fondo, separada por un tabique de la pieza principal, era a la vez cocina y despensa.

La situación en el norte.

En el norte de Grecia, e incluso en algunas regiones del centro, se registra una pervivencia de la civilización neolítica cuando ya en la Grecia meridional se vivía en plena Edad del Bronce. Dado que los estímulos renovadores procedían del Mediterráneo su-oriental y de Anatolia, y se propagaron a través de Creta y las Cícladas según parece,

es lógico que haya sido el sureste de Grecia la primera zona a donde llegaron, y el noroeste, la última. Además, las regiones del norte estaban inicialmente más pobladas y no admitían un desarrollo agrícola a través de la policultura lograda con el olivo y la vid.

El estado actual de conocimientos, que es bastante precario, salvo por lo que respecta a Tesalia, indica que en todo este área el paso a la Edad del Bronce se produjo en forma brusca y no a través de una evolución interna, sino por la importación directa de la cultura. Este hecho es sincronizable en general con el comienzo de la segunda fase del Heládico Antiguo en el resto de Grecia.

Sitagroi, en Macedonia, es uno de los lugares mejor excavados, y puede considerarse como modélico. De las cinco fases allí descubiertas sólo las dos últimas presentan alguna conexión con el mundo del Bronce. El poblado de Sitagroi estaba en una de las áreas agrícolas bien pobladas en el Neolítico, y la vida parece haber tenido allí una continuidad sin cambios durante parte de la fase IV, contemporánea del Heládico Antiguo I, que ha dado, sin embargo, algún objeto menudo de bronce. Los signos de transformación del poblado se aprecian en la última fase, a la que pertenece la llamada «casa quemada», una construcción sobre postes, en forma de mégaron y con uno de los extremos en ábside. La cerámica de esta casa presenta decoración de acanaladuras, como la de la Europa central; se ha encontrado también cerámica cordada y algunas piezas semejantes a la primera variedad troyana. A un segundo momento de esta misma fase (Vb) corresponde en Sitagroi una casa oblonga de similares características, que contenía objetos de almacenaje, cuencos de asas tubulares y vasos pequeños de un asa. También se han hallado en ese nivel herramientas de bronce.

Las costas macedonia y tracia fueron los lugares de penetración de la cultura heládica antigua en la Grecia del norte, que se difundió desde allí hacia el interior por los valles de los ríos, pero sin llegar a sustituir del todo a la cultura neolítica. La adopción de las armas y las herramientas de metal es aquí muy lenta, y, consecuentemente, lo es también el desarrollo de la agricultura. Los poblados y construcciones parecen mantener durante mucho tiempo las formas tradicionales.

Si en las regiones tracia y macedonia son pocos los lugares que cuentan con una estratigrafía, todavía es mayor nuestro desconocimiento del área noroccidental de Grecia. Apenas hay datos sobre Etolia y Acarnania, y la cerámica procedente del Epiro, hallada sobre todo en el área de Dodona, parece ya mesoheládica. En cuanto a las islas Jónicas, registran influencias directas del Heládico del Peloponeso nororiental. Todo el norte de Grecia necesita desde luego de una prospección arqueológica sistemática, pero, en cualquier caso, parece bastante claro que la cultura del Heládico Antiguo en sus formas genuinas tiene la región beocia como máxima cota septentrional de expansión. Al otro lado del Parnaso empieza un mundo diferente, un área geográficamente muy amplia y también muy dividida, que evoluciona sin apenas conexiones internas, a un ritmo lento y desigual. En ella debían de encontrarse durante el Heládico Antiguo II, no sabemos exactamente dónde, cómo o desde cuándo, los grupos de población indoeuropea helenohablantes que empiezan a moverse hacia el sur a finales de esa fase y van infiltrándose lentamente, a lo que parece, a lo largo del Heládico Antiguo III.

La división cultural que presenta la península griega durante el Heládico Antiguo resulta muy significativa si tenemos en cuenta las conclusiones de los lingüistas sobre la diferenciación dialectal de la lengua griega en el Bronce Reciente (ver *supra*). La existencia en esa época de dos grandes áreas lingüísticas —la del norte y la del sur—, que vienen a coincidir grosso modo con las grandes áreas culturales del Heládico An-

tigo, indica, en consonancia también con los testimonios arqueológicos sobre la difusión de la cultura Micénica, que el norte de Grecia fue durante toda la Edad del Bronce una zona marginada culturalmente del resto de la península, lo que explica que fuera una reserva de poblaciones predisuestas a bajar hacia el sur.

Facies culturales del Heládico Antiguo.

Las tres fases en que se divide cronológicamente el Heládico Antiguo pueden ser identificadas desde el punto de vista arqueológico con tres culturas de aparición sucesiva.

La fase I correspondería a la *cultura de Eutresis* (Grecia Central), que cuenta también con los yacimientos de Korakou (Corintia, en el Peloponeso) Palaia Kokkinia (Ática) y Perachora-Vouliagmani (Ática). Su área de dispersión parece, sin embargo, más amplia, ya que la cerámica de barniz rojo que la caracteriza se ha hallado en otros lugares del Ática, Beocia y el noroeste del Peloponeso (en Zygouries, Asine y Corinto sobre todo) y en la isla de Quíos.

En la cerámica de barniz rojo, que es heredera de la subneolítica, aparece la jarra panzuda de pico corto y dirigido hacia arriba, el vaso de un asa y los *skyphoi* sencillos. Otra variedad cerámica es la oscura, decorada con incisiones o impresiones geométricas sencillas, rellenas de blanco. Se encuentra ya en esta fase la «salsera» característica del Heládico Antiguo II en una versión primitiva.

El poblado de Perachora conserva un trozo de amurallamiento, que fue sustituido más tarde por un terraplén revestido de piedra por ambos lados y de una altura de dos metros. Las construcciones parecen haber tenido paredes curvilíneas. En Eutresis es donde se ha encontrado la casa más característica de la época, de planta rectangular, unas dimensiones interiores aproximadas de 4 × 7 m y con una pieza principal y una especie de pequeño vestíbulo. En el mismo yacimiento ha aparecido una construcción circular de 6 metros de diámetro, con un profundo foso en el centro; su finalidad es desconocida.

No contamos con enterramientos de esta cultura, que manifiesta en lo poco que se conoce de ella una importante continuidad respecto de la última fase neolítica, constituyendo en cierto modo un estadio de transición.

El Heládico Antiguo II se materializa en la llamada *cultura de Korakou*, con un área de dispersión amplia: el Peloponeso, Eubea y la Grecia Central —Beocia, Lócride y Fócide— hasta la isla de Léucade. Su cerámica característica es la de *Urfiniss*, de paredes finas y superficie lustrosa, que se presenta en las formas de «salsera», jarro de cuello largo y fino, *askos*, cuenco de pie pequeño y píxide lentoídea, principalmente; en Orcómeno y Lerna se encuentra también el *depos amphikýpellon* de Troya y las Cícladas. Al lado de esta variedad se encuentra la cerámica bruñida con incisiones o impresiones rellenas de blanco, mientras que en Lerna las formas de *Urfiniss* aparecen pintadas de un modo similar a uno de los tipos de Ceros-Siros.

Al igual que en Creta y las Cícladas, esta fase II revela una asimilación de las nuevas formas culturales del Bronce, que sustituyen ya definitivamente a las neolíticas. Poblados más amplios, triunfo de la metalurgia y un gran trasiego con las otras áreas del Egeo son sus rasgos más significativos. La fortificación de los hábitats es ahora un hecho frecuente; los bastiones semicirculares de Lerna pueden haber inspirado los de Chandriani en Siros.

En Eutresis resulta instructiva la comparación de las dos fases. Ahora aparecen casas aisladas, bien construidas, separadas por estrechas calles y flanqueadas por espacios abiertos nivelados, donde se hacía posiblemente una vida urbana. La vivienda que se puede considerar como modélica cuenta con dos piezas además del vestíbulo. En el lugar donde se encontraba la construcción circular de la fase anterior se aprecia una cavidad cónica próxima a una de las casas; se ha conjeturado que podría tratarse de un santuario, pero tampoco en este caso hay indicio alguno relativo a la utilización del conjunto. En Orcómeno (Beocia) las casas son, en cambio, redondas: cabañas en realidad con unos muros bajos de piedra. El poblado de Haghios Kosmas (Ática), construido sobre una lengua de tierra que avanza hacia el mar, cuenta con casas parecidas a las de Eutresis, formadas por dos a cuatro piezas comunicadas una con otra, y con pequeños patios a la entrada; las callejuelas están enlosadas o cubiertas de guijarros. El otro poblado conocido del Ática, Raphina, también a la orilla del mar, tiene una apariencia muy similar, aunque estaba fortificado. En Egina, en el cabo Kolona, se asentaba una verdadera ciudad igualmente fortificada y semejante a la del cabo Manika en Eubea.

En Corinto y la Argólide se concentran los poblados de esta cultura, aunque no todos ellos han sido bien excavados y estudiados. Korakou, Zygouries, Asine y Lerna son los mejor conocidos. Se asientan sobre colinas bajas y están integrados por bloques de casas separados por calles estrechas. Las viviendas tienen una estructura irregular a base de piezas rectangulares entre las que destaca una principal. La cubierta debía de ser plana, ligeramente inclinada, como en las casas del Ática. No se aprecian con carácter general lugares destinados al almacenaje de productos.

Lerna constituye un caso especial. El lugar, una pequeña colina junto a una fuente, había sido habitado con anterioridad, pero la fase de Korakou se construye de nueva planta, después de nivelar el terreno. La muralla es doble, con compartimentos entre las dos paredes y torres semicirculares salientes, que incluyen puestos de guardia. La construcción de las torres, como la de las casas, es a base de hiladas de grandes piedras en posición oblicua, cambiando su orientación de una hilada a otra. Los edificios son grandes, y entre ellos destaca en el centro de la ciudad la llamada «casa de las tejas», de hecho la construcción más importante de todo el Heládico Antiguo. Su planta, de 12 × 25 m, es rectangular y está integrada por varias piezas de diferentes tamaños y dos pasillos laterales con escaleras de madera, que conducían a un piso superior. Tenía una entrada por cada lado, una de ellas principal. Los muros, muy regulares, tenían zócalo de piedra y el resto era de adobes, contando con bancos exteriores adosados. La cubierta era de piedra y tejas. Como ya se ha dicho, el hallazgo de una serie de impresiones sobre arcilla ha llevado a conjeturar que se trataba de una construcción al servicio de un sistema redistributivo, pero esta apreciación es conjetural. No está claro a decir verdad que se trate de un precedente de los conjuntos palaciales.

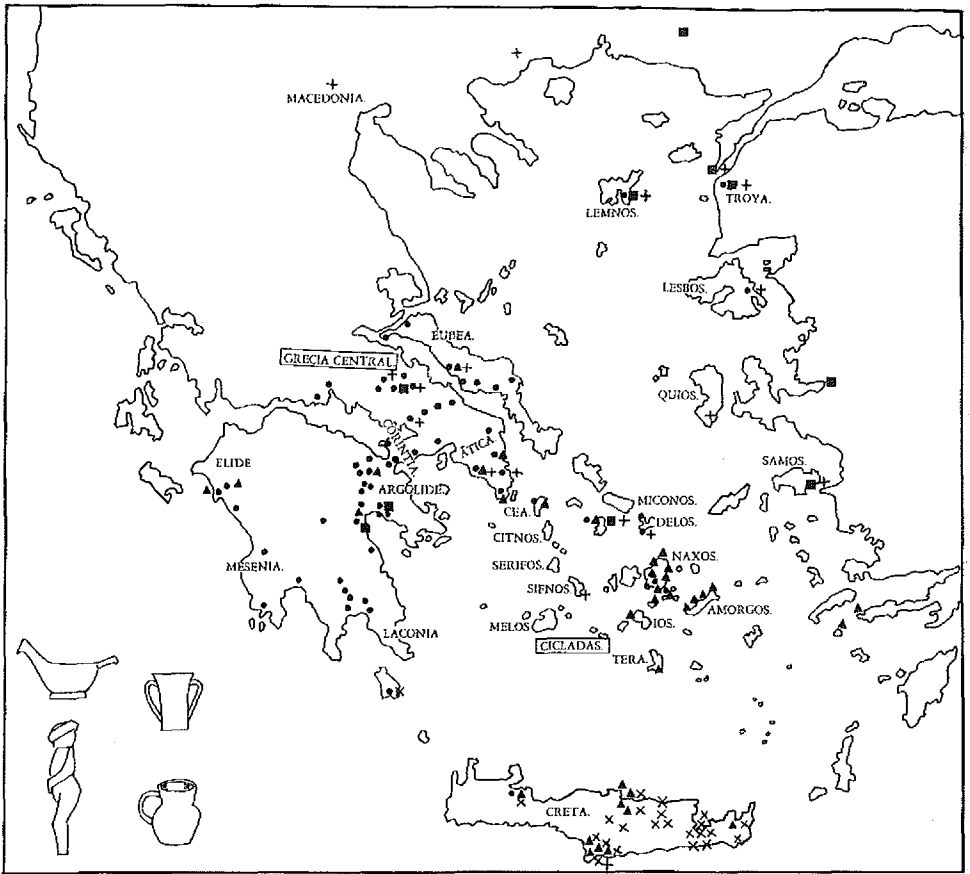
El poblado de Akovitika (Mesenia) presenta casas semejantes a las de Lerna, con pasillos laterales y pequeñas piezas destinadas a almacenaje, construidas también con adobes a partir de una implantación de piedra. También se aprecia aquí un edificio mucho más grande, de 12 m de ancho y quizá 36 de largo, es decir, aún mayor que la «casa de las tejas», que está muy mal conservado. Es verosímil que en ambos casos se trate de las respectivas residencias de reyzeuelos o toparcas, pero no hay pruebas suficientes para afirmar que controlaran toda la producción, redistribuyendo los diversos bienes. De hecho, la otra casa de Lerna donde han aparecido marcas podría indicar la

existencia en cada poblado de una pluralidad de unidades económicas, aunque la mayor y más importante correspondiera a un personaje destacado sobre los demás por su poder y su riqueza; y eso suponiendo que el uso de las marcas no esté relacionado exclusivamente con el comercio exterior. Insistimos una vez más en que no se sabe nada sobre las formas de producción y circulación interna de los bienes en estas comunidades, y en que el modelo redistributivo totalmente centralizado bajo la autoridad de un rey no es el único posible en este contexto cultural, ni siquiera el más obvio. En la medida en que requiere una adaptación de la sociedad y de la estructura económica, es más verosímil que se haya logrado en una fase avanzada a partir de las condiciones iniciales que lo motivan, y, en todo caso, dependiendo del desarrollo del comercio, que puede ser favorable o desfavorable a su implantación.

Una construcción cuyas dimensiones sugieren una utilización común es la de planta circular y 29 m de diámetro hallada en Tirinto. Estaba formada por tres anillos concéntricos, de los cuales el exterior parece haber consistido en rampas escalonadas. No se conocen más detalles de este edificio, lo que hace imposible establecer su finalidad, e incluso su posible relación con las construcciones circulares de fosa de Eutresis. Se ha pensado que podría tratarse de un silo.

Los hallazgos metalúrgicos de esta fase cultural son raros, pero ello se debe fundamentalmente al hecho de que la carestía de las materias primas obligaba a refundir los objetos deteriorados o superados por otros más modernos. Algunos tesoros, como los de Eutresis y Tebas, indican con claridad que se había logrado ya un desarrollo tecnológico suficiente para producir herramientas eficaces: hachas planas, hachas perforadas, azuelas, tijeras, etc. También se han encontrado puñales de hoja reforzada y puntas de lanza cicládicas, así como pequeños objetos de adorno o aseo personal. Sobre el desarrollo de la glíptica no se puede afirmar nada en concreto, puesto que las marcas de Lerna y algunos sellos sueltos que proceden de distintos poblados no garantizan la existencia de una artesanía local de este tipo. Los sellos se han considerado como importaciones de las Cícladas, y las marcas de Lerna (más de doscientas entre los dos grupos, incluyendo unos setenta tipos diferentes) podrían corresponder a envases procedentes del exterior, según indica Platón.

En la tercera fase del Heládico Antiguo, que, como ya se ha dicho, aparece muy diversificada, se destaca la llamada *cultura de Tirinto*. En Lerna, el estrato correspondiente a esta etapa es fácil de identificar, pero no ocurre así en general, de modo que el área de dispersión de esta cultura viene delimitada principalmente por los hallazgos de su cerámica característica, que presenta dos variedades, una con decoración oscura sobre fondo claro y otra del tipo inverso: los nuevos motivos utilizados son absolutamente peculiares y también se aprecian innovaciones en las formas. En Lerna, parte de esta cerámica fue fabricada ya con el torno rápido utilizado en el Mesoheládico, y también se encuentra en el estrato de este poblado correspondiente a la cultura de Tirinto una primera variedad de la cerámica minia (ver *infra*). La cultura de Tirinto tiene su centro en el noreste del Peloponeso, pero se documenta asimismo en el centro y en el oeste; la misma cerámica aparece en Beocia, Fócide y Eubea, estando en cambio muy poco presente en el Ática. Lerna, Eutresis, Tirinto y Haghia Marina (Grecia Central) son los lugares que presentan estratos más claros de esta fase, a la que se ha aludido más arriba y que parece protagonizada por los nuevos grupos de población procedentes del norte; en este sentido apunta, por ejemplo, la afinidad de las construcciones absidiales de Lerna con la «casa quemada» de Sitagroi en Macedonia y con las del

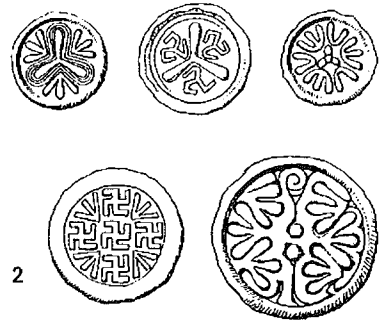
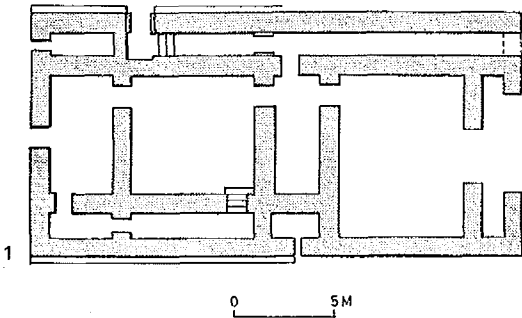
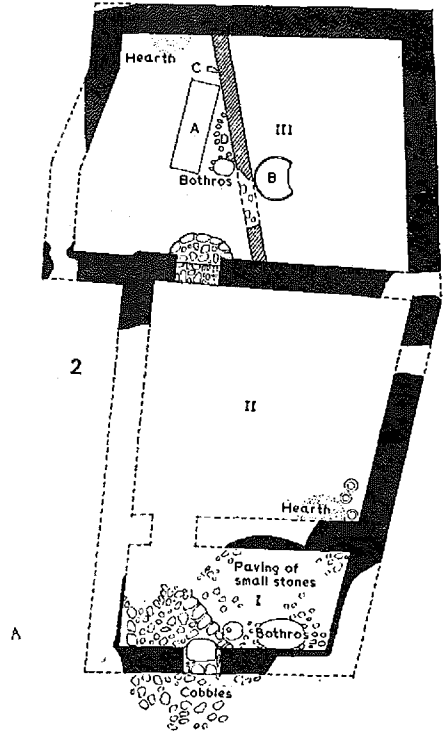
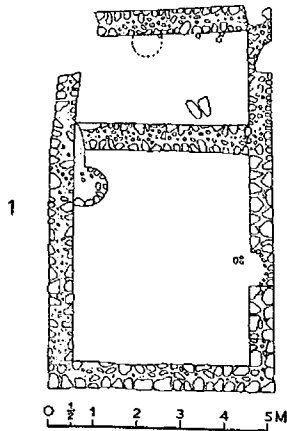


- «Salsera».
- Figurillas de brazos cruzados.
- Depas *amphikypellon*.
- * Cerámica del Minoico Antiguo II.
- + NJarro de un solo asa.

Difusión de algunos elementos de cultura material por el área egea durante el Bronce Antiguo II, según Renfrew.

Neolítico Final de Rachmani en Tesalia, así como otras innovaciones que luego se generalizan en el Heládico Medio.

Durante el Heládico Antiguo III parece haberse dado en algunas zonas una pervivencia de la cultura de Korakou; además, los hallazgos de Lefkandi y de otros lugares de Eubea, como Manika, manifiestan la presencia de una facies cultural sincronizable con la de Tirinto, pero que se distingue claramente de ella, al menos en su primera fase. El rasgo más significativo de estos materiales es la influencia cicládica y sobre todo anatolia.



A) dos casas de Eutresis, correspondientes, respectivamente, a la cultura de Eutresis (1) y la cultura de Korakou (2) (según Goldman).

B) 1. La «casa de las tejas» de Lerna, correspondiente a la cultura de Korakou.
2. Algunas de las marcas de sellos sobre arcilla halladas en la «casa de las tejas».



Cerámica pintada de la cultura de Tirinto = Heládico Antiguo III (según Schachermeyr):
1. Decoración clara sobre fondo oscuro, procedente de Orcómeno (Beocia). 2. Decoración oscura sobre fondo claro, procedente de Tirinto (Argólide).

CAPÍTULO V

EL BRONCE MEDIO

También este periodo de la Civilización Egea acusa una falta importante de documentación arqueológica, en parte recuperable si se realizan nuevas excavaciones; sin embargo, es también mucho el perjuicio causado a esos estratos por los primeros excavadores de los yacimientos, que sólo se preocupaban por exhumar los restos, más espectaculares, del Bronce Reciente.

Si, como parece, este periodo se caracteriza por la instalación en Grecia de una población nueva, hay que suponer que el fenómeno más importante del mismo haya sido la integración étnica y cultural de las dos capas poblacionales, la inmigrante y el sustrato, aunque sólo afecte a una parte del área egea. En Creta el hecho más significativo es la aparición de los palacios, con todas sus implicaciones en el conjunto cultural. El marco cronológico general del periodo parece poder establecerse entre el 2000-1900 al 1700-1600.

CRETA. PERIODO MINOICO MEDIO (IB-II CERÁMICO) O PROTOPALACIAL

El destacado desarrollo cultural en todos los órdenes de Creta dentro del conjunto de la Civilización Egea durante el Minoico Antiguo había sentado las bases sin duda alguna para llegar en el periodo siguiente a un estadio cultural más avanzado, y, en efecto, la construcción de los *primeros palacios* presupone una transformación política, social y económica, que sin embargo, no podemos, analizar por falta de documentación.

A diferencia de lo acaecido en el continente, y en cierto modo también en el área oriental, en Creta la población parece haber proseguido su vida pacíficamente a lo largo de las tres etapas del Periodo Prepalacial, es decir, durante todo el Bronce Antiguo. Aun después de construirse los palacios, los santuarios de las montañas y los situados al aire libre, que contaban por entonces un siglo de vida, tuvieron una continuidad de cultos, y se siguió fabricando también la *cerámica de Camarés*, que aparece a finales del Minoico Antiguo y llega a su apogeo en el Minoico Medio.

Hay, pues, aparentemente una continuidad en la población y en la cultura, aunque se detecten importantes cambios. La construcción de los palacios indica de suyo la existencia de un poder político personal y de una forma de economía centralizada. La producción y la redistribución de la riqueza tienen que haberse visto afectadas por el cam-

bio, aunque no sepamos exactamente de qué modo. Y se observa también un desplazamiento del centro de gravedad desde la Creta oriental hacia la central, con una extensión de la cultura por el oeste de la isla.

Diversas convulsiones sísmicas, que se sucedieron tal vez con intervalos de cien años y causaron destrozos parciales, fueron superadas sin mayores consecuencias, pero en torno al 1700 una catástrofe generalizada destruyó prácticamente todos los palacios y los poblados; su reconstrucción, a veces en otros lugares, marca el paso al Bronce Reciente (Minoico Reciente).

Palacios, poblados y necrópolis

Los primeros palacios fueron construidos sobre poblados prepalaciales, derribando las casas que estorbaban, pero la elección de los lugares implica una distribución de la isla en zonas. Cnoso se ubicaba en la llanura del norte, no lejos de la costa y de los puertos, y su emplazamiento le daba el control de los pasos que conducían hacia el sur. Festo, erigido también sobre un poblado prepalacial, que a su vez perpetuaba un asentamiento neolítico, estaba asimismo próximo a la costa y dominaba la llanura de Mesara, en el sur de la isla. Igualmente el palacio de Malia, en el norte, se construyó sobre un poblado prepalacial, elegido sin duda porque controlaba la zona costera que se extendía desde la región de Cnoso hasta el golfo de Mirambello y, por el interior, hasta el monte Dicteo; contaba también con su propio puerto. Finalmente, en el este de la isla se ha descubierto el palacio de Zacro, también de este periodo, asociado como los demás a una ciudad y a un área agrícola, si bien en este caso la actividad económica básica parece haber sido el comercio.

Todos estos palacios carecían de fortificaciones, aunque no de grandiosidad. Amplias rampas de acceso, patios, talleres, almacenes, conjuntos de aposentos, áreas de culto, salas, pórticos y escaleras que daban acceso a diferentes plantas formaban en torno a un gran patio central un conjunto magnífico, claramente destacado del resto de las construcciones de la ciudad. Incluso en los espacios abiertos los suelos aparecen enlosados, y se han hallado, por otra parte, restos de sistemas de canalización y otros refinamientos constructivos. El palacio de Cnoso, que era el más grande, alcanzaba casi los 20.000 m² de superficie, y el de Festo, aproximadamente la mitad.

Las casas que integran los poblados anejos a los palacios o situados en otros lugares incorporan también muchos perfeccionamientos de construcción. Aparece la trama de madera en los muros, que proporciona cierta elasticidad frente a los terremotos; los pilares y columnas suelen llevar basamentos, y el enlucido de las paredes interiores y exteriores es más cuidado. Las viviendas se amontonan de forma irregular en bloques separados por callejuelas enlosadas, que se convierten en escaleras cuando la topografía del terreno así lo requiere. También se aprecian algunas viviendas especialmente amplias y complejas, que podrían pertenecer a grandes propietarios o jefes locales.

Las costumbres funerarias evidencian asimismo cambios importantes. Se siguen utilizando y construyendo los grandes enterramientos colectivos del tipo *cercado rectangular* con divisiones internas, así como los monumentos en *tholos*, pero ya desde finales del Periodo Prepalacial se observa una preferencia por las sepulturas individuales, aun cuando aparezcan agrupadas en necrópolis. Ahora los sarcófagos y las tinajas que se habían empezado a emplear antes en los complejos funerarios se entierran en

la arena de las costas, en las concavidades de las rocas, o bien en cuevas naturales, que se acondicionan a modo de cámaras.

Sociedad y forma política

Todos estos cambios en los poblados y en los enterramientos se corresponden verosímilmente con una transformación de la sociedad, aunque no es posible establecer precisiones al respecto. Es de suponer que el desarrollo de la vida urbana y la atracción de los palacios haya hecho disminuir la cohesión de los grupos familiares primitivos, y que en la administración, la producción y los servicios generales de los conjuntos palaciales estuviera implicado de forma permanente un elevado número de personas, vinculadas al monarca de un modo mucho más fuerte que a cualquier otra autoridad ajena al palacio. Y es de suponer también que el desarrollo de la institución monárquica se haya producido en competencia con los poderes locales, que deben de haber visto reducidas sus respectivas esferas de influencia a medida que crecía el entorno regio. Pero todo esto no pasa de ser una reconstrucción hipotética de carácter muy general. Para poder concretar más tendríamos que conocer mejor el tejido social en los dos periodos y saber algo de cierto sobre la circunstancia que motivó el importante salto cualitativo correspondiente a la creación de esa monarquía que se materializa de forma tan impresionante en la construcción de los enormes palacios.

El modelo político de la realeza sagrada tenía en ese momento una tradición en Egipto y el Próximo Oriente y era conocido sin duda por los cretenses; por otra parte, la sociedad de Creta había alcanzado ya, según todos los indicios, un desarrollo económico suficiente como para poder soportar, incluso sin el concurso de esclavos, el aparato suntuario de la institución monárquica. Además, el desarrollo del ritual y las creencias religiosas, y el nivel de vida de la Creta prepalacial, la configuran, en principio, como una sociedad potencialmente receptiva del fenómeno de la realeza.

Esas condiciones iniciales pueden constituir de suyo la base del cambio, pero parece lógico suponer que haya existido una circunstancia especial capaz de poner en marcha el mecanismo. Se ha pensado a este respecto en la posible amenaza de agentes externos. La Grecia peninsular acababa de ser invadida por poblaciones procedentes del norte, y, por su parte, el área oriental del Egeo sufrió trastornos similares en el tránsito del Bronce Antiguo al Medio, como veremos más adelante. No es inverosímil, por tanto, que en Creta se haya vivido una situación de peligro potencial; la necesidad de hacer frente a un eventual ataque exterior podría haber obligado a la construcción de una flota poderosa, para lo cual se habría hecho, a su vez, necesario incrementar y centralizar la producción.

Esta hipótesis tiene una lógica interna, pero no es la única explicación posible del proceso y tampoco resulta por sí misma convincente. No sabemos si en verdad los cretenses llegaron a sentirse amenazados por lo que ocurría en esas áreas ultramarinas, entre otras cosas porque no está nada claro que los «invasores» de Grecia manifestaran una capacidad para llegar hasta la isla, ni que las potencias de Anatolia hubieran evidenciado intenciones semejantes. Tampoco la sociedad cretense del Minoico Medio parece haberse orientado hacia la defensa, incluso admitiendo que la falta de murallas en los palacios y poblados se debiera a la frecuencia de los terremotos; está claro que el excedente de riqueza se encauza hacia lo suntuario, no a mejorar la capacidad bélica, y también es evidente que la monarquía cretense no tiene rasgos militares. Es difícil

de admitir, por otra parte, que la implantación del modelo de economía del palacio se considerara como el expediente adecuado para afrontar un peligro inminente.

Una dificultad adicional para entender la cuestión reside en el hecho de que desconocemos la secuencia de construcción de los palacios y las relaciones administrativas o políticas existentes entre unos y otros. Ignoramos si la clara superioridad de Cnoso en cuanto a tamaño se refiere, obedece a que fuera el centro político y/o administrativo de la isla, o bien a alguna otra razón. De hecho, la pluralidad de los palacios puede responder a una fragmentación política inicial o permanente, pero también a una necesidad de regionalizar la producción y el comercio. No sabemos en realidad hasta dónde se llegó exactamente en desarrollo político, ni por qué camino.

Los orígenes de la monarquía cretense tienen un reflejo en la leyenda de Minos, que podría haber sido inspirada, sin embargo, por la época Neopalacial. Pero Cnoso, el palacio vinculado a Minos y a la leyenda del Laberinto, es casualmente también el que destaca sobre todos los demás en el Periodo Protopalacial. Por otra parte, en la última fase del Prepalacial, Cnoso tenía un santuario de montaña, y, en el poblado sobre el que luego se construyó el palacio, se destaca una casa más lujosa, con un santuario doméstico, una construcción con dos columnas monolíticas, justo al lado del primer palacio, y dos construcciones singulares talladas en la roca y abovedadas, una de las cuales tenía un acceso escalonado en forma de galería. Se ha supuesto que esta última fuera utilizada como granero, aunque no hay nada que así lo atestigüe; en cualquier caso, todo el conjunto podría tener una relación con el subsiguiente palacio y, en definitiva, con el origen de la realeza.

Es probable que la monarquía cretense haya surgido, en efecto, en Cnoso dentro de un contexto sacral. El hecho de que el palacio más importante de este periodo no se encuentre ni en la zona oriental ni en la meridional, que eran las más pobladas en las fases anteriores y las más ricas, cada una dentro de sus propias peculiaridades, hace pensar que la monarquía cretense no surgió a partir de un consenso o de un acaparamiento de poder en el seno de los clanes más importantes. No parece una monarquía de origen gentilicio, y tampoco se puede pensar en este caso en un desarrollo del poder personal de base militar. Tal vez haya que prestar atención a la leyenda de Europa, que establece para Minos un origen fenicio. Un rey sacerdote, supuestamente ungido por la divinidad, del tipo altoriental, puede haberse instalado en esa parte de la isla, menos dominada presumiblemente por los grandes clanes familiares, si juzgamos por la distribución de los enterramientos colectivos, y haber introducido el tipo de economía centralizada en el palacio que se documenta en el Próximo Oriente desde el tercer milenio. En el caso de Cnoso, el modelo seguido puede haber sido el de los pequeños estados de la costa sirio-palestina, donde se combinaba la policultura intensiva con la producción artesanal y el comercio terrestre y marítimo. El desarrollo de la isla en el Periodo Prepalacial, especialmente en lo que respecta a las ciudades costeras (ver *supra*), constituía un buen punto de partida para esa evolución. A su vez, Cnoso podría haber servido de modelo para la creación de las otras ciudades-palacio de la isla.

Religión

No parece caber duda, en todo caso, de que la organización política de la Creta Protopalacial, centrada como estaba en la persona del rey señor del palacio, tenía una base religiosa, es decir, de que el estado era de un tipo teocrático. Y también se aprecian

elementos claros de continuidad en este terreno entre el Periodo Protopalacial y el Neopalacial. En unos y otros palacios existe una gran área destinada al culto, cuya situación aneja a los almacenes sugiere, por cierto, que los productos depositados se consideraban bajo la tutela de la divinidad, representada por el rey, su administrador. No es quizá arriesgado suponer que esos santuarios palaciales, atendidos por un personal consagrado al culto, desarrollaban un importante ritual y habían ido absorbiendo la piedad popular orientada en otro tiempo exclusivamente hacia los santuarios de montaña y al aire libre. Las explanadas construidas en los palacios de Cnoso, Festo y Malia estaban destinadas probablemente a la celebración de rituales como los juegos de toros, animal éste muy vinculado a la leyenda de Minos. Un ritón de terracota en forma de toro, hallado en una tumba de Mesara, constituye un testimonio de excepción sobre la práctica de tales juegos en el Periodo Protopalacial: tres figurillas masculinas aparecen colgadas de la cabeza y los cuernos del animal.

Nada sabemos, sin embargo, sobre el estadio alcanzado por la religión minoica en esta época. A falta de textos y de una interpretación coherente de los elementos figurativos que parecen tener un valor religioso, es muy poco lo que se puede establecer al respecto. Sólo hipótesis. Cabe suponer, desde luego, que la continuidad que se manifiesta en otros sectores de la cultura entre los periodos Prepalacial y Protopalacial se daba también en la religión, pero, al mismo tiempo, las implicaciones religiosas que se aprecian en la gran innovación correspondiente a la monarquía palacial hacen pensar que en esta época se había introducido en el terreno de las creencias un factor nuevo, sustentador de la teocracia. Los cretenses seguían venerando sin duda a la diosa madre y practicando el culto al toro, pero tal vez ahora creían por vez primera en la capacidad de algunos hombres para entrar en contacto con la divinidad y obtener sus favores en beneficio de la comunidad. Esta doctrina religiosa había impregnado ya el área del Próximo Oriente en el tercer milenio y aparece muy vinculada a las teocracias de esa zona, claramente distintas de la egipcia. Estaba basada en una determinada concepción cosmogónica, que incluía las claves para la comunicación del hombre con la divinidad y tiene una plasmación iconográfica recurrente, con una simbología precisa. El pájaro en lo alto de una columna o pilar es una consabida representación altoriental de la epifanía divina en el centro místico y está bien documentado en la Creta de esta época, al lado de la doble hacha y el bucranio, presentes ya en la Prepalacial. No menos característico de este arquetipo religioso es el árbol sagrado, alternativa de la columna o el pilar, que se representa rodeado por una cerca, es decir, en un lugar también sagrado, o en el centro místico, en los pequeños santuarios de terracota hallados en el palacio de Cnoso. Estos símbolos sugieren que la doctrina religiosa subyacente a la teocracia minoica no fue importada de Egipto, sino del Próximo Oriente, lo que nos lleva de nuevo a la conexión con la costa sirio-palestina.

Los santuarios de las cumbres de las colinas y las montañas siguieron siendo muy frecuentados, a juzgar por la multitud de exvotos que recibieron, especialmente en la primera fase del Minoico Medio. También es Protopalacial el famoso «cuenco del pastor», hallado en Palaicastro, en la Creta oriental. Esta rara pieza es un profundo cuenco sin asas, en cuyo interior aparecen modelados en bulto redondo un pastor y su rebaño de más de doscientas ovejas.

La producción artesanal de los palacios alcanzaba los mercados del Próximo Oriente y Egipto, y parece claro que estas posibilidades de exportación eran ya un hecho cuando se crearon los talleres palaciales, que difícilmente podrían haber vivido sólo de la demanda interior. A lo largo del periodo se produce, eso sí, un incremento del mercado exterior, que estimula la producción incluso fuera de los centros palaciales.

Los palacios contaban con altos hornos para la metalurgia del bronce y tenían también un sector dedicado a la producción de la *cerámica de Camarés*, ligeramente diversificada en estilos propios de cada palacio. En el de Cnoso la actividad alfarera parece haber sido particularmente intensa, a juzgar por el espacio reservado a tal producción, pero los talleres de Festo no eran inferiores en calidad.

Gracias a la utilización del torno rápido, introducido ya en la última fase del Periodo Prepalacial, las formas de los vasos son muy variadas y de un extraordinario desarrollo artístico; también existe una amplia escala de tamaños, desde las pequeñas copas y vasitos hasta los grandes *pithoi* y jarros. La decoración es profusa y de una gran variedad; se encuentran los motivos básicos tradicionales de la espiral, el círculo, la roseta y el festón, pero a ellos se añaden otros de tipo vegetal o animal, especialmente la palmera estilizada y el pulpo. La combinación de todos estos elementos, destinada a producir efectos ópticos dinámicos sobre la base del claroscuro, es lo que da a la cerámica de Camarés su extraordinaria vistosidad, a pesar de que la gama de colores se reduce al blanco y a las tonalidades del rojo. Algunas piezas tienen un trabajo tan minucioso que pueden considerarse como verdaderos objetos de lujo.

Desde sus mismos comienzos, la cerámica protopalacial tiende a imitar los vasos metálicos, no sólo en lo que respecta a formas y decoración, sino también en la delgadez de las paredes, lo que culmina en la llamada *cerámica de cáscara de huevo*, fabricada en Cnoso y Festo durante las fases Minoico medio IB-II de Evans. A finales de la primera se encuentra ya la decoración tricroma, a base de blanco y dos tonos de rojo, a los que se suma a veces el amarillo como cuarto color. La tradición principal de Camarés, con un fondo oscuro de brillo metálico decorado en tonos de rojo y blanco, alcanza su mayor perfección en el Minoico Medio II. Las copas de cáscara de huevo parecen producirse solamente en los talleres de Cnoso y Festo; es característica la copa de paredes muy redondeadas y borde pronunciado, aunque también se encuentra con frecuencia la forma troncocónica invertida (forma de Vafio).

Los talleres palaciales producían también vasos y otros objetos de piedra, y en ellos se trabajaba asimismo el marfil, el vidrio y las piedras finas, como el lapislázuli o el cristal de roca.

La glíptica tenía ya una larga tradición en Creta, y el desarrollo de la administración inherente a la economía del palacio le dio un nuevo impulso. Además, los sellos se utilizaban como joyas. En esta época decae el tipo de sello cilíndrico en favor del prismático de cuatro caras, o del disco biconvexo grabado en las dos caras, y, sobre todo, del sello en forma de botón con tallo perforado. Se utilizaban para su fabricación piedras duras, preciosas o semipreciosas, que permitían reproducir con precisión los

signos jeroglíficos y las demás imágenes, a veces verdaderas escenas de la vida real, de elevada calidad artística.

Las joyas son variadas y siguen la tradición prepalacial, lo que indica una continuidad de la moda, aunque ahora se utilizan piedras más duras y se ha avanzado en la combinación policroma de los materiales. Abundan los colgantes en forma de cabeza de toro.

La época Protopalacial tuvo también un desarrollo de la orfebrería en oro, plata o electro, tanto en lo que respecta a las joyas como a la decoración de las armas y recipientes. Sin embargo, es muy poco lo que ha llegado hasta nosotros, a causa del sistemático pillaje practicado sobre los palacios y necrópolis, y también, hay que suponer, debido a la refundición de los objetos pasados de moda, realizada por los propios cretenses.

La industria de hilados y tejidos seguía siendo en parte de carácter doméstico, pero también tenía su sitio en los palacios. Los exvotos de los santuarios indican que el vestuario femenino no había dejado de ser variado y rico, dentro de una moda ligeramente evolucionada; de suerte que el sector absorbía sin duda un montante considerable de mano de obra. El carácter perecedero de todos estos productos nos impide, sin embargo, establecer calidades, composiciones y procedencia de los materiales empleados.

Una rama importante de la industria debió de ser la correspondiente a la construcción naval, en la que venían a confluír diversas técnicas y habilidades. No cabe duda de que Creta poseía por entonces una flota mercante importante, no sólo por razones comerciales, sino también porque parece haber sido su único sistema de defensa. Algunas terracotas y las representaciones de los sellos son, sin embargo, nuestra única fuente de información al respecto. Los barcos cretenses tenían una elevada proa y una popa baja terminada en espolón. Estaban provistos de filas de remos y de dos o tres velas. Los tamaños debían de oscilar bastante entre las grandes naves de carga y los pequeños barcos de pesca.

Economía

Conocemos muy poco sobre la explotación de los recursos naturales de la isla en la época de los primeros palacios. Se seguían obteniendo de la tierra, naturalmente, cereales, legumbres, aceite, vino y frutos diversos, pero no sabemos cómo se cultivaba exactamente y hasta qué punto se habían introducido nuevas técnicas o sistemas de irrigación. También ignoramos las consecuencias sobre la producción agrícola de la creación de los palacios, que coexisten con los poblados tradicionales. No podemos establecer, en fin, en qué medida los productos agrícolas de los almacenes reales estaban destinados al consumo interno y hasta qué punto constituían un excedente para la exportación, o bien eran importados; y tampoco si se trataba de ofrendas o contribuciones de la población, o del producto de las tierras explotadas por el palacio. Parece claro que la producción agrícola no estaba totalmente centralizada, pero es posible que sea correcta la idea de Schachermeyr en el sentido de considerar que los palacios eran los principales centros de intercambio de productos, en la medida en que concurrían a ellos las mercancías procedentes del exterior; una parte de los alimentos almacenados en los palacios podría proceder, pues, de intercambios realizados por productores independientes. El sistema de producción y circulación de los productos agrícolas se nos

escapa por completo. Y otro tanto cabe decir de la ganadería, integrada por especies ovinas, bovinas y porcinas. No se había importado todavía el caballo, y, como animales de tiro, se empleaban, al parecer, el asno y el buey.

La caza era un complemento de la dieta; aparece como motivo frecuente de la glíp-tica y tal vez tenía un carácter lúdico, al tiempo que práctico. Al jabalí, el ciervo, la cabra salvaje, la liebre, el pato y la perdiz habría que sumar el toro salvaje, si en verdad era una variedad de ese tipo la que se utilizaba para las tauromaquias. La pesca, en fin, formaba una parte importante de la alimentación y está bien documentada en esta época.

El comercio era sin duda la base económica de los palacios, y, en la medida en que la economía palacial representaba una parte muy mayoritaria de la economía total, se puede considerar que la vida de los cretenses del periodo dependía del comercio. Numerosos obetos demuestran inequívocamente la existencia de intercambios comerciales con Egipto, Chipre, la región sirio-palestina, Mesopotamia y Anatolia, hasta el punto de que algunos especialistas han supuesto que los Cretenses tenían algún asentamiento de tipo comercial en el delta del Nilo y en la costa fenicia, aportando al respecto algunos testimonios arqueológicos inciertos. Los contactos comerciales con las islas del Egeo, desde Rodas hasta, tal vez, Egina, se muestran muy intensos, habiéndose descubierto puestos comerciales minoicos en algunas de ellas. Por el contrario, apenas existen testimonios arqueológicos de comercio cretense con la Grecia peninsular en este periodo, lo que se debe suponer, a los cambios experimentados por el territorio en el Heládico Medio.

Todas estas complejas actividades de los palacios requerían el uso de sistemas de contabilidad y, desde luego, de registros de las operaciones, aunque no se ha conservado ningún archivo, posiblemente porque se utilizaran a este fin materiales perecederos. Los sellos jeroglíficos grabados en negativo debían de servir tanto para marcar los productos como para elaborar los documentos de contabilidad, pero no podemos establecer ninguna precisión sobre el sistema empleado. La escritura jeroglífica minoica no ha podido ser descifrada, ya que sus semejanzas con la egipcia son sólo formales. Se pueden distinguir unos ciento sesenta signos, algunos de los cuales tienen un carácter pictográfico muy claro; otros probablemente no son más que marcas distintivas de talleres o atesanos. Ignoramos el origen y la verdadera naturaleza de esta escritura, que tal vez se fuera desarrollando en Creta a lo largo del Bronce Antiguo.

LAS CÍCLADAS. CICLÁDICO MEDIO

Casi todos los poblados del Cicládico Antiguo han sido destruidos a comienzos de este periodo, pero no sabemos en absoluto cuál fue la causa de esas destrucciones, que son contemporáneas, tanto de la instalación definitiva en el continente de las nuevas poblaciones como de la construcción en Creta de los primeros palacios. Tenemos constancia, eso sí, de la creación en las islas de pequeños asentamientos comerciales cretenses y heládicos, lo que implica un cierto aporte poblacional de ambas procedencias, y es de suponer que una mezcla con la población indígena.

En líneas generales se constata un avance en el nivel de la civilización, que registra las innovaciones debidas al progreso de la metalurgia, pero la cultura de las Cícladas parece haber perdido toda personalidad, y sus habitantes, toda iniciativa. Posiblemente

el dominio de Creta sobre el mar impide ahora a los isleños abordar empresas propias, aunque parecen obtener mejores beneficios con menor esfuerzo y riesgo, gracias al interés de los cretenses por algunos productos de sus islas y por utilizarlas para sus propias actividades comerciales.

La obtención y comercialización de la obsidiana de Melos, de la piedra pómez de Tera, del esmeril de Naxos o del mármol de Paros parece haberse llevado a cabo bajo la iniciativa de Creta, aunque desconocemos los términos exactos de esa cooperación. Lo más probable es que los cretenses, que controlaban los mercados y podían aportar una tecnología superior, hayan utilizado a los indígenas poco más que como mano de obra.

Entre los productos importados de Creta o el continente destaca la cerámica, que es imitada por los alfareros locales. Las réplicas del estilo de Camarés o de la variedad *minia* continental son pobres y groseras, pero, a partir del tipo mate de motivos geométricos, en el que confluyen las tradiciones locales del periodo anterior, surge un estilo propio a base de motivos geométricos, con tendencia a evolucionar hacia un naturalismo muy esquematizado, que alcanza su mayor calidad en la tercera fase del periodo. Toda esta cerámica se fabrica para el mercado interior, y, en general, es muy raro encontrar productos mesocicládicos fuera de las islas. Las figuras cicládicas tan características del periodo anterior han dejado de producirse.

EL EGEO ORIENTAL. TROYANO MEDIO

En este periodo la Civilización Egea se circunscribe al área troyana; el resto parece haber sucumbido al dominio de los Hititas y los Luvitas.

Como se dijo más arriba, Troya V, que fue destruida por completo, debido, según parece, a un temblor de tierra, evidencia una continuidad cultural respecto del estrato anterior, aunque los arqueólogos la sitúan entre 1900-1800 a. de C., es decir, dentro ya del Bronce medio del resto del Egeo. Las diferencias importantes que permiten establecer el comienzo del bronce medio en la periodización local se observan en el estrato número VI de Troya, que es el que representa, en efecto, el periodo mesotroyano.

Troya VI es mucho más grande que la ciudad anterior y ha sido construida de acuerdo con un plan urbanístico y unos principios arquitectónicos diferentes, lo que sugiere la existencia de una población nueva. Las murallas, monumentales, registran tres fases sucesivas de construcción —debido, según se cree, a los efectos devastadores de los terremotos—, que obligan a realizar tres veces la puerta sur de la ciudad. El tercer perímetro amurallado mide unos 350 m, y en su interior se construyó una cisterna muy profunda, en parte excavada en la roca, a la que se bajaba por una gran escalera. Las casas se asientan sobre terrazas y llevan gruesos muros de piedra a veces entramados con madera; se buscaba evidentemente darles la mayor solidez posible frente a los seísmos. Han aparecido algunos pilares y columnas, y se encuentra con frecuencia el tipo *mégaron*.

También la cerámica de Troya VI presenta unas formas y una decoración totalmente nuevas con respecto a la de Troya V. En su mayoría responde al tipo de cerámica *minia* que encontramos en el Heládico Medio, aunque con ciertas peculiaridades de carácter local. Se han hallado también algunas piezas del tipo mate, que se suponen importadas. Finalmente, se sigue produciendo un tipo que perpetúa la vieja tradición local y cubre la demanda de los utensilios de uso corriente.

Los moradores de Troya VI y del territorio de la Tróade correspondiente a la ciudad, que pueden también haber sido los primeros en utilizar el caballo en esa zona, pertenecían quizá a un grupo étnicamente afín a los instalados en la Grecia continental en el tránsito del Heládico Antiguo al Medio (ver más adelante), que se habría integrado de un modo u otro con la población superviviente de la catástrofe. Parece que aquí, como en general en el continente, los inmigrantes asumen la iniciativa política sin exterminar, erradicar ni quizá someter a servidumbre a la población anterior.

La experiencia para la construcción de unas murallas que se consideran como el modelo imitado por los micénicos, pudo ser una de las aportaciones locales, pero la iniciativa de establecer una ciudad tan grande y la coordinación de esfuerzos necesaria para llevar a cabo el proyecto revelan la existencia desde un principio de un poder fuerte. Cabe imaginar que se haya establecido allí una monarquía similar a la hitita, aunque, por desgracia, la zona donde podría haberse encontrado la residencia real ha visto destruidos sus niveles superiores y, en consecuencia, no existe ningún testimonio arqueológico al respecto.

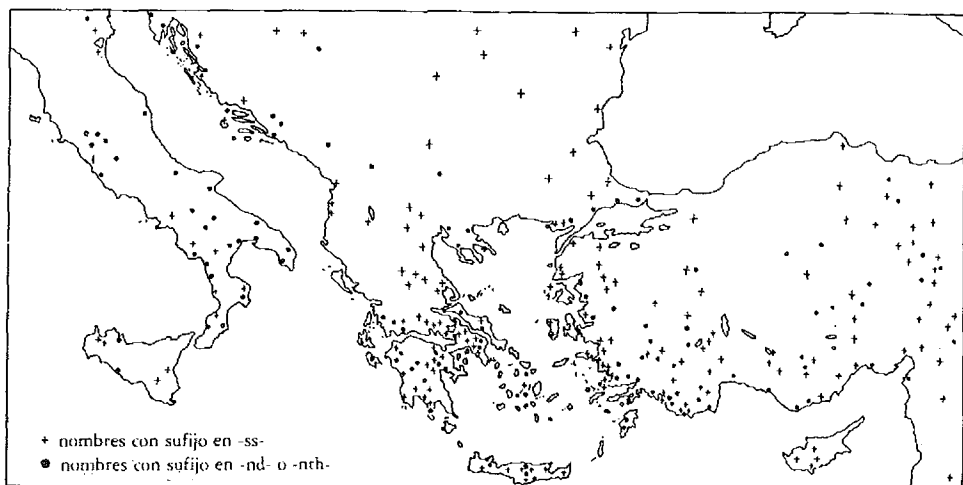
Nada en concreto se puede afirmar sobre la foma política, la organización social, el sistema económico, las creencias religiosas o la vida privada de los troyanos en esta época. Sus murallas, sus casas y su cerámica es prácticamente lo único que nos ha quedado de ellos.

GRECIA CONTINENTAL. HELÁDICO MEDIO

Ya se dijo más arriba, al tratar del Heládico Antiguo, que la fase III del periodo tuvo un carácter de transición, en la medida en que parece haberse producido a lo largo de la misma una infiltración poblacional importante de indoeuropeos helenohablantes, que fueron ocupando la Grecia peninsular y mezclándose con la población anterior para, finalmente, asumir el protagonismo de la cultura del Heládico Medio.

El rasgo más distintivo de este periodo fue para los primeros arqueólogos la generalización en el continente y en el área troyana de una cerámica que Schliemann llamó *minia* a partir del etnónimo que la tradición homérica atribuía a los habitantes de la ciudad beocia de Orcómeno, donde fuera hallada por primera vez. Se trata de una variedad generalmente gris, muy pulida, y, a diferencia de los tipos heládicos anteriores, hecha a torno rápido. Los primeros estudios realizados sobre el origen y la dispersión de esta cerámica llevaron a la conclusión de que había surgido en el este y pasado desde allí a la Grecia continental.

Por otra parte, los estudios lingüísticos de Kretschmer habían llamado la atención sobre una supuesta correspondencia entre los topónimos formados a partir de los sufijos *-ss-* y *-nth-*, que se distribuyen por la Grecia peninsular y Creta, y las formaciones anatolias en *-s(s)a* o *-nda*, lo que sugería la existencia de un amplio *continuum* lingüístico. Haley y Blegen consideraron estas formaciones como testimonios de la lengua prehelénica hablada durante el Bronce Antiguo en el ámbito de la Civilización Egea, llegando a la conclusión de que los invasores que destruyeron los asentamientos de ese periodo, tanto en la Grecia peninsular como en el área oriental, fueron también los que introdujeron la lengua griega y la cerámica *minia*. Estas ideas fueron acogidas y matizadas por diversos investigadores, llevando a Blegen en 1963 a una formulación más elaborada de sus primeras conclusiones. Un mismo pueblo indoeuropeo



Extensión del Indoeuropeo.

habría penetrado en el área egea a finales del Bronce Antiguo dividido en dos grupos, instalándose uno de ellos en la Tróade para construir Troya VI, mientras el otro lo hacía en Grecia. En ambas regiones habrían introducido la lengua griega, así como el caballo y la cerámica minia.

A su vez, la idea de Kretschmer, formulada en 1909, en el sentido de que la diversificación dialectal del griego histórico obedecía a la entrada en Grecia de tres oleadas sucesivas de invasores helenohablantes, ha tenido un profundo arraigo en la investigación posterior, que ha venido a sincronizar esas supuestas invasiones con los grandes hiatos culturales que desde la perspectiva arqueológica permiten establecer la periodización de la Edad del Bronce. Es decir, la primera invasión se situaba entre el Heládico Antiguo y el Medio, la segunda entre el Medio y el Reciente, y la tercera, de finales del Bronce Reciente, habría sido la doria.

El esquema de las tres invasiones era, pues, un punto de partida que parecía insoslayable, pero también surgían muchas dificultades, por un lado, al intentar explicar los grupos dialectales eolio y jónico-ático a partir de dos invasiones tan separadas en el tiempo, y, por otro, en razón de la falta de indicios arqueológicos claros de una invasión a finales del Heládico Medio. Y la cuestión se complicaba todavía más debido al condicionamiento que introducía en la argumentación la idea de que la cerámica minia había sido introducida en Grecia por el mismo camino y por las mismas gentes que la lengua griega. Así, en 1965, Palmer formuló una tesis audaz, que desde un principio fue acogida con muchas reservas, a pesar de su minuciosa elaboración. La oleada de invasores que inaugurara el Heládico Medio introduciendo el caballo y la cerámica minia habría estado integrada por indoeuropeos del grupo luvita, que habrían distribuido los topónimos en *-ss-* y *-nth-* no sólo por la Grecia peninsular, sino también por Creta, a donde habrían pasado hacia el 1700, destruyendo los primeros palacios y aportando el sistema de escritura lineal A. La lengua griega, en cambio, habría entrado en la península balcánica con unos nuevos invasores de finales del Bronce Medio, que no habrían dejado huellas arqueológicas de su paso porque eran demasiado inferiores o demasiado similares a la población precedente.

En las últimas décadas la cuestión de la llegada de los griegos a Grecia ha sido planteada a fondo, tanto desde la arqueología como desde la lingüística, y las conclusiones alcanzadas —no del todo ciertas ni unánimes, desde luego— difieren sustancialmente de las tesis de Blegen y Palmer.

Una primera novedad ha sido la relativa a la cerámica minia. El estudio del yacimiento de Lerna llevado a cabo por Caskey ya indicaba en 1960 que la destrucción del poblado se había producido al final del Heládico Antiguo II, mientras que la cerámica minia sólo empezaba a aparecer en el Heládico Medio I; es decir, que los invasores de Lerna, que vivieron allí durante el Heládico Antiguo III, no fabricaban inicialmente cerámica minia. No había huellas de violencia en el lugar en el tránsito del Heládico Antiguo III al Heládico Medio I, y sí se apreciaba, en cambio, una continuidad en las construcciones, de donde se deducía una permanencia pacífica de la misma población. Caskey hacía constar también que algunas, aunque no todas, las destrucciones fechadas a finales del Heládico Antiguo III eran contemporáneas de la de Lerna y, por tanto, de finales del Heládico Antiguo II. En consecuencia, la conexión de las destrucciones con la aparición de la cerámica minia, que es la que marca el tránsito del Heládico Medio I, parecía difuminarse.

Sucesivas excavaciones realizadas cerca de Micenas y en la isla de Eubea han demostrado que la cerámica minia no tiene en Grecia un origen unitario y han venido a confirmar la sugerencia de Caskey en relación con Lerna de que se trata de una variedad conseguida por desarrollo local. La población mesoheládica constituye de suyo un contexto cultural bastante homogéneo, y lo suficientemente restringido e intercomunicado como para que pueda aparecer en él una determinada variedad cerámica a base de desarrollos paralelos. En el proceso deben de haberse aglutinado también, por otra parte, las propias tradiciones de la población recién instalada con las existentes *in situ*, que tienen una pervivencia en el Heládico Antiguo III.

Las afinidades de la cerámica fabricada en Troya VI respecto de la minia peninsular no han dejado de resultar, sin embargo, problemáticas. Ya, en 1954, Schachemeyr, que de un modo más bien intuitivo apuntaba la posibilidad de que la cerámica minia no hubiese llegado a Grecia desde fuera, sino que se hubiera desarrollado *in situ*, concluía que, una vez perfeccionado el estilo en Grecia, había sido trasplantado al noreste de Anatolia a través de la Calcídica y de Tracia. Era una alternativa a la tesis inversa, que la hacía venir desde el oriente hasta Grecia, y a la que postulaba su introducción simultánea en las dos áreas a partir de una fuente común. La consideración de que se trataba de una misma cerámica obligaba a asumir una de esas explicaciones.

Sin embargo, el estudio minucioso de la cerámica anatolia llevado a cabo por Meilaart y French ha puesto de manifiesto unas diferencias más importantes de lo que antes se creía entre la cerámica minia oriental —ya no limitada a Troya, sino presente también en otros puntos de la costa e islas adyacentes— y la heládica; y, por otra parte, la cerámica de Troya VI ha demostrado tener un antecedente en la variedad gris que aparece ya en Troya V y que es sincronizable con los primeros tipos minios de la Grecia peninsular. Estas dos consideraciones excluyen la posibilidad de un simple trasplante desde Grecia hasta Troya de la cerámica minia e inducen a pensar en un desarrollo paralelo llevado a cabo en las dos áreas; si bien en este supuesto habría que admitir que existían conexiones importantes entre una y otra, ya que la semejanza de las dos variedades es incuestionable, y, en concreto, el tipo de vaso conocido como *Lianokladí*, que está muy documentado en la primera fase de Troya VI, aparece con fre-

cuencia en los poblados mesoheládicos del sur de Grecia e incluso en Tesalia y Macedonia.

En este estado de cosas la única explicación posible parece el admitir la existencia de unos contactos comerciales regulares entre las dos regiones, que facilitarían el trasvase de experiencias en las nuevas técnicas. En cualquier caso, lo verdaderamente importante para el historiador es la independencia del fenómeno de la aparición de la cerámica minia con respecto a los cambios poblacionales del Heládico Medio.

En lo tocante a la supuesta afinidad entre las poblaciones del Heládico Medio y de Troya VI, que llevaría a postular para ellas un origen común dentro de un contexto griego o protogriego, hay que tener en cuenta que se basaba en realidad en el argumento de la cerámica minia, de modo que hoy por hoy ha perdido credibilidad. Si dejamos a un lado la evocación, siempre problemática, que hace la *Iliada* de la Troya del Bronce Reciente, son tan pocas las huellas que han quedado de sus habitantes que resulta materialmente imposible adscribirlos con certeza a un determinado grupo étnico. Que se hayan establecido en la ciudad al mismo tiempo que las poblaciones mesoheládicas lo hicieran en Grecia no prueba ningún parentesco, dado que sus posibles movimientos migratorios se inscriben en un área muy amplia y étnicamente muy compleja, que por esa época sufrió muchas alteraciones de todo tipo. Y tampoco es un argumento fuerte en ese sentido el hecho de que existieran entre las dos áreas contactos comerciales suficientes para explicar el fenómeno de la cerámica minia, tal y como se entiende hoy, o la imitación a largo plazo de las murallas de Troya por parte de los constructores micénicos. Al fin y al cabo, la Tróade se incluía en una zona de confluencia de rutas comerciales antiquísimas, que era, por otra parte, la de más fácil acceso para las poblaciones mesoheládicas, no habituadas todavía a moverse por el mar. Los escasos contactos con Creta en este periodo indican que la mayor parte de su comercio exterior se realizaba por el norte, un territorio ancestralmente conocido para ellos. El argumento de la introducción simultánea del caballo en Troya VI y en Grecia es conjetural, ya que en el estado actual de las excavaciones no podemos asegurar que no existiera con anterioridad en la península balcánica, y tampoco constituye de suyo una prueba fehaciente del parentesco estrecho entre los dos pueblos.

Además, a pesar de la falta de documentación sobre Troya VI, hay elementos que contribuyen a distanciar étnicamente a los dos grupos de población; así, el de las costumbres funerarias, que es importante. No sólo no hay testimonios en Troya de la inhumación en cistas utilizada por los mesoheládicos, sino que la ausencia de cualquier tipo de enterramiento confirma, en efecto, la tradición homérica, que hace a los Troyanos incineradores. Y en el terreno lingüístico tampoco existen argumentos favorables a la filiación étnica de ambas poblaciones. Aunque todavía hay quien defiende el carácter indoeuropeo de los topónimos en *-ss-* y *-nth-*, prevalece su consideración como prehelénicos, y, en cualquier caso, los pretendidos paralelos de Anatolia en *-(s)a* o *-nda*, que proceden de documentos hititas, son localizables en muy escaso número, y ni siquiera éstos se adscriben concretamente a la Tróade. Por lo demás, los topónimos conocidos de la Tróade y sus alrededores no parecen contar ningún elemento indoeuropeo claro.

En resumidas cuentas, no existen testimonios de parentesco entre la población de Troya VI y la mesoheládica, de suerte que la cuestión relativa a los movimientos de esta última previos a su instalación en la península balcánica se puede abordar sin ningún condicionamiento de tal naturaleza.

Las conclusiones de los lingüistas sobre la diferenciación dialectal del griego en época prehistórica se muestran divergentes en muchos detalles, pero vienen a confluír en algunas ideas básicas. En primer lugar, hay bastante acuerdo en el sentido de que la lengua griega se formó en una zona lingüística autónoma sin apenas conexiones con el resto del área de dispersión de las lenguas indoeuropeas. Para algunos esa zona es el norte de la península balcánica, pero hay discrepancias sobre su ubicación, en la medida en que interfieren en el asunto argumentos diversos de carácter arqueológico relativos a la identificación de los grupos de población y de sus movimientos dentro de unas coordenadas espacio-temporales relativamente amplias y complejas. En segundo lugar, se considera que los grupos dialectales eolio y jónico-ático no se corresponden con sendas inmigraciones procedentes del exterior. El aporte lingüístico parece unitario y conectable con la única inmigración masiva que se registra arqueológicamente en la Edad del Bronce, a saber, la del Heládico Antiguo III. Es imposible, por lo demás, saber cómo era realmente la lengua de los invasores, que suele denominarse como *protogriego*. En todo caso, la dispersión de los hablantes debe de haber puesto en marcha el proceso de diferenciación dialectal —si es que no existía ya en un grado incipiente—, que en su primera fase sería simultáneo respecto de la recepción de influencias del sustrato lingüístico, acaso iniciada ya en la etapa inmediatamente anterior a la migración.

Resta, sin embargo, una puntualización final. Cuando nos referimos a la población mesoheládica como los inmigrantes del norte introductores de la lengua griega y situamos su instalación en la Grecia peninsular a lo largo del Bronce Antiguo III, posiblemente estamos generalizando y simplificando un proceso muy complejo y dilatado, que no es posible reconstruir en detalle. No hay modo de saber cuándo empezaron exactamente las inmigraciones ni en qué momento desaparecieron por completo las lenguas o la lengua prehelénica de la península Balcánica. Y sería inútil, por otra parte, intentar extraer conclusiones en este sentido a partir de un análisis diacrónico minucioso de la cultura material, aun en el caso de que esta documentación fuera mucho más completa de lo que lo es en estos momentos, ya que el desarrollo y la difusión de los distintos elementos culturales en un medio heterogéneo e inestable es, por principio, independiente y muy aleatorio. Desde una perspectiva como la nuestra sólo podemos apreciar tendencias y verificar resultados. Así, entendemos el Heládico Medio III como la fase crítica en que la inmigración logró, por las razones que fuera, superar los factores de resistencia y se convirtió en el elemento dominante —no necesariamente desde un punto de vista numérico— llamado a prevalecer.

Éste es, en suma, el balance que, en líneas generales se puede presentar sobre la cuestión de la entrada de los griegos en Grecia, que permanece, por lo demás, y permanecerá sin duda durante mucho tiempo abierta. No puede haber conclusiones definitivas en este terreno, y todas las aportaciones que se han sucedido deben ser tomadas en consideración por si pueden ser reutilizadas en futuros replanteamientos, que serán posibles a medida que se extraigan más datos de esa fuente prácticamente inagotable que es la arqueología.

Si hay algo que singulariza a los pobladores del Heládico Medio dentro del conjunto de la Civilización Egea, es la pobreza y el descuido de sus construcciones. Resulta muy difícil, por tanto, hacer una correcta valoración de los restos, hasta el punto de que no es posible, hoy por hoy, establecer fases de evolución dentro de los trescientos años de duración del periodo.

Unas veces se construyó sobre las ruinas de un poblado anterior y otras se eligieron sitios nuevos, pero en general los asentamientos son más reducidos que los precedentes y tienen un carácter agrícola, incluso los situados cerca de las costas. Son poblados abiertos y, sólo excepcionalmente, y al parecer en una fecha un tanto avanzada, reciben algunos de ellos un muro de fortificación, que en casos como el de Egina, Braurón (Ática) o Tirinto (Argólide), parecen más bien destinados a protegerse contra los piratas.

Las casas se construyen en forma rápida, con muros poco sólidos, iniciados con piedra y terminados con ladrillos cocidos al sol. Parece obvio que no podían soportar un segundo piso, sino tan sólo una cubierta ligera. Predomina la planta rectangular terminada en ábside por un extremo, aunque se dan otras variantes, salvo la circular. Se encuentra a veces el tipo mégaron con vestíbulo abierto. En Asine (Argólide) y Malthi (Mesenia) se ha identificado una vivienda más grande que las demás, que se considera como perteneciente al jefe local, tal vez ya un rey.

La única fortificación que puede merecer el nombre de muralla, por contar con verdaderas puertas, torre y bastiones, es la de Egina; las demás responden a la muestra bien conservada de Malthi, que al mismo tiempo nos ilustra sobre la falta de carácter urbano de estos poblados. El muro, de un ancho que oscila entre el metro y medio y los tres metros y medio, fue construido siguiendo las irregularidades del terreno y por simple acumulación de piedras más bien pequeñas; las puertas son en realidad accesos angostos para hombres y animales. Dentro del recinto se apiñan irregularmente las casas en torno a la principal y dejan libre un espacio suficiente para recoger el ganado.

Más que a un bajo nivel cultural o a una escasa capacidad técnica hay que atribuir quizá esta forma tan simple de asentamiento a los hábitos, no nómadas, como se dice con frecuencia, sino migratorios de estas gentes. Si no tenían, por principio, la expectativa de una larga permanencia en un mismo lugar, no es extraño que utilizaran un tipo de construcción poco sólido, pero fácil y rápido de realizar.

Las formas de enterramiento son también simples, aunque diversificadas; desaparecen unas tradiciones, se mantienen otras y hay también variedades nuevas. El difunto era depositado en una cista rectangular hecha de losas o de murete y cubierta con otras losas; o bien en una tinaja de barro; o, en fin, si era muy pobre, en un simple agujero de la roca o el suelo. No se acompañaba de ajuar funerario, salvo uno o dos vasos, que se encuentran a veces, no siempre. Los poblados más grandes, como Micenas, Tebas y otros varios, tenían necrópolis situadas a cierta distancia, donde se colocaban las cistas o las tinajas. En los demás casos se enterraba junto a las viviendas o entre dos casas, pero muy raramente debajo de ellas. La novedad funeraria más importante es el túmulo, documentado en el Ática, en la Fócide, en las regiones occiden-

tales del Peloponeso y en la isla de Léucade. Se trata de un gran montón de tierra colocado sobre una base de piedra o encerrado en un recinto redondo de piedra poco elevado. Excepcionalmente constituye un único enterramiento, pero lo común es que se apiñen en él muchas sepulturas en cistas individuales de piedra o en tinajas; a veces se han añadido recintos con nuevas cistas.

Organización y forma de vida

Estas formas de enterramiento colectivo y el aspecto de los poblados sugieren una organización social de tipo gentilicio a base de grandes unidades suprafamiliares de carácter ancestral, pero también aglutinantes, que quizá fueran unidades migratorias. La sedentarización definitiva de estas poblaciones debe de haberse alcanzado por lo general después de un proceso largo, que, una vez concluido, daría lugar a un desarrollo político. En el *interin* cabe suponer que estos grupos humanos fueran bastante inestables en relación con el espacio ocupado y con el número e identidad de sus componentes, lo que podría haber favorecido su extensión por el territorio y su integración con el elemento poblacional preexistente. Esta flexibilidad, combinada con un principio de autoridad en la persona del jefe coyuntural, podría haber sido la clave de la superioridad que les permitió imponerse a un estrato poblacional culturalmente más desarrollado, aunque sin una superestructura política que pudiera funcionar como mecanismo de defensa. De todos modos, las posibilidades de reconstrucción del proceso son sumamente limitadas. Sólo se puede afirmar que tanto la documentación arqueológica como la lingüística sugieren una disolución del estrato poblacional preexistente, aunque no sepamos de cierto cómo se llevó a cabo.

Está claro que la población mesoheládica vivía en una economía rural. Agricultura, ganadería y aprovechamiento del bosque para la caza, la construcción y la combustión eran los modos generalizados de conseguir lo necesario para la vida. No tenemos ninguna información concreta sobre los detalles relativos a la realización de estas actividades, salvo que el desarrollo de la cerámica indica un mayor cuidado en la conservación de los productos y quizá una mayor diversificación en el tratamiento de los mismos. Hay que suponer la existencia de una actividad artesanal destinada a cubrir las necesidades básicas, pero no se aprecia un desarrollo artístico o suntuario, lo que podría indicar que no había en los poblados un sector de artesanos especializados. La vida tenía aquí un carácter muy distinto del que manifiesta en Creta. Lo más probable es que la artesanía quedara reducida a la esfera doméstica.

La cerámica y la metalurgia requerían, por supuesto, personal especializado y constituyen por sí mismas un capítulo aparte dentro de la artesanía. Por lo que respecta a la primera, se siguieron fabricando piezas a mano y a torno lento, realizadas quizá por modestas familias de alfareros itinerantes. Las cerámicas finas, en cambio (ver más adelante), son obra de artesanos de una elevada preparación técnica, que utilizaban el torno rápido y hornos muy apropiados para su cocción. Es probable que hubiera talleres relativamente grandes que distribuían su producción en un radio amplio. En cuanto a la metalurgia, no parece haber tenido un desarrollo local importante. Los objetos hallados son por lo general de importación, tanto las armas como los utensilios, y no aparecen con cierta abundancia hasta el final del periodo, en que ya se aprecian imitaciones locales. Abundan, eso sí, los objetos menudos de adorno hechos de bronce, que pa-

recen de fabricación local, pero la aleación es muy pobre en estaño y no habría servido para hacer armas ni herramientas.

Cerámica

A lo largo de todo el periodo coexisten dos variedades de calidad, la llamada *minia* y la *mate*, conocida como *eginética*, porque fue hallada por primera vez en la isla de Egina. En la fase III se registra una sensible influencia de Creta y las Cícladas sobre los dos tipos, tanto en la técnica como en la decoración. Por lo demás, la cerámica mesoheládica consigue pervivir en el Bronce Reciente en paralelo con la cretomicénica.

La variedad *minia*, hoy bastante bien conocida, tiene una larga y compleja trayectoria. Se inicia con unos vasos grises, que pasan por una primera fase de formación, de caracteres poco definidos, para llegar a un estadio de gran perfección y fijación del tipo. En este punto, la cerámica *minia gris*, fabricada a torno rápido, presenta una superficie pulida y brillante, de coloración unitaria y de tacto untuoso; la tonalidad oscila desde un gris casi negro hasta el claro un poco amarillento. La gama de formas es reducida y estable, con un diseño característico que imita a los vasos metálicos. Entre las formas más comunes están el *kántharos* de panza angular y asas elevadas por encima del borde y el vaso de pie alto estriado y asas pequeñas de cinta, conocido como tipo *Lianokladi*, que aparece también en Troya VI. Se encuentra esta cerámica por toda el área de dispersión del Heládico Medio. En conjunto, la de Troya VI es muy similar, aunque presenta alguna diferencia en la técnica de cocción y una riqueza mayor de formas; en algunos ejemplares las asas imitan la cabeza de un animal. Dentro de esta cerámica se da una variante *minia negra*, circunscrita al Peloponeso, y, en la última fase, una *minia amarilla*, que es la que predomina en la Época Micénica, con una decoración de influencia cretense.

La variedad *eginética* aparece un poco más tarde que la *minia* y también alcanza una tipología estable y uniforme. La superficie de los vasos presenta un baño fino de coloración clara y está decorada en mate con tonos marrones o negruzcos. Los motivos se organizan en bandas verticales u horizontales, dispuestos simétricamente con respecto al eje; primero son geométricos, pero después aparecen los temas cretenses. Al igual que la *minia*, esta cerámica imita los vasos metálicos, aunque en las formas difiere de aquélla.

CAPÍTULO VI

LA CRETA NEOPALACIAL. MINOICO MEDIO III-MINOICO RECIENTE

Esta fase de la Cultura Minoica, que se inicia hacia el 1700 a. de C. es la más brillante y la que ha proporcionado mayor volumen de testimonios sobre la misma. No sólo los nuevos palacios se han visto libres en su casi totalidad de construcciones superpuestas posteriormente, con lo cual han podido ser exhumados sin dificultad, sino que también han aparecido ciudades y haciendas aisladas de diferente amplitud. A ello hay que sumar las necrópolis y los santuarios.

La cultura material está, pues, lo suficientemente bien ilustrada como para permitir la reconstrucción de muchos aspectos de la vida cotidiana. La carencia de fuentes escritas mantiene, no obstante, numerosas parcelas de oscuridad en el terreno de las instituciones políticas, sociales, económicas y religiosas. Y existen también problemas sustanciales difíciles de dilucidar: toda la relación de Creta con el continente, que implica muchas y variadas cuestiones; la expansión ultramarina y los contactos con las regiones circundantes del Mediterráneo; o la destrucción de los segundos palacios y la pervivencia del de Cnoso dentro de la breve etapa minoica final. Incluso las destrucciones que inician el período han sido objeto de polémica.

DESARROLLO HISTÓRICO

En el Minoico Medio II —hacia 1700 a. de C. en concreto— el palacio y el área urbana de Cnoso parecen haber sufrido importantes daños, quizá en momentos sucesivos aunque distintos. En la misma época el palacio de Festo fue, según claros indicios, afectado por un terremoto y, después de su restauración, destruido por el fuego. En Malia y Zacro también se aprecian destrucciones. La secuencia de estos desastres es incierta, y algunos de los testimonios materiales resultan ambiguos: la acción del fuego puede tener su origen en un seísmo cuyos signos de destrucción quedarían enmascarados por el propio incendio; los grandes terremotos pueden atacar en forma recurrente y con diferentes epicentros, propiciando la impresión de que la catástrofe es debida a agentes humanos. Por tales razones se ha especulado mucho sobre las posibles causas de esas destrucciones. Su atribución a los griegos de la Grecia continental o a los indoeuropeos luvitas (véase *infra*) carece, hoy por hoy, de base, puesto que no se perciben ni desde el punto de vista antropológico ni desde el cultural, huellas de se-

mejante implantación poblacional, y, por otro lado, tampoco se hacen necesarias tales hipótesis para explicar el proceso histórico del área micénica. En cuanto a la posibilidad de guerras internas, no resulta coherente con el panorama que se ofrece a continuación ni cuenta con argumento alguno que la apoye, fuera de las destrucciones. Hay que recurrir, por tanto, a la explicación, siempre verosímil tratándose de Creta, de los seísmos.

El periodo que tratamos se inicia con una especie de fase intermedia que separa la destrucción de los primeros palacios de la construcción de los nuevos. Los restos cerámicos sugieren para ella una duración de medio siglo aproximadamente. Tal vez la amenaza de nuevas catástrofes disuadió a los minoicos de emprender la reconstrucción en forma inmediata; y también es posible que hasta la normalización de las actividades de producción y comercio no hayan contado con el excedente de mano de obra necesario para tales tareas. En el ínterin se buscó acomodo en las partes menos destruidas de los palacios antiguos, como se aprecia claramente en el de Zacro. Cabe interpretar, pues, también ese periodo introductorio no como un paréntesis de la civilización palacial, sino de otro modo: después de una reparación inmediata de los daños causados, destinada a garantizar un mínimo de habitabilidad, el desarrollo económico de la isla habría impulsado a sus habitantes, a la vuelta de dos generaciones, a devolverle con creces su pasado esplendor, decidiéndose entonces la demolición de las viejas construcciones para levantar de nueva planta otras aún más grandiosas.

A primera vista, las destrucciones no tuvieron ninguna de las consecuencias que se podrían esperar de una catástrofe tan generalizada, a saber, el empobrecimiento de los niveles de subsistencia y cultura, y la transformación total o parcial de los sistemas socioeconómicos y de la estructura política. Muy al contrario, la Creta que renace de las ruinas es mucho más exuberante y suntuosa que la anterior y, por otra parte, se registra en todos los aspectos una clara continuidad. Ni siquiera la arquitectura, que, después de experiencia tan desastrosa podría haber adoptado otras formas más adecuadas para resistir los seísmos, revela cambios importantes: se siguen evitando los materiales muy pesados, que son los que exigen más tiempo en la construcción y los que más daño causan en los derrumbamientos, y se mantiene el entramado de madera en las paredes, que proporciona elasticidad; quizá se mejora este aspecto, y los de la cimentación y el ensamblaje, pero no se decide renunciar a la superposición de plantas, a los grandes vanos y a la sustentación a base de pilares y columnas.

Esta escasa trascendencia de las destrucciones aboga en favor de la causa sísmica frente a otras alternativas. Unas luchas internas de tamaño calibre habrían alterado las instituciones políticas y habrían esquilado a la población; por el contrario, dado el sistema de construcción de Creta, los daños de un seísmo pueden haber afectado fundamentalmente a lo suntuario, permitiendo una rápida recuperación en la vida de la zona.

Una cuestión diferente es el auge en la trayectoria de la cultura minoica que revela la construcción de los nuevos palacios y, en general, el panorama de la vida en la isla. Una vez admitido el hecho de que los trastornos de 1700 no interceptaron el desarrollo, hay que buscar, sin embargo, las razones de su aceleración, que no pueden ser ajenas a la expansión minoica ultramarina. La primera fase del Heládico Reciente (véase *infra*) documenta con claridad la presencia minoica en la Grecia peninsular, aunque la forma de esa presencia haya sido muy discutida, no existiendo testimonios claros de una colonización propiamente dicha. En las Cícladas, Rodas y algún punto de la costa

minorasiática sí existen, por el contrario, huellas arqueológicas de implantación colonial, respaldadas por numerosas tradiciones y leyendas. La mayor parte de las colonias parecen haber sido fundadas entre 1650 y 1500 a. de C., lo que desaconseja el considerarlas como resultado de un éxodo provocado por las catástrofes sísmicas; se muestran más bien como la natural consecuencia de una fase de intensa proyección comercial hacia el exterior, estimulada quizá por una excesiva presión demográfica en la isla. La presencia minoica en la Grecia continental, cualquiera que haya sido, deberá interpretarse en ese contexto, viéndose favorecida por el establecimiento cretense en la isla de Citera —verdadero puente entre Creta y el Peloponeso— cuyo origen parece remontar a finales del Micénico Antiguo.

En esta época Neopalacial se aprecia asimismo una intensificación de las relaciones de Creta con Egipto, que, a raíz de la expulsión de los hicsos, proyecta su dominio sobre la costa siria y desarrolla una actividad comercial creciente por mar. El nuevo auge de los egipcios puede haber sido fructífero para los cretenses, aunque también debe de haber limitado las posibilidades de crecimiento de su comercio por el área sirio-palestina, que quedaba ahora bajo el control de aquéllos. Es difícil en todo caso saber cuál fue la trayectoria de estas relaciones y el balance final de las mismas para el comercio cretense, porque los testimonios resultan ambiguos. Y la cosa se complica aún más durante el siglo XV, en la medida en que los micénicos han pasado a jugar sus bazas, como veremos, en la encrucijada comercial del Mediterráneo oriental.

El número de piezas cerámicas correspondientes, respectivamente, al Heládico Reciente II a y b y al Minoico Reciente Ib y II halladas en Egipto, indica una entrada progresivamente mayor de las piezas micénicas con respecto a las minoicas, pero las cifras de base son tan exiguas que no permiten utilizar este indicio como un argumento; máxime cuando los objetos egipcios documentados en el Egeo son mucho más escasos en el área micénica que en Creta. Además, los personajes egeos que representan las pinturas de las tumbas egipcias de Tebas del siglo XV no son micénicos, como pretendiera Merrillees, sino cretenses, semejantes a los que aparecen en los frescos de Cnosos por el color de la piel, el vestido, el peinado y la ausencia de barba; en cuanto a los objetos que llevan —vasos, ánforas y ritones en forma de toro— podrían proceder tanto de Creta como de la Grecia peninsular. De todas formas, el valor documental de estas representaciones es incierto. Podría tratarse de elementos tributarios lo mismo que de embajadores portando obsequios en el contexto de una relación comercial libre. Además, las pinturas tienen un carácter convencional al servicio de la exaltación del difunto; no son documentos administrativos. La primera representación, correspondiente a la tumba de Senmut, arquitecto de Hatsepsut, se fecha hacia el 1490 a. de C. y parece ser la más genuina; la de la tumba de Amenuser, que sigue cronológicamente, se considera como una copia de la anterior, y en la tumba de Rekhmire, visir de Tutmosis III y de Amenofis II, el artista empezó a pintar cretenses, pero borró los rasgos minoicos, sustituyéndolos por otros de gentes no egeas, o quizá reflejando el cambio de moda en el vestuario correspondiente al Periodo del Palacio, pero, de todas formas, ésa parece la última representación directa de la presencia cretense en Egipto. Ello ha hecho pensar que a lo largo del siglo XV los contactos con Creta se fueron apagando, y, desde luego, los frescos egipcios no indican que ello ocurriera en favor de los micénicos. Debe de tener razón Hooker al suponer que los intereses crecientes de Egipto en el Levante le hicieron olvidar a las poblaciones del Egeo, con las cuales su relación sería ya precaria o inexistente. En cualquier caso, la naturaleza de esa relación es en

todo momento desconocida. Se ha cuestionado seriamente, además, la referencia a Creta y a los cretenses del término *Keftiu* que aparece en la tumba de Rekhmire, considerando que la mención donde se incluye es demasiado vaga: «las islas que están en medio del mar» podría ser una alusión a regiones extranjeras varias. Sin embargo, lo más probable es que corresponda a Creta y las islas egeas con presencia minoica, que entonces eran muchas.

Los hallazgos arqueológicos correspondientes a asentamientos coloniales en las Cícladas, Rodas y el área de Mileto indican que hacia el 1400 a. de C. la presencia micénica había sustituido a la minoica (véase *infra*), después de una etapa de infiltración micénica en apariencia cordial. Se da, pues, como cierta la decadencia de la proyección exterior de los cretenses a lo largo del siglo XV. Lo difícil es establecer el proceso y las razones que lo motivaron.

Todos los centros de poder cretenses, y muchas ciudades, sufrieron importantes destrucciones en este periodo: Cnoso y Malia en el norte, Gurnia, Palaicastro y Zacro en el este, Festo y Hagia Tríada en el sur. Sin embargo, mientras la cerámica más moderna que aparece quemada en las destrucciones corresponde fuera de Cnoso al Minoico Reciente Ib, la de Cnoso, que es contemporánea de las tablillas en línea B, pertenece a la fase subsiguiente, el Minoico Reciente II. Estas constataciones hicieron pensar a Evans que las destrucciones más antiguas se debían a una iniciativa de dominio por parte de Cnoso, que habría unificado toda la isla bajo su poder en torno al 1450, para sucumbir, sin embargo, ella misma hacia 1400 por obra del fuego provocado —suponía Evans— por un terremoto. Posteriores excavaciones y estudios de los materiales han confirmado la datación de la catástrofe generalizada poco antes de cerrarse el Minoico Reciente Ib, mientras la de Cnoso se separa todavía más de aquéllas, fijándose hacia el 1370, puesto que se ha hallado entre los restos calcinados cerámica del Minoico Reciente IIIa 1 y 2.

La consideración, empero, del caso de Tera llevó a Marinatos en 1939 a reinterpretar todas las destrucciones de Creta de un modo diferente a como lo había hecho Evans. En el Minoico Reciente Ia (hacia 1500) la isla volcánica de Tera sufrió una violentísima erupción que transformó por completo su morfología; y las construcciones minoicas establecidas en ella quedaron sepultadas bajo una gruesa capa de depósitos. Esta erupción, eventualmente asociada a temblores de tierra y maremotos, habría producido hasta tres descargas de cenizas volcánicas, siendo la causa de muchas destrucciones en Creta.

Tal teoría tuvo buena acogida desde un principio y ha conseguido arraigar entre los especialistas, pero también se han sucedido las críticas contra ella hasta el punto de invalidarla. En primer lugar se ha pretendido demostrar que el intervalo de una generación que se había supuesto entre la primera y la segunda erupciones debería reducirse a unas pocas semanas o meses, lo que es un golpe muy fuerte a toda la tesis: puesto que las destrucciones se fechan, algunas de ellas con toda seguridad, en torno al 1450 a. de C., había que reinterpretar la secuencia de los hechos para dar cabida a las dos catástrofes. Así, en la visión de Hood, que se muestra receptivo a la tesis de Marinatos, el viento habría soplado desde el noroeste conduciendo hasta la costa septentrional y oriental de Creta cenizas tóxicas que habrían destruido la vegetación e inhibido los cultivos durante un tiempo. La falta de testimonios claros sobre este agente destructor en la zona se atribuye a la posibilidad de que los excavadores no hayan prestado atención en su día a estos indicios, al no tener ninguna sospecha al respecto. En

el caso de Palaicastro, que tiene una estratigrafía más precisa, se adscribe conjeturalmente al Minoico reciente Ia la destrucción, sincronizando con la misma determinadas huellas de desastres apreciables en otros lugares del este, como Zacro, Pseira y Mochlos, y haciendo constar, por otra parte, que no hay modo de saber si fueron las cenizas volcánicas o los terremotos los que causaron la ruina. Se intenta, en fin, considerar como un testimonio indirecto de tal calamidad el amplio depósito de cerámica del Minoico Reciente Ia localizado en un pozo votivo próximo a Zacro, que podría responder a un excepcional acto de piedad motivado por la angustia del momento. Pero, a continuación se afirma que Creta superó el impacto de la erupción, procediendo a reparar los destrozos. De hecho, es en los años subsiguientes a la catástrofe de Tera cuando parece haber alcanzado su mayor intensidad la expansión de Creta hacia el exterior. Ello ha llevado a algunos a interpretar esa expansión como una huida, si bien no hay que olvidar que la vida en la isla aparenta haber seguido un ritmo normal y llegado incluso a su verdadero apogeo. En consecuencia, Hooker deduce que las guerras de conquista y el gobierno del imperio han podido corromper a una sociedad cada vez más dividida por la creciente riqueza, inaugurando una fase de luchas internas una generación después de la erupción de Tera. Aquí se situaría la destrucción generalizada, que incluye los lugares a los que se atribuye la primera, dejándolos esta vez deshabitados, y añade el área del sur. Ahora se aprecia con toda claridad la acción del fuego, junto con un número reducido de víctimas *in situ*, hecho éste infrecuente en el caso de las catástrofes volcánicas.

Sin dejar de admitir los efectos de la erupción volcánica de Tera sobre Creta, Hood llama la atención sobre la incoherencia que supone el hecho de que Cnoso, que, dada su situación debería de haber sido el lugar más afectado por las consecuencias de la erupción, haya resultado, sin embargo, incólume. E insiste asimismo Hood sobre la circunstancia de que las destrucciones fueron consideradas por los primeros excavadores como producidas por la guerra: una apreciación consonante con la supervivencia de Cnoso y con el abandono definitivo de numerosas haciendas, lo cual sugiere una grave alteración del orden social, posible resultado de la invasión y conquista.

Con posterioridad, Hooker ha lanzado nuevas objeciones contra la interpretación de Marinatos, que, desde luego, nacida para explicar el conjunto de las destrucciones, perdía toda base al disociarse cronológicamente de ellas, en razón de que sus argumentos no pasan de ser conjeturas, algunas bastante poco defendibles. Es unánime la consideración de los especialistas en el sentido de que la erupción de Tera tuvo lugar en el Minoico Reciente Ia, mientras que las destrucciones corresponden a la fase cerámica siguiente. Y hay que forzar mucho las cosas, por otra parte, para detectar una primera fase de destrucciones, que sólo se pueden afirmar aprovechando la imprecisión cronológica de las dataciones cerámicas. Pero esta misma imprecisión impide constatar que las destrucciones hayan tenido lugar simultáneamente, lo que sería necesario para demostrar la teoría volcánica. Además, parece prácticamente imposible que las cenizas volcánicas arrastradas por el viento hayan causado esos efectos: esperaríamos más bien en tal supuesto haber encontrado al común de las gentes muertas *in situ* y los edificios apenas afectados, no la situación inversa. Y tampoco el maremoto podría haber tenido esa incidencia tan generalizada, hasta el punto de afectar a un lugar interior y elevado como es Festo, cual señalara Page.

La continuidad evidente en Cnoso, que no sólo no se ve afectada por la catástrofe del Minoico Reciente Ib, sino que se encuentra en pleno auge cuando perece en el IIIa,

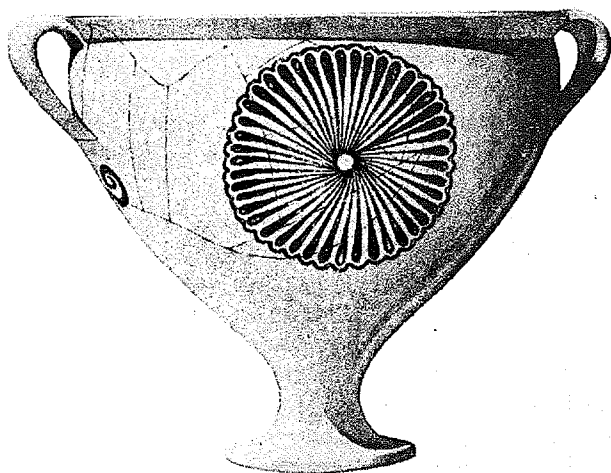
es, en fin, un argumento poderoso en contra de la teoría de Marinatos. A lo que hay que sumar el hecho revelado por los archivos de Cnoso de que las zonas de la isla supuestamente yermas a causa de la lluvia volcánica, se contaban entre las regiones explotadas y administradas por el palacio. Es muy difícil sin duda reconstruir los hechos, con sus protagonistas, en este capítulo de la historia de Creta, pero no resulta probado que la erupción de Tera haya tenido la trascendencia que se le ha venido atribuyendo.

Las interpretaciones relativas al desarrollo histórico de esta última fase de la cultura minoica, cualesquiera que sean, guardan una relación de dependencia con el proceso de formación de la cultura Micénica, que se desarrolla en la Grecia peninsular. La destrucción final de Cnoso hacia 1370 se puede sincronizar más o menos con el paso en el continente del Micénico Medio al Micénico Reciente, que es la fase de mayor plenitud de esta cultura; a ella corresponden los palacios conocidos, los archivos de tablillas en lineal B y, en definitiva, el grueso de los testimonios. Su comienzo viene a coincidir con el del Heládico Reciente IIIa2 en la secuencia de los estilos cerámicos. El grado de implicación entre el mundo minoico y el mundo micénico es muy importante ya en este momento, precedido como está de dos fases donde la influencia de Creta sobre el continente ha sido muy intensa. Los asentamientos de ultramar muestran asimismo que las relaciones entre cretenses y micénicos eran estrechas en el ámbito de las actividades exteriores. Por consiguiente, aunque estos aspectos se tratarán de un modo más amplio al considerar el periodo Micénico Antiguo, resulta aquí obligada la referencia a ellos.

La comparación de los ajuares funerarios del círculo A de Micenas con los objetos minoicos, a la par que algunos otros indicios, llevó a Evans a considerar que a comienzos del Micénico Antiguo (Heládico Reciente I) los minoicos habían ocupado la Argólida, estableciendo allí la dinastía inhumada en las tumbas reales. En la fase siguiente —Micénico Medio— la cultura minoica se habría extendido por toda el área continental del Mundo Micénico, hasta que la destrucción final de Cnoso concluyó su total transferencia, al quedar la isla privada de centros de poder. La fase final de Cnoso, aunque influida en muchos aspectos por el área continental, que ya constituía el centro de gravedad de lo que en la visión de Evans era una cultura creto-micénica, no habría dejado, sin embargo, de manifestar una continuidad respecto de las etapas precedentes, es decir, de seguir siendo netamente minoica. Muy otra era la tesis esgrimida con diversas matizaciones por Karo, Blegen y, sobre todo, Wace. No negaban, por supuesto, la influencia de Creta sobre el continente en el aspecto artístico, pero sí cualquier forma de control político y, desde luego, la filiación minoica de los reyes de Micenas. Habrían sido los micénicos, por el contrario, quienes habrían invadido Creta, estableciéndose en Cnoso hacia el 1450 para administrar desde allí toda la isla; la destrucción final del palacio se debería, o bien a otros micénicos o bien a los súbditos cretenses en rebelión. Esta línea general de pensamiento ha sido seguida por muchos historiadores, entre ellos Hood. La utilización de la lengua griega en los archivos del palacio, el hallazgo en el mismo de una sala del trono, la aparente influencia del continente sobre Creta en la cerámica y en los frescos, la evolución de los tholoi y, en fin, el cambio sustancial experimentado por la isla, que sustituía su inveterada fragmentación en varios centros palaciales por una forma centralizada de administración y poder, son los argumentos que fundamentan, en general, desde los planteamientos de Wace la tesis de la invasión continental sobre Creta en esta coyuntura.

Es, por tanto, en la valoración de esos argumentos y, en definitiva, en el análisis

de esa corta fase final minoica, donde se centra la polémica sobre la confluencia final de la cultura minoica con la micénica. La postura de Hooker se manifiesta marcadamente crítica frente a los puntos de vista de Wace y rehabilitadora de algunas de las tesis de Evans. Considera Hooker, en primer lugar, que la supuesta imposición de la cerámica micénica sobre la minoica en Creta dentro de la fase final de Cnoso no puede admitirse como probada, por cuanto que se basa en una documentación muy limitada: el ánfora de tres asas en forma de *pitbos* del *estilo del palacio*, cuyo gran tamaño y uso funerario revelaría una influencia del continente, y unas groseras imitaciones del llamado *vaso efireo* le parecen en conjunto una pobre huella de toda una invasión micénica. Además, el descubrimiento por parte de Hood de cerámica de gran tamaño correspondiente al Minoico Reciente Ib en Cnoso, que se revela como el ancestro directo de la pitánfora del palacio, constituye para Hooker una invalidación de este testimonio cerámico de la invasión.



Ejemplar del llamado «Vaso de efireo» característico del micénico medio y de la época del palacio en el ámbito minoico.

Argüía Wace, basándose en los estudios realizados por Banti, que los frescos del último palacio de Cnoso eran más afines a los de Micenas, Tebas o Tirinto que los del resto de Creta: más naturalistas estos últimos, más interesados en la figura humana y en las escenas bélicas los primeros. El protagonismo del hombre frente al de la naturaleza, considerándolo como un gesto típicamente continental, se habría impuesto en los frescos de Cnoso en esta fase. Hooker cuestiona tal argumento, aduciendo que no contamos con una cronología precisa de los frescos egeos que pudiera establecer la evolución de los estilos y las eventuales interacciones entre Creta y el continente; el caso de los frescos minoicos de Tera, donde se encuentran con idéntico protagonismo los motivos florales y animales y la figura humana, se muestra como un testimonio elocuente. En cuanto al hecho de que el último palacio de Cnoso cuente con una sala del trono que parece añadida en la última fase, careciendo esta parte de paralelos en los demás palacios minoicos y encontrándose, en cambio, en los de Tirinto, Micenas y Pi-

los, entiende Hooker que no se pueden atribuir las cuatro salas del trono a una misma cultura, porque la de Cnoso no se asemeja ni en la forma ni en el tamaño ni en la función a los *mégara* del continente; su carácter de lugar cultural parece a Hooker una prueba precisamente de que el palacio siguió siendo minoico. A partir de estas refutaciones concluye el autor que no hay nada en la documentación arqueológica que apunte a un control del continente sobre Creta y sí mucho a favor de una continuidad de la cultura minoica nativa. Debería admitirse, sin embargo, como cuestión de principio, que el control político a través de una dinastía micénica asistida por un aparato militar y administrativo de la misma procedencia no tendría por qué haber dejado huellas arqueológicas llamativas ni en la cerámica ni en la decoración del palacio; se esperarían más bien en su arquitectura, pero tampoco, a decir verdad, en este caso, en que la falta de destrucción no obligaba a reconstruir. En cuanto al hecho de que las tablillas cnosias de esta época se inscriban en lineal B, podría significar, desde luego, que los circuitos administrativos habían pasado a ser micénicos, a menos que, como se ha sugerido, fuera ése ya el sistema de escritura utilizado conjuntamente por minoicos y micénicos.

No es posible, por consiguiente, saber quiénes gobernaron la isla en el *periodo del palacio* ni cuál era su grado de dependencia respecto del área continental, aunque, eso sí, hay huellas evidentes de implantación poblacional micénica en esta fase minoica, que se cierra con la destrucción del palacio no mucho después del 1400, siendo imposible también en este caso señalar la causa.

LOS PALACIOS Y LAS CONSTRUCCIONES AFINES

Los nuevos palacios ocupan los respectivos emplazamientos de los antiguos, si bien se construyen de nueva planta, después de haber demolido por completo los restos de las primeras construcciones y alisado los solares. Son mucho mayores y más ricos, aunque mantienen la misma estructura básica: un gran patio central rectangular orientado en dirección norte-sur y rodeado por una maraña de habitaciones —mil quinientas se han atribuido al de Cnoso—, patios, pasillos y escaleras, organizados en áreas más o menos definidas; en el lado oeste suelen presentar una explanada pavimentada, con un pequeño teatro anejo, donde los espectadores contemplaban los oficios en pie, dispuestos en gradas. El conjunto ofrece un aspecto caótico y acumulativo, más consonante en apariencia con un desarrollo natural y espontáneo que con una planificación previa al inicio de las obras. Sin embargo, frente a la interpretación tradicional en la línea de la primera alternativa, hoy se aprecia un diseño de los planos, que fue respetado siempre que se llevaron a cabo reconstrucciones o modificaciones. Todas las habitaciones sin excepción resultan muy pequeñas en relación con los patios, las escaleras y la grandiosidad del conjunto.

El patio central servía de comunicación interior entre los diversos sectores, y posiblemente también para la celebración de rituales y juegos. Otra zona característica es la integrada por los santuarios, en cuya proximidad se sitúa una parte de los almacenes. Un área de servicio incluye también almacenes y talleres, junto con los correspondientes aposentos. Las dependencias privadas del rey y la reina completan, en fin, la estructura fundamental.

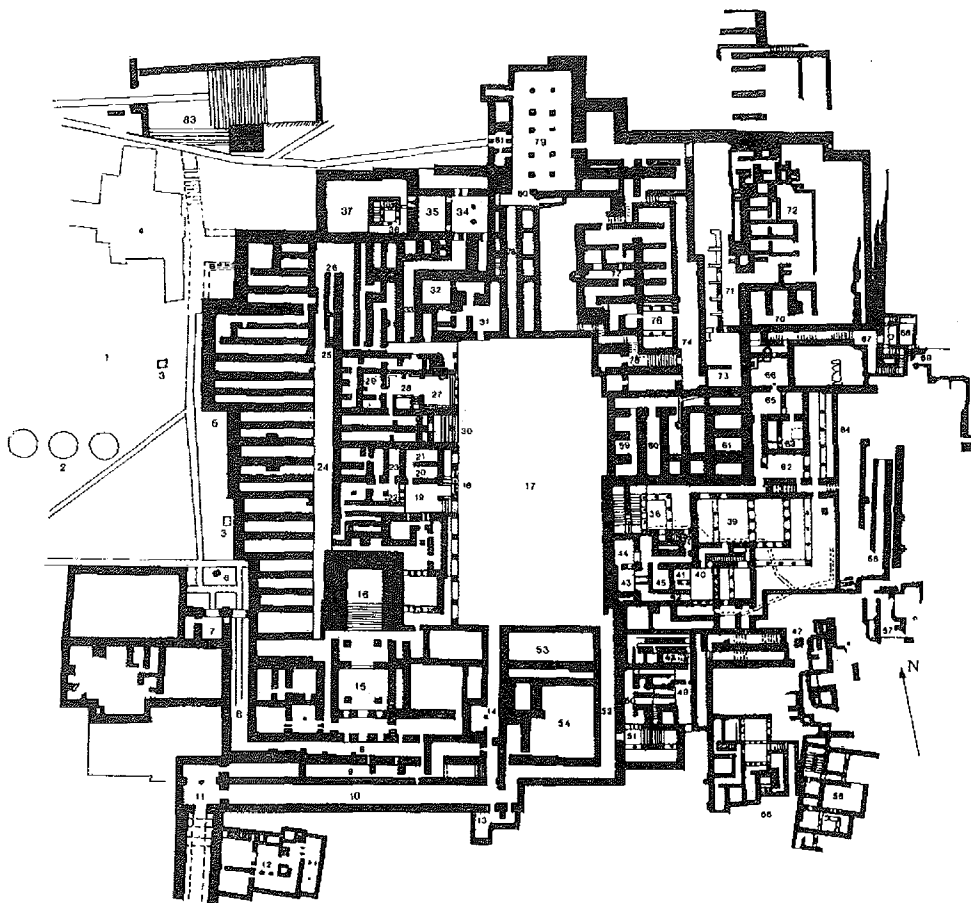
El palacio de Cnoso ocupa un espacio más que doble respecto de los de Festo y Malia, casi iguales entre sí, y del de Zacro, ligeramente más reducido que estos últimos.

Pero los patios centrales de los tres primeros palacios son prácticamente iguales (algo más de 50×20 m); sólo el de Zacro viene a ocupar la mitad de esa superficie. Las fachadas de estos patios parecen haber sido muy cuidadas, y llevan, tanto en Festo como en Malia, pórticos en dos de sus lados, que se convierten en miradores o galerías en la planta superior. La regularidad del patio central contrasta con la absoluta irregularidad de los muros externos de los palacios, que presentan trazados aleatorios, determinados por el desarrollo de la construcción interior. Y ése es quizá el rasgo más importante, por más diferenciador, de los palacios minoicos. Se diría que son pequeños pueblos construidos hacia fuera: desde la plaza central, lugar de encuentro y confluencia de actividades, hacia un exterior potencialmente en expansión. La falta de amurallamiento contribuye sin duda a mantener esta tendencia.

Hasta qué punto era libre el acceso al gran patio de los palacios y cuáles eran exactamente las actividades desarrolladas en él no lo sabemos con exactitud. Graham ha postulado la celebración en ellos de los juegos de toros, basándose en la existencia de puertas y barreras que protegían toda la fachada del patio; en una construcción de piedra situada en una esquina del patio central de Festo, que parece destinada a ejecutar un salto; y, en fin, en el argumento de que precisamente las galerías y pórticos de los patios podían servir para acomodar a un número importante de espectadores, lo que no sería posible, por el contrario, en las explanadas externas o en los llamados teatros. Sin embargo, esta interpretación ha sido muy cuestionada, alegando, entre otras cosas, la existencia de un bothros sacrificial en medio del patio del palacio de Malia y de un altar en el de Zacro, que podrían obstaculizar los movimientos. Nuestro precario conocimiento de los saltos en cuestión, en lo que hace a la naturaleza salvaje o pacífica de los toros y al movimiento de los mismos, nos impide en todo caso establecer puntualizaciones sobre el espacio requerido. Nicolas Platon considera que los juegos tenían lugar en los grandes patios abiertos al lado oeste, que son los de los antiguos palacios, ahora remodelados y agrandados.

La cuestión de las puertas de los palacios minoicos no está del todo clara: no es seguro que las tuvieran en cada uno de los puntos cardinales, o en todos los lugares de fácil acceso desde el exterior. De hecho, las consideradas como puertas secundarias pueden pertenecer a fases más antiguas y haber sido cegadas, como también es posible que se utilizaran. La verdadera puerta del palacio de Cnoso parece, desde luego, la situada al norte, junto al área teatral y recogiendo el camino que llevaba al puerto. Es una doble puerta, con pieza aneja para la guardia, por la que se supone entraban las mercancías. La gran sala hipóstila sustentada por diez pilares, a la que se accede desde ella fue considerada por Evans como el lugar de recepción de los productos llegados de fuera; comunicaba directamente con las dependencias de servicio y, a su vez, con el patio central a través de un largo corredor descubierta. Por esta puerta norte se debía de entrar y salir habitualmente. La más suntuosa era, sin embargo, la situada en el patio occidental. Tenía un primer propíleo, con una gran columna, que se prolongaba en un largo pasillo —*el corredor de las procesiones*— por el que, a su vez, se accedía a unos grandes propíleos, precedente de los que se verán en la arquitectura griega posterior; desde ellos se abordaba la gran escalera que conducía al piso superior, o bien se entraba directamente en el patio central. La complejidad de esta entrada y su riquísima decoración debían de producir un efecto de gran vistosidad.

En el palacio de Festo había también una entrada occidental, más sencilla, que comunicaba el patio oeste con el central. La precaria conservación de las alas este y sur



Plano del palacio minoico de Cnoso

- | | | |
|--|---|--|
| 1. Pario del oeste. | 29. Santuario. | 57. Casa de pilares monolíticos. |
| 2. Depósitos circulares. | 30. Escalera central. | 58. Galería. |
| 3. Altares. | 31. Sala. | 59. Galería. |
| 4. Casa oeste. | 32. Las «Torres». | 60. Galería. |
| 5. Fachada. | 33. Galería. | 61. Almacenes. |
| 6. Dropilo sudoeste. | 34. Propileo norte. | 59-61. Gran Sala del trono en la parte superior. |
| 7. Habitación real. | 35. Antecámaras del estanque de agua lustral. | 62. Antecámara de los talleres. |
| 8. Corredor de la procesión. | 36. Estanque norte de agua lustral. | 63. Talleres. |
| 9. Mirador sur. | 37. Recinto de entrada. | 64. Pórtico de los talleres. |
| 10. Puerta sur. | 38. Escalera principal. | 65. Estudio de arte plástico. |
| 11. Puerta suroeste. | 39. Mégaron del rey. | 66. Plaza de los talleres. |
| 12. Puerta. | 40. Mégaron de la reina. | 67. Escalera de acceso al baluarte. |
| 13. Puerta sur de servicio. | 41. Sala de baño. | 68. Baluartes. |
| 14. Galería. | 42. Galería. | 69. Lavandería. |
| 15. Propileo. | 43. Gabinete de la reina y asco. | 70. Almacenes. |
| 16. Escalera principal. | 44. Pario interior. | 71. Lugar reservado a los animales domésticos. |
| 17. Pario central. | 45. Archivo II. | 72. Taller cerámico. |
| 18. Fachada del santuario tripartito. | 46. Escalera de servicio. | 73. Galería. |
| 19. Antesala de criptas. | 47. Escalera de acceso al pario central. | 75. Escalera de acceso a la parte norte. |
| 20. Cámara. | 48. Capilla real antigua. | 76. Mégaron. |
| 21. Templo. | 49. Capilla real moderna. | 77. Almacenes. |
| 22. Cripta con pilares cuadrangulares. | 50. Galería del santuario. | 78. Baluarte de la entrada norte. |
| 23. Sacristía. | 51. Escalera sureste. | 80. Puerta interior norte. |
| 24. Corredor del almacén oeste. | 52. Galería de acceso a la puerta sur. | 81. Puerta exterior norte. |
| 25. Pequeñas escaleras de servicio. | 53. Almacenes. | 82. Casa del nordeste. |
| 26. Archivo I. | 55. Casa de piedra. | 83. Teatro. |
| 27. Antecámara de la Sala del Trono. | 56. Casa del sureste. | |
| 28. Sala del Trono. | | |

del palacio no permite establecer bien las entradas, aunque parece que se creó, como en Cnosos, y esta vez al este, un acceso con largo corredor de apariencia suntuosa. Por el contrario, Malia tiene la entrada principal por el norte, dando al camino del puerto: doble puerta, patio con columnas y pasillo de comunicación con el patio central responden en general al diseño básico de las entradas palaciales minoicas. El palacio de Zacro tenía una entrada del mismo tipo, situada en el noroeste, pero también en el camino del puerto.

No puede decirse que las puertas minoicas sean piezas de fortificación, o que los palacios sean fortalezas: no están acondicionados éstos para recibir un ataque militar importante. Sin embargo, tampoco son lugares abiertos; es evidente que se ha buscado poder ejercer un control del tránsito, como lo es también el hecho de que los diversos sectores y dependencias se abrieran hacia dentro, no hacia fuera. Es probable que la puerta al uso haya sido única, la construida en el camino del puerto; en cambio, la que llamamos entrada principal de Cnosos, situada donde está, puede haber sido destinada específicamente al área de los santuarios y utilizada tan sólo en ocasión de las celebraciones.

Toda el ala occidental de los palacios comprendida entre el patio central y el patio exterior reviste un carácter religioso, incluyéndose en ella la mayor parte de los almacenes. No se puede establecer una estructura básica para los templos minoicos palaciales: todo lo que se aprecia es un conglomerado de pequeñas capillas y criptas con un pilar en el centro, depósitos de ofrendas, baño lustral y otros varios elementos que revelan el uso cultual de todas esas dependencias. En Cnosos parece destacarse un santuario más importante, la pieza sustentada por tres pilares y tres columnas que se ubica en la primera planta, poco después de la escalera. La zona que se encuentra a continuación de este núcleo religioso, hacia el norte y separada de los almacenes por el mismo pasillo, es el conjunto de la sala del trono, construido en la última fase del palacio, con el consiguiente desplazamiento de la construcción anterior, hoy inidentificable. La inclusión de este conjunto en el área sagrada es evidente, aunque ello no nos permite de suyo establecer su verdadera función. Se accede al mismo desde el patio central a través de una pared de vanos múltiples, que da paso a un vestíbulo o antecámara de la llamada sala del trono; esta última, no especialmente grande, lleva adosado en la mitad de la pared norte el famoso trono tallado en piedra y flanqueado por bancos también adosados a los muros. El conjunto se completa con pequeñas piezas y cubículos de uso cultual. En la parte occidental de este ala sagrada del palacio se encuentran bien aislados y protegidos los almacenes cuyo contenido estaba adscrito de un modo u otro a la divinidad.

El pasillo que separa estos almacenes del resto de la zona religiosa conduce a través de una pequeña escalera a otro semejante en la planta superior. Aquí hay nuevos almacenes sobre los de abajo, pero sólo en un reducido tramo; el resto está ocupado por una serie de salas, una de ellas sustentada por seis pilares, otra, medianera ya con los almacenes, por dos columnas. Este conjunto constituye a buen seguro un santuario. Festos, Malia y Zacro presentan enormes semejanzas en el tratamiento arquitectónico del área sagrada del palacio, aunque los detalles varían considerablemente.

Es probable que la sala del trono del ala oeste de Cnosos tuviera un uso exclusivamente religioso, porque ya Evans identificó otra posible sala del trono más grande en el ala oriental, concretamente en el sector residencial del rey. Estaba situada en la planta superior, y se accedía directamente a ella desde el patio central a través de una am-

plia escalera. La residencia real, integrada como está en la estructura unitaria del palacio, presenta, sin embargo, una cierta singularidad. Es un conjunto que se abre a la fachada del patio central a través de un pórtico, con las correspondientes galerías superiores, completando su iluminación con minúsculos patios. En Cnoso se consiguen varios pisos gracias a un sabio aprovechamiento de la ladera de la colina, que resuelve el problema de la sustentación. La distribución del espacio interior y la temática de los frescos sugiere que un ala de este conjunto correspondía al rey y la otra a la reina. En cada piso había dos salas comparativamente más grandes y una pluralidad de pequeñas piezas de usos diversos, en algunas de las cuales se alojaba quizá el personal de servicio más directo a los reyes. La situación cardinal de la residencia de los reyes varía según los palacios, habiéndose elegido, a lo que parece, la orientación más favorable desde el punto de vista climático.

En los distintos palacios se aprecian zonas de residencia del servicio, aunque no se puede establecer con toda certeza este punto. Pero lo que sí es seguro es que existían conjuntos de almacenes aparte de los que se situaban en el área sagrada. Se ha querido ver en este hecho una separación de los bienes de la divinidad con respecto a los del rey, lo cual es verosímil, no seguro. Asociados a estos almacenes se encuentran los talleres, fáciles de reconocer por los restos hallados en ellos. También tienen pórticos y galerías altas.

Los palacios minoicos contaban con instalaciones de saneamiento muy perfeccionadas, al menos las áreas de residencia real. Tenían retretes en las salas de aseo, que se utilizaban en posición sedente y contaban con un recurso técnico gracias al cual el tubo evacuatorio quedaba aislado por medio de agua. El agua de lluvia que caía en las terrazas y los patios se recogía en estanques para su aprovechamiento, aunque naturalmente había que conseguir de otro modo el agua potable. En las fases antiguas se utilizaban pozos profundos, pero ahora se contaba con acueductos y conducciones menores a base de tubos de barro, con cisternas o con fuentes de construcción; en cada palacio se adoptó la solución más adecuada a las disponibilidades de agua. Dos redes de canalizaciones muy complejas servían, respectivamente, para evacuar las aguas de lluvia y las aguas sucias o fecales.

A veces, la construcción se hacía directamente sobre un lecho de roca, pero en los demás casos se ponían cimientos, incluso muy profundos. Las paredes seguían teniendo entramado de madera relleno de adobes, que se utilizaban asimismo en la tabicación interior. Las superficies iban cubiertas de yeso y decoradas con estuco. En las fachadas exteriores y en algunas salas se utilizaba piedra caliza. Como es bien sabido, eran de uso muy frecuente las columnas de madera en forma de tronco de árbol invertido: la parte más ancha ejercía una eficaz sustentación de la techumbre, mientras que la más estrecha no iba simplemente apoyada en el suelo, sino que tenía una especie de espiga que entraba a presión en un orificio practicado en el mismo. Esta técnica de sustentación proporcionaba elasticidad al edificio frente a los seísmos, haciéndolo más resistente de lo que habría sido con la columna clásica. Además de la columna se utilizaba el pilar cuadrangular, fabricado a base de piedras, en madera maciza, o bien con postes de madera en las cuatro esquinas y relleno de argamasa.

Los suelos eran muy diversos: enlosados en formas simples o combinadas, empedrados con canto de río, o bien realizados en madera. Algunas piezas, especialmente en Festo, eran revestidas en el suelo y en las paredes con planchas de creta, talladas en las canteras y pulidas; otras veces se utilizaban mármoles veteados.

Un recurso ornamental peculiar a la arquitectura minoica es la decoración colorista que realza las cornisas, los extremos de las vigas o las puertas y ventanas, a base sobre todo de los dos motivos constantes del arte minoico: la *roseta* y la *teoría de espirales*. Pero la forma más importante de la decoración integrada en la arquitectura minoica es sin duda alguna el *fresco*. Los variados motivos representados en las paredes lograban crear ambientes evocadores en consonancia con la función del lugar en que se encontraban. Al tratarse de colores luminosos dentro del rojo, el azul y el amarillo, combinados con el propio blanco, el efecto de su contemplación debía de ser vivificante y amable.

Las paredes eran laboriosamente preparadas por medio de sucesivas capas de enlucido hecho con una pasta de cal y arena cada vez más fina. Los colores principales, de extracción mineral, eran aplicados sobre el enlucido húmedo, a fin de que fueran absorbidos por la pared e integrados químicamente en la pasta, de acuerdo con la técnica común al *fresco*. Una vez seca y bien consolidada la superficie, se añadían sobre ella los detalles más finos, a base de pinceles y utilizando cola o clara de huevo como recurso adherente. La naturaleza inorgánica de todos los colores ha hecho posible su asombrosa conservación.

Los frescos que tenemos han sido hallados generalmente en estado fragmentario y fuera de su emplazamiento original, por lo que no resulta fácil restablecer su composición y ubicación. Las reconstrucciones del equipo de Evans han sido muy cuestionadas modernamente en varios aspectos, y, por otra parte, los frescos hallados en Tera han servido para corregir algunas hipótesis equivocadas.

Frente a la opinión de Evans, que atribuyó al periodo del palacio de Cnoso el llamado *fresco del recolector de azafrán*, hoy se considera que sólo son de esa época los geométricos. El fresco naturalista, el que incorpora la figura humana aislada o formando escenas, es una innovación de la cultura minoica en su plenitud, incluso en su fase más avanzada. La mayor importancia del palacio de Cnoso y quizá también factores aleatorios han determinado que sea ésa la procedencia de la mayoría de los frescos conservados, pero el caso de Hagia Tríada, o el de Tera, a más de otros indicios, documentan una difusión de esta forma decorativa magna por toda el área de dispersión de la cultura minoica; no sólo los palacios, también las residencias de los personajes importantes se decoraban de este modo.

La riqueza temática de los frescos minoicos es mayor aún que la de la cerámica, debido a la inclusión de la figura humana en muy diversas composiciones y tratamientos; la gama de animales y plantas es aquí también más amplia; y, en fin, la posibilidad de representar a tamaño natural, de utilizar el relieve y de emplear unos colores más vivos y variados, otorgaba a este género pictórico una mayor capacidad de expresión. La selección de los motivos en función del lugar a que se destinaba por el fresco parece haber sido muy cuidada: no sólo estaba en consonancia con el uso de la pieza, sino que el artista ha querido reflejar en las paredes los personajes o las escenas que se encontraban allí al natural. Y no, evidentemente, con la intención de hacer retratos de individuos concretos o de dejar constancia de hechos determinados: flores, animales y personas se caracterizan por su generalidad; escenas y grupos, por la ausencia de anécdota.

Uno de los frescos más notables, a pesar de su precaria conservación, es el que decoraba el llamado *corredor de las procesiones* y los Grandes Propíleos del palacio de Cnoso, es decir, el acceso al área sagrada: según todos los indicios pretendía plasmar

el cortejo que real y efectivamente discurría por el ancho corredor en las ocasiones solemnes. Se ha calculado que habría unos trescientos cincuenta individuos a tamaño natural, contando grupos de personal religioso, de músicos, de portadores de ofrendas, etc. Una modalidad de fresco muy diferente es la que representa a multitudes de gente común e indiferenciada presenciando un juego o un ritual. En este caso el tamaño de las figuras es muy pequeño, y su representación, reiterativa y esquemática. La muestra mejor es el *fresco de las miniaturas* o *escena del santuario*, de Cnoso, donde el artista ha utilizado sabiamente una serie de convencionalismos al servicio de la expresividad. En el centro se levanta un santuario triple, que debe de ser el mismo que había en el patio central del palacio, y a los lados de éste aparecen mujeres sentadas con las piernas cruzadas, hablando unas con otras. Por encima y por debajo se rellena con cientos de cabezas de hombres y mujeres en tamaño pequeño, que colman por completo el espacio; tales cabezas son muy similares a las de las figuras que aparecen completas, y, como ellas, se muestran a veces por parejas enfrentadas, como en charla. Se ha utilizado la perspectiva caballera para dar un efecto de tridimensionalidad, que era necesario en una escena de masas no procesional.



«La bailarina», fresco del palacio de Cnoso.

Los temas religiosos eran sin duda los más comunes. Algunos fragmentos conservados por azar nos documentan frescos representando danzas rituales. La famosa *Parisienne* parece haber pertenecido a una escena ceremonial en que sacerdotes y sacerdotisas —el nudo sagrado que lleva en el dorso incluye esa figura entre el personal religioso— llenan los vasos de libaciones que les van haciendo llegar otras figuras. No es seguro que se deban incluir en este grupo las representaciones de juegos de toros, cuyo carácter sagrado cuestionara Nilsson. Pero, en cualquier caso, el interés del motivo es muy grande, por la importancia que tenían tales juegos en el mundo minoico. Los numerosos fragmentos conservados indican que era uno de los temas favoritos en las representaciones parietales, y, por fortuna, ha llegado hasta nosotros bastante completa una porción de friso procedente del ala oriental del palacio de Cnoso. Tres figuras participan en la ejecución de un salto sobre un toro: la primera sujeta por los cuer-

nos al animal, la segunda está realizando el salto y la tercera avanza los brazos para recibir al acróbata.

Los restos de Tera nos han proporcionado uno de los más bellos ejemplares de representación de la figura humana: el fresco de la *sala de las mujeres*. Esta sala contenía una composición de flores y mujeres de tamaño casi natural, a la que atribuyó Marinatos un valor religioso. Las flores, descomunadamente grandes, son pancracios o lirios de mar, que tenían, al parecer, un simbolismo religioso. Una de las figuras femeninas ha conservado afortunadamente el rostro y gran parte del vestido, mientras el peinado puede ser reconstruido a partir de un fragmento perteneciente a otra. La finura y calidad de esta mujer no tiene paralelo en todo el arte minoico.

La colonia de la isla de Tera tenía otros magníficos frescos. En la casa B había una sala decorada con un variado conjunto de monos en su ambiente natural, uno de los cuales está prácticamente completo. Son los cinocéfalos, procedentes sin duda de África, que cogían flores de azafrán en los jardines de Cnosos, según se representaba en el conocido fresco del palacio, del que se conserva un pequeño fragmento. Otra sala de la misma casa B tenía en sus paredes unos hermosos antílopes y una pareja de jóvenes boxeadores de excelente factura.

Mucho más famoso es el llamado *Príncipe de los lirios*, una representación probable del rey, que se encontraba al final del pasillo de la procesión. Viste y lleva el cabello como un joven aristócrata, pero se toca con una corona de lis y plumas, que podría ser emblema regio. Son de destacar, en fin, como motivos animales de los frescos, las aves y los delfines que aparecen en algunas salas del palacio de Cnosos. Muestran el naturalismo, el gusto por la variación en la composición y, al mismo tiempo, la ausencia de individualidad que caracteriza la pintura minoica. Por el contrario, el fresco de los *grifos*, que decoraba el salón del trono del palacio de Cnosos, adopta el principio de simetría y la disposición heráldica, en consonancia con la transformación que experimenta la decoración cerámica en el *estilo del palacio*.

El hecho de que sea posible interpretar a grandes rasgos la estructura de los palacios minoicos no debe hacer olvidar que son muchos los interrogantes abiertos con respecto al uso de las distintas dependencias y, desde luego, al desarrollo de las actividades cotidianas y extraordinarias en el interior. El mismo tipo de problemas afecta a la explicación de una serie de construcciones que hay que diferenciar de los palacios propiamente dichos y de las residencias particulares. La *Vía Real*, que enfila hacia el oeste desde la puerta septentrional del palacio de Cnosos, pasando por el teatro, aboca al llamado por Evans *Pequeño Palacio*. Esta construcción tenía dos plantas y criptas. Los restos conservados permiten apreciar un área sagrada con santuarios, una residencial, unos almacenes y, por separado, aunque unida por un pasillo, se encuentra otra edificación aneja, con salas relativamente grandes. Además del Pequeño Palacio, se levantaba cerca de la puerta oriental la llamada, también por Evans, *Villa Real*, no muy grande, pero de al menos tres plantas. También este complejo cuenta con un área sagrada, una residencial con sala grande y una, en fin, de servicio, llena de ánforas del estilo del palacio. Se desconoce la función de estas construcciones, pero parecen residencias de rango real. Y se ha asociado también a Cnosos, aunque la distancia es ya de unos 10 km, el palacio de Arcarnes, considerado conjeturalmente como residencia de verano de los reyes, aunque, a decir verdad, no existe una diferencia climática que justifique tal suposición.

La misma función ha sido atribuida al palacio o *villa* de *Hagia Triada* respecto de

Festo. Otra vez tenemos un palacio que repite la estructura modélica, pero que está demasiado cerca de otro grande como para poder asignarle una condición par igual. En Malia también se localiza una especie de pequeño palacio —*la casa E*— próximo al grande, dotado de todos los elementos estructurales característicos. El centro de la isla conserva, por otra parte, el pequeño palacio de *Plati*, en el meridiano de Malia; mirando a la parte más interior del golfo de Mirambello está el de *Gurnia*, y no hay duda de que existían otros varios a lo largo y a lo ancho de la isla.

Por toda Creta se han hallado también construcciones identificables como *granjas* o *casas de labor*, levantadas en diferentes fases del periodo Neopalacial. Además de las instalaciones necesarias para las actividades agropecuarias y derivadas y de las piezas residenciales, estas grandes casas tenían santuarios domésticos tripartitos, en los cuales se perpetúa el culto en época posminoica. Palacios, *villas* y granjas comparten, pues, hasta cierto punto un mismo modelo arquitectónico que encierra sin duda alguna un mensaje relativo a la estructura socioeconómica de la población minoica, por más que resulte difícil de descifrar.

CIUDADES Y ALDEAS

Los grandes palacios estaban asociados a ciudades y, de hecho, el hábitat urbano constituía en esta época el tipo básico de poblamiento, si bien los palacios, por más espectaculares y artísticamente más valiosos, han absorbido las prioridades de la investigación. No sabemos, por otra parte, si el palacio surge a partir de la ciudad, o bien se trata de dos desarrollos paralelos.

Ya Evans intentó determinar el solar ocupado por la *ciudad de Cnoso*, a la que se ha atribuido una población de ochenta mil habitantes. Carecía de amurallamiento, al igual que el resto de los hábitats minoicos, y estaba formada por una red de calles y callejuelas que aislaban manzanas irregulares integradas por varias casas. Por el *mosaico de la ciudad* sabemos que éstas tenían dos o tres pisos; los muros exteriores eran especialmente vistosos, debido a la presentación del entramado de madera realizado con adornos y pintura, como también a las graciosas ventanas, gemelas unas veces, de cuatro o seis vanos otras. Las puertas eran simples, dobles o múltiples, igual que en el interior de los palacios.

Parece haber existido bastante gradación en la riqueza de las viviendas. El tipo medio contaba con escalera exterior, patio de luz, entrada con columnas y galería abierta en el primer piso; tenía varias piezas, aunque muy pequeñas. Pero en los aledaños del palacio se han encontrado algunas viviendas grandes y suntuosas, con una estructura más complicada, que pertenecían, es de suponer, a los personajes más importantes. En algunas de las viviendas comunes se han querido identificar altares, y, desde luego, las más lujosas tenían piezas específicas de uso cultural; la cripta con el pilar cuadrangular se encuentra en ellas con frecuencia. Mención especial merece el edificio conocido como el *Arsenal*, que fue destruido con el palacio; su nombre se debe a la gran cantidad de armas halladas dentro, junto con tablillas pertenecientes al registro de armamento.

En *Festo* también hay multitud de casas cerca del palacio y en las laderas de la colina. Por todas partes se observan las destrucciones y reconstrucciones sucesivas. *Malia*, *Hagia Triada* y *Zacro* tenían asimismo asociados sendos hábitats de tipo urbano. En la zona oriental se apiñan los poblados y ciudades, costeros unos, interiores otros. La

ciudad independiente más importante es *Palaicastro*, bastante bien conocida. Tenía calles anchas y otras también más estrechas; algunas casas son muy lujosas, hasta el punto de que recuerdan a los palacios en su estructura. Esta ciudad debía su apogeo al comercio marítimo, que servía de estímulo, a su vez, para el desarrollo de diversas actividades. Fue destruida hacia el 1450 a. de C., para no recuperarse más. También grande y próxima a la costa, aunque mucho más modesta en lo que hace al trazado y anchura de las calles, así como a la calidad de las viviendas, era la ciudad de *Gurnia*. Tenía un emplazamiento idóneo —el istmo de Hierapetra— para dominar el comercio interior de la isla y contaba con población dedicada asimismo a la agricultura y la artesanía; muchas de las piezas de las casas han proporcionado utillaje correspondiente a oficios varios, o bien: prensas de aceite y vino.

El conjunto de *Zacro* es al mismo tiempo peculiar y modélico. Junto al mar se levantaba el palacio, uno de los cuatro más grandes, considerados como reales. En las laderas de las dos colinas que lo bordeaban se extendía la ciudad, mayor aún en extensión que la de Palaicastro, y, a lo que parece, llena de vida. En los restos conservados se aprecian los barrios artesanales y comerciales, pero también una zona residencial de élite, que debía de corresponder al alto personal del palacio. Destacan edificios de gran tamaño, que parecen anejos del palacio, lo que podría indicar un desarrollo especialmente acelerado de este centro palacial durante la fase que nos ocupa. El trazado urbanístico, adaptado a las características del terreno, es muy curioso: las calles propiamente dichas y transitables para los carros se acomodaban en las terrazas de las colinas y estaban conectadas de un modo u otro con los accesos a la ciudad; en cambio, las callejuelas que separaban las manzanas en la dirección de la pendiente eran escalonadas, de modo que sólo podían subir por ellas los animales. No lejos de la ciudad, el palacio y el puerto —Kato Zacro—, en una zona más alta, se encuentra la granja de Epano Zacro—, que es una de las más grandes, mejor equipadas y más sólidamente construidas que se conocen, aunque se han localizado otras varias en la región que se supone dependía del palacio.

CONSTRUCCIONES FUNERARIAS

Los hábitos funerarios están marcados en esta fase, en lo que al aspecto material se refiere, por el signo de la continuidad. Los pithoi y los sarcófagos enterrados constituyen las formas más sencillas, que coexisten con las grutas sepulcrales acomodadas artificialmente, los recintos rectangulares y los tholoi; la sepultura individual tiende, no obstante, a prevalecer sobre la colectiva. Son de destacar las tumbas en *tholos* de Kamilari, cerca de Festo, y de Gypsades, cerca de Cnoso, que fueron excavadas por Doro Levi y Hood, quienes las dataron al final de la época protopalacial; podrían ser algo posteriores, o, en todo caso, se siguieron utilizando en la primera fase neopalacial, es decir cuando la influencia de Creta sobre el continente parece haber empezado a ser notable. Nicolas Platon, que defiende el origen minoico de todos los tholoi egeos, considera estas tumbas como el eslabón que une los primitivos tholoi minoicos con los micénicos.

También considera Platon de origen minoico y no procedentes del continente o de Chipre las tumbas de cámara tallada en la roca, que constituyen la forma de arquitectura funeraria monumental característica de la época Neopalacial, debido quizás el he-

cho de que la roca blanda de Creta resultaba idónea para tales trabajos. La cámara adopta formas diversas, con un techo plano o abovedado, que a veces se sostenía por medio de pilares tallados en la roca. Una o varias fosas solían servir para depositar los cadáveres, dejados también sobre bancadas laterales; al producirse nuevas inhumaciones, los restos anteriores eran retirados y arrojados a *bothroi*. Se accedía a la cámara a través de un pasadizo provisto de una puerta —que se cegaba con piedras después de cada sepultura— y comunicado con el exterior por un dromos. Algunos ejemplares de esta forma sepulcral son más ricos y parecen verdaderos santuarios o criptas sagradas: así, el caso de la *tumba de las Dobles Hachas* de Cnoso. Otra tumba muy importante, aunque muy saqueada, es la de *Isopata*, un tholos cuya cámara mide ocho por seis metros. Lo que queda de ajuar corresponde a la última fase del palacio, si bien la construcción es anterior; se trata del único ejemplar cretense que presenta, como los Tesoros micénicos (véase más adelante), una cámara rectangular distinta de la circular y comunicada con ella. Otra tumba real de Cnoso que destaca por su riqueza arquitectónica es la llamada *Tumba real sur*, en realidad un santuario, dedicado posiblemente al culto de los reyes difuntos. Contaba con un pórtico y un patio, al fondo del cual se encontraba el conjunto formado por una cripta de pilares rectangulares, una cámara funeraria aneja y un santuario en la planta superior. La cámara cuenta también con un pilar central y conserva indicios de haber tenido el techo pintado de azul, como imitando el cielo.

ARQUITECTURA RELIGIOSA

No existe propiamente en la civilización minoica. Ya hemos visto que había siempre un lugar de culto en una residencia, y que la gradación en el tamaño, la complejidad y la riqueza o el rango de la residencia tenían un reflejo en el santuario, que iba desde el simple altar hasta el conjunto de piezas diversas apreciable en los palacios. Por otra parte, los lugares al aire libre o rupestres que habían sido centros religiosos conservaron su vitalidad. Sin embargo, tampoco en este caso puede hablarse de verdaderas construcciones. Es la cima de la montaña, una oquedad de su ladera o una gruta o concavidad situada en cualquier parte, lo que constituye la base del santuario, a la que se añaden algunos elementos arquitectónicos muy simples cuya verdadera función resulta difícil de establecer: más que la correspondiente a recursos constructivos tópicos sugieren por lo general alguna otra de carácter simbólico. Así, el cercado que suele formar una especie de patio de entrada al santuario, albergando en su interior un altar o árbol sagrado, parece destinado a marcar el límite entre el espacio sagrado y el profano, no esencialmente a controlar el acceso. Y, de igual modo, las columnas y las portadas triples vienen a señalar la morada divina y quizá expresan también una cierta concepción de la divinidad y de su modo de conectar con los hombres.

Las representaciones de santuarios transmitidas por los frescos, los sellos y vasos rituales, como el ritón de clorita procedente de Zacro (véase *infra*), proporcionan información importante sobre el aspecto externo de estos lugares sagrados; información que se completa, desde luego, con la evidencia arqueológica. En el *Iouktas*, la cumbre sagrada de Cnoso, existía un importante santuario de montaña, cuyos restos fueron interpretados en su día por Evans; nuevas excavaciones han permitido llegar a un conocimiento más aproximado. Una fisura de la roca, que proporcionaba un acceso ideal al

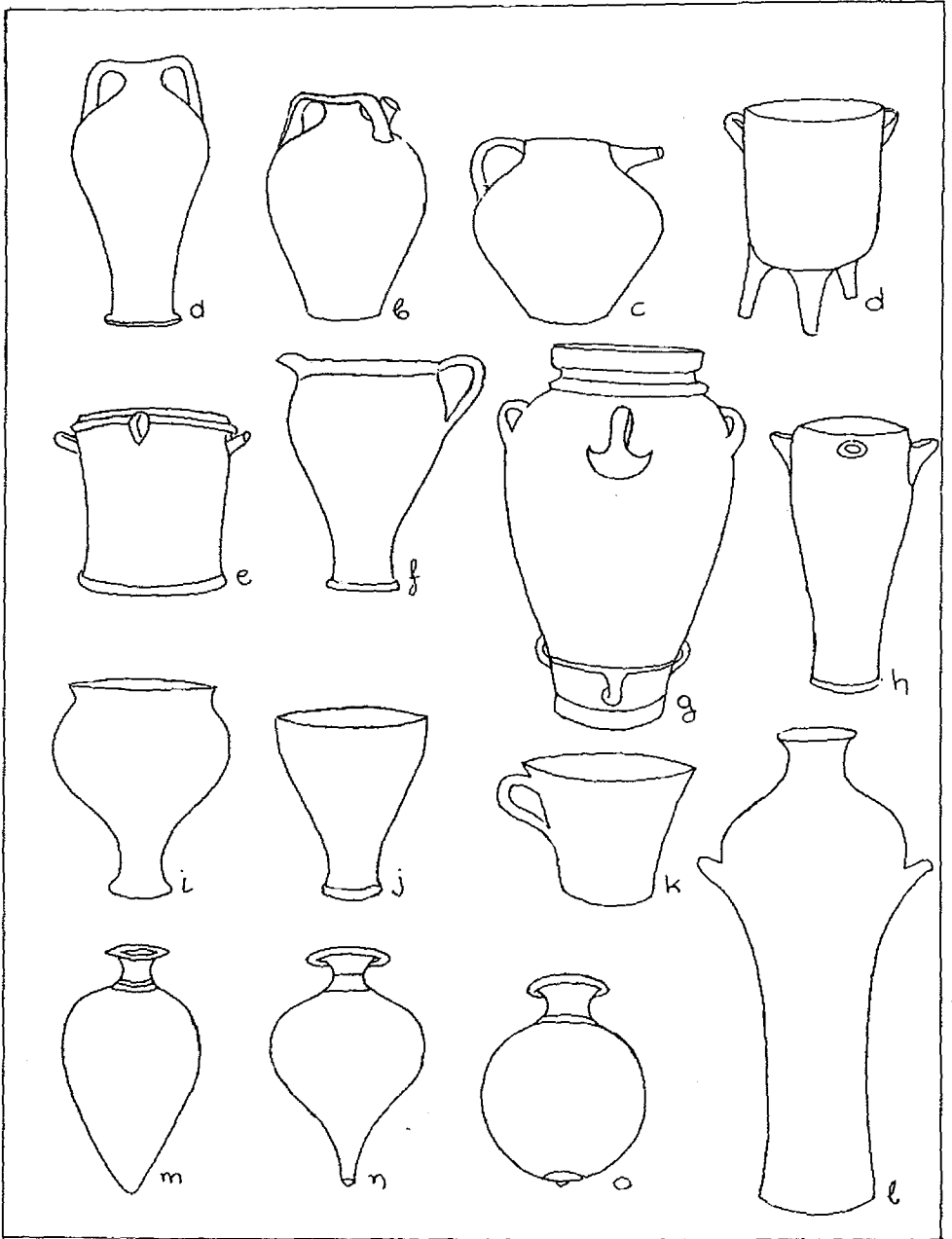
interior de la montaña, constituía, al parecer, el lugar sagrado natural, rodeado en su entorno por un muro ciclópeo; tenía un altar y unas instalaciones de servicio. El mismo modelo se repite en otros varios santuarios localizados en la isla, y es de suponer que algunos más hayan perdido toda huella identificativa. Los bordes costeros, con sus muros rocosos trabajados por el mar, contaban asimismo con lugares sagrados acondicionados como santuarios. El caso de Amnisos, cerca de Cnoso, es significativo. Al igual que otros santuarios naturales cretenses, albergó en época histórica un culto de Zeus, pero conserva restos de construcción minoica, una terraza, en concreto, apuntalada por un muro de buena factura, que servía, suponemos, para dar acomodo a los asistentes a las ceremonias. Otro ejemplar modélico de santuario minoico, esta vez agrario, podría ser la *Casa sagrada* de Chondros Viannos, en el sur de la isla, excavada por Nicolas Platon. Consta de un vestíbulo hipóstil, dos piezas almacén llenas de pithoi, una sacristía y una quinta pieza destinada a realizar sacrificios y ofrendas.

CERÁMICA

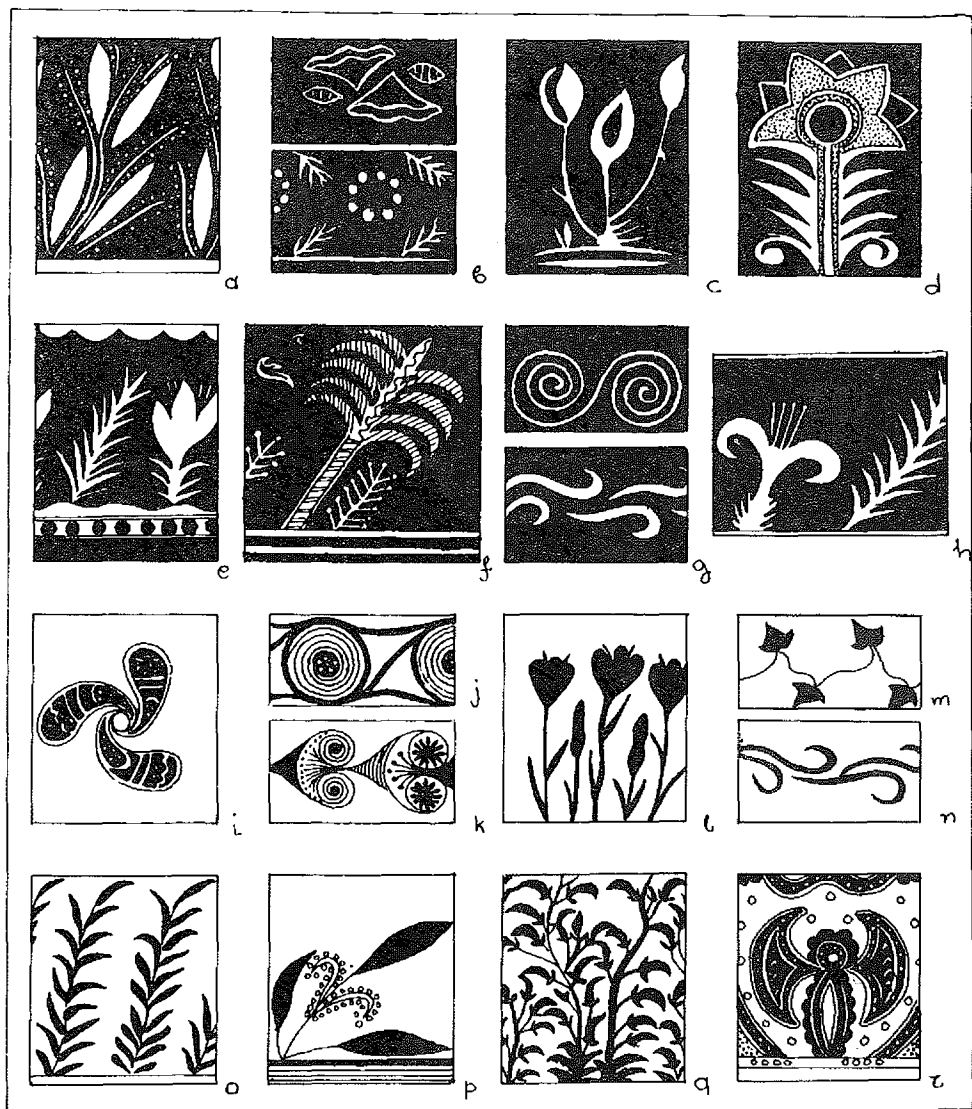
La producción neopalacial es muy abundante y ha sido hallada en grandes cantidades, tanto en las tumbas como en los niveles de destrucción de los palacios o en las residencias particulares. El *estilo de Camarés* tiene una pervivencia decadente y acaba siendo desplazado por una cerámica bicroma, influida en su decoración por la pintura de los frescos, la cual, a su vez, se inspira en ella. Los motivos tomados de la naturaleza cobran mayor importancia y personalidad, aunque siempre se adaptan a las características del vaso y se subordinan a la finalidad de su decoración. El tradicional dinamismo de ésta en la cerámica minoica sigue siendo uno de los principios básicos. El largo periodo que cubren los nuevos palacios, incluida la fase final del de Cnoso, articula esta renovación en una serie de etapas evolutivas que no resulta fácil establecer de un modo preciso.

El estilo naturalista manifiesta sus primeros intentos desde la época etiquetada por Evans como Minoico Medio IIIa, que es la que inicia el periodo histórico que tratamos. Se dejan de producir los vasos de cáscara de huevo, debido quizá a su gran fragilidad; al mismo tiempo la escala de colores se reduce, tendiendo al blanco sobre un fondo oscuro, que ya no es el negro brillante, sino una gama de tonalidades pardas —negruzca, rojiza o violácea—. Declina la decoración pintada en favor de las piezas lisas o decoradas con puntos blancos, o bien con motivos en relieve, frecuentemente de inspiración marina. A medida que se avanza en el tiempo y se pasa a la fase IIIb de Evans se afirma el predominio de la *decoración clara sobre fondo oscuro*, pero al principio de esta fase se rehabilita también la vieja práctica de la *decoración oscura sobre fondo claro*. En el Minoico Reciente I coexisten las dos alternativas, a veces en un mismo vaso. En general, hay una tendencia a aligerar las formas de los vasos, situando su centro de gravedad cada vez más arriba, al tiempo que las bases, los pies, los cuellos, los bordes, los picos y las asas aparecen más destacados. Las variedades se multiplican dentro de cada una de las formas básicas; y surgen numerosos utensilios nuevos, especialmente en el ámbito culinario. Los elementos decorativos se enriquecen y complican.

La recesión de la policromía del estilo de Camarés no comporta un empobrecimiento artístico de las piezas, por cuanto se ve compensada por un empleo sofisticado del claroscuro y de los adornos en relieve, y también gracias al recurso técnico de la oxi-

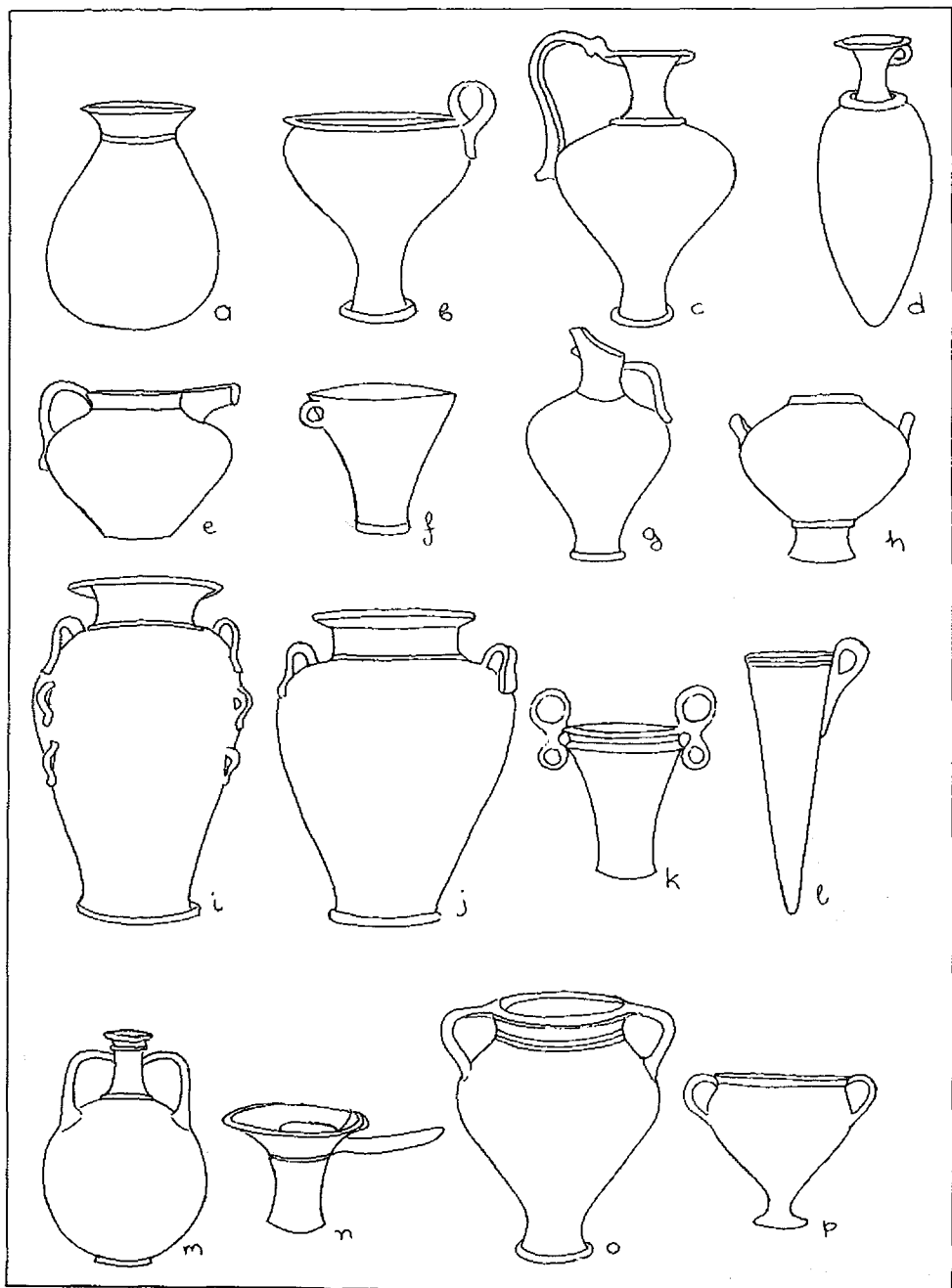


Formas de vasos minoicos del periodo neopalacial, según N. Platon. Fases I y II.



Motivos decorativos minoicos del periodo neopalacial, según N. Platon. Fases I (a-i, v) y II (j-q).

dación desigual durante la cocción. Estas tendencias alcanzan su mayor desarrollo en el tránsito del Minoico Medio al Minoico Reciente. En el Minoico Reciente la se aprecia un predominio de los motivos vegetales —*estilo floral*—, mientras que la fase Ib conoce el triunfo del *estilo marino*, cuyas piezas se producen posiblemente en los talleres de Cnoso, pero se distribuyen por toda la isla e incluso por la Grecia continental. La influencia de los frescos se deja sentir con toda intensidad en estas fases, tanto en la selección de los motivos como en la composición del conjunto decorativo. Sin embargo, la cerámica renuncia a adoptar la figura humana o las de los cuadrúpedos, sin



Formas de vasos minoicos del periodo neopalacial, según N. Platon. Fases III y IV.



Motivos decorativos minoicos del periodo neopalacial, según N. Platon. Fases III (a-l) y IV (m-p, estilo del palacio).

duda porque carecen de la flexibilidad de los motivos vegetales y marinos para adaptar su posición y sus movimientos a la forma de los vasos y a la finalidad decorativa. Estos condicionamientos explican verosímilmente la preferencia en el estilo marino por motivos como el pulpo, que se presta cual ningún otro a los fines pretendidos. La cabeza, con los ojos, se sitúa en la parte más prominente de la panza del vaso, recalcando de este modo el diseño de la pieza, mientras los tentáculos pueden desparramarse con libertad y naturalidad por la superficie, dejando entre ellos numerosas zonas libres que se rellenan con pequeños animales o vegetales marinos.

La última etapa, conocida como *estilo del palacio*, que se inicia hacia 1450, impone sobre la espontaneidad y libertad de la composición una serie de convencionalismos tendentes a una mayor grandiosidad. Se perpetúan las tradiciones floral y marina, pero ahora los motivos tienden a encadenarse y a integrarse en estructuras geométricas o

incluso arquitectónicas. La adopción del principio de simetría y la tendencia a cubrir toda la superficie del vaso con elementos de relleno contribuye también a alejar este estadio del naturalismo precedente, haciéndolo más suntuoso, pero también más amañado. Finalmente, las aves acuáticas y los animales terrestres vienen a integrarse en el repertorio de los motivos decorativos. En los últimos años del palacio la tendencia hacia la estilización de los temas tomados de la naturaleza se hace más patente, al tiempo que aumenta el gusto por los motivos abstractos.

A pesar de la gran variedad que se aprecia en las formas, algunas de ellas son claramente dominantes debido a su especial adecuación a funciones de amplia demanda. Así ocurre con los *pitthoi* y las *pitánforas*, destinadas unos y otras al almacenaje de productos alimenticios. Los enormes *pitthoi*, de la altura de un hombre, pueden ser abiertos y cónicos o bien de cuello cilíndrico y panza ovoide, o, en fin, en forma de tonel. Es característica de estas piezas la decoración cordada en relieve, sustituida al final del periodo por una decoración impresa hecha con los dedos. En razón de su gran tamaño, se evita la decoración pintada, salvo excepciones correspondientes a los almacenes reales o a los templos. Las grandes pitánforas suelen llevar tres o cuatro asas y, en la mayoría de los casos, un disco en la base bien destacado. El tipo más alto cuenta con nueve asas, dispuestas en tres series verticales de tres, que facilitan su transporte. En la fase final, las pitánforas de Cnoso alcanzan el tamaño de verdaderos *pitthoi*, pierden el disco de la base y acentúan la disminución del diámetro en la parte inferior, destinadas como están a encajarse en un soporte o cavidad practicada en el suelo; no obstante, los dos tercios superiores de la pieza se mantienen fieles al diseño del ánfora. La decoración es representativa del estilo del palacio.

El *ánfora de estribo*, utilizada sobre todo para el transporte de vino y aceite a larga distancia, es otra variedad significativa, que presenta una evolución hacia un tipo cada vez más práctico: la primitiva boca del ánfora, ahora ciega, se convierte en el elemento sustentador de las asas, haciéndose cada vez más alta para facilitar el diseño de éstas; la verdadera boca, situada en un lado del hombro, tiene un cuello progresivamente más alto, que hace más cómodo el trasvase del líquido. Las esbeltas *jarras* de pico muy elevado sobre el plano del borde, y las copas entre las que destaca el tipo llamado *efireo*, de influencia continental, se cuentan asimismo entre las piezas de mayor circulación.

Pero, además del uso doméstico y del comercial, la cerámica tenía, como es bien sabido, un prolijo uso funerario, que desarrollaba unas formas características. Así, los *kernoi* o vasos múltiples, destinados a las ofrendas variadas en pequeñas cantidades; también los fruteros, los ritones, las jarras de libación, las bellas ánforas de asas espirales y doble labio, o las innumerables copas cónicas que utilizaban los participantes en las ceremonias fúnebres, dejándolas allí. Las piezas más interesantes de este conjunto son sin duda los *ritones*. Con frecuencia, tienen la típica forma cónica u ovoide, pero son también muy numerosos los zoomorfos, que constituyen una variedad artística intermedia entre la cerámica y la escultura. La forma predominante es la del toro, el animal sagrado por excelencia: generalmente se trata tan sólo de una cabeza, como en los hallados en Cnoso, Palaicastro y Gurnia, pero también se encuentra representado el animal entero en dos magníficos ejemplares procedentes del rico asentamiento de la isla de Pseira en el golfo de Mirambello. Existen asimismo vasos cuyo cuello es la protomé de un animal. Algunas piezas cerámicas rituales, funerarias o no, se resisten, en fin, a revelar su verdadera función; entre ellas están unas que Evans consideró como destinadas a alimentar a las serpientes sagradas.

La producción cerámica incluía, además, pequeñas representaciones de animales o de adoradores, que se ofrecían en los santuarios, si bien estos hallazgos son ahora más escasos que en las épocas anteriores, debido a la menor importancia de los santuarios extrapalaciales. Existen también representaciones de divinidades, no siempre fáciles de distinguir de las de los oferentes. En el mismo orden hay que considerar los pequeños grupos hallados en el *tholos* de Kamilari, junto a Hagia Tríada, que constituyen presumiblemente piezas de serie. En uno de ellos, cuatro figuras danzan entrelazadas dentro de un recinto circular (*¿el tholos?*) ornado con los cuernos de la consagración; en otro, cuatro dioses sedentes —o tal vez cuatro difuntos— reciben ofrendas en el interior de un santuario; en un tercero, en fin, se representa la preparación por parte de unas mujeres de pasteles, sin duda funerarios. Estos conjuntos carecen de valor artístico, pero constituyen importantes testimonios del culto a los muertos. Hay que aludir, para terminar este capítulo de las manufacturas cerámicas, a la curiosa pieza procedente de Hagia Tríada que representa a una mujer sobre un columpio, cuyo soporte tiene la forma de los cuernos de consagración, coronados por sendas figuras de pájaro; se ha supuesto que representa una práctica ritual propiciatoria de la fertilidad.

TRABAJOS EN FAENZA, MARFIL Y PIEDRA

La capacidad para la talla y el modelado desarrollada por los artistas minoicos de la época se manifiesta en estos materiales mucho más que en el simple barro pintado. En faenza o cerámica vitrificada fueron realizadas las dos famosas piezas conocidas como *diosas de las serpientes*, que proceden de Cnoso. Ambas llevan corsé abierto y delantal, mientras que la falda es en una de ellas de volantes y en la otra se adorna con rayas paralelas horizontales. Esta última presenta en su cabeza una alta tiara, a la que acceden tres serpientes que se enroscan por el torso y los brazos de la figura; la primera luce un tocado plano a modo de corona sobre el cual se aposta una pantera, y apresa con sus manos sendas serpientes. La identificación de estas figuras como diosas es meramente conjetural. Podría tratarse de sacerdotisas, o bien de la propia reina.

En el santuario del palacio de Zacro fueron hallados ritones de cabeza de toro y de leona, así como un vaso en forma de nautilus, también de faenza. Esta técnica, aprendida quizá de los Egipcios, era conocida ya a comienzos del Minoico Medio, aplicándose originariamente a la fabricación de pequeñas cuentas y colgantes de collar.

Si la faenza permitía un tratamiento rico del color, dando lugar a piezas de gran vistosidad y apariencia suntuosa, el marfil hacía posible una reproducción de la anatomía que lograba un mayor realismo, acentuado por la utilización combinada del lapis-lázu y el oro para realizar, respectivamente, las pupilas y los cabellos y adornos del vestido. Como testimonio de este tipo de trabajo, conservamos fragmentos de un grupo que representaba el tema de la tauromaquia. Sus restos, encontrados en el área residencial del palacio de Cnoso, incluyen como pieza principal una figura humana magníficamente ejecutada en el momento de realizar un salto acrobático; presenta huellas claras de implantación de cabellos de oro. El marfil se utiliza asimismo para la fabricación de peines, cajitas y otros objetos menudos, y también en trabajos de incrustación.

La estatuaria propiamente dicha debía de realizarse en madera, que naturalmente habrá perecido en el transcurso del tiempo. No hay testimonios, en cualquier caso, de un desarrollo de la escultura monumental en piedra; y las pequeñas

representaciones de animales o figuras humanas que se han conservado revelan un nivel técnico y artístico muy bajo. Los artesanos minoicos de la piedra se muestran herederos de sus predecesores dentro de la Edad del Bronce, aplicando sus habilidades a la realización de vasos, sobre todo los destinados al culto, que con frecuencia adoptan formas escultóricas o se enriquecen con decoración tallada, ocasionalmente recubierta de oro.

Incluso los ejemplares más simples exigían muchas horas de trabajo, habida cuenta de la dureza de la materia prima y de la técnica empleada. Después de una grosera adecuación del bloque al diseño pretendido, había que ir trepanando y vaciando el interior; luego se trabajaban las superficies para darles la forma definitiva, ejecutando al mismo tiempo las estrías o los adornos deseados; finalmente, se procedía al pulimentado a base de arena o esmeril. Existía, por supuesto, un utillaje sofisticado para cada una de estas tareas, que reducía el esfuerzo y facilitaba la perfección del acabado, pero siempre en el terreno de la más pura manualidad. Los vasos de cuello estrecho y, en general, los de formas complejas, se ejecutaban en varias piezas, que luego eran unidas. También era frecuente la combinación de diversas piedras para lograr una policromía y un mayor efecto artístico. Esta etapa de la cultura minoica se caracteriza de hecho por un sensible aumento en la producción de vasos de piedra de formas muy diversas, que vienen a desplazar en parte a los objetos cerámicos.

La selección de las piedras era cuidadosa, procediéndose a la importación de materiales de excepcional calidad venidos de las islas del Egeo o de la Grecia peninsular. También se aprecia una preocupación por aprovechar al máximo las posibilidades decorativas de las distintas piedras, utilizando sus veteados, manchados y transparencias al servicio de la decoración del vaso y del realce dinámico de sus formas. En cierto modo estas piezas revelan una continuidad en la concepción artística que había desarrollado la cerámica de Camarés. Pero, al mismo tiempo, estos orfebres de la piedra se muestran sensibles al espíritu naturalista que preside la época, incorporando a sus delicadas piezas motivos florales y marinos. Los palacios de Cnoso y Zacro sobre todo nos han legado ejemplares de excepcional calidad.

Uno de los tipos característicos es el *ritón no zoomorfo*, que adopta la forma ovoide; globular o cónica, coronada por un estrecho cuello y un labio bien marcado. Cabe mencionar el bello ejemplar procedente de Zacro realizado en cristal de roca, que tiene la superficie lisa, pero presenta alrededor del cuello un anillo formado por varias piezas cilíndricas de cristal separadas por hojas de marfil recubiertas de oro, y lleva un asa constituida por cuentas de cristal verdoso ensarradas en un hilo de oro. Otra pieza de la misma procedencia, tallada en porfirita, destaca por la elegancia de su diseño, con el fino cuello y las estrías perfectas que recorren la panza en sentido longitudinal, armonizando con el labrado del collarino y del labio. Muy similar a éste en la forma es un ritón de Cnoso cuya superficie presenta anchos surcos longitudinales que alcanzan el collarino a través de un festoneado en líneas paralelas.

Otro tipo bien representado en Cnoso, Zacro, Gurnia y la isla de Pseira es el de los llamados *cálices de la comunión*, una forma ciertamente idéntica a la del cáliz cristiano. Los ejemplares mejores son los cuatro de Zacro en obsidiana, diorita y mármol veteado. En todos los casos el artista ha sabido elegir un diseño perfectamente armonioso con las características de la piedra, a fin de lograr una mayor calidad estética: las estrías horizontales, que cubren por completo la superficie de uno de los vasos, enriquecen el efecto óptico del veteado del mármol, mientras otro presenta una superfi-

cie lisa decorada tan sólo por el profuso manchado de la obsidiana, limitándose a destacar el artista la geometría del vaso en sus zonas más significativas a base de incisiones paralelas y collarinos; pero quizá el ejemplar más logrado es uno de paredes muy finas, todo él cuadrilobulado, donde las vetas del mármol se han hecho coincidir con los lóbulos, como si de una decoración pintada se tratase.

Una vez más es el tesoro de Zacro el que aporta la pieza más hermosa de otra serie característica, el *ánfora ritual*, con su doble cuello, su marcado collarino y las dos enormes asas graciosamente adosadas al labio superior y a la panza. A la extraordinaria calidad del labrado se suma la sabia selección del bloque de mármol, cuyo manchado sirve para realzar el diseño de la panza. Se encuentran asimismo *vazas* de alabastro con un asa similar a la de las ánforas. *Skyphoi*, *kernoi*, *píxides* y lámparas de variados diseños y calidades completan este conjunto de trabajos en piedra.

Otras piezas se integran con propiedad en el terreno de la escultura. En primer lugar destacan los *ritones zoomorfos*, y entre ellos uno procedente de Cnosos en forma de cabeza de leona realizado en mármol blanco, al que se añadieron incrustaciones de jaspe, nácar y cristal de roca, hoy perdidas, para dar un mayor realismo a los ojos y el hocico. El diseño de la cabeza es un prodigio de equilibrio entre la estilización de los rasgos y la sensación de vida que produce el animal. De Cnosos y de Zacro vienen sendos ejemplares de ritón en forma de cabeza de toro, ejecutados en esteatita y clorita, respectivamente, que revelan también el alto nivel alcanzado por los artistas minoicos en el trabajo de la piedra. Enriquecidas con incrustaciones diversas, estas piezas tenían probablemente cuernos de madera recubiertos de oro, ya desaparecidos. Se conservan también vasos rituales en forma de tritón, de pulpo o de esfinge.

A la talla en bulto redondo de estos vasos y de otras piezas menores viene a sumarse, en fin, el capítulo de los relieves, representado en la decoración de utensilios culturales de piedra, por lo general clorita o esteatita, en ocasiones recubierta de oro. El género llegó a alcanzar una producción considerable y una amplia difusión, llegando eventualmente a lograr verdaderas obras maestras. El azar de los hallazgos nos ha legado algunos testimonios significativos. El más conocido es quizá el llamado *vaso de los Cosechadores*, procedente de Hagia Tríada, junto con otros dos igualmente notables y una cuarta pieza hallada en Zacro. El primero, un ritón globular que ha perdido su parte inferior, representa según todos los indicios, una procesión ritual relacionada con la cosecha. En cabeza del cortejo marcha una figura de largos cabellos vestida con un manto de conchas y flecos y empuñando en la diestra una especie de vara; se trata, al parecer de un sacerdote. Los hombres que le siguen en formación de dos van desnudos y llevan al hombro sus herramientas; con ellos se mezclan cantores acompañados por el sistro, y otros personajes en actitud festiva. A pesar de que el motivo impone la repetición de las figuras, el artista ha logrado evitar la monotonía imprimiendo vivacidad a la escena dentro de una composición muy cuidada. El efecto es de gran realismo. El mayor alarde en el tratamiento dinámico de las figuras se aprecia en un ritón cónico de serpentina, parcialmente conservado, que organizaba su decoración en cuatro registros, relativos todos ellos a juegos atléticos de carácter ritual: el salto, la tauromaquia, el boxeo y la lucha. Los cabellos largos y el atuendo personal de los jóvenes ejecutantes indican que, a diferencia de los cosechadores, pertenecen a la capa selecta de la sociedad. Todas las escenas revelan una maestría en la composición dramática y un dominio de la anatomía muy similares a los que se encuentran en los famosos vasos de Vafio (véase *infra*). La tercera pieza de Hagia Tríada, un vaso cónico conocido como

la *copa del Capitán*, representa la figura de un personaje en pie que empuña un cetro o vara y va ricamente engalanado; es probable que se trate del rey. Ante ella se presenta un individuo sin adornos, con los cabellos cortos y una espada en la diestra; va seguido por tres jóvenes portadores de pieles. La calidad de la talla es en este caso bastante inferior a la de la pieza antes reseñada. Una cuarta pieza del mismo tipo procede de Zacro. Se trata de un ritón ovoide tallado en clorita, que conserva todavía algunos pequeños fragmentos del pan de oro que lo recubría. Representa un santuario tripartito de montaña, cuya entrada, que se adorna con las conocidas espirales entrelazadas, está coronada por cuatro íbices acostados —flanqueando posiblemente la imagen anicónica de la divinidad—, mientras vuelan halcones por encima de los cuernos de consagración que coronan el edificio. Por fuera se aprecian altares al aire libre en un patio rodeado por un muro de ladrillo y rematado por cuernos rituales del tipo común. A los lados del recinto se representa la montaña con íbices saltando por ella. Las figuras de los animales están magistralmente tratadas desde el punto de vista anatómico; en el grupo sedente, donde se ha impuesto la composición simétrica, el artista ha sabido encontrar, sin embargo, la *variatio* necesaria para crear una sensación de realismo. La representación del santuario en la montaña no resulta tan feliz, ya que la carencia de una técnica adecuada para llevar al plano la tercera dimensión del paisaje obliga al artista a recurrir a unos convencionalismos muy perturbadores, al menos para quien no los tiene como propios. Hay que admitir, no obstante, que los elementos fundamentales del santuario están presentes y que el conjunto resulta armonioso y muy evocador.

ARTESANÍA DE LOS METALES COMUNES

Es éste uno de los sectores artesanales que más claramente evidencian un importante desarrollo en la etapa neopalacial; no podría ser de otro modo, por cuanto que el auge manifestado en conjunto en el periodo depende ineludiblemente de una mejor disponibilidad de utillaje y de armamento, tanto en el aspecto cualitativo como en el cuantitativo. A pesar de que los objetos de bronce que han logrado escapar por puro azar a la práctica habitual del refundido o a los saqueos de los ajuares funerarios son relativamente pocos, la abundancia en este conjunto de las piezas suntuarias y la cantidad total tan importante hallada a veces en una sola tumba indican con toda claridad que se disponía de la materia prima a discreción. El incremento de la presencia minoica en el mediterráneo oriental, y más concretamente en Chipre, está en relación estrecha con el aprovisionamiento de cobre.

Pero más importante todavía es el perfeccionamiento de las diversas técnicas metalúrgicas y de los correspondientes recursos tecnológicos, apreciable desde cualquier punto de vista en esta época. Los hornos, con el crisol para preparar la aleación y el cuidado diseño de los orificios de ventilación destinados a administrar al metal la oxidación deseada, han sido hallados en número considerable por toda la isla, lo que indica que se había generalizado, al menos hasta cierto punto, la capacidad de lograr un buen material de base, indispensable para la realización de trabajos de calidad. Determinados objetos se fabricaban en moldes de cerámica o de esquisto, donde se vertía el metal líquido, pero también se había perfeccionado el procedimiento de la cera perdida para la elaboración de piezas grandes y huecas, que permitía un considerable ahorro

de metal. Los bronceístas minoicos de la época conocían asimismo muy bien la técnica de la soldadura, así como la del laminado y subsiguiente aplicación de piezas laminares como revestimiento de núcleos de madera o de plomo.

Los *exvotos* procedentes de distintos santuarios, que vienen a sumar un número de piezas considerable, constituyen un sector significativo de esta producción en metal. Los artistas no parecen haber sufrido limitaciones de tipo técnico en su ejecución metalúrgica, de suerte que los rasgos distintivos de estas piezas deben de responder a la concepción artística que las informa, coincidente, por otra parte, con la que revela la estatuaria en piedra o cerámica. Se aprecia, en general, un mayor interés por la expresión del movimiento o el gesto que por la reproducción correcta de la anatomía y las proporciones; incluso se llega a representaciones antinaturales con vistas a realzar un determinado movimiento. Para algunos especialistas estos rasgos obedecerían a un primitivismo o a un retraso en el desarrollo de las convenciones artísticas de la escultura; para otros se trata en realidad de una orientación peculiar que crea unas convenciones expresivas adecuadas a los fines pretendidos, obviando los condicionamientos estéticos y el realismo.

Los conjuntos de *exvotos* más importantes proceden del santuario rupestre de Psychro, próximo al pequeño palacio de Plati, en la Creta central, y que se ha identificado como el Antro Dicteo de la tradición griega; de la también cueva sagrada de Skotino, junto a Cnoso; y de los santuarios de Hagia Tríada y Tiliso, las *villas* situadas, respectivamente, cerca de Festo y de Cnoso. Sin embargo, existe una larguísima serie de piezas análogas halladas en otros santuarios. La mayor parte de estos *exvotos* son animales; tal vez constituyen una alternativa a la ofrenda de un animal real, o quizá representan a los propios animales, que se ofrecen así simbólicamente en acción de gracias o en busca de protección. Suelen aparecer con sus crías o en grupos, con un grado de realismo muy variado. Otras veces se representa al fiel en actitud de plegaria, con un movimiento característico de los brazos y con el tronco incurvado hacia atrás. Hay hombres y mujeres de todas las edades, con una importante oscilación en los tamaños y diferencias sensibles en los detalles de ejecución, el vestuario, el gesto, etc. Se considera, en fin, que otras figurillas de bronce más o menos similares, pero que no evidencian actitud de plegaria y, en cambio, se acompañan de algún símbolo religioso, son representaciones de dioses o diosas; no es seguro. Tal posibilidad parece viable en casos como el de la figurilla femenina tan conocida que lleva palomas en las manos y en la cabeza, pero hay piezas que se resisten a la identificación: así la pequeña figura masculina procedente de Katsamba, con su largo gorro puntiagudo, su rostro juvenil y el extraño ademán de los brazos dirigidos hacia adelante y las palmas superpuestas; podría ser un fiel, un sacerdote o un dios.

Es probable que se haya producido estatuaria de mayor tamaño en bronce, ya que se conocían las técnicas adecuadas y se disponía de metal. No tendría nada de extraño que tales piezas se hubieran refundido posteriormente y no hayan llegado por ello hasta nosotros, pero, de todas formas, esta carencia total de testimonios al respecto obliga a pensar en una producción muy limitada. También es posible, por otra parte, que el bronce no se considerara como una materia lo suficientemente noble y suntuosa como para representar a la divinidad o a un personaje importante, y, además, que tales representaciones parecieran toscas y poco realistas. Quizá las imágenes de los dioses se hacían de madera recubierta con diversos metales y materiales preciosos, lo que explicaría su total desaparición. La imagen que recibe las ofrendas en la escena pintada so-

bre el sarcófago de Hagia Tríada podría representar de hecho el tipo común de ídolo de santuario, totalmente ajeno a la escultura en piedra o bronce.

Sea como fuere, el caso es que el sector más importante de los trabajos en bronce de la época correspondiente al *armamento*, donde confluyen calidad artística y perfeccionamientos técnicos, partiendo siempre de unas tradiciones y experiencias propias muy importantes. La reutilización del bronce en etapas sucesivas ha sido causa una vez más de que los hallazgos de espadas y puñales sean escasos, aunque el hecho de que fueran ofrecidas en los santuarios como exvotos ha permitido la conservación de algunas series, probablemente de uso ritual. La gruta de Arkalochori ha proporcionado muchos ejemplares de un tipo característico, de gran resistencia y elasticidad, que lleva una arista de refuerzo en el dorso de la hoja. Existe también la espada corta y el puñal. Las espadas más largas correspondientes a la primera fase Neopalacial proceden de Malia, siendo representativa del tipo la que Evans llamó *Durendal*, que mide un metro de largo. Se encontró al lado del remate de un cetro en esquisto gris que presenta la mitad anterior de una pantera, convertida en hacha en su mitad posterior; se ha considerado que este objeto era el emblema de mando de un reyezuelo o gobernador, dueño también de la gran espada. Tenía ésta la hoja reforzada, y una lujosa empuñadura, adornada con marfil, cristal de roca y oro. En el mismo palacio se encontraron otras espadas más cortas, también de excelente calidad y resistencia, gracias al refuerzo de la hoja, e igualmente enriquecidas en sus mangos con marfil o pan de oro. Otro grupo importante de espadas corresponde al Periodo del Palacio y constituye un tipo que se perpetúa en la época postpalacial; los hallazgos proceden en su mayoría de las necrópolis de Cnoso y de Festo. La empuñadura es en estos casos cruciforme o en forma de cuerna de carnero, y algunos ejemplares están ricamente decorados con láminas de oro que se trabajan por incisión o repujado. Es frecuente el motivo de las espirales formando red, que se encuentra también en la superficie del cetro antes mencionado, así como los motivos animales. La decoración del dorso de la hoja, tan prolíjamente representada en las espadas de las tumbas reales de Micenas (ver más adelante), tiene su documentación en dos espadas minoicas que llevan espirales entrelazadas, a las que hay que sumar un puñal procedente de la cueva de Psychro con escenas de caza o de luchas entre animales, además de algunos otros ejemplares hallados en las colonias minoicas de Phylakopi y Tera. Parece claro, pues, que esta forma decorativa y la técnica correspondiente tienen su origen en Creta, y el hecho de no contar hoy en día con ejemplares minoicos contemporáneos de los micénicos de tan elevada calidad obedece probablemente a que las tumbas que debían de contenerlas se han encontrado ya despojadas. En cuanto al auge que alcanzan las espadas largas en el Periodo del Palacio y su continuidad en la etapa siguiente, ha sido considerado como un indicio de la instalación en la isla de una dinastía aquea y de una serie de inmigrantes de la misma procedencia; hay que reconocer, en cualquier caso, que las espadas vienen a sumarse a una concentración similar de puntas de lanza o flecha y de pequeños cuchillos, armas estas, que, junto con cascos y carros, aparecen inventariadas en algunas de las tablillas halladas en Cnoso. Hay puntas de lanza pertenecientes a ajuares funerarios con decoración incisa: bien las consabidas espirales, bien un motivo animal. El uso del casco de guerra parece sistemático en la Creta neopalacial, aunque aparecen dos tipos, de los cuales sólo uno es de bronce, el cónico, con orejeras, que se adorna con un penacho; su temprana documentación en el área minoica ha llevado a considerarlo como un producto genuino. Por el contrario, al de cuero revestido con colmillos de jabalí, que se utiliza

en la época neopalacial, se le ha atribuido una procedencia helenica, sobre todo porque el animal en cuestión no parece haber sido abundante en la isla y sí en cambio en la Grecia continental. El resto del armamento defensivo —escudos, corazas y calzados altos protectores de la pierna— se hacía presumiblemente a base de capas de cuero superpuestas y cosidas, tal vez con alguna pieza de bronce como guarnición.

Un tercer bloque de objetos de bronce corresponde a las *herramientas* agrícolas y artesanales, de las que se conservan ejemplares suficientes para mostrar los progresos alcanzados en calidad y especialización del utillaje. Parecen identificarse en algún caso instrumentos médico-quirúrgicos, distintos de los destinados al arreglo personal. Las *hachas votivas* decoradas con motivos simples o con elementos vegetales más completos y marcadas a veces con jeroglíficos o con pequeñas inscripciones en lineal A son otro capítulo de la producción metalúrgica a tener en cuenta, ya que la abundancia de los hallazgos indica, en principio, una disponibilidad de los metales de base. Esta situación se aprecia también cuando se contempla el conjunto de los utensilios de uso culinario y en general doméstico: no sólo se han prodigado los enormes calderos de bronce —fabricados a base de grandes placas que eran unidas entre sí por medio de clavos y trabajadas luego al martillo en las uniones— y los trípodes, sino que también aparecen en este metal piezas como las jarras o los vasos, que podían hacerse de cerámica a muy bajo costo. Como los demás objetos, unas veces son fabricados con molde, sobre todo las piezas pequeñas y los vasos, y otras a base de martillo; en cuanto a la decoración, suele ser repujada, pero también se da el grabado y la incrustación. Una vez más resulta difícil, sin embargo, evaluar la circulación de estos productos, dado que son las tumbas no saqueadas los lugares donde han logrado permanecer. La generalización del utillaje de bronce sí parece un hecho claro, pero por lo que hace a los productos suntuarios, entendiéndolos por tales los que se podían fabricar alternativamente con materiales mucho más baratos y con bastante menos mano de obra, no hay ninguna prueba de que fueran de uso común. Es probable que un caldero o un trípode de bronce fuera un objeto muy valioso, al alcance tan sólo de un sector restringido de la sociedad; y, en la medida, además, en que los objetos de bronce podían ser refundidos para fabricar armas, cabe considerar la posibilidad de que fueran tesaurizados por los elementos dominantes en calidad de recursos bélicos potenciales.

GLÍPTICA

Esta rama tan específica de la artesanía contaba ya con una larga tradición y sigue siendo cultivada en esta época bajo los mismos presupuestos. El sello cumple el objetivo práctico de identificar y proteger la propiedad incluso desde una consideración mágica, que le otorga un cierto valor apotropaico. Y es también una pieza de adorno personal que puede convertirse en verdadera obra de arte y/o en signo de lujo, en razón de la calidad del trabajo realizado y del material que se utilice.

Las formas lenticular y amigdaloides son características de esta época, pero también se da el cilindro aplastado y el prisma triconvexo grabado en dos de sus caras. En cuanto a los materiales, al margen del vidrio y el barro cocido, se utilizaba para los sellos más baratos la serpentina, que era muy blanda y fácil de trabajar, o bien la esteatita y la clorita; las piezas más valiosas eran, sin embargo, las de piedras duras —cornalina anaranjada, ágata, o bien variedades importadas como el lapislázuli. La temática de la

decoración es muy amplia y compleja, desde las escenas rituales, que comportan un rico mensaje, siempre difícil de interpretar con precisión, hasta los pequeños motivos tomados de la naturaleza, a primera vista totalmente aleatorios. Hay razones para sospechar, no obstante, que la inmensa mayoría de los temas tenía, de un modo u otro, un simbolismo religioso, es decir, que el sello era un signo externo de la piedad y la fe, a la vez que un instrumento de comunicación con las fuerzas sobrenaturales. Al menos en términos sociológicos parece posible considerarlo así, al margen de que su circulación como objeto suntuario haya podido ser independiente de la vivencia religiosa individual. Grosso modo, las representaciones de escenas inequívocamente rituales, de divinidades solas o acompañadas de sus animales peculiares, de seres fantásticos como los genios, los grifos o las esfinges, en fin, constituyen un sector mayoritario en la temática de los sellos. Pero los grupos de animales antitéticos, estén o no dispuestos en torno a un símbolo religioso, sabemos que tienen también ese carácter; y sabemos que lo tenían los toros, los íbices, los cérvidos y los leones, que son precisamente los que más se representan, a veces en actitudes convencionales, destinadas al parecer a expresar su calidad de fuerzas de la naturaleza dotadas de una dimensión sobrenatural. Cabe suponer también, por lo tanto, que otros motivos más ambiguos se inscriban en la misma órbita. Quizá los que aluden a actividades de la vida diaria, como la caza, la pesca, la agricultura o la navegación tenían también una motivación religiosa desde una consideración sacralizada de tales tareas. Sea como fuere, el caso es que los sellos constituyen la fuente más importante para el estudio de la religión minoica.

ORFEBRERÍA, JOYERÍA Y OTRAS ARTES MENORES

Las representaciones plásticas revelan el gusto de los cretenses de ambos sexos por los objetos de adorno personal, y algunos hallazgos felices indican que la técnica de los orfebres llegaba a producir piezas de gran belleza y calidad artística, en muchas de las cuales se hace sensible la influencia oriental. A la primera fase del periodo (Minoico Medio IIIa) corresponde el conocidísimo *colgante de Malia*, formado por dos abejas o avispas en disposición heráldica, que revela un dominio de las técnicas de la filigrana y el granulado. Los tres discos que cuelgan de las alas y del punto de ensamblaje de los cuerpos llevaban incrustaciones de lapislázuli. Según se ha demostrado, las joyas del llamado *tesoro de Egina* proceden de los mismos talleres, por lo que han debido de ser robadas en el siglo pasado de la tumba de Chrysolakkos en Malia. La pieza más notable de este rico conjunto de oro es el colgante que desarrolla el motivo del *señor de los animales*, en este caso una figura masculina tocada con una alta corona de plumas y sujetando por el cuello dos gansos rodeados por sendos pares de serpientes y dispuestos en forma simétrica. La misma disposición heráldica se aprecia en otro colgante del mismo tesoro formado por una serpiente en círculo que enmarca un grupo de dos perros y dos monos; todo alrededor cuelgan cadenas con cuentas de cornalina, discos de oro y pequeñas representaciones de pájaros. Destaca, en fin, un pendiente formado por una cabeza de león, con pájaros y cuentas suspendidos por cadenas.

Las fases siguientes de esta época palacial han aportado restos, sobre todo en las tumbas, de la rica joyería utilizada. Los adornos más comunes eran los collares, donde se combinaban las cuentas de formas geométricas con los colgantes y con piezas ensartables en forma de flores, hojas, frutos, elementos marinos, animales de diversos

tipos u objetos comunes, como el escudo en forma de ocho. Era frecuente la combinación del oro con las piedras semipreciosas y el cristal de roca. Los aderezos más modestos emulaban la rica joyería reproduciendo los mismos modelos en faenza y vidrio.

Otra serie significativa de piezas de oro es la que constituyen las *sortijas*, donde aparecen las mismas técnicas de grabado y filigrana, así como las incrustaciones de piedras finas. En la mayor parte de los casos se trata de sortijas-sello con una decoración en negativo. Entre las más conocidas, en razón sobre todo de su importancia como documentos religiosos, se cuenta la de la necrópolis de Isopata, cerca de Cnoso, que representa una epifanía divina; o la de Mochlos, con la diosa montada en una barca y transportando el altar del árbol sagrado.

Los *brazaletes*, que se llevaban en los brazos, las muñecas y los tobillos, también se realizaban en oro o en plata, y, además de la decoración, solían incorporar piedras grabadas. Como *pendientes* aparece la forma simple del anillo, y motivos más complicados, como el bucranio. Los *alfileres* con la cabeza trabajada en forma de flor o de espiral completaban el adorno. En fin, *placas de oro* de diversas formas y tamaños eran cosidas a los vestidos.

Además de realizar todos estos objetos de adorno personal, los orfebres aplicaban sus técnicas a la decoración de ricas piezas de usos diversos, donde se combinaban los materiales preciosos. Ya nos hemos referido al dorado de vasos esculpidos en piedra y a la utilización del oro en los marfiles; finas láminas de oro repujado eran aplicadas asimismo a cofres de madera, combinándose esta decoración con las incrustaciones de piedras finas, marfil, faenza o cristal de roca. La desintegración de los soportes de madera es la causa de que estas pequeñas piezas se hayan encontrado dispersas. Cabe mencionar el llamado *mosaico de la ciudad*, con sus miniaturas de faenza de tres a cinco centímetros representando casas minoicas. Un raro ejemplar de estas artes es el *table-ro de marfil* de Cnoso, que lleva incrustaciones de lapislázuli, cristal de roca, plata y oro. Mide 105 x 58 cm y se acompaña de peones de marfil de unos 8 cm de altura. Se supone que se trata de un juego, aunque también se ha esgrimido la posibilidad de que fuera un artilugio utilizado en prácticas adivinatorias.

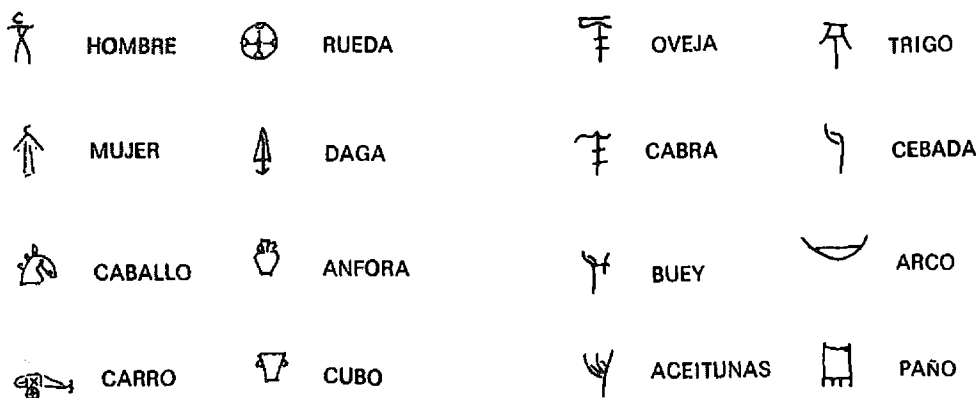
Sorprenden las cotas de calidad y perfección alcanzadas por los orfebres minoicos en las diversas técnicas de trabajo de los metales preciosos, que no han sido superadas posteriormente, a no ser con medios tecnológicos de carácter industrial, muy modernos por otra parte. El granulado y la filigrana son de la mayor finura, y lo mismo cabe decir del laminado. Se utilizaban moldes muy precisos para el repujado o la fundición, que permitían ejecutar trabajos perfectos; en fin, se han logrado unas técnicas de soldadura y de fijación o ensamblaje por medio de minúsculos clavos que hacen prácticamente imperceptibles a simple vista tales recursos.

LA ESCRITURA

Como ya se dijo más arriba, hay indicios claros de la utilización de una escritura a efectos administrativos y comerciales en la Creta protopalacial, con un precedente tal vez en ciertas marcas impresas en cerámica prepalacial. A comienzos de la primera fase neopalacial se seguía empleando todavía en la glíptica un sistema jeroglífico-ideográfico puro: animales, plantas, armas, herramientas, barcos, símbolos sagrados, partes del cuerpo, etc., traducen por sí solos una palabra, aunque no resulta siempre fácil sa-

ber cuándo es la correspondiente al objeto representado y cuándo la denominación de un concepto relacionado con el mismo. Pero en el periodo Protopalacial ya se había desarrollado, y al parecer en la propia Creta, una forma jeroglífica mixta, que utilizaba un silabario. A su vez, la reducción de los pictogramas a signos lineales, más o menos complicados, por simple esquematización marca el paso hacia los sistemas lineal A y B a través de formas intermedias. Este paso viene motivado sin duda por el uso de la escritura propiamente dicha, es decir, de la incisión a mano en el barro fresco, o la pintura, de los caracteres; en cambio, la impresión de los monogramas por medio de un sello no exigía tal esquematización.

El documento más famoso de escritura minoica primitiva es el *disco de Festo*, hallado junto con una tablilla en lineal A en un sector del palacio de Festo que se atribuye a la primera fase neopalacial. Se trata de un disco de arcilla impreso en sus dos caras, siguiendo una línea espiral desde fuera hacia dentro. Los signos, impresos por medio de sellos, forman grupos separados por líneas que inciden perpendicularmente en las espirales diferenciadoras de los registros. Frente a la procedencia minorasiática o sirio-palestina que se atribuyó a este disco, hoy se considera como cretense, por haberse encontrado confirmación del uso local de algunos de los signos gracias a los hallazgos de la *piedra sagrada de Malia* y del *hacha de bronce de Arkalochori*. No se ha podido descifrar el texto que contiene, aunque la recurrencia de una determinada frase y la aparente composición rimada del conjunto han hecho suponer que se trata de un himno religioso. También se ha defendido, sin embargo, la hipótesis de que era un calendario astrológico.



Ideogramas micénicos.

Había, por consiguiente, al mismo tiempo varios sistemas jeroglíficos, y el eventual desarrollo de unos a partir de otros o la aparición de los más perfectos no tenía por qué desplazar los anteriores. También el *lineal A* ha coexistido con las escrituras jeroglíficas, de las que es inseparable: se trata ya de un silabario, pero que sigue utilizando algunos ideogramas. No obstante, las grandes posibilidades que ofrecía el nuevo sistema han propiciado su rápida difusión por todo el ámbito minoico y, desde luego, una mayor utilización de la escritura. Las inscripciones en lineal A, generalmente incisas y rara vez pintadas, se encuentran en utensilios rituales de los santuarios y en

tablillas de arcilla, que a veces aparecen sueltas y a veces en grupos, como si pertenecieran a archivos. Los intentos de descifrar estas inscripciones han resultado fallidos; partiendo del lineal B, se ha podido llegar a la transcripción fonética de gran parte de estos textos, pero, al no estar escritos en una lengua conocida, este logro ha sido estéril. Además, hay bastantes signos del lineal A que no aparecen en el B o cuya identificación es dudosa. Sólo los ideogramas y las cifras permiten eventualmente saber a qué se refieren los documentos.

El sistema métrico es decimal, igual que el de la escritura jeroglífica, aunque presenta ciertas peculiaridades frente a esta última, y, además, su desciframiento no es enteramente cierto ni completo. Lo que sí sabemos es que las centenas se expresan por círculos, las decenas con barras horizontales y las unidades por medio de barras verticales; las sumas nos ayudan a interpretar los decimales.

Algunos de los problemas que plantean las tablillas en lineal A se deben a lo reducido del número encontrado, que contrasta con la abundancia de los hallazgos orientales: se ha calculado, en efecto, que todo lo que tenemos en lineal A cabría en menos de cuatro páginas mecanografiadas. Es más, desde luego, que nuestro montante, inferior a una página, de la escritura jeroglífica minoica, pero haría falta, según Olivier, triplicar ese número para poder llegar a una transcripción fonética completa, aunque el desconocimiento de la lengua siguiera hurtándonos los significados. La escasez de las tablillas en lineal A y el hecho de que no parecen tratar de la administración de los palacios ha movido a sospechar que los verdaderos archivos palaciales hayan desaparecido por haberse utilizado para ellos materiales perecederos. Un conjunto relativamente numeroso, que es el que forman veintiséis tablillas de Festo, se ha datado en el Minoico Medio II y se considera escrito en su mayoría en un protolineal A, lo que marca una diferencia importante con el resto de los documentos, propiamente lineales y atribuibles al Minoico Reciente Ib, es decir, al tiempo de la destrucción de los segundos palacios. Ni que decir tiene que las cinco únicas tablillas procedentes de Cnoso no dan razón del archivo del más importante de los palacios, y, por lo demás, las casi cien halladas en Alchania, en el noroeste de la isla, que sí forman parte de un archivo, no revelan ni mucho menos su pertenencia a un palacio. Si, por otra parte, deamos de lado las tablillas exhumadas en los llamados pequeños palacios, que no sabemos en realidad lo que son, y de las casas particulares, resulta que sólo una quinta parte del total, o algo menos, podrían llamarse palaciales por el lugar de hallazgo. Y, lo que también es importante, éstas no se diferencian en nada de las otras.

Otro rasgo significativo de las tablillas en lineal A en general, destacado por Olivier, es el hecho de que asientan siempre pequeñas cantidades de productos, relacionadas con pocos individuos, tanto si se trata de entradas como de salidas, lo cual parece corresponder a unidades económicas mucho más reducidas de lo que sería un simple distrito de la isla, no ya un palacio central. Nos falta, por tanto, el tipo de documento que tenemos en lineal B procedente de los palacios micénicos y que hubieron de utilizar desde luego los centros palaciales minoicos, fuera cual fuera el soporte material empleado. No sólo el que alude a grandes cantidades de productos de demanda común: también el relativo al armamento, a la metalurgia o a la artesanía de lujo, cuyos monogramas identificativos están ausentes de los documentos en lineal A.

El *lineal B* es el último sistema de escritura atestiguado en la Creta minoica y el mejor documentado, lo que no implica, sin embargo, una certidumbre por nuestra parte sobre la naturaleza de su filiación respecto del lineal A; y el problema no es baladí,

ya que conlleva una implicación con el asunto de la identidad de los dirigentes minoicos durante el Periodo del Palacio y con la interpretación general del mismo.

Una primera diferencia formal se aprecia entre los dos sistemas: las tablillas de lineal A se escriben de izquierda a derecha, las del B, en el sentido inverso. Además, las primeras suelen ser rectangulares y llevar inscripción por las dos caras, mientras las otras tienen casi siempre forma de hoja oblonga, imitación tal vez de las hojas empleadas para escribir con tinta. El sistema decimal utilizado ahora es casi el mismo que el del lineal A, salvo por lo que respecta a las fracciones. Las cantidades reseñadas por todos los conceptos son en general diez y hasta cien veces mayores que las que se encuentran en las tablillas en lineal A, la variedad de artículos es mucho más amplia y las sumas y restas abundan sobremanera. Se trata sin duda en este caso de documentos de archivo palacial. Los más antiguos en esta escritura son los hallados en Cnosos, correspondientes a la última fase del palacio, y, más concretamente, al final de la misma. Las tablillas en cuestión no llevan fechas, de donde se deduce que recogen la contabilidad de uno o dos años, renovada después de ese periodo; las mismas tablillas servían una y otra vez, puesto que al estar cocidas al sol bastaba con sumergirlas en agua para disponer de nuevo del barro fresco.

La interpretación más difundida es la de que el lineal B es un sistema de escritura que nace por adaptación del lineal A a la transcripción de una lengua nueva, el griego micénico, fonéticamente muy distinta del minoico. Tal proceso habría obligado a desechar algunos signos, a crear otros nuevos y a cambiar los valores de algunos. La transformación del sistema se habría llevado a cabo en Cnosos, por imperativo de la instalación en el palacio de una dinastía micénica —que desearía redactar sus propios documentos y escribir en ellos sus propios nombres— y de allí habría pasado al continente. La proporción de los hallazgos entre los diversos centros no contradice, desde luego, esta tesis: de las cinco mil tablillas en lineal B con que contamos, tres mil quinientas proceden de Cnosos, mil cien de Pilos, unas cincuenta de Micenas y una veintena de Tebas. Hooker ha cuestionado, sin embargo, reiteradamente esta interpretación en la mayor parte de sus asertos. Empieza por entender que el lineal B no es un descendiente directo del lineal A, sino una de las muchas variantes de sistema de escritura que se usaron en la isla, relacionadas entre sí en formas complejas e imposibles de estructurar hoy por hoy en un esquema diacrónico. La tendencia a un mayor orden en la distribución del texto y a desarrollar unos rasgos cada vez más cursivos que se aprecia en el sistema B frente a los demás, entiende Hooker que se explica por la hipótesis de que se haya creado especialmente para escribir en materiales distintos del barro. Y esta relativa independencia de la escuela de escribas supuestamente creadora del lineal B vendría confirmada por el hecho de que, de los ochenta silabogramas más o menos que maneja, sólo la mitad están atestiguados en otras escrituras cretenses, mientras los demás son de procedencia desconocida. Entiende Hooker que estos últimos no han sido inventados hacia 1450 a. de C. para adaptar el sistema a una lengua muy diferente, sino que pertenecen a una tradición distinta de la del lineal A.

El autor de referencia señala la convergencia de los dos sistemas en el hecho de traducir mensajes combinando ideogramas y numerales, o bien grupos fonéticos y numerales, pero destaca la singularidad del B en su forma de amalgamar expresiones ideográficas y fonéticas, que le parece, al menos en parte, un desarrollo autónomo del sistema. Esta importante innovación, considerada como un salto cualitativo grande en la evolución general de las formas de escritura, habría tenido lugar poco a poco en Creta

desde comienzos de la época neopalacial: el lineal B sería, pues, primaria y fundamentalmente el sistema de escritura minoico más perfeccionado, con independencia de su eventual utilización para transcribir una lengua distinta de la que aparece en lineal A. En cuanto a la fijación final de ese sistema en adecuación a la lengua que transcribe, habría tenido lugar en el siglo XV como una respuesta al desarrollo político local y sin un necesario concurso de invasores micénicos. Eso sí, la presencia de elementos no griegos al lado de los griegos en la lengua del lineal B hace concluir a Hooker que el sistema se había desarrollado en dos áreas, la continental helenohablante y la cretense minoicohablante. En consecuencia, para conciliar estas apreciaciones un tanto divergentes, el autor se ve obligado a plantear la sugerencia de que a comienzos del siglo XVI un sistema de escritura minoico muy similar al de Hagia Tríada haya sido introducido en el continente y utilizado allí por una escuela de escribas minoicos, bien porque Micenas y Tirinto fueran ya centros palaciales, bien por el desarrollo económico y comercial que en todo caso había alcanzado por entonces el Mundo Micénico, favorable, en principio, para la recepción de un sistema de escritura. Desde ese punto de partida se conjetura un desarrollo paralelo del sistema en las dos áreas hasta el momento de su confluencia en el lineal B propiamente dicho. En la fase de desarrollo los escribas habrían ido introduciendo cada vez más palabras griegas en su *proto-B*, puesto que griego era el medio en el que trabajaban los del continente, y habrían empezado, por la misma razón, a adoptar un sistema de pesos y medidas distinto del que se utiliza en las tablillas en lineal A. Durante el siglo XV el relevo micénico en el protagonismo minoico de las actividades comerciales por el Egeo habría favorecido la transformación interna del incipiente lineal B precisamente en Cnoso. El sistema se habría adaptado así a la transcripción de una especie de jerga comercial desarrollada en el contexto de las actividades minoico-micénicas, que sería el resultado de la superposición de la lengua micénica a la minoica; esta *koiné* sería la que aparece por vez primera en las tablillas cnosias de la última fase del palacio y la que volvemos a encontrar mucho después en las del continente, debido al conservadurismo de los escribas.

La tesis de Hooker no es inverosímil, aunque tampoco resulta verificable. Debe ser tomada en consideración en la medida en que fundamenta ciertas reservas sobre el valor probatorio de las tablillas B de Cnoso con respecto a la filiación micénica de los reyes de la última fase minoica, pero resulta muy difícil, en cualquier caso, debido a la falta de testimonios, rebatir la idea de que el lineal B es, de un modo u otro, el resultado de la adaptación del lineal A a la transcripción de la lengua micénica.

RELIGIÓN Y RELIGIOSIDAD

No se puede decir que falte documentación sobre la religión minoica en esta fase, a no ser en el sentido de que la carencia de fuentes escritas se puede considerar siempre como una carencia grave cuando se trata de reconstruir un aspecto no material de la cultura. Los testimonios materiales son relativamente abundantes, no sólo por lo que respecta a objetos y lugares de culto, sino también en el terreno de las representaciones rituales o teofánicas, que es mucho más expresivo. Sin embargo, la lectura de esos ricos mensajes resulta muy difícil.

Las primeras interpretaciones de la religión minoica se basaron en la idea de una oposición antitética entre esta religión y la griega indoeuropea, llamada convencional-

mente olímpica: la primacía de la tierra frente a la del cielo, la de lo femenino frente a la de lo masculino, el aniconismo y la despersonalización frente al antropomorfismo y el politeísmo fueron rasgos considerados como definidores de la religión minoica en oposición a la olímpica. En esta corriente metodológica hay que entender la tesis de Evans sobre el culto minoico del árbol y el pilar, que fuera tan criticada —tan hiper-criticada habría que decir— por Nilsson. Nadie habla ya de dendrolatría o litolatría en relación con la religión minoica, como tampoco tienen sentido esos conceptos en el marco de las religiones del Próximo Oriente. Del mismo modo, el antropomorfismo no es un rasgo distintivo de la oposición entre los dos marcos religiosos, el helénico y el minoico; y la mayor o menor caracterización dramática de las personalidades divinas, que en ocasiones obedece a desarrollos extraños a la órbita religiosa, tampoco resulta ya tan relevante. La tipología de las divinidades, la articulación de las funciones divinas, la simbología y el ritual, o la forma de comunicación de la divinidad con el mundo real son aspectos más definidores de una religión y más contemplados, por tanto, en los estudios modernos.

Partiendo de la consideración de que el fenómeno religioso en conjunto se presenta como la integración mutua del universo natural o físico, aprehensible por medio de los sentidos, con un supuesto universo sobrenatural, imaginado de formas diferentes, pero esencialmente opuesto al natural, los lugares o los objetos sagrados se muestran a la vez como símbolos, como mecanismos y como escenarios de esa integración. Está claro que la presencia de un árbol o de una columna o pilar en un santuario minoico no se explica por el valor funcional universal de esos objetos: el árbol, el pilar, la columna, el ónfalo o la montaña representan el centro sagrado donde se hace posible la comunicación con lo sobrenatural. Por lo demás, la figuración independiente del pilar o la columna pone de manifiesto su valor religioso al margen de su función sustentadora. Para unos autores constituye una representación abreviada del santuario o palacio y, por tanto, un mero recurso iconográfico, pero hay razones para postular su carácter de instrumento de comunicación con la divinidad. En algunos santuarios domésticos cretenses se han encontrado estalactitas, igual que en los de Çatal Hüyük, lo que no es sino una de tantas conexiones con el Próximo Oriente en el campo de la simbología religiosa minoica. El pilar, la columna o el árbol, que comunican el cielo con la tierra, simbolizan la comunicación entre el mundo sobrenatural «de arriba» con el mundo sobrenatural «de abajo» y, a su vez, la conexión del mundo físico con el mundo sobrenatural. El lugar donde esto se produce es el santuario, representado como una montaña, como un cercado, como una construcción, o bien a base de una combinación de estos elementos. En cuanto a la divinidad, se hace presente en el centro místico, identificándose con la columna, el pilar o el árbol, y propiciando la identificación con ella del fiel creyente a través de una experiencia religiosa de carácter místico. No existe acuerdo entre los especialistas sobre la interpretación fenomenológica de estas doctrinas en las amplias coordenadas espacio-temporales en que pueden detectarse; por supuesto, es difícil y arriesgado concretar en cada caso la naturaleza de la vivencia religiosa, máxime teniendo en cuenta la carencia de fuentes escritas, pero cada vez parece más apreciable la relación de la religión minoica con ese conjunto, tan mal conocido, por otra parte, en sus profundas raíces y esencias, que llamamos religiones místicas.

La epifanía divina en el lugar sagrado provocada por el mecanismo ritual de la danza o por otras prácticas similares es un elemento característico de ese tipo de religiones, y se encuentra documentado en el ámbito minoico. Hemos señalado el grupo de

danzantes del tholos de Kamilari, que probablemente constituye un exvoto de serie, pero el mensaje está mucho más claro en el conocido anillo de oro hallado en una tumba de Isopata: cuatro figuras femeninas vestidas y peinadas a la minoica ejecutan una danza, sueltas y con movimientos variados, en un campo florido; por encima, se ve una pequeña figura flotante que se ha considerado como una representación de la divinidad en epifanía. Semejantes figuras flotando en el aire aparecen en forma recurrente en diversas escenas rituales representadas en anillos. Cabría mencionar uno hallado en Micenas, que recoge una procesión de mujeres dirigiéndose hacia una diosa entronizada junto al árbol sagrado, mientras una figurilla cubierta por un escudo en ocho flota en el aire. El pájaro, como símbolo de las regiones superiores sobrenaturales, aparece con frecuencia asociado al árbol o al pilar o columna; se ha considerado como una forma de epifanía divina. En cuanto a la importancia de la serpiente, que era, a lo que parece, alimentada y criada en la casa y cumplía una función ritual, puede explicarse asimismo en relación con el conjunto de símbolos y elementos a que nos venimos refiriendo: representa las regiones sobrenaturales inferiores, los poderes ctónicos, y viene asociada desde el tercer milenio en el Próximo Oriente al árbol de la vida. En el ámbito minoico parece relacionada con la protección de la casa, lo que quizá se explica en la medida en que los seísmos, agentes de destrucción esperados en la isla, debían de considerarse como calamidades ctónicas. En cualquier caso, la serpiente no se justifica aquí como un elemento del culto a los muertos, y ni siquiera se hacen ya inhumaciones en las cuevas sagradas. La representación de la diosa entronizada bajo el árbol o delante del santuario tiene asimismo sus paralelos en el Oriente. Y lo mismo cabe decir de la presencia en tales escenas de signos astrales, soles, lunas o estrellas. Las variantes combinatorias de todos estos elementos iconográficos, entre los que se cuentan los llamados cuernos de consagración, o los animales rampantes, son muy numerosas, pero presentan un tratamiento sistemático, no aleatorio, y evocan, prácticamente en todos los casos, la dimensión cósmica del rito.

Los lugares sagrados tenían una importancia excepcional en la religión minoica desde esa consideración cósmica: sólo en ellos comportaba eficacia el ritual de aproximación a la divinidad. Parece que de un modo u otro eran siempre lugares naturales, que se consideraban especialmente adecuados para la experiencia mística. Y también parece claro que los había celestes, terrestres y subterráneos. Los primeros eran las cimas de las altas montañas, los segundos, las proximidades de los ríos y determinados puntos del suelo, y, los terceros, las simas y grutas subterráneas. Un cercado y una portada marcaban la sacralidad de estos lugares, donde se colocaban árboles sagrados, altares y signos religiosos varios. Pero el lugar sagrado también se creaba secundariamente por medio de un ritual de consagración y aplicándole los símbolos, señales y elementos necesarios para el cumplimiento de su función. Desde las estalactitas colocadas en los pequeños santuarios domésticos hasta el complejo conjunto religioso de los grandes palacios, con su rico ajuar, existía toda una serie de formas intermedias de lugar sagrado, identificables en último término con los santuarios naturales. La estructura tripartita es muy frecuente en las construcciones culturales, y difícilmente podría no tener relación con una divinidad triple o con una tríada; en ocasiones tres columnas o tres árboles parecen representar la misma entidad divina. A su vez, los tres niveles —el semisubterráneo de la cripta, el bajo y el piso superior— que adoptan frecuentemente los santuarios palaciales y que tienen su reflejo en las representaciones plásticas, podrían aludir a los respectivos dominios de las divinidades.

Un símbolo religioso característico del ámbito minoico es el llamado convencionalmente *cuernos de consagración*, que aparece repetido hasta la saciedad en la decoración arquitectónica. Forma series a modo de almenas en lo alto de los muros, aparece encima de altares, constituye un tipo de ofrenda o exvoto y se encuentra grabado o pintado en multitud de objetos de uso cultual. Se trata, al parecer, de una cuerna de toro, o de vaca, identificada con el creciente lunar, que se había estilizado y adaptado en su diseño exterior al uso arquitectónico señalado más arriba. En todo el Próximo Oriente y Egipto hay huellas de este arquetipo religioso que asocia el toro o la vaca a la luna, con tratamientos míticos muy diversos. La documentación arqueológica más antigua del motivo se encuentra en Anatolia, pero el uso minoico corresponde a un desarrollo autónomo.

Más importante todavía era la *doble hacha*, cuyo carácter de símbolo religioso fue cuestionado por Nilsson dentro de esa actitud suya metodológicamente opuesta a la de Evans, que venía a negar valor simbólico a todo aquello a lo que se pudiera atribuir un valor funcional. El nombre de este objeto —*labrys*—, que parece proceder de Anatolia, ha sido relacionado con el término *labyrinthos*, correspondiente a la morada del Minotauro en el mito de Teseo; y, en la idea de que dicho término se refiere en realidad al palacio de Cnosos, se ha querido interpretar como «palacio de la doble hacha». Que el objeto en cuestión es una herramienta de uso práctico parece bastante claro, pero también es innegable, a la vista de los ejemplares fabricados en oro, de la decoración de motivos religiosos que llevan otros y de su presencia en contextos sagrados, que había desartollado una dimensión distinta de la meramente profana; y probablemente no por una sacralización de la actividad agrícola en la que servía, sino por su utilización como instrumento de sacrificio. La doble hacha se encuentra con profusión por toda la isla y en toda clase de lugares. Aparece en tumbas, en santuarios de palacios y villas, y en grutas sagradas. En algunos casos, como el de la cueva de Archalochori, donde se han hallado centenares de ellas en cobre y otras cuantas en plata y oro, destaca su función votiva; en otros, cual es el de la llamada *tumba de las dobles hachas*, el motivo se impone hasta en la forma de las fosas, prevaleciendo su valor de signo o de agente sacralizador; otras, en fin, diríanse objetos de culto, a juzgar por su gran tamaño —así las del santuario de la villa de Nirou. La presencia de pedestales en forma de pirámide recta o escalonada, correspondientes a dobles hachas, en todo tipo de santuarios refuerza quizá esta última interpretación, aunque probablemente se mantiene el valor de símbolo. Todo parece indicar que la doble hacha desempeñaba en el mundo minoico un papel semejante al de la cruz en el cristiano. Por desgracia, la clase de conocimiento que tenemos de la religión minoica no nos permite establecer el contenido simbólico de la doble hacha en todos sus aspectos: saber, por ejemplo, si tenía una vinculación especial con una divinidad determinada, o con la persona y el poder del rey.

Los signos astrales han llamado menos la atención, debido a su habitual presencia en los sistemas iconográficos religiosos del Oriente como de Europa. Sin embargo, en el ámbito cretense podrían tener más importancia de la que a primera vista aparentan. Las estrellas se encuentran a veces en las grandes escenas de los sellos como si se tratara de elementos de relleno, pero es posible que no tuvieran un valor tan secundario. También aparece el creciente lunar más o menos asociado a las estrellas, no con mucha frecuencia, es verdad, pero no hay que olvidar la posibilidad de que se encuentre incorporado a los cuernos de consagración. El más abundante es el sol, en forma de cruz

—simple o svástica—, de rueda con radios, de roseta o de torbellino; queda, pues, abierta la posibilidad de que la frecuencia del motivo de la espiral y la roseta en el arte micénico tenga una relación con el valor de símbolos solares inherente a estos motivos.

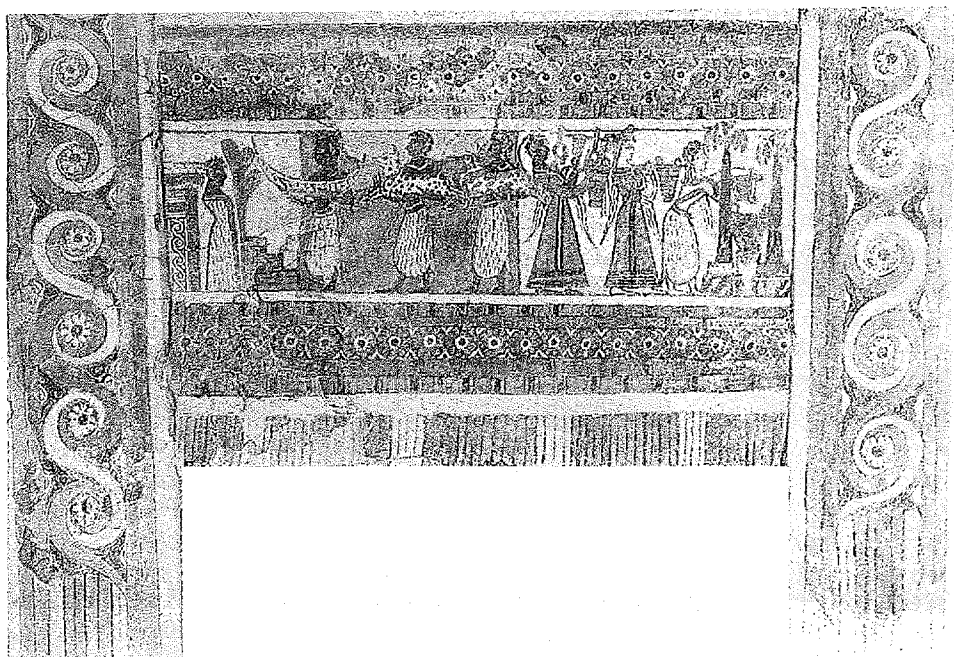
El valor simbólico de los animales, tan rico en el Próximo Oriente, parece en Creta más limitado, aunque no deja de hacerse presente y de apuntar una conexión con ese área cultural. Ya hemos hablado del pájaro y la serpiente; los leones parecen tener asimismo una función simbólica, y el toro cuenta con un desarrollo singular como especie religiosa. Pero también son importantes los animales fantásticos: la esfinge y sobre todo el grifo. Es difícil concretar el mensaje que transmiten estos animales. La esfinge ha pasado a Creta desde Egipto y se muestra, como allí, en majestad, con su cabeza humana luciendo la corona real y su cuerpo de león; tal vez representa una determinada hipóstasis del rey. Más frecuente es, sin embargo, la representación del grifo, con o sin alas, un motivo muy difundido en la región sirio-palestina; los tres elementos de su cuerpo —ave, león y serpiente— evocan los tres dominios divinos, de suerte que podría simbolizar la divinidad, o el mundo sobrenatural en conjunto. Aparecen en composición antitética flanqueando el trono del palacio de Cnoso, en claro paralelismo con su presencia a ambos lados de la diosa en otras representaciones; también se encuentran tirando del carro divino y en contextos funerarios.

La abundancia y variedad de las representaciones religiosas, así como de los objetos de uso cultural, permiten conjeturar que las actividades relacionadas con la divinidad eran numerosas, diversas y complicadas. Había rituales de masas, procesiones sin duda restringidas y una serie de ceremonias que, habida cuenta de las reducidas dimensiones de las piezas donde se practicaban, debían de ser tarea y privilegio del personal religioso. Este complejo culto de carácter litúrgico, que posiblemente tenía mucho que ver en su origen y desarrollo con la orientación monárquica del estado y con el fenómeno del palacio, implicaba tal vez a muchas personas, pero debe distinguirse en todo caso de las manifestaciones de piedad individual que muestran los santuarios domésticos y los exvotos de los santuarios extrapalaciales. Y por cierto que el aspecto de estas figuras y sus gestos permiten suponer que asumían una comunicación directa con la divinidad, aunque no es posible saber en qué condiciones y por qué medios se llevaban a cabo las experiencias religiosas más ricas y perfectas. La diversificación en el vestuario de los personajes que intervienen en las ceremonias representadas y algunas consideraciones teóricas mueven a establecer la existencia de un personal religioso específico, residente quizá en los palacios. Se cree, no obstante, en general que el rey y la reina eran las figuras máximas en este aspecto. La existencia de un salón del trono en el área sagrada de Cnoso distinto del que se encuentra en el sector residencial parece confirmar esa sospecha de que el rey era, por así decirlo, el primer sacerdote. Sobre el vestuario de sacerdotes y sacerdotisas se ha especulado mucho, sin llegar a posiciones ciertas. El llamado *nudo sagrado* que lleva la famosa *Parisienne* en la espalda se muestra como un distintivo claro de la condición sacerdotal, y también, diríase, la capa de escamas y flecos con que se cubre el conductor del cortejo de los cosechadores en el conocido vaso de Hagia Tríada. Los trajes en forma de campana corta de las danzarinas podrían asimismo considerarse como tales si en verdad formaban éstas colegios de sacerdotisas, lo cual no es, desde luego, seguro.

Tampoco podemos saber, por otra parte, si los participantes en los *juegos acrobáticos taurinos* pertenecían a un cuerpo sacerdotal, o bien eran jóvenes de la nobleza como cualesquiera otros. Necesitaríamos conocer la verdadera función de esos rituales

para tener una idea más clara al respecto: porque, aun dando por admitido que los juegos de toros no eran simple divertimento, sino un tipo de ritual, hay varias posibilidades teóricas de interpretar las imágenes relativas a los ejercicios practicados. Es poco probable que los toros utilizados fueran de una raza brava, ya que difícilmente se habría logrado ejecutar con ellos los saltos que se representan. Hood considera que era un tipo doméstico criado de un modo semisalvaje, que podría ser difícil de capturar pero relativamente manejable; en tal caso, las acrobacias en cuestión serían una habilidad de tipo ritual, quizá no demasiado peligrosa, sobre todo teniendo en cuenta que se les serraba la punta de los pitones.

Las *ofrendas* y los *sacrificios* están bien documentados en pinturas y sellos, como también a través de utensilios y detalles arquitectónicos de los santuarios. Los productos líquidos se ofrecían por medio de libaciones: cuando iban destinadas a las divinidades ctónicas, el líquido se derramaba en el suelo para que fuera absorbido, pero en los demás casos se vertía en recipientes diseñados al efecto, empotrados a veces en el suelo. Para los productos sólidos menudos existían los vasos múltiples llamados *keranoi*, de larga tradición en el Egeo: un magnífico ejemplar hallado en *Hagia Tríada* cuenta treinta y tres recipientes en torno a uno central donde se depositaba aceite para iluminación. Los frutos grandes se ofrecían en cestos y fruteros. En cuanto a los sacrificios cruentos, deben de haber revestido una gran variedad. Los había de animales grandes y de pequeños, con libación de la sangre recogida; el sarcófago de *Hagia Tríada* y algunos frescos ilustran muchos detalles del ceremonial, aunque nuestra ignorancia de las palabras pronunciadas y de la doctrina subyacente al ritual nos impide captar todo



Sarcófago de *Hagia Tríada*.

su significado. De todos modos, tenemos cierta constancia de la celebración de la *comuni3n mística*, posiblemente ligada al sacrificio del toro, tal y como describe Plat3n la ceremonia en el *Critias*. Se refiere el fil3sofo, naturalmente, a los m3ticos reyes de la Atl3ntida, que no acaban de quedar localizados en la tierra conocida, pero no se puede por menos de relacionar la captura del toro para el sacrificio por parte de esos reyes provistos de redes y varas, con las escenas representadas en los vasos de Vafio (véase más adelante); y, por otra parte, algunos detalles mencionados en el texto podr3an encontrar confirmaci3n arqueol3gica en la documentaci3n minoica relativa a sacrificios. Lo que ya no se puede asegurar ni mucho menos, habida cuenta del uso tan libre que hace Plat3n de los mitos y tradiciones, es que la comuni3n de la sangre tuviera en el contexto que manejamos el valor de garantizar un juramento, as3 como la relaci3n estrecha entre ese tipo de sacrificio y la administraci3n de justicia por parte de los reyes. Plat3n ha podido ensamblar elementos de diversa procedencia en funci3n del mensaje que quer3a transmitir en su di3logo, desde luego no de car3cter hitorigráfico. Habr3a que retener de todos modos la idea de que el sacrificio a Posid3n del animal favorito de 3ste —al menos en la tradici3n m3tica cretense— viene a ser como el sacrificio de la divinidad misma, en la medida en que ello hace accesible a los participantes, a trav3s de la comuni3n mística, la esencia divina; la sangre del toro en cada copa ha protegido con una ordal3a el juramento, pero tambi3n ha sublimado a los jueces, que, transportados al mundo subterráneo en las simb3licas tinieblas, cumplirán su funci3n imbuidos de la divinidad.

Una funci3n general de las ofrendas y sacrificios, directa o indirecta, era la de garantizar la fertilidad de las plantas y la fecundidad de los ganados: los dioses reciben los primeros y mejores productos, y ello los fuerza a mostrarse ben3volos frente a los dem3s, en virtud de la coacci3n del rito. Pero el hecho de la renovaci3n de las plantas, precedida necesariamente de la muerte de las viejas, era contemplado y sentido como un poceso que se repet3a una y otra vez, a trav3s de las mismas fases: ten3a que repetirse puntualmente, porque de ello depend3a la supervivencia general. El trabajo y la t3cnica de los hombres lo hac3an posible, pero eso no bastaba: deb3an actuar, adem3s, unas fuerzas misteriosas que se concitaban mediante la celebraci3n de un ritual destinado a reproducir en forma dramática el mito c3clico. Es pr3cticamente seguro que Creta contaba a la saz3n con una versi3n del arquetipo m3tico oriental que simbolizaba el ciclo cosecha-siembra-cosecha como la muerte de un joven —o una joven— cuya desaparici3n era llorada por todos, pero que volv3a a aparecer un tiempo despu3s, produciendo un regocijo tambi3n general. Los sellos minoicos reflejan escenas varias de este drama sacro. En algunos aparece la acci3n de arrancar el 3rbol sagrado mientras las mujeres se lamentan ostensiblemente; otras veces, se muestra el duelo junto a una tumba, la del dios o numen de la vegetaci3n —que es tambi3n el 3rbol— muerto. En los mitos conocidos que desarrollan este tema, la resurrecci3n sigue a la ausencia del personaje s3mbolo; quiz3 el anillo de Isopata antes mencionado, con las figuras danzantes, representa en realidad la epifanía de la divinidad que muere y resucita.

Una de las cuestiones m3s sustanciales de la religi3n minoica, que hemos dejado para el final, es la de la naturaleza y tipolog3a de su pante3n, no demasiado f3cil de concretar en ausencia de fuentes litararias, porque la iconograf3a puede resultar equívoca. Es evidente que hay una primac3a clara de lo femenino frente a lo masculino en la divinidad minoica: las representaciones de diosas son mucho m3s abundantes, y a veces el dios aparece como una figura menor asociada a la de la diosa. No est3 claro,

incluso, en estos últimos casos si el compañero masculino de la diosa es un dios o bien un sacerdote o el rey; y ocurre lo mismo en alguna otra imagen aislada, que podría referirse a la consagración del rey más que representar a una divinidad. Resultan inequívocas, en cambio, las imágenes del *señor de los animales*, cual aparece en la famosa pieza del supuesto *tesoro de Egina* y en algunos sellos; a su vez, anillos de Cnoso y de Pilos ofrecen la epifanía de una figura masculina flotante con una espada, que debe ser un dios. No podemos interpretar, sin embargo, con claridad estos testimonios: podría tratarse de una serie de figuras divinas diferentes, o bien de distintas advocaciones de un mismo dios.

Se ha discutido mucho, y se sigue discutiendo, sobre si la religión minoica era politeísta o monoteísta. Tanto Nilsson como Marinatos han rechazado la tesis de Evans, que consideraba las numerosas y variadas representaciones divinas femeninas como referentes a una misma diosa. La comparación con el Mundo Micénico y con otras culturas del Bronce más o menos similares es, a juicio de estos historiadores, un poderoso argumento reforzado por algunos indicios significativos: por ejemplo, el hecho de que en las cuevas de Camarés prevaleciera la divinidad agrícola, mientras en las de Arkalochori o Psychro tenía más bien un carácter guerrero, sugiere a Marinatos la existencia de dos diosas distintas. En efecto, las figuras divinas se encuentran asociadas a símbolos muy varios e integradas en escenarios también muy diversos; el problema está muchas veces en distinguir entre la iconografía de importación, que podría aparecer en piezas provistas, desde luego, de una significación religiosa, pero exóticas en sus aspectos formales, y la que plasma la personalidad de la divinidad indígena con sus atributos genuinos. Por desgracia, la importancia de esta distinción depende de hasta qué punto la religión minoica neopalacial sea un producto de la tradición y hasta qué otro haya asumido en profundidad elementos procedentes del Próximo Oriente y Egipto, una diagnosis que, desde luego, no estamos en condiciones de llevar a cabo. Así, por ejemplo, si tomamos en consideración el caso significativo de la *señora* (o el *señor*) *de los animales*, nos encontraremos con una iconografía orientalizante y una composición heráldica inequívocamente altoriental; pero, a partir de ahí, se ofrecen varias alternativas de interpretación, cuya mayor o menor viabilidad no se distingue bien desde los testimonios plásticos. Podría ocurrir que el arquetipo religioso correspondiente a esa representación se encontrara previamente en el ámbito minoico, es decir, que se hubiera importado una forma exótica para una divinidad propia; también es posible que la figura divina completa tuviera los suficientes elementos comunes con una — con la— diosa minoica como para que se produjera un sincretismo entre ambas; otra posibilidad es que la divinidad extranjera se haya implantado tal cual en el área minoica, adhiriéndose al panteón local; y sería también teóricamente posible una penetración del motivo plástico por los circuitos de circulación de productos comerciales, supuesto este último en el que la apreciación del carácter religioso resulta discutible: nula para algunos, aunque posiblemente resulte más acertada la consideración de que el uso suntuario de un objeto cuya decoración comporta un mensaje religioso tiene siempre una implicación psicológica de este tipo, por extraña que sea la religión a la que se adscriba. En el caso que nos ocupa ocurre, pues, que un mismo testimonio permite en teoría considerar a la diosa de los animales minoica como un préstamo tomado del otro lado del Egeo, que vendría a acumularse al panteón local sin apenas integración estructural, o bien, según la teoría opuesta de Nilsson, como la divinidad principal de los cretenses diversificada hasta cierto punto en variantes locales, a causa de la mayor

o menor importancia en cada caso de una u otra de sus funciones: una diversificación, desde luego, muy común en las divinidades importantes, que no obstaculiza, sin embargo, la definición de su personalidad. La señora de los animales constituiría el arquetipo religioso más extendido en la isla, subyacente a las diosas de montaña, a las de gruta, a las de ciertos lugares y ciudades y, naturalmente, a la diosa de la caza. En cambio, para Nilsson tendrían una personalidad independiente y secundaria, la diosa de la vegetación, con o sin acompañante menor; la diosa de la casa, asociada a la serpiente; la diosa del mar, que se puede considerar como genuina en un contexto cultural de tipo insular, pero que por algunos de los detalles que ilustran su figura ha venido a ser reconocida eventualmente como una importación de Egipto; y, en fin, la diosa guerrera, documentada en la última fase minoica, que habría sido una importación aquea. En cuanto al dios joven, paredro de la diosa en calidad de amante, conforme al arquetipo oriental, Nilsson se resistía a reconocerlo en el mundo minoico, como tampoco le parece que cuenten en este panteón las divinidades de tipo celeste y, en general, los elementos astrales.

Nicolas Platon, que en su actividad de arqueólogo ha tenido un contacto muy largo y muy directo con los restos de la civilización minoica y que muestra una penetrante intuición a la hora de captar los mensajes que éstos ofrecen, hace una interpretación hasta cierto punto conciliadora de la tesis de Evans y de Nilsson e imbuida, al mismo tiempo, de un espíritu nuevo. A la ya vieja cuestión del monoteísmo/politeísmo se viene a responder con una concepción de la divinidad que resta relevancia a tal cuestión. El sistema religioso se impone sobre las figuras, integrándolas en un conjunto coherente, de modo que las variantes locales, la diversificación de funciones o los hechos de sincretismo tendrían un carácter secundario. Destaca este autor como un rasgo relevante el naturismo de la religión minoica, donde las fuerzas de la naturaleza se habrían organizado en un panteón restringido, que garantizaba su correcto funcionamiento en armonía con las necesidades del hombre; y debe de tener razón también este investigador al entender que esas fuerzas eran concebidas por referencia a tres dominios: el cielo, la tierra y el mundo subterráneo.

La *fuerza vital*, percibida en todo lo animado, debía de sentirse como la más importante, y de captarse en su dimensión cíclica, de continua y permanente recreación; la fecundación de la pareja primordial desde el punto de vista cósmico, el toro y la diosa, representaba muy posiblemente, en efecto, la génesis de esa fuerza que mantenía la vida en el mundo real. El toro, que lleva en la frente la roseta solar, podría ser identificado con el sol, y la diosa, a su vez, con la luna; sería la divinidad femenina localizada en las cimas de las montañas y quizá también la que se representa en forma de pájaro, por su asociación con el mundo superior, aunque también podría aparecer como una vaca, compañera del toro, con o sin su ternerillo. Esta concepción es de carácter astral y tiene sus raíces en el Oriente, habiéndose superpuesto en algún momento a la tradición neolítica de la diosa madre. Resulta muy verosímil la posibilidad de que el rey minoico se haya identificado con el toro solar, asumiendo, en condición quizá de mediador, un papel preponderante en la trasmisión al mundo de esa fuerza vital. Es posible que el rey y la reina fueran asimilados a la pareja celestial, encarnando en un ritual hierogámico el mito de la creación de la vida; en tal caso, el estado sería teocrático, según apuntan otros indicios, sin necesidad de que el rey fuera considerado como un dios. Hay que admitir que el aspecto general de los palacios, su estructura interna y los recursos de su ornamentación resultan, en principio, muy acordes con una con-

cepción religiosa como la que acabamos de esbozar. Por otra parte, la abundancia de ritones en forma de toro o de cabeza de toro podría explicarse por su uso en los ritos correspondientes; y tal vez los juegos de toros constituían un ritual conferidor de fuerza vital fecundadora a los jóvenes de la clase selecta.

La tradición mitológica conserva, desde luego, huellas claras de esta concepción religiosa, aunque los mitos recibidos no sean ya minoicos en su forma. La leyenda de Europa, que, como apuntamos más arriba, podría recordar legítimamente un remoto origen sirio-palestino de la monarquía minoica, es un caso elocuente. Bajo un plátano, es decir en asociación al árbol sagrado (la especie es irrelevante) se produce la hierogamia del toro celeste —el dios Zeus convertido en toro, en la versión postminoica— y una figura femenina a la que se aplica un epíteto griego cuyo significado «la de amplia visión», va muy bien a una divinidad de la cumbre, considerada como celeste. El mito de Pasífae («la que brilla para todos, la que es visible a todos»), que se une al toro de Posidón y engendra a un hombre-toro, el Minotauro, vuelve a parecer una leyenda inspirada por las hierogamias a que nos venimos refiriendo: Pasífae podría ser un epíteto de la luna, esposa del rey, como lo es en efecto de Minos, y su monstruoso hijo no parece sino el rey minoico identificado ritualmente con el toro.

En el dominio terrestre se acomodan probablemente dos diosas importantes: la *señora de los animales* y la *tierra-madre*. La una parece sacralizar el bosque y la naturaleza salvaje, mientras la otra representa la tierra de cultivo. A la *señora de los animales* se asocian los leones, las cabras y los toros, representados en composición heráldica unas veces, rodeando o siguiendo a la imagen divina, otras. En cierto modo es una figura dialécticamente opuesta a las divinidades que presiden las actividades de la comunidad socio-política, incluidas las agropecuarias, por lo que se imagina como una virgen que rechaza toda unión carnal, manifestándose su actividad especialmente en la caza. En su versión femenina, que es aquí con mucho la más común, o en la masculina del *señor de los animales*, esta divinidad tiene su origen en el Próximo Oriente, habiendo dado lugar el arquetipo a una amplia nómina de personalidades divinas, entre las que se cuenta la Artemis del panteón griego. Como dueña absoluta de todo su dominio, representa al mismo tiempo las fuerzas constructivas y las destructoras del mismo, y representa también el poder y el orden que mantienen el necesario equilibrio. Por eso, es amiga de los animales y cazadora al mismo tiempo, porque la vida salvaje tiene una faceta de libertad y belleza, amable y atractiva, pero también sufre la dura ley de los ecosistemas, la que hace sucumbir dramáticamente a unos animales ante otros. Incluso podría esta diosa llegar a representar la *guerra* cuando se contempla en su aspecto salvaje y primitivo. Esta divinidad recibía culto en varios puntos de la isla, quizá bajo diferentes epítetos y con matizaciones peculiares. En el área de Zacro es frecuente su representación acompañada de íbices, y son esos animales los que tiran de su carro en una gema. Las cabras, probable alternativa de los ciervos, se muestran como el símbolo más genuino de la esfera de acción de la diosa, así como de su carácter; en cambio, la presencia del león debe de simbolizar simplemente el poder, y la del toro, la fuerza vital. Todo hace suponer, en efecto, que la simbología de estos elementos iconográficos se ha transmitido desde el Oriente sin cambios. Esta señora de los animales de la región oriental de la isla vió perpetuado su culto y desarrolló un mito «olímpico» después de la época minoica. Lo mismo que Artemis, a veces, lleva el epíteto de Dictina, tal vez derivado del nombre de las montañas donde reside, aunque los griegos lo interpretaban como *Señora de las redes*, es decir Cazadora. Sin embargo, su

verdadero nombre era Britomartis, un término no griego que significaba, según los propios griegos, «Dulce Virgen». El mito la presenta como una hija de Zeus, amante de la caza y favorita de Artemis; rechaza la persecución amorosa de Minos hasta el punto de arrojar al mar y alcanzar la muerte que le confiere la inmortalidad. Como se puede observar, el mito ha sido construido a partir del arquetipo de la diosa que estamos tratando.

En el Periodo del Palacio se hace muy frecuente la representación de la *diosa guerrera*, nos sabemos de cierto si por haber experimentado una promoción especial esta faceta de la antigua diosa minoica, o si se trata de una extensión hacia la isla del culto de una divinidad micénica. Las representaciones plásticas correspondientes a este ámbito religioso, que movieron a Evans a postular una hoplolatría, obligan a pensar, en cualquier caso, que la función guerrera estaba hasta cierto punto sacralizada y que las armas tenían una dimensión ritual.

La otra diosa del dominio terrestre responde al tipo Deméter, y debía de llevar asociado el arquetipo mítico de la muerte y resurrección del mundo vegetal que encontramos por todo el Próximo Oriente. La antiquísima personificación de la Madre Tierra tiene como hijo, hija o amante al elemento vegetal, que es arrebatado —arrancado— del mundo de los vivos y seguidamente trasladado al mundo subterráneo —sembrado—, del que reaparece vivo con la nueva cosecha. La gruta de Arkalochori debía de ser morada de esta diosa, puesto que algunas de las hachas de oro y plata allí ofrendadas llevan una inscripción *MA DA*, o bien *DA MA*, que es difícil no relacionar con el nombre clásico de Deméter. Esta es la diosa que aparece tantas veces sentada bajo el árbol sagrado y recibiendo ofrendas florales. Este ritual agrario que posiblemente se celebraba, como en el Oriente, antes del de la hierogamia, debía de ser complejo y dilatado, con un desarrollo en ciertos aspectos similar al de los posteriores Misterios de Eleusis, o al de los Misterios de Osiris; y no porque entre éstos y los cretenses existiera una vinculación especial, sino porque los tres eran desarrollos alternativos de un mismo arquetipo. Ya nos hemos referido más arriba a esta cuestión. Por lo que respecta a la tipología de las figuras divinas, que es lo que ahora nos interesa, parece que el elemento vegetal estaba aquí representado por un dios joven, tal vez sólo hijo, no amante, de la diosa madre; una figura, en suma, similar a la de ese Triptólemo que ha venido a confluir en Eleusis con la pareja madre-hija Deméter-Perséfone. En el Iouktas, la montaña sagrada de Cnosos, se encontraba la tumba del joven dios, una hendidura de la roca con un área sagrada y un altar. Nicolas Platon la compara con las tumbas de Erictonio o Erecteo en la acrópolis de Atenas y de Hiacinto en Amiclas, al tiempo que señala la pervivencia de esta figura en la Creta histórica bajo la forma de Zeus Cretágeno, cuyo himno ha sido descubierto en su santuario de las cercanías de Palaicastro y que recibía culto en otros lugares análogos de la isla. Zeus Cretágeno no era sólo el dios joven que muere, sino también el niño divino que renace cada año y es criado por la diosa madre, la Curótrofo, la que hace brotar la leche de sus senos en un prototipo iconográfico minoico de origen prepalacial.

El tercer dominio divino, el mundo subterráneo, merecía a lo que parece, una atención no menos importante por parte de los fieles minoicos. Es prácticamente seguro que la serpiente era el animal que simbolizaba por antonomasia este ámbito divino, y que las prácticas rituales que se referían a ella tenían, de un modo u otro, un carácter ctónico. Las cavernas o hendiduras de la roca que conducían a través de las tinieblas al subsuelo, y las criptas de los santuarios de construcción, eran los lugares sagrados

adecuados para estas prácticas; en esas criptas vivían verosíblemente las serpientes que eran criadas en los palacios. La divinidad femenina debía de tener, pues, una faceta o advocación de *diosa de las serpientes* en su calidad de señora del mundo subterráneo, aunque no es nada seguro que sea esa divinidad y no una sacerdotisa o la propia reina quien está representada en las famosas figurillas polícromas procedentes de Cnoso; para algunos especialistas, no obstante, habría que ver en ellas incluso la representación de una pareja divina integrada por la diosa madre y la diosa hija, dado que uno de los dos rostros presenta un aspecto más juvenil que el otro. Parece claro que era la diosa ctónica quien asumía el papel de protectora de la casa, es de suponer que en razón de la amenaza gravísima que constituían para ella los movimientos sísmicos. Se han detectado huellas indiscutibles de la celebración de rituales destinados a apaciguar a las fuerzas maléficas causantes de estos desastres; centenares de copas con alimentos y piedras pómez se colocaban junto a los pilares cuadrados, o bien en pozos y otros lugares supuestamente comunicados con el mundo subterráneo. No está claro, sin embargo, cómo se entendía exactamente la acción nefasta en este caso y a quién se atribuía, si a la diosa, a las serpientes, a determinados démones ctónicos o bien a una divinidad masculina, pareja de la diosa, el toro que sacudía la tierra por debajo. Posidón, el olímpico señor de las aguas, traiciona, sin embargo, con su nombre («¿esposo de la Tierra?»), con alguno de sus epítetos y con su asociación al toro y al caballo un carácter de divinidad ctónica a la que se ha atribuido una raíz minoica.

Conocemos algunos aspectos formales del culto a los muertos en el ámbito minoico, pero muy poco de la doctrina de ultratumba y, en concreto, de su relación con el mundo subterráneo. Se creía, parece ser, en el *juicio de los muertos*, ilustrado por la figura mítica de Radamantis y documentado indirectamente por las balanzas con mariposas —símbolo del alma— que se han hallado en las tumbas reales de Micenas, pero el lugar de destino de las almas no debe de haber sido lúgubre ni subterráneo como el Hades, sino más semejante a los Campos Elíseos, a pesar de no practicar la heroización de los difuntos.

Es difícil evaluar la influencia ejercida desde el continente sobre la religión minoica, cuya documentación pertenece en parte al Periodo del Palacio. El hecho es que en las tablillas lineal B de Cnoso se mencionan divinidades con nombres aqueos, lo que reclamaría una interpretación diferente según que fuera minoica o aquea la dinastía reinante: o bien son figuras divinas que han extendido sus respectivos cultos al área minoica, o bien son los dioses de los conquistadores que siguen recibiendo la atención de sus propios fieles.

SOCIEDAD Y FORMA POLÍTICA

La documentación relativa a estos aspectos es mucho más abundante en esta época que en las precedentes, pero sigue siendo insuficiente para establecer el tejido social, para definir las instituciones que dan forma al estado y para concretar los circuitos por los que se encauzan las relaciones políticas y sociales. La reconstrucción de la sociedad cretense en estas condiciones no puede ser sino bastante superficial.

Como se aprecia con claridad en otros aspectos, también en estos que ahora tratamos hay que pensar en una continuidad y en un desarrollo de las formas y tendencias iniciadas en el período protopalacial. El crecimiento de los palacios y la complejidad

de las manifestaciones sociales públicas o colectivas debe de ser consonante, en efecto, con una transformación de la estructura gentilicia en un sistema piramidal y jerarquizado dependiente de la autoridad regia. Esas son las líneas generales del proceso que se intuye, pero no dejan de constituir una hipersimplificación, no sólo por la falta de detalles sino por las dificultades que plantea la integración en este planteamiento de los pequeños palacios, las *villas* y las ciudades.

Es indudable que el rey, la realeza, estaba en la cúspide de la comunidad sociopolítica, pero esta cuestión plantea ya de entrada una dificultad. La existencia de varios grandes palacios enteramente similares entre sí sugiere la existencia de varios reyes, y, a su vez, la superioridad material en todos los órdenes del de Cnosos, que no hacía sino perpetuar ahora un larga tradición en el mismo sentido —no explicable ni por la riqueza del suelo, ni por la extensión del territorio ni por la ubicación de cara al comercio exterior—; la superioridad de Cnosos, decíamos, ha hecho pensar al común de los investigadores que ejercía alguna jurisdicción sobre todo los demás, es decir, que de alguna manera su rey era rey de reyes. Todo esto es posible, como también la idea asumida por Nicolas Platon de que Zacro había sido una fundación de Cnosos destinada al comercio y de que la mayor riqueza de Cnosos se debía a la percepción de algún tipo de tributo pagadero por los demás reinos, pero no se trata en realidad más que de hipótesis, tan alejadas de un nivel aceptable de evidencia que apenas sirven para la reconstrucción histórica. Otras alternativas teóricas de explicación serían también posibles, como por ejemplo la de que el rey de Cnosos fuera el jefe espiritual, y la subordinación de los demás a él sólo tuviera lugar en ese orden. Depende sobre todo la cuestión de la trascendencia política que se atribuya a la dimensión religiosa, muy variable en la opinión de los distintos investigadores; algunos, por cierto, no admiten ningún dominio de Cnosos sobre las demás regiones o reinos de la isla hasta el momento de la destrucción de los otros palacios.

Sea cual sea la alternativa que se asuma, existe el problema de explicar la distribución del poder político, de hecho, imposible de resolver. Ni siquiera podemos saber cuántos eran los reyes, toparcas o gobernadores locales, ya que el número de palacios grandes puede haber sido mayor que el conocido ahora. Por otra parte, los pequeños palacios en proximidad a los grandes podrían obedecer a la existencia de una alta jerarquía distinta del rey y quizá de carácter militar. A su vez, las grandes *villas* o haciendas requieren una explicación: o bien corresponden a una estructura más antigua de tipo gentilicio que ha logrado pervivir, o bien pertenecen a un determinado rango de señores terratenientes dependiendo también del palacio. Por último, las ciudades, con su variada escala económica de habitantes, tendrían que integrarse de algún modo en el esquema interpretativo de la estructura sociopolítica. Contamos, está claro, con una documentación muy compleja que carece de claves ciertas para su sistematización. La hipótesis feudal, que admite la existencia de núcleos urbanos costeros dedicados al comercio y compuestos por una población variada y marginal al sistema, es sólo una de las que podrían esbozarse al respecto. Lo que sí es probable es que la organización de los reinos micénicos del Período Reciente haya seguido modelos minoicos —no parece viable una influencia tan poderosa ejercida desde otro lugar—, en cuyo caso algunos aspectos mejor conocidos de ese contexto cultural podrían ilustrar igualmente el ámbito minoico neopalacial.

Resulta tentadora la posibilidad de que el mecanismo de ejercicio colegiado del poder por parte de un grupo de reyes que adscribe Platón a la Atlántida tenga como base

real el recuerdo de una Creta prehistórica organizada en pequeñas unidades políticas de ideología teocrática, que habrían constituido una estructura unitaria presidida por la concordia y la paz. Pero, a su vez, resulta difícil interpretar los datos potencialmente relativos a la realeza minoica que contiene la tradición en sus referencias a la figura de Minos. Es probable que haya acertado Evans en su sugerencia de que *Minos* era un título real, no el nombre de un rey concreto; como *Faraón* entre los Egipcios, sería el nombre que bajo la forma de un epíteto significaba y nominaba la institución regia en cuestión. Ello haría más comprensible la mención de la *Odisea* (19.178-181) en el sentido de que reinaba por períodos de nueve años. Más arriesgado es ya tratar de buscar una significación para ese nombre, conectándolo, como se ha pretendido, con una raíz fenicia que expresaría la idea de felicidad, bienaventuranza; el nombre de *Minoa*, documentado para varios puertos de fundación supuestamente minoica, puede derivar de *Minos* en tanto que título real, es decir sin necesidad de que tenga un significado apropiado a las características o el uso del lugar.

No sabemos nada de cierto sobre la posible existencia de un consejo o asamblea aristocrática que limitara los poderes del rey, y, desde luego, ello no se puede inferir de la morfología de los palacios, que siempre podría resultar equívoca. En un medio sin tradición indoeuropea e inmerso en el marco cultural del mediterráneo oriental parece más lógico considerar el entorno regio como un alto nivel jerárquico enteramente dependiente del rey, al margen de la posibilidad siempre abierta de subrepticias injerencias en el ejercicio del poder protagonizadas por personajes importantes, especialmente con reyes débiles. La competencia política abierta frente a la figura del rey debe de haber venido más bien de las pirámides regionales de poder, es decir de los otros reyes, toparcas o como se les quiera llamar, y quizá también de las eventuales tensiones producidas en la sucesión dinástica. Aunque no es fácil utilizarla como fuente histórica, tampoco se debe olvidar del todo la leyenda referente a la rivalidad entre Minos y sus hermanos Sarpedón y Radamantis por el trono o por el amor del joven Mileto, o la que alude a una prueba de tipo ordalía —la captura del toro de Posidón para el sacrificio— relacionada con la investidura regia.

Otra cuestión espinosa es la relativa a la interpretación del papel de la reina en la monarquía minoica. No sabemos si el constituir con el rey, o con la divinidad, la pareja primordial símbolo y garantía de la permanencia de la vida era la única razón de su protagonismo y si este quedaba limitado a la ejecución de los rituales pertinentes, o bien disfrutaba de un poder político real combinado de alguna manera con el del esposo. El hecho de que los palacios cuenten con áreas residenciales (¿y de representación?) por separado para el rey y para la reina ha dado pie para establecer una importancia destacada de la figura regia femenina, pero no hay nada cierto al respecto.

No sabemos con seguridad cuál era el emblema o símbolo de los reyes minoicos, ni si existía, en este sentido, una diferencia entre el de Cnosos y los demás. La doble hacha parece tener una vinculación especial con el palacio cnosio, pero se encuentra demasiado difundida por toda la isla como para ser el símbolo de su rey, a menos que la figura regia haya tenido tal implantación en el colectivo de la sociedad minoica como para ser objeto de manifestaciones de piedad individual fuera del palacio o como para ser vehículo de esos actos de piedad hacia otras divinidades; éstas y otras posibilidades son sin duda viables en tanto en cuanto no podemos interpretar el acto de depositar un hacha votiva en un santuario rupestre en su calidad de acto religioso. La gran espada y el cetro hallados en Malía (véase *supra*) se han considerado como los atributos

de majestad que señalaban la excelencia del rey y le conferían autoridad. A la espada se le ha otorgado esa función porque parece una pieza de parada, no de combate; en cuanto al cetro, tiene documentada su función en la tradición homérica y en otra serie de testimonios complementarios. Ahora bien, si el cetro era la enseña regia por antonomasia, hay que pensar que su iconografía no tenía nada de aleatorio sino, por el contrario, un significado muy especial. Nos sorprende, por tanto, no encontrar en él ni la doble hacha ni los cuernos de consagración: el remate del cetro está tallado al objeto de representar una figura mixta, que podría ser una doble hacha cuya mitad adopta la forma de una pantera, o bien una pantera y un hacha sencilla. Resulta tentador entender que la espada simboliza el poder militar, el hacha el poder religioso y la pantera, como el león o la leona, el poder político, pero esto no es más que una hipótesis. En primer lugar, no es seguro que los dos objetos pertenecieran al rey, aunque hay que admitir que es muy probable; en segundo lugar, si pertenecían al rey de Malía, no sabemos cuál era la contrapartida del rey de Cnosos; en tercero, la adecuación de los símbolos a las funciones es especulativa; y, en fin, ¿dónde quedaría la función judicial, que parece tan característica de los reyes minoicos? Es curioso, por otra parte, que sea también una pantera el animal que lleva en lo alto de su cabeza una de las dos llamadas *diosas de las serpientes* de Cnosos, precisamente la que se toca con una diadema idéntica a la del *Príncipe de los Lirios*, interpretada como un distintivo regio. Otro motivo plástico que podría tener una vinculación peculiar con la realeza es el de la espiral entrelazada formando retícula o cenefa. El motivo de la espiral tiene una larga tradición en el Bronce Egeo, quizá sin un significado especial, pero sabemos también que era una representación del sol, y tiene una presencia verdaderamente sobreaabundante en los objetos valiosos de las tumbas reales, tanto en Creta como en Micenas; aquí no sólo se prodiga hasta la saciedad en la decoración de las placas que verosímelmente se cosían al traje del difunto o a su ataúd antropoide, sino que se encuentra incluso en las estelas indicadoras de las tumbas (véase *infra*). La flor de lis, —que decora la diadema regia, junto con las plumas de pavo real, aparece asimismo como motivo iconográfico en la decoración de piezas valiosas y podría sumarse al conjunto de símbolos regios, aunque tal vez no sea más que un símbolo religioso de curso común. En una casa de la ciudad costera de Amniso se pintó a comienzos del Período Neopalacial una mata de lirios sin relación aparente con la persona del rey.

La composición de la sociedad responde al tipo de diversificación en funciones, actividades productivas y de servicio que aparece en general en las sociedades metalúrgicas; en este caso concreto hay que pensar en un crecimiento en la tendencia al desarrollo y jerarquización de los sectores improductivos, que ya se había hecho patente en el período anterior, y tal vez en la formación de dos sectores sociales nuevos, el militar y el de los esclavos; pero hay que decir sólo tal vez, y quizá ya en la fase final. Otra incógnita es la homogeneidad del espectro social a lo largo y lo ancho de la isla. No sabemos si los sectores sociales dedicados a servicios varios estaban integrados por elementos de todas las regiones y puntos por igual, o bien los centros palaciales eran los que tenían una componente más compleja y sofisticada, mientras en los demás centros de población se mantenían formas más primitivas de estructura social, determinadas por las actividades —agropecuarias, comerciales, artesanales o pesqueras— que prevalecieran en cada caso.

La cuestión del papel de la mujer en la sociedad minoica también ha resultado muy polémica. Es un hecho que la mujer se representa todavía más que el hombre en las

pinturas que reflejan manifestaciones sociales religiosas; incluso aparecen mujeres en actividades tan duras como la caza, la pesca o los juegos de toros, vistiéndose a la sazón con el conocido taparrabos masculino; y también es un hecho que la reina tenía una función importante por sí misma; qué decir, en fin, de la primacía de la mujer en la esfera religiosa. Sin embargo, aunque no es imposible que esa importante y hasta destacada participación de la mujer en la vida pública responda a una primitiva organización de un tipo matriarcal, no es eso lo que se aprecia en los reinos minoicos. Las dependencias del rey en los palacios son más grandes y más complejas, y nada demuestra que fuera una figura secundaria. Por otra parte, cualquier influencia aquea sobre Creta ha debido de reforzar la importancia del elemento masculino. Lo que ya no está tan claro es si el rey desempeña el papel más importante por haber asumido funciones como la política, la judicial o la militar, que hubieran alcanzado el papel más destacado en el estado monárquico, y la reina tenía, en cambio, una mayor representatividad en el plano religioso, o bien el rey era también en este orden la primera figura. Las tradiciones míticas conservadas podrían ilustrar estos aspectos, pero, en la medida en que admiten lecturas alternativas y llenas de importantes implicaciones, no se pueden utilizar como argumentos firmes. Así ocurre, por ejemplo, con la enjundiosa cuestión del posible sacrificio ritual del rey al término de un mandato limitado, que implicaría la pervivencia de la reina con un nuevo esposo.

Entre los puntos que parece establecer la documentación plástica en relación con la estructuración de la sociedad se cuenta la existencia de una clase o estrato o sector social de naturaleza aristocrática. Los varones se distinguen en este caso por los largos y rizados cabellos y por los collares y brazaletes con que se adornan; aparecen estos individuos en los rituales tauromáquicos y en actividades de tipo deportivo. No sabemos, no obstante, hasta qué punto eran numerosos, su distribución geográfica por la isla o su implicación en las élites de los sectores improductivos. Tal vez constituían la capa más elevada del ejército y del personal religioso, llevando en estos casos el atuendo apropiado a cada una de esas actividades.

Sobre la organización y diversificación social de las actividades productivas no sabemos nada; ni siquiera si los dedicados a ellas dentro de los palacios tenían un status especial. Tampoco tenemos información sobre los esclavos, ni en lo que respecta al número ni sobre su adscripción a actividades ni sobre su forma de dependencia. Es prácticamente seguro, sin embargo, que los había —entre ellos algunos negros—, ya hubieran sido obtenidos como botín, ya comprados, ya recibidos en calidad de presente.

Resulta poco menos que tópica la consideración de la sociedad minoica como una comunidad de gentes alegres y felices, a lo que se añade a veces la etiqueta de la libertad, en la idea de que no se vieron forzados a cooperar en grandes construcciones sino que hicieron su trabajo de buen grado. No es fácil, sin embargo, suscribir estas apreciaciones, no sólo por falta de documentación sino porque en parte están inspiradas por testimonios ambiguos, como la vistosidad y colorismo de atuendos y viviendas, o la ausencia de representaciones de masas laborantes. El grado de dependencia de las personas en sus actividades, los márgenes de libertad teórica o fáctica en la elección de los caminos, las condiciones de vida o el volumen de esfuerzo requerido en la realización del trabajo son variables que carecen en este caso de evidencia para su valoración y que no podemos, por tanto, concretar, aunque es indudable que ello nos proporcionaría una visión más auténtica de la sociedad que estudiamos. Una cuestión distinta, aunque también importante, es la posibilidad de que una determinada vivencia

religiosa y un fuerte grado de implicación en la ideología teocrática hayan influido favorablemente en la actitud de los individuos frente al trabajo; tal consideración de carácter general, que podría encontrar un apoyo en comunidades religiosas de otros marcos culturales, ha suscitado, no obstante, las críticas de muchos especialistas, que no consideran viable su aplicación a las comunidades políticas, entendiéndose que ese tipo de conductas sólo se pueden lograr en grupos restringidos en los que se ingresa libremente.

La tradición hace de Minos —entiéndase como una personalidad o como la institución regia— un legislador que recibía periódicamente de la divinidad las leyes a aplicar sobre sus súbditos. Carecemos por desgracia carecemos de cualquier testimonio directo sobre el contenido de esas leyes, por lo que la comparación del rey legislador minoico con los mesopotámicos o con figuras como la de Moisés resulta muy vaga. Es probable que la idea de una tradición divina de las leyes impuestas unilateralmente por un gobernante tenga aquí una raíz oriental, pero no es seguro que las leyes minoicas fueran escritas; está dentro de lo posible también que la revelación divina se concibiera como una fuente de inspiración del rey en sus actuaciones. Tampoco sabemos, por lo tanto, si la administración de justicia correspondía al rey en calidad de juez único y supremo, o bien a un jurado de reyes, o, en fin, al rey asistido por un consejo. El salón del trono decorado con los grifos podría haber sido, como quieren algunos, una sala juicios, pero no hay ninguna prueba, ni tan sólo sugerencia, en ese sentido.

Un último aspecto que queremos destacar en el ámbito político de la civilización minoica es el hecho, en principio insólito, de que una isla pequeña, accesible desde muy variados centros de poder extranjeros, coartada probablemente por los terremotos en la construcción de murallas y en todo caso carente de ellas, y con un limitado y tardío desarrollo bélico, haya podido prolongar durante tanto tiempo una forma de cultura sofisticada, compleja y hasta suntuosa, y haya conseguido, a lo que parece, asumir un papel dominante en los movimientos por el mediterráneo oriental y en las empresas colonizadoras. Para algunos autores Creta se habría hecho respetar gracias a la disposición de una flota poderosa que protegería su territorio y su comercio. Son numerosas, en efecto, las representaciones de barcos minoicos que conservamos, y la diversidad de los modelos representados atestigua el desarrollo de variadas actividades por mar. Un fresco de Tera, en concreto, representa una expedición naval a las costas de Libia, con individuos negroides que se alejan a nado del escenario tal vez de una escaramuza; los contactos de Creta con esta zona debían de ser frecuentes, ya que el tema de la confrontación con los negroides en las costas se refleja también en el llamado *mosaico de la ciudad*, que es de la misma época, y, por otra parte, la familiaridad de los minoicos con animales como el mono, el león o la pantera podría obedecer a estos contactos. Posiblemente los cretenses habían conseguido controlar la piratería del Egeo, ejercida como medio de subsistencia por las poblaciones pobres de Asia Menor, permitiendo una mejor circulación de los productos comerciales que beneficiaba a egipcios, poblaciones mesopotámicas, anatolias y sirio-palestinas, ninguna de las cuales tenía todavía una orientación marítima. La masa de trabajo duro, mecánico e inculificado que requería una flota en el mar puede haber sido obtenida por captura y consiguiente reducción a esclavitud entre las poblaciones indígenas de Libia, y, a buen seguro, sólo podría mantenerse bajo control por la fuerza de las armas; sin esta fuerza tampoco se concibe la defensa de los asentamientos minoicos por el mediterráneo oriental o el control de los piratas. De modo que, si en verdad los Cretenses eran de natu-

raleza pacífica, han tenido que modificar su actitud en consonancia con su desarrollo económico, y, desde luego, está claro que fabricaban un armamento de calidad. No hay que descartar, en todo caso, la posibilidad de que se hayan servido de elementos micénicos en condición de mercenarios y que tal cooperación haya sido el origen de una posterior rivalidad que acabara en la promoción definitiva de los Micénicos y el eclipse minoico. De cualquier modo, la fase final de Cnoso cuenta con una organización militar importante que se refleja en los archivos, debido ya tal vez a que sus dirigentes son aqueos.

ASPECTOS ECONÓMICOS: LA PRODUCCIÓN

Son muy abundantes, qué duda cabe, en este periodo los testimonios que pueden resultar relevantes en el ámbito económico, pero eso no significa que contemos con información suficiente para establecer la estructura y los mecanismos de producción, circulación y redistribución de los diversos bienes; a veces lo que nos falta precisamente son las líneas básicas que permitan interpretar de un modo correcto la ingente cantidad de testimonios puntuales diversos. Incluso las tablillas en lineal A, que constituyen por principio documentos de excepción a este respecto, aunque no puedan ser leídas, plantean el problema de saber a qué tipo de archivos pertenecen, pues, como ya se dijo más arriba, se ha puesto en duda el que sean palaciales.

Por ejemplo, con respecto a la *agricultura* se puede constatar un incremento de la producción, debido a la disponibilidad de mejor utillaje y a la introducción de especies nuevas, que proporcionaban al mismo tiempo una mayor variedad a la dieta; nada sabemos, sin embargo, de las técnicas de cultivo, de la organización del trabajo en este sector, de la relación jurídica entre la tierra y el individuo etc... Por lo tanto, no se puede pasar de una evaluación muy general del desarrollo y de un inventario tópico de los hallazgos. La tierra producía, al parecer, lo suficiente para alimentar a toda la población de la isla y aun para exportar en cantidad vino y aceite. Es la consecuencia que se saca de la gran cantidad de almacenes distribuidos por todo el territorio y presentes en todo tipo de residencias, si bien es verdad que, ignorando como ignoramos la evolución demográfica, no podemos calcular con certeza las cuotas de distribución de esos productos. En todo caso, está claro que la abundante pesca y la caza de animales de diversos tamaños proporcionaba un complemento importante de la alimentación de origen agrícola y ganadero.

El arado utilizado era presumiblemente de madera, porque no se ha encontrado ninguno de bronce; por supuesto, sólo servía para abrir surcos, no para remover la tierra. Con pequeñas variantes, se trata de un tipo documentado en Oriente, mencionado por el poeta griego Hesíodo en el siglo VIII a. de C. y conservado por los Romanos como instrumento ritual en la delimitación del territorio de una nueva colonia. También se encuentra documentado en uno de los signos de la escritura minoica más primitiva. Se trata de una especie de horquilla con un mango de una o dos piezas. Las labores de desbrozado y removido se hacían a mano, con la ayuda de herramientas. Existía la doble hacha y la doble azada, pero el instrumento de uso más amplio era una mezcla de hacha y azada, que, fabricada en hierro, se sigue utilizando hoy en Creta todavía. La invención del agujero oval para el mango de madera, que impide el giro del mismo dentro de la pieza de bronce, se constata en esta época y constituye un avance impor-

tante. Para la siega se emplean hoces de bronce de pequeña curvatura, y, para el trillado, tal vez trillos de madera con puntas de sílex, que naturalmente no se han conservado, aunque tampoco se han podido identificar espacios pavimentados donde pudieran haberse utilizado esos trillos. No sabemos si el cultivo se realizaba por hojas alternando cada dos años ni si se empleaban abonos.

La preparación del aceite, el vino y tal vez la cerveza se llevaba a cabo, además de en los palacios, en las granjas distribuidas por todo el territorio; numerosos utensilios sencillos, pero eficaces, atestiguan la práctica de estas actividades. Parece que los grandes palacios contaban con silos de construcción, aunque no es del todo segura la identificación de estas edificaciones. Por otra parte, el aceite se almacenaba en grandes depósitos excavados en el suelo y revestidos con piedra y plomo, lo que incrementaba por cierto la voracidad de los incendios.

Además de los cereales —trigo, cebada y quizá también mijo—, se cultivaban garbanzos, habas, guisantes y judías. Todavía hoy se mantienen en Creta especies silvestres de zanahoria, espárrago y lechuga, que sin duda eran consumidas en la Edad del Bronce. Los frutales completan, en fin, el cuadro dietético vegetal de esas gentes. El más importante es posiblemente la higuera, de carácter sagrado al igual que el olivo y representada como él en los sellos y los vasos. Tal vez no autóctona sino importada del norte de África o el Oriente a comienzos de la Edad del Bronce, la palmera datilera tenía también una implantación importante en las zonas más adecuadas de la isla y quizá ostentaba el carácter sagrado que tiene en otros lugares. Las peras y los membrillos podrían estar representados asimismo en algunos motivos frutales, aunque naturalmente no resulta fácil distinguir las especies. El membrillo dio su nombre más tarde a la ciudad griega de Cidonia situada en la zona occidental de Alcanía, por lo que es posible que fuera incluso un frutal autóctono.

Los cretenses de la época han aprovechado económicamente *animales salvajes y animales domésticos*, tal vez tan abundantes los unos como los otros. Mención aparte merece del perro, que se considera en general como la primera especie domesticada por el hombre, en su calidad de compañero de los cazadores mesolíticos, todavía no ganaderos. Posiblemente existía en la isla desde el Neolítico y está documentado desde luego en el Bronce Antiguo. En la etapa que tratamos las representaciones en sellos son un tanto abundantes, y en algún caso podría tratarse de perros sagrados, como los que en efecto tenía en época histórica la diosa Dictina, de origen minoico, perpetuada en su santuario de la costa noroeste. Las representaciones conservadas corresponden a perros grandes, sin duda de caza y vigilancia. El gato doméstico era bien conocido en esta época y se utilizaba en la caza de aves silvestres; posiblemente fuera importado de Egipto, donde sabemos que se entrenaban con este fin. Los monos cinomorfos, inmortalizados en los frescos, que no debían de ser más que animales de ornato y compañía, venían también a buen seguro del norte de África.

En las aves es difícil distinguir, con la documentación que tenemos, entre salvajes y domésticas. Las golondrinas, por ejemplo, que aparecen en los frescos de Tera, es de suponer que se movieran libremente como ahora, haciendo sus nidos en las casas; también las aves acuáticas debían de ser salvajes. Y lo eran los faisanes, si tenemos en cuenta un fragmento de fresco de Hagia Tríada que representa la caza de uno de estos animales por obra de un gato. Las perdices y las abubillas que aparecen en otro fragmento, esta vez de Cnoso, también entraban, es de suponer, entre las especies objeto de caza. Pero, con respecto a las palomas, la cuestión no está tan clara, porque, además,

parecen haber sido animales de una significación religiosa; es incluso posible que no se comieran. La cuestión más enjundiosa es sin embargo, la de los pollos. El gallo se domestica por vez primera, que sepamos, en la India, donde está documentado desde el 2000 a. de C. A comienzos del siglo XV se habla de él en Egipto, luego podría haber pasado de allí a Creta, como otros animales. Ocurre, no obstante, que el mundo griego histórico sólo documenta el gallo a partir del siglo VIII a. de C., atribuyéndole un origen persa; puede ser, pues, que no llegara a Creta o que se extinguiera después de la época micénica, tal vez porque no se criara como una especie destinada a la alimentación.

Hay que suponer que en este período la ganadería conoció un desarrollo tan importante al menos como el de los demás sectores de la economía. Se criaban el cerdo, la oveja, la cabra, el buey, el asno, el mulo y el caballo, aunque sin duda en muy variadas proporciones y dependiendo de las características de cada zona. La especie más espectacular era la bovina, que no parece autóctona sino introducida por primitivos colonizadores ya en un estado de domesticidad. En las representaciones plásticas se ha identificado a los toros cretenses como descendientes del enorme *bos primigenius*, de largos cuernos y piel clara con grandes manchas oscuras. Son esas también las pieles que se ven en los escudos en ocho que fueron pintados en el palacio de Cnoso. Se aprovechaba su leche, y se les utilizaba como animales de tiro y carga, con preferencia sin duda a los équidos, de menor tradición en la isla. El íbice cretense o agrími, hoy salvaje, aparece en la época neopalacial, bien como objeto de caza por medio de perros, bien en actitudes como la de tirar de un carro, que parecen propias de un animal doméstico. Es probable que en la misma especie se dieran las dos variedades, desapareciendo la doméstica al final de la Edad del Bronce.

En las zonas montañosas de Creta había jabalíes, que eran cazados sin duda para evitar que produjeran daños, como refieren las leyendas, aunque se aprovecharían, claro está, sus restos como los de un cerdo doméstico. Han aparecido numerosos colmillos, que servían para fabricar cascos, posiblemente muy valiosos ya que eran necesarias muchas piezas para cubrir toda la superficie. Con respecto al león, que aparece como cazador y como objeto de caza en tantas representaciones plásticas, a más de su presencia simbólica —macho o hembra— al lado de dioses y diosas, hay serias dudas de que hubiera existido alguna vez en Creta, donde no se ha logrado encontrar nunca ningún hueso de esta especie animal. En los casos en que la fuente de inspiración es una actividad real de los cretenses habría que pensar en expediciones de cacería al norte de África, donde se habrían abatido también elefantes, si en efecto son pieles de estos animales las representadas como ofrenda en un vaso de Hagia Tríada.

La *apicultura* tenía indudablemente un papel en el conjunto de las actividades agropecuarias, aunque no podemos evaluar su importancia económica, porque no sabemos con certeza el índice de consumo de la miel y la cera. No se han podido identificar con seguridad panales artificiales, como los de barro que se usaban en Egipto, tal vez porque aquí se hicieran con materiales perecederos. Las abejas sí son un motivo ornamental eventualmente utilizado, aunque en el famoso pendiente de Malia lo que se representa, al parecer, son avispas, degustando quizá la miel de un panal de abejas. Sabemos, por las *tablillas*, que la miel se utilizaba como ofrenda a la divinidad, pero su empleo como alimento es desconocido; quizá lo era en forma ritual, restringida o no a determinados individuos. Su condición de alimento completo y su capacidad de conservarse indefinidamente sin alteraciones sustanciales propiciaron sin duda su asocia-

ción con la inmortalidad, lo que pudo hacer que se utilizara para la conservación de los cadáveres, aunque no tenemos datos fidedignos en este sentido correspondientes a la Creta neopalacial. La leyenda de Glanco, el hijo de Mínos que murió al caer en un jarro de miel y que resucitó después con la ayuda de una planta, podría aludir a una vieja práctica funeraria, pero también sugiere otras interpretaciones alternativas. La cera podría haber sido empleada para el alumbrado y desde luego se utilizaba en diversas actividades de tipo artesanal.

En Creta la *pescá* era por supuesto un sector económico importante, que proporcionaba alimentos y otros productos de demanda, como las esponjas, usadas para el baño, y los múrices, que daban la púrpura. Estos últimos se pescaban sobre todo en el extremo oriental de la isla, y no hay duda de que contribuían poderosamente a la riqueza de la zona, debido a la demanda que tenía el producto en el mercado internacional. El múrice de siete puntos aparece representado en la decoración de algunos vasos minoicos y era abundante en la costa más próxima a Cnos. También las esponjas se encuentran decorando la cerámica; por otra parte, los alfareros utilizaban a veces su tinta, exprimida descuidadamente sobre la superficie de las piezas para lograr un manchado que se fijaba por la acción del fuego.

En cuanto a la pesca con fines alimenticios, era muy variada. Las representaciones de atunes muestran que se practicaba su captura a gran escala, destinándolos sin duda, como a otras especies, a la fabricación de salazones, único medio de convertir el pescado en un alimento duradero. La existencia de salinas en la isla facilitaba esta industria. Los delfines, que eran animales sagrados, deben de haber colaborado con los pescadores, conduciendo ciertos bancos hasta las redes. La pintura rupestre de Kato Pervolakia, fechada en el siglo XVI a. de C., muestra una escena de pesca donde se combinan cuatro artes distintas: la caña, el arpón, el garlito y la red de tipo esparavel. Se han hallado, además, anzuelos de todos los tamaños y pesas de red en plomo o barro.

La *artesanía*, tanto la que servía de complemento necesario a las actividades de producción de alimentos, como la relacionada con la guerra y el comercio, como la adscrita a la construcción, como, en fin, la del vestuario y los adornos, debe de haber absorbido un montante muy considerable de mano de obra, porque en general los productos minoicos eran muy elaborados. No podemos saber, sin embargo, cómo se capitalizaban estas actividades desde el punto de vista del modelo económico, porque nos faltan muchos datos al respecto. Está claro que los palacios tenían talleres dedicados a todas las actividades artesanales y que el desarrollo de éstas se vio estimulado por el de los palacios, procediendo en general de sus talleres los mejores productos. La proyección de Creta hacia el exterior, que también tiene una relación, si no exclusiva, sí al menos fundamental, con los centros palaciales, fue, a su vez, un estímulo poderoso para el crecimiento cualitativo y cuantitativo de la artesanía. Había nuevos núcleos de población, que, como el de la isla de Tera, albergaban a gentes ávidas de productos lujosos, y de viviendas ricamente decoradas; gentes, por otra parte, que estaban en condiciones de costearse todos esos dispendios. Pero, además de ampliar el territorio con áreas de elevado consumo, la expansión ultramarina favoreció el crecimiento del comercio con los estados más o menos accesibles desde el Mediterráneo, que eran, por supuesto, muchos y muy ricos algunos de ellos.

La economía de Creta en la época Neopalacial no sólo era, pues, una economía de mercado sino que había crecido, estaba creciendo, en función de una demanda exterior

de productos artesanales. Lo que no sabemos con certeza es hasta qué punto el sistema económico dependía de ese comercio exterior. Si en verdad Creta era autosuficiente en la producción de alimentos y si la circulación de estos productos hacia los elementos sociales no productores de ellos seguía en su gran mayoría un modelo redistributivo, entonces la dependencia del comercio exterior habría sido más limitada, lo que no quiere decir tampoco que una alteración grave en ese comercio no pudiera provocar una crisis total, si los elementos afectados eran socialmente relevantes y tomaban iniciativas de tipo bélico para la defensa de sus intereses.

Es muy difícil hacerse una idea exacta del papel dirigista de los palacios en la producción industrial, porque faltan datos para ello, y no resulta nada fiable el valor de los posibles paralelos. Parece que, con relación al período protopalacial, la artesanía había dejado prácticamente de ser doméstica y habían surgido por todas partes talleres de mayor o menor envergadura que funcionaban como los de los palacios, a base de artesanos muy especializados y provistos de un utillaje bueno y preciso. Estos talleres no palaciales seguirían las directrices de los otros, que elaboraban los mejores productos y marcaban sin duda la trayectoria de las modas. Es seguro, pues, que ahora existirían clases, por así decirlo, de artesanos, pero no sabemos cómo estaban organizadas ni cuál era su relación estructural con el resto de la sociedad. Las tablillas cnosias de la última fase contienen un sinnúmero de etiquetas relativas a actividades artesanales, que en todo caso dan idea del índice de especialización en el desarrollo del trabajo, aunque no permitan deducir mucho más. Todas estas actividades se pueden adscribir a una serie de industrias básicas: alfarería, carpintería, cantería, metalurgia, textiles y curtidos. Pero existen otras industrias derivadas, como la construcción naval, y hay que contar asimismo con una pluralidad de actividades artísticas de difícil clasificación, que vienen a integrarse en las industrias básicas. Considérese, por ejemplo, la concurrencia de especialistas de calidad, de artesanos comunes y de peones que requería la construcción de un palacio, o, por poner otro ejemplo muy distinto, la fabricación del armamento. Desconocemos en realidad cómo se implicaba a los individuos en esas tareas, es decir el engranaje económico de esas actividades. El arqueólogo se congratula realmente cuando cuenta con hallazgos como el taller de alfarería de la granja de Zou —el mejor conservado de los hallados—, que muestra la artesa para la preparación de la masa, el horno en forma de herradura, el lugar donde se colocaban las piezas sacadas del horno, etc...; el hallazgo de numerosos tornos rápidos y otra serie enorme de testimonios, entre ellos las propias piezas cerámicas, nos crean la ilusión de que conocemos ese sector artesanal dentro de las cotas espaciotemporales de referencia. Pero, si consideramos la posibilidad de poder pasar un solo día contemplando la actividad de esos talleres, de constatar la circulación del producto y de estudiar sociológicamente a las personas implicadas en las tareas en cuestión, entonces es cuando nos damos cuenta de lo poco que de verdad sabemos, al menos como historiadores. Dejando al margen el problema de las técnicas de fabricación, que quizá se podría dilucidar con estudios apropiados de los testimonios en nuestro haber, podríamos constatar el ritmo de producción, desde diferentes puntos de vista con relevancia económica; el tipo de vinculación de las personas a las actividades artesanales, lo que incluye la valoración del factor hereditario, las formas de aprendizaje, los grados de especialización, la extracción social etc...; la relación de los talleres extrapalaciales con los palacios en tanto que núcleos económicos básicos, si en verdad lo eran; y, en definitiva, el nivel de vida relativo y absoluto de los elementos sociales implicados.

Casi todos los hornos que se han podido localizar corresponden a talleres metalúrgicos, con los que contaban, como es sabido, los palacios, pero no sólo ellos. Los mejores conservados son los de Hacia Tríada y Zacro. Tenían planta de herradura, como los de los alfareros, y estaban cubiertos por una falsa bóveda. Contaban con toberas para alimentar de oxígeno el fuego y con un canal de evacuación del metal líquido, que pasaba a los moldes, a las prepraciones a la cera perdida etc... En todos lo casos, y muy especialmente el de las armas, que requerían una calidad elevada, la manufactura de los objetos era minuciosa y es de suponer que muy costosa en mano de obra. Sabemos, desde luego, que estos artesanos disponían de un utillaje adecuado para las diversas tareas, así como de una técnica ancestralmente enriquecida y conservada, que no conocemos, por otra parte, en sus detalles; pero la dedicación ilimitada de tiempo para cada una de las fases de elaboración es un factor que a buen seguro suplía de modo suficiente la limitación de los recursos tecnológicos. El trabajo por medio del martillo de las hojas de las armas, que solían fabricarse a base de dos láminas superpuestas, es admirable en sus resultados, por ejemplo; indudablemente el especialista, que partía ya de una aleación muy bien preparada, se servía de toda una serie de trucos de oficio, pero para lograr, como se lograba, que las dos hojas formaran en verdad una sola pieza y que ésta tuviera por igual el mayor coeficiente de elasticidad posible, a fin de evitar la fractura sin perder por ello la capacidad ofensiva, hacía falta martillar durante mucho tiempo y con gran regularidad. De la calidad de este trabajo dependía nada menos que la supervivencia de toda la comunidad, por lo que cabe pensar que los forjadores, sobre todo los dedicados a la fabricación de armas, estuvieran bien considerados y bien remunerados, pero también en este caso nos falta la información que echábamos de menos con carácter general en el sector económico. Las leyendas de los Dáctilos y los Curetes han hecho pensar que los forjadores podían tener una vinculación especial con la divinidad y trabajar, algunos de ellos, en las propias grutas sagradas, donde les habría sido más fácil guardar los secretos de sus técnicas. Podría ser que esas leyendas no fueran una sacralización secundaria del oficio y conservaran, en cambio, el recuerdo de una circunstancia histórica, porque no es improbable, desde luego, que los primitivos introductores de unas técnicas tan revolucionarias hayan recurrido a la sacralización de sus propias personas para asegurarse contra el abuso y la coacción, que eventualmente podrían acecharlos, como parece que sugiere la leyenda de Dédalo; sin embargo, en el Periodo Neopalacial los señores de los palacios habrían tratado de no perder el control de las armas, empezando por la misma entrada del metal, y los talleres metalúrgicos se encontraban, a buen seguro, en el conjunto palacial.

También se disponía de artesanos muy especializados en los trabajos de cantería. Sorprende, entre otras cosas, la eficaz técnica empleada para cortar grandes y finas placas de yeso, como asimismo el trabajo de la piedra pómez, y el transporte y manipulación de bloques que pesaban varias toneladas. Esta última actividad no puede haberse realizado sin el concurso de muchas personas, tal y como muestran las pinturas egipcias, pero no podemos establecer nada más en términos de economía. Además de los canteros, la industria de la piedra afectaba a una serie de especialistas en diversas manufacturas, incluida la miniatura, que se inscribe en la glíptica. Como otros sectores artesanales, el de la piedra tenía talleres palaciales y extrapalaciales. Aunque en este caso la infraestructura es mucho más simple que la de los bronceístas, los talleres se reconocen por la presencia de restos de materiales y de objetos en fase de fabricación, que en el caso del bronce han sido naturalmente reutilizados.

El sector de la madera debía de ser particularmente importante en términos económicos, ya que, a pesar del peligro de los incendios, era muy utilizada en la construcción y el equipamiento de las casas, como ya se ha dicho, así como también en la industria naval. En este sentido, la carpintería y la ebanistería debían de ser ramas bien diferenciadas, al igual que lo eran la cantería y la talla artística en el sector de la piedra. Al tratarse de un material tan perecedero, los testimonios relativos a estas industrias son, salvo rarísimas excepciones, indirectos; a su vez, el carácter de la pintura minoica, con su gusto decididamente naturalista, convierte a los frescos en una fuente poco menos que nula para el conocimiento del mobiliario al uso. No obstante, la conservación de guarniciones en piedra, bronce y otros materiales resistentes al fuego y la falta de hallazgos de muebles en otros materiales sugieren de suyo que se hacían de madera, y, probablemente, con el mismo grado de refinamiento, sofisticación y riqueza decorativa que se aprecia en otros aspectos artesanales minoicos; en el atuendo personal y el vestuario, por ejemplo, que puede ser el sector más afín.

Las industrias de la madera absorbían sin duda alguna un gran montante de mano de obra, sobre todo si tenemos en cuenta que los incendios y los seísmos, asociados generalmente con incendios, hacían tabla rasa de viviendas y equipos con singular frecuencia, por no hablar del mantenimiento de la flota en sus diferentes niveles. Son muchas las herramientas de carpintería y ebanistería encontradas, con un grado importante de diversificación, pero no se ha podido identificar ningún torno, a pesar de que algunos objetos representados parecen fabricados por este procedimiento. Es de notar la ausencia de clavos, lo que demuestra que se habían desarrollado técnicas eficientes de ensamblaje dentro de una voluntad de ahorrar metal. Algunos objetos de hueso ó marfil documentan indirectamente el empleo de clavijas del mismo material —o, en su caso, de madera muy dura— así como de espigas y muescas. Hay que tener en cuenta de todos modos que los clavos son un recurso de la carpintería que facilita el trabajo al obrero menos cualificado y ahorra mucho tiempo, pero que tiene también graves inconvenientes y no es propio de la ebanistería fina.

Finalmente, hay que señalar un sector, el *textil* y de los *cueros*, que, desde cierto punto de vista forma un conjunto, aunque incluyen ciertamente toda una pifia de especialidades y actividades. A partir de una tradición ancestral de tipo doméstico, que al menos en ciertos hilados y tejidos se mantuvo siempre, había ido formándose un sector artesanal, probablemente a impulsos de la creación de los talleres palaciales, que puede haber dado lugar, a su vez, al surgimiento de otros talleres. Casi nada sabemos sobre las manufacturas de cuero, que tenían todavía mucha importancia en el armamento, a más de una serie enorme de aplicaciones muy diversas, pero insustituibles, aunque el clima de la isla restara toda importancia a las pieles en el terreno del vestuario; ahí entraba también la industria del calzado, en buena parte sin duda dependiente de los curtidores. Nada se puede decir, sin embargo, sobre técnicas y demás características de esta industria. Con respecto a las manufacturas textiles, destinadas al vestuario personal, a la guarnición de interiores o a la industria naval, hay que pensar en una producción en serie, quizá diversificada por sectores. En las casas y los palacios se hilaba, se tejía, se bordaba y quizá también se teñía, como una actividad doméstica propia de las mujeres dentro de un modelo de economía familiar autosuficiente. En los palacios, que contaban con talleres propios, esto debía de ser ya una reliquia, en parte consideraba como una labor selecta y exquisita digna de las más dignas manos y en parte como una actividad complementaria de otras faenas y hasta cierto punto

relajante. No resulta tan difícil de entender esta cuestión en nuestra sociedad, donde el tejido doméstico y otras actividades relacionadas con la elaboración del vestuario han logrado sobrevivir en paralelo a los formidables desarrollos industriales que son los que de verdad subvierten a este tipo de necesidades. Tradiciones como la de tejer el propio traje de boda, que parece aflorar a la leyenda de Penélope, o actos de piedad como las ofrendas de vestuario a las divinidades, confeccionadas en principio posiblemente por las oferentes, han mantenido sin duda la transmisión doméstica de estas técnicas. Se utilizaban telares verticales, que, al haber sido fabricados en madera, no se han conservado; sin embargo, las pesas que mantenían tirantes los hilos de la urdimbre sí han aparecido por centenares, documentando así la existencia de telares en todo tipo de viviendas y dependencias. Las pesas de la época Neopalacial son características por su forma globular y por las acanaladuras que llevan en la superficie, destinadas a sujetar el hilo. Los hallazgos, muy numerosos también, de fusayolas, generalmente en esteatita, prueban la utilización de la rueca.

La única fibra que con seguridad se obtenía en la isla, incluso en grandes cantidades, es la lana, que muy posiblemente se tejía y teñía con vistas a su exportación. A decir verdad, el clima de la isla no es el más adecuado para que la lana permitiera cubrir todas las necesidades en cuestión de tejidos; además, si bien en algunos casos las prendas representadas parecen ser de lana, en otros se trata de telas vaporosas, con una caída muy diferente. Se ha supuesto, en efecto, que los minoicos utilizaban de un modo u otro alguna variedad de la seda de la vecina isla de Cos que tan famosa fuera en tiempos grecorromanos. Para la gama de usos que no cubrían adecuadamente ni la lana ni la seda posiblemente se recurriera al lino, tal vez importado de Egipto, tal vez obtenido en el país, o bien ambas cosas a la vez. Ni qué decir tiene que este sector textil resulta extremadamente elusivo a la hora de plantear su valoración económica, tanto por la penuria de testimonios sobre los productos como por ese carácter doméstico que hemos apuntado. La sola posibilidad de que todas las mujeres de la isla conocieran y practicaran de alguna forma más o menos regular esta actividad, con independencia de su condición y restantes obligaciones, crea unos márgenes de evaluación demasiado amplios para permitir alguna apreciación significativa.

ASPECTOS ECONÓMICOS: EL COMERCIO Y EL TRANSPORTE

No hay duda de que Creta mantenía en esta época unas importantes relaciones comerciales con la Grecia continental, las islas del Egeo, el área costera de Asia Menor, el Levante y Egipto. Los testimonios al respecto son elocuentes, aunque no demasiado numerosos, lo que se explica con facilidad por el hecho de que la inmensa mayoría de los productos comerciados debía de corresponder a alimentos y textiles. Se supone en general que Creta era autosuficiente no sólo en alimentos sino también en productos de primera necesidad no comestibles, como la madera, la piedra o la lana. Debía de ser muy deficitaria en cobre, pero le resultaba muy fácil, una vez que se hizo con una flota poderosa, obtenerlo en Chipre. En cuanto al estaño, también le era preciso importarlo, aunque no sabemos exactamente cómo lo conseguía; se ha pensado en Etruria, en Iberia y en otros lugares. Por lo demás, el grueso de las importaciones se centraba en las materias primas de lujo —oro, plata, piedras finas y marfil— o en productos como el esmeril o la obsidiana, que eran necesarios para las actividades artesa-

nales. No es fácil en general establecer la procedencia de esas mercancías, que, además, pueden haber llegado a manos cretenses a través de intermediarios.

Un producto minoico que sí tiene conservación y que ha sido hallado en Chipre, Siria y Egipto, es la cerámica pintada; era la de mejor calidad en su época y debe de haber sido objeto de exportación por sí misma, aunque en muchos casos se difundía en calidad de envase de productos de lujo. La lana tejida y teñida se exportaría ampliamente, mientras es muy probable que se importara lino y papiro, suponemos que de Egipto. Hay indicios claros asimismo de la exportación de aceite por parte de Creta. Y lo mismo cabe decir del vino y de la madera de construcción. El cobre venía, como se ha dicho, de Chipre, en lingotes de forma característica, cuyas caras incurvadas hacia dentro facilitaban el transporte a hombros; pesaban 29 kgs. y se fraccionaban también para su mejor distribución en mitades o en cuartos. Por otra parte, se han hallado piezas pequeñas planoconvexas.

Se ha discutido mucho sobre si esos módulos estandarizados de bronce funcionaban como moneda en las transacciones, y la respuesta a esta cuestión depende del modo de entender el intercambio en relación con las nociones de precio, valor y compra-venta. Modernamente no se identifica la superación del trueque con el uso de la moneda, porque se ha constatado el desarrollo jurídico conceptual del intercambio de bienes y servicios en sociedades que por razones aleatorias no han llegado a utilizar la moneda. Y se ha comprendido incluso que la moneda como instrumento de las transacciones puede ser un factor distorsionante en la economía comercial —cual ocurre hoy en día— debido a los problemas de equivalencias, autenticidad, fluctuaciones del valor fiduciario, etc., que plantea. Las cantidades fijas de un metal puro que tenga una demanda generalizada, o incluso los animales domésticos, o los módulos de cereal, pueden, en determinados contextos, resultar más eficaces para las transacciones que las monedas, desempeñando el mismo papel que ellas y sin ninguna alteración jurídica del negocio, porque la forma de pago —y eso lo podemos entender muy bien hoy en día— es una cosa distinta de la valoración del objeto en venta, aun cuando pueda modificar secundariamente el precio del mismo. El hecho de que la forma común de intercambio de productos en el comercio minoico no era el trueque sino un tipo de compra-venta viene demostrado por el uso sistemático de instrumentos de peso y medida, que está bien documentado. Hay una valoración del producto por referencia a un sistema metrológico, que en el marco del comercio implica la adjudicación de un precio, al margen de que el pago se haga en especie —la establecida en cada caso por la parte más fuerte en la transacción, que puede ser, como en nuestros días, tanto el vendedor como el comprador. La habilidad de los estados reside aquí en lograr las relaciones comerciales más favorables para asegurarse la entrada de los productos que necesita, precisamente gracias a la salida de los que le sobran. Esto, por supuesto, no es trueque —a no ser en el sentido en el que el comercio tiene siempre algo de trueque—, y entre la maraña de factores que coadyuvan al equilibrio del comercio, a veces más como recurso tesaurizable que como instrumento habitual, podría contarse una forma protomonetal del bronce y los metales preciosos.

Otra cuestión muy debatida en relación con el comercio minoico neopalacial es la de su interpretación como comercio de estado. Es evidente que los palacios desempeñaban un papel decisivo en el movimiento ultramarino de las mercancías, y, por otra parte, cabe pensar que el estado cretense, una vez que tenía tal entidad, así como una institución monárquica dotada de poder y prestigio de cara al interior, haya procurado

controlar el comercio, como ocurría en otros estados fuertes del Mediterráneo. Salvo que hubieran existido grandes empresas comerciales de carácter privado, de las que no tenemos la menor noticia ni sospecha razonable, está claro que sólo los palacios han podido tener la entidad suficiente como para asegurar en un marco internacional, sin duda competitivo, el suministro de los productos necesarios. Que la circulación de productos como el oro, la plata, el cobre, el estaño, etc., venía a ser por entonces una cuestión de relaciones entre los «grandes» y a muy alto nivel parece desprenderse con cierta claridad de la documentación relativa a intercambios de presentes valiosos, que en forma directa o indirecta ha llegado hasta nosotros. Los comerciantes eran al fin y al cabo extranjeros fuera de su propia patria, de suerte que, para asegurar el desarrollo de las transacciones sin rapiña ni violencia y la propia penetración de las naves en territorio potencialmente hostil, nada mejor que fijar las relaciones entre los estados en unos términos amistosos que obligaran a las partes a respetar los convencionalismos del mercado. Así, el envío de un presente valioso por parte del representante máximo de una entidad política a su equivalente de otra implicaba la propuesta de una relación que excluía los comportamientos abusivos o violentos; si el presente no era rechazado, y los embajadores regresaban al lugar de origen con un objeto de igual funcionalidad, la relación se entendía sellada y garantizada por la presencia de los propios objetos en los respectivos tesoros reales. En teoría sólo una declaración de guerra podía anular este vínculo, aunque también existía la costumbre a veces de renovarlo periódicamente con nuevos presentes para darle más fuerza. Como quiera que no tenemos noticia ni sospecha razonable de que la Creta neopalacial haya estado sometida a los egipcios, la representación de personajes minoicos portadores de objetos varios, que se registra en tumbas egipcias de la época (ver *supra*), se ha interpretado como una referencia a entregas de presentes relacionadas con actividades comerciales. Aunque no podamos, por supuesto, precisar nada sobre los detalles de esa institución, como tampoco de las transacciones propiamente dichas, la línea general de la interpretación se muestra bastante verosímil.

Así las cosas, no parece tan discutible como podría resultar a primera vista la tesis de Alexiou, en el sentido de interpretar que el comercio exterior minoico constituía en la época neopalacial un monopolio real, hasta el punto de negar, por ejemplo, la entidad de mercados o de ciudades comerciales libres a núcleos como el de Palaicastro o el de la isla de Pseira. En su versión más radical este modelo excluiría por completo la libre iniciativa en el comercio exterior, que tendría carácter de contrabando y sería perseguida. Los productores varios deberían en tal caso encauzar hacia los palacios directamente o a través de intermediarios todo aquello que no hubieran podido consumir, intercambiar o vender en el mercado interior, y, a su vez, los palacios se encargarían de hacer circular los productos de fronteras afuera en ambos sentidos, utilizando sus propias flotas y/o recurriendo a concesiones privadas. Tal vez parezca ésa una hipótesis demasiado maximalista, de modo que quien la defienda deba asumir la carga de la prueba, pero, con ciertas matizaciones, si se quiere, resulta la más verosímil. Podemos mantener cuantas reservas parezcan oportunas con respecto a la actitud represiva de los palacios frente a los comerciantes autónomos, pero entonces tendríamos que evaluar la capacidad de resistencia de éstos ante las catástrofes del mar, los ataques de los piratas y, sobre todo, la competencia arrolladora del comercio palacial. Pocos habrían salido adelante posiblemente, y es difícil que siguieran luchando si se les abría otra alternativa. Es posible, en suma, que de un modo natural y sin grandes crispacio-

nes el sistema palacial, que era en definitiva el motor del desarrollo comercial, hubiera ido absorbiendo la iniciativa privada hasta convertirse en un monopolio de facto. Y, por cierto, que aquí se plantea la cuestión de la pluralidad de los palacios: ¿Funcionaba Creta de cara al exterior como una entidad político-económica unitaria o como una suma de ellas? Naturalmente no tenemos ningún documento que ilumine esta cuestión, y aquí sí que es difícil, para las fases neopalaciales anteriores a las destrucciones, defender la existencia de un monopolio unitario, aunque tampoco se puede descartar del todo la posibilidad de una coordinación de las unidades comerciales en este sentido. Si postulamos un desarrollo natural y más bien pacífico de la civilización cretense, habría que asumir, en principio, como hipótesis más viable, la de la autonomía de los grandes palacios en su condición de unidades económicas. Desde este punto de vista han podido funcionar como grandes empresas particulares, creciendo en competencia pero también condenadas a entenderse o a destruirse, que es lo que ha podido ocurrir sucesivamente. Es muy probable también que Cnoso haya llevado siempre y cada vez más la delantera, como centro más fuerte; mucho más, si como cree su excavador, Nicolas Platon, el palacio de Zacro, en el borde costero oriental, ha sido una fundación de Cnoso destinada a controlar el comercio y la navegación. Hay que tener en cuenta, en fin, que la existencia de grandes ciudades costeras, como Gurnia y Palaicastro, que parecen emporios comerciales al margen de los palacios, no resulta un obstáculo para la teoría del comercio exterior de estado: primero, porque podría haber, en efecto, comerciantes particulares implicados en las empresas palaciales, pero sobre todo porque es de suponer que la mayor parte del transporte de mercancías para el comercio interior de la isla se hiciera por mar. En ese sentido, las dos ciudades tenían emplazamientos idóneos para funcionar como grandes mercados: Palaicastro, por su ubicación oriental, y Gurnia por encontrarse en el estrechamiento mayor de la isla, que facilitaba, además, el acceso por tierra desde la costa sur y la llanura de Mesara.

Siendo como es siempre el transporte un elemento vital del comercio e incluso de la simple producción artesanal, los cretenses de la época Neopalacial le han prestado una importante atención, tanto desde el punto de vista del perfeccionamiento de los medios utilizados como del de la infraestructura necesaria para ellos, es decir, los caminos y los puertos. Sobre estos últimos son muy pobres los hallazgos arqueológicos, debido en parte a la recesión de las costas, que ha sumergido y destruido las antiguas instalaciones, y en parte también a la continuidad en su utilización, que ha borrado las huellas antiguas. No obstante, se han localizado restos de trabajos de acondicionamiento y almacenes en Katsamba, donde estaba el puerto más próximo a Cnoso, y en la vecina ciudad de Amniso, que albergaba la gruta sagrada de Ilitia; además de la casa con los bellísimos lirios, se han creído identificar construcciones portuarias, entre las cuales se cuenta una especie de torreta de señalización.

La información es algo mejor sobre las carreteras, la principal de las cuales unía Cnoso con la llanura de Mesara, llegando hasta el mar; otras se dirigían hacia el oriente. Estas carreteras eran muy costosas de hacer y de mantener, en razón del relieve de la isla, y resultaban, a buen seguro, lentas, arriesgadas e incómodas. Por la mayor parte de ellas sólo se podrían hacer circular caballerías, mientras que en otros tramos cabían ya los carros. Sólo algunos restos de carreteras se han conservado, generalmente trozos de los muros de contención que requerían. A esta época se atribuye también la construcción de puentes, entre otras cosas porque la palabra griega antigua que significa «puente» no se considera indoeuropea y podría ser minoica. En general los caminos mi-

noicos debían de ser de tierra, salvo los tramos de verdadera calzada con pavimentación, como lo era el de la salida de Cnosos hacia el santuario del Iuktas. En puntos concretos de la red viraria existían puestos de vigilancia, que han dejado vestigios.

El carro de dos ruedas era conocido en Creta desde comienzos del segundo milenio, pero tirado por bueyes, no por équidos, parece ser. Los asnos y mulas deben de haber sido los medios de transporte terrestre más utilizados, puesto que eran los que mejor podían abordar cualquier camino. A mediados del segundo milenio probablemente se produjo en la isla el caballo, bien desde el Peloponeso, bien desde Egipto o Siria. Su uso fundamental parece haber sido el de tirar del carro de guerra, que se registra en un número superior a los cuatrocientos en las tablillas B de Cnosos.

El desarrollo más importante en el terreno del transporte corresponde sin lugar a dudas a la industria naval. Las numerosas representaciones de barcos sobre sellos y otros soportes, a más de algunos modelos de barro, son de gran utilidad para el conocimiento de ese fundamental medio de transporte, en el que los cretenses de la época Neopalacial lograron capitalizar una larga tradición de esfuerzos y lucha por imponerse sobre el medio. El fresco descubierto en Tera que representa una expedición naval, muestra las naves de guerra, largas y estrechas, con las popas en forma de protómé de animal, los castilletes a modo de santuario de tres columnas, el elevado mástil central y las filas de remos. Había toda una escala de tamaños, que incluía naves muy pequeñas, pero de una gran maniobrabilidad y ligereza. También los barcos de carga, mucho más anchos y pesados, tenían distintos diseños y tamaños, en función de las rutas a cubrir y de las cargas. Algunos contaban con grandes velas, y los había de hasta cincuenta remos. Los barcos de pesca, también diversificados, y los barcos de carácter religioso, que serían de uso exclusivamente ritual, acaban de enriquecer el muestrario. Con frecuencia las naves grandes parecen haber tenido espolones para facilitar el desembarco en las playas arenosas; también se utilizaban como anclas grandes piedras con un agujero para introducir la maroma. No se han localizado restos de astilleros, que naturalmente habrán corrido la misma suerte que las instalaciones portuarias.

LA VIDA PRIVADA

Resulta obligado siempre incluir un capítulo de esta naturaleza cuando se trata cualquier fase cultural medianamente importante; además de los acontecimientos, de las obras y de los grandes marcos institucionales, el lector apetece una visión de la vida cotidiana de la gente, de su aspecto externo y de sus vivencias más triviales, aderezadas, si es posible, con la pequeña anécdota. Desgraciadamente esa visión tiene por fuerza que ser muy pobre cuando se carece por completo de fuentes literarias. Después de lo dicho sobre los aspectos materiales de las diversas viviendas, sobre los objetos artísticos, sobre la sociedad, sobre la religión y sobre las actividades económicas, casi habría que limitarse aquí a hablar del vestuario, porque poco o nada sabemos sobre las relaciones familiares o los hábitos de tipo social; nada sobre la educación, ni sobre la economía del tiempo en relación con las diversas actividades ya mencionadas y con las posibles ocupaciones ociosas.

Para consolarlos, el capítulo del atuendo personal está prolijamente documentado, aunque no sabemos tampoco hasta qué punto esa documentación no es selectiva. Otra limitación de esos documentos «mudos» es que no se puede hacer a partir de ellos un

estudio sociológico del vestuario, sino tan sólo una evolución de las modas y unos intentos, por lo general muy hipotéticos, de relacionar los modelos con las dignidades o el rango social. La ambigüedad de muchas de las imágenes, por no decir de la mayoría de ellas, es ciertamente decepcionante. Está claro, desde luego, que los cretenses perpetuaron su tradición en el sentido de utilizar, sobre todo las mujeres, un vestuario colorista y rico en formas.

Los hombres solían ir con el torso desnudo, como en Egipto, pero llevaban una prenda minoica característica: un taparrabos enrollado en la cintura o sujeto por un cinturón, que presenta ciertas diferencias según la época o la región. A veces se ajusta totalmente al cuerpo, otras cae como una especie de enaguilla y otras se recoge en las ingles formando una especie de calzón. A veces el calzón se convierte en un elemento añadido al taparrabos; en las versiones de parada va recubierto por una malla con bolitas de plomo que enriquecía, a la vez que mantenía cerrado durante la marcha, el vestido. Por debajo del taparrabos se llevaba una pieza tradicional, a la que se ha atribuido un origen libio, que era una simple protección del sexo. En las representaciones más antiguas es muy estrecha y se lleva con un cinturón tan sólo, es decir sin taparrabos; en la época Neopalacial a veces parece totalmente sustituida por el taparrabos, mientras que otras se muestra muy destacada y llena de adornos, en asociación con un taparrabos en forma de faldilla tiesa recortada por los lados para mostrar los muslos, y más corta de atrás que de delante. La tendencia general en el vestuario masculino ha sido, pues, la de aumentar en riqueza y vistosidad manteniendo por lo general la funcionalidad y el gusto por la cintura marcada; la influencia micénica se aprecia en el uso de faldillas más largas y/o en forma de calzones. Se ha especulado mucho sobre el carácter regional de determinadas variantes del vestuario masculino y sobre su diacronía, pero también es posible que las variantes se deban principalmente a diferencias entre trajes de parada y trajes de uso cotidiano, a matizaciones de tipo social o a adaptaciones del vestuario a determinadas actividades. Tenemos constancia, por lo pronto, de que ciertos mantos cortados al sesgo y confeccionados con vellón o a base de placas a modo de escamas eran propios de sacerdotes; así también las largas túnicas hechas de una sola pieza.

En la casa y en la realización de ceremonias religiosas los pies aparecen descalzos, pero para caminar se protegían con botas o sandalías de cuero, generalmente con la puntera y incurvada hacia arriba para darle más resistencia en suelos irregulares. La cabeza se protegía con gorros y gorras de muy variados diseños, incluido el tipo frigio. El cabello se llevaba largo y suelto, aunque quizá no con carácter general. La barba y el bigote se afeitaban, primero con cuchillas de obsidiana, luego con rasuradores de bronce. Los hombres, o quizá sólo la clase más selecta, utilizaban profusión de joyas: agujas para el cabello, pendientes, brazaletes en brazos y piernas, cinturones, diademas, torques y collares de cuentas, a más de una gama de guarniciones de bronce o metales preciosos aplicada al exiguo vestuario.

El vestuario femenino también se mantiene fiel a una tradición, desarrollando, sin embargo, matizaciones de moda. Como en el hombre, se impone el talle de avispa y, aunque la mujer presenta el cuerpo más cubierto, el vestido tiende no sólo a desvelar las formas del cuerpo sino incluso a reforzarlas con el diseño de los adornos. La falda sigue la línea acampanada y se adorna con franjas transversales, con volantes en la misma disposición, o bien señalando una especie de faldilla que baja en pico por la parte delantera. También se utilizan delantales. El torso lleva el apretado corsé que mantie-

ne los senos descubiertos y prominentes, adornándose con bordados, que aparecen también en las faldas además de los volantes. A la ya de suyo recargada vestimenta se sumaban las joyas de todo tipo que enumeramos más arriba, y, desde luego, un peinado de aparato: a veces a base del cabello rizado y suelto, todo lleno de cintas y otros adornos; a veces recogíendolo en forma de moños o altos rodetes rellenos, que se recubrían igualmente con toda suerte de perifollos. Ni qué decir tiene que no eran trajes de faena para ningún menester y que el común de las mujeres no podría emplear cada día el tiempo necesario para semejante aderezo; lo que no sabemos es si ése era exclusivo y distintivo de una determinada clase, o bien lo tenían todas las mujeres, aunque fuera en calidades mediocres, para lucirlo en ocasiones festivas.

CAPÍTULO VII

EL MUNDO MICÉNICO ANTIGUO Y MEDIO (HELÁDICO RECIENTE I Y II)

El paso del Heládico Medio al Heládico Reciente o Micénico se sitúa entre el 1650 al 1600 a. de C. A diferencia de lo que ocurría en el tránsito del Heládico Antiguo al Medio, ahora no se aprecian destrucciones ni hay indicios sobre una instalación masiva de inmigrantes procedentes del norte. Precisamente la evolución política y cultural acelerada que manifiesta el periodo es un argumento a favor de la continuidad poblacional.

Las comunidades del Heládico Medio, que, según se cree hoy en día, estaban integradas ya por los indoeuropeos protogriegos superpuestos en el territorio al sustrato prehelénico (véase *supra*), manifiestan en este nuevo periodo unos cambios muy importantes, que en una primera fase parecen deberse fundamentalmente al desarrollo interno, y después obedecen a la asimilación de la cultura minoica. Esta es la tesis más aceptada en los últimos años, pero tampoco hay que olvidar la alternativa, indemonstrada por el momento aunque no descartable en tanto que hipótesis de trabajo, de que el desarrollo espectacular de la primera fase se haya debido a la implantación de elementos colonizadores minoicos.

La cronología y la periodización del Heládico Reciente resultan problemáticas. Los materiales arqueológicos son mucho más abundantes y variados que en las etapas anteriores, de modo que, además de la división del periodo en tres fases —Heládico Reciente I, II y III—, que se acostumbra a denominar también, respectivamente, Micénico Antiguo, Medio y Reciente, se maneja una subdivisión de cada una de ellas en unidades identificadas por letras, y, a su vez, otra subdivisión de estas unidades a la que se adscriben números arábigos. Sin embargo, la identificación de una subfase como HR IIIa 1 (= Micénico Reciente III a 1), por ejemplo, sólo tiene verdadero sentido en relación con la cerámica y no es aplicable *per se* ni siquiera a los otros elementos de la cultura material. El desarrollo histórico en conjunto presenta otras fases evolutivas, pero tampoco se puede establecer un esquema definitivo en este aspecto, por cuanto que depende en gran medida de la interpretación que se haga del proceso. De ahí que se siga utilizando convencionalmente como término de referencia común la tradicional periodización cerámica.

Por otra parte, la generalización a todo el territorio de la Grecia central y meridional de los sucesivos estadios de desarrollo dentro del periodo es convencional. Hay que tener presente que la documentación arqueológica en nuestro haber no sólo es discontinua

sino que se concentra masivamente en determinados puntos del tiempo y del espacio geográfico, y en determinados aspectos. Hay regiones que carecen de ella casi por completo, y, por otra parte, los palacios, reconstruidos sucesivamente, conservan muy mal los niveles más antiguos, para cuyas fases el grueso de la información procede por lo general de las necrópolis. En fin, numerosos aspectos de la Civilización Micénica están documentados tan sólo en la fecha de las destrucciones finales. La utilización de todos estos datos para reconstruir el panorama general es, por tanto, en gran medida especulativa.

LOS COMIENZOS DE LA CIVILIZACIÓN MICÉNICA. LAS TUMBAS REALES DE FOSA VERTICAL

El problema del origen de la Civilización Micénica es para el historiador —no sólo para el arqueólogo— el problema de las tumbas reales de Micenas, porque son esos enterramientos sobre todo los que revelan que a finales del siglo XVII se había producido algún cambio importante en el área cultural mesoheládica.

En 1876 Schliemann encontró dentro de la acrópolis de Micenas seis grandes tumbas rectangulares, construidas con suelo, paredes y techo en sendas fosas excavadas en la tierra; contenían en total dieciocho difuntos. Estaban dispuestas en el interior de un círculo, en una pendiente de la acrópolis que había servido para enterramientos mesoheládicos: cuando se fortificó por primera vez la acrópolis a comienzos del siglo XIV, quedaron *extra muros*, pero, al agrandarse el perímetro de las murallas un siglo después, el recinto de las tumbas se convirtió, según parece, en un santuario de culto a los reyes heroizados, y de ese modo pudo quedar dentro del área fortificada.

Hacia 1952 fue descubierto un segundo círculo fuera de las murallas, que conservaba venticuatro tumbas de las más de cuarenta que podría haber llegado a tener. La excavación cuidadosa llevada a cabo en este círculo B por Papadimitriou bajo la dirección de Mylonas y Marinatos ha servido para conocer mejor el tipo de enterramiento y para modificar algunas ideas que había sugerido el primero (llamado ahora círculo A); así, por ejemplo, la de considerarlo como testimonio de la llegada de una nueva población, o al menos de una nueva dinastía, a Micenas. Según Mylonas, que publicó en 1973 los hallazgos del círculo B, las tumbas más recientes del mismo contenían materiales contemporáneos de los de las más antiguas del círculo A, y, a su vez, Papadimitriou sostuvo en su día que el círculo B había incorporado partes de otro círculo todavía más antiguo. Todo ello, y la existencia constatada de un pequeño túmulo en el círculo B, inducía a poner en relación esta modalidad funeraria con los enterramientos tumulares en círculo del Heládico Medio (véase *supra*); en cuanto a la fosa en sí misma, parece heredera directa de la cista de losas o de murete del Heládico Medio. No obstante, han sido descubiertos enterramientos análogos a los de Micenas, pero más antiguos, en Alaca Hüyük (Arabia central) y en Biblos. Según apunta Hood, la idea de la cámara cubierta con una techumbre en el fondo de una fosa podría tener por origen la tumba real largo tiempo usada en Mesopotamia y regiones vecinas del Próximo Oriente. Cabe la posibilidad, pues, de un desarrollo paralelo independiente de este tipo de enterramiento, como también la de una influencia altoriental, habida cuenta de los contactos de estas poblaciones con Arabia en el periodo mesoheládico.

Los ajuares funerarios del círculo B son en general más pobres que los del A, pero los detalles de la construcción resultan coincidentes. Ambos círculos tenían, además,

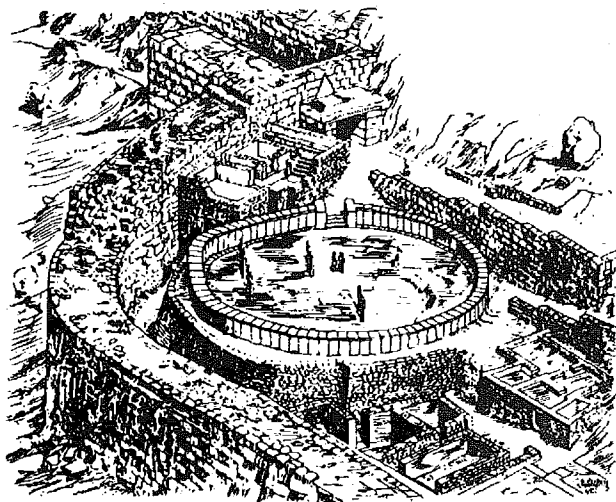
sus tumbas marcadas con estelas, decoradas algunas de ellas con espirales esculpidas o con una representación del difunto en su carro partiendo para la caza o la guerra (véase *infra*).

Más recientemente, Nicolas Platon ha rechazado la idea de que el círculo B fuera más antiguo que el A. Aduce este arqueólogo en favor de esa tesis el hecho de que los tipos cerámicos minio y mate del mesoheládico tuvieron una coexistencia con la cerámica micénica más antigua, indicando, además, que las piezas de esta fase contenidas en los círculos reales son distinguibles por ciertos detalles de las de finales del Heládico Medio. Y llama la atención asimismo sobre la posibilidad de que algunas de las tumbas atribuidas al círculo B pertenezcan en realidad a la necrópolis mesoheládica en la que se construyó. Platon se inclina, en suma, por considerar los dos círculos como contemporáneos, entendiendo que el B no contiene sepulturas reales sino de príncipes o personajes importantes. Parece ésa, en efecto, la única forma de explicar la inferioridad de los ajuares del círculo B frente a los del A, si se entiende que son contemporáneos. En cualquier caso, el número de inhumaciones que suman los dos círculos es a todas luces demasiado elevado para corresponder a personajes reinantes en el período inferior a un siglo o, todo lo más, de un siglo y medio que establece la cerámica para estos enterramientos; y seguiría siéndolo aunque el círculo B se hubiera construido bastante antes del 1600 a. de C.

La verdadera importancia de estas tumbas reside en la impresionante cantidad de oro y en la variada calidad artística que suman sus ajuares, lo que plantea básicamente dos problemas muy relacionados entre sí. El primero es el de saber cómo habían conseguido los reyes de Micenas esos tesoros, que, en principio, deben ser considerados como indicio de lo que les rodeaba en vida; el segundo es el de las relaciones con Creta en esta primera fase. El análisis minucioso de los ajuares parece la única vía para profundizar en estos problemas, que han ido recibiendo por parte de los especialistas las soluciones más divergentes.

Las piezas no cerámicas de los ajuares han sido estudiadas, discutidas y sistematizadas; muchas de ellas no revelan su verdadera procedencia con certeza, pero, aun con todo, parecen distribuirse en cuatro grupos: a) objetos supuestamente importados de Creta, entre los que se cuentan espadas largas y estrechas, presentes en los dos círculos, y un ritón en forma de cabeza de toro; b) objetos a lo que parece, de carácter heládico puro: así las máscaras de oro de las tumbas IV y V; c) objetos supuestamente fabricados por artesanos cretenses por encargo micénico: las fundas de daga con incisiones en oro que reproducen escenas, por ejemplo; d) objetos supuestamente realizados por artistas continentales a partir de prototipos cretenses, como ciertas copas de oro. En cuanto a la cerámica, no admite una clasificación enteramente cierta porque hay bastantes piezas singulares. La mayor parte de la hallada en el círculo B es la que Mylonas considerara mesoheládica tardía (minia y mate) y Platon atribuye en parte a la necrópolis mesoheládica, identificando las demás piezas como tipos residuales minia y mate del Micénico Antiguo; algunos vasos con decoración vegetal estilizada evidencian contactos con Creta, y hay una docena de piezas de influencia cicládica. En el círculo A se registra una sola importación cretense segura y cerámica del HRI, en la que resulta difícil fijar el grado de influencia de Creta. El tercer conjunto de materiales interesantes lo constituyen las estelas, que suelen estar decoradas en bajorrelieve o por incisión. Este tipo de estela monumental es desconocido en Creta y tampoco parece que proceda de Egipto. Las estelas del círculo A fueron estudiadas por Heurtley en

1921, y en ninguno de los tipos apreciaba una factura minoica, sino más bien la mano de artistas locales, que en algunos casos imitan las convenciones cretenses del dibujo. No ocurre lo mismo con los dibujos en miniatura de las gemas y los anillos de oro, donde aparece más clara la conexión con Creta. En ese momento la glíptica carecía de toda tradición en el continente, y, por otra parte, los motivos son muy similares a los de los sellos minoicos; se considera en general que algunas piezas son importadas y otras realizadas por artistas del continente que habían aprendido la técnica en Creta.



Reconstrucción ideal del círculo A de las tumbas de fosa en Micenas y de la zona interior de la ciudadela adyacente a la puerta de los leones, según Piet de Jong.

Las teorías más antiguas relativas al origen de esta primera fase de la Civilización Micénica partían de la consideración de que el contenido de las tumbas era minoico. Evans consagró un notable esfuerzo a su demostración de que Creta había colonizado el área micénica y que los reyes enterrados en el círculo A pertenecían a una dinastía cretense conquistadora. Pero después Wace defendió una tesis opuesta, a saber, que los mesoheládicos habían invadido Creta al final del Heládico Medio, basándola, sin embargo, en argumentos sacados casi todos ellos del Micénico Reciente. Evans creía que las tablillas en lineal B de Cnoso estaban escritas en lengua minoica, y el hallazgo en 1939 de las tablillas pilias en la misma escritura lo reafirmó en su idea de que los minoicos habían colonizado el Peloponeso. Naturalmente, el desciframiento en 1952 del lineal B y la consiguiente constatación de que las tablillas estaban escritas en griego vino a rehabilitar la tesis de Wace sobre la invasión de Creta desde el continente.

Pero, a decir verdad, los argumentos extraídos de las tablillas en lineal B, que corresponden, incluso las de Cnoso, al Micénico Reciente, no eran aplicables *per se* a los comienzos del Micénico Antiguo, y las refutaciones esgrimidas contra cada una de las dos teorías a raíz de su formulación desde el análisis del contexto arqueológico de los hechos, que es el material de las tumbas, seguían teniendo su peso. Karo había hecho ver en 1930 que el número de objetos minoicos importados era reducido y que, en cam-

bio, se apreciaba la pervivencia de muchos rasgos culturales heládicos; era evidente que en la época de los enterramientos había empezado a producirse una influencia cretense, pero no parecía tan clara como la veía Evans la presencia de los cretenses en Micenas. Karo apuntó entonces la posibilidad de que los reyes de Micenas hubieran realizado incursiones en Creta, aprovechando la devastación de la isla sufrida hacia finales del Minoico Medio, y se hubieran llevado consigo tanto objetos ya elaborados como artesanos, que, en condición de esclavos, habrían fabricado después en Micenas las piezas donde se aprecia una inspiración temática micénica al mismo tiempo que una técnica y estilo minoicos.

Esta teoría no plantea, como la de Wace, el problema de explicar la incapacidad de los cretenses para oponer resistencia en un momento de máximo apogeo ante unos invasores peninsulares presumiblemente inexpertos en la navegación y con escasa capacidad ofensiva desde el punto de vista del armamento, pero resulta, sin embargo, insatisfactoria, en la medida en que no explica la evolución del Mundo Micénico en la segunda fase, que no parece comprensible sin admitir la existencia de unas largas relaciones pacíficas entre micénicos y cretenses. Así lo entendía Lorimer en 1950, aportando, a su vez, una hipótesis explicativa en la línea general del planteamiento de Evans. El azote reiterado de las catástrofes sísmicas habría movido a un amplio número de cretenses a establecerse en Grecia con el permiso de sus habitantes; habrían llevado consigo sus pertenencias más valiosas y habrían atraído asimismo a algunos artesanos con sus equipos, que en lo sucesivo ejercerían allí su trabajo. En términos generales esta hipótesis colonialista no es ni mucho menos descabellada y, en cualquier caso, parece bastante adecuada para explicar la intensa minoicización del ámbito micénico en la segunda fase; su extrapolación a la primera depende del grado de impregnación minoica que se aprecie en la misma, muy variable en la consideración de los distintos especialistas.

También se ha buscado en Egipto el origen de la riqueza de los reyes de Micenas. La tumba V del círculo A, que es una de las más ricas y servía de enterramiento a dos hombres y una mujer, contenía algunos objetos que podrían ser de origen egipcio. Mylonas, asumiendo una alusión de Schliemann al «cadáver momificado», que se ha revelado como un malentendido, conjeturaba en 1969 que la dama inhumada hubiera sido una princesa egipcia desposada con el rey de Micenas. Ya en 1942 Persson había apuntado la posibilidad de que el uso del carro de guerra tirado por caballos hubiera sido introducido en Grecia por mercenarios micénicos llamados a Egipto para luchar contra los hicsos a comienzos del siglo XVI a. de C. Marinatos, por su parte, ha vuelto a defender la procedencia egipcia del oro de Micenas como pago a mercenarios empleados en la lucha contra los hicsos, sugiriendo que los guerreros en cuestión hubieran pasado por Creta y sido los transmisores del primer influjo cultural minoico. No hay modo, sin embargo, de demostrar estas teorías, ya que los argumentos en que se apoyan resultan cuando menos ambiguos y han sido rebatidos, incluso desde una base cronológica. La falta de objetos egipcios inequívocos en los ajuares micénicos es más chocante dada su relativa abundancia en Creta y aboga en contra de un contacto directo de la naturaleza que fuera. En cuanto al carro de guerra, no tiene por qué haber sido introducido en el área micénica desde Egipto: resulta más verosímil, en principio, una procedencia anatolia o, en todo caso, altoriental, puesto que los contactos con esas zonas están mejor documentados.

En 1976 Hooker se volvía a plantear el problema desde una posición muy escéptica

frente a las tesis precedentes y considerando que no hay documentación bastante para explicar la riqueza de Micenas en la época de los círculos de tumbas. En un terreno de especulación, le parecía más razonable que cualquiera otra, por más simple, la explicación aportada por Hawkes en 1940, en el sentido de que la riqueza y el poder de Micenas en esa época se debían a su posición estratégica, que le daba el control sobre las rutas comerciales que unían el Istmo con la llanura argiva. En opinión de Hooker, Creta no tiene nada que ver con la trayectoria ascendente de Micenas que evidencian las tumbas; sólo después de haber alcanzado ese estadio se habrían abierto las puertas a los artesanos minoicos. Este razonamiento parece, en efecto, el más obvio si se descartan los presupuestos de Evans y de Wace, así como la hipótesis egipcia, pero no hay que olvidar que carece de argumentos positivos suficientes. También Dickinson se inclinaba en 1972 por la alternativa de considerar el oro de las tumbas reales micénicas como adquirido por vía de comercio, aunque entendía que procedía de Creta, apuntando la posibilidad de que los minoicos hubieran comprado regularmente a los reyes de Micenas algún producto de vital necesidad para ellos, por el que estuvieran dispuestos a pagar un buen precio; una solución poco satisfactoria, puesto que contesta a un interrogante con otro interrogante para el que no se encuentra la respuesta. No es fácil imaginar, desde luego, qué productos micénicos podrían haber absorbido los cretenses a cambio de tanto oro, al que hay que añadir armas y otros objetos preciosos. Por el contrario, la alternativa de comercio dirigido hacia el norte de la península Balcánica resulta coherente con los contactos de la población mesoheládica con la Anatolia occidental que sugiere el desarrollo de la cerámica minia.

Faltaría, sin embargo, establecer la circulación de productos que llegó a generar una riqueza tan espectacular para Micenas a partir de su supuesto control del comercio por el Istmo. Porque es mucho el oro hallado en Micenas, y, teniendo en cuenta la reducida probabilidad estadística de que las piezas de oro hayan escapado a la acción de los saqueadores de tumbas, y la suposición lógica de que las que no se incluyeron en los ajuares funerarios fueron refundidas y por eso no se encuentran en los solares de los palacios, habría que suponer que los tesoros acumulados por entonces en el área micénica sumaban una cantidad de oro excepcional. Por otra parte, desde los años setenta los tesoros de Micenas no son un fenómeno único. Una tumba presumiblemente real de Peristeria, en el norte de Mesenia, que es del tipo *tholos* (véase *infra*) ha proporcionado un magnífico ajuar rico en objetos de oro, algunos de los cuales son enteramente similares a otros hallados en Micenas. Y también se han encontrado adornos de oro y objetos análogos a los de las tumbas micénicas en un grupo de enterramientos tumulares cercano a Pilos. En un tercer lugar de Mesenia, Kleidi, se ha hallado, en fin, un túmulo con una enorme cantidad de cerámica de los mismos tres tipos que se encuentran en Micenas. Como veremos después, las sepulturas en *tholos* localizadas por todo el Peloponeso y la Grecia Central hasta Tesalia presentan indicios claros de haber contenido tesoros reales con piezas de oro. Y es de suponer que los magníficos *tholoi* de Micenas, de no haber sido saqueados, nos habrían proporcionado unos ajuares tanto o más ricos que los de las tumbas de fosa vertical. No en vano sin duda, es ésa la ciudad que recibe en la epopeya el epíteto de *Polychrysos* («Abundante en oro»).

Para Hooker, los hallazgos de Mesenia son de gran importancia, pues indican que el Peloponeso occidental había experimentado ya en el siglo XVI un desarrollo político y económico similar al de la Argólida, de donde no parece posible creer, como en otro tiempo, que la cultura micénica se había formado en esta región para extenderse luego

hacia las demás. La evolución paralela en Mesenia y en la Argólida de una cultura homogénea sólo le parece explicable a Hooker en un contexto de rutas comerciales que unían diferentes puntos de Grecia con el mundo exterior y, a su vez, unos con otros. Consideramos correcto el planteamiento de este autor en tanto en cuanto asume la tesis de Hawks, es decir, considerando que la red comercial en cuestión estaba en función del trasiego por el Istmo hacia el norte. Ello explicaría la posición privilegiada de Micenas dentro de la misma, en tanto que podía controlar el aflujo comercial procedente de todo el Peloponeso, sin dejar por ello de justificar el enriquecimiento paralelo, aunque menor, de algunos reinos peloponesios, de la Grecia Central e incluso de Tesalia.

Dentro de esta interpretación habría que considerar que el oro de los reinos micénicos procedía básicamente del norte de la península Balcánica y tal vez de Anatolia. En la primera de esas zonas, que al fin y al cabo era de un modo u otro el lugar de procedencia de las poblaciones mesoheládicas y cuyas rutas no habían dejado éstas, según parece, de frecuentar, conocemos los ricos yacimientos de Tracia, sin duda apenas explotados en esa época; y podrían haber existido también otras pequeñas reservas posteriormente agotadas de las que no hayamos llegado a tener noticia. En cuanto a lo exportado desde la Grecia Central y el Peloponeso sobre todo, a esas regiones, cabría pensar quizá en el aceite, sobreabundante en las latitudes mediterráneas, pero del que carecían a buen seguro las poblaciones balcánicas del norte y posiblemente también eran deficitarias las de la Anatolia Occidental. Podría haber sido un producto codiciado capaz de justificar el comercio de Grecia con esas zonas incluso durante el Heládico Medio; y es también un producto que daría razón del trasiego de la cerámica por las mismas rutas. El incremento de la producción del mismo en la última fase del Mesoheládico y el posible control de su comercio por parte de los reinos más fuertes explicaría, al menos en parte, el enriquecimiento de los personajes inhumados en Micenas y otros lugares. El oro de la ciudad podría haber atraído, por otra parte, a los cretenses, que tal vez cambiaran por él las armas y los objetos valiosos que se han encontrado en las tumbas, haciéndose extensivo este comercio a otros centros de riqueza micénicos. Y, si en verdad tenía por entonces el oro un valor de cotización elevado para los mercaderes de este tipo de bienes, que se sumaba al de la exaltación social de quienes lo exhibían, no sería extraño que se intentara conseguir por todas las vías posibles, incluidas la rapiña y la búsqueda de pequeños placeres aluviales inexplorados. La tendencia a la tesaurización, consonante con el desarrollo de unos poderes reales cuyo mantenimiento dependía de la riqueza, ha podido estimular un proceso de confluencia del oro hacia los centros de poder capaz de explicar los hallazgos del Micénico Antiguo y Medio. A su vez, la disponibilidad de oro justificaría la afluencia de orfebres extranjeros de calidad para la ejecución de trabajos de encargo.

LA INFLUENCIA DE CRETA EN LA FASE DE LAS TUMBAS REALES EN THOLOS

Después de la época correspondiente a las tumbas de fosa vertical, en que la relación con Creta del área micénica se muestra poco clara, se abre un periodo de intensa minoización, que comienza a finales del siglo XVI y llega hasta la conclusión del siguiente, en que se inicia el Micénico Reciente (= Heládico Reciente III). Es una etapa decisiva en el desarrollo de la Civilización Micénica, donde se van marcando las rutas y abriendo las vías a través de las cuales se llegará a esa otra fase de máximo esplendor

coincidente con el eclipse minoico. Grosso modo viene a corresponder al periodo cerámico Heládico Reciente II, aunque incluye también la primera subdivisión del siguiente (HRIIIa1).

Nada hace suponer que el poblamiento, la sociedad o las formas políticas hayan experimentado cambios significativos, pero se registran innovaciones importantes en la cultura material. Una de las más evidentes es la sustitución en Micenas de las tumbas de fosa vertical por el *tholos* en los enterramientos reales.

Ya los antiguos conocían el llamado *Tesoro de Atreo* en Micenas y el *Tesoro de los Minias* en la beocia Orcómeno. Después, las excavaciones de Micenas elevaron a nueve el número de los *tholoi*, aunque todos ellos carecían ya de ajuares que permitieran su datación. El estudio de las construcciones llevó, no obstante, a Wace a establecer tres grupos de tres, que se habrían sucedido en el tiempo desde comienzos del Micénico Medio hasta el siglo XIII, con un grado creciente de perfeccionamiento. Rebatía así Wace la tesis de Evans, según la cual los dos *tholoi* conocidos en aquel momento —el de Atreo y el de los Minias— habrían sido una copia de los monumentos cretenses, atribuible al Micénico Antiguo o, lo más tarde, al Medio. Pero después se han descubierto, en efecto, en Mesenia *tholoi* datables por la cerámica en el Heládico Reciente I, y se ha podido constatar que algunos otros del tipo más perfeccionado se cuentan entre los más antiguos. Nuevos estudios sobre la decoración de los Tesoros de Atreo y de los Minias, así como de la llamada Tumba de Clitemestra en Micenas, han obligado asimismo a establecer para estos monumentos una datación anterior al 1450 a. de C.

A diferencia de las tumbas de fosa vertical, los *tholoi* requirieron para su construcción un enorme esfuerzo, lo que hace suponer que estuvieran destinados a familias reales o, en cualquier caso, muy importantes. En la forman más elaborada, que es la de los dos Tesoros, el *tholos* heládico presenta un muro frontal tras el cual se abre un *dromos* o corredor; al fondo está el *tholos* propiamente dicho, una construcción abovedada de planta circular, desde la que se accede a la cámara funeraria lateral. El *Tesoro de Atreo* conserva casi intacta su construcción: el largo corredor de 36 metros, la puerta con el triángulo de descarga sobre el dintel, la cámara abovedada de 14,5 metros de diámetro y la cámara funeraria excavada en la roca. Todo está hecho con bloques de piedra tallada; grandes losas —una de ellas de más de 120 toneladas— cubrían el paso desde el *dromos* hasta el *tholos* y, a su vez, desde el *tholos* hasta la cámara. La cubierta principal responde al tipo de falsa bóveda conocido en Creta desde la Epoca Prepalacial. Como todos los *tholoi* en general, estaba recubierto por un túmulo de tierra rodeado por un murete poco elevado. Se conservan fragmentos de los relieves que decoraban las dos cámaras y las puertas de acceso. La llamada *Tumba de Clitemestra* es del mismo tipo que el Tesoro de Atreo, aunque más modesta. Las partes destruidas han podido ser rehabilitadas con los materiales originarios. Un tercer *tholos* de Micenas, la llamada *Tumba de los Genios*, pertenece también a este grupo, aunque todavía es más sencilla. Los tres del segundo grupo de Wace (*Panaghia*, *Leones* y *Kato Phournos*) tenían cámaras de piedra tallada, pero sus *dromoi* estaban revestidos de piedra sencilla. En fin, en el último grupo (*Tumba Cicolópea* y *tholoi de Epano Phournos* y *de Egisto*) sólo se aprecia un trabajo cuidado en la entrada, mientras que el revestimiento del *dromos* es muy simple.

Fuera de Micenas, pero también en la Argólide, se han hallado otros muchos *tholoi*, de los cuales los más importantes son el de Argos y el de Midea. El primero es de

piedra plana, aunque revela buena construcción, con una cámara de 7,3 metros de diámetro. Los objetos de las tumbas sugieren una datación anterior al 1450 a. de C.

La pequeña región de Trifilia, al norte de Mesenia, cuenta, entre otros, con los conjuntos de *tholoi* de Kakovatos y Peristeria. En el primero destaca un ejemplar de 12 metros de diámetro, que se podría datar a finales del siglo XVI. En cuanto a Peristeria, cuenta con el *tholos* más grande de la región. Tiene un *dromos* de 28 metros revestido de piedra sólo al final, cerca de la entrada. La fachada es monumental, de bloques tallados, y la cámara, de piedra tallada pequeña. El suelo del *dromos*, como el de la cámara, estaba recubierto de piedras de colores. En una de las piedras han aparecido grabados dos signos del Lineal A. Los ajuares no se han conservado, pero algunos fragmentos indican una datación de comienzos del Periodo Micénico, mientras que las últimas sepulturas son de comienzos del Heládico Reciente III.

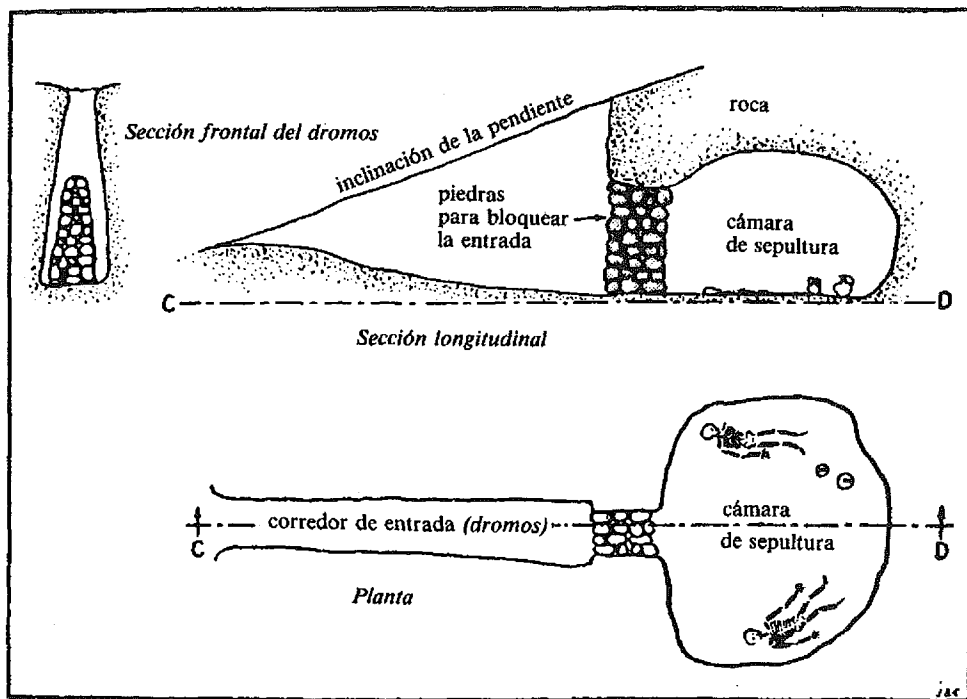
También la Pilia mesenia es rica en este tipo de enterramientos, datables todos ellos en el Micénico Antiguo y Medio y de características más o menos similares. Una de las tumbas de Myrsinochori, construida hacia el 1500 a. de C. para reyes o príncipes, ha conservado su ajuar, en el que se cuentan objetos de origen cretense.

Laconia registra hoy varios conjuntos de *tholoi* distribuidos por todo el territorio, desde la costa este hasta la que da al golfo de Mesenia, pasando por la región del valle del Eurotas. Aquí, cerca de Amiclas, fue hallado el *tholos de Vafio*, anterior al 1450 a. de C., que revela unas relaciones estrechas entre el área micénica y Creta. Es una construcción exenta, como las minoicas, no excavada en la roca. Aunque había sido saqueada, fue encontrado en el suelo un enterramiento intacto del tipo de fosa vertical. El ajuar, muy rico, incluía la conocida colección de vasos de oro grabados con escenas de toros y una magnífica serie de sellos.

Del Micénico Medio son también los *tholoi* tumulares con murete descubiertos en Etolia, y los de Maratia, en la misma región. En el Ática se distribuyen, a su vez, los *tholoi* de Tórico, en el sur, Maratón, en el noroeste, y Meridí, cerca de Atenas. Todos ellos son también del Micénico Medio. El *tholos* de Meridí tiene un *dromos* de 27 metros de construcción ciclópea, aunque con piedras pequeñas planas, al igual que el paso de la entrada y la cámara. La misma construcción revela el de Tórico, si bien el *dromos* carece de revestimiento de piedra; el ajuar funerario incluía dos vasos de oro. Beocia, por su parte, cuenta con el magnífico Tesoro de los Minias de Orcómeno, enterramiento similar al de Atreo en dimensiones, diseño, construcción e, incluso, por lo que se puede apreciar, en diseño decorativo. La cámara rectangular lateral tiene el techo recubierto de placas esculpidas, decoradas con espirales y papiros al estilo cretense. Finalmente, hay *tholoi* en Tesalia, incluso en la parte norte, aunque aquí son más pequeños y peor construidos. Los de la región del golfo de Págasas, en cambio, que son de comienzos del Micénico Reciente, conectan con los del Ática.

Al margen de estos enterramientos tan costosos, las ciudades micénicas de esta época contaban con necrópolis situadas en colinas próximas. Sin salir de la Argólida tenemos las de Micenas, Argos, Asine, Nauplia, Midea, Prosima y Zygouries; pero también las de Korakou en la Corintia, de Monemvasia en Laconia, de Volimidia y Faras en Mesenia, de Atenas, Voula y Spata en el Ática, de Kolonaki y Kastelli en Tebas, de Anticira en la Fócide, etc... El tipo de enterramiento es en ellas el de *cámara tallada en la roca*, normalmente muy simple, aunque algunas presentan enlosado, decoración o algún otro detalle que las identifica como más ricas. Estas tumbas tienen un largo *dromos*, que se abre en la pendiente de la colina y conduce a la cámara a través de

una puerta. Hay muchas variaciones de detalle, si bien la tendencia es a un *dromos* cada vez más estrecho y en cuesta, con las paredes cerrándose hacia arriba. La cubierta de las cámaras es plana unas veces, pero otras forma una bóveda, como imitando al *tholos*. Los ajuares funerarios varían también en calidad. Estos enterramientos servían para varios individuos, quizá pertenecientes a una misma familia. El tipo siguió en uso a lo largo de casi todo el Periodo Micénico.



Cámara funeraria tallada en la roca, según Wace y Stubbings.

El origen de las tumbas de cámara, como el de los *tholoi*, ha sido muy discutido, ya que se pueden encontrar paralelos a estas construcciones de un extremo al otro del Mediterráneo, y, por otra parte, se aprecia una cierta continuidad respecto de los enterramientos mesoheládicos. Nicolas Platon opina que tanto las tumbas de cúpula como las talladas responden a modelos cretenses, los cuales, una vez trasplantados, han seguido su propia evolución en el continente. Otros defienden el origen heládico de las cámaras y, a su vez, conectan los *tholoi* con las anteriores formas locales de enterramiento, dando un valor fundamental al túmulo como factor de continuidad. En cualquier caso y al margen de los detalles de construcción, parece evidente una poderosa influencia de Creta en el desarrollo de la arquitectura funeraria micénica, sobre todo si se tiene en cuenta que ya en la fase de las tumbas de fosa vertical había huellas claras de estrechos contactos con el mundo minoico.

Se ha señalado incluso que la adopción del enterramiento en *tholos* —del que en realidad es una réplica aunque modesta la tumba de cámara— comporta algo más que un cambio de moda o un desarrollo suntuario. Lo que se construye para los difuntos

parece una morada más que una tumba, y de ahí se podría deducir que la concepción de la vida de ultratumba había cambiado, por influencia en tal caso de Creta. No es inverosímil, pero nada se puede concretar en este sentido.

Tampoco resulta fácil establecer el influjo cretense en la morfología de las ciudades y los palacios. Las murallas y los recursos de fortificación conocidos en las ciudades micénicas han demostrado pertenecer al Periodo Reciente, es decir que en el Antiguo y Medio esas ciudades eran tan abiertas como las cretenses. En cuanto a los palacios, apenas se conservan restos de los mismos correspondientes a las primeras fases, aunque los fragmentos de pintura al fresco que han sobrevivido de los de Micenas, Tirinto y Tebas revelan en todo caso un aporte minoico. La desaparición de los primeros palacios no se atribuye ya, como en otro tiempo, a la eventualidad de que hubieran sido construidos con materiales perecederos o al hecho de que fueran muy reducidos y pobres, sino a los trabajos de demolición y preparación de los terrenos efectuados al construir en las mismas acrópolis los nuevos palacios. Resulta improbable en verdad que unos enterramientos como el Tesoro de Atreo o el de los Minias no tuvieran una contrapartida más o menos similar en la arquitectura palacial.

Los nuevos estudios llevados a cabo sobre los restos de Micenas parecen demostrar que, en contra de la opinión de Mylonas, no era el mégaron el prototipo utilizado en esos palacios sino los modelos minoicos. Se ha identificado, en efecto, como perteneciente al primer palacio una escalera de dos tramos típicamente cretense y una cripta con el pilar central rectangular.

El estudio de los frescos procedentes de Tirinto, Orcómeno y Micenas llevó a Rodenwaldt en 1912 a la conclusión de que los más antiguos habían sido realizados por artistas cretenses. Hooker, por su parte, reconoce en ellos el estilo y la técnica minoicos, aunque entiende que su temática ha sido adaptada a los gustos continentales. De ahí la abundancia de las escenas de guerra o caza, que son más bien raras en Creta. Existen, sin embargo, motivos inequívocamente minoicos, como el *daimon* de una escena cultual procedente de Tirinto, o, en general, los fragmentos que reproducen la vida vegetal; incluso el friso del escudo, de Tirinto, tiene una clara semejanza en composición, color y detalles con uno de los conservados en Cnoso.

En resumidas cuentas, parece que en la segunda fase se registra una influencia de Creta sobre el área micénica mucho más importante que la que corresponde a la de los círculos de tumbas de Micenas. Si en verdad se imitan los modelos minoicos tanto en los enterramientos como en los palacios, ello presupone algo más que la presencia esporádica de artistas minoicos en las ciudades micénicas.

En el terreno de la *cerámica* se produce un incremento considerable de la producción y de la calidad, a juzgar por la abundancia de estas manufacturas en los ajuares funerarios no sólo de los *tholoi* sino también de las cámaras. En el siglo XV son escasas las vasijas importadas de Creta, pero el primero de los estilos desarrollados en esta centuria (HRIIa) registra una fuerte influencia cretense, que es asimilada por la tradición local. Por el contrario, la cerámica HRIIb, que deriva de la anterior, aumenta la estilización, disminuye el número de motivos empleados y no acusa, al parecer, nuevas influencias minoicas. De acuerdo con esta interpretación, en el HRI el artista continental que copiaba el estilo cretense tomaba tan sólo unos pocos motivos convencionales del repertorio del Minoico Reciente Ia, mientras que en el HRIIb la decoración naturalista se habría basado en simples modelos fijos ya tradicionales; por el contrario, en el estadio intermedio (HRIIa) un número importante de motivos son asimilados

muy poco después de su aparición en Creta, y tanto los marinos como los vegetales son reproducidos con mayor fidelidad a la naturaleza que en cualquier otra fase de la cerámica micénica. A partir de estas apreciaciones, que son coherentes con otros testimonios, deduce Hooker que la primera parte del siglo XV constituye la culminación de la influencia cretense sobre el continente.

La documentación de cerámica minoica y micénica de los siglos XVI y XV es relativamente abundante en el Egeo, Chipre y las costas orientales del Mediterráneo, pero son pocos los asentamientos estudiados, y sólo a partir de ellos se pueden establecer conclusiones más importantes que la simple constatación de un comercio. Parece claro que a comienzos del siglo XV había ya colonias minoicas en las islas del Egeo. Al margen de la cerámica, en Melos, Ceos, Citera, Naxos y Tera han sido hallados signos de la escritura Lineal A. En los asentamientos de Melos y Citera la cerámica minoica importada o imitada es abundante hasta el Minoico Reciente Ib; a partir de ahí hay un receso a favor de las importaciones micénicas, que se hacen cada vez más abundantes. En el norte de la isla de Rodas se registra una fundación en torno al 1550 a. de C., cuya cerámica, construcciones y frescos la identifican como minoica. Al parecer, este lugar, Trianda, tuvo una vida floreciente durante un siglo, para ser abandonado poco antes del 1400. Después, cerca de allí, en Yálisho, se utiliza cerámica del HRIIIa2, y en el siglo XIV avanzado la cerámica micénica invade la isla. Un panorama similar se observa en Mileto. El estrato inicial conserva restos de una construcción decorada con frescos minoicos, que contenía un depósito de cerámica cretense de transición entre el Periodo Medio y el Reciente, con alguna pieza del HRI. Después, la cerámica minoica aparece mezclada con la micénica, y, finalmente, por encima del nivel quemado, que es del siglo XV avanzado, sólo hay cerámica micénica.

Así, pues, según apunta Hooker, estos asentamientos evidencian un proceso común: son fundaciones minoicas receptivas a la presencia micénica, que en torno al 1400 a. de C. resultan eclipsadas por asentamientos micénicos situados en el mismo lugar o en las proximidades. Esta evidencia cobra mayor importancia si se tiene en cuenta su sincronización con el desarrollo de la influencia cretense sobre el continente, tal y como se ha expuesto más arriba.

Con todo, estas deducciones no dejan de ser limitadas. La verdadera naturaleza de las relaciones entre los cretenses y los micénicos en el área colonial es tan difícil de precisar como en el continente. Y, por otra parte, no se puede dar por supuesto que en un momento dado los micénicos traicionaran su amistad con los cretenses hasta el extremo de expulsarlos sistemáticamente de sus antiguos asentamientos para quedarse con ellos en exclusiva. El proceso ha podido ser complejo, y la herencia cretense, acabar en manos de los micénicos por una vía natural y no violenta, salvo siempre posibles excepciones.

No sabemos en qué medida la evolución de las colonias cretomicénicas señaladas es extrapolable a toda el área de expansión minoica del Mediterráneo. El hecho de no haber localizado asentamientos cretenses en la Magna Grecia o Sicilia deja abierta la posibilidad de que los objetos neopalaciales hallados en esa zona procedan del comercio micénico y hace viable la sugerencia de Taylour en el sentido de que la superioridad cretense por el Egeo obligó a los Micénicos a proyectar sus iniciativas coloniales hacia el Mediterráneo occidental. Ya se ha dicho, sin embargo, más arriba que otros indicios hacen igualmente posible una extensión de la colonización minoica en esa dirección. La cuestión es importante, ya que la hipótesis de Taylour implicaría un

desarrollo independiente y paralelo del comercio micénico y permitiría interpretar de un modo distinto las relaciones entre micénicos y cretenses en la primera mitad del siglo XV.

LA ARTESANÍA EN EL MICÉNICO ANTIGUO Y MEDIO. CONSIDERACIONES GENERALES

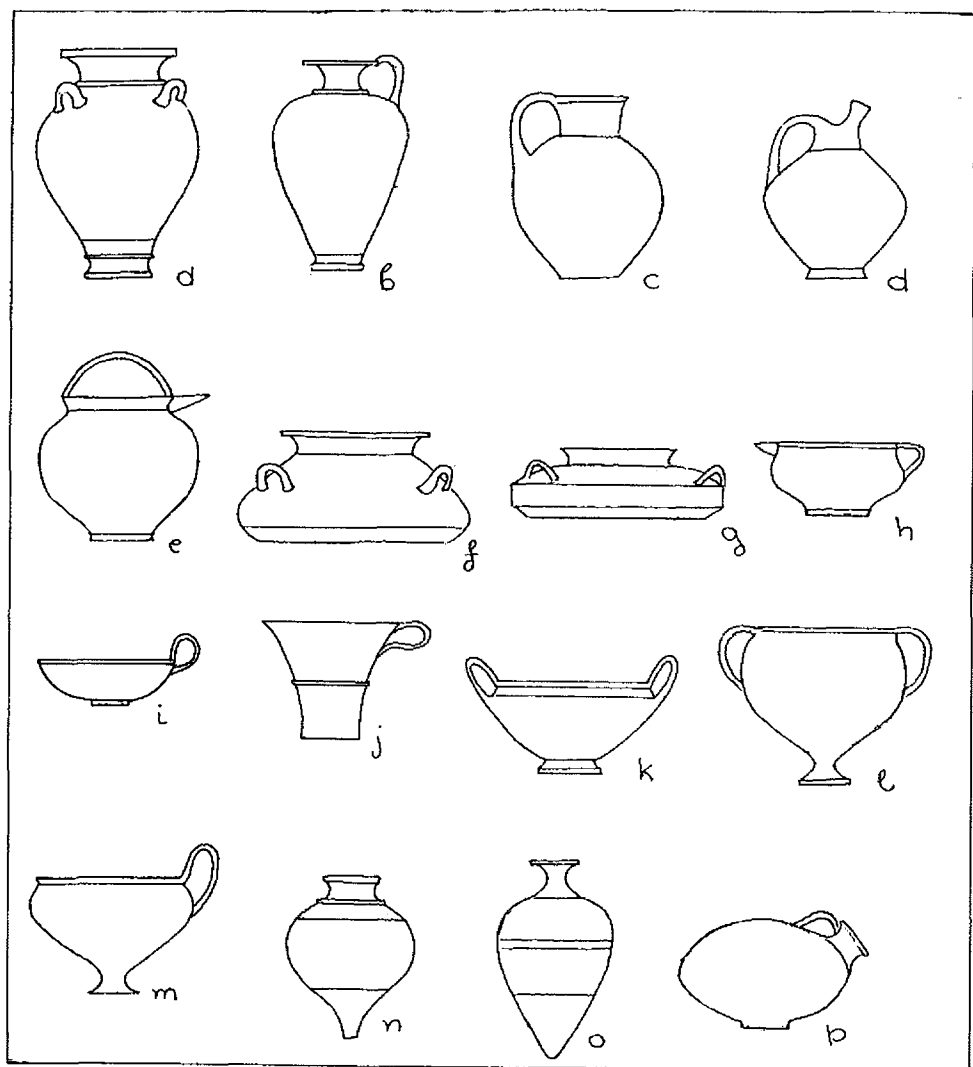
Los testimonios arqueológicos relativos a estas fases en lo tocante a cerámica, trabajos de escultura y talla, objetos metálicos diversos y glíptica son cuantiosos y ricos, correspondiendo, aunque con diferente intensidad, a todo el área de la Civilización Micénica. Su volumen y riqueza no son óbice, sin embargo, para que existan ciertas limitaciones y problemas que dificultan la evaluación correcta del desarrollo de estas técnicas y actividades en el marco de referencia. El origen funerario de la inmensa mayoría de estos objetos restringe el campo de documentación, no tanto en lo que respecta al adorno personal, que parece incorporarse totalmente a los ajuares de las tumbas, cuanto en lo tocante a cerámica, mobiliario y utillaje común. Por otra parte, si bien el conjunto de esta documentación y algunas piezas en particular muestran claramente un desarrollo de la artesanía local en los diferentes sectores señalados, se mantiene la dificultad de identificar con certeza los productos importados y, en algunos casos, incluso su procedencia, así como de establecer el papel desempeñado por los supuestos artesanos minoicos inmigrantes y las condiciones de transmisión de sus técnicas a los elementos locales, quienes, a su vez, son herederos de tradiciones propias y esclavos, como sus maestros extranjeros, de unos gustos imperativos que, a pesar de los influjos recibidos, no parecen coincidir del todo con los minoicos. Esta dialéctica entre la receptividad frente a lo minoico y el apego a lo propio se muestra muy compleja y plantea muchas veces problemas de interpretación, que se han ido resolviendo de forma más bien intuitiva. Ni siquiera se puede asumir como criterio distintivo cierto entre las piezas minoicas y las micénicas el de la temática, incluyendo entre estas últimas las de tema bélico, porque también en Creta aparece, aunque en grado menor, esa temática.

Sólo algunas conclusiones de tipo general parecen más o menos ciertas. Si descartamos las hipótesis de la rapíña de los micénicos sobre Creta y de la filiación minoica de los reyes micénicos, hay que admitir que estos reyes y personajes importantes adquirieron de los cretenses numerosos objetos de gran valor por vía de comercio o de intercambio de presentes. Y es prácticamente seguro también que artesanos minoicos de las más diversas especialidades desarrollaron su trabajo en territorio micénico y para clientes micénicos: al margen de los objetos muebles que sugieren tal origen, esta claro que la decoración de palacios y tumbas de tipo minoico no podría haber sido realizada de otro modo. Esta presencia minoica que se aprecia en el campo de la artesanía como en el de las concepciones arquitectónicas civiles o funerarias por todo el ámbito micénico ha llevado a conjeturar el establecimiento de comunidades cretenses en el territorio, atraídas por sus posibilidades comerciales y/o movidas a emigrar por las catástrofes sísmicas acaecidas en la isla.

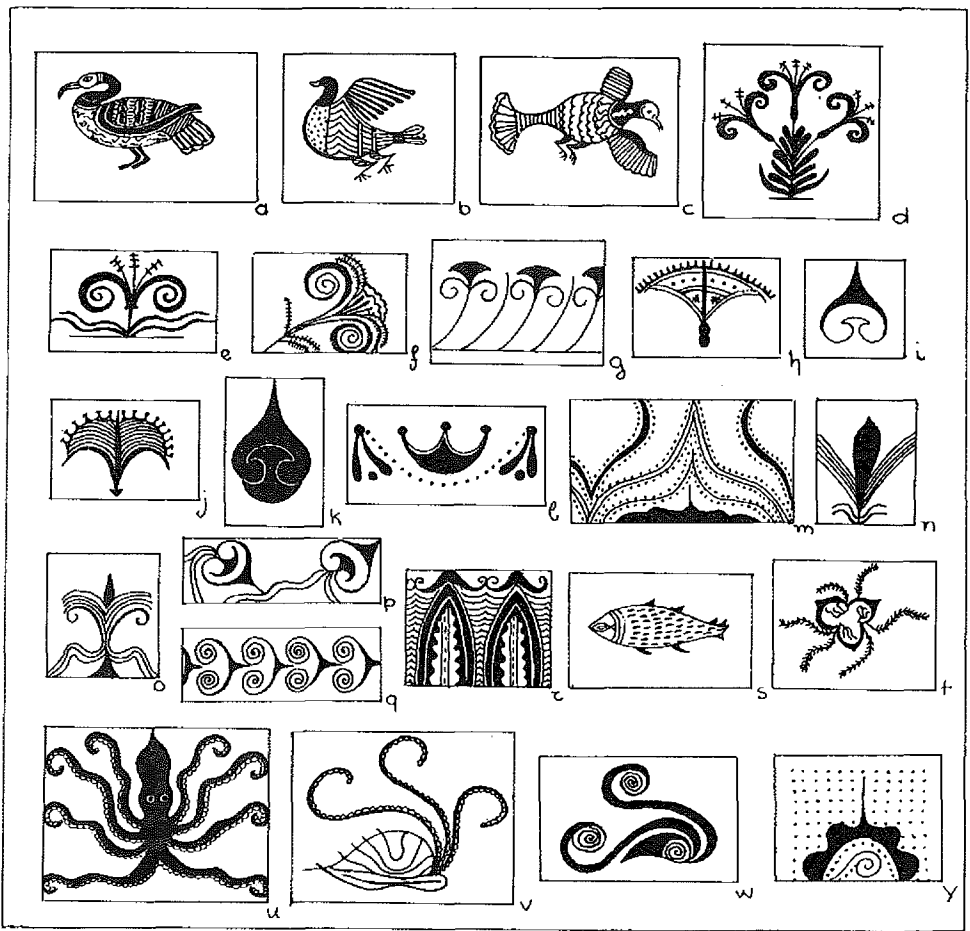
Es una realidad asimismo que los artesanos locales siguieron conservando en general sus tradiciones, aunque muy influidos por lo minoico; la confluencia de estos elementos diversos prepara el terreno para la producción del Micénico Reciente, que es marcadamente aglutinante, con un predominio de la componente minoica.

Cerámica

A lo largo de estos dos periodos se aprecia un proceso de convergencia de la cerámica continental respecto de la cicládica y minoica, que conduce a la llamada *koiné* micénica del Periodo Reciente. No existe en realidad una variedad nueva característica del Heládico Reciente: la pervivencia de los viejos estilos, las importaciones y las imi-



Formas de vasos del micénico medio (H. R. II), según N. Platon.

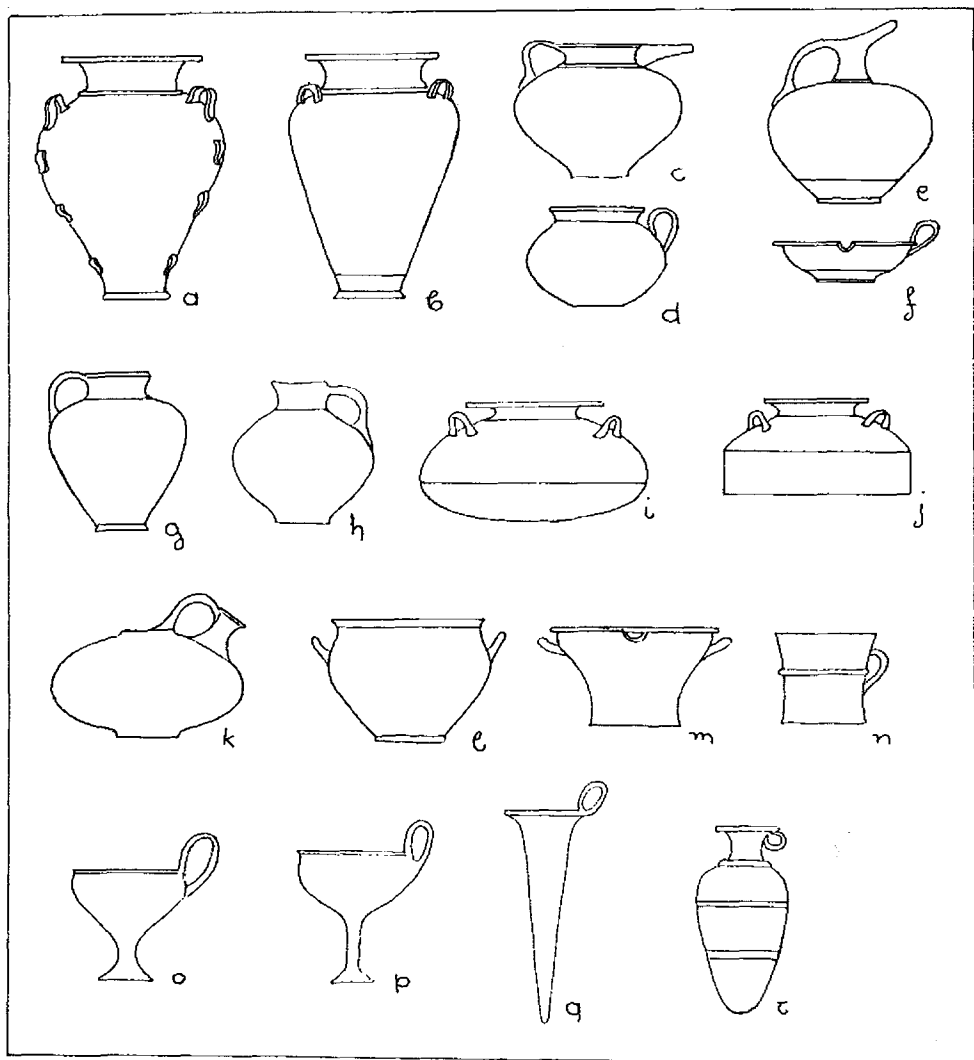


Motivos decorativos del micénico medio.

taciones permiten aglutinar elementos diversos, para llegar en la fase final al estilo micénico, que combina los aportes foráneos con los gustos continentales.

En primer lugar hay una pervivencia en la primera fase de la cerámica mesoheládica, tanto del tipo *minia* como del *mate*, que plantea a veces problemas de datación. Como ya se dijo más arriba, Nicolas Platon sitúa en la Época Micénica los ejemplares hallados en las tumbas de los círculos de Micenas, entendiéndolo que se pueden diferenciar de los mesoheládicos: los vasos *minias*, por la técnica, las formas y la decoración; los *mate*, por la imitación de prototipos cicládicos o cretenses de formas diversas y por la utilización de motivos vegetales o animales de esa procedencia. Ninguno de estos vasos se puede datar, a juicio de Platon, antes del 1600 a. de C., porque los que fijan la cronología son los cicládicos y los cretenses, no los mesoheládicos, cuya fase final es mal conocida.

Un segundo conjunto bastante más numeroso de ejemplares procedentes de las tum-



Formas de vasos del micénico antiguo (H. R. I), según N. Platon.

bas es el que corresponde a las *piezas importadas* de Creta (Minoico Reciente Ia-b) o las Cícladas (estilo de Tera-Phylakopi) reconocibles por su tipología de formas y decoración, así como por su técnica. La presencia de esta cerámica permite constatar que algunas tumbas de los círculos siguieron utilizándose después del 1500 a. de C.

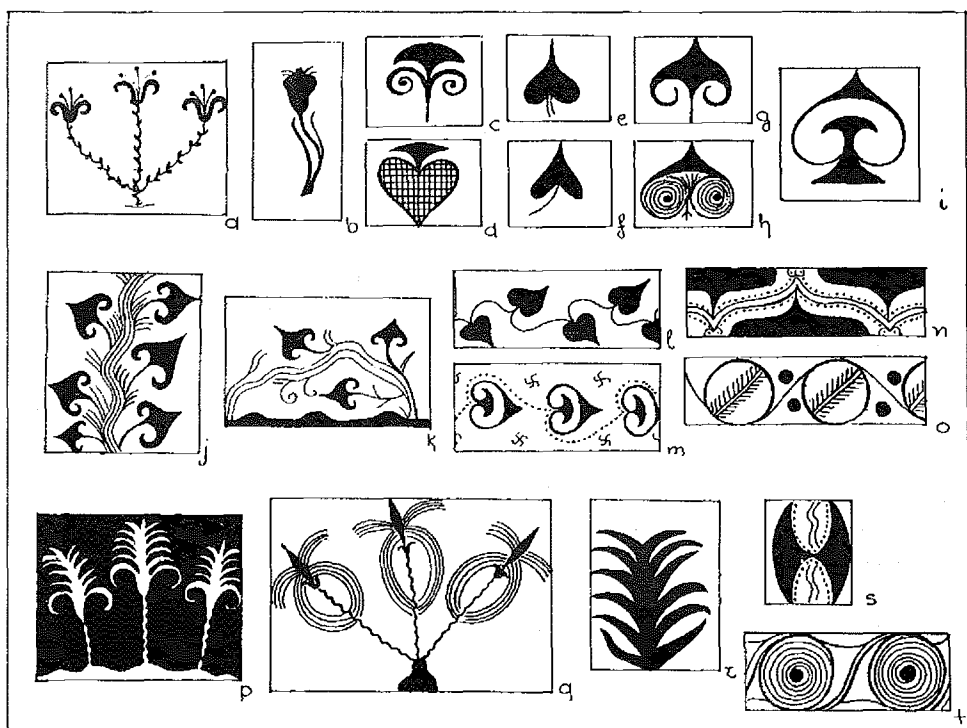
Finalmente, tenemos los vasos que *imitan los modelos minoicos o cicládicos* con un margen de libertad más o menos amplio. Se utiliza aquí la técnica cretense de barniz brillante y fondo claro, pero aparecen formas nuevas y hay una cierta evolución de los motivos. Estos tipos, que registran una producción abundante por todo el territorio micénico, son los que evidencian la evolución y el desarrollo de la época en el terreno de la cerámica.

Algunas tumbas, sobre todo de la región pilia, han proporcionado *figurillas de terracota* de factura grosera, que cuentan con paralelos en Creta. Constituyen un preludio de la producción del Micénico Reciente, aunque mal conocido porque no se han hallado depósitos de exvotos.

Trabajos de escultura y talla

Contamos con ejemplares de *vasos de piedra esculpidos* procedentes de los dos círculos funerarios de Micenas, que parecen importados de Creta o las Cícladas algunos de ellos, imitados, otros. Se trata de cálices o ánforas de alabastro semejantes a los hallados en esas áreas, así como de piezas realizadas en cristal de roca, entre las que destaca un bellissimo vaso en forma de pato procedente del círculo B y que se atribuye a un artista cretense. Los *tholoi* y las cámaras han proporcionado asimismo diversos tipos de vaso de piedra tallada con paralelos en Creta; y en un depósito cultural de Micenas fueron encontrados fragmentos de ritones en forma de cabeza de toro realizados en esteatita, que evidencian el mismo origen. La imitación de modelos cretenses se pone de manifiesto, en fin, en algunos utensilios de piedra, en todo caso raros, debido al incremento de la producción metálica.

El producto más peculiarmente micénico de todos los ejecutados en piedra es la *er-*



Motivos decorativos del micénico antiguo (H. R. I), según N. Platón.

tela sepulcral esculpida, que, según se dijo más arriba, no tiene paralelos en Creta, ni tampoco precedentes o continuidad en el continente, salvo en Micenas. Y ello a pesar de que las espirales entrelazadas, motivo característico de estas estelas, aparecen por doquier en el marco del Egeo; del mismo modo, el tema de la cacería o el de las luchas entre animales resultan familiares en el conjunto de las piezas halladas en las tumbas de fosa vertical. Sólo la representación del carro de guerra, frecuente en las estelas, constituye una novedad, aunque la caza en carros está representada en un anillo de oro hallado en el círculo A. Por otro lado, Platon ha cuestionado la datación de todas ellas en el Micénico Antiguo, considerando, por razones de técnica y composición, que sólo una pequeña parte son contemporáneas de las tumbas: la mayoría habría sustituido a las antiguas en la fase Reciente, cuando se acomodó el lugar para el culto y se construyó el círculo de piedra (ver *supra*).

La falta de paralelos foráneos y la singularidad de este tipo escultórico, que podría ser el más antiguo de Grecia, ha suscitado minuciosos estudios realizados por Karo, Heurtley y Mylonas principalmente, pero no se ha podido establecer de cierto ni su origen ni tan siquiera su verdadero significado; a lo que hay que sumar las objeciones relativas a su cronología.

Se trata de lajas de caliza bastante deleznable, estrechas, de un metro a dos de altura y lisas en la parte posterior. Sólo seis de las veintidós halladas (diecisiete en el círculo A y cinco en el B) se han conservado de un modo aceptable. Algunas parecen lisas, pero la mayoría presentan incisiones o grabados poco profundos. Dos de ellas, que son muy similares, ostentan una figura desnuda montada en un carro de dos ruedas de cuatro radios y sujetando las riendas de un animal de tiro; delante de éste se ve otra figura a pie. En la estela mejor conservada de las dos se aprecia una espada en la mano izquierda del auriga y otra de distinto tipo en la misma mano del otro personaje, que parece preceder en su marcha al carro. En cuanto al animal, la parte inferior es de un caballo, si bien en una de las estelas lleva una cola típica de león, mientras en la otra no se distingue con claridad, pero tampoco parece la de un équido. Otra estela muestra una figura análoga sobre un carro del mismo tipo, con un animal que no se puede identificar; por debajo hay un león y una cabra. Un fragmento muy mal conservado reproduce un carro de cuatro ruedas. Finalmente, hay una estela sin carro donde el motivo central es un animal —posiblemente un toro— atacado por dos leones erguidos sobre los cuartos traseros; una figura humana yace en tierra a un lado, en tanto que otra parece hacer frente al grupo con una espada.

La ejecución de los grabados es tosca, y se omiten los detalles del enganche del tiro, que, además, debería ser doble. Ello se ha atribuido a una falta de tradición, tanto en ese trabajo en piedra como en la representación de tal motivo. Por el contrario, el tratamiento de las figuras humanas y animales es de un gran dinamismo, que recuerda la decoración de las espadas. Las escenas que parecen de guerra han sido interpretadas, sin embargo, por Mylonas como carreras de carros en juegos fúnebres, debido a la falta de lanzas y a la carencia de escudo por parte de las figuras a pie. Es muy posible, con todo, que se trate de representaciones del difunto heroizado en el reino de los muertos, conducido tal vez por un animal fantástico, que sería de tradición oriental. La estela como tal apunta hacia ese origen, y, en concreto, el grupo de los dos leones atacando a un animal parece una representación del conocido motivo acadio, en el que se ha querido prescindir de la simetría, reinterpretándolo como una escena realista. Tanto si se atribuyen a la época de los círculos reales como si se fechan en la de la conversión en

santuario del círculo A, estas estelas podrían estar relacionadas con una forma de divinización de los reyes de Micenas.

Por lo que respecta a la *decoración escultórica de los Tesoros*, no sólo los motivos elegidos —captura de toros en el caso del de Atreo— sino también la técnica sugirieron a Evans la intervención de artistas cretenses. Las placas del Tesoro de Atreo constituyen un precedente de los posteriores tímpanos esculpidos de las puertas, en tanto que primeras muestras conocidas de escultura monumental; el techo en relieve de la cámara funeraria del tesoro de los Minias representa un género distinto, la decoración geométrica profusa, en el que se ha logrado una singular elegancia por medio de una combinación exquisita de tres motivos comunes: la roseta, la espiral entrelazada y el papiro.

Al lado de los trabajos en alabastro, cristal de roca o piedras comunes, se cuentan otros muchos realizados en madera, marfil o piedras finas, que muestran el aprecio de que gozaban estos objetos valiosos ya desde el Micénico Antiguo. Algunos son difíciles de datar, debido al largo periodo de utilización de las tumbas, que llega en algunos casos hasta el Micénico Reciente. La mayor parte de estas piezas parecen importaciones cretenses, otras son de realización local y otras encuentran paralelos en Ugarit, Meggido o Chipre. Abundan las *píxides*, los *mangos de puñal*, *espada* o *espejo* y los *peines*, realizados todos ellos generalmente en marfil o en madera con incrustaciones. Entre las piezas más destacables se cuentan una píxide de marfil hallada en la acrópolis de Atenas, donde se representan grifos atacando a ciervos y cabritos; un peine decorado con animales luchando y gatos salvajes atacando a patos, que fue hallada en Myrsinochori (Mesenia Occidental); o una píxide micénica que representa a un príncipe o rey con una esfinge.

Apenas hay figuras completas en *bulto redondo*, como la mujer vestida con atuen-



Placa tallada en marfil procedente de Micenas. Nótese la composición heráldica de las figuras así como la afiliación de los motivos representados.

do minoico que procede de Prosymna (Argólide); abundan, sin embargo, las cabezas de guerreros con un casco similar a los revestidos con hileras de dientes de jabalí. Y son numerosas las placas talladas, algunas en marfil, que decoraban objetos diversos fabricados posiblemente en madera y, por tanto, desaparecidos.

Objetos metálicos

Este sector de la producción artesanal es uno de los que más evidencian la influencia minoica sobre el continente. Armas, cinturones, diademas, alfileres, placas de garantía, herramientas y vasos se distribuyen por las tumbas reales de los centros de poder micénicos desde la Argólide hasta Laconia y Mesenia, así como al norte del Istmo. También en este tipo de producción podemos distinguir grosso modo entre objetos importados, realizados por artistas cretenses para clientes micénicos e imitados fielmente a partir de modelos minoicos por artistas locales. Como obras notables destacan los *ritones*. El más conocido, procedente del círculo A, es el de cabeza de toro, realizado en plata, salvo los cuernos, el hocico y la roseta en la frente, que son de oro; tiene su correspondencia en ejemplares cretenses de piedra, como el famoso de Cnosos labrado en serpentina, o el de Zakros, en clorita. De la misma procedencia es el de forma de león, en oro, que también se asemeja al ritón de mármol en forma de cabeza de leona, de Cnosos. Estos vasos, como el que representa a un ciervo con toda su cornamenta, podrían haber sido importados, aunque su mayor abundancia en metales preciosos, en comparación con las piezas minoicas, sugiere quizá que fueron realizados en la propia Micenas.

Pero la pieza más sugerente es el fragmento del ritón cónico de plata, con pico, asa y pie de bronce recubiertos de oro, conocido como *del Asedio*, procedente también del círculo A. Representa una escena de guerra —lo que ha sugerido a algunos su fabricación en Micenas—, realizada, sin embargo, con un estilo cretense. En lo poco que, por desgracia, se conserva de él aparece en repujado una ciudad con sus casas y su muralla, desde la cual las mujeres contemplan el peligro, mientras que fuera hacen frente al mismo a la desesperada guerreros con lanza y escudo, arqueros y honderos. Se trata de una de las más antiguas representaciones del tema del asedio, que llegó a alcanzar después tanto favor entre los asirios y los egipcios. Pero el paralelo más cercano en cuanto a composición, técnica de miniatura y escenario, aunque no haya en este caso combate ni muertos, es el *mosaico del Pueblo* o *del Asedio*, procedente de Cnosos, que es protopalacial. También se asemeja a este ritón en el tratamiento del mar un fragmento de vaso de esteatita, de Cnosos, ligeramente posterior.

El *ritón del Asedio* ha llamado poderosamente la atención de los historiadores, en la medida en que podría constituir un documento de excepción relativo a las actividades de los reyes de Micenas en esa época. Es muy aventurado, sin embargo, suponer que el monarca inhumado en la tumba IV del círculo A hubiera encargado la representación en el vaso de su ajuar funerario de una hazaña realizada en vida, o, en general, cualquier asociación de la pieza con un hecho real y concreto; el grado de conservación de la misma no permite ciertamente establecer puntualizaciones. Lo que sí parece verosímil es que la situación evocada resultara familiar en el marco del Egeo de esa época. La ciudad representada está a la orilla del mar, tiene olivos y, aunque sus casas son de tipo minoico y se aprecian en un fragmento unos cuernos de consa-

gración, cuenta con una muralla, luego no debe de ser cretense; y tampoco parecen tales sus habitantes, desnudos como están, medio rapados y sin armas ofensivas ni defensivas de calidad. Sólo una figura, que podría ser la de uno de los asaltantes, en el borde inferior del fragmento más grande, lleva un casco de penacho del tipo de los de dientes de jabalí, mientras que a los lados de las asas del vaso aparecen aplicaciones en forma del típico escudo en ocho. Es posible, pues, como sugiere Vermeule, que la ciudad atacada pretenda ser uno de los poblados de pescadores que abundaban en las Cícladas y en las costas continentales, y que la representación tenga un carácter atemporal, con una utilización libre de los motivos por parte del artista. No hay indicios de que los reyes enterrados en las tumbas de fosa vertical protagonizaran ya empresas ultramarinas como los de las etapas posteriores, de modo que los supuestos atacantes podrían haber sido minoicos, aunque quizá contaran con elementos micénicos. También es posible, sin embargo, que el vaso se haya realizado en la propia Creta, lo mismo que el mosaico que quizá le sirvió de inspiración. No hay que excluir del todo la existencia de temas de guerra en Creta, por más que sea innegable el especial atractivo que tenían tanto éstos, como los de caza, para los habitantes del área continental. La misma tumba IV del círculo A ha proporcionado un fragmento de vaso de plata donde se representa a guerreros con escudos en ocho, túnicas cortas y lanzas, combatiendo sobre un suelo montañoso.

Otros vasos de oro tienen menor trabajo artesanal: aparecen lisos, o bien decorados con acanaladuras, arquerías o a base del difundidísimo motivo de las espirales entrelazadas. También se encuentra en este tipo la decoración animal. Mención aparte en el conjunto de los ajuares de los círculos merece la copa de oro en forma de cáliz que Schliemann llamó *de Néstor*; los dos pajarillos posados sobre las asas en actitud de beber recuerdan el pasaje de la *Ilíada* (11.632 y ss.) donde se registra, entre las pertenencias que había llevado consigo a Troya el rey de Pilos, una gran crátera, probablemente de bronce, sembrada de clavos de oro y con cuatro asas, en cada una de las cuales se hallaban, como dispuestas para beber, dos palomas de oro. El ejemplar micénico tiene un hermoso diseño, pero una elaboración tosca; posiblemente se trate de una creación local a partir de un prototipo muy difundido.

A los ejemplares de vasos de oro hallados en las tumbas de los círculos funerarios de Micenas hay que sumar los del *tholos* de Peristeria, en Mesenia, que parecen sincronizables con ellos. Ligeramente posteriores, es decir del Micénico Medio, son los bellísimos *vasos del tholos laconio de Vafio*. Si no se debieron a la mano de un artista minoico, constituirían la mejor prueba de la transferencia de estas artes llevada a cabo desde Creta al continente. Se trata de dos piezas primorosamente trabajadas, a base de una hoja interior lisa y de otra exterior repujada; la forma es el tipo local que se encuentra en ejemplares de piedra o cerámica, de donde se deduce en todo caso que fueron realizados en la zona. El motivo —la captura de toros salvajes, posiblemente para las tauromaquias rituales— y las figuras humanas son cretenses. En cuanto a la composición, el movimiento y los detalles de ejecución, demuestran una técnica poco menos que insuperable. En uno de los casos aparece un paisaje rocoso lleno de olivos, donde un hombre engancha con una cuerda la pata de un toro que ha sido atraído utilizando una vaca como cebo; en el otro, cuyo paisaje incluye, además de los olivos, palmeras datílicas, que se daban tal vez en Creta, el toro ha quedado trabado en una red tendida entre dos árboles, no sin antes cornear a uno de los cazadores y derribar a su compañero. Las siete representaciones del animal, macho o hembra, constituyen un es-



Vaso de oro del *tholos* laconio de Vafio.

tudio prodigioso de sus actitudes y movimientos, con un tratamiento anatómico de excepción. Sólo una tumba real podría haber contenido posiblemente unas piezas tan valiosas, que, además, forman parte de un conjunto donde se aprecian otras muy ricas, entre ellas vasos de plata con el borde dorado, y un gran brasero de plata.

Un *tholos* de Dendra, en la Argólida, también real, ha dado asimismo hermosos vasos de oro en forma de taza y repujados; uno de ellos lleva motivos marinos idénticos a los que aparecen en la cerámica minoica contemporánea. Entre el ajuar de una sepultura femenina de la misma procedencia se encontró un vaso del tipo *phiale*, de oro por dentro, y por fuera de plata; la cara exterior lleva una serie de bucranios en oro y nielado. Su mayor importancia reside en que cuenta con una pieza paralela hallada en una tumba de Enkomi (Chipre), coincidente en forma, tamaño, diseño de las asas y decoración en oro y nielado sobre plata; la disposición de los bucranios es igualmente similar, variando tan sólo la parte más baja de la panza, que en el ejemplar chipriota ostenta una cenefa de arquería y rosetas, mientras el de Dendra se completa con un motivo mucho más simple. No cabe sino pensar que proceden de un mismo taller.

Son muchos también los vasos de plata de diversas formas y decoración sencilla que nos han legado las tumbas de fosa vertical de Micenas. Y muchos los de bronce, en general los más grandes y pesados. Este último sector de los ajuares funerarios, muy valioso también, por cuanto que el bronce no dejaba de resultar caro, tiene su contrapartida en los demás enterramientos donde se han podido hallar objetos de oro y plata.

La lámina de oro repujada aparece asimismo en las tumbas reales de Micenas en forma de incontables placas y discos, cuyo borde agujereado ha hecho suponer que se cosían a los vestidos; alguno de esos difuntos parece haber sido enterrado, de hecho, totalmente cubierto de oro. En estas piezas se encuentra la decoración en espiral o en círculos concéntricos, pero son más frecuentes los motivos animales, como la mariposa o el octopo, la esfinge o el grifo, los bucranios, etc... En general predominan los temas de filiación minoica, aunque no deja de aparecer el tratamiento antitético de animales, que encuentra sus raíces en Anatolia o el Próximo Oriente. La tumba V del círculo A ha proporcionado un juego de placas rectangulares, probable decoración de una píxide exagonal de madera. La lucha del león con toros y cérvidos tratada de forma caprichosa constituye el motivo principal alternando con las espirales entrelazadas.

Las *joyas* propiamente dichas son otro capítulo ilustrativo de la suntuosidad de los primeros enterramientos: pendientes, collares de perlas con piezas en forma de animales, diademas, brazaletes, sortijas, alfileres para el cabello y los trajes, etc... El oro, la plata y la combinación de ambos metales son los materiales utilizados para una elaboración donde se emplean las técnicas más variadas conocidas en la época.

Algunas de estas piezas son extremadamente frágiles, lo que sugiere que fueran realizadas para uso funerario específico. Por otra parte, el principio del *horror vacui* que preside el diseño decorativo de muchas de ellas, así como de las placas y discos mencionados en el punto anterior, ha aconsejado su atribución a artistas locales, aunque este criterio no excluye la intervención de manos cretenses. No es fácil en general establecer la procedencia de estos objetos porque no hay modo de encontrar criterios ciertos al respecto. La calidad en el diseño y en la ejecución es muy variada, hasta el punto de que a veces se ha trabajado el oro en una forma más bien grosera.

Todos estos adornos funerarios han sido hallados por igual en los dos círculos de Micenas y en el recinto de Peristeria, si bien el volumen de riqueza acumulado en cada una de las tumbas es variable. Se vuelven a encontrar asimismo en los enterramientos en *tholos* de la segunda fase localizados en Micenas, Prosimna, Midea y otras regiones del área micénica.

Las mejores *armas* de la fase primera proceden de las tumbas del círculo A. Destacan las espadas largas con una nervadura de refuerzo a lo largo de la hoja, en arista o redondeada. La técnica de laminado y forja es de gran eficacia. La empuñadura, que se fijaba a la hoja por medio de remaches, solía recubrirse con láminas de oro decoradas por incisión; el pomo, de terminación cónica o abombada, se guarnecía del mismo modo, o bien era de marfil o piedra fina, siempre con decoración. Existe también una espada más corta, cuya empuñadura suele ser la prolongación de la hoja, con un revestimiento de marfil o madera fijado a base de remaches dorados. Finalmente aparece el puñal o daga, que sólo en el caso de un hermoso ejemplar procedente de un *tholos* de Pilos ha conservado la empuñadura: una lámina de oro repujada y salteada de remaches recubre uniformemente el pomo, la empuñadura y el comienzo de la hoja. Con frecuencia la hoja iba decorada en sentido longitudinal por un friso en el que se acomodan a veces escenas muy variadas, mientras otras se recurre a la repetición de un mismo motivo. Este decorado se realizaba por incisión, grabado o bien incrustación de oro, plata o electro sobre fondo nielado, en una cinta metálica que era soldada después a la hoja en una acanaladura diseñada para este fin. Los ejemplares más bellos dentro de esta técnica son los puñales que proceden de la tumba V del círculo A de Micenas: en uno se representa la cacería del león por un grupo de lanceros con escudos en torre y en ocho, y un arquero; en el otro aparece la caza del pato salvaje por el leopardo junto a un pantano poblado de papiros. También en el *tholos* de Vafio fue hallado un puñal con la representación de un pantano. Leopardos cazando es el motivo del puñal de Pilos mencionado más arriba, así como de otro puñal similar procedente de la tumba IV del círculo A de Micenas. Un ejemplar de Prosimna, mucho más sencillo, lleva en cambio delfines; y también hay espadas del círculo A en que la placa decorativa de la hoja se ha rellenado de espirales o combina la espiral con una serie de escudos en ocho.

Incluso las puntas de las lanzas, que eran muy largas, podían llevar decoración. Éstas y las de flecha abundan en todas las tumbas, que contienen también, por lo común, objetos destinados al arreglo personal. Las herramientas propiamente dichas, es decir,

hachas, tijeras, hoces, sierras, etc..., en su calidad de instrumentos artesanales, escasean en las tumbas reales, aunque no dejan tampoco de aparecer.

Glíptica

Al igual que en Creta y el Próximo Oriente, los sellos, en sus diferentes versiones, constituyen, por su rica y variada decoración figurativa, por su dispersión en todo el ámbito espacio temporal de referencia y, en definitiva, por su elevado número, una de las parcelas de la documentación arqueológica que mejor ilustran el período que estudiamos. Es una verdadera lástima que no podamos interpretar correctamente el contenido de las representaciones y su funcionalidad, porque parece evidente que en esas páginas gráficas está encerrado mucho de lo que ignoramos sobre la cultura no material de estas fases y que no podemos, desde luego, dilucidar a partir de otras fuentes.

Resulta muy difícil, sin embargo, el tratamiento metodológico de estas piezas cuando se pretende utilizarlas como documentos históricos. Las conexiones con Creta y con el Próximo Oriente son aquí tanto o más intensas que en otras ramas de la artesanía, pero se muestra problemática cualquier clasificación, a falta de criterios ciertos. Se entiende, en general, que la preferencia por los temas bélicos y la tendencia al hieratismo y a la simetría en la composición presuponen una menor relación con Creta, pero estos rasgos no permiten distinguir entre lo micénico y lo influido por el Oriente, que, por cierto, también podría venir de Creta. Hay escenas de contenido religioso claramente minoicas que podrían conferir a esos sellos un valor documental con respecto a la minoización de la religión micénica; sin embargo, también aparecen símbolos orientales de carácter religioso, y difícilmente podrían llevarnos a una conclusión paralela. Se plantea por tanto aquí el consabido problema metodológico de establecer el verdadero valor documental de los objetos ornamentales o suntuarios con mensaje religioso hallados en contextos donde resultan, en principio, exóticos: su circulación puede estar determinada por su valor de cotización desde el punto de vista artístico y de los materiales que los integran. Y a todo ello hay que añadir nuestras limitaciones en la lectura de los símbolos religiosos y en la interpretación de rituales y escenas divinas. Casi nos tenemos que contentar, por tanto, con hacer inventario de los motivos.

La inmensa mayoría de los sellos procede, claro está, de las sepulturas. Constituyen anillos sigilares, o bien aparecen sueltos, en cuyo caso adoptan las formas más variadas: prismas de tres caras curvas, cilindros aplastados, cuerpos amigdaloides, lenticulares, ovoides o fusiformes; sin faltar el cilindro puro o el escarabeo, típicos del Oriente y de Egipto, respectivamente. Estos sellos se utilizaban como colgantes, formando collares o como brazaletes. Son frecuentes los ejemplares realizados en esteatita con grabados poco cuidados o excesivamente esquemáticos, que debían de resultar baratos, pero se cuentan también numerosas obras maestras de la miniatura, realizadas en piedras preciosas o semipreciosas, en piedras menos finas recubiertas de oro, o en metales preciosos.

La colección procedente de los círculos funerarios de Micenas presenta por sí misma una gran variedad. Uno de los mejores sellos, hallado en la tumba IV del círculo A, reproduce una escena de combate de extraordinaria movilidad, con guerreros provistos de casco de penacho, escudo de torre, lanza, espada y puñal; es una de las escenas típicas, como también lo es la de caza, donde se documenta el carro. Contamos así-

mismo con una serie de tipo religioso, que ofrece escenas varias —de adoración, de sacrificio, de rituales o de simple representación de la divinidad. Entre las de motivos animales hay mucha variedad de tipos: la vaca amamantando al ternero parece realista, pero se encuentran esfinges y grifos, cabezas de toros o leones y animales antitéticos. Mención especial merece un sello de la tumba gamma del círculo B, con una cabeza barbada que podría ser un retrato. Los mismos tipos se encuentran en Tirinto, Midea, Prosimna y en numerosas partes de la Grecia Central y el Peloponeso. Las sortijas solamente doradas cubren toda el área micénica durante los períodos Antiguo y Medio, con un límite norte que incluye el sur de Tesalia.

En el conjunto de los sellos propiamente dichos destaca la treintena que formaba un collar incorporado al ajuar de la rica tumba de Vafio; constituye por sí misma una antología de motivos. Las tumbas en tholos y las talladas de Micenas también han aportado series muy valiosas, y lo mismo cabe decir de las de Midea y de los conjuntos funerarios de Mesenia.

LAS FORMAS DE VIDA Y ORGANIZACIÓN EN EL MICÉNICO ANTIGUO Y MEDIO

La naturaleza de la evidencia correspondiente a estas dos primeras fases del Período Micénico no permite establecer casi nada en relación con la cultura no material; y ello no sólo por la falta de fuentes escritas directas o indirectas sino debido también a la procedencia casi exclusivamente funeraria de la documentación arqueológica. Una limitación muy importante en este sentido constituye, en fin, nuestra incapacidad de evaluar de un modo cierto el grado de impregnación minoica; incapacidad mucho mayor en este terreno de lo que lo es en el de la cultura material. Porque, aun en el caso de que admitiéramos que los productos minoicos consiguieron eclipsar totalmente a los de tradición local y que el área micénica se convirtió en una segunda Creta, sin más peculiaridades que las que podríamos llamar regionales, no por eso estaríamos en condiciones de reconstruir el modo cómo y el grado en que las poblaciones mesoheládicas, cuya idiosincrasia era por filiación étnica muy distinta de la cretense, llegaron a experimentar una colonización cultural en la esfera de las creencias religiosas, las instituciones sociales y políticas, y los demás aspectos de la vida cotidiana.

La tercera fase, que es la llamada con mayor propiedad Micénica y la que conocemos mejor, evidenciará una aculturación de origen minoico, asumida por un soporte poblacional que conserva elementos y formas ancestrales de cultura y que ha podido acrisolar también otras influencias foráneas no minoicas. Los Micénicos de la fase Reciente aparecen muy distintos de los Cretenses hasta donde nos es posible reconstruir su cultura y los rasgos de su personalidad étnica, pero esa imagen que proyectan en la Historia no permite vislumbrar las fases precedentes. Es posible que la minoización de estas fases no pasara de ser un barniz superficial recibido de buen grado por las élites, en tanto que signo de distinción social, aunque fuera calando paulatinamente hasta capas más bajas de la población; como también es posible que la impregnación resultara inicialmente muy intensa y profunda, y que luego se produjera una reacción del sustrato cultural, a través de la cual se revitalizaran elementos y factores de la propia tradición que hubieran resultado eclipsados. La difusión de la cultura minoica en el territorio micénico ha podido seguir diferentes modelos teóricos, que no se pueden contrastar porque sería preciso antes que nada saber cómo tuvo lugar el establecimiento

de los elementos colonizadores y cuáles fueron las relaciones de éstos con las poblaciones mesoheládicas. Lamentablemente carecemos de documentación arqueológica sobre colonias cretenses en el continente, a diferencia de lo que ocurre en las islas del Egeo; y tampoco se aprecia un reflejo de esa supuesta colonización en el conjunto de las tradiciones legendarias de época histórica, a no ser en algún caso excepcional de interpretación muy discutible.

Ante tales dificultades hay que ser muy cautos en la reconstrucción del Mundo Micénico en sus primeras fases y admitir que casi nada sabemos de él. Aunque es mucho lo que se debe al trabajo de Nicolas Platon sobre el conjunto de la Civilización Egea, difícilmente se le podría seguir en ciertos aspectos de su reconstrucción histórica: se adhiere en demasía a las tesis de Evans, a pesar de que no deja de reconocer la penuria de testimonios y las limitaciones con que se enfrenta a priori el historiador en este caso. No creemos, por ejemplo, que se pueda afirmar que en lo concerniente a la *organización social* no existe ninguna diferencia sensible entre la Grecia Micénica y Creta, o decir que las clases sociales debían de ser las mismas, o, en fin, referirse a una clase de colonos cretenses. En nuestro precario nivel de conocimientos no podría hacerse sensible diferencia social alguna, lo cual no significa que no pudiera existir e incluso ser importante. Habría semejanzas, sin duda, en la medida en que los modelos económicos parecen haber llegado a ser paralelos y en la medida en que en ambas áreas existían, según parece, pequeñas unidades políticas soberanas de un tipo monárquico, pero el sustrato poblacional era muy distinto en su origen, y es posible que el tejido social también lo fuera.

Nada sabemos al respecto, porque nada sabemos sobre relaciones de dependencia entre los distintos elementos sociales o sobre el tipo de vinculación de los reyes con el resto de la población. Pensar que la presencia minoica en el continente había logrado transformar la estructura social de sus habitantes, homologándola a la de Creta es, por principio, una pretensión abusiva. La constitución de una clase social de carácter sacerdotal y de una clase de guerreros distintas de lo que podríamos llamar la nobleza no se puede deducir tampoco para las primeras fases a partir de la documentación arqueológica con que contamos.

No menos difícil resulta reconstruir las *formas políticas*. Está claro que había reyes y jefes locales, pero nada sabemos sobre las relaciones entre las distintas unidades de poder político. Tampoco conocemos el verdadero carácter de la monarquía, porque ignoramos cómo llegó a formarse. En la etapa micénica reciente los poderes reales tenían presumiblemente una cierta limitación, debido a la existencia de un consejo aristocrático y de una asamblea de guerreros, lo que perpetuaría de un modo u otro el arquetipo político de los pueblos indoeuropeos; es de suponer, en tal caso, que esos órganos no hubieran dejado en ningún momento de existir, pero ello no implica que sepamos cuál era su participación en el poder y su verdadera importancia. La promoción de la figura del rey que evidencian las tumbas de fosa vertical ha podido dejar en suspenso los otros poderes, rehabilitados tal vez después con el desarrollo de las actividades bélicas correspondiente a la última fase. La naturaleza de la institución regia y la estructura social podrían aclarar este aspecto, si en verdad las conociéramos.

El panorama *religioso* es igualmente enigmático y más difícil de interpretar, si cabe, debido a la capacidad de asimilación de elementos diversos en forma aglutinante que tiene la religión. La presencia de los cuernos de consagración, de la doble hacha y de otros signos también minoicos, aunque no en exclusiva; las representaciones de divi-

nidades y démones de apariencia cretense, y el hallazgo, en fin, de objetos de uso ritual de la misma procedencia sugieren una fuerte penetración de las creencias y las formas de culto minoicas. Es posible que haya ocurrido así, en efecto, ya que, por un lado, ambas regiones contaban con un sustrato prehelénico más o menos común, y, por otro, el soporte ideológico, que, según todos los indicios, proporcionaban a la realeza algunos aspectos de la religión minoica, ha podido favorecer la recepción de esos elementos en los centros de poder micénicos; sin olvidar la capacidad de propagarse que tienen determinados aspectos religiosos exóticos cuando encuentran unas condiciones sociológica y/o psicológicamente favorables. Sin embargo, hay que ser prudentes a la hora de establecer conclusiones sobre el trasvase de la religión minoica a las comunidades continentales. El bagaje religioso de los pueblos indoeuropeos era bastante distinto del de los grupos prehelénicos del Egeo, y las etapas subsiguientes de la historia griega demuestran que funcionó como componente dominante. Por otra parte, durante el Heládico Medio había tenido que producirse la integración de ese aporte religioso con el estrato correspondiente a las poblaciones indígenas. La asociación de las diosas peninsulares con pájaros o serpientes no es rara, pero podría pertenecer al sustrato local y no ser importación cretense. No hay que dejarse llevar excesivamente por los elementos materiales, que pueden resultar engañosos. Así, por ejemplo, no parece que los juegos de toros, que a buen seguro constituían en Creta un ritual religioso, hayan sido trasplantados al continente, y, sin embargo, sí se encuentran representados en la glíptica, al margen de otras frecuentes utilizaciones del motivo del toro en objetos diversos.

El aspecto de la religión mejor estudiado es, en principio, el funerario, aunque sólo lo conocemos en aquello que revelan los enterramientos. Los cadáveres se inhumaban, no se incineraban, al igual que había ocurrido en la fase anterior. No parece que la finalidad de su enterramiento haya sido la conservación del cuerpo, porque no se momificaban si embalsamaban, y, por otra parte, están documentados, como en Creta, los cenotafios, destinados, es de suponer, a aquellos muertos cuyos cadáveres no habían podido ser recuperados. Se ha constatado asimismo que las osamentas eran desplazadas a un rincón de la sepulturas para dejar sitio a nuevas inhumaciones. En realidad, todos los enterramientos deben de haber sido familiares: no sólo los tholoi y las cámaras; también las fosas verticales.

En tumbas de distintos tipos han sido hallados restos de ataúdes o sarcófagos de madera; probablemente las máscaras funerarias encontradas en los círculos de Micenas —la de oro, llamada de Agamenón, y la de electro— habían sido aplicadas a sarcófagos antropoides. Diademas, pendientes, alfileres, cinturones y otros objetos de adorno personal, pertenecientes en vida al difunto o realizados para la ocasión, engalanaban el cadáver. Así también armas primorosamente trabajadas, y posiblemente escudos. Han aparecido a veces restos de animales, que suelen ser perros o caballos, tal vez sacrificados o enterrados en vida para que acompañaran al que había sido su señor. El ajuar se completaba, en fin, con vasos de uso ritual, como son los ritones, pero también con piezas domésticas. Alimentos y bebidas eran depositados cerca del difunto.

Todos estos detalles indican que la atención prestada a los muertos iba más allá del simple acomodo del cadáver; era un verdadero servicio a la persona del difunto. Posiblemente se creyera que los muertos sólo alcanzaban su morada definitiva en la eternidad si se habían realizado determinados rituales funerarios que facilitaban su camino hacia la misma; y que, hasta que desaparecía, el cuerpo era aún una parte del difunto capaz de consumir alimentos y desplegar una cierta actividad. Con respecto a

los objetos de uso personal, cabe suponer que se introducían en las tumbas porque se consideraban como una pertenencia intransferible del inhumado, que era preciso amortizar, y no porque se creyera que iban a ser utilizados. En cuanto a la construcción sólida de las tumbas y su sellado, debía de servir para garantizar su inviolabilidad, más que para evitar que el difunto pudiera acceder de nuevo al mundo de los vivos y atormentarlos. Algunas tumbas han conservado huellas de la celebración de un banquete funerario durante el entierro, símbolo quizá de la confraternización del grupo familiar al margen de la muerte y del tiempo.

Es difícil determinar hasta qué punto la utilización del tholos como sustituto de la fosa vertical implica un cambio en las creencias de ultratumba. No se aprecian diferencias significativas en lo que hace al enterramiento en sí, ni al ajuar, entre los tholoi y los círculos; de modo que el tholos podría no ser más que una forma de protección de las tumbas. Tampoco es seguro que la decoración interior estuviera destinada a crear un ambiente para el supuesto disfrute de los difuntos. Eran lugares de penetración y celebración de rituales cada vez que se producía un nuevo enterramiento, de suerte que esa decoración podría justificarse en razón de que el tholos se contaba de hecho entre las dependencias utilizables por los vivos. A pesar de que la decoración interior de la bóveda, en casos como el Tesoro de Atreo, puede haber pretendido una semejanza con el cielo estrellado, es decir la bóveda celeste, no hay indicios en el sentido de que el tholos haya representado el centro cósmico con vistas a la comunicación con la divinidad, pero también es verdad que difícilmente habrían podido quedar testimonios de tales creencias, dada la naturaleza de los testimonios que aquí manejamos.

Una tumba en tholos de Dendra, que resultó ser un cenotafio, contenía menhires en representación de los cuerpos ausentes, así como un bothros lleno de huesos de animales; otro vacío, que se ha supuesto destinado a derramar la sangre de las víctimas; y un tercero, con objetos de bronce. Platon observa la posible relación de estos elementos con el pasaje de la *Odisea* en el que se evoca a los difuntos derramando sobre una fosa la sangre de las víctimas degolladas.

El desplazamiento de los restos más antiguos en las tumbas de los círculos para acomodo de nuevos difuntos parece indicar que en esas primeras fases del Periodo Micénico no existía el concepto de la heroización de los reyes muertos; tal idea podría haber sido asumida en la fase final, si, como se cree, el círculo A se convirtió en un santuario.

Sobre la vida cotidiana en los centros micénicos de esta época sabemos realmente poco. Al igual que las sepulturas en *tholos*, los palacios, construidos tal vez en la segunda fase, incorporaron, como se dijo más arriba, el prototipo minoico. Los vestidos femeninos y masculinos seguían la moda cretense, y cretenses eran también las armas: los escudos en forma de torre, utilizados al mismo tiempo que los de forma de ocho, los puñales y las espadas. Había, pues, una gran receptividad ante los productos santuarios y las formas minoicas de cultura material, pero ello no significa necesariamente que las costumbres y los modelos de comportamiento social hubieran sido también asimilados, entre otras cosas porque nos falta evidencia para evaluar el grado de generalización a los distintos sectores de la sociedad y a las áreas alejadas de los palacios, de la impregnación minoica. Todo lo que se revela como minoico era en general costoso en materiales y mano de obra, de modo que sólo podría resultar accesible a una exigua minoría, sobre todo si tenemos en cuenta que no existía, como en Creta, una tradición artesanal en los diferentes sectores. Es probable que el común de las gentes siguiera

viviendo como antes y vistiendo como antes; la fascinación que sin duda ejercía sobre ellos la apariencia ostentosa de las élites debió de contribuir a afianzar la cohesión política de las unidades de poder, favoreciendo la consolidación de los reinos y dinastías, y propiciando así el desarrollo de la última fase.

En estas primeras etapas hubieron de recibir un impulso, gracias a las disponibilidades económicas y a los contactos con Creta, las diversas actividades en las que se fundamenta el auge de los centros micénicos en el Periodo Final: la guerra, la navegación, la producción artesanal y el comercio.

La guerra y la caza eran habilidades ancestrales de las poblaciones micénicas practicadas por todos sus miembros varones en edad adecuada. Sin embargo, la creación de unidades políticas amplias y la disponibilidad de un armamento a la vez eficaz y costoso, contribuirían a polarizar esas actividades en unos elementos determinados de la sociedad, creando sectores improductivos, pero especializados en la defensa, que practicarían también la caza, en especial la del jabalí, que era la más peligrosa. La frecuente representación del tema de la cacería de leones e incluso leopardos resulta un tanto enigmática. Es prácticamente seguro que no los había ni en la Grecia peninsular ni en Creta, por lo que se ha pensado en posibles expediciones de cacería a África. Tal vez se hayan realizado en algún momento, aunque no parece que pudiera ser algo habitual en el Mundo Micénico de las primeras fases. Por otra parte, la presencia del león en ese marco debe ponerse en relación con su valor simbólico en el ámbito altoriental: está muy claro en el caso de la estela funeraria de Micenas que representa el grupo de toro atacado por dos leones en posición erguida, como también más tarde en el grupo de los leones rampantes en un pilar que decora la famosa puerta de Micenas.

El grueso de la población se habrá seguido dedicando al cultivo de la tierra y a la ganadería, aunque no sabemos cómo se realizaba ni cuáles eran las relaciones de los agricultores con la minoría dirigente. La falta de testimonios sobre los palacios y la carencia de archivos nos impiden analizar estos aspectos. Al mismo tiempo, la presencia de productos artesanales de calidad y de especialistas en diferentes técnicas de origen minoico debe de haber estimulado el desarrollo de la producción local a través de una lenta difusión de las técnicas, y quizá de la creación de talleres vinculados a los palacios. El panorama que se nos abre en la fase final presupone en todo caso una etapa de formación.

Finalmente, la navegación y el comercio ultramarino ha debido de desarrollarse en esta época siguiendo las pautas minoicas. La documentación procedente de la zona colonial del Oriente sugiere una implicación de los Micénicos en las empresas minoicas hasta un punto en que, por unas razones o por otras, lograron suplantarse a sus predecesores. Los detalles de este proceso son, sin embargo, oscuros. Tal vez los elementos micénicos fueran inicialmente acogidos en los barcos cretenses en calidad de combatientes, para proteger a los fletes y para cooperar en eventuales razzias u operaciones de castigo.

CAPÍTULO VIII

EL MICÉNICO RECIENTE (HELÁDICO RECIENTE III)

LOS GRANDES CENTROS CONTINENTALES

Es la caída de Cnoso, cualquiera que haya sido su causa, la que marca en todo caso el comienzo de la fase más espléndida de la Civilización Micénica, no sólo de puertas adentro sino también en ultramar. Este despegue se corresponde con el período cerámico denominado Heládico Reciente III a2 y conduce a la difusión de unas formas culturales muy homogéneas —la llamada koiné micénica— por toda el área de dispersión de estas gentes, aunque las más ricas y genuinas parecen concentrarse en las ciudades argólicas de Micenas y Tirinto. Otros centros micénicos también muy importantes se distribuyen, no obstante, por Mesenia, Beocia, el Ática y Tesalia.

En la Argólide, además de las bien conocidas ciudadelas de Micenas y Tirinto, existía sin duda la de Argos, que tenía por cierto el mejor emplazamiento y que goza de una rica tradición mítica, aunque las construcciones posteriores han influido muy negativamente en la conservación de los vestigios del Bronce, visibles, a pesar de todo. Tanto Micenas como Tirinto registran diversas fases de construcción en este período, pero resulta muy difícil establecer una diacronía de esos trabajos porque no hay estratigrafía. El primer anillo de murallas de Micenas data probablemente del Heládico Reciente III y deja el círculo A de tumbas pegado por fuera a la ciudadela. Con posterioridad a estas obras, aunque no sabemos cuándo, se construye la Puerta de los Leones, que supera con mucho en capacidad defensiva a la anterior, y se sustituye la porción de muralla que discurría desde allí hacia el sudeste por otra más larga, dejando intramuros una nueva porción de la colina, incluido el círculo A. Todavía más tarde se construye una rampa protegida por murallas ciclópeas que da acceso a la Puerta de los Leones. Durante este tiempo se enriquece y complica el palacio y se erigen importantes casas. Por fin, en la última fase del Heládico III b, o quizá ya dentro del II c, se fortifica el acceso a la fuente subterránea. La secuencia de estos trabajos se puede relacionar conjeturalmente con una serie de destrucciones parciales que se aprecian tanto intramuros como extramuros, si bien son éstas últimas las que admiten dataciones, que van, desde el Heládico Reciente IIIa2, hasta el IIIb2; la destrucción más generalizada de la ciudad se sitúa, según French, en el Heládico Reciente III b2, aunque, en ese caso hay que admitir una reocupación y una destrucción parcial intramuros en el Heládico Re-

ciente III c. La ciudadela de Tirinto presenta muchas semejanzas formales respecto de la de Micenas, aunque, al tratarse de un lugar más bajo, la fortificación ha exigido otro diseño. Se han distinguido en ella tres fases que permitieron duplicar el perímetro y reforzar las zonas más débiles. Müller ha datado el comienzo del palacio a principios del Heládico Reciente IIIa. Después se construyó el tramo de la llamada Ciudadela Media y la poderosa puerta de piedra con pasadizo de la zona sureste. Finalmente se amplió el amurallamiento con la Ciudadela Baja, de extraordinario grosor y se construyeron las galerías de las murallas meridional y oriental. También aquí hay una fuente subterránea con acceso fortificado, y la ciudad cuenta asimismo con un área urbana extramuros y una necrópolis. La ciudadela de Tirinto sufrió hasta tres destrucciones durante el Heládico Reciente III; la final puede haber ocurrido tanto en el IIIb, esto es hacia 1200 a. de C., o a comienzos del IIIc. Entre Micenas y Tirinto no sólo se encontraba Argos sino también la ciudadela de Palaiocastro, de cierta importancia; al sur de Tirinto y siguiendo hacia el este la línea de costa, se ubica, en fin, la ciudadela de Asine, con su colina amurallada, su ciudad baja extramuros y su necrópolis. En general todos estos asentamientos son antiguos, pero fueron dotados de murallas poderosas en el siglo XIV.

La segunda área en importancia, Mesenia, ya no cuenta con una serie de núcleos poblacionales que acaban convirtiéndose en ciudades fortificadas, sino que se registran numerosos conjuntos de pequeños asentamientos asociados a conjuntos de tholoi, que habían alcanzado su mayor auge durante el Micénico Antiguo y, sobre todo, el Medio. Precisamente en el Heládico Reciente IIIb el área de Pilos se despeja de ese tipo de construcciones para dar cabida al enorme palacio exhumado y estudiado por Blegen, que vive su época floreciente en el siglo XIII y es destruido por el fuego, según Blegen, en el tránsito del Heládico Reciente IIIb al IIIc (después del 1200 a. de C.). Así pues, lo que en la Argólida ha sido desarrollo paralelo de unos cuantos núcleos iniciales de cierta importancia, en Mesenia se muestra como la formación de una unidad política mayor por integración y/o sumisión de otras muchas claramente inferiores. El palacio de Pilos comparte con los de Micenas y Tirinto una larga serie de peculiaridades, salvo en lo que respecta a su falta de amurallamiento.

La ciudad de Tebas podría por sí sola hacer de Beocia otra de las regiones más importantes del Mundo Micénico. Los trabajos arqueológicos no han resultado allí fáciles en razón de las construcciones posteriores, pero se ha podido localizar un gran palacio, construido en su versión más moderna a comienzos del Heládico Reciente IIIb y destruido, como el de Pilos, al final de esta fase. No existe aquí una ciudadela tan poderosa como las de Micenas y Tirinto, pero Tebas tenía, como en efecto pretende la tradición mítica, un magnífico anillo de muralla. Su palacio estaba decorado con frescos como los de Micenas y Tirinto, y contaba con un sector residencial, un área administrativa con archivos y un conjunto de talleres y almacenes. En la ruta que llevaba de Tebas al golfo de Corinto se encuentra el asentamiento de Eutresis, floreciente desde comienzos de la Edad del Bronce, y dotado ahora de murallas ciclópeas, para convertirlo sin duda en una posición fuerte de avanzadilla como protección de la ciudad tebana. Beocia atesora también en su área septentrional, separada de la meridional por el lago Copais, otra ciudad legendaria, Orcómeno; cuenta con murallas ciclópeas, restos de construcciones decoradas con frescos y un magnífico tholos con cámara lateral al que ya se hizo referencia más arriba. No cabe duda de que fue un centro palacial, quizá, aunque no con seguridad, destruido a finales del Heládico Reciente IIIb. También se

sitúa en Beocia, al nordeste del lago Copais, el impresionante amurallamiento de la colina de Gla. Tiene cuatro puertas, dos de ellas reforzadas con bastiones, así como restos de una construcción interior de cierta importancia, aunque mucho más modesta que los palacios conocidos. Centro palacial, o campamento militar, como algunos han sugerido, el caso es que la fortaleza sucumbió al fuego, para no ser reocupada, también en el Heládico Reciente IIIb. No sabemos hasta qué punto dependía de Orcómeno, ya que en la ruta que conduce desde esta ciudad hasta el mar se encuentran otras varias colinas fortificadas; es verosímil, por tanto, que se trate de un conjunto de centros de distinta importancia y muy próximos entre sí, similar al de la Argólide.

El Ática es, en fin, otra área micénica de enorme importancia. Lo revelaban ya los tholoi datables en el Minoico Medio, pero el mapa arqueológico se enriquece al llegar al Micénico Reciente. Se han hallado necrópolis de tumbas de cámara en varios lugares, entre ellos Eleusis, donde se asocia a un asentamiento importante, y también Braurón, es decir, dos de los que serían importantísimos centros de población desde comienzos de la Epoca Arcaica. En cuanto a Atenas, cuenta con una muralla ciclópea de comienzos del Heládico Reciente IIIb, que presenta semejanzas con la de Tirinto; también el pasadizo hacia la fuente subterránea recuerda las fortalezas de la Argólide, hasta tal punto que Iakovidis ha creído reconocer la mano de unos mismos arquitectos. La Atenas micénica tenía una ciudad baja extramuros y una necrópolis de tumbas de cámara, lo mismo que Micenas, Tirinto o Asine.

LA EXPANSIÓN ULTRAMARINA

Como ya se ha apuntado anteriormente, la disolución del Mundo Minoico como entidad política produjo el relevo de la proyección colonial y comercial ultramarina a favor de los Micénicos, implicados desde tiempo atrás en esas empresas. Por otra parte, los propios Micénicos pueden haberse abierto nuevas puertas y ampliado el horizonte de expansión.

En las islas del Egeo se distingue una nueva fase de civilización cicládico-micénica, diferenciable de la anterior, aunque la prospección arqueológica realizada es muy incompleta. Se siguen fortificando las pequeñas ciudades, pero esta vez con mayores recursos, como muestran los casos estudiados de Phylakopí en Melos y de Hagios Andreas en Sifnos. Se buscaba sin duda protección contra los piratas, y deben de haber cooperado en los trabajos los elementos micénicos que compartían con los naturales de las islas algunos de los asentamientos.

Se conoce muy mal la presencia micénica en Asia Menor, cuya costa queda incluida de un modo u otro en el área de influencia micénica. Particularmente interesante por razones de todos conocidas es la trayectoria de la ciudad de Troya. Las magníficas fortificaciones de la número VI (ver *supra*) siguen en uso hasta finales del Heládico Reciente IIIa, una vez que la ciudad es destruida al parecer por un terremoto. La VIIa, que habría sido asediada por los aqueos, utiliza en lo que puede la obra precedente, reconstruyéndola y reforzándola donde se considera necesario y reduciendo en todo caso el perímetro, no sabemos si porque la población era menos numerosa o precisamente para poder realizar con el mismo esfuerzo una obra más sólida. Sus misteriosos habitantes se sentían sin duda amenazados, no sólo por lo que indican esos trabajos sino por el intento de acomodar nuevos palacios y residencias dentro del recinto fortificado,

que se ha puesto en relación con el legendario asedio. Si en verdad los micénicos se empeñaron tanto en la conquista de la ciudad, podría haber sido porque anhelaran una expansión hacia la Tróade, con el consiguiente control de la encrucijada comercial del Helesponto que había hecho ricos a los troyanos, pero la cuestión de la guerra de Troya es enjundiosa y se tratará más adelante.

Desde comienzos de la Epoca Micénica existía una posición comercial en Mileto, como ya se ha dicho, de fundación minoica. Ahora, en el Periodo Reciente era ya una gran colonia micénica con una muralla sólida reforzada por torres cada 14 metros. Tenía una población numerosa y posiblemente controlaba un área amplia. Un poco más hacia el sur se localizan los asentamientos de Yaso y Müssgebi. Troya no estaba muy cerca ciertamente, pero ello no significa que no pudiera ser un obstáculo para las ambiciones aqueas. De hecho, la cerámica micénica se encuentra distribuida por vía de comercio por toda la línea costera de Asia Menor, incluida la propia Tróade.

Las islas del Egeo próximas al área costera minorasiática ocupada también registran una significativa presencia micénica, que viene a sustituir en una versión más amplia a la inicialmente minoica. En Cos y en Cárpatos, como en Rodas, se acaba por encontrar sólo cerámica micénica, que va desplazando paulatinamente a la cretense del tipo de transición entre el minoico Medio y el Reciente. Ambas islas cuentan con enterramientos en cámara de tipo micénico. Pero la verdadera importancia corresponde a la isla de Rodas, que se ha considerado como el centro micénico más importante fuera de la Grecia continental. Han sido excavadas allí varias cámaras, hallándose algo de cerámica del Heládico Reciente Ib, si bien la fase de gran abundancia corresponde al III, con piezas importadas y piezas fabricadas in situ, pero que copian fielmente las originales.

La caída final de Cnosos produce en Creta un aumento de la penetración micénica iniciada ya tiempo atrás, aunque, por supuesto, la población minoica y sus rasgos culturales más característicos, al margen de las estructuras político-administrativas, no se borraron de un día para otro. Simplemente la isla se fue helenizando cada vez más, de modo que lo minoico adquirió un carácter residual, que, a la caída del Mundo Micénico, se convirtió en marginado y absolutamente decadente. El asentamiento micénico más importante entre los antiguos parece el de Cidonia, que no se vio afectado por la destrucción de Cnosos. Los que habían sido los mayores centros minoicos quedaron abandonados durante un tiempo, para ser reocupados después sin gran arraigo y a veces sólo como centros religiosos. Sin embargo, fueron fundados muchos asentamientos nuevos de colonos micénicos que desarrollaron su vida a la par de los poblados minoicos. Necrópolis y núcleos de población se distribuyen de modo homogéneo por toda la isla. Se ha planteado naturalmente la cuestión de cómo se administraba el territorio en el contexto de la civilización micénica palacial, si en verdad ya no existía en él ningún centro de ese tipo. Incluso Palmer intentó desmontar las conclusiones de Evans, postulando un funcionamiento normal del palacio de Cnosos hasta el siglo XII. Lo que hay de cierto es que el palacio no llegó nunca a reconstruirse como tal, aunque sí fue parcialmente restaurado a efectos de utilización religiosa, funcionando en ese sentido como un gran centro. En los alrededores se ha localizado alguna casa micénica, pero ninguna residencia importante ni tampoco almacenes. No obstante, y puesto que la tradición épica atribuye a la Creta micénica un rey de Cnosos, es muy posible que haya tenido su palacio en la zona, aunque no exactamente en el área del santuario, que es la del palacio minoico. La localidad relativamente cercana de Tiliso contiene, por su parte, un

pequeño palacio de tipo mégaron, posible residencia de un señor local. En cuanto al área de Festo, sí parece conservar huellas claras de una organización palacial. El asentamiento del palacio minoico se mantuvo abandonado, pero, como el de Cnoso, presenta casas micénicas en las proximidades. Lo mismo ocurre en Malía y Zacro, lo que indica que los nuevos señores de la isla se abstuvieron sistemáticamente de construir sus palacios en los solares de los antiguos. La región de Festo debía de tener un rey, porque la reinstalación en Hagia Triada tiene un carácter palacial. En el conjunto de construcciones destaca una más grande en forma de mégaron micénico; ha sido deliberadamente construido en el nivel de la primera planta de la antigua *villa*, lo que ha obligado a establecer una potente cimentación. Algunas de las reconstrucciones realizadas revelan una utilización religiosa, incluyéndose en ellas dos recintos de árbol sagrado. En proximidad a este conjunto residencial-religioso, que contaba con un sistema de evacuación de residuos, se sitúa otro, denominado convencionalmente *ágora*, con una gran plaza en forma de pórtico, a base de columnas y pilares en alternancia, y una línea de almacenes. Una serie complementaria de construcciones diversas contribuye, a su vez, a la indentificación del yacimiento como los restos de un centro palacial. Un último indicio digno de ser mencionado en este sentido es el hallazgo de fragmentos de fresco, desgraciadamente arrojados a un vertedero.

El caso de Chipre es muy especial. Los numerosos asentamientos y las necrópolis han proporcionado una gran cantidad de cerámica micénica de las fases Heládico Reciente IIIa2 y IIIb. Pero hacia los años finales de este último estilo empieza a ser masivamente producida una cerámica tosca que imita los prototipos micénicos; o bien han cesado las importaciones de cerámica genuina por un enrarecimiento de las comunicaciones con el área continental, o, por el contrario, el carácter masivo de la inmigración micénica en la isla ha propiciado el desarrollo de alfares locales. Es significativa en ese sentido la ausencia de tumbas del tipo micénico, difícilmente compatible, en principio, con una inmigración importante, mientras que, por otro lado, sabemos que la cultura indígena chipriota conservaba una gran vitalidad. De hecho, la consideración que se ha impuesto es la de datar la colonización micénica de la isla después del Heládico Reciente IIIb, puesto que es en el siglo XII cuando, en efecto, se aprecia un colorido micénico en la arquitectura civil y funeraria, así como en la metalurgia. Ello no implica, desde luego, que no hayan podido existir pequeños enclaves micénicos de carácter comercial en la fase anterior; y los ha habido, sin duda, pues de otro modo no se explicarían las influencias micénicas señaladas ni habría resultado fácil la proyección hacia el Levante. Los micénicos pasaban a buen seguro por Chipre, y no se ve por qué razón no iban a establecer allí unos enclaves que les resultaban muy útiles. Otra cosa es que no fuera por entonces viable ni oportuna, disponiendo como disponía de otras alternativas, una implantación de tipo colonial en la isla.

Como ya se indicó en el capítulo anterior, los contactos comerciales entre los micénicos y los egipcios disminuyen, en lugar de aumentar en la época de la gran expansión de los primeros por el Mediterráneo. Los minoicos se habían abierto un camino comercial hacia Egipto que frecuentaron, y los micénicos deben de haber intentado conservarlo, pero no lo lograron: el único depósito importante de cerámica micénica en Egipto procede de Tell el Amarna y se fecha principalmente en el Heládico Reciente IIIa2, es decir, en el momento en que comienza la expansión micénica ultramarina.

La región sirio-palestina registra una presencia más importante. La cerámica de la fase IIIa ha aparecido en casi una treintena de puntos, aunque en cantidades que su-

gieren comercio más que ocupación. La de la fase IIIb, en lugar de disminuir, como en Egipto, experimenta un incremento, duplicándose los lugares de hallazgo, que se sitúan desde Alalak en el norte hasta Ashdod en el sur. Sin embargo, esta cerámica suele ir mezclada con la chipriota y, por lo demás, parece haber penetrado por vía de comercio. Ugarit es el único sitio para el que se podría postular un asentamiento micénico, debido a la gran cantidad de cerámica hallada, que corresponde a tipos escasamente representados en otros lugares, y empieza, como en Egipto, con el Heládico Reciente IIIa2. El Levante es desde luego receptivo al comercio micénico, y es posible que en Ugarit les haya sido cedida un área para establecimiento fijo; mas, debido quizá a la concurrencia de otras potencias fuertes, no resulta ésa propiamente una zona de expansión.

Sobre los movimientos micénicos por el Mediterráneo central y occidental no hay demasiada información, pero es seguro que tenían regularidad, posiblemente debido a la llamada del estaño, que se podía adquirir a través de Etruria o de Iberia. Los hallazgos de cerámica micénica, representada a veces por un solo fragmento, afectan de modo intermitente a todo el conjunto formado por las costas europeas del Mediterráneo, hasta la ría de Huelva, pero los depósitos más importantes son itálicos: en las islas Eolias, en Sicilia y en el golfo de Tarento. Este área debe ser la de asentamiento estable, constituyendo el punto de partida para los viajes hacia el norte y el occidente.

LA CUESTIÓN DE LAS RELACIONES CON ORIENTE

El contacto del Mundo Micénico con el Mundo Semita debe de haberse producido en Ugarit, que, como es bien sabido, tenía un ambiente cosmopolita, idóneo para facilitar el trasvase de elementos correspondientes a culturas muy heterogéneas. La razón de ser de esa idiosincrasia era, sin duda, el carácter de mercado internacional que tenía la ciudad, el cual creaba unos intereses mutuos favorables a la presencia extranjera indiscriminada. Cual ocurre en otros casos similares, Ugarit desarrolla también una dimensión cultural importante al margen de lo puramente crematístico.

La lengua de las tablillas micénicas contiene hasta cinco préstamos semíticos inquestionables, testigos elocuentes de la presencia micénica en Ugarit: se trata de los términos «túnica», «oro», «ciprés», «comino» y «sésamo». Tampoco podríamos esperar mucha más evidencia de la conexión semítica a partir de las tablillas, dadas las limitaciones de esos documentos. Pero el estudio de los numerosos textos literarios hallados en Ugarit ha permitido a un autor como Gordon defender la tesis de que la literatura ugarítica proporcionó a los griegos, a través de la cultura micénica, las primitivas bases de su desarrollo literario. La posición de Gordon es maximalista, ya que la verdadera impregnación oriental de los griegos debe situarse en su fase minorasiática de la Edad Oscura, como lo prueban, entre otras muchas cosas, los motivos de origen mesopotámico o hurrita que aparecen en la literatura griega arcaica y no están atestiguados directamente en Ugarit. Con todo, el paralelo entre la leyenda ugarítica de Krt y la trama de la *Ilíada* no es descabellado, y, desde luego, la recepción de las leyendas semitas por parte de los elementos micénicos allí establecidos, que, como es de suponer, tenían continuos contactos con sus hermanos de la Grecia continental, parece una inferencia obvia.

Una actitud desorbitada, en tanto en cuanto fuerza en exceso la capacidad proba-

toria de la documentación disponible, es la de Astour, cuyo análisis de una serie de topónimos, elementos religiosos y tradiciones mitológicas le lleva a postular una importante implantación de elementos fenicios en el área micénica de la Grecia continental, hasta el punto de invertir prácticamente el sentido de la expansión micénica hacia el Oriente: el Mundo Micénico vendría a ser un área periférica de la cultura del Próximo Oriente. No cabe duda de que la valoración del aporte oriental a la civilización Egea en sus distintas fases, que ha seguido a lo largo de la historia de las investigaciones un movimiento de vaivén, no podría reducirse nunca a unas cotas muy bajas, ya que tal aporte resulta, por así decirlo, omnipresente. Sin embargo, no es menos cierto que en todas esas épocas el influjo oriental es absorbido —y esto incluye también las posibles entradas de población— por un sustrato indígena que impone su propia personalidad. En la fase final, la más rica de la cultura Egea, la que llamamos propiamente Micénica, ese sustrato tiene una enorme vitalidad, en tanto en cuanto es el resultado de la reciente indoeuropeización o helenización de la capa poblacional prehelénica; puede ser receptivo a los más variados influjos, como lo fuera al minoico, pero no hay duda de que se comporta como factor dominante en todos los sentidos. Por otra parte, el tipo de testimonios sobrevalorados por Astour no es adecuado, ni mucho menos, para establecer conclusiones como las que se establecen. La evidencia proporcionada por los topónimos es harto resbaladiza, las tradiciones mitológicas comportan unos márgenes de fluctuación cronológica muy amplios y los elementos religiosos se difunden y arraigan con independencia de los demás elementos del marco cultural del que proceden. Son éstas constantes históricas bien conocidas, que no requieren ninguna ejemplificación. En ausencia de documentación literaria fidedigna sólo la arqueología, es decir las casas, las tumbas y los ajuares, podría demostrar, por ejemplo, que Tebas era una ciudad fenicia; no lo es ciertamente, y no lo sería aun cuando se llegara a demostrar que el fundador de la Tebas micénica había sido, en efecto, un inmigrante fenicio.

Otra cuestión enjundiosa es la de las relaciones entre los micénicos y los hititas. El periodo Hitita Imperial viene a coincidir cronológicamente con el Micénico Reciente, de modo que se trata de dos grandes potencias con trayectorias sincronizables. Debido a las características geográficas de Anatolia, que hacía muy difíciles las comunicaciones entre la altiplanicie central y el borde costero oriental, el Imperio Hitita, centrado en el interior, no tuvo como propias esas tierras, limitándose a intentar reducir las a una situación de vasallaje, que no llegó a consolidarse en absoluto. Es muy improbable, por tanto, que micénicos e hititas hayan tenido algún contacto en Asia Menor. Documentos hititas y documentos egipcios aluden, sin embargo, a una confrontación bélica —la batalla de Kadesh— entre estas potencias por haber entrado en conflicto sus respectivos intereses en Siria. Dicha batalla tuvo lugar en el 1285 a. de C. y, aunque su resultado fue incierto, pocos años después la presencia de los hititas en Siria quedaba establecida en un tratado suscrito con los egipcios. Entre los aliados sirios de los hititas en la batalla de Kadesh se cuenta Ugarit, y, en cualquier caso, estos acontecimientos obligan a preguntarse por el papel desempeñado por los micénicos en el conflicto. Cabe suponer que hayan secundado la trayectoria diplomática de Ugarit, habida cuenta, además, de su distanciamiento respecto de Egipto, y que, siendo ésa la causa del vencedor, las relaciones con los hititas hayan sido buenas y más intensas quizá a raíz del conflicto, si no existía ninguna rivalidad de intereses. Lo cierto es, en cualquier caso, que el historiador se siente predispuesto a encontrar alusiones a los micénicos en la copiosa documentación hitita relativa al periodo. De ahí la *cuestión Abhiyawa*.

Por primera vez, en 1924, Forrer ponía en relación el nombre del país de Ahhiyawa, mencionando muchas veces en los documentos hititas, con el etnónimo *Aqueos*, que ostentan los micénicos en los poemas homéricos. A pesar de su aparente viabilidad lingüística, la sugerencia no fue bien acogida de momento, y en 1932 Sommer aportaba una crítica muy oportuna contra los argumentos de Forrer, de la que habría que retener, cuando menos, el hecho de que Ahhiyawa se dibuja como un reino no demasiado importante y situado en Anatolia, lo cual no concuerda ni con la visión de la presencia micénica en Oriente proporcionada por la arqueología ni con la envergadura del Mundo Micénico. No obstante, la tesis de Forrer ha suscitado adhesiones, siendo reinterpretada con nuevas matizaciones, pero siempre desde una aceptación de la ecuación lingüística *Abhiyawa* = *Achaiwa* (supuesta denominación micénica esta última de la tierra aquea), que, en términos lingüísticos, no puede ser ni demostrada ni descartada, no existiendo como no existen en las lenguas normas fijas con respecto a la alteración fonética de las palabras extrañas tomadas de oído. No hay que olvidar, por otra parte, que los documentos hititas incluyen también las variantes *Abhiya* y *Abhiwa* como denominación de ese reino, la primera de las cuales resulta muy impertinente para la argumentación lingüística esgrimida. Y una cosa más: *Achaioi* (aqueos) no tiene por qué ser una denominación genuina de los micénicos, equivalente a esta que manejamos modernamente. Se trata, tan sólo, del nombre que la tradición épica minorasiática incorporada a la *Ilíada* atribuye en conjunto a los componentes del ejército de coalición llegado a la Tróade desde la Grecia continental para conquistar la ciudad de Troya o Ilión; a partir de ese uso épico se aplica a los griegos en general, aunque también es la denominación de un área geográfica del Peloponeso que carece de importancia en época micénica y que, en todo caso, vio alterada su población en la Edad Oscura. El tratamiento lingüístico de las relaciones entre micénicos e hititas carece de bases para una argumentación seria.

Como ya se ha apuntado, los argumentos no lingüísticos a favor de la identificación del país de Ahhiyawa con el Mundo Micénico o con una parte del mismo son también muy débiles. Para no forzar la evidencia que proporcionan los documentos hititas habría que suponer la existencia de un reino micénico en Anatolia, que, desde luego, no tiene ninguna base arqueológica, y que nos obligaría a interpretar la expansión micénica hacia ese área como un auténtico fenómeno de colonización. No es cuestión de seguir ahondando en el asunto, ya que la documentación no da más de sí, pero, si tratamos de obviar el espejismo que nos muestra a los Micénicos como los habitantes del país de Ahhiyawa, y consideramos que ese país, sin ser en absoluto uno de los grandes, tiene una relevancia para los hititas que dura algo así como siglo y medio, con una actitud fluctuante, y que se debería situar más bien hacia el noroeste de Anatolia, no parece inverosímil que pueda tratarse de la propia Troya.

EL PROBLEMA DEL IMPERIO MICÉNICO

Los poemas homéricos han influido mucho, desde luego, sobre la interpretación política del Mundo Micénico. El Agamenón rey de reyes, que aparece en la *Ilíada*, ha hecho creer que los reinos micénicos estaban de algún modo unificados bajo la égida de Micenas, y que sus respectivos reyes obedecían al soberano de esa ciudad. También la idea de que los hititas hicieran tantas alusiones al país de los aqueos representado por

su rey contribuía a la visión unitaria. En fin, la uniformidad de la cultura material micénica ha parecido a algunos historiadores consonante con la imagen de un imperio. Pero la cuestión no se puede considerar, ni mucho menos, como probada. La uniformidad cultural responde muchas veces a una homogeneidad de población desde el punto de vista de las costumbres y las estructuras sociales, que puede reforzarse por el mimetismo de unas regiones respecto de otras sin que exista ningún tipo de unidad política. La arqueología debería proporcionar otras pruebas, no éstas, a favor de la supuesta unidad. Un imperio tiene siempre una capital que se destaca sobre las demás ciudades por su suntuosidad, sino necesariamente por su mayor tamaño o importancia económica; sin embargo, nada en Micenas hace pensar que se haya convertido en la capital de un imperio: si en algo sobresale sobre los demás centros micénicos es porque parece haber sido pionera en el desarrollo de esa cultura. Y precisamente la Argólida es la región que cuenta con una concentración mayor de ciudades de trayectorias paralelas; la pareja Micenas-Tirinto es especialmente chocante y apunta más a una rivalidad entre pequeños estados independientes que al desarrollo de un imperio. Sobre las supuestas alusiones de los hititas, ya hemos visto que no hay nada cierto, y precisamente el argumento *ex silentio* va en contra de la existencia de ese imperio. Finalmente, los poemas homéricos no constituyen una fuente de primer orden para el conocimiento de las instituciones micénicas, pero, además, tampoco presentan a Agamenón como un emperador sino, más bien, como el jefe militar de una campaña, lo cual es muy distinto. Y, por cierto, que la tradición más antigua de la *Iliada* lo conocía como rey de Argos, la contenida en el *catálogo de las naves*, que es una interpolación, como rey de Micenas, y otra todavía más reciente como rey de Amiclas. No se encuentra, a decir verdad, en la *Iliada* ningún eco o recuerdo de la existencia de un imperio micénico. Los jefes de pueblos allí presentes no se comportan como vasallos y asumen con mucha dificultad, si es que lo hacen, en caso de conflicto, la disciplina de una obediencia militar. El cuadro que se esboza en el poema es el de un grupo de *Pares*, cada uno de los cuales destaca por sus propias cualidades, que los demás reconocen. Así, Néstor, el rey de Pilos, se impone por el respeto que merece su edad y por la dulzura de sus palabras; Aquiles, que encabeza un estado minúsculo e insignificante, brilla por su filiación divina y su excelencia en el combate; Odiseo, señor de la remota y pequeña isla de Ítaca, destaca por su capacidad de resolver situaciones difíciles. En fin, estas y otras figuras, que alcanzan realce en el poema y que se enfrentan a las iniciativas de Agamenón sin ninguna cortapisa, dejarían en una situación extremadamente ridícula su figura si nos disponemos a considerarla, o entendemos que la tradición griega la consideraba como la de un emperador.

Parece, en suma, mucho más acorde con la evidencia la consideración del Mundo Micénico como un conjunto cultural integrado por una gran pluralidad de unidades políticas, tan independientes como inestables. La estructura gentilicia debía de ser en esas poblaciones muy fuerte, no habiéndose visto todavía afectada por el desarrollo urbano. Las monarquías no parecen corresponderse con nacionalidades ni con estados propiamente dichos, sino que probablemente conservaban un carácter patrimonial, debido a su naturaleza gentilicia. No es, quizá, arriesgado asumir en este caso la información de conjunto de las tradiciones histórico-míticas de las casas reales y aceptar que los reinos se fragmentaban o se agregaban en razón de las contingencias hereditarias, y, desde luego, que aunaban esfuerzos o se implicaban conjuntamente en empresas de mayor envergadura sobre la base que les proporcionaba su homogeneidad cultural y étnica,

así como los vínculos nacidos del parentesco a través de matrimonios o de la hospitalidad. Una unidad cultural así organizada, y dotada, además, de una fuerza militar viva, que la propia rivalidad entre las unidades políticas sin duda estimulaba, podía presentar de cara al exterior y al concierto de los grandes estados una imagen de solidez y prestigio como la que alcanzaron los griegos algunos siglos después; y podía desarrollar una expansión por tierras extrañas si, en efecto, no adoptaba actitudes imperialistas, ni perjudicaba en sus intereses a los estados fuertes.

LA DESINTEGRACIÓN DE LOS REINOS MICÉNICOS

Esta etiqueta es probablemente más adecuada para referirse a las graves alteraciones que se producen en el área micénica desde comienzos del siglo XII que algunas otras utilizadas en relación con esa coyuntura, a partir de las cuales se tiene la sensación de que la cultura micénica ha sido aniquilada o erradicada y sustituida por otra diferente, incluso desde el punto de vista de la población. La idea de las invasiones dorias —concebida al modo convencional— y la de la emigración micénica al Asia Menor, asociadas a las destrucciones definitivas de los centros palaciales y a la pérdida del uso de la escritura, han creado una imagen apocalíptica del proceso que sería muy necesario matizar. Hay que ver, en efecto, qué es lo que se destruye y qué es lo que permanece, cuáles fueron los factores determinantes de ese desarrollo y cuál fue, en definitiva, el balance final de las catástrofes. Los problemas son muchos en este terreno, muy debatidos todos y ninguno resuelto, no tanto por una falta de evidencia en términos absolutos cuanto por la ambigüedad que revisten muchos de los testimonios y por los apriorismos que, a veces, condicionan los análisis. Sobre todo, hay que ser muy cautos con los juicios de valor. La pérdida de la escritura parece a primera vista un indicio incuestionable de receso cultural, porque las sociedades iletradas se consideran como bárbaras. Pero esa pérdida no tendría ningún valor por sí misma, si se diera, pongamos por ejemplo, la circunstancia de que el sistema de escritura en cuestión sólo se utilizara para llevar la contabilidad de un palacio; en tal supuesto lo que habría que valorar sería la disolución del sistema económico para el que servía la escritura. Y lo mismo ocurre con las destrucciones de los palacios que conllevan el eclipse de unos determinados poderes políticos, incluso cuando se producen por obra de agentes externos hostiles. Puede tratarse de la destrucción de un sistema decadente que resulta opresivo para quienes tienen el impulso natural de defenderlo o se ven forzados a ello.

El fin del Mundo Micénico no es el fin de la semilla helénica sino el comienzo de la etapa en que esa semilla y no otra llegaría a dar sus mejores frutos. La caída de Roma fue el nacimiento de Europa, y la caída de los reinos micénicos es, de alguna manera, el nacimiento de Grecia. En los dos casos se trata más bien de un cambio de trayectoria que se produce por eliminación de estructuras secundarias y rehabilitación de las genuinas; fenómeno este compatible con la conservación del auténtico patrimonio cultural adquirido, que acaba por florecer, aunque momentáneamente se eclipse.

El panorama de la Edad Oscura, en sus comienzos rastreables desde distintas vías de aproximación, no parece incoherente con este planteamiento. Lo que allí se contempla no difiere mucho, diríase, de lo que fuera el Mundo Micénico en sus comienzos y que, en parte, no había dejado de ser, a pesar de su compleja y profunda impregnación minoica: similares formas de poblamiento, parecido aprovechamiento de los re-

cursos naturales, pequeños reinos, ahora amigos, ahora enemigos, siempre aprestados para la defensa de sus animales y sus tierras; gentes dispuestas en todo momento a emigrar en grupos más o menos numerosos en busca de mejores medios de vida. La periferia de estirpe helénica del Mundo Micénico debió de proseguir su existencia a lo largo de esa etapa histórica sin experimentar grandes cambios, precisamente debido a su relegamiento cultural; pero también constituyó, sin duda, una reserva etnológica que, llegado el momento, alcanzó un protagonismo en el desarrollo histórico y logró provocar una reacción del sustrato de las áreas micénicas, como, salvando todas las distancias, ocurriera muchos siglos después en el Bajo Imperio, en que la acción de los bárbaros entró en conjunción con movimientos rehabilitadores de lo indígena, en oposición a los poderes establecidos.

Bien es verdad que esos fenómenos de disolución no se producen de súbito, sino que se anuncian a través de signos de decadencia de los sistemas de valores. A la definitiva caída precede, por lo general, una larga fase en que las fuerzas disgregadoras van operando transformaciones, contrarrestadas provisionalmente en sus efectos por la inercia del sistema. El Mundo Micénico presenta algunos signos de ese tipo de decadencia, aun cuando las destrucciones definitivas de los grandes palacios parecen, desde el punto de vista arqueológico, haberse producido en una fase de plenitud, y cuando apenas había concluido la trayectoria ascendente.

Ya hemos aludido más arriba a las dificultades que presentan los centros micénicos para datar con precisión sus destrucciones; lo que ahora nos interesa señalar es que no es posible establecer una sincronización que permita contemplar el fin de los centros palaciales como una catástrofe concreta generalizada. El paso del Heládico Reciente IIIb al IIIc, es decir, el 1200 a. de C. marca, en efecto, la única y definitiva destrucción del palacio de Pilos, que ya no se reocupa, y también unas décadas antes, la destrucción de la ciudad amurallada de Tebas, en cuyo solar se perpetúa, sin embargo, la ocupación. Es posible, asimismo, que la destrucción de Orcómeno se haya producido también en esa fecha, porque la última cerámica encontrada allí es del IIIb, pero podría haber tenido lugar antes y corresponder esa cerámica a una fase de reocupación; lo mismo ocurre con Gla, que tampoco cuenta para su destrucción con una datación cierta. Si el agente de esas destrucciones es externo y único, cabe pensar que las tres ciudades fuertes de Beocia hayan caído a la vez, pero ni siquiera en ese caso, que no es más que uno de tantos posibles, se puede establecer tal conclusión. La falta de destrucciones en Atenas en el IIIb y el IIIc, y, a su vez, las tres sufridas por las ciudades vecinas de Micenas y Tirinto impiden, por lo pronto, pensar en una única catástrofe generalizada. La mayor parte de las ciudades micénicas, incluso amuralladas, no presenta huellas de destrucción a comienzos del Heládico Reciente IIIc, habiendo proseguido durante este periodo, en que ya Pilos no existía, una trayectoria aparentemente normal; otras veces se aprecian abandonos al final de la fase IIIb, pero no destrucciones.

En el Heládico Reciente se registra en todo caso un movimiento de población que cabe relacionar, como sugiriera Desborough, con las catástrofes de comienzos del periodo. El Ática oriental, las Cícladas y el Dodecaneso carecen de huellas de destrucciones, y, por el contrario, se aprecia allí un auge de la vida. En la ciudad rodia de Yálisos se registra la construcción de nuevas tumbas de cámara, y es ése el momento del gran aflujo micénico hacia Chipre. A finales del siglo XIII Chipre, igual que otros lugares del Mediterráneo oriental, se vio afectado por agentes hostiles: muchos asentamientos fueron abandonados y sucumbieron a la destrucción nada menos que Enkomi, Sinda y

Citio. Inmediatamente después empiezan a aparecer rasgos micénicos en las nuevas construcciones civiles y funerarias, que son de calidad, así como en objetos de bronce y marfil. Enkomi, que es donde se registran estas novedades, parece haberse convertido en un asentamiento micénico. Hacia el 1190 a. de C. numerosos poblados de la isla son destruidos, y entre ellos se cuenta Enkomi. Sucede allí una segunda fase de ocupación micénica más modesta, nuevamente destruida hacia 1100, a la que sigue una tercera hasta su definitivo abandono en el 1075 a. de C. En Creta, que también presenta abandonos de poblados a finales del Heládico Reciente IIIb, se documenta una fase correspondiente al IIIc atribuida a la llegada de refugiados procedentes del continente. Los lugares previamente habitados muestran un corte entre las dos fases interpretable como un relevo de población, y aparece una clara preferencia por las colinas con buenas defensas naturales.

A finales del siglo XIII hay que atribuir, por otra parte, toda una serie de destrucciones y trastornos que afectan a casi todo el Egeo —excluidas las Cícladas y el Dodecaneso— y al Mediterráneo oriental. No sólo caen las ciudades pequeñas por doquier: la capital hitita es destruida, y el Imperio disuelto; Egipto se ve hostilizado por hordas de invasores a los que consigue repeler; Ugarit sucumbe para siempre, acompañada en su ruina por la de la mayor parte de los centros del Levante.

A la vista de este contexto, la situación de los centros micénicos continentales no puede atribuirse a la acción de un agente simple, y el carácter diacrónico y reiterativo de las destrucciones allí registradas, más que constituir una dificultad, contribuye a la explicación. Sencillamente el Mundo Micénico, y no sólo él, entra en una fase, que se prolonga durante bastante más de un siglo, en que existe una gran inestabilidad, asociada de un modo u otro a los movimientos de los llamados Pueblos del Mar, pero alimentada sin duda por las tendencias desintegradoras internas, que encuentran en esa coyuntura un terreno abonado para su desarrollo. Se construyen y reconstruyen murallas en unos sitios; en otros casos los supervivientes o los que se sienten indefensos ante un ataque inminente prefieren huir; en otros lugares, en fin, se intenta sucesivamente la reocupación de las casas y los poblados destruidos. En ocasiones parece verosímil la atribución de las catástrofes a los ataques súbitos a ciudades desguarnecidas llevadas a cabo por gentes venidas por mar; el caso de Pilos podría ser uno de ellos, puesto que carecía el palacio de fortificaciones, aunque tuviera capacidad militar. Grupos humanos en desplazamiento por tierra, carentes de recursos y tratando de sobrevivir a la desesperada, podían también llevar la ruina a los pequeños poblados; o infiltraciones étnicas podían hacer saltar los recursos de control político y económico en un área determinada. Pero, otras veces, parece obligado pensar que haya operado algún tipo de subversión o traición: no se podría haber tomado sin pólvora una fortaleza como Micenas o como Tirinto, a no ser porque, de algún modo, el enemigo hubiera conseguido que se le abrieran las puertas, cual, en efecto, ocurre en la tradición de la Troya homérica. Y también se ha pensado en la posibilidad de que una sequía prolongada hubiera afectado a amplias zonas del Mediterráneo, provocando emigraciones y sedición interna.

La disolución de los centros de poder micénicos se muestra, pues, como un proceso dilatado y complejo, hasta el punto de que la nueva documentación arqueológica viene a crear muchas veces más problemas de los que resuelve, porque obliga a revisar anteriores puntos de vista tenidos por ciertos. Hace unas décadas todo resultaba más sencillo, dado que la historiografía moderna había asumido en general, sin mayor abun-

damiento, una explicación simplista e intuitiva, heredada en última instancia de los griegos, aunque ellos no hubieran abordado nunca el análisis del asunto a la luz de todos los datos de que disponían y se hubieran limitado, según su costumbre, a transmitir cada uno la tradición o la especulación personal que más le satisfacía. Puesto que en la mayor parte del Peloponeso y en Creta se hablaba en época histórica un tipo de dialecto afín al de la Grecia noroccidental, de la que estaban geográficamente separadas esas regiones; y, puesto que ni la lengua ni la cultura que ahora había en ellas se correspondía con las que tenían en la Edad del Bronce, se asumió la idea de que los dorios habían bajado del norte al final del Periodo Micénico, destruyendo violentamente todo a su paso e instalándose en el Peloponeso, del que habrían huido las poblaciones del Bronce, o al menos una buena parte de ellas y, desde luego, las clases dirigentes; sólo la Arcadia, que no había llegado a integrarse, a decir verdad, en el Mundo Micénico, se habría librado del desastre, funcionando más bien como lugar de refugio. Esta interpretación tenía una correspondencia con la leyenda griega del retorno de los Heráclidas, que en su versión de época histórica, cuando Heracles se había convertido en el héroe dorio por excelencia, al menos para los dorios, presentaba las dinastías del Peloponeso, a excepción de la arcadia, como herederas de los descendientes dorios del héroe; los cuales, habiendo sido inicialmente expulsados de allí y obligados a huir hacia el norte, habrían conseguido bajar de nuevo y recuperar sus primitivos solares. Y se atribuía, por otra parte, a esos invasores dorios la introducción del hierro y de la modalidad funeraria de incineración, frente a la de inhumación, que es característica del Bronce Final.

Hoy por hoy, la cuestión de la invasión doria no admite ya ese planteamiento, y, aunque no se puede decir que está definitivamente superada ni que las interpretaciones del fin de los reinos micénicos sean unánimes, no hay más remedio que asumir, cuando menos, la falta de pruebas arqueológicas, lingüísticas y derivadas de la tradición antigua con respecto a la existencia de una invasión doria de la Grecia Central y el Peloponeso a finales de la Edad del Bronce y en relación de causa a efecto con la desintegración de los centros micénicos. Y habría que admitir también que surgen argumentos contrarios a la tesis de tal invasión. Trataremos más adelante la cuestión.

TRANSFORMACIONES E INNOVACIONES EN EL MUNDO MICÉNICO EN TORNO AL 1200 A. C.

Antes de examinar la cuestión doria, que está relacionada, de un modo u otro con el eclipse definitivo de los reinos micénicos, conviene señalar hasta qué punto el paso del Micénico Reciente IIIb al IIIc implica mucho más que un nuevo cambio en los estilos cerámicos y que una anecdótica concentración de destrucciones. A falta de fuentes escritas, no podemos analizar adecuadamente esta fase, pero la evidencia arqueológica permite de suyo constatar unos cambios importantes que empiezan a detectarse en el periodo IIIb y se manifiestan con claridad en el IIIc. Hay, por tanto, una distancia cronológica considerable entre el inicio de estas alteraciones y el momento final de la Época Micénica; como en otras coyunturas en cierto modo comparables, no está claro que se pueda considerar esa fase como decadente, porque el sistema cultural tiene sus recursos de recuperación, y las innovaciones a veces sirven para revitalizarlo, pero también se produce la sensación de que se ha roto un equilibrio, de que han desaparecido piezas que eran fundamentales y de que se camina hacia una transformación mayor.

La no reconstrucción del palacio de Pilos después de su destrucción en el 1200, así como de la gran muralla tebana, están en consonancia con un receso generalizado de la arquitectura monumental en piedra. Parece que el de Volos en la remota Tesalia, es el único palacio que se amplía durante el siglo XII. Podríamos citar también la última ampliación del recinto amurallado de Micenas, pero no es seguro que sea de esa fecha y, en cualquier caso, estaría suficientemente justificada por la necesidad de proteger el acceso a la fuente. Tampoco se construyen ya más tholoi, sólo tumbas de cámara. Algunas ciudades muestran, por otra parte, ciertos cambios un tanto enigmáticos. Así, sin mediar destrucciones, las áreas de habitación respectivas de Atenas y de Argos cambian en el periodo IIIc respecto del IIIb; todavía más extraño parece que en Micenas, Tirinto y Asine se hayan instalado cistas funerarias en lo que había sido un área residencial; en cuanto a la pervivencia en la ocupación durante el IIIc de Micenas y Tirinto, se registra una tendencia a vivir fuera de los palacios, en lujosas casas situadas cerca, pero extramuros. Estos cambios podrían significar en algunos casos una mejora de las condiciones, y tampoco se registra precisamente un empobrecimiento de la cultura material; sin embargo, en el contexto general en que se incluyen, resulta igualmente verosímil pensar en cambios de población, subsiguientes a matanzas, huidas o relevos dinásticos.

Existe la posibilidad de que la escritura haya dejado de utilizarse en los centros micénicos en esta fase. El hecho de que el lineal B no esté documentado después del 1200 no es una prueba al respecto, pero, en todo caso, lo más probable es que se haya interrumpido la práctica de los archivos, y ello puede haber llevado a la desaparición del sistema. Tal eventualidad sería perfectamente explicable si esa escritura hubiera sido conocida por un número restringido de escribas y, además, utilizara un lenguaje obsoleto, como es muy probable. La práctica de los archivos, e incluso el sistema administrativo que subyacía a ella, era sin duda una de tantas importaciones minoicas, que tuvo una implantación después de todo limitada y que no tenía por qué permanecer si la clase dominante era barrida. No cabe duda, empero, de que el gran desarrollo del Mundo Micénico tiene una relación estrecha con los centros palaciales a la minoica y con el sistema económico que los anima; una sustitución de ese sistema no acabaría desde luego con la cultura, pero tendría que afectar profundamente a la proyección exterior de la misma y a su ulterior desarrollo.

Por lo pronto, la desaparición de los centros palaciales podría haber resultado favorable para producción artesanal no dependiente de ellos, que, libre ya de esa competencia, podría incrementar su producción conforme a las propias peculiaridades. La fragmentación de los estilos cerámicos, que sucede en el IIIc a la uniformidad tan característica del IIIb, no se acomoda mal con esa eventualidad, y lo mismo ocurre con la difusión de nuevos tipos de armas y fíbulas, que se registra en esta fase. El caso de la cerámica parece elocuente, ya que al mismo tiempo se aprecian diversificaciones locales del tipo común IIIb, tendencia al desarrollo de estilos paralelos en un mismo lugar y rehabilitación de algún estilo de viejas raíces, pero no documentado en el IIIb; un esquema que cuadra con la posibilidad de una desaparición de los grandes talleres palaciales y el paso a un sistema de competencia entre pequeños grupos de artesanos autónomos. En general, el corte no es brusco: a medida que avanza el siglo XII se van marcando dos líneas de evolución fuertemente divergentes, la una de tipo barroco, con la incorporación de motivos animales y vegetales mezclados, y la otra decorada de un modo muy austero y abstracto, a base de finas líneas ondulantes (ver *infra*). Pero hay

un tercer tipo que en nada conecta con el IIIb y está bien representado por el llamado *vaso de los Guerreros* de Micenas, sólo relacionable con la también llamada *estela de los Guerreros*, igualmente de Micenas; vaso y estela encuentran sus paralelos en las lárnaces de Tanagra (Beocia) y en un fragmento de vaso hallado en el palacio tesalio de Volo. Al margen de posibles especulaciones sobre hechos migratorios, se considera que estas piezas micénicas representan un viejo estilo que se había perpetuado en forma marginal y ahora experimenta un auge.

En cuanto a las innovaciones en objetos de metal, concretamente la introducción de la gran *espada Naue tipo II*, de las *puntas de lanza* con el cañón indiferenciado y de las *fíbulas* de los tipos de *arco de violín* y de *codo*, se han considerado como indicios de una penetración étnica desde el norte, pero estudios posteriores han mostrado la inoportunidad de esas apreciaciones. La espada en cuestión tiene sus antecedentes en Europa, y aparece por el Mediterráneo en el siglo XIII, aunque sólo se generaliza y desplaza al tipo micénico genuino en el siglo XII. Y ocurre que los hallazgos de esas espadas, que a veces se fabrican en hierro, se distribuyen predominantemente al principio por Creta, el Peloponeso y las áreas griegas orientales, incluido Chipre, mientras que faltan precisamente en las regiones que podrían habitar a la sazón sus supuestos introductores dorios. Las puntas de lanza, identificadas también como un tipo nórdico, se distribuyen a la par que las espadas, pero diversificándose en dos variedades, una correspondiente a Creta, Micenas y el Egeo, aunque hallada en muy pocas cantidades, y otra sólo presente en el Epiro y las islas Jónicas. La distribución de las espadas, que es la más significativa, no presupone la entrada de ningún invasor; si en el periodo IIIb las armas eran fabricadas bajo control de los palacios, el colapso de esos talleres e incluso quizá la dificultad de procurarse los metales necesarios pudo facilitar la recepción de tipos alternativos, de cualquier procedencia, que serían bien acogidos, siempre que resultaran eficaces y resistentes: la procedencia chipriota es una de las hipótesis más verosímiles. Y el comercio de las fíbulas puede haber seguido los mismos o parecidos circuitos. La época micénica anterior se había caracterizado por una ausencia de productos exóticos de circulación comercial, de modo que las áreas controladas por centros palaciales, que eran también las más prósperas, se nutrían de esa producción en serie que configura la llamada *koiné micénica*. La desaparición de esos centros implicaría, es de suponer, una vuelta automática a los módulos comerciales comunes, con un aflujo por parte de los comerciantes «internacionales» a las zonas de mayor capacidad adquisitiva. No harían falta invasores para explicar ese proceso.

Algunos historiadores acostumbran a asociar los cambios en los hábitos funerarios a cambios poblacionales importantes, entendiéndolo que la forma de enterrar a los muertos es un elemento cultural especialmente resistente a la innovación. El argumento no es descabellado, pero no se puede esgrimir a ultranza, porque hay imperativos que determinan cambios en esas costumbres. Concretamente la alternancia entre la inhumación y la incineración se muestra con mucha frecuencia asistemática, como es bien sabido, de modo que se puede dar entre grupos sociales generalmente diversificados, pero no demasiado extraños. Además, la práctica de la cremación está poco representada en esta fase, aunque cuente con un testimonio muy famoso: el Cerámico de Atenas, que desde sus comienzos en el siglo XII continuó en uso hasta la Época Clásica. La incineración es una práctica característica de muchos pueblos europeos, pero su documentación en Atenas en este momento no puede guardar relación con invasión alguna de esa procedencia, aunque sí es verosímil que se deba al establecimiento de uno de

tantos grupos humanos que por unas razones o por otras se veían obligados a cambiar de solar. También se registra en esta época otro cambio en la forma de enterramiento que no guarda relación con el que acabamos de tratar: la tendencia creciente a inhumar los cadáveres por separado en cistas del tipo mesoheládico, y a dejar de construir las tumbas de cámara colectivas. La evidencia es, sin embargo, difícil de interpretar porque no sobreabunda. Así, en el Ática oriental, donde en esta época se asientan muy posiblemente grupos humanos de origen desconocido, y donde la inhumación es absolutamente predominante, se siguen utilizando las antiguas cámaras, se construye incluso alguna nueva y se empieza también a utilizar cistas. En la Argólide también continúa el uso de las cámaras ya construidas, pero para los nuevos enterramientos se emplean cistas, como señalamos más arriba en relación con los cambios del poblamiento en Micenas. Indudablemente esta tendencia puede obedecer a hechos de inmigración, pero no tiene demasiada relevancia.

La cuestión doria

Como ya se dijo más arriba, no existen pruebas de una movilización masiva de pueblos dorios en son de guerra que haya podido ser causante de la destrucción de la Civilización Micénica —por usar una expresión clásica. También hemos intentado hacer ver que esa civilización no se destruye sino que atraviesa un intenso proceso de transformación, muy traumático en algunos aspectos, concordante en muchos de ellos con lo que ocurre en todo el marco del Mediterráneo oriental, y, por demás complejo y dilatado. Es hora ya de añadir algo sobre la cuestión doria.

En primer lugar cabe recordar que los dorios constituyen un grupo étnico, o mejor dicho, un conjunto de estirpes estrechamente relacionadas entre sí que difieren muy poco del resto de los pueblos griegos. En términos antropológicos y etnológicos todos forman uno y el mismo pueblo; por otra parte, el hecho de que los dorios pudieran entenderse sin apenas dificultad con los otros griegos indica que no habían permanecido separados de ellos, lo que se confirma por otros rasgos culturales. Pero no sólo se registra una afinidad entre el dialecto griego noroccidental —en cuyo territorio habrían permanecido los dorios durante un milenio hasta su bajada al Peloponeso según la tesis clásica— y el de la Grecia Central; las afinidades se dan también en forma de isoglosas entre el grupo occidental de dialectos, en concreto el dorio, y el grupo oriental, que, de acuerdo con la teoría de la invasión no deberían haber tenido contactos. El panorama lingüístico sugiere más bien la existencia de una larga etapa de proximidad o de convivencia entre los antepasados de los hablantes de los dialectos jónicos establecidos en época histórica en Asia Menor y el Ática, y los de los hablantes de dialectos dorios. Por supuesto que esa inferencia exige una explicación que no es obvia, pero también ha sido necesario explicar un hecho hasta cierto punto inverso: por qué los Arcadios históricos, que parecen una población residual de la etapa micénica, hablan un dialecto cuya comparación con la lengua de las tablillas en lineal B no se corresponde con esa supuesta vecindad. La gran identidad que existe entre la lengua de las tablillas de Cnoso y la de las de Micenas y Pilos, doscientos años más modernas, ha obligado a pensar, en efecto, que ese dialecto no era el hablado en el área micénica hacia el 1200, sino más bien una jerga burocrática y comercial, desarrollada originariamente, claro está, a partir de una forma dialectal viva del Peloponeso. Nada más improbable, de cualquier modo, que una uniformidad lingüística en el área micénica, sien-

do así que la lengua griega ya había entrado probablemente en ella bastante diversificada y se había superpuesto a un sustrato prehelénico que tampoco sería homogéneo. Queda claro, pues, que, desde el punto de vista lingüístico, ni las *tablillas* ni ninguna consideración teórica de tipo general puede ser obstáculo para la hipótesis asumida ya por varios autores de que los dorios, o una parte de ellos, se encontraran en el Peloponeso durante la Época Micénica. Cabe pensar en tal caso que existiría cierta oposición entre ellos y los micénicos propiamente dichos, bien fuera de tipo social dentro de los propios centros palaciales, bien tuviera un carácter más étnico y político, por habitar esas poblaciones zonas marginales a las áreas de implantación de la estructura palacial. Es imposible encontrar una interpretación cierta en ese sentido, pero, en cualquiera de los supuestos, los dorios, sin comportarse como invasores, podrían haber jugado un papel importante en la desintegración de los centros micénicos, y es un hecho que las áreas ocupadas por éstos son dorias en época histórica.

En cuanto a la información que proporcionan las numerosas tradiciones que de un modo u otro parecen aludir a esta fase de la Edad del Bronce, es muy difícil de decantar y de convertir en evidencia histórica, pero tampoco resulta enteramente desdeñable, porque es seguro que contiene una dosis de verdad. El clima de tensiones dinásticas, con las frecuentes usurpaciones y destierros que se aprecia en el conjunto de esas leyendas y que casualmente implica una y otra vez a Micenas y a Tirinto, podría explicar mejor quizá que otros varios argumentos las destrucciones parciales y repetidas de esas formidables ciudadelas. La leyenda de los Heraclidas merece cierta atención, a pesar de que muchos historiadores le han negado toda validez, al considerarla como una invención de los dorios de época histórica destinada a legitimar su presencia en el Peloponeso. De ser así, y, puesto que ellos pretendían que sus antepasados los Heraclidas habían conquistado las distintas regiones, con excepción de la Arcadia, y habían fundado las dinastías históricas, parecería que en su mala conciencia dejaran traslucir el recuerdo de haber protagonizado una invasión. Ahora bien, aunque esta interpretación es verosímil, tampoco es la única verosímil, y sí, en cambio la que menos cuadra con el panorama arqueológico y lingüístico. Abierta queda, pues, la posibilidad de admitir, por ejemplo que un clan dorio de los Heraclidas (o los Alcidas) había servido una vez a los reyes no dorios de Micenas —ocupando tal vez su jefe la ciudad vecina de Tirinto—, que el grupo había tenido que exiliarse por las razones que fuera, siendo perseguido tenazmente por sus oponentes, que intentó volver en sucesivas generaciones, cada vez más multiplicado, y que al fin consiguió hacerlo por la fuerza de las armas, aprovechando una coyuntura favorable. La tradición de los propios griegos presta, por tanto, cierta fuerza, no sólo en relación con Micenas, sino también con Tebas o con la propia Pilos, por mencionar las más importantes, a una posible causa de destrucciones y debilitamiento de los centros micénicos, a saber, la guerra entre los estados grandes y pequeños provocada y alimentada sin duda por una determinada estructura social, y que, en definitiva, no en razón de la existencia de una unidad política, pero sí por lo que se vislumbra como una cierta endogamia de la clase dominante en conjunto, se podría catalogar como lucha intestina; mucho más, habida cuenta de la fuerza que tenían los clanes de tipo gentilicio en esa fase de la historia del pueblo griego, en que el desarrollo de la comunidad política al modo clásico debía de ser poco menos que inexistente.

No podríamos cerrar estas consideraciones sobre los acontecimientos de la última fase del Mundo Micénico sin hacer una referencia a la cuestión troyana. Casi nadie discute la idea de que los poemas homéricos, y más concretamente la *Iliada*, se inspiran en un asedio, seguido de conquista, saqueo y destrucción reales de la ciudad troyana. No podría ser de otro modo cuando, no sólo la ciudad destruida se muestra ante nuestros ojos, sino que podemos reconocer con facilidad muchos detalles del paisaje circundante y de la propia ciudad mencionados en el poema. Con todo, los primeros especialistas que intentaron evaluar la historicidad del poema se dieron cuenta de que existen en él anacronismos, contradicciones y un buen grado de adaptación literaria, porque la *Iliada* es, por encima de todo, eso, una obra literaria, no una obra histórica. Por otra parte, los hechos que le servían de base quedaban muy atrás, y no se podía esperar que se conservara de ellos un recuerdo inalterado. Determinadas alusiones a la ciudad correspondían sin duda a la gran Troya VI, que no presenta, sin embargo, huellas de destrucción por obra del fuego sino por un terremoto; otros, por el contrario, cuadraban con la mucho más modesta Troya VIIa, cuyas ruinas sí están calcinadas. Siempre se vio esto como una dificultad, en la medida en que no se entendía cómo una ciudad relativamente pequeña y que parecía haber perdido la opulencia de su antecesora, podía haber provocado una tan formidable expedición militar, ávida naturalmente de botín. Y extrañó también desde un principio el grado tan intenso de helenización que ostentaban los troyanos en el poema, siendo así que ni arqueológicamente ni desde otros puntos de vista más teóricos, la Tróade no tenía por qué haber sido en esa época un área helénica. La falta de hallazgos de representaciones humanas e incluso animales dejaba a los troyanos en el misterio, de modo que cabían todas las reservas sobre la autenticidad de los elaborados retratos que se hacen de ellos en el poema.

Pero el problema más grave es el cronológico, porque resulta que el nivel de destrucción de Troya VIIa tiene cerámica Heládico Reciente IIIb, luego esa destrucción ha debido de ser contemporánea de las de Pilos, Tebas, Micenas, etc., en Grecia, y de las de Ugarit, Alalak, Hattusas, etc., en Oriente. No ha parecido lógico, en principio, que en esa coyuntura precisamente, tan dramática y tan llena de amenazas para los pueblos micénicos, hayan equipado una gran flota y se hayan implicado de ese modo en una expedición que tuvo éxito, pero también fue muy onerosa, tal y como se presenta. Esta consideración ha hecho reflexionar de diversas maneras a los historiadores, que han buscado las soluciones más diversas al enigma, queriendo salvar unos en gran medida el relato homérico y negándole otros casi toda su historicidad. Schachermeyr, por ejemplo, entiende que Troya VIIa fue destruida por los llamados Pueblos del Mar, que es a quienes se atribuyen, en efecto, los extragos causados en Oriente por esas fechas, mientras que la gran ciudad VI lo habría sido por «el caballo de Posidón», supuesta imagen mítica del terremoto. También se ha propuesto la posibilidad de que el poema refleje una expedición real que no pudo tomar la ciudad, como lo fuera la mítica de Heracles, recordada por otras tradiciones; de hecho, la *Iliada* concluye sin que se haya logrado ese objetivo.

En cualquier caso, y por lo que conocemos arqueológicamente sobre la presencia

micénica en Asia Menor durante la época de la expansión ultramarina, la expedición en cuestión no tiene prácticamente sentido si se sitúa en esa época. Imaginamos a los elementos micénicos desplazados como comerciantes capaces de defender sus naves, sus almacenes o sus emporios contra los piratas o contra la eventual hostilidad de los grupos indígenas, pero no somos capaces de entender cómo, siendo unas gentes tan hábiles para ir colocando por doquier sus mercancías sin conflictos, pudieron concebir sus reyes la descabellada idea de abandonar en bloque las respectivas patrias y destinar naves, armas y recursos humanos al asedio de una ciudad, por muy atractivo que pareciera el botín. Una expedición como la de la nave Argo, que se podría calificar de prospectora en términos comerciales, resulta comprensible, pero no la de los Atridas.

Más verosímil podría parecer si la ubicamos, en efecto, en el 1200. Nada hay, que sepamos, en contra de que los Troyanos se hayan contado entre los Pueblos del Mar; conocemos tan poco de unos y de otros que el mero hecho de ser Troya un reino costero anatolio, capaz, por su ubicación e importancia, de tener buenas armas, probablemente sometido a las diversas tensiones que se daban en la zona y, además en una trayectoria decadente, lo convierte en candidato a esa calificación. Si así fuera, no es improbable que hubiera hostilizado las posiciones micénicas en el Mediterráneo oriental o incluso que hubiera practicado ofensivas de las que se atribuyen a esos pueblos contra Creta o la Argólida. Una tal eventualidad explicaría una expedición micénica de estado con participación general, pues es un hecho que hacia el 1200 la situación de peligro en las costas estaba más o menos generalizada. Este clima de inseguridad puede haber afectado, por otra parte, al abastecimiento de metales y, en consecuencia, a la capacidad de fabricar armas, lo que sería un móvil poderoso para una iniciativa como la de la guerra de Troya. No olvidemos que, tal y como la presenta la tradición, esa guerra no había implicado sólo a los troyanos sino a toda una coalición de la zona, y que las leyendas del ciclo troyano aluden a ofensivas griegas —valdría decir micénicas— contra diversos reinos de Asia Menor. Cabría objetar quizá que un enfrentamiento contra los Pueblos del Mar debería presentar batallas navales, no combates como los que se describen en la *Iliada*, pero en el tratamiento formal de esa lucha, que incluye la caracterización de unos personajes difícilmente aceptables como troyanos en cualquier caso, sí que hay mucho, sin duda, de elaboración literaria, y, después de todo, el asedio de una ciudad como esa tenía que ser una operación terrestre.

Palacios y fortalezas

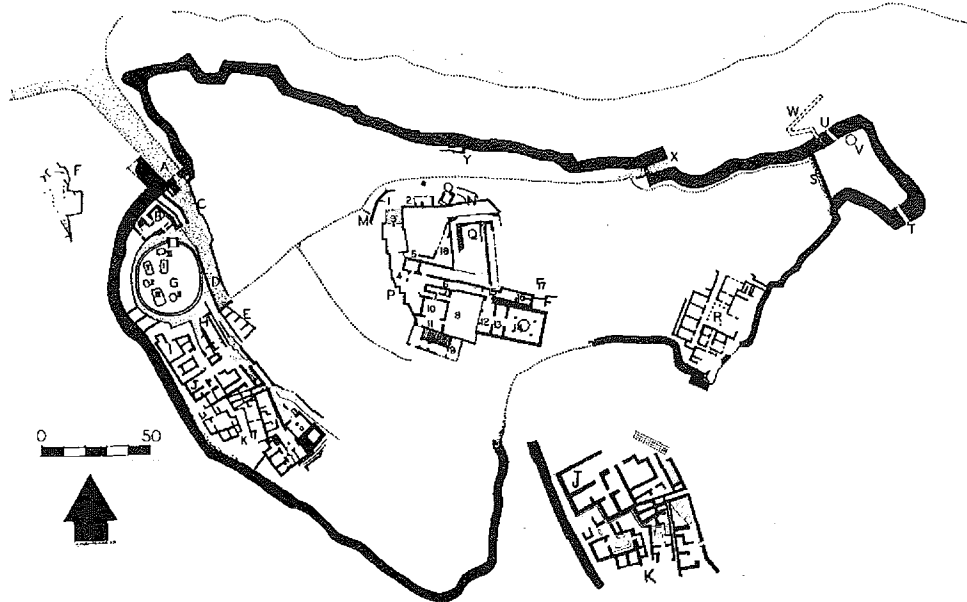
A pesar de la influencia minoica que en todos los aspectos de la cultura material se hace tan patente en el Mundo Micénico, y a pesar también de que la creación de centros palaciales como grandes unidades económicas impone una cierta analogía formal en las construcciones micénicas con respecto a las minoicas, la arquitectura monumental civil de los reinos micénicos presenta una uniformidad de conjunto y, en cambio, se diferencia sensiblemente de la de Creta. Las fortificaciones ciclópeas y el mégaron son los dos rasgos distintivos más aparentes de los centros continentales, pero toda la concepción arquitectónica de los palacios presenta rasgos diferenciadores. En lugar de buscar un lugar llano pegado a una ladera que ayude a sustentar las construcciones de varios pisos, y permita al palacio ir creciendo hacia fuera por todos sus bordes, los micénicos construyen, salvo excepción, los palacios en cerros dotados de bue-

nas defensas naturales que habían elegido sus antepasados para los primeros asentamientos. El conjunto palacial ya no se organiza en torno a un gran patio central, sino que el acomodo de las distintas dependencias, la comunicación entre ellas y los espacios abiertos se diseñan y organizan en función de las características que en cada caso tiene el terreno; las cuales determinan también el crecimiento y la forma externa del conjunto. Por otra parte, los palacios que se han conservado son posteriores todos ellos a la destrucción de los minoicos, lo que tal vez haya restado fuerza a esa posible influencia.

Los recursos de fortificación de un tipo simple, es decir no ciclópeo, ni a base de grandes ortostatos son muy varios y se aplicaron a decenas de acrópolis, lugar de refugio cada una de ellas, en caso de peligro, para una población rural diseminada por un pequeño radio o para una semiurbana establecida al pie. Pero lo que verdaderamente interesa son las fortificaciones monumentales, entre las que destacan las de Micenas por su grandiosidad, si bien es en Tirinto donde se encuentran las murallas más gruesas y la distribución interior mejor organizada, y es en Gla donde aparece el perímetro más largo. La acrópolis de Atenas, la Cadmea tebana y la también tebana Orcómeno completan la serie de recintos así fortificados, que no se prodigaban ciertamente, porque era mucho el esfuerzo que requería su construcción.

La superficie amurallada de Micenas alcanza los 30.000 m², y el espesor de los muros oscila entre los cinco y los ocho metros. A excepción de unos pequeños tramos se ha conservado toda la línea, aunque no desde luego con su altura original, que podría haber sido de unos doce metros. Como ya se dijo al principio de este capítulo, el recinto fue sometido a sucesivas ampliaciones, no remontándose en cualquier caso el primer anillo más atrás de los comienzos del Micénico Reciente (Heládico Reciente III). A la ampliación importante, que es la que deja intramuros el círculo A de tumbas reales, corresponde lo más grandioso de la fortificación, con las dos puertas principales y la torre adosada al extremo oriental de la muralla construidas en aparejo pseudoisodomo, a base de enormes bloques. Resulta especialmente impresionante la llamada Puerta de los Leones, enmarcada por cuatro megalitos, el mayor de los cuales, el dintel, pesa más de cincuenta y dos toneladas. Tiene un vano de 3 × 3 mts., que permitía la entrada de carros, cuyas huellas se aprecian en el umbral; dos hojas de madera recubierta de bronce servían para cerrarla. La puerta no era doble, pero la torre construida en un lado y el acodamiento de la propia muralla en el otro proporcionaban una defensa eficaz. En el lado norte hay otra puerta más pequeña, pero de idéntico diseño y características. En cuanto a los accesos a la fuente subterránea, combinados con la última ampliación de la muralla, constituyen una obra importante de fortificación, que se repite en Atenas y aporta una mejora sustancial de la capacidad de resistencia ante un asedio; por ese extremo la muralla fue dotada también de una pequeña salida secreta y de una especie de boca evacuatoria.

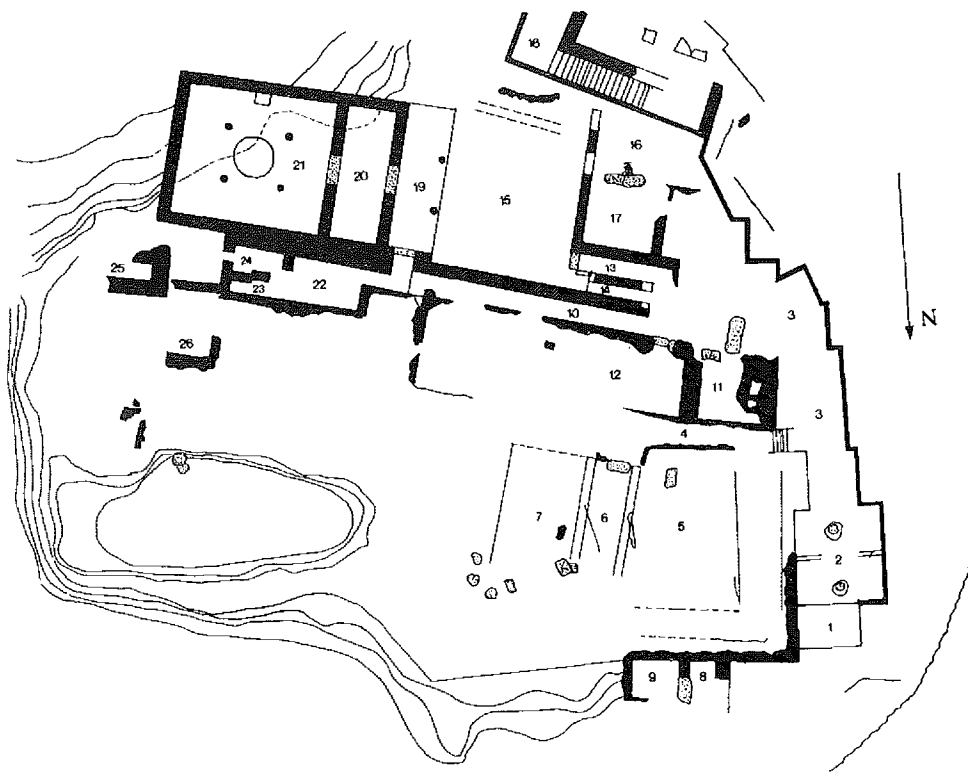
Las fortificaciones de Tirinto se asemejan en algunos aspectos a las de Micenas, pero también se distancian notablemente en otros. El anillo inicial, que reforzaba las defensas naturales de la parte más alta del solar, rodeando el palacio, se construye más o menos al mismo tiempo que el de Micenas, y también Tirinto conoce dos ampliaciones sucesivas de sus muros, aunque no son de la misma naturaleza que las de la ciudad vecina: recientes excavaciones han venido a demostrar que el palacio fue totalmente reconstruido durante el Heládico Reciente IIIb, lo que explica la excelente y armónica estructura de todo el conjunto de la llamada *ciudadela media*, en claro contraste



Detalle J-K
2:1

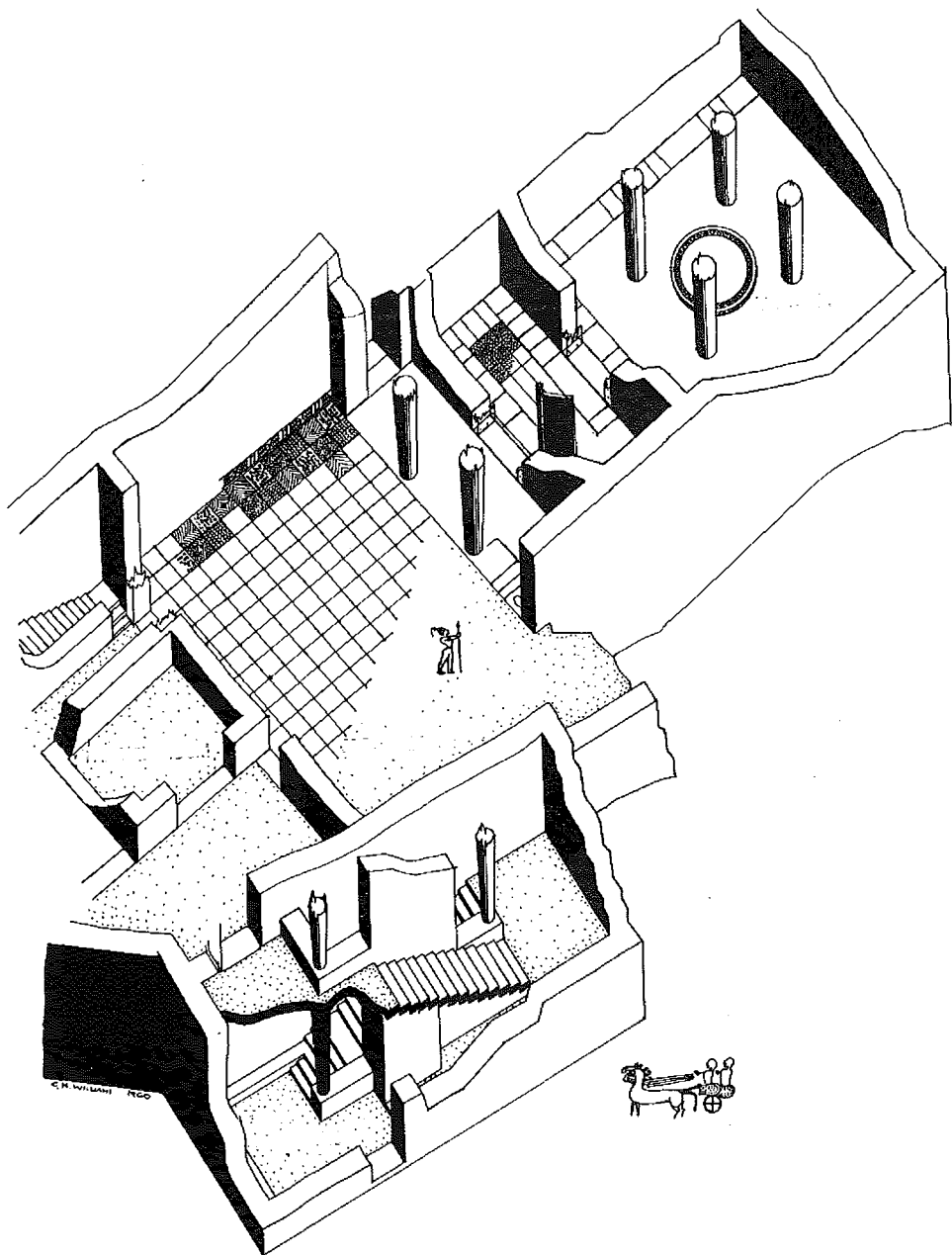
La Acrópolis de Micenas.

- | | |
|--|---|
| <p>A. Puerta de los leones.
 B. Granero.
 C. Muro aterraplenado.
 D. Rampa de acceso.
 E. Cámaras helenísticas.
 F. Necrópolis del Mesoheládico al Heládico Reciente II.
 G. Círculo funerario A (Micénico Antiguo).
 H. Casa de la rampa.
 I. Casa del vaso de los Guerreros.
 J. Casa sur.
 K. Casa de Wace o de la Acrópolis.
 L. Casa de Tsountas.
 M. Muralla mesoheládica.
 N. Muro aterraplanado del palacio.
 O. Supuesta sala de santuario.
 P. Conjunto del palacio.
 1. Acceso de la entrada noroeste.
 2. Piezas de guardia.
 3. Patio empedrado que conduce al Propíleo.
 4. Puerta occidental.</p> | <p>5. Corredor norte.
 6. Corredor sur.
 7. Pasillo de entrada al mégaron.
 8. Patio principal.
 9. Escalera principal.
 10-11. Salas de huéspedes (antes consideradas como sala y antesala del trono).
 12. Pórtico del mégaron.
 13. Antesala o vestíbulo del mégaron.
 14. Salón del mégaron.
 15. Acceso a los sectores domésticos.
 16. Escalera interior.
 17. «Baño rojo».
 18. «Santuario».
 Q. Cimientos del templo.
 R. Casa de las Columnas.
 S. Antiguo muro nordeste.
 T. Pequeña puerta.
 U. ¿Desagüe?
 V. Cisterna helenística.
 X. Entrada posterior.</p> |
|--|---|



Palacio de Micenas (según N. Platon).

- | | |
|---|--|
| <p>1. Entrada norte.
 2. Propíleos norte.
 3. Vía de acceso sostenida por el muro oeste.
 4. Corredor norte.
 5. Sector norte, probablemente del santuario palacial.
 8-9. Cámaras exteriores anejas al santuario.
 10. Corredor sur.
 11-12. Sector de los aposentos centrales.
 13. Escalera.
 14. Corredor de acceso al patio central.</p> | <p>15. Patio central.
 16-17. Salas de huéspedes.
 18. Escalera monumental.
 19-21. Pórtico, antesala y salón del mégaron real.
 22. La «Sala de las cortinas».
 23-24. Escalera.
 25. Cisterna.
 26. Supuesta sala de baño.
 A. Zona destruida al ceder el muro de apoyo de la terraza.</p> |
|---|--|



Palacio de Micenas: dibujo isométrico del área principal.

con lo que se aprecia en Micenas; y ello, a pesar de que, como demostrara en su día Mylonas, los mismos arquitectos, los mismos canteros y los mismos obreros son responsables de las dos construcciones. Y es aquí la segunda ampliación la que incrementa sustancialmente la superficie intramuros, al crear la *ciudadela baja*. La acrópolis media presenta una formidable puerta, muy similar a la de Micenas, aunque el planteamiento de su cobertura defensiva es distinto y mucho más eficaz: se construyó, en efecto, un muro exterior y se colocaron dos puertas flanqueadas por torres en forma de dípilo entre éste y el que bordea el palacio. Las famosas galerías abovedadas y la rampa de acceso corresponden a la tercera fase, que aporta también un paso hasta las fuentes a través de túneles. Además de la entrada principal, existía un acceso al palacio por el lado oeste a través de una larga escalera protegida por un muro curvo de un grosor extraordinario; a la acrópolis baja se podía entrar por tres puntos regularmente distribuidos, aunque los vanos eran muy angostos.

La muralla de Gla, a la que nos referimos más arriba, tenía un perímetro de más de 3 km., un grosor de cinco metros y medio y una altura al menos de seis. La *Cadmea*, como se conoce en la tradición a la gran acrópolis tebana de las siete puertas, apenas conserva hoy algunos restos de muralla en el área urbana de la modesta población asentada en la colina, lo que impide establecer su primitiva estructura. Y tampoco se conserva mucho de la acrópolis micénica de Atenas, cuyos muros ciclópeos atribuyeron los atenienses a los míticos Pelasgos, utilizándolos en muchos tramos como cimentación de las sucesivas fortificaciones. El trazado, que de un modo u otro se conserva, seguía el perfil de la colina, aprovechando así al máximo las defensas naturales. La ciudadela tenía dos puertas con torres o contrafuertes cuyos detalles no se pueden precisar, pero está claro, como se dijo antes, que el tipo de fortificación era muy similar al de las ciudades argólicas. Al igual que en Micenas, el conjunto de la fuente subterránea corresponde al Heládico Reciente IIIc.

El estudio de los palacios micénicos se debe centrar forzosamente en los que conservan vestigios más completos, que son los de Micenas, Tirinto y Pilos, en tanto que la documentación relativa a otros, tiene sólo un carácter subsidiario. De todas formas, esos tres constituyen un lote muy interesante para el estudio del tipo, que viene a ser el denominador común de todos ellos, abstracción hecha de las diferencias. El mégaron es el elemento estructural más importante de estos palacios; incorpora un modelo primitivo de vivienda, que era patrimonio, aunque no en exclusiva, de los pueblos helénicos. El mégaron se compone de un patio delantero —un terreno cercado delante de la casa en la forma primaria— al que da un pórtico sustentado por dos columnas; de ahí se pasa a un pequeño vestíbulo a través de una puerta, y, al fin, cruzando un vano similar se accede a la pieza principal, que es un gran rectángulo, con un hogar circular en medio; la cubierta está sustentada por cuatro columnas en torno al hogar, por encima del cual se abren ranuras para salida de humos en una especie de linterna. Esta última pieza, en otro tiempo cocina, comedor y dormitorio, era en palacios y residencias el principal lugar de estancia y recepción. El conjunto tiene un eje longitudinal de simetría que afecta tanto a los muros externos como a la disposición de los vanos y las columnas; ésa es una diferencia importante con respecto a los palacios minoicos, que son del todo asimétricos.

Aunque depende en parte de los imperativos de la forma natural del terreno la estructura del palacio de Micenas, sin embargo, la necesidad de disponer de una extensión plana suficiente, que no se podía obtener sólo por nivelación, movió a los arqui-

tectos a construir una terraza sustentada por un muro, utilizando asimismo como apoyo una parte del muro de fortificación. El primer palacio micénico, del que no se conserva casi nada claro, debía de tener como acceso principal la gran escalera del suroeste, de dos tramos y muy semejante a las de los palacios minoicos, que quedó relegada a la condición de entrada secundaria desde la primera fase de construcción del palacio que conocemos. Parecen atribuibles también al primitivo palacio dos piezas contiguas —una antecámara y una sala rectangular más grande, donde se han creído reconocer restos de implantación de un trono— que conectan con la gran escalera. También hay indicios de la existencia de una bañera, en tanto que debajo del vestíbulo había una cripta con pilar rectangular, que también pertenecería, por supuesto, al primer palacio. No se sabe si ese palacio, construido en el Micénico Antiguo o Medio, tenía o no un mégaron, aunque lo más probable es que no se haya interrumpido esa tradición tan característica, que aparece, recuérdese, en el palacio de Troya. Pero, si, como sospechamos, fue construido por arquitectos minoicos en una época en que la fascinación ejercida sobre los micénicos por Creta era tan intensa que llevaba a sus reyes a rodearse de todo cuanto había allí de suntuoso, el mégaron pudo no ser más que un elemento residual incluido en un palacio netamente minoico; tanto más cuanto que la ausencia de fortificaciones dejaba total libertad para el diseño de los accesos y, en general, para el desarrollo de los planos. Por el contrario, la necesidad de construir una ciudadela, no ya un palacio, y la personalidad más decantada y más auténtica de los micénicos del periodo Reciente conducen a un diseño palacial muy distinto, donde la influencia minoica se manifiesta en elementos residuales, o en otros estructuralmente vivos, que quedan sin embargo, integrados y subordinados a la nueva concepción arquitectónica del conjunto.

Mylonas, que ha completado significativamente la gran aportación de Wace al estudio de Micenas, entiende que las dependencias supuestamente pertenecientes al área principal del primitivo palacio quedaron convertidas en residencia de huéspedes, un uso, desde luego muy oportuno, dado que seguían quedando en la zona de entrada, aunque independientes, puesto que el paso ya no tenía lugar por allí. En cualquier caso, el conjunto más rico es ahora el del mégaron, en cuya pieza principal debía de encontrarse el trono, aunque la destrucción parcial de esa sala, que se vino abajo al ceder la terraza sobre la que se construyera, es sin duda la causa de que no se conserve ningún vestigio de él. La comparación con los palacios de Tirinto y Pilos permite, en cualquier caso, establecer este punto. En el aspecto decorativo, que cuenta con testimonios fragmentarios suficientes para una información general, se aprecia también una amalgama de elementos de tradición minoica con motivos de gusto local. Apenas se puede decir nada sobre el vestíbulo, ya que ha sido la pieza más ennegrecida por el fuego, pero en el pórtico se aprecian las características cenefas a base de rosetones, mientras que en la gran sala los frescos de las pareces representaban escenas de preparativos para la guerra. Los suelos estaban en parte enlosados y en parte estucados, con una decoración estos últimos que imitaba el veteadado de losas de mármol.

El patio que da entrada al mégaron, llamado convencionalmente patio central, no es tal en realidad, primero, porque no ocupa el centro orgánico del conjunto palacial, y, segundo, porque no funciona por sí mismo como distribuidor: hay que pasar al pórtico para encontrar en el muro norte una escalera de acceso a pasillos que conducen a un conjunto de dependencias situadas en una terraza superior, y también desde ahí, o desde la propia sala del mégaron, se pasaba a otras piezas muy mal conocidas,

como la llamada *sala de las cortinas*, que eran sin duda de uso íntimo. De cualquier modo, el eje principal del conjunto formado por el mégaron y las habitaciones situadas al norte de él era el pasillo que flanqueaba el patio, sin acceder directamente a él, y que constituía la prolongación natural del tramo de acceso desde la entrada noroeste o puerta principal. Desgraciadamente la mayor parte del área incluida en la ciudadela no conserva sus construcciones, lo que dificulta absolutamente la reconstrucción de la



Marfil representando una tría divina formada por dos dioses y un niño.

estructura del conjunto palacial; el hecho de haber procedido a la ampliación del área amurallada hace suponer que toda la superficie primitiva estaba de un modo u otro ocupada, aunque las razones de la extensión por ese lado podrían haber sido otras. En el ala del palacio que podríamos llamar íntima o doméstica, frente a la función representativa que corresponde al mégaron, y que está prácticamente destruida, hay una pieza que se identificó inicialmente como un santuario, entre otras cosas porque se encontró allí la famosa tría de marfil integrada por dos diosas y un niño. De todas formas esa zona es muy difícil de reconstruir, no ya por su precaria conservación sino porque parece una de las que conservan una poco afortunada imbricación entre el palacio que conocemos y el primitivo, que, si en efecto, imitaba fielmente el modelo minoico, ha debido de tener un área cultural similar a la de esos palacios; tal vez la resistencia a derribar piezas consideradas como morada divina ha movido a conservar de un modo forzado elementos que estorbaban para la nueva construcción.

El palacio de Tirinto, mucho mejor conservado, presenta una estructura básica similar y tiene como característica importante, a más de su excelente distribución del espacio —que se puede deber al hecho de haber sido construido de nueva planta cuando en Micenas se hizo la primera remodelación—, una integración estrecha con las fortificaciones exteriores y en general mayor inexpugnabilidad. Como ha señalado recientemente Lauter, esa concordancia y esa discordancia combinadas entre los vecinos palacios de Micenas y Tirinto, que por otro lado constituyen las dos superfortalezas de la Grecia micénica, son por demás enigmáticas y parecen demandar una explicación específica, como, por ejemplo, que pertenecieran a un mismo rey. Las leyendas griegas relativas a la etapa heroica de esas ciudades no desautorizan desde luego, tal hipótesis, pero tampoco resulta fácil concretarla más. Tirinto confirma, como lo hace Pilos, la importancia del mégaron en su condición de área noble del palacio, al tiempo que registra una mayor influencia minoica en lo que hace a elementos constructivos, como las escaleras, los propíleos y las entradas de vanos múltiples, o a los refinamientos de tipo higiénico, pero no así a cuestiones más profundas como la impregnación religiosa que manifiesta el palacio minoico, ausente de los conjuntos micénicos.

El mégaron del palacio de Tirinto es casi igual al de Micenas y está muy bien conservando; presenta, claramente identificable en el muro este de la pieza principal, el lugar de implantación del trono, que debía de ser madera y por eso ha perecido. La única diferencia en ese conjunto de las tres piezas está en que la puerta de comunicación del mégaron con los aposentos íntimos se sitúa aquí en el vestíbulo, no en la pieza anterior porticada; además la comunicación entre estas dos piezas tiene lugar a través de una puerta múltiple de tipo minoico, lo que proporciona una mayor grandiosidad. Este afán de dar magnificencia a la zona de acceso al salón del trono se plasma en Tirinto en una solución arquitectónica de calidad muy superior a la de los palacios minoicos. Así, el patio de entrada al mégaron es mucho más grande que el de Micenas y lleva alrededor un pórtico sustentado por columnas, al que se accede a través de unos propíleos desde otro gran patio no porticado. A este patio se entra por unos propíleos todavía más grandes, que lo comunican con un primer patio flanqueado por una de las dos líneas de casamatas; para llegar a esta zona, hay que haber atravesado las dos puertas fortificadas que forma la muralla exterior con la del palacio, y, antes aún, haber franqueado ese muro al final de la rampa de acceso. La cobertura defensiva que tenía el señor de Tirinto frente a los recursos ofensivos de la época resulta en verdad impresionante. Todo ese desarrollo de los patios no implica en absoluto una aproximación estructural al palacio minoico, sino que es, como se ha dicho, de carácter sunuario y defensivo. El sistema de comunicación con las alas no es el patio: como en Micenas y en Pilos, se construyen pasillos que lo flanquean para hacer posible la circulación sin pasar por él. El ala occidental está integrada por los aposentos del rey, mientras que los de la reina se sitúan en el ala oriental, incluyendo, además de las piezas íntimas, dos *mégara* pequeños y un patio de reducidas dimensiones. Se entraba desde fuera al conjunto familiar a través de un pasillo que arrancaba de los primeros propíleos, careciendo de toda comunicación directa con el mégaron principal; sin embargo, a fin de no obligar al rey a salir hasta fuera prácticamente del palacio para acceder a ese ala, se construyó un pasillo que comunicaba las dos alas por detrás de la sala del mégaron principal.

Entre los aposentos del rey se ha podido identificar el baño y el retrete, refinamientos tomados, sin la menor duda, de los cretenses, lo mismo que los estucados y

enlosados que ya veíamos en Micenas. También aquí se han hallado fragmentos de frescos figurativos y de cenefas con rosetas. En general, todo lo que era decoración y recurso técnico, incluido el maderamen de las paredes que tan desastroso resultaba al declararse un incendio, es de tradición minoica, aunque no sabemos si se había realizado el trasvase de esas técnicas a artistas locales en la fase anterior. Lo que desde luego no procede de allí son las técnicas relacionadas con la fortificación, que tienen sus paralelos más próximos en Troya, contando asimismo con antecedentes de tono menor en la propia tradición heládica.

El caso de Pilos demuestra que la incorporación a la cultura micénica de la forma arquitectónica palacial de carácter monumental y la de las fortificaciones ciclópeas son dos fenómenos convergentes, pero de distinta procedencia. El mégaron de residencia real se puede convertir en un centro palacial al estilo minoico con o sin fortificaciones, y, a su vez, puede adoptar el carácter de una ciudadela sin desarrollarse como centro palacial. Cada uno de esos desarrollos persigue objetivos diferentes y requiere técnicas distintas que no son de costo ni de curso común, por lo cual pueden combinarse, aparecer por separado o no aparecer en absoluto. Y algo semejante se puede señalar en el aspecto diacrónico. Uno de esos palacios puede representar la evolución progresiva de un primitivo asentamiento en un lugar de buenas defensas naturales, que se convirtiera en la capital de un reino y finalmente en uno de los centros políticos-económicos más importantes bajo la forma de centro palacial, como parece el caso de Micenas; o puede haber llegado a adquirir esa entidad por una especie de síncretismo primitivo o congregación de clanes asentados originalmente en proximidad, como parece el de Tebas; o puede haberse construido haciendo tabla rasa del poblamiento y la estructura económica anterior de un modo puntual, como podría haber ocurrido en Pilos, que tiene muchos aspectos enigmáticos, entre ellos la duda sobre si se trata de la ciudad homérica de Néstor, o bien ésa se encontraba en la vecina pequeña región de Trifilia, que separa Mesenia de la Elide. Como en los palacios cretenses, son los muros exteriores de las construcciones, algo más gruesos que los interiores, ligados unos a otros y sin vanos, lo que forma la protección, muy pobre desde luego, para resistir un ataque militar.

Al igual que en los otros palacios, en el de Pilos la zona de representación constituye el centro, y es un mégaron precedido de un patio; la sala principal de este conjunto tenía el trono en la misma disposición que en Tirinto, pero flanqueado de grifos y leones como decoración mural. Por lo demás, los estucos, los enlosados reales o pintados, las cenefas, etc., completan la serie establecida por los otros palacios. Al no existir preocupación grande por la protección del rey, se accedía al patio —bastante reducido— del mégaron a través de unos simples propíleos, donde se apostaba la guardia, que tenían, por cierto, anejas las salas de archivos. La estructura del mégaron es igual a la de Tirinto; también aquí se accede a las alas —esta vez a las dos— desde el vestíbulo del mégaron, y también aquí se establece la comunicación entre las distintas partes del palacio a través de pasillos laterales al mégaron.

Las diferencias vienen de que en este caso existe, como en Creta, una gran integración entre el palacio como residencia y el palacio como centro de producción y almacenaje. El carácter de alcázar que tienen los palacios de Micenas y Tirinto obligaba sin duda a construir aparte todas esas dependencias, fuera al menos de la zona más alta y más fortificada, no sólo en razón de evitar metros de muralla sino por la necesidad de que los movimientos de obreros y mercancías no resultaran tan penosos. En

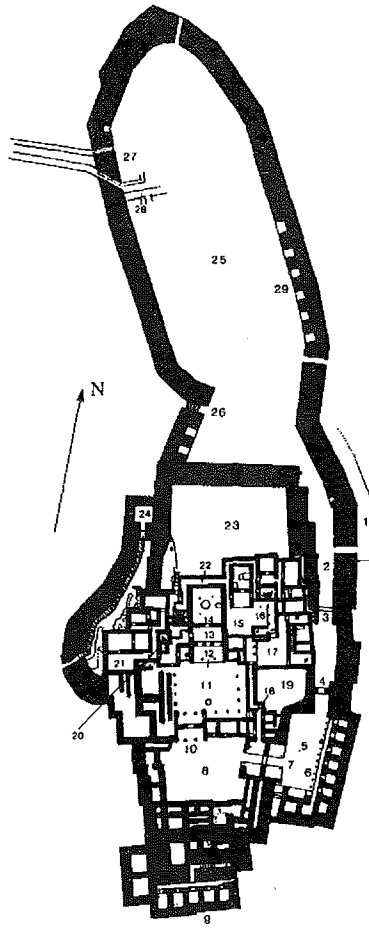
Pilos los talleres y almacenes rodean prácticamente el mégaron principal, situándose en proximidad a los propíleos no sólo los archivos sino también unas piezas identificadas como salas de espera, tabernas, etc., que responden al trasiego comercial del palacio, y un pequeño núcleo considerado como residencia de huéspedes del rey, que tiene un hogar y estaba lujosamente decorada, con grifos y leones, como la sala del trono del mégaron principal. El mégaron de la reina, más sencillo, pero bien decorado igualmente y compuesto de numerosas piezas, entre ellas aseos y almacenes, se encontraba formando una doble ala del palacio, separada del bloque central por patios; por el lado opuesto, también formaban bloques aparte, separados por zonas abiertas, un área que parece de carácter cultural, con un santuario y un altar al aire libre en un pequeño patio porticado, y los grandes almacenes del vino.

La acrópolis de Atenas fue arreglada en terrazas para la construcción de un palacio, que en líneas generales debía de ser semejante a los Tirinto y Micenas; esos basamentos se han podido apreciar tanto mejor cuanto que algunos de ellos fueron aprovechados para la construcción de los templos más antiguos; además se han hallado dos bases de columnas de época micénica, correspondientes verosímilmente al mégaron. En cuanto al palacio construido dentro de la Cadmea tebana, no tiene ni mucho menos un grado de conservación semejante al de los tres primeros mencionados, ya que los siglos sucesivos de habitación del solar han hecho extragos, pero los vestigios han revelado, que se llegaron a construir sucesivamente dos palacios, uno en el Heládico Reciente IIIa y otro en el IIIb, destruidos los dos por el fuego, el segundo de ellos hacia el 1280 a. de C. La construcción era muy amplia, con grandes almacenes y talleres, que muestran, a la par que otros indicios, su carácter de centro palacial en el sentido económico. La decoración y lo que se aprecia sobre distribución del espacio revela una profunda influencia cretense, que se manifiesta también en los hallazgos de tablillas en lineal B.

Otros aspectos arquitectónicos

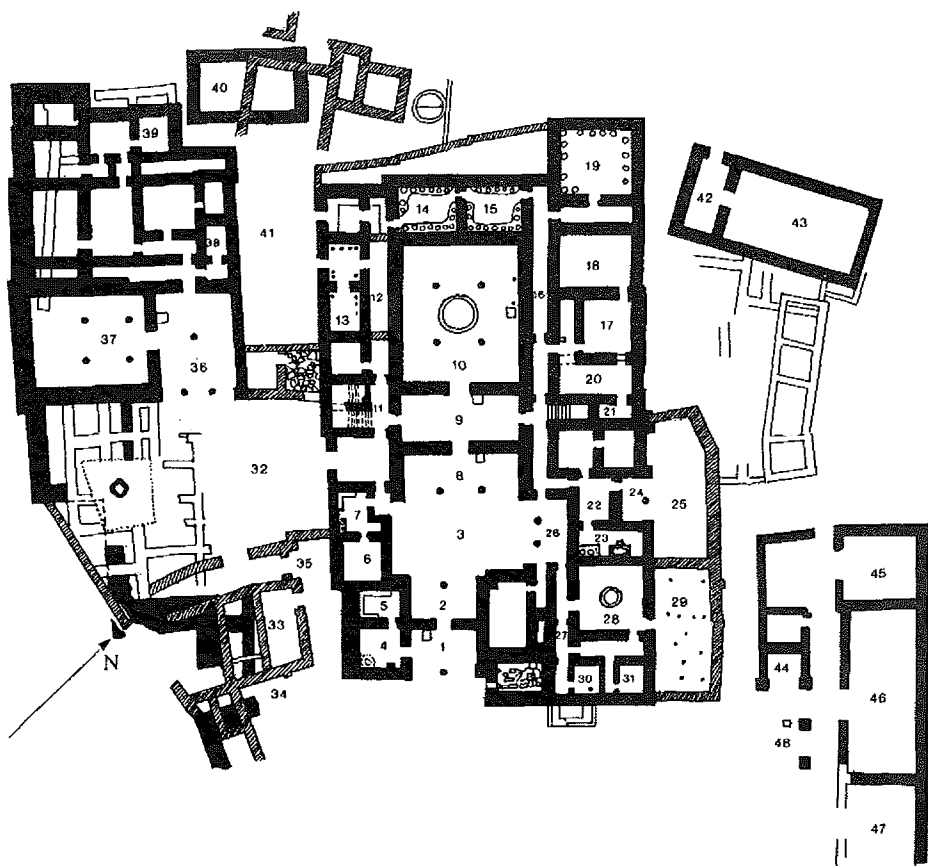
Los testimonios arqueológicos con que contamos sobre fortificaciones y palacios se completa con la muy abundante relativa a otras varias construcciones. Incluso dentro de los recintos fortificados de las acrópolis, que no incluían área urbana propiamente dicha, se aprecian, por separado de los palacios, edificios de uso común civil, como son los graneros y otros almacenes, de uso militar, o bien, religioso. Hay también algunas casas que debemos identificar como residencias de personajes públicos importantes; sus habitaciones son más bien pequeñas, pero la presencia del mégaron y de la decoración a base de frescos y estucos las aproxima a los palacios. La consideración de santuarios que han merecido algunas de estas casas es más bien conjetural y debida a indicios circunstanciales. Las áreas periféricas a las acrópolis cuentan igualmente con barrios residenciales de un carácter más bien disperso, destacándose asimismo algunas casas más importantes similares a las que se encuentran intramuros, junto con construcciones que pueden identificarse como talleres o almacenes. El tipo básico sigue siendo el mégaron, a veces con una especie de almacén detrás de la sala principal.

Por lo que respecta a la arquitectura funeraria, hay que registrar una continuidad de los tipos anteriores. Según la opinión más común, las tumbas en *tholos* habrían vivido ahora una fase decadente, con una pervivencia en el uso de las más antiguas y la construcción de ejemplares inferiores en tamaño y forma de construcción. En estos úl-



La Acrópolis de Tirinto (según N. Platon).

- | | |
|---|--|
| 1. Rampa de acceso. | 17. Patio pequeño de los mégara secundarios. |
| 2. Acceso hacia la puerta de la Acrópolis. | 18. Corredor de acceso al ala oriental. |
| 3. Puerta principal de la Acrópolis. | 19. Patio del sector sureste. |
| 4. Puerta secundaria de la Acrópolis. | 20. Sala de baño. |
| 5. Patio exterior de las casamates. | 21. Sector noroeste. |
| 6. Casamates orientales. | 22. Corredor de unión entre el ala oriental y la occidental. |
| 7. Grandes propíleos. | 23. Patio de la Acrópolis media. |
| 8. Patio exterior. | 24. Bastión y escalera de la puerta oeste. |
| 9. Casamates meridionales. | 25. Acrópolis baja. |
| 10. Pequeños propíleos. | 26. Puerta oeste de la Acrópolis baja. |
| 11. Patio central. | 27-28. Pasadizos subterráneos hacia el agua y cuerpo de guardia. |
| 12-14. Pórtico, vestíbulo y salón del mégaron real. | 29. Nichos. |
| 15-16. ¿Mégara secundarios? | |



El palacio de Pilos (según N. Platon).

- | | |
|--|---|
| 1-2. Propileos. | 27. Corredor del área de huéspedes. |
| 3. Patio central. | 28. Salón del área de huéspedes. |
| 4-5. Archivos. | 29. Patio del área de huéspedes. |
| 6-7. Salas de espera. | 30-31. Ascos. |
| 8-10. Pórtico, vestíbulo y salón del mégaron real. | 32. Patio oeste. |
| 11-12. Corredor oeste. | 33. Antigua entrada. |
| 13. Despensas. | 34-35. Entrada posterior. |
| 14-15. Almacenes de aceite. | 36-37. Vestíbulo y mégaron de la reina. |
| 16. Corredor este. | 38. Cocina. |
| 17-18. Sótano de los talleres del marfil. | 39. Supuesta cámara de baños. |
| 19. Almacén de las grandes tinajas. | 40. Cámara rectangular. |
| 21. Escalera. | 41. Patio interior oeste. |
| 22-23. Antecámara y cámara de baños. | 42-43. Almacenes de vino. |
| 24. Pórtico monóstilo. | 44. El santuario. |
| 25. Patio interior. | 45-47. Cámaras del santuario. |
| 26. Pórtico este del patio central. | 48. Patio con altar y pórtico de pilares. |

timos la piedra es en general más pequeña, y se renuncia al revestimiento del *dromos* o a la monumentalidad de la puerta. Proliferaran, por el contrario, las tumbas de cámara tallada, que se agrupan formando necrópolis.

Al Micénico Reciente se atribuye la habilitación de una red viaria enlosada, con puentes y muros de sujeción de los terrenos, que ha sido estudiada por Mylonas con la ayuda de los restos conservados. Se considera como una aportación minoica, en la medida en que encuentra en Creta un precedente directo. En la región de la Argólide Micenas constituía el centro de las comunicaciones. Los trabajos destinados a asegurar un aprovisionamiento de agua son también de destacar. No sólo se construyeron las fuentes subterráneas que proporcionaban un suministro secreto a quienes no pudieran salir de la acrópolis, sino que se realizaron acueductos a base de canales de barro para alimentar las fuentes, aportándoles caudales procedentes de otras más alejadas. Tanto en el palacio de Pilos como en el de Tebas se han hallado porciones de acueducto.

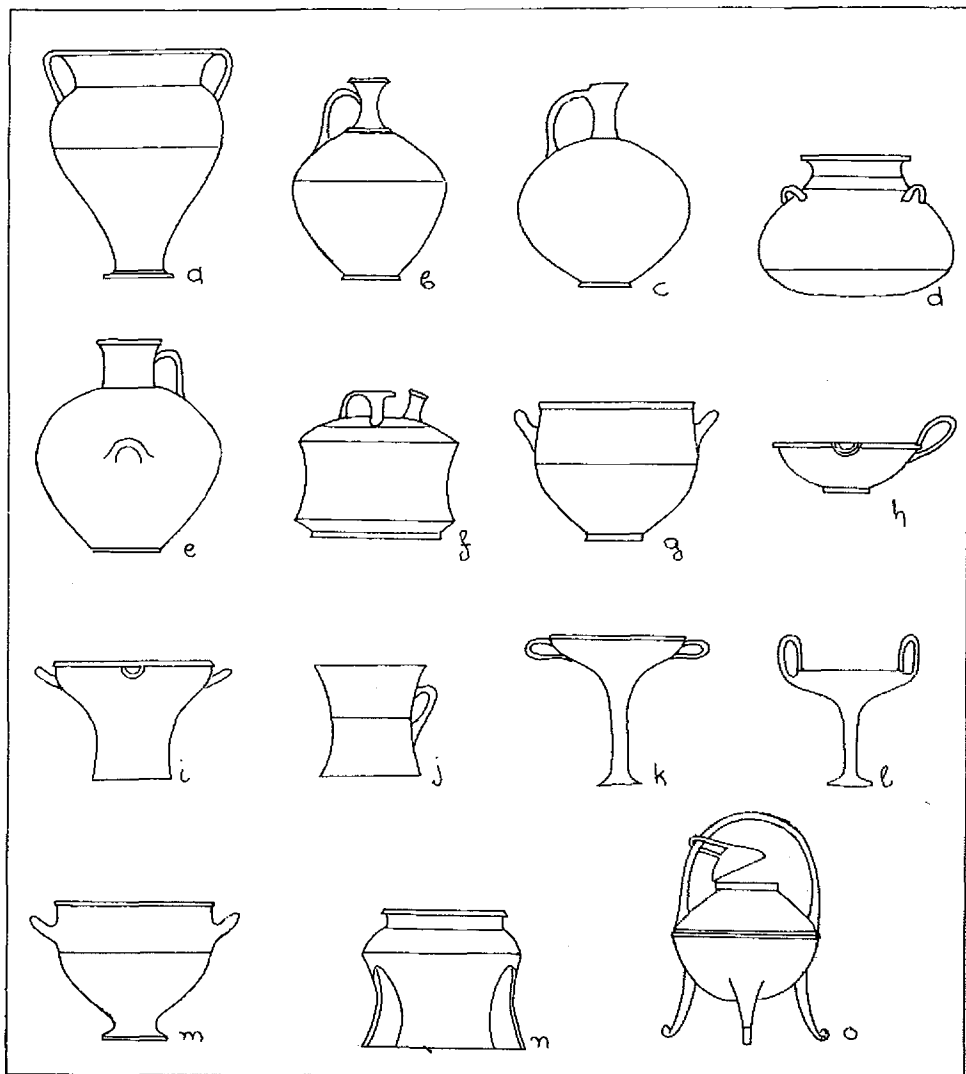
Hay que mencionar, en fin, una tarea muy importante, que debió de requerir muchas horas de trabajo y una sabia dirección: el acondicionamiento para la agricultura del área pantanosa del lago Copais. Se construyó una retícula de canales por los que discurría el agua de riego, de tal manera que la sobrante se expulsaba hacia el exterior. También en este caso se detecta un precedente minoico de tales trabajos: los realizados en la meseta de Lassithi en la Creta central.

Cerámica

Como ya se ha apuntado anteriormente, la cerámica es uno de los productos característicos de los centros palaciales, distribuido por toda el área de expansión comercial micénica. La producción masiva contribuyó a la uniformidad, con la consiguiente simplificación de los motivos decorativos, que hacía innecesario el concurso de pintores de calidad, permitiendo, por el contrario, la utilización de mano de obra común, entrenada en la repetición de una tarea sencilla. Era la perfección de los diseños y la calidad alfarera del producto, lograda en los grandes talleres de los palacios, lo que establecía una ventaja frente a la competencia. Esta *koiné micénica*, que lo era en verdad, tenía algunas formas básicas de gran demanda, repetidas hasta la saciedad con pequeñas variaciones: las cráteras, las jarras, las copas de pie elevado, los vasos pequeños que se dejaban en las tumbas, las píxides, las jarras de estribo, los *askoi* o los *alabastra*. La pasta, el torneado, la cocción, el engobe y el barniz manifiestan una elevada calidad en los centenares de ejemplares hallados en mejor o peor estado de conservación por toda la cuenca del Mediterráneo.

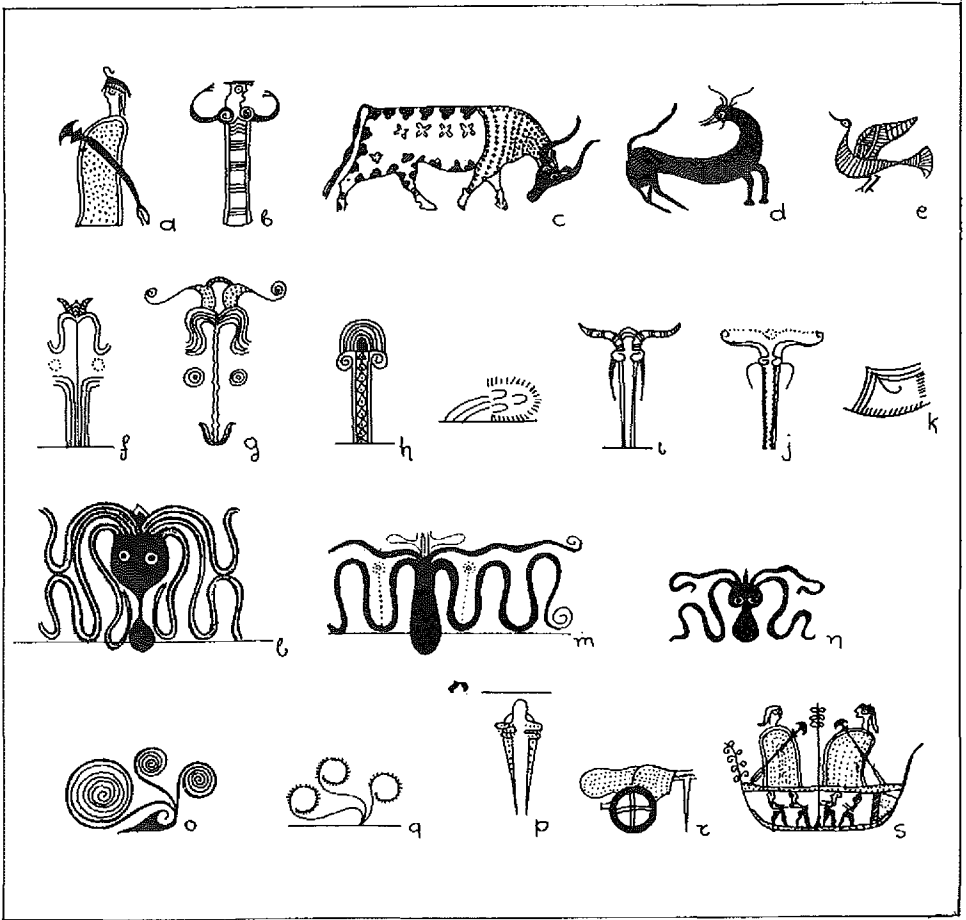
Por lo que hace a la decoración, la mayoría de las piezas de la *koime* en su fase plena, que es la IIIb, presentan unos motivos vegetales o animales tan estereotipados que resultan casi irreconocibles, o, en todo caso, poco naturales, aunque no se deja de apreciar que derivan de los estilos precedentes. Se aprovechan los perfeccionamientos técnicos alcanzados en la elaboración de los vasos para utilizar un tipo de decoración a base de líneas paralelas y bandas de diferentes anchos que explotan el efecto artístico del claroscuro; es muy abundante este tipo, especialmente en los vasos de mayor tamaño. La decoración de carácter figurativo ya hemos dicho que está muy simplificada, y deja en blanco la mayor parte de la superficie del vaso.

Ya se ha aludido más arriba a la diversificación, y al mismo tiempo renovación, de



Formas de vasos del micénico reciente (H. R. III, a-b), según N. Platon.

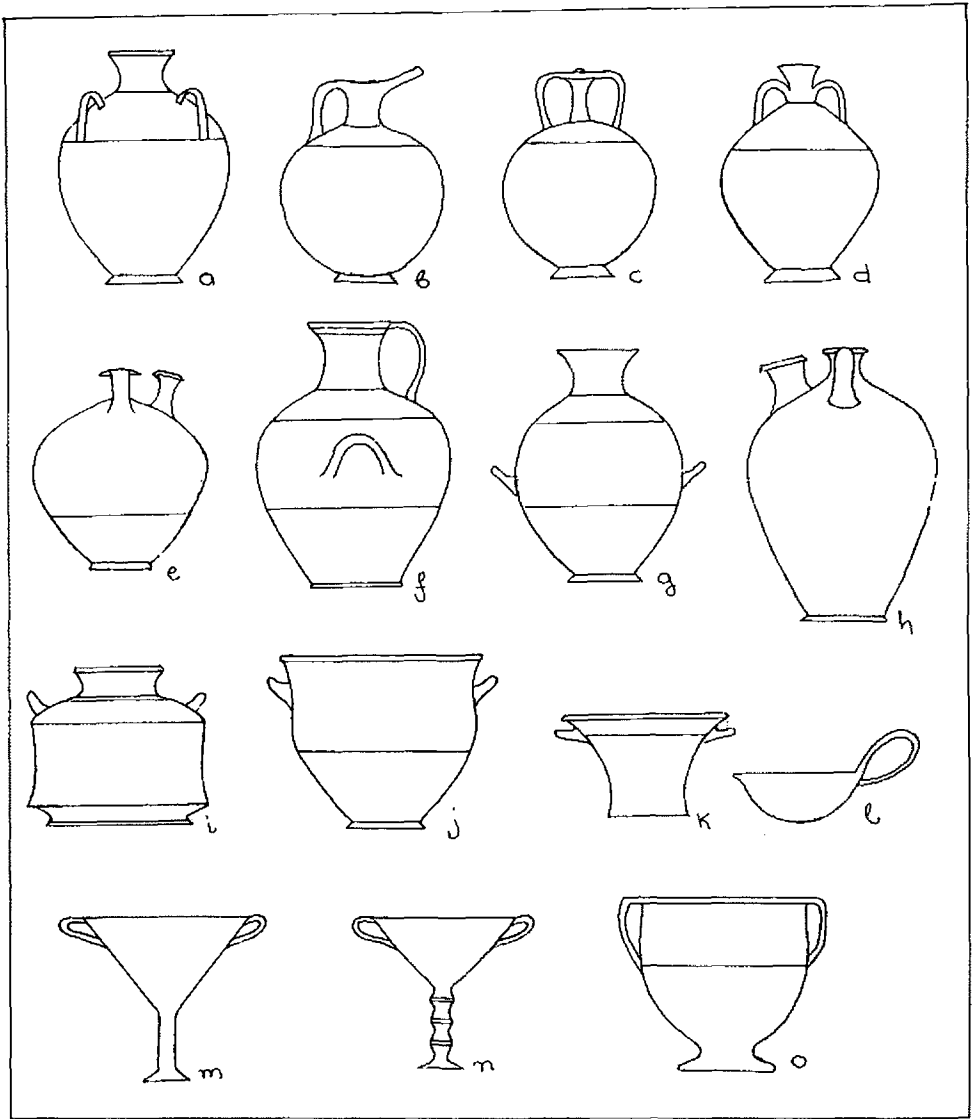
la cerámica en la fase IIIc, que podría deberse al eclipse de la producción palacial. Además del estilo figurativo, al que se adscribe el llamado *Vaso de los Guerreros*, se registran el *estilo del Granero* (*Granary style*), —así bautizado a partir de la construcción de la acrópolis de Micenas identificada como un granero— y el *estilo tupido* (*Closed style*), cuya denominación alude al carácter profuso de la decoración. El primero presenta una calidad muy inferior a la de la *koimé*, tanto en la composición de la pasta como en el tratamiento de la superficie. La decoración es muy simple, a base de líneas curvas irregulares, que se combinan con series paralelas. El otro estilo es más elaborado y lleva una decoración compleja. Se siguen utilizando las bandas paralelas en cla-



Motivos decorativos del micénico reciente (H. R. III, a-b), según N. Platon.

roscurro, pero se hacen alternar con registros decorados con series de motivos animales y vegetales, que se combinan con la finalidad principal de llenar el espacio.

Siguiendo la tradición de raíz minoica, se producen ritones de cerámica en forma de cabeza de toro o de otros animales, o en forma de pez; o se aplican motivos animales constituyendo las asas o el pico de los vasos. Es muy abundante, por otra parte, en toda el área micénica la producción de *figurillas de terracota*, casi siempre de pequeño tamaño. Las correspondientes a la primera fase del periodo conservan una plasticidad, pero, a medida que avanza el tiempo, prevalece la tendencia a la esquematización: las de la fase IIIb son tan estereotipadas que se han podido clasificar en tres tipos, designados respectivamente por las letras griegas que evoca su forma: el *psi* es alado, el *phi* es discomorfo con una base y el *tau* cruza los brazos sobre el pecho destacando la horizontal de los hombros. También se encuentran las figuras entronizadas y las curótrofes. Las representaciones de animales son muy frecuentes, abundando el grupo de la madre con un cachorro. Con respecto a las figuras antropomorfas, existen dudas en



Formas de vasos del micénico reciente (H. R. III, c), según N. Platon.

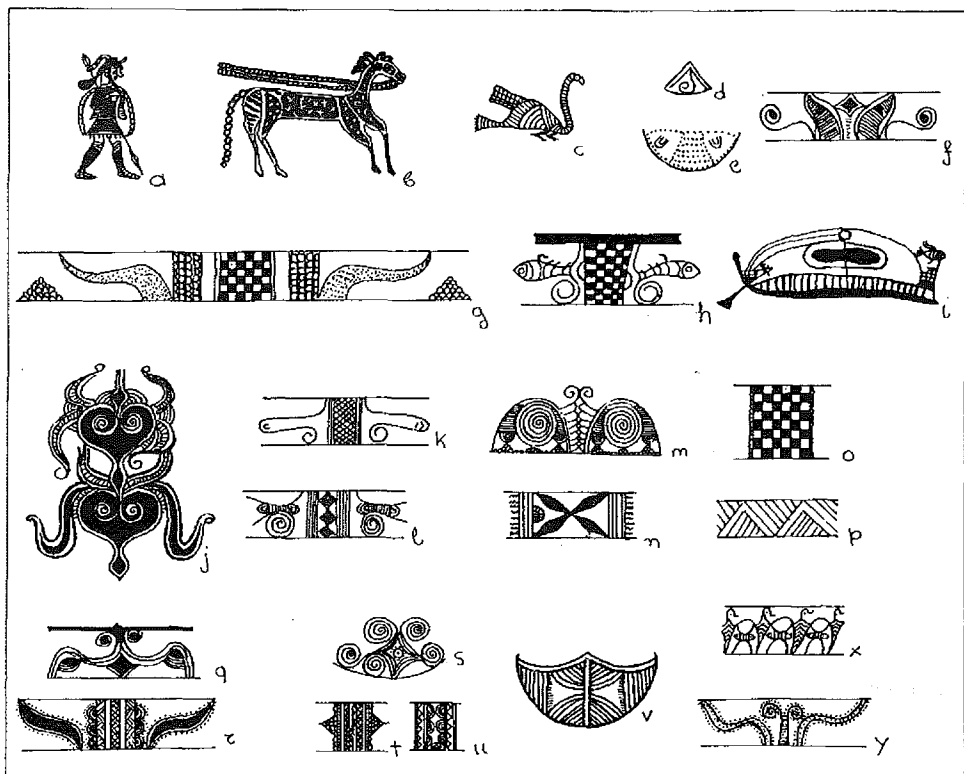
general sobre su interpretación como divinidades o como seres humanos. La calidad de estas piezas es mediocre.

Frescos

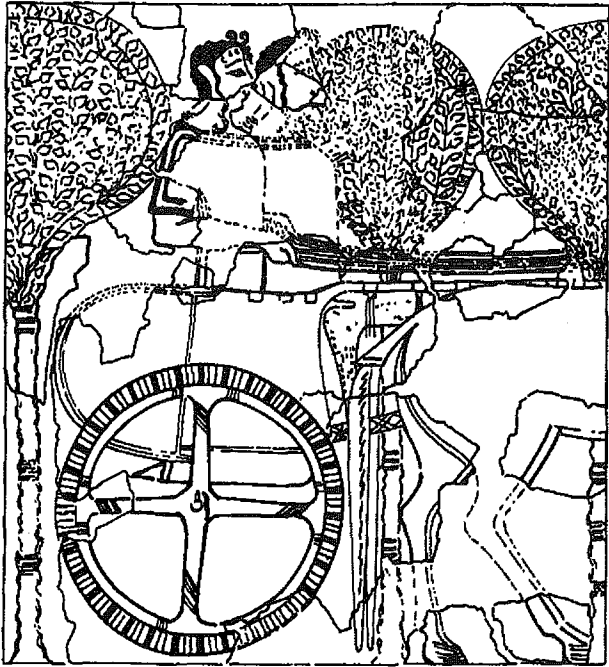
Posiblemente el producto micénico de esta época que presenta una realización artística más lograda sea el fresco, aunque, como en el caso minoico, su conservación es muy precaria. Los lazos de dependencia respecto de la tradición cretense son muy fuer-

tes y evidentes, pero también se han apreciado unas diferencias, debidas no tanto, quizá, a la evolución natural del estilo cuanto a la diferencia de gustos y sensibilidad de los nuevos artistas y de los nuevos destinatarios de las obras en relación con los antiguos. La técnica al *fresco* ha sido sin duda heredada de maestros cretenses, y así también muchos de los motivos básicos, como la espiral formando bandas o retícula, las rosetas, etc. En cuanto a los motivos vegetales y animales, aparecen cada vez menos naturales y más estereotipados, mezclándose sin referencia alguna al ambiente natural del que proceden. Esta evolución, que tiene su precedente en el estilo cerámico minoico llamado *del palacio*, se muestra de un modo similar en la decoración de los distintos palacios micénicos, lo que ha hecho suponer que habían sido decorados por los mismos artistas. Si, como es probable, el número de éstos era muy restringido y la demanda de su trabajo extremadamente dispersa y limitada, no sería nada extraño que trabajaran en forma itinerante.

La temática de las grandes composiciones a base de figura humana combina la herencia minoica del gusto por las procesiones o los juegos de toros con los temas de atletismo y de guerra, que se consideran más gratos a los Micénicos. Pero es posiblemente el tratamiento más convencional y amanerado de las figuras, rayano a veces en lo antinatural, lo que más diferencia las pinturas micénicas de las cretenses. Un ejemplo claro en este sentido es el de la figura femenina conocida como la *Bella Micénica* perteneciente a uno de los frescos que decoraban el palacio de Micenas. Si se la com-



Motivos decorativos del micénico reciente (H. R. III, c), según N. Platon.



Detalle de un fresco tirinto, según Swindlen.

para con las damas de Cnoso o de Tera, se aprecia en ella un amaneramiento y un convencionalismo en la realización de los rasgos que vuelve a ser patente en las mujeres de Tirinto correspondientes al fresco de la procesión religiosa. Son de destacar también los frescos de Tirinto consagrados al tema de la caza, donde sorprende la minuciosidad con que han sido tratados los detalles; y, sobre todo, uno de los frisos del mégaron de Micenas, que plasmaba el motivo del combate junto a una ciudad fortificada, pieza común del repertorio decorativo minoico-micénico desde mucho tiempo atrás, como lo prueban el *Mosaico de la Ciudad*, el *Ritón del Asedio*, o el fresco de Tera relativo a una batalla naval. En este caso también las casas son de tipo cretense, como lo es el tratamiento de la perspectiva, el efecto de la suspensión en el aire de los personajes o la falta de individualidad de los combatientes, que parece oponerse a la eventualidad de que se haya representado un hecho real concreto.

Es lamentable que sean tan pobres los restos conservados de esas pinturas que a buen seguro cubrían, a modo de tapices, los muros de los palacios y de las residencias principales. Se ha perdido con ellos mucha información sobre la vida diaria de los habitantes de los palacios y también sobre los acontecimientos importantes que implicaban a veces a toda la comunidad, como era el caso de las acciones bélicas; desde el punto de vista artístico, es igualmente lamentable la pérdida, máxime tratándose de pintura, que tan escasa está en general de documentación en el Mundo Antiguo. Lo que ya es más difícil de establecer es hasta qué punto los frescos micénicos constituyen una especie artística propia: el género es minoico en su origen y sigue siéndolo en todas las formas que conocemos; carece de conexiones con las demás formas plásticas micé-

nicas e incluso aparece ya desvinculado de la cerámica. Los autores de los frescos se muestran más bien como los Epígonos de los maestros minoicos, un grupo muy reducido y selecto que conservara una tradición exótica, por entero dependiente de la demanda palacial. La fase submicénica, que a duras penas logra mantener viva la herencia de unos estilos pictóricos mucho más simples, conoce la completa extinción de este género magno que se había aplicado también a la decoración de estelas y de algunas figuras en bulto de pobre modelado, como la cabeza de estuco pintado, procedente de Micenas y conservada en el Museo de Atenas, donde apunta vagamente la llamada «sonrisa eginética» del Arcaísmo.

Artesanía suntuaria

La fase IIIB del Micénico Reciente, a pesar de constituir la etapa de plenitud del Mundo Micénico en conjunto, resulta pobre en el terreno de las artes si se la compara con el panorama minoico-micénico. Se han conservado las tradiciones minoicas sin incorporar una nueva savia creativa, y, por otro lado, el sistema de producción de los palacios, excesivamente dirigista y masificador, ha podido obstaculizar el desarrollo del talento individual.

La *escultura* no logra superar unos niveles bajos de calidad artística, aun cuando se aplica a la arquitectura monumental. Es el caso de las leonas de la famosa puerta de Micenas, o de los relieves del Tesoro de Atreo. Tampoco las estelas funerarias son precisamente obras de arte, ni siquiera las mejores de ellas. En cuanto a los vasos de piedra, nada hay prácticamente digno de mención desde el punto de vista artístico.

La *gléptica* tiene ahora una pervivencia decadente en varios sentidos. En primer lugar, las sortijas-sello de oro o electro han dejado de fabricarse casi por completo, de modo que el género se centra en el trabajo de la piedra, que, a medida que el periodo avanza, pierde variedad y tiende a circunscribirse a la esteatita y la serpentina, renunciando a las especies nobles. La temática se reduce un tanto, y se aprecia una marcada tendencia a la repetición de los motivos; pero lo más significativo del periodo es la sustitución del primitivo realismo por un esquematismo creciente donde llegan a hacerse irreconocibles los elementos representados.

En el terreno de la *orfebrería* el panorama es similar: se perpetúan técnicas y tradiciones, pero falta inspiración, y se impone la tendencia a la simplificación y el convencionalismo en el tratamiento de los motivos. Así, en la primera fase (IIIa) abundan los colgantes y las cuentas de collar hechos con lámina de oro repujada y reproduciendo las formas marinas y vegetales características del arte minoico; o bien se modelan los típicos animales terrestres enteros —toro y ciervo sobre todo—; o, en fin, aparecen los consabidos motivos de la espiral, la roseta, la rueda de cuatro radios o el nido de avispa a base de granulado. En las fases siguientes (IIIb y IIIc) la evolución estilística a que hemos hecho referencia viene a coincidir con una escasez de metales preciosos, de modo que la orfebrería casi desaparece, siendo elaborados los colgantes y cuentas en piedras finas o semifinas. Es de destacar la abundancia de lapislázuli que se registra en la Cadmea tebana, lo que parece indicar la existencia de unos lazos comerciales importantes con la región fenicia, que lo obtenía del Beluchistán. Por el contrario, la falta del ámbar, procedente del norte de Europa, sugiere un debilitamiento de la actividad

comercial en esa dirección. Esta época conoce, en fin, el desarrollo de la técnica de la pasta de vidrio, que se impone en la joyería común.

Un último sector artesanal que ha sabido conservar la tradición minoica, enriqueciéndola incluso con influjos procedentes de la región sirio-palestina, es la industria del marfil. Los objetos menudos y las guarniciones de muebles hechos con este material son muy abundantes, lo que muestra que, a diferencia del oro, este recurso precioso no escaseaba para los Micénicos. La costa sirio-palestina recibía, en sus centros más importantes, marfiles trabajados para la exportación en el área micénica como lo son la famosa placa de Megido, con la representación de un grifo alado, o la no menos conocida tapadera de Ugarit, con la Señora de los animales. Se cuentan por decenas las placas, mangos de espejo, púxides, peines, etc., procedentes de tumbas o de las acrópolis micénicas, donde el marfil ha sido trabajado a base de motivos de tradición minoica: animales marinos y terrestres, reales y fantásticos, elementos vegetales, rosetas, espirales, etc. Frente a estas series de piezas en relieve, resultan muy raras las de bulto redondo. La mejor de todas ellas, que también se ha atribuido, sin embargo, al Micénico Medio, es la *Tríada de Micenas*, que representa dos figuras femeninas adultas, madre e hija, con un niño de corta edad; si, como parece, es una representación religiosa, su arquetipo correspondería al que incorpora la tríada Deméter-Core-Triptólemo.

La producción metalúrgica

El bronce sigue siendo en esta época de vital importancia para la fabricación del armamento y el utillaje, y, como quiera que las dos materias primas básicas debían ser adquiridas en el exterior, los grandes centros micénicos debieron intentar por todos los medios controlar ese comercio para asegurarse el correspondiente suministro. La isla de Chipre era la fuente del cobre, que salía de allí, como en épocas anteriores, en lingotes cuyo peso y forma eran adecuados al transporte a hombros. Las tablillas en lineal B aluden con frecuencia a este producto, que cuenta con su ideograma particular. La procedencia del estaño no es bien conocida, pero, de cualquier modo, parece que existían dificultades para su acopio, pues a veces ha sido sustituido en las aleaciones por el cinc. Es probable que la producción en masa de armas y utensilios llevada a cabo en los palacios colmara todas las necesidades, aunque también parece lógico que haya seguido existiendo cierta circulación marginal de esos objetos, especialmente por las áreas periféricas a los centros. Una vez más la refundición sistemática de las piezas de bronce, practicada a lo largo de las generaciones, nos ha hurtado en general los ajuares domésticos, con la excepción afortunada de los llamados *tesoros*, alijos ocultados por susdueños en circunstancias de peligro, que no llegaron a ser recuperados. Las tumbas no saqueadas constituyen la otra fuente de evidencia para estos objetos.

Las tablillas de Cnoso y las de Pilos asientan diversas cantidades de armas de diferentes tipos, así como depósitos de lingotes de cobre. En el caso de Pilos, el montante ha parecido muy elevado, interpretándose esta circunstancia, bien en razón de una eventual situación de amenaza bélica, bien suponiendo que los broncistas pilios —es decir, el palacio— producían para la exportación. La fabricación a gran escala parece haber contribuido a la pérdida de las tradiciones de producción de armas suntuosas, como las que aparecieron en las tumbas de fosa vertical; ahora se producen armas para un gran número de personas, y preocupa sobre todo su eficacia. Abundan las da-

gas y los cuchillos, rectos y curvos, así como las puntas de lanza, cuya resistencia es mucho mayor, debido en general a que el casquillo es más largo. Se encuentran asimismo en abundancia las puntas de venablo o lanza corta y las de flecha. La pieza más importante y costosa del armamento ofensivo sigue siendo la espada larga, sin apenas decoración, pero más resistente, debido a que la hoja se prolonga en una especie de espiga que se introduce en el mango. El perfeccionamiento de la técnica de fabricación permite hacer hojas sin nervio de refuerzo, muy afiladas a lo largo de los dos cortes, que no sólo penetran de punta sino también sajan de costado.

Algún raro hallazgo documenta el uso de un tipo de armadura consistente en una coraza a base de piezas anatómicas de bronce forradas de cuero, que protegía el tronco y los muslos; era un recurso muy costoso y pesado, restringido sin duda a los hombres importantes, algunos de los cuales seguirían prefiriendo la alternativa del gran escudo en forma de torre o de ocho. También se utilizaban escudos más pequeños y ligeros. La armadura se completaba con grebas de bronce y, en cualquier caso, con una base de bronce, o bien de cuero guarnecido con defensas de jabalí, como en las fases anteriores.

LA ORGANIZACIÓN DE LOS CENTROS MICÉNICOS. PLANTEAMIENTO GENERAL

Cuando se trata, como es el caso, de presentar una visión general de los aspectos políticos, sociales y económicos de los centros micénicos del Periodo Reciente, con una serie de referencias de carácter tipológico, así como una clarificación, al menos relativa, de los pivotes institucionales de ese complejo cultural, es preciso hacer alguna reflexión previa sobre el criterio a seguir, porque las opciones pueden ser distintas. Son tantas las centenares de páginas que se han escrito desde el desciframiento de las tablillas en lineal B sobre esos aspectos, tan controvertidas las opiniones, tan diferentes las actitudes valorativas sobre tal documentación y, lo que es peor, tan pocos los puntos que se pueden considerar como establecidos, que cuesta mucho trabajo decidir el modo cómo ese conjunto de aportación científica debe acceder a una obra de síntesis. Incorporar las diversas argumentaciones es imposible; hacer simple inventario de hipótesis y conjeturas, improcedente. Quizá sólo se puede intentar introducir al lector en esa intrincada selva bibliográfica desde una actitud más bien restrictiva; asumiendo el saludable principio científico de que mientras una hipótesis no está demostrada no puede funcionar como premisa de un ulterior razonamiento y debe estar ella misma potencialmente abierta a cualquier replanteamiento de la cuestión que pretende resolver. Sin llegar al extremo de negar la viabilidad del desciframiento del lineal B, debemos conceder la debida importancia a hechos como el de que la evidencia de las tablillas es absolutamente concreto en el espacio y en el tiempo, o el de que tales documentos no incluyen referencias directas al estatus de las personas, al sistema político o a las instituciones económicas y jurídicas. Cualquier comparación de esos archivos con los exhumados en el Próximo Oriente es del todo desfavorable para los micénicos en su condición de fuente histórica, de modo que, por principio, no se puede pretender extraer de esa documentación una información similar a la que sacamos de aquella. Habría que conformarse con mucho menos.

Se acostumbra a destacar el contraste apreciable entre el sistema económico reflejado en las tablillas, en lo que a complejidad y tipología se refiere, y el que se esboza en los *poemas homéricos* o el de la Grecia Arcaica, por no hablar del panorama tan

primitivo que ofrece la arqueología en relación con las etapas precedentes. Es verdad que las tablillas de Creta, los palacios minoicos y, en último término, las grandes organizaciones económicas del Próximo Oriente sugieren una explicación para el origen del fenómeno micénico, pero la breve duración de éste dentro del medio helénico, que no parece haber sido especialmente receptivo al mismo, invita a la prudencia en la evaluación de su importancia, difícil en todo caso de establecer con la documentación disponible. El tipo de registro que aparece en las tablillas es muy elemental, aunque afecte a muchos productos y a muchas personas, y tiene, desde luego, un carácter precario, como indica la ausencia de datación y la naturaleza del soporte utilizado; pero nuestro desconocimiento de la realidad que subyace a esos documentos no nos permite saber si se trata de una forma complicada de recoger algo sencillo, o bien de una forma sencilla de reflejar algo muy complicado.

Las interpretaciones de carácter económico derivadas de esos documentos, aunque plantean muchos problemas, son en principio más viables que las de carácter político y social, porque es el terreno de la economía el que iluminan de forma más directa, y, además, la evidencia arqueológica correspondiente a almacenes y talleres, así como las características de la producción artesanal de la época, coadyuvan al análisis de las tablillas. Parece claro que en los centros palaciales se emprendió la producción en serie utilizando una mano de obra dirigida, a la que se alimentaba o pagaba en especie; y que ese dirigismo de la producción se combinaba con el de un comercio capaz de dar salida a los excedentes y garantizar los suministros de materias primas, por lo que respecta al ámbito exterior, y con un sistema adecuado de circulación de bienes y servicios en el ámbito interno. Mucho más difícil es saber hasta qué punto se modificó el tejido social en función de las innovaciones del sistema económico o en qué medida dependió el cambio de un determinado desarrollo de las instituciones políticas; y se discute también la cuestión del papel económico de los centros religiosos. Nos falta, por otra parte, toda información sobre la génesis de los centros palaciales como unidades económicas: no sabemos si se han impuesto de forma concreta y conflictiva a la estructura anterior, o, por el contrario, han sido las ventajas inherentes a ese modelo económico las que lo han hecho crecer y desplazar total o parcialmente las primitivas estructuras. El grado de utilización de mano de obra esclava y la procedencia interior o exterior de la misma es uno de tantos datos fundamentales para entender la cuestión que, sin embargo, desconocemos.

Aspectos políticos y sociales

Los centros micénicos son unidades políticas con un rey a la cabeza, según se deduce de la tradición épica, de la propia estructura de los palacios y de la información de las tablillas. En estas últimas se documenta una figura denominada *wanax*, a quien corresponde un gran dominio denominado *témenos*. En las tablillas se aplica también el término *wanax* a los dioses, y, por otro lado, en época histórica tal término es inusitado, mientras que el *témenos* es exclusivamente el recinto sagrado de un santuario; pero la lengua homérica apoya la tesis de que el *wanax* es, en efecto, el rey de los centros micénicos. Allí el término sirve para invocar indistintamente a un dios o al rey y se muestra como un elemento perteneciente a la más antigua tradición épica. Al mismo tiempo, se encuentra en los *poemas homéricos* el término *basileus* —que es el

que significa «rey» en griego clásico—, aparentemente como un sinónimo de *wanax*; sin embargo, se ha podido constatar que el uso de los dos vocablos no es indistinto y que *basileus*, con su frecuente plural *basileis*, está muy cerca del «rey» de la Beocia de Hesíodo, un gran jefe de clan en realidad, revestido de una autoridad de base gentilicia, reforzada por la existencia de otras figuras equivalentes en las distintas pirámides del tejido social. Con ser muchos e indiferenciados los poderes de estos reyes, resultan compatibles con la existencia eventual —que no necesaria— de un poder político superior, ostentado por un rey de otro rango, normalmente uno de los jefes de los grandes grupos familiares que ha conseguido encumbrarse sobre los demás y asumir el monopolio de esa función política, cuya existencia, por otra parte, puede ser beneficiosa para el conjunto, si coordina la defensa de un modo más eficaz e influye favorablemente en la circulación de los productos, proporcionando así de modo indirecto una mejor calidad de vida y una mayor seguridad a la élite dominante.

Así, pues, el *wanax* de los reinos micénicos debe de ser el señor del palacio, a quien se reconoce una autoridad y un poder supremo sobre todas las personas y cosas del territorio dependiente, aun cuando sólo lo ejerza de modo directo en su propio dominio patrimonial, existiendo otras personas, políticamente subordinadas a él, que gozan, sin embargo, de una posición social sobresaliente; verdaderos toparcas, con sus propias tierras, sus ganados y su pequeña pirámide social dependiente. No es que esta visión de la sociedad micénica se deduzca necesariamente de las tablillas, pero quizá sea la más viable como conjetura, en tanto en cuanto armoniza con la situación anterior y con la posterior a la vida de los centros palaciales: la continuidad que manifiesta el panorama religioso entre la época micénica y la submicénica parece un tanto incoherente con la eventualidad de un cambio total de las estructuras sociales y, desde luego, con una sustitución absoluta del elemento poblacional, por lo que resulta metodológicamente más correcto asumir la hipótesis de que los reinos micénicos, con sus palacios y sus monarcas, se constituyeron, en tanto que formas políticas y económicas, sin hacer tabla rasa de las estructuras sociales peculiares a la población que los integraba. La mención *qa-si-re-u* de las tablillas se corresponde desde el punto de vista lingüístico con el término *basileus* y parece aplicarse a ciertos personajes con autoridad militar de carácter local, que no disfrutaban, por otra parte, de un rango muy elevado en relación con el palacio. Estas apreciaciones son, desde luego, imprecisas, pero no se oponen a la posibilidad de que esos individuos sean cabezas de clan o toparcas de tipo gentilicio, porque es probable que tales jefes locales tuvieran la obligación de proporcionar determinados contingentes militares, lo que implicaría que serían sus supervisores, si es que no los comandaban en campaña. La posible interpretación del vocablo *ke-ro-si-ja* como *gerousía* («consejo de ancianos»), que es precisamente el nombre del consejo político del estado espartano, contribuye a reforzar la hipótesis de una pervivencia de estructura políticosocial básica más primitiva en combinación con instituciones y formas de organización de tipo palacial.

Como no tenemos ninguna idea cierta de cómo se organizaba el ejército en los centros micénicos —ni siquiera sabemos si la información de carácter militar que proporcionan las tablillas pilias se debe a una situación de emergencia ante un peligro inminente, como se da a veces por supuesto, o bien responde a la protección necesaria de un palacio que carecía de murallas y dependía por completo de la cobertura humana— es impropio hacer especulaciones sobre el papel a desempeñar por los distintos tipos de funcionarios u oficiales que parecen relacionados con las tropas, cual es el caso

de los *e-ge-ta* (*hepetai*, «seguidores, acompañantes, del rey»), o el de los *ko-re-te* y *po-ro-ko-re-te*. Vernant considera que los *ko-re-te*, especie de prefectos de aldea, podrían representar junto al rey local el mismo papel que el *lagetés* al lado del *wánax*, el de comandante de las tropas.

La posesión de un *témenos* por parte del rey y la denominación de éste como *wánax* no presuponen en absoluto que se le atribuyera un carácter divino, en el sentido de ser asimilado a un dios; sólo que se le reconocía una superioridad y un poder sobre los hombres en el plano humano comparable al de los dioses en el plano divino. Por otra parte, el *te-me-no* no era exclusivo del *wa-na-ka*: también existía en Pilos un *te-me-no ra-wa-ke-si-jo*, asignado a un personaje que se puede transcribir como *lawagetas*. En época histórica el *lagetés* es un jefe militar, lo que condiciona, en principio, nuestra interpretación del término micénico. Además, hay tradiciones que aluden a la asignación de un dominio importante por parte de un rey a alguien que se ha revelado especialmente valioso en el terreno militar, incluso un extranjero que ha salvado el reino de una situación de grave peligro; de ahí se ha deducido la existencia en Pilos de una especie de jefe supremo militar al lado del rey, con un dominio que se designa como el de éste, pero que debe de ser bastante más reducido, ya que se le adscriben diez unidades de grano, frente a las treinta del *témenos* regio. Contra esta interpretación, en todo caso hipotética, se ha objetado que tal personaje parece más asociado con el culto que con las actividades militares en lo que respecta a la información de las tablillas; podría tratarse, entonces, de una especie de sumo sacerdote, aunque tampoco hay que olvidar que no tenemos ninguna prueba, ningún indicio siquiera, de la existencia en los reinos micénicos de una autoridad religiosa de rango destacado, y, por otra parte, que un jefe militar supremo podría tener un protagonismo en determinados rituales precisamente en razón de su función.

Al lado del *wánax* y del *lawagetas* se destaca un colectivo, el de los *te-re-ta*, formado por individuos nominados individualmente, que tienen, a lo que parece, unos dominios semejantes a los del *lawagetas*. La mención que los designa en las tablillas ha sido interpretada como *telestai*, conjeturándose, en general, que se trata de hombres que prestan un servicio (*telos*) al rey; la opinión más generalizada es que el servicio en cuestión era el aporte de tropas, y que a cambio de él tenían asignado un gran dominio para su explotación. La interpretación de este estatus, si en verdad era tal, depende de la idea que se asuma sobre el régimen de distribución de la tierra en los reinos micénicos, que es una cuestión por demás problemática, pero en todo caso hay que admitir que la hipótesis relativa a la existencia de una relación de tipo feudal entre unos terratenientes y el rey, proyectada incluso sobre el resto de la sociedad o sobre una parte de ella, no cuenta con una documentación convincente; nada indica que los *te-re-ta* hayan recibido las tierras del rey, y, desde luego, otras alternativas, como la de que fueran los principales beneficiarios en un reparto inicial de tierra conquistada, resultan tanto o más verosímiles. Hay en todo caso muchos detalles enigmáticos que restan evidencia suficiente a cualquier interpretación: así, por ejemplo, el hecho de que los registros se renovaran con frecuencia, que no sabemos si responde a una renovación periódica de las asignaciones de tierras; o el de que los *te-re-ta* aparezcan eventualmente como subbeneficiarios, o arrendatarios, de las tierras asignadas a otros *te-re-ta*, en el mismo plano que otros individuos comunes, designados incluso algunos de éstos como *te-o-jo do-e-ro* o *do-e-ra* («esclavo o esclava del dios»).

Esto nos lleva a la cuestión de la *esclavitud* en la sociedad micénica, muy debatida

también. No parece que haya sido ésa una institución genuina de los pueblos indoeuropeos, pero es de suponer que los Micénicos la hubieran asumido relativamente pronto, no sólo debido a sus contactos con el Oriente y con el Mundo Minoico sino también porque sus propios movimientos por el Mediterráneo hacían posibles las capturas; el hecho de encontrar la palabra *do-e-ro* (*donlos*), que es la que en época histórica designa al esclavo, confirma de suyo esa suposición. Pero hay dificultades a la hora de identificar a los esclavos en las tablillas. Con respecto a los individuos que ostentan el calificativo de *do-e-ro* (o *do-e-ra*) y llevan sus respectivos nombres propios al igual que los restantes poseedores de tierra, incluidos los *te-re-ta*, se ha considerado que tal calificativo debía de tener un carácter simbólico o incluso honorífico, de suerte que esos «esclavos del dios» no serían realmente de condición servil. Otra tablilla pilia se refiere a catorce mujeres designadas conjuntamente como *i-je-re-ja do-e-ra* («esclavas de la sacerdotisa») y cuyos nombres propios no se mencionan; no es unánime naturalmente la interpretación que se ha dado a su estatus, pero la mayoría de los autores entienden que ésas sí son verdaderas esclavas. El problema mayor lo plantean, sin embargo, los grupos de mujeres operarias de la serie A de tablillas, que son mencionadas en conjunto por el nombre ocupacional, acompañadas, por cierto, de sus hijos e hijas. Este último detalle y la ausencia de nombre propio ha hecho pensar que se trata de esclavas, aunque ello no es seguro; la omisión de los nombres podría deberse al elevado número de las personas registradas, y, por lo que respecta a la falta de esposos, también se ha entendido que, si no aparecen junto a las mujeres y los hijos, no es porque no existan sino porque reciben el sustento por otra vía, la de su propia ocupación. El hecho de no aparecer en los registros con el nombre propio, o el de tener o no tener esposo no es un exponente seguro del status.

Una última mención de las tablillas de gran relevancia en el aspecto político-social es la del *da-mo*, interpretado como el *demos*, en el sentido de la «comunidad». Las series correspondientes al registro de la tierra le atribuyen, a lo que parece, una personalidad jurídica, no sólo en tanto que puede ser titular de propiedad sino también en la medida en que puede protagonizar un litigio; tal sería el caso de la tablilla Ep 704.5-6: «la sacerdotisa Erita tiene y afirma tener una tierra como *e-to-ni-jo* en beneficio de la divinidad, pero el *demos* dice que la tiene como *o-na-to* de tierra comunal». Parece probado que esos colectivos eran varios y tenían una implantación regional, es decir que el *da-mo* mencionado en relación con el distrito de *Pa-ki-ja-ni-ja* en las series Ep y Eb de tablillas no es el mismo que aparece en Un 718, correspondiente a la mención local de *Sa-ra-pe-da*. Este carácter de organismo de representación local estaría en consonancia con la entidad de los *demos* áticos, de raíces muy antiguas. Con todo, no hay que fiarse demasiado de los paralelismos respecto a épocas anteriores, ya que puede existir una cierta continuidad entre dos especies administrativas o jurídicas históricamente sucesivas, que llegue a justificar la pervivencia de una denominación, pero también algún cambio sustancial que impida conocer la una a partir de la otra. Precisamente la existencia de los centros palaciales y de un régimen complejo de tenencia de la tierra, que suponemos no ha pervivido, es un obstáculo para la interpretación de ese supuesto *demos* del Mundo Micénico. Algunos han considerado que representan al conjunto de la población de un área determinada frente a los elementos privilegiados, los *te-re-ta*, posiblemente, presuponiendo una tendencia al abuso con respecto a las tierras públicas o comunales por parte de una aristocracia restringida; y hay otras muchas variantes especulativas, en función de las distintas formas de

entender modernamente la tipología catastral reflejada en las tablillas. Sin embargo, el documento Eb 297 podría ser perturbador, si, como parece, se trata de una segunda versión de Ep 704.5-6: «la sacerdotisa tiene y afirma tener una tierra como *e-to-ni-jo* en beneficio de la divinidad, pero los *ko-to-no-o-ko* (afirman) que tiene *o-na-ta* de tierra comunal». De la comparación de estos dos textos se deduce que los *ko-to-no-o-ko* equivalen, al menos formalmente, al *da-mo*. Doce individuos reciben el calificativo de *ko-to-no-o-ko* en los documentos pilios conservados; seis de ellos son al mismo tiempo denominados *te-re-ta*, y parece que todos tenían bastante cantidad de tierra de diversos tipos, es decir, que eran personajes importantes, aunque, por desgracia, no sabemos si pertenecían de hecho a una clase especial. Si el *da-mo* es la comunidad territorial, estos personajes podrían constituir, como apuntara Lejeune, una especie de colegio de representantes, formado por los así llamados «terratenientes». Pero no se puede descartar la alternativa recientemente defendida por Chadwick en el sentido de que el *da-mo* hubiera estado integrado únicamente por *ko-to-no-o-ko*, siendo así una asamblea o consejo de terratenientes; es una hipótesis tan viable como otras y, en opinión de Chadwick, explica mejor el hecho de que posteriormente el término *demos* haya designado en Atenas a la comunidad de hombres al mismo tiempo que a una unidad administrativa de naturaleza territorial.

El personal dedicado al *servicio religioso* de un modo u otro no era quizá demasiado abundante, pero sí debía de tener una dedicación exclusiva, posiblemente vitalicia, a estas funciones, siendo identificado en el conjunto de la sociedad como tal personal religioso. Su residencia en los santuarios y áreas cultuales de los palacios, las peculiaridades de sus respectivos atuendos y el respeto y reverencia que los rodeaba hacían de ellos sin duda un sector selecto de la sociedad. Pero su relación con el rey y el palacio no está del todo clara. Carecemos de documentación procedente de los santuarios y, en cambio, señala Carlier, las menciones del personal y de los bienes pertenecientes a los mismos son muy numerosas en los archivos palaciales y reflejan formas de intervención y control bastante variadas. Los escribas del palacio de Pilos manejaban, en efecto, como notara Olivier, una lista-tipo de personal del santuario, en la que aparecen siempre en el mismo orden individuos designados con nombres alusivos a funciones rituales o de servicio religioso cotidiano específicas, aunque no es fácil establecer las razones, o, más bien, las finalidades concretas de esos inventarios. En un trabajo reciente, Carlier deduce de la interpretación de los documentos pilios toda una serie de importantes ingerencias del palacio en la vida económica y social de los santuarios, que, de ser ciertas, presupondrían la dependencia de éstos respecto de los centros palaciales; una hipótesis que en cualquier caso no cuenta con argumentos en su contra derivados de la evidencia marginal de las tablillas. Así, pues, con respecto a la descendencia del personal consagrado al servicio de la divinidad en calidad de *do-e-ro* (-ra), el palacio decidiría quiénes heredaban el estatus de los padres y dispondría, en cambio, de los demás para otros fines; incluso, de acuerdo con la interpretación propuesta para la tablilla An 607, los *do-e-ro* de la diosa *Do-que-ja*, podían ser asignados a los *e-ge-ta* destacados en distintas regiones. Por otra parte, si bien las divinidades tenían como propias tierras de cuyo producto se beneficiaban los miembros de la comunidad religiosa correspondiente, se ha creído poder sostener que algunas de las contribuciones sagradas eran cobradas por el palacio (Es 644); y lo que sí se da por seguro es que era el palacio quien establecía las contribuciones debidas a los dioses, así como la posesión por parte del rey de un *témenos* exento de contribución en el distrito *Sa-ra-pe-da* de Posidón.

La valoración conjunta del informe arqueológico de los centros palaciales y de sus archivos sugiere que la vida económica de los reinos micénicos gravitaba sobre los palacios, y también que la tierra seguía siendo la principal fuente de recursos. Todo el territorio políticamente dependiente de cada palacio, o una parte de él, parece haber sido controlado en el aspecto económico y sometido a un complejo régimen de tenencia bajo distintas especies jurídicas. Abundan las menciones aparentemente técnicas de tipos de tierra y de beneficiarios, si bien las dificultades que se oponen a la interpretación son muchas, y las conclusiones, tan diversas como inciertas todas ellas.

Resulta por demás extraño el hecho de que un sistema económico que se muestra bastante sofisticado no nos haya dado contratos ni documento alguno relativo al derecho privado. Claro que no podemos deducir de ahí un extremo primitivismo de las instituciones jurídicas ni considerar que todo el mecanismo de la economía era accionado unilateralmente por el palacio, ya que tampoco tenemos tratados, cartas o himnos religiosos, y es de suponer que los hubiera. Pero el hecho es que esa documentación nos falta, y su ausencia dificulta la interpretación de la que obra en nuestro poder.

Se puede afirmar que la titularidad en la posesión de tierra, bajo una u otra especie jurídica, exigía unas contraprestaciones, es decir, imponía unas obligaciones, pero eso no es decir nada, ya que tal hecho se da, diversificado en múltiples variantes, por todo el ámbito espacio-temporal del Mundo Antiguo. Lo que importa es saber en qué consistían las contrapartidas, quién era su beneficiario y, por último, cómo se distribuía el producto obtenido. La serie E de Pilos constituye el paquete de documentación más importante sobre el régimen de la tierra, que sirve de base para intentar comprender el sistema, dejando abierta, desde luego, la posibilidad de que ese régimen complejo no afectara a todo el territorio, algunas de cuyas áreas podrían haber conservado una estructura más primitiva integrándose en el estado de otra forma desde el punto de vista que podríamos llamar fiscal.

Adelantamos el hecho de que muchas de las menciones de tipo catastral siguen siendo incomprensibles y no cuentan siquiera con una hipótesis explicativa verosímil, en tanto que para otras se ha llegado a conjeturas muy razonables, siempre que se acepte una determinada interpretación del conjunto, porque no se puede hablar de certeza en términos absolutos. Eso parecerá evidente si se tiene en cuenta que en la mayor parte de los casos no sabemos si los términos en cuestión son tecnicismos jurídicos o bien se refieren a la naturaleza de la explotación que se lleva a cabo en las tierras o a sus dimensiones. El término *ko-to-na* designa una tierra de cultivo lo suficientemente grande para ser objeto de división en lotes asignados individualmente a personajes importantes —aunque tengan ellos mismos también otras tierras—, pero también lo suficientemente pequeña para ser poseída por una sola persona junto con otras tierras y, desde luego, inferior a un *témenos* regio. Dicho término se acompaña de la mención *ki-ti-me-na* en unas series y de la mención *ke-ke-me-na* en otras, de suerte que estos últimos términos proveen una clasificación de las *ko-to-na*. Un detalle que ha parecido de la mayor importancia es el hecho de que a las *ko-to-na ke-ke-me-na* acompañe la mención *pa-ro da-mo*, interpretada en general como «procedente del *demos*». La in-

terpretación aportada en su día por Palmer a todo el sistema es la que más se ha difundido, y no porque no hayan sido propuestas una serie de opciones, algunas de ellas muy divergentes, sino porque los márgenes de ambigüedad que comporta el mensaje de los documentos impiden que una hipótesis llegue a ser desbancada por otra. Algunas de las apreciaciones de Palmer pueden ser ciertamente correctas, pero la referencia a paralelos hititas que fundamenta a veces sus posiciones y que ha sido asumida con posterioridad por otros investigadores, a pesar de resultar tentadora, en tanto en cuanto se trata en los dos casos de poblaciones indoeuropeas que han constituido organizaciones políticas dotadas de gran eficacia militar, no es muy de fiar si consideramos, en razón de los abundantes indicios al respecto, que el desarrollo de los palacios micénicos en su calidad de centros políticos y económicos, y la implantación del sistema administrativo que los anima, responden a la influencia minoica. Así, en la visión de Palmer, *ke-ke-me-na ko-to-na* sería «tierra de reparto», cuya titularidad correspondería a las comunidades rurales, las cuales la asignarían *in precario* a determinados individuos para su cultivo, mientras que las *ki-ti-me-na ko-to-na* serían los dominios otorgados por el rey, su dueño, a los «hombres de servicio», los *te-re-ta*, a cambio de unas prestaciones y en el marco de una relación feudal. Ya se dijo más arriba que nada indica que las tierras de los *te-re-ta* hubieran sido concedidas por el rey. Cabría aducir que tal puntualización podría no haber figurado en los documentos por ser consabida, pero entonces, y en cualquier caso, habría que preguntarse por qué se tomaban los escribas la molestia de escribir una y otra vez *pa-ro-da-mo* junto a la mención *ko-to-na ke-ke-me-na*, si todas esas tierras pertenecían al *da-mo*; habría que deducir más bien que existían otras *ko-to-na* de ese tipo que no eran del *da-mo*. El término *ki-ti-me-na* se ha relacionado desde antiguo con el verbo clásico *kitizo* («fundar una ciudad, establecer un asentamiento»), pero su significado concreto ha sido muy discutido, siempre en consonancia con el matiz atribuido al otro término de la oposición, *ke-ke-me-na*: los de «tierra puesta en cultivo» y «tierra ocupada de un modo permanente» son quizá los más aceptados. Otros autores han entendido, sin embargo, que la oposición entre los dos tipos era más bien de carácter económico que jurídico, inclinándose por valores como el de «tierra sembrada» frente a «tierra de barbecho», o bien «tierra de cultivo» frente a «pastizal», o, aún, «tierra roturada» frente a «tierra salvaje», es decir, pendiente de habilitación para el cultivo o explotada de otro modo. No vale la pena, creemos, seguir simplificando la problemática de esa distinción, a la que se han consagrado minuciosos análisis de todos los documentos pertinentes desde los más variados puntos de vista. No hay prácticamente un sólo elemento de evidencia que pueda servir de base sólida para una argumentación; ése es el problema.

Todavía más difícil parece la interpretación del término *ka-ma*, que también se refiere a tierra y que debe de estar relacionado, en efecto, con el vocablo cretense de época histórica *kamán*, al que una glosa atribuye la significación de «campo». Se trata de una tierra de dimensiones más bien grandes, al parecer, considerada en general como una tercera clase de posesión, aunque Chadwick ha sugerido recientemente que se trate de la apelación colectiva de las tierras *ke-ke-me-na*, lo que, por supuesto, es posible. Con ese término se relaciona en todo caso la obligación de *wozee* (¿trabajar? ¿poner en cultivo?), que pasaría a los subbeneficiarios, si los había. Los beneficiarios del *ka-ma* se designan como *ka-ma-e-we* y tienen concesiones importantes. Otro tipo de tenencia es el denominado *e-to-ni-jo*, del que sólo conservamos dos menciones: en una de ellas el beneficiario es un *e-ge-ta*, y en la otra, la sacerdotisa Erita en representación de la

divinidad; los dos son bastante grandes, pero, además, el litigio reseñado más arriba parece indicar que este tipo de tenencia era más interesante que la de las *ko-to-na ke-ke-me-na*.

Las dos clases de *ko-to-na* y el *ka-ma*, si bien en verdad era éste una tercera, producían para su poseedor, y/o propietario, pero éste no las trabajaba por sí mismo. La totalidad o una parte de esos dominios eran fragmentados, al parecer, en *o-na-ta*, posiblemente unidades de explotación agrícola en régimen familiar, semejantes a un *oikos*; individuos eventualmente designados como *o-na-te-re* tomaban esas unidades en un régimen más o menos similar al arriendo, pero que desconocemos en realidad. Quizá algunos de tales arrendatarios trabajaban con sus dependientes domésticos el *o-na-to*, pero entre ellos se cuentan algunos *te-re-ta*, que presumiblemente no lo hacían, sino que debían de agregar el fundo en cuestión a las demás tierras que poseían. La mano de obra de esos grandes dominios estaba constituida tal vez por los llamados *ki-ti-ta* (*kititai*), que aparecen como remeros en otra serie de tablillas; Chadwick supone que eran agricultores libres sin hacienda propia, que trabajaban las tierras *ki-ti-me-na* y constituían la tropa del ejército en las zonas interiores y el equipamiento de remeros para la flota en las áreas costeras. A su vez, los *o-na-te-re pa-ro da-mo*, es decir, de *ke-ke-me-na ko-to-na*, aparecen designados con el término *ko-to-ne-ta* (*ktoimétai*), excepto cuando se les llama *ko-to-no-o-ko*, los cuales, como hemos dicho, tienen también otras tierras y parecen constituir una clase privilegiada de terratenientes, total o parcialmente identificable con la de los *te-re-ta*; así, pues, los *ko-to-ne-ta* podrían ser también, como los *ki-ti-ta*, pequeños agricultores libres, pero, a diferencia de éstos, trabajando por cuenta propia tierras «arrendadas» a la comunidad.

Además de este montante de tierra parcelada y habilitada, suponemos, para el cultivo, al que hay que sumar una pequeña cantidad que en el distrito de *Pa-ki-ja-ni-ja* se registra al comienzo del inventario como *ke-ke-me-na ko-to-na a-no-no*, es decir, sin asignar como *o-na-to*, se ha supuesto que existían tierras comunales del *da-mo* —entendiendo éste como una colectividad rural— que no eran asignadas a individuos sino explotadas en régimen de condominio para el ganado, la caza y otras finalidades similares. No sabemos nada sobre esto, sin embargo, como tampoco sobre el procedimiento de asignación de los *o-na-ta* y demás tierras *ke-ke-me-na*. También hay que pensar, por otra parte, en la posibilidad de que existieran tierras privadas que no se registran en los archivos.

En lo tocante a *agricultura y ganadería*, el sistema de producción y circulación de los productos en la civilización micénica palacial se nos escapa. No tenemos constancia de que se hayan utilizado esclavos, salvo los domésticos, y tampoco está nada claro que se haya emprendido una producción masiva de monocultivo, ni que la fórmula redistributiva hubiera llegado a generalizarse. Parece, en efecto, que el palacio absorbía una buena parte de la producción de artículos perecederos, que debía de ser, por tanto, redistribuida en forma de salario en especie, o bien encauzada hacia el comercio; pero los archivos de Pilos reflejan más bien un sistema individualista de producción agrícola, una organización piramidal de la propiedad y una disociación entre el título de propietario y la condición efectiva de agricultor, es decir, el esquema más común. En conjunto, los rendimientos del campo parecen haber sido elevados, lo que se debería a la utilización de un utillaje de calidad, que facilitaría, entre otras cosas, la puesta en cultivo de nuevas tierras, y a un perfeccionamiento de las técnicas. El incremento de la ganadería también debió de ser notable en esta época, y parece que entre los per-

sonajes más importantes se contaban individuos cuya riqueza era básicamente ganadera; los reyes, los templos y los altos dignatarios debían de poseer en todo caso grandes rebaños, criados en zonas de pastizal o bien en las hojas de tierra que se iban a dejar en barbecho, —si, como suponemos, la forma de cultivo más común era la bienal.

El dirigismo del palacio y la masificación de la producción debe de haberse centrado en el *sector artesanal*, donde, como dijimos, las tablillas reflejan un sistema de unidades de trabajo de elevada especialización. Libres o esclavos —la productividad de unos y otros puede haber sido equivalente—, los operarios recibían para ellos, y para sus hijos en el caso de las mujeres, una ración-tipo de alimento; las menciones *DA* y *TA*, que se añaden a algunos grupos de trabajo femeninos, se ha supuesto que corresponden a supervisores o directores de esos grupos. Se cuentan por centenares los trabajadores de los talleres del palacio de Pilos, y es de suponer que la misma organización existiera en los demás centros palaciales; ellos fabricaban esa variada gama de artículos que integraban la *koiné* micénica, caracterizados en general por una elevada calidad técnica, pero también por una uniformidad y una simplificación de los elementos decorativos, consonantes con el sistema de producción en serie.

Sobre los modos de realizarse el *intercambio* de productos en el ámbito micénico se ha discutido mucho, dando, por lo general, importancia a la ausencia de documentos de carácter comercial en el conjunto de las tablillas pilias. Deducir *ex silentio* de esos documentos que no se practicaba la compra-venta ni se manejaba la noción de precio, o que no se conocía el mercado propiamente dicho, es, sin embargo, muy arriesgado. El área de dispersión de los productos micénicos, que implica ricos y sistemáticos intercambios con las sociedades más desarrolladas de la época, bien directamente, bien a través de emporios comerciales, hace poco menos que impensable la posibilidad de que los Micénicos se hubieran limitado a practicar unas formas primitivas de intercambio; si nos fiáramos en este aspecto del silencio de las tablillas, tendríamos que pensar también que apenas practicaban la navegación, porque las alusiones a tan compleja actividad son mínimas en esos documentos. Y tampoco la ausencia de grandes plazas en los lugares excavados conduce necesariamente a la conclusión de que no se conocía el mercado local. Los pequeños comerciantes itinerantes —tal vez los *praktewones* de las tablillas— podrían concurrir periódicamente, como todavía ocurre hoy día por todas partes, a lugares consabidos, sin haber dejado la menor huella arqueológica de su actividad; y podrían haber llevado un control de las operaciones comerciales, que en ningún caso se habría servido de tablillas de barro. El intercambio de productos por el sistema del don y el contradon, al que tanta importancia se ha concedido en las últimas décadas, no puede haber sido un instrumento adecuado a la importante proyección comercial exterior de los reinos micénicos; cabe imaginarlo más bién como un expediente diplomático destinado a abrir y garantizar unas relaciones amistosas entre las partes, necesarias para el desarrollo de la actividad comercial. Por lo demás, la hipótesis más simple consiste en suponer que los Micénicos practicaban el intercambio comercial al uso en los centros que frecuentaban, a saber, una compraventa con pago en especie dentro de un régimen de precios fluctuantes, debido, entre otras cosas, a la utilización de sistemas de valoración heterogéneos e inestables. En esa actividad cabrían, desde luego, prácticas como la de la subasta o el trueque más elemental, si las circunstancias así lo requerían, como también los compromisos de intercambio o suministro de productos a término fijo. Es probable que materiales no perecederos, de demanda generalizada y cotización tendente al alza, como debía de ser el cobre, por ejemplo,

fueran considerados como una forma de pago siempre aceptada y, consecuentemente, atesorado cual si de una reserva monetaria se tratase; máxime cuando podían ser utilizados directamente en caso de necesidad para la fabricación de armamento. Y es posible que se guardaran en los santuarios bajo la sagrada custodia de la divinidad, siendo depositados allí a título formal de ofrendas o contribuciones requeridas. La serie Jn de Pilos registra aparentemente una circulación de bronce, que era, a lo que se ve, controlada por el palacio, pero se habla de *ka-ko na-wi-jo*, interpretado como «bronce del templo». El documento Jn 289 recoge las diversas cantidades de ese bronce que deben ser entregadas por los *ko-re-te* y los *po-ro-ko-re-te* en diecisiete lugares que se mencionan, para destinarlas a la fabricación de puntas de flecha y de lanza, según reza el encabezamiento de la tablilla; en otras tablillas de la misma serie se constata, en efecto, la entrega del metal a los bronceistas. Obviamente, no es posible llegar a una interpretación cierta de esos documentos; ni siquiera el significado atribuido a *na-wi-jo* es del todo fiable. Aun así, se cuenta entre las conjeturas posibles la de que el bronce de reserva del estado se guardara en los templos, o en uno concreto, y a merced de las necesidades fuera sacado de allí por personal del palacio y conducido a los diversos talleres para la fabricación de las armas. No podemos saber, naturalmente si era el palacio quien asumía la responsabilidad de su importación, o bien se hacía con él exigiéndolo como contribución a través de los templos, en cuyo caso los contribuyentes en cuestión tendrían que adquirirlo por medio de comerciantes, puesto que no se daba en el territorio. No hay que desdeñar tampoco la posibilidad de que la circunstancia reflejada en esas tablillas sea una disposición extraordinaria del bronce atesorado en los templos para hacer frente a una amenaza grave.

Las tablillas Jn registran más de cuatrocientos trabajadores del bronce, que, como indica acertadamente Chadwick, deberían ser suficientes para producir bastante más de los que pudiese necesitar el reino pilio en ese campo; pero no es seguro que fueran dependientes todos ellos del palacio, por más que, eventualmente, llegaran a participar en bloque en la fabricación del armamento. Están muy dispersos, se les encarga lo más fácil de hacer dentro de la producción militar y, además, se distingue entre bronceistas *po-ti-ni-ja-we-wo* («¿de la diosa?»), bronceistas con *ta-ra-si-ja* y bronceistas sin *ta-ra-si-ja*, lo que podría implicar que las manufacturas del bronce no estaban totalmente centralizadas, como ocurría posiblemente con todas las actividades artesanales en general. Ahora bien, en tal caso, hay que suponer que existía una actividad comercial interna, aunque fuera muy limitada; con pago en especie, claro está, pero también con un sistema de valoración a base de un patrón determinado, posiblemente unidades de grano y/o animales domésticos.

Un sector artesanal de los palacios muy importante parece haber sido el textil, las manufacturas de lino sobre todo en el caso de Pilos. Gran parte de los artículos fabricados tenía bordados, es decir, era producto de lujo, con una demanda por lo tanto restringida. Es muy posible que los talleres palaciales trabajaran fundamentalmente para la exportación y no para cubrir las necesidades de la población micénica en general dentro de un marco económico redistributivo. Nada hace pensar que la actividad textil de carácter doméstico no haya seguido desarrollándose como en etapas anteriores, no sólo con vistas a la demanda interior de la casa sino en la medida en que las piezas comunes de abrigo y vestuario podían servir verosíblemente para pagar en especie servicios o productos que fuera preciso adquirir.

La gama de productos objeto del comercio exterior era, a lo que parece, poco más

o menos la misma que en la etapa minoica neopalacial e incluso en los tiempos micénicos precedentes. Salía vino y aceite, destinado este último a usos diversos, aunque no al alimentario, ya que, según todos los indicios, era la propia aceituna la que formaba parte de la dieta; salía cerámica, en enormes cantidades, en parte como envase de las materias anteriores; madera, quizá; y salía, en fin, toda una serie de manufacturas de lujo, entre las cuales se contaban las textiles. Entraba trigo, metal, materiales preciosos y posiblemente esclavos. Ya indicamos más arriba que se registra en esta época una escasez de oro y estaño; incluso el cobre, que se puede considerar en ese contexto económico como un producto de primera necesidad, debe de haber elevado su precio, en razón de una creciente demanda todavía no compensada por la incipiente metalurgia del hierro. El suministro de los reinos micénicos procedía, al menos en su forma primaria, de Chipre, pero es muy posible que las condiciones de obtención y transporte se hayan hecho cada vez más difíciles, y que ello tenga que ver con la implantación colonial micénica en la isla a gran escala (ver *supra*).

El panorama religioso en los centros micénicos

La evidencia relevante para el estudio de la religión en el área micénica es bastante escasa comparada con la que ilustra otros aspectos de esa misma cultura. Contamos por fortuna con numerosas menciones de las tablillas y, en general, con una información procedente de ellas que es del mayor interés, aunque existen también muchos problemas a la hora de interpretar esos documentos, y hay, en cualquier caso, una grave deficiencia, a saber, la falta de textos religiosos propiamente dichos —himnos, plegarias, exorcismos, relatos mitológicos, etc. Por otra parte, es ésta una fase de sincretismo, donde se aglutinan el aporte minoico, ya profundamente asimilado, y la amalgama formada previamente por el bagaje religioso de los pueblos helénicos superpuestos al sustrato prehelénico. Tal integración debió de iniciarse en los comienzos mismos del contacto minoico-micénico, de modo que posiblemente en el periodo Reciente se encontraba ya debidamente consolidada y afectaba a las creencias y prácticas de toda la población del área micénica; no se explicaría bien de otro modo la evidente continuidad que manifiestan las etapas subsiguientes en este terreno. De todas formas, el concepto de sincretismo es muy ambiguo y engloba fenómenos de confluencia bastante heterogéneos, que es imposible clarificar en este caso; de hecho la valoración que hacen los distintos especialistas del factor minoico en la religión micénica es muy variada, porque, para unos ha pesado mucho la visión de Nilsson de una religión minoico-micénica, resultado de la transferencia total de las creencias micénicas al continente, en tanto que otros, movidos en gran parte por los análisis de las tablillas, reconocen una religión micénica clara y distinta, con un grado mayor o menor de influencia minoica.

Entre los teónimos contenidos en las tablillas hay algunos enteramente crípticos para nosotros —aunque podría tratarse en algún caso de epítetos locales correspondientes a divinidades de culto generalizado, y no de dioses luego olvidados: así, por ejemplo, *Manasa*, o *Drimios*, «el hijo de Zeus», de la tablilla Tn 316. Pero también abundan los nombres conocidos, como Zeus y Hera, que ya son importante pareja divina en Pilos; Atenea, Posidón, Hermes, Ares, Artemis, Dioniso e Ilitia parecen documentados asimismo, aunque alguna de esas identificaciones es dudosa. Tanto en Cnosos como en Pilos se aprecia un variado y complejo panteón, que no coincide en los dos

reinos, salvo por lo que respecta a Zeus, Posidón y el epíteto *Potnia*, aplicado a varias divinidades femeninas. En Cnoso sigue prevaleciendo el elemento femenino, pero la figura de Zeus ha penetrado profundamente por toda la isla, instalándose en los lugares de culto más importantes y desarrollando allí mitos peculiares. Zeus y Hera, formando tríada con ese hijo llamado Drimio, compartían un santuario en Pilos; se ha supuesto que es al Zeus pilio a quien corresponde la mención *Di-wi-je-u*. Más difícil resulta, sin embargo, la interpretación de *Di-wi-ja*, una diosa con santuario propio, que parece una pareja de Zeus, aunque no sabemos hasta qué punto asimilada a Hera. La existencia de la mención *Po-si-da-e-ja*, correspondiente a una divinidad femenina con culto en el distrito de *Pa-ki-ja-na*, que es a lo que parece la versión femenina del nombre de Posidón, complica el asunto. Como en la religión romana primitiva, hay aquí dobles de un mismo nombre para designar a una pareja divina; quizá en el caso micénico se trate en realidad de un emparejamiento secundario, bajo la forma que sea, de una divinidad femenina local prehelénica con un dios del panteón dominante. En Pilos Posidón es mucho más importante que Zeus; no sabemos la causa, pero la preeminencia local de un dios o una diosa sobre el padre de los Olímpicos es un hecho común en la religión griega de época histórica, y, además, es improbable que Zeus tuviera ya tal condición. De todas formas Posidón no es una divinidad cualquiera; al margen de la filiación lingüística del nombre con el que se le conoce ahora y de cuál haya sido su origen remoto, parece que bajo una primitiva condición de divinidad ctónica hubiera tenido su culto una difusión muy temprana por todo el ámbito creto-micénico. Su asociación con los temblores de tierra, ya fuera genuina, ya asumida por el contacto con el ámbito minoico, debió de favorecer su imagen en Creta, pero, además, lo encontramos en la leyenda de los orígenes de Atenas, disputando con Atenea por el dominio del Atica; este mito en concreto podría evocar el recuerdo de un relevo en el patronazgo de la ciudad a favor de Atenea, que implicaría una gran antigüedad del culto de Posidón en el lugar. Tal vez fuera asumido en general como divinidad protectora de los palacios micénicos. En Pilos tenía su propio santuario, probablemente también su personal de culto o su asociación (*Po-si-da-i-e-we*), recibía valiosas ofrendas y se le dedicaba un ceremonial importante, aunque no podemos asegurar que la mención *re-ke-to-ro-te-ri-jo*, interpretada como *Lechestrotérion*, («libaciones sobre el lecho») corresponda en verdad a un ritual de matrimonio sagrado. Sobre la asociación de Posidón con el caballo no hay evidencia en esta época, pero una tablilla encontrada en Pilos, junto a un pequeño santuario abierto al patio interior, contiene la mención *po-ti-ni-ja i-ge-ja*, interpretada como «Señora de los caballos». La proximidad de este santuario respecto del arsenal sugiere que la protección de la diosa esté relacionada con los caballos utilizados como tiro de los carros de guerra, aunque no es más que una conjetura.

La mención *po-ti-ni-ja* es tan frecuente como problemática. En una de las más importantes tablillas pilias de contenido religioso, la Tn 316, donde se registran ofrendas valiosas dedicadas a diversas divinidades, mencionadas por sus respectivos nombres, se lee en primer lugar: «a la señora, una copa de oro y una mujer». La ceremonia correspondiente tiene lugar en *Pa-ki-ja-na*, y no hay duda de que aquí la «Señora» es una diosa importante, no sólo por su ubicación al comienzo de la lista sino por el valor de la ofrenda, que iguala a las dedicadas a Zeus y Hera, por ejemplo y sólo es inferior a la de Posidón en Pilos. El hecho de no haber sido acompañado el epíteto de alguna mención significativa, como suele ser el caso, ha hecho pensar que se trata de una di-

vinidad femenina como la Gran Diosa, de procedencia minoica, si bien resulta igualmente posible que sea una entidad más concreta; una Deméter quizá, especialmente venerada en *Pa-ki-ja-na*, de modo que la mención del santuario fuera suficiente para su identificación. Hay algún otro caso en que el epíteto vuelve a aparecer sin precisión alguna, como es PY Fr 1235.2, correspondiente a entregas de aceite, que debe de referirse al propio palacio pilio; sin embargo, esta serie es muy problemática, ya que el *wánax* y la *pótnia* mencionados podrían ser, como se ha sugerido, el rey y la reina. Otro caso parecido se documenta en la tablilla de Tebas Of 36.2, donde se lee *po-ti-ni-ja wo-ko-de*, para algunos, «a la casa de la Señora»; también se ha considerado *wo-ko* como un taller, y *po-ti-ni-ja* no es necesariamente una mención religiosa. De Micenas procede otra tablilla (MY Oi 701), alusiva esta vez a una *si-to-po-ti-ni-ja*, una «Señora del grano», si la interpretación es correcta; este caso sería asimilable al de la «Señora de los cabellos» y la «Señora del telar» pilias y quizá también a la misteriosa «Señora *a-si-ja*». Y, finalmente, por lo que respecta a Cnos, contamos con otras dos problemáticas piezas de evidencia sobre la cuestión: se trata de las menciones «Señora de At(h)ana», interpretada inicialmente como Atenea, y «Señora del Laberinto», que debe ser la diosa cuyo culto pervivió en el palacio de Cnos cuando éste dejó de ser habitado como tal. Es imposible, desde luego, extraer alguna conclusión cierta de esta documentación, salvo quizá que *Po-ti-ni-ja* parece, en efecto, el nombre utilizado para designar a una diosa de un tipo polifacético pero más bien unipersonal, y no un título o epíteto aplicado de modo aleatorio a diversas divinidades femeninas. Esta concepción es compatible con la eventualidad de que la diosa asuma una personalidad marcada en un lugar determinado y/o en asociación a un aspecto o función especial; la religión católica tiene una especie de ese tipo en la Virgen María. La Potnia podría ser, pues, el caso más claro de penetración minoica en el marco religioso de los primeros micénicos, si bien es probable que haya habido importantes modificaciones de la divinidad exótica a lo largo del correspondiente proceso de implantación, por lo cual no resulta metodológicamente recomendable el integrar la evidencia minoica con la micénica a efectos de interpretación.

La serie de divinidades helénicas mencionadas en las tablillas también plantea individualmente muchos problemas, pero en conjunto muestran de un modo fehaciente la continuidad religiosa de la época histórica respecto del Mundo Micénico. Parecen presentes incluso figuras divinas que se consideran introducidas en Grecia desde el Oriente, lo que apoyaría la reciente tendencia a sobrevalorar la penetración oriental en las últimas fases del Heládico Antiguo. Apolo sólo cuenta con una mención incierta de su nombre, procedente de Pilos, al igual que Afrodita y Deméter, pero se le ha reconocido, tal vez bajo una versión muy primitiva, en el *Pa-ja-wo-ne* sanador de una tablilla de Cnos (KN V 52), la que contiene la lista encabezada por la mención *A-ta-na-po-ti-ni-ja*, donde también aparece Enialio, el doble de Ares. En Pilos se encuentra documentado posiblemente Ares, junto a Hermes, y Dioniso, en cuya proximidad podría haber una palabra relacionada con el vino.

Los lugares de culto correspondientes al área micénica presentan unas diferencias tipológicas muy acusadas respecto de los minoicos, lo cual aboga en favor de un desarrollo independiente de la religión de los Micénicos, a pesar de su innegable minoización. De hecho, los lugares de culto se muestran tan elusivos a la observación arqueológica que algunos investigadores han llegado a negar la existencia de santuarios de montaña, domésticos o palaciales. Contra esta posición se ha especulado sobre el uso

cultural de la parte principal del mégaron, considerando que las comparativamente grandes dimensiones del hogar y algunos detalles de la construcción de ese conjunto presuponen que era utilizado para realizar sacrificios y ofrendas varias; incluso la presencia de los grifos como motivo ornamental del fresco del trono ha venido a sugerir una preeminencia de la función sacerdotal en la figura del rey del trono decorada con grifos del palacio de Cnosos, cuyo uso cultural es bastante probable. Este paralelismo es, sin embargo, falaz, puesto que en Cnosos el área civil y de representación, que incluye su propia sala del trono, se distingue claramente, situada como está al otro lado del patio central, del área religiosa donde se encuentra el salón de los grifos; es obvio que el mégaron micénico tiene una utilización civil, funcionando como la sala de recepción real, de modo que, por muy importante que fuera la utilización religiosa del hogar situado en su centro y por muy destacado que resultara el protagonismo del rey en las prácticas rituales, nunca podría considerarse el mégaron como un santuario en el sentido de casa de la divinidad; tampoco, por supuesto, por el hecho de que el santuario clásico tenga una filiación arquitectónica formal con el mégaron.

La tradición de las poblaciones griegas o protogriegas no incluía a lo que parece el santuario en ese sentido de morada de la divinidad como un elemento característico de la religión. La tendencia al cambio de solar en consonancia con las posibilidades de supervivencia puede haber influido en la concepción de unos dioses omnipresentes sin una residencia terrestre fija, para cuyo culto bastarían simples altares móviles o con un mínimo de construcción. La sedentarización de estas gentes en las ciudades del Bronce Final, combinada con la influencia de Creta, y tal vez también del sustrato prehelénico, ha debido de llevarlos a asumir el concepto de divinidad local en interferencia con el de divinidad de clan, tribu o pueblo, así como el santuario propiamente dicho, en tanto en cuanto casa del dios, al que darían un desarrollo peculiar. Incluso un elemento que podría considerarse como perteneciente al sustrato de raíz neolítica, cual es el de las cuevas-santuario, tan comunes en Creta, carece de documentación en el continente; hasta el punto de que la famosa *Cueva de Pan* en el Ática, que ha proporcionado cerámica remontable hasta el Neolítico, apenas presenta alguna huella de su posible uso religioso. Y no se logra encontrar en las viviendas micénicas lo que es una constante de las residencias minoicas, incluidas las modestas: el santuario doméstico. Las menciones de las tablillas implican, al parecer, la existencia de algún tipo de santuario, aunque desde luego es muy difícil interpretar la evidencia arqueológica correspondiente. Así, por ejemplo, las maquetas de capilla decoradas con pan de oro que proceden de la tumba IV del círculo A de Micenas, donde se aprecian rasgos minoicos tan claros como la consabida división tripartita, el pilar, los pájaros o los cuernos de consagración, podrían llevar a la conclusión de que desde la primera fase de la cultura micénica se había adoptado el modelo cretense de santuario; sin embargo, no ha dejado de extrañar que esa supuesta generalización del tipo carezca por completo de testimonios arqueológicos directos, pareciendo, por tanto, más verosímil la conjetura de que tales piezas de ajuar funerario fueran unos de tantos objetos exóticos adquiridos por los reyes de Micenas, cuyo valor o significado religioso quedaba fuera de contexto. Por otra parte, ya hemos dicho que la función cultural de los hogares de los palacios micénicos no es fácil de determinar, habiendo recibido valoraciones diversas. Hay acuerdo en general en la idea de que ese fuego, al margen de su funcionalidad práctica, tenía que ver con una sacralización del hogar, del fuego doméstico, y asumía por tanto, una funcionalidad religiosa, pero también parece claro que los santuarios hay que buscarlos

en otro lugar. Ciertas casas consideradas como residencia de altos dignatarios religiosos que, manifiestan una independencia orgánica respecto de los conjuntos palaciales propiamente dichos, pueden ser, en efecto, santuarios. Pílos contaba, desde luego, con una especie de anejo del palacio, asociado a un altar, que no cabría interpretar de otro modo, —el santuario de Posidón posiblemente—, y también en Atenas parece haber existido una continuidad en el carácter religioso de algún sector de la Acrópolis. En cuanto a Micenas, algunas de las llamadas *casas* son casi con seguridad construcciones de tipo santuario. Intramuros, la *Casa de Wace* o de la *Acrópolis* presenta dos piezas contiguas donde fueron hallados numerosas figuras de terracota, demasiadas para corresponder a una vivienda privada. Trátase de ídolos o de exvotos, resultan ser en su mayoría femeninos y acusan cierta semejanza con las piezas minoicas, aunque se ha señalado como rasgo distintivo de aquéllas frente a éstas el tratamiento individualizado que presentan; de todos modos, la presencia de serpientes en asociación a las figuras apunta un origen minoico. La *Casa de Wace* tenía una pieza decorada con frescos, de los que se ha conservado lo suficiente para saber que los temas eran religiosos: una mujer cubierta por una piel y con una gavilla en cada mano, y una figura masculina de pequeño tamaño que extiende su brazo hacia otra femenina mucho mayor, no pueden sino recordar la tríada eleusina protagonista de un ritual agrario. Para terminar, esta casa parece haber tenido un altar de tipo banquillo. Al este de la *Casa de la Acrópolis*, la *Casa de Tsountas* vuelve a parecer un santuario más que una vivienda: un amplio altar rectangular a la entrada, una gran pieza con banco corrido a lo largo de las paredes y un altar en forma de herradura en el centro, y frescos representando démones. Adosado a los muros se ha encontrado otro edificio decorado con frescos, considerado también por Mylonas como un santuario en razón del depósito de ídolos de terracota que se halló en él.

En muchos casos estos supuestos santuarios parecen en efecto asociados a viviendas, de tal modo que se aproximan a los santuarios domésticos del tipo minoico. Es difícil ciertamente interpretar una evidencia que resulta ambigua en las condiciones en que se presenta; porque, si el santuario sirve, como suponemos, de residencia a un personal de servicio religioso, podemos esperar semejanzas con las viviendas comunes; y, si no se ha desarrollado para él una construcción monumental, tampoco cabría distinguirlo claramente dentro de un conjunto de construcciones. Los criterios son en todo caso inciertos, y los argumentos, por lo general, de carácter negativo. Es decir, no hay santuarios domésticos o palaciales similares a los cretenses, que están bien tipificados; no hay arquitectura religiosa monumental, ni se aprecian grandes santuarios con carácter de centros económicos a la manera de los palacios; no hay una estructura peculiar que haga los templos reconocibles. La acumulación de figurillas, la temática de los frescos y la existencia de altares y otros elementos que hagan presumir un uso religioso más amplio que el del simple ámbito doméstico son los únicos indicios positivos al respecto. No se puede relacionar, desde luego, la estructura del templo griego clásico, más próxima a la del mégaron, con esos ejemplares tan asistemáticos del Mundo Micénico, pero tampoco éstos muestran una filiación minoica, por lo que cabe suponer que son los propios Micénicos quienes han empezado a desarrollar un modelo de edificio religioso que conducirá al templo clásico. Es un hecho que debajo de los principales centros religiosos y santuarios clásicos se han encontrado vestigios micénicos, lo que implica una continuidad. En casos como el de Atenas, Eleusis, Tirinto y algún otro, la nueva construcción parece haberse realizado encima del mégaron palacial, pero, por

ejemplo, el gran templo dórico de Atenea en Micenas debe de haber ocupado parte de la superficie del antiguo santuario y las piezas de acceso a la sala del mégaron, no ésta; a su vez, en la mayoría de los casos conocidos en un santuario micénico lo que aparece debajo del clásico. Cuando menos, en las fases micénicas se debe de haber desarrollado como forma principal y aglutinante ese tipo de santuario que se integra en el área urbana, en la Acrópolis incluso —tal vez porque su tesoro requiriera garantías de protección—, pero que no es una parte del palacio o la residencia real.

Por lo que respecta a ceremonias, rituales y demás aspectos del *culto* solemne, la evidencia arqueológica resulta muy insuficiente, y la que proporcionan las tablillas, demasiado particular. La celebración de procesiones, las ofrendas de objetos valiosos, de estatuillas o de productos de consumo, la celebración, en fin, de sacrificios de animales y de libaciones, aspectos del culto todos ellos que pueden considerarse como documentados, ha servido a algunos especialistas para sobrevalorar la influencia minoica sobre la religión micénica, por cuanto que esos aspectos se muestran coincidentes; sin embargo, tales elementos son también comunes a las prácticas religiosas de otros muchos pueblos, y carecemos de datos minuciosos para establecer en los debidos términos la transferencia minoica. Otras veces las dudas se deben al laconismo de las tablillas; así, las menciones de ofrendas de hombres y mujeres a las divinidades, donde no sabemos si hay que ver sacrificios humanos o simplemente cesiones de personas para el servicio de los santuarios. El texto es perfectamente ambiguo y, desde luego, no hay que descartar la primera posibilidad en razón de las numerosas tradiciones legendarias griegas alusivas de un modo u otro a sacrificios humanos. A grandes rasgos, parece que la mayor importancia corresponde a los cultos de tipo agrario, que pueden haber aglutinado elementos de procedencia muy diversa; ya hemos señalado la posibilidad de que fuera venerada una tríada como la de Eleusis en relación con esos cultos. Se entiende, en cambio, que tenían menor importancia las divinidades ctónicas y las prácticas orgiásticas, pero la verdad es que esas apreciaciones son bastante inciertas.

Ni siquiera el culto funerario, que conserva más evidencia arqueológica, aunque sea indirecta, es conocido. La construcción laboriosa de las tumbas y la constitución de los ajuares indican que se admitía una cierta presencia de los muertos, pero, a su vez, la práctica habitual de retirar los huesos antiguos y amontonarlos indiscriminadamente en un rincón para hacer sitio a nuevas inhumaciones sugiere que esa presencia no se relacionaba con la conservación cuidadosa de los restos materiales. Pero sobre la prestación cultural a los muertos no sabemos nada en concreto; al producirse el enterramiento es de suponer que se celebrara un servicio ritual dedicado expresamente al difunto, aunque posiblemente eso ya no se repetía, y los muertos del grupo familiar constituían un conjunto despersonalizado. Tampoco el culto de los héroes o de los reyes difuntos está nada claro; algunos indicios sugieren que se les consideraba como seres análogos a los dioses, que habían subido incluso con sus cuerpos al Olimpo, como Heracles o Edipo, mientras tradiciones relativas a búsquedas de los huesos de los héroes, de un supuesto valor apotropaico, implican una doctrina diferente. El problema es que la evidencia sobre estos aspectos es toda ella posterior y, por tanto, difícil de utilizar. Las leyendas aluden siempre a casos aislados, que pueden ser exponente de una creencia generalizada lo mismo que de una doctrina singular carente de implantación social. Así ocurre con las tradiciones referentes a la búsqueda de la inmortalidad entre las que llama mucho la atención el mito del cretense Glauco, que se ahoga en un jarro de miel y vuelve a la vida en su sepultura gracias a la acción de una planta proporcionada por

una serpiente; los detalles de esta historia podrían evocar una creencia en la resurrección del muerto cuando el cadáver se sumergía en miel para su mejor conservación, pero lo cierto es que no se han hallado restos de ese producto en ninguno de los numerosos pithoi funerarios encontrados. La constatación de la pérdida irremisible de los restos mortales debía de abonar la idea de que la existencia *post mortem* carecía de toda dimensión corporal y de que los muertos eran intangibles, especie de imágenes espectrales, que, como las sombras o los fantasmas de los sueños, se pueden ver pero no tiene consistencia; ésta es la concepción que aflora a la *Odisea*, con una expectativa de infelicidad, de incapacidad para disfrutar cualquier cosa en esa vida privada del cuerpo. Si tal era el sentimiento generalizado, no hay que descartar, sin embargo, la eventual concurrencia de doctrinas varias que postularan una sobrevaloración de la entidad del difunto, unas vías de sublimación de su existencia y, en definitiva, una forma de alcanzar una inmortalidad verdaderamente deseable. Asociadas o no a los cultos agrarios de la fertilidad, que velaban por la supervivencia terrenal, había sin duda prácticas religiosas escatológicas acaso parcialmente herederas de una tradición minoica y precursoras de otras formas de época histórica algo mejor conocidas. Resulta muy tentador el intentar conectar con tales prácticas o con rituales destinados a provocar epifanías divinas ciertas escenas representadas en sortijas halladas en suelo micénico, pero esa tarea no resulta demasiado prometedora. Es fácil constatar el valor ritual de la danza, la frecuente presencia del árbol sagrado, la abundancia de las figuras femeninas, y otros muchos detalles significativos, pero el verdadero sentido de las escenas resulta incierto: no podemos saber si se representa a dioses, a reyes o sacerdotes celebrantes de un ritual o a fieles iniciados en prácticas selectas. Otras veces el motivo representado es demasiado insólito para poder aventurar una interpretación: así el cortejo de animales oferentes del famoso anillo de Tirinto, que es la pieza de evidencia más importante relativa a la creencia en demonios, pero que podría encerrar un mensaje distinto mucho más simple. Por otra parte, la consideración de la religión micénica como una especie independiente de la minoica obliga a contemplar con reservas tales sortijas, que podrían ser importaciones minoicas o copias más o menos libres de modelos de esa procedencia, sin garantía alguna de que las escenas representadas tuvieran una significación religiosa peculiar para los Micénicos; como también es posible, en teoría, que se haya querido representar un contenido religioso micénico sirviéndose de una tradición plástica minoica que resultara distorsionante. Si a todo ello añadimos que el número de esos hallazgos decrece sensiblemente a medida que avanza la época micénica, correspondiendo al Micénico Reciente muy pocas piezas, que podrían haber sido heredadas, algunas de ellas al menos, de fases anteriores, debemos minimizar la importancia de esa documentación, a pesar de ser potencialmente muy expresiva.

CAPÍTULO IX

LA EDAD OSCURA

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ
RAQUEL LÓPEZ MELERO

CONSIDERACIONES GENERALES

La denominación de Edad Oscura ha venido siendo aplicada por algunos historiadores de nuestro siglo, no por todos desde luego, a la etapa cronológica comprendida entre la disolución de los reinos micénicos y la primera fase de la historia de Grecia, conocida como Época Arcaica. El nombre se debe no sólo al contraste de esa etapa, apenas iluminada por unos pobres restos arqueológicos, con la anterior y la subsiguiente, que cuentan con fuentes escritas, sino muy especialmente al hecho de que las diferencias tan acusadas que muestran en tantos aspectos fundamentales el Mundo Micénico y la Época Arcaica entre sí presuponen el desarrollo de un complejo proceso de movimientos de pueblos y transformaciones culturales, sobre el que carecemos de información. La existencia de ese lapso de tiempo, especie de eslabón perdido de la cadena histórica, justifica de suyo tal periodización, aunque existe mucho desacuerdo sobre la apreciación de los límites cronológicos y sobre la consideración de esa etapa como una fase de extremo receso cultural o de barbarie. En primer lugar, no son las destrucciones más o menos concentradas en torno al 1200 las que establecen el final del Mundo Micénico, porque el conjunto de sus elementos básicos tarda más de un siglo en eclipsarse; por otro lado, aunque la Época Arcaica no aparezca bien documentada hasta el siglo VIII a. de C., hoy podemos explorar sus orígenes con la ayuda de un importante bagaje arqueológico; y, en fin, los rasgos de continuidad entre la Grecia histórica y el Mundo Micénico tienden a ser cada vez más valorados, en tanto que se viene a restar una importancia decisiva a la desaparición de ciertos elementos culturales. En el caso de la escritura, que resulta el más impreso, no se puede afirmar, desde luego, que su pérdida convirtiera a la sociedad en analfabeta, porque no parece que esa escritura haya sido un valor cultural de carácter social ni siquiera para una élite restringida. Tampoco el descenso drástico en la producción de objetos de bronce es un síntoma de decadencia: existía un metal más adecuado para el armamento y, por lo que respecta a sus usos suntuarios es probable que su eclipse, como el de otros objetos de lujo, se deba a un descenso en la concentración de la riqueza, lo que no significa,

por supuesto, un aumento de la pobreza. Una reducción de la circulación exterior de productos, con una tendencia a la economía cerrada, que sin duda no había llegado en ningún momento a desaparecer de una gran parte de la Grecia peninsular, no puede dejar de hacerse muy patente en el registro arqueológico, pero no implica una destrucción de la cultura ni mucho menos. Los desplazamientos poblacionales fueron a buen seguro conflictivos y distorsionantes, pero sólo ocuparon la primera fase de la llamada Edad Oscura y, en cambio, llevaban muchos siglos produciéndose, y probablemente no habían cesado nunca en las áreas periféricas de los centros palaciales: no puede decirse que sean una característica de la Edad Oscura, porque precisamente en ella parece haberse conocido el fin de tan largos disturbios y haber discurrido una dilatada etapa de consolidación de los asentamientos, de creación de unas comunidades políticas que van a constituir el mosaico de toda la etapa histórica posterior, prácticamente sin cambios. Los propios griegos tenían conciencia de esa trayectoria cuando entendían que la conquista del Peloponeso por los Heraclidas había marcado el fin de las migraciones, con la colonización jonia del Oriente. La memoria histórica contenida en las leyendas de tradición oral y detectable por doquier es otro signo evidente de una continuidad cultural. Los reinos de la Edad Oscura, que desde el punto de vista arqueológico parecen bastante desvinculados del Mundo Micénico, se ufanan de contar con una genealogía que los conectaba con la Edad del Bronce y tenían la Guerra de Troya como término de referencia cronológica. Es verdad que ese pasado era en muchos casos el producto de reelaboraciones de la tradición debidas a una influencia de los *poemas homéricos*, pero difícilmente habrían sido los griegos tan receptivos al mensaje de esos poemas si no hubieran contado con unos elementos culturales y unos recuerdos capaces de propiciar el reconocimiento en ellos de la propia historia; ni es concebible la composición en fecha tan avanzada de esas obras de no haber existido una tradición poética que mantuviera vivos, aunque más o menos adulterados, los mitos de la Edad Heroica. El mantenimiento de esa tradición poética oral indica que en las modestas ciudades y en las aldeas del territorio helénico vivía una población que no se encontraba desvinculada de la herencia cultural de la Edad del Bronce.

El periodo comprendido entre el 1150 y el 1050 a. de C. aproximadamente, que para algunos autores es en realidad la Edad Oscura aunque en este caso nos hemos adherido a la línea de considerarlo como perteneciente al Micénico Reciente, constituye, a lo que parece, la etapa final de violencia e inseguridad, en la que concluyen también las innovaciones técnicas venidas de fuera; el desarrollo local a base de una transformación de elementos ancestrales prima en adelante sobre las influencias foráneas. Las costumbres funerarias sí experimentan una cierta evolución. El uso de la cremación se va extendiendo por el ámbito griego, aunque de forma gradual y sin llegar a generalizarse del todo. Otro rasgo característico de la época es la difusión de la metalurgia del hierro. Ambas innovaciones se extienden en dirección sur, pero no a la vez por las mismas regiones, siendo, por otra parte, las únicas apreciables en esa fase de aparente introversión cultural. No hay que olvidar, en cualquier caso, que habían empezado a introducirse en el periodo comprendido entre el 1150 y el 1050, durante el cual los contactos con el Mediterráneo central y oriental, aunque más difíciles y accidentados, eran todavía frecuentes, según muestra la dispersión de la cerámica micénica IIIc. Si bien la introducción del hierro en Grecia a partir del siglo XII a. de C. se atribuye a la mediación de Chipre, donde los Micénicos tenían a la sazón una importante presencia, no se puede suponer lo mismo respecto de la cremación, ya que la isla mantie-

ne la tradición inhumadora bajo formas de enterramiento como la cámara excavada en la roca cuando ya habían desaparecido éstas de la propia Grecia, al tiempo que cuenta con sus variedades funerarias indígenas ajenas a la incineración. Se puede considerar, en cambio, como muy posible que los griegos hayan adoptado ese hábito funerario en sus contactos con las regiones costeras minoarasíáticas, donde tenía un importante arraigo; en todo caso, está claro que la difusión de la cremación no implica un movimiento de pueblos incineradores: dentro de un mismo grupo étnico o incluso de un mismo pueblo, la práctica es asumida por unas comunidades y no lo es por otras, difundiéndose, al parecer, como las modas, y no constituyendo, por tanto, un rasgo étnico distintivo. Tesalia y el Peloponeso son las áreas menos receptivas frente al nuevo rito, manteniendo una resistencia a asumirlo probablemente hasta el siglo VIII, mientras que en Atenas se había generalizado hacia el siglo XI; en el resto de las áreas helénicas, incluidas las minorasiáticas, la dispersión es lenta y selectiva.

LA EVOLUCIÓN DE LA CERÁMICA

La falta de evidencia tanto arqueológica como de otro tipo que caracteriza a la Edad Oscura en general impide establecer unos marcos cronológicos, necesarios en todo caso para organizar los datos en nuestro haber y esbozar de algún modo el desarrollo histórico. En estas condiciones la cerámica se muestra como el único hilo conductor, aunque, careciendo como se carece de estratigrafía de asentamientos y dependiendo como se depende casi por completo de los hallazgos en depósitos funerarios, el valor de esta evidencia, a efectos de cronología, es muy limitado. Sin olvidar, además, que ya no existe como en la época micénica una evolución más o menos homogénea de la cultura material dentro de un amplio territorio; la tendencia a los desarrollos regionales, que apunta tímidamente en la fase IIIc del Micénico Reciente, es la que se impone ahora de un modo absoluto, favorecida sin duda por el predominio de la economía cerrada y por la consolidación de los asentamientos. Con todo, y a pesar de que existen desfases cronológicos entre las distintas áreas que impiden trazar unas divisiones horizontales de alcance general, los desarrollos paralelos presentan bastante similitud. A la cerámica micénica IIIc sucede un estilo denominado Protogeométrico, claramente vinculado a los precedentes y anticipador del verdadero estilo Geométrico, cuya última fase penetra en la época histórica, cubriendo en algunas zonas la totalidad de la Edad Arcaica. En el Ática el Protogeométrico se extiende grosso modo entre el 1050 y el 900 a. de C.

Desde el punto de vista general, el estilo geométrico se distingue claramente del Micénico y del Arcaico de Figuras Negras, si bien, como tantas otras veces, el relevo de esos estilos no se corresponde del todo con la articulación de las etapas culturales que marcan otros cambios; como ya se ha dicho, la introducción del hierro en armamento y utillaje y la difusión de la moda incineradora son anteriores a la aparición del Protogeométrico en muchas zonas, y, a su vez, la cerámica geométrica rebasa los límites de la Edad Oscura por todas partes. Como todas las fases iniciales o terminales de los grandes estilos, el Protogeométrico, que, además presenta numerosas variantes locales, resulta difícil de definir: siguiendo el criterio de Desborough, se identifica tal estilo por el hecho de estar basado en un sistema geométrico de decoración y por el de ser el inmediato predecesor en su ámbito local de una escuela cerámica geométrica, o

al menos estar unido a otros estilos locales considerados con propiedad como protogeométricos. Esta definición es la más operativa, por más que resulte imposible hacer entrar en ella todas las variedades del inventario.

Las influencias foráneas parecen haber tenido un valor mínimo en el desarrollo del estilo geométrico. Gjerstad señaló ciertas correspondencias con Chipre, unas relativas a la decoración, que no se han encontrado demasiado convincentes, otras, más claras, relativas a las formas. El uso conjunto del compás y la brocha múltiple en la decoración se detecta también en Chipre por la misma época, aunque no es posible saber qué región ha influido sobre la otra. De todos modos, si, como se cree, en razón de otros indicios, la Grecia continental estaba bastante aislada del exterior en la fase de consolidación del estilo Protogeométrico, habría que pensar en un desarrollo local a partir de las propias fuentes. Entre las escuelas que se suman a la ática en la creación temprana del Protogeométrico, se encuentra la de los asentamientos griegos de Asia Menor, cuya cerámica empieza a dispersarse, tal vez no por vía de comercio sino de la mano de los propios inmigrantes, en una fecha tan temprana como la primera mitad del siglo XI.

Al margen de la generalización del sistema geométrico de decoración a todos los estilos locales de cerámica a torno pintada, que es característica de toda la Primera Edad del Hierro de Grecia, se produce en un momento dado un hecho sorprendente, a saber, la aparición de cerámica modelada a mano en varios puntos de la Argólide, así como de objetos de barro hechos también a mano y decorados por incisión, en tumbas de Atenas de finales del Protogeométrico y en otros lugares. Por lo que respecta a la cerámica, su calidad es muy fina y se presenta en un estadio bastante avanzado del estilo, careciendo, sin embargo, de conexiones con el desarrollo del Protogeométrico, lo que lleva a considerarla como una especie totalmente independiente. No parece viable tampoco atribuirle a un grupo étnico determinado, por lo que podría interpretarse, siguiendo a Snodgrass, como una industria local nacida en una situación de empobrecimiento técnico, que había logrado perpetuarse y alcanzar finalmente una calidad competitiva. Por su parte, los objetos atenienses son de poca importancia y tienen sus posibles precedentes, con la excepción de las enigmáticas muñecas incisas, que podrían haberse introducido desde el norte, como también proceder de alguna tradición local ancestral, consistiendo en tal caso la novedad en su incorporación a los ajuares funerarios.

El estilo Geométrico en sus distintas fases, y el propio Protogeométrico, cuentan con una documentación material abundante, que crece cuantitativa y cualitativamente a medida que se avanza en el tiempo. Los estudios de Desborough, Coldstream y Snodgrass han aportado tratamientos muy importantes de esa evidencia, bastante compleja de suyo, que no proveen conclusiones del todo unánimes, aunque confluyen en lo fundamental. Para Desborough, el estilo se habría originado en Atenas, empezando naturalmente por el Protogeométrico, y las demás escuelas griegas de este primer tipo habrían surgido después y se habrían desarrollado en entera dependencia respecto de la ática. El descubrimiento de la variedad ático-occidental denominada Submicénica, que contribuía a presentar una visión de continuidad entre la cerámica micénica y geométrica, y algunos otros hallazgos, modificaron parcialmente el punto de vista inicial de Desborough en el sentido de considerar que la influencia ática se había proyectado hacia el exterior en los comienzos mismos del desarrollo del estilo; era ésa de hecho la única explicación posible, si se entendía, como parece en efecto razonable, que las in-

novaciones técnicas y estilísticas creadoras del Protogeométrico no podían haberse inventado paralela e independientemente en una serie de lugares, habiendo debido surgir en uno solo, para propagarse desde allí a los demás.



Ánfora protogeométrica ateniense. Siglo X a. de C.

El avance técnico principal es la adopción de un torno más rápido, lo que mejora las superficies y tiende a simplificar las formas. Puede considerarse ahora como forma básica la ovoide pura, con el mayor diámetro hacia el centro de la panza, y como un imperativo general en la decoración, consonante con esa forma, la concentración en la mitad superior de los principales motivos. Se organizan éstos en bandas horizontales, cual ocurría ya en las últimas fases micénicas; sólo que ahora la pintura parece destinada a realzar la diferenciación de las partes del vaso —pie, panza, hombro, cuello y labio—, que se establece con nitidez en su diseño. Es frecuente que la panza aparezca sin decorar y en su color natural, o bien oscurecida; unas líneas negras horizontales la separan del tercio superior del vaso, donde se despliegan los recursos decorativos. Algo

hay ya de muy helénico en esa maestría en la construcción armoniosa de un cuerpo bien articulado, donde cada parte conserva toda su importancia y exhibe su valor funcional sin llegar a primar en ningún caso y de ningún modo sobre el conjunto. La utilización combinada de la brocha múltiple y el compás para realizar la pintura podría haber surgido en Atenas para pasar después a otros lugares, ya que, en cualquier caso, la superioridad de los ejemplares protogeométricos áticos sobre los demás es manifiesta en lo tocante a la utilización de esos instrumentos.

La variedad de las formas, la calidad de la pasta y de la cocción así como el dominio de los efectos de claro-oscuro de la decoración, en entera dependencia de los principios que informan el estilo, son aspectos que contribuyen a destacar también esa indiscutible superioridad del Protogeométrico ático frente a los restantes estilos regionales, que se mantiene a lo largo de la mayor parte del periodo Geométrico.

Las dos primeras fases del Geométrico, justo hasta la exuberante eclosión del estilo que se produce a mediados del siglo VIII, se caracterizan por alguna modificación en el tratamiento de la superficie de los vasos, pero, sobre todo, por una cierta alteración de las formas. Desaparece prácticamente el lecito y, en general, los vasos tienden a aumentar el eje horizontal en relación con el vertical, al tiempo que el centro de gravedad se desplaza hacia abajo. En razón de estas tendencias acaba por desaparecer el pie cónico que caracteriza a los vasos abiertos del Protogeométrico, y, a su vez, la *oinochoe* de labio trilobulado no sólo reduce la altura del pie sino también la de la panza, adquiriendo un aspecto más achaparrado. La píxide globular es, en fin, una de las formas que mejor evidencian el cambio, con su diseño aplastado, casi de *torue*. Por lo demás, los principios que presidían la composición decorativa en el Protogeométrico se mantienen, aunque también se aprecian una tendencia a utilizar el dibujo como realce no tanto de una o varias de las partes del vaso cuanto de su nueva derivación hacia formas panzudas. En los motivos decorativos también se aprecian cambios en el periodo Geométrico. Los semicírculos concéntricos trazados a compás desaparecen, y, en cambio, reaparece el viejo meandro en una forma peculiar. Las pequeñas líneas paralelas, combinadas en direcciones alternantes siguiendo modelos varios pero limitados, siguen siendo el recurso básico de la decoración. Por otra parte, la anteriormente preceptiva división horizontal de las zonas se combina ahora con la división vertical. Poco a poco se va consolidando la tendencia a habilitar zonas específicas para la decoración figurativa, que es un elemento enriquecedor del estilo Geométrico. Su organización en escenas y su creciente importancia frente a los motivos geométricos es la verdadera novedad, ya que las figurillas esquemáticas aparecían tímidamente incorporadas a los vasos alguna vez en el Protogeométrico; detalle éste por cierto que aboga en favor de la posibilidad de que las figuras del Geométrico representen una tradición ininterrumpida que se remontaría a la Edad del Bronce pasando por piezas como el «Vaso de los Guerreros» del Micénico Reciente.

La cerámica geométrica del resto de Grecia corresponde a muchas y variadas escuelas, que Snodgrass clasifica en tres grupos: las que derivan de una importante tradición micénica y de una temprana y fuerte influencia del Protogeométrico ático; las que apenas cuentan con tradición micénica o carecen de ella en absoluto y han recibido el impulso de un Protogeométrico avanzado desde Atenas o desde otro lugar; y las de tardío e independiente desarrollo. Dentro del primer grupo las escuelas más importantes son las de la *Argólida*, representadas sobre todo por cerámica de Argos y Tirinto. En estos y otros lugares se aprecian cambios en las formas de enterramiento y

en los hábitats, que implican un corte entre el Micénico IIIc y el Protogeométrico, pero se entiende que el intervalo entre ambas fases debe de haber sido mínimo, lo que explica la pervivencia de la tradición micénica. El desarrollo de la cerámica protogeométrica argiva se muestra paralelo al de la ática, a la que imita en muchos aspectos, pero quedándose muy atrás en el dominio de los principios de diseño y decoración. Se adopta también la figura, sobre todo la del caballo, pero sin llegar a nada importante.

Corinto parece haber conocido una cierta continuidad respecto del Mundo Micénico, y tal vez incluso una ocupación interrumpida de una parte del hábitat, pero, a pesar de su proximidad respecto de Atenas y de la Argólide, no debe de haber desarrollado un Protogeométrico propio. La personalidad de la cerámica corintia empieza en el Geométrico, con piezas que se asemejan a las áticas y a las argivas, aunque son mucho más modestas y menos logradas. La influencia recibida de Atenas es superficial: se utiliza la brocha múltiple y se adoptan los motivos básicos de la decoración geométrica, pero el artista no ha asumido los principios que informan el estilo en Atenas, utilizando de un modo libre los elementos adquiridos. Tampoco en lo que respecta a las formas se muestran los alfareros corintios muy condicionados por el imperativo ático: aparece la gran crátera de alta peana y la *oinochoe* de labio trilobulado, pero se crean la característica *oinochoe* cónica, que perdura como una forma típica corintia después del periodo Geométrico, la *kytyle* y el *aryballos*. Desde fecha relativamente temprana Corinto empieza a exportar su cerámica, aumentando cada vez más el área de dispersión de sus productos, en un claro prelude del auge que alcanzará en este terreno durante la Época Arcaica.

Tesalia, representada sobre todo por los hallazgos de Yolco, es un buen ejemplo de desarrollo temprano de un estilo Protogeométrico propio en evidente continuidad respecto de la última fase micénica; hasta tal punto que los dos especialistas griegos que estudiaron esta cerámica, Verdelys y Theocharis, postularon una mayor antigüedad para su inicio y una independencia respecto del Protogeométrico ático, aunque naturalmente Desborough entiende que el nuevo torno, y la brocha y el compás múltiple, con sus correspondientes consecuencias en la técnica y la decoración, deben de proceder de Atenas. En todo caso, la transferencia de estos elementos parece haber sido más o menos puntual, porque el desarrollo del estilo resulta, en efecto, bastante independiente. La misma desconexión de la región tesalia con el resto de Grecia se muestra en la pervivencia del Protogeométrico cuando ya se había superado en otras zonas; algo parecido a lo que sucede allí con el Geométrico, de desarrollo muy tardío y desfasado.

El área *minorasiática* está representada mayormente por los hallazgos de Mileto, aunque hay también otros asentamientos coloniales que han dado cerámica protogeométrica. La aparición del estilo es muy temprana por allí: hay una clara conexión con la fase micénica IIIc, cuyo asentamiento, en el caso de Mileto, aparece parcialmente quemado, pero la influencia ática se deja sentir con mucha fuerza. Sin embargo, el panorama no es generalizable a toda la costa de Asia Menor colonizada por griegos, y, en cualquier caso, la escuela de Mileto no conserva una pujanza capaz de desarrollar un estilo geométrico propio, viéndose eclipsada por la fuerza arrolladora que despliega en la zona de la cerámica rodia. Por lo que respecta a las *Cícladas*, sólo Naxos parece haber recibido los influjos áticos del Protogeométrico, si bien más tarde, en el Geométrico Medio, la influencia de Atenas se ejerce con intensidad sobre todas las *Cícladas*. Finalmente, en el Peloponeso hay una única región, la Élide, cuyos contactos con el

Ática dan lugar a la creación de un Protogeométrico, que no llega a superar unas cotas modestas.

En el segundo grupo de Snodgrass se integran Beocia, Eubea, Fócide y Lócride, Macedonia, el Dodecaneso, las Cícladas septentrionales y Creta. Apenas se encuentran rasgos comunes entre esas áreas, a no ser la tardía creación del estilo, debido en unos casos al aislamiento respecto de las rutas de influencia ática, o bien, en otros a una más intensa pervivencia de la tradición micénica. Este último es el caso de Creta, que conoció un largo y peculiar Subminoico, y sólo en algunas zonas recibió una influencia ática capaz de motivar el desarrollo de un Protogeométrico, que, como el de Eubea, tuvo una larga pervivencia después de haber sido ya superado en el Ática y en otros lugares. Itaca, Acaya, Mesenia y Laconia constituyen, en fin, las áreas de desarrollo de sendos estilos protogeométricos que no parecen derivar del ático ni de ningún otro de los tempranos.

FUENTES ESCRITAS

Las fuentes de este periodo son muy escasas, aparte de los datos suministrados por la arqueología. Son testimonios literarios que se transmitían de memoria, pues hasta el siglo VIII a. de C. no aparece la escritura, que cambia la situación lentamente. El cantor épico, o *aedo*, era un poeta oral, que componía y recitaba canciones, basadas en un patrimonio tradicional, que celebraba las hazañas de los héroes, acaecidas en un remoto pasado, que coincidía con el final del Mundo Micénico. Esta poesía épica floreció en Jonia, y se redactó en un dialecto artificial. Sobre una base jonia se añadieron préstamos lingüísticos del eolio y de otros dialectos griegos orientales.

El poeta componía, y al mismo tiempo repetía, introduciendo variaciones en los poemas existentes. Para la composición de estos poemas se utiliza el hexámetro. El poeta repetía la descripción de objetos o de escenas, con lo que adquiría cierto número de unidades métricas. A los nombres se les añadían unos adjetivos. Todo esto limitaba bastante la acción del poeta, que cantaba un mundo heroico desaparecido que conocía mal. Hacia el momento final de esta tradición épica, es posible que surgiera un poeta genial.

La tradición ha atribuido a Homero la redacción de la *Iliada* y de la *Odisea*. La primera se fecha hacia el siglo VIII a. de C., aunque alguna de sus partes, como el *Catálogo de las naves*, sea muy anterior, seguramente de época micénica. La segunda obra, que describe el mundo de los colonizadores es un poco posterior. Homero pudo ser un solo poeta, o dos, o el nombre de un grupo de cantores profesionales.

Hacia finales del siglo VIII a. de C. los poetas épicos pudieron ya poner por escrito sus composiciones o utilizar la escritura para ayudarse en la composición.

En Homero hay alusiones que indican que junto a la poesía épica había otros géneros poéticos, como cantares fúnebres, de victoria o de boda.

El poeta épico celebraba hechos históricos, que se fijaron en el relato popular, la saga, y después en la épica.

Interesa al historiador el hecho de que eran acontecimientos históricos los que componían el substrato de las tradiciones. La saga y la épica transformaban el material. Como escribe F. Gschnitzer: «Como fuente de acontecimientos históricos, cuyo problemático conocimiento preservan, los poemas homéricos son, pues, en-

teramente inservibles; pero ganan en interés para nosotros en cuanto fuentes sobre las situaciones de una época, acerca de la cual ninguna otra fuente escrita arroja luz.» Los poetas contaban los hechos celebrados por ellos, dentro del tiempo en que ellos vivieron.

Los pocos documentos acerca de la Edad Oscura suministrados por la Arqueología no coinciden con la cultura material descrita en los poemas homéricos, al igual que las tablillas del Lineal B revelan una sociedad distinta de la homérica, que describe las instituciones de su tiempo. En realidad los datos de que disponemos se refieren a final de la Edad Oscura. La sociedad celebrada por Homero está un tanto idealizada. Los distintos elementos pertenecen a sociedades reales, pero alterados artificialmente. Unos elementos están tomados del mundo micénico, y otros pertenecen a finales de la Edad del Bronce.

Hay que tener presente que las condiciones de vida se transformaron muy lentamente hasta el siglo VII a. de C.

Los poemas épicos rara vez dejan entrever la crisis de la sociedad en que vivieron sus autores. Al historiador le interesa conocer la imagen que los poetas épicos tuvieron del mundo en que vivieron sus héroes. Una descripción, por otra parte, muy ligada a la tradición.

LA SOCIEDAD

La sociedad se dividía en dos categorías: libres y esclavos. Los libres se diferenciaban entre sí por su procedencia: los nativos del país y los forasteros. Generalmente se admite que los extranjeros estaban desprovistos de derechos, y que sólo estaban protegidos por la religión y la costumbre. El forastero disfrutaba en la vida práctica, de un estatus legal, pero carecía del apoyo del linaje y de la comunidad.

La sociedad se dividía también en aristocracia y *demos*, pueblo, que estaba formado por el campesinado libre. El artesano o *demiurgos* tenía una posición un tanto ambigua. Frecuentemente los artesanos eran forasteros, que visitaban las comunidades. Estaban bien considerados. En la *Odisea* (17.380 y ss.) menciona Eumeo como *demiurgos*, al adivino, al médico, al poeta, y al carpintero. A este grupo pertenecían también los fundidores y los heraldos; estos últimos estaban en una situación muy particular. La posición ambigua de los artesanos se debía a que con frecuencia eran forasteros. La aristocracia valoraba muy positivamente las habilidades de los artesanos, como los fundidores.

La ambivalencia de la posición social de los artesanos queda bien reflejada en el mito. Los artesanos en principio, como su mismo nombre indica, trabajaban para la comunidad. Muchos oficios de los artesanos los realizaban los nobles y los campesinos, las mujeres y los esclavos, como el moler, la confección de la ropa, o determinadas faenas agrícolas.

Algunos artesanos eran llamados a las casas, o iban de región en región, como los joyeros, los curtidores, los que trabajaban el marfil, los carpinteros, los rapsodas, los médicos y los heraldos. Los fundidores y los alfareros poseían taller propio.

Junto a estas personas, otra clase estaba formada por las gentes, que acompañaban a los *basílees*, tanto en la guerra, como en la paz. Eran libres y a veces eran de rango elevado. Ayudaban igualmente a sus nobles en la vida política.

La organización política

Las formas fundamentales de la organización política griega persistieron a través de la historia de Grecia. La asamblea, *ágora*, de todos los varones adultos, estaba subordinada al concejo, *boulé*, de ancianos, integrada por los cabezas de familias nobles, los *basílees*. Debía existir también un cuerpo de magistrados o un solo magistrado, formado por hombres jóvenes, dependientes del consejo de ancianos.

Ante el pueblo o ante el consejo se tomaban las decisiones. No existía ningún tipo de votación. Las dos obligaciones, fundamentales, del *basíleus* eran el participar en la guerra y en el debate. Ambos cometidos eran equivalentes. La palabra y la capacidad de persuasión en un debate público eran, pues, de enorme importancia en la sociedad.

En algunos pasajes de Homero, como en el libro segundo de la *Iliada*, se describe bien el procedimiento en la toma de decisiones políticas. El rey Agamenón ordenó a los heraldos convocar en el *ágora* a los aqueos. Antes se había celebrado un consejo de ancianos, donde estaban todos sentados, menos el que tenía la palabra. Agamenón expuso su plan de retirarse de Troya para probar la situación del ejército. Los ancianos se opusieron a este programa; Nestor le apoyó. Los ancianos se dirigieron entonces a la asamblea, controlada por nueve heraldos. Una vez que el pueblo se sentó, Agamenón habló a la asamblea de pie, con el cetro en su mano. Su propuesta fue bien acogida por los asistentes, que se encaminaron inmediatamente a las naves. Pero Odiseo interceptó la retirada persuadiendo a los nobles; dando órdenes a la tropa logró apaciguar a la asamblea. Un hombre del pueblo, Tersites, insultó a Agamenón, lo que motivó que Odiseo lo golpeará con el cetro, acción que fue bien recibida por el pueblo. La diosa Atenea, protectora de Atenas, disfrazada de heraldo, impuso silencio a la asamblea, mientras Odiseo y Nestor persuadieron a las tropas para que permanecieran en su puesto y guerrear. Agamenón cedió y preparó la batalla.

De este relato se desprende el procedimiento seguido: los asuntos eran discutidos primero en el consejo de ancianos y después en la asamblea del pueblo, que oía las decisiones del consejo y las ratificaba. La asamblea finalmente decidía. La asamblea se reunía en un lugar fijo, donde se administraba justicia, y donde se encontraban los altares de los dioses. El procedimiento estaba bien establecido.

Arbitraje público

Además de las funciones política y militar, el *basíleus* regulaba las disputas entre la gente. Este sistema fue la base de las leyes griegas. En principio había un arbitraje público para fijar la compensación de una injuria. Sólo existían algunas costumbres primitivas y tabúes, no el concepto de crimen, ni un sistema de justicia propiamente dicho.

Las formas de procedimiento eran dos. Una, el juramento, en público. La segunda era un arbitraje formal público, descrito en la *Iliada* (78, 497 y ss.): «El pueblo estaba reunido en el *ágora*, porque había estallado una disputa y dos hombres discutían por el precio que había de pagar por la muerte de un hombre. Uno alegaba haber pagado la cantidad necesaria, haciendo partícipe al pueblo de sus declaraciones; el otro se ne-

gaba a aceptar el dinero. Ambos querían obtener una solución de boca de alguna autoridad. El pueblo apoyaba a ambos, dividido en dos bandos, y los heraldos apaciguaban el tumulto. Mas los ancianos, sentados en sillones de piedra, en el círculo sagrado, sostenían los cetros en sus manos. Se levantaron luego, uno a uno, y emitieron su juicio. En el centro había dos talentos de oro que serían entregados a aquel que expresara el juicio más aceptado.»

Magníficamente describe Homero (*Iliada*, 9.632 y ss.) estos juicios: «Un hombre ha aceptado la compensación que le ofreciera el asesino de su hermano o de su hijo; el asesino puede continuar en su casa, en su pueblo, después de pagar un alto precio, mientras el corazón y la ira justa del otro se aplacan por la compensación recibida.»

Este procedimiento era público, y las ceremonias tenían lugar en la asamblea. Los ancianos eran los mediadores. La decisión se aceptaba por las dos partes. La parte cuya opinión se seguía recibía la paga ofrecida. La opinión pública podía imponer soluciones.

El homicidio, cuando no se aceptaba el precio de sangre, era causa, de destierro, pero en sí no era una acción mala.

En el fragmento de la *Iliada* mencionado no se discute el precio de sangre, que no acepta el pariente agraviado por el asesinato, sino que el asesino quiere que la presión pública obligue a la otra parte a aceptar el rescate. En este caso hay un arbitraje, que implica una sanción pública. El derecho era consuetudinario y estaba en manos de la nobleza, que era la única que tenía los conocimientos necesarios como depositaria de las tradiciones.

El *basileus* recibía ciertos beneficios por mediar en las disputas, que irritaban sobremanera a Hesíodo. Los nobles eran frecuentemente corruptos, al estar permitidos los obsequios. En este poeta ya hay una preocupación por la justicia social, que expresa mediante mitos. Afirma la existencia de la justicia: «Existe también una doncella, Justicia (*Diké*), hija de Zeus, gloriosa y augusta para los dioses que el Olimpo habitan. Y siempre que alguien la ofende empleando torcidos agravios, al punto acude a sentarse junto a Zeus, su padre, el Cronión, y denuncia las malas intenciones de los hombres injustos. El pueblo termina pagando las locuras de los reyes que, urdiendo aflicciones, por senderos descarriados desvían sus sentencias, alegando tortuosas razones. Previendo estas cosas, enderezad vuestros juicios, ¡oh reyes tragones de obsequios!, y olvidaos totalmente de las inicuas sentencias.» (*Los trabajos y los días*, 256 y ss.)

Aparición de la ciudad-estado

La forma peculiar de la organización política griega fue la ciudad-estado, o polis, que puede definirse brevemente como una pequeña comunidad independiente autogobernada, integrada por una sola ciudad, con su territorio, que existía ya a finales de la Edad del Bronce. En la época homérica hubo ciudades-estado en Jonia y en la Eólida, pero probablemente también en las islas Cícladas, en Creta, en Eubea, en el Ática y en el Peloponeso. La aparición de la ciudad-estado data del siglo VIII a. de C., o de poco antes. Las ciudades-estado de época homérica son las posteriores de época arcaica y clásica. En la *Odisea* (6, 262 ss.) se describen bien las características de las polis: «En torno a nuestra ciudad se alza una muralla fortificada; hay un puerto seguro a cada lado de la ciudad, de entrada angosta; las naves cóncavas llegan allí por las dos partes, por-

que cada hombre tiene su propio amarradero; hay también un lugar para la celebración de las asambleas junto al bello templo de Poseidón, y una plaza cubierta con grandes piedras hincadas en la tierra.»

Así, pues, en la polis al final de la Edad Oscura está bien documentada la existencia de una muralla, de un lugar para las asambleas, y de templos. La arqueología ha confirmado, por su parte, la existencia de ciudades amuralladas hacia el año 850 a. de C., como en Esmirna, la patria de Homero, cuyas murallas se repararon varias veces. En el siglo VIII a. de C. se debieron ya generalizar las ciudades amuralladas.

Durante este siglo la población de Esmirna se ha calculado en unos 2.000 habitantes, que vivían en unas 400 ó 500 casas. La mitad estaba desperdigada fuera de la muralla.

Los templos más antiguos también se remontan al siglo VIII a. de C. Se conocen bien por algunos exvotos, como, por ejemplo, uno procedente de Archanai, fechado entre los años 1100-1000 a. de C. Todas las prácticas importantes de Grecia proceden de la Edad Oscura. Homero menciona ya los templos, una vez una imagen de culto y los altares. El poeta de Esmirna cita también los templos donde se emitían oráculos, como los santuarios de Apolo en Delfos y de Zeus en Dodona. Algunos santuarios estaban ya servidos por sacerdotes profesionales, pero éstos estaban fuera de la organización de la sociedad.

La fuerza que adquirieron al final de la Edad Oscura las instituciones y la valoración creciente de la vida humana, coincidieron con la pérdida de la importancia del *oikos* y con la generalización de la agricultura, en detrimento de la cría de ganado. Simultáneamente se produce un notable aumento de la población. La región mejor estudiada es el Ática. Mientras que durante los años 1000-800 a. de C. la población se mantuvo relativamente estacionaria, en los años 800-700 a. de C. se multiplicó por seis.

Los testimonios que proporciona la épica sobre la Edad Oscura son fragmentarios y se interpretan mejor comparándolos con el desarrollo posterior de la sociedad griega y con lo sucedido en otras regiones.

La aristocracia

En sus dos poemas Homero describe fundamentalmente las actividades de la aristocracia. El poeta llama a sus héroes *basilees*, término que después significó rey. Todos los *basilees* formaban un grupo de iguales, aunque alguno de ellos ejercía funciones de líder; Agamenón durante la guerra de Troya. Es probable que la monarquía no fuera un fenómeno generalizado al principio de la Edad Oscura. Los *basilees*, pues, eran nobles que heredaban su título. Estaban distanciados de la comunidad por su género de vida y por el disfrute de riquezas. Cada uno estaba al frente de su familia, o *genos* y de su *oikos*, casa o patrimonio.

La institución familiar

La familia homérica estaba integrada por el jefe de la casa, su esposa y sus hijos con sus respectivas mujeres e hijos, y por otros familiares próximos. A la muerte del jefe las propiedades se dividían en partes iguales que se repartían por sorteo. La po-

sición de los hijos varones nacidos de mujeres esclavas era un tanto inferior. La tierra se denominaba *Kleros*.

La organización familiar era de tipo patriarcal. El jefe de la familia decidía el matrimonio de los hijos, que con frecuencia obedecía a conveniencias de amistad o política. La esposa procedía de la misma clase social, pero no era obligado que procediese de la misma región o que tuviese alguna relación de parentesco. El matrimonio requería la entrega de regalos a la novia, y de la dote por parte de la familia de la desposada. Penélope (*Odisea*, 18. 275 ss.) afirma sobre los pretendientes que «son los que traen bueyes y ovejas cebadas, como agasajo para los familiares de la desposada, ofrecen presentes magníficos y no comen de los bienes ajenos sin dar algo a cambio».

La mujer casada pasaba al *genos* del marido. En Homero las mujeres de la aristocracia, como Nausica o Penélope, gozaban de libertad de movimientos y de gran prestigio social. Así, estaban al frente de la economía de la casa, discutían de igual a igual con sus maridos, iban sin escolta. Quizás participaban en los banquetes. Con el desarrollo de las actividades de la polis decayó en Grecia la situación privilegiada de la mujer, que quedó confinada a sus habitaciones, sin participar en las actividades de su esposo. La sociedad homérica fue heterosexual, salvo algunas excepciones.

La esclavitud

El *basileus* trabajaba directamente el *oikos*, ayudado por los esclavos y por algún obrero contratado, *thes*, que se empleaba generalmente para la recolección de la cosecha, cuya situación social era tan mala que apenas se diferenciaba de la del mendigo. El trabajo en la tierra se pagaba con la comida y el vestido (*Odisea*, 18,357 ss.).

El esclavo ocupaba un importante escalón en la sociedad. Procedía de la piratería, el rapto, el comercio y sobre todo de la guerra, donde a los hombres vencidos generalmente se les mataba, mientras que las mujeres y los niños al igual que el ganado y los bienes y muebles, eran tomados como botín. Este contingente humano sometido estaba manejado por traficantes fenicios, según se desprende de varios pasajes de Homero.

Había muchos esclavos en las casas de los *basilees*; como puede leerse en Homero (*odisea*, 7, 103; 22, 421), a Odiseo y a Alcínoo se les adjudicaron cincuenta mujeres. Estas esclavas realizaban todo el trabajo doméstico: tejían, hilaban, acarreaban el agua, preparaban el hogar, molían y servían la mesa. También eran nodrizas, mayordomas y damas de compañía de las esposas o las hijas, y habitualmente eran también concubinas del jefe de la casa o sus allegados. Los hombres esclavos llevaban a cabo todo tipo de cometidos y con alta frecuencia fueron muy estimados por sus dueños. Era bastante habitual que dirigiesen fincas y podían casarse entre sí. Existía la posibilidad de que un esclavo fuese manumitido por su dueño o rescatado a cambio de dinero por un familiar u otra persona que se interesase por él.

Situaciones de guerra o invasión provocaban que grandes masas de hombres libres pasasen a ser esclavos, como ocurrió cuando los pueblos del noroeste de Grecia se apoderaron de algunas regiones de Grecia. Sus habitantes perdieron la libertad y pasaron a cultivar los campos para sus nuevos amos. En época posterior se documentan pueblos que sufrieron esclavizaciones, como los penestes en Tesalia, los periecos en Creta y los ilotas en Esparta.

Fiestas

Además de participar en la guerra y en las asambleas, los nobles se dedicaban al juego, a la caza, al canto, a la danza y a los banquetes.

Para mantener su prestigio el *basileus* debía organizar fiestas y diversiones para los amigos (*betairoi*) de su misma posición social. Se celebraban en la gran sala o mégaron. Estas fiestas contribuían a estrechar los lazos de amistad y de hospitalidad. En ellas se consumía carne y se tocaba la lira. Los banquetes eran recíprocos. Estos banquetes desempeñaron un papel importante en los poemas homéricos.

La riqueza y el fausto que los *basilees* derrochaban, siglo VIII a. de C., quedan bien reflejadas en las escenas fúnebres de los vasos de Dipilón en Atenas, que son el mejor comentario a los funerales organizados por Aquiles en honor de su difunto amigo Patrocolo. Se exponía en alto el cadáver y se contaba con la intervención de plañideras. Se celebraban en honor del difunto competiciones de guerreros, carreras de carros y banquetes. También quedan en los poemas homéricos ejemplos del afán de lucro y codicia en los héroes.

Hospitalidad y regalos

En la sociedad homérica el derecho de hospitalidad, y la importancia de los regalos tuvieron una importancia crucial en las relaciones sociales de la nobleza, sirviendo con frecuencia para manifestar o afianzar su poder. Menelao indica a Telémaco que recorran juntos Grecia: «Ninguno nos dejará partir sin antes regalarnos algo para que lo llevemos: algún trípode de bronce bien labrado o un caldero o quizás un par de mulas o una copa de oro» (*Odisea*, 15, 82 ss.). Un *Basileus* de viaje siempre encontraba buena acogida entre sus iguales. No sólo se le proporcionaba comida y alojamiento, sino también se le colmaba de regalos, que eran objetos de lujo, principalmente metálicos, pateras fenicias, ya documentadas en Atenas en el siglo IX a. de C., tan celebradas por Menelao, trípodes, cráteras, armas decoradas, como las halladas en el santuario de Olimpia, así como marfiles, vinos, etc. El huésped no estaba obligado a corresponder porque no había la costumbre de intercambiar regalos.

La prosperidad se basaba en la riqueza agrícola y ganadera; por lo general estos *basilees* eran propietarios de numerosas tierras y de ganados. También tenía importancia la posesión de regalos, el comercio ocasional, el botín obtenido en la guerra. Los *basilees* acumulaban tesoros principalmente de objetos metálicos. Homero (*Odisea*, 2, 337 ss.) describe el tesoro de Odiseo, que se guardaba en una sala espaciosa, de elevado techo, y que se componía de objetos de oro y de bronce, que, junto con el ganado, eran los medios de pago, así como cofres repletos de vestidos, y de grandes recipientes llenos de aceite y de vino. Todo ello no eran objetos en venta, sino que se guardaban para cuando el señor volviera. Estos tesoros eran la obligada reserva para tiempos peores, sostén y prestigio que se basaba en la hacienda en lugar del linaje. La riqueza fundamentalmente se heredaba; se aumentaba con el botín apresado. Los nobles también se empobrecían y emigraban, aunque este hecho se debía dar muy pocas veces. Con la

hacienda perdían su posición privilegiada. La falta de hospitalidad estaba considerada un delito grave. Una violación de la hospitalidad ocasionó la guerra de Troya.

La entrega de regalos estaba en función de la obtención de honores y de la creación de obligaciones mutuas en caso de robo o de piratería.

Escala de valores

La aristocracia tenía una ética competitiva; cada uno trataba de ser siempre el mejor en todos los aspectos. Como afirmaba Glauco (*Ilíada*, 6,108 y ss.): «ser siempre el mejor y superar a todos para no llenar de vergüenza la estirpe de mis antepasados.» Odiseo se jacta de ser «el mejor para ofrecer un consejo saludable y valiente en la guerra» (*Ilíada*, 2, 273). Y Aquiles por su parte gritaba: «soy el mejor en la guerra, el mejor de los aqueos de bronceas corazas» (*Ilíada*, 18, 105). También existía una ética individual. El honor de un hombre dependía de su actividad. El varón experimentaba una vergüenza al perder su honor, manifestada en la pérdida de la propiedad. Los dioses, salvo Zeus, no intervenían en este tipo de moralidad. Este estilo de vida aristocrática hundía sus raíces en la existencia de bandas nómadas de guerreros, unidas por una hermandad, no por vínculos de sangre. Las tribus, y posiblemente también las fratrías, fueron organizaciones de carácter militar.

Aspectos económicos. Agricultura y ganadería

La agricultura fue la base de la economía durante esta época. Había un número considerable de cultivos diferentes, destacando el de la cebada, más abundante que el trigo, y el del lino, utilizado como fibra textil. El cultivo de la vid también fue conocido, así como los árboles frutales, legumbres y hortalizas. Homero (*Odisea*, 7, 112 ss.) enumera los diferentes productos del huerto del palacio de Alcínoo, que cosechaba granadas, peras, manzanas, aceitunas, higos, legumbres. Igualmente se mencionan tierras de regadío y olivares, aunque en esta época el uso del aceite estaba limitado a la limpieza, siendo desconocida aún su utilidad en la cocina y la iluminación.

Las tierras dedicadas al cultivo de los cereales y a los huertos solían estar próximas a las ciudades. Había también tierras explotadas por la comunidad, como los prados. Las tierras eran la base de la riqueza en los poemas homéricos. Podían ser enajenadas o transmitidas. La comunidad podía asignar al *basíleus*, al *demo* o a otra persona, una parcela oficial, llamada *temenos*, que era la mejor tierra de cultivo, y no procedía del terreno comunal. Existe la opinión, apoyada en las escenas del escudo de Aquiles, obra probablemente fenicia, que había una especie de colectivismo agrario, o una clase de siervos de la gleba, pues se representaba a muchos labriegos trabajando la tierra juntos. También había parcelas de tierra, que se trabajaban conjuntamente (*Ilíada*, 12, 421 y ss.). Se ha supuesto que el terreno era propiedad colectiva y que se distribuía de tiempo en tiempo para su explotación, lo que explicaría los numerosos labriegos trabajando la tierra representada en el escudo de Aquiles, y el hecho de que la comunidad pueda dar un *temenos*. La explicación, que se ha propuesto, es que cada campesino tenía derecho a un pedazo de suelo del que disponía la comunidad.

Los lotes con el tiempo se harían desiguales. En época homérica hubo ya muchos campesinos que participaban en la guerra.

Los *basilees* de Homero consumían en los banquetes mucha carne, lo que presupone la cría de ganado. La riqueza se medía por el número de cabezas de ganado.

Las mujeres, los esclavos, diferentes utensilios, como trípodes, y los rescates se tababan en términos de cabezas de ganado. Los rebaños de estos *basilees* eran numerosos y de distintas clases de ganado. Eumeo enumera de las riquezas de su amo: «Doce vacadas son las de tierra firme y el mismo número de rebaños de ovejas, de piaras de cerdos, y otros tantos rebaños de cabras, de muchas cabezas, hacen pastar allí los forasteros, y sus propios pastores» (*Odisea*, 14, 100 ss.).

Se observa un cambio de la agricultura con respecto a la ganadería. Este fenómeno se dio, probablemente, en tiempos de Hesiodo. Según las tablillas del lineal B los *basilees* micénicos eran dueños de importantes números de cabezas de ganado.

En el periodo geométrico se consumía en el Ática mucha carne, como lo prueban los huesos de los banquetes funerarios, depositados en las tumbas.

La casa del *basileus* estaba formada por la gran sala o *mégaron*, con chimenea y asientos adosados a la pared, un patio, las dependencias destinadas a las mujeres, almacenes y establos y, quizás, una galería para acoger a los huéspedes. El *basileus* podía dormir en una habitación propia o en la sala. Era frecuente que estas mansiones se situasen en zonas rurales, aunque no escasean los emplazamientos urbanos, como es el caso del palacio del Alcinoo homérico.

Robo y piratería

Homero (*Iliada*, 11. 670 ss.) describe la ejecución de un robo; como asunto privado que provoca una reacción pública, canta el poeta una represalia contra los habitantes de Elide, que en origen fue un asunto familiar. El botín finalmente se repartió entre los vecinos de Pilos, quienes reclamaban la deuda a Elide.

La piratería ha sido también bien descrita por Tucídides (1, 5): «En efecto, los antiguos griegos, como también los bárbaros afincados en el continente o en las islas, tan pronto se relacionaron más frecuentemente por mar, dedicáronse a la piratería bajo la dirección de hombres importantes, no ya sólo en provecho propio, sino para el sostenimiento de los menesterosos, y atacando las ciudades sin murallas y distribuidas en poblados, las saqueaban, consiguiendo de este modo su principal medio de vida, sin que ello fuera entonces deshonor, sino más bien ciertos timbres gloriosos.» La practicaron igualmente otros pueblos en gran escala otros pueblos, como los fenicios y los etruscos.

Se utilizaban grandes barcos —hasta de 50 remeros— que también intervenían en el robo, por sorpresa. En origen la piratería se dirigía sólo contra los extranjeros. Se robaba generalmente ganado y esclavos y el botín se repartía entre los participantes.

Las actividades de la piratería favorecían los intereses de la aristocracia. Odiseo (*Odisea*, 14, 245 ss.) se jacta de que durante nueve meses había guiado una flota contra tierras extranjeras y había vuelto rico y respetado, en lo que motivó, que en la guerra de Troya fuera aclamado como uno de los líderes más importantes. La expedición era una empresa pública.

Homero (*Odisea*, 14, 245 ss.) describió muy bien estos viajes de piratería, al narrar las peripecias de Odiseo; los barcos que usaban los piratas están claramente represen-

tados en la crátera de Aristonothos, fechada en la primera mitad del siglo VII a. de C. hallada en Caera, en Etruria. Dice Homero:

«Mi corazón me aconsejó ir a Egipto, yo armé barcos con amigos divinos, en número de nueve. Pronto la tripulación estaba preparada. En seis días los fieles compañeros se reunieron comiendo, yo ofrecí muchos animales para sacrificar a los dioses y para su comida. El séptimo día dejábamos la amplia Creta y navegamos en un velero ligero con viento fuerte del norte, como si descendiéramos por una corriente y como si el barco no tuviera un dueño. Estábamos alegres, el viento y el timonel conducían los barcos.

Después de nueve días llegábamos y echaba el ancla en río de Egipto. Ordené a los compañeros permanecer en los barcos, y sacarlos a la orilla. También envié espías a ver el panorama. Locos de alegría y con ganas de partir mi gente saqueaba las ricas tierras de Egipto. Raptaron a las mujeres y a los niños pequeños y mataron a los hombres. Llegó la noticia a la ciudad. Los habitantes escucharon los gritos y corrieron por la mañana temprano hacia nosotros. Todo el campo estaba lleno de guerreros con carros y con armas flamantes. El Cronión, armado de truenos, derrotó a mi gente que huyó. Nadie se resistió, porque estaban cercados por la muerte. Mataron a muchos de los míos. A otros llevaron a trabajos duros. Cronión mismo me sugirió la idea: me moriría en Egipto, porque desde este instante llegaba una mala ventura después de otra.

Rápidamente me quité el casco y el escudo: arrojé la lanza y me acerqué al carro del rey, besando sus rodillas y abrazándolas. Me defendió compasivo. Me llevó en su carro a su casa. Muchos se acercaron y querían matarnos, pues estaban muy amargados, pero el rey los apartó, temeroso el Cronión, que defiende a los que le suplican y persiguen los sacrilegios. Siete años me quedé amontonando los bienes entre los egipcios. Me daban de todo. Pero en el octavo año apareció un fenicio muy listo y engañoso que había cometido muchas maldades entre la gente.

Supo convencerme y me llevó a Fenicia donde tenía su casa y sus propiedades y allí permanecí hasta el final del año.

Cuando durante el año las lunas y los días pasaron y los Cores empezaron de nuevo me llevó en un barco a Libia con el pretexto de que acompañara la carga: quería venderme por un precio muy alto. A la fuerza entré en su barco, sospechando ya entonces malas intenciones. El barco avanzó con un viento favorable del norte, pasando a Creta, pues Zeus tramaba su destrucción.

Cuando habíamos dejado la isla, y ya no había ninguna tierra alrededor, sólo el cielo y agua, mandó el Cronión una nube negra sobre el barco y el agua se oscureció. Junto con truenos cayó un rayo sobre el barco, tocado del Dios del fuego, vapor de sulfato le llenó. La gente abandonó el barco y como pájaros se arrojaron a las olas alrededor del barco oscuro. El dios les prohibió regresar a casa.

Asustado, el propio Zeus me ofreció el fuerte mástil del barco para que me salvase. Me abracé a él y los vientos me llevaron. Así estuve nueve días, durante la noche del décimo me arrojó una ola al país de los Jesprotos.»

La misma guerra de Troya se consideró, en parte, una empresa pública. La guerra convenía a la comunidad para el mantenimiento y ejercicio de la autoridad de los nobles. La guerra a finales de la Edad Oscura era cometido de los *basilees* y de sus compañeros, que eran los que podía costearse el armamento. Los nobles defendían el cuerpo con escudos. Iban cubiertos con corazas de bronce, con yelmos y con grebas. Se combatía a pie. Se atacaba con la espada de hierro y con una o dos lanzas.

El escudo de Aquiles

La mejor descripción de la vida durante la Edad Oscura, en sus más variados aspectos, la ha dejado Homero en su descripción del escudo de Aquiles (*Iliada*, 478-452), obra de Hefaisto, dice así:

«Encima del escudo colocó la tierra, el mar y el cielo, la luna redonda y el incansable sol; también todas las estrellas, que conocían la bóveda del cielo, las Pléyades, las Hiadas y luego el poderoso Orión; también la Osa, que llaman a veces Carro, que da vueltas en su sitio, que observa continuamente y que es la única que evita a Orión el bañarse en el Océano. Después aparecen encima del escudo dos ciudades con gente charlando. En una se celebraba una boda maravillosa, tenía lugar una fiesta. Las novias son sacadas de sus habitaciones acompañadas de antorchas y llevadas a través de la ciudad. Se escuchaban canciones. Los jóvenes bailaban y tocaban las flautas y las liras. Por todas las puertas de las casas salían mujeres que se maravillaban de la fiesta. En el mercado había mucha gente. Se entabló una discusión. Dos personas discutían sobre el precio de un homicidio.

En la otra ciudad había dos ejércitos de guerreros, resplandecientes con el brillo de sus armas, tenían dos opiniones opuestas, o arrasar la ciudad o repartir el botín para aumentar los bienes con todo lo que contenía la fortaleza. Los sitiados se negaron a rendirse y permanecieron escondidos. Las mujeres y los niños se colocaron alrededor de los muros, mientras los mayores se prepararon en lo alto de la muralla para la defensa. Otros se alejaron conducidos por Ares y Pallas vestidos con trajes de oro. Los dos dioses estaban magníficos, armados a la manera de los dioses. Sus hombres eran de tamaño menor. Cuando llegaron a la plaza, cerca del río, donde están los rebaños descansaron allí envueltos en trajes de hierro brillante. Lejos de ellos se sentaron dos espías del ejército, esperando a que llegaran las ovejas y las vacas. Se acercaron los rebaños seguidos por dos pastores que tocaban la flauta, y que estaban ignorantes de las emboscadas que les tendían. Los guerreros entonces corrieron hacia adelante y se apoderaron de los rebaños de terneras, y de muchas ovejas y mataron a los pastores. Cuando los enemigos oyeron el ruido de los rebaños aceleraron el paso, con los carros. Se apercebieron a la batalla y lucharon junto a la orilla del río. Tiraron lanzas de puntas de hierro. Abajo había pánico y estaba la diosa horrible de la muerte. Cogía a uno con vida; al otro herido; al otro sano. A uno le disparó al pie, matándole. La diosa vestía un traje, rojo por la sangre de los hombres.

Después luchaban los guerreros, unos retiraban los cuerpos de los muertos, mientras otros combatían.

Hefaisto representó a continuación una tierra tres veces trabajada, fértil y rica, donde muchos campesinos araban con sus yuntas, andando arriba y abajo. Siempre, cuando llegaron al final de la tierra, se acercaba a todos un hombre y les daba una copa de un vino excelente. Después continuaban con su trabajo hasta llegar al final de la tierra. La tierra arada era de color oscuro. Parecía de color oro. Era una imagen fascinante. Hefaisto colocó luego un campo de trigo, que ondeaba con el viento. En él regaban los segadores con hoces afiladas. Una parte de las espigas de las mies cayó al suelo y los atadores las sujetaron con cuerdas de paja.

Tres atadores estaban juntos, mientras detrás había muchachos que cogían los haces. Entre la gente, apoyado en su cetro se encontraba representado el dueño, que miraba en silencio complacido la siega. Junto a una encina prepararon los sirvientes la comida. Asaron una ternera grande. Las mujeres amasaban la cebada. Hefaiсто representó después una viña repleta de uvas, colgaba la fruta, de color oscuro y dorado, de los racimos, suspendidos en palos plateados. Al lado había un foso de acero. Alrededor suyo colocó un anillo de estaño. Un único sendero conducía de un lado al otro del campo, que pisaban los portadores también durante la cosecha de otoño. Muchachos y muchachas alegres transportaban la cosecha de dulces uvas en cestos.

Debajo de esta escena un joven soñador tocaba una lira en tono nostálgico. Cantaba con voz dulce la suave canción del Lino. La gente bailaba al ritmo, cantando alegre, meneando los pies al son de la música.

Después Hefaiсто colocó un rebaño de terneras de cuernos altos representado en oro y en estaño, bramando, corriendo desde la finca al prado atravesando el río y los juncas oscilantes.

Detrás de los rebaños caminaban cuatro pastores, moldeados en oro. Nueve perros los seguían. Dos leones atraparon un buey y le arrastraron mugiendo, mientras los perros y los cazadores los perseguían, pero los leones mataron al buey, que era enorme. Bebieron su sangre oscura y comieron los intestinos. Los pastores en vano echaron contra ellos sus perros, que estaban asustados. Se achicaron en lugar de atacar a los leones, los cercaron, pero no hicieron nada. Un ancho sendero representó a continuación, el artista cogió en un valle, boscoso, lleno de ovejas, de cuadras, y de establos al aire libre y de cercados. A continuación Hefaiсто adornó el escudo, colocando una plaza en fiesta, donde se bailaba, como la que Dédalo hizo en Cnosos para la niña Ariadna. Los muchachos acompañaban a las muchachas y bailaban cogidos por las manos; uno junto a otro.

Ellas llevaban trajes de lino y ellos vestidos de un color de aceite brillante. Unas magníficas coronas coronando a las jovencitas. Los bailarines llevaban puñales de oro en vainas de plata.

Pronto las parejas daban vueltas con pasos conocidos, al igual que un alfarero mueve su torno.

Pronto se acercaron en filas. Una muchedumbre muy alegre rodeaba la plaza. Un aedo divino cantaba entre la gente en alta voz, acompañado por la lira. Cuando empezó la canción, salieron dos bailarines describieron círculos en el centro. Finalmente, Hefaiсто añadió alrededor del borde de escudo, que estaba bien trabajado, la corriente peligrosa del Océano.»

Esta descripción ofrece datos importantes sobre la gran calidad alcanzada en el trabajo del metal.

SEGUNDA PARTE

GRECIA ARCAICA

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ

CAPÍTULO X

LA GRAN COLONIZACIÓN GRIEGA

La gran colonización griega es uno de los fenómenos culturales más importantes de toda la historia de Grecia, sólo comparable a la expansión del helenismo. Comprende desde el año 734 al 580 a. de C. Llevó la cultura griega arcaica y la vida urbana a todos los pueblos asentados en las orillas del Mediterráneo y del Ponto Euxino; además influyó poderosamente en los pueblos situados en el interior. La colonización no tuvo una organización planeada; en ella intervinieron muchas ciudades y obedeció a factores diversos. Aunque hay decretos de fundaciones de colonias, como Cirene o Naxos, el *oikistés*, encargado de la fundación, a veces era un noble, como Arquías de Siracusa, o Quersicrates de Corcira. La terminología es rica: el término griego más antiguo es el de *apoikia*, que designa la separación de un grupo de ciudadanos de la *polis*, su marcha y su independencia política y administrativa; por el hecho de trasladarse y establecerse lejos, *colonia* y *klerouchia*, términos que están relacionados con la explotación agrícola del territorio, donde se asientan los colonos o clerucos, y con la división de los lotes de tierra. Después estos conceptos se refirieron a aspectos administrativos y a la implantación de ciudadanos. Tampoco se puede reducir la colonización griega al fenómeno de una emigración, o a las colonizaciones modernas europeas, ni se parece a la expansión micénica ni a las *katoikiai* helenísticas.

Hay que recordar lo que acertadamente ha escrito M. I. Finley: «el término "colonia" aplicado corrientemente por los historiadores modernos a los nuevos enclaves griegos en el Mediterráneo occidental y en el noroeste es singularmente desafortunado. Con un puñado de excepciones insignificantes fueron, en intención y en la práctica, *poleis* independientes, con vínculos psicológicos y sentimentales, no políticos, ni económicos con la respectiva "ciudad madre". Dichos vínculos se vigorizaron y extendieron a la madre patria griega con mayor profusión, porque muchas de las comunidades estaban ubicadas en tierra no griega, y, por tanto, se sintieron estimuladas a conservar su identidad griega, en la planificación urbana; en la arquitectura; en idioma y literatura, y en religión».

El Mediterráneo se conocía bien, ya que los fenicios, que fueron los maestros de los griegos en el arte de la navegación, desde finales del segundo milenio —Cádiz fue fundada en el año 1100 a. de C. (Mela, 3, 48; Plin., 16, 216; Str., 1.3.2)—, llegaban hasta el Occidente en busca de metales.

EXTENSIÓN DE LA COLONIZACIÓN GRIEGA

Sicilia fue la primera tierra de colonización griega (Tuc., 4. 3-5). Fueron los habitantes de Calcis en la isla de Eubea, y de Corinto, los primeros que se lanzaron al mar a fundar colonias en Sicilia, isla que había sido ya visitada por los micénicos. En el año 734, se asentaron los calcídicos en Naxos, en el estrecho de Mesina, lo que les permite controlar la ruta de penetración hacia Etruria y el mar Tirreno. Es probable que los griegos conocieran a través de los fenicios la ruta hasta Ischia. Corinto fundó un año después Siracusa, en un lugar muy bien emplazado, con un excelente puerto, de fácil defensa. A estas dos colonias siguieron otras muchas en Sicilia y en el sur de Italia, que por ello se llamó la Magna Grecia. Los espartanos fundaron Tarento (700 a. de C.), y desde aquí Heraclia, en una zona de agricultura muy rica. Las ciudades aqueas colonizaron el golfo Jónico. Las costas de Macedonia y de Tracia, ambas ricas en metales y con una importante riqueza agrícola y de bosques (tan necesarios para la construcción naval, de los que carecía Grecia) fueron colonizadas a continuación. Fue Calcis, la ciudad que envió a estas costas los primeros colonos, y en la Península Calcídica el número de colonias que fundó fue tan grande, que tomó este nombre a partir del de la metrópolis.

Los griegos no colonizaron la entrada del Ponto Euxino, rico en pesca y en bosques, hasta comienzos del siglo VII a. de C. El Ponto Euxino debió de ser visitado por los colonos griegos ya en el siglo VIII, pero no se asentaron hasta mitad del siglo siguiente, fecha en que se datan las fundaciones de las colonias de la entrada: Calcedonia hacia el 680 y Bizancio hacia el 660. Mileto fue la gran colonizadora de esta región a lo largo de la costa anatolia hasta Trapezonte, llegando a fundar, según la tradición, 75 ó 90 ciudades, alcanzando el sur de Rusia y la desembocadura del Danubio.

Hacia el año 630 los samios llegaron a Occidente con Colaio de Samos —si bien este viaje se debió a una casualidad—, lo que permitió a los griegos conocer las fabulosas riquezas minerales de la Península Ibérica. Mercaderes griegos hacían viajes por su cuenta con fines comerciales y contribuían al conocimiento de las diferentes regiones; tal es el caso de Colaio de Samos, que se dirigió a Egipto antes de la fundación de Naucratis; posiblemente también el de Sostrato de Egina que viajó a Tartesos en fecha desconocida; el del mercader de púrpura de nombre Corobio, que, llevado por una tempestad, desembarcó en Libia y en una isla llamada Platea; y el de los piratas griegos, contra los que se construyó un fortín en Rakotis, la que sería la futura Alejandría. Hacia este mismo año, habitantes de Tera fundaron Cirene, en el norte de África. En torno al 600, los focenses, de la costa de Anatolia, fundaron Marsella, puerto importante para el comercio de metales, a través de la Galia, de la Bretaña francesa y de Cornualles. Marsella fue también un centro de colonización y todo el sur de Galia se cubrió de colonias, llegando hasta Ampurias, que fue un mercado dependiente de Marsella, probablemente en función más que de la plata de los Pirineos, del esparto y el lino (Str., 3.4.9).

En la colonización compitieron unos griegos con otros. Así, Corinto arrojó de Corcira a los eretrios. Esta isla fue un punto totalmente necesario en su camino hacia Siracusa. Pronto se establecieron áreas de colonización: Megara y Mileto controlaban la

Propóntide y el Ponto Euxino; Calcis y Corinto, el Mediterráneo central, y los focenses, el sur de la Galia y Tartessos. Las rivalidades en las colonizaciones se relacionan con las alianzas de la guerra lelantina, cuando Grecia se dividió en dos bandos a finales del siglo VIII.

Los primeros productos griegos, vasos, aceite, perfumes, cascos, etc., llegaron al Occidente y en particular a Ischia muy probablemente en barcos fenicios. En la Península Ibérica los más antiguos vasos corintios han aparecido en fundaciones fenicias: Adra (Almería), Sexi (Granada), Toscanos (Málaga), etc.

Se buscaba un lugar de fácil defensa, con buen puerto y una tierra rica para la agricultura en las proximidades, como sucedió en Siracusa.

LA FUNDACIÓN

La fundación de algunas colonias, como Naxos, Corcira, y las establecidas en la Propóntide fue debida, muy probablemente, a su importancia como puntos en una ruta de penetración. Sin embargo, la Propóntide era famosa por su riqueza en varios productos. A veces, se cambió el lugar, y así, de una isla se pasó a Cirene y de Ischia a Cumas.

La defensa desempeñó un papel primordial en la elección del lugar de asentamiento. Thasos, por tratarse de una isla, era de fácil defensa, así como la Calcídica, por ser una península. Calcedonia estaba asentada en una región rica y era más fácilmente defendible que Bizancio, que fue colonizada diecisiete años después y que podía ser atacada con facilidad por los tracios. En Sicilia, las colonias estaban en una buena posición, ya que los sículos habitaban las montañas del interior. La población nativa fue sojuzgada, como en el caso de Siracusa. En Ampurias, el testimonio es ya de comienzos del siglo II a. de C.: la ciudad se dividía en dos partes, separadas por una muralla, en una vivían los griegos y en otra los indígenas. Por la noche se cerraban las puertas, y los griegos ponían vigilancia, lo que prueba su desconfianza hacia las poblaciones nativas.

Mucho facilitó la defensa de las colonias la generalización del armamento de los hoplitas, que daría a los griegos la superioridad sobre los persas en la batalla de Maratón. Hacia el año 725, se documenta ya una tumba de Argos con un coselete articulado a un lado que se sujetaba a los hombros con lazos. Durante el siglo VII, al parecer se inventaron las grebas en Grecia. Según Herodoto (1.171): «A la misma nación (Caria) se debe el descubrimiento de tres cosas que usan los griegos; pues ella fue la que enseñó a poner crestas o penachos a los cascos, a pintar armas y empresas en los escudos y a pegar en los mismos unas correas, a manera de asas, siendo así que hasta entonces todos los que usaban escudos, los llevaban sin aquellas asas, y sólo se servían para manejarlos de unas bandas de cuero, que colgadas del cuello y del hombro izquierdo, se unían al mismo escudo.» Este armamento parece ser que fue traído por los asirios, que hacia la mitad del siglo VIII a. de C. llegaron al Mediterráneo, y de ellos lo recibieron los carios, que hacia mediados del siglo VII tenían ya hoplitas, pero este tipo de armadura lo desarrollaron los griegos. El yelmo hoplita más corriente es el corintio, que en la Península Ibérica está atestiguado en Huelva y Guadalete, y representado hacia el 700 en los vasos griegos. El escudo en origen era de madera con el borde de bronce, posteriormente, se recubrió con una lámina de bronce y se decoró por el exterior con figuras geométricas, animales, escenas, etc., pintadas o con apliques de bron-

ce. Tenía un doble agarrador, en el centro y en el borde, para el antebrazo y la mano, representados ya hacia el 700. Su diámetro era dos veces la longitud del antebrazo. Este escudo, por dejar un espacio descubierto en el lado izquierdo del guerrero fue apto sólo para formaciones en falange. Hacia el año 675 se representó ya el armamento hoplita. Las armas ofensivas, el coselete, aparecen con anterioridad a la aparición de la falange hoplita. La táctica hoplita presupone el uso del yelmo y del escudo, que debieron aparecer hacia finales del siglo VIII. En los vasos de la primera mitad del siglo VII, se representan hoplitas aislados luchando, lo que puede considerarse un periodo de transición, como en el ariballos MacMillan. En un segundo vaso, se pintaron tres grupos de guerreros en grupos. En el vaso Chigi ya se colocaron dos falanges, que salen al encuentro, una de ellas precedida por un flautista. Los tres vasos se fechan a mediados del siglo VII, fecha a la que pertenecen los exvotos de plomo de hoplitas de los santuarios de Menelao y de Artemis Orthia en Esparta.

Los testimonios literarios sobre los hoplitas coinciden con estas fechas. Hacia mediados del siglo VII, Psamético I, un príncipe del delta del Nilo, contrató a mercenarios griegos, jonios y carios, enviados probablemente por Giges, rey de Lidia; Amasis los trasladó, como guardia personal, a Menfis (Her., 2.152-154). Después de la conquista de Egipto se instalaron en la región oriental contra los asirios.

Es el poeta Arquíloco de Paros, hacia el 650, el autor que proporciona en sus versos los datos más importantes de carácter militar sobre las colonizaciones. La isla de Tasos (18 D) (colonia del sur de Italia, fundada por aquellos años por los habitantes de Colofón) la define así: «un espinazo de asno se encrespa coronado de un bosque salvaje. / ... que no es un lugar hermoso, ni atractivo / ni amable, cual el que surcan las aguas del Siris». Se ganó la vida como soldado mercenario (2 D): «En la lanza tengo mi pan negro, en la lanza / mi vino de Ismaro, y bebo apoyado en mi lanza.» Con cínica desvergüenza canta el abandono de su escudo (6 D): «algún sajo alardea con mi escudo, arma sin tacha, / que tras un matorral abandoné a pesar mío. / Puse a salvo mi vida. ¿Qué me importa el tal escudo? / Váyase al diantre. Ahora adquiriré otro no peor». Sin embargo, orgulloso se declara servidor del dios de la guerra (1 D): «Soy yo, a la vez, servidor del divino Enialio / y conocedor del amable don de las musas.» En otros fragmentos alude a mercenarios (13 D). Las luchas deben ser continuas (67 a D): «Rechaza a los enemigos oponiéndoles el pecho, y en las emboscadas traidoras sostenente / con firmeza. Y ni, al vencer, demasiado te ufanes, / ni vencido, te desplomes a sollozar en casa.» En otro fragmento (60 D) recuerda: «No quiero un general alto y bien plantado / ni ufano de sus bucles y esmerado en afeites. / Por mí, ojalá, sea un tipo pequeño y patizambo / que se mantenga firme en sus pies, todo corazón.»

COLONIZACIÓN COMERCIAL

El comercio desempeñó un papel importante en la colonización. Las ciudades que enviaron colonias, como Corinto, Megara, Calcis, Eretria y Mileto, tenían fuertes intereses mercantiles de importación y de exportación de géneros. Se distingue entre mercado, *emporion*, y colonia, *apoikia*, asiento lejos del lugar. El carácter comercial de algunos centros lo indica su mismo nombre, como *Emporion*. Heródoto (4.24) afirma de las colonias del Ponto Euxino que son *emporion*. En otras colonias su fin mercantil queda bien patente por su lugar de ubicación, como lugares que controlaban las grandes rutas comerciales. Corcira dominaba la ruta a Siracusa; Mesina, llamada Zancles

con anterioridad, fundada hacia el año 730, el paso del estrecho y la ruta a Etruria. Las colonias de Sigeo, de Calcedonia y de Bizancio, fundaciones megarenses las dos últimas y ateniense la primera, vigilaban el paso del Bósforo. Rhegio se fundó probablemente para reforzar el control de Zancle.

Las colonias servían de punto de intercambio de los productos de la región y de la ciudad fundadora. Al principio, se importaron en Occidente grandes cantidades de cerámicas corintias y de perfumes. Estas mercancías debían ser intercambiadas por productos locales: en el caso de Emporion, por plata, esparto y lino; en el de Marsella, por sal y metales; en el de Huelva, donde aparecen recientemente grandes cantidades de cerámicas de los mejores talleres áticos, de Esparta, de las Cícladas, etc., por metales (plata, estaño), y posiblemente por esclavos, y a partir del siglo VI por salazones, cuyas fábricas, a finales de este siglo, están ya documentadas en las cercanías de Cádiz. De Tracia llegaban cereales, maderas de construcción, plata, pieles y esclavos; de las colonias del Ponto Euxino cereales, esclavos y salazones.

La colonización griega de Sicilia obedeció más que a motivos comerciales, a la fertilidad de las tierras, que se podían labrar fácilmente. Sin embargo, pronto las mercancías griegas penetraron en el interior de la isla desde Camarina, fundación del 598. El caso de Emporion es diferente pues la cerámica griega no aparece en la región próxima. En la mayoría de los casos la colaboración entre los colonos y los reyezuelos del interior debió ser buena, como lo indican los casos de Colaios de Samos, de los focenses con Argantonio, rey de Tartessos, y de las colonias del sur de Rusia con los reyes de los escitas, de Naucratis, Cirene, etc.

Es muy esclarecedora la narración de Herodoto sobre la llegada de los focenses al reino de Tartessos (I, 163-167): «Los focenses fueron los primeros griegos que hicieron grandes travesías, y son los descubridores del Adriático, del Tirrénico, de Iberia y de Tartessos. Llegaron a Tartessos y se ganaron la amistad de su rey, de nombre Argantonio, que reinó 80 años en Tartessos y vivió 120 años. Los focenses se ganaron su amistad de tal manera, que primero les invitó a dejar Jonia, y a establecerse en su dominio, donde quisieran. Luego, como no los pudo persuadir, y se enteró de que los persas progresaban, les dio dinero para rodear con un muro su ciudad. Dio sin tacañería, ya que las murallas tienen no pocos estadios de perímetro y son todas de piedras grandes y bien ajustadas.» El comercio focense con Huelva dura un siglo: desde el 630 al 520.

La construcción de las naves de 50 remeros, por parte de los focenses, como de las trirremes por los corintios (Tuc., I, 13), contribuyó en gran medida a hacer posible la navegación de largas distancias.

En el siglo VI estaban ya perfectamente establecidas las rutas por todo el Mediterráneo.

La leyenda de la fundación de Marsella, que narra cómo una princesa local se enamoró del fundador de la colonia y se casó con él, demuestra también que los colonos solían ser bien recibidos.

Tucidides (6.3) recoge la noticia de que el rey sículo Hiblón, en territorio cedido por él mismo, fundó Megara Hiblea.

Los colonos trajeron al Occidente el vino y el aceite (Iust., 43.3), aunque probablemente ya lo habían introducido los fenicios en la Península Ibérica. La ruta de penetración del comercio griego hacia la Bretaña francesa, región rica en estaño, se puede seguir perfectamente por los hallazgos griegos, de los que el más famoso es la tumba

real de Vix, en el valle del Sena, que contenía una gran crátera de bronce con figuras en el cuello, en compañía de copas áticas y etruscas, de finales del siglo VII. La crátera es obra de artesanos espartanos o de su colonia, Tarento, importante centro metalúrgico por aquel entonces. En Tarento se fabricó la hydria de Grächwill, hacia el 600, con representación de la *Potnia theron* entre animales. Antes de la fundación de Marsella, los productos griegos, en este caso rodios, habían invadido el sur de la Galia en la segunda mitad del siglo VII, lo que probaría la presencia de mercaderes griegos, que comerciaban por su cuenta, o quizás de mercaderes etruscos o cartagineses.

El comercio focense con el sur de Galia y con Huelva duró hasta que Focea cayó en poder de los persas, en 545. La cerámica de Huelva, que es de muy diferente procedencia, indica cómo era este comercio. La casi totalidad de las cerámicas griegas que los focenses trajeron al Occidente, no proceden de Focea, ni aparecen generalmente en las colonias focenses, lo que plantea el problema del lugar de aprovisionamiento de estas cerámicas. La colonización focense en el Mediterráneo occidental chocó con los intereses de etruscos y cartagineses, que también comerciaban con estas regiones. Se enfrentaron ambos bandos en Alalia, hacia 540, venciendo los focenses, pero se vieron obligados a retirarse a Velia (Elea). Se creía hace años que esta batalla fue una verdadera tragedia para el Occidente, pues impidió que los productos griegos siguieran llegando a Occidente, pero las modernas excavaciones en Alalia demuestran que después de la batalla siguieron llegando productos griegos a la isla y el comercio con el Mediterráneo occidental no se cortó. A mediados del siglo V, en Obulco (Porcuna, Jaén), en el alto Guadalquivir, un artista focense (o un grupo de artesanos que trabajaron directamente bajo el influjo griego para reyezuelos locales) esculpió unas soberbias esculturas. El fenómeno es similar al de Etruria, donde trabajaron artistas griegos, que pintaron la tumba del Barón en Tarquinia hacia el año 520. Un artesano jonio fabricó los vasos de Caere. El baquíada Demarato se refugió con algunos artesanos corintios en Tarquinia. Estos datos probarían que los griegos eran bien recibidos en territorios donde no existían colonias.

Otras veces se expulsó a los nativos de sus tierras para fundar las colonias. Tucídides (6.3) escribe que Arquías, el fundador de Siracusa, lo primero que hizo fue expulsar de ella a los sículos. Los calcidios arrojaron de Catania a los indígenas por las armas. En la fundación de Cirene se les arrebató mucha tierra a los libios vecinos y su rey, de nombre Adicrán, que no podía sufrir ni el perjuicio de verse privado de aquella comarca, ni la insolencia con que le trataban los de Cirene, se entregó al rey de los egipcios (Her., 4.158).

Las colonias eran en lo político independientes con respecto a sus metrópolis. Emporion, al parecer, dependía totalmente de Marsella en lo administrativo y ello explicaría que no haya aparecido en la ciudad ningún documento referente a magistrados. Corinto mantuvo un cierto control sobre sus colonias hasta el siglo V. Mandó frecuentemente magistrados, gozó de ciertos privilegios políticos y las monedas imitaron los patrones de la metrópoli.

Más que la necesidad de obtener metales, fue la necesidad de tierras el gran aliado para la colonización. Por esta razón las ciudades que no necesitaban tierras, como Atenas, por la extensión del Ática, y Esparta, por haber ampliado su territorio con la conquista de Mesenia, no participaron en la colonización. La única fundación de Esparta obedece a una razón muy particular: se colonizó con los hijos nacidos de las mujeres espartanas, cuando sus esposos luchaban en Mesenia, porque eran ilegítimos y

no podían participar en la distribución de la tierra del territorio conquistado. Otras ciudades de la costa de Asia Menor debían de tener abundancia de tierras y por eso no fundaron colonias. A partir del siglo VIII la población aumentó considerablemente en Grecia, como se deduce del aumento de las tumbas en el Ática, en una proporción con respecto al periodo anterior de una a seis. El continuo aumento de la población debió de ser un fenómeno generalizado en todo el mundo griego.

Quizás la colonización obedezca también a la pobreza y hambre del campesinado, que le obligaba al comercio en territorios exteriores, tal como se observa en el caso del hermano de Hesíodo. Otros colonos procedían del interior, donde la carencia de tierras debía de ser también grande.

Faltan datos para conocer bien el proceso de la colonización. Sólo Tucídides, en los primeros capítulos del libro VI de su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, describe la colonización en Sicilia. Los datos deben remontarse a un historiador local, Antíoco de Siracusa, que vivió durante los años en que el historiador ateniense Tucídides y Herodoto recogieron muchos datos locales sobre las fundaciones de las colonias, que estaban vinculadas con rituales religiosos. El fundador de la la colonia era un aristócrata designado por la ciudad. Como dice Homero en la *Odisea* (6, 9 y ss.), obra ya del periodo de la colonización: «construyó un muro en torno a la ciudad, levantó casas, dedicó templos a los dioses y dividió las tierras». Tucídides ha conservado los nombres y la procedencia de muchos fundadores de colonias sicilianas, como Teocles de Calcis en Naxos, en Leontinoi y en Catania; Arquias de Corinto en Siracusa; Evarco de Catania en Catania; Lamide de Megara en Trótilo, en Tapso; Pamilo de Megara en Selinunte; Antifemo de Rodas y Entimo de Creta en Gela, etc. Después de su muerte recibieron culto.

LOS CULTOS. EL ORÁCULO DÉLFICO

Traían los colonos de su patria la lengua, las instituciones civiles, los cultos y rituales de los dioses, etc. De Gela afirma Tucídides expresamente (6.3) que recibió la constitución doria que tenía la metrópoli. El culto de la Artemis Efesia lo trajeron los focenses a Occidente. En Hemeroskopeion había sobre el promontorio un santuario dedicado a Artemis Efesia muy venerado, al decir de Estrabón (3.4.6). En Emporion se veneraba también a la Artemis Efesia (Str., 3.4.8). Según este geógrafo (4.1.4): «En todas las ciudades fundadas por Marsella, se rindieron los primeros honores a la misma divinidad (la Artemis Efesia) ateniéndose a la disposición de la imagen y en los demás ritos a observar lo que se practicaba en la metrópoli.» Sólo en Cirene el fundador estableció una dinastía. El carácter religioso de la fundación queda bien señalado por el propio Tucídides al escribir del citado Teocles que «erigieron un altar, hoy extramuros de la ciudad, en honor de Apolo fundador, donde los teoros, al zarpar de Sicilia, ofrecen antes los sacrificios». Este párrafo indica la gran importancia que el oráculo de Delfos tuvo en la colonización. A él se consultaba sobre la conveniencia de la colonización. Se convirtió en el centro religioso de todas las colonias sicilianas y en el árbitro de las colonias para todos los problemas que surgían, probablemente como resultado de la guerra jelaentina. El oráculo favoreció el bando de Corinto y de Calcis. El no disponer de un oráculo, fue considerado después motivo del fracaso de una colonización (Her., 5.42). Las ciudades que no lo tenían se lo procuraron.

Muchos oráculos deben de ser de fecha posterior a los hechos, a los que aluden. Delfos alcanzó su importancia en el siglo VII. Existían también otros santuarios, menos famosos, como los de Apolo en Didima, (en las proximidades de Mileto) y en Claros, en Asia Menor; de Zeus, en Dodona, en el Epiro; o de Siwa, en Egipto. Estos centros se convirtieron en santuarios panhelénicos. Se obtenían las adivinaciones por visiones, por sueños, por el vuelo de los pájaros, etc. Los adivinos solían ser personas particulares. En determinados días, los devotos cumplían las purificaciones ordenadas y los sacrificios y solicitaban al oráculo en nombre propio o de sus comunidades. Apolo contestaba a través de la pitonisa con palabras confusas, que el jefe de los sacerdotes, que era de carácter laico, ponía en verso y cada cual lo interpretaba a su manera.

Cada santuario tenía su propio sistema de consulta. En Delfos, donde las mujeres no podían entrar en el santuario, paradójicamente una sibila desempeñaba un papel fundamental. Delfos también organizó competiciones panhelénicas en las que participaban todos los griegos de las colonias, al igual que los templos de Istmia y Nemea, en las proximidades de Corinto. Los juegos más famosos eran los que se celebraban cada cuatro años en Olimpia, santuario consagrado a Zeus. Comenzaron en el 776; ya en la *Iliada*, en el libro XXIII, se describen unos juegos que organizó Aquiles en honor de su amigo Patroclo, representados en el dino de Sofilo. Carreras de carros de carácter funerario se representan en la cerámica del Dipilon. Al principio sólo participaban las gentes del Peloponeso, después gentes venidas de otros puntos y de las colonias. Píndaro celebró los triunfos de Hierón de Siracusa, de Arcesilao de Cirene, de Aristómenes de Egina, etc. Estas competiciones atléticas eran rituales en honor del patrono del santuario. Con los años, se hicieron más complicadas, con la existencia de competiciones de danza, música y poesía, recitales, etc. En Olimpia las competiciones eran de lucha libre, atletismo, pugilato y carreras de carros. Durante los juegos, había una tregua en las hostilidades para que todo el mundo pudiera participar en ellos.

COLONOS E INDÍGENAS

El número de colonos que intervenían en origen era pequeño; se ha supuesto que oscilaba alrededor de doscientos. Cada ciudad en una generación podía fundar cuatro o cinco colonias. Irían principalmente jóvenes solteros, dispuestos a defender la colonia con las armas en caso de necesidad. Al fundar una colonia se repartían las tierras. Se cree hoy día, basándonos en la documentación que proporcionan Megara Hyblaea, Agrigento, Siracusa, Caulonia y Leontinos que las parcelas comprendían una casa y un jardín, designándose desde el primer momento los terrenos dedicados a la construcción de templos y edificios públicos. Las calles eran paralelas, y no hubo un trazado irregular, como era el de las ciudades fenicias. Las colonias estaban amuralladas. El territorio próximo se dividía entre colonos.

Los primeros colonos formaron la aristocracia local, disfrutaban las mejores parcelas y controlaban el gobierno. En Siracusa recibían el nombre de *gamoroi*, «los que comparten la tierra». Las ciudades de la Magna Grecia tenían concejos de 1.000 personas descendientes de los fundadores.

Las luchas fratricidas entre unas colonias y otras fueron frecuentes; las más famosas fueron las de Sibaris y Crotona, o —dentro de la misma colonia—, Cirene.

Se ha pensado que los colonos no llevaban mujeres a la fundación de colonias. Es

probable que se capturara a las nativas, o que después vinieran de Grecia. En Thasos se documentan nombres que parecen señalar un origen no griego puro. Para Emporion, donde la ciudad estaba dividida en dos zonas, es imposible no aceptar la existencia de matrimonios mixtos. En Cirene, por ejemplo, se conocen influjos no helénicos, que presuponen intercambios importantes entre griegos y nativos, con tabúes sobre la dieta que practicaban las mujeres, conocidos por Herodoto.

La mano de obra utilizada por los colonos era, probablemente, indígena. En Siracusa las propiedades de los *gamoroi* eran trabajadas por los *killyrioi*, que se unieron a los estratos bajos de la población para arrojar a sus amos (Her., 7.155). En Heraclea Pontica una tribu local se puso al servicio de los colonos griegos, trabajando los campos con la condición de no ser vendidos en el extranjero, lo que constituía una forma de protección contra otros griegos, o contra tribus locales. Estos dos casos debieron de ser aislados y por eso los recuerdan las fuentes. En otras colonias la mano de obra sería esclava.

Las colonias recibieron muchas veces nuevos asentamientos de colonos, pero ya no eran iguales, aunque recibían la ciudadanía y los lotes de tierra, a los colonos fundadores; obtenían las tierras apartadas y no formaban la aristocracia.

Muchas colonias lograron una gran prosperidad económica, como Siracusa, y en general todas las colonias sicilianas y de la Magna Grecia, como lo indican sus magníficos templos y relieves.

No se conserva documentación de época arcaica referente a los pormenores de las fundaciones de las colonias que ilustre el procedimiento seguido. Las tradiciones orales recogidas por Herodoto e incorporadas a su historia sólo llegan hasta el 650. Recientemente se han valorado tres narraciones de Cirene: la dada por los habitantes de Tera, por Cirene y un decreto posterior en 200 años a la fundación (motivado por el hecho de que los habitantes de Tera pidieron a la colonia que garantizara a los tereos que habitaban en ella, el derecho de ciudadanía, apoyados en el acuerdo original entre los de Tera y los colonos.) Un decreto garantizó ese privilegio en el santuario de Apolo Pítico en Delfos.

La versión de los habitantes de Tera es la siguiente (Her., 4.151 ss.): «Después de este caso, durante siete años no llovió en Tera, y cuantos árboles había en la isla, todos, salvo uno sólo, quedaron secos. Consultaron los tereos sobre esta calamidad al mismo Apolo, y la Pitia les respondió con el oráculo una colonia a Libia. Viendo que no cesaba el azote ni se les daba otro remedio, enviaron unos diputados a Creta con orden de informarse si alguno o natural del país o habitante en él había ido a Libia. Yendo los diputados de ciudad en ciudad llegaron a la de Itano, donde hallaron un mercader de púrpura llamado Corobio, quien les dijo que llevado de una tempestad había aportado a Libia y tocado en una isla de ella llamada Platea. Haciendo al mercader ventajosas ofertas, se lo llevaron a Tera, de donde salieron en una nave unos descubridores de Libia que no fueron muchos al principio, quienes gobernados por el piloto Corobio aportaron a la isla de Platea, de donde, habiendo dejado a su conductor con víveres para algunos meses, dieron prontamente la vuelta a Tera para llevar noticias a los suyos del descubrimiento de la nueva isla...

La humanidad de los samios para con Corobio fue el principio de la grande armonía que sucedió después entre cireneos y samios. Pero volviendo a los descubridores tereos, dejado que hubieron en aquella isla a Corobio y vueltos a Tera, dieron razón de la isla de Libia hallada por ellos y de la posesión que de ella habían tomado. Con

esta noticia determinaron los tereos que se enviase allá una colonia, que en los siete distritos de que se componía Tera, uno de dos hermanos de cada familia entrase en cántaro para ella, y que Bato fuese allí por su rey y conductor. Así enviaron a Platea dos pentecónteras cargadas de colonos...

Mas como en adelante no sólo a él, sino también a los otros vecinos de Tera todo continuase saliéndoles mal, no pudiendo dar éstos con la causa de tanta desgracia, enviaron a Delfos a saber cuál era la ocasión de semejante calamidad. La respuesta de la Pitia fue que si iban con Bato a fundar una colonia en Cirene de Libia, todo les iría mejor. Por esta respuesta resolvieron los tereos enviar allá a Bato con dos galeras de cincuenta remos. Estos colonos aventureros, como no pudiesen dejar de partir, se hicieron a la vela como para ir en busca de Libia, pero volviendo atrás regresaron a Tera. A su regreso les echaron de allá los tereos, sin dejarles arribar a tierra, mandándoles que otra vez emprendiera la navegación. Obligados a ello, emprendieron de nuevo viaje y poblaron cerca de Libia una isla, que según dije se llamaba Platea, y que pretenden no es mayor que la sola ciudad actual de Cirene.»

En esta versión se indica la causa de la fundación de Cirene, que es de orden económico, la intervención del oráculo de Delfos, que es constante y que se repite en las tres narraciones, y el papel importante desempeñado por un mercader de púrpura de Creta, producto de lujo que los fenicios generalizaron por todo el Mediterráneo. Los de Tera enviaron colonos entresacados de la ciudad, mediante sorteo, con lo que se llevaron dos pentecónteras. Esta decisión fue tomada por la asamblea de los varones, es decir, fue una decisión de Estado.

La versión de Cirene, al principio, se centra en la figura de Bato, que fue el conductor (Her., 4.154-155) y aristócrata, con defectos físicos. Tera obliga a los colonos a fundar la colonia y no les permite volver a la patria. También habla Herodoto de dos pentecónteras de colonos, que llevarían unos 100 hombres o alguno más. Estaban en edad de combatir, pues más adelante Herodoto (4.160) alude a 7.000 hoplitas muertos por los libios. En el relato de Herodoto se recalca también el papel del oráculo de Delfos. No se da un paso en la colonización sin consultarle continuamente, lo que proporciona al santuario fabulosos ingresos. Los dos relatos se refieren a varios intentos de fundación de la colonia antes de asentarse en Cirene. Esto debía ser frecuente hasta dar con el lugar más apropiado. Así sucedió también con los fenicios antes de fundar Cádiz (Str., 3.5.5), lo que tuvo lugar sólo al tercer intento. El lugar donde por fin se asentaron los colonos de Tera estaba muy bien elegido, ya que en él se daba el silfio, planta que no se sabe a ciencia cierta lo que era, pero que estaba en peligro de extinción a finales de la Antigüedad y que debió ser tan importante, que fue monopolio estatal. El rey de Cirene, como lo indica la copa de Arcesilao de Cirene, presenciaba el peso, en sacos, de la planta. Herodoto da a Bato el título de rey. La monarquía en Cirene puede ser debida a influjo de las formas de gobierno libias o a la titulación de algunos tiranos. Las relaciones con los nativos, al comienzo, fueron excelentes.

A continuación, Herodoto (4.159-160) narra brevemente la vida de la colonia en los primeros tiempos. Durante el reinado del tercer rey, llegaron colonos de todas partes de Grecia, a los que se les repartieron tierras, a expensas de los libios, lo que motivó que éstos acudieran a Egipto siendo derrotados por su desconocimiento del armamento hoplítico.

Debido a los daños ocasionados con motivo de estas contiendas intestinas, Cirene consultó al oráculo de Delfos para salir de la situación conflictiva; éste recomendó traer

de Mantinea, en Arcadia, famosa por tener la mejor constitución, un reformador de nombre Demonacte, el varón de mayor autoridad de la ciudad, que introdujo dos innovaciones: por una parte, dividió la población en tres tribus: la primera estaba formada por los tereos y sus familiares, la segunda por los peloponesios y la tercera por los colonos procedentes de las islas; lo que prueba cómo una determinada colonia se fundaba con gentes de muy diferente procedencia. El segundo y tercer grupo estaban integrados por dorios y jonios y el primero por los fundadores primitivos; los allegados deben ser los tereos u otros colonos que llegaron a Cirene entre la fundación y la nueva distribución de tierras. Por la segunda distribución al rey Bato sólo se le dejaba el sacerdocio y la inspección de los templos con sus ingresos.

El juramento —conocido epigráficamente— confirma que a la fundación se envió un hijo de cada familia, a los que se sumaron voluntarios. Se añade que todos los colonos que se incorporasen después, recibirían tierras y la ciudadanía. A los sorteados se les obliga a partir y si no lo hacían, eran ejecutados, y sus propiedades pasaban a ser públicas. Se juró todo lo anterior y se formuló una maldición a la que siguió un rito. Sólo se permitía retornar en caso de fracasar en la fundación de la colonia.

Cirene llegó a ser pronto una importante colonia por la riqueza de su ganadería (caballar y lanar), por la agricultura y por el silfio.

LA APARICIÓN DE LA MONEDA

Con el periodo de la gran colonización y el movimiento de mercancías y de hombres que ésta originó, va unida la aparición de la moneda.

Herodoto (1.94) escribe sobre el particular: «Los lidios fueron los primeros, de los que sabemos, que acuñaron y utilizaron monedas de oro y de plata.» La invención se sitúa entre los años 625-600. La moneda lidia era una mezcla de plata y oro llamada electrón. En los depósitos subterráneos del Artemision de Éfeso se hallan diversos tipos de acuñaciones hacia el año 600. Hay piezas de metal sin estampar, otras estampadas y raspadas en el anverso. Egina, que no participó en la colonización, pero que vivía de la misma, acuñó moneda hacia el 595 y Atenas hacia el 575, o poco después, y Corinto hacia el 570. La aparición de la moneda está relacionada con el desarrollo del comercio. De los lidios afirma Herodoto que fueron los primeros que se hicieron tenderos, o sea que eran pequeños comerciantes. La acuñación de Egina confirma la relación existente entre comercio y moneda. Hasta el siglo V, en que se impuso la moneda ateniense, sólo las monedas de Macedonia y Tracia son usadas ampliamente fuera de su lugar de origen. Ambas regiones exportaban el producto de sus minas que se utilizaba para acuñar. La moneda era una unidad contable; servía para los pagos y para la recaudación de impuestos, que unificaba y permitía una contabilidad pública. El origen de la moneda en Lidia podía estar motivado por el hecho de que el rey necesitaba grandes sumas de dinero para pagar a los soldados cantidades fijas. Sobre las causas del origen de la moneda se han propuesto varias hipótesis: se ha creído que su origen se debía a los mercaderes y que fue posteriormente imitada por el rey de Lidia. Para otros autores tendría un origen estatal: sería invención de los tesoreros reales para pagar a los mercenarios. Para otros, los reinos del norte la emplearían como medio de intercambio y de pago, cuyo origen hay que buscarlo en los intercambios con lingotes de metal, que se practicaban ya en el tercer milenio. También se la ha relacionado con

las reorganizaciones efectuadas por los tiranos y las construcciones públicas que costearon. El uso de la moneda generalizó el movimiento de las mercancías y los servicios, a partir del siglo VI. Los pueblos con los que se relacionaron las colonias griegas conocieron a través de ellas el uso de las monedas. Antes de la aparición de la moneda, los griegos usaban distintas unidades de valor para las transacciones, como el ganado, los trípodes y las puntas de hierro. Esparta no acuñó moneda y se sirvió de estos objetos de hierro, cuyo uso remontaban a una época en que ésta era un metal raro y, por lo tanto, valioso. Incluso de los «asadores de hierro» se hacían ofrendas a los templos, como lo indican las piezas halladas en el Heraion de Samos y en Perachora. La aparición de la moneda no motivó la desaparición radical de la economía de intercambio y su sustitución por la monetaria, ya que el valor, incluso de las piezas pequeñas, era elevado.

El sistema monetario griego consistió en unos pesos uniformes de metales preciosos, generalmente plata, subdivididos en fracciones. Por un lado llevaban estampillado el sello oficial de la ciudad y por el otro un cuño rehundido, a veces con dibujo. El estampillado otorgaba a la pieza una garantía oficial de peso y de pureza de metal uniformes y hacía que la moneda fuera la forma de valor más fácilmente negociable.

LA ESCLAVITUD

La colonización generalizó a partir del siglo VI la importancia del esclavo en la economía griega. El historiador Teopompo de Quíos (FHG, fr. 122) recoge algunos datos sobre la generalización de la esclavitud en la Grecia arcaica: «Los de Quíos fueron los primeros griegos después de los de Tesalia y de los espartanos, que usaron esclavos, pero los adquirieron de modo diferente. Los espartanos y los tesalios, sin duda, formaron su clase de esclavos con los griegos, que habitaban antiguamente esas tierras, que poseen ahora. Los espartanos cogieron esas tierras de los aqueos y los tesalios de los de los perraibeos y de los magnesios. En el primer caso, llamaron a los esclavos hilotas y en el segundo *penéstai*. Pero los de Quíos adquirieron esclavos bárbaros, que compraron.»

Este párrafo demuestra que los primitivos esclavos procedían de la conquista. Seguramente se consideraría como forma de opresión, más que como esclavitud propiamente dicha. En la el sistema esclavista se daba a los esclavos un valor fijo, para ser comprados y vendidos en el mercado, y se compraban como una inversión en función de su capacidad productiva. Quíos debió de ser el primer estado griego que contó con una masa laboral de este tipo; Tucídides (8.40) recoge la noticia de que en el siglo V tenía el mayor número de esclavos después de Esparta. Tracia, Escitia, Illiria, y quizás, la Península Ibérica, eran las grandes regiones que proporcionaron los esclavos, que debían de ser vendidos por los reyezuelos locales. Se ha pensado que la demanda de esclavos estaba en función de la necesidad de ellos en los Estados del Oriente. Esto se deduce de un pasaje de Herodoto (8.105) en el que cuenta que Panionio de Quíos, que «andaba en una granjería, la más infame y malvada del mundo, cuando compraba un jovencito de buen ver, lo castraba, para venderlo muy caro en Sardes o Éfeso». En opinión de Herodoto, el negocio de esclavos era algo sucio y vil.

Los fenicios eran grandes mercaderes de esclavos, como lo indica el rapto de las jóvenes de Argos narrado por Herodoto (1.1). Es muy probable que buen número de

muchachas se vendiesen para los harenes reales del Oriente, donde había una demanda grande de mujeres. El del rey judío Salomón (1 Re., 11,3) tenía 700 mujeres de sangre real y 300 concubinas.

Ciudades como Corinto, Mileto y Egina en el siglo VI, debieron de contar ya con gran número de esclavos. Aristóteles ha transmitido unas cifras de esclavos que se supone que se refieren al periodo arcaico: 470.000 para Egina y 460.000 para Corinto. La primera es de todo punto imposible que sea cierta, dada la extensión de la isla. Atenas a comienzos del Helenismo tenía unos 400.000 esclavos.

LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN ORIENTE: SIRIA

Los griegos conocían la costa siria desde la época micénica. La cerámica micénica ha aparecido en Ugarit, e incluso en Palestina, importada de Rodas. Al desintegrarse la cultura micénica, hubo asentamientos griegos en las regiones del Este, atestiguados por la arqueología, como en Tarso de Cilicia. Según la tradición, el tebano Mopso fundó Mopsuestia y Malus en Cilicia. En la Edad Oscura, Chipre era el puente entre Creta y el Oriente.

El más antiguo asentamiento griego en Siria se localiza en la desembocadura del Orontes, Al-Mina, que había sido ya visitada por los micénicos. Sólo se han excavado la ciudad y los almacenes; no se conocen ni los templos ni los cementerios. Al-Mina fue un puerto y almacén de productos. La cerámica griega se ha descubierto hasta en los niveles más profundos, de los que se conservan edificios construidos con adobes, con un zócalo de piedra. En el siglo VII se detecta una interrupción en la vida de la ciudad posiblemente breve, a la que sigue un cambio en la procedencia de los hallazgos griegos, al mismo tiempo que cambia la estructura de los edificios, que parecen tener un carácter administrativo y comercial (almacenes). La cerámica hallada sirve para conocer la procedencia de los colonos griegos. Las más antiguas cerámicas son copas de Eubea, a las que siguen copas corintias de finales del siglo VIII, sólo conocidas en Eubea y en Ischia, colonia de Eubea; copas de las Islas Cícladas y de Eubea; copas de Eubea, frecuentes en Tesalia y en las islas hasta la mitad del siglo VIII a. de C.; copas de finales del siglo VIII, de fabricación local. De estos datos arqueológicos se deduce que los primeros griegos que llegaron a Al-Mina procedían de Eubea. No se sabe qué producto transportaban los eubeos a Al-Mina para intercambiarlos; posiblemente fuera esclavos. A cambio llegaron a Grecia obras artísticas, que influyeron en las creaciones del periodo orientalizante, y metales, como hierro y cobre. En las proximidades de Al-Mina, hacia 900, se fundía ya el bronce. Calcis estaba vinculada con el trabajo del metal, que seguramente obtenía en el Este. Al-Mina en este primer periodo pertenecía a Urartu, famosa por el trabajo del metal; su cerámica local indica la existencia de una población indígena. Esta cerámica no rebasa la mitad del siglo IX, y la griega puede datarse alrededor del 800 o poco antes, lo que prueba que el establecimiento indígena es poco anterior a la llegada de los eubeos.

La comunidad griega debía ser una minoría, ya que a lo largo del siglo VIII la cantidad de cerámica indígena, de tipo chipriota, fenicio o palestino del norte, iguala a la griega. Posiblemente la población indígena de Al-Mina procedía de Chipre. Al comercio griego se debió el desarrollo del puerto y la prosperidad económica. En Chipre, en torno al 750, se documenta cerámica ática, que sugiere intereses mercantiles entre Ate-

nas y el Oriente. En el siglo VIII (hasta el 709), la cerámica chipriota en Al-Mina es abundante. También abunda la cerámica griega, lo que permite sospechar que pudieron ser los chipriotas los que llevaron a Al-Mina a los griegos. La conquista asiria no perjudicó el comercio de Al-Mina, que no fue el único puerto, pero sí el más importante. Desde él, la cerámica griega llegó al interior (Siria, Palestina, Hama, Çatal Hüyük, Nimea en Asia, Samaria, Megiddo y Tel-abu-Hawan en Palestina). Esta cerámica no parece que influyera en la indígena.

Se ha hallado en Tarso y Mersin cerámica griega. Los acontecimientos, que siguieron a la destrucción de Tarso por los asirios, con Senaquerib, produjeron un abandono de las casas y una interrupción en la vida de la ciudad, que no fue muy largo, pues ésta continuó en el segundo periodo, que duró desde el 700 al 600. Se levantó entonces una ciudad de nueva planta. La cerámica griega es mucho más abundante, lo que probaría la preponderancia del comercio griego sobre el chipriota.

La cerámica de este segundo periodo (imitaciones eubeas de copas corintias, arribalos y copas protocorintias, ánforas áticas SOS, argiva y griega oriental) demostraría que llegó de lugares diferentes de los que exportaban en el siglo VIII a Al-Mina. Pierden su importancia las importaciones eubeas, probablemente como resultado de la guerra lelantina, al igual que la griega, que llegaba con la eubea, salvo un tipo de vaso procedente quizás de Naxos, de comienzos del siglo VII. Ahora hacen su aparición los vasos corintios y griegos orientales, pero ello no es prueba de un interés mercantil corintio, pues estos vasos aparecen por todo el Mediterráneo hasta el sur de España, donde los trajeron los fenicios; pudieron llevar los vasos corintios los eginetas, que los utilizaban en grandes cantidades, y que tenían intereses en el Oriente.

En este segundo periodo están presentes las cerámicas de Rodas, de Samos, de Quíos y probablemente de Lesbos y Mileto. El hiato que se observa en las ciudades, a partir del 600, parece relacionarse con la expansión babilónica a expensas de los asirios.

La cerámica de Tarso, que se recuperó después del 696, se parece mucho ahora a la de Al-Mina. En Babilonia, Palestina, Siria y Cilicia quedan pruebas de un comercio griego. En el siglo VII ya debía haber mercenarios griegos, representados en el cuenco de Amatunte, Chipre.

Un segundo asentamiento griego al sur de Al-Mina, en Fenicia, es el de Tell Sukas, visitado ya por los griegos en el siglo VIII. La cerámica griega es, en su mayoría, oriental y en menor cantidad ática y chipriota. Su esplendor comenzó en torno al 600. Bajo el dominio babilonio, y al revés de lo que sucedió en Al-Mina, el comercio griego continuó. Quizás también Tell Sukas, situada en un altozano entre dos buenos puertos, era más apta para comerciar con el interior de Siria. Los griegos suministraron mercenarios a los babilonios, entre ellos al hermano de Alceo (500), Antiménidas, que mató probablemente en Palestina a un guerrero que medía 2,5 m: «Has venido del confín de la tierra / trayendo recubierta de oro / la empuñadura de marfil de tu espada, / y cumpliste una gran hazaña peleando / con los babilonios y los librestes de agobios, / al matar a un guerrero tremendo / a quien sólo un palmo faltaba / para medir cinco codos reales.» Con la ascensión al poder de Ciro, rey de los persas, y la caída de Babilonia, el comercio griego conoció un nuevo auge. El puerto de Al-Mina fue rehecho, posiblemente debido al interés de los persas por el comercio griego, y la ciudad se reconstruyó según un plan nuevo. Se impuso ahora la cerámica ática desde finales del siglo VI, que influyó y mejoró la producción local, pero ello no indica un comercio directo con el Ática. Muy probablemente eran griegos orientales los comerciantes. Con-

tinuó la presencia de objetos chipriotas. La cerámica ática ahora se encuentra en lugares de Siria, de Palestina y de Babilonia.

Pocos hallazgos de monedas se conocen en el Oriente de esta fecha. En Ras Shamra, las más numerosas son las de Tracia. Las hay también del Ática y de Egina, al igual que en Egipto, de Jonia y de Chipre.

La adopción de la escritura

Estas relaciones de los griegos con los orientales, y de los mercaderes fenicios con Grecia, ocasionaron el llamado periodo orientalizante, que no es privativo de Grecia: también se dio en Etruria, en la Península Ibérica (Tartessos) y constituyó una *koiné* mediterránea. El influjo oriental se manifiesta en múltiples aspectos de la cultura griega. El más importante y de impacto más duradero fue en el uso de la escritura. Los griegos la tuvieron que aprender de los fenicios en una zona de contacto, como Al-Mina o Rodas. Heródoto (5.58) escribió que los fenicios asentados en Tebas, durante el gobierno de Kadmos, introdujeron técnicas en Grecia, concretamente la escritura, «que no existía en mi opinión antes entre los griegos». La forma de las letras griegas es una adaptación de las fenicias. El orden de los dos alfabetos es idéntico, así como la mayoría de las letras griegas. Una innovación quizá fue el uso de las vocales. El testimonio más antiguo de escritura es la cerámica fechada entre los años 750-700. En una copa griega de origen oriental y en el alfabeto calcídico se lee: «(Yo soy) la famosa copa en la que bebía Néstor. El que beba de esta copa, inmediatamente se sentirá poseído por el deseo de Afrodita, la de hermosa guirnalda.»

En el siglo que corre del 750 al 650 la escritura estaba ya difundida en toda Grecia. Las listas de vencedores olímpicos, que comenzó en 776, la de los magistrados atenienses en el 683, y la de las colonias sicilianas a partir del 734, presuponen el uso de la escritura, así como las leyes escritas de Zaleuco, hacia el 675 y las de Dracón, hacia el 625. La comparación de las letras fenicia y griega lleva al periodo comprendido entre los años 850-700. Su invención y difusión debió producirse en un marco mercantil, siguiendo las rutas comerciales. Las necesidades prácticas de los mercaderes debieron influir en la adaptación de la escritura fenicia, lo que explicaría la existencia de alfabetos locales. La escritura en Grecia nunca fue un arte de escribas profesionales, al contrario de lo sucedido en el Oriente.

La firma de los artistas, pintores y ceramistas, sobre los vasos y esculturas, las leyes y listas de vencedores en los juegos olímpicos, prueban también que mucha gente sabía escribir. En Atenas, la mayoría de la población leía y escribía, como se desprende del uso del óstraco, donde se escribía el nombre, a finales del siglo VI. Incluso las personas de condición baja, como los mercenarios, a comienzos del siglo VI, leían y escribían, como los siete mercenarios griegos, que escribieron frases en la pierna de la estatua de Ramsés II, en Abu Simbel. Se conoce la existencia de una escuela en Quíos, en el año 496, citada por Herodoto (6.27), en la que se hundió el techo; de 120 niños, que se encontraban en ella, se salvó sólo uno. La sociedad arcaica griega era una sociedad letrada.

Se ha supuesto que en Grecia la alfabetización fue la responsable de la mayoría de los cambios de la edad arcaica, del movimiento hacia la democracia, del desarrollo del pensamiento lógico y racional, del escepticismo, del desarrollo del individualismo, y de la aparición de la historiografía crítica en la interpretación del pasado.

El uso de la escritura facilitó la aparición de la poesía desde Hesiodo y desde los líricos arcaicos, la fijación de los poemas homéricos, la continuación de la filosofía natural jónica, y de la historiografía, aunque en todo ello colaboraron también otros factores.

La alfabetización presenta en Grecia unas características, que no se dan en otras sociedades primitivas, y no se puede desligar de la economía, de la religión y de las instituciones. Desde un principio se usó para actividades civiles, debido a la ausencia en Grecia de una casta sacerdotal.

El alfabeto griego, y en concreto el de los eubeos de la bahía de Nápoles, pasó a comienzos del siglo VII a los etruscos, siguiendo una grafía relacionada con la de Calcis. De aquí pasó a Roma, y de ésta ha llegado al mundo moderno. El alfabeto ibérico del Levante de la Península Ibérica procede del jonio, aunque hubo otro alfabeto más antiguo, el llamado tartésico, de la zona suroeste de la Península, que deriva del fenicio, documentado desde el 700.

Otras consecuencias de las relaciones con el Oriente

A estos contactos entre griegos y orientales se deben varios productos e innovaciones, como el uso doméstico y la cría de la gallina, representada hacia el año 650 en la cerámica protocorintia o la costumbre de reclinarse sobre el lecho durante los banquetes, (en lugar de sentarse, como en tiempos de Homero), como es en la crátera de columnas del corintio antiguo con Heracles, Iolao y otros en la casa de Euristeo, del último cuarto del siglo VII. Estos banquetes siguen el modelo de banquete de Asurbanipal, a partir del 600. Este uso bien representado en la cerámica griega cambió radicalmente el contenido del banquete, que ahora es típico de los aristócratas, y en los que además de beber y comer, se canta, se juega, y se realizan competiciones poéticas.

Los griegos aprendieron de los fenicios los términos de la navegación, lo que indica que en el arte de la marinería, fueron los fenicios los maestros de los griegos. También se copiaron de los fenicios diversos instrumentos de pesca y algunos tipos de ropa. Las mujeres sidonias eran famosas por tejer telas policromadas, según Homero, que oran vendidas en Grecia. Algunas formas de la cerámica son de procedencia fenicia.

El impacto de la cultura oriental, y más concretamente fenicia, en los orígenes del arte griego fue grande. Se debe principalmente a la emigración de artistas y a la importación de objetos ya elaborados. En Grecia el artista podía ser ambulante, ello motivó que los artistas fenicios y orientales no fueran mal vistos y se desplazaran fácilmente de unos lugares a otros.

En el siglo VIII trabajó en Creta un taller fenicio, que produjo los famosos escudos con cabeza de felino en el umbo y con escenas en relieve, algunas tan típicamente fenicias, como la gran diosa de la fecundidad, desnuda totalmente, con los brazos extendidos y entre leones, la *Potnia theron*, del tipo de las representadas en una corona fabricada en oro, de estilo sirio, datada en la segunda mitad del siglo VIII. Esta diosa es el prototipo de otras damas desnudas del arte griego, como la tríada de Gortina, del siglo VII, o del colgante de arte rodio de Cameros, de la segunda mitad del siglo VII y de las tres mujeres desnudas de la lámina áurea de Narce, del 650.

Los calderos con apliques de figuras proceden, muy probablemente, del norte de Siria. Se fechan a finales del siglo VIII y en el VII. Estos calderos también se conocen

en Asiria y Urartu. Después se copiaron por los griegos. Muchas veces es difícil distinguir los originales de las imitaciones: los apliques de sirenas, han aparecido en Atenas, Argos, Beocia, Delfos, Delos, Frigia, Olimpia, Rodas, Chipre, Etruria e Iberia. Los apliques representan también toros alados (Atenas, Amicea, Argos, Macedonia, Delfos, Olimpia, Rodas, Samos, Chipre y Cumas).

Otro tipo de apliques fundidos, todos importados, representan animales completos, que iban posados sobre una lámina, que se aplicaba al borde de la vasija. Se han hallado en Atenas, Argos, Amiclea, Delfos, Ítaca, Macedonia, Olimpia y Rodas. Al principio se fabricaban a martillo, después se generalizó el fundirlos en molde y trabajar los detalles con el cincel.

Los cuencos o páteras, por los que los fenicios alcanzaron tan justa fama, como lo demuestran los ejemplares de Nimrud, Chipre, Etruria (lebetes y páteras de la tumba Bernardini de Palestrina, del segundo cuarto del siglo VII, copas de la tumba Regolini Galassi, de Cerveteri, datadas hacia el 650, etc.), están ya citados en la *Odisea*. Han aparecido en Atenas, Delos, Delfos, Creta y Olimpia; se fechan en el siglo VIII, y también se documentan en Asiria y Frigia. Jaeces con decoración en relieve, trabajo muy típico de los fenicios, se han hallado en Samos, Rodas, Mileto y Eretria.

Las conchas con figuras sobre tridracmas, que proceden seguramente del norte de Siria, de la segunda mitad del siglo VII, se han recogido en Cos, Esmirna, Egina, Paros y Rodas.

Los orfebres copiaron de los fenicios la técnica del granulado. Las piezas mejores son las placas con la diosa de la fecundidad de Rodas. Las figurillas de arcilla, que representan a Astarté tocándose los senos, se copiaron de Corinto.

Las máscaras grotescas de arcilla encontradas en Esparta, Tera y Samos, que parecen imágenes del demonio Humbaba, tienen paralelos en máscaras fenicias y púnicas; también se las conoce en Etruria.

La Gorgona puede muy bien ser una copia griega de este demonio oriental. Está muy representada en el arte arcaico: plato rodío de finales del siglo VII o de comienzos del siguiente; dínos del Pintor de la Gorgona, con Perseo y la Gorgona, entre 600-590 a. de C.; Perseo decapitando a la Gorgona en una metopa del templo de Selinunte, entre 520-510 a. de C.; crátera de Vix con Gorgonas sobre las asas; disco de Dreros, hacia 600 a. de C.; Gorgona sobre escudo de una crátera del 600 a. de C.; crátera Antarita con cabeza de Gorgona, de Tirinto, hacia la mitad del siglo VII a. de C.; Gorgonas de la mitad del siglo VII en el ánfora de Polifemo de Eleusis y sobre el ánfora de Nettos de finales del siglo VII; Arca de Cipselos; emblema de un escudo de Olimpia, del 550 a. de C., etc.

Los modelos de las ropas asirias se imitaron en Grecia a través de Fenicia. Donde mejor se nota el influjo oriental en la decoración es en la pintura de los vasos. Pronto se copió en la cerámica corintia el león neohitita. A partir de la mitad del siglo VII, se representó el león asirio. Desde finales del siglo VIII se pintan gallos y gallinas, grifos y esfinges, que siguen modelos orientales. Los demonios asirios y neohititas, mitad hombre, mitad pez, fueron los modelos de los tritones.

Los frisos de animales, frecuentes desde finales del siglo VII, son imitaciones orientales. La lucha de Gilgamesh con el león, sirvió de inspiración a ciertos mitos griegos, como la lucha de Heracles con el león de Nemea, o con la hidra, quizás ya representada en un pie de trípode geométrico ático, datado entre los años 740-730.

La decoración floral del Oriente se imitó en la cerámica griega, pero se hizo una

adaptación libre. Posiblemente se copiaron en la cerámica las representaciones del árbol de la vida. El loto, de origen egipcio, fue muy usado en el arte fenicio; de aquí lo copiaron los griegos, que introdujeron variantes en su representación.

En el mobiliario se imitaron las patas de animales, generalmente de león, y las figuras de los brazos y asientos de los tronos. El periodo orientalizante duró aproximadamente un siglo, del 750 al 650. En el siglo VI el Oriente podía ofrecer ya pocos estímulos a Grecia.

En la religión griega también se acusa el influjo oriental y es obvio que la religión ha tenido siempre un fuerte influjo en la sociedad. En Corinto se practicó la prostitución sagrada, ritual típico de Fenicia y de las culturas del Éufrates y Tigris. Se ha supuesto que en el periodo orientalizante conoció ya Grecia el culto de Adonis, el Tamuz citado ya por el profeta Ezequiel (8.14), hacia 593-571, quien describe a las mujeres llorando, sentadas a la puerta del templo. También este culto fue llevado por los fenicios a Occidente. En las Actas de Justa y Rufina, mártires de Hispalis, de comienzos del gobierno de Diocleciano, se describe el ritual, que responde a un tipo antiquísimo, no atestiguado en la Grecia clásica, ni helenística, ni en el Imperio Romano. El profeta Isaías (17.10), en el siglo VIII, menciona los «Jardines de Adonis», que se plantaban en vasijas poco profundas, que se colgaban de los techos de las casas y que después se arrojaban al mar. Su culto se vincula con los cultos cananeos de la fertilidad, con Astarté y su amante Adonis, de Biblos.

Los griegos identificaron a Astarté con Afrodita, pero vistieron sus imágenes. Astarté contó con un templo muy venerado en Paphos, Chipre, isla que se repartían los griegos y los semitas, el de la Venus Ericina, en Sicilia, isla donde las colonias fenicias lindaban con las griegas.

El rito original se transformó en Grecia. En Grecia, lo característico fue la lamemtación ritual por la muerte de Adonis. Safo captó muy bien esta característica del culto de Adonis entre los griegos: «Ha muerto, Citerea, el tierno Adonis. ¿Qué haremos? / Golpeaos el pecho, muchachas, y rasgad vuestras túnicas.»

En el mito es donde mejor se observa el influjo oriental de la religión griega. En la *Teogonía* de Hesíodo, en el mito de la sucesión, se descubre tanto en la estructura general como en detalles concretos el influjo de otros mitos de sucesión orientales, como el de la creación babilónica, ritual que se recitaba anualmente en la festividad babilonia del Año Nuevo, mito, que debe ser en origen sumerio; o como el de Kumarbi, que es hurrita en origen. Debió existir una cadena de transmisión oral de estos mitos orientales con versiones intermedias. Kumarbi, Kronos y el dios fenicio El ofrecen paralelismos notables.

La época de la influencia de estos relatos en la *Teogonía* de Hesíodo es discutida. Se ha pensado que el mito de sucesión griego debe de remontarse a la época micénica; más probable es que Hesíodo haya sido quien creó en Grecia la poesía de carácter teogónico. Los mitos orientales pudieron llegar a través de Al-Mina a Beocia, región vecina de Eubea.

También los *Trabajos y los días* recuerdan la literatura sapiencial del Oriente. El mito de Prometeo, que robó el fuego para entregarlo a los hombres, y el subsiguiente regalo de la mujer, narrado en la *Teogonía*, mujer que es la causante de todas las calamidades del hombre, tiene puntos de contacto con el relato bíblico de Adán y Eva en el Paraíso. Ambas versiones, la hebrea y la griega, acentúan la relación entre el conocimiento y el mal.

El mito de las cinco edades de la humanidad, ofrece analogías con otros mitos del Oriente, del Mahabharata, de los sueños de Zoroastro y de Nabucodonosor.

Sin embargo, el pensamiento de Hesíodo tiene su originalidad en su modo de relacionar el mundo divino y el humano, con la creación por los dioses de conceptos abstractos y en la separación del mito y ritual. También parentesco con el Oriente ofrece en la obra de Hesíodo, el lugar de los dioses en el Universo y su papel en la creación (mito babilónico y *Génesis*).

LA COLONIZACIÓN DE LA COSTA DE ANATOLIA

En Frigia también se hizo sentir el influjo griego a través del comercio, como en la cerámica, en la que los motivos decorativos recuerdan los esquemas decorativos griegos: la fíbula frigia, emparentada con formas griegas; el alfabeto frigio, copiado del griego a mediados del siglo VIII; los cinturones de Gordion, del tipo de los ofrecidos como exvotos, desde el siglo VIII al 600. También han aparecido en Éfeso, Samos, Esmirna y Eritras y son desconocidos fuera de Jonia. Estos cinturones parecen ser adaptaciones griegas de un modelo frigio, introducido por artesanos ambulantes, en el siglo VIII. A partir de mediados del siglo VII, cuando ya las ciudades frigias, después de la invasión cimmerica, se recuperaron, apareció alguna cerámica corintia y griega oriental. Los griegos copiaron los platos de bronce con asas. La cerámica frigia imitó ahora los temas de los vasos griegos arcaicos. Las fachadas se decoran en el siglo VI, con placas de arcilla en relieve, de tipo griego. En este siglo se importó cerámica griega ática y corintia. En la basa frigia del Museo de Ankara decorada con flores de loto, el trazado es griego y los motivos orientales. Unos frescos de Gordión son por su estilo de Quíos.

A través de Frigia llegó a los griegos el culto de la diosa Cibeles, del centro de Anatolia, que alcanzó gran popularidad entre los griegos orientales. De Quíos se conoce un altar de la diosa tallado en la roca, del siglo VI, que sigue los modelos frigios de los tronos. Los cultos de algunas diosas, como la Artemis de Éfeso, pueden ser de origen anatólio.

En la capital de Lidia, Sardes, se ha descubierto cerámica de influjo griego del siglo VIII y vasos griegos fechados en el siglo VII. Los reyes lidios atacaron a las ciudades jonias, como ocurrió en el caso de Gíges, fundador de la dinastía, que atacó a Esmirna y Mileto y tomó Colofón. Su hijo, Ardis, combatió nuevamente contra los jonios, asaltó Mileto y se apoderó de Priene. Creso controló gran parte de la costa y de las islas vecinas, pero las ciudades griegas mantuvieron gran independencia. Los lidios también adoptaron el alfabeto griego a mediados del siglo VII.

El arte griego oriental pronto influyó en el lidio, que en gran parte dependía del frigio. Según la tradición, los griegos aprendieron de los lidios la vida muelle y afeminada, y el lujo escandaloso. De los lidios conocieron los griegos algunos juegos y la lira de siete cuerdas, representada en un vaso de Esmirna del siglo VII. De la cerámica griega oriental derivan la decoración en relieve de la cerámica lidia, la forma de los vasos más sencillos, la decoración de círculos y el estilo de pintura de vasos, llamado de «cabra salvaje», documentado en Jonia y Rodas, y en los frascos para perfume, llevados a Grecia Oriental, a Esparta y a Etruria. Marfiles lidios recuerdan a los griegos orientalizantes. Artesanos griegos debieron trabajar para los lidios. Ellos fueron los que hicieron las ofrendas lidias a los santuarios griegos.

Midas fue el primer frigio que envió ofrendas al santuario de Delfos. Después de él lo hizo Giges, que regaló seis recipientes de oro que pesaban 30 talentos. Glaucos de Quíos, labró un cuenco de oro y un soporte de hierro, que envió a Aliates. Creso fue especialmente dadivoso con el oráculo de Delfos, que le profetizó en términos ambiguos, la ruina de su reino. Regaló a Apolo Pítico un león de oro sobre lingotes de oro y electro y dos cuencos de plata y oro, obra de Teodoro de Samos, el primer artista, junto con Roikos de Samos, que trabajó el metal en hueco.

Las ciudades de Jonia también recibieron dones de los grandes monarcas lidios, como Bránquides, en las proximidades de Mileto, y el Artemision de Éfeso, del que Creso costó muchas de las columnas. Los monarcas lidios tenían formidables ejércitos, en opinión de Safo. Utilizaron probablemente mercenarios griegos que, al parecer, enviaron a Psamético I. Mercenarios griegos, procedentes de Egipto, debieron luchar en el ejército de Creso contra los persas asentados después por Ciro en Lidia.

Los reyes frigios y lidios establecieron alianzas matrimoniales con los griegos. El rey frigio, Midas, tomó por esposa a la hija de un rey eolio de Cime, en el siglo VIII. Princesas lidias buscaron esposo en una de las casas reales de Éfeso.

Los espartanos estuvieron en especiales buenas relaciones con Creso y acudieron a él para comprarle oro para fabricar una imagen de culto, que Creso les regaló. Los espartanos le regalaron un caldero de bronce. Los lidios contaban con minas y su fabulosa prosperidad debió estar basada en la riqueza en metales de la región. Ello explica que fueran los primeros que acuñaron monedas.

LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN ÁFRICA. EGIPTO

Con anterioridad a mediados del siglo VII, llegaron a Argos, Atenas, Creta, Egina, Esparta, Sunion y Tera algunos objetos egipcios, como escarabeos, cuentas de collar, vasos y figurillas; en Corinto, Rodas y Quíos están documentados en el siglo VIII. Estos objetos egipcios pudieron ser vendidos por comerciantes fenicios.

En Rodas, en la primera mitad del siglo VII, pudo trabajar un taller egipcio de fayenza. Productos egipcios llegaron a Pithekoussai, Ischia y a Etruria, siendo el principal objeto el vaso de fayenza con el nombre del rey egipcio Boccoris (720-715). Los fenicios llevaron vasos de alabastro con cartuchos e inscripciones egipcias hacia el 700 a. de C. a la colonia fenicia de Sexí (Almuñécar), y en una tumba de La Aliseda (Cáceres) aparecieron una botella de cristal de roca procedente del norte de Siria, con cartucho e inscripción egipcia, que cita a Isis, del 600. Los vasos de alabastro de tipo egipcio son relativamente abundantes en el sur de la Península Ibérica, pero no fueron traídos por los griegos. Otros objetos de bronce egipcios han aparecido en Feras, Tesalia (una sítula), en Perachora (espejo de bronce), en el Heraion de Argos (figura de Horus). Creta y Samos son los lugares donde se han descubierto mayor número de bronces egipcios.

Hacia el año 630, los viajes de los griegos a Egipto debían de ser frecuentes, como lo indica que se dirigiera Colaio de Samos a esta región.

Los primeros griegos que llegaron en número elevado a Egipto fueron los mercenarios, que acudieron en ayuda de Psamético I; fueron bien tratados y se establecieron en el país. Diodoro indica que Psamético I estimuló el comercio griego con su reino. Se ha pensado que Neco (610-595), que dedicó a Apolo un escudo griego en Brán-

quides, había utilizado mercenarios griegos, del 608, en su campaña siria. Esto mismo parece deducirse de la presencia de un escudo griego en una casa de Kar Kermish. La ya citada inscripción de Abu Simbel demuestra que hacia el 591, Psamético II (595-585) empleó carros y mercenarios griegos en su ejército contra los nubios con cargos importantes. Otras inscripciones indican la procedencia de los mercenarios griegos de ciudades como: Colofón, Ialiso, Rodas y Teos. También se conocen los nombres de generales y almirantes al frente de las tropas y de la escuadra extranjera, que serían también de origen griego.

En 570 el monarca egipcio Apries (589-570) capitaneó un ejército de 30.000 mercenarios jonios y carios contra Amasis, y este mismo, siendo ya rey, los utilizó contra Nabucodonosor de Babilonia. Amasis es el monarca que concedió Naucratis a los griegos. El relato de Herodoto (2,178-179) es importante para conocer el mecanismo de la fundación de una colonia griega. Dice así:

Les otorgó a Naucratis, como asiento comercial para cualquiera que quisiera establecerse en el país. También hizo concesiones de tierras, para que los comerciantes griegos, que no deseaban vivir continuamente en Egipto, pudieran levantar altares y santuarios. Entre los últimos, el mejor conocido y el más frecuentado y también el más grande, es el Helenion. Fue construido conjuntamente por los jonios de Quíos, Teos, Focea y Clazomenes, los dorios de Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselis, y los eolios de Mitilene. El santuario perteneció a estos Estados, y a ellos correspondió el derecho de nombrar a los encargados de la dirección del puerto. Otras ciudades reclaman su participación en el Helenion, pero sin base alguna. Los eginetas construyeron un templo a Zeus, por voluntad propia; los samios otro en honor de Hera y los milesios uno en honor de Apolo. Antiguamente, Naucratis era el único puerto de Egipto, y cualquiera que llegara en barco a alguna de las otras bocas del Nilo, estaba obligado a jurar que lo había hecho por necesidad, y luego continuar hacia la desembocadura canónica. Si los vientos se lo impedían, debían transportar su carga por tierra, hasta Naucratis, rodeando el Delta, lo que demuestra el privilegio exclusivo del puerto.

Es decir, el rey egipcio concedió puerto a los griegos, a cambio de que no construyeran ningún otro. Se trataba de un mercado para los intercambios. Se repartieron tierras a los griegos, para construir altares y santuarios. Participaron en la fundación griega de muy diferentes regiones. Concretamente menciona Herodoto Quíos, Teos, Focea, Clazomenes, entre los jonios; Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselis, entre los dorios, y Mitilene, entre los eolios. Es decir, intervinieron en la fundación indistintamente los jonios, los dorios y los eolios, que costearon el templo más importante y más grande de Naucratis. Otros griegos debieron llegar con posteridad a la fundación, y solicitaron su participación.

Los estados fundadores de la colonia tenían derecho a elegir los funcionarios que administraban el puerto, lo que en una ciudad de las características de Naucratis era de capital importancia. Herodoto deja entender que los funcionarios eran elegidos por la metrópolis, pero más lógico sería pensar que lo hicieran los grupos residentes en la colonia. Estos funcionarios debían ser también los magistrados que dirigieron la ciudad y el comercio.

Otros estados debieron de llegar con posteridad a la fecha de fundación. Eran los eginetas, los samios y los milesios, que levantaron sus templos respectivos, lo que indica la importancia excepcional de la religión en la colonización griega. Lo primero

que se procedía a construir en una colonia eran los templos de los dioses de los diferentes Estados que intervenían en ella. Los santuarios eran usados indistintamente por todos los griegos.

En la colonización fenicia de Occidente, no se actuaba sin consultar a los dioses, como lo indica Estrabón (3.5.5) con ocasión de describir la fundación de Cádiz. No sólo se consultaba a los oráculos antes de partir, sino que al llegar se levantaban primero altares y templos y se ofrecían sacrificios.

Es interesante recordar la noticia recogida por Estrabón de que los milesios fundaron una fortaleza en el delta del Nilo antes de la fundación de Naucratis, lo que prueba que muchas fundaciones antes de su establecimiento permanente, tenían ya unos puntos de apoyo.

Naucratis está asentada a 15 km de la capital de la XXVI dinastía, Sais. En ella se han sacado a la luz algunos edificios dignos de recordar: en la zona sur de la ciudad una edificación se ha interpretado recientemente como tesorería o almacén, de tipo egipcio, construido quizás antes de finalizar el siglo VII. Al norte de este edificio se encuentra el templo de Afrodita, con dos habitaciones, y con altar escalonado, rodeado de una tapia. El templo es de adobe y fue reconstruido en dos ocasiones.

Entre las ofrendas destacan los vasos de Quíos, algunos del 600, de Grecia Occidental, áticos de comienzos del siglo VI y objetos chipriotas. La abundancia de cerámica de Quíos parece indicar que fue levantado por los habitantes de esta isla. Al este del templo se encontraba una pequeña fábrica de escarabeos, fechada en la primera mitad del siglo VI. En la zona norte de la ciudad se ha podido descubrir el templo de Hera, que debió de ser construido por los samios; cerca se hallaba el templo de Apolo milesio, dentro de un recinto. Sólo se conservan algunos fragmentos de los templos, pero las inscripciones de los vasos permiten conocer a qué dios estaba consagrado. Los dos santuarios de Apolo y de Hera estaban próximos, lo mismo que el de los Dioscuros, ya levantado a mediados del siglo VI. Al este se construyó un templo de mayores proporciones, que bien puede ser el Helenion, citado por Herodoto. Los santuarios de Apolo, de Hera, de Zeus y de Afrodita deben datarse en los comienzos de la fundación de la colonia, y el Helenion en la época de la reorganización del gobierno.

La cerámica más antigua hallada en Naucratis es la corintia del 630-620, pero también la hay de finales del siglo VII y de comienzos del siguiente, lo que probaría que por estas fechas ya existía un asentamiento griego; en su mayoría procede de los santuarios; se trata de exvotos fabricados en Rodas a finales del siglo VII; y de cálices y cántaros de Quíos, los más antiguos fechados en el siglo VII. Los cálices decorados con estilo policromo, y los cálices finos decorados con animales, probablemente fueron fabricados en el lugar. Para los primeros se ha pensado que se importaba la arcilla, como lastre, en los barcos que exportaban trigo. En los segundos (cántaros principalmente), se pintaba la inscripción antes de fabricarse la vasija, lo que parece que se hacía en la ciudad. Fuera de Naucratis, estos vasos se han encontrado en Egina, Cirene y Atenas. La presencia de cántaros quíesos prueba que Quíos exportaba vino a Naucratis. También se ha descubierto cerámica de Samos, de Clazomenes (tercer cuarto del siglo VI), de Eolia —en concreto, *bucheroi* de Lesbos, fechados a partir del siglo VI—, de Esparta (primera mitad del siglo VI), de Corinto (finales del VII-primer mitad del VI) y del Ática (620).

Algunas de las copas dedicadas a Hera, en apariencia procedentes de Samos, en realidad bien podrían haber sido de fabricación local.

Las estatuillas de mármol, alabastro o caliza, de tipo chipriota, señalan un interés de la isla por Naucratis. Las más antiguas deben ser productos griegos orientales. Se fechan en el segundo y tercer cuarto del siglo VI, cuando la isla perteneció a Egipto. Al sur de la ciudad, trabajaba un taller de fabricación de escarabeos y vasos de faenza, que aparecen en Rodas, donde existió otro taller similar a finales del siglo VII y en el siguiente. Se exportaron a los establecimientos griegos orientales e incluso están bien representados en la Península Ibérica. En el siglo VI los talleres de Naucratis, quizás egipcios, exportaban sus escarabeos al mundo griego.

Naucratis exportó trigo, del que el mundo griego era deficitario debido al aumento de la población, y quizás papiros y lino. Se intercambiaba el trigo egipcio por aceite y vino, productos en los que se especializó Quíos y por plata, de la que carecía Egipto, que podían proporcionar Atenas, Egina y Corinto, lo mismo que Mileto, Quíos, Samos, Teos y Focea, a juzgar por las monedas recogidas en Naucratis. La plata se exportaba ya acuñada en monedas. Aparecen muchas monedas de Tracia y Macedonia, regiones que tenían buenas minas de plata. Corinto y las ciudades jonias y eolias mantenían relaciones con el norte de Grecia. Las monedas de estas regiones podían llegar a Naucratis a través de ellas.

En Naucratis, como en Emporion, debió de haber un barrio indígena, que proporcionaría la mano de obra.

Naucratis atrajo a la intelectualidad del momento. Fue visitada por el legislador Solón, por el lírico Alceo, por el filósofo Tales de Mileto, seguramente por Roikos, el célebre arquitecto del Heraion de Samos, y quizás también por el historiador Herodoto. Los nombres de los comerciantes y de los habitantes de la ciudad, varones y mujeres, se leen en los vasos votivos. Su fabulosa prosperidad, que duró hasta el 525, fecha de la invasión persa, según indica Herodoto, atrajo a muchas ramerías, como Rodopis, a quien rescató un comerciante hermano de Safo que negociaba con Naucratis.

Naucratis vivió exclusivamente del comercio. Es un tipo de colonia que no se asemeja a las colonias griegas de Sicilia o de la Magna Grecia.

Influjo egipcio

La influencia de Egipto en la cultura griega se manifiesta en diferentes aspectos. En los capiteles del orden dórico, una moldura, el caveto, llegará directamente de Egipto. El capitel palmiforme, documentado en Creta en el siglo VII, y entre los griegos orientales a partir del siglo VI, es otra aportación egipcia a la arquitectura griega. El altar escalonado jonio pudo venir igualmente de Egipto.

La inspiración de la escultura monumental en piedra, los *kouroi*, pudo proceder de Egipto. El artista griego, desde el primer momento, profundizó en el estudio de la anatomía humana. Las esculturas de escribas de la Acrópolis de Atenas parecen inspiradas en modelos egipcios y la gran avenida de los leones de Delos, al igual que otra avenida procesional de Mileto, copia de las avenidas egipcias ornadas con animales. También los muebles de madera, que gozaron de gran aceptación durante todo el siglo VI, parecen copias de muebles egipcios, como puede observarse en los tronos plasmados en los relieves votivos de Esparta. La pintura mural egipcia, al parecer, influyó sobre la pintura vascular de Corinto, de Atenas y de las islas.

Cirene

Sobre la fundación de Cirene ya se han comentado los datos que recoge Heródoto; también Píndaro informa sobre ella (*Pyth.*, 4.4-8, 59-63; 5.85-95). Cirene fue muy próspera durante el siglo VI y recibió nuevos colonos del Peloponeso y de las islas dóricas. En el año 515, con motivo de la conquista de los persas, la colonia griega pasó a formar parte del imperio persa. Esta segunda etapa fue de gran prosperidad para Cirene.

La ciudad estuvo situada junto a un gran manantial consagrado a Apolo. Se conserva un templo cuadrado de comienzos del siglo VI. Próximo a él se levantó un templo dorio, dedicado a Apolo, a mediados del siglo VI. En la acrópolis estuvo enclavado el templo de Zeus Ammón, que se construyó a finales del siglo VI y fue de grandes dimensiones. Las tumbas más antiguas están talladas en la roca y tienen fachada arquitectónica; comenzaron a construirse en el último cuarto del siglo VI y responden a prototipos orientales. Ya a finales del siglo VI se esculpieron bellos *Kouroi* y *Korai* cercanos al arte del Peloponeso. Abunda la cerámica peloponesia y en menor escala la griega oriental. A finales del siglo VII ya está presente la cerámica de Rodas y de Corinto y en el siglo VI la de Esparta y Atenas.

En el último cuarto del siglo VI Cirene acuñó moneda, según el patrón de Corinto, de Samos y de Atenas. En las piezas se representó la planta del silfio, cuyo cultivo y exportación fue una de las principales riquezas de la colonia. Junto a Cirene, en la costa, se establecieron otras colonias, además de Barca, antes del 600, Apolonia, Ptolemais, Euespérides, Tucheira, que tuvo un santuario consagrado a Démeter y Kore, que debe datarse en época de la fundación de la ciudad, poco después del 620. La cerámica más antigua procede de Corinto y de Rodas. En el siglo VI, llegó la de los Estados dorios: Esparta, Creta; Corinto y Melos.

El santuario de Zeus Ammón también procedente del oráculo de Siwa, que contaba a su vez con un famosísimo oráculo, indica cierto influjo en la colonia de la religión egipcia. A Zeus se le representó con cuernos de carnero, símbolo del dios Amón.

LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN MACEDONIA, TRACIA Y EL PONTO EUXINO

Los eubeos fueron los que establecieron las primeras colonias en el norte del Egeo en el siglo VIII. La región era rica en metales y tenía excelentes campos para la agricultura; también abundaban los bosques. Calcis fue la primera ciudad eubea que colonizó y llegó pronto a la Península, que de ella tomó su nombre. Eretria también participó en esta colonización. Las colonias más importantes fueron aquí Toronia de Calcis y las occidentales de Mende y Scione de Eretria. Metone fue fundada por los aretrios, expulsados en 733 de Corcira por los corintios. Hacia el año 600, Corinto colonizó Potídea. La Península Calcídica tenía buenos bosques, y los colonos introdujeron pronto el cultivo de la vid, al igual que en Tasos. La riqueza vinícola de la región queda bien manifiesta en las acuñaciones de moneda de estas colonias. Así, en las monedas de Tasos se representa un sátiro raptando a una ninfa, tema típicamente dionisiaco, y en las de Torona se puede ver una jarra de vino y un asno junto a una vid. Tasos po-

seyó buen puerto, del que careció la costa continental vecina; debió ser fundada en torno al 680. La cerámica más antigua fue la corintia y la rodia, de mediados del siglo VII, pero escasearon en la segunda mitad del siglo, siendo sustituida por la de las Cícladas. En el siglo VI aumentó la cerámica griega oriental, principalmente de Quíos. Ceramistas griegos trabajaron en la isla. A partir del 580, se documentan vasos áticos.

Paros (Estrabón, 13.585), tomando como punto de apoyo a Tasos, que conquistó en 680, saltó al continente y fundó en la costa Oisune y Neápolis. Ya se ha indicado que Arquíloco de Paros cantó las luchas contra los tracios. Otras colonias fueron fundaciones de griegos orientales. Los habitantes de Clazomenes fundaron Abdera, de donde fueron expulsados por los tracios, colonia repoblada en la segunda mitad del siglo VI por Teos. Se conoce cerámica griega oriental de finales del siglo VII y ática más reciente. Los de Quíos fundaron Maroneia y los eolios Aenus. Mileto colonizó el Quersoneso tracio, región importante por su riqueza agrícola y por encontrarse a la entrada del Bósforo fundando las colonias de Cardia y Limnae.

La costa de Tracia no disponía de buenos puertos, pero sí de tierras fértiles, de bosques y de minas de oro y plata. Criaba buenos caballos y era una región donde se obtenían esclavos. Tasos también explotaba minas de oro. Pisístrato y Milcíades explotaron las minas de Tracia. Esta riqueza en metal hizo que estas colonias acuñaran pronto monedas, antes de finales del siglo VI.

La penetración griega fue importante en Macedonia; en las excavaciones de Ohrid han aparecido objetos griegos tan ricos como los de Vix. En Trebeniste se han descubierto productos griegos del siglo VII que proceden del mismo taller que fabricó la crátera de Vix.

El Ponto Euxino

Se dispone de pocos datos sobre las fundaciones de las colonias del Mar Negro. En el siglo XIII este mar, según la leyenda, fue visitado por Jasón de Argos, en su búsqueda del vellocino de oro en la Cólquida. No hay cerámica griega en la Propontide anterior a los comienzos del siglo VII, y en el Ponto se fecha ya a finales de este siglo. Las fuentes mencionan las fundaciones de Cízico en la Propontide y Sínope y Trapezunte por los milesios; estas dos colonias establecidas en la costa sur del Ponto a mediados del siglo VIII estaban situadas en tierras fértiles para la agricultura, próximas a las minas del norte de Anatolia y camino del reino de Urartu.

Los griegos tenían ya noticias del Ponto a finales del siglo VIII, según la tradición. Los milesios, en compañía de gentes de Paros y de Eritras, fundaron también en la Propontide, Parion.

Los mismos milesios colonizaron Cízico, en función de la agricultura. Los focenses se asentaron en Lampsaco. Los samios arribaron a Perinto hacia el 600. Todas estas colonias proceden de fundaciones griegas orientales. Otros griegos también se afincaron en la Propontide. Así, Megara fundó Astaco y Calcedonia en la costa de Asia, Selembria en el norte y Bizancio en la ruta europea. Salvo en Bizancio, importante por su situación de control del Bósforo, con buenos bosques y pesquerías (en el siglo VI tenía ya los mayores astilleros griegos después de Samos), la fundación de las restantes colonias megarenses responde a la necesidad de tierras. No hay testimonios arqueológicos anteriores al siglo VII. Bizancio, según la tradición, se fundó hacia el 660, pero la cerámica corintia más arcaica no va más allá del 600.

El Ponto (Herodoto, 2.33; 4.17-18; 24.51-54, 78-79) se cubrió de colonias de Mileto. En el sur los griegos se establecieron en Amiso y en Trapezunte. En la costa oriental en Fasis, que era el punto de comercio con las minas del Cáucaso, que estaban en manos de los indígenas. Al oeste, en Apolonia, Odessos, Tomis e Istros, (esta última próxima a la desembocadura del Danubio); en Tiras, junto a la del Dniester; en el sur de Rusia, en Teodosia. Panticapea fue fundada por Tea en el 540. En estas fundaciones colaboraron también los focenses y los de Quíos. Megara participó también en esta colonización, si bien en mucha menor escala, ya que sólo se estableció en Heraclea, en Mesembria y en Callatis.

Abunda en estas colonias la llamada cerámica rodia, que puede proceder de Mileto. Quíos exportaba al Ponto vino en sus cántaros. La cerámica de Corinto está presente, pero en cantidades más reducidas y la ática se documenta a partir de finales del siglo VI.

Las fértiles tierras de la Propóntide, aptas para la agricultura al igual que las del sur de Rusia, fueron alicientes para la colonización. La zona de Bizancio y el Quersoneso tracio tenían también buenos bosques, tan necesarios para las construcciones navales. El Bósforo era abundante en pesca para las salazones, al igual que la desembocadura de los grandes ríos. En la Antigüedad, las salazones eran tan necesarias como los cereales, para que la población no padeciera hambre. Herodoto (4.53) ha descrito bien la riqueza de la región del río Boristenes (Dnieper):

Posee los mejores y más abundantes pastos, y con mucho las más ricas reservas de las mejores clases de peces, y las más finas aguas de mesa, limpias y claras, cuando son turbias las de sus vecinos. En ninguna región hay mejores cosechas que a lo largo de sus riberas, y donde no se cría grano, la huerta es la más abundante del mundo. Se forman unas extensísimas salinas por procesos naturales en la desembocadura del río, que cría también un pez muy grande sin espinas, apto para el escabeche, al que le llaman *antakaïos*, y muchas otras cosas excelentes.

Es muy probable que la necesidad de obtener sal, producto de primera necesidad, impulsara a los griegos a la colonización del Bósforo y de algunos lugares del Ponto. Ya se ha indicado que algunas colonias, se debieron fundar en función de la obtención de metales, como la de Amisos. Las minas, como las de la plata de los Pirineos, estaban en manos de los nativos, y concretamente de los cálibes, que proporcionaban el hierro al mundo griego.

Se ha supuesto que los túmulos que se conocen en las cercanías de las ciudades, son las tumbas de nobles tracios que vivían en buenas relaciones con los griegos. Otras veces las relaciones con los tracios no fueron pacíficas.

A modo de ejemplo describiremos brevemente las peculiaridades urbanísticas de unas cuantas colonias. Cícico estaba en una isla, lo que la hacía fácilmente defendible. Obtenía el oro de la mina del continente y lo empleó en sus monedas. Otras monedas, de electro, a partir del 550 a. de C., llevan un atún, lo que indica cuál era una de sus principales fuentes de riqueza. Tenía la ciudad tres santuarios dedicados a Apolo, a la Gran Madre y a Perséfone. Según Plinio (9.3.2) en sus cercanías había salinas, necesarias para las fábricas de salazón.

Istras estaba asentada en tierras salinas; la ciudad estaba amurallada. Debió ser saqueada por los escitas hacia el 500. No parece tener un anterior establecimiento indígena. En la acrópolis se levantó un templo jónico. Las casas eran de adobe; las tumbas de la necrópolis, situada al norte, están cubiertas con túmulos, y guardaban vasos áticos

que se pueden fechar a partir del 530. La pira funeraria se encontraba en el centro de la tumba, y cerca, a veces, se enterraron hombres, caballos y mujeres sin incinerar; se trata probablemente de tracios. De finales del siglo VII es la cerámica oriental, la más antigua aparecida en la ciudad. En el siglo VI abundan los vasos rodios, la cerámica griega oriental, y de Quíos, los cántaros de vino de esta isla, y la cerámica de Clazomene de la segunda mitad del siglo VI.

Olbia (Boristenes) (Herodoto, 4.78.3; 79.2; 17.1) debió de tener quizás un primer asentamiento en una isla y un poblado indígena anterior a la llegada de los griegos. En la necrópolis se ha descubierto un horno crematorio. A partir de finales del siglo VII, se hallan vasos de Rodas, Quíos, Clazomenes y después del 570 de Atenas y de Corinto. Ciudad cuya planta recuerde la forma de un Olbia propiamente dicha, ciudad cuyo triángulo isósceles, fue fortificada. Se supone que a fines del siglo VI la ciudad ya contaba con un tipo de trazado urbanístico geométrico, que ya se documenta con anterioridad en Esmirna. La ciudad estuvo en buenas relaciones con los príncipes escitas y debió de ser uno de los principales focos del arte greco-escita. En Efeso han aparecido objetos de arte escita de finales del siglo VII y del VI que deben ser importaciones. En el siglo VI es ya clara la influencia del arte griego sobre el escita, con objetos importados o fabricados por griegos, a gusto de los escitas, en las colonias de la costa. En este periodo la cerámica griega penetró al interior remontando el curso del río Dnieper. Las mejores piezas del arte greco-escita son los objetos de orfebrería con figuras en relieve, como el espejo de plata sobre dorada hallado en una tumba de Kebermes, fechado a comienzos del siglo VI, con la *Potnia theron*, los carneros, las esfinges, los leones, la cabra, el águila, el grifo y el león, de arte jónico. Otros animales, como un oso, y dos hombres en lucha con arimaspos siguen modelos escitas. En el sur del Dnieper se halló una cratera del tipo de la de Vix y de Iliria.

LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN LAS COSTAS DEL ADRIÁTICO

La primera colonia griega se asentó en Corcira, hoy Corfú. Se eligió esta isla por ser puerto de escala en la ruta del Mediterráneo central. Los colonos eran de diferente procedencia. Primero llegaron los eretrios; en 733 los corintios, que expulsaron a los anteriores. Corcira controló la entrada en el mar Adriático. La cerámica más antigua es la corintia, contemporánea de la época de la fundación.

A principios del siglo VI se construyó el templo dórico de Artemisa, del que se conserva el frontón. Se levantaron igualmente un segundo templo dórico y un tercero también dedicado a Artemisa fechado en el siglo VII. En el año 627, Corcira fundó la colonia de Epidamno (Durazo) a 240 km al norte, posiblemente en función de las minas de Iliria. Corinto fundó, por su parte, Apolonia sobre la costa. La cerámica proporciona una fecha en torno al 600, para la primera presencia griega.

Para entonces ya estaba abierta una vía hacia la parte superior del Adriático. Su influencia se acusa en las sículas del valle del Po, mezcla de influjo griego y etrusco.

En la segunda mitad del siglo VI los vasos áticos invadieron la región de Felsina (Bolonia). Un centro de comercio era Adria. Los griegos consideraron a Spina, en la desembocadura del Po, como si fuera una colonia, con canales que servían de calles. Los vasos más antiguos son áticos y de excelente calidad a partir del 520. La ciudad debió de ser fundada por los etruscos, pero se trata de una colonia griega. Sobre la procedencia de los primitivos colonos nada se sabe.

LA COLONIZACIÓN EN SICILIA Y EN LA MAGNA GRECIA

Uno de los capítulos más importantes de la historia de Grecia es la colonización de Sicilia y la Magna Grecia. Los griegos de estas dos regiones fueron durante muchas etapas de la historia griega los que gozaron de mayores riquezas y frecuentemente estuvieron a la cabeza del mundo cultural. El comercio, el exceso de población y la necesidad de tierras, fueron los factores que determinaron el asentamiento de colonias griegas. Es casi seguro que mercaderes aislados habían recorrido ya las costas antes de las primeras fundaciones, pues en Etruria y en Campania se han hallado vasos griegos fechados con anterioridad a la colonización. Se buscaba fundamentalmente metales. La fácil defensa y las ventajas económicas fueron determinantes de los emplazamientos de las ciudades, por lo que islas próximas a tierra firme y montículos escarpados fueron elegidos con frecuencia como lugar de fundación. Muchos parajes estaban ocupados por los indígenas y hubo que desalojarlos. Las luchas de unas ciudades contra otras fueron continuas.

La lengua, los cultos, las instituciones y la cerámica, revelan la identidad de la metrópolis fundadora, aunque se generalizó la importación de cerámica corintia por ciudades como Megara y las ciudades aqueas por no tenerla de calidad. La cerámica griega más antigua es la hallada en Pithekousai. Después del siglo VIII decrece la presencia eubea en estos mares. La cerámica rodia es abundante. Quíos envió vino en sus ánforas a partir del siglo VI, a Siracusa, Marsella y Mylae. Cerámica fina de la misma procedencia se encuentra en Selinunte, Gela, Catania, Tarento, Marsella y Etruria. Vasos de Samos o Rodas llegaron a Siracusa. A partir del siglo VII se documenta la cerámica oriental. Focea debió exportar también su cerámica.

Etruria, la Magna Grecia y Sicilia se convirtieron en los principales mercados griegos de cerámica en el periodo arcaico, particularmente de la ática de figuras negras. En Etruria fue descubierto el llamado vaso Chigi y el vaso François, fabricados hacia el año 570, obra de Hergotimos y Kritias que se considera la cumbre de la cerámica ática de figuras negras; acabó desplazando a la cerámica corintia. Esparta exportó las copas de calidad mejor logradas. Este comercio no determina, sin embargo, el origen de los comerciantes griegos.

El cuadro de la colonización griega en Sicilia y Magna Grecia, sin ajustarnos a un estricto orden cronológico, nos lo ofrece J. Boardman; es el siguiente:

Eubeos en Italia Central:	Pithekousai, Cumas.
Eubeos en Sicilia Oriental:	Naxos, Leontinos, Catania.
Eubeos en el Estrecho:	Zancle, Mylae, Regio.
Dorios en Sicilia:	Siracusa, Megara Hyblea.
Rodios y cretenses en Sicilia:	Gela.
Aqueos en el sur de Italia:	Sybaris, Crotona, Caulonia, Metaponto, Posidonia.
Espartanos y otros en el sur de Italia:	Tarento, Siris, Locros.
Expansión de Siracusa:	Acrae, Carmenae, Camarina.
Colonias en Sicilia Occidental:	Selinunte, Agrigento, Himera.
Últimas fundaciones:	Lipari, Velia.

Pithekoussai. Fue el primer establecimiento griego (Liv., 8.22.5-6); según la tradición, fundado por los habitantes de Calcis y Eretria antes de establecerse en Cumas, en una fecha confirmada por la cerámica, anterior a la mitad del siglo VIII. Abunda la cerámica corintia. También está presente la eubea en mucha menor cantidad, e imitaciones de cerámica corintia. El vaso más famoso de los hallados es uno en el que se pinta un naufragio, posiblemente alusión al descrito por la *Odisea*. Otra pieza excepcional es la llamada copa de Néstor, a la que ya hemos aludido.

Hay también, en las tumbas del siglo VIII, cerámica oriental cretense y sellos, fabricados probablemente en el norte de Siria, así como piezas de faenza y escarabeos egipcios.

En la isla debió haber minas de oro que sin duda constituían un aliciente para el establecimiento de los eubeos en ella. Se ha hallado un horno de fundición de hierro, procedente de las minas del Elba. Estrabón recogió la tradición de la lucha entre calcidios y los eretrios en Pithekoussai, señalando que los primeros abandonaron la isla.

Cumas. Está emplazada al sur de Nápoles (Estrabón, 5.247), frente a Pithekoussai; disfrutaba de un buen fondeadero y fue colonizada por los calcidios. Antes de la llegada de los eubeos hubo un asentamiento indígena conocido por su necrópolis, en algunas de cuyas tumbas han aparecido copas griegas y objetos egipcios de faenza que llegarían desde Pithekoussai. La cerámica griega más antigua se fecha poco antes del 750. Es corintia y llegó en mayor número desde el 600, pero a finales del siglo VI fue desplazada por la ática. También está presente la eubea, vasos locales derivados de Pithekoussai, cerámica cretense y alguna de Esparta. Del Oriente llegaron varios frascos con perfumes y algunos objetos etruscos. Entre las piezas halladas en Cumas destaca un caldero de bronce, con apliques de prótomos de toro, fechado en torno al 700, que debió de ser traído de Oriente por los eubeos.

Naxos. Según Tucídides (6.3.1), Calcis colonizó Naxos en el año 734, asentándose sobre una antigua aldea indígena, emplazada en una península en las proximidades de un valle, donde se cultivó vid. En el siglo VI la ciudad estaba ya amurallada. Fue el punto de partida para las fundaciones de Leontinos y Catania.

Leontinos. La fecha de su fundación es seis años posterior a la de Naxos. También se estableció sobre un asentamiento indígena, a 10 km del mar de donde fueron expulsados los nativos. Leontinos explotó una fértil llanura apta para la agricultura. A mediados del siglo VII fue amurallada. La cerámica más arcaica es la corintia y ciertas formas eubeas y locales. En torno al 600, la muralla se amplió e incluyó una segunda colina sobre la que se levantó en el siglo VI un templo. No se han hallado tumbas anteriores a la mitad del siglo VI. De una de ellas procede un recipiente de bronce con apliques de cabezas de carnero.

Catania. Catania disfrutó igualmente de una rica llanura regada por el Symaitos. Su fecha de fundación es algo posterior a la de Leontinos. Tenía un buen puerto. Los eubeos, para controlar las rutas de comunicación con sus colonias de Pithekoussai y de Cumas, fundaron en el estrecho de Mesina, Zancle y Regio.

Zancle. Fue fundada por piratas de Cumas (Tuc., 4.6.5) y de Calcis. Tenía un excelente puerto y un santuario donde se ha encontrado la cerámica más antigua, corintia, e imitaciones de finales del siglo VIII. Abunda la cerámica corintia y ática mientras que escasea la oriental. En los siglos VII y VI, Zancle vivía del peaje de los barcos que atravesaban el estrecho.

Mylae. Dista 30 km de Zancle. Está enclavada junto a la llanura. Fue fundada por

colonos de Zancle, después de expulsar a la población indígena. Según la tradición, se fundó en el 719, pero la cerámica corintia sugiere una fecha más antigua. De finales del siglo VIII y del siguiente hay cerámica cicládica. Y de fines del VII y del VI se ha recogido cerámica griega oriental, y cántaros de Quíos, que prueban una importación de la isla. El rito funerario practicado en Eubea fue el de la cremación del cadáver.

Regio. Fue fundada conjuntamente por los habitantes de Zancle y los mesenios del Peloponeso. Estuvo enclavada a 15 km del sur de Zancle, al otro lado del estrecho, con la que compartió el control del paso del estrecho. Un vaso del 700 parece ser imitación eubea o cicládica de la cerámica corintia. Se han hallado vasos corintios de finales del siglo VII y del siglo VI abundan las piezas áticas y griegas orientales y algunas espartanas.

Siracusa. Fue la ciudad más importante de la colonización griega en Sicilia y en la Magna Grecia y una de las grandes potencias del mundo griego. Disfrutó de un excelente puerto fácilmente defendible. Fue fundación corintia, pero vasos eubeos hallados en el cementerio indígena de Castellucio y ciertos topónimos de Calcis parecen indicar que los eubeos llegaron a Siracusa en el siglo VIII antes que los corintios, aunque podría tratarse de eubeos recogidos por el fundador de la colonia, de nombre Arquias, en Ceferión, en el extremo sur de la península itálica.

El excelente puerto de Siracusa estaba defendido a la entrada por la isla Ortigia (Estrabón, 6.269), asentamiento de los indígenas, que fueron expulsados por los colonizadores. Esta isla, con sus dos buenos puertos y la fuente de Aretusa, fue el primitivo hábitat de los griegos, donde estos construyeron en el siglo VI un santuario consagrado a la diosa protectora de Atenas, Atenea, del que se conservan los revestimientos de arcilla. A finales del siglo VI se data otro templo dórico, emplazado también en la isla de Ortigia, donde se empezó a levantar un enorme templo jónico, inconcluso, copia de los santuarios de Samos y de Éfeso, que medía 56 metros de longitud. Todos estos edificios demuestran la fabulosa riqueza de la isla. En el siglo VI *una lengua* unía la isla con tierra firme. En los picos de Epipolae, cuyas laderas fueron ocupadas desde los primeros años de la colonia, se asentó el mercado. Se conocen casas del siglo VI. En el siglo VII se erigió en el interior de la gran bahía el templo de Zeus Olímpico, del que se conoce un revestimiento de arcilla. También fue de tamaño monumental. Se depositaron en las tumbas sarcófagos de piedra, siguiendo la costumbre de Corinto. La cerámica más antigua y abundante fue la corintia. La cerámica ática del siglo VI no desplaza en esta ciudad a la corintia. Los vasos orientales también están bien representados a partir del 700, entre los que se han encontrado recipientes de Rodas, y desde el siglo VI, algunas piezas de Quíos y de Fikelura. En el siglo VII trabajó en la ciudad un pintor argivo, que decoró vasos locales; la tradición habla de cultos argivos en Siracusa. Objetos de arte menor, como fíbulas y marfiles, de gusto peloponesio, se han descubierto en la colonia. También se conocen lámparas cicládicas de piedra. Siracusa fue muy próspera en los siglos VII y VI. Su riqueza aumentó continuamente, como lo indican sus enormes templos.

Megara Hiblea. Según Tucídides, se fundó seis años después de Siracusa, tras varios intentos fallidos. Es la única colonia de Megara en Sicilia, asentada junto a un fondeadero protegido, en un paraje donde no existió un asentamiento indígena previo. La cerámica más antigua es corintia, y desde el 650 aparecen vasos griegos y etruscos, y en el siglo VI los áticos. Hay también imitaciones locales del siglo VII que acusan el influjo de Corinto y de Megara. Se conocen algunas casas de la ciudad.

En los siglos VII y VI se levantaron templos. Uno de ellos era de orden dórico, y

estuvo bellamente revestido de arcilla; el segundo fue más sencillo y las paredes eran de piedra. Del año 700 hay depósitos de ofrendas. Su trazado urbano fue planeado desde el primer momento como una gran ágora. La zona sur de la ciudad próxima al fondeadero no fue ocupada antes del 650. La necrópolis tenía esculturas funerarias, entre las que destaca un *kouros* sobre un pequeño altar dórico. Siracusa destruyó la ciudad en el año 483.

Gela. Fue fundada por rodios y cretenses en el año 688. Se asentó sobre una colina, vecina al mar, al oeste de la desembocadura del río Gelas y fue dueña de una fértil llanura. Para su fundación se expulsó a la población indígena. En origen debió de ser una ciudadela amurallada, con los santuarios extramuros. El templo más importante, dedicado a Atenea, estuvo revestido de placas pintadas de arcilla. Antes de finales del siglo VII se levantó un pequeño santuario consagrado a Deméter.

En los templos se hicieron ofrendas de cerámica. Abundan la cerámica griega oriental (Rodas, Quíos), la corintia y posteriormente la ática. También hay algunas piezas procedentes de Creta. Durante todo el siglo VI fue abundante la cerámica rodia. Rodio fue también el ritual funerario de inhumación del cadáver en cántaros de almacenamiento. En el siglo VII trabajó una escuela local, del tipo de las de Megara Hiblea y de Siracusa, a mediados del siglo VII. Gela mantuvo contactos con los sicanos del interior, como lo prueban los vasos griegos depositados en las tumbas indígenas de mediados del siglo VII.

A finales del siglo VI, Gela fue una ciudad próspera, recibiendo excelentes bronce y otras importaciones de Grecia y levantándose en ella excelentes templos.

Los aqueos del noroeste del Peloponeso se afincaron en el sureste de la península itálica y al sur de Cumas. Estuvieron bien situados entre los mares Tirreno y Jónico.

Sybaris. Está asentada en una fértil llanura. Fue famosa por las cosechas de trigo y la calidad de su vino. Se fundó hacia el 720. Se hizo proverbial en Grecia por su riqueza, y por la vida fastuosa que llevaban sus habitantes. En el año 510 fue arrasada por Crotona; no ha dado hallazgos anteriores al siglo VI.

Sybaris, la depositaria junto con Etruria de los productos de Mileto, controló las rutas hacia la costa occidental y hacia Scidrus, Sirimis y Laus.

Crotona. Su colonización (Estrabón, 6,262) es posterior a la de Sybaris, y también su emplazamiento está vecino a una fértil llanura. Contó con ciudadela y con un pequeño puerto. Se ha excavado el templo de Hera Licinia, situado sobre un promontorio, a 10 km de Sybaris. La construcción es del siglo V, pero el lugar ya era objeto de culto desde finales del siglo VII, como lo prueban los hallazgos más antiguos. Fundación suya fue Caulonia. Se fundó en el siglo VII, según sugieren sus hallazgos; las tumbas son ya de mediados del siglo VI.

Metaponto. Careció de puerto, pero tenía buenas tierras de labor. Estuvo enclavada en la ruta hacia Posidonia. En el año 700 a. de C. ya funcionaba el templo de Apolo Likeios y en esa misma fecha están documentadas sus necrópolis. Al norte, a 3 km, se levantó el templo de Hera. Del templo dórico, construido hacia el 500, todavía se conservan en pie 15 columnas.

Posidonia. Se supone fundada esta colonia desde Sybaris con vista al comercio con Etruria, a 80 km al surdeste de Cumas. También estuvo bien comunicada con el sur. Próximos a la desembocadura del río Sele, en el primitivo emplazamiento de la colonia, se construyeron varios templos y tesoros. Ligeramente anterior al 500, se levantó el templo consagrado a Hera de Argos. Es de estilo dórico. Se conservan los relieves

de sus metopas. De mediados del siglo VI data un tesoro, donado probablemente por alguna otra colonia, en honor de la misma diosa, en el que las metopas van decoradas con escenas mitológicas. Diversas esculturas debieron pertenecer a otros templos de la ciudad.

A finales del siglo VII, ya había penetrado la cerámica corintia hasta 13 km de la costa. En el siglo VI la ciudad estaba amurallada. Los testimonios más antiguos de habitación no son anteriores al siglo VI. Posidonia fue famosa por sus tres templos dorios, que todavía están de pie. Están situados al oeste de la avenida que recorría la ciudad de norte a sur, colocado al sur, en la llamada Basílica. Posterior en un siglo es el templo de Hera, de finales del siglo VI y construido al norte se encuentra el llamado templo de Ceres, que posiblemente estaba dedicado a Atenea. Al sur del templo de Atenea se encuentra un cenotafio, que debió ser la tumba del fundador de la colonia o de algún personaje importante. Tiene la forma de una tumba de planta rectangular, con tejado a doble vertiente, y un banco central. Las ofrendas fúnebres eran jarros de bronce, que contenían miel. También se depositó un vaso ático. El hecho de que la tumba no contuviera el cadáver, indica que éste no se recuperó. Su fecha cae hacia el 520. Otras tumbas estaban decoradas con escenas marítimas.

En los asentamientos de Palinuro y Molpa, a 55 km al sur de Posidonia, probablemente desde el 550 convivían griegos e indígenas.

Tarento. La fecha, que la antigüedad dio a esta colonia, es el año 700 (Estrabón, 6.278-280), pero los vasos corintios de una tumba parecen algo anteriores. Ya se ha mencionado la causa que motivó la fundación de la ciudad, que desde el primer momento mantuvo buenas relaciones con los poblados indígenas del interior, como lo indican los vasos que recibían.

El establecimiento fue magníficamente emplazado, junto a un excelente puerto, y próximo a fértiles tierras. En el siglo VI se construyó un gran templo dórico. La riqueza de la ciudad y la calidad de su artesanado se conocen bien gracias a hallazgos como los bronces (hydria de Grächwil y probablemente la crátera de Vix). En tumbas del siglo VI se han hallado bellos vasos procedentes de Esparta, que prueban unas excelentes relaciones con la metrópolis. Otras cerámicas halladas son de origen oriental, corintio y ático. Los cultos son de procedencia espartana.

Siris. Según los autores antiguos, fue fundada por habitantes de Colofón, expulsados de sus hogares por los lidios poco antes del 650. Fue la única colonia jonia en esta zona. Fue destruida a mediados del siglo VI, por Crotona, por Sybaris y por Metaponto.

Locri. Fue colonizada en 673 por Locris, de la Grecia central. La cerámica indica que los fundadores, al parecer, procedían a finales del siglo VIII y a comienzos del siguiente de Eubea y de las islas. A los indígenas se les expulsó del lugar, aunque las aldeas vecinas habían estado antes en buenas relaciones con los griegos, como parecen indicar los vasos griegos que recibían.

Locri fundó varias colonias griegas, Medma, Hiponio y Matauro, en la ruta que cruzaba el extremo de Italia en dirección al mar Tirreno. Los hallazgos de Medma prueban una fecha de fundación de comienzos del siglo VI, si bien pudo ser algo anterior. Las tumbas de Metauro se fechan a mediados del siglo VII y la cerámica de la aldea sícula próxima a ella a finales del siglo VII. Un influjo griego posiblemente trajo consigo el cambio en los rituales funerarios.

El siglo VII fue de riqueza general en Sicilia. Las colonias más florecientes, fundaron otras colonias. Así, Siracusa envió colonos a Acrae, Cararina y Casmenas; Megara

Hiblea a Selinunte; Zancle a Himera y Gela a Agrigento. El año 580 es la fecha del fin de la colonización griega en Sicilia.

El establecimiento griego en Acrae, importante ciudad sícula, data del 633. La cerámica hallada no es anterior a mediados del siglo VII. A finales del siglo VI, se construyó un templo dórico. Hay también fragmentos arquitectónicos de estilo jónico.

Morgantina se colonizó en el siglo VI; era ciudad amurallada, junto a una población indígena. En Helora no ha aparecido nada anterior al siglo VI. Su economía era agrícola. Camarina dista 30 km de Gela; su fundación data del 598. Desde el primer momento contó con un templo del que se conocen los exvotos. También se han excavado tumbas. En 552 se unió con los sículos contra Siracusa, siendo destruida, pero la ciudad pervivió, como lo indican las cerámicas de las tumbas de finales del siglo VI.

Selinunte. De ella quedan impresionantes ruinas. La fecha de fundación es la del 627, pero algunos vasos corintios del santuario parecen remontarse a la del 650. Tenía puerto y era vecina a fértiles tierras. Estuvo ocupada por los indígenas. La acrópolis próxima al mar estuvo amurallada. Ya en el siglo VI tuvo un plan urbanístico. La ciudad contó con tres grandes templos dorios; los más antiguos son de finales del siglo VII. Los cuatro que hoy se ven se fechan a mediados del siglo VI; aunque uno es algo más reciente; otros dos son de mediados del siglo V. Se desconoce a qué dioses estaban consagrados. Fuera de la muralla, se construyeron otros santuarios. Hacia el oeste se encontraba el de Deméter Maloforos, diosa venerada en la metrópolis, Megara, que consistía en una simple sala. También era venerado Zeus Meiliquios, a quien se dedicaron estelas coronadas con dos cabezas humanas, quizás de inspiración indígena o púnica. Al norte se erigió un pequeño templo y un altar.

La arquitectura, la cerámica y la escultura fueron en Selinunte de excelente calidad. La cerámica corintia, muy abundante, fue sustituida por la cerámica ática, en el segundo cuarto del siglo VI, como en otras muchas colonias. Hay igualmente bastantes vasos de Rodas y de Quíos fechados en la primera mitad del siglo VI, algunos espartanos y uno de tipo orientalizante, de finales del siglo VII pintado por un artista inmigrante. La planta típica de Selinunte, que aparece en las monedas, es el perejil.

Agrigento. Su fundación data del 580 por colonos de Gela y de Rodas. Dista 70 km de Gela. La región era ya conocida por los griegos en una etapa precolonial. Se han recogido cerámicas de finales del siglo VII y de comienzos del VI y se conoce un altar con fuente consagrado a Perséfone, que parece anterior al 580.

Antes de finales del siglo VII, la ciudad estuvo ya amurallada en unos 4 km² de extensión.

Los templos son del siglo V. El mayor, el de Zeus Olímpico, se empezó a construir a finales del siglo VI: es de tamaño monumental, de planta y construcción diferentes del de Agrigento. Una originalidad de su construcción es el uso de telamones, figuras de tamaño colosal que sirven como soporte de los muros exteriores. A finales del siglo VI existían templos más pequeños en las cercanías de los anteriores y otro de la segunda mitad del siglo. La acrópolis estaba coronada por un templo de Atenea datado en el 500. Como en otras muchas colonias, abundó la cerámica corintia, la ática y también la de Rodas. El siglo de oro de la ciudad cae ya en el siglo VI.

Himera. Se fundó en el año 649 y aunque sus tierras no eran demasiado fértiles, ofrecía la ventaja de tener un emplazamiento fácil de defender. Fue la colonia más occidental en contacto con los fenicios. La cerámica más antigua es de finales del siglo VII. Contó con varios templos.

Lipari. Su fundación se data hacia el año 570, por rodios y cnidios. La cerámica contemporánea de la fundación es corintia y griega oriental.

Velia. Fue creada poco después de la batalla de Alalia. Estaba fortificada y dotada con dos puertos.

Impacto de la cultura griega en las poblaciones nativas

El impacto de la colonización griega sobre las poblaciones indígenas fue grande, como lo demuestran la cerámica griega de los poblados sículos, las imitaciones de las pinturas griegas en la cerámica local, y los asentamientos indígenas en las proximidades de las colonias; también la imitación de figurillas de tierra y bronce y la adopción del alfabeto calcídico. Al parecer, los griegos vivieron ocasionalmente en localidades indígenas. Todo esto contribuyó a mejorar las condiciones de vida de las poblaciones sículas.

La cultura sícula también influyó en las colonias griegas, como se percibe en la construcción de algunos templos extramuros, y en la adopción del sistema nativo de pesos y medidas en la acuñación de monedas. Algunos ceramistas sículos trabajaron en Atenas a finales del siglo VI.

En los poblados indígenas del sur de Italia también se documentan objetos griegos. En las proximidades de Locri trabajaron ceramistas griegos para los nativos en torno al 700. En Apulia, los vasos seguían formas indígenas, pero la pintura fue griega. Hubo comunidades mixtas, como, probablemente, en el lugar situado junto al santuario de Apolo Alaios, santuario visitado por los griegos en el siglo VII. Antes de finalizar el siglo VI, se levantó un templo dórico.

En la región de Cumas y de Posidonia, la influencia griega está bien documentada. Pompeya tiene cerámica griega desde el 550 y un templo dórico. Medio siglo después de la fundación de Roma, en el 754, ésta ya recibió cerámica corintia y eubea.

Actividad económica de las colonias griegas en Sicilia y la Magna Grecia

Hacia mediados del siglo VI las colonias comenzaron a acuñar monedas con plata que llegaba muy probablemente de la Península Ibérica.

Las colonias eubeas acuñaron monedas, muy relacionadas con los patrones griegos, etruscos y sículos. Siracusa, que siguió el patrón ático, comenzó a emitir moneda en torno al 520.

Las ciudades aqueas adoptaron el patrón corintio a partir de mediados del siglo VI. Cumas y Posidonia siguieron el patrón fenicio, que llevaron, al igual que al sur de Galia, los griegos orientales. Los tipos hacen frecuentemente alusión a la riqueza o a la vida de las ciudades.

Las colonias pronto comenzaron a fabricar cerámica, siguiendo modelos de la metrópolis, pero las más florecientes desarrollaron un arte peculiar. Con los colonos llegaban artistas griegos, que continuaban los estilos de Grecia o de las Cícladas.

Durante toda la etapa arcaica se importó cerámica griega en grandes cantidades, pero hay escuelas locales que se separaron de Grecia y que produjeron modelos, como las vasijas funerarias de Pithekousai, obra de artistas eubeos. En Cumas, en la primera

mitad del siglo VII, se hicieron imitaciones corintias. En Siracusa, Gela y Leontinos, se desarrolló un estilo propio. Un ejemplo bien expresivo es la cratera firmada por Aristonothos, con la representación de un combate naval y de Odiseo clavando la viga en el único ojo de Polifemo. Estas escuelas no tuvieron seguidores desde finales del siglo VII.

En el siglo VI se imitaron los vasos de figuras negras. Un importante taller trabajó en la segunda mitad del siglo VI, y produjo las llamadas —por sus inscripciones— vasijas calcídicas, que acusan la influencia de Corinto, de Atenas y de Grecia oriental. La calidad de sus productos compite, y aún mejora, los de la metrópolis. Los hallazgos llegaron a Etruria, Regio y Esmirna.

Los templos en su mayoría son de orden dórico y van a la zaga de los de Grecia. Reciben también influjo jónico en los capiteles, en los collarinos de los capiteles y en las balaustradas de los altares; estaban revestidos de placas de arcilla pintada, que cubrían la madera del tejado y siguen el prototipo corintio.

Las esculturas fueron importadas de Atenas, del Peloponeso y de Grecia oriental. Sicilia carecía de mármol. Hacia el año 600 trabajó en Sicilia un taller que seguía el estilo dedálico, en caliza. Son famosos los relieves de Sele (Posidonia) y de Selinunte. Su estilo es arcaizante y derivado del Peloponeso. Algunas piezas, como la diosa sentada, amamantando a dos gemelos, tiene un fuerte realismo.

El arte corintio influyó en las figurillas de arcilla, pero pronto se fabricaron en un estilo propio. Típicos del Mediterráneo central son los altares fabricados en arcilla con figuras en relieve a los lados. En Tarento, hasta el 600, trabajó una escuela de coroplastia de un estilo original.

Los bronceistas de Tarento y de Locri pronto adquirieron fama. Fabricaban vasijas de bronce y espejos en cuyos mangos se representaban figuras.

Se desconocen los nombres de los muchos artistas que trabajaron en Sicilia y en la Magna Grecia, salvo el de Pitágoras, escultor, que después del 500, llegó de Samos. Las numerosas ofrendas de los tiranos sicilianos al santuario de Zeus en Olimpia estaban fabricadas en sus propias ciudades. Los edificios de los tesoros de Metaponto, Sicilia, Selinunte, Síbaris y Gela, eran obras de artesanos sicilianos que vivieron en el siglo VI y algunos, como el de Gela, tenían peculiaridades sicilianas, como los revestimientos de arcilla.

INFLUJO GRIEGO EN ETRURIA

El comercio griego a través de Pithekousai y Cumas produjo en Etruria un periodo orientalizante, donde los influjos de muy distintas regiones del mundo griego se entrecruzan. En Etruria se mezclaron los influjos orientales y griegos. Los etruscos no adaptaron los modelos recibidos, sino que los aceptaron. El arte de este periodo, como la joyería de las tumbas Regolini Galasi, Barberi de Palestrina, del segundo cuarto del siglo VII, Marsiliana d'Albegna, de la misma fecha, y de Vetulonia, en torno al 630, se caracterizan por un gusto muy recargado y ostentoso, donde los elementos fenicios se mezclan con los griegos y con los etruscos. Detalles como las palmetas de cuenco hacen pensar que este influjo se debe también al comercio de los fenicios. Piezas fabricadas en el Oriente como los sellos del norte de Siria de finales del siglo VIII llegaron pronto a Etruria; los pudieron traer los mercaderes fenicios o los eubeos, que comerciaban en Al-Mina. Otros objetos orientales son los calderos con apliques de toros o de sirenas.

Algunas vasijas griegas halladas en Etruria demuestran la existencia de un comercio precolonial. La cerámica eubea, corintia y griega oriental pronto llegó a Etruria después de la fundación de las colonias, en el siglo VII. En el siglo VI invadieron el mercado etrusco los vasos áticos de figuras negras, que contenían aceite. Los nombres de los mercaderes escritos sobre los vasos son jonios. Se ha pensado que fueran los focenses quienes los llevaron, pero la cerámica griega oriental, salvo algunas piezas de Quíos y de Rodas de los siglos VII y VI, fue escasa. Llegaban igualmente copas espartanas, durante el segundo y tercer cuarto del siglo VI, y vasos calcídicos en la segunda mitad. Muchos vasos de Atenas y de Corinto están fabricados pensando en el mercado etrusco y responden expresamente al gusto etrusco.

Artistas griegos trabajaron en Etruria. Tenemos noticia del corintio Demarato, que llegó con un pintor y tres modeladores de arcilla; del ceramista jonio que pintó las hydrias ceretanas, donde se mezclaba el arte de Jonia y de Corinto, con un claro sentido humorístico, como se observa en la hydria Busiriso; de los pintores de la Tumba del Barón de Tarquinia. En la segunda mitad del siglo VI, llegaron artistas jonios, que trabajaron en Etruria como pintores de figuras negras y de Clazomenes, y que se caracterizan por aceptar motivos locales.

Los artesanos etruscos imitaron los vasos griegos desde finales del siglo VIII. Se ha supuesto que durante cien años los vasos pintados en Etruria salieron de manos de artistas locales. Copiaron los modelos corintios (hasta el siglo VI) y orientalistas pero no alcanzaron la calidad de la cerámica griega. La cerámica típica de Etruria es el bucchero, de forma griega. Los vasos áticos fueron copiados con poca fortuna. Los vasos pónticos también fueron fabricados por los etruscos.

Los objetos etruscos, que han aparecido en suelo griego, son escasos. Los etruscos exportaron bucceros a las colonias y a la propia Grecia en torno al 600. De un taller de Vulci que trabajó hacia el 500, llegaron a Atenas un trípode y un colador de bronce al santuario de Olimpia y a Lindos (Rodas). Olimpia debió de recibir un número grande de ofrendas etruscas.

Las placas de oro de Caere, de finales del siglo V, demuestran también las íntimas relaciones entre semitas y etruscos.

El dominio del mar por parte de los etruscos —la talasocracia etrusca— se sitúa entre los siglos VIII-VI. Los etruscos llegaron hasta el Egeo, como lo indica el himno de Dioniso, que menciona el rapto del dios por piratas etruscos. Después del 500 disminuye en Etruria la presencia de objetos griegos.

Según Tucídides, los fenicios habían precedido a los griegos en la colonización; esta tesis se ha rebatido obstinadamente, pero las excavaciones de la costa de Granada, Málaga, Cádiz y Huelva, prueban tajantemente que los colonos fenicios llegaron mucho antes que los griegos, por lo menos a finales del siglo IX a. de C., y que los primeros objetos griegos vinieron en barcos fenicios, lo que confirma el testimonio de Tucídides.

En Sicilia los fenicios fundaron tres colonias: Motia, Solus y Panormo, hoy Palermo; la primera ha proporcionado material anterior al siglo VII. Ibiza fue colonizada desde Cartago en 654. Sexi, la más antigua necrópolis fenicia, se fecha por las *kotilai* protocorintias en torno al 700. Los fenicios estaban ya bien establecidos en Toscana (Málaga) desde finales del siglo IX, y con seguridad durante todo el siglo VIII, fecha que conviene para los túmulos de la Torre de Doña Blanca, cerca de Cádiz.

Pronto en Sicilia estallaron desavenencias entre griegos y fenicios. Hacia el año 570 los rodios y los cnidios intentaron establecerse en Lilibeo. Desalojados de aquí, se

asentaron en Lipari. La parte fenicia de Sicilia se helenizó pronto y recibieron objetos griegos. Los fenicios arrojaron al espartano Dorico, que intentó fundar una ciudad, Heraclaea, en las proximidades del monte Eryx, pero fracasó en su intento.

LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN EL SUR DE GALIA

Marsella se fundó el año 600 para abrir una ruta para la importación del estaño, hacia la Bretaña francesa y Cornualles.

El sur de la Galia ha dado algunos vasos griegos del siglo VII. De finales de este siglo hay cerámica griega en Saint-Blaise y La Couronne. La cerámica más antigua es corintia; la ática escasea y llegó después de la mitad del siglo VI. Durante la segunda mitad de este siglo, se documenta en la costa la cerámica rodia y etrusca. La cerámica rodia es escasísima en la Península Ibérica, por lo que hay que descartar una colonización rodia en Occidente (Estrabón, 3.4.8; 14.2.8). La cerámica focense es muy mal conocida en su lugar de origen.

Marsella (Massalia) recibió mucha cerámica variada en el siglo VI: corintia, ática, calcídica y laconia; oriental de Quíos y *cantharoi*, que indican la importación de vinos de la isla. Abunda, como en la Península Ibérica, la cerámica gris, que debe de ser jonia.

Marsella acuñó moneda a finales del siglo VI, lo que prueba su riqueza, al igual que el hecho de la construcción del tesoro en el santuario de Delfos. A través de Massalia penetró el influjo griego en la Galia. Pronto se copiaron técnicas griegas, como la de la pintura con pincel múltiple, fechada en el siglo VI, que se documenta en Galia y en el norte de la Península Ibérica. Los broches de cinturón, que se generalizaron en el sur de Galia, tan frecuentes en la Península Ibérica, pueden estar inspirados en prototipos de Jonia y Frigia, seguramente traídos por los focenses. Ya se ha señalado que los focenses introdujeron en la Galia el cultivo del olivo y de la vid, pero en la Península Ibérica lo pudieron hacer los fenicios. No antes de mediados del siglo VII lo fue en Italia donde es seguro que lo introdujeran los griegos (Plinio, 15.1). Estos cultivos, al menos el de la vid, se debieron generalizar pronto, como lo indica que Massalia fabricase recipientes para transportar vino y aceite y desarrollase un intenso comercio con los indígenas. La costa y el interior recibieron cerámica griega. El arte celta pronto acusó el impacto del arte griego, como ha demostrado P. Jacobsthal. Ya se ha mencionado la crátera de Vix. Las ofrendas de esta tumba —laconias, áticas y etruscas— prueban cómo productos de muy distinta procedencia se juntaban probablemente por el mismo mercader.

A 3 km de Vix se excavó otro túmulo, que contenía un gran caldero de bronce, con cuatro prótomos de grifos, junto con un soporte en forma de trípode. En la Península Ibérica han aparecido también estos grifos (Andalucía). El ejemplar galo se fecha en la primera mitad del siglo VI y la crátera de Vix hacia el 520. Estas piezas indican la existencia de una ruta del estaño seguida por los griegos de Massalia.

A partir del 500 la importación de cerámica decae, mientras la de Ampurias se mantiene y aumenta. Ello se debe a los acontecimientos que siguieron al cambio de la cultura del Hallstatt por la de La Tène. Ahora la ruta conduce a los Alpes y a Italia. Los bronce de esta ruta no son griegos, sino etruscos.

De la fundación de Rhode (Rosas) en las proximidades de Ampurias, por los rodios, antes de la primera olimpiada (776 a. de C.) —a la que alude Estrabón (3.4.8; 14.2.10)— no se conservan huellas arqueológicas. Hoy se descarta la presencia rodia en Occidente al no haber aparecido abundantemente esta cerámica en la Península Ibérica. Tampoco se han detectado asentamientos rodios en las islas Baleares, citados por Licofrón, ni se tiene constancia arqueológica de las tres colonias massaliotas (Hemeroskopeion, Alonis y Akra Leuke) recordadas por Estrabón (3.4.6). Su influencia se deja sentir en la cultura ibérica, principalmente en el alfabeto ibérico, de origen jonio y en la escultura.

Tampoco tienen valor histórico las leyendas de la llegada a Occidente de los héroes troyanos (Odiseo, Anfiloco, Antenor, Ocellas, Menesteo, Tlepolemo, Teucro, Menelao y Diomedes), pues son creaciones de la época helenística, ni las colonizaciones míticas.

Ampurias fue en origen un asentamiento fenicio y etrusco, a juzgar por la cerámica más antigua. Los focenses se asentaron más tarde en la Palaïopolis, donde ha aparecido la cerámica más arcaica, y de aquí pasaron a tierra firme. En la Palaïopolis debió de fundarse el templo de Artemis Efesia; Estrabón (3.4.8) escribe sobre el particular:

Primeramente los ampuritanos se establecieron en cierta islita cercana, que hoy llaman Palaia Polis, pero ahora viven en la tierra firme. La ciudad forma una dípolis, dividida por un muro, porque en sus comienzos algunos indígenas, que vivían en su proximidad y con el fin de gozar con seguridad de su propia administración, quisieron tener un recinto separado del de los griegos, el cual fue doble, pasando por la mitad. Mas con el tiempo formaron una sola ciudad, mezclándose leyes helenas con bárbaras, tal como acaece en otros muchos lugares.

Es posible que la colonia primero se llamara Cypsela, citada en la *Ora Maritima* de Avieno (527). La ciudad excavada es la helenística. La muralla ciclópea de la que se conserva una puerta con torres, no es anterior a mediados del siglo III a. de C.. Su influencia en la región fue grande, como lo indica la profunda helenización de la vecina ciudad de Ullastret.

En Ampurias se ha localizado una céntrica *stoa*, que parte del ágora por el lado este. Próximos a la puerta meridional de la ciudad se han localizado dos conjuntos de arquitectura helenística de carácter religioso: uno es un Asklepeion, contemporáneo de la muralla ciclópea. El *temenos* está delimitado por la muralla de la ciudad en dos lados y por un ancho muro de cantería. Se ascendía por una escalinata a un amplio podio seguido de dos edículas. A la derecha se levantó un edificio de dos plantas, dotado de una tribuna con pórtico.

En el ángulo suroeste se construyó una nave rectangular y frente a ella un podio con dos aras encima. Las dos edículas estarían dedicadas a Asklepios y a Hygieia.

Al otro lado de la plazoleta, situada a la entrada del Asklepeion, se levantó el templo de Serapis sobre podio, al que se sube por dos escalerillas laterales. El amplio *temenos* estaba rodeado de una columnata.

Influjo griego en el arte ibérico

Arquitectura. En la cultura ibérica quedó bien patente el influjo jónico. Al influjo focense se deben los frisos de palmetas y flores de loto, como el que puede verse en un capitel de Illici, hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, las franjas de meandro y las molduras de cyma jónica de ovas y dardos, la sarta de cuentas y los carretes tan frecuentes.

Estos elementos arquitectónicos se generalizaron a partir del siglo V, como lo prueba la necrópolis de Galera. Es probable, como sugiere A. Blanco, que muchos elementos del orden jónico se transmitiesen a la escultura ibérica en su segunda fase, siglo VI a. de C. A este periodo corresponderían las basas áticas, los capiteles de volutas y los fragmentos de cornisas del templo jónico de Illici, que sería el consagrado a Juno, conocido por monedas de Augusto.

En La Albufereta (Alicante) han aparecido fragmentos de un capitel jónico en marfil y restos de un mueble importado, semejante a un ejemplar en mármol de Larisa.

Escultura. Pieza importante procedente de un taller de Atenas y trabajada en mármol pentélico es el Asklepios de Ampurias, labrado en dos partes principales y en otras menores. Su cabeza recuerda a la de Zeus de Milasa. Su fecha hacia el 225 a. de C. Con ella aparecieron otros fragmentos de escultura: una parece pertenecer a una imagen de Hygieia y la otra a algún otro dios. Una bella cabeza femenina de tamaño menor que el natural, de fecha poco anterior, podía haber pertenecido a una estela y ser importada del Ática en el siglo IV.

Bronces. Ya se han mencionado los cascos corintios del Guadalete, hacia 625, y de Huelva, de la segunda mitad del siglo VI, que pudieron llegar en barcos fenicios, al igual que un prótomo de grifo, procedente probablemente de Andalucía, que coronaba un gran caldero; es obra datada en torno al 600 a. de C.

De comienzos del siglo V probablemente, traída de Atenas, es la Atenea Promachos de Menorca. La mayoría de los bronceos hallados en suelo hispano son etruscos, como la cabeza de pantera de Ampurias, fechada en el siglo VI, la sirena de Rafal del Toro (Menorca), el jabalí afado de Torelló (Menorca), el niño recostado de La Algaída (Sanlúcar de Barrameda), la mujer reclinada de El Raso (Candeleda, Ávila), el Sileno de Capilla (Badajoz), el sátiro de Lluchmayor (Mallorca) o el centauro de Rollos (Murcia).

En las tumbas del periodo orientalizante de Huelva, junto a piezas que siguen modelos fenicios, otras son imitaciones rodias.

La región del noroeste, asiento de la importante colonia de Ampurias, no ha proporcionado hasta el momento presente bronceos griegos. En cambio, las islas Baleares han dado bronceos griegos, al igual que la región del sureste y sur. Piezas como el centauro de Rollos, el sátiro del Llano de la Consolación y la estatuilla femenina de Atarfa, como indica A. Blanco, debían ser en su época excepciones, de donde deduce este autor que el influjo del arte griego sobre el ibérico difícilmente se produjo a través de los bronceos griegos.

La presencia de bronceos griegos en las islas Baleares la explica A. Blanco, no por los mercenarios baleares e iberos, que fueron a Sicilia o a Grecia, sino por la llegada

de grandes cantidades de productos de artesanía griega, cerámica y terracotas, que después fueron copiadas libremente en las Baleares, al igual que los productos púnicos.

Las cabezas de Costig, fundidas en hueco, con los cuernos acoplados, de arte superior al de los toros ibéricos, indican claramente que en las islas trabajaron expertos fundidores.

A un taller suritálico de Locroi atribuye A. Blanco el arquero de Lluchmayor fechado a finales del siglo VI a. de C., que quizás represente a Heracles joven; de un taller itálico salió la Atenea de Porreras (Mallorca), alrededor del 500 a. de C. El sátiro de Establiments se data en el siglo V a. de C..

En las Baleares han aparecido tres Ateneas Promachoi: Porreras, Menorca y en Santanuy, esta última fechada hacia el 480. A los finales del siglo V pertenece un Odiseo pensativo hallado en Beniparrachet. Guerreros armados con lanza son: el guerrero de Cádiz, hoy en el Louvre, y los ejemplares mallorquines de Sineu, de Capdepera, de Lluchmayor y Son Carrio, ejemplares que algunos consideran, sin embargo, dentro del arte ibérico. Una estatuilla de Capdepera y una cabeza de Lluchmayor, recuerdan por la fisonomía y la forma del yelmo a piezas chipriotas.

Terracotas. Son de nuevo las Baleares las que han proporcionado el mayor número de terracotas griegas, especialmente en la necrópolis de Puig dels Molins y en el santuario de Ès Cuyram.

El pebetero en forma de cabeza de Perséfone, de buen arte helenístico, se generalizó en Ibiza, en Ampurias y en la costa levantina, lo que posiblemente sería una prueba de la extensión de su culto entre los iberos. Muchas de estas terracotas ibicencas proceden de Sicilia y del sur de Itálica, pero algunas llegaban de Rodas, de Quíos o de la propia Grecia. Estas terracotas influyeron en las Damas de Elche y de Baza.

Escultura animalística. Pertenecen a ella el grupo de leones de Nueva Carteya (Córdoba), siglo V a. de C., el toro de Porcuna (Jaén), la bicha de Balazote (Albacete) y la cierva de Caudete.

Escultura ibero-focense. Han sido E. Langlotz y A. Blanco los que han reconocido el influjo focense en una serie de esculturas ibéricas, como en una cabeza mal conservada de Illici, emparentada con una obra focense del Museo de Berlín. Un busto del Cerro de los Santos se asemeja a la Meter de Klazomenai.

A estímulos griegos se deben la esfinge de Agost, el Grifo de Redovan, la cabeza femenina de Alicante, las esfinges de El Sadobal y de Bogarra, etc.

El inicio de la escultura ibero-focense se data en los veinte últimos años del siglo VI, como lo indican la citada cabeza de Illici y la cabeza de esfinge de Alicante, que recuerda a las korai del arcaísmo antiguo, atribuidas en la Acrópolis de Atenas a escultores jónicos, y a las cariatídes del Tesoro de los Sifnios, también obra de artistas jonios. La esfinge de Agost se ha comparado con la Esfinge de Spata. Esta pieza y otras de la región, como la Esfinge de El Salobrai y la cabeza de Grifo de Redovan, son adaptaciones de la escultura griega, probablemente focense, al gusto indígena. Su fecha es el siglo V.

La antigua Obulco, hoy Porcuna (Jaén), ha dado un conjunto de excelentes esculturas, muchas de cuyas piezas pertenecen a artistas focenses o que trabajan bajo su influjo. Representan guerreros armados con las armas de la meseta, cazadores con sus perros, una Artemis con dos ciervos, una sirena, una esfinge, un león mordiendo a un cordero, un león sobre una palmeta (como en el ánfora pónica de Wirzburg), una cabeza cubierta con casco que tiene características del arte focense, etc. Hay guerreros lu-

chando, otro caído, uno atravesado por lanzas, y uno descabalgado. Visten túnicas cortas y llevan coseletes, anchas correas de cuero, como ciertos bronceos de Sierra Morena y la caetra típica de los iberos. Se conserva una soberbia cabeza de caballo y otra de grifo.

También ha llegado una grifomaquia en la que un varón lucha contra un grifo. Son todas las esculturas arte muy homogéneo, aunque se detectan varias manos, y de gran calidad artística. Las piezas formaban conjuntos. Son exentas la mayoría de ellas y probablemente pertenecen a varios edificios, quizá heroones, tipo de edificios funerarios de influjo griego, documentados también en Urso (Osuño, Sevilla), lo que prueba un influjo de las creencias griegas sobre ultratumba en la mentalidad indígena. Debieron de ser destruidos intencionadamente poco después de ser esculpidos. Son de un arte fino, y nada provincial, con gran libertad de composición y agilidad en los movimientos, que no aparece en el arte ibero. Se emparentan algunas de estas figuras con las de Egina y Olimpia. Se fecha a mediados del siglo V, al igual que la cabeza de Verdolay (Murcia).

La Dama de Elche se ha comparado por su aspecto con una terracota rodia de las Baleares, de mediados del siglo V. Los rodetes del pelo aparecen en terracotas áticas, de la época de los Pisistrátidas. Algunas joyas son griegas y otras fenicias; probablemente era una imagen de culto, y representaba a Astarté o Tanit, diosa muy pintada en la cerámica de Elche, de comienzos de época helenística. La indumentaria de las Damas de Elche y de Baza es ibérica. La Dama de Elche pertenece ya a una fase más evolucionada de la escultura ibérica. E. Langlotz compara su rostro con las damas del templo de Hera en Selinunte. El escultor de esta excepcional pieza pudo formarse en la escuela de escultores de esta ciudad o en la de Siracusa. La cabeza de Atenea del Vaticano ofrece un parecido notable en el rostro. Se fecha la Dama de Elche en la primera mitad del siglo V. La Dama de Baza, obra del siglo IV a. de C., se sienta sobre un trono de garras de animal de tipo griego. Su aspecto general recuerda a las terracotas griegas de la Magna Grecia y de Sicilia. Algunas joyas son griegas, pero otras como los vestidos son indígenas.

Cerámica. Los iberos imitaron las formas griegas, como las cráteras acampanadas y de columnas.

Joyas. Algunas joyas son imitaciones griegas, o acusan el influjo griego. Basta recordar la pátera de Perotito (Córdoba), de época helenística, decorada con un anillo de centauros y centauresas en compañía de un tema tan típicamente celta como la máscara humana mordida por un felino.

Otros influjos griegos.

A influjo jonio, se debe la aparición del alfabeto ibero en la costa levantina, partiendo del jonio, y el conocimiento de la moneda por parte de las poblaciones iberas, ya que Emporiae y Rosas acuñaron moneda, generalizada por los Bárquidas.

Las monedas más antiguas son pequeñas piezas del tipo de las del tesoro de Auriol, del siglo V, localidad próxima a Marsella, que siguen los tipos de moneda de Jonia, aparecidas en Cataluña. Se acuñaron en Rosas o en Ampurias.

Monedas fraccionarias anteriores a las dracmas anepigrafas del siglo IV, se acuñaron en Ampurias. Unas llevan cabeza de Sátiro y gallo, otras, toro embistiendo y tres glóbulos encima. También hay imitaciones de las monedas de Atenas, con Atenea y la

lechuza con las letras E y M. Después vienen otras con las mismas iniciales con cabra y toro androcéfalo.

Otras monedas anepigráficas se atribuyen a Ampurias, ya que son semejantes a las que tienen las letras E y M.

Todas estas monedas de plata obedecen al patrón focense-fenicio o al de la libra siciliana. Circularían al final del siglo V y durante el siglo IV.

A finales del siglo IV o comienzos del siglo III se acuñaron monedas de plata de tamaño grande en Rosas y en Ampurias.

Las de Rosas llevan cabeza de Perséfone y la leyenda RODETON. La dracma ampuritana tiene un caballo parado, coronado por una Victoria volando, y Perséfone con la leyenda EMPORITON.

Estas monedas siguen un patrón suritalico y acusan un fuerte influjo de Cartago, hasta la Primera Guerra Púnica, probablemente por estar Ampurias en el área económica cartaginesa. Las monedas de Rosas y de Ampurias fueron imitadas por los celtas de la Galia.

Hacia el año 241 a. de C. Ampurias acuña dracmas con Pegaso, que se transforman a fines del siglo III. El *Argentum oscense* son dracmas ibéricas de imitación ampuritana, coetáneas de la Segunda Guerra Púnica y de los años siguientes. Es probable que la cerámica griega en el siglo IV funcionara como moneda entre los iberos.

Bronces. En algunos exvotos iberos de bronce, del siglo V, se acusa la influencia jónica o focense en las vestiduras de pliegues oblicuos con grandes ojos sesgados. Algunos recuerdan a las *korai* griegas.

En las facciones del jinete de La Bastida de les Alcuses (Valencia), fechado a finales del siglo V, o a comienzos del siguiente, se detectan influjos de la escultura jonia arcaica.

Monumentos funerarios. De influjo griego y no fenicio son las tumbas ibéricas escalonadas con estela, coronadas muchas veces por un tipo jónico de ovas y de carrete y por una esfinge, sirena, toro, etc.; han aparecido seis en Corral de Saus (Valencia); una o dos en Monforte del Cid (Alicante); dos en La Albufereta (Alicante); dos o más en Illici; una, en el Molar (Alicante); dos, en El Cabecico del Tesoro (Murcia); cinco más en El Cigarralejo (Murcia); una en Coy (Murcia) dos o más, en Los Nietos (Murcia); más de dos en el Llano de la Consolación (Albacete), y más de dos, en Cástulo (Jaén). Se fechan entre los siglos IV y III a. de C.

Las sirenas de Jodar y de Obulco son también de origen griego, al igual que el pilar rectangular de Jumilla, decorado con tres jinetes y una dama sentada despidiéndose de un niño, siglos IV-III. El influjo griego en las creencias de ultratumba es posible que se acuse también en las cráteras de Villaricos.

Exportación de productos hispanos a Grecia. Hacia el año 600 a. de C., Grecia recibía bronce tartésico, bien directamente, bien a través de Cartago, según el testimonio de los de Elea, conservado por Pausanias (6.19.2-4), referente a las dos cámaras de bronce, en total 13 toneladas, regalo del tirano de Sición Mirón, en el santuario de Olimpia. Atenas recibía las salazones gaditanas, citadas en el autor ático de comedias, Eupolis (446-411).

El cómico Aristófanes, en las *Ranas*, 474-5, alude a la murena tartésica. Hacia el año 400, el escritor cómico Antífanes cita las salazones gaditanas, junto al atún de Bizancio. Nicostratos, alrededor del año 380, también las recuerda junto a las de Bizancio: probablemente las llevaban al Pireo los barcos cartagineses (Ps. Arist., *De Mirab. Aux.*, 136). Estas salazones son quizá transportadas en los recipientes de cerámica grie-

ga de finales del siglo V y de la primera mitad del IV, ya que en el periplo del Pseudo Scylax (95 F 112 M) son los mercaderes fenicios los que llevan la cerámica ática al Atlántico.

En Corinto hay ánforas hispanas en el siglo V a. de C. Ánforas griegas y de Marsella son abundantes en los yacimientos ibéricos, como en el Macareno (Sevilla).

CAPÍTULO XI

LAS TIRANÍAS

CAUSAS Y CARACTERÍSTICAS

La tiranía griega fue conocida a lo largo de las épocas arcaica, clásica y helenística. En época arcaica hubo tiranías tanto entre los griegos de Sicilia y de la Magna Grecia, como en Grecia, en las islas del mar Egeo y en la costa de Asia Menor. Fue un paso necesario en la evolución de la constitución política. Muy pocos estados, como Esparta, Egina o la isla de Eubea, se vieron libres de la tiranía como forma política de gobierno: Esparta solucionó sus problemas con la conquista de Mesenia; la isla de Egina era pequeña y no tuvo nunca una agricultura controlada por un número pequeño de terratenientes; la isla de Eubea, resolvió sus dificultades con la temprana colonización de la Península Calcídica y la subsiguiente emigración de parte de su población.

El concepto de tiranía cobró con el tiempo un sentido peyorativo, que en origen no tenía, por obra de los escritores griegos, como Jenofonte, Platón y Aristóteles, que fueron muy contrarios a ella.

Dicho término aparece por vez primera en un fragmento del poeta lírico Arquíloco de Paros, que vivió hacia el 650 a. de C.: «No me importan los montones de oro de Giges / jamás me dominó la ambición y no anhelo / el poder de los dioses. / No codicio una gran tiranía. / Lejos está tal cosa, desde luego, de mis ojos» (20 D).

La palabra tiranía, en estos versos, no tiene un sentido peyorativo; parece ser extraña a la lengua lidia, introduciéndose en la lengua griega en época bastante antigua. Para Arquíloco, tirano carece de sentido político: significaría «el mando». En los líricos arcaicos (Píndaro) y en las corales, al igual que en los trágicos (Esquilo), son sinónimas las palabras tirano y *basileus*. A partir de los historiadores y pensadores del siglo V a. de C., la tiranía es equivalente a usurpación por medios violentos.

La tiranía en la época arcaica significa un gobierno con plenos poderes, apoyado en el pueblo. Fueron las tiranías unas formas de gobierno provisional, pues no se consolidaron. A lo más que llegaron fue a mantenerse dos o tres generaciones (Ortagóridas de Sición, Pisistrátidas de Atenas, Cipsélidas de Corinto, etc.). Solucionaron momentáneamente los gravísimos problemas de carácter económico y social, planteados a amplias masas de la población, en las que se apoyaban. Dieron paso a sistemas de gobierno democrático u oligárquico, liquidando la forma de gobierno aristocrático. La tiranía coincide con una época de gran desarrollo económico (comercio y artesanado)

y social de la *polis* en época arcaica. Los tiranos fueron generalmente grandes constructores (Pisistrátidas, Cipsélidas, Polícrates de Samos, etc.) y reunieron en sus cortes a los principales intelectuales del momento (Pisistrátidas, Polícrates, Hierón de Siracusa). Los tiranos se mantuvieron en excelentes relaciones exteriores y se apoyaron unos en otros. Así, Teágenes de Megara quiso hacer a su yerno Cilón tirano de Atenas; Trasíbulo de Mileto y Periandro de Corinto, hicieron las paces entre sus respectivas ciudades, que estaban en pugna desde la guerra helénica, que dividió a Grecia en dos bandos; Pístrato y Polícrates buscaron el apoyo de Lígdamis de Naxos y aquél también el de otras ciudades. Varios tiranos salieron de las filas de la aristocracia. Otros llegaron a la tiranía desde cargos administrativos o militares.

Aristóteles, en su *Política* (231), señala magistralmente los medios mediante los cuales el tirano llega a alcanzar el poder: «El tirano sale del pueblo y de la muchedumbre contra los selectos, a fin de que el pueblo no sufra ninguna injusticia, por parte de aquéllos. Los hechos los ponen de manifiesto: puede decirse que la mayoría de los tiranos han surgido de demagogos, que han logrado la confianza del pueblo por sus calumnias, contra las clases superiores. De las tiranías, en efecto, unas se establecieron de este modo, cuando las ciudades se habían ya desarrollado. Otras, anteriores, surgieron de reyes, que rebasaban sus derechos hereditarios y aspiraban a un mundo más despótico. Otras, de los ciudadanos elegidos para las magistraturas supremas (porque en un principio las democracias nombraban los magistrados civiles y religiosos para mucho tiempo), y otras en fin, de la elección entre los oligarcas de uno supremo para las magistraturas más importantes. Todos estos procedimientos tenían en común la facilidad de realización, con sólo desearlo, porque disponían de antemano de la fuerza necesaria, unos de autoridad real, y los otros de la de su cargo. Así, Fidón de Argos y otros se hicieron tiranos, siendo ya reyes. Los tiranos de Jonia y Falaris procedían de las magistraturas; Panecio de Leontinos, Cipselo en Corinto, Pisístrato en Atenas, Dionisio en Siracusa y otros procedían de la demagogía.»

Sobre los orígenes de la tiranía el historiador Tucídides (1.13.1) escribió que «acrecentado el poderío de Grecia y preocupada aún más que antes del beneficio, surgieron las tiranías por todas las ciudades, a compás del incremento de las rentas; antes las monarquías eran hereditarias, pero con determinadas prerrogativas, Grecia se lanzó a equipar escuadras y a ocuparse más del mar». El historiador ateniense hace coincidir en este párrafo las tiranías con la expansión mercantil en los territorios transmarinos por parte de artesanos y comerciantes cuya riqueza no estaba en la propiedad de la tierra como para la aristocracia, sino en bienes inmuebles. La aparición de estos artesanos y comerciantes motivó una gran transformación económica y social en las ciudades.

Las causas económicas y sociales que dieron lugar a la tiranía fueron varias:

1.) El hundimiento de la pequeña propiedad agrícola, aplastada de deudas, y oprimida por la aristocracia con grandes propiedades. Este campesinado empobrecido encontraba su salvación, como Perses, el arruinado y hambriento campesino hermano de Hesíodo, en el comercio transmarino. El poeta escribe en *Los trabajos y los días* (644-649): «Cuando tú quieras, con ánimo tornadizo vuelto al comercio, verte libre de las deudas y de la penosa hambre, te enseñaré las leyes del estruendoso mar, aunque no sea experto, ni en la navegación, ni en las naves.» La desastrosa situación económica del hermano de Hesíodo debía de ser la normal en el pequeño campesinado de los siglos VII y IV. La propiedad caía en manos de los terratenientes, se contraían deu-

das y para pagarlas se vendían ellos y sus familias. Magníficamente describe Aristóteles en su *Constitución de Atenas* (II, 1-2) la situación del empobrecido campesinado ático, aunque ella sea apropiada también a otras partes del mundo griego: «Sobrevino discordia entre los nobles y la multitud durante mucho tiempo... eran esclavos de los ricos los pobres, ellos mismos, y sus hijos, y sus mujeres... no tenían derechos políticos.»

2.) La aparición de comerciantes y artesanos. Estos comerciantes generalizan una producción en serie, atendiendo a los mercados del exterior y no a un consumo interior como se había hecho hasta entonces. En este momento la cerámica y los productos griegos invaden los mercados del Mar Negro y del Mediterráneo, llegando hasta el Atlántico (Huelva). Estos artesanos y comerciantes se establecieron en los puertos, donde apoyaron la tiranía, que controlaba las grandes rutas comerciales transmarinas por las que los productos griegos llegaban a los mercados más distantes de las metrópolis, como Huelva, Ampurias (Gerona), o Marsella; así sucedió con Corinto bajo los Cipséidas, con Samos bajo Polícrates, con Mileto bajo Trasíbulo, y con Atenas, bajo los Pisistrátidas.

Solón, a comienzos del siglo IV a. de C., describió las diversas posibilidades de adquirir riquezas (*Frag.* 13): «Cada hombre se afana a su manera. Uno recorre el mar lleno de peces / buscando la ganancia, que llevará a su casa, / azotado por los vientos brutales, sin otorgar valor a su vida. / Otro, abriendo la tierra productora de árboles, se esclaviza / durante todo el año, siguiendo el arado curvo. / Otro, hábil en las tareas de Atenea y de Hefesto, el artífice, / gana la vida con sus manos, / y otro transmite el dón de las musas olímpicas, / porque sabe la medida del arte dulce. / El señor Apolo, que lanza sus flechas a lo lejos, ha convertido a otro en vidente, / y éste sabe cuál es el mal que llega desde lejos a un hombre, / porque los dioses le han otorgado la paciencia; sin embargo, ningún signo advertido en el vuelo de las aves, / ni sacrificio alguno puede desviar lo que ya ha sido marcado por el destino. Otros, los que tienen las habilidades de Peón y sus hierbas curativas, / son médicos, cuya pericia es aún insegura... Ningún límite de las riquezas se ha revelado al hombre, / porque aun aquellos de nosotros que más posesiones tienen / se apresuran a duplicarlas. ¿Quién puede satisfacer todo?»

3.) La aparición de los hoplitas. El tirano se presenta no sólo como defensor del campesinado, de los artesanos y comerciantes, que cada vez son más importantes en la vida económica sino también de los hoplitas, cada día más necesarios en la defensa de la ciudad de sus enemigos exteriores.

Después de la guerra lelantina a finales del siglo VIII a. de C. o en la primera mitad del siglo siguiente, en la que las ciudades de Calcis y Eretria, en la isla de Eubea, lucharon por el valle del Lelanto, se generalizó el armamento de los hoplitas, que consistía en coraza, casco, escudo redondo, lanza y grebas para la defensa de las piernas. Ahora se van a oponer filas de combatientes armados con la nueva armadura, tal como se ve en el vaso Chigi, de mediados del siglo VII a. de C. El armamento hoplítico se lo costeaban los ciudadanos. A partir de este momento se identifica hoplita y ciudadano. Esta masa de combatientes, el pueblo, va a exigir derechos cívicos.

Los tiranos fueron jefes de los hoplitas, como Fidón de Argos, que fue tenido por el inventor y caudillo de los hoplitas, y Polícrates de Samos, que, según Herodoto (3. 120), se apoderó de Samos al mando de 15 hoplitas. Pisístrato alcanzó la tiranía apoyado en tropas mercenarias. Aristóteles (*Política*, 4.1297 b) establece una relación estrecha entre la forma de gobierno y de organización militar. No todos los tiranos al-

canzan la tiranía apoyados en los hoplitas: no hay pruebas de que lo hicieran Cipselo y los Ortagóridas. De todo ello, se deduce, como ya ha señalado Aristóteles, que el tirano es el caudillo del demos, al que pertenecieron los hoplitas, en lucha contra los intereses de la aristocracia.

4.º) La tiranía también suele coincidir con la introducción de la moneda, que cambió la economía de intercambio (como era la homérica) en economía monetaria, lo que motivó que la compra y venta de productos se generalizase y agilizase.

Las tiranías fueron motivadas por la incapacidad de los aristócratas para solucionar los problemas de los ciudadanos enriquecidos, y del campesinado arruinado. En algunos casos, como en los de Argos y Atenas, la aristocracia fue incapaz de resolver los conflictos con otras ciudades. En las colonias de Sicilia y la Magna Grecia, la aparición de la tiranía fue más reciente que en Grecia o en la costa de Asia Menor. Otras veces la tiranía fue ocasionada por los problemas planteados por vecinos poderosos, Lidia o Persia para el Asia Menor, y Cartago para Sicilia. En Jonia los persas favorecieron la implantación de las tiranías, a partir del año 546 a. de C. La tiranía desapareció por su vinculación y dependencia de las cualidades personales del tirano, o por las luchas intestinas que originaron para alcanzar el poder otros personajes ambiciosos.

LA TIRANÍA EN JONIA

La tiranía debió de ser la forma de gobierno generalizada en toda la costa jónica; si bien de algunos tiranos sólo se conserva el nombre como Anfides y Politecnos de Quíos, Ortiges de Eritras y Píndaro de Éfeso.

Trasíbulo

Mejor conocimiento se tiene de la tiranía de Trasíbulo en Mileto, la gran metrópolis de Asia Menor, que vivió en el primer decenio del siglo IV a. de C., contemporáneo de Solón. Fue pritano, lo que indica que era de origen aristocrático. Probablemente, aprovechándose del protagonismo que desempeñó en la guerra de Mileto contra el rey lidio Aliacte, contada por Herodoto (1. 20-22), se convirtió en tirano. Su gobierno coincidió con un momento de gran expansión comercial y cultural. Mileto fundó muchas colonias en el Ponto Euxino, y controló el importante mercado griego de los samios y los eginetas en el delta del Nilo, Naucratis. Exportaba aceite y vino, e importaba pieles, ámbar y esclavos del Ponto Euxino. Sus lanas eran famosísimas y llegaban hasta Etruria, lo que indica que tenía una excelente ganadería de ovejas. Era la principal abastecedora de grano.

Se desconocen las causas que motivaron la llegada de la tiranía a Mileto. De las luchas que siguieron durante dos generaciones a la caída de la tiranía, recogidas por Herodoto (1. 20-22) y que motivaron el arbitraje de los de Paros, la pugna entre la grande y la pequeña propiedad, se han deducido las causas que ocasionaron la tiranía. Los ricos no sólo poseían las tierras, sino que además se dedicaban al comercio transmarino, y así disponían de naves en las que exportaban sus excedentes agrícolas. Los pobres serían propietarios modestos, y a la vez hoplitas. Estos pequeños campesinos depauperados se unirían a los artesanos y pequeños comerciantes, contra los ricos terratenientes, también comerciantes.

A Trasíbulo sucedieron en la tiranía otros dos tiranos, Damasenor y Toas, que quiza gobernaron juntos, como lo hicieron Hippias e Hiparco en Atenas después de la muerte de su padre.

Los tiranos de Mitilene

La ciudad de Mitilene, enclavada en la isla de Lesbos, había sido gobernada por el *genos* de los pentílidias, (al igual que el de los Baquíadas lo había hecho en Corinto), y se gloriaban de descender de Orestes, a través de su hijo Penthilos. Su costumbre de apalear al pueblo, en opinión de Aristóteles (*Política*, 5, 1311 b), ocasionó su ruina, y fueron expulsados por Megacles y sus compañeros. La aristocracia de Mitilene se encontraba profundamente dividida y enredada en luchas intestinas. Se conocen los nombres de algunas de las principales familias aristocráticas, la de Alceo y sus amigos, la de los Ceanáctidas, que descendían de los Pentílidias, y seguramente la de los Arqueanáctidas. Los tiranos de Mitilene pertenecían a estas familias. Alceo es la principal fuente para conocer estas luchas intestinas, que duraron entre los años 620 y 570 a. de C. aproximadamente.

En Mitelene, a finales del siglo VII, alcanzó la tiranía Melancros, que murió asesinado; le sucedió Mirsilos, por cuya muerte escribió un brindis funerario el aristócrata Alceo: «Ahora debemos emborracharnos, beber en exceso, porque Mirsilos ha muerto» (*Frag.* 332). Melancros había sido expulsado del gobierno por Pítaco y los hermanos de Alceo, hacia el año 610 a. de C. A continuación estalló una guerra entre Mitelene y los colonos atenienses de Sigeo, en la Troade. Ambas partes apelaban a sucesos de la guerra de Troya, pero en realidad se disputaban el control del Estrecho. Para Atenas era vital este control, en función de la importación del trigo del Ponto Euxino. Pítaco mató al caudillo ateniense. El arbitraje de Periandro terminó esta guerra, en la que Alceo arrojó el escudo. Los dos grupos existentes tramaron una conspiración contra la tiranía de Mirsilos, Pítaco se pasó al bando del tirano y Alceo se vio obligado a exiliarse, destierro que fue insoportable para el poeta (130 L-P): «Yo desdichado vivo a la manera de un campesino, / anhelando escuchar, Agersilaidas / los gritos que pregonan la asamblea / y el consejo. / Eso que mi padre y el padre / de mi padre tuvieron hasta viejos / entre esos ciudadanos siempre rencilla. / Pero estoy alejado de ellos yo, / exiliado en la lejanía y aquí, / como Onomacles, en país de lobos / habito resignado a la guerra. / No es mejor soportar la revuelta... / Aquí el recinto de los dioses felices / frecuente cruzando esta oscura tierra, / con otras compañeras de camino... / y, con mis pies lejos de males, vivo / donde las lesbias de rozagante peplo / vienen a competir en belleza. Aquí / en torno retumba el griterío inmenso / de mujeres en sus anuales fiestas saeras. / ¿Cuándo de mis muchos pesares me van a liberar los Olímpicos?» El poeta lírico (129 P. L.) ha descrito bien el juramento de los conjurados contra Pítaco: «... Vamos / con ánimo benévolo escuchad / nuestra súplica y salvadnos / de estos rigores y el amargo exilio. / Y que caiga sobre el hijo de Hiras (Pítaco) / la Erinis vengadora de quienes antaño / juramos, con rito sagrado, no entregar / nunca a ninguno de los compañeros, sino quedar muertos revestidos de tierra, / a mano de los hombres que entonces / mandaban o matarlos y al pueblo / librarlo luego de penalidades. / Mas entre ellos el panzudo no habló / de corazón, sino que sin reparos / los juramentos pisotea y devora / nuestra ciudad.»

De Pítaco, asegura el poeta: «Al malnacido Pítaco de esta ciudad / desdichada y cansina, le han hecho tirano, después que todos le elogiaron mucho.» Debieron estallar graves disensiones internas como lo indica Alceo (46. D): «Me desconcierta la revuelta de los vientos. / De aquí llega rodando una ola y por allá / otra, y nosotros en medio arrastrados / nos vimos en nuestra nave negra, / afligidos por la muy enorme tempestad. / El agua de la sentina ya cubre el pie del mástil. / Toda la vela está ya transparente y cuelga en grandes jirones su tela, / no logran asidero las anclas, y el timón... / mis dos piernas se afirman en las jarcias / y sólo esto me mantiene a salvo. / Toda la carga arrastrada fuera de la borda va.» Pítaco es contemporáneo de Solón, y fue elegido tirano según la afirmación del poeta lírico de Mitilene, al igual que a Solón también le quisieron hacer tirano. Se ha supuesto que la subida al poder de Melancro y Mirsilo se caracteriza por luchas internas violentas, lo que motivaría probablemente que la aristocracia hiciera concesiones para pacificar la ciudad. La tiranía de Pítaco duró diez años hasta que éste dejó voluntariamente el poder. Su nombre va unido a una redistribución de tierras, al decir del historiador Diodoro (5. 246), lo que demuestra que en Mitelene existía el mismo problema de la concentración de la riqueza agrícola en pocas manos, las de los aristócratas, lo que ocasionaba grandes desequilibrios sociales y económicos.

Pítaco gozó de un gran prestigio, como lo indica que fuera contado entre los siete sabios de Grecia y celebrado en los cantos populares, como la canción lésbica de la mollienda. «Muele, tritura, muele, porque también muele Pítaco, el que gobierna en la gran Mitelene.»

Fue también un excelente legislador. Legisló para frenar la competencia social de los aristócratas; limitó los gastos de los funerales, y el uso de los ajuares lidios, tan estimados por Safo; decretó multas dobles por los crímenes cometidos en estado de embriaguez, pero no cambió la constitución (Aristóteles, *Política*, 1274 b).

La pacificación de Mitelene permitió la vuelta de los aristócratas desterrados, a los que se les debió privar de sus tierras, entre los que se encontraba Alceo, que cantó las tiranías de su ciudad con tintes tan sombríos.

Después de los diez años para los que fue elegido, entre los años 590 y 580 aproximadamente, renunció al poder y vivió como ciudadano privado; se asemeja así a Cípselo, por ser figura marginal dentro de la aristocracia. Se rumoreaba que su padre era tracio y su madre quizás pertenecía a la nobleza. Al igual que otros tiranos, su elección y gobierno demuestran, que la tiranía obedecía a la necesidad del pueblo de encontrar un líder contra la aristocracia.

Alceo (54 D) ha descrito magníficamente la vida de la aristocracia lesbiana, muy próxima al mundo homérico, y que en otras partes sería muy parecida: «Destella la enorme mansión con el bronce, / y está todo el techo muy bien adornado / con refulgentes cascos, y de ellos / cuelgan los largos penachos de crines / de caballo, que engalanan el arnés / de un guerrero. De ganchos que ocultan / que están enganchadas las grebas brillantes / de bronce, defensas del más duro dardo, / los coseletes de lino reciente / y cóncavos escudos cubren el suelo. / Junto a ellos están las espadas de Cálcide, / y muchos cintos y casacas de guerra. / Ya no es posible olvidarnos de eso, una vez que a la acción nos hemos lanzado.»

Estamos relativamente bien informados sobre la tiranía de Polícrates de Samos, que vivió en la segunda mitad del siglo IV a. de C. Perteneció a una familia aristocrática. Samos era ya, desde hacía un siglo, una gran potencia naval, como lo indica el viaje de Colaios de Samos, que hacia el año 630 a. de C. volvió de Tartessos cargado de riquezas, viaje bien descrito por Herodoto (4. 152): «Allí negociaron tan bien con sus géneros, que ninguno les igualó jamás en la ganancia del viaje, al menos de aquellos de quienes puedo hablar con fundamento, exceptuando siempre a Sóstrato de Egina, hijo de Laodamante, con quien nadie puede rivalizar en lujo. Los samios poniendo aparte el décimo de sus ganancias, que subió a seis talentos, hicieron con ella un caldero de bronce, a manera de pila argórica, alrededor de él había unos grifos mirándose y era sostenido por tres colosos puestos de rodillas, cada uno de siete codos de alto. Fue dicado en el Heraion.» Samos debió sufrir antes de Polícrates los graves problemas que llevaron a la tiranía, como se desprende de la intentona de Demósteles de instaurar, como Cilón en Atenas, este régimen político (Plut., *Mor.*, 303 c-304 e). Según se indicó, Polícrates se convirtió en tirano (Her., 3. 120) con la ayuda de sólo 15 hoplitas, si bien contó con el apoyo de Ligdamis de Naxos. En opinión de Herodoto (3. 122), «había formado el proyecto de alzarse con el imperio del mar, habiendo sido en este designio el primero de los griegos, al menos de los que tengo noticias... Fue Polícrates el primer griego que se lisonjeó con la esperanza de sujetar a su mando la Jonia e islas adyacentes». El historiador de Halicarnaso pone en boca del persa Oretes las siguientes palabras que describen bien la ambición de Polícrates: «Estoy informado de que meditas grandes empresas.» De hecho, controló el Mar Egeo; fue mediador entre los griegos del continente y los de Asia Menor y estuvo en excelentes relaciones con el rey de Egipto, Amasis (Her., 3. 40-43), con quien firmó tratados de amistad y de hospedaje público. Herodoto (3.39) ha descrito bien los principales hechos de la tiranía de Polícrates: «Al mismo tiempo que Cambises hacía su expedición contra Egipto, emprendían otra los lacedemonios hacia Samos contra Polícrates, hijo de Eaces, que en aquella isla se había levantado. Al principio de su tiranía, dividió en tres partes el Estado. Repartió una a cada uno de sus hermanos pero poco después reasumió el mando de la isla entera, dando muerte a Pantagroto, uno de ellos, y desterrando al otro, Silosonte, el más joven de los tres. Dueño ya, único y absoluto del Estado, concluyó un tratado público de amistad y confederación con Amasis, rey de Egipto, a quien hizo presentes y de quien asimismo los recibió. En muy poco tiempo los asuntos de Polícrates gozaron hasta tal punto de fortuna y celebridad, que tanto en Jonia, como en lo restante de Grecia, sólo se oía en boca de todos el nombre de Polícrates, observando que no emprendía expedición alguna en que no le acompañase la misma felicidad. Tenía, en efecto, una armada naval de 100 pentecónteras, y un cuerpo de mil arqueros a su servicio, atropellábalo todo sin respetar a hombre nacido, siendo su máxima favorita que sus amigos le agradecerían más lo restituído que lo nunca robado. Se apoderó a viva fuerza de muchas de las islas vecinas y de no pocas plazas del continente. En una de sus expediciones, ganada una victoria naval a los lesbios, que habían salido con todas sus tropas a la defensa de los de Mileto, les hizo prisioneros y cargados de ca-

denas les obligó a abrir en Samos el foso que ciñe los muros de la plaza.» Sin embargo, tuvo muchos descontentos de su gobierno en Samos, como se desprende de que: «entresacó entre sus paisanos aquellos de quienes sospechaba estar dispuesto para alguna sublevación, los envió en 40 trirremes a Cambises, suplicándole que no los devolviese» (Her., 3.44). En el párrafo siguiente Herodoto (3.45) afirma que fueron vendidos por Polícrates. El carácter cruel de Polícrates queda bien reflejado en la anécdota recogida por Herodoto (3.45): «Tenía encerrados en el arsenal a los hijos y mujeres de los demás samios fieles, estando todo a punto para pegar fuego al arsenal y abrasar vivas a todas aquellas víctimas en él encerradas, caso de que sus samios se pasaran a las filas y al partido de los que volvían de la expedición de Egipto.»

Un dato interesante lo transmite Herodoto (3.45) al describir que era «un tirano que además de la mucha tropa asalariada para su defensa, tenía gran número de flecheros por guardia de su casa y persona», en lo que se parece a Pisístrato, Periandro, Hierón y Dionisio, que contaron con guardias personales para mantenerse en el poder. Espartanos y corintios fueron sus encarnizados enemigos (Her., 3.44.47-48). Polícrates, al igual que Pisístrato, Gelón, o Dionisio, reunió a los mejores poetas del momento. Su corte fue visitada por Anacreonte, e Ibico, poetas líricos ambos, y por Pitágoras. En su corte trabajaron Teodoro, que fabricó el anillo más preciado que tuvo Polícrates y Mnesarco, padre de Pitágoras, que terminó huyendo y refugiándose en Sicilia. Vivió con gran lujo. Los adornos todos muy ricos y vistosos que tuvo Polícrates en su aposento fueron consagrados en el Heraion de Samos.

Polícrates fue un gran constructor; además del túnel, obra de Eupalmio de Megara, para traer agua, hizo un puerto y el templo del Heraion, obra del arquitecto Roikos. Dentro de la ordenación urbana de las ciudades que llevaron a cabo los tiranos (Trasíbulo en Mileto, Polícrates en Samos y Éfeso en tiempo de Creso), hay que situar la planificación geométrica, que después se atribuirá al arquitecto Hipódamo de Mileto, pero que es anterior a él. Su carácter tornadizo, según las circunstancias, explica que traicionase el tratado de Amasis y que se pasara al bando de Cambises (Her., 3.44). Su ambición le llevó a Magnesia de Meandro, donde fue capturado a traición por el sátrapa persa Oretes, atormentado cruelmente y colgado en un aspa (Her., 3.125).

Con motivo de describir su muerte, Herodoto dio un juicio altamente elogioso de su persona, al afirmar que ninguno se hallará entre los tiranos o príncipes griegos, a excepción solamente de los que tuvieron los siracusanos (Gelón y Hierón), que en lo grande y magnífico de los hechos pueden competir con Polícrates de Samos.

LOS TIRANOS DEL ISTMO DE CORINTO

En varias regiones de la península del Peloponeso, como Elide, Arcadia, Acaya y Esparta, no se dieron las circunstancias económicas y políticas que favorecieran la llegada de la tiranía. En cambio, en Argos, Corinto, Sición y Megara, se produjeron dichas premisas.

Argos

Hay poca información sobre Fidón de Argos, que fue el séptimo rey de esta ciudad, pero considerado como tirano, lo que indica que convirtió la monarquía en una tiranía,

o que gobernó con gran severidad. La fecha de su gobierno no es segura. Se discute entre la primera y la segunda mitad del siglo VII a. de C. De él escribió Herodoto (6.127): «Fidón, ordenador de los pesos y medidas de los peloponesios, hombre el más violento e inicuo de todos los griegos, que habiendo quitado a los eleos la presidencia de los juegos olímpicos, se alzó con el empleo de agónoteta.» Su nombre va unido a la introducción de la moneda en Grecia; el apoyo de los hoplitas le permitió controlar su ciudad y el norte del Peloponeso, y crear un gran imperio argivo frente a Esparta. Fuentes de poco crédito le atribuyen una intervención en Egina y en Corinto. Desarrolló el comercio a través de Nauplia y de otros puertos de la Argólida. A su muerte, Esparta se convirtió en la potencia hegemónica de la península del Peloponeso.

Corinto

La tiranía más antigua de la que hay noticia es la de Corinto. Gobernaba la ciudad con anterioridad el *genos* aristocrático de los Baquíadas, creadores de una gran prosperidad comercial ya que, según Estrabón (378), explotaron el comercio portuario sin límites. Esta prosperidad mercantil se debía, según Herodoto (2.167), a que los corintios son quienes menos desestiman y desdeñan a los artesanos. A partir del año 750 a. de C. en el santuario de Hera aparecen objetos votivos importados, como marfiles, amuletos, escarabeos, vasos y broches, que prueban unas fuertes relaciones con el Oriente. Tucídides (1.13) escribió: «Corinto merced a su emplazamiento en el Istmo, fue desde tiempo inmemorial un emporio, pues los antiguos griegos, tanto del interior del Peloponeso, como del exterior, comunicábanse entre sí más por tierra que por mar, atravesando este territorio; así que era poderosa por su riqueza, como lo evidencia asimismo el epíteto de opulenta que le adjudicaron los antiguos poetas. Cuando los griegos se dieron más a la navegación, los corintios, dueños de una flota, destruyeron la piratería, y teniendo posibilidades comerciales acrecentaron el poderío de su ciudad con los ingresos.» En este mismo párrafo el historiador ateniense recoge la noticia de que los corintios pasaban por ser los primeros que construyeron navíos de estructura más avanzada. La mayoría de los colonos no corintios debían ir a través de su puerto a las colonias. Favorecía mucho el comercio corinto el que contara con dos puertos, Laqueo y Cencreo, asentados en los golfos de Corinto y Sarónico, unidos por un *diolkos*, que permitía el traslado de las naves de uno a otro golfo. El comercio a las colonias debió pasar a través del puerto de Corinto y se hacía en barcos corintios. Hacia el año 700 a. de C. los productos corintios llegaban a la Península Ibérica, si bien, al parecer, venían en barcos fenicios. Desde el primer cuarto del siglo VII a. de C. se generalizó la cerámica corintia en Al-Mina y en todas las colonias orientales. Los Baquíadas comerciaban con Etruria, como lo indica que el baquíada Demárato, a la caída de la aristocracia en Corinto, se exiliase a Tarquinia con artesanos corintios, e introdujese en Etruria el uso de la escultura en terracota; su hijo Tarquino llegó a ser rey de Roma (Dion. Hal., *Antigüedades romanas*, 3.46). El derrocamiento de los Baquíadas puede obedecer a que éstos constituirían un *genos* cerrado, que prohibiría el matrimonio fuera de él. Otros factores pudieron ser económicos, como la generalización de la riqueza, debida al artesanado, el comercio y el tráfico marítimo.

Cipselo, emparentado con los Baquíadas por parte materna (Her., 8.92), suprimió el gobierno de la aristocracia. Sobre su nacimiento corrían leyendas, recogidas por He-

rodoto, semejantes a las que circularon sobre Sargón de Acad, Moisés, Ciro, Edipo, Habis o Rómulo, que explican la aparición de un nuevo gobernante, relacionado con el antiguo régimen, con orígenes en el pueblo y protegido por los dioses.

De Cipselo escribe Herodoto (5.92) que llegó a ser señor de Corinto, y con esto un tirano que desterró a muchos ciudadanos y a otros quitó los bienes; después de un gobierno de treinta años, su hijo Periandro siguió su ejemplo, pues «a cuantos había el cruel Cipselo dejado vivos o sin expatriar, a todos los mató o desterró Periandro». Este dato sobre su carácter cruel y violento queda confirmado por una anécdota recogida por Herodoto (3.48), según la cual envió a Sardes, al rey Aliates, 300 niños tomados de las primeras familias de Corcira (eran los hijos de los Baquíadas, que se habían refugiado en Corcira) para ser castrados, lo que prueba cómo los tiranos anulaban todo tipo de oposición; ésta oposición venía de las antiguas familias aristocráticas que veían con la tiranía mermada su riqueza y perdido el poder político. Con Periandro, como con Hipias en Atenas, se endureció la tiranía, como lo demuestra el hecho de que iba acompañado por una guardia personal (Nic. Dam., *FHG*, 90F58). El asesinato de su esposa; la destitución de su suegro Procles, tirano de Epidauro; la disputa con su único hijo asesinado en Corcira, y la quema de los vestidos de las mujeres de Corinto en ofrenda a su esposa muerta, en un acto de necromancia, prueban que los tiranos se hallaban fuera de la ley y no reconocían ningún freno al poder.

El oráculo de Delfos apoyó la causa de Cipselo (Her., 5.92), que mantuvo el título de rey, que usaban los Baquíadas. Periandro legisló contra el lujo de los ricos, por lo que fue contado entre los siete sabios de Grecia (Arist., *Política*, 1315 b). Bajo la tiranía de los Cipsélidas, Corinto alcanzó el cenit de su grandeza. Ambos desarrollaron un programa de política colonial en el exterior: Corcira fue sometida a la fuerza; Epidauro cayó en el área de control corintio; las fundaciones de Ambracia, Anactorium, Apollonia, Epidauro y Leucas abrieron el camino al mar Adriático y una ruta que permitió a Corinto el acceso a los mercados de Italia y del noroeste de Grecia. De aquí se importaban materias primas, como maderas, tan necesarias para las construcciones navales, y flores, de las que obtenía los famosos perfumes que después exportaba, así como metales. En la península Calcídica se colonizó Potidea, que era una buena base para llegar a las minas de Macedonia, y en el Quersoneso Tracio, región rica en minas, Cipsela. Los establecimientos corintios estaban unidos por depender políticamente de la metrópoli. En este aspecto la tiranía amplió considerablemente la política expansionista de los Baquíadas, controlando mediante sus colonias las vías de acceso al Adriático y al Mediterráneo central. Periandro procuró estar en buenas relaciones con otros gobernantes: mantuvo amistad con los tiranos de Jonia; fue el árbitro entre los atenienses y los mítilenios, según se ha indicado ya; fue huésped y amigo íntimo de Trasíbulo (Her., I, 20). También mantuvo buenas relaciones comerciales con Egipto. Procuró igualmente intervenir en los asuntos internos de Atenas, mediante enlaces matrimoniales con las familias de los Filaidas (Her., 6.128) y de los Pisistrátidas (Arist., *Ath. pol.*, 17.4), lo que indica el gran prestigio de que gozaba la tiranía de Corinto fuera del Peloponeso, incluso entre las mejores familias aristocráticas. El influjo económico de Corinto en Atenas fue grande, lo que queda bien patente en el hecho de que la capital del Ática, hacia el año 590 a. de C., cambió el sistema monetario egineta por el de Corinto. El impacto de la cerámica corintia en la ática es bien evidente. En cambio, Corinto estuvo en malas relaciones con otra potencia comercial importante, Egina.

Ya se han señalado algunos aspectos de la política interior de los Cipsélidas, que

echaron las bases de profundos cambios sociales y económicos, como son el desmantelamiento del poder de los Baquíadas, la confiscación de sus bienes, probablemente unida a una distribución de la tierra y a una contribución sobre los ingresos dedicada a la construcción de obras públicas (Ps. Arist., *Econ.*, 1346 a-b). La corte de Periandro llamó a literatos importantes del momento, como a Arión de Lesbos, que «era uno de los más famosos músicos citaristas de su tiempo, y el primer poeta ditirámico, de que se tenga noticia; pues él fue el inventor del ditirambo y dándole este nombre lo enseñó a Corinto» (Her., 1. 23-34).

Con el tiempo cambió la estructura económica y social, que había ocasionado la llegada de la tiranía, y ésta se derrumbó. La desaparición de la tiranía de Corinto llegó con Psamético, pariente de Periandro. Una revuelta del pueblo, en torno al 540 a. de C., terminó con la tiranía de los Cipsélidas (Nic. Dam., *FGH*, 90 F 60). Probablemente no son ajenos a la caída, como en el caso de los Pisistrátidas, los aristócratas desterrados y la injerencia de Esparta, junto a factores económicos, como la decadencia de la cerámica de Corinto, suplantada en los mercados por la ática de figuras negras. A la caída de la tiranía, como en otras ciudades, siguió un periodo de luchas internas. Corinto no evolucionó hacia una democracia como forma política de gobierno, sino que había un régimen timocrático en el que gobernaron los propietarios de tierras de la clase media.

Los Cipsélidas fueron grandes constructores, con lo que alcanzaban prestigio al embellecer la ciudad con edificios públicos, al mismo tiempo que daban trabajo a las clases bajas y las mantenían pacificadas. Cipselo es el primer gobernante que construyó en Delfos un tesoro, donde guardar las ofrendas. «Se mostró generoso en los regalos que envió a Delfos, pues fueron muchísimas ofrendas de plata que consagró en aquel templo, con otras de oro, entre las cuales merecen particular atención y memoria seis pilas o tazas grandes de oro macizo del peso de 30 talentos, que se conservan todavía en el tesoro de los corintios» (Her., 1.14), lo que prueba que Cipselo estaba en inmejorables relaciones con el gran santuario griego de Delfos. Durante la tiranía de los Cipsélidas, se creó en Corinto el templo dórico, empleándose arcillas en su construcción y decoración. La teja de arcilla fue otra creación corintia y, al decir de Píndaro (*Ol.*, 13.30), el añadir esculturas en la parte superior de los frontispicios. Plinio (35.151-153) atribuye el uso de la arcilla en el modelado y en los adornos a Boutades de Sición, que trabajaba en Corinto. Esta ciudad se encargó de fabricar los revestimientos de terracota en Calidón, Etolia. Se fabricaban en Corinto y se montaban sobre el lugar, como lo indica la numeración. Hacia el año 630 a. de C., un artesano corintio pintó las metopas del templo de Themum fabricadas con arcilla local. En el templo de Artemisa en Corcira, en el año 580 a. de C., se reemplazó la arquitectura de terracota en los templos por el uso de la piedra.

Megara

Megara, como Corinto y Mileto, participó activamente en la colonización, y en compañía de Mileto intervino en la colonización del Ponto Euxino. Como en Corinto, la base de la tiranía estuvo en los grupos nuevos, que controlaban el comercio transmarino. Teognis de Megara es testigo de la decadencia de la aristocracia y de la aparición de una nueva clase pudiente dedicada al comercio. En la poesía de Teognis los buenos son los nobles y los malos los plebeyos. Sus versos son una exhortación a las virtudes

aristocráticas tradicionales. Aconseja, sin embargo, la reserva y la doblez ante los nuevos ricos, ya que ello contribuye al éxito, y a la pervivencia de la aristocracia empobrecida. El espíritu de la época queda bien reflejado en estos versos (700-704): «Para los nuevos ricos tan sólo un modo hay de excelencia: / ser rico. No ve en lo demás provecho ninguno, / ni en que tuvieras la cordura del propio Radamante; / ni más trucos supieras que el Eolio Sisifo, / quien hasta el Hades volvió con sus muchos ardidés.» O como cantó Alceo: «El dinero es el hombre, ningún pobre / resulta hombre valioso, ni apreciado» (101 D).

El fundador de la tiranía es Teágenes, a finales del siglo VII a. de C., pero poco se sabe de él, salvo algunas anécdotas de su subida al poder conservadas por Aristóteles (*Política*, 5.1305 a), quien dice que lo logró después de sacrificar los ganados de los ricos. La tiranía de Megara no alcanzó el esplendor de otras y se hundió poco después de una generación, debido a las luchas feroces que llevaron a la restauración de la aristocracia. La causa de esta debilidad fue que Megara nunca logró la hegemonía de los mares, a pesar de tener dos puertos, como Corinto, Paga y Nisea, situados en los golfos Saronico y Corintio. Estaba estrangulada entre dos potencias más fuertes, Corinto y Atenas, que le disputaban la isla de Salamina.

Sición

Sición estaba peor situada que sus vecinas Corinto y Mégara. No contaba con grandes puertos, pero controlaba la ruta de Corinto por Occidente. Tampoco desarrolló un comercio fuerte, como el de su vecina. Con la subida a la tiranía de Cipselo, se derrumbaron las viejas estructuras aristocráticas por obra de Ortágoras (Diod., 8.24), en la segunda mitad del siglo VII a. de C. Esta tiranía duró más que en ninguna otra parte, pues a su dinastía se le han calculado unos cien años de vida. En política exterior se expansionó Sición en la costa epirota y acarnania, y en política interior Herodoto (6.127) narra el gran prestigio de Clístenes, descendiente de Ortágoras, cuando aspiraron a la mano de su hija, Agaristes, los nobles de Síbaris, de Epidauro, de Etolia, del Peloponeso, de Trapezunte, de Paios, de Atenas, de Eretria y de Tesalia, lo que prueba que Clístenes estaba en buenas relaciones con todo los griegos y que gozaba de un altísimo prestigio. Se casó la doncella con Megacles, que será el padre de Clístenes, introductor de la democracia en Atenas, y abuelo de Pericles (Her., 6.131). Estamos ante un nuevo caso, como el de los Cipsélidas, en que un tirano se emparenta con una familia aristocrática. También contó con el apoyo del oráculo de Delfos y de Corinto. En cambio estuvo en pésimas relaciones con Argos, sustituyendo el culto de Adrasto, héroe argivo, por el de su adversario tebano Melanipo (Her., 5.67). En política interior sólo se conoce un hecho: que pretendió ampliar la ciudadanía, lo que narra Herodoto (5.68) referido a Clístenes: «Se fijó en las tribus doria y para evitar que los habitantes de Sición tuvieran los mismos nombres que los de Argos, se los cambió. Así, con este pretexto ridiculizó a los dorios de Sición y derivó sus nombres, del cerdo y del asno, añadiendo solamente la desinenia. No hizo lo mismo con su tribu a la que dio un nombre que recordaba su autoridad. Eran estos llamados arqueaos, y los de las otras tribus, hiatas; otros oneatas y otros coireatas.» De esto se infiere que añadió una tribu a las ya existentes, integrada por los que no tenían derecho de ciudadanía. Los Ortagóridas se oponían a la mayoría doria y se apoyaban en el elemento no dorio de la población, que se encontraba en una dependencia de semiservidumbre.

La situación de Atenas hacia el año 900 era la de una comunidad próspera. La pintura de la cerámica de Dipilón, apunta a una sociedad rica y aristocrática. De finales del siglo IX a. de C. data una pátera fenicia con figuras en relieve, que prueba algunas relaciones esporádicas con el exterior. Estas importaciones orientales comenzaron hacia el 850 a. de C. Pronto se exportó la cerámica ática, como lo demuestran las excavaciones de Al-Mina y de Huelva. Hacia el 740 a. de C. aparecen en el campo ricas sepulturas. La aristocracia ática estaba formada por un grupo de familias, llamadas *Eupátridas*, «los bien nacidos», que controlaban las magistraturas y eran miembros del Areópago. Poseían tierras en el Ática. En el siglo VII a. de C. la sociedad ática era fundamentalmente agrícola y replegada sobre sí misma. En este siglo ánforas áticas, que contenían aceite, llegaban hasta el estrecho de Gibraltar, posiblemente en barcos fenicios. Hacia el año 630, Ción intentó alcanzar la tiranía, pero fracasó por no ser la situación económica y social lo suficientemente favorable.

Solón. A comienzos del siglo VI a. de C. Solón procuró mediante una serie de reformas, imponer una paz social, presentándose como árbitro entre ricos y pobres. En el año 594-593 fue elegido arconte, con poderes de pacificador y reorganizador del Estado. Por nacimiento pertenecía a la aristocracia. Cuando llegó al arcontado, la situación era muy grave y caracterizada por el enfrentamiento de los Eupátridas, aristócratas terratenientes, con los pequeños campesinos arruinados y endeudados, que se veían obligados a entregar sus campos, perdiendo su libertad personal y la de su familia.

La caótica situación en la sociedad ateniense ha sido bien descrita por Solón (3 D): «Pero sus propios ciudadanos, con actos de locura, / quieren destruir esta gran ciudad por buscar su provecho, / y la injusta codicia de los jefes del pueblo, a los que aguardan / numerosos dolores que sufrir por sus grandes abusos. / Porque no saben dominar el hartazgo, ni orden poner / a sus actuales triunfos en una fiesta de paz. / Se hacen ricos cediendo a manejos injustos. / Ni de los tesoros sagrados ni de los bienes públicos / se abstienen en sus hurtos, cada uno por un lado al pillaje, / ni siquiera respetan los augustos cimientos de Dike, / quien, silenciosa, conoce lo presente y el pasado, / y al cabo del tiempo en cualquier forma viene a vengarse. / Entonces alcanza a toda la ciudad esa herida inevitable, / y pronto la arrastra a una presión, a esclavitud, / que despierta la lucha civil y la guerra dormida, / lo que arruina de muchos la amable juventud. / Porque no tarda en apostarse una espléndida ciudad / formada de enemigos en bandos que sólo los malos aprecian. / Mientras esos males van rodando en el pueblo, hay muchos / de los pobres, que emigran a tierra extranjera, / vendidos y encadenados con crueles argollas y lazos.» En otro fragmento (14 D) describe la vida de los ricos: «En verdad que por igual son ricos quien tiene mucho oro, / plata y campos de tierra que siembra de trigo, / y caballos y mulas, y quien sólo se ocupa de esto: / de dar gozo a su vientre, su costado y sus pies, y disfruta, si la ocasión se le ofrece, de una mujer / o de un muchacho en sazón. A su tiempo todo es grato.»

Aristóteles en su *Constitución de Atenas* alude también a la situación catastrófica del Ática: «Tras el proceso a los Alcmeónidas, los nobles y el pueblo, estuvieron por mucho tiempo en conflicto. El régimen político era totalmente oligárquico; los po-

bres, en particular, llevaban una existencia de esclavos en las dependencias de los ricos; ellos, los hijos y las mujeres eran llamados *pelátai* y *hektémoroi*, porque trabajaban el campo a este precio. Toda la tierra estaba en manos de unos pocos y los campesinos, si no pagaban la parte debida, podían ser utilizados como esclavos, tanto ellos como sus hijos. Los préstamos eran garantizados en la persona de los deudores hasta que Solón se hizo cargo del control de la situación en interés de todos. Lo más duro y doloroso de soportar para la mayor parte de los ciudadanos era la condición de esclavo, pero no faltaban otros motivos de descontento, ya que en la práctica, no gozaban de ningún derecho.»

Las reformas han sido bien descritas por el propio Solón (24 D): «y yo porque me retiré antes de conseguir / aquello a lo que había convocado al pueblo? / De eso podría atestiguar en el juicio del tiempo / la madre suprema de los dioses olímpicos / muy bien, la negra tierra, a la que entonces / yo le arranqué los mojoneros hincados por doquier. / Antes era esclava, y ahora libre. / Y reconduje a Atenas, que por patria les dieron / los dioses, a muchos ya vendidos, una justa / y otro injustamente, y a otros exiliados / por urgente pobreza que ya no hablaban / la lengua del Ática, de tanto andar errantes. / Y a otros que aquí mismo infame esclavitud / ya sufrían temerosos siempre de sus amos, / los hice libres. Eso con mi autoridad, / combinando la fuerza y la justicia, / yo realicé y llevé a cabo lo que prometí. Leyes a un tiempo para el rico y el pobre, / encajando a cada uno una recta sentencia, / escribí. Si otro, en mi lugar, tiene la vara, / un tipo malévolos y codicioso de bienes, / no hubiera contenido al pueblo. Si yo decido / un día lo que a unos les gustaba entonces, / y al otro lo que planeaban sus contrarios, / esta ciudad hubiera quedado viuda de muchos hombres. / Frente a eso, sacando vigor de todos lados / me revolví como un lobo acosado por perros» Y en otros versos (5 D): «Al pueblo le di toda la parte que le era debida, / sin privarle de honor ni exagerar en su estima. / y de los que tenían el poder y destacaban por ricos, / también de éstos me cuidé que no sufrieran afrenta. / Me alcé enarbolando mi escudo entre unos y otros / y no les dejé vencer a ninguno injustamente.»

La actitud política de mediador entre dos bandos, y la no apetencia de convertirse en tirano, la señala con versos rotundos Solón (23 D): «Si respeté a mi patria; y de la tiranía y la amarga / violencia me abstuve, sin manchar ni afrentar mi linaje, / no me avergüenzo de ello. Pues pienso de ese modo vencer / a todos los humanos. / Los que vinieron en pos de los saqueos tenían una gran esperanza / y se creían que iban a hallar todos enorme fortuna / y que yo, tras hablar suavemente, mostraría una cruel ambición. / En vano se ilusionaron entonces, y ahora se irritan contra mí, / y me miran todos de soslayo como a un enemigo, sin motivo / preciso, pues lo que dije cumplí con ayuda de los dioses. / Y no actué de otro modo en vano, ni la tiranía me atrae / por hacer cualquier cosa con violencia, ni que en la tierra / fértil de la patria igual lote tengan los malos que los buenos.»

Solón anuló las deudas y liberó de la servidumbre a los que habían caído en ella. Intentó también redimir a los atenienses que habían sido vendidos fuera del Ática.

Aristóteles (... *Ath. pol.*, 9) considera esta última medida como la mayor reforma democrática de Solón. Ya en la Antigüedad discutieron mucho los tratadistas si Solón había abolido otras deudas contraídas. Algunos no lo creyeron así, aduciendo que él o sus amigos se habían enriquecido con esta decisión, o disminuían la importancia de esta reforma, alegando que consistía en una devaluación de la moneda de plata, y que tan sólo consistía en una reducción de los intereses del capital no pagado. Ello prueba

que la intención de Solón no está expresada con claridad. Esta opinión no es sostenible, ya que Atenas no acuñó moneda hasta casi una generación después del arcontado de Solón.

La esclavitud por deudas es más bien una extensión del sistema social y de la posesión de la tierra y no obedece a una situación económica. Estos esclavos existen en una sociedad estratificada, en la que las capas bajas de la sociedad están obligadas a prestar ciertos servicios a las superiores. La esclavitud por deudas es el nivel más bajo en que puede encontrarse la persona, frecuentemente no por razones económicas. La aplicación de la justicia y, por lo tanto, la ley, estaba en manos de los aristócratas que podían fácilmente privar a los pobres de los derechos. Al rico le interesaba, en una economía premonetal, más que los préstamos, las personas con fines civiles y militares. La esclavitud por deudas se relaciona frecuentemente con la posesión de la tierra, por ser su función primaria la de generar en mano de trabajo agrícola.

Solón, en la reforma agraria, abolió el sistema tradicional de explotación de la tierra. Algunas palabras arcaizantes indican un sistema antiguo de explotación de la tierra. Esta es descrita como «sujeta a división», *epimortos*; a los campesinos se les puede llamar «los que reciben la sexta parte», *hektemoroi* o clientes, «los que se acercan a otros», *pelatai*, pagar una parte, *morté* (Arist., *Ath. pol.*, 2.2). Este sistema de explotación de la tierra ha sido interpretado como una forma de renta, en la que el campesino pagaba una sexta parte al dueño del terreno, que podía convertirle en esclavo, si no pagaba. A esta interpretación se ha objetado que no hay documentos que prueben que en el Ática hubiera grandes fincas: la naturaleza del suelo no se adapta a ello y los términos usados por Solón difícilmente responden a una redistribución de tierras. Además, la renta de una sexta parte es muy baja.

La interpretación moderna de la reforma a este respecto es diferente. La superpoblación llevó al Ática a la deforestación, a la superproducción y al empobrecimiento del suelo, factores todos, que habían obligado a los propietarios de extensiones pequeñas de tierra, a hipotecarlas a los aristócratas, para lograr cereales y comida. Los mojones que arrancó Solón eran las piedras de las hipotecas, atestiguadas en el siglo IV a. de C. Los campesinos se arruinaban cada vez más y, al no pagar las hipotecas, eran vendidos. Esta interpretación es aceptable en la medida en que no establece relación entre deuda y moneda, y vincula la crisis económica con la superpoblación, pero es poco probable que se diera en una economía agrícola primitiva.

Una explicación más convincente al problema agrario del Ática se basa en que el problema de las deudas era subsidiario. La frase «arrojar las cargas» significaba la abolición de la relación entre campesinos y aristócratas, y era una verdadera revolución social. Podía pensarse que este sistema era una pervivencia del mundo micénico, en el que los campesinos se encontraban subordinados a los reyes locales y al palacio real, verdadero almacén de la recaudación en mercancía. También podía arrancar de la época de las migraciones, o de mediados del siglo VIII a. de C. cuando el Ática fue repoblada. Este sistema de explotar la tierra está sujeto a un pago en servicios o en géneros, y explicaría las lealtades locales, atestiguadas con posterioridad.

Recientemente se ha supuesto que las tensiones estallaron por la ruptura de este sistema, ya que el pago de una sexta parte de la producción de la tierra era muy bajo y no arruinaría a nadie. Posiblemente el campesino que tenía que servir en el ejército, como hoplita, había considerado esta renta como degradante y como prueba de subordinación, en una época en que en otras ciudades se reconocía la igualdad política. Este

sistema ya no se consideraría como una relación política. Es posible que los aristócratas atenienses hubieran entrado en un periodo de decadencia con la importación de trigo de Egipto y del Ponto Euxino a través de los mercaderes eginetas.

Ahora se originaba una confusión sobre quién era el propietario de la tierra. La dependencia impugnaba el título del campesino. Podía ser obligado a abandonar la tierra, que iba a parar a manos de los aristócratas y de este proceso se originaba la esclavitud dentro o fuera del Ática. La política de Solón perjudicaba a la aristocracia; los oprimidos tuvieron poder suficiente para abolir el sistema oneroso.

Dividió la población en cuatro clases de acuerdo con la producción de las tierras. La primera clase era la más rica, los *pentakosiomedimnoi*. Debía de tener una producción no inferior a los 500 medimnos, en cereales, o su equivalente en aceite o vino. Seguían los caballeros, *hippeis*, con una producción entre 500 y 300 medimnos y que podían, como los anteriores, costearse el servicio militar en la caballería; los *zeugitas*, ingresaban 200 medimnos por lo menos y se podían pagar la armadura de los hoplitas. Finalmente, los *thetes*, no podían costearse la armadura. Esta división sustituía el gobierno aristocrático por uno timocrático.

No es posible calcular la extensión de tierra que debía tener como mínimo cada grupo. Los primeros poseían más de 13 hectáreas, los caballeros unas 7,5 y los *zeugitas* unas 5, contando el barbecho. Esta división otorgaba el poder político según la riqueza. Era una provocación a la antigua aristocracia. Las tres clases inferiores responden quizás a las divisiones militares de la sociedad.

Los cargos públicos se repartieron según las clases del censo. A la primera clase se le asignaron los cargos de carácter financiero y la suprema magistratura, los arcontes y el tribunal del Areópago, integrado por los antiguos arcontes; a la tercera se le encomendó la policía y la administración. Los *thetes* no podían desempeñar ningún cargo, pero en caso de guerra les estaba permitido alistarse en la infantería ligera y después en la marina. Podían también ejercer el derecho electoral en la *Ekklesia*, y en el poder judicial en los tribunales (*Heliáia*). Aristóteles (*Atb. pol.*, 8 y 22.5) atribuye a Solón el sorteo de los arcontes para su elección. Primero las cuatro tribus elegían 40 candidatos, entre los que después se sorteaban nueve. Este sistema es una forma modificada de la elección directa, quizás pensada para quebrantar la hegemonía de la aristocracia, y desbaratar las facciones. Solón creó un consejo del pueblo integrado por 400 miembros, cien por cada tribu (*Arit.*, *Atb. pol.*, 8), ignorando el procedimiento de elección, quizás también por sorteo. Se ha descubierto el edificio, donde se reunía, a comienzos del siglo VI a. de C.: se trata de unas oficinas, un comedor con cocina y una espacio abierto para reuniones.

Según Aristóteles (*Atb. pol.*, 9), Solón introdujo dos cambios fundamentales de procedimiento de la ley. La segunda y tercera reforma democrática, permitían a cualquiera emprender una acción en favor de los agraviados, y el derecho de apelación contra la decisión de un magistrado, ante un tribunal popular. La primera de estas disposiciones cambiaba un procedimiento de arbitraje por un sistema basado en la ley. La segunda quitaba el poder judicial a los aristócratas y se lo otorgaba al pueblo, que quizás en estos años todo él se sentaba en la asamblea. Esta medida fue el origen de los tribunales masivos elegidos por sorteo, que fueron considerados como la base fundamental del poder popular después. Por todo esto, Solón fue considerado como el fundador de la democracia ateniense.

La reforma más profunda de Solón fue el código legal, mal conocido, que curía

todos los aspectos de la ley; el criminal (violación, robo y homicidios); el político (contribuciones, traición, amnistía para los exiliados, derecho a los comedores públicos, no tomar las armas); la moral pública (homosexualidad, prostitución, freno del lujo en los funerales, matrimonio, adopción); el de la tierra (límites, usufructo de los manantiales); el comercio (exportaciones y préstamos); el de los agravios y el de la religión.

En este código introdujo Solón algunas ideas totalmente nuevas, como que las personas que no tenía hijos, pudieran disponer de sus bienes como quisieran. Prestó Solón especial interés a los problemas sociales y también a los económicos (exportación de grano y no de aceite). La ciudadanía se otorgaba a los extranjeros que se afincaban en Atenas y a los emigrantes con intención de practicar un oficio. Los que enseñaban un oficio a sus hijos, tenían derecho a ser mantenidos en la vejez.

La meta de toda la legislación de Solón fue la justicia. Introdujo cambios sustanciales en la sociedad ateniense. Cambió también el sistema de pesas y medidas.

En política exterior Solón propugnó el acercamiento a Corinto, contra Mégara, y la conquista de Salamina.

Sin embargo, las reformas de Solón no lograron los éxitos buscados, ni impidieron ulteriores disturbios sociales. Entre los años 590 y 586 no hubo nombramiento de magistrados. El arconte del año 582 desempeñó su cargo dos años y dos meses, siendo expulsado y nombrándose diez arcontes, de los que cinco eran *Eupátridas*, tres agricultores y dos artesanos. Esta debilidad radicó en que la clasificación de los ciudadanos seguía un método arcaico, basado en la propiedad de la tierra, que favorecía a los pequeños y medianos propietarios de tierras, perjudicando a los comerciantes y artesanos, a pesar de que en los versos ya citados (23 D) se describe una economía urbana desarrollada, donde junto a la importancia de los intelectuales (adivinos, médicos y poetas), a los que él pertenecía, se citan a los agricultores, a los comerciantes y a los artesanos, todos ellos capaces de adquirir riquezas. Otro grave inconveniente de las reformas de Solón estribaba en que el Areópago, la asamblea y la *Heliáia*, actuaban independientemente, y no había conexión real de poderes, lo que se logrará sólo con la constitución democrática de Clístenes. Retirado Solón de la escena política, las rivalidades continuaron entre las distintas facciones: los pedieos, propietarios de la llanura central del Ática, que pertenecían a la aristocracia de los *Eupátridas*, capitaneados por Licurgo, de la familia de los Butadas; los paralios, que habitaban la costa y eran artesanos, mercaderes, marineros y pequeños propietarios, cuyo jefe era Megacles, yerno del tirano sicionio Clístenes, y los diacrios, que poblaban de la zona superior del Ática, campesinos y jornaleros, capitaneados por Pisístrato (Her., 1.59; Arist., *Ath. pol.*, 13.4). Por su situación económica y social, los diacrios y los paralios tendían lógicamente a un acercamiento antiaristocrático.

Los Pisistrátidas. Pisístrato supo acercar al grupo campesino y comerciante, y de este modo apoderarse del poder, en 561-560 a. de C. Era hombre de prestigio, pues controló Salamina ante Mégara, que entregó el puerto de Nisea (Her., 1.59). La asamblea le otorgó un cuerpo de 300 (o de 1.000) hombres armados con mazas, con los que ocupó el Areópago y obtuvo el poder. Sin embargo, a la larga, no pudo mantenerse, pues no fraguó la unión de diacrios y paralios y los pedieos combatieron la tiranía, viéndose obligado a exiliarse. Herodoto (1.59-64) describe brevemente los acontecimientos. Expulsado Pisístrato, los dos partidos no se entendieron, lo que motivó que Megacles ofreciera a su hija en matrimonio a Pisístrato, y si la tomaba por esposa, le proporcionaría el gobierno, lo que sucedió en la realidad, aunque tuvo que desterrarse

de nuevo. Modernamente se duda de estos dos destierros de Pisístrato, o por lo menos, de su duración. Se asentó en Eretria, en la isla de Eubea, lo que le permitió seguir de cerca los acontecimientos de Atenas. Allí para recuperar el mando reunió donativos de las ciudades amigas, como Tebas, y obtuvo el apoyo del tirano de Naxos, Ligdamis. Se le unieron los partidarios suyos de Atenas y de otras ciudades. También contó con tropas de Argos, ya que su segunda esposa, de nombre Timonassa, procedía de esta ciudad. De esta forma se apoderó Pisístrato de Atenas por tercera vez, 546-545 a. de C., después de vencer a sus oponentes en Pallene. Herodoto recuerda que se afianzó en el mando mediante una tropa, que aumentó las rentas públicas, sacadas del Ática y de las minas del río Estrimón, en Tracia, que cogió como rehenes a los hijos de los atenienses que se habían opuesto, enviándoles a la isla de Naxos, cuyo gobierno, después de conquistada la isla, confió a Ligdamis, y que purificó la isla de Delos. Desterró a los Alcmeónidas, pero permitió que otros aristócratas lograran la suprema magistratura del arcontado. El juicio de Heródoto (1.59) sobre la actuación de Pisístrato es favorable a su actuación: «es innegable que sin alterar el orden de los magistrados, ni mudar las leyes, contribuyó, y bien, al embellecimiento de la ciudad gobernando según el proyecto antiguo». Tucídides (6.54) no alaba menos el gobierno de Pisístrato: «Los tiranos gobernaron con nobleza y sensatez. Embellecieron la ciudad, combatieron con valor, tributaron culto a los dioses, ofrecieron sacrificios en los templos, exigiendo a los atenienses sólo la veinteva parte de sus ingresos. La ciudad se aseguró la constitución vigente, salvo que los tiranos cuidaban de que siempre, uno de ellos, ocupara la magistratura.» Aristóteles (*Ath. pol.*, 16) habla de su humanidad, de su afabilidad, de su prontitud en el perdón, de su respeto a las leyes y de su desinterés.

La tiranía de Pisístrato, que duró casi veinte años, hasta su muerte acaecida en 528-527 a. de C., fue para Atenas una gran época de paz y de prosperidad económica, que ocasionó la transformación social necesaria para establecer la democracia. Atenas se convirtió en una gran metrópoli y echó las bases de su poder marítimo. Bajo el gobierno de Pisístrato alcanzaron gran desarrollo el comercio y el artesanado. Estableció jueces y él mismo administró justicia recorriendo el campo. Cobró el diezmo de los ingresos. Al igual que los Cipsélidas o que Polícrates, embelleció la ciudad con magníficos edificios públicos.

Hacia el 560 se construyó el primer templo monumental ateniense, el de Atenea Polias. Pisístrato intervino en la reorganización de las Panateneas del 566-565 y es posible que participara de alguna manera en la construcción del templo a la diosa. Es difícil determinar qué construcciones se deben a Pisístrato y cuáles a sus hijos. En el Ática se levantaron algunos templos menores y edificios públicos en el ágora. Eleusis alcanzó importancia religiosa; su culto, el de las Grandes Dionisiacas y las Grandes Panateneas proporcionaron a Atenas una gran importancia en el mundo griego.

Los temas dionisiacos son frecuentes ahora en la pintura vascular, como en un ánfora de Amasis, con sátiros pisando uvas, hacia 530 a. de C.; Dioniso y Ménades del mismo pintor sobre ánfora, hacia 540 a. de C.; copa de Exequias con Dioniso atravesando el mar, de alrededor de 535 a. de C.; del mismo pintor Dioniso y Oinopión, también sobre ánfora, hacia el 530 a. de C.; hydria del pintor Lisíppides con Dioniso, sátiros y Ménades, 530-520 a. de C.; ánfora del pintor Rycroft, con Dioniso sobre asno, entre dos sátiros, 510-500; máscara de Dioniso sobre ánfora, hacia 530-520, etc.

Los hijos de Pisístrato continuaron con esta misma política edilicia, construyeron grandes obras hidráulicas, como la fuente Ennea Krounos, de los nueve caños, y quizás

también empezaron el templo de Zeus Olímpico, que terminó Adriano. Remodelaron el templo de Atenea, que después destruirían los persas en 480, del que se conserva el frontón, hoy guardado en el Museo de la Acrópolis en Atenas.

Para todos estos gastos contaba con un importante patrimonio personal, en gran parte constituido por las explotaciones de las minas de plata de Pangeo, en Tracia, y de las de Laurión en el Ática.

Al igual que otros tiranos, Pisístrato se rodeó de importantes literatos y artistas, como Simónides de Ceos, Anacreonte de Teos, Laso de Hermione (introdutor de los certámenes de ditirambos en Atenas), Práxinos de Fliunte, (que introdujo o hizo importantes innovaciones en los dramas satíricos), y Onomácrato, profeta de oráculos y poeta órfico.

El clima espiritual de la Atenas de los Pisistrátidas y más concretamente del círculo de Onomácrato, ha sido bien descrito por Platón en su *República*: «Charlatanes y adivinos se presentan en la puerta de los ricos y los convencen de que con sacrificios y encantamientos han obtenido de los dioses el poder de remediar con juegos y fiestas, la eventual injusticia de uno, la haya cometido él en persona o uno de sus antepasados... Citan después una gran serie de libros de Orfeo y de Museo, descendientes, dicen, de Selene y de las Musas, y sobre estos libros regulan sus sacrificios. Y persuaden no sólo a los sujetos, sino también a los estados, de que todos los vivos como los muertos, pueden ser absueltos y purificados de actos de injusticia por medio de sacrificios y de juegos, a los que dan el nombre de iniciaciones que liberan de las penas del más allá, mientras tremendo castigo espera a quien no hace sacrificio.»

Con los Pisistrátidas empezaron a esculpirse las *korai*, a hacerse los vasos de figuras rojas, y se fijó el texto de Homero, que se recitaba en público. Los temas homéricos son ahora, frecuentemente, motivos de decoración en los vasos áticos de figuras negras, como Aquiles persiguiendo a Troilo, Príamo sentado junto a las puertas de Troya, Ajax llevando el cuerpo de Aquiles, en el Vaso François (hacia 570 a. de C., tema que se repite en un ánfora de Chiusi de 530 a. de C.), Aquiles y Ajax jugando a los dados en un ánfora de Exequias de 540-530 a. de C., Pentésilea, en un ánfora de Exequias del 530 a. de C.; Aquiles vistiéndose la armadura que le ha procurado Tetis, del pintor Amasis, 530 a. de C., la muerte de Príamo, sobre hydria del Grupo Leagros hacia 510, etc. También los temas homéricos se tratan fuera de Atenas, como en una crátera calcídica con Héctor y Andrómaca, del 540.

En la lista de arcontes, que se conserva entre los años 528-521 a. de C., varios pertenecen a la aristocracia, como Clístenes, hijo del alcmeónida Mégacles, el antiguo rival de Pisístrato, arconte en 525-524, y Milcíades, 524-523, hijo de Cimón, hermanastro de Milcíades, que explotó las minas del Quersoneso. Todos estos nombres indican que Pisístrato no desmanteló la aristocracia, sino que estuvo en buenas relaciones con ella. Aristóteles (*Ath. pol.*, 16.9) escribió sobre el particular que Pisístrato se ganó el apoyo de la mayoría de la aristocracia y del pueblo.

En política exterior ya se han indicado los principales puntos de su programa: conquista de Salamina, apoyo a Ligdamis (con lo que disponía de una base amiga en el Egeo), control sobre la isla de Delos, fundación de la colonia de Reiquelos, en el golfo Termaico, y excelentes relaciones con Polícrates y con los reyes de Lidia y Macedonia (*Arist., Ath. pol.*, 15). El gran auge de la exportación de la cerámica ática se debe a la creación de una flota, de la que se encargaron las asociaciones de propietarios llamadas naucrarías, en número de 48. En política económica aumentó la producción aceitera y

vinícola y se importó grano de la desembocadura del Po y del Ponto Euxino. El suelo del Ática era poco apropiado para el cultivo de cereales: Pisistrato envió a Milcíades, de la familia de los Filaidas, a ocupar el Quersoneso tracio, importante región cerealística y muy bien situada con Sigeo, para el control del Bósforo, en manos de Bizancio y de Mégara.

La tiranía se mantuvo todavía hasta el 510 a. de C. en manos de Hippias y de Hiparco, si bien fue asesinado este último por asuntos amorosos en el año 514 a. de C., por obra de dos aristócratas, Armodio y Aristogitón (Her., 5.55; Tuc., 6.58), lo que endureció la tiranía. Ambos tiranicidas, ya idealizados, fueron muy celebrados por la lírica popular (10-13 D): «En un ramo de mirto ocultaré mi espada / como hicieron Armodio y Aristogitón, / cuando los dos mataron al tirano / e hicieron igualitaria y libre Atenas. / Queridísimo Harmodio, aún no estás muerto; / sino que habitas, dicen, en las Islas de los Bienaventurados, / como Aquiles, el de los pies ligeros, / y también el Tideida Diómedes y el noble Idomeneo. / En un ramo de mirto ocultaré mi espada / como Harmodio y Aristogitón hicieron, / cuando en las fiestas de Atenea / a un tirano, a Hiparco, muerte dieron. / Vuestra gloria pervivirá por siempre en la tierra, / queridísimos Harmodio y Aristogitón, / porque muerte disteis al tirano / e hicisteis igualitaria y libre a Atenas.»

Herodoto escribe que después de esta muerte sufrieron los atenienses, por espacio de cuatro años, el yugo de la tiranía, no menos que antes, o por mejor decir, sufrieron mucho más que nunca. Lo mismo afirma Tucídides: «los atenienses tuvieron que soportar después una tiranía más dura. Hippias obsesionado por el temor, multiplicaba las ejecuciones, no sin buscarse en el extranjero, algún refugio seguro, caso de revolución. Se desarmó a los hoplitas y se armó a los mercenarios. Todavía logró Hippias deshacer un intento de los Alcmeónidas de retornar a Atenas, venciendoles en Lipsidrio».

Después de la muerte de Pisistrato sucedieron algunos acontecimientos inquietantes, como el control de la isla de Delos por Polícrates que también hizo tributaria a Sigeo. Hippias obtuvo en Platea una victoria sobre la Liga beocia (Her., 6.108; Tuc., 3.68), lo que motivó que Tebas se convirtiera en enemiga de Atenas, y en refugio de todos los desterrados políticos. Para compensar el poderío de Tebas, Atenas, se alió con Tesalia, lo que la convirtió en enemiga de los focenses.

Desde Delfos los exiliados Alcmeónidas, con Megacles a la cabeza, intrigaban todo lo que podían. El santuario de Delfos, que estuvo en excelentes relaciones con Pisistrato, terminó apoyando la causa alcmeónida.

Esparta había unificado toda la península del Peloponeso y se presentaba como la gran campeona de la lucha contra las tiranías. El rey espartano Cleómenes cercó a Hippias en la Acrópolis, quien finalmente fue desterrado (Her., 5.63-65).

LA TIRANÍA EN SICILIA Y EN LA MAGNA GRECIA. GELÓN. HIERÓN. ANAXILAO

La tiranía hizo su aparición en Sicilia con retraso respecto a otras ciudades griegas, pero debido a la lucha de la isla con Cartago se mantuvo muchos años. En la mitad del siglo VI vivieron Falaris de Agrigento y Panecio de Leontinos. Aristóteles (*Atb. pol.*, 1310 b) afirma del segundo que apoyó para alcanzar la tiranía las reivindicaciones sociales, probablemente contra los terratenientes descendientes de los primeros colonos. Fue el más antiguo tirano de Sicilia.

Falaris ha pasado a la historia por su crueldad. Amplió su territorio a expensas de los sicanos. Murió en una conjura. Se ha supuesto que alcanzó la tiranía desde el desempeño de una magistratura. Otros tiranos son sólo nombres, como Aristodemos de Cumas y Telis de Síbaris. Los exiliados de Síbaris refugiados en Crotona ocasionaron la guerra entre las dos ciudades, que motivó la desaparición de la primera ciudad.

A comienzos del siglo V a. de C. Cleandro se apoderó del poder en Gela y liquidó la oligarquía en manos de los descendientes de los primeros colonos (Arist., *Pol.*, 1316 a). Fue asesinado hacia el 488 a. de C. y le sucedió su hermano Hipócrates, quien dominó Naxos y Leontinos, sometió a los sículos asentados en el sur de Sicilia e intentó unificar la región de la Sicilia oriental. Por estos años, Siracusa era campo de encontradas luchas entre los aristócratas propietarios de tierras y el demos, que intentó dar un golpe y apoderarse del poder en manos de los primeros; intervinieron también los llamados *killiroi*, el campesinado de procedencia indígena sometido en los comienzos de la colonización y que carecía de la ciudadanía.

En el río Heloro tuvo lugar la batalla en la que Hipócrates logró la victoria. Siracusa cedió Camarina; los aristócratas, los *gamoroi*, fueron expulsados, y los *killiroi* liberados.

Gelón dispuso de un excelente ejército de 20.000 hoplitas reclutados entre los ciudadanos que habían obtenido recientemente la ciudadanía y sus derechos, es decir, entre los *killiroi*. También dispuso de una flota de 200 trirremes. Para aumentar la población de Siracusa, deportó a esta ciudad a los habitantes de Camarina, de Mégara Hiblea y de otras, con lo que la ciudad se convirtió en una de las ciudades más pobladas del mundo griego.

En Gela se hizo tirano Gelón, que era el comandante de caballería. Ayudó a los *gamoroi* exiliados a retornar a la patria, obtuvo la tiranía en Siracusa, donde fue proclamado general con plenos poderes, o rey según otras fuentes. Obtuvo, así, el apoyo de la aristocracia y la oposición del demos. Unificó las dos ciudades. Venció en el 480 a. de C. a los cartagineses en Himera. Le sucedió en la tiranía su hermano Hierón, que en 474 venció a los etruscos en Cumas, lo que frenó la expansión etrusca hacia el sur. Se conserva un yelmo ofrecido por Hierón en Olimpia, para conmemorar la victoria con la sencilla dedicatoria: «Hierón, hijo de Deinómenes y los siracusanos.» Ni a Hierón, ni a su hermano las inscripciones le llaman tirano. Gelón y su hermano habían dedicado en Delfos un trípode para conmemorar la victoria de Himera, como simples particulares.

Fundó Hierón una nueva ciudad, Aetna, con colonos siracusanos y peloponesios, que fue el orgullo de su fundador, celebrada por Píndaro con ocasión de su victoria en los juegos, y por Esquilo. Hierón fue mucho menos popular que Gelón. A su muerte en 467 a. de C. le sucedió Trasíbulo, que sólo pudo mantenerse once meses en el poder. A su muerte estallaron luchas intestinas en Siracusa. Gelón y Hierón tenían tropas a sueldo, cuyos jefes eran Glauco de Caristio en Eubea, Praxíteles de Mantenea, Phornos de Acadia y Agesias de Estinfalia.

Terón de Agrigento, aliado de Gelón, arrojó de su ciudad a Terillo de Himera; éste llamó en su socorro al cartaginés Amílcar, quien en compañía de Anáxilas de Regio, combatió contra él. Pocos cartagineses escaparon con vida de la derrota de Himera, 480 a. de C. Cartago pagó inmediatamente la indemnización de guerra. Siguió una paz en Sicilia que duró setenta años. Anáxilas de Regio se sometió a Gelón, que le permitió continuar al frente de la ciudad. Para conmemorar la victoria de Himera se levantan

taron templos en Siracusa e Himera y se hicieron dedicatorias en Delfos y en Olimpia. Gelón fue confirmado en él hasta que murió el año 478. Siracusa alcanzó en estos años una gran prosperidad.

La corte de Gelón fue visitada por la mejor intelectualidad del momento, como Píndaro, Baquílides y Esquilo. Precisamente Píndaro (*Ol.*, I), al celebrar la victoria de Hierón, canta: «De allí el himno clamoroso se despliega / a través de las mentes de los sabios / para que al hijo de Cronos canten los que acuden / a la espléndida y feliz morada de Hierón. / Él rige el cetro justiciero en Sicilia, / rica en ganados, cosechando las cimas de todas las virtudes, / y a la vez resplandece / en el primor de la música y de la poesía, / por las obras que nosotros creamos, / los poetas frecuentes a los lados de su amistosa mesa.»

También a comienzos del siglo V, Regio conoció la tiranía, que estuvo representada por Anaxilao, quien liquidó la oligarquía, descendiente de los primeros colonos calcídicos. Es probable que rivalidades étnicas estuvieran en el origen de la tiranía. Anaxilao intentó controlar el estrecho de Calabria, para lo que conquistó Zancle, estableciendo colonos mesenios.

LEGISLADORES

En Sicilia surgieron los primeros legisladores, que fueron, según la tradición, Zaleuco de Locros, Diocles de Siracusa y Carondas de Catania. En sus códigos limitaban las venganzas personales estableciendo severas penas. El último de los tres legisladores, que vivió a finales del siglo VII a. de C., redactó un código mucho más perfeccionado que los anteriores, que fue adoptado en Regio y en otras ciudades calcídicas. Como ejemplo de legislación arcaica es suficiente recordar la atribuida a Zaleuco (Díod., 12.19, 3-21): «Después de haber tratado suficientemente lo referente a Carondas, queremos tratar brevemente también de Zaleuco, el legislador, por la semejante manera de vivir y porque estos hombres florecieron en ciudades vecinas.

En efecto, Zaleuco era por nacimiento itálico, locrio, hombre de noble linaje y admirado por su cultura, discípulo de Pitágoras el filósofo. Encontrando gran aceptación en su patria, fue elegido legislador y cimentando desde el principio una nueva legislación, comenzó en primer lugar por los dioses celestiales. Al comienzo, en el proemio a la totalidad de su legislación, decía que era necesario que los que habitaban en la ciudad creyesen lo primero de todo y estuviesen persuadidos de que los dioses existían; y en sus pensamientos, el examinar el cielo, su disposición y orden, juzgasen que estas cosas no estaban así dispuestas por azar o por los hombres, y honrasen a los dioses causantes de todas las cosas bellas y buenas de la existencia para los hombres; y tuviesen el alma limpia de toda maldad, porque los dioses no se congracian con los sacrificios y ofrendas de los depravados, sino con los justos y honestos comportamientos de los hombres buenos. Habiendo exhortado por medio del proemio a los ciudadanos a la piedad y justicia añadió la orden de que ninguno de los ciudadanos tuviese enemigo irreconciliable, sino que de tal manera borrarse la enemistad que llegara de nuevo a la reconciliación y amistad. Y que quien actuase contra estas normas fuera considerado entre los ciudadanos como un hombre de alma ruda y violenta. Aconsejaba a los magistrados que no fuesen arrogantes ni soberbios y que no juzgasen basados en la enemistad o amistad. Y en la codificación, según las partes, muchas cosas añadió de su propia iniciativa, sabia y excelentemente.

Ordenando todos los demás legisladores penas pecuniarias a las mujeres que erraban, él rectificó los desenfrenos de aquéllas con un ingenioso castigo. Porque así escribió: a una mujer libre que no le acompañe más que una sirvienta, a no ser que esté ebria. No salga fuera de la ciudad por la noche a no ser la que vaya a cometer adulterio. No vista ropas doradas, ni vestidos bordados a todo lo largo, a no ser que sea prostituta. El hombre no lleve anillo dorado ni vestido semejante al milesio a no ser que haya frecuentado la prostitución y haya cometido adulterio. Gracias a esto, de manera fácil apartó a los ciudadanos de la funesta vida muelle y del desenfreno de las costumbres con las vergonzosas reducciones de las penas. Porque nadie quiso servir de risa a los ciudadanos confesando su vergonzoso desenfreno. También legisló de manera acertada otras muchas normas referentes a los contratos y a las demás cosas que provocan controversias a diario, de las que sería muy largo escribir y no se acomoda al relato que nos hemos propuesto.»

A la codificación de las leyes se debe, según los griegos, la supresión de los privilegios de la aristocracia y el desarrollo de las instituciones, que desembocan en formas de gobierno democráticas u oligárquicas.

Entre los años 621-620, Dracon hizo público un código extremadamente duro, que pudo deberse a una reacción de la aristocracia, después de la intentona de Cilon del 632. Las leyes de Dracon, que fueron abolidas por Solon, reforzaban los privilegios de los *Eupatridas*, salvo la ley de los homicidios. Dracon posiblemente redactó las leyes referentes al asesinato, pero sin llegar a realizar ningún código como hiciera Solon.

Las multas se imponían en bueyes. Una generación después, las leyes de Dracon fueron reemplazadas por el código de Solon, que fue considerado el verdadero creador del Estado Ateniese. Las leyes de Solon estaban escritas en las cuatro caras de unas tablas giratorias de madera. Se conservaron durante mucho tiempo, pero fueron pronto difíciles de leer, tanto porque la escritura era bustrófeda, es decir en zig-zag, imitando el trazado del arado de los bueyes, como por la grafía arcaica. Después se copiaron en papiro y fueron consultadas más fácilmente. La legislación de Solon se mantuvo en vigor como el único cuerpo de leyes codificado hasta que a finales del siglo V fue revisado oficialmente.

Se ha pensado que muchas copias fueron modernizadas, añadiendo nuevas leyes y procedimientos, y con el añadido de penalidades fijadas ya en sumas de dinero.

Aristóteles, en su *Política* (2.2), recoge una lista de legisladores, de la mayoría de los cuales sólo se conoce su nombre.

JUICIO SOBRE LAS TIRANÍAS ARCAICAS

El juicio que las tiranías merecen a Tucídides (1.17) es el siguiente: «Los tiranos entronizados en las ciudades, preocupados exclusivamente de su interés personal, de su seguridad personal, y del acrecentamiento familiar, se mantuvieron dentro de las ciudades sin peligros, y salvo alguna intervención contra sus vecinos, no hicieron ninguna acción memorable. Por ello, durante mucho tiempo, grandes obstáculos impidieron a Grecia realizar ninguna empresa brillante en común y sus ciudades demuestran escaso espíritu emprendedor.» Recalca el gran historiador ateniense, que la tiranía coincidió en muchas ciudades con un gran auge económico, que los tiranos embellecieron las ciudades con gran número de edificios públicos, y que sus cortes atrajeron a la me-

por intelectualidad del momento. Los grandes santuarios, donde los tiranos depositaban ricas ofrendas, fueron favorables a las tiranías, pero acabaron volviéndose contra ellos. Desarrollaron las grandes fiestas religiosas.

No se puede aceptar la calificación que dio Aristóteles a la tiranía siracusana, de campeón de la mayoría de la población. El tirano Telys, que gobernaba cuando fue destruida la ciudad por Crotona, 519, al parecer fue el campeón del demos. Cleandro de Gela representó la impaciencia del demos aplastado por la oligarquía. En Sicilia y en la Magna Grecia hubo varios tiranos en una misma generación. Este hecho vino motivado por el crecimiento económico, y por los choques con las oligarquías descendientes de los primeros colonos. Entre las tiranías de Sicilia hubo diferencias. Los Deinoméidas se apoyaron en principio en la antigua oligarquía contra el demos. La caballería, que mandaba Gelón, estaba formada principalmente por los caballeros procedentes de las clases altas. El tratamiento con los habitantes de Mégara indica bien por qué clase se inclinaba la tiranía.

Las tiranías de los Deinoméidas y de Hipócrates se caracterizan por sus ambiciones expansionistas.

Algunas veces los tiranos, como Trasíbulo de Mileto y Fidón de Argos, transformaron un poder legítimo en su provecho, al contrario de lo que hicieron Pisístrato, Polícrates, Ortágoras y Cípselos, quienes se apoderaron por la fuerza del gobierno desde una magistratura. A veces es un hombre nuevo. Otras pertenece a la vieja aristocracia.

El tirano, para los autores antiguos, es el jefe del demos. La tiranía, al arruinar los privilegios de la aristocracia, creó las condiciones necesarias para que el demos fuera una realidad jurídica. En ocasiones, esta destrucción de la tiranía se produce en favor del pueblo, como en el caso de los Pisistrátidas o de los Cipsélidas. Las tiranías no construyeron regímenes políticos estables; fueron, por tanto, transitorias.

Todos los tiranos se presentan como defensores de los marginados, de los explotados y del pueblo. Los tiranos de todas las épocas gobernaron con un poder absoluto, aunque manteniendo las instituciones y sin rodearse siempre de una guardia personal. Ello convirtió a la tiranía en la forma de gobierno más opuesta al ideal de la ciudad, pues el tirano fue el gobernante que privó al pueblo de la libertad.

La tiranía destruyó la forma aristocrática de gobierno, basada en los vínculos de sangre, y favoreció el establecimiento sistemas más democráticos. En la época clásica y helenística, el antagonismo entre ricos y pobres, condujo a la tiranía. En este último aspecto fue una faceta de la crisis de la ciudad, generalizada en los siglos III y II.

Esparta fue contraria en la época arcaica a la tiranía como forma política de gobierno, pero favoreció a Licofrón, como también a Dionisio, para extender su zona de influencia.

La causa fundamental del establecimiento de la tiranía en la Grecia arcaica fue el cambio en las condiciones económicas, al que se añadieron la anarquía y la incompetencia de los aristócratas para solucionar la nueva situación creada.

CAPÍTULO XII

SOCIEDAD Y CULTURA

ORGANIZACIÓN SOCIAL

Jonia

Jonia comprendía doce ciudades con una misma «unidad de sangre y de lengua, con santuarios y sacrificios comunes e iguales costumbres» (Her., 8.144), en expresión de los griegos. La más importante era, sin duda, Mileto, asentada sobre un promontorio consagrado a Apolo y a Poseidón, este último dios protector de la Liga, venerado en el santuario de todos los jonios de Micale, donde se celebraban las fiestas. Apolo era el dios de los jonios, que recibía culto en los santuarios de Didima y Claros, que, al igual que Delfos, emitían oráculos. Las otras ciudades eran Priene y Mios en el norte, Éfeso, Colofón, Lébedos, Teos, Eritras, Clazomenes y Focea, y las islas Samos y Quiros. Los jonios se sentían vinculados con el Ática, de donde procedían (Her., 1.56). Estaban asentados en regiones ricas, de buen clima, vecinas de los persas, de los lidios y de los pueblos del centro, sur y este de Anatolia. Nada tiene, pues, de extraño que desarrollasen una gran cultura y prosperidad en fecha temprana.

Al comienzo del invierno, tanto en Jonia como en Atenas, se celebraba la fiesta de las fraternías; era ésta una de las más antiguas formas de asociación, originadas por intereses profesionales y económicos comunes, alrededor de cultos también comunes. En ellas los padres presentaban a las fraternías a sus hijos, con lo que éstos obtenían todos los derechos.

Estas congregaciones, que también se documentan en el mundo griego, fueron con el *genos* y las *phylai*, las estructuras fundamentales de la organización social de Jonia y del Ática. El *genos* era la articulación social base de la estructura de la *polis* del mundo griego. En él se ensamblaban las estructuras familiares con descendencia y cultos comunes. Los *gene* conservaban celosamente las genealogías y tradiciones; poseían la tierra y controlaban las *poleis*. Algunos rasgos de la estructura gentilicia se convirtieron en modelo de la estructura de la *polis*. Los fraternías unían los *gene* a nivel local y se convirtieron en un paso para obtener el derecho de ciudadanía; se originaron ya en el mundo micénico. La *polis* es, por tanto, el resultado de un organismo integrado por *oikoi*, *gene*, *phratiriai* y *phylai*.

Es difícil captar el significado primitivo de las *phylai* griegas. Se han propuesto varias hipótesis sobre su naturaleza original: categorías profesionales, grupos gentilicios

o étnicos, subdivisiones territoriales del Ática. Las *phylai* al unir agrupaciones gentilicias más restringidas, se convirtieron en unidades organizativas fundamentales para la *polis*. También se mencionan en las fuentes otros órganos de carácter más bien administrativo, como la *naucraria*, que, al parecer, estaban en función de la organización militar y administrativa. Las cuatro *phylai* se documentan tanto en Jonia como en el Ática. En Mileto a las cuatro primitivas se añadieron voluntariamente otras, debido seguramente al aumento de nuevos ciudadanos, o a la necesidad de introducirles en las instituciones de la *polis*. Los cuatro *phylai* aparecieron ya, por lo tanto, en el Ática antes de la migración jonia.

Los *demoi* constituyen una institución ática de carácter territorial administrativo, con implicaciones políticas. Existían ya, al menos en tiempos de la tiranía de Pisístrato. Para Jonia se carece de documentación arcaica. En cambio, el Ática siempre estuvo dividida en pequeñas comunidades: a ellas aludía Tucídides (2.15), cuando escribió: «Desde la época de Cécrope y de los primeros reyes hasta Teseo el Ática estuvo siempre habitada según *polis*, cada una con pritaneos y arcontes propios.»

Las divisiones territoriales áticas, de la etapa monárquica, quedan documentadas en las agrupaciones culturales, de fecha posterior, la *Epacria*, los *Tetracomoi* del Pireo y la *Tetrapolis* de Maratón.

Según la tradición, las antiguas *poleis* del Ática, como las de los jonios de Acaya y las de Jonia, eran doce. Teseo (Tuc., 2.15) dejó el territorio habitado como estaba, pero eliminó los consejos de las magistraturas de las diferentes *poleis*, y los unificó, en Atenas, nombrando un consejo único y un solo Pritaneo. Es difícil precisar qué instituciones llegaron del Ática a Jonia, cuáles pudieron seguir un camino inverso y cuándo se establecieron.

Se suele situar el nacimiento de la *polis* en Jonia, pero ya en las tablillas del lineal B, aparecen sus rasgos más significativos. La *polis*, común a todos los griegos, obedece más a un fenómeno de constituciones y no está vinculada con la urbanización, ni con la defensa ante enemigos exteriores. El nombre de *polis* no parece de origen anatólico y, por lo tanto, su nacimiento no estaría en Jonia, el prefijo se encuentra en las tablillas micénicas, aunque Jonia fue la región del mundo griego donde mejor se puede seguir la evolución de la *polis*.

Sólo es posible reconstruir la sociedad jónica a través de la obra de Herodoto y de los datos suministrados por las excavaciones. Ya en la segunda mitad del siglo VIII Jonia conocía un creciente progreso cultural, pero es imposible otorgar a Jonia en el período orientalizante el papel preponderante que antaño se le atribuyó. Jonia había ya conocido la presencia micénica en sus costas: se encontraba, pues, entre dos polos contrapuestos, la herencia micénica por un lado y, por otro, las culturas de los pueblos de Anatolia (lidios, carios) y de Asia (fenicios, los restos de la cultura hitita, etc.).

Los jonios y los eolios se asentaron en las costas de Anatolia en la mitad del siglo XI. En Samos los altares más antiguos del Heraion se datan ya en los siglos X y IX. El Hecatompodon remonta a comienzos del siglo VIII. Se ha pensado que para estos siglos ya funcionaba el templo de todos los jonios dedicado a Apolo. La economía estaba basada en la agricultura y en la pesca. La sociedad debió de tener las mismas instituciones que en la Grecia continental: habría una aristocracia con privilegios, poseedora de tierras, que atestiguan huellas de la monarquía. El supremo magistrado de la Liga jonia ostentaba el título de rey de los jonios, que existía en todas las ciudades, siendo el de Éfeso el de mayor prestigio en los orígenes de la Liga.

El elemento indígena fue lo suficientemente fuerte como para hacerse respetar en la sociedad jonia. Hubo un lento proceso de asimilación. La etapa anterior a la tiranía se caracterizó por el acaparamiento de la tierra en pocas manos y una crisis agudizada por los intereses de artesanos y comerciantes que favoreció el establecimiento de la tiranía. Los más antiguos productos orientales del siglo VIII serían propiedad de la aristocracia. Las relaciones culturales, religiosas y mercantiles con los pueblos limítrofes (principalmente fenicios, carios, frigios y lidios) de elevadísima cultura y fabulosa riqueza que tanto impresionaron a Herodoto, estimularon la evolución de la sociedad jonia y el aumento de riqueza. En este aspecto, Lidia debió desempeñar un papel de gran importancia: griegos famosos visitaron el reino lidio, como Tales, Solón, Teodoro de Samos y el aedo Magnetes de Esmirna.

Los reyes de Sardes estuvieron muy vinculados con el mundo griego; enviaban a los santuarios de Delfos y Tebas espléndidos regalos salidos de talleres jonios y contribuyeron a la construcción del Artemision de Éfeso. Consultaban los oráculos griegos habitualmente: sabemos que Creso consultó los de Delfos, Dodona, Tebas, Beocia, Mileto y Libia (Her., 1.46).

En la gran colonización Jonia participó activamente Mileto, en el Ponto Euxino, y Focea en Occidente, a donde también llegó Samos. Su actividad comercial es una prueba de las transformaciones sociales y económicas de la sociedad jonia, estimulados por el cese de relaciones con la cuenca del Éufrates y Tigris y con el Cáucaso, como resultado de la invasión cimmerica.

El Ática

Se han perdido los capítulos sobre el Ática de *La Constitución de Atenas*, de Aristóteles y las fuentes que extracta, pero quedan dos documentos fundamentales sobre la sociedad ática y su gobierno: el léxico de Patmos, que parafrasea a Aristóteles y un corto texto de la *Constitución de Atenas* de este último que dice así:

«La estructura del gobierno primitivo, anterior a Dracón, era la siguiente: las magistraturas se otorgaban por el linaje y por la riqueza. Primero, se desempeñaban durante toda la vida; más tarde, durante un periodo de diez años. Las mayores y primeras magistraturas eran: rey, polemarcha y arconte. De ellas la primera era la real (ésta efectivamente era la tradicional). En segundo lugar, se instituyó la polemarchía, porque algunos reyes resultaron poco aptos para la milicia, por lo cual hicieron venir a Ión cuando se presentó la necesidad. La última de ellas fue el arcontado, que, según los más, se creó en tiempos de Medonte, pero, según algunos, en época de Acasto. Como prueba aducen éstos que los nueve arcontes juran que harán los juramentos del tiempo de Acasto, como si los Códridas hubieran renunciado a la soberanía en tiempos de éste por los privilegios otorgados al arconte. Lo cierto es que, haya sido eso de una u otra manera, poca diferencia de tiempo supone; pero que el arcontado es la más moderna de estas magistraturas, pruébalo el hecho de que el arconte no se ocupa de nada tradicional, como hacen el rey y el polemarcha, sino sencillamente de las cosas que se han añadido con posterioridad; razón ésta por la que la importancia de la magistratura es relativamente reciente, al haber aumentado sus funciones con estos añadidos. Los *thesmothetai* fueron elegidos muchos años después, cuando las magistraturas eran elegidas anualmente, para que redactaran por escrito y publicaran las normas de derecho tradicional y las conservaran para decidir en los casos conflictivos. Por este motivo fue

ella la única magistratura que nunca pasó de anual. En lo que se refiere a la cronología, pues, tal es la diferencia que hay entre estas magistraturas.

No estaban juntos todos los nueve arcontes, sino que el arconte rey ocupaba lo que ahora se llama el Bucolión, cerca del Pritaneo (la prueba es que aun ahora se realiza allí la unión y la boda de la mujer del arconte rey con Dioniso); el arconte ocupaba el Pritaneo; el polemarcha, el Epilición (que antes se llamaba Polemarquión, pero como Epílico lo reedificó y acondicionó cuando era polemarcha, recibió el nombre de Epilición). Los *thesmothetai* ocupaban el Thesmotheion. En época de Solón, sin embargo, todos se reunieron en el Thesmotheion. Tenían la facultad de fallar los procesos por sí mismos, no como ahora de instruirlos solamente. Esto es lo que hay sobre las magistraturas. El Consejo de los areopagitas tenía la misión de conservar las leyes, pero se ocupaba también de la mayor y más importante parte de la administración de la ciudad, imponiendo castigos corporales o multando sin apelación a cuantas delinquían. La elección de arcontes, en efecto, se hacía atendiendo al linaje y a la riqueza, y de ellos se nombraba a los areopagitas; por tal razón ésta fue, y continúa siéndolo, la única magistratura vitalicia.»

El párrafo del léxico de Patmos, que citaba la *Constitución de Atenas* de Aristóteles, es el siguiente:

«Hubo un tiempo en que el pueblo ateniense, antes de que Clístenes reorganizara las tribus, estaba dividido en campesinos y artesanos (*georgói* y *demiorgói*). Las *phylái* eran cuatro y cada una comprendía tres partes, llamadas fratrías y (o) tritias. Cada una de éstas (12) subdivisiones estaba formada por treinta *gene* y cada *genos* por treinta hombres. Los miembros de los *gene* eran llamados *gennétai*. Los oficios sacerdotales de los *gene*, que correspondían a cada uno, como aquellos de los Eumólpidas y de los Cerices y de los Eteobítadas eran asignados por suerte. Así lo relata Aristóteles en el *Athenaion politeia* cuando dice: “las *phylái* (de los atenienses) eran cuatro, a imitación de las estaciones del año, y cada una de ellas estaba dividida en tres partes, de modo que todas juntas eran doce, como los meses del año. Estas reparticiones se llamaban tritias y fratrías. En cada fratría estaban dispuestos treinta *gene*, como los días de los meses, y el *genos* estaba formado por treinta hombres”.»

Estos datos coinciden con los suministrados por un escolio de *Axiochros* de Platón (371 D). Sobre la distribución originaria de los sacerdotes se carece de datos: su prestigio era grande de antiguo. Estaban excluidos del Consejo (*boulé*), del Areópago, formado por antiguos arcontes, que se distinguían por su riqueza y prestigio intelectual en número de 51 miembros, lo que indica que en la sociedad ática se había introducido una aristocracia no necesariamente de sangre, sino basada en la riqueza y prestigio. Tenían competencias jurídico-religiosas específicas. Las mejores familias, en número muy restringido, los llamados *eupárridas* se ocupaban principalmente del culto. La estructura de la sociedad ática fue la gentilicia. Los *gene* se ampliaban con el tiempo y con las necesidades. Junto a éstos estaban los *orgéones*, que se reunían en torno a un dios o héroe y participaban de las comidas de culto y de los sacrificios. Integrados por extranjeros, los *orgéones* eran asociaciones (*thiaroi*), por las que se incorporaban nuevos ciudadanos a la *polis*.

La sociedad ática anterior a Solón fue una sociedad estática y rural basada en la posesión de la tierra, cuyas raíces hay que buscarlas en el mundo micénico. De la reforma de Solón se deduce que la sociedad ateniense, fuertemente diferenciada, estaba compuesta por una aristocracia con privilegios y derechos (no necesariamente antigua), y

por una masa de pobres en continuo peligro de perder su libertad; entre ambos grupos, un estrato intermedio de gente empobrecida, algunos de los cuales superarán su mala situación económica.

Esparta

Esparta ejerció una gran fascinación en la intelectualidad griega. Su constitución fue la ideal para Aristóteles, al igual que para Platón en su *República*. Aristóteles redactó una constitución de los espartanos, que se ha perdido, pero que indica su interés por esta ciudad-estado. Jenofonte, que vivió treinta años en Esparta, escribió *La República de los lacedemonios*, un panegírico que sirvió de base a la biografía de Licurgo escrita por Plutarco. Esparta siempre atrajo a los oligarcas y conservadores y su constitución se mantuvo a lo largo de toda su historia, hasta la llegada de los romanos. El espíritu de Esparta durante la época arcaica se puede captar bien en la obra de Tirteo y de Alcmán, y en las excavaciones del santuario de Artemis Orthia.

Los dorios llegaron a la fértil llanura del Eurotas, de unos 1.120 km² de extensión, antes del primer milenio a. de C. La superioridad de Esparta sobre otros estados griegos vino dada por su extensión, que con Mesenia, abarcaba 5.120 km², tres veces mayor que el Ática. Estas tierras eran fértiles y poseían minas de hierro, escasas en Grecia; su gran desventaja fue que el puerto más cercano, Giritio, distaba 40 km.

Los espartanos en edad de ser hoplitas nunca fueron muchos: en la batalla de Platea, en 479, las tropas sumaban 5.000 espartanos, 5.000 *perioikoi* y 35.000 ilotas con armas ligeras.

Su constitución era similar a las de otras *poleis* griegas: constaba de una asamblea de guerreros y de un consejo de ancianos, la *gerousia*, que llegó a estar formado por los dos reyes y 28 miembros vitalicios de más de sesenta años, elegidos por el pueblo, pero pertenecientes a un número limitado de familias.

Al frente del Estado estaban dos reyes, pertenecientes a las familias de los Agíadas y de los Euripóntidas, que decían proceder de Heracles. No presidían la *gerousia*, ni tenían en ella especiales prerrogativas; tampoco presidían la asamblea, pero aunque no podían iniciar acciones o presentar enmiendas, tenían voto en problemas fundamentales del Estado. Herodoto (VI, 56-60) ha descrito bien las atribuciones de estos reyes:

«Tienen, pues, los espartanos ciertos derechos y prerrogativas reservadas para sus reyes, como son dos sacerdocios principales: uno, el de Zeus Lacedemonio; otro, el de Zeus Uranio, como también el arbitrio de hacer la guerra y llevar las armas al país que quisieren, con tan amplias facultades que ningún espartano, so pena de incurrir en el más horrendo anatema, se lo pueda estorbar: igualmente el ser los primeros en salir a campaña y los últimos en retirarse, y, en fin, tener en la milicia cien soldados escogidos para su guardia, tomar en tiempo de sus expediciones todas las reses que para víctimas quisieren y apropiarse las pieles y también los lomos de las víctimas ofrecidas.

Estos son sus privilegios y gajes militares. Los honores que les fueron concedidos en tiempo de paz son los siguientes: cuando alguno hace un sacrificio público se guarda para los reyes el primer asiento en la mesa y convite; las viandas no sólo deben presentárseles primero, sino que de todas debe darse a cada uno de los reyes dobles

ración comparada con la que se da a los demás convidados, debiendo ser ellos los que den principio a las libaciones religiosas, a ellos pertenecen también las pieles de las víctimas sacrificadas. En todas las neomentas y hebdomas de cada mes debe darse a cada uno de los reyes en el templo de Apolo una víctima mayor, un medimno de harina y un cuartillo lacedemonio de vino. En los juegos y fiestas públicas los primeros asientos están reservados a sus personas. A ellos pertenece el nombramiento de sus ciudadanos para proxenos, y cada uno de ellos tiene elección de dos pitios diputados para Delfos, personas alimentadas por el pueblo en compañía de los mismos reyes. El día que éstos no asisten a la mesa y comida pública, se les debe pasar a sus casas dos chenices de harina y una cotila de vino para cada uno en particular; el día en que asisten a la mesa común debe doblárseles toda ración. En los convites, que hacen los particulares, deben los reyes ser tratados y privilegiados del mismo modo que en las comidas públicas. La custodia de los oráculos relativos al Estado corre a cuenta de los reyes, bien que de ellos deben ser sabedores los pitios. El conocimiento de ciertas causas está reservado a los reyes, si bien éstas son únicamente: con quién debe casar la pupila heredera que no hubiere sido desposada con nadie por su padre; todo lo que mira al cuidado de los caminos públicos; toda adopción siempre que uno quiera tomar por hijo a otra persona debe celebrarse en presencia de ellos: el poder asistir y tomar asiento entre los gerontes reunidos de oficio, que son veintiocho consejeros del Estado; y cuando los reyes no quieran concurrir a la junta hacen en ella sus veces los senadores más allegados a los mismos, de suerte que añaden a su propio voto dos más a cuenta de los dos reyes.

No son éstas las únicas demostraciones de honor hechas en vida a los reyes, sino que en muerte hacen con ellos estas y otras los espartanos. Lo primero, unos mensajeros a caballo van dando la noticia de la muerte por toda la Laconia, y por la ciudad van unas mujeres tocando por todas las calles su atabal. Al tiempo que esto pasa, es forzoso que de cada familia dos personas libres, un hombre y una mujer, se desalifien y descompongan en señal de luto, bajo graves penas si dejan de hacerlo; de suerte que la moda de este luto entre los lacedemonios en la muerte de sus reyes es muy parecida o idéntica a la que usan los pueblos bárbaros en el Asia, donde estilan hacer otro tanto cuando mueren sus reyes.»

El esplendor de la monarquía espartana queda reflejada en las grandes fiestas, como las Gimnopedias y en las fiestas de Helena. La sucesión era hereditaria. Según Aristóteles (*Política*, 3.1285 b), tenían «generalato hereditario y vitalicio».

Los habitantes de las cercanías, llamados los periecos, agrupados en 30 comunidades, disfrutaban de autonomía local, pero no tenían política exterior, ni formaron una organización separada del resto del ejército espartano, hasta el siglo V. Con el tiempo se les encargó de las actividades al servicio del Estado. Eran dorios por su lengua, y tenían derecho a ser llamados lacedemonios, ya que descendían de Lacedemón, hijo de Zeus y de Taigeta, ninfa del monte Taigeto.

El tercer grupo que integró el Estado espartano fueron los *ilotas*, «cautivos de guerra». Con los años su situación económica y social fue equiparada a la de los mesenios. El origen de los ilotas ha sido muy discutido. Poblaciones parecidas se encuentra en Tesalia, en Creta y en otras regiones, pero son mal conocidas. La costumbre más general, al someter una población, era vender a sus habitantes. Los ilotas eran esclavos del Estado espartano y estaban asignados a particulares. Tenían ciertos derechos y su obligación principal era el cultivo de la tierra. Conservaban su familia y vivían dentro

de sus grupos. Su número era superior al de los esclavos en otros Estados, como en Atenas.

La obligación de los periecos y de los ilotas era la producción de alimentos, preparar el armamento y ocuparse del comercio. Los extranjeros no podían intervenir en la economía si no a través de los periecos y del Estado.

La Esparta de los siglos VII y VI participa de la marcha de los estados griegos. Esto mismo se deduce de los poemas de Tirteo y Alcmán, con problemas de distribución de tierras, luchas políticas y conflictos con Argos y Tegea.

Los numerosos hijos naturales, nacidos mientras los varones estaban en la guerra de Mesenia, privados de sus derechos, conspiraron contra el demos. Descubierta la conspiración, el oráculo de Delfos aconsejó que les mandaran a Tarento y que se unieran allí a los cretenses y a los bárbaros, instalados en el país. Según otra versión, también procedente de Estrabón, las mujeres espartanas se quejaron de la despoblación del país: los mejores varones fueron enviados a sus casas para procrear, pero cuando los soldados volvieron, trataron de ilegítimos a los nacidos, que se unieron a los ilotas y se rebelaron. Esta conspiración fue descubierta por los ilotas y los hijos enviados a Tarento.

La base del Estado espartano fue la conquista de Mesenia, que era también doria. La conquista duró diecinueve años, desde el 730 al 710, aproximadamente. El poeta Tirteo animó continuamente a los espartanos a la lucha. La tierra conquistada se dividió entre los espartanos por lotes iguales. Los ilotas se convirtieron en labriegos, que pagaban la mitad de su producción según los versos de Tirteo (4 D):

Como asnos agobiados por la carga, / llevando a sus señores por la necesidad cruel,
/ la mitad de toda la cosecha que el campo prodiga, / enlutados por sus amos, ellos y
sus propias mujeres también, / cada vez que el hado terrible de la muerte se abate
sobre uno de ellos.

La Constitución (*Rhetra*), cuyo texto, aunque oscuro y corrompido, se conserva en la *Vida de Licurgo* de Plutarco, se fecha durante el periodo de la primera guerra mesenia, que ganó el rey Teopompo, hacia el año 710.

Consta este texto de tres partes: el documento, el comentario y unos versos de Tirteo. Probablemente Plutarco lo tomó de la perdida obra aristotélica *La Constitución de los espartanos*. Queda claro que el poder decisorio se divide entre los reyes, el consejo de los ancianos y la asamblea de los Iguales. Por vez primera en Grecia, la asamblea popular recibió poderes, aunque fueran restringidos. La fecha de la *Rhetra* es anterior a Tirteo, quizás de tiempos de Teopompo. Su estilo no debe ser anterior al 700: casi todos los escritores antiguos dataron la vida de Licurgo, a la que se atribuía las leyes de Esparta, en el siglo IX. En los fragmentos conservados de Tirteo no se le cita nunca.

Se estableció en ella la función de la Asamblea: las reuniones habían de ser regulares y celebradas en un lugar determinado; a este cuerpo se le presentaban las propuestas de los ancianos y de los reyes, y ella decidía; el poder pertenecía al pueblo. Fue la primera asamblea hoplita. La definición de los poderes de la asamblea coincidió con la segunda guerra de Mesenia.

En la *Rhetra* no se menciona a los éforos, que ya existían: eran cinco, elegidos por la Asamblea. Sus poderes eran enormes, ya que podían proponer temas al consejo y a la Asamblea, podían castigar a los ciudadanos, cesar, expulsar y formar juicio a los magistrados. Los éforos tenían en el siglo VI todo el poder ejecutivo. Con el tiempo, estallaron conflictos entre los reyes y los éforos. La fecha de aparición de los éforos es oscura; el hecho de que fueran cinco parece indicar que su origen data de un periodo

en el que existían aún las cinco aldeas, pero el cargo difícilmente es anterior al siglo VII. La derrota espartana en Hysias (669 a. de C.) debió ser un fuerte revulsivo en la sociedad espartana: se ha supuesto, aunque los hechos son oscuros, que en esta batalla, los espartanos fueron derrotados, lo que permitió a Fidón de Argos crear el primer ejército. Con él dominó el norte del Peloponeso y marchó al año siguiente a celebrar los juegos olímpicos.

Hacia el año 700, a juzgar por el material que han proporcionado las excavaciones del santuario de Artemis Orthia, ya llegaban a Esparta objetos orientales, como marfiles, escarabeos, etc. Entre los años 590 al 550 se alcanza el momento de máxima calidad de la cerámica espartana, que siempre fue un objeto de lujo; posiblemente, eran obras de los *periecos*. También tenía Esparta excelentes bronceístas. Se ha supuesto que la crátera de Vix podía proceder de Esparta, pero podía también haber sido fabricada en Tarento. Una aportación de Esparta a la evolución de la música, se debe al lidio Terpando, inventor de la lira, que emigró a Esparta, donde creó una escuela musical. Después de mediados del siglo VI la cultura espartana decayó. La cerámica desapareció hacia el 525. Esta decadencia se debió a la nueva organización de la sociedad espartana, de carácter militar e igualitario.

La política espartana no fue siempre expansiva: tenía que mantener gran prudencia al enviar a sus ejércitos fuera de su territorio a causa de los ilotas. A final del siglo VI, controlaba Esparta todo el Peloponeso, excepto Argos y Acaya y utilizó la vía diplomática de pactos y tratados de no agresión. Otras veces, apoyó, dentro de un Estado, a un determinado grupo, generalmente oligárquico. Se la tuvo por enemiga de la tiranía, pero nunca actuó contra los tiranos de Corinto o de Megara; en cambio, intervino en la expulsión de Hipias.

LA CULTURA. INNOVACIONES ESPIRITUALES

La poesía lírica

A mediados del siglo VII vivieron una serie de poetas líricos que supieron describir magníficamente la sociedad que conocieron, sus problemas económicos y sociales y su escala de valores. Presenciaron el cambio de la aristocracia —como forma política de gobierno— a la tiranía y todos los problemas que esto ocasionó.

Los poetas líricos proceden de las islas griegas próximas a Asia (especialmente de Lesbos) y de la zona asiática vecina a las colonias griegas. Recorrían el continente griego participando en los certámenes musicales. Componían monodias y cantos corales que ellos mismos interpretaban.

Como antecesores de la lírica se encuentran Terpandro, que ganó el certamen musical de Apolo Carneio en Esparta en 676-673, y, a finales del siglo VII, Arión, Aristóclides, Frinis, Periclitio, Timoteo, Alceo y Safo. Para los certámenes musicales de las fiestas Píticas de Delfos, Olimpo de Frigia, maestro de Terpandro, compuso un treno a la muerte de Pitón. Olen de Licia debió componer himnos que cantaba el coro de las Deliadas en las fiestas de Apolo del siglo VII.

En las fiestas religiosas de Esparta se cantaban los partenios de Alcman, poeta también de procedencia lidia.

En el siglo VII los cantores y los creadores de la elegía y del yambo, como Arquíloco, Tirteo y Calino, cantaban en sus ciudades.

Característica de la lírica arcaica fue la combinación de monodía y coro, desarrollada durante los siglos VII y VI, y monodía y danza. Finalmente, quedó sólo la poesía coral.

En algunas canciones rituales la parte del solista y el coro estaba determinada por la tradición.

Alceo, Anacreonte y Safo tocaban la lira y cantaban. Los restantes elegiacos recitaban sus versos al son de la flauta. Después de su muerte, sus versos se seguían recitando en fiestas y banquetes.

Con el tiempo se acentuó el carácter religioso de la poesía: el poeta era llamado para participar en una parte del culto y utilizar la poesía en festividades religiosas.

Los espartanos, en ocasiones de calamidades o epidemias, por indicación del oráculo de Delfos, llamaron a poetas como Terpandro, Tirteo, Alcman, Taletas y Ninfeo. Los poetas introdujeron los cultos religiosos, como Arquíloco el de Dionisio en Paros, e intervinieron en la política, como Calino en Éfeso, Tirteo en Esparta, Solón en Atenas, Arquíloco en Paros y Teognis en Megara. Su producción estaba, además, dirigida a determinados círculos de ciudadanos: Alceo, a los nobles de Lesbos; Teognis, los de Megara; Safo, las doncellas. Arquíloco y Solón para toda la comunidad de ciudadanos. Todos ellos desarrollaban frecuentemente temas individuales; en el caso de Safo el tema fue el amor.

Elegiacos y yambógrafos

Calino de Éfeso, hacia el 650 a. de C., y Tirteo de Esparta, hacia el 640 a. de C., son un buen exponente de los ideales bélicos de una sociedad en la que todos sus miembros intervenían en la guerra en defensa de su patria. El primero canta (1 D):

«¿Hasta cuándo estaréis así echados? ¿Cuándo tendréis, muchachos, / ánimo de combate? ¿Vergüenza no sentís ante vuestros vecinos / de tan extremo abandono? ¿Confíaís en que es tiempo de paz / cuando ya la guerra arrebató a todo el país? / ... / ... y que cada uno, al morir, arroje el último dardo. / Honroso es, en efecto, y glorioso que un hombre batalle / por su tierra, sus hijos, y por su legítima esposa / contra los adversarios. La muerte vendrá en el momento / en que la hayan urdido las Moiras. Que todos avancen / empuñando la espada y albergando detrás del escudo / un corazón valeroso, apenas se trabó el combate. / Porque no está en el destino de un hombre escapar / a la muerte, ni aunque su estirpe viniera de dioses. / A menudo rehúye alguno el combate y el son de los dardos, / se pone a cubierto, y en casa le alcanza la muerte fatal. / Pero ése no va a ser recordado ni amado por el pueblo, / y al otro, si cae, lo lamentan el grande y el pequeño. / Pues a toda la gente le invade la nostalgia de un bravo / que supo morir. Y si acaso pervive, es rival de los héroes, / porque a su paso le admiran cual si fuera una torre del muro. / Hazañas acomete que valen por muchos, siendo él solo.»

Y Tirteo (1 D):

«... Avancemos trabando muralla de cóncavos escudos, / marchando en hileras Panfilios, Hileos, y Dimanes, / y blandiendo en las manos, homicidas, las lanzas. / De tal modo, confiándonos a los eternos dioses, / sin tardanza acatemos las órdenes de los capitanes, / y todos al punto vayamos a la ruda refriega, / alzándonos firmes enfrente de esos lanceros. / Tremendo ha de ser el estrépito en ambos ejércitos / al chocar entre sí los redondos escudos, / y resonarán cuando topen los unos sobre otros...»

Arquíloco de Paros, hacia el 650 a. de C., hijo de un noble pario y de una esclava, emigró de su patria y se ganó la vida como soldado. En sus obras celebra las fatigas de la guerra. Es un cínico que no tiene reparo en contar cómo salvó la vida arrojando el escudo. Se le atribuye la invención del yambo, verso apto para la sátira vulgar. Vivió como un desarraigado en una sociedad en la que la aristocracia entraba en crisis profunda.

Semónides de Amorgos vivió en torno al 630 a. de C.: es un poeta lírico que ofrece una visión pesimista de la existencia humana y aconseja degustar el placer. Es famoso por *El catálogo de las mujeres*, donde presenta un cuadro muy distanciado de la vida cortesana. Establece una relación entre los caracteres humanos y algunas especies de animales. Su visión del alma femenina es sombría:

«Hijo mío, el retumbante Zeus domina el fin / de todo lo que es y lo dispone como quiere. / Los hombres carecen de entendimiento. Pues al día / vivimos como bestias, del todo ignorantes / de cómo la divinidad hará concluir cualquier asunto. / La esperanza y la persuasión alimentan a todos / mientras se lanzan a lo irrealizable. Unos aguardan / a que llegue un día, otros a que rueden los años. / Para el próximo no hay hombre que no espere / hacerse íntimo de la riqueza y los bienes. / Pero a uno se apresura la vejez odiosa a atraparlo / antes de que llegue a su meta. A otros penosas dolencias / los consumen. A otros, sometidos por Ares, / los despacha Hades bajo la negra tierra. / Otros, en alta mar, zarandeados por la tormenta / y los muchos embates del purpúreo oleaje, / perecen, cuando en vano tratan de sobrevivir. / Otros se cuelgan de un lazo, en triste destino, / y por propia decisión dejan la luz del sol. / Así que nada hay sin daños, sino que incontables / son las formas de muerte e imprevisibles las penas / y las calamidades de los hombres. ¡Pero ojalá me escucharan! / No anhelaríamos las desdichas ni al encontrarnos / entre duros dolores nos desgarraríamos el ánimo» (1 D).

Mimnermo de Colofón, contemporáneo del anterior, celebró en un largo poema, de nombre *Esmirneida*, la fundación de Esmirna y las luchas de su región. Fue muy apreciado por los poetas alejandrinos por sus poemas eróticos, de tono dulce y delicado, al mismo tiempo que canta la fugacidad de la vida y la ruina física:

«Nosotros, cual las hojas que cría la estación florida / de primavera, apenas se difunde a los rayos del sol, / semejantes a ellas, por breve tiempo gozamos de flores / de juventud, sin conocer por los dioses ni el mal / ni el bien. Pero al lado se presentan las Keres oscuras, / la una con el embozo de la funesta vejez, / la otra con el de la muerte. Un instante dura el fruto / de la juventud, mientras se esparce sobre la tierra el sol. / Mas apenas ha pasado esa sazón de la vida, / entonces resulta mejor estar muerto que vivo. / Muchos males entonces asaltan el ánimo. Unas veces el hogar / se arruina y vienen los duros acosos de la miseria. / Otro, en cambio, carece de hijos, y con ese ansia extrema / emprende bajo tierra su camino hacia el Hades. / A otro le apresura una angustiosa enfermedad. Ninguno / entre los hombres hay a quien Zeus no le dé muchos males» (2 D).

Hiponacte de Éfeso, alrededor del 540, fue un poeta desvergonzado y obsceno, que cuenta la vida picaresca en la que le tocó vivir. Utiliza el coliambo, verso muy apropiado para la burla.

Jenófanes de Colofón, hacia el 525 a. de C., se exilió en Elea, en el sur de Italia, huyendo de la invasión persa de Asia Menor. De ciudad en ciudad, recitaba a Homero y sus propias composiciones poéticas. Fue también importante por sus revolucionarias

ideas teológicas, pues criticaba el antropomorfismo de los dioses de Homero y de Hesíodo. Considera más importantes a los poetas y a los filósofos, que educan a la gente, que a los vencedores de los certámenes atléticos.

Teognis de Megara cantó la ruina de la aristocracia ante el surgimiento de los nuevos ricos de baja extracción. Odiaba a esta nueva clase de su patria. Es un buen pintor de la ascensión de una nueva clase social y de la decadencia de la aristocracia.

Nadie ha descrito mejor la caducidad de la vida humana y la oscuridad del futuro que Teognis (426-427): «Lo mejor para el hombre sería no haber nacido / ni haber visto como humano los rayos fugaces del sol, / y una vez nacido, lo mejor es atravesar las puertas del Hades lo antes posible y yacer bajo una espesa capa de tierra tumbado»

Solón vivió entre los años 630-560 a. de C., aproximadamente. Su actividad fue muy variada: además de poeta fue legislador y viajó mucho. Disfrutó de gran prestigio y fue considerado entre los siete sabios de Grecia. Su poesía describe la degradada situación económica y social de la Atenas de comienzos del siglo VI y la reforma que él propone: su programa político ha quedado bien reflejado en sus composiciones. Rechaza la riqueza excesiva y alaba la justicia.

Lírica monódica

Safo, Alceo y Anacreonte son los tres representantes de la lírica monódica. Los dos primeros fueron contemporáneos, vivieron hacia el 600 a. de C. en Lesbos, isla famosa por su refinada cultura, mezcla de civilización griega y oriental. Profundas diferencias separan a los tres líricos.

Sin embargo, Safo se hizo famosa por aludir en su poesía, a la educación que ella impartía a un círculo de selectas jovencitas en Mitilene. Es la suya una poesía refinada, delicada, muy femenina y de matices sutiles.

El lesbianismo —que se ha creído reconocer en sus poemas— no fue peculiar de las mujeres de Lesbos, pues se documenta también en la Esparta arcaica. La comunidad de muchachas de Safo deriva de las antiguas comunidades de mujeres, al igual que la camarilla de Alceo, tuvo su origen en las antiguas heterías aristocráticas. Estas comunidades estaban vinculadas a una divinidad: «De veras, estar muerta querría. / Ella me dejaba y entre muchos sollozos / así me decía: / “¡Ay, qué penas terribles pasamos, / ay Safo, que a mi pesar te abandono!” / Y yo le respondía: / “Alegre vete, y acuérdate / de mí. Ya sabes cómo te quería. / Y si no, quiero yo recordarte... / cuántas cosas hermosas juntas gozamos. / Porque muchas coronas / de violetas y rosas y flores de azafrán / estando conmigo pusiste en tu cabeza, / y muchas guirnaldas entretrejidias, / hechas de flores variadas, / alrededor de tu cuello suave. / Y ungías toda tu piel... / con un aceite perfumado de mirra / y digno de un rey / y sobre un mullido cobertor / junto a la suave... / suscitaste el deseo... / Y no había baile ninguno / ni ceremonia sagrada / donde no estuviéramos nosotras, / ni bosquecillo sacro... / ... el repicar... / ... los cantos...» (96 D).

Según una interpretación, un partenio de Alcman, conservado en un canto epitalámico destinado a un ritual interno de comunidades de muchachas, describe una ceremonia iniciática dentro de la cofradía. Consistía en la entrada de Safo en el tálamo, preparación de la estancia nupcial, preparación del lecho, ingreso de las doncellas, introducción de Afrodita en el carro de las Carites y del coro de los amores y procesión

con la antorcha nupcial. En las comunidades de Lesbos había uniones entre muchachas, que comparables a una relación de tipo matrimonial. Safo redactaba los cantos de las ceremonias de la cofradía (tiasos) y Alcmán hacía partenios para los tiasos espartanos. Las muchachas de Lesbos, que se educaban con Safo, se distinguían por sus joyas, lujosos vestidos y costosos perfumes. En la poesía amorosa de Safo, Afrodita, la diosa del amor, desempeña un papel primordial. En la comunidad de Safo el culto a las musas desempeñaba igualmente un papel importante.

Alceo celebra el vino y las fiestas, al mismo tiempo que la violencia y la muerte. Alceo habla ya de la nave del Estado en dos pasajes. Según Heráclito, uno de ellos se refería a la situación de Mitilene bajo la tiranía, y el segundo a la de Mirsilo: «De nuevo esta ola, como la de antes, avanza / contra nosotros, y nos dará mucho trabajo / resistirla cuando aborde nuestra nave. / ... / ... Aprestemos la defensa lo antes posible / y corramos al amparo de un puerto seguro. / Que ninguno de nosotros la duda cobarde / le acose. Claro está que es enorme el empeño. / Recordad las fatigas que antaño soportamos. / Y que ahora todo hombre demuestre su valía. / Conque no avergoncemos por falta de coraje / a nuestros nobles padres que yacen bajo tierra» (119 D).

«Bebe y emborráchate, Melanipo, conmigo. ¿Qué piensas? / ¿Que vas a vadear de nuevo el vorticoso Aqueronte, / una vez ya cruzado, y de nuevo el sol la luz clara / vas a ver? Vamos, no te enfades en tamañas porfías. / En efecto, también Sísifo, rey de los eolios, que a todos / superaba en ingenio, se jactó de escapar a la muerte. / Y, desde luego, el muy artero, burlando su sino mortal, / dos veces cruzó el vorticoso Aqueronte. Terrible / y abrumador castigo le impuso el Crónida más tarde / bajo la negra tierra. Conque, vamos, no te ilusiones. / Mientras jóvenes seamos, más que nunca, ahora importa / gozar de todo aquello que un dios pueda ofrecernos» (73 D).

Teognis imitó a Alceo en esta alegoría. El poeta conoce bien el peligro que corre la nave, pero al no poder salvarla la deja en manos de los nobles, que forman la tripulación. La comparación remonta a Arquíloco en su poema a Glauco, general pario en la guerra de Tásos, contra los tracios. La tempestad que se avecina es la guerra. Esta alegoría pasó a la tragedia y a la comedia y a autores como Platón, Aristóteles, Horacio, Cicerón y a los escritores cristianos. Anacreonte, que vivió en la corte de Polícrates de Samos, cantó al vino y al amor: «Venga ya, tráenos, muchacho / la copa, que de un trago la apuro. / Échale diez cazos, / de agua y cinco de vino / celebre la fiesta de Baco», escribe en una composición (43 D). En la poesía de Anacreonte queda un reflejo de los simposios y cosmos dionisiacos. En sus poemas Eros y Dioniso desempeñan un papel importante. El poeta describe también los bajos fondos de la sociedad en que vivió.

Lírica coral

La lírica coral está ligada en gran parte a las representaciones rituales. En esta poesía el coro desempeña un papel importante, a veces formado por doncellas. El tema de las composiciones es muy variado: unas veces, celebran mitos y motivos religiosos y otras, motivos personales.

Alcmán de Esparta vivió en torno al 630 a. de C., cantó a una Esparta diferente de la clásica y de la de tiempos de Tirteo. En su poesía aparecen las competiciones entre coros de muchachas. La situación sería muy parecida a la descrita por Pausanias (5,16,2)

para las Hereas de Olimpia, donde se alude a un grupo de dieciséis mujeres, que tejen el peplo de Hera, celebrando luego una carrera y dividiéndose en dos coros. El partenio se debía cantar antes de la competición. Hay una relación erótica entre coro y corego. El agón tenía lugar durante la noche, y consistía en una danza-carrera, o mejor, los coros competían en danzas circulares rápidas. Papel importante desempeñaban la belleza, los vestidos de las vírgenes del coro y el canto.

Describe, pues, este partenio una serie de actos rituales de tipo agonal, que acompañan a la entrega de la ofrenda. Se trataría de una fiesta de renovación de comienzos del año.

Estesícoro de Himera nacido en Metauro, vivió entre los años 635 y 555 a. de C. y murió en Catania (Sicilia). Le agradaban los temas en los que participaban los héroes (*Cazadores, Destrucción de Troya, Juegos en honor de Pelias*), lo que le permitía un amplio uso de los mitos y de las hazañas legendarias. Es el primer autor que sitúa el combate de Heracles y Gerión en Tartessos en su poema *Gerioneida*, extractado después por Apolodoro en su Biblioteca (2,5,10) y que influyó mucho en las representaciones de los vasos griegos. El tema permitió a Estesícoro relatar otros temas míticos, con ocasión del viaje y retorno de Heracles al Occidente. La Suda habla de veintiséis libros catalogados por los alejandrinos, atribuidos a Estesícoro, de los que veinticuatro serían poemas corales. Se conservan los títulos de doce poemas, que son los siguientes: *Los cazadores, Cerbero, Cicno, Destrucción de Troya, Erifila, Europa, Gerioneida, Helena, Juegos, Oresteia, Palinodia y Retornos*. La *Oresteia, Helena, Palinodia, Erifila y Gerioneida* constaban de dos libros.

Estesícoro pertenecía a la clase aristocrática de la Magna Grecia. Introdujo en sus poesías los temas populares de su patria y de Grecia en general. Estuvo muy vinculado a Esparta, presente en su obra a través de héroes espartanos, como Helena, Heracles y los Dioscuros, Orestes, etc. Se supone que *Helena, la Palinodia, la Oresteia* y los *Juegos* se cantaban en las fiestas de Esparta. Los poemas de Estesícoro son largos de extensión. Introdujo también en la lírica el mito de la épica: su relato mítico tenía carácter dramático. Reelaboró antiguos poemas, pero sin seguir puntualmente sus fuentes.

Simónides de Ceos vivió entre los años 556-467; recorrió la corte de los tiranos y de los aristócratas por toda la Grecia. Visitó la corte de los Pisistrátidas y de Hierón, poniéndose al servicio de sus mecenas. Fue el inventor del epinicio, que celebra los triunfos atléticos. Escribió una gran variedad de poemas: trenos, peanes, epigramas funerarios y cantos triunfales en un lenguaje sencillo.

La historiografía

La historiografía griega nació en Jonia a finales del siglo VI. La costa jonia y más concretamente Mileto fue el lugar más adecuado para el nacimiento de la historiografía, por su intenso tráfico comercial y cruce de ideas procedentes de Anatolia y del Oriente.

Dos textos del historiador contemporáneo de Augusto, Dionisio de Halicarnaso, se refieren a la más antigua historiografía griega, que derivaría de crónicas locales. Dicen así:

«...Muchos y de muy variados lugares fueron los historiadores arcaicos anteriores a las guerras médicas. ... Todos adoptaron el mismo criterio en la selección de los argumentos y se valieron de capacidades similares, algunos escribiendo la historia de los

griegos, otros la de los bárbaros, sin relacionarlas recíprocamente, manteniéndolas diferenciadas por pueblos y por ciudades y publicándolas separadamente las unas de las otras, con el fin, todos ellos, de revelar y enseñar a cada uno todas las memorias, distintas según los pueblos y las ciudades, que se conservaban en los ambientes locales, y todos aquellos escritos que permanecían depositados en los santuarios o en los archivos profanos sin añadir ni suprimir nada de cómo les habían llegado; en ellas se encuentran recogidas algunas tradiciones aceptadas durante mucho tiempo y algunos casos espectaculares que a nosotros modernos nos suenan ingenuos...

... he hablado así no para burlarme de ellos, sino con mucha comprensión hacia su trabajo, aun cuando se ocuparon de cuentos inventados publicando historias de pueblos e historias locales; porque entre todos los hombres se conservan públicamente en varios lugares y privadamente en algunas ciudades ciertas memorias de determinadas tradiciones orales, a las que más arriba me he referido, que recibíéndolas los hijos de los padres, se cuidaban de transmitir las a sus descendientes y consideraban justo que todos aquellos que se proponían difundirlas públicamente las redactaran en sus escritos tal como a ellos les habían llegado. En consecuencia dichos historiadores no podían hacer más que entretener las escrituras locales de cuentos fabulosos.»

Según estos textos, los historiadores jonios serían en origen editores de crónicas locales procedentes de archivos, que recogían tradiciones orales. Esta afirmación de Dionisio no parece probable.

Los logógrafos.

El término logógrafo fue usado por Tucídides (1,2) y se refiere a los antiguos historiadores jonios que escribían en prosa, de los que el más famoso fue Hecateo de Mileto, que vivió entre los siglos VI y V. Viajó mucho; estuvo, en Tebas de Egipto (Her., 2, 143-145). Intervino en la revuelta jonia del 499 a. de C., según Herodoto (5, 36,124), intentando que Jonia no se opusiera al poderío persa. Pretendió, al fracasar en su intento, que se armara una potente flota contra los persas. Derrotados los jonios, Hecateo participó en las negociaciones de paz.

La antigüedad ha atribuido a Hecateo varias obras: una *Descripción de la Tierra o Periegesis*, y una *Historia o Genealogía*. De sus obras se conservan unos cuatrocientos fragmentos, de los que cuarenta pertenecen a las *Genealogías* y trescientos a la *Periegesis*. En esta última se describe Europa y Asia, las costas y los pueblos, de Oriente a Occidente, y después en sentido inverso. Esta descripción corresponde a una concepción rígida del cosmos dividido en dos regiones, rodeado por el océano. En las *Genealogías* se separan los héroes de los dioses, en clara contraposición con la *Teogonía* de Hesíodo.

Se conocen los nombres de otros logógrafos jonios, como Dionisio de Mileto, Dioco de Proconeso, Cadmo de Mileto, Democles de Figela, Eugeón de Samos y Eudemo de Paros.

Excilas de Carandía fue contemporáneo de Hecateo y, según Herodoto (4.44), llegó hasta la India. También escribió, siguiendo el modelo de Hecateo, una *Circunavegación de los lugares más allá de las Columnas de Heracles*. Se le ha atribuido *Las cosas relativas a Heráclides, rey de los Milesios*.

La ciencia

La prosa científica. Alcmeón de Crotona

Fue médico, naturalista y discípulo de Pitágoras. Escribió en jonio, aunque él era dorio de origen, una obra titulada *De la naturaleza*. Se opuso al principio de autoridad defendido por los pitagóricos. Alcmeón era partidario «de que el hombre se distingue de los demás seres, porque es el único que comprende, mientras que los demás sienten, pero no comprenden». Debió defender también que el desgaste de los organismos interrumpía los ciclos físicos del hombre al afirmar que «los hombres mueren porque no pueden unir el principio al fin».

La genética atrajo también su atención, estudió la esterilidad de los mulos y las mulas. La salud la concebía como equilibrio de cualidades contrarias, teoría en la que se acusa el influjo de Anaximandro. La enfermedad procedía, según él, del ambiente exterior, por defecto o exceso de nutrición.

Como naturalista, Alcmeón de Crotona hizo ya disección de animales. Descubrió los nervios ópticos, las trompas de Eustaquio y la cabeza del feto como primera parte del cuerpo que se desarrollaba.

Medicina. Las escuelas de Cnido y de Cos

En la época arcaica funcionaron dos escuelas médicas, asentadas en Cnido, colonia lacedemonia, y en Cos. La primera remonta quizá al siglo VII: reunió y clasificó sistemáticamente los síntomas de las enfermedades. Su doctrina fue recogida en unos aforismos o sentencias, a partir de la medicina india o persa. Se empezó, ya, a practicar la anatomía y se prestó más atención a los síntomas y a la enfermedad que al paciente.

La escuela de Cos trabajó en el siglo VI. Su tendencia general ha quedado reflejada en el *Corpus Hippocraticum*, reunido en la primera parte del siglo III por eruditos alejandrinos, por orden de Ptolomeo Sóter. Esta colección recopila estudios de los siglos VI al IV. En ellos se da gran importancia al curso real de la enfermedad. Los médicos de Cnido incidieron en las diagnósis y el tratamiento, y los de Cos en la prognósis. Ambas escuelas estuvieron vinculadas a un templo, pero obraron con total independencia.

Matemáticas y astronomía

La matemática es una ciencia, en origen, griega, al igual que la geometría pura. Los griegos fijaron la terminología y establecieron los principios, muchos de los cuales han llegado hasta hoy. Términos como isósceles, equilátero, paralelogramo, rombo, paralelepípedo, hipotenusa, etc., son de origen griego y fueron usados ya por los antiguos con el mismo significado que hoy. Los principios de la geometría y de la aritmética se desarrollaron a partir de Pitágoras.

Los griegos, en la geometría y astronomía, tomaron los hechos elementales de los egipcios y de los babilonios, pero los dotaron de precisión, libres de preceptos, dogmas tradicionales y superstición.

La geometría y la astronomía griegas comenzaron con Tales de Mileto (en torno al 624-547 a. de C.) que conoció estas ciencias en Egipto.

A Tales se le atribuyen, según Euclides, los teoremas siguientes, axiomas que constituyen los primeros pasos hacia una teoría de geometría.

a) Un círculo es dividido por un diámetro en dos partes iguales.

b) Los ángulos de la base de un triángulo isósceles son iguales.

c) Si dos rectas se cortan, los ángulos opuestos son iguales.

d) Si dos triángulos tienen dos ángulos y un lado, respectivamente, iguales, los triángulos también son iguales.

e) Inscribir un rectángulo en un círculo.

Según la tradición, Tales midió la distancia de un barco en alta mar, y calculó la altura de las pirámides por medio de las sombras. Predijo un eclipse de sol, que fue observado muy probablemente el 28 de mayo de 585. Utilizó la Osa Menor para hallar el polo. Descubrió la desigualdad de las cuatro estaciones astronómicas: escribió sobre el equinoccio y sobre el solsticio.

Aristóteles afirma que los pitagóricos se dedicaron al estudio de las matemáticas e hicieron progresar esta ciencia. Los pitagóricos fueron los primeros que utilizaron la palabra matemáticas.

A Pitágoras, que vivió entre los años 572-497, se remonta la teoría de los números: definición de la unidad y del número, distintas definiciones de las clases de números, las subdivisiones y la clasificación.

Descubrió la teoría de la proporción aplicable a magnitudes conmensurables. Pero su mayor descubrimiento fue el de que los intervalos musicales corresponden a cierta razón aritmética, entre longitudes de cuerda, sometidas a la misma tensión.

La aritmética pitagórica se conoce mediante la obra de Nicómaco, *Introducción aritmética*, el *Comentario* de Jámblico y la obra de Teón de Esmirna, titulada *Exposición de cosas matemáticas útiles para leer a Platón*.

Las aportaciones de Pitágoras a la geometría fueron más importantes aún. Su proposición más famosa fue el teorema que lleva su nombre: el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. Según Proclo, a Pitágoras remontan la teoría de los proporcionales, la construcción de las figuras cónicas y los cinco sólidos regulares.

A él se deben también importantes descubrimientos en astronomía, como que los cuerpos celestes tenían forma esférica, o que el Sol y los planetas tenían movimientos independientes de los suyos propios en sentido contrario a la rotación diaria. Mantenía seguramente que la Tierra ocupaba el centro. Sus sucesores en la escuela, Hicetas de Siracusa y Filolao, abandonaron la teoría geométrica de la Tierra, y hacían al Sol y a los planetas dar vueltas en un círculo alrededor del fuego central.

La Filosofía

La filosofía griega nació en la costa de Asia Menor: es un producto de la civilización jonia. La teoría de un origen oriental de la filosofía fue defendida por los escri-

tores alejandrinos y por los apologistas cristianos, pero fue desconocida por los filósofos y escritores griegos. La filosofía griega estuvo íntimamente vinculada con la matemática. Los jonios, pues, son los primeros científicos: buscan el saber en sí mismo, desligado de la religión.

A los griegos les impresionó profundamente el constante proceso de cambio, las transformaciones de la vida a la muerte y viceversa. Buscaron algo permanente, algo primordial. La filosofía o cosmología jonia busca el elemento primitivo de todas las cosas, de carácter material, pues aún no se había descubierto la contraposición entre espíritu y materia.

La base de una cosmología científica radicaba en la concepción de que el universo estaba regido por la ley.

Los pensadores jonios no distinguieron entre ciencia y filosofía, y se dedicaron a toda clase de observaciones científicas. Unieron, así capacidad de especulación y nociones filosóficas.

Tales

Según Tales, cuya vida escribió Diógenes Laercio, el elemento primario de todas las cosas es el agua. Según Aristóteles (*Met.*, 983 b.22), esta teoría está influida por las teologías más antiguas, en las que los dioses juraban por el agua.

Su importancia radica en que fue el primer pensador que se planteó la cuestión de cuál era la naturaleza última del mundo. Concibió las cosas como cambiantes a partir de un elemento primario y último, estableciendo la noción de la unidad en la diversidad. En Tales se observa ya la transición del mito de la ciencia y a la filosofía.

Anaximandro

Fue discípulo del anterior; se le atribuye la realización de mapas. Intervino activamente en la vida política griega: condujo una colonia hasta Apolonia. Sus escritos —en prosa— llegaron hasta los tiempos de Teófrasto que los utilizó.

Anaximandro llegó a la conclusión de que el elemento primero era indeterminado. A este elemento primigenio lo llamó la causa material. «No es ni el agua, ni ningún otro de los llamados elementos, sino una naturaleza diferente de ellos e infinita, de la cual proceden todos los cielos, y los mundos en éste encerrados... Eterna y sin edad... abarca todos los mundos» (*Frag.*, 1-3).

Para este filósofo existe una pluralidad de mundos coexistentes, perecederos. Hay un movimiento eterno en el que se engendran los cielos. La vida salió del mar. El hombre nació de animales de otra especie.

La doctrina de Anaximandro aventaja la de su maestro, pues intenta afrontar de alguna manera la cuestión de cómo evolucionó el mundo a partir del elemento primero.

Anaxímenes

Discípulo del anterior. Sigue la teoría de Tales buscando una sustancia determinada, como elemento primigenio, que reconoció en el aire. Introdujo la noción de con-

densación y de refracción. Como Tales, concebía la Tierra plana y flotando en el aire. Explicó el arco iris como los rayos del sol cayendo sobre una nube espesa que no puede atravesar.

Con la caída de Mileto, en 494, desaparece la escuela milesia de filosofía.

Pitágoras

Es difícil diferenciar la doctrina de Pitágoras de Samos de la de sus discípulos, que formaban una sociedad o comunidad religiosa.

Ya los filósofos milesios formaron seguramente una escuela, pero la escuela pitagórica era de carácter ascético y religioso, combinado con un espíritu científico. El pitagorismo y el orfismo tuvieron un terreno común, difícil de deslindar: ambos creyeron en la transmigración de las almas y tenían una nueva concepción de la organización comunitaria.

Los pitagóricos controlaron políticamente a Crotona y otras ciudades del sur de Italia, pero no fueron comunidades políticas. Se entregaron a prácticas purificadoras. Practicaban el silencio, la música y las matemáticas, que servían para la formación del alma. Eran vegetarianos. Defendían los pitagóricos que todas las cosas son números, lo que significa que todos los cuerpos constan de puntos y unidades en el espacio, que tomados en conjunto constituyen un número. Introdujeron el concepto de lo limitado e ilimitado. Y creyeron que la Tierra era esférica y no ocupaba el centro del universo.

El mundo aspiraba al aire de la masa que lo envolvía. Se alude al aire como lo ilimitado, posiblemente por influjo de Anaximandro. Los pitagóricos influyeron mucho en Platón.

Manifestaciones artísticas

Jonia

Arquitectura. En Mileto, Rodas, Quíos y Esmirna quedan huellas de la existencia de plantas trazadas con un esquema geométrico, que datan de mediados del siglo VII. Ello se debe al poder político y económico de los tiranos y a la excelente situación de que gozaban estas ciudades amuralladas en su mayor parte. Se dejó en el interior un espacio libre para el ágora y se levantaron suntuosos templos. El templo griego fue sólo el lugar en que se guardaba la imagen del dios, no su morada, ni un lugar de oración o de culto; éste se celebraba en los altares colocados ante los templos. Los primitivos templos griegos, conocidos por terracotas de Arcades (fechados entre los años 1100-1000) o del Heraión de Argos (hacia el 700) y de Perachora (en la misma fecha), se construyeron de madera y adobe. Hacia el año 600 se levantaron los primeros templos de piedra. Este urbanismo era utilizado por los tiranos como un elemento de prestigio, como hicieron anteriormente las clases ricas en el periodo de crecimiento. Sobre todo, en lo que respecta a la traída del agua, como hicieron los Pisistrátidas y Polícrates. El acueducto de Samos, debido al arquitecto Eupalnio de Mégara era una verdadera obra de ingeniería: el mismo Polícrates mandó construir las murallas del puerto de 18 m de profundidad y 300 m de longitud, con instalaciones para tiendas y pórticos. Estas

construcciones encajaban perfectamente con su política exterior de control del mar. Polícrates construyó también su palacio —que no conocemos— sobre la roca de Astipalaya. También el palacio de Larisa, fechado a finales del siglo VI, consta de un pórtico de columnas rematado por un tímpano, encuadrado entre dos torres y seguido de dos salas rectangulares. La fachada parece ser originaria de Siria.

Samos fue famosa, entre otras cosas, por su Heraión, o templo dedicado a Hera, que fue el más grande del mundo griego. En el siglo VII, en Samos, se construyó un templo rodeado por una columnata, que fue rápidamente copiada en otros templos. El influjo oriental se acusa en las basas de piedra y en el mobiliario imitado por los arquitectos jonios. En ese mismo siglo hubo ya edificios de gran tamaño levantados en piedra. En Jonia y en las islas, el orden dórico tomó del arte orientalizante sus formas decorativas con volutas y temas florales. Primero se levantó en Samos, a comienzos del siglo VIII, un Hecatómpedo, que, como su nombre indica, era una cella de cien pies de largo, con cobertura de madera. Más tarde fue sustituido por un templo con peristilo y cella, sin pilares centrales, sino adheridos a las paredes laterales. En este segundo edificio se veneró la imagen de culto. Hacia el año 600 se añadió al lado sur una stoa que fue la primera de la que se tiene noticia en Grecia. A Roikos y a Teodoro se deben, poco antes de mediados del siglo VI, los cambios en el exterior del templo. Se levantó un gran templo díptero de 105 × 52,50 m, con 104 columnas de 1,50 m de diámetro. Incendiado poco después de su construcción, fue construido nuevamente por Polícrates con mayores proporciones.

El Artemisión de Éfeso, costado en parte por el rey de los lidios, Creso, fue obra de Teodoro, de Quessitrón y de Metágenes. Era aún mayor que el Heraión de Samos: tenía más columnas, decoradas en la parte inferior con escenas en relieves. Estos edificios se conocen en la historia del arte como de estilo jónico.

En Larisa, Lesbos y Neandria, apareció el capitel eolio, que procede de modelos de la costa siria y fenicia.

Un tercer tipo de capitel oriundo de esta costa es el de hojas acuáticas, que llegó probablemente de Creta: se encuentra en el Artemisión de Esmirna y en el santuario de Atenea en Focea, en los tesoros de Mesalia y de Clazpmenes, y en Naxos, Delos y Tasos.

Escultura. Bronce. La escultura de Jonia se desarrolló en la segunda mitad del siglo VI y se encuentra en los santuarios de Rodas y Samos; un ejemplo es la fuente sostenida por damas sobre leones. En esta época se fabricaron grandes calderos de bronce, de origen oriental, que se regalaban a los santuarios. Se conocen incluso los nombres de algunos bronceístas: Glauco y Quíos; sin embargo, los dos bronceístas más famosos, fueron Teodoro y Roikos, inventores de la técnica de la fundición en bronce. A Teodoro se le atribuyen muchas obras de arte, como el anillo de Polícrates, las cráteras de oro y plata regaladas por Creso al santuario de Delfos, las vides y el plátano de oro del palacio del Gran Rey, etc.

Famosos son los marfiles de Éfeso, en los que se aprecia bien el influjo oriental, al igual que muchos bronceos de Samos recogidos en el Heraión.

En el primer cuarto del siglo VI, hace su aparición en Mileto una escultura que toma modelos de Egipto; son estatuas sedentes de los Bránquidas, sacerdotes que administraban el Didimeo de Mileto. Estas macizas esculturas estaban colocadas en una avenida, como en los templos egipcios.

En Quíos se desarrolló una escuela; en la que destacaron Bión, Micíades, Búpalo, Atenis y Arquénoro (Plin., 36,11,13); este último comenzó a esculpir hacia el 600, y trabajó no sólo para Quíos, sino también para Clazomenes, Atenas, Lesbos, Paros, Delos y Esmirna. Esta escuela es el puente entre el arte jonio, las Cícladas, Atenas y el Peloponeso.

Pintura. En Jonia existían, al parecer, dos centros de pintura, uno en Samos y otro en Focea. Plinio ha conservado los nombres de varios pintores jonios, como Bularco, que representó la batalla entre Magnesia y el lidio Candaules (Plin., 35,43), Saurias de Samos, inventor del contorno y Clementes de Corinto (Plin., 35,15). Las pinturas de Górdion, de mediados del siglo VI, son muy probablemente obras de artistas jonios.

Cerámica. Domina entre el siglo VII y el 570 el llamado estilo de la «cabra salvaje». Debieron existir importantes talleres en las grandes ciudades de Jonia, pero hasta ahora es difícil diferenciarlos. De Samos proceden las copas de los Pequeños Maestros Jonios, de hacia mediados del siglo VI.

En Clazomenes existió otro taller de vasos de figuras negras, con escenas de carácter narrativo. Quíos continuó con el estilo de la «cabra salvaje», y con un estilo de figuras negras, imitado de Corinto y otro de tradición greco-oriental.

Las islas.

Arquitectura. Delos, con su santuario dedicado a Apolo, Artemis y Leto, era el centro religioso de los jonios y asiento de una anfictionía local.

En el siglo VI, en Naxos, se construyó un recinto sagrado, cuyo acceso era una stoa del tipo de los santuarios orientales. En el interior se levantó un templo de Apolo, de estilo Jónico; la colosal estatua de Apolo era obra de Tecteo y Angleón, fechada a mediados del siglo VI. Los mismos artistas esculpieron una imagen de Artemis. En Delos se construyeron otros edificios religiosos, como el llamado *oikos* de los naxios, de comienzos del siglo VI. Edificios rectangulares con una fila de columnas en el centro fueron los cinco tesoros. En el siglo VII en relación con el templo de Leto y el lago sagrado, se levantó una gran terraza, decorada con una procesión de leones, imitando de las entradas de los templos orientales.

En las islas estos siglos se caracterizan por la intensa construcción de edificios, como los jónicos de Estrongile en Naxos; el tesoro jónico de Sifnos, del 530-525; la decoración del templo de Atenea Promachos y de las puertas de Paros de influencia jonia; los templos construidos en estilo dorio del Heraión de Delos, de Zeus y Atenea de Paros, y de Apolo en Eritras. A las islas Cícladas se atribuye la invención de las tejas.

Escultura. Alcanzó una gran calidad en las islas Cícladas, debido a la calidad de los mármoles, de Paros y de Naxos y a la habilidad de los artistas, como Anticartides de Naxos, de finales del siglo VII, Diperio y Esciles, de comienzos del siglo VI. Como obras cumbres de este estilo figuran la escultura dedicada por Nicandro de Naxos y el coloso de Delos. También los artistas de Paros esculpieron excelentes obras, como la Niké de Delos, obra del 550. También a artistas de las Cícladas se debe la decoración figurada de los tesoros de Delfos.

Cerámica. Los ceramistas trabajaron intensamente, durante el periodo orientalizante, en los talleres de Paros, Naxos y Tera, decayendo su actividad hacia la mitad del siglo VII, difundiéndose después el estilo medio, localizado en Delos, y que produjo entre los años 630 y 580 grandes ánforas.

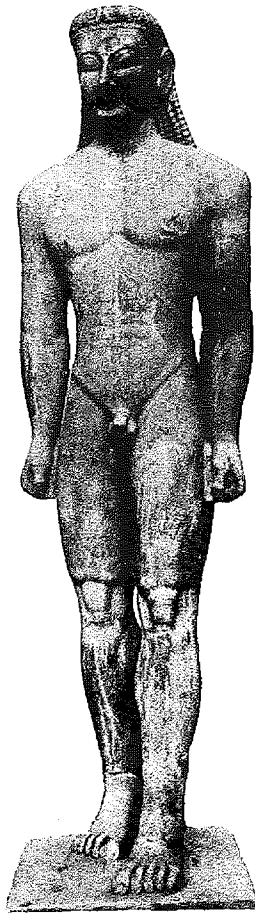
Ática

Arquitectura. Al referirnos a la actividad de los Pisistrátidas ya se mencionaron varios edificios, que transformaron profundamente la fisonomía urbanística de Atenas. A Solón se debe la creación del ágora, que era el centro político, económico y social de la ciudad, en el lado septentrional del Areópago. También se convirtió en lugar de culto el recinto de la Acrópolis: se levantó en ella con tal motivo el primer templo de tamaño monumental, del que hoy sólo queda un león atacando a un toro. Los Pisistrátidas dedicaron especial atención a todos los aspectos del culto: en la línea de la creación de las Panateneas, en honor de la diosa protectora de Atenas, figura la construcción del templo dedicado a Atenea Políada, de orden exáctilo dórico, y del Eleusino junto a la Acrópolis. Los cultos eleusinos estaban ahora en auge y eran muy populares entre la población ática. A los Pisistrátidas les interesaba captar el favor del pueblo, vinculándose con sus dioses: era una medida de fina política interior. Pisístrato instituyó las Dionisiacas, y como complemento de estas fiestas se levantó el templo dedicado a Dionisio, en 520, y el teatro, en el ágora, donde se celebraban los rituales en honor del dios tracio. Pisístrato introdujo también otros cultos y construyó nuevos templos en la Acrópolis. Asimismo, instituyó el culto a Artemis Brauronia, originario del demos de donde procedía el tirano. Fijó su residencia en la Acrópolis, muy probablemente para vivir cerca del templo, de la misma forma que Hípias se trasladó en 514 al puerto de Muniquía, lugar también de culto a Artemis. Con la estancia de Pisístrato en la Acrópolis se ha relacionado el Pandroseo. Los Pisistrátidas restauraron el templo de Atenea Políada; erigieron unos propileos en la entrada y un santuario a Atenea Niké. Introdujeron igualmente el culto de Atenea Ergane, para atraerse a los artesanos. Los Pisistrátidas hicieron de la construcción de templos y de la institución de fiestas de los dioses más populares un punto fundamental de su programa de política interior. En esta misma dirección debemos considerar la institución de otros cultos en el ágora, como la consagración del área de los doce dioses, o el culto de Apolo Patroo, y de Zeus, localizado en el ágora en el camino sagrado hacia Eleusis.

En el área suroeste de la Acrópolis se levantó el templo de Zeus Olímpico, que siglos más tarde terminaría Adriano. En la decoración de los templos se percibe la influencia de Corinto: de estilo corintio fueron también los dos santuarios de Atenea Políada.

Escultura. Los *kuroi* arcaicos reflejan el ideal heroico de los aristócratas griegos, su riqueza, su poder y su orgullo. Algunos representan a hombres, quizás héroes, que hicieron famosa hazañas, como Cleobis y Britón, siguiendo una tradición de Egipto. Dada la preocupación de los griegos por la fama, es lógico que intentaran inmortalizarse en estas esculturas.

Las esculturas de jóvenes fueron llamadas Apolos, pero pocas representan a este dios o a algún otro. En su mayoría son exvotos al dios. En el siglo VI la anatomía se hace más realista. Las diferentes partes están tratadas como una unidad.



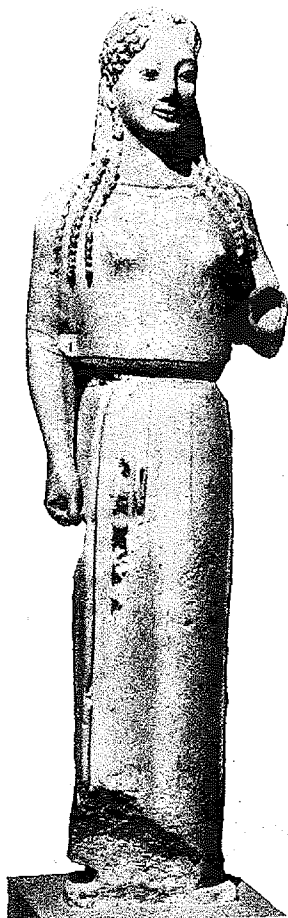
Kouros ática. Siglo VII a. de C.

La mayor parte de la escultura arcaica se hacía, bien para conmemorar a los difuntos, bien para la decoración y adoración en un santuario. En los grandes santuarios de Delfos y de Olimpia, los edificios eran costeados por particulares, por las ciudades o por los tiranos, que buscaban con ello la ostentación. Los dos centros que han proporcionado más esculturas fueron los de dos ciudades gobernadas por tiranos: el Heraión de Samos y la Acrópolis de Atenas. Polícrates, en el tercer cuarto del siglo VI, reconstruyó el Heraión de Samos: la mayoría de las esculturas proceden de este periodo. Los años del gobierno de los Pisistrátidas han proporcionado muchas esculturas halladas en la Acrópolis. Otros cementerios y santuarios griegos nos han dejado también esculturas: Delos, Delfos, Olimpia, Éfeso y Didima. También se han encontrado esculturas en Corinto, Sición, Tebas, Argos y Quíos. La presión de los lidios y el avance de los persas motivaron que muchos artistas emigraran a Grecia o al oeste.

El *kouros* del siglo VI conserva la misma postura y tamaño del periodo anterior, pero fue de ejecución más realista y la anatomía fue más perfecta. Se intentó tímidamente poner de manifiesto la edad en la forma de los cuerpos. Las *korai* del siglo VI pueden ser consideradas como un nuevo tipo de escultura: los artistas se preocuparon

por la ejecución del vestido, interés que primero se desarrolló en la Grecia del Este (en Samos, Quimios y en las Cícladas) y después en Atenas. Pocas *korai* proceden de tumbas. No parecen ser diosas: la mayoría son exvotos y frecuentemente llevan una ofrenda en la mano. La evolución de las *korai* del siglo VI se expresa mejor en el tratamiento del vestido que en el estudio anatómico.

En la Acrópolis de Atenas queda constancia de unos diecisiete escultores, en veinticinco firmas. Siete proceden de los cementerios del Ática, con quince firmas. Sólo Endois y Filergos están representados en los dos lugares. Un tercio de los nombres de los escultores de piezas halladas en la Acrópolis de Atenas, al parecer, no son áticos; así, Bión de Mileto, Gorgias de Esparta, Calón y Onatas de Egina y Euenor de Éfeso, lo que prueba que Atenas en este siglo es un polo de atracción para los artistas, debido a su buen momento económico. El único escultor que se proclamó extranjero en las esculturas del cementerio fue Aristión de Paros. Artistas de primera fila fueron Faidimo, el maestro de la cabeza Rampín, y Aristión, que quizás trabajara con Aristocles.



Kore ateniense. Museo de la Acrópolis.



Caballero Payne-Rampain, París, Museo del Louvre. Atenas, Museo de la Acrópolis.

En el Peloponeso hay algunos centros importantes de talleres de escultura, que se encontraban en el nordeste y en Laconia: Corinto, que ha dado buenas esculturas de leones, y la Gorgona del frontón de Corfú, hacia el 580, de estilo corintio. Amyklai, cerca de Esparta, o donde trabajó en una imagen de Apolo, el escultor jonio Baticles de Magnesia.

Algunos relieves de Laconia parecen jonios por el tema y el estilo. El escultor espartano Gítíadas, fundió una Atenea en bronce para el templo, que está representada en las monedas. Gracias a los tipos de las monedas, se conoce la imagen de culto de Apolo hecha para Delos por Tectaio y Angelión, discípulos de los escultores cretenses Diponio y Skyllis. Los artistas prestaron una atención especial a los modelos y a las proporciones e igualmente a la anatomía. A la técnica de trabajar la madera sucedió el trabajo con el cincel plano, con el puntero y con el taladro. En el segundo cuarto del siglo VI, se inventó el cincel de puntas; también se usó el raspador. Las piedras de mala calidad y las calizas se estucaban. Se mezclaron diferentes materiales: ya en la época arcaica hubo figuras crisoelefantinas, como una cabeza y unos pies de Delfos, fechados hacia el 550-540 a. de C.

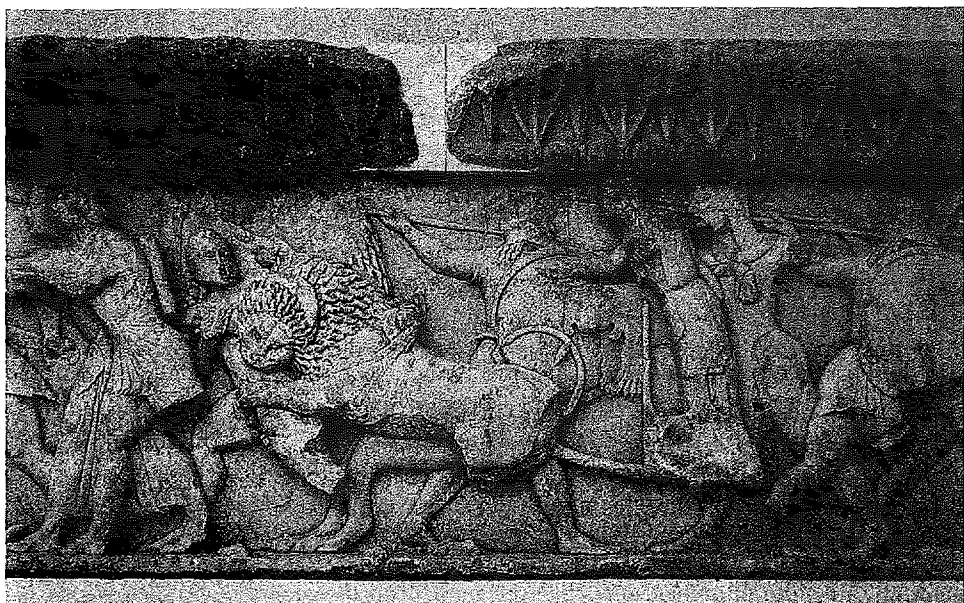
La estatuaria arcaica iba generalmente pintada. Se conocen los nombres y las obras de otros artistas que trabajaron en época de los Pisistrátidas, como el ateniense Endoios, discípulo de Dédalo. Según Pausanias, hizo una Atenea sentada para Atenas y Eritrea (en Jonia), esta última de madera, y una tercera de marfil para Tegea. Según Plinio, también realizó la estatua en madera y marfil de la Artemis de Éfeso.

Antenor fue famoso por el grupo en bronce de Harmodio y Aristogitón, los tiranicidas. El grupo fue erigido poco después de que Hípias abandonara Atenas; llevado a Persia por Jerjes fue reemplazado por otro de Critios y Nesiotes después de las Guerras Médicas. Es el primer grupo que conmemoró un acontecimiento civil. Las cabezas posiblemente eran retratos. Antenor, entre los años 530 y 520, esculpió una *kore*, con vestido jonio, ya en desuso en esas fechas en Atenas. El mismo tratamiento del cuerpo y del vestido se observa en otra obra suya, la dama del templo de Apolo en Delfos. El *kuros* de Ceos, sigue la vieja moda en el tratamiento del pelo y en la anatomía, pero ya muestra una seguridad en tratar las masas del cuerpo. El Apolo del Pireo en bronce es la primera pieza fundida en una técnica ya practicada desde hacía años en Grecia.

El tipo de *kuros* se adapta en esta pieza, fechada entre los años 530-520, a una imagen del culto, lo que ya se había hecho en Delos con el Apolo de Tectaios y Angelión, conocido por la imagen de una tetradracma. No parece ser obra de estilo ático, sino de Delos.

Esculturas de carácter religioso procedentes del Ática o de Atenas, son también los Hermes y las máscaras. Las más antiguas son pilares coronados por las cabezas de Hermes, con el pene erecto; muchas fueron levantadas por Hiparco.

El mejor ejemplo de escultura aplicado a un edificio es el tesoro de Delfos, dedicado por los Sifnios, hacia 525: unas *korai* reemplazan a las columnas del vestíbulo y



Fragmento del tesoro de los Sifnios.

un friso con figuras recorre las paredes del edificio. Trabajaron en este edificio dos artistas de muy diferente temperamento: en la pared del norte está representada la batalla de los dioses contra los gigantes; en el oeste, el juicio de Paris. De esta época, en Atenas, se conocen estelas, con guerreros vistos de perfil, fechadas hacia el 510, como la de Aristión, obra del artista Aristocles; la figura estaba pintada de rojo y azul. También se conservan relieves, que decoran la base de una estatua, empotrada en la muralla construida después de las Guerras Médicas, con ejercicios de atletas.

Las columnas servían también para sustentar figuras, como la esfinge de Delfos, dedicada por los naxios (obra del 560 aproximadamente) sobre uno de los capiteles jonios más antiguos conocidos, decorado con volutas.

Muy probablemente, los escultores trabajaban en equipo en el periodo arcaico. También hubo familias dedicadas a la escultura durante varias generaciones: Plinio habla de un escultor quiota de nombre Arcerno, que perteneció a una familia de escultores, en la que trabajaron su abuelo Meles, el padre Miciades y los hijos Bupalos y Atenis.

Pintura. El origen de la pintura está en Corinto y no en Atenas, pero en esta última *polis* se dieron algunos avances importantes. El padre de Antenor, Eumares, empezó a distinguir los varones de las mujeres.

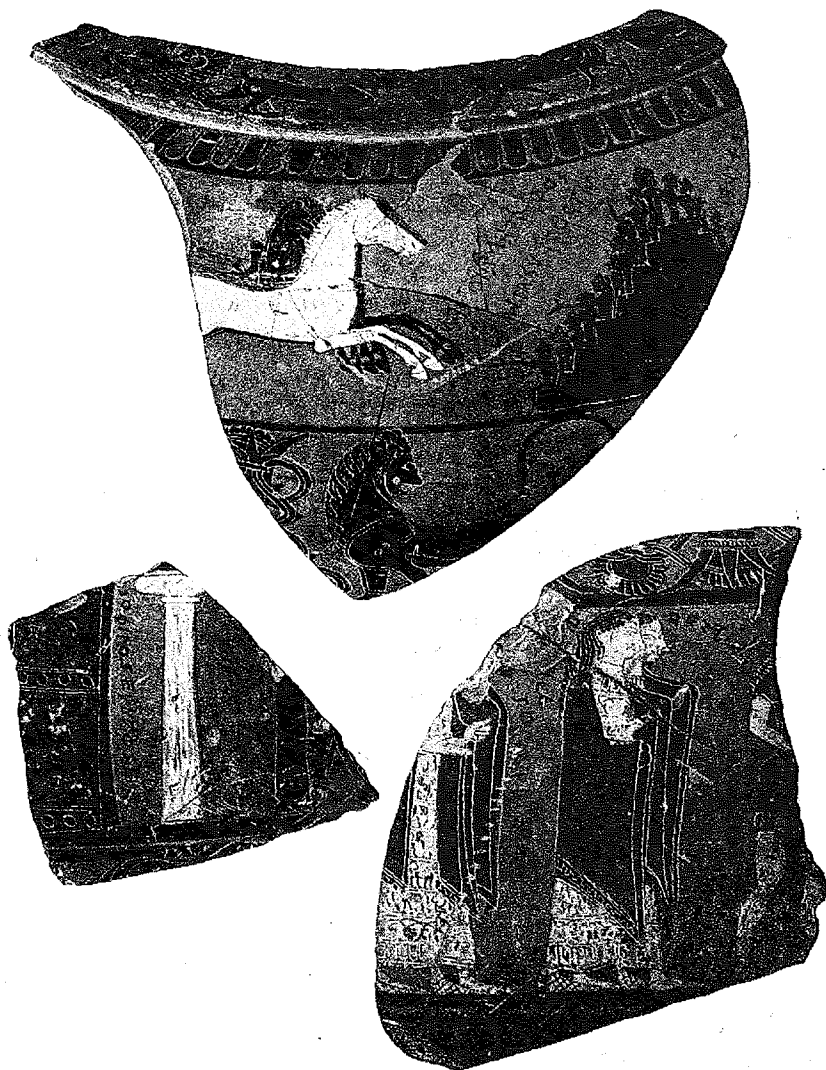
Cerámica. Al final del siglo VII los artistas áticos copiaron de los artesanos de Corinto la técnica de las figuras negras. También se imitó de Corinto el friso de animales. Los vasos se decoraron también con animales y esfinges. Uno de los primeros pintores en utilizar el color negro fue Nessos. La cerámica ática empezó a penetrar rápidamente en los mercados hasta entonces reservados a Corinto. Hacia el año 570, los artistas áticos se interesan más por escenas figuradas que por animales. El ejemplo más citado es el Vaso François de Ergotimos y Klitias, con seis frisos de figuras a cada lado, de los que sólo uno va decorado con animales.

Los ceramistas áticos, como Nicóstenes, llenaron los mercados exteriores con productos expresamente fabricados por ellos. Algunos trabajaban para el consumo local. Esparta exportó también su cerámica. Aunque las escuelas de vasos áticos se caracterizan por su individualismo, se observa una cierta unidad de estilo, que se fue desarrollando lentamente. En todos los artistas es fundamental la silueta realizada en negro con detalles incisos. El color rojo se usó más frecuente en el siglo VII, empleándose en la barba, el peinado y el vestido. Los rostros de las damas y los cuerpos se ejecutan en blanco. Las figuras están vistas de perfil. Sólo sátiros, centauros y gorgonas están representados de frente. La emoción está representada en el gesto, aunque muchas escenas se repiten de un modo convencional, como el juicio de Paris. Predominan las escenas sacadas de los mitos y los héroes populares, como Heracles, y abundan los temas dionisiacos. Hasta el siglo VI no se representaron sátiros. Las escenas mitológicas representadas no parecen expresar sentido religioso alguno. Además de escenas mitológicas, los artistas áticos se inspiraron en escenas sacadas de la vida corriente, como funerales, banquetes, composiciones amorosas, oficios, etc., pero las escenas mejor logradas pertenecen ya a los vasos con figuras rojas, técnica inventada en Atenas hacia el 530. Los hombres y las mujeres se distinguen en esta nueva técnica no por el color, sino por las facciones, la anatomía, que se hace más fina ahora, y el vestido.

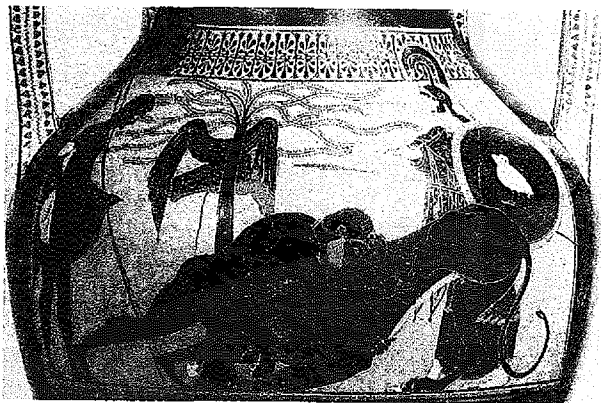
Los artistas primitivos de vasos de figuras rojas, como Andócides, trabajaban todavía también con la técnica de las figuras negras; otros con las dos. Los temas son los

mismos en ambas, pero se fijan sobre todo en determinados mitos. Hay muchas escenas deportivas, o grupos bebiendo, y, en general, mayor especialización.

Desde finales del siglo VII, Atenas contó con pintores de vasos de primer orden, como el Pintor de Nessos, que recoge escenas en ánforas y cráteras, añadiendo relleños, de procedencia corintia. El Pintor de la Gorgona, a comienzos del siglo VI, introduce las procesiones de animales, de origen corintio; Sofilo, 585 y 570, siguiendo los modelos corintios, representó escenas míticas. El Pintor de Polos fue un artista corintio, que emigró a Atenas, y trabajó entre 590 y 570. En la etapa del 570 al 550 se acen-



Sofilos. Fragmento de Dinos: Juegos dados en memoria de Patrócolo y cortejo de las bodas de Peleo. Atenas, Museo Nacional.



Cerámica ática. Siglo VI a. de C.

tuó la evolución estilística, que convirtió a Atenas en el centro artístico más importante. En estas dos décadas trabajaron el Pintor del demos de Aprópolis (606), Clitias y Nearcos. Clitias pintó la cratera François (570), del ceramista Ergotimo, con el tema de la *Potnia iheron*, Gorgonas o los mitos de Peleo y Aquiles y de Teseo, acompañados de inscripciones explicativas.

Los tres grandes pintores del arcaísmo ático en plena madurez son Lido, el pintor de Amasis y Exequias. El primero pintó para tres talleres de ceramistas. El segundo es conocido por los detalles minuciosamente tratados. Exequias fue el pintor más grande de la época de los Pisistrátidas y se caracteriza por su estilo grandioso. A partir del 530 descuellan Andócides y Psiax. A estos artistas se encargaba la decoración de ánforas de vino o de aceite, *hydriae*, jarras de agua y crateras para mezclar vino. En las copas de beber se aprecia un estilo de miniatura más próximo al estilo protocorintio.

Artes menores. El estilo y los temas de los objetos de arte menor, como cerámicas, bronces, o los fabricados en materiales nobles, imitan en su decoración la arquitectura y la pintura de los vasos.

Las figuras en arcilla se hacían a molde y se pintaban antes de ser cocidas. Generalmente eran ofrecidos como exvotos en los santuarios o en las tumbas. También había placas de revestimiento, acróteras, canalones con terracotas en relieves o en redondo. Algunas son verdaderas obras de arte, como varias piezas halladas en Sicilia.

La técnica del bronce conocida era la de la cera perdida. Unos bronces eran utilizados como exvotos, otros decorativos y otros de uso común. El ejemplar de más calidad es la cratera de Vix, con apliques de figuras en las asas, en el pie y en el cuello; el estilo es laconio. El mango de los espejos era muy frecuentemente una figura humana.

En el trabajo de las gemas se introdujeron innovaciones, tanto en el material como en la técnica; se utilizaba también, introducidos del Oriente, el jaspé, la coralina y la calcedonia. Los escarabeos se hicieron muy populares y se utilizaban en pendientes y colgantes; el trabajo del escarabeo procede probablemente de los griegos asentados en Chipre, o de algún otro lugar, en contacto con los fenicios.

Los griegos del este tallaron piedras de un arte exquisito, que nada deben, salvo en la técnica y en el material, al Oriente. El estilo de las representaciones es totalmente griego.

Algunas figuras de las monedas son de un arte tan fino como el de los entalles. Las figuras de las monedas tienden a cambiar poco, pero en los pequeños Estados se observa gran variedad y originalidad.

El Peloponeso

Arquitectura. En estos siglos triunfó el orden dórico en Corinto, Sición y Argos.

A principios del siglo VI en el Heraión de Argos se levantaron dos stoas dóricas; y avanzado el siglo la llamada sala de los banquetes. Quizás Argos costeó el Heraión de Olimpia de finales del siglo VII, modelo de estilo dorio.

En la sede de la Liga Etolia, Termos, se constituyeron tres templos sucesivos (uno en el lugar de otro) entre los siglos IX-VII. En 590 se erigió en Corcira el Artemisión, octátilo. En el año 540 se levantó el templo de Apolo en Corinto, la mejor obra de esta ciudad, que sirve de modelo para otros templos; los de Atenea Políada en Atenas, y los de Atenea Pronea y Apolo, 515-505, ambos en Delfos.

En Esparta destacó el templo de Atenea Calciea, con revestimientos de bronce, decorados con relieves. Teodoro de Samos fabricó otro edificio de metal y un pórtico a la entrada del ágora. El edificio más famoso del Peloponeso fue el trono decorado con paneles de figuras, con el heroon de Amicles en el interior. La estatua de Apolo medía más de 13 m de altura.

Plástica. Bronce. Se caracteriza, a juzgar por las representaciones de vasos y de apliques, por una tendencia a acentuar los planos para definir los volúmenes.

La tradición atribuyó el origen de la plástica al artesano sicionio Boutades, que la aplicó en sus edificios, en los que destacan las terracotas arquitectónicas de Calidón y de Termos.

A esta región se vincula el origen del doble frontón en los templos, cuyo ejemplo más antiguo es el altorrelieve de Corcira (del 590), con Pegaso, Crisaor y la Gorgona. Los bronces pequeños y las decoraciones en relieve halladas como objetos votivos, en los santuarios de Delfos, Olimpia, Perachora y Dodona, indican las tendencias artísticas del segundo cuarto del siglo VI.

En la plástica monumental, los *Kouroi* de Acción del 580-570 y de Tenea, hacia el 550, acusan la influencia del Ática y de las islas.

Los artistas peloponesios se especializaron más bien en la plástica de bronce, y en objetos de lujo, en los que lograron cotas artísticas inalcanzables, como la estatua de oro, que Cipselo consagró en Olimpia, y el arca de Cipselo, tallada en marfil, oro y maderas preciosas, también consagrado en Olimpia. Pausanías (5,17; 5,19) describió minuciosamente esta obra cumbre de la joyería corintia. En la coroplástica, a finales de la edad arcaica, destacan unas colosales terracotas halladas en Olimpia, que representan a Zeus y Ganimedes, una cabeza de Atenea y un torso de guerrero.

De Sición sólo se conservan las metopas del tesoro de Delfos, que pueden fecharse hacia 570; representan escenas míticas con una gran precisión del detalle.

De Argos se conoce el nombre de un artista, Polímedes, que esculpió para el santuario de Delfos las estatuas de Cleobis y Bitón hacia el 600.

Egina, Sición y Argos tuvieron excelentes talleres bronceístas que fueron contemporáneos.

Cerámica. Se especializó en motivos orientalizantes de frisos decorados con animales, con figuras aisladas y con formaciones de hoplitas, que se generalizan desde el 610 al 550.

Esparta contó con unos importantes talleres de cerámicas, interesados en temas orientales. Su momento de máxima calidad corre del 590 al 540. Se especializaron en la fabricación de copas, cuya obra cumbre es la de Arcesilao viendo pesar el silfio.

Sicilia y la Magna Grecia

Urbanismo y arquitectura. Las grandes ciudades, como Metaponto, Acragas, Posidonia, Camarina y Selinunte, estaban concebidas ya con una planificación regular, que incluía el área sagrada y los edificios públicos.

En Sicilia y la Magna Grecia se construyeron excelentes templos monumentales que prueban la fabulosa riqueza de estas colonias en época arcaica, la mayoría de las cuales fueron gobernadas por tiranos.

Hacia el 570, Siracusa levantó el templo de Apolo, con ciertas novedades en la planta; existe de él una inscripción dedicatoria de los arquitectos Cleómenes y Épicles. Este último realizó también las columnas. Un templo semejante es el de Zeus Olímpico, levantado hacia 560, en el que están presentes tradiciones arquitectónicas locales. La doble fila de columnas es de tradición siciliota, el *adyton* influjo de Corcira y las columnas monolitas son de inspiración corintia. Contemporáneo y parecido a los anteriores, y de mayores proporciones, es el templo de Megara Hiblea, Selinunte. Un segundo templo construido hacia el 540 es similar, pero menos largo. El templo de Deméter Maloforos, extramuros, sigue la planta del megarón.

En el lado oriental de la ciudad hay un templo hexástilo, datado en el 520, de estructura perimetral, con una pared que cerraba el peristilo y cinco puertas en la parte frontal. En él se notan influencias jónicas en el concepto de las formas, al igual que en otro templo octástilo, vecino al anterior y construido, quizás, por el tirano Pitágoras, que tardó un siglo en ser acabado. Recuerda en su estructura los templos de Éfeso y de Mileto.

La tradición jónica está más patente en Posidonia. El tesoro, de mediados del siglo VI, evidencia concepción del *naiskos* dórico terrástilo y los capiteles de gusto oriental. El templo llamado Basilica, es el más antiguo de la ciudad (540-530): conserva una serie de arcaísmos en la planta.

Escultura. En el siglo VII se modelaban terracotas, que se hicieron muy populares, cuya pieza mejor lograda es la Gorgona con Pegaso del templo de Atenea en Siracusa, fechada hacia el 600. La terracota fue muy empleada en Italia y en Sicilia durante la edad arcaica; las más conocidas son las de Tarento.

Se conocen pocas esculturas monumentales de la primera mitad del siglo VI que siguen, por lo general, modelos del Peloponeso. El *kourotrophos* de Megara Hiblea, que data del 560, acusa, junto a un influjo peloponesio, otro más intenso oriental. El *kouros* de Sombrótidas, del 550, responde más bien a modelos de las islas. La *kore* de terracota de Gela, del 550, o la Niké de Siracusa, 540, siguen modelos de Naxos.

Son también conocidas las metopas de Selinunte, con dioses una y con cuadriga otra, que pertenecían a un templo no documentado, del 570. Las metopas de otro tem-



Metopa de un templo de Selinunte.

plo, con Heracles y Cercopes, Perseo y la Medusa y la cuadriga de Helios, son de gusto arcaico. Las terracotas del Heraión de Posidonia pertenecen a tres grupos diferentes: los dos primeros se fechan hacia el 560 y aparecen en ellos varios temas mitológicos, como la leyenda de Heracles (el primer grupo consta de once metopas, de superficie anterior plana y volúmenes en movimiento, que se repiten en el segundo grupo); son probablemente de talleres distintos. El tercer grupo, del 510, es un verdadero friso jonio, seccionado dentro de las metopas.

Cerámica. Regio produjo probablemente la mejor cerámica de figuras, llamada calcídica, en la segunda mitad del siglo VI. Pintor de inscripciones, 550-530, domina la tradición ática sobre un fondo corintio. Se han documentado otros siete u ocho talleres: el principal es el llamado Fineus, 530-510, de fuerte influjo ático.

Conclusiones

Todo este gran florecimiento artístico en la arquitectura, escultura, bronceística, pintura y artes menores fue posible gracias al alto nivel económico que se alcanzó en la

etapa de las colonizaciones y durante las tiranías, con la creciente importancia de artesanos y mercaderes.

Los artesanos emigraban frecuentemente, como el pintor de los vasos de Caere, que a partir del 540 emigró a Etruria, debido a un exceso de mano de obra en sus ciudades. Otras veces los gobernantes atraían artistas para mejorar la producción o para llevar a cabo programas de carácter político-social, como los ceramistas corintios que emigraron a Atenas en época de los Pisistrátidas. Esta movilidad de los artesanos fue un factor importante para explicar las relaciones artísticas dentro de la Grecia arcaica.

En Atenas, en los últimos decenios del siglo VI, se dio ya la especialización en la producción de la cerámica, siendo el pintor diferente del ceramista. Hacia el siglo VI, los artesanos, escultores, pintores y ceramistas firman ya sus obras, lo que indica el reconocimiento del artista como individuo, al igual que sucedía en la poesía lírica. Otras veces se representaron los artistas a sí mismos, como Beticlés de Magnesia en su taller o Teodoro con la lima. Los artesanos pondrán su sello personal, dentro de unos cánones establecidos.

La condición del artesano estuvo en función de los gustos de la aristocracia, tiranos, templos o ciudades, que le encargaran las obras.

La aristocracia fue la primera que para exaltar su propia condición encargó a los artesanos suntuosos objetos que regalaban a los grandes santuarios o a los grandes templos locales, o que exhibían con motivo de fiestas, bodas, funerales, etc., o exponían dentro de sus casas.

Los tiranos hicieron ostentación de su poder y riqueza con los regalos de excelentes obras arquitectónicas, esculturas, bronces y artes menores a los grandes santuarios panhelénicos, para atraerse una benevolencia y apoyo, que de alguna manera legitimase su poder, y a las ciudades donde residieron, como símbolos también de su magnificencia y propaganda de su gobierno, al mismo tiempo que para ocupar a una numerosa mano de obra. Con las obras de arte persiguieron una política de prestigio y de consolidación del poder, a imitación de las monarquías orientales y de la India. La aristocracia local, no exiliada, como en Atenas, compitió en este aspecto con los tiranos, para de algún modo igualarse a ellos. Pronto todo este fenómeno influyó en los estratos sociales tradicionalmente apartados del uso de las obras de arte. Se generalizó, a partir del 580, como lo indica la pintura de los vasos de figuras negras, el banquete a imitación de las monarquías orientales o el uso del chitón, lo que prueba la aceptación por amplias masas de la población, de los usos y costumbres de una sociedad de moda más refinada y de nivel económico y social más alto. En este aspecto, las ciudades de Jonia desempeñarán un gran papel, por estar en contacto con las monarquías orientales y la India, por su nivel económico y social más elevado y por su impacto sobre el resto del mundo griego.

Pronto la demanda de bienes de prestigio, en las ciudades y santuarios, por parte de la aristocracia local, o de los tiranos, fue enorme. Ello introdujo cambios sustanciales en las ciudades, en los santuarios y en los individuos.

El crecimiento de las *poleis* y los cambios introducidos en su economía y sociedad desempeñaron un papel importante en el desarrollo artístico.

Hubo familias enteras de artistas. El pintor Nearcos, famoso por el fragmento de cántaros de la Acrópolis de Atenas, con Aquiles ante los caballos, fechado hacia el 560, es el padre del pintor de copas Tleson.

Pero el fenómeno más llamativo fue la conquista del mercado por la cerámica co-

rintia y después por la ática. En la cerámica se observa una fusión entre el artista como individuo y el artista como portavoz de una ciudad determinada.

El arte fue panhelénico se afincó en los templos y en los edificios públicos en gran medida, más en los primeros que en los segundos. También la escultura estuvo muy vinculada con la religión, ya que muchos *Kouroi* y *Korai* eran exvotos. Las estatuas no se relacionaron directamente con los atletas como personas individuales, sino como tipos ideales, que igual representaban dioses que hombres.

Los templos y la escultura simbolizaron el triunfo de las *poleis*.

TERCERA PARTE

GRECIA CLÁSICA

JUAN JOSÉ SAYAS

CAPÍTULO XIII

DESDE EL FINAL DE LA TIRANÍA ATENIENSE A LAS REFORMAS DE CLÍSTENES

HACIA EL OCASO DE LA TIRANÍA

Inicialmente los hijos de Pisístrato continuaron una política conciliadora con las otras familias aristocráticas, que siguieron manteniendo sus modos de vida y continuaron teniendo un peso específico en el Estado, dado el carácter aristocrático que impregnaba al mismo. El desempeño de las altas magistraturas como el arcontado estaba abierto a las familias aristocráticas, e incluso cuando las ocupaban miembros de la familia reinante se sometían al principio de la anualidad, con objeto de dar la conveniente apariencia de legalidad. Pero esta participación en el poder era algo tolerado y consentido por los tiranos, verdaderos árbitros de la situación. Este factor adicional y decisivo respecto a la situación anterior pretiránica hacía en principio difícil el logro de la conciliación buscada. En la situación anterior pretiránica el juego político resultaba de las confrontaciones y alianzas de las familias aristocráticas, pero ahora este juego se encontraba mediatizado por la voluntad de los tiranos y por las pautas por ellos marcadas. En definitiva, el juego político se reducía a los mínimos tolerables por la tiranía. En un principio, la situación no fue agobiante, y la participación en el poder de los miembros de las familias aristocráticas fue un hecho. Un fragmento de una inscripción relativa a la lista de arcontes, susceptible por otra parte de diversas interpretaciones, parece indicarlo:

On) eto (rides * H) ippia(s / K)leisthen(es / M)iltiades / Ka)lliades / Peisi)strat(os

A partir de las hipotéticas reconstrucciones de estos nombres se constataría la participación en el arcontado de miembros de las familias aristocráticas de los Filaidas y Alcmeónidas; el Clístenes reconstruido se quiere identificar con el Clístenes reformador miembro de la familia de los Alcmeónidas. Todavía, pues, la tiranía mostraba su rostro benigno, pese a ciertos asuntos turbios, como el asesinato del filida Milcíades señalado por Herodoto (VI,103,3), para el que cabe la sospecha, no probada, de que fuese debido a maquinaciones de la familia de los tiranos. Con todo, algunos aristócratas que habían apuntalado la tiranía y colaborado con ella prefirieron beber el vino agri-dulce del exilio. El Filaida Cimón se retiró a sus posesiones del Quersoneso tracio, y

el Alcmeónida Clístenes también se marchó de Atenas. Ignoramos las razones que les movieron a negar al régimen tiránico el apoyo que antes le brindaron. Teniendo presente que el pueblo siguió siendo el convidado de piedra, en determinados momentos algo debió de cambiar para ellos cualquiera que fuese su causa, para que rompieran con los tiranos y se constituyeran en sus enemigos. A este respecto, cabe pensar en el progresivo desgaste que suele afectar a las tiranías que se prolongan en el tiempo pasando de padres a hijos. Y al hilo de esta consideración estaría como razón complementaria el hecho de que los gobiernos personales amortiguan la enemistad que suelen provocar con el carisma que suele adornarlos. Estaba claro que este aspecto los hijos de Pisístrato no lo tuvieron en el mismo grado que el padre.

DIFICULTADES EXTERIORES

En el exterior los acontecimientos no se iban desarrollando de manera propicia a los intereses de la tiranía ateniense. Parte de los apoyos exteriores de los Pisistrátidas se vieron abajo. Polícrates de Samos, que había formado una talasocracia y que mantenía en Delos un considerable prestigio, sufrió un ataque espartano, que no obstante pudo resistir (Herodoto III,54 y ss.), hacia el 525 a. de C., instigado por Corinto y con la colaboración de exilados samios. Posiblemente al regreso de esta expedición fallida en sus objetivos, los espartanos acabaron con la tiranía de Ligdamis de Naxos, que había sido tan propicia a los intereses de Atenas. Pero en el 522 Polícrates de Samos pereció bajo las intrigas del sátrapa de Sardes, Oroetes.

La política de Estado fraguada por Pisístrato se desplomaba lentamente por las confrontaciones de los Estados exteriores y la presión imparable de los persas, que incluyeron en su órbita de influencia Sigeo y el Quersoneso tracio.

El papel exterior de los Pisistrátidas se iba debilitando. Platea, una de ciudades importantes de la región de Beocia que no formaba parte de la Liga de Beocia, se vió presionada por Tebas. Los plateenses buscaron la ayuda de las tropas lacedemonias, que bajo el mando de Cleómenes se encontraba, en las proximidades. Los espartanos rehuyeron la alianza, en razón a la lejanía, que dificultaría el mantenimiento de los compromisos, y aconsejaron el pacto con los atenienses. De esta manera los atenienses aseguraron la independencia de los Plateenses.

Los acontecimientos nos son conocidos por los relatos de Herodoto (6.108) y Tucídides (3.55 y 61). El primero resalta el papel decisivo que desempeñaron los lacedemonios para que los Plateenses suscribieran su alianza con los Atenienses. El segundo, en otro pasaje, (3.68.5) centra estos acontecimientos en el año 520/519 a. de C. A la hora de armonizar las dos versiones, se llama la atención sobre el hecho de lo difícil que resulta hacer encajar la presencia de un ejército espartano en las proximidades de Platea en la fecha del 519 indicada por Tucídides. Para subsanar esta supuesta dificultad pretenden situar el acontecimiento en el año 509 y enmendar la fecha proporcionada por Tucídides, pero hay pocas posibilidades de que ello sea correcto, como opina R. J. Buck, pues las razones aducidas para tal enmienda resultan débiles. No es improbable la presencia espartana en las proximidades de Platea, tal y como indica Heródoto, aunque no sepamos las causas. R. J. Buck propone como posibilidad que Cleómenes, que era amigo de Tesalia, fuese en ayuda de Lattamyas, y que al regreso, después de la batalla de Cereso —en la que por otra parte no tenemos constancia de que hubiese

participado— pasara por las proximidades de Platea. Una opinión de este tipo estaría equilibrada por el hecho de que los tesalios mantuvieron su amistad con los tiranos hasta el último momento. Otra cuestión distinta, aunque guarda relación con lo anterior, sería la razón de la exhortación espartana a los plateenses para que suscribiesen una alianza con los atenienses. A. R. Buck supone que en el 519 los espartanos se encontraban en la zona de Mégara, enemiga de Atenas, procurando su incorporación a la Liga pepolonésica. Mas que participar de forma directa en otro foco de conflicto convenía a sus intereses enfrentar a Tebas y a Atenas por el asunto de Platea. En realidad la presencia del ejército espartano en las proximidades de Platea y la exhortación espartana a la alianza de esta ciudad con los atenienses se ofrecen unidas, pero son cuestiones distintas, susceptibles, como hemos visto, de explicaciones diversas, que están sugiriendo en cierta manera la habilidad con que Esparta mueve los hilos de la política exterior transfiriendo el conflicto a los Tebanos y a los Atenienses. De esta manera la consolidación del poder hegemónico que Tebas está alcanzando dentro de la Liga de Beocia se veía frenado y limitado en su expansión por el apoyo prestado por Atenas a Platea. Pero, al mismo tiempo, este apoyo ateniense desencadenaba la enemistad y la inquina tebanas. Así Esparta, por un lado, debilitaba el poder y el prestigio exterior anteriormente alcanzando por la tiranía ateniense y, por el otro, atajaba la peligrosa ascensión de Tebas, sin que mermara ni se llegara a romper con ello su entendimiento con ambos.

LA TIRANÍA CAMBIA DE ROSTRO Y LOS EXILIADOS REACCIONAN

En la historia de la humanidad la muerte violenta ha sido el destino final de muchos tiranos. Las ventajas materiales que para el pueblo aportó la tiranía políticamente no tuvieron su plasmación en una participación en el poder, pero, acostumbrado como estaba a no ejercerlo, los motivos de descontento de este sector social no podían ser grandes. El atentado contra la tiranía partió del sector aristocrático. Dos miembros del clan de los *Gephyraei* (Herodoto. V.55.57) tramaron dar muerte a los tiranos durante la celebración de las fiestas panateneas del año 514 a. de C. En el último momento, quizá por un mal entendido, sólo consiguieron asesinar a Hiparco. La reacción de Hipias fue inmediata. Su guardia personal controló con rapidez la situación. Harmodio halló la muerte, mientras que Aristogitón fue capturado e interrogado bajo tortura.

Las fuentes escritas aducen motivos muy diferentes como causantes de este complot contra la tiranía, quizá porque se remontan a versiones y tradiciones diversas. Herodoto (VI.109.123) se mueve más bien en la idea, no explicitada del todo, de que Harmodio y Aristogitón pretendían liberar a Atenas del peso de la tiranía. Por el contrario, Tucídides (VI.54.1) ofrece otra versión. El complot contra la tiranía no obedece en su origen en un odio manifiesto contra ella en cuanto exponente de un poder político autocrático, sino que es resultado de una aventura amorosa. Harmodio rechazó las insinuaciones y solicitudes amorosas de Hiparco, y éste se vengó prohibiendo a la hermana de Harmodio, como indigna de tal honor, el poder ser canéfora (Tuc. VI.56.1). Aristóteles sigue esta línea de tradición pero da una versión un tanto diferente. No fue Hiparco el que resultó rechazado en sus solicitudes amorosas por Harmodio sino su hermano ilegítimo Tésalo, hijo de la mujer argiva de Pisístrato.

También se dan discrepancias entre las versiones de Tucídides y Aristóteles en lo

que respecta al número de los implicados en la conspiración. Aristóteles (*A.P.* 18) afirma que la conspiración se fraguó *con la colaboración de otros muchos*, mientras que Tucídides (VI.56) dice que *los conjurados no eran muchos por precaución*. Estas matizaciones diferentes, y alguna más referente al modo como Hípias desarmó a los conjurados, no invalidan ni difuminan la opinión más generalizada de la tradición en el sentido de que la conspiración no representó un movimiento político coherente, urdido en las altas esferas aristocráticas, que estuviesen ansiosas de verse libres de la tiranía. Se trataba más bien, con mucha probabilidad, de querellas personales y a lo sumo de rivalidades familiares.

Aunque la trama conspiradora no se había propagado por el tejido social y aunque después de su descubrimiento el peligro de la misma había desaparecido, el mero hecho de su existencia fue suficiente para que una tiranía, que en palabras de Tucídides (VI.57.2) era *accesible fácilmente a todos*, cambiara su imagen y se convirtiera en una tiranía sanguinaria y despótica. La verdad es que esto era la evolución lógica del régimen tiránico. No pudiendo ofrecer otro tipo de medidas constitucionales que no supusiesen merma del poder para el tirano y habiendo llegado en su tolerancia hasta donde podía, estaba claro que la suavidad de trato, el rostro benévolo de la tiranía, no impidió la conspiración y había producido que los oponentes al régimen se crecieran en su audacia.

A pesar de que se llegó a desarmar al pueblo, Hípias se sentía inseguro. Su régimen se endureció. Las denuncias, verdaderas o falsas, arrancadas a Aristogitón mediante torturas se cebaban en los miembros de la aristocracia, entre los que se sospechaba que se había urdido la conspiración. Hubo ejecuciones sumarísimas.

Como medida de precaución, el tirano fortificó la colina de Muniquia para que en cualquier situación comprometida futura dispusiera de una salida rápida y expedita al mar. Recompuso también su deteriorado círculo de relaciones exteriores. Casó a su hija Arquédica con Ayantides, hijo de Hipocles, tirano de Lámpsaco, con objeto de estrechar mediante lazos familiares una alianza con este tirano. Lámpsaco era una pequeña ciudad griega de Asia Menor cuyo tirano era tolerado por el rey persa Darío, al que sirvió con lealtad en la expedición contra los escitas (Herodoto IV.138.1). No deja de sorprender esta relación con el tirano de una pequeña ciudad griega obediente a los persas. ¿Buscaba con tal alianza la protección indirecta de los persas, que ya habrían concebido la idea de invadir Grecia? No sabemos si Hípias era consciente de ello, ni qué significación puede tener al respecto el hecho de que cuando Hípias fue expulsado de Atenas buscara refugio en la corte persa.

De cualquier forma se trataba de un apoyo exterior mediatizado por Persia, y esto no dejaba de entrañar riesgos respecto al resto de los estados griegos.

RESISTENCIA A LA TIRANÍA

El endurecimiento del régimen, las investigaciones emprendidas y las muertes ejecutadas disuadieron durante algún tiempo a los Alcmeónidas y demás exilados de forzar el regreso a la patria. El descontento interior iba en aumento, aunque no era lo suficientemente intenso como para manifestarse de forma activa. Posiblemente en el 513 los exiliados pensaron que había llegado el momento de pasar a la ofensiva atacando el territorio ático. Buscando controlar y cerrar las vías de comunicación que unían

a Beocia con el Atica, se apoderaron de Lepsidrio, en las estribaciones del Parnes, a donde habían acudido algunos habitantes de Atenas. La llegada de las tropas de Hípias obligó a los exiliados y demás refugiados de la ciudad a evacuar las posiciones y a retirarse, después de haber sufrido grandes pérdidas.

El amargo sufrimiento de los desterrados, lejos de su patria por culpa de la tiranía, les llevó a pensar erróneamente que dentro del Atica el régimen producía el mismo grado de desazón, y que la reacción en el interior era inevitable. Pero ni los nobles residentes en el Atica, y mucho menos el pueblo, apoyaron esta intentona. Era evidente que la tiranía en esos momentos no había llegado a un grado de intolerancia tal como para que se desencadenase la reacción interior que los exiliados esperaban. El error de cálculo de éstos condujo al fracaso.

Un escolio que recoge Aristóteles en su *Constitución de los Atenienses* (19.3) recuerda la muerte gloriosa de estos aristócratas:

Ay de Lepsidrio, traidor de sus camaradas,
qué hombres destruiste, buenos para el combate
y nacidos de noble familia,
quienes enseñaron entonces de qué padres habían nacido
(Page, *Poetae Melici Graeci*, n.º907)

Se trata de una de esas canciones de bebedores, que surgían en los círculos de la nobleza para cantar la grandeza de la aristocracia ateniense. Los combatientes de Lepsidrio se asimilan aquí a los ideales de la nobleza. Se ha querido ver en este escolio —cosa que parece no responder a la realidad— un medio de propaganda del clan de los Alcmeónidas. El *hombres buenos y bien nacidos* del escolio, dentro del planteamiento general no excluye sino que da cabida conceptual a otros nobles de otros clanes. Otra cosa es que los Alcmeónidas, en razón a sus riquezas, habilidad y relaciones, hayan podido actuar como aglutinante de todos aquellos nobles que intentaron recuperar el poder que el tirano Hípias mantenía con la ayuda de sus partidarios y con mercenarios extranjeros.

Cuando hablamos de tiranía y de oposición a la misma, se corre el riesgo de proyectar a situaciones históricas del pasado experiencias más próximas, distorsionando la realidad.

El gobierno de Hípias no era un gobierno autárquico. Tenía una amplia base familiar y contaba además en el ejercicio del mismo con la colaboración de los partidarios de la tiranía. La oposición al régimen no estaba animada por motivaciones políticas deseosas de una mayor participación en el poder. La consecución de metas democráticas, que todavía habrán de inventar, será algo que en otras circunstancias otros encontrarán más tarde. Y esto lleva a preguntarse por los motivos que movían a las facciones opositoras en su lucha contra el poder tiránico. Lo cierto es que siquiera en la familia de los Alcmeónidas, la más significada en la lucha, pueden encontrarse motivaciones distintas de las que, con anterioridad a la tiranía, animaban las luchas frecuentes e intermitentes de los clanes aristocráticos. En sus respectivas zonas de procedencia los aristócratas tenían todavía y habían tenido un gran campo de acción y una sustancial influencia política.

Quizá en este aspecto la tiranía perjudicaba los intereses de los aristócratas; perjuicio, bien es verdad, no muy grande, pero que potencialmente podría ser mayor, y

que tal vez algunos de ellos lo sintieron con mayor intensidad. W. G. Forrest ha señalado agudamente que la política de centralización y de unificación del Atica seguida por Pisístrato fomentaba deliberadamente la subordinación de lo local a lo nacional. Los jefes de los clanes y las fratrías, que tenían su fuerza en las aldeas y localidades de donde procedían, porque controlaban y dirigían la vida social y económica, podían sentirse recelosos de todo lo que real y potencialmente supusiese pérdida de su poder y prestigio. En este sentido no resulta extraño que en la oposición a la tiranía, además de las ambiciones personales de algunos jefes de clanes, se mezclen también deseos de recuperar los grados de poder perdidos y revitalizar los antiguos privilegios.

HACIA EL ASALTO FINAL

La derrota sufrida por los exiliados evidenciaba la necesidad que estos tenían de ampliar sus bases de apoyo. Cualquier iniciativa que contase con las solas fuerzas de los exiliados estaba, como ocurrió en la intentona de Lipsidrio, abocada al fracaso.

Los Alcmeónidas estuvieron en situación propicia para granjearse una influencia exterior decisiva. En el 514/3 a. de C. consiguieron la contrata de la reconstrucción del templo de Apolo de Delfos, destruido por un incendio en el 548/7 a. de C. El acceso a las altas instancias del templo les era fácil. El oráculo de Delfos ordenó a los espartanos que rompieran las relaciones con Hipias y que liberaran a Atenas. Aristóteles ofrece una noticia, recogida también por Filocoro (Jacoby frag. 116), por Isócrates (Antid. 232) y por Demóstenes (Cont. Mid. 144), en el sentido de que los Alcmeónidas habrían pagado la intervención espartana desviando dinero destinado a la reconstrucción del templo de Apolo. El caso es que Esparta, movida por el oráculo, envió una pequeña expedición marítima al mando de Anquimolio, que desembarcó en el Falero. La expedición no tuvo éxito, al no poder resistir el ataque combinado de las tropas de Hipias y de los tesalios. Esparta acabó por movilizar las tropas de la Liga del Peloponeso puestas bajo el mando del rey espartano Cleómenes. Los tesalios, aliados de Hipias, fueron batidos, y el tirano buscó refugio en la acrópolis de Atenas, donde capituló cuando se le prometió que quedaría libre. Embarcado en una nave, puso rumbo a Sigeo, donde gobernó como súbdito de los persas. Así, con la intervención de una potencia extranjera, se ponía fin a la tiranía ateniense.

La intervención militar de Esparta fue decisiva; su motivación, de índole religiosa. Es cierto que para una potencia como Esparta, siempre cautelosa ante cualquier implicación religiosa, el mandato de la Pitia no podía ser desoído, pero también lo es que se daban otras razones que hacían que esa iniciativa no se tomase a regañadientes. Es más que probable que Esparta deseara romper sus formales relaciones amistosas con la tiranía ateniense, pero, como potencia hegemónica, deseaba hacerlo de tal manera que no supusiese menoscabo a su bien ganada fama de respeto a los compromisos contraídos con los aliados. Ahora se le brindaba la ocasión de amortiguar sus escrúpulos morales con la excusa de un mandato religioso. Es, por tanto, posible que además de ese mandato religioso o al lado de ese mandato religioso se diesen otras motivaciones de índole política que aconsejasen a los Espartanos intervenir en contra de la tiranía. En este sentido, quizá habían concebido la idea de que Atenas pasase a formar parte de la Liga del Peloponeso, o quizá también Esparta veía en la intervención la ocasión propicia para solucionar de paso posibles vinculaciones o relaciones del tirano Hipias con

Mégara, que no serían del agrado de Esparta. No es seguro que se haya producido una situación de este tipo, pero el hecho de que el primer destacamento enviado contra Hipias sea marítimo puede estar señalando que había dificultades para un traslado terrestre por la zona de Mégara.

LA LUCHA CONTRA LA TIRANÍA VISTA POR LA TRADICIÓN

Los acontecimientos y las personas implicadas en la lucha por el derrocamiento de la tiranía no se han visto libres en su valoración de las opiniones mantenidas sobre los mismos por las confrontaciones políticas posteriores. Y así el episodio de Harmodio y Aristogitón, que, como hemos visto por diversos testimonios, se debía más bien a resquemores y rencillas privadas, fue posteriormente magnificado y dotado de un contenido político e ideológico. Se propaló una corriente de opinión que hacía de los tiranicidas, héroes y artifices de la victoria sobre los tiranos. Desde fecha temprana se contaba con una versión alternativa de los tiranicidas como derrochadores de la tiranía que tuvo gran difusión y fue muy popular, ya que las dos estatuas públicas dedicadas a ellos y debidas a Antenor debieron de ser realizadas con anterioridad al 500 a. de C. Y en esta tendencia a resaltar a los tiranicidas como piezas angulares en el derrocamiento de la tiranía se encuentra otra canción de bebedores que no sólo los celebra como ejecutores del tirano sino que en su manipulación histórica llega hasta tal punto que incluso atribuye a ellos el haber otorgado a los atenienses un orden constitucional igualitario, algo que sin duda alguna correspondía más bien al Alcmeónida Clístenes:

Llevaré la espada dentro de un ramo de mirto
como Harmodio y Aristogitón
cuando dieron muerte al tirano
y dieron a los atenienses un orden igualitario (isonónos)
Queridísimo Harmodio, no has muerto en absoluto
sino que dicen que estás en las Islas de los Bienaventurados,
allí donde Aquiles de pies veloces
y el valiente Diomedes, hijo de Tideo, dicen que están.

¿Por qué esta manipulación histórica? ¿A qué obedece esta versión que distorsiona la realidad? ¿A qué se debe el silencio respecto a los Alcmeónidas? En la euforia subsiguiente al derrocamiento de la tiranía y tras la imposición del orden isonómico debido a Clístenes, un sector de la población ha podido recordar y valorar negativamente el hecho de que los Alcmeónidas, con Clístenes a la cabeza, colaboraran con la tiranía, ya que este último fue arconte durante el año 525/4 a. de C. Lo mismo pudo pensarse respecto al dinero entregado a los espartanos para financiar la invasión. Pertenecía además Clístenes a una familia que había estado implicada en un sacrilegio por el asunto de Cílón. Por otra parte, Clístenes, al ceder posteriormente debido a las circunstancias al ofrecimiento de tierra y agua al Gran Rey de Persia, que implícitamente significaba un intento de relativa sumisión que no llegó a producirse, pudo granjearse la inquina de mucha gente. Todos estos factores, además de los naturales a toda lucha política, han podido pesar bastante, no lo sabemos, para la oposición política a los Alcmeónidas a la hora de minimizar o ignorar el papel real que los miembros de esta familia jugaron en el derrocamiento de la tiranía. Canalizar la importancia del derrocamiento de

la tiranía hacia Harmodio y Aristogitón era más fácil, y posiblemente también más adecuado, a la hora de aunar voluntades. Los tiranicidas eran miembros de la familia de los Gefiridas, que estaba menos comprometida con los espartanos y con los persas, aunque como contrapartida no tenemos información de que hubiesen participado en la intentona en Lepsidrio, que en la conciencia popular era un punto de referencia importante en el derrocamiento de la tiranía.

En cualquier caso, esta versión alternativa en la valoración de las fuerzas actuantes en la caída de la tiranía se popularizó a pesar de las noticias de Heródoto, Tucídides y Aristóteles acerca del papel importante y decisivo que los Alcmeónidas desempeñaron en su derrocamiento.

EN LA ENCRUCIJADA POLÍTICA

En Atenas la tiranía no alcanzó los grados de dureza ni de represión que se aprecian en otros lugares. Representa más bien el escalón evolutivo que desde las reformas de Solón llevaba a la implantación de la democracia. Con las medidas de política económica adoptadas los tiranos atenienses solucionaron en parte los problemas del pequeño campesinado y contribuyeron por ende al desarrollo económico de Atenas. En otras palabras, con la tiranía los cambios económicos, y en cierta manera también sociales, fueron sustanciales, y la realidad resultante de su actuación fue diferente de aquella de la época pretiránica. Pero, ¿qué iba a pasar en Atenas inmediatamente después de la desaparición de la tiranía? ¿Tenía ya sentido volver a los mismos modos y procedimientos como si la tiranía hubiese sido un mero paréntesis? A no ser por razones de oportunismo político inmediato resulta difícil pensar que de la noche a la mañana las gentes se liberen de sus prejuicios del pasado, conecten con la realidad social y política presente que se transforma y tengan la claridad suficiente como para intuir por dónde la sociedad, con mayor o menor rapidez, encamina sus pasos. En este sentido las facciones aristocráticas se movían con la ceguera política de antaño. La lucha política, limitada en esta ocasión a dos facciones, la habían reanudado con los mismos procedimientos del pasado y con parecidas pretensiones: deseo inmediato de conseguir el poder y mantenerse a toda costa en el mismo. No había en esta pretensión ninguna intención de hacer extensible la participación del poder a una mayor masa popular, y ni aun siquiera tenía cabida en la misma la consolidación del papel político que las disposiciones de Solón habían otorgado al pueblo. Dos facciones rivales (Herodoto V.69.2) de raigambre aristocrática se disputaban por tanto el poder en Atenas: la de Clístenes y la de Iságoras. Las fuentes literarias dejan apreciar su composición. La facción de Clístenes (Herodoto V.70.2) estaba integrada por la familia de los Alcmeónidas y por sus partidarios, unidos a ésta por lazos familiares y de clientela, es más de otros posibles entre los que podría quizá contabilizarse la enemistad hacia Iságoras. Y esto ha debido de ser así, porque, aun otorgando un afán apologético y una tendencia a la exageración a las cifras señaladas por Herodoto (V.72.1) y Aristóteles (*Ath. pol.* XX.3) la expulsión de la ciudad de nada menos que setecientas familias Alcmeónidas da pie para suponer que los partidarios del clan de los Alcmeónidas eran más que sus parientes y deudos. A su vez, la facción conducida por Iságoras contaba con sus partidarios en cuantía no pequeña (Herodoto V.70.2; Arist. *Ath. Pol.* XX.3; XXVIII.2), pues, cuando Cleónes y los Espartanos fueron en ayuda de Iságoras, intentaron dar el poder y las magistraturas a trescientos de sus partidarios (Herodoto V.72.1; Arist. *Ath. Pol.* XX.3).

Estas facciones aristocráticas con este tipo de componentes reanudaron la lucha, como dice Forrest, con las viejas armas y reglas de juego, como si se tratara de una continuidad de la época precedente pretiránica. Pero, aunque el tinte político que adornaba a estas facciones fuese sustancialmente el antiguo, debieron de haber asumido algo nuevo o peculiar, emanado o impulsor de sus propias confrontaciones.

El relato de Herodoto (V.65.69) y el de Aristóteles (*Ath.Pol.*20) nos informan acerca de estos hechos. Hacia el 508/7 a. de C. en la disputa por el poder Iságoras había vencido, ocupando quizá la magistratura suprema del arcotado, que es lo que Herodoto podría estar señalando cuando dice que estos dos hombres «peleaban por el poder» (Herodoto V.66.2). Vencido por Iságoras y por las *heterías*, Clístenes tomó la iniciativa, —y en esto son coincidentes los relatos de Herodoto (V.66.2;69.2) y Aristóteles (*Ath.Pol.*20.1)— de asociar al pueblo a su facción; un pueblo que, como dice Herodoto (V.69.2), antes menospreció y al que ahora remitía el poder. Ante la nueva dirección tomada por Clístenes, la reacción de Iságoras fue llamar en su ayuda al espartano Cleómenes, con el que mantenía vínculos de amistad y de hospitalidad, y quizá también porque Esparta, potencia grande y conservadora en el marco griego, podría considerar la nueva dirección política emprendida por Clístenes excesivamente avanzada. La respuesta de Cleómenes no se hizo esperar, para no dar tiempo a Clístenes de sentar las bases de esa reforma tan profunda que su nueva orientación política hacia presagiar. Envió un heraldo a Atenas pidiendo la expulsión de Clístenes y de setecientas familias denunciadas como sacrílegas al estar consideradas como implicadas en el asunto de Cilón. Luego, con un pequeño destacamento se dirigió al Ática, expulsó a las familias y disolvió el Consejo, deseando entregar el poder de la ciudad a Iságoras y a trescientos de sus partidarios. Sin embargo el Consejo se resistió, y el *demos* reaccionó. Iságoras y Cleómenes fueron asediados en la Acrópolis durante dos días, teniendo que pactar con los atenienses su salida. Algunos de los partidarios de Iságoras murieron, y Clístenes y las familias expulsadas vivieron la alegría del regreso. Pero Cleómenes no estaba dispuesto a aceptar la derrota ni a cesar en su empeño por colocar a Iságoras al frente de los asuntos atenienses. Se dispuso un triple ataque combinado de los beocios por el norte, los calcidios por el noreste y los lacedemonios por el sur; pero, cuando las fuerzas de la Liga Peloponésica se encontraron cerca de Eleusis, los corintios, que no eran propicios a contemplar la humillación de Atenas, con la que tenían indirectamente en común una rivalidad respecto a Mégara, Egina y Cálcide, se retiraron. Tampoco el otro rey espartano Damárate, era partidario de una intervención motivada más bien por intereses particulares de su colega en el mando que por defensa de claros intereses espartanos comprometidos. De esta manera los atenienses centraron sus esfuerzos en batir a los beocios y a los calcidios. Finalmente, los espartanos elaboraron un nuevo plan que fue propuesto en un congreso de la Liga Peloponésica —y no secundado por los corintios— en el que, marginando a Iságoras, la pieza clave era el antiguo tirano Hipias.

¿Qué motivaciones políticas tenía la facción de Iságoras y qué razones subyacían en su enfrentamiento con la facción de Clístenes? Las fuentes literarias son parcas y ambiguas respecto a Iságoras, como si se pretendiese oscurecer el origen aristocrático del mismo para resaltar el de Clístenes, aunque, como opina Jacoby, Herodoto, nuestra fuente más importante en este sentido, no es totalmente consciente de ello. A este respecto, Aristóteles señala (*Ath. Pol.* 20.1) que era hijo de Tisandro y «amigo de los tiranos», conceptuada sin duda alguna esta amistad en sentido político. En Herodoto se

aprecia también, aunque no de una manera tan directa y consciente como se suponía, una tendencia a la desvalorización de Iságoras, del que no obstante ofrece noticias más explícitas, pues señala no sólo que Clístenes e Iságoras eran personas que «tenían poder político» (*edynásteuon*) sino, además, que Iságoras era hijo de Tisandro, de familia noble, aunque no podría indicar su ascendencia y de que sus parientes sacrificaban a Zeus Cario (V. 66, 1). Pese a la dificultad de casar estos datos —nobleza, por una parte, y desconocimiento de su ascendencia y culto encomendado al Zeus Cario, por otra— se desprende de esta información que Iságoras era miembro de una familia que tenía encomendado un culto gentilicio y que, por tanto, pertenecía a la aristocracia. Es decir, que en esto la facción de Iságoras no parecía diferenciarse mucho de la configuración de las facciones de época anterior aglutinadas en torno a un clan aristocrático que defendía sus intereses. Cuáles eran esos intereses y la raíz de los mismos es lo que se necesitaría dilucidar, tratando de armonizar, aunque sólo fuese de una manera general, los diferentes y diversos datos informativos que se hallan dispersos en las fuentes. Así, a la rivalidad y al enfrentamiento entre la facción de Clístenes e Iságoras se ofrece como sugerencia una explicación que respondería a los orígenes locales de ambos líderes. La trayectoria seguida por el clan de los Alcmeónidas es relativamente bien conocida, y sabemos que sus bases de apoyo político se encontraban en la costa. Por el contrario, como ya hemos indicado, respecto a Iságoras nuestra información es bastante escasa. Tomando en consideración la noticia de que era hijo de Tisandro y teniendo presente el hecho de que este nombre se encuentra atestiguado entre los Filíadas, ya que Herodoto (VI, 1274) menciona a un Tisandro padre de Hipoclides, arconte este último en el 566-565 a. de C., N. G. L. Hammond y R. Sealey sugieren tímidamente su posible pertenencia a ese genos, que tenía sus apoyos en el distrito de Braurón. Por el contrario, D. M. Lewis, sin tampoco contar con datos decisivos, ofrece otra posibilidad. Como en el Ática Zeus Cario solamente recibía culto en el demos de Icaria, en la región pentélica, se piensa que este clan, que tiene encomendado el culto de esta divinidad, podría ser originario de esta localidad situada en la vertiente norte del monte Pentélico, entre Maratón y Decelea. En otras palabras, que Iságoras pudo encontrar el apoyo en muchas gentes de aquellos distritos del Este del Ática, que ni eran de la llanura ni de la costa: en aquellos distritos en los que los Pisistrátidas encontraron sus partidarios. De esta manera, se ofrecería como motivación básica del enfrentamiento entre Clístenes e Iságoras una explicación de carácter regional. Los partidarios de los Pisistrátidas, que después de la expulsión del tirano debieron de estar a la expectativa en su mayor parte en medio de la lucha por el poder entre Clístenes e Iságoras, se pondrían muchos de ellos de lado de este último tan pronto percibieron la posibilidad de exiliar a aquellos que habían provocado el derrocamiento de la tiranía. No sabemos qué relación puede guardar con esto la información de Aristóteles (*Ath. Pol.* 20,1) de que Iságoras era «amigo de los tiranos». Parecería poco razonable que, si Iságoras hubiese sido amigo de los tiranos, gozase de la ascendencia que gozó en los años inmediatamente subsiguientes a la caída de la tiranía. Esto, como opina Wade-Gery, procedería de la tradición partidaria de los Alcmeónidas, tendente a hacer de los adversarios de Clístenes amigos de los tiranos.

Ya hemos visto anteriormente cómo en los altibajos de la lucha por el poder entre Clístenes e Iságoras este último contó con la ayuda de Cleómenes, quién, entre otras medidas que adoptó, procedió a la disolución del Consejo (*Boule*). A qué Consejo se está refiriendo con este término de *Boule* lo desconocemos. Frecuentemente se quiere

ver aludido en este consejo al Consejo de los Cuatrocientos, supuestamente creado por Solón. Pero que este último crease un Consejo de los Cuatrocientos es una cuestión muy incierta. ¿Se trataba, por el contrario, del Consejo de los Quinientos fundado por Clístenes? La poca probabilidad en este caso no depende sustancialmente del hecho de que haya dudas serias acerca de un Consejo de los Quinientos fundado por Clístenes sino en la cuestión temporal. Es poco probable que dicho Consejo estuviese establecido con anterioridad a la llegada de Cleómenes y su pequeña tropa espartana, máxime si tenemos presente que la distribución de los componentes de este Consejo exigía previamente la reforma de las tribus y sería por lo tanto excesivamente audaz suponer que estas dos reformas tuvieran lugar con anterioridad a la llegada de Cleómenes. El hecho de que sea dudosa la creación por Solón del Consejo de los Cuatrocientos y la poca probabilidad de que estuviese ya establecido el Consejo de los Quinientos es lo que ha llevado a pensar que el Consejo suprimido por Cleómenes ha sido el del Areópago. Esta suposición se considera razonable relacionándola con la información aportada por Aristóteles de que Cleómenes intentó disolver el Consejo para poner en el poder de la ciudad a Iságoras y a trescientos de sus partidarios. Se aprecia que este número correspondería poco más o menos al número de componentes del Areópago. Como dicho Consejo se formaba con los exarcontes anuales y cada año había nueve, si se supone para sus componentes, de una manera general, una expectativa de vida de treinta años después del arcontado, daría ese número aproximado de componentes.

La suposición de que se trata de este Consejo nos hace centrarnos en otro tipo de consideraciones subsidiarias. Aunque el arcontado estaba abierto a las grandes familias aristocráticas, los tiranos habían procurado meter entre los nueve arcontes anuales a familiares y a personas que les eran adictas, y, como las posibilidades cronológicas en las que pudo seguirse esta política de primar con la alta magistratura a sus partidarios se extienden desde el 546 hasta el momento de la expulsión del tirano en el 510, este Consejo sería un bastión de partidarios de la tiranía. Por más que a la caída de ésta bastantes de ellos mudasen sus simpatías, Iságoras, que parece recoger parte de los intereses defendidos por los partidarios de la facción tiránica, debió de continuar disfrutando en este Consejo de un fuerte apoyo. Ahora bien, si se trata de este Consejo del Areópago, no se comprende por qué Cleómenes, que pretendía ayudar a Iságoras, intentó disolver un Consejo en el que éste encontraba los apoyos más cualificados. Esta dificultad se intenta paliar pensando que la tradición nos da una versión exagerada y que no se trataba de una supresión del Consejo sino de una modificación sustitutoria de los componentes para introducir a los trescientos partidarios de Iságoras para que contase con un amplio frente adicto. Y esta excesiva modificación en la composición del Areópago y lo que suponía de deterioro al bien ganado prestigio del mismo sería lo que motivó su resistencia y la reacción de los atenienses.

LA LLEGADA DE CLÍSTENES

Clístenes había ganado con el apoyo popular. Se daba cuenta de que una vez que había llamado en su ayuda al pueblo era inviable volver al antiguo orden de cosas en el que los aristócratas controlaban el poder. Además, la experiencia vivida mostraba que las leyes de Solón resultaron impotentes para quebrantar el poder aristocrático que con sus sistemas de alianzas alcanzaban a todo el tejido social.

Por otra parte, la antigua distribución de la población en cuatro tribus hereditarias, en lugar de ayudar, entorpecía cualquier iniciativa que se tomase en este sentido. Se hacía necesaria una nueva distribución de la población ática en la que el juego de las alianzas familiares encontrase serías dificultades a la hora de conseguir el poder político en detrimento de los demás.

Clístenes introdujo un sistema de diez tribus de acuerdo con un criterio territorial, mientras que las cuatro antiguas *phylai* continuaron como asociaciones de culto. El paso dado con esta innovación era importante, pero ¿era totalmente original, tenía antecedentes a imitar? Un pasaje de Herodoto en el que manifestaba su opinión particular señala que en la obra realizada por su abuelo el tirano sicionio de igual nombre, Clístenes tenía un precedente de su reforma tribal: «obrando así, Clístenes, según me parece, imitaba a su abuelo el sicionio» (V. 67). La verdad es que la comparación no es totalmente adecuada, y las diferencias que median en las reformas tribales de ambos Clístenes son claras.

Pero el mismo Herodoto alude también a las disposiciones realizadas por Demonacte de Mantinea, que podrían considerarse como un precedente. Cuando las tensiones sociales imperantes en la colonia de Cirene se hicieron insoportables, hubo que recurrir en busca de solución al santuario de Delfos. Se nombró árbitro de la situación a Demonacte. Las medidas tomadas por éste afectaron a los privilegios de que gozaba la monarquía, pero también al cuerpo social: «llegó a Cirene y, después de investigarlo todo, los dividió en tres tribus, la primera de los terenses y los que vivían alrededor, la segunda de los peloponesios y cretenses, la tercera de los oriundos de las islas» (IV, 161). En los dos casos señalados como precedentes, la reforma tribal ha sido un instrumento apropiado para dar salida a las tensiones que estaban enrareciendo la convivencia. En este sentido, la iniciativa de Clístenes el ateniense podía tener en esos casos señalados sus precedentes. Pero de qué manera y en qué medida pudieron influir en la reforma de Clístenes, por una parte, estos cambios efectuados en las tribus, por otra, la existencia en algunas ciudades de un número mayor de tribus que las originales y, en definitiva, las ideas de aquel tiempo es algo que, dentro de la incertidumbre en que se encuentra esta cuestión, resulta difícil de concretar con exactitud, aunque P. Lévêque y P. Vidal-Naquet han tratado de perfeñarlo en la medida de lo posible.

En cualquier caso las reformas de Clístenes el ateniense tienen rasgos diferenciadores sustanciales. Así, la reforma tribal ateniense, con su carácter territorial discontinuo, impedía que los grupos gentilicios de antaño y los grupos de interés económico se hiciesen con el control estatal. Esta característica otorgaba a la reforma ateniense un rasgo peculiar y distinto que no se aprecia en los precedentes. La diferencia respecto de los casos anteriores se siente también en el «carácter decimal» adoptado en la reforma ateniense de las tribus que supone, como dice O. Murray, «la aplicación sistemática de la razón a la creación de una constitución».

Aristóteles (*Ath. Polit.* XXI, 2-4) explica en qué consistió la reforma de las tribus: «Primero distribuyó a todos en diez tribus en lugar de en cuatro, con la intención de mezclarlos y para que tomase parte en el gobierno mayor número, de donde se dice que no se preocupen de la tribu los que quieren investigar las stirpes. Después hizo el Consejo de Quinientos en lugar de Cuatrocientos, cincuenta de cada tribu, pues hasta entonces eran cien. Y no lo dispuso en doce tribus para no tener que hacer las partes sobre los *trittyes* preexistentes, pues de cuatro tribus había doce *trittys*, y así no le hubiera resultado mezclada la muchedumbre.

También repartió el país por demos, organizados en treinta partes, diez de los alrededores de la ciudad, diez de la costa y diez del interior, y, dando a éstas el nombre de *trittys*, sacó a la suerte tres para cada tribu, con el fin de que cada una participase en todas las regiones. E hizo compañeros de demo entre sí a los que habitaban en el mismo demo para que no quedasen en evidencia los ciudadanos nuevos con llamarse por el gentilicio, sino que llevaran el nombre de los demos, desde lo cual los atenienses se llaman a sí mismos por el demo.»

Así, pues, Clístenes distribuyó a todo el cuerpo ciudadano en diez nuevas tribus que no tenían como las tribus de antaño un entramado gentilicio. Las nuevas tribus obedecían a un criterio territorial, de tal manera que una persona pertenecía a una tribu determinada por el hecho de residir en una parte concreta del territorio ático. Sin duda el sistema adoptado en la composición de estas tribus era complejo y de gran artificialidad como veremos a continuación. El territorio del Ática se dividió en tres zonas: *Asty* (la Ciudad), *Paralia* (la Costa) y *Mesogeia* (el Interior). La zona de la ciudad comprendía también el Pireo y la porción territorial que se extendía entre los montes Himeto y Egaleo. Cada una de estas tres grandes zonas se dividía en diez unidades inferiores, conocidas con el nombre de *trittyes* o tercios. A su vez, cada *trittys* estaba compuesta por un número variable de demos. Una vez distribuido el territorio de la forma indicada, se sacaba mediante sorteo una *trittys* entre las diez de la Ciudad, otra entre las diez de la Costa y otra entre las diez del Interior. Con las tres *trittyes* así obtenidas se constituía una tribu. El procedimiento se iba repitiendo hasta constituir las diez tribus.

LAS REFORMAS: DEMOS, TRITTYES, TRIBUS, CONSEJO DE LOS QUINIENTOS, OSTRACISMO

La unidad básica elegida en la reforma es el demo, especie de aldea más o menos amplia según los casos, a la que se dota de una administración suficiente como para poder atender a los asuntos locales que de suyo no revestían una gran complejidad. Es más que probable que con anterioridad a la reforma en algunos lugares del Ática se dieran ya demoi con suficientes grados de organización administrativa como para poder atender con eficacia los asuntos locales. En este sentido, estos demoi anteriores cumplían ya parte de los objetivos administrativos pretendidos con la reforma. Lo que ocurre es que ésta iba más allá, puesto que la organización en demos se extendía a todo el territorio ático incluida la ciudad de Atenas, y se homologaba a todos en sus funciones.

Cada demo controlaba ahora la gestión de sus asuntos administrativos, para lo que había una asamblea de carácter local constituida por todos los ciudadanos adultos. Esta asamblea elegía anualmente un *demarco* o alcalde y unos magistrados, quienes se responsabilizaban de la gestión de los asuntos internos y canalizaban en su demo la aplicación de las disposiciones emanadas del gobierno central.

Cada demo guardaba la lista de sus ciudadanos e iba añadiendo a la misma a los hijos de éstos cuando habían alcanzado la edad de dieciocho años. La inscripción en este registro civil daba carta de naturaleza no sólo de su pertenencia a un demo sino también de su pertenencia a la ciudadanía en el Estado. Así, la denominación oficial de un ciudadano añadía a su nombre propio la especificación de su patronímico y la del demo correspondiente: por ejemplo, Meglades, hijo de Hipócrates del demo de Alópece. De esta manera la pertenencia a un demo, que en el comienzo de la reforma se basaba en la domiciliación de aquel que primeramente fue inscrito en las listas del

demo, se transmitía luego hereditariamente a sus descendientes cualquiera que fuese el lugar de residencia de los mismos. Lo que en un principio fue adscripción a un demo en razón de la residencia en el mismo se transformaba a partir de las generaciones subsiguientes en adscripción a ese demo por filiación paterna.

En el demo se introducía localmente la práctica democrática en la elección de los magistrados. De esta manera se abría lentamente una brecha en el sistema de lealtades y en el control ejercido por la familia aristocrática del anterior jefe de distrito. Pero, además, con la importancia otorgada al demo se resquebrajaba la necesidad de tener los nexos anteriores con las fratrias a través de las cuales se obtenía la ciudadanía. En este terreno la reforma de Clístenes liberaba localmente al pueblo del control que los aristócratas ejercían sobre las fratrias y a través de las fratrias.

Las *trittyes* se perciben como la parte más artificial de la reforma y resulta difícil de comprender qué otro papel estuvieron llamadas a desempeñar, además del que usualmente se les supone de ser el medio utilizado para distribuir los *demoi* entre las tribus. Por eso la incertidumbre es muy grande y las opiniones muy diversas. Así W. S. Ferguson piensa que las *trittyes* eran simplemente no una división territorial sino social del elemento humano de la polis mientras que otros piensan que reemplazarían a las antiguas divisiones de este mismo nombre. Esas antiguas *trittyes* serían una especie de subdivisiones de tribus gentilicias en la que cada *trittys* dentro de cada tribu correspondería a una antigua clase: de los eupatridas, de los demiurgoi y de los geomoroi. Pero que las nuevas *trittyes* se reduzcan a esto y que en su constitución no haya influido ninguna otra intencionalidad parece poco probable, por más que ésta no se detecte con exactitud.

El engranaje de este aspecto de la reforma sorprendió al mismo Aristóteles, que da como consideración explicativa que con el cambio de las tribus Clístenes pretendía mezclar el elemento ciudadano con vistas a ocultar la concesión de la ciudadanía de aquellos de sus partidarios que habiéndola obtenido con Pisístrato fueron desposeídos de la misma al regreso de los aristócratas.

La intención de mezclar el cuerpo de ciudadanos, ya sea con la poco probable pretensión señalada por Aristóteles de ocultar la ciudadanía dudosa de algunos de ellos, ya sea con el deseo de reforzar los lazos de unidad nacional a través de estas *trittyes* y tribus tan artificialmente elaboradas, resultaría, sin embargo, un tanto insuficiente como explicación.

La reforma se llevó adelante en momentos de tensiones políticas, en las que Clístenes, que se veía en desventaja, buscó el apoyo del pueblo con cuya ayuda tomó, la delantera a su adversario y pudo abordar la reforma. En este contexto político es normal que ésta encubriese intenciones partidistas, aunque resulte difícil su especificación. Si alguna de estas posibles intenciones fuese la de utilizar la delimitación territorial como medio de quebrar las lealtades dispensadas a sus adversarios por la población de algunos territorios y, por el contrario, consolidar las referidas a Clístenes, dicha posible intencionalidad debió de operar a nivel de las *trittyes*. A este respecto, D. W. Bradeen y D. M. Lewis han podido constatar que en algunas tribus, como la de Aeantis, la *trittys* del interior, denominada Aphidna por el nombre de su centro urbano principal, es contigua de la *trittys* de la costa conocida como la Tetrápolis. De la misma manera, dentro de la tribu Aegeis, la *trittys* del interior es contigua de la *trittys* de la costa, y así en algún caso más. Si, al margen de lo que en esto haya que atribuir al azar del sorteo, no se echan en saco roto estas realidades, el carácter contiguo, en algunos casos, de

dos *trittyes* dentro de una misma tribu ocasionaba la creación de sectores geográficos relativamente amplios, parte de los cuales habían estado controlados antaño por significadas familias aristocráticas, que ahora podrían verse territorialmente beneficiadas. Así la tribu Aeantis anteriormente indicada incluía la llanura de Maratón, controlada en otro tiempo por los Pisistrátidas. La posibilidad debida al azar o no de que el territorio antaño controlado por esta familia se vea tras la reforma favorecido por la continuidad territorial de otra *trittys* ha llevado a sacar la precipitada conclusión de que el antagonismo entre los Alcmeónidas patrocinadores de la reforma y los Pisistrátidas no era tan grande como se suponía, puesto que los segundos, al menos en teoría, estaban territorialmente favorecidos. Pero no parece que haya ocurrido tal cosa. El azar del sorteo actuaba en toda la reforma. La selección de los demos que debían componer las distintas *trittyes* podía realizarse, al menos se tenía esa posibilidad, con las cautelas y precauciones que se desease. Así, en el caso que nos ocupa, en el bloque territorial constituido a raíz de la reforma y que supuestamente favorecería a los Pisistrátidas, se encuentra también incluida *Aphidnae*, el lugar de origen los tiranicidas de Hiparco, que podrían actuar como contrapunto.

Pero la cuestión de la composición territorial de las *trittyes* planteada bajo el punto de vista focal de un intento de reforzar o debilitar las posiciones antaño gozadas por los distintos grupos aristocráticos se ha enfocado desde una vertiente distinta a la anterior. R. Sealey se pregunta si ya que lo más novedoso e importante en la constitución de las *trittyes* es su implantación en la ciudad de Atenas, en donde tenían sus fuerzas los Alcmeónidas, a los que pertenece Clístenes, quien realiza la reforma, no se estará buscando con ello el potenciar y dar preeminencia a los poderosos de la ciudad frente a los aristócratas de los distritos de fuera. Pero, pese a los esfuerzos realizados y pese a que algo de estas intenciones agazapadas se intuyen en la reforma, lo cierto es que en esta cuestión no se ha llegado a conclusiones definitivas.

Las nuevas tribus de Clístenes llevaban el nombre de un héroe y poseían cada una de ellas su santuario y su sacerdocio. Los nombres de las diez tribus eran: Erectea, Egea, Pandionisia, Leontida, Acamantide, Oenea, Cecropia, Hipopontide, Aeantide y Antioquea. Cada tribu tenía una asamblea a la que pertenecían todos los miembros adultos de la tribu. Esta asamblea elegía cada año a sus propios magistrados que más tarde se conocerán como *epimeletai tôn phylôn*.

Las tribus han servido también de base para el establecimiento del número de magistraturas y la elección de los magistrados. Así, el colegio de los nueve arcontes se vio incrementado a diez con la inclusión de un secretario. Referido a su tiempo, Aristóteles (*A. P.* 55, 1) dice: «Ahora designan por suerte seis *Thesmothetes* y un secretario para éstos, y, además, el arconte, el rey y el polemenco por turno de cada tribu». Aunque Aristóteles está reflejando la situación de su tiempo, la norma aludida de que cada uno de ellos fuese miembro de una de las diez tribus encaja muy bien dentro del espíritu de la reforma de Clístenes, y a ella puede remontarse la elevación a diez de las magistraturas y el sorteo de las mismas.

También el ejército utilizó la nueva organización tribal. Sus efectivos se sacaban de una lista de nombres proporcionada por cada una de las tribus. Se organizaban diez regimientos (*taxeis*), puesto cada uno de ellos bajo el mando de un oficial de la tribu, el *taxiarchos*. Luego también el cuerpo de *strategoí* (generales) tendrá un número igual al número de las tribus. A partir del 501 a de C. cada año la asamblea general elegirá diez generales, uno por cada tribu.

La creación del Consejo de los Quinientos se encuentra entre las reformas de Clístenes. Los miembros de este Consejo de los Quinientos eran elegidos por sorteo en razón de cincuenta por tribu.

Este Consejo, ya sea todavía en época de Clístenes ya sea en la posterior de Efilates, se dividió en diez secciones llamadas pritanías, una por cada tribu, compuestas por cincuenta consejeros, que se encargaban de la dirección de los asuntos del Estado durante una décima parte del año. Los miembros de este Consejo canalizaban y preparaban de una manera adecuada los asuntos que posteriormente se tratarían en la asamblea popular. Si esta función previa se realizaba con habilidad, se podía condicionar bastante la decisión de la asamblea popular, que debía de pronunciarse sobre unos temas que previamente le habían sido preparados, y quizá sutilmente preparados.

Ante una función tan importante, susceptible además de poder ser ejercida con habilidad y sutileza en una dirección concreta, es razonable que los historiadores modernos se pregunten si en su organización y entramado Clístenes perseguía metas concretas más allá de la simple organización y distribución de sus componentes. Si en otras parcelas de la reforma así parece conducirse, resultaría poco probable pensar que el Consejo de los Quinientos fuese una simple sustitución del Consejo de los Cuatrocientos de Solón y una mera adaptación de aquel al nuevo sistema de las diez tribus. Al margen de que haya existido o no el Consejo de Solón, el nuevo de Clístenes no pretendía la mera distribución entre las diez tribus de sus miembros.

El Consejo de los Quinientos tenía una función probulética, preparatoria de los asuntos a tratar en la Asamblea Popular y las posibilidades de elección como consejero se limitaban, al menos en el siglo. IV (Aristóteles, *A. P.* 62, 33), a dos ocasiones. Además se tiene la sensación de que se prestó más atención de lo que en realidad se manifiesta a la representación de los distintos demos dentro de ese grupo de cincuenta consejeros aportados por cada tribu. Es ampliamente aceptado que Clístenes distribuyó entre los demos cincuenta puestos de representantes en el Consejo, en razón a la extensión de los mismos; y que, una vez establecido el número de representantes por demo, habría que atenerse a él en el futuro. Lo que ocurre es que la relación de equidad que debía guardarse entre el número de consejeros correspondiente a un demo y el tamaño de éste no se ha tenido en cuenta en algunos casos. A este respecto, el trabajo de P. J. Bicknell es revelador. Observa que en un número elevado de demos se daba en efecto una correspondencia proporcional entre el número de consejeros atribuidos a cada demo y el número de habitantes presumibles del mismo. Pero también en algunos casos se daban discrepancias en la proporcionalidad esperada, que han podido ser intencionadamente buscadas por Clístenes. Así, en la tribu *Aeantís*, los demos de la *trittys* de la costa, que recordemos una vez más, era la zona de poder de los Pisis-trátidas, ofrecen dos consejeros menos de lo esperado, mientras que en la *trittys* del interior de esta misma tribu, el demo de Aphidnas, que parece ser la tierra de Harmodio y Aristogitón, se encuentra representado con cuatro consejeros más de los que cabía esperar; y en esto no cuenta el azar de un sorteo, porque el número de representantes no se fijó por sorteo.

El ostracismo es una de las instituciones que se atribuyen a Clístenes. Se conoce bien el procedimiento seguido en el ostracismo. Cada año, en la sexta pritanía (Aristóteles, *A. P.* 43, 5), que comenzaba el cinco de enero, se consultaba al pueblo sobre la conveniencia o no de proceder a la expulsión de alguna persona. En caso de respuesta afirmativa se convocaba para más adelante al pueblo a una votación en la que

se depositaban tejos (ostraca) que llevaban inscritos el nombre de las personas que a juicio de los votantes debían ser expulsadas de Atenas. La votación era secreta. Si el número de votantes alcanzaba la cifra de 6.000, que era el *quorum* mínimo exigido en una cuestión de ostracismo, la persona castigada con el mayor número de votos debía abandonar Atenas. Ni en el momento de la propuesta acerca de si en ese año convenía proceder al ostracismo había debate, ni antes de proceder a la votación con *ostraca* lo había, ni, por supuesto, la persona afectada por la votación tenía derecho de apelación. El castigo solamente implicaba un alejamiento de Atenas durante diez años, pero no suponía la pérdida de los derechos políticos, que sólo quedaban temporalmente suspendidos, ni la confiscación de los bienes, de los que continuaba disfrutando y disponiendo el desterrado.

El origen de esta institución ya desde antiguo no estuvo muy claro y aun ahora permanece en la incertidumbre. Aristóteles (*A. P.*, 22, 1) lo atribuye a Clístenes: «Para atraer al pueblo Clístenes puso otras nuevas (se refiere a leyes), entre las cuales estaba la ley sobre el ostracismo». Pero también señala (*A. P.*, 22, 3-5) que fue en el 488/7 a. de C. cuando se puso en práctica por primera vez el ostracismo: «Al año duodécimo después de estas cosas, luego que vencieron en la batalla de Maratón, en el arcontado de Fenipo, después de dejar pasar dos años de la victoria, habiendo ganado entonces confianza el pueblo, utilizaron por vez primera el ostracismo, puesto para la sospecha contra los poderosos, porque Pisístrato siendo jefe del pueblo y estratego se había convertido en tirano. Fue desterrado por ostracismo el primero uno de los parientes de aquél, Hiparco, hijo de Carmo, del demo de Kollytos, por causa del cual sobre todo había puesto Clístenes la ley, con intención de expulsarle».

En la información de Aristóteles referente al ostracismo hay dos cuestiones distintas. Una, la atribución de la ley a Clístenes, y otra, el momento en que por vez primera tuvo lugar su aplicación. Los veinte años que median entre la supuesta aprobación de la ley a instancias de Clístenes, del que no se conoce ya actividad política, al menos con posterioridad al 500 a. de C., y el momento en el que se aplicó por vez primera, han sido la causa de que surjan discrepancias y de que G. de Sanctis y C. Hignett no consideren a Clístenes como el autor de la ley de ostracismo.

La ley suspendía como hemos dicho durante diez años los derechos políticos de la persona a la que se aplicaba. Era una condena sin delito probado y sin juicio. En definitiva, era una ley de excepción que afectaba a una sola persona. De ahí que para algunos historiadores modernos no resulte muy aceptable que se haya introducido una ley de tales características si no se sentía la necesidad de aplicarla de inmediato, y de que en el momento de su introducción se tratase solamente de una puerta legal abierta al futuro para aplicarse si las circunstancias futuras así lo aconsejaban. Por eso se resisten a atribuírsela a Clístenes.

Respecto a esta ley se cuenta con otras noticias, entre ellas la información ofrecida por Androtión, que proporciona el *Léxico Harpocrático* (Jacoby, F. G. H., III B, fag. 6) y en la que aparentemente se da como fecha de la ley el 488-487 a. de C., cuando se le aplicó a Hiparco, el hijo de Carmo: «Hiparco el hijo de Carmo...era pariente del tirano Pisístrato y el primero que fue desterrado por ostracismo, habiendo sido puesta la ley sobre el ostracismo entonces por vez primera a causa de la desconfianza contra el grupo de Pisístrato, porque siendo demagogo y estratego ejerció la tiranía».

La discusión sobre el origen de la ley fluctúa, por lo tanto, entre el año 508-507 a. de C., porque Aristóteles la coloca entre las medidas que Clístenes dispuso para atraer-

se al pueblo, y el año 488-487 a. de C., al que parece referirse el texto de Androtión. Y aunque ciertamente se trata de una cuestión abierta y no solucionada definitivamente, la ley encaja mejor con las medidas adoptadas por Clístenes y con la enconada resistencia a la que tuvo que enfrentarse.

Finalidad de la ley del ostracismo

La ley del ostracismo no fue una sustitución edulcorada, en lo que se refiere a la tiranía, de la antigua ley de *atimía* que conocemos por Aristóteles (A. P., 16, 10): «Esto es ley y tradición de Atenas: si algunos se levantan para hacerse tiranos o instaura alguno la tiranía, sea éste privado de derecho, él y su estirpe».

Aristóteles dice que se aplicó la ley a causa de la desconfianza que se sentía contra los poderosos y como salvaguardia contra cualquier apetencia de tiranía. A esto se ha objetado que la ley del ostracismo era al respecto insuficiente y que no suponía ningún dique real a la fuerza que tenían o podían tener algunos personajes o a la popularidad que gozaban o podían gozar entre sus conciudadanos. Y la fuerza y la popularidad habían sido los resortes utilizados en el pasado por los tiranos para hacerse con el poder. Si esa hubiera sido la finalidad de la ley del ostracismo gozándose como se gozaba de un régimen de libertades ciudadanas, cualquier persona que contase entre sus conciudadanos con amplia popularidad, aunque otro sector de la población sospechase en él veleidades tiránicas, podía con sus numerosos partidarios orientar la votación hacia otra persona y librarse él mismo, tuviese o no tuviese intenciones tiránicas.

No es en función de posibles y futuros tiranos ni contra los poderosos como debe enfocarse la finalidad o utilidad de la ley del ostracismo. Ésta era una medida cautelar que se tomaba contra una persona cuya acción política podía originar en la ciudad una situación de tensiones políticas excesivamente encontradas. En definitiva se trataba de una salida constitucional que dirimía sin grandes costos sociales, enfrentamientos semejantes a los habidos entre Clístenes e Iságoras. Por lo tanto, tiene visos de verosimilitud que Clístenes, que contaba con el apoyo mayoritario del pueblo, aprovecharse las perturbaciones creadas en el 508 a. de C. para imponer la ley del ostracismo y contar con un instrumento constitucional para poner fin a las mismas.

Pero, cualquiera que haya sido su intención respecto al ostracismo, el hecho resultante y decisivo fue que de una manera consciente o inconsciente se ponía en manos del pueblo un arma constitucional poderosa que contribuía de modo decisivo a tomar conciencia del poder que le otorgaba la constitución. El pueblo aprendió rápidamente y utilizó los medios que se le brindaban. Es posible que en la expulsión del 488-487 a. de C. y en las sucesivas no fuesen los líderes políticos sino el pueblo, más consciente y confiado tras el triunfo en Maratón, quien tomase la iniciativa de proceder al ostracismo contra las personas que consideraba sospechosas.

Los miles de óstracos encontrados, algunos de ellos correspondientes a fechas anteriores al 480 a. de C., sirven para comprender que los temores y sospechas de los diferentes sectores de la población se centraban en el ascendiente alcanzado por algunos miembros de las familias aristocráticas, tanto de la de los Pisistrátidas como de la de los Lacmeónidas; tales serían los casos de la expulsión de Hiparco, hijo de Carmo, de la familia de los Pisistrátidas, o de la de Megacles, hijo de Hipócrates, de la de los Alcmeónidas. También se aprecia que la inquina del pueblo iba dirigida contra aquellos

que habían colaborado o estaban relacionados con los persas. Luego, conforme el pueblo se iba haciendo más consciente de lo que pretendía, los impulsos que le movían a expulsar a determinados personajes se originaban en cualesquiera motivos creados por la política interior o exterior.

El examen de los óstraca encontrados amplía nuestro conocimiento, no sólo respecto al nombre y número de las personas a las que se expulsó o se pretendió expulsar, sino también respecto al hecho de que los intentos de expulsión no se debían sólo a un sentimiento espontáneo de las gentes. Se daban casos de una preparación previa para orientar el voto contra determinadas personas. Se aprecia la preparación consciente de una infraestructura material para conseguir la expulsión de determinadas personas. Al estudiarse los rasgos de los 190 óstracos encontrados en la Acrópolis que llevaban grabado el nombre de Temístocles, se ha comprobado que sólo catorce manos habían inscrito el nombre. Nadie se toma la molestia de montar una operación de este tipo si no tiene la intención de proceder a su distribución, sobre todo entre los votantes potencialmente indecisos, a los que de esta forma se les facilitaba la tarea y se les daba todo hecho.

EL REINADO DE CLEÓMENES DE ESPARTA

Estas reformas de la constitución ateniense fueron sacadas adelante en medio de un clima de dificultades interiores y de presiones externas estrechamente relacionadas con la actividad de Cleómenes de Esparta.

Éste era hijo de Anaxandridas (Herodoto, 5, 39) y de una segunda esposa que le permitieron tomar los órganos colegiados de Esparta ante la sospecha de que su primera esposa, que acabó luego teniendo tres hijos, era estéril. Según refiere Herodoto (5, 42), los espartanos, «ateniéndose estrictamente al rigor de la ley nombraron rey al primogénito, Cleómenes». Esta ascensión legal al trono, pero que defraudaba las aspiraciones de su hermanastro Dorico, que destacaba por su esquisitez y excelencia, se piensa que, en cierta manera, pudo influir en la personalidad tan singular de Cleómenes y en su forma de conducir los asuntos de Estado, que dejaba al descubierto las tensiones internas que desgarraban a la sociedad espartana. En cualquier caso Cleómenes ofrece un carácter marcadamente personal. Más que ningún otro ocupante de la realeza, se enfrentó a los otros órganos del poder y a su colega en el trono. Todo esto era muy acorde con la línea de independencia que seguía en sus actuaciones. En este aspecto se encuentra la utilización de los aliados en proyectos que en cierta manera son un tanto personales.

La mayor parte de la actividad política y militar de Cleómenes guarda relación con Atenas. En el 510 a. de C. interviene en el derrocamiento del tirano ateniense Hipias. Al decir de Herodoto, la familia de los Alcmeónidas influyó con su generosidad ante Delfos para mover a los espartanos en este sentido. El relato, establecido de esta manera por Herodoto, minimiza el papel jugado por otras familias atenienses en la caída de la tiranía y lo deja en un simple acto de obediencia al oráculo. Pero en diversas ocasiones Esparta estuvo animada de sentimientos contrarios a las tiranías. Su trayectoria, en este sentido, no necesitaba de grandes estímulos por parte de Delfos. En este caso concreto es posible que Cleómenes considerase propicia la ocasión para romper las buenas relaciones que desde la época de Pisístrato mantenía la tiranía ateniense con Ar-

gos. Al mismo tiempo pudo tener la secreta esperanza de que la ciudad de Atenas, tras el derrocamiento de la tiranía, entrase a formar parte de la esfera de influencias de la Liga del Peloponeso, como conjeturalmente se sostiene.

Una primera expedición marítima fracasó, y Cleómenes invadió el Ática con un gran ejército, poniendo sitio a la Acrópolis. La captura fortuita de los hijos del tirano forzó a éste a abandonar Atenas y a buscar refugio en Sigeo, la antigua colonia ateniense del Helesponto, reocupada por los Pisistrátidas.

Tras el derrocamiento de la tiranía, las esperanzas de Cleómenes de contar en el futuro con una ciudad susceptible de ser modelada con las pautas políticas proclives a los deseos espartanos se esfumaron tan pronto como Cleómenes tomó las riendas del Estado ateniense e inició las reformas. En el 508-507 a. de C. Iságoras llamó en su ayuda a Cleómenes, que movilizó el ejército. Antes de que éste llegara, Clístenes y su familia abandonaron Atenas. Para asegurar todavía más la situación, Cleómenes expulsó a setecientas familias partidarias de Clístenes y procedió a la reforma de los cambios constitucionales realizados: la Boulé se reemplazaba por un Consejo afecto a Iságoras. Pero el pueblo reaccionó, tomó las armas y sitió a Cleómenes y su gente en la Acrópolis. Tras la capitulación en el 508-507 a. de C. de este destacamento espartano, Clístenes y sus partidarios pudieron regresar.

Las transformaciones constitucionales de carácter isonómico operadas en Atenas, eran un contrapunto, por un lado, del sistema espartano y, por otro, del habitual en las *poleis* aristocráticas. Es posible que desde el principio se hubiese captado la capacidad corrosiva que tenía la «isonomía» ateniense con relación a los sistemas políticos tradicionales y que ese temor haya contribuido a reforzar el aislamiento en el que se encontraba Atenas tras el derrocamiento de la tiranía. Egina, Mégara y Tebas, Estados poderosos, eran hostiles a Atenas. Con Calcis las relaciones eran poco amistosas y respecto a Esparta se temía su intervención militar. Esta sensación de aislamiento y de temor a una nueva intervención espartana pudo ser la causa de que Clístenes buscara la alianza con los persas, quienes respondieron, como refiere Heródoto (V, 73), exigiendo la sumisión: «Llamados a su patria después de tales turbulencias Clístenes y las setecientas familias perseguidas por Cleómenes, despacharon los atenienses sus embajadores a Sardes con la intención de hacer un tratado de alianza con los persas, previendo claramente la guerra que de parte de Cleómenes y de sus lacedemonios les amenazaba...el sátrapa les respondió que concluiría con los atenienses el tratado de alianza que se le pedía si los atenienses daban al rey Darío la tierra y el agua. Los embajadores, deseosos de concluir la alianza, decidieron entre sí la respuesta que darían a Darío. Regresados a casa, fueron objeto de severas acusaciones».

El proyecto de alianza con Persia fue, pues, duramente contestado en Atenas, pero el temor al intervencionismo de Cleómenes estaba justificado. En el 506 a. de C. Cleómenes preparó un ataque de tropas beocias, calcídicas y peloponésicas para imponer a Iságoras en el poder. Al decir de Herodoto (V, 74), Cleómenes había reunido a las tropas aliadas sin informarles a cerca de los objetivos de la expedición. Pero enseguida los conocieron, y Corinto, temiendo quizá la mayor preponderancia que Esparta alcanzaría si se tomaba Atenas, se retiró, pretextando, según Herodoto, que no se obraba de acuerdo a justicia. A su vez «después de ellos retiróse también el rey de los lacedemonios que conducía el ejército, Damárato, hijo de Aristón, por más que antes nunca hubiese sido de parecer contrario al de Cleómenes...viendo los aliados que no venían los dos reyes de Lacedemonia y que los corintios habían ya desamparado el puesto, em-

pezaron a desertar» (Herodoto, V, 75). Los atenienses concentraron sus tropas contra los espartanos obligándoles a retirarse. Luego se dirigieron contra los beocios, a los que derrotaron, para concentrar después sus tropas contra los calcidios, parte de cuyo territorio anexionaron, instalando en el mismo 4.000 clerucos a los que repartieron lotes de tierra.

La retirada conjunta de las tropas de los corintios y del rey Damátrato tendrá sus consecuencias. Como consecuencia de este acontecimiento se impuso una norma, no siempre cumplida, que estipulaba que sólo uno de los reyes condujese el ejército fuera de las fronteras espartanas. Con ello no sólo se evitaban las posibles discordias entre ellos en el campo de batalla, sino que uno de ellos ignorase los verdaderos motivos de la expedición. Por otra parte, la retirada de las tropas corintias afectó a la manera en que hasta entonces se habían entendido las antiguas alianzas espartanas. Hasta entonces Esparta había suscrito con diversas ciudades una serie de tratados que tenían un carácter bilateral. Ciertamente Esparta, debido a su mayor importancia política, asumía en ellos un papel preeminente, como sugiere la fórmula usual «los lacedemonios y sus aliados», que en cualquier caso respondía a una conveniencia mutua. Y precisamente en este terreno de alianzas antiguas en las que los intereses de las partes podían resultar diferentes, es donde hay que situar la retirada de los corintios de la expedición que atacaba a Atenas. ¿Infringía el pacto suscrito o simplemente los corintios hicieron de él una valoración distinta de la espartana en cuanto que los atenienses eran amigos para los corintios y enemigos para los espartanos?

La brecha que podía abrirse en el antiguo sistema de alianzas individuales, que convergían en Esparta como núcleo aglutinador, aconsejaban su transformación en una liga cuyas decisiones emanadas y suscritas por los miembros de la liga, fuesen vinculantes tanto para Esparta como para el resto de los miembros.

En el 504 a. de C. se reunió, como recuerda Herodoto (V, 91), un congreso federal peloponésico que sometió a consideración la propuesta de reinstalar en Atenas la tiranía de Hípias: «Este ha sido, señores, el motivo, así de hacer que viniera Hípias, a quien veis aquí presente, como de convocaros a vosotros de las ciudadciudades. Nuestras miras consisten en hacer volver a Atenas a Hípias y restituirle de común acuerdo, y con un ejército común, el dominio que antes tenía».

Es opinión recurrente que este congreso supuso la transformación del antiguo sistema de alianzas en una liga, al mismo tiempo que creaba las bases de un funcionamiento más acorde con los intereses de todos los miembros. En adelante, cuando los espartanos decidiesen la conveniencia de emprender una guerra, su iniciativa debía estar apoyada por la mayoría de los miembros de la liga, en la que cada uno tenía un voto. Ratificada la decisión, la dirección de la guerra correspondía a Esparta.

En el congreso en el que se discutió la propuesta de instalar de nuevo a Hípias en el poder, Corintio se opuso a esa iniciativa espartana, en la idea de que, de tener éxito, Esparta ampliaría su esfera de influencias más allá del Peloponeso. La oposición corintia a dicha iniciativa abortó el proyecto y una vez más liberó a Atenas de la necesidad de acudir a las armas.

Cleómenes, al que Herodoto (V, 42) define como «algo loco», dio, sin embargo, muestras de una gran prudencia cuando durante la primera fase de la revuelta jonia contra los persas, el cabecilla de la revuelta, Aristágoras, buscó aliados en Grecia, y Cleómenes, a diferencia de lo que hicieron los atenienses, negó cualquier ayuda. Sus ambiciones personales y sus iniciativas para fortalecer el poder de Esparta le llevaron entre

el 499 y el 494 a. de C. a bucar un espacio geográfico más próximo y unos objetivos más limitados y prácticos: quebrantar el poder de Argos. En la batalla que tuvo lugar en Sepea derrotó a los argivos y acabó con los supervivientes, quemando el bosque sagrado en el que se habían refugiado. Aunque no logró instalar en Argos un gobierno afecto a Esparta, sí consiguió, al menos, indirectamente con ello que el Peloponeso se mantuviese unido bajo la hegemonía espartana.

Cuando los persas enviaron emisarios a Grecia pidiendo la tierra y el agua como símbolos de la sumisión, Cleómenes, que tan prudente se había mostrado anteriormente en la solicitud de los jonios contra Persia, reaccionó, como los atenienses, arrojando a los emisarios persas a un pozo en donde había abundancia de tierra y agua. Al decir de la moderna historiografía, esta noticia que recoge Herodoto, carece de confirmación histórica.

Entre los estados griegos que ofrecieron la sumisión se encontraba Egina, aliada de Esparta y enemiga de Atenas. El deseo de Cleómenes de que Grecia continental se mantuviese independiente y libre del poder persa le llevó a ponerse del lado de Atenas, cuando esta ciudad reclamó rehenes a Egina con objeto de que mantuviese un comportamiento correcto con los griegos. La oposición que en este sentido le ofreció Damárato llevó a Cleómenes a incitar a Leotíquidas, pariente de Damárato, a que declarase que éste era hijo ilegítimo. Los diez hombres más ricos de Egina acabaron siendo entregados a los atenienses. No obstante, Cleómenes fue acusado y tuvo que huir. Al regreso a su patria fue encarcelado. Allí, en prisión, encontró la muerte hiriéndose a sí mismo con un puñal.

Resulta difícil conocer las razones íntimas del comportamiento de un personaje tan curioso y significativo. Las fuentes antiguas aluden a su manera de beber a la moda escita, a su modo de comportarse un tanto alocado y a su reacción automutiladora. Todos estos son aspectos en los que la psicología encontraría un terreno abonado para emitir explicaciones relacionadas con esta esfera de interés. Desde el punto de vista histórico, vivió una época rica en problemas: influencia espartana fuera del Peloponeso, amenaza persa, enfrentamientos de la realeza con los otros órganos del poder. Ciertamente durante su gestión, aunque inicialmente la transformación operada en la Liga del Peloponeso supuso un quebranto relativo en la hegemonía indiscutible de Esparta, la liga fue luego el instrumento más idóneo a través del cual se ejerció el poder espartano. Por lo que respecta a la amenaza persa, Cleómenes consiguió, al menos, la neutralidad de Egina y que el Peloponeso fuese un bastión antipersa. Por lo que hace a sus enfrentamientos con otros órganos de poder, es cierto que el prestigio alcanzado por la realeza en épocas anteriores se vio deteriorado; pero también lo es que fue uno de los reyes que adornó su gestión con las iniciativas más variadas, cosa poco usual dentro de la realeza espartana.

Terón murió en 472 y Hierón en 466. Sus sucesores fueron incapaces de mantenerse en el poder: a Terón sucedió Trasídeo, que declaró la guerra a Siracusa; su derrota facilitó el establecimiento de un gobierno democrático en Agrigento.

En Siracusa sucedió a Hierón su hermano menor Trasíbulo, contra el que se sublevaron los ciudadanos, ayudados por Agrigento, Gela, Himera y Selinunte. Trasíbulo buscó apoyo en Etna, pero fue derrotado por mar y por tierra en 466. En el 461 desaparecieron las tiranías de Regio y de Zancle.

Dionisio

La caída de Trasíbulo dejó el camino expedito para establecer la democracia. Se reconstruyeron Camarina y Catania. En Messane se asentaron mercenarios y sólo Mégara quedó sin habitar. Siracusa disfrutó de una gran propiedad hasta la llegada de la flota ateniense en 415 a. de C. Hermócrates, en 414 a. de C. llevó a cabo algunas reformas y poco después de la derrota de los atenienses la democracia fue restablecida por Diocles y Hermócrates.

En el año 409, llamados por Segesta, los cartagineses atacaron el oeste de Sicilia. En 408, Aníbal desembarcó en Lilibeo y necesariamente se apoderó de Selinunte y de Himera; esta última fue destruida, y 3.000 griegos fueron sacrificados en honor de los manes de Amílcar. Después de estos acontecimientos, Aníbal volvió a Cartago. Aprovechando esta oportunidad, Hermócrates desembarcó en Messane, y atravesó Sicilia hasta las minas de Selinunte, desde donde saqueó las ciudades púnicas.

En 406 a. de C. los cartagineses volvieron a Sicilia con un ejército de mercenarios, iberos, baleáricos, itálicos y celtas; probablemente también celtíberos, libios y los propios cartagineses, hasta sumar 120.000 hombres.

El pueblo nombró nuevos generales, entre los que se encontraba Dionisio, que sitiaron a Agrigento, que se defendió bien, pues tenía excelentes defensas. En el invierno, Agrigento fue abandonada, porque los cartagineses capturaron un convoy de socorro a la ciudad, después de ocho meses de asedio. Con este motivo estallaron revueltas en Siracusa.

Dionisio había acompañado a Hermócrates en la ciudad y se había distinguido en la batalla. Diodoro (13.91) ha descrito la situación de Sicilia en este momento: «Tal pánico se apoderó de los habitantes de Sicilia, que unos se fueron a Siracusa; otros llevan sus hijos, sus mujeres y bienes a Italia. Los de Agrigento, que habían escapado a la cautividad, se marcharon a Siracusa, donde acusaron a los estrategas del hundimiento de la patria. Otros se lamentaban de los siracusanos, acusándolos de haber elegido generales, que pusieron a Sicilia a las puertas de la ruina. En medio de este terror general, se convocó una asamblea en Siracusa. Nadie se atrevió a dar ningún consejo sobre la marcha de la guerra. Todo el mundo guardaba silencio, hasta que Dionisio, hijo de Hermócrates, subió a la tribuna, acusó de traición a los estrategas y de entregar el

Estado a Cartago. Excitó al pueblo a las venganzas, aconsejando a los asistentes no esperar a la denuncia, que pedía un juicio, sino proceder inmediatamente y por la fuerza al castigo de los culpables.»

Esta era la situación, cuando Dionisio tomó el poder, y solicitó la elección de nuevos generales genuinamente demócratas. También apoyó la vuelta de los seguidores de Hermócrates, cuyos enemigos fueron asesinados y se les confiscaron sus bienes, mientras que a ellos los suyos les fueron devueltos. Precisamente, la vuelta de los desterrados fue uno de los grandes problemas que tenían pendientes. Otro problema acuciante en este momento era la defensa de Gela. En Gela Dionisio sobornó al comandante que mandaba la guarnición, el lacedemonio Deixypos, que había sido enviado a defender Agrigento y favoreció en una revuelta a los pobres; los bienes de los ricos fueron subastados. A los 2.000 soldados siracusanos que le acompañaban les prometió subirle el sueldo.

Cuando Dionisio volvió a Siracusa acusó en la asamblea a sus colegas de connivencia con Cartago. Fue nombrado general, sin otros colegas, con plenos derechos y la primera medida que tomó fue doblar la paga de los soldados. Se rodeó de una guardia personal, 600 hombres, alegando que temía un atentado. En Dionisio piensan seguramente Jenofonte, Platón y Aristóteles, cuando hablan de la necesidad en que se encuentran los tiranos de disponer de guardias personales, de subir los tributos para mantenerlas y de hacer continuas guerras para tener pacíficos a los ciudadanos. Desde este momento Dionisio se convirtió en tirano. Tomó como esposa a la hija de Hermócrates y decidió ejecutar a sus dos oponentes Dafneo, y Demarco.

En el verano los cartagineses marcharon contra Gela, ciudad que tenía peores defensas que Agrigento. Dionisio abandonó Gela y Camarina, lo que motivó que estallaran revueltas contra él, organizadas por los caballeros siracusanos, durante su ausencia. A unos los condenó a muerte; otros fueron desterrados a Etna. La caballería volvió a Siracusa. Saqueó la casa de Dionisio y su esposa fue tan maltratada, que poco después murió. Dionisio se apoderó de la ciudad una noche, y sus mercenarios mataron a los que se resistieron. Una epidemia que atacó al ejército de los cartagineses, les obligó a solicitar la paz, que fue favorable a Cartago. Toda Sicilia occidental quedó en poder de Cartago. Agrigento, Camarina, Gela, Himera y Selinunte le pagaron tributo y se les prohibió reconstruir las murallas. A Mesina, Leontinos y a las ciudades sículas, se les reconoció la independencia. Se aceptó en el tratado la autoridad de Dionisio sobre Siracusa. Dionisio aprovechó los años de paz para fortificar la isla de Ortigia, confiscar los bienes de sus enemigos y repartirlos entre sus seguidores, entre los que había extranjeros y esclavos, a los que se les concedió la ciudadanía. Intentó apoderarse de las ciudades sículas, pero estalló una sedición en el ejército, que sitiaba a Herbesos, que había llamado a los caballeros desterrados en Etna. Dionisio se refugió en Ortigia. Los mercenarios compañeros, que del ejército cartaginés se habían pasado al de Dionisio, salvaron la situación. El tirano pudo apoderarse de Siracusa, donde demostró una gran indulgencia con sus adversarios, lo que le permitió atacar a las ciudades sículas y calcídicas. Se apoderó de Naxos y de Catania, cuyos habitantes fueron vendidos. Los habitantes de Leontinos fueron deportados a Siracusa. Antes de reanudar la guerra contra Cartago, que fue el punto fundamental de su programa, fortificó Siracusa.

Diodoro (14.18), que es la fuente fundamental para Dionisio, ha dejado una excelente descripción de esta fortificación, que constituye un texto fundamental sobre el trabajo en el mundo antiguo. Dice así: «Deseando apresurar la construcción de este

muro, hizo venir gran cantidad de campesinos, entre los que eligió 6.000 obreros robustos, libres, y les distribuyó el recinto. En cada estadio, colocó un arquitecto, y en cada plethre un maestro de obras, que tenía a su servicio 200 obreros. Además de éstos, trabajaba una gran multitud de canteros. Se empleaban 6.000 parejas de bueyes. El espectáculo de todos estos miles de trabajadores, que porfiaban por realizar su cometido, fue maravilloso. Dionisio, para estimular su celo, prometió fuertes recompensas a los que primero acabaran su tarea. Estas promesas las hizo a los arquitectos, que cobraron el doble, a los maestros de obra y a los obreros. Presenciaba él mismo y sus amigos los trabajos. Se dejaba ver por todos los lugares, y hacía relevar a los que estaban cansados. Dejando a un lado la dignidad de la magistratura, se presentaba como un simple particular, dirigía los trabajos más pesados y soportaba el mismo cansancio que los demás. Hizo nacer una tal emulación, que algunos obreros, además de trabajar todo el día, lo hacían de noche. De este modo, contra todo pronóstico, terminó la obra en veinte días.»

Diodoro (14, 41-42) también describe los trabajos para armar el ejército: «Reunió obreros de todas las ciudades sometidas de Italia, de Grecia y de la misma Cartago. Los atrajo con la promesa de un salario alto. Tenía intención de emplearlos en fabricar gran cantidad de armas, de todo tipo, y en la construcción de trieres y penteres. Reunió un gran número de obreros, les repartió por talleres, les puso a los ciudadanos más distinguidos por inspectores y prometió grandes premios para estimular la fabricación de armas con la intención de que los mercenarios, que procedían de diferentes lugares, encontraran las armas de sus países de origen. Se gloriaba de dar al ejército de este modo un aspecto formidable, creyendo que los soldados sacarían más utilidad, si empleaban las armas que estaban acostumbrados a usar. Los siracusanos secundaron los planes de Dionisio. Estos trabajos eran para ellos objeto de emulación, no sólo los porches y la parte posterior de los templos, sino los pórticos, los gimnasios y los pórticos de los mercados, estaban llenos de obreros. Se inventó entonces la catapulta, en Siracusa, que fue invento de los artesanos más hábiles. La elevación de los sueldos, y la multitud de recompensas, prometidas a los que más se distinguían, excitaron una emulación general. Dionisio inspeccionaba todos los días a los obreros, les dirigía palabras afectuosas, daba presentes a los más trabajadores y les invitaba a comer. De este modo los obreros se esforzaban en inventar las máquinas más extraordinarias y capaces de más efecto.»

El resultado de todo este trabajo fue: 200 barcos construidos y 110 reparados, colocados en 160 hangares levantados alrededor del puerto; 190.000 escudos, otros tantos cascos, corazas, catapultas, lanzas, etc. El ejército estaba formado por siracusanos, aliados, mercenarios, estos últimos en gran parte procedentes de Esparta. Antes de comenzar la guerra contra Cartago, se aseguró la amistad de las ciudades del estrecho de Mesina. Precisamente, en Regio encontraron refugio los desterrados siracusanos, después de la toma de Etna. A los mesenios les regaló el terreno colindante, que él controlaba. A los de Regio les pidió en matrimonio una doncella. Como se negaron a dársela, la solicitó a los locrios. Dionisio estuvo casado con dos mujeres a la vez, pues había contraído ya matrimonio con la hija de un rico siracusano, de nombre Aristómaco. La asamblea le concedió plenos poderes para la lucha contra Cartago.

La lucha comenzó con el asesinato de todos los cartagineses que vivían en las ciudades griegas y la confiscación de sus bienes. Conquistó toda la parte griega de Sicilia, marchó contra la ciudad cartaginesa de Motia, que fue atacada con los nuevos ingenios

de guerra y saqueó las ciudades aliadas de Cartago, Panormos, Segesta, Selinunte, An-cira, etc. Motia fue tomada y saqueada y sus ciudadanos vendidos como esclavos. Dejó en ella una guarnición y una flota de 120 navíos. La respuesta de Cartago, fue preparar una nueva expedición bajo el gobierno de Himilcón, que obligó a Dionisio a volver a Siracusa, donde fue cercado por los cartagineses. La ciudad se defendió. Una epidemia cundió entre el ejército púnico, lo que permitió a Dionisio contraatacar a Himilcón, y quemar parte de la flota. Himilcón, con parte de su ejército, se retiró, lo que dio nuevamente la victoria a los griegos.

Parte de los mercenarios cartagineses se enrolaron en el ejército de Dionisio, y fueron asentados en Leontinos, y en el territorio de Mesina. Dionisio restableció su autoridad en las ciudades sículas y en el estrecho de Mesina. Un nuevo ejército mandado por Magón, intentó atraerse a las ciudades aliadas, sin conseguirlo, por lo que el general cartaginés pidió la paz, que aprovechó Dionisio para atacar Regio, que solicitó la paz en 389, El tirano destruyó Caulonia e Hipponion, deportando sus habitantes a Siracusa. El dominio del estrecho le permitió el control de los puertos del Epiro y de Iliria. Estableció colonos parios en las islas de Lissos e Issa y saqueó la ciudad etrusca de Agylla, de donde obtuvo un botín de 1.500 talentos. Dionisio no olvidó nunca el principal cometido de su política exterior: la guerra contra Cartago, que le permitía siempre afianzarse en el gobierno de Siracusa.

En 388 a. de C. rompió el tratado de paz, que fue nuevamente firmado en 378; esta vez en condiciones poco ventajosas para Dionisio, que debía pagar 1.000 talentos y entregar parte del territorio de Agrigento a los cartagineses. Las hostilidades estallaron en 368-362 a. de C. por parte de Dionisio, que se apoderó de Selinunte, de Eryx, donde había un famosísimo templo dedicado a Venus, equivalente a la Astarté de los fenicios y a la Tanit de los cartagineses, y de Entella, pero fracasó ante Lilibeo. Cartago se apoderó de 120 trieres en Drepane. Dionisio murió en 367 a causa de la emoción que sintió al conocer el triunfo que una tragedia suya había alcanzado en Atenas.

Es bastante difícil hacer un juicio ponderado de la personalidad de Dionisio, ya que entre sus biógrafos tuvo más influencia la imagen adversa que de él trasmitió Timeo, que le era adverso, que la de Filisto, que fue amigo suyo. Timeo le descubre como un hombre cruel y odiado por los conciudadanos. Para Aristóteles, Dionisio es un buen ejemplo del tirano demagogo, que gana al pueblo por sus ataques a los ricos y a Daf-neo, lo que es verdad, para de este modo asegurarse el nombramiento de general y mantenerse en el poder. Supo utilizar el fantasma de la guerra contra Cartago, que estaba en un periodo expansionista. Dionisio fue una gran personalidad, de gran capacidad de acción. Salvó a Siracusa y a la Sicilia griega de caer en manos de Cartago.

Platón le trató directamente y su juicio fue también peyorativo. Cuando el filósofo ateniense pinta al tirano, en el *Gorgias*, en la *Republica*, o en sus cartas, es al Dionisio tirano, a quien tiene presente. Diodoro, que acentúa algunos de los muchos hechos censurables del comportamiento del tirano, no puede menos de reconocer su humanidad y mansedumbre, y que era querido por el pueblo. Muchos hechos de su programa político le emparentan con Pisístrato, pero no sus matanzas, confiscaciones, deportaciones, la concesión de la ciudadanía a extranjeros y a esclavos y el entregar a éstos y a la clase inferior las mujeres de los desterrados. Precisamente, Aristóteles (*Pol.*, 5.1313 b.31 ss.) recalca que los esclavos son favorables a las tiranías. Como Pisístrato, Dionisio se apoyó en el demos contra los ricos, los caballeros y los *gamoroi*, descendientes de los primeros colonos. Ambos tiranos tuvieron una guardia personal, pero el poder

de Dionisio se apoyó en los mercenarios y en los esclavos. Los mercenarios le salvaron en dos ocasiones. La política de conceder la libertad a los esclavos, lo que hizo tres veces, le permitió contar con una masa grande de oposición a sus antiguos dueños. En este aspecto se adelantó Dionisio a uno de los puntos fundamentales de varios programas políticos de la época helenística. La necesidad de contar con soldados, puede explicar en parte estas liberaciones de esclavos. Dionisio, al igual que Pisístrato, no cambió la constitución anterior: se mantuvieron en Siracusa los arcontes, la *boule*, los estrategas y los trierarcas. Apoyó su política en la aprobación de la asamblea. Admitió fuertes críticas en público, como el ataque de Teodoro en la asamblea. En la práctica, gobernó solo o con el parecer de sus amigos, en lo que se adelantó a la manera de gobernar de los monarcas helenísticos. Su género de vida, fastuoso, recuerda también el de los reyes helenísticos. Su doble matrimonio era contrario al derecho griego. En el intento de controlar una amplia extensión de terreno, Dionisio también se asemejó a los soberanos helenísticos, al igual que en los títulos empleados, que no aluden a la tiranía de una ciudad.

Dionisio gozó de gran popularidad entre sus contemporáneos. Atenas y Esparta fueron sus aliadas. Isócrates le propuso capitanear la expedición contra Persia. Muerto Dionisio, su hijo, del mismo nombre, no se pudo mantener en el poder. Estallaron entonces inmediatamente todos los problemas: el peligro cartaginés, las revueltas de Siracusa azuzadas por los desterrados, los intentos de emancipación de los sículos. Llevó Dionisio a Siracusa a un periodo de gran esplendor, pero las luchas diezmaron Sicilia, que tuvo que ser repoblada con gentes del Peloponeso y de Corinto.

La caída de la tiranía restableció la democracia en Siracusa, con *ecclesia*, *boule* y magistrados. Se estableció un procedimiento análogo al ostracismo de Atenas, llamado petalismo, que motivó que los mejores ciudadanos no quisieran intervenir en la vida política y se dedicaran a sus asuntos particulares. Diodoro (11.86-87) ha descrito muy bien la situación: «Los siracusanos la abolieron por los siguientes motivos: el temor al destierro hizo que los mejores ciudadanos por su riqueza y virtud y que hubieran podido prestar grandes servicios a la ciudad, se apartaron de los asuntos públicos, para dedicarse a los privados. Sólo se ocuparon de la administración de sus bienes, y se abandonaron al disfrute de la vida tranquila. Por el contrario, los peores ciudadanos y los más audaces se mezclaron en los asuntos del Estado, y fomentaron en la masa el desorden y la revuelta. Por esta razón, bandas numerosas, y que continuamente aparecieron, saquearon la ciudad en medio del desorden y de la revuelta. Por todos los sitios surgió una masa de demagogos y sicofantes; los jóvenes se ejercitaron en la elocuencia. Cambiaron las costumbres y las leyes antiguas en instituciones nocivas. La paz, de que se disfrutó, motivó la prosperidad, pero no contribuyó ni a conservar la unión ni a practicar la justicia. Los siracusanos, con esta experiencia, suprimieron la ley del petalismo, después de tenerla en vigor durante poco tiempo.»

LA TIRANÍA EN EL SIGLO IV

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ

El siglo IV fue próspero en tiranías en Grecia, de las que se está, en general, mal informado. Los dos tiranos más importantes fueron Jasón de Feras y Eufión de Sición. Jenofonte es la principal fuente para estas tiranías.

Jasón de Feras.

Tesalia había quedado un tanto retrasada de la evolución política del mundo griego. Todavía existían en esta región grandes terratenientes y ganaderos. Las dos únicas ciudades importantes eran Farsalia y Feras. El campo estaba cultivado por *penestes*, soliviantados por Critias contra los terratenientes, arruinando la vieja aristocracia. En estas circunstancias caóticas, Licofrón se apropió del poder en Feras y sometió gran parte de Tesalia. Le sucedió en la tiranía su hijo Jasón, que sometió a la casi totalidad de las ciudades tesalias y reunió un ejército de 6.000 mercenarios, con cuyo socorro se apoderó de las ciudades de la Grecia septentrional. Jasón se adueñó de toda Tesalia, llegando a contar con 8.000 jinetes, 2.000 hoplitas y gran número de peltastas.

Isócrates también pensó en Jasón, como comandante de la guerra contra los persas, pero en el año 370 a. de C. fue asesinado. Como la mayoría de los tiranos se rodeó de un fasto escandaloso, probablemente como propaganda de su poder, como lo indica el número de víctimas que sacrificó, con ocasión de las fiestas de los Pitias, en 370 a. de C. Según una versión fue asesinado por su hermano Polidoros; según otra, por siete jóvenes. Polidoros sucedió en el gobierno a su hermano, Jasón. Compartió el cargo con su hermano Polifrón, que, a su vez, se deshizo de Polidoros, ejerciendo ahora el solo la tiranía, hasta que fue desbancado del poder por Alejandro, quizás un hijo de Polidoro, que fue asesinado igualmente.

Son oscuras las circunstancias que condujeron a la tiranía en Tesalia. Licofrón se apoyó en los *penestes* contra los terratenientes, y Jasón en los mercenarios, como hicieron otros tiranos del siglo IV a. de C. Jasón estuvo en buenas relaciones con Atenas. Admite este tirano la comparación con Dionisio por sus ambiciones de conquista.

Eufrón de Sición

Eufrón pertenecía a la oligarquía, que, con el apoyo de Esparta, se hizo con el poder en Sición, al hundirse en la ciudad la tiranía arcaica. Como Licofrón se apoyó en los enemigos de Esparta, Argos y Arcadia, para cambiar la constitución, fundada ahora en la igualdad y los mercenarios fueron la base de su poder. Confiscó los bienes de los partidarios de Esparta y de los ciudadanos más ricos, a los que además desterró, obteniendo así dinero para pagar a los mercenarios. Su gobierno fue de corta duración, pues el estratega de la Liga Arcadia, Enae de Stinfalia y los ricos de Sición se apoderaron de la Acrópolis, quedando Eufrón depuesto por algún tiempo, hasta que con la ayuda de los mercenarios venidos de Atenas, y aprovechándose de la revuelta entre los aristócratas y el pueblo, se apoderó de la parte baja de la ciudad. Eufrón y los aristócratas acudieron a Tebas en busca de auxilio. Eufrón fue asesinado delante del Consejo. El asesinato del tirano se justificó en el juicio que siguió, por ser justo deshacerse de un tirano, que se había apoderado de los tesoros de los templos, que había confiscado los bienes de los ricos y esclavizado a los ciudadanos. Eufrón pasó de apoyar a los espartanos, a apoyarse en sus mortales enemigos, los tebanos. Su tiranía coincidió con un periodo de grandes revueltas en el Peloponeso, originadas por la lucha de Tebas

contra Esparta y los subsiguientes destrozos y calamidades de la guerra. Los ricos en las ciudades se apoyaron en Esparta. Eufión fue popular entre el pueblo, como lo prueban los espléndidos funerales que le hizo Sición.

Clearco de Heraclea

Esta colonia megarense debió su prosperidad a la piratería y probablemente a la venta de esclavos. Como en otras muchas partes, la población nativa fue sometida a la condición de los ilotas de Esparta, lo que permite suponer que existió una clase de ricos terratenientes. En 363-362 a. de C. Clearco se convirtió en tirano. Debía pertenecer a la clase rica, como lo indica el hecho de que en Atenas fuese alumno de Isócrates. Se desconoce el motivo que le obligó a exiliarse. Se ha supuesto que Clearco, que ofreció sus servicios al dinasta Mitrídates, debía estar al frente de una banda de mercenarios o de desterrados. La situación social de Heraclea fue mala. Justino, o mejor, Trogo Pompeyo, que es la fuente principal de esta tiranía, refiere que el pueblo exigió la repartición de las tierras y la abolición de las deudas, dos problemas que van a estar presentes en la sociedad griega desde este momento. Clearco ofreció a los ricos solucionar la caótica situación, para lo que la *boule* le concedió plenos poderes. Clearco se desentendió de las promesas hechas a Mitrídates, le metió en prisión y se convirtió en el cabecilla de los pobres. Convertido en tirano, con el apoyo de los mercenarios, mató a sus enemigos y repartió sus bienes entre sus seguidores, concedió la libertad a los esclavos y les casó con las esposas e hijas de sus dueños. Se trataba de los esclavos que eran los antiguos habitantes de la región. En la liberación de estos esclavos buscaba una fuerza de apoyo de carácter militar. Clearco conservó la tiranía durante doce años. Un aspecto importante de su personalidad fue que se hizo pasar por hijo de Zeus, con lo que se adelantó a concepciones helenísticas. Otros datos interesantes son que fundó una biblioteca y que se rodeó de una corte de amigos, como hacían los reyes helenísticos. Clearco fue asesinado. Le sucedieron en la tiranía sus hijos, Timoteo y Dionisio.

CAPÍTULO XIV

LOS SISTEMAS CONSTITUCIONALES DE ESPARTA Y ATENAS

LOS CIUDADANOS DE ESPARTA

La constitución espartana está motivada primordialmente por la forma peculiar en la que se configuraron las relaciones sociales de su población. Ésta respondía a tres clases o estamentos: los espartiacas, los periecos y los ilotas.

Los espartiatas, a los que correspondía exclusivamente el derecho de ciudadanía, vivían concentrados en las cuatro aldeas asociadas —Pítana, Limnas, Conoura y Mesoa—, en Amiclas y quizá también en alguna otra aldea.

En un fragmento de Tirteo (Fr. 1, vv. 50-52: «Marchemos, protegidos con los concavos escudos por separado los Pamfilos, los Hileos y los (Dimanes) esgrimiendo las lanzas de fresno matadoras de hombres»), se recuerda el mantenimiento entre los espartanos de las tres tribus dorias características. En la Época Arcaica, junto a estas tribus, que responden a la época de la emigración, se impuso una división de tipo territorial, la de las *obai*.

En la educación del individuo desde su nacimiento hasta cumplir los treinta años, el dirigismo del Estado resultaba inapelable si se deseaba mantener el tipo de sociedad por la que los espartanos habían optado. Al poco de nacer los ancianos de la tribu examinaban al recién nacido, según el testimonio de Plutarco (Licurgo, 16), para determinar su crianza o, por el contrario, su exposición. Tras su aceptación, el recién nacido era entregado a su madre, que lo retenía a su lado hasta los siete años, a partir de los cuales atravesaba diversas etapas educativas, caracterizadas, entre otros aspectos, por su sobriedad y dureza, hasta que a los veinte años alcanzaba la mayoría de edad e ingresaba en los *phiditia* o banquetes en común. A partir de este momento podía ser movilizado. Estaba, por lo tanto, en continua disposición y preparación militar, desarrollando su fuerza y su agilidad físicas para la adecuada utilización del armamento militar y acostumbrándose a cultivar las virtudes colectivas.

Los espartanos participaban en las comidas comunes, a las que cada uno contribuía con sus propios recursos. El número de comensales de cada *phidition* no se conoce con exactitud, pero no debió de ser muy elevado, pues la institución parece una pervivencia de las épocas en las que el «clan» era una unidad natural de la sociedad. El *phidition* cumplía en Esparta el papel de estrechar los lazos entre ciudadanos que en cualquier momento pueden verse destinados al combate en defensa de su ciudad o de los intereses de la misma.

Todo el suelo del estado espartano que no perteneciese a las comunidades periecas estaba dividido en lotes, asignados individualmente a los ciudadanos, que eran meros usufructuarios, aunque podían transmitirlos hereditariamente. En caso de falta de descendencia el *kleros* revertía al Estado. En Plutarco (Licurgo, 16) se contiene la afirmación de que los ancianos de la tribu al recién nacido que «encontraban fuerte y bien formado ordenaban que se le criara, atribuyéndole un leros de los nueve mil». Se trata de los nueve mil lotes que según la tradición estableció Licurgo, pero el paisaje hay que tomarlo con mucha cautela. Por lo pronto lo razonable es que se le atribuyera el *kleros* no después del examen sino a la muerte de su padre, de quien lo heredaba, o cuando ingresaba en un *phidition*, que era cuando adquiría la obligación de contribuir a la comida en común. Tampoco podemos tomar el dato de los nueve mil lotes al pie de la letra, porque, si, además de la capacidad física, el usufructo de un lote es condición *sine qua non* para alcanzar la condición del ciudadano, resultaría que el número de éstos nunca podría rebasar esa cifra, lo que es altamente improbable. Además, no faltan indicios de prácticas que propiciaban la acumulación. Lo lógico es pensar que un Estado que pedía a sus ciudadanos una dedicación completa al interés común y mantenerse económicamente por cuenta propia, dotase a ese ciudadano de recursos suficientes, bien con la asignación de un nuevo lote bien detrayendo, en el caso de varios hijos, del *kleros* paterno heredado, los recursos necesarios para pagarse la comida en común.

Esto nos introduce en otra cuestión delicada como es la de la supuesta igualdad patrimonial. La verdad es que no había tal cosa. Esparta disponía de tierras poseídas desde antiguo que no podían venderse y de otras a las que no afecta tal prohibición, aunque estaba mal visto que se vendiesen. Si podían venderse y se vendían, alguien las compraba y aumentaba sus recursos. Por otra parte, como no todos los lotes de tierra, lógicamente, tenían la misma riqueza de *humus* y como los usufructuarios que los administraban tampoco tenían las mismas capacidades y habilidades de gestión, resultaba que los rendimientos no eran los mismos en unos lotes que en otros. En resumen, algunos usufructuarios y propietarios obtenían un superávit que contribuía a crear y a aumentar la diferencia económica entre ellos. La supuesta igualdad patrimonial era, pues, algo que pertenecía únicamente al mito espartano.

Los periecos

Una parte importante del territorio del Estado espartano estaba ocupado por las comunidades periecas. La denominación de *lacedemonios* englobaba a espartiatas y periecos, aunque sólo los primeros eran considerados como ciudadanos.

Las razones por las que esas comunidades periecas no fueron reducidas por los espartanos a la condición de ilotas han podido ser varias: bien porque ocupaban tierras de escaso rendimiento económico, bien porque estaban situadas en lugares estratégicos y sensibles frente a los ilotas, o en proximidad a algún otro estado griego, por ejemplo, Argos. En estas circunstancias resultaba más ventajoso para Esparta concederles el estatus de comunidades periecas que reducirlos a la condición de ilotas para verse amenazados continuamente con su sublevación. Esta explicación es bastante plausible si pensamos que a lo largo de toda la trayectoria histórica del Estado espartano apenas se testimonian motines de gentes periecas. Las comunidades periecas no estaban consti-

tuidas únicamente por gentes de origen predorio. También las componían poblaciones dorias y otras con gentes mezcladas.

La situación del perieco estaba en una posición intermedia entre la condición del ciudadano y la de los aliados de Esparta. Gozaban de una autonomía administrativa propia, a diferencia de ello, no disfrutaban de soberanía política. En razón a su autonomía administrativa la organización interna de las comunidades periecas no se veía interferida ni en lo jurídico ni en lo social por el Estado espartano. No hay testimonios de que los periecos pagasen tributos a Esparta ni de que se les impusiesen restricciones y topes al disfrute de la riqueza. El hecho de que muchos de los miembros de estas comunidades hayan servido como hoplitas en el ejército lacedemonio es un claro indicativo de que disponían de recursos suficientes como para sufragarse los costos de su armamento. Además, como los espartanos tenían prohibido el dedicarse a las actividades comerciales e industriales, eran los periecos los que desempeñaban esa actividad económica por pequeña que fuese.

Es en el terreno de los derechos políticos en el que los periecos se encontraban desplazados; pero no parece que esto les haya afectado mucho psicológicamente. Al espartano el Estado espartano le imponía una férrea disciplina y otras cargas públicas que, de no cumplirlas, le suponían la pérdida de sus derechos políticos. Al perieco, por el contrario, se le permitía su dedicación a las actividades industriales y comerciales a través de las cuales podía acumular riqueza. Y esto, indudablemente, compensaba suficientemente su postergación de la ciudadanía espartana. En cualquier caso, la clase pudiente que desarrollaron las comunidades periecas pudo servir de colchón amortiguador de las inquietudes de los periecos menos favorecidos económicamente.

Los ilotas

Entre las varias posibilidades que se suelen ofrecer para explicar la palabra *ilota*, dos de ellas parecen más adecuadas. Una la hace derivar de la llanura del río Helos en donde se concentraban los *ilotas laconios* que cultivaban los lotes de tierras adjudicados a los espartanos. Otra la pone en relación con la raíz *heil* («captura»), lo que le daría el significado de «capturados». En este sentido se piensa que los espartanos en los momentos de su penetración, una vez que ocuparon el alto valle del Eurotas, siguieron por el valle del río Helos. Allí se encontraron con una población, posiblemente aquea, obligándola a seguir cultivando la tierra en beneficio de los espartanos. La población sometida iría perdiendo lentamente sus signos de identidad. El modelo de dependencia impuesto a los *ilotas laconios* les serviría luego a los espartanos de prototipo a imponer a la población de Mesenia cuando más adelante fue conquistada.

Cómo deben ser tipificados los *ilotas* es una cuestión todavía debatida. Hay autores que los consideran como esclavos públicos en cuanto que pertenecían al Estado. Pero esta suposición no es totalmente correcta pues el *ilota*, aunque pertenecía al Estado espartano, dependía de un particular. También se suele comparar a los *ilotas* con otros grupos de personas no libres existentes en otras regiones de Grecia como en Creta en donde tenían un estatus muy parecido al de *siervos agrícolas*. Pero la situación de los *ilotas* respecto a estos agricultores dependientes tampoco es totalmente igual. En este sentido el *ilota laconio* o *mesenio* del Estado espartano se asemeja más al *siervo* de la gleba de la sociedad feudal, aunque el *ilota* mantiene su coincidencia nacional, al menos

los mesenios, y mantienen a lo largo de la historia griega su aspiración a la independencia, que acabarán obteniendo.

El ilota debía entregar al espartano usufructuario del lote en el que trabajaba parte de lo obtenido con su trabajo. Un fragmento (fr. 5 Diehl) de Tirteo indica que debía entregar la mitad de la cosecha que producía el lote que trabajaba. Plutarco (Licurgo, 8) ofrece otras cantidades: «El kleros de cada uno era de unas dimensiones tales como para producir una renta al hombre de setenta medimnos de cebada, y a la mujer, de doce, y un número equivalente de frutos frescos.»

De las cosechas obtenidas en el *kleros* vivían su usufructuario y las familias de los ilotas que lo trabajaban. Esto lleva a plantearse la cuestión de cuántos ilotas estaban adscritos a cada *kleros*. No se sabe de manera cierta. La referencia de Herodoto (IX, 10), alusiva a la guerra de Planeta, en la que cada uno de los cinco mil combatientes espartanos era atendido por siete ilotas, pudiera ser, quizá, un indicio al respecto.

El número de ilotas fue en aumento, y su peligrosidad también, pues mantenían su conciencia de población sometida y su aspiración a la independencia. Para evitar los posibles focos de subversión los espartanos tenían la institución de la *krypteia*. Plutarco (Licurgo, 28) dice que jóvenes armados con puñales se dispersaban por el campo, permaneciendo ocultos durante el día y luego, por la noche «saliendo a los campos, mataban a los ilotas que encontraban; y muchas veces, dirigiéndose a los campos, daban muerte a los más fuertes y poderosos».

La Rhetra

La tradición considera a Licurgo el fundador de la constitución espartana y de sus sistema social y militar. La mención más antigua de este personaje se encuentra en Herodoto donde aparece como guardián del rey Agiada *Leobotes* (en torno al 900 a. de C.). Otras versiones de otros autores lo ponen en relación con el Euripóntida *Charillo* (circa 775 a. de C.). Ya entre los Antiguos no había unanimidad respecto de la ubicación cronológica del personaje. Incluso alguno de ellos creyó en la existencia de dos personajes, de igual nombre, que habrían vivido en épocas diferentes.

Tampoco los historiadores modernos se muestran muy de acuerdo respecto de la historicidad de Licurgo. Unos tienden a presentarlo como un dios, otros como un héroe legendario, otros más radicales niegan su existencia histórica. Figura mítica o no, el caso es que Licurgo viene a representar para Esparta el papel que cumplen los legisladores en otros estados griegos. El proceso que desde el sistema tribal condujo a Esparta a una sociedad con leyes no escritas y con una infraestructura de órganos de gobierno es el que los espartanos consideraban que fue otra de Licurgo. La importancia de la obra que le atribuye la tradición era sustancial, porque, por un lado, las supuestas leyes de Licurgo se vinculaban a leyes míticas elaboradas por Zeus y, por otro, porque la tradición mantenía que Licurgo recibió del oráculo de Delfos la constitución por la cual se regían los espartanos.

Plutarco en el capítulo sexto de su *Vida de Licurgo* señala que Licurgo trajo de Delfos un vaticinio «que llaman Rhetra». Luego afirma que los reyes Teopompo y Polidoro le *añadieron* una frase. Esto se complementa con unos versos de Tirteo relativos a un oráculo de contenido constitucional.

El valor semántico de la palabra Rhetra es ambiguo. Está relacionada con una raíz

verbal que significa «decir» por lo que la palabra Rhetra puede desplazarse semánticamente desde el significado de «cosa dicha» hasta el de «pacto».

La cuestión de la autenticidad y del carácter de la Rhetra va unida al problema de la historicidad de Licurgo. Si se admite que éste intervino decisivamente en el proceso formativo del Estado espartano no extrañaría en demasía que, para fortalecer el peso de su normativa, buscase presentarla bajo la apariencia de un oráculo. Pero, si se niega que Licurgo haya podido intervenir en el proceso constitucional espartano, entonces el montaje de la intervención del oráculo correspondería a una elaboración posterior. Todo esto indica cuán difícil resulta fijar la cronología correspondiente a la Rhetra. Algunos historiadores modernos admiten tal cual la tradición antigua, y, por lo tanto la reforma de Licurgo habría que situarla entre los siglos X y IX a. de C. Otros consideran que la Rhetra es la expresión constitucional del proceso de unidad política de las distintas aldeas espartanas. El sinecismo y la integración comportó nuevos órganos de gobierno y nuevas funciones. Esto les lleva a situar cronológicamente la Rhetra en la primera mitad del siglo VIII a. de C. No faltan tampoco opiniones que tienden a situarla a mediados del siglo VII a. de C. En definitiva, la fijación cronológica de la Rhetra sigue siendo un tema debatido.

LA CONSTITUCIÓN ESPARTANA

Las instituciones políticas del Estado espartano comprendían cuatro elementos: dos reyes, un cuerpo de cinco magistrados llamados éforos, un consejo —la Gerousía—, de treinta miembros y una asamblea de la que formaban parte todos los ciudadanos varones adultos.

Los reyes

La *diarquía*, esto es, la existencia de una monarquía doble es uno de los rasgos más peculiares del Estado espartano. Herodoto (VI, 52) recoge una leyenda con la intención de explicar esta dualidad real: «Aristodemo, nieto de Cleodeo... tenía por mujer a Argia... esta mujer no mucho después de llegada al país dio a Aristodemo dos gemelos. Aristodemo, apenas los vio nacidos, murió de una enfermedad. En aquella época los espartanos, con arreglo a sus leyes o costumbre, decidieron que fuera rey el primero de los gemelos; pero, como los veían a entrambos tan parecidos e iguales en todo, no pudiendo por sí mismos averiguar cuál de los dos fuese el primogénito, para salir de la duda, lo preguntaron entonces a la madre que los había parido... Ella, aunque bien lo sabía, deseando que fueran reyes los dos gemelos, aseguraba que ni ella misma podía absolutamente decir cuál de los dos niños fuese el mayor. Metidos en esa confusión, enviaron su consulta a Delfos para salir de duda. La Pitia les dio por respuesta que a entrambos los tuvieran por reyes. Nada hace sospechar que las dos casas reales, Agiadas y Euripóntidas, que son independientes, puedan remontarse a un ancestro común.

Lo que ocurre es que, aunque a la moderna historiografía le parece demasiado simplista la aceptación de la doble dinastía como una consecuencia de una anécdota incidental en la sucesión, tampoco los historiadores modernos se ponen de acuerdo a la hora de dar una explicación satisfactoria. Las opiniones al respecto han sido diversas.

No todas, en verdad, tienen el mismo grado de fiabilidad hipotética. No es admisible ver la doble monarquía como una consecuencia de un compromiso entre el elemento dorio y aqueo de la población. No hay evidencia de esa componente poblacional aquea con la que se llegase a un compromiso. Tampoco se dispone de datos que avalen la sugerente hipótesis de que al llegar a Laconia dos dorios invasores se separasen para ocupar el territorio en dos grupos, bajo los jefes dipuestos a gobernar conjuntamente un estado unitario.

Dentro de la complejidad del problema, las opiniones más recientes tienden a significar por un lado que la existencia de dos reyes guarda relación con el proceso de unión territorial que dio origen al Estado espartano y, por otro, que más que ver en la dualidad real un compromiso entre dos familias reales parece mejor considerarla como una colegialidad adecuada para limitar cualquier poder absoluto y autócrata.

Los dos reyes espartanos, desde el punto de vista de la constitución espartana, pertenecían a la Gerusía, mantenían algunas competencias en materias de herencia y desempeñaban algunos cometidos de índole religiosa. Pero la principal función de los reyes era la de ser jefes del ejército, es decir, de conducir las tropas contra el Estado que la asamblea de los espartanos hubiese determinado tras la previa declaración de la guerra. Puesto en movimiento el ejército, el rey tenía plena autoridad y capacidad para tomar las iniciativas que considerase adecuadas para el mejor éxito de las operaciones. A partir de la defección de Damárato se prohibió que los dos reyes saliesen a la vez mandando el ejército fuera de Esparta.

La monarquía espartana era hereditaria y vitalicia. La sucesión del primogénito era lo habitual. Así lo indica Herodoto (V, 42) al referirse al caso de Cleómenes: «Atendidos los Lacedemonios a todo el rigor de la ley, nombraron pro rey al primogénito Cleómenes». Pero el hecho de que su hermano menor Dorieo, destacado en virtudes, aspirase también al trono indica que a veces el derecho de sucesión del primogénito no se cumplía. Y esto hace pensar que quizá la sucesión no era totalmente mecánica y que tal vez el sucesor necesitase la aceptación del consejo o de la asamblea. De otra manera no se comprende cómo Dorieo, que no era el primogénito, aspiraba al trono y se sintió defraudado cuando no lo consiguió. Ciertamente su situación y la de su hermano Cleómenes no correspondía a la aludida por Herodoto (VII, 3), según la cual el hijo nacido con posterioridad a la ascensión de un rey al trono tenía preferencia en la sucesión respecto de los hijos habidos con anterioridad a la subida al trono.

Los éforos

Como con la mayoría de las instituciones políticas espartanas el establecimiento del eforato también es atribuido a Licurgo. Pero hay otros autores clásicos que no siguen esta tradición y se inclinan por otra que hace el rey Teopompo su creador. Sin embargo, no parece que el eforato tenga relación con el rey Teopompo pues la lista de los éforos comienza hacia el 754 a. de C., es decir, treinta años antes del tiempo en que se sitúan los comienzos del reinado de ese rey. Por eso, una vez más se considera que el momento oportuno para el arranque del eforato es cuando se produce la configuración constitucional del Estado espartano tras el sinecismo de sus aldeas.

El eforato es una institución que ha evolucionado con el tiempo conforme fue evolucionando la propia sociedad espartana. Plutarco (Cleómenes, 10) notifica que fue As-

teropo el primero en reformar y ampliar el poder de los éforos... «...y éstos fueron los que se llamaron éforos. Al principio no eran más que unos ministros de los reyes; pero, después, poco a poco se atraieron la autoridad, sin que se echara de ver que iban formándose una magistratura propia... y el primero que extendió y dio más fuerza a esta magistratura fue Asteropo». Pero no se sabe con exactitud el año en el que le correspondió el mandato a este éforo, y, por tanto, no podemos conocer el momento histórico en el que tuvo lugar el desarrollo político del eforato. Se suele pensar que aconteció después de las Guerras Mesenias, pero esta opinión no rebasa los límites de una hipótesis razonable.

Como la mayor parte de los asuntos que guardaban relación con las instituciones políticas del Estado espartano, los poderes de los éforos los conocemos por fuentes correspondientes cronológicamente a la época clásica y tardía de Grecia. Por lo tanto, no podemos establecer de forma fehaciente de qué manera y cuándo lograron alcanzarlos.

Los éforos, que en un momento pasaron a constituir un colegio de cinco, eran elegidos por los ciudadanos anualmente. El más viejo de ellos daba el nombre al año. Tenían poderes considerables. Puede decirse que controlaban y dominaban todo el Estado espartano. De su actuación no respondían más que ante sus sucesores durante el rendimiento de cuentas.

Los éforos tenían poderes ejecutivos, judiciales y disciplinarios, y estos poderes alcanzaban a la misma institución monárquica. Algunos detalles sugieren que en unos primeros momentos las relaciones entre los éforos y los reyes debieron de ser tensas. Todos los meses, de acuerdo con el autor de la *Constitución de los Lacedemonios* (XV, 7), intercambiaban juramentos mutuos: «Cambian entre sí todos los meses juramentos: los éforos en nombre de la ciudad, el rey en su propio nombre. El juramento obliga al rey a reinar según las leyes establecidas en la ciudad; y a la ciudad, a dar, si aquél mantiene lo jurado, inquebrantable solidez a la monarquía.» Eran los éforos y no los reyes los que llamaban a filas a los ciudadanos. Incluso cuando el ejército estaba en campaña dos éforos acompañaban al rey para observar su actuación. Los éforos podían desautorizar las actuaciones de los reyes y proceder jurídicamente contra ellos ante la Gerusía. En el aspecto administrativo los éforos controlaban las finanzas de la ciudad y realizaban las negociaciones con las potencias extranjeras. A ellos, además, les correspondía convocar y presidir la Gerusía y la Apella.

En lo concerniente a sus poderes en materia civil y judicial, los éforos tenían capacidad de someter a juicio y de castigar a cualquier magistrado; con mayor razón al ciudadano que obraba contra las leyes. Era, pues, de los éforos de quienes dependían los procesos civiles, y compartían con los *gerontes* la facultad de pronunciarse en los asuntos criminales. En materia disciplinaria, los éforos vigilaban la educación de los jóvenes, comprobando cada poco tiempo las condiciones físicas. En definitiva, en el Estado espartano eran los éforos los que tenían el máximo poder, aspecto éste que Aristóteles (*Política*, 1270 b) valora de forma negativa: «También lo que se refiere al eforado es insatisfactorio; porque es esa magistratura la que ejerce los poderes supremos, y se elige entre todo el pueblo, de suerte que muchas veces acceden al cargo hombres muy pobres, que son sobonables a causa de su indigencia. Esto ha acontecido en muchas ocasiones y recientemente en la cuestión de Andros, cuando algunos, tocados por el dinero, hicieron todo lo posible por destruir la ciudad. Y, por ser su poder excesivo y semejante al de los tiranos, los propios reyes se ven obligados a actuar frente a ellos como demagogos, lo que perjudican al Estado. Se ha pasado en verdad de la aristocra-

cia a la democracia. Ese poder consolida realmente el régimen, porque el pueblo se mantiene tranquilo mientras puede acceder a la más alta magistratura y, en consecuencia, bien por obra del legislador o del azar, todo esto ha resultado conveniente para la marcha de los asuntos. En efecto, si un régimen quiere mantenerse, es preciso que todas las partes de la ciudad lo deseen, y a este respecto los reyes lo desean por el honor que poseen, los nobles por la Gerusía, que es premio a la virtud, y el pueblo por el eforado, para el que pueden ser elegidos».

Entre los éforos conocidos merece ser destacada la figura de Quilón que ejerció el eforado en el año 556 a. de C. Son unos momentos en los que el Estado espartano da un viraje a su orientación para relentizar el desarrollo económico de la aristocracia y mantener una sociedad relativamente igualitaria capaz de mantener dominados a los ilotas.

La Gerusía

Carecemos de información que nos permita conocer la evolución experimentada por este consejo, que en su origen debió estar integrado por los jefes de los grupos familiares tal y como correspondería al sistema tribal inicialmente vivido por los dorios.

La Gerusía según la conocemos era el consejo de ancianos de Esparta, compuesto por 28 ancianos mayores de 60 años procedentes de las familias aristocráticas. A estos hay que añadir, para completar el cupo de treinta miembros, a los dos reyes. Los *gerontes* (ancianos) eran elegidos de por vida.

Los poderes de este consejo son mal conocidos, y es posible que inicialmente fuesen más amplios que los que aparecen en época clásica. Entendía en casos que implicaban muerte, exilio y *atimía*, encontrándose los reyes sometidos también a esta jurisdicción. Entre sus competencias políticas estaba el aprobar los proyectos de ley que luego se someterían a la aprobación de la Apella.

Desconocemos si la designación de los *gerontes* estaba restringida por motivos de linaje o de riqueza. Conocemos, eso sí, el procedimiento mediante el cual eran elegidos los gerontes, merced a una referencia de Plutarco en la *Vida de Licurgo* (26): «Al principio nombró el mismo Licurgo a los *gerontes*, como hemos dicho, entre los que le habían aconsejado y ayudado; pero luego, en lugar del que moría, estableció que se eligiese el que fuese reputado más virtuoso... Hacíase la elección de esta manera: reunido el pueblo, elegía ciertos hombres de probidad, los que eran encerrados en una estancia próxima, donde, no pudiendo ni ver ni ser vistos, oían, sin embargo, los gritos de los congregados; porque era el griterío público el que decidía de la elección entre los candidatos, los cuales, no todos de una vez, sino de uno en uno, por sorteo, daban en silencio un paseo ante la presencia del pueblo. Los encerrados tenían unas listas, y en ellas señalaban el punto a que respecto de cada uno subía el griterío, no sabiendo de quién se trataba, sino sólo que fue el primero, el segundo, el tercero u otro, según el número de los que habían ido pasando; y aquel por quien había sido de mayor número y más sostenida, era el que quedaba nombrado». Es muy posible que este no fuese el procedimiento original. Incluso vemos por la cita de Plutarco que inicialmente se adoptó la designación. Quizá esta forma tan curiosa de elección, que para Aristóteles resultaba pueril, se adoptase cuando el número de miembros de la *Gerusía* se elevó a treinta.

La Apella

Era la Asamblea de todos los ciudadanos de Esparta. Todos los espartanos celebraban, quizá mensualmente, Asambleas presididas por los reyes y los *gerontes*, y luego, en el siglo V a. de C. por los éforos. Entre sus atribuciones políticas estaba la de aceptar o rechazar las proposiciones de ley que le fuesen planteadas. Es posible que en momentos anteriores tuviese un derecho formal o adquirido de iniciativa legislativa o de enmienda si se interpreta en este sentido el pasaje de Plutarco (Licurgo, 6) considerado como una *Adición* a la *Rhetra* y que se atribuye a los reyes Polidoro y Teopompo: «Pero, si el pueblo habla de un modo inadecuado, los ancianos y los *archagetai* disolverán la Asamblea». No obstante, no hay seguridad de que esa sea la interpretación correcta.

Cuando la información es poca y posterior no se puede conocer con exactitud a través de ella donde llegaban las competencias de la Apella, que afectaban a diversos asuntos. La Asamblea aprobaba las propuestas y modificaciones de las leyes, la emancipación del ilota que se considerase oportuno, la decisión de declarar la guerra o concluir la paz y el establecimiento de tratados. Los miembros de la Apella intervienen en las disputas en las sucesiones reales, en la elección de los éforos y en la de los miembros de la Gerusía.

EL SISTEMA CONSTITUCIONAL ATENIENSE

En el proceso formativo que conduce a la democracia ateniense han contribuido de forma decisiva las reformas realizadas por Solón y por Clístenes. En la época anterior a Solón, Atenas había desarrollado un modelo constitucional compuesto por un Consejo, unas magistraturas y una Asamblea. El gobierno era aristocrático y sus miembros tenían el reconocimiento que les proporcionaba su linaje. Pero, a lo largo del tiempo, el modelo económico y social que sustentaba esta forma de gobierno, estuvo recibiendo todos los estímulos económicos derivados del desarrollo del comercio, que tuvo como consecuencia el que personas que no eran de linaje noble tuviesen una participación sustancial en el disfrute de la riqueza. Por otra parte, la forma anterior de combatir, en la que los nobles tenían un papel preponderante, había dado paso a la masa de hoplitas organizados en formación cerrada. Todas estas transformaciones gravitaron sobre la sociedad ateniense, y enseguida se exteriorizaron las consecuencias a las que dio lugar la presión de estos estímulos. Un clima de tensiones y de inquietud política se enseñoreó de la vida pública ateniense.

La tarea de Solón, como árbitro y legislador, fue introducir los cambios necesarios para hacer más tolerable la convivencia social. La abolición de las deudas y la rehabilitación de los agricultores dependientes buscaron aliviar la triste situación en la que se había hundido una parte de la masa social ateniense. Su rehabilitación fue uno de los cometidos que Solón se impuso, sin agotar en ello sus reformas. Los cambios también alcanzaron a la constitución.

Tradicionalmente se entiende que fue Solón el que realizó la división de los ciuda-

danos en cuatro clases de acuerdo con su riqueza y el que puso en relación con las mismas el disfrute diverso de los derechos políticos: «Distinguió cuatro clases tributarias conforme se dividían antes: los Pentakosiomédimnoi, los Hippéís, los Zeugitai y los Thetes. Todas las magistraturas las atribuyó para su desempeño a los Pentakosiomédimnoi, a los Hippéís y a los Zeugitai...; a los Thetes sólo les concedió que tomaran parte en la *Ekklesia* y en los tribunales. Pagaba el tributo de los *Pentakosiomédimnoi* el que sacase de la tierra propia 500 medimnos entre áridos y líquidos; el de los Hippéís, los que sacasen trescientos, o, según dicen algunos, los que podían mantener un caballo...; el de los *Zeugitai*, los que sacasen doscientos; y los demás, el de los *Thetes*» (Arist. *Athen. Polit.*, 7, 3-4).

El pasaje de Aristóteles, sencillo en su formulación, indica, como contenido de fondo, que la propiedad fondaria era el criterio definidor para el disfrute de los derechos políticos. Hay, no obstante, respecto de la propiedad algunas cuestiones colaterales que no se contemplan y que ofrecen interrogantes pertinentes. ¿Cómo se estimaban las rentas? y, sobre todo ¿cómo se establecían las equivalencias entre las mismas medidas de productos distintos que, lógicamente, tendrían un valor estimativo diverso? Los productos líquidos, vino, aceite, necesitan para su obtención un proceso de elaboración con el consiguiente aumento de los costos. No estaban en la misma situación que el trigo, cebada y centeno. Por otra parte, en la época de Solón, los sectores económicos de la producción industrial y comercial habían alcanzado una gran extensión y desarrollo. En otras palabras, que los recursos económicos y la riqueza no provenían únicamente del sector agrario. ¿Cómo se contabilizaba y evaluaba la riqueza no proveniente de la agricultura y cómo se hacía jugar su distinta cuantía dentro de unas clases en las que el distinto disfrute de los derechos políticos se ponía en relación con la diversidad de patrimonios fondiarios? Es razonable pensar que de alguna manera se evaluaba todo tipo de riqueza.

La reforma ha tenido una finalidad determinada que usualmente se acostumbra a concretar en el deseo de incrementar la capacidad militar ateniense aumentando el número real de jinetes y de hoplitas obligados a dar esa prestación. En este sentido hay que concluir que comparativamente las rentas establecidas son relativamente bajas y cumplían satisfactoriamente ese objetivo.

Hay que tener presente que ciudadanía y derechos políticos eran dos realidades distintas; que la familia y el genos eran los elementos transmisores de la ciudadanía y de los derechos que ésta comportaba a nivel privado. Pero, desde el punto de vista del disfrute de los derechos políticos, la ciudadanía quedaba en un segundo plano, al estar aquellos condicionados a la titularidad de determinadas propiedades fondarias o quizá también a otro tipo de riqueza o a la capacidad de costearse un equipo militar. A este respecto la posesión de un determinado patrimonio fondario o de otros tipos de riqueza o la capacidad de poder comprarse o no un equipo militar, actuaban como elementos restrictivos en el disfrute de determinados derechos políticos. Y en este sentido, pese a que en el texto arriba indicado Aristóteles dice que «a los *Thetes* sólo les concedió que tomaran parte en la *Ekklesia* y en los tribunales», es posible que tal circunstancia corresponda a una época posterior.

A esta conclusión llegan algunos autores modernos, porque consideran que, en el caso hipotético de que los Thetes perteneciesen a la *Ekklesia* desde época de Solón, se daría la situación peculiar de que quienes no intervenían en la guerra como combatientes, pudiesen decidir sobre la misma en la Asamblea. Llevando este pensamiento

a otro terreno, también ponen en duda, consecuentemente, que dicha clase social participase, en época de Solón, en los tribunales. Por eso quienes sugieren que la incorporación de los *Thetes* a la *Ekklesia* tuvo lugar durante la tiranía ofrecen una hipótesis más razonable y acorde con la política de los tiranos.

El Consejo de los Cuatrocientos

Aristóteles y Plutarco atribuyen a Solón la constitución del Consejo de los Cuatrocientos. Aristóteles lo menciona en la *Athenaion Politeia* y lo ignora en la *Política*. Plutarco, por su parte, especifica la función del Consejo de los Cuatrocientos, creado por Solón: preparar las cuestiones que se iban a discutir y decidir en la *Ekklesia*. Pero toda esta información suena a invención posterior. Estas escuetas referencias nada dicen respecto de entre quiénes y cómo eran elegidos los miembros de este supuesto Consejo y cuánto tiempo duraba su mandato.

Al margen de estas problemáticas alusiones, no tenemos información de que existiese otro Consejo, fuera del Areópago. De existir, hubiese representado una de las innovaciones más significativas de la época de Solón. Por todo ello, la mayoría de los historiadores modernos se muestran escépticos respecto de la existencia de dicho Consejo de los Cuatrocientos.

La elección de los arcontes

La antigua constitución ateniense disponía de nueve magistrados principales conocidos con el nombre de arcontes: arconte epónimo, que daba el nombre al año y que tenía funciones judiciales y ejecutivas; el arconte basileus, que ejecutaba los cultos ancestrales de la ciudad; el arconte polemenco, que conducía al ejército; y seis arcontes tesmotetas, que tenían competencias judiciales.

Es una cuestión debatida y abierta saber cómo se llegó y en qué momentos sucesivos desde un régimen monárquico inicial a esta distribución del poder entre magistraturas personales.

La tradición ática guardaba todavía el recuerdo de sus reyes, que en el pasado aglutinaban la mayoría de los poderes. En algún momento del devenir histórico de Atenas los nobles lograron imponer un arconte, posiblemente ya de carácter anual, que asumiría la mayor parte de las funciones que desempeñaba el rey. Con posterioridad se crearía el arconte polemenco, posiblemente también anual, asumiendo las funciones militares de jefe del ejército, que todavía hasta entonces retenía el rey. Luego, este último perdería su carácter vitalicio y se homologaría a las otras dos magistraturas. La génesis de este proceso hipotético deriva de fuentes dispersas y a veces contradictorias, por lo que se hace preciso tomar con precaución su ensamblaje cronológico.

No se sabe tampoco cuándo se crearon los arcontes *tesmotetas*. La opinión más soportada es que fue con posterioridad a los otros arcontes, arriba reseñados. Narrando el episodio de la intentona de Cílón para hacerse con la tiranía en Atenas, Tucídides (I, 126) alude a los nueve arcontes. En consecuencia, se puede concluir, razonablemente, que ya existían en una fecha anterior a este acontecimiento.

La elección de estos magistrados tenía lugar entre los nobles. De acuerdo con

la referencia de Aristóteles, hemos visto que en la distribución de clases censitarias de Solón el arcontado le correspondía a la primera clase. Mas, como las disposiciones de Solón respecto de la elección de los arcontes permanecen sin cambios, al menos no los conocemos, y como en el 457 a. de C. se amplió a los *Zeugitai* la posibilidad de que tuviesen acceso a esa magistratura, hemos de pensar que ya con anterioridad los *Hippéis*, la clase inmediatamente superior a los *Zeugitai*, debieron de tener acceso al arcontado en una fecha anterior al 457 a. de C.

La Ekklesia

Las asambleas, en cuanto reunión de guerreros en torno al rey, han tenido una gran antigüedad, aunque para esos momentos sus poderes son muy mal conocidos. En este sentido el desarrollo político de la asamblea va unido al progresivo desarrollo de la sociedad, que culmina en el sistema democrático. A la par que este progreso la Asamblea Popular va adquiriendo funciones. Al comienzo la Asamblea Popular, de la que quizá no formaban parte los *hectomoroí*, los que no tenían fratría y los no propietarios, no entendería tal vez más que en asuntos relacionados con la declaración de la guerra, establecimiento de la paz y el nombramiento de magistrados. Conforme en Atenas crecieron las tensiones sociales, iría adquiriendo nuevos cometidos, como el nombramiento de Dracón y Solón como árbitros y legisladores. Es posible que Solón haya pasado por la Asamblea decretos y leyes, y que le haya conferido algunas responsabilidades judiciales. En cualquier caso, después de la época soloniana, algunas de las decisiones adoptadas en Atenas parece que han pasado por la Asamblea Popular: así la concesión de una guardia personal a Pisistrato, el posible sometimiento a la Asamblea Popular de las reformas de Clístenes y las condenas al exilio de los Pisistrátidas y de los partidarios de Iságoras.

Con las reformas de Clístenes y las posteriores de Efiltes los poderes de la Asamblea Popular aumentaron considerablemente. Puede decirse que no había límites a su soberanía. Ella decide las declaraciones de guerra, los tratados de paz y de alianza. Declarada la guerra, es en la Asamblea Popular en donde se decide sobre los efectivos que se van a movilizar, los generales que los mandarán y las medidas estratégicas que deben tomarse. Y ante los fracasos militares la Asamblea muestra una gran sensibilidad. Si cree que ha habido negligencia en los mandos, lo mismo que en delitos políticos, no duda en utilizar sus poderes judiciales para, mediante el procedimiento de *é-sangelia*, someter a juicio a los acusados. Por este procedimiento se condenó a muerte en el 406 a. de C. a los generales triunfantes en la batalla de las Arginusas. La Asamblea elegía a los magistrados y en cada pritanía los confirmaba en su cargo, o, si sospechaba que habían actuado de forma poco acorde con las leyes, entablaba contra ellos una demanda. También ejercía su dominio sobre la actividad económica. Apenas había en Atenas materia alguna que escapase al control de la Asamblea.

Todos los ciudadanos adultos mayores de dieciocho años podían asistir a las sesiones de la Asamblea popular, que se reunía en la Pnix, y ocasionalmente en otros lugares. En el siglo IV a. de C. lo hacía en el teatro de Dioniso. La Asamblea era convocada por la Boulé, o por los estrategos, si lo solicitaban. Se reunía cuatro veces por pritanía, es decir, cuarenta veces al año aunque podía haber tantas reuniones extraordinarias como se creyese conveniente. En algunas de las sesiones de las asambleas de-

bían tratarse asuntos exigidos por las propias disposiciones legales: así, en una de las sesiones correspondientes a cada pritanía debía tratarse, como hemos visto, la confirmación o no en el cargo de los magistrados y la situación del aprovisionamiento de la ciudad. De la misma manera, una vez al año debía plantearse la conveniencia o no de revisar las leyes y de condenar o no al ostracismo a algún ciudadano. Era, no obstante, preceptivo que la *Boulé* (ver *supra*) preparase previamente los asuntos que iban a tratarse, aunque cabía a la Asamblea la iniciativa de sugerírseles, que resultaba condicionante.

Durante el desarrollo de la asamblea cualquiera de los presentes podía hacer uso de su derecho a hablar con plena libertad. Convenientemente debatido el asunto, se procedía a la votación. La mayoría simple era suficiente para que una propuesta fuese rechazada o aprobada. En algunas cuestiones, como por ejemplo la propuesta de ostracismo, era requisito necesario la comparecencia en la sesión de al menos seis mil ciudadanos.

En situaciones de normalidad sólo una parte del cuerpo cívico, generalmente de la ciudad, acudía a las sesiones. La población rural alejada de la ciudad, y la que necesitaba trabajar, no solía prodigarse en las sesiones. Esto hacía que la composición de la Asamblea fuese diferente en cada sesión, lo que propiciaba que los resultados fuesen muy diversos. El absentismo era frecuente. El de algunos intelectuales por actitud crítica, el de algunos componentes de la masa empobrecida por necesidad imperiosa de agenciarse medios de subsistencia. Por eso, tras la Guerra del Peloponeso, cuando la masa se empobreció todavía más, se concedió a los primeros asistentes a la Asamblea —quizá hasta que se lograra el *quorum*— un óbolo por sesión, que rápidamente pasó a tres. No era lo que ganaba normalmente un trabajador por cuenta ajena, pero indudablemente suponía una ayuda. Y sin duda lo fue para aquellas personas empobrecidas que pululaban por la ciudad sin encontrar trabajo o que no querían trabajar.

CAPÍTULO XV

LOS PERSAS HASTA LA SUBLEVACIÓN JONIA

LOS ORÍGENES DE LOS PERSAS

Tras su aparición en la Historia, los persas alcanzaron un poder político como nunca hasta entonces había conocido el Mundo Antiguo. La tierra original del Imperio persa comprendía la mayor parte de la meseta iraní, con prolongaciones desde el Valle del Indo en el este hasta los valles mesopotámicos al oeste, y, desde el Golfo Pérsico al sur hasta el Mar Caspio al norte. A estos territorios deben añadirse los países conquistados. La importancia política que con la constitución de este formidable imperio alcanzaron los persas, y el papel que desempeñan a lo largo de la historia posterior, ha llevado desde Kornemann, aunque con dudas sustanciales, a considerar el desarrollo histórico posterior persa como una permanente aunque intermitente confrontación cultural entre la cultura grecorromana y la cultura persa.

Como ha habido en la población persa cambios y transformaciones que serían debidos a nuevos aportes poblacionales, conviene preguntarse cuándo y de dónde vienen. Siendo la información de que se dispone escasa, no resulta fácil dar una respuesta plenamente satisfactoria ni respecto al momento de su penetración ni respecto al camino o caminos seguidos en la misma.

La opinión común pone en relación su llegada con los pueblos que durante la segunda mitad del segundo milenio se ponen en movimiento, alcanzando luego los confines de la meseta del Irán. Aunque no se conoce la fecha exacta, esto pudo tener lugar a comienzos del primer milenio, cuando los iraníes penetraron en la meseta del Irán, puesto que en la segunda mitad del siglo IX a. de C. los textos asirios mencionan a los medos y a los persas entre las poblaciones que habitaban el noroeste del Irán.

Se ha buscado confirmación a la migración de los pueblos iraníes en aquellos datos arqueológicos que implican ruptura y cambio respecto a las manifestaciones culturales anteriores. En este sentido, los testimonios arqueológicos exhumados en Tepe Sialk son esclarecedores por lo que suponen de cambio, no sólo en los objetos de la vida material sino en algo más profundo e íntimo, como son las costumbres funerarias. A este respecto, a finales del segundo milenio todavía en Tepe Sialk los enterramientos se realizaban en unos casos dentro de las casas o entre las casas, y en la necrópolis conocida como Cementerio A, las tumbas son todavía de factura sencilla. Pero ya en el Cementerio B, con una sucesión cronológica que va desde siglo X a comienzos del

siglo VIII, el panorama cambia sensiblemente. En este caso las tumbas se encuentran protegidas por lápidas de piedra o barro apoyadas entre sí formando una especie de tejado, que, en consecuencia, sugieren un tipo de casa no existente anteriormente en la zona y que sería representativo del nuevo aporte poblacional. También los productos cerámicos procedentes del Cementerio B son distintos e indican que algo ha cambiado. El nuevo tipo de cerámica en su color y en su decoración difiere de los productos cerámicos anteriores, caracterizados por un color gris oscuro. Lógicamente se supone que los nuevos cambios, que se encuentran también en Tepe Giyan (en la llanura de Nehavend), Tepe Hisar y Turang Tepe (en la meseta turca al sur del Caspio), pertenecerían ya a las primeras tribus iránias, pueblo nómada de jinetes guerreros —por los arreos de caballos que dejan en sus tumbas— que se desplazaban con sus mujeres, hijos, animales y ajuares y se van infiltrando pacíficamente entre las poblaciones indígenas. Si para la segunda mitad del siglo IX los textos asirios los mencionan como situados ya en el noroeste del Irán, se piensa razonablemente que habían alcanzado la zona hacia el 1000 a. de C. Pero lo que no puede señalarse con exactitud es el camino o caminos iniciales seguidos por estos pueblos en su penetración. La cuestión abre varias hipótesis. Una de ellas propone que estos inmigrantes entrarían atravesando los caminos del Cáucaso, como luego harán más tarde las invasiones cimerias y escitas. Las excavaciones realizadas en asentamientos situados al sur del mar Caspio ponen de manifiesto una civilización muy semejante a la observada en Tepe Sialk, por lo que R. Ghirshman supone que la ruta del Cáucaso sería la seguida por estos inmigrantes. Pero también pudo ocurrir —y este es el planteamiento de la segunda hipótesis— que estos inmigrantes, desde las tierras próximas del mar de Aral se movieran siguiendo un camino a lo largo de la costa este del mar Caspio. Este camino pudo ser el seguido por los indoiranios antes de separarse. Esta suposición se apoya en el hecho de que los vestigios más antiguos de los indos no parece que sean más antiguos que los hallazgos de la meseta irania. Además, en apoyo de esta ruta noreste —y no del Cáucaso— se menciona la semejanza del nombre de lo que luego será conocido como Partia en su localización geográfica concreta y el parecido lingüístico que tienen las lenguas de la Sogdiana —localizada al nordeste— con la lengua conocida como Viejo Persa.

La inseguridad subsiste, no obstante, tanto para una como para la otra hipótesis, y en modo alguno se cierra la posibilidad de que hayan utilizado ambos caminos.

Su localización según los textos escritos y problemas que plantea

Por más que resulte problemática, una cuestión es el conocimiento de los caminos seguidos por estos pueblos antes de alcanzar la meseta irania y otra distinta, aunque relacionada con ella, el camino o caminos seguidos por ellos hasta llegar a los lugares en los que los sitúan los textos asirios. También este aspecto resulta problemático en razón de la falta de la información arqueológica pertinente. Los lugares en los que la arqueología detecta cambio cultural atribuible a estos pueblos no son muchos ni abarcan extensiones geográficas amplias, y, además, muchos de esos lugares tienen una localización periférica en los amplios territorios ocupados por tales pueblos. Por otra parte, grandes zonas periféricas en las que los textos asirios sitúan a algunos persas, como, por ejemplo, la zona de los Zagros, no están suficientemente excavadas, y lo poco que se conoce de su cultura de la Edad de Hierro entre los siglos XIII al VII no ofrece por

ahora un corte tajante que pueda atribuirse a estos pueblos, que, no obstante, insistimos, de acuerdo con los textos asirios, se encontraban ya situados allí. Lo cierto es que los textos asirios, que son los que suministran los testimonios más tempranos referentes a los medos y persas, no sólo señalan de un modo general sus localizaciones periféricas más próximas a ellos, sino que de un modo también general les conceden por el interior de la meseta Irania una ocupación territorial más amplia, que llevan hasta el monte Bikni (posiblemente el monte Demavend) y a los extremos del desierto Salado.

Medos

Los *Medai* (la tierra de los medos) están mencionados por vez primera en el relato de las campañas del año 835-834 realizadas por Salmanasar III (858-824). Desde este momento hasta la época de Asurbanipal (668-627) las alusiones a los mismos son frecuentes. Se les menciona como «el poderoso medo del Este» cuyos territorios se encuentran en «las proximidades del desierto salado» y «en las estribaciones del monte Bikni», lo que da una ocupación bastante estable del oeste de la meseta del Irán. Cualquiera que hayan sido sus caminos de penetración y sus lugares de ocupación, los medos se fueron asentando, además, en las estribaciones y altos valles del Zagro, reabsorbiendo lentamente a la población asentada allí con anterioridad. Y esta reabsorción o medización se intensificó en el siglo VII, cuando los textos asirios dejan de mencionar a pueblos del Zagro como los Ellipi y Harhar, que hasta entonces habían tenido un protagonismo sustancial. Los medos representaban ya, por tanto, un grupo con la fuerza potencial suficiente como para que los asirios buscasen la sumisión de algunas de sus ciudades e incorporasen territorios pertenecientes a los mismos.

Persas

Los persas (Parsa, Parsu, Parsua, Parsuash Paesumash) están también mencionados en los textos asirios. En el relato de las campañas de Salmanasar III del año 843, es decir ocho años antes de la mención de los medos, se alude a los persas, y, desde ese momento, las menciones son frecuentes. Lo que ocurre es que las menciones de las localizaciones que de los persas hacen los asirios afectan a un ámbito geográfico amplio y distinto. En este sentido se aprecia que las citas asirias desde Salmanasar III (854-824) hasta Sargón II (721-705) sitúan a Parsua al noroeste de los Zagros, en las proximidades del lago Urmia. Luego con Senaquerib (704-681) hasta comienzos del reinado de Asurbanipal (668-627) se da una localización más meridional, en la parte suroccidental de los Zagros que mira al Elam. Esta localización se sugiere en razón del hecho de que en el año 692-691 a. de C. emprende una campaña contra una coalición constituida por el Elam, Parsuash, Ellipi y Anshan. Como Ellipi ocupaba una posición intermedia entre los asirios y el Elam, y Anshan, por otro lado, se encontraba más al sur, se piensa razonablemente que Parsuash estaba situada en la parte suroccidental de los Zagros.

Pero aún hay más. La titulación babilónica de Ciro el Grande (560-530) indica que sus antepasados de tres generaciones fueron reyes de Anshan, situado en el alto valle

de la actual provincia de Fars, al sur y al oeste en torno al Golfo Pérsico. Además, por otra parte, los textos asirios llaman a *Ciro* rey de Parsua, que manda sobre Anshan y sobre los asentamientos de la zona del Fars, donde se encontraba la capital del reino aqueménida. Si tenemos presente que los persas no pudieron estar en posesión de Anshan con anterioridad al 692 a. de C. porque todavía el rey elamita de Susa se consideraba como rey de Anshan, tendríamos una localización ligeramente posterior de los persas en esta zona.

De esta forma tenemos tres localizaciones relacionadas con acontecimientos escalonados sucesivamente en el tiempo. Estas localizaciones sucesivas en el tiempo de acuerdo con los textos han llevado a la suposición atractiva de que serían reflejo del deambular y de la progresión de esos persas. Esta penetración sucesiva se engarza, una vez más, con las hipótesis de los caminos iniciales tomados por estos pueblos. Así, una supuesta entrada inicial por el Cáucaso sugeriría una progresión norte-sur por la parte occidental de la meseta Irania, de acuerdo con la sucesión cronológica que circunstancialmente ofrecen los textos. Pero, en verdad que esta suposición lógica no deja de presentar dificultades, porque resulta difícil figurarse en una sucesión temporal unos desplazamientos persas en dirección noroeste-suroeste hasta llegar a Persis (en la actual provincia de Fars) sin encontrar una seria resistencia en los estados y confederaciones intermedias, por ejemplo del Elam. Además, es difícil que los persas alcanzasen Persis a través de las llanuras del Elam, porque no se apoderaron de estos territorios hasta la época de *Ciro II*; y, como ya ocupaban en el siglo VII los territorios de Anshan y los asentamientos del Fars, tuvieron que hacerlo por otro camino. En este sentido se han ofrecido otras alternativas, que no por eso tienen mayores visos de verosimilitud. Una de ellas supone la entrada en la meseta del Irán por la parte este del mar Caspio. Un grupo de persas tomaría el camino noroeste de la meseta para luego seguir en dirección suroeste hacia los Zagros; otro grupo —y es una hipótesis antigua— bordearía la meseta Irania por el este para seguir luego en dirección sur y por Karmania alcanzar la actual provincia de Fars. Pero todo esto se establece sin datos fehacientes y sin argumentos arqueológicos. Por eso algunos investigadores se desentienden de la cuestión de los posibles caminos seguidos en la progresión y simplifican el asunto suponiendo que tres grupos de persas ocuparían estas tres regiones más o menos simultáneamente y que los asirios en uno u otro momento de su desarrollo histórico prestaron atención a una u otra región.

LAS PRIMERAS ACCIONES ASIRIAS CONTRA LOS PUEBLOS IRANIOS

La llegada de los medos y persas fue una infiltración pacífica. Estas gentes iránias, con sus caballos y carros, se ponían al servicio de los jefes de los lugares por donde se desplazaban, recibiendo como recompensa tierras y pastos. En algunos lugares estos grupos se consolidaron y alcanzaron la fuerza suficiente como para asumir el poder, que por limitado que fuese, era ya objeto de atención por parte de los asirios. Y esto fue lo que ocurrió cuando en el 843 a. de C. *Salmanasar III* atravesó con sus tropas las comarcas de Parsuash, cuando fue a reclamar los tributos del país de Ellipi y cuando más tarde en el 835 a. de C. vuelve a recorrer los territorios de Parsuash y de Media. En esta ocasión veintisiete reyes de estos territorios le rindieron obediencia, pagándole tributos. Este hecho indica que por aquellas fechas los territorios de estos iránios al

menos, estaban organizados en pequeños principados autónomos, a los que una vez más en el 829 y 828 a. de C. se les destruirán ciudades y se les exigirán tributos. Y estas expediciones contra los medos y exigencias de tributos continuarán durante la regencia de Adadnari III (811-781). Pese a estas campañas contra Medos y Persas, el conocimiento que los asirios tenían de ellos era escaso y superficial, porque las expediciones asirias afectaban tan sólo a los territorios medos y persas más próximos a ellos.

Pero durante las campañas del 737 al 735, destinadas a la obtención de tributos en los territorios situados en la frontera este asiria, Tiglatpileser III (745-727) se adentró profundamente en los territorios medos y persas llegando al monte Bikni (probablemente el actual Demavend). Los asirios comprenden entonces que el «país de los Medos» era un país inmenso; «poderosos Medos» se les llamará desde entonces. También poderoso y cuantioso será el botín obtenido: muchos rebaños, 5.000 caballos y 65.000 prisioneros, que, siguiendo la política habitual asiria de las deportaciones tendente a romper los lazos nacionales de los prisioneros, fueron instalados en la zona del Diyala.

En época de Sargón II (722-705) un sistema de fortalezas asirias busca reforzar sus guarniciones, que vigilaban los territorios de Parsuash y Media. La situación, pues, iba cambiando, y sobre estos territorios la presencia irania iba en aumento. Jefes iranos con la ayuda y protección del rey de Urartu ejercen el poder en la zona del lago Urmia de la misma manera que personas con nombres iranos gobiernan en muchos distritos de la región de los Zagros. Posiblemente Sargón comprendió el peligro potencial que representaban estas tribus medas, persas y las gentes autóctonas, que para esos momentos no habían alcanzado mucha cohesión, pero que, de lograrlo, suponían un peligro real serio, máxime contando como contaban con la ayuda de Urartu, que todavía se mantenía como gran potencia. Esto obligó no sólo a adoptar el sistema de defensas indicado sino a realizar las expediciones pertinentes. Así en el 719 a. de C. Sargón II interviene contra el iranio Metatti del país de Zikirtu, protegido del rey Rusa de Urartu, y en el 715 penetra en el país de los Manneos para atacar a Dajakku, que estaba protegido por la misma potencia. Sargón II hizo prisionero a Dajakku y lo deportó a Hama en Siria. La potencia que está detrás de esta oposición a Asiria en esta zona es Urartu y contra ella en el 714 a. de C. se va a dirigir Sargón II. Las razones por las que antes se limitó a castigar a los protegidos de Urartu y ahora se decide a atacarle directamente no están claras. Pero, si tenemos presente que antes de este ataque, o después, han tenido lugar las invasiones cimerias que alcanzan estos territorios, es muy posible que Sargón haya aprovechado las convulsiones creadas en la invasión de los cimerios para asestar el golpe definitivo a Urartu. Las consecuencias del ataque de Sargón II serán la derrota y muerte del rey de Urartu y el sometimiento de cuarenta y cinco jefes de ciudades medas, que voluntariamente entregarán tributo, ofreciendo 4.609 cabezas de ganado caballar y la incorporación al reino asirio de treinta y cuatro distritos medos.

LA FORMACION DEL REINO MEDO

Herodoto, que en el siglo V recogió oralmente noticias ya deformadas del medo. Xar-pagón, nos ofrece los nombres y datos de cuatro reyes que se sucedieron de padre a hijo hasta la victoria final de Ciro el Grande con la toma de Ecbatana, victoria que la

Crónica Babilónica de Nabónido coloca en el 550 a. de C. La secuencia cronológica de los reyes sería la siguiente:

Heródoto I, 95-130

Con arreglo a otros textos y datos la secuencia podría ser:

- 1) Deyoces, *circa* 700-647 (53 años)
- 2) Fraortes, *circa* 647-625 (22 años)
- 3) Ciáxares, *circa* 625-585 (40 años)

- 4) Astiajes, *circa* 585-550 (35 años)

- 1) Deyoces, *circa* 728-713 (53 años)
- 2) Ciáxares I, *circa* 712-675 (37 años)
- 3) Fraortes, *circa* 674-653 (22 años)
- 4) Ciáxares II, *circa* 652-613 (40 años)
- 5) Arbaces, *circa* 612-585 (28 años)
- 6) Astiajes, *circa* 584-550 (35 años)

Herodoto nos cuenta que Deyoces, hijo del viejo Fraortes, destacaba en su ciudad por su sentido de la justicia y de la equidad. Y continúa diciendo que en un momento en que los medos no estaban todavía reagrupados logró reunirlos bajo un poder único, dándoles como capital Ecbatana. Y hasta aquí el relato de Herodoto. Por la semejanza onomástica que ofrecen se considera como probable que el Deyoces de Herodoto sea el mismo personaje que Dajakku, reyezuelo de los Manneos, al que Sargón II deportó a Hama de Siria, aunque, desde luego, el texto asirio se está refiriendo sin más precisiones a uno de los muchos reyezuelos de la zona.

La verdad es que para estos momentos históricos y en especial para estos acontecimientos, la información es escasa y diversa, y ello plantea problemas en el aspecto cronológico, lo mismo que con respecto a los personajes, cuando se quiere integrar esta información y los datos que proporciona en una secuencia más o menos coherente de reyes y acontecimientos. Porque, por otra parte, Diodoro de Sicilia (2.32.2 s.) considera que fue un tal Ciáxares el que en el 711-710 consiguió la unidad de los medos. Se tiene por tanto otro personaje, personaje que los investigadores modernos ponen en relación de semejanza con Ulksatar, uno de los veintisiete jefes medos que en 714 fueron a Parsuash a pagar tributo a Sargón II y que luego parece que se muestra también en época de Senaquerib. En consecuencia, algunos historiadores modernos armonizan la información proponiendo que Deyoces y Ciáxares abarcarían entre los dos los cincuenta y tres años que Herodoto atribuye solamente al primero.

En cualquier caso, respecto a la unidad de los medos, no parece, pese a la información de Herodoto y de Diodoro al respecto, que ninguno de los dos reyes indicados la hayan alcanzado; la unidad de los medos ha sido la consecuencia de un lento proceso, realizado probablemente por Fraortes. Éste al menos es el personaje que parece contar con los medios para conseguirlo. En el decir de Herodoto (2.102) sometió a los persas y en unión con ellos emprendió la conquista de los territorios próximos. Como nos ha ocurrido en los casos anteriores, se precisa armonizar el nombre Fraortes, dado a la griega por Herodoto, con el nombre proporcionado por otras fuentes. Y así en la inscripción de Dario I (521-484) en Behistum se informa de un Frawartish (Fraortes) de nombre, un medo que se encontraba allí y que dijo «yo soy Khashathrita del linaje de Huwakhshatra». Es probable, por tanto, que Fraortes se llamase también con ese otro nombre. Y este Khashathrita es quien arrastró a los medos unidos a una alianza con los manneos y cimérios en contra de los asirios. Y sería también el Kashtariti jefe de una comarca de los Zagros Centrales que se pasó la vida peleando y guerreando hasta

que encontró la muerte a manos de las tropas asirias de Asurbanipal, que habían penetrado en Media. La unidad meda, por las dificultades previas iniciales que se daban, no podía ser el resultado de una acción rápida y espontánea sino que requería tiempo, prestigio y poder en el hombre que la realizase. Y esto concuerda mejor con Fraortes, que da muestras de una gran actividad reuniendo intereses contra Asiria. Pero, si pensamos que Asiria y su maquinaria militar se muestra todavía potente y que los manneos ofrecen una resistencia sólida, la influencia más sustancial de Fraortes se ha tenido que producir entre los pueblos iraníes, lo que está en consonancia con la información arqueológica procedente del Luristán.

El sucesor de Fraortes fue su hijo Ciáxares, considerado por algunos como Ciáxares II. Según Herodoto, distribuyó en unidades separadas —caballería, arqueros y soldados con dardos— el ejército medo, acostumbrado hasta entonces a luchar conjuntamente. Y con este ejército así estructurado se aprestaba al asalto de Nínive cuando los escitas ocuparon el territorio medo. La dominación escita, que comenzaría en el 613, está recogida en el relato de Herodoto y duraría veintiocho años. La recuperación meda durante este supuesto período de dominación escita posibilitó en el 612 el asalto final de Nínive, en cuya operación estuvo ayudado el rey medo por los babilonios. En la crónica de Nabopolasar se designa a Ciáxares como rey de Umman-manda, denominación que podría corresponder a un rey de medos y escitas, aunque ello es poco probable, habida cuenta de que esta supuesta dominación escita no se encuentra explícitamente en los textos asirios y babilonios.

¿ARBACES? ASTIAJES

En el relato de Herodoto (1.107-130) el reinado de Astiajes sucede directamente al de su padre Ciáxares, pero el testimonio de otros relatos es perturbador a este respecto. Así, de acuerdo con la información de Diodoro (2.24-28), en la caída de Nínive y en el hundimiento de Asiria se destaca el general medo Arbaces, que luego sería nombrado rey. Se supone que este Arbaces sería el Arphaxad que mandaba sobre los medos en Ecbatana y contra quien luchó en el 593-592 Nabucodonosor II, según se desprende del testimonio del libro de Judith (1:1 ss.). Si a todo esto se le concede validez y peso específico, entre Ciáxares y su hijo Astiajes debería situarse a este personaje y atribuirle, debido a su participación, el saqueo de Nínive, aunque para esas fechas todavía no fuese rey. Lo que ocurre es que algunos investigadores desdeñan el testimonio de Diodoro como poco convincente y de difícil armonización con los otros datos que se poseen. Además, por lo que respecta a Arphaxad, su alusión se encuentra en el libro de Judith, que se tiene por apócrifo.

Durante siete años los medos sostuvieron contra el rey lidio Alyattes una guerra, que terminó con el eclipse de sol del año 585 a. de C.; dio paso a una paz, reforzada con el matrimonio de la hija de Alyattes con Astiajes. La frontera entre ambos reinos quedó establecida en el río Halis.

Los treinta y cinco años de reinado de Astiajes acabaron cuando Ciro II atacó su reino. El acontecimiento, narrado en la Crónica babilónica de Nabónido, tuvo lugar en el 550 cuando el Ishtumegu del texto (Astiajes) decidió atacar a los persas, y sus propias fuerzas se pasaron al bando de Ciro II.

Pese a disponer de mayor información, aunque diversa, la reconstrucción del árbol genealógico aqueménida ofrece problemas, tanto en lo cronológico como en el intento de integrar y armonizar en el mismo a los personajes implicados, sus titulaturas y las dos supuestas ramas aludidas en informaciones de distinta índole. Esto hace que todavía sea una cuestión abierta a la discusión.

Datos y periodización según las fuentes escritas

— En el texto babilónico del cilindro de Ciro, para el año 539-538 a. de C. Ciro II lleva el título de rey de Anshan y se considera «hijo de Cambises, Gran Rey, Rey de Anshan; nieto de Ciro, Gran Rey, Rey de Anshan; biznieto de Teispes, Gran Rey, Rey de Anshan».

— Este título de Rey de Anshan Ciro II lo lleva todavía en el año 550 a. de C., en la Crónica de Nabónido. Pero en el mismo texto, para el año 547-546 a. de C. también se llama a Ciro II rey de *Parsu*.

— Más tarde Darío I, en la inscripción de Behistum, dice, mencionando a sus ascendientes, que su padre era Hitaspes, el padre de Hitaspes era Arsames, el padre de Arsames era Ariaramnes, el padre de Ariaramnes era Teispes y el padre de Teispes era Achaemenes. Por esta razón, explica Darío I, nos llamamos Aqueménidas, es decir por descender de un antepasado común llamado Aquemenes. Dice, además, Darío en esta inscripción que «en dos series había nueve reyes». A Cambises II, hijo de Ciro II, lo considera como rey y de su familia, mientras que a su propio padre lo considera solamente como gobernador.

— Además, en dos inscripciones sobre tablillas de oro encontradas en Hamadán, que, por los caracteres lingüísticos, no se remontarían más allá de la época de Artajerjes II (404-359), pero que podrían contener algo de verdad histórica, en una de ellas Ariaramnes se llama rey de Parsua, hijo de Teispes y nieto de Aquemenes y dice: «esta tierra de Parsa que yo poseo me fue concedida por el gran Dios Ahura-Mazda». En la otra, también Arsames se llama asimismo rey de Parsa e hijo de Ariaramnes, debiendo su reino a Ahura-Mazda.

Con estos datos, que se abren a la discusión, J. Finegan ha reconstruido este cuadro de las dos ramas aqueménidas

- 1) Achaemenes (700 a. de C.)
- 2) Teispes (675-640)

- | | |
|--------------------------|-------------------------|
| 3) Ciro I (640-600) | 7) Ariaramnes (640-590) |
| 4) Cambises I (600-559) | 8) Arsames (590-550) |
| 5) Ciro II (559-530) | Histaspes |
| 6) Cambises II (529-522) | 9) Darío I (521-484) |

Este cuadro elaborado como un intento de conciliar la información de procedencia diversa, difícil de integrar y de casar, requiere algunas consideraciones y puntualizaciones.

1. Para situar cronológicamente este cuadro, que arranca del común antepasado de los Aqueménidas, es una opinión bastante generalizada la de suponer que Aquemenes vivió en torno al 700 a. de C. en los territorios de la actual provincia de Fars de Parsua.

2. Se pensaba que con Teispes (675-640) había continuado la expansión persa en la zona, hasta que, según el relato de Herodoto, fueron sometidos por el medo Fraortes, se decía que en el 670, para continuar juntos las conquistas. Pero no parece razonable que esto haya podido ocurrir en esta fecha, por el simple hecho de que hasta el 640 a. de C. Kurash (Ciro I) aparece como tributario del Elam.

3. Se considera por lo general que este Kurash (Ciro), que en el 640 a. de C. intervendrá en la ruina del Elam, del que era tributario, sería *Ciro I*, el abuelo de *Ciro II el Grande*, aunque la verdad es que en el cotejo con otros datos nos encontramos con dificultades cronológicas.

4. En el texto del Cilindro de *Ciro II el Grande*, sus antepasados de una de las supuestas ramas aqueménidas, Cambises I, *Ciro I*, Teispes y el propio *Ciro II el Grande*, llevan el título de reyes de Anshan. Respecto a la otra rama, que también son reyes, las posteriores inscripciones sobre las tablillas de oro señalan que la titulación de Arsames y Ariaramnes es de rey de Parsa. El mismo *Ciro II* en la Crónica babilónica de Nabónido aparece en el año 550 a. de C. con la titulación de rey de Anshan, y en el 547 a. de C. como rey de Parsa.

A partir de estos datos y suponiendo que el reino de Anshan y el de Parsa no fuesen uno y el mismo, se pensaba que Teispes había dividido el reino entre sus hijos, y que la rama de *Ciro I* —Cambises, *Ciro II*— mandaría sobre Anshan, mientras que la rama de Ariaramnes y Arsames lo haría sobre Parsa. Como, según la Crónica de Nabónido, como hemos visto, *Ciro II el Grande* en una fecha lleva la titulación de rey de Anshan y en otra la de Parsu, se pensaba que *Ciro II*, ya sea en vida de Arsames, ya sea a su muerte, reclamó el reino para sí. Pero el caso es que las excavaciones del año 1972 realizadas en la actual provincia de Fars han exhumado unos ladrillos inscritos que sitúan la ciudad de Anshan en Malian a 46 km. al norte de Shiraz en el centro mismo de Parsis (Parsua, Parsu, etc.). Este hallazgo hace que la existencia de estos dos supuestos reinos para las dos ramas resulte ya poco probable.

CIRO II EL GRANDE

La Historia es prolija en relatos y leyendas montadas de modo que su estructura explicativa sirva de justificación del acceso al poder de un personaje. Herodoto recoge diversas leyendas propaladas sobre el origen de *Ciro* y que buscaban en el fondo justificar el mando único asumido por este personaje sobre medos y persas.

En el momento histórico en que *Ciro* se hace con el poder, el precario equilibrio de fuerzas en el mundo minorasiático está mantenido por el reino lidio de Creso, por el babilónico de Nabónido, por el reino de Egipto, que disputa al babilónico la soberanía sobre los puertos sirio fenicios, y por el reino expectante de los medos. Es posible que Babilonia, para la que la expansión territorial y económica iba en consonancia con los intereses fundamentales del pueblo, inspirase o al menos propiciase la re-

vuelta de Ciro contra los medos. El enfrentamiento bélico entre medos y persas favorecía sus intereses y ayudaba a quebrantar la capacidad militar de esos pueblos. Conseguir la hegemonía política y económica en Asia Menor se sentía en Babilonia como una exigencia geopolítica. Lo que ocurrió fue que la insurrección de Ciro tuvo un desarrollo más favorable que lo esperado. El primer ejército enviado contra Ciro se puso de su lado y, cuando Astiages condujo en persona un segundo ejército, las tropas desertaron, lo hicieron prisionero y se lo entregaron a Ciro. La Crónica de Nabónido, que sitúa la caída de Ecbatana en el 550, relata los acontecimientos de la siguiente manera: «En cuanto a Astiages, su ejército se insurreccionó, fue hecho prisionero y entregado a Ciro, que marchó sobre Ecbatana, la ciudad real; la plata, el oro, los muebles y todas las riquezas fueron robadas; trasladaron los muebles y las riquezas a la tierra de Anshan». La supresión del poder medo no significó la postergación de los medos. Los dos pueblos eran muy semejantes y esto facilitaba el camino de un mismo trato. La clase dirigente de los medos permaneció en el poder junto a los persas bajo el mando del nuevo rey Ciro. Ambos pueblos participaban en los honores y grandezas del Irán reunificado, en el que Persia constituía la primera satrapía, Media la segunda y el Elam la tercera. Ciro asumió el título de «rey de reyes»; quizá esto no suponga mucho en la fundamentación de sus exigencias y pretensiones territoriales, pero la tendencia al control de todo el espacio geográfico político y geográficamente interrelacionado se imponía como una meta irrenunciable.

Conquista del reino de Lidia

En la paz del 585 a. de C. lidios y medos ponían en el río Halis su límite común. La tranquilidad en este sector permitió a Lidia orientar su expansión hacia la costa de Asia Menor, sometiendo a ciudades griegas de la Jonia. Pero, con la conjunción operada por Ciro de medos y persas, el panorama se alteró sensiblemente. El poder persa inquietaba a las potencias de Asia. El relato de Herodoto (I, 77-90) habla de una alianza del rey de Lidia Creso con Amasis de Egipto y Nabónido de Babilonia. Es posible también que buscara la alianza de Esparta, que se estaba convirtiendo en la mayor potencia griega, con la esperanza de que esa potencia no viera con malos ojos alcanzar una ascendencia sobre una zona tan importante económicamente para Grecia. Pero ninguno de los elementos que componían el cuadro de las iniciativas diplomáticas de Creso tuvo éxito. En el 546 Esparta había intervenido militarmente contra Argos y unos años antes ocupado la isla Citera. No podía, por tanto, estar muy dispuesta para intervenir en conflictos alejados. A su vez, Egipto, cuya capacidad militar era muy limitada, no había disipado totalmente sus recelos respecto a una alianza en la que uno de sus miembros, Babilonia, tenía con ella problemas fronterizos. Y también Babilonia se desgarraba en problemas internos. La coalición no estaba sólidamente cohesionada; no obstante, Ciro, temiendo que los lidios se le anticiparan, se decidió a atacar, pasando el Tigris por Arbela. La batalla de Pteria no fue decisiva, pero Ciro se presentó de improviso en Sardes, a la que asedió y tomó después de catorce días.

La Crónica de Nabónido que sitúa este acontecimiento en el 547 a. de C., dice que «Ciro rey de Persia...marchó contra la tierra de Lu(?)». Este nombre incompleto admite diversas interpretaciones, bien como Lidia, bien como Licia. Mas también otros,

en lugar de *Lu*, leen *Su*, completando el nombre en *Shusi*, que para esas fechas no era reino.

La conquista de la Lidia colocaba en manos persas unas ciudades costeras dotadas de importantes flotas navales y unos centros comerciales de gran magnitud. Excepto Mileto, que se puso del lado de los persas y suscribió con ellos un pacto, el resto de las ciudades griegas de Asia Menor fueron cayendo lentamente bajo control persa. Guarniciones militares aseguraban la sumisión, mientras que el gobierno de las ciudades se confiaba a griegos partidarios de los persas. El sometimiento a los persas supuso un sustancial contraste político y cultural. Las anteriores influencias y dominio lidio sobre las ciudades griegas de Asia Menor estaban lejos de constituir una opresión. Se presentaba más bien como una fuerza unificadora en la que confluían y quedaban salvaguardadas las directrices políticas internas y propias de las ciudades griegas. Desde siglos los asentamientos griegos de Asia Menor se habían acostumbrado a vivir en unas condiciones de mutua independencia y a desarrollar sus propias energías económicas y comerciales. Y esto no fue entorpecido por los lidios, como tampoco lo fue el desarrollo político de la *pólís*. Gracias a su independencia económica los griegos habían logrado desarrollar una nueva forma de convivencia política dentro de la comunidad social y una nueva plasmación de los derechos individuales que difería esencialmente de la concepción política persa. Para los griegos el concepto de gobierno teocrático basado en el poder militar y religioso estaba superado, mientras que para los persas era la base de todo poder. Su monarquía era absoluta, con una base militar y teocrática, de elección supuestamente divina y con derecho a disponer de los bienes de los demás. En definitiva, una forma de gobierno en la que los destinos de amplias masas de población estaban en las manos de unos pocos. El contraste con las ciudades griegas de Asia Menor era abismal no sólo porque las distintas ciudades griegas se mostraban celosas de su propia independencia sino porque el destino de las mismas estaba dirigido por un sector amplio de la población a través de instituciones políticas participativas.

Cuando los persas se apoderaron de las ciudades griegas, pretendieron no radicalizar la situación y dispensarles un trato semejante al que les habían dado los lidios, respetando sus características pero propiciando la continuidad de gobiernos personales representados por los tiranos, más fáciles de manejar por los persas dada su debilidad institucional.

Las otras conquistas de Ciro

La conquista de Lidia colocaba a Babilonia en una posición delicada, porque desde el Mediterráneo y desde el Golfo Pérsico los persas podían presionar tenazmente sobre ella. Pero, antes de atacar Babilonia, Ciro trató de asegurarse la retaguardia sometiendo a poblaciones situadas en la parte oriental del imperio, sobre las que estamos muy mal informados. La información que se tiene es de carácter general, por lo que se corre el riesgo de atribuir a Ciro II el Grande conquistas superiores a las que posiblemente pudo realizar en esta parte oriental. Por lo pronto, parece que Bactria y Zra(n)ka habían sido conquistadas anteriormente por los medos. Sus nombres se asocian a formas medas. Por lo tanto, es posible que en el periodo comprendido entre la ocupación de Lidia y la conquista de Babilonia Ciro orientase sus esfuerzos a la incorporación al imperio de los territorios de la Aracosia y la Satagidia, que, si bien no dis-

ponían de recursos económicos abundantes, sí podían proporcionar hombres belicosos al ejército persa.

La situación interior de Babilonia era la menos adecuada para hacer frente a la amenaza persa. Es cierto que tras la subida violenta de Nabónido al poder nada había cambiado en la estructura política y administrativa del reino ni en la concepción ni en la legitimación del poder; pero tras esa continuidad anidaba el descontento, y las dificultades económicas carcomían la estabilidad interior. Las medidas de Nabónido no pudieron poner fin a esa crisis, a la que no era ajeno el resentimiento del poderoso clero de Marduk por la predilección real por la diosa Sin y por la política económica seguida por el rey. Algo de este enfrentamiento evoca el propio rey en una de sus inscripciones: «Las gentes que habitan Babilonia, Borsippa, Nippur, Ur, Uruk, Larsa, los sacerdotes y los habitantes de las ciudades santas de Akkad... cometieron pecados, crímenes y ofensas..., no dijeron más que mentiras..., se devoraron como perros, ocasionaron entre ellos fiebre y hambre que diezmaron la población del país. Yo entonces, alejándome voluntariamente de mi ciudad de Babilonia (tomé), la ruta de Têma, Dadânu, Padakku, Khibrâ, Yadiru y, hasta Yatribu, no cesé de ir durante diez años de una a otra de estas ciudades, sin volver a mi ciudad de Babilonia» (Texto Nabónido H 2 A y B).

A primera vista parece simplista suponer que el enfrentamiento con el clero de Marduk fuese la causa del alejamiento voluntario del monarca. Se ha especulado con cierto fundamento que, dada la presión de tenaza que los persas ejercían sobre el reino de Babilonia y dada la crisis económica, resultaba imperioso que Babilonia salvaguardara las pocas rutas comerciales que le quedaban y en las que la ciudad de Têma constituía un nudo esencial. Si fue ése el planteamiento ideado por Nabónido, su estrategia, que evitaba la tenaza persa, fue correcta, aunque su realización difícil, si no se contaba con la colaboración de unos súbditos dispuestos a aunar sus esfuerzos en la común defensa. Pero el clero de Marduk no estaba dispuesto a colaborar. La fama de tolerancia y de respeto a las peculiaridades y tradiciones de los pueblos sometidos, hábilmente extendida por los persas pesaba más en el ánimo del clero y sus partidarios que el sentimiento de independencia y de conciencia de un común origen semita frente a un pueblo extraño. El ejército persa atacó, y en el 539 entraron en Babilonia. Ciro fue acogido por los sacerdotes de Marduk como el liberador. Asumió el título de rey de Babilonia, junto con otros más amplios y de contenido universal: «Soy Ciro, rey del mundo, gran soberano, monarca legítimo, rey de Babilonia, rey de Sumer y Akkad, rey de los cuatro confines de la tierra». Con esto no sólo se estaba indicando que se había puesto fin al reino de un soberano injusto y distanciado de su pueblo sino que el gobierno asumido por Ciro aglutinaba todos los títulos y el consentimiento de todas las divinidades de los pueblos sometidos. Y esta exégesis religiosa se encontraba reforzada por una política de tolerancia y de trato amable con los sometidos a los que se permitía regresar del destierro o permanecer en las tierras a las que fueron desplazados con anterioridad: «...devolví a (estas) ciudades sagradas, del otro lado del Tigris, cuyos santuarios habían sido ruinas largo tiempo, las imágenes que (solían) vivir en ellas y establecí para ellas santuarios permanentes. (También) reuní a todos sus habitantes (antiguos) y (les) devolví sus solares. Además, restablecí por orden de Marduk, el gran señor, todos los dioses de Sumer y Akkad que Nabónido había traído a Babilonia, para cólera del señor de los dioses, intactos a sus (anteriores capillas), a los lugares que los llenan de dicha» (ANET, 315-316).

Esta política de tolerancia religiosa, de devolución de símbolos, y el regreso, si lo

deseaban, de los deportados tuvo una cálida acogida entre la gente del antiguo reino babilónico. De ella también se vieron beneficiados los israelitas: en el libro de Esdras (I, 1-2) está la disposición de Ciro concediendo el permiso para reedificar el templo de Jerusalén. Y el reconocimiento judío hacia esta política se ha filtrado en el Segundo Isaías (45.1), que le llama «su (el de Yahve) ungido». En las medidas de tolerancia destinadas a las gentes de Palestina, además de estar encuadradas en esa política de moderación que abarcaba a todos los pueblos sometidos, se tiende a apreciar también otra motivación subsidiaria relacionada con la posibilidad de que para esos momentos abrigase ya un deseo de atacar Egipto. En esta suposición, una política tolerante en los territorios próximos a Egipto se hacía todavía más precisa. Caso de que esta hubiese sido su intención, no logró realizarla, pues encontró la muerte en el 530 a. de C. peleando contra los nómadas de las estepas de Asia Central.

CAMBISES (529-522 A. DE C.)

La sucesión de Ciro en su hijo Cambises estaba preparada con antelación, pues ya había sido asociado al trono como rey de Babilonia. Debió de solucionar con rapidez los problemas en los que su padre encontró la muerte ya que enseguida lo encontramos instalado en Babilonia. En el 526 a. de C. decidió atacar Egipto, que, tras el hundimiento del reino lidio y tras la conquista de Babilonia, se encontró solo frente a un imperio que abarcaba todo el Próximo Oriente. De muy poco servía ante la amenaza persa la recuperación de Egipto, conseguida merced a la habilidad política de Amasis. La muerte de Cresos acabó con una alianza, la ruptura intencionada de Polícrates de Samos (Herodoto, III, 39) lo hizo con otra, y el faraón se quedaba sólo ante los persas. El ataque de éstos tenía lugar unos meses después de la muerte de Amasis, que dejaba a su hijo Psamético III el cuidado de defender Egipto de la invasión. Los persas llegaron a Egipto por la vieja ruta militar guiados por un desertor griego (Herodoto, III, 4), y en la batalla de Pelusium fue derrotado el ejército egipcio, y la resistencia de Menfis acabó con la captura del último faraón saíta.

No sabemos qué fuentes de información egipcias utilizó Herodoto al respecto para dibujar algunas de las acciones de Cambises y sus tropas en Egipto con unos tintes tan duros de intolerancia. Sostiene (Herodoto, III, 27-29) que Cambises en un acceso de ira apuñaló a un Apis, y que sus tropas se instalaron en el templo de Nit. No deja de extrañar este supuesto abandono de la política de tolerancia que tantos éxitos había proporcionado a su padre. Si habían dejado intactas todas las particularidades de la vida económica y administrativa de Egipto, no se comprende por qué en lo religioso se mostraba intolerante. No parece que lo fuera, o al menos que lo fuera tanto como señala Herodoto: en primer lugar, porque las tropas instaladas en el templo de Nit fueron evacuadas y se compensaron los daños causados; en segundo lugar, porque el apuñalamiento del toro Apis sólo está recogido por autores clásicos, pero no aparece en ninguna fuente egipcia, y en cambio sí la noticia de que ordenó hacer un sarcófago en honor del Apis muerto en el sexto año de su reinado. Y en esta tendencia de honrar y realizar ofrendas a las divinidades egipcias, muy en consonancia con la política de su padre, insiste la inscripción biográfica de un funcionario egipcio de esta época.

Herodoto hace de Cambises un tirano despótico y lo dibuja con tintes sombríos. Es posible que no fuese merecedor de un perfil tan negativo, pero, cuando menos, esa

actitud parece querer sugerir el clima de inquietud interna en que vivía el imperio persa. A su regreso de Egipto, después de una estancia de tres años, cuando atravesaba la Siria, se enteró de la usurpación consumada por un mago llamado Gaumata, que se hacía pasar —caso de que no lo fuera en realidad— por Esmerdis, hermano del rey. Cuando marchaba a sofocar la sublevación, murió de muerte natural.

DARÍO I

El usurpador tenía su apoyo en la casta sacerdotal de los magos, es decir en el clan de los medos. La tensión interior se deja sentir a través del relato de Herodoto y de lo que sugiere Darío I en su inscripción de Behistum. Darío dice que el usurpador destruyó una gran cantidad de templos y que realizó confiscaciones de bienes. Herodoto señala que, en las nuevas circunstancias, el usurpador se mostraba más favorable hacia los medos que hacia la nobleza persa, lo que constituye el dato que se acostumbra a retener para pensar en la posibilidad de que fuese el hermano de Cambises. El usurpador adoptó medidas de carácter popular, como era la revisión de impuestos durante tres años y la liberación de las provincias del servicio militar. Estas medidas, destinadas a granjearse el favor de algún sector, y, por otra parte, la acusación de destrucción de templos, nos sumergen en ese mundo poco claro de movimientos religiosos y sociales que no se dejan captar por culpa de unas fuentes imprecisas. Se intenta considerar como un reflejo de las transformaciones operadas en el Imperio desde el momento de la constitución de éste de la mano de Ciro hasta esa época. Se piensa que inicialmente hubo una conjunción de intereses entre la nobleza persa y Ciro. Los nobles proporcionaban los contingentes que Ciro necesitaba y de ello sacaban beneficios en lo político y en lo económico. Pero, con la progresiva y rápida consolidación del Imperio, las relaciones debieron de cambiar. El ejército se hizo más profesional, o al menos su reclutamiento no fue ya tan tradicional y aleatorio como antaño y estuvo más vinculado al rey. Parecido proceso debieron de experimentar los gobiernos provinciales que comenzaron a estar más vigilados y mediatizados por la administración central. Se piensa en este sentido que las acciones de Gaumata son exponentes de este nuevo estado de cosas y que provocaron la intervención de las siete familias persas más influyentes para evitar la merma en el predominio que tenía la alta nobleza persa.

En sólo dos meses se consiguió la eliminación de Gaumata, que acabó apuñalado por Darío, quien se coronó rey en Pasargada en el 522 a. de C. Pero esto no devolvió la tranquilidad al Imperio. Diversos movimientos insurreccionales en distintos lugares amenazaban con destruirlo. Los cabecillas de las distintas insurrecciones recurren a la treta de vincularse familiarmente con reyes anteriores importantes, y a cambiarse los nombres por otros que para los oyentes ya predispuestos tuvieran resonancias favorables. Este procedimiento era un medio fácil de captar las simpatías y de canalizar las voluntades de los que estaban prontos al levantamiento. Pero, al mismo tiempo, este procedimiento era exponente de que los persas no habían logrado ahogar, o quizá no lo pretendieron, dada su política de moderación y tolerancia, los sentimientos nacionalistas de aquellas regiones en las que éstos estaban profundamente arraigados. En este sentido, el usurpador del Elam pretendía ser descendiente de una familia real arrojada del poder por los Aqueménidas. En Babilonia, los dos usurpadores resultantes de las insurrecciones del 522 y 521 a. de C., el uno babilónico y pretendido hijo de Na-

bónido, y el segundo armenio, al adoptar el significativo nombre de Nabucodonosor, pretendieron aprovechar en su beneficio las simpatías que todavía suscitaba este nombre carismático. Los levantamientos alcanzaron también a otras regiones centrales, en alguna de las cuales el apoyo prestado ha podido contar también entre otros con un componente nacionalista. Quizá, pues, con una pretendida intencionalidad de reconstruir el imperio medo, el ejército medo acantonado en su tierra apoyó a un tal Fraortes, que tomó el nombre de Khathrita, un descendiente de Ciáxares I, rey de gran resonancia entre los medos, porque en el pasado había sometido a los persas. Las sublevaciones alcanzaron también a Armenia, donde el usurpador se hacía descendiente de Ciáxares; a Partia e Hircania, cuyos usurpadores fueron combatidos por Histaspes padre de Darío I; e, incluso, a Pérsida, donde el pretendiente se hacía llamar Bardiya y se consideraba hijo de Ciro.

Así pues, en diferentes tiempos y lugares nueve pretendientes se proclamaron reyes, y a todos ellos debió de combatir y derrotar Darío I con sus generales, dejando constancia de todo ello en la inscripción de Benhistum.

La expedición de Darío a la Escitia

La organización del imperio llevada a cabo por Darío debió de comenzar a tomar cuerpo a partir del 518 a. de C. en momentos de un relativo sosiego y antes de lanzarse a la compleja y audaz aventura de conquistar la Escitia. La situación cronológica de este acontecimiento es una cuestión debatida entre los que como J. M. Balcer piensan que la expedición pudo tener lugar en el 519 a. de C. y la mayoría de los estudiosos, que suponen como fechas probables 515-510 a. de C.

Lo cierto es que la empresa era de gran complejidad. El traslado de un ejército numeroso —aunque las cifras aportadas por las fuentes clásicas sean exageradas— por tierra y por mar requería tal complejidad logística y económica que no sólo suponía contar con una adecuada organización administrativa sino disfrutar en esos momentos de la paz y sosiego político necesarios para poder preparar con eficacia una empresa de tal envergadura. En este sentido resultaría extraño que cuando en el 519 a. de C. todavía no se había reprimido la rebelión de Egipto y pervivía alguna otra más; cuando todavía estaba inmerso en un proceso de reorganización económica se haya empeñado Darío en llevar adelante la expedición. Y no dejaría de llamar la atención que los griegos de la Tracia fuesen sometidos en el 519 a. de C. al yugo persa, pues la ocupación de la Tracia está relacionada con el ataque a los Escitas, y en esas fechas todavía no se habían visto afectadas algunas islas vecinas como Samos, que pudieron ser incorporadas con bastante probabilidad entre el 518-516 a. de C.

Estas acciones son pasos importantes que manifiestan un expansionismo persa hacia el Occidente. La política expansionista no era nueva. Reyes persas anteriores la habían ensayado, e incluso Cambises, a decir de Herodoto, alimentó la conquista de Cartago (III, 17-19). La cuestión sometida a discusión y frecuentemente debatida es si las acciones exteriores emprendidas por Darío obedecen a las mismas motivaciones que las realizadas por sus antecesores. Dar una respuesta adecuada a esta cuestión supondría conocer las motivaciones exactas de uno y otros, algo que resulta harto difícil pues las propuestas al respecto, que no tendrían porqué ser todas ellas excluyentes son variadas. Algunas de estas acciones exteriores serían ampliaciones territoriales, conse-

cuencia de circunstancias coyunturales y episódicas —como puede ser el ofrecimiento de sumisión o la propuesta de un sector filopersa— que lleva a los persas a asumir en su acción unos cometidos políticos no programados; otras acciones exteriores hacen pensar que pudieran deberse a exigencias de carácter defensivo o de naturaleza comercial y que con cierta lasitud seguía las pautas de una política expansionista difusamente programada. Ha debido de haber mezcla de motivaciones. Qué duda cabe que en la expedición contra la Escitia subyace algo de defensa de las fronteras septentrionales y de reforzar unos límites naturales perturbados por los nómadas del norte, pero también la conquista de la Tracia y el control de las rutas hacia las tierras del mar Negro ponía a disposición de Persia ricas tierras cerealistas y mercados que resultaban esenciales para la Hélade. Y, en este sentido, tiene un sólido fondo de razón la tesis tradicional de que la expedición contra la Escitia europea era una premisa de una operación más amplia contra Grecia y un exponente de una tendencia imperialista por parte de Persia. A estas variopintas motivaciones de la expedición se añadiría la menos aceptable, sugerida por Herodoto (IV, 1) de un deseo de venganza: «Después de la toma de Babilonia sucedió la expedición de Darío contra los escitas, de quienes el rey decidió vengarse».

La continuación de este pasaje de Herodoto señala la situación de abundancia económica y de disponibilidades de hombres que tenía el imperio. La indicación de Herodoto está en consonancia con la realidad. Las reformas administrativas implantadas por Darío a través de las satrapías, el sistema viario remodelado o construido, posibilitaban que el rey dispusiese de un abundante flujo de recursos y de hombres, y que éstos tuviesen un traslado relativamente rápido hacia los lugares de reagrupamiento: hacia la ciudad griega de Calcedonia, en el Bósforo, donde se había construido un puente que unía esta costa con la opuesta, en Europa, cerca de Bizancio, en cuya orilla Darío hizo levantar dos estelas: «Vuelvo a Darío, quien, después de contemplado el Ponto, volvióse atrás hacia el puente, cuyo ingeniero o arquitecto había sido Mandrocles, natural de Samos. Habiendo el rey mirado también curiosamente el Bósforo, hizo levantar dos columnas de mármol blanco, y grabar en una con letras asirias y en otra con letras griegas el nombre de todas las naciones que en su ejército conducía; todas, de infantería y caballería ascendían a setenta miríadas o 700.000 hombres, sin incluir en ese número la armada naval, en que venían juntas seiscientas naves» (Herodoto, IV, 87). Las cifras, respecto a las cuales las fuentes antiguas se manifiestan de acuerdo, e incluso Ctesias (fragm. 13) las eleva a 800.000, son tomadas por la historiografía moderna con serias reservas. Sin ceñirnos al hecho concreto de las cifras, una movilización elevada de efectivos guarda relación con el número de habitantes del imperio. Si este fuese muy elevado, los problemas de una movilización tan cuantiosa no serían de disponibilidades humanas sino de logística. Pero lo cierto es que se está muy lejos de poder establecer con cifras razonables aproximadas el número de habitantes del imperio persa. Por otra parte, aunque los habitantes del imperio fuesen numerosos, un ejército como el que las fuentes nos indican siempre requeriría un volumen de abastecimientos y de suministros muy elevado, que por su propia naturaleza hacen poco aceptables una cifras tan altas. Como la armada naval se remitió directamente a la desembocadura del Danubio, los suministros del ejército tuvieron que estar garantizados por tierra y con independencia de las naves. La posibilidad de obtenerlos sobre el terreno que se atravesaba, bastante desconocido para ellos, hubiese sido una improvisación que comprometería la empresa. No todas las zonas por las que pasaron tenían esas dis-

ponibilidades económicas. En consecuencia parte, al menos, de estos víveres y forraje debieron de ser transportados por el ejército en su penetración territorial. Pero estas mismas consideraciones tendentes a limitar la cifra de los efectivos ayudan también, como contrapartida, a suponer que los elementos implicados en la operación fueran numerosos de modo que las cifras no parecen ya tan exageradas: personas empleadas en la construcción de los puentes, en la movilización de los caballos, suministros y víveres desde los lugares de origen hasta los lugares de reagrupamiento, para continuar después con el transporte, etc. Si todos los implicados de alguna manera en la operación consideramos que pueden estar incluidos en esas cifras, aunque de la lectura de Herodoto ciertamente no se desprende tal cosa, ya no aparecerían como tan exageradas. Al menos por lo que respecta al número de naves no se aprecia exageración, no sólo porque en varias ocasiones Herodoto (VI, 9, VI, 95) atribuye un número semejante para la armada naval persa, sino porque sólo los jonios en la posterior revuelta antipersa, en la que no participaron todos, lograron movilizar una flota de 345 naves. Si rebajamos el número de naves que pudieran tener a disposición los persas habría que hacer lo mismo con las otras potencias navales.

La operación se desarrolló sin dificultades serias hasta el Danubio. A partir de ahí el relato de Herodoto puede tener sus dosis de exageración. Que Darío se dejase arrastrar ingenuamente hacia el corazón de las estepas por unos nómadas acostumbrados a moverse con rapidez puede ser una manera colorista de describir las dificultades encontradas y el penoso avance por un terreno calcinado y vacío de gentes, de un ejército cada vez más mermado que debe tomar la amarga decisión de regresar. Regreso que hubiera acabado en mayor desastre si los griegos que custodiaban el puente levantado sobre el Danubio se hubiesen dejado convencer por los escitas que les pedían su destrucción. La fidelidad griega permitió a Darío el regreso con sus tropas maltrechas y el poder reprimir la sublevación de los griegos de Tracia que se habían levantado ante las noticias de la desastrosa retirada.

La expedición no fue un fracaso total, pues los persas consiguieron la ocupación de la Tracia, que fue completada con los 80.000 hombres que Darío dejó al mando de Megabazo. Mas, desde el punto de vista de los súbditos, la retirada alcanzaba una gran dimensión psicológica: el Rey del Universo, el elegido de Ahura-Mazda, pese a sus grandes efectivos militares y su poder, no era invencible.

ADMINISTRACIÓN DEL IMPERIO PERSA

Desde el punto de vista administrativo el imperio persa, bajo un mando único, organizó territorios inmensos habitados por variedad de razas y por nacionalidades que hablaban lenguas diversas. La diversidad de pueblos, en la unidad del imperio, requería el reforzamiento de aquellos elementos que propiciaban la cohesión.

La institución monárquica, basada en el principio hereditario, era uno de estos elementos de unión. El Rey, como representante en la tierra de Ahura-Mazda, era el dueño del imperio, el que aseguraba la paz y la prosperidad de sus súbditos. Pero al imperio se incorporaron pueblos cuyas realidades descansaban ideológicamente también en la protección que les prestaban divinidades específicas; por ejemplo, la realeza de Babilonia del dios Marduk, la de Egipto del dios Ra, etc. El imperio, si no quería fomentar las tendencias autonomistas y separatistas inherentes a ese conglomerado de pue-

blos, no podía consistir en una suma de realezas, pero, por otra parte, tampoco podía alimentar el resentimiento religioso minimizando la importancia que entre esos pueblos tenían sus propias divinidades. En este sentido la imposición del poder supremo de la realeza persa se conjugó con el mantenimiento de las divinidades y cultos, que eran utilizados en favor de la realeza persa. Así, Ciro pretexto ser llamado por Marduk al trono de Babilonia, y Darío ostensiblemente exterioriza sus relaciones con la divinidad egipcia Ra. Respetando por otra parte las prácticas religiosas y las costumbres de los pueblos sometidos, el imperio daba la sensación de continuidad y no de ruptura, pero dicha continuidad y tolerancia quedaban subordinadas al supremo poder del rey persa. Asumiendo la protección de las divinidades de los pueblos sometidos y practicando la tolerancia, la monarquía persa propiciaba la integración política de los pueblos, pero su capacidad de integración no era suficiente pues para algunos de ellos la realeza era una cosa del pasado. La ideología monárquica ayudaba, pero no era decisiva en la trabazón de los pueblos. Esto era algo que en el terreno de los hechos conseguía de modo más eficiente, pero sin que se pretendiese que fuese decisivo, puesto que se respetaban las peculiaridades de los distintos pueblos, la organización administrativa.

La administración central, en la que confluían en último grado todos los asuntos, se encontraba en aquella ciudad en la que el rey establecía su capital, generalmente Susa. Al frente de esos servicios administrativos se encontraba el primer ministro (jefe de los Mil), jefe de la administración general y del Tesoro, que atendía el mantenimiento del ejército y de la administración.

La administración provincial tenía sus antecedentes en los imperios mesopotámicos y en Egipto. Todo el imperio se dividió en provincias colocadas bajo el poder de personajes adictos al rey, conocidos con el nombre de sátrapas (protectores del reino).

El número de satrapías, que eran provincias tributarias, ha sido variable y no puede establecerse con exactitud plena. Algunas, que tenían dimensiones geográficas muy grandes, se subdividieron, mientras que otras varias se colocaron bajo la autoridad del mismo sátrapa. En los tiempos de Darío han podido ser veintitrés. Por su parte, Herodoto (III, 90-97) habla de veinte satrapías fiscales.

Los sátrapas eran miembros por nacimiento o matrimonio de la familia reinante o de la alta aristocracia que mandaba sobre las grandes provincias. Dentro de cada provincia las funciones y poderes de los sátrapas alcanzaban los terrenos militar, civil y judicial. Era el garante de la seguridad de las comunicaciones y del orden de su provincia. Con ocasión de la movilización de las tropas le correspondía a él proceder al reclutamiento del cupo asignado a su provincia, pero las tropas permanentes existentes en la misma no dependían de su autoridad sino que estaban bajo la de oficiales directamente dependientes del rey. El sátrapa, además, estaba encargado de la percepción del tributo que remitía a la corte en el supuesto de que en la provincia no hubiese un tesoro real, en cuyo caso éste se encontraba vigilado y atendido por un funcionario nombrado directamente por el rey.

En su provincia el sátrapa imitaba el lujo y boato de la corte central. La tendencia general a prolongar el cargo durante muchos años acabó en ocasiones haciéndolo hereditario. De esta manera se potenciaba un mayor enraizamiento del sátrapa en su provincia y un fortalecimiento mayor de las relaciones personales de éste con las gentes de la misma. Pero esto acarrearba peligros potenciales al Imperio. La prolongación durante varios o muchos años en el mando de una provincia, en la que se ejercían cometidos militares y económicos, unida, además, a las conexiones con los habitantes de la

provincia era el terreno abonado para que se sintiera la tentación de realizar iniciativas personales al margen de las directrices emanadas de la administración central. La progresión lógica de esta tendencia era el surgimiento de actitudes autonomistas o independentistas, que aparecen a veces en la convivencia política del imperio. Una red viaria apropiada para un desplazamiento rápido del ejército y la intervención de éste paliaban los efectos de este peligro antes de que alcanzara proporciones mayores y más costosas de atajar. Para evitar este peligro en su raíz, se colocaba al lado del sátrapa un secretario, nombrado por el rey, que canalizaba la correspondencia entre éste y la provincia, y unos inspectores (los «ojos» del rey) que vigilaban la actividad del sátrapa. Estas medidas cautelares se completaban con inspecciones periódicas.

La percepción de los tributos y el control de las finanzas de la provincia era el cometido más atractivo de los desempeñados por los sátrapas y la base primordial de las veleidades independentistas en los lugares en que se producían. Algunos de los territorios sometidos por los persas ya habían conocido y soportado la tributación a sus propios reinos o al país que los había conquistado con anterioridad, y a veces en cuantía excesiva. Por lo que respecta a la tributación persa, no parece que el montante impuesto por Darío, en función de la extensión territorial, la fertilidad del suelo y el desarrollo económico de las provincias, haya sido insoportable. En términos monetarios la suma anualmente pagada por las veinte satrapías enumeradas por Herodoto se elevaba a 14.560 talentos euboicos. A esta suma la India contribuía con 4.680 talentos, Egipto con 700, y los territorios extensísimos, pero poco poblados, de la satrapía VII, sólo con 170 talentos.

No es adecuado juzgar la tributación exclusivamente en términos monetarios. Pese a los esfuerzos realizados al respecto, no todas las satrapías estaban penetradas por una economía monetaria ni disponían de metales preciosos. Un gran porcentaje de la carga impositiva se pagaba en especie. El mantenimiento de las guarniciones militares y el sostenimiento del ejército por los distintos lugares por los que pasaba corrían a cargo de las provincias en las que estaban asentadas y por las que pasaban las tropas. Se conoce, además, la contribución anual en especie: por ejemplo, 1.500 caballos, 50.000 ovejas y 2.000 mulas de Capadocia y 1.000 talentos de incienso de Arabia.

El esfuerzo más significativo en el terreno económico realizado por Darío ha sido su intento de unificación monetaria. A partir del precedente de la moneda lidia, Darío creó el *darico*, moneda de oro de 8,4 gramos, que se encuentra expandida por todo el territorio imperial.

RELIGIÓN PERSA

La falta de una información explícita hace que en las cuestiones relacionadas con la religión los puntos de vista que ofrece la historiografía moderna sean divergentes. Los factores de sincretismo y de convergencia —preponderancia de una divinidad, aparición posterior de otras, pervivencias de formas diversas de la religión irania, etc.— no se han aligutinado de golpe ni se han exteriorizado al mismo tiempo. En el trato con los creyentes y practicantes de las religiones de los pueblos sometidos dos rasgos caracterizan a la religión persa. Por un lado, ésta no es una religión étnicamente exclusivista ni es tampoco una herencia medopersa que no se pueda o se desee compartir con los demás. La difusión del culto de divinidades persas entre pueblos diferentes a

los medos y persas avala una apertura religiosa hacia los demás. Por otro lado, esta apertura no supone —al menos tal cosa no ocurre con todos los reyes Aqueménidas—, la imposición a los súbditos de sus propias creencias. En este sentido, en la mayoría de las ocasiones la tolerancia frente a las prácticas religiosas de los pueblos sometidos era usual y suponía un cambio sensible respecto a lo realizado por otras potencias anteriores, como asirios y babilonios.

En las sociedades primitivas religión y poder estaban íntimamente unidos y por esta razón la supremacía de un poder político sobre otro suponía en la mayoría de los casos la superioridad de los dioses de los vencedores sobre aquellos de los vencidos que se veían a veces expoliados. Tras sus conquistas Persia adoptó con relación a sus súbditos una política tolerante, para hacerles más llevadera la sumisión. Y esta política alcanzó también a las creencias. De ello se vanagloriaba Ciro en una inscripción: «He restaurado en estas ciudades sagradas...cuyos santuarios estaban en ruinas desde largo tiempo las imágenes y establecí para ellas santuarios durables; reuní también a sus antiguos habitantes y los devolví a sus hogares. Además, por orden de Marduk...reinstalé todos los dioses de Sumer y Akkad que Nabónido había deportado de Babilonia...».

Los primeros Aqueménidas se consideraban elegidos de Marduk y practicaban los deberes rituales de los reyes babilónicos. Cambises y Darío, junto con la asunción de la realeza egipcia, realizaron los rituales propios de dicha realeza. Esta política de tolerancia, apoyo y utilización de las manifestaciones religiosas de los súbditos, que alcanza a los territorios de Egipto, Babilonia, Elam, Sardes y franja costera griega, afectó también, en cierta manera, a los judíos. Así, Ciro ordenó la reconstrucción del templo de Jerusalem y permitió el regreso de los judíos deportados en épocas anteriores. Cuando en época de Darío I se pretendió la paralización de las obras del templo, bastó con que se exhumara de los archivos de Ecbatana el edicto de Ciro para que pudiesen proseguir los trabajos.

Pero esta política de apoyo y tolerancia de los primeros Aqueménidas, que no hay por que considerar como exponente de una sinceridad total, oscurece bastante lo que pudieron ser sus propias creencias íntimas. No se puede negar que, al margen de cualquier otro motivo, subyace una intencionalidad práctica: la tolerancia política y religiosa era un medio idóneo para que los súbditos soportasen mejor el dominio persa. En este sentido, queda claro que, cuando la obediencia política se rompe y aflora el descontento, el trato complaciente y los vínculos formales e institucionales asumidos y la tolerancia religiosa se esfuman y desaparecen. La mano dura de Jerjes se dejó sentir con ocasión de los disturbios egipcios del 485 a. de C. En adelante, ya no quiso aparecer como faraón ni como hijo del dios Ra. De la misma manera la insurrección de Babilonia del 482 a. de C. se saldó con el saqueo de la ciudad, el pillaje y destrucción de los templos y el expolio del tesoro del dios Marduk, así como el rapto de su estatua. Y algo parecido ocurrió luego con los santuarios griegos.

Es posible que la tolerancia practicada por los primeros Aqueménidas haya dado paso, con Jerjes, a un cierto proselitismo, debido, quizá, a un relativo mayor fanatismo religioso persa en aquellos momentos. Pero, en cualquier caso, como trasfondo de cualquier tendencia hacia una mayor o menor tolerancia, se encontraba la razón práctica, y no tanto religiosa, de que la tolerancia y el apoyo a los pueblos sometidos estaban condicionados a la obediencia política por parte de los súbditos.

Esta condición implícita subyacente ha podido ser constante. Lo que ocurre es que con Jerjes I (485-486 a. de C.), hijo de Darío, además del natural y constante proseli-

tismo por contacto social, se exterioriza un proselitismo estatal que no tiene un alcance general a todo el imperio. En una inscripción correspondiente a este rey hallada en el 1935 en Persépolis se lee: «Había un lugar donde antes eran venerados los *daewâs* (dioses falsos). Por la gracia de Ahura-Mazda yo demolí estas guaridas de *daewâs*. Yo veneré a Ahura-Mazda donde antes eran venerados los *daewâs*». De acuerdo con las distintas versiones de la inscripción, parece que esta acción real guarda relación con un lugar concreto, que no se especifica, y no tiene un alcance generalizable a otros. Otra de las cuestiones a considerar reside en saber qué tipo de divinidades pueden incluirse en esta denominación general y ambigua de *daewâs*.

Estos *daewâs* eran los falsos dioses del Avesta, los viejos dioses de la religión irania que combatió Zaratustra porque se consideraban enemigos de Ahura-Mazda. Teniendo presente este planteamiento, se ha pensado que, bien sea en el momento de la ascensión al trono de Jerjes, bien en cualquier otro de su reinado, la resistencia encontrada por el rey hubiera podido muy bien proceder o estar alimentada por el clero de la vieja religión irania cuya permanencia había sido permitida gracias a la tolerancia practicada por los primeros Aqueménidas. Pero, por otra parte, se ha supuesto también que ese lugar no especificado era Babilonia, en donde, tras el levantamiento del 482 a. de C. fueron destruidos los templos. Mas Babilonia era una ciudad de gran tradición religiosa, donde se veneraba a las antiguas divinidades ancestrales, por lo que resulta extraño que se rindiese culto a divinidades extranjeras como serían las antiguas divinidades iranias combatidas por Zoroastro. Caso de seguir pensando que el lugar no denominado era Babilonia, cabría suponer, como posibilidad, que bajo ese nombre genérico de *daewâs* se estaba refiriendo a las divinidades babilónicas. Pero ya decimos que esta suposición está bastante lejos de aparecer como la más lógica. Podría tratarse más bien de antiguas divinidades iranias de un lugar desconocido que Jerjes no creyó conveniente especificar. En definitiva, la identificación del lugar y de los «falsos dioses» son cuestiones abiertas y conjeturables, pero en cualquier caso, y esto si que se aprecia con relativa claridad, la acción de Jerjes exterioriza un intervencionismo estatal, bien sea por razones ideológicas religiosas bien por cualquier otro motivo.

Aunque resulta difícil especificar el primitivo panteón indoiranio, para la época de Darío I Ahura-Mazda es la divinidad por excelencia, creadora del cielo y de la tierra, y la que proporciona el triunfo sobre los enemigos amantes de la mentira. La tendencia que se insinúa hacia el monoteísmo no ha cubierto todavía el politeísmo latente, constatado por aquellos dioses que siguen apoyando a Darío I, pero cuyos nombres no se especifican, para significar, quizá, su papel de subordinación respecto a aquella divinidad suprema. Y esta posición suprema de Ahura-Mazda como la divinidad más grande que protege con su voluntad complaciente a la monarquía reinante, se mantiene también con Jerjes I (485-465 a. de C.) y con Artajerjes I (464-424 a. de C.). Esta divinidad fue «quien creó esta tierra, quien creó el cielo superior, quien creó al hombre y quien creó la felicidad para el hombre», dice una fuente de la época.

Pero andando el tiempo, al menos esa es la impresión que da la sucesión cronológica de los testimonios, al lado de esta divinidad suprema emergen en las inscripciones de Artajerjes II (404-359 a. de C.) los nombres de otras divinidades veneradas anteriormente para constituir la tríada Ahura-Mazda, Anahita y Mitra, bajo cuya protección se acogió dicho rey.

Cabría preguntarse por la difusión geográfica alcanzada por estas divinidades. La devoción y predilección sentida por Darío I respecto a Ahura-Mazda contribuyó deci-

didamente a la extensión de su culto. Y algo parecido hemos de pensar con Artajerjes II respecto a las otras divinidades de la tríada. Nada impide suponer, no obstante, que el culto de Anahita y de Mitra hayan tenido una difusión anterior, porque la vinculación especial sentida por los primeros Aqueménidas respecto a Ahura-Mazda no fue excluyente ni impidió taxativamente el culto de las otras divinidades. Además, la tolerancia persa y la semejanza de los atributos y contenidos de las divinidades persas con otras de los territorios ocupados favorecía su difusión. Así, Apolo tenía semejanzas con Mitra, y la Artemis Efesia con Anahita.

Zoroastro

Respecto a este personaje dos cuestiones permanecen todavía abiertas a la discusión: la época en la que vivió y su lugar de procedencia. Resulta difícil la confirmación de los datos tradicionales proporcionados por los Gathas, la parte más antigua del libro sagrado del Avesta, que sitúa a Zoroastro en el Irán nororiental, donde elaboró su doctrina y donde predicó con poco éxito hasta que encontró, tras su marcha a Bactria o a algún otro lugar del este del Irán, la protección del reyezuelo Vishtaspa; se ha pretendido identificar a este personaje con Histaspes, padre de Darío I. Si esto fuese así —lo que no deja de ofrecer dificultades, pues los nombres de los miembros de la familia de Vishtaspa en los Gathas no concuerdan con los que conocemos de la familia de Darío I—, Zoroastro habría vivido en la época de ese rey, y con ello se acabaría el problema cronológico. Pero ya hemos dicho que hay dificultades en aceptar esta suposición, proponiéndose a su vez para Zoroastro, también con carácter hipotético, una existencia previa a la conquista del Irán por los Aqueménidas. En esta segunda suposición y dado que Zoroastro elaboró su doctrina a lo que parece en el este del Irán, cabe preguntarse cuándo tuvieron los Aqueménidas oportunidad de conocerla y de incorporarla a sus creencias. Si no fuese porque hasta donde conocemos la época de Ciro II (559-530 a. de C.) no hay huellas de manifestaciones de zoroastrismo, parecería una ocasión propicia la incorporación por este rey del sector nororiental del Irán. Este dato negativo hace más probable la incorporación de la doctrina de Zoroastro cuando Darío I realizó sus expediciones a aquellos territorios.

Magos

A los magos, que probablemente eran originarios de la Media, Herodoto (I, 101) los considera como una «tribu» («Y las tribus de los medos son éstas: los busas, los paretacenos, los estrucates, los arizantos, los budios, los magos. Tales son las tribus de los medos»), que funcionaba como una especie de clase sacerdotal. Desde el punto de vista político no tenían un peso sustancial. Su enfrentamiento con Darío I no parece deberse a motivos de índole religiosa sino más bien a motivos étnicos y políticos. Los magos están designados por Estrabón (15.3, 14) como «los mantenedores del fuego» en el altar sagrado. Tenían, por lo tanto, cometidos religiosos: mantener el fuego sagrado, hacer sacrificios, encantamientos, etc.

La doctrina de Zoroastro prohibía los sacrificios a los dioses, especialmente si eran cruentos. Con todo, la fuerza de la práctica sacrificial, que hundía sus raíces en épocas

prezoroástricas fue tan grande que las fuentes grecorromanas las recuerdan con frecuencia. Así, Herodoto alude a los sacrificios y al papel que en éstos desempeñaba el mago. El sacrificio de animales se hacía ante la presencia del mago en un lugar purificado. El oficiante, cubierto con un gorro adornado con mirto, procedía al sacrificio invocando el favor de la divinidad para el rey y su pueblo.

En las prácticas funerarias estaba excluida la cremación, porque el fuego sagrado podía contaminarse con el miasma de la muerte. Mas, también podía contaminarse la tierra, de acuerdo con la doctrina de Zoroastro, y, sin embargo, esto no fue obstáculo para que los Aqueménidas practicaran la inhumación tras untar el cadáver con cera, como recuerda Herodoto. Pero los magos, al menos, no enterraban sus propios cadáveres sin antes haberlos expuesto para que los perros y pájaros los destrozasen.

Con relación a los objetos y lugares de culto, Heródoto afirma que no tenían ni altares, ni templos ni estatuas. Su consideración es generalizadora y puede haber extendido a su época algo que pudo corresponder, quizá, a épocas anteriores. En este sentido, las inscripciones hacen referencia a lugares de culto y a estatuas que han sido destruidas o reconstruidas. Es posible, no obstante, que Herodoto tenga parcialmente razón. Y en apoyo de ello pudiera estar el hecho de que en las campañas asirias contra esos territorios no hay noticia de que se hayan llevado imágenes de dioses, como ocurre con otros pueblos. Sin embargo, ya en los relieves de Benhistum —aunque no es totalmente seguro, sí bastante probable— se considera que el dios Ahura-Mazda está representado de medio cuerpo saliendo del disco solar alado. Y, por lo que respecta a los altares de fuego, no sólo se encuentran representados en las fachadas de las tumbas rupestres sino que también se encuentran las construcciones de altares aislados y relacionados con templos de fuego que gozan de gran antigüedad.

CAPÍTULO XVI

DESDE LA SUBLEVACIÓN DE LOS JONIOS DE ASIA MENOR A LA DERROTA DE LOS PERSAS

LA REVUELTA JONIA

Herodoto es la fuente de información más importante para estos acontecimientos, por lo que contamos en realidad con una visión unilateral de los mismos. Los persas no recogieron estos hechos o, si lo hicieron, se ha perdido su relato. En este sentido dependemos primordialmente de la tradición oral asumida por Herodoto y de la interpretación personal de los acontecimientos que hace este autor.

Al decir de Heródoto, Aristágoras, tirano de Mileto, convenció a Artafernes, sátrapa de Sardes, sobre la conveniencia de conquistar para Persia algunas islas del Egeo, entre otras la isla de Naxos. La empresa fracasó, y el tirano de Mileto, temeroso de ser él quien cargase con la culpa del fracaso y alentado por su suegro Histieo, buscó en el levantamiento jonio una salida a su problema personal. Abdicó de la tiranía, que era la forma política tolerada y propiciada por Persia en su propio interés, y pidió al resto de los tiranos jonios que hiciesen lo mismo. Según Herodoto, tras la renuncia de Aristágoras a la tiranía se implantó en Mileto la *isonomía*, es decir la igualdad de los ciudadanos ante la ley.

A la sublevación el relato de Herodoto le da, pues, una lectura basada en motivaciones de carácter personal que influyeron en Aristágoras. A este respecto, la postura antijonia que algún autor moderno aprecia en el relato de Heródoto, parece más bien un intento de restar importancia a una sublevación de la que ya sabía que había acabado en fracaso. La falta de brío combativo y la inclinación jonía al lujo y a la molición son en gran parte los ropajes justificativos de una derrota. La rebelión jonía prendió en la mayoría de las ciudades de la costa, y resulta difícil pensar que una sublevación tan numerosa fuese la respuesta, como quiere Herodoto, al temor o a la frustración de Aristágoras. Éste no se hubiese lanzado a una aventura tan arriesgada si no hubiese estado tan seguro de que había un clima general propicio para ello.

Insatisfechos con la explicación superficial de Herodoto, los historiadores modernos tratan de determinar los diversos motivos que pudieron contribuir a la creación de este clima. Se han invocado diversas razones: odio a los tiranos, recesión económica, expansionismo persa, amor griego a la libertad o una mezcla de algunas de esas razones en diferentes grados.

La verdad es que los griegos habían conocido con anterioridad el dominio de Lidia. No sabemos que el cambio de dominio de los lidios por los persas haya supuesto para los griegos de Asia Menor una opresión mayor. Desde el punto de vista institucional, los persas no impusieron a las ciudades griegas nada nuevo: utilizan a los tiranos para gobernar a los griegos. En cierta manera se podría pensar que la tiranía era una forma política que no obedecía a la evolución de los tiempos. Ciertamente para muchos griegos un gobierno autocrático podría resultar poco atractivo, sobre todo si además estaba impuesto por los persas. Esta íntima relación de dependencia respecto de los persas la pone Herodoto (IV, 137) en boca de Histieo: «el parecer de Milcíades el Ateniese, que se hallaba allí de general, como señor que era de los moradores del Quersoneso cercano al Helesponto, era de complacer a los escitas y restituir la libertad a Jonia. Mas el parecer de Histieo fue del todo contrario, dando por razón que en las circunstancias presentes, cada uno de ellos debía a Darío el ser señor de su ciudad; y que, arruinando el poder e imperio del rey, ni él mismo estaría en posición predominante, ni ninguno de ellos, en su respectiva ciudad, pues estaba claro que cada una de estas ciudades prefería un gobierno popular al dominio absoluto de un príncipe».

Es posible que la utilización que los persas hacían de los tiranos griegos para afianzar a través de ellos su dominio contribuyera de alguna manera a crear ese caldo de cultivo en el que se alimentaba el rechazo de Persia. No obstante, la reacción posterior no ayuda a esclarecer una suposición de este tipo. Muchas ciudades, que depusieron a sus tiranos los dejaron marchar libremente. El mismo Aristágoras, tras abdicar de la tiranía, siguió mandando a los griegos de Asia. El odio a las tiranías y consecuentemente a Persia, que las había impuesto, no parece decisivo como explicación del levantamiento; en otro caso habría que preguntarse sobre la causa de esa desviación exclusiva del odio hacia Persia y no también contra la tiranía. En cualquier caso en el momento de la sublevación griega resultaba razonable que se pusiese fin a las tiranías, porque de esta manera se daba mayor protagonismo a las distintas facciones políticas de las ciudades y resultaba más fácil aglutinarlas en una empresa común.

La suposición de una crisis económica de las ciudades griegas de Asia Menor tras la conquista persa como causa explicativa del descontento griego ofrece algunos flecos poco claros. No se tienen datos suficientes para pensar que los tributos a satisfacer a los persas fuesen más elevados que el valor de las prestaciones libradas anteriormente a los lidios, ni tampoco que Darío favoreciese de una manera decidida a los puertos fenicios en detrimento de los griegos. No obstante, se supone a este respecto que la conquista persa de Egipto y la ocupación de los Estrechos tras la expedición escita provocaron un decaimiento de Naucratis y una disminución sustancial del comercio entre Jonia y la región del Ponto. Aunque en el caso hipotético de que hubiera algo de verdad en esta suposición, el decaimiento de unos circuitos y rutas comerciales no impedirían su desplazamiento y orientación hacia otros lugares. Hay que tener presente que el estar incorporados los griegos de Asia Menor a un imperio geográficamente muy amplio, que se había dotado de una red viaria adecuada, les brindaba nuevas posibilidades económicas. Al decir de las fuentes de información, Mileto nunca fue más rica que al comienzo de la sublevación. Por otra parte, no parece que haya habido un decaimiento comercial sustancial. En las excavaciones realizadas en algunas de las ciudades, entre ellas Al Mina, se aprecia una continuidad comercial con presencia de productos griegos especialmente de Atenas. En este sentido el en teoría posible declive económico de las ciudades griegas de Asia Menor estaría más en relación con la com-

petencia que les estaban haciendo otras ciudades griegas que con una política persa desfavorable al respecto. Porque sin una voluntad política determinada, de la que por otra parte, no tenemos noticias, resulta difícil creer que los persas pretendiesen de forma deliberada ocasionar un gran quebranto económico a los griegos de Asia Menor de los que obtenían los impuestos. Alguna fuente de información parece reflejar lo contrario. Una inscripción griega del siglo II d. de C., que traduce una carta anterior de Darío a su sátrapa Gadetas, señala algunas promociones agrícolas realizadas en Asia Menor: «El rey de reyes Darío, hijo de Histaspes, a su esclavo Gadatas dice lo siguiente: me dicen que tu no obedeces mis órdenes en todo. Por eso de que, en efecto, estás trabajando mi tierra trasplantando los cultivos de allende el Eúfrates (Siria) a las zonas bajas de Asia (la costa occidental de Asia Menor), alabo tu actitud y por ello habrá para ti gran favor en la casa del rey; pero por ignorar mis disposiciones en relación con los dioses te daré, si no cambias de actitud, buena prueba de cuál es mi cólera cuando me siento agraviado: porque has cobrado tributos a los jardineros sagrados de Apolo y les has ordenado cultivar tierras profanas...» (Inscripc. Hist. Grieg. n.º 12).

Tras la represión del levantamiento las medidas de índole económica establecidas no fueron duras. El sistema tributario continuó, más inmerso ahora, como paso previo, en unas medidas complementarias mediante las cuales se procedió a una nueva medición de la tierra y a su inscripción en un registro. De acuerdo con él se fijaban los tributos. Esto no implicaba que los impuestos fuesen más elevados sino que se disponía de los medios previos para que la cuantía de los mismos pudiese distribuirse de una forma más racional y justa.

En otro sentido se ha insistido como causa de la sublevación en el expansionismo aqueménida. Es cierto que los persas han ido incorporando a su imperio reinos y ciudades que antaño fueron independientes. Pero los griegos de Asia Menor, que fueron los que se sublevaron, ya habían conocido con anterioridad la dominación lidia. Nada hace pensar que el dominio persa se mostrase políticamente más opresivo con ellos. El expansionismo persa como causa del levantamiento resulta, por lo tanto, una explicación muy relativa, máxime cuando el intento de conquista de la isla de Naxos no se debe, si nos atenemos al relato de Herodoto (V, 30), a la iniciativa persa, sino a Aristágoras.

El amor a la libertad de los griegos jónicos se ha ofrecido también como motivo. Al margen de las luchas internas de las facciones dentro de una comunidad, el hombre griego era afecto a la autonomía e independencia de su ciudad. Ya en la época arcaica la lucha y la muerte por la patria se caracterizaban como un valor inestimable: «El que se sienta morir, que arroje el último dardo, porque es honroso y magnífico que un hombre luche por su tierra, sus hijos y su amada esposa con los enemigos. La muerte llega cuando en verdad las Moiras la hilan» (Calino, Elegía 1). Tampoco en esta época posterior el sistema de lealtades grupales y de facción estaba desconectado del amor último a la patria chica, a la propia ciudad. A este respecto no puede resultar extraño que la masa popular de las ciudades griegas de Asia Menor, que ya había soportado el dominio lidio, pudiera sentirse con los persas menos libre, no porque éstos atentaran contra las instituciones sociales y culturales internas de las ciudades griegas sino porque mantuvieron y colocaron a los tiranos como ejecutores y garantes del inmovilismo político de las *poleis* cuando el pueblo apetecía un mayor desarrollo en ese terreno. No deja de ser significativo que, cuando Aristágoras renuncia a la tiranía, el régimen que

ofrece como más apropiado para dar satisfacción a las masas en sus apetencias de participación en el poder, sea el régimen «isonómico» (Herodoto, V, 37).

Los sublevados quisieron asegurar el éxito de la operación pidiendo ayuda a las ciudades griegas del continente. A tal efecto, Aristágoras viajó a Grecia en el 499 a. de C. Cleómenes de Esparta, ocupado en los preparativos de la guerra contra Argos, denegó la ayuda; sólo Atenas con veinte naves y Eretria con cinco prestaron su socorro. Los motivos reales que en esos momentos impulsaron a los eretrios a proporcionar cinco naves se desconocen. Herodoto pone en relación este hecho con la ayuda que los milesios les habían prestado en la guerra Lelantina. Los posibles motivos de Atenas parecen menos oscuros: temor a un hipotético regreso del tirano Hípias refugiado en Persia, desconfianza ante cualquier control persa de los Estrechos, por donde le venían los suministros de trigo, y deseo de controlar, por esta razón, las islas de Lemnos e Imbros.

Las naves de Atenas y de Eretria llegaron a Éfeso, probablemente en el 498 a. de C. Entretanto los sublevados atacaron y sometieron a saqueo la ciudad de Sardes, sin lograr tomar la ciudadela en donde se habían refugiado los persas. Cuando los sublevados se dirigían a Éfeso, cayeron sobre ellos los persas y los derrotaron. Las naves atenienses abandonaron Éfeso y regresaron a casa.

La retirada ateniense no debió de estar motivada por cautelas militares, ya que la toma de la capital lidia fue el acicate para que muchas ciudades griegas desde los Estrechos hasta Chipre secundaran la sublevación. Pudieron más bien influir en ello motivos de índole política. A este respecto desconocemos ciertamente, si la votación que decidió la ayuda ateniense alcanzó una holgada mayoría, pero no debe olvidarse que pocos años antes un sector de la población partidario de la tiranía había trabajado con los espartanos la reinstalación del tirano Hípias y que el mismo Clístenes, para romper el aislamiento de Atenas, intentó una alianza con Persia. En definitiva, las luchas internas por la dirección política se adaptaban a las circunstancias del momento, dando origen a decisiones a veces contradictorias que dependían de las motivaciones concretas del momento. Algo de esto ha podido acontecer con la retirada de las naves atenienses. Dos años después, en el 496 a. de C., en el punto más crítico del levantamiento jonio, fue elegido para el arcontado Hiparco, hijo de Carmo, pariente de los Pisistrátidas.

LA REACCIÓN PERSA

Los persas reaccionaron adoptando una estrategia en la que una vez que tomaron en el 496 a. de C. la isla de Chipre, pieza esencial en las rutas comerciales marítimas, parte de sus tropas se dirigió a la zona de los Estrechos para someter a las ciudades sublevadas, mientras que otras fuerzas lo hacían en los territorios de la Caria para luego concentrar los efectivos contra Mileto.

La sublevación de las ciudades griegas se había articulado en torno a la Liga panjónica que tenía su sede en el santuario Panionio, situado en el monte Mícale. Los sublevados, que llegaron a acuñar una moneda común de electro, contribuyeron a la causa colectiva con dinero, hombres y naves.

Ante el asedio de Mileto, las ciudades griegas, tras una reunión del Consejo, decidieron concentrar sus efectivos navales junto a la isla de Lade, en las proximidades de

Mileto. Las fuentes de información suministran cifras que parecen exageradas. Los griegos lograron reunir 353 naves y 7.000 hombres. Las contribuciones mayores fueron las de Quíos con 100 naves, Mileto con 80 y Samos con 60. Las naves fenicias que se les enfrentaban se elevaron a 600. Durante la batalla se retiraron los contingentes de Samos y Lesbos, dejando desguarnecido el flanco derecho. Pese a la resistencia ofrecida por los combatientes de Quíos, los griegos fueron derrotados. Con ello los persas pudieron sitiar Mileto por tierra y por mar para acabar de tomarla en el 494 a. de C. La ciudad fue destruida y sus habitantes vendidos como esclavos. Después de la toma de Mileto, los persas colocaron a Eaces, hijo de Silosón, que había aconsejado a los samios desertar de los jonios, como tirano de Samos. También las islas de Lesbos y Quíos fueron fuertemente castigadas. Artafernes reintrodujo el sistema de impuestos que gravaban anteriormente a los griegos, pero en estos momentos se realizó sobre bases, en principio, más equitativas, pues se hizo de acuerdo con un nuevo registro catastral. En el terreno político las ciudades griegas sometidas gozaban de autonomía para dilucidar sus asuntos internos, si bien debían someter a tribunales de arbitraje las disputas entre ciudades y sus litigios de orden público.

La primera lucha colectiva de los griegos contra la dominación persa había acabado en un fracaso. El sentimiento por esta derrota todavía golpeaba el ánimo de los atenienses cuando Frínico, probablemente en el 493 a. de C., la vuelve a recordar bajo la forma de un drama teatral: «Muy diferentemente obraron en este punto los de Atenas, quienes, además de otras muchas pruebas del dolor que les causaba la pérdida de Mileto, dieron una muy particular en la representación de un drama compuesto por Frínico, cuyo asunto y título era la toma de Mileto; pues no sólo prorrumpió en un llanto general todo el teatro, sino que el público multó al poeta en mil dracmas por haberle renovado la memoria de sus males propios, prohibiendo al mismo tiempo que nadie en adelante reprodujera semejante drama» (Heródoto, VI, 21). El drama pretendía ser un revulsivo de los sentimientos atenienses contra los persas. Se ha pensado, aunque sin pruebas, que detrás de Frínico se encontraba Temístocles que hace su aparición por aquellos momentos en la escena política. Aunque nada se sabe de seguro, es posible que éste fuese contrario a todos aquellos que castigaron al poeta y que además sustentase sentimientos contrarios a los persas. Quienes castigaron al poeta pudieron ver en la amarga representación de la derrota un medio de excitar los ánimos antipersas, mientras que ellos veían preferible la sumisión de sus hermanos jonios a la prestación de cualquier ayuda en aras de su liberación.

Después de la represión jonia, en el verano del 492 a. de C. Mardonio, yerno de Darío I, condujo una expedición contra tierras griegas. El ejército persa, cruzando el Helesponto, se dirigió por tierra en dirección a Tracia y a Macedonia (Herodoto, VI, 43 y ss.). En Macedonia obtuvo la sumisión de Alejandro Filoheleno, pero en Tracia el ejército sufrió pérdidas por el asalto que hicieron por sorpresa algunos componentes de la tribu de los Brygi. Mientras tanto, la flota persa tomó sin resistencia la rica isla de Taso, pero, cuando continuando con su periplo navegaba cerca del promonterio Atos, la flota naufragó a causa de una fuerte tempestad. Según Herodoto (VI, 44), aunque las cifras pueden estar hinchadas, las pérdidas se elevaron a 300 naves y 20.000 hombres.

Parece que los planes de la expedición no iban más allá de conseguir la sumisión de Tracia y retener a Macedonia como un Estado vasallo. Si esta era la intención, el objetivo se cumplió. Pero es Herodoto (VI, 43) quien da a entender que los planes

iban más lejos —«de allí continuarían marchando camino de Eretria y de Atenas»— y que fueron las pérdidas sufridas lo que impidió su consecución. En cualquier caso, es la tradición posterior griega, la de los vencedores de Maratón y Salamina, la que considerará por propio interés que ese era el objetivo último de la expedición de Mardonio, entendiéndola como «la primera expedición persa» contra Grecia. Y de esta forma será aceptada por parte de la historiografía moderna. No parece, no obstante, que esto responda a la realidad de los hechos. Más bien se trata, como opinan H. Bengtson y E. Will, de una visión retrospectiva.

LA POLÍTICA GRIEGA ANTES DE MARATÓN

Los persas procuraron establecer relaciones personales con los elementos más significativos de la aristocracia griega que por diversos motivos se habían visto forzados a abandonar sus ciudades o creído conveniente el hacerlo. En esta nómina se encuentran entre otros Hípias, ex tirano de Atenas, y Damátrato, ex rey espartano. Llegado el momento, estos vínculos personales, podían utilizarse para hacer llegar la influencia política persa a las ciudades griegas. Con algunas de las comunidades de Tesalia mantenían los persas relaciones estrechas.

Cuando en el 491 a. de C. solicitaron la sumisión griega, islas y ciudades del continente la aceptaron, excepción hecha de Atenas y Esparta, que condenaron a los emisarios. En esta resistencia de Atenas y de Esparta podría verse, una vez más, como opina E. Will, un anacronismo respecto a las dos ciudades que con posterioridad conducirán la guerra contra Persia. Esta consideración, no obstante, no fue obstáculo para que Cleómenes, a petición de los atenienses, entregase a éstos los rehenes eginetas, bien sea porque temiese, como suponía Atenas —podría ser un pretexto engañoso—, que la isla pudiera pasarse a los persas, bien porque tuviese la secreta esperanza de arrastrar a los atenienses a la Liga del Peloponeso.

La política ateniense al respecto durante este periodo resulta más difícil de concretar. Es recurrente la opinión que la valora como vacilante, porque en ella concurren las tendencias favorables y contrarias a la tiranía. Pero los acontecimientos conocidos son muy pocos y no proyectan mucha luz sobre el asunto. Las iniciativas atenienses salían a flote debido a las gestiones de las personas que en cada ocasión las proponían y lograban los apoyos pertinentes; no de acuerdo con unos planes concebidos a largo plazo. Así, el temor ocasional y concreto a una posible implantación de la tiranía es precisamente lo que ha podido decidir el envío de 20 naves a los jonios sublevados. Mas tampoco se pueden minimizar las razones ofrecidas por Aristágoras, que Herodoto (V, 97) recoge: «Allí en una asamblea del pueblo, dijo en público Aristágoras lo mismo que en Esparta había dicho en lo tocante a las grandes riquezas y bienes de Asia, y también a la milicia y arte de la guerra entre persas, tropa débil y fácil de ser vencida, no usando ni escudo ni lanza en el combate. Esto decía por lo concerniente a los persas; pero respecto a los griegos, añadía que, siendo los milesios colonos de Atenas, toda buena razón pedía que los atenienses, a la sazón tan poderosos, los librasen del yugo indigno de Persia». De seguir operando con esta segunda explicación, según la cual las naves atenienses serían enviadas en busca de botín, el regreso de la flota ateniense no se debía al triunfo de la facción que apoyaba a la tiranía, a los persas o a los que no querían conflictos con Persia, que prácticamente podía ser lo mismo, sino

a que, saqueada Sardes y obtenido el botín, la flota ateniense se retiraba en el momento oportuno antes de que se produjese la reacción persa.

Para el año 496-495 a. de C. fue elegido arconte el Pisistrátida Hiparco, hijo de Carmo (Dionisio de Halicarnaso, *Rom. Ant.* 5.77.6; 6.1.1.). Ya la euforia de los sublevados se iba apagando, y la maquinaria militar persa se ponía en movimiento. Su elección para el arcontado se interpreta como un intento de aproximación a los persas en el sentido de que con este gesto los electores manifiestan el apoyo al clan de los Pisistrátidas cuyo representante más cualificado se encontraba bajo la protección del sátrapa. Desconocemos si en la elección hubo una pretensión de este tipo. De haberla, se trataría de una intención tan sutil como inoperante, porque daría a entender que el sátrapa estaba, en todo momento, profundamente interesado en los asuntos internos de Atenas y que Hiparco mantenía una constante y estrecha vinculación con el extranjero. No hay datos que apoyen ambas suposiciones y sí algún indicio en contra. El nuevo arconte no estaba incluido entre los Pisistrátidas expulsados en el 510 a. de C. Su devoción por la tiranía debió de ser muy tibia, y más aun después de los imparables cambios constitucionales.

Para el 493-492 a. de C. fue elegido arconte Temístocles hijo de Neocles, de la familia de los Licomidas. Este arcontado, lo mismo que el de Hiparco, es conocido por la información proporcionada por Dionisio de Halicarnaso (*Rom. Ant.* 6.34.1), fuente tardía de época agústea. Con el arcontado de Temístocles, y debido a su iniciativa, se relaciona la construcción de las fortificaciones del Pireo tal y como señala Tucídides (I, 93): «también la persuadió Temístocles a que amurallasen lo que faltaba del Pireo (se había empezado ya antes, durante el año en que fue él arconte de Atenas)». Así las obras iniciadas durante su arcontado del 493-492 a. de C. se reanudaban en el 483-482 a. de C. unidas al programa de construcción de la flota. La información así interpretada ofrece unos años de inactividad constructiva, inexplicable en un contexto de guerra intermitente, en su prolongado enfrentamiento con Egina, que, con su flota, podía causar serios quebrantos a los desguarnecidos puertos atenienses. Ese oscurecimiento de su figura durante diez años inclina a algunos autores modernos a suponer que la fecha del 493-492 a. de C. para su arcontado —que Tucídides, ciertamente, no dice que se correspondía con ese año—, es falsa. Es cierto que la trayectoria política de Temístocles adquiriría mayor coherencia si un arcontado se situase en el 483-482 a. de C., pero tal suposición habría que probarla. Se ha elaborado otra hipótesis consistente en admitir la fecha del 493-492 a. de C. para el arcontado de Temístocles, pero como una etapa inicial de su carrera sin significación sustancial mientras que la información de Tucídides se interpreta en el sentido de que Temístocles asumiría luego un cargo relacionado con la construcción de las naves. En cualquier caso en el 493-492 a. de C. la figura de Temístocles está eclipsada por la recia personalidad de Milciades, hayan actuado o no ambos personajes al unísono.

Antes de las reformas constitucionales de Clístenes, Milciades había abandonado Atenas para ocupar las posesiones del Quersoneso. Y allí permaneció hasta que la dominación persa de la Tracia y de la zona de los Estrechos motivó, en el 493 a. de C., su regreso a Atenas. Al decir de Herodoto (6.104), tan pronto llegó, fue acusado de ejercer la tiranía en el Quersoneso, aunque salió libre de la acusación. Temístocles había regresado a una Atenas muy transformada en el orden constitucional, que estaba ya relativamente consolidado. Con la nueva organización tribal de Clístenes los antiguos métodos de presión política, que giraban sobre la organización gentilicia y regio-

nal, habían percibido su fuerza. Las antiguas cuestiones políticas a favor y en contra de la tiranía o de las nuevas reformas no habían muerto, pero quedaban relegadas a un segundo plano ante la amenaza persa que se les venía encima y que debían decidir si acataban o rechazaban. La discusión y las distintas opiniones al respecto no emanan de partidos o de agrupaciones políticas que las defiendan, sino de actitudes personales que operaban a favor o en contra y que buscaban convencer a sus conciudadanos. En este sentido Milciades, que había tenido que abandonar sus posesiones y sufrido de forma más inmediata la amenaza persa, tenía un ánimo predispuesto a contrarrestar la influencia de aquellos atenienses que por cualquier motivo se mostraban partidarios de los persas.

En la vida política de la Atenas de este periodo anterior a la batalla de Maratón se aprecian sucesivas decisiones que a primera vista parecen contrapuestas: solicitud de alianza con Persia en el 507 a. de C., ayuda a los insurgentes jonios en el 499-498 a. de C., retirada de esta ayuda, elección, para el arcontado, del Pisistrátida Hiparco, multa a Frínico en el 493-492 a. de C. Dar a estas decisiones diversas una explicación basada en sucesivos y alternativos triunfos de distintas tendencias políticas que perdurasen a lo largo del tiempo de forma sólida y constante, no tiene un fundamento sustancial. Algunas de estas decisiones pueden deberse a un temor circunstancial y momentáneo a los persas o a que éstos puedan instaurar la tiranía.

MARATÓN

En el 491 a. de C., según el relato de Herodoto, Darío I envió embajadores a los Estados griegos solicitando la sumisión. Tal solicitud carece de fundamento. Tampoco lo tiene la anécdota manifestada por Herodoto (6.94) de que a Darío su criado «le estuviese inculcando cada día que se acordara de los atenienses». Herodoto lo pone en relación con la ayuda que Atenas prestó a los sublevados jonios. Pero ¿cómo pudo desencadenar semejante odio una ayuda de 20 naves, que a los pocos meses se retiró, procedente de una ciudad todavía no poderosa y relativamente aislada en el contexto de los Estados griegos? Una vez más puede verse en ello un anacronismo de lo que posteriormente llegará a representar Atenas.

En el 490 a. de C. las tropas persas se concentraron en Cilicia. El mando de ellas se encomendó a Datis, un medo, y la flota, a Artafernes, hijo del sátrapa del mismo nombre. Además de las disposiciones habituales, los persas construyeron transportes especiales para embarcar las tropas de infantería y caballería. Herodoto habla de 600 naves. Fuentes históricas posteriores engrandecen con desmesura el número de los efectivos. Una estimación de 20.000 infantes y 800 jinetes no estaría alejada de la realidad. La flota se dirigió hacia las Cícladas. Naxos fue tomada y sus habitantes buscaron refugio en las montañas. Con Delos se mostraron respetuosos y Datis ofreció sacrificios. Sinceridad religiosa aparte, el acto de venerar la divinidad griega podía contribuir a dividir la opinión de los griegos respecto de las decisiones que se debían tomar frente al persa. La flota se dirigió luego a la isla de Eubea. La ciudad de Caristo resistió, luego capituló, y fue destruida. En Eretria la situación era distinta. Parte de la población se dispuso a combatir, la otra abandonó la ciudad. Eretria fue capturada y sus habitantes deportados a Susa. Allí los encontró Herodoto (VI, 119) cuando, una generación después, visitó Persia.

El ejército persa se decidió a desembarcar en la llanura de Maratón. La elección de aquel lugar tenía sus ventajas. Era una llanura en la que podía maniobrar adecuadamente la caballería y proporcionar pastos a los caballos. Desde el punto de vista de la estrategia política, la llanura se encontraba en un sector geográfico cuyos habitantes se habían mostrado en el pasado partidarios de la tiranía, y entre el ejército invasor se encontraba Hípias, el viejo tirano de Atenas.

A propuesta de Milcíades (Aristóteles, *Retórica*, III, 1411 a) la Asamblea votó un decreto por el que se ordenaba ir al encuentro del enemigo con todas las fuerzas, mientras que el corredor Filípides cubría en 36 horas la distancia de 225 km. para pedir ayuda a los espartanos. Los pretendidos o reales escrúpulos religiosos de éstos al no querer combatir a los persas hasta que acabaran las fiestas de Apolo Carneios, dejaba solos ante el peligro a los atenienses y al contingente de Platea.

En Maratón, el ejército de Atenas y de Platea, cifrado conjuntamente en unos diez mil hoplitas, acampó en las alturas que se abren a la llanura Agrieliiki. Desde allí se controlaban los caminos que conducían hacia Atenas y podían observarse nítidamente los desplazamientos de los persas y de su flota. Durante algunos días los ejércitos enemigos permanecieron tranquilos en sus posiciones. No está suficientemente esclarecida la causa por la que los atenienses, a los que favorecía la dilación en la apertura de las hostilidades por esperar la ayuda espartana, se lanzaron al combate. A este respecto, una fuente tardía, la *Suda* (s. v. *choris hippeis*) recoge un proverbio que dice que los jonios que se hallaban entre las tropas persas avisaron a los atenienses de que la caballería persa se marchaba. Parte de la historiografía moderna acepta como probable esta explicación. Considera que quizá los persas, para salir del atolladero, estuviesen reembarcando la caballería y algunas otras tropas para lanzar un ataque al Ática por el lado opuesto. Otros, sin embargo, llaman la atención sobre el hecho de que esta fuente de información es muy tardía y de que, quizá, el relato fuese inventado para explicar el proverbio. En este sentido otorgan más fiabilidad al relato de Herodoto (VI, 109) que centra la cuestión en los diez estrategos, de los cuales uno era Milcíades y decía: «Si no ofrecemos batalla estoy seguro de que las mentes de los atenienses serán presa de grandes perturbaciones inclinándose hacia los persas; en cambio, si entramos en batalla antes de que se manifieste la escisión entre los atenienses con la ayuda de los dioses justicieros podremos salir victoriosos de este combate». Pretendía evitar lo que recientemente había ocurrido en Eretria. Tomada la decisión de combatir, se pusieron en juego algunas medidas tácticas que resultaron oportunas para esa ocasión concreta. Para contrarrestar la inferioridad numérica de los combatientes griegos se decidió alargar la línea de frente, debilitando el centro, pero reforzando los flancos. En una distancia corta la eficacia de los arqueros persas contra cualquier ejército que avanzase lentamente era decisiva. Por esta razón los griegos avanzaron a la carrera. Con ello se mermaba la eficacia del ejército persa y se hacía más impetuoso el ataque griego. Los persas rompieron el centro griego, pero fueron superados por los flancos con peligro de verse rodeados. Los persas emprendieron una precipitada retirada hacia las naves. Desconociendo cuál iba a ser la táctica que iban a seguir los persas y temerosos de que cayesen sobre una Atenas desguarnecida, los atenienses, a marchas forzadas regresaron a su ciudad. La batalla de Maratón, con seis mil cuatrocientos muertos persas y ciento noventa y dos griegos (Herodoto, VI, 117), apenas fue una escaramuza. Además, con la conquista de las islas los griegos alcanzaron parte de los objetivos propuestos, pues lograron crear frente a la Grecia continental un cordón protector de su imperio. Del

lado ateniense la importancia de la batalla fue de índole psicológica y moral. Atenas había alcanzado el triunfo sin apenas ayuda de otros estados griegos. Supo honrar a sus héroes caídos con una tumba junto al campo de batalla. Había sido la última victoria conseguida exclusivamente por un ejército hoplita representante de una clase determinada de Atenas. Más adelante la fortaleza militar de Atenas residiría en su flota. El triunfo, además, otorgó a la ciudad confianza en sí misma, en su capacidad y en sus instituciones democráticas. Con él, por otra parte, se clarificaban y zanjaban prácticamente las antiguas querellas a favor y en contra de la tiranía y de Persia. Para Hípias y sus partidarios las esperanzas en la tiranía se esfumaban; para la ciudad la amistad con Persia resultaba ya imposible. Ambos aspectos correspondían prácticamente a un mundo sin retorno.

Maratón se asocia al nombre de Milcíades. La batalla fue su gloria; las consecuencias que quiso sacar de la misma, su ruina. Al decir de Herodoto (VI, 132), después de la batalla consiguió el mando de una pequeña flota para realizar una expedición secreta, no se sabe con qué intenciones. La expedición fracasó ante Paros. Milcíades, gravemente herido, regresó a Atenas, en donde fue procesado bajo la acusación de «haber engañado al pueblo» y condenado al pago de 50 talentos, que no satisfizo pues murió enseguida.

Con el proceso de Milcíades se abre una serie de ostracismos contra personajes de la vida política —al Pistrárida Hiparco en el 488-487 a. de C., el Alcmeónida Megacles en el 487-486 a. de C., etc.—, después de 20 años de promulgada la ley del ostracismo. Durante este periodo de intrigas políticas tuvo lugar la introducción del sorteo en el sistema de elección de los arcontes. Los nueve arcontes eran sacados por suerte entre una lista de quinientos candidatos elegidos por los ciudadanos de cada demos (Aristóteles, *Ath. Pol.* 225). Al ser ampliado el número de los candidatos y dejar la elección en manos del azar, disminuían sensiblemente las posibilidades de que la suerte recayese en personas de reconocido prestigio. A su vez, el consejo aristocrático del Areópago, compuesto de personas que habían desempeñado con anterioridad el arcontado, iban perdiendo lentamente el prestigio que le había caracterizado.

ATENAS Y LA FLOTA

Pese a que la mayor parte de la actividad económica de Atenas dependía directa o indirectamente del mar, hasta entonces sus dirigentes políticos se habían mostrado indiferentes a la hora de dotarla de una potente flota. Atenas había conseguido una constitución políticamente avanzada, pero por lo que hacía a la estructura militar de la ciudad, ésta se encontraba anclada todavía en el pasado. La fuerza de su ejército residía en la falange de hoplitas que tan gloriosamente había triunfado en Maratón. Orientar el poder militar de Atenas hacia el mar suponía dar el mayor peso en el ejército al sector más empobrecido de la sociedad en detrimento de los propietarios terratenientes. La flota se nutría mayoritariamente de *thetes*, que eran los que servían como remeros. La inercia de continuar con unas fuerzas armadas basadas primordialmente en la falange de hoplitas y de oponerse a la construcción de la flota ha podido proceder, con alta probabilidad, de los terratenientes. Pero no fue el temor a una invasión persa lo que condujo a la construcción de la flota. Nada hace suponer que en los años inmediatamente posteriores a Maratón, Esparta y Atenas estuviesen temiendo una invasión

persa. El problema para Atenas era como antaño Egina, con la que se habían reanudado los enfrentamientos, saldados con poco éxito por Atenas. Egina con su flota no sólo está en condiciones de saquear las costas del Ática sino que podía causar perjuicios a los transportes de cereal con destino a Atenas. Herodoto (VII, 144) pone la construcción de la flota ateniense en relación con la guerra con Egina: «Antes de este parecer, había dado ya Temístocles otro que en las circunstancias actuales fue un arbitrio muy oportuno. Había sucedido que, teniendo los atenienses mucho dinero público, producto sacado de las minas de Laurión, y estando ya para repartirlo a razón de diez minas por cada uno, supo persuadirlos Temístocles de que, dejado aquel reparto, prefiriesen hacer con aquel dinero doscientas naves para la guerra que traían con los de Egina». En el 493-492 a. de C. Temístocles, hijo de Neocles, fue elegido arconte y pudo llevar adelante la construcción de las dársenas del Pireo y la construcción de la flota, pese a la oposición de Aristides y del sector de propietarios agrarios. En los tres años siguientes se fletaron doscientas naves, contribuyendo a su construcción y dotación de material los hombres más ricos de Atenas.

LOS PERSAS ATACAN DE NUEVO

Por aquel entonces los griegos tuvieron conocimiento de los preparativos que los persas habían iniciado en el 484 a. de C. Para los persas Maratón no pasaba de ser una ligera escaramuza negativa. No era motivo de gran preocupación. De hecho, no reaccionaron en los años inmediatamente posteriores. Había otros asuntos más importantes que atender. La sublevación egipcia del 486-485 a. de C. revestía mayor gravedad. Además, su represión coincidió con la muerte de Darío I, y su hijo Jerjes debió aplastar la revuelta. Los privilegios de los que disfrutaba Egipto fueron suprimidos (Herodoto, VII, 7). Casi coincidentes en el tiempo con este acontecimiento se produjeron las usurpaciones locales de Babilonia que Jerjes reprimió. Pero ya en el 483 a. de C. los persas estaban en condiciones de prestar más atención a los preparativos de la invasión de los territorios griegos. Hubo acciones diplomáticas, tendentes, por un lado, a bloquear cualquier ayuda procedente de los griegos occidentales, y por otro, a mantener y garantizar la sumisión de algunos Estados griegos continentales o a procurar la neutralidad de otros. A esta acción diplomática responde la posible alianza de Jerjes con Cartago para que esta última, si llegaba el caso, neutralizase con su intervención armada cualquier ayuda militar, remitida por Siracusa. Para los griegos, que no deseaban contribuir a la causa común, las siguientes palabras de Herodoto (VIII, 144) no excedían los límites de un sentimiento ambiguo, en aras del cual no estaban dispuestos a correr riesgos excesivos: «Inspirando en nosotros el más tierno amor y piedad hacia los que tienen los mismos ritos, la comunidad de templos, la uniformidad en las costumbres». Los Estados griegos eran soberanos y continuamente se veían enzarzados en querellas antiguas y nuevas. No había conciencia de unidad nacional común sino sólo de la independencia de su propia comunidad y, por lo tanto, tampoco había un sentimiento de solidaridad frente a un enemigo común. Cada comunidad actuaba al socaire de sus propias realidades y circunstancias.

Las disposiciones bélicas adoptadas resucitaban el plan estratégico anterior de Maradonio, evitando los inconvenientes encontrados. Se mandó excavar un canal, algunos de cuyos restos se han encontrado, junto al promontorio del monte Atos, para facilitar,

sin riesgos, el paso de la flota persa. Al mismo tiempo, depósitos de víveres, situados estratégicamente, garantizaban los suministros. El paso del Helesponto se preparó mediante el tendido de dos puentes de barcas. Apenas terminados, una tempestad los destruyó. Es posible que sea una fantasía de Herodoto (VIII, 35) la anécdota de que Jerjes, enfurecido, mandó azotar el mar: «mientras azotaba el mar, le dirigía injurias tan dementes como groseras: olas amargas, tu dueño y señor es quien os inflige este castigo, ya que le habéis ofendido injustamente sin haber recibido de él mal alguno. Quieras o no, el gran rey Jerjes te surcará». Esta anécdota es quizá una simple imagen descriptiva y colorista de la contrariedad de Jerjes. Los puentes se rehicieron y estuvieron dispuestos para el paso del ejército.

Los preparativos no pasaron desapercibidos para los griegos, que dispusieron de las medidas oportunas para adoptar una estrategia común. El eje de la resistencia gravitaba sobre Esparta y Atenas. Motivos diversos hacían de ambas el elemento aglutinador. Si la información de Herodoto es cierta, los espartanos intentaron paliar el asesinato realizado en las personas de los embajadores persas enviando a Jerjes a dos ricos espartanos para que sufrieran la misma suerte y expiaran el crimen. Jerjes, que estaba decidido a invadir Grecia, rechazó dicho ofrecimiento. Con ello peligraba la independencia de Esparta y su papel hegemónico dentro de la Liga del Peloponeso. Había, pues, razones de diversa índole que lo forzaban a la resistencia. En el caso de Atenas, después del enfrentamiento de Maratón la situación se había esclarecido: si los persas tomaban la iniciativa de invadir Europa, estaba claro que serían sometidos. No había otra alternativa que someterse o combatir. El éxito de Maratón y la disposición de una flota numerosa preparada para el combate y para la huida con la población de Atenas si las circunstancias lo requerían, inclinaba la balanza ateniense hacia la lucha. El perdón y el regreso de los expulsados por ostracismo no sólo permitía recuperar a unos ciudadanos de prestigio y reconciliar a sus partidarios en una empresa común de resistencia al persa, sino que con ello se evitaba que fuesen utilizados o se viesen forzados en su exilio a trabajar en favor del persa y en contra de su patria.

La decisión de Esparta y Atenas de combatir no era garantía suficiente de éxito si no contaba con la colaboración de otros Estados griegos. Por eso se convocaron dos congresos griegos, aludidos en las *Historias* de Herodoto. El primero, que tuvo lugar en el 481 a. de C., estuvo integrado por aquellos Estados que se suponía estaban animados por una voluntad propicia a la resistencia. Como resultado del mismo se creó una liga helénica defensiva. Los participantes en el congreso llegaron a varios acuerdos: poner fin a las mutuas disensiones, especialmente las que mediaban entre Atenas y Egina; enviar espías a Asia y embajadores a Creta, Corcira, Argos y Siracusa en solicitud de que participaran en la resistencia; castigar a aquellos griegos que continuasen siendo partidarios de los persas obligándoles a ofrecer a Apolo délfico la décima parte de sus bienes (Herodoto, VII, 132), y encomendar a Esparta —no podía ser de otra forma, pues el núcleo de los participantes lo constituían los miembros de la Liga del Peloponeso— el mando de las fuerzas griegas.

La respuesta griega al llamamiento fue descorazonadora. Creta se negó, Corcira retrasó el envío, Siracusa titubeó y Argos declaró su neutralidad, aunque se inclinaba por Persia. El mismo oráculo de Delfos contribuía a la confusión de la situación. A los argivos y cretenses les sugería la neutralidad o la sumisión, a los atenienses la huida y que la única salvación la encontrarían refugiados tras un muro de madera. Posiblemente se trataba de una referencia a la empalizada de madera que protegía la Acrópolis

de Atenas, pero Temístocles desvió su significación en el sentido de que el oráculo se refería a la flota: «(los atenienses)...decidieron tras haber deliberado sobre el oráculo recibir al bárbaro que marchaba contra la Hélade todos juntos en las naves —obediendo así al dios— con aquellos de entre los griegos que quisieran unírseles» (Heródoto, VII, 144).

FUERZAS Y OPERACIONES

«Ninguna de las otras expediciones puede compararse con ésta». Las palabras de Herodoto (VII, 21) indican, de una manera general, la importancia de la invasión, caracterizada por la minuciosidad y complejidad de los preparativos y por las cifras aportadas, poco fiables ciertamente, de los contingentes movilizados por los persas. Las cifras ofrecidas por Herodoto —1.700.000 soldados (VII, 60), 80.000 jinetes y 1.207 naves (VII, 89)— están hinchadas. Historiadores posteriores como Eforo y Ctesias las rebajan a 800.000, otros a 700.000; de todas formas siguen siendo exageradas. La cuestión de las cifras sigue siendo un problema que ha llamado la atención de estrategas, que desde el terreno de la logística militar han aportado matizaciones pertinentes. Así, se considera que hay una imposibilidad logística de transportar, mantener adecuadamente y concentrar para el combate, unos contingentes tan elevados. Mas rebajar la cifra a unos 50.000, como pretende alguno de estos analistas, tampoco parece adecuado. Los griegos, que se asustaron sobremanera ante la cantidad de tropas movilizadas por los persas, no se hubiesen asustado si ese hubiese sido el número de los contingentes persas. Hasta los mismos griegos en Platea serán capaces de reunir un número semejante. Cada historiador moderno que se enfrente a la cuestión de los contingentes busca una aproximación racional. Entre los 100.000 y los 200.000 para el ejército de tierra y entre las 600 naves para la flota, son las cifras que se ofrecen como más recurrentes.

Ciertamente en las confrontaciones entre ejércitos son importantes las diferencias numéricas entre ambos bandos combatientes. Pero intervienen también otros factores y variables: armamento, plan estratégico y táctico desarrollados, valor desplegado, etc., que pueden neutralizar, sobradamente, el factor de la superioridad numérica de uno de los bandos combatientes.

En la elaboración de su plan estratégico los griegos debían de tener presente su inferioridad numérica por tierra y por mar. Esta realidad desaconsejaba el presentar batalla en campo abierto para impedir que la caballería y el ejército de los persas pudieran maniobrar con facilidad. En el mar, aunque también los griegos tenían inferioridad en naves, las esperanzas eran mayores. En el segundo congreso, los miembros de la liga defensiva ordenaron enviar una fuerza de 10.000 hoplitas a cerrar a los persas los pasos que desde Macedonia conducían a Tesalia. Las fuerzas fueron transportadas a Halo en barco y desde allí alcanzaron el valle del Tempe, entre los montes Olimpo y Ossa. Pero la posición no era segura, porque de Macedonia a Tesalia había otros pasos, susceptibles de ser utilizados por los persas. La defensa de los mismos hubiese exigido contingentes mayores y la dispersión de los efectivos griegos. Además, no era seguro que la población de Tesalia no se pusiese del lado de los nobles Aleudas, partidarios de los persas. Por todo ello creyó conveniente que el contingente expedicionario griego se replegase, regresando al istmo.

Los persas, mientras tanto, avanzaban y lo hacían con un movimiento sincronizado del ejército de tierra y la flota. Es posible que fuese en esos momentos cuando los griegos elaboraron el plan estratégico de combatirlos también, de una manera coordinada, por mar y tierra. Se apoyaban en una doble línea: una primera establecida en las Termópilas por tierra y en el Artemision por mar, y una segunda, en el istmo de Corinto y en Salamina respectivamente. Al mando del espartano Leónidas un cuerpo de ejército del que formaban parte 4.000 peloponesios —de ellos sólo 300 espartanos—, 1.100 beocios y 1.000 focidios, ocuparon las Termópilas. Este angosto desfiladero ofrecía la ventaja de que con pocas fuerzas defensivas podía sujetar en el terreno a un ejército más numeroso. Por su parte, la flota griega, compuesta de 271 naves, al mando del espartano Euríbiades, tomó posiciones al norte de la isla de Eubea, en el cabo Artemisión. El lugar elegido tenía ventajas iniciales. Disponía de los mejores puertos y, en caso de extrema necesidad, de una vía de escape rápido. Por el contrario, la flota persa se vería forzada a buscar fondeaderos menos aptos y estaría expuesta a los riesgos de un mar más abierto.

Los estrategas modernos alaban el plan defensivo dispuesto por los griegos. Pero es difícil que éstos intuyeran de golpe todas las diversas excelencias que se detectan en su plan. Lo cierto es que actuaban de forma primaria, y de acuerdo con los intereses de los distintos componentes que formaban la liga defensiva. De ahí las diversas, pero positivas, valoraciones que se hacen del plan estratégico griego. Así, es recurrente la opinión de que el mantenimiento de las Termópilas tenía como finalidad estratégica contener al ejército persa hasta que se diese la batalla decisiva en el mar; es decir, que se piensa que las esperanzas griegas estaban en una batalla naval. Pero ¿podían los peloponesios cifrar sus esperanzas en la flota cuando la experiencia anterior de la batalla de Lade, durante el levantamiento jonio, mostraba que todo había resultado un desastre? Los peloponesios, que miraban también por sus intereses concretos, retuvieron en el istmo a la mayoría de sus tropas con la finalidad de defenderlo. Para ellos las Termópilas era sólo una avanzadilla de contención. En caso contrario, ¿cómo se explica que se remitiesen menos contingentes que los que se habían enviado al valle del Tempe? Las Termópilas caerán por falta de defensores. Si estas apreciaciones son correctas, el sacrificio de Leónidas sería el factor primordial para que los Estados griegos, impulsados por intereses propios inmediatos, no rompiesen la unidad de lucha.

En agosto del 480 a. de C., mientras el ejército persa se acercaba a las Termópilas, la flota persa fue al encuentro de la griega. Durante la travesía un temporal le ocasionó pérdidas al arrojar contra las rocas a algunas naves. Mientras tanto, en las Termópilas el ejército de Jerjes permaneció inactivo, aguardando a que el enemigo atacara o a que la flota estuviese en condiciones de combatir; dejó pasar cuatro días, esperando a cada instante que el enemigo levantara el campo. Al quinto día, como lo viese determinado a resistir más bien que a volver la espalda, lo que era desfachatez y locura a su parecer, lanzó al ataque a medos y cisios y, lleno de ira, ordenó que trajesen a su presencia a aquellos locos que se resistían. Los medos, lanzados contra los griegos cayeron en gran número, mientras otros acudían en su ayuda, pero el esfuerzo fue teñidamente quebrantado. Como los medos fueron acogidos con tanta aspereza, se les retiró del combate y fueron sustituidos por «Los Inmortales», creyendo que éstos al menos liquidarían al enemigo con facilidad y rapidez, pero no tuvieron mejor fortuna que los batallones medos por combatir en un corredor angosto y con lanzas más cortas que las griegas; la superioridad numérica de nada les servía» (Herodoto, VII, 210-211).

Por una información traicionera los persas conocieron un camino que a través de las montañas llevaba hasta la retaguardia de la guarnición de las Termópilas. El contingente focense, que guardaba ese sendero, fue cogido por sorpresa. Los griegos estaban prácticamente rodeados. Comunicada esta situación a la flota griega, Leónidas despidió a los aliados y el se quedó en el puesto con los 300 espartanos y voluntarios beocios, para cubrir la retirada del resto de las tropas. Leónidas y los suyos cayeron en desigual combate. «Extranjero, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos obedientes a lo que nos dijeron» (Herodoto, VII, 228), rezará en el monumento que los griegos levantaron en el lugar de la batalla.

La batalla naval de Artemisión no supuso un triunfo para nadie, pero comportó para los persas naves perdidas, que, junto a las destrozadas por la tempestad, disminuían sensiblemente sus efectivos. Tomadas las Termópilas, ya no tenía sentido que la flota griega mantuviese su posición anterior. Los atenienses decidieron evacuar la ciudad. Las mujeres y niños se quedaron en Trecén, Egina y Salamina, mientras que todas las demás personas capaces de combatir se embarcaron en la flota. Los ejércitos del Peloponeso se reagruparon en el istmo de Corinto para reforzar las defensas que defendían la península.

El embarque en la flota de todos los atenienses útiles para el combate se aprecia como una de las medidas más astutas tramadas por Temístocles. Evacuada Atenas y sin nada que defender en ella, embarcada la población útil y el resto alojada en lugares seguros, Temístocles no se veía forzado a secundar cualquier plan que mirase únicamente los intereses peloponesios. La mayoría de los barcos concentrados en la bahía de Salamina eran atenienses. Allí era donde Temístocles deseaba entablar la batalla decisiva. No quería dilaciones por temor a que los barcos peloponesios se retirasen para fortalecer el istmo de Corinto. La anécdota que refiere Plutarco (Temístocles, XI) es un indicio del estado de ánimo en el que se hallaban sumidos algunos de los peloponesios de la flota: «otro cometi6 la osadía de decir a Temístocles que un hombre que había perdido su patria no tenía derecho a impedir que otros acudieran en ayuda de los suyos. Temístocles le contestó: "nosotros, los atenienses, hemos abandonado nuestras casas y murallas, es cierto, porque hemos creído que por unas cosas sin sentido deberíamos sujetarnos a la servidumbre; pero aun así tenemos una ciudad que es la mayor de Grecia, las 200 naves, que están dispuestas a ayudarnos si queréis que os salven; pero, si nos abandonáis por segunda vez, la Hélade verá cómo los atenienses poseen una ciudad libre y un país en nada inferior al que nos han quitado"».

En septiembre del 480 a. de C. las naves persas y griegas estaban listas para el combate. Los persas desembarcaron tropas en el islote Psitalia, mientras sus barcos se alineaban en tres filas a lo largo de las costas del Ática. Los griegos lo hicieron a lo largo de la costa oriental de Salamina. Para contemplar plácidamente la batalla, Jerjes instaló su trono en lo alto del Egaleo. Los griegos, que combatían en aguas conocidas y por su salvación, atacaron decididamente el flanco persa, reduciendo de esta manera el espacio de maniobra en el que tenían que moverse las naves persas. El elevado número de éstas resultó un inconveniente, pues, costreñidas en un espacio estrecho, chocaban entre sí y se inutilizaban mutuamente. Mientras tanto, un contingente griego, al mando de Arístides, desembarcó en el islote de Psitalia y capturó a la guarnición persa. La batalla acabó en una derrota de la flota persa. Esquilo, que participó en la batalla de Salamina, la describe en la tragedia *Los Persas* (versos 411 y ss.), con estas palabras: «A continuación se mezclan todos. Nuestra escuadra (la persa) resiste el pri-

mer empuje; pero nuestros navíos, demasiado numerosos, amontonados en el estrecho, no pueden ayudarse; sus remos se rompen; los griegos, hábiles en la maniobra, los golpean por todos lados y los hunden; el mar desaparece bajo los restos y los muertos; las orillas y las rocas se cubren de cadáveres. La flota entera se da a la fuga en desorden».

Temístocles anhelaba asestar un golpe definitivo atacando el Helesponto y cortando la retirada a Jerjes. Era una operación arriesgada pero de éxito factible. Mas el ejército persa —no así la flota— estaba intacto y en cualquier momento podían atacar el Istmo de Corinto. Los peloponesios no estaban dispuestos a verse privados por algún tiempo de la cobertura de la flota griega. Hubo que desistir. Jerjes se retiró sin tropiezos a Asia, mientras el grueso del ejército persa quedaba en Grecia al mando de Mardonio, que se retiró con él a Tesalia para invernar.

LAS VICTORIAS DE PLATEA Y MÍCALE

Durante el invierno del 480-479 a. de C. Temístocles no fue elegido estratego. Sin que sepamos las razones que aconsejaban ese cambio, lo cierto es que la elección recayó en Arístides y Jantipo entre otros.

En el 479 a. de C. Mardonio inició por mediación del rey Alejandro I de Macedonia, una ofensiva diplomática tendente a conseguir la separación de los atenienses de la coalición, bajo el señuelo de ventajosas promesas. Atenas rechazó la propuesta y una vez más el Ática fue invadida y saqueada y los atenienses salvaron a su población instalándola en la isla de Salamina. Una vez más Mardonio reiteró sus promesas y una vez más Atenas las rechazó. Pero este tira y afloja no beneficiaba a los atenienses, que eran los que más sufrían la acción devastadora del ejército de Mardonio. Porque a las costas y gentes del Peloponeso la flota griega les daba protección mientras, que ellos mismos apoyados en las fortificaciones y en los dispositivos militares desplegados a lo largo del istmo de Corinto, podían hacer frente a cualquier incursión persa. Los peloponesios, en definitiva, no corrían riesgos excesivos en esta situación de *impasse*. Eran los atenienses los que estaban en situación precaria. Por eso, a iniciativa de Arístides, se remitió una comisión a Esparta, con el ruego de que el ejército griego marchase contra el enemigo; en el caso contrario amenazaban con pasarse al enemigo. El peligro de verse privados de la protección de las numerosas naves atenienses provocó la movilización general. El grueso del ejército mandado por Pausanias, regente del joven Plístarco, estaba formado por los lacedemonios y miembros de la Liga del Peloponeso, a los que se añadieron los contingentes de Atenas y de Platea. Su número se acostumbra a cifrar en 30.000 hombres, el de los persas entre 40.000 y 50.000, incluyendo unos miles de soldados griegos.

Los persas habían elegido la llanura de Platea para poder maniobrar con la caballería. La acción rápida de ésta les permitió apoderarse de la fuente Gargafia, que proporcionaba agua al ejército griego. Perdida esta fuente de aprovisionamiento de agua, se imponía un repliegue que se realizó en desorden, por lo cual los persas pasaron al ataque. La sangre fría de Pausanias y la férrea disciplina de los espartanos y tegeatas contuvieron los reiterados ataques persas sin que éstos lograsen romper las filas espartanas. Durante estos ataques Mardonio encontró la muerte, y su caída significó la derrota. Los griegos capturaron el campamento persa y se apoderaron de las riquezas

en él acumuladas, que fueron repartidas entre los combatientes griegos. Grecia alcanzaba su liberación. No todos los estados griegos habían contribuido a la misma. Años más tarde Platón dirá: «en estas guerras que tanto se admiran no se mencionan cosas que no honran precisamente a los griegos».

Inmediatamente después de la batalla de Platea, si bien las fuentes de información lo señalan como hechos simultáneos, la flota griega, al mando del rey espartano Laotíquidas, se dirigió hacia Asia Menor. Allí parte de los efectivos navales puestos en pie por Jerjes para invadir Grecia habían sido desmovilizados. El resto estaba varado cerca del promontorio de Mícale, protegido por un campamento militar. La flota griega, sin ser obstaculizada, efectuó un desembarco y lanzó un duro ataque contra el campamento. Los persas del campamento fueron aniquilados, y sus naves quemadas.

La hora de la liberación de los griegos de Asia Menor había sonado. Se la traían sus hermanos continentales, que tan poca ayuda les prestaron durante su anterior levantamiento contra el dominio persa. Eran, ciertamente, otros tiempos.

Las guerras médicas reforzaron en los griegos ese sentimiento de pueblo unido por vínculos de sangre, lengua y cultura (Herodoto, VIII, 144), que, sin embargo, no se logró plasmar en instituciones políticas comunes, ni rebasó los estrechos límites de las ciudades-estado. Los antiguos odios al vecino y los amores a la «patria chica» continuaron vigentes y apenas se vieron limitados por la conveniencia de incorporarse, cuando la ocasión lo requería, a las ligas y a las alianzas.

El entusiasmo del triunfo griego sobre el persa no mostró el plácido rostro de la generosidad con los hermanos equivocados sino la negra sed de las represalias con los Estados colaboracionistas respecto de Persia. Enseguida el ejército aliado griego saldó sus cuentas con Tebas. Después de una resistencia de veinte días, los tebanos entregaron a los cabecillas del partido «médico», que fueron ejecutados por indicación de Pausanias. También en la anficiónía de Delfos, federación religiosa de todos los Estados continentales, Esparta y sus aliados quisieron pasar la factura de la expulsión a todos aquellos Estados griegos que habían colaborado con los persas. Por sugerencia de Temístocles, los atenienses se opusieron. Una reducción drástica de sus miembros hubiese convertido al resto en un instrumento fácilmente manejable al servicio de Atenas y de sus intereses.

CAPÍTULO XVII

LAS DIVERGENCIAS GRIEGAS HASTA LA GUERRA DEL PELOPONESO

LA NUEVA SITUACIÓN

Los enfrentamientos con los persas produjeron dos hechos, que, en cierta manera, sorprenden: el triunfo de los griegos, más deseado que esperado, y el papel que en el mismo desempeñó el poderío naval. El liderazgo de Esparta en la liga defensiva contra el persa está fuera de toda discusión. Eran espartanos los que dirigían las operaciones. Pero el papel cumplido en las mismas por la flota dejaba ver en el horizonte la importancia adquirida por Atenas y que deberá reflejarse en la balanza del poder.

Derrotado el enemigo común, los intereses de los peloponesios y de los atenienses difícilmente podían ser coincidentes. Así, cuando después de Mícale, la flota aliada al mando del espartano Leotíquidas, alcanzó el Helesponto y regresó a casa, los atenienses, al mando de Jantipo, navegaron rumbo al Quersoneso y tomaron Sesto. Para Herodoto (IX, 114-121) la operación respondía a una iniciativa estrictamente ateniense. Tucídides (I, 89), sin embargo, otorga participación en la misma a otras gentes: «los atenienses y los aliados de Jonia y el Helesponto, que se habían rebelado ya contra el rey, se quedaron y sitiaron Sesto, que ocupaban los persas». Ciertamente los asuntos del Quersoneso y del Helesponto interesaban de manera especial a los atenienses. Desde la época de la tiranía, Atenas tenía intereses económicos en el Quersoneso tracio. El control de los Estrechos era vital para Atenas, ya que por esa ruta le llegaba el trigo procedente de la cuenca del mar Negro y por esa ruta se exportaba parte de su producción.

Este tipo de iniciativas no provocaban las suspicacias de Esparta, pues el interés de Atenas en la zona era anterior a las guerras Médicas. Cuestión distinta fue cuando los atenienses, animados por Temístocles, decidieron reconstruir las murallas de Atenas. Era una aspiración ateniense que la dolorosa experiencia pasada aconsejaba. Pese a su poderío naval, los saqueos persas del Ática y las dos evacuaciones de su población les recordaban amargamente la fragilidad de su territorio y de Atenas ante un ataque por tierra. Sólo la protección de sólidas fortificaciones era suficiente garantía de su independencia. No buscaban con ello ni una ruptura con Esparta ni con ningún miembro de la liga, sino la posibilidad de actuar de igual a igual con Esparta dentro de la liga, sin sentirse materialmente indefensos ante cualquier represalia militar. Los atenienses iniciaron a ritmo rápido la reconstrucción de su ciudad y de sus murallas, utilizando

toda clase de materiales disponibles, incluso las estelas funerarias. Los trabajos de reconstrucción y la rapidez con que ésta se realizaba alarmaron a los espartanos y a algunos de sus aliados, que aconsejaron enviar embajadores a Atenas con la pretensión de que las obras se paralizasen. No sólo era Esparta la que temía este reforzamiento material de Atenas. Egina tenía también sus razones. Cuando en el 481 a. de C. la Liga helénica decretó la suspensión de todas las hostilidades entre los Estados miembros, Egina se encontraba en guerra con Atenas.

La embajada de Esparta ante los atenienses actuaba como brazo amenazante que reclamaba la suspensión de las obras. Los atenienses, por el contrario, convirtieron su embajada en un hábil instrumento dilatorio que fue prolongando intencionadamente las conversaciones hasta que las murallas alcanzaron la altura indispensable para defenderse. En ese momento, en palabras de Tucídides (I, 91), Temístocles descubrió sus cartas y comunicó a los espartanos «que fueran en adelante haciéndose la cuenta de que se dirigían a un pueblo que conocía perfectamente sus propios intereses y el bien general. La misión de los espartanos era impedir la construcción de las murallas de Atenas: una vez construidas éstas, carecía de sentido continuar en las conversaciones; Los lacedemonios no dejaron ver su indignación...y además eran amigos del mismo Temístocles en aquel tiempo por su valor contra los persas, pero lo llevaron a mal, sin dejarlo ver, al no conseguir su deseo. Y los embajadores de ambas ciudades regresaron a su patria sin presentar reclamación alguna».

PAUSANIAS AL MANDO DE LA FLOTA DE LA LIGA HELÉNICA

En la primavera del 478 a. de C. la flota aliada, compuesta por veinte naves del Peloponeso, treinta atenienses y un número no determinado de naves aliadas, se hizo a la mar bajo la dirección de Pausanias, el triunfador de Platea. La flota puso rumbo a Chipre y las fuerzas transportadas se apoderaron de la isla, pieza importante en la ruta que unía Europa y Asia. Conseguido este objetivo, se encaminaron en dirección norte, hacia Bizancio. La conquistaron y se apoderaron de la guarnición persa que la protegía. La singladura marítima de Pausanias iba dejando una estela de éxitos, mientras crecía el descontento contra su persona, especialmente de parte de aquellos jonios que últimamente habían alcanzado su liberación. Sus independientes modos de actuar suscitaban el rencor de muchos. Tucídides dice (I, 95) que los jonios «dirigiéndose repetidas veces a los atenienses, les pedían que aceptaran el mando sobre ellos por su parentesco de raza, y que no sufrieran a Pausanias cuando se propasara. Los atenienses aceptaron sus proposiciones y se resolvieron a no tolerar los desmanes de aquél y a resolver las demás cuestiones como creyeran ellos más conveniente». A Pausanias se le criticaba por muchas cosas. Se le acusaba de malos tratos a los aliados, de haber dejado en libertad a los persas capturados en la conquista de Bizancio y de estar en conversaciones con Persia, a la que ofrecía la entrega de los griegos si se le entregaba la mano de una princesa persa. Resulta difícil comprobar ciertamente lo que pudo haber de verdad en estas acusaciones. Cuando llegaron a oídos de los espartanos estos rumores, Pausanias fue cesado en el mando y sustituido por Dorcis. Pero, excepto los peloponesios, el resto de los aliados se negaron a servir bajo el mando de Dorcis y lo hicieron bajo el de los atenienses. Dorcis se sintió humillado y, retirando las naves peloponésicas, regresó a Esparta. La negativa a aceptar el mando de Dorcis es un indicio

indirecto de que las supuestas o reales acusaciones contra Pausanias no constituirían el único motivo para rechazar el mando espartano. En su azarosa vida Pausanias también fue acusado de deslealtad a su patria por estar en conversaciones con los ilotas. Caso de que tal noticia sea cierta, no se sabe qué podría pretender con esas gestiones; quizá en este caso, dada la desproporción numérica entre espartanos e ilotas, buscarse incorporar a algunos de ellos al cuerpo de ciudadanos.

FUNDACIÓN DE LA LIGA ÁTICO-DÉLICA

En el año 478 a. de C. se transfirió el mando a Atenas y se pusieron los cimientos de una nueva liga, designada con el nombre de Liga de Delos. Se hacía con ello un desplante a la capacidad de liderazgo de Esparta y se creaba una nueva coalición que, a la larga, haría la competencia a la Liga del Peloponeso. ¿Cómo lo iba a recibir Esparta? ¿Podría admitir y tolerar una nueva liga conducida por Atenas? La información al respecto es contradictoria. Herodoto (VIII, 3) y Aristóteles (*Ath. Pol.*, 23, 2) sugieren cierto descontento espartano. Tucídides (I, 95) habla, y esto sorprende, de relaciones amigables entre los espartanos y atenienses, hasta el punto de que los primeros sintieron alivio ante la constitución de la nueva liga: «tenían deseos de quedar libres de la guerra contra los persas, y pensaban que los atenienses eran capaces de asumir el mando y estaban entonces en buenas relaciones con ellos».

Resulta difícil de creer que los espartanos aceptasen voluntariamente y sin conmoción alguna el liderazgo de Atenas en la nueva liga. Su falta de reacción inmediata hace pensar que mediaran razones poderosas que aconsejaran actuar de este modo. Una información posterior de Diodoro (XI, 50), que se refiere al 476/475 a. de C. —aunque algún autor moderno la considera como un anacronismo correspondiente al siglo IV a. de C.—, señala que las opiniones espartanas estaban divididas y que algunos jóvenes impulsivos estaban decididos a disputar a Atenas el liderazgo. Los ardores juveniles fueron frenados por el juicio sereno de un anciano: «Hetoimaridas, un miembro de la Gerusía, que descendía en línea directa del linaje de Heracles, y que gozaba por su buen carácter de la benevolencia de sus conciudadanos, sostuvo el criterio de dejar el liderazgo en manos de los atenienses, ya que no era acorde con los intereses de Esparta reivindicar el predominio del mar».

Las palabras del anciano nos sitúan en el camino para comprender algunas de las razones que pudieron llegar a sopesar los espartanos. Los nuevos miembros de la Liga de Delos buscaban, por un lado, protección contra el persa y, por otro, la liberación de los Estados griegos todavía sometidos. Pero esto exigía, entre otras cosas, disponer de un fuerte poderío marítimo. Esparta contaba con el mejor y más afamado ejército de tierra, cada uno de cuyos componentes se costeaba personalmente su armamento. Pero se trataba de un ejército que, si las circunstancias no lo requerían, se mostraba reacio a intervenir en territorios alejados. Por eso, si Esparta asumía el liderazgo de los griegos de Asia Menor, de las islas y del Helesponto, no sólo estarían en continuo movimiento efectivos de su ejército, sino que, además, debería construir, como lo hizo Atenas, una potente flota. Pero constituirse en potencia marítima tenía sus riesgos y exigencias económicas, sociales y políticas. Por lo pronto, debía disponer de sustanciales remesas de dinero para adquirir los materiales necesarios para la construcción de las naves. Y Esparta no las tenía, pues hacía poco uso del dinero. Desde el punto de vista social requeriría transferir a una parte numerosa de la población al servicio en la flota.

Si los espartanos, como elemento social más significativo, se mantenían exclusivamente como parece razonable en esta consideración hipotética, en el servicio hoplita, hay que pensar que fuesen los periecos e ilotas los transferidos al servicio en la marinería. Esto, a la larga comportaba el riesgo de que si estos sectores sociales eran los que debían asumir ese papel decisivo en la defensa, acabarían por exigir igualdad de derechos políticos. En definitiva, si Esparta se decidía a asumir un liderazgo marítimo efectivo necesitaba introducir un cambio sensible en las bases económicas, sociales y políticas sobre las que se sustentaba el Estado espartano.

Pero la apatía espartana al respecto no se explica sólo por el eventual temor de lo que acontecería en el futuro si Esparta asumía el liderazgo marítimo. Parece que Esparta pasaba también por un periodo de dificultades con Estados de su propia esfera de influencia. La información al respecto es diversa, fragmentaria y cronológicamente poco clara, más suficiente, no obstante, para intuir las dificultades. Así, se ha llamado la atención sobre el hecho de que hacia el 470 a. de C. Elis experimentó un sinecismo que reforzó su personalidad; de que Argos se afianzaba como elemento perturbador, alimentado, quizá, por Temístocles, refugiado allí, y de que Tegea, no sólo recogía a huidos de Esparta, como Hegesítrato, sino que, al decir de Herodoto (IX, 37), «no estaba en aquel periodo en buenas relaciones con Esparta». Además, C. Kraay ofrece el testimonio de unas monedas rotuladas Ark(adikón), en su forma larga y abreviada, y que algún autor moderno las valora no sólo como exponente de una federación sino como indicativo de la existencia de tendencias centrifugas dentro de la Liga del Peloponeso. En resumen, no fue la voluntad complaciente de Esparta la causa del nuevo liderazgo de Atenas, ni tampoco lo fue, o lo fue menos, el comportamiento agresivo de Pausanias. Los espartanos intuían los inconvenientes que dicho liderazgo tendría para ellos y, además, durante los momentos inmediatamente posteriores a las Guerras Médicas tenían ligeras dificultades con algunos aliados.

Por eso, cuando en el 478 a. de C. los aliados pidieron a Atenas que asumiera el mando, estaban ofreciendo algo que los atenienses deseaban y estaban en condiciones de desempeñar. En los espartanos el ofrecimiento a Atenas debió de suscitar un sentimiento mezclado de alivio y temor. Alivio por no verse comprometidos en el nuevo cometido y temor por la preponderancia que Atenas pudiera alcanzar en la nueva liga.

Los motivos de la fundación de la Liga de Delos, su composición, organización y objetivos están señalados de forma general por Tucídides (I, 96): «Tomando, pues, el mando, los atenienses de esta forma, por voluntad de los aliados debida al odio que tenían a Pausanias, señalaron las ciudades que debían aportar naves; el motivo oficial era vengarse arrasando la tierra del Rey. Fue entonces cuando los atenienses establecieron la magistratura de los helenotamías, que recibían el tributo; pues así fue llamada la contribución de dinero. El primer tributo que se estableció fue de cuatrocientos sesenta talentos, y el tesoro se guardaba en Delos, en cuyo templo se celebran las asambleas».

Este pasaje de Tucídides menciona la prosecución de la guerra y la liberación de los griegos sometidos como los motivos oficiales por los que se constituía la liga. Pero el hecho de que sus miembros se comprometieran a tener los mismos amigos y enemigos y de que su compromiso se reforzara arrojando al mar trozos de metal candente para simbolizar, en cierta manera, la perpetuidad del pacto (Aristóteles, *Atb. Pol.*, 23, 5) sugiere que el objetivo de la liga no se limitaba a la mera prosecución de la guerra contra Persia.

En la isla de Delos estaba la sede de la liga. Allí se reunía la asamblea de representantes de los Estados aliados, que disponían de un voto cada Estado, al igual que Atenas. Para atender a los objetivos de la liga sus diversos componentes debían contribuir de forma equitativa a las operaciones militares y a los gastos comunes. Había miembros de la liga que contribuían al esfuerzo común con naves, mientras que otros lo hacían con dinero. En el templo de Apolo de la isla de Delos se encontraba depositado el tesoro de la liga.

Parece que fue Aristides quien, mediante cálculos que tenían en cuenta los recursos reales de los Estados miembros, fijó la suma de cuatrocientos sesenta talentos que recoge Tucídides. La cifra parece exagerada. Sería la cantidad aportada por los miembros en los comienzos de la liga, y ciertamente estamos muy poco informados del número total de los Estados que la componían en sus inicios. Pero no acaban ahí las dificultades. Cuando en el 454 a. de C. se trasladó el tesoro de la Liga de Delos a Atenas, se determinó que un sexto del tributo anual de los aliados se cediese a la diosa Atenea. Estos pagos se inscribían en mármol. Son las supuestamente llamadas «Listas de cuotas de tributos atenienses», algunas de las cuales han aparecido en las excavaciones. Sus apéndices finales han sido estudiados por Wade-Gery y W. K. Pritchett, que los han valorado de forma diversa. Pues bien, comparando la cifra de tributos dada por Tucídides para el comienzo de la liga con la cifra total elaborada a partir de los datos de la «lista de cuotas de tributos» del año 454 a. de C., y que Wade-Gery cifra en algo más de trescientos ochenta y tres talentos, se aprecia una sensible diferencia. Esta diferencia sorprende, máxime si se tiene en cuenta que después se adhirieron a la liga ciudades con sustanciales disponibilidades económicas, y que otras ciudades que inicialmente contribuían con naves pudieron pasar a hacerlo con dinero.

Se han aportado sugerentes explicaciones para salvar esta incongruencia. No sería tal, y ya no tendría sentido continuar argumentando sobre esa disparidad de cifras, si se tiene en cuenta la muy plausible constatación de W. K. Pritchett en el sentido de que algunas letras borrosas del mármol, ofrecen un alto grado de incertidumbre a la hora de concretarlas, además de que, quizá, la información que aportan no guarda relación con cifras totales.

COMPONENTES DE LA LIGA

¿Cuántos estados componían inicialmente la liga? La información de Tucídides (I, 89, 95) sugiere que eran muy pocos. ¿Eran suficientes, aun siendo pocos, o, tras la derrota persa, estaban tan entusiasmados como para aceptar una tributación de cuatrocientos setenta talentos, que se considera bastante elevada?

Aunque no se conoce con exactitud el número de los componentes iniciales de la liga, resulta verosímil pensar que los atenienses, durante el 478 a. de C., al asumir el mando de la liga, invitasen a otros estados griegos a unirse a la misma, y que algunos diesen una respuesta positiva. A este respecto hay indicios de que los miembros originales de la liga fueron más que los promotores de la invitación a Atenas a que asumiera el mando. Así, entre los estados fundadores de la liga estaban las grandes islas de Samos, Quíos y Lesbos. La isla de Delos, que albergaba el tesoro, también lo fue. Dada la proximidad de esta isla, corazón de la liga, a las islas Cícladas, hay que suponer que algunas de éstas fueron desde el principio miembros fundadores.

También los Estados de otras zonas se encontraron entre los fundadores. A este respecto hay que tener presente que después de la batalla de Salamina algunas islas, de forma voluntaria o presionadas, satisficieron las demandas de dinero que les hizo Temístocles (Herodoto, VIII, 111, 112). Si esto lo hicieron cuando todavía el ejército persa no estaba definitivamente derrotado, destruido éste, era normal que atendiesen la petición de Atenas de incorporarse a la liga. No se quiere decir con esto que todas las islas lo hicieran. Sabemos, al menos, que la ciudad de Caristo, en la isla de Eubea, y la isla de Andros se incorporaron con posterioridad. Pero otras sí lo hicieron, y así Timocreón de Rodas recuerda que algunas ciudades de la isla de Rodas, entre ellas la ciudad de Yálisho, formaron parte de la liga desde los momentos de su fundación. Y este panorama diverso se aprecia también respecto de los territorios del norte de Grecia. La parte oriental del río Estrimón estaba en posesión de Persia, por lo que no pudo incorporarse en los primeros momentos. La ciudad de Egón lo hizo en momentos posteriores. Pero en la península calcídica, Platea, que resistió a los persas, es muy probable que lo hiciera desde un principio. El caso de las ciudades continentales de Asia Menor es diferente. Herodoto recuerda que estas ciudades, no las islas próximas, al estar más expuestas a las represalias persas, fueron dejadas de lado por razones estratégicas. Es razonable pensar que lo mismo ocurriese cuando los atenienses cursaron la posible invitación.

CRECIMIENTO DE LA LIGA

El hilo conductor en la información de las primeras operaciones realizadas por la Liga de Delos es Tucídides (I, 98-101). Se trata de una serie de acciones que plantean dificultades cronológicas y que N. G. L. Hammond ha tratado de racionalizar. En la década de los sesenta la conducción de los asuntos recayó en el aristócrata Cimón, cuya tarea se enmarca en una continuación de la amistad con Esparta y en la prosecución de la guerra con Persia, que indirectamente contribuía al enriquecimiento de Atenas.

La primera operación militar de la liga consistió en el asedio de la ciudad de Ión, situada en la desembocadura del río Estrimón, y punto estratégico de la región de la Tracia. La ciudad fue capturada y sus habitantes esclavizados. Con posterioridad se instaló allí una colonia ateniense. Luego Cimón dirigió la flota contra la isla de Esciros. Sus habitantes, los Dólopes, se dedicaban a la piratería y eran una amenaza constante en las rutas marítimas que se dirigían hacia el Helesponto. Su conquista obedecía más bien a intereses de estrategia económica de Atenas, que los asegurará instalando en ella una cleruquía ateniense.

Es posible que con ocasión de la captura de la ciudad de Ión se recuperase por segunda vez la ciudad de Bizancio. La liga, pues, aumentaba, ocupando islas y asegurando la navegación de los mares. Dentro de la orientación imprimida por Atenas a la liga está la ocupación de la ciudad de Caristo, en la isla de Eubea, que fue obligada a entrar en la liga. Es cierto que con este tipo de operaciones quedaba un tanto difuminado uno de los objetivos impulsores en la constitución de la liga, como era la prosecución de la guerra contra el persa. Se estaban conquistando islas y ciudades que nada tenían que ver con los persas. Para Atenas todo esto estaba enmarcado en un plan más amplio. La presión sobre otros estados griegos independientes, su inclusión, forzada o no, como miembros de la liga, aumentaba la importancia de la misma y su capacidad operativa.

Este punto de vista ateniense era acertado; pero algunos miembros de la liga apreciaron sin duda que esta política directa y subsidiariamente desarrollaba y consolidaba los propios intereses de Atenas. Y la sensación frustrante de esta constatación es lo que pudo arrastrar a Naxos a hacer defección de la liga. Se daba una situación peculiar que luego será frecuente. Una isla que voluntariamente decidió formar parte de la liga, ahora voluntaria y unilateralmente la abandonaba. Si los naxios llegaron a pensar que esta situación era algo normal, enseguida los atenienses les van a hacer sentir que eso no era así. La isla fue tomada y sus habitantes obligados a entrar de nuevo en la liga bajo condiciones menos ventajosas, aunque no sepamos en concreto en qué consistieron éstas.

Algunos miembros de la liga tenían motivos de descontento, porque Atenas, que ostentaba el mando, no había sacado ventajas de la inactividad militar mostrada por los persas tras la derrota de Mícale. Se dejó sin aprovechar militarmente un periodo de tranquilidad suficiente para el rearme del enemigo y para reavivar sus aspiraciones de restablecer su presencia en el Egeo. Los persas reunieron un ejército importante y doscientas naves, que se hicieron a la mar patrullando las costas de Asia Menor. El ejército de la liga no rehusó el reto y al mando de Cimón fue a su encuentro con trescientas naves. Plutarco (*Cimón*, 12) recuerda que Cimón acampó junto a la ciudad de Fasalis, que no le acogió: «Navegando, pues, a la ciudad de Fasalis, cuyos habitantes eran griegos, pero ni admitían sus tropas, ni había forma de apartarlos del partido del rey (persa), taló su territorio y empezó a combatir los muros. Iban en su compañía los de Quós; y, siendo amigos antiguos de los fasalitas, por una parte procuraban templar a Cimón, y por otra arrojaban a las murallas ciertas esquelas clavadas en los mástiles, para advertir de todo a los fasalitas. Por fin lograron que se hiciera la paz con ellos, bajo las condiciones de dar diez talentos y de unirse con Cimón para la guerra contra el bárbaro». No sabemos si esta actitud estaba relativamente generalizada o era peculiar de esta ciudad; pero, si tenemos presente la actitud de los habitantes de Fasalis, pensar que todos los jonios estaban entusiasmados con su liberación de la opresión persa resulta un tanto exagerado. El dominio persa no era excesivamente opresivo. Nada hay de extraño en que hubiera ciudades que no desearan su liberación, tanto si no quedaban a cubierto de las posibles represalias persas como si iban a pasar a otro tipo de opresión.

Los ejércitos persa y griego se enfrentaron por tierra y por mar. El griego obtuvo una victoria completa y cuantioso botín. Con este triunfo, el ejército de la liga dejaba patente su capacidad para atajar cualquier intento persa contra los griegos. Y esto adquiriría particular significación para aquellas ciudades griegas del continente de Asia Menor, más temerosas, en razón de la proximidad geográfica, de las represalias persas. Algunas de ellas, disipado el temor al persa, se incorporaron a la liga.

Con el botín obtenido, Cimón (Plutarco, *Cimón*, 13) embelleció la ciudad de Atenas: «Con la venta del botín de guerra el pueblo estuvo en condiciones de hacer varias cosas con el dinero. En especial se construyó el muro sur de la Acrópolis con los dineros obtenidos en esa expedición... Cimón fue el primero en hermopear la ciudad con aquellos lugares de recreo y entretenimiento que llegaron a ser muy populares, haciendo plantar sicomoros en el Ágora, y a la Academia, que antes carecía de agua y era un lugar árido, le dio riego y la dotó de arboledas y la adornó con corredores espaciosos y paseos sombreados».

Después de la batalla de Eurimedonte, coincidiendo, posiblemente, con una nueva

tentativa de Cimón en la zona del Quersoneso, tuvo lugar, tal vez en el 466-465 a. de C., la defección de la isla de Tasos, que al decir de Tucídides (I, 100) se debió a «diferencias acerca de los puertos comerciales y las minas situados en la zona de Tracia, que estaba enfrente de ellos, de lo que obtenían beneficios». La isla fue conquistada y los atenienses y sus aliados enviaron a 10.000 personas para asentarlas en el lugar denominado de los «Nueve Caminos».

Mientras estaban siendo asediados, los tasio solicitaron a los espartanos que invadieran el Ática. Los espartanos «lo prometieron sin que se enteraran los atenienses» (Tucídides, I, 101), y estaban dispuestos a cumplirlo cuando estalló una revuelta de ilotas y periecos en su territorio. Es posible que esta secreta resolución espartana no fuese firme, pero, al menos, indica que Esparta tenía un cierto resquemor. Desde su fundación la liga había aumentado el número de sus miembros, y eso forzosamente tenía que alarmar a Esparta.

Por lo que respecta a los miembros de la liga, algunos de ellos sintieron que Atenas había cambiado, al menos parcialmente, los objetivos y el carácter de la misma. De manera cada vez más acusada las ventajas de la unidad entraban en colisión con los intereses y el particularismo de las ciudades miembros, con los costos comunes y las contribuciones que el mantenimiento de la liga requería. De no atacar territorio persa, en el horizonte de la liga no se atisbaba ningún peligro exterior inminente. En esa situación la resistencia al pago del *phoros* y el deseo de salirse de la liga afloraban con mayor facilidad. Pero para Atenas el permitir las defecciones y el tolerar demoras en el pago del *phoros* no sólo suponía una merma de su prestigio sino una pérdida de la capacidad económica y militar de la liga. El medio corrector utilizado por Atenas fue la violencia. No sabemos a qué hubiese conducido el empleo de un expediente más blando. En el caso de Tasos, ésta tuvo que demoler sus murallas, entregar sus naves, renunciar a sus posesiones y a sus minas de plata en el continente, entregar dinero y someterse en adelante al pago del *phoros*.

Ya con ocasión de la defección de Naxos, Tucídides (I, 99) pasa revista a las causas motivadoras de estas rebeliones y deserciones. «Junto a otras que había, las causas más importantes de las rebeliones eran la falta de dinero para el tributo y de naves, y en algunos casos la deserción, pues los atenienses eran rigurosos en el cobro y, al aplicar medios de coacción extremos, resultaban insoportables a gentes que no querían sufrir malos tratos ni estaban acostumbradas a ello. Había también otros motivos por los cuales los atenienses desempeñaban el mando con menos complacencia ya por parte de los aliados, y por ellos no hacían expediciones con igualdad de fuerzas y les era fácil someter a los revoltosos: cosas de las cuales tuvieron la culpa los propios aliados; pues por ésta su mala disposición para las expediciones militares, los más de ellos, a fin de no salir de su país, se impusieron contribuir con dinero en cantidad suficiente en vez de enviar naves, y la marina de los atenienses aumentaba con el dinero que los aliados aportaban, mientras que éstos cuando se rebelaban se encontraban sin preparativos militares e inexpertos en la guerra».

En los momentos anteriores al 460 a. de C. pudo tener lugar el traslado a Atenas del tesoro de la liga depositado en Delos, que de una forma recurrente se opina que tuvo lugar en el 454 a. de C., cuando se asignó a la diosa Atenea un sexto de las cuotas señaladas a los miembros de la liga. Los datos que inclinan a suponer, hipotéticamente, un traslado anterior a la fecha del 454 a. de C. son: que ya los de Samos lo habían propuesto en tiempos de Arístides (Plutarco, Arístides, 25); y que la defección de al-

gunos de los miembros de la liga y, sobre todo, la magnitud de los preparativos persas antes de la batalla de Eurimedonte aconsejaban, perentoriamente, llevar el tesoro a un lugar más seguro.

El ataque anteriormente señalado a Tasos, acabó por despertar la inquietud de Esparta. Para Tucídides la promesa de ayuda, mantenida en secreto, era sincera. Quizá la connotación de «secreta» oculte lo inadecuado e inoportuno de la ayuda espartana para esos momentos. En cualquier caso, no pudieron cumplirla. Esparta se vió sacudida por un fuerte terremoto, y la confusión creada fue aprovechada por los ilotas y mesenios para sublevarse. Esparta se encontró en una situación apurada y creyó no poder restablecer el orden sin ayuda exterior. Dadas las buenas relaciones que tenían con Cimón los espartanos solicitaron la colaboración de los atenienses. Algunos de éstos deseaban abandonarlos a su suerte, pero Cimón consiguió que la Asamblea Popular votara la ayuda «Para no dejar coja a Grecia ni dar lugar a que su ciudad quedara sin pareja» (Plutarco, Cimón, 16). Pasado el primer peligro, los espartanos despacharon a Cimón y los cuatro mil hoplitas atenienses que habían ido en su ayuda, bajo el pretexto de temer sus «tendencias subversivas». Era una dura humillación para Atenas.

CIMÓN, EFIALTES Y LAS REFORMAS CONSTITUCIONALES

Durante algún tiempo las operaciones militares de la liga estuvieron encomendadas a Cimón. De ideas aristocráticas, veía con simpatía el sistema constitucional espartano, lo que no era óbice para que hiciera todo lo posible por engrandecer la liga. Sus liberalidades hacia Atenas y sus gentes y su clara trayectoria en el engrandecimiento de Atenas y de su liga concitaron en torno suyo muchas voluntades y no sólo de sus partidarios. Pero en la vida cotidiana, y más aun en la vida política, que Atenas, en su incipiente democracia, vivía con enorme intensidad, los fracasos del contrario alegran y los éxitos despiertan las envidias de los rivales políticos. Este tipo de sentimientos son moneda corriente, sobre todo en quienes aspiran o están inmersos en protagonismos políticos. Cimón era un hombre público y tenía sus contrincantes políticos, que seguían con detenimiento su gestión. Después de su victoria en Tasos al frente del ejército de la liga, victoria que por otra parte supuso un gran aporte económico para Atenas, sus rivales políticos, entre los que se encontraba Pericles, lo acusaron de cohecho. Cimón fue absuelto, pero sus oponentes estaban dispuestos a minar su protagonismo. Cuando Cimón convenció a la Asamblea Popular sobre la conveniencia de prestar a los espartanos la ayuda solicitada, Efialtes se le opuso, aunque sin éxito.

En el 462 a. de C. Pericles y Efialtes aprovecharon la marcha de Cimón para proponer a la Asamblea Popular una serie de reformas que afectaban a las atribuciones legales y políticas del Areópago. Que dichas reformas se propusiesen en ausencia de Cimón y de los cuatro mil hoplitas que fueron en ayuda de los espartanos ha dado pie a la suposición de que entre esos hoplitas no sólo había muchos partidarios de Cimón sino que como él eran de tendencia conservadora y que por esa razón se aprovechaba su ausencia para evitar cualquier resistencia a los cambios constitucionales propuestos. Indudablemente, en la operación montada se aprovecharon esas circunstancias, pero no hay que exagerar la importancia de tal coyuntura. Indudablemente, la ausencia de una persona prestigiosa que se suponía se iba a oponer a la reforma facilitaba la operación; pero cualquier propuesta debía someterse al voto de la Asamblea Popular, y

en ésta la movilidad psicológica de las gentes asistentes a la sesión iba de una a otra tendencia de voto con arreglo a la repercusión que producía en los ánimos lo que se iba diciendo en cada momento. En este aspecto la ausencia de Cimón, hombre con dotes y capacidad para convencer, sí que daba ventaja a los partidarios de la reforma; pero no porque los cuatro mil hoplitas ausentes fuesen partidarios de las ideas conservadoras, que no tenían por qué serlo. Generalmente los hoplitas se nutrían de la clase de los *Zeugitai*, que tenía poco de aristocrática, y a la que por ende se le vetaba todavía el acceso al arcontado. De tener estos hoplitas alguna motivación de «clase», iría más acorde con la reforma, al menos en teoría.

Concretar en qué consistió la reforma de Efiltes resulta algo difícil. Aristóteles (*Ath. Pol.*, 25) dice al respecto: «Habiendo crecido "la mayoría", se hizo jefe del pueblo Efiltes, hijo de Sofónides,... Primero eliminó a muchos de los miembros del Areópago, poniéndoles pleitos sobre su administración; después, siendo arconte Conón, le quitó al Consejo todas las funciones añadidas que lo convertían en guardián de la constitución, y unas atribuciones se las devolvió a los Quinientos, otras al pueblo y a los tribunales».

Las palabras de Aristóteles aclaran poco en qué consistió la reforma.

El Areópago era un órgano de gobierno compuesto por ciudadanos que habían desempeñado el cargo de arconte. Las reformas de Solón le habían otorgado algunas funciones (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 8): «y al Consejo del Areópago lo colocó como guardián de las leyes, igual que ya antes existía como inspector de la constitución, y vigilaba la mayor y mejor parte de los asuntos de la ciudad». Una de sus funciones más importantes era, pues, la de supervisar a los magistrados. Éstos sufrían una prueba de control previa a la entrada en el cargo, tendente a conocer si reunían los requisitos necesarios, y otra, la rendición de cuentas, al dejarlo. En definitiva, los arcontes eran examinados antes y después del cargo por un órgano estatal, el Areópago, cuyos miembros prácticamente eran sus iguales, pues a este órgano se incorporaban los arcontes tras la salida del cargo. Es posible, pues, que fuesen esas competencias supervisoras del Areópago las que fueron atribuidas a otros órganos más democráticos.

Según Aristóteles también los tribunales populares recuperaron algunas funciones. Desconocemos de forma concreta cuáles fueron éstas. Se podría pensar que fue la competencia que tenían los arcontes de actuar como tribunal de primera instancia.

CONFLICTOS ENTRE ATENIENSES Y PELOPONESIOS

Cimón regresó de Esparta y encontró una ciudad perturbada por sentimientos encontrados. Combatió sin éxito la reforma: su oposición encontró poco eco, pues lo veían como culpable del desaire infligido por los espartanos a los atenienses. Por este u otro motivo Cimón fue condenado al ostracismo.

Los cambios internos se complementaron con una nueva orientación en política exterior, que buscaba un acercamiento a Argos, Tesalia y Mégara. Libre de la carga de sus anteriores compromisos con Esparta, Atenas amplía su órbita de influencias, aprovechando cuantas ocasiones se le presentan. En ello no hay una planificación previa. No se ve una línea programática que se desarrolle en pasos sucesivos. Las alianzas se aceptan conforme se van presentando, con tal de que contribuyan a aumentar el predominio de Atenas. Así, la alianza con Argos metía una cuña en los asuntos del Pe-

loponeso, y Esparta, en cuanto potencia hegemónica, comenzaría a inquietarse. La alianza con Tesalia se hacía con un Estado que había colaborado con Persia. ¡Tan poca fuerza tenían ya los anteriores sentimientos antipersas ante la perspectiva de una coalición! Por lo que respecta a Tesalia, pudo ser el resquemor de ésta por la expedición de castigo que Esparta condujo contra ella tras la derrota persa, lo que impulsó a los ricos propietarios tesalios a una alianza con Atenas. Otro era el caso de Mégara. Esta ciudad estaba en guerra con Corinto porque se disputaban unos terrenos fronterizos. Esparta las dejaba hacer sin intervenir porque ambas eran miembros de la Liga del Peloponeso. Fue Mégara la que dio el paso hacia adelante, abandonando la Liga del Peloponeso y entrando en la de Delos. La alianza con Mégara del 461 a. de C. era muy valiosa, dada su posición estratégica entre los dos grandes Estados de Corinto y Atenas. Mégara estaba muy bien situada en la ruta que unía el Peloponeso con Grecia Central. Además, disponía de dos buenos puertos, el de Pegas, en el golfo de Corinto, y el de Nisea, en el golfo sarónico. Con esta alianza, Atenas quedaba al abrigo de una invasión relámpago procedente del Peloponeso. Para dar más seguridad a Mégara, se unieron con un doble muro la ciudad y el puerto de Nisea y se instalaron guarniciones.

La alianza con Mégara no supuso el inicio de las hostilidades con Esparta, pero añadió a la política exterior ateniense un nuevo factor perturbador: «el terrible odio corintio contra los atenienses» (Tucídides, I, 103). En los tiempos anteriores, mientras estuvo vigente la rivalidad entre Corinto y Mégara, la primera cultivó, de acuerdo con sus intereses y con las circunstancias políticas de cada momento, la amistad con Atenas. Corinto fue la que años atrás se opuso a la invasión del Ática proyectada por Cleónenes y la que ayudó a Atenas con veinte naves en sus anteriores disputas con Egina. Pero eso era agua pasada. Ahora Corinto se sentía alarmada por la ampliación de la influencia territorial de Atenas. Ésta con su alianza con Mégara se había procurado una salida al golfo de Corinto y a las comunicaciones marítimas hacia el oeste, que eran cruciales para los intereses de Corinto. Era, pues, esta ciudad, como manifiesta D. M. Lewis, y no Esparta, la que más deseaba el inicio de las hostilidades y la que con más ardor peleó, durante los años 460-446 a. de C., en los conflictos conocidos como Primera Guerra Peloponésica.

EXPEDICIÓN A EGIPTO

En el relato de Tucídides, después de la alianza con Mégara y la construcción de sus «Muros Largos», se menciona la expedición ateniense de ayuda a Egipto. No se sabe su fecha, pero es razonable pensar que la sucesión narrativa responda a la sucesión cronológica. Tras la muerte violenta del rey persa Jerjes, en torno al 465 a. de C., en diversos lugares de su reino se produjeron una serie de perturbaciones sociales. El príncipe libio Inaro aprovechó la ocasión para sublevarse en Egipto. Temeroso de las operaciones de represalia que podía producir la flota fenicia, llamó en su ayuda a los atenienses. Las doscientas naves de Atenas y de sus aliados que se dirigían a Chipre recibieron la orden de enfilarse hacia Egipto. Los atenienses y los sublevados se apoderaron del Bajo Egipto, pero no pudieron tomar la fortaleza de Menfis, en donde se habían refugiado los persas y los egipcios fieles a ellos. La expedición acabó en un fracaso.

Las fuentes que informan de estos acontecimientos no indican las pretensiones y motivos que impulsaron a los atenienses a la hora de prestar esta ayuda. Aludir a un

motivo de venganza contra Persia parece demasiado simplista. Al menos resultaba desproporcionado con relación a los riesgos que se corrían abriendo este nuevo frente de combate. Además, en caso de éxito sólo se habría conseguido la independencia de Egipto. No se trataba, pues, de la liberación de un estado griego susceptible de ser incorporado a la Liga de Delos. Tampoco, de ser derrotada, aflojaría Persia su tenaza sobre los estados griegos de Asia Menor. Han debido de mediar otras motivaciones, que se sospecha son de índole económica y comercial, en cuanto que Egipto era proveedor de trigo de algunos estados griegos, si bien las fuentes de aprovisionamiento de cereales para Atenas se encontraban en la cuenca del mar Negro y en la región de la Tracia. Su poderosa flota y su control de los estrechos garantizaban el transporte regular de dichos suministros. Nada indica —al menos las fuentes de información no aportan ningún indicio que lo avale— que se haya producido un descenso en la producción de esas zonas tradicionales o que Atenas encontrase dificultades para abastecerse en ellas o para transportar esos alimentos. No había necesidad de sustituir las zonas habituales de suministros o de buscarles una alternativa complementaria en una situación de política exterior normal. Lo que no sabemos, y queda como un interrogante, es si en el panorama de las nuevas iniciativas militares que se estaban tomando y se iban a tomar se buscó, quizá, ampliar las posibilidades de asegurarse nuevas zonas de abastecimiento para correr menos riesgos.

ESPARTA ENTRA EN LA GUERRA Y SE AMPLÍAN LOS FRENTE DE LUCHA

Con su ayuda a Egipto ¿erró Atenas en sus cálculos? La verdad es que la ayuda prestada era cuantiosa e inmovilizaba en aquel lejano país efectivos importantes, de mayor utilidad en otros frentes, cuando la reticencia espartana a entrar en guerra y las alianzas suscritas aconsejaban aprovechar la ocasión y lanzar sobre los frentes en lucha mayor cantidad de tropas. Ni en los enfrentamientos de Heliea, que tenía el mejor puerto en la travesía de Atenas a Argos, favorable a Corinto y Epidauro, ni en los de la isla de Cecrifalia, favorables a Atenas y sus aliados, quiso intervenir Esparta. Tampoco lo hizo cuando, olvidando antiguas querellas, Egina unió sus efectivos a los de Corinto y Epidauro para combatir a Atenas. Ésta desembarcó en Egina y procedió al asedio de la ciudad. Para aliviar su asedio los corintios invadieron la Megáride, en la idea de que para ayudarla los atenienses levantarían el asedio de Egina, pero no hicieron tal, sino que con nuevas movilizaciones de tropas los atenienses atacaron a los corintios y los derrotaron.

La amplitud que habían tomado y que podían tomar los combates, y el precedente de los «Muros Largos» de Mégara, llevaron a Pericles a proceder a la construcción de los Muros Largos de Atenas. Con ellos quedaban protegidas las comunicaciones de Atenas y sus puertos. En adelante ninguna invasión del Ática podría cortar la salida de Atenas al mar.

En el 458 a. de C. la guerra alcanzó una nueva dimensión cuando Esparta se decidió a intervenir y envió a Grecia Central un ejército de mil quinientos hoplitas lacedemonios y diez mil de sus aliados. El motivo aparente era ayudar a la pequeña comunidad de la Dóride, con la que decía tener desde antiguo lazos de hermandad, y que en esos momentos estaba siendo atacada por los habitantes de la Fócide. Ciertamente los contingentes trasladados por Esparta son excesivamente elevados como para pensar en que sólo se trataba de una operación de castigo a la Fócide.

Sentimentalismos aparte ¿qué había detrás del envío de este contingente y por qué en estos momentos y en Beocia se van a enfrentar espartanos y atenienses? Aglutinando en torno a Tebas, partidaria de Esparta, a una Beocia fuerte y unida, los espartanos esperaban cortar las influencias atenienses en Grecia Central. Por las mismas y contrarias razones, Atenas, al norte de su territorio, no podía tolerar el reforzamiento y consolidación de una potencia contraria como Tebas.

Hasta entonces los beocios habían estado divididos, pero la llegada a esa región de tropas espartanas y del Peloponeso podía inclinar la balanza del lado tebano y espartano. Además, dentro de Atenas algunos ciudadanos, al decir de Tucídides (I, 107), eran partidarios de esta solución, y los espartanos «fueron solicitados secretamente por algunos atenienses que deseaban hacer fracasar al demos y la construcción de los Muros Largos».

Atenas y sus aliados tenían paralizados en el frente egipcio cuantiosos efectivos militares. Otros continuaban el asedio de la ciudad de Egina. Ni unos ni otros fueron retirados. Pericles movilizó en Atenas nuevas tropas y con mil argivos y otros contingentes de los aliados se dirigió a Beocia y presentó batalla en Tanagra. La defección del destacamento de caballería tesalio provocó la derrota de los atenienses, que ordenadamente se replegaron hacia Atenas. La batalla de Tanagra ponía de manifiesto, una vez más, la superioridad de la falange de hoplitas espartanos. Los peloponesios regresaron a sus patrias sin detenerse a sacar las ventajas de su victoria.

Al poco tiempo los atenienses aprovecharon la ausencia de los espartanos para invadir otra vez la Beocia. Bajo el mando de Mirónides, los atenienses consiguieron en el 457 a. de C. la victoria de Enofita. Como consecuencia de estos enfrentamientos, la Fócide y la Lócride Opuntia se unieron a la Liga de Delos mientras que la confederación de Beocia se plegó a la voluntad política ateniense. Tanagra, miembro de la confederación de Beocia, tuvo que destruir sus murallas. Atenas no reparaba en procedimientos, aunque fuesen contrarios a sus creencias políticas, con tal de que redundasen en provecho propio. Alimentó los mutuos enfrentamientos beocios, apoyando a los oligarcas de aquellas ciudades que tuviesen reticencias frente a Tebas.

También Egina se entregó. Abandonada a sus solas fuerzas, capituló sin condiciones: derribó sus murallas, entregó sus naves y fue obligada a entrar en la Liga de Delos, debiendo pagar una suma de treinta talentos.

Las operaciones anteriores se completaron con la expedición marítima de Tólmides por las costas del Peloponeso. Practicando una estrategia pirata, Tólmides caía por sorpresa sobre territorio enemigo, destruía las instalaciones y, antes de que llegasen refuerzos, se reembarcaba para castigar otro lugar. De esta manera saquéo el arsenal de Gition y las costas de Laconia y Mesenia. También la isla de Zacinto fue tomada y obligada, junto con las ciudades de Cefalenia, a entrar en la liga. Con Acaya se estableció una alianza y en la región de Etolia se apoderaron de Calcis, la etólica.

Este tipo de operaciones eran una demostración espectacular del poderío naval y, sobre todo, una amenaza al comercio de Corinto, pues, Atenas en esos momentos dejaba claro que estaba en condiciones militares de cortar y entorpecer las vías de comunicación que conducían hacia occidente. Los reveses sufridos por los atenienses en Enfáde, en Acarnania, y en Farsalia, en Tesalia, limitaban la transcendencia de esas operaciones, pero no mermaban sus posibilidades.

Fue en Egipto donde Atenas sufrió el más duro golpe a sus aspiraciones desmedidas. Después de los triunfos iniciales del ejército expedicionario, desconocemos la ac-

tividad que pudieron desplegar allí el ejército griego y las doscientas naves. La maquinaria militar persa era lenta y tardaba en ponerse en movimiento. Mientras lo hacía, intentaron conseguir que los espartanos invadieran el Ática. Éstos ni querían ser colaboracionistas con los persas ni llegar a ese tipo de guerra con Atenas. Los persas tuvieron que movilizar sus tropas y al mando de Megabazo reunieron grandes contingentes en Cilicia. Desde allí se hicieron a la mar rumbo a Egipto. Los persas rompieron el asedio de Memphis y cercaron a los griegos y egipcios sublevados en la isla Propótitis. Una parte importante del ejército expedicionario griego fue masacrado o hecho prisionero. Sólo un pequeño contingente pudo salvarse escapando hacia Cirene. La flota de relevo, ajena al desarrollo de estos acontecimientos, no corrió mejor suerte. La consternación por la derrota fue grande. Algunos autores modernos sitúan en estos momentos el traslado a Atenas del tesoro de Delos, que otros suponen que tuvo lugar, como hemos visto, en momentos anteriores.

PAZ CON ESPARTA Y CONTINUACIÓN DE LA GUERRA CON PERSIA

El prestigio de Atenas, cimentado en la flota y en las ideas democráticas de las que participaban mayoritariamente los hombres que en ella servían, sufrió un duro golpe con esta derrota. Lo ambicioso del programa de política exterior y la diversidad de los frentes de combate abiertos, se habían manifestado como una empresa agotadora que consumía lentamente a los sectores sociales de la clase hoplita que era la que más palpitaba con las ideas políticas de Pericles. Esta sangría humana, psicológicamente perturbadora, podía originar un descontento social, peligroso tras el regreso de Cimón de su ostracismo legal. Se hacía preciso limitar los focos de lucha renunciando a alguno de ellos. La paz con Esparta era deseable y, con la presencia de Cimón en Atenas, políticamente oportuna. El acercamiento a Esparta respondía más bien a una iniciativa política de Cimón, que siempre estuvo en buenas relaciones con ella, que a una visión de Pericles de la política exterior a seguir. Pericles debía seguirla, no obstante, para no correr riesgos mayores. Por mediación, pues, de Cimón, se entró en negociaciones con Esparta con la que, posiblemente en el 454-453 a. de C., se concluyó una tregua por cinco años. La fecha de la tregua, no obstante, es motivo de discusión. La fecha propuesta armoniza con el hecho de que poco después Argos suscribe con Esparta un tratado de paz por treinta años. Relacionar este hecho y la suscripción de la tregua entre Atenas y Esparta tiene su lógica. Argos, que anteriormente se había puesto del lado de Atenas porque ésta combatía a Esparta, una vez suscrita la tregua entre Atenas y Esparta, regresaba al redil.

Apaciguado el frente con Esparta, Atenas se centró en su lucha con Persia. En el 450 a. de C. Cimón partió con una flota de doscientas naves, sesenta de las cuales pusieron rumbo a Egipto para ayudar al rey Amirteo y el resto navegaron hacia Chipre. Con ello las tropas persas tenían que atender dos frentes. En Chipre los atenienses y sus aliados tomaron Marión y pusieron sitio a Citión, cuyas defensas no pudieron tomar. Cuando abandonaban las operaciones y regresaban, fueron atacados por las naves fenicias y cilicias, en Salamina de Chipre. Los griegos obtuvieron una gran victoria. Pero a nadie se le ocultaba que se trataba de una victoria obtenida en una retirada, que, aunque restañaba las heridas del decaimiento moral acaecido tras la derrota en Egipto, no podía evitar ni ocultar el cansancio de tanto combate.

LA PAZ DE CALIAS

En el 449-498 a. de C. Atenas puso fin a su enfrentamiento con Persia. Habían suscrito la paz de Calias. La primera referencia a esta paz con Persia procede del *Panegírico* de Isócrates (117 y ss.) del año 380 a. de C. Ya en el siglo IV a. de C. se dieron opiniones contrarias acerca del contenido de esta paz; incluso de si existió. Tucídides, que era contemporáneo de los hechos, la silencia, y Teopompo y Calístenes ofrecen una actitud negativa. Con respecto a esta paz había, por lo tanto, desde antiguo, discrepancias. La referencia más completa a la misma se encuentra en Diodoro (12, 4, 5): «los atenienses y sus aliados firmaron con los persas un tratado de paz, cuyos términos especiales establecían lo siguiente: todas las ciudades griegas de Asia Menor han de ser autónomas; los sátrapas de los persas no se aproximarán a la costa sino hasta una distancia de tres días de viaje y ninguna nave persa ha de navegar entre Fasalis y las rocas Cianeas (en la entrada del Bosforo); y, si estos términos son observados por el Rey y sus generales, los atenienses no enviarán tropas al territorio que está bajo el mando del Rey». ¿Utilizó Diodoro un documento auténtico? No se puede dar una respuesta satisfactoria pues, como hemos visto, hay autores antiguos que lo niegan.

Respecto a la Paz de Calias la moderna historiografía tiene un planteamiento variado en su formulación que se puede reducir a las dos posturas encontradas de aceptación y rechazo. Hay autores, entre ellos Meiggs, que le conceden historicidad, apoyados en las referencias tradicionales aludidas y, sobre todo, porque de esta forma se explicaría mejor la prolongada interrupción de hostilidades entre Atenas y Persia. Hay otros autores, como D. Stockton, contrarios a la admisión de esa paz. Y ello, además de otras razones, por el silencio de Tucídides respecto de la misma y por la postura negativa de Teopompo y Calístenes. La Paz de Calias constituye, pues, una cuestión que permanece abierta. De cualquier forma, la falta de conflictos entre Persia y Atenas fue un hecho y esto, indudablemente, contribuyó a asegurar los logros conseguidos por Atenas.

El mayor inconveniente de esta paz era de índole política. La Paz de Calias mermaba las razones de ser de la Liga de Delos. Ya con anterioridad algunos Estados de la liga habían mostrado su resentimiento contra Atenas. A ello contribuyó sin duda la implantación de cleruquías en algunos lugares como Andros, Eubea, etc. Pero Atenas reaccionó con violencia y dureza contra todos aquellos que hicieron defección e intentaron salirse de la liga. Hubo, pues, como hemos visto y desde época temprana, descontento y defecciones. Pero, mientras el peligro y la amenaza persa subsistían, la necesidad de la Liga de Delos y el mantenimiento de la unidad de la misma eran sentidos, con mayor o menor intensidad, por la generalidad de sus miembros. Suscrita la paz con Persia, perdía consistencia ese elemento aglutinante.

Los autores modernos intentan detectar la repercusión de esta paz entre los miembros de la liga a través del sexto correspondiente a la diosa Atenea de los tributos satisfechos por los aliados. El número es para esta fecha más reducido. La explicación hipotética que se suele dar a este hecho es que no se pagó este sexto, pero sí el resto del tributo.

La Paz de Calias, como cualquier otra paz, traía un ahorro de vidas humanas lo mis-

mo que la acumulación de pérdidas materiales y humanas producidas por las guerras conduce al cansancio. Y los caídos griegos en combate no eran pocos en opinión de Aristóteles (*Ath. Pol.*, 26): «y además la mayoría de la gente había perecido en la guerra, pues, como en aquellos tiempos el ejército se formaba por el censo, y se ponían al frente estrategos sin conocimiento de la guerra, pero estimados por la gloria de su familia, sucedía que de los que iban a la guerra morían dos o tres mil cada vez». Es más que probable que Aristóteles exagere, pero una inscripción (I. G., I, 433) que recoge las bajas de la tribu Erecteide durante los combates del año 459 a. de C., eleva a ciento ochenta y siete el número de soldados caídos. No resultaría nada exagerado generalizar tales cifras para las otras nueve tribus atenienses lo que nos daría un indicador racional de las mermas humanas que sufría Atenas con estos combates.

LA PAZ DE LOS TREINTA AÑOS

La paz con Persia era tan apetecida como lo había sido en el 451 a. de C. la tregua por cinco años suscrita con Esparta. Pero ya en el 448 a. de C. Atenas y Esparta se verán implicadas indirectamente en Grecia Central con ocasión de la «segunda guerra sagrada». Los espartanos intervinieron en ayuda de Delfos, de cuyo territorio se habían apoderado los focidios. Cuando el ejército espartano regresó a sus bases, los atenienses intervinieron reponiendo la influencia focidia en Delfos. Pese al cansancio por tanto combate anterior, Atenas reaccionaba porque no deseaba renunciar a su idea de contar con un área de influencia en Grecia Central.

Los acontecimientos no tardaron en precipitarse. Posiblemente durante el invierno del 447-446 a. de C., exiliados beocios y locrios, refugiados en Tebas, se apoderaron de Orcómeno y Queronea. El ejército ateniense, al mando de Tólmides, recuperó Queronea, pero fracasó en el encuentro de Coronea, en donde Tólmides encontró la muerte. Casi al mismo tiempo, en el verano del 446 a. de C., se sublevó Eubea y, mientras Pericles conducía un ejército para reprimir el levantamiento, se enteró de que Mégara también se había sublevado. Detrás de estos acontecimientos casi simultáneos ha podido estar, posiblemente, la mano de Esparta. Cuando intervino en Delfos, pudo preparar con los exiliados la insurrección. La coordinación de los levantamientos, al menos los de Beocia y Eubea, sugiere la existencia de un plan. Exiliados de Eubea, antes de la sublevación de ésta, ayudaron a los rebeldes de Beocia. En el caso de la insurrección de Mégara, pudo ser un levantamiento reflejo. Los atenienses evacuaron Beocia, en Mégara sus tropas fueron diezmadas y el rey espartano Plistoanacte invadió el Ática. Pericles, que estaba reprimiendo la sublevación de Eubea, regresó a casa. Pero también los espartanos evacuaron el Ática, merced a un soborno poco claro de Pericles al rey espartano Plistoanacte, del que será acusado a su regreso. Los atenienses no desistieron de capturar Eubea, regresaron con cinco mil hombres y la sometieron. «Poco después, dirá Tucídides (I, 115), se retiraron de Eubea y concertaron con los lacedemonios y sus aliados un tratado de paz por treinta años, devolviendo Nisea, Pegas, Treccén y Acaya, pues éstos eran los territorios peloponesios que tenían en su poder». Parece que Atenas también reconoció la autonomía de Egina, aunque dentro de la alianza ateniense. Las ciudades neutrales que no pertenecían a ninguna de las ligas, quedaban en libertad de adherirse, si ellas lo deseaban, a cualquiera de las dos coaliciones.

El tratado de la Paz de los Treinta Años, sin atajar los motivos de posibles friccio-

nes, contribuía a clarificar la situación en la medida en que se reconocía la existencia de las dos ligas con un poder hegemónico de las potencias dominantes, Esparta y Atenas, sobre sus respectivas áreas de influencia. No obstante, para Atenas supuso la renuncia a su sueño de un dominio sobre Grecia Central y el verse desplazada por Corinto de sus posesiones en el golfo de Corinto, excepción hecha de Naupacto.

Plutarco (*Vida de Pericles*, 17) alude a otro proyecto de Pericles: «y Pericles, queriendo inspirar al pueblo grandes pensamientos y prepararlo para grandes cosas, escribió un decreto, por el que a todos los griegos que habitaban en Europa y Asia, así a las ciudades pequeñas como a las grandes, se les exhortase a enviar a Atenas a un congreso de diputados que deliberasen sobre los templos griegos que habían incendiado los persas, sobre los sacrificios y votos hechos por la salvación de Grecia de que estaban en deuda con los dioses y sobre que todos pudieran navegar sin recelo y vivir en paz. Enviáronse con este objeto veinte embajadores, ciudadanos mayores de cincuenta años». A este proyecto se opusieron los lacedemonios. K. Dienelt lo considera enmarcado en las coordenadas de un gran proyecto de paz y de unidad panhelénica patrocinada por Pericles. Pero la tendencia del proyecto es excesivamente moderna para que pueda corresponder a aquellos tiempos. Incluso en relación con un aspecto más específico como pudiera ser la concreción del momento en el que Pericles propuso este proyecto panhelénico, no está claro. A primera vista, los momentos más oportunos coincidirían con la Paz de Calias (449-448) y la Paz de los Treinta Años (446-445). Como en las listas de tributos destinados a la diosa Atenea parece que éstos se dejaron de percibir en el 449-448 para reanudarse al año siguiente, se ha pensado que esto pudiera obedecer a la suspensión momentánea de la percepción del tributo a la espera de los resultados de la convocatoria de ese congreso panhelénico. Por sugerente que sea esta propuesta resulta difícil aceptarla con seguridad a pesar del loable intento de A. E. Raubitschek.

LA POLÍTICA OCCIDENTAL ATENIENSE

El tratado de Paz de los Treinta Años fijaba sus respectivas áreas de influencia, pero cada potencia quedaba libre y tenía capacidad para procurarse las alianzas que considerase conveniente con aquellas comunidades que no estuviesen comprometidas con ninguna de las ligas. En relación con esta capacidad y como manifestación de la penetración ateniense en el occidente europeo cabe mencionar la alianza suscrita por los atenienses con la ciudad de Egesta, al oeste de Sicilia, con Leontinos, en Sicilia, y con Regio, en el sur de Italia. El conocimiento de estos tratados se infieren de tres inscripciones cuyas fechas son problemáticas y discutidas. La inscripción del tratado con Egesta está datada, como era lo usual, por el nombre del arconte epónimo, del que sólo se conservan las dos últimas letras —on. Según sea la reconstrucción del nombre para hacerlo coincidir con los arcontes cuyos nombres acaben igual, corresponderá el tratado a una u otra fecha, bien sea con el arcontado de Aristón del año 454-453, bien sea con el de Habrón del 458-457. En cualquier caso, los puntos de apoyo son bastante imprecisos.

Las otras dos inscripciones referentes a los tratados atenienses con Leontinos y Regio, en su forma conservada, pertenecen al arcontado de Apseudes del año 433-432. Pero, como en ambas inscripciones el encabezamiento está hecho por una mano dis-

tinta de la que ha realizado el resto, esta peculiaridad da pie a la suposición hipotética de que ambas alianzas se concluyeron en un tiempo anterior, tal vez en el año 440, y que luego en el 433-432 se renovaron. La hipótesis, ciertamente, resulta atractiva, aunque distinta mano en una misma inscripción no significa necesariamente distinta fecha.

Pericles siguió con atención los diversos intentos frustrados de los habitantes de Síbaris por consolidar definitivamente su ciudad. Después de dos destrucciones de la misma, los de Síbaris recurrieron a las ayudas de Esparta y de Atenas. Esparta rechazó el proyecto, pero Pericles, que había logrado una ascendencia política en el interior de Atenas y que contaba con una situación exterior estabilizada, prestó buena acogida a la petición de los antiguos habitantes de Síbaris. Dada la situación en política exterior a la que habían llegado las dos potencias hegemónicas, no resultaba conveniente que el nuevo asentamiento adoptase las características de una colonia ática; por ello se pidió la colaboración de gentes de diversas procedencias a fin de que la fundación fuese una obra panhelénica, pero debida a la iniciativa ateniense. Este carácter mixto se aprecia en la composición social de las diez tribus en las que quedó organizada la nueva comunidad y que se parecían muy poco a las diez tribus áticas: tres las integraban las gentes del Peloponeso, tres las gentes de Grecia Central y cuatro las gentes jonicoáticas. E. Will ofrece otra composición de las tribus y, partiendo del hecho de que la ciudad tenía doce barrios y de que cada tribu ocuparía un barrio, supone que los antiguos sibaritas constituirían originariamente una o dos tribus.

La nueva comunidad se asentó cerca de la antigua ciudad de Síbaris, constituyendo la nueva colonia de Turios. Plutarco (Pericles, 11) incluye esta colonia entre las surgidas a impulsos de la iniciativa de Pericles, y, en este sentido, algunos autores modernos piensan que Lampón, fundador de la colonia, y Jenócrito, que colaboró en la fundación de la misma, eran amigos de Pericles (Plutarco, Pericles, 6). Otros, por el contrario, ven, sin muchos motivos en la fundación de Turios y en el carácter panhelénico que la impregna una reacción contra la tendencia «imperialista».

Ciertamente, a partir del 470 a. de C. se aprecia en las costas itálicas un aumento de productos atenienses como resultado de actividades comerciales a las que no serían ajenas los suministros de trigo. No obstante, no se detecta con claridad que esta motivación económica haya sido la causa, al menos la causa exclusiva, de la fundación panhelénica y de la suscripción de alianzas con Egesta, Leontinos y Regio. Sin que se pueda negar de manera tajante una motivación económica en la fundación de Turios, su motivación política se detecta con mayor claridad. La negativa espartana a dar una respuesta positiva a la iniciativa de los antiguos habitantes de Síbaris convertía a Atenas, al atenderla, en un líder panhelénico. Varias figuras significativas extranjeras relacionadas con el círculo intelectual de Pericles participaron en la fundación o estuvieron relacionadas con la ciudad. La tradición (Hesiquio y Focio, *s. v. Hippodamou némesis*) recuerda a Hipodamo de Mileto como el arquitecto que planificó la estructura urbanística de Turios, y al sofista Protágoras de Abdera (Diógenes Laercio, 9.8.50), como la persona que diseñó su constitución. Y, aunque las plantas urbanísticas simétricas estaban ya presentes desde el siglo VI a. de C. y aunque no se sabe de cierto si tanto Protágoras como Hipodamo llegaron a intervenir en los comienzos de la ciudad, alguna relación debieron de tener con ella.

Turios vivió enseguida momentos de tensión social entre los primeros fundadores, reacios a compartir tierras y privilegios con las gentes de aluvión que paulatinamente

se fueron asentando en la ciudad. Tampoco las relaciones de Turios con Atenas fueron estrechas, lo que indudablemente supone un dato a tener en cuenta para minimizar la suposición de que la fundación obedecía a una iniciativa «imperialista» de Pericles.

LA REVUELTA DE SAMOS

La Paz de los Treinta Años había atenuado los roces entre Atenas y los peloponeos y fue capaz de estabilizar la situación exterior. Con los altibajos pertinentes Atenas percibía regularmente el *phoros* que gravaba a los miembros de su imperio. Lesbos, Quíos y Samos eran los únicos que formaban parte del mismo en condición de aliados navales. Mientras se mantuvieron fieles a la Liga atico-délica, Atenas se abstuvo de cualquier intervención en los asuntos internos de sus aliados. Así Samos, que disponía de naves y continuó acuñando su propia moneda, estaba gobernada por una aristocracia terrateniente sin que por ello suscitara los celos de la democrática Atenas mientras no afectara a sus intereses.

Es posible que Atenas no esperase que los asuntos de Samos alcanzasen las cotas de peligrosidad que en verdad alcanzaron. Tucídides (I, 115), nuestra fuente de información, establece que los acontecimientos se desencadenaron por una disputa entre Samos y Mileto por el control de la pequeña ciudad de Priene: «Seis años más tarde (441-440 a. de C.) estalló una guerra por Priene entre los samios y los milesios; estos últimos, que llevaban la peor parte en la guerra, fueron a Atenas y acusaron a los samios. Les ayudaban algunos samios que querían cambiar la constitución. Fueron, pues, los atenienses a Samos con cuarenta naves, e implantaron la democracia; tomando como rehenes de los samios a cincuenta niños y cincuenta hombres, los pusieron bajo custodia en Lemnos y se retiraron de Samos, dejando allí una guarnición. Mas algunos samios que no esperaron su llegada y huyeron al continente, concertaron una alianza con los hombres más influyentes de la isla y con Pisutnes, hijo de Histaspes, sátrapa de Sardes, y, alistando a unos ochocientos hombres en calidad de tropas auxiliares, pasaron de noche a Samos. Primero atacaron al partido popular y se apoderaron de la mayoría de sus miembros, y luego libertaron furtivamente a los rehenes de Lemnos y se rebelaron contra Atenas, entregando a Pisutnes la guarnición ateniense y los magistrados que estaban en la isla, y preparándose inmediatamente a realizar una expedición contra Mileto. También los bizantinos se unieron a su sublevación».

¿Por qué los de Samos se decidieron por la guerra y no sometieron la disputa al arbitraje de Atenas? Algunos indicios relacionados con reajustes del tributo sugieren la razonable posibilidad de que Samos sintiese realmente o intuyese que los atenienses estaba de parte de los milesios y prefiriese, por esta causa, la confrontación al arbitraje. La preferencia de los atenienses por los milesios, cuya motivación ciertamente no está clara, pudiera responder a la inercia sentimental del *demos* ateniense hacia aquellas comunidades que gozaban de constituciones democráticas. Mileto hacía poco que había abrazado el régimen democrático, mientras que Samos se mantenía aferrada a un sistema aristocrático.

El cariz que tomaba la sublevación de Samos, miembro importante de la Liga atico-délica, colocaba a Atenas en una posición delicada. La ayuda solicitada a Esparta y rechazada, el apoyo prestado por el sátrapa de Sardes y el continuo temor ateniense a una intervención de la flota fenicia forzaron a Pericles a hacer intervenir a todos los

estrategas atenienses, a movilizar numerosos contingentes navales, divididos en tareas de vigilancia de los mares y de bloqueo de Samos, y a pedir la colaboración naval de los otros miembros de la liga —Quíos y Lesbos— que disponían de naves.

Tras largos meses de bloqueo y viéndose incapaces de alcanzar la victoria capitularon, los samios «destruyendo las murallas, dando rehenes, entregando las naves, y comprometiéndose a pagar a plazos el dinero gastado» (Tucídides I, 117).

Resulta difícil hacer una estimación coherente del significado de la sublevación de Samos dentro del contexto de la política exterior y del proceso de desarrollo de la Liga ático-délica. Algunos hechos, no obstante, pueden resaltarse. Existencia de tensiones en algunas comunidades del Imperio ateniense, al menos en Samos, entre demócratas y aristócratas; apoyo ateniense para alterar la constitución de Samos, aunque después de la rendición hubiera sido más conveniente quizá mantener el régimen aristocrático, y deseo de algunas ciudades de librarse de la hegemonía ateniense. Respecto al panorama de las relaciones exteriores, Atenas había suscrito con Persia la Paz de Calias, y con Esparta y la Liga del Peloponeso, la Paz de los Treinta Años. Había, pues, unos marcos y unos cauces jurídicos por los que debía discurrir cualquier actuación política exterior. En este sentido, aunque Samos había pedido ayuda a Esparta y aunque algunos miembros de la Liga del Peloponeso estaban dispuestos a otorgarla, los corintios se opusieron decididamente a cualquier intervención, porque «sostuvimos, dicen los corintios (Tucídides, I, 40), que cada ciudad tenía derecho a castigar a sus aliados cuando faltaran a su deber». La Liga del Peloponeso reconocía por tanto el derecho de Atenas a reprimir la sublevación de uno de sus aliados y se abstenía de intervenir.

La ayuda en mercenarios y la alianza del sátrapa de Sardes, Pisutnes, con algunos de los sublevados de Samos tenía otra dimensión. La Paz de Calias prohibía la intervención militar en las respectivas zonas de influencia y excluía la penetración de tropas navales del imperio persa en dirección norte y sur del Egeo. Los atenienses temieron —y debió de ser con razonable fundamento, siendo así que distrajeron parte de sus naves en tareas de vigilancia y de defensa cuando la ocasión lo requiriera— una intervención de la flota fenicia en la zona de Caria. Sin embargo, la flota fenicia no llegó, y la cosa quedó en un fundado temor. No puede decirse, por tanto, que por parte persa hubiese en este aspecto trasgresión de las cláusulas de la Paz de Calias. Por otra parte, la leva en territorio persa de tropas mercenarias por los sublevados samios podía suponer una violación de lo estipulado en la Paz de Calias, aunque siempre podría considerarse como una ayuda indirecta que minimizaría o anularía cualquier acusación de trasgresión. En cualquier caso, la posición adoptada por Persia en el asunto de Samos no deja de resultar ambigua hasta el punto de suscitar en Atenas temerosos recelos. Hay, pues, terreno para la desconfianza y en este sentido algún autor moderno supone que la sublevación de Bizancio, que en la información de Tucídides va unida a la de Samos, más que originada por la propia iniciativa de los bizantinos o estimulada directa o indirectamente por los samios, ha podido estar alimentada, y es otra posibilidad, por los persas.

ATENAS Y SU POLÍTICA AL NORTE DEL EGEO Y EN EL MAR NEGRO

Apagadas las sublevaciones de Samos y Bizancio una serie de dispersas informaciones señalan acciones atenienses en el norte y en el mar Negro cuyas fechas concretas resultan difíciles de precisar. Plutarco (Pericles, 20) relata una expedición de Pe-

ricles al mar Negro con gran demostración naval: «Navegando al Ponto con una armada considerable y perfectamente equipada, hizo en favor de las ciudades griegas cuanto acertaron a desear, tratándolas con humanidad; a las naciones bárbaras de los alrededores, a sus reyes y a sus príncipes les puso a la vista lo grande de su poder, su osadía y la confianza con que los atenienses navegaban por donde les placía, teniendo bajo su dominio todo el mar. A los sinopenses les dejó trece naves mandadas por Lamaco y tropas contra el tirano Timesileón; y, luego que hubieron derribado a éste y a sus partidarios, decretó que los atenienses pasaran a Sinope seiscientos voluntarios y habitaran con los sinopenses, repartiéndose las casas y el terreno que habían sido antes de los tiranos». Plutarco no da ninguna indicación referente a la fecha en la que pudo tener lugar esta expedición de Pericles al Ponto. Algunos autores modernos consideran como plausible una fecha anterior a la Paz de Calias, pero de hecho, cualquier momento del periodo en el que Pericles estuvo al frente de Atenas y amplió el área de sus intereses pudiera ser factible. No obstante, la expedición parece más adecuada en fecha inmediatamente posterior a la finalización de la secesión de Bizancio por parte ateniense. La defección de Bizancio, sin ser peligrosa, hizo sentir a los atenienses el peligro al que siempre estaban expuestos en el caso de que no mantuviesen bajo control el paso de los Estrechos por donde circulaban los cargamentos de cereales procedentes del mar Negro. Reiteradamente hemos indicado que el Ática no era autosuficiente en cereales sino deficitaria en grado sumo, y que en la cuenca del mar Negro tenía una de las fuentes principales de suministros. Una demostración de fuerza, sin intenciones hostiles, era un mensaje aleccionador para Bizancio y otras ciudades griegas del poder de Atenas y de sus intereses en la zona.

Si la expedición de Pericles se sitúa con posterioridad a la secesión de Bizancio, podría relacionarse con la nueva dinastía de Astaco en la Propóntide establecida con ayuda ateniense y que Diodoro (12, 31, 1) sitúa en torno al 437-436 a. de C. Se podría pensar que durante su expedición Pericles había establecido relaciones con la ciudad.

Relacionada con el mundo de intereses atenienses en el norte del Egeo está la fundación de una colonia en Brea. Este acontecimiento se conoce por una inscripción que recoge parte del decreto ateniense relativo al envío de los colonos. Se ignora la fecha de la fundación y el lugar que la misma ocupó. Parece que estaba situada en el distrito de Tracia y que el decreto de fundación podría corresponder, como opina J. K. Davies, al 445. Se sabe muy poco de la trayectoria posterior de esta colonia, y algún autor moderno supone que pudo desaparecer una vez que los atenienses instalaron un nuevo asentamiento en Anfípolis.

En el 436 los atenienses, en el lugar conocido como *Ennea Hodoi* (Nueve Caminos), fundaron, en efecto, una importante colonia llamada Anfípolis. Era un lugar estratégico en las vías de comunicación que conducían hacia Macedonia y hacia la península Calcídica. Ya con anterioridad, en el 465, Atenas había realizado en aquel lugar un asentamiento que fue destruido por las tribus tracias. La nueva fundación dispuso de sólidas murallas que aseguraron su permanencia.

En la colonia la población ática fue minoritaria, y esto hace pensar que el móvil que impulsó la fundación de esta colonia no fue el dar salida a un excedente de población de la metrópolis proporcionando tierras en otro lugar. Las razones parecen haber sido de otra índole. La colonia daba acceso a los atenienses a las fuentes de suministro de madera necesaria para la reparación de su flota, y a través de ella se canalizaba el comercio de esta materia prima. Cuando en la Guerra del Peloponeso se perdió esta

plaza, Tucídides (IV, 108) recuerda cuánto lamentaron los atenienses el haberse quedado sin Anfípolis, porque la ciudad «les era muy útil por sus envíos de madera para construcciones navales y por los ingresos que les procuraba». Por otra parte, la colonia ocupaba un lugar estratégico en las rutas comerciales del norte del Egeo, por lo cual era una posición de la mayor importancia.

Hasta qué punto la fundación de Anfípolis enturbió las anteriores relaciones amigables de los atenienses con Perdicas, rey de Macedonia, no está claro; posiblemente tal fundación coincidiera con un momento en el que las relaciones estaban ya deterioradas, y los atenienses vieran en ella un medio apropiado de asegurar sus intereses en la zona.

CAPÍTULO XVIII

LA TRANSFORMACIÓN DE LA LIGA ÁTICA EN IMPERIO

PLANTEAMIENTOS PREVIOS

Hegemonía, *symmachía*, *arché*, imperio e imperialismo son conceptos frecuentemente aludidos en el mundo de las relaciones de Atenas con los miembros de la Liga de Delos. La palabra hegemonía se utiliza para designar la relación de primacía directora de un Estado respecto de otro u otros. Esta relación hegemónica, es decir, este papel de dirección de un Estado respecto de otros, surge a través de un tratado de alianza (*symmachía*), suscrito en plano de igualdad por todos los estados implicados (*symmachoi*) en ella. Los Estados miembros establecen esa relación de forma voluntaria y libre. Mediante ella deciden otorgar a una ciudad la dirección de la guerra y las relaciones exteriores. Si el Estado hegemónico se extralimita en las competencias que le otorga el tratado de alianza (*symmachía*) y utiliza en provecho propio, contra la voluntad de su dueño, su poder dominante, transforma la hegemonía en *arché*, esto es, en un imperio. Cuando lo que une a los Estados se establece de esta forma, los aliados (*symmachoi*) teóricos, más que como aliados, son tratados como súbditos (*hypékooi*) por la potencia predominante.

Dentro de la Liga de Delos las relaciones entre Atenas y el resto de los miembros sufrieron una progresiva evolución hasta acabar en unas relaciones de tipo «imperialista». Pero el paso de la hegemonía ateniense a la *arché* no fue brusco sino que tuvo lugar a través de un proceso evolutivo que sólo se deja percibir de forma fragmentaria y merced a hechos aislados de relativa significación.

La liga se constituyó en el 478 a. de C. con Estados autónomos: «En un principio tenían los atenienses la hegemonía (*hegoumenoi*) sobre sus aliados independientes (*symmachoi autonómoi*), con quienes deliberaban en asambleas generales; y entre la Guerra del Peloponeso y las Médicas realizaron las siguientes empresas guerreras o diplomáticas, empresas que tuvieron lugar enfrentándose los atenienses contra los bárbaros o contra sus propios aliados cuando se insubordinaban o contra aquellos de los peloponesios con que chocaban en cada una de ellas...además, esta digresión muestra de qué forma fue fundado el imperio (*arché*) ateniense». (Tucídides, I, 97).

Cuando en el 428 a. de C. los mitilénios se sublevaron y buscaron la ayuda de los peloponesios, las razones esgrimidas, y que Tucídides (III, 10) pone en boca de los mitilénios, se centran en los conceptos de autonomía, autonomía nominal y esclavitud:

«mientras que los atenienses tuvieron la hegemonía respetando la igualdad, les seguimos de buen corazón; mas, desde el momento en que vimos que disminuían su odio al persa y se apresuraban a esclavizar (*doúlosin*) a sus aliados (*symmáchoi*), ya no estuvimos tranquilos. Incapaces de unirse y defenderse con la superioridad numérica de sus votos, los aliados fueron esclavizados, salvo Quíos y nosotros; nosotros, siendo autónomos y libres sólo de nombre, luchamos a su lado. Pero ya no encontrábamos en los atenienses unos «hegemones» fiables en razón a los ejemplos precedentes; pues no era razonable que sometieran a aquellos pueblos con los que se aliaron al mismo tiempo que con nosotros, y no hicieran lo mismo con los demás, si alguna vez podían». Falta de trato igualitario, autonomía, libertad, sumisión son los conceptos utilizados por los milesios para caracterizar las relaciones de Atenas con los miembros de la liga. Ciertamente la sumisión supone la carencia de las otras. Un estado era libre y autónomo cuando podía vivir «de acuerdo con sus propias leyes». En este sentido libertad e independencia estatales coincidían.

Los estados autónomos, de forma voluntaria, podían asociarse en la liga, tal y como lo hicieron los miembros de la de Delos. La pertenencia a una liga colocaba a los estados aliados en una nueva situación en la que se hacía preciso conjugar las nuevas obligaciones aceptadas con su libertad y autonomía como estado. Cuando en el 478 a. de C. se constituyó, de forma voluntaria, la Liga de Delos, los Estados que la constituyeron eran autónomos, es decir, tenían libertad de regirse por sus propias leyes en política interior. Pero en política exterior la conducción y dirección militar la dejaban en manos de Atenas. Esto, ciertamente, suponía una limitación y establecía, de hecho, lo mismo que el pago del *phoros*, una desigualdad dentro de sus miembros. Aunque desconocemos muchas cosas de ella, desde el principio la liga estuvo compuesta por los miembros importantes que contribuyeron a la misma con naves, como Quíos, Lesbos, Samos, etc., y por otros miembros más pequeños, que, no estando en condiciones o no deseando aportar tropas y barcos, contribuían con un tributo monetario que se ingresaba en el tesoro de la liga. Dentro, pues, de esa alianza suscrita en plan de igualdad y con carácter voluntario, se daba ya una desproporción inicial. Es razonable pensar que desde fecha temprana Atenas intuyese las posibilidades que le brindaba su poder marítimo y, sobre todo, su papel de figura hegemónica dentro de la liga. Era una toma de conciencia temprana. Pero tratar de concretar el momento en que dicho poder hegemónico se transformó en imperio (*arché*) tiene poco sentido no sólo por el hecho de lo fragmentario de la documentación y de las lagunas subyacentes, sino porque las relaciones de Atenas y de sus aliados en general y con algunos de ellos en particular sufrieron altibajos en su progresivo caminar hacia el imperialismo. Lo cierto es que desde fechas tempranas, Atenas comprendió enseguida que dirigiendo la liga aumentaba su poder y que, consecuentemente, en su calidad de potencia hegemónica no podía tolerar defecciones: ni la de Naxos, posiblemente en el 470 a. de C., ni la de Tasos en el 465-463 a. de C.

Es posible que la reincorporación forzada de los sublevados emanase de una decisión del consejo federal. Si eso fuese así, quedaría un tanto difuminada la acción «imperialista» y unilateral de Atenas. De cualquier manera era ella la que con la represión de Tasos, a quien privó de su distrito minero, sacaba más beneficios.

Aunque resulta difícil señalar el momento histórico del paso de la alianza al imperio, es recurrente en la moderna historiografía la tendencia a señalar las etapas más significativas. Uno de estos momentos acontece en el 454 a. de C., cuando bajo la vi-

vencia de la derrota sufrida en Egipto, se trasladó el tesoro federal de Delos a Atenas. Para algunos este sería el momento en el que los atenienses descubren las cartas ocultas y trasladan a su ciudad el tesoro de todos, para poder utilizarlo según su voluntad. Con todo, también pudiera ser, como opina E. Will, una medida cautelar tendente a impedir que fuesen en aumento las sublevaciones sufridas tras la derrota en Egipto. Ciertamente, después de la derrota pudo cundir entre los miembros de la liga un sentimiento soterrado de rebeldía al que eran más sensibles las comunidades de tierra firme de Asia Menor, que, por razones de proximidad, se encontraban más expuestas a cualquier ataque persa por tierra. Atenas no toleró estas sublevaciones y no tuvo reparos en mostrar su rostro adusto.

Otro de los hitos que suelen aducirse en el camino de la transformación del poder hegemónico ateniense en imperio coincide con la Paz de Calias del 449-498 a. de C. La Liga de Delos se había establecido para luchar contra Persia y, suscrita la paz con esta potencia, desaparecían las razones primordiales de la liga y, consecuentemente, perdía vigor la necesidad de imponer a sus miembros la permanencia en la misma.

EL EMPLEO DE LA FUERZA

Algunos de los miembros de la liga vieron en el dominio de Atenas y en el pago del tributo un signo de opresión. Este sentimiento, ciertamente, no fue homogéneo, o al menos no fue compartido con igual intensidad, por todos los miembros de la liga. Pero hubo algunos que, bien porque considerasen la dirección de Atenas como un atentado a su autonomía, o porque circunstancias particulares le impulsasen a ello, iniciaron el camino de la insurrección. Era algo que Atenas no podía tolerar. Su insaciable deseo de poder llegaba hasta donde le dejaban las otras potencias, especialmente las del Peloponeso. Pero éstas, pese a que soterradamente les molestaba el auge de Atenas, no deseaban llegar a un conflicto abierto y preferían fijar sus respectivas influencias. Atenas, por tanto, no estaba dispuesta a dismantelar su liga, irremisiblemente unida a sus ambiciones y al mantenimiento de su poder. Para lograrlo utilizó diversos procedimientos directos e indirectos —guarniciones militares, alguna colonia, las cleruquías, tributos, unidad monetaria, leyes generales, imposición de regímenes democráticos, etc.— y, como recurso último, estaba presta la amenaza coactiva de la fuerza.

Atenas no tenía nada que temer. Desde las Guerras Médicas disponía de ingresos públicos suficientes para construir y reparar su flota. Además, contaba con una población altamente capacitada en la técnica de navegación como para movilizar rápidamente una avezada y poderosa flota con la que hacer frente a Persia y a la Liga del Peloponeso. Y esa flota no hizo más que incrementarse. De las 180 naves referidas por Heródoto para el año 480 a. de C. se había pasado, en vísperas de la Guerra del Peloponeso, a trescientas. Dentro de la liga sólo Samos, Lesbos y Quíos aportaban naves. Frente a los contingentes de estos aliados, la flota de Atenas era claramente superior. Tener una gran escuadra era una cuestión de recursos económicos y de hombres adiestrados en el arte de navegar. La tripulación de una nave, caso de no estar compuesta por ciudadanos o sostenida con recursos públicos para su mantenimiento, consumía 3.000 dracmas sólo en salarios. Estos recursos los tenía Atenas. Los tuvo inicialmente merced a la utilización de la plata procedente de las minas de Laurión y los tendrá aumentados gracias al fondo de reserva de la liga. Podía, por tanto, aumentar su capaci-

dad militar, como así lo hizo, contratando marineros extranjeros. Pero, además, la mayoría de la población ateniense, especialmente las clases más poderosas de su población, adquirirían una capacitación marinera superior a la de cualquier otra ciudad. Así, en una emergencia producida durante el año 428 a. de C., Tucídides (III, 16) recuerda que: «los atenienses estaban en condiciones de rechazar con facilidad una escuadra procedente del Peloponeso sin retirar la que tenían en Lesbos; completaron la dotación de cien naves, embarcándose ellos mismos —salvo los caballeros y pentacosiomedimos— y los metecos, y levando anclas hicieron una demostración de fuerza a lo largo del istmo, así como desembarcos en los lugares del Peloponeso que les parecían oportunos». Disponibilidad de naves y disponibilidad de hombres adiestrados en el arte de navegación eran exponentes claros de la superioridad que Atenas tenía al respecto.

Con estas fuerzas, los atenienses estaban en condiciones de ejercer operaciones de patrulla por el Egeo, recalar en los puertos aliados y dar una respuesta militar inmediata y sin miramientos contra cualquier sublevado. En el 470 a. de C. Naxos fue reintegrada a la liga y en el 465 a. de C. lo fue Tasos, a la que previamente se hizo objeto de terribles represalias: sus murallas fueron destruidas, su flota fue arrebatada, se le castigó con una elevada indemnización y en adelante fue considerada como una aliada tributaria.

Es posible que, teniendo lugar estas defecciones en fechas próximas a la fundación de la liga, los atenienses decidiesen las operaciones en connivencia con el consejo de la liga. Pero para las sublevaciones acontecidas en torno a la mitad de siglo, a las que no se aplicaron disposiciones uniformes, como se desprende de algunos de los testimonios con los que podemos contar, es posible que la iniciativa y decisión partiese exclusivamente de Atenas.

DIFUSIÓN DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS ENTRE LOS ALIADOS Y FIDELIDAD A ÁTENAS

La guerra con Persia, y la defensa contra ella, había sido la primordial «razón de ser» de la liga. Suscrita la paz con los persas, otros motivos aconsejaron mantenerla y reforzarla. Es opinión bastante recurrente que uno de los medios que se utilizaron en este reforzamiento fue la difusión de las instituciones democráticas entre los aliados. Hablamos de difusión del sistema democrático, es decir, de aceptación voluntaria, no de imposición, porque los Estados aliados eran autónomos. Todo lo que sonaba a imposición del sistema democrático por medios coercitivos adquiría un matiz opresivo e imperialista que Atenas, al menos en apariencia, trataba de ocultar. Lo cierto es que Atenas no generalizó la imposición de su sistema político democrático en las ciudades aliadas. En aquellas en las que se instauró resultaba que eran ciudades que se habían sublevado o que estaban amenazadas por una insurrección que era preciso atajar. A ningún ateniense se le ocultaba que la implantación de un régimen democrático en ciudades levantiscas, si llegaba a arraigar, ofrecía, por razones de fidelidad ideológica, una garantía mayor que los sistemas oligárquicos. Naturalmente que Atenas sintió la tentación de expandir su peculiar sistema político, y era razonable que esta tentación y propensión fuesen mayores durante la Guerra del Peloponeso. Se trataba de una situación límite en la que se luchaba por conocer qué forma de gobierno, oligarquía o democracia, iba a prevalecer. Pero nunca fue una tendencia generalizada y mucho me-

nos en los momentos anteriores a la Guerra del Peloponeso. Hay indicios al respecto. Los casos de Mileto y de Samos en un primer momento son significativos. Contra Mileto, sublevada en el 450 a. de C., e incitada quizá a ello por los persas, Atenas actuó blandamente, permitiendo el mantenimiento de su oligarquía, que era vigilada mediante el envío de *episcopoi* (inspectores) de la marcha de su vida política. Y en el caso de Samos, aunque las represalias por su sublevación fueron duras, no afectaron, al menos en los primeros momentos, a su forma de gobierno.

Aunque antes de la Guerra del Peloponeso la imposición en las ciudades aliadas de regímenes democráticos era ciertamente infrecuente, no faltan, por supuesto, casos en los que dicha imposición se produce. Lo acontecido con Eritrea en el 453-452 a. de C. es significativo al respecto. Una inscripción (I. G. I². 10) referente a esta ciudad menciona las normas que se le impusieron y que en adelante regularían las relaciones entre Atenas y Eritrea. No suponían simples sugerencias de la potencia hegemónica para el mejor desenvolvimiento político, sino medidas que implicaban imposición y control: «ha de haber un Consejo, elegido por sorteo, de ciento veinte hombres; el (...) en el Consejo; un hombre que no sea ciudadano o que tenga menos de treinta años no podrá servir en el Consejo... Nadie integrará el Consejo dos veces en el término de cuatro años. El primer Consejo será organizado, mediante el establecimiento de los sorteos, por los (inspec)tores y el jefe de la guarnición; los Consejos futuros serán establecidos por el Consejo y el jefe de la (guarnición) no menos de treinta días antes de que el Consejo cese en sus funciones... Cumpliré las funciones de *bouleuta* (consejero) lo mejor y más justamente que pueda respecto al pueblo de Eritrea, al de los atenienses y al de sus aliados. No traicionaré al pueblo ateniense ni a sus aliados. No lo haré yo ni permitiré que lo hagan los demás, ni siquiera uno sólo. No protegeré por mi parte, ni persuadiré a que otro lo haga, a ninguno de los que huyan o pudieran huir al bando de los Medos, sin contar para ello con la aprobación de los atenienses y del pueblo. No perseguiré a ninguno de los que se quedan sin la aprobación de los atenienses y del pueblo...».

Naturalmente, si se establece un Consejo democrático, cuyo número de miembros y elección entre los de Eritrea se regula por normas de obligada aceptación, con mayor razón debió de imponerse una asamblea democrática. La vida política de Eritrea se enmarcaba en un sistema democrático, impuesto, supervisado y vigilado por *episcopoi* y por el jefe de la guarnición (phourarchos); la política exterior de la ciudad estaba mediatizada por la voluntad de Atenas y de los aliados, a los que Eritrea debía fidelidad.

Con relación a Colofón, que también se sublevó por aquellas fechas, se conserva una inscripción, muy fragmentada, de la que parece deducirse que a su Consejo se le exige un juramento de fidelidad parecido al de Eritrea, si bien R. Meiggs, y D. Lewis son de la opinión de que dicho juramento no incluía la fidelidad a los aliados.

Para el caso de Calcis se dispone de una inscripción (I. G. I² 39) a través de la cual se constata que las condiciones impuestas fueron mucho más duras. En el juramento de fidelidad a Atenas —los aliados no están mencionados— se especifica que aquel que no quisiese someterse sería castigado con la pena de *atimía* y la pérdida de todos sus bienes. El juramento se establecía en los siguientes términos: «No me separaré del pueblo ateniense bajo ninguna forma ni empleando ningún procedimiento, ya sea de palabra o de obra. No seguiré a quien lo haga y, si alguien comete traición, lo denunciaré al pueblo ateniense. Pagaré a los atenienses el tributo convenido. Haré todo lo necesario para ser un aliado fiel y justo. Ayudaré y socorreré al pueblo ateniense, si alguien

le causa perjuicios, y obedeceré al pueblo ateniense». La dependencia de Calcis respecto de Atenas es prácticamente total. El temor al potencial militar de Atenas y la facilidad y rapidez con que podía desplazar su maquinaria militar, la experiencia conocida de intervenciones represivas atenienses, explican convenientemente estos actos de sumisión, que quienes los sufren valoran ciertamente como actos de imposición «imperialista».

GUARNICIONES MILITARES Y UTILIZACIÓN DE LA PROXEMIA Y DE LAS CLERUQUÍAS

Atenas utilizó también otros procedimientos para vigilar a los aliados y mantenerlos dentro de la coalición. La inscripción indicada de Eritrea alude a algunos de ellos. Así, menciona el *phrouarchos*, es decir, al jefe de la guarnición militar. Incluso en tiempos de paz, algunas ciudades aliadas, no muchas, soportaban la presencia de una guarnición militar ateniense cuyo jefe velaba por la vida política de la ciudad e impedía con su presencia que se incurriera en veleidades separatistas. Otro modo de asegurar la ascendencia y vigilancia ateniense sobre las ciudades aliadas era la presencia, no generalizada a todas ellas, de inspectores (*epískopoi*) y de arcontes. Sus competencias no aparecen claramente definidas, pero, por lo que se aprecia en algunas inscripciones, estas competencias convergían primordialmente en una función supervisora del cumplimiento de las disposiciones emanadas desde Atenas y que afectaban a todo el imperio. A ellos, y en segundo lugar a los magistrados locales, se encomendaba la puesta en marcha del decreto de Clearco sobre la reforma monetaria. En cualquier caso, la presencia de estas personas en las ciudades aliadas suponía, de hecho, una presión política, molesta o no según los casos, que contribuía a impedir que en la vida política de las ciudades se produjeran desviaciones contrarias a los intereses de Atenas.

Los atenienses utilizaron la institución de la *proxenia* como medio de vigilancia y sobre todo como un instrumento para velar por sus intereses dentro de las ciudades aliadas. De acuerdo con esta institución, un ciudadano de una ciudad aliada, generalmente muy activo políticamente y partidario, sin fisuras, de los atenienses, aceptaba representar y defender los intereses de la potencia hegemónica dentro de su ciudad. Estaban, por lo tanto, muy identificados con los ideales e intereses de Atenas y consecuentemente expuestos a que recayera sobre ellos el odio que suscitaba entre sus conciudadanos. Para protegerlos, Atenas les daba una cobertura legal, que sustrafía a la justicia local de la ciudad aliada todos los casos de *proxenoi* condenados por ella. Estos *proxenoi* pasaban a ser juzgados en segunda y definitiva instancia en Atenas: «(Acheioion ha de ser proxenos y benefactor de los atenienses: y si) Achelion (es perjudicado por alguien, puede acusarlo) en (Atenas ante el tribunal del) polemarcos (y no ha de pagar) gastos de tribunal exceptuadas cinco dracmas... Y si alguien (mata a Achelion o) a uno de sus hijos (en algunas de las ciudades que) los atenienses (gobiernan, la ciudad habrá de pagar una multa de) cinco talentos (como si) uno de los atenienses hubiera muerto (y se ha de tomar) venganza contra (esa persona como si un ateniense hubiera) muerto» S. E. G., X. 23). Los *proxenoi*, en este aspecto judicial, estaban en cierta manera asimilados a los atenienses.

La proxenia, poco costosa para Atenas, pasó a ser un instrumento de vigilancia de los aliados ejercida por los propios aliados. Por el contrario, las guarniciones militares atenienses, que estaban al mando de un *phrouarchos*, eran costosas, pero con una fun-

ción protectora y de vigilancia directas. Antes de que una situación como la Guerra del Peloponeso aconsejase una implantación mayor, las guarniciones militares no fueron frecuentes. Atenas disponía de otro medio de mayor utilidad que contribuía a asegurar su dominio sobre el territorio imperial. Se trataba de la instalación de población ateniense en tierras aliadas confiscadas. Era lo que se denominaba con el nombre de cleruquías.

Etimológicamente *klerouchos* era el que obtenía un *kleros*, esto es, un lote de tierra. Los *klerouchoi* seguían siendo ciudadanos atenienses aunque poseyesen tierras fuera del Ática y estuviesen instalados en suelo extranjero. Había casos de cleruquías en las que los *klerouchoi* instalados no cultivaban directamente la tierra sino que obtenían una renta de los lotes que correspondían a cada uno. Era una manera de que los aliados sufragasen la presencia de esa población ateniense. Este tipo de cleruquías no fueron, en verdad, muy frecuentes. Tucídides (III, 50) refiere el caso de Lesbos: «Después de esto, no impusieron tributo a los lesbios, sino que dividieron su territorio, excepto Metimna, en tres mil lotes, reservaron trescientos para los dioses, declarándolos sagrados, y enviaron a los demás, mediante sorteo, a colonos atenienses; y los lesbios cultivaban la tierra, comprometiéndose a entregar anualmente dos minas por cada lote».

La confiscación de parte de la tierra de los aliados, aunque comportaba una disminución en la cuota del pago del tributo, intensificó el resentimiento contra Atenas.

Las cleruquías de la primera época pueden datarse a mediados del siglo V a. de C. Así las cleruquías de Andros y Naxos se instalaron en torno al año 450 a. de C.; las de Eubea y del Quersoneso tracio pueden ser, quizá, del año 447-446 a. de C. y en el 427 a. de C. se colocaron 2.700 clerucos en Mitilene.

Es preciso preguntarse por los motivos por los que Atenas, incluso en fecha temprana, procedió a instalar ciudadanos fuera del Ática. Algunos de estos asentamientos aparecen en lugares que se habían sublevado con anterioridad. En casos como estos la instalación de *klerouchoi* obedece a una acción de represalia y a un motivo de precaución para evitar en el futuro una posible insurrección. En otros han podido pesar razones de estrategia militar, mientras que en aquellos que van jalando la ruta que conduce al mar Negro se puede ver un intento de proteger la llegada hasta Atenas de los suministros de trigo. Pero con esto no se agota el cupo de posibilidades. Plutarco (Pericles, 11) apunta también a otro tipo de razones: «(Pericles) envió mil *klerouchoi* al Quersoneso; a Naxos, quinientos; a Andros, la mitad de éstos; otros mil a la Tracia, para habitar en unión de los bisaltas; y otros a Italia, como Sibaris, a la que dieron por nombre Turios, fue fundada por segunda vez. Todo esto lo hacía para aliviar a la ciudad de una muchedumbre holgazana, que resultaba molesta por su ociosidad, para remediar la pobreza del pueblo y para conseguir que los aliados no intentaran revoluciones al verse forzados a vivir con el miedo y con la vigilancia». Entre los motivos por los que se instalaron estas cleruquías se daba también, a lo que parece, el deseo de proporcionar tierras a los sectores más desfavorecidos del demos que de esta manera veían facilitada su promoción hacia la clase de los hoplitas. El decreto por el que se fundaba la colonia Brea (I. G. I², 45) —se trataba de una colonia y no de una cleruquía—, tiene una enmienda de Fantocles en el sentido de que los colonos deben ser elegidos entre los miembros de las clases más bajas. Ese debió de ser el procedimiento seguido por lo general en la selección de las personas que se iban a enviar a las cleruquías.

LOS ASPECTOS ECONÓMICOS DEL IMPERIO

El «imperialismo» ateniense presentaba también un rostro económico. La poderosa flota de la Liga de Delos daba seguridad a los mares y reducía sensiblemente cualquier actuación pirata. Con la seguridad y el control militar de los mares se garantizaba la llegada de los suministros y se facilitaban las relaciones comerciales. Todos los miembros de la liga se beneficiaban de ello, aunque no en la misma proporción. Los beneficios eran escandalosamente mayores para Atenas, que, además, podía utilizarlos como instrumentos de presión frente a otros. Para algunos de los miembros de la liga la seguridad proporcionada y los beneficios obtenidos contaron menos que su sometimiento al pago del tributo y su merma de autonomía. Y esto de por sí explicaría muchas sublevaciones.

Bajo este prisma positivo y negativo habría que valorar también la política de unidad de pesos, medidas y monedas seguida por Atenas y realizada según unos en torno al 449-448 a. de C. o en el 425-424 según otros. El decreto del que hay varias copias reza así: «...y si alguien propone una moción sobre estos asuntos o somete a voto una moción acerca de que se permita usar o prestar dinero extranjero, tiene que ser procesado de inmediato ante los Once (jefes de prisión) y los Once lo castigarán con la muerte; pero si él discute (la sentencia) se le dejará presentarse ante el jurado... El secretario del Consejo agregará la siguiente cláusula al juramento de los consejeros (en el futuro): si alguien acuña monedas de plata en las ciudades y no usa el dinero ateniense y los pesos y las medidas, sino que utiliza el dinero y los pesos y las medidas extranjeros, lo castigaré y lo multaré de acuerdo con el anterior decreto que fuera presentado por Clearco. Cualquiera persona puede entregar el dinero extranjero que posea y cambiarlo cuando quiera, de acuerdo con estos mismos principios. La ciudad ha de pagarle con nuestra moneda, y cada individuo debe traer su propio dinero a Atenas y depositarlo en la ceca» (Meiggs y Lewis, 45). Ciertamente la unidad decretada por Atenas evitaba los inconvenientes derivados de la diversidad de sistemas utilizados por los distintos miembros. De la misma manera, la imposición de la moneada ateniense facilitaba la valoración de los productos bajo un único sistema monetar. Pero, una vez más, esto suponía una injerencia de la potencia dominante en detrimento de la autonomía jurídica de las ciudades. Era una merma de su conciencia de comunidad concreta e independiente para la que la utilización de una moneda propia constituía uno de sus mejores exponentes.

Pero el aspecto económico más significativo del imperio ateniense era el pago del tributo (*phoros*). Cuando se constituyó la Liga de Delos, los miembros de la misma se comprometieron voluntariamente a contribuir a su mantenimiento con barcos o con dinero. Todos, por tanto, de una u otra forma, contribuían a la liga de modo solidario. A diferencia de otras asociaciones que sólo en circunstancias especiales realizaban aportaciones voluntarias, en el imperio ateniense el pago regular de tributos permitió la constitución de una caja federal. Pero enseguida el tributo fue adquiriendo un carácter de imposición y de carga susceptible de ser considerado como un atentado a su autonomía interna.

Inicialmente la percepción de impuestos tenía por finalidad sufragar los costos de-

rivados del mantenimiento de las fuerzas de la liga. Con ellos se atendía la renovación de la flota, la reparación de los barcos deteriorados y el sostenimiento y pago de los soldados, aspecto este último que no debió de alcanzar cifras elevadas. Se supone que la soldada de un hoplita ateniense o de un marinero de un barco de guerra era de un dracma diario y sin embargo todo esto, más los gastos derivados del mantenimiento de la flota aliada, no alcanzaba, a lo que parece, el montante de los tributos librados. El sobrante pasaba a engrosar el tesoro federal. En el 450 a. de C. Pericles consiguió sacar adelante en la Asamblea un decreto por el que se desviaban para construcciones en la Acrópolis, 5.000 talentos procedentes del tesoro federal. Pero respecto a ello los aliados pensaban que a esas sumas se les estaba dando un destino distinto del estipulado. Mas la protesta no tenía un trasfondo económico sino político —moral. Tanto si se destinaba a perfeccionar o reparar el armamento como si se destinaba a obras públicas, la beneficiaria era siempre Atenas. Y esto le permitía dar trabajo y mantener en activo a un sector de la masa social ateniense, que, en caso de conflicto, tendría que utilizar como soldados y marineros. Cualquiera que fuese el destino que Atenas diese al dinero federal, para ella no había ni mala conciencia ni escrúpulos morales. Tenía claro que los aliados, pagando su tributo, cumplían con sus obligaciones. Las suyas eran adoptar las medidas pertinentes para estar perfectamente equipada y defender adecuadamente a los aliados. Conseguido esto, pensaba que tenía derecho a utilizar el dinero en lo que creyese conveniente sin que a los aliados les incumbiese gran cosa si lo invertían en armamento o en construcciones públicas.

Puesto que había un superávit entre los costos invertidos en defensa y la tributación aliada, cualquiera podría pensar que una de las más firmes aspiraciones de los aliados consistiese en la pretensión de lograr una reducción de la tributación. Sin embargo, las fuentes de información no proporcionan ningún indicio que avale una suposición de este tipo. Sólo insisten en el aspecto negativo que tenía el impuesto y en el uso desviado que se hacía del mismo. En este sentido las críticas contra su destino a obras públicas surgieron dentro y fuera de Atenas: «Lo que mayor placer y ornato produjo a Atenas, y más dio de admirar a todos los demás hombres, fue el aparato de las obras públicas, siendo éste solo el que aún atestigua que la Grecia no usurpó la fama de su poder y opulencia antigua. Y, no obstante, esta disposición era, entre las de Pericles, de las que más murmuraban sus enemigos y la que más calumniaba en las juntas públicas, gritando que el pueblo perdía su crédito y era difamado porque se traía de Delos a Atenas los caudales públicos de los griegos, y aun la excusa más decente que para esto podía oponerse a los que le reprenden, a saber: que, por miedo de los bárbaros, trasladaban de allí aquellos fondos para tenerlos en más segura custodia, aun ésta se la quitaba Pericles; y así parece, decían, que a la Grecia se hace un terrible agravio, y que se le esclaviza muy a las claras, cuando se ve que con lo que se la obliga a contribuir para la guerra ornamos y engalamos nosotros nuestra ciudad con estatuas y templos costosos, como una mujer vana que se carga de piedras preciosas. Mas Pericles persuadía al pueblo de que de aquellos caudales ninguna cuenta tenían que dar a los aliados, pues los atenienses combatían en su favor y rechazaban a los bárbaros, sin que aquellos pusiesen ni un caballo, ni una nave, ni un soldado, sino solamente aquel dinero, que ya no era de los que lo daban, sino de los que lo recibían, una vez que cumplían con aquello por lo que lo entregaba; y puesto que la ciudad proveía abundantemente de lo necesario para la guerra, era muy justo que su opulencia se emplease en tales obras, que, después de hechas, le proporcionasen una gloria eterna, y que dieran

de comer a todos mientras se hacían, proporcionando toda especie de trabajo y una infinidad de ocupaciones, las cuales, despertando todas las artes, y poniendo en movimiento todas las manos darían salarios, digámoslo, así, a toda la ciudad, que a un mismo tiempo se embellecería y se mantendría a sí misma» (Plutarco, *Pericles*, 12).

El tributo parece que no era gravoso. Con arreglo a los ingresos y posibilidades económicas de cada ciudad Aristides lo fijó con prudencia y equidad en una cuantía de 460 talentos. No sabemos, como ya hemos indicado anteriormente, si en esta cifra se incluía también la estimación de los barcos y mantenimiento de los soldados de aquellos aliados que todavía contribuían en la Liga de Delos de esta manera.

A través de las «listas de cuotas de tributos» resulta difícil establecer los totales percibidos anualmente. Se trata de una información fragmentada por lo que resulta arriesgado proponer la pertinente complementación. La tasación de los *phoroi* se hacía en Atenas a partir del 454 a. de C., momento ese que coincide con una nueva tasación. La «lista de cuotas de tributo» para ese año (I. G. I², 191), estudiada por H. Nesselhauf, recoge unos 139 entre ciudades y pueblos contribuyentes, que libraron entre 396 a 406 talentos. A partir de ese año, la documentación se encuentra menos incompleta y permite apreciar qué ciudades contribuían con cantidades mayores: Egina y Tasos, con 30 talentos cada una; Paros, con 18; Bizancio, con 15,70; Mendes y Abdera, con 15 cada una; Lámpsaco, con 12. Hay, por otra parte, más de 77 comunidades que sólo pagan 1 talento.

La tasación del importe de los tributos a partir por lo menos del 454 a. de C. se hacía en Atenas cada cuatro años. En algunas listas se aprecian variaciones parciales en el montante a pagar por Estados aliados concretos en relación con años anteriores. Es posible emitir conjeturas al respecto. En algunos casos el descenso en la tasa asignada obedece a disminuciones de la riqueza de la ciudad, a confiscaciones de tierras o a instalación de cleruquías. Así ocurre con Colofón, Andros, etc. El caso de Eno, en la costa oriental de Tracia, es un ejemplo de continua disminución, desde los doce talentos del comienzo hasta la nula tributación. Podría pensarse en que la disminución guarda relación con la posible instalación y mantenimiento de una guarnición. Tal hipótesis no es imposible, pero resulta más tentador pensar en una medida de oportunidad política tendente a asegurarse la fidelidad de una comunidad que se encontraba fuertemente presionada por las tribus tracias.

Aunque la cuantía del tributo se fijaba con carácter cuatrienal, su percepción se realizaba anualmente. Un decreto (I. G. I², 66) de Clinias, en torno al 447 a. de C., establecía las normas para la percepción del impuesto: «Decidido por el Con(sejo y el) pueblo. La tribu *Ornea* estaba (en la pritanía). Siendo Spoudas secretario...y...presidente de la asamblea Kleini(as propuso lo siguiente); el Consejo y los ar(contes en) las ciudades y los (inspecto)res deben asegurar que el tributo se recolecte cada año y sea traído a Atenas. Tiene que e(stable)cer con las ciudades cómo serán los sellos de identificación, de modo que a quienes deban llevar el tributo no les resulte posible hacer un fraude. Cada ciudad habrá de registrar en una tablilla el tributo que envía, deberá sellarla con su sello y enviarla a Atenas. Los que lleven el dinero tendrán que entregar la tablilla ante el Consejo cuando paguen el tributo... Los atenienses tendrán que elegir cuatro hombres (y enviarlos a) las ciudades para que entreguen un recibo por e(l tributo que se ha pagado y) para pedir los tributos (que no hayan sido pagados a aquellos que están en deuda)... si algún ate(niense o aliado comete un delito con respecto al) tributo que (las ciudades) deben (enviar a Atenas, después de registrarlo en una tabli)lla para

quienes sean sus portadores (cualquier ateniense o aliado) quiera (puede) acusarlo ante (los pritanos)... Los (helenotamias) deben registrar en una tablilla pública de noticias (y habrán de asentar la cantidad) del tributo y (las ciudades que lo han pagado en su totalidad y) también asentarán...».

A efectos de tributación todos los aliados se integraban en cinco distritos: Tracia, el Helesponto, Jonia, Caria y las islas. Poco después del año 440 a. de C. las ciudades carias fueron incorporadas al distrito de la Jonia.

CAPÍTULO XIX

LA GUERRA DEL PELOPONESO HASTA LA PAZ DE NICIAS

De una manera convencional y con vistas a dar unidad a todos los acontecimientos, por Guerra del Peloponeso se entiende la serie de hechos bélicos que se desarrollaron entre el 431 a. de C. y el 404 a. de C. Estos acontecimientos constituyen una serie de fases a lo largo del desarrollo bélico, algunas de las cuales tienen una continuidad inmediata, mientras que otras están separadas por intervalos de tiempo como el transcurrido entre el 413-411 a. de C., que actuará como puente de unión entre el desastre de la expedición de Sicilia y la fase siguiente.

El establecimiento de algunas de estas fases está en función o guarda relación con las fuentes de información. Esta guerra es el tema de la obra de Tucídides. Su importancia como fuente es tan grande que para el desarrollo de los hechos la moderna historiografía lo utiliza inexcusablemente como término de referencia, bien para seguirlos de cerca bien para detectar sus omisiones, resaltar sus preferencias, analizar sus juicios con objeto de aplicar al relato de Tucídides —nacido de un intento por conciliar la realidad de los hechos con las motivaciones aducidas para explicarlos— los contrapuntos pertinentes.

Pero el relato de Tucídides termina repentinamente cuando está narrando los acontecimientos del año 411 a. de C. Son, por lo tanto, otras fuentes las que proporcionan el hilo conductor de los acontecimientos posteriores a esta fecha. Jenofonte (c. 428/7 hasta c. 354 a. de C.), considerado como continuador de la obra de Tucídides y su posible editor, narra los eventos ocurridos entre el 411 y 404 a. de C. en los dos primeros libros de las *Helénicas* (I-II,3,9). Este periodo está tratado también en las *Helénicas de Oxirrinco*, obra que conocemos merced a algunos papiros procedentes de Egipto. Se ignora su autor, pero I. A. Bruce propone como posibles autores a Daímaco de Plataea o a Cratipo.

Los años de la Guerra del Peloponeso coinciden en su mayoría con los momentos de la producción literaria de Aristófanes en cuyas comedias, y dentro de su estilo satírico y mordaz, se vierten alusiones a los acontecimientos históricos de su tiempo.

Las *Vidas Paralelas* de Plutarco (nacido en Queronea, antes del 50 d. de C. y muerto después del 120 d. de C.), cuyas fuentes de inspiración estudia M. A. Levi, contienen las vidas de Pericles, Nicias, Alcibiades y Lisandro a través de las cuales se conocen algunos hechos acaecidos en aquellos años.

Las fuentes literarias se complementan con un conjunto de inscripciones de conte-

nido diverso —mención especial merecen las referentes al *phoros* que satisfacían los aliados— y que contribuyen a completar el panorama de aquellos años de guerra.

En el transcurso de su acontecer histórico los griegos vivieron en un estado casi permanente de guerra, pero ninguna de sus confrontaciones ha atraído tanto la atención de la moderna historiografía como la Guerra del Peloponeso. Los propios protagonistas de los acontecimientos eran conscientes de que se trataba del hecho más importante de la historia de Grecia. Nunca una guerra se desarrolló hasta entonces en un escenario tan extenso, desde Sicilia y Magna Grecia hasta Asia Menor, ni nunca hasta entonces se vieron implicados en un conflicto tantas comunidades griegas y tantos contingentes.

Una guerra tan prolongada produjo en Grecia cambios interiores y exteriores tan profundos que llegaron a asustar a los propios protagonistas, que contemplaban con estupor la desintegración de los valores tradicionales y las antiguas normas de comportamiento. Ni en Atenas ni en muchas de las ciudades implicadas en el conflicto las opiniones respecto de la guerra fueron unánimes.

La guerra exterior se superponía a veces a duros conflictos entre gentes de tendencias democráticas y oligárquicas. Las desgracias y las dificultades de la guerra contribuyeron a radicalizar la lucha política, intentando cada sector aplastar y aniquilar a sus contrarios, hasta el punto de que Tucídides llega a señalar amargamente que en ocasiones los lazos de partido tuvieron primacía sobre los de la sangre. La lucha interna y externa adoptó procedimientos sangrientos sin pararse ante ninguna acción. De esta manera las secuelas de la guerra con sus incalculables destrucciones materiales y pérdidas humanas, el deterioro de los valores humanos, la decadencia intelectual en algunos terrenos hicieron de esta guerra la generadora de la crisis de una época y el punto de arranque de otra que abre el camino a la etapa helenística.

CAUSAS DE LA GUERRA

En el método de análisis histórico de Tucídides se encuentran integradas las corrientes ideológicas más importantes de su época desde las ideas sofisticas hasta los últimos avances realizados por la escuela hipocrática de medicina con su distinción entre síntomas de una enfermedad y la causa profunda de la misma. De manera semejante, cuando Tucídides en su análisis aborda el tema de la guerra, trata de hacer distinción entre la causa o motivación profunda del conflicto y las circunstancias que condujeron al mismo. La primera tenía una especie de inevitable necesidad, mientras que las segundas eran superficiales, aunque vinculadas a esa causa profunda: «La guerra) la iniciaron los atenienses y los peloponesios al rescindir el tratado de paz por treinta años que concertaron después de la toma de Eubea. Los motivos y las divergencias por las cuales lo rescindieron, las doy antes de empezar, para que nadie tenga que investigar un día por qué tuvo lugar entre los griegos una guerra tan grande. Creo, de acuerdo con la causa más verdadera, pero menos aparente por lo que se dice, que los atenienses, al hacerse poderosos y producir miedo a los lacedemonios, los forzaron a luchar; mientras que las explicaciones que se daban públicamente eran las que cada bando ofrecía, pretendiendo que por ellas había quebrantado el tratado y entrado en guerra» (Tucídides, I, 24).

La causa profunda (*alèthestètè prophasis*) —término que no tiene en todos los pasajes en los que lo emplea Tucídides un carácter unívoco— está desarrollada en el re-

lato conocido con el nombre de la *Pentecontecia*. Para Tucídides este crecimiento del poder ateniense y el temor que inspiraba a los peloponesios hacía que la guerra fuese inevitable, como si obedeciese a una especie de determinismo inapelable. Pero, junto a esta motivación profunda, el historiador expondrá las quejas que tenían ambas partes y que desembocarán en la ruptura.

La pretensión de Tucídides de haber determinado de una vez por todas las causas de la guerra del Peloponeso no alcanza su punto final. Investigadores modernos como A. Andrewes, D. W. Kagan, G. E. M. de Ste Croix y R. Sealey analizan las causas de la guerra ofrecidas por Tucídides y discuten en uno u otro sentido sus planteamientos.

LOS PRETEXTOS

La guerra surgió por la conjunción de varios motivos. Uno de ellos lo constituye el conflicto que Corinto tuvo con su colonia Corcira. Cuando Epidamno, colonia a su vez de Corcira, se desgarraba en disensiones internas, una facción pidió ayuda a Corinto, que envió tropas y estableció una guarnición en Epidamno. La otra facción, a su vez, solicitó la ayuda de Corcira, que en contestación movilizó su flota para proceder al bloqueo de la isla. Corinto, que deseaba aprovechar la ocasión para consolidar y ampliar sus intereses económicos en la parte occidental de Grecia, pidió la colaboración de aliados ocasionales y con ellos atacó a los corcirenses, los cuales obtuvieron una victoria junto al promontorio Leucimna de Corcira. Corinto, que había arriesgado mucho en la empresa, buscó el desquite y equipó una enorme flota de ciento cincuenta naves, de las que un tercio se las proporcionaron sus aliados megarenses, eleatas, ambraciotas y otros varios. Corinto no calculó bien los riesgos del embite que le hacía a Corcira, porque ésta, pese a su triunfo anterior, viéndose acuciada por fuerzas superiores y en situación difícil, no tuvo otra salida que, renunciando a su productivo aislamiento anterior, entenderse con Atenas. Los corcirenses remitieron una embajada a Atenas en petición de ayuda, los corintios, por su parte, otra para que la negaran. En dos sesiones de la Asamblea ateniense se deliberó acerca de la decisión que debía adoptarse. Para Atenas la situación resultaba delicada. Una negativa de alianza con Corcira suponía la renuncia a aumentar considerablemente su capacidad naval, puesto que Corcira tenía la tercera flota más importante de Grecia; pero su aceptación aumentaría, indudablemente, las susceptibilidades de los peloponesios, sobre todo de Corinto.

Atenas procedió con gran prudencia, procurando no violar lo estipulado en el tratado de la paz de los Treinta Años. Por eso evitó suscribir una alianza defensivo-ofensiva, que iría contra ese tratado, y lo que hizo fue sellar un pacto defensivo, que sí estaba tolerado. Suscrita la alianza, los atenienses remitieron una pequeña escuadra de diez naves. No era una ayuda importante, pero sí suficiente para dar a Corinto la significativa advertencia de que Atenas estaba firmemente decidida a cumplir los compromisos contraídos con los corcirenses. Los corintios y sus aliados atacaron a la flota corcirensa junto a la isla Sibota, situada entre Corcira y el continente. La superioridad naval estaba del lado de los corintios, pero, antes de que se decidiese el encuentro, aparecieron las diez naves atenienses, reforzadas inmediatamente con otras veinte, que impidieron que los corintios alcanzasen una victoria decisiva.

Con su ayuda a Corcira, Atenas había dado un paso importante. No se sabe qué relación puede guardar con esto la renovación de los tratados con Leontinos y con Re-

gio. ¿Buscaba consolidar sus posiciones en esa parte del Mediterráneo en espera de que Corinto no encajaría de buena gana que se le hubiese privado del triunfo y de que se le fuera desplazando de aquella área de influencia? Para Corinto, Atenas era la que le había complicado su influencia en aquella zona, y es explicable que su amargura le llevase a desear ardientemente que Esparta tomase de una vez por todas la decisión de abrir las hostilidades. Mas el deseo de Corinto no fue suficiente para doblegar la voluntad de Esparta y de la mayoría de los espartanos para que denunciasen la paz de los Treinta Años.

Pero los atenienses, que tan prudentes se habían mostrado cuando los corcirenses solicitaron su ayuda, serán quienes tomarán la iniciativa en un nuevo incidente, motivo de queja para Corinto y un paso más en el camino que conducía a la guerra. Este incidente se desarrolló en el 433/2 a. de C. en torno a Potidea.

Esta ciudad era una floreciente colonia corintia que había sido fundada por el tirano Periandro en el istmo de Palene, en la península calcídica. Aunque de fundación corintia, Potidea era miembro de la Liga aticodélica y como tal satisfacía sus *phoros*, pero seguía manteniendo estrechos contactos con su metrópoli, que nombraba y enviaba a la colonia a su magistrado supremo (epidemiurgo). Los atenienses ordenaron a Potidea que demoliera los muros del lado de Palene, entregara rehenes y despidiera a los *epidemiurgoi*.

¿Qué razones influyeron en Atenas para dar este paso? Indudablemente los atenienses conocían la irritación que el asunto de Corcira había producido entre los corintios. Quizá ahora estuviesen temiendo que Potidea, que en conflictos anteriores entre Atenas y Corinto se había mantenido fiel a la Liga aticodélica, pudiera ponerse ahora del lado de la metrópoli. El temor de Atenas no era irracional, sino apoyado en indicios. A este respecto no hay que perder de vista que en el 433 a. de C. los atenienses habían atacado a su anterior aliado Perdicas de Macedonia. Es más que probable que este rey alimentara la desconfianza e incitara la resistencia de Potidea contra Atenas. Tampoco puede resultar ajena a esta situación la elevación del *phoros* de las ciudades de la zona. Concretamente Potidea, de pagar seis talentos a la Liga en el 435 pasó a pagar en el 433 quince.

Antes de cumplir el *ultimatum*, los de Potidea enviaron embajadores a Atenas con la intención de ganar tiempo y retrasar el cumplimiento. Con los buenos oficios de Corinto enviaron otra a Esparta con la finalidad de recabar su apoyo. Atenas se mantuvo firme en su decisión, pero Esparta prometió invadir el Ática si Potidea era sitiada por los atenienses. Contando con esta promesa, Potidea y las ciudades calcídicas se sublevaron. Los atenienses cumplieron sus amenazas y cercaron Potidea.

El tercer incidente que determinó la decisión peloponesia de declarar la guerra lo constituye el llamado decreto antimegárico. Tucídides no se refiere a él mas que de pasada (I, 139), como si no lo considerase como uno de los motivos de la guerra. Aristófanes, (*Acarnienses*, 515-539), sin embargo, lo relata como si fuese causa primordial de la misma. Haya o no tenido importancia decisiva, el decreto contra Mégara, en el supuesto de que corresponda a esos momentos, constituía, en cualquier caso, un factor acumulativo que se sumaba al resentimiento contra Atenas de algunos de los miembros de la Liga del Peloponeso. El decreto, votado en la asamblea ateniense, cerraba a los megarenses los mercados de Atenas y de los miembros de la Liga aticodélica. La prohibición suponía un duro golpe para los megarenses que, disponiendo de un pequeño territorio, necesitaban productos de los que eran deficitarios y vender también

su propia producción, si bien es cierto que la prohibición tenía efectos más psicológicos que reales. En refuerzo del decreto, los atenienses esgrimieron algunos pretextos, como el asilo que los megarenses concedían a los esclavos fugitivos del Ática y el hecho de que los megarenses hubiesen cultivado tierras consagradas a los dioses en Eleusis (Tucídides, I, 139). Pero, ¿qué había detrás de esos pretextos? Resulta difícil saberlo. Algunos ven en el decreto motivaciones de índole política, tendentes a hacer volver a Mégara a la órbita de influencia ateniense. Mégara ocupaba un lugar estratégico en las rutas que unían a Grecia Central con el Peloponeso, de modo que, si Atenas lograba disponer de Mégara, podría cortar las comunicaciones de los peloponesios y de sus aliados de Grecia Central. Esto ciertamente es verdad, pero no se percibe que guarde relación directa con el decreto antimegárico ni que sea causa del mismo. Todos estos elementos se daban con anterioridad y no desencadenaron esta medida. ¿Por qué ahora?

Tampoco parece consistente la suposición de que el decreto antimegárico constituía un acto de apercibimiento para las demás ciudades en el sentido de que Atenas continuaría con la política iniciada. Todo esto estaría en contradicción con la política moderada y con la cauta solución que adoptaron los atenienses cuando Corcira les pidió ayuda. Y de la parte contraria tampoco parece muy adecuado pensar que Mégara se dejase utilizar por Corinto ante la Liga del Peloponeso en una política de hostigamiento verbal contra Atenas cuando ni siquiera Esparta estaba muy inclinada a la guerra.

ACTIVIDAD DIPLOMÁTICA PARA EVITAR LA GUERRA

La iniciativa que llevaría a la guerra no partió de Esparta ni de Atenas sino de los aliados de Esparta, sobre todo de Corinto, que era quien la deseaba. En el otoño del 432 una comisión de corintios, megarenses y eginetas, estos últimos de forma subrepticia, acusaron duramente a Atenas ante Esparta. Sobre el desarrollo y debate de las asamblea informa Tucídides. El discurso de los corintios fue violento. Se acusa a Atenas de haber violado la paz de los Treinta Años en los asuntos referentes a Corcira y Potidea. De la situación a la que se había llegado culpan también a los lacedemonios, porque, habiendo insistido los corcirenses en diversas ocasiones sobre la actitud expansionista ateniense, Esparta respondió manteniendo su natural inercia. Ahora era preciso dar una respuesta a ese expansionismo ateniense; de lo contrario los corintios estaban dispuestos a salirse de la Liga peloponésica. Una embajada ateniense, que se encontraba casualmente en Esparta para otro asunto, refutó los argumentos que se habían esgrimido contra ella. Hizo un llamamiento a la moderación y se mostraron conformes con someterse a un arbitraje que era el procedimiento establecido por las cláusulas del tratado de la Paz de los Treinta Años para los casos de desacuerdo. A continuación los espartanos mandaron retirarse a sus aliados y la discusión continuó en la *apella* espartana. En ella el rey Arquídamo II hizo una llamada a la moderación, considerando que una guerra con Atenas sería un asunto muy grave, dado que Esparta y sus aliados no representaban un gran poder naval ni económico. Era preciso, decía, ganar tiempo sometiendo a un arbitraje las quejas que se tenían contra Atenas, mientras por otro lado tomaban las medidas oportunas para preparar la guerra. Arquídamo II, en definitiva, buscaba caminar del lado de la moderación, evitando llegar a una situación límite. Pero este deseo se ve contrarrestado por la opinión del éforo Esteleneido, para quien la delegación ateniense no ha dado una respuesta convincente a las acusa-

ciones que se le han hecho. Para él Atenas ha roto la paz de los Treinta Años, por lo que no se hace preciso el arbitraje y sí salir en defensa de los aliados. Por tanto, en su opinión, la guerra se hacía necesaria.

Puesta la cuestión a voto de aclamación, la voluntad de los espartanos no se inclinó mayoritariamente por la guerra. Esteleneido exigió que se procediera a una votación más clara, proponiendo que se desplazasen a un lado todos aquellos que creían que Atenas había violado la paz y al otro los que opinaban lo contrario. En esta ocasión la mayoría se inclinó por la guerra y concluyó que Atenas había violado la paz.

Ni en Atenas ni en Esparta las opiniones eran unánimes. La vacilación espartana se explica por causa de las realidades históricas en las que estaba inmersa. Sólo una minoría de su población gozaba de la totalidad de derechos políticos, y este sector minoritario había sufrido muchas bajas en las guerras anteriores en las que Esparta había participado. El desequilibrio con los otros sectores de la población, periecos e ilotas, podía verse peligrosamente aumentado en el caso de una nueva guerra de proporciones mayores a las anteriores. Indudablemente en el ánimo de muchos espartanos estas realidades de política interior pesaban poderosamente, y por eso, ante las quejas de sus aliados, particularmente de Corinto, se inclinaban por una postura cauta y moderada. Esto era verdad, pero también lo era que Esparta, como potencia hegemónica que estaba a la cabeza de la Liga peloponésica, debía prestar atención, en la manera de lo posible, a los diversos intereses de sus miembros, so pena de la composición de la Liga se viera sensiblemente afectada. Amenazas de abandono ya habían sido lanzadas por Corinto y, de hecho, cualquier alteración en la composición de la Liga del Peloponeso no sólo afectaba al prestigio exterior de Esparta, sino que podía repercutir en su estabilidad interna. Consideraciones de este tipo o parecidas pudieron influir en el ánimo de todos aquellos que como Esteleneido se mostraron partidarios de defender a los aliados y declarar la guerra.

La decisión adoptada se comunicó a los enviados de los aliados para que emitieran consultas en sus respectivos Estados y acudieran luego con el resultado a la asamblea de la Liga peloponésica. Reunida ésta, sus miembros se inclinaron mayoritariamente por la guerra. También el oráculo de Delfos se puso de lado de los peloponesios, asegurándoles la victoria si combatían con energía. La guerra estaba ya decidida; sólo faltaban los preparativos.

Antes de llegar al enfrentamiento, directo los espartanos, para ganar tiempo o para realizar una última tentativa en favor de la paz, abrieron con Atenas unas negociaciones en las que aumentaron sus exigencias: se le pedía a Atenas una satisfacción por el sacrilegio cometido antaño en la represión de la intentona de Cílón por apoderarse del gobierno. Esta demanda espartana sin duda tenía por finalidad socavar el terreno a Pericles, que por parte de madre pertenecía a la familia de los Alcmeónidas, implicada en el sacrilegio. A la petición de Esparta, respondieron los atenienses exigiendo la correspondiente expiación por el sacrilegio cometido contra Posidón al dar muerte a unos ilotas acogidos bajo la protección de su templo, y, de la misma manera, por el sacrilegio cometido con ocasión de la muerte de Pausanias. Ni unos ni otros estaban dispuestos a atender a sus respectivas reclamaciones. Eran medidas dilatorias.

En una segunda embajada los espartanos exigió el levantamiento del asedio a Potidea, y la independencia de Egina y, como condición inexcusable para el mantenimiento de la paz, la supresión del decreto antimegárico. Las reclamaciones colocaban a Atenas en una situación difícil. Ceder, para evitar la guerra, en el asunto de Potidea y de

Egina era abrir el camino a la desintegración de la Liga aticodélica. El resto de sus miembros también podrían reclamar la libertad. A este respecto no debe perderse de vista que la sublevación de Potidea había coincidido con la defección de algunas ciudades calcídicas.

Las peticiones fueron rechazadas y Atenas reiteró sus exigencias respecto a Mégara.

Una última embajada espartana llegó a Atenas. No mencionaron ninguna de las quejas anteriores y se limitaron a exponer que «los lacedemonios desean la paz y ésta llegará si vosotros dais autonomía a todos los helenos» (Tucídides, I, 139). Esta notificación espartana, una vez que la guerra parece inevitable, tiene una gran significación política, por cuanto que se constituye en paladín de la libertad de los griegos y, al mismo tiempo, de una manera indirecta, manifiesta que Atenas está ejerciendo sobre los miembros de la Liga aticodélica un poder hegemónico tiránico.

Reunida la asamblea ateniense para tratar el *ultimatum* planteado por Esparta, parte de los asistentes, con la esperanza de salvar la paz, se inclinaron por revocar el decreto megárico. Pero Pericles (Tucídides, II, 140) insiste en que los lacedemonios han violado las estipulaciones de la paz de los Treinta Años, porque, de acuerdo con las mismas, en caso de conflicto, se debía ir a un arbitraje.

Se emite una respuesta a los lacedemonios en la que los atenienses notifican que están dispuestos a suprimir el decreto antimegárico si los lacedemonios suspenden las expulsiones de extranjeros, atenienses y aliados; que Atenas concederá la autonomía a todas las ciudades que la poseyeran antes de firmarse el tratado de paz, si los lacedemonios, a su vez, estaban dispuestos a que las ciudades bajo su tutela pudieran gobernarse con arreglo a su conveniencia e interés. Se añade, además, que Atenas no deseaba abrir las hostilidades sino que propone un arbitraje de acuerdo con las estipulaciones de la paz de los Treinta Años. En la pugna diplomática se había llegado a un punto muerto del que Atenas no quería ser la primera en salir. Rechazaba los motivos de queja y las reclamaciones de los lacedemonios y se aferraba a su propuesta de someter las diferencias a un arbitraje.

Será Tebas quien desencadene el comienzo de las hostilidades. En la primavera del año 431 a. de C. un destacamento de trescientos tebanos al mando de dos beotarcas cae sobre Platea y, con la colaboración de algunos de sus habitantes, se apodera de la ciudad. La inmediata reacción de los plateenses puso en sus manos a ciento ochenta tebanos, entre ellos miembros de familias aristocráticas de Tebas. Los plateenses, ante la indignación que les produjo el ataque de Tebas, realizado en período de deliberaciones y cuando todavía no se había roto la paz de los Treinta Años, ejecutaron a los prisioneros. Atenas, por su parte, ante el ataque perpetrado contra su aliada Platea, obró en consecuencia e instaló en la ciudad aliada una guarnición de apoyo. Definitivamente ambos bandos se preparaban para la guerra y tomaban las medidas ofensivas y defensivas pertinentes.

RESPONSABILIDADES DE LA GUERRA CON PERSIA

¿Pudo haberse evitado la guerra? ¿Qué parte de responsabilidad en la misma le corresponde a Pericles como líder indiscutible de la democracia ateniense?

Los testimonios de la comedia antigua y las opiniones de algunos investigadores modernos señalan a Pericles como responsable, entendiendo que había buscado en esta

guerra una distracción de la dura lucha interior y de esta manera librarse de los ataques de una oposición cada vez más sólida.

Siete años después del inicio de la guerra, Aristófanes, al considerar retrospectivamente los acontecimientos que la desencadenaron, hace responsable de los mismos a Pericles (*La Paz*, 603-611). Y así, sobre la base de las críticas antiguas, algunos autores modernos montan la hipótesis de que, acuciado por los problemas interiores y por la oposición, Pericles buscó la salida de la guerra.

En un sistema democrático como el ateniense en el que la libertad de palabra se garantizaba a todos los ciudadanos, las divergencias de opinión y la posibilidad de oponerse en todo momento a las directrices sustentadas por el líder más popular eran naturalmente muy frecuentes. Careciendo el sistema democrático de partidos estructurados, alcanzar la unanimidad resultaba difícil, y, en cualquier momento y por cualquier motivo, quienes anteriormente habían apoyado la propuesta de alguno de los líderes de la democracia podían, en el siguiente, dejar de hacerlo. Pero, aun teniendo presente esta realidad, no es menos cierto que, en los momentos anteriores a la guerra, Pericles no encontró una oposición tan férrea como para necesitar recurrir a un expediente como la guerra. La oposición a Pericles, que la hubo, no supuso para él la pérdida del control de la asamblea popular ni deterioró sensiblemente la confianza que el pueblo tenía depositada en su persona. Esto no quiere decir que la oposición, con sus ataques, no crease dificultades a Pericles. La oposición emprendió diversas acciones cuya precisa situación cronológica resulta difícil establecer.

Se opina que para el 432 Tucídides, el hijo de Melesias, uno de los personajes más cualificados de la oposición conservadora, había regresado a Atenas, puesto que en esa fecha terminaba legalmente su ostracismo. No obstante, no se tiene información concreta a través de la cual pueda conocerse que su regreso coincidiese con las vísperas de la guerra; ni, aunque esto fuese así, que su llegada produjese de inmediato una reactivación de la oposición a Pericles.

Ciertamente hubo ataques contra miembros del círculo intelectual de que Pericles se había rodeado. Entre estos ataques se encuentra la acusación contra Fidias, planteada en una fecha incierta pero que se acostumbra a situar en torno al año 437. El meteco Menón, ayudante de Fidias, fue convencido para que a cambio de la inmunidad acusase a Fidias de robo de metal durante la fabricación de la estatua de oro y marfil de Atenea, que iba a ser colocada en el Partenón. Así pues, con el testimonio de Menón se acusó a Fidias de desfalco. La cautela del escultor, que había previsto que las placas de oro que cubrían la estatua pudieran desmontarse en su totalidad, lo salvó en ese caso de la condena, porque, después de proceder al pesaje del oro, se comprobó que no faltaba prácticamente nada. El ataque al escultor era indirectamente un ataque al programa artístico y constructivo emprendido por Pericles y que en su día ya había sido blanco de las invectivas de Tucídides, hijo de Melesias, a la sazón líder del sector aristocrático. Fallida esta tentativa, se llevó la acusación al terreno religioso, alegando impiedad contra Atenea por haber esculpido Fidias en el escudo de la diosa su propio retrato y el de Pericles. La acusación era, pues, de irreverencia, y ante esto Fidias ya no tuvo nada que oponer y abandonó Atenas.

También por motivos religiosos se acusó a Anaxágoras con arreglo a una ley introducida por Diopites, pariente de Nicías y que incluía con su postulación a todos «los que no creen en las cosas divinas e imparten enseñanzas sobre los fenómenos celestiales» (Plutarco, *Pericles*, 32). Anaxágoras se veía, pues, directamente afectado por

esta ley. Pericles lo defendió de la acusación, pero fue considerado culpable. El resultado fue que el filósofo abandonó Atenas y se retiró a Lámpsaco.

Otro tipo de ataques afectaban más a Pericles pues estaban dirigidos contra Aspasia, su compañera tras la anulación de su anterior matrimonio. Aspasia era presa fácil del ataque de la oposición. Mujer de gran inteligencia y refinamiento, se movía con soltura en los círculos intelectuales de Pericles y, en su calidad de compañera, se encontraba en los aledaños del poder. Pero no parece que ejerciera un ascendiente político importante. Quizá no fuera esto lo que molestara a algunos atenienses con relación a Aspasia, sino el que fuera una mujer de inquietudes y con claro sentido de su independencia personal, lo que contrastaba con el modelo al uso de mujer ateniense, amante de su casa y de la vida hogareña, en la que discurría casi toda su existencia; ideal éste de mujer que lógicamente era del agrado de las gentes conservadoras, pero al que difícilmente respondía Aspasia. Una vez más la acusación se revistió con los ropajes de la intolerancia religiosa. El poeta cómico Hermipo acusó a Aspasia de impiedad y de proxenetismo. La tradición dice que Pericles defendió a su compañera y que logró salvarla con las lágrimas de sus ojos.

No deja de llamar la atención que los procesos contra Fidias, Anaxágoras y Aspasia tengan como denominador común la intolerancia religiosa. La acusación de impiedad se esgrimía como fuerte contrapunto contra algunas especulaciones filosóficas que contribuían decididamente a ampliar el panorama del pensamiento intelectual ateniense. Hay una especie de hipersensibilización religiosa explicable quizá por el hecho de que la democracia ateniense no sólo recogía solícitamente a los representantes de lo más granado de la cultura griega sino que proporcionaba el ambiente de libertad suficiente para que pudiesen desarrollarse sin cortapisas todas las tendencias intelectuales. Algunas de éstas, indudablemente, al mismo tiempo que constituían un revulsivo social perturbaban a muchas conciencias.

Pero todos estos ataques son indirectos y sólo tangencialmente afectan a la gestión política de Pericles. Y es precisamente en este terreno en el que hay que juzgar la actuación de Pericles para comprobar el grado de responsabilidad que le ha podido corresponder en el desencadenamiento de las hostilidades. ¿Hasta qué punto es responsable y culpable de las quejas esgrimidas por los peloponesios? Es posible que, de acuerdo con el tratado de la paz de los Treinta Años, se hubiese extralimitado en la presión a Egina, al coartar, posiblemente, su autonomía. De cualquier forma era una cuestión poco clara, y es improbable que Esparta lo asumiera como serio motivo de guerra.

En el caso de Corcira nada se trasgredía e incumplía, ya que Corcira no pertenecía a ninguna liga y era libre de concertar una alianza con quien quisiera. Incluso en este aspecto mostró Pericles una gran cautela para no molestar a la Liga peloponésica ni dar motivos de queja. Se suscribió una alianza defensiva y no defensiva-ofensiva, a la que ciertamente tenía derecho sin incumplir por ello el tratado.

Con respecto a Potidea, hay que tener presente que era un miembro de la Liga aticodélica. Su defección era un asunto que debía resolverse entre Atenas y esta ciudad. Si alguien, con arreglo a las cláusulas del tratado reiteradamente aludido, debía quedar al margen, era Corinto. Si hay alguna responsabilidad ésta cae del lado de Corinto.

El ataque de Tebas a Platea constituía una violación por parte de aquella. La reacción de Atenas era normal tratándose de una aliada suya con anterioridad al tratado. Queda, por último, el caso del decreto antimegárico. Desconocemos si la petición de su supresión era una exigencia basada en cobertura legal, porque no sabemos si el tra-

tado garantizaba la libertad de comercio entre las dos áreas respectivas de ambas ligas. De todas formas en relación con todas estas cuestiones a lo largo de las negociaciones, al menos como pretexto, Atenas estaba dispuesta a someterse al arbitraje, que contemplaba el tratado.

A la hora de buscar un culpable, la mayor parte de los historiadores modernos se inclinan a pensar que fue Corinto quien empujó a los lacedemonios a una guerra a la que algunos de ellos se resistían.

FUERZAS ENFRENTADAS Y PLANES ESTRATÉGICOS

Tras los sucesos de Platea, Esparta al apoyar decididamente a Tebas dio el paso decisivo en la ruptura de las hostilidades. Si lo dio fue, indudablemente, porque tenía firmes esperanzas de conseguir el desmoronamiento del Imperio ateniense. Era, por lo tanto, a ella y a su Liga peloponésica a quienes correspondía tomar aquellas iniciativas que condujesen, como objetivo final, al cambio de la situación existente hasta aquellos momentos. Precisamente el mantener aquella situación, es decir, el tener sumisos a los miembros de su Imperio en la misma forma que los tenía, suponía para Atenas su meta primordial en este conflicto. Conseguir por todos los medios esta supervivencia equivalía para Atenas a una victoria. Para Esparta, por el contrario, el derrumbamiento del imperio ateniense se agotaba en sí mismo, al menos de cara al exterior. No podía pretender incorporar a sus miembros en provecho propio a su Liga o hacerles depender de su círculo de influencias, porque esas ciudades sometidas y no sometidas a Atenas caminaban en sus aspiraciones, como señala Tucídides (II, 8), por la senda de la libertad: «El resto todo de Grecia estaba en angustiosa espera ante el encuentro de las ciudades más poderosas... La simpatía general estaba con mucha diferencia a favor de los lacedemonios, tanto más cuanto que decían que su intento era liberrar a Grecia... Tanta indignación tenían los más contra los atenienses, los unos porque querían librarse del imperio y los otros porque temían ser reducidos a la condición de vasallos». R. Seager y C. Tuplin han llamado la atención sobre el alcance limitado y cauteloso con que los espartanos, que aspiraban a conseguir el apoyo económico de Persia, entendían el tema propagandístico de la liberación: libertad de los griegos respecto de Atenas. Nada se dice en esos momentos respecto de la liberación de los griegos sometidos al dominio persa.

Y tal precaución era razonable, porque una guerra en la que van a intervenir casi todos los estados de Grecia requería de las potencias hegemónicas ciertas cautelas para granjearse o neutralizar las posibles ayudas que respectivamente pudieran recibir del lado persa o del lado de los griegos occidentales.

Ya inmediatamente después de los hechos de Platea Esparta inició un acercamiento a Persia para recabar ayuda económica con la que hacer frente a sus necesidades de dinero y barcos; pero la embajada peloponesia fue interceptada en Tracia, y sus miembros fueron ejecutados en Atenas. La solicitud de la ayuda persa por parte de Esparta se convirtió en un tema obsesivo. En los años siguientes nuevas embajadas fueron enviadas a Persia. En el 425 a. de C. un emisario persa, Artafernes, que se dirigía a Esparta, cayó en poder de los atenienses (Tucídides, IV, 50), quienes interceptaron las cartas que el rey persa remitía a los espartanos y en las que les notificaba que no entendía lo que pedían. Era una manera de dar largas al asunto. De sobra sabían los persas lo que querían los espartanos, pero, antes de comprometer una ayuda, necesitaban

de parte de Esparta una clarificación de su intención respecto a los griegos sometidos a la órbita de la influencia persa. En este aspecto los persas actuaron con cautela y con su proverbial lentitud. Durante toda la primera parte de la guerra, entre el 431-421 a. de C., Persia rehusó intervenir en el conflicto en el que estaban enzarzadas las dos máximas potencias del mundo griego.

Como se desprende del discurso de Arquidamo (Tucídides, I, 82), el plan estratégico de Esparta incluía la esperanza de contar también con la ayuda persa en barcos y dinero, pero ya hemos visto cómo el desarrollo negativo de sus gestiones diplomáticas le defraudó en sus ilusiones, al menos para la primera parte de la guerra.

Sicilia y la Magna Grecia, con sus florecientes comunidades griegas, constituían otro sector geográfico susceptible de ampliar hasta él la guerra, o al menos de solicitar de sus ciudades ayuda militar y económica. Esparta lo intentó entre las que eran sus amigas (Tucídides, II, 7). Por su parte, Atenas vio siempre con preocupación esta posibilidad, con todo estaba en buenas condiciones de neutralizarla. Así, en los años inmediatamente anteriores al conflicto, la influencia ateniense se había dejado sentir en la zona. En relación con ella está la fundación de Turios, la renovación de los tratados con Regio y Leontinos, la discutida presencia de Diotimo en Neápolis y, en definitiva, los intentos atenienses por impedir cualquier abastecimiento siciliano, especialmente de Siracusa, con destino a Esparta. En definitiva se consiguió que las comunidades de Sicilia, con simpatías hacia uno u otro bandos de los contendientes, se mantuviesen prácticamente al margen del conflicto durante los primeros años de la guerra.

Ambas potencias ofrecían gran diversidad en cuanto a sus planes estratégicos. Hay que tener presente que Esparta tenía el ejército más poderoso de Grecia. Era capaz de movilizar con la ayuda de los Estados del Peloponeso pertenecientes a la Liga peloponésica, en el que sólo permanecían neutrales Argos y Acaya, un ejército de hoplitas de 40.000 soldados, que podía aumentarse con los contingentes proporcionados por los aliados de fuera del Peloponeso, como Mégara, Ambracia, Léucade y Anactorio, y las confederaciones de los locrios, focenses y beocios. La caballería se nutría con los contingentes de los focenses, locrios y especialmente de los beocios. Esta clara superioridad en tierra del ejército espartano y de los aliados se reducía por la manifiesta inferioridad de sus efectivos navales proporcionados mayoritariamente por Sición, Mégara, Corinto, Pelene, etc., es decir, por las ciudades marítimas. Todo el contingente naval, no obstante, no alcanzaba a cien naves. Pero la superioridad del ejército en tierra tenía otra ventaja estratégica adicional: los aliados de los lacedemonios de Grecia Central operando desde esta zona y los lacedemonios desde el Peloponeso podían ejercer una presión en tenaza sobre Atenas.

Con su aplastante superioridad terrestre, el plan estratégico de los espartanos, esbozado por el rey Arquidamo en el discurso que Tucídides pone en su boca, consiste en procurar ante todo arrastrar a Atenas a una gran batalla a campo abierto. La dificultad del plan reside en encontrar el procedimiento adecuado que empuje a los atenienses a ese combate en las circunstancias propicias para los lacedemonios. Pensaron que el procedimiento para lograrlo consistía en arrasar las cosechas y destruir las propiedades atenienses para forzar a éstos a salir en su defensa. Además, si el gran combate en tierra no se producía, el planteamiento estratégico lacedemonio de arrasar el Ática tenía la finalidad subsidiaria de contribuir a desestabilizar la posible unanimidad interna ateniense, pues la destrucción de las cosechas y la tala de olivos y vides podía provocar el descontento de propietarios y campesinos.

Frente a las tropas enemigas los efectivos que Atenas y sus aliados podían movilizar eran cuantitativamente inferiores y algunas ya estaban empleadas en el asedio de Potidea. También su caballería era numérica y técnicamente inferior, si bien compensaba esta deficiencia con la ayuda que le prestaba la eficiente caballería tesalia. En cambio, gozaba de una superioridad manifiesta en naves. A las 300 naves que Atenas podía hacer a la mar se sumaban las flotas de Lesbos, Quíos, Corcira, Cefalonia y Zacinto. Y junto a esta superioridad numérica en naves, estaba también el mejor adiestramiento de sus dotaciones en las artes de navegar. La importancia que los atenienses concedían al poder marítimo se desprende de los argumentos esgrimidos por los corcirenses cuando pidieron a los atenienses la alianza entre ambos: «lo esencial para vosotros, dicen los corcirenses, es no dejar que nadie tenga una marina superior a la vuestra o, si no, tener como amigos a los más fuertes en este aspecto» (Tucídides, I, 37).

Cada uno de los contendientes tenía superioridad en terrenos concretos: los espartanos en tierra, los atenienses en mar. Pero los atenienses iban a la guerra con una superioridad financiera que Pericles se encarga de resaltar (Tucídides, II, 13): «Y sobre la situación presente les hizo las mismas exhortaciones de siempre: que se prepararan para la guerra y metieran dentro las cosas que tenían en el campo; pero que no salieran a refirir batalla, sino que guardaran la ciudad refugiándose en ella y pusieran a punto la escuadra —que era su fuerza—, y no dejaran de la mano lo relativo a sus aliados, pues decía que de éstos procedía su poderío y que la mayoría de las victorias se lograban con un plan inteligente y con abundancia de dinero. Los exhortó a tener ánimo, ya que cada año entraban en la ciudad, sin contar con los ingresos, unos seiscientos talentos del tributo de los aliados, y que en la Acrópolis se guardaban todavía entonces seis mil talentos en plata acuñada —la mayor cantidad fue de nueve mil setecientos, de los cuales se había gastado parte en los Propileos de la Acrópolis, los otros edificios y el sitio de Potidea—; y además no menos de quinientos talentos en oro y plata sin acuñar en ofrendas privadas y públicas, en los utensilios sagrados utilizados en las procesiones y juegos, en despojos de los persas y cosas semejantes. Añadía todavía una cantidad no pequeña procedente de los demás templos, de la cual podrían hacer uso, así como, si carecían absolutamente de todo recurso, de la propia estatua de la diosa con las chapas de oro que la rodean; hizo saber que la estatua tenía cuatrocientos talentos de oro puro, y que todo él era desmontable».

Ni Esparta ni ninguna de sus ciudades aliadas contaban con esos recursos. Por el contrario, con esta base financiera las fuerzas atenienses podían mantenerse en guerra durante mucho tiempo sin necesidad de aumentar los impuestos a los aliados o de recurrir, como se hizo con posterioridad, cuando la guerra se prolongó más allá de lo que se pensaba, a un impuesto directo.

El plan estratégico de Pericles era, pues, mantenerse a la defensiva en tierra contando con que la ciudad de Atenas y el Pireo estaban preparadas adecuadamente para resistir cualquier ataque. A través de los Muros Largos la ciudad estaba unida al Pireo, principal puerto comercial del mundo griego y base naval de su flota. En realidad eran varios puertos los que Atenas tenía en su recinto fortificado del Pireo. El *Cantharos*, es decir el Pireo propiamente dicho, que por la parte de la orilla del Escirne era comercial y por su parte este, militar; el de *Zea*, que estaba en el centro, y el de Muniquia. Estos últimos eran puertos militares. Con los Muros Largos la ciudad atajaba la vulnerabilidad que tenían por tierra las comunicaciones entre Atenas y el Pireo. Eran dos grandes murallas: una, de 6,5 km., unía a Atenas con el Pireo; la otra, de 7 km.,

enlazaba la ciudad con la parte este de la bahía de Fálero. Ambos muros parece que se construyeron entre el 461 y el 457 a. de C. Inicialmente la defensa que proporcionaban era incompleta ya que el enemigo podía penetrar entre ambas murallas tomarlas y cortar con ello las comunicaciones entre Atenas y sus puertos. Por eso entre el 450 y el 445 se construyó una tercera muralla, proyectada por el arquitecto Calícrates, que, partiendo de las fortificaciones del Pireo, iba hasta Atenas. Con estas defensas Pericles convertía prácticamente a Atenas en una isla: «Si fuéramos insulares ¿qué pueblo sería más inexpugnable que nosotros» (Tucídides, I, 143). La Atenas fortificada, el Pireo y los Muros Largos constituían una plataforma defensiva gigantesca. Desde ella los atenienses podrían lanzar una ofensiva marítima, menudear los desembarcos sobre el territorio enemigo, destruir todo lo que pudiesen, regresando a la seguridad de sus puertos antes de que el enemigo consiguiera reaccionar. Además, la flota podía si la situación lo requería, transportar rápidamente hoplitas atenienses a los lugares necesarios, bloquear las zonas estratégicas del enemigo e impedir el tráfico comercial marítimo, en especial el de Corinto, que era el más pujante. Frente al plan estratégico espartano, consistente en un combate decisivo, Atenas, apoyada en sus recursos financieros y en las posibilidades que le proporcionaba su flota, seguía una táctica de desgaste, sin aceptar en ningún momento un combate de serias proporciones. La estrategia de Pericles era la más adecuada desde el punto de vista militar, aunque tenía costos sociales y psicológicos muy serios. En su plan se sacrificaban los intereses del campesinado, cuyas propiedades se abandonaban al enemigo, que las destruía sin piedad. Los evacuados, en su mayoría campesinos, debían instalarse en el espacio limitado que brindaba Atenas; y, si bien las previsiones de la futura evacuación habían dispuesto su acomodo en el espacio existente entre los Muros Largos, los mayores inconvenientes derivados de ese hacinamiento de la población y de la precariedad de las instalaciones improvisadas los soportaban, una vez más, los propios evacuados. Y el amargo factor psicológico derivado de la precariedad cotidiana de los evacuados se sumaba al sentimiento de creerse los únicos sacrificados en aras de la salvación general. Esto ya lo tenía previsto Pericles, quien pensaba que el descontento discurriría dentro de unos límites razonables, de modo que sería fácil de contrarrestar con los logros exteriores. Quizá no fuese imprevisible para él la proyección desencadenante en términos de oposición que generó este descontento acumulativo cuando las circunstancias que lo provocaron se fueron prolongando: «Pericles estaba expuesto al odio general. Se habían dado al olvido sus consejos anteriores. Se le vilipendiaba porque no ordenaba una salida. Se verá en él al culpable de todos los males.

EL ASUNTO DE PLATEA Y EL PRIMER AÑO DE LA GUERRA

Ya hemos indicado cómo la tensa situación y el preocupante sosiego prebélico fue roto en la noche de marzo del 431, cuando los tebanos atacaron por sorpresa a Platea. El ataque fracasó y los tebanos capturados fueron ejecutados. Los atenienses, que habían acudido en ayuda de los plateenses, establecieron una guarnición en la ciudad y evacuaron a las mujeres y los niños en previsión de un posible asedio. Para Esparta ya no quedaban dudas, pero antes de invadir el Ática el rey Arquidamo envió a Atenas un heraldo, en la idea de que ante la amenaza directa de la proximidad del ejército invasor, podría ceder a las propuestas espartanas. Sin embargo, Pericles consiguió que la Asamblea Popular promulgase una resolución por la que no se permitiría abrir ne-

gociaciones con el enemigo bajo la presión y la amenaza de su ejército. Al heraldo no se le permitió hablar con ningún magistrado ateniense, ni en la Boule ni en la Asamblea Popular, y fue escoltado hasta la frontera; al abandonar el Ática pronunció estas palabras: «Este día señala para los griegos el comienzo de grandes males».

Arquidamo inició entonces su ofensiva, comenzando en el asedio de Énoe, bastión importante que protegía a Atenas por la parte norte y que era cruce de caminos en las comunicaciones que unían el Ática con Beocia. El detenimiento del ejército peloponésico en el ataque a esta plaza tan importante permitió que los atenienses pudiesen evacuar a los habitantes del Ática y salvaran los bienes más valiosos que pudieron acarrear. El ejército peloponesio manifestó su descontento por la lentitud con que conducía las operaciones Arquidamo, quien, dejando el asedio de Énoe, penetró en las zonas de Triasia y comenzó a devastar sistemáticamente los campos y las cosechas de trigo ya maduro, así como los viñedos y olivares. El ejército invasor se dirigió luego contra el demo de Acarnes, que estaba situado a 10 km de Atenas, y continuó con su acción devastadora. Viendo que los atenienses no realizaban una salida, se retiró hacia Beocia, y allí disolvió el ejército: los distintos contingentes, después de cuatro meses de saqueo y de devastaciones, sin lograr por otra parte un resultado espectacular volvieron a su lugar de origen. Por su parte, Atenas, siguiendo con su plan estratégico, emprendió operaciones de represalia sobre territorio enemigo. Una escuadra de cien naves con mil hoplitas y cuatrocientos jinetes, que se completó con naves de Corcira y de los aliados occidentales, cayó por sorpresa sobre Metona, si bien la rápida ayuda de Brásidas impidió que se tomara la ciudad. Embarcados de nuevo, se dedicaron a saquear la zona de la Élide, Acarnania y Cefalonia, tomando algunas ciudades. Además de estas acciones, la ofensiva ateniense alcanzó a otros lugares de Tracia y de la Lócride, además de a Egina y a Mégara.

EL DESCONTENTO DEL PUEBLO Y LA CAÍDA DE PERICLES

En resumidas cuentas, en este primer año de guerra no ha habido hechos bélicos de gran importancia por ninguna de las partes implicadas ni se han producido cambios sensibles en las relaciones de fuerza entre ambos contendientes.

En el verano del 430 aparecieron de nuevo en el Ática las tropas peloponésicas al mando de Arquidamo y comenzaron una vez más a destruir cosechas. En esta ocasión ni siquiera un destacamento de caballería estorbó las operaciones peloponesias y los atenienses se dedicaron a preparar su contraofensiva para asolar las costas de sus enemigos. Se hicieron a la mar con ciento cincuenta naves, cuarenta de ellas proporcionadas por Lesbos y Quíos. Los contingentes embarcados al mando de Pericles alcanzaron la cifra de trescientos jinetes y cuatro mil hoplitas. Fracasaron en el ataque contra Epidaurio, por lo que se dirigieron a saquear las ciudades costeras de la Argólide, tales como Hermione, Halieis y Treneia, para alcanzar luego las costas de Laconia, donde saquearon la ciudad de Prasias. Mas, en esos momentos, la peste había hecho ya su aparición en Atenas, y sus efectos iban en aumento, por lo que Pericles, con la intención quizá de librar del contagio al grueso del ejército, remitió las tropas que habían participado en la expedición de castigo a engrosar las de los atacantes de Potidea, que todavía resistía. Pero la peste llevada por alguno de esos soldados, prendió entre las tropas atacantes, causándole una gran mortandad. Sin poder impedir el contagio, el ejército de ayuda regresó a casa, y los atenienses se vieron forzados a reducir sus opera-

ciones en torno a Potidea a un mero asedio y a impedir que los persas prestaran ayuda a los peloponesios.

Las acciones militares atenienses de este año fueron de menor cuantía, y las pérdidas humanas en este sentido pocas. Sin embargo, la peste hizo estragos en el ejército y en la población civil. Si atendemos al testimonio de Tucídides, esa peste, iniciada en Etiopía y extendida a Egipto, Libia y Asia Menor, fue llevada por vía marítima al Pireo. El mismo Tucídides describe prolijamente los síntomas de la enfermedad, que, según los entendidos, no se corresponden con los de la peste bubónica ni con los del tifus. Se trataba de una enfermedad infecciosa altamente contagiosa, que por mera convención denominamos peste. Cursaba inicialmente con picor en los ojos, calor en la cabeza, náuseas, convulsiones, vómitos e insomnio, mientras el cuerpo se iba cubriendo de úlceras. La mayoría de los afectados moría al séptimo o noveno día. A los que lograban sobrevivir a esta fase, el mal les bajaba hacia los intestinos, que se ulceraban, originándose una diarrea que a muchos llevaba a la muerte por deshidratación; muchos de los que superaban esta fase también quedaban afectados de graves secuelas. La peste eliminó una tercera parte de la población. Los dos factores, destrucción de las cosechas y perturbación de las pautas del comportamiento de los atenienses subsiguiente a la propagación de la peste, incidirán en las relaciones políticas dentro de Atenas. Pese a los sentimientos de protesta que produjo la primera devastación peloponesia, Pericles siguió contando con la confianza del pueblo, que lo eligió como personalidad destacada para pronunciar la oración fúnebre en memoria de los caídos del primer año de guerra. Con todo, la amargura carcomía el ánimo de los evacuados, sobre todo de los de Acarnes, que veían desde las murallas cómo el enemigo arrasaba sus cosechas. Y ciertamente, este sector de los evacuados no era pequeño, pues sólo los de Acarnes proporcionaban al ejército ateniense tres mil hoplitas. Además, pese a que Atenas había desarrollado, más que ninguna otra ciudad griega, el artesanado y ampliado las actividades comerciales, la producción agraria ocupaba un lugar destacado en la economía ateniense. No se trataba tan sólo de las destrucciones de las cosechas de trigo, del que Atenas era deficitaria, pero que podía reponer con un aumento de las importaciones, cuyo comercio y rutas comerciales controlaba, sino de lo que dichas destrucciones afectaban a la especialización que tenía la economía agraria ateniense, centrada preferentemente en plantaciones de vides y olivos, cuyos productos, al menos el aceite, se destinaban a la exportación. Además, la vid y el olivo son plantas que tardan varios años en dar cosecha. Su reposición requería, por tanto, una inversión inicial, con la imposibilidad de obtener rendimientos durante varios años. Pese a que la obra *Los Acarnienses* es del año 425, el comediógrafo Aristófanes, recoge la amargura de la destrucción de los campos: «Con la muerte vengaréme por mis campos pisoteados, y con muerte pagaré por los vergeles quemados y los viñedos» (versos 231-232). Y en la obra *Paz*, del 421, vuelve a insistir en la destrucción de los viñedos y los olivos; «Pisoteado está el viñedo y no queda ninguno de los olivos queridos».

La peste fue un revulsivo que hizo aflorar a la superficie los amargos y soterrados sentimientos de los evacuados, aumentados por las condiciones de hacinamiento e insalubridad de las barracas en las que tenían que vivir. *Los Caballeros* de Aristófanes, del 424 a. de C., refleja esta situación: «¡Vaya un amor! Pues, lo estas viendo, que hace ya ocho inviernos que se vive en la estrechez. En subterráneos, en toneles, en torres húmedas, en sótanos y en nidos de buitres y gavilanes». La ocasión era propicia para el recrudescimiento de la oposición. La relativa unanimidad anterior sobre el modo de

conducir la guerra comenzaba a resquebrajarse. Las acciones bélicas exteriores que podían compensar y disminuir el resentimiento interno no habían sido lo bastante afortunadas. El asedio de Potidea continuaba. Los costos originados a razón de un talento y medio por día, supusieron para Atenas unos 2.000 talentos, más o menos un tercio de las reservas que tenía al comienzo de la guerra. Incluso en la segunda invasión Arquidamo se empleó con mayor intensidad, llegando hasta la región de Laurión y devastando todas las zonas que miraban tanto al Peloponeso como a Eubea. Apoyada en todas estas circunstancias, la oposición aumenta su actividad, redoblando sus ataques contra Pericles, al que hacían responsable de la guerra. La democracia directa ateniense se veía más afectada que cualquier otra forma de gobierno por las veleidades de las masas y sus rápidos cambios en el modo de pensar y de sentir. El pueblo ya había olvidado su anterior entusiasmo delirante ante la declaración de guerra y no reconocía que le alcanzaban también a él parte de las responsabilidades que se le imputaban a Pericles. Inmersos como estaban en tanta amargura, los sentimientos de muchos atenienses se inclinaban hacia la paz, olvidando los intereses del Estado ateniense y de la colectividad. Por lo tanto, se enviaron embajadores a Esparta solicitando la apertura de negociaciones, que no alcanzaron ningún resultado positivo, en razón de las elevadas exigencias de los lacedemonios. El despacho de la embajada se había realizado aprovechando la circunstancia de que Pericles se encontraba ausente de Atenas; al enterarse, regresó inmediatamente a la ciudad para contrarrestar el cambio de la opinión popular conseguido por sus opositores. Logró en parte calmar al pueblo recordándole el interés colectivo y que el propio bienestar individual descansaba en la existencia del Imperio que el pueblo ateniense había construido. Pero, para lograr que la masa renunciase a sus intereses individuales y asumiera la desgracia personal en aras del interés general, era preciso hacerle comprender ese interés, lo que intentó Pericles en la *Oración fúnebre* recogida por Tucídides.

La oposición no va a discutir ese interés general sino al líder que afirma haberlo servido. Para ello se apoyan en las mismas calamidades individuales que padece el pueblo: una peste generalizada que ataca indiscriminadamente y unas cargas económicas que no todos soportan por igual. Tucídides en su relato se encarga de resaltarlas: «Los particulares se condolían de sus males; el pueblo se veía privado de los pobres recursos que le pertenecían; los ricos habían perdido sus hermosas residencias campestres con todas las costosas construcciones e instalaciones. Se quejaban, sobre todo, de tener guerra en lugar de paz»; y, además, estas desgracias no se sabía cuánto tiempo podían durar. Este tipo de resentimiento ya no pudo frenarlo Pericles con su elocuencia. Azuzado por la oposición, el pueblo le retiró su apoyo; así, por un decreto de la Asamblea Popular, fue destituido del cargo de estratego, que había desempeñado durante quince años. Fue acusado de malversación de fondos en el desempeño de su función, y se le impuso una multa pecuniaria. A su caída política se añadieron las desgracias familiares: dos hijos suyos murieron víctimas de la peste. Durante un año no desempeñó cargo alguno. Mas la caída de Pericles no dio paso a nuevas iniciativas tendentes a conseguir la paz ni supuso tampoco una nueva orientación en la condición de la guerra, pues no se disponía de una alternativa válida que no fuese la paz. En la primavera del 429 a. de C., el pueblo, a consecuencia de otro de esos cambios emocionales a los que era muy aficionado, en opinión de Tucídides, volvió de nuevo a considerarlo la persona idónea para regir los destinos del Estado en unos momentos en los que la peste disminuía la capacidad ofensiva ateniense.

LA CAÍDA DE POTIDEA

Uno de los hechos de armas más importantes del 429 fue la definitiva rendición de Potidea. Acuciada por el hambre, ofreció al ejército sitiador ateniense la rendición bajo la condición de que ellos, sus mujeres, niños y criados salieran de la ciudad —los hombres con un solo vestido y las mujeres con dos, además de algo de dinero para el viaje. Ante la perspectiva de permanecer un invierno más asediando la ciudad con un ejército ya muy fatigado, los generales atenienses aceptaron la capitulación bajo las condiciones propuestas por los potideos, lo que más tarde sería duramente criticado en Atenas. De todas formas aunque el asedio resultó costoso, quedaba claro que por grandes que fuesen las dificultades a las que Atenas se tuviera que enfrentar, no estaba dispuesta, en ningún momento, a tolerar ninguna defección de la Liga atico-délica.

En ese mismo año, después de Potidea, los atenienses sufrieron una derrota en la Calcídica al intentar conquistar Espartolo, capital de la Botica. También los caonios y ambracienses, miembros de la Liga de Acarnania, aliada de Atenas, buscaron causarle problemas. Solicitaron la ayuda de Esparta con la intención de separar a la Liga de Acarnania de su alianza con Atenas e imponer su control sobre las islas de Zacintos y Cefalonia para alcanzar luego a Naupacto. Con esto el dominio de la ruta occidental pasaría de nuevo a Corinto.

Las fuerzas navales de cien barcos, proporcionados por Sición, Ambracia y Corinto, fracasaron en su intento de tomar Estrato la ciudad más importante de la Liga acarniense. Cuando la flota corintia se acercó a Acarnania, la ateniense, al mando del hábil Formión, le salió al paso y la derrotó. No es seguro que Pericles llegara a tener conocimiento de esta victoria de Formión, pues, afectado de aguda enfermedad, se supone que la peste, murió.

SUCESORES POLÍTICOS DE PERICLES

La muerte de Pericles dejaba a Atenas sin un dirigente de prestigio que aglutinase en torno suyo los ánimos del pueblo. Así, su ausencia radicalizó todavía más la lucha política dentro de Atenas.

Dos personas de carácter y tendencias políticas distintas fueron, en definitiva, las que ejercieron una mayor influencia sobre el pueblo. Estas dos personalidades representaban el enfrentamiento entre dos corrientes ideológicas fundamentales, la defendida por Nicias, que era la moderada, y la encabezada por Cleón que era la más radical y que abogaba por el mantenimiento del Imperio ateniense. Nicias, jefe de los *gnôrimoi*, cimentaba su popularidad, por una parte, en su piedad, que le granjeara las simpatías de aquellas personas que mantenían todavía firmes sus creencias en las divinidades tradicionales y, por otra, en los recursos que sacaba de las minas de Laurión que le permitían ser magnánimo en sus liberalidades con el pueblo. Esta popularidad fraguada con estos componentes explica de una manera clara sus reiteradas elecciones para el cargo de estratego. Por otro lado, sus simpatías políticas por los lacedomios no supusieron una merma sustancial de popularidad entre las gentes que tenían ideas

democráticas, porque no sacrificaba los intereses atenienses en favor de la consecución de su ideal político, sino que realizaba, con la moralidad de un buen profesional, los cometidos que le encargaba el sistema democrático en el que estaba inmerso. Pero, al margen de este comportamiento profesional en un cargo para el que, por otra parte no estaba debidamente dotado, pese a su esfuerzo, pues sus cualidades militares eran más bien mediocres, Nicias, como todos los políticos de la época postpericlea, recurría a la intriga y a toda clase de golpes bajos en la lucha política. En realidad Nicias no estaba muy lejos de la actuación política de Pericles; había concomitancias incluso entre los dos líderes en el modo cómo pensaba que debían llevarse los problemas de la guerra. Pero su condición de aristócrata, con intereses de grupo por un lado e intereses agrarios por el otro —en el supuesto de que ambos tipos de intereses no fuesen totalmente coincidentes— imbuía a Nicias en política exterior y en el modo de conducir la guerra de una prudencia y moderación poco acordes con lo que las circunstancias aconsejaban. Era, en resumen, un personaje que respondía de una manera más o menos apropiada a la corriente tradicionalista y religiosa que se daba en la sociedad ateniense y que: sin ser progresista, tampoco se le puede conceptuar como reaccionario ni partidario de un sistema oligárquico a ultranza.

Cleón, por el contrario, no era persona ni escrupulosa ni timorata. Su personalidad respondía más bien al tipo de demagogo violento y vulgar que contaba con la oposición de parte de sus contemporáneos. Bien es cierto que el cuadro de la personalidad de Cleón que dibuja Tucídides puede ser tendencioso, desde el momento en que es posible que la actuación de Cleón llegara a provocar el destierro de Tucídides. Con todo, ya que también Aristófanes señala reiteradamente esa brutalidad de Cleón, algo de real ha debido de haber en el retrato que conservamos de él. A pesar de todo, el ardor que ponía en todo cuanto emprendía y la robustez de su patriotismo sin fisuras resultaban más útiles a una Atenas que se jugaba la existencia de su Imperio que la timorata moderación de Nicias. Claro está que su capacidad militar tampoco era la que Atenas estaba necesitando. Desde el punto de vista político, su elocuencia directa, que se apartaba bastante de la usada hasta entonces, le servía de instrumento adecuado para manifestar un pensamiento político que soltaba amarras en muchos aspectos del establecido por Pericles. Para éste el mantenimiento del Imperio era esencial a los intereses de Atenas, pero el modo de conseguirlo debía estar inspirado en la moderación. Cleón era partidario de la defensa a ultranza del Imperio; para ello creía necesario intensificar la guerra y no detenerse ante ningún procedimiento útil para la consecución de ese fin.

EL ASEDIO DE PLATEA Y LA SUBLEVACIÓN DE MITILENE

Desaparecido Pericles, la lucha continuó. Los fines pretendidos por Arquidamo con sus dos primeras invasiones del suelo ático se consiguieron sólo en parte. Había logrado el deterioro económico del campesinado, pero no consiguió arrastrar a Atenas a un combate abierto. En el 429, temerosos los lacedemonios de que la peste se propagase entre ellos, desistieron de su invasión del Ática; y, mientras el espectro de la peste se cernió sobre el territorio, se mantuvieron apartados de él a no ser por razones poderosas. Así ocurrió en el 428 y, sobre todo en el 427, cuando la invasión fue un medio indirecto, muy conveniente, de prestar apoyo a la sublevación de Mitilene. Lo

normal era que ante el temor de la peste el ejército de Arquidamo cambiase sus planes y se dedicase a la consecución de otros objetivos. Uno de ellos era Platea. Esta ciudad, además de su condición de puesto clave en las comunicaciones de Tebas con el Peloponeso, era una cuña que Atenas tenía dentro de Beocia.

Durante las Guerras Médicas, después de la batalla de Platea, la ciudad recibió del rey Pausanias la garantía solemne de su independencia y de la protección de todos los helenos. Y esto fue lo que los plateenses recordaron a Arquidamo cuando se acercó con su ejército en son de guerra. A pesar de ello, Arquidamo hizo los preparativos para el asedio: taló los árboles que rodeaban la ciudad y construyó un terraplén y una empalizada de madera. Mas falló en todos sus intentos de asalto. Ante la imposibilidad de tomar la ciudad mediante un golpe de mano, la rodeó con un doble muro de ladrillo, dejó una guarnición de asedio para impedir la salida de los sitiados y regresó a casa con el resto del ejército. Durante ese invierno, la mitad de los sitiados, 214 personas, lograron atravesar las líneas enemigas y alcanzar Atenas.

En ese mismo año del 428 a. de C. los atenienses debieron hacer frente a una crisis aguda de la Liga aticodélica. Hasta entonces los problemas de Atenas con algunos miembros de la Liga se circunscribían a que dichos miembros por decisión más o menos mayoritaria buscaban su independencia frente a Atenas o mostraban sus preferencias por Esparta. Ahora, aunque continuaban estos mismos sentimientos y anhelos, constituían un telón de fondo sobre el que se proyectaban los contrastes e intereses internos entre demócratas y oligarcas de determinadas ciudades. Uno de estos casos lo constituye la ciudad de Mitilene, que era la más importante de la isla de Lesbos. Ésta no constituía un estado-ciudad ni tampoco una federación, aunque algunas ciudades de la misma, como Antisa, Pirra, Ereso y Arisba, gravitaban políticamente en la órbita de Mitilene, que estaba gobernada por un sistema oligárquico, mientras que Metimna lo era por uno democrático.

El descontento de los oligarcas de la ciudad de Mitilene se manifestó en un reforzamiento de la tendencia que se inclinaba por la separación de la Liga aticodélica. Suponía que Atenas, mermada militarmente por la peste y disminuidas sus reservas económicas, no reaccionaría. Por vez primera se estableció un impuesto directo sobre el capital (*eisphorá*) que aportó 200 talentos. Y al año siguiente Cleón fue elegido hefenotamía, es decir uno de los diez magistrados que recibían los tributos que debían pagar los aliados. Se había puesto en ese cargo a un hombre duro que no repararía en medios a la hora de recabar dichos impuestos. Que las reservas de Atenas habían disminuido, estaba claro. Sólo el asedio de Potidea consumió 2.000 talentos. Había, pues, un fondo de verdad en las suposiciones de Mitilene, pero también un exceso de confianza en que Atenas no actuaría, o de que lo haría de forma muy limitada. Cuando Mitilene preparó la sublevación, reparando las murallas, equipando naves y contratando mercenarios, Atenas reaccionó reteniendo a diez naves mitilénicas que se encontraban en el Pireo y enviando contra ella a 40 naves al mando de Cleípides. La ciudad se encontraba preparada y Cleípides no se decidió a atacarla sino que con la ayuda de otros aliados bloqueó sus dos puertos.

Mitilene fue aceptada en la Liga peloponésica, comprometiéndose Esparta a enviar a Lesbos un ejército de socorro y a invadir una vez más el Ática para evitar la presión ateniense sobre la isla. Pero la ayuda prometida se preparó con la lentitud proverbial de los espartanos, lo que permitió que los atenienses se adelantaran enviando a 1.000 hoplitas al mando de Paques. Se cercó la ciudad con un muro, con lo que el bloqueo

por tierra y por mar fue más efectivo. Al mismo tiempo, cien naves atenienses asolaron las costas de Laconia en represalia por las devastaciones que el ejército de Arquidamo causó en el Ática. En fin, cuando los peloponesios comenzaron a moverse para prestar su ayuda a los de Mitilene, cien naves atenienses salieron a su encuentro. Angustiados por la falta de ayuda, los aristócratas de Mitilene armaron al pueblo de la ciudad con la intención de aumentar su capacidad defensiva, y éste, amenazando con entregar la ciudad a los atenienses, aprovechó la ocasión para reclamar una distribución más equitativa de los alimentos. No viendo una salida adecuada a sus intereses, los oligarcas entregaron la ciudad a Paques, que remitió a Atenas a 1.000 prisioneros. Cuando se acercaba a la ciudad, la flota peloponésica se enteró de la capitulación. En la discusión producida en la Asamblea Popular ateniense respecto al castigo que debía aplicarse a los mitilénios, los ánimos se excitaron en exceso. A propuesta de Cleón se decidió que todos los mitilénios adultos fueran ejecutados y que sus mujeres e hijos fuesen vendidos como esclavos, enviándose una nave para que notificara y ordenara la ejecución. Al día siguiente, calmados ya los ánimos y mitigado el odio generado en la Asamblea, se convocó una segunda sesión que sometió el problema a una consideración más sosegada. Como resultado de la misma, se decidió revocar la decisión del día anterior, pese a la dura oposición de Cleón. Con todo, se condenó a muerte a los 1.000 aristócratas que Paques había remitido a Atenas —un número que, por otra parte, parece excesivo— y se ordenó demoler las murallas de Mitilene y confiscar su flota.

Los espartanos tuvieron en el verano del 427 un comportamiento semejante con la ciudad de Platea. Desde el 429 soportaba ésta el asedio de los peloponesios y beocios, sin que llegara la prometida ayuda ateniense. Tucídides no explica las razones de la falta de socorro a una ciudad que ocupaba un lugar estratégico y que además, tenía entre los sitiados a veinticinco atenienses. La explicación pudiera estar en las razones anteriormente señaladas: efectos de la peste, dificultades económicas y necesidad de centrarse Atenas en el asedio de Mitilene.

Ya en el límite de sus fuerzas los plateenses se entregaron en el verano. Los espartanos se comprometieron a juzgarlos ante un tribunal y a condenar sólo a aquellos a quienes se encontrase culpables; pero el tribunal condenó a todos sin tener en cuenta sus compromisos anteriores. Es posible que los tebanos forzaran a los espartanos a tomar estas decisiones tan duras. Hay que tener en cuenta que los tebanos no habían podido olvidar que en el ataque por sorpresa a Platea los plateenses ejecutaron a todos los tebanos que habían logrado penetrar en su ciudad.

LA GUERRA CIVIL DE CORCIRA

Acontecimientos muy parecidos a los de Mitilene tuvieron lugar en el 427 en Corcira, donde estalló una revolución oligárquica. El regreso desde Corinto a Corcira de los prisioneros corcirenses capturados durante la batalla de Sibotas fue el fermento que preparó el camino para una subversión de la opinión de los corcirenses, que buscaron la separación de Corcira de la alianza defensiva suscrita con Atenas. Los oligarcas conjurados dieron muerte a 60 demócratas, entre ellos a Pitias, uno de sus jefes. Otros muchos demócratas lograron la salvación con la huida a Atenas. Después de esta acción, los oligarcas obtuvieron durante algún tiempo el control del gobierno de la ciudad, salvo la acrópolis y uno de los puertos que ocuparon sus oponentes demócratas

con la ayuda de los esclavos agrícolas, a los que, como contrapartida, se les dio esperanzas de libertad. Por su parte, los oligarcas, que controlaban otro de los puertos, pudieron introducir por él a ochocientos mercenarios del continente, posiblemente epirotas. En los enfrentamientos entre ambos bandos, se produjeron grandes pérdidas materiales. La llegada de naves atenienses, remitidas desde Naupacto, produjo la paralización momentánea de los enfrentamientos. No fiándose ni de los demócratas corcirenses ni de los atenienses recién llegados, un grupo de oligarcas de Corcira ocuparon los santuarios y una isla del litoral, lo que parecía indicar que el conflicto se inclinaba del lado de los demócratas. La situación interna de Corcira era compleja y brindaba a las dos potencias griegas enfrentadas la oportunidad de intervenir. La Liga peloponésica lo hacía para explotar la situación en provecho propio y apoderarse, si podía, de una plaza estratégica muy importante, al mismo tiempo que se la arrebataba a Atenas. Esta debía intervenir forzosamente para restablecer la situación anterior al comienzo de los conflictos corcirenses. La llegada del espartano Alcidas con 53 naves después de su infructuosa expedición a Asia Menor supuso una ayuda a los oligarcas corcirenses que recobraron momentáneamente los ánimos. La inhabilidad y las vacilaciones de Alcidas no permitieron sacar provecho de esa ventaja inicial al no proceder con rapidez en la consolidación de su posición en la ciudad y en la isla tal y como le sugería Brasidas que le acompañaba como consejero. Tan pronto como Alcidas conoció que se acercaba una flota ateniense más numerosa que la suya, se retiró. La partida de Alcidas fue la señal para que el pueblo corcirenses comenzase la matanza de los oligarcas partidarios de los espartanos. Algunos se anticiparon a su ejecución suicidándose o matándose entre ellos. Otros tuvieron la suerte de huir y de refugiarse en el monte Istone. El contingente ateniense, al mando de Eurimedonte, permaneció impasible contemplando la sangrienta carnicería. Los oligarcas que habían escapado a la matanza fortificaron Istone y durante dos años continuaron con razzias periódicas contra las tierras de la isla, incluso contra la ciudad. Las luchas terminaron en el 425 cuando una flota ateniense que se dirigía a Sicilia fondeó en la isla. En esa ocasión los demócratas corcirenses, con la ayuda de los atenienses, tomaron las fortificaciones de Istone. Los oligarcas se entregaron bajo la condición de que su suerte la decidiría el pueblo ateniense. Los jefes atenienses los trasladaron a una isla cercana con la amenaza de que cualquier intento de fuga, invalidaría lo convenido. Ávidos de venganza, los demócratas corcirenses, convencieron con falsas promesas a algunos de los oligarcas prisioneros para escapar de la custodia. Ante este hecho Eurimedonte entregó los prisioneros a sus ciudadanos y no tomó ninguna medida para impedir la masacre subsiguiente.

PRESENCIA ATENIENSE ENTRE LOS GRIEGOS OCCIDENTALES

El interés que las dos máximas potencias ponían en Corcira guardaba relación con la intención ateniense de ampliar su campo de operaciones hacia Occidente. En este año de 427 Siracusa dio salida a sus ansias expansionistas, perjudicando los intereses de las ciudades de la zona, que recurrieron a Atenas en virtud de la alianza suscrita. El sofista Gorgias de Leontinos, vino a Atenas en embajada. Leontinos se encontraba en guerra con Siracusa. Además de Regio y Camarina, a Leontinos le apoyaban las ciudades calcídicas. Por el contrario, algunas ciudades dorias como Gela, Mesina, Selinunte, Hímera y otras apoyaban a Siracusa. A la petición, Atenas accedió enviando veinte na-

ves bajo el mando de Laques. La flota ateniense fondeó en Regio. Su llegada propició que algunas ciudades como Mesina concertaran una alianza con Atenas. Con ello ésta controlaba los estrechos entre Italia y Sicilia. También la ciudad de Halicias concertó un tratado con Atenas. Las razones por las que Atenas, con problemas en el continente griego, se decide a intervenir en los asuntos de Sicilia no están claras. Las que da Tucídides no pueden considerarse como válidas, debido al desajuste y falta de proporción entre los elevados costos y amplios medios que exigiría una empresa de tal calibre y los efectivos que se pusieron en juego. Porque si la intención de los atenienses es, como dice Tucídides, impedir que los peloponesios puedan importar más trigo de allí, los contingentes de una flota de 20 naves difícilmente podrían conseguirlo, y, si al mismo tiempo intentaba Atenas comprobar las posibilidades que podrían tener para establecer su dominio en Sicilia, tal empresa, en esos momentos, era totalmente utópica, pues la peste había diezclado un tercio de su población. Posiblemente Atenas con esta expedición buscaba causar perjuicios a las comunicaciones de Corinto con el Mediterráneo Occidental y con Sicilia y obstaculizar, en el caso de que tuviese esa intención, el que Sicilia enviase barcos a la Liga del Peloponeso. Cualquiera que sean las causas, el hecho es que esta primera expedición ateniense a Sicilia debilitaba la influencia y el prestigio de Corinto entre las ciudades de Sicilia y del sur de Italia.

LA ACTIVIDAD MILITAR DE DEMÓSTENES Y LA TOMA DE PILOS

En el verano del año 426 Demóstenes fue elegido *estrategos*. Este personaje contaba con excelentes dotes de mando y fuertes dosis de imaginación que sabía emplear adecuadamente a las circunstancias de cada momento. Pero este brillante militar no era un político halagador del pueblo, por lo que no contó con su apoyo, ni gozó de sus simpatías. En el verano del 426, Demóstenes, con treinta naves, operó en Grecia Central con vistas a abrir nuevos frentes. En unión de las fuerzas aliadas de Acarnania, Zacinto, Cefalonia y Corcira atacaron Léucade y asolaron sus campos, de modo que sus habitantes tuvieron que correr a refugiarse en la capital. Demóstenes, presionado quizá por los acarnanios, o tal vez porque considerase que la plaza era difícil de tomar, cambió sus planes y dirigió el ejército contra Etolia. En el caso de que la conquista hubiese tenido lugar, se habría conseguido el aislamiento de Beocia. El ataque de los atenienses contra la Liga de Etolia fracasó y Demóstenes regresó a Naupacto. Pero los peloponesios, al querer sacar ventajas de la derrota ateniense a manos de los Etolios, precipitaron el ataque y fueron derrotados en Olpas.

No contento con este triunfo, Demóstenes ambicionaba realizar planes mayores. En el 425 los atenienses enviaron como refuerzos a la flota que operaba en Sicilia cuarenta naves al mando de Eurimedonte y de Sófocles. Demóstenes, que se encontraba en ese convoy, aprovechó la ocasión en que la flota iba costeando el Peloponeso para realizar un desembarco. El sitio elegido fue Pilos. Tomando esta ciudad, Atenas podría unificar en torno suyo a todos los mesenios ansiosos de desquitarse de la opresión espartana y, al mismo tiempo se podría trabajar para conseguir una sublevación general de todos los ilotas mesenios. En poco tiempo, y favorecido por los materiales existentes en la zona —bosques, piedras y además un puerto—, Demóstenes tuvo a su disposición lo imprescindible para improvisar una defensa. Se quedó en aquel lugar con cinco naves y algunos hoplitas, mientras el resto de las tropas continuaron su ruta. Las

fuerzas desembarcadas eran sumamente escasas para poder resistir la contraofensiva espartana, que no se hizo esperar. Se reunieron tropas de la Liga peloponésica y se solicitó que acudieran las 60 naves que se encontraban por la zona de Corcira, con la intención de cercar a las tropas de Demóstenes. Para cortarles el camino, los peloponesios desembarcaron 420 hoplitas en el islote de Esfacteria, que estaba separado de Pilos por un estrecho de sólo 120 metros. Demóstenes remitió rápidamente dos naves al encuentro de la flota ateniense que había partido anteriormente para que regresase en su ayuda. La flota regresó de Zacinto, bloqueó la bahía y aisló a los lacedemonios que estaban en Esfacteria y que ya comenzaban a sentir las consecuencias del hambre. Ante situación tan desesperada, que podía afectar sensiblemente a la vida interior espartana, pues, de los 420 hoplitas bloqueados, nada menos que 200 eran espartanos, Esparta estaba dispuesta a firmar un armisticio en condiciones óptimas para Atenas y a enviar a esta ciudad embajadores que entablasen negociaciones de paz. La ocasión era propicia, pues la guerra se había prolongado durante siete años sin una solución militar definitiva. Y con anterioridad los atenienses, duramente castigados por la peste, habían buscado la paz; ahora se la ponían en la mano, en condiciones favorables, los propios espartanos ofreciendo: «paz, alianza, estrecha amistad y apoyo mutuo». Pero por desgracia en Atenas no había un político que contase con el apoyo decidido del pueblo y que, al mismo tiempo, comprendiese las ventajas que comportaba la paz. Cleón era el político más seguido por el pueblo, y Cleón era un hombre radical y duro. Elevó las exigencias atenienses a la devolución de los puertos megareses de Nisea y Pagas y a la entrega de los puertos peloponesios de Trecén y la Acaya. De esta manera lograba que las exigencias resultasen inaceptables para los espartanos. Entre tanto, éstos, por medio de atrevidas y arriesgadas iniciativas, lograban enviar alimentos a los sitiados de Esfacteria. Los espartanos prometían liberar a todos los ilotas que llevasen alimentos a los sitiados. La situación se iba prolongando peligrosamente también para Atenas, pues se acercaba el periodo invernal en el que la flota ateniense debía regresar a puerto. Para salir de la situación, la Asamblea Popular, movida por las continuas recriminaciones que Cleón hacía a Nicias acerca de la lentitud con que llevaba las operaciones, encargó al propio Cleón que diese al problema un final rápido. Demóstenes, aleccionado por la derrota que infligieron a sus hoplitas los peltastas etolios, aconsejó a Cleón el empleo de tropas ligeras. Éstas desembarcaron en un número superior a los sitiados y le obligaron a rendirse. Quedaban 292 hoplitas, de los que 170 eran espartanos. Los prisioneros fueron remitidos a Atenas, donde la fama de Cleón creció desmesuradamente; se llevó, además, las mieles del triunfo por encima de Demóstenes que era en realidad quien había ideado e iniciado el plan y quien aconsejó el modo de terminarlo. La victoria de Pilos tuvo consecuencias importantes, pues los prisioneros espartanos podían ser utilizados como medio de chantaje. Los atenienses amenazaban con ejecutar a los prisioneros si los peloponesios invadían de nuevo el Ática. Se daba, por otra parte, la circunstancia de que se había obtenido una victoria, la más importante, en un terreno en el que los lacedemonios, apoyados por su falange de hoplitas, se consideraban invencibles. Además, se había puesto de manifiesto, la importancia que en determinadas acciones tenían las tropas ligeras. Por otra parte, Pilos quedaba en manos de los atenienses, que la entregaban a los mesenios de Naupacto, para que desde allí agitasen a sus compatriotas ilotas y practicasen sobre Laconia toda clase de golpes de mano. Y, al mismo tiempo, la ciudad de Pilos podía funcionar como un refugio de aquellos ilotas que huyesen. Para los lacedemonios el temor continuamente

latente de un levantamiento general se aparecía cada vez más próximo. Pero sobre todo la victoria de Pilos aumentó la popularidad de Cleón, que la aprovechó para disponer las medidas financieras pertinentes que posibilitasen la recaudación de nuevos fondos destinados a la continuación de la guerra con la intensidad que Cleón deseaba. El *phoros* que debían aportar los aliados se elevó considerablemente, hasta alcanzar la cifra de 1.460 talentos. Como contrapartida, los gastos por los servicios prestados a la institución democrática, y necesarios para el funcionamiento del sistema democrático, tales como las dietas de los miembros de los jurados, se elevaron de dos a tres óbolos.

Los éxitos de Cleón espolearon a Nicias, que buscó contrarrestarlos tomando la iniciativa en algunas expediciones, con escasos resultados, siendo el más significativo el de la ocupación de la isla de Citerea en el 424 a. de C. Atenas vivía momentos de euforia y sentía que su sueño de ganar la guerra estaba más próximo. Las variables introducidas al plan estratégico ideado por Pericles comenzaban a dar resultados. Consideraban que el plan de Pericles era idóneo para garantizar la supervivencia, pero no para proporcionar una victoria rápida y definitiva.

Animados por la euforia de las conquistas anteriores, en ese mismo año los estrategos atenienses Demóstenes e Hipócrates idearon el plan de ataque combinado a Beocia desde varios lugares. Demóstenes atacaría por el occidente desde Naupacto el puerto beocio de Sifas, mientras que Hipócrates, por el este, caería, desde el Ática, sobre la ciudad de Delión. La mayor dificultad del plan residía en la sincronización de los ataques, pues, de conseguirse, se impediría la conjunción de los efectivos beocios en un solo frente y se obligaría a los beocios a atender a varios frentes simultáneamente, disminuyendo de esta manera las posibilidades de que obtuvieran éxito. Pero parece que Demóstenes atacó antes de que su colega saliese del Ática, dando tiempo a que los beocios concentraran efectivos suficientes que le impidieron tomar Sifas. Bloqueado este frente, pudieron ir al encuentro de Hipócrates, quien a duras penas pudo tomar Delión y fortificarlo. Mas, en este intento los atenienses habían perdido mil hombres, entre ellos al estratego. La operación supuso un auténtico desastre. En esta batalla, por vez primera, el ejército beocio adoptó la formación oblicua que tantos éxitos proporcionará posteriormente a Epaminondas.

LA ACTIVIDAD DE BRÁSIDAS EN TRACIA

Por lo que hace a Esparta, el decaimiento y la precaria situación en la que se encontraba merced a los éxitos atenienses cambió sustancialmente gracias a la audacia del valeroso general espartano Brásidas. Venciendo la natural resistencia lacedemonia a luchar en frentes alejados, concibió un ataque a Atenas en sus posesiones tracias. Atravesando con celeridad Beocia, y sobre todo Tesalia —para impedir que esta confederación aliada de Atenas reuniese sus efectivos—, se presentó de improviso en la región de la Calcídica, donde la Liga aticodélica contaba con varios miembros que ardían en deseos de salirse de la misma. Además, Perdicas de Macedonia, en otro tiempo aliado de Atenas, había solicitado la ayuda de Esparta. Con estos precedentes Brásidas esperaba sublevar a algunos aliados, que estaban descontentos con el trato que Atenas les daba. Tucídides (IV, 81) especifica que lo consiguió: «Brásidas, procediendo con justicia y moderación con las ciudades, apartó de la alianza ateniense a la mayor parte de las mismas». Acanto y Estagira se pusieron de su lado. Luego se dirigió a Anfípolis en

son de guerra. Tucídides el historiador, estratega a la sazón y que se encontraba en Tasos con siete naves, llegó tarde en su ayuda, por lo que fue condenado al destierro. Sólo pudo retener el puerto de Eyón, pero Anfípolis se perdió, y con ella la colonia ateniense más importante en la zona; era la llave de la rica región aurífera del Pangeo, y su posesión comportaba la seguridad y regularidad de los suministros de madera necesarios para la flota. Los esfuerzos desesperados de Cleón por recuperarla acabaron en una derrota para Atenas. Brásidas y Cleón, que se habían significado en cada bando por sus deseos de proseguir la lucha, murieron como consecuencia de los combates.

CAPÍTULO XX

DE LA PAZ DE NICIAS AL DESASTRE FINAL DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

HACIA LA PAZ DE NICIAS

Con la desaparición de estos dos personajes los partidarios en uno y otro bandos de la prosecución de la guerra refrenaron sus impulsos. Ahora soplaban vientos de paz. A ello contribuyó la desmoralización sufrida por Atenas ante los desastres padecidos en Delión y Anfípolis y el temor de que las defecciones de los miembros de la Liga siguieran aumentando. Además, había indicios claros de que, si bien los atenienses no habían agotado sus reservas económicas, las tenían en todo caso muy disminuidas. Se llegó a establecer nuevas tasas (*eisphorá*) y se aumentaron los impuestos a los aliados, con el riesgo de aumentar también el resentimiento y las posibilidades de defección, que resultaban más factibles en una situación de guerra prolongada.

También los lacedemonios tenían sus motivos para desear la paz. Buscaban, ante todo, la recuperación de sus prisioneros e impedir una sublevación de ilotas, más fácil en una situación de guerra. Además desde Citera los atenienses eran una amenaza constante para Lacedemonia. Por otra parte, en el 421 a. de C., expiraba el tratado de paz por treinta años suscrito en el 451 a. de C. entre Esparta y Argos, y nada garantizaba que esta última ciudad no se uniera en alianza con Atenas y arrastrara a la misma a otras ciudades del Peloponeso.

Así, pues, el rey espartano Plistoanacte y Nicias, como persona más representativa de Atenas, llegaron en el 421 a. de C., con relativa rapidez, a pergeñar las condiciones del tratado que recoge Tucídides (V, 18): «Los atenienses y los lacedemonios han concertado un tratado de paz con las siguientes condiciones, y lo han jurado cada ciudad por separado... La paz entre los atenienses y sus aliados y los lacedemonios y los suyos durará cincuenta años sin engaño ni lesión de intereses, tanto por tierra como por mar. No será permitido que con ningún engaño ni pretexto lleven las armas con intención de causar daño mutuamente los unos contra los otros y sus aliados. Si hay alguna diferencia entre unos y otros, recurrirán a la decisión judicial o al juramento, en la forma que convengan. Los lacedemonios y sus aliados devolverán Anfípolis a los atenienses. Los habitantes de cuantas ciudades devuelven los lacedemonios a los atenienses, podrán irse adonde quieran llevándose sus cosas. Estas ciudades serán autónomas y pagarán el tributo establecido en el tiempo de Aristides. Una vez hecha la paz, los

atenienses y sus aliados no podrán llevar contra ellos sus armas para causarles mal, en tanto que paguen el tributo. Son estas ciudades Argilo, Estagiros, Acanto, Estolo, Olinto y Espartolo. No serán aliadas ni de los lacedemonios ni de los atenienses; pero, si los atenienses las convencen de ello, podrán, con su consentimiento, hacerlas aliadas suyas. Los habitantes de Meciberna, Sana y Singo vivirán en sus ciudades en iguales condiciones que los Olintios y Acantios. Los lacedemonios y sus aliados devolverán Panacton a los atenienses. Los atenienses, a su vez, devolverán a los lacedemonios Corifasion, Citera, Metana, Pteleon y Atalantia, y dejarán libres a los soldados lacedemonios que tienen en prisión... También los lacedemonios y sus aliados devolverán en igual forma a cuantos atenienses o aliados suyos tengan prisioneros... Los atenienses prestarán juramento ante los lacedemonios y sus aliados ciudad por ciudad; y una y otra partes jurarán el más solemne de los juramentos de su país, siendo diecisiete los representantes de cada ciudad... Los lacedemonios y sus aliados prestarán juramento ante los atenienses en iguales términos...».

Estipulada la paz, algunas de las cláusulas no fueron respetadas. Ya Esquilo, con relación a los griegos había dicho «no es el juramento lo que garantiza al hombre, sino el hombre el que garantiza al juramento». Hubo miembros de la Liga peloponésica, como corintios, megarenses, beocios y eleos que no sólo no aceptaron la paz sino que contribuyeron a enrarecer la situación haciendo intentos para que en unión de los argivos apareciese una tercera fuerza entre las dos ligas opuestas (Tucídides V, 27 s.). De haberse consolidado hubiese supuesto un gran quebranto a la Liga peloponésica. La misma Esparta a la que le correspondía devolver Anfípolis, retiró sus tropas y dejó la ciudad en manos de sus habitantes. De esta forma podía decir que no estaba bajo su control. También se resistía a entregar Panactón. Ante esto Atenas replicaba a su vez negándose a entregar Pilos y la isla de Citera.

En el año 420 a. de C. los lacedemonios devolvieron Panactón no sin antes dismantelar, en contra de lo tratado, las fortificaciones. También en Pilos los atenienses hicieron una concesión parcial al cambiar la guarnición de mesenios, que tanto irritaba a los espartanos por una ateniense. Esta actitud de sospecha y de mutua susceptibilidad estaba alimentada por Cleobulo y Jenares, elegidos éforos en el 421 a. de C. y por el ateniense Alcibiades. En medio de esta situación tan confusa, algunos estados griegos se remitían mutuamente embajadas con la intención de preparar alianzas separadas, que atajasen la posibilidad de quedarse aislados y más indefensos. D. Kagan trata de dilucidar las maniobras de Cleobulo y de Jenares en el sentido de conseguir una alianza con beocios y corintios y de que estos últimos lograsen incorporar a la misma a los argivos. Los intentos fallaron y los espartanos suscribieron una alianza con los beocios. En respuesta a ella los atenienses, por influencia de Alcibiades, constituyeron la cuádruple alianza defensiva: Atenas, Argos, Mantinea y Elis.

A MEDIO CAMINO ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ: EPIDAURO, MANTINEA Y MELOS

En el 419 a. de C. los argivos iniciaron acciones bélicas contra Epidauro bajo el pretexto de que no había satisfecho las ofrendas acostumbradas a Apolo Piteo sobre cuyo santuario tenían los argivos autoridad suprema. En realidad, como señala Tucídides (V, 53), pensaban que si tomaban Epidauro conseguirían que Corinto se mantuviera

tranquila y que en adelante, en caso de necesidad, Atenas les pudiera prestar ayuda más rápida y directa desde Egina sin tener que dar un gran rodeo por mar.

Los argivos, con ayuda ateniense, saquearon el territorio de Epidauro. Esparta respondió remitiendo por mar una guarnición a Epidauro, que pasó desapercibida a los atenienses y que mereció la queja argiva ante éstos por no haberla interceptado.

En el verano del 418 a. de C. los lacedemonios, viendo a sus aliados de Epidauro en situación apurada, reunieron en Fliunte un gran contingente de tropas contra las cuales se movió el ejército argivo ayudado por efectivos procedentes de Mantinea y de Elis. Después de algunas escaramuzas y movimientos tácticos los dos ejércitos estaban en posición de combate cuando dos argivos, Trasilo, uno de los cinco estrategos, y Alcifrón, próxeno de los lacedemonios, concertaron con el rey espartano Agis una tregua por cuatro meses, con lo que éste retiró el ejército: «Los lacedemonios le siguieron en la dirección en que les llevaba por respeto a la ley, pero censuraban a Agis mucho entre sí, pensando que habían tenido una buena oportunidad... Pues fue éste el más lúcido ejército griego que hasta entonces se había formado; esto se vio sobre todo mientras aún estaba concentrado en Nemea, cuando estaban allí los lacedemonios con la totalidad de su ejército y los arcadios, beocios, corintios, sicionos, pelenenses y fliuntios» (Tucídides, V, 60).

La indignación creció más aún cuando los lacedemonios se enteraron de que el ejército enemigo había tomado Orcómeno. Los espartanos, que iban camino de casa, dieron marcha atrás y, con los aliados que pudieron unírseles, se dirigieron a Mantinea al encuentro del enemigo. En la batalla de Mantinea los lacedemonios obtuvieron un resonante triunfo recuperando la imagen del ejército invencible que tan deteriorada había quedado tras su claudicación en Esfacteria. Su prestigio se restableció cara los aliados algunos de los cuales ya dudaban de su capacidad militar: «Las acusaciones de cobardía por la catástrofe de Esfacteria y las de falta de decisión y lentitud en general que les hacían los griegos se lavaron con esta sola acción, y se creyó que habían sido maltratados por la fortuna, pero que continuaban iguales en cuanto al valor» (Tucídides, V, 75).

La victoria tuvo sus repercusiones. Los elementos proespartanos que actuaban en Argos podían hacerlo ya sin temor y con la mayor impunidad. La oferta espartana de una tregua acabó en alianza. Por ella los argivos se comprometieron a retirar sus tropas de Epidauro y a pedir a los atenienses que hicieran lo mismo. Los mantineos por su parte, viendo rota la cuádruple alianza, también se sometieron.

La victoria espartana tuvo sus consecuencias en la zona del litoral tracio. Los espartanos enviaron embajadores a Perdicas de Macedonia con la petición de que, abandonando la alianza con Atenas, se uniese a ellos. El rey de Macedonia, cauteloso y precavido como siempre, les dio satisfacción pero no de forma inmediata (Tucídides, V, 80).

Esparta utilizará también la presión militar para incidir en el sistema político de otras ciudades. Así, un contingente de lacedemonios y argivos, mil de cada parte, se encaminó a Sición para reconducir su régimen hacia posturas más oligárquicas que las adoptadas hasta entonces. Luego este mismo contingente se dirigió a la propia ciudad de Argos para derrocar su régimen democrático e imponer una oligarquía favorable a los lacedemonios (Tucídides, V, 81).

Pero el régimen oligárquico de Argos no duró mucho. En el 417 a. de C. los demócratas de la ciudad comenzaron a conspirar para pasar luego a la acción, atacando a los oligarcas y haciéndose con el poder. Temerosos de las represalias que los lacede-

monios pudieran tomar por esta acción, denunciaron su tratado con Esparta y buscaron como alternativa una nueva alianza con Atenas. Aspirando a una mayor cobertura defensiva, comenzaron la construcción de unos muros largos que unieran su ciudad con el mar para que en el caso de un asedio de los lacedemonios pudiesen recibir ayuda ateniense por vía marítima (Tucídides, V, 82).

En el 416 a. de C., y sin que Tucídides nos señale los motivos que movieron a los atenienses y cuya necesidad no sintieron anteriormente, los atenienses, con la participación de contingentes procedentes de Lesbos, Quíos y otras islas, enviaron una expedición contra la isla de Melos, que se supone permaneció neutral durante el conflicto de la Guerra del Peloponeso.

Melos, colonia de los lacedemonios, era, junto con Tera, la única isla de las Cícladas que no formaba parte de la Liga aticodélica. Tucídides indica que, cuando el ejército ateniense se acercó a la isla, envió embajadores para tener conversaciones con los habitantes de Melos, si bien se sostuvieron con sus magistrados. El diálogo recogido en la obra de Tucídides (V, 85-113), que algún autor considera como una interpolación, es, como otros discursos de Tucídides, una composición libre del historiador, si bien es posible que algunos de los argumentos esgrimidos pudieran haber sido aducidos por los contendientes. En el diálogo recogido se contraponen a la cínica defensa del derecho a la fuerza aducida por los atenienses la fuerza de la justicia y del derecho que defendían los melios.

Al margen de las consideraciones de índole política y filosófica a que el diálogo ha dado lugar, en el fondo de la acción palpitaba el constante problema en el que se debatía Atenas con relación a su Imperio y que le empujaba a no permitirse debilidades para no correr el riesgo de asistir a su progresiva desintegración.

Después de soportar un asedio que se prolongó durante siete meses y frustrados en su esperanza de recibir ayuda, los melios se entregaron. Los hombres fueron asesinados y las mujeres y los niños vendidos como esclavos (Tucídides, V, 116). El severo castigo dado a los melios no era inusual en su crueldad. Atenas ya lo había impuesto a la ciudad de Esción, pero será este castigo contra la neutral Melos el que quedará en la conciencia de los griegos como un símbolo de crueldad.

EXPEDICIÓN A SICILIA

Tras la muerte de Pericles, personaje que durante largo tiempo ejerció su liderazgo sobre la comunidad ateniense, fueron varios los líderes que apoyados en sus relaciones familiares y en sus partidarios lograron imponer intermitentemente sus iniciativas políticas. La verdad es que la evacuación hacia Atenas de la población del Ática contribuyó a cambiar el panorama de las relaciones políticas internas de Atenas. Ahora podían acudir a votar a la Asamblea Popular muchas más personas sin los inconvenientes anteriores de un desplazamiento más o menos largo. Esto posibilitó la floración de varios líderes. Para estos tiempos de guerra a medias, dos eran los líderes que mantenían un relativo ascendiente en distintos sectores del pueblo: Nicias y Alcibiades. Los dos pertenecían a la rancia aristocracia ateniense. Alcibiades estaba emparentado por parte de madre con la familia de los Alcmeónidas. A la muerte de su padre Clinias en la batalla de Coronea, el propio Pericles asumió su tutela.

Consciente de que la popularidad era el medio más eficaz para prosperar en polí-

tica, buscó significarse ante el pueblo aun antes de poder acceder legalmente a las altas magistraturas. Con este fin envió a competir a los juegos olímpicos siete carros, con los que obtuvo y trajo para Atenas el primero, el segundo y el cuarto premios. Pródigo en coregías, bravo en el combate y generoso con sus riquezas, contaba con un nutrido grupo de simpatizantes, amigos y familiares con los cuales intentaba sacar adelante sus iniciativas políticas ante la Asamblea Popular. Ya hemos visto anteriormente cómo, en contra de la alianza con Esparta que defendía Nicias, logró imponer la cuádruple alianza entre Atenas, Argos, Mantinea y Elis. La derrota de Mantinea dió al traste con esta iniciativa.

En el 415 a. de C. intervendrá de forma decisiva en el debate acerca de la conveniencia de prestar ayuda a las ciudades siciliotas que la solicitaron.

El año anterior una guerra había estallado entre las ciudades siciliotas de Segesta y Selinunte. Esta última estaba apoyada por Siracusa. Segesta envió en petición de ayuda una embajada a Atenas, aclarando que, si se dejaba crecer el poderío de Siracusa, podría algún día por razón de etnia ponerse de lado de los peloponesios y notificando, por otra parte, que su ciudad Segesta disponía de recursos suficientes para financiar la expedición de ayuda ateniense. Los atenienses actuaron con precaución y remitieron una embajada a Segesta con objeto de que investigaran el alcance de las hostilidades y para comprobar si la ciudad disponía de tantas riquezas como decía. La embajada regresó trayendo 60 talentos de plata sin amonedar, cantidad suficiente para cubrir durante un mes los sueldos de las dotaciones de las 60 naves solicitadas y, además, traía respuestas satisfactorias respecto a las riquezas de la ciudad necesarias para el sostenimiento de la guerra.

La asamblea se reunió y votó una expedición de 60 naves cuyos generales eran Alcibiades, Nicias y Lámaco, con la misión de ayudar a Segesta contra Selinunte, restaurar Leontinos y trabajar en Sicilia de la forma más favorable para Atenas. Cuatro días más tarde se reunió de nuevo la asamblea para disponer los preparativos de la expedición. Nicias intentó disuadirlos, aludiendo a lo arriesgado de la expedición. El efecto de las palabras de Nicias quedó amortiguado por el verbo encendido de Alcibiades, partidario de la expedición, y por la actitud suplicante de los refugiados de Leontinos. Todavía Nicias trató de disuadir al pueblo ateniense de tal expedición desviando la cuestión hacia la enormidad de los preparativos y los altos costos que exigía una expedición de esa naturaleza. El pueblo, enaltecido y entusiasmado con la perspectiva de esa expedición, otorgó plenos poderes a los generales designados para que ellos fijaran los contingentes que debían enviarse.

Por aquellas fechas un hecho con implicaciones religiosas enturbió los proyectos de Alcibiades. Una noche aparecieron mutilados una buena cantidad de hermes —pilastras de mármol con la parte superior esculpida, que estaban asociados al dios Hermes. Al hecho se le dio gran importancia, no sólo por lo que suponía de atentado contra la religión sino por que se consideró como un mal presagio para la expedición y como posible exponente de una conjura para derrocar la democracia. El proceso informativo abierto al respecto no arrojó nada positivo. Pero unos metecos y esclavos denunciaron la mutilación de otras estatuas y que, además, en algunas casas particulares se celebraban los misterios de Eleusis con mofa y escarnio. Y en este aspecto ya se implicaba a Alcibiades. Los enemigos de éste extendieron las acusaciones y, como aclara Tucídides (VI, 28): «Les prestaron oído los que más odiaban a Alcibiades por serles obstáculo para acaudillar sin temores al pueblo; y, creyendo que si lograban desterrarlo

serían los más influyentes de la ciudad, las exageraron y se dedicaron a publicar que los misterios y la decapitación de los Hermes se habían llevado a cabo para derribar la democracia, y que ninguna de estas cosas se había realizado sin participar Alcibiades, añadiendo como pruebas sus costumbres extravagantes y no democráticas». Alcibiades protestó contra este tipo de acusaciones y se mostró dispuesto a someterse a juicio antes de que la expedición se hiciera a la mar. Sus enemigos, temerosos de que un juicio antes de la partida tuviese de su lado al ejército y a todos aquellos que participaban en la expedición, lograron imponer la opinión de que se embarcara, sin retrasar la partida de la expedición, y que luego en un tiempo prudencial fuera juzgado.

Durante la mitad del verano del 415 a. de C. una formidable escuadra partió del puerto del Pireo. Atenas aportó 100 trirremes, de las cuales 60 eran trirremes ligeras y 40 destinadas al transporte de hoplitas. Las tropas salidas del puerto del Pireo se dirigieron a Corcira, en donde estaban concentrados el resto de los efectivos. Quos y otros aliados proporcionaron otras 34 trirremes y dos pentecónteros rodios. Además, iban en la expedición 30 barcos de transporte grandes y 100 barcos de carga más pequeños. El número de hoplitas, con arreglo a la indicación de Tucídides (VI, 43), era: «cinco mil cien hoplitas en total (de ellos eran de los atenienses mil quinientos del reclutamiento ordinario, y seiscientos *thetes*, que iban como infantería de marina; los demás marchaban con ellos en calidad de aliados: unos, tropas de las ciudades vasallas, y los otros, 500 argivos y 250 mercenarios mantineos); y un total de 480 arqueros (de ellos, 80 eran cretenses), 700 honderos rodios, 120 desterrados megarenses armados ligeramente, y un transporte de caballos que llevaba 300 soldados de caballería».

El ejército expedicionario se dirigió al sur de Italia en donde fue acogido con bastante frialdad. Tarento y Locros se mostraron hostiles, Regio sólo los dejó acampar fuera de la ciudad. Únicamente Catania acabó abriéndoles las puertas. A Catania arribó la *Salamina*, nave oficial ateniense con el encargo de recoger a Alcibiades para ser juzgado. Éste fingió acceder y con una nave propia siguió de regreso a la *Salamina*, hasta que en Turios desembarco y huyó a Esparta. Nicias y Lamaco se quedaron como únicos jefes del ejército. Había transcurrido un año de estancia en Sicilia cuando se decidieron a atacar Siracusa, que ya había tenido tiempo de reforzar sus defensas y de pedir ayuda a Corinto y a Esparta, al mismo tiempo que pedía a esta última que reemprendiera sus ataques al Ática. Lámaco pereció en el asedio, y Nicias, único general, invirtió todo el tiempo en cercar Siracusa con un muro que no logró impedir que Gilipo, el general espartano enviado en socorro de los sitiados, lograra entrar en Siracusa con 3.000 hoplitas. El asedio de la ciudad apoyado en la construcción de un muro no logró impedir la entrada de refuerzos. La flota necesitaba reparar muchos de los barcos. Había perdido, en definitiva, su superioridad por mar. Los siracusanos recibieron trirremes proporcionadas por Corinto. En situación tan comprometida Nicias envió a Atenas una nave solicitando que el ejército fuese retirado o que se enviasen nuevos refuerzos. Se movilizaron nuevas reservas en Atenas y en los Estados aliados y un nuevo ejército se presentó en Sicilia al mando de Demóstenes y de Eurimedonte. Después de ligeros éxitos momentáneos se acercaba el fin. La flota ateniense, bloqueada en el puerto de Siracusa se agota inútilmente tratando de romper el bloqueo. Las dos batallas decisivas del año 413 a. de C. fueron una completa derrota de la flota ateniense. El ejército se retiró hacia el interior de la isla en busca de refugio, siendo en todo momento acosado por el enemigo. El hambre, la sed, la enfermedad y los numerosos heridos que arrastraban acabaron por desmoralizar a un ejército que había salido de Atenas considerán-

dose invencible. Los supervivientes estuvieron trabajando en las canteras de Siracusa durante 70 días. Muchos perecieron como consecuencia de las penalidades sufridas y por las condiciones del trabajo, otros fueron vendidos como esclavos y muy pocos regresaron a la patria.

Para Atenas la derrota de Sicilia supuso el comienzo del fin: perdió su prestigio de potencia invencible, consumió con ella su capacidad naval y, desde el punto de vista moral, quemó sus sueños de dominio de otras tierras. Todo quedaba reducido a la lucha por la supervivencia.

LA GUERRA DECELAICA

Cuando Alcibiades se refugió en Esparta, sugirió a los espartanos que tomaran dos medidas, necesarias desde su punto de vista: enviar ayuda a Siracusa y reanudar los ataques contra el Ática ocupando Decelea. El plan sugerido por Alcibiades les pareció a los espartanos aceptable. En la primavera del 413 a. de C. el rey espartano Agis, mandando una tropa de lacedemonios y otros aliados, penetró en el Ática y saqueó la región. Luego dirigió sus ataques contra Decelea, ocupándola e instalando en ella una guarnición. Con ello establecía un punto de apoyo firme, amenaza constante de las tierras del Ática. La posesión de Decelea era sumamente ventajosa. Tenía una ubicación geográfica favorable, pues controlaba la ruta de los aprovisionamientos que venían de Fubea a través de Oropos y que ahora se hizo preciso transportar por mar doblando el cabo Sunión, que se fortificó como medida cautelar; además, Decelea distaba apenas 22 km. de Atenas y no estaba lejos de la frontera con Beocia.

Sumada a los gastos y pérdidas de la guerra de Sicilia, la ocupación de Decelea fue otro golpe demoledor para la economía ateniense. Las consecuencias las señala Tucídides (VII, 27): «ahora, al estar instalados allí permanentemente los enemigos y atacar unas veces con más fuerzas y hacer otras un número adecuado de tropas correrías y actos de pillaje, como no podía ser menos, y, finalmente, al hallarse allí Agis, rey de los lacedemonios, que no descuidaba la guerra, los atenienses sufrían grandes daños. Habían quedado privados de todo su territorio y habían hecho defección más de 20.000 esclavos, muchos de entre ellos artesanos, y además habían perdido todas las ovejas y bestias de carga; los caballos, como la caballería ateniense salía todos los días y hacía incursiones contra Decelea y montaba guardia en la región, unos se estropeaban las patas de andar por suelo rocoso y por las continuas fatigas, y otros eran heridos».

Los saqueos del Ática ya no eran como unos años antes anuales y esporádicos sino que ahora se caracterizaban por una intermitente continuidad. La proximidad del enemigo permitía la huida de los esclavos atenienses. Indudablemente que la cifra proporcionada por Tucídides era meramente indicativa. Se carecía de medios para valorar cuantitativamente los huidos y nadie, ni lacedemonio ni ateniense y mucho menos Tucídides estaba en la frontera para contarlos. Sólo se pretendía decir que el número de los esclavos huidos fue elevado y que la huida afectó a la economía ateniense desde el momento en que muchos de los esclavos huidos eran artesanos. Y cabe suponer que entre los huidos hubiese esclavos empleados en las minas de Laurión, afectando con ello a la producción de plata.

El éxito ateniense quedó empañado, sin embargo por las pérdidas sufridas. Después de la batalla se desencadenó una tempestad que dio a pique con algunas naves,

sin poder salvar sus dotaciones. Tampoco pudo rescatarse al resto de los naufragos. Atenas perdió casi mil hombres. No había familia ateniense que no llorara algún familiar. El pueblo dolorido buscó víctimas expiatorias en la confrontación política. Terámenes incitaba el sentimiento del pueblo. Los jefes de la flota, fervorosos demócratas, fueron citados ante la Asamblea y condenados a muerte. Sócrates protestó por la ilegalidad del procedimiento. Nada pudo hacer. Seis de los ocho estrategos que mandaron la flota —dos ya habían huido— fueron ejecutados. Entre los condenados se encontraban Pericles el Joven, hijo de Pericles y Aspasia. Atenas se veía privada de sus mejores generales del momento. La masa popular, en uno de esos cambios anímicos tan característicos de las democracias directas, se arrepintió: «al poco tiempo, los atenienses se arrepintieron. Fue aceptada la propuesta de que los que habían engañado al pueblo asumieran responsabilidades y comparecieran ante la Asamblea Popular» (Jenofonte, I, 7, 35). Los culpables lograron huir.

EGOS POTAMOS Y EL FIN DEL IMPERIO ATENIENSE

El mal estaba ya hecho. El pueblo, en tanto tiempo de ejercicio de la democracia, no había aprendido a detectar a aquellos que le engañaban.

Los espartanos sí que tomaron conciencia de sus errores. Comprendieron que Lisandro debía asumir el mando efectivo y trataron de paliar el impedimento legal que obstaculizaba la reelección en la navarquía mediante la ficción legal de nombrar navarca nominal a Ársaco y ayudante de navarca a Lisandro para que dirigiese de hecho las operaciones. Se encaminó a Éfeso para reorganizar el ejército y allí obtuvo de Ciro, cuyo regreso a la corte reclamaba su padre moribundo, la ayuda económica que era menester. Lisandro comprendió que el éxito de la guerra dependía del control de los Estrechos y del bloqueo subsiguiente de los alimentos que del mar Negro salían con destino a Atenas. Navegó hacia los Estrechos, atacó Lámpsaco y la tomó por la fuerza. La flota ateniense con 180 naves fondeó en la orilla opuesta del Quersoneso tracio junto a la ciudad de Egos Potamos. Lisandro aprovechó el momento en el que los atenienses habían desembarcado para ir rápidamente contra ellos. Todas las embarcaciones atenienses y sus tripulaciones, excepto 9 mandadas por Conón que huyeron y encontraron refugio en Chipre y una que fue a dar la noticia a Atenas, cayeron en poder de los peloponesios. Éstos ejecutaron a 3.000 prisioneros. Lisandro fue capturando todas las ciudades aliadas de Atenas, desmantelando todas las cleruquías atenienses e imponiendo regímenes oligárquicos bajo el mando de diez hombres (decerquía). Sólo Samos se resistió permaneciendo leal a Atenas. En agradecimiento los atenienses les concedieron la ciudadanía ateniense, sin pérdida de la propia.

La noche en que en Atenas se supo el desastre en Egos Potamos «Nadie —dira Jenofonte (II, 2, 3)—, durmió aquella noche; todo el mundo se quejaba por las pérdidas sufridas y se preguntaba con desesperación qué destino aguardaba a Atenas.

Pero el destino estaba ya decidido. Dos ejércitos espartanos al mando de sus reyes Agis y Pausanias cercaban a Atenas por tierra, mientras que Lisandro y la flota se acercaban para bloquear el puerto del Pireo. Después de algunos meses de asedio y cuando las reservas de alimentos estaban muy menguadas, los atenienses enviaron embajadas ante Agis proponiendo la paz y una alianza con Esparta si ésta respetaba sus fortificaciones, incluidas las del Pireo. Agis contestó que no tenía autoridad para hacer nin-

gún trato y que fueran a Esparta. Llegados a Selasia los éforos les pusieron como condición previa a toda negociación el desmantelamiento de los Muros Largos en una extensión de diez estadios. Ante esta noticia y como los alimentos escaseaban cada vez más, los oligarcas atenienses tomaron la iniciativa de las conversaciones, mientras Cleofonte, líder de los demócratas radicales, era llevado a juicio y condenado a muerte. Terámenes y otros nueve embajadores fueron enviados a Selasia para negociar la paz. Ante la asamblea de los aliados de Esparta los atenienses tuvieron que vérselas no sólo con éstos sino con corintios y tebanos, que pedían arrasar Atenas y vender a sus habitantes como esclavos. Esparta no estuvo de acuerdo con la propuesta, pues, desaparecido el peligro ateniense, le preocupaba más el auge que pudiesen alcanzar en el futuro sus dos aliados, Corinto en el mar y Tebas en el continente.

Los atenienses y los espartanos suscribieron un tratado de paz y de alianza. De acuerdo con las condiciones del mismo, Atenas liquidaba su imperio, desmantelaba las fortificaciones del Pireo y los Muros Largos, entregaba su flota, excepto las naves que le permitiese Esparta, doce en total, y debía hacer regresar a todos los exiliados. La alianza suscrita era de carácter ofensivo-defensivo. Por ella los atenienses se comprometían a aceptar la hegemonía espartana y a tener los mismos amigos y enemigos que Esparta. Aceptadas las condiciones, Lisandro hizo su entrada en el Pireo. Sones de flauta acompañaron la demolición de los Muros Largos entre el júbilo de los aliados que saludaban aquel día como el comienzo de la libertad de Grecia.

LA REVOLUCIÓN DEL 404 A. DE C.

Tras la capitulación de Atenas solamente Samos, que mantenía una forma de gobierno democrática, mantuvo la resistencia, y contra ella se dirigió Lisandro. En cumplimiento de las condiciones de la paz, los exiliados regresaron a una Atenas en la que parte de la población tenía la ambigua sensación de que las amplias posibilidades de actuación que a todos otorgaba el sistema democrático eran responsables de la derrota. Los exiliados y oligarcas se aglutinaron en torno a Critias, que había regresado del destierro. Estos conspiradores, que se llamaban a sí mismos *camaradas* (*hetairoi*), propalaban públicamente la opinión de que se hacía preciso introducir drásticos cambios constitucionales, aunque se camuflaba bajo la forma de un regreso a la «constitución heredada de los padres», la *patrios politeia* de la que A. Fuks hace el adecuado estudio. No tenían reparos en manifestar estas ideas, porque, contando con lo que Lisandro había hecho en otros lugares, eran conscientes de que éste no toleraría un régimen democrático en Atenas. En efecto, en muchos lugares Lisandro expulsó a los partidarios de Atenas e impuso regímenes oligárquicos, al mismo tiempo que como órganos de poder colocaba a las comisiones de diez personas que en unión de los jefes militares espartanos (*harmostai*), si había en el lugar guarnición espartana, ejercían el poder.

Pero en Atenas el sentimiento democrático del pueblo pese a todos los reveses estaba demasiado arraigado como para que esos conjurados, por iniciativa y riesgos propios, impusieran burdamente un cambio institucional. Lisandro regresó de Samos el día en el que se reunía la Asamblea Popular, a la que dio protección con sus tropas. En ella Dracontides propuso nombrar un comité de treinta miembros encargados de revisar las leyes y de redactar una «constitución semejante a la de los padres» y mientras tanto se encargarían del gobierno provisional. Se elevaron algunas voces en con-

tra, pero Terámenes apoyó la propuesta, que Lisandro reforzó con la velada amenaza, si creemos lo que dice Lisias (XII, 71), de que su rechazo «pondría sobre el tapete no ya la cuestión de la organización futura del Estado sino la misma existencia y libertad de los griegos».

Entre los «Treinta» elegidos se encontraban Dracóntides, Terámenes y Critias. La lista de los Treinta que da Jenofonte (II, 3, 2) está llena de interpolaciones, lo que dificulta los intentos de esclarecer la composición ideológica de sus miembros. Preferentemente en función de la oposición posteriormente mantenida entre Terámenes y Critias, la moderna historiografía se inclina por una composición de oligarcas extremistas y moderados. Pero la trayectoria de actuación política seguida por Terámenes se significa, más que por sus ideas oligárquicas moderadas, que sí las tenía, por sus intereses y ambiciones personales.

Los Treinta organizaron un gobierno en el que detentaban un poder sin límites. El Consejo de los Quinientos fue constituido con personas seleccionadas que fuesen adictas a los Treinta. Para el gobierno del Pireo, al que se consideraba como unidad aparte se designó un Consejo de Diez personas bajo la dirección de Cármides, pariente de Critias. Otro órgano de Once personas se encargaba de las prisiones y de las ejecuciones, prestando a los Treinta en la guerra sucia en la que se van a embarcar una inestimable ayuda.

Para dar una tenue apariencia de regreso a la constitución de los padres, los Treinta abolieron la ley de Efilates mediante la cual se despojaba al Areópago de su poder, se anularon los tribunales populares a favor de la Boulé y se introdujeron algunas simplificaciones en lo relativo a la legislación sobre propiedades y destierro. Pero sobre todo y sobre todos estaba el poder supremo de los Treinta, que como salvaguarda solicitaron de Esparta el envío de una guarnición espartana que al mando de Cálipo se instaló en la acrópolis. El tiempo pasaba y nadie elaboraba una constitución que otorgase los derechos a una masa ciudadana amplia o al menos a todos los propietarios que pudiesen sufragarse las armas por su cuenta que era lo que Terámenes y sus seguidores estaban reclamando. El resto de los Treinta se resistían y sólo propusieron una lista de tres mil. Terámenes insistió en que no era necesario limitar el número de atenienses que debían tener los plenos poderes. Los Treinta dieron la lista de los 3.000 ciudadanos a los que permitieron tener armas y se las quitaron a los demás. Se promulgó una ley de acuerdo con la cual cualquiera de los Treinta podía condenar a muerte y confiscar los bienes, sin otra forma de proceso, a cualquier ciudadano que no estuviese inscrito en la lista de los 3.000 y sólo a éstos se les garantizaba un juicio ante la Boulé. La persecución subsiguiente obedecía a motivaciones políticas, pero sobre todo de índole económica. Muchos ricos ciudadanos y metecos, es decir extranjeros residentes en la ciudad fueron procesados y perdieron sus propiedades. Terámenes se opuso con energía y fue llevado ante la Boulé en donde se defendió con éxito de todos los cargos que se le imputaron; pero en ese momento Critias entró con su banda en la cámara de la Boulé y notificó que en virtud de sus poderes borraba a Terámenes de la lista de los 3.000 y lo condenaba a muerte. El jefe de los Once que cuidaban de las prisiones y de las ejecuciones retiró a Terámenes y le hizo beber la cicuta.

Todo ateniense y meteco se sintió amenazado; muchos emprendieron la huida buscando la salvación en el exilio. Pero ni siquiera éste era seguro. Los espartanos conminaron a las ciudades a detener a los exiliados y a devolverlos a los Treinta. Algunas ciudades, especialmente Tebas y Mégara, se negaron a cumplir esta orden de Esparta.

No todo se debía a motivos de humanidad o de amistad con los exiliados. Tebas, en especial, no podía asumir con tranquilidad la perspectiva de un régimen ateniense entregado a la voluntad y a los intereses de Esparta. En la misma Tebas los exiliados constituyeron un grupo de setenta que bajo el mando de Trasíbulo se apoderaron por sorpresa de la localidad de File, en el norte del Ática. Los Treinta enviaron contra ellos a la caballería y a los 3.000, pero no obtuvieron resultado alguno, como tampoco consiguieron cercar con un muro la posición de File.

Conforme el tiempo pasaba, cada vez resultaba más difícil reducir a los exiliados, pues su entusiasmo iba en aumento y ya reunían un contingente de 700 hombres decididos. La protección que la guarnición espartana, la caballería y los 3.000 hacían del territorio resultaba insuficiente. Los Treinta empezaban a temer y, con vistas a procurarse plazas seguras a donde retirarse, si la ocasión lo requería, visitaron Eleusis y Salamina, haciendo un censo de las personas más pudientes de ambas localidades, y los arrestaron. Reuniendo luego la Asamblea de los Tres Mil propusieron su ejecución. Pero enseguida Trasíbulo y sus exiliados entraron en el Pireo. Incapaces de apoderarse de todo él se atrincheraron en las alturas de Muniquia. Contra ellos movilizó Critias a la guarnición espartana, la caballería y las fuerzas de la ciudad. En el asalto sufrieron un fuerte descalabro. Algunos murieron, entre ellos Critias. La situación resultaba confusa. Trasíbulo dominaba el Pireo, los otros la ciudad, aunque algunos cabecillas como Critias habían perecido. La Asamblea de los Tres Mil se reunió para deliberar: unos eran partidarios de una reconciliación con las gentes que ocupaban el Pireo, otros los más comprometidos con los Treinta exhortaban a continuar la lucha; pero la mayoría dio por terminado el régimen de terror de los Treinta, que buscaron refugio en Eleusis, y en su lugar se nombró un cuerpo de diez personas con unos cometidos no muy claros. Los demócratas del Pireo recibieron ayuda de Tebas y de personas particulares. También los oligarcas de la ciudad y de Eleusis pidieron ayuda a Lisandro, que les envió 100 talentos para contratar mercenarios, mientras él mismo se encaminaba hacia Atenas para cercar el Pireo por tierra al tiempo que su hermano Libis, a la sazón navarca, lo hacía por mar.

Pero a la altura del 403 a. de C. los éforos, lo mismo que el rey Pausanias, se mostraban recelosos de la preeminencia con que Lisandro actuaba. El rey, junto con los éforos afectos a él y el ejército, se acercaron a Atenas para trabajar en pro de la reconciliación de los oligarcas moderados de la ciudad y de los demócratas del Pireo. Ambos bandos enviaron emisarios a Esparta con la esperanza de poner fin a la guerra civil. Esparta fue sensible al problema y envió a 15 personas que ayudasen a Pausanias para lograrlo. La paz se restableció en el Ática mediante el compromiso de las dos partes. Eleusis quedaba como una ciudad separada de Atenas en manos de los oligarcas. A ella podían trasladarse, dentro de un tiempo prudencial, todos los que lo deseasen. La ciudad de Atenas y el Pireo constituían una única comunidad. De la amnistía general que se decretó y mediante la cual se devolvieron los bienes confiscados, quedaron excluidos los supervivientes de los Treinta, de los Diez que administraban el Pireo, de los Once encargados de las prisiones. Luego en el 401 a. de C. el pueblo se inclinó por la reincorporación de Eleusis a la ciudad de Atenas. Una nueva amnistía cerró el camino a las posibles represalias.

La amnistía abrió el camino a la reconciliación, construida a partir de la idea de que la ciudad recuperaba a unos ciudadanos que habían defendido otras ideas pero que también habían trabajado por ella. No había revanchismo, pero quedaban pendientes

las reformas de corte democrático. Los atenienses nombraron unos legisladores encargados de la revisión de las leyes. Esta comisión actuó desde el 403 al 400. Se compuso un nuevo código de leyes que se inscribieron públicamente en los muros de la *stoa*. Algunos fragmentos de ellas aparecieron en las excavación arqueológicas. Probablemente los miembros de la Boulé del 403 a. de C. fuesen elegidos ya por sorteo tal y como era preceptivo en la antigua constitución. Si por aquel entonces se introdujo la paga por servicio en cargos públicos es algo que se desconoce. Sólo para el 390 a. de C. tenemos noticias de que se introdujo el pago de un óbolo por asistencia a la Asamblea Popular, para ir aumentando progresivamente hasta tres. En cualquier caso, las fuentes de información no aportan datos que permitan retrotraer la paga por asistencia o por el desempeño de cargo público al año 403 a. de C.

CAPÍTULO XXI

LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DEL PELOPONESO Y LA GUERRA DE CORINTO

SECUELAS DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

La Guerra del Peloponeso fue la serpiente larga y peligrosa que atacó a los distintos estados griegos. Vencedores y vencidos sintieron la mordedura de la guerra en grado diferente. Algunos incluso salieron reforzados. Los efectos de la guerra se dejaron sentir en los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales.

Pese a las disposiciones económicas habilitadas por Pericles para ganar la guerra, ésta la perdieron los atenienses, entre otras cosas por falta de dinero. No esperaban que se prolongase durante tanto tiempo ni que sus efectos fuesen geográficamente tan amplios y perniciosos. Atenas había iniciado la guerra contando con las disponibilidades económicas que le daba su imperio, suficientes para alimentar a su población residente. Asegurarse los lugares de donde le venían los suministros, controlar las rutas de navegación para garantizar el transporte de los mismos, guardaba estrecha relación con la existencia de su imperio. Las bocas sobrantes se enviaban a las cleruquías. Además de alimentarse de los lugares respectivos en los que estaban asentados contribuían a la vigilancia de las gentes súbditas del imperio.

Tras la guerra ya no tuvo el imperio, es decir, había perdido las ricas posesiones ultramarinas y no disponía de lugares a donde remitir a aquella población residente, desheredada de la fortuna para que encontrase fuera del Ática un medio de subsistencia. Los espartanos habían invadido y saqueado el Ática reiteradamente e incluso ocuparon durante algunos años los territorios de la zona de Decelea. Los efectos económicos debieron de ser importantes. La destrucción de viñedos y olivares no sólo exige elevados costos de reposición sino varios años de espera antes de obtener la primera cosecha.

Destrucciones, confiscaciones, acaparamiento y ventas de tierras contribuyeron a crear en el Ática una situación de relativa crisis durante el siglo IV a. de C. que no parece correcto, sin embargo, exagerar. Así, aunque Lisias (Discurso, 34) dice que en el año 403 a. de C. había cinco mil ciudadanos atenienses que no tenían tierra, esto más que una crisis de la agricultura ateniense, indica un problema social, por cuanto que algunos ciudadanos que antes pertenecían a la clase hoplita, poseedora de tierra, se igualaban ahora a los *thetes*. Otras ramas de la producción, como la actividad artesanal y

sobre todo las minas de plata de Laurión, ofrecen una boyante actividad y en ellas encontraron su medio de subsistencia parte de la población de Atenas y no sólo metecos y esclavos.

Es cierto que la peste y las pérdidas humanas derivadas de la guerra había provocado un descenso relativo de la población del Ática, descenso que ponen de manifiesto los trabajos de A. W. Gomme y A. H. M. Jones. Atenas, ciertamente, después de la guerra del Peloponeso, tiene que alimentar menos bocas, pero, sin el imperio, está en peores condiciones para hacerlo que antaño. Con menos habitantes que antes tenía, sin embargo, el problema de una población superflua, cualificada o no, que necesitaba medios de subsistencia. Todavía durante el siglo IV a. de C. recurrió al viejo procedimiento de enviar una cleruquía a Samos y alguna colonia a otros lugares, pero no prodigó estos medios pues resultaban bastante impopulares. El servicio en el mercenariado y la contratación de sus habilidades artesanales y técnicas en otros lugares del mundo griego fueron medios asiduos de ganarse la vida para muchos atenienses.

Atenas, y otras comunidades de Grecia, ya no realizaron con la frecuencia de antaño obras grandiosas. Todo ese personal especializado y técnico que había trabajado en las obras que ornaron a Atenas emigró a otros lugares del mundo griego en donde las secuelas de la guerra se dejaron sentir menos. Una de estas regiones era el Asia Menor. Durante el tiempo de la Guerra del Peloponeso y durante el siglo V a. de C. su prosperidad estuvo mediatizada por la existencia del imperio ateniense. Tras la guerra su prosperidad fue en aumento, como testimonian las construcciones momumentales emprendidas por algunas ciudades —Artemisión de Éfeso, el mausoleo de Halicarnaso, etc.— y la expansión del espacio urbano de otras.

Para Esparta, la triunfadora de la guerra merced al oro de Persia, las cosas no fueron mejor. Durante la guerra, sus dificultades económicas y las derivadas de las operaciones militares las fue restañando, bien que mal, merced al oro persa. Acabada la guerra, el tesoro traído por Lisandro a Esparta y el impuesto anual que impusieron a los estados griegos, como señala Diodoro (XIV, 10), permitió una relativa recuperación del tesoro público. Pero ni el oro persa, ni el tesoro traído por Lisandro, ni los nuevos ingresos del exterior compensaron sus pérdidas humanas consideradas en términos de recursos. El sensible equilibrio entre los ciudadanos con plenos derechos y el resto, sobre todo la población sometida de los ilotas, se había agudizado peligrosamente. La tensión creció y hubo un intento de aumentar el número de ciudadanos, muy mermado por las pérdidas de la guerra, mediante la incorporación de gentes pertenecientes a las clases inferiores. De haber tenido éxito el intento, hubiese supuesto un cambio radical de las instituciones sobre las que se cimentaba el Estado espartano. La intentona fue abortada. En el 397 a. de C., en el curso de un sacrificio un adivino notificó al rey que se estaba tramando una conjura contra el Estado espartano. Las pertinentes investigaciones de los éforos dieron como resultado que Cinadón, perteneciente a los «inferiores» (*hypomeiones*), era uno de los responsables. Sometido a tortura, confesó los nombres de sus cómplices, que fueron ajusticiados. Esparta se veía libre de una conjura, pero rechazaba uno de los procedimientos que le posibilitaban el aumento de su cuerpo de ciudadanos.

Tesalia era una de las confederaciones griegas que apenas sufrió económicamente durante la Guerra del Peloponeso. Tampoco sus efectos económicos se dejaron sentir de forma sensible cuando la guerra acabó. La amplitud de su territorio, la fertilidad y riqueza de su suelo le permitía atender sin dificultades a su población primordial rural.

No estaba exenta de ciudades, aunque su número era exiguo en comparación a la amplitud de su territorio. De Tesalia era característico su aire rural que iba en consonancia con el desarrollo de una caballería considerada como la mejor de Grecia. Gobernada normalmente por un régimen dinástico (tagos) pasó también por periodos en que ningún *tagos* ejerció el mando. Las grandes familias aristocráticas de las ciudades tesalias se disputaban el mando o coexistían desempeñándolo cada una en su jurisdicción geográfica concreta. Por debajo de estas familias aristocráticas, como la de los Aléuadas de Larisa, la de los Equetrátidas de Fársalo, la de los Escópadas de Cranón, etc. estaba el sector social de los poseedores y criadores de caballos, y por debajo de éstos el grupo más bajo de la pirámide social, los *penestai* (los siervos).

Pese a su ruralismo, la posición estratégica de Tesalia en el concierto de los Estados griegos le llevó a intervenir desde época temprana en los asuntos griegos. La Guerra del Peloponeso supuso un acicate en su intervención política.

Después de la Guerra del Peloponeso, sus disponibilidades económicas, que le permitían exportar trigo a los Estados griegos empobrecidos, facilitaron su desarrollo urbanístico de la mano de personajes que habían alcanzado gran ascendencia política. Esta intensificación del poder de algunos personajes, que buscan extenderlo a toda Tesalia, es una de las secuelas de la Guerra del Peloponeso. Licofrón de Feras, que contó en el ejercicio de su poder con una amplia base popular, derrotó a Larisa y pretendió en palabras de Jenofonte (II, 3) «gobernar sobre toda Tesalia». A Licofrón se le opuso Medio de Larisa, pero enseguida surgirá de nuevo otro personaje singular, Jasón de Feras.

La agrícola y arcaizante Beocia fue uno de los Estados griegos que sacó provecho de la Guerra del Peloponeso.

A lo largo de su desarrollo histórico, la mayor parte de los problemas en los que estuvo inmerso se debieron a su proximidad geográfica con Atenas. Era una realidad de la que no podía zafarse. Atenas la tenía mediatizada. Pese a que Beocia ofrece ya una federación, como opina R. Buck, en el siglo VI, sus ciudades se mantuvieron divididas no sólo a favor o en contra de los persas durante las Guerras Médicas sino a favor o en contra de Atenas y Esparta durante la primera Guerra del Peloponeso. Esto era factible con su sistema constitucional federal, que, aunque estrechaba los lazos de unión del colectivo, no había una ciudad que impusiese en la federación un liderazgo indiscutible. Orcómeno y Tebas se lo disputaban mientras que Tespias y Platea, aun siendo beocias, se inclinaban del lado de Atenas. Conocemos la organización que tenía la confederación de Beocia una década antes del inicio de la Guerra del Peloponeso. Las ciudades y los entornos que de ellas dependían tenían un Consejo del que formaban parte las personas que fuesen propietarios. Estas unidades se integraban en la federación. Así, por ejemplo, una persona de Orcómeno, además de ser ciudadano de su ciudad, lo era de la confederación de Beocia. A efectos del sistema federal, todo el territorio de la Beocia se dividió en once distritos. Tebas, después de que en el 427 a. de C. se apropió de los votos y representación de Platea, controlaba cuatro distritos y proporcionaba a la federación cuatro beotarcas, magistrados federales. En el Consejo federal integrado por 540 consejeros federales correspondían a Tebas 240. Orcómeno y Tespias, junto con otras pequeñas comunidades que se integraban en ellos, controlaban dos distritos cada una y proporcionaban dos beotarcas y 120 consejeros federales respectivamente. Tanegra tenía sólo un distrito y estaba representada en la federación por 60 consejeros federales, aportando al conjunto un beotarca. Los otros dos distritos

restantes, integrados cada uno por tres ciudades, aportaban dos beotarcas y los 120 consejeros restantes.

La Guerra del Peloponeso fortaleció económica y políticamente la confederación de Beocia, especialmente a Tebas. Ya en el 427 a. de C. Tebas se anexionará a Platea. Después de la Guerra del Peloponeso, cuando otros Estados griegos pasaban por dificultades económicas, la riqueza y fertilidad de su suelo le permitió alimentar a una población que iba en aumento y que, de la mano de Tebas, tendrá su plasmación política.

La Guerra del Peloponeso fue dilatada y dura. Una conflagración de estas características propiciaba cambios y transformación en los diversos aspectos relacionados con la práctica bélica, que alcanzarán un desarrollo mayor en el siglo IV a. de C. Durante la Guerra del Peloponeso se ensayaron nuevas tácticas de combate en las que los generales actuaron con mayor independencia. Ya no eran sólo los políticos de prestigio los que conducían los ejércitos sino también personas que se distinguían por sus cualidades militares. La asiduidad de los combates, la variedad y permanencia de los frentes disputados, la lejanía de éstos y lo prolongado de la ausencia de las tropas de sus lugares de origen, iba convirtiendo a los ejércitos contendientes —los espartanos ya lo eran— en profesionales, para los que el valor iba ya parejo con la preparación y el adiestramiento.

Uno de los efectos más significativos de la Guerra del Peloponeso fue el desarrollo alcanzado en la utilización de los soldados mercenarios. El empleo de mercenarios al servicio de una ciudad, o de individualidades, es antiguo. Pisístrato los utilizó y no fue el único tirano que lo hizo. Durante la Guerra de Peloponeso la utilización de mercenarios no fue inusual, pero se trataba de tropas procedentes de zonas griegas concretas o periféricas al mundo griego que habían hecho de este oficio un medio de ganarse la vida. Después de la Guerra del Peloponeso se intensifica la utilización de mercenarios —su adiestramiento es mayor que el del simple ciudadano—, pero sus zonas de procedencia ya no son solamente las tradicionales. Están representadas otras ciudades y regiones griegas, incluso Atenas. La expedición de los Diez Mil, que relata la *Anábasis* de Jenofonte, no sólo la componen elementos procedentes de lugares que acostumbraban a suministrar mercenarios sino también gentes de Atenas y de Esparta. Las dificultades económicas, que es lo que a muchos ciudadanos impulsa al servicio en las armas como medio de subsistencia, afectaron, tras la Guerra del Peloponeso, a muchos estados griegos. El mercenario, que utilizaba para su equipamiento armas ligeras, no necesitaba hacer un gran dispendio económico para procurárselas.

La grandeza y prestigio de Atenas se cimentó en su sistema democrático, en la posesión de una potente flota y en la existencia de un imperio. Una ciudad gobernada democráticamente había sido capaz de auparse a la cabeza del mundo griego. Mientras las cosas fueron bien, la capacidad y posibilidades del sistema democrático convencían a más de un intelectual. Pero en el trascurso de la Guerra del Peloponeso, la subversión y el deterioro político desde dentro del sistema democrático fueron muy grandes. La lucha de las facciones, la sangrante crueldad de que hicieron gala, ponía en evidencia que el mal funcionamiento del sistema democrático era capaz de devorar a la misma democracia. Dispuesta la masa, manipulada o no, a que las cosas funcionasen en un camino errado, nada podía detenerla. El sistema democrático también tenía sus fallos e inconvenientes, que no resistían la crítica de los intelectuales. La experiencia histórica se los había puesto en bandeja. El desorden y desenfreno democrático contribuyó a la derrota en la Guerra del Peloponeso. Ya no quedaba ni imperio ni flota. Para Pla-

tón y Aristóteles, que conocieron el resultado, la desilusión ante el sistema democrático fue grande. Platón concibió con su *República* otro sistema político, ideal, que salvase los inconvenientes del sistema democrático e impidiese su deterioro interno. Aristóteles en su *Política* insistía en la conveniencia de que el Estado fuese gobernado por los entendidos y que sólo tuvieran derechos políticos dentro de él aquellas personas que tenían propiedades. En definitiva, desde el punto de vista de las elaboraciones de la teoría política había un rechazo y una desilusión hacia el sistema democrático. Se potenciaban desde el punto de vista teórico otros sistemas, desde la realeza alabada por Jenofonte en la *Ciropeedia* o por Isócrates con su *Filipo*, hasta una forma de tiranía benevolente y benefactora.

Tampoco ya en el terreno de los hechos la democracia era una mercancía que se pudiera exportar. Su triunfo en la Guerra del Peloponeso llevó a Esparta, de la mano de Lisandro, a imponer en muchos estados griegos regímenes oligárquicos, bajo la dirección de diez personas (dearquías). La misma Atenas sufrió el régimen de los Treinta Tiranos.

El poder hegemónico de Esparta en el concierto de los estados griegos enseñó también su rostro hurafío y antipático en medio de su incapacidad y debilidad militar para imponer a todos su propia concepción política. La existencia a su lado de otras pujantes formas de organización política era una muestra de su impotencia para imponer a otros estados griegos su sistema político. El desarrollo del federalismo, que florece primordialmente en el siglo IV, es una forma de respuesta frente a la alternativa de la democracia y de la oligarquía espartana. La federación de Beocia, que tendrá sus años de gloria de la mano de Tebas en la primera mitad del siglo IV a. de C., no será la única en alcanzar cierta relevancia. También la Liga de Arcadia, aunque con un papel más secundario, intervendrá en el juego político.

Después de la Guerra del Peloponeso, hubo otros ensayos políticos. Una especie de tiranía fue desarrollada por algunas ciudades y ya hemos aludido a algunos de ellos al tratar de Tesalia. Ciudades como Feras florecieron bajo el gobierno de Licofrón y luego de Jasón, modernizando a Tesalia y extendiendo su influencia. No se puede decir que en esta época este sistema fuese esporádico. Los griegos occidentales lo habían conocido con harta profusión, y Siracusa volverá a implantar la tiranía en la figura de Dionisio I.

Será, no obstante, la forma de gobierno basada en la monarquía hereditaria la que acabará por imponerse, durante el siglo IV, a todos los Estados griegos. Su lenta progresión en la historia política griega, hará, de la mano de Filippo, su entrada espectacular en un contexto de división y de guerras en las que ya las ciudades-estado llegaban al fondo de sus potencialidades. En definitiva, habían cumplido, prácticamente, su papel histórico.

LA GUERRA DE CORINTO. LOS CONFLICTOS CON PERSIA

A diferencia de la época de predominio ateniense correspondiente al siglo V a. de C., tan bien iluminada por Tucídides, la hegemonía de Esparta, que abarca el periodo comprendido entre el 404 y el 378 a. de C., cuenta con fuentes harto heterogéneas e incompletas: datos contenidos en las *Helénicas de Oxirrinco*, en el Pseudo-Herodes, en Ctesias, en Diodoro o en Plutarco —tomados los de estos dos últimos de fuentes más antiguas— y, sobre todo, la información de Jenofonte, a cuyo interés desmesurado

por las cuestiones militares corresponde un absoluto desinterés por los aspectos institucionales, a más de otros defectos que merman un poco su importante valor como fuente histórica. Esta información proporcionada por los textos históricos se complementa con los datos aportados por una serie de inscripciones que iluminan algunos aspectos de este periodo.

La unanimidad conseguida por los enemigos de Atenas desapareció enseguida. Muy pronto Esparta entrará en conflictos con su antigua aliada Persia y casi simultáneamente, en el 395 a. de C., lo hará contra una coalición formada por Atenas, Argos, Corinto y Beocia.

Este resentimiento contra Esparta, que degenera en conflicto, de sus antiguos aliados, guarda relación con las pretensiones hegemónicas de Esparta tras la derrota de Atenas y por la desmesura con la que conducía sus asuntos.

Después de la caída de Atenas, el hábil y ambicioso Lisandro, con el consentimiento de sus ciudadanos, adoptó una serie de medidas tendentes al establecimiento de la dominación espartana y a imponer un sistema de gobierno que la garantizase. Reemplazó las democracias de algunos lugares por oligarquías. En otros el poder ejecutivo se encomendó a una junta de diez personas, decarquías. Para proteger y vigilar algunas ciudades, establecieron en ellas *hermostas*, funcionarios militares, ayudados en ocasiones con guarniciones militares de mercenarios. La información de implantaciones de regímenes oligárquicos y de decarquías procede de Diodoro. Desconocemos en qué consistía la distinción de unos y otros, ni el número alcanzado. Samos, cuyo sistema democrático fue derrocado por Lisandro después de la rendición de Atenas, soportó una de estas decarquías. Los métodos de Lisandro se abandonaron en parte cuando en el 403 a. de C. la influencia de Pausanias llevó a los espartanos a posturas más moderadas con Atenas y presumiblemente con otros lugares. Es posible que en esos momentos en que Pausanias manifiesta una postura más moderada y conciliadora se abandonasen todas o algunas de las decarquías. El momento era oportuno y concuerda con la información de Jenofonte (Helen., III, 4, 2) que alude a la aspiración de Lisandro de restablecer en Asia Menor las decarquías que los éforos habían suprimido.

En Asia Menor los espartanos dejaron a los persas manos libres. Esto no supuso que no siguieran con atención la suerte de los Estados griegos sometidos a los persas y los acontecimientos históricos relacionados con éstos. En el 404 a. de C. murió Darío II y le sucedió en el trono su hijo mayor Artajerjes II, pese a que su madre deseaba que lo hiciese su hijo menor, Ciro. Dispuesta la sucesión al trono, Ciro regresó a su satrapía. Desde allí maquinó contra su hermano reclutando tropas en varios lugares, entre otros en Tesalia, en donde contó con la ayuda de Aristipo, noble de Larisa. Eran reclutamientos ocultos en los que no se descubrían las intenciones que los motivaban a la espera de que Ciro diese el paso decisivo. En el 401 a. de C. comunicó a Esparta su intención de atacar a Artajerjes II y le invitaba a cooperar en la operación. Su aceptación no implicaba una entrada oficial en guerra con Persia. El contingente griego era un cuerpo mercenario de diversas procedencias al mando del lacedemonio Clearco. En la primavera del 401 a. de C. Ciro, al mando de sus tropas, salió de Sardes camino de Babilonia. Cerca de esta ciudad, en Cunaxa, se enfrentaron los dos ejércitos. En el combate las tropas reales, mandadas por Artajerjes y Tisafernes, mataron a Ciro, pero los griegos quedaron dueños del campo de batalla. Tácticamente los griegos se mostraron superiores, pero, muerto Ciro, ya no tenía mucho sentido proseguir la lucha y decidieron el regreso a la patria. Ni el acoso de los enemigos, ni las dificultades encontradas

en un país inhóspito, les desalentaron. En marzo del 400 a. de C. alcanzaron el mar Negro, cerca de Trapezunte. Algunos de estos mercenarios se quedaron en Asia Menor; otros, bordeando la costa del mar Negro, llegaron a Bizancio.

El apoyo a Ciro y la indirecta intervención de Esparta en los asuntos internos de Persia irritó a Artajerjes II. Inmediatamente después de la batalla de Cunaxa, Tisafernes llegó a Sardes provisto de amplios poderes como los que Ciro tuvo en su momento. El sátrapa comenzó su mandato exigiendo la sumisión de todas las ciudades griegas de la Jonia. La petición de la sumisión hace suponer que las ciudades de la Jonia se habían rebelado en algún momento anterior. Mientras Ciro estuvo al mando de la satrapía de Lidia, las ciudades de la Jonia pudieron gozar de una cierta libertad dentro de la satrapía, pero no tanto como para que los pagos requeridos no fuesen satisfechos. En este sentido, las ciudades y los ingresos obtenidos de ellas o, al menos, los ingresos fueron asignados a Tisafernes. Esta es la forma de que tenga sentido la información de Jenofonte, cuando, al comienzo del levantamiento de Ciro, indica que algunas ciudades jónicas, sublevándose contra la autoridad de Tisafernes, se declararon a favor de Ciro. Esto explicaría la irritación de Tisafernes contra la mano oculta de Esparta que apoyó la sublevación de Ciro, y la inmediata petición de sumisión a las ciudades jónicas tan pronto Tisafernes llegó a Sardes.

Las ciudades jonias de Asia Menor reaccionaron enviando embajadas a Esparta que «pidieron a los espartanos como paladines de toda Grecia, que les prestaran también defensa a ellos, griegos de Asia, que salvaran a su país de los saqueos y que asumieran la defensa de su libertad» (Jenofonte, *Helen.*, III, 1, 3). Al mando del harmosta Tibrón, Esparta envió un destacamento de 4.000 infantes de la Liga peloponésica, 1.000 de reciente ciudadanía y una aportación de 300 caballeros atenienses. Aunque a regañadientes, todavía Atenas cumplía los compromisos contraídos tras su derrota. En la primavera del 399 a. de C. llegaron a Asia Menor. Allí completó sus tropas con 6.000 mercenarios que habían servido a las órdenes de Ciro. Las tropas movilizadas eran pocas y sus acciones se redujeron a defender a las ciudades jonias de las pretensiones del sátrapa Tisafernes.

En la primavera de 399 a. de C. le sucedió el harmosta Darcílidias, que supo sacar ventaja de la enemistad existente entre los sátrapas Tisafernes y Farnabazo. Conseguida una tregua con Tisafernes, Darcílidias dirigió sus tropas hacia la Tróade y la Propóntide, donde ocupó algunas ciudades y obtuvo algún botín. En el desarrollo de estas operaciones logró fortificar la zona del Quersoneso Tracio para ponerla a resguardo de los ataques de las gentes tracias. Teniendo los persas comprometido el grueso de sus tropas en Egipto y siendo el contingente griego tan pequeño, las acciones emprendidas no pasaron de ser operaciones de tanteo y escaramuzas con la toma de alguna ciudad.

Al año siguiente Dercílidias fue confirmado en el cargo e intensificó la presión militar en unos momentos en los que los dos sátrapas, Tisafernes y Farnabazo, actuaban de mutuo acuerdo. En el nuevo choque entre persas y griegos ninguno consiguió una ventaja sustancial. Tisafernes propuso reanudar las conversaciones en Magnesia. No se llegó a nada positivo porque el sátrapa, intencionadamente, utilizó prácticas dilatorias. Tenía razones para ello. Convencido por Farnabazo, Artajerjes II ordenó la construcción de una fuerte flota que tendría como comandante al ateniense Conón, quien, después de su derrota en Egospotamos, se salvó de un proceso encontrando refugio en la corte de Evágoras de Chipre. De la construcción de esta flota persa estuvieron

ignorantes los espartanos hasta que el siracusano Herodas lo notificó. Esto cambiaba la situación y forzaba a Esparta a intensificar la guerra.

Mientras tanto había muerto en Esparta el rey Agis, y le sustituyó, merced a los buenos oficios de Lisandro, el hermano de aquél, Agesilao. Con éste los espartanos movilizaron contingentes mayores. Corinto y Tebas se negaron a aportar tropas.

Agesilao dio a su expedición el valor simbólico que asumía en la leyenda el enfrentamiento entre Europa y Asia. En su trayecto se paró en Aulide, en Beocia, para realizar un sacrificio a imitación del realizado por Agamenón cuando navegó contra Troya. La solemnidad de la ceremonia fue interrumpida por la acción de la caballería de Beocia. El valor simbólico del sacrificio en el mismo lugar en el que lo realizó Agamenón contrasta con la propuesta que le hizo a Tisafernes tan pronto llegó a Asia Menor. Agesilao ofreció un pacto en el que se pedía la «autonomía para los griegos de Asia» (Jenofonte, Helen., III, 4, 5). La ceremonia del sacrificio en Aulide y su significación simbólica ¿era una mercancía destinada a los persas para que aceptasen sin titubeos la autonomía de los griegos de Asia Menor? La tregua con Tisafernes fue corta. Los ejércitos acabaron por enfrentarse cerca de Sardes (396 a. de C.) y las tropas de Agesilao obtuvieron un resonante triunfo. La derrota desacreditó a Tisafernes que fue decapitado y reemplazado por Titraustes. Éste, en nombre del rey persa ofreció a Agesilao la autonomía de los griegos de Asia con la condición de que se embarcase y regresase a su patria. Animado por el triunfo obtenido en Sardes, rechazó la propuesta y prosiguió con sus conquistas.

Los logros conseguidos en Asia Menor contrarrestaban las dificultades surgidas en otros lugares. Para el 396 a. de C. Diodoro nos informa de la sublevación de Rodas contra el poder de Esparta. El régimen oligárquico partidario de Esparta fue derrotado y sustituido por un gobierno democrático que rompió con Esparta. Por aquellas fechas, los sátrapas Farnabazo y Titraustes (Polieno, I, 48) enviaron dinero a los Estados griegos que alimentaban sentimientos antiespartanos, para engrosar todavía más su resentimiento: «remitió a Grecia al rodio Timócrates, entregándole en monedas de oro una cantidad equivalente a 50 talentos de plata. Le pide que intente entregar dicha cantidad a las personalidades significativas de los Estados griegos, obteniendo de los mismos la promesa jurada de que iniciarían una guerra contra los lacedemonios» (Jenofonte, Helen., III, 5, 1).

La iniciativa política de Agesilao en Asia Menor le llevaba a un callejón sin salida. Los sátrapas no aceptaban sus pretensiones y el ejercicio espartano se desgastaba en una guerra de conquistas terrestres. Pero Persia ya tenía dispuesta su flota y con ella estaba en condiciones de crearle serias dificultades. Agesilao había desplazado a un segundo lugar al prestigioso Lisandro que en pasado se había distinguido como navarca. Al frente de la flota espartana colocó a su familiar Pisandro. En el 394 a. de C., en la batalla de Cnido, las naves de Rodas y Chipre, al mando de Conón y las fenicias al mando de Farnabazo aplastaron a la flota espartana. La derrota tuvo sus consecuencias. Muchas ciudades griegas de Asia Menor que esperaban que Esparta les trajese el dulce don de la liberación, saludaban el triunfo de los persas y les abrían las puertas. La situación no era alagüeña, pero mucho menos lo era en el continente griego en donde los asuntos se habían complicado tanto que los éforos ordenaron a Agesilao y al ejército el regreso a casa.

Tras el fin de la Guerra del Peloponeso los espartanos impusieron su hegemonía sin miramientos ni concesiones. Ya desde el momento de la rendición de Atenas en el 404 a. de C., Corinto y Beocia mantuvieron opiniones contrarias a Lisandro. Deseaban la destrucción total de Atenas y la venta de sus habitantes como esclavos. Esparta, que ya recelaba de Corinto y de Tebas, se sentía satisfecha con la imposición del régimen de los Treinta Tiranos, dóciles y solícitos a las sugerencias y órdenes que desde Esparta les llegaban. Una Atenas preservada, pero satélite de Esparta, tampoco era un plato del agrado de Tebas. La acogida de exiliados demócratas atenienses a la espera de su regreso triunfante era una manera de contrarrestar la política espartana. Cuando Pausanias movilizó las tropas de la Liga del Peloponeso para marchar contra los demócratas del Pireo, los beocios y corintios las negaron una vez más. Los indicios de inquietud por la forma exclusiva y a veces inconsulta con que Esparta tomaba las decisiones y las cautelas que frente a las mismas tomó Tebas, se manifestaron desde los primeros momentos. Lejos de disiparse fueron en aumento. Plutarco (Lisandro, 13) señala la forma opresiva con la que se trató a los súbditos «toda la Hélade se vió obligada, después de gustar el dulce vino de la libertad, a beber la pócima que le proporcionaban los taberneros de Lacedemonia». Pero no sólo los procedimientos adoptados suscitaban sentimientos contrarios a Esparta. Su ambición y dinamismo, inimaginable hasta entonces en una Esparta caracterizada por su cautela y lentitud a la hora de implicarse en cuestiones alejadas del Peloponeso, levantaban también susceptibilidades y temores. A nadie se le ocultaba, y menos a las potencias que como Tebas deseaban seguir desempeñando un papel importante en el concierto de estados griegos, los avances militares operados por Esparta en Asia Menor, en el Quersoneso tracio y en el norte del Egeo. La potencia continental que controlara esas regiones dominaba también a Grecia pues sobre ella podría presionar con un movimiento de tenaza. De ahí que la presencia militar de Esparta en Asia Menor y en el norte del Egeo molestaba primordialmente a Persia, pero también a aquellos Estados griegos que en el 396 a. de C. fueron tanteados con el oro persa. Por lo que hace a las inquietudes más concretas de los beocios éstos no podían ver con buenos ojos los puntos de apoyo que Esparta estaba logrando en Tesalia. En esta región, en Farsalo, había una guarnición espartana y Locofrón de Feras era aliado de los espartanos. El enfado contenido de los beocios afloró cuando su caballería interrumpió la celebración del sacrificio que Agesilao celebraba en Aulide.

Las posibilidades de Esparta se cimentaban también en su colaboración con Siracusa. Esparta ayudó a preservar la tiranía de Dionisio de Siracusa. Cuando una revuelta popular lo tuvo cercado, la ambigua actitud del espartano Aretes con los sublevados, permitió la recuperación del tirano. Consolidado en el poder, no le faltó la ayuda espartana de treinta naves y tropas al mando de Farax, cuando Dionisio en el 396 a. de C. reanudó la lucha contra los cartagineses. Había, pues, un ambiente de mutua colaboración, que de parte siracusana se aprecia cuando en el 397 a. de C. el siracusano Herodas dio noticias a los espartanos de la escuadra que los persas estaban movilizan-do en Chipre y que aquellos desconocían.

Estas relaciones entre Siracusa y Esparta no eran motivo de preocupación para todos los griegos en general, ni para Tebas en particular, pero había otros como Atenas y Corinto, que tenían intereses en el mundo occidental griego, que tuvieron que sentirse preocupados.

Fueron, pues, estas expansiones del poderío creciente de Esparta lo que alarmó a algunos Estados griegos como Tebas, Corinto, Argos y Atenas y lo que ocasionará, en definitiva, la Guerra de Corinto. Estas ciudades fueron maduradas por el oro que el rodio Timócrates traía de Persia. Timócrates explotó las rivalidades habituales entre los líderes de las ciudades griegas. Se tocó económicamente a aquellos que tenían sentimientos antiespartanos. En Tebas el grupo contrario a los espartanos estaba liderado por Ismenias, Antiteo y Androclídeas, mientras que Esparta se apoyaba en el grupo de Leontiadas, Asias y Coeratadas. En Atenas la situación era un tanto diferente. Había un grupo, liderado por Epícates y Céfalo, que era partidario de alimentar la oposición a Esparta y ayudar a los que se le oponían. El grupo que lideraba Trasibulo, se mostraba más cauteloso y se resistía a correr riesgos excesivos que perjudicasen a Atenas. Por eso cuando en el 396 a. de C. se enviaron armas y equipo a Conón, que estaba preparando la flota persa, Trasibulo lo desaprobó, no porque se sintiera partidario de los espartanos, sino porque temía los riesgos. Aguardaba una ocasión más propicia y ésta no tardó en llegar.

Los griegos contrarios a Esparta, que veían inevitable la guerra, necesitaban un pretexto para el comienzo de la misma y éste llegó de forma incidental o preparado por Tebas. En el 395 a. de C., en Grecia Central, estalló un conflicto por disputas territoriales entre dos pequeños pueblos: focidios y locrios. El grupo antiespartano de Tebas encabezado por Ismenias, incitaron a unos ingenuos focidios a invadir Lócride. Ésta se quejó ante Tebas que aprovechó la ocasión para prestarle ayuda. Fócide acudió a Esparta. Ésta, inicialmente, estaba inclinada a que el conflicto se arreglase mediante un arbitraje, pero en esas fechas todavía los asuntos de Asia Menor corrían a su favor y, como estaba resentida con los continuos desplantes de Tebas, decidió pasarle la factura de la humillación. Esparta planificó un doble ataque a Beocia. Lisandro, con un destacamento, fue enviado a Grecia Central con la misión de reclutar fuerzas aliadas, entre ellas las de la Fócide y las de la ciudad beocia de Orcómeno, que se había separado de la alianza tebana, y de dirigirse hacia la ciudad beocia de Haliarto. Pausanias, por su parte, movilizaría las tropas de la Liga del Peloponeso. Una vez más Corinto se negó a prestar sus tropas. Los dos ejércitos expedicionarios espartanos de Lisandro y de Pausanias debían, con arreglo al plan de un ataque combinado, concentrarse ante Haliarto en un día determinado.

Los tebanos, que esperaban este doble ataque, enviaron embajadores a Atenas proponiendo olvidar el pasado y establecer una paz defensiva a perpetuidad. Atenas, que hasta entonces, pese a estar resentida con Esparta, había evitado crearse problemas, comprendía bien que la situación había cambiado: el levantamiento de Rodas del 396 a. de C. contra el dominio espartano era un indicio. Ahora Atenas se sentía capaz de comprometerse en la lucha, y Trasibulo, que tan cauteloso se había mostrado antes para no comprometer los intereses de una Atenas sin murallas ni defensas, fue quien propuso el envío de tropas en ayuda de Tebas.

Una vez más se iba a poner de manifiesto lo difícil que resultaba en la Antigüedad la realización de una operación de ataque combinado. Lisandro se presentó ante Haliarto antes de que Pausanias llegara. Los tebanos lo atacaron y lo derrotaron. En el

combate Lisandro encontró la muerte. Al poco tiempo, el ejército espartano, que había penetrado por el sur al mando de Pausanias, se acercó al lugar. Se encontró con un fuerte ejército tebano dispuesto al combate, mientras que por su retaguardia se acerca el destacamento ateniense, al mando de Trasíbulo. Pausanias pidió una tregua para recoger los cuerpos de los caídos; los tebanos se la concedieron con la condición de que evacuase Beocia. La indignación en Esparta por la derrota fue muy grande. Pausanias fue considerado responsable del desastre y condenado a muerte. Sospechando el resultado, se refugió en Tegea, donde murió poco después.

El triunfo en Haliarto animó a los enemigos de Esparta. Enseguida la coalición de Tebas y Atenas se amplió a cuatro miembros con la incorporación de Corinto y Argos. Los términos bajo los cuales se estructuró esta coalición son poco conocidos. La coalición, al menos, reunió en Corinto un congreso de aliados en el que se discutieron los pasos que debían seguirse. En él, el corinto Timolao propuso, de acuerdo con el relato de Jenofonte (*Helen.*, IV, 2, 11 y ss.), un ataque directo a Esparta: «el que quiere destruir un nido de avispas, sufrirá más picaduras si intenta atrapar a las avispas que sucesivamente van saliendo; pero si, mientras las avispas se encuentran dentro del avispero, se aplica fuego a su boca, entonces se dominará todo el enjambre sin sufrir daño». Los aliados decidieron concentrar parte de sus tropas en la zona del istmo de Corinto con el objetivo táctico de bloquear las tropas de Esparta y de sus aliados peloponésicos dentro del Peloponeso. Al mismo tiempo se enviaron embajadas a otras ciudades para que se pasasen a su bando. Eubeos, acarnanienses, las colonias corintias de Leucade y Ambracia y gentes de las ciudades de la Calcidia y de la costa de Tracia se pusieron de su lado. Al mismo tiempo el tebano Ismenias, con tropas de Beocia y de Argos, tomó en Tesalia la ciudad espartana de Heráclea Triquinia, los expulsaron también de Farsalia y convencieron a las pequeñas tribus de los Enianes y Atamanes de hacer defeción de Esparta.

Como ya hemos indicado, los espartanos ordenaron a Agesilao regresar de Asia Menor. Mientras estaba en camino, decidieron romper las posiciones enemigas que bloqueaban el istmo de Corinto. Las tropas movilizadas por Esparta incluían contingentes de Mantinea, Tegea, Elis, Epidauro, Aquea, Trecén, Sición, y algunas otras. El ejército contrario estaba compuesto por tropas de Atenas, Argos, Corinto, Beocia —la cuádruple alianza— más otros contingentes de las ciudades de Eubea, de la Lócride, de Málide y de Acarnania. Los espartanos y sus aliados vencieron en el combate de Nemea. El temor se apoderó de los corintios, que llegaron a encerrarse en su ciudad sin dejar entrar a los derrotados hasta que el sector antiespartano les abrió las puertas.

Agesilao se enteró de la victoria espartana de Nemea cuando se encontraba en Amfípolis. Cruzó con rapidez la Tesalia, y en la llanura, cerca de Coronea, se enfrentó en el 394 a. de C. a las tropas de la cuádruple alianza. El triunfo cayó del lado espartano, pero su alcance fue limitado. Agesilao no pudo romper el cerco del istmo de Corinto y regresó a su patria por vía marítima.

PROSIGUE LA LUCHA POR TIERRA Y POR MAR

Antes de presentar batalla en Coronea, Agesilao tenía conocimiento de la derrota naval espartana en Cnido. Este desastre suponía el decaimiento de la ascendencia es-

partana en el Egeo. Conón y el sátrapa Farnabazo fueron desalojando a los harmostas espartanos de sus posiciones de Asia Menor y del norte del Egeo. Prácticamente a los espartanos sólo les quedaba Abidos y Sesto. En el 393 a. de C. la flota de Conón y Farnabazo ocuparon la isla Citera, próxima al Peloponeso y desde allí amenazaban a la misma Esparta. Su llegada y el oro que traían animó a los miembros de la cuádruple alianza para proseguir la lucha. Por mediación de Conón el oro persa contribuyó a la fortificación del Pireo, que ya había comenzado un año antes, y a la construcción de una flota en Corinto.

Esparta se sentía incapaz de conseguir, tanto en tierra como en el mar, el fin de la guerra. Además la ocupación enemiga de Citera, constituía una amenaza constante para su seguridad. Esparta anhelaba la paz y estaba dispuesta a «no disputar a Persia las ciudades griegas de Asia» (Jenofonte, *Helen.*, IV, 8, 14). En el 392 a. de C. los espartanos enviaron ante el nuevo sátrapa Tiribazo al navarca Antalcidas para trabajar por la paz y para que, si era posible, la ayuda persa a Atenas pasase a Esparta. Su hilo argumental consistió en insinuar que Conón, con el oro persa, trabajaba en favor de Atenas y no de Persia. Enterados los miembros de la cuádruple alianza de esta gestión espartana enviaron también a Sardes a sus embajadores. Tiribazo los recibió a todos a la vez. En la reunión de Sardes el espartano Antalcidas ofreció la paz bajo estas condiciones: todas las ciudades griegas de Asia Menor pasarían a pertenecer al rey de Persia y el resto de las ciudades griegas e islas serían declaradas autónomas. La propuesta, bien acogida por Tiribazo, si bien no tenía poderes decisorios del rey de Persia, alarmó a los miembros de la cuádruple alianza. Atenas, que había recuperado sus antiguas posesiones de Esciros, Lemnos e Imbros, temía perderlas de aceptar la propuesta de autonomía. Algo parecido ocurría con la unión parcial conseguida por Corinto y Argos con la federación de Beocia. No se llegó a ningún acuerdo. El entusiasmo de Tiribazo por la propuesta espartana no era el de Artajerjes. Su odio contra Esparta era mayor que la oferta que se le hacía de todo aquello que antes estaba apeteciendo. Tiribazo fue sustituido por Estrouses, quién recibió la orden de proseguir la lucha y continuar ayudando a Atenas y a sus aliados.

En ese mismo año del 392 a. de C. la diplomacia espartana propuso otras iniciativas de paz. Entre los enviados atenienses a Esparta se encontraba el orador Andócides. Las propuestas espartanas para la paz fueron las mismas, con la variante, esencial para Atenas, de que ahora se le permitía la posesión de las islas de Lemnos, Imbros y Esciros. Los enviados atenienses regresaron a casa con las propuestas, pero enseguida llegaron a Atenas enviados de Corinto y Argos pidiendo que se rechazaran las propuestas de paz espartanas. La Asamblea Popular ateniense, tras agrios debates, desestimó las propuestas de paz. Esparta, rechazadas sus propuestas de paz por los persas y por los griegos, no tenía pues a donde acudir y pese a su cansancio debió proseguir la lucha contra los persas y contra sus enemigos griegos. En el 391 a. de C. las operaciones de Tibrón en Asia Menor lograron algunos éxitos en Magnesia y en Priene, pero acabó por ser sorprendido y aniquilado por el sátrapa. Tampoco en el continente griego los asuntos se desenvolvían al gusto de los espartanos. Agesilao y su hermano se habían apoderado de Laqueo, puerto corintio, desde donde atacaban a esta ciudad y amenazaban las comunicaciones de Corinto con el mar. Laqueo estaba fuertemente protegido por una guarnición lacedemonia de 600 hoplitas. En el 390 a. de C. las tropas de pel-tastas del extraordinario militar Ificrates, auxiliado por hoplitas atenienses al mando de Calias, cayeron sobre esta guarnición lacedemonia y la aniquilaron. Esparta se veía

a la defensiva en todos los frentes. Su estrella parecía declinar mientras emergía robusta la de Atenas.

El rechazo ateniense de las propuestas de paz espartanas no era una muestra gratuita de solidaridad con sus aliados. Era también una muestra de su odio histórico a Persia y de sus ambiciones de crecimiento y dominio. Y estos sentimientos no eran sólo de la década de los ochenta sino incluso anteriores. Atenas no sentía escrúpulos de presentar la victoria naval de Cnido como fruto de la cooperación no con Persia sino con Chipre, en el sentido de que fue esta isla la que prestó ayuda a Conón. Ni tampoco Atenas, cuando Evagoras de Chipre se rebeló contra Persia, aunque los atenienses continuaban nominalmente como aliados de los persas, dejaron de prestarle ayuda. Atenas anhelaba recomponer, en la medida de lo posible, su antiguo imperio. En el año 389 a. de C., Trasibulo, con una flota de 40 naves, cruzó el Egeo y se dirigió hacia el Helesponto. Hizo aliado de los atenienses al reino tracio de Odrisia, e islas como Tasos, Samotracia, o ciudades como Bizancio y Calcedonia le abrieron las puertas. No pudo arrojar a los espartanos de sus enclaves de Sesto y Abidos. Enseguida Trasibulo se dirigió a la isla de Lesbos, donde Mitilene se había pasado a la causa ateniense. En ella encontraban refugio los partidarios atenienses de las otras ciudades de la isla. Entre estas ciudades se destacaba Metímna, que tenía una guarnición espartana al mando del harmosta Terímaco. En el ataque subsiguiente murió Terímaco y toda la isla se puso del lado ateniense. Trasibulo planificó una nueva campaña en la que se incluía el avance hacia Rodas, desgarrada por luchas fratricidas: «los lacedemonios comprendían, con juicio acertado, que si la superioridad en la lucha caía del lado demócrata, toda la isla de Rodas pasaría a manos atenienses; pero, si ganaban los ricos de la isla, Rodas quedaría en manos espartanas» (Jenofonte, Helen., IV, 8, 20). Antes de dirigirse a Rodas, Trasibulo se acercó a las ciudades de la costa de Asia Menor para recabar y exigir de ellas aportes económicos. Entre las ciudades visitadas se encontraban Halicarnaso (Lisias, XXVIII) y Aspendo, en la Panfilia. Los habitantes de esta ciudad, irritados, después de haber pagado, atacaron el descuidado campamento ateniense y mataron a Trasibulo.

La actuación de los atenienses dejaba a las claras sus intenciones de renovar el antiguo imperio. No temían a Esparta, desairaban a los persas no sólo manteniendo la ayuda al sublevado Evágoras de Chipre sino suscribiendo una alianza con un peligro mayor para los persas como era el rebelde Acoris de Egipto. Además, habían puesto sus pies en Asia Menor, obteniendo dineros de ciudades como Halicarnaso. Una inscripción (Tod, 114) relacionada con Clazómenas, en la Jonia, recuerda que los atenienses habían establecido un impuesto de un cinco por ciento. Se desconoce la naturaleza de este impuesto, pero, si se recuerda que en el 414 a. de C., en plena Guerra del Peloponeso, los atenienses establecieron un impuesto del cinco por ciento sobre todas las mercancías transportadas por mar, se puede pensar, razonablemente, que habían renovado ese impuesto. También Jenofonte (Helen., IV, 8, 27) señala que Trasibulo estableció en Bizancio un diezmo que afectaba a todo el tráfico que cruzase el Helesponto. Las intenciones de Atenas no tenían, pues, nada de ambiguas ni de ocultas.

Persia acabó por darse cuenta de su equivocación cuando utilizó a Atenas como útil garrote que golpeará las espaldas de Esparta. Lentamente Artajerjes se había percatado de que era a Esparta a la que había que apoyar. Era Esparta la que años antes había hecho propuestas de paz en condiciones muy ventajosas para Persia. En el 388-387 a. de C. los espartanos eligieron como navarca a Antálcidas para que negociase la paz con Tiribazo. Ambos marcharon a Susa para recabar los términos en los que Artajerjes estaba dispuesto a ofrecer la paz. A su regreso a Asia Menor traían un rescripto con los términos correspondientes y la advertencia de que si los Estados griegos beligerantes no la aceptaban, las tropas del sátrapa combatirían del lado de Esparta. Para obligar a Atenas a aceptar los términos de la paz, Antálcidas concentró en Abidos toda la flota peloponésica. Se unieron a ella la flota jonia que obedecía a Tiribazo y los veinte barcos que Dionisio de Siracusa envió en ayuda de los espartanos. Con estos efectivos navales, Antálcidas bloqueó el paso del Helesponto y no permitió que pasaran transportes de trigo con destino a Atenas. Amenazaba, además, con entregarlo como botín a las ciudades aliadas de Esparta.

Falto de aprovisionamiento, el pueblo ateniense se decidió a aceptar la paz. Las otras ciudades de la cuádruple alianza, que lógicamente mantenían sentimientos contrarios a la propuesta de paz, viendo la actitud de Atenas, tampoco estaban dispuestos a continuar la guerra sin ella. Respondiendo a la invitación de Tiribazo, los estados griegos beligerantes enviaron sus representantes a Sardes para escuchar los términos en los que Artajerjes proponía la paz. Los términos están recogidos por Jenofonte (Helen., V, 1, 31): «El Gran Rey Artajerjes considera justo que todas las ciudades de Asia y de las islas Clazómenas y Chipre le pertenezcan, pero, en cuanto al resto de las ciudades griegas, grandes y pequeñas, les será concedida la autonomía, con excepción de Lemnos, Imbros y Esciros; éstas, al igual que en los tiempos antiguos, pertenecerán a los atenienses. A aquel que no acepte esta paz, le haré la guerra por mar y tierra junto con los que la hayan aceptado, con dinero y con barcos». Los embajadores regresaron a sus patrias con las propuestas. Después de angustiosas vacilaciones respecto a su aceptación, acabaron plegándose. G. L. Cawkwell piensa que la paz propuesta tenía, además, algunas otras exigencias respecto de Atenas, como el desmantelamiento de sus fortificaciones y la desmovilización de su marina, y algunas otras. Es posible. Pero estas cláusulas, de existir, no eran las más duras. El tratado de paz —que formalmente se diferenciaba de los anteriores tratados de paz suscritos entre beligerantes, mientras que ahora obligaba a todos los Estados griegos—, contenía la inquietante cláusula de la autonomía. La palabra es ambigua y su significación es diversa según el contexto y las circunstancias en las que se utiliza. En esta ocasión significaba la desintegración de todas las organizaciones hegemónicas. Suponía la supresión del incipiente imperio ateniense y el desmantelamiento de la Liga de Beocia centralizada en torno a Tebas. Asimismo se suprimía la unión alcanzada en dos fases entre Corinto y Argos. Estas dos ciudades, posiblemente en el 392 a. de C. habían llegado a una *isopoliteia*, es decir, a que cada ciudadano de una de ellas pudiera ejercer su ciudadanía en la otra. Luego, ambas ciudades llegaron a la total unión. Ahora ésta, por imperativos de la paz, se deshacía.

Con la suscripción de la paz por los Estados griegos, Esparta salía más fortalecida de lo que había estado tras la Guerra del Peloponeso. La Liga del Peloponeso, que ella lideraba, como era una asociación de carácter voluntario, no se vio afectada por la cláusula de autonomía. El fortalecimiento conseguido por Esparta enseguida lo iban a sentir los griegos.

Otra de las potencias que ganó con la paz fue Persia. Merced a la paz, las ciudades griegas de Asia Menor se vieron en adelante casi libres de las intrigas de sus hermanos continentales y conocieron años de desarrollo y de prosperidad. Incluso en el terreno político los persas les permitieron gobernarse por sus instituciones tradicionales, democráticas y oligárquicas, sin llegar a instalar unilateralmente gobiernos oligárquicos.

CAPÍTULO XXII

DE LA PAZ DE ANTÁLCIDAS A LA BATALLA DE LEUCTRA

LA HEGEMONÍA ESPARTANA

Los espartanos aprovecharon las ventajas que les brindaba la paz de Antálcidas para pasar factura a aquellos de sus aliados que mostraron reticencias frente a las demandas espartanas durante la Guerra de Corinto. Mantinea les había dado reiterados motivos de queja: no acudieron con sus tropas en algunas expediciones y proporcionaron trigo a Argos, miembro de la cuádruple alianza. Este odio vengativo fue la razón profunda que movió a los espartanos a pedir la demolición de las murallas de Mantinea. Pudo existir, además, el pretexto legal de la conveniencia de aplicar a esta ciudad la cláusula de autonomía de la paz de Antálcidas. Mantinea había surgido de la unión de aldeas separadas. Con excesivo rigor legal, amparados en esta cláusula, podía exigirse el desmembramiento de éstas; pero, indudablemente, el verdadero motivo era el deseo de revancha espartano. Los mantineos se resistieron a demoler sus murallas. En el 385 a. de C. los espartanos, al mando de Agesípolis, pusieron sitio a la ciudad, llegando a desviar las aguas del río Ofis para que su corriente carcomiera las murallas de adobe de la ciudad. Los mantineos capitularon y fueron obligados a destruir las murallas y algunos edificios y a resistir en cinco aldeas separadas, a partir de las cuales se había configurado Mantinea. Las represalias se completaron enviando al exilio a los personajes más notorios de la ciudad.

De manera parecida procedieron los espartanos en el 379 a. de C. contra la ciudad de Fliunte. De nada sirvió que sus habitantes se hubiesen mostrado en todo tiempo obedientes a Esparta, que le remitieran dinero para sus operaciones y que recibieran, por indicación de la potencia hegemónica, a sus conciudadanos expulsados, a los que estaban dispuestos a devolver los bienes confiscados. Los espartanos pusieron como excusa que los exiliados que habían regresado eran insultados por los demócratas y anunciaron una marcha del ejército espartano contra Fliunte. En este ambiente de incompreensión espartana los habitantes de Fliunte se aprestaron a la resistencia. Durante veinte meses aguantaron el asedio impuesto por Agesilao hasta que, agotadas las reservas de víveres, se entregaron, en el 379 a. de C., al ejército sitiador. Jenofonte (Helen., V, 3, 25) señala las disposiciones que con el beneplácito de los espartanos adoptó Agesilao: «organizó un tribunal compuesto por cincuenta expulsados que retornaron a la ciudad y por cincuenta que permanecieron en la ciudad; y se concedió a este tribunal

la posibilidad de decidir quiénes de la ciudad merecían vivir y quiénes ser ejecutados. Este tribunal debía establecer la constitución con arreglo a la cual se regiría la ciudad en adelante. A la espera de que se ejecutaran estas medidas, se dejaba en la ciudad una guarnición, pagándole la soldada de seis meses».

En el 382 a. de C. a Esparta se le ofreció la oportunidad de intervenir en el norte de Grecia. De su intervención se derivarán colateralmente otro tipo de acciones de consecuencias insospechadas. El interés de Esparta por el norte de Grecia fue recurrente. Lo fue durante la Guerra de Corinto y lo era ahora. La sucesión al trono de Macedonia marca un momento de debilidad momentánea que fue aprovechada por la confederación de ciudades calcídicas constituidas en torno a Olinto. En el 392 a. de C., fecha en la que Amintas III sube al trono, este monarca, en nombre de su pueblo, suscribe un tratado de alianza con la Liga calcídica por un periodo de cincuenta años. Los Estados signatarios se comprometían a prestarse mutua ayuda en caso de un ataque enemigo. El tratado tenía también cláusulas de carácter comercial. Los calcidios podían exportar libremente brea y madera para la construcción de naves, excepto el abeto blanco cuya exportación requería la previa notificación a Macedonia. Los firmantes se comprometían, además, a no establecer alianzas con otros estados, consignados de forma concreta en la inscripción que recoge el tratado (Tod, 111), sin el acuerdo y consentimiento del otro aliado. Los estados indicados son Anfípolis, Beocia, Acanto y Mende. El tratado manifiesta, por un lado, la importancia alcanzada por la Liga calcídica y al mismo tiempo la debilidad transitoria de Macedonia y las precauciones y cautelas de su rey a la hora de buscar apoyos con los que atajar los peligros que les acechaban. Macedonia era presa de la amenaza de los ilirios y la ayuda de esa liga. Pero pasado el peligro, los olintios se negaron a evacuar los territorios macedónicos que Amintas III les había entregado. No sólo para Macedonia resultaba peligrosa la Liga calcídica. Otras ciudades de la región, que no pertenecían a la federación calcídica, se sintieron amenazadas. Las ciudades calcídicas de Acanto y Apolonia solicitaron la ayuda de Esparta. Los enviados de esas ciudades fueron introducidos ante la Asamblea espartana y se convocó un congreso de los aliados. En él se decidió movilizar un ejército de 10.000 hombres y se permitió que cada ciudad pudiera conmutar su aportación de hombres por dinero. El congreso se aprovechó para proceder a una reorganización de los distritos de reclutamiento del ejército de la Liga del Peloponeso, que se elevaría a diez zonas de reclutamiento una vez que la Liga calcídica fuese derrotada (Diodoro, XV, 31, 2).

Mientras se reclutaban los 10.000 hombres que irían a luchar contra la Liga calcídica, se enviaron, conforme fueron movilizados, destacamentos de vanguardia. Con uno de ellos Eudámidas se dirigió a la zona y acampó en Potidea a la espera de que llegara el comandante espartano Fébidas, con otro destacamento.

Pero éste no llegó. En el camino se le presentó una oportunidad, que puede, quizá, explicar el hecho de que Esparta movilizara tantos efectivos. Mientras pasaba cerca de Tebas atendió a la invitación que le hizo Leontiadas, jefe de la facción proespartana para que de repente entrara en Tebas y colocara una guarnición.

En Tebas había dos grupos de opinión. El uno liderado por Ismenias era hostil a Esparta. A ese grupo se debía el que Tebas se negase a enviar sus tropas a la expedición contra Olinto y el que estuviere en proceso de una negociación de alianza con esa federación. El otro grupo favorable a Esparta era el que lideraba Leontiadas. Ambos líderes eran polemarcos de Tebas, magistratura que sustituyó a la boetarquía cuando como consecuencia de la Paz de Antálcidas se suprimió la confederación de Beocia. Fé-

bidas y sus tropas fueron introducidos inesperadamente en Tebas y ocuparon la acrópolis tebana, la Cadmea, en donde se instaló una guarnición. Ismenias, jefe de los demócratas, fue hecho prisionero y otros trescientos tebanos, significados políticamente, lograron huir, encontrando asilo político en Atenas.

El golpe de mano de Fébidas había sido un acto de agresión legalmente injustificado. El hecho de que Tebas decidiera (Jenofonte, *Helen.*, V, 2, 27) «que ningún tebano debía participar al lado espartano en la expedición contra los olintios», no suponía, en modo alguno una transgresión de la Paz de Antálcidas. En el mundo griego, la indignación fue general, e incluso en Esparta la opinión estuvo dividida. La Asamblea espartana y los éforos no estaban de acuerdo con el proceder injustificado de Fébidas, pero Agesilao lo defendió indirectamente al hacer reflexionar sobre la conveniencia del resultado: «si Fébidas, decía, creó una situación comprometida para Esparta, merece ser castigado; pero si su acción es favorable, es un viejo principio dejar que las gentes tomen iniciativas parecidas. He aquí lo que exactamente conviene examinar; si los resultados de lo que se ha hecho son buenos o malos (Jenofonte, *Helen.*, V, 2, 32). La acción no autorizada de Fébidas fue un bochornoso atropello, castigado con una pena, más ficticia que real, de un millón de dracmas. Los espartanos no sólo retuvieron su guarnición en la Cadmea sino que incluso vemos que Fébidas es utilizado como harmosta espartano en Tespias (Jenofonte, *Helen.*, V, 4, 41).

La toma de la Cadmea tebana tuvo lugar mientras las tropas de la Liga del Peloponeso se dirigían contra Olinto y la confederación que aluginaba. La lucha no se decidía, y las tropas espartanas y aliadas, reforzadas con contingentes tebanos y macedonios, eran incapaces de alcanzar una victoria definitiva, pues los olintios se amparaban en la fortaleza de las murallas de su ciudad. En la primavera del 381 a. de C. se libró una batalla bajo los muros de la ciudad, en la que fue derrotado el ejército espartano y su jefe Teleutias, hermano del rey Agesilao, encontró la muerte. El rey Agesípolis acudió con refuerzos y asumió el mando. Pese a ello y a la ayuda incondicional de Amintas de Macedonia, los éxitos de un ejército tan numeroso fueron más bien flacos. Se tomó la pequeña ciudad calcídica de Torona, aliada de Olinto y se saqueó el entorno de esta última ciudad. Durante el asedio, el rey Agesípolis enfermó y murió. El mando fue confiado al harmosta Polibiades, que se limitó al asedio de la ciudad para hacerla sucumbir por hambre. Después de dos años de lucha, la ciudad de Olinto se entregó. La Liga calcídica fue disuelta, los territorios macedónicos que ocupaban fueron devueltos a Amintas III y Olinto se sometió al liderazgo militar de Esparta.

LA RECUPERACIÓN DE LA CADMEA Y LA LLAMADA LIGA MARÍTIMA ATENIENSE

En el mismo año del 379 a. de C. se rindieron Olinto y la ciudad de Fliunte. Son los momentos de mayor expansión del poder espartano: Tebas está amordazada por la guarnición espartana de la Cadmea, Atenas está en una actitud expectante, aunque dispuesta a reaccionar. De hecho había reaccionado, con las precauciones que exigían las circunstancias de un poder espartano que había llegado a su culmen. En el 384 a. de C. Atenas realizó una alianza con Quíos. Era un medio de acrecentar el poder de Atenas, pero también reflejaba el estado anímico en el que habían quedado las islas y ciudades griegas, próximas a los territorios del rey de Persia, una vez suscrita la Paz

de Antálcidas. Por el momento el poder de Atenas y lo mismo parece ocurrir con Mitilene, en la isla de Lesbos.

En el invierno del 379 a. de C. tuvo lugar en Tebas un acontecimiento que marcará el punto de arranque de la decadencia espartana. Un grupo de exiliados tebanos, residentes en Atenas, prepararon, en unión de otros conjurados de dentro de la ciudad, un levantamiento en Tebas. Los exiliados, entre los que se encontraba el joven Pelópidas, entraron en la ciudad y con la ayuda de los conjurados del interior dieron muerte por la noche —a unos durante una fiesta a la que los conjurados asistieron disfrazados de mujeres y a otros en su domicilio— a los polemarcas tebanos, fieles cumplidores de las disposiciones espartanas. Así murieron, entre otros, los polemarcas Hípates, Arquías y el ya conocido Leontíadas. Los conjurados corrieron a la cárcel y libertaron y armaron a los prisioneros. Al pueblo se le notificó la muerte de los tiranos y se le invitó a tomar las armas y a servir como caballeros y hoplitas. Inmediatamente se enviaron mensajeros a los estrategos atenienses para notificarles el éxito de la conjura y pedirles que acudieran enseguida con sus tropas y los exiliados tebanos. Cuando iniciaron el ataque de la Cadmea, el harmosta espartano que la defendía perdió los nervios. Ofreció la evacuación si se le garantizaba una salida de Tebas sin riesgos. Los espartanos castigaron su acción poco valerosa con su ejecución. Aunque Tebas se mostró sumisa y conciliadora, se resistió a dejar el control de su ciudad, y el orgullo espartano no podía tolerar la afrenta infligida a su prestigio. Una expedición de castigo, mandada por el joven rey Cleómbroto, que había sustituido al fallecido Agesípolis, se dirigió a Beocia con el ejército espartano, más que para tomar Tebas, que lo veía difícil, para hacer una ostentación de fuerza. Cleómbroto decidió el regreso, pero antes dejó en Tespias parte del ejército al mando del harmosta Esfodrias. Éste, a impulsos de una audacia inusitada, quiso sorprender a los atenienses, buscando apoderarse del Pireo, que no disponía todavía de defensas completas. Una vez que Esfodrias había pasado por Eleusis y se encontraba en Trías, los atenienses se percataron de su intención y se apresuraron a la defensa. Los atenienses presentaron formalmente sus protestas ante unos enviados espartanos que se encontraban en Atenas. Ellos respondieron que ni Esparta ni ellos conocían previamente los planes de Esfodrias, que había actuado por iniciativa propia. Como trámite formal se le abrió un expediente. Sometido a juicio, al que ni siquiera se presentó, fue absuelto.

La expedición espartana contra Tebas del verano del 378 a. de C. fue dirigida por Agesilao. Cuando llegó a territorio beocio, se encontró con que los habitantes de Tebas habían protegido su sector con zanjás y empalizadas para impedir que los espartanos maniobrasen con facilidad. Su actuación se redujo a simples escaramuzas en las que los tebanos estuvieron apoyados por un destacamento ateniense de tropas ligeras mandado por Cabrias. A su regreso, Agesilao dejó una fuerte guarnición en Tespias al mando de Fébidas, el espartano que tomó la Cadmea. En la lucha subsiguiente, el audaz militar espartano encontró la muerte.

Con la ayuda ateniense a la toma de la acrópolis tebaná de la Cadmea y la posterior y limitada ayuda a Tebas, Atenas había arriesgado mucho en la provocación a Esparta. Debía velar por su seguridad. Las alianzas suscritas con Quíos, Bizancio y otras islas buscaban esa cobertura protectora. Ese fue el comienzo de la llamada Segunda Liga Marítima Ateniense cuyos inicios G. L. Cawkwell se inclina a situar en torno al 379-378 a. de C.. La Liga no se constituyó en un día determinado sino que recorrió diversas etapas. Posiblemente en el 378 a. de C. los atenienses realizaron una invitación general

a los estados griegos a unirse a ellos en aras de la libertad de todos contra Esparta. Algunos estados respondieron positivamente. Así lo hizo Quíos, con la que Atenas tenía ya una alianza desde el 384-383 a. de C. y Bizancio, Rodas, Mitilene y otros que pudieron hacerlo en el verano del 378 a. de C. Para el año 377 a. de C. es posible que ya hubiese suscrito su alianza con Tebas. Pero se trataba de alianzas de esos Estados con Atenas y no entre sí. Atenas propuso constituir un Consejo de aliados (*synedrion*) e invitó a todos los Estados aliados a enviar sus representantes al mismo. El Consejo tendría su sede en Atenas y cada uno de los aliados dispondría de un voto excepto Atenas. Las disposiciones políticas de la nueva Liga marítima estarían tomadas por la Asamblea Popular ateniense y por el *synedrion* de los aliados.

En febrero o marzo del 377 a. de C., a propuesta de Aristóteles de Maratón, la Asamblea Popular ratificó el decreto fundacional que se conserva inscrito en una estela de mármol. La Liga era un pacto de defensa mutua para garantizar la libertad y autonomía de los Estados. No suponía un atentado contra las garantías ofrecidas en la Paz de Antáclidas o del Rey ni a los derechos que en la misma se otorgaban a los persas, por cuanto que se solicitaba la adhesión de los «griegos y de los bárbaros del continente y de las islas que no pertenezcan al Rey».

Los Estados que suscribieron el acta de fundación tenían una idea clara de que ésta debía regirse por los principios de igualdad y de libertad, pero no sólo como principios iluminadores abstractos sino como principios explícitos en formulaciones de garantías concretas. La memoria histórica del rostro duro, agresivo y aniquilador que adoptó en ocasiones la anterior Liga aticodélica, traía a las mentes de los nuevos signatarios amargos recuerdos. En la nueva acta de fundación se daban garantías concretas, en el sentido de que todo miembro que pertenezca a la Liga o ingrese en ella con posterioridad «puede adoptar la forma de gobierno que desee, sin admitir en su territorio a ningún gobernante ateniense ni ninguna guarnición y sin tener que satisfacer ningún tributo (*phoros*). A ningún ateniense se le permitirá adquirir para sí ni para el Estado propiedades en las tierras de los aliados, ni tener casas, ni parcelas de tierras mediante compra o arriendo o de cualquier otra manera». A estas cláusulas de garantía se añade otra, quizá relacionada con la prohibición de poseer tierras en territorios aliados y que tiene la ambigua formulación de que en Atenas «las estelas (*stelai*) desfavorables deben destruirse». ¿Se trataba de inscripciones que recogían los derechos de algunos atenienses y familiares a poseer tierras en territorio aliado?

Algunas de estas garantías serán incumplidas. Otras merecen algunas consideraciones. Ningún tipo de organización, cuyos cometidos impliquen gastos, puede subsistir sin las pertinentes contribuciones financieras. Alguien debe aportarlas. En una Liga, como la constituida, de carácter defensivo, los gastos en momentos de guerra, eran elevados. No todos los miembros aliados podían contribuir a la defensa común con hombres y barcos. En algo, no obstante, debía de consistir su participación. En la anterior Liga aticodélica esta participación consistía en el pago de un tributo (*phoros*), de triste recuerdo. La nueva Liga se comprometía a no imponerlo. No sabemos, en efecto, si inicialmente no lo hicieron. En cualquier caso, las necesidades de la Liga exigían su establecimiento. Al menos para el 373 a. de C. aparece bajo la forma denominativa, conceptualmente más suave, de *syntaxeis*, esto es, aportaciones. Con la nueva denominación se evitaba la carga negativa que en la experiencia de muchos aliados se había adherido al término *phoros*, pero sustancialmente venía a ser lo mismo. Era una concesión verbal ante la que los nuevos aliados se sentían menos intranquilos.

Estaba luego el asunto de las posesiones públicas y privadas atenienses que debían devolverse a sus antiguos dueños. Esto afectaba a las cleruquías (Diodoro, XV, 29, 8) que Atenas poseía: Lemnos, Imbros y Esciros. Se trataba, indudablemente, de posesiones atenienses muy antiguas, que incluso se habían garantizado en la Paz de Antálcidas o del Rey, y que resultaba difícil y complicado restituir a sus antiguos dueños, los cuales habían orientado sus vidas en otros lugares. Esta cláusula de garantía no miraba, pues, tanto al pasado como a un futuro en el que Atenas se encontrase con las manos atadas por un compromiso formal.

La Segunda Liga Marítima Ateniense tenía, como ya hemos señalado, dos órganos con igualdad de derechos. La Asamblea Popular ateniense constituía uno de ellos. El otro era el órgano federal permanente, *synedrion*, constituido por todos los miembros de la Liga, que aportaban un representante, cualquiera que fuese la extensión geográfica del estado miembro y el número de sus habitantes. Atenas no estaba representada en este Consejo (*synedrion*) Federal. Para que una resolución que afectara a la Liga fuese válida se requería que fuese aceptada y aprobada por esos dos órganos. Esto quiere decir, que tanto los atenienses ante el *synedrion* de los aliados, como los aliados, de forma parecida a como lo hacía el Consejo de los Quinientos (Boule), ante la Asamblea Popular ateniense podían presentar propuestas sobre asuntos de su esfera de competencia. ¿Qué tipo de competencias tenían? Los dos órganos de la Liga debían estar de acuerdo en lo referente a la declaración de guerra o suscripción de paz, en la aceptación de nuevos aliados, en la fijación de las aportaciones, *syntaxeis*, a satisfacer y el destino a dar al dinero común. A esto hay que añadir ciertas competencias en materia judicial, posiblemente en asuntos referentes a delitos e infracciones contra las garantías establecidas en el Acta de fundación de la Liga.

Aunque Atenas, inicialmente, estuviese en buena disposición para cumplir todas las garantías establecidas, el hecho es que lentamente el *Synedrion* fue perdiendo parte de su soberanía. Atenas se extralimitó en su derecho a suscribir pactos con nuevos aliados, que aunque desde un punto de vista teórico y ambiguo pudiera pensarse que sólo a ella competía y afectaba, en la práctica quedaban implicados también los otros aliados de la Liga, si Atenas decidía embarcarse en una guerra en defensa de sus nuevos aliados particulares. Respecto a los derechos de la Asamblea Popular ateniense y del Sinedrion de fijar la cuantía de las *syntaxeis*, se acabará contemplando, al menos para el año 346-345 a. de C., cómo el general ateniense Cares, sin consulta previa con el Sinedrion, fija la cuantía de las aportaciones que debían satisfacer los habitantes de Eno. De esta manera, poco a poco, los atenienses fueron consiguiendo que el centro de decisión, no *de iure* sino *de facto*, lo desempeñase la Asamblea Popular, en asuntos que le correspondían no sólo a ella sino también al Sinedrion.

Entre las disposiciones del Acta de fundación de la Liga se ordenaba que se inscribieran los nombres de los aliados. En la estela de mármol, que recoge el decreto de la Asamblea Popular del año 378-377 a. de C., aparecen, en sucesivos añadidos, los nombres de cincuenta y tres Estados aliados. Para Diodoro (XV, 30, 2), el número de los mismos debió de elevarse a setenta.

Pese a la constitución de la Segunda Liga Marítima Ateniense, Esparta no renunció a seguir enviando expediciones de los ejércitos de su Liga del Peloponeso contra Tebas. En el 377 a. de C. lo hizo el rey Agesilao y en el 376 a. de C. Cleómbroto, sin alcanzar ninguno de ellos los éxitos esperados. La alianza tebano-ateniense logró parar los golpes. En vista de que no obtenía ninguna ventaja por tierra, Esparta desvió la

lucha hacia el mar. En el congreso de los aliados del Peloponeso se decidió equipar una flota para interceptar los suministros de trigo con destino a Atenas. La flota de sesenta navas, bajo el mando del navarca Polis, tomó posiciones entre las islas de Andros, Siros y Egina. En la batalla de Naxos del 376 a. de C., el ateniense Cabrias les infligió una gran derrota. Los atenienses una vez más eran superiores en el mar, pero los espartanos y sus aliados todavía conservaban en ese terreno una relativa capacidad militar. Sus navas todavía patrullaban por el oeste del Egeo dando cobertura a las tropas de tierra. En el 375 a. de C., el ateniense Timoteo, hijo de Conón, marchó a combatirlos y derrotó al navarca espartano, Nocoloco, en la batalla de Alicia, cerca de Léucade.

Las dos victorias navales proporcionaron a Atenas nuevos aliados, pero la guerra, especialmente la guerra en el mar, ocasionó a los atenienses cuantiosos gastos de equipamiento. La necesidad de disponer de suficientes cantidades de dinero exigió una reestructuración del sistema financiero ateniense. Para contar con una base impositiva tributaria con la que poder trabajar, se ordenó en Atenas una declaración de toda propiedad mueble e inmueble. Todos los ciudadanos fueron distribuidos en cien distritos fiscales, las llamadas *simmorias* (asociaciones), a cada una de las cuales se incorporaba a tres de los ciudadanos más ricos de Atenas no sólo para que recaudaran los 60 talentos que debía satisfacer cada *simmoría*, sino para que se hicieran cargo de las deudas y adelantaran al Estado el dinero con que debían contribuir. La nueva organización del cuerpo de ciudadanos en estas *simmorias* sustituía, en parte, las antiguas clases censitarias de Solón.

LOS DESEOS DE PAZ Y LA BATALLA DE LEUCTRA

Las dificultades por las que estaba atravesando Esparta, que entre el 376-375 a. de C. ya no invade Beocia, fueron aprovechadas por Tebas para consolidar su posición sobre algunas ciudades beocias y restablecer la confederación. Ésta difería de la anterior en algunos aspectos. En lugar de once beotarcas, como tenía la confederación suprimida en el 386 a. de C., ahora sólo había siete. Tal circunstancia no sorprende si tenemos presente que todavía en el 375 a. de C. ciudades beocias como Platea y Tespias estaban libres del control tebano.

La situación, pues, favorecía a Tebas, pero no a Esparta, cuya impotencia en tierra firme y sobre todo los descalabros marítimos en Naxos y en Alicia hacían de ella la candidata más adecuada para pedir la paz. Sin embargo, Jenofonte (*Helen.*, VI, 2, 1) piensa que fue Atenas, debido a su esfuerzo financiero, y quizá también temerosa del ascenso de Tebas, la que solicitó de Esparta las conversaciones de paz. Diodoro (XV, 38), por el contrario, señala que la iniciativa partió del rey de Persia a quien las luchas entre los griegos, al utilizar grandes cantidades de tropas, privaban de la contratación de mercenarios griegos para su futuro proyecto de recuperar Egipto. Lo más razonable es pensar que Esparta, que se sentía bastante mermada tras los fracasos navales, solicitase la colaboración de Persia en sus gestiones para la consecución de la paz del 375-374 a. de C. En esta fecha se reunió un congreso en Esparta con la participación de los persas y de los siracusanos, más los griegos implicados. Esparta proponía el reconocimiento oficial de la Liga marítima ateniense y retirar sus guarniciones militares de las ciudades beocias. Las propuestas espartanas se aceptaron de buen grado, y los

enviados de Atenas y de sus aliados, también los tebanos, firmaron ese tratado de paz común, *koiné eirene*, que obligaba a todos los griegos. En Atenas se levantó, como símbolo de las aspiraciones griegas de paz un altar a *Eirene*, diosa de la paz, cuya estatua elaboró el escultor Cefisódoto.

La paz fue breve, pero todavía se mantuvo hasta el 373 a. de C., tal y como supone G. L. Cawkwell, pese a que la información de Jenofonte sugiere mayor brevedad. Lo cierto es que con respecto a los acontecimientos posteriores a la paz del 375 a. de C., la información proporcionada por Jenofonte (*Helen.*, VI, 2) y Diodoro (XV, 46) presenta variantes diferentes, que la moderna historiografía trata de armonizar. Jenofonte atribuye a Timoteo, el hijo de Conón, la responsabilidad de haber reiniciado los conflictos. En el 374-373 a. de C., Timoteo intervino en las disputas interiores de la isla de Zacinto, en cuya ayuda acudieron también los espartanos. Igualmente Timoteo, si se desea armonizar una información dispar, intervino en las disputas de Corcira, donde los peloponesios, en ayuda del sector oligárquico, habían enviado sesenta naves al mando del navarca Mnasipo. Timoteo se demoró y fue llamado a Atenas para rendir cuentas. No se esperó el resultado y se contrató como mercenario a las órdenes del rey de Persia. Cuando su sustituto, Ifícrates, llegó a Corcira, los corcirenses, con la ayuda de un destacamento ateniense, ya habían derrotado a los espartanos. Se apoderó de las naves siracusanas y peloponésicas y se dirigió a la gran isla de Cefalonia en la que sometió a sus ciudades obligándoles a satisfacer donativos económicos, a los que Jenofonte denomina tributos por ser obtenidos a la fuerza.

Con estos acontecimientos Esparta se sintió apesadumbrada. Eran nuevos y dolorosos reveses. A Atenas le proporcionaron una alegría relativa, pues estaba preocupada por el auge experimentado por una Tebas cada vez más alejada de su esfera de influencia. En el 373 a. de C., Tebas se había apoderado de Tespias y había atacado y destruido Platea. Los supervivientes debieron buscar refugio en Atenas. Tebas era un incómodo aliado que se resistía incluso a satisfacer las aportaciones económicas necesarias para el sostenimiento de la Liga marítima. Atenas debía tomar sus precauciones y éstas pasaban por el restablecimiento de la paz.

En el 371 a. de C. se reunió en Esparta un nuevo congreso en el que estaban representados los Estados griegos en conflicto junto con enviados del rey de Persia, de Dionisio de Siracusa y de Amintas de Macedonia. Una vez más los estados griegos concertaron una paz común sobre la base de que se respetarían sus respectivas autonomías, tal y como se estableció en la Paz de Antálcidas o del Rey. Al decir de Plutarco (*Agésilao*, 27), los tebanos, por mediación de Epaminondas, propusieron sustituir en la firma del tratado el término «tebanos» por el de «beocios» para de esta manera salvar el reconocimiento de la nueva Liga beocia. Agésilao se opuso con energía arguyendo que eso vulneraba la autonomía de las ciudades beocias. Los tebanos se abstuvieron de firmar o fueron borrados de la lista de signatarios. Además, la Asamblea de Esparta dio orden a Cleómbroto, que todavía mantenía su ejército en la Fócide, de que iniciaran la invasión de Beocia y atacaran Tebas. Los tebanos movilizaron las tropas de la federación de Beocia y presentaron batalla en Leuctra, a 11 kilómetros de Tebas. El resultado fue la completa derrota del ejército lacedemonio. Más de 400 espartanos quedaron en el campo de batalla, entre ellos Cleómbroto, y no por falta de valor y de coraje combativo. Sencillamente no pudieron con la nueva táctica desplegada por Epaminondas de reforzar el ala izquierda de su ejército con líneas de hasta cincuenta soldados para que las últimas constituyesen una especie de tropas de reserva. Además,

contaba con la pericia y el adiestramiento profesional de los componentes tebanos que constituían la «Hueste Sagrada». El ala derecha del ejército lacedemonio quedó machacada cuando la izquierda apenas había tenido tiempo para intervenir. Ante esta situación comprometida se replegaron a su campamento y buscaron refugio en las montañas próximas.

Después de Leuctra, los éforos espartanos no perdieron los nervios y movilizaron las reservas, que bajo el mando de Arquidamo se dirigieron a Creusis con instrucciones para rescatar a los supervivientes de Leuctra y unirse a ellos.

Los tebanos habían vencido pero aspiraban al descalabro total del ejército lacedemonio. Comunicaron su triunfo a los atenienses al mismo tiempo que solicitaban que se uniesen a ellos para acabar con el enemigo. Atenas rehusó. La misma noticia y petición se cursó a Jasón de Feras, aliado de ellos y de Atenas. Representaba a un Estado que se había consolidado en el concierto de estos griegos y que disputaba a Esparta su influencia política en la región de Tesalia. Cuando en el 375 a. de C., Polidamante de Fársalo solicitó la ayuda espartana contra las pretensiones políticas de Jasón, Esparta, una vez consideradas con frialdad sus posibilidades y resultados futuros de su posible intervención, negaron la ayuda y se abstuvieron de cualquier intervención. Polidamante se plegó a las exigencias de Jasón, que fue designado *tagós* de toda Tesalia. Cuando conoció el resultado de la batalla de Leuctra, Jasón penetró en Beocia con sus mercenarios y su caballería. Cuando los tebanos le propusieron caer sobre los espartanos, puso el pretexto de la inconveniencia de obligar a los supervivientes a batirse a la desesperada y que era mejor llegar a una tregua. Merced a su intervención, los restos del ejército de Cleómbroto pudieron marchar hacia el sur y alcanzar la patria. Jasón había jugado sus bazas. Sabía que contribuir al prestigio de Tebas iba en detrimento de sus propias ambiciones en el norte de Grecia. De regreso a Tesalia, Jasón demolió las fortificaciones de Heraclea con la intención «de impedir que en adelante cualquiera cercara a sus tierras por aquella ruta, pero también para evitar cualquier obstáculo a su propio paso hacia Grecia» (Jenofonte, *Helén.*, VI, 4, 27). Un año más tarde, en el 370 a. de C., cuando Jasón había proyectado aparecer en Delfos con sus tropas para hacerse cargo de los Juegos Píticos, murió asesinado. Nuevas luchas internas se cernieron sobre Tesalia, y esta situación confusa contribuyó a afianzar el poder de Tebas en el norte de Grecia.

CAPÍTULO XXIII

AUGE Y DESARROLLO DE LA HEGEMONÍA DE TEBAS

LA PRESENCIA TEBANA EN EL PELOPONESO

Cuando Atenas conoció la noticia de la victoria tebana en Leuctra, la recibió con temeroso desasosiego. El enviado oficial tebano, que trajo la noticia, no gozó del trato habitual de ser invitado a comer en el Pritaneo, con los prítanos. Indudablemente Atenas estaba preocupada por las posibilidades de influencia política que el triunfo en Leuctra ponía en las manos de Tebas, su aliada. Antes de que acabara el año 371 a. de C. los atenienses convocaron en Atenas un congreso de representantes de todas las ciudades griegas que quisieran participar en una paz cuyas condiciones eran las del rey de Persia. Realizada la reunión, se determinó que todos aquellos que desearan participar, debían emitir un juramento en los términos siguientes: «yo me comprometo a respetar las cláusulas del tratado enviado por el Rey, y los decretos de los atenienses y de sus aliados. Si alguno marcha contra cualquiera de los Estados que han prestado su juramento, yo iré en su ayuda con todas mis fuerzas» (Jenofonte, *Helén.*, VI, 5, 2).

En el tablero diplomático, Atenas se había movido con gran habilidad: asumía el lugar de Esparta, el papel de guardián de la paz. Pero no siempre acompaña el éxito a las hábiles jugadas diplomáticas. La nueva paz tenía, en el fondo, un carácter antiespartano. Es posible que Tebas se situase al margen de este tratado de paz, aunque Jenofonte no lo señala. Tampoco está clara actualmente, para la moderna historiografía, la participación de Esparta. El caso de la negativa de los eleos a jurar la paz está especificado por Jenofonte (*Helén.*, VI, 5, 2): no deseaban conceder la autonomía a los marganeos, a los Esciluntios y a los trifulios, porque estas comunidades las consideraban como propias.

La derrota espartana en Leuctra tuvo sus consecuencias sociales en las ciudades del Peloponeso y fue el detonador de la agitación social. Hubo ciudades que asesinaron a su harmostas. En otras el pueblo dirigió sus iras contra la clase adinerada. Isócrates (*A Filipo*, 52) resalta el hecho acontecido en Argos. La masa de los pobres armados de bastones agredió a los ciudadanos pudientes, dando muerte a 1.200 de ellos. Ciertamente la cifra es solamente indicativa, pues nadie contabilizó las bajas conforme se iban produciendo, ni hubo, que sepamos, un recuento general, a partir del cual se obtuviese la información que recoge Isócrates. Ciertamente, son cifras, lasas en su aproximación, pero que tienen el valor indicativo de señalar el grado de violenta exacer-

bación a la que durante el 370 a. de C., y como una consecuencia de la derrota de Leuctra, habían llegado los grupos sociales de algunas ciudades del Peloponeso.

En el Peloponeso unas comunidades dieron rienda suelta a la perturbación social, otras, apoyadas en las disposiciones de autonomía que el Congreso de la Paz, reunido en Atenas, garantizaba, o al margen de ellas, creyeron que estaban a cubierto de las apetencias espartanas y que por lo tanto había llegado el momento de consolidar el poder sobre las tierras que les pertenecían o sobre las que tenían influencia. Ya hemos visto cómo los eleos se negaron a suscribir la paz porque reivindicaban sus derechos sobre las ciudades del sur de la Elide, que en el pasado les fueron arrebatadas por Agis y que habían recuperado. En el Congreso de la Paz de Atenas manifestaron abiertamente cuál era su postura y los congresistas la conocían. Los casos de Mantinea y Tegea, ambas de la Arcadia, son los que darán al traste con los deseos de paz manifestados en el Congreso de Atenas.

La derrota espartana en Leuctra alimentará los sentimientos democráticos. En ciudades como Argos ofrecerán el rostro adusto de la exacerbada represión. En otras regiones, como en la Arcadia, la vía emprendida será más constructiva.

Los mantineos, que al decir de Jenofonte (Helen., VI, 5, 3-4) se consideraban autónomos, en una asamblea celebrada en el 370 a. de C. decidieron reunificar y fortificar en una unidad urbana única su comunidad dispersa en cinco aldeas como consecuencia de las imposiciones espartanas del año 385 a. de C. El rey espartano Agesilao acudió a disuadirlos. Los mantineos se negaron a paralizar la construcción de las fortificaciones, pese al enfado de Agesilao que se abstuvo de intervenir en la idea, concebida ahora para él desde esta vertiente, de que la Paz del Rey se había establecido sobre el principio de autonomía. Este principio que en el 385 a. de C. pudo, quizá, en cualquier caso dentro de una interpretación legal, ser esgrimido para la separación de la ciudad en cinco aldeas, servía ahora a Agesilao para abstenerse de interrumpir el proceso contrario.

Mientras los mantineos estaban ocupados en estas cuestiones, en Tegea el grupo liderado por Calibio y Próxeno pretendía crear un solo Estado de toda la nación arcadia. Se les opuso de una manera radical el grupo mandado por Estasio. En las luchas callejeras Próxeno fue asesinado mientras que Calibio buscó refugio en Mantinea, desde donde se lanzó contra Tegea para derrotar a sus oponentes. Los seguidores de Estasio, en número de unos ochocientos, lograron huir y reclamaron la ayuda de Esparta. Se habían removido los obstáculos que impedían el paso hacia una confederación arcadia. Tegea fue obligada a entrar en la Liga, que integraron todos los territorios arcadios excepto Orcómeno de Arcadia y Herea. A la espera de construir una capital de la confederación, Mantinea fue elegida capital común de la Liga, a cuyo frente fue elegido como estratega el mantineo Licomedes. Apenas los miembros de la nueva confederación de Arcadia habían tenido tiempo de tomar las primeras iniciativas cuando debieron ir al encuentro de las tropas espartanas enviadas contra ellos, al mando de Agesilao. Pretendían separar nuevamente a Tegea de la confederación. Ciertamente no lo lograron, y los espartanos, después de algunas escaramuzas, regresaron a casa. Pero las intenciones y la presencia espartana en tierras de Arcadia movieron a los arcadios a buscar ayuda en Atenas. El grupo moderado que encabezaba Calístrato no deseaba reanudar las hostilidades con Esparta. Todavía pensaba que la paz suscrita en el Congreso de Atenas mantenía su facultad operativa y que no era conveniente aumentar con otros problemas y conflictos, los conflictos surgidos. La petición arcadia fue acogida con frialdad.

dad y rechazada. Los arcadios, temerosos de Esparta, y sin disponer del apoyo de otra potencia hegemónica como Atenas, que los protegiese, dieron el importante paso de acudir a Tebas en petición de ayuda. Ese fue el motivo y la oportunidad aprovechada por Tebas para invadir el Peloponeso durante el invierno del 370-369 a. de C. Pero, antes de continuar con estos acontecimientos, conviene decir algo de la confederación de Arcadia.

La Liga de Arcadia incorporó a la federación al resto de las ciudades de su región. La constitución elaborada, *Arcadicón*, no exigió la pérdida de las formas de gobierno por las que cada ciudad miembro de la confederación se regía. Cada comunidad urbana o rural mantenía sus propias instituciones y magistraturas. Este respeto a la esfera política de las ciudades se constata en el hecho de que además de la posterior capital Megalópolis, otras ciudades, como Estinfalo, Feneo, etc., acuñan sus propias monedas con motivos iconográficos relacionados con ellas. Las ciudades eran el vehículo para que una persona, que fuese ciudadano de una ciudad concreta, fuese también, a través de ella, ciudadano de la confederación. Pero dejando de lado las cuestiones que pertenecían a la esfera de competencia de una comunidad concreta, las cuestiones comunes y generales de la confederación debían someterse al dictamen y resolución de un Consejo Federal y de una Asamblea de Diez Mil ciudadanos. Esta relativa limitación del número de personas con derechos políticos integrantes de esa Asamblea, dependía, al parecer, del número de personas con bienes suficientes para costearse las armas con las cuales servir en el ejército arcadio. En otras palabras, que la población indigente quedó excluida de los derechos políticos federales. Parte de esta población desheredada pudo, quizá, servir como mercenaria en el cuerpo permanente de 5.000 eparitas, que desempeñaba funciones de policía y de guarnición en tiempo de paz y que como tropas adiestradas mercenarias se utilizaban también en el combate. La Asamblea se reunía una vez al año en Magalópolis, en un edificio de gran capacidad, conocido con el nombre del *Tersilion* en honor del arquitecto que lo erigió.

El poder ejecutivo correspondía a un cuerpo de cincuenta *demiougoi*, que se consideraban como una comisión permanente del Consejo, en la que no todas las ciudades estaban representadas con el mismo número. Por encima de éstos, y dentro de estas competencias ejecutivas, se encontraba el *strategos*, elegido, con mucha probabilidad por la Asamblea, y que tenía por misión dirigir la política exterior y conducir al ejército.

Después de la constitución de la Liga de Arcadia y a instancias de Epaminondas, los arcadios iniciaron la construcción de una nueva capital que fuese la sede de la confederación. La gran ciudad de Megalópolis se levantó en la planicie que se extendía entre los altos valles del Alfeo y del Eurotas para que sirviera de tapón contra los espartanos. Parte de la población de treinta y nueve pequeñas ciudades, por patriotismo y odio a los lacedemonios, como dice Pausanias (VIII, 27, 3), abandonaron sus ciudades y marcharon a poblar la nueva capital. Ésta, que ocupaba 370 hectáreas, contó con fuertes murallas y grandes edificios.

De este tipo era la confederación de Arcadia que, en sus comienzos, ante el desplante de Atenas y la presión de Esparta, solicitó la ayuda de Tebas. Un ejército beocio, en el que también figuraban gentes de la Fócide, de Eubea, de las dos Lócrides, de la Málide, de la ciudad de Heraclea y, además, caballería y *pelbastas* tesalios, al mando de Pelópidas y de Epaminondas, alcanzaron el Peloponeso durante el invierno del año 370-369 a. de C. cuando ya Agesilao había regresado con su ejército a casa. En el Peloponeso los beocios unieron sus efectivos a los de los arcadios, argivos y eleos. Con

ellos avanzaron hasta la misma Esparta. En la historia de este estado griego ninguno de sus habitantes había visto un ejército enemigo tan próximo. Los ilotas desertaban en masa, los periecos se resistían a coger las armas y Agesilao armó a los ilotas que todavía no habían huido, con promesa de su liberación. Con estas movilizaciones incorporadas al ejército espartano y la ayuda remitida por ciudades como Corinto, Fliunte, Pelene, Epidauro y Sición, Agesilao se aprestó a defender una ciudad que no tenía fortificaciones pero a la que, en la ocasión presente, el desbordamiento del río Eurotas le prestaba cierta defensa. Pelópidas y Epaminondas renunciaron a un asalto que originaría cuantiosas pérdidas y se conformaron con devastar los alrededores de Esparta y otras zonas de Laconia.

Lo que había comenzado como una llamada de petición de ayuda a Tebas acabó con un cambio sustancial del panorama político del Peloponeso. La presencia y actuación tebanas ocasionaron, o al menos contribuyeron a que se produjesen, unos resultados concretos. Los tebanos fueron reclamados por la recién estrenada Liga de Arcadia, que se sentía amenazada y temerosa de perder la unidad confederal conseguida. Con su presencia, el ejército tebano, en momentos tan difíciles para la Arcadia, contribuyó a consolidar esa Liga. Pero la consecuencia más importante y trascendente fue la liberación de Mesenia del control de Esparta merced a la presencia en la zona de Epaminondas y sus tropas. La hora de la liberación había sonado para esta tierra, esclavizada durante siglos. Epaminondas llamaba a los ilotas huidos de Laconia y convidaba a los mesemios fugitivos y expulsados a regresar a la patria. De varios lugares de Grecia regresaban a Mesenia los mesenios huidos o sus descendientes. En las laderas del monte Itome, símbolo histórico de la resistencia mesenia, se empezó a construir a partir del 369 a. de C., la nueva ciudad, Mesene, capital del nuevo Estado, que Esparta siguió reclamando infructuosamente, y se dotó con poderosas murallas. Con la constitución del nuevo estado de Mesenia, los espartanos perdieron un tercio del territorio anteriormente poseído, precisamente tierras muy fértiles y muy ricas, y la mano de obra que la trabajaba. De esta forma resultaba muy difícil para los espartanos mantener su estilo de vida peculiar. Privados de esas tierras, muchos espartanos no pudieron conseguir el excedente económico necesario para contribuir a los gastos de la comida en común, sin lo cual era imposible que un ciudadano espartano gozase de los derechos políticos y pudiese dedicarse a su adiestramiento militar, expresión del modo de vida y de la educación espartanas. Quien no lo conseguía perdía sus derechos políticos y era considerado como inferior. La pérdida de la Mesenia y de parte de la mano de obra que trabajaba las tierras aceleró el proceso de descenso demográfico que ya estaba viviendo Esparta. Aun antes de la pérdida de la Mesenia dos quintos de la propiedad de la tierra estaba en manos de mujeres espartanas, que, a diferencia de las mujeres de otros Estados, podían casarse con quien quisieran y cuando quisieran. Matrimonios tardíos, y por tanto menos hijos, era, a veces, una de las consecuencias de esta libertad. Era este angustioso descenso demográfico de Esparta lo que realmente estaba provocando su declive político.

La expedición tebana del invierno del 370-369 a. de C. forzó a Esparta al acto de humildad de pedir la ayuda de Atenas. Tebas también envió sus emisarios a los atenienses pidiendo «se abandonase a su suerte a los espartanos que estaban a punto de sucumbir» (Jenofonte, *Helén.*, VI, 5, 33 y ss.). Calístrato y sus partidarios consiguieron convencer a la Asamblea Popular ateniense para que se respondiera positivamente a la petición espartana. Ificrates fue encargado de conducir la expedición ateniense. Lle-

gó hasta Arcadia y, tratando de crear dificultades a Epaminondas, que volvía de Mesenias regresó al istmo de Corinto. Pero ni uno ni otro ejército, llegaron a las manos. Epaminondas sacó sus tropas del Peloponeso, mientras Ificrates se limitaba a hacer una ostentación de fuerza.

En el 369 a. de C., los espartanos solicitaron de los atenienses una alianza formal e iniciaron conversaciones respecto a cómo distribuir y organizar el mando de la nueva alianza ático-espartana. La propuesta espartana de que Atenas ejerciese el mando por mar y ella por tierra fue modificada de tal modo que que el mando supremo de la nueva alianza cambiara de mano cada cinco días. Este es el momento en el que los atenienses renuncian a su anterior alianza con Tebas, que se remontaba hasta el 378 a. de C., y la reemplazan por una nueva con Esparta. Este giro tan radical resulta revelador del grado de resentimiento y de temor a Tebas que los atenienses habían ido amasando.

En el 369 a. de C. los tebanos enviaron una segunda expedición al Peloponeso al mando de Epaminondas. Pese a haber conjuntado sus tropas con las de los argivos, arcadios y eleos, sus éxitos fueron limitados e incluso en la zona de Corinto encontraron serias dificultades. Los espartanos contaban con la ayuda de naves y tropas enviadas por Dioniso I de Siracusa. Epaminondas consideró que el momento era oportuno para regresar a casa. Además, eran momentos en los que los arcadios manifestaban abiertamente modos de actuación independientes de la mano de Licomedes de Mantinea. Esta postura de independiente nacionalismo se apoyaba en algunas acciones afortunadas: ayuda a una Argos en dificultades, decidida protección a ciudades fronterizas que les disputaban los eleos y ocupación de alguna plaza espartana. Pronto sentirá este desdén frente a los tebanos y a los eleos. En el 368 a. de C. los espartanos dispusieron de la ayuda prestada por Dioniso de Siracusa. Con ellos el rey Arquidamo se dirigió a la Arcadia. A su regreso, los argivos y arcadios le siguieron a Laconia. Allí tuvo lugar el enfrentamiento en el que los arcadios tuvieron grandes pérdidas mientras que los espartanos no tuvieron ninguna. Fue la batalla denominada «batalla sin lágrimas», que contribuyó a levantar la moral de los espartanos.

POLÍTICA DE TEBAS Y DE ATENAS EN EL NORTE DE GRECIA

La Segunda Liga Marítima Ateniense perseguía varios objetivos, uno de ellos contrarrestar el poder alcanzado por Esparta. Pero ésta no sólo había sido duramente derrotada en Leuctra sino que en el 369 a. de C. se había convertido en aliada de Atenas. Por esta razón la Liga perdía parte de su razón de ser; pero Atenas supo encaminarla a otro tipo de exigencias, como eran las reclamaciones de Anfípolis y del Quersoneso. La moderna historiografía discute sobre el momento en el que Atenas hizo la reclamación de Anfípolis, bien sea, como opina S. Accame, en el 369 a. de C. durante la reunión en la que se hicieron las previsiones para la alianza entre Atenas y Esparta, bien sea —como parece la opinión más probable si se interpreta que una exigencia de este tipo podía estar acogida a la frase «respetar los decretos de los atenienses y de sus aliados»— durante la paz del 371 a. de C. que se firmó en Atenas inmediatamente después de la derrota espartana en Leuctra.

Pero hasta esos momentos se trataba de una reclamación teórica alentada por el recuerdo de las antiguas posesiones. Atenas dio un giro más concreto a la tuerca de

sus reclamaciones cuando los tebanos hicieron acto de presencia en el norte de Grecia.

En el verano del 369 a. de C. los tebanos recibieron la petición de ayuda cursada por las ciudades tesalias que se sentían presionadas por Alejandro de Feras y por Alejandro, rey de Macedonia. En el norte de Grecia, en Tesalia, los acontecimientos se precipitaron de forma sangrienta. A la muerte violenta de Jasón de Feras siguió una encarnizada lucha entre sus herederos para hacerse con el poder hasta que éste acabó en las manos de su sobrino Alejandro. Aprovechando las luchas dinásticas, la aristocracia tesalia fue afianzando posiciones y ofreciendo resistencia a los tiranos. De nada sirvió. Alejandro, tirano de Feras, ahogó en sangre toda resistencia. La aristocracia, encabezada y animada por la familia de los Aléuadas de Larisa, acudió a Alejandro de Macedonia, que acababa de suceder a su padre Amintas, para que los librara del tirano. Las tropas de Macedonia desalojaron a los mercenarios del tirano de las ciudades de Larisa y de Cranón, pero, en lugar de regresar a su tierra una vez cumplida la misión de ayuda, se quedaron en ellas, asegurándolas con guarniciones. Burlados por Macedonia, los aristócratas de las ciudades de Tesalia acudieron a Tebas para que esta ciudad los librara de los dos Alejandros.

Esta fue la razón por la que un ejército tebano, al mando de Pelópidas, mientras Epaminondas conducía otro al Peloponeso, llegó a Tesalia. Allí Pelópidas ocupó Larisa y obligó a los macedonios a retirarse de Tesalia. Respecto a Alejandro de Feras logró frenar sus impulsos, pero nada más. Enseguida Pelópidas tuvo que penetrar en Macedonia para favorecer al rey Alejandro contra un pretendiente.

Una vez que el ejército tebano había regresado a casa, en Macedonia fue asesinado Alejandro, y le sucedió como regente de Perdicas, Ptolomeo. Las quejas contra el regente del reino de Macedonia y contra Alejandro de Feras en Tesalia arreciaron y obligaron a Pelópidas a volver a Macedonia en el 368 a. de C. Había también otra razón. El regente Ptolomeo y la viuda de Amintas, Eurídice, habían conseguido la colaboración del ateniense Ificrates, que merodeaba por las costas de Tracia con una flota ateniense, para expulsar a Pausanias, uno de los pretendientes al trono de Macedonia. Todo hacía pensar, o al menos los tebanos tenían motivos para pensarlo, que se pretendía sustituir la influencia tebana por la ateniense. Era un espejismo momentáneo. Tan pronto llegó Pelópidas, Ptolomeo se puso de su lado proporcionándole contingentes y entregándole rehenes. El restablecimiento de la situación en Macedonia resultó tan fácil que Pelópidas se arriesgó, sin tomar las cautelas pertinentes, a imponer su voluntad en Tesalia. Sin protección suficiente, fue a entrevistarse en unión de Ismenias, con el tirano de Feras, Alejandro. Contra todo derecho fueron retenidos como prisioneros. Tebas no iba a tolerar tal insulto y movilizó su ejército. El tirano había tomado sus precauciones suscribiendo una alianza con Atenas. Treinta naves atenienses y 1.000 hombres estuvieron a su lado. Los tebanos hubieron de retirarse sin conseguir la liberación de Pelópidas y de Ismenias. Sólo en la campaña del 367 a. de C. Epaminondas consiguió la liberación de Pelópidas y de su compañero.

LOS INTENTOS DE PAZ

En el 368 a. de C. mediante los buenos oficios de Filico de Abido, comisionado del sátrapa Ariobarzanes, se reunió un congreso en Delfos. Filisco completaba su misión reclutando en Grecia un cuerpo de mercenarios. Tebas no puso ningún inconveniente

a la celebración de ese congreso de la paz. Era un momento oportuno para que Tebas hiciera un balance de su política exterior. En el Peloponeso sus antiguas aliadas Elide y Arcadia estaban en guerra entre ellas, mientras que en el norte las buenas relaciones entre Alejandro de Feras y Atenas no invitaban a sentirse optimistas. Las conversaciones de paz del Congreso de Delfos no pudieron llegar a ningún puerto, pues tropezaron constantemente con el mismo escollo: la cuestión de Mesenia. Esparta se negó, con toda firmeza, a reconocer la independencia de Mesenia tal y como le pedían los Estados congregados.

Aunque el Congreso no llegó a ningún resultado, el señuelo de la paz quedaba flotando en el ambiente y Persia no hizo más que agitarlo. En el 367 a. de C. se reunieron en Susa los representantes de los estados griegos. Persia estaba bien informada de la nueva situación política de Grecia. Sabía de las dificultades que atenazaban a Esparta y de la nueva importancia adquirida por Tebas. Persia depositaba su confianza en Tebas para a través de ella influir en Grecia. Las propuestas formuladas por sugerencia de Pelópidas despedían un tufillo de entendimiento tebanopersa. Se pedía a Esparta que aceptara la independencia de Mesenia; a Atenas, que desguazara sus barcos. Quienes desobedecieran estas disposiciones serían considerados enemigos por el resto de los estados griegos. De los dos embajadores atenienses, uno, León, protestó con firmeza, el otro, Timágoras, se calló y fue ejecutado a su regreso a Atenas. El delegado espartano, el sempiterno Antálcidas, se suicidó sin atreverse a regresar a la patria. La humillación para Esparta y Atenas, que habían asumido papeles significativos, la una en la paz del 386 a. de C. y la otra en la del 371 a. de C., resultaba excesiva. Indudablemente esta paz estaba condenada desde sus comienzos a resultar ineficaz por mucho que los tebanos se empeñaban en sacarla adelante. Con este fin los tebanos reunieron en Tebas un congreso general en el 366 a. de C. para hacer jurar esta paz a las ciudades griegas. Algunos Estados griegos se resistieron, argumentando que sólo habían acudido a escuchar las propuestas y que por lo tanto carecían de poder decisorio para jurar en nombre de su ciudad. Los arcadios, que de acuerdo con las anteriores disposiciones de Susa perdían Trifilia, no ocultaron su descontento. Su estratega Licomedes abandonó el Congreso de Tebas antes de que terminara, dando a entender que no creía a Tebas legitimada para imponer a los estados griegos esas condiciones de paz. La ruptura suponía el fin del Congreso. Tebas trató de superar la situación mediante negociaciones separadas. Envío comisionados a las ciudades griegas para que una a una fueran jurando la paz. Corinto se resistió con entereza alegando que no era necesario un nuevo tratado de paz cuando todavía tenían uno vigente.

Pese a los fracasos diplomáticos, la tranquilidad reinó durante un corto periodo para enseguida reanudarse las hostilidades en lugares concretos. Así en el 366 a. de C. los tebanos se apoderaron de Oropo, localidad ateniense situada en el sector fronterizo entre el Ática y Beocia. De la ciudad se había apoderado inicialmente el tirano de Eritras (en la Eubea), Temisión. Cuando Atenas intento recuperarla, el tirano se acogió a las alas protectoras de Tebas. Atenas solicitó la ayuda de sus aliados del Peloponeso, quienes se quitaron de encima la cuestión sugiriendo que sometieran el asunto a un arbitraje. Una viva indignación corrió por el cuerpo social de Atenas y descargó en Calístrato y quienes como él patrocinaron una política antitebana y de acercamiento a Esparta y Persia que había conducido a la pérdida de Eubea y Oropo. Calístrato se libró de las acusaciones pero su prestigio se resintió definitivamente. Para esas fechas, Timoteo ya había regresado del exilio; elegido estratega en el 366 a. de C., imprimirá a

la política exterior ateniense mayor agresividad tanto frente a las otras potencias hegemónicas como respecto a los miembros de la Segunda Liga Marítima Ateniense.

Licomedes de Mantinea sacó ventaja de la indignación ateniense. En el Peloponeso la situación se encontraba perturbada. Tan pronto se retiraron las tropas tebanas, que, posiblemente en el 366 a. de C., trataron de asegurar su influencia en las ciudades aqueas mediante el cambio de sus instituciones políticas, regresaron los exiliados oligarcas y alcanzaron el control de las ciudades, ante la desesperación de los arcadios que veían cómo Esparta los protegía.

Ante este panorama, Licomedes ofreció a Atenas la alianza de la confederación de la Arcadia. Atenas aceptó. Debía de estar muy resentida con sus aliados peloponesios para captar esa alianza que la colocaba en la situación anómala de mantener al mismo tiempo y en plena vigencia tratados de alianza con dos estados, Esparta y Arcadia, que estaban en guerra. Pero, después de que sus aliados le dieran buenas palabras en el asunto de Oropo, no eran momentos para sentimentalismos legales.

No se trataba sólo de que Atenas se sintiese ofendida, también buscaba controlar los accesos al Peloponeso, y, aunque ya tenía en el istmo de Corinto una guarnición, elaboró un plan para hacerse con el control de Corinto. Descubierta éste, los corintios reaccionaron en aras de su independencia y notificaron a los atenienses que para defender el istmo no necesitaban ayuda de nadie, por lo que solicitaban retirasen su guarnición. Después de dar muestras de su independencia, los corintios deseaban la paz y entablaron negociaciones con Tebas. Los corintios notificaron sus pretensiones a los espartanos. Éstos replicaron que los corintios, como cualquier otro de sus aliados, podían suscribir paces separadas, pero que ellos deseaban proseguir la lucha y seguir reclamando la Mesenia. Corinto, Epidauro y Fliunte hicieron paces separadas con Tebas. Estos tratados particulares suponían en la práctica la disolución de la Liga del Peloponeso y a las alturas del año 365 a. de C. le quedaban a Esparta muy pocos aliados.

EL CAMBIO DE IMAGEN DE ATENAS EN POLÍTICA EXTERIOR

En el Congreso de Susa del 367 a. de C., mientras Timágoras se callaba, el otro representante ateniense, León, se oponía y lanzaba veladas amenazas. Y no quedó todo en desahogo oral. Atenas redobló sus reclamaciones sobre el Quersoneso e imprimió más dureza a sus acciones exteriores y los miembros de la Liga conocerían hechos que habían de traerles a la memoria el antiguo imperialismo ateniense.

En el 366 a. de C. Timoteo fue enviado a la zona de Asia Menor en ayuda del sátrapa Ariobarzanes que se había rebelado contra el rey de Persia. Las instrucciones recibidas por éste eran de no violar la Paz del Rey. Atenas parece que deseaba más bien realizar con esto una demostración de fuerza. Pero Timoteo aprovechó su presencia en la zona para caer sobre Samos en donde encontró una guarnición persa. La expulsó y puso sitio a la ciudad, que acabó por entregarse en el 365 a. de C. tras diez meses de asedio. La ocupación de Samos era muy útil a los intereses de Atenas pero cara a sus aliados ofrecía un cuadro en el que las luces y las sombras se entremezclan y superponen para crear una sensación agri dulce. Expulsando a la guarnición persa, desalojaba de ese sector la presencia militar persa, con lo que sus aliados de la zona dejaban de sentir el instintivo temor y la sensación de desamparo que les causaba la proximidad geográfica de los persas. Pero Timoteo aprovechó la conquista de Samos para ex-

pulsar a sus habitantes e instalar una cleruquía ateniense. Surgía de nuevo el fantasma imperialista del pasado. Era una equivocación política que hería los sentimientos de los griegos, aunque no lo pudieran juzgar como un atropello legal contra la carta de fundación ni contra la Segunda Liga Marítima Ateniense, por cuanto que Samos no era miembro de la Liga. Además, no correspondiendo Samos explícitamente al rey de Persia, si alguien habría cometido un atropello era él, que habría instalado previamente una guarnición.

Timoteo había ido a Asia Menor para ayudar a Ariobarzanes, que se encontraba asediado en Aso, en la Eolide, por los otros dos sátrapas, Autofradates de Lidia y Mausolo de Caria, todavía fieles al rey de Persia. Pero no fue el único en acudir, pues también lo hicieron Agesilao de Esparta y sus tropas. Atenienses y espartanos ayudaron al sátrapa. Agesilao regresó a Esparta con cuantioso botín mientras Timoteo y su flota se dirigían al norte del Egeo. Sus intentos de recuperar Anfípolis resultaron vanos, pero en la zona del Quersoneso se apoderó de las ciudades de Sesto y de Critote al librarlas de las presiones del rey de los Odrisios, Clotis. En la zona de la Calcidia se apoderó de Torono y Potidea, a donde se envió en el 362 a. de C. otra cleruquía a petición, posiblemente, de sus propios habitantes para reforzar sus defensas y aumentar los contingentes contra las intromisiones de Macedonia; en la costa de esta última región también se pusieron de su lado las ciudades de Pidna y Metone.

Indudablemente los éxitos de Timoteo en Asia Menor y en la Grecia del Norte preocuparon hondamente a Tebas, pero el descontento y resquemor que produjo en los griegos el establecimiento del sistema de cleruquías era algo que se podía utilizar para aumentar el resentimiento de los aliados, o no aliados, de Atenas contra ésta.

El poder de Atenas se basaba en su flota, la que en la reunión de Susa se pidió que fuera sacada a tierra. Ahora lo que Epaminondas pretendía era convencer a la Asamblea de Beocia para que se construyera una escuadra que disputase a Atenas la supremacía en el mar. Diodoro (XV, 78, 4-79) dice que se decidieron a construir un centenar de naves. No quiere ello decir que el número de naves construidas alcanzase esa cifra, pero se movilizaron barcos en número suficiente como para ganarse a Rodas y Quíos a la causa tebana, sin dejar por eso de pertenecer a la Segunda Liga Marítima, y para provocar el abandono de la Liga y la hostilidad de Bizancio contra Atenas.

HACIA EL OCASO DE LA HEGEMONÍA TEBANA

Una vez más por causa de la agresividad de Alejandro de Feras, las ciudades tesalias reclamaron, en el 364 a. de C. la presencia de los tebanos. Fue la expedición en la que el tebano Pelópidas encontró la muerte en la batalla de Cinoscéfalos. Tebas se vio forzada a enviar un ejército más numeroso al mando de los beotarcas Malecidas y Digoitón. Después de un revés no demasiado grande, Alejandro de Feras pidió la paz, entró en la Liga beocia y redujo sus dominios a sólo el territorio de Feras.

Tebas había recompuesto en su propio interés la situación del norte e incluso aumentó su prestigio de cara a los estados griegos cuando como consecuencia de su política en Tesalia tuvo mayoría de votos en el Consejo anfictiónico.

Es en el Peloponeso en donde las cosas se presentaban más complicadas para los tebanos. La federación arcadia alimentó siempre que pudo su independencia con respecto a Tebas. Ésta manifestó su resentimiento cuando en el 367 a. de C. en Susa pro-

pusieron que se entregase a Elide el territorio disputado de Trifilia, lo que provocó que Arcadia buscara la alianza de Atenas. Las tensiones entre eleos y arcadios por esas ciudades fronterizas emergían reiteradamente. En el 364 a. de C. degeneró en la guerra por la posesión de la ciudad sagrada de Olimpia. Los combates tuvieron lugar durante la celebración de los festejos olímpicos y a la vista de todos los enviados del mundo griego. El triunfo correspondió a los arcadios, que tuvieron a disposición los tesoros del templo de Olimpia, con los que empezaron a sufragar los gastos de la guerra.

La utilización de los fondos del templo de Olimpia, alimentados por la piedad de todos los griegos, resultaba para todos, también para los arcadios, un sacrilegio, por más que se camuflase bajo la figura de préstamo. Las gentes de Mantinea pidieron el cese en la utilización de los fondos sagrados de Olimpia. Las autoridades federales, temiendo que se les exigiese una rendición de cuentas por su utilización, convocaron una asamblea general con la esperanza de que el resto de las comunidades arcadias se opondrían a la propuesta de Mantinea. Pero la asamblea federal decidió que se dejara de utilizar los fondos sagrados. Esto suponía una transformación sensible en el ejército federal y, por lo tanto, del poder dentro de la federación. Aquellas personas que servían en la milicia porque recibían por sus servicios un sueldo, con la nueva disposición debieron abandonar la milicia, que continuó nutriéndose con quienes podían mantenerse con sus propios recursos.

La decisión de no utilizar en adelante los fondos sagrados de Olimpia se vio acompañada por la iniciativa de una oferta de paz a los eleos. Pero, antes de que acabaran las conversaciones con los eleos, los funcionarios federales, que temían que se les obligase a rendir cuentas, llamaron en su ayuda a los tebanos. En respuesta a la petición un oficial tebano con 300 hoplitas llegó a Tegea, en donde estaban reunidos los delegados de las ciudades arcadias para firmar la paz con la Elide. Durante las libaciones y festines el oficial tebano ordenó cerrar las puertas y procedió al arresto de las personas más fervientemente partidarias de la paz. Algunos representantes de Mantinea lograron escapar y llamaron a las armas al resto de las ciudades arcadias. Acudieron a Tegea y exigieron amenazantes la liberación de los detenidos. Los tebanos salvaron la vida ofreciendo la risible excusa de que se habían dejado arrastrar por un falso informe de un inminente ataque de Esparta.

De esa forma tan poco airosa se vieron a salvo. Pero las ciudades partidarias de la paz con la Elide, que se aglutinaban en torno a Mantinea, temían que en cualquier momento podía producirse una invasión tebana del Peloponeso, máxime cuando la parte meridional de la Arcadia, entre otras las ciudades de Tegea y Megalópolis, mantenían su alianza con Tebas. Daban crédito a la opinión de Epaminondas que circulaba por los mentideros de que los arcadios habían roto su alianza con Beocia al hacer una paz separada con la Elide. En definitiva, que Mantinea y las ciudades que le seguían tenían miedo y necesitaban la ayuda de Atenas y de Esparta.

En el 362 a. de C. Epaminondas al frente de un ejército de tropas beocias reforzadas con contingentes de Eubea, Tesalia y Lócride se presentó en el Peloponeso. Allí se le unieron tropas procedentes de Argos, Mesenia, Tegea, Megalópolis más otras ciudades arcadias que apoyaban a estas dos últimas. Por el otro bando, a Mantinea y las ciudades arcadias que estaban a su lado les apoyaban La Elide, Acaya, Esparta y Atenas. Tras su entrada en el Peloponeso Epaminondas se dirigió a Nemea para interceptar allí a los atenienses cuando viniesen en ayuda de sus aliados. Pero los atenienses siguieron una ruta marítima. Entonces hizo de Tegea su base, mientras los enemigos se

concentraban en torno a Mantinea. Contra ellos se dirigió el ejército de Epaminondas, que desplegó en el combate todas las habilidades tácticas que tantos triunfos habían proporcionado a los tebanos. El resultado de la batalla fue indeciso. Los dos se consideraron vencedores, pero en el fragor de la lucha los tebanos perdieron a su mejor general de todos los tiempos.

Después de la batalla de Mantinea los estados en guerra entablaron negociaciones de paz. Las condiciones sobre las que se establecía la paz se basaban en la garantía de que cada estado mantendría lo que hasta entonces tenía. Mesenia participó en el tratado, por lo que recibía un reconocimiento oficial, razón por la cual Esparta, siguiendo con su inveterada costumbre, se abstuvo de participar en el mismo. Arcadia permanecía dividida en dos partes, una septentrional que se aglutinaba en torno a Mantinea y que era aliada de Atenas, y la otra meridional, en torno a Megalópolis y que mantenía buenas relaciones con Beocia. Ésta, a menor escala, siguió siendo un poder importante en la Grecia Central con intromisiones significativas en Tesalia. En el tratado de paz cada uno, excepción hecha de Esparta, se conformó con lo que tenía, más que porque estuviese satisfecho con ello, por cansancio y agotamiento.

CAPÍTULO XXIV

FILIPO DE MACEDONIA

ANTES DE FILIPO

La parte septentrional de la Península Balcánica constituye la región de Macedonia. Comprende las cuencas o parte de las cuencas de los ríos Estrimón, Haliacmón y Axios, limitando al oeste con la región ilírica, al este con Tracia y al sur con Tesalia. Estos condicionantes geográficos imponían una fragmentación en áreas determinadas que favorecía el fraccionamiento político.

Los lacedemonios no habitaron originariamente todos los territorios que históricamente acabaron ocupando. Aunque se trata de una tarea harto difícil, N. G. L. Hammond, en su *History of Macedonia*, intenta armonizar, en un sistema interpretativo coherente, los datos arqueológicos y los testimonios de las fuentes. Teniendo en cuenta, pues, los datos arqueológicos, es posible que fuese durante la Edad del Hierro cuando las gentes que denominamos macedónicas fueron ocupando el valle medio del Haliacmón, para luego ir ocupando paso a paso, como señala Tucídides (II, 99) otras áreas: «Las tropas (de Sitalces) se concentraron, así pues, en Dobero y se dispusieron a lanzarse por la cima de la montaña contra la Macedonia de la costa, que estaba bajo el poder de Perdicas: pues en el interior hay también tribus macedónicas, los lincestes, elimiotas y otros, que son aliados de la costa, pero tienen reyes propios. En cuanto a la región costera, que es la que hoy día se llama Macedonia, los primeros que se apoderaron de ella fueron Alejandro, el padre de Perdicas, y sus antepasados, que eran teménidas procedentes de Argos; y lograron el poder real expulsando de Pieria mediante una batalla a los pieres, que más tarde poblaron Fagrete y otros lugares al pie del monte Pangeo, al otro lado del Estrimón —y hoy todavía se llama valle de Pieria a la región situada al pie del Pangeo hasta el mar—; también expulsaron de la llamada Botia a los botios, que ahora son vecinos de los calcidios; además, se apoderaron de una franja de tierra que se extiende desde el interior hasta Pela y el mar; y habitan también la región llamada Migdonia, al otro lado del Axio hasta el Estrimón, de donde expulsaron a los edones. Por otra parte, expulsaron de la región llamada hoy día Eordia a los eordos, de los cuales la mayoría pereció, mientras que una pequeña parte está establecida junto a Fisca; y también de Almopía a los almopes. Y, finalmente, los macedonios de que hablo sometieron a los demás pueblos que hoy todavía tienen bajo su poder: Antemunte, Grestonia, Bisaltia y gran parte del territorio de los propios macedonios. La totalidad es llamada Macedonia».

Durante mucho tiempo, los mismos griegos se plantearon la cuestión de si los macedonios eran griegos. La opinión al respecto no era unánime y, mientras unos autores los consideraban bárbaros, otros, por el contrario, les otorgaban una raigambre helénica. «Estos reyes macedónicos, dirá Herodoto (V, 22), descendientes de Perdicás, pretenden ser griegos, y yo conozco muy bien que ciertamente lo son», pero todavía Demóstenes (XIV, 3) considera a los macedonios «bárbaros» y a su rey Filipo enemigo de los griegos. Las inscripciones correspondientes a los siglos V y IV a. de C. aportan nombres de personas macedónicas de innegable sabor, y su lengua, de acuerdo con los estudios lingüísticos al respecto, se entronca con el grupo denominado noroccidental. Pero se trata de un dialecto culturalmente poco evolucionado, exponente de una sociedad política, económica y culturalmente muy atrasada respecto a la griega. Y esto, indudablemente, imponía sus diferencias. Pero también razones geopolíticas de proximidad a los Estados griegos exigían su aproximación a ellos e impedían cualquier intento de un aislacionismo radical. Por eso, la elevación cultural de la sociedad macedónica, a la que dirigieron sus afanes muchos monarcas reinantes, se hizo, forzosamente, con la cultura griega.

En los primeros momentos, parte del territorio de la posterior Macedonia estuvo ocupado por tribus independientes entre sí. Parece que en la primera mitad del siglo VII a. de C. se produjo el asentamiento de la tribu de los argeadas (procedentes, posiblemente, no de la Argos peloponésica sino de la Argos oréstica) que acabó por obtener el dominio sobre una parte del territorio y de la población macedónicas.

En los primeros momentos la trabazón entre las distintas gentes macedónicas no fue muy grande. Estaban gobernados por reyes no muy diferentes de los reyes griegos de época homérica. El soberano era una especie de «primero entre iguales» respecto al pequeño sector social de los notables de su reino, que le acompañaban como «compañeros» a la guerra y que constituían el grupo más importante de los componentes de «la asamblea en armas». Las relaciones dentro de esta sociedad macedónica ofrecen rasgos de carácter feudal y esto hacía que incluso en época avanzada, en los tratados con otras potencias del mundo griego el nombre o título del rey pudiese ser intercambiado por el término «macedonios» o que además de la del rey se exigiese la firma de otros dignatarios del reino.

Dentro de los Argeadas, Alejandro I (494-454 a. de C.) fue el primer rey que las fuentes históricas destacan significativamente. Él fue quien inició la ampliación de los componentes del ejército macedonio como instrumento útil para conseguir y consolidar las conquistas territoriales realizadas. Además de los notables que con sus gentes le acompañaban a la lucha, incorporó al ejército a «los compañeros de a pie», con lo que otro sector de la población comenzó a tener vínculos más estrechos con la realeza macedónica.

Alejandro I estuvo vinculado con los persas por lazos familiares. Herodoto (VIII, 136) recuerda que una hermana suya estuvo casada con un persa. Estas relaciones amistosas, o, al menos, el intento de no verse comprometido en la dinámica antipersa sustentada por algunos Estados griegos, lo mantuvo Alejandro I durante el enfrentamiento greco-persa de las Guerras Médicas. Por amistad o por cautela no participó en la lucha. Las potencias griegas triunfantes, que castigaron e intentaron castigar a otros estados griegos que se habían puesto del lado persa, no lo hicieron con la Macedonia de Alejandro. Quizá, porque no considerasen que los macedonios fuesen plenamente un pueblo griego. Herodoto (V, 22) recoge las dudas, para él injustificadas, que había

al respecto. Pese a la negativa de algunos griegos a que participaran en los juegos olímpicos porque ponían en entredicho su raigambre helena, se acabó permitiendo su participación, lo que suponía su reconocimiento como griegos.

En sus relaciones con Atenas el rey macedonio se mantuvo cauteloso. No le pasó desapercibido el interés que Atenas manifestaba por la zona del Egeo Norte. De ella sacaba Atenas mayoritariamente los suministros de madera necesarios para la construcción y mantenimiento de sus barcos. Quizá fuese en el 478 a. de C. cuando tal vez con intención de contrarrestar la influencia de Atenas en la zona, ocupó el lugar de los «Nueve Caminos», posición que, por otra parte, no logró mantener contra la presión ejercida por la tribu de los edones.

Alejandro I, como hemos dicho, amplió las posesiones territoriales de Macedonia. En el 480 a. de C. conquistó el distrito de la Bisaltia, rico en minas de plata, en la orilla occidental del río Estrimón. La plata obtenida en este distrito le permitió, imitando a otros estados griegos, hacer acuñaciones regulares de moneda. Con ellas intensificó las relaciones comerciales con los estados griegos, especialmente con Atenas. Esta intensificación comercial no impedía que en política exterior tomase sus cautelas diplomáticas contra Atenas, apoyando, si el caso lo requiría, a Esparta; procurando, no obstante, que tampoco esta última consiguiese ventajas en detrimento de Macedonia.

A la muerte de Alejandro se iniciaron una serie de rencillas entre sus hijos Filipo, Alcetas y Perdicas, que mantuvieron el mando sobre sus respectivas áreas geográficas de influencia. Enseguida Alcetas fue desplazado por sus hermanos. Estos momentos turbulentos del reino de Macedonia coinciden en parte con los momentos de expansión ateniense al norte del Egeo. Cerca de la desembocadura del río Estrimón los atenienses establecieron la colonia de Anfípolis y luego lograron que Metone ingresara en la Liga atico-délica.

Aun antes de que estallara la Guerra del Peloponeso, Perdicas desplegó su habilidad diplomática y su visión de futuro al propiciar que las ciudades próximas a la ciudad de Olinto se unieran en una confederación que contribuyese a frenar la intensa penetración ateniense en la zona.

Cuando se desencadenó la Guerra del Peloponeso, Perdicas vio en ello el momento propicio para desembarazarse de su hermano Filipo y conseguir de esta manera la unidad del reino; también para crear una estrategia diplomática tejiendo y destejiendo alianzas con las potencias en conflicto con la intención de que su reino sufriera los menores daños posibles. Era una política de equilibrio en la que a veces favorecía a Atenas y otras a Esparta, pero sin iniciar un camino que no tuviera regreso. Tucídides (IV, 83) recuerda cómo entendió en una ocasión su relación con Esparta: «Perdicas por su parte se hizo acompañar por Brásidas y su ejército sin pérdida de tiempo, y al frente de sus propias tropas inició una expedición contra Arrabeo, hijo de Brómero, rey de la tribu macedonia de los lincestas y vecino suyo, porque tenía diferencias con él y quería conquistar su reino. Cuando llegó con su ejército y en unión de Brásidas al desfiladero que llevaba a Linco, Brásidas dijo que prefería entablar negociaciones con Arrabeo... y, por su parte, los embajadores de los calcídeos, que estaban presentes, le aconsejaban no dejar a Perdicas libre de todo motivo de peligro, a fin de tenerlo más dispuesto para utilizarlo en asuntos de la conveniencia de los lacedemonios... Sin embargo, Perdicas dijo que no había traído a Brásidas como árbitro de sus querellas, sino para subyugar a los enemigos suyos que él le indicara». Mantener la unidad del reino

y protegerlo contra los enemigos exteriores e interiores en medio de un mundo en lucha y en ebullición fueron las aportaciones más significativas de este rey.

Perdicas murió en el 413 a. de C. Dejaba un reino consolidado que iba a pasar por la prueba de la sucesión al trono. Dejaba como sucesor un hijo de siete años y un hijo de más edad, Arquelao, habido con una concubina, que fue quien, en definitiva, se hizo con el poder.

El reino anterior fue largo y prolongado y acumuló experiencia suficiente para saber cómo debía proceder a la hora de moverse en el conjunto de intereses encontrados que desgarraban a los Estados griegos en conflicto, y qué pasos había que dar y en qué aspectos había que insistir para consolidar el reino. Algunas de estas medidas las recoge Tucídides (II, 100): «...se refugiaron en los lugares de fácil defensa y en los fuertes que había en el país; y no eran muchos, sino que más tarde Arquelao, el hijo de Perdicas, al llegar a rey construyó los que ahora hay, hizo caminos rectos y puso a punto todas las demás cosas que tienen relación con la guerra, procurándose caballos, armas y equipo guerrero en general en mayor medida que lo que hicieron juntos los otros ocho reyes que hubo antes de él». La creación de una eficiente red de caminos en función, a lo que parece por la cita de Tucídides, del ejército y no tanto de las actividades comerciales, las fortalezas construidas y la ampliación y modernización del ejército contribuyeron al afianzamiento del poder central. A ello contribuyó también el traslado de la capital Egas, que tenía una posición excéntrica e interior, a Pella, más próxima al mar y situada en la zona geográfica hacia donde confluían los intereses de los estados griegos. Hizo de esta capital un centro intelectual. Su palacio estuvo decorado con pinturas de Zeuxis y visitaron su corte de poetas como Agatón de Atenas y Eurípides, el músico Timoteo de Mileto y el poeta épico Quérilo de Samos. Esta acción centralizadora la completó, aunque sigue siendo un tema de discusión su atribución a él, con una reforma administrativa mediante la cual el reino fue dividido en distritos territoriales.

Los medios materiales con que dotó al ejército macedonio le proporcionaron la posibilidad de moverse con soltura y firmeza entre los estados griegos. Ya no era preciso que en su actuación siguiese una política de equilibrio con los estados griegos para no molestar a unos y otros. Ahora Macedonia podía seguir su propia política y hacerse querer. Un decreto ateniense del 407 a. de C. (Meiggs-Lewis, núm. 91) concedió a Arquelao y a sus hijos el título de «amigo y benefactor». Los suministros proporcionados a la flota ateniense y las entregas de madera necesarias para la reparación y la construcción de nuevos barcos no eran ajenos a la concesión de este título. Y la gratitud ateniense no fue sólo honorífica. En el 410 a. de C., cuando el ejército de Arquelao estaba asediando Pidna (Diodoro, XIII, 49), la flota ateniense, al mando de Terámenes, le estuvo prestando ayuda. Al final de su vida, sintiéndose en posesión de un reino bastante consolidado, se decidió a intervenir por cuenta propia en los asuntos internos de la federación de Tesalia. A petición de los oligarcas de Larisa, desplazados del poder por un movimiento popular, Perdicas ocupó Larisa y su entorno y restableció a los oligarcas. Su intervención levantó vivas protestas y forzó la intervención de Atenas. Todo parecía que conducía a una guerra inevitable cuando en el 399 a. de C. Arquelao fue asesinado.

Los años siguientes fueron de confusión y anarquía. Renacieron, una vez más, las luchas por el poder y las tendencias separatistas se sumaron a la presión de los enemigos exteriores. Esta es la situación que se encontró Amintas III cuando subió al tro-

no en el 393-392 a. de C. Los hechos posteriores ya están expuestos, pero merece la pena recordarlos brevemente. Los ilirios atacaron Macedonia, expulsaron a Amintas y ocuparon una parte de Macedonia. El rey estableció una alianza con la Liga calcídica y con su ayuda recuperó los territorios. Pero los olintios, que dirigían aquella Liga, deseaban incorporar a ella a algunas ciudades macedónicas del litoral, dañando con ello los intereses de Macedonia. Amintas reaccionó buscando el apoyo de Esparta, la que, de acuerdo con el tratado de la Paz de Antálcidas, se había convertido en guardián de las conclusiones adoptadas. La guerra emprendida por Esparta acabó con la derrota de Olinto, por lo que varias ciudades de la Liga calcídica pasaron a ser aliadas de Esparta. Esto, indudablemente asustó a Amintas, quien, desempolvando la antigua política de equilibrio tan frecuentemente utilizada por Macedonia, buscó contrapeso a la preponderancia espartana suscribiendo una alianza con Atenas.

A su muerte (370 a. de C.) dejaba tras de sí tres hijos legítimos: Alejandro, Perdicas y Filipo. Fue Alejandro quien tomó el poder y pudo continuar la política macedónica de intervención en los asuntos de Tesalia. La excusa era ayudar a los tesalios contra la presión de los tiranos de Ferias. La realidad fue muy otra. Una vez los ejércitos macedonios en Tesalia se aseguraron la sumisión de Larisa y Cronón, que no devolvieron. Esto fue lo que obligó a Tebas, nueva potencia hegemónica entre los estados griegos, a intervenir. El tebano Pelópidas liberó Larisa y penetró en Macedonia para mantener en el trono al rey y frenar las aspiraciones del pretendiente Ptolomeo de Aloro. El apoyo al rey macedónico tenía la garantía de la fidelidad forzada conseguida con la remisión a Tebas de rehenes, entre ellos el futuro Filipo de Macedonia. Mas, tan pronto los tebanos abandonaron Macedonia, Alejandro fue asesinado y Ptolomeo se constituyó en regente de los dos hijos menores de Amintas III. El regente no tuvo una existencia libre de vicisitudes. También encontró pretendientes que le disputaron el poder. Uno de ellos, Pausanias, sólo con la colaboración del ejército expedicionario de Efialtes pudo ser arrojado de Macedonia.

El reinado de Perdicas III (365-359 a. de C.) fue breve, pero importante para Macedonia pues se trataba de un rey con peculiar habilidad política, tanto en los asuntos internos como en los externos. En política interior eliminó la autonomía que gozaba la región macedónica de Lincéstide, desterrando a su monarca Menelao, y reorganizó los derechos portuarios con la ayuda del ateniense Calístrato. En política exterior, para conseguir el debilitamiento de los calcídicos, sus vecinos orientales, colaboró con Atenas en la conquista de Torone y Potidea, pero se mantuvo firme en no ceder a las pretensiones de Atenas sobre Anfípolis, que estaba en manos macedónicas. El rey Perdicas III encontró la muerte en el 359 a. de C. luchando contra los ilirios del rey Bárdilis. Una parte importante del ejército macedónico pereció con su rey. La muerte inesperada de Perdicas III, puso la regencia en manos de Filipo.

GUERRA SOCIAL

Los últimos años de la década de los sesenta y los primeros de los cincuenta resultaron particularmente agitados en la vida política de Atenas. Los procesos políticos se multiplicaron. Calístrato fue una de sus víctimas y no la única. Entre la caída de Calístrato y la Guerra Social toda una serie de políticos y estrategos fueron procesados. Autocles, Timómaco y Leóstenes lo fueron en el 361 a. de C. Era la reacción de una

Atenas inquieta ante los continuos fracasos. Bizancio había hecho defección y, las islas confederadas de Tenos y Pepáretos fueron atacadas por el tirano Alejandro de Feras e incluso Eubea seguía bajo la influencia de Tebas. Frente a tanto fracaso los éxitos se reducían prácticamente a la recuperación de Pidna y Metone a finales de la década de los 360 a. de C. y, sobre todo, la eliminación de la influencia tebana sobre Eubea. Fueron años de agitación política dentro de Atenas, de dureza en la conducción de la Liga al margen de los aliados, de instalación de cleruquías en Potidea, Samos y en otros lugares, de continuas campañas para recuperar Anfípolis y para garantizar la llegada de los suministros, de continuos e incansables gastos económicos derivados de tanta campaña. En definitiva, Atenas había violado las garantías y cautelas impuestas en la constitución de la Segunda Liga Marítima y, pese a ello, se mostraba impotente para defender con eficacia a sus aliados del norte y del este del Egeo. Atenas caminaba por la senda del despotismo con relación a los aliados, y algunos de éstos, frustrados en sus aspiraciones, buscaron el camino de la defección. Esto es lo que se conoce como la Guerra Social. La inquietud de algunos aliados se transformó en hostilidad abierta que generó esa guerra.

La cuestión de las causas de esta guerra permanece oscura, pues está envuelta en un contexto de causas inmediatas y causas profundas insinuadas por Demóstenes. Éste (XV, 3,) alude al resentimiento que Atenas despertaba entre algunos de sus aliados —que sería la causa profunda de la guerra— y a las maquinaciones tramadas por el sátrapa Mausolo —que actuarían como causas inmediatas—: «los de Quíos, Bizancio y Rodas, lanzaron quejas de que les tendíamos asechanzas; y por eso se coaligaron contra nosotros en esta última guerra. Ahora en cambio aparecerá que el jefe y el inspirador de todo era Mausolo, ese que decía ser amigo de los rodios y fue el que les arrebató su libertad; y que los que aparecían como si fueran sus auxiliares, o sea los de Quíos y Bizancio, en realidad no los han ayudado en sus desgracias». Indudablemente el sátrapa había ayudado a los rebeldes. Diodoro (XVI, 7, 3) lo testimonia, y hallazgos monetales en las islas sublevadas de Quíos y Rodas indican la ascendencia del sátrapa sobre las mismas. La incitación y ayuda de Mausolo a la rebelión era la lógica consecuencia de su política. Los éxitos alcanzados por el sátrapa en Asia Menor alcanzaban mayor significación si conseguía aislar y separar de la Liga marítima ateniense a algunas ciudades e islas del litoral. En el 357 a. de C. algunos de los aliados más potentes de Atenas, como Cos, Rodas y Quíos se separaron de la Liga marítima y en unión de Bizancio constituyeron una coalición a la que se unieron posteriormente Perinto y Selimbria. El momento elegido por los sublevados era oportuno. Tebas amenazaba a Eubea y Filipo estaba asediando Anfípolis. Atenas se encontraba en la necesidad de prestar su atención a la zona del Helesponto. Cuando tuvo noticias de la sublevación dirigió su flota para reprimir la insurrección. Cares, con sesenta naves, colocadas bajo el mando de Cabrias, se dirigió del Helesponto a Quíos, que estaba preparada para la defensa. En el primer ataque murió Cabrias. Cares se quedó al mando e inició la retirada hacia el Helesponto, con la intención de atacar las ciudades de la Propóntide. Los sublevados, que mantenían una flota de cien naves, devastaron las cleruquías de Lemnos e Imbros y bloquearon Samos. Atenas buscó desesperadamente detener el empuje y taponar el avance enviando guarniciones a Amorgos y a Andros.

La situación exigía un nuevo esfuerzo y en el verano del 356 a. de C. se preparó una nueva flota de sesenta naves al mando de Timoteo; de Ifícrates y de su hijo Meneeste, que se unieron a la flota de Cares. Para aligerar el asedio de los sublevados

sobre Samos, los atenienses presionaron sobre Bizancio. Los insurrectos levantando el asedio de Samos fueron hacia el norte mientras la flota ateniense, dejando el asedio de Bizancio, fue a su encuentro. En Ambata, cerca de Eritras, Cares se lanzó al combate sin contar con el apoyo de Timoteo e Ifícrates temerosos de un mar embravecido. Las naves que mandaba Cares sufrieron un descalabro. Éste denunció a los otros generales de incapacidad y recibió el mando único. Falto de dinero, se puso con sus hombres al servicio del Artabazo, sátrapa de la Frigia helespóntica, que se había sublevado contra el rey de Persia. Al servicio del sátrapa saqueó Lámpsaco, se apoderó de Sigeo y derrotó a Titraustes, feudatario de la Frigia, fiel al rey de Persia. En sus acciones victoriosas reunió un rico botín que remitió a Atenas. El rey de Persia, Artajerjes Ocos, intervino diplomáticamente exigiendo el regreso de Cares bajo la amenaza de unirse a los enemigos de Atenas en la Guerra Social y ayudarles con trescientas naves (Diodoro, XVI, 22). Atenas llamó a Cares e hizo la paz con los rebeldes. De esta manera tan poco digna acabó la Guerra Social.

Con arreglo a los términos de la paz Atenas reconocía la independencia de los estados aliados que hicieron defección. No se conoce bien cuántos se separaron y cuántos permanecieron dentro de la Liga, cuyo Consejo continuó reuniéndose en Atenas. Ésta siguió siendo una gran potencia naval, sin duda la más fuerte de entre todos los estados griegos, pero con grandes dificultades para mantenerla y reponerla. No había dificultades para disponer de naves, pero sí para equiparlas adecuadamente y para atender económicamente a su mantenimiento y satisfacer el pago de la tripulación.

Atenas ya no disponía de las entradas que durante la Primera Liga Marítima sacaba del imperio. Cualquier actividad militar de su flota o cualquier ampliación de la misma descansaba primordialmente sobre la contribución «trierárquica» de las personas ricas que pagaban durante un año el equipamiento de una nave o de parte de la misma. Era una especie de «liturgia» de la que los ricos se habían acostumbrado a pagar los mínimos exigidos o a verse eximidos de la misma bajo el pretexto de que también la «*proeisphora*», esto es, el pago por adelantado del impuesto sobre el capital, era una «liturgia». La población estaba agrupada en unidades fiscales conocidas con el nombre de «simorías», de las que algunas personas adelantaban al Estado los impuestos que luego ellos cobraban a sus miembros. En el 357 a. de C. la ley de Periandro trató de reorganizar el sistema de las *symmorai* tratando de distribuir la *eisphora* entre mil doscientas personas. Eran momentos de dificultades. Los suministros de equipamiento de los barcos escaseaban y en este mismo año del 357 a. de C. el Estado se vio forzado a requisar (Demóstenes, XLVII, 20-21) los pertrechos que se encontraban en manos privadas: «Sucedió que fuera necesario botar unas trieremes y aportar un auxilio militar lo más aprisa posible. Pero no había en el arsenal aparejos para las naves, porque los que los poseían y debían darlos no los entregaban. Además, ni en el Pireo había suficientes velas ni estopa ni cordaje con que aparejar las trieremes, para poder comprarlos ahí. Tuvo, pues, Jaridemo que dar un decreto en esta forma a fin de que se recabaran los aparejos para las naves y quedaran a disposición de la ciudad. Promulgado el decreto, la magistratura, o sea los Epimeletas de los arsenales, echó suertes y así distribuyó a los deudores de aparejos navales entre los trierarcas que entonces debían salir a la mar y a los Epimeletas de las «simorías» para exigirles el pago. Pero la ley de Periandro, según la cual las simorías se habían organizado, ordenaba que los deudores tomaran a su cargo lo de los aparejos». Aunque se había mejorado el sistema, estaba claro que era un método de movilización lento cuyos inconvenientes disminuían

sensiblemente siempre que la iniciativa de la guerra y la decisión de combatir estuviese en manos de Atenas. En el caso contrario, Atenas se veía forzada a la constante improvisación de encontrar aquí y allá los pertrechos y suministros necesarios, a colaborar, como en el caso de Cares, con el sátrapa Artabazo y a dar por terminada la guerra de una forma tan poco airosa como lo hizo en la Guerra Social.

Esta guerra también tendrá sus repercusiones en la política interna de Atenas. Los grandes estrategas que habían gestado y defendido la política imperialista desaparecen de la escena política. Cares, después de ser llamado a Atenas, permanece en la oscuridad. Aristofonte, el elocuente orador que tantas veces intervino ante la Asamblea Popular, se apaga políticamente. Las circunstancias, pues, favorecen la consolidación política de Eubulo.

LOS PRIMEROS PASOS DE FILIPO

La tradición describe a Filipo como un dechado de virtudes y vicios. Amante de la comida y de la bebida, proclive sin contención ni reparo al amor de hombres y de mujeres, puso todas sus energías e inteligencia al servicio del Estado y a la satisfacción de sus pasiones. Magnánimo y duro no arriesgaba en conseguir por la fuerza y con pérdidas de hombres lo que podía conseguir con habilidad y astucia. No paraba en mientes sobre la calidad moral de los medios empleados con tal de conseguir el objetivo pretendido. Era una persona de una habilidad e inteligencia poco comunes de la que Teopompo (*Historia de Filipo*, 27 J) dice que «Europa jamás conoció un hombre como Filipo, hijo de Amintas».

Al hacerse cargo del reino de Filipo, se encontró con los viejos problemas que históricamente tenían atenazada a Macedonia: particularismo de los pequeños reinos, —Lincéstide, Elimiótide, Oréstide— de la Macedonia superior; las ambiguas relaciones con Atenas por causa de Anfípolis; los amenazantes peonios al norte; el peligro tracio apoyando a Pausanias, pretendiente al trono; la potente amenaza iliria al oeste que ya había causado la muerte de su hermano Perdicas III y la importancia que la Liga calcídica había adquirido en la zona.

Reorganizando el ejército y con la habilidad que le caracterizaba procuró atender del modo más satisfactorio a todos estos peligros. La tradición recuerda que se libró de los saqueos de los peonios sobornándolos con dinero para luego someterlos tras la muerte de su rey Agis. La entrega de dinero sirvió también para propiciar la reconciliación con los tracios y para que éstos dejaran de apoyar a Pausanias, pretendiente al trono. No era el único pretendiente. Atenas apoyaba a Argeo en cuya ayuda había enviado una flota y 3.000 hoplitas. No era la entrega de dinero lo que podía evitar las ingerencias y el apoyo ateniense a Argeo, pero sí el reconocimiento de las continuas reclamación de Atenas sobre Anfípolis. Como otorgaba poco valor moral a la palabra dada, reconoció teóricamente los derechos de Atenas sobre Anfípolis y ésta abandonó al pretendiente a su propia suerte. Libre de las amenazas exteriores y de los problemas internos, Filipo se deshizo de los pretendientes al trono y emprendió una campaña contra los ilirios que presionaban en los límites noroccidentales del reino, a los que derrotó. Estos son los hechos que recuerda la tradición, poco clara por otra parte. En cualquier caso sus líneas generales sirven al menos para comprender los avances territoriales conseguidos por Filipo en los momentos en los que se hizo con el trono: los rei-

nos cantonales de la Lincéstide, de la Oréstide y de la Elimiótide fueron integrados en el reino de Macedonia y los límites con los ilirios se fijaron más allá del lago Ocrida.

A partir del año 357 y en relación al asunto de Anfípolis la información es menos opaca. Filipo se había comprometido a devolver Anfípolis a cambio de la ciudad de Pidna. Era una promesa que no estaba dispuesto a cumplir. En el verano del 357 a. de C. comenzó el asedio de Anfípolis. Los habitantes de esta ciudad, olvidando el odio que sentían por su antigua metrópoli, acudieron a los atenienses en petición de ayuda cuando éstos se retiraban de su expedición a Eubea. Los atenienses, como recordará Demóstenes, siguieron confiando en las promesas de Filipo de que les iba a entregar la ciudad de Anfípolis y abandonaron ésta a su suerte. En pocos meses la ciudad fue capturada, algo que Atenas no había conseguido tras muchos años de intentos. Filipo trató benevolente a la ciudad conquistada: expulsó a los cabecillas partidarios de Atenas, pero conservó la autonomía y las instituciones propias. Una guarnición macedonia aseguraba la defensa de la ciudad.

Confiada en las anteriores conversaciones mantenidas con Filipo, Atenas todavía esperaba el intercambio de Anfípolis por Pidna. El deseo de obtener Anfípolis a toda costa impidió a Atenas no sólo detectar las verdaderas intenciones de Filipo sino rechazar una alianza con Olinto, cabeza de la confederación griega más fuerte al norte del Egeo y la única capaz, en unión de Atenas, de poner freno a la expansión macedónica en la zona. Pero la alianza con Olinto, que Atenas rechazó, la suscribió Filipo en el 355 a. de C. Prometió entregar a los olintios la ciudad de Potidea, que los habitantes de Olinto reclamaban. Filipo puso sitio a Potidea. Los clerucos atenienses se batieron con desesperación aguardando la ayuda de Atenas que no llegaba. La ciudad se entregó. Sus habitantes fueron vendidos como esclavos y los clerucos atenienses expulsados. La ciudad y su territorio fueron entregados a los olintios.

En este mismo año o en el siguiente Filipo invadió el territorio tracio. Había puesto sus ojos en la ciudad minera de Crenides. Esta ciudad, fundada unos años antes por los habitantes de Tasos, no podía resistir los saqueos de Quersobleptes, rey de los odrisios. La ciudad solicitó la ayuda de Filipo, que valoró adecuadamente la situación. Crenides que dominaba una rica llanura, controlaba una región minera de gran interés económico. Filipo ocupó la ciudad, la dotó de murallas y cambió su nombre por el de Filipos.

La expansión e influencia política alcanzadas por Macedonia alarmaron a sus vecinos. También Atenas acabó quitándose la venda de los ojos. Veía descarnadamente las verdaderas intenciones de Filipo, precisamente en unos momentos en los que se encontraba atrapada en la represión de los aliados que se habían sublevado durante la Guerra Social. Atenas no estaba en condiciones de asumir por sí sola la lucha contra Macedonia. Suscribió con satisfacción una alianza militar (Tod, 157) con el rey tracio Cetríporis y sus hermanos, con Lineo, rey de los peonios y con Grabos, rey de los ilirios. Enfrascada en la lucha con sus aliados sublevados, sabía, por fin, lo que quería contra Filipo, pero era poco lo que podía hacer. Filipo pudo dar buena cuenta de los miembros de esta cuádruple alianza sin que tengamos noticias de que Atenas acudiera en su ayuda. En el 365 a. de C. Grabo y sus ilirios fueron derrotados, y es posible que también lo fueran los peonios, aunque no se tienen noticias al respecto. En el 353 a. de C., un año después de que Filipo se apoderará de la importante ciudad portuaria de Metone, sometió el reino tracio de Amádocos y es posible que con anterioridad lo hiciera con Cetríporis, miembro de la cuádruple alianza.

En pocos años, y de la mano de Filipo, Macedonia gozaba de una solida estabilidad.

Sus territorios se habían ampliado a expensas de otros reinos del interior y había alcanzado un fácil y rápido acceso al mar del que la alejaban la Liga calcídica, Atenas y las ciudades griegas del litoral. Ahora mantenía relaciones amistosas con la Liga calcídica y había conseguido el control de importantes ciudades costeras como Anfípolis, Potidea, Metone y Pidna. Disponiendo de puertos adecuados, contando con las materias primas necesarias para la construcción naval, teniendo en sus manos los ricos recursos mineros del monte Pangeo y gozando de un fuerte ejército, Macedonia se había convertido, sin levantar serias suspicacias en los otros Estados griegos, en una gran potencia.

LA TERCERA GUERRA SAGRADA

Hasta esos momentos las acciones de Filipo se habían limitado a consolidar la posición de Macedonia al norte del Egeo. No pensaba, al menos para esta época, en traspasar los límites de Tesalia e implicarse en los conflictos que desgarraban a los Estados griegos. La ocasión de intervenir en los asuntos griegos le vino durante la tercera guerra sagrada (355-346 a. de C.).

Delfos no sólo era una ciudad importante sino también la sede de una anficionía, esto es, una asociación de ciudades, cuyos representantes se reunían en torno a un santuario, que administraban en común. Cada pueblo enviaba dos representantes (*hieromnemoi*) al Consejo (*sinedrion*) de los anficiones. El Consejo realizaba dos sesiones (*phylaia*) ordinarias por año, una en primavera y otra en otoño. Los pueblos que componían la anficionía de Delfos eran los tesalios, beocios, dorios, jonios, perrebios, dólopes, magnetes, locrios, enianos, aqueos ftióticos, malianos y focidios.

Desde la época de mayor prestigio durante la cual Tebas impuso la paz en Tesalia, aquella controlaba dieciséis de los veinticuatro votos del sinedrion de la anficionía de Delfos. Pese a ello, después de la batalla de Mantinea su prestigio decayó bastante. Tebas no podía olvidar que su aliada Fócide no había querido prestarle ayuda. Esperaba el momento propicio para la venganza. No resultó difícil conseguir que el Consejo de la anficionía impusiese una fuerte multa a la Fócide bajo la acusación de haber cultivado tierra sagrada perteneciente al templo de Delfos. En el caso de que los focidios no abandonasen los campos cultivados y pagasen la multa impuesta, los otros Estados de la anficionía marcharían contra ellos. De la misma manera, los miembros del Consejo anfictiónico decidieron que pagasen la penalización correspondiente el resto de los estados miembros multados. La medida iba dirigida contra Esparta que desde la toma de la Cadmea no había pagado la multa con la que fue castigada.

Los focidios estaban descontentos con la decisión adoptada en la anficionía de Delfos, y uno de sus ciudadanos, Filomelo, los animaba a no ceder y a exigir su antiguo derecho a controlar el santuario de Delfos. Filomelo entró en conversaciones secretas con uno de los reyes de Esparta, Arquidamo, que le entregó quince talentos. Con ellos reclutó tropas mercenarias y, en unión de otros contingentes de la Fócide ocupó Delfos y su tesoro. Los focidios remitieron embajadas a los principales Estados griegos pidiendo que se reconocieran sus derechos históricos sobre Delfos. Atenas y Esparta le dieron su apoyo y conformidad. Tebas, lógicamente, no estaba dispuesta a aceptar esta nueva situación. Aliada a los locrios y a otros estados griegos pidió la ayuda de Tesalia. El Consejo anfictiónico tardó un año (355 a. de C.) en declarar la guerra sagrada a la

Fócide. De esta manera lo que hasta entonces era un conflicto local se convirtió en una guerra entre varios estados de Grecia.

Después de algunos éxitos iniciales contra locrios y tesalios, en el 354 a. de C. Filomelo fue derrotado por los beocios en Neón. Cubierto de heridas se arrojó por un precipicio. Su colega Onomarco, poniéndose al frente del resto del ejército focidio, logró salvarlo. Los triunfadores sacaron la conclusión que la guerra había terminado pues los tebanos no sólo retiraron sus tropas sino que enviaron 5.000 hombres en ayuda del sátrapa Artabazo. No hubieran hecho tal cosa si hubiesen considerado esa batalla como un simple episodio de la guerra. Los tesalios también habían vuelto a sus antiguas querellas. La retirada de las tropas beocias fue un error. Onomarco era un estratega de mayor talla que Filomelo. En una asamblea de los focidios y de sus aliados celebrada en Delfos animó a sus conciudadanos a proseguir la guerra. Bajo el pretexto de que en sueños se lo había sugerido la divinidad, Onomarco se apoderó del tesoro de Delfos con cuya riqueza pudo movilizar un potente ejército mercenario.

La guerra iba a entrar en una fase nueva durante el año 353 a. de C. cuando los focidios tuvieron que dividir su ejército para evitar un ataque por el norte y por el sur. Los tiranos de Feras, Licofrón y Pitolao, que habían sucedido a la tiranía a Alejandro, vieron en la alianza con los focidios la posibilidad de eliminar la influencia tebana sobre Tesalia. El oro délfico remitido por Onomarco facilitó la alianza y alimentó el conflicto entre las ciudades tesalias. Si los tiranos consolidaban su ascendencia sobre las ciudades de Tesalia, los focidios las tendrían de su lado. Pero también Filipo de Macedonia apoyaba secretamente a las ciudades que se oponían a los tiranos. Los Aléuadas de Larisa, incapaces de hacer frente a los tiranos de Feras, llamaron en su ayuda a Filipo de Macedonia. Era el momento que éste estaba esperando. Bajo el pretexto de ayudar contra la tiranía a las ciudades de Tesalia, Filipo penetró en esta región.

De acuerdo con la alianza establecida con los tiranos de Feras, Onomarco envió a Tesalia un ejército de 7.000 hombres al mando de su hermano Faílo. Los focidios fueron derrotados por Filipo II y obligados a evacuar el país. Onomarco entró en Tesalia con su ejército de 20.000 mercenarios y derrotó a Filipo en dos batallas obligándole a retirarse a Macedonia. Los focidios volvieron sobre sus pasos y vencieron a los beocios en Coronea. En ese momento el poder de onomarco era grande y el dominio focio sobre Grecia Central estaba consolidado. En otras circunstancias estas derrotas hubiesen sido suficientes para acabar la guerra. La desgracia histórica de Onomarco, prestigioso militar, indudablemente, es que tuvo que vérselas con un enemigo superior como Filipo.

En el 352 a. de C. Filipo regresó a Tesalia con fuertes contingentes. Las ciudades de la confederación de Tesalia que le apoyaban le nombraron general (*tagos*) del ejército confederal. Filipo asedió Feras, cuyo tirano solicitó la ayuda de los focidios y de Atenas. Onomarco, que se encontraba en Beocia, se dirigió a Tesalia con 20.000 hombres, apoyados por la flota ateniense al mando de Cares. Filipo atacó antes de que los atenienses pudieran desembarcar. Los focidios y sus mercenarios fueron derrotados en la batalla del Campo de Azafrán. Varios miles murieron en el combate, otros fueron recogidos en la costa por la flota ateniense y 3.000 fueron hechos prisioneros. Filipo mandó ahogar a los prisioneros focidios y crucificar a Onomarco.

El primer resultado de la batalla fue que Licofrón y Pitolao entregaron Feras a condición de que se les permitiera retirarse con sus mercenarios a donde quisiesen. Entraron al servicio de Faílo que había asumido el mando de los focidios. Pero Filipo había conseguido el dominio de Tesalia. Puertos de la región, contribuciones y caballería

estaban a su disposición. Incluso en la anficiónía de Delfos contaba con la mayoría de los votos a su favor, aunque de hecho la ciudad de Delfos seguía en manos de los focidios.

Fócide había sido derrotada pero no sometida. Filippo decidió asestarles el golpe definitivo ocupando las Termópilas. Fáilo buscó ayuda. No necesitó insistir demasiado, pues varios Estados griegos se habían alarmado ante la preponderancia alcanzada por Macedonia. Cuando en el 352 a. de C. Filippo avanzó hacia las Termópilas, se las encontró ocupadas por un fuerte destacamento. Atenas había enviado a 5.000 hoplitas y 400 jinetes, Esparta a 1.000 hoplitas y la Liga aquea a 2.000 soldados. También los tiranos de Feras se encontraban allí con sus mercenarios. Filippo comprendió que no podía atravesar las Termópilas sin presentar combate y consideró más conveniente retirarse y dirigirse a Tracia.

LOS ACONTECIMIENTOS DE TRACIA Y LA GUERRA OLÍNTICA

Después de su retirada de las Termópilas sin presentar batalla, las inmediatas noticias que tenemos de Filippo nos remiten a Tracia. Es posible que sea así, pues ya hemos visto anteriormente el interés sobre esta zona mostrado por Filippo. El asesinato de Clotis en el 359 a. de C. condujo a la división en tres partes del fuerte reino odrisio: la parte oriental gobernada por Quersobleptes, hijo de Cotis, la central mandada por Amádoco y la occidental por Berisades. Son los príncipes con los que, además de Lipeo de Peonia y Grabo de Iliria, Atenas había establecido anteriormente alianzas. Pese a estas alianzas, los avances de Filippo en la zona fueron irresistibles mezclando en su actuación diplomacia y fuerza. No sólo Quersobleptes se mostraba inquieto. Atenas estaba temerosa porque eran muy grandes los intereses económicos que tenía en la zona de Tracia. La región absorbía gran cantidad de productos atenienses y obtenían de ella muchos beneficios. Por otra parte, su proximidad a la ruta de los suministros de trigo, tan necesarios para Atenas, le otorgaba a los ojos de ésta una importancia primordial. Cualquier acción de Filippo en la zona representaba una amenaza a los intereses económicos de Atenas, que había reforzado su posición (353-352 a. de C.) estableciendo una cleruquía en Sesto.

Por eso, cuando en noviembre del 352, Filippo inició su campaña poniendo sitio a *Heraio Teichos*, como paso previo para conseguir el sometimiento de Quersobleptes, Atenas reaccionó movilizando su flota, como recuerda Demóstenes (III, 4): «Ante todo, es conveniente que os traiga a la memoria algo de lo que ya sucedió. Recordaréis, atenienses, la ocasión en que se os anunció que Filippo se encontraba en Tracia, cercando a *Heraio Teichos*, hace unos dos o tres años... La alarma y los discursos abundaron entre vosotros; y votasteis poner a flote 40 trirremes y que se embarcaran para el servicio militar los varones hasta la edad de 45 años y que se levantara una contribución de 60 talentos. Pasó la votación y los discursos y el tumulto... y enviasteis por fin a Caridemo con 10 naves y 5 talentos de plata». La flota de 40 naves no se hizo a la mar, pues enseguida se propaló la noticia de que Filippo estaba enfermo, o de que había muerto (Demóstenes, III, 5). El envío de 10 naves y 5 talentos era muy poco para las necesidades atenienses en la zona. Quersobleptes, desilusionado, pidió la paz. Conservó su reino aceptando la dependencia macedónica. De forma irreparable el peligroso Filippo se había acercado al Quersoneso tracio, vital para los intereses de Atenas.

Hacía ya tiempo que la Liga calcídica liderada por la ciudad de Olinto era el centro

de los intereses de Macedonia. Mientras ésta necesitó carcomer la influencia ateniense y mantener alejada de la zona a Atenas, Filipo alimentó la sensación de que trabajaba para los olintios y que colaboraba con ellos. En el 356 a. de C. Filipo estableció una alianza e incluso les entregó Potídea y la ciudad de Antemo, que le disputaban. Hasta tal punto Filipo mantenía ocultas sus bazas. Pero, después de que Filipo ocupó Anfípolis, Pidna, Metone y Crenides, creando progresivamente en torno a la península Calcídica un verdadero cerco, no había lugar que no se preguntara cuáles eran las verdaderas intenciones de Filipo. Éste, y no Atenas, era el verdadero enemigo. En el 352-351 a. de C. los calcídicos y los atenienses hicieron un tratado de paz. El entendimiento entre ambos resultaba inevitable si se deseaba parar los pies a Filipo: «tenían los olintios un respetable ejército y la situación era tal, que ni Filipo se les atrevía, ni ellos a Filipo. Entonces ellos y nosotros hicimos las paces mutuamente. Esto resultó para Filipo un obstáculo difícil de remover; es decir el que una poderosa ciudad estuviera al acecho de las buenas ocasiones contra él y a la vez reconciliada con nosotros. Por nuestra parte juzgábamos que era el momento de que los olintios le declararan la guerra» (Demóstenes, III, 7). Estas palabras las pronuncia Demóstenes en unos momentos en que ya Olinto está en guerra con Filipo. Vanamente está exhortando a sus conciudadanos para que intervengan con mayores contingentes, recursos, decisión y energía en las operaciones contra Filipo. Cuantas veces los olintios solicitan la ayuda de Atenas, ésta se la presta aunque en cuantía insuficiente para lo que las circunstancias exigían. Tres pasajes de los fragmentos de Filocoro, recogidos por Dionisio de Halicarnaso, lo testimonian. Lo hizo en el 349 a. de C. cuando las ciudades calcídicas de Meciberna y Torone se rindieron a Filipo; lo volvió a hacer en la primavera del 348 a. de C. cuando enviaron a Caridemo como «general del Helesponto» y nuevamente en el verano de ese mismo año remitiendo una ayuda de 17 naves, 300 jinetes y 2.000 hoplitas. La ayuda llegaba con retraso. Los olintios, traicionados por sus líderes Lastenes y Eutícrates, asediados tras sus murallas, se rindieron. La ciudad fue arrasada y sus habitantes vendidos como esclavos.

LA CUESTIÓN DE EUBEA

Se ha debatido hasta la saciedad si los esfuerzos atenienses en la ayuda a Olinto fueron los que las circunstancias requerían. Las tres Olínticas de Demóstenes van destinadas precisamente a animar a los atenienses a hacer un esfuerzo mayor, a destinar nuevos recursos, incluso la paga de los festivales, y hasta hubo propuestas de que el Teoricón entrara en esa caja militar. De esta manera se le crearían a Filipo verdaderas dificultades al norte del Egeo. Pero lo cierto era que los días en los que Atenas podía atender satisfactoriamente varios frentes habían pasado. El Estado carecía de recursos suficientes y los ciudadanos eran reacios, pese a los ánimos imprimidos por Demóstenes, a un servicio prolongado y costoso. Fuera de las exhortaciones generales y sentimentales de Demóstenes, nada se dice de cuántos recursos materiales y humanos eran precisos para atajar satisfactoriamente el peligro macedón. La verdad era que Atenas no tenía muchas posibilidades. En el 348 a. de C. los conflictos internos de Eubea, se habían agravado y a Atenas se le imponía una elección entre aumentar sus recursos y efectivos en el frente calcídico o atender convenientemente a los problemas surgidos en Eubea, mucho más próxima y de mayor interés político para Atenas y, por supues-

to, menos costoso. En la medida de sus posibilidades Atenas atendió los dos frentes, aunque era consciente de que Eubea, su anterior aliada, tenía para ella mayor interés. Aunque el avance de Filippo fuese imparable frente a Olinto, Atenas comprendía que disponiendo de una fuerte flota y con su cleruquía en Sesto, sus intereses al norte del Egeo, aunque estaban amenazados, no corrían riesgos inmediatos insuperables. Por el contrario, una ayuda decidida y continuada a Olinto exigía gastos enormes que tal vez Atenas no podía satisfacer. El distraer, por tanto, recursos y efectivos humanos en Eubea no fue un fallo estratégico ateniense sino una pensada y acertada elección por más que no obtuviese resultados.

Eubea, que en el 357 a. de C. había puesto fin a la influencia tebana y reingresado en la Liga marítima ateniense, en el 348 a. de C. se veía desgarrada por luchas internas. Es una opinión relativamente frecuente que estas intrigas estaban alimentadas por Filippo. Quizá no sea así, aunque, indudablemente favorecían al macedón.

En el 348 a. de C., el tirano de Eretria, Plutarco, pidió ayuda a los atenienses. Su rival Cleitarco con ayuda de mercenarios lo había colocado en una situación embarazosa. El tirano era amigo de Midias, uno de los hombres pertenecientes al círculo ateniense de Eubulo y por lo tanto amigo de los atenienses. Por el contrario, Calias, tirano de Calcis, aglutinaba las aspiraciones autonomistas de los eubeos, que deseaban verse libres de la tutela ateniense. Atenas valoró el problema en su correcta dimensión, pese a que Demóstenes recomendaba no prestar mucha atención a los asuntos de Eubea pues lo consideraba como una táctica macedónica de distracción destinada a mermar la ayuda a Olinto. Los atenienses decidieron enviar tropas a Eubea al mando de Foción, un ateniense perteneciente al círculo de amigos de Eubulo, el político con mayor ascendencia en Atenas por aquellos momentos. Las tropas atenienses y las de Ptolomeo se unieron en Tamynai. Calias, tirano de Calcis, se sublevó y movilizó tropas de todos los lugares de Eubea que estuvieron dispuestos a prestarle su apoyo. Foción no se atrevió a presentar batalla y regresó a Atenas. Moloso lo sustituyó trayendo nuevas tropas merced a los recursos aportados por trierarcas voluntarios. La traición de Plutarco y su poca pericia le hicieron caer en manos del enemigo junto con sus tropas (348 a. de C.). Atenas, que había consumido en la empresa de Eubea muchos recursos, no deseaba más aventuras y aceptó la paz ofrecida reconociendo la autonomía de las ciudades de Eubea. Sólo Caristo se mantuvo fiel a su liderazgo. Durante varios años Eubea se vio libre de influencias extrañas.

LA PAZ DE FILÓCRATES

Cuando los enviados de Eubea llegaron a Atenas ofreciendo la paz, traían también una propuesta de Filippo en este sentido. También cuando el ateniense Frinón fue capturado por piratas macedonios y Ctesifonte fue enviado a tratar del rescate los lacedemonios aprovecharon la ocasión para hacer sugerencias no muy precisas de paz. La Asamblea Popular ateniense se mostró sensible a este mensaje y a propuesta de Filócrates decidió la conveniencia de que Filippo enviara a Atenas unos embajadores con propuestas concretas para un entendimiento. Mas no era el momento oportuno. Olinto se encontraba en situación desesperada y acabó entregándose a Filippo. La destrucción de la ciudad y el duro trato dispensado a sus habitantes no eran las mejores credenciales para iniciar conversaciones.

En este intervalo, la guerra sagrada, que había estado paralizada por algún tiempo, se reanudó de nuevo. Tras la derrota y muerte de Onomarco, el mando de las tropas focidias había pasado a manos de Faílo, y, tras la muerte de éste, a las de Faleco. Los focidios acusaron a éste último de malversación de fondos y lo destituyeron del mando en el 347-346 a. de C., aunque parte del ejército continuó siéndole fiel. Fue sustituido por tres generales, Deinócrates, Calias y Sófanos, que emprendieron operaciones de devastación en Beocia. Los habitantes de esta región reaccionaron llamando en su ayuda a Filipo. La noticia de que se acercaban tropas macedónicas alarmó a los focidios, que solicitaron la colaboración de espartanos y atenienses. Se puso en marcha el antiguo plan estratégico de frenar a Filipo en los pasos de las Termópilas. El rey espartano Arquidamo llegó a las Termópilas con 1.000 hoplitas mientras Atenas enviaba una flota de apoyo. Pero Faleco, que ocupaba los pasos, se negó a desalojarlos y jugó con la posibilidad de entregarlos a Filipo. En el caso de que esto ocurriera, nada podía impedir el que Filipo tuviese asegurado el acceso a la Grecia meridional.

La negativa de Faleco a entregar las Termópilas era un golpe bajo a la decisión ateniense de resistir a Filipo. Mas no era el único. Propiciado por Eubulo y su grupo, a principios del 346 a. de C., se enviaron emisarios, Esquines entre otros, a los Estados griegos para proponer la reunión de una conferencia que tratase los procedimientos que se seguirían contra Filipo. La operación resultó un fracaso. Incluso los arcadios, en los que se tenían depositadas mayores esperanzas, se mostraron indecisos. Atenas que había perdido Eubea, que había fracasado en la ayuda a Olinto y que temía por sus posesiones en el Quersoneso tracio, se sintió descorazonada y dispuesta a ensayar el camino de la paz.

En marzo del 246 a. de C. Atenas envió una primera embajada para negociar la Paz de Filócrates, que recibe el nombre del secretario de la Asamblea Popular ateniense que encabezó dicha embajada. Los pormenores de esta paz los conocemos por los discursos de Demóstenes (XVIII y XIX) y de Esquines (II, III). Los datos proporcionados hay que tomarlos con reservas, pues fueron escritos con una intención de justificar la actuación de uno y otro y en unos momentos en los que la paz lograda estaba mal vista. La embajada la componían diez personas, entre ellas Yatrocles, Aristodemo, Filócrates, Ctesifonte, Esquines y Demóstenes. La embajada desembarcó en Tesalia, en la ciudad amiga de Halo, que aguantaba con firmeza la presión macedónica. De allí se dirigieron a Pella. Filipo recibió amablemente a los delegados atenienses, que sometieron a consideración, si hemos de creer a Esquines, la cuestión de Anfípolis y el Quersoneso, de los focidios y de la ciudad tesalia de Halo. Filipo dio buenas palabras, pero dio a entender que no había nada que hacer en el asunto de Anfípolis y Potidea, que deseaba tener las manos libres en Tracia, mas que se abstendría de cualquier acción en el Quersoneso mientras durasen las conversaciones. La cuestión focidia podría ser objeto de un acuerdo común. Como la embajada no tenía poderes decisorios sino sólo informativos, regresaron a Atenas para dar cuenta de las conversaciones. Tras ellos, una embajada macedónica, presidida por Parmenio y Antípatro fue enviada a Atenas.

Por iniciativa de Demóstenes los delegados macedónicos fueron agasajados en el pritaneo y recibieron lugares de honor en las representaciones dionisiacas. Las propuestas de Filipo fueron sometidas a la consideración de la Asamblea durante dos sesiones de la misma y a la conferencia de los aliados. En medio de un debate caldeado Filócrates, apoyado por el grupo de Eubulo, se mostró partidario de aceptar la paz en los términos sugeridos por Filipo. Aristofonte, que aparece de nuevo en la escena po-

lítica, era un ardiente partidario de la ruptura de las conversaciones y de la prosecución de la guerra. Demóstenes parece ser que se inclinaba por exigir al macedonio precisiones más concretas respecto de la situación futura de los focidios y de Halo y respecto de las intenciones macedónicas con relación a la Tracia, es decir, con relación al reino tracio de Quersobleptes. Los enviados macedonios dejaron en claro que Filippo y sus aliados tratarían con Atenas y sus aliados y que por lo tanto no había lugar para plantear la cuestión de la Fócide, Halo y Tracia, porque no formaban parte de la confederación marítima ateniense. Los ánimos se encrespaban pero Eubulo y su grupo consiguieron que se aprobara un texto elaborado por Filócrates en el que se atendían las exigencias planteadas por Filippo.

La paz votada por la Asamblea y mediante la cual Atenas renunciaba a Anfípolis, pero conservaba el Quersoneso y en la que nada se decía de la Fócide, Halo ni de Tracia, fue jurada el 21 de abril del 346 a. de C. por los atenienses y sus aliados en presencia de los macedonios Parmenio y Antípatro.

Una segunda embajada ateniense fue enviada a Pella para recibir el juramento de la paz de Filippo y de sus aliados. La cosa urgía y así lo entendió Demóstenes, para evitar que entre tanto Filippo extendiera sus conquistas. El viaje a Macedonia se eternizó, dando tiempo a Filippo a ocupar la Tracia y a someter el reino de Quersobleptes, que fue reducido a la condición de reino vasallo. Los atenienses, que mantenían intactas sus posesiones en el Quersoneso tracio, no protestaron por el atropello cometido por Filippo en Tracia. Cuando los embajadores atenienses llegaron a Pella coincidieron con los representantes de otros estados griegos, entre ellos tebanos y focidios, para tratar de influir sobre la situación, tras el arreglo entre Macedonia y Atenas. Con arreglo a lo estipulado en las conversaciones de la primera embajada, la decisión sobre el conflicto entre Tebas y los focidios se debía concluir estando de común acuerdo Filippo y los atenienses. El desacuerdo entre los delegados atenienses fue lamentable. Filippo abandonó Pella y se dirigió a Tesalia. Lo acompañaban desconcertados y desunidos los embajadores atenienses. En Feras, Filippo se dignó jurar la paz. Apenas llegó a Atenas la segunda delegación, Demóstenes, curándose en salud, acusó a sus colegas de haber permitido con su tardanza, de la que él consciente o inconscientemente participó, que Filippo consolidara sus posiciones en Tracia y de que no se hubiese solucionado satisfactoriamente la cuestión focidia.

Cuando a su regreso la embajada informó al Consejo y a la Asamblea, desconocían la suerte que los tebanos o los focidios iban a correr en el futuro, pero abrigaban la ingenua esperanza de que los tebanos serían sacrificados y de que ellos se beneficiarían con los despojos. Era un sueño pueril. Mientras la Asamblea Popular ateniense estaba reunida, el ejército de Filippo se acercaba a las Termópilas. Los focidios se rindieron. La tercera embajada ateniense remitida a Pella no llegó a su destino, pues regresó a casa tan pronto tuvieron noticia de que los focidios habían capitulado. Dueño de la Fócide, Filippo decidió que fuese el Consejo de la anfictiónia de Delfos el que tomase la decisión de poner fin a la guerra sagrada. Lo que estaba dispuesto a hacer con los focidios alarmó sobremanera a los atenienses y se tomaron enérgicas medidas de defensa entre las que no se excluía la posibilidad de que la población del campo se refugiase tras los Largos Muros. Se decidió, no obstante, enviar delegados, lo que se conoce como cuarta embajada, ante Filippo y ante el Consejo anfictiónico.

En una reunión especial del Consejo anfictiónico se concluyó poner fin a la guerra sagrada dictaminando que los focidios habían cometido sacrilegio y debían, en conse-

cuencia ser castigados. Fueron condenados a devolver a plazos los tesoros robados a Delfos a razón de 60 talentos anuales hasta satisfacer lo robado, que se valoraba en 10.000 talentos. Los pagos, no obstante, no se iniciaron hasta el 343 a. de C. La Fócide fue desmilitarizada y la población dispersada en aldeas abiertas, que no reuniesen más de cincuenta hogares. Mientras no satisficieran la deuda a Delfos, se verían privados de poseer armas y caballos. Los dos votos que los focidios poseían en el Consejo anfictiónico pasaron a Filipo, de modo que se convertía en miembro de pleno derecho de un Consejo que ya controlaba de forma indirecta.

Con todo ello Atenas se sintió fuertemente afectada y la efervescencia política entre partidarios y oponentes de Macedonia cobró nueva vida. Cuando Filipo, para reafirmar ante el mundo griego su prestigio presidió con gran solemnidad en el 346 a. de C. las fiestas píticas de otoño, espartanos y atenienses se abstuvieron de enviar a las fiestas una delegación. Filipo lo entendió como una descortesía y exigió de los atenienses una explicación y un reconocimiento formal de su título anfictiónico. Atenas ya no tenía fuerzas para mantener un orgullo testimonial que le supusiese riesgos irreparables. Se disculpó, y Demóstenes convenció al pueblo de que era imposible emprender otra guerra contra casi todos los estados griegos.

OPINIONES EN ATENAS TRAS LA PAZ DE FILÓCRATES

El crecimiento del poder de Macedonia, su papel de árbitro de los conflictos griegos a través de la institución panhelénica de la anfictiónía de Delfos ha llevado a suponer que en Grecia se creó un partido filomacedónico. Es lógico pensar que en muchos Estados griegos surgieran personas, tocadas, quizá, por el oro macedónico, que se constituyesen en defensores de la política de Filipo. Pero lo cierto es que salvo en el caso de Atenas en donde la información es menos opaca, sabemos muy poco al respecto. En el caso ateniense algunos historiadores modernos suponen que frente al crecimiento macedónico la opinión pública estaba dividida en dos tendencias mayoritarias pro-macedónica y anti-macedónica lideradas por los oradores Esquines y Demóstenes respectivamente. No se puede decir que Esquines fuese un acérrimo partidario de Filipo. En ello posiblemente haya mucho de creación intencionada de su enemigo Demóstenes. Éste, innegable defensor de la Paz de Filócrates del 346 a. de C., procuraba ahora poner todas las trabas posibles a la paz y mostrar a los atenienses que Filipo la había violado. Lógicamente no todos en Atenas aceptaban las sugerencias sembradas por Demóstenes, y esto los convertía en personas inclinadas y partidarias de Filipo. Pero es difícil pensar que Eubulo y sus partidarios, preocupados por las finanzas de Atenas y exponentes de una política moderada para que no cayesen sobre Atenas desgracias irreparables, lo fuesen. Indudablemente, Filipo tenía partidarios en Atenas. Lo era el viejo y utópico Isócrates. En el 346 a. de C. había escrito su *Filipo* en el que recogiendo sus anteriores ideas recomendaba a Filipo (*Filipo*, 16) «tomar las medidas pertinentes para alcanzar la paz entre los griegos y asumir la dirección de la lucha contra el bárbaro». Pero nada indica que este tipo de ideas calaran en la masa social ateniense ni mucho menos prendieran en el grupo de Eubulo, que todavía mantenía, aunque cada vez menos, la influencia sobre Atenas.

Eran pues Demóstenes y sus partidarios los que propalaban la amenaza de que había gentes partidarias de Filipo y contrarias al sistema democrático. Unían e identifi-

caban hábilmente la amenaza y el peligro exterior de Atenas con el peligro de su sistema político. A quien apoyaba a Filipo se le tildaba vagamente, de esta forma, de contrario a la democracia. Con ello Demóstenes no hace más que utilizar las armas que a todos proporcionaba el sistema democrático: descalificar al contrario utilizando la libertad de palabra garantizada por este sistema político. Aunque en las acusaciones de Demóstenes hay un fondo de verdad, este fondo está magnificado como consecuencia de la confrontación política habitual en la democracia ateniense. Por esta razón resulta difícil concluir que todos los oligarcas y moderados fuesen partidarios de Filipo o que los demócratas radicales fuesen antimacedónicos. No obstante, era un cliché útil a esgrimir contra los oponentes políticos que tenían ascendencia o luchaban por tenerla.

Y mucho de esto hay en el enfrentamiento de Demóstenes contra Esquines. Cuando tras el regreso de la segunda embajada Demóstenes acusó a Esquines de traición y de entendimiento con Macedonia, lo hizo por mediación de Timarco, uno de sus partidarios, con un pasado poco edificante que le hicieron merecedor de *atimía* política. En este oscuro pasado de Timarco se apoyó Esquines para salir absuelto. Pero lo cierto es que a partir del 346 a. de C. la serie de procesos legales de matiz político que agitaron la vida social de Atenas iba consolidando la posición de Demóstenes y debilitando al grupo de Eubulo. Filócrates, el personaje con cuyo nombre se designa la paz del 346 a. de C., fue acusado por Hiperides, amigo de Demóstenes, y condenado a muerte. El mismo Consejo del Areópago intervino para contrarrestar el nombramiento de la Asamblea de Esquines como delegado de Atenas ante Delfos para defenderla de las acusaciones de los de Delos. Acabó siendo nombrado Hiperides, amigo de Demóstenes, en su sustitución. En la costelación de hombres políticos de Atenas la figura de Demóstenes se consolidaba y a ello contribuían las acciones emprendidas por Filipo.

NUEVAS OPERACIONES DE MACEDONIA

Después de la celebración de los festivales píticos del año 346 a. de C. Filipo regresó a Macedonia, pero enseguida surgieron problemas en las fronteras del norte y del oeste del reino. En el 345 a. de C. combatió a los dardanos y en el 344 a. de C. lo hizo con los ilirios (Diodoro, XVI, 69, 7). El jefe de estas tribus ilirias, Peurato, le opuso una tenaz resistencia. Muchos nobles macedonios cayeron en combate y el mismo rey resultó herido. No se puede decir que la expedición proporcionase un triunfo pero al menos las fronteras occidentales fueron consolidadas. Al mismo tiempo, colocaba en el trono del Epiro a su cuñado Alejandro, expulsando del reino a su regente Arribbas. Con ésta y otras medidas Filipo se aseguraba el control sobre todo el Epiro.

En el otoño del 344 a. de C. intervino en Tesalia para terminar con los tiranos que todavía controlaban algunas de las ciudades. En Feras, patria de tantos tiranos, colocó una guarnición macedónica. No sólo se hizo nombrar arconte vitalicio de Tesalia sino que procedió a reformas constitucionales. Tesalia pasó a gobernarse por las *dearquías*, que parecen recordar el sistema impuesto por Esparta en épocas anteriores, es decir el gobierno de cada ciudad por un Consejo de diez personas, aunque en otro sentido también pudiera significar la alianza entre las diez ciudades más poderosas de Tesalia. Rápidamente este sistema de *dearquía*, cualquiera que sea, se transformó en un sistema de *tetrarquías*. La noticia la proporciona Demóstenes (IX, 26): «Pero viniendo a Tesalia, decidme; ¿en qué estado se encuentra? ¿es que Filipo no suprimió las de-

mocracias de las ciudades y colocó las tetarquías para que no sólo ciudad tras ciudad sino familia tras familia padeciesen la esclavitud?». De las palabras de Demóstenes parece desprenderse que se trata de una reforma político-constitucional. Es posible que la haya habido complementariamente. Las tetarquías se interpretan como una reagrupación de las ciudades tesalias en cuatro distritos geográficos gobernados por personas adictas al rey de Macedonia.

Luego, en el 342 a. de C., le tocó el turno a Tracia. Era el ajuste de cuentas que Filipo esperaba contra Quersobleptes. Además, no podía perder de vista la recuperación experimentada por Artajerjes Ocos, rey de Persia, dispuesto a reintegrar a su reino los territorios perdidos. Un entendimiento entre Persia y Atenas siempre era posible y a Filipo esta posibilidad no se le pasaba por alto. En esta región se trabajó a fondo. Se fundaron ciudades, se instalaron poblaciones de otras partes del reino, se mezclaron con la población autóctona mientras se destituía a los príncipes Teres y Quersobleptes. La región se colocó bajo el mando de un «general de Tracia». En la organización de la zona no se miraban a los precedentes griegos sino al sistema persa. Era una región anexionada al reino macedónico bajo el mando de una persona adicta a Filipo.

Entre el 346 y 344 a. de C. no eran muchos ni serios los motivos de queja que la encendida oratoria de Demóstenes podía esgrimir contra Macedonia. Se reducía a una intervención diplomática en el Peloponeso en apoyo de Mesenia y de Argos contra las ingerencias de Esparta y que llegó a inquietar a Demóstenes. Pero las operaciones en Tracia amenazaban de forma más directa y próxima las cleruquías y posesiones atenienses en el Quersoneso tracio. En este aspecto, la sensibilidad ateniense era mayor y el verbo encendido de Demóstenes encontraba más eco. Una expedición compuesta de mercenarios al mando de Diopites fue enviada al Quersoneso. Falto de dinero, recabó recursos de las ciudades de la costa y exigió derechos de peaje a las naves que atravesaban los estrechos. Filipo envió una embajada a Atenas protestando contra las acciones violentas de Diopites y pidiendo su castigo. Demóstenes pronunció varios discursos exculpatorios que la Asamblea Popular ateniense aceptó.

NUEVAS ALIANZAS EN EL CAMINO DE LA GUERRA

Después de la Paz de Filócrates, Filipo hizo intentos de lograr un entendimiento con Atenas que dispase las continuas susceptibilidades de que hacía gala. En el 344-343 a. de C., Pitón de Bizancio llegó a Atenas con una embajada macedónica para tratar de despejar los malentendidos. Notificó que Filipo estaba en actitud complaciente y que no presentaría una resistencia insalvable a modificar algún aspecto de lo establecido en la Paz de Filócrates. La Asamblea Popular sugirió dos enmiendas. Por la primera se proponía que cada parte obtuviera lo que le correspondía con arreglo a derecho y no con arreglo a la circunstancial posesión del momento. Esta distinción entre ocupante y propietario legítimo era adecuada para mantener viva la reivindicación histórica sobre Anfípolis, Potidea y el resto de las antiguas posesiones atenienses. La segunda buscaba garantizar la libertad y salvaguarda de los Estados griegos no implicados en la paz. Sin plantear objeción alguna, Pitón abandonó Atenas para informar a Filipo. Los atenienses enviaron a Hegesipo a Macedonia para que prosiguiera las conversaciones. Filipo se mostró distante y poco receptivo negando que Pitón hubiera re-

cibido poderes en ese sentido. La posibilidad de un arreglo cordial se esfumaba y renacía de nuevo la llama de la susceptibilidad.

Los rumores que llegaban de Eubea, tan próxima al Ática y, por lo tanto, capaz de sensibilizar profundamente a Atenas por cualquier cosa que en ella ocurriese, contribuían a esta susceptibilidad y alarma. Se decía que tropas mercenarias macedónicas habían desembarcado en Eubea y ocupado Portmo, un puerto próximo a la ciudad de Eretria. Indudablemente era un motivo de inquietud para Atenas que pudo contrarrestarlo cuando Calias de Calcis le propuso una alianza defensiva por la que Demóstenes trabajó denodadamente. Eran, además, los momentos en los que, como ya hemos indicado, Filipo intervino en el Epiro a favor de su cuñado Alejandro llevando su dominio hasta la vecindad de Ambracia, que se sintió amenazada.

A estas acciones Calias de Calcis y Atenas respondieron enviando embajadas al Peloponeso con la intención de alimentar la oposición contra Filipo. A algunos Estados como Mesene, Argos, Megalópolis, Mantinea y a algunas ciudades de la Arcadia y a la Liga aquea se les presentó un proyecto de alianza defensiva ante el que se mostraron receptivos. A su regreso a Atenas, Demóstenes y Calias de Calcis presentaron a la Asamblea Popular el proyecto de alianza defensiva.

Las gestiones diplomáticas de Atenas no sólo habían excitado contra Filipo los ánimos de algunos estados griegos entre los que empezaba a insinuarse una cierta necesidad de defensa común sino que Atenas había logrado salir de su aislamiento tan útil a los intereses de Macedonia. Así lo entendió Filipo, pues, tan pronto llegó a Macedonia desde el Epiro, envió a Atenas una embajada provista de una carta de Filipo con nuevas propuestas: ofrecía a los atenienses la pequeña ciudad de Haloneso, arrebatada por Macedonia a los piratas pero que en el pasado pertenecía a Atenas; prometía reconocer la autonomía de los Estados no implicados en la Paz de Filócrates conforme a las propuestas planteadas por los atenienses en la embajada de Pitón; las dos potencias deberían concluir acuerdos comerciales, que después de votados por Atenas se someterían a la consideración de Macedonia, y las dos potencias, además, se encargarían de reprimir la piratería. Los argumentos de la carta leída ante la Asamblea Popular ateniense fueron desmontados convenientemente por Hegesipo y Demóstenes de la forma en que aparece en el discurso VIII del *corpus* de discursos de Demóstenes.

Con el rechazo ateniense a las propuestas de Filipo el entendimiento resultaba inviable. Eran los tiempos en los que, como hemos visto, Filipo marchó a Tracia y atacó a Quersobleptes. Los atenienses, a su vez, enviaron al Quersoneso nuevos clerucos y tropas bajo el mando de Diopites. La ciudad de Cardia, antigua posesión ateniense, pero ahora aliada de Filipo, se negó a admitirlo. La falta de recursos obligó a Diopites a requisar dinero, a exigir peaje a las naves comerciales y a atacar a Cardia. Las protestas de Filipo no dieron resultado, pues Demóstenes asumió la defensa de Diopites, que había actuado, en opinión del orador, en aras de los intereses de Atenas. Ambas potencias evitaban el entendimiento y, por el contrario, aprovechaban los motivos de tensión.

En Eubea los acontecimientos se estaban desarrollando con gran rapidez. Aunque Oreó y Eretria formaban parte de la Liga patrocinada por Calias de Calcis, sus problemas internos no se terminaron. En el 343 a. de C. Cleitarco, tirano de Eretria, se vio en la necesidad de pedir la ayuda de Macedonia, que envió a 1.000 mercenarios a las ordenes de Hipónico. Las tropas macedonias se apoderaron de Portmo, puerto próximo a Eretria, y consolidaron momentáneamente la posición del tirano. Por dos veces

más tuvieron que prestarle ayuda. En Oreó la oposición al tirano Filístides la encabezó Eufreo y su represión exigió también la intervención de un ejército macedonio. Parecía que Filipo aseguraba la mayor parte de la isla con tiranos adictos. Pero Atenas, que desde el 341 a. de C. tenía una alianza con Calias de Calcis, envió un ejército expedicionario a la isla al mando de Cefisofonte. Unido a las tropas de Calcis atacaron Oreó y liberaron la ciudad. En ese mismo año otro ejército ateniense hizo lo propio con Eretria. La confederación de Eubea, anteriormente patrocinada por Calias, volvía a funcionar, y Atenas, aliada a la misma, se veía respaldada por una extensa isla que se declaraba antimacedónica.

En ese mismo año del 341 a. de C. y tras derrotar a los tracios, Filipo se dirigió contra las griegas de la Propóntide y puso de su lado a algunas ciudades de escasa importancia. Sus planes, sin duda, eran más ambiciosos y enseguida salieron a la luz con el ataque a Perinto y Bizancio. Perinto fue asediada. Filipo levantó una torre de 80 codos, muy por encima de la altura de las murallas y desde ella sus tropas lanzaban sus flechas contra los defensores, mientras los zapadores macedónicos embestían con sus máquinas las murallas para destruirlas. Los habitantes de la ciudad sitiada solicitaron la ayuda de Bizancio y de Atenas. La ayuda de Bizancio en material y hombres llegó presta. También el rey de Persia, alarmado por el creciente poderío de Filipo en la zona, hizo llegar a Perinto material de guerra, tropas mercenarias, alimentos y dinero. Los esfuerzos de Filipo por tomar la ciudad resultaban baldíos y decidió cambiar sus planes: parte del ejército se quedó asediando la ciudad y con el resto marchó contra Bizancio. La ciudad se encontraba presta para la defensa y no fue sorprendida. Quíos y Rodas le dieron su ayuda.

Los intentos de Filipo por apoderarse de las ciudades asediadas fracasaban continuamente pese a las avanzadas máquinas de asedio desplegadas y a las tácticas empleadas. Pero no todo era fracaso. La suerte le puso en su mano una baza importante contra Atenas. Para navegar sin riesgos de actos de piratería o de golpes de mano, motivados por la guerra, las naves que traían los suministros de trigo del mar Negro navegaban juntas, estando en todo momento protegidas por la flota de guerra ateniense. Para preparar la singladura los barcos mercantes se concentraban en Hierón para luego, protegidos, hacerse a la mar. En ese año Cares, con sus 40 naves, tenía la misión de proteger a la flota mercante que se estaba concentrando en Hierón a la espera de que llegaran las últimas naves para emprender la navegación rumbo al Ática. Aprovechando el momento en que Cares se había dirigido a parlamentar con los sátrapas, Filipo cayó de improviso sobre la flota mercante y se apoderó de 230 naves cargadas de trigo. Esto suponía la guerra. Así lo interpreta Demóstenes (XVIII, 139): una vez que Filipo robaba las naves, saqueaba el Quersoneso y se dirigía contra el Ática, nada hay dudoso, la guerra se nos echaba encima. Los atenienses tiraron al suelo la estela en la que estaba grabado el texto de la Paz de Filócrates. Se vivía el ambiente de guerra que Demóstenes y su grupo habían sembrado. En esos días de efervescencia, Demóstenes aparece como el gran protagonista. Incluso fue elegido comandante de la flota. Ésta intensificó sus actividades y bajo el mando de Cares libró a Bizancio de su asedio marítimo. No era en el mar en donde Filipo deseaba presionar sino en tierra. Pero para ello necesitaba asegurar antes su frontera del norte en los lugares en donde los escitas la desbordaban una y otra vez. Contra ellos dirigió Filipo su ejército sin resultados espectaculares, aunque durante algún tiempo la frontera quedó asegurada.

Decididos los atenienses a combatir, emprendieron una serie de medidas tendentes a reforzar su capacidad combativa. La ley de Periandro respecto de las *simmorias* trierárquicas fue suprimida y se retornó al antiguo sistema, en la idea de que de esta manera se obtenían más recursos. También los fondos destinados para los festivales pasaron a engrosar las partidas destinadas a actividades militares. Atenas se preparaba conscientemente para la guerra.

En el 339 a. de C. los adversarios de Atenas encontraron un motivo para causarle problemas. Los locrios de la pequeña localidad de Anfisa acusaron a los atenienses ante el Consejo de la anficciónia de Delfos porque después de los destrozos de la tercera guerra sagrada habían ofrecido en el templo de nueva construcción dos escudos que llevaban la inscripción: «Los atenienses, como botín de los medos y tebanos, cuando pelearon juntos contra los griegos». Se pedía para los atenienses un castigo de cincuenta talentos. Una dedicación con una inscripción de esa guisa era un acto de provocación a los tebanos, pero hasta entonces nadie había protestado. La sombra de Tebas más cerca, y la de Filipo más lejos, estaban detrás de la acusación. Los delegados atenienses de aquel año en el Consejo anfictiónico, Midias y Esquines acusaron a su vez a los habitantes de Anfisa de haber cultivado el suelo sagrado de Cirra. El Consejo invitó a todos los delfios de edad militar a ir al día siguiente a saquear las cosechas sembradas en tierra sagrada. Pero los de Anfisa tomaron las armas y se defendieron. Al día siguiente, Cotifo, *hierommemon* (delegado) tesalio, reunió la Asamblea, que decidió que todos los estados miembros de la anficciónia enviaran representantes para una asamblea extraordinaria que se celebraría en el verano. Los delegados deberían venir con instrucciones encaminadas a tomar medidas punitivas contra los de Anfisa.

Cuando Esquines llegó a Atenas para notificar lo decidido, Demóstenes lo atacó con dureza acusándole de que pretendía traer a Atenas la guerra sagrada. La Asamblea decidió enviar delegación a todas las reuniones regulares del Consejo anfictiónico pero no acudir a la extraordinaria que se había decidido. Tampoco Tebas, ligada a Anfisa, envió sus delegados a la sesión extraordinaria. Es posible que Filipo, ocupado en sus operaciones militares al norte del Egeo, manejase desde lejos y por medio de los delegados afectos los asuntos de la anficciónia, buscando enfrentar a Tebas y Atenas. La ausencia de ambas potencias de la sesión extraordinaria del Consejo era una coincidencia ocasionada por motivos distintos pero que contribuía a limar los mutuos resentimientos.

El resto de los estados miembros acudieron a la asamblea, y al mando del tesalio Cotifo decidieron enviar una expedición militar contra Anfisa. La ciudad aceptó pagar una multa pero, tan pronto se retiró el ejército de la anficciónia, se negó a dar satisfacciones. Ante esta actitud el Consejo anfictiónico en su sesión de otoño, que fue adelantada en un mes, decidió invitar a Filipo a que llevara la dirección de la guerra sagrada como general supremo de la anficciónia. Había sonado la hora de la decisiva intervención de Filipo en Grecia Central.

Filipo no hacía remilgos a la intervención. Conocía que los beocios estaban inquietos y resultaban ya poco seguros. Quizá en el 339 a. de C. es cuando los tebanos desa-

lojaron la guarnición macedónica de Nicea. Al poco de su nombramiento, Filipo se puso en camino. Para evitar Nicea tomó una ruta interior, ocupando la fortaleza beocia de Elatea. Con ello creaba una seria amenaza a Tebas, pero también en Atenas la conmoción producida por la ocupación fue muy grande: «era la tarde cuando alguien llegó a los pritanos con la nueva de que Elatea había sido capturada. Al momento algunos de ellos que estaban cenando se levantaron de la mesa e hicieron salir a los comerciantes de sus tenderetes y les prendieron fuego otros fueron a buscar a los estrategos y dieron el toque de alerta. Toda la ciudad se conmocionó» (Demóstenes, XVIII, 169). Demóstenes hizo un análisis de la situación ante la Asamblea Popular. La ocupación de Elatea era una amenaza para Atenas, que estaba en guerra con Filipo, pero también lo era para Tebas. Se hacía preciso enviar una embajada a Tebas para proponerle una alianza. La Asamblea aceptó la propuesta de Demóstenes y con otros nueve ciudadanos lo envió como delegado antes Tebas. Allí se encontraron con emisarios macedonios que solicitaban de los tebanos permiso para atravesar Beocia, prometiéndoles un rico botín en el caso de que Atenas fuese derrotada. Tebas se encontraba en un dilema, pero el verbo fácil de Demóstenes logro inclinarlos del lado ateniense. El precio de la alianza no era pequeño. Atenas hizo grandes concesiones. El mando de las tropas en tierra lo tendrían sólo los tebanos mientras que en el mar se alternarían los dos estados. Además, Atenas corría con los dos tercios de los gastos de la guerra en tanto Tebas respondía de un solo tercio.

Los atenienses enviaron inmediatamente sus tropas a Beocia y con las otras de esta región establecieron un cordón defensivo que impedía a Filipo penetrar más allá de la línea de Tebas y Anfisa. Enviaron también embajadas a los Estados griegos con la idea de conseguir una gran alianza defensiva contra el macedonio. Las ciudades del Peloponeso también fueron tocadas por Filipo. Mesenia, Arcadia, Elide, Argos y Esparta se inclinaron por la neutralidad esperando el desarrollo de los acontecimientos. Atenas y Tebas, no obstante, contaron con el apoyo de Eubea, Acaya, Mégara, Corinto, Acarnania, Léucade y Corcira. Al ejército de Filipo se le unieron tropas etolias, a las que se había prometido la posesión de Naupacto, posiblemente algunos contingentes de los focidios y los locrios orientales.

El ejército de Filipo avanzó tomando Anfisa, Quereto y Naupacto. Brindó a Tebas y a Atenas una nueva posibilidad de paz, pero la suerte estaba echada y se dejaba al resultado de las armas. En verdad la batalla de Queronea del 338 a. de C. resultó decisiva. En el enfrentamiento los atenienses, que ocupaban el ala izquierda, combatieron contra el destacamento macedónico mandado por Filipo y llevaban las de ganar pero el ala derecha ocupada por los tebanos cedió ante el empuje de la caballería macedonia mandada por Alejandro. Los atenienses se vieron cercados por el enemigo. Muchos cayeron en el combate y la mayoría fueron hechos prisioneros. Filipo renunció a la aniquilación total. Soñaba con la unión de toda la Grecia contra Persia.

CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE QUERONEA

Tras la derrota de Queronea, Atenas se sumió en el pánico. Eran momentos de inquietud colectiva y en esta circunstancia no había reparos en sugerir las propuestas más audaces e ilógicas. Hiperides propuso un decreto en el que se prometía la concesión de la libertad a todos los esclavos que colaborasen en la salvación de la ciudad;

otros pretendían conceder poderes excepcionales al aventurero Caridemo. El Areópago, que mantuvo la cordura, logró imponer su criterio y dotó a Foción de plenos poderes. Hombre equilibrado y sensato comprendió que, aunque Atenas mantenía una superioridad por mar, la salvación estaba en el entendimiento con Filipo. Éste ya había iniciado conversaciones exploratorias con el ateniense promacedónico Demades, que se encontraba prisionero en manos macedonias. Atenas se decidió por entablar conversaciones. Envió una embajada de tres personas, Esquines, Demades y Foción para negociar la paz.

Con arreglo a ésta, la Liga marítima ateniense quedaba disuelta pero Atenas mantenía bajo su jurisdicción las cleruquías de Lemnos, Imbros, Esciros, Delos y Samos. Atenas renunciaba a las ciudades del Quersoneso tracio y de la península Calcídica pero recuperaba la ciudad de Oropos, que, arrebatada a Tebas, pasaba a pertenecer a Atenas. Era una forma de castigar a Tebas. Su merma de prestigio y poder fue grande, aunque parece que la Liga de Beocia no desapareció pues más adelante aparecen mencionados los beotarcas.

También Esparta sufrió amputaciones territoriales que fueron entregadas a ciudades como Mesene, Argos, Megalópolis y Tegea. Se trataba de meros reajustes territoriales, ni grandes ni generalizados. La verdad es que no se necesitaba proceder a grandes ingerencias en las ciudades griegas. Por propia inercia, tras Queronea, muchas ciudades auparon al poder a gentes partidarias de Macedonia. Le bastaba con colocar guarniciones macedónicas en los lugares más calientes como en Tebas (en la Cadmea), en Corinto, en Calcis y en Ambracia. Ni siquiera necesitó dividir las grandes confederaciones. Ya hemos indicado que quizá la Liga de Beocia no fuese disuelta y por supuesto no lo fueron la de Eubea, Arcadia y Acaya. La de Etolia lo fue por algún tiempo, debido quizá a una medida de represalia por haber arrebatado Naupacto a la Liga de Acaya.

En la primavera del 337 a. de C. Filipo envió embajadas a las ciudades de Grecia proponiendo la reunión de un congreso que debía celebrarse en Corinto, con objeto de que se ratificara la paz.

Todos los Estados griegos enviaron a Corinto sus representantes excepto Esparta, que se negó porque una vez más se garantizaba la existencia de Mesene. Con arreglo a este tratado de paz, los griegos estaban obligados a respetar la libertad y autonomía de las ciudades griegas. ¿Cómo entender esta autonomía en aquellos estados que estaban soportando una guarnición macedónica? ¿Se la consideraba eufemísticamente como tropas pacificadoras necesarias a la consecución de la paz común?

Los estados que enviaron delegados a Corinto constituyeron una organización permanente conocida como Liga de Corinto. Se dispone de la inscripción, bastante fragmentada (Tod, 177), en la que se recogen las condiciones de la paz y en la que se constatan algunos de los estados que la juraron, junto con unas cifras enigmáticas interpretadas como el número de votos que correspondía proporcionalmente a cada estado o como el número de tropas que contribuirían a la causa común en caso de movilización. El órgano de la Liga lo constituía el *synedrion* de los helenos. El *synedrion* tenía capacidad para declarar la guerra y la paz, imponer tasa y movilizar a las tropas de los Estados componentes de la Liga.

Filipo fue declarado comandante supremo de las fuerzas federales y, de acuerdo a su intención y sugerencia, el *synedrion* declaró la guerra a Persia como un acto de venganza por la destrucción por Jerjes, nada menos que en el 480 a. de C., de los santuarios griegos. Una avanzadilla de 10.000 hombres al mando de Parmenion y Atalo fue

enviada a Asia Menor. Cícico, Quíos y Éfeso les abrieron las puertas como a libertadores. Pero el destino no iba a permitir que fuese Filipo el conquistador de Persia. Cuando en el verano del 336 a. de C. estaba celebrando en Egos el matrimonio de su hija con Alejandro del Epiro fue asesinado por Pausanias, uno de los componentes de su escolta. Parece que el asesino obró por iniciativa propia pero tampoco resulta difícil de concebir que tras esa mano se ocultasen las intrigas y el resentimiento de su mujer Olimpia y de algún sector de la aristocracia macedónica.

CAPÍTULO XXV

LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS

VALORACIÓN DE LA RIQUEZA Y DEL TRABAJO

La sociedad de las ciudades-estado ofertaba o recibía a través del comercio los productos de consumo necesarios a la subsistencia de la comunidad y los que contribuían a hacer más agradable la existencia. Pero no todos los miembros de las comunidades políticas disfrutaban de las mismas oportunidades económicas ni tampoco en la misma forma y proporción. Con las peculiaridades correspondientes a la realidad de cada Estado, y el caso de Esparta era especial, las diferencias de fortuna anidaban en el seno de las comunidades griegas en ellas. Junto a las oportunidades económicas se daba también una escala de valores de contenido moral y ético, a través de la cual se medían aquellas y a las personas que las disfrutaban o pasaban a disfrutarlas. En el régimen aristocrático, fase constitucional por la que pasaron las ciudades-estado griegas, las invectivas de los miembros de la aristocracia contra los que han tenido acceso a la riqueza y reclaman mayor reconocimiento político se dejan sentir en Teognis (vv. 54 y ss.): «Los que en otro tiempo no conocían ni derecho, ni leyes, buenos tan sólo para usar alrededor de sus costillas pieles de cabras y para pastar fuera de los muros como ciervos, éstos son ahora los buenos; las gentes honradas de antes se han convertido en gentes sin valor. ¿Quién podrá soportar este espectáculo?».

Pero la riqueza, al margen del uso que se haga de la misma, que entraría en el terreno de la moral, estaba ahí, se deseaba, era necesaria para la vida y, además, daba prestigio y reconocimiento social. Odiseo (*Odisea*, XI, 358-360) está dispuesto a permanecer un año sin marcharse ya que «más conveniente será llegar con las manos llenas a la patria querida, porque de esta manera seré más amado y estimado entre los hombres».

Las sociedades antiguas valoraban la riqueza y sentían muy poca preocupación e interés por el pobre. En la mayoría de los estados griegos riqueza, prestigio, disfrute de los derechos políticos y acceso a las altas magistraturas van a ir, por regla general, muy unidas. Será la democracia ateniense la que producirá una ruptura en la tendencia y la que permitirá la promoción de los pobres. Tucídides (II, 37) pone en boca de Pericles las siguientes palabras: «de acuerdo con nuestras leyes, cada cual está en situación de igualdad de derechos en las disensiones privadas, mientras que, según el renombre que cada uno, a juicio de la estimación pública, tiene en algún respecto, es hon-

rado en la cosa pública; y no tanto por la clase social a la que pertenece como por su mérito, ni tampoco, en caso de pobreza, si uno puede hacer cualquier beneficio a la ciudad, se le impide por la oscuridad de su fama». Hay algo de verdad en este programa democrático y el propio pueblo ateniense con los votos en las asambleas y participación en los engranajes del poder, daba vida real, pero limitada, a esos principios teóricos. Pero, en realidad, si pasamos revista a la nómina de los líderes de las distintas tendencias políticas que nutren la democracia ateniense, comprobamos que fueron gentes de las clase superiores o adscritos a ellas.

Es cierto que la democracia ateniense otorgaba derechos políticos a ricos y pobres y que el sistema democrático se basaba en la libertad. En este sentido, Atenas, más que ningún otro estado de la Antigüedad se las ingenió para ensanchar el campo de acción en el que se desarrollaba la libertad. Pero, aunque la libertad en el fondo encierra un concepto unitario, presenta en la práctica matices diversos. Hay una libertad externa consistente en la independencia de un estado o estados respecto de otros también independientes. En este sentido, los estados ordenados y modelados bajo los más diversos principios políticos, incluidos los tiránicos, y asociaciones colectivas han aspirado y luchado por este tipo de libertad. Su ejemplo más característico está en el enfrentamiento de los estados griegos contra los persas. Esquilo en su obra *Los Persas* decía: «Hijos de los Helenos, ¡levantaos! Luchad por la libertad de vuestra tierra, por la libertad de vuestras mujeres e hijos, por los templos de los dioses y las tumbas de los antepasados». Pero no es esa la libertad a la que queremos referirnos ni tampoco a la libertad de una comunidad contra el dominio y el despotismo que Atenas simbolizó en el tiranicidio de Harmodio y Aristogitón. Nos referimos a la libertad individual dentro del Estado, que también tiene sus matices, y que le relaciona con los diversos grados de riqueza, derechos políticos y oportunidades políticas que estamos considerando.

El sistema democrático, teniendo las leyes como normas supremas, igualaba ante las mismas a todos los ciudadanos. En este sentido les otorgaba la libertad contra el miedo del poder y de la arbitrariedad. Pero este tipo de libertad tiene poco que ver con lo que en tiempos modernos se conoce como «libertad del hambre y de la miseria». Un esclavo, atendido por su amo, podía gozar de esa «libertad del hambre» sin disfrutar por ello de libertad política, mientras que a un ciudadano sumido en la miseria nadie le negaría sus derechos políticos y, sin embargo, no se puede decir que gozaba de esa «libertad del hambre». En los tiempos actuales, sin un mínimo económico, la libertad política sería una mera palabrería.

En la Antigüedad el disfrute y ejercicio pleno de la libertad política estaban condicionados por dos requisitos importantes que estaban interrelacionados: ser independiente en el sentido de no estar condicionado por la falta de riqueza o por la necesidad de realizar un trabajo y, por el otro, disponer de tiempo para el ocio.

Aristóteles (*Retórica*, 1367 a) considera que no es signo de distinción ni de alabanza realizar trabajos y actividades serviles. Para esta época todavía los griegos conservaban de épocas anteriores el desprecio por las personas que dependían de otros para percibir un salario y para alimentarse. Los espartanos que vivían del lote de tierra asignada que trabajaban los ilotas no realizaban ninguna actividad económica, y por supuesto no eran los únicos. En otros estados las posturas no eran tan extremas, pero seguían manteniendo un cierto desprecio al trabajo dependiente frente a otras ocupaciones. La ociosidad del ciudadano, pese a que Atenas estaba provista de una ley contra la ociosidad, era una meta deseada. La anécdota recogida por Plutarco es un indicio en

este estado de cosas: «En una ocasión un espartano se encontraba en Atenas un día en el que los tribunales funcionaban y se enteró de que se había condenado por holgazanería a un ciudadano... entonces el espartano pidió que le presentaran a aquel hombre "condenado por haber vivido como hombre libre" hasta tal punto los espartanos estaban convencidos de que no correspondía más que a los esclavos ejercer un oficio y trabajar para ganar dinero».

El hombre alcanzaba su mayor dimensión de libertad cuando podía desarrollar su vivir cotidiano sin una dependencia económica de otro. Eran los ricos los que se veían libres de la dependencia del trabajo y los que podían vivir de sus ingresos y disfrutar de ocio suficiente para invertirlo, si lo deseaban, en las tareas y en la participación política. El resto de la población, aunque no fuesen los pobres de solemnidad que dependían continuamente para su subsistencia de la eventualidad de un trabajo, debían explotar sus propiedades directamente o por medio de otros. Pero, tanto si tenían que trabajar directamente en sus propiedades como si supervisaban el trabajo de otros, eran personas que tenían su tiempo total o parcialmente mermado para dedicarse a las tareas políticas.

Es cierto que en la democracia ateniense la servidumbre de muchos ciudadanos forzados por necesidades económicas a dedicar su tiempo al trabajo y no a la actividad política se vio contrarrestada por la práctica del *misthos*, esto es, subvenciones por asistencia a la Asamblea y por participar en los jurados. Pericles estableció la remuneración de los jurados y la extendió a otros cargos públicos, tanto los elegidos por sorteo como los designados. La elección por sorteo de algunos cargos y su remuneración por los servicios era un instrumento que permitía una mayor participación de los ciudadanos en los asuntos públicos, procedimiento que para Platón corrompía al pueblo (*Leyes*, 694 a-701 d).

Pese a esa apertura a los ciudadanos de los cargos y su remuneración, desconocemos, no obstante, por ejemplo, la proporción de la gran masa de pobres que lograron ser elegidos para el Consejo (Boulé). No cometeríamos quizá un grave error si concluyésemos que los desheredados de la fortuna apenas lo lograron pese a la posibilidad teórica.

Estas remuneraciones no alcanzaron a toda la población. El pago por la asistencia a las asambleas se aplicaba tan sólo a los miembros necesarios para alcanzar el quórum requerido. El dinero que se entregaba por la asistencia a la Asamblea no era suficiente como para hacer de él un medio de vida. Pero en Atenas había ciudadanos que pasaban por momentos amargos y vivían en situaciones muy precarias. La Guerra del Peloponeso obligó a la población campesina a refugiarse en Atenas y a contemplar impotentes cómo el enemigo saqueaba sus campos. No podían trabajar sus tierras y disponían forzosamente de tiempo libre que podían dedicar eventualmente a las actividades políticas asistiendo a las asambleas. En ellas no sólo se discutía el desarrollo de la guerra, tan unida a su amarga situación, sino que con la asistencia a la misma conseguía ese colectivo el subsidio necesario para subvenir a sus necesidades perentorias.

Algunos de los ciudadanos forzados a permanecer encerrados en Atenas han podido elegir ese camino. Pero hay que pensar que las situaciones de guerra movilizaban muchos recursos necesarios para una economía de guerra y brindaban posibilidades de trabajo en los astilleros y en las fábricas de armas. El reciclaje de parte de la población campesina como artesanos no resultaba difícil ni los campesinos psicológicamente ofrecían a ello gran resistencia ya que la percepción del jornal era más constante y la cuan-

tía más elevada. Por otro lado, otro gran porcentaje del campesinado fue absorbido por las tareas militares que también estaban subvencionadas. Pero esto era otro modo de dependencia económica que limitaba en la práctica una asidua dedicación a las tareas políticas.

En definitiva, pese a que había opiniones antiguas contrarias a la riqueza e incluso militancias activas que la despreciaban, la riqueza en Grecia, en cuanto instrumento que daba independencia, prestancia y ocio suficiente, estaba altamente valorada.

OTRAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS

Cuando se habla de productos destinados a la venta y a la exportación, nos estamos refiriendo a actividades desarrolladas en las ciudades. En el campo, generalmente, salvo en caso de que se necesitase un producto que los propios habitantes no pudiesen satisfacer, todo lo que se necesitaba para el desarrollo de la actividad económica cotidiana se elaboraba y producía en casa, con la mano de obra libre o esclava de que se disponía. Como los instrumentos utilizados en el trabajo campesino no eran muy complicados, lo usual era que ellos mismos los fabricasen y reparasen. Esto hacía que los miembros de una familia campesina fuesen capaces de realizar trabajos muy diferentes: sembrar, cosechar, moler, hacer el pan, fabricar sus herramientas y arado, hacer su calzado, vestidos, etc.

También en la ciudad algunas de estas actividades —elaboración del pan, hilado de la lana, confección de los vestidos, etc.— se pudieron realizar en casa, pero la ciudad era ya otro mundo de dimensiones muy diferentes en la producción de objetos diversos y en la capacidad de consumo de los mismos. Indudablemente, dentro de este consumo se encontraban los productos manufacturados que ella misma producía o que importaba de otros lugares. Las ciudades eran, pues, canalizadores de las exportaciones de aquellos excedentes agrícolas de su zona y de los productos manufacturados generados por ella misma y focos de atracción de aquellos productos que necesitaba la ciudad y su entorno agrario.

El ideal era que un estado tuviese de todo, que generase y produjese todo lo que necesitaba, pero eso, ciertamente, era una ambición utópica. Las ciudades no eran autosuficientes y necesitaban materias primas, artículos suntuarios e incluso esclavos, todo lo cual había que pagar con productos o con dinero obtenido con la venta de los productos de que se disponía. Las ciudades del tipo de Tebas, que guardaban con su entorno una relación eminentemente agraria y cifraban en la agricultura su mayor fuente de riqueza, ofertaban productos agrarios. Otras, apoyadas en una posición geográfica envidiable a lo largo de las rutas comerciales, con buenos puertos, habían desarrollado abundantemente el sector de servicios y se habían especializado en alguna actividad económica o en la elaboración de algún producto por el que destacaban en el mercado.

Antes de las Guerras Médicas, los centros comerciales más activos estaban localizados en las ciudades griegas de Asia Menor. Sólo algunas ciudades-estado de la Grecia continental mantenían un auge semejante. Con la derrota persa, el centro económico se desplazó en parte a Grecia continental. Egina, Corinto y Atenas fueron ciudades de gran importancia económica. Corinto gozaba de una posición privilegiada, abierta a dos mares, que hacía de ella un centro distribuidor de productos comerciales para las ciudades griegas del Mediterráneo occidental y oriental. Atenas, que ya destacaba en el

siglo VI por la exportación de cerámicas, tras la derrota persa, alcanzó un gran desarrollo económico e incorporó parte del comercio que realizaba la isla de Egina cuando la derrotó y la obligó a entrar en la Liga aticodélica.

El desarrollo económico experimentado por las ciudades griegas durante el siglo V a. de C. se plasmó en un auge sin igual de las actividades artesanales y comerciales que trajeron como consecuencia un aumento sensible de su población libre y esclava.

Egina y Quíos eran centros mercantiles. Quíos destacaba en el comercio de esclavos (Aristóteles, *Política*, 129 I b); Corinto, en el siglo VI a. de C., exportó gran cantidad de cerámica; Rodas, de gran importancia en las rutas comerciales como lugar de carga y descarga de mercancías de otros lugares, destacaba por su producción de armas (Diodoro, XX; 84), el Estado de Beocia, por sus escudos (Poll., I, 149); Calcis, por sus espadas (Athen., XIV, 627 b); Mileto, por su lana y por sus talleres para tratar la lana (*Escol. ad Aristoph. Ran.*, 542); y Argos, por sus cráteras (Her., IV, 152).

El trabajo artesanal no ocupó en la vida económica y política de todos los estados griegos el mismo lugar. En Esparta, y en otras ciudades como Tebas, Tespiaso Epidaurio, se condieraba que el ejercicio de su actividad artesanal reducía en cierta manera la capacidad cívica. Por el contrario, en otros estados, la actividad artesanal estuvo ampliamente desarrollada. En el Ática, no se tiene noticias, excepto para la cerámica, de que se hayan realizado exportaciones sustanciales de productos manufacturados; la demanda interior hizo florecer los talleres dedicados a la fabricación de armas, a la construcción naval, muebles, materiales para los edificios públicos, cerámica, etc. Pero esto mismo ocurría en otros muchos estados en los que los artesanos y operarios procuraban dar satisfacción a las necesidades y demandas de productos surgidos en sus propios estados. Y, así, debieron de existir talleres de construcción naval en aquellos Estados que disponían de importantes flotas. Algunos Estados, además, destacaban por varios productos, como Samos por su metalurgia y confección de vestidos, Mileto por sus telas y muebles, etc., lo que en modo alguno quiere decir que fuesen objeto de una exportación cuantiosa.

De la producción de estas ciudades no sabemos gran cosa. No conocemos sus ganancias y difícilmente podemos hacernos una idea de lo que representaba su producción interna y lo que generaban como centro de redistribución hacia otras zonas, de sus propios productos y de otros venidos de fuera, cuya cuantía, aunque fuese a grandes rasgos, también desconocemos. Por otra parte, aunque destacan en la producción de un objeto, que es el que básicamente conocemos, la valoración que del mismo hacen las fuentes de información no es de carácter cuantitativo sino cualitativo. Se destaca la excelencia del producto, pero no la cantidad de producto exportado. Se puede pensar razonablemente que, si se trata de la exportación de productos como espadas, escudos, etc, que se pueden elaborar y se elaboran también en otros lugares, aunque de peor calidad, dicha exportación de productos de calidad no debió ser cuantiosa. Qué suponía realmente la exportación de ese o esos productos de calidad en el contexto de la producción interna de un estado en relación a la producción agrícola y a la de otros productos manufacturados, es algo que desconocemos por mor de unas fuentes de información lamentablemente exiguas.

En el caso de Atenas nuestro conocimiento es un poco mayor. Su actividad económica interna conjugaba una producción agraria exceditaria en algún producto y deficiaria en otros, con una producción artesanal importante y una actividad comercial muy desarrollada, tanto para dar salida a sus propios productos e importar los necesarios

como para servir de centro de carga y descarga y de distribución a otras ciudades de productos de todos los lugares.

Pero todo esto es un planteamiento a grandes rasgos porque en cualquier caso estamos lejos de conocer los montantes de las exportaciones e importaciones áticas y mucho menos la proporción favorable o desfavorable que guardaban entre sí. Y esto es así incluso en épocas anteriores en las que los intercambios y variables eran más limitadas. Los griegos no se preocuparon, ni tampoco los atenienses, aun cuando eran dueños de un gran imperio sometido a tributación, de comparar el estado y relación de sus importaciones respecto de sus exportaciones. No era por falta de capacidad, ejemplos sólidos de ello habían dejado en otros aspectos, sino porque no acostumbraban hacerlo. Y, si tal comparación no se realizaba respecto de los productos importados y exportados, con mayor razón no se evaluaban las entradas correspondientes por turismo, si se permite utilizar un término moderno. Atenas, «escuela de Grecia», era visitada por muchas personas que no se cuantificaban ni tampoco las entradas que por este concepto percibía la ciudad.

Una ciudad tan populosa como Atenas, que disponía de grandes reservas de dinero, era el lugar ideal para colocar bienes suntuarios entre las familias ricas. Pero se trataba de unos productos cuya colocación en el mercado dependía del poder adquisitivo de las personas. Si éste disminuye o se altera por circunstancias interiores y exteriores, es de las importaciones de los bienes suntuarios de lo primero que se prescinde.

La ciudad tenía importaciones prioritarias. Atenas era una potencia marítima que estaba a la cabeza de un gran imperio. Su fuerza dependía de su flota. Su construcción, reparación y equipamiento requería ciertas materias, madera, lino, esparto, etc., consideradas como materia estratégica, de las que Atenas carecía o no disponía en cantidad suficiente.

Se trataba de materias primas, necesarias, indudablemente, pero no de forma tan perentoria como la exigencia de alimentar a una población numerosa compuesta de ciudadanos, metecos y esclavos. Las fuentes de información aluden, reiteradamente, con carácter casi paradigmático, a las importaciones de trigo por parte de Atenas, Atenas, en verdad, era un gran estómago que obligaba a importar de forma regular casi dos tercios del trigo que consumía.

En una escala más reducida se encuentra la importación de vinos de calidad. Es verdad que casi la totalidad de la demanda interior se satisfacía con la producción interna. Incluso es posible que hubiese un relativo superávit de vino ateniense, sin significación en la exportación, pues, no se trataba de vino de calidad. Quizá por ello no se encuentren ánforas estampilladas de vino ateniense y sean frecuentes, incluso en Atenas, los hallazgos arqueológicos de restos de ánforas que contenían vino procedente de Tasos, Rodas y Gnido. Algunos atenienses no renunciaban a disponer de vinos selectos de otros lugares ni parece que vieran en este proceder una competencia a la producción interior. Las ciudades que exportaban esos vinos, como indica Demóstenes (XXXV, 35), estaban en su mayoría vinculadas a Atenas: «¡tal es la imprudencia de estos hombres! Pero vosotros, jueces, reflexionad en vuestro interior, si alguna vez supisteis u oísteis decir que algunos han importado para el Emporio de Atenas desde el Ponto vino sobre todo de Cos. Porque yo pienso todo lo contrario: el Ponto se lleva vino de los sitios circunvecinos nuestros, como es de Peparetos y Cos y Tasos y Mende y otras ciudades, en todas maneras: pero del Ponto acá son otras las mercancías que se traen».

La exportación tradicional ateniense fue de aceite de oliva. Y en época de Solón era un producto que no encontró, como otros, impedimentos legales internos que impidieran su exportación. Esto es un indicativo de que el abastecimiento interior estaba suficientemente atendido con la propia producción, que todavía podía exportar parte de la misma. Mas las partidas vendidas en el exterior, aunque se trataba de un producto por el que Atenas tenía reconocida fama, no debieron de ser grandes ni en modo alguno representaban un montante equivalente al del trigo importado. El olivo tuvo una gran difusión en el mundo griego y se cultivó ampliamente entre otros lugares en Creta, Rodas, Samos, Egina y Mileto. Eran estados situados en rutas comerciales que facilitaban la colocación de su aceite en los lugares tradicionales del comercio. El Ática, por su parte, contaba con mucho terreno plantado de olivos y quizá más que esos estados. Pero es posible que ya en el siglo VI el cultivo del olivo en concurrencia con otros cultivos agrícolas casi hubiera alcanzado su tope, o, si continuó creciendo lo hiciera en una proporción muy inferior al aumento experimentado por la población del Ática y, en especial, de Atenas. Una parte importante del superávit alcanzado en otros tiempos debió de orientarse imperiosamente hacia el mercado interior, al menos en proporción parecida al aumento de población. Esto sin contar que en circunstancias no infrecuentes, al menos durante la Guerra del Peloponeso, la tala de los olivos en la cuantía que fuese, mermaba la producción en proporción al daño sufrido; si la destrucción del olivar había sido total, durante siete años no había prácticamente producción, pues este era el tiempo que los nuevos retoños plantados necesitaban para alcanzar una producción normal.

LA TIERRA

En las comunidades primitivas, la agricultura ocupó siempre un papel preponderante. Lo es incluso en estados como el ateniense en donde las actividades comerciales eran muy fluidas y donde el control de las rutas marítimas, a través de las cuales le llegaban los productos de todo el mundo, se asumía como una necesidad inapelable. Esta relación de dominio de las rutas marítimas, de las actividades comerciales y del estado ateniense la pone de manifiesto en la *República de los Atenienses* (II, 7) el denominado Viejo Oligarca: «...al dominio del mar se debe, ante todo, el que hayan introducido diversas modalidades de bienestar por su contacto con otros países, pues todo lo que hay de placentero en Sicilia o en Italia, o en Chipre, o en Egipto, o en Lidia, o en el Ponto, o en el Peloponeso, o en cualquier otra parte, todo eso se ha concentrado en un sólo lugar gracias al dominio de los mares».

La actividad económica de un sector importante de la población de Atenas y del Pireo estaba relacionada con la industria y el comercio. Este tipo de actividades contribuyeron a dar trabajo a unos y posibilitaron el que otros aumentaran sus disponibilidades económicas y alcanzaran mayor realce social.

La relación entre importancia económica y prestigio social y político, más acusada en unos lugares que en otros, jugó siempre un papel importante en la historia de Grecia. Había un factor económico fundamental que diferenciaba al ciudadano del no ciudadano: la propiedad de tierras. En Atenas, ni los metecos, personas libres, extranjerías, residentes en el Ática, ni por supuesto los esclavos, tuvieron acceso a ella. Y esta realidad perduró incluso cuando se suavizaron las medidas referentes a los metecos.

Llegaron a ser propietarios de casas en la ciudad, pero nunca fueron dueños de fincas rústicas.

Todas estas medidas limitativas se explican porque en la sociedad griega había un sentimiento generalizado de que la propiedad de la tierra era un privilegio del ciudadano. Había estados griegos como Tebas, Cirene, etc..., que otorgaban el disfrute de los plenos derechos cívicos sólo a los que poseían tierras. Mas no todos los ciudadanos tuvieron propiedades y, por otra parte, entre los que las tenían había gran desigualdad. El caso de Esparta, que también parece tener diferencias al respecto aunque menos acusadas que en otras partes, resulta un caso atípico. No resulta extraño que en los diversos estados griegos se diesen diferencias en la cantidad de las tierras poseídas por los ciudadanos. No sólo dependía de las disponibilidades de tierra fértil sino también del número mayor o menor de la población ciudadana y de la cantidad de los ciudadanos que llegaban a poseer tierras.

La tierra era un factor económico importante incluso aunque industria, comercio y minas alcanzaron un gran desarrollo económico. Por tanto, en cualquier consideración de la vida económica de Atenas durante los siglos V y IV a. de C. hay que tener presente la producción agrícola y la evolución del régimen de propiedad que se produce a lo largo de su historia.

Al Pireo y a los puertos de otros estados griegos confluían productos de lujo destinados a hacer más cómoda y agradable la existencia de los habitantes y todo aquello que considerasen necesario. La preocupación primordial era que no faltaran productos sin preocuparse para nada —los estados no se sentían acuciados en gran manera por problemas de balance— de compensarlos con las exportaciones.

Productos suntuarios aparte, las importaciones buscaban llenar o completar las deficiencias o insuficiencias, dentro de una comunidad, de un producto determinado. Pero no se abandonaba la producción interior y hubo Estados en Grecia que durante mucho tiempo mantuvieron la aspiración de la autosuficiencia. Incluso un Estado como el ateniense, obligado imperiosamente a la importación de productos alimentarios, cuidó su producción interior. No sólo era una necesidad sino que también lo aconsejaban razones económicas. Porque, por muy reducidos que fuesen en la cuenca del mar Negro los costos de producción de los cereales y alto el rendimiento de sus tierras, los gastos de transporte, la incertidumbre de su traslado por vía marítima y terrestre, encarecía los costos de tal manera que podía igualar en términos reales los costos de la producción interna de cualquier comunidad. No había, por tanto, razones económicas que aconsejasen el abandono de algunos cultivos y su sustitución por medio de la importación comercial. Como ya hemos dicho, la tendencia a la autarquía era un ideal de las comunidades griegas bastante arraigado y, por otra parte, la inseguridad de disponer regularmente de suministros y los riesgos de cualquier transporte en la Antigüedad, desaconsejaban cualquier decisión en este sentido. Cuestión distinta era que el Estado, a pesar de las atenciones prestadas a la producción interior, fuese deficitario, y Atenas lo era, en productos de primera necesidad. En tal circunstancia la necesidad de acudir a las importaciones era algo inapelable.

Atenas, con sustanciales exportaciones de aceite y en menor cuantía de vino, no desatendió su producción cerealista de la que era altamente deficitaria. En consecuencia, una gran parte de su actividad comercial importadora y exportadora guardaba relación con productos agrarios. Y lo mismo cabe decir respecto a sus exportaciones de aceite y de vino. Esto conduce a la conclusión de que los intereses agrarios del Ática

y los comerciales de Atenas y el Pireo no son totalmente opuestos sino complementarios.

Sólo cuando, como consecuencia de los saqueos del suelo ático durante la Guerra del Peloponeso, se produce la evacuación hacia Atenas de la población campesina se origina un mayor distanciamiento entre los intereses de la ciudadanía campesina y el resto de la población urbana. Con los espartanos saqueando cosechas y acechando, Atenas pasa a depender cada vez menos de su producción agraria y cada vez más de su flota, de sus puertos y de todo lo que le llegaba por vía marítima.

Cuando Tucídides (II, 14) relata la evacuación del Ática durante la Guerra del Peloponeso, aclara que la mayoría de la población evacuada era campesina y vivía en el campo: «los atenienses al oírle le obedecieron e hicieron entrar del campo a sus hijos y mujeres y los enseres domésticos en general que utilizaban en el campo, e incluso el maderamen de sus propias casas, que se llevaron; y transportaron a Eubea y las islas cercanas ovejas y animales de tiro. Llevaron con dolor la evacuación porque la *mayoría* de los atenienses había por lo general vivido siempre en el campo».

En el Ática, con una población cuantitativamente numerosa, las áreas dedicadas al cultivo debieron de estar fuertemente pobladas. Otras regiones de Grecia, con pocas ciudades y éstas por lo general junto a vías de comunicación, pero disponiendo de amplio territorio susceptible de cultivo, se puede pensar razonablemente que su población atendía sobre todo a la explotación de la tierra de cultivo.

No resulta fácil emitir una respuesta satisfactoria acerca de dónde vivía esa población propietaria y trabajadora rural ¿Lo hacían juntos en ciudades y aldeas rurales o diseminadas por el campo? Es posible que algunos, sobre todo los que tenían las propiedades más alejadas de la ciudad o de alguna aldea, viviesen en ellas sin buscar la comodidad que daba la vida en comunidad; pero la mayoría de los cultivadores lo harán en ciudades y aldeas saliendo de ellas todos los días a trabajar la tierra. De aquí que el contraste entre las gentes del campo y de la ciudad no aparezca tan claro como se suponía, a no ser que se tomen los extremos implicados en el contraste. La misma Atenas no sólo tenía dentro de ella, a escala más reducida, una especie de «campo dentro de la ciudad» sino que, si nos atenemos a la información que Demóstenes (XLVII, 53) proporciona, según la cual su defendido tenía una propiedad-residencia cerca del hipódromo, es posible que los alrededores de Atenas estuviesen jalonados con propiedades de ese tipo. Pero no todos los casos eran parecidos a éstos. Muchos nobles terratenientes vivían en la ciudad teniendo sus residencias, a lo que parece, en el Cerámico. En el siglo IV son recurrentes las alusiones a esos propietarios, ricos y medianos, que, viviendo en Atenas, van con frecuencia a sus campos. «Llegué inesperadamente del campo», «estando en el campo», «volvía él (Sostrato) del campo» son expresiones utilizadas por Eufileto en el discurso de Lisias (11, 20, 22 respectivamente).

Respecto de la explotación de la tierra, no todos los propietarios adoptaban el mismo sistema. Dependía de la actitud personal hacia la propiedad y de la cantidad de tierra poseída. La aristocracia ateniense y los personajes más significativos de la vida política de la ciudad, al menos hasta la Guerra del Peloponeso, han disfrutado de grandes propiedades agrarias en los límites que éstas tenían en esta etapa de la Historia de Grecia, tan alejados de lo que luego serán los grandes latifundios romanos. Diversos trabajos, entre otros el de J. K. Davies, han prestado atención a estas clases acomodadas. Una parte sustancial de la riqueza de esas familias pudientes la constituía la tierra. Cimón, hijo de Milcíades, de familia aristocrática y pudiente, utilizaba sus propiedades

rústicas y su riqueza para aumentar su popularidad: «quitó las cercas de sus posesiones para que los forasteros y los ciudadanos necesitados pudieran tomar libremente de los frutos lo que gustasen. En su casa había mesa, frugal, sí, pero que podía bastar para muchos cada día; y de los pobres podía entrar a ella el que quisiese, encontrando comida sin tener que ganarla con su trabajo, para atender solamente a los negocios públicos (Plutarco, *Cimón*, 10). El mismo Pericles, que encaminó sus afanes al interés de la ciudad y a la gestión pública, disponía de un sustancioso patrimonio paterno que, al decir de Plutarco (*Pericles*, 16), lo hacía administrar por otro: «Y no porque fuese del todo desperdiciado en cuanto a los bienes; antes, para no abandonar la hacienda paterna tan justamente poseída, ni ocuparse tampoco demasadamente en ella cuando tantos otros negocios le cercaban, estableció la administración que le pareció más fácil y más exacta. Vendía cada año en conjunto los frutos de su cosecha, y después se surtía de la plaza a la menuda de las cosas necesarias para la casa y para el sustento; no dejaba, por tanto, lugar a que se regalasen sus hijos ya crecidos, ni era dispensador profuso con las mujeres de la familia; antes le censuraban este método de la compra diaria, reducido rigurosamente a no gastar más que lo preciso, sin que en una casa tan grande y de tanto tráfico se desperdiciara nada; llevándose así lo relativo al gasto como a la renta con mucha cuenta y medida. El que tenía a su cargo toda esta exactitud era uno de los esclavos llamado Evángelo, de la más excelente índole por sí, o formado por Pericles para este menester». Son precisamente esas propiedades y las casas campestres las que Pericles, con arreglo a la información recogida por Plutarco (*Pericles*, 33), prometía donar al estado ateniense en el caso de que, si los espartanos llegaban a invadir el Ática, la respetasen con el objeto de hacerle aparecer a los ojos de sus compatriotas como una persona sospechosa.

Tanto Cimón como Pericles, ambos propietarios residentes en la ciudad, dejaban a otros la administración de sus bienes patrimoniales. Esto puede ser un indicio de lo que era el comportamiento de muchos propietarios pudientes, que dejaban en manos de otros, bien seleccionados, la administración de sus tierras. Pero también se daba el caso de los que administrando sus patrimonios le dedicaban poca atención (Demóstenes, LV, 11) y no las cultivaban con sus propias manos auxiliados por jornaleros y esclavos. Había otros que, sin participar físicamente en las tareas agrícolas, las supervisaban con la máxima atención. Este es el caso de Iscómaco aludido por Jenofonte en su *Económico* (XI, 15-16). Era un rico propietario, residente en Atenas, que se desplazaba diariamente a sus propiedades para vigilar el trabajo de sus operarios: «si no tengo ninguna obligación en la ciudad, el criado conduce mi caballo a la granja; en cuanto a mí, el camino que yo hago para ir a los campos me sirve de paseo, lo que vale sin duda más que pasear bajo los pórticos de un gimnasio. Una vez llegado a la granja tanto si encuentro a los trabajadores en trance de plantar, arreglando la cerca, sembrando o recogiendo los frutos, examino con detalle cómo se ejecuta el trabajo y corrijo la manera de hacer de los obreros si conozco otra mejor». Jenofonte (*Económico*, V, 4) insiste en la distinción entre los propietarios que cultivan la tierra con sus propias manos (*autourgoi*) y los que sólo atienden su supervisión: «ejercitándose aquellos que trabajan su tierra por sus brazos aumentan su vigor. En cuanto a aquellos que no hacen más que supervisar su dominio, la tierra les da un vigor viril haciéndoles levantarse a buena hora y obligándoles a duras marchas».

Los pequeños propietarios que cultivaban con sus propias manos una porción pequeña del suelo patrio, ayudándose o no en este menester con asalariados o esclavos,

constituían la mayor parte de los propietarios de tierras del Ática. Mas ¿cuántos pudieron ser los propietarios de las tierras del Ática? Es una pregunta difícil de contestar. Dionisio de Halicarnaso en alusión al discurso 34 de Lisias (Dionisio de Halicarnaso, *Sobre las oraciones de Lisias*, 32) dice que en el 403 a. de C. en Atenas, se propuso limitar los derechos políticos a todo ciudadano que poseyera alguna tierra. De acuerdo con esta referencia, si se hubiese aplicado este decreto de Formión, sólo se habrían visto afectados 5.000 ciudadanos. Pero ¿qué se entiende por ser propietario de tierra? En este sentido ¿era suficiente, para ser considerado como propietario, poseer un pequeño huerto en la ciudad en el que las personas, tal vez algunas con otros oficios distintos del de agricultor, cultivaban algún producto alimentario? A partir de la información de la que se dispone resulta difícil establecer la extensión de las tierras atenienses. El número de los 5.000 ciudadanos que se relacionaron con la disposición de Formión no parece elevado si se piensa que la población del Ática, pese al decaimiento de las actividades artesanales y comerciales como consecuencia de la Guerra del Peloponeso, todavía seguía proporcionando abundante mano de obra. Por otra parte, no conocemos el número total de ciudadanos atenienses y consecuentemente el porcentaje relativo que dentro de ella ha podido representar la población propietaria de tierras. Las cifras totales de población propuestas por diversos autores modernos ofrecen diferencias muy sensibles. De ahí que la valoración de la cifra de 5.000 afectados, dentro de unos totales que se desconocen, no permita sacar grandes conclusiones.

Además, al hablar del «imperialismo» ateniense, hemos aludido a las cleruquías en las que los atenienses recibían lotes de tierras fuera del territorio ático. Dentro de una información escasa, espigando aquí y allí, aflora un panorama de propiedades rústicas atenienses. Así, entre las confiscaciones producidas como consecuencia del proceso contra los mutiladores de los hermes, se hallan propiedades en Eubea, Calcis, Histiea y Eretria. Por otra parte, Platón (*Euthyphron*, 4 c) se refiere a las propiedades en Naxos de un ateniense llamado Eutifrón trabajadas por asalariados (peletes): «sin embargo, a decir verdad, a mi servicio estaba el difunto y, como tenemos en cultivo tierras en Naxos, era un hombre asalariado entre nosotros». También Tucídides (VIII, 63) informa que durante la Guerra del Peloponeso los oligarcas atenienses de Samos estuvieron «aportando con entusiasmo de sus haciendas particulares dinero y todo lo demás que hiciera falta». Aunque Tucídides no dice nada de forma explícita, es razonable suponer que muchos de estos oligarcas dispuestos a suministrar dinero y a romper con Atenas, tuviesen ricas propiedades en Samos. Estos y los otros indicios aludidos más arriba permiten dibujar a grandes rasgos cómo era poco más o menos el panorama de la propiedad de la tierra, pero no permiten hacer una valoración exacta de la población agraria ni de la cantidad de parcelas existentes.

Durante la Guerra del Peloponeso la población campesina tuvo que evacuar el Ática y buscar refugio en Atenas. Esto ocasionó que algunas tierras yermas, roturadas para el cultivo, pero que necesitaban reiteradas operaciones de aterrazamiento y consolidación para evitar la erosión, fueran definitivamente abandonadas. Por otro lado, las devastaciones llevadas a cabo por los peloponesios durante la Guerra del Peloponeso contribuyeron a agravar la situación de algunas tierras fértiles cuyos viñedos y olivares fueron destruidos. Su destrucción retardó durante una serie de años la producción de las nuevas plantaciones. Es razonable pensar que algunas tierras, sobre todo las más productivas y ricas, se recuperaran rápidamente para el cultivo, pero otras, las de más bajo rendimiento, se abandonarían. No sólo en los aspectos políticos y sociales, también en

lo económico, el trauma de la guerra se hizo notar. La tierra pasó a ser materia de especulación económica y objeto de compraventa: «existe un método eficaz, dirá Jenofonte (*Económico*, XX, 22), para enriquecerse con la agricultura. Mi padre lo ha puesto en práctica él mismo y me lo ha enseñado. No me dejaba nunca comprar una tierra bien cultivada, pero, si por negligencia o incapacidad de sus propietarios alguna tierra era improductiva o no plantada, es ésa la que me aconsejaba comprar. Las tierras bien cultivadas cuestan caras y no se puede mejorar su rendimiento. Y las que no se pueden mejorar, estimaba, tampoco proporcionan el mismo placer; ahora bien, ver prosperar una propiedad o un ganado, esto da toda clase de alegrías. Y nada se encuentra tan gratificante como una tierra, en otro tiempo improductiva, que llega a proporcionar toda clase de cosechas. Sábetelo bien, Sócrates, continuó Iscómaco, que por nuestra parte ya hemos dado a menudo a algunos dominios un valor cien veces superior de su valor primero».

Esta cita señala uno de los caminos seguidos para el enriquecimiento mediante la especulación con tierras mejorables. Pero el enriquecimiento se alcanzaba también de la venta de las cosechas obtenidas sobre todo si se conseguía un precio elevado. Y parece que estas ganancias no eran pocas si nos atenemos al pasaje de un discurso de Demóstenes (XLII, 19-20).

De acuerdo con los testimonios de que se dispone, durante el siglo IV la compra y venta de tierras eran prácticas habituales. Pero ¿lo eran con anterioridad? Esta pregunta nos introduce en la controversia de si las tierras del Ática eran alienables o no. J. V. A. Fine suponía que las tierras del Ática habían sido inalienables hasta la Guerra del Peloponeso. Las profundas transformaciones operadas durante la guerra habrían contribuido a que desapareciese la restricción que impedía enajenar el patrimonio agrícola fuera del marco de la familia. En el siglo IV a. de C., en el que las fuentes de información son más numerosas, las alusiones a enajenaciones de patrimonios agrícolas no son infrecuentes. Pensar que no lo fueran en época anterior sería llevar la cuestión a una posición excesivamente radical sin contar con datos fehacientemente claros. La realidad es que contamos con unas pocas referencias a veces contradictorias. Hay noticias que aluden a estados que han tomado medidas cautelares para mantener los lotes originarios y evitar que vaya creciendo la desigualdad de los mismos; otras se refieren a la prohibición de venderlos. A este respecto Aristóteles (*Política*, VI (VII), 2) dice: «de cara al intento de hacer del pueblo una comunidad agrícola, no sólo podrían ser útiles algunas de las leyes promulgadas en muchos Estados de los tiempos antiguos, leyes que prohibían la posesión de más de determinada cantidad de tierra bajo unas condiciones, o bien de más de determinada cantidad que estuviera entre determinado lugar y la ciudadela o la ciudad y en los tiempos antiguos, en todo caso, había en muchos estados una legislación que prohibía la venta de las asignaciones o lotes originarios; y hay una ley, que se dice se debe a Oxilo, con una prohibición similar a ésta, que excluía las hipotecas o los préstamos garantizados sobre determinada parte de la finca rústica que pertenecía a un hombre». Este tipo de referencias son las que algunos han utilizado con harta frecuencia y con exageración para afirmar que la propiedad de la tierra seguía perteneciendo al genos. Otros, sin llegar a posturas tan extremas, opinaban que la propiedad no salía del círculo familiar. Tales afirmaciones no se desprenden de forma directa de esas referencias literarias; lo que ellas parecen indicar más bien es que en algunos Estados griegos el derecho de propiedad del padre de familia estaba reforzado. Y este reforzamiento pudo obstaculizar, pero quizá no impedir, la enajena-

ción de las tierras fuera del contexto familiar lo que a la larga facilitó que las familias estuviesen por más tiempo vinculadas a sus patrimonios originales sin que ello suponga un rechazo de la alienabilidad de la tierra, algo de lo que para su aprobación o negación no se cuenta con datos suficientemente decisivos.

Por otra parte, el que los patrimonios agrarios familiares no se vendiesen o que fuese poco frecuente su venta, no impedía que se llegase a un progresivo reparto dentro del contexto familiar. Muchas de las grandes propiedades originales se fragmentaron a lo largo del tiempo para dar paso a pequeños propietarios que trabajaban personalmente la tierra y con la ayuda de algún esclavo y jornalero cuando la recolección lo exigía. Esta masa de pequeños propietarios endurecidos en el trabajo, constituyó la fuerza ateniense que combatió en Maratón. Sus pequeñas propiedades surgieron de la fragmentación por herencia de patrimonios más amplios. No se intentó nada por evitar esa fragmentación. No hubo, por regla general, iniciativas conscientes tendentes a un control de la natalidad que disminuyesen los efectos de la costumbre de dividir el patrimonio de tierras entre los hijos varones habidos en un matrimonio. La costumbre del reparto llevaba inexorablemente a la fragmentación. A esta práctica y a los peligros que conlleva alude insistentemente Aristóteles (*Política*, II, 3): «Y resulta asimismo extraño que, aun igualando las propiedades, el escritor no regule el número de ciudadanos, sino que deja sin control el número o tasa de los nacimientos, suponiendo que quedará suficientemente nivelado sobre una misma cantidad total, debido a los matrimonios sin hijos, aun cuando se engendren muchos hijos, ya que esto es lo que parece tener lugar en todos los estados actualmente. Pero esto debería regularse en el caso supuesto, mucho más de lo que es ahora, pues ahora nadie queda destituido, porque las fincas están divididas entre algún número; pero entonces, puesto que no se permitirá la división de las fincas, los hijos que haya de más carecerán de todo, sean menos o sean más en número. Y se podía pensar que esta restricción debería ponerse en la tasa de natalidad, mas bien que sobre la propiedad, de manera que no se permitiera engendrar más que un número determinado de hijos, y que al fijar su número habría que considerar la posibilidad de que suceda que algunos de los hijos nacidos puedan morir y también la ausencia de otros hijos en algunos matrimonios; pero, por haberse dejado de lado la cuestión, como ocurre en la mayoría de los estados, necesariamente se ha llegado a la pobreza entre los ciudadanos, y la pobreza da lugar a la sedición y al crimen».

La prosperidad del cultivador dependía de la cantidad de tierra poseída, de su calidad, de los factores atmosféricos y de los precios de los productos. En este sentido las ganancias que se sacaban del campo eran buenas si la cosecha obtenida era sustanciosa y los precios de venta elevados. Pero la mayoría de los pequeños propietarios poseían tierras de subsistencia y era poco lo que podían destinar a la venta. Dentro de la exageración propia de la comedia, Aristófanes (*Acarnienses*, 34 y ss.) refleja esa situación: «echo de menos mi pueblo, donde jamás me dijeron: "compra carbón, compra vinagre, compra aceite". La palabra compra era allí desconocida. El mismo lo producía todo. Nada de compra hasta devanaros la cabeza». Pero había otros propietarios, y en el caso de Pericles ya lo hemos visto, que vendían en bloque toda la producción y luego compraban en el mercado cuanto necesitaban para satisfacer las necesidades diarias. Otros propietarios medianos se situaban en una posición en la cual una vez atendidas las necesidades internas de la familia el sobrante de la producción se destinaba a la venta.

¿Quiénes compraban las tierras? Estamos lejos de saber si la iniciativa aludida por Jenofonte respecto a la compra de tierras mejorables estaba bastante generalizada. En cualquier caso se trataba de tierras susceptibles de mejora que una vez conseguida aumentaban sensiblemente su valor. Es decir que sólo las personas pudientes estaban en condiciones de comprarlas desplazando hacia ese sector las pertinentes inversiones de capital. Pero también se compraban tierras ricas y fértiles. Un porcentaje importante de los mojoneros hipotecarios de tierra de los que tenemos noticia parecen corresponder a propiedades grandes. No serían, pues, solamente los campesinos empobrecidos tras la Guerra del Peloponeso los que vendieron sus tierras por deudas. También las confiscaciones como consecuencia del proceso por la mutilación de los hermes nos ponen ante haciendas ricas o relativamente ricas.

La compra de tierras ¿contribuyó a lo largo del siglo IV a la disminución del pequeño propietario? El decreto de Formión del 403 a. de C. sugiere que un gran porcentaje de la población del Ática disponía de tierra en la cantidad que fuese. Pero qué duda cabe que las nuevas roturaciones, la nueva puesta en cultivo de tierras abandonadas, la compra de tierras, que lógicamente serían adquiridas por personas pudientes, han podido contribuir a una ligera concentración de la tierra en pocas manos.

Por lo general las personas pudientes no cultivaban sus tierras con sus propias manos como hacía el propietario pobre. No era lo usual y además la misma extensión de la tierra disponible lo hacía imposible. El procedimiento utilizado era explotarla directamente por medio de personas asalariadas y esclavas o arrendarlas. La mayoría de los alquileres de tierra que conocemos corresponden al siglo IV a. de C., pero hemos de pensar que los del siglo V a. de C. no diferirían mucho de éstos.

Hemos dicho que esas ricas propiedades estaban trabajadas por personas asalariadas o esclavos. En la comedia hay alusiones a la posesión de esclavos y a su utilización como mano de obra. «Y la tierra quién la cultivará?», dice un personaje de la *Asamblea* (v.v. 650-651) de Aristófanes. «Los esclavos», se responde. Pero se trata de alusiones dentro del contexto de la comedia, que no sabemos hasta qué punto pueden constituir indicios fiables. La preocupación del labrador pequeño y mediano parece que estaba más orientada hacia la adquisición de animales de trabajo que de esclavos. El agricultor pobre se empleaba a sí mismo y a su familia en las tareas agrícolas. La tierra era poca y el trabajo en razón de los cultivos era más estacional que permanente. La utilización de mano de obra temporera asalariada, esclava o libre, resultaba más económica que el disponer de esclavos propios.

No estamos en condiciones de establecer si las explotaciones de fincas con trabajadores asalariados y esclavos, junto con o en concurrencia con la pequeña propiedad explotada y trabajada directamente por su propietario, originaron un crecimiento de la producción o una ampliación del mercado. El Ática seguía siendo deficitaria en la producción de cereales y necesitaba acogerse a las importaciones. Producción interior y exportaciones eran complementarias, pero no sabemos si eran también competitivas entre sí ni si las importaciones masivas afectaban al precio de venta de la producción interior. Tampoco sabemos si los impuestos de entrada a puerto y el que gravaba todas las mercancías que llegaban al Pireo eran más una medida recaudatoria que un medio de proteger la producción interior. Es razonable pensar que actuaría la ley del mercado y que la producción interior alcanzaría un precio mayor o menor según fuese el remanente existente del trigo importado. Indudablemente que en caso de hambre y de carestía o de dificultades de suministros la ciudad establecería un precio político.

La elaboración del vino y del aceite se hacía primordialmente en un contexto familiar, bien fuera en el campo bien en la ciudad, sin que se requiriera una competencia técnica elevada. Su elaboración, pues, no era complicada ni requería mucha mano de obra. Podía realizarse de forma óptima en las casas de campo y en las aldeas. Otro tipo de productos manufacturados, como objetos cerámicos, de cuero, tejidos, etc., de uso corriente podían tener una fabricación doméstica tanto en la ciudad como en el campo, pero esto iba en detrimento de la calidad del producto. Fueron las aglomeraciones urbanas las que contribuyeron a diversificar el trabajo de la población y crearon unas necesidades que no pudieron atenderse simplemente con la producción doméstica. Ésta podía dar satisfacción a ciertas necesidades de productos rudimentarios, pero no a todos. Había otro tipo de productos necesarios que exigían en su elaboración una mayor especialización, o al menos, la especialización les daba una mejor calidad. Resulta difícil que una misma persona, trabajando en la elaboración de productos que corresponden a oficios diferentes consiga en todos ellos productos de calidad. Platón (*Leyes*, VIII, 846 d-e) resalta esa dificultad cuando insiste en que resulta raro que una misma persona destaque al mismo tiempo en dos oficios distintos.

La relativa complejidad de la elaboración de algunos productos y su misma diversidad requirió el desarrollo de unidades de producción que rebasaran el marco doméstico o el que pudieran ser elaboradas por la misma persona.

Se alude reiteradamente a un pasaje de Jenofonte en la *Ciropedia* (VIII, 2) como indicativo de la especialización buscada: «en las grandes ciudades, los diversos comercios están muy desarrollados, y los alimentos de palacio se preparan de modo superior. Y esto no tiene nada de extraño. En las ciudades pequeñas el mismo operario hace la cama, las puertas, la mesa y el arado; no pocas veces construye, además, casas, y se da por contento si de este modo logra reunir una clientela suficientemente grande para sostenerse. Es materialmente imposible que un hombre que se ocupa en tantas cosas las haga todas bien. En cambio, en las grandes ciudades, donde cada operario encuentra muchos clientes, no necesita para vivir más que un oficio. Y hasta se da con frecuencia el no necesitar ni siquiera un oficio entero, sino que el uno hace zapatos de hombre y el otro zapatos de mujer. El uno vive exclusivamente de coser, el otro de cortar los zapatos, uno corta los vestidos y el otro cose las piezas. Es lógico que cuanto más sencillo sea el trabajo que se ejecuta, mejor lo haga. Y otro tanto ocurre con el arte de la cocina». Este pasaje es muy significativo como indicativo de la progresiva diferenciación de oficios que se va implantando en las ciudades conforme éstas van haciéndose mayores. Pero el pasaje ha sido esgrimido por algún autor moderno como exponente de la «división del trabajo» en cuanto que diversos operarios trabajan en parte del proceso de elaboración de un mismo producto. Mas al texto no hay que violentarlo para hacerle decir más de lo que en realidad dice. Su punto de referencia focal es la consecución de un producto de mejor calidad gracias a la mejor habilidad que adquiere el operario que realiza continuamente la misma operación.

Estos esfuerzos por conseguir la perfección entraban dentro del carácter agonístico de la concepción griega de la vida. Y así lo era en Jenofonte. Éste no veía la especia-

lización como un medio tendente a la consecución de un aumento de la producción con objeto de conseguir unos productos más baratos que entraran en concurrencia con los de otros talleres. La competencia buscada se cifraba en la calidad del producto. La demanda de objetos suntuarios y de productos costosos era minoritaria y no sufría grandes altibajos; el otro tipo de productos eran satisfechos por los artesanos de cada ciudad. Si la demanda interior crecía como consecuencia de un aumento de la población o por circunstancias especiales, por ejemplo, situación de guerra, la respuesta era elevar la producción aumentando el número de talleres dedicados a la rama que coyunturalmente tenía más demanda. En este aspecto el hecho revelador para la moderna historiografía es que los talleres que fabricaban los productos manufacturados no alcanzaron, por regla general, grandes dimensiones.

Las respuestas dubitativas e hipotéticas de los libros al uso lo atribuyen bien a razones de debilidad de mercado, bien a la renuncia de los talleres a producir más para bajar los precios. Pero de nada serviría a un taller aumentar la mano de obra dedicada a trabajar en más objetos porque los costos, prácticamente, serían los mismos que los originados en un pequeño taller cuyos operarios también fueran especialistas. La relación entre la materia objeto de trabajo, y las herramientas y la mano de obra utilizada seguiría siendo la misma. El aumento de los tres factores de la producción daría lógicamente más productos pero no serían más baratos en sus costos. El salto cualitativo hubiese tenido lugar si uno de los talleres hubiese originado una innovación tecnológica que utilizando la misma mano de obra hubiese logrado producir más productos, susceptibles de ser vendidos a precio más bajo. Pero tal desarrollo tecnológico no tuvo lugar. En este sentido hubo un estancamiento al que se dan varias explicaciones. Dos posibles causas se apuntan: la falta de inversión de capitales en este sector y la utilización de la abundante mano de obra esclava que resultaba más barata.

En cierta manera ambas propuestas tienen algo de razón pero dejan varios puntos sin explicar. Porque, si en realidad existían los capitales —y son bastantes los adinerados que debían satisfacer cuantiosas liturgias— y si hay sólidas fortunas que se arriesgan en inversiones en el comercio marítimo, habría que preguntarse por qué no se invertían masivamente esos capitales en la ampliación de esos talleres y en desarrollar innovaciones tecnológicas. La respuesta lógica que se da y que ya hemos apuntado es que era una cuestión de mentalidad y que quizá no se considerase necesario.

Respecto a la segunda causa, resulta improbable que la existencia de la esclavitud, y la supuesta concurrencia que hacía al trabajo libre, haya propiciado el escaso desarrollo de los talleres. Por lo pronto, es difícil evaluar el número de esclavos, ni qué porcentaje —en los trabajos de mina sabemos que era mayoritario— se empleó en los talleres de productos manufacturados en los que vemos que trabajaban indistintamente junto a ciudadanos y metecos. Y, lo que de conocerlo resultaría mas revelador, carecemos de la información pertinente que señale que un taller alimentado por mano de obra esclava producía más y más barato. El conocimiento de esto sería, en definitiva, la forma de saber que efectivamente el trabajo esclavo contribuyó al estancamiento industrial griego.

La población ciudadana desposeída de tierra era muy superior a la que tenía propiedades agrarias. Una parte importante de esa población ciudadana desprovista de tierras se dedicó al artesanado e incluso agricultores con propiedades pequeñas pudieron dedicarse a ellas, por tiempo parcial y temporero en consonancia con el trabajo estacional que exigía la agricultura.

Además de algunos metecos, serían los desheredados de la fortuna, que, por otra parte, no deseaban enrolarse como marineros ni como soldados, los que desempeñarían parte de esos pequeños oficios, zapateros, barberos, cordeleros, drogueros, carpinteros; albañiles, etc., en definitiva, todas aquellas personas que, ofreciendo su trabajo y habilidad por las casas, trabajando en el ágora o llevando para vender por calles y al mercado los objetos hechos por ellos, constituían ese mundo abigarrado de pequeños artesanos que pululaban por la ciudad y que Aristófanes retrataba en sus comedias (*Las Aves*, vv. 489-492): «Desde que el gallo canta todos saltan de la cama; herreros, ceramistas, guarnicioneros, zapateros, empleados de baños, harineros, fabricantes de escudos y ajustadores de líras. Con él se calzan y corren al trabajo otros sin esperar a que llegue el día». El pasaje parece dar a entender que se refiere a artesanos que estaban empleados. Otros muchos lo hacían por cuenta propia. Estos artesanos independientes, numerosos en Atenas, sufrían las zozobras propias de su situación, siempre pendientes de la posible falta de trabajo, o de los caprichos del mercado, pero en cambio disfrutaban de un horario menos rígido que sus colegas empleados en los talleres o atendiendo como empleados en negocios estables. Pero, desde el punto de vista político, se aprovechaban de las ventajas constitucionales. Eran ellos, en el decir de Jenofonte (*Memor.*, III, 7) y de Platón (*Rep.*, 605 a; *Leyes*, 659 a y 700 a-701 a), los que iban a la Asamblea y asistían a los jurados, es decir manejaban instrumentos constitucionales a través de los cuales podían dejar sentir su voluntad y resentimiento.

Los ciudadanos dedicados a los oficios de artesanado no componían en ellos el único núcleo ni el más importante. En el artesanado concurría también la fuerza del trabajo de dos sectores de la población: los extranjeros, metecos o no, y los esclavos. Ya Aristóteles en su *Política* (1278 a) alude a esta realidad: «De hecho, en los tiempos antiguos, la clase de los artesanos constaba, en algunos Estados, de esclavos o extranjeros, debido a lo cual la gran masa de los artesanos es así aún ahora». Las cuentas de gastos en la construcción del Erecteion, las marcas de los vasos cerámicos de calidad y algunas referencias literarias (*Lisias*, XII, 19; *Demóstenes*, XXXVI, 11) son indicadores generales que permiten intuir, a grandes rasgos, el papel jugado por los metecos del Ática en las actividades artesanales. Pero qué porcentaje representaban estos artesanos metecos respecto de la desconocida masa total de metecos residentes en el Ática, es algo que, en verdad, se nos escapa.

Los estados griegos no estaban minados por la desidia y la despreocupación. Eran, más bien, selectivos. En este sentido, es lógico pensar que llevaran una contabilidad anual de sus reservas y disponibilidades en armamento y en hombres. Esto era más perentorio que cualquier otra contabilidad. Así, en los umbrales de la Guerra del Peloponeso Tucídides (II, 13) puede mencionar cuáles eran las reservas de Atenas en dinero, barcos y hoplitas. Pero los estados griegos, ni siquiera la más avanzada Atenas, no contabilizaban la cantidad de esclavos que había en el Ática y mucho menos su aumento y disminución a lo largo del tiempo. El Estado se preocupaba por saber cuántos esclavos públicos tenía y cada particular llevaba la cuenta de los suyos.

Resulta, por tanto, imposible, como en el caso de los metecos, conocer el número de esclavos existentes en el Ática. Suele aludirse con harta frecuencia al pasaje de Tucídides (VII, 27) que notifica que después de la ocupación de Decelia «habían hecho defección más de 20.000 esclavos, muchos de entre ellos artesanos». Indudablemente se trata de un mero cálculo debido al autor. La verdad es que si en época de paz no se sabía la población esclava existente en el Ática, mucho menos en tiempo de guerra,

cuando los inconvenientes para hacer una evaluación se acrecentaban, podemos conocer, como si de un moderno parte de guerra se tratase, la cifra exacta del continuo goteo de los esclavos huidos. Con esa cifra aleatoria Tucídides quiere señalar el perjuicio que la huida de esos esclavos, muchos de ellos artesanos, causó a Atenas y a su economía.

Otras referencias epigráficas y literarias abundan en la importancia que la mano de obra esclava asumió en las actividades artesanales del Ática, y no sólo en la minería, en la que se utilizaban casi exclusivamente esclavos.

MANUFACTURAS

Cerámica

Era una rama de la producción que proporcionaba trabajo y medios de subsistencia a gran parte de la población. La utilización de productos cerámicos era frecuente en la vida cotidiana. Servían como depósitos y medios de transporte de líquidos y áridos, para conservar el pescado en salmuera, como vajilla y recipientes de uso frecuente en el hogar, como envases de perfume, como lámparas para el alumbrado, como utensilios en las ceremonias religiosas, para colocar en las tumbas y como objetos de decoración.

En todos los lugares de Grecia su empleo y, por lo tanto, su demanda era muy grande, pero, como las disponibilidades de arcilla estaban muy generalizadas, los alfares locales se bastaban para satisfacer las demandas interiores de productos usuales.

En Atenas, mientras apenas tienen lugar las exportaciones de otros productos manufacturados, no ocurre lo mismo con los productos cerámicos. Las cerámicas áticas de figuras negras desplazaron de los mercados a las cerámicas corintias y continuaron haciéndolo luego las cerámicas áticas de figuras rojas. Vasos áticos, de gran calidad, se encuentran por distintos lugares de la cuenca del Mediterráneo. Mas a comienzos del siglo IV a. de C., esta afición por los vasos pintados de calidad decayó. Se trataba de la exportación de productos de lujo tendente a satisfacer los gustos de un sector de la sociedad griega, pequeño pero pudiente, por lo que desde el punto de vista económico los ingresos por este concepto no debieron de ser muy grandes, aunque sí lo suficientemente sustanciosos como para que se continuara atendiendo a ese mercado y se cuidara la calidad de esos productos. Eran auténticas obras de arte, hasta el punto de que el alfarero y el pintor dejaban inscrito en el mismo el recuerdo de su paternidad.

Para aumentar el colorido rojo de las piezas los alfareros áticos añadían ocre rojo (*miltos*). En este sentido es significativo el hecho de que una inscripción del siglo IV a. de C. testimonia cómo Atenas se aseguraba del monopolio del *miltos* de la isla de Tasos. Hay que suponer que ese control lo ejerciese, con mayor razón, en fechas anteriores cuando la isla formaba parte del imperio ateniense y cuando las exportaciones atenienses de este tipo de productos cerámicos eran más abundantes.

La numerosa producción de cerámica de uso corriente para satisfacción de la demanda interior y la persistencia, sobre todo a lo largo de los siglos VI y V a. de C., de la cerámica de lujo con destino a la exportación, propiciaron una actividad artesanal ampliamente desarrollada. Quizá la producción con destino a la exportación decayera durante el siglo IV a. de C., pues la cerámica ateniense se ve desplazada de sus mercados tradicionales y es sustituida por otra de carácter indígena.

La amplia producción ateniense de cerámica no requirió en modo alguno una gran concentración de mano de obra trabajando en los talleres cerámicos. Éstos seguían siendo pequeños, y el número de trabajadores implicados en los mismos limitado. Aunque varios operarios trabajasen sobre la misma pieza, la división del trabajo era muy simple. El alfarero planificaba y diseñaba la pieza, y otras personas le ayudaban en pulirla, darle el barniz, pintarla, decorarla y vigilar la cocción. Todas estas operaciones no requerían muchos operarios, lo usual eran seis. Había, no obstante, talleres que llegaban a tener quince operarios, de los que seis eran pintores. El pintor, generalmente persona libre, era quien diseñaba las escenas adaptándose a la forma de la pieza. Los dibujos evocan escenas mitológicas, estampas de la vida cotidiana y las mismas operaciones que se realizaban en el taller.

Las instalaciones de los talleres no ocupaban mucho espacio ni los operarios utilizaban herramientas complicadas: un torno, un horno y pinceles. Las instalaciones, algunas de las cuales podían estar al aire libre, sólo exigían un sitio para guardar la arcilla, otro para el horno y otro para pintar las piezas y exponerlas. Todo ello podía compartir la misma instalación.

Entre los ceramistas había algunos que eran ciudadanos. Lo era el demagogo Céfalo mencionado por Aristófanes (*Asamblea*, 253) como mal alfarero. También Hipérbolo está descrito como fabricante de lámparas. Parece que era un dueño de taller que empleaba a otros para realizar el trabajo. Lo frecuente era que los alfareros y artistas fuesen metecos o extranjeros. Los nombres estampados en muchos vasos así lo indican. En este sentido puede tener alguna significación el hecho de que Jenofonte (*Memorables*, III, 7), cuando habla de distintos artesanos que acuden a la Asamblea, no aluda a los ceramistas.

Actividades textiles

La necesidad de proporcionar vestidos a la población de los distintos estados griegos desarrolló sobremanera esta actividad artesanal. El distinto poder adquisitivo y el diverso contexto social en el que cada uno se desenvolvía conllevaba diferencias respecto a las materias utilizadas, a sus calidades y a la perfección en la confección de los vestidos. En zonas rurales relegadas en las que sus habitantes estaban lejos de los refinamientos de la ciudad no era inusual que se llevasen vestidos de pieles.

La lana y el lino fueron las materias primas más utilizadas para la confección de vestidos. Grecia disponía de pastos y también de áreas poco fértiles en las que sólo crecía una raquífica hierba que debía servir para alimentar numerosos ganados. Y tras las cosechas las rastrojeras de las tierras de cultivo brindaban un alimento complementario. Por otra parte, la práctica de la trashumancia ofrecía al ganado la posibilidad de disponer de alimento en otros lugares distintos de los que utilizaban habitualmente. Casi todos los estados griegos, unos en mayor proporción que otros, contaban con ganados que les proporcionaban la lana necesaria para atender con ella, parcial o totalmente la materia prima para proporcionar vestidos a su población.

Las mujeres griegas no eran ajenas a la fascinación por los ricos y elegantes vestidos. La satisfacción de su coquetería dependía, como en otras muchas cosas, del dinero. Los hombres y mujeres de las clases pobres tenían un manto por todo vestido. Las mujeres de Esparta llevaban un peplo corto de lana sujeto a los hombros con dos

fíbulas. Este peplo no se cerraba en la parte del cuerpo en el que se juntaban los dos laterales del vestido, de tal manera que el menor movimiento descubría el cuerpo: «en cuanto a la custodia de las mujeres... Licurgo la dejó al agrado de ellas mismas, sirvió de materia los poetas; porque unos las llamaron *destapapiernas*, como Ibcio; otros las acusaban de correr tras los hombres. También Eurípides cuenta de ellas: «Sálense de sus casas con los jóvenes, /la ropa suelta, con la pierna al aire». Porque en realidad, las faldas de túnica de las doncellas no estaban sujetas por abajo, sino que al andar descubrían y dejaban desnuda la pierna» (Plutarco, *Liargo*, 3, 6).

Peplos, túnicas, mantos, etc. se hacían prácticamente en todos los estados. La coquetería y las disponibilidades económicas imponían las variedades de calidades y coloridos. Ciertas variedades de lana y de telas eran importadas de lugares que destacaban en ese tipo de producción. Así, la zona de Lidia se significaba por una lana fina utilizada por Mileto para confeccionar unos elegantes vestidos que tenían gran demanda entre las clases pudientes. Cuando Plutarco (*Alcibiades*, 23) dice de Alcibiades que se adaptó a las nuevas circunstancias como «si no hubiera tocado su cuerpo la ropa delicada de Mileto», ningún griego dudaría que se trataba de los vestidos de lana fina que se confeccionaban en Mileto.

Durante algún tiempo el lino y los tejidos elaborados con esta materia se importaron de la Jonia, pues el lino no era una planta originaria de Grecia continental. Su aclimatación fue rápida y diversos lugares de Grecia destacaron por las calidades alcanzadas. Corinto se especializó en unos vestidos largos de lino (*calisireis*), Petras en los *byssoi* y Amorgos en unas delicadas túnicas de lino que las fuentes de información alaban con cierta reiteración. Cuando Aristófanes (*Lisistrata*, vv. 150 y ss.) indica los adornos que deberán ponerse las mujeres y los cuidados corporales que realizarán para poder cautivar a sus maridos, señala las túnicas de Amorgos como uno de los elementos que contribuirán a causar la fascinación deseada: «Ciertamente, por las diosas, estamos pintadas y arregladas en nuestras casas, desnudas bajo nuestras túnicas de Amorgos; paseándonos bien depiladas. Los hombres se inflaman y quieren gozar de nosotras. Rechacemos entonces sus caricias, abstengámonos, y ellos harán rápidamente la paz. Estoy segura de ello».

Desde tiempos antiguos, como reflejan los poemas homéricos, se utilizaban esclavas para hilar, tejer y confeccionar los vestidos (*Odisea*, VI, 305; *Ilíada*, VI, 324). En el siglo V a. de C., aunque algunos vestidos de calidad se hiciesen en talleres especializados, la actividad textil continuó siendo una actividad primordialmente doméstica. La dueña de la casa, asistida de criadas y esclavas, hilaba, tejía, cortaba la tela y confeccionaba los vestidos para los miembros de su familia. En las fuentes literarias abundantes pasajes aluden a estas actividades. Así en el *Económico* (VII, 6) de Jenofonte la mujer de Iscómaco es alabada por haber distribuido adecuadamente las tareas de hilatura entre sus esclavas y sobre todo por su habilidad en la confección de un hermoso manto de lana. Y de manera incidental Platón en su *Lisis* (208 d) menciona algunas de esas actividades que realizaba la dueña de la casa: «¿Acaso tu madre, cuando llegas a casa junto a ella, te deja para que tú seas feliz hacer lo que tu quieres cuando ella está en trance de tejer, sea con sus lanas, sea con su telar? ¿No te impide, en efecto, creo yo, tocar tanto la espátula con la que ella aprieta la trama, como su naveta o cualquier otro instrumento relacionado con su telada?»

En el siglo IV a. de C., que es cuando tenemos mayor evidencia, algunas familias para aumentar sus ingresos vendían los excedentes de su trabajo textil en el mercado.

Pero estas actividades domésticas no constituyeron una competencia importante a la producción de los talleres no sólo respecto a los productos de mayor calidad sino respecto a los de uso corriente.

La lana en bruto y el tallo de lino requerían en su preparación una serie de manipulaciones que imponían una cierta división del trabajo. Los tallos de lino se secaban al sol. Luego se humedecían en agua tibia para ablandarlos y se golpeaban sobre una piedra para separar la corteza y sacar las fibras interiores que eran las que se hilaban y tejían. La lana se limpiaba después del esquila. Sus adherencias grasientas se quitaban tratándola con la raíz de una planta denominada *strouthion*. Luego se sumergía en agua caliente para proceder a su cardado. A continuación se hilaba y tejía. Estas operaciones, que de suyo no exigían un gran esfuerzo, las realizaban las mujeres en la casa. Una vez conseguida la tela se la sometía a una serie de operaciones de prensado, bataneo y desbarbado, que por ser más duras debido al estancamiento técnico, requerían el concurso de mano masculina. Son, pues, algunas de estas operaciones las susceptibles de realizarse en talleres al mando de un jefe de taller.

Artesanía del cuero

El cuero tenía múltiples usos y su trabajo estaba repartido entre varios oficios. La materia prima la preparaban los curtidores y era utilizada por guarnicioneros, fabricantes de odres, zapateros, fabricantes de escudos y corazas, etc. En razón de la demanda, dos oficios alcanzaron un gran auge: la fabricación de zapatos y la de útiles de guerra que llevaban elementos de cuero. El desarrollo relativo de los talleres de sandalias estaba ligado, sobre todo en el siglo IV a. de C., a la demanda de equipamiento de las tropas mercenarias.

Las pinturas sobre vasos áticos nos ilustran con escenas de zapateros provistos de instrumentos utilizados para la práctica de su oficio. Otras representan al cliente apoyando su pie sobre la pieza de cuero mientras el zapatero va recortando el cuero alrededor del pie del cliente.

Hay testimonios referentes a personas que poseían veinte esclavos zapateros (Esquines, I, 97). Curtidores famosos, no por su profesión sino por su criticada actividad política, fueron el demagogo Cleón (Aristófanes, *Caballeros*, 737) y Anito, el acusador de Sócrates. Más que curtidores ejerciendo un oficio seguramente serían ser dueños de talleres de curtidores.

Actividades metalúrgicas

La sociedad antigua utilizaba muchos objetos fabricados en metal. No todos los estados griegos tenían los mismos recursos de minerales. Indudablemente las regiones con disponibilidades de minerales preciosos eran muy pocas. El hecho de que la isla de Tasos fuese rica en oro y plata explica el interés que desde el siglo VI a. de C. tuvo Atenas por esa isla. Otras zonas que se significaban por sus minas de plata fueron la zona de Tracia, con las minas del monte Pangeo y la isla de Siphos, mas las minas de Laurión del Ática eran las que más destacaban.

Las minas de plomo eran más abundantes y de ellas se obtenían subsidiariamente

otros productos como el minio y el ocre. Era en Rodas, Chipre, Cos, en la península Calcídica y en Laurión donde se extraía precisamente el plomo.

Algo semejante ocurre con el cobre. Chipre, Eubea y otros lugares de Grecia han dispuesto de ricas minas de ese metal.

El hierro era el mineral más abundante y en su explotación destacaban Beocia, Eubea, Laconia y las islas de Esciros, Siros, Andros y Sérifos.

La extracción de esos minerales, que luego se transformarán en metales, exigía operaciones fatigosas, máxime cuando las herramientas de trabajo eran muy rudimentarias. Es lógico que la extracción de los minerales más corrientes se paralizase cuando las dificultades extractivas o los costos igualasen los rendimientos. Pero esto no sucedía con la extracción de metales preciosos como el oro y la plata que se explotaban prácticamente mientras hubiese mineral.

A finales del siglo VI a. de C., al menos en el sector de Tórico, las minas de Laurión se trabajaron de forma extensiva y para comienzos del siglo V a. de C., en la zona de Maronea, se encontraron las vetas más extensas y ricas. Decir que una veta es rica sólo tiene sentido en comparación con otra que aporta menos mineral. Pero no es ésa la única variable. Las dificultades de extracción, entre otras consideraciones, pueden hacer que una veta menos rica sea, no obstante, más rentable porque es menos costosa y menos dificultosa su extracción. En circunstancias de trabajo y de dificultades de extracción normales, se considera como criterio valorativo hipotético operativo que es preciso trabajar una tonelada de mineral para sacar 3 kilogramos de plata. De ahí el interés de Atenas por trabajar intensamente las minas de Laurión y de utilizar, por lo penoso del trabajo mano de obra esclava. Resulta difícil saber el número de esclavos empleados en las minas. La cifra dada por Tucídides para después de la toma de Decelea por Esparta, es, como hemos señalado, una cifra indicativa general para señalar que fueron muchos. Lauffer, uno de los estudiosos de las minas de Laurión, piensa que no sería una exageración considerar que en el siglo V a. de C. pudieron estar ocupados y relacionados con operaciones mineras entre 20.000 y 30.000 esclavos.

Carente la Antigüedad de maquinaria extractiva apropiada, las condiciones de trabajo minero eran inhumanas y penosas. Que se utilizase preferentemente en esas tareas la mano de obra esclava iba acorde con la mentalidad griega. Era difícil pensar de otra manera. Era un trabajo duro y arriesgado, y los equipos de trabajo se sucedían sin interrupción. Con lámparas de aceite hechas de cerámica o de plomo, que dejaban en un nicho en la pared del tajo, los mineros se arrastraban con sus rudimentarias herramientas por una galería de apenas un metro de altura hasta llegar al lugar de extracción. Detrás de ellos, otros con capachos, sacaban el mineral a la superficie en donde se manipulaba en talleres a pie de mina hasta hacerlo laborable. Para evitar los derrumbes de unas galerías tan estrechas y de tan poca altura se dejaban inseguros pilares de mineral sin picar. Los focos de ventilación eran muy pocos y a los frecuentes derrumbamientos se añadía un trabajo duro en un ambiente atmosférico enrarecido.

Tras la derrota ateniense en la Guerra del Peloponeso, la producción decayó sensiblemente y en consecuencia el número de trabajadores implicados. Más tarde se recuperó para alcanzar el nivel conseguido en el siglo V a. de C. En el 390 a. de C. una vez más las monedas de cobre se vieron reemplazadas por las de plata, indicio, no diremos que inequívoco pero sí probable de que la producción de las minas de plata comenzaba a recuperarse. Además, hay que tener presente que Atenas registraba anualmente los arriendos de las minas. Algunas inscripciones, estudiadas por M. Crosby tes-

timonian esos alquileres de minas que hacen pensar en una recuperación de la producción.

En el siglo IV Jenofonte (*Poroi*, IV, 4) aconsejando un aumento de la producción de plata decía: «Incluso hoy en día nadie que tenga esclavos de su propiedad empleados en las minas reduce el número de sus hombres; por el contrario, todos los propietarios adquieren tantos como pueden. El hecho es, creo yo, que, cuando son pocos los que cavan y buscan, se obtienen pocos beneficios, pero, cuando son muchos, el total de la plata que aparece se multiplica. De ahí que de todas las industrias de las que tengo noticia, sea esa la única en la que nadie mira con malos ojos el aumento de la producción. Más aún, cada labrador puede decir exactamente cuántos pares de bueyes son suficientes para su hacienda y cuántos trabajadores. Emplear en una tierra un número mayor del requerido se considera gravoso. En las empresas mineras, en cambio, todos te dicen que están escasos de mano de obra». Cuando Jenofonte escribía estas palabras las minas estaban en plena recuperación.

El pilar más sólido del poder económico de Atenas descansaba en la producción de sus minas de plata. Y es posible que sea el producto más exportado. Jenofonte (*Poroi*, III, 2) afirma que incluso aquellos importadores que no deseaban regresar con productos manufacturados podían sacar pingües beneficios llevándose plata. Pudiera haber sucedido así, pero lo cierto es que ésta es de las pocas, si no la única referencia literaria alusiva a la exportación de plata ática. Lo que ocurre es que indirectamente a través de las monedas áticas y de barras de plata, a veces encontradas juntas, podemos conocer la amplia extensión geográfica que alcanzaron. Que se trate de una pura exportación de plata o constituya en alguna proporción más o menos sustancial un medio de pago es algo que no podemos establecer con claridad.

Las minas de plata eran propiedad del estado ateniense, aunque no las explotaba directamente. Las minas se entregaban a concesionarios que pagaban el arriendo pertinente. En las inscripciones anteriormente indicadas referentes a los arrendamientos de las explotaciones mineras los pagos oscilan desde las 20 dracmas a las 6.000 según fuesen las dimensiones de la explotación concedida. Las referencias literarias conservadas no desentonan con lo que las inscripciones señalan: «Nicobulo me ha causado daños con premeditación tanto en mi persona como en mis bienes, por haber dispuesto que Antígenes, su esclavo, quitara al esclavo mío el dinero que llevaba como pago del censo al erario público por la mina que arrendé en 90 minas, y haber sido el causante de que yo fuera inscrito por el doble como deudor al Estado», así dirá uno de los personajes de uno de los discursos de Demóstenes (XXXVII, 22).

Los autores modernos todavía debaten algunas cuestiones referentes a las explotaciones de las minas de plata de Laurión. Entre otras la referente al tiempo de duración de la concesión. Se piensa que la concesión era por tres años si se trataba de explotaciones en activo y por siete si no estaban explotadas desde hacía algún tiempo. Otro de los puntos de discusión guarda relación con el momento en que se realizaba el pago de la concesión de la explotación minera. Las opiniones van desde los que creen que se hacía en el momento en el que se otorgaba la concesión hasta los que creen que se hacía anualmente o bien en cada prinanía.

Es significativo que en el conjunto de nombres establecido a partir de las inscripciones referentes a los arrendatarios sean los ciudadanos de las clases adineradas los que aparecen predominantemente inscritos. Apenas se detectan metecos que, por otra parte, sabemos que tenían una representación muy sustancial en otras actividades ar-

tesanales. Esto pone de manifiesto el interés de los ciudadanos, sobre todo, los pudientes, por conseguir concesiones de explotaciones mineras. Pero ni el resto de los ciudadanos ni los metecos estaban apartados de las ganancias generadas por el trabajo en las minas ni en los talleres existentes en las inmediaciones de la mina en los que se trabajaba el mineral. De esos talleres ciudadanos y metecos eran los propietarios. Aunque no era frecuente que un meteco tuviese una concesión minera y tampoco lo era para un ciudadano sin recursos suficientes, tenían otro medio para intervenir en las ganancias derivadas de la explotación. No siempre el concesionario utilizaba en su explotación mano de obra esclava de su propiedad. Aunque las rentas de las concesiones no eran, a lo que parece, elevadas, siempre había un riesgo de que la veta de mineral no tuviese una rentabilidad interesante. Aumentar el riesgo económico en aras de una rentabilidad todavía hipotética invirtiendo en la compra de esclavos, era un paso que algunos no daban. Preferían alquilarlos a propietarios de esclavos al precio de un óbolo por día. Y ahí es donde entraban los ciudadanos y metecos dueños de esclavos.

Otras actividades metalúrgicas

Los diversos minerales extraídos de la tierra sufrían una serie de manipulaciones mediante las cuales se obtenían metales susceptibles de ser trabajados para la preparación de diversos objetos. En ambientes rurales y en algunas casas de las ciudades, los utensilios domésticos y las herramientas más rudimentarias podían realizarse dentro del contexto familiar. Había también algunos talleres que producían distintos objetos. Pero incluso en ese tipo de objetos se había alcanzado una relativa especialización. Fabricantes de trípodes, hoces, calderos, etc. están con frecuencia mencionados en las comedias áticas. Era un sector de la economía que se había modificado sensiblemente respecto al mundo evocado en los poemas homéricos y de Hesíodo. Pero el desarrollo más sensible tiene lugar con la artesanía del armamento cuyos productos se hacía preciso reponer continuamente por pérdidas o roturas dada la situación de guerra casi continua por la que pasó Grecia. Era lógico que en esas actividades artesanales se impusiese la especialización. Había talleres que hacían escudos, otros espadas, otros lanzas, otros cascos, otros armaduras, etc.

Aristófanes, dentro del tono festivo e irónico que caracteriza sus comedias, mezcla las alusiones al respecto dentro de una trama ideológica profunda: la Guerra del Peloponeso que sostiene Atenas sólo favorece a los fabricantes de armas; estos fabricantes temen la paz, mientras que otros dedicados a la producción de otros objetos la desean: «querido amigo Trigeo!, dirá el fabricante de hoces (Aristófanes, *La Paz*, vv. 1198-1201), ¡cuántos beneficios nos ha traído la paz! Antes, nadie hubiera dado por una hoz ni una sola moneda; hoy saco de cada una 50 dracmas». La línea de pensamiento de Aristófanes es que la consecución de la paz traería beneficios generales a todos y desde el punto de vista económico a otros sectores de la producción al mismo tiempo que provocaría la caída de los beneficios que hasta entonces obtenían los fabricantes y vendedores del material de guerra:

«Fabricante de penachos. —¡Oh Trigeo! ¡Me has arruinado, aniquilado!

Trigeo. —¿Qué ocurre, pobrecito mío? ¿El penacho ha bajado de precio?

Fabricante de penachos—Has destruido mi oficio y mi vida. Nos has arruinado, a mí, a ese fabricante de armas y también al otro.

Un vendedor de corazas. —¡Desdichado! ¿Qué haré de esa coraza de diez minas, admirablemente ajustada?

Trigeo. —¡Bah! Nada perderás con ella.

El vendedor de corazas—Tómala por el mismo precio que me cuesta...

Un fabricante de trompetas. —Y yo ¿qué haré de esa trompeta?, que me ha costado sesenta dracmas.

Trigeo. —Llénala de plomo...

Un fabricante de cascos. —¡Oh maldita suerte! ¡Qué ruina! Ahí tengo esos cascos que me costaron una mina. Ahora ¿qué puedo hacer de ellos? ¿Quién querrá comprarlos?

Trigeo. —Vete a venderlos a los egipcios. Allí podrán servir para los que vomitan.

El fabricante de lanzas. —¡Ay querido fabricante de cascos! en qué situación nos hallamos.

El fabricante de cascos. —Vámonos, vendedor de lanzas.

Trigeo. —No. Quiero comprarle esas lanzas.

Fabricante de lanzas. —¿Cuánto das por ellas?

Trigeo. —Si las partes por la mitad, me las quedaré como rodrigones; y te las pagaré a razón de una dracma el ciento.

El fabricante de cascos. —Nos está escarneciendo. Vámonos, amigo». (Aristófanes, *La Paz*, 1210 y ss.).

En esta comedia la paz es una ficción de Aristófanes, pero el deseo de ella era un anhelo que palpitaba más que nunca en los corazones de muchas gentes.

Las guerras entre ciudades fueron en casi todos los momentos de la historia de Grecia habituales y frecuentes; pero la Guerra del Peloponeso, como Tucídides señala, había alcanzado dimensiones insospechadas no sólo en lo geográfico sino en la degeneración de las conciencias. Lo dilatado de las distintas fases de esta guerra alimentó actividades relacionadas con la fabricación de armamento. La continuación de las guerras entre Estados a lo largo del siglo IV a. de C. mantuvo la producción armamentística, que parecía que iba a descender tras la derrota de Atenas y de sus aliados. Pero no fue así y no faltan testimonios que lo indican. Los discursos de Demóstenes aluden a esos talleres dedicados a la fabricación de armas. Dos referencias suelen aducirse. La una referente a las propiedades del padre de Lisias, la otra en relación la herencia de Demóstenes. El padre de Lisias, Céfalo, era un rico meteco de Siracusa que tenía un taller de manufacturas de escudos y 120 esclavos (Lisias, XII, 19), que pasaron a ser propiedad de sus hijos Lisias y Polemarco, también metecos. Los esclavos les fueron confiscados en el 404 a. de C. por los Treinta Tiranos. Es posible que algunos de estos esclavos fuesen sirvientes y no trabajasen en la fabricación de armas. En cualquier caso, el número de trabajadores utilizados en el taller del padre de Lisias es muy importante, sin que estemos en condiciones de decir que esto fuese lo usual en este tipo de talleres; pero sí lo suficiente como para sospechar que los talleres entregados a la fabricación de armamento son en el conjunto de los talleres dedicados a las actividades artesanales los que alcanzaron dimensiones más vastas, puesto que parece que utilizaban más mano de obra. Pero esto, como ya hemos indicado en otro lugar, no tenía una repercusión sensible en la organización interna, ni ésta se distinguía mucho de la que tenía un pequeño taller, excepto en que más gente trabajaba sobre un número mayor de objetos pero de la misma forma y con las mismas herramientas con que lo hacían los trabajadores del taller pequeño.

El otro pasaje se refiere al pleito entablado por Demóstenes contra sus tutores para

recuperar su herencia. Demóstenes enumera ante el tribunal cuáles eran las propiedades de su padre: «Más exactamente aún conoceréis la masa total por lo siguiente: porque mi padre, jueces, dejó dos talleres, ambos de alta cualificación. Uno con 30 esclavos fabricantes de espadas, de los que dos o tres se estimaban en 5 o 6 minas y los otros en no menos de 3 cada uno. Y obtenía del taller cada año una ganancia neta de 30 minas. El otro era una fábrica de muebles con 20 esclavos contratados por 40 minas. Éste producía 12 minas libres. Además, un talento de plata, más o menos, a rédito, a razón de un dracma la mina, de modo que al año rendía más de 7 minas. Tales son bienes aparentes que dejó mi padre y que mis adversarios reconocen. La suma de esos bienes de cuatro talentos con 5.000 dracmas, que producen al año 50 minas. Dejó también mi padre marfil y hierro para el trabajo y madera apta para muebles por valor de 80 minas y agalla y bronce que había comprado con valor de 70 minas. También una casa valorada en 3.000 dracmas, y muebles y copas y objetos de oro y vestidos para ajuar de mi madre, que entre todo da 10.000 dracmas; eso aparte de 80 minas en caja. Esto fue lo que dejó en casa. Pero en préstamos para el comercio marítimo dejó 70 minas prestadas a Juto; 2.400 dracmas colocadas en el bando de Pasión; 600 con Píladés; 1.600 con Demodeles, el hijo de Demón, y finalmente en sumas de 200 y 300 dracmas un conjunto de un talento. La suma de todas esas cantidades a más de 8 talentos con 50 minas. Y echando vuestras cuentas hallaréis que el capital total era, pues, de unos 14 talentos» (Demóstenes, XXVII, 9-11).

Autores modernos, F. Oertel y J. Korver entre otros, prestan atención a diversos aspectos del texto: su carácter contable, la valoración de los elementos que en él intervienen y las ganancias. Todas las partidas enumeradas sucesivamente en el pasaje de Demóstenes, desde los esclavos de los talleres hasta exclusive las materias primas, oro, marfil, etc. las catalogan los autores modernos como propiedades *activas*; el resto las conceptúan como *inactivas*. Esta esquematización sirve para comprender cómo concebían en la Antigüedad el capital. Después de nueve años desde que su padre murió la valoración se mantiene igual. No se atiende por un lado ni a la depreciación y deterioro ni por otro a la amortización. Tampoco se reseñan las variaciones posibles que la producción que ha podido tener lugar en unos años respecto a otros, ni las ganancias por ventas y en los ingresos. A las cifras establecidas en estos aspectos les otorga Demóstenes un valor permanente. Tampoco aparecen aludidas ni valoradas las herramientas y útiles de trabajo, ni tampoco los locales que ocupaban los talleres. Sin embargo, estos últimos, como parece desprenderse de otros pasajes del discurso, eran dependencias de la casa y así, tácitamente, han podido estar incluidos en la valoración global de la casa que estaba incorporada a las propiedades catalogadas como *inactivas*, lo mismo que las materias primas.

También se ha prestado atención a la distinta situación en la que se encontraba Demóstenes respecto a los dos talleres. Con relación al taller en el que se fabricaban espadas, lo podemos considerar como empresario porque él era en realidad el dueño, aunque la gestión y el trabajo las realizaran otros. Con relación al taller que fabricaba muebles su posición era distinta. Moeriades había tomado prestadas del padre de Demóstenes 4.000 dracmas y como contrapartida había cedido al prestamista los 20 esclavos que trabajaban en el taller de fabricación de muebles. Sólo disponía de ellos en cuanto prestamista. Las ganancias eran una especie de interés por el préstamo. En cualquier momento Moeriades podía satisfacer el préstamo recibido, llevarse los esclavos y acabar con el negocio.

La mayoría de sus actividades laborales, políticas, religiosas y recreativas el hombre griego las realizaba fuera de la casa y al aire libre. Disponía de moradas muy simples de poca consistencia y solidez. En Platea, cuando los plateenses se enteraron de que durante la noche los tebanos habían penetrado en la ciudad, pudieron avanzar y tomar posiciones defensivas perforando las paredes contiguas a las casas sin utilizar las calles para no ser descubiertos en su avance (Tucidides, II, 3).

Cuando el campesinado evacuó el Ática y buscó refugio en Atenas, se llevaron el maderamen de sus casas como si se tratara del elemento constructivo de más valor (Tucidides, II, 14). Sus lamentaciones y amargura iban más en la línea de las cosechas y campos destruidos que por las casas abandonadas y por las incomodidades de los nuevos alojamientos provisionales.

La construcción de las toscas viviendas del campesinado y de la gente sencilla de la ciudad no era compleja ni los materiales costosos. Estaba al alcance de la mayoría. La construcción de las casas de los ricos, más amplias y con materiales más costosos, eran las que requerían la utilización de mano de obra especializada, que encontraba de esta manera ocupación.

También todos los estados han tenido necesidad de murallas para guarecerse de los ataques, conducciones de agua a sus ciudades, calles y carreteras sólidas para desplazar los productos. Pero todas estas construcciones requieren más mano de obra que técnica. Son las construcciones de edificios públicos, sobre todo, los templos, los que exigían materiales de calidad, abundante mano de obra y el concurso de técnicos especializados. Dos elementos concurrían a la construcción de estos templos: la profunda piedad del pueblo griego, que buscaba honrar y venerar a los dioses de una manera digna, y el interés de algunos estados griegos en proporcionar trabajo y ganancias complementarias a sus ciudadanos desocupados. Estas construcciones complejas propiciaron el desplazamiento frecuente de personal técnico especializado de unas ciudades a otras, pues no todas tenían las mismas disponibilidades de personal cualificado. El caso de Atenas era diferente, pues, además de los propios, era un polo de atracción y de acogida para los intelectuales nacidos en otros lugares.

Un hecho histórico contribuyó decididamente a que Atenas se dotara de grandes y magníficas obras. En el 479 a. de C. la ocupación persa de Atenas la había reducido casi a sus cimientos. Tras las inmediatas y precipitadas construcciones para asegurar la defensa, quedaba todo por hacer en unos momentos en los que Atenas se colocaba a la cabeza de un gran imperio. Cimón tomó algunas disposiciones y realizó obras en la zona del Ágora, en el Cerámico y en la Acrópolis. Pericles le dará el impulso decisivo. Si Atenas es cabeza de un imperio, es preciso que llegara a ser, como dice Pericles en la Oración Fúnebre, «la escuela de Grecia». Es difícil que el sistema político ateniense combatido por otros estados llegase a constituir para éstos un «ejemplo» imitable en esa «escuela de Grecia», pero sí causaba admiración en todos el desarrollo alcanzado en su programación artística. Ésta se apoyaba en el decreto de la Asamblea del 450-449 a. de C. que autoriza el empleo de los fondos del tesoro federal para reconstruir los templos destruidos por los persas. Los propios conciudadanos de la ope-

sición criticaron que se desviarán para embellecer a Atenas «como una mujer coqueta» cantidades de dinero que estaban destinadas para gastos de guerra. Pericles era un hombre avanzado en ideas políticas, pero también muy sensible a las tendencias culturales y artísticas que gustaba ver plasmadas y concretadas en Atenas.

En su programa de grandes construcciones había innegables razones de prestigio pero también de índole práctica. Con ellas Atenas se convertía en una colmena de pequeños talleres que daban trabajo y proporcionaban ganancias a un pueblo al que no era conveniente social y políticamente mantener ocioso. Plutarco (*Pericles*, 12) valora toda esta política: «Lo que mayor placer y ornato produjo a Atenas, y más dio que admirar a todos los demás hombres, fue el aparato de las obras públicas...Y, no obstante, esta disposición era, entre las de Pericles, de la que más murmuraban sus enemigos... era justo que su opulencia se emplease en tales obras, que, después de hechas, le proporcionarán una gloria eterna, y que dieran de comer a todos mientras se hacían, proporcionando toda especie de trabajo y una infinidad de ocupaciones, las cuales, despertando todas las artes, y poniendo en movimiento todas las manos, asalariaran, digámoslo así, toda la ciudad que a un mismo tiempo se embellecería y se mantendría a sí misma...Respecto de la demás muchedumbre ruda y jornalera, no queriendo que dejase de participar de aquellos fondos, ni que los percibiesen descansada y ociosamente, introdujo con ardor en el pueblo gran diferencia de trabajos y obras, que hubiesen de emplear muchas artes y consumir mucho tiempo, para que no menos que los que navegaban, o militaban, o estaban en guarnición, tuvieran motivo los que quedaban en casa de participar y recibir auxilio de los caudales públicos. En todos los lugares en donde había madera, piedra, bronce, marfil, oro, ébano, ciprés, trabajaban en ella y le daban forma obreros adecuados, carpinteros modeladores, fundidores, canteros, tintoreros, doradores, tallistas de marfil, pintores, bordadores y cinceladores. Y para transportar por mar todos estos objetos empleamos las tripulaciones y naves mercantes, los marineros y los pilotos del Estado; el trabajo ocupó también a los conductores de carros, arrieros, carreteros, cordeleros, tejedores, zapateros, constructores de caminos y mineros. Y en cada oficio trabajaron también un ejército de peones que no poseen otro talento que la fuerza de sus brazos y que, por así decirlo, no son más que herramientas y cuerpos al servicio del trabajo».

El programa de obras públicas de Atenas atendió a dos sectores: obras de utilidad pública y obras monumentales para embellecimiento de la ciudad. Bien es verdad que la construcción de un templo como el Partenón, exponente de la profunda religiosidad del pueblo ateniense, pero que al mismo tiempo proporcionó trabajo, es de tanta o más utilidad pública como, por ejemplo, los Muros Largos. Y algo parecido podría decirse del Odeón. Pero también es cierto que había otras obras emprendidas por iniciativa pública para dotar a la ciudad de la protección adecuada y de los elementos defensivos pertinentes en las que la dimensión estética jugaba un papel menor. En esta dimensión se encontraban los astilleros para la flota, el levantamiento de los «Muros Largos» y las dotaciones del Pireo.

Desde que Atenas buscó su grandeza en el mar, dispuso de una flota con numerosas unidades. Esta actividad de los astilleros atenienses proporcionó abundante trabajo a la población de la ciudad. El Consejo (*Boule*) cuidaba de la construcción de las naves eligiendo a diez *trieropoioi*: «(el Consejo) cuida de las trirremes construidas y de los aparejos y los cobertizos donde se guardan las naves, y construyen trirremes o cuatrirremes nuevas, en el número que el pueblo vote, y de sus parejos y de los cobertizos;

los jefes de construcción de las naves los señala el pueblo a votos levantando el brazo. Si no se entregan éstas terminadas al Consejo siguiente, no pueden percibir el precio, pues lo han de recibir del siguiente Consejo. Se cuida la construcción de las trirremes eligiendo de sí mismo diez constructores de trirremes» (Aristóteles, *Athen, Pol.*, 46, 1). Se hacían adjudicaciones públicas a constructores de barcos que debían procurarse todo el material necesario para entregar la nave dispuesta para navegar. Quitando los nombres de algunos de estos constructores, desconocemos, prácticamente, la organización del trabajo que se desarrollaba en los arsenales.

En la marina de guerra residía el poder militar de Atenas; en su marina mercante la posibilidad de disponer de los productos necesarios. Pero la ciudad era vulnerable si no unía con murallas y defensas el área urbana con los puertos. Los dos primeros «Muros Largos», hechos con basamento de piedras de cuatro metros de grosor y dotados de trecho en trecho con torres salientes, aportaban unas defensas firmes. Pero había un punto débil hacia la parte del Falero que podía eliminarse fácilmente con la construcción entre los dos anteriores de un tercer muro. En el 445 a. de C., Pericles encargó la realización de estas obras al arquitecto Calícrates que las terminó tres años después. La planificación de la ciudad del Pireo se la encargó Pericles a Arquidamo de Mileto.

Este es otro aspecto significativo de las grandes y numerosas construcciones emprendidas por Pericles: en ellas intervino lo más granado del mundo artístico. El arquitecto Ictino, que también era escritor, intervino en tres grandes creaciones monumentales: el Partenón, el Telesterion de Eleusis y el templo de Apolo en Bassae. Calícrates colaboró con Ictino en el Partenón, realizó los planes del templo de Atenea Nike y construyó el tercero de los «Muros Largos». Corebo, Metágeno y Jenocles trabajaron en el Telesterion de Eleusis. Mnesicles reconstruyó los Propíleos cuya obra consumió 2.012 talentos. Dentro de la ciudad, pero fuera del recinto de la Acrópolis, se construyó, al noroeste del Ágora, el templo de Hefesto, divinidad protectora de los artesanos, y cercano a él el de Ares. Fuera de la ciudad, en cabo Sunión se levantó durante los años 446-440 a. de C. el templo de Posidón y cuatro años más tarde se iniciaron las obras del templo de Némesis en Ramno. Decir, por lo tanto, que Atenas era un inmenso taller de construcción sonaría a exageración, pero hay algo de verdad en ello, al menos para el periodo anterior a la Guerra del Peloponeso.

La Asamblea Popular decidía la realización de una obra pública. Tomada la decisión, un especialista elaboraba los planos y preparaba un presupuesto aproximado de lo que podía constar la realización de la obra. Si la Asamblea lo aprobaba, se encargaba a uno de los arquitectos anteriormente nombrados coordinador de las diferentes operaciones a realizar. Se nombraba también una comisión de *epistatai*, que eran los que firmaban los contratos y se entendían con los proveedores de materiales con los empresarios, contratistas y artistas. Por regla general, en obras de gran envergadura las contrataciones de suministros de materiales no se hacían con un único empresario ni comerciante, sino con varios. Cada uno respondía del cumplimiento de la parte de los suministros que se habían comprometido a proporcionar. Tampoco la realización de la obra se encarga a un único empresario. Eran varios los contratistas a los que se les adjudicaban partes de la obra, mayores o menores según fuese su capacidad de trabajo y las estipulaciones fijadas en el contrato. Los contratistas distribuían el trabajo entre sus obreros y artistas, aunque también había contratos directos con estos últimos, para realizar una escultura o una parte ornamental del edificio.

Se conservan fragmentos de las cuentas públicas (I. G. I², 372-374) realizadas con

ocasión de la construcción del *Erecteion* de la Acrópolis. Este templo se comenzó a construir posiblemente después de la paz de Nicias del 421 a. de C., y no se terminó hasta finales del siglo V a. de C. Las cuentas conservadas responden a registros diarios que llevaban los encargados del Estado ateniense con objeto de satisfacer luego correctamente los pagos. Gracias a estas cuentas conocemos que se utilizaron los servicios de varios contratistas. En estos servicios se contabilizan 8 escultores, 14 carpinteros y 40 canteros, albañiles, etc. En varios casos los empresarios se ayudaban de esclavos y trabajaban junto a ellos en la misma obra. Así, el meteco Simias, que era albañil, trabajaba junto con sus esclavos. Los registros permiten conocer también el «status» jurídico de las personas implicadas en las obras. Así de 84 personas con condición jurídica reconocida hay 20 esclavos, 42 metecos y 24 ciudadanos.

También se conservan parte de las cuentas públicas (I. G. II², 1672) realizadas con ocasión de la construcción del templo de Eleusis (329-328 a. de C.). La diversidad de contratas, de empresarios y de artistas va en la línea de las pautas ya conocidas en el caso del Erecteion. De todos estos datos la impresión que se obtiene es que ni siquiera estas grandes obras propiciaron, como tampoco aconteció en otras ramas económicas, la creación de «empresas» de grandes dimensiones. Pequeños y medianos talleres en manos de ciudadanos y metecos, utilizando esclavos para las tareas más duras, era lo que primaba. También había esclavos artistas y jefes de equipo.

Las cuentas públicas informan asimismo de aspectos relacionados con el pago del trabajo. Hay pagos por pieza acabada. Era, a lo que parece, de una especie de trabajo a destajo en el que el ritmo rápido o lento no tenía una valoración económica concreta, sino sólo la obra terminada. Se pagaba también por jornada de trabajo. En este caso, al menos así se desprende de las cuentas, se asignaba una percepción de salario igual, seis óbolos diarios, tanto se tratase del trabajo de un ciudadano, de un meteco o de un esclavo. Indudablemente el dueño, ciudadano o meteco, del esclavo, que trabajaba a su lado y percibía el mismo sueldo, se embolsaba lo ganado por sus esclavos.

COMERCIO

En el pequeño comercio la relación entre la producción y la actividad comercial era muy estrecha. El pequeño agricultor, lo mismo que el pequeño artesano, vendían directamente al público los productos que había producido y obtenido. El pequeño agricultor lo hacía con sus hortalizas, sus quesos, su aceite y su vino. Los artesanos con lámparas, objetos cerámicos, utensilios, etc.; el pescador llevaba al mercado el producto de su pesca. Las pinturas de los vasos áticos evocan con frecuencia estas escenas de ventas directas de las personas con pocos recursos que iban al ágora todas las mañanas, lo mismo que los pequeños artesanos que vendían los objetos o piezas elaboradas en el propio taller sin necesidad de desplazarse al ágora.

A los mercados de las ciudades acudían los artesanos y agricultores de las aldeas próximas con la intención de colocar los productos en las aglomeraciones urbanas con mayor demanda y obtener así una mayor ganancia.

Lo habitual, sin embargo, era que los diversos intermediarios comprasen uno o varios productos —no muchos— para revenderlos y sacar en esta operación una ganancia. Esto era lo que hacían los vendedores de espadas, escudos, cascos, trompetas, etc. a los que se refería el texto anteriormente indicado de Aristófanes, a no ser que con-

sideremos que dicha variedad fuese un exagerado artificio del autor para señalar, de forma colorista, la cantidad de personas que obtenían ganancias con la industria del armamento. Pudiera ser en este caso, pero lo cierto es que el número y variedad de intermediarios con relación a otros productos y a los de primera necesidad ya no era tan irreal.

La verdad es que estos pequeños comerciantes e intermediarios al por menor tenían una pésima reputación. Engañaban en el peso y en el precio con relación a la calidad de la mercancía, pese a la vigilancia de los *metronomoi*. El desprecio contra estos pequeños comerciantes guarda también relación con la componente social de las gentes que se dedicaban a estos menesteres. Eran gentes sin apenas recursos, desheredadas de la fortuna, incultas y de lengua ruda y soez. Las comedias de Aristófanes se ceban en ellos y zahieren a Eurípides recordándole que su madre es una verdulera: «dame un poco de aquel perifollo que vende tu madre» le dice en la comedia de los *Arcanienses* (v. 780).

Los pequeños agricultores y artesanos se desplazaban a las ciudades, sobre todo a Atenas a vender sus productos. Pese a las dificultades de los caminos y a los rudimentarios medios de transporte, gentes de otras regiones acudían a vender sus productos transportados a lomos de mulos, asnos o sobre sus propias espaldas: «¡Salud, mercado de Atenas, tan querido a los megarenses» dirá un megarense en los *Arcanienses* (v. 729) de Aristófanes, y, más adelante, el autor insiste en las diversas mercancías que llevaba un beocio: «Cuanto de bueno hay en Beocia, orégano, poleo, esterillas, mechas para lámparas, patos, grajos, francolines, pollas de agua, reyezuelos y mergos. DICEÓPOLIS. —Entonces tu has venido al mercado como el huracán que derriba los pájaros. EL BEOCIO. —Traigo también ocas, liebres, zorros, topos, erizos, comadreja, ratas de agua, fuinas, nutrias y anguilas del lago Cópais» (*Arcanienses*, vv. 873 y ss.).

Lo mismo que estos pequeños comerciantes de otras regiones se desplazaban para traer al mercado sus mercancías, había intermediarios que iban al campo llevando utensilios y vestidos para venderlos en las aldeas y comprar allí mismo otros productos. Por este procedimiento se evitaba el desplazamiento del campesinado, pero se compraba el producto a un precio más alto, pues, había que sumar la ganancia del intermediario a los costos de transporte. La necesidad de estos intermediarios que nada producían, pero en los que confluían diversos productos fabricados por diversas personas que a su vez necesitaban de otros, está resaltada por Platón en su *República* (371 c-d): «Supongamos, ahora, que el cultivador ha llevado al mercado algún producto de su trabajo (él o cualquier hombre artesano), pero que él no ha llegado al mismo tiempo que aquellos que tienen necesidad de tomar a cambio sus productos ¿dejará aquél su oficio para permanecer sentado en el mercado? No por cierto, dijo. Pues hay gentes que haciendo esta observación toman ellas mismas este servicio. Más aún, en las ciudades convenientemente desarrolladas son muchos los individuos, los más débiles físicamente, que no valen apenas para realizar otro trabajo, y su oficio, en efecto, es permanecer allí en el lugar del mercado para realizar a cambio de dinero compras con aquellos que desean vender alguna cosa en cantidad y revenderlas a cambio de dinero con todos aquellos que piden comprar alguna cosa. Entonces, repliqué yo, la necesidad da lugar en nuestra sociedad a la existencia de comerciantes al por menor».

El texto es significativo por varias razones. Parece que no existían dentro de este comercio al por menor —ni tampoco se ve reflejado en las pinturas de los vasos— tiendas especializadas que incluyeran entre sus existencias cantidades diversas y varia-

das de distintos productos destinados a la venta. El intermediario asentado en el mercado —no el que va de aquí para allá con pequeñas cantidades de productos variados—, parece que se orientaba a la venta de uno o varios productos y no de muchos.

El texto también alude a la moneda como medio de referencia que interviene en estas transacciones comerciales al por menor. Eso puede ser verdad para la época de Platón. Pero para el siglo V a. de C. debemos preguntarnos si en este pequeño comercio al por menor intervenía la moneda con la asiduidad que sugiere el texto de Platón. Una respuesta en este sentido no tendría mucho objeto si supiésemos que los estados griegos disponían de piezas monetales divisionarias. Son precisamente las monedas fraccionarias las que resultan más útiles y cómodas para realizar esas transacciones al por menor. Pero en el siglo V a. de C. los Estados griegos no acuñaron este tipo de monedas. La derrota ateniense en la Guerra del Peloponeso y el decaimiento económico subsiguiente propició la acuñación de monedas de bronce que facilitaban este tipo de actividad al por menor, aunque, al ser las monedas de bronce una moneda fiduciaria y no rica por el propio metal como eran las de plata, muchos seguirían prefiriendo el pago en especie.

En el siglo V a. de C. el trueque era el procedimiento de intercambio más frecuentemente utilizado en el campo para hacerse con los productos necesarios. Y si tomamos en consideración las alusiones irónicas de Aristófanes en sus comedias, con un fondo de verdad que no resultaba extraño a los espectadores, incluso en el ágora de Atenas, el trueque era lo habitual: «¿Cuánto pides por tus puercos? Habla», dirá Diceópolis al megarense, «Por uno de ellos, contesta éste, una ristra de ajos. Y por el otro, si te parece, tan sólo un quénice de sal» (*Acarnienses*, v. 814). Y más adelante el beocio le pregunta (vv. 898 y ss.) respecto a las anguilas del lago Cópais que desea comprar: «¿y a qué precio? ¿o bien desearías llevarte de aquí otros productos a cambio de los tuyos?» El beocio responde: «Sí; por ejemplo, los que pueden encontrarse en Atenas, de los cuales carecemos nosotros en Beocia».

Este comercio al por menor en el que los campesinos y artesanos vendían directamente sus productos o en el que los comerciantes modestos funcionaban como intermediarios subvenía a las necesidades cotidianas e inmediatas de la mayoría de la población. No faltaban importadores que tenían tiendas para vender los productos que compraban de fuera de la ciudad, ni comerciantes que se hacían cargo de los productos que vendían de una vez algunos terratenientes, mientras que otros propietarios enviaban asiduamente a sus empleados a vender las mercancías.

Exportación e importación

Había un comercio de importación y de exportación a grandes distancias. Se efectuaba por vía marítima, pues, por sus propias características, el transporte por tierra nunca alcanzó proporciones significativas. Grecia tiene una accidentada orografía, y las vías terrestres eran caminos pedregosos donde el asno, mulo y buey eran los principales animales de tiro. Estas bestias de carga no sólo eran lentas, sino que, por ende, consumían bastante. Por otra parte, la capacidad de una carreta no era grande. A veces se necesitaban materiales del interior, mármoles, piedras de cantería y otros productos que forzosamente habían de ser transportados con animales de tiro. Estas materias primas y productos de primera necesidad ocupaban generalmente mucho espacio en los

vehículos de transporte. Un recorrido largo aumentaba considerablemente los costos y en consecuencia los precios. Por esa razón las ciudades y comunidades del interior se adaptaban a su entorno y refrenaban el consumo indiscriminado de productos del exterior. Cuestión distinta era si dichos productos tenían fácil acceso por vía marítima. Pero no todas las ciudades contaban con una salida fácil al mar. Eran las situadas en las riberas y con buenos puertos las que en realidad intensificaron el comercio marítimo, desarrollaron el artesanado y experimentaron un aumento de su población. Las situadas en el interior o llegaron a ser poco importantes o, si lo fueron, vivían a expensas de un *hinterland* rico y con una predominante producción agrícola suficiente para sus necesidades alimentarias. Eran, pues, estas ciudades y regiones del interior las que más acusadamente tendían a la autarquía.

El griego de todas las épocas siempre buscó en el mar el camino fácil para hacerse con las materias que necesitaba. El Mediterráneo fue durante algún tiempo un mar que los griegos compartían con otras potencias comerciales extranjeras sobre todo la fenicia. La derrota persa en Salamina y en Mícale había hecho del Mediterráneo oriental un mar casi exclusivamente griego. Apoyadas en su poderío naval, Corinto, Samos, Corcira, Egina, Atenas, etc. comerciaron durante bastante tiempo con los estados situados en las riberas occidentales y orientales del Mediterráneo. Mas, con todo, no se puede hablar propiamente de un comercio corintio, egineta, ateniense en razón a la parte que en el mismo juegan los extranjeros y personas ajenas al cuerpo de ciudadanos. Además, los estados no tenían una política comercial. Son los individuos los que se ven implicados en esas actividades y los que tienden a satisfacer las demandas internas de los individuos y también las de los Estados. Por eso éstos no son sensibles a la hora de favorecer la colocación y venta en otros estados de los propios productos. Son los individuos los que toman la iniciativa si ven en ello una ganancia; en caso contrario no hay exportación. Los estados sólo se mostraban receptivos al aprovisionamiento de ciertos productos necesarios para alimentar a la masa de su población y mantener su poderío. Es en ese terreno y en relación con esos determinados productos donde los estados manifiestan una preocupación, llámesela económica.

Aunque conocemos muy poco el modo cómo se organizaban exactamente los circuitos comerciales de las diversas ciudades griegas y cuál era su estructura, al menos para algunas importaciones atenienses nuestra ignorancia no es tan grande.

A partir de finales del siglo VI a. de C. Atenas consolidó su importancia comercial. A ello contribuyeron algunos factores coadyuvantes: creación de la Liga atico-délica, declive de las ciudades jonias, descubrimiento de los filones de las minas de Laurión, la construcción de una potente flota y las instalaciones comerciales del Pireo.

La creación de la flota hizo desaparecer la piratería del Mediterráneo y garantizó, más que en ninguna otra época, la seguridad de los mares. Eran prácticamente sólo los peligros inherentes a la navegación los que amenazaban los transportes marítimos de las mercancías, aunque es cierto que hay noticias, sobre todo en el siglo IV a. de C., de acciones de piratas. Los grandes barcos mercantes, con una capacidad de casi 400 toneladas, podían surcar los mares sin dificultad. Mas una carga tan pesada y voluminosa presentaba inconvenientes a la hora de sacar a tierra las naves durante la noche o cuando el mar se embravecía inesperadamente.

Las instalaciones comerciales del Pireo con sus puertos bien abrigados fueron adquiriendo la importancia que con anterioridad al Pireo habían tenido los puertos de Corinto y de Egina. Construido por Hipodamo de Mileto, «fue él quien, inventor de

la división de las ciudades en las calles ordenadas, aplicó esta nueva técnica al Pireo» (Aristóteles, *Polít.*, II, 5) fue surgiendo en torno suyo un abigarrado mundo de establecimientos comerciales, talleres de artesanía y depósitos de mercancías. En él se concentraban mercancías procedentes de todos los lugares: «estableció por su cuenta un mercado en medio de Grecia, el Pireo; la sobreabundancia es allí tal que los productos que en otro sitio no se encuentran más que difícilmente y por separado están todos allí fácilmente disponibles» (Isócrates, IV, 42). Y, en verdad, el Pireo ofrecía una actividad comercial de mayor entidad que las que hemos visto desarrollarse en el Ágora. Los negocios gestionados allí y las mercancías depositadas en sus instalaciones alcanzaron un gran volumen y exigieron fuertes inversiones. Todos los productos de los lugares más distantes de Grecia llegaban al Pireo: «Las calamidades con las que Zeus golpea la agricultura son funestas para los países continentales pero fáciles de soportar para los pueblos marinos, porque no todas las regiones las sufren al mismo tiempo, de donde resulta que de las tierras sanas les llegan víveres a los que dominan el mar. Por otra parte, si es lícito hacer mención de menudencias, al dominio del mar ante todo se debe el que hayan introducido diversas modalidades de bienestar por su contacto con otros países, pues todo lo que hay de placentero en Sicilia o en Italia, o en Chipre, o en Egipto, o en Lidia, o en el Ponto, o en el Peloponeso, o en cualquier otra parte, todo eso se ha concentrado en un solo lugar gracias al dominio de los mares» (Pseudo Jenofonte, *Repúb. de los Aten.*, II, 6-8).

Las minas de Laurión proporcionaban a Atenas gran cantidad de plata con la que podía compensar las cuantiosas importaciones que realizaba. Su venta, como la de una mercancía más, proporcionaba abundantes ingresos y además permitía la emisión de abundante moneda. Las minas de plata posibilitaron el desarrollo de Atenas a una escala mayor de lo que a los tasio se lo habían permitido las suyas con cuyos ingresos construyeron sus naves y sus murallas (Herodoto, VI, 47).

La moneda no sólo era un instrumento de cambio utilizado en las transacciones de las mercancías que se compraban y vendían sino que la propia moneda era una mercancía más, aun que valiosa, susceptible de usos diversos sobre todo en lugares en los que su uso como valor de cambio no era conocido. Los estados que no disponían de minas de metales nobles, pero acuñaban moneda propia, compraban a otros esos metales o utilizaban la moneda de otros estados para acuñar la suya.

Tomando como punto de referencia los hallazgos monetales se puede concluir razonablemente que allí donde se han producido hallazgos de monedas ha habido actividades comerciales directas o indirectas. A este respecto puede decirse que se encuentran monedas atenienses por toda la cuenca del Mediterráneo, sobre todo durante el siglo V a. de C., momentos en los que parece decaer un tanto la exportación de cerámica ática. Es como si la moneda ateniense desplazase un poco a esa otra producción de Atenas.

Esta mayor expansión de la moneda ateniense por la cuenca del Mediterráneo, que detectan los hallazgos arqueológicos se pone en relación con el decreto ateniense que imponía la utilización de la moneda ateniense y de sus pesos y medidas a todos los aliados de la Liga atico-délica. La fecha de este decreto no se conoce con exactitud, pero suele situarse entre el 440 y el 420 a. de C., pues Aristófanes alude a él de forma irónica (*Aves*, 1040-1041). R. Meiggs y D. M. Lewis recogen la inscripción de este decreto que se ordenó publicar en todas las ciudades aliadas: «Que el pueblo elija heraldos (para llevar a conocimiento de las ciudades los textos votados); que un heraldo vaya

a las islas (uno a Jonia, otro al Helesponto); uno a Tracia (que los estrategas colaboren) en el envío de heraldos (proporcionando a cada uno de entre ellos los medios de transporte); en caso de que no lo ejecute que cada estrategia sea castigado con una multa de 10.000 dracmas; que los magistrados transcriban este decreto en una estela de piedra y lo depositen en el ágora; que los responsables lo coloquen también (enfrente) del taller de la moneda, si los magistrados rehúsan que los atenienses ejecuten estas instrucciones; que sean requeridos por el heraldo que va al lugar a ejecutar las órdenes de Atenas; que el secretario del Consejo añada al juramento del Consejo (a título definitivo la fórmula siguiente): si alguno acuña una moneda de plata en las ciudades y no utiliza las monedas, los pesos o las medidas de los atenienses (yo le sancionaré y le castigaré) de acuerdo con el decreto propuesto en otro tiempo por Clearco; que cada uno sea libre de remitir a la ciudad dinero extranjero (que tenga en su poder y que lo cambie cuando él lo desee); que la ciudad le dé a cambio moneda ateniense; que cada uno transfiera a Atenas y remita al taller de la moneda lo que tiene; que los responsables del taller de la moneda transcriban (la totalidad de las sumas que ellos han recibido de cada uno) en una estela de piedra que la colocarán (enfrente del) taller de la moneda de tal manera que cualquiera que lo desee la pueda examinar (que transcriban de un lado la moneda) extranjera, separando (el oro y la plata) del otro el dinero (ateniense)».

En el decreto no se exponen los motivos que inspiraron estas medidas, aunque las consecuencias políticas que se derivan del mismo no son oscuras: por un lado, la prohibición de acuñar moneda suponía para los estados aliados un paso más en la pérdida de su autonomía que encontraba en su capacidad de acuñar moneda propia uno de los instrumentos más claros para expresarla; por otro lado, la imposición por todo el imperio de las monedas de Atenas era para ésta una manifestación más de su poder hegemónico. Lo que ya resulta menos perceptible eran las ventajas económicas que le pudo aportar a los atenienses. En principio, toda unificación monetar era ventajosa para todos en la medida que eliminaba las operaciones de cambios y conversión de valores entre unas monedas y otras. Pero, en principio, estas ventajas iniciales no eran grandes, desde el momento en que se limitaban al marco geográfico del imperio. Además, los beneficiarios no sólo eran los atenienses sino todos los comerciantes. Sólo la imposición efectiva de la plata y de la moneda de plata ateniense podía aportar ventajas especiales a Atenas. Pero este logro no necesitaba imponerse por decreto. La calidad de la plata ateniense y la demanda que de ella se hacía había propiciado su introducción masiva en los mercados de los aliados y no aliados sin necesitar para ello de medidas coercitivas. Incluso durante el siglo IV a. de C. cuando el imperio ateniense estaba apagado y su reconstrucción se hizo sobre presupuestos teóricamente distintos, en los que las represalias tenían cerrado el camino, abundante moneda ateniense siguió penetrando en la cuenca del Mediterráneo.

Los hallazgos monetales —que se dan en unos lugares sí y en otros no sin que este hecho implique que la moneda no haya penetrado en ellos, pues en la propia Grecia apenas se producen— son una cuestión de azar y hay que tener en cuenta esta circunstancia cuando se utilizan intentando sacar de ellos alguna conclusión. Pues bien, si teniendo en cuenta estas cautelas queremos establecer los porcentajes que presentan las monedas atenienses en los hallazgos correspondientes al siglo IV a. de C., vemos que en Egipto se eleva al 60 por ciento de las monedas halladas; en el imperio persa al 33 por 100; en las costas meridionales y centrales de Asia Menor al 15 por 100; en

Sicilia y zonas próximas un 3 por 100 y en la zona del Egeo un 1 por 100. De manera superficial uno tendría la tentación de relacionar económicamente estos hallazgos monetales y sus porcentajes de monedas atenienses con zonas en las que Atenas tenía supuestos intereses comerciales: importaciones de trigo de Egipto y de Sicilia. Pero la correspondencia es sólo parcial. En la cuenca del mar Negro, y en la costa norte de Asia Menor, puntos de arranque de muchas importaciones de trigo, apenas se dan para esta época hallazgos significativos de moneda ateniense. Y algo parecido ocurre con la región de Tracia y Macedonia, de donde importaban madera y esclavos. Pero estos porcentajes de moneda ateniense, al menos ponen de manifiesto que la moneda ateniense era la que más importaba Egipto, y las regiones de Siria y Fenicia.

Aunque los envíos de plata en lingotes o en moneda representaba la exportación principal ática, no era la única. Los vasos áticos tuvieron, como hemos visto, una gran demanda. Son miles de vasos áticos de figuras rojas los que se tienen catalogados. Su importancia económica para Atenas no fue grande ni en su producción se invirtió mucha mano de obra. Pero, en cualquier caso, es un indicativo más de las rutas comerciales seguidas por los productos atenienses, bien las hayan transportado y vendido directamente comerciantes atenienses bien lo hayan hecho comerciantes de otros lugares, comprándolos previamente en el Pireo.

Atenas era excelsitaria en la producción de aceite, sin que podamos evaluar en qué cuantía. El clima del Ática favorecía el crecimiento del olivo sobre un suelo pobre. Siguiendo la costumbre de otros estados griegos que representaban en sus monedas respectivas los productos por los que más se significaba su región, las monedas áticas, desde el siglo VI a. de C. junto a la lechuza, símbolo de la ciudad, llevaban grabada una rama de olivo como indicativo de la excelencia del Ática en este producto. Una ley de Solón (Plutarco, *Solón*, 24) que decía «de la producción solamente concedió la exportación a país extranjero del aceite, prohibiendo la salida de todas las demás», hace suponer que el Ática era excelsitaria en este producto. Pero más allá de estas referencias no se cuenta con más datos.

Los hallazgos arqueológicos poco ayudan al respecto. El aceite y el vino se transportaban en ánforas, que, al no estar pintadas o estampadas, no sabemos, si eran de producción local o foránea, de la misma manera que sin los análisis químicos pertinentes no podemos conocer si contenían aceite, vino u otro producto.

Es posible que en zonas de un comercio ateniense tradicional en las que, además, las condiciones climáticas no permitían o no hacían rentable el cultivo del olivo, la aparición de ánforas de aceite pueda interpretarse como resultado de una exportación ateniense de este producto.

Respecto a otras exportaciones, no sabemos hasta qué punto los talleres artesanales que tanto proliferaron en Atenas y que emplearon a un número relativamente alto de mano de obra aportaron, con destino a la exportación, productos manufacturados. Es posible que sí, pero no conocemos en qué cuantía. En los discursos de Demóstenes aparecen, aunque no con mucha frecuencia, transportes de perfumes atenienses con destino al mar Negro y a alguna exportación de armas y de otros productos.

La hipótesis recurrente es que con estos productos destinados a la exportación Atenas pagaba las cuantiosas importaciones que realizaba. No parece que haya sido así. La contabilidad de los Estados griegos era muy rudimentaria y difícilmente es concebible que llevaran un balance de las importaciones y exportaciones. Si nos atenemos a las alusiones contenidas en los textos, reflejo de la actitud de los Estados griegos ante

los productos objeto de actividad comercial, vemos que presentan un sentimiento de orgullo por la cantidad y variedad de productos que llegaban a sus puertos, pero no por sus propias exportaciones. El Pireo era un puerto importante de llegada y de distribución hacia otros lugares de todo tipo de mercancías. Pero no era el único. Corinto y Corcira para el comercio occidental y otros puertos para el oriental han cumplido esta misión. Lo que ocurre es que la oscuridad informativa que tenemos respecto al comercio de estos puertos contribuye a resaltar el mayor conocimiento con que contamos sobre la actividad comercial del Pireo.

En Atenas y su puerto del Pireo se daba también un interés, no exento de preocupación, por los productos alimentarios y por aquellas materias primas que eran necesarias para mantener su poderío naval: «(los atenienses) son los únicos que tienen a su alcance el disponer de los productos de los helenos y de los bárbaros. Porque, si una ciudad posee abundancia de madera apta para la construcción de naves ¿dónde la colocará si no se entiende con el dueño del mar? ¿Y qué? si una ciudad posee abundancia de hierro, o de cobre, o de lino, ¿a quién venderá sus productos si no se entiende con el dueño del mar? Pues bien, estos mismos productos son los materiales que me sirven para construir mis naves. De un país, la madera; del otro, el hierro; del otro, el cobre; del otro, el lino; del otro, la cera. Además, no permitirán que lo lleven a quienes son nuestros competidores; y, si no, no podrán circular por los mares. Y así yo, sin producir nada en mi tierra, tengo todas estas cosas gracias al mar, mientras que no haya ninguna otra ciudad que tenga ni siquiera dos de estas producciones, pues no hay en el mismo país madera y lino, sino que, donde abunda más el lino, allí la tierra es llana y carece de arbolado. Ni tampoco se dan el cobre y el hierro en la misma ciudad, ni hay dos o tres de los demás productos en un solo país, sino el uno aquí y el otro allí» (Pseudo Jenofonte, *Repúbl., de los Atenien.*, II, 11-12).

El texto alude a algunas materias importantes para Atenas. Respecto a ellas el interés ya no era sólo de los particulares sino también del Estado. Hierro, cobre o bronce figuran entre estas importaciones. El cobre podía venir de la isla de Chipre; los minerales de hierro, que eran ya más frecuentes, podían llegar de muchos lugares. El estaño, que entra en aleación con el cobre para obtener el bronce, podía proceder de las Galias, Hispania o Britania. Herodoto (III, 115) dice que viene de lejos, de algún lugar del occidente europeo.

Respecto a la madera, el Ática tenía zonas de arbolado, y no de mala calidad, pero en cantidad exigua para sus necesidades de construcción de edificios, naves y otros usos. También las fundiciones para los minerales de Laurión, al desconocerse el empleo del carbón mineral, consumían grandes cantidades de leña. Se trataba de materiales de desecho, matojos y maderas sin características de forma y tamaño. Este tipo de material no hacía gravosa la compra, pero, dada la intensa actividad de las minas, su consumo fue muy voluminoso. Las zonas próximas a las minas fueron esquiladas enseguida y para esos menesteres cada vez había que traer leña de más lejos.

La madera destinada a la construcción de barcos, que requerían ciertas exigencias en cuanto a la calidad y al tamaño de los troncos, había que traerla de muy lejos por vía marítima. Los aliados que disponían de ella, sobre todo la zona de Tracia, eran sus proveedores. El control que de esta zona realizó Atenas se debió no sólo a su proximidad a las rutas comerciales y a su riqueza minera, sino también a sus disponibilidades de madera. Cuando durante la Guerra del Peloponeso se perdió Anfípolis, «los atenienses se llenaron de miedo ante su captura, sobre todo porque esta ciudad les era

muy útil por sus envíos de madera para construcciones navales y por los ingresos que les procuraba» (Tucídides, IV, 108). Macedonia, y en menor cantidad Beocia, proporcionaron también madera. Pero no eran las únicas. Cuando durante el transcurso de la Guerra del Peloponeso los atenienses decidieron la expedición a Sicilia, les había hecho saber que la isla abundaba en madera y que podrían construir muchas naves para bloquear con ellas el Peloponeso. Y durante las operaciones en Sicilia y en Italia, los siracusanos «prendieron fuego en el territorio de Caulonia a una partida de madera para construcciones navales que estaba preparada para los atenienses» (Tucídides, VII, 25).

Atenas se interesaba por los suministros de madera, pero su interés no era menor por los suministros de trigo. Desde la época arcaica, a finales del siglo VII a. de C., los estados griegos realizaron asentamientos coloniales en la cuenca del mar Negro, en Egipto con Naucratis y en Sicilia. Parte de las actividades económicas de estas fundaciones coloniales se encaminaron al desarrollo de un comercio de exportación de trigo con destino a Grecia continental.

El desarrollo demográfico alcanzado por Atenas a lo largo del siglo V a. de C. aumentó considerablemente su dependencia respecto al trigo extranjero. Qué proporción cuantitativa representaba esta dependencia, es algo que desconocemos de forma fehaciente y que resulta difícil de establecer, aunque se han hecho algunos intentos. De forma hipotética se suele entender que por término medio el consumo anual de trigo y cebada de una persona adulta es de diez medimnos y el de las mujeres y niños de siete y medio. Como no conocemos el volumen de trigo y cebada producido en el Ática y como, por otra parte, desconocemos el número exacto de la población total del Ática, no estamos en condiciones de establecer la cantidad de cereal que los atenienses importaban.

¿Qué número de ciudadanos, metecos y esclavos vivían en el Ática durante los siglos V y IV a. de C.? Las respuestas ofrecidas por la moderna historiografía son todas ellas hipotéticas, discutibles y discutidas. Aunque, por falta de series de datos continuos y correctos, las estadísticas referentes a temas de la Antigüedad son poco fiables, los historiadores modernos no se resisten a su hechizo y aunque sea a título meramente indicativo y por comparación con otras posteriores más fiables, no resisten a la tentación de ofrecerlas. Así suponen que si la población del Ática alcanzaba una cifra entre 300.000 a 400.000 habitantes —y estas cifras vemos que también son hipotéticas—, necesitaban anualmente invertir en su alimentación entre dos millones y medio a tres millones y cuarto de *medimnoi* de trigo y cebada. Incluso en estos supuestos quedarían pendientes varias preguntas: ¿cuál era la producción de cebada y trigo en el Ática? ¿qué cantidad podían proporcionar las cleruquías una vez alimentados los clerucos? ¿qué parte de ella consumían los animales, especialmente los dedicados al transporte?

Para el año 329-328 a. de C. una inscripción (I. G. II/III², 1672) cifra la producción del Ática en torno a los 30.000 *medimnoi* de trigo y en 340.000 de cebada y las cleruquías de Esciros y Lemnos en 70.000 de trigo y 275.000 de cebada. Si admitimos estas cifras como relativamente indicativas, nos darán una idea general hipotética de los cereales que el Ática tenía que comprar e importar. Las cleruquías, de tener excedentes, los remitirán a Atenas. También la extensa isla de Eubea, próxima a Atenas, proporcionaba aprovisionamiento de cierta entidad. Por eso su ocupación por los espartanos causó entre los atenienses una gran consternación, porque de Eubea «obtenían mayor provecho que del Ática» (Tucídides, VIII, 96). Había otras regiones próximas, como Beocia y Tesalia, con muy buenas tierras para el cultivo de cereales, pero que no

estaban en condiciones de proporcionar un suministro regular, bien sea porque sus excedentes dependían en exceso de las condiciones climáticas, bien sea por razones políticas.

Para sus importaciones de cereales, Atenas buscó diversos lugares de aprovisionamiento de modo que los altibajos accidentales de la producción o los inconvenientes creados por cualquier conflicto no alterasen la regularidad de los suministros. Y estas regiones fueron Macedonia y el Quersoneso tracio, en menor cantidad, el Bósforo, Egipto y Sicilia. En el siglo IV a. de C. hay noticias de cargamentos de trigo procedentes de Macedonia y del Quersoneso con dirección a Atenas. Pero era la zona del Bósforo la principal proveedora; luego Egipto y Sicilia. La expansión que alcanzó la distribución de la cerámica griega y sobre todo la moneda puede ser en cierta manera un indicio de estas exportaciones de cereal que se verá complementado con las referencias literarias. En la época de Demóstenes (I, 6, 17, 20) Atenas importaba del Bósforo 400.000 *medimnoi* de cereales. Y para todo el siglo IV a. de C. las alusiones al comercio de importación de cereales de esta zona menudean con harta frecuencia.

Durante la Guerra del Peloponeso, la ayuda prestada por Atenas a Leontinos tenía la intención de impedir que el trigo de Sicilia llegase al Peloponeso. Y cuando, por fin, decidieron los atenienses la gran expedición contra Sicilia con intención de apoderarse de ella, en su decisión pesó la consideración de que Sicilia abundaba en víveres (Tucídides, VI, 90).

Durante la Guerra del Peloponeso, el trigo del Ponto siguió afluyendo regularmente a Atenas, hasta el punto de que los espartanos, para causar dificultades a los atenienses en sus suministros, enviaron a Clearco a la ciudad de Bizancio: «Agis, por su parte, que veía desde Decelia muchas naves de trigo enfilarse hacia el Pireo, declaró que no merecía la pena que su ejército bloqueara desde tanto tiempo ya a los atenienses por tierra, si nadie poseía los puntos desde donde el trigo venía por mar; lo mejor era que Clearco, hijo de Ramflas, que era precisamente próxeno de Bizancio, fuese enviado a Calcedonia y a Bizancio. Habiendo prevalecido esta opinión, después de hacer equipar quince naves venidas de Mégara o proporcionadas por otros aliados, Clearco se hizo a la mar; tres de sus naves fueron destruidas en el Helesponto por las nueve naves atenienses que vigilaban permanentemente la navegación; las otras huyeron a Sesos y desde allí llegaron sin riesgo a Bizancio» (Jenofonte, *Helén*, I, 1, 35).

Cortar los suministros de trigo a Atenas en tiempo de guerra era una medida estratégica del enemigo; asegurar las rutas y los circuitos comerciales que garantizaban esos suministros era en todo momento, en paz y en guerra, una necesidad imperiosa para Atenas. El control de las rutas comerciales y de las importaciones de trigo siempre ha pesado en la política exterior de Atenas. Esta constante subyace a lo largo de su historia. Las sucesivas invasiones persas, la colaboración que le prestaron algunos estados griegos alejaron a los atenienses del contacto con las ciudades griegas de la cuenca del mar Negro. La ruta comercial marítima que desde el Ática, bordeando Eubea cruzaba por las islas de Esciros, Lemnos e Imbros y llevada hasta el Helesponto, había pasado, en sus tramos finales, a manos persas. La derrota persa permitió a Atenas recuperar el paso de los Estrechos. Sus esfuerzos posteriores por dominar las islas de Esciros, Lemnos e Imbros se explican por el deseo de asegurar la ruta comercial que conducía hacia el Bósforo. Tras la derrota persa la intención ateniense de arrebatar al bárbaro la isla de Chipre no estuvo muy alejada del deseo de conseguir las riquezas de cobre y de cereales que la isla tenía.

Atenas también buscó el acercamiento a Egipto, una de las posesiones con mayores recursos del imperio persa. Para Atenas el conseguir un Egipto libre y autónomo no sólo contribuía a mermar el potencial político de Persia, sino que, además, le permitía allanar las dificultades de acceso al trigo egipcio. En el 461 a. de C. los atenienses atendieron la petición de ayuda solicitada por el príncipe libio Inaro, que se había sublevado contra Artajerjes. Como contrapartida, el egipcio les prometió cuantiosas ventajas (Diodoro, XI, 71, 4-5). Esporádicamente los textos literarios hacen referencia a importaciones de trigo egipcio e incluso, como refiere Plutarco (*Pericles*, 37), a donaciones: «como luego el rey de Egipto (Psamético) hubiese enviado de regalo para el pueblo de los atenienses 40.000 medimnoi, hubo que repartirlo entre los ciudadanos». La donación era un regalo esporádico que se sumaba a las importaciones regulares de trigo egipcio. Durante la Guerra del Peloponeso los espartanos, apostados en Triopion, intentaron cortar estos suministros buscando «apresar los barcos de comercio que venían de Egipto» (Tucídides, VIII, 35).

Durante casi todo el siglo V a. de C. el poder marítimo de Atenas fue capaz de mantener libres y expeditos los accesos a los lugares de aprovisionamiento y de no correr riesgos insalvables durante su transporte. En el siglo IV a. de C. el poder de Atenas decayó, se perdió el control de muchas ciudades y Atenas ya no gozaba de las condiciones óptimas para, llegado el caso, asegurar su aprovisionamiento con medios coercitivos. La fuerza dio paso a la habilidad diplomática. Se establecieron convenios con Estados ricos en trigo y se cultivó la buena disposición de sus autoridades con concesiones de honores y privilegios. Ya en el siglo V a. de C. los estados griegos comenzaron a concertar entre ellos convenios rudimentarios, estudiados por P. Gauthier, que regulaban sus disputas y que indudablemente favorecieron a los comerciantes. El que algunos de estos convenios se orientaran también hacia temas de contenido comercial era algo natural. El mismo Aristóteles (*Retórica*, 1360 a) señala que entre las cualidades que debían adornar a un buen gobernante estaban las referentes a sus conocimientos respecto a las cuestiones de abastecimiento, con objeto de poder establecer los acuerdos comerciales más ventajosos para su ciudad.

En el siglo IV a. de C. fue frecuente la práctica de conceder honores a un rey o a personas importantes de una ciudad, con los que se suscribieron convenios que llevaban inherentes implicaciones comerciales. En el 360 a. de C., Atenas otorgó a Estratón, rey de Sidón, el privilegio de la proxenia y suscribió con él un convenio por el cual los comerciantes de Sidón en Atenas quedaban bajo la protección del rey, por lo que se veían libres de las obligaciones que comportaba la condición de extranjero residente por algún tiempo en Atenas (M. N. Tod, núm. 139).

Dentro de las buenas relaciones que Atenas mantuvo con algunos estados, fueron especiales las que mediaron con el rey del Bósforo, Leucón, principal suministrador de trigo a Atenas en condiciones ventajosas, pues reducía a los atenienses la cuota de los impuestos portuarios y, además, les otorgaba prioridad de embarque. En agradecimiento, los atenienses le concedieron a él y su familia inmunidad fiscal —que también gozaba algún ciudadano y extranjero— y la ciudadanía honorífica, tal y como lo recoge una inscripción (M. N. Tod, núm. 167); alude a ello Demóstenes (XX, 30-33), que lo pone en relación con los suministros de trigo: «Porque es cierto que por su linaje Leucón es extranjero, pero por nuestra adopción es ciudadano. Mas, según esta ley (se trata de la presentada por Leptines que suprime las exenciones de las que disfrutaban algunos extranjeros) por ninguno de los dos títulos puede gozar de inmunidad. Y eso

que de los otros bienhechores vuestros cada uno os ha sido útil por algún tiempo; pero éste, si bien lo miráis, veréis que siempre se ha manifestado como bienhechor vuestro y precisamente en las cosas de que más necesita la ciudad. Estáis al tanto, según creo, de que nosotros necesitamos el trigo importado en mayor cantidad que ningún otro pueblo. Pues bien: el trigo que importamos del Ponto se iguala en cantidad al que nos llega de los otros mercados. Y es natural que así suceda, no sólo porque esa región posee la mayor cantidad de trigo, sino, además, por haber exceptuado de impuestos a quienes lo conduzcan a Atenas este Leucón, que es gobernante, y haber ordenado por público pregón que quienes vengan con destino a nosotros sean los primeros en llenar sus naves. De modo que, poseyendo él la exención de parte nuestra sólo para él y para sus hijos, él en cambio a todos nosotros nos la ha concedido. Por experiencia sabéis de cuánta estima sea este favor. Porque él cobra a los que cargan trigo en su región el 30 por 100. Ahora bien: la cantidad de trigo que de allá nos llega sube a unos 400.000 medimnos; cantidad que cualquiera puede comprobar mediante los registros de los jefes de aprovisionamiento. De modo que sobre 300.000 nos regala 10.000; y sobre los otros 100.000 como unos 30.000. Y tan lejos está de retirar a la ciudad este regalo que, habiendo construido otro mercado en Teodosia, del cual dicen los navegantes que en nada es inferior al del Bósforo, también allá nos ha concedido exención de tributos... Paso en silencio... otras cosas... sólo recordaré que hace dos años, cuando en todos los pueblos hubo escasez de trigo, no sólo lo envió en cantidad suficiente, sino en tan gran cantidad que os resultó una ganancia de 15 talentos, cuya administración tuvo Clístenes».

Estas precauciones de política exterior y de diplomacia para asegurarse las importaciones de trigo se complementaban con medidas internas. Una vez cada mes de los diez en los que estaba distribuido el año griego, la Asamblea Popular escuchaba un detallado informe sobre la situación del abastecimiento ateniense. Junto al cuerpo de inspectores de mercado (*metronomoi*), cinco para Atenas y cinco para el Pireo, que vigilaban las operaciones comerciales para que no se cometieran fraudes, se elegían por sorteo diez *sitophylakes* (inspectores de comercio de granos), cinco para el Pireo y cinco para Atenas. En los momentos en los que escribía Aristóteles se elevaron a 20 para la ciudad y a 15 para el Pireo. Su misión consistía en vigilar que los distintos comerciantes y artesanos que intervenían en el proceso de producción y ventas que va desde el trigo hasta el pan se realice y venda a un precio justo (Aristóteles, *Constit. de los Aten.*, 51).

Era en el terreno de los suministros alimentarios donde se ponía de manifiesto a través de disposiciones legales el intervencionismo estatal. Además de la ya mencionada ley de Solón que prohibió todas las exportaciones de trigo, en el siglo IV a. de C. se conocen algunas más. Así, de cada nave que entraba en el Pireo, los inspectores del puerto mercantil, que eran los que controlaban las mercancías de los barcos que atracaban, debían tomar las medidas pertinentes para obligar a los mercaderes a vender en el mercado de Atenas dos tercios del total del cereal traído, pudiendo reexportar a otro lugar a lo sumo un tercio. Otra de las disposiciones atenienses al respecto guarda relación con los préstamos de dinero y con las importaciones de trigo. En el siglo IV a. de C. eran usuales los préstamos de dinero para barcos, mercancías o ambas cosas a la vez. Estos préstamos no tenían más implicaciones legales que las relacionadas con el cumplimiento de las cláusulas contractuales. Una ley recogida por Demóstenes (XXXV, 51) pone en evidencia hasta qué punto Atenas cuidaba su aprovisionamiento

de cereales prohibiendo prestar dinero para una nave que transportara trigo a otro lugar que no fuera Atenas. La ley obligaba a todos los atenienses, a los metecos y a todas las personas que estuviesen bajo la tutela de la ciudad.

Otra disposición prohibitiva, recogida también por Demóstenes (XXXIV, 37), era una especie de complemento de la anterior, pues «las leyes establecían las máximas penas contra quien, viviendo en Atenas, lleve trigo a otra parte que no sea el emporio ático». Qué duda cabe que la ley buscaba asegurar para Atenas los suministros de trigo, pero también intentaba atajar las prácticas fraudulentas de todos aquellos mercaderes, como es el caso denunciado por Demóstenes, que, cargando trigo en el Bósforo al amparo de los descuentos y preferencias de embarque, lo vendían en otro lugar distinto a Atenas, lo transportaran o no con barco ateniense.

Atenas dependía de los suministros del trigo extranjero que traían los negociantes sujetos a la normativa arriba indicada. La existencia e insistencia de estas prohibiciones son indicio de lo frecuentes que debieron de ser los fraudes. Una una vez que los negociantes habían traído el trigo a Atenas, los comerciantes podían comprarlo, pero en cantidades determinadas que no podían rebasar los 50 *phormoi* (Lisias, XXII), con objeto de evitar el acaparamiento y como consecuencia la posterior especulación. A pesar de tantas prohibiciones, los fraudes eran frecuentes y los comerciantes utilizaban toda clase de tretas para elevar el precio de venta. «El precio del trigo a veces, dirá Lisias (XXII, 11-12), en el mismo día se elevó un dracma».

A lo largo del siglo V a. de C. bastantes ciudades acuñaron moneda. No era inusual que las gentes la guardasen en cofres en sus casas, pero también se prestaba con interés. El dinero desempeñaba en estos casos una función distinta de aquella anterior de ser un instrumento de cambio entre compradores y vendedores. Asumía en estos casos un papel de productor económico creador de riqueza. Demóstenes clasifica el dinero prestado por su padre en el mismo apartado de los talleres. Indudablemente el dinero prestado, lo mismo que los talleres producían ganancias y contribuían al desarrollo económico. Sin estos préstamos de dinero, las actividades artesanales y comerciales hubiesen sido todavía más restringidas.

Comerciantes y artesanos acudían a estos préstamos, bien para obtener mercancías, bien para hacerse con mano de obra, bien para conseguir materias primas. En el siglo IV a. de C., que es del que estamos mejor informados a este respecto, los préstamos con interés aparecen con harta frecuencia en las operaciones financieras relacionadas con las inversiones en tierras, en talleres y en establecimientos de venta de productos. Era natural que con mayor razón se impusiese esta práctica para las mercancías transportadas desde lugares lejanos y para las naves que las traían. Era lógico, porque a las necesidades de materias primas y de alimentos se unía el riesgo de la travesía. Eran préstamos que se hacían sobre las mercancías, sobre la nave o sobre las dos cosas. Dependía de si el receptor del préstamo era dueño de la nave sobre la que transportaban las mercancías. Lo que caracterizaba a este tipo de préstamo marítimo era que, si lo que había sido objeto del préstamo, generalmente las mercancías, no llegaban a puerto por accidente, el prestamista no podía reclamar la suma de dinero prestada.

Se comprende fácilmente que un préstamo de este tipo, donde los riesgos eran muchos, no se hacía sino mediante un interés muy elevado y tomando las precauciones de depositar el contrato suscrito por las partes en un banco, con especificación de las cláusulas de compromiso, la cantidad de dinero prestada y la mercancía que iba a transportarse. Había prestamistas que permanecían en Atenas aguardando el regreso de la

nave para recuperar lo prestado y los intereses generados. Eran naves que hacían viaje de retorno. Pero había otros que, bien ellos mismos o sus representantes, salían en la nave. Es fácil figurarse que se trataba por regla general de barcos que no iban a regresar al Pireo, y no estaban dispuestos a que en el mejor de los casos se les remitiera desde un puerto lejano el préstamo hecho en Atenas y los intereses producidos. Pero incluso con naves que iban a regresar, en evitación de posibles fraudes, y los hubo a tenor de los procesos interpuestos, era frecuente que un representante del prestamista viajara en el barco para evitar fraudes en las mercancías, sobre todo si los dueños de la nave y de la mercancía eran distintos.

El comercio marítimo utilizaba, con arreglo a las características del viaje, distintos tipos de préstamos. Un préstamo de ida se daba para una nave que hacía un recorrido desde Atenas a otro puerto o desde cualquier puerto a Atenas. El préstamo de ida y vuelta se daba a la nave que desde Atenas se dirigía a otro puerto y desde allí regresaba otra vez. Para un tipo u otro de viajes la cuantía del interés fijado por el préstamo no podía ser la misma. La distancia y el riesgo están interrelacionados. Cuanto mayor era el trayecto a recorrer las posibilidades de sufrir una catástrofe en el viaje eran mayores. Estos dos factores, riesgo y distancia, contribuían a establecer la cuantía del interés a percibir por la cantidad prestada. Así, lo normal era que el interés fuese del 12,5 por 100 por el préstamo de ida a una nave que hiciera el recorrido de Sesto a Atenas. El préstamo para un viaje de ida y vuelta Atenas-Bósforo-Atenas percibía intereses más elevados: «Crisipo...le había prestado a rédito 2.000 dracmas para el viaje de ida y vuelta; de modo que debía en Atenas 2.600» (Demóstenes, XXXIV, 23). Un interés que alcanzase un 30 por 100 de la cantidad prestada era normal en este tipo de viajes de ida y vuelta.

El elevado interés dependía también de los riesgos que se esperaba correr en los viajes. Pero no era sólo el riesgo centrado en el azar, sino el que además dependía de la peligrosidad de la ruta a navegar o, sobre todo, de la época durante la cual se realizaba la travesía. Era habitual que, en la medida de lo posible, la navegación se realizara pegados a la costa y guiándose por el sol y las estrellas. Pero en invierno la visibilidad disminuía y las tormentas eran más frecuentes, aumentando con ello los riesgos de un naufragio. Sólo algunas rutas fáciles se utilizaban entonces. Para las otras se suspendía la navegación prácticamente durante seis meses. En los viajes que se realizaban en las fronteras cronológicas entre el inicio anual de la navegación y su suspensión, los peligros de tormentas aumentaban y los riesgos de naufragio eran mayores. No es extraño que en tales viajes el interés de los préstamos se elevase muy por encima del 30 por 100.

POLÍTICA FISCAL. INGRESOS Y GASTOS

Un mundo económico en el que las transacciones comerciales habían crecido mucho y la ampliación de los mercados alcanzaba a regiones muy alejadas entre sí, no podía carecer de un orden por muy rudimentario que fuese. Los Estados no podían dejar todo a la libre iniciativa de los particulares. Una intervención indirecta hacía que los tribunales del Estado dilucidaran los pleitos interpuestos por sus ciudadanos por cuestiones comerciales, pero también los que mediaban entre éstos y los extranjeros. Pero esta intervención se realizaba más que por interés estatal en los asuntos económicos

y comerciales por razones políticas y jurídicas. Era preciso dar a cada uno lo suyo y que resplandeciese la justicia.

Se trataba, pues, de una intervención indirecta y tangencial del Estado en asuntos comerciales por medio de los tribunales de justicia populares. La intervención del Estado ateniense era más directa en aquellos asuntos comerciales que guardaban relación con el abastecimiento. Hemos visto que suscribía convenios con los Estados suministradores, regulaba las operaciones de compra en origen, transporte, distribución y venta en destino, todo ello con el objetivo de garantizar el abastecimiento a unos precios justos y razonables. Pero la política comercial del Estado ateniense concernía sólo a las importaciones y, en concreto, a aquellas que como los cereales se consideraban indispensables para la subsistencia alimentaria de la ciudad. Fuera de esta preocupación por una actividad concreta considerada como esencial, la actitud de los estados, como el ateniense, por las exportaciones se caracteriza por el desinterés; aunque no total, ciertamente, pues en los ingresos del estado figuraban los aranceles obtenidos por los productos que entraban y salían del puerto. Otros estados cobraban también esos derechos aduaneros previa verificación de las cargas de los barcos que llegaban a puerto y las de los que iban a abandonarlo. Ya hemos visto cómo el rey del Bósforo eximió a los atenienses del pago de este arancel.

Si los Estados griegos apenas se interesaban por las exportaciones y sólo por las importaciones necesarias nos podemos hacer una idea de cuán lejos estaban de elaborar siquiera un rudimentario balance de ingresos y gastos. Menos aún realizaron una planificación con vistas a la obtención de mayores ingresos y de conseguir una balanza positiva. No había programas ni proyectos de desarrollo económico teóricos ni prácticos. El único que desde el punto de vista teórico realiza un proyecto para aumentar los ingresos públicos es Jenofonte en su obra los *Poroi*. Un aspecto de su propuesta ya la conocemos: aumentar sin límite la producción de la plata incorporando un número mayor de esclavos. Las otras propuestas consistían en aumentar el número de metecos creándoles condiciones más favorables. Entre estas no estaba lógicamente la supresión del *metoikon*, impuesto cuantitativamente variable según el sexo, que pagaban los metecos. Una propuesta de este tipo hubiese mermado las entradas públicas que se deseaba aumentar y desde el punto de vista político no hubiese sido bien recibido por los ciudadanos. Pero ni siquiera en esta obra que supone un cierto avance respecto de las concepciones anteriores, al margen de la elección decidida que se hace sobre aumentar la producción de la plata, no se percibe ninguna propuesta a cerca de qué fuentes de ingresos convenía aumentar o frenar con vistas a obtener mayores ganancias públicas.

En la rudimentaria planificación económica estatal no se constata que los impuestos se utilicen como arma protectora de la producción interna o como freno de las importaciones o, por el contrario, como su potenciación mediante la exención de impuestos de aquellos productos y materias primas que se considerasen de perentoria necesidad. No hay nada de eso. Importaciones y exportaciones se gravaban con el mismo impuesto. Los Estados griegos estaban lejos de hacer previsiones económicas. Cuando los espartanos y sus aliados consideraron que era inevitable el enfrentamiento con los atenienses y sus aliados, no tomaron medidas económicas previsorias. Actuaban con la inercia de la tradición, con las convenciones imperantes, que dejaban en manos de las aportaciones individuales y voluntarias el hacer frente a los gastos que estaba ocasionando la guerra. Por eso los fondos de reserva notificados por Pericles en previsión

de la guerra aparecen como algo singular, ya que Atenas, al igual que el resto de los Estados griegos padecía de un comportamiento financiero semejante. Pericles se preparó con tiempo para la guerra y por eso podía exponer ante la Asamblea Popular a qué cuantía se elevaban las reservas de dinero: «Los exhortó a tener ánimo, ya que cada año entraban en la ciudad, sin contar con los otros ingresos, unos 600 talentos del tributo de los aliados y que en la Acrópolis se guardaban todavía entonces 6.000 talentos en plata acuñada —la mayor cantidad fue de 9.700, de los cuales se había gastado parte en los Propileos de la Acrópolis, los otros edificios y el sitio de Potidea—; y además no menos de 500 talentos en oro y plata sin acuñar en ofrendas privadas y públicas, en los utensilios sagrados utilizados en las procesiones y juegos, en despojos de los persas y cosas semejantes. Añadía todavía una cantidad no pequeña procedente de los demás templos, de la cual podían hacer uso, así como, si carecían absolutamente de todo recurso, de la propia estatua de la diosa con las chapas de oro que la rodean; hizo saber que la estatua tenía 400 talentos de oro puro, y que todo él era desmontable. Dijo que, si lo utilizaban como recurso de salvación, debían reponer una cantidad no inferior (Tucidides, II, 13). Pericles habla de reservas, pero difícilmente podría hablar de una coordinación de la administración financiera bajo la supervisión de un organismo único que tuviese centralizados los gastos anuales y las entradas anuales. Indudablemente que se llevaba una contabilidad de aquellos gastos y entradas de las que había que rendir cuentas, pero estaban atendidas y dependían de organismos distintos que no actuaban coordinados. Había así unos organismos o cuerpos de funcionarios que recibían unas partidas de ingresos y desembolsaban otras en gastos, pero con total independencia de lo que hacían los otros y sin estar subordinados a las directrices de un tesoro estatal. Se actuaba con la inercia de los tiempos.

Antes de las Guerras Médicas, los gastos y entradas de los estados griegos eran de pequeña cuantía, y también lo fueron para Atenas. Mas el posterior desarrollo económico, el descubrimiento de nuevos filones de plata en Laurión y la creación de la Liga atico-délica obligaron a Atenas a improvisar en poco tiempo una maquinaria administrativa para poder atender a las necesidades inmediatas. Pero, por precipitación y premura, por inercia de lo que se continuaba haciendo o por cualquier otra cosa, no se dio ni se proyectó un sistema coordinado. Cuando se descubrieron nuevos filones en Laurión, los ingresos estatales lógicamente aumentaron. Con arreglo a la costumbre, cuando los ingresos superaban a los gastos, se hacían repartos entre los ciudadanos y no se destinaban a un fondo de reserva. Fue Temístocles quien propuso una ley de acuerdo con la cual los nuevos ingresos de las minas de Laurión se destinaban a la construcción de una flota.

Lo más parecido a un fondo de reserva era el Tesoro de Atenea. El crecimiento del tesoro público de Atenas estaba ligado a la existencia de la Liga atico-délica y al impuesto exigido a sus miembros. Pero, cuando por motivo del temor ocasionado por la derrota sufrida en Egipto o por cualquier otra causa, se trasladó el tesoro de la Liga de Delos a Atenas, a propuesta de los de Samos, se crearon con ello las condiciones propicias para iniciar la transformación del tesoro de la Liga que pasó a convertirse prácticamente en tesoro público de Atenas. Los aliados entregaban su *phoros* anual en Atenas durante las Grandes Dionisiacas. De estas cantidades libradas por los aliados al tesoro federal, la diosa Atenea recibía una *aparké*, una mina por cada talento aportado por los aliados, es decir, la sexagésima parte del total de los impuestos pagados por los aliados cada año.

En un momento que se suele situar en el 450-449 a. de C., por iniciativa de Pericles, se decidió que los fondos existentes en el tesoro federal de los aliados proporcionen las sumas requeridas para la reconstrucción de los templos destruidos por los persas. Desde ese momento el tesoro federal aliado funcionó como un tesoro propiamente ateniense, que estaba administrado por los *helenotamiai*, que eran ciudadanos atenienses y no aliados. Este tesoro, fruto de los impuestos aliados, se colocó como depósito en la Acrópolis, junto al tesoro de la diosa Atenea.

El tesoro de la diosa Atenea tenía una existencia anterior. Guardaba además de otros objetos de valor, las donaciones del Estado y de los particulares, la décima parte de los botines, las rentas de las tierras sagradas, la sexagésima del *phoros* y otros ingresos. Su cuantía se calculaba en 100 talentos. El tesoro se encontraba bajo la administración y custodia de un colegio de tesoreros sagrados, constituido por diez miembros elegidos cada año por sorteo, uno por cada tribu, entre los miembros de la clase más elevada de los *pentacosiomedimnoi*. También los otros dioses tenían sus propios tesoros. Un decreto de Calias (H. T. Wade-Gery y B. D. Meritt, *Hesperia*, núm. 438) cuya fecha se suele situar en torno al 434 a. de C., decidió su agrupación, encomendándose su administración, en paralelismo con el Tesoro de Atenea, a un cuerpo de diez tesoreros con atribuciones parecidas y elegidos por el mismo procedimiento, por igual tiempo y entre personas de la clase elevada.

Los administradores de los tesoros correspondientes a los dioses, cuando dejaban el cargo hacían entrega de los tesoros al Consejo para que los nuevos administradores los recibieran e inscribieran en una estela la indicación de lo que pertenecía a cada divinidad y la suma total, detallando las partes correspondientes de oro y plata. A continuación los nuevos tesoreros llevarán la contabilidad y la mostrarán, como también hacían los tesoreros del Tesoro de Atenea, durante las fiestas Panateneas. Luego «los tesoreros depositarán en la Acrópolis las estelas en las cuales constan las cantidades debidas a los dioses».

Pero ¿cómo se podía llegar a deber dinero a los dioses? En determinadas circunstancias y bajo determinadas condiciones el Estado tomaba sumas de dinero de los tesoros pertenecientes a los dioses. El tesoro de los aliados, como hemos dicho, pasó a pertenecer al pueblo de los atenienses y con su consentimiento los *helenotamiai* retiraban los fondos necesarios para atender los gastos contraídos y libraban las partidas decretadas por el pueblo. Pero a veces esos fondos del tesoro federal era insuficientes para atender los gastos originados por algunas contingencias como guerras y sublevaciones, a las que ineludiblemente era preciso hacer frente y reprimirlas. En estos casos y en otros parecidos, el Tesoro de Atenea y de los otros dioses podían complementar las insuficiencias del tesoro federal concediendo empréstitos. Pero eran bienes sagrados, propiedades de los dioses que no podían utilizarse de forma indiscriminada y unilateral por el Estado. Se precisaba de un permiso al respecto que requería el consentimiento de al menos 6.000 ciudadanos y devolver la suma tomada con los intereses pertinentes. Eran, pues, circunstancias especiales, como la necesidad de sofocar la sublevación de Samos, lo que fuerza a tomar dinero prestado por los dioses en vista de que el erario público no puede aportar fondos suficientes.

En vísperas de la Guerra del Peloponeso las reservas del tesoro público eran sustanciosas: 6.000 talentos. ¿De dónde sacaba el Estado sus recursos públicos? Una partida importante la constituían los tributos pagados anualmente por los aliados. Aristides (Plutarco, *Aristides*, XXIV) «se encargó de examinar la extensión del territorio

y las rentas de cada uno, y determinó lo que según su dignidad y posibilidades le correspondía pagar». Aristides, pues, guiándose por un principio de equidad, fijó los tributos, que ascendían a una suma de 460 talentos. Esta cifra inicial de referencia aumenta o disminuye en función de diversas vicisitudes históricas: abandonos de antiguos miembros, incorporación de otros, resistencia al pago por parte de algunas ciudades que se aprovecha de coyunturas políticas del momento. Si Atenas manifiesta debilidad y sufre fracasos, las ciudades situadas en zonas próximas a los conflictos o junto a potencias exteriores fuertes dejan de contribuir. Restablecida la situación y puesta una vez más de manifiesto la pujanza ateniense, los tributos vuelven a pagarse regularmente.

Ciertamente el *phoros* fijado a las ciudades no era insoportable y Atenas durante mucho tiempo parece que no lo alteró, salvó en algún reajuste que se hizo necesario. Sin embargo, de cara a los aliados asumía esa carga negativa y opresiva que adquiere todo lo que es impuesto. En el 425 a. de C., en plena Guerra del Peloponeso, Cleón lo elevó considerablemente «hasta la suma de mil trescientos talentos —no tanto, dirá Plutarco (*Aristides*, XXIV)— porque la duración y los varios sucesos de la guerra ocasionaban crecidos gastos sino porque metieron al pueblo en hacer distribuciones en dinero.

Las sublevaciones de ciudades tributarias a lo largo de la existencia de la Liga atico-délica amenazaron con mermar considerablemente las entradas en concepto de tributos, al mismo tiempo que eran causa de gastos cuantiosos. La represión de la sublevación de Samos consumió 1.200 talentos, y Atenas se vio forzada a tomar prestado dinero del Tesoro de Atenea (I. G. I², 293). A los vencidos samios se les impuso el pago de dicha cantidad, más la tributación que tenía fijada. Pero, pese a la energía desplegada por Atenas en la represión de los aliados sublevados, no se pudo impedir que ciudades de Caria y de la Jonia, próximas al área de influencia de Persia, se separaran de la Liga y dejaran de tributar.

Ya hemos dicho que los ciudadanos no pagaban impuestos directos sobre las personas físicas. Esto era un rasgo que distinguía al ciudadano del que no lo era. Los metecos, es decir, los extranjeros libres residentes por algún tiempo en la ciudad, sí lo pagaban. Su cuantía no era elevada: 12 dracmas anuales para los hombres y 6 para las mujeres. Los metecos ricos debían pagar además una tasa por riqueza.

No había impuestos que gravasen el desempeño de una profesión o de un oficio, si se exceptúa el impuesto que debían satisfacer las prostitutas, *telos phornikon*, por ejercer esta profesión.

Sin que pueda considerarse *stricto sensu* como impuesto, había prestaciones regulares que satisfacían de tiempo en tiempo los ciudadanos ricos y los metecos que, si bien no eran ingresos del Estado, sí le suponían un ahorro en cuanto que le evitaban gastos. Eran las *leitourgiai*. La institución venía de antiguo, cuando las familias aristocráticas contribuían a sus expensas a algunos gastos de la comunidad. En el siglo V a. de C., y todavía más en el IV a. de C., las comunidades griegas se habían acostumbrado a que los ricos contribuyesen con sus riquezas a sufragar algunos gastos a la comunidad. El hacerlo era una obligación, pero también un honor y un motivo de orgullo, que estimulaba a la magnificencia, es decir, a gastar más que lo exigido. Esa es la jactancia que en 411 a. de C., en un discurso de Lisias (XXI, 1-5), manifiesta uno de ellos: «habiendo sido nombrado corego para las competiciones trágicas gasté treinta minas; dos meses después, en las Targelias, dos mil dracmas en un coro de hombres con el que

obtuve la victoria; y en el arcontado de Glaucipo, en las grandes Panateneas, ochocientas en los participantes en la danza pírrica. Además, en el mismo arcontado resulté vencedor como corego de un coro de hombres en las Dionisias, e hice un desembolso con la dedicación del trípode de cinco mil dracmas. En el arcontado de Dicles hice otro de trescientas en las pequeñas Panateneas en un coro cíclico. En el ínterim fui siete años trierarco y gasté seis talentos. Y a pesar de haber hecho tantos gastos y de exponerme cada día al peligro y estar ausente de casa, hice no obstante dos contribuciones extraordinarias, una de treinta minas y la otra de cuatro mil dracmas. Y, tan pronto como hube arribado en el arcontado de Alexias, fui gimnasiarco en las Prometeas, resultando vencedor con un desembolso de doce minas. Después fui nombrado corego infantil y gasté más de quince minas. En el arcontado de Euclides vencí como corego de Cefisódoro en las competiciones cómicas, y gasté, incluida la consagración de los atuendos, dieciséis minas. En las pequeñas Panateneas, fui corego, asimismo, de los participantes imberbes en la danza pírrica y gasté siete minas. Con mi trirreme he vencido en las carreras de Sunión, con un desembolso de quince minas. Todo ello sin contar con las presidencias de peregrinaciones, las Erreforias u otras ceremonias de esta índole, en las que he gastado más de treinta minas. Ahora bien, de todas estas cantidades que he enumerado no hubiera desembolsado ni la cuarta parte, si hubiera querido cumplir mis servicios públicos ateniéndome a los términos de la ley».

Para el desempeño de esas liturgias se proponía a ciudadanos y a metecos ricos. La mayoría de ellos estaban relacionadas con la esfera de lo religioso, pero también las había de contenido militar: la *trierarquía*, que afectaba solamente al ciudadano. La construcción y equipamiento de las naves, así como el salario de la tripulación, corrían por cuenta del Estado. La instrucción, mantenimiento y conservación de la nave durante un año era tarea que el trierarca cumplía a sus expensas.

Desde la constitución de la Liga atico-délica Atenas incrementó considerablemente el número de naves hasta alcanzar casi las 400. Los costos derivados de esta flota eran muy elevados y a veces resultaba difícil encontrar personas con recursos suficientes que atendieran esa tarea, especialmente a finales de la Guerra del Peloponeso. Se impuso el procedimiento de la *sintrierarquía*, con arreglo a la cual varias personas asumían la responsabilidad conjunta. El procedimiento debió de continuar todavía en el 357 a. de C., ampliando quizá el número de personas que solidariamente mantenían una nave, ya que a propuesta de un tal Periandro, las 1.200 personas más ricas de Atenas fueron divididas en 20 agrupaciones de 60 personas. Estas agrupaciones se dividían a su vez en otros conjuntos que atendían el mantenimiento y preparación de una nave. Para esos momentos el número de trierarcos se sitúa, con las salvedades pertinentes, en unos 1.200. Quiere eso decir que podían mediar tres años sin que una persona volviera de nuevo a ser trierarca. El mencionado por Lisias en su discurso lo fue siete veces en poco tiempo.

La coregía era otra de las liturgias. El corega reclutaba un coro que debía instruir, equipar y vestir, en definitiva, financiarlo, para que interviniera en los concursos líricos, musicales y dramáticos. El personaje aludido por Lisias se gastó en el concurso de tragedias 3.000 dracmas, pero hubo otros que se gastaron hasta 5.000.

Otras liturgias, siempre con partidas económicas sufragadas por personas pudientes de la ciudad, fueron la *Gimnarsiarquía*, la *Hestíasis* y la *Lampadarquía*. No todos los llamados a desempeñar esos cargos en beneficio de la comunidad valoraban el honor que esto representaba por encima de su dinero, si éste era, a su entender, inferior

al de otras personas más pudientes que se libraban de satisfacer esas leutourgias. Dónde acababa el deseo de que resplandeciese la justicia y comenzaba la defensa de las riquezas es difícil de trazar, pero el modo de solucionar el litigio en el siglo IV era expeditivo: instar a la supuesta persona con más riqueza y sin otras obligaciones para con el Estado, a que se hiciese cargo de la carga, y si no aceptaba, alegando que, otra era la más rica, proceder a un intercambio de bienes entre las dos personas implicadas.

La eisphora

No era usual que los Estados tuviesen ahorros acumulados de modo que todos los gastos que se salían de la rutina —construcción de templos, gastos por conflictos bélicos y de atención a necesidades extraordinarias y perentorias— a todos ellos se hacía frente con esporádicos aportes de dinero. Cuando una situación más o menos límite lo requería, el estado ateniense gravaba a ciudadanos y metecos con un impuesto directo extraordinario de carácter provisional. Ni siquiera en una situación de guerra permanente, como fue la Guerra del Peloponeso, los estados griegos implicados sintieron la tentación de convertir en permanente un impuesto directo sobre las propiedades. La *eisphora* era, pues, un impuesto directo extraordinario. El más antiguo que se recuerda se impuso en el 428-427 a. de C. cuando la rebelión de Mitilene complicó la estrategia ateniense. La suma obtenida con este impuesto fue de 200 talentos. A lo largo del siglo IV, a medida que los ingresos de Atenas fueron disminuyendo, la *eisphora* se practicó con reiterativa frecuencia. Después de la derrota de la Guerra del Peloponeso, Atenas sufrió un agudo problema financiero. Debíó atender de nuevo al equipamiento de naves, a pagar a las tropas y a los remeros. El pago de las indemnizaciones de guerra, la atención que se prestó a las personas sumidas en la miseria como consecuencia de la guerra y el establecimiento en el 399 a. de C. por Agyrrhios del *misthos ekklesiastikos*, esto es, la paga por asistencia a la sesión de la Asamblea, todos estos cometidos generaron para el Estado gastos cuantiosos que trató de paliar recurriendo a impuestos extraordinarios y reduciendo gastos en otras prestaciones públicas.

En el momento en que se creó la segunda confederación se realizó una reforma de la *eisphora*. El impuesto, basado en la diferencia entre capital imponible y capital real, disminuía proporcionalmente desde lo que pagaban los ciudadanos de la primera clase hasta los de la última, que apenas lo hacían. Para facilitar la percepción del impuesto, las personas que lo pagaban se agrupaban en cien unidades conocidas como *symmorias*. Una medida posterior del año 360 a. de C., la *proeisphora*, que completaba las medidas anteriores para facilitar todavía más la percepción del impuesto. Con arreglo a ella, los 300 ciudadanos más ricos se redistribuyeron en número de tres en cada una de las cien *symmorias* para que «adelantaran al Estado las sumas que se debían percibir en su agrupación, de las que ellos serían una especie de recaudadores».

Estas agrupaciones han sido la base, también por razones de índole económica, de los nuevos procedimientos utilizados en el desempeño de la trierarquía, que, en algunos casos, es una trierarquía compartida entre varias personas.

Impuestos indirectos

Entre los ingresos públicos permanentes del Estado ateniense se encontraban, y no eran pocos, los que se obtenían de las posesiones estatales, especialmente de las minas, cuya explotación se adjudicaba a particulares mediante un pago. Y sobre este papel económico decisivo que cumple la plata y las monedas en la economía ateniense no insistiremos más.

De los impuestos indirectos sacaban los estados griegos ganancias cuantiosas. Afectaban por igual a los productos importados y a los exportados, a los producidos por los ciudadanos y a los producidos por los metecos y extranjeros, aliados o no. La finalidad de los impuestos de las ciudades griegas no era ni favorecer la producción interior ni frenar las importaciones; sólo tendían a asegurar los ingresos públicos. Los estados griegos gravaban de diferentes formas y procedimientos la actividad económica con diversos impuestos indirectos. Una inscripción de Cízico, que se remonta al siglo VI a. de C. recoge una serie de impuestos indirectos de los que son objeto de exención dos familias (Dittenbergergr, *Sylloge Inscript. Graec.*³, 40, 4).

En sus fines fiscales Atenas tuvo en consideración que se había convertido en el mayor centro económico del mundo griego. Su concentración urbana era un inmenso estómago difícil de saciar y un gran emporio al que acudían mercancías de todas partes para ser compradas, vendidas y redistribuidas. A todas las mercancías importadas y exportadas por el Pireo se imponía un impuesto «la quincuagésima (*pentekosté*)», un 2 por 100 del valor de todas aquellas mercancías.

Para comienzos del siglo IV a. de C., por un pasaje de Andócides (*Sobre los Misterios*, 133-134), conocemos a cuánto se elevaba el arriendo por la percepción de este impuesto y la ganancia que obtuvieron los arrendatarios: «Agyrrhios, este hombre honesto que conocéis, estaba este año desde hace dos al frente de la contrata de la quincuagésima. Había comprado la contrata de la percepción de este impuesto por treinta talentos y tomó como colegas a todos los compañeros del Álamo Blanco. Sabemos de qué son capaces. ¿Por qué se reunían? Con un doble fin, me parece, para ingresar el dinero sin enriquecerse los unos por encima de los otros y participar en una contrata adquirida a bajo precio. Habiendo ganado seis talentos y viendo hasta qué punto el negocio era rentable, formaron un consorcio,...y se presentaron de nuevo por treinta talentos como aspirantes a la contrata. No oponiendo nadie ninguna oferta, yo me presenté ante el Consejo para pujar y compré la contrata por 36 talentos. Después de haber expulsado de este modo a estos hombres y ofreciendo ante vosotros garantías, cobré el dinero y lo devolví a la ciudad sin sufrir perjuicios —mis asociados y yo incluso obtuvimos un pequeño beneficio—. Pero gracias a mí, estos hombres perdieron seis talentos que ahora son vuestros y que no se perdieron».

El pasaje es significativo y tiene su envidia en cuanto que los datos que proporciona permitirían conocer, incluso en unos momentos en los que la actividad comercial del Pireo era inferior a la alcanzada durante el siglo V a. de C., cuál era el volumen económico comercial de las exportaciones e importaciones que movía el Pireo. Si los que compran estas contratas de la percepción del impuesto sobre el 2 por 100 del valor de las importaciones y exportaciones lo hacen por 30 y 36 talentos y todavía obtienen

alguna ganancia, las cifras indicadas hacen suponer un volumen del comercio marítimo de las exportaciones e importaciones por un valor no inferior a 2.000 talentos. Esta cifra se considera exagerada, pero el criterio utilizado para indicarlo se centra en el argumento negativo general de que estamos muy mal informados del mecanismo y de las peculiaridades de ese arriendo.

En la Historia Antigua la mayoría de las cifras que aparecen son cálculos generales de valor meramente indicativo. Su utilización está abierta a todas las reservas y las deducciones a las que conducen son por regla general hipotéticas. Ciertamente no estamos a cubierto de una demagogia de las cifras tanto en manos antiguas como en manos modernas. Pero tampoco se puede minimizar su valor indicativo. Así, el movimiento comercial del Pireo, valorado de acuerdo a la referencia de este texto en 2.000 talentos, no desentona con la riqueza mobiliaria e inmobiliaria del Ática valorada en 5.750 talentos bajo el arcontado de Nausinico (378-377 a. de C.), aunque han podido dejarse sin incluir partidas significativas. Por otra parte, si se opera con las cifras y deducciones hipotéticas de una sola importación, como era la de los cereales, vemos que éstos han representado mucho en las tasas a percibir y que no es tan exagerada la cifra de 2.000 talentos para el valor global de las mercancías movidas por el Pireo. Es una convención no carente de fundamento que el Ática debía importar al menos dos millones de *medimnoi*. Con un precio medio, muy a la baja, de dos dracmas por *medimno* nos daría un valor de 666 talentos, y eso sobre un solo producto importado, en gran cantidad ciertamente. Habría que valorar también la plata exportada, la cerámica, etc. que salía del Pireo, y la madera, brea, lino, etc. que entraban. Considerados todos estos productos, nos daremos cuenta de que la cifra de 2.000 talentos ya no aparece tan exagerada. Y tampoco parece serlo si la comparamos con otra medida que tomaron los atenienses. Llama la atención que en momentos en los que los atenienses mantienen dos costosos frentes de guerra, en Sicilia y en Grecia, y en que se encuentran angustiados por falta de dinero, hayan decidido en el 413 a. de C. sustituir el *phoros* pagado por los aliados por un impuesto del 5 por 100 de todas las mercancías importadas y exportadas de todos los puertos del imperio ateniense: «y fue por entonces cuando exigieron a sus vasallos, en vez del tributo (*phoros*), el 5 por 100 del importe del comercio marítimo, calculando que de este modo obtendrían más dinero; porque los gastos no eran iguales que antes, sino que se habían hecho mucho mayores en la misma medida en la que se había extendido la guerra, mientras que los ingresos disminuían» (Tucídides, VII, 28). Pues bien, si como dice Plutarco (Aristides, XXIV) Cleón y los demagogos habían elevado ya el tributo hasta 1.300 talentos, y es posible que la cifra fuese mayor, si el estado de cosas que se infieren a partir de estas referencias es correcto, tenemos razones suficientes para pensar que los atenienses, con la sustitución del tributo por este 5 por 100, buscaban y calculaban recaudar más; en caso contrario no lo hubiesen cambiado. Y a este respecto nos parece adecuada la indicación de que en momentos de guerra y de dificultades para Atenas se daban algunos aliados que no pagaban sus tributos. Esto indudablemente es cierto, pero hay que pensar que, si Atenas no tenía fuerza coercitiva para imponerles el pago del tributo en la cuantía a cada uno fijada, mucho menos podrían exigir y controlar en cada puerto aliado la percepción de ese 5 por 100 en el caso de que estuviesen en contra las autoridades locales.

De acuerdo con lo que dice Tucídides, el cambio tiene su motivación primordial en la esperanza de que de esa manera se obtendrían más ganancias. Era una decisión con repercusiones serias que no se haría con un cálculo a la ligera, por muy general que

ese cálculo fuese. Es posible que al cambio coadyuvase también —sin ser decisivo— el hecho de que el nuevo impuesto del 5 por 100 no tenía la carga negativa y opresiva que acaba adquiriendo todo tributo y de que este impuesto se recaudaba indiscriminadamente sobre todas las mercancías que entraban y salían de los puertos aliados, perteneciesen o no a personas de las distintas ciudades aliadas. Sus efectos eran, pues, generales, mientras que el tributo (*phoros*) afectaba a los ciudadanos de cada ciudad aliada, de manera proporcional a su riqueza, al menos inicialmente.

Los estados griegos, así el ateniense, percibían también otras tasas que gravaban las mercancías que se vendían en el ágora de Atenas. También percibían otras entradas por las ventas de las confiscaciones, por las multas y por otros conceptos.

Con estas entradas públicas los estados griegos, especialmente el ateniense, hacían frente a los gastos cuantiosos, unos de forma permanente, aunque su cuantía podía variar, otros con carácter coyuntural, pero que había que atender y que ineludiblemente comportaba gastos. En este supuesto se encuentran las enormes sumas consumidas por las operaciones militares durante las guerras y la represión de las sublevaciones de los aliados en tiempo de paz. A una cifra de 1.275 talentos se elevaron los gastos ocasionados por el bloqueo de Samos y el de Potidea; con indicios razonables se piensa que podrían situarse entre 2.000 a 2.400 talentos. Estas cifras pueden ser un indicativo de referencia de lo que pudieron suponer los gastos de la expedición a Sicilia, la más costosa de las que realizó Atenas.

Las tropas movilizadas recibían una indemnización diaria para atender a su sostenimiento. El número de ciudadanos movilizados para operaciones marítimas y terrestres en tiempo de guerra podía variar según la importancia de éstas, pero al Estado le ocasionaban unos gastos que no tenían lógicamente en tiempo de paz y que en muchas ocasiones no podían compensarlos con el botín obtenido.

No constituían gastos regulares y continuos, pero sí cuantiosos, las construcciones de obras públicas, templos, estatuas de dioses en metales preciosos, etc. Aunque en la construcción de los templos contribuían también los tesoros de los dioses, el estado participaba también de forma sustancial. Tanto para los tesoros de los dioses como para el Estado su construcción suponía sustanciales mermas en las reservas. Las instalaciones portuarias, las fortificaciones, los Muros Largos y el resto de edificios públicos de Atenas supusieron para el Estado ateniense grandes gastos. No resulta, por tanto, extraño, que la mayoría de ellos se realizasen en tiempo de paz, pues, la guerra consumía a su vez grandes cantidades de dinero. Cuando Pericles pasa revista al estado de las reservas de Atenas antes de la Guerra del Peloponeso, no se olvida de recordar que los 9.700 talentos de los que se disponía anteriormente hasta los 6.000 que había en ese momento «se los habían gastado parte en los Propíleos, los otros edificios y en el asedio de Potidea (Tucídides, II, 13). Los Propíleos, que exigieron trabajos previos de difícil y costosa realización, consumieron 2.012 talentos, es decir el mismo valor de todas las mercancías importadas y exportadas en un año por el Pireo. La estatua crisoclefantina de Atenea, tenía, en opinión de Tucídides, 400 talentos de oro puro. El Partenón, sin incluir los materiales, ornamentación, etc., se supone que costó 1.000 talentos.

Por otra parte, anualmente el Estado ateniense atendía una serie de gastos ordinarios unos de forma regular y otros en determinadas ocasiones. Los costos por celebración de sacrificios, procesiones, fiestas, etc. requerían cantidades de dinero público aunque otros gastos corrieron por cuenta de las liturgias desempeñadas por ciudadanos ricos. Por ejemplo las fiestas Panateneas del año 410-409 a. de C. comportaron unos gas-

tos de cinco talentos y diez minas y el costo de los animales sacrificados se elevó a 51 minas y 74 dracmas. Y no eran las únicas fiestas en las que el estado contribuía a los gastos.

Pero estamos mencionando muchos nombres de monedas y pesos que quizá convenga aclarar. El patrón moneda variaba de unas ciudades a otras. En el origen guardaban relación con el sistema de pesos que no tenían la misma equivalencia de peso en todos los lugares. Fue frecuente la utilización del sistema egineta y menos el euboico. Las equivalencias de las monedas y los pesos eran los siguientes: 1 talento = 60 minas (37,7 kg. en el sistema egineta y 26,2 kg. en el euboico); 1 mina = 50 estateres o a 100 dracmas (628 gr. o 436 gr. respectivamente); 1 estater (didracma) = 4 dracmas (12,60 gr. o 8,75 gr. respectivamente); 1 dracma = 6 óbolos (6,28 gr. o 436 gr. respectivamente).

Otras partidas del gasto público cuidaban de la maquinaria administrativa, del sostenimiento de los efectivos militares y de vigilancia permanentes, del funcionamiento del sistema político y otros cometidos que el estado asumía. Aristóteles en la *Constitución de los Atenienses* (24, 3) especifica algunas de las personas que vivían a cuenta del estado: «Proporcionaron, además, al pueblo abundante comida, como Arístides había iniciado. Pues de los tributos, de los impuestos y de los aliados, se mantenían más de 20.000 hombres. Los jueces eran seis mil, los arqueros mil seiscientos. Y además de éstos, mil doscientos de caballería; quinientos componían el Consejo y quinientos eran los custodios de los arsenales; además de éstos, había en la ciudadela cincuenta guardianes y las magistraturas en la metrópoli eran hasta setecientos hombres, y las de fuera de la frontera hasta setecientos. Además de éstos, después que comenzaron más tarde la guerra, había dos mil quinientos hoplitas, veinte naves de vigilancia, otras naves que recogían tributos...dos mil hombres designados por sorteo con habas, y, aparte, el pritano, los huérfanos y los guardianes de los presos; todos éstos tenían su manutención a costa de las rentas de la comunidad».

Algunas de las cifras aportadas por Aristóteles son meramente indicativas. Variaban con arreglo a las circunstancias. Así los funcionarios en el exterior se aumentaban o reducían según fuese el número de aliados que permaneciesen en la Liga. Pero en cualquier caso eran gastos mayores o menores que todos los años el Estado tenía que satisfacer.

Tampoco las subvenciones entregadas a cada persona eran las mismas, ni regulares en su percepción algunas de ellas. Los jurados las recibían cuando había tribunal y asistían a él, mientras que el sueldo de un vigilante era continuo.

Atenas se encontraba a la cabeza de un imperio y esto exigía una masa de personas que lo atendieran: funcionarios, inspectores para los aliados, recaudadores de impuestos y jefes de guarnición cuyo número aproximado, aunque habría que tener presente las alteraciones del número de ciudades aliadas, pudiera muy bien estar en los 700 indicados por Aristóteles.

Para no estar desguarnecidos en tiempo de paz y en razón de la existencia de aliados a los que eran preciso vigilar, el estado ateniense mantenía en activo una parte de la flota y unidades de caballería y de infantería cuyos costos se evaluaban en 40 talentos anuales. En este apartado sería preciso añadir los gastos acarreados por soldados atenienses estacionados en las ciudades aliadas, el mantenimiento y conservación de las instalaciones militares de difícil evaluación por otra parte. El conjunto de los gastos de las tropas permanentes en la metrópoli y en las ciudades aliadas, más esos gastos

de mantenimiento, se calculan en unas cifras imprecisas que van, según los diversos autores modernos desde los 40 hasta los 80 talentos.

El funcionamiento del sistema político, si se deseaba que fuese relativamente efectivo y acorde con los principios democráticos de participación, requería que las funciones desempeñadas fuesen pagadas. Pericles había instituido la *misthophoria*, esto es, la retribución por el desempeño del cargo de arconte, por ser miembro del Consejo y por formar parte de los jurados. También durante las fiestas de las grandes Panateneas se subvencionaba con un óbolo la asistencia a las representaciones. Fue durante el siglo IV a. de C. cuando se instituyó el pago por asistencia a la Asamblea.

No todos los cargos cobraban lo mismo. Los miembros del Consejo tenían una asignación diaria de un dracma por lo que el gasto anual en este capítulo asumido por el Estado se cifraba en 25 talentos. Los miembros de los tribunales judiciales de la Heleia recibían en época de Pericles dos óbolos. Cleón lo elevó a tres y en esta cuantía se mantuvo durante el siglo IV a. de C. No es fácil conocer a cuánto ascendía el gasto del estado en este capítulo. Dependía del número de días con procesos judiciales y de la distinta cantidad de miembros que componían los diversos jurados. No todos los procesos requerían el mismo número de miembros. Unos, por el tipo de delito, exigían por imperativo del sistema una mayor participación y otros menor. Son variables ésas que hacían que unos años los gastos por este capítulo fuesen mayores y otros menores. En el año 425 a. de C. la suma por gastos judiciales se sitúa entre los 50 y 60 talentos.

Veinte mil almas recibiendo dinero público, tal y como nos indica Aristóteles, son muchas personas si consideramos que muchas de estas subvenciones se recibían en concepto de sueldos que, aunque menguados en algunos casos concretos, serían suficientes para que viviera el receptor y su familia. Da la sensación de que un porcentaje importante de la población ciudadana vivía, y se había acostumbrado a vivir, a expensas del estado. Pero esto quizá sea una sensación aparente. Las grandes obras públicas emprendidas durante el siglo V a. de C., los florecientes talleres de productos manufacturados, las actividades comerciales y otras parecidas, proporcionaban trabajo a mucha gente y no con sueldos de miseria en todos los casos. Baste recordar las cantidades conocidas que se percibieron en la construcción del Erecteion.

La derrota ateniense en la Guerra del Peloponeso sumió en la miseria y en el hambre a muchas familias del Ática. Algunas realizaron trabajos que en otro tiempo consideraron propios de esclavos; pero la necesidad, con su crudeza, desmontaba lentamente los prejuicios existentes. Con todo, acogerse a los *misthoi* y a las ayudas estatales fue también un recurso socorrido. El amor a la libertad y a las iniciativas individuales fueron siempre imperativos para el ateniense. Pero ambos anhelos, en momentos de dificultades, no estaban reñidos con el sentimiento de que el Estado democrático lo componen todos y a todos debe prestar atención. Esta es la opinión de Demóstenes (X, 41) y se constata también en la comedia *Las Avispas* (682 y ss.) de Aristófanes: «¿No es una intolerable esclavitud el que toda esa gente siga en sus cargos, ellos y sus queridas, con pingües salarios, mientras tú te muestras orgulloso si te dan tres óbolos? Sin embargo eres tú quien lo ha ganado todo remando, combatiendo en tierra, asediando ciudades y sufriendo fatigas. Además estás a las órdenes —lo que más me indigna—, de ese joven prostituido de Quéreas...y acude a tu casa para ordenarte que te presentes a primera hora de la mañana para juzgar, pues cualquiera que llegara después de la señal convenida no recibirá los tres óbolos. Pero él percibe un dracma por sus derechos llegue o no con retraso».

En modo alguno debió de ser lo habitual que el ciudadano prefiriera la subvención de tres óbolos por una esporádica participación en un jurado por muy cómoda, poco fatigosa e incluso atractiva que resultase frente a un trabajo regular por humilde que fuese. Ser jurado, complementándolo quizá con alguna otra actividad sería ya un procedimiento frecuentemente utilizado por algunos atenienses para atender a sus necesidades de subsistencia: «Dime, pues, padre, si el arconte no convoca ya más el tribunal, con qué compraremos los alimentos, dice el hijo de un miembro de un jurado en una de las comedias de Aristófanes (*Avispas*, 303 y ss.). Ciertamente las comedias de Aristófanes tienen un tono jocosos, caricaturesco y distorsionador de la realidad, pero apoyado en un fondo de verdad que le permite poner el dedo en la llaga ante un auditorio compuesto por personas de las cuales algunas vivían en situaciones de gran precariedad. ¿Eran suficientes los tres óbolos? Habiendo variables que habría que considerar, bocas familiares que atender, necesidades que satisfacer, exigencias de cada uno, etc. no se dispone de una respuesta satisfactoria. Puede hacerse alguna comparación con otros datos que pueden servir de guía y llegar a una ambigua composición de lugar. En un discurso de Demóstenes (IV, 28) se menciona que hay que realizar los desembolsos necesarios para mantener a 2.000 soldados «de manera que cada uno reciba 10 dracmas al mes por su alimentación». Parece, por tanto, que dos óbolos diarios eran suficientes para el mantenimiento de una sola persona que, para cumplir con su cometido militar, debería estar relativamente bien alimentada.

CAPÍTULO XXVI

MANIFESTACIONES CULTURALES. LITERATURA Y PENSAMIENTO

El triunfo griego sobre los persas favoreció el desarrollo económico de los griegos y en especial el de Atenas. La ciudad se recuperó en lo económico y en lo material pero al mismo tiempo se abrió a todas las tendencias científicas, artísticas y culturales que germinaron en el mundo griego. Y éste fue uno de sus logros más significativos. Al margen de algunos géneros literarios en que gentes nacidas en el Ática alcanzaron cierta relevancia, muy pocos avances científicos y filosóficos pueden atribuirse durante el siglo V a gentes nacidas en ella. El filósofo Arquíloco, el matemático Mentón y Sócrates serán los más representativos.

Pero la Atenas del siglo V es un foco sin igual en el mundo griego donde con gran rapidez y dinamismo se producen transformaciones y cambios de ideas, innovaciones y contrastes. Y esto, indudablemente, ejercía un gran poder de atracción sobre la intelectualidad de las otras ciudades griegas, que sentían el irresistible impulso de visitar Atenas, donde se sentían a gusto, salvo en los momentos en que la lucha política se hacía más encarnizada. Si Demócrito de Abdera se lamentará resignadamente con su «vine a Atenas y nadie me conoce» (Demócrito, frag., 116), otros, en grupos selectos serán recibidos con alborozo como Protágoras. El mismo Sócrates relata su visita (Platón, *Protágoras*, 310 a-b): «Esta noche pasada, todavía en las primeras luces del día, Hipócrates, hijo de Apolodoro y hermano de Fasón, golpea muy fuerte mi puerta con su bastón; desde el instante en que se le abre, he aquí que entra raudo al interior hablando en voz alta: ¡Sócrates! ¿Estás despierto? ¿duermes aún? Eres tu, ¡Hipócrates! le dije reconociendo su voz; espero que no tengas nada que anunciarme...¿Qué pasa? ¿Qué motivo tienes para venir a esta hora? ¡Protágoras está aquí! dijo apretándose contra mí!

La nómina de intelectuales dedicados a distintos cometidos y afanes, venidos a Atenas de diversos lugares del mundo griego a lo largo de este siglo V, fue muy grande. Unos eran personas con ideas innovadoras, audaces, a veces corrosivas, que crearon el caldo de cultivo en el que se sumergió un sector de población ateniense al que el imperio había abierto nuevas perspectivas en lo material y que sentía que se debía a su esfuerzo y no sólo a la ayuda de los dioses. ¿Qué son los dioses? ¿Qué es el mundo? ¿Qué relación guardan los dioses con el mundo y con el hombre?, ¿qué es el poder? ¿Qué es la moral? De todo esto hablarán y discutirán con ideas nuevas, unos como divulgadores felices de las ideas de otros, el grupo de intelectuales visitantes y residentes

en una Atenas que no permanece ajena a estas ideas válidas o corrosivas sobre las relaciones de la comunidad con sus dioses, sobre el trato dispensado a sus aliados y sobre la convivencia interna basada en la ley, la moral y el orden que también algunos ponen en entredicho. La política externa e interna de la ciudad mostrará repercusiones de estas ideas.

LA OBRA POÉTICA DE PÍNDARO

Píndaro fue uno de los intelectuales que visitaron Atenas. Era beocio, nacido en Cinoscéfalos, cerca de Tebas, posiblemente hacia el 522 a. de C.; visitó muchas ciudades y cortes, y murió en Argos en el 443 a. de C. Descendía de la familia de los Egidas y como tal recibió una educación aristocrática, lo que explicaría en parte que sus aspiraciones e intereses miren al pasado, a los ideales de una aristocracia griega fuertemente arraigada todavía mientras otras ciudades ensayan promesas de nuevas formas políticas.

Su obra fue amplia y diversa, recogida por los alejandrinos en diecisiete libros. Abarcaba casi todos los géneros de la lírica coral, pero de ellos sólo nos han llegado algunos fragmentos y los cuatro libros enteros de los epinicios, que eran cantos en honor de los triunfadores de los grandes concursos panhelénicos. Estos cantos, por el lugar en el que se realizaron las competiciones, se clasifican en *Olimpicas* (14 composiciones), *Píticas* (se celebraban en Delfos, 12 composiciones), *Istmicas* (en Corinto, que estaba situado en el Istmo, 11 composiciones) y *Nemeas* (en Nemea, 7 composiciones).

Estas composiciones tienen una estructura interna que generalmente obedece a tres partes esenciales pudiendo faltar alguna de ellas: referencia al hecho que motiva la composición, desarrollo del mito, que es donde despliega las alas de su inspiración colorista que vuela hacia la sublimidad de lo heroico y lo divino, y la *gnome*, conjunto de sentencias que ensalzan el conjunto de virtudes e ideales que adornan a los hombres de bien y condena de los vicios que deben evitar.

No resulta fácil la lectura de Píndaro. Grandilocuencia, ampulosidad, imágenes coloristas no exentas de oscuridad, ideas plasmadas con pinceladas rápidas que se cruzan e interrumpen entretejiendo una maraña, aderezada en mitos, que atrae por su sublimidad y elevación, pero de la que se saca la sensación de verse transportado a un mundo que percibe a medias.

Lógicamente sus contemporáneos estaban en condiciones de comprenderla en profundidad, no sólo porque vibraban con el sentido agonal de aquellas competiciones, con el amor patrio y religioso que las impregnaba, sino porque además la composición tenía el complemento musical, idóneo para ampliar las sensaciones y esto es algo perdido irremediablemente para nosotros.

Píndaro es un hombre volcado en el pasado. Su religiosidad está más cerca de la concepción religiosa de Homero y de Hesiodo que de las nuevas exigencias religioso-morales que había perfeñado Jenófanes en su crítica a la mitología tradicional. Su fe era la tradicional, aceptada sin más, sin entrar en ella con las armas de su potente imaginación. No hay crítica, no hay un planteamiento filosófico racional acerca de su naturaleza. La religión tradicional pesa mucho. Los dioses rigen los asuntos humanos con su incomprensible potencia; el que recibe de ellos una desgracia debe aceptarla con resignación. Los dioses son los dispensadores de los bienes y los males. Y esto es para él una verdad sentida que al mismo tiempo se convierte en enseñanza moral.

La celebración del triunfo del vencedor es el camino que le conduce al mito y que sirve de cadena de unión entre el vencedor y el mito. Así en la *Pítica IV* el mito de la expedición de los Argonautas se justifica porque el vencedor Arcesilao de Cirene era uno de los descendientes. Esto está en consonancia con sus ideales aristocráticos y con la tradición. De estos orígenes divinos proceden las excelentes virtudes de la aristocracia de vieja prosapia. Celebrar su excelencia, su noble alcurnia, su magnanimidad, la nobleza de su patria, su gloria, su virtud, y sus riquezas no sólo estaba en consonancia con los ideales aristocráticos de los que él participaba sino que era más digno de alabanza que resaltar el esfuerzo del corredor o la habilidad del auriga y rapidez de los caballos de los que el vencedor celebrado no era más que el propietario.

Píndaro cree en la gloria, en la virtud (*areté*) de las personas que homenajea. Hecateo se había burlado del origen divino de la nobleza griega. Píndaro no pone en duda el origen mítico de algunos nobles cuyos triunfos celebra. Es un hombre afecto a unos ideales de vida que se traducen también en el terreno político. El gobierno que él desea es el de los «sabios» que se adecúa mejor con la aristocracia. No manifiesta entusiasmo alguno por las nuevas experiencias democráticas de la tumultuosa muchedumbre pergeñadora de una mayor igualdad política que pudo contemplar en su estancia en Atenas. De varios tiranos como Hierón de Siracusa, Terón de Agrigento y Arcesilo de Cirene celebró Píndaro los triunfos y fue agasajado en sus moradas como un igual. Pero no hay alabanza a su sistema de gobierno. De forma matizada en la composición (*Pítica I*) que celebra el triunfo, Hierón en la carrera de carros de los Juegos Píticos del 470 a. de C. aprovecha la ocasión para aconsejar al hijo del tirano nombrado rey de la nueva ciudad del Etna donde se celebró el festejo: «...no renuncies a los buenos propósitos. Dirige a tu pueblo con el timón de la justicia y forja tu lengua en el yunque de la verdad.

Cualquier imprudencia que se escape, por ligera que sea, se tendrá en cuenta viniendo de ti. Gobiernas una gran ciudad y muchos son los que pueden atestiguar tus actos, cualesquiera que fueren. Guarda en flor tu noble carácter y, si quieres mantener siempre tu favor, distribuye beneficios con frecuencia. Despliega tu vela al viento como buen piloto. No te dejes sobornar, amigo, por la seducción del interés...La dicha es el primero de los bienes que hay que conquistar; la fama viene después. Cuando se encuentra y asegura lo uno y lo otro, se consigue la suprema corona».

Ciertamente algunas recomendaciones se elevan a tópicos aristocráticos anteriores: buenas intenciones, nobleza de carácter, prodigalidad, sentido de la justicia, amor a la verdad, nobleza de origen son virtudes necesarias para gobernar y que la aristocracia posee como un patrimonio de herencia.

Para Píndaro ser un buen gobernante requiere asumir y hacer propias esas virtudes y apartarse de los vicios contrarios que llevan a pique la nave del gobierno. ¿Pensaba en la actuación despótica de la tiranía de la que Hierón era un sazornado ejemplo? En esta misma *Pítica* había elogiado la fundación de la nueva tiranía de Etna «sobre las bases divinas de la libertad (v. 61). Pero, cuando, después de la amarga experiencia de su estancia en Sicilia regresa a su patria y allí compone la segunda *Pítica* en honor de Hierón, afloran sus preferencias por el sistema aristocrático, su poco aprecio al sistema democrático y una alusión sin carga negativa a la tiranía, debido quizá a que era la forma de gobierno ejercida por la persona a la que debe elogiar (*Pítica II*, v. 86 y ss.): «El hombre de recta palabra se impone en todo gobierno, en la tiranía, cuando reina la tumultuosa muchedumbre (la democracia) y cuando los sabios dirigen la ciu-

dad (oligarquía). Pero es inútil luchar con el dios que ya levanta a unos, ya a otros concede enorme gloria».

Píndaro es consecuente con sus ideales aristocráticos, manteniendo sus propias convicciones éticas. Las circunstancias de tener que elogiar a Hierón le llevan a no verter contra la tiranía matizados juicios negativos. No hay claudicación ni dejación de sus ideales. Él también es «el hombre de recta palabra» y su juicio negativo sobre la tiranía acabará por aflorar: «desapruebo el destino de los tiranos» (*Pítica II*, 53 o quizá sea de la oda para Trasideo de Tebas).

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO

Los presocráticos

La escuela filosófica jonia centraba su preocupación científica en el cosmos. ¿De qué está compuesto el cosmos?, ¿qué hay detrás de todos esos objetos que cambian, crecen y van hacia el ocaso?, ¿qué entidad subyace a todo eso?; esas, aunque no expresadas de esta manera, podrían ser las preguntas metodológicas de esta escuela. Creían que la mente podía descubrir lo que había debajo de todo ello.

Para Anaximandro (nace en Mileto el 610 a. de C., muere en el 546 a. de C.) el primer estado de la materia era una masa indiferenciada (*apeiron*). Tal masa estaba en continuo movimiento, lo que permitió que las sustancias opuestas se fueran separando progresivamente, dando origen a los gérmenes que generan los distintos mundos, entre ellos el nuestro. La tierra es de forma cilíndrica y se mantiene sujeta sin caer porque está en el centro de nuestro cosmos, a igual distancia de todos los lados de ese cosmos, sin inclinarse más a un lado que a otro. Por eso no se apoya en nada ni puede caerse.

Por la acción del fuego, se fue desecando el agua que rodeaba la tierra, y, en ese fango, se originó la vida y los animales, que, teniendo forma de peces, evolucionaron hasta las formas actuales. Hombres y animales proceden de la especie de los peces. Indudablemente son explicaciones intuitivas fantásticas; pero no totalmente gratuitas. La desecación progresiva de la tierra la propone porque observa que hay fósiles en lugares muy alejados del mar.

Anaxímenes (murió en torno al 528-425 a. de C.), lo mismo que Tales y Anaximandro, era también de Mileto. Sustituyó en su elaboración filosófica el *apeiron* por otra sustancia elemental, el aire. Éste, en su forma más dilatada constituía la atmósfera invisible; pero a través de un proceso progresivo de condensación van apareciendo los diversos objetos.

Pitágoras, contemporáneo de los representantes de la escuela jónica, nació en Samos y emigró a Italia en torno al 530 a. de C. En Crotona fundó una secta religiosa cuyos miembros acabaron siendo perseguidos. Las ideas filosóficas y religiosas pitagóricas tuvieron partidarios en distintas épocas y por ello a veces resulta difícil establecer qué parte de ellas correspondió a Pitágoras.

El pitagorismo cree en el parentesco de la naturaleza. El alma es inmortal y se va purificando y perfeccionando progresivamente a través de sucesivas reencarnaciones en hombres y animales, hasta unirse al espíritu universal. Así acaba habiendo un pa-

rentesco entre las diversas formas de vida, y esa puede ser la razón de ciertos impedimentos y prohibiciones como la de comer carne.

El universo y los organismos vivientes obedecen a un orden, a una regulación. El día sucede a la noche, los astros siguen un movimiento eterno y circular, las estaciones se suceden y los seres vivos tienen sus diversas partes integradas en un orden, en una proporción, en una medida. Sus observaciones e investigaciones en el terreno de la música le habían ayudado a llegar a esas conclusiones. Comprobó que los tonos musicales seguían una regulación numérica y podían expresarse numéricamente, y trasladó estas conclusiones a su visión general del mundo. Los objetos no eran tales por sus componentes, sino por la combinación, es decir, por la estructura que los diversos componentes adoptan; y esto podía expresarse en términos de cantidad numérica.

Estas consideraciones también tendrán su repercusión en el terreno de la medicina, cultivada asimismo en Crotona. Baste recordar a Democades y Alcmeón de Crotona. La estructura de los cuerpos se basa en un orden y en una combinación correcta de las partes y de las proporciones que los pitagóricos designan con la palabra *armonia*, término utilizado ya en los estudios musicales. La salud del cuerpo dependía de esa armonía. Si se rompe irrumpe la enfermedad.

Heráclito de Éfeso (desarrolló su actividad a finales del siglo VI y comienzos del V a. de C.) ataca las concepciones de Pitágoras y de otros intelectuales. Su cosmogonía difiere bastante de las elaboraciones anteriores. Para él no hay, como pretende Pitágoras, un mundo armonioso y pacífico, sino que todo nace de la lucha «la guerra es la madre de todas las cosas» (fragm. 8, 53), y, además, todo está en un continuo cambio: «todo se mueve, nada permanece» (Platón, *Crat.*, 404 a). La materia primordial para él es el fuego «la transformación del fuego, primero en mar, pero del mar una primera parte tierra y la otra sople ardiente» (B. 31). El fuego cósmico es también racional, es *logos*, que es la causa de la ordenación de todo. Resulta difícil comprender todas estas elaboraciones, porque lo espiritual y material, no están en esa etapa del pensamiento claramente separados y, cuando se aborda cualquier cuestión, como el origen de la existencia, ésta, en la opinión de Heráclito, está dotada de espíritu. La oscuridad o lo desconcertante del pensamiento de Heráclito, quizá, resida en eso, en que ya el avance filosófico está disociando con más claridad la materia y el espíritu que las elaboraciones anteriores.

Parménides, cuya existencia discurre entre la segunda mitad del siglo VI a. de C. y la primera mitad del V a. de C., supuso un cambio importante. Antes, para dar respuesta a la pregunta ¿de qué está hecho el mundo? se echaba mano de la percepción que proporcionaban los sentidos. Y así se respondía que una cosa era tal y o que se convertía en tales otras. Parménides rebasa el terreno de la percepción sensible que produce una mera ilusión y considera que es la mente, y no los sentidos, que engañan, la que puede alcanzar la verdad. Toda su elaboración filosófica se centra en atribuir al verbo *ser* una exclusiva significación de *existir*: sólo lo que *es*, *existe*. No hay posibilidad de cambio y transformación en otra cosa, porque sería un camino hacia «lo que no se es», y «lo que no se es», es la nada. Todo es una materia inerte y eterna, aunque nuestra percepción sensitiva nos diga otra cosa.

Empédocles de Acragante, (Agrigento), que vivió en la primera mitad del siglo V a. de C. y que fue una especie de médico taumaturgo, se cuenta entre los que reaccionaron contra la línea de pensamiento de Parménides. Para Empédocles todas las cosas son *combinaciones*, en distintas proporciones, de las cuatro sustancias primarias, fue-

go, aire, agua y tierra, que han existido siempre. Dos fuerzas, independientes de estos cuatro elementos, intervienen en la formación o desintegración de las distintas combinaciones: el Amor y la Lucha. Por el Amor las distintas partículas de la misma raíz tienden a unirse con las semejantes; alternativamente la Lucha busca su desintegración. Esto tiene una lectura en el terreno del hombre. El Amor hace que el hombre realice buenas acciones, mientras que de la Lucha proceden las acciones malas.

No hay ninguna mente superior que rija y determine las distintas combinaciones que darán los diversos objetos y animales, sino que las combinaciones son fortuitas. La adecuada adaptación de los distintos organismos de los animales y de las plantas a sus funciones se ha conseguido por la progresiva pervivencia de los más aptos.

Anaxágoras de Clazómenas fue un espíritu inquieto. Según cuenta la tradición, cuando en Egos Potamos cayó un meteorito, se trasladó allí para observarlo. De su estudio concluyó que los astros debían de ser de la misma materia que la tierra. Desde su ciudad marchó a Atenas y durante treinta años formó parte del grupo intelectual que rodeó a Pericles hasta que fue expulsado de la ciudad.

Para Anaxágoras, lo mismo que para Parménides, nada procede de la nada. La materia primordial está compuesta por un infinito número de partes elementales semejantes, «simientes». «Todo está en todo» dirá en uno de sus fragmentos conservados; pero el predominio cuantitativo de una sustancia es lo que originará la aparición de un objeto determinado.

No hay, pues, idea de creación en términos absolutos, sino la imposición de un orden sobre el caos de la materia existente. Es el entendimiento (*nous*, fuerza superior, especie de materia sutil y ligera, dotada, además, de fuerza motriz) el que ordena y origina los cambios: «Al principio era el caos, después vino el Entendimiento que lo puso todo en orden» dirá.

Demócrito fue el representante más conocido de la teoría atomista. El camino en esta línea de pensamiento lo habían abierto ya Empédocles y Anaxágoras. Demócrito nació en Abdera, Tracia (entre 460-457 a. de C. según Diógenes Laercio, 9, 41; según otros autores antiguos, en otras fechas) y murió en torno al 370 a. de C. Según la tradición, visitó Egipto (Diodoro, I, 98), para estudiar astronomía, y también estuvo en Atenas.

Trasibulo clasificó los trabajos de Demócrito en cinco grupos: física, ética, matemáticas, música y técnica. Sólo se recuerdan algunos títulos transmitidos por Diógenes Laercio (9, 46-9). Conocemos sus opiniones por lo que otros autores dicen de él, y, como en la teoría atomista el nombre de Demócrito está asociado al de Leucipo, resulta difícil separar lo que correspondía a uno y a otro.

Demócrito pensaba que no podía haber una destrucción de lo real y, por lo tanto, el aparente nacimiento y muerte de las cosas necesitaba una explicación. Ésta seguía la línea iniciada por Empédocles y Anaxágoras, en el sentido de que también admite pequeños elementos; pero con diferencias sensibles. Las cosas estarán constituidas por corpúsculos sólidos, los átomos, indivisibles, imperecederos y tan pequeños que no pueden ser percibidos por los sentidos. Sustancialmente son lo mismo; pero difieren en dimensión, peso y forma. Mas, a diferencia de Empédocles y Anaxágoras que introducían el Amor, la Lucha y el *nous*, como fuerza motriz que producía las combinaciones, los átomos de Demócrito tienen su fuerza interna que los impulsa por el espacio vacío. Las cualidades de esos átomos, es decir, sus dimensiones, pesos y formas unidas al movimiento y distancia que mantienen entre sí, explican las diferencias que nuestros sen-

tidos perciben en los objetos. Las cosas duras y consistentes lo son porque los átomos se configuran en un espacio más apretado. En las materias blandas, las distancias entre los átomos eran mayores. En esta concepción materialista no había terreno para la acción e intervención de los dioses en el mundo ni en los hombres. No obstante, trasladó sus preocupaciones al terreno de la ética. Aunque las cosas no son objetivamente buenas o malas, el hombre por medio de su entendimiento debe saber hacer el mejor uso de ellas.

Los sofistas

Las teorías anteriormente indicadas se elaboraron en unos momentos de gran transformación política, económica y cultural del mundo griego. Por otra parte, las tensiones políticas y sociales de algunas ciudades se radicalizaron y variaron los comportamientos humanos. Sin embargo, las especulaciones filosóficas se habían centrado primordialmente en la naturaleza, de la que el hombre era sólo una parte. En la segunda mitad del siglo V a. de C., por obra de los sofistas, se va a invertir esa tendencia: el hombre y sus problemas pasarán a ocupar el primer plano.

Los sofistas no constituían una escuela filosófica unitaria. Eran profesores que iban de ciudad en ciudad mostrando sus habilidades y conocimientos ante un círculo selecto, que era el que podía darles una retribución.

Tuvieron una función educativa distinta de la que hasta entonces cumplían otros docentes. Hasta los sofistas la educación de las gentes se basaba preferentemente en la enseñanza de la música, en practicar ejercicios gimnásticos y en la recitación de las obras clásicas, especialmente de Homero. Pero, además de esto la sociedad, al menos la ateniense, demandaba más cosas. En Atenas los órganos políticos y judiciales estaban en manos del pueblo. Cada uno podía exponer libremente su opinión y para poder hacerlo de la forma más satisfactoria a cada uno se requería haber recibido o poder recibir otro tipo de educación. Se necesitaba un sistema educativo que dotase a las gentes de los medios requeridos para dirigir los asuntos propios y los públicos logrando convencer para imponerles a los otros la propia opinión. La enseñanza sofística cumplió esa tarea. La enseñanza sofística utilizaba el método dialéctico retorciendo los argumentos de los contrarios para mostrar que eran falsos; enseñaban a pensar y sobre todo a convencer.

El escepticismo, es decir la creencia en la imposibilidad de alcanzar un conocimiento absoluto, era moneda común entre los sofistas. Si para los que investigaban la naturaleza, como por ejemplo Demócrito, las sensaciones de lo dulce, amargo, etc., eran términos meramente convencionales porque dependía de los átomos y de su situación, de la misma manera para los sofistas lo *justo*, lo *injusto*, lo *bueno* y lo *malo*, lo mismo que las costumbres y leyes que regulan las relaciones entre los hombres, no son verdades y principios absolutos, sino lo que nos parece en cada circunstancia concreta.

Protágoras de Abdera (c. 485-415 a. de C.), que residió en Atenas y que fue tutor de los hijos de Pericles y al que este último encargó la redacción de la constitución de Turios, decía (fragm. 1) que «el hombre es la medida de todas las cosas (*chrémata*) de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son». Con esto no se quiere decir que el hombre sea la referencia o la medida *existencial*, sino sólo de las impresiones. El hombre no es medida de la existencia del vino, sino de la impre-

sión de sabor dulce o amargo que éste produce; tampoco es medida de la existencia de las costumbres sociales, sino de la valoración que tiene de ellas como buenas o malas, honestas o deshonestas. Y, en este sentido, según sea la impresión y sensación concreta de las cosas que se le ofrecen al hombre, tal será la verdad; y, según sea la forma que se presente a otro, tal será la verdad para este otro. Y así unos pueblos consideran como buenas unas costumbres que a otros les parecen malas. En consecuencia, la verdad es relativa y las costumbres y normas que regulan la convivencia entre los hombres son también relativas y dependen de circunstancias históricas concretas.

Aunque para Potágoras no había principios, ni normas, ni leyes absolutas, de tal manera que la opinión de una persona no tenía porque ser más verdadera que la de otra, deja, no obstante, cierto terreno a la convención de que hay ciertas opiniones, costumbres y leyes que son mejores. Así, para alguna persona el objeto prohibido por alguna regulación de la sociedad podrá parecerle no malo sino bueno, al contrario de lo que podría parecerle a la mayoría de las comunidades de las ciudades griegas. La misión de la educación y de la ciudad es hacer cambiar al que tiene esa opinión tan contraria al resto. No porque lo que opina la comunidad sea más verdadero que lo que aquél opina, sino porque es mejor. Las normas y las leyes de las ciudades no son absolutas; pero sí tienen una función reguladora para hacer posible la convivencia. Hay, pues, una especie de necesidad práctica de que haya leyes.

Si las leyes y las normas eran pura convención social, cualquier sofista podía pretender que prevaleciese el derecho natural sobre el derecho positivo. El planteamiento extremo de esta opinión es la formulación de la ley del más fuerte, que defienden personas como Menón o Calicles, al que Platón hace decir en el *Gorgias* (483 a): «Según la naturaleza lo indigno es lo malo, a saber, sufrir la injusticia es lo malo, mientras que según la ley y la costumbre, lo malo es hacer la injusticia. Sufrir la injusticia es un comportamiento indigno...La ley y la costumbre ponen en pie, a mi parecer, al hombre débil y a la masa».

Sócrates

Sócrates ni fundó escuela alguna, ni ofreció un sistema filosófico que otros pudieran desarrollar, ni siquiera dejó escrita una sola línea. Y, sin embargo, el impacto que produjo en la sociedad de su tiempo y en los numerosos y variados discípulos que se granjeó, como Platón, Jenofonte, Alcibiades, Critias, etc., fue muy grande. Sócrates fue sin duda una personalidad singular. ¿De dónde le venía a Sócrates ese carisma que atraía a discípulos tan variados y serios intelectualmente, careciendo de un cuerpo doctrinal sistematizado? Era su trato personal y su atractiva conversación basada en el método dialéctico, mediante el cual sometía a las personas con las que entraba en contacto a una especie de parto intelectual que hacía brotar de cada uno el pensamiento más positivo y valioso. Pero, además, en Sócrates se daban también otras cualidades y comportamientos, que por poco frecuentes, podían atraer a los discípulos e irritar a los demás. Era un hombre independiente, con necesidades muy limitadas, displicente respecto de las apariencias exteriores que le daban el aspecto externo de un hombre extravagante. Pero, al mismo tiempo, era un hombre honesto, íntegro, de gran habilidad intelectual y de socarrona ironía en la conversación.

Lo que sabemos de Sócrates se lo debemos principalmente a sus discípulos Platón y Jenofonte, que proporcionan la mayoría de las informaciones y las más fidedignas.

Sócrates (469-399 a. de C.), ateniense del demo de Alopece, era hijo del escultor o del cantero Sofronisco. Cumplió con sus deberes de ciudadano, sirviendo a su ciudad en las campañas de Potidea (entre el 432-429 a. de C.), en la de Delio (424 a. de C.) y en la de Anfípolis (422 a. de C.). No manifestó una especial hostilidad contra el régimen democrático, aunque criticó el sistema de previsión de cargos por sorteo, en cuanto que este procedimiento podía cerrar el camino a personas más preparadas.

Como prítano (Platón, *Apolog.*, 32 b) o como presidente de la Asamblea (Jenofonte, *Momor.*, I, 1, 18), en el 406 a. de C. intervino en el desagradable proceso de condena a muerte, promovido por la ciudad, contra los generales triunfadores de la batalla de las Arginusas, acusados de no haber recogido a los naufragos. No consiguió que sus conciudadanos cambiaran de criterio. También se opuso a las órdenes ilegales de los Treinta Tiranos en el poder (Platón, *Apolog.*, 32 c; Jenofonte, *Memorab.*, 4. 4. 3).

Este ciudadano honesto, pero incómodo, acabó siendo acusado por Melito, Anito y Licón de corromper a los jóvenes, de negar los dioses del Estado y de introducir divinidades nuevas. Hasta qué punto estos acusadores actuaban por motivos personales no se sabe. Su actitud inquisitiva sobre las opiniones de cada uno, la incertidumbre e inquietud que sembraba entre sus interlocutores, podían hacerle aparecer a los ojos de muchos atenienses como uno más de aquellos que socavaban los principios tradicionales. Sócrates fue hallado culpable por una votación de mayoría no sustancial —281 votos condenatorios frente a 220 exculpatorios—; pero suficientemente indicativa de la hostilidad que suscitaba; las comedias de Aristófanes ya lo habían presentado como un significativo representante de innovaciones religiosas y de procedimientos educativos nefastos para los jóvenes. Sócrates apenas se defendió; o al menos desdeñó la forma acostumbrada de defensa. Para él lo importante no era saber si sería o no condenado, sino si los jueces pronunciarían una sentencia justa.

Hallado culpable, era necesario entablar un nuevo proceso para fijar la pena. Platón (*Apolog.*, 36 a-d) le hace decir: «la pena que ese hombre reclama contra mí es la muerte. Está bien. Y yo, por mi parte ¿a qué pena me condenaré? ¿A la que merezco? ¿Cuál? ¿Qué tratamiento o pena puedo yo merecer, por no haber guardado para mí solo, callándome, lo que aprendí en el curso de mi vida, por no haberme cuidado ni de acumular riquezas, ni de mis asuntos personales, ni de mandos militares, ni de ser orador, ni de alcanzar magistraturas ni de meterme en conjuraciones y movimientos sediciosos, sino sólo de enseñar? Creyéndome demasiado honrado para medrar por medios indignos no me he decidido a ninguna de esas cosas que ni me sirven ni os sirven para nada...¿qué es, pues, lo que merezco? Una recompensa, atenienses, y una recompensa verdaderamente digna de mí, y que pueda convenirme. ¿Y cuál es la que conviene a un hombre pobre, bienhechor vuestro, que necesita el tiempo libre para daros útiles consejos? No la hay más decorosa que la de ser alimentado en el prítaneo».

Esta actitud orgullosa ante el jurado le valió una condena a muerte con una mayoría más sensible: 300 contra 201.

Sócrates, inicialmente, tuvo vinculaciones con los sofistas y estuvo preocupado con los temas de la filosofía natural. Luego influenciado por su *daimon* particular, ese impulso interior divino que sentía, y apoyado en la máxima délfica del «conócete a ti mismo» asume como misión la tarea de formar a sus conciudadanos y hacerles reflexionar acerca de cuál es la función y el objeto del hombre para luego definirlo.

El conocimiento de las virtudes y normas a las que hay que acomodar la conducta, para Sócrates se consigue, según el testimonio de Aristóteles (*Metafís.*, 4, 107 b, 27), a través de la inducción y la obtención de definiciones. Si lo que se pretende es definir lo bello, justo, piadoso, las preguntas entre los dialogantes acabarán aportando una serie de ejemplos considerados bellos, justos, piadosos, que tendrán en común la belleza, la justicia, la piedad. A partir de esos casos particulares bellos, justos, piadosos, despojados de sus propias circunstancias particulares, se puede llegar, en opinión de Sócrates a una definición común. El contenido que asumían las insistentes e impertinentes preguntas de Sócrates era precisamente conseguir un cúmulo de ejemplos para, a partir de ellos, realizar una definición.

Platón

Durante los años finales del siglo V a. de C. el poder hegemónico de Atenas va caminando hacia su ocaso. La sofística había cumplido su papel. Preparó a una juventud para salir airoso en enfrentamientos cotidianos de un sistema democrático, activo y agresivo, que tenía encomendada la dirección de un gran imperio. Pero la sofística contribuyó al deterioro moral y a reforzar la creencia en la relatividad de las leyes, sugerida por otras corrientes del pensamiento. Todo esto fue socavando las bases sobre las que se asentaban el ordenamiento jurídico, las instituciones y la concordia social de la ciudad. La derrota de Atenas contribuyó también a crear la incipiente sensación de fracaso de la ciudad-estado y luego a la constatación del deterioro que habían causado en las instituciones y creencias de la ciudad las corrientes de pensamiento imperantes. La sociedad griega se encontraba ante una nueva coyuntura: o se consideraba que la ciudad-estado y sus instituciones estaban ya periclitadas y se debía caminar hacia una nueva forma de organización política, o se apuntalaba la ciudad-estado refutando y atacando las ideas equivocadas que habían contribuido a su deterioro y reforzando todo aquello que hubiese de razonable en las ideas anteriores y que convenía conservar. En consecuencia, la reforma política pasaba por la reforma de las ideas, y esa fue la tarea que realizó Platón.

Éste (428-347 a. de C.) pertenecía a una distinguida familia aristocrática ateniense. Su padre Aristón se hacía descender de Codro, mientras que su madre, Perictíone, lo hacía de un pariente de Solón. Su madre tenía vínculos familiares con Critias y Cármenes, que aparecen en sus diálogos. De la hermana de Platón nació Espeusipo, que se hará cargo de la Academia a su muerte. Su pertenencia a una familia aristocrática le facilitaba el camino hacia el ejercicio de una carrera política en la que estuvo muy interesado y que le costó mucho abandonar (*República*, VI, 493 c-494 e). A ello le movió su vinculación con Sócrates, el deterioro de la institución democrática, la implantación de los Treinta Tiranos, la reinstauración sangrienta del régimen democrático y, en definitiva, la muerte de su maestro Sócrates a manos del régimen democrático. A partir de esa experiencia pensó que una educación política más acorde era el camino de la regeneración.

Después de la muerte de Sócrates en el 399 a. de C., Platón, con otros socráticos, se retiró a Mégara; pero regresó a Atenas para dedicarse a la enseñanza y, al mismo tiempo, redactar algunas obras influidas todavía por ideas socráticas. Durante este período debió de participar en la Guerra de Corinto.

Espíritu inquieto, realizó diversos viajes que le llevaron a visitar Egipto, Italia y Sicilia. Durante su estancia en Italia entabló amistad con el pitagórico Arquitas de Tarento que, imbuido en ideas filosóficas y con habilidad de político, había configurado un Estado basado en los principios morales. En esencia, había llevado a la práctica parte del ideal político que iba rumiando Platón. Arquitas le facilitó el acceso a la corte de Dionisio de Siracusa y a la amistad de Dión, cuñado de Dionisio. A su regreso de Sicilia, fue capturado y vendido como esclavo en Egina, mas su amigo Anniceres de Cirene pagó su rescate. Algunos meses después de su liberación, comenzó su enseñanza de forma continuada instalando su escuela, la Academia, junto al santuario del héroe Academo.

Hizo otras dos visitas a Sicilia. Una, muerto Dionisio I, en el 367 a. de C., con objeto de orientar, sin éxito, con sus ideas políticas y filosóficas al nuevo rey. La segunda visita la realizó con la intención de conseguir la reconciliación de Dionisio II y Dión. Con el asesinato de este último se esfumaron para Platón las posibilidades de ver plasmadas en Sicilia sus ideas políticas. Hasta su muerte permaneció en Sicilia dedicándose a la enseñanza y a la redacción de sus obras.

Se atribuyen a Platón una serie de cartas de discutible autenticidad la mayoría de ellas. Y algo parecido ocurre con algunos de los discursos rechazados con bastante fundamento como espurios. No se conoce con exactitud el orden de los trabajos de Platón. Atendiendo a criterios estilísticos y a inferencias cronológicas se ha intentado establecer una ordenación de las obras, bien sea en función de los viajes a Sicilia, bien de acuerdo con una clasificación de obras correspondientes al periodo socrático, de transición, de madurez y de vejez.

Con las dificultades inherentes a una clasificación cronológica para la que no se dispone de todos los datos de apoyo necesarios, se acostumbra a proponer la siguiente ordenación cronológica de las obras de Platón: *Hippias el Menor, Laques, Cármenes, Ión, Protágoras, Eutifrón, Apología, Critón, Gorgias, Menón, Lisis, Menéxeno, Euthidemo, Simposio, Fedón, República, Parménides, Teeteto, Fedro, Sofista, Político, Filebo, Timeo, Critias, Leyes.*

Sócrates se esforzó por hacer comprender a sus ciudadanos que detrás de los actos justos, honestos y bellos, estaba la bondad, la justicia y la belleza como algo que existía realmente fuera de los actos particulares. Pero ¿existían realmente? Platón emprendió la solución de este problema partiendo de las elaboraciones anteriores. Heráclito había dicho que nada era ya lo mismo en su sucesión progresiva temporal. La consecuencia de esta doctrina era que el conocimiento de un objeto era imposible, pues, lo que se conocía en un momento concreto ya era distinto en el siguiente. Para Parménides, por el contrario, el objeto del conocimiento que sólo se alcanzaba con la mente, pues los sentidos engañan, era permanente, inmutable y eterno. Platón aceptaba la existencia de normas morales absolutas que podían ser conocidas y definidas con rigor científico no por los sentidos, sino por la mente. Estas normas tienen una existencia independiente de las cosas que constituyen lo que el llama «ideas». En este sentido dice que tenemos una idea de «bondad», que permite aplicar el calificativo de «bueno» a muchas cosas, a un buen gobernante, a un buen orador, sacerdote, etc. y esto sería imposible si no existiese entre estas expresiones una base común, la idea de bondad, en la que participan todos estos casos particulares. Y lo que dice de las ideas morales lo aplica también a las cosas naturales. En el mundo existen muchos ejemplares particulares de árboles y en el mundo inmaterial y eterno existe también una idea de «árbol» de

cuya entidad participan imperfectamente todos los árboles y que es la base común de todos ellos.

Pero, si estas «formas» eternas de las que participan las cualidades humanas y los objetos naturales están en el mundo eterno y distinto ¿cuándo podremos conocerlas no por reflejo e inferencia, sino directamente? Platón une la teoría de las ideas con la existencia de un alma inmortal y preexistente. El alma está prisionera en el cuerpo. La muerte del cuerpo no es un mal, sino una liberación del alma que de esta manera puede regresar al mundo de las Ideas en el que había estado antes de ser encerrada en el cuerpo. Se nota en esto la influencia del pitagorismo con su doctrina de la metempsicosis. Las cosas y las cualidades particulares que percibimos, que nunca son totalmente iguales entre sí, no nos proporcionan por primera vez un conocimiento de su «idea» universal; mas, debido a que el alma en el mundo de las Ideas tuvo un conocimiento directo de esas realidades verdaderas, es posible mediante su reflejo en el mundo terrenal recordar pálidamente lo que en el mundo eterno e inmortal contempló el alma; pero que en este mundo, al mezclarse el alma con lo corporal, habíamos olvidado. Este es el fundamento de la adquisición del conocimiento. El hombre, y especialmente el filósofo, una vez que entra en contacto con las cosas por la percepción sensorial, dejará las inclinaciones del cuerpo y se elevará por encima de los sentidos liberando a la mente de las ataduras sensibles para elevarse y rememorar el conocimiento de las formas perfectas.

Hemos estado hablando del alma. En el *Fedón*, Platón considera que el alma se caracteriza por su unidad, mas, en la *República* asume la teoría de la división del alma, doctrina ésta que parecerá también en otros diálogos como en el *Pedro* y en el *Timeo*. El alma tiene una división tripartita. La parte racional, que reside en la cabeza, tiene la mente como elemento peculiar. Esta parte del alma es la inmortal y la que se esfuerza por alcanzar el conocimiento de las ideas y la meta destinada al alma en el mundo exterior eterno. Las otras dos partes del alma, la valerosa y la sensorial, tienen su receptáculo corporal en el pecho y en el abdomen (*Timeo*, 69 c) y constituyen la parte transitoria e irracional del alma.

La doctrina de la división tripartita del alma será utilizada una vez más por Platón en el desarrollo de su teoría sobre el Estado.

Los hombres viven en comunidad y precisamente en las relaciones que establecen entre ellos, la justicia individual adquiere una dimensión importante. En este sentido, la Ética y la Política van íntimamente unidas. En la *República* dará una respuesta al problema político con la concepción de la ciudad ideal, una comunidad en la que todos los hombres vivirán una vida plena y feliz al estar adaptadas a unas funciones distintas; pero que les serán propias y adecuadas por lo que todos ellos contribuirán al bienestar común. Este es el remedio que ofrece después de haber considerado el desarrollo de las comunidades humanas y de haber analizado las situaciones concretas de los Estados griegos contemporáneos. Percibía que los cuatro regímenes, timarquía, oligarquía, tiranía y democracia, tenían inherentes las potencialidades de cometer injusticias y desórdenes, por ignorancia: «Aun cuando agravia —se refiere al *demo* (*República*, 565 b)— lo hace involuntariamente por desconocimiento y extraviado por los calumniadores». Para él la democracia no es totalmente el dominio del pueblo, sino la alternancia de tendencias que llevan embrionariamente a los otros regímenes y donde reina libertad suficiente para hacer lo bueno y lo malo (*República*, 557 c-e).

Para conseguir este bien y bienestar de la sociedad, ésta se distribuye y selecciona

en razón de sus cualidades naturales: guerreros, gobernantes y trabajadores. Las tres clases en las que distribuye el cuerpo de ciudadanos se corresponde con su teoría de las tres partes del alma. A cada clase social le atribuye una parte del alma y unas cualidades: gobernantes-mente-sabiduría; guardianes-querer (*thumoeides*)-valor; trabajadores-deseos-templanza.

Platón propone la separación del poder económico y del poder político con la intención de conseguir una clase rectora que no esté preocupada más que en gobernar bien y con eficacia. Sería absurdo ver en la clase trabajadora, que en la ciudad ideal de Platón sería la más numerosa, a un sector poblacional reducido a una condición miserable. Desde el punto de vista económico es todo lo contrario, pues es el único sector que tiene acceso a la propiedad, que puede enriquecerse y prosperar; pero, a condición de que renuncie a los cargos de gobierno.

Por otra parte, las clases sociales propuestas por Platón no son impermeables entre sí, sino que depende de la naturaleza y cualidades de cada uno, si nos atenemos al mito de los metales que utiliza Platón (*República*, 415 a-c): «Era muy natural, hice notar. Pero escucha ahora el resto del mito. Sois, pues, hermanos todos cuantos habitáis en la ciudad, les diremos siguiendo con la fábula; pero, al formaros los dioses, hicieron entrar oro en la composición de cuantos de vosotros están capacitados para mandar, por lo cual valen más que ninguno; plata, en la de los auxiliares, y bronce y hierro, en la de los labradores y demás artesanos. Como todos procedéis del mismo origen, aunque generalmente ocurra que cada clase de ciudadanos engendre hijos semejantes a ellos, puede darse el caso de que nazca un hijo de plata de un padre de oro, o un hijo de oro de un padre de plata, o que se produzca cualquier otra combinación semejante entre las demás clases. Pues bien, el primero y principal mandato que tiene impuesto la divinidad sobre los magistrados ordena que, de todas las cosas en que deben comportarse como buenos guardianes, no haya ninguna a que dediquen mayor atención que a las combinaciones de metales de que están compuestas las almas de los niños. Y, si uno de éstos, aunque sea su propio hijo, tiene en la suya parte de bronce y de hierro, el gobernante debe estimar su naturaleza en lo que realmente vale y relegarlo, sin la más mínima consideración, a la clase de los artesanos y labradores. O, al contrario, si nace de éstos un vástago que contenga oro o plata, debe apreciar también su valor y educarlo como guardián en el primer caso o como auxiliar en el segundo, pues, según un oráculo, la ciudad perecerá cuando la guarde el guardián de hierro o el de bronce».

El comunismo platónico está relacionado con la división de la sociedad propuesta por Platón en su concepción de la ciudad ideal. Este denominado comunismo platónico requiere algunas consideraciones. No se trata de un «comunismo» que afecte a las tres clases de la sociedad, sino sólo a las superiores, cuyos componentes son menos, y que necesitan una formación y una dedicación a los asuntos públicos en beneficio de toda la comunidad. En función de esta finalidad y en aras de una mayor eficacia en la gestión pública de los gobernantes, Platón establece para ellos ese peculiar sistema «comunista». Este último es, por lo tanto, un medio. Para la masa queda la forma familiar usual, la propiedad privada y las actividades económicas para disfrutarlas de forma justa y honesta. En teoría serían los más beneficiados de la gestión estatal; pero quedarían marginados de la participación en el gobierno de la ciudad, lo que suponía un rechazo del régimen democrático, en el que toda la sociedad, teóricamente, participaba en el gobierno.

A todos los guardianes, de cuyo grupo salen, como hemos visto, los gobernantes, se les prohíbe la propiedad privada y constituir una familia individual, por cuanto que la familia sería una especie de propiedad privada que los distraería de su preparación y de su función política al servicio del Estado. Sustentados por el Estado, sin excesos ni opulencia en sus necesidades materiales, se les exigía el sacrificio (*República*, 419 a-420 a), y como tal se contempla, de renunciar a la propiedad privada y a la familia. Les propone la comunidad de mujeres y niños.

La comunidad de mujeres e hijos era extraña a la cultura griega. No había precedentes. Podía contar a lo sumo con la referencia de Herodoto (IV, 104) a la práctica en este sentido de un pueblo bárbaro y, por lo que respecta a las uniones consanguíneas a la existencia de esta práctica entre los egipcios.

En la propuesta de Platón no se trata, a lo que parece, de uniones indiscriminadas, sino planificadas con las cautelas pertinentes y con las incompatibilidades necesarias para evitar incurrir en incesto de un hombre con su madre —o las ascendientes de su madre— su hija y nietas, o la de una mujer con su padre —o los ascendientes de su padre—, sus hijos y nietos. Todo esto, indudablemente, suponía una fiscalización grande por parte del estado, no sólo de los apareamientos de las parejas que han cohabitado durante un mes para luego mantener abstinencia sexual, sino de los nacimientos originados por esas uniones con vistas a impedir el incesto de los mismos en el futuro. Hay, pues, un sorteo manipulado y dirigido de las futuras uniones y el estado mantenía ocultas algunas de las razones: «En cuanto al número de los matrimonios, lo dejaremos al arbitrio de los gobernantes, que, teniendo en cuenta las guerras, epidemias y todos los accidentes similares, harán lo que puedan por mantener constante el número de los ciudadanos, de modo que nuestra ciudad crezca o mengüe lo menos posible. Muy bien, dijo. Será, pues, necesario creo yo, inventar un ingenioso sistema de sorteo, de modo que, en cada apareamiento, aquellos seres inferiores tengan que acusar a su mala suerte, pero no a los gobernantes. En efecto, dijo. Y a aquellos de los jóvenes que se distinguen en la guerra o en otra cosa, habrá que darles, supongo, entre otras recompensas y premios, el de una mayor libertad para acostarse con las mujeres; lo cual será a la vez un buen pretexto para que de esta clase de hombres nazca la mayor cantidad posible de hijos. Bien. Y así, encargándose de los niños que vayan naciendo los organismos nombrados a este fin, que pueden componerse de hombres o de mujeres o de gentes de ambos sexos, pues también los cargos serán accesibles, digo yo, tanto a las mujeres como a los hombres. Sí. Pues bien, tomarán, creo yo, a los hijos de los mejores y los llevarán a la inclusa, poniéndolos al cuidado de unas ayas que vivirán aparte, en cierto barrio de la ciudad; en cuanto a lo de los seres inferiores, e igualmente, si alguno de los otros nace lisiado, los esconderán, como es debido, en un lugar secreto y oculto. ¿Y no serán también ellos quienes se ocupen de la crianza; llevarán a la inclusa a aquellas madres que tengan los pechos henchidos, pero procurando por todos los medios que ninguna conozca a su hijo; pero proporcionarán otras mujeres que tengan leche, en el caso de que ellas no puedan hacerlo; se preocuparán de que las madres sólo amamenten durante un tiempo prudencial, y, en cuanto a las noches en vela y demás fatigas, se encomendarán a las nodrizas y a las ayas?» (*República*, 460 a-b).

Proponiendo Platón, de esta forma, la desaparición de la familia como unidad básica y natural de la sociedad, extendía el horizonte a una comunidad más amplia para que los distintos sectores sociales implicados pudieran aflorar y desarrollar un senti-

miento de hermandad colectivista, al desconocerse entre ellos los lazos particulares de filiación.

La propuesta de Platón presenta aspectos duros y contrarios a la mentalidad griega de aquellos días. Fueron criticados por Aristóteles y seguirán siendo criticados. Esto no es óbice para que en la motivación de la propuesta de Platón no haya corrupción ni doble moral. Su punto de referencia era el bien común. Cultivando la virtud y el bien, los gobernantes debían dedicarse al servicio exclusivo del estado. Y a esta tarea debían entregarse en cuerpo y alma, no como una carga insostenible, sino como una tarea que producía satisfacción y felicidad. Algo parecido, salvando las distancias, a la motivación de los miembros de las comunidades religiosas que subliman su castidad y renuncian a sus riquezas y voluntad en aras de un ideal, que para Platón se concreta en el servicio al estado, el cual tiene para él valor absoluto.

En las *Leyes*, Platón renuncia a las propuestas más radicales de comunidad de mujeres y niños, a la negación de la propiedad privada e incluso a su idea tan querida del gobierno de los filósofos. Hace propuestas más atenuadas de un consejo que gobierne y prepare las almas para su vida eterna, de un organismo que salvaguarde las leyes y vigile las costumbres familiares sin aumentar el número de familias para que no se rompiera la relación tierra-familia, ya que el reparto de tierra se hacía de una vez por todas. El resto de las actividades económicas se dejaban en manos de metecos y esclavos.

LA TRAGEDIA

El ateniense del siglo V a. de C. es ante todo un ser «político». Las diversas experiencias vividas desde la tiranía de los Pisistrátidas hasta las reformas de Clístenes, Efialtes y Pericles le proporcionaron abundante material de reflexión. Sus aspiraciones políticas se vieron relegadas o impelidas a la lucha según el éxito o el fracaso de las facciones que se disputaban el poder. El azar volvía tornadiza la lucha política, y de nuevo podía hacerlo una vez más. No había razón para sumirse en la apatía.

El enfrentamiento con los persas creó una situación límite que les hizo sentir más de cerca cuán frágil era el poder y la existencia humana. Fueron momentos tormentosos en los que los valores de Grecia estuvieron a punto de perecer. Su recuerdo caló profundamente en el ánimo de los griegos. En el caso del Ática, la Atenas democrática en el poder supo luchar, resistir y tomar decisiones colectivas. Para muchos atenienses profundamente religiosos, la ciudad, con sus ciudadanos y la ayuda de los dioses, había logrado triunfar; pasado el peligro, la democracia no podía mantenerse sin el ciudadano. Es a esos ciudadanos que componen la ciudad a los que el Estado dedica sus afanes y atiende a su desarrollo cultural realizando representaciones teatrales.

Las representaciones de las tragedias y de las comedias no dependían de la iniciativa particular. Tienen un carácter colectivo. El arconte preside el concurso dramático. Los poetas que desean participar presentan cuatro obras: una trilogía y un drama satírico. A los concursantes ganadores se les asignaba un coro y todos los gastos de su preparación y de la representación los satisfacía como desempeño de esta *liturgia* el corego, designado entre las personas más ricas de la ciudad.

A la representación asiste el pueblo y las comisiones de las ciudades aliadas. Una de las iniciativas tomadas por Pericles fue la de instituir dietas para todos los ciudadanos que desearan asistir.

Todos estos aspectos eran los que daban a las representaciones de las tragedias y de las comedias una dimensión colectiva y estatal. Había, pues, un interés estatal que hacía que las tragedias no tuviesen una finalidad exclusivamente literaria tendente a suscitar la curiosidad del público y a procurarle solaz.

Las tragedias se destinaban al pueblo, pero le recordaban sus antiguos mitos que en las mentes y en los corazones de los oyentes se unían, en la penumbra imprecisa del tiempo transcurrido, como la historia del pueblo griego. Creían que los linajes y las estirpes griegas protagonistas de los mitos se remontaban a un origen heroico que las tragedias recordaban. Pero las tragedias también ofrecían la ocasión de tratar temas de actualidad: *La Toma de Mileto* de Frínico o *Los Persas* de Esquilo tocaban temas de actualidad.

Las tragedias no están al margen de la realidad de la sociedad en la que nacen y para la cual van destinadas. Son, es verdad, por la belleza de su forma, por la majestuosidad y grandiosidad de los temas que narran, verdaderas obras de arte, pero también son hijas de su tiempo en las que palpitan los problemas del hombre griego, su concepción del mundo y del destino, la fragilidad y los anhelos del hombre. A través del mito desarrollado, el poeta da una visión del mundo y de la realidad histórica en la que está inmerso con una intención aleccionadora y educativa de los ciudadanos.

Bajo la forma del mito o en algunas partes del mismo, en pasajes de relativa extensión, en frases y expresiones concretas, el poeta, en unos casos con relativa claridad en otros de forma más velada, hermética y sutil, puede estar insinuando alusiones a acontecimientos históricos, a proyectos políticos o a intencionalidades de ese tipo. Pero también el poeta ofrece una forma personal de contemplar el mundo griego con sus implicaciones políticas y en cuya visión a veces convergen los avances operados en otros campos del pensamiento y de la ciencia. Estos últimos aspectos, por regla general, no resultan difíciles de detectar y de conocer. Incluso en ocasiones se aprecia qué punto de partida toma el poeta y en qué cota desea quedarse. Así Esquilo hace de Prometeo el bienhechor de la humanidad cuando le enseñó al hombre las artes que conducían a su progreso. Esto pertenecía al mito y Esquilo no quiso ir más allá y profundizar en la línea enseñada por Jenófanes, que decía «no todo lo enseñaron los dioses desde el principio, sino que los hombres a fuerza de investigar andando el tiempo lo descubrieron». Esta conciencia de progreso histórico estaba muy generalizada. De la misma manera en la fuerte caracterización de los personajes de Eurípides, afectados de complejas reacciones de locura, se vislumbran, con claridad los logros alcanzados por la nueva escuela de medicina de base científica. Sin embargo en las alusiones a los acontecimientos históricos, a los proyectos políticos y a las insinuaciones que el poeta encierra en frases y expresiones, resulta más difícil concretar la pretensión del poeta, máxime si lo hace de forma velada. De ahí la discordancia que presentan los autores modernos respecto de si en un pasaje concreto se encierra tal hecho y tal otro, si el poeta desea transmitir tal mensaje o tal otro. Que se pudieron dar y se dieron esas referencias históricas, que hubo en las tragedias situaciones sugeridas, vinculadas con algunos personajes y sus programas y que esto se hizo con sutileza y con mayor o menor hermetismo, está fuera de dudas. Que todos los asistentes a las representaciones llegaran a captar todas estas insinuaciones es ya otra cuestión que se nos escapa.

Está fuera de dudas que los representantes del Estado no siempre se mostraron neutrales. La capacidad de maniobra del arconte en la admisión de los candidatos al concurso y en la designación del corego, dispuesto a hacer más o menos gastos por encima

de lo exigido, no era poca. La posible y no descartable ayuda en la selección pudiera estar motivada por razones de amistad; pero también en razón de los mensajes, insinuaciones, acercamientos a determinados programas vertidos en las tragedias cuya divulgación se consideraba conveniente. Posiblemente en el 493 a. de C. Frínico representó su tragedia *La Toma de Mileto*; que era un inmediato y doloroso recuerdo para los griegos. Se prohibió la representación de la obra para el futuro y se amenazó al poeta con una multa de 1.000 dracmas (Herodoto, VI, 21). En tal decisión, el motivo emocional de mentar la soga en casa del ahorcado, no se considera, y no falta para ello razón, motivo decisivo de la prohibición. Que hubiese, además, un alineamiento del poeta con la política de Temístocles de orientar el poder de Atenas hacia el mar, es cuestión de mayor entidad, pero de difícil comprobación. No obstante, son muy probables las relaciones entre Frínico y Temístocles. Así le parece a W. G. Forrest, y hay razones para sospecharlo. En la tragedia de Frínico, *Las Fenicias*, también perdida, la alusión a la derrota de los persas y sus aliados fenicios, es más que probable. Y la derrota persa se consiguió en el mar y gracias a la flota en cuya construcción fue decisiva la iniciativa política de Temístocles.

Las vinculaciones políticas, por tanto, no eran ajenas al triunfo de determinadas tragedias en los certámenes poéticos. Si el éxito obtenido en el 441 a. de C. por Sófocles con su obra *Antígona* fue motivo suficiente para nombrarle estratego —cargo importante y que requería determinadas cualidades que, según se dice, tenía menguadas— nada impide pensar que cuando en el 468 a. de C. obtiene su primera victoria en lucha con Esquilo no sólo hayan sido motivaciones literarias sino también cuestiones políticas las que llevaron al público y luego al jurado (Plutarco, *Cimón*, 8) a no ponerse de acuerdo y luego a resolver a favor de Sófocles.

Esquilo

De noble familia, Esquilo nació en el 525 a. de C. en Eleusis, lugar que albergaba al famoso templo. Procediendo de este lugar no resulta extraño que alimentara sentimientos nobles y religiosos a lo largo de su vida. Perteneció a una generación que vivió los cambios políticos más espectaculares: tiranía de Hipias, derrocamiento de esta forma de gobierno, innovadoras reformas de Clístenes y Efialtes, consolidación del sistema democrático y constitución del imperio ateniense. Participó también como combatiente en la lucha desesperada de los griegos por la salvación y libertad de Grecia. Y este acontecimiento lo marcó sobre manera, no sólo porque le procuró el argumento de una de sus tragedias sino porque en su autoepitafio (Épigr., II, Page), a cuya autenticidad se pone algún reparo, desea que dejen constancia de su valor el bosque de Maratón y el medo de larga cabellera. En definitiva, experimentó variadas y decisivas vivencias, tanto en política interior como exterior, como para que de una u otra forma tuvieran reflejo en su producción literaria o para que el poeta insinuara o avanzara una toma de posición.

La tradición recuerda que Esquilo alcanzó trece victorias en los concursos y se le atribuye la paternidad de noventa tragedias y de bastantes dramas satíricos. No se conservan más que siete tragedias y son las siguientes: *Los Persas*, representada en el 472 a. de C.; *Los Siete contra Tebas*, en el 467 a. de C.; la trilogía de la Orestía (*Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*) representada en el 458 a. de C.; *Las Suplicantes*,

para la que se proponen fechas diversas en razón de los acontecimientos contemporáneos que se suponen aludidos en ella, aunque la fecha en el año 463 o 461 a. de C. encuentra más partidarios; *Prometeo*, cuya fecha concreta de representación no se conoce, pero que en todo caso sería posterior a la erupción del Etna en el 475 a. de C., pudo ser, quizá, una de las últimas obras de Esquilo.

El mundo religioso y los dioses de las tragedias de Esquilo son los tradicionales. No los critica, ni tiene ante ellos una actitud negativa sino que, respetando la tradición, los presenta en sus tragedias como divinidades que intervienen en la vida de los hombres. Los dioses para Esquilo, y en esto también se nota el peso de la tradición, son, a veces, divinidades engañosas y envidiosas, que envían desgracias a los hombres para ponerla a prueba y purificarlos a fin de que resplandezca la justicia.

Esquilo elabora una dinámica operativa en la que todos sus elementos están íntimamente trabados. La abundancia (*koros*) y la prosperidad de los hombres —concepto pasivo—, engendra arrogancia, orgullo, ambición, desmesura (*hybris*), en definitiva impiedad —concepto activo— y ésta acarrea el castigo divino o la fatal desgracia en forma de castigo divino. *Hybris* ha cometido Jerjes con su ambición de querer conquistar Grecia; *hybris* comete Agamenón, porque, con su deseo desmesurado de gloria, sacrifica a su hija Ifigenia para no verse alejado de la expedición de Troya; y *hybris* en definitiva cometen los personajes de las otras tragedias de Esquilo.

Y esto enlaza con el tema más característico de este autor: la atormentada preocupación por el destino. Era el eterno problema del hombre, porque ¿elabora este libremente su suerte o una fuerza superior, ciega e inexorable lo arrastra como movido por un torbellino incontrolado? ¿Dónde queda la responsabilidad del hombre? ¿Cómo conciliar esta responsabilidad con el oscuro poder del destino?

Los personajes de la tragedia no son víctimas inocentes de un ciego destino del que los dioses no serían más que instrumentos. El hombre con su *hybris* es el causante de su propia desgracia. Es Jerjes, con su política de violencia y expansión, el que se ha labrado su propia desgracia y subsidiariamente la de su pueblo, que le ha seguido. Pero en el planteamiento de Esquilo no hay odio ni rencor contra los vencidos. *Europa* y *Asia*, las dos gemelas del sueño de Atosa, madre de Jerjes, eran iguales. Restablecida la justicia con la derrota, Asia podía recuperar su grandeza. Y en esta actitud benevolente de Esquilo respecto de Asia, ven algunos autores modernos una implícita insinuación de rechazo al imperialismo que Atenas está practicando.

La tragedia *Las Suplicantes* narra la huida y llegada a Argos de las cincuenta hijas de Dánao, que no desearon casarse con sus primos, hijos de Egipto, que las reclamaron y fueron muertos antes de consumir el acto matrimonial. Con sus violencias y amenazas los hijos de Egipto cometieron *hybris*, pero con su asesinato sus esposas han traspasado los límites de lo razonable. Aunque Esquilo hace un encendido elogio de la pureza virginal, nada en ello hace pensar que el autor defienda un derecho de las mujeres a disponer de sí mismas por encima de las leyes consuetudinarias. La acción de matar a sus maridos acaba siendo desmedida y caen en la culpabilidad de la *hybris*.

En la trilogía de la *Orestía*, Agamenón, que había cometido *hybris* al matar a su hija Ifigenia, era culpable del fatal destino que en la obra *Agamenón* recibe a manos de su mujer Clitemnestra y de su amante Egisto que actúan por imperativo de venganzas personales. Éstos a su vez, con esa acción también cometen *hybris* y en las *Coéforos*, el hijo de Agamenón, Orestes, impulsado por la ley de la venganza y de la sangre, mata a su madre y al amante de su madre. Todos eran culpables. Orestes también

lo era. Actuaba a impulsos de la solidaridad de la sangre y de la exigencia de venganza que tan arraigada había estado en el comportamiento de los linajes griegos. ¿Podía con sus solas fuerzas sustraerse no sólo a la maldición sino a las leyes de la venganza? Esquilo busca una solución. En las *Euménides*, Orestes, huyendo de las Erinias, fuerzas vengadoras agitadas por la sombra de Clitemnestra, busca refugio y protección en Atenas, en el templo de Atenea. Apolo lo defiende y se elige un tribunal, el Areópago para que emita un veredicto. Los votos a favor y en contra quedan emparejados y es el voto favorable de Atenea el que salva la situación. Las Erinias renuncian a la venganza. Ciertamente Orestes era culpable. Actuando de acuerdo con la venganza de sangre había cometido hybris y le aguardaba un destino fatal. Todo se movía en un círculo vicioso. La solidaridad de la sangre reclamaba e impulsaba a la venganza, pero esa venganza engendraba nueva venganza. Los hombres se encontraban de esa manera en un callejón sin salida. Es la intervención divina la que perdona y la que rompe la cadena inexorable de la antigua ley de la venganza y la sustituye. El tribunal del Areópago será el depositario de la jurisdicción que valore los crímenes de sangre.

En relación con lo anterior plantea Esquilo otra cuestión querida para él: la filiación de la culpa, que trata en la tragedia de *Los Siete contra Tebas*. Por muy fuertes que fuesen los lazos de la sangre y su pervivencia en la sociedad griega —recuérdense los ataques a Pericles en cuanto miembro de la familia de los Alcmeonidas por el sacrilegio cometido por su familia en el asunto de Cílón— ¿hasta qué punto la maldición, la culpa de una persona y consecuentemente su fatal destino podía renacer y perpetuarse en los hijos? ¿Hasta qué punto los hijos son responsables de las acciones y del destino de sus padres?

De acuerdo con el mito, Layo desobedeció a Apolo cuando el dios le prohibió tener descendencia si no quería destruir la ciudad. De Yocasta, Layo tuvo a Edipo, que alcanzó gran notoriedad y renombre cuando descifró e identificó como el hombre el enigma que la Esfinge planteaba: «¿cuál es el animal que al poco de nacer anda con cuatro patas, luego con dos y al final de sus días con tres? Edipo, se vio envuelto en tales circunstancias que sin saber que se trataba de ellos acabó matando a su padre y casándose con su madre, de la que engendró a Eteocles y Polinices y a las dos hermanas de éstos. Al tener conocimiento del incesto que había cometido, se sacó los ojos. Despreciado por sus hijos, los maldice a tener que disputar con las armas la herencia paterna. Este es el tema que trata Esquilo en los *Siete contra Tebas*.

La tarea de conciliar la maldición, la filiación de la culpa y las ideas morales de Esquilo era ardua. El camino elegido por el autor fue no hacer de ellos víctimas del destino sino culpables de su propia suerte. Esquilo caracteriza a Eteocles marchando conscientemente a la muerte que le ha fijado el destino, asumiéndolo voluntariamente se libera de él y con su muerte libera a la ciudad.

En el *Prometeo*, este personaje del mito, audaz y rebelde, entrega el fuego a los hombres. Las simpatías de Esquilo están con Prometeo, pero no hasta el punto de hacer de él el paradigma de la rebeldía y de las posibilidades de la razón cuando actúa libre de la tiranía divina. En la tragedia se plantea el problema eternamente tratado: los progresos de la civilización con sus profundas imbricaciones favorables y desfavorables para la humanidad, con sus beneficios y males. Es en este aspecto en el que de forma más clara se manifiestan los avances ideológicos producidos por los intelectuales de su tiempo. Por medio de la obra benefactora de Prometeo la humanidad pasó de la ignorancia a la inteligencia: «Mas oíd los males de los hombres, y cómo de rudos que

antes eran los hice avisados y cuerdos. Lo cual diré yo, no en son de queja contra los hombres, sino porque veáis cuánto los regaló mi buena voluntad. Ellos, a lo primero, viendo, veían en vano; oyendo, no oían. Semejantes a los fantasmas de los sueños, al cabo de siglos aún no había cosa que por ventura no confundiesen. Ni sabían edificar con ladrillo secado al sol y con madera trabajada las casas. Debajo de tierra habitaban a modo de ágiles hormigas en lo más escondido de los antros donde jamás llega la luz. No había para ellos signo cierto, ni del invierno ni de la florida primavera, ni del verano abundoso en frutos. Todo lo hacían sin tino, hasta tanto que les enseñé yo las intrincadas salidas y puestas de los astros. Por ellos inventé los números, ciencia entre todas eminente, y la composición de las letras, y la memoria, madre de las musas, universal hacedora. Yo fui el primero que unció al yugo las bestias salvajes, que ahora doblan la cerviz a la cabezada, para que sustituyesen con sus cuerpos a los mortales en las más recias fatigas. Y puse al carro los caballos humildes al freno, ufanía de la opulenta pompa. Ni nadie más que yo inventó esos carros de alas de lino que surcan los mares. Y después de tales industrias que inventé por los hombres...y los recursos ocultos a los hombres en el seno de la tierra: el cobre, el hierro, la plata y el oro, ¿quién podría decir que los encontró antes que yo?...Por Prometeo tienen los hombres todas estas artes» (*Prometeo*, 445 y ss.).

Esquilo cree que las conquistas culturales del hombre son buenas, que son adquisiciones irreversibles y que su inteligencia progresivamente le impulsa hacia adelante hacia nuevos avances. En esto concuerda con las tendencias intelectuales de su época. Así en Anaxágoras el Entendimiento (*nous*), fuerza suprema, existe en todas las cosas, en todo el universo. El hombre formaba parte del mundo y, por lo tanto, también estaba dotado de *nous*. El Entendimiento pone en movimiento las cosas y va ampliando progresivamente su esfera de actuación. Así es posible la progresión gradual de la civilización. Anaxágoras considera al *nous* como fuerza divina y en este aspecto hay cierta semejanza de fondo con el don de las *technai* aportadas por Prometeo. Anaxágoras, aunque otorga al *nous* una fuerza divina, no parece que esté muy preocupado con los dioses. Arquelaos, maestro de Sócrates, considera el progreso como una conquista del hombre. Éste pasó por una etapa muy semejante a la de los animales, pero empezó a distanciarse de ellos cuando por su mayor inteligencia —y *mayor* es un término comparativo que supone la existencia de lo comparado— hizo ciudades, desarrolló las artes, estableció gobernantes e impuso leyes. Esquilo también cree en el progreso, pero las *technai* que harán posible los avances posteriores no son una adquisición de la inteligencia del hombre sino un don de un dios.

Esquilo, con sus concepciones religiosas y morales y con sus consideraciones sobre el destino humano, intentaba aleccionar e ilustrar al auditorio. Pero, hijo de su tiempo, en las tragedias virrió mensajes de intencionalidad política, aunque a veces para los autores modernos no resulte nada fácil concretarlos. Es clara en la *Orestía* la alusión a la institucionalización del Areópago. El viejo orden tribal y sus leyes de sangre, que entraban en conflicto con la nueva sociedad democrática, encuentran solución cuando la diosa entrega al Areópago la decisión sobre los delitos de sangre. Para los momentos en los que se representa la obra, la institución ateniense del Areópago, antiguo órgano aristocrático, había perdido la mayor parte de sus prerrogativas y ya sólo juzgaba delitos de sangre. Era preciso que este organismo continuase, pero también lo era, en opinión de Esquilo, que las Erinias, que representaban al viejo orden, depusieran su actitud de violencia —Efiltes es asesinado en el 461 a. de C. y la *Orestía* se representa

en el 458 a. de C.—, para que, sin luchas internas, resplandezca la concordia social, y el Areópago «vigilará la paz del pueblo».

En *Las Suplicantes* la insinuación política va en otra dirección. Las hijas de Dánao buscaron refugio en Argos. La elección de esta ciudad no parece estar exenta de intenciones políticas. La Argos que presenta Esquilo (vv. 605-624) era una Argos democrática. En el año 461 a. de C. Atenas había firmado una alianza con Argos en detrimento de Esparta que un año antes desairó a Atenas despachando el cuerpo de ayuda ateniense enviado cuando la sublevación de los mesenios. La alianza suscrita fue fruto de la política de Temístocles que es la que, según parece, Esquilo intentaba elogiar. Pero es en *Los Persas* donde, más que en ninguna otra tragedia, se hace patente la complacencia de Esquilo con la política de Temístocles. Las veladas y reiteradas alusiones a Salamina, a las minas de Laurión, a la unidad de todos los helenos contra el enemigo común, evocaban el programa político de Temístocles en unos momentos en los que este personaje está pasando por dificultades que acabarán por llevarlo al ostracismo. Con el oscurecimiento de Temístocles se corría el riesgo de que también se apagara la línea de actuación política que tantos éxitos había deparado a Atenas. Proyectar veladamente la política de Temístocles ha podido ser la pretendida insinuación de Esquilo para que, recordándosela a los atenienses, se evitara tirar por la borda una política que tantos éxitos había logrado.

Sófocles

Nacido en el demo de Colona, cerca de Atenas, en el 496 a. de C., pertenecía a una familia adinerada que se había enriquecido con la fabricación de armamento. Tenía dieciséis años cuando los griegos triunfaron en Salamina. Según la tradición, fue elegido por su buena presencia y por su habilidad en la danza para formar parte del coro de jóvenes que se organizó para celebrar la victoria con un peán.

Sófocles no pertenecía a la vieja aristocracia y, por lo tanto, no podía pretender descender de antepasados heroicos y divinos ni, a imperativos de ese pasado glorioso, defender los valores religiosos y políticos tradicionales, no obstante, pertenecía a la clase dirigente, que tenía en común con los aristócratas gozar de las disponibilidades económicas necesarias para acceder a la misma educación y de resortes políticos para influir en la sociedad. Sin educación, sin dinero y sin apoyos políticos, difícilmente hubiera podido ser elegido para los cargos que desempeñó: helenotamía en el 443-442 a. de C.; estratego con Pericles en el 441-440 a. de C. y luego con Nicias en el 428-427 a. de C. y antes del golpe oligárquico del 411 a. de C. formó parte del grupo de diez «probouloí» encargados de redactar una nueva constitución.

Son cargos, como se ve, variados y de carácter diverso que siembran la duda acerca de su postura política —partidario de Pericles o de la oligarquía— de Sófocles. La verdad es que en Atenas el individualismo estaba muy arraigado y no se intentaba coartar. Toda persona, por intereses personales de cualquier índole o como consecuencia de un proceso de convicción interna, podía cambiar de ideas sin que estuviese mal visto. Y los ejemplos no son infrecuentes. Por lo tanto, ni escrúpulos sociales ni ninguna otra razón impedían a Sófocles cambiar o matizar sus ideas políticas, aunque realmente no conocemos con certeza que lo hicieran. Una existencia tan prolongada de 90 años, que, además, coincide con los momentos más sustanciales y variados de Atenas, brindaba

muchas ocasiones, dentro del marco de la democracia directa como era la ateniense, para cambiar de opinión. Incluso de una misma trayectoria conservadora, que es a lo que parece la seguida por Sófocles, podían darse diversos grados de conservadurismo. El de Sófocles no fue radical ni sectario, al menos durante la mayor parte de su vida, porque, estando los demócratas en el poder y manejando sus resortes, difícilmente hubiesen dejado de poner obstáculos a la *estrategia* o a la *helebotamía* de Sófocles si hubiesen visto en él un conservador furibundo.

La tradición atribuye a Sófocles la autoría de 133 dramas y algunos poemas y elegías. De todo ello sólo nos quedan siete tragedias, un drama satírico incompleto conservado por un papiro y fragmentos de otras tragedias. Algunas de las piezas conservadas se inspiran en el ciclo troyano: *Ajax*, cuya fecha de representación no conocemos, el *Filoctetes*, representada en el 409 a. de C. y *Electra* de fecha incierta. Al ciclo tebano pertenecen: *Antígona*, representada en el 442 a. de C., *Edipo Rey*, cuya representación se suele situar en torno al 430 a. de C. y *Edipo en Colono*, su última tragedia. Al ciclo de Heracles pertenece las *Tranquinias*, de la que no se conoce la fecha de representación. Del drama satírico *Los Rastreadores*, tampoco conocemos la fecha.

Sófocles rompe el esquema unitario y argumental que en Esquilo abarcaba y se extendía a toda la trilogía. En Sófocles cada una de las piezas presentadas es una obra cerrada en sí misma y con unidad propia. En *Edipo Rey*, este personaje va descubriendo con una minuciosidad detectivesca quién es el asesino de su padre y quién ha cometido involuntario incesto con su madre. En *Edipo en Colono*, Edipo, ciego, expulsado de Tebas por su tío-cuñado Creonte, con la aquiescencia de sus hijos Eteocles y Polinices, llega a Colono acompañado de sus hijas Ismene y Antígona. Allí recibe el perdón y desaparece como un dios. En *Antígona*, ésta, obedeciendo a su conciencia y a las leyes sagradas, afronta decidida y voluntariamente la muerte por dar sepultura, en contra de la prohibición del rey Creonte, a su hermano Polinices, muerto en el asalto de Tebas, defendida por su otro hermano Eteocles. En *Ajax* se narra la tragedia de este héroe que aspiraba a obtener las armas de Aquiles y es engañado por Odiseo. Esto le lleva a la locura y, en su desvarío, ataca a un rebaño de ovejas en la creencia de que se trata del ejército griego. Recuperada la razón, no puede resistir tanta vergüenza impropia de un héroe y se suicida. En *Electra* el núcleo argumental es la venganza que Electra y Orestes toman contra su madre, Clitemnestra, y su amante Egisto por haber matado a Agamenón. En el *Filoctetes* se narra el abandono que sufre este héroe en la isla de Lemnos por parte de los griegos que se dirigían a la conquista de Troya a causa del olor nauseabundo que despedían sus heridas. No pudiendo los griegos tomar Troya porque necesitaban su arco, Neoptólemo y Odiseo, regresaron a Lemnos para apoderarse del arco del héroe, merced a los engaños urdidos por Odiseo con el consentimiento de Neoptólemo, que finalmente se opone. Al final, Filoctetes se decide a acompañarlos a Troya. En las *Traquinias* se narran los sufrimientos de Heracles causados por la túnica que le envía su mujer, Deyanira, después de haberla empapado en la sangre de Neso, en la idea de que con las nuevas virtudes portentosas de la túnica podría conservar el amor de su marido que le disputa la cautiva Yole. Puesta la túnica, Heracles se abrasa sin poder quitársela, mientras que Deyanira, dándose cuenta del engaño sufrido, se mata. En el drama satírico *Los Rastreadores*, el argumento se toma del mito de Hermes, que roba los bueyes a Apolo. Sileno y los Sátiros reciben la orden de encontrar al ladrón. Lo hallan en la cueva Cilene, pero los sonidos emitidos por el ins-

trumento construido por Hermes con tripas de buey y el caparazón de una tortuga, alejan a los «rastreadores».

Como Esquilo, Sófocles es un hombre religioso. La existencia de los dioses y su intervención en los asuntos humanos está fuera de discusión. La impiedad, el exceso, el crimen impío, desencadenan el castigo divino, que la voluntad humana no puede parar. Pero en Sófocles la intervención de los dioses, que como hemos dicho tienen un poder omnipotente en el destino del hombre, es menos incisiva que en Esquilo.

Las tragedias de Sófocles son profundamente diferentes de las de Esquilo. En las de este último, la individualidad de los personajes es incompleta y queda difuminada en el grupo o en las ideas colectivas: Erínias-Eumenides en la *Orestía*; persas-griegos en *Los Persas*; hijas de Danao-hijos de Egipto en *Las Suplicantes*. En Sófocles, por el contrario, la acción gravita sobre la individualidad del personaje o personajes. Son figuras individuales, no grupos, maceradas en el dolor, asfixiadas en el sufrimiento que sólo ellas soportan: por voluntad indómita de seguir el mandato de su conciencia, como Antígona; por hacer justicia en sí mismo, como Edipo cuando descubre que sus crímenes inconscientes han suscitado la ira de los dioses, etc.

La caracterización que hace Sófocles de sus personajes sufrientes, la introspección psicológica que sobre ellos realiza, tratando su obstinación, crisis y cambios, todo esto constituye una nueva dimensión que Sófocles aporta al teatro.

¿Qué alusiones e implicaciones históricas, qué mensajes para la sociedad de su tiempo ha podido sugerir Sófocles en sus tragedias? En el Edipo Rey hay un pasaje en el que el poeta se manifiesta defensor de las tradiciones religiosas: «la *hybris* general del tirano; y, cuando éste se haya totalmente saciado sin mirar la oportunidad y la conveniencia, entonces, surgida de su cima más elevada se precipitará a un fatal abismo, donde los pies ya no le pueden servir. He aquí por qué ruego a dios, al dios que nunca dejará de ser mi señor, que nunca interrumpa su tarea de salvar a la ciudad. Quien en acción o palabra proceda desdeñosamente, sin temor a dios, sin venerar los lugares donde los dioses tienen su casa, que tenga un destino nefasto y que pague por su desdichada ostentación si sus ganancias no son lícitas y si no se limpia de los actos sacrílegos, o si, en su locura, quiere poner las manos sobre lo que es intangible» (*Edipo Rey*, vv. 872 y ss.).

La religión tradicional, de «las leyes no escritas» de carácter moral y religioso, estará reiteradamente defendida en las tragedias de Sófocles. En la *Antígona* se vincula al progreso de la humanidad, que debe caminar encauzada en las dimensiones de la moralidad, justicia y demás principios decretados por los dioses. Sólo bajo ese enfoque cree Sófocles en la validez del progreso humano: «Muchas son las cosas maravillosas de este mundo, pero nada hay más grande que el hombre. Él atraviesa la extensión del mar espumoso en el momento en que sopla el noto proceloso y lo surca en medio de abismos y entre olas que braman en su derredor. Y a la más venerada de las diosas, a la Tierra, a la incorruptible, a la infatigable, la va él fatigando con el ir y venir de los arados, un año y otro año, trabajándola con la raza caballar.

Las bandadas de aves de tornadiza cabeza él las envuelve y apresa, y al tropel también de las fieras montaraces, y a los seres que pueblan el hondo mar, en las mallas de sus labradas redes, ¡hombre ingenioso por demás! Él domeña con su industria a la fiera que se pasea salvaje en las montañas, y enfrena al corcel de hirsuta cerviz, sujetándole al yugo domador, y no menos al toro montaraz indómito.

Él se ha procurado el lenguaje y los alados pensamientos, y los sentimientos que regulan las naciones, y sabe esquivar los dardos de los hielos insufribles a la interperie, y el azote de las lluvias. ¡Inexhausto en recursos! Sin recursos no le sorprende azar alguno. Sólo para la muerte no ha inventado evasión. Y sabe escapar de las enfermedades, aun de las más rebeldes.

Dotado de tan sagaz inventiva, industriosa por demás, unas veces se resbala hacia el mal, otras veces se desliza en el bien. Si armoniza las leyes de su patria y la justicia jurada de los dioses, feliz sea en su patria; sin patria sea el que llevado de la insolencia viva en la injusticia. Jamás sea huésped mío ni sienta como yo quien tal hiciere» (*Antígona*, vv. 332-375).

Como Esquilo, Sófocles se plantea el discutido problema de si el progreso humano es bueno o era malo. Insiste en la dimensión ética del progreso. Éste es bueno si respeta los principios morales. Si el progreso no contribuye al bien de la comunidad se vicia y lleva a la desintegración. Por eso *Antígona* defiende con su vida esas «leyes no escritas», eternas, contra el tirano Creonte, que las anula y sustituye por otras de su conveniencia. Son varios los autores modernos que quieren ver en esas referencias a Creonte una no muy clara alusión a Pericles.

Pero este pasaje de Sófocles es también interesante porque ofrece una toma de postura, políticamente conservadora, respecto de las ideas que se gestaban y propagaban en la Atenas de su tiempo. Progreso humano, justicia e injusticia, bondad o maldad, existencia y actuación de los dioses en el desarrollo de la humanidad eran cuestiones que las mentes privilegiadas de aquella época acabarían por plantearse. Protágoras se mostraba escéptico acerca de los dioses: «si existen o no los dioses no lo podría afirmar, como tampoco qué figura tienen; muchas cosas turban nuestro conocimiento, la oscuridad de la cuestión y la brevedad de la vida humana» (*Protágoras*, fragm. 4). En una suposición de esta naturaleza no se podía estar seguro de que «lo justo» y «lo injusto» y las «leyes eternas» dimanaran de los dioses. De la misma manera cuando Anaxágoras hacía del Entendimiento (*nous*) una fuerza en expansión que se encontraba en todo y en todos, dejaba muy poco terreno a cualquier disquisición de lo «bueno» y lo «malo» en el progreso humano. Pero con estos planteamientos se había abierto una brecha por la que penetraron algunos sofistas para distinguir entre naturaleza (*physis*) con sus fuerzas internas y las costumbres y normas (*nomoi*), que son meras convenciones. Entre *physis* y *nomos*, naturaleza y ley, hay distinción. La naturaleza tiene sus propias leyes que subyacen a todas las otras humanas que en realidad son meros hábitos y costumbres. Es a esa ley general de la naturaleza a la que se refieren los atenienses en su réplica a los melios (Tucídides, V, 105): «nuestra opinión de los dioses y nuestro conocimiento de los hombres nos lleva a concluir que es una ley general y necesaria de la naturaleza el dominar siempre que se pueda». De acuerdo con este planteamiento si actuar conforme a la naturaleza era ley general y necesaria, poca cabida tenían las consideraciones sobre la moralidad e inmoralidad de las acciones humanas en el progreso humano. Es precisamente respecto a esa corriente de opinión en lo que Sófocles ofrece un mensaje y establece un elemento corrector. El progreso de la humanidad no lo hubiera conseguido la naturaleza si el hombre no hubiese actuado en este progreso como un ser social, útil a su ciudad que se regula por el orden y un conjunto de leyes. Sófocles después de enumerar los diversos progresos del hombre en el texto señalado, concluye que un progreso sin leyes y normas justas lo apartarían de la sociedad políticamente estructurada: «si armoniza las leyes de su patria y la justicia jurada de los

dioses, feliz sea en su patria; sin patria sea el que llevado de la insolencia viva en la injusticia».

Eurípides

La tradición ha relacionado a los tres dramaturgos más importantes de la Antigüedad con un acontecimiento singular: Salamina. Eurípides, se dice, nació en el 480 a. de C. en Salamina, el mismo día de la batalla, Esquilo combatió en ella y Sófocles formó parte del coro que entonaba el peán para celebrar la victoria.

Las noticias que se tienen de su familia son contradictorias. Filócoro lo considera de noble estirpe, pero Aristófanes en sus comedias, se ensaña con él en más de una ocasión recordando que era hijo de una verdulera. ¿Mera ironía? Su elevada y exquisita educación es un hecho incontestable y esto se compaginaría mal con estrecheces económicas.

Eurípides, a lo que parece, no tomó parte activa en la vida política de la ciudad ocupando cargos, como hizo Sófocles. Fue más bien un molesto contemplador de la realidad. Inconformista, inquieto, abierto a todas las tendencias intelectuales, acabó por verse implicado en un proceso de impiedad. En el 409 a. de C. se marchó a Macedonia a la corte de Arquelao. Se piensa que en su decisión influyó la poca acogida que en Atenas tuvieron sus obras. Aristófanes en *Las Ranas* (vv. 868-869), ya muertos Esquilo y Eurípides, hace decir al primero «mi poesía no murió conmigo, mientras que la suya le ha seguido a la tumba». Lo cierto es que, después de una prolongada existencia y de intenso trabajo, a Eurípides sólo le sonrió el éxito en cinco ocasiones. Pero no parece que la falta de éxito haya sido la causa, en el ocaso de su vida, de su marcha de Atenas, cuando no lo había sido antes. Parece más razonable pensar que el impulso de abandonar Atenas guardase relación con el cariz que tomaban los asuntos de la ciudad y con la cordial acogida que dispensaba Arquelao a todos los poetas y artistas griegos que acudían a Macedonia. Algo de esa inquietud política que se respiraba en Atenas se deja sentir en su obra *Orestes*, representada en el 408 a. de C. cuando después del período oligárquico los demócratas recuperaron el poder y emprendieron una serie de procesos contra los que habían apoyado al régimen anterior. Varios autores modernos ven en el ataque que en esta obra se realiza (*Orestes*, 902) contra el orador «de lengua desenfrenada» un ataque velado contra el líder democrático Cleofonte, que incitaba a esos procesos.

A esta época de estancia en Macedonia corresponden las tragedias *Ifigenia en Aulide* y *Las Bacantes*. Eurípides muere en Macedonia en el 406 a. de C. Una tradición poco fiable le hace percer a manos de mujeres encolerizadas contra él —palpita en esa tradición la injusta fama de misógino creada contra él—, o despedazado por perros azuzados por poetas contrarios.

A Eurípides se le atribuyen 92 dramas, de los que se conservan 19, incluido en este número el *Reso*, cuya autoría se discute, y el drama satírico el *Cíclope*. Las restantes obras conservadas son: *Alceste*, representada en el 438 a. de C.; *Medea* en el 431 a. de C.; *Hipólito*, en el 428 a. de C. Al período de tiempo comprendido entre el 426 al 420 corresponden *Hécuba*, *Andrómaca*, *Los Heraclidas*, *Heracles* y *Las Suplicantes*. *Las Troyanas* corresponden al 415 a. de C. *Ifigenia en Tauride* y *Ion* son posteriores al desastre de Sicilia. *Helena* se representó en el 412 a. de C. *Las Fenicias* corresponden al

411 a. de C. y *Electra* se sitúa en torno al 410 a. de C. De *Orestes* ya hemos indicado que es del 408 a. de C., mientras que *Ifigenia en Aúlida* y *Las Bacantes* corresponden a la época de su estancia en Macedonia.

Eurípides tenía 15 años menos que Sófocles y, disfrutando ambos de vidas largas, pertenecían prácticamente a la misma generación; sin embargo, la visión que Eurípides tenía del mundo, de la religión y del arte le hace aparecer como más en consonancia con las manifestaciones de su época, como si viviese en tiempos distintos a los de Sófocles. Espíritu inquieto, está abierto a todas las corrientes de pensamiento y, al mismo tiempo, es perspicaz observador de los cambios sociales y políticos operados en su tiempo. Pero las ideas y relaciones sociales y políticas son dinámicas y evolucionan como evolucionan también las ideas y los planteamientos morales de Eurípides. Las ideas que plantea cambian y se alteran, e incluso se contradicen con arreglo a las circunstancias. De ahí la dificultad de encontrar en su producción un sistema doctrinal coherente. Sus personajes exponen ideas y pensamientos sobre los dioses, la vida y los acontecimientos humanos, que hemos de pensar que fuesen los propios del autor.

La expresión de que Sófocles pintó a sus personajes como debieran de ser y Eurípides, por el contrario, como eran, se ha convertido en tópica. Y, en efecto, para el primero los sentimientos e ideales de las personas heroicas caracterizadas en sus tragedias son los propios de la clase dirigente y aristocrática. Para el segundo, son los sentimientos primarios lo que aflora de sus personajes, sean o no de noble prosapia. También Eurípides toma el argumento de sus tragedias de las leyendas heroicas, pero las aligera de toda grandeza e ideal sobrenatural. Son seres corrientes en sus sentimientos, en sus atormentadas flaquezas e incluso en sus mezquindades. Son reyes y reinas para el cosmos exterior pero en el cosmos interior no destacan por cualidades sobrenaturales de barroqueña grandeza sino por el arrebató de sus pasiones. Su vida sentimental es como la del resto de los mortales. En la pugna imaginaria que Esquilo y Eurípides sostienen en la comedia de Aristófanes *Las Nubes*, éste último, dentro del tono sarcástico y jocosó que adopta en sus comedias, pone en boca de Esquilo los modelos de personajes señeros que crea en sus obras: «¡cuántos hombres formados en su escuela! Entre nosotros, nuestro héroe Lámaco. Allí se inspiró mi pensamiento, y allí copié las viriles virtudes de los Patroclos y los Teucros, de corazón de león, a fin de excitar a cada ciudadano a igualarlos en cuanto oigan resonar el clarín. Pero nunca ¡por Zeus!, puse en escena a Fedras impúdicas y a Estenebeas. Incluso llego a dudar si alguna vez representé a una mujer enamorada» (*Nubes*, vv, 1038 y ss.).

De esta forma irónica se alude a la habilidad de Eurípides para pintar personajes atormentados por sus pasiones, especialmente las de amor y odio. Eurípides penetra en lo más profundo del alma humana. Así puede hacer comprender que la desgracia del hombre no se fragua fuera de él sino que la amasan sus contradicciones interiores, sus debilidades psicológicas y sus pasiones que lo arrastran y lo llevan a un fatal desenlace.

Son modélicas sus caracterizaciones, con ribetes psicoanalistas, de mujeres arrebatadas por la fuerza cruel de sus sentimientos. Así Fedra en el *Hipólito* arde en incontenible deseo de amor por su hijastro y, no pudiendo soportar el casto rechazo de éste, se suicida después de haber dejado una nota en la que acusa falsamente a su hijastro de haber atentado contra su honor. Era el planteamiento de una situación audaz, que no por poco frecuente dejaba de ser humana. El «impúdica Fedra» de Aristófanes pue-

de ser un indicio del impacto que pudo producir la representación de un tema de estas características.

Eurípides reflejó con crudeza los alcances del amor y el odio de una mujer. Lo trata en otras tragedias, especialmente en *Medea*. Ésta deja todo por amor a Jasón, quien la abandona por otra. Medea se consume de celos: «mas a mí, este suceso inesperado que me ha sobrevenido, ha destrozado mi alma; estoy consumida y, habiendo perdido el placer de la vida, deseo morir ¡oh amigas! Porque aquel en el que tenía puesta toda mi felicidad, mi esposo, el peor de los hombres, me ha abandonado. De todos los seres que viven y piensan, nosotras, las mujeres, somos las más desgraciadas. Porque, primero, necesitamos comprar a un esposo a costa de grandes riquezas y darle el señorío de nuestro cuerpo» (*Medea*, vv. 225-234).

Jasón la abandona porque ve mejores perspectivas económicas y promoción social con el otro enlace matrimonial, aunque promete ayudar a Medea y a sus hijos «Pongo a los dioses por testigos de que quiero ayudaros a ti y a los hijos» (*Medea*, vv. 619-620). Pero poco consuelo puede proporcionar esta promesa a un corazón que se siente abandonado, atormentado por sentimientos primarios y contradictorios, consumido por los celos y la desesperación. Medea busca vengarse en la nueva esposa de su marido y en sus propios hijos, fruto de su matrimonio con aquél. Los celos y el odio incontenible acaban por transformar a la esposa amante en vengadora y a la madre de solícito instinto maternal en mostruosa asesina de sus hijos: «¡Ea, pues, ármate de valor, corazón! ¿Por qué demoramos el realizar terribles y necesarios males? Anda, desgraciada mano mía, empuña la espada, empuñala y huella el triste límite de la vida. No te acobardes, ni quieras acordarte de los hijos, que te son queridísimos, que tú diste a luz. Pero, al menos, por este breve día, olvídate de tus hijos y después llora: pues, si tu los matas, sin embargo, te eran queridos...Pero yo seré una mujer desgraciada» (*Medea*, 1242-1250).

Pero de la misma forma Eurípides es capaz de representar la sublimación del amor a los demás y a la patria de mujeres de gran nobleza de sentimientos que apenas han gozado de la vida. En *Ifigenia en Aúlida* la flota griega se encuentra retenida sin poder dirigirse a combatir a Troya, a no ser que Agamenón sacrifique en honor de Artemis a su hija Ifigenia. Su padre le aclara el oráculo. Ifigenia le recuerda, candorosamente, las esperanzas que tenía depositadas en ella y los buenos deseos que ella tenía para con él. ¿Por qué ha de ser la víctima de las nupcias de Alejandro y Helena? Pero íntimamente comprende que sin su sacrificio los griegos son impotentes ante Troya y asume voluntariamente su suerte: «Quiero morir gloriosamente, desechando todo sentimiento innoble. Conviene conmigo, madre, que hablo convenientemente; toda la Hélade, una tierra tan grande, tiene puestos en mí sus ojos, y en mi mano está que naveguen las naves y sea destruida la ciudad de los frigios, y que en adelante los bárbaros no osen robar mujer alguna de nuestra afortunada Hélade, si ahora expían el rapto de Helena por Paris. Todo lo remediará mi muerte y mi gloria será bienaventuranza, por haber libertado a Grecia. Ni debo amar demasiado la vida que me diste para bien de todos, no sólo para el tuyo. Muchos soldados armados de escudos, muchos remeros vengadores de la ofensa inferida a su patria, acometerán memorables hazañas contra sus enemigos y morirán por la Hélade. ¿Y yo voy a ser la única que se opondrá a todo ello? ¿Qué palabra justa, madre, podremos contestarles?» (*Ifigenia en Aúlida*, vv. 1375-1391).

En las tragedias de Eurípides el hombre es víctima de sus crueles fuerzas inte-

riores. El mal triunfa en muchas ocasiones y los dioses callan. Respecto a los dioses, la postura de Eurípides es cambiante. En los mitos muchos dioses aparecen manchados de sangre y en las tragedias son objeto de crítica. Ifigenia considera bárbaro el mito del banquete de carne humana que Tántalo ofrece a los dioses. Apolo en *Ion* aparece como un violador de mujeres, que avergonzadas, lo ocultan a sus maridos mintiéndoles. Eurípides llega también a la incredulidad, que, aunque no eran infrecuentes manifestaciones en este sentido en los medios intelectuales de Atenas, entre los espectadores de sus tragedias debió de causar un gran impacto. «Enemigo de los dioses» le llama Esquilo en *Las Ranas* de Aristófanes. Pero todas estas ideas no nutren un sistema doctrinal permanente, sino dinámico. Y así en algunas de sus últimas obras, sobre todo en *Las Bacantes*, su obra más mística, algunos autores modernos llegan a pensar en una vuelta de Eurípides a las viejas creencias. En esta obra, Dionisio es una divinidad ampliamente resaltada, pero sin dejar por eso de ser malvada. ¿Supone un cambio en sus anteriores ideas religiosas o una profundización en la valoración negativa de las mismas? Las dos posturas se han defendido.

En las tragedias vierte también Eurípides opiniones políticas respecto de las cambiantes circunstancias de los tiempos. Él es un patriota que ama a su ciudad, equilibra socialmente, y que camina por la senda de la justicia y de la fidelidad a sí mismo. Los conflictos políticos, la guerra y la peste que ha sembrado de muertos Atenas, turbaron la paz y la concordia social. Eurípides percibe desde su lontananza contemplativa los nubarrones que se ciernen sobre la ciudad. La paz interior que Pericles mantuvo en unos límites aceptables, ahora líderes sin prestigio, son incapaces de conseguirla. Además, la guerra, con su cortejo de horror y muerte, saca a la superficie los sentimientos primarios de la gente. Eurípides no quiere recordar a su auditorio que Atenas marchó gozosa a la guerra y que por lo tanto también era culpable de sus desgracias. Los sentimientos de odio los canalizó contra Esparta a la que considera causante de sus desgracias: «los mortales más odiosos de toda la humanidad son los habitantes de Esparta, consejeros de perfidias, reyes de la mentira, maquinadores de crímenes, almas tortuosas y malsanas que no imaginan más que maldades; contra toda justicia se ha establecido en Grecia vuestra fortuna. ¿Qué vicio no tenéis? ¿De qué delito no sois responsables? ¿No estáis ávidos de ganancias deshonestas? ¿Y no estáis sin cesar diciendo una cosa y pensando otra? ¡Ojalá perezcáis! (*Andrómaca*, vv. 445-454).

Su respeto a Atenas le impide atacarla y considerarla culpable de la guerra. No era cuestión de miedo a las represalias, pues ante temas más queridos y sagrados a los atenienses no se cohibió ni detuvo su crítica. Era una cuestión de amor. Pero lo que sí hizo fue sembrar insistentemente entre el público una corriente de opinión contraria a la guerra y partidaria de la paz. En un pasaje de *Hécuba* (vv. 650-656), obra representada en el 424 a. de C., presenta a una espartana, que desgarrar sus mejillas llorando por sus hijos. Varios autores modernos ven en ello no sólo un doloroso mensaje antibelicista, sino también una alusión a la oferta de paz que los espartanos hicieron un año antes y que recordaba Tucídides (IV, 19): «los lacedemonios os invitan a concertar un tratado y a poner término a la guerra, ofreciéndooos paz y alianza y la mayor amistad e intimidad recíprocas».

Resaltar en varias tragedias los horrores de la guerra con escenas de espeluznante realismo es un procedimiento intencionadamente buscado por Eurípides para hacer

más deseable la búsqueda de la paz y alejar del pueblo la ascendencia que sobre el mismo ejercen los demagogos partidarios de la guerra.

LA HISTORIOGRAFÍA

Los primeros balbuceos

Las estirpes griegas elaboraron mitos y leyendas que les vinculaban a un pasado heroico. Familias aristocráticas pretendían descender de un antepasado divino, descendencia que justificaban a través de diversas genealogías; otras pretextaban remontarse a los fundadores de ciudades o a los pobladores de comarcas. Todos estos recuerdos constituían un material susceptible de ser utilizado por los historiadores. También lo eran los poemas épicos, que con tanta fruición se escuchaban, los relatos de viajes que tanto deslumbraban e ilustraban acerca de las distintas costumbres de los pueblos visitados. Todo esto producía entre los oyentes, por un lado, una sensación de reencuentro con el pasado y, por otro, una curiosidad e impulso de ir a visitar los pueblos y lugares incluidos en la narración.

Los comienzos de la lucubración histórica no pueden separarse de los avances operados por la ciencia griega en el siglo V a. de C. Fue entonces cuando el pensamiento griego comenzó a realizar una interpretación racionalista y crítica de los mitos y leyendas. Jenófanes de Colofón, que compuso un poema relacionado con la fundación de su ciudad, se mofó de las concepciones que los griegos tenían de sus dioses. Y en esta crítica de los mitos coincidieron muchos pensadores.

La ciencia de la Historia es investigación, averiguación por vías empíricas de los hechos acaecidos. La palabra *historie* está relacionada con una raíz indoeuropea que significa *ver, observar*. El historiador es observador de los hechos, bien de los que ha sido testigo bien de los que otros lo fueron y dejaron testimonio, pero que es preciso estudiarlos mediante una crítica racional para conocer si acontecieron ciertamente como dicen o dejaron escrito.

Hecateo de Mileto en el inicio de su *Genealogía* (fragm. 1, Jacoby) da una muestra de esa actitud crítica: «Así habla Hecateo de Mileto; lo siguiente escribo, como me parece ser verdadero. Pues las historias de los helenos son, así me parece, contradictorias y risibles». Pese a este programa racionalista su actitud no fue más allá de la de corregir racionalmente y de despojar a algunas leyendas, como la de Heracles y Deucalión, de los elementos excesivamente fantásticos.

Tal y como recuerda Herodoto (II, 143), viajó a Egipto y dibujó un mapa, quizá el mapa del mundo que Aristágoras mostró a Cleomenes cuando aquél solicitó la colaboración de Esparta cuando tuvo lugar el levantamiento jonio contra Persia (Herodoto, V, 49).

Hecateo escribió la *Periégesis*, que es una descripción de los pueblos y regiones con sus curiosidades geográficas y etnográficas. Herodoto hizo uso de este trabajo de Hecateo, aunque generalmente no suele indicarlo cuando lo toma. En algún pasaje de Herodoto (II, 70-73), los autores modernos aprecian el estilo sencillo de Hecateo. De esta obra se conservan algunos centenares de fragmentos.

Herodoto

Herodoto dio el decidido impulso a la Historia hasta el punto de que Cicerón (*De Leg.*, I, 1) lo considera como «el padre de la Historia». El género histórico inició su andadura cuando ya otros géneros literarios habían alcanzado su desarrollo.

Herodoto había nacido en la ciudad doria de Halicarnaso, Asia Menor, un poco antes de la guerra contra los persas. La ciudad testimonia también influencias jonias. Si añadimos que los nombres del padre de Herodoto, Lixex, y de su pariente el poeta épico Paniasis son carios, se comprende que el historiador vivió en una ciudad que era un crisol de influencias culturales. La ciudad estaba gobernada tiránicamente por Artemisia y luego por su hijo Ligdamis, a cuyo intento de derrocamiento contribuyó Herodoto, viéndose obligado a huir a Samos.

Cuando en el 454 a. de C. Halicarnaso fue incorporada como estado tributario a la Liga atico-délica, no sabemos si Herodoto regresó a su ciudad. Conocemos que, lo mismo que otros intelectuales como Hipodamo de Mileto, Protágoras, participó en la fundación de la colonia de Turios (444-443 a. de C.) o, al menos, residió allí, pues obtuvo la ciudadanía de esa colonia, en la que presumiblemente murió poco antes del 420 a. de C.

Entre la huida a Samos y la estancia en Turios realizó viajes a varios lugares, entre otros a Atenas. Durante su viaje a Egipto estuvo en Elefantina, Gaza, pasando luego a visitar Tiro y Babilonia. En otro viaje visitó los países del norte, llegando hasta la Escitia. De regreso pasó por Olbia y Tasos. El motivo de muchos de estos viajes es obtener información fidedigna: «Otras noticias no leves ni escasas recogí en Memfis conferenciando con los sacerdotes de Hefesto; pero no satisfecho con ellas, hice mis viajes a Tebas y a Heliópolis con la mira de ser mejor informado y ver si iban acordes las tradiciones de aquellos lugares con las de los sacerdotes de Memfis, mayormente siendo tenidos los de Heliópolis, como en efecto lo son, por los más eruditos y letrados de Egipto» (Herodoto, II, 3).

Herodoto da una gran importancia a su propia observación, pero para muchos relatos tiene que seguir lo que otros narran, sometiénolo a crítica, para establecer su propia opinión: «Hasta aquí he hablado de lo que me han informado mis ojos (*opsis*), mi juicio (*gnomé*) y lo que averigüe con mis pesquisas (*historie*); lo que en adelante iré refiriendo lo diré tal cual lo oí de la boca de los egipcios (Herodoto, II, 99). En muchos casos, pues, le resulta imposible seguir un procedimiento «histórico», y se limita a narrar la tradición frente a la cual el historiador, no obstante, mantiene sus dudas. Así, cuando respecto de los argivos (Herodoto, VII, 152) sigue una versión tradicional contraria a éstos dice: «Por lo que a mí toca debo referir lo que se cuenta, pero no creerlo todo, y quiero que esta prevención mía valga para toda la narración».

Esta cuestión del método seguido por Herodoto, nos lleva a la cuestión de las fuentes que el historiador pudo utilizar en la elaboración de su obra.

Las observaciones directas obtenidas en sus viajes, los relatos escuchados, más las investigaciones que sobre el terreno pudo realizar, constituyeron parte de los materiales utilizados en su obra. En la búsqueda de esta información no siguió un plan siste-

mático sino que recogió todo tipo de información tal y como le llegaba, aunque en algunos casos formuló sus reservas.

En las descripciones etnográficas de las gentes de las regiones descritas y visitadas, estas regiones adquieren una fisonomía propia en sus costumbres, relaciones sociales, modos de producción y comportamientos políticos, de los que Herodoto intenta escudriñar el porqué y las causas de sus diferencias respecto de otros pueblos. En definitiva, los hacía entrar en la historia. Es cierto que a veces, pese a sus precauciones, llegó a mezclar en su obra relatos inverosímiles; pero esto no invalida, en modo alguno, su actividad histórica.

Además de las observaciones e investigaciones sobre el terreno ha utilizado, indudablemente, otras fuentes. Así recurre a inscripciones como la del trípode ofrecido en Delfos. En él, entre otros nombres de pueblos, se encuentra el de los Tenios (Herodoto, VIII, 82). De algún documento oficial persa debió de sacar la numeración de los distritos fiscales del imperio persa (Herodoto, III, 89 y ss.). También hizo uso de los *Cipria* (Herodoto, II, 117). Utiliza, además, recopilaciones de oráculos a los que se remite en ocasiones con espíritu crítico (Herodoto, VII, 7; VIII, 20; IX, 43). Respecto a otro tipo de fuentes escritas que pudo utilizar se piensa en la *Historia de los persas* de Caronte y en la *Historia lidia* de Janto. Pero, ciertamente, sólo se conocen sus títulos y, por otra parte, la moderna historiografía no puede establecer si esas obras históricas se redactaron en un momento anterior o contemporáneo a la obra de Herodoto. Además, éste, a excepción de Hecateo de Mileto, que implícita y explícitamente está mencionado, no refiere nombres concretos de autores. Alude a opiniones genéricas: «si quisiera yo adoptar la opinión de los jonios acerca de Egipto, probaría aún que ni un palmo de tierra poseían los egipcios en la Antigüedad. Reducen los jonios el Egipto propiamente dicho al país del Delta (Herodoto, II, 15).

El plan de la obra responde a una especie de Historia universal que la tradición alejandrina distribuyó en nueve libros. Herodoto pretendió narrar los acontecimientos referentes a un pasado inmediato en el que los griegos y los persas acabaron enfrentándose: «He aquí la exposición de las investigaciones de Herodoto de Halicarnaso para que ni los hechos de los hombres con el tiempo queden olvidados, ni las grandes y maravillosas hazañas realizadas así por griegos como por bárbaros queden sin gloria; y entre otras cosas, las causas por las cuales guerrearon entre sí...Yo por mi parte, a cerca de tales hechos no voy a afirmar que hayan sucedido así o de otro modo, sino que, después de haber nombrado a aquél del que sé yo que fue el primero (Creso) en iniciar actos ofensivos contra los griegos, seguiré adelante en mi relato ocupándome por igual de las pequeñas y de las grandes ciudades de los hombres. Porque la mayoría de los que antaño fueron grandes son ahora pequeñas, y las que en mi tiempo eran grandes, antes fueron pequeñas. Convencido, pues, de que la prosperidad humana nunca permanece fija, mencionaré por igual unas y otras» (Herodoto, I, 1).

Trazado el plan de la obra, Herodoto se aventura por temas diversos para darnos una visión retrospectiva. Así impone una historia de Lidia (Herodoto, I, 6-94). En ella se resalta la figura de Creso como primer rey que somete a ciudades griegas, los ataques de Creso a Ciro y la ruina del reino lidio. Estudia luego la emergencia política de los medos, el control que de ellos hacen Ciro y los persas (I, 95-140) que le sirve de motivo para aludir a las costumbres de éstos. El relato del imperio persa bajo sus reyes Ciro, Cambises y Darío ocupa una porción importante de su obra (I, 178-V. 27). En él se incluye la invasión de Egipto por Cambises y la exposición de las costumbres,

de los dioses, etc...de Egipto; la ascendencia de Darío y sus reformas, sus triunfos sobre Polícrates de Samos y sus expediciones a Escitia, Tracia y Libia.

Casi la mitad de la obra tiene por objeto darnos esta visión retrospectiva y preparatoria para pasar al gran enfrentamiento directo de griegos y persas: la revuelta jonia, su represión, la campaña de Maratón y las políticas y acontecimientos de Esparta y de Atenas ocupan la mayor parte de los libros V y VI. El resto de los libros narrarán los acontecimientos posteriores para cuyo conocimiento el relato de Herodoto será una guía imprescindible.

La variedad de temas y de digresiones, produce la impresión de que la obra carece de unidad y que el plan trazado inicialmente sólo coincide de forma general con el desarrollo de las partes expuestas. ¿Se trata o no de una obra temáticamente unitaria? La historiografía moderna se ha planteado la cuestión de la génesis de la obra de Herodoto, dividiéndose entre los que aprecian en ella una unidad lasa y los que la niegan pensando que reunió estudios parciales diferentes. Para unos la obra de Herodoto fue escrita para ser leída por partes. En un pasaje poco fiable de Luciano (Herodotus), se recuerda que recibió diez talentos por la lectura de partes de su obra.

Una obra parcial o totalmente destinada a la lectura en voz alta, exigía amenidad, colorido, exotismo para que los oyentes se sintieran atraídos. Logrado esto, la unidad de la obra, aunque existiera, no tendría tanta importancia. No resulta, por tanto, fácil desentrañar el problema de la génesis de la obra de Herodoto quien con mucha probabilidad fue componiendo y documentándose a lo largo de varios años por lo que no estuvo orientado hacia una sola dirección.

De la mano de Herodoto la historia se encamina a realizar un relato fiable de los acontecimientos pasados, juzgándolos y estableciéndolos mediante unos criterios de fiabilidad. La ciencia jonia se había preguntado por la causa (*aitia*) de las cosas; Herodoto por el porqué de cada uno de los acontecimientos. Ve así, a lo largo de su relato, multitud de causas, porque multitud son los acontecimientos narrados; pero los encadena sucesivamente y los integra en un sistema carismático.

En ocasiones las causas de los hechos acaecidos dependen de las distintas costumbres (*nomoi*). Los acontecimientos desencadenados por Cambises contra los egipcios se deben al desprecio que hizo de las costumbres de éstos: «Por fin, para hablar con franqueza, me parece que Cambises tuvo un ataque de insensatez; de otro modo no se hubiese burlado de las cosas sagradas y de los usos religiosos. Está claro que, si se propusiese a todos los hombres elegir entre todos los usos aquellos que les son más bellos, nadie habría que después de examinarlas y registrarlas no eligiese la de su país. Tanta es la fuerza de la preocupación nacional, y tan creídos están los hombres de que no hay educación, ni disciplina, ni ley, ni moda como la de su país» (Herodoto, III, 38). Palpita en este pasaje la elaboración filosófica de la relatividad de los usos y costumbres que había establecido Protágoras, al que Herodoto debió de conocer durante su visita a Atenas o en Turios. Además de redactar la constitución de esa ciudad, Protágoras residió, al igual que Herodoto, en ella.

Pero, aunque las leyes y normas de los pueblos estudiados son relativas y explican algunos acontecimientos, aunque el azar tiene también parte en los mismos, su concepción histórica está marcada por el destino. El historiador narra los hechos de los hombres, pero «el hombre es obra del destino» (Herodoto, I, 32). A Jerjes le movía un odio al griego heredado de su padre, su ambición personal y el anhelo de conquis-

tas. Deseaba ardientemente la expedición. Su tío Artabazo le disuadía. En sueños una aparición excitaba sus ambiciones. La divinidad movía ya los engranajes del destino. El mismo Artabazo convulsionado por la aparición le dice: «viendo ahora que anda en ello la mano de la divinidad, que quiere hacer algún ejemplar castigo ya decretado contra los griegos, varío yo mismo de opinión y sigo vuestro modo de pensar. Bien haréis, pues, en dar cuenta a los persas de estos avisos que la divinidad os da, mandándoles que estén a las primeras órdenes respecto a los asuntos de la guerra» (Herodoto, VII, 18).

La divinidad se aprovechó de sus pasiones, le ayudó a sentirse seguro, proporcionándole conquistas iniciales. Le engañó, en definitiva, para asestarle el golpe de la derrota de Salamina.

En la narración de este episodio de Herodoto, la coincidencia con *Los Persas* de Esquilo, esté o no inspirado en él, es muy grande. También la tiene con su amigo Sófocles en relación a la actuación de la divinidad en el destino humano. La divinidad teje la trama fatal del hombre que se ha encumbrado por encima de la medida. Pero la derrota, el castigo y la humillación que otorga el destino de Herodoto no lo contempla tanto como un restablecimiento de la justicia, ante el exceso cometido, cuanto como una manifestación del poder divino.

Tucídides

Los datos más fidedignos de la vida de Tucídides se encuentran en su obra. Debió de nacer entre el 460 y 455 a. de C., pues en el 424 a. de C. fue elegido estratego al mando de una escuadra que protegía las posesiones atenienses en el norte del Egeo. En esas fechas debía detener, al menos, treinta años. Cuando Brásidas atacó la ciudad de Anfípolis, Tucídides, en su condición de estratego, acudió en su ayuda desde Tasos; pero llegó tarde. Tucídides se exculpó diciendo que acudió con rapidez tan pronto le pidieron auxilio. El pueblo ateniense no lo consideró así y le condenó al destierro: «estuve desterrado de mi patria durante 20 años después de mi marcha como estratego en auxilio de Anfípolis y estuve en relaciones con gentes de los campos, y no en menor medida de los peloponesios por causa de mi destierro, pude enterarme de ellos con toda tranquilidad» (Tucídides, V, 26). Es posible que los años de destierro o la mayor parte de los mismos los pasase en la costa tracia en donde tenía posesiones mineras: «Tucídides tenía adjudicada a perpetuidad la explotación de las minas de oro de aquella región de Tracia y de que por dicha causa tenía ascendiente sobre los personajes más influyentes del continente» (Tucídides, IV, 105). A este respecto conviene recordar que el nombre de su padre era Oloro (IV, 104), nombre tracio, el mismo que llevaba el rey tracio con cuya hija se casó Milciades y de cuyo matrimonio nació Cimón. Pertenecía, por tanto, a una familia aristocrática. Después del destierro y con la paz del 404 a. de C. Tucídides quizá regresase a Atenas. No sabemos con certeza el lugar y la fecha de su muerte; pero, con relación a esta última, se supone que no ocurrió mucho después del 404 a. de C.

La obra de Tucídides ha sido transmitida a la posteridad estructurada en ocho libros cuya distribución no se debe al autor. Lo que denominamos *Guerra del Peloponeso*, objeto de la investigación de Tucídides, era en realidad el conjunto formado por las guerras aquedámica (431-421 a. de C.), siciliana (415-413 a. de C.) y la propiamente

peloponésica (414-404 a. de C.), con diversos episodios bélicos, guerras que Tucídides concibió como formando parte de un mismo conflicto.

El libro I contiene los capítulos conocidos como la *Arqueología* (I, 1-19), los principios metodológicos (I, 20-28), las causas aparentes y profundas que dieron origen a la guerra con sus episodios correspondientes (I, 23-87), para continuar con las fases de la expansión ateniense y los comienzos de la Guerra del Peloponeso (I, 88-146). Los libros II, III, IV y parte del V (capítulo 24) comprenden los acontecimientos correspondientes a la Guerra Arquidámica con especial referencia a la política de Pericles y a las Guerras Civiles que aparecieron en varias ciudades griegas. A partir del capítulo 25 del libro V se relatan los hechos que confluyeron en la Paz de Nicias, que puso fin a la Guerra Arquidámica, las actuaciones atenienses en la península Calcídica, en el Peloponeso, en Grecia Central y la ocupación de la isla de Melos (V, 25-116).

Los preparativos de la expedición a Sicilia, los acontecimientos que la acompañaron y los conflictos bélicos a los que dio lugar hasta la derrota ateniense en la isla, ocupan los libros VI y VII. El libro VIII refiere los hechos posteriores a la derrota en Sicilia, destacando la implantación del régimen de los Cuatrocientos y la posterior recuperación democrática.

Respecto al contenido de la obra de Tucídides la moderna historiografía aprecia diferencias. Hay partes de la obra que aparecen más acabadas y elaboradas, por ejemplo, la Guerra de Sicilia y en algunos libros de la obra se utilizan los discursos como un medio de resaltar los motivos subyacentes de los acontecimientos mientras que en algún otro no se utilizan. Esto ha llevado a plantear la cuestión —ciertamente con pocas posibilidades de éxito— de si Tucídides comenzó a redactar o retocar su obra en los últimos años de su vida, sorprendiéndole la muerte sin acabarla.

El *método* histórico de Tucídides es riguroso. Cuando emprendió la realización de su obra histórica, el mundo griego ya conocía el trabajo de Herodoto. Como él Tucídides también disponía del acervo cultural de los mitos y leyendas griegas. Pero Tucídides aspiraba a realizar una obra histórica pragmática y deseaba esclarecer los hechos acontecidos y pasados. No deja de utilizar las inscripciones y monumentos si ello le sirve para sacar conclusiones correctas. Tucídides pretende la certidumbre. En aras de esa certidumbre corrige Tucídides a Herodoto y desdeña los trabajos de poetas y logógrafos porque sus opiniones son difíciles de verificar: «y no creeremos lo que han cantado acerca de ellos los poetas, adornándolo para engrandecerlo, ni haremos caso de los logógrafos que al escribir la historia estaban más preocupados por agradar a los oyentes que por establecer la verdad. Los hechos de los que hablan son inverificables y los más llevados al terreno de la fábula por el mucho tiempo que hace que sucedieron» (Tucídides, I, 21).

La posibilidad de contar con testimonios fidedignos disminuye conforme nos alejamos en el tiempo. Y esta realidad colocaba en desigualdad de condiciones a Herodoto y a Tucídides. Con ingenuidad Herodoto (II, 142) dice que los sacerdotes egipcios «que dicen estar seguros, pues llevan siempre la cuenta de los años y la ponen por escrito» le han dicho que desde el primer rey hasta el sacerdote de Hefesto se habían sucedido 141 generaciones humanas. Y en sus indagaciones sobre el pasado de los lugares que visitó utilizó primordialmente esta alterada tradición oral.

Tucídides, por el contrario, escribe una historia de los acontecimientos de su época. Así la posibilidad de disponer de una información más fiable y fidedigna era mayor. Él personalmente había vivido algunos de los acontecimientos narrados; de otros po-

día tener información directa, con tal de que lo deseara. Su destierro, lejos de suponer un obstáculo, le facilitaba el acceso a la información del bando contrario como él mismo reconoce (Tucídides, V, 26). Su investigación histórica se centra en acontecimientos contemporáneos y para ello, fuera de algunas inscripciones útiles para su trabajo, su primordial fuente de información era el testimonio oral que podía someterse directamente a la verificación de su exactitud.

La información que cualquiera pudiera aportarle no era suficiente. Se precisaba pasarla por el tamiz de la verificación y del contraste. Así lo expone en el capítulo conocido como «del método» (Tucídides, I, 22) y que ha sido objeto de numerosos estudios: «En cuanto a las cosas que dijeron los de cada bando en sus discursos cuando iban a emprender la guerra o estaban ya en ella, resultaba difícil recordar la literalidad de lo que se dijo, tanto a mí mismo de lo que oí, como a los que me lo comunicaron tomándolo de alguna otra fuente; en mi obra están redactados del modo que cada orador me parecía que diría lo más apropiado sobre su tema respectivo, manteniéndome lo más cerca posible del espíritu de lo que verdaderamente se dijo; y en cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra, no creí oportuno inscribirlos enterándome por cualquiera ni guiándome por mi opinión, sino que relaté cosas en las que yo estuve presente o sobre las que interrogué a los otros con toda la exactitud posible. La verdad fue hallada con trabajo, porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno. Para una lectura pública, la falta de color mítico de esta historia parecerá un tanto desagradable; pero me conformaría con que cuantos quieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de la de las cosas que alguna vez hayan de ser iguales o semejantes según la ley de los sucesos humanos, la juzguen útil. Pues es una adquisición para siempre y no una obra de concurso que se destina a un instante».

Por supuesto que en el discernimiento de lo que realmente sucedió cuando se trata de acontecimientos contemporáneos las posibilidades metodológicas para conocerlos son mayores. Mas en la «Arqueología», Tucídides centra su análisis histórico en la investigación de un pasado más remoto, esto es, en saber como se ha producido el desarrollo de Grecia. Eran hechos alejados en el tiempo para cuyo conocimiento no disponía de una información oral contemporánea. La situación era semejante a la que en ocasiones se encontró Herodoto. Su actitud, no obstante, no se limitó a tomar precauciones respecto de la información mitológica y de lo que transmitían las leyendas, sino que, razonando al modo sofístico por verosimilitudes, establece algunos parámetros de las condiciones de vida y del desarrollo económico de las ciudades griegas. De esta manera hacía una reconstrucción razonable del desarrollo griego. Pero fuera de las ocasiones en las que hace algún *excursus* por el pasado más lejano, el resto de la información a su disposición se refería a acontecimientos recientes.

Parte de esa información la proporcionan los discursos incluidos dentro de la obra y que llegan a suponer una cuarta parte de la misma. Mediante estos diálogos y discursos, los oradores hacen propuestas de actuación futura o justifican hechos y acciones ya realizadas. No tienen, pues, un papel ornamental, sino informador. Tucídides, como hemos visto, dice que los expone tal y como piensa que cada orador debió pronunciarlos. Puede ser una excusa. En la urdimbre de esos discursos hay sólidos argumentos, justificaciones descarnadas, exposiciones sutiles; en definitiva un mundo variopinto de situaciones. ¿Fueron expuestos, aunque sea con otras palabras, tal cual ante el auditorio o constituyen más bien elementos explicativos de conductas, detectadas o com-

prendidas con posterioridad por el historiador y que en vez de exponer él directamente en su obra los elementos y razones explicativas que llevaron a esas conductas, los pone en boca de oradores?

Para Tucídides la Guerra del Peloponeso tenía un carácter de inevitabilidad y hubiese estallado en uno u otro momento. Para detectar esa inevitabilidad utiliza un procedimiento semejante al método hipocrático de medicina, distinguiendo entre los síntomas o causas superficiales, en definitiva, los pretextos y agravios que se esgrimieron y la «causa o motivo más verdadero» que se mueve en el interior. Una vez más Tucídides se aparta metodológicamente de Herodoto. Este último explicaba la causa del enfrentamiento de griegos y persas como una concatenación de agravios mutuos en su sucesión temporal. Para Tucídides hay unos pretextos y agravios superficiales y una causa profunda más verdadera: «Los motivos y las divergencias por las cuales lo rescindieron, las doy antes de empezar, para que nadie tenga que investigar un día por qué tuvo lugar entre los griegos una guerra tan grande. Creo, a saber, de acuerdo con la causa más verdadera, pero menos aparente por lo que se dice, que los atenienses, al hacerse más poderosos y producir miedo a los lacedemonios, les forzaron a luchar; mientras que las explicaciones que se daban públicamente eran las que cada bando ofrecía, pretendiendo que por ellas había quebrantado el tratado y entrado en guerra» (Tucídides, I, 23).

Puede parecer un poco insatisfactorio que el creciente poderío que iba alcanzando Atenas y el temor que esto inspiraba a los lacedemonios fuese «el motivo más verdadero» (*aletheistáte prophasis*) que llevara en el 431 a. de C. a la ruptura de la Paz de los Treinta Años. Tucídides se ciñe en éste, como en otros aspectos, a una interpretación política y hacia ella va encauzando su juicio y razonamiento. Nos deja sin saber en realidad, el papel que en dicha ruptura han podido jugar los aspectos económicos y sociales, pues la exclusión de los megarenses de los puertos del imperio la considera Tucídides como un pretexto superficial. No alude, pues, a este tipo de motivaciones, ni interpreta decididamente, los acontecimientos contemporáneos en función de estos factores económicos y sociales; cosa distinta es la importancia que en la «Arqueología» da al desarrollo económico.

En el pasaje sobre el método, arriba aludido, Tucídides indica su pretensión de ofrecer unos conocimientos de valor duradero —adquisición para siempre—, y por lo tanto de utilidad y de aplicación futura, «de las cosas que alguna vez hayan de ser iguales o semejantes según la ley de los sucesos humanos». En modo alguno quiere decir que los acontecimientos históricos se repitan inexorablemente en el tiempo y que las reglas del desarrollo histórico tengan valor absoluto y que una vez conocidas sirvan como criterios infalibles para abordar los acontecimientos concretos. Tucídides, eso sí, consigue un concepto básico de la «naturaleza humana» en la que la ambición de poder, la envidia, la ley del más fuerte, la opresión del débil, etc. se manifiesta con cierta constancia y reiteradamente entre los hombres. Son predisposiciones humanas que se pueden detectar en casos parecidos y semejantes, despojándolas de las circunstancias particulares y peculiares a cada caso que lo hace distinto. El conocimiento de eso que permanece en la naturaleza de los hombres no aporta una regla infalible de actuación ante cada acontecimiento, que es singular en sí; pero dan capacidad para entender las reglas de juego y los motivos que intervienen en cada caso.

La historia que escribe Tucídides es una obra de los hombres y se pueden conocer los motivos por los que actúa. Todo lo que acontece en el mundo histórico es natural

y humano y depende de la voluntad de los hombres o del azar. En su obra no se detecta con claridad que haya un campo de actuación divina en la historia de los hombres. Lo divino y religioso entran en su obra como elementos culturales. Hay, es cierto, en su concepción un sector del acontecer humano en el que los cálculos racionales del hombre no logran alcanzarlo y comprenderlo. Es el terreno de lo imprevisible, del azar, que Tucídides designa con el término *tyché*; pero que nada tiene de divino y que discurre por el acontecer histórico sin que el hombre con su reflexión pueda hacer mucho por atajarlo: «aunque los enemigos en sus incursiones hayan hecho lo que era lógico que hicieran no queriendo vosotros someteros a ellos, y aunque, además, se haya sumado fuera de vuestros cálculos esta epidemia, única cosa inesperada que ha ocurrido» (Tucídides, II, 64). La epidemia era un motivo propicio para ver en ello la mano divina como en realidad la vieron muchos atenienses: «un dios armado de fuego, una peste asoladora, ha embestido a la ciudad y la acosa» (Sófocles, *Edipo Rey*, vv. 27-28): Tucídides, por el contrario, se mueve en el terreno de los hechos naturales y no de las creencias. Así señala el lugar donde apareció primero la peste y su entrada en Atenas por el puerto del Pireo, la inutilidad de los procedimientos religiosos puestos en marcha para atajarlos. Describe los síntomas y efectos de la enfermedad con la finura terminológica de la escuela de Hipócrates de la que está muy influido.

Este procedimiento de análisis de las enfermedades por sus síntomas exteriores y sus causas interiores lo utilizará también Tucídides para comprender los comportamientos enfermizos, la enfermedad política que prende en el cuerpo social. Lo que constata en el caso particular de Corcira con su atroz guerra civil, lo generaliza despojándolo ya de lo particular: «Muchos fueron los horrores que sufrieron las ciudades en las revoluciones, horrores que suceden y sucederán siempre mientras sea la misma la naturaleza humana; pero que son mayores o menores y de distinto carácter, según sean las diversas circunstancias que se den en la ciudad. En efecto, en la paz y en una situación próspera, tanto las ciudades como los particulares son más razonables porque no se encuentran con situaciones de apremiante necesidad; en tanto que la guerra, al suprimir la facilidad de la vida cotidiana, es un duro maestro y pone de acuerdo con las circunstancias imperantes el comportamiento de la mayoría de los hombres. Se hallaban, pues, en estado de revolución las ciudades, y las que tardaban más en entrar en él, al tener conocimiento de las cosas que ya habían sucedido, llevaban aún más lejos este cambio de conducta, tanto en lo referente al refinamiento de los que se lanzaban al ataque como en lo relativo a lo inaudito de las venganzas. Cambiaron incluso, para justificarse, el ordinario valor de las palabras. La audacia irreflexiva fue considerada valiente adhesión al partido; la vacilación prudente, cobardía disfrazada...Y hasta tal punto fue esto así, que los lazos de la sangre llegaron a tener menos fuerza que los del partido, ya que éste estaba más dispuesto a mostrar una audacia sin miramientos; pues estas asociaciones no buscaban un beneficio público, guiándose de las leyes en vigencia, sino, violándolas, el abuso de poder» (Tucídides, III, 82).

La acción humana y no la divina es la que interviene en el acontecer histórico. El ser humano individual, lo mismo que la comunidad, toman decisiones y actúan. Pero esa actuación no la juzga Tucídides desde un prisma moral y ético, sino que despojada de toda connotación ético-religiosa de bueno, malo, justo, injusto, la sitúa en un terreno de conveniencia y utilidad a los propios intereses. Lo que convenga a la ciudad y al poder eso es lo más adecuado: «para un tirano o una ciudad dueña de un imperio ninguna cosa que le convenga es absurda, y nadie que no sea fiel es de la misma sangre»

(Tucídides, VI, 85). Es un eco del argumento de la «razón del Estado» de épocas posteriores y se aprecia la influencia de la doctrina sofística.

Esta concepción alcanza una exposición más explícita en el Diálogo entre los atenienses y los melios (Tucídides, V, 85 y ss.). Estos últimos son exponentes de la corriente de opinión usual de que las leyes justas y los principios morales y religiosos deben de ser respetados: «confiamos en que la divinidad no nos asignará en lo relativo a la fortuna la peor parte, en gracia a que somos hombres justos que se oponen a otros injustos» (Tucídides, V, 104). Para los atenienses, por el contrario, el derecho no es absoluto ni es lo que decide y soluciona los conflictos entre las comunidades, sino la fuerza, la ley del más fuerte, que está generalizada y enraizada en la naturaleza humana. Por esto el más fuerte busca su conveniencia actuando de esta forma de acuerdo con una ley natural y universal: «tampoco nosotros esperamos quedar en inferioridad respecto a la protección divina. Pues no pedimos ni hacemos nada que esté fuera de lo que los hombres piensan sobre los dioses...Creemos, en efecto, en los dioses y sabemos que los hombres imperan siempre en virtud de su inmutable naturaleza sobre quienquiera que superen en poder. Nosotros no hemos establecido esta ley ni la hemos aplicado los primeros, sino que la aplicamos habiéndola encontrado ya existente y habiendo de dejarla subsistiendo siempre, convencidos de que nosotros y cualquier otro que adquiriese nuestro poder haría lo mismo» (Tucídides, V, 105).

J. de Romilly, en varios trabajos, aprecia que, en las relaciones entre los Estados griegos que señala Tucídides, se dan tres constantes: quien tiene un imperio es odiado por sus súbditos y se ve forzado a defenderse; los Estados y los hombres, por naturaleza, siempre ambicionan más y, por último, en las relaciones humanas y en las relaciones entre Estados, el más fuerte tiende a imponerse, si le conviene.

La ley del más fuerte no se somete a ningún principio moral ni a ninguna norma jurídica y por eso acaba siendo el fundamento de las relaciones políticas y del acontecer histórico, y lo que permite comprenderlo.

Esta formulación de Tucídides puede parecer dura y radical. Los términos utilizados al menos lo son. La cuestión es saber si tal formulación es expresión de las propias ideas de Tucídides, creencias y opiniones íntimas. Parece que no. Hay indicios indirectos que se escapan a lo largo de la obra, elogios, alusiones, etc. que indudablemente sugieren un aprecio del autor por los valores morales. Lo que ocurre es que Tucídides en su afán de objetividad y de averiguar la verdad y las motivaciones a impulsos de las cuales actúan las gentes y los Estados, las contemplan y reflejan en la obra sin ningún tipo de prejuicios que puedan empañar la verdad que el autor deseaba desentrañar para que su obra sea una obra duradera, «para siempre», como él mismo manifiesta.

Jenofonte

Jenofonte nació en el demo ateniense de Erquia hacia el año 430 a. de C. para morir hacia el 355 a. de C. Era de familia acomodada y aristocrática, por lo que tuvo una educación refinada, frecuentando los círculos socráticos. Su entrada en la madurez coincidió más o menos con la revolución oligárquica y quizá participara en la batalla de las Arginusas, que fue ocasión de acontecimientos políticos desdichados. En el año 401 se enroló en la expedición que se dirigía a Asia Menor para ayudar a Ciro el Joven a arrebatarse el trono a su hermano Artajerjes II, empresa ésta apoyada por Esparta. Des-

pués del fracaso de la expedición, debido a la muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa, Jenofonte fue elegido general del ejército griego y condujo la retirada de las tropas griegas por el Asia Menor hasta llegar en el 400 a. de C. a Trapezunte. Más tarde luchó al lado de los espartanos en Asia Menor y cuando Agesilao tuvo que regresar con las tropas espartanas a Grecia por causa del endurecimiento de la Guerra de Corinto, vino con él y participó en la batalla de Coronea, en la que se enfrentó a sus compatriotas atenienses, que en ausencia le condenaron al destierro. Los espartanos le honraron con la proxenia y le regalaron un predio en Escilo, cerca de Olímpia, donde pasó algún tiempo hasta que, después de la batalla de Leuctra, los eleos, no temiendo nada de Esparta, reclamaron esa posesión y Jenofonte debió abandonarla huyendo a Corinto. Cuando se restablecieron las relaciones entre Atenas y Esparta, Jenofonte pudo regresar a su patria una vez que los atenienses le levantaron el destierro.

Resulta difícil establecer la cronología de sus obras, pero se cree, en general, que el último periodo de su vida fue con mucho el más fecundo. No podía ser de otro modo, pues al menos hasta los treinta y cinco años la vida agitada, intensa en peripecias y aventuras se compagina mal con el sosiego y la tranquilidad que requería la redacción de obras literarias tan variadas: *Helénicas*, *Anábasis*, *Cinegético*, el *Estado de los Lecedemonios*, *Apología de Sócrates*, *Memorables*, *Económico*, *Sobre la equitación*, *Simposio*, *Ciropedia*, *Hierón*, *Hipárquico*, *Agesilao*, *Poroí*.

La *Anábasis* tiene un gran interés desde el punto de vista histórico y etnográfico. Los primeros capítulos relatan la marcha de la expedición hacia el interior del país —es decir la anábasis propiamente dicha— continuando después con una descripción de la batalla de Cunaxa, el colorista relato de la ordenada retirada de los mercenarios griegos hacia el mar Negro y, por último, un relato del posterior destino de las tropas mercenarias hasta su encierro con las fuerzas espartanas al mando de Tibrón. La experiencia acumulada en esta expedición le permite a Jenofonte esbozar, certera y sucintamente en qué consistía la grandeza y debilidad del imperio persa: «cualquiera que se fijase podía ver que el imperio del rey persa era poderoso por la amplitud del territorio y el número de los hombres; pero con las grandes distancias y la dispersión de las fuerzas resultaba débil contra quien le hiciese la guerra con rapidez» (*Anábasis*, I, 5).

Las *Helénicas* es la obra histórica más importante de Jenofonte. Es una historia de Grecia en siete libros que comprende el periodo que va desde el 411 a. de C. hasta el 362 a. de C., es decir la batalla de Mantinea. La obra ciertamente no fue concebida como una unidad ni hecha tampoco de una vez, lo cual suscita por cierto un verdadero problema en cuanto a fechas de composición. Suele ser usual entre los especialistas el suponer que Las *Helénicas* constaban de tres grandes grupos o secciones. Así los libros I-II cubrirían el periodo que va desde el 411 al 403 a. de C., continuando la obra de Tucídides al relatar la última parte de la Guerra del Peloponeso y luego el periodo de los Treinta Años. Los libros III, 1-V, 3 cubren los años 399-379a. de C. para cuya redacción utiliza los propios recuerdos y fuentes peloponésicas, desconociendo casi por completo las fuentes atenienses. Quizá haya redactado esta parte para un círculo reducido de espartanos. El resto del libro V y los libros VI-VII, dependen de fuentes diversas y fueron escritos en Atenas después del 362 que es cuando se interrumpe la narración. Es posible que fuese por aquel entonces cuando las diversas partes indicadas fueron publicadas juntas.

Continuador de la obra de Tucídides dista mucho de ser continuador de su método.

No hay recopilación exhaustiva y sistemática de la diversa información de los hechos que se están narrando. Tampoco hay una reflexión sobre las causas y motivos que explican el desarrollo de los distintos acontecimientos. Sólo algún suceso que le haya golpeado de manera especial es objeto de alguna consideración moralizante sin incidir en una explicación estrictamente histórica en la línea ensayada y seguida por Tucídides. Cuando los espartanos establecieron una guarnición en Tebas, hecho este que para Jenofonte supone un cambio sustancial, la valoración que le merece es de esta guisa: «Se podrían citar otros ejemplos tanto entre los griegos como entre los bárbaros, para probar que los dioses no olvidan a aquellos que violan las leyes divinas y humanas; mas me contentaré con citar el que sigue. Los lacedemonios, quienes, después de haberse comprometido por juramento a respetar la autonomía de las ciudades, se apoderaron de la Acrópolis de Tebas, recibieron por primera vez un castigo por aquellos que habían sido sus víctimas, mientras que nunca, en el pasado, nadie había podido vencerlos; y, en cuanto a aquellos tebanos que los habían introducido en la Acrópolis porque deseaban entregar su ciudad a los lacedemonios para ser ellos mismos dueños, para abatir su autoridad sólo necesitaron siete desterrados» (*Helénicas*, V, 4, 1). El pasaje aludido muestra cuán lejos se encontraba Jenofonte del camino ensayado por Tucídides. Parecía como si el método histórico no hubiese avanzado nada.

Incluso en el terreno de la objetividad histórica no había parangón entre Tucídides y Jenofonte. No se puede decir que éste sea un falsario; pero sí que era parcial. La amistad con Agesilao, la inclinación que sentía por los espartanos le hacían presentar los acontecimientos bajo una luz benévola a los espartanos.

La *Ciropeidia* no es solamente una obra histórica pues tiene mucho de filosófica en cuanto se refiere al problema de la educación ideal de los hombres de Estado. Junto a los ideales aristocráticos que Jenofonte defiende y que se manifiestan en su opinión en la descendencia y en la disposición natural insiste además en la educación, en donde se nota la mano de la sofística.

LA COMEDIA

La comedia tendría su origen, en opinión de Aristóteles, en las procesiones fálicas que se realizaban en las ciudades griegas. La opinión de Aristóteles no se considera como explicación suficiente al origen de la comedia y se piensa razonablemente que otros elementos, como las mascaradas en las que hombres se disfrazan de animales y ciertas formas de representación burlesca que se practicaban en algunos lugares, contribuyeron en alguna medida, y como un elemento más convergen en el origen de la comedia.

Al decir de Aristóteles, Epicarmo, que nació en la época de las guerras contra los persas, fue el «inventor» de la comedia. La expresión anterior no tiene más alcance que el de resaltar que Epicarmo fue el primero que dio unidad a los distintos elementos que iban a confluír en la comedia. Inicialmente las comedias fueron breves y carentes de complejidad dramática.

Se conocen algunos títulos y fragmentos de las comedias de Epicarmo, que mencionan ya y aluden a tipos y caracteres que serán comunes en la comedia posterior. Así el petulante, el rústico, el soldado fanfarrón, el borracho, el salchichero. Estos personajes incluyen rasgos de comicidad que serán elemento esencial de la comedia. Por los

títulos y los fragmentos conservados no parece que Epicarmo derivara hacia ataques personales y alusiones políticas, elemento al que tan a menudo se recurrirá en la comedia.

La comedia ática bebe de la sociedad ateniense. Esta sociedad se rige por la democracia como forma de gobierno y ha creado un ambiente de libertad suficiente como para que en su seno se desarrollen ideas filosóficas e intelectuales innovadoras, contrastes políticos, líderes con ascendiente en la masa popular, integrada por diversos sectores sociales. Sobre todos estos elementos se lanzarán los poetas cómicos con irónicas y satíricas alusiones.

La comedia está fuertemente enraizada en la sociedad y vinculada a los problemas de su tiempo. Por esa razón la moderna historiografía se plantea algunas preguntas referentes a si en las comedias pueden detectarse o no los personales ideales políticos de los autores; de si la generalizada postura conservadora que se detecta en la comedia dimana de las propias convicciones políticas de los autores o se debe más bien a que de acuerdo con su oficio éstos deben criticar a la sociedad de su tiempo, a los que la dirigen y a las acciones que emprenden. Por último, si su actitud sarcástica y satírica se reduce a fustigar los vicios de la sociedad como un recurso estilístico más de unas obras cuya finalidad primordial es ser productos literarios, o, además, dan una visión crítica de la sociedad en todos los aspectos políticos, económicos, sociales y artísticos.

La verdad es que todas estas preguntas no son excluyentes entre sí, sino complementarias. Las comedias son, indudablemente, obras artísticas, pero reflejan elementos tan ricos y variados que a través de ellos V. Ehreberg ha podido elaborar una historia económica y social de Atenas. La comedia no se limitaba ni se agotaba en el ataque a los vicios de la sociedad de su época. El poeta daba, su visión de la realidad cotidiana y de los acontecimientos históricos de su tiempo. Por ello, y sobre todo porque no se trataba de una mera actitud moralizante, los dirigentes, los más perjudicados con las sátiras y alusiones personales de los comediógrafos, actuaban proponiendo decretos —conocemos al menos el de Moriquides del 440 a. de C. y el de Siracusio del 415 a. de C.— que prohibían las alusiones personales en las comedias.

Con su inventiva, los primeros comediógrafos crearon temas y personajes bufonescos que serán usuales en la comedia. La sátira social y el ataque a personas de relieve son frecuentes. Teleclides hace a Pericles blanco de sus invectivas, mientras que Crates y Ferécates renuncian al ataque personal.

La comedia antigua debe a Cratino algunas innovaciones técnicas. Este autor nació en Atenas hacia finales del siglo VI a. de C., según la tradición, gozó de una prolongada existencia. Representó 21 comedias y obtuvo nueve victorias. Aristófanes criticó su afición a la bebida y dice con sarcasmo que cuando Cratino llegó a la vejez sus obras ya no causaban impacto entre el público. En esta crítica hay mucho de ataque personal infundado, pues, al año siguiente de este ataque, Cratino obtuvo frente a Aristófanes, que también presentaba a concurso su obra *Las Nubes*, un resonante triunfo con su comedia *La Botella*. En esta obra el personaje «La Comedia», que es la esposa del poeta, se queja amargamente de que Cratino vive con «La Botella» y que por ello le va a llevar a los tribunales. El poeta logra la reconciliación con «La Comedia» utilizando como argumento que «La Botella» es para él una gran colaboradora. Pese al ataque de Aristófanes, Cratino, en plena vejez, dio muestras de una singular inventiva que se vio recompensada por el favor del público.

Aristófanes

De todos los comediógrafos de la comedia ática, Aristófanes es quien tiene más reconocida fama y a ello ha contribuido el hecho de que se conservan completas varias de sus comedias. Nació en Atenas en torno al 450 a. de C. Las alusiones que hace en los *Arcanienses* (v. 653) a propiedades en Egina permite pensar que su padre tal vez fuese cleruco en esa isla. Aristófanes murió con posterioridad al 388 a. de C., fecha en que se presentó su comedia *Pluto*.

De las cuarenta obras que compuso se conservan un millar de fragmentos y once obras enteras: *Arcanienses*, del 425 a. de C.; *Los Caballeros*, del 424 a. de C.; *Las nubes*, del 423 a. de C., que no la representó y la reelaboró posteriormente; *Las avispas*, del 422 a. de C.; *La Paz*, del 421 a. de C.; *Las aves*, del 414 a. de C.; *Lisístrata* y *Las Tesmoforias*; *Las ranas*, del 405 a. de C.; *La Asamblea de las mujeres*, del 392 a. de C. y *Pluto* del 388 a. de C.

De la vida de Aristófanes conocemos muy poco; pero su existencia estuvo enmarcada por los acontecimientos más decisivos de la historia de Atenas que iban desde la Guerra del Peloponeso a la derrota de Egos Potamos. Pero entre estos dos acontecimientos hubo momentos de éxito y de derrotas, momentos de euforia y de progresiva amargura de un pueblo como el ateniense castigado por la guerra y por la miseria y que Aristófanes vivió con la pasión de un ciudadano rebelde. Pero fueron también años en los que se renovaron la vida política, el pensamiento intelectual, el arte, los procedimientos educativos, y, cuando no hubo personalidades señeras que condujeran los asuntos públicos, diversos demagogos impusieron su voluntad en la gestión. Y todo esto se pondrá en el punto de mira de la sátira, de la sospecha y de la maledicencia de Aristófanes. No le gustan las novedades e innovaciones imperantes en la ciudad. Se siente más a gusto con el pasado. Quizá porque la comedia, enraizada en el presente y en la vida cotidiana, deba criticar ese presente. Tal vez también porque tenía, quizá, ese talante conservador que se insinúa en sus obras.

Aristófanes comenzó su actividad literaria con dos comedias, *Los Comensales* del 427 y *Los Babilonios* del 426 a. de C., que no se conservan completas, pero cuyos fragmentos ofrecen datos suficientes para conocer dos de los temas que reiteradamente tocará en sus obras: por un lado, el comportamiento con los aliados en lo que en el terreno de los hechos mucho tuvo que ver con ello, lo mismo que en la continuación de la guerra, el demagogo Cleón, objeto de sus ataques; por otro lado, su crítica de la nueva educación y de los nuevos planteamientos ideológicos e intelectuales.

En *Los Comensales*, el tema de la educación se plantea contraponiendo los valores de la educación tradicional, a la nueva educación, despreocupada de esos valores, disoluta y apoyada en el nuevo régimen. El tema volvió a plantearlo en *Las Nubes*. El coro de esta obra se presentaba en forma de nubes —de ahí el título—, que simbolizaban lo etéreo de los argumentos sofistas. El labrador Estrepsiades, que se halla en dificultades económicas por dar a su hijo un tren de vida por encima de sus posibilidades, cree que los sofistas, que enseñan el arte de tornar en claro lo oscuro, puedan enseñarle el camino para evadir sus deudas. Acude a Sócrates para aprender. Pero como hombre rústico y tradicional no acaba de comprender tan etérea enseñanza y envía a

su hijo Fidípides en su lugar. ¡En mala hora!, pues su hijo acabó por propinarle una soberana paliza y pasaba a justificarla basado en procedimientos dialécticos:

«¡Qué dulce es vivir en medio de cosas modernas e ingeniosas, y poder burlarse de las leyes establecidas! Cuando estaba por completo entregado a la equitación, no era capaz de pronunciar tres palabras sin cometer una falta. Pero, después que este hombre me sacó de allí, hízome familiar con los pensamientos sutiles, la palabra y la meditación y estoy seguro de probar que es justo corregir a un padre.

ESTREPSÍADES. —Vuelve, pues, a tus caballos, ¡por Zeus! Pues es mucho mejor para mí alimentar a cuatro caballos que no verme cabalgar así y molido a palos.

FIDÍPIDES. —Continuo en el mismo punto donde me quitaste la palabra. Ahora una pregunta previa ¿Me pegaste cuando era niño?

ESTREPSÍADES. —Sí, porque te quería y miraba por tu bien.

FIDÍPIDES. —Dime ¿no será igualmente justo que ahora yo mire igualmente por tu bien y te pegue, ya que el pegar a uno es mirar por su bien» (*Ranas*, vv. 1399 y ss.).

El padre, desesperado, acabó por pegar fuego con una antorcha a la casa de los sofistas.

El alineamiento de Aristófanes con la educación tradicional es sobre todo el resultado del rechazo de las nuevas ideas educativas, que considera en bloque como causantes de la degeneración educativa, sin distinguir lo bueno y lo malo que había en ellas y lo que en consecuencia debía evitarse o difundirse. No se muestra sensible a la importancia que tenía el que el pensamiento racionalista indagase como nunca en los comportamientos sociales y políticos, máxime cuando una vuelta a los sistemas y tiempos pasados se hacía imposible. Los ataques contra los innovadores y la educación que impartían aparecerán de nuevo en *Las Tesmoforias*, representada en el 411 a. de C. y en *Las ranas* del 405 a. de C. Eurípides, al que Aristófanes cataloga como propagandista de las nuevas ideas sofisticas, es objeto de sus ataques. Aristófanes cree en el valor pedagógico y de educación cívica que cumple la poesía. En *Las ranas* (vv. 1009-1010), a preguntas de Esquilo, Eurípides llega a decir que un poeta debe ser admirado «por su habilidad y destreza y porque hace mejores a los hombres de la ciudad». Pero en estas obras indicadas la sátira se centra exclusivamente en consideraciones literarias jocosas y en ataques contra los innovadores. Se aleja de la crítica política directa. En política interior y exterior los tiempos son difíciles. Los ánimos están sensibilizados en exceso y en actitud expectante. El relajo de la tensión producido por la victoria ateniense en las Arginusas (404 a. de C.) se apagó enseguida y el orden social se vio perturbado por el proceso seguido contra los generales triunfantes, acusados de haber abandonado a los náufragos en el mar. Buscar la evasión en temas políticamente menos comprometidos parecía una solución razonable.

La crítica política está presente en otras obras. La democracia era la forma de gobierno por la que se regía Atenas. Funcionaba primordialmente merced al *phoros* que obtenía de los aliados. Los ciudadanos ejercían su poder no sólo a través de la Asamblea Popular sino también con su participación en los tribunales judiciales, por cuya participación obtenían una paga. A esta masa todopoderosa y en especial a los que la orientan en sus decisiones, dirige sus ataques irónicos Aristófanes. La democracia asu-

mió como inevitable para el sistema la sujeción de los aliados y animosamente decidió la guerra contra Esparta. Apoyado Aristófanes en el dolor y amargura que causa la guerra, creyó que era momento propicio para invitar a la reflexión y plantear en *Los Acarnienses* el contraste entre los partidarios de la paz, simbolizados en el campesino Diceópolis, que, amargado por el duro trabajo y la miseria, llega a pactar con los lacedemonios, y los «militaristas», representados por el fanfarrón Lámaco. En medio se encuentran los carboneros acarnienses, veteranos de Maratón, que odian a los espartanos porque han arrasado sus tierras. Éstos acabarán siendo convencidos por Diceópolis de las conveniencias de la paz. En *Los Caballeros*, representada en el 424 a. de C., plantea con mayor atrevimiento su ataque a la democracia «belicista» y a Cleón que la dirigía por esa senda.

No hay como en *Los Acarnienses* veladas insinuaciones contra Cleón. En *Los Caballeros*, dicho personaje aparece con su nombre. Cuando se representó la obra, Cleón acababa de obtener un éxito inaudito ante Pilos. Parecía más fuerte que nunca, pero también estaba en mejores condiciones que antes para suscribir la paz. Aristófanes no le teme y aprovecha la ocasión para atacar a Cleón, echar fango sobre el sistema democrático y hacer una sugerencia de paz: «Ya hablarás así cuando te haya entregado las treguas por treinta años. Vamos, treguas, llegad de prisa» (*Caballeros*, vv. 1388-1389).

En esta comedia, el agitador Paflagón, que simboliza también a Cleón, trae engañado al Pueblo, caracterizado como un viejo decrépito, simple e inseguro. En virtud de un oráculo, el agitador Paflagón es derrotado por un Choricero, que le supera en infamia y en bajeza. Al final, por magia del oráculo, el Pueblo aparecerá rejuvenecido y vestido de la forma en que se vestía en tiempos de la batalla de Maratón. El viejo Pueblo, influenciado por los demagogos, versátil y antojadizo, no era tan inconsciente de sus posibilidades de control político y conocía su poder (*Caballeros*, vv. 1111-1150):

«EL CORO. —¡Oh pueblo! Qué hermoso es tu poder, ya que todos los hombres te temen como a un tirano; pero es inconstante y te agrada ser adulado y engañado; escuchas con la boca abierta al primero que habla, y pierdes hasta el sentido común.

PUEBLO. —No habrá un átomo de sentido común bajo vuestros cabellos si creéis que obro sin juicio; me hago el loco, porque me conviene. A mí me gusta estar bebiendo todo el día, alimentar a un solo ladrón y matarlo cuando está bien gordo.

CORO. —Discretamente obras, sí, según aseguras, haces las cosas con esa intención; si los engordas a sabiendas en la Pnix como públicas víctimas, y luego, cuando hay falta de provisiones, eliges el más gordo, lo matas y te lo comes.

PUEBLO. —Considerad, pues, si veré claros los manejos de esos que se tienen por muy listos y creen engañarme. Yo los observo cuando roban, y finjo no ver nada; después les obligo a vomitar todo cuanto me han robado, echando por su garganta a guisa de sonda, una acusación pública».

Aristófanes se sintió preocupado por la guerra e insiste en sentimientos de paz. El deseo de paz palpitaba en el ambiente y acabó de cristalizar en ese mismo año con la Paz de Nicias. El tema de la paz es objeto de la obra representada en el 421 a. de C.

con ese título. En esta comedia, Trigeo, un ateniense castigado económicamente por la guerra, sube al cielo montado en un escarabajo y trae la paz a Atenas. En la obra entran como personajes, por un lado, La Guerra y el Tumulto, que tritura a los pueblos; y, por el otro, toda la serie de personas fabricantes y vendedores de armas que se enriquecen con la guerra. La paz acabará por imponerse y traerá la prosperidad y la alegría.

Indudablemente Aristófanes aborrece la guerra y acusa a sus partidarios de no quererla mas que por motivos egoistas y por el propio enriquecimiento. La guerra trae sufrimiento, muerte, miseria y desesperación. La paz proporciona alegría, riqueza y aumenta las posibilidades de comer, beber y de hacer el amor.

La satisfacción de estas necesidades primarias tiene indudablemente un aspecto positivo y fecundo; pero no suponía una alternativa totalmente válida respecto del poderío de Atenas y de su imperio. Sin los tributos de los aliados no había prosperidad en Atenas y la guerra era inevitable. Frente a este problema Aristófanes no ofrece una alternativa operativa, válida y seria. En *Lisístrata*, representada en el 411 a. de C. propone una solución jocosa, en boca del personaje que da nombre a la comedia. Lisístrata erigida en líder de las mujeres, las convence para que exciten sexualmente a sus maridos, pero se nieguen a hacer el amor con ellos hasta que no firmen la paz. Como planteamiento jocosamente irrealizable, tiene gracia y encanto:

Ya en la guerra anterior sobrellevábamos con paciencia ejemplar todo lo que hacíais los hombres porque no nos permitíais abrir la boca. Vuestros proyectos no eran muy agradables que digamos; nosotras los conocíamos, y más de una vez os vimos en casa tomar desacertadas resoluciones en los más graves asuntos. Entonces disimulando con una sonrisa nuestro interno dolor, os preguntábamos ¿qué solución sobre la paz habéis tomado hoy en la asamblea? ¿Qué te importa?, decía mi marido; cállate, y yo callaba...Le hacía una nueva pregunta ¿Cómo podéis, marido mío, tratar los asuntos con tan poco sentido? Y él mirándose de reojo, contestó: Teje tu tela si no quieres que la cabeza te duela mucho tiempo; la guerra es asunto de hombres...¿No hemos de poder daros un buen consejo cuando vemos que adoptáis resoluciones funestas? Cansadas ya de oír a unos decir en las calles: ya no quedan más hombres en la patria, ¡por Zeus! Ya no queda nadie. Las mujeres hemos tomado la decisión de reunirnos y salvar entre todas a la Grecia. ¿A qué habíamos de esperar más? (*Lisístrata*, vv. 507 y ss.).

En *La Asamblea de las mujeres*, representada posiblemente en el 392 a. de C., una vez más las mujeres pasan a ser protagonistas, pero no para conseguir la paz, pues Atenas ya ha sido derrotada, sino para asumir la gestión de la ciudad. Atenas había pasado por todas las penalidades. Fue derrotada, conoció el gobierno de los Cuatrocientos, las perturbaciones subsiguientes a su caída, la implantación con Trasíbulo del gobierno popular democrático. Pero con tanta desgracia, dolor y amargura, las gentes estaban meceradas en el desencanto. Poca acogida tenía ya la crítica política. Un tema divertido, alejado de los problemas cotidianos, parecía el apropiado. Era una época de crisis y como evasión o salida un tema utópico e irreal podía resultar atractivo. Y no lo era para menos el proponer no sólo un gobierno de mujeres sino, además, la implantación de una comunidad de bienes y de mujeres:

PRAXÁGORA. —Mi opinión es que todos debemos poner nuestros bienes en común, para que todos tengamos nuestra parte correspondiente y podamos vivir con ella. A partir de entonces, no habrá ricos ni pobres. No existirán los vastos dominios en poder de éste, mientras el otro no posee ni un palmo de tierra donde ser enterrado. Basta ya de catervas de esclavos para unos, cuando los demás no tienen ni un pobre criado. Quiero la vida en común, y que sea la misma para todos...

BLÉPIRO. —Si alguien ve a una joven y le vienen ganas de acariciarla, podrá hacerle un regalo, gracias a su reserva, o vivirá a costas de la comunidad gozando con ella.

PRAXÁGORA. —Es que podrá acariciarla gratis. Para dicho uso, también las mujeres serán comunes para todos y tendrán hijos con los que quieran (*La Asamblea de las mujeres*, vv. 589-594 y 611-614).

Esta huida de la realidad política concreta la puso de manifiesto ya con anterioridad cuando en el 414 a. de C. representó *Las nubes*. Entre el 421 y el 414 a. de C. había habido un vacío en su producción. La reanuda con esta obra en la que no manifiesta agresividad alguna contra las personalidades políticas. Algún autor moderno piensa que esto es debido al decreto ya aludido de Siracosiso. No sería preciso recurrir a tal decreto. Era el signo de los tiempos. En *Las aves* Aristófanes huye de la realidad y se refugia en un tema fantástico para dar una alternativa utópica y fantástica. Dos atenienses, Písetero y Evélpides, descorazonados por la vida que llevan en su patria, deciden fundar una nueva ciudad en las nubes, *Nefelococigia*, apartada de los inconvenientes de sicofantas, poetas, comerciantes, etc., que ocupan la ciudad de la tierra.

En esta obra se ha querido ver una alegoría de la arriesgada expedición ateniense a Sicilia, tierra de la que esperaban que les proporcionase más riqueza y poder. Posiblemente no haya tal insinuación, o, al menos no se detecta con claridad. A este respecto hay que señalar que Aristófanes silencia en torno a la expedición hechos concretos, mutilación de los Hermes, preparativos de la expedición, esperanzas puestas en la misma, cosas estas que, de haberlo querido, le hubiesen proporcionado enjundioso material para la crítica. Prefiere esa propuesta de ciudad utópica.

LA ORATORIA

La Guerra del Peloponeso y las consecuencias derivadas de ella afectaron profundamente a la sociedad griega. Esparta había visto desarrollarse su hegemonía. Atenas experimentó la amarga sensación de la derrota, de la pérdida de su imperio y del cambio de régimen político. Las viejas potencias, que durante tanto tiempo de la historia de Grecia extendieron sus alas hegemónicas apenas dan ya cobijo y sombra. Sus pretensiones voluntaristas de poder no pueden impedir el auge intranquilizador de Tebas. Atenas aspira a su poder marítimo, recuerda insistentemente en el concierto de los estados griegos su pasado prestigio y poder. Mas estas canciones de grandeza poco eco encontraban en unos estados que aspiraban a la paz universal (*koine eirene*) y caminaban por la senda de una federación de pueblos. La época de las ciudades-estados se apagaba y aparecían las primeras luces de un mundo nuevo de la mano de Filipo de Macedonia y de su hijo Alejandro.

De forma más o menos intensa, según los casos, todos los griegos vivieron estos avatares, estas transformaciones y esta época de contrastes. Con mayor razón los intelectuales se darán cuenta de los cambios y reaccionarán ante ellos de manera diversa como corresponde a un periodo de contrastes contradictorios.

Era el cambio hacia una nueva época que se reflejará también en la literatura. Se cultivan, y no sin habilidad, los antiguos géneros, pero es la oratoria la que alcanza un desarrollo desconocido hasta entonces. Era un medio de vida de aquellas personas que necesitaban dedicarse a la profesión de logógrafos, es decir, a hacer por encargo y cobrando los discursos de defensa ante las cortes de justicia, que quienes los encargaban o sus apoderados defenderían. Pero era también el medio más adecuado para atacar a los enemigos políticos y para hacer triunfar sus propuestas ante la Asamblea Popular. Gran parte de los acontecimientos históricos y políticos de este periodo los conocemos merced a los discursos de acusación presentados contra algún personaje o los pronunciados ante la Asamblea Popular.

Lisias (445-380 a. de C.)

La agitación política que convulsionó a Atenas al final de la Guerra del Peloponeso afectó dolorosamente y marcó a este meteco partidario de la democracia. Era hijo del siracusano Céfalo, quien a sugerencia y por invitación de Pericles, abandonó su patria y se instaló en Atenas en donde alcanzó cierto desahogo económico dedicándose a la fabricación de escudos. La casa en la que se sitúa el diálogo platónico de la *República* pertenecía a Céfalo. En el diálogo se menciona a este personaje y a sus hijos. Esta indicación hace suponer, con mucha probabilidad, que Lisias se movía dentro de los círculos de la intelectualidad ateniense.

Cuando sólo contaba dieciséis años murió su padre. Su hermano Polemarco y él se trasladaron, posiblemente en el 445 a. de C., a la colonia de Turios, en la Italia meridional, que había sido fundada en los años anteriores (459 a. de C.).

Tras la derrota de la expedición ateniense a Sicilia, entre los griegos occidentales no soplaban vientos favorables para los partidarios de Atenas. Lisias y su hermano regresaron en el 412 a. de C. y continuaron con el negocio del taller de escudos. Es también el periodo de su vida en el que enseñó la técnica de la retórica, que abandonó enseguida para dedicarse a la profesión de logógrafo. Por sus ideas democráticas y sobre todo por la posición económica desahogada que disfrutaba fue perseguido por los Treinta Tiranos. Su hermano Polemarco fue asesinado, Lisias fue arrestado, aunque pudo huir a Mégara, si bien su fortuna fue confiscada. Desde el exilio siguió apoyando con armas y dinero el movimiento democrático, que trabajaba denodadamente por implantar de nuevo en Atenas el régimen democrático. Cuando en el 403 a. de C. regresaron los demócratas, Trasíbulo solicitó para Lisias la concesión de la ciudadanía. Arquino, que pertenecía al sector moderado de Terámenes, se opuso aduciendo el reparo legal de que dicha propuesta no había pasado por la preparación previa (*probouleuma*) de la Boulé. El decreto de la concesión de la ciudadanía fue anulado y Lisias continuó como meteco hasta su muerte en el 380 a. de C.

La tradición alude a que Lisias escribió más de doscientos discursos forenses, otros de índole retórica y erótica y unas cartas de carácter amatorio. De toda esta producción sólo conservamos treinta y cuatro discursos completos o fragmentos de los mismos.

La mayoría son discursos de encargo, pero también hay otros de carácter político en los que vierte sus propias opiniones políticas. Era normal que tal cosa ocurriese en una persona a la que las vicisitudes políticas habían zarandeado dolorosamente. En el fragmento conservado del discurso 34, elaborado con ocasión de una propuesta de Formisio del año 403 a. de C., Lisias se muestra partidario de la implantación de la democracia radical y consecuentemente contrario a que los derechos de la ciudadanía los disfrutasen solamente los propietarios terratenientes. Pese a su condición de meteco, Lisias encontraba eco entre los ciudadanos de Atenas. Un fragmento del discurso *Olimpico* (Disc. 34) pronunciado con ocasión de las fiestas olímpicas del 388 a. de C. y en el que Lisias virtió duros ataques contra Dionisio I de Siracusa, conmocionó tanto los ánimos de las gentes que éstas saquearon la rica tienda que los siracusanos habían levantado con ocasión de las fiestas.

Lisias era un logógrafo que hacía discursos para otros y en esa faceta sus opiniones personales quedaban en un segundo plano. Se ponía en la piel de su cliente y acomodaba el discurso a la situación particular de cada uno: oligarcas, demócratas radicales, inválidos, etc. Esto puede llevar a considerarle un mero oportunista que se ponía al servicio del mejor postor. Ciertamente, pudo elegir a clientes más acores con sus ideas políticas, pero no olvidemos que era hijo de su tiempo y de las ideas sofisticadas. Lo importante era triunfar en cualquier tema y cobrar por ello.

No se puede considerar a Lisias un autor vanal. Recordaba sus desgracias y buscó el castigo de los culpables. El discurso XII trata de la intervención de Lisias contra Eratóstenes que había participado en la detención de su hermano Polemarco. Los motivos jurídicos de la acusación contra Eratóstenes no parecen sólidos, máxime cuando le amparaba la ley de amnistía de la que sólo quedaban excluidos aquellos que hubieran matado por su propia mano. Lisias (XII, 28-30) intenta desenmascarar a aquellos que se exculpan acogidos a la obediencia debida y de esta manera se ven libres del castigo: «Además, para los otros atenienses sí que me parece una justificación suficiente, con respecto a lo sucedido, la de echar la culpa a los Treinta; pero, si los mismos Treinta la descargan sobre sí mismos, ¿qué razón puede haber para que vosotros lo admitáis? Si hubiera habido en la ciudad alguna autoridad más fuerte que aquélla, por la cual le hubiese ordenado el matar a las gentes contra justicia, quizás habríais tenido razón al mostraros indulgentes con él. Pero, no siendo así, ¿a quién vais a aplicar jamás un castigo si a los Treinta les va a ser factible decir que hacían lo ordenado por los Treinta? Ahora bien, no fue en la casa, sino en la calle, donde, habiendo podido respetar a mi hermano y respetar lo acordado por ellos, lo detuvo y se lo llevó. Y he aquí que estáis irritados contra todos los que fueron a vuestras casas en busca de vosotros o de alguno de los vuestros». Este discurso acusatorio parece corresponder al año 403 a. de C. cuando los ánimos estaban todavía excitados con el recuerdo de las sangrientas acciones de los Treinta. En un ambiente de excitación ciudadana la excusa de obediencia debida por miedo tendría menor acogida, mientras que el exceso de celo del acusado para cumplir la injusta orden iría en su detrimento. Eso era lo que infructuosamente pretendía Lisias para contrarrestar los aires de conciliación que con la amnistía deseaban poner fin a las represalias por los crímenes del pasado inmediato. Muchos se habían comido con lágrimas su amargura por el asesinato de un ser querido. Lisias se resistió al punto final que suponía la amnistía. La concordia política alcanzada no podía dejar tras de sí crímenes impunes aun a fuerza de parecer vengativa y revanchista.

Contra Eratóstenes lo hizo como persona directamente afectada; en el discurso XIII,

Contra Agórato, turbio personaje que a sueldo de los oligarcas ocasionó la muerte de personas de talante democrático, lo hizo por encargo. Como en el *Contra Eratóstenes* también en éste aletea el problema de fondo en el que se debate todo Estado que necesita llegar a la reconciliación tras una fase de guerra sucia en el interior de la ciudad: ¿hasta qué punto el ampararse en la excusa de las órdenes recibidas o en que se ha actuado por miedo y coacción minimiza la responsabilidad individual y no hace al acusado merecedor de culpa? Una vez más Lisias se esfuerza por establecer la culpabilidad del acusado y por mostrar la necesidad moral y jurídica de castigarlo.

Isócrates (436-338 a. de C.)

Su dilatada vida abarca momentos decisivos de la historia de Atenas: el apogeo de su imperio, su derrota en la Guerra del Peloponeso y el triunfo de Filipo en la batalla de Queronea. Eran acontecimientos importantes que propiciaron transformaciones profundas de la sociedad griega como para que una mente privilegiada como la de Isócrates reflexionase sobre ellos. Por su postura ante el porvenir que se ofrece a Grecia algunos autores modernos lo consideran como el pretexto utilizado para adular a los nuevos poderes personales otros, por el contrario, ven en él al precursor del helenismo.

Hijo de un rico ateniense del demo de Erquia pudo, merced a la riqueza familiar, asegurarse una buena formación primero con Pródico y luego en Tesalia con Gorgias. La Guerra del Peloponeso merió el patrimonio familiar y le forzó a dedicarse a la profesión de logógrafo, escribiendo discursos judiciales por encargo. Algunos de los discursos conservados pertenecen a esta etapa de su vida. Enseguida abandonó la profesión de logógrafo para encaminar sus pasos hacia la enseñanza de la retórica. Como los sofistas, y no olvidemos que fue discípulo de Gorgias, desea por un lado influir en las masas por medio de la palabra escrita y por el otro conseguir, a través de su enseñanza, que desarrolló en la escuela que abrió, que sus alumnos triunfasen en la vida mediante el desarrollo de sus cualidades oratorias. Su sistema educativo tiene puntos de contacto con los filósofos, sobre todo con Platón; en este sentido está la importancia concedida a las cualidades naturales y a la predisposición como requisitos en un buen aprendizaje. Pero también se aparta de él en puntos sustanciales. Para Isócrates el hombre no puede alcanzar, en razón de su propia condición humana, el conocimiento absoluto. De ahí que su meta y el éxito de su vida residan en conseguir la justa opinión. En el discurso *Contra los sofistas* y en el de la *Antidosis* expone sus principios metodológicos.

Isócrates mostró interés por los problemas políticos de su tiempo. Muchos de los temas tratados en sus discursos políticos eran de acuciante actualidad y, por lo tanto, no podían por menos de interesar a las gentes de su época, aunque no sepamos a ciencia cierta hasta qué punto se sintieron sensibles a esa influencia. Parte de la historiografía moderna piensa que, aunque trataba esos temas de candente actualidad, eran meros pretextos para desplegar su arte retórica, pero no hay que olvidar al respecto que personas como Timoteo, que tuvieron actuaciones decisivas durante la Segunda Liga Marítima, mantuvieron con él una estrecha amistad. Es posible, pues, que sus ideas no fuesen tan sólo meros juegos retóricos.

A veces no se trataba de ideas políticas innovadoras. En el *Areopagítico* propone como remedio de los males de Atenas el regreso a la constitución de Solón y Clístenes,

en las que el Areópago tenía encomendada la supervisión de todos los aspectos de la vida: «En efecto, nuestros antepasados prestaron tanta atención a la sabiduría que encargaron al consejo del Areópago vigilar el buen orden; y de este consejo no podían formar parte mas que las gentes de noble nacimiento cuya vida fuese testimonio de exquisita sabiduría y virtud; y así, con razón, este consejo se distinguía entre las otras asambleas de los Estados griegos» (Isócrat., *Aeropagitus*, 37).

El discurso de la paz desarrolla también el tema socorrido que emerge en todas las sociedades que se sienten partidas entre la necesidad o la conveniencia de mantener un imperio con los costos que ello supone o renunciar al mismo, brindando una paz común para con ello emprender el camino de la recuperación económica. Atenas ha salido políticamente debilitada de la Guerra Social y en una situación económica comprometida. No es, en opinión de Isócrates, el imperialismo ni una paz limitada tan sólo a los aliados sublevados la que puede solucionar las dificultades de Atenas y permitir su recuperación económica sino una *paz común*: «afirmo, pues, que debemos hacer la paz no sólo con los habitantes de Quíos, Rodas y Bizancio sino con el mundo entero, y cumplir los tratados, no aquellos que ahora dictan algunos, sino aquel que fue hecho con el Gran Rey y los lacedemonios, en el que se mandaba que los griegos fuesen libres, que se evacuaran las guarniciones de las ciudades ajenas y que cada una fuese dueña de su territorio; no podemos encontrar nada más justo ni más ventajoso para nuestra ciudad» (Isócrat., *Sobre la Paz*, 16).

Sus ideas políticas alcanzan también aspectos de la política exterior. En el 380 a. de C., tras varios años de elaboración, publicó su *Panegírico*. En él propone que todos los griegos unidos bajo el mando conjunto de Atenas y Esparta emprendan la lucha contra los bárbaros. El pasado glorioso de Atenas legitima su participación en el mando y la unión de Atenas y de Esparta en una lucha común es una garantía de éxito.

A la altura del 380 a. de C. pensaba en el mando compartido como el medio de conseguir la unión de Grecia mediante la empresa común de combatir al persa; luego fue llegando a la idea de que sólo un poder fuerte bajo la férrea disciplina de una personalidad excepcional podría alcanzar tales objetivos. En este sentido fueron varias las personalidades en las que cifró sus esperanzas de liderazgo contra Persia: Agesilao, Dioniso I de Siracusa, Alejandro de Feras, Arquídamo, para acabar, finalmente, en Filipo de Macedonia. En el 346 a. de C. publica su *Filipo*. Era un momento políticamente oportuno. Atenas, renunciando a parte de sus posesiones, había votado en la Asamblea, a propuesta de Demóstenes, la Paz de Filócrates, y trataba de neutralizar la intervención de Filipo en la Fócide. Isócrates cree llegado el momento de aconsejar a Filipo la consecución de la reconciliación griega para emprender la lucha contra el bárbaro: «estaba dichoso por las disposiciones votadas para la paz y pensaba que ellas eran útiles no sólo a nosotros sino a ti y a todos los Estados griegos. Pero yo no podía alejar de mi mente el futuro y estaba dispuesto a examinar inmediatamente cómo aquello que se había conseguido podía durar sin que nuestra ciudad, después de algún tiempo, proyectara nuevas guerras. Y meditando en este asunto, encontré que Atenas no podría mantenerse en paz a no ser que las principales potencias se reconciasen para llevar la guerra a Asia y buscasen sacar de los bárbaros las ventajas que ahora reclaman de sus hermanos griegos. Esto es, ciertamente, lo mismo que aconsejé en mi *Panegírico* (*Filipo*, 8-9)...A ti sólo te ha concedido la fortuna poder enviar embajadas a quien quieras, recibir de él lo que te plazca, decir lo que creas conveniente; y, por otro lado, has adquirido una riqueza y una fuerza superiores a la de cualquier otro griego: es esto sólo

lo que puede persuadir y contener y estos son los medios que creo necesarios para los proyectos que voy a exponer. En efecto, yo te aconsejo el que tomes la iniciativa de la reconciliación de los griegos y de la lucha contra el bárbaro; el uso de la persuasión es útil de cara a los griegos, el empleo de la fuerza lo es contra el bárbaro. Tal es, en resumen, la esencia de todo mi discurso» (*Filipo*, 15-16). Las cartas dirigidas a Filipo insistirán en las líneas maestras de este programa.

Demóstenes

La tradición considera a Demóstenes como el orador más grande de la Antigüedad. Cuando sólo tenía siete años murió su padre, dueño de varios talleres, dejando como tutores y administradores del patrimonio a Afobo, Demofonte y Terípides. Cuando llegó a la mayoría de edad, debió poner a prueba su formación y dotes oratorias en la reclamación de su patrimonio. Según la tradición no había tenido un mal maestro en el logógrafo Iseo. En sus discursos *Contra Afobo* y *Contra Onetor* muestra ya a tan temprana edad la entereza y la obstinada tenacidad en la recuperación total de su patrimonio. Estas mismas habilidades oratorias las utilizó en muchas causas privadas, para las que, en su condición de logógrafo contratado, elaboró los discursos pertinentes. Los discursos *En defensa de Formión* y *Contra Estéfano* corresponden a esos pleitos de encargo. A través de ellos vemos cómo la función de logógrafo es un mero instrumento puesto al servicio de la persona que lo encargaba. El Formión alabado y sensato en el discurso de su defensa aparece caricaturizado en el *Contra Estéfano*. No hay que ver en ello un cambio de opinión consciente sino el procedimiento normal seguido por quien se dedicaba a la profesión de logógrafo.

A partir del 355 a. de C. se ocupa de procesos relacionados con la política interior ateniense. Ciertamente no era insensible a los sucesos de la política de su tiempo. Atenas se encuentra bastante aislada en el concierto de los estados griegos y ha perdido la mayor parte del imperio con el consiguiente quebranto económico. Parte de la población de Atenas reacciona contra esa decadencia achacable al gobierno. Isócrates en tal situación proponía con su discurso *Sobre la Paz* el sosiego y la concordia entre los estados Demóstenes y otro sector de los ciudadanos, el que encabezaba Eubulo, se centraron en el ataque al grupo de Aristofonte. Corresponden a esta época los discursos *Contra Androción*, *Contra Timócrates*, *Contra Leptines*. Excepto el último, que no sabemos a ciencia cierta si Demóstenes lo pronunció personalmente ante el tribunal, los otros dos fueron escritos para otros que actuaron como hombres de paja de la oposición política de la que Demóstenes participaba. Las personas contra las que lanza su ofensiva pertenecen al círculo de Aristofonte. Eran personajes que se habían hecho populares por su insensible modo de recaudar los impuestos. El acusador Diodoro, en el *Contra Androción*, 59, lo manifiesta con sarcasmo para captar la voluntad de los atenienses: «Pero ¿qué os parece, atenienses, cuando pensáis que un hombre pobre o incluso rico por haber tenido que hacer grandes gastos y encontrarse falto de dinero, quizás por honestos motivos y razones, tenía que trepar por los techos para refugiarse en la casa de los vecinos o esconderse debajo de la cama para no ser arrestado y conducido a la cárcel; o se veía obligado a hacer cosas indignas de un hombre libre y propias de un esclavo y todo ello a la vista de su esposa a la que había desposado bajo la palabra de ser ateniense y libre? Y el culpable de todo esto era este Androción a quien

sus mismos hechos y modo de vida prohíben aun el procesar a otros en nombre propio cuánto más en nombre de la ciudad». De manera parecida se argumentaba en el discurso *Contra Timócrates*, compañero de Androción y envilecido recaudador de impuestos por cuenta del Estado.

Al año 354 a. de C. parece corresponder el discurso *Sobre las Simmorías*. Los avances del rey persa se iban consolidando aunque persistía la sublevación de algunos sátrapas. En Atenas, el grupo de Aristofonte soñaba con un ataque a Asia. Se propaló el rumor de que los persas iban a realizar una expedición mucho más poderosa que la de las Guerras Médicas. Proponían la conveniencia de una guerra preventiva y enardecían la imaginación de la gente ante la hipotética perspectiva de un triunfo. No resultaba fácil defraudar las esperanzas de la masa con un baño de razones realistas. Era mejor seguir un camino tortuoso y pedir más dinero para preparar una fuerte flota. El tener que aportar dinero era suficiente para disipar las fantasías de un peligro inmediato. Y a eso tendía el discurso de Demóstenes cuando pidió aumentar a dos mil el número de los contribuyentes de las simmorías, cifrados hasta entonces en mil doscientos.

En los años siguientes sus discursos ante la Asamblea popular se centran en temas de política exterior. A esta temática pertenecen los discursos *En favor de Megalópolis*, *En defensa de los Rodios* y *Contra Aristócrates*. En el Peloponeso cuando se distendió la protección tebana sobre la confederación arcadia y sobre Mesene, Esparta, aliada de Atenas, intentó recuperar su ascendencia sobre ellas. Los delegados arcadios acudieron a Atenas para pedir su ayuda. El grupo ateniense de Eubulo, que estaba en el poder, era partidario de la no intervención y de mantenerse fiel a lo estipulado con Esparta. Para Demóstenes los tratados y las relaciones internacionales son dinámicas y deben ser contempladas desde el punto de vista focal de la conveniencia de Atenas. Por eso defiende, aunque infructuosamente, el prestar ayuda a Megalópolis. El fondo de la cuestión debatida en el discurso *En defensa de los rodios* va también en esa línea de pensamiento: es preciso olvidar la sublevación de la isla y ayudar a los demócratas rodios contra el sátrapa Mausolo porque esta política de captación de aliados es conveniente para Atenas. Estos son los discursos en los que se intuye un alejamiento de Demóstenes respecto del círculo de Eubulo.

En el discurso *Contra Aristócrates*, escrito para Euticles, que fue trierarca del hellesponto con Demóstenes, se ocupa de la situación de los asuntos de Tracia, zona de suma importancia para los intereses de Atenas. Pese a que Filipo había hecho acto de presencia en la zona todavía la circunstancia del momento no favorecía que Demóstenes disparara su artillería contra él. Eran el rey tracio Quersobleptes y sus hermanos los que tenían todavía el control de una amplia zona. Un aventurero ateniense, Caridemo, estaba al servicio del rey tracio y había logrado emparentarse con él. En favor de este turbio personaje ateniense Aristócrates solicitaba una protección especial que impidiese su asesinato por cualquier ateniense o aliado. Los que apoyaban esa propuesta esperaban contar con Caridemo para influir en los asuntos de Tracia. Demóstenes se opone a la concesión de ese privilegio que no garantizaba la futura ascendencia sobre Quersobleptes y propone por el contrario ayudar a Amádoco, un príncipe tracio que se había enfrentado a Filipo.

Poca importancia tenían ya las medidas diplomáticas y las propuestas estratégicas sugeridas por Demóstenes una vez que Filipo interviene decididamente en los asuntos de Tracia amenazando con ello los intereses atenienses en la zona de los Dardanelos.

Los atenienses y el propio Demóstenes, que parecía tener mayor capacidad para intuir el desarrollo de los hechos futuros, se vieron sorprendidos por el rápido avance de Filipo. Cuando en la *Primera Olinthaca* (12) lo contempla con mirada retrospectiva, no deja de hacerlo todavía con asombro y como recordatorio amenazante a sus compatriotas: «Pero, si abandonamos también, atenienses, a estos hombres y luego aquél somete Olinto, que me explique alguien qué será lo que le impida en adelante ir adonde quiera, ¿Acaso haya alguno de vosotros, atenienses, que reflexione y considere la manera en que Filipo, que era débil al principio, se ha convertido en poderoso? Tras haberse apoderado primero de Anfípolis, después de Pidna, más tarde de Potidea, luego de Metone, a continuación entró en Tesalia; después manejó como quiso Feras, Págasas, Magnesia y todo, y marchó a Tracia; luego, cuando hubo expulsado de allí a ciertos reyes e instauró a otros, se puso enfermo».

Los ataques y avances de Filipo han sorprendido y trastornado los planes de Atenas, pero también han dado lugar a su deliberación en la Asamblea Popular. Es, pues, a la altura del año 351 a. de C., aunque prefieren datarla en el 349 a. de C., cuando Demóstenes pronuncia la *Primera Filípica*. Para el orador el fracaso de la política ateniense no hay que buscarlo en la suerte aciaga ni en el adverso destino sino en la misma conducta de los atenienses. Falta de voluntad y de decisión los atenienses han estado dormidos. El discurso intenta conseguir el rearme moral y material de Atenas. Todos deben contribuir a esta empresa con dinero y alistándose en el ejército. No se debe correr alocadamente tras las iniciativas de Filipo o con sólo decretos de la Asamblea o con pequeñas expediciones. Es preciso recuperar la iniciativa y cambiar el plan estratégico. El orador propone que haya dos cuerpos de ejército ateniense: uno dispuesto en todo momento a un embarque rápido para golpear allí donde Filipo muestra mayor debilidad o donde sea preciso taponar el avance macedonio, mientras el otro deberá permanecer continuamente en campaña para inmovilizar las tropas de Filipo. En ambos ejércitos las tropas mercenarias deben ser pocas. Para el gasto de los ejércitos señala las fuentes de recursos en un apartado que sólo conocemos por su enunciado: «Exposición de medidas para obtener dinero». Las propuestas avanzadas por Demóstenes no fueron puestas en práctica. El rearme moral y material de Atenas estaba coartado por la inercia. Los partidarios de Eubulo se resistían a aumentar los riesgos.

El avance de Filipo era imparable. Ahora le tocaba el turno a la confederación de Olinto, con la que tenía el macedonio un tratado de alianza. En el 349 a. de C., Olinto pidió ayuda a Atenas. Incluso los atenienses más cautos se inclinaban por una intervención. Demóstenes aprovechó este ambiente favorable para elaborar la *Primera Olinthaca*. Las medidas de carácter práctico propuestas no difieren de las esbozadas en la *Primera Filípica*: es preciso actuar con rapidez y energía y constituir los dos cuerpos de ejército, el uno para socorrer a Olinto y el otro para crear obstáculos a Filipo en Macedonia. Una vez más imperó la inercia y Atenas se limitó a enviar a Olinto una pequeña ayuda al mando de Cares, que apenas logró gran cosa. La *Segunda Olinthaca*, siguió casi inmediatamente a la Primera. Atenas no había conseguido nada significativo y Filipo seguía su avance en la península Calcídica. Muchos, con una buena dosis de abulia, pensaban que Filipo era imparable. Demóstenes, una vez más, asume la tarea pedagógica de mostrar al pueblo la situación: los éxitos de Filipo se deben o a la política acomodaticia de Atenas o a su proceder engañoso e injusto. El rey puede ser vencido si los ciudadanos atenienses se alistan en los ejércitos y están dispuestos a con-

tribuir económicamente a los gastos de guerra. Atenas, además (*Olintiaca*, II, 11-13) de estas medidas, debe redoblar sus acciones diplomáticas: «Yo afirmo, por tanto, que es preciso que socorramos a los de Olinto...y hay que enviar a los Tesalios una embajada que les haga saber esto a unos y estimule a otros...Pero tened cuidado de que nuestros embajadores no se limiten a decir bellas palabras sino que también puedan mostrar algo positivo, por ejemplo, que vosotros habéis puesto en marcha un ejército digno de la ciudad y que os ocupáis de los acontecimientos; pues las palabras solas, si faltan los hechos, dan la impresión de algo vano y vacío...Por eso hay que mostrar un gran cambio y una profunda transformación, pagando contribuciones, saliendo en campaña, haciendo todo con prontitud, si es que queréis que alguien os atienda. Si estáis decididos a llevar esto a la práctica, como conviene, entonces no sólo se pondrá de manifiesto la debilidad de las alianzas con que cuenta Filipo, sino también se podrá verificar que andan mal las cosas de su propio imperio y de su poder».

La aparición de la *Tercera Olintiaca* se produce en un clima de gran preocupación y agitación ciudadana. Filipo presionaba fuertemente contra Olinto. En Atenas halla el orador clara voluntad de ayudar a Olinto; para la que poco habían supuesto las pequeñas ayudas. La buena disposición de Atenas había que materializarla, y Demóstenes aprovecha el clima propicio para proponer una medida revolucionaria que es lo más significativo de este discurso: destinar a fondos de guerra los *teóricos*, es decir, las subvenciones que recibían los ciudadanos para asistir a las representaciones teatrales. Como se chocaba con el impedimento legal que prohibía dar a esos fondos un destino distinto de aquel para el que fueron creados, Demóstenes propone que el pueblo nombre unos legisladores que tomen las medidas oportunas al respecto. Esto indudablemente incidía en la política financiera y saneadora de la hacienda pública que con tanto éxito había sacado adelante Eubulo. Hay que pensar, por tanto, que las medidas de ayuda a Olinto decididas por la Asamblea Popular se hicieron sin la colaboración del grupo de Eubulo. La ayuda; no obstante, llegó tarde y Olinto se entregó a Filipo.

Con la conquista de Olinto todos los esfuerzos de Atenas fracasaron. Sólo una coalición de Estados griegos contra Filipo podía retener su avance inexorable. Pero lograr esa alianza era fácil en el terreno voluntarista del deseo aunque difícil en la realidad. Se caminaba hacia la paz del 346 a. de C. y Atenas pretende salir de ella con los menores perjuicios posibles. Los éxitos políticos de Filipo, apoyados en su ejército iban en aumento. Los aliados lo seguían mientras Atenas se desesperaba y deseaba entrar en acción. Es el momento en el que Demóstenes tiene que intervenir, una vez más, con el discurso *Sobre la Paz*, para recomendar prudencia. Tendrá que recordar a los atenienses todos los esfuerzos que hizo en los momentos anteriores, a veces en solitario, para lanzarlos a la lucha contra Filipo. Pero ahora el momento es inoportuno cuando Filipo tiene cerca del Ática un gran ejército al que podrán prestar apoyo los tesalios, tebanos y demás miembros de la anficiónía de Delfos. La paz presente era necesaria para superar la situación actual, contemplar el desenvolvimiento de los acontecimientos y prepararse para el futuro.

Atenas no desaprovechaba las ocasiones que se le presentaban. Posiblemente Atenas esté temiendo una intervención de Filipo en el Peloponeso. El caso es que Demóstenes y otros embajadores atenienses se acercaron a Argos y a Mesene, aliados a la sazón de Filipo por temor a Esparta, para recordarles lo que Filipo había hecho con Olinto y otras ciudades. Todo esto es lo que Demóstenes recuerda en la *Segunda Filípica* del 344 a. de C. que le sirve en su parte final para atacar a todos aquellos que habían

aconsejado mal al pueblo y no le dieron explicaciones suficientes. En el fondo palpita un duro ataque contra Esquines, con el que tenía todavía pendiente un juicio hábilmente aplazado que ahora recuerda indirectamente Demóstenes: «En efecto, si entonces no hubierais sido engañados, no habría problema ahora para la ciudad; pues Filipo no habría podido sin duda llegar al Ática con su flota después de haber vencido en un combate naval, ni atravesar por tierra las Termópilas y la Fócide, sino que, o se habría quedado tranquilo comportándose como es debido y respetando la paz, o se habría visto inmediatamente envuelto en una guerra semejante a aquella que entonces le hizo desear la paz. Esto que queda dicho es ahora suficiente para que hagáis memoria, pero quieran los dioses todos que no haya que verificarlo más minuciosamente; pues no quisiera yo que nadie, ni aunque sea merecedor del de la muerte, reciba su castigo si de ello resulta un peligro y un daño para todos» (*Segunda Filípica*, 36-37).

La *Tercera Filípica* corresponde al año 341 a. de C. Filipo ha dirigido sus tropas una vez más a la Tracia y amenaza las ciudades del Quersoneso. Atenas se siente muy amenazada en sus intereses. Es el momento en el que las palabras de Demóstenes explotan desde el fondo de su corazón. Ha sonado la hora límite. Atenas debe dar muestras de desprendimiento y de heroísmo poniéndose a la cabeza de los estados griegos que todavía no se hubiesen aliado con Macedonia o que estuviesen directamente amenazados por Filipo. El proceso de convencimiento debe tener lugar no sólo en Atenas sino también en el resto de los estados griegos: es preciso enviar embajadas para animarlos a luchar por su libertad. Se logró formar una gran coalición que consiguió algunos éxitos momentáneos. En la *Cuarta Filípica* pronunciada en ese mismo año del 341 a. de C. se tratan temas parecidos, pero se recalca e insiste en la conveniencia de una colaboración con Persia: «...es preciso que unidos castigemos al que nos agravia a ambos y que Filipo será mucho menos temible para el rey si antes nos ha atacado a nosotros; pues, si nos ocurre algo por quedar abandonados, Filipo marchará impunemente contra él. Por todos estos motivos creo que hace falta que enviemos una embajada que dialogue con el rey» (*Cuarta Filípica*, 33). Pero persas y griegos no olvidaron sus antiguos rencores y desaprovecharon la ocasión. Los hechos tomaron la pendiente que llevaba el desastre de Queronea, presagio de un nuevo amanecer, que ahogará el verbo cálido de Demóstenes en aras del prestigio y la libertad de Atenas. Sólo remontará un vuelo esplendoroso cuando Esquines entable un proceso contra Ctesifonte por haber propuesto la concesión a Demóstenes de una corona de oro. La acusación de Esquines busca ensombrecer la ejecutoria de Demóstenes. Éste, en su discurso *Sobre la Corona* asumirá la defensa de toda su trayectoria política. Su justificación (*Sobre la Corona*, 66-69) es patéticamente aplastante: «¿Cuál era, Esquines, el deber de la ciudad, que veía cómo Filipo aspiraba al mando y tiranía sobre Grecia? ¿Y qué tenía que proponer o decir un consejero en Atenas —punto éste de la máxima importancia— que sabía que, desde el origen de los tiempos hasta el día en que yo subí a la tribuna, mi patria había sacrificado siempre más dinero y hombres por honor en aras del bien común que cada uno de los estados griegos en defensa de sus propios intereses...Y que nadie se atreva a decir que era natural que se diera en un hombre criado en Pela, lugar, entonces al menos, oscuro y pequeño, tal grandeza de ánimo como para aspirar a la hegemonía helénica y trazar planes acerca de ella, y en vosotros, atenienses, quienes cada día veis, en todo lo que se os dice y se os muestra, monumentos que atestiguan la virtud de vuestros antepasados, tal bajeza que de manera espontánea y voluntariamente hubieseis hecho entrega de vuestra libertad a Filipo. Nadie podría decir esto.

No quedaba, pues, más solución, y ello era a la vez necesario, que oponeros con justicia a todos los actos con que aquél os perjudicaba». En este caso la acusación de Esquines contra Ctesifonte no consiguió arrancar los votos necesarios para prosperar. Tan sólo obtuvo un quinto de los votos y acabó abandonando Atenas.

CAPÍTULO XXVII

MANIFESTACIONES CULTURALES. LA ARQUITECTURA Y LAS ARTES PLÁSTICAS

RAQUEL LÓPEZ MELERO

La fase de estas artes que corresponde a la obra de Esquilo, Sófocles y Eurípides, por un lado, y a la de Platón, Aristóteles, Isócrates y Demóstenes, por otro, en el campo de las letras —es decir, el siglo V y la mayor parte del IV— ha sido denominada tradicionalmente arte *Clásico*, adscribiéndosele una serie de elaboraciones conceptuales y de juicios valorativos que en muchos casos logran desvirtuar su verdadero sentido y, sobre todo, su entidad histórica. El arte clásico griego ha venido a ser considerado como la esencia primigenia de una concepción de los valores estéticos asumida en otras etapas históricas posteriores como la única correcta en términos absolutos; para sus defensores, y para los propios griegos en cierto modo, el arte clásico era la excelencia, precedida por la calidad imperfecta del arcaico y seguida por la trayectoria decadente del helenístico. En nuestros días el desarrollo de los estilos artísticos se analiza de otro modo: no tanto en términos de crecimiento biológico como desde una consideración dinámica de los factores que concurren en el fenómeno de la creatividad. A su vez, la producción artística se contempla como una faceta o manifestación de una cultura, no como una parcela aislada, de modo que las nociones de nacimiento, crecimiento, decadencia y ocaso le son aplicadas en el mismo sentido en que corresponden a las etapas culturales en conjunto. A veces, en efecto, los cortes en el desarrollo histórico son más significativos que la continuidad, de tal manera que podemos hablar de una sociedad o de un arte «jóvenes», como es el caso de la Grecia arcaica; y, aun así, no dejan de aparecer elementos sustanciales pertenecientes a la tradición. La noción de juventud o primitivismo aplicada a los orígenes de un estilo es por lo general bastante convencional, pero todavía lo es más la de decadencia, por cuanto que las etapas supuestamente decadentes suelen comportar unos elementos renovadores que les confieren una vitalidad más propia de un renacimiento que de una agonía. El arte helenístico no es en absoluto decadente, porque encarna una viva reacción en términos puramente helenicos contra aquellos principios del clasicismo que subordinaban la producción artística al marco de la *pólis*, a la sazón históricamente superado por los propios griegos; el arte helenístico cuenta con una elevada y prolija calidad técnica, fruto de una larga tradición, y responde mucho mejor de lo que lo haría el clásico a las características del soporte cultural y humano que lo informa. En cuanto al arte arcaico, puede

considerarse como la juventud del clásico, pero sólo en ciertos aspectos, ya que también constituye en sí mismo la culminación de un estilo, necesitado en su última fase de una renovación. Las etapas del arte griego preclásico, desde la geométrica hasta la tardía correspondiente al siglo VI a.de C., presentan una trayectoria bastante clara de construcción de un arte estático que busca la expresión del *ser*, desde una concepción orgánica del todo y las partes; pero esta infraestructura conceptual, que se aprecia de un modo elocuente en la Filosofía, acaba por considerarse como limitadora cuando la sociedad y el pensamiento se hacen especialmente receptivos a la idea de cambio y movimiento. El ideal estético del arte arcaico deja de ser consonante con la línea de evolución filosófica y con la propia dinámica de la sociedad, produciéndose entonces una renovación que conduce al arte clásico: se mantiene el concepto de *cosmos* como interpretación racional del mundo, pero ahora prima su consideración de organismo en funcionamiento sobre el de estructura eterna y permanente, y, al mismo tiempo, cobra dentro de él una importancia excepcional el hombre, la «medida de todas las cosas». Claro está que ese *hombre* no es el individuo con su anécdota y su personalidad diferenciadora, auténtico protagonista de la época helenística, sino la especie humana, el ser racional, la criatura más perfecta, que incorpora la esencia divina y presta su forma a los dioses.

La formación del concepto de *clasicismo* como denominador común de una serie de estilos artísticos que se han ido sucediendo en la Historia dentro de contextos culturales muy diversos ha motivado la adscripción al arte Clásico griego de aspectos que no le corresponden, bloqueando en buena medida la posibilidad de llegar a su conocimiento y comprensión. La deficiente y exigua conservación de esas obras y la dificultad de llegar hasta los testimonios complementarios directos e indirectos capaces de iluminar la personalidad de los artistas y las circunstancias que rodeaban su actividad ha motivado que el arte griego clásico haya sido contemplado y evaluado a través del prisma del Renacimiento y en general de idearios estéticos en cierto modo análogos pero también muy disímiles.

Una de las adherencias más distorsionantes es la idea de que el artista griego se proponía la creación de una obra bella para delectación de quienes la contemplaran. Puede haber algo de auténtico en esta apreciación, pero sólo si se considera la belleza al modo como la entendía el hombre griego clásico. En el caso de las artes plásticas resulta en especial evidente que la belleza está subordinada a la *utilidad*, y que la obra de arte se crea para cumplir un fin específico que no es el de su simple contemplación delectativa. Las piezas de cerámica son objetos funcionales, no elementos de exposición, la estatuaría se justifica como ofrenda a la divinidad o como recordatorio de una vida, o como lenguaje capaz de referir un mito o un ritual; la obra arquitectónica por excelencia del arte griego, el templo, tiene la importante misión de ser la morada de la divinidad y a ese efecto responden fielmente todos y cada uno de los elementos de su estructura y de su decoración.

Otra característica de las artes plásticas en la Grecia Clásica es que en ellas la belleza se concibe como *perfección* tanto por lo que respecta a la concepción de la obra como en lo tocante a su ejecución. Y, naturalmente, se trata de una perfección de carácter técnico. En los géneros literarios también existe una técnica, muy compleja a veces, y una serie de condicionamientos coyunturales, pero la inspiración tiene un papel más importante; aquí la inspiración, la presencia del genio, debe encauzarse hacia unos alardes técnicos, que son los que suscitan la admiración del

público. No se concebiría en este arte conflicto alguno entre la inspiración y la técnica, perfectamente ligadas: el artista intentaba pintar un racimo de uvas que engañara a los propios pájaros, y se admiraban obras, como la atribuida al pintor Pausias del siglo IV, que representaba un rostro femenino a través del cristal del vaso en el que bebía.

La superación del artista en esta línea le obligaba a dedicar un tiempo y un esfuerzo considerables al *retoque minucioso* de las piezas, que se refleja ocasionalmente en la contabilidad de los gastos relativos a algunas obras. Como quiera, a su vez, que muchas de esas obras eran de gran magnitud, se hacía necesaria para su realización la labor de un gran equipo, coordinado y dirigido por el maestro que figuraba como autor y responsable de todo el trabajo. Es a ese maestro a quien hay que atribuir sin duda la concepción general, los diseños y las directrices de realización, pero ha sorprendido ciertamente el hecho de que en los abundantes restos conservados de la decoración escultórica del Partenón, por ejemplo, resulte tan difícil apreciar la diferencia de manos o distinguir lo que podría haber sido ejecutado por el propio Fidias. Un número relativamente importante de primeras figuras de la escultura en la época hubieron de integrarse en el equipo sacrificando sus respectivas individualidades a la *disciplina* del conjunto, lo que constituye otro rasgo distintivo de estas artes en el ámbito griego. El artista no es en este caso un libre creador que ofrece su obra sometiéndola a la aprobación o al rechazo del público, como ocurría con el autor dramático. Debido sin duda a la carestía de los materiales y de la mano de obra básica, así como al hecho de que la escultura, y también la pintura, tenían como soporte la obra arquitectónica, que no podía llevarse a cabo por iniciativa del artista, éste se sabía un artesano, un hombre de oficio, que trabajaba por encargo, enteramente sometido a las directrices que se le marcaban. Tal condicionamiento coartó el desarrollo de las artes plásticas en una línea de búsqueda de originalidad, pero no dejó de resultar beneficioso en la medida en que estimuló el afán por la perfección técnica, hasta unos extremos que resultaron modélicos en etapas artísticas posteriores.

El logro de la perfección no se establecía sólo en el acabado de las piezas, que llevaba a invertir horas y horas en el martilleo y pulimentado de un bronce ya de suyo laboriosamente fundido; ése era en realidad el proceso terminal de una larga tarea profunda y enjundiosa donde quedaba plasmada la excelencia del autor. La perfección de la obra artística exigía una combinación de *naturalismo* e *idealización* en consonancia con la mentalidad helénica de la época y con su infraestructura estética y moral. Los cuerpos debían parecer reales, presentando una cuidada realización anatómica, que no se podía lograr sin convencionalismos, sobre todo porque se le exigía que revelara en cierto modo el interior, es decir, la estructura, la vitalidad, el movimiento; el diseño de los músculos y tendones debía ser coherente con la posición del conjunto, hasta el punto de representar las tensiones internas que podían distinguir en verdad un cuerpo vivo de una estatua. Pero, además y sobre todo, ese cuerpo tenía que representar un ideal de perfección, de donde se desprende ese interés por la búsqueda de un canon, de una ratio perfecta que estableciera la proporción de las partes y el ritmo del conjunto; al mismo tiempo se trata de fijar un modelo de prestancia física, con una determinada interpretación de la fuerza, la virilidad y el desarrollo atlético. Finalmente, en la medida en que tales representaciones correspondían con frecuencia a los dioses, había que lograr que el ideal de perfección conviniera realmente a las figuras divinas dentro de los marcos establecidos por la piedad y el respeto, confiriéndoles, además,

una solemnidad sacral inherente al concepto de *semnós*. Estas pautas complejas dejaban ciertos márgenes de fluctuación al modelo plástico, que experimentó una evolución a lo largo del siglo y medio amplio que cubre la etapa clásica.

La exigencia de que las figuras escultóricas parecieran reales y vivas tenía una larga tradición, que había desarrollado una estatuaria en madera policromada; y esa policromía se extendió a la escultura en mármol, utilizada cuando la obra iba a ser parte integrante de una estructura arquitectónica o cuando se quería asegurar una mejor conservación en la intemperie. No obstante, los grandes artistas realizaron, por lo general, sus obras maestras en bronce, una materia todavía más resistente. A su vez, la tradición primitiva se perpetuó en una forma magna de estatuaria, reservada, por su elevado costo y por lo delicado de su conservación, a las imágenes culturales de los dioses; se trata del género criselefantino, representado sobre todo por las colosales estatuas de Fidias.

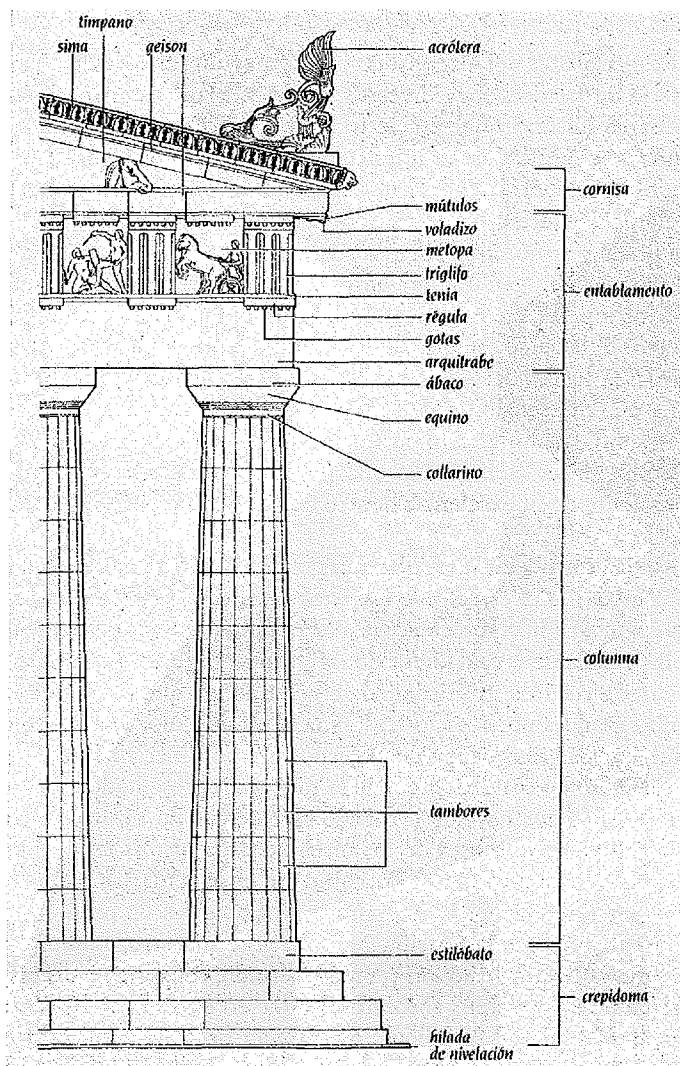
Entre los especialistas del arte griego clásico hay una tendencia a atribuir su creación a una serie de factores muy diversos, que vendrían a sumarse a los condicionamientos del marco cultural y que en cierto modo contribuyen también a la explicación de estos últimos. Se destaca así la importancia del paisaje griego, con su enorme variedad, sus continuos contrastes y la luminosidad del suelo y de las tierras; el paisaje y el clima helénicos podrían haber sido idóneos para el desarrollo de los sentidos en una forma delicada y armoniosa, sin excesiva tendencia a la sensualidad. La mezcla étnica de poblaciones de raigambre indoeuropea con el sustrato mediterráneo se ha contemplado, por otra parte, como un factor determinante del desarrollo artístico, en tanto en cuanto parece haberse establecido una componente equilibrada a base de elementos antagonicos: la fuerza del *logos* habría encontrado su mejor realización al combinarse con una elevada sensibilidad al impacto de la naturaleza en los sentidos. Esta mezcla genética, unida a un género de vida austero y a una actitud dinámica y vitalista, podrían, a su vez, haber configurado una población especialmente saludable y bella, que fuera consciente de su excelencia dentro del ámbito de pueblos conocidos y se ufanara de ella.

Cerramos estas consideraciones generales con la relativa a las dificultades que plantea al hombre moderno el estudio de las artes plásticas griegas debido a las graves limitaciones que afectan a la documentación. Por lo pronto, no se conserva una sola pintura o copia de ella atribuible a cualquiera de las grandes figuras a que alude la tradición: ni de frescos ni de cuadros. Aun cuando se presuponga que la cerámica de figuras se inspiraba en las grandes obras pictóricas, la pérdida del color y la adaptación a las formas y tamaños de los vasos deben de alejarnos extraordinariamente de los eventuales modelos; quizá el dibujo sea el aspecto de la pintura representado en la cerámica, pero es igualmente posible que haya desarrollado en este campo recursos y convencionalismos del todo peculiares, ausentes de los otros géneros pictóricos. Por lo que respecta a la escultura, no sólo han desaparecido, como era de esperar, las piezas criselefantinas sino también, por refundición, la inmensa mayoría de las de bronce. Los relieves de varios templos, algunos de ellos atribuidos a un gran maestro, admiten por lo general un avanzado grado de reconstrucción y, en ese sentido, constituyen los testimonios más valiosos, aunque no en términos absolutos, ya que en esas obras debía de ser mayor la participación de los talleres en bloque. El *Hermes* de Praxíteles es el único original del siglo IV conservado, pero no estaba catalogado por los Antiguos entre las obras maestras. La arquitectura, finalmente, ha dejado unas ruinas muy pobres, que no sólo

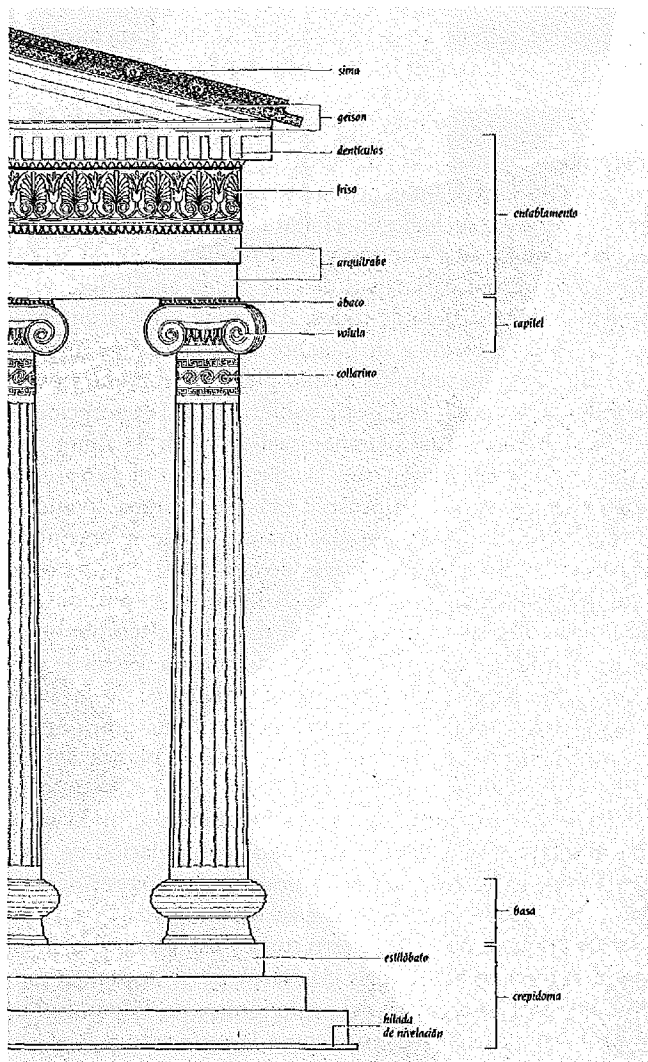
impiden la contemplación de la obra sino que a veces sólo permiten reconstrucciones hipotéticas.

LA ARQUITECTURA

El siglo V constituye la época de plenitud del orden dórico, que presenta una pervivencia un tanto decadente en el IV, la centuria que conoce su fin. La amortización de este orden se debe, parece ser, a la falta de soluciones satisfactorias para un problema matemático que afectaba a los edificios rectangulares perípteros o próstilos, y, por consiguiente, a los templos. Era norma tradicional colocar un triglifo sobre cada columna



Elementos constitutivos del orden Dórico.



Elementos constitutivos del orden Jónico.

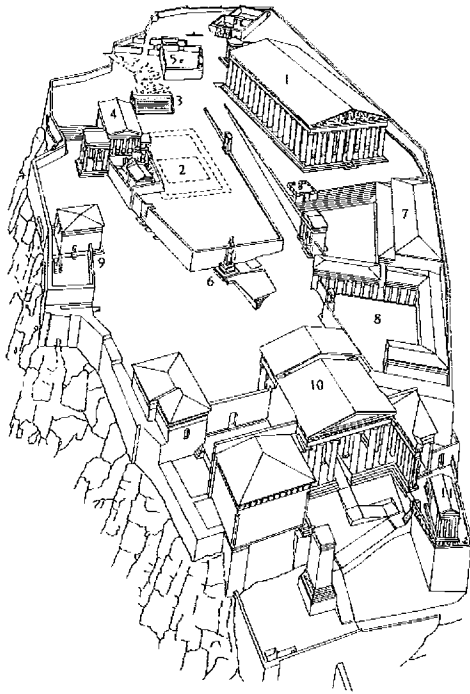
y sobre cada intercolumnio, como lo era también que cada una de las esquinas del friso presentaran dos triglifos formando el ángulo diedro; sin embargo, esta segunda norma entraba en conflicto con la exigencia de que los triglifos supracolumnares se ubicaran exactamente sobre el centro de las columnas; a menos que la anchura del triglifo fuera igual al grosor del arquitrabe, dado que esa dimensión, aunque inapreciable a la vista, determinaba la posición de las columnas angulares. En los templos más antiguos se tendía, en efecto, a esta igualdad, de modo que el problema era mínimo y quedaba resuelto con un imperceptible desplazamiento de los triglifos angulares. Pero la evolución del estilo fue imponiendo unas proporciones que obligaban a hacer los triglifos cada vez más estrechos, y la reducción consiguiente del ancho del arquitrabe comportaba un debilitamiento de la estructura, que debía soportar, entre otras cargas, los pe-

sados frontones llenos de relieves. Cualquier aumento de la anchura del triglifo obligaba, por consiguiente, a aumentar su altura, así como las dimensiones de las metopas, que habían de ser cuadradas; y, a su vez, el aumento del tamaño de las metopas hacía más grandes los intercolumnios, afectando a las proporciones de toda la estructura. Los arquitectos resolvieron de formas diferentes este problema, pero cualquiera de esas soluciones implicaba una imperfección del conjunto siempre perceptible e insatisfactoria. El templo de Afaia en Egina, fechado en el 490 a. de C., el de Zeus en Olimpia, que se ubica hacia el 460 a. de C., el Partenón y los Propíleos de Atenas y el Olimpeo de Agrigento son las obras más significativas de este orden en el siglo V.

El *Partenón* es el mejor edificio de todos. Atribuido a los arquitectos Calícrates e Ictino, se comenzó a erigir en el 447 a. de C. sobre una plataforma mayor que su planta, que se había construido para un templo exástilo planeado con anterioridad. Mide unos 30 × 70 m y era todo de mármol, incluso la cubierta, con la excepción, naturalmente, del maderamen de la techumbre. Las columnas medían 5,5 m de altura por 1,5 m de ancho máximo, y son en total cuarenta y seis las que forman el *peripteron* octástilo. La *cella* tenía en cada extremo un pórtico próstilo exástilo y estaba dividida interiormente en dos zonas incomunicadas, una mucho más grande donde se encontraba la gran estatua criselefantina de Atenea rodeada en tres de sus lados por una columnata, y otra sustentada por cuatro columnas, quizá jónicas. A pesar de su grandiosidad y su derroche de recursos, el Partenón se mantiene fiel al modelo de templo que es única y exclusivamente la morada de la divinidad. Como ya indicara Vitrubio y han observado los investigadores modernos, el edificio incorpora toda una serie de sabios recursos relativos a la alteración selectiva de las proporciones, a la curvatura discriminada de líneas supuestamente rectas y de superficies supuestamente planas, así como al cierre o apertura de ángulos supuestamente rectos; destinados todos ellos a compensar efectos ópticos perjudiciales o a crear ilusiones ópticas favorables, cuando no a fortalecer la resistencia de la estructura a base de una estudiada manipulación de las cargas, o bien a facilitar el drenaje. De todas formas, la explicación de esos refinamientos suele ser difícil y discutida, si bien parece claro que revelan esa búsqueda de una perfección en la impresión, ese interés por el estudio de la estructura y esa plasticidad inigualable que caracterizan al arte griego en su forma más clásica. A pesar de ser un templo dórico, el Partenón presenta una influencia clara del estilo jónico, no sólo por el hecho de llevar un friso corrido en lugar de metopas en torno a la *cella* sino por el elevado número de las columnas exteriores y la reducción del ancho de los intercolumnios, que le confieren una apariencia muy distinta de la que ofrecen los templos dóricos.

Entre el 437 y el 432 se abordó la construcción de unos *Propíleos* para la Acrópolis, que ocuparían la planta de los ya existentes, aunque no se llegó a realizar la sustitución completa. La tradición los atribuye a Mnesicles y los celebra como una obra maestra. Presentaban una fachada dórica hexástila rematada por un frontón y apoyada sobre una plataforma de cuatro escalones, excepto entre las dos columnas centrales, que bordeaban la calzada y estaban más separadas entre sí que las demás, albergando el intercolumnio dos triglifos. Esta entrada central daba acceso a un elaborado doble pórtico sustentado por unas bellísimas columnas jónicas, a través del cual se entraba en la Acrópolis en paralelo a la calzada central cuando se subían las escaleras y se franqueaba alguno de los otros intercolumnios. A los lados se planearon unas construcciones suplementarias, de las que sólo una mínima parte fue concluida.

El templo de Zeus Olímpico también llamado *templo de los Gigantes*, de Agrigen-



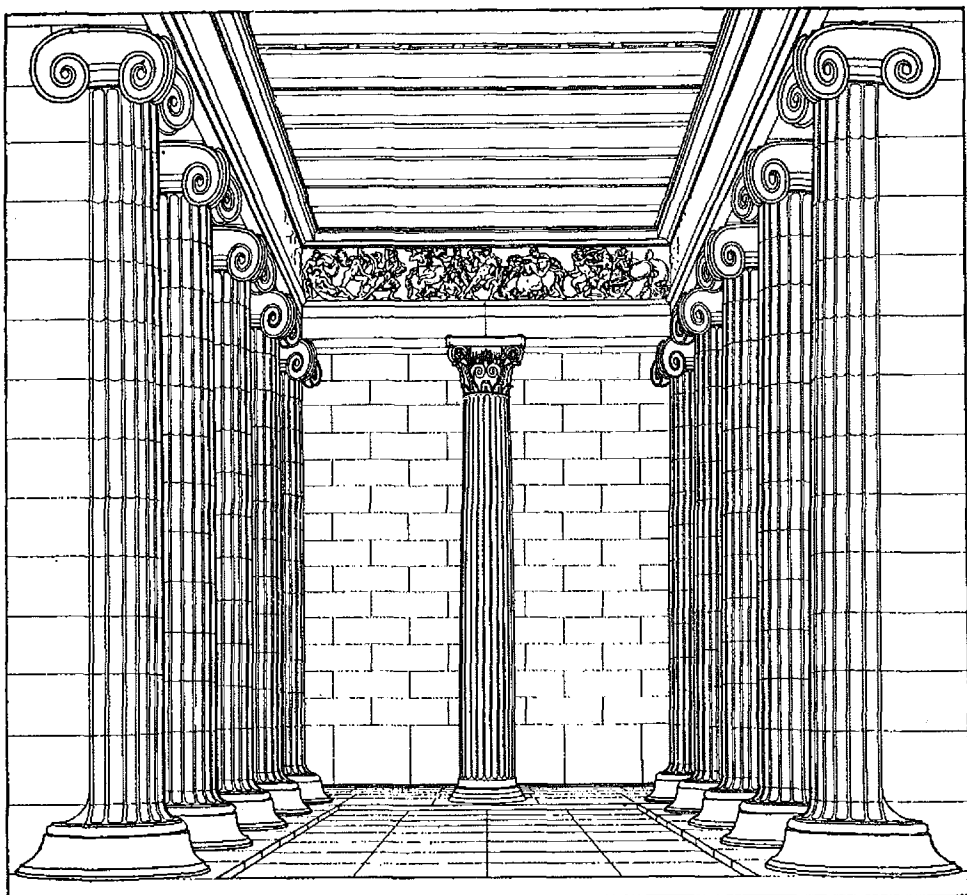
Acrópolis de Atenas, reconstrucción.

to, se supone iniciado por el tirano Terón después de la derrota de los Cartagineses en Hímera en el 480 a. de C., pero no se llegó a terminar por falta de recursos económicos, y los restos conservados resultan poco claros. Tenía, en todo caso, unas proporciones gigantescas —52 × 110 m en el estilóbato—, con un interior grandioso, ya que era pseudoperíptero. El edificio, heptástilo, estaba rodeado por medias columnas adosadas al muro, que se correspondían con pilastras en el interior, excepto las de las cuatro esquinas, donde había tres cuartos de columna. El arquitrabe descansaba en parte sobre el muro y tenía encima friso de triglifos y cornisa. El interior estaba dividido en tres naves, casi del mismo ancho, separadas entre sí por dos hileras de pilares cuadrados. El templo incluía figuras masculinas y femeninas de gran tamaño —los Gigantes— que tenían los brazos doblados hacia la nuca, como el Heracles-Atlante de la metopa del templo de Zeus Olímpico; posiblemente colaboraban en la sustentación del edificio, a modo de atlantes o cariátides, aunque no se sabe dónde iban colocadas. Sicilia y la Magna Grecia albergaron otros templos dóricos de época clásica, como el de Posidón en Pesto (24,5 × 60 m), que se conserva bastante bien, el de la Concordia en Agrigento o el inacabado de Segesta. Todos ellos son exástilos y se atribuyen a la segunda mitad del siglo V.

A las últimas décadas del s.V se adscribe el interesante templo dórico de *Apolo en Basa* (Arcadia), un periptero exástilo. La pronaos y el opistodomos, bien destacados, son dístilos *in antis*, mientras la *naos* contaba con una *cella* flanqueada por diez columnas jónicas adosadas y separada del *adyton* por una columna exenta, que debía de ser la que llevaba un capitel corintio, considerado como uno de los primeros de este estilo. Los templos dóricos del siglo IV se conservan mal: el sexto de Apolo en Delfos, el Metroon de Olimpia, los de Asclepio y Artemis en Epidauro y el de Zeus en Nemea parecen los más importantes.

El templo de *Hera en Pesto*, en fin, de fecha tardía, pasa por ser un reflejo del famoso de *Zeus en Olimpia*, casi por completo desaparecido, que fue no obstante el prototipo del templo dórico clásico, un periptero exástilo cercano en dimensiones al Partenón y atribuido al arquitecto Libón de Elide.

Una característica de la arquitectura del siglo IV a. de C. es su gusto por los edificios circulares. La razón de esta preferencia es mucho más importante que la superación del problema de los triglifos, que desde luego llevaba consigo este tipo de planta: el edificio circular compensa la tendencia de la visión frontal a prevalecer sobre toda la



Reconstrucción del interior del Templo de Apolo en Basa.

construcción, presentando una distribución más amplia y cambiante de los puntos que atraen la atención del ojo, a fin de conseguir que domine el conjunto sobre el detalle. Con el mismo objeto, la Venus de Cnido de Praxíteles fue rodeada por una construcción circular sin muros que producía un efecto análogo al de una plataforma con un pequeño giro constante de vaivén. La construcción circular más representativa es el *tholos de Delfos*, un templo dórico cuyas aquilatadas proporciones había glosado, al parecer, su autor por escrito. La *cella*, de planta circular, estaba rodeada por un anillo de veinte columnas, como veinte eran también las estrías de cada una de ellas, de tal manera que la planta de la columna reproducía la de todo el edificio. Dentro de la *cella* había, a su vez, diez columnas corintias adosadas al muro. La oscura caliza eleusina se combinaba con el blanco mármol pentélico de un modo bien estudiado. El *tholos* de Delfos, construido hacia el 390 a. de C., es un antecedente del magnífico *tholos de Epidaurro*, realizado entre el 360 y el 320 a. de C. Tenía éste por fuera un anillo de veintiseis columnas dóricas, mientras el número de las columnas corintias del interior de la *cella* circular era de catorce. Los capiteles corintios asumen en esta época su forma canónica, bajo la cual se imponen definitivamente sobre los jónicos, que no habían logrado superar su incapacidad para establecer una transición armoniosa entre el arquitrabe y el fuste de la columna, como tampoco desarrollar un diseño verdaderamente adecuado a la esquina de un períptero o a la columnata circular.

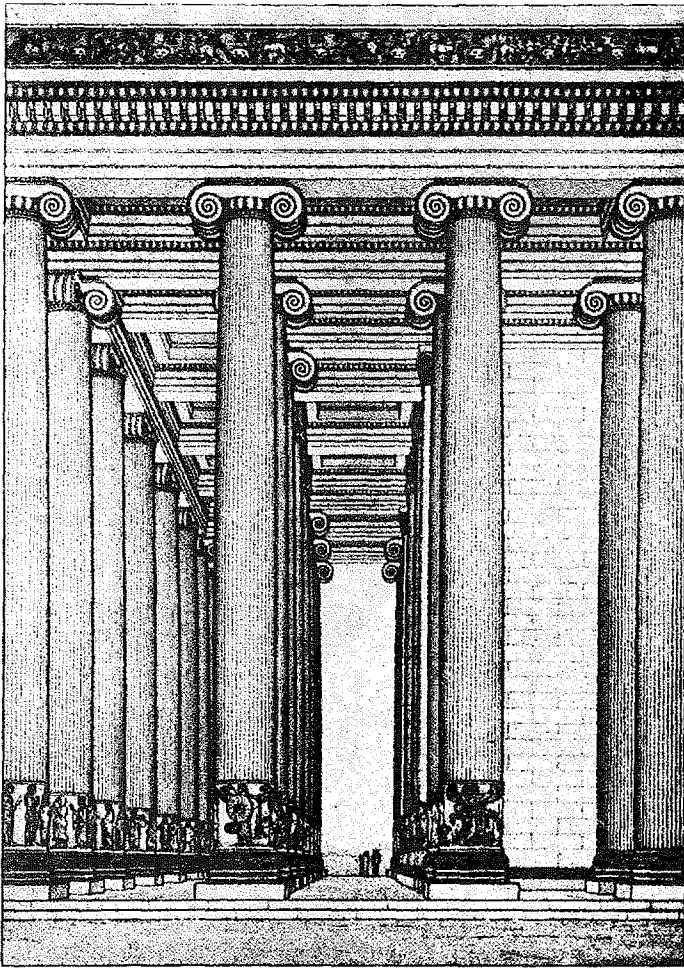
La Atenas posterior a Pericles conoce un renacimiento del orden jónico, que tan extraordinario desarrollo había alcanzado en el Egeo y Asia Menor durante el siglo VI. Ya hemos dicho que en el Partenón y en los Propíleos se ensayó la combinación del jónico con el dórico, y que el dórico planteaba un problema que no se presentaba en el jónico, donde los triglifos y las metopas estaban sustituidas por un friso corrido. La tradición de Olimpia ejercía mucha influencia sobre la arquitectura religiosa continental, lo mismo que sobre el occidente griego, pero la Atenas de la guerra del Peloponeso, enfrentada a los estados dorios, sucumbió definitivamente al influjo jónico de las Cícladas al diseñar el pequeño templo de la Nike Aptera y el *Erecteón*. Este último venía a reemplazar un conjunto de antiguos santuarios descubiertos y contrastaba, por su atrevido diseño, por la decoración caprichosa de sus columnas y por las originales cariátides, con la sobriedad del Partenón, por más que éste hubiera adoptado ya unos rasgos gráciles más propios del jónico que del dórico. Al igual que en los Propíleos, se combinó aquí la caliza negra de Eleusis con el mármol blanco del Pentélico. Entre los muchos elementos originales de este edificio destaca, desde el punto de vista arquitectónico, ese pórtico lateral a modo de galería, inaccesible desde fuera, que sustentan las cariátides. Toda la estructura es en sí misma absolutamente atípica, lo que no se debe al capricho del arquitecto o de quienes encargaron la obra sino más bien a una serie de condicionamientos que no se pueden apreciar con claridad, aunque se intuyen. En primer lugar, existía el obstáculo de la irregularidad del suelo, imposible de reducir en esa zona a un solo nivel, debido a la existencia previa de santuarios que no se podían erradicar. Se mantuvieron así dos niveles que diferían entre sí por fuera más de tres metros, de suerte que el conjunto fue estructuralmente un templo múltiple; el mérito del arquitecto está aquí en haber logrado evitar la sensación de pastiche que podría haber producido si el diseño no hubiera sido tan apropiado. El templo tenía un cuerpo central rectangular orientado en dirección este-oeste, al que se accedía por un pórtico próstilo exástilo situado en el lado este; la entrada en la *cella* se hacía a través de una puerta flanqueada por dos ventanas. Este pór-

tico oriental tenía arquitrabe, friso corrido decorado y frontón sin decorar; y las columnas que los sustentaban medían casi 7 m de altura. El interior del templo está dividido en dos partes por un muro transversal sin vanos, que parece marcar una división entre el santuario accesible por el pórtico oriental y el resto de la construcción, la cual podría, a su vez, incluir dos santuarios accesibles, respectivamente, por el pórtico norte y por el de las cariátides, situado en el lado meridional. Por delante de este pórtico se conservó, a modo de téneno o recinto sagrado, el área ocupada por el primitivo santuario de Atenea Poliada, junto con el altar al aire libre; a su vez, frente a la fachada oeste del Erecteón se mantenía el recinto sagrado de Pándroso, con su capillita en medio.

El otro templo jónico erigido en Atenas por la misma época, el de *Atenea Nike*, se asienta sobre un bastión que domina la entrada de la Acrópolis, en el mismo emplazamiento de la primitiva capilla de la diosa bajo esa advocación. Es un pequeño próstilo tetrástilo, dotado de un friso esculpido al modo jónico.

Se ha considerado influido por el Erecteón el llamado *Monumento de las Nereidas*, que se construyó en la ciudad minorasiática de Janto a finales del s.V o comienzos del IV y fue trasladado en todos sus restos al Museo Británico. El nombre se debe a las Nereidas que al parecer se situaron en los intercolumnios, pero se trata en realidad de una tumba en forma de templo períptero tetrástilo; la estructura interior comporta pronaos, naos y opistodomo, aunque carece de columnas en el pórtico. El entablamento sigue aquí una variante jónica distinta de la que aparece en los dos templos atenienses de ese orden: se ha esculpido el arquitrabe a modo de friso y por encima de él avanzan los dentículos muy salientes. En cambio, en Atenas faltan los dentículos y el friso discurre sobre un arquitrabe: sólo el pórtico de las cariátides responde a la fórmula de los dentículos.

El santuario más importante del jónico del siglo IV es el *Artemision de Efeso*, construido en mármol sobre una elevada plataforma rodeada por una escalinata; estaba considerado como una de las maravillas del mundo. Según Plinio tenía 127 columnas, 36 de las cuales, de acuerdo con la interpretación más generalizada, tenían sus tambores inferiores labrados a base de temas como los de los Trabajos de Heracles con figuras de tamaño natural. Al famoso arquitecto Piteo se atribuyen otras dos obras del jónico de esta época: el templo de *Atenea en Priene*, considerado como modélico, y el magnífico Mausoleo de Halicarnaso. La fama de estas obras se debió sobre todo al hecho de que Piteo desarrolló sus teorías por escrito, aunque esas doctrinas sólo se conservan hoy por tradición indirecta. Vitruvio dice que Piteo aconsejaba abandonar el orden dórico, en razón del problema de los triglifos y también porque el jónico permitía una mayor claridad en el interior al situar sus columnas en los ejes de los muros. Las dimensiones de todos y cada uno de los elementos arquitectónicos del templo de Priene fueron minuciosamente estudiadas por Piteo, que elaboró así su propio canon de santuario, lleno de ventajas prácticas; uno de los rasgos característicos es la supresión de las columnas interiores. También el *Mausoleo* se contaba entre las siete maravillas del mundo. Sólo en la ejecución de los relieves habrían participado, si no engaña la tradición, cuatro grandes figuras: Escopas, Briaxis, Timoteo y Leocares; a Pítis se atribuía en cambio la espléndida cuadriga de mármol que coronaba el monumento. Algunos restos de la implantación del edificio y la descripción de Plinio no consiguen aclarar por completo la forma y estructura de esa grandiosa construcción, erigida como tumba del sátrapa de Caria Mausolo, y terminada por su viuda hacia el 350 a. de C. Era bá-



Reconstrucción del Artemisión de Éfeso.

sicamente un templo rectangular períptero de nueve por once columnas y posiblemente 30 × 24 m de estilóbato. Tenía un alto basamento y una cubierta piramidal.

LA ESCULTURA

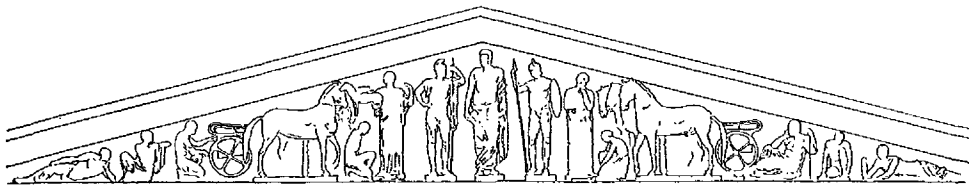
El sector de la escultura griega clásica mejor documentado es el que corresponde a la decoración de los templos. Está bien representado en el siglo VI y continúa en las centurias siguientes una línea ininterrumpida. La escuela de Egina, con el celebrado maestro Calón a la cabeza, parece haber sido la autora de los relieves que adornaban el *templo dórico de Afaia*, desde finales de la época Arcaica, pero la renovación de su frontón oriental ya entra dentro del siglo V y pertenece al clasicismo. La figura de Atenea ocupa en él la posición central, presidiendo una escena de la primera guerra de Troya en la que se incluye a Heracles con su arco. Se detectan en la composición y



El llamado Auriga de Delfos. Hacia el 474 a. de C.

el tratamiento del tema rasgos del Arcaísmo, pero las figuras parecen ya cuerpos vivos, dotados de energía, que presentan instantáneas variadas y realistas de sus movimientos.

La primera obra magna del clasicismo es, sin embargo, la decoración del templo de Zeus en Olimpia, realizada en mármol pario. En el exterior, sólo se presenta en los dos frontones y las figuras acróteras. Conservamos abundantes restos de esas esculturas, aunque no es posible restablecer por completo la composición de las escenas —la preparación para la carrera entre Pélope y Enómao en el oriental y la lucha entre centauros y lapitas en el occidental. La forma peculiar de los frontones permitía el realce de las imágenes colocadas en el centro, aunque hacía difícil la composición, puesto que había que ir reduciendo hasta un mínimo el alzado de las figuras a través de un estudio sofisticado de sus respectivas posiciones, que no resultara, por otra parte, forzado en relación con la escena que se representaba. El frontón correspondiente a la entrada principal del santuario, realizado, como el otro, hacia el 460 a. de C., consagraba a la majestuosa figura de Zeus el lugar central y representaba el tema de la carrera en una posición estática, un tanto arcaizante, aunque las figuras tenían un tratamiento clá-



Reconstrucción del frontón oriental del Templo de Zeus en Olimpia. Hacia el 460 a. de C.



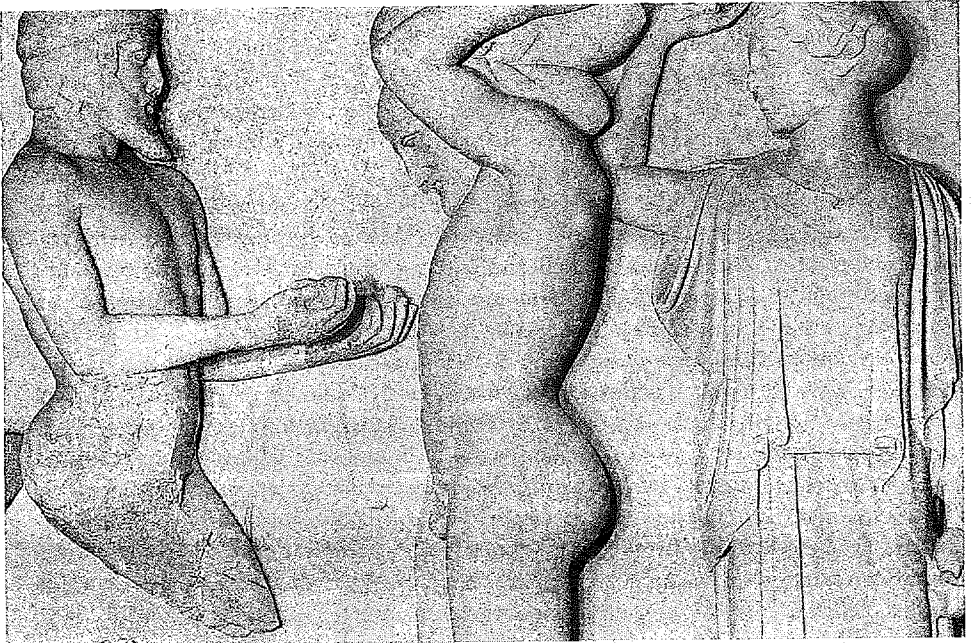
Reconstrucción del frontón oeste del Templo de Zeus en Olimpia. Hacia el 460 a. de C.

sico. Los dos carros con sus caballos y sus equipos constitutían un motivo extraordinariamente adecuado al lugar de celebración de las Olimpiadas, como lo era el mito representado, que relataban a quienes lo conocían las figuras y sus gestos. Este frontón principal se eclipsa desde el punto de vista artístico frente al occidental, con su formidable estudio de cuerpos atléticos desnudos; en medio de ellos la figura de Apolo destaca por su excelencia, hasta el punto de haber sido considerada como un hito en la historia de la escultura. Su cuidada realización plástica, que lo convierte en un prototipo, su posición en el centro del frontón, que lo asemeja a una imagen cultual, como ocurre con la de Zeus al otro lado, no son obstáculo para que pueda representar a la vez su papel de ignorado protagonista en la batalla: el gesto implacable de su brazo decide la contienda, al tiempo que confiere a la figura un poder y una majestad que vienen a sacralizar, a consagrar, el modelo plástico que incorpora. El rostro es toda una anticipación del clasicismo: perfección, belleza, idealización, y un gesto que traduce la fuerza interior de la figura. Al trasponer el anillo exterior de columnas se podían contemplar en los pórticos las doce metopas consagradas a la representación de los trabajos de Heracles que son las más grandes metopas griegas conocidas. Como es sabido, Heracles, estaba relacionado tradicionalmente con el origen de los juegos atléticos, y el esfuerzo consagrado a sus hazañas, coronadas siempre por el éxito, era un símbolo del que exigían las competiciones. Sean o no de la misma mano que los frontones, las metopas revelan el progreso de los artistas en el desarrollo de los rasgos característicos del arte clásico. Es de notar la variedad en el diseño de la figura de Heracles, que debía de repetirse hasta doce veces en el mismo tamaño, y la maestría de la composición, con algo todavía del hieratismo arcaico, pero plenamente clásica ya en otros aspectos.

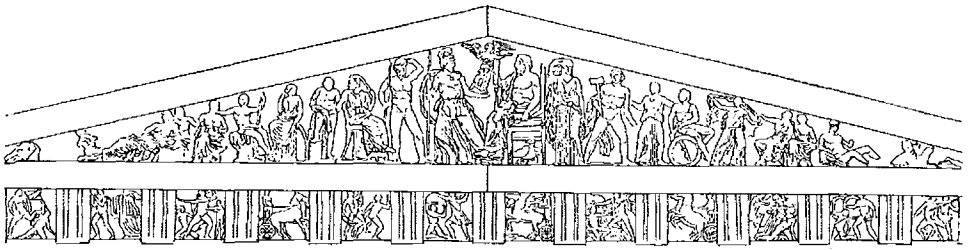
La etapa siguiente, donde se ha perdido todo vínculo con el arcaísmo, es la marcada por la obra de Fidias, a quien se supone autor, aunque no lo afirman expresamente los Antiguos, de los *relieves del Partenón*. Los dos frontones del templo reflejaban, respectivamente, el mito del nacimiento de Atenea en presencia de los dioses y el de la disputa entre la diosa y Posidón por el señorío de la ciudad. En ambos casos la zona central del frontón estaba ocupada por una pareja: Zeus y Atenea en el frontón



Cabeza de Apolo del Templo de Zeus en Olimpia. 460 a. de C.



Metopas del Templo de Zeus en Olimpia.



Reconstrucción del frontón este y metopas del Partenón. 448-432 a. de C.

oriental, Atenea y Posidón en el occidental. El frontón oriental representaba el Olimpo, el orden divino, mientras en el occidental aparecía la ciudad de Atenas en el tiempo mítico, con sus héroes locales. A pesar de la precaria conservación de estas esculturas de los frontones, que nos impide, entre otras cosas, conocer el tratamiento de las cabezas, algunos elementos preservados sirven para constatar hasta qué punto se había llegado en la asunción de los valores del Clasicismo. Algunos cuerpos aparecen desnudos, pero los que están vestidos, que son la mayoría, presentan un estudio anatómico semejante al de los primeros gracias a la utilización de la técnica de los «paños mojados», es decir, del empleo de túnicas muy finas que se adhieren al cuerpo como si estuvieran mojadas y dejan adivinar todas las formas. La magistral realización de esos vestidos aumenta el valor artístico de las piezas, de las que son una muestra el grupo de tres diosas que ocupaba uno de los extremos del frontón oriental, conocido tradicionalmente como «grupo de las Moiras».

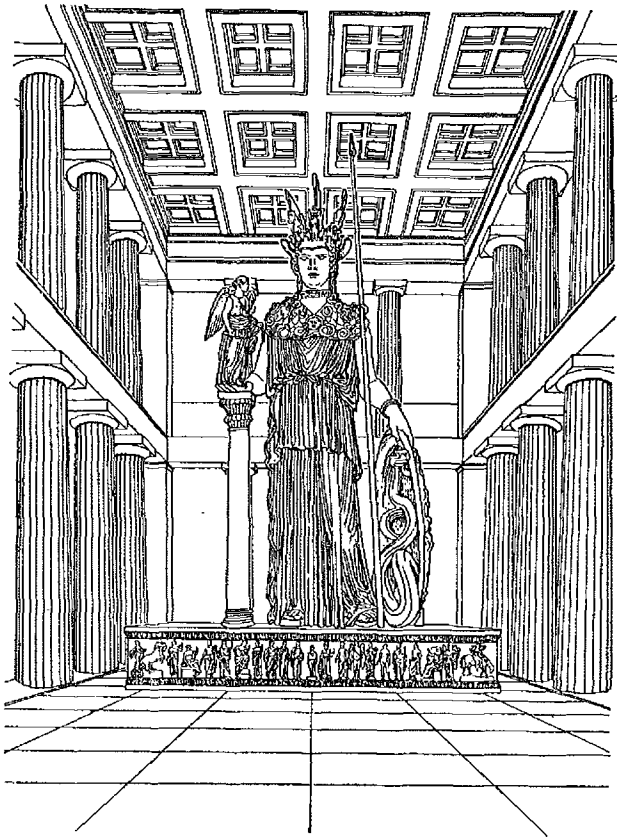
A diferencia del templo de Zeus en Olimpia, el Partenón tenía labradas todas las metopas exteriores, aunque a decir verdad la calidad de éstas es muy desigual y en algunos casos bastante mediocre; a lo que hay que añadir el pésimo estado de conservación, por haber sufrido con mucha intensidad la acción de la intemperie. Desarrollaban el tema de la lucha entre los Centauros y los Lapitas, el de la lucha contra las Amazonas y el de la guerra de Troya. La mejor muestra de los relieves del Partenón la tenemos en el friso corrido que rodeaba toda la *cella* por el entablamento. Representá-



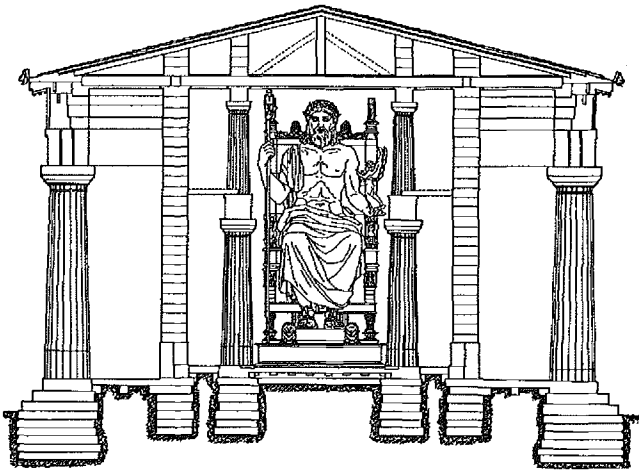
Grupo de tres diosas del frontón este del Partenón. Hacia el 435 a. de C.

base en él la procesión de las grandes fiestas atenienses, las *Panateneas*, un motivo que se prestaba muy bien para ese tipo de friso. Las muchachas a pie, los jóvenes montados en sus caballos, los animales del sacrificio y los dioses en asamblea daban lugar a una variedad dentro de la repetición. Es notable el diseño de los caballos, que producen la misma sensación de vitalidad que las figuras humanas. Se supone que para participar en la decoración del Partenón fueron llamados artistas de fuera, de las islas tal vez, ya que difícilmente podría haber existido tal número de ellos en la propia Atenas, que no contaba con una gran tradición en el género.

Pero las obras maestras de *Fidias*, las que le pertenecían con más propiedad, eran las de bronce y las criselefantinas. Dentro de este último tipo realizó dos imágenes colosales: la de *Zeus sedente* y la de *Atenea Parthenos* (Doncella), destinadas, respectivamente, a la *cella* del templo de Olimpia y a la del Partenón. Uno y otra eran tan grandes —ocho veces el tamaño natural— que llegaban prácticamente hasta el techo, incluso la sedente, de tal manera que el santuario venía a ser como una hornacina. Las piezas estaban huecas, habiendo sido modeladas en madera, por partes que se ensamblaban; sobre la misma madera se pegaban finísimas placas de marfil, para realizar las zonas desnudas, hojas de oro repujadas o trabajadas de modos diversos, para el cabello, los vestidos y otros accesorios, y, en fin, piedras preciosas o semipreciosas, para los ojos y ciertos detalles. Estas piezas resultaban enormemente costosas en materias primas y mano de obra, requiriendo, además, unos cuidados permanentes para su conservación. Aunque no ha quedado el más mínimo resto de tales estatuas, se pueden reconstruir hasta cierto punto a partir de representaciones en monedas y de copias diversas realizadas en otros materiales. El género criselefantino era el que podía lograr una sensación mayor de vida, lo que, unido al enorme tamaño, debía de producir un efecto psicológico muy fuerte a quien lo contemplaba en el ambiente solemne del santuario. En su elevado trono, sin el rayo, con la Victoria en la mano diestra y el águila rematando su cetro, y con una expresión más serena que grave, el dios aparecía como el señor supremo de un mundo en orden y no como quien debía destruir las fuerzas hostiles que amenazaban al universo. Incluso el motivo que decoraba la base de la estatua —el nacimiento de Afrodita de las aguas en presencia de los dioses— evoca un aspecto amable del cosmos gobernado por Zeus. Al tiempo que se realizaban las obras del Partenón, *Fidias* produjo una serie de estatuas en bronce, que despertaron la admiración de los Antiguos y de las que tenemos un cierto conocimiento indirecto. La más famosa fue la *Atenea Promachos* (Defensora), todavía más grande que la *Parthenos*, que llevaba todos los atributos de la diosa guerrera y que se mostraba, grandiosa y terrible, con un cierto sentido apotropaico, a quien acababa de franquear los Propíleos y tenía ya libre acceso a todos los tesoros de la Acrópolis. Los testimonios plásticos que contamos de esa imagen la muestran como una pieza un tanto arcaizante, por imperativo sin duda de una tradición en la forma de concebir estos iconos. Clásica es, en cambio, en todos los aspectos la tercera *Atenea* atribuida a *Fidias*, la llamada *Lemnia*, por haber sido dedicada por los colonos que partieron a la isla de Lemnos; según muestra la copia de la cabeza conservada en Bolonia y la del cuerpo del museo de Dresden, la diosa fue representada como una simple joven con su peplo, cual las figuras de los relieves. El tratamiento del cabello y el estudio de las facciones parecen conferirle un cierto aire andrógino, muy adecuado a esta personalidad divina. Para los antiguos la obra más bella de *Fidias* habría sido la *Amazona Herida*, que se mostraba en Efeso junto con las de Policleto y Crésilas. La *Amazona Mattei*, así como un cuerpo y una



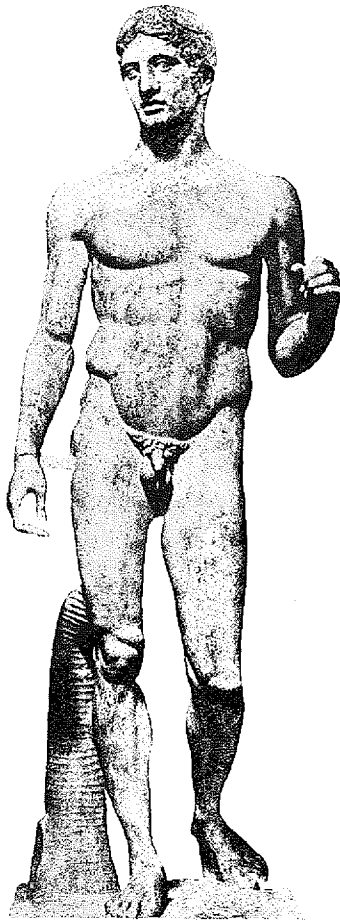
Reconstrucción de la *Cella* del Partenón con la imagen criselefantina de Atenea Promachos.



Sección transversal del Templo de Zeus de Olimpia con la imagen criselefantina del dios.

cabeza de la Villa Adriana, son copias que nos ayudan a vislumbrar la interpretación clásica del motivo por parte del autor: la posición entera de la figura, el diseño de sus miembros y posiblemente la expresión del rostro trataban de presentar la realidad física y el sentimiento del cuerpo herido. También había hecho Fidias un Apolo bronceo, que fue colocado frente al Partenón y del que se conserva una copia o versión romana: el *Apolo de Kassel*. Se trataba de una obra de juventud, como indica el tratamiento un tanto severo del rostro, perceptible asimismo en el *Anacreonte*, otra estatua atribuida a Fidias, una de cuyas copias romanas en mármol se conserva en el museo de Copenhague. Datada en el 460 a. de C. más o menos, constituye una muestra de un género distinto, también practicado por el maestro, quien debía en este caso representar la individualidad de un hombre, que era a la vez el símbolo de un modo especial de sentir la vida y de una peculiar actitud mental ante ella.

Mientras Fidias trabajaba en Atenas como heredero de su maestro ateniense Hegias, Policleto brillaba en Argos, una ciudad que no podía rivalizar con el esplendor de la Atenas que vivió Fidias, pero que tenía muy buenos antecedentes en el desarrollo y el cultivo de las artes plásticas. Los numerosos encargos recibidos de estatuas bronceas de vencedores olímpicos permiten a Policleto llevar a cabo un estudio racional del desnudo atlético, que se traduce en la fijación de un canon; las proporciones aquí establecidas representan el más puro estilo clásico, con la severidad que se pierde en la fase siguiente. La teoría de Policleto queda plasmada en la más famosa de sus obras, el *Doríforo* (Portador de lanza), de la que se conservan algunas copias romanas. Se elimina la rigidez bipedestante de las piezas arcaicas, cargando el peso del cuerpo sobre una pierna, lo que permite a la otra relajarse y retraerse en una flexión; a su vez, las caderas y el torso componen un cierto giro helicoidal, en consonancia con la posición de las piernas; la cabeza, en fin, y los brazos asumen trayectorias que compensan la caída del cuerpo hacia la izquierda. De este modo la construcción de la figura incorporaba el movimiento y la vida dentro de una *quadratio* u organización tetrádica de los miembros, tal y como señalara el latino Varrón. Las obras del maestro respondían de un modo u otro a este canon, lo que facilita su identificación entre las copias romanas. Una de las más célebres, representada por la *Amazona de Berlín* del Museo Metropolitano de Nueva York, es la que realizó, según la tradición, para un concurso de «amazonas heridas», convocado por la ciudad de Efeso, en el que habrían participado también Fidias y Crésilas entre otros; siendo jueces los propios artistas y señalando cada uno de ellos a Policleto como el segundo después de sí mismo, habrían dado la victoria al maestro argivo. El condicionamiento temático que obligaba a producir una figura doliente, o en cualquier caso, a expresar de algún modo la circunstancia de la herida, no fue un obstáculo para que Policleto construyera su versión femenina del canon, expresando la anécdota a través del apoyo del canónicamente flexionado brazo izquierdo y de la posición del derecho sujetando la cabeza. El canon era para Policleto un término de referencia que no debía coartar la creatividad del artista; cada obra tenía su *kairós*, en expresión que se le atribuye: una proporción que no podía ser calculada y que representaba una modificación del canon destinada precisamente a lograr una mayor perfección en cada caso. Como obra de madurez del artista se considera el *Dia-dúmeno*, cuyo original debemos adivinar a partir de la larga serie de copias romanas conservadas. El gesto impreso de ceñirse la cinta de la victoria impone un ritmo peculiar en la interpretación del canon, al tiempo que la tendencia general del estilo parece haber inspirado al autor una mayor plasticidad en este cuerpo, que para los An-



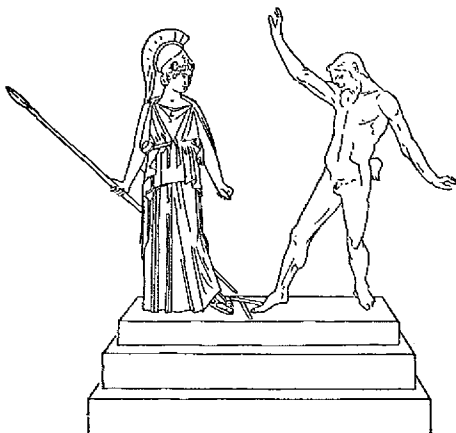
Copia romana del Doriforo de Policleto. Original, 440 a. de C.

tiguos era un *molliter iuvenis*, frente al *viriliter puer* que veían en el Doríforo. Policleto parece haberse complacido más en la representación de la belleza humana que en la de la majestad divina, un terreno este último en el que tenía mayor éxito Fidias. No obstante, el argivo asumió la realización de una gran imagen criselefantina de *Hera* para su templo de Argos, que llevaba grabadas en la diadema las Cárites y las Horas; fue una obra del final de su vida, precedida por algún otro encargo de imagen cultural.

La tercera gran figura del clasicismo pleno griego en el campo de la escultura es la de *Mirón*, natural de Eléuteras, en la frontera del Ática con Beocia. La primera parte de su obra, realizada en Egina, es prácticamente desconocida, de modo que sólo tenemos noticia de lo que hizo en una fase avanzada del clasicismo. Su pieza más famosa es el *Discóbolo*, que representa a un atleta en un momento del lanzamiento del disco, acción ésta estructurada en una compleja secuencia de movimientos. El cuerpo en conjunto presenta una idealización, aunque no se aprecian las fuertes tensiones del primer clasicismo, y el rostro tiende a representar la individualidad. Por otra parte, el interés mayor de Mirón se centra en el estudio del movimiento, cuya contingencia, so-

metida a leyes, traduce el auténtico ser de la obra. El otro trabajo de Mirón relativamente bien conocido es el grupo formado por *Atenea y Marsias*, protagonizando la leyenda que atribuía a la diosa la invención de la flauta y el haberla arrojado con rabia fuera de sí al comprobar que al tocarla se deformaba su rostro; Marsias, el sátiro frigio, la recogía y hacía de ella su instrumento favorito. La leyenda reflejaba el conflicto entre dos concepciones de la música, dos maneras de concebir la belleza y, en definitiva, dos orientaciones del espíritu, en la línea de la ya clásica oposición entre lo apolíneo y lo dionisiaco. El motivo parece haber sido asumido por el artista como un perfecto pretexto para el tratamiento plástico de una dialéctica de contrarios. El refinamiento de la cultura frente al salvajismo de la naturaleza es una de las oposiciones que se hacen patentes a través de los rasgos físicos de las dos figuras. La obra de Mirón, considerado como un precedente de las de Escopas y Lisipo, del mismo modo que la de Fidias lo habría sido de las de Cefisódoto y Praxíteles, fue glosada, que sepamos, por el crítico helenístico Jenócrates, cuyas palabras nos ha transmitido felizmente Plinio. Era de notar en ella la variedad, el estudio de la simetría y una mayor atención a la apariencia física que al transfondo espiritual de las figuras. Su maestría en la representación de la vida en hombres y animales se hizo proverbial.

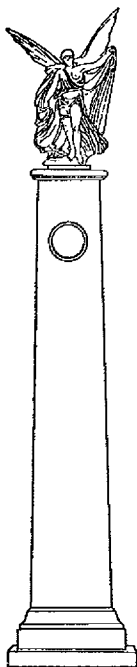
Los discípulos más importantes de Fidias habrían sido, según afirma Plinio, Alcámenes y Agorácrito. El primero era ateniense, una generación más joven que el maestro, y formado en la época de realización de los relieves del Partenón. Hizo varias figuras de dioses, destacando su calidad en la expresión de la *maiestas* divina; se consideraba como una obra maestra su *Afrodita de los Jardines*, del santuario situado junto al Iliso, que no se ha podido reconocer con certeza entre las copias romanas conservadas. Las imágenes cultuales de Atenea y Hefesto contenidas en el Hefesteón de Atenas, el Hermes llamado *Propylaios*, de la entrada de la Acrópolis, y el Ares del Ágora, que se quiere reconocer en el *Ares Borghese*, se contaban entre sus obras. También había tocado el género criselefantino al hacer el Dioniso destinado al templo ateniense vecino al teatro. Agorácrito venía de la isla de Paros y pasa por ser el heredero espiritual de Fidias y uno de sus activos colaboradores en el Partenón. Cuando el maestro partió para Olimpia a cumplir el encargo de la imagen de Zeus, Agorácrito se dirigió



Reconstrucción de Atenea y Marsias de Mirón. 440 a. de C.

a la localidad ática de Ramnunte, donde realizó los relieves de la base de la estatua de Némesis. También se le han atribuido conjeturalmente los relieves del templo de Atenea Nike de la Acrópolis de Atenas.

Dentro del mismo periodo habría que citar, entre los afamados especialistas en el trabajo del mármol, además de a Alcámenes, a *Peonio* de Mende, la ciudad fundada por los Eubeos en la Calcídica. Fue vencedor en el concurso de selección de los *akroteria* para el templo de Zeus, pero lo que realmente lo ha hecho famoso es su *Nike*, una Victoria alada que emergía de un finísimo peplo agitado por el viento, habiendo sido tallado todo ello en un solo bloque de mármol y colocado sobre un elevadísimo pedestal. La imagen se apoyaba en realidad sobre una nube, y todo el movimiento de la figura, junto con las enormes alas, contribuía a dar la sensación de que se encontraba en el aire, no en tierra; en este sentido, la obra de Peonio constituía la culminación de una determinada tendencia en la representación de la Victoria, que en el arte arcaico aparecía corriendo, y en el primer clasicismo, apoyando el pie en el suelo. En los dos tipos el artista había querido reproducir a un ser etéreo, pero no se había atrevido a suspenderlo del todo en el aire, consciente sin duda de lo difícil que resultaba construir una figura sin aplomo cuando en verdad debía estar apoyada sobre una base. Este desafío técnico lo aceptó Peonio y parece haberlo superado satisfactoriamente gracias a la sabia combinación de unos recursos efectistas con un virtuosismo en la ejecución. Esa es la razón de que fuera tan admirada por los Antiguos su Nike que se data después del 424 a. de C. El gusto por la representación de seres semiflotantes, cuyas anatomías se eclipsan dentro de las ropas sin peso, prendió en varios artistas de la época, entre ellos el desconocido creador, después del 410 a. de C., del acroterio que ofrecieron



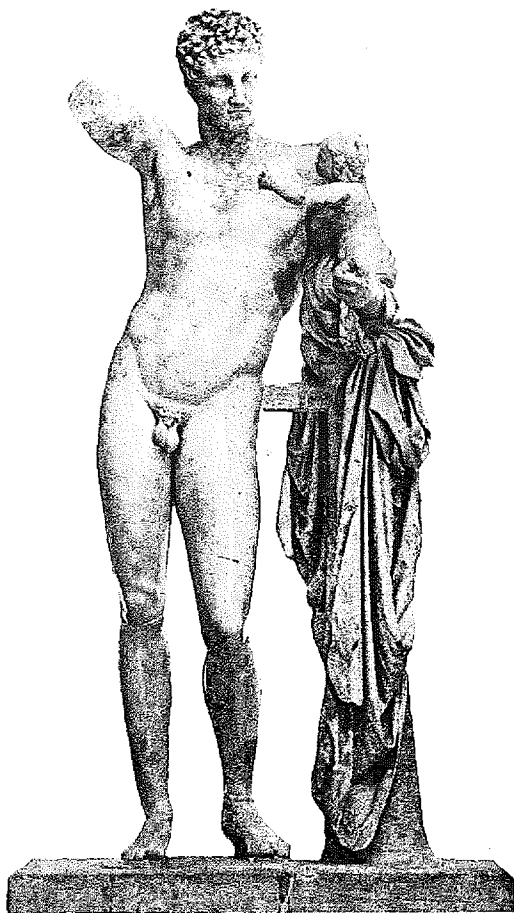
Nike de Peonio.

los atenienses para el templo de Apolo en Delos: el rapto de Oritía por obra de Bóreas (el viento del norte) fue el tema elegido en este caso, sin duda porque se prestaba muy bien a su tratamiento en un grupo acrótero.

Las décadas centrales del siglo IV a. de C. conocen el tardoclasicismo, que en algunos aspectos constituye la culminación de todo el estilo y viene a resumir lo que para la historia posterior se entiende como «clásico». El logro de un equilibrio entre la idea y la forma es quizá su rasgo más característico, aunque también la razón de que haya llegado a perder su vitalidad creadora. Condicionado, como todos los estilos, por unas constantes básicas, el clasicismo griego acaba agotando sus recursos de renovación, hasta el punto de verse obligado a romper sus propios moldes y a transformarse en otro estilo diferente; pero esa última etapa suya es del mayor interés, en tanto en cuanto representa una dimensión atemporal no ya del clasicismo sino del arte mismo. La escultura de esta época parece querer plasmar unos valores absolutos que estuvieran por encima de la contingencia de cualquier obra real y concreta, pero al mismo tiempo le dieran el ser. Consciente de esa suprema dependencia, la obra de arte pretende ser un reflejo del ser y se vuelve pasiva, contemplativa.

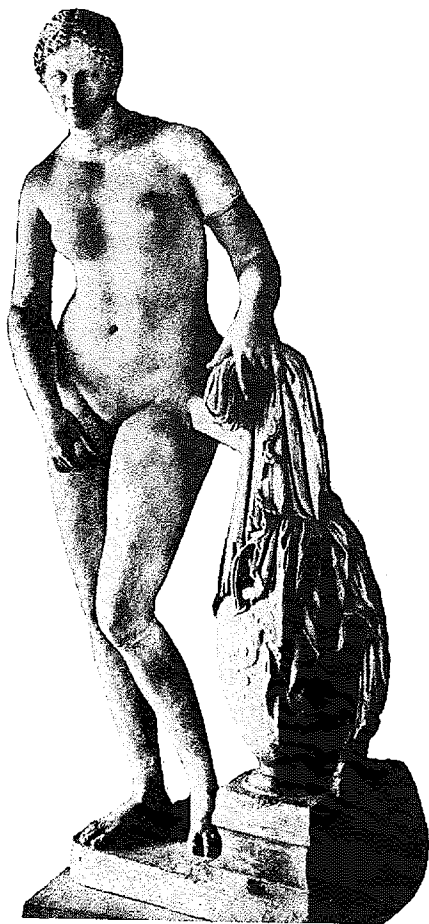
La figura más representativa de la escultura tardoclasicista es Praxíteles, que para los Antiguos tenía la misma consideración que Fidias, Policleto o el helenístico Lisipo, siendo sus mármoles tanto o más celebrados que sus broncees. Praxíteles es, sin embargo, para nosotros un gran desconocido; son más de cincuenta las estatuas y grupos que se le atribuyen en las fuentes literarias, pero resultan muy difíciles de rastrear entre los restos plásticos, porque el único original que conservamos, el *Hermes*, es, al parecer, una obra tardía no demasiado apreciada por los Antiguos. Contamos, no obstante, con algunas copias romanas que complementan los testimonios escritos. La representación de los comienzos del periodo corresponde, sin embargo, a Cefisódoto, que pasa por haber sido el padre de Praxíteles. Su obra maestra ya no es una divinidad olímpica, sino la personificación de la paz —*Eirene*— con su hijito *Ploutos*, la riqueza, que tiende la mano hacia el rostro de la madre, expresando así su dependencia respecto de ella. Esta alegoría era todo un mensaje de esperanza en el crecimiento de la riqueza que debía traer consigo la presencia de la paz; la obra se supone creada en Atenas hacia el 370 a. de C., en relación con el congreso del 374. La imagen presenta una falsa frontalidad, por cuanto que la atracción poderosa sobre la mirada del espectador la ejerce el flujo de comunicación entre la madre y el hijo, que no se inscribe en el plano frontal del conjunto; en todo caso se manifiesta ya esa tendencia a la identificación de la forma con la idea que caracteriza a esta fase.

Praxíteles es, sin embargo, como ya se ha dicho, quien verdaderamente desarrolla el tardoclasicismo, y quien lo difunde por todo el mundo griego, pues desde todas partes se le requería. También fue quien más gustó a los romanos ricos de época imperial, que se complacían en embriagar el ambiente de sus lujosas mansiones con obras sensuales, amables, elegantes. Fueron, por tanto, muchas las copias de las obras de Praxíteles que se realizaron y muchas las que se conservan aunque la fidelidad es a veces muy dudosa. Las divinidades, sobre todo Afrodita, son sus temas preferidos, pero no hay ningún interés por representar a los dioses como seres distintos de los hombres, solemnes o mayestáticos. Las figuras están totalmente humanizadas, de tal manera que la personalidad divina viene a servir para identificar la forma humana con la idea. La forma, el cuerpo, pierde todo vigor y energía hasta tal punto que su distensión es el rasgo más impresivo de esas piezas, necesitadas de un apoyo late-



Reconstrucción del *Hermes* de Praxíteles. Original siglo IV a. de C.

ral para sostenerse. Philio fija la acmé de Praxíteles en el 364 a. de C., fecha de realización, para algunos, de su obra maestra, la *Afrodita de Cnido*; otros, sin embargo, consideran esta estatua ligeramente posterior y remiten, en cambio, al 364 la *Afrodita de Arlés*, primera representación de la diosa con la parte superior del cuerpo desnudo. El desnudo total de la imagen cnidia marca ya un hito en la historia de la escultura, al que se llegó a través de un complejo proceso de desarrollo artístico, no por una simple búsqueda de originalidad ni mucho menos por una liberación de prejuicios. Más bien parece que se haya buscado mostrar de un modo más directo, sin velos, la idea que representa la diosa. Deposita sus ropas sobre la hidria que le ha proporcionado el agua para el baño, un baño que evoca la nupcialidad, al tiempo que sacraliza el amor carnal. Desde el punto de vista del tratamiento anatómico, el desnudo de Praxíteles es diametralmente opuesto al de Policleto, en la medida en que se puede apreciar este contraste en los cuerpos masculinos. El tipo básico sigue siendo la complejión atlética, naturalmente, puesto que no hay lugar en un arte clásico para los cuerpos pítnicos ni para los asténicos; pero no se aprecia un desarrollo de las anatomías



Copia de Afrodita de Praxíteles. Original 340 a. de C.

derivado del ejercicio físico, en tanto que la renuncia a toda postura o actitud tensional reduce a un mínimo la manifestación de las articulaciones y de los propios músculos. Sin rebasar todavía los moldes del clasicismo, es ahora la carne lo que verdaderamente configura la apariencia del cuerpo; y la piel deja de ser una envoltura transparente de los miembros sin presencia o entidad alguna, para convertirse en la superficie de la carne. Esta es la sensación que produce la estatua de bronce de una joven, recuperada de los restos de un naufragio cerca de Maratón, que se considera realizada por Praxíteles hacia el 340 a. de C. Enteramente peculiar resulta, por otra parte la versión praxitélica de los *sátiros*, —*sátiro escanciador* y *sátiro en reposo*— donde la sensualidad prevalece sobre todos los aspectos adscribibles a estos personajes; sólo las orejas puntiagudas evocan la componente salvaje de los mismos. Apolo es otro dios representado con frecuencia por el maestro; conocemos indirectamente el que se encontraba en el Gimnasio de Atenas —el *Apolo Liceo*— con el brazo izquierdo apoyado sobre una pilastra y sujetando el arco, mientras el derecho se dirige hacia la cabeza; la obra presenta todos los rasgos característicos del estilo praxitélico. Y lo mismo ocurre con el

Apolo Sauróctono, un delicioso divertimento y una trivializada interpretación del dios «flechador» como un adolescente delicado y feliz.

Una figura que no se puede pasar por alto al contemplar el desarrollo del Tardoclasicismo es la de *Leocares*, creador del tipo de Zeus que se incorpora a las monedas y conoce una larga vida como modelo de cabeza barbada de dios. Corresponde a la imagen de *Zeus Brontaios*, creada por el artista en Olimpia hacia el 370 a. de C. Para Plinio era la más admirable entre todas las estatuas de Zeus conocidas, donde se incluía, suponemos, la del propio Fidias. Si Leocares había logrado superar la expresión misma de la majestad que era el Zeus fidiaco, es, sin duda, porque había incorporado a su obra el desarrollo conceptual que alcanza la escultura en esta época: su Zeus debía de ser la forma de la idea de sublimidad y omnipotencia correspondiente a la figura divina dominante. Otra versión del dios debida al mismo autor es el *Zeus Polieus* de la Acrópolis, una figura sedente con la cabeza ligeramente inclinada y el torso desnudo; hay que verlo en la cabeza del Júpiter de Otricoli del Museo Vaticano, y en una larga serie de copias muy diversas del Zeus del Capitolio, que había tomado la obra de Leocares como modelo. Se atribuye también a este escultor una imagen original de Deméter procedente de Cnido, aunque ello es discutible. Parece ser que a raíz de la batalla de Queronea, hizo un *retrato de Alejandro*, con ocasión de la visita de éste a Atenas, retrato del que se conservarían algunas copias de un valor muy desigual, y que, en todo caso, debe de estar muy conectado con las estatuas criselefantinas que realizó Leocares para el Filipeo de Olimpia después del 338 a. de C. La acusada juventud del monarca y la sosegada concentración de su pensamiento eran los aspectos básicos de la concepción de este retrato, muy distinto del que realizara años después el maestro Lisipo, que es el que se refleja en las monedas. En fin, en el famoso *Apolo del Belvedere* se ha querido encontrar la copia de un Apolo de Leocares mencionado por Plinio y por Pausanias. La crítica moderna considera, sin embargo, esta obra como una grave adulteración del original, debida a los imperativos del gusto artístico de la época imperial, que le habrían arrebatado toda la fuerza que le confería el marcado tratamiento del contorno, muy poco praxitelico. La obra fue realizada, en efecto, después del 330 y comporta algo de la renovación artística creadora del arte helenístico.

Escopas representa una versión del tardoclasicismo muy diferente de la que aporta Praxíteles. Quienes, como Horacio, no se sentían quizá demasiado atraídos por la plástica praxitelica vieron en Escopas el mejor escultor del mármol o simplemente lo parangonaron con Fidias y Policeto; también él recorrió todo el mundo griego realizando trabajos. Escopas evidencia un interés en la relación de la forma con la idea, pero se convierte en un expresionista del clasicismo: otorga a la forma un papel activo, imprevisto, en su materialización de la idea. De ahí que unas veces sus imágenes exhiban el característico *pathos*, mientras que otras se revisten de una solemnidad extravagante. Por lo que hace a la temática de su obra, es de señalar el gusto del maestro por las leyendas locales, más dramáticas, en general, que los mitos de las divinidades olímpicas. También realizó numerosas imágenes de dioses, de las que no sabemos prácticamente nada, salvo en el caso de un *Apolo* que Augusto colocó en el Palatino y que se conoce de forma indirecta. La interpretación formal de esta compleja divinidad, con su túnica y su manto, es en este caso fastuosa. Era, por el contrario, una figura patética la de Meleagro, cuyo mito había tratado el artista en los relieves del templo arcadio de Atenea Alea. Una mayor aproximación de Escopas a la línea conceptual del tardoclasicismo se aprecia en el grupo de estatuas formado por *Eros*, *Hímero* y *Poto*, que

hizo en Mégara. Eran personificaciones alegóricas de tres vivencias diferentes del amor, conforme a la definición platónica: el amor activo, el deseo que despierta en el amante la contemplación del objeto amado y la añoranza desazonadora del mismo cuando se encuentra lejos. La mejor creación, o al menos la que más gustó a los Antiguos, es la que corresponde a este último, porque es la única que conocemos, a través de numerosas copias. Un cuerpo andrógino, con un desaplomo y un tratamiento de las carnes un tanto praxitélicos, sirven de eficaz complemento al verdadero recurso expresivo de la pasión: el rostro, con los ojos hundidos y los labios entreabiertos. Se ha atribuido a Escopas la *Ménade* de Dresde, por la semejanza de esta figura con una Amazona del Mausoleo de Halicarnaso, donde sabemos que trabajó el maestro.

LA PINTURA

Casi nada conocemos sobre la pintura de comienzos del clasicismo, con la excepción de la realizada sobre vasos; sin embargo, los decoradores de cerámica parecen haberse contado entre las primeras figuras de la pintura en general, lo que hasta cierto punto permite seguir en ella la evolución del desarrollo del arte pictórico. Característico de la primera fase clásica es el envolver a las figuras en amplias túnicas formadas todas ellas por finísimos pliegues, cuyo aplomo contribuye a exteriorizar las tensiones interiores o la estructura del cuerpo. Los artistas intentan superar las limitaciones que imponía a la pintura de vasos su propia tradición pictográfica, el tamaño y la forma de las piezas, y, en fin, la bicromía; sensibilizados por los avances de la pintura en el manejo del claroscuro y en el tratamiento de la perspectiva, tratan de introducir esos logros en la decoración cerámica. Empiezan así a aparecer figuras escalonadas en distintos planos, más altos, con relación al suelo, como también escudos y otros objetos en escorzos ilusorios. El autor más representativo de esta renovación de la cerámica podría ser el llamado *Pintor de las Nióbides*, como decorador que es de la famosa crátera del Museo del Louvre, donde se representa a Apolo y a Artemis dando muerte con sus respectivos arcos a los hijos e hijas de Niobe. En contraste con esta escena llena de movimiento y dramatismo, el maestro sitúa en el otro lado de la crátera una composición de héroes y divinidades en reposo, tal vez alusiva a la leyenda de los Argonautas, donde destaca la imagen de Heracles. La sofisticada representación de las anatomías, la variedad y profundidad en la expresión de los rostros, y la grandiosidad de las figuras dan una buena idea de la talla del artista, así como de la trayectoria seguida en general por la pintura en esa época, que es paralela a la de la escultura. Se fecha la actividad de este maestro en torno al 460 a. de C.

Sin embargo, los verdaderos comienzos del estilo están representados por los llamados convencionalmente *Pintor de Panecio*, *Pintor de Cleofrades* y *Pintor de Brigos*. El primero, identificado por algunos con el firmante *Onésimo* de un vaso del taller de Eufronio, recibe su nombre del efebo que representara en un *kylix*, al que acompaña la leyenda «Panaitios es hermoso». En el exterior de la copa hay figuras en variadas actitudes de lucha, muy semejantes a las que se ofrecen en los relieves de la época, mientras que la zona principal, el fondo, presenta al joven en actitud de admirar el casco con el que va a cubrir su cabeza. El movimiento de la figura constituye una perfecta traducción plástica del sentimiento o disposición interior del personaje, de tal manera que es ese sentimiento lo que articula las partes del cuerpo. Poco después del 500 a. de C.,

realiza también el pintor de Panecio su obra maestra, un *kylix* del Louvre conocido como la *Copa de Teseo*, donde el artista despliega toda la variedad de sus recursos. Se acentúa en esta pieza el contraste entre el contenido espiritual de la escena del fondo, en este caso una magnífica composición del encuentro de Teseo y Anfitriete en presencia de Atenea, y la fuerza y el movimiento de las escenas de lucha que llenan la superficie exterior.

El pintor que trabajaba para el alfarero Cleofrades, cuyo nombre era en realidad Epicteto, gusta de representar sobre el fondo negro de los vasos figuras únicas que parecen esculturas; la mejor muestra es el ánfora Basle, con Aquiles y Briseida, uno de cada lado. Por último, el llamado Pintor de Brigos representa una continuidad respecto de la línea iniciada por el de Panecio, pero es más vehemente en la utilización del movimiento y se inclina por una composición más cerrada. La influencia de los relieves es evidente en casos como la copa de Berlín que se decora por fuera con el tema de la Gigantomaquia, mientras el interior está cubierto por el Carro de la Noche hundiéndose en el Océano.

Las fuentes literarias atribuyen a Polignoto de Taso los principales avances registrados en esta época en pintura, aunque es probable que sean más antiguos y que el famoso maestro los haya asimilado e integrado en toda una concepción del espacio pictórico. Conservamos descripciones de Pausanias correspondientes a algunas de sus obras murales que adornaban edificios públicos; por lo general desarrollaban temas mitológicos susceptibles de formar grandes escenas, como la *Nekyia* o la *Iliupersis*, realizadas en Delfos por encargo de los Cnidios. Las palabras de Pausanias indican que Polignoto había incorporado a sus obras los elementos básicos del clasicismo griego que manifiesta la escultura, además de la serie de recursos tendentes a lograr el efecto tridimensional de la superficie plana. Se le atribuyó el epíteto de *Etógrafa*, es decir, «pintor de caracteres», lo que sugiere un cuidado especial de los rostros como exponentes de la manera de ser. Se le atribuía el haber entreabierto el primero las bocas y pintado los dientes; y se celebraba la perfección técnica en el tratamiento de los vestidos transparentes con que envolvía las mujeres. Las obras realizadas en la Atenas de Cimón habrían valido a Polignoto, según la tradición, la ciudadanía ateniense, pero todavía pa-



Copa de Brigos, hacia el 490 a. de C.

rece más representada en la ciudad la obra de su colaborador Micón, quien no sólo había realizado una Centauromaquia, dos Amazonomaquias y una versión de los mitos de Teseo, el héroe local por excelencia, sino algo más impresivo quizá, por más reciente, una Batalla de Maratón. El mítico viaje de la nave Argos hacia la Cólquide, se contaba asimismo entre las representaciones que habían encargado a Micón los Atenienses, debido sin duda a su asociación con las empresas coloniales de la época histórica. Las pinturas de Polignoto y de Micón eran conocidas de todos y deben de haber gustado mucho, constituyéndose en modelos a imitar por los decoradores de la cerámica de calidad.

La tendencia manierista del arte clásico a medida que avanza el siglo V se manifiesta también en la pintura, que acusa igualmente una renovación de la temática. Los mitos y las divinidades ceden al menos una parte del espacio a las representaciones humanas, no ya de héroes sino de individuos de la vida diaria. Esta evolución lleva a introducir en el género incluso una dimensión caricaturesca y procaz, paralela a la que desarrolla en la Comedia el genio de Aristófanes. A la pintura del *ethos*, del «carácter», sucede ahora la pintura del *pathos*, de la «pasión», tal y como ocurre con el teatro de Eurípides respecto del de Sófocles. Del pintor *Pausón*, destacado representante de la pintura de la segunda mitad del siglo V, dice Aristóteles que pintaba a los hombres peores de lo que eran, en tanto que Polignoto los había ennoblecido. Sin embargo, esta derivación de la pintura no podía cubrir toda la demanda, y posiblemente su verdadero éxito no consistía en la representación de unos nuevos valores sino en constituir el contrapunto de una visión seria y noble de la vida, todavía de curso oficial. Sigue habiendo, en efecto, en esta época pintores idealizantes, seguidores de la tradición de Polignoto, como Dionisio de Colofón.

Hay que destacar, por otro lado, el esfuerzo por lograr una mayor perfección técnica, que se manifiesta en la pintura como en las demás artes plásticas, y que se traduce en un tratamiento sofisticado de la perspectiva. Ya no basta con sugerir la tercera dimensión a base de escorzos y otros recursos, sino que la composición de todos los



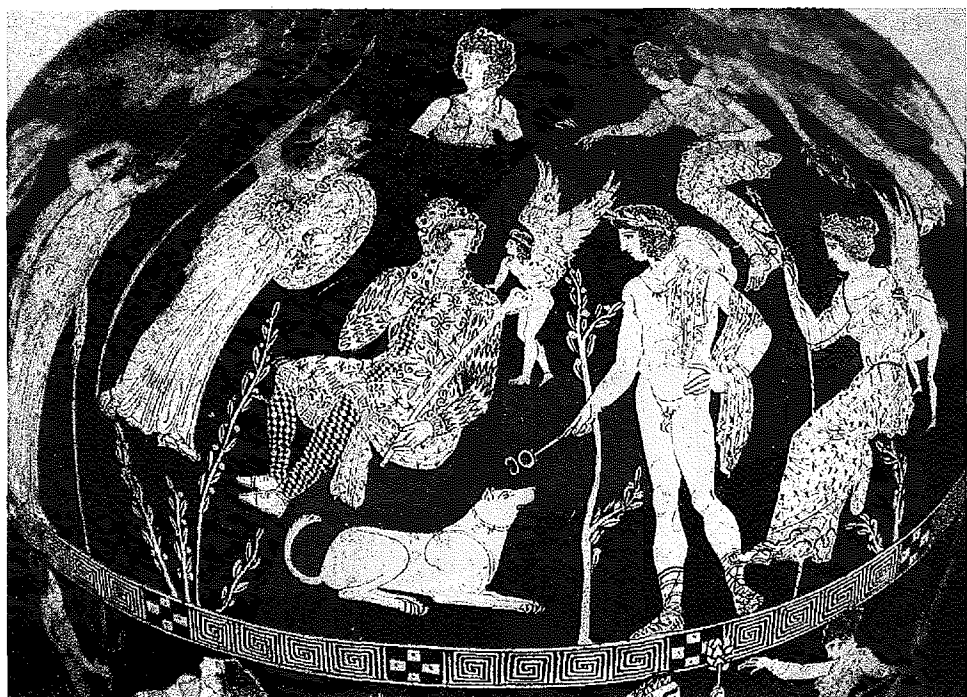
Fondo de copa del pintor de Pentésiles. Hacia el 460 a. de C.

elementos de una escena se convierte en un complicado problema matemático y óptico. Al igual que los arquitectos y los escultores, también los pintores desarrollan por escrito sus respectivas teorías. En las últimas décadas del siglo V la investigación se encauza hacia el dominio de las sombras y el claroscuro, lo que no deja de tener cierta relación con la tendencia de la escultura. Las fuentes presentan a *Apolodoro* apodado *Esciágrafo* («pintor de sombras») como el primer representante de esta línea enriquecedora de la pintura, que habría seguido igualmente el famoso *Zeuxis*, de quien afirma Quintiliano que «había encontrado la *ratio* de las luces y las sombras». La rivalidad entre *Zeuxis* y *Parrasio*, interesado por el contrario, en la capacidad funcional de la línea para conferir a la pintura toda su plasticidad, fue realizada por los Antiguos, conscientes sin duda de que ninguna de las dos tendencias podría prevalecer definitiva y absolutamente sobre la otra, por mucho que perfeccionara sus recursos técnicos. *Zeuxis* procedía de Lucania y *Parrasio* de Efeso, pero ambos coincidieron en Atenas durante la guerra del Peloponeso para deleite e ilustración de sus habitantes. El estilo de *Zeuxis* hacía muy evidente la calidad técnica, incluso para un profano, de modo que es eso, su *techne*, lo que más se celebra, haciendo referencia a su excepcional capacidad para representar la belleza, como en el caso de su *Helena*, compuesta a partir de cinco modelos diferentes. Por el contrario, *Parrasio* destacaba por la dimensión psicológica y patética desarrollada en sus personajes a base de *sophismata*; contábase que había sometido a tormento a un esclavo para conseguir así el modelo que necesitaba para su atormentado *Prometeo*. *Zeuxis* gustaba de pintar figuras de dioses o de héroes dotados de una presencia física impresiva; *Parrasio* prefería los personajes considerados como prototipos de caracteres, cual *Odiseo*, o los que hubieran atravesado situaciones proverbialmente dramáticas, como *Filoctetes* o *Prometeo*. Uno y otro evitaban las grandes composiciones mitológicas que caracterizaban a *Polignoto*, prefiriendo las figuras singulares, y, en todo caso, la novedad. En ese sentido, la pintura se inscribe en la línea del clasicismo, con su afán por causar la admiración de quien contempla la obra de arte, al darle no sólo perfección técnica sino también algo inesperado, no visto antes. Eran muchas, por ejemplo, las representaciones de centauros que habían precedido a la obra de *Zeuxis*, pero *Luciano* registra como una genialidad de este artista el haber pintado a una centaura rodeada de sus crías, porque la humanidad y la ternura habían estado siempre ausentes de esos monstruos. Lo más celebrado de *Parrasio* fue quizá su personificación del *Demo* de Atenas, que, a decir de *Plinio*, exhibía toda una gama de aspectos contradictorios —cobardía y osadía, humildad y altanería, etc.— con los que quería mostrar la versatilidad de su carácter.

El reflejo de la obra de esos pintores en las fuentes literarias no hace sino resaltar el vacío creado por la desaparición de tales pinturas, que obliga a buscar su rastro en la cerámica. Los leцитos funerarios de fondo blanco creados por el *Pintor de Aquiles* parecen influidos por *Parrasio*. Se representa en ellos a veces al difunto sentado delante de su estela, con una expresión melancólica que domina sobre los demás aspectos de su rostro; y la línea deja de ser el perfil real de los objetos y las figuras, adquiriendo un carácter funcional, sugeridor de escorzos y volúmenes. Otro lecitito del mismo autor celebra en una inscripción la belleza del joven *Axiopites*, pero es una *Musa* del *Helicón* acompañada de un rui señor la imagen que se representa. Estos leцитos, que no rebasan el siglo V, se encuentran muy influidos por las estelas funerarias. El sobrenombre que se aplica a este pintor es debido a su representación del héroe *Aquiles* sobre un ánfora conservada en el Museo Vaticano y fechada hacia el 440 a. de C., donde resulta

fácil apreciar la influencia ejercida por la escultura. Otro gran decorador de cerámica, de un estilo, sin embargo, muy diferente, es el *Pintor de Eretria*, que muestra su preferencia por temas de la intimidad doméstica. Es un excelente miniaturista con una especial delicadeza para tratar motivos de gineceo, que se recrean en el desnudo. A finales del siglo V pertenece también la obra del *Pintor de Meidias* muy manierista, quien utiliza temas mitológicos para crear ambientes idílicos llenos de sensualidad.

En el siglo IV se sigue apreciando la influencia de la pintura mural sobre la decoración de vasos, y hay una tendencia a enriquecer los motivos complementarios y a crear piezas de apariencia suntuosa utilizando el dorado y el blanco para dar una sensación de policromía. La extraordinaria difusión alcanzada por la cerámica ática en el siglo V se debe a su superioridad técnica, al hecho de haber logrado crear productos resistentes al golpe y al deterioro exterior, que por esa razón recibieron una decoración costosa y se convirtieron en objetos de lujo. Fuera de Atenas, sólo funcionan talleres entre los griegos de Occidente, debidos a la implantación de emigrantes áticos en esas zonas. El tratamiento de la superficie de los vasos era la clave de la superioridad de esta cerámica, y debía de considerarse como un secreto técnico celosamente guardado por los talleres; se creía que se trataba de un barniz, hasta el momento en que recientes estudios han venido a desvelar al fin el misterio. La finísima capa negra es en realidad una solución coloidal de arcilla en el agua, obtenida por evaporación, aunque eso sí, la arcilla es extraordinariamente fina y pura. Esa especie de gelatina marrón se aplicaba a la superficie del vaso por medio de un pincel antes de la cocción, y luego, en



Pintura de Meidias. Hacia el 340 a. de C.



Vasija de figura roja de Apulia (Sur de Italia). Siglo IV a. de C.

el horno, tenía lugar una oxidación selectiva a través de varias etapas. Primero, a unos 800 grados centígrados se producía una oxidación a base de óxido férrico que confería a la arcilla un color rojo; seguidamente se elevaba la temperatura a casi mil grados, reduciendo mucho la ventilación y aumentando la humedad, de suerte que el óxido de carbono producido transformaba el óxido férrico del vaso en óxido ferroso o en óxido magnético de hierro, ambos de color negro; al llegar a este punto, en fin, se volvía a reducir la temperatura y se dejaba entrar oxígeno en abundancia, con lo cual el óxido ferroso volvía a convertirse en óxido férrico y recuperaba el color rojo, salvo en las partes recubiertas por el enlucido, cuyas finas partículas de arcilla formaban ya una capa compacta que no dejaba penetrar de nuevo el oxígeno. Evitar que el vaso se quebrara, lograr un contraste nítido entre las distintas zonas y conseguir un brillo y una superficie regulares implicaba un perfeccionamiento de la técnica alcanzado de forma empírica y producto de una larga tradición.

En la segunda mitad del siglo V encontramos ya una producción en la Magna Grecia que puede rivalizar con la de Atenas, y en el siglo IV surgen nuevos talleres no sólo aquí, sino también en Sicilia; la afición de estos griegos occidentales por la Comedia se manifiesta en ciertos vasos de Apulia, algunos de elevada calidad artística, que reproducen escenas dramáticas y a sus actores. De talleres de Pesto proceden piezas cuya decoración se inspira en un tipo de farsa local, con grotescos actores que parodiaban las leyendas heroicas desarrolladas por la Tragedia.

CAPÍTULO XXVIII

EL PANTEÓN GRIEGO

RAQUEL LÓPEZ MELERO

Quizá sea éste el aspecto de la Grecia Clásica más difícil de estudiar, y, desde luego, es con seguridad uno de los más complejos. Se muestra elusivo a la sistematización no sólo en la medida en que la mayoría de las religiones requieren un tratamiento diversificado según se contemple su dimensión política, su proyección literaria, su esencia teológica o la vivencia de sus fieles sino, además, en este caso, por el carácter divergente de los testimonios, de suyo muy numerosos y heterogéneos, por el peculiar desarrollo que alcanza en el entorno la filosofía y por la pluralidad y diversidad de las unidades políticas, que implica un reforzamiento de los cultos locales. El sincretismo de la religión griega con la romana en esa religión grecorromana, que conoce una larga vida y ha trascendido mucho más que los componentes originales a la tradición humanística, es, en fin, una dificultad muy importante para su conocimiento.

Un elemento especialmente abigarrado de esta religión es el mito, que tiene como característica más destacable su enorme plasticidad. Eran muy numerosas las variantes locales excluyentes que presentaban las leyendas de los dioses y de los héroes sin que ello creara ningún tipo de conflicto con la creencia o la vivencia religiosa, ni con la existencia siquiera de una especie de religión común, perfectamente compatible con variantes. A partir de esa concepción empírica del mito, los autores literarios se sentían libres para alterar su forma en función de los respectivos desarrollos de sus obras; a veces recuperaban tradiciones casi olvidadas y las hacían prevalecer sobre las que eran de curso común, pero otras veces procedían ellos mismos a la reelaboración, a fin de adaptar un mito al mensaje filosófico que querían transmitir. Sin embargo, el problema no acaba ahí, porque también los conceptos, las ideas básicas sobre la relación entre la divinidad y los hombres, aparecen sujetos a parecidas fluctuaciones, que no es fácil siempre detectar si obedecen a una evolución general de la mentalidad, a una falta de definición o a un desarrollo unilateral del autor. Las implicaciones de la filosofía en este campo contribuyen a reforzar esa ausencia de dogmatismo que parece caracterizar a la religión griega en su comparación con otras religiones. Esta problemática ha inspirado a veces una actitud metodológica restrictiva en el sentido de considerar como testimonios válidos *per se* tan sólo los que hacen referencia al ritual, a la práctica religiosa, que parece, en principio, el aspecto de la religión menos adulterable. La evidencia de

este tipo es abundante, pero, si se quiere prescindir de la especulación interpretativa, difícilmente se puede ir más allá del inventario tipológico; y, si, por el contrario, tratamos de interpretar el ritual, hay que recurrir a la evidencia complementaria o, lo que no es menos arriesgado, a la comparación con el entorno extrahelénico. Además, la piedad individual y el ritual colectivo, por más auténticos e importantes que puedan parecer frente a otros aspectos de la religión, no dan razón completa de ella; la componente teológica, como la mitológica, tenían la suficiente proyección social como para suponer que existía una relación dialéctica entre ellas y la religiosidad; cuando hablamos, por ejemplo de la «religión de Esquilo», la expresión no es probablemente impropia, pero ello no quiere decir tampoco que esa religión se oponga a la de los demás griegos; es una interpretación personal de un patrimonio común, que a su vez influye sobre él. Por último, no hay que olvidar que el ritual no es siempre y necesariamente la forma de la vivencia religiosa. A veces conserva elementos que han perdido toda su vitalidad y ni siquiera son ya comprendidos, manteniéndose tan sólo por una inercia conservadora; otras, en cambio, registran innovaciones tendenciosas de carácter dirigista que no han llegado a calar hondo en el corazón de los fieles.

En resumidas cuentas, la evidencia que proporcionan las fuentes literarias en general debe sumarse a la más específica de algunas de ellas, al enorme bagaje de testimonios epigráficos de contenido muy diverso —leyes sagradas, epigramas funerarios, registros de ofrendas, etc.— y, finalmente, al dossier arqueológico, que es asimismo muy rico y variado. Ante la imposibilidad de hacer aquí una síntesis de la religión griega en conjunto, nos limitaremos a glosar las personalidades divinas más importantes, en la idea de que ello puede servir de introducción a lecturas complementarias.

Los griegos no tenían un número finito o determinado de dioses; sabían que cada lugar contaba con figuras divinas locales sin proyección exterior, dotadas de una entidad independiente para quienes les rendían culto, pero que aparecían como simples hipóstasis o advocaciones de divinidades importantes cuando se consideraban desde fuera. De hecho, todos los dioses, también los extranjeros, eran objeto de un sentimiento de piedad y respeto, y de alguna manera se incluían en la fórmula *pantes theoi*, o simplemente *theoi*, que era utilizada por los Griegos desde los primeros tiempos cuando no querían hacer referencia a divinidades concretas. Sin embargo, en Asia Menor se forjó un panteón de doce dioses que son los reconocidos como más importantes por los primeros autores literarios y los que aparecen en el friso del Partenón; existe entre ellos una relación genealógica y una cierta jerarquía; son los llamados Olímpicos y, en definitiva, los dioses más importantes de los griegos, sus verdaderos dioses comunes. El número de doce, integrado por seis divinidades masculinas y seis femeninas, parece de tradición minorasiática y asimilado en esa zona por los griegos establecidos en ella; logró mantenerse, aunque la figura de Hestia fue sustituida por la de Dioniso, quedando entonces siete dioses —Zeus, Posidón, Apolo, Ares, Hefesto, Hermes y Dioniso— y cinco diosas —Hera, Atenea, Artemis, Afrodita y Deméter. Cada una de estas figuras está asociada a poderes o aspectos especiales, pero en todo caso el panteón clásico es claramente aglutinante y no refleja el desarrollo histórico de esta religión.

Es el padre de los dioses y de los hombres, de modo que desde cierto punto de vista ocupa la cúspide de la pirámide del poder, pero también forma par igual con su esposa Hera, la pareja divina suprema. Se trata de una divinidad de origen indoeuropeo, presente en todas las zonas de implantación de esos pueblos, y cuya personalidad originaria es la de *dios del cielo*; según el momento y el lugar, aparece en oposición a una divinidad del mundo subterráneo, o bien es el dios del cielo frente al de las aguas y el de los Infiernos. Su carácter de señor del trueno y el rayo, que maneja como un arma, y que lo presenta como una divinidad de los fenómenos atmosféricos, procede de Asia Menor, donde se ha producido una cierta transformación de la especie divina indoeuropea originaria, debida posiblemente a influjos locales. Al mismo tiempo, los pueblos helénicos parecen haber conservado una versión más genuina del dios, lo que explicaría, por ejemplo, el hecho de que el Olimpo, su morada, fuera imaginado alternativamente como una alta montaña rodeada de nubes, que se ubicó al norte de Tesalia, y que encuentra sus analogías tipológicas en el Oriente, y como un lugar celestial no determinable por coordenadas geográficas. El mito de su nacimiento y acceso al poder, que evidencia asimismo conexiones orientales, lo presenta como un dios de los tiempos modernos y del mundo civilizado, vencedor del salvajismo y la irracionalidad, pero siempre en guardia contra las fuerzas hostiles que acechan. Su victoria se basa en su condición de *garante de la justicia*, que es la que mantiene el mundo en orden, sin guerra ni destrucción; de ese modo es también guardian de las leyes de los hombres y de todas las instituciones que protegen la convivencia pacífica. De Oriente procede también su asociación con el águila, símbolo de las regiones divinas superiores, y con el toro, símbolo de la fuerza que perpetúa la vida. Recibía culto por todo el mundo griego, aunque algunas regiones y lugares lo destacaban de un modo especial. Es el caso de Creta, donde parece haberse asimilado a algún dios no helénico tal vez de procedencia oriental; aquí, en el isla, Zeus *Cretágeno* se adorna con un hermoso mito relativo a su infancia, que queda integrado en el resto de su leyenda. Es también Zeus la divinidad mayor de Olimpia, la ciudad símbolo de la unidad de los griegos. Tenía, por otra parte, un oráculo famoso en Dodona. Dentro de las doctrinas órficas la figura de Zeus adquiere una dimensión filosófica simbólica, que la convierte en el principio y el fin de todas las cosas.

Todos los dioses del panteón tienen una relación de parentesco con Zeus: Hera es su hermana y su legítima esposa, con la que ha engendrado a Ares; Posidón es su hermano; Deméter es la madre tierra a la que se une para dar vida a Perséfone; Apolo y Artemis son hijos habidos de Leto; Hermes lo es también a través de Maya, y Dioniso, de Semele; Atenea ha salido de su cuerpo; a Afrodita se la llama también hija de Zeus, presentando como madre suya a Dione; y Hefesto, en fin, se muestra como un engendro partenogenético de la esposa Hera.

HERA

Es una extraña personalidad divina, tal vez una divinidad prehelénica de tipo celeste en su origen, que ha venido a integrarse de un modo un tanto forzado en el panteón olímpico. Es la esposa de Zeus, pero no la madre de sus hijos, pues el único que se adscribe a esta unión, Ares, era el más odiado por el padre. La supuesta concepción partenogenética que se le atribuye en la persona de Hefesto viene a confirmar la disociación en ella de los aspectos de esposa y madre; el primero le corresponde en tanto que copartícipe del poder, y, en efecto, el mito alude varias veces a conflictos entre los esposos en ese terreno; cuando no presenta a la diosa como soberana, cual ocurre cuando promete al príncipe Paris el poder si llega a señalarla como la más hermosa. La unión entre Zeus y Hera se muestra bajo el signo permanente de la desavenencia conyugal, que sería motivada por las continuas infidelidades del esposo, a cuyas amantes y respectivas descendencias Hera persigue implacable. No se comprendería, a decir verdad, el papel de esta diosa en el panteón olímpico si no fuera por la extraordinaria importancia que tiene la hierogamia de Zeus y Hera, glosada por diferentes leyendas; posiblemente se cuenta entre las más antiguas, o incluso podría ser la genuina, aquella que imagina a Zeus convirtiéndose en cuclillo para poder así acceder al regazo de la virginal diosa. El episodio de la seducción de Zeus con la ayuda del ceñidor de Afrodita que se narra en la *Ilíada* guarda también una cierta relación con la hierogamia. Es probable que el papel de Hera al lado de Zeus haya sido más importante en una etapa anterior a la formación del Panteón de los Doce, y que la falta de implantación de la diosa en el área minorasiática sea la causa de su relativa postergación, aunque resulta muy difícil concretar estos aspectos, faltándonos como nos falta una visión diacrónica de la formación del panteón. Sea indoeuropea o sea prehelénica su procedencia, o trátese, como podría ser el caso, de una divinidad sincrética, lo cierto es que su culto tuvo la máxima importancia en dos centros: el argivo, situado entre Argos y Micenas, y el de la isla de Samos, desde donde alcanzó una importante proyección hacia la Magna Grecia y Sicilia. También en Olimpia fue una figura destacada, antes tal vez que Zeus. El grupo de ciudades beocias lideradas por Platea celebraba, en fin, un curioso ritual en el que se llevaba en procesión hasta la cima del Citerón una basta imagen anicónica vestida de novia para allí quemarla junto con un toro y una vaca ofrecidos en sacrificio a Zeus y Hera respectivamente; se trata sin duda de una celebración de hierogamia.

POSIDÓN

De acuerdo con la tradición épica, es el dios del mar: después de la caída de Crono el mundo se habría dividido entre sus tres hijos, recibiendo Zeus el cielo, Posidón el mar, Hades el mundo subterráneo y los tres en común la tierra y el Olimpo. Sin embargo, esta leyenda que presenta a los tres Cronidas equiparados en poder no se corresponde con el panteón de los Doce, del que está ausente Hades y donde Zeus goza de la hegemonía. Además, la *personalidad marina* de Posidón, el esposo de Anfitríte y el patrono de pescadores y navegantes, aunque es la que domina en época histórica,

no parece que sea la originaria, al menos como única. Porque el dios no sólo controla las tempestades, para bien y para mal, que se ciernen sobre las aguas, sino que se le atribuye el dominio de los terremotos, la capacidad de «revolver la tierra» con su tridente. Su asociación con este objeto, que guarda bastante semejanza formal con la representación convencional del rayo de Zeus, sugiere que en determinado contexto fue imaginado como el dios de la región inferior, del mundo subterráneo, por oposición al dios de la región superior, el señor del cielo y los fenómenos atmosféricos. A su vez, la interpretación de su nombre como «esposo o señor de la tierra», —que no es segura, pero sí posible, dado que el elemento *DA* parece la designación de la tierra en una lengua prehelénica muy extendida— es consonante con la posibilidad de que haya estado asociado a Deméter; no se le conoce, no obstante, relación con la agricultura, como no la tiene tampoco con el mundo de los muertos, que es el reino de Hades. Su polarización hacia el aspecto de divinidad marina puede haberle venido de ser un dios de las aguas en una región interior; las aguas brotan de las profundidades de la tierra, y Posidón aparece, en efecto, en el mito como creador de fuentes, al tiempo que su tridente puede ser considerado como el instrumento del zahorí. Da la sensación, pues, de que constituye básicamente un *dios de las profundidades*, una divinidad cónica, pero no de carácter agrario ni funerario. Al igual que Zeus, está muy relacionado con el toro, si bien es el caballo el animal que se le asocia en especial y que le era sacrificado ritualmente. Se ha querido conectar el desarrollo de su culto con la introducción del carro de guerra en Grecia desde Anatolia, y, desde luego, no tendría nada de extraño que la personalidad preolímpica de Posidón se hubiera configurado en una región oriental si en verdad se trata de un dios de la región inferior.

En época histórica Posidón tenía una relación especial con la ciudad de Corinto y contaba con un santuario en el Istmo, donde se celebraban los Juegos Ístmicos. En Atenas parece haber sido desplazado por Atenea, pero proyectaba su imagen sobre los navegantes desde su templo de Cabo Sunio. También en la Jonia menorasiática, en el monte Micalé, tenía un famoso santuario.

APOLO

Apolo es el más importante de todos los dioses helénicos; es el más polifacético y el más representativo del conjunto de la cultura griega; al margen de la suprema potestad representada por Zeus, su culto es el de mayor difusión, y su santuario delfico, el más influyente y poderoso. Desde comienzos de la época histórica se aprecia esta preeminencia de la figura de Apolo, que no es, sin embargo, a lo que parece, uno de los grandes dioses de la Grecia micénica. Sus orígenes son enigmáticos, puesto que se acumulan en él aspectos de muy diversa filiación y procedencia, lo que podría deberse a hechos de sincretismo y/o a la transformación de la divinidad a medida que se difundía su culto y a medida que iba ocupando un lugar de excepción en el universo espiritual de los griegos. Fue el primer señor del recinto sagrado de Delfos, pero la arqueología no puede remontar su fundación más atrás del siglo VIII a. de C., y, por otro lado, la leyenda atribuye una anterior posesión del *temenos* anejo a Gea, es decir, a una versión divina de la tierra madre, o bien a Gea y Posidón conjuntamente, al tiempo que refiere la llegada del dios al lugar como la de un conquistador. El mito lo hacía nacer, junto con su hermana Artemis, en la isla de Delos, donde se

asentaba su segundo santuario en importancia, pero, según se ha hecho notar, es a la diosa a quien pertenece el templo más antiguo del lugar, construido hacia el año 700 a. de C., mientras que el de Apolo ocupa una posición periférica. También en Laconia parece haber sido un intruso que hubiera hecho suyas las fiestas celebradas en honor de un dios Hiacinto o Carno. Por el contrario, en Asia Menor su presencia resulta muy genuina: la costa estaba salpicada con sus santuarios oraculares atendidos por sacerdotisas, y son muchas las conexiones del dios con regiones minorasiáticas como la Licia o la Tróade, e incluso con el ámbito hitita y la región sirio-palestina. Pero, al mismo tiempo, Apolo muestra una profunda y ancestral relación con los pueblos dorios en ciertos aspectos del culto y el ritual, mientras que la leyenda de su viaje al país de los Hiperbóreos y las prácticas extáticas que se atribuyen a algunos de sus santuarios podrían reflejar una componente de origen nórdico no precisamente helénica. Finalmente, se ha considerado como un elemento de posible tradición minoica la estrecha relación del dios con ese himno divino tan peculiar que es el *peán*, aunque lo más probable es que *Paiawon*, documentado en Cnoso durante el Periodo del Palacio, sea una divinidad independiente, identificada después con Apolo. Esta conexión cretense justificaría la tradición que atribuía tal origen a la primera sacerdotisa del oráculo de Delfos.

No se adscribe a Apolo esposa o pareja estable y en cambio sí una infinidad de uniones amorosas, de las que habría tenido una abundante descendencia, distribuida por toda la geografía griega e integrada en general por personajes que tuvieron una vinculación especial con su culto o sus santuarios, o que destacaron en alguna de las artes presididas por él. En el mismo plano habría que considerar la funcionalidad epónima del dios, manifiesta en la formación de numerosos antropónimos y topónimos derivados.

Una faceta característica de Apolo, considerada por algunos como la más antigua y principal, es la de dios de las plagas y de la enfermedad en sus distintas formas. En este sentido, ejerce su potestad sobre hombres, animales y cosechas, siendo invocado con epítetos tan significativos como *Alexikakos* («el que aparta el mal»); una estela o altar dedicados en la puerta de las casas a Apolo *Agáieus* («Callejero») debían impedir la entrada de la enfermedad en ellas. Su dominio sobre las plagas, que se manifiesta en epítetos específicos, propiciaba su identificación con divinidades de la fertilidad y la fecundidad, como parece ser el caso del Apolo Hiacintio, o del Apolo Carneio, venerados ambos en el Peloponeso. De hecho, las facetas de dios de las plagas, de la fertilidad, de los rebañíos, de las puertas, o bien de la medicina —representada por el Apolo *Maleatas*—, viene a integrarse en un concepto de *señor del mal*, capaz de dispensarlo y de librar de él. La imagen de *arquero*, que se incorpora a varios de sus epítetos y aparece en la *Ilíada* en relación con la epidemia enviada por el dios al campamento aqueo, es la que mejor corresponde a esta personalidad. Pero también es Apolo un *dios oracular*, bien documentado como tal en todos sus santuarios de Asia Menor, y, desde luego, en el de Delfos. Posiblemente la representación del dios como *músico*, tocando la lira, que es una alternativa respecto de la de arquero, y propicia su vinculación con las Bellas Artes y las Musas, deba ser asociada a su actividad adivinatoria; la mántica realizada a través de un contacto directo o identificación con la divinidad de una médium, como era la de Apolo, guarda, de hecho, una clara semejanza con el fenómeno de la inspiración poética, tal y como lo concibieron los Griegos.

Al templo oracular de Delfos, cuyo ónfalo lo identificaba como un *centro místico*, acudían a consultar al dios reyes, embajadores o particulares de las más variadas pro-

cedencias; un sacerdote especial llamado *profetes* recogía las preguntas formuladas y las transmitía a la Pitía, quien contestaba con gritos ininteligibles y palabras incoherentes, reducidos, a su vez, por el *profetes* a respuestas, por lo general en verso y un tanto enigmáticas. El oráculo se pronunciaba sobre cuestiones de moralidad individual, materia de religión y cultos oficiales, y asuntos de carácter político, entre ellos, las fundaciones coloniales. Ésta es quizá la esfera más importante de la acción de Delfos, en la que funcionaba como un consejero práctico lleno de sentido común y bien informado. Pero su aportación al desarrollo de un concepto del homicidio que superaba, sin anularla del todo, la vieja concepción de mancha contaminante, a fin de introducir en ella las nociones de juicio, compensación y expiación, es también de vital importancia para la historia de las comunidades helénicas, en la medida en que resuelve el problema de la vendetta y abre el camino hacia la consideración del homicidio como un delito sometido a la jurisdicción penal común. Las máximas que fueron grabadas en el santuario délfico, como *medén agan* («nada en demasía») y *gnothi sautón* («conoce tus limitaciones») muestran que éste se hacía portavoz de la filosofía moral desarrollada en la Época Arcaica, sobre la que se construye el espíritu de la Grecia Clásica. Los conflictos de orden propiamente religioso, cuando llegaban a producirse, eran asimismo resueltos gracias al consenso de acatamiento de los dictámenes délficos que existía en las ciudades griegas; aunque el Oráculo solía adoptar una actitud conservadora en materia de cultos, fue, sin embargo, favorable a la introducción de la religión dionisiaca.

ARTEMIS

En Artemis, la hermana de Apolo nacida según el mito de la misma madre y el mismo día que el dios, cuando la infeliz Leto, perseguida por los celos de Hera, logró refugiarse en la isla de Delos y realizar en ella el doble alumbramiento, se reconoce fácilmente el arquetipo de la *Señora de los Animales*, de gran implantación en el marco oriental, así como en el área de la Civilización Egea. Estos antecedentes explican la difusión de su culto entre los griegos y la diversificación que se aprecia en el conjunto de sus santuarios, en función de la antigüedad y la procedencia del mismo en cada caso.

El nombre de la diosa ha sido hipotéticamente reconocido en las tablillas micénicas, pero no se aprecia en él en todo caso una filiación indoeuropea; en las zonas de Asia Menor próximas a las costas se encuentran, a su vez, variantes del nombre de formación no griega, que indican, cuando menos, la amplia dispersión de esta figura divina. En términos generales Artemis es la versión helénica de la Señora de los Animales —ése es el epíteto que se le adscribe en la *Ilíada*—, si bien en los santuarios minorasiáticos, y en especial el de Efeso, se aprecian rasgos orientales, tanto en la iconografía de la diosa como en la organización de su culto. La imagen alada y/o flanqueada por una pareja de animales salvajes en composición heráldica se asocia, por lo general, a la Artemis *Efesía*, aunque conviene igualmente a otras divinidades orientales derivadas del mismo arquetipo.

La versión de Artemis que podríamos llamar *clásica* —*helénicas* son en rigor todas las que corresponden a santuarios griegos— potencia el aspecto de diosa *cazadora* frente al de protectora de los animales salvajes, alterando así una especie divina que integraba los dos por igual y dialécticamente, cual era la Señora de los Animales; al mismo tiempo, Artemis se incorpora al universo estético de los griegos bajo la imagen de una

joven hermosa que encarna la *virginidad*. Su asociación a Apolo en el mito se corresponde, por otra parte, con la representación de ambos dioses como arqueros, implicados eventualmente en una misma operación, como es el caso de la matanza de los hijos e hijas de Níobe o el de la Gigantomaquia.

En su condición de Virgen, Artemis se rodea de un coro de muchachas puras, que danzan o cazan en lugares paradisíacos no hallados por el hombre. Algunas ninfas del cortejo de la diosa han alcanzado una singularidad en leyendas donde aparecen como seres capaces de despertar pasiones eróticas intensas, sin ninguna utilización o incluso conocimiento por su parte de las artes seductorias; es más, la experiencia amorosa las destruye. Todos estos mitos y algunos aspectos del culto de la diosa ayudan a identificar el dominio de Artemis, claramente distinto del de Afrodita, el de Hera o el de Atenea en lo tocante al amor carnal. Es el de la adolescente casta y pura, la etapa iniciática de la mujer que se cierra cuando conoce la unión amorosa. En las sociedades primitivas que practican la caza, tal actividad está frecuentemente asociada, como es sabido a los rituales de iniciación tanto masculinos como femeninos, y a la abstinencia sexual; ése es el ámbito de Artemis, cuyos imperativos de castidad es preciso obedecer hasta el momento en que el propio ritual establece el paso a otra etapa, en la que será igualmente preceptivo cumplir la función reproductora. La relación tensional entre estos poderes divinos se manifiesta en hechos como la atribución a Artemis de las muertes por causa de parto, o, por el contrario, el castigo inflingido por Afrodita a quienes como Hipólito menospreciaban todo valor opuesto a la castidad. Se aprecia, en fin, una vinculación de la diosa con los sacrificios sangrientos; en especial, la leyenda de Ifigenia podría documentar la práctica del sacrificio de doncellas a Artemis como mecanismo ritual de captación del favor de la diosa en la caza o en la guerra. Naturalmente esa clase de sacrificio era rechazado por la sensibilidad del hombre griego clásico, de suerte que sus mitos lo reinterpretan como un caso de *harmatia* («error trágico»), que es el de Agamenón respecto de su hija Ifigenia, o bien lo atribuyen a zonas periféricas al área cultural griega propiamente dicha y consideradas como salvajes, cual era el país de los Tauros.

En el Peloponeso Artemis es ante todo una diosa de la fertilidad y de la fecundidad, acaso venerada ya bajo ese tipo en la época micénica. En su asociación al epíteto de *Ortia*, de significado incierto, tenía un templo cerca de Argos, pero el más importante era el de Esparta. En proximidad a su altar se celebraba la fragelación de los efebos, una prueba de resistencia de carácter iniciático que soportaban los jóvenes a veces hasta la muerte, según atestigua Plutarco; se ha interpretado como la pervivencia de un primitivo ritual de purificación a través de una comunión mística con la sustancia sagrada de agnoscato, cuyos tallos servían originalmente de fragelos. Sin embargo, el culto de Artemis *Ortia* estaba también lleno de aspectos amables y delicados en lo que respecta a la relación de las doncellas con la diosa antes de desposarse; se celebraban concursos de coros, que combinaban la danza, el canto y la música en una perfecta integración del espíritu religioso de la fiesta con el desarrollo de las facetas artísticas, tal y como se aprecia a través de los fragmentos conservados de la obra del poeta Alcmán. El hecho de que el premio otorgado al ganador fuera un hacha de bronce se ha considerado como un indicio de la naturaleza agraria de esta diosa, que podría obedecer incluso a una componente prehelénica de raíz local.

El lugar de culto más importante de Artemis en la Grecia central era su santuario ático de la ciudad de Braurón, situada en la costa oriental de la península. El tirano

Pisístrato, oriundo de esa ciudad, introdujo en Atenas el culto de Artemis *Brauronia*, construyendo en la Acrópolis un pequeño santuario que no pasó nunca de ser una representación del de Braurón, heredero a su vez, de uno más antiguo ubicado en Halas, en el golfo de Eubea. Esta Artemis ática llevaba el epíteto de *Taurópolis* («Criadora de Toros»), pero también tenía una vinculación especial con los caballos y las cabras, y era protectora de las cosechas; la Brauronia, que se hacía proceder de la Táuride en el mito, desarrolló, sin embargo, en su condición de divinidad principal de la ciudad, los aspectos positivos de su culto, en tanto que los negativos, crueles y salvajes fueron transferidos a Ifigenia, su sacerdotisa en el mito, deificada y adorada en el mismo lugar bajo el título significativo de *Táurica*. A esta última se consagraban los peplos de las mujeres muertas en alumbramiento, mientras Artemis recibía los de las que habían tenido partos felices. Una posibilidad apuntada es que *Artemis-Ifigenia*, fuera una forma de culto salvaje de la Señora de los Animales desarrollada en la Táuride, y que su asimilación al tipo de Artemis más propiamente helénico, haya obligado al desdoblamiento de la divinidad en dos personalidades diferentes después de su trasplante al Ática. De hecho, las atribuciones y los aspectos culturales de Artemis Brauronia la asemejan a la Artemis Ortia espartana; también aquí es competencia de la diosa la nubilidad de las jóvenes, que pasaban una etapa de consagración a su servicio como parte del ritual iniciático. Las fiestas oficiales de la diosa, las Brauronias, tenían una forma magna cada cinco años y otra menor en los años intermedios. Las Grandes Brauronias incluían el sacrificio de una cabra y una danza de las jóvenes, portadoras de objetos votivos, en torno al altar; también se celebraban competiciones de canto, que se decían habían servido de modelo a los Tiranos para el diseño de las Panateneas.

ATENEA

El rasgo más destacado de la diosa *Atenea* es quizá su estrecha vinculación con Atenas, de la que es divinidad tutelar desde el día en que, según el mito, logró ganar a Posidón esta importante sede al obsequiar a la ciudad con el primer olivo. Su nombre, que en griego es la forma singular correspondiente al plural con el que se denomina a la ciudad, parece haber sido, en efecto, un topónimo en el origen; así lo sugiere la terminación *-ene*, que es una de las toponomásticas bien documentadas, así como la mención de las *tablillas* interpretada como «Señora de Atana». No es posible sin embargo, aventurar para él un significado ni establecer su filiación, cual ocurre con el de *Palas*, que se le aplica conjuntamente —Palas Atenea— y podría ser el verdadero teónimo.

Al margen de que la divinidad «de Atana» de la tablilla cnosia fuera o no una Atenea, es preciso plantearse, como en otros casos, la cuestión de los antecedentes minoicos y/o micénicos de la diosa clásica. Los indicios de que disponemos apuntan en una doble dirección. El especial carácter de la diosa poliada, es decir, defensora de ciudades, que tiene la Atenea histórica, no sólo por lo que respecta a Atenas sino también en casos tan heterogéneos como pueden ser el de Troya, el de Gortina, o bien los de Esparta o Argos, donde existía otra figura divina femenina aún más importante; el hecho de haber sido erigidos muchos de sus templos en las mismas acrópolis y en solares pertenecientes a los antiguos palacios micénicos con la consiguiente posibilidad de que perpetuaran lugares de culto de una divinidad similar micénica; y la relación, en fin,

de Atenea con la serpiente, a través del mito de Erictonio, que se aprecia asimismo en la iconografía clásica de la diosa, y con un ave, como es la lechuza, llevaron a Nilsson en su día a considerar a Atenea como una Diosa de las Serpientes minoica, protectora de la casa y del palacio. Sin embargo, esa divinidad cretense no tenía, que sepamos, una apariencia guerrera, lo que es un rasgo característico de la Atenea clásica en todas sus versiones, incluida la supuestamente troyana del Palacio. Parece, en cambio, que haya podido deberse a la influencia micénica sobre el panteón minoico la presencia en éste de una figura femenina bélica, que debe de ser la representada como un escudo en ocho antropomórfico, y como una imagen tocada con casco en un fresco de Micenas; así lo entendió Nilsson, que distinguía en todo caso claramente esta diosa de la doméstica de las serpientes. Nada apunta, por otra parte, a una filiación indoeuropea de este tipo de divinidad, y como quiera que su aparición en el panorama micénico parece demasiado temprana como para que haya podido ser una elaboración original de estos pueblos, y en definitiva, siempre habría que buscar las raíces del arquetipo, resulta poco menos que obligada la referencia a una conexión oriental; el ámbito sirio conoce ciertamente un tipo de diosa armada defensora de la ciudad, que da cuando menos razón del carácter de talismán protector de la ciudad que tiene el Paladio en la leyenda troyana. Una vez más habría que remitirse quizá a la fuerte impregnación oriental que experimentan las tierras griegas a finales del Heládico Antiguo para conjeturar el trasplante de una divinidad de esa procedencia que alcanza una promoción destacada en el Mundo Micénico.

En su condición principal de *diosa guerrera y defensora de las ciudades*, Atenea conserva rasgos o huellas indirectas de un primitivismo salvaje, y lo que es tal vez más significativo, un carácter de numen divino ajeno al antropomorfismo y la acusada humanización de las divinidades helénicas. Esa diosa que recorre el campo de batalla profiriendo alaridos y agitando ferozmente las armas no es sino una imagen de la fuerza bélica que mueve a los hombres a luchar a ultranza por la defensa de su ciudad. Y una fuerza es también la función apotropaica que encarna Atenea cuando protege con su sola presencia el solar donde se encuentra instalada. La colocación en la Acrópolis ateniense de la enorme *Prómachos* mostrando su escudo con el Gorgoneo a los potenciales enemigos indica que ese elemento arcaizante de la figura de Atenea no había perdido su relevancia en la Época Clásica.

Además de estas funciones guerreras, la Atenea clásica tenía otras de carácter pacífico, que adquirieron importancia entre las clases populares: con el epíteto *Ergane* («Laboriosa, Trabajadora, Artesana»), era la patrona de los constructores de naves y de los herreros —circunstancia ésta que explica quizá su relación con Hefesto en el mito— al tiempo que presidía las labores manuales femeninas como el hilado, el bordado y el tejido. Con el tiempo, el carácter de protectora de las obras de paz prevaleció de una manera general sobre el de diosa guerrera, y Atenea acabó personificando la sabiduría y la prudencia, manteniendo la salud pública y velando sobre el estado y los tribunales de justicia. Esta amalgama de funciones no es incoherente, aunque sí implica una transformación del arquetipo dentro del criterio cultural helénico. En un grado de civilización como el alcanzado por los estados griegos clásicos la guerra es una actividad regulada por leyes que excluye del individuo, como del grupo político, las actuaciones salvajes y espontáneas; la belicosidad indiscriminada, el impulso de agresividad para lograr la supervivencia, la violencia desordenada, en suma, quedan ya dentro de la competencia de Ares, el verdadero dios de la guerra, mientras que Atenea encar-

na lo que técnicamente se llamaría la «guerra justa». Tal concepción es inseparable del derecho y de la justicia, de donde la estrecha vinculación que se aprecia entre la diosa y su padre Zeus, garante del funcionamiento «ajustado» del cosmos. El tratamiento que hace de la diosa la epopeya refleja ya esa doctrina: Atenea asiste siempre con su presencia a quien lucha por algo que en justicia le corresponde o a aquel de los guerreros que debe ser vencedor de acuerdo con el dictamen omnisciente de Zeus. La guerra que se emprende con el único objetivo de la propia defensa es conceptualmente inseparable de la paz, porque su virtualidad operativa funciona como garantía y salvaguardia de ella, de acuerdo con una doctrina —*si vis pacem para bellum*— que todavía no ha perdido su vigencia; no resulta pues, extraño, desde un punto de vista estructural, que una misma diosa sea guerrera y artesana. Una comunidad que ha sustituido la fuerza por el trabajo como mecanismo de apropiación de bienes necesita de una fuerza defensiva que proteja esas actividades pacíficas, y ése es, en Atenas sobre todo, el papel de Atenea.

La iconografía de la diosa es compleja, aun cuando excepcionalmente pueda quedar reducida a la imagen de una simple doncella con su peplo, como es la dedicada por los colonos atenienses de Lemnos. Se trata básicamente de una diosa provista de armamento pesado así como de uno o varios elementos supuestamente dotados de una fuerza mágica apotropaica. El principal es la *égida*, una piel de cabra que cubre sus hombros y que suele aparecer bordeada por pequeñas serpientes; también el escudo redondo de la diosa presenta a veces un gorgoneo, es decir, una cabeza monstruosa identificada como la de Gorgona. La vinculación de Atenea a estos elementos no está bien explicada, a no ser por mitos de sospechosa genuinidad, pero parece que haya que distinguir entre la cabra, un animal que se le ofrecía en sacrificio y al que se atribuye una capacidad mágica-destructiva, en ámbitos culturales muy diferentes, y el rostro animal que no se identifica con especie real alguna y presenta siempre una expresión feroz bastante semejante, supuestamente dotada de un valor mágico atropoico. Ambos recursos coadyuvan en la función defensora de Atenea, al menos como arcaísmos iconográficos. La fuerza paralizante del enemigo que se atribuye al numen divino viene a actuar otras veces a través de la mirada terrible de la propia diosa, un elemento que parece haber sido destacado en muchas representaciones plásticas y que presenta un tratamiento magistral en la escena de la *Ilíada* correspondiente a la disputa entre Aquiles y Agamenón.

Al igual que Artemis, Atenea es una diosa que rechaza las uniones amorosas, pero, en su caso, desde una posición totalmente ajena al erotismo. Su orgullo por no haber nacido de mujer ni de comercio sexual sino de la propia cabeza de Zeus refuerza su situación marginal respecto de la función reproductora, aunque tampoco se circunscribe a la tópica función guerrera, porque, como hemos señalado, el contexto cultural reclama para ella una función que es tanto defensora como de gobierno. Por eso tal vez se la hace nacer de la cabeza de Zeus. Los primitivos atenienses habían desarrollado, al parecer, un mito que presentaba a Atenea como madre de Erictonio o Erecteo, el primer rey de la ciudad; con él querían quizá establecer un vínculo especial entre la monarquía y la divinidad tutelar, como, en efecto, ocurría en otros lugares, pero en este caso la asexualidad de la diosa le impedía ser padre o madre, por lo que se recurrió al expediente de hacer nacer al rey de la tierra fecundada por el semen que derramara Hefesto sobre ella en su fallido intento de unirse a Atenea.

La unión amorosa es el dominio indiscutido de Afrodita, otra de las grandes diosas de los griegos. Como en el caso de Atenea, es la fuerza, el numen divino lo que prevalece en esta divinidad sobre todos los aspectos; y, por ser ella el impulso que mueve a los seres a buscar la conjunción carnal, su nacimiento precede a toda unión de este tipo. Afrodita ha nacido de la espuma del mar formada al caer sobre él los órganos genitales de Urano seccionados por su hijo Crono; no sólo es anterior a los dioses olímpicos, que representan el orden civilizado, sino que surge en la edad en que no hay más dioses ni más seres que las fuerzas naturales. De alguna manera, el amor que simboliza Afrodita es el principio vital del universo.

No estamos aquí ante una divinidad de raigambre indoeuropea y tampoco hay indicios de su existencia en el ámbito micénico, donde funciona un arquetipo de diosa de fertilidad-fecundidad más próximo sin duda a las figuras de Artemis o de Démeter; Afrodita procede claramente del Oriente, del área palestina en concreto, que presenta este desarrollo peculiar de la diosa de la fertilidad. También está claro que el viaje de esta especie divina hacia el occidente se ha producido a través de Chipre, la isla a la que fue arrastrada por las olas tras su nacimiento y donde tenía su famoso santuario de Pafos, más oriental que helénico en sus ritos. Allí la semítica Istar-Astarté debió de franquear el umbral de lo griego, penetrando en el universo espiritual helénico, transformándose en algunos detalles y matices, ocupando, en fin, en el panteón clásico una posición singular e insustituible, en la que se manifestaba la conjunción de la típica sensualidad oriental con el erotismo ilustrado de los griegos. *Ciprís*, en efecto, es el epíteto que se aplica a Afrodita en general, no a una advocación concreta de la diosa, desde la *Iliada*. De todas formas, el solar sagrado de Pafos ha revelado la existencia de una construcción de época micénica, aparentemente de uso religioso; es probable, por tanto, que durante mucho tiempo antes de la implantación colonial fenicia en la isla y de la construcción en Citio del santuario de Astarté, Pafos fuera el centro de culto de una divinidad minoica o micénica, una diosa celeste verosíblemente, asociada a un ave y relacionada con la fuerza vital reproductora. En tal caso, el sincretismo de esta divinidad con Astarté habría sido el verdadero origen de esa diosa, sucesivamente adaptada al espíritu helénico. Tal vez la referencia del mito según el cual Afrodita había arribado a la isla de Citera, antes que a Chipre, conserve de algún modo el recuerdo de la expansión de una diosa minoica siguiendo la línea del movimiento colonizador. La variante mítica que la hace hija de Zeus y de Dione sirve para integrar a Afrodita en la generación de los dioses Olímpicos y homologar en cierto modo su personalidad divina respecto de las otras figuras del panteón; por el contrario, su nacimiento del mar podría pertenecer a la diosa prehelénica o proceder del Oriente, como ocurre, desde luego, con el mito de la castración de Urano, con el que se relaciona.

La concepción de la sexualidad que encarna la componente semítica de Afrodita se integraba con dificultad en el espíritu griego, de modo que la diosa parece haber tenido una doble personalidad que merecía una valoración muy diferente en términos de moralidad. La vida sexual desenfrenada, no sujeta a normas, y la prostitución en especial, dependían de la fuerza que representaba Afrodita, luego no podían dejar de

considerarse como su competencia; y sin embargo, eran tenidas por calamidades, porque tal amor se catalogaba como una pasión degradante y destructora. En cambio, el erotismo que aparece en los poemas de Safo en relación con las muchachas abocadas al matrimonio es una auténtica sublimación del apetito sexual, adornada con una serie de elementos que muestran una exquisita sensibilidad para los valores estéticos; se trata de un eros que anida en los sentidos, no en la razón, pero creando un ambiente de delectación donde la experiencia amorosa está unida a otras vivencias que la enriquecen y la elevan muy por encima de los niveles de la trivialidad. En la filosofía platónica, en fin, el eros bueno, que no deja de ser de Afrodita, vuela todavía más alto buscando un compromiso entre la sensualidad y la razón; en el *Banquete* se resalta la dualidad jugando con dos de los epítetos de Afrodita, *Ourania* («Celeste») y *Pandemos* («Popular» de donde también «Vulgar»), que presentan a la diosa como una doble figura. En la visión platónica la Afrodita Pandemos representa el amor conocido de todos, el que está al alcance de cualquiera, mientras el de la Afrodita Urania sólo es accesible a quienes conocen el auténtico ser de las cosas. Naturalmente los epítetos han sido reinterpretados, porque el de Urania hacía referencia a los aspectos celestes de la divinidad semita, mientras que el otro aludía a la presencia de Afrodita en todos los seres humanos.

La iconografía de la diosa acusa igualmente esa interferencia de concepciones difíciles de armonizar. La divinidad oriental se imaginaba desnuda, y desnuda surgía Afrodita de las aguas en la versión primitiva de su nacimiento; pero los griegos de la época Arcaica la representan como a todas sus diosas, envuelta en abundantes paños, resaltando en su caso los adornos de apariencia suntuosa, justo hasta el clasicismo del siglo IV en que los escultores recuperan paulatinamente el desnudo para la representación de esta divinidad. Oriental y helénica era la idea que la diosa encarnaba —y así debía manifestarlo su imagen plástica, el encanto, el atractivo y la fuerza capaz de despertar el deseo amoroso; pero, mientras en la versión oriental esa fuerza tiene un cierto carácter mágico, como lo muestra el poder que se atribuye a su cinturón, y se desprende, en todo caso, de la propia desnudez desenfadada, en el tratamiento helénico el eros aparece estrechamente vinculado a la belleza, de suerte que esa Afrodita vestida o desnuda puede adoptar una actitud pudorosa.

El mito presenta a Afrodita como la esposa de Hefesto, cuya fealdad y limitación física parecen justificar el que la diosa cometiera adulterio con Ares; sin embargo, estos y otros mitos no hacen sino ensartar desarrollos locales independientes. La vinculación con el dios del fuego y de la metalurgia, que podría representar sólo el patronazgo sobre esas actividades, se ha atribuido a la versión chipriota de Afrodita, dado que lo más destacado de la isla durante toda la Edad del Bronce, fueron sus yacimientos de cobre, metal que salía de allí en forma ya de lingotes; en cambio, la unión con el amante Adonis nos lleva hasta la propia pareja Astarté-Tammuz, que, como tal, depende de un arquetipo de amplia difusión por todo el Próximo Oriente. El mito de su unión con Anquises para engendrar al príncipe Eneas aproxima, a su vez, a Afrodita a la diosa minorasiática del tipo de Cibeles.

El culto de Afrodita en Pafos incluía una especie de misterios en los que las doncellas sacrificaban su virginidad a la diosa bajo una forma de prostitución sagrada; también se intercambiaban los vestidos entre los hombres y las mujeres, elemento éste que se refleja en la variante iconográfica de la Afrodita barbada. Esparta veneraba a una Afrodita *Areia*, es decir, pareja de Ares, posiblemente de un tipo hierogámico que cons-

titutía la derivación local de la diosa; Atenas celebraba una procesión solemne en honor de la *Pandemos*; y *Afrodísias*, o fiestas de Afrodita, de un carácter licencioso estaban establecidas en muchas ciudades, entre ellas Tebas, y Corinto, la ciudad de las heteras. También las *Adonias* o fiestas de Adonis, tenían una relación con la diosa, pero tipológicamente pertenecían al grupo de cultos relacionados con el ciclo vegetal. En conjunto, las fiestas dedicadas a Afrodita en el ámbito griego son raras y poco importantes, probablemente, como apuntara Nilsson, porque otras divinidades más antiguas o más adecuadas en términos sociológicos al mundo helénico habían asumido las competencias más nobles de la diosa; posiblemente fuera Lesbos el lugar donde su culto y sus celebraciones alcanzaron una mayor importancia en un marco puramente helénico.

DEMÉTER

Es una diosa ligada al Panteón Olímpico, que queda fuera de la genealogía de este conjunto divino; pertenece a un grupo de divinidades más antiguas, pero era tal su importancia que no pudo pasar a la categoría de los dioses inactivos. A primera vista, parece la divinización de la tierra en cuanto madre, es decir, de la tierra que produce fruto, y da la impresión de constituir la figura principal dentro de los cultos agrarios; otras divinidades participan localmente de esa esfera de competencias, pero el desarrollo de los Misterios Eleusinos, que fueron una de las grandes celebraciones panhelénicas, confiere a Deméter una relevancia muy especial. Además, ninguna de las diosas olímpicas encarnaba la imagen de la maternidad, de modo que este papel correspondía también a Deméter, que lo representaba con unos tintes dramáticos y conmovedores; la madre divina de los griegos es una doliente que sufre la pérdida de la hija, a quien corresponde simbolizar el ciclo de la vida y de la muerte.

Aunque la etimología del teónimo Deméter es incierta, se ha venido considerando como verosímil la posibilidad de que el elemento *Da* (-*De*) fuera el nombre de la tierra, no tanto como una voz doria, alternativa respecto de *Ge* (o *Gaia*), cual sugiriera Kretschmer, cuanto como vocablo prehelénico de probable tradición minoica. También se ha intentado, sin embargo, identificar ese elemento con el nombre del trigo o del grano en general. Porque el hecho es que la interpretación de Deméter como una Tierra Madre no resulta totalmente satisfactoria; no hay duda de que el poder de recrear las cosechas es inherente a la diosa, pero los misterios de Eleusis son algo mucho más rico que una fiesta agraria. La proyección de Deméter sobre el mundo subterráneo y la dimensión escatológica del culto eleusino, que, en definitiva, es la que explica el hecho de que los Misterios tuvieran un poder de convocatoria que rebasaba la propia Hélade, presentan a la diosa, desde un punto de vista tipológico, como algo más que la tierra de cultivo deificada. A su vez, el origen nórdico atribuido a Céleo, el supuesto fundador de los misterios de Eleusis, no se armoniza bien con las supuestas raíces minoicas de la diosa. Es la Deméter clásica una divinidad compleja, aunque el proceso de su formación, que puede incluir fenómenos de confluencia y reinterpretación diversos, queda fuera del alcance del historiador. La paridad con que aparecen Deméter y Persefone en algunos tratamientos que las presentan como *Las Dos Diosas* —la madre y la doncella (Core)— como si de dos versiones o personalidades de un mismo numen divino se tratara; o la dificultad estructural que plantea la figura de Triptólemo en com-

petencia con la de Perséfone, son exponentes del carácter aglutinante de esta especie divina. El mito que presenta a Core raptada por Hades, el rey de los muertos, buscada luego angustiosamente por su madre y destinada, en fin, a pasar la mitad del año entre los vivos y la otra mitad en el mundo subterráneo, logra conciliar los diversos aspectos y elementos, aunque dejando al margen el papel de Triptólemo. Es lamentable que no podamos conocer el contenido de los Misterios, porque sin duda ello nos aclararía hasta cierto punto el carácter de esta enigmática diosa. Parece claro, sin embargo, que además y por encima de ser una *divinidad de la fertilidad*, Deméter-Perséfone, es la *diosa de la muerte*; no la diosa que mata sino la que simboliza con su mito y su culto la angustia del hombre ante el hecho cotidiano de la pérdida de la vida y su inveterado esfuerzo por encontrar una clave que permita dominarlo, racionalizarlo o sublimarlo. Los misterios de Eleusis, como tantos otros expedientes religiosos similares, ofrecían una vivencia psicológica intensa, por vía de sugestión y acaso de una cierta taumaturgia, que proporcionaba un alivio a esa inquietud de los hombres ante la expectativa de la muerte. En el mito de Deméter-Perséfone la muerte es algo inevitable, puesto que la joven alegre y llena de vida que cogiera un día en la pradera la fatídica flor deberá ser ya para siempre la esposa de Hades; el triunfo que logra su madre sobre la muerte no es reintegrarla a la situación anterior, es decir, devolverla al mundo de los vivos, sino lograr que en su actual condición pueda acceder a las regiones superiores y participar de otra vida.

Como parte integrante de los Misterios, este mito cumplía, sin duda, una finalidad escatológica. Por el contrario, el simbolismo relativo a la siembra del grano, con su primera fase de vida bajo tierra y su posterior eclosión al exterior, pertenecía posiblemente a un estrato más antiguo de ese culto, y, si se ha mantenido vivo, reviste, en todo caso, un valor secundario. Es muy probable, en suma, que, de haberse perpetuado Deméter como divinidad agraria, hubiera quedado relegada, igual que Gea, a un papel totalmente marginal, siendo así que otras divinidades más jóvenes y más helénicas eran capaces de asumir tales competencias; la dimensión ctónica en el contexto de los Misterios, es lo que justifica, al parecer, su importante presencia en el Panteón clásico.

En cuanto al origen unitario o aglutinante de los misterios de Deméter, nada diremos aquí, pues es cuestión muy debatida y muy difícil de dilucidar. Además de los de Eleusis, se celebraban otros en la Arcadia y en Mesenia, sobre los que se sabe muy poco; a su vez, otras celebraciones, como las *Tesmoforias*, de un carácter claramente ctónico, resultan en cierto modo asimilables a los Misterios. Las *Tesmoforias* se documentan por todo el ámbito cultural griego, aunque sólo se conocen por lo general a través de simples referencias puntuales. Sobre las celebradas en Atenas tenemos, sin embargo, más información. Estaban excluidos de ellas los hombres, las muchachas, las heteras y las esclavas, de modo que las participantes eran las matronas, las mujeres casadas, que hacían gala, sin embargo, en esa ocasión de unas manifestaciones licenciosas y procaces. Se echaban cerdos a unas cavidades o pozos, donde se dejaban descomponer; días después los restos eran retirados por unas mujeres que bajaban a buscarlos y los depositaban en altares, a fin de que fueran mezclados con el grano de la siembra para asegurar las buenas cosechas.

Los Misterios celebrados en Eleusis fueron un foco de atracción religiosa en todo el ámbito de la cultura griega y romana desde la Época Arcaica hasta el Bajo Imperio; y también un secreto celosamente guardado por los autores que se refieren a ellos, que no se atreven a desafiar la maldición y la pena legal de muerte que amenazaba a sus

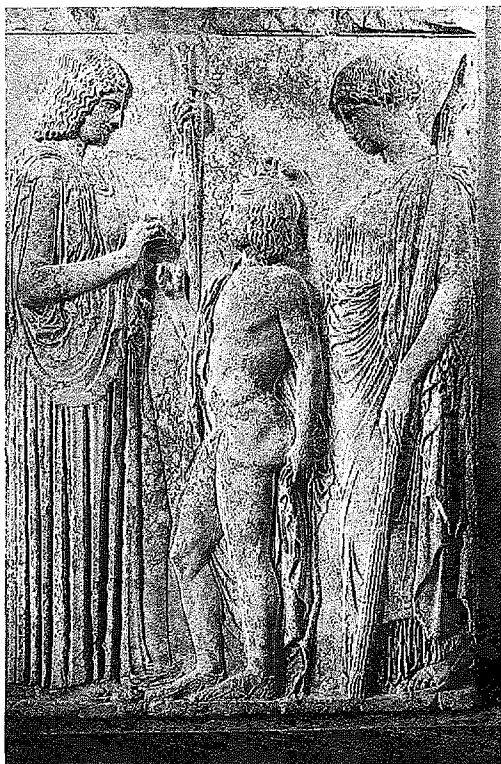
desveladores. Por lo tanto, la arqueología es la única fuente con que contamos para el estudio del culto eleusino. Felizmente Eleusis es un raro lugar donde los restos arqueológicos conservados nos permiten establecer la evolución desde los tiempos micénicos hasta la destrucción del siglo V d. de C. Eleusis fue fundada hacia el año 2000 a. de C. en la colina oriental de la llanura eleusina, convirtiéndose durante la época micénica en una ciudad importante, rival de Atenas. La acrópolis fue rodeada por una muralla que protegía el «palacio de Céleo». Bajo el palacio, en lo que sería después la entrada principal del santuario, estaba la fuente *Callíchoron*, que proporcionaba agua potable a la ciudad y tenía un carácter sagrado. Al sureste de la Acrópolis en una terraza natural próxima a la fuente fue construido posteriormente el *Telesterion*, templo de la diosa Deméter y lugar de celebración de los Misterios, y allí bajo el pavimento se han encontrado los restos de un mégaron micénico, que podría estar asociado al santuario de una primera Deméter; es la posible residencia originaria de la familia de los Eumólpidas, que controlaba el culto y está relacionada con la tradición mítica de su origen y con la historia primitiva de la ciudad. Eumolpo aparece como un hijo de Posidón que condujo a los Eleusinos a una batalla contra el rey ateniense Erecteo, leyenda que se puede conectar con la que refiere la disputa entre Posidón y Atenea por el patronazgo de Atenas. El origen tracio de Eumolpo sugiere un lugar de procedencia para ese culto, que probablemente empezó siendo de carácter privado. Posteriormente, hacia mediados del siglo VIII, el mégaron fue reemplazado por un pequeño templo, el primer *Telesterion*, que no cambió de solar, aunque sufrió muchas alteraciones entre los siglos VII a. de C. y II d. de C. Los «objetos sagrados» estaban preservados en el *adyton* adonde sólo podía entrar el hierofante, supremo sacerdote y celebrante de los Misterios, que pertenecía a la familia de los Eumólpidas.

La historia del santuario durante el periodo Geométrico y hasta la construcción del primer *Telesterion* es poco clara. El carácter panhelénico de los Misterios y la transformación del culto de Deméter en oficial podría datarse a mediados del siglo VIII, que es la época en la que surge, en general, el panhelenismo, evidenciado en la fundación de las Olimpiadas. Por entonces se construyó un nuevo y fuerte muro que rodeaba el recinto sagrado, donde se había demolido el mégaron y las dependencias adyacentes. La construcción del Telesterio tuvo lugar cuando ya Eleusis se había sumado al sinecismo del estado ateniense, y los Misterios Eleusinos fueron cobrando importancia hasta convertirse, junto con las Grandes Panateneas, en la celebración religiosa más destacada de Atenas.

Existen varias leyendas relativas a la introducción del culto eleusino, pero la más conocida es la que incorpora el *himno homérico a Deméter*, compuesto hacia el año 600 a. de C., es decir, cuando ya los Misterios tenían un carácter panhelénico y se construía, para su celebración, el primer Telesterio. Fatigada por la larga marcha en busca de su hija, Deméter se habría sentado a descansar junto a la fuente *Callíchoron*, donde la encontraron las hijas del rey Céleo y la llevaron al palacio. Allí se convirtió la diosa en la nodriza del pequeño Demofonte, a quien quiso hacer inmortal introduciéndolo en el fuego; pero la madre del niño presenció por azar la ceremonia y gritó horrorizada, provocando la cólera de Deméter, que reveló su verdadera identidad y tomó posesión del lugar sagrado próximo a la fuente, ordenando a los Eleusinos que le construyeran allí un santuario. Después de recuperar a su hija, la diosa reveló los *misterios*, que proporcionarían a los iniciados una existencia mejor sobre la tierra y una vida de felicidad después de la muerte. En cuanto a Triptólemo, símbolo del fruto, identificado

con Demofonte, Deméter le había dado un carro con dragones alados y le había ordenado que recorriera el mundo sembrado granos de trigo. También aparece como uno de los jueces de los muertos. Demofonte-Triptólemo protagoniza un ritual de inmortalidad que se encuentra en otros mitos: la inmersión en el fuego transustancia la naturaleza mortal y da lugar a un nuevo ser, cuya naturaleza divina es simbolizada por el carro que recorre velozmente las regiones superiores y por la presencia de Triptólemo en el mundo subterráneo. Las ceremonias desconocidas de los Misterios trataban sin duda de reproducir en una forma inocua ese ritual de inmortalidad que quedaba ligado a la fertilidad de los campos.

Desde el momento en que los Misterios de Eleusis alcanzaron su dimensión panhelénica tuvieron una doble celebración cada año: los Pequeños Misterios de marzo y los Grandes Misterios de septiembre. En los primeros, los participantes eran purificados y preparados para la iniciación final en el santuario que tenía Deméter en Agras, cerca de Atenas. El primer día de los Grandes Misterios los sacerdotes del templo de Eleusis, conducidos por el hierofante y el «portador de antorchas», llevaban los «objetos sagrados» desde la cámara santa del Telesterio hasta el Eleusinio, el templo de Deméter situado junto a la acrópolis de Atenas. Al día siguiente, el hierofante y otro ministro principal del santuario eleusino se dirigían al ágora e inauguraban el festival público. Tras una serie de celebraciones que llenaban otros tres días, tenía lugar en el sexto de la fiesta la procesión de regreso a Eleusis, en la que los «objetos sagrados»



Demeter Perséfone.

conducidos por el hierofante recorrían la Vía Sagrada y eran de nuevo depositados a la puesta del sol en el Telesterio. Entonces se celebraban los Misterios, que duraban dos noches y que sólo estaban abiertos a los iniciados.

DIONISO

Otra figura divina de singular importancia y destacada personalidad que entra en el grupo de los Doce de un modo un tanto forzado es la de *Dioniso*, a quien el mito presenta como hijo de Zeus y de la mortal Sêmele. Su genealogía hace de él, pues, un héroe más que un dios; y la especie religiosa que representa se erige en muchos aspectos en una oposición dialéctica respecto de la religión olímpica. Pero, al igual que Afrodita, Dioniso está dentro del universo espiritual de los griegos, lo enriquece y logra triunfar contra el repudio de sus oponentes; por ello figura en el panteón de los Doce aún a costa de desplazar de él a Hestia, la diosa del hogar doméstico.

Desde el punto de vista fenomenológico podría decirse que el culto de Dioniso constituye per se una religión, porque la vivencia de sus celebrantes es cualitativamente distinta con respecto a la de otros cultos, y además, se basa en una concepción enteramente peculiar de la relación del hombre con la divinidad, cuyos paralelos hay que buscar, prácticamente sin excepción, fuera de la religión griega. Es el único culto griego, a lo que sabemos, que incluye técnicas destinadas a conseguir el éxtasis de los devotos, un éxtasis de carácter colectivo, no individual, basado en la idea de una identificación real de los participantes con la persona y la esencia del dios. El hecho de que Dioniso sea el dios del vino y de que el alcohol se utilice como un medio para alcanzar la experiencia es en cierto modo secundario; Dioniso no es el patrono de los borrachos o de las orgías etílicas sino el causante de un estado frenético, una locura divina, una *mania*, que separa la mente de su propio cuerpo y del universo real que la rodea y la transporta hasta un nivel de comunión con el dios para hacerle vivir una experiencia considerada como sublime y espiritualmente enriquecedora. Ese afán de alcanzar lo divino que lleva al filósofo a explotar todos los recursos del pensamiento racional, es el que, por vía de irracionalidad, impulsa la experiencia dionisiaca.

El origen de este culto resulta problemático. Algunas alusiones de las fuentes, y la leyenda de Agave y Penteo, hicieron creer durante mucho tiempo que la introducción del culto de Dioniso había tenido lugar desde Tracia en una fecha relativamente avanzada en que ya estaba configurada la religión griega. Sin embargo, las últimas décadas han abierto nuevas perspectivas, que permiten defender la posibilidad de que este dios sea de un modo u otro una herencia prehelénica de raíz minoica. Como se dijo ya en un capítulo precedente, el teónimo parece atestiguado en las tablillas pilias en posible asociación con el vino, y podemos documentar su culto en un santuario de la isla de Ceos que, como tal lugar cultural, evidencia una existencia ininterrumpida desde el siglo XV a. de C. hasta la época histórica. En cualquier caso, la celebración de las antiguas Dionisias, las *Antesterias*, debe de ser anterior a la migración jonia, puesto que esas fiestas las celebraban por igual los Atenienses y los Jonios. Además, cada vez parece más claro que las prácticas extáticas colectivas relacionadas con la música y la danza, que tan cerca están del *dithrambo dionisiaco*, no eran ignoradas en el ámbito religioso minoico, por más que su procedencia última haya podido ser minorasiática. En cuanto al nombre del dios, contiene sin duda como primer elemento el del propio Zeus, que,

como es bien sabido, presenta la forma básica *Dio*; pero el segundo elemento no es griego, como tampoco lo son el nombre de su madre Sêmele, o el de *Bacchos*, su epíteto, o tal vez el teónimo genuino. Es muy probable, sí, que Dioniso fuera una divinidad que encontraron los protogriegos en las áreas meridionales plantadas de viñedos en las que se establecieron. El desarrollo de lo que se muestra a la tradición como el espíritu helénico, que es en los más importantes quizá de sus fundamentos obra de la Grecia dórica, parece haber reconocido un conflicto entre el dionisismo y la disposición ascética para la guerra, por un lado, y entre la alienación háquica y el ideal del logos por otro; de ahí puede haber surgido un rechazo del culto dionisiaco y la idea de que era intruso en el ámbito griego. La conexión con el Oriente plantea, como de costumbre, cierta dificultad. Dioniso tenía un importante culto en Asia Menor, y se ha creído detectar en áreas indígenas como Frigia o Lidia el origen de algunos de sus elementos; pero, si en verdad los griegos inmigrantes llevaron consigo un culto de esa divinidad con sus rasgos distintivos básicos a una zona donde existían formas culturales más o menos similares, resulta muy difícil seguir un proceso de evolución de ese culto faltando como faltan datos que permitan establecer una diacronía.

El desarrollo mítico de Dioniso es muy abigarrado. La historia más conocida tema de las *Bacantes* de Eurípides, cuenta la resistencia del rey tebano Penteo a permitir el culto a Dioniso en la misma ciudad donde había nacido la madre del dios. Las prácticas de ese culto aparecen, en efecto, como salvajes, incivilizadas y criminales hasta el horror, aunque sus terribles consecuencias tengan en este caso la forma de un castigo divino; pero Penteo no puede evitar que se entreguen a ellas las mujeres, incluida su propia madre, porque para esas mujeres constituyen una vía de liberación, por más que sea transitoria, una alternativa de libre albedrío frente a su reclusión en el hogar dedicadas a las funciones de esposas y madres. Las leyendas de otras mujeres enloquecidas por Dioniso también presentan al dios como el enemigo del orden, y a su cortejo de Ménades, como una banda de marginadas que han declinado en las funciones que les atribuye el orden social, encarnando sus antivalores con una agresividad peligrosa; cualquiera puede ser atraída hacia ese caos, que no representa a la naturaleza salvaje y espontánea frente a la sociedad civilizada sino más bien una forma sofisticada y perversa de alternativa social.

En la época clásica el culto dionisiaco parece haberse adaptado al mundo de la polis y perdido sus rasgos más desorbitados y primitivos. Como Afrodita, Dioniso manifiesta una especie de diversificación en dos planos: por un lado se asocia a los excesos en la bebida y en el sexo que caracterizan a la fiesta, admitida como un paréntesis obligado en las actividades normales; de ahí la frecuencia con que aparecen el dios y sus adltares representados en las piezas de cerámica que se utilizaban para el vino o el banquete en general a partir del siglo VI a. de C. Por otro lado, el dogma subyacente a la religión dionisiaca, con el riquísimo tema de la comunión mística, potenció un desarrollo escatológico de carácter misterico con un complicado aparato conceptual que satisfacía las exigencias de espíritus ilustrados y exquisitos. Nada de esto reflejan las fuentes plásticas, y las escritas son bastante tardías, por lo que resulta imposible seguir con certeza la evolución interna de esta religión a lo largo de su dilatada historia.

Las fiestas más importantes de Dioniso eran las *Antesterias*, celebradas, como se ha dicho, en toda el área jónico-ática. Incluían libación y degustación del vino nuevo, pero, en el caso de Atenas, la ceremonia principal era la hierogamia del dios llegado por mar con la esposa del arconte rey. Había también unas *Dionisias* agrarias y otras



Fragmento de ánfora de figuras negras («Pintor de Amasis», siglo IV), representando a Dioniso acompañado de dos bacantes.

urbanas, cuyo elemento más destacado parece haber sido el desfile de grupos burlescos —*komoi*— que están en el origen de la comedia. Las Dionisias agrarias comportaban sacrificios de cabras y procesiones fálicas. La Grecia doria y eólica tenía también sus celebraciones dionisiacas, las *Agrionias*, donde parece haberse conservado durante más tiempo el ritual de alienación femenina y los excesos crueles y salvajes; tal vez porque esos estados conservaban criterios de vida social más primitivos, que favorecían la polarización rigurosa entre la disciplina y el desenfreno. No cabe duda de que el culto de Dioniso, si no era sublime ni elegante, no por ello dejaba de estar profundamente arraigado en las comunidades helénicas, de las que es una pieza importante y significativa.

No podemos dejar de hacer una breve alusión, para terminar, al mito del nacimiento del dios, que es complejo y atípico. Como tantas otras veces, Zeus se une a una mortal, en este caso la princesa tebana Sémele, con la que engendra un hijo; pero la celosa Hera inspira a la muchacha el deseo de ver al amante en toda su majestad, y, en efecto, Zeus se presenta con el rayo, que fulmina a Sémele; el feto es salvado e implantado en el muslo de Zeus, donde permanece hasta el momento normal de su na-

cimiento, en que es extraído y conducido por Hermes hasta un lugar extraño donde lo crían las ninfas y las ménades. Esta versión mítica admite, por supuesto, una pluralidad de lecturas y podría ser glosada hasta la saciedad, pero ahora nos interesa destacar solamente la incidencia del fuego como agente transustanciador en prácticas de tipo chamánico muy próximas, en general, a las técnicas del éxtasis; diríase que Semele no es castigada, sino que el hijo mortal que, como mortal que es ella misma, ha concebido, se transforma en inmortal por medio del fuego, lo mismo que Aquiles o Demofonte-Triptólemo. En cuanto a la gestación y nacimiento del padre, podrían ser interpretadas de modos diversos, pero tal vez no haya que ver en esta historia más que un intento de excluir la generación natural, que es la forma de nacer propia de los mortales, presentando una alternativa diferente, que pueda aparecer como divina. En la gestación en el muslo, por oposición a la de Atenea, que se ubica en la cabeza, se ha querido detectar también una jerarquización de las funciones divinas, con posibles paralelos extrahelénicos; aunque el hecho podría tener otra explicación, como, por ejemplo, el haber buscado una especie de matriz masculina sustitutiva de la femenina perdida. La conducción por Hermes, en fin, hasta un lugar que no es reconocible en la tierra habitada acaba de completar esa imagen del dios como la de un mortal elevado a la inmortalidad, capaz de marcar un camino semejante a sus adoradores.

HERMES

Por una vez el nombre de un dios griego parece presentar una etimología clara: una *herma* es un montón de piedras que marca un límite, un lugar, una tumba, un camino; y también un monolito erigido a modo de falo o con un falo adosado, lo que constituye una alternativa para marcar los límites, acaso como una forma primitiva de proclamar la apropiación de un lugar. Los pueblos indoeuropeos deben de haber tenido divinidades protectoras de los caminos y de los límites, como lo son los Lares romanos, y quizá esa pluralidad se daba también en la originaria figura de Hermes. Pero la religión griega se basa en el personalismo, en la individualidad de los dioses, de modo que ese Hermes, que tiene sin duda una relación estrecha con los númenes de los caminos, aparece como un dios singular, lo que lo convierte en acompañante o conductor, que es el papel que estructuralmente le corresponde en el sistema olímpico. Y no sólo conoce los caminos del mundo de los vivos, sino también los que llevan al Hades, por lo que es el *Psicopompo*, el conductor de las almas. Quien camina y viaja debe ser astuto, precavido y hábil; trapacero, si viene al caso. Hermes es, en efecto, el ingenioso constructor de la primera lira a base de un caparazón de tortuga, la lira que cambia a su hermano Apolo por la flauta; y es el mejor ladrón de ganado desde su más tierna infancia. El desarrollo del mito provee a Hermes de una personalidad juguetona en la infancia, amable y servicial durante toda su vida, que introduce su cuota de variedad en el Panteón; pero, al margen de esas adherencias, hay que considerar que el dios de los caminos, si esa era su esencia primitiva, presenta una implicación con las doctrinas escatológicas de carácter chamánico, que constituyen, parece ser, uno de los sustratos de la religión griega. El caduceo de Hermes es un instrumento tipológicamente muy próximo al tridente de Posidón y al rayo de Zeus; todos ellos son varas mágicas que canalizan poderes extraordinarios. El caduceo sirve acaso para encontrar el camino, y las alas, desde luego, para moverse por las regiones superiores, pero otros dioses re-

corren los mismos ámbitos y no precisan de esos recursos; Hermes es una divinidad peculiar. Por encima de su carácter de mensajero de los dioses, que es mítico y poético, prima el de *conductor de las almas* hacia el reino de abajo, capacidad ésa que se le atribuye en exclusiva y que es la relevante a efectos de la piedad individual durante la época clásica. La vara de Hermes llevaba una serpiente enroscada, o bien se imaginaba como la imagen de dos serpientes copulando, lo que se corresponde perfectamente con las competencias del dios por el mundo subterráneo, de acuerdo con la simbología vigente desde la época minoica. No debe extrañar que su personalidad haya sido utilizada en los desarrollos doctrinales escatológicos de corte individualista que se inician después de la Grecia clásica.

ARES

Epíteto, nombre o concepto personificado, *Ares* es un dios típico de la segunda función atribuida a las divinidades indoeuropeas; la única, a decir verdad, de las helénicas que permite manejar con comodidad la ya famosa aproximación metodológica de Dumézil. Ares es el espíritu de la guerra, el numen que recorre el campo de batalla como una fuerza irracional arrastrada en su carro por sus auxiliares Deimo y Fobo el miedo que paraliza y el que impulsa a huir, respectivamente; es el agente de la destrucción, insaciable de sangre, que encarniza la batalla sin reconocer barreras ni convenciones. Su alineamiento en el bando troyano frente a la toma de partido de Atenea por los Aqueos permite al autor de la *Iliada* enfrentar a las dos concepciones de la guerra, otorgando la victoria a la más civilizada.

Los santuarios y cultos de este dios, que no llegó nunca a ser popular, son por demás escasos; también lo son los mitos, entre los que sólo vale destacar el de su unión a Afrodita, acaso una alegoría de la atracción de las fuerzas contrarias. El uso del nombre de Ares como epíteto, que parece documentarse en el mundo micénico respecto de Hermes, es realmente enigmático.

HEFESTO

Este último dios del panteón oficial, cuyo nombre no es griego, podría proceder de la isla de Lemnos, donde se encuentra una ciudad que lleva su mismo nombre. Es la divinidad que simboliza y protege la metalurgia, inseparable del fuego. El mito olímpico de su nacimiento alude a su caída desde el cielo, de donde habría sido precipitado por Hera a causa de su fealdad y deformidad; no es difícil ver en él la imagen del rayo que cae desde arriba y recrea el fuego, aunque también puede entenderse que el dios no respondía a los valores generales de los olímpicos. De hecho, más que una personalidad divina es la fuerza del fuego, que, en su asociación al trabajo del bronce, resulta apreciada en todas partes. Pero Hefesto no es un dios importante; el rayo de Zeus y el hogar doméstico presidido por Hestia son competencias que se le restan, mientras las artes manuales que preside merecen, como todas las industrias manuales, una consideración secundaria.

CUARTA PARTE

GRECIA HELENÍSTICA

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ

CAPÍTULO XXIX

FUENTES DEL MUNDO HELENÍSTICO

El término *Hellenismus* se debe al alemán J. G. Droysen, quien en el siglo XIX escribió una *Historia de Alejandro Magno* y otra sobre los Diádocos. Comprende el periodo tres siglos que van desde las conquistas de Alejandro Magno hasta la batalla de Actium en la que desapareció la última descendiente de los Diádocos, Cleopatra, y con ella su reino. Este periodo histórico tiene unas características que le diferencian de otras etapas anteriores y posteriores.

La época helenística produjo una cantidad ingente de literatura que se ha perdido o que sólo se puede conocer a través del eco que ha dejado en autores posteriores. Así los escritos de Jerónimo de Cardia, muerto hacia el 250 a. de C., que escribió unas *Historias* que comprenden el periodo que va desde el 323 hasta el 272 a. de C., año de la muerte de Pirro. Su carrera militar y política bajo Alejandro Magno (del que fue archivero), Eumenes, Antígono I, Demetrio I y Antígono Gonatas, le capacitó para ser un historiador de primer orden. Su obra es la principal fuente para los libros 17-20 de Diodoro Sículo, para las *Vidas* de Eumenes y Pirro escritas por Plutarco, para la biografía de Eumenes de Cornelio Nepote, y para la narración de Arriano y Trogo Pompeyo sobre los sucesores de Alejandro Magno. Su obra estaba bien elaborada, ya que era un historiador serio e inteligente, y valora objetivamente los sucesos que dieron origen a las diferentes monarquías helenísticas. Jerónimo de Cardia prestó especial atención al gobierno de Antígono al que fue favorable. Escribió en parte contra la obra de Duris de Samos (340-260 a. de C.), discípulo de Teofrasto y Tirano de Samos, autor de *Macedonia*. Su propósito fue siempre entretener al lector, historia que abarcaba el periodo comprendido entre los años 370-369 y 281-280 a. de C., utilizada por Diodoro y Plutarco en sus *Vidas* de Eumenes, Demetrio y Pirro. Redactó también una *Vida* de Agatocles, que fue utilizada por Diodoro en su narración de los sucesos de Italia. Jerónimo Cadia era contrario a los macedonios.

Tampoco se conservó la *Historia* de Timeo de Tauromenium, que escribió sobre los sucesos acaecidos hasta el 264 a. de C. Timeo estuvo desterrado en Atenas 50 años, donde escribió esta *Historia* que hubiera sido la fuente helenística más importante para la historia de Sicilia, Italia y todo el Mediterráneo Occidental; en ella se basa Diodoro Sículo para redactar los sucesos de Agatocles. Timeo fue un historiador minucioso, pero carecía de sentido crítico: fue muy atacado por Polibio, que copió probablemente de Timeo el sistema cronológico basado en las Olimpíadas.

No queda igualmente nada de Filarco de Atenas, cuyas *Historias* en 30 libros eran de carácter moralizante y anecdótico y narraban los acontecimientos de los que fue testigo, comprendidos entre el 272 y el 219; comenzaba su obra donde la había dejado Jerónimo de Cardia, a quien critica por el carácter emocional que dio a sus *Historias*. Polibio le utilizó en su libro II para contar los sucesos que acaecieron en el Peloponeso, hasta la muerte de Antígono Dosón. Es fuente importante para las *Vidas de Agis y Cleomenes* de Plutarco y fue también consultado por Ateneo y por Trogo Pompeyo.

Arato de Siclón (271-213 a. de C.) es el autor de unas *Memorias*. Demójaras (360-275 a. de C.), sobrino del orador Demóstenes, publicó una *Historia* en 31 libros. Diyllus de Atenas redactó una *Historia* en 36 libros, que llegaba hasta la muerte de Filipo, hijo de Casandro. Una biografía de Pirro se debe a la pluma de Proxeno, que sacó datos de sus *Memorias*. Antander de Siracusa escribió una monografía de Agatides, hermano suyo, al igual que hizo Callias, en 22 libros, ambos en estilo laudatorio. Polibio de Megalópolis (200-118 a. de C.), importante ciudad de la Liga Aquea hasta el 168 a. de C., fue llevado a Roma como rehén con otros 1.000 hombres de la Liga, donde vivió hasta el año 150 a. de C. Perteneció al círculo de P. Escipión, el destructor de Cartago en 146 a. de C. y de Numancia en 133 a. de C. El fin que se propuso con su obra era explicar a los lectores griegos cómo y gracias a qué tipo de constitución los romanos pudieron hacerse dueños de todo el mundo conocido. Polibio utilizó testigos que habían presenciado los acontecimientos, manejando sus noticias con gran cuidado, y consultando fuentes escritas, principalmente Filarco y Arato; otras, como las empleadas para los libros IV y V no pueden identificarse. Dividió el periodo comprendido entre los años 220 y 144 a. de C. en libros, de los que sólo se conservan los 5 primeros, que se refieren a los años 220-216 a. de C.; de los restantes sólo disponemos de fragmentos.

Agatárquides de Cnido, antiguo esclavo que llegó a tutor de la corte de los Ptolomeos hacia el 116 a. de C., es otro historiador importante para la historia política y militar. De carácter histórico redactó una obra *Sobre Asia*, en 10 libros, que narraba los acontecimientos de los sucesores de Alejandro Magno, y otra *Sobre Europa*, que se refería a los hechos de la muerte de Alejandro Magno, hasta el 168, fecha de la desaparición del reino macedónico. De la *Biblioteca Histórica* de Diodoro Sículo, historiador contemporáneo de Augusto, que escribió una *Historia Universal*, en 40 libros, sólo se conservan los libros 17 a 20, que abarcan los años 336 a 301; Diodoro siguió una fuente para cada periodo determinado, a veces completada con otras. Reproduce así las opiniones de Jerónimo, Duris y Timeo; en su obra influye sobre todo el primer historiador. Otras fuentes utilizadas por Diodoro fueron Filino de Agrigento, Polibio y Posidonio.

Trogo Pompeyo, también, coetáneo de Augusto, escribió una *Historia filípica*, que en realidad es una *Historia Universal* en 44 libros, y que conocemos por un resumen de Justino. Su historia trata del periodo 323-217 a. de C., la *Historia antigua* de Cartago y la de Sicilia hasta Agatocles. Se ha discutido si usa las fuentes directamente o a través de resúmenes. Sus relatos sobre los Diácodos se remontan a Jerónimo.

Plutarco (50-120 d. de C.), que desempeñó el sacerdocio en Delfos, fue filósofo y gran lector. Tuvo buen criterio para valorar los acontecimientos. Las *Vidas paralelas* tienen un carácter moralizante. Compara a los personajes griegos con los romanos. No son historias en el sentido estricto del término. La presentación del carácter de los di-

versos peresajes son en parte creación suya. Maneja gran cantidad de fuentes: utilizó mucho a Jerónimo, Duris, y Filarco.

L. Flavio Arriano (89-146), natural de Nicomedia (Bitinia) fue historiador, filósofo y desempeñó cargos administrativos, militares y políticos. Fue arconte epónimo de Atenas, a donde se retiró en 145-146. Escribió su *Anábasis de Alejandro* y *Los sucesos después de Alejandro*. Arriano usó como fuente fundamentalmente a Jerónimo de Cardia.

Apiano (siglo I-II d. de C.) compuso una *Historia del Imperio Romano* en 34 libros describiendo los pueblos, que se relacionaron con Roma. Las fuentes más importantes que manejó fueron Jerónimo y la *Historia de los Reyes* de Timagenes de Alejandría, contemporáneo de Augusto.

Curcio Rufo, que escribe quizá en tiempos de Claudio, utilizó probablemente a Clitarco y a Jerónimo de Cardia para describir las negociaciones que siguieron a la muerte de Alejandro Magno, y para la Guerra Lamia la *Oración fúnebre* de Hyperides y las *Vidas de Demóstenes e Hipérides*.

La obra *Descripción de Grecia*, de Pausanias (contemporáneo de Marco Aurelio) contiene muchas referencias a Ptolomeo, Seleuco, Lisímaco y Pirro. Es fuente muy importante para las ciudades griegas. La *Historia Natural* de Plinio el Viejo, que fue procurador de la Provincia Tarraconense en tiempo de los Flavios, recoge multitud de datos sobre el arte del periodo helenístico y otros acontecimientos. Ateneo en su *Deipnosophistai*, narra igualmente, algunos sucesos memorables, como la gran procesión que se celebró en Alejandría, las *Ptolemaieia*, siguiendo a Callixemo. Memnon de Heraclea se basa para la Historia del Ponto Euxino y del Bósforo en *Ninfis* (310-245 a. de C.). Aunque su biografía se desconoce, debió vivir entre Cesar y Adriano; su obra se conserva en los resúmenes de Focio.

También son fuentes importantes para el historiador moderno los lexicógrafos, como Esteban de Bizancio, la Suda, y los autores de táctica militar, como Julio Frontino, contemporáneo de Domiciano, que escribió sobre la estrategia de Antígono I, II y III, sobre Eumenes de Cardia, Ptolomeo I, Ptolomeo Cerauno y Pirro. El retórico Polieno, coetáneo de Marco Aurelio, se refirió a acontecimientos importantes del Helenismo.

Diógenes Laercio, en sus *Vidas y doctrinas de los filósofos* escrita en la primera mitad del siglo III, recoge datos históricos, como el hecho de que algunos filósofos, como Demetrio de Falérón y Menedemo de Eretría, desempeñaran importantes cargos políticos. La *Crónica* de Apollodoro de Atenas (nacido hacia 180 a. de C.), dedicada a Atalo II, y la de Porfirio (siglos III-IV a. de C.) son fuentes importantes para la cronología de este periodo. Fue utilizada en el siglo IV por Eusebio de Cesarea en su *Crónica*.

LA ADMINISTRACIÓN. LOS ARCHIVOS

La diferencia fundamental entre la administración de una *polis* y la de una monarquía helenística estriba en que en la primera las magistraturas administraban los asuntos públicos de la comunidad; en las monarquías por el contrario se administran los asuntos del rey por delegación de su autoridad y en su nombre. El cargo se recibía a título personal y para cometidos específicos, sin limitación de tiempo y tienen diferentes nombres según las monarquías: en la monarquía lágida, a partir de Ptolomeo Filadelfos, existió el cargo de *dioecete*, cuya competencia abarcaba todas las ramas de

la administración, salvo la del ejército. Se conserva el archivo del *dioecete* de Ptolomeo II, Apollonio, organizado por Zenón, su hombre de confianza, referente al período comprendido entre los años 260 a 250 a. de C. El archivo se refiere a la explotación de una gran finca y al comercio exterior. En la documentación entre Apollonio y Zenón queda bien reflejado el poder extraordinario de que disponía el *dioecete*.

Cada monarquía tenía sus archivos y una cancillería que conservaba y registraba todos los documentos oficiales siguiendo una vieja práctica de las ciudades griegas, encomendada generalmente a los esclavos públicos. Los archivos helenísticos contaban con buen número de escribas. Se archivaba todo documento que salía del rey y que se enviaba a otros Estados o a los subordinados. Al frente de los escribas estaba un *épistolographe*, escritor de cartas. Se registraban todos los actos del rey en las *Efemerides*. Eumenes de Cardia fue el director de la cancillería de Alejandro Magno. Los documentos se redactaban en ático, la lengua oficial de las cancillerías helenísticas, aunque muchas ciudades dorias continuaron empleando un dialecto, como Cirene, Rodas, Argos, Delfos, Beocia y Creta. La lengua macedónica poco a poco se perdió y nunca llegó a ser lengua oficial. A esta desaparición contribuyó el hecho de que los colonos, los intelectuales y los administrados, no fueron macedonios, aunque sí lo fueran en origen las dinastías.

HISTORIAS LOCALES. GUÍAS

Los griegos tenían una vieja tendencia a viajar y a conocer nuevas tierras y pueblos. Buen ejemplo de ello fueron Herodoto, Aristetas del Proconeso, Hecateo de Mileto, Piteas, etc. En la época helenística esta tendencia aumentó con la extensión de la cultura griega, el conocimiento de otros pueblos, el aumento de las vías terrestres y marítimas de comunicación, etc. No sólo los comerciantes y soldados, sino también los artistas de todo tipo viajaban continuamente, siendo solicitado su trabajo por diferentes ciudades; tal es el caso de los artistas dionisiacos, de los músicos, o de escultores. Así, en Delos se encuentran muchas obras de Poliantes de Cirene. Los monarcas helenísticos llamaban a los literatos más famosos del momento: Antígono Gonatas invitó a su corte de Pella a los filósofos Menedemos de Eretría y Persaicos de Cition, a los poetas Antágoras de Rodas, y Aratos de Soloi (Chipre), al historiador Jerónimo de Cardia y a Bión de Boristenes. Hubo una explosión de curiosidad, no sólo por conocer tierras y pueblos nuevos, sino también por el pasado. A finales del siglo IV a. de C. o a comienzos del siguiente Diodoro, el periegata, publicó dos obras; una *Sobre los reinos áticos*, donde recopilaba todas las noticias existentes sobre los pueblos del Atica, sus templos y todo tipo de noticias. La segunda *Sobre los monumentos funerarios* de la misma región trataba de las estelas, inscripciones, localización, tumbas, etc. Heliodoro, en el siglo II a. de C., escribió una *Guía de la Acrópolis de Atenas*, en 15 libros, prestando especial atención a las fiestas dionisiacas. Una segunda obra suya se titulaba *Sobre los exvotos de Atenas*, tema tratado ya en la obra *Exvotos de la Acrópolis de Atenas* por Polemón de Ilión. Atenas, a pesar de su decadencia política, conservaba su prestigio cultural, mantenido por las escuelas filosóficas y los talleres de copistas de obras de arte. Atenas continuó siendo un polo de atracción para gentes ávidas de conocer su grandioso pasado cultural. Demetrio de Skepsis redactó un comentario al *Catálogo de las naves*, del libro II de la *Iliada*, que era una auténtica guía de Troya.

Los intelectuales griegos prestaron especial interés a los pueblos bárbaros: su etnología, geografía, religión, costumbres, etc. Algunos nombres se citan en otras páginas, como los de Hecateo de Abdera, que escribió *Sobre Egipto*, libro que fue muy popular, Agatárquides de Cnido, a quien se debe una *Descripción del Mar Eritreo*, expresión que designaba no sólo el Mar Rojo, sino el Golfo Pérsico y el Océano Índico; gracias a esta obra se conocen importantes datos sobre las minas. Artemidoro de Efeso escribió 11 libros sobre *Estudios Geográficos*, en los que trataba detalladamente de Asia.

Todos estos autores fueron ampliamente utilizados por Estrabón y por Diodoro Sículo.

En el aspecto de viajar y conocer nuevas tierras y pueblos, su pasado y presente, el Mundo Helenístico es muy parecido al actual. La curiosidad del hombre helenístico era insaciable: a mediados del siglo III a. de C. Antígono de Caristos dio a conocer una *Colección de historias maravillosas*. Este último autor, que vivió en la corte de Atalo I, escribió un tratado teórico sobre la pintura y una biografía de los filósofos que él había conocido. Esta curiosidad y la tendencia a viajar —ya que grandes masas de devotos visitaban continuamente los grandes santuarios— dieron un carácter cosmopolita al Helenismo, que estaba muy en la línea de las doctrinas filosóficas que predicaban algunas escuelas (como las de los estoicos, epicúreos y cínicos) sobre la unidad de la humanidad. El Mundo Helenístico nunca fue racista: su espíritu cosmopolita queda bien reflejado tanto en los libros de Historia y de viajes, como en las comedias de Menandro y de su imitador Terencio. La profesión más radical de cosmopolitismo es el epigrama de Meleagro de Gadava, que dice como sigue: «Soy sirio, ¿que tiene de extraño? Habitamos la misma patria, el mismo mundo y el mismo caos nos ha traído el mundo.» Este cosmopolitismo no estaba reñido con un apego a las tradiciones y con un deseo de conocer el pasado propio. La Historia local, en sus más variados aspectos (religión, mitología, arte, etc.), conoció en el Helenismo un desarrollo inusitado, al igual que en el mundo moderno, llegándose a redactar manuales de mitología, como el de Dioniso de Mitilene, que vivió en Alejandría en el siglo II a. de C., utilizado por Diodoro Sículo.

OTRAS FUENTES

Fuentes epigráficas

Una fuente histórica de primera mano son las inscripciones. Su información es limitada, pues muchas veces carecen de fechas o son copias posteriores. Muchas han llegado incompletas y su restitución no es segura. Las inscripciones recogen tratados internacionales o decretos de los reyes.

Otras contienen decretos, honores otorgados, inmunidades, etc. o aluden a los festivales internacionales. A través de las inscripciones es posible reconstruir la historia de los grandes santuarios griegos las condiciones sociales y económicas de los fieles y de la administración helenística, hasta el 220. Las inscripciones suministran datos cronológicos importantes y las listas de los arcontes de Atenas, Delfos y Beocia. Las inscripciones permiten delimitar el territorio de las confederaciones.

Fuentes papiroológicas

Los papiros, conservados en Egipto, ofrecen datos más limitados. Muchos de ellos son de carácter administrativo, copias de decretos, cartas, o tratados, generalmente de historia local, redactados de modo esquemático, pero que arrojan luz sobre la economía, la hacienda, el fisco y la sociedad. Para las tasas se usaban ostrocas. Gracias a los papiros se dispone de mucha mayor documentación sobre Egipto, si bien muchos carecen de fecha y por ello hay que usarlos con discreción. Sólo rara vez, los papiros recogen datos de la historia militar o política.

Fuentes numismáticas

La numismática es una fuente importante, sobre todo para el primer periodo helénístico. La acuñación de la moneda dependía de los soberanos dentro de sus dominios, del permiso otorgado por los reyes a las ciudades de sus reinos y de las ciudades libres. Se representaba la efigie del rey, que constituía un auténtico retrato de gran calidad artística y de una perfección insuperable. Lisímaco, Ptolomeo I y las ciudades del Ponto Euxino y de la Propóntide pusieron en sus monedas la cabeza de Alejandro Magno.

A través de las monedas se puede seguir bien la deificación de los monarcas helénísticos y la vinculación de los reyes con determinados dioses, de los que eran descendientes. Las monedas indican quiénes eran los dioses protectores de las ciudades, cómo eran sus templos y sus principales esculturas de carácter sagrado. También eran un excelente medio de propaganda: aludían, por ejemplo, a las victorias alcanzadas.

El uso de la moneda como documento histórico ofrece sus dificultades. Las monedas permiten trazar en líneas generales las vías de comercio, aunque muchas veces las monedas carecen de una fecha exacta.

CAPÍTULO XXX

ALEJANDRO MAGNO

Las fuentes contemporáneas a Alejandro se han perdido todas y sólo conocemos sus nombres: Calístenes, sobrino del conquistador y su historiador oficial hasta el 327, o Eumenes canciller de la corte que en sus *Efemérides* anotaba todos los acontecimientos cotidianos. Varios compañeros de Alejandro Magno recogieron sus recuerdos sobre los acontecimientos de que habían sido testigos: Cares, que reunió los principales episodios; Aristóbulo, principal fuente de Estrabón y de Arriano; Nearco, compañero del monarca macedón desde la juventud y almirante de su flota; Policleto, interesado en economía y geografía; Ptolomeo, que escribió unas *Memorias*. El principal historiador de este periodo fue Clitarco, cuya *Historia de Alejandro*, bien documentada, también se ha perdido; vivió en Alejandría llamado por Ptolomeo.

Los historiadores modernos conocen, pues, este periodo por historiadores griegos o latinos, que trabajaron muchos siglos después, como Diodoro Sículo, Trogo Pompeyo, Quinto Curcio, Arriano y el Pseudo Calístenes, compiladores todos. No son, pues, autores objetivos. El problema planteado a la crítica moderna es conocer hasta qué punto estos historiadores han utilizado las fuentes primarias. Al parecer, algunos como Diodoro, Trogo Pompeyo y Quinto Curcio derivan de Clitarco; también Plutarco, Arriano y el Pseudo Calístenes. Quinto Curcio y Arriano se inspiraron en Aristóbulo y en Ptolomeo.

De todos estos autores, Arriano autor de la *Anábasis* es el que se ha considerado de mayor prestigio entre los modernos; estaba bien informado y conocía el oficio de historiador.

Todos tienen sin embargo el mismo defecto: se centran demasiado en la figura del gran conquistador y no en su entorno. La Epigrafía ha aportado pocos datos sobre estos años; en cambio la Numismática da importantes testimonios de carácter político, económico y aun religioso.

EL ACCESO AL PODER

Filipo II fue asesinado en 336, cuando preparaba, por encargo de la Liga de Corinto, la invasión de las ciudades griegas sometidas al Imperio Persa, viejo proyecto de Isócrates y de los sofistas; era este también un medio de dar salida a la crisis econó-

mica y social que atravesaba Grecia y de integrar a los estados griegos en una empresa común. Hubo, tras la muerte del soberano macedón, un intento por parte de algunas ciudades griegas de volver a la situación anterior, pero fue abortado por la rápida intervención de su hijo Alejandro, joven con experiencia en el gobierno y en la guerra. La sucesión de Filipo II no quedó despejada: algunos, contrarios a la política del difunto, querían llevar al trono a Amintas IV, sobrino de Filipo II. Alejandro contaba con el prestigio adquirido en la guerra, pero carecía apenas de apoyos; Antípatro le presentó a la Asamblea del pueblo siendo aceptado. La familia real, con Cleopatra, fue asesinada; también lo fueron los dos príncipes de la casa principal de Lincestides, que aspiraban al trono. La situación era delicada, pues las poblaciones de los Balcanes anexionadas por Filipo II intentaban aprovechar la ocasión para sacudirse el yugo macedón y Tesalia se sentía vinculada sólo con el rey difunto. Las ciudades griegas eran hostiles a Macedonia.

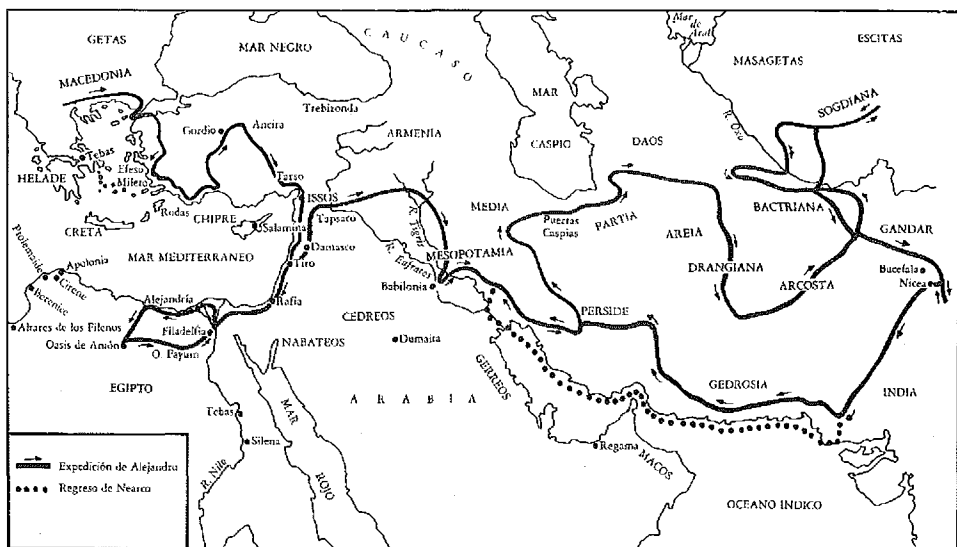
Alejandro Magno —y ello constituía un rasgo de su carácter— obró con gran rapidez y decisión: se presentó en Tesalia con su ejército y fue reconocido presidente de la Confederación. En las Termópilas reunió al Consejo de la Anfictionía, que le otorgó el título de hegemón de los griegos, título que a su padre le había conferido ya la Liga de Corinto. Las ciudades que querían liberarse, como Tebas, Atenas y Ambracia presentaron excusas por su actitud. El Consejo de la Liga de Corinto le confirió el título y el programa de Filipo II.

Antes de poner en marcha el programa de liberar a las ciudades sometidas a los persas, emprendió Alejandro Magno la pacificación del Norte de los Balcanes, para no dejar enemigos a sus espaldas. Hizo una campaña contra los tracios, los tribalos y los getas: el límite de la influencia de Macedonia fue desde entonces el Danubio. Las colonias griegas del Ponto Euxino apoyaron a Alejandro Magno y se pusieron bajo su tutela. Hizo también una rápida y brillante campaña contra ilirios.

En Grecia, sólo Tebas apoyada por Darío III, no obedecía a Alejandro Magno, quien acababa de subir al trono. El monarca persa enviaba dinero a Grecia para soliviantar a las ciudades contra Macedonia. Demóstenes se puso de nuevo a la cabeza del partido antimacedón de Atenas. Alejandro, apoyado por los sempiternos enemigos de Tebas, los beocios y los focidios, marchó rápidamente contra Tebas que, abandonada de todos —ya que Antípatro había invitado a los miembros de la Liga de Corinto a marchar contra la ciudad rebelde—, fue arrasada por decisión de la Liga de Corinto, sus habitantes vendidos como esclavos y los exiliados declarados fuera de la ley. Alejandro, muy prudentemente, tomó esta medida como brazo ejecutor de la Liga de Corinto. Atenas reconoció la inutilidad de entrar en combate.

En el otoño del 335, el Consejo de la Liga de Corinto encargó a Alejandro preparar la expedición contra Persia, y fijar la aportación de cada ciudad al ejército. La fecha del comienzo de la expedición fue la primavera del año siguiente. El ejército preparado era pequeño en efectivos: Atenas contribuyó con 700 hombres y 20 trirremes; las restantes ciudades aportaron hombres según sus posibilidades: en total, sumaban 7.000 soldados de infantería y 600 jinetes. El ejército que Alejandro llevó a Asia en la primavera del 334 ha sido calculado por los escritores antiguos, unos en 30.000 infantes y 4.000 jinetes y otros en 43.000 infantes y 5.000 jinetes, (Plutarco, *Alex.* 15). La expedición tenía un precedente en el encargo hecho a Filipo II, por la Liga de Corinto, y confiado a Parmenión y Atalo.

La expedición, como tal, era de Macedonia. En los planes de Filipo y Alejandro nun-



Las conquistas de Alejandro.

ca entró el compartir el éxito con Grecia. Se trataba de vengar también la invasión de Grecia en las Guerras Médicas y el apoyo persa a Tebas. A Antípatro se le confió la regencia del reino durante la ausencia del rey de Macedonia. El regente se quedó con la mitad del ejército para intervenir en Grecia o los Balcanes en caso de necesidad. Todas estas medidas tomadas por Alejandro Magno son un buen índice de prudencia, de sentido político y de decisión. Su talento militar estaba ya demostrado en vida de su padre y después de su muerte. El programa político y militar era el heredado de Filipo II. Dio pruebas de sagacidad al mantener el equipo de generales de su padre.

LOS COMIENZOS DE LA CONQUISTA. BATALLAS DEL GRÁNICO E ISSOS

Persia defendió Asia Menor con un ejército de unos 50.000 mercenarios griegos a las órdenes de Memnón de Rodas, que ya había logrado varias victorias sobre Parmenión. Los regímenes oligárquicos de Asia Menor eran fieles a los persas, que contaban con una experimentada flota, gracias a Fenicia y Chipre. Ante la posible acometida del ejército griego, la táctica de Memnón era la de «tierra quemada», pero a ella se opusieron Darío III y el sátrapa de Frigia.

Comenzó Alejandro la expedición con una visita a Troya y a la tumba de Aquiles, con lo que se presentaba ante el ejército como el gran descendiente del héroe griego. El ejército se reunió en Abydos. Las ciudades de la costa asiática no querían ser liberadas por los griegos, ni se levantaron contra los persas, lo que movió a Alejandro Magno a presentar la batalla que se dio junto al río Gránico, contra los consejos de Parmenión. En ella, Alejandro, al frente de su caballería, derrotó a la caballería enemiga, que no pudo ser ayudada por la infantería, que estaba desprevenida. Alejandro salvó la vida de Clito, sin cuyo socorro muy probablemente hubiera perecido en la batalla.

La batalla del Gránico, en 334, deshizo la caballería, la infantería y el estado mayor persa. Alejandro demostró su genio militar en la rapidez con que actuó: Frigia, Lidia,

Daskileion y Sardes fueron ocupadas sin resistencia. He aquí el relato de Arriano en su *Anábasis*: «Nombró Alejandro sátrapa de la región en que gobernaba Arsites a Calas, ordenando a sus súbditos que le aportaran los mismos tributos que antes traían a Darío. A todos los bárbaros que voluntariamente descendieron de los montes y se le entregaron les permitió regresar a su patria. De otra parte, eximió de inculpación a los habitantes de Celia, por haberse enterado de que habían combatido de parte persa obligados por la fuerza. Envío a Parmenión a capturar Dascilio, cosa que al punto hizo, toda vez que su guarnición había abandonado la ciudad. Marchó él mientras tanto hacia Sardes, mas cuando se encontraba aun a unos setenta estadios de la ciudad, se le presentaron Mitrene, el comandante de guardia de la ciudadela de Sardes, y los principales de la ciudad, dispuestos éstos a entregarle la ciudad, y Mitrene la ciudadela y sus tesoros. Por el momento, Alejandro acampó su ejército en el río Hermo, que dista de Sardes unos veinte estadios, y envió a Amintas el hijo de Andrómeno para que se hiciera cargo de la ciudadela de Sardes. Tomó Alejandro bajo su tutela a Mitrene, al que otorgó su más alta estima, pero a los sardianos y demás lidios les permitió se siguieran rigiendo según las antiguas leyes lidias, y los despidió en calidad de hombres libres.

Ascendió Alejandro a la fortaleza donde estaba la guarnición persa, y encontró que su posición era muy segura, ya que se encontraba a gran altura y en una zona por completo escarpada, además de haber sido fortificada por un triple muro. Tenía Alejandro la idea de construir sobre la ciudadela un templo a Zeus Olímpico y levantar un altar, mas mientras examinaba la fortaleza por el lugar más conveniente, sobrevino de repente (estaban entonces en pleno verano) una lluvia acompañada de fuertes truenos que hizo desaguar una fuerte tormenta sobre los palacios de los lidios. Parecióle a Alejandro que aquello era un indicio divino de dónde se debía construir el templo de Zeus, y así lo dispuso. Dejó como encargado de la fortaleza a Pausanías, uno de los "Compañeros", a Nicias como supervisor de la contribución de impuestos y tributos, y a Asandro el hijo de Filotas el gobierno de Lidia y el resto de la jurisdicción de Espítrídates, asignándole jinetes, tropas ligeras en número suficiente, según creía, para subvenir a las necesidades presentes. Envío a Calas y a Alejandro, el hijo de Aérope, a la región de Memnón, llevando a sus órdenes a los peloponesios y la mayoría de los aliados, excepción hecha de los argivos, que quedaron en Sardes como guardia de la fortaleza.

Al tenerse noticias del combate de caballería, los mercenarios que estaban como guarnición en Éfeso emprendieron la huida en dos trirremes efesias, y a ellos se sumó Amintas, el hijo de Antíoco, quien ya antes había huido de Macedonia, abandonando a Alejandro, no porque hubiera sufrido nada a manos de éste, sino porque ambos parecían no entenderse, lo que le hacía temer algo desagradable de su parte. Al cuarto día, alcanzó Alejandro Éfeso, donde restableció a los exiliados que anteriormente habían tenido que abandonar la ciudad por su causa; disolvió la oligarquía y restauró la democracia.

Ordenó también que se tributaran al templo de Artemis los mismos impuestos que antes se satisfacían a los persas. Los habitantes de Éfeso, al verse libres del miedo a los oligarcas, se dispusieron a ajusticiar a quienes habían llamado a Memnón, a aquellos que habían saqueado el templo de Artemis, habían sacado del templo la estatua de Filipo que allí se hallaba y habían removido del ágora la tumba de Herópito, el libertador de la ciudad. Luego lapidaron a Sírfax y a un hijo suyo, de nombre Pelagonte, así como a los hijos de los hermanos de Sírfax, a quienes sacaron del templo. Con todo, Alejandro impidió que se siguiera buscando y ejecutando a otros ciudadanos, porque

sabía que justamente con los culpables también el populacho ajusticiaría a otros injustamente, a unos por enemistad y a otros por apropiarse sus bienes, en caso de que no se impusiera un límite a tales licencias. Pues bien, si en alguna ocasión obtuvo Alejandro buena reputación, fue especialmente ahora, ante los sucesos ocurridos en Éfeso (Arriano, *Anábasis*, I, 17, 1-12).»

Alejandro mantuvo el régimen administrativo de satrapías, nombrando como sátrapas a macedonios. La riqueza de estas regiones permitieron a Alejandro solucionar definitivamente el problema del elevado coste de la campaña. Se sustituyó en las ciudades griegas (Arriano, I, 17) el gobierno oligárquico o tiránico, implantado por los persas, por el democrático. No está claro en las fuentes la verdadera situación en que quedaron las ciudades griegas, pues las noticias son contradictorias: se desconoce si se federaron o si entraron a formar parte de la Liga de Corinto. Según Diodoro, algunas fueron declaradas libres de pagar tributos y autónomas, como Mileto, Éfeso y Priene, vigilando el soberano los límites de territorio asignado a estas ciudades. Aquellas situadas en las islas firmaron tratados con Alejandro y los griegos, según Arriano. Seguramente, la política seguida varió de unas ciudades a otras. Alejandro demostró su tacto político, al igual que en la destrucción de Tebas, obrando en nombre suyo y de todos los griegos de la Liga de Corinto. Las ciudades griegas debieron quedar agradecidas a la política de Alejandro, como lo demuestra que fueran las primeras en tributar a Alejandro, en vida aún, honores divinos y establecer su culto.

Inmediatamente después de la derrota del Gránico, Memnón fue encargado, con plenos poderes, de organizar la defensa. Memnón estableció en Halicarnaso el cuartel general de su ejército, que fue cercado por las tropas de Alejandro en 334, mientras el soberano recorría Licia y Panfilia y pasaba a Psidia, de cuya capital se apoderó. Toda Asia Menor, salvo algunos enclaves como Paflagonia y Bitinia al norte, y Rodas y Halicarnaso al sur, estaba ya liberada. Caria recibió bien a Alejandro gracias al apoyo de Ana, hermana de Mausolo, a la que su hermano Pixodaros había quitado el poder. En señal de consideración y agradecimiento, aceptó que ella le adoptara por hijo.

Alejandro había licenciado para esta fecha la flota, salvo los barcos atenienses retenidos como rehenes, ya que, ante la flota fenicia y chipriota, bien entrenada y equipada, de nada le servía la suya. Esto permitió a Memnón conquistar algunas islas, como Mitinna, Enesos y Quíos, colocar al frente de las ciudades a tiranos que favorecieran la causa persa y enviar embajadores a Grecia anunciando un próximo desembarco persa en Eubea. En Gordion, capital de Midas, Alejandro cortó el famoso nudo que unía el yugo al carro en un santuario. Según la leyenda, el que lo rompiese sería dueño de Asia. Ordenó a la Liga de Corinto equipar una nueva flota para impedir a Memnón pasar a Grecia. A raíz de estos sucesos, Alejandro se vio favorecido por la muerte de Memnón, un enemigo hábil y experimentado, cuya desaparición significó para la causa persa una gran pérdida. Le sucedió su sobrino Farnabazo, que continuó con su programa. Darío III había determinado tomar la dirección de la guerra. Llevó el ejército real a Trípolis en Siria e hizo transportar por mar a los mercenarios de Farnabazo, con lo que éste se encontró sin posibilidades de oponerse al ejército macedón. Sólo le quedaba la posibilidad de utilizar la diplomacia. Darío III cometió nuevamente un segundo error: primero no había aceptado el plan de «tierra quemada», que le proponía Memnón de Rodas; ahora rechazó la idea del ateniense Caridemo de enfrentar al ejército de Alejandro los mercenarios griegos; el orgullo persa no aceptó este plan, lo que demostró ser funesto a la larga.

El ejército persa estaba compuesto por la caballería, los hoplitas de Farnabazo, recibida de Memnón, que constituían la infantería pesada, y la infantería ligera persa, mandada por un tesalio. La situación aparentemente era favorable al monarca persa, ya que algunos estados griegos enviaron embajadas a Darío III. Atenas no envió socorros y Agis III de Esparta aceptó una entrevista con Farnabazo. El territorio controlado por Alejandro era más remiso a apoyarle. Nuevamente, la rapidez con la que actuó Alejandro favoreció su causa. Al dirigirse directamente contra Darío III, desbarató los planes de Arsames, sátrapa de Tarso, de rechazar al monarca macedón en Anatolia. Darío III se vio favorecido por los días que perdió su enemigo a causa de una enfermedad en Tarso de Cilicia, pero en cambio fue decisivo para él no seguir la indicación de no presentar batalla en un territorio llano, donde no pudiera maniobrar bien la caballería. La genialidad de Alejandro fue aceptar la batalla en una estrecha llanura de la costa, Isos, donde al ejército persa, encajonado, no le sirvió su superioridad numérica, ni podía envolver al adversario. Alejandro mandaba el ala derecha del ejército griego y Parmenión la izquierda. Este último logró aguantar el empuje de la caballería persa, lo que anuló el esfuerzo de los mercenarios griegos que combatían en el lado persa y que lucharon con gran valor. Alejandro dispersó el ala izquierda enemiga. Darío III huyó y la desbandada persa fue general. La caballería persa buscó refugio en Capadocia y los mercenarios griegos en Trípolis. Toda la familia de Darío III cayó en poder de Alejandro. Parmenión se apoderó del tesoro real en Damasco. Durante el sitio de Tiro el rey persa entabló negociaciones con el vencedor, con el fin de que le devolvieran a su familia y proponiendo a cambio que Alejandro podía quedarse en Asia Menor, desde el río Halys hasta Siria, Fenicia y el Eufrates por el interior. El ofrecimiento era tentador, pues era mucho más amplio que el proyecto de Isócrates y muy probablemente más que los planes de Filipo II. Alejandro llevó la carta de Darío III al consejo, y aunque Parmenión era partidario de aceptarla, la guerra continuó (Arriano. 2,14).

Alejandro continuó su avance. Sidón le abrió sus puertas. Tiro intentó permanecer independiente, como lo había sido bajo los asirios y los persas. Alejandro solicitó ofrecer sacrificios en el famoso Heracleion a Melqart, dios equivalente al Heracles griego, del que descendían los Argeadas y cuya cabeza se colocó en las monedas de Filipo II y Alejandro Magno. El sacrificio significaba reconocer a Alejandro como sumo sacerdote y rey de la ciudad, ya que sólo éste podía ofrecer el sacrificio. La ciudad le negó el permiso. Alejandro la sitió durante ocho meses, empleando en el asalto las máquinas de sitio que ya Filipo II había utilizado en el asalto de Perinto y de Bizancio.

Mientras el ejército griego estaba inmovilizado en el sitio de Tiro, Darío III concibió el plan de rodear a Alejandro por la espalda. Con el ejército persa refugiado en Capadocia y Paflagonia, intentó apoderarse de Frigia, mientras Farnabazo lograba apoderarse de Andión, Sifnos y Mileto. Sin embargo, Farnabazo no logró mantener a Rodas y Chipre dentro de la órbita persa.

En los planes de Alejandro, en ese momento, seguramente entraba ya la conquista de todo el Imperio persa, por eso rechazó la propuesta de Darío III. Macedonia carecía de una tradición de conquistas, lo cual impedía que el proyecto del rey fuese comprendido por el ejército y sus generales, como Parmenión.

EGIPTO

Alejandro se dirigió a Egipto. Perdió dos meses en el asalto de Gaza, donde fue herido gravemente. Egipto pasó de la dominación persa a la griega. La política seguida por Alejandro, al igual que la que hizo en Tiro, era favorable a los nativos. Esta política está simbolizada en el sacrificio que hizo en Menfis a Apis y a otros dioses, con lo cual se presentaba ante el pueblo como heredero de los faraones y no como conquistador del país; ello también explica que las inscripciones egipcias le den los títulos propios de los faraones. Egipto no fue mantenido como satrapía; los indígenas ocuparon los altos puestos de la administración, y el rey se reservó cierto control a través de las guarniciones, que dependían directamente de él y de Cleómenes, griego nacido en Naucratis y a quien encargó la administración de las finanzas.

En el año 331, Alejandro fundó Alejandría (Arriano. 3,1,5-22), a imitación de la política seguida por su padre en la fundación de ciudades. Según las fuentes, una visión le decidió a fundarla. Eligió para ella un lugar inhóspito, ya conocido por Homero, en el límite del Delta y de la Marmárica, y la ciudad fue concebida desde el primer momento como griega. Alejandría estaba yuxtapuesta a una aldea egipcia llamada Racotis. Se la dotó de instituciones griegas y fue habitada por ciudadanos llegados de todo el mundo griego. El futuro confirmó que la elección fue un acierto; pronto se convirtió en la primera ciudad del mundo griego por el número de habitantes y uno de los grandes centros comerciales y culturales del helenismo. Estrabón la describe en estos términos:

«Puesto que Alejandría y sus alrededores constituyen la parte mayor y más importante de esta obra, debo empezar por ella. La costa desde Pelusium, según se navega hacia el Oeste, hasta la boca canópica, es de unos mil trescientos estadios de longitud; esto es lo que he llamado la base de Delta. Desde aquí hasta la isla de Pharos hay otros ciento cincuenta estadios. Pharos es una isla alargada, muy próxima a tierra firme, y forma con ella un puerto con dos entradas. La costa tiene la forma de una bahía, pues tiene dos promontorios que se adentran en el mar; entre estos se extiende la isla que cierra la bahía, pues se extiende longitudinalmente a lo largo de la costa. De los extremos de Pharos, el oriental se extiende más próximo a la tierra firme y al promontorio que está enfrente (este promontorio se llama Lochias), y éste estrecha la entrada del puerto; además de lo angosto del canal hay también rocas, unas bajo el agua y otras por encima de ésta, que todo el tiempo reciben los embates de las olas que las golpean desde el mar abierto. La extremidad de la isla (Pharos) es también una roca, bañada toda por el mar, con una torre en su cima magníficamente construida en piedra blanca, de varios pisos de altura, que lleva el mismo nombre que la isla. Fue dedicada por Sostrato de Cnido, un «amigo» de los reyes, para seguridad de los navegantes, según reza la inscripción. Puesto que la costa no tenía puertos y era baja por ambos lados, y también tenía rocas y bajíos, los que navegaban allí desde el mar abierto necesitaban una señal alta y brillante que les permitiera entrar derechos en el puerto. La entrada occidental no ofrece fácil acceso, aunque no exige excesivos cuidados. También forma otro puerto, el de Eunosto, como se le llama; se extiende enfrente de un puerto cerrado que se hizo artificialmente. El puerto que tiene su entrada por el lado de la torre de Pharos, y que ya he mencionado, es el Gran Puerto, mientras que los (otros puer-

tos) limitan con él por su lado extremo, estando separados de él por el malecón llamado el Heptastadio. Este malecón forma un puente que se extiende desde la tierra firme hasta la parte occidental de la isla, y tiene sólo dos entradas al puerto de Eunosto, que pasan bajo el malecón. Esta obra no sólo era un puente hacia la isla sino también un acueducto, al menos cuando la isla estaba habitada. Pero en nuestros tiempos el divino César (Julio César) la redujo a un desierto durante la guerra contra los alejandrinos, pues se puso del lado de los reyes. Pero unos cuantos marinos viven cerca de la torre. Respecto al Gran Puerto, además de estar excelentemente cerrado por el malecón y por su forma natural, es tan profundo junto a la orilla que el mayor barco puede anclar ante las gradas, y está dividido en varios puertos [...]

[...] Las ventajas del lugar son muchas; en primer lugar, está bañado por dos mares, al norte por el llamado mar Egipcio y al sur por el lago Mareia, también llamado Mareotis. Muchos canales del Nilo lo llenan, desde arriba y por los lados, y por éstos se importan más mercancías que por el mar, con el resultado de que el puerto lacustre era mucho más rico que el puerto de mar; y aquí las exportaciones de Alejandría son mayores que las importaciones [...]. Además de la abundancia de las mercancías transportadas en ambas direcciones, al puerto sobre el mar y al lacustre, es también digna de mención la pureza del aire. Esto también es consecuencia de que el lugar esté bañado por dos mares, y de la época favorable en que se produce la crecida del Nilo. Pues en las demás ciudades situadas sobre lagos el aire es pesado y sofocante durante los meses cálidos del verano [...]. Pero en Alejandría, al principio del verano el Nilo al crecer llena también el lago y evita que el agua estancada infecte el aire. Es también entonces cuando los vientos etesios soplan del norte y del vasto mar abierto, de modo que los alejandrinos disfrutaban en verano de un tiempo de lo más agradable. El área de la ciudad tiene forma de clámide; sus lados alargados son los que bañan los dos mares, y tienen una extensión de unos treinta estadios, mientras los istmos forman los lados más cortos, cada uno de ellos de siete u ocho estadios de anchura, y limita por un lado con el mar y por el otro con el lago. Toda la ciudad está cuadrículada por calles adecuadas al tráfico de caballos y carruajes, y por dos que son muy anchas, de más de un *plethrum* de anchura. Estas se cortan en ángulos rectos. La ciudad posee magníficos edificios públicos y palacios reales, que cubren un cuarto o un tercio del área total de la ciudad. Pues igual que cada rey añadía, en su amor al lujo, algún ornato a los monumentos públicos, de la misma manera se hacía construir, a su costa, una residencia a añadir a las ya existentes, de modo que ahora, citando a Homero (*Odisea*, XVII, 266) "una pieza se sigue a la otra". Sin embargo, todos están conectados unos con otros y con el puerto, incluso aquellos que se extienden lejos de él. El Museo también forma parte de los palacios reales; tiene un paseo cubierto, un soportal con nichos y asientos (*exedra*) y una gran casa, en la que se halla el comedor de los doctos miembros del Museo. Esta asociación de hombres comparte en común los bienes y tiene un sacerdote de las Musas, que solía ser nombrado por los reyes pero ahora es nombrado por el César. La llamada "Sema" (tumba) es también parte de los palacios reales; era un recinto cerrado en el que estaban las tumbas de los reyes y de Alejandro. Pues Tolomeo, hijo de Lago, le quitó a Pérdicas el cadáver cuando éste lo traía desde Babilonia [...]. Lo enterró en Alejandría, donde ahora yace, aunque no en el mismo sarcófago. El actual es de cristal, mientras que Tolomeo lo puso en uno de oro [...]

En el Gran Puerto, según se entra a la derecha, están la isla y la torre de Pharos, y al otro lado están las rocas y el promontorio de Lochias con el palacio real. A la izquierda del puerto, según se entra, están los palacios reales interiores, que están unidos a los de Lochias y tienen bosques y muchos pabellones pintorescos. Bajo éstos está el puerto construido artificialmente, que no es visible y es propiedad privada de los reyes, y Antirrhodos, una pequeña isla enfrente del puerto artificial que tiene a su vez un palacio real y un pequeño puerto. Le dieron este nombre como queriendo rivalizar

con Rodas. Sobre ella está el teatro, luego el Posideo, una especie de cabeza de tierra que sobresale del llamado Emporio, con un santuario de Poseidón [...] Luego vienen el Cesario, el Emporio y los almacenes. Después de éstos, los astilleros hasta el Heptastadio. Hasta aquí el Gran Puerto.

Inmediatamente después del Heptastadio viene el puerto de Eunosto, y sobre éste el puerto artificial llamado también Ciboto; también tiene astilleros. Algo alejado de éste hay un canal para barcos que llega hasta el lago Mareotis. Pasado el canal sólo resta una pequeña parte de la ciudad. Luego está el barrio de Necrópolis en el que hay muchos jardines y tumbas e instalaciones para el embalsamiento de cadáveres. A este lado del canal está el Serapeo y otros antiguos distritos que han sido virtualmente abandonados debido a la construcción de los nuevos edificios en Nicópolis; así, hay un anfiteatro y un estadio y allí se celebran los juegos quinquenales, mientras que los viejos edificios han sido abandonados. En una palabra, la ciudad está llena de monumentos y santuarios; el edificio más bello es el Gimnasio, que tiene pórticos de más de un estadio de longitud. En el centro (de la ciudad) están los tribunales y los bosques. También está el Paneio, una elevación artificial de forma cónica y con aspecto de colina, y surcada por una escalera en espiral. Desde lo alto se tiene una vista panorámica de toda la ciudad extendiéndose abajo. La calle ancha que discurre a lo largo va desde la Necrópolis, pasa por el Gimnasio y llega hasta la puerta de Canopo; allí está el llamado Hipódromo y la otra... que va paralela hasta el canal Canobico. Después de atravesar el Hipódromo se llega a la Necrópolis; ésta tiene un asentamiento en el mar no menor que una ciudad [...] (Estrabón. 17,1,6-10).

El segundo hecho importante que acaeció durante la estancia de Alejandro en Egipto, por las consecuencias que tuvo, fue la visita al oráculo del dios Amón (Arriano. 2,3-4), al que los griegos identificaban con Zeus, su dios supremo, en el oasis de Siwa. En Paraitonion, Alejandro Magno recibió una embajada de Cirene, que vino a saludarle, lo que significaba someterse a él. Mientras tanto, Antípatro supo contener la revuelta armada de Agis III, rey de Esparta.

El oráculo de Amón en Siwa ya había sido consultado por Lisandro y por Cimón. Alejandro era hombre de sólidas creencias religiosas y es posible que una visita de este tipo, antes de penetrar en el corazón del imperio persa, fuera un hecho obligatorio. Se desconocen las preguntas que el soberano macedón hizo al oráculo, aunque algunas de ellas estaban sin duda relacionadas con la expedición que planeaba. Las respuestas debieron ser favorables a sus planes y ello explica la decisión de proseguir las conquistas. Además, los sacerdotes egipcios le declararon directamente hijo de Amón, de manera que le igualaban a Heracles y le consideraban llamado a emular sus hazañas. Esta proclamación fue un hecho importante en la vida de Alejandro desempeñando un papel fundamental en su divinización y en la de todos los soberanos helenísticos. No dejaba de tener connotaciones políticas con respecto a Egipto. Entañaba que Alejandro era también faraón y descendiente del dios supremo de los egipcios.

En la primavera del 331, abandonó Alejandro Egipto. La flota de Farnabazo, refugiada en Cirene, se entregó. Ello le permitió no dejar enemigos a la espalda y poder mantener las relaciones con Grecia sin problemas. En Tiro, organizó las finanzas de los territorios ocupados, con lo que Alejandro demostró no sólo ser un genio de la guerra, sino de la administración. Se ocupaba de aspectos prácticos que podían inferir en la marcha de las operaciones militares. A Harpalo se le puso al frente de las finanzas militares. El ejército que tenía a sus órdenes ascendía en este momento a 40.000 infantes y 7.000 jinetes.

CONQUISTA DE ASIA. BATALLA DE ARBELAS

Durante el tiempo de la estancia de Alejandro en Egipto, Darío III había rehecho su ejército con fuerzas llegadas de todas las regiones de su inmenso imperio. Además de la caballería, de bastante calidad, Darío contaba con un arma en la que tenía depositada su confianza: los carros armados de hoces, arma tradicional del ejército persa. En cambio, el número de mercenarios griegos era bajo: unos 2.000 hombres. Alejandro no se dirigió directamente a Babilonia desde Fenicia, como cabría esperar, sino que atravesó el Éufrates y llegó al Tigris a la altura de Tapsaco, que se encontraba en la ruta de Susa a Sardes, en el curso alto del río. Darío III se dirigió hacia Arbelas, al noreste de Nínive, y planeó dar la batalla en Gaugamela, donde los carros podían maniobrar bien. Alejandro, que demostró en Isos ser un excelente estratega, que se adaptaba al terreno y que sabía utilizarlo y sacar partido de él, mandaba el ala derecha, que era la ofensiva, y Parmenión la izquierda. La falange macedónica se hallaba en el centro. El rey macedón, para evitar ser rodeado, ofreció una formación en *pi*, con las tropas ligeras delante de la falange para acribillar de proyectiles a los carros. El ala que mandaba Alejandro estaba enfrente del centro del ejército persa, dirigido por Darío III; Bessos dirigía del ala izquierda del ejército persa. Alejandro, al frente de la caballería atacó directamente al centro. Darío III huyó con su escolta personal, con lo que la desbandada persa fue general. Inmediatamente Alejandro atacó y derrotó a la caballería mandada por Bessos. Mientras tanto, Parmenión se mantuvo, con gran dificultad, ante el asalto de las tropas de Mazaíos, que sólo abandonó el campo de operaciones al recibir la noticia de la huida de Darío III. La falange logró detener a los carros.

El genial Lisipo, retratista de Alejandro, ha representado a éste a caballo, alanceando a un persa. El choque del ejército griego, mandado por Alejandro, y el persa, está igualmente immortalizado en el llamado sarcófago de Alejandro Magno, en realidad sarcófago de un príncipe Sidón, fechado a finales del siglo IV a. de C. El encuentro frontal entre los dos reyes en la batalla de Issos, o mejor, de Arbelas, ha quedado soberbiamente representado en el mosaico de la Casa del Fauno de Pompeya, que es una copia muy fiel de una pintura que se remonta a comienzos del helenismo. Quizá sea la pintura que Casandro mandó hacer a Filoxeno de Eretría. Es una de las cumbres del arte helenístico y de todo el arte antiguo por el colorido, las actitudes de los combatientes y los efectos pictóricos. Somos de la opinión de que el mosaico representa la batalla de Arbelas, pues se sabe que en esta batalla, Alejandro se enfrentó personalmente a Darío. La derrota persa fue total y Darío III se refugió en Ecbatana.

El corazón del imperio había caído en poder de Alejandro Magno. A Darío sólo le quedaban las satrapías orientales, mal sometidas de siempre al imperio persa. Los sátrapas que administraban estas provincias, Bessos en Bactriana, Satibarzanes en Aria, y Barxaentes en Aracosia y en Drangiana, se conjuraron contra Darío III, que intentaba utilizar las satrapías orientales y occidentales (Capadocia y Armenia) para rehacer por tercera vez su ejército. El monarca persa había buscado refugio en Hircania, al sureste del Mar Caspio, más allá de las llamadas Puertas Caspias, al este de la moderna Teherán.

El clero de Babilonia y Mazaíos acogieron a Alejandro como liberador. Mazaíos fue

nombrado sátrapa de Babilonia, con un general y un financiero macedonios, medida política tomada por Alejandro, no sólo porque éste, que fue su adversario en Arbelas, era un excelente administrador y buen conocedor del mundo griego, sino también porque de este modo el soberano macedón, continuando con el programa, ya puesto en marcha en Egipto, de mantener a nativos en los altos cargos administrativos, se atraía a las poblaciones indígenas y se presentaba ante ellas como continuador de los monarcas aqueménidas.

A continuación se le entregó Susa, nombrando sátrapa al mismo que le había entregado la ciudad. En esta ciudad cayeron en poder de Alejandro los fabulosos tesoros de los reyes aqueménidas, de manera que el monarca macedón ya no tendría nunca más problemas económicos; podía alistar todos los mercenarios que necesitara y recompensar largamente a sus soldados y seguidores. No se olvidó de enviar a Antípatro dinero para tener tranquila a Grecia. Otras decisiones tomadas indican igualmente una gran sagacidad política, como no proclamarse rey de Babilonia y dejar en esta ciudad una guarnición macedonia. Al frente de Susiana confirmó al sátrapa Aboulites.

Persia, mientras tanto, se preparaba a resistir bajo la dirección del sátrapa Ariobarzanes, que contaba con 40.000 soldados y 700 jinetes. En 330, el ejército griego se dirigió a Persépolis. Parmenión conducía el grueso del ejército por la ruta más directa, mientras que Alejandro mandaba una columna ligera. En pleno invierno, tuvo que luchar duramente con los uxios y atravesar las montañas. En las llamadas Puertas de Persia, Alejandro sufrió un revés compensado con la liquidación de Ariobarzanes y de su ejército.

Persépolis fue tomada poco después, siendo incendiada meses más tarde (Diod. 17,70-72). Este hecho es uno de los acontecimientos más censurables en la actuación de Alejandro. El impacto de la noticia del incendio, tanto en oriente, como en Grecia, fue enorme.

Continuando con su política administrativa, Alejandro nombró sátrapa de Persia a Frasaortes; Amminages recibe la satrapía de Hircania y Partiaa; Oxidates la de Media; Mitrenes la de Armenia. Como ya se ha dicho anteriormente, el continuar con la administración persa y colocar al frente de ella a indígenas era una política sagaz y acertada, y posiblemente la única que se podía seguir. La sustitución de la administración persa por la griega hubiera significado un verdadero caos. Al mismo tiempo era una manera fácil de atraerse a los indígenas y tenerlos tranquilos. No obstante, el nombramiento de estos sátrapas provocó problemas, ya que Atropates y Fratefernes se apoderaron de Media y de Partia, y Orontes no entregó a Mitrenes la Armenia.

Reorganizó Alejandro ahora su ejército con nuevos contingentes llegados de Macedonia, y con mercenarios griegos que se alistaron en el ejército atraídos por la paga. En Ecbatana dejó la mitad del ejército a las órdenes de Parmenión.

Mientras tanto, Darío III huyó hacia el mar Caspio seguido de sus fieles, la guardia personal y 2.000 mercenarios griegos.

El plan de Alejandro era suprimir a Darío III. En este momento tomó una decisión aparentemente peligrosa: licenciar la excelente caballería tesalia y los mercenarios griegos, recompensándolos por su intervención con magníficos regalos. De este modo, en Ecbatana licenció a los soldados que las ciudades griegas le habían enviado, como general de la Liga de Corinto, antes de pasar a Asia. Este hecho era una manera de indicar públicamente que desde ahora el ejército era suyo. La empresa de toda Grecia había terminado con el incendio de Susa. Los soldados griegos que quisieran permane-

cer en el ejército lo hacían en calidad de mercenarios. Muchos continuaron la campaña atraídos por los beneficios. Es probable que ya estuviera en la mente de Alejandro el proyecto de utilizar la caballería persa.

Parmenión recibió la orden de marchar a Hircania, mientras el soberano se dirigía a las Puertas Caspias. Bessos fue aclamado por la caballería bactriana Gran Rey, con el nombre de Artajerjes. Estas satrapías orientales se sentían más vinculadas con el sátrapa que las administraba, que con el rey persa que habitaba lejano palacio. Bessos se deshizo de Darío III asesinándole, con lo que desaparecía la monarquía aqueménida. Comienza entonces la guerra contra Bessos, que había nombrado un sátrapa en Hircania y en Partia, donde precisamente se encontraba Alejandro, que se proclama heredero y vengador de Darío III.

Los puestos importantes fueron confiados a amigos incondicionales. Se nombró a Hefestión quiliarca, el segundo puesto después de Alejandro Magno, poniéndole al frente de un cuerpo de tropa formado por 1.000 nobles iraníes. Harpalo organizó la administración financiera de Asia. Estas medidas indicaban bien a las claras que Alejandro Magno pensaba más en continuar la monarquía aqueménida que la macedónica. Pronto tomaría una serie de decisiones, más en consonancia con la tradición persa que con la griega, que no podían ser bien recibidas ni por los compañeros macedonios, ni por su ejército. Alejandro adoptó las formas del gobierno persa y su poder se tornó autoritario y personal. En las últimas decisiones ya no consultaba a Parmenión. El rey se distanciaba cada vez más de sus compañeros y del ejército, que era como decir de la tradición macedónica. Se introdujo toda la etiqueta de la corte persa: en la correspondencia se le denomina Gran Rey, y desaparece la fórmula «y de los macedonios». El ejército estaba formado cada vez más por asiáticos; pero al mismo tiempo, no se podía prescindir de los mercenarios griegos, cuya superioridad había quedado bien patente en las grandes batallas libradas. A partir de la muerte de Darío III, la dirección de la política ya no es griega. A juzgar por los signos externos, el imperio persa había conquistado el corazón de Alejandro y su política.

LA LUCHA CONTRA BESSOS. CONQUISTA DE LAS SATRAPÍAS DEL NORTE

El año 330 fue peligroso para Alejandro. Las poblaciones indígenas estaban mal sometidas, las tropas daban indicios de estar descontentas y los jefes militares no comprendían sus decisiones, ni la política a seguir. El ejército era poco numeroso para mantener pacificado un tan extenso imperio. La situación se había complicado con la proclamación de Bessos como Gran Rey por su ejército. El sátrapa de Ariana, Satibarzanes, se sometió; pero una vez que el ejército griego se puso en camino hacia Bactriana, asesinó al destacamento que Alejandro había dejado y reunió un ejército en Artacona. Alejandro quedó cogido en una tenaza: por un lado estaba el ejército de Bessos; por el otro, el de Satibarzanes, que fue vencido poco después. Ariana se le sometió y Alejandro con su ejército pudo pasar a la conquista de Bactriana, que era el verdadero centro de la resistencia, a través de Drangiana. En vano Alejandro esperó los refuerzos que debían llegarle desde Ecbatana. Parmenión, aparentemente, le era fiel; pero de hecho encabezaba a los descontentos y probablemente no comprendió nunca los planes de Alejandro. Otro punto de fricción con el rey era la forma de administrar los territorios conquistados. Algunos sucesos agravaron aún más la situación: Asandros, her-

mano de Parmenión, fue sustituido en el 331 al frente de la satrapía de Lidia; Parmenión se aprovechó del descontento de las tropas, cansadas de la guerra y que no comprendían su prolongación: en Hecatompyloi, el ejército provocó un conato de sedición. La muerte de Nicanor, hijo de Parmenión, complicó más aún la situación, pues su otro hijo, Filotas, que mandaba los *hetairoi*, estuvo unos días ausente. Alejandro se imaginó una conjura en la que intervenía Filotas, que fue llevado ante el ejército, torturado y ejecutado. Parmenión fue poco después ejecutado en Ecbatana por orden de Alejandro. El monarca no toleraba ya opositores a sus planes, cada día más difíciles de comprender por sus colaboradores y por el ejército; su mando se hacía además cada vez más duro y despótico. Hefestión y Clitos ocuparon el puesto que había desempeñado Filotas; siendo dos, era más difícil la trama de una conjura. Ptolomeo y Perdicas ascendieron de categoría y Crátero ocupó el puesto de Parmenión. Tras estos sucesos, los macedonios y los mercenarios griegos emprendieron la ruta para unirse, sin su general, al ejército de Alejandro en Drangiana. Gedrosia se sometió. Alejandro aprovechó su estancia en estas satrapías para reorganizar su ocupación aplicando el mismo sistema que Filipo II había utilizado en Tracia: la fundación de colonias militares, en las que asentaba a los veteranos de su ejército, solucionándoles la subsistencia; estas fundaciones al tiempo que mantenían pacificado el país, eran centros de helenización y mantenían abiertas las rutas comerciales.

Fundó el rey Alejandro de Drangiana en un rico territorio; la ciudad se convirtió en el centro administrativo de la región. Con la fundación de ésta y de otras ciudades que se sucedieron, Alejandro afirmaba su voluntad de mantener unidas a su imperio regiones tan lejanas como Drangiana.

En el invierno, se dirigió el ejército griego a la capital de Aracosia, Kandahar. Barxaentes huyó y se refugió en las montañas. Mientras tanto, Satibarzanes, saliendo de Bactriana, había sublevado Ariana. Alejandro envió contra él un destacamento de tropas, que logró vencerle. Parte del ejército se estableció en una nueva fundación, Alejandro de Ariana.

Alejandro continuó así la política emprendida desde un primer momento de situar a nativos en los altos puestos de la administración: en Ariana fue nombrado un iranio y en Drangiana un persa; en Aracosia, un griego, Menón, lo que se explica por el ejército relativamente numeroso que mandaba 6.000 infantes y 600 jinetes. Finalmente, Alejandro pudo penetrar en Parupanisades y seguir la ruta al Hindu-Kush. La marcha se hizo durante el invierno y el ejército tuvo que soportar el frío y la nieve. Aquí se fundó otra nueva Alejandro, esta vez del Cáucaso, llamada de este modo al confundir el Hindu-Kush con el Cáucaso. El lugar —en la ruta a la India— estaba excelentemente elegido. Al frente de Parupanisades nombró a un iranio y a un macedón como jefe del ejército. El programa de Alejandro queda claro: fundar ciudades con veteranos griegos y poner indígenas al frente de la administración.

En la primavera del 329, atravesó el Hindu-Kush. Esta marcha descubría los planes ambiciosos de Alejandro, que no contento con apoderarse del inmenso imperio persa, aspiraba a la conquista de la India. Alejandro tenía la fiebre de la conquista; ninguna extensión de terreno, por amplia que fuera, le parecía suficiente. Su meta era la conquista de todo el mundo.

La conquista de Turán le llevó tres años (324-327) de fuertes combates. Sin duda, Alejandro infravaloraba la empresa que emprendía: la conquista de Bactriana y Sogdiana, con Samarkanda y Bujara como capitales. Fue herido varias veces y tuvo que de-

mostrar continuamente su talento táctico, pues el ejército era pobre en efectivos. No tenía posibilidad de recibir nuevos refuerzos y el terreno, por su configuración montañosa, tampoco se prestaba a una fácil conquista. Las tribus indígenas eran numerosas y valientes: como táctica guerrera utilizaban la guerrilla y la emboscada, al igual que el caudillo lusitano Viriato en su lucha contra Roma, en Hispania.

El plan de Bessos era esperar a Alejandro y su ejército a la salida del Hindu-Kush, y asolar la ruta que iba a seguir. El ejército con que contaba también era pequeño, pues los escitas habían saqueado poco antes Bactriana: 7.000 bactrianos, sogdianos al mando de Oxyartes, Spitamenes y Dahas. Alejandro atravesó las montañas por el paso oriental de Khawak, que llevaba a la planicie de Drapsaka; de este modo, evitaba presentar batalla a Bessos en territorio desventajoso. Alejandro, que era un auténtico genio de la guerra, de una audacia extrema, de un valor sin igual ante el peligro —como dio pruebas en Arbelas— era también de una extremada prudencia al planear las operaciones militares, como lo demostró en esta ocasión. Bessos abandonó Aernos, para no ser expulsado de Sogdiana, y se refugió en la ribera del río Oxos.

La caballería bactriana siguió a su rey; la única solución era retirarse a Samarkanda. Bactriana cayó en poder de Alejandro: al frente de la satrapía puso a Artabazo. El ejército griego se dirigió a Samarkanda. Los sogdianos le entregaron a Bessos, creyendo que de este modo aplacarían a Alejandro y que les dejaría el paso libre. No eran estos los planes del soberano griego, que tomó Samarkanda. Bujara no fue conquistada. De Samarkanda, el rey se dirigió al río Iaxarte. Durante la marcha, el ejército se vio molestado por ladrones: el mismo rey fue herido en un encuentro. La represión fue inmediata y brutal.

El río Iaxarte marcaba el límite del imperio Aqueménida. Hasta él había llegado Ciro el Grande. Alejandro envió exploradores para informarse de la región, mientras Sogdiana y Bactriana se sublevaban. La represión fue feroz, y Cirópolis fue arrasada. Alejandro fundó una nueva Alejandría, esta vez llamada Escate, aludiendo a su situación fronteriza, junto a las orillas del Iaxarte. En ella, asentó sogdianos y mercenarios griegos licenciados. Para evitar las razzias de los sacas, el ejército griego los dispersó a la estepa empleándose por primera vez catapultas contra la caballería.

Mientras tanto, Spitamenes, que había organizado la resistencia en Sogdiana, asedió Samarkanda, lo que obligó a Alejandro, una vez que los sacas dejaron de ser un peligro, a socorrer la ciudad sitiada con las tropas ligeras; Crátero les siguió con el resto del ejército. La represión no se hizo esperar: gran parte de la aristocracia sogdiana fue condenada; pero después, para congraciarse con la población, algunos fueron perdonados y otros premiados. Alejandro dejó a 30.000 infantes en una zona tan conflictiva. Atravesó el Oxus y en un oasis fundó Alejandría de Margiana, en la ruta del Caspio, rodeada de fortificaciones. Estas fundaciones tenían un marcado carácter militar: servían para pacificar la satrapía e impedir las razzias de los nómadas.

A pesar de estas conquistas, quedaban algunos problemas por solucionar. Spitamenes soliviantaba a los nómadas de las estepas y desde Paraitakene, donde se encontraba Oxiartes, se hostigaba al ejército griego. El soberano macedón se vio obligado a suprimir estos dos focos de resistencia. En este momento, se incorporaron al ejército griego nuevos mercenarios, en número de 20.000, entre los que había muchos tracios atraídos por la paga. Bessos fue traicionado por los suyos; fue juzgado y torturado como él hizo con Darío III, cortándosele la nariz y las orejas; posteriormente, fue enviado a Ecbatana, donde fue crucificado. Con esta muerte, ejecutada a la usanza persa, Alejandro

vengó el asesinato de Darío, del que el rey se proclamaba heredero. Desde este momento, Alejandro, sintiéndose seguro, incorporó a su ejército tropas sogdianas, bactrianas y asiáticas de muy variadas procedencias. Comienza así la «barbarización» del ejército a gran escala.

En la primavera del 328, llegó una embajada de los sacas, que le comunicaron la muerte de su rey, asegurándole que su sucesor mantenía el pacto de no agresión. Visitó a Alejandro también Farasmanes, rey de los corasmienos, que prometía conducirle a Europa a través del Norte del Caspio. Alejandro rechazó la propuesta, pues su voluntad era conquistar la India. Farasmanes reconoció la soberanía del rey macedón. La vinculación del rey de los corasmienos con Alejandro privó a Spitámenes del principal valedor que tenía entre los Daha y los masagetas, entre los que el rey gozaba de gran prestigio.

Inmediatamente después, Alejandro se dirigió con su ejército a Sogdiana, mientras Crátero ocupaba Bactriana. Primero fundó Alejandría de Oxos. Nada se conoce sobre la repartición de tierras, *cleros*, a los griegos, ni sobre las explotaciones agrícolas. Después se dirigió a Maracanda con su ejército dividido en cinco cuerpos, apoderándose durante el camino de una fortificación, donde se habían depositado los bienes y concentrado una gran población. Entre los que cayeron prisioneros se encontraba la familia de Oxyartes, que acudió a Alejandro en demanda de perdón. Alejandro supo compaginar en el castigo la dureza más extrema con la misericordia, conducta ésta que daba sus frutos. El monarca se dedicó a recorrer la región de Maracanda, y Artabazo con Conios la de Bujara. A Hefestión se le encomendó asentar a mercenarios griegos, nativos y macedonios en las ciudades fundadas. Hacía ya tiempo que Alejandro trataba por igual a unos y a otros, y se servía de todos en la administración y en el ejército.

Crátero rechazó a Spitámenes y a los masagetas, que acechaban la muralla de Bactres, en la estepa, lo que le permitió pacificar Bactriana. A continuación pasó a Sogdiana, donde se unió a Alejandro, que pasaba el tiempo entregado a cacerías y banquetes nocturnos. Alejandro entregó la satrapía de Bactriana-Sogdiana a Clitos. El cargo había quedado vacante al renunciar a él —por motivos de edad— Artabazo. Unos días después, estando todos bebiendo, estalló una discusión entre Alejandro y los antiguos oficiales de Filipo II, que le costó la vida a Clitos. Este compañero de Alejandro, bebido, increpó a Alejandro con palabras hirientes, por haber introducido innovaciones, que no hubiera aceptado su padre; al principio, el monarca se calló, pero después explotó de ira, cogió una lanza y le atravesó con ella. Al rey, este suceso le sumió en una gran tristeza y amargura. Durante muchos días no quiso comer. Se echaba en cara el haber dado muerte al que le salvó la vida en la batalla del Gránico. Durante varias semanas sufrió una profunda crisis. El impacto de esta muerte entre los que rodeaban a Alejandro, fue enorme. Una vez más, se repitió el caso de Parmenión y de Filotas. Alejandro había perdido el control de su persona pero no sería ésta la última vez. Quizá estos acontecimientos señalaron un profundo cambio en su personalidad, que se volvió más suspicaz, más recelosa y más déspota, no admitiendo que se le contrariara. Amin-tas reemplazó a Clitos.

Spitámenes intentó, apoyado por los masagetas, hacer una incursión en la región de Bujara, en Sogdiana. Fue rechazado después de fuertes encuentros. Poco después fue asesinado por los nómadas.

Sólo quedaba ahora Paraitakene por someter. En la primavera del 327, marchó a Hissar. Las gestiones de Oxyartes lograron la sumisión pacífica de Sisimitres, que se

quedó al frente de su feudo. Alejandro se casó con la hija de Oxyartes, Roxana; y la nobleza de Paraitakene, a la que había logrado atraerse, se alistó en el ejército. Esta boda indica claramente el cambio que se había efectuado en la personalidad del rey macedón; su vinculación con Asia obedecía seguramente a móviles políticos. No se contentaba ya con poner nativos —algunos de ellos procedentes de la antigua administración de Darío III— al frente de las satrapías, ni de alistar en su ejército o establecer en las ciudades fundadas, a asiáticos; sino que, cuando tuvo que escoger esposa, se inclinó por una de la nobleza del país conquistado. Asia penetraba cada vez más en el corazón de Alejandro.

Es probable que entonces o quizás antes, planease un Estado en el que todos los pueblos y razas fueran exactamente iguales, con una mezcla, como nunca se había dado, de pueblos, religiones y culturas. Su matrimonio le vinculó con Asia y le unió con su nobleza: tenía el ejemplo de sus antepasados, que frecuentemente habían desposado con princesas de los Balcanes. Este matrimonio era una excelente baza política, pues le confirmaba, ante los ojos de los asiáticos, como el sucesor de los reyes Aqueménidas. Alejandro era rey de todos, de vencedores y de vencidos, de europeos y de asiáticos. El Estado que estaba creando era multirracial y multicultural. Toda esta política no podía menos que molestar a los macedonios que seguían a Alejandro.

Esta dirección política abarca todos los aspectos. En este sentido, hay que interpretar la incorporación de 30.000 jóvenes de las satrapías limítrofes al ejército, entrenados al modo macedónico, técnica que se había demostrado ser superior a la persa, planeaba ya Alejandro la sustitución del ejército griego por el nativo: cada vez tomaba el soberano macedón mayor número de medidas que le iban poco a poco distanciando de Grecia. Importantes cargos les fueron encomendados a los iraníes: a Atrópates se le entregó el gobierno de Media, región por la que pasaban todas las rutas hacia Grecia. En Partia-Hircania, se reforzaron los poderes de Fratafernes. A la muerte de Mazarios, un persa, Stamenes fue nombrado como sucesor. El mismo hermano del difunto Darío III, Oxatres, desempeñó cargos importantes en la corte. Todos estos nombramientos demuestran que la nobleza no encontró inconveniente en colaborar con un vencedor, que se presentaba como sucesor y heredero del último rey aqueménida, aceptaba sus usos y se casaba con una princesa nativa.

Una costumbre que le ocasionó roces con los griegos que le rodeaban fue la introducción de la proskynesis, o inclinación ante el rey con una mano a la altura de la boca (Arriano 4,10,5-12). Esta costumbre aqueménida no era considerada entre los persas como signo de adoración; en cambio los griegos, defendían que este gesto sólo se podía hacer a los dioses. Su significación, tratándose de Alejandro, ha sido muy discutida: no parece ser que en la mente del soberano griego estuviera la idea de divinización de su persona sino sólo la aceptación del ceremonial de la corte persa, en la línea de tantas otras medidas adoptadas. El filósofo Anaxarco, que acompañaba a Alejandro, la aceptaba; mientras Calístenes, el sobrino de Aristóteles a cuyo cargo estaba la redacción de los anales del reino, era muy contrario a ella y no tenía inconveniente en exteriorizar su opinión. Los griegos, como Calístenes, sólo veían en este gesto un símbolo de adulación degradante. Calístenes tuvo la osadía de decir en público lo que otros pensaban o comentaban en privado. La influencia de Calístenes era grande entre los servidores de la corte. En una discusión de orden teórico sobre la tiranía como forma de gobierno, uno de los oyentes, que había sido reprendido ásperamente por Calístenes, tramó un complot para asesinar a Alejandro. El intento fracasó; pero por este motivo varios fue-

ron condenados a muerte, entre ellos Calístenes. Los seguidores de Aristóteles nunca perdonaron que Alejandro matara al sobrino del fundador de la escuela y maestro suyo. Con este motivo, el ejército exteriorizó su fidelidad al rey. Todo ello demuestra el descontento reinante en el entorno de Alejandro. Se dice que Alejandro recibió, al mismo tiempo, una carta, auténtica o falsa, de su maestro Aristóteles en la que tomaba abiertamente postura contra las teorías de Anaxarco, contra la idea de ampliar las conquistas y contra la colaboración con la aristocracia persa. Si Aristóteles no llegó a escribir esta carta, el contenido de ella respondía plenamente a su sentimiento. Alejandro había superado, desde mucho tiempo atrás, los proyectos de Isócrates y las concepciones de Aristóteles: tenía en mente la creación de un Estado Universal.

Entre los pensadores griegos, la política de Alejandro —que era la única viable— era totalmente incomprendida, como se ha indicado ya varias veces. Alejandro comunicó a Antípatro que su intención era castigar a los culpables, y no dudó en hacerlo sin compasión a los que creía que podían constituir un ligero peligro para su poder.

En el 327, Alejandro, acompañado de Crátero, dejó Bactriana con tropas de ocupación suficientes. Pasó el Hindu Kush con un ejército cosmopolita formado por 120.000 hombres e invercó en Nicaia. Acompañaban al ejército marineros egipcios, fenicios y chipriotas, pues estaba previsto el descenso del ejército por el Indo, lo que indica que el proyecto era no sobrepasar los límites a los que había llegado Darío I.

LA CONQUISTA DE LA INDIA

El valle del Indo había pertenecido al imperio Persa: Ciro el Grande había sometido Gandara y Tattagush; Darío se había apoderado de Sindh, pero los persas pronto abandonaron la región. En el momento de la llegada de Alejandro al país, Poros, apoyado por Abisares, príncipe de Cachemira, se encontraba en muy malas relaciones con el reino de Taxila, situado entre el Indo y el Hidaspes. Esta lucha favoreció los planes de Alejandro al ser llamado por Taxila, pues este reino podía significar un punto de apoyo para los planes del macedonio.

En la primavera del 326, el ejército griego, en gran parte mandado por Hefestión, guiado por el príncipe de Taxila, penetró en el valle del Indo para atravesar el río. Mientras tanto, Alejandro y Crátero sometieron los valles de Kofen, en las estribaciones del Himalaya. Alejandro subió por el río Coes, donde los niseos le invitaron a celebrar la fiesta de su dios. Los griegos tomaron a éste por Dioniso, pues en su búsqueda de Ariadna el dios había llegado hasta estas tierras, volviendo con su amada acompañados de un cortejo de sátiros, ménades, bacantes, silenos, elefantes, etc. Alejandro, como nuevo Dioniso, llegaba a las mismas tierras visitadas por el dios, y su vuelta fue luego comparada con el retorno del dios tracio.

Si los niseos recibieron al ejército griego, otros pueblos, como los aspacios y los guracos, se le opusieron. La lucha contra estos pueblos fue la última gran campaña que preparó Alejandro. El principado de los asacenos había reunido 9.000 mercenarios indios, y fue necesario conquistar la capital, Massaga, y todas las ciudades fortificadas. Alejandro se vio obligado a perseguir a los asacenos, que habían encontrado refugio en los límites de Cachemira, para no dejar enemigos a sus espaldas. Allí dejó una guarnición para mantener el país tranquilo. Se creó una nueva satrapía en la región comprendida entre el Indo y Nicaia. Al frente de ella puso a Nicanor, que murió poco después en lucha con los asacenos.

Poros había establecido la línea defensiva detrás del Hydaspes. Le favorecía la estación de los monzones con sus lluvias torrenciales y la presencia en el ejército de 120 elefantes. Alejandro decidió atacar de inmediato. El primer problema grave que tuvo que solucionar fue el paso del río, que venía crecido y cuya ribera estaba defendida por los elefantes. El plan de Alejandro consistió en vencer primero a la vanguardia del ejército indio y a continuación al ejército de Poros. La rapidez en la maniobra y la capacidad del monarca macedonio en tomar decisiones sobre la marcha en las situaciones más imprevistas, dieron el triunfo a Alejandro, a costa de un número relativamente elevado de bajas, 2.000, entre los que se encontraban 300 macedonios. Poros, que combatió sobre un elefante, fue herido y hecho prisionero; era la primera vez que las falanges macedonias luchaban contra elefantes. Esta victoria frenó los planes expansionistas de Poros. Abisares quedó encerrado en Cachemira.

La victoria fue seguida de grandes festejos acompañados de juegos y sacrificios en honor de los dioses. Arriano no deja de observar que, después de las batallas, Alejandro organizaba siempre competiciones deportivas que —como los juegos olímpicos, píticos, nemeos e istmicos— eran rituales en honor de los dioses. Es ésta una de las facetas importantes del carácter de Alejandro: su profundo sentido religioso de la vida y su agradecimiento a los dioses por los triunfos alcanzados.

En las orillas del Hydaspes, fundó dos ciudades, continuando con el programa ya emprendido, que descubren el pensamiento de Alejandro de incorporar estas regiones a su imperio.

La conquista del reino de Poros, por su extensión, planteó problemas difíciles de solucionar. Alejandro demostró una vez más su genialidad política, manteniendo a Poros, que había solicitado negociaciones con el rey macedón, al frente de su reino. En realidad, el reino de Poros no había sido aún invadido; su confirmación al frente del mismo significó que no iba a ser atacado en el futuro. Filippo, hermano de Harpalo, fue nombrado sátrapa en representación del rey para controlar a los príncipes indios. La victoria sobre Poros fue conmemorada con una emisión de moneda, en la que —en los reversos— Alejandro perseguía a caballo a Poros, subido sobre un elefante. El soberano fundó dos ciudades: una llamada Nikaia, sobre el campo de batalla, en honor a la Victoria (Niké); la segunda, Bucéfala, en recuerdo del caballo que, desde su juventud, acompañó a Alejandro y que acababa de morir. Como siempre, la victoria fue celebrada con juegos y fiestas.

La decisión de dejar a Poros al frente de su reino favoreció también al príncipe de Taxila; pues Poros renunciaba a toda intervención más allá del Hydaspes. Alejandro fue aún más lejos en sus concesiones a Poros. Para atraerse, le prometió su ayuda para someter algunos principados al Este del Punjab. El monarca macedón desconocía el alcance real de sus promesas ya que sus conocimientos sobre la India eran deficientes y se limitaban a los escasos datos recogidos en las lecturas de Hecateo, Herodoto y Ctesias. La intención de Poros era extender su reino hasta el Ganges y el reino de los prasios, regidos por la dinastía de Nanda de Pataliputra. El mismo Poros es muy probable que no calibrara bien sus pretensiones, animado por Tchandraguta, un mauria desterrado. A su vez, Poros animó a Alejandro a alcanzar el océano dirigiéndose hacia el Este. El avance fue fácil al principio, pero se iba dificultando a medida el ejército se encontraba con situaciones imprevistas —de las que era imposible escapar— ante la llegada de los monzones. Mientras llegaban los refuerzos de Poros, Alejandro puso la vista en el Hydaspes: al otro lado se asentaba un pueblo que el ejército no se atrevió

a atacar de frente. Un príncipe local informó a Alejandro de la extensión y el poder de Nanda. El rey macedón planeó una exhibición de fuerza en la orilla izquierda del Hydaspes; pero el ejército se negó a continuar, agotado por los combates y las lluvias torrenciales de los monzones y sin esperanzas de regresar a Europa. Alejandro, incapaz de convencerlos, levantó doce altares monumentales, cada uno de ellos dedicado a los dioses olímpicos, que señalaban los límites de la conquista. Se podía retirar satisfecho: había llegado hasta donde lo habían hecho Ciro el Grande, Darío I y Dioniso. Su Imperio era tan extenso como el de Darío I: comprendía desde el Indo al Danubio. Alejandro comprendió que era un error continuar la marcha, pues la India no formaba parte del Imperio aqueménida.

EL REGRESO

En noviembre del año 326, el ejército se preparó para volver. Un refuerzo de mercenarios griegos y tracios, que se acababa de incorporar, aumentó la seguridad del ejército, que se dirigió al suroeste.

El proyecto de Alejandro consistía en descender, con una flota de 1.000 navíos, por el Hydaspes y el Indo, mientras Crátero y Hefestión seguían por las orillas. Para evitar el ataque por la espalda, el sátrapa Filipo cerraba la marcha. Varios pueblos dieron facilidades al ejército. Otros, los mallios y los oxidraques, opusieron feroz resistencia entre los ríos Hydaspes e Hyfases. El mismo Alejandro fue herido gravemente: había escalado la muralla de una fortaleza, seguido de dos o tres compañeros, y saltado dentro del recinto, cuando una flecha se le clavó en el pecho y perdió el conocimiento, salvándose gracias a la llegada de los soldados. Este episodio indica algún rasgo de su carácter, bien captado por el autor del mosaico de Alejandro: no tenía miedo a ser el primero en el asalto. Varias veces, como en el Gránico, puso en grave peligro su vida: el valor era la primera virtud del estratega.

La falsa noticia de su muerte, que corrió por todo el Imperio como un reguero de pólvora, suscitó malestares esporádicos. Llegaron en este momento noticias tales como que algunos mercenarios griegos, creyendo que el rey había muerto, habían desertado, pensando unos en volver a Grecia y otros en unirse a Atenodoros, que se había proclamado rey de Bactriana. A la noticia de la muerte de Alejandro, y animados por la sublevación de los griegos de Bactriana, hubo también sublevaciones en Tauro, en Media y en Aracosia. Las satrapías de Susiana y de Carmania se independizaron. Orsines, por su cuenta, sucedió al sátrapa Frasaortes en Persia. Otros sátrapas reclutaron mercenarios por su cuenta, lo cual indica que la unión del Imperio no estaba aún fraguada.

De momento, Alejandro se dedicó, una vez fuera de peligro, a organizar las fiestas de carácter religioso que solía hacer después de las grandes victorias, y a organizar la satrapía de Filipo. Al sur, se fundó una nueva Alejandría, que controlaba la ruta de Aracosia.

Tanto en el territorio de los mallios y de los oxidraques como en el reino de los sindh, la resistencia estuvo apoyada por los brahmanes. En el delta del Indo, la lucha volvió a ser dura. El terror ante el ejército se apoderó del rey de Patalene y su pueblo huyó en masa. El Sindh fue organizado en satrapía, al frente de la cual se puso a Peitón. En esta región se fundó una nueva Alejandría. A Patala se la dotó de instalaciones portuarias. El rey hizo un sacrificio a Poseidón y arrojó una copa de oro a las aguas

pidiendo la protección del dios. Este puerto estaba concebido para mantener las relaciones entre el sur del Indo y el Golfo Pérsico.

Según avanzaban sus conquistas, planeaba al mismo tiempo la paz y la organización del reino, solucionando a sus veteranos la subsistencia, una vez licenciados del ejército. Esta región pronto se independizó, y Peitón sólo pudo conservar el territorio entre Gandara y Multán.

Alejandro había planeado bien la vuelta. Crátero conduciría a los inválidos, los licenciados, los elefantes y el bagaje y la mitad del ejército y se reuniría en Carmania, siguiendo la ruta de Candahar, con Alejandro, que volvía por mar desde el Indo. Al navarca Nearco, cretense de origen, se le encomendó la flota y la exploración del terreno. Las dificultades creadas a la flota, que debió costear Beluchistán, región bastante inhóspita, le obligaron a buscar un apoyo terrestre. Alejandro marcharía delante de la flota, bordeando el litoral, donde colocaría depósitos de víveres.

La llegada de los monzones retrasó la fecha de la expedición un mes. Durante este tiempo, el ejército estuvo acuartelado en Carachi. Los víveres sólo podían ser proporcionados desde los valles del interior de Gedrosia, cuyos habitantes, en lugar de enviarlos, soliviantaron a los orites, entre los que Alejandro había dejado depósitos de alimentos bajo la custodia de Leonnato, que se vio obligado a luchar para poder mantener la flota. Leonnato fundó otras dos Alejandrías: Alejandría de los Orites y Alejandría de Makarene, y volvió a Susa. Mientras tanto, Alejandro, con parte del ejército, atravesó el desierto bajo un sol abrasador que obligaba a avanzar sólo de noche y de pozo en pozo. El ejército se vio sometido a unas calamidades sin fin: todas las bestias de carga murieron durante la travesía y todo el bagaje se perdió; también muchos soldados perecieron. El contacto con la flota no se pudo establecer. Tardó el ejército dos meses en alcanzar Pura, donde había víveres. Poco después, llegó Alejandro a Carmania donde se juntaron Crátero y Nearco, celebrándose grandes fiestas en honor de los dioses y de Dioniso, según costumbre.

LA SITUACIÓN DE GRECIA

Alejandro, desde el 330, había descuidado los asuntos de Grecia, que sólo le interesaba como cantera de mercenarios. Un lugar de alistamiento era Sición. Las revueltas que siguieron a la noticia de la pérdida del ejército demostraron que el Imperio creado por Alejandro no se encontraba aún consolidado, que la tendencia a la división era fuerte y que existían gérmenes de descomposición. No se escapó esta situación a los griegos de miras más penetrantes. Entre ellos, Harpalo, bien informado por residir en Babilonia y por los cargos que desempeñaba: tesorero general del Imperio, encargado de los reclutamientos y de mantener los vínculos con Grecia; quizás fuera también sátrapa de Babilonia. Opinaba, muy probablemente, que la muerte de Alejandro acarrearía la pérdida de las satrapías orientales. Al parecer, pensó en formar un reino, con el Creciente Fértil abierto al Mediterráneo. Buscó el apoyo de Atenas, que fue siempre muy reticente a Alejandro, y de algunos sátrapas de Asia Menor. El sátrapa de Cilicia, Balacros, en 325 acuñó monedas con su nombre. Cleandros planeaba abandonar Media. Este mismo año, Cleomenes acuñaba también moneda en Alejandría. En Tracia, el estratega Zopirión luchaba en la región de Olbia. Atenas, bajo la dirección de Licurgo, había restaurado las fortificaciones y aumentado su flota.

Licurgo, orador de oficio, animó a los atenienses a restablecer las finanzas. Fue un excelente patriota y administrador, que restauró la moral, un tanto decaída tras la derrota de Queronea. A él, que ejerció un gran influjo entre los años 338 a 326, se deben el aumento de la flota, compuesta de trirremes, con naves más poderosas, la construcción de un arsenal, la reparación del puerto militar del Pireo, etc. Reorganizó las fiestas tradicionales, muy abandonadas. Restauró y embelleció los santuarios, como el de Dioniso. Sustituyó el antiguo teatro de madera por otro de piedra. Su labor literaria no fue menos importante, ya que estableció el texto de los grandes trágicos como Esquilo, Sófocles y Eurípides. Por su consejo, el Estado Ateniense costeó los retratos de estos tres autores. Prestó Licurgo especial atención a la educación. Se reconstruyeron o mejoraron en Atenas los establecimientos educativos, como los gimnasios, las palestras o el estadio. Se reorganizó la vieja institución de la efebía, donde los jóvenes recibían educación militar entre los 18 y los 20 años. Bajo los consejos de Licurgo, el pueblo ateniense rehizo el ejército, nombrando estratego a un viejo luchador contra Filipo, Foción, famoso por su austeridad, integridad, competencia y buen conocedor de la realidad de la situación. Fue elegido estratego 45 veces. Al final, víctima de la ingratitude popular, fue condenado a muerte en un proceso sumario. Un año después, en 318, los atenienses le levantaron una estatua de bronce. Diodoro y Plutarco han dejado buenos retratos de este famoso ateniense. Todo indica bien el clima en que vivía Atenas bajo los consejos de Licurgo y Foción.

El partido antimacedón en Atenas estaba dirigido por Demóstenes y por Hipérides. El pueblo seguía a Demóstenes, como muestra el famoso proceso de Ctesifonte, celebrado en 330, en el que el enemigo de Demóstenes, Esquines, acusó a Ctesifonte de proponer ilegalmente al Consejo honrar a Demóstenes con una corona de oro. Demóstenes defendió su causa con el *Pro Corona*, la obra cumbre, junto con la de su contrincante, de la oratoria ática. En ella, defendió la política antimacedónica que había seguido toda su vida. Ctesifonte ganó el proceso y Esquines se desterró a Rodas. Sin embargo, Demóstenes y los patriotas atenienses nunca comprendieron que la hora de la independencia de Atenas había ya pasado; al igual que Platón y Aristóteles, no aceptaban que la concepción del Estado-Ciudad estaba ya periclitada.

Mientras tanto, Alejandro daba muestras de gran benevolencia con Atenas, sin duda pensando en su pasada grandeza, enviando a esta ciudad parte de los atenienses muertos en la batalla del Gránico o dando la libertad a los atenienses que servía como mercenarios en el ejército de Darío III. Sin embargo, la política exterior de Atenas fue prudente: se negó a participar, en 331, en una expedición contra Antípatro, a pesar de las presiones de Agis III de Esparta.

Grecia pasaba por un mal momento y no estaba dispuesta a ofrecer resistencia a Antípatro. Entre los años 330-326, las cosechas en toda Grecia fueron malas. Si no murieron muchas personas, fue debido al socorro en cereales prestado por otras regiones: sólo Cirene, que era uno de los grandes graneros de los griegos, envió 40.000 toneladas, de las que una gran parte fue a parar a Atenas.

EL FIN DE LA EXPEDICIÓN

Mientras tanto, en Asia los mercenarios desertores de Bactriana y los licenciados pasaron a Grecia en la flota ática. Todos estos acontecimientos que ocurrían en Europa

y Asia dan indicios de la descomposición del Imperio y de la pérdida del poder real, de cierto descontento general y del abandono en que Alejandro había dejado a Grecia.

El monarca determinó restablecer su autoridad. Comenzó ejecutando a los sátrapas de Carmania y de Susiana, que no habían proporcionado alimento a la armada, al igual que a Oxines, que se había proclamado sátrapa de Persia, y a Cleandro, acusado por los medos. Alejandro tomó varias medidas para atajar esta situación degradante. Ordenó a todos los sátrapas licenciar a los mercenarios. La medida afectaba principalmente a Harpalo, que optó por tomar el camino de Tarso con 5.000 talentos robados al tesoro real: el amigo de Alejandro resultó ser un ladrón y un amigo infiel; en su lugar nombró al rodio Antímenes. Harpalo, durante unos meses creó un reino e intentó al mismo tiempo atraer a su partido a algunos sátrapas de Asia Menor y a Atenas.

Los autores modernos han calificado esta crisis del 325-324 como de purga y terror instaurado por un déspota. Los nuevos sustitutos eran todos macedonios, salvo el príncipe de Taxila. Se mantuvieron tres satrapías —Media, Partia-Hircania y Gandara— en manos de orientales, Atropates, Fratafernes y Oxyartes, respectivamente. El proyecto de Alejandro parece consistir en alistar en el ejército a asiáticos y, en gran medida, dejar la administración en manos de los griegos. Hay que recordar que la reposición sólo afectó a tres satrapías, Carmania, Persia y Susiana, otras satrapías habían perdido a sus gobernantes por muerte natural (Aracosia), o por haber sido muertos los sátrapas durante sediciones y revueltas (Bactriana, Cilicia, Gedrosia, India, Pequeña Frigia). No parece pues muy acertado hablar de terror o de purga. Alejandro incorporó a gente nueva en los altos cargos de la administración, medida por otra parte muy acertada. De la vieja generación sólo quedó Antígono al frente de la satrapía de la Gran Frigia; todos los demás eran jóvenes: Arcón en Babilonia, Arcesílaos en Mesopotamia, Coínos en Susiana, Nemarco en la Pequeña Frigia, Pilotas en Cilicia, Filipo en Bactriana, Sibirtos en Aracosia.

En muchos aspectos, Alejandro había seguido las decisiones de su padre Filipo II. Intervino en Grecia a través de la Liga de Corinto, y, en lo posible, se había apoyado en regímenes con oligarquías y tiranías, a veces sostenidas por destacamentos macedonios. Muchos desterrados se habían alistado en el ejército como mercenarios. A partir del 325-324, la política de Alejandro con respecto a Grecia que, como la de Filipo II, había sido de una gran prudencia, cambió. Alejandro ya sólo necesitaba a Grecia para sacar colonos o mercenarios, y sus relaciones con ella tomaron otro camino. En el año 324 ordenó, mediante un edicto dado en Susa, que volvieran todos los desterrados y que se les devolvieran sus bienes. Probablemente era un gesto de propaganda contra Harpalo. Estos exiliados procedían de ciudades en las que habían estallado graves discusiones políticas y se pretendía superar así este estado calamitoso y establecer la paz en otras ciudades. Con esta medida, se inmiscuyó en los asuntos internos de las ciudades de la Liga de Corinto sin haberlas consultado antes, lo que no estaba previsto en el pacto firmado entre el rey y las ciudades. Nicanor de Stagira, hijo adoptivo de Aristóteles, notificó esta decisión de Alejandro a los griegos, reunidos en Olimpia para celebrar los Juegos (Diod, 18,8,2-7). Se amenazó a los opositores con la intervención de Antípatro. Inscripciones de Mitilene y de Tegea demuestran que la vuelta de los desterrados no se hizo sin problemas en todas partes.

Otra determinación debió sorprender aún más a los griegos: Nicanor comunicó a todas las ciudades el deseo de Alejandro de recibir culto público como dios invicto. Una tetradracma en plata acuñada en Babilonia, en 324-323, representaba a Alejandro con

el rayo, como Zeus, y coronado por una Victoria. La apoteosis de un mortal era bien conocida de los griegos en la mitología, como lo indican los casos de Asclepios y de Heracles. Había también el precedente del culto instituido por las ciudades griegas de Asia, después de ser liberadas del yugo persa. Las ciudades griegas fundaron este culto sin entusiasmo. Ni Antípatro ni Macedonia lo establecieron. Estas dos medidas debieron dejar estupefactos a los griegos. La imagen de la tetradracma es de una importancia excepcional para los orígenes del culto a los monarcas helenísticos, que arranca de este deseo de Alejandro Magno.

Pero también otras medidas debieron chocar a los griegos, como su decisión de contraer matrimonio, en Susa, en la primavera del 324, con dos princesas de sangre real, una hija de Darío III y otra de Artajerjes III; hay que tener en cuenta que ya se había casado anteriormente con Roxana, hija de Oxiartes. La poligamia no era costumbre establecida entre los griegos, aunque Dionisio se casó con dos mujeres y Cipselo había tenido un harem. La adopción de la poligamia por parte de Alejandro obedecía a la aceptación de una costumbre asiática, igual que vestir a la moda persa o llevar tiara. Otra princesa se dio a Hefestión, que era el primero después de Alejandro. Lo mismo hicieron Seleuco, Eumenes y Crátero. También 10.000 soldados se casaron con muchachas iraníes y a los soldados que se habían unido a mujeres indígenas se les permitió legalizar su situación. Estas bodas se celebraron al mismo tiempo y fueron seguidas de grandes fiestas.

Todas estas medidas indicaban que Alejandro pretendía hacer una gran fusión entre los dos pueblos, el griego y el asiático, y que el Imperio por él creado era la continuación del Imperio Aqueménida.

La inquietud de los soldados macedonios radicaba en el peligro que para ellos suponían los jóvenes asiáticos, que en número de 3.000, y entrenados en la táctica macedónica, ya formaban un cuerpo de élite, el escuadrón real, pudiendo escalar puestos hasta ahora sólo reservados a los primeros. Una crisis estalló con motivo de la despedida de los veteranos en Susa. Los soldados no aceptaban esta gran fusión entre griegos y persas, a los que ellos habían vencido, y exteriorizaron sus sentimientos ante el rey. Cuando éste les propuso volver a Macedonia, si lo deseaban, una gran mayoría lo aceptó. El entusiasmo degeneró en motín. Se dirigieron términos violentos a Alejandro, que se impuso a los amotinados pasando delante de las tropas y llamando a los más excitados. Después se retiró rodeado de iraníes y preparó la organización de los «Epígonos», que formaban cuerpos paralelos a los macedonios. Los veteranos macedonios solicitaron el perdón del rey, que gustoso se lo otorgó, comunicándoles que, a los que quisieran permanecer, se les asentaría en Asia. En Alejandría Carax, muy bien situada en el Golfo Pérsico, en la ruta del comercio entre Arabia y la India, se les señaló un barrio, llamado Pella en recuerdo de la capital macedónica. A los demás, se les confió a Polipercon y a Crátero para repatriarlos a Macedonia. Una arenga de Alejandro, que conocía perfectamente cómo apaciguar a las masas enfurecidas, concilió los ánimos. Se celebró en Opis un solemne sacrificio para agradecer a los dioses el restablecimiento de la paz y la concordia.

El rey, poco después, cuando los veteranos se disponían a atravesar el Tigris por Opis (Arriano. 7,8-9 y 11) para marchar a Cilicia, celebró una significativa ceremonia: ante 9.000 hombres, cuando los adivinos persas y griegos realizaban los sacrificios, hizo una libación a los dioses y rogó por la concordia entre persas y macedonios. Esta ceremonia era un gesto más dentro de los planes de Alejandro por la fusión de ambos pueblos.

En Opis Alejandro recibió noticias muy concretas de la verdadera situación de Grecia. Antípatro desaprobaba las medidas dictadas por el soberano, que podían alterar la paz en que vivía Grecia desde la muerte de Agis. Alejandro, que no aceptaba insinuaciones sobre la política a seguir, no se retractó de sus decisiones: encargó al fiel Crátero sustituir a Antípatro en su cargo de estratego de Europa, por medios violentos si fuera necesario. Mientras tanto, Harpalo, con una escuadra y con sus veteranos y el tesoro, desembarcó en el Pireo. En la primavera del 324, solicitó ser admitido en Atenas como suplicante. Atenas estaba alterada ante la obligación de devolver la isla de Samos a los samios desterrados, que habían sido sustituidos por clerucos atenienses. Se llegó a un acuerdo por el que Harpalo entraría solo, mientras los mercenarios y el tesoro desembarcarían en el Cabo Tenaro, uno de los grandes mercados de mercenarios. Atenas no quería romper abiertamente con Alejandro o con su lugarteniente en Grecia. Los macedonios procuraron enjugar el peligro. Filoxeno, que en nombre de Alejandro administraba las finanzas de Asia Menor, reclamó a Harpalo los tesoros que había robado. La reina Olimpia y Antípatro previnieron a los atenienses de la situación. Llegó la noticia de que Alejandro había movilizado la flota de Chipre y Fenicia, y que Crátero se encontraba en Cilicia con sus veteranos. Estas noticias hicieron prudentes a los atenienses. Se presentaron excusas al rey, pero no se entregó a Harpalo, que fue hecho prisionero, huyendo después al Cabo Tenaro y de allí a Creta, donde su lugarteniente, el espartano Tibrón, le asesinó. La desaparición de parte del tesoro en Atenas motivó unos procesos. Demóstenes, que había intervenido en la detención de Harpalo y en la confiscación del tesoro, fue acusado en el Areopago de haberse dejado sobornar. Fue declarado culpable y se exilió en Trecene.

El culto público a Alejandro se recibió con indiferencia o con sarcasmo. Macedonia no lo aceptó. Alejandro, mientras tanto, atravesaba un mal momento por la muerte de su fiel Hefestión en otoño de 324. Consultó al oráculo de Amón sobre los honores que debían tributarse al difunto, a quien levantó un suntuoso mausoleo en Babilonia con intención de extender su culto por el Imperio. A comienzos del año 323, marchó Alejandro a Ecbatana, sometiendo en el camino a los casitas de los Zagros. A comienzos de la primavera, las ciudades griegas le enviaron teores, como si se tratara de un dios, y embajadas a saludarle. Hasta los pueblos más distantes, como los etruscos, los iberos de Occidente, los cartagineses y los celtas del Danubio enviaron embajadas. Una actividad febril se apoderó de Alejandro, como si presagiara su cercana muerte.

Por entonces se enviaron exploraciones de carácter científico en todas direcciones en busca de minerales; se preparó la circumnavegación del Caspio y la exploración del Mar Rojo y del Golfo Pérsico, con el fin de desarrollar el comercio marítimo. Todavía se fusionaron aun más en el ejército los elementos asiáticos y macedonios: Pencestas, sátrapa de Persia, trajo un efectivo de 20.000 jóvenes persas armados a la usanza de su país, que se incorporaron a la falange macedónica, 12 personas por cada cuatro macedonios; esta medida reducía los efectivos macedonios en la falange. Los Epígonos se convirtieron en una unidad autónoma. Alejandro preparaba la conquista de Arabia con este ejército.

Se construyó una flota en Fenicia, que embalada en piezas fue transportada a Tap-saco, desde donde descendió el Eufrates hasta Babilonia. Llegaron también técnicos chipriotas y fenicios para montar esos barcos. Se ha discutido mucho sobre la autenticidad de estos proyectos; se conserva la versión de Perdicas, transmitida por Diodoro 18,4,1-6, importante para conocer lo que el ejército creía que eran los planes de Alejandro Mag-

no. Es muy probable que hubiera en el relato de Diodoro un fondo de verdad. Si Alejandro estuvo dispuesto a conquistar la India, después de haber sometido al Imperio Aqueménida, sus restantes proyectos eran de menor envergadura. Estos proyectos eran: construir 1.000 barcos de guerra en Fenicia, Siria, Cilicia y Chipre, para marchar contra Cartago y los habitantes de Libia, la Península Ibérica y costas vecinas hasta Sicilia; construir una calzada en Libia hasta el Estrecho de Gibraltar; hacer puertos y astilleros en lugares apropiados; levantar grandes templos de 1.500 talentos cada uno; establecer ciudades y trasplantar poblaciones de Asia a Europa; promover matrimonios mixtos y vínculos de parentesco para favorecer la común armonía y los sentimientos de amistad. Los templos que iban a ser construidos estarían en Delos, Delfos, Dodona, y Macedonia, consagrados a Zeus; en Anfípolis, consagrado a Artemis Tauropolis, y en Cynnus a Atenea; en Troya, otro nuevo que no tuviera igual. También proyectó construir una tumba a su padre Filipo que fuera tan grande como las mayores pirámides de Egipto.

En estos proyectos quedan reflejados algunos aspectos del carácter de Alejandro: su ambición sin límites de conquista, su deseo de ser el primero en todo; su dedicación no sólo a la guerra, sino también a la paz, con la construcción de calzadas y puertos y la fundación de ciudades; su deseo de fusión de razas, mediante matrimonios mixtos, de armonía y de amistad, aspecto este último muy atractivo para el hombre moderno, desplazando a las poblaciones para fusionar Europa con Asia. Alejandro era un hombre profundamente religioso; de aquí la importancia que dio al levantamiento de templos, aunque por los lugares elegidos cabe sospechar que, como los tiranos, se servía de ellos como propaganda política. Queda clara su vinculación con Troya, donde tuvo lugar la gran epopeya de los griegos, y con Atenea, la diosa protectora de Atenas. Tampoco olvidó su patria; aunque los hechos dicen que miraba ya más a Asia que a Europa en los últimos años de su vida, no obstante se sentía profundamente griego y nunca olvidó Grecia.

Diodoro termina la enumeración de los planes de Alejandro diciendo que los proyectos eran extravagantes y difíciles de realizar, por lo que decidieron olvidarlos. Precisamente, todos los programas de Alejandro llevan el sello de lo desmedido y lo grandioso.

El 13 de junio del 323, Alejandro muere de paludismo, enfermedad que había contraído durante la inspección de los canales de Babilonia. Se conservan las últimas hojas del diario, que hablan de fiebres muy altas. Se ha pensado también que pudo ser asesinado, pero ello es muy poco probable. Con su muerte, la obra de Alejandro quedó interrumpida, pero también se abrió una nueva etapa de la Historia de la Antigüedad y de la Humanidad.

CARACTERÍSTICAS DE LA MONARQUÍA DE ALEJANDRO MAGNO

La monarquía de Alejandro Magno era una máquina apoyada en el ejército, que poco a poco se fue volviendo cosmopolita. Al comienzo de la conquista el ejército estaba formado fundamentalmente por macedonios. Se componía de la guardia real, la infantería y la caballería; también había aliados y mercenarios. En la conquista de la India, Alejandro utilizó ya caballería asiática. A partir del 325-324, el ejército estaba formado en gran parte por nativos, como medida política. Algunas unidades estaban

reservadas a determinados pueblos y así, en la caballería sólo servía la nobleza macedonia o irania. El ejército iba acompañado de técnicos, ingenieros, topógrafos e intérpretes.

Los cuadros macedónicos fueron paulatinamente sustituidos por nuevas unidades, pasando a desempeñar una función honorífica, no política ni jurídica.

Las grandes ciudades del Imperio, como Babilonia, Susa, Persépolis, Menfis, tuvieron destacamentos macedónicos. En las tres primeras, se establecieron guarniciones macedónicas, mandadas por frurarcos. En la guardia personal de los sátrapas había también algunos macedonios. Los mercenarios griegos o tracios mantenían el orden en la satrapía.

En las ciudades fortificadas, como Ecbatana, Bactria, y en Egipto, los soldados estaban acuartelados. Alejandro prefirió el establecimiento de colonias militares, formadas principalmente por griegos. En el 323, sólo en Bactriana-Sogdiana se asentaron 20.000 griegos. Como se ha indicado, no se conoce nada de la organización de estas ciudades emplazadas en sitios estratégicos, desde el punto de vista militar, o en las rutas caravaneras.

Las fundaciones eran verdaderas ciudades griegas. Servían para extender la influencia y cultura griegas por todo el Imperio, al tiempo que solucionaban el problema de exceso de población y crisis económica y social de Grecia.

Alejandro dio especial importancia a la flota. Combinaba las operaciones marítimas con las terrestres: descenso del Indo, retorno a Babilonia, conquista de la India, etc. Para equipar esta flota utilizó preferentemente a fenicios y chipriotas, que tenían gran experiencia en cosas del mar.

La administración del Imperio

En Asia, Alejandro no introdujo ninguna novedad. Mantuvo el sistema de satrapías de la época aqueménida, con ligeras modificaciones. Las satrapías conservaron sus antiguas funciones: administrar los territorios reales, recaudar los tributos, asegurar la tranquilidad y organizar las levadas de soldados. Los macedonios que desempeñaron cargos en la administración estaban superpuestos a las instituciones. El sátrapa era el supremo administrador y gobernador en su satrapía; su nombramiento dependía directamente de Alejandro, quién elegía a personas de fidelidad manifiesta. A comienzos de la conquista, se eligieron macedonios para el cargo de sátrapa; pero después de Arbelas, Alejandro mantuvo al frente de las satrapías, generalmente, a los nombrados por Darío III. Era una sabia medida, que perseguía no sólo atraerse a la aristocracia y a la población nativa, sino también lograr una eficacia en la administración.

Se conoce mal el funcionamiento de la administración central. Existía una Cancillería encargada de todos los documentos reales y comisionada para enviar todo tipo de documentos a todo el Imperio, que eran archivados en las capitales de las satrapías, en Pella y en Babilonia. Eumenes de Cardia estuvo al frente de la Cancillería con Filipo II y con su hijo. Alejandro incorporó la Cancillería Aqueménida, tras la desaparición de Darío III. Se ha sugerido que como después de la muerte de Darío III se utilizaron dos sellos (el del rey macedónico para los documentos referentes a los griegos, y el del rey persa para los restantes) existieron también dos cancillerías, quizá dependientes ambas de Eumenes, o la primera de Eumenes y la segunda de Hefestión.

En cuanto a la administración financiera, no se sabe si Alejandro fue más original, ya que se desconoce el funcionamiento aqueménida en este aspecto.

Alejandro acuñó tetradracmas poco después de la muerte de su padre y más tarde monedas de oro, plata y bronce en Pella y Anfípolis, siguiendo los patrones áticos. En Sicilia y en Corinto, centros de reclutamiento de mercenarios, funcionaron cecas. También en Asia muchas ciudades acuñaron monedas, ignorándose los motivos. Las razones militares no explican satisfactoriamente estas acuñaciones, ya que no las hubo en Frigia, ni en Egipto, donde existían tropas acantonadas y necesariamente había que enviar monedas para pagarlas. En Sardes y en Tarso, se mantuvieron los talleres aqueménidas, acuñando con los tipos griegos. En las ciudades de Asia Menor, de Chipre y de Fenicia, Alejandro obligó a abandonar total o parcialmente los tipos locales.

Dentro de la intención del soberano macedón, de presentarse como continuador y heredero del Imperio Aqueménida, hay que interpretar la continuación de los dáricos después de la muerte de Darío III. En Babilonia se acuñaron monedas persas y babilonias; estas últimas, al parecer, destinadas a Egipto. Había, pues, dos acuñaciones diferentes. Las satrapías orientales no conocían la economía monetaria. A algunos satrapas, como a Mazaios en Babilonia, Mazaces en Mesopotamia y Balacros en Cilicia, se les autorizó a hacer acuñaciones locales diferentes de las reales.

Se conoce muy mal la administración financiera. Se tiene noticia de la existencia de la caja de Harpalo, alimentada por la venta de esclavos y el botín, y por los metales preciosos capturados. Después de que los tesoros acumulados por los aqueménidas cayeran en poder de los griegos, Alejandro no tuvo problemas financieros. El mayor gasto fue el mantenimiento del ejército y de la guerra.

A partir del 330, además de la caja militar existió la caja central, en Babilonia, administrada por Harpalo y más tarde por Antimenes de Rodas. Esta segunda caja vivía de los tributos de las satrapías.

En 331, bajo la sugerencia de Cleomenes, Alejandro creó un departamento financiero, que englobaba muchos territorios.

Al frente de la circunscripción de Asia Menor, se nombró a Filoxeno. Una segunda, integrada por Cilicia, Siria, Chipre y Fenicia se entregó a Coirano. Las funciones de los administradores no se limitaban sólo a la recaudación de tributos, sino que se extendía a campos muy variados. En Egipto, Cleomenes, además del desempeño de su cargo en la recogida de tributos y pago a las tropas, vigiló la construcción de Alejandría y el comercio. Filoxeno poco a poco controló las ciudades griegas de Asia Menor, que conservaron la apariencia de autonomía. Lo mismo sucedió con Coirano en Fenicia y Chipre, cuyas ciudades eran autónomas y tributarias.

Alejandro no pretendió alterar las estructuras sociales del Imperio Aqueménida; simplemente, sustituyó al Gran Rey. Sólo algunos pueblos, como los orites y los coscos, vieron cambiado su tradicional modo de vida. Tampoco cambió las condiciones económicas ni aclimató productos nuevos. Ni Alejandro, ni ningún griego, planearon una política económica, o social para el Imperio; ello caía fuera de su campo de visión. Se contentó con el desarrollo de ciertas regiones, lo cual daba cohesión al Imperio relacionando unas partes con otras. Los lugares de emplazamiento de las fundaciones estaban generalmente muy bien elegidos, algunos en función del comercio marino, como Alejandría en las rutas caravaneras. Otras veces, nuevas ciudades, bien situadas en las rutas comerciales, sustituían a las antiguas, como Alejandría de Oxos suplantó a Tarmitao y Alejandría de Aracosia a Kandahar. Otras, como Alejandría de los Orites, y

Alejadría del Cáucaso se fundaron en lugares poco urbanizados. Alejandro siguió una excelente política con la fundación de ciudades, por diferentes motivos.

A Babilonia se la dotó de excelentes instalaciones portuarias, reparándose los canales de Mesopotamia y regulándose el curso inferior del Éufrates y del Tigris.

Algunas veces se observan faltas notables de coordinación. Los mercaderes seguían al ejército e hicieron buenos negocios, faltos de escrúpulos, como en el paso del Hindu Kush. Los soldados solían endeudarse con ellos. Se imponían impuestos extraordinarios a la población por donde pasaba el ejército, que se hubieran podido evitar con una buena administración. Los donativos dados a la armada se hacían también a expensas de los nativos. A esto hay que añadir que las regiones que atravesaba el ejército eran pasto del pillaje o tenían que alimentarle y acogerle.

No se pueden calcular los ingresos por contribuciones, tributos de guerra y otros conceptos similares. Alejandro, hasta Arbelas, vivió al día. En 324-323, terminada la conquista, se han calculado los ingresos en 30.000 talentos, que serían los obtenidos de los Aqueménidas. Parece que esta cifra no era suficiente para cubrir los gastos, lo que explica las exploraciones mineras que se planeaba poner en marcha.

Los gastos suntuarios eran muy elevados: los banquetes, el lujo de la corte, las fiestas, los regalos a los santuarios, etc., exigieron unos ingresos fabulosos. Alejandro fue siempre dadivoso con todos.

El gobierno de Alejandro

Alejandro Magno ha tenido detractores y panegiristas. Parece que fue grande en todos los aspectos de su carácter. Con el paso del tiempo, por la vida tan intensa que vivió, por las heridas recibidas, etc., su carácter se volvió más duro e irascible, propenso a la cólera y a veces brutal y despótico. Alejandro tuvo un gran carisma sobre el ejército y sobre la gente que le rodeaba; de otro modo, no se puede explicar que el ejército le siguiera a través del desierto sufriendo calamidades sin fin, y que muchos amigos le fueran totalmente fieles. Tenía un gran sentido de la amistad y del servicio al amigo herido, enfermo o en peligro. Era de inteligencia despierta y recibió una excelente educación de Aristóteles; pero era además un hombre práctico, interesado siempre por las ciencias prácticas y rodeado de técnicos, como Antímenes de Rodas y Harpalo (financieros), Filipo de Acarmania (médico), Aristóbulo y Diades de Pella (ingenieros), etc. Alejandro carecía del desprecio que los griegos cultos (como su maestro) sentían hacia los pueblos bárbaros. Ello se debió a que Macedonia estuvo siempre muy en contacto con pueblos no griegos. Carecía de la orgullosa superioridad del griego; por ello, pudo crear sin problemas un Imperio cosmopolita, donde todas las culturas y religiones se fusionaran. No era racista: desde el primer momento, los vencidos ocuparon los altos cargos de la administración. Gustaba de la conversación con los sabios orientales, como Calamos (faqir), con los magos iraníes, con sacerdotes egipcios, etc. Tuvo siempre un gran interés por todas las culturas, rasgo éste característico de los eruditos del Helenismo. Fue un hombre culto, interesado por la lectura en las campañas siempre llevaba algo para leer. Homero y Eurípides fueron sus autores preferidos. Es probable que se sintiera fascinado por los héroes griegos, especialmente por Aquiles.

Disfrutaba con los artistas orientales y le gustaba organizar fiestas, agones, recita-

les poéticos y representaciones dramáticas. Estaba interesado por la cultura en su sentido más amplio y su interés y curiosidad abarcaba todos los aspectos.

Por otro lado, tuvo un temperamento profundamente religioso. Después de cada victoria, como ya se ha señalado, organizaba diferentes rituales para dar gracias a los dioses. Sus relaciones con los santuarios orientales podían responder, sin embargo, más a un oportunismo político, dentro de su política general de ser el heredero de la monarquía aqueménida. No pareció tener un temperamento místico, como su madre, ni especialmente inclinado a las religiones mistericas.

Fue supersticioso y creyente de los oráculos. Esto explicaría su deseo de visitar el Heracleion de Tiro, para ofrecer un sacrificio a Melqart, Heracles, del que descendía su monarquía, y el oráculo de Susa. Probablemente, esta última visita dejó una profunda huella en su espíritu, le dio confianza en sí mismo y ánimo para continuar sus proyectos. No somos de la opinión de que fuese escéptico bajo el influjo de Anaxarco; pero sí que era supersticioso, con una religiosidad un tanto primitiva, lo que explicaría los rituales cumplidos antes de Arbelas. Su ambición no tuvo límites, y esto explica sus planes desproporcionados, como la conquista de la India y la planeada de Arabia; en todo quiso ser el primero y llegar más allá de los límites alcanzados por Darío, Ciro el Grande o Dioniso. No le amedrentaban los peligros, como el paso por el desierto o los combates más feroces. Posiblemente creyó en su destino y en la protección de los dioses. Fue ante todo un genio de la guerra, superior a César o Aníbal. Fue audaz, valiente, no perdía los nervios en el combate, rápido en orientarse ante las situaciones más imprevistas, aunque preparaba bien las operaciones militares. Su personalidad carismática le ayudó en las situaciones más adversas. Su táctica guerrera ante las grandes batallas de Gránico, Isos y Arbelas fue la de su padre, aprendida de Epaminondas. Supo adaptarse a las nuevas circunstancias que surgían sobre la marcha. Así, junto a medidas descabelladas, como la vuelta desde el Indo a través del desierto, tomó otras que demuestran prudencia, como el abandono de la conquista de la India, la persecución de los nómadas de Corasma, o la eliminación de los posibles enemigos que podían quedar a sus espaldas, al norte de los Balcanes, antes de comenzar la expedición a Asia.

El Alejandro estratega fue superior al hombre político, aunque, como Filipo II, fue un buen hombre de Estado. Al mismo tiempo que conquistó, planeó la organización del terreno adquirido. Su programa de fundación de ciudades fue un acierto, al igual que mantener la organización aqueménida, poner al frente de ella a nativos o fundir las razas, culturas, religiones, etc.

Estuvo dedicado plenamente a su gobierno. La muerte de Alejandro dejó en los archivos una gran cantidad de proyectos de todo tipo que planeaba llevar a cabo.

Manejaba bien la oratoria y era hábil en persuadir con su palabra al ejército. Fue buen diplomático. A veces, como sucedió antes de la invasión de la India en 328, la diplomacia preparó el terreno, sabiendo convencer a los dudosos y mentir cuando era preciso. Era calculador y conciliador, pero sabía enfrentar a unos contra otros cuando la necesidad lo requería, como en el caso de Eumenes y Hefestión. Esta misma carencia de escrúpulos se aprecia cuando suprimió a los que creyó que eran un peligro para su poder: Filotas, Parmenión, etc. Algunos hechos, como la destrucción de Tebas o de Persépolis, o la masacre de mercenarios en Massaga, y de los persas en las Puertas Pérsicas no tienen justificación alguna. No retrocedió ante ningún medio, como la calumnia en el caso de Parmenión y de Filotas. Fue desconfiado a veces, espía a Filotas y en más de una ocasión abrió la correspondencia de sus soldados. Otras veces, en cam-

bio, dio pruebas de una gran confianza, como con Poros o con la familia de Darío, o nombrando sátrapas incluso a gente que acababan de ser sus enemigos. Aunque utilizaba las instituciones para sus fines, aparecía como mero cumplidor de ellas en la Liga de Corinto en el caso de Tebas, o en la asamblea de los persas en el de Bessos.

Supo manejar bien la propaganda, eligiendo el lugar y el momento oportunos, como la proclamación de la vuelta de los desterrados en Olimpia; o como cuando colocó o permitió que colocaran su retrato como Zeus Keraunoforos, siguiendo el modelo de Fidias en Olimpia, en el Artemision de Efeso, donde todos podían verlo no como hijo de Zeus, sino como Zeus mismo.

Alejandro abrió un mundo extenso al Helenismo y a Macedonia, que en la Historia de Grecia había quedado marginada de los acontecimientos hasta última hora.

Creó una monarquía universal. En este aspecto, sólo el Imperio Aqueménida podía valerle de modelo. Para Grecia y para Macedonia, fue siempre un rey conquistador; para los asiáticos, el sucesor de Darío III. Pretendió que Grecia le tomara por un ser humano y divino, para lo que ordenó que en Grecia se le tributaran honores divinos. Difícilmente un lector continuo de Homero, imitador de los grandes héroes, como Aquiles, podría creerse un dios, a no ser que la respuesta del Oráculo Amón provocara en él un gran impacto, que es lo creemos nosotros. Los artistas, que tienen una sensibilidad más fina que el resto de la población, captaron este deseo o quizá creencia del monarca y le representaron como Zeus, como lo hizo Apeles. En este sentido, Poros supo muy bien lo que hacía, cuando representó en los decadracmas a Alejandro Magno asimilado a Zeus. Este deseo, del monarca macedón, es más chocante por no haber existido divinización de sus monarcas entre los Aqueménidas. La divinización en vida fue un excelente instrumento de propaganda política. El Imperio creado por Alejandro Magno y sus decisiones no fueron así creación de un hombre, sino de un dios. Este culto tenía precedentes en Grecia: los oligarcas de Samos, restablecidos por Lisandro, crearon un culto y unos juegos en honor del vencedor de Atenas, y los siracusanos, en 357, hicieron ofrendas de libaciones y de plegarias, como a un dios, a Dión, tributándole honores heroicos al bienhechor y salvador de la patria, títulos que están en la base del culto a los monarcas helenísticos.

Las ideas sobre la monarquía están profundamente influidas por concepciones orientales. Probablemente, Alejandro comprendió que las formas políticas griegas eran inasimilables por los asiáticos. Una monarquía universal cosmopolita en Asia, sólo era viable injertándose en la monarquía de los aqueménidas, cuya extensión coincidía con el Imperio de Alejandro. Esta creencia explica que aceptara la guardia personal, el lujo, el harem de las 300 concubinas, la diadema, el ceremonial de la audiencia, descrito por Filarco, las fiestas de la corte descritas por Cares, etc. Era una manera de presentarse ante sus súbditos asiáticos como el heredero de Darío III. Los griegos como Aristóteles no pudieron nunca comprender esta actitud.

No creemos que deba interpretarse esto como que el lujo asiático corrompió a Alejandro, sino como método de captación, ya que Alejandro no renunció a su herencia griega. Las muchas fundaciones que hizo no eran sino ciudades griegas habitadas por griegos.

Alejandro Magno es el creador genial de una nueva etapa de la Historia de la Humanidad. Su legado no sólo fue transmitido a los monarcas helenísticos, que siguieron sus directrices en la mayoría de los casos, sino que fue el modelo de los emperadores romanos, perdurando como una figura mítica. Muchos siglos después, sus hazañas inspiraron a los artistas: un mosaico de Baalbek representa el nacimiento de Alejandro.

CAPÍTULO XXXI

EL IMPERIO DESPUÉS DE ALEJANDRO

LOS DIÁDOCOS. DESDE LA MUERTE DE ALEJANDRO A LA BATALLA DE COUROPEDIO

La muerte prematura de Alejandro planteó problemas inesperados. Alejandro murió sin dejar hijos legítimos. Su esposa Roxana, princesa de Sogdiana, esperaba descendencia para el mes de agosto; su hermanastro Arrideo era retrasado mental. Los macedonios se dividieron: Pérdicas y los caballeros se inclinaban por el futuro niño; la infantería por Arrideo, hijo bastardo de Filipo II. Se llegó al compromiso de que ambos príncipes gobernarán juntos, confirmándose a Antípatro como regente en Europa; Pérdicas quedó al frente de los negocios y ejerció una especie de regencia y Crátero recibió el nombramiento de *prostates* y representaba a los reyes. Ptolomeo recibió Egipto desembarazándose pronto de Cleómenes de Naucratis, nombrado administrador por Alejandro. Lisímaco recibió Tracia, región importante por ser rica en minas, cereales y bosques y por ser la llave del Bósforo. Eumenes de Candia obtuvo Capadocia, que aún no pertenecía al Imperio, con Panflegonia. Leonnatos, la Frigia Helespónica. Antígono quedó al frente de Panfilia, Licia y la Gran Frigia, regiones que había administrado desde los primeros momentos de la conquista. Seleuco no recibió territorio alguno, pero quedó al mando de la caballería.

El Imperio carecía en este momento de un poder único. Todos los sucesores de Alejandro procedían de Macedonia, salvo Eumenes, que era griego. Se les conoce en la Historia con el nombre de Diádocos. Ellos y sus hijos, los Epígonos, guerrearon entre sí durante unos cuarenta años, intentando restaurar la unidad del Imperio bajo su mando. Esta unidad se mantuvo entre los años 323 a 316, a nombre de Arrideo y de Alejandro (Arriano, F. GrH 156, F. 1nn; Diodoro, 18,3,2-5).

Mientras tanto, los colonos griegos de Bactriana y de Sogdiana se sublevaron: llevaban dos años luchando por volver a Grecia. Estos mercenarios, mandados por un sátrapa griego, originaron el Estado de Bactriana, que será un enclave griego en el lejano Oriente.

En Grecia la situación era delicada, debido a los mercenarios sin empleo y a los exiliados que habían regresado. En Atenas, existían dos partidos encontrados: filo y antimacedón. Hypérides animó con su elocuencia al pueblo ateniense contra Macedonia, contra el parecer de Foción, que pedía prudencia. En este momento, Licurgo ya

había muerto. Se trajo a Demóstenes del destierro y se nombró estratega a Leóstenes, que tenía experiencia en mandar mercenarios. Con lo que restaba del tesoro de Harpalo, se alistaron mercenarios y se buscaron aliados en Grecia; los etolios, los locrios, los tesalios, Argos, Elis y Mesenia enviaron contingentes.

Los etolios y los tesalios habían formado ya una Confederación que sustituía a la Liga de Corinto. La flota ateniense controlaba el Bósforo, pero la escuadra, que apoyaba a Antípater, salió victoriosa de la lucha. Antípatro se vio obligado a encerrarse en Lamia; pero poco después la flota ateniense era vencida en Amorgos, en 322. Con la ayuda de los veteranos de Crátero, Antipatro venció a los tesalios en Crannón. Atenas debió aceptar una guarnición macedónica y ser gobernada por un régimen oligárquico. La aldea de Oropos, en el límite con Beocia, que le era disputada a Atenas, fue separada del Ática. Los clerucos atenienses debieron volver y dejar libre también la isla de Samos. Se privó de sus derechos a unos 12.000 atenienses, por no alcanzar su fortuna una cantidad fijada. Al frente del nuevo Estado ateniense se colocó a Poción, hombre de gran prestigio personal, y al orador Demade, de tendencia filomacedónica. Atenas fue obligada a entregar a los que eran partidarios de la guerra. Demóstenes se refugió en Celaunia y se envenenó. Hypérides fue arrestado y condenado a muerte.

Con la derrota de Amorgos, Atenas dejó de contar en la política de Grecia. No se reconstruyó la Liga de Corinto. Sólo los etolios salieron bien parados, por favorecerles los asuntos de Asia. Pérdicas ayudó a Zumenes a conquistar Capadocia, región que Alejandro no había tomado aún. Leonnatos se vio obligado a auxiliar a Antípatro; planeaba usurpar la sucesión de Alejandro en Macedonia, en nombre de los dos reyes, lo que los otros Diádocos no aceptaban.

Pérdicas, en 322, logró conquistar Capadocia. Retiró a Crátero el título otorgado de *prostates* de los reyes y se lo apropió. Al mismo tiempo se enemistó con Antípatro, que se había casado con Cleopatra, la hermana de Alejandro, lo que le emparentaba con la familia de Alejandro Magno. Este proyecto se debía a Olimpia, madre de Alejandro, que se había retirado al Epiro. Si Pérdicas se casaba con Cleopatra, debía renunciar a la hija de Antípatro. Se formó así un grupo contra Pérdicas, compuesto por Ptolomeo, Crátero, Lisímaco, Antípatro y Antígono.

Pérdicas había penetrado en Egipto hasta Menfis, dejando que Eumenes le cubriera las espaldas en Asia Menor. Las pérdidas en hombres fueron altas y estalló un motín en el ejército. Los generales de Pérdicas, entre los que se encontraba Seleuco, le asesinaron. Ptolomeo rechazó el título de regente que le ofrecieron los conjurados. Su plan no era reconstruir el Imperio de Alejandro, sino gobernar Egipto en nombre propio. Crátero, mientras tanto, murió luchando contra Eumenes.

En Triparadisos, Siria, en 321 (Arriano FGrH., 156, F9), se celebró una conferencia para planear una nueva organización del Imperio. Esta conferencia encargó de la regencia a Antípatro, que nombró a Antígono estratega de Asia y conservó Frigia y Licia. Seleuco recibió el título de sátrapa de Babilonia. Ptolomeo se mantuvo en Egipto. Otras satrapías asiáticas fueron confiadas a nuevos gobernadores, o confirmados los antiguos. Entre estos últimos se encontraban Poros y el rey de Taxila. Esta repartición del Imperio de Alejandro fue el último arreglo en que los sucesores de Alejandro Magno tomaron decisiones como unidad. Sin embargo, la reunión de Triparadisos sembró los gérmenes de la separación del Imperio. Antígono arrebató sus dominios a Eumenes, que había sido fiel a Pérdicas, y logró controlar gran parte de Asia Menor. La muer-

te de Antípato, en 319 a. de C. (Diodoro, 18,48,4-5), cambió la situación. Antípato, antes de morir, otorgó a Poliperco, antiguo compañero de Filipo y Alejandro y buen estratega, sus funciones de *epimeletes* de los reyes, lo que obligó a Lisímaco, a Antígono y a Casandro, hijo de Antípato, a unirse contra Poliperco. Éste, para contrarrestar esta coalición, y particularmente a Casandro, enérgico y falto de escrúpulos, anuló en Grecia las disposiciones dictadas por Antípato.

La democracia se restableció nuevamente en Atenas en nombre de Filipo Arrideo. Una de las víctimas de los nuevos sucesos fue Foción, condenados él y sus amigos por la asamblea a tomar cicuta por haber cometido traición. Sus cuerpos quedaron sin sepultura, arrojados fuera de las fronteras del Ática.

Atenas cayó en 317 en poder de Casandro, quien colocó al frente del gobierno una oligarquía en manos de Demetrio de Falero, que duró diez años. Casandro fue proclamado regente de Macedonia. Mientras este último se hallaba en lucha en el Peloponeso, Olimpia aprovechó la ocasión y tomó una medida que le hizo muy impopular: deshacerse de Filipo III.

Filipo Arrideo, sometido a su esposa Eurídice, se había unido a Casandro. Para hacerles fracasar, Poliperco llamó desde el Epiro a Olimpia, que logró, gracias al prestigio que aún conservaba entre los macedonios, que éstos abandonaran el partido de Filipo III Arrideo. Olimpia entregó a Filipo Arrideo a sus asesinos, y Eurídice se suicidó. Sólo quedaba, pues, un rey de seis años.

Estas dos muertes fueron seguidas de gran número de asesinatos de príncipes de Macedonia, para satisfacer los odios y los rencores de Olimpia, que se volvió tan insoportable, que sus mismos partidarios la abandonaron. Casandro la cercó en Pidna y el ejército macedonio la sentenció a muerte.

Casandro mandó celebrar solemnes funerales por Filipo y Eurídice, que fueron enterrados en la necrópolis real de Aigeai. Después se casó con una hija ilegítima de Filipo II, Tesalónike. Fundó en la desembocadura del río Axios, en el golfo Termaico, un puerto que llamó Tesalónica, en honor de su esposa. Instaló su capital en Casandreia, en la península Calcídica. También restauró Tebas en 316.

Mientras estos sucesos tenían lugar en Grecia, la situación en Asia no era menos complicada. Poliperco nombró a Eumenes de Cardia estratega de Asia en nombre de los reyes, lo que le permitió arrojar a Ptolomeo de Siria-Palestina. Eumenes tenía a su servicio a 3.000 infantes bien curtidos en las guerras de Filipo II y Alejandro. Su situación económica era buena, pues era el guardián del tesoro real. Era buen estratega y político. Estuvo a punto de reconstruir el Imperio de Alejandro Magno, pues llegó hasta Mesopotamia y Persia, a pesar de la oposición de Antígono y de Seleuco, logrando derrotar al primero de estos dos generales (Diodoro, 18,57-58).

En 316, ejecutado Eumenes, Antígono tras una batalla incierta Asia y arrojar a Seleuco de Babilonia, con lo que controló gran parte del Imperio de Alejandro Magno en 315 a. de C.

Este triunfo de Antígono hizo que se formara una coalición contra él, integrada por Lisímaco, Casandro, Ptolomeo y Seleuco, que le exigieron devolver la Frigia Helaspónica a Lisímaco, Babilonia a Seleuco y Siria-Palestina a Ptolomeo. Antígono respondió a la formación de esta coalición nombrando a Poliperco estratega del Peloponeso y proclamando la libertad de todas las ciudades griegas que estaban sometidas a guarniciones (Diodoro, 19,61-62.2). Esta medida iba contra Casandro. Fundó también la Confederación de los Insulares y logró someter Siria-Palestina y construir una flota.

La asamblea de los soldados le proclamó *epimeletes* del rey Alejandro IV, cargo que se encontraba en poder de Casandro. Ptolomeo, para atraerse a su causa a las ciudades griegas, las proclamó libres.

En 312, Ptolomeo y Seleuco vencieron a Demetrio en Gaza, lo que llevó a una paz en 311. A Antígono se le reconoció el dominio de Asia, a Lisímaco el de Tracia y a Ptolomeo el de Egipto, y se aceptó la autonomía de las ciudades griegas. En 310, Casandro hizo asesinar a Alejandro IV y a su madre. Los planes de Ptolomeo chocaban con los de Antígono por el control del Egeo, lo que llevó a una serie de maniobras, como la liberación de Atenas por Demetrio en 307 a. de C., la victoria de este último sobre Ptolomeo en Chipre, y el ataque a Rodas, en 305-304 a. de C. (Diodoro, 20,81.100.1-4) por Demetrio.

Mientras tanto, Seleuco logró extender su autoridad hasta Media y Susiana. En el año 311, encontrándose Seleuco en Babilonia, afirmó que el Oráculo de Apolo, que había consultado cerca de Mileto, le había proclamado «Rey Seleuco». A partir de este año se cuenta la Era Seleuco. Antígono, que había extendido sus dominios sobre estas tierras de Asia, no podía ver con buenos ojos las conquistas de Seleuco. Pero habiendo sufrido una gran derrota, entró en relación con Seleuco, que no había intervenido en la nueva repartición del Imperio de Alejandro en 311 por estar ocupado en Asia. Seleuco aceptó el proyecto de Antígono, ya que la situación en el límite del Imperio no le era muy favorable. En el Valle del Indo, gobernaba una nueva dinastía de los Maurias, cuyo fundador, Sandracottos, aspiraba al control de las regiones al oeste de su reino. Seleuco le opuso resistencia hasta que tuvo que volver al Occidente, cediendo entonces a Sandracottos las regiones que éste intentaba conquistar: parte de Gedrosia, Gandara, parte de Aracosia y Kandahar. Como contrapartida, el rey indio le proporcionó elefantes.

En Grecia, la situación se había complicado por la presencia de Pirro, rey de Epiro, que había perdido su reino a manos de Casandro. Pirro se refugió junto a Demetrio y combatió en su bando en la batalla de Issos. Al morir en 288 la segunda esposa de Demetrio, que era hermana de Pirro, se enfriaron las relaciones entre ambos y Pirro, llamado por el hijo menor de Casandro con el apoyo de Ptolomeo, logró recuperar su reino e intervenir pronto en los asuntos internos de Macedonia.

Demetrio abandonó inmediatamente la lucha en el sur del Peloponeso y se presentó en Macedonia, donde hizo asesinar al hijo de Casandro y se proclamó rey en 294. De este modo, Demetrio gobernó no sólo sobre Macedonia y Tesalia, sino que también controló el Acrocorintio, el puerto de Muniqua en Atenas y Calcis en Eubea. Siguiendo el ejemplo de Alejandro y de otros Diódocos, fundó una ciudad nueva junto al mar a la que hizo su capital, llamándola Demetrias.

Demetrio llevó una vida de lujo y de gasto digna de los monarcas orientales. Estos gastos y los proyectos militares, que preparaba, le obligaron a imponer fuertes contribuciones, que resultaron impopulares en las ciudades griegas y en Macedonia.

Las revueltas estallaron en Beocia y en Etolia, azuzadas por Pirro y por etolios, y en Etolia. Demetrio acariciaba la idea de la conquista de Asia. En el Pireo, había reunido un buen ejército y preparado una flota de 500 navíos. En el 288, Lisímaco y Pirro, vecinos, invadieron conjuntamente Macedonia y se la repartieron. Demetrio huyó a la península Calcídica y de ahí pasó a Atenas, que se negó a recibirle. Entonces, con lo que le quedaba de la flota y unos miles de mercenarios, se dirigió a Asia, donde logró que se levantaran algunas villas y Sardes. Se internó en el país hasta llegar a Tarso.

En 285, se entregó a Seleuco, que le permitió vivir una vida de lujo a orillas del Orontes. Murió en 283.

Volviendo un poco atrás en el tiempo, en 306, Antígono y su hijo Demetrio se habían proclamado reyes (Plutarco, *Demetrio*, 748). Ambos tenían presente el ejemplo de Alejandro Magno. Además, la idea de la monarquía como forma de gobierno, no se había extendido en Grecia. Con este título, Antígono se proclamaba heredero directo de la monarquía de Alejandro Magno y de Filipo II. No podía, por lo tanto, aceptar otras monarquías. Seleuco, Lisímaco, Ptolomeo y Casandro siguieron su ejemplo. En 302, Demetrio reorganizó la Liga de Corinto, de la que se habían servido Filipo II y Alejandro Magno. Se trataba de apartar de Grecia a las tropas de Antígono.

La coalición (Diodoro 20,106-113) integrada por Seleuco, Ptolomeo, Casandro y Lisímaco presentó batalla en Ipsos (en el 301) a Antígono, que perdió la vida en la lucha. Demetrio se refugió en Éfeso, donde tenía su flota. La batalla de Ipsos es el último intento efectuado para mantener la unidad del Imperio de Alejandro Magno.

Esta victoria obligó a una nueva repartición de las zonas de influencia. Lisímaco se quedó con Tracia y la costa de Asia Menor, Casandro con Macedonia, Seleuco con el norte de Siria y Ptolomeo con Egipto. El dominio de Ptolomeo fue el más fácil de defender. Su zona preferida de expansión era Siria-Palestina, lo que motivó el enfrentamiento entre las dos monarquías, selúcida y lágida, por la posesión de esta región. Demetrio continuó con Chipre, con algunas ciudades de Asia Menor, con Fenicia (Sidón y Tiro), que le fueron fieles, y con Corinto.

La nueva repartición del Imperio entre los Diádocos se reforzó con lazos matrimoniales. Ptolomeo se casó con Arsínoe, hija de Lisímaco; Seleuco con Stratónice, hija de Demetrio Poliorcetes. Estos matrimonios fueron celebrados por puro interés político.

A Demetrio Poliorcetes, ambicioso en grado sumo, la derrota de Ipsos no le hizo abandonar la idea de dominar Grecia y Asia. Contaba con una excelente flota. En el 298-297, intentó invadir Macedonia. Uno de los proyectos de Demetrio era la reconquista de Atenas, que había tenido desde el año 302 graves luchas internas. Casandro favoreció el establecimiento de una tiranía en manos del estratega Lajares, hombre carente de escrúpulos, que se atrevió a quitar a la estatua de Atenea Partenos el vestido de oro que la cubría, para obtener monedas con que pagar a los mercenarios. En el año 296, Demetrio Poliorcetes fracasó en su intento de apoderarse de Atenas. De aquí pasó al Peloponeso, donde alcanzó algunos triunfos, para volver a guerrear con Atenas, de la que, por fin, se apoderó. El tirano huyó. Esta estancia de Demetrio en Grecia motivó que perdiera sus posesiones de Asia y del Egeo. Así, Lisímaco controló Éfeso y Mileto, Seleuco, Cilicia; y Ptolomeo I, Chipre.

En Grecia, los beocios y los etolios se levantaron contra Demetrio. En Macedonia, dejó a su hijo Antígono Gónatas, al que eran fieles unas pocas ciudades griegas. El precario equilibrio de fuerzas establecido tras Ipsos, se rompió ahora, al expulsar de Macedonia meridional y Tesalia, en 285, a Pirro, rey del Epiro, que en el año 288 (Plutarco, *Pyrrhus*), había sido proclamado rey de Macedonia por sus tropas. Pirro decía descender de Aquiles, y su abuelo era hermano de Olimpia, madre de Alejandro. Tenía Pirro más hambre de conquista que Alejandro. Se apoderó de Tesalia, patria de su madre Ptia, aprovechando la marcha de Demetrio a Asia Menor. Su ansia expansionista constituía un serio peligro para su vecino, Lisímaco, que le obligó a retirarse al Epiro,

dejando libres Macedonia y Tesalia. Mientras, Antígono Gónatas defendía Demetrias. El dominio de Lisímaco se extendía ahora desde el Tauro hasta Tesalia.

Lisímaco era un buen general (Diodoro 1,9,5-10), curtido en las luchas contra las tribus tracias, prudente y enérgico. No era hombre que abandonase sus proyectos una vez planeados. Ocupado en someter a los nativos de su reino, había participado poco en las luchas internas de los Diádocos. En el año 309, a imitación de la política seguida por otros reyes sobre el emplazamiento de la antigua Cardia, en el Quersoneso Tracio, fundó Lisimaquia, la capital de su reino, rico en minas, cereales y bosques y que tenía buenas ciudades griegas como Bizancio bajo su protección.

Las querellas internas de las cortes contribuyeron a emponzoñar la situación. Lisímaco tuvo a Agatocles de su primera mujer, que era hija de Antípatro. Arsínoe, hija de Ptolomeo Soter y hermana de Ptolomeo II, segunda esposa de Lisímaco, logró agriar las relaciones de Agatocles con su padre, y éste lo mandó asesinar.

Contra Lisímaco se formó una coalición, integrada por Ptolomeo y Seleuco. Este último le batió, en 281, en Corupedión.

El reino de Seleuco comprendía Asia Menor, exceptuando algunas regiones del norte, como el Ponto, Paflagonia y Bitinia. Planeó Seleuco apoderarse de Macedonia. Atravesó el Bósforo, pero fue asesinado en 281 por Ptolomeo Ceraunos, hijo de Ptolomeo I y Berenice. Ptolomeo Ceraunos, desheredado por Ptolomeo I, se había refugiado en la corte de Lisímaco, para pasar después a la de Seleuco. Como los Diádocos, era falto de escrúpulos y ambicioso para alcanzar lo que se proponía; en este caso, el trono. Se hizo proclamar rey de Macedonia. El momento fue bien elegido: Antígono Gónatas estaba encerrado en su fortaleza, Pirro se hallaba ocupado en Italia y Antíoco I en la parte oriental del reino.

Ptolomeo Ceraunos era hombre calculador y frío. Para asegurarse el trono de Macedonia, se casó con la viuda de Lisímaco, Arsínoe, que era su hermanastra. A fin de no tener ningún tipo de problemas internos, hizo asesinar a los dos hijos de Arsínoe y Lisímaco. La reina, aterrorizada ante tanto crimen, marchó a Egipto, donde se casó con su hermano. Ptolomeo Ceraunos murió a comienzos del 279, luchando contra los gálatas.

Los gálatas descendieron hasta Grecia central, donde fueron desalojados por los focidios, los etolios y los beocios, que les hicieron replegarse sobre Tracia. En 277, la lucha contra los gálatas, permitió a Antígono Gónatas establecerse en Macedonia, y en 276 en Tesalia.

Las luchas seguidas desde la muerte de Alejandro Magno llevaron a la creación de tres grandes monarquías: la Lágida en Egipto, la Seléucida en Asia y la Antigónida en Macedonia, todas ellas en manos de tres soberanos enérgicos e inteligentes y buenos organizadores.

A partir del 280, terminaron las sangrientas luchas entre los directos sucesores de Alejandro, y de sus hijos entre sí. Estas tres monarquías estables, durarían hasta la intervención de Roma, rodeadas de reinos secundarios, como los de Magas en la Cirenaica, Pérgamo, Ponto y Siracusa.

El reino Lágida

El creador de la Monarquía Lágida fue Ptolomeo I Soter, que demostró ser un político perspicaz, realista, prudente, generoso e interesado por la cultura.

Para la creación de su reino fue una medida de gran acierto la elección del Valle del Nilo, fácil de defender por estar rodeado de desierto y fértil en los cereales necesarios para la subsistencia de gran parte del mundo helenístico, que aseguraban las crecidas del Nilo. Supo mantenerse al margen de las inútiles guerras y disputas de sus compañeros por los antiguos territorios del Imperio de Alejandro Magno, renunciando a la quimera de reunificarlo bajo un único mando. Hizo alianzas que realmente le fueron útiles para sus fines. Un gran acierto fue hacerse con el cadáver de Alejandro Magno, que de alguna manera legitimaba el origen de su monarquía.

Su única ambición territorial fue controlar el sur de Siria, por la que habían luchado tantos faraones, región con buenos bosques, necesarios para la construcción naval. Creó una flota que fue dueña del Egeo durante cien años, capaz de mantener sus relaciones con las posesiones de ultramar.

Después de la batalla de Ipsos, se asentó definitivamente en Siria, en la parte denominada Caele-Siria. Años después, se apoderó de los dos excelentes puertos de Sidón y Tírón. La lucha entre Lágidas y Seléucidas por este territorio fue la causa de las llamadas Guerras Sirias.

Ptolomeo I se apoderó de Chipre, buena base de operaciones para la marinería, con ricas minas de las que Egipto carecía. Para el reino lágida, la posesión de Chipre fue de una importancia excepcional.

En el año 322, Ptolomeo I conquistó la Cirenaica, región rica en cereales, ganado (caballos y ovejas) y el famoso silfio. La Cirenaica, separada de Egipto por 1.000 km de desierto y de costa inhóspita, intentó varias veces escapar a la dominación lágida: en 312, en 305 y durante el gobierno de Magas. En la práctica, Cirenaica siguió gobernándose según sus usos y costumbres, sin preocuparse por lo que sucedía en Alejandría.

El dominio de los primeros Ptolomeos no se circunscribió a Chipre, Cirenaica y Caele-Siria y Egipto. Tracia, algunos territorios costeros de Anatolia, Cilicia, Panfilia, Caria, Samos y Mileto y parte de Grecia entraron también a formar parte del reino lágida, interesado en la libertad de comercio (tan necesaria para la exportación de cereales y de otros productos).

Ptolomeo I reinó desde el 323 al 283. Fue no sólo el fundador de la monarquía, sino también el organizador de la administración en Egipto y quien trazó, a grandes rasgos, las principales líneas de la política exterior seguida por los tres primeros soberanos. Fue un buen administrador que dio estabilidad al reino y prestigio a su monarquía. Mejoró las instalaciones del puerto de Alejandría (que canalizaba todo el comercio de importación y exportación) con la construcción del faro (287), una de las maravillas del mundo. Se convirtió en mecenas de sabios y literatos, por consejo de Demetrio de Falero, haciendo de Alejandría uno de los focos culturales más importantes del Helenismo: gran parte de la ciencia helenística se hizo en Alejandría.

Ptolomeo II continuó la obra de su padre y consolidó la monarquía durante su reinado, que terminó en 246, el siglo de oro de la Monarquía Lágida. Fue un soberano muy interesado también por la cultura.

En política interior, llegó a un acuerdo con su hermano Magas, que, en 275, intentó apoderarse de Egipto, impidiéndole proseguir con su proyecto una revuelta de los libios de Marmárica. Años después, la hija de Magas, Berenice, se casaría con el hijo de Ptolomeo II, lo que indica que los dos hermanos se habían reconciliado totalmente.

Del 274 al 271 tiene lugar la Primera Guerra Siria. Antíoco se unió a Magas, casado con su hija Apamea, para atacar a Egipto. La ayuda de Magas, que vivía a 1.000 km

de distancia del Valle del Nilo, fue de poca utilidad, por lo que se llegó al acuerdo de dejar las cosas como estaban antes de la contienda. Diez años después, estalló otro conflicto entre las dos monarquías, que duró hasta el 253. El conflicto terminó con las pérdidas para el reino lágida de los territorios de Cilicia, Panfilia y Jonia. Como frecuentemente ocurría en la época helenística, la paz se intentó apuntalar mediante enlaces matrimoniales: Antíoco casó a Berenice, hija de Ptolomeo II, matrimonio que resultó funesto.

En el Egeo, Ptolomeo II estableció la base de Itanos, en Creta, para controlar los movimientos de los piratas, que interrumpían el comercio lágida por este mar.

El gobierno de Ptolomeo II fue una época de gran prosperidad para Egipto. El soberano lágida perfeccionó la administración de su padre. Como muchos monarcas helenísticos, tuvo la pasión de construir: en Alejandría mejoró el puerto con nuevas instalaciones, aumentó los fondos de la Biblioteca, enriqueció el Museo, donde trabajaban los sabios, y construyó palacios y santuarios.

Ptolomeo II fue un hombre de grandes pasiones amorosas. Primero se casó con Arsínoe I, hija de Lisímaco, de la que nació Ptolomeo III; después se enamoró de su hermana, Arsínoe II, esposa de Lisímaco. A la muerte de éste, Ptolomeo II repudió a su esposa y se casó con su hermana, siguiendo la costumbre de los faraones de contraer matrimonios con sus hermanas, si bien por hermanas habría que entender parientes próximas. Arsínoe recibió la apoteosis en vida y Ptolomeo II divinizó a sus padres.

Ptolomeo III comenzó a reinar en 246. Los dos principales problemas que se le plantearon fueron, en primer lugar, la reincorporación de la Cirenaica al reino lágida. Berenice II, hija de Magas, estaba casada con Ptolomeo III. Muerto Magas, su madre, Apamea, quiso divorciarse para casarse con Demetrio el Guapo, hermano de Antígono Gónatas, enemigo de los Lágidas y amante de Apamea. Berenice II hizo matar al amante de su madre en el lecho de ésta. En la época helenística, las reinas o princesas de las monarquías Lágida y Selúcida desempeñaron un papel importante en las luchas intestinas de la corte, exponente de la nueva situación de la mujer, bien diferente de la de los tiempos clásicos. Berenice II se casó con Ptolomeo III y llevó al matrimonio, en dote, la Cirenaica. La zona occidental hubo que conquistarla por la fuerza. Se fundaron ahora las ciudades de Ptolemais, Arsínoe y Berenice, las únicas fundaciones que hicieron los Ptolomeos, que, en este aspecto, siguieron una política diferente de los Selúcidas y de Alejandro.

En segundo lugar, la llamada III Guerra Siria, a la que se alude más adelante. Como se ha indicado, la II Guerra Siria terminó con el matrimonio de Antíoco II con la hija de Ptolomeo II, también llamada Berenice, para lo que tuvo que repudiar a su primera esposa, Leódice, que se marchó a Éfeso con los dos hijos tenidos de Antíoco II. El mayor de ellos, Seleuco, y no el nacido de la entonces reina, Becenice, heredó el trono. Berenice pidió el reino para su hijo y solicitó apoyo de su hermano Ptolomeo III, que se lo dio. Poco después Berenice y su hijo fueron asesinados por orden de Laódice; de este hecho, la guerra tomó el nombre de Laodícea. En época helenística, los asesinatos para solucionar los problemas en las cortes fueron frecuentísimos. Todos, en este aspecto, carecían de escrúpulos.

Ptolomeo III llegó hasta Mesopotamia, donde rescató las imágenes de los dioses egipcios llevados allí por Cambises. Por ello, recibió el título de Evergetes. Posteriormente, Seleuco II reconquistó parte de estos territorios, dejándole a Ptolomeo parte de la costa de Jonia, Licia, Caria, Cilicia, Panfilia, Caele-Siria y Seleucia, puerto de An-

tioquía. En el norte del Egeo, Ptolomeo III controló parte de la costa de Tracia, del Helesponto y Samotracia. En Grecia, siguió la vía diplomática emprendida por Ptolomeo II. Apoyó a Arato y entregó dinero a Atenas para comprar su liberación y sacudirse la guarnición macedónica. Los atenienses, en su honor, crearon una tribu, de nombre Ptolemaica. Apoyó después a Cleómenes de Esparta que, tras el desastre de Sellasia, se refugió en Egipto, muriendo en 221. Después de su reinado, Egipto entró ya en un periodo de decadencia.

PIRRO

En el año 281, ante el peligro que venía de Roma, la ciudad de Tarento llamó en su auxilio a Pirro, rey del Epiro. En el año 302 a. de C., Roma se había comprometido con Tarento a no enviar una flota al norte de Crotona. Este tratado fue violado cuando los habitantes de Thourioi, ante el peligro de los lucanos, acudieron a Roma en demanda de socorro, que les fue concedido, estableciendo una guarnición en Thourioi, expulsada por los tarentinos. Fracasadas las negociaciones entre Roma y Tarento, esta última ciudad buscó a un aventurero griego que la defendiera, encontrando este apoyo en Pirro, hombre ambicioso e inclinado a intervenir fácilmente en los problemas de otros Estados, como ya lo había demostrado en Grecia.

Los términos del tratado entre Pirro y Tarento se desconocen. La llamada de Tarento permitió a Pirro intervenir directamente en los asuntos de Italia. Es muy probable, como indica E. Will, a quien seguimos fundamentalmente en esta exposición de los acontecimientos de las monarquías helenísticas, que Pirro abrigara también el propósito de intervenir en Sicilia, ya que estaba casado con la hija de Agatocles, de la que tenía un hijo. En el año 280 a. de C., Pirro desembarcó en Italia con un buen ejército y elefantes. Pronto venció a los romanos en Heraclea; pero sus propuestas de paz fueron rechazadas por Roma.

En el año 279 a. de C., derrota por segunda vez al ejército romano en Ausculum. Reclamado desde Sicilia ante el peligro cartaginés, y fracasado nuevamente un segundo intento de llegar a una paz con los romanos, Pirro marchó a Sicilia, cuando ya había desaparecido Agatocles, que había frenado a Cartago en la isla.

En otoño del año 278, desembarcó en Sicilia, obligando a los cartagineses a levantar el asedio de Siracusa. Pronto se hizo con toda la Sicilia griega. En el año 277, controló también gran parte de la Sicilia púnica, salvo Lilibeo y Mesina. Cartago le ofreció la paz, con la condición de respetar a Lilibeo, proposición que Pirro rechazó. Como la situación en Sicilia no le era muy favorable, volvió a Tarento en 276. En 275, fue derrotado en Maleventum, desastre que le obligó a retirarse a su reino, pero con la idea de volver a Italia, como demuestra el hecho de dejar en Tarento al ejército y a su hijo.

La figura de Pirro ha sido muy discutida por los historiadores, al igual que los motivos que le impulsaron a obrar como lo hizo. La marcha de Pirro de Italia dejó a dos potencias frente a frente: Cartago y Roma. En 272 a. de C., Tarento cayó en poder de los romanos, lo que significaba que el mundo griego de Italia y de Sicilia había perdido ya su influencia política.

LAS MONARQUÍAS HELENÍSTICAS HASTA LA BATALLA DE RAFIA (217 A. DE C)

Este periodo, que va desde la batalla de Courupedion, en 281, hasta la de Rafia, en 217 a. de C., coincide con la época más brillante del helenismo en los más variados aspectos, pero es mal conocido, debido a la escasez de fuentes.

La Monarquía Seléucida

El fundador de la monarquía había sido Seleuco I, rey audaz y emprendedor, por un lado, y prudente y moderado, por otro. La monarquía seléucida tuvo que afrontar en su interior los problemas más graves, debido a la extensión de su territorio y al elevado número de pueblos variados que la componían.

En gran medida, Seleuco I es el salvador de la herencia de Alejandro y el campeón del Helenismo en su Imperio. Incluso en las satrapías del este, que abandonó, es claro el influjo del Helenismo. Antíoco I había sido proclamado rey en 294-293 a. de C. por Seleuco I.

La capital del Imperio será Seleucia del Tigris, fundada por Seleuco I, al norte de Babilonia. Padre e hijo, siguiendo el ejemplo de Filipo II y Alejandro, fundaron muchas ciudades. Las ciudades llamadas Seleucias, Antioquías, Apameas, nombre de la esposa irania de Seleuco I, y Laodiceas, nombre de la esposa de Antíoco II, se multiplicaron por todo el Imperio. En este aspecto, la política seguida por los primeros monarcas seléucidas es diferente de la de los soberanos lágidas, que fundaron muy pocas ciudades.

En el año 281 a. de C., al ser asesinado Seleuco I en el norte de Siria, estalló una revuelta que Ptolomeo II aprovechó para apoderarse de algunas ciudades prósperas e independientes de la costa de Asia Menor y Jonia.

A comienzos del siglo III, los príncipes locales, que gobernaban sobre una población de origen tracio, siguiendo el ejemplo de los Diádocos y tomaron el título de rey. En el Norte, Nicomedes I de Bitinia intentó independizarse, mientras algunas ciudades griegas, entre ellas la importante ciudad de Bizancio, la llave del Bósforo, se había coaligado contra Seleuco I.

En 277 a. de C., Nicomedes I lanzó a los gálatas contra Antíoco, que logró contenerlos en 275-274 y asentarlos en Frigia septentrional (Lucano, *Zeuxis*, 8-11; Memnon, *FGH.*, 434), que recibió así el nombre de Galatia. Por este triunfo, logró Antíoco I el título de Soter. Contemporáneo de Antíoco I fue Mitrídates, que fundó por estos años el reino del Ponto sobre la costa nororiental de Anatolia.

La política de los primeros seléucidas, con respecto a las ciudades griegas de Asia Menor, fue de amistad aparente y no conllevaba cierto sometimiento. En este aspecto, demostraron los seléucidas una gran habilidad, ya que, aunque contaban con la costa siria, carecían, como los Ptolomeos, de una flota importante. Algunas ciudades de Asia Menor prefirieron la alianza lágida. Desempeñaron, por ello, estas ciudades, un papel de mediadoras entre las dos potencias vecinas.

La posesión del norte de Siria, llamada Caele-Siria, fue motivo de continuas guerras

entre las monarquías lágida y seléucida. La primera de ellas duró del 274 al 271 a. de C. y reforzó la autoridad de Antíoco I, que se convirtió en el apoyo de todos los descontentos de Egipto, como Magas.

Mientras tanto, había nacido el reino de Pérgamo, llamado a desempeñar un importante papel en la historia helenística. Estrabón (13,4,1-2) describe así los orígenes del reino:

Pérgamo ejerce una especie de preponderancia sobre estos lugares; es una ciudad famosa y prosperó durante mucho tiempo bajo los monarcas atálidas. Debo empezar mi siguiente apartado aquí, y exponer brevemente cómo surgieron los reyes y el final que tuvieron. En Pérgamo estaba el tesoro de Lisímaco, hijo de Agatocles, uno de los sucesores de Alejandro; la cima de la montaña está densamente habitada, a pesar de tener forma cónica y terminar en un pico escarpado. Filetero, hombre de Tieuu, que era eunuco desde la infancia, había sido encargado de la custodia de la plaza y del dinero, que ascendía a la suma de nueve mil talentos [...]. Desempeñó bien el cargo y se mostró digno de la confianza puesta en él. Durante un tiempo permaneció bien dispuesto hacia Lisímaco, pero luego se enemistó con su esposa Arsínoe, que le calumniaba, y dio así lugar a revueltas, siguiendo una política de oportunismo, cuando vio que las circunstancias favorecían un cambio. Lisímaco se vio envuelto en problemas domésticos y se vio obligado a asesinar a su hijo Agatocles; entonces intervino Seleuco (I) Nicátor y le derribó del trono, pero fue a su vez derrocado cuando Ptolomeo Ceraunos le asesinó a traición. Mientras tales crisis se producían, el eunuco permaneció al frente del fuerte y siguió una política de compromisos y de pleitesía a cualquiera que fuese poderoso y estuviese cerca. Estuvo veinticinco años al frente del fuerte y del dinero. Tenía dos hermanos, el mayor Eumenes y el menor Atalo. Eumenes tuvo un hijo llamado como su padre, Eumenes, y llegó al poder en Pérgamo. Ya era gobernante (*dynastes*) de los lugares próximos, y así, llegó incluso a derrotar en una batalla cerca de Sardes a Antíoco (I), el hijo de Seleuco (I). Murió después de gobernar durante veintidós años. Atalo, hijo de Atalo y de Antiochis, la hija de Aqueo, accedió al poder, y fue el primer gobernante atálida en proclamarse rey tras derrotar a los gálatas en una gran batalla. Se hizo amigo de los romanos y luchó junto a ellos y la flota rodia contra Filipo (V). Murió anciano después de un reinado de cuarenta y tres años, y dejó cuatro hijos de Apollonis, una mujer de Cyzico: Eumenes, Atalo, Filetero y Ateneo. Los dos más jóvenes se mantuvieron como ciudadanos particulares, mientras Eumenes, el mayor, se convirtió en rey. Luchó al lado de los romanos contra Antíoco (III) el Grande y contra Perseo, y recibió de los romanos todo el territorio del Tauro que había estado bajo el poder de Antíoco. Anteriormente el territorio de Pérgamo no incluía lugares tan alejados como la costa comprendida entre los golfos de Elea y Adramitium. Este gobernante plantó en el Niceforio una arboleda, embelleció la ciudad con monumentos y bibliotecas y aumentó el solar de Pérgamo hasta su tamaño actual. Reinó durante cuarenta y nueve años y le sucedió su hijo Atalo (III), cuya madre era Estratónice, hija de Ariarates, rey de Capadocia. Nombró a su hermano Atalo (II) tutor de su hijo, que era muy joven, y de su imperio (*arché*). Después de un reinado de veintiún años, Atalo murió anciano tras cosechar muchos éxitos; pues ayudó a Alejandro (Balas), hijo de Antíoco (IV) a derrotar a Demetrio (I), hijo de Seleuco (IV), y luchó al lado de los romanos contra el Pseudo-Filipo y ocupó Tracia y sometió a Diegyllis, rey de los Caeni, y mató a Prusias (II de Bitinia) habiendo incitado a su hijo Nicomedes contra él, y dejó el imperio a Atalo, su sobrino. Éste reinó cinco años y fue llamado Filométor; cuando murió de enfermedad nombró herederos a los romanos. Éstos convirtieron el país en una provincia, dándole el mismo nombre que al continente de Asia [...].

La ciudad, fácilmente defendible por su situación, fue entregada por Lisímaco a Filetero, que se mantuvo en buenas relaciones con los seléucidas. Filetero (Estrabón 13,4,1) luchó contra las bandas gálatas; un monumento en Delos, en honor suyo, conmemora estas victorias. Ayudó a las ciudades griegas que peleaban contra los gálatas: Cícico, Priene, Mileto y Eritrea. La primera de estas ciudades, agradecida, instituyó en su honor las fiestas llamadas *Philatatreia*.

A Filetero sucedió Eumenes, en 263, que ensanchó su reino con la conquista de las orillas del Caicos, venciendo al rey seléucida, Antíoco I; fue un activo rey independiente, como lo indican las acuñaciones de moneda, en las que se reemplazó la efígie de Seleuco I por la de Filetero.

A Antíoco I le sucede, en 261, su hijo menor Antíoco II, ya que el mayor, que había sido asociado al poder real por su padre, fue ejecutado por conspirar contra él. Antíoco II se vio obligado a abandonar Capadocia, que se proclamó reino en 255, y a luchar contra Bizancio.

Seleuco II, hijo del anterior, intervino en la III Guerra Siria, a la que se alude más adelante. Durante esta lucha contra Ptolomeo III, el monarca seléucida se vio obligado a pedir auxilio a su hermano más joven, Antíoco Hiérax, que gobernaba en Asia Menor. Al firmarse la paz con que concluyó la III Guerra Siria, Antíoco Hiérax no quiso reconocer a su hermano, estallando una lucha fratricida entre ambos. Al final, Antíoco Hiérax se hizo con las posesiones seléucidas de Asia Menor y utilizó contra su hermano mercenarios gálatas, que más tarde emplearía también contra Atalo I, rey de Pérgamo y sucesor de Eumenes I. Las victorias de Atalo I sobre los gálatas le permitieron extender sus dominios desde el Bósforo al Tauro y proclamarse rey. Éstas fueron conmemoradas por Atalo I con los famosos grupos de bronce en Pérgamo y con ricas ofrendas en la Acrópolis de Atenas.

Antíoco Hiérax, ante la imposibilidad de mantenerse en Asia Menor, intentó apoderarse de Mesopotamia; pero fue vencido. Fue asesinado en Tracia en el año 226.

La Monarquía Antigónida

Se desconocen los límites de la monarquía macedónica en los primeros años del gobierno de Antígono Gónatas, pero sabemos que mantuvo el rey macedón las plazas de Grecia, entre las que se encontraba, como ya se ha indicado, la importante ciudad comercial de Corinto.

Antígono Gónatas tenía aptitudes para la guerra y había recibido una excelente educación en Atenas de los literatos y filósofos más famosos del momento, como Zenón. Reinó del 277 al 239, dando muestras de prudencia y de inteligencia; fue el verdadero fundador de la monarquía macedónica y siguió la política de Filipo II al considerar Grecia como campo de influencias, librándose de las funestas luchas de Ptolomeos y Lágidas.

Antígono Gónatas alcanzó su prestigio militar —tan necesario para la dignidad real— en la lucha contra los gálatas, a los que venció cerca de Lisimaquia. Con Antíoco I mantuvo buenas relaciones y, como Filipo II, estrechó la vigilancia sobre las tribus montañosas guerreras de su reino. Grecia estaba bien defendida gracias a la posesión de dos bases de operaciones magníficamente emplazadas: Calcis, en Eubea frente a Beocia, y el Acrocorinto, junto a Corinto. La capital, Demetrias, fundada por Demetrio Poliorcetes, le permitió mantener su dominio sobre Tesalia, rica en prados y en caballos.

Estas bases estaban muy bien elegidas y lograron que Macedonia controlase Grecia durante todo el siglo III.

En el interior del reino, algunas zonas se habían hecho independientes y otras estaban controladas por Pirro. Tesalia continuaba bajo control macedón, aunque había alcanzado momentáneamente la independencia aprovechando la invasión gala. Cuando Pirro regresó de Italia y atacó a Antígono Gónatas, éste se vio obligado a entregarle Tesalia y parte de Macedonia, en 274-273 a. de C. Pirro, hombre ambicioso, como ya se ha dicho, partidario de extender sus dominios e intervenir en áreas muy distantes de su reino, desembarcó en el Peloponeso y —aprovechando una disputa dinástica— sitió Esparta en el 272 a. de C. La retirada del monarca epirota llevó a Antígono Gónatas a reconquistar Macedonia. Pirro se había hecho muy impopular en Macedonia por haber permitido que los mercenarios gálatas saquearan la necrópolis real, donde estaba enterrado Filipo II.

Antígono Gónatas marchó después al Peloponeso. Allí se enfrentó a Pirro en Argos, donde se había refugiado tras su fracaso ante Esparta; en este lugar, Pirro encontró la muerte, en 272-271.

En Grecia central, los etolios, que habitaban una región montañosa situada entre el Epiro y la salida del istmo de Corinto, organizados en pequeñas ciudades agrupadas alrededor del santuario de Apolo en Thermos, habían ampliado su confederación, aprovechando el prestigio alcanzado en la lucha contra los gálatas, en 279 (*Syll.*, 3,434-5; Pausanias 10,22,233), y de la guerra de Pirro contra Antígono Gónatas. Para conmemorar la salvación del santuario de Apolo Delfico, se instituyó, por parte de la anficiónía delfica, la fiesta de *Sotería*, y los escudos gálatas fueron colgados como ofrendas en el techo del templo. Los etolios lograron, con el prestigio que les daba el cargo de corifeo en la anfitionía, atraerse a los locrios opuntos, a los ainiolos, a los eubeos, a los atenienses y a otros pueblos. Antígono Gónatas tuvo el acierto de mantenerse en buenas relaciones con los etolios, lo que demuestra su sagacidad política.

Los etolios no tenían salida directa al mar, salvo por el golfo de Corinto. La extensión de su Confederación les obligó a proyectarse sobre el mar Egeo y a favorecer la piratería, que fue utilizada como arma arrojada contra otros Estados a partir de este momento. La piratería fue otro de los grandes males del Helenismo, que no logró ser extirpado nunca. El peligro que suponía la piratería manejada por los etolios hizo que diferentes ciudades, para evitarlo, buscaran con ellos acuerdos de seguridad, de igualdad de derecho de ciudadanía, etc., lo que extendía aún más la zona de influencia de la Confederación etolia por el mar Egeo.

Para la monarquía macedonia era vital, en estas circunstancias, controlar la ruta marítima que unía Tesalia con el Peloponeso, utilizando las bases navales de que disponían.

Ptolomeo II, por razones económicas, estratégicas o dinásticas (Arsínoe, esposa de Ptolomeo II, en 275, viuda de Lisímaco y de Ptolomeo Kerauno, pretendió dar el reino de Macedonia a alguno de sus hijos, pero murió antes de conseguirlo) formó una coalición antimacedónica. Su marina, que controlaba todo el Egeo y las islas Cícladas y no tenía rival, no podía ver sin inquietud la creación de una flota por Antígono Gónatas.

En esta coalición antimacedónica entraron Esparta, Acaia, Elea, Arcadia y Atenas (ciudad que años antes, se había visto libre de la guarnición macedónica, establecida en el Pireo). El ateniense Cremónides hizo votar por la Asamblea, en 267-266, la alianza y de él deriva el nombre de Guerra de Cremónides, con la que se conoce la contienda (*Syll.*, 3,434-435). Los peloponesios, a las órdenes del rey de Esparta, Areo, princi-

pal enemigo de los macedonios, no lograron pasar el istmo de Corinto, en 265 a. de C. Atenas se entregó en 262-261, después de un cerco de dos años (263-262). Recibió una nueva guarnición macedónica en el Pireo y en la Colina del Museión, frente a la Acrópolis; además, mediante medidas administrativas, los macedonios controlaron la ciudad.

Mientras tanto, Antígono Gónatas frenó la intervención de Egipto en Grecia, atacando las islas Cícladas cerca de Cos, y las ciudades de Asia Menor en poder de Ptolomeo II, venciendo a la flota lágida en Cos. En 261, se firmó la paz entre Antígono Gónatas y Ptolomeo II. Poco antes, en 256, Antígono Gónatas había concedido la libertad a Atenas, pero el espíritu cívico había ya muerto en ella. Las luchas entre Antígono Gónatas y Ptolomeo II permitieron a la Confederación etólica ganar nuevos aliados, los focidios, los locrios y los epicnemidios, hostiles todos ellos a Macedonia.

La segunda y tercera guerras sirias

La independencia lograda por Eumenes de Pérgamo al separarse de Atalo I, llevó a Ptolomeo II a consolidar sus enclaves costeros en las proximidades de Anatolia, en tiempos de Antíoco II, estamos mal informados de las operaciones navales y terrestres que llevaron a Antíoco II, apoyado por Antígono Gónatas a apoderarse de algunos enclaves en la costa de Anatolia, y extender algo su dominio en Siria. La paz llegó entre los años 255-253 a. de C. Como ya hemos dicho, Berenice, hija de Ptolomeo II, se casó con Antíoco II; éste repudió a su primera esposa, Laodice, de la que había tenido hijos, que fueron una fuente de posteriores complicaciones (véase *supra*). Según una versión, su primera esposa había envenenado a Antíoco II; según otra, encontrándose gravemente enfermo, el rey había tomado esta decisión. En el año 246 a. de C., Ptolomeo II y Antíoco II murieron. Estas luchas dinásticas en el reino seléucida motivaron que parte de Asia Menor reconociese a Seleuco II, mientras que Antioquía y Siria apoyaban al hijo de Berenice, que pidió auxilio a su hermano Ptolomeo III. Obtuvo este auxilio, pero su hermano y su hijo fueron asesinados.

Estas luchas dinásticas, como ya se ha indicado, fueron otro de los grandes males de las monarquías helenísticas, que frecuentemente salieron por ello perjudicadas y quedaron muy debilitadas.

Ptolomeo III hizo una razzia dentro del reino seléucida: desde Antioquía, marchó sobre el Éufrates, para volver a Egipto. La paz llegó en 241 a. de C., beneficiosa para ambas partes, ya que consolidaba a Seleuco II en el trono y permitía a Ptolomeo III quedarse con una amplia región desde Cilicia a Jonia, y disponer de algunas plazas en el estrecho del Bósforo y Tracia. El tratado de paz del 241 entregaba a Ptolomeo las ciudades de Antioquía y Seleucia de Pierie.

Seleuco II firmó esta paz (que permitirá a Ptolomeo III controlar hasta el norte del Egeo), forzado por complicaciones dinásticas interiores; Seleuco II se había comprometido con su madre a entregar a su hermano, Antíoco Híerax, Asia Menor.

La Tercera Guerra Siria fue motivada por el control de Caele-Siria. Cuando Ptolomeo III abandonó las conquistas que había hecho en Mesopotamia, Seleuco II pudo conquistar el norte de Siria y su capital, Antioquía, pero no pudo lograr Caele-Siria. Esta guerra provocó el enfrentamiento —ya mencionado— entre Seleuco II y Antíoco Híerax. La guerra perjudicó notablemente a la monarquía seléucida, ya que Caele-Siria fue

un continuo semillero de luchas entre Lágidas y Seléucidas, en las que ambas monarquías malgastaron muchas de sus energías. Esta región quedó en idéntica situación que cuando fuera conquistada tiempo atrás por Ptolomeo I, conquista que el tiempo fue funesta para ambas monarquías.

Vicisitudes del reino seléucida en sus satrapías interiores

El reino seléucida era el más extenso: llegaba desde el Egeo, hasta el Indo y el Asia Central, con una mezcla fabulosa de lenguas, culturas, razas y religiones, como ya se ha dicho. Mantener pacificado este conglomerado de pueblos y razas, y en buenas relaciones con los colonos griegos establecidos, era una tarea difícil.

En el año 303, Seleuco I abandonó Tchandragoupta, plaza en los límites con la India difícil de defender, y prestó especial interés al corazón de su Imperio situando la capital interior en Seleucia del Tigris, con su hijo Antíoco I (que obtuvo el título de rey en 294) al frente. La capital marítima y occidental fue Antioquía. El programa de Antíoco I fue asegurar la coexistencia de macedonios e iraníes. Poco se sabe de su actuación política, sino que consolidó el Imperio.

Los monarcas seléucidas se ocuparon poco del Irán; y esta región fue paulatinamente separándose de ellos. Los soberanos estaban más preocupados por los problemas occidentales de Siria y de Anatolia; los gobernadores enviados se veían obligados a tomar las decisiones por sí mismos, sin contar con la corte. Las fuentes sobre estos sucesos de la parte oriental del Imperio son tardías, contradictorias y de escaso valor.

En el año 246-245, Andrágoras, sátrapa de Partia, se proclamó rey, aprovechando que Ptolomeo III invadía Siria. El rey de Bactriana, Diodoto, acuñó monedas con su efigie, pero con el nombre de Antíoco II. No tardó en producirse la independencia que poco a poco se había ido fraguando. Los nómadas parnes invadieron Partia, región situada al noroeste de Irán, entre Bactriana y la orilla oriental del mar Caspio; su jefe se llamaba Arsaces. Al instalarse en Partia, tomaron el nombre de partos. Procedían de más allá del Oxus. La dinastía de los Arsácidas comenzó en 248-247.

Los partos mataron a Andrágoras en 239 ó 238 a. de C. De este modo, nacieron dos Estados independientes en la frontera del reino seléucida, uno bárbaro y otro griego, que comprendían Bactriana y Margiana. Las excavaciones de Aî-Khanoum, las monedas y la epigrafía demuestran la profundidad alcanzada por el Helenismo en estas lejanas tierras. Las monedas son muestra del mejor arte griego. Los conflictos de Occidente impidieron a Seleuco II intervenir con prontitud en estas lejanas regiones. Además, fue derrotado en Ancira en 240 ó 239, por Antíoco Híerax, soberano de Asia Menor, apoyado por los gálatas, Ponto, Capadocia y Bitinia.

Seleuco II intentó conservar el Irán, invadido por los partos, y luchar contra la separación de Bactriana. La expedición duró desde el año 230 al 223, y obligó a los partos a replegarse a las fronteras, hacia el mar Aral. No pudo, sin embargo, apoderarse de Bactriana, debido a la invasión de Antíoco Híerax en Caele-Siria, y a las maquinaciones políticas de su tío contra él. Al final de su reinado, Seleuco II cosechó una serie de fracasos que obedecen fundamentalmente a la contradicción entre sus intereses iraníes y occidentales y a las luchas intestinas de la monarquía. Seleuco II murió en 226.

Seleuco III intentó arrebatar a Atalo I las posesiones en Asia Menor, pero fue asesinado en 223.

Las Ligas Etolia y Aquea. Antígono Gónatas. Agis IV de Esparta

Alejandro, hijo de Crátero y hermano de Antígono Gónatas, a la muerte de su padre, intentó derrocar a Antígono Gónatas y se proclamó rey en el 253. Antígono Gónatas perdía así las dos bases macedonias que controlaban Grecia: Calcis y Corinto. Crato de Sición comenzó su carrera política en 251 echando del poder al tirano local y buscando subsidios para sanear las finanzas de su ciudad. Se unió a la Confederación Aquea (que atacó a Argos y a Atenas) y a Alejandro, y obtuvo ayuda financiera de Egipto. La Liga Aquea se extendía ahora hasta Arcadia, mientras Atenas se desvinculaba de Macedonia. Los beocios, para contrarrestar el predominio de la Liga Etolia en Grecia Central, se acercaron a la Liga Aquea, pero en 245 fueron derrotados por los etolios en Queronea, lo que permitió incorporar a la Liga Etolia, la Lócrida oriental y llegar hasta la costa del sur del estrecho de Eubea. Aratos, nombrado estratega de la Liga Aquea, no pudo socorrer a los beocios. A partir de este momento, la oposición entre las dos ligas, Aquea y Etolia, durará varios años.

Los problemas de las fronteras septentrionales de su reino impidieron a Antígono Gónatas intervenir en Grecia. La muerte de Alejandro restableció la situación anterior y Antígono pudo apoderarse de la Acrópolis de Corinto. Casó a la viuda de Alejandro con su hijo Demetrio, que no pudo conservar mucho tiempo la fortaleza conquistada.

Los etolios, en 224, prestaron auxilio a los eleos, que luchaban contra algunos arcadios, e invadieron Arcadia. Esta situación favoreció indirectamente los intereses macedonios en el Peloponeso. Arato, muy acertadamente, en lugar de luchar contra los etolios (a los que se habían unido los eleos, los arcadios y los mesenios), en un golpe de mano audaz, se apoderó, en 243, del Acrocorinto, de los dos puertos de Corinto y de la escuadra macedónica, lo que motivó que se adhirieran a la Confederación Aquea, Epidauro, Trezene y Mégara, con Ptolomeo III al frente de ella como estratega. La conquista del Acrocorinto fue capital para la Liga Aquea, pues le dio una salida al mar Egeo, en el golfo Sarónico (Plutarco, *Arat.*, 16-24). Macedonia perdió de este modo su base de operaciones al sur del istmo de Corinto y sólo mantuvo Argos. Antígono Gónatas decidió, ante esta situación, aliarse con la Liga Etolia, para luchar contra la Confederación Aquea. Las dos ligas comprendían, pues, una franja de terreno que iba de mar a mar.

Esparta se acercó también a la Confederación Aquea, para defenderse de la Liga Etolia que contaba con aliados en Arcadia. Esparta atravesaba un mal momento, con graves problemas sociales y económicos internos, debidos a la reducción del cuerpo de los «Iguales» y a la concentración de la riqueza en manos de unas pocas familias, que los reyes espartanos intentaron solucionar. Estas reformas fueron acometidas por Agis IV y Cleómenes III. Las del primero, del 242, se conocen por la biografía de Plutarco: «A pesar de esto, Agis logró que Lisandro fuese nombrado éforo. Presentó inmediatamente, por medio suyo, al consejo de los ancianos una ley en la que disponía que las deudas fueran condonadas a los deudores y que la tierra fuese dividida: de aquella que hay desde el barranco de Pellenes hasta el Taigeto a Malea y a Selasia se fir-

marían cuatro mil quinientas suertes, y de la que cae fuera de esta línea, quince mil, y esta se repartiría entre los colonos que pudieran llevar armas, y la de dentro de la línea entre los mismos espartanos; que el número de estos se completaría con aquellos colonos y forasteros que se recomendasen por su figura y su educación liberal, y que estando en buena edad tuviesen la conveniente robustez; y, finalmente, que estos nuevos espartanos se dividirían en quince mesas o banquetes de doscientos a cuatrocientos observando el mismo método de vida que sus progenitores.

Propuesta la *Rhetra*, los ancianos no pudieron convenirse en un mismo dictamen, por lo que Lisandro convocó a junta, en la cual habló a los ciudadanos, y Madroclidas y Agesilao les rogaron que por unos cuantos hombre dados al regalo no miraran con desdén el restablecimiento de la dignidad de Esparta, sino que trajeran a la memoria los oráculos antiguos, en que se les prevenía se guardaran de la codicia que había de ser la ruina de Esparta, y el que recientemente les había venido de Pasifae. El templo y el oráculo de Pasifae existía en Talamias, y dicen algunos que esta era una de las Atlántidas y que tuvo de Júpiter un hijo llamado Amón; otros, que la hija de Príamo, Casandra, que allí había fallecido, y que por revelar a todos sus vaticinios se llamaba Pasifae; pero Filarco escribe haber sido la hija de Amiclas, llamada Dafne, la que, huyendo de Apolo, que quería violentarla, se convirtió en planta tenida en aprecio por el dios, y dorada con la virtud profética. Refiérese, pues, que también los vaticinios de esta ninfa habían ordenado a los espartanos que vivieran en igualdad, según la ley que al principio les había dado Licurgo. Finalmente, apareciendo en medio el rey Agis, les hizo un breve discurso, diciendo que para el gobierno que establecía no contribuía con poco, pues ofrecía y presentaba toda su hacienda, que era cuantiosa en campos y en ganados, y sin esto, montaba en dinero a seiscientos talentos, y lo mismo hacían su madre y abuela, y sus amigos y deudos, que eran los más acaudalados de los espartanos.

Dejó pasmado al pueblo la magnanimidad de este joven, y se mostraba muy contento porque al cabo de unos trescientos años había parecido un rey digno de Esparta; pero Leónidas se creyó por lo mismo más obligado a hacer oposición, echando la cuenta de que le había de ser preciso hacer otro tanto sin que los ciudadanos se lo agradecieran igualmente; porque sucedería que, a pesar de poner todos y cada uno cuanto tenían, el honor sería solamente para el que había comenzado. Preguntó, pues, a Agis si entendía que Licurgo había sido un varón justo y celoso, y como dijese que sí: "¿Pues cómo —le replicó— no hizo Licurgo aboliciones de deudas, ni admitió a los extranjeros a la ciudadanía, ni creyó que podría estar bien constituida la República que no diese la exclusiva a los forasteros?" Mas respondióle Agis que no se maravillaba de que Leónidas, criado en tierra extraña y padre de hijos nacidos de matrimonios contraídos con hijas de sátrapas, desconociera a Licurgo, el cual juntamente con el dinero había desherrado de la ciudad el tomar y el dar a logro, y con más odio que a los forasteros de otras ciudades miraba a los que en Esparta desdecían de los demás en su modo de pensar y en su método de vida. Porque si no dio acogida a aquellos, no fue por hacer guerra a sus personas, sino temiendo su conducta y sus modales, no fuera que, fundidos con sus ciudadanos, engendraran en ellos el amor al regalo, la molicie y la codicia; y así era que Terpandro, Tales y Ferecides, con ser extranjeros, habían recibido los mayores honores en Esparta, a causa de que en sus versos y en sus discursos conformaban enteramente con Licurgo. "Tú mismo —le dijo— alabas a Ecprepes, porque siendo Éforo cortó con la azuela dos de las nueve cuerdas del músico Frinides, y también a los que hicieron otro tanto después con Timoteo, y de mí te ofendes porque quiero des-

terror de Esparta el regalo, el lujo y la vana ostentación; como si aquellos no se hubieran propuesto quitar en la música lo superfluo y excesivo, para que no llegáramos a este extremo de que el desorden y abandono en la conducta y usos de cada uno hayan hecho una República disonante y disconforme consigo misma.”

En consecuencia de esto, la muchedumbre se decidió por Agis; pero los ricos rogaron a Leónidas que no los abandonase, y lo mismo a los ancianos, cuya autoridad tomaba la principal fuerza de haber de preceder su dictamen; así que con las súplicas y las persuasiones alcanzaron, por fin, que ganaran por un voto los que desaprobaban la *Rhetra*.» (Plutarco, *Agis*, 8-11).

Esta reforma encontró la oposición de los ricos, que habían acaparado las tierras y, por tanto, no pudo ir acompañada de la repartición de las mismas.

Los aqueos, temerosos de una invasión etolia, partiendo desde Corinto, pidieron auxilio a Esparta, pero Aratos los despidió sin haber combatido, desconfiando de las ideas revolucionarias del ejército espartano. A su vuelta a Esparta, Agis IV fue ejecutado, y sus reformas abolidas en 241; los aqueos lograron derrotar a los etolios. En 240-239, murió Atígono Gónatas: había seguido, como se indicó más arriba, una política exterior prudente, sin intervenir, en lo posible, en los asuntos griegos, dedicado a la consolidación interior de su reino agitado por problemas internos. Fue este rey un excelente estratega y político, benévolo con los vencidos, como lo demuestra la devolución al Epiro del cuerpo de su mortal enemigo, Pirro, y la concesión de la libertad a su hijo Heleno. Era, además, hombre de buen carácter, audaz e interesado por la filosofía; fue, en definitiva, uno de los mejores soberanos de la época helenística.

Demetrio II. Antígono Dosón III. Cleómenes III de Esparta

La subida al trono de Demetrio II, hijo de Antígono Gónatas, asociado al trono desde hacía muchos años, motivó, por causas no conocidas, un cambio brusco en las alianzas establecidas a la muerte de Antígono Gónatas. Los etolios firmaron una alianza con los aqueos, debida a que, a la muerte de Alejandro II del Epiro, este Estado entró en alianza con Demetrio II y a que los etolios se sintieran amenazados y aislados. En política exterior, no siguió Demetrio II la sabia medida de estar en buenas relaciones con los vecinos; optó por el Epiro, en detrimento de la amistad con los etolios, como había hecho Antígono Gónatas, ya que éstos no eran útiles ya a la causa macedónica en el Peloponeso.

El poder de los etolios aumentó cada vez más, debido a su habitual práctica de la piratería en el Egeo y en Acarnania, hecho que no podía menos que preocupar a Macedonia. A partir del siglo III, muchas ciudades de Asia Menor y del Egeo, como Delos, Naxos, Tinis, hicieron tratados con los etolios para garantizar el libre comercio.

La anfictionía délfica, controlada por los etolios, proporcionó el marco jurídico para estas relaciones. Epiro, además, había buscado apoyo en Demetrio II.

Entre los años 239-238, estalló una nueva guerra entre Demetrio II, por un lado, y las Ligas Aquea y Etolia (que se habían unido contra el soberano macedón), por otro. La guerra, que tomó el nombre del soberano, se llamó Demetriaca. Demetrio II atrajo a su lado a los beocios y ocupó Megara, lo que indica que los planes del soberano macedón eran reconquistar Corinto. A los aqueos, se les adhirió Megalópolis en 235; hacia el 233, al desaparecer la familia real Epiro se organizó en una confederación. Los

etolios aprovecharon esta situación para poner pie en este país. Demetrio II, ante la imposibilidad de intervenir directamente en los asuntos del Epiro, hizo que interviniera Agrón, dinasta ilirio, lo que significaba abrir a los piratas ilirios los mares Adriático y Jónico. Los ilirios se apoderaron del norte del Epiro, de su capital Foinike, en 230, y rechazaron a los etolios. Los dardanios presionaron sobre Iliria y Macedonia, contra los que se vieron obligados a combatir. En 229, Demetrio II murió luchando contra este pueblo, dejando a su hijo, Filipo V, de diez años, en una situación difícil.

Ya que la piratería iliria dificultaba continuamente a los mercaderes itálicos, el Senado romano envió una embajada en 230 a la corte iliria, donde reinaba Teuta. La flota romana se presentó en el Adriático y actuó en 229-228. Teuta se vio obligada a pedir la paz. Esta campaña es la llamada Primera Guerra Iliria. En las cláusulas del tratado se comprometieron a ponerse del lado de Roma las ciudades griegas de Corcira, Apolonia y Epidauró, al igual que los partimos y los atintanos lograron la libertad, convirtiéndolos Roma, como a Demetrio de Faros, en estados clientes.

A la muerte de Demetrio II fue nombrado tutor del joven Filipo V, Antígono Dosón, que rechazó a los dardanios. Demetrio Dosón era hijo de Demetrio, hermano mayor de Antígono Gónatas, que fue enviado a Cirene tras la muerte de Magas, donde encontró la muerte dramáticamente.

Aprovechando la muerte de Demetrio II, los tesalios se sublevaron y se unieron a la Confederación Etolia. Los Aqueos se asentaron en Megara. Recibieron en la Liga a Egina y a otras ciudades del Peloponeso, mientras las tropas macedonias evacuaron Atenas. Comprada la retirada por una fuerte suma de dinero, Atenas, a pesar de la presión de Aratos, no entró a formar parte de la Liga Aquea. Ptolomeo Evergetes regaló un gimnasio; en agradecimiento, la ciudad le dio su nombre a una tribu, sin suprimir las dos creadas a comienzos de la época helenística, la Antigónida y la Demetriaca. Atenas quiso ser neutral entre las potencias en lucha.

En 228, Antígono Dosón venció a los etolios y Tesalia volvió al control de Macedonia. Mientras tanto, Argos se unió a la Confederación Aquea, que de este modo se convirtió en una gran liga.

Antígono Dosón no juzgó la situación de Grecia inquietante, pues organizó una expedición marítima a Caria y entabló allí relaciones con la dinastía local.

En Esparta, en el año 235, Cleómenes III continuó con el programa de Agis IV, el único procedimiento para hacer de Esparta una potencia militar. Deseaba también volver a la antigua legislación de Licurgo, tan vinculada a la grandeza de Esparta en el pasado. El problema más grave que Esparta tenía planteado, era que carecía de soldados para contar con un buen ejército, debido a la desastrosa situación económica y social en que se encontraba la mayoría de la población espartana, desposeída además de sus tierras. El gran enemigo de Esparta en el horizonte era la Confederación Aquea, que controlaba gran parte del Peloponeso y a la que quisieron frenar los etolios, apoyando a Esparta y cediéndola algunas ciudades aliadas.

No parece que, en principio, ni Arato, ni la Confederación Aquea, fueran antiespartanos. Cleómenes III invadió el territorio de Megalópolis, ciudad que, desde su fundación en 368, era antiespartana. La guerra estalló entre los aqueos y Esparta por el dominio del Peloponeso. En 227, Cleómenes tomó una serie de medidas drásticas, influido por su esposa, viuda de Agis. Así, intentó hacer una reforma en profundidad del régimen social; para evitar lo que sucedió a Agis, dio un verdadero golpe de Estado y eliminó previamente a los posibles oponentes.

Cleómenes III intentó volver a las constituciones de Licurgo. Dio el nombre de «los iguales» a 4.000 espartanos, repartiéndoles tierras. Volvió a los ejercicios militares y a la comida común. Imitó el armamento macedonio. En el ejército, se alistaron también mercenarios y aliados.

Los aqueos estaban en condiciones inferiores en la guerra contra Esparta y los etolios. El único apoyo que podían solicitar los aqueos, ya que de Egipto no se podía esperar ningún auxilio, era acudir a Macedonia; de este modo, se evitaba una alianza entre Antígono Dosón y Esparta que podía coger a la Confederación Aquea entre dos fuegos.

Arato convenció a Megalópolis de que pidiera socorro a Antígono Dosón, que accedió a auxiliarlos si contaban con el beneplácito de la Confederación Aquea, que, a su vez, se lo otorgó de buen grado. Arato, temeroso del contagio de la reforma social espartana y viendo que los aqueos preferían los macedonios a Esparta, logró romper la negociación entre Megalópolis y Antígono Dosón, prometiendo su apoyo en caso de necesidad. Ante la amenaza que significaba la llegada del ejército de Cleómenes III a los confines de los aqueos, Arato entabló negociaciones secretas con Antígono Dosón. Estas negociaciones motivaron que Ptolomeo III retirara el auxilio a la Liga Aquea y que apoyara a Cleómenes III, para evitar que los macedonios volvieran al Peloponeso.

Mientras tanto, el ejército de Cleómenes III había atravesado Acaya y se dirigía a Argos y Corinto. Logró apoderarse de Acaya (exceptuando Megalópolis), Flunte, Argos, Epidauro, Trezene y Corinto, salvo el Acrocorinto. Arato, que había sido nombrado estratega de la Liga Aquea con plenos poderes, ante la amenaza de que Cleómenes controlara todo el Peloponeso, solicitó la alianza con Antígono Dosón (Plutarco, *Cleómenes*, 16), ofreciéndole Corinto y el Acrocorinto, en el año 225-224. Al mismo tiempo, Cleómenes intentaba hacerse nombrar hegemón por los aqueos para evitar la intervención macedónica. La situación era extraordinariamente favorable a Antígono Dosón para intervenir directamente. Cleómenes III se retiraba del istmo y Antígono Dosón recuperó Corinto en 224. Ocupó después Argos, obligando a Cleómenes III a retirarse a Esparta. Posteriormente, llegó a Acaya y sitió Aigión, lugar donde el Consejo Federal de la Liga Aquea se reunía regularmente. Finalmente, fue proclamado estratega de los contingentes aliados.

Estos acontecimientos permitieron una reorganización de Grecia, inspirada en la Liga de Corinto de los tiempos de Filipo II y los antigónidas: en lugar de ciudades, se reunieron Estados federales. En esta Alianza, del 224, además de los tesalios y eubeos, que eran considerados como autónomos, entraron los beocios, los locrios, los focidios, los epirotas y los acarnanios. El soberano macedón presidió el Consejo en el que estuvieron representados estos pueblos, que aportaban tropas al ejército federal. Por un lado, el peligro venía de los planes de Cleómenes, pero lo que realmente preocupaba a los pueblos de Grecia central eran la Liga Etolia, que esperaba recuperar su influjo en el Peloponeso, y Antígono Dosón, con intención de apoderarse de Corinto.

Cleómenes III abandonó Acaya, Argos y Corinto, pero conservó importantes enclaves en Arcadia. Un ejército, compuesto por aqueos y macedonios, le arrebató muchas ciudades, como Mantinea, Tegea y Orcómenos. Cleómenes, con un ejército aumentado con 6.000 ilotas liberados, a los que se les concedió la libertad comprada a cinco dracmas por cabeza, arrasó Megalópolis. En el año 222, el ejército federal invadió Laconia. Cleómenes III fue derrotado completamente en Sellasie y se refugió en Egipto, donde Ptolomeo IV ordenó asesinarle. Esparta, por primera vez en su historia, fue ocupada por el enemigo.

Antígono Dosón celebró su victoria sobre Esparta con dedicatorias en Delos. Las instituciones espartanas fueron restablecidas, bajo la vigilancia de una organización macedónica. Se ignora si las reformas de Cleómenes fueron suprimidas y si se obligó a Esparta a entrar en la Alianza.

Una nueva invasión de ilirios forzó a Antígono Dosón a replegarse en Macedonia. Antígono Dosón fue un excelente soberano que, a su muerte, en 221, dejó organizada toda la Grecia central y legó un reino importante a su sucesor.

PTOLOMEO IV. ANTÍOCO III. LA BATALLA DE RAFIA

Como a la muerte de Antígono Dosón Filipo V tenía diecisiete años, se creó un Consejo de Regencia. Algo mayor era Antíoco III, veinte años, edad similar a la de Ptolomeo IV.

A la muerte de Seleuco III, que sólo gobernó tres años, del 226 al 223, pues fue asesinado en el intento de reconquistar Asia Menor, subió al trono seléucida Antíoco III, que había gobernado las satrapías superiores, gracias a su primo Acaios. Estos acontecimientos coincidieron con la sublevación del sátrapa Molón (Polibio, 5.40-44), a quien Antíoco III acababa de confirmar en el gobierno de Media, y que fue sometido en 220. Se suicidó y su cadáver fue crucificado. Este mismo año, Acaios se proclamó rey de Asia Menor. Empezó el soberano seléucida reorganizando la administración de las satrapías. En 220, volvió a Antioquía, donde hizo asesinar a Hermias, antiguo ministro de Seleuco III, que había ejercido una gran influencia al comienzo del reinado.

El programa de Antíoco III era restaurar el Imperio, tal como hizo durante su reinado Seleuco I. Se consagró en primer lugar a la conquista de Caele-Siria (Pol., 5.67). El momento era propicio: Ptolomeo IV estaba bajo el dominio de dos ministros, Agatocles y Sosibios, y Egipto atravesaba un mal momento, debido a la agitación indígena, que afloraba por vez primera, y a dificultades financieras y monetarias que, probablemente, hacían imposible poder reclutar a soldados griegos. A todo ello hay que añadir que Ptolomeo IV Filopátor era hombre poco inclinado a los asuntos del gobierno y sí en cambio a la vida muelle y placentera. Su reinado comenzó con una serie de asesinatos: el de Berenice II, su tía (y hermano de Ptolomeo III Evergetes) y Lisímaco y su hermano Magas. Polibio (V, 34, 1-10) dice de él:

Ptolomeo, el llamado Filopátor, así que murió su padre, eliminó a su hermano Magas y a sus partidarios y se hizo con el poder en Egipto. Creía que se había deshecho de peligros internos por sí mismo y por el crimen aludido y que, encima, la Fortuna le había librado de los riesgos exteriores, pues Antígono y Seleuco habían muerto. Antíoco y Filipo, que acababan de acceder a sus imperios respectivos, eran muy jóvenes, casi casi unos niños; confiado, pues, en tales circunstancias, se tomó el imperio de manera excesivamente fastuosa. Era inabordable para sus cortesanos y, además, negligente, y no sólo para ellos, sino para los restantes gobernadores de Egipto: para con los encargados de los asuntos exteriores egipcios se mostraba remiso e indiferente. Aquí, precisamente, sus antecesores habían puesto una atención no menor, sino, muy al contrario, mayor que la que dedicaban al mismo gobierno del país, de modo que, debido a su dominio efectivo sobre Chipre y Celesiria, podían amenazar, por mar y por tierra, a los reyes de Siria; acechaban al mismo tiempo a los monarcas asiáticos y, asimismo, a las islas por el mero hecho de controlar las ciudades, puertos y parajes más impor-

tantes en la zona costera que va de Panfilia al Helesponto, y también por haber sometido la región de Lisimaquia. Vigilaban también los asuntos de la Tracia y de Macedonia, puesto que eran dueños de las ciudades de Enos y Maronia, y aun de otras más distantes. Esta realidad, la de tener tan extendidos sus brazos de este modo, la de haber puesto delante de ellos y a distancia, tantos reinos, lograba que jamás debieran angustiarse por el imperio de Egipto. Era, pues, lógico, el gran empeño que ponían en sus asuntos exteriores. Pero el rey citado administró todos estos negocios sin ningún interés por culpa de sus amoríos indecentes y de sus borracheras absurdas y continuas; naturalmente, bastó poco tiempo para que le surgieran asechanzas, no pocas en verdad, contra su vida y contra su imperio. El que las inició fue Cleómenes de Esparta.

En 221, una expedición, que había invadido el territorio lágida fue rechazada. En el 219 comenzó la cuarta Guerra Siria (Polibio, 5,63 y 65), con la nueva invasión, por parte de Antíoco III, del reino lágida, logrando apoderarse de Seleucia de Pieria. El jefe de los mercenarios traicionó al soberano lágida y entregó el puerto de Tiro. Antíoco III conquistó además todo el territorio hasta la frontera con Egipto. Para evitar la invasión se acudió a un viejo sistema de defensa: inundar la región rompiendo los diques.

El ministro de Ptolomeo IV, Sosibios, entabló negociaciones con Antíoco III, con intención de ganar tiempo; fracasadas éstas, el choque entre los dos ejércitos tuvo lugar en Rafia, en 217, en la frontera meridional de Palestina. Combatieron allí 30.000 egipcios armados como hoplitas, lo que indica el descenso de la preponderancia griega y confirma la mala situación económica del Egipto lágida que no podía alistar mercenarios en el ejército por las dificultades financieras que atravesaba. No obstante, Antíoco III huyó y Ptolomeo IV pudo reconquistar Caele-Siria e invadir el Imperio Seléucida (Polibio, 5,107,1-3; 14,12,2-4); pero en lugar de aprovecharse de su victoria, entró en negociaciones con Antíoco III. En ellas se volvió a las fronteras anteriores, salvo el caso de Seleucia de Pieria, que permaneció en poder de Antíoco III.

Ptolomeo, en acción de gracias, sacrificó cuatro elefantes a Helios, equivalente griego del Amón-Ra de los egipcios. Para conmemorar el hecho, hizo cuatro esculturas de bronce de estos animales.

La crisis de Egipto continuó después de la batalla de Rafia. En el 207-206, el Alto Egipto se separó del poder central proclamándose independiente y colocando al frente de su gobierno a un príncipe nubio. La independencia duró hasta el año 186. La pérdida del Alto Egipto cortó el comercio con Nubia, con lo que los síntomas de la crisis aumentaron. Se acuñó mucha menos moneda de plata, generalizándose ahora la de cobre para uso interno. Como resultado de la batalla de Rafia, el elemento indígena cobró cada vez más importancia, como lo indica el interés del soberano por los santuarios indígenas. Ptolomeo IV se vio obligado a hacer a los sacerdotes diversas donaciones de tierras y privilegios fiscales, en una época en que los ingresos habían disminuido considerablemente; así lo prueba la estela de Pitón, redactada en tres versiones: demótica, hierática y griega.

A partir de estos años, los soberanos lágidas usaron los títulos faraónicos y se vistieron al uso egipcio.

LA RESTAURACIÓN DEL IMPERIO SELÉUCIDA

En el proyecto de Antíoco III de restaurar el Imperio Seléucida figuraba la reconquista de las satrapías perdidas de Asia Menor, lo que logró entre los años 216 y 213, a excepción de algunos territorios que quedaron en poder de Pérgamo.

En Asia Menor comenzó Antíoco III por reconquistar las posesiones seléucidas al otro lado del Tauro. Tras cuatro años de lucha, Acaios se encerró en Sardes, donde cayó prisionero en 213, siendo crucificado. Atalo aprobó esta lucha para reconstruir su reino.

Las conquistas de Asia Menor dejaron las manos libres a Antíoco III para dirigirse a Oriente (Polibio 11,34). La revuelta de Molón fue sofocada y se mantuvieron dentro del Imperio Seléucida las satrapías de Suriana, Media y Persia. El ejemplo de Bactriana pudo ser imitado por las satrapías más orientales, mal relacionadas con la monarquía seléucida por la invasión parta. Antes de emprender la expedición al Oriente, Antíoco aseguró el norte de su reino, logrando la sumisión de la Media Atropaterre. En Ecbatana reunió un gran ejército. Para solucionar el problema económico —ya que la empresa iba a resultar muy costosa— saqueó los tesoros de un santuario local. En 212, conquistó Armenia, tributaria del Imperio Seléucida; esta conquista permitió a Antíoco III marchar directamente contra Partia y Bactriana. En 209 se puso en marcha la expedición hacia las Puertas Caspias. Antíoco III comenzó por establecer una alianza con Arsace II de Partia, lo que le dejó el camino libre para llegar a Bactriana (Polibio, 2,34,1-10), donde la dinastía de los Diodotes había sido eliminada por Eutídemes, que convirtió a Bactriana en una potencia. Eutidemo no pudo oponerse al avance del ejército seléucida, a pesar de contar con 10.000 jinetes. Esperó al ejército de Antíoco III en las orillas del río Arios. Después se encerró en su capital, Bactres-Zariaspa, donde estuvo cercado por dos años, 208-206, logrando convencer a Antíoco III del peligro que significaba la infiltración de las tribus nómadas.

Antíoco III hizo una alianza con Eutidemo; reconoció su reino y le propuso un matrimonio. Las satrapías que se habían independizado continuaron siendo independientes aunque para Antíoco III Bactriana fuera un estado vasallo. El soberano seléucida debió comprender que la mejor defensa contra los nómadas era un estado independiente aliado.

A través del Hindoukoush, Antíoco llegó a Parapanisades y a Aracosía, que habían sido abandonadas por Seleuco I, y a Drangiana y Carmania, donde invercó en 206-205. Un príncipe local, Sofogásenos, aceptó su amistad. Llegado a este punto, Antíoco III retrocedió hasta el golfo Pérsico. Aprovechando la marcha del ejército a Babilonia, el rey hizo una expedición a Gerra y Tilos.

Con esta expedición Antíoco III alcanzó un prestigio universal, sólo comparable al que obtuvo Alejandro Magno con su viaje hasta la India. Por ello, recibió el título de Grande. Entre los años 200 y 195, Antíoco III logró arrebatar Caele-Siría a los Ptolomeos y disponer de una salida al Bósforo (Livio, 33,38). Antíoco III fue, sin duda, el mejor monarca de la dinastía seléucida.

FILIPO V Y LA PRIMERA GUERRA MACEDÓNICA

A la muerte de Antígono Dosón, los etolios enviaron un ejército al Peloponeso y a Mesenia, con intención de avivar las inquietudes latentes en la península sobre los planes de los aqueos, aliados de los Macedonios. Los aqueos solicitaron auxilio a Filipo V quien decidió ir a la guerra en una asamblea celebrada en Corinto y presidida por el rey. La Liga Aquea y Aratos se opusieron, pero fueron derrotados. Ésta fue la llamada Guerra de los Aliados, cuyo programa era liberar a todos los territorios de Grecia que habían entrado en la Alianza Etolia desde el 229, y expulsar a los etolios de Delos. Durante tres años, las operaciones quedaron poco claras, tanto en Grecia central como en el Peloponeso. Los etolios saquearon el santuario de Dodona.

El peligro para Filipo V venía esta vez de Iliria, donde Demetrio de Faros, aprovechando la desaparición de la reina Teuta, se apoderó de su reino, en 225, e hizo alianza con Macedonia para evitar la intervención romana; pero, en 219, una flota romana le obligó a huir. La flota iliria, por su parte, llegó hasta el mar Egeo, de donde fue expulsada por Rodas.

Roma, ocupada en la guerra contra Aníbal, no intervino hasta el 219, fecha en la que fue cercada por el general cartaginés. En la Segunda Guerra Iliria, Roma consolidó su territorio; expulsó a Demetrio de Faro de su país, quien encontró refugio junto a Filipo V.

Los romanos estaban de momento imposibilitados para intervenir en Grecia, por la derrota de Trasimeno y la presencia de Aníbal en Italia. Se llegó así a la paz de Naupacto, en 217 (Polibio, 5,103; 7,104-105; 9,8; 106,1-5), y se recuperó el estado anterior a la contienda. No hay fundamentos para sospechar que la intervención de Antígono Dosón en Iliria respondiera al temor de que Roma pusiera pie en Iliria y pudiera desde aquí intervenir directamente en los asuntos de Grecia o a que la política iliria seguida por Roma obedeciera al temor del expansionismo macedón hacia Occidente. La intervención de Roma en Iliria responde a la necesidad y seguridad del comercio marítimo.

Hasta el año 217, Macedonia no interfirió en los asuntos de Roma. Probablemente Filipo V sólo pretendía colocar a Demetrio de Falero en su reino y dar a su monarquía una salida al Adriático por el oeste. En el año 215 se firmó el tratado conocido por Polibio (7,9), que descubre las intenciones de Filipo V. En él, se garantizaba la libertad de las colonias griegas del mar Adriático, Apolonia, Corcira, Epidamno, Faros y Tesalia en el Adriático y se devolvieron sus territorios a Demetrio de Falero.

La situación creada llevó al enfrentamiento entre Roma y Filipo V. El soberano macedón no pudo atacar Iliria hasta el año 214, ocupando parte de ella en 212. Entretenido en los asuntos del Peloponeso, Roma buscó aliados y los halló entre los etolios, que descontentos con la paz de Naupacto, intentaban volver a la lucha. La alianza la conocemos por dos documentos: un texto de Livio (a) y una inscripción (b):

(a) Tales fueron las palabras y promesas del jefe romano, y fueron confirmadas por la autoridad de Scopas, que era en aquella época general de los etolios, y Dorímaco su ciudadano dirigente; ensalzaron el poder y la majestad del pueblo romano con la menor moderación y la mayor convicción. Pero el incentivo más poderoso fue la espe-

ranza de recuperar Acarnania. Y de esta manera se dispusieron los términos para admitirlos a la amistad y alianza del pueblo romano; y se añadieron cláusulas por las que desearían que se incluyeran en el mismo tratado de amistad a los eleatas, espartanos, a Atalo, a Pleurato y Escerdilaida [Atalo era rey de Asia y los dos últimos reyes de Tracia e Iliria, respectivamente]; que los etolios emprenderían inmediatamente la guerra contra Filipo por tierra y los romanos les ayudarían con una flota de no menos de 25 quinquerremes; que de las ciudades desde Etolia hasta Corcira, el suelo, los techos, paredes y territorio pertenecían a los etolios, y lo demás sería botín del pueblo romano, quien ayudaría a los etolios a asegurarse la posesión de Acarnania; que los etolios harían la paz con Filipo, especificarían en el tratado que la paz sólo sería válida si Filipo se abstenia de atacar a los romanos, sus aliados y a quienes estuvieran bajo su dominio; de igual modo, si el pueblo romano hacía un tratado con el rey, se cuidarían de negarle el derecho a hacer la guerra a los etolios y sus aliados.

Estos términos se acordaron, y se inscribieron y depositaron dos años después por los etolios en Olimpia y por los romanos en el Capitolio para santificar el tratado (Livio, XXVI,24,7-15).

(b) ... [hacia] todos estos ... que [los] magistrados de los etolios [hagan] como deseen que se haga. Y si los romanos capturan por la fuerza cualesquiera ciudades de estos / pueblos que se permita al pueblo etolio tener estas ciudades y (sus) territorios en la medida en que le sea posible al pueblo romano; y [todo lo que] sea capturado por los romanos aparte de la ciudad y su territorio, / que sea para los romanos. Y si alguna de estas ciudades es capturada conjuntamente por romanos y etolios, [que se permita a] los etolios apoderarse de estas ciudades y (sus) territorios en la medida en que le sea posible al pueblo romano. Y lo que capturen aparte de la ciudad, que pertenezca conjuntamente / a ambas partes. Y si alguna de estas [ciudades] se une o se pone del lado de los romanos o de los etolios, [que puedan] los etolios admitir [en su] liga (politeuma) a estos [hombres] y ciudades y territorios / [en la medida en que le sea posible al] pueblo romano ... autónomo ...» (IG., IX²,I,241).

Ciertos Estados del Peloponeso —Esparta, Elida— se inclinaron por los etolios, debido a las tensas relaciones entre Filipo V y ellos. Los etolios también estaban en buenas relaciones con Pérgamo. A Atalo, que se le proclamó estratega de los etolios en 209. En 212 ó 211, habían llegado a una alianza con Roma y recuperado de ella los territorios perdidos, esta alianza obligó a Macedonia a buscar el apoyo de los aqueos, que, a su vez, se sentían amenazados por Esparta.

Roma tenía la posibilidad de intervenir en Grecia, tras la victoria de Metauro, en 207, al mismo tiempo que el estratega aqueo Filopemen frenaba a Esparta. Filipo V lanzó a Prusias I de Bitinia sobre los territorios de Pérgamo.

En el año 208, Quíos y Rodas intentaron mediar entre las partes, ya que veían perjudicados sus intereses mercantiles. Es probable que Ptolomeo IV pensara aliarse con Filipo V. En el año 206, los etolios hicieron la paz con Filipo V por separado; según lo acordado en ella, Filipo recuperaba los territorios que aquéllos les habían arrebatado: las regiones occidentales de Tesalia y las posesiones del golfo de Malia y de Fócide. Roma, temerosa de la intervención de Filipo V en Iliria, envió un ejército y firmó la paz de Foinike en 205 (Livio, 29,12). Por el compromiso logrado, Filipo V se quedaba con Atintania. Los partinios siguieron bajo el protectorado romano. Los aliados de ambas partes fueron incluidos en el tratado, lo que garantizaba la paz. Aliados de Fili-

po V eran Prusias I de Bitinia, Tesalia, Acaya, Epiro, Acarnania, Beocia y Tesalia. Los de Roma, Elis, Mesenia, Esparta y Atalo.

La paz de Foinike puso fin a la Primera Guerra Macedónica. Filipo V salía beneficiado de esta paz tras haber demostrado una gran actividad diplomática y militar; Roma evitaba un acercamiento entre Macedonia y Aníbal y, de alguna manera, siguió interesada en Iliria, donde no dejó guarniciones. No hay base para retrotraer las ideas imperialistas posteriores de Roma a esta paz, ni para sostener que se desinteresó de los asuntos griegos: Roma preparaba la expedición a Cartago, con la que terminó la Segunda Guerra Púnica, y no tenía mucha capacidad de maniobra.

FILIPO V Y ASIA

Concluida la paz con los romanos, Filipo V, que era un soberano impulsivo, se dirigió hacia Oriente. Este hecho inició un nuevo conflicto e intervención de Roma, lo que supuso, a la larga, la subordinación a ésta de las monarquías helenísticas.

Antíoco III, después de consolidar su poder en Oriente, trató de establecerse en Caria, región en la que estaba interesada Macedonia desde el 227, fecha de la expedición de Antígono Dosón. Antíoco III soñaba con conquistar Tracia, región que había pertenecido a la corona seléucida, dentro del programa de reconstitución del Imperio de Seleuco I. Muerto en 204 Ptolomeo IV, los ministros del joven Ptolomeo V Epífanes enviaron embajadas: una a Filipo V, proponiéndole una alianza, sellada con un matrimonio; otra a Roma, para que interviniera diplomáticamente ante Antíoco III; y una tercera, al monarca seléucida, exigiéndole mantener la paz del 217.

La alianza con Filipo V era una manera de presionar sobre Antíoco III; éste firmó un tratado secreto en 203-202, que dejó a Filipo la posibilidad de intervenir en Tracia y en Asia Menor, sin llegar a la partición del reino lágida, de que hablan las fuentes.

La situación en Egipto era favorable a una intervención exterior. Cuando murió Ptolomeo IV Filopátor, Ptolomeo V (Polibio, 15,25,3-18) sólo tenía cinco años de edad. Para evitar que Arsínoe, esposa y hermana de Ptolomeo IV Filopátor, tomara la regencia, Sosibios la asesinó, muriendo poco después él, y estallando una lucha entre los diferentes grupos. Ante esta situación, Antíoco III vio la posibilidad de atacar Egipto y vengarse de la derrota de Rafia.

En 202, Antíoco III invadió Caele-Siria y Chipre, estallando así la Quinta Guerra Siria, mientras Filipo V llegaba al Bósforo. La victoria de Panción permitió al primero anexionarse toda la provincia hasta la frontera egipcia. Egipto pidió auxilio a Roma, al tiempo que los etolios ponían en su conocimiento que Filipo V se había apoderado de Quíos, Calcedonia y Lisimaquia, aliadas suyas. Para el comercio rodio, era vital la libertad de tránsito por el estrecho. Las conquistas de Filipo V en Tracia produjeron gran inquietud. Atalo I estaba temeroso de una alianza entre Prusias I de Bitinia y el rey macedón. En 201, Filipo V obligó a Ptolomeo V a abandonar su base de Samos, venció en Lade a los rodios e invadió Jonia, apoderándose de Mileto. Esta ofensiva hizo que se unieran las flotas de Bizancio, Quíos, Rodas y Pérgamo, que forzaron al macedonio a abandonar sus operaciones y a dirigirse a Caria, donde intervino en 201-200. Mientras tanto, Pérgamo y Rodas enviaron embajadas a informar a Roma de lo sucedido.

En el año 200, Filipo V volvió a Europa, abandonando su ejército en Caria. Entre

Atenas y Acarnania estalló una guerra. Filipo V envió al Ática un cuerpo de ejército, en socorro de sus aliados acarnanios, mientras Atenas, por su parte, recibía ayuda de Rodas y Pérgamo y una flota mandada por Atalo I, declarando la guerra a Filipo V. Los atenienses suprimieron por este motivo las dos tribus, Antigónida y Demetriaca, que habían instituido un siglo antes, y honraron a Atalo I creando una nueva tribu, la Atálida.

El Senado romano dio una vaga respuesta a las embajadas de Pérgamo y Rodas. En el año 200, los comicios rechazaron la propuesta realizada por el cónsul Sulpicio de declarar la guerra. Sin embargo, una embajada de Roma, antes de mediar entre Ptolomeo V y Antíoco III, recogió información directa de la situación en Grecia. Esta embajada se encontraba en Atenas cuando estalló la guerra y el Ática fue invadida por el ejército macedón. Los embajadores romanos enviaron a los macedonios un *ultimatum*, en el que invitaban a Filipo a no continuar la guerra y a someter a un arbitraje sus problemas.

Filipo V despreció este aviso de los embajadores romanos e invadió Tracia y el Bósforo, apoderándose de las ciudades controladas por Egipto; en el estrecho, sitió Abidos. M. Emilio Lépido, uno de los embajadores romanos, dio a Filipo V un segundo *ultimatum*, prohibiéndole terminantemente apoderarse de las posesiones lágidas de Ainos y Maronea, y obligándole a someterse a un arbitraje para reparar los perjuicios ocasionados a Rodas. En el año 200, el pueblo romano votó la guerra: un ejército romano pasó a Iliria. La respuesta de Filipo V fue una invitación a no violar el tratado de Foinike. Se desconocen las causas que movieron a los romanos a dejarse enzarzar en una nueva guerra, recién terminadas las sangrientas luchas de la Segunda Guerra Púnica —en la que las pérdidas romanas fueron elevadísimas— cuando, además, los intereses de Roma no habían quedado perjudicados con los últimos acontecimientos.

Es muy difícil aceptar que esta intervención romana se debió a que Atalo I, aliado de Roma, salió malparado en el tratado de Foinike, o a que se hubiera invadido el territorio de Atenas, que probablemente ni siquiera figurara en el tratado.

La embajada romana medió entre Ptolomeo V y Antíoco III, que había invadido Caele-Siria en 202. En el 201, el ejército lágida rechazó al selúcida, que llegó hasta los límites de Egipto. En el 200, Antíoco III venció a los lágidas en Panión. La llegada a Egipto de la embajada romana impidió que Antíoco invadiera Egipto. Los embajadores pretendieron seguramente que Antíoco III no apoyara a Filipo V.

LA SEGUNDA GUERRA MACEDÓNICA. LIBERACIÓN DE GRECIA.

La situación del mundo helenístico poco antes de estallar la Segunda Guerra Macedónica no era muy favorable a Filipo V. Tito Livio (31,1-8) presenta esta guerra como una continuación de la Primera, sólo interrumpida por la invasión de Aníbal. Parte de la clase dirigente de Roma se consideraba obligada a intervenir en los asuntos de Oriente, manteniendo un equilibrio entre los distintos Estados helenísticos. A este deseo se unía el hecho de que la flota romana, una vez vencida Cartago, se encontraba sin cometido alguno y los políticos estaban ansiosos de nuevas empresas guerreras para mandar ejércitos que favoreciesen sus intereses.

Rodas y Pérgamo, aliadas de Roma, controlaban el Egeo con sus flotas. Los etolios, con los ilirios, los atamanes y los dardanios, se inclinaron de parte de los romanos. Filipo V pudo sostenerse bien hasta el 198 y no fue apoyado por Antíoco III en la lucha.

El nombramiento de T. Quinto Flaminio como cónsul, antes de la edad reglamentaria (pues tenía menos de treinta años), cambió repentinamente la situación. Las exigencias de Roma eran que si Filipo V quería la paz, tenía que evacuar Eubea, Tesalia (que desde siglo y medio antes formaba parte de Macedonia) y Corinto; Grecia debía quedar, pues, libre de la presencia macedónica. Filipo V no aceptó condiciones tan duras. Flaminio, que demostró tener la misma talla que Escipión el Africano en Hispania durante la II Guerra Púnica, expulsó al ejército macedón de Iliria, que había sido también invadida por Atarnanes. Flaminio, cuyo hermano, Lucio, mandaba la flota romana, se unió a los rodios y a los de Pérgamo en el istmo de Corinto. Para atraerse a los aqueos, el cónsul les prometió entregarles Corinto. Megalópolis y Argos abandonaron el campo aqueo. Los aqueos establecieron entonces alianzas con Pérgamo y Rodas.

En 198, se celebró una conferencia en Nicea de Lócrida, en la que Flaminio amenazó con no tratar de llegar a una paz si no se prorrogaba su mandato. Nabís de Esparta y los acarnanios se separaron de la alianza macedónica y los beocios se pasaron al bando romano. La batalla definitiva se dio en Cinoscéfalos, al sur de Larissa, en 197. En ella fue derrotado completamente Filipo V. Aprovechando la situación favorable, los rodios se apoderaron de Caria, los aqueos se adueñaron de Corinto y los dardanios invadieron Macedonia. Filipo V aceptó todas las condiciones impuestas: entregaría rehenes, indemnizaría a Eumenes II de Pérgamo, devolvería los prisioneros y la flota capturada y evacuaría las posesiones de Grecia —que serían entregadas al ejército romano— y de Asia. El plan de los etolios era liquidar la monarquía macedónica, o por lo menos aumentar su territorio; pero Flaminio no se lo permitió. A Macedonia se le autorizó a mantener un ejército, para rechazar las incursiones de las tribus del norte. El Senado aprobó el tratado y lo gravó con la entrega de la flota macedónica y una indemnización de guerra.

La política de Roma se basaba en la libertad de todas las ciudades y Estados. El Senado envió una comisión para su aplicación. No se especifican las plazas que Filipo debía devolver a Roma y no parece que hubiera acuerdo sobre este punto.

Mientras sucedían estos acontecimientos, en 198, Antíoco III intentó que pasaran a su dominio las ciudades de Asia Menor. Había llegado ya al Bósforo; y, en 196, pasó a Tracia. Ante el avance seléucida, Roma creyó más prudente mantenerse firme en ciertos enclaves: Calcis, Corinto y Demetrias. Flaminio no parece haber prestado mucha atención a la amenaza seléucida; en la propia Roma debía haber opiniones encontradas, lo que explicaría que el Senado no puntualizara las ciudades que Filipo debía entregar.

Flaminio proclamó en los Juegos Ístmicos de 196 la libertad de Grecia en todas las plazas sometidas a Macedonia. Roma las dejó «libres, sin ocupación militar, sin pagar tributos y regidas por las leyes de sus antepasados». La alegría que recorrió toda Grecia fue indescriptible, ya que las ciudades griegas habían luchado continuamente por mantener su independencia de las monarquías helenísticas. Esta proclamación fue además un triunfo para Flaminio, romano filoheleno, en cuyo honor se levantaron estatuas e inscripciones honoríficas. Con motivo de conmemorar su victoria, se acuñó una *statera* de oro con su efigie. Polibio (13,46) describe así aquel acontecimiento:

«Nabís, tirano de los lacedemonios, hacía ya dos años que detentaba el poder. No arriesgó ninguna empresa grande y decisiva, porque todavía era reciente el desastre de Macánidas a manos de los aqueos, pero ponía los cimientos de una tiranía larga y opresiva y la estructuraba. Exterminó a los supervivientes de las casas reales esparta-

nas, desterró a los ciudadanos que sobresalían por su riqueza o por su nobleza ancestral y entregó sus esposas a los principales de sus adictos y a los mercenarios. Entre sus leales había asesinos, ladrones, bandidos nocturnos y escaladores de viviendas. Gentuzas de tal calaña se agrupaban asiduamente alrededor suyo, procedentes de todo el mundo, pues Nabis llamaba a aquellos que, por su impiedad y por su desprecio de las leyes, no podían pisar el suelo de su patria. Se convirtió en monarca y cabecilla de tales desalmados, los hizo cortesanos y miembros de su guardia personal; era notorio que iba a establecer un gobierno prolongado y famoso por su impiedad. Y hay todavía algo más. No tenía bastante con desterrar a los ciudadanos; los exiliados no gozaban de seguridad en ningún lugar, ningún refugio les era inviolable. El tirano enviaba hombres que los asesinaran en los caminos, ofrecía a otros la repatriación y, luego, los mandaba matar. Finalmente, en las ciudades, hacía alquilar por agentes suyos secretos las casas inmediatas a aquellas donde vivían los exiliados. Introducía en ellas cretenses que perforaban los muros y disparaban sus arcos a través de los agujeros; los desterrados morían dentro de sus propias casas, unos, todavía levantados y, otros, que ya dormían. Los infelices lacedemonios no tenían ni lugar hacia donde huir ni momento en que su vida estuviera a salvo: en su mayoría los mató Nabis de esta manera.

Ideó también una máquina, si es que se le puede aplicar este nombre. Se trataba de una efigie de mujer recubierta de ricas vestiduras; tenía un gran parecido con su propia esposa. Iba convocando regularmente a los ciudadanos con el ánimo de sacarles dinero. Primero les dirigía amablemente un largo parlamento: señalaba el peligro que los aqueos significaban para la ciudad y para el país, les hacía ver la gran cantidad de mercenarios que sostenía con vistas a la seguridad y, además, los gastos que implicaban las ceremonias religiosas y los servicios de la comunidad. Si los convocados cedían ante estos argumentos, ello bastaba para sus propósitos. Pero si alguno los negaba y rehusaba pagar la suma impuesta, decía lo que sigue: "Seguramente yo soy incapaz de persuadirte, pero me parece que ésta, Apega, te convencerá." Apega era el nombre de su esposa. Él decía esto y, al punto, aparecía la estatua de que hablé un poco más arriba. El déspota la cogía de la mano y la hacía levantarse de su asiento; ella abrazaba al hombre y, poco a poco, lo estrechaba contra su pecho. Por debajo de los vestidos tenía los brazos y los antebrazos erizados de clavos metálicos e, igualmente, los pechos. Cuando había aplicado las manos de la estatua a la espalda del hombre, Nabis, por medio de ciertos resortes, empujaba más a su víctima hacia los pechos de aquella escultura; la víctima, así oprimida, lanzaba gritos desgarradores. Aquel tirano mató de esta manera a muchos que se habían negado a pagarle un tributo».

Roma introdujo algunas modificaciones en el mapa de Grecia: los etolios admitieron a los locrios orientales y a Fócide en su Confederación; se separó de Tesalia la Ptiotide aquea; Corinto y Trifilia pasaron a poder de los aqueos; Aminandros, rey de los atamanes, se quedó con el territorio que había tomado a Filipo; Plemato se apoderó de los territorios de Iliria que estaban en poder del rey macedón.

En el Peloponeso, muchas ciudades siguieron fieles a Filipo V. Argos, reclamada por los aqueos, había sido entregada por el rey de Macedonia al tirano de Esparta, Nabis, que podía así exportar su revolución a otros lugares, dada la desastrosa situación de amplios sectores de la población urbana y rural. Dice Polibio (XIII, 6-7):

Precisamente en esa época llegaron de Roma los diez próceres que debían manejar la situación de Grecia; llevaban consigo el decreto del senado acerca de la paz con Fi-

lipo. El contenido del decreto era el siguiente: «Todos los demás griegos, tanto los de Asia como los de Europa, serán libres y se regirán por sus leyes propias, pero Filipo entregará a los romanos los hombres que le estaban sometidos y las ciudades que ocupó con sus guarniciones; la entrega se efectuará antes de los juegos ístmicos. Las ciudades son Euromo, Pédasa, Bargilia y la población de los yasios; igualmente, Abido, Taso, Mirina y Perinto, de las cuales Filipo licenciará las guarniciones y las dejará ir libres. En cuanto a la independencia de la ciudad de los cianeos, Tito Flaminino debe escribir a Prusias comunicándole el decreto del senado. Filipo restituirá a los romanos todos los prisioneros y los desertores en aquel mismo momento, y también las naves ponteadas, a excepción de cinco lanchas y de su gran nave con dieciséis bancos de remeros. Filipo debe pagar, además, mil talentos, la mitad al contado y la otra mitad a plazos durante diez años.»

Se entregó este decreto a los griegos, que alegró y satisfizo a todos, a excepción de los etolios, disgustados porque no alcanzaron lo que esperaban: murmuraban acerca de él y decían que allí no había hechos, todo era palabrería. Y, del mismo texto, extraían algunas conclusiones probables destinadas a confundir las mentes de los que las oían: los etolios sostenían que, en el decreto referente a las ciudades donde Filipo mantenía guarniciones, había dos decisiones. Por la primera se intimaba a Filipo la evacuación de estas guarniciones y la entrega de las ciudades a los romanos; por la segunda, a evacuar las ciudades y dejarlas en libertad. Las ciudades a liberar venían señaladas nominalmente, y eran las de Asia; las entregadas a los romanos estaba claro que eran las de Europa. Helas aquí: Óreo, Eretria, Calcis, Demetriadé y Corinto. De esto saltaba a la vista que los romanos recogen de Filipo los grilletes de Grecia; lo que hay es un cambio de dominadores, en modo alguno una liberación de los griegos.

Y esto es lo que los etolios repitieron una y otra vez. Tito Flaminino, por su parte, se marchó de Elatea acompañado de la comisión de los diez mandatarios; tras hacer una escala en Antícira, zarpó sin demora rumbo a Corinto. Al llegar allí celebró reuniones con los corintios y deliberó sobre la situación general. Las acusaciones de los etolios arreciaban y algunos ya les daban crédito, por lo que Tito Flaminino se vio obligado en la reunión a proponer muchos y variados argumentos explicando que, si pretendían salvar intacto el prestigio de los griegos y que todos crean que los romanos desde un principio atravesaron el mar no en provecho propio, sino en pro de la libertad de los griegos, ahora debían evacuar todos los lugares y liberar todas las ciudades ocupadas por Filipo. Pero el consejo se encontró en un callejón sin salida, porque si bien en Roma ya se había tratado de las demás ciudades y los diez mandatarios habían recibido acerca de ellas instrucciones precisas, no obstante, acerca de Corinto, de Calcis y de Demetriadé, por consideración a Antíoco se había otorgado a los diez la libre potestad de determinar según su opinión lo que pareciera más idóneo a los tiempos y favorable a Roma: era indudable que el rey aludido espiaba desde algún tiempo la situación de Europa. Sin embargo, Tito Flaminino logró imponer en el consejo el criterio de liberar, en el acto, Corinto y entregar la plaza a los aqueos, según los acuerdos iniciales, pero se quedó con el Acrocorinto, Demetriadé y Calcis.

Éstos fueron los acuerdos tomados. Llegó el tiempo de los juegos ístmicos, y se reunieron en Corinto casi todos los hombres más famosos del universo, por la expectación de las gestas ya inmediatas; en toda la gran aglomeración se oían muchas y diversas teorías: unos decían que era impensable que los romanos se mantuvieran lejos de ciertos lugares y ciudades, otros precisaban que Roma iba a permanecer lejos, ciertamente, de los lugares tenidos generalmente por estratégicos, pero que, si lo lograban, retendrían posiciones menos conocidas, desde luego, pero que iban a prestarles una utilidad no menor. Y en sus conversaciones privadas señalaban inmediatamente, compitiendo en ingenio, cuáles eran estas plazas. Debatíanse los hombres en esta duda y la masa se congregó en el estadio para asistir a los juegos. Entonces se adelantó un

heraldo, hizo callar al gentío con un toque de corneta y proclamó el siguiente anuncio: «El senado romano y Tito Quinto Flaminio, cónsul y general, que han hecho la guerra contra Filipo y los macedonios, dejan libres, sin guarnición, sin imponer tributos, y permiten usar las leyes patrias a los corintios, a los focenses, a los locros, a los eubeos, a los aqueos de Ptia, a los magnesios, a los tesalios y a los perrebios.» Estalló al punto una ovación formidable: algunos no oyeron la proclama, otros querían oírla de nuevo. La gran mayoría de aquellos hombres no lo acababa de creer, pareciéndoles que oían lo dicho como en sueños ¡Era tan inesperado lo que ocurría! Todos gritaban con renovado impulso que el heraldo y el corneta avanzaran hacia el centro del estadio y se hiciera de nuevo la proclama. Aquellos hombres querían, creo yo, no sólo oír, sino también ver al que hablaba, debido a que su anuncio era verdaderamente increíble. Y cuando el heraldo se hubo adelantado hasta el medio y, a toque de corneta, acalló el vocerío de la multitud e hizo la proclama en los mismos términos que antes, se prorrumpió en aplausos tan atronadores, que los que ahora conseguían oír no lograban hacerse cargo totalmente de lo ocurrido. Cuando cesaron las aclamaciones, nadie reparó en absoluto en los atletas, pues todos hablaban, unos con sus vecinos y otros consigo mismos, como si no estuvieran en sus cabales. Y después de los juegos, debido a los transportes de alegría, por poco en su gratitud matan a Tito Flaminio: unos querían verle de frente y llamarle salvador, otros se empeñaban en cogerle la mano, la mayoría le arrojaba coronas y cintas de lana. Sí, por poco, matan al hombre. Y aun siendo las muestras de agradecimiento tan desmesuradas, no faltó quien dijera que estaban todavía a gran distancia, por defecto, desde luego, de la magnitud de la concesión. Y, efectivamente, era admisible que los romanos y su general Tito Flaminio adoptaran esta actitud hasta el punto de arrostrar dispendios y cualquier peligro por la libertad de los griegos, era una gran cosa que aportaran las tropas que su propósito exigía, pero lo más sorprendente de todo ello fue que ningún azar obstaculizara el intento, sino que todo convergió sencillamente en un punto, como si por aquella proclama solamente no sólo los griegos moradores de Asia, sino también los de Europa se convirtieran en hombres libres, no ocupados militarmente, exentos de tributos, regidos por sus propias leyes.

Acabados los juegos, los romanos trataron en primer lugar con los comisionados de Antíoco y les ordenaron abstenerse de atacar las ciudades autónomas de Asia y de hacerles cualquier tipo de guerra: las que ahora dominaba pertenecientes a Ptolomeo o a Filipo, debía evacuarlas. Además le añadieron que no pasara con tropas a Europa, pues ya nadie hacía la guerra a ningún griego, ni había griegos sometidos a quienquiera que fuese. Declararon que algunos de ellos irían al encuentro... Esto hizo que los de Megara, que detestaban estas prácticas, recordaran su confederación anterior con los aqueos: se inclinaron de nuevo hacia ellos y hacia su partido. Los megareos desde los tiempos de Antígono Gónatas formaban parte de la Liga Aquea, ya en los inicios de ésta; cuando Cleómenes avanzó y se estableció en el Istmo, aislados, se pasaron a los beocios, con licencia para ello de los aqueos. Pero, algo antes de la época que ahora nos ocupa, insatisfechos por la manera como se llevaban los asuntos en Beocia, se inclinaron de nuevo hacia los aqueos. Los beocios, enojados por lo que creyeron un desprecio, salieron en armas con todo su ejército contra la ciudad de Megara. Pero los megareos no hicieron el menor caso de su presencia, por lo que los beocios se enfurecieron y se dispusieron a asediar la plaza y lanzar ataques contra ella. Sin embargo, el rumor propalado entre los beocios de que Filopemen estaba en las inmediateces con sus aqueos hizo cundir el pánico, y los beocios huyeron tumultuosamente hacia su país; incluso abandonaron las escaleras apoyadas en los muros.

Los beocios, pues, regulaban así sus asuntos públicos y, con todo, por un golpe de suerte, lograron esquivar las guerras de Antíoco y de Filipo.

Además, Nabis se entendió con los piratas cretenses, que molestaban continuamente a los rodios y a los mercaderes itálicos. Un congreso, según se ha indicado en otro lugar, declaró la guerra a Nabis; Argos, agradecida a Flaminio, fundó unos juegos en su honor, llamados los *Titeia*.

Los etolios se quejaron de que sólo habían cambiado de dueño. Y ciertamente ésta fue la realidad: la rapacidad y explotación de Roma fueron mucho mayor que la de los macedonios. Grecia pronto lo experimentó.

Después de 196, Antíoco III no se movió. En 194, se evacuaron todos los soldados romanos. El pillaje de obras de arte que seguía a los ejércitos de Roma era enorme.

Ninguna ciudad se alió con Roma. El *status* jurídico de vencedores y vencidos fue el mismo. La libertad de Grecia estuvo limitada a la voluntad de Roma, que podía intervenir en cualquier momento.

ANTÍOCO III Y ROMA

Atalo I se había quejado a Roma de la agresión de Antíoco III a sus territorios. Roma pidió al soberano macedón que no perjudicara a Pérgamo. Esta advertencia obligó a Antíoco III a atacar las plazas de Egipto y las ciudades libres. El plan de este monarca era recuperar todos los territorios que habían pertenecido a Seleuco I. Para lograrlo, debió apoderarse de Tracia y gran parte de Anatolia. Este proyecto llevó a Antíoco a luchar contra Pérgamo, que se había quedado con territorios seléucidas, durante la rebelión de Acaios, contra los rodios, que ocupaban la costa situada frente a su isla, y contra las ciudades griegas libres. Contaba Antíoco III con una buena flota y un ejército bien entrenado.

En 197, el propio Antíoco III se dirigió hacia el estrecho al frente de su flota. Una embajada rodia alcanzó al rey seléucida en los límites de Cilicia y Panfilia, y le comunicó que no toleraría dejarle ir más lejos. Antíoco no atendió a la advertencia rodia y pasó a Jonia, evitando tocar zonas con intereses rodios. Se apoderó de Egipto y de la mayoría de las ciudades libres, ocho en Esmirna y en Lampasco, que acudieron al senado romano utilizando los buenos servicios de Marsella. Éfeso, por el contrario, se unió a Antíoco III. Prudentemente, no entró en Caria; pero sí tomó Abidos. En 126, se adueñó de Lisimaquia, en Tracia.

La situación de Antíoco III era delicada. Tras la victoria de Cinoscéfalo se había librado de un posible enemigo; pero, por otro lado, Roma había proclamado la libertad de todos los griegos, tanto de Europa como de Asia. Con esto, Roma le prohibía apoderarse de ninguna ciudad griega, y le obligaba a abandonar las que había tomado a Filipo V y a Ptolomeo y a retirarse de Europa. De todo esto le puso al corriente una embajada que Roma envió a los Juegos Ístmicos y que visitó al rey seléucida en Lisimaquia (Polibio 18,49-51). Antíoco III contestó que Tracia le pertenecía por herencia y que iba a tratar con Ptolomeo. En los proyectos romanos no entraba pasar a la acción. La entrevista de Lisimaquia no fue más que una toma de posiciones.

De pronto, Antíoco abandonó Tracia e intentó apoderarse de Chipre, movido por la noticia —que resultó falsa— de la muerte de Ptolomeo V. En 195, hizo la paz con este monarca, quedándose con todas las posesiones lágidas de Asia Menor, hasta el estrecho. Egipto sólo retenía Tera, Chipre y un puesto en Creta. Este tratado indica claramente la decadencia en que había entrado Egipto en este momento, y la indolencia de Ptolomeo V. A partir de ahora, la monarquía lágida, la última que desapareció de

la escena en tiempos de Augusto, sólo desempeñó un papel pasivo, minada por las disensiones familiares, la decadencia económica y la crisis social. La paz se selló con el matrimonio entre Ptolomeo V y la hija de Antíoco III.

De este modo, desapareció el ya muy mermado poder marítimo del Egipto lágida, que había durado un siglo.

En 195, Antíoco III pidió a Flaminio una alianza con Roma, y le comunicó sus proyectos por medio de una embajada, pero Flaminio se declaró incompetente para este asunto. La presencia de Aníbal, junto a Antíoco III, pudo ser un factor inquietante para Roma, pero no parece que Roma desconfiara por el momento del soberano seléucida; no así los rodios y Eúmenes II, que temían que la restauración del Imperio de Seleuco I ocasionara la eliminación de Pérgamo.

Antíoco III, en 193, envió a Roma una embajada, solicitando nuevamente la alianza. Roma propuso dos posibilidades: o abandonar Tracia (y Roma prescindía así de los asuntos de Asia) o permanecer en Tracia y autorizar a Roma a multiplicar los vínculos ya establecidos. La negociación fracasó por culpa de los etolios, a quienes, según Polibio, el proceder de Flaminio había dejado frustrados los etolios querían la desaparición de Macedonia y la extensión de su poder. Al retirarse Roma de Grecia, los etolios intentaron unir a todos los descontentos de la política romana: a Filipo V, a Nabis e incluso a Antíoco III. Los etolios engañaron a unos y otros, haciéndoles creer que la adhesión estaba asegurada, cuando sólo lo estaba la de Nabis. Una coalición de los etolios y de Esparta contra los aqueos podía obligar a Roma a intervenir otra vez.

En 192, estalló la guerra. Los etolios procuraron atraerse a su causa a Antíoco III, que al parecer les animaba a pasar a la acción. Es probable que, al no reunir los etolios los Estados griegos necesarios para triunfar, Antíoco pensara que era mejor ayudarles que no intervenir y, de este modo, reanudar la negociación. Al no haber mandado Roma a Grecia fuerzas suficientes, la mejor decisión era actuar cuanto antes. El monarca seléucida sólo pudo desembarcar en Demetrias 10.000 soldados, en 191.

Grecia dudaba qué decisión tomar: si Seleuco se apoderaba de Calcis, encontraría pocos aliados, pues los aqueos seguían fieles a Roma, y Filipo V aprovecharía la ocasión para reconquistar una parte de su territorio. La llegada del ejército romano obligó a Antíoco III a retirarse a las Termópilas. En 191 abandonó Grecia.

Los etolios continuaron la lucha contra Roma; mientras, Filipo V se apoderaba de algunas plazas, como Demetrias. En el Peloponeso, Esparta, tras el asesinato de Nabis, se vinculó con los aqueos, a los que también se unieron los eleos y los mesenios. Zacinto se convirtió en base romana.

En el año 189, se firmó la paz. Los etolios debían abandonar una gran parte de los territorios exteriores. Roma, por su parte, les entregaría algunos territorios cogidos a Filipo V.

Roma tuvo que llevar la guerra a Asia para solucionar el problema seléucida. Un ejército romano de 13.000 hombres pasó a Grecia y se dirigió al estrecho en 190. Antíoco III había abandonado ya Tracia. Las flotas de Pérgamo y Roma lograron destruir a las de Seleuco, lo cual permitió al ejército romano pasar a Asia. Antíoco III intentó todavía negociar; pero las condiciones que se le imponían eran durísimas: el abandono de todas las posesiones seléucidas hasta el Tauro. Antíoco III prefirió la guerra. El ejército romano estaba compuesto por 40.000 hombres, al mando del cónsul L. Cornelio Escipión, que llevaba como consejero a su hermano Publio, el vencedor de Aníbal; ambos se unieron a Eumenes II de Pérgamo. El ejército de Antíoco III contaba con 70.000

soldados procedentes de todo el Imperio (Livio, 37,40-41): disponía de buena caballería, de elefantes y de carros. Para enfrentarse al ejército romano eligió una llanura en Magnesia de Sipilo donde podía rodearlo; allí, Antíoco III sufrió una derrota aplastante: las legiones romanas, apoyadas por la caballería de Eumenes II, demostraron ser muy superiores.

Las ciudades griegas se pasaron a Roma. En Sardes se llegó a un acuerdo, que se firmó después en Apamea de Siria: Antíoco III evacuaría Asia Menor hasta el Tauro, renunciaría a Tracia, entregaría rehenes, prescindiría de algunos consejeros contrarios a Roma —entre los que se encontraba Aníbal— y pagaría una indemnización de 15.000 talentos (App. Syr., 38-39). El senado, por su parte, limitaría el número de elefantes y la flota.

Se prohibió, asimismo, a Antíoco III hacer alianzas en Occidente, y sólo se le permitió hacer guerras defensivas en el oeste.

En el año 189, se llegó a una paz entre Roma y la Liga Etolia, por la que los etolios perdieron el control sobre la Anfictionía délfica. Roma retuvo Cefalonia, Corcira y Zanto, que en el futuro serían las bases de la flota romana, y Asia Menor, menos el reino de Pérgamo y Rodas. El problema para Roma era ahora qué destino dar a las satrapías seléucidas; a las ciudades griegas se les podía dar la libertad.

En 198, el senado romano discutió todos estos problemas; por un lado, estaban las ciudades-estado, que aspiraban desde siempre a la autonomía, y de las que Rodas se convirtió en abogada para poder establecer con ellas alianzas; por otro, las pretensiones de Eumenes II de extender su territorio. La solución del senado fue repartir el territorio abandonado por la monarquía seléucida: Rodas recibió Caria hasta el Meandro; y Eumenes, sus antiguos territorios conquistados por Antíoco Híerax (el Quersoneso Tracio, Frigia, el Helesponto, Licaonia, Pisidia y Panfilia). Las islas griegas y las ciudades libres antes de Magnesia obtuvieron la libertad, mientras Éfeso pasó a Eumenes; pero la solución, totalmente arbitraria, no contó con los deseos de las partes interesadas: el senado prescindió completamente de los intereses de Egipto, que se había ofrecido a colaborar en la lucha contra Antíoco III.

El cónsul Manlio Vulso, con una comisión de decenviros, trató de solucionar los problemas sobre el terreno. Esta era la política seguida por Roma; lo mismo haría en Hispania después de la caída de Numancia, en 133. El cónsul llevó a cabo una expedición contra los pueblos semiindependientes del sur de Anatolia y contra los gálatas, en Frigia. Esta campaña hizo al cónsul muy popular entre las ciudades griegas, duramente castigadas por los gálatas.

La situación no quedó solucionada, ya que lo entregado a Eumenes fue contestado por Prusias de Bitinia y por la monarquía seléucida. Las ciudades griegas originaron gran cantidad de problemas. Roma fue la única potencia que había solucionado la situación y con la que, vencido, se entendió Antíoco III. Roma amplió con la paz de Apamea su patrocinio en Asia. Rodas y Pérgamo recibieron los territorios de ella, y no de Antíoco III. Ella era la que disponía de los territorios dejados por el monarca seléucida y los distribuyó entre los aliados. Era el árbitro en las disputas del mundo helenístico. Se retiró del campo de operaciones en 188, llevándose las legiones y sólo retuvo las bases navales de las islas jónicas.

La parte oriental quedó profundamente alterada, roto el equilibrio que había caracterizado la historia helenística. Egipto y Macedonia quedaban arrinconadas, con merma notable de su territorio. Roma dejó dos buenos aliados en Oriente, en previsión de cualquier intento por parte de Ptolomeo V y de Antíoco III que, en 187, fue asesinado.

Al reino seléucida todavía le quedaban sus extensos territorios de Irán, Mesopotamia y Siria. La endémica división y luchas continuas de unos Estados contra otros, llevaron a Roma a intervenir y facilitaron su victoria, un triunfo que, como indicó Polibio, fue inevitable.

LA MAGNA GRECIA Y SICILIA

Poco después de volver Pirro a Grecia, los romanos en el año 272, se apoderaron de Tarento y en los años inmediatamente posteriores de la Magna Grecia. Regio se incorporó al Estado romano en 270. Las relaciones entre las ciudades griegas y Roma fueron en general buenas, suscribiéndose varios tratados de alianza. La conquista del sur de Italia fue desde el punto de vista cultural muy importante para Roma al ponerse en contacto con ciudades culturalmente más avanzadas. La primera traducción al latín que se hizo de Homero, en la segunda mitad del siglo III, la realizó un griego, Livio Andrónico. Para Roma estas ciudades eran importantes, pues al carecer de tradición marinera, aprendió de ellas en este ámbito; en los arsenales de las ciudades griegas se construyó la flota que vencería a Cartago, durante la Primera Guerra Púnica.

Después de la retirada de Pirro, Siracusa cayó durante algunos años en la anarquía. Hierón, jefe de los mercenarios, se apoderó de ella, y se hizo proclamar rey con el nombre de Hierón II. Los años de su reinado, hasta su muerte en 215 a. de C., fueron de gran prosperidad.

En compañía de los cartagineses preparó una expedición contra Mesina. Como político hábil e inteligente, firmó, en 263, una alianza con Roma, que renovó en 248. Durante la Primera Guerra Púnica supo mantenerse al margen, aunque ayudó a Roma enviando trigo. Fue hombre culto, buen administrador, popular, como lo indican los suntuosos funerales que le organizó el pueblo de Siracusa. Intentó hacer de esta ciudad la rival cultural de Alejandría. Por ello, protegió a intelectuales, como Arquímedes, y a él acudió Teócrito en demanda de protección en 274. Interesado por la agricultura, organizó la exportación de cereales, de los que el mundo griego estaba siempre tan necesitado. Como los tiranos y los reyes helenísticos, por razones de prestigio, fue un gran constructor. Tenía, como Alejandro, el gusto por lo grandioso. Levantó en Siracusa un soberbio altar. Arquímedes, y el ingeniero naval Arquias de Corinto, le construyeron un barco de dimensiones tales que sólo podía entrar en el puerto de Alejandría; Hierón se lo regaló a Ptolomeo.

También dio muestras de su liberalidad y humanidad al socorrer generosamente a Rodas, con ocasión del terremoto del año 227.

Durante la Segunda Guerra Púnica, Siracusa abandonó la sabia política seguida por Hierón II, al separarse de Roma. Fue cercada en 212, posteriormente saqueada y sus habitantes asesinados o vendidos como esclavos. Cuando la ciudad entró a formar parte de la provincia romana de Sicilia el tesoro de obras de arte que Roma se llevó fue incalculable.

EL REINO SELÉUCIDA HASTA EL AÑO 121

A Antíoco III le sucedió Seleuco IV Filopátor, a quien correspondió pagar a Roma la indemnización de guerra. Fue asesinado en 175 por su ministro Heliodoro, que había sido enviado a apoderarse —sin éxito— del tesoro del Templo de Jerusalén.

Antíoco IV Epífanes, hermano de Seleuco IV, había recibido educación en Roma. El título de Epífanes era de carácter religioso. Tuvo que enfrentarse con tres problemas: la sexta guerra contra Egipto, las revueltas de las satrapías superiores e Irán y la situación judía. A esta última se aludirá al tratar de los judíos durante el Helenismo.

A la muerte de Ptolomeo V, Egipto sufrió un periodo de dificultades internas. Cleopatra I, hija de Antíoco III, se encargó de la regencia, por ser Ptolomeo VI Filométor muy joven. Fue sucedida, al morir en 176, por sus ministros, que planearon la reconquista de Caele-Siría. La asamblea de Alejandría declaró la guerra en 170. Para reforzar la autoridad real se instituyó un triunvirato a la cabeza de la monarquía formado por Ptolomeo VI Filométor, su esposa y hermana Cleopatra II, y por Ptolomeo el Joven.

Las operaciones favorecieron a Antíoco IV, que logró cercar Alejandría y conquistar Chipre. Ante tan desastrosa situación, los lágidas acudieron a Roma, que envió una embajada presidida por el cónsul C. Popilio Laenas, que exigió, en virtud de un senado consulto, que Antíoco IV abandonara Egipto. Éste obedeció y se retiró de Chipre y Egipto.

El monarca seléucida, siguiendo la política de su padre, visitó las satrapías orientales, cuya situación era inquietante. En Bactriana, Demetrios había ensanchado considerablemente sus dominios con Aracosia, Paropanisades y quizá los territorios que llegaban hasta el Indo, a juzgar por las monedas halladas. Un usurpador, de nombre Eucrátides, entre 170-160, había destronado la dinastía reinante. El rey parto, Mitridates I, presionaba en el norte de Irán, mientras Persia se proclamó autónoma. Esta situación movió al propio Antíoco IV a presentarse en la región oriental de su reino, tras celebrar en Dafne unas grandes fiestas en honor de Apolo, dios del que descendía la monarquía. El mismo año, celebró unas segundas fiestas, también de un lujo escandaloso, en Babilonia, donde construyó un gimnasio y un teatro.

En 165, partió con el ejército, recorriendo Armenia, Mesopotamia y Elam. Mientras saqueaba un templo, sin duda para reunir dinero con el que pagar la expedición, murió, dejando un hijo pequeño, Antíoco V.

Antíoco IV Epífanes fue también un gran constructor. Para compensar la humillación sufrida, tras la fracasada invasión de Egipto en 168, celebró al año siguiente en Dafne, la conquista de Egipto con un fantástico triunfo. Esta famosa celebración consistía en una gran procesión y treinta días de juegos, con el fin de ensalzar su figura y empequeñecer la importancia de los juegos que Paulo Emilio ofreció en Anfípolis ese mismo año. Polibio nos ha dejado una descripción (30,25, 13-20), que sirve muy bien para conocer el lujo escandaloso de las capitales de los monarcas helenísticos, la riqueza acumulada por ellos, su buen gusto artístico y la iconografía del arte oficial helenístico, que quería parangonarse en suntuosidad con el de Alejandría. La descripción de Polibio, conservada en otros autores, es la siguiente:

Este mismo rey Antíoco, informado de que, en Macedonia, el general romano, había llevado a cabo unos juegos deportivos, quiso superar a Paulo en el esplendor de su liberalidad y envió legados y oradores sagrados a las ciudades, para que anunciaran los juegos que, organizados por él iban a tener lugar en Dafne. Y el interés de los griegos por acudir allí fue grande. El principio de las celebraciones fue el desfile inicial, organizado como sigue. Abrían la marcha cinco mil jóvenes en la flor de la edad, que llevaban armamento romano con lorigas abrochadas por cadenas; con ellos había cinco mil misios. A continuación seguían tres mil cilicios armados al modo de la infantería ligera; se cubrían con coronas de oro. Luego desfilaban tres mil tracios y cinco mil ga-

los. A éstos se añadían veinte mil macedonios: cinco mil con escudos de bronce y el resto con escudos plateados. Detrás venían doscientas cuarenta parejas de gladiadores, seguidos por mil jinetes de Nisa y tres mil de Antioquía mismo; la mayoría de ellos llevaban fáleras y coronas de oro; los restantes, fáleras de plata. A sus espaldas marchaban los llamados jinetes reales: eran un millar, todos con fáleras de oro. Marchaban, luego, los denominados amigos del rey, iguales a la formación anterior tanto en número como en ornato. A continuación, mil caballos escogidos, seguidos por el escuadrón llamado *ágema*, que es tenido por la formación más potente de la caballería siria; eran mil. Continuaba el desfile la caballería acorazada, llamada así, lógicamente, porque hombres y caballos van protegidos por sus armas. Éstos eran mil quinientos. Todos los citados llevaban mantos de púrpura, muchos de ellos con brocados de oro y bordados heráldicos. Seguían cien carros de seis caballos y cuarenta cuadrigas, carros tirados por elefantes y troncos de ellos. Cerraban la marcha treinta y seis elefantes en fila, con sus correspondientes torreones.

El resto del cortejo es difícil de describir, pero intentaré resumirlo. Porque desfilaron unos ochocientos efebos, tocados con coronas de oro, unas mil vacas bien cebadas y alrededor de trescientas más engalanadas, y ochocientos colmillos de elefante. El número de imágenes fue incontable, pues eran llevadas en andas todas las de aquellos que los hombres dicen o creen ser dioses, semidioses e, incluso, héroes; unas eran sobredoradas y otras estaban revestidas con ropajes de oro. Y a todas ellas les acompañaban representaciones, ejecutadas en materiales preciosos, de los mitos referidos a ellas tal como tradicionalmente se narran. Les seguían estatuas de la Noche y del Día, de la Tierra y del Océano, de la Aurora y del Mediodía. La cantidad de oro y de plata se puede adivinar por lo que sigue: sólo a un amigo del rey, Dionisio, el secretario de cartas reales, le seguían mil esclavos que llevaban bandejas de plata, valorada cada una en no menos de mil dracmas. Iban a su lado seiscientos pajes reales, portadores de bandejas de oro. Seguían mujeres, unas doscientas, que rociaban con perfumes; las vasijas eran de oro. Venían, luego, ochenta mujeres más, sentadas en literas con peanas de oro, y quinientas, instaladas en otras literas con peanas de plata, todas ellas vestidas lujosamente. Y esto era lo más vistoso del cortejo. (Ateneo, V, 194.)

Concluidos los juegos, los combates de los gladiadores y las cacerías, certámenes que duraron treinta jornadas, en los que hubo siempre espectáculos, todos los participantes que habían acudido al gimnasio se ungían, durante los cinco primeros días, con perfumes de azafrán contenidos en frascos de oro. Estos frascos eran quince, y había otros tantos de cinamomo y de nardo. Igualmente, en los días siguientes, llevaron allí fenogreco, mejorana y bálsamo de iris, esencias, todas ellas, de finísimo aroma. Para los banquetes se dispusieron, a veces, mil triclinios, otras veces, mil quinientos, siempre con un paramento lujosísimo.

Pero la disposición efectuada por él fue extremadamente rancia y mezquina. Porque, montado en un magro jamelgo, recorrió el desfile: a unos ordenaba avanzar y a otros detenerse; situaba el resto al azar. De manera que, si alguien le hubiera quitado la diadema, nadie de los que no le conocían hubiera podido creer que aquél era el rey señor de todo, pues al verle no ofrecía ni tan siquiera la imagen de un sirviente. En los convites se quedaba de pie en las entradas del comedor: hacía entrar a unos y asignaba el lugar a otros; él mismo daba órdenes a los criados que portaban los manjares. Luego se dirigía a los comensales, al azar, y aquí se sentaba y allí se tumbaba. A veces dejaba la copa, otras tiraba los yantares, brincaba, iba a otro sitio y andaba por todo el comedor; tomaba las bebidas de pie y jugueteaba con los músicos. Alguna vez, si el banquete se prolongaba y la mayoría de los participantes ya se había ido, se presentaba a hombres de los histriones, totalmente disfrazado; aquéllos lo depositaban en el suelo. Allí, incitado por los sonos de los músicos, se levantaba desnudo y, jaranearlo con

los payasos, ejecutaba las danzas que habitualmente suscitan las carcajadas y las groserías del público, de modo que los comensales, avergonzados, abandonaban el banquete. Todos los asistentes a la fiesta, cuando veían los excesos de aquel baile, los gastos de los juegos y de los desfiles y la disposición de todo, quedaban pasmados y extrañados del rey y de su reino, mirándole fijamente, debido a su conducta repugnante. Apenas si podían creer que, en una misma y única naturaleza, pudieran juntarse, a la vez, tal dignidad y tal perversidad. (Diodoro, XXXI, 16,2.)

Pero la disposición de todo la llevó personalmente el rey, quien, montado en un magro jamelgo, recorría el desfile: mandaba a unos avanzar y a otros detenerse. En el convite, se quedó de pie a la entrada del comedor: hacía entrar a unos y asignaba el sitio a otros; él mismo daba las indicaciones a los sirvientes que portaban los manjares. Luego se paseaba entre las mesas: aquí se se sentaba y allí se tumbaba; alguna vez, mientras los asistentes comían y bebían, metía en medio, de pronto, su copa o su boca y, luego, se iba brincando a otra parte. De modo que recorría así las mesas de los comensales, se paraba aquí y admitía los brindis de unos y de otros, al tiempo que rezoza con los que recitaban algo cómico. Luego, cuando el convite se iba prolongando y muchos ya se retiraban, los histriones hacían salir al rey totalmente disfrazado y lo depositaban en el suelo, como si fuera uno de ellos. El rey, entonces, incitado por los sonos de los músicos, hacía de histrión con los payasos más ridículos, de modo que, avergonzados, los invitados se iban. Todos los juegos se celebraron sufragados en parte por el dinero que Antígono, tras violar los pactos con el rey Filométor, todavía un niño, le robó de Egipto; otra parte, la aportaron sus cortesanos. Sin embargo, la mayor parte se pagó con el dinero procedente del expolio de los templos egipcios. (Ateneo, X, 439.)

Los edificios más importantes construidos por Antíoco Epífanes, seguramente el mejor mecenas del mundo helenístico, fueron los templos de Zeus; con ellos pretendió contar con un factor unificador de tan diversas poblaciones como se concentraban en su reino, y, al mismo tiempo, presentarse ante sus súbditos como la manifestación de Zeus en la tierra, lo que servía para aumentar su prestigio como soberano. En Antioquía, costó un templo a Júpiter Capitolino, cuyo culto conoció cuando se educó en Roma. Levantó templos en Atenas, Antioquía, Olbia, Cilicia y Jerusalén. Posiblemente colaboró en la construcción del templo de Zeus en Olimpia, gravemente dañado por un terremoto en 175, y concedió sumas para comenzar la construcción, entre 175 y 171, de otro templo a Zeus en Lebadaia, Beocia.

Antíoco Epífanes fue generoso en sus entregas de dinero para otros proyectos en Grecia, como el nuevo teatro de Tegea, y reparó la muralla de Megalópolis.

La cantidad de dinero más alta la empleó en Antioquía, en el barrio levantado en su honor, llamado «Epifanía», que contaba con un nuevo *ágora*, varios templos y un *bouleuterion*, parecido al de Mileto, construido en honor a Antíoco por dos ricos benefactores, Timarco y Heracleides.

Muerto Antíoco IV Epífanes, Lisias, que gobernaba como ministro, puso fin a la rebelión judía. La situación en la corte se complicó, cuando se presentó en ella Demetrio, hijo de Seleuco IV, que había vivido en Roma como rehén, y exigió el reino. Antioquía le proclamó rey; Lisias y el joven monarca Antíoco V fueron asesinados. Roma también le reconoció pronto.

El primer problema del nuevo monarca fue la rebelión de Timarco, en Mileto, un alto funcionario, que se había proclamado rey y había acuñado moneda con su nombre

en Babilonia. El segundo problema fue la rebelión judía, que había estallado de nuevo (J. Mac., 1.10-25.45-56). En abril del 160 Judas Macabeo murió, y la revuelta se sofocó con la intervención del ejército seléucida. En 152, Judas Macabeo fue nombrado jefe supremo.

Demetrio I se vio envuelto en una disputa por la sucesión al trono de Capadocia, para el que había dos candidatas: uno apoyado por Antioquía y otro por Pérgamo. Este último fue el designado. Atalo II apoyó entonces, contra Demetrio I, a Alejandro Balas, joven de carácter áspero y amigo de la bebida, que afirmaba ser hijo natural de Antíoco IV. Diodoro dice de él:

El rey Eumenes, sobre el que pesaba la caída de Ariarates y que, por esta razón personal, se esforzaba en vengarse de Demetrio, hizo venir a un hombre joven que, por su edad y apariencia, presentaba un extraordinario parecido con Antíoco, el anterior rey de Siria. Vivía en Esmirna y afirmaba con ahínco que era hijo del rey Antíoco. Mucha gente le creía a causa del parecido. A su llegada a Pérgamo, Eumenes le engalanó con una diadema y un traje que convenían a un rey. Luego le envió a un cilicio de nombre Zenófanes. Este último, por alguna razón, estaba enemistado con Demetrio, mientras que había recibido en ciertas circunstancias difíciles la ayuda de Eumenes que reinaba entonces. Naturalmente, era hostil a uno y estaba lleno de buenos sentimientos hacia el otro. Acogió al hombre joven en alguna parte de Cilicia y difundió por toda Siria el rumor de que se disponía a volver a tomar el poder en el reino paterno llegado el momento. En Siria, las masas, habituadas a la conducta generosa de los soberanos anteriores, encontraban pesada la austeridad de Demetrio y sus exigencias imperiosas. Así, pues, dispuestos todos a un cambio de régimen, estaban pendientes y llenos de esperanza de que, sin retraso, el poder cambiaría a manos de un soberano más capaz» (Diodoro 31, 32 a).

Alejandro Balas buscó y obtuvo también el apoyo del senado romano. En 151-150, se enfrentaron ambos ejércitos, encontrando Demetrio I la muerte en la lucha. El único hecho conocido del gobierno de Alejandro Balas es la confirmación de Jonatán como sumo sacerdote en Jerusalén. Se casó con Cleopatra, hija de Ptolomeo VI Filométor, que esperaba recuperar así Caele-Siria.

El hijo de Demetrio I, de igual nombre, con la ayuda de mercenarios cretenses, llegó a Antioquía, donde obtuvo el apoyo de la población. Ptolomeo VI Filométor, intentó mientras tanto aprovechar las luchas de sucesión al trono seléucida e invadió Caele-Siria. Mientras tanto, Alejandro Balas fue asesinado, y poco después fallecía Demetrio. Demetrio II fue el nuevo soberano seléucida. Gobernó veinte años, hasta el 125, la mitad de los cuales los pasó prisionero y la otra mitad en lucha contra los usurpadores. Estas luchas son un claro índice de la descomposición de la monarquía seléucida y la falta de un poder fuerte. Demetrio II confirmó todos los derechos a Jonatán; pero pronto cambió de opinión y, un año después, envió a un oficial suyo, de nombre Diodoto, a luchar contra él. Este proclamó rey a un hijo de Alejandro Balas, Antíoco VI, y se quedó una gran parte de Siria. Diodoto liquidó al joven y se proclamó a su vez soberano, bajo el nombre de Trifón, manteniéndose muchos años al frente del reino y acuñando moneda a su nombre. La situación en las lejanas regiones del este del Imperio era muy peligrosa, ya que el rey arsácida, Mitrídates I, extendió sus conquistas. Hacia el 150, el rey había ya ocupado el reino de Eucrátides, salvo la propia Bactriana, Media y Mesopotamia. Mitrídates I también acuñó moneda propia y se presentó como el sucesor de los Aqueménidas, titulándose «Rey de Reyes», vieja titulación aqueménida.

En 141, Demetrio II atacó a Mitrídates I, quien logró apresarle. Mitrídates I fue un rey parto filoheleno, como lo indican las leyendas griegas que aparecen en sus monedas.

El hermano de Demetrio II se aprovechó de la cautividad de éste para presentarse en Antioquía, casarse con Cleopatra Thea y proclamarse rey con el título de Antíoco VII. Su primer cometido consistió en deshacerse de Trifón, que se suicidó en 137. El segundo problema que abordó fue el judío. Simón, hermano de Jonatán, mantenía su autonomía, como lo indica la aparición de la era hasmonea, nombre tomado de la localidad de donde procedía la familia. Asesinado en luchas familiares, le sucedió en el cargo de sumo sacerdote —la magistratura máxima entre los judíos— su hijo Juan Hircano. Antíoco VII se aprovechó de esta situación para presentarse en Jerusalén y sitiárla: llegó a un acuerdo con los judíos, exigiendo de ellos rehenes y tributos. En el 131, se retiró de Jerusalén. Antíoco VII tenía ahora las manos libres para rechazar a los partos de las tierras ocupadas por Mitrídates I. Logró reconquistar parte de Irán, pero en el año 129 murió en el campo de batalla. Siria quedaba ahora a merced de los partos.

La salvación de la monarquía seléucida se produjo gracias a los ataques de los escitas, los tocarios y los sacas, que atacaron a los partos, gobernando ya Fraates II. Siria se salvó, pero se perdieron definitivamente todas las satrapías orientales, hasta el Éufrates.

Fraates liberó a Demetrio II, que regresó a Antioquía; no hubo problemas para gobernar, ya que Antíoco VII había muerto. Las ciudades sirias pretendían la independencia. Juan Hircano independizó totalmente al Estado judío, lo que motivó que el soberano seléucida interviniera en las luchas internas de la monarquía lágida. Por su parte, Ptolomeo apoyó a un usurpador, Alejandro II Zabinas, que fue bien acogido por el populacho de Antioquía. Demetrio II tuvo que huir siendo capturado en Tiro y asesinado en 126-125. Fue el último soberano seléucida que intentó mantener la cohesión del Imperio, pero fracasó por la aparición de un nuevo poder en el este —los partos— y por las luchas internas de la monarquía. Tras su muerte, llegó la descomposición total de la monarquía seléucida.

Las luchas dinásticas —entre el 114 y el 83— arruinaron a los seléucidas. Se enfrentaron Antíoco VIII y su hermano Antíoco IX, hijo de Cleopatra Thea y de Antíoco VIII. En el 95, Antíoco IX, a su vez, murió a manos de Seleuco VI, hijo de Antíoco VIII, y éste fue asesinado por Antíoco X, al que disputaron el poder los cuatro hijos de Antíoco VIII, que vivían en Damasco, Antioquía y Cilicia.

La monarquía seléucida halló apoyo, en 83, en el rey Tigranes de Armenia, que planeaba extender su Estado a expensas de los partos. La paz pudo, al fin, durar quince años, sólo turbada por el hecho de haberse constituido los judíos, en 103, en reino independiente bajo Alejandro Janeo, hijo de Juan Hircano, y por haber creado los nabateos una monarquía en Petra y por pretender la autonomía las ciudades griegas de Trípolis y Seleucia de Prierie.

Tanto la monarquía seléucida como la lágida se descompusieron, pues, por las muchas luchas dinásticas, que obligaron a descuidar el gobierno y ocasionaron la ruina y miseria del pueblo.

Filipo V no se desanimó con la derrota de Cinoscéfalos y preparó pacientemente la restauración de Macedonia: subió las tasas, favoreció la natalidad e impulsó las explotaciones mineras. Los celos de Eumenes y de los tesalios le denunciaron al senado romano. Flaminino, al frente de una embajada, visitó, en 183, la corte de Macedonia, y obligó a Filipo V a abandonar Maronea y Ainos, en la costa tracia. Entre los años 184 y 181, luchó contra los tracios, que amenazaban Bizancio. Perseo, en sus últimos años, temiendo que su segundo hijo, Demetrio, educado en Roma como rehén, maquinase alguna conjura contra el mayor, le hizo desaparecer. En 179, murió el rey de Macedonia, a la edad de cincuenta y nueve años, sucediéndole en el trono su hijo Perseo, joven de treinta y dos años.

Perseo era inteligente y trabajador; pero demostró carecer de coraje ante la adversidad. Siguió, en muchos aspectos, el programa político de su padre. Comenzó su reinado con medidas que le hicieron popular; otras en cambio, demostraron que era un buen político: condonó las deudas y permitió la vuelta de los exiliados, estableció buenas relaciones con los estados griegos, y buscó el apoyo de los estratos más bajos de la población en las ciudades griegas. En política exterior, estableció buenas relaciones con las monarquías seléucida y bitinia, contrayendo matrimonio con la hermana de Seleuco IV, Laodice, y otorgando la mano de su hija a Prusias II. También intentó acercarse a los rodios.

Perseo tenía en Eumenes un gran enemigo. Éste, que tenía por sus posesiones de Tracia, en 172 visitó Roma y acusó a Perseo, en un discurso ante el senado, de no respetar el tratado firmado por Filipo V y por él mismo en 178. Según Eumenes, el plan de Perseo era atacar a Roma en su mismo territorio. El senado dio crédito a la acusación, cuando Eumenes, de vuelta a su reino, fue asesinado en Delfos.

En 171 comenzó la Tercera Guerra Macedónica (Polibio, 22,18), que en los dos primeros años tuvo como escenario Tesalia. En 169, el cónsul Q. Marcio Filipo penetró en Macedonia, bajo la amenaza —a sus espaldas— de los ilirios. Rodas, a quien perjudicaba la guerra en las proximidades del Bósforo, intentó mediar entre los dos combatientes, sin resultado. En el año 168, fue encargado de la guerra el cónsul L. Emilio Paulo, excelente general cargado de experiencia. Obligó a retroceder al ejército de Perseo, que fue vencido en Pidna, en el año 168. El cónsul conmemoró su victoria colocando un retrato suyo sobre un pilar del santuario de Delfos, con relieves alusivos a la batalla. Perseo huyó primero a Anfípolis, después a Samotracia, terminando por entregarse al vencedor. Finalizó sus días en una prisión romana; con él desapareció la monarquía de los antigónidas.

El senado envió, como solía hacer en estos casos, una comisión de diez senadores para organizar la administración de Macedonia, que quedó así dividida en cuatro repúblicas autónomas, con cuatro capitales: Pella, Pelagonia, Tesalónica y Anfípolis. La comisión impuso condiciones duras, como la prohibición de contraer matrimonios o comerciar entre las diferentes repúblicas; acuñar una moneda común, talar bosques para la construcción de barcos, explotar las minas o formar un Estado federal. Las magistraturas eran anuales y cada república tenía su propia administración.

Era el único reino que conservaba casi intacta la extensión de terreno que tuvo al comienzo de su fundación. Había perdido sus posesiones en Asia Menor y Siria, pero conservaba Chipre, con sus minas, y la Cirenaica. Al igual que la monarquía seléucida, tuvo problemas internos, debidos a la crisis económica y social, pero continuó el lujo de la corte y las fiestas. La dinastía mantuvo, desde el 170 al 116 las querellas de familia, que, como en el reino seléucida, debilitaron a la institución monárquica.

En 170, los consejeros colocaron al frente del Estado lágida a los hijos de Ptolomeo V Epífanés, que, al morir, fue sucedido transitoriamente por Cleopatra I en calidad de regente. Ptolomeo VI Filométor, el mayor de ellos, se casó con su hermana, Cleopatra II y tomaron ambos el título de «los que aman a su madre». Se les unió Ptolomeo el Joven, el mejor dotado de los tres, de excelentes cualidades, aunque duro y sin escrúpulos.

Su gobierno coincidió con la Sexta Guerra Siria y la invasión de Egipto por Antíoco IV (Livio, 45,11-12). Ptolomeo VI Filométor intentó enfrentarse en solitario a su enemigo, pero viendo que Ptolomeo el Joven intrigaba contra él (Polibio, 31,10), se dirigió en el 163 a Roma para solicitar ayuda contra su hermano menor. Se solucionó la situación con una división del reino: Ptolomeo VI se quedó con Egipto y Chipre y Ptolomeo el Joven con la Cirenaica; este último, no satisfecho con la solución adoptada, pidió a Roma que le entregara también Chipre. Roma se convertía así en el árbitro de los asuntos internos del reino lágida. El senado aceptó la proposición de Ptolomeo el Joven, con la condición de que la entrega fuera pacífica. Ptolomeo VI no quiso entregarle Chipre y trató de liquidar a su hermano, que, herido, se presentó ante el senado. Al mismo tiempo, redactó un testamento, por el que nombró a Roma heredera de la Cirenaica, si moría sin herederos. Una copia del texto debía ser depositada en el Capitolio de Roma y otra en el santuario de Apolo en Cirene. El senado se inclinó entonces por Ptolomeo el Joven y le autorizó a apoderarse de Chipre por las armas, empresa que fracasó en 153: fue hecho prisionero, pero puesto poco después en libertad.

Vuelto a Cirene, llevó una vida de lujo y placer, por lo que se le conoce con el nombre de Fiscón. Al parecer, fue el constructor del gran gimnasio de Cirene.

En el año 145, cambió la situación, cuando Ptolomeo VI en su intento de apoderarse de Siria, murió, dejando un hijo muy joven, a quien su madre, Cleopatra II, hizo proclamar rey con el nombre de Ptolomeo VII Neos Filopátor. En Alejandría, un movimiento popular pidió la vuelta de Ptolomeo el Joven. Éste se apoderó de Chipre y marchó a Alejandría. Cleopatra se casó con él, con la esperanza de gobernar ambos con el joven Ptolomeo VII. Este intento de dividir entre los tres el poder, con la experiencia de lo sucedido anteriormente, fue un fracaso: el mismo día en que se casó hizo asesinar al hijo de Cleopatra. Enamorado de la hija de Ptolomeo VI Filométor y Cleopatra II, se casó poco después con ella. Su esposa, recibió el nombre de Cleopatra III. El rey tomó el nombre de Ptolomeo VIII Evergetes II Fiscón.

Esta situación era escandalosa y sin precedentes. Entre las dos esposas, madre e hija, pronto estallaron hostilidades. Diodoro (33,28,6) ha descrito el lujo que dejó atónita a la embajada presidida por Escipión Emiliano, que en 140-139 visitó la corte lágida.

En 132-131, estallaron revueltas populares y Ptolomeo VIII Fiscón y Cleopatra III huyeron a Chipre. Al parecer, Cleopatra II había soliviantado al pueblo de Alejandría contra la pareja real. Propuso al pueblo que se reconociera como rey al hijo de doce años, tenido con Ptolomeo VIII Fiscón. El joven, en este momento, se hallaba en Chipre. Cleopatra II, que se encontraba sola en Egipto, se apoderó del poder, tomó de nuevo el título de su primer marido, Ptolomeo VI Filométr, pero cambiando Evergetes por Soteria. La reina supo atraerse al pueblo de Alejandría. Entonces, Ptolomeo VIII asesinó al hijo de Cleopatra II y se lo envió troceado a su madre. Este crimen repugnante es un excelente indicio de la ferocidad de la lucha entre las dos facciones; mientras, la situación en Egipto era verdaderamente caótica. Ptolomeo VIII pudo hacerse con todo el país y asedió a Cleopatra II en Alejandría, quien pidió auxilio a su yerno Demetrio II, que volvía del cautiverio parto y que estaba casado con su hija, Cleopatra Thea. Demetrio II acudió en su auxilio, pero fracasó en el Delta, ante lo cual, Cleopatra II huyó a Siria con el tesoro. Ptolomeo VIII castigó severamente a Alejandría, por el apoyo prestado a Cleopatra II, confiscando los bienes de los griegos y suprimiendo las asociaciones. Los sabios residentes en Alejandría abandonaron la ciudad: aunque el rey era una persona culta y había escrito unas *Memorias* interesantes, probablemente fueron considerados hostiles a su causa. El apoyo de Demetrio II a Cleopatra II motivó a su vez que Ptolomeo VIII apoyara al usurpador Zabinas.

Muerto Demetrio II en 126-125, Ptolomeo VIII se reconcilió con su esposa Cleopatra II, que pudo regresar a Alejandría. La hija de Ptolomeo VIII y Cleopatra III se casó con Antíoco VII Gripos. Estas luchas intestinas debilitaron la monarquía y llevaron la anarquía y los crímenes a Egipto. Los jóvenes asesinados, Ptolomeo VII Filopátor y Ptolomeo, el hijo de Ptolomeo VIII Fiscón, recibieron culto.

En el año 118 se intentó una pacificación del país mediante la proclamación de una amnistía. Este decreto, que se conserva, ofrece algunos datos importantes sobre la desastrosa situación de Egipto después de tantas luchas. Los campesinos habían abandonado sus aldeas y sus campos, ante los continuos robos. A los griegos del campo se les concedió una serie de privilegios fiscales. También se benefició a los sacerdotes y a los soldados y se perdonaron las deudas.

Las intrigas familiares continuaron hundiendo el país. También los lágidas intervinieron en las guerras intestinas de los seléucidas, por los matrimonios entre príncipes sirios y princesas lágidas, como en el caso de Ptolomeo VIII. Cleopatra Selene casó con su hermano Ptolomeo IX, y después con otros tres soberanos seléucidas. Hecha prisionera por el rey de los partos, Tigrane, fue asesinada.

En 116 murió Ptolomeo VIII. Ptolomeo IX Sóter y Ptolomeo X Alejandro, sus hijos, y Cleopatra III, su mujer, lucharon por el poder. Se volvía a repetir la situación anterior. El segundo era el favorito de su madre, pero pronto, en 101, fue asesinado. Ambos gobernaron al mismo tiempo: uno en Egipto y otro en Chipre.

En el año 88 quedó sólo Ptolomeo IX, al ser asesinado su hermano. Pero el hijo bastardo de Ptolomeo VIII, Ptolomeo Apión, a quien su padre había nombrado gobernador de la Cirenaica, se proclamó rey. Al morir, en el 96, y a imitación del testamento de su padre, legó el reino a los romanos y proclamó la libertad de las ciudades: Cirene, Arsínoe, Ptolemais y Berenice. Egipto perdía así una parte de su reino que gozó siempre de una gran prosperidad y de un alto nivel de vida, como lo indican sus ruinas, excavadas por las misiones italianas.

Roma no cambió las instituciones, contentándose con cobrar los tributos. En el

año 87-86, Cirene acudió a Lúculo, lugarteniente de Sila, para restaurar las instituciones, dándoles una constitución inspirada en la de Platón. En 74, Roma creó la provincia romana de la Cirenaica, gobernada por un cuestor.

El final de la dinastía lágida

Desde el 88 hasta el 80 gobernó en Egipto Ptolomeo IX Sóter. La situación interna de Egipto siguió siendo mala: el rey tuvo que hacer frente a una revuelta indígena, en la que Tebas fue destruida. Ptolomeo XI Alejandro II gobernó pocos meses. Dejó al pueblo romano como heredero del reino; pero Roma, de momento, no aceptó el legado. El mayor de sus hijos, Ptolomeo XII Auletes, fue rey de Egipto; el menor, de Chipre. A propuesta de Clodio, en el 58, Chipre se convirtió en provincia romana, lo que provocó el suicidio de Ptolomeo. Ptolomeo XII Auletes logró, mediante sobornos en Roma, que se le reconociera como soberano de Egipto; pero el pueblo de Alejandría no le aceptó. El soberano se refugió en Rodas, marchando después a Roma. En el 55, un lugarteniente de Pompeyo le devolvió el reino. Se mantuvo en él gracias a la guardia personal de germanos y galos.

Ptolomeo XII Auletes se vio obligado a aumentar la presión fiscal, con el subsiguiente abandono de las tierras y extensión del pillaje por todo el país. El poder del soberano fue cada vez más débil, lo que aprovecharon los sacerdotes para atribuirse privilegios e inmunidades. La extensión de las tierras de los grandes santuarios aumentó considerablemente a expensas de las tierras reales, con lo que la recaudación de los tributos fue cada vez más baja.

Para sanear la economía, el rey nombró al frente de las finanzas a un romano, pero el proyecto fracasó.

Ptolomeo XII murió en el año 51, siendo sucedido por su hijo Ptolomeo XIII, un niño de once años, que casó con su hermana Cleopatra VII, de diecisiete años. Cleopatra VII, a quien la propaganda romana tanto calumnió, fue una gran política: con ella terminan los sucesores de Alejandro Magno y el Helenismo. Era inteligente, de fina sensibilidad y culta (hablaba varias lenguas). El influjo que ejerció sobre los hombres se debió más a sus cualidades espirituales, que a sus encantos corporales. En las monedas de Antioquía, de las que no se puede dudar que sean retratos de esta reina —ya que la inscripción dice: la reina Cleopatra, Diosa Neotera—, se la representa con el pelo peinado a surcos y la diadema atada a la nuca. Tiene una nariz afilada y la mirada penetrante. De esta reina se conserva un buen retrato, hallado en Cesarea, villa de Mauritania, donde gobernó Juba II, casado con la hija de Cleopatra y Marco Antonio, de nombre Cleopatra Selene. Fue, además, muy femenina y apasionada pero también muy ambiciosa.

En el año 53 murió Ptolomeo XII Auletes, mientras Craso, gobernador de Siria, era derrotado por los partos y muerto en Carras, en Mesopotamia. La muerte del triunvirato dejó enfrentados a César y Pompeyo, que lucharon en Farsalia, Tesalia, en el año 48, quedando vencedor César. Pompeyo huyó a Egipto como país amigo, buscando refugio junto a Ptolomeo XIII. Este monarca, siguiendo las indicaciones de sus consejeros, Aquilas y Potino, juzgó más oportuno asesinar al fugitivo y librarse de un problema enojoso.

César llegó poco después a Alejandría enterándose de lo sucedido y conociendo a

Cleopatra VII, recién llegada de Siria, donde había encontrado refugio huyendo de su hermano y esposo. César apoyó a Cleopatra en contra de las pretensiones de su hermano. En Alejandría estalló una revuelta, pues el pueblo apoyaba a Ptolomeo XIII. La pareja fue cercada en el palacio real y en la lucha ardió la famosa Biblioteca de Alejandría, la mayor del mundo antiguo, asiento de la ciencia helenística. El cerco duró casi un año, hasta marzo del 47, en que un ejército llegado de Siria liberó a César y a Cleopatra VII, que contrajo matrimonio con su segundo hermano, Ptolomeo XIV, ya que durante las anteriores luchas había muerto el primero.

Los soberanos fueron confirmados en el trono. César, antes de abandonar Egipto, dejó en el país varias legiones. De hecho, Roma, o mejor, César, había tomado posesión del valle del Nilo. Poco después de su partida, nació un niño, fruto de su unión con Cleopatra, llamado Ptolomeo César, que el dictador reconocería ante el Senado.

En el 47, César tuvo que guerrear contra Farnaces, rey del Bósforo Cimerio, que intentó recuperar el reino de su padre, Mitrídates VI. El dictador volvió a Roma, acompañado de Cleopatra, que permaneció en la capital hasta el asesinato del dictador en el 44 a. de C. Muerto César, Cleopatra volvió a Alejandría desembarazándose de su hermano y esposo Ptolomeo XIV.

El gobierno de Cleopatra fue un periodo estable y de cierta prosperidad, a pesar de la inflación monetaria y de algunas catástrofes naturales, como fueran las insuficientes crecidas del Nilo. Cleopatra VII cultivó el trato con los indígenas, asistiendo a sus fiestas religiosas: fue el único soberano lágida que habló la lengua indígena. Se presentó ante la población semejando a ciertas diosas egipcias, como Isis, y su hijo Ptolomeo XV César, fue identificado con Horus.

En el año 41, Marco Antonio se encontraba en Tarso de Cilicia, después de la batalla de Filipo, en Tracia, ganada contra los asesinos de César, Bruto y Casio, en octubre del 42, con el encargo de reunir dinero para los nuevos triunviros.

Cleopatra se le presentó en un barco fastuoso, rodeada de lujo. La reina lágida se dio inmediatamente a Marco Antonio, que la siguió a Alejandría, donde pasó el invierno en su compañía. Cleopatra, calculadora y fría, como todos los monarcas helenísticos, logró que se expulsara del Artemisión de Éfeso —donde se había refugiado— a su hermana Arsínoe, para asesinarla. Marco Antonio partió para Italia para reclamar tropas para luchar contra los partos y consiguió que los triunviros le asignaran el Oriente. Tras casarse con Octavia, la hermana de Octavio, se quedó en Atenas del 39 al 37, año en que un lugarteniente de Marco Antonio logró rechazar a los partos. Se instaló después en Antioquía, desde donde mandó a su esposa Octavia a Roma, llamando junto a sí a Cleopatra y a los gemelos tenidos con ella: Alejandro-Helios y Cleopatra-Selene.

Marco Antonio preparó, partiendo de Siria, la misma expedición que llevó a cabo Alejandro Magno y que también planeaba César en el momento en que fue asesinado.

En la reorganización del Oriente, la costa de Fenicia, Damasco y Calcis se añadieron al reino lágida, al igual que Chipre y la parte occidental de Cilicia. Era un buen regalo que Marco Antonio hacía a Cleopatra, quizás con miras interesadas para tener un punto de apoyo en Egipto contra los partos.

En el 36, Marco Antonio realizó una campaña para llegar a la Media Atropátene. No pudo apoderarse de Fraas por no haber utilizado «máquinas» en el sitio: la retirada fue muy dura para el ejército romano. En el año 34 conquistó Armenia, que se convirtió en provincia romana, coincidiendo con el repudio de Octavia. A partir de ahora, él y Cleopatra aparecían como los herederos del mundo helenístico y de Alejandro Mag-

no, instalándose en Alejandría. En el otoño del 34, se celebró una gran fiesta, que indicaba claramente cuáles eran las pretensiones de Cleopatra: Marco Antonio proclamó en el gimnasio a Cleopatra «reina de reyes» y a su hijo Cesarión «rey de reyes», títulos reales que remontaban a la monarquía aqueménida. A los tres hijos habidos con Cleopatra, se les nombró príncipes reales y se les asignó diversos países: a Cleopatra, Seleno Libia; a Alejandro-Helios Armenia y los territorios más allá del Éufrates, y a Ptolomeo Filadelfo, que tenía un año, Cilicia y Siria. El Oriente se unía nuevamente bajo la monarquía lágida. Era el punto de partida para la reconstrucción del Imperio de comienzos de la dinastía que se iniciaba con Alejandría como capital de este nuevo mundo helenístico. Se celebró una fastuosa fiesta dionisiaca, en la que Marco Antonio se presentó como Nuevo Dionisos y Cleopatra como Nueva Isis. Este último título indicaba una gran sagacidad por parte de la reina: no se parecía a ninguna diosa del panteón griego, sino a una muy venerada entre su pueblo. Estas semejanzas ya contaban con precedentes en el encuentro de Tarso, donde Marco Antonio se asimiló a Dionisos-Osiris y Cleopatra a Afrodita-Isis, título con el que los habitantes de Éfeso ya le habían saludado.

Sin embargo, los planes de ambos esposos no se iban a realizar, ni el reino lágida iba a durar mucho tiempo. En Roma, se abrió ilegalmente el testamento de Marco Antonio, en el que Cesarión quedaba como único heredero de César, y él su sucesor. Roma y Alejandría se prepararon durante dos años para la lucha. El encuentro entre ambas flotas tuvo lugar el 2 de septiembre del 31 a. de C, en Actium. La huida de Cleopatra, cuando la lucha aún no se había decantado por ninguna parte, fue funesta para Egipto. Marco Antonio siguió a la reina, produciéndose la dispersión general de la flota egipcia.

La victoria romana de Actium significó el fin del Helenismo. Marco Antonio y Cleopatra vivieron aún un año más, en una locura de fiestas y placeres, esperando que Octavio se presentase en cualquier momento. En el año 30, Octavio desembarcó en Ptolemais Ake; al acercarse a Alejandría se enfrentó con Marco Antonio, que se suicidó poco después. Cleopatra, que supo seducir a César y a Marco Antonio, fracasó con Octavio. La reina se suicidó, envenenándose con la mordedura de una serpiente. Con ella, murió el último representante de la monarquía helenística salida del Imperio de Alejandro Magno. Octavio abría una nueva era, que, sin embargo, en muchos aspectos suponía la continuación del Helenismo.

MACEDONIA Y GRECIA

Paulo Emilio, después de Pidna, sustituyó la monarquía macedónica por un régimen democrático, que no fue bien acogido por los macedonios. Poco se conoce de la antigua patria de Alejandro, en estos momentos; sólo en Polibio se pueden encontrar algunas alusiones. Apareció un pretendiente al trono, que se hizo pasar por hijo de Perseo, de nombre Andriscos. Entregado a los romanos, logró huir y reunir partidarios en Tracia, en 149, apoderarse de Macedonia, ocupar Tesalia y derrotar a un ejército romano. El pretor, Q. Cecilio Metelo, liquidó poco después este asunto. Este hecho motivó una profunda transformación en Macedonia, que fue declarada provincia romana, la primera que Roma fundó en Oriente y Grecia, al mando de un procónsul que residía en Tesalónica, cuyo poder se extendía hasta Iliria y Tracia. El primer gobernador fue el propio Q. Cecilio Metelo. En el año 148 comienza a contar una nueva era macedónica.

Las ciudades griegas quedaron libres después de la proclamación de T. Quintio Flaminio en Olimpia. Continuaron las luchas entre las ciudades, lo que motivó la nueva intervención de Roma, llamada en auxilio por una de las partes. Fue árbitro en el pleito de la ocupación por Atenas del distrito de Oropos, en la frontera beocia. Los atenienses fueron sancionados con el pago de 500 talentos, cantidad que les pareció excesiva. Enviaron a Roma una embajada compuesta por los filósofos Critolao de Faseelis, Diógenes de Seleucia del Tigris y Carneades de Cirene, quienes lograron rebajar la cantidad a 100 talentos.

Después de Pidna, Roma fue el árbitro de la situación en Grecia también a ella habían de acudir necesariamente los litigantes. Rodas quiso liquidar la piratería cretense y pidió el apoyo de la Liga Aquea, que se negó a hacerlo sin el permiso de Roma. Hubo otros pleitos fronterizos con Megalópolis. Esparta era miembro de la Liga Aquea desde 192; intentó abandonarla, pero Filopemen se lo impidió. Ambas partes acudieron al Senado, que, en 147, falló a favor de Esparta. Los aqueos no aceptaron la resolución del arbitraje de Roma y se prepararon para luchar contra Esparta e inmediatamente contra Roma. Para atraerse a las clases bajas, que tenían graves problemas económicos y sociales, la Liga Aquea tomó las mismas medidas de carácter social que los reformadores de época helenística, que perjudicaban a los ricos, a quienes apoyaba Roma: abolición de las deudas o moratoria en su pago, libertad de los esclavos para que se alistaran en el ejército y contribuciones especiales a las ciudades ricas.

Los pueblos de Grecia central se unieron a la Liga Aquea: los eubeos, los locrios, los focidios y los beocios. La Liga Aquea fue vencida por Q. Cecilio Metelo en Scarfea, obligando a disolver la coalición. Pero en el año 146, el cónsul L. Mummio derrotó de nuevo a la Liga Aquea en el istmo de Corinto: Corinto fue arrasada y sus habitantes vendidos como esclavos o asesinados; la ciudad fue posteriormente reconstruida por César. Ese mismo año, Escipión Emiliano destruía también Cartago. Roma no toleraba a nadie que le pudiera hacer la menor sombra. Se ha supuesto que la destrucción de Corinto fue motivada porque, siendo una ciudad comercial, perjudicaba gravemente los intereses de los publicanos. En cualquier caso, la actuación de las legiones romanas aterrorizó a toda Grecia, que se mantuvo en paz hasta las Guerras Mitridáticas.

Parte del territorio de Corinto fue declarado *ager publicus*. Muchos de los ciudadanos que se había opuesto a Roma fueron ejecutados o se suicidaron y sus bienes fueron confiscados y vendidos. Las ciudades rebeldes se colocaron directamente bajo el control del procónsul de Macedonia; algunas de ellas, Demetrias y Calcis, recibieron guarniciones romanas. Atenas conoció una época de esplendor económico, debido a que, desde el 167, disfrutó del puerto franco de Delos, que favoreció el comercio a través del Pireo. No obstante, seguían existiendo problemas graves, como lo demuestran las dos revueltas de esclavos de 134-133.

El reino de Pérgamo

El poder que había logrado Pérgamo desde la paz de Apamea no era bien visto por el Senado y las relaciones con Roma se habían enfriado después de Pidna. Fronteriza con Pérgamo, estaba Bitinia, gobernada por Prusias II, mucho más servil a Roma que los atálidas. Eumenes II se defendió de los ataques de los gálatas, en 166, sin el permiso de Roma en contra de lo que se había acordado, lo que no pudo por menos

que molestar a ésta (Polibio, 30,1-3); la victoria se conmemoró con fiestas en honor de Atenea Nicéforos.

En 159, murió Eumenes II, del que Polibio nos dejó (32, 8, 1-7) el siguiente retrato:

«El rey Eumenes no gozaba de gran vigor corporal, pero sobresalía por la lucidez de su mente. En la mayoría de las facetas era hombre que no cedía ante los reyes de su tiempo y los aventajaba en lo que es más importante y de más dignidad. En efecto, ante todo, habiendo recibido de su padre un reino compuesto de pequeñas poblaciones sin importancia, logró que su imperio rivalizara con las dinastías más potentes de su tiempo, para lo cual no se sirvió de la fortuna como aliada, ni de ninguna revolución, sino sólo de su agudeza y de su industria, y de su propia actividad. En segundo lugar, fue un gran amante de la gloria, concedió más beneficios que otros reyes de su tiempo a las ciudades griegas y engrandeció a muchos hombres particularmente. Añadamos que tenía tres hermanos [que eran muy parecidos]: hizo que, en la práctica, se le sometieran en calidad de guardia personal: salvaron el prestigio del reino. Es fácilmente comprobable que todo esto ha sucedido pocas veces».

Le sucedió en el trono su hermano Atalo II, que siguió la misma política que su antecesor. Sus relaciones con Roma fueron buenas; no así con Prusias II. Atalo II tomó partido por Nicomedes de Bitinia, quien estaba en desacuerdo con su padre el rey Prusias, al que sucedió, en el 149, tras ser asesinado.

Atalo II luchó contra los tracios y mantuvo una vigilancia continua sobre los gálatas. Con motivo de las luchas contra los primeros, extendió su dominio en Europa, muriendo en 139-138. Le sucedió al frente de Pérgamo Atalo III, hijo de Eumenes II.

Durante estos años el reino era el único Estado procedente del Imperio de Alejandro Magno que gozaba de una envidiable situación económica, social y política; todos los demás se encontraban en absoluta descomposición interna, minados por continuas intrigas familiares.

Al morir Atalo III en 133, legó el reino a Roma (donación de la que se trata al referirse a Aristónico): este legado fue de una importancia excepcional, pues se entregaba a Roma la parte más próspera de Asia Menor. Esto era legal, según el derecho vigente y tenía además como precedente el caso de Ptolomeo VIII el Joven, rey de Cirene, que legó por testamento a Roma, al morir sin descendientes, el reino de Libia.

Atalo III legó la tierra del rey, pero no la ciudad de Pérgamo y su territorio, que quedó libre, junto con otras ciudades del reino. Por entonces se produjo la célebre revuelta de Aristónico, de la que Estrabón (16, 1, 38) dice:

Después de Esmirna está la pequeña fortaleza de Leucæ, que Aristónico sublevó tras la muerte de Atalo (III) Filométor. Aristónico era considerado miembro de la familia real e intentó quedarse con el reino. Fue expulsado de allí después de ser derrotado en una batalla naval cerca del territorio de Cyme por los efesios, pero marchó hacia el interior y rápidamente reclutó una banda numerosa de desheredados y esclavos a los que había incitado con la promesa de la libertad, y llamó a sus seguidores los Heliopolitai (ciudadanos del estado-solar). Primero ocupó Thyatira por sorpresa, luego se aseguró el control de Apollonis, más tarde buscó ganar otras fortalezas, pero no aguantó mucho tiempo y las ciudades enviaron en seguida un gran ejército (contra él). Nicomedes de Bitinia acudió al rescate y lo mismo hicieron los reyes de Capadocia. Luego llegaron cinco embajadores romanos, seguidos de un ejército y del cónsul Publio Craso, y más tarde de Marco Perperna, que puso fin a la guerra capturando a Aristónico vivo y enviándole a Roma. Aristónico acabó su vida en prisión mientras Perperna

murió de enfermedad, y Craso murió en batalla en un ataque cerca de Leucae. (Luego) vino Manius Aquillius como cónsul con diez enviados y organizó la provincia en la forma de gobierno que perdura hasta la fecha.

Tras la revuelta de Aristónico, algunas zonas del antiguo reino de Pérgamo fueron entregadas a los reyes del Ponto y de Bitinia, por la ayuda prestada a Roma. Tracia y Egipto se unieron a la provincia de Macedonia. Con el reino de Pérgamo, se formó la provincia de Asia.

El reino del Ponto Euxino.

Las dos últimas figuras de talla del Helenismo fueron Mitrídates VI Eupátor, rey del Ponto, y Cleopatra VII de Egipto.

El reino del Ponto estaba profundamente helenizado, como lo indica la titulación de sus reyes, tomada del Helenismo: Mitrídates IV Filopátor Filadelfo y Mitrídates V Evergetes. El reino del Ponto lindaba con Armenia, Capadocia y Paflagonia. En él se habían asentado desde hacía mucho tiempo varias colonias griegas: aquí, según la leyenda, Heracles había guerreado contra las amazonas.

La dinastía era de origen persa. Su capital era Sínope. En 121-120 murió asesinado Mitrídates V, sucediéndole su hijo, un niño de once años, que hablaba varias lenguas, profundamente ambicioso y sin escrúpulos.

En los años anteriores a Mitrídates VI, el reino, con Farnaces I y Mitrídates V, había desempeñado cierto protagonismo, interviniendo en el siglo II en los asuntos de Anatolia. Farnaces I siguió una política expansionista, al intentar, sin resultado, apoderarse de algunas colonias —como Mesembria— y del Quersoneso Tracio. Se contentó con hacer tratados para controlar una región, el Ponto Euxino, en la que los romanos no tenían interés. La ocasión de intervenir Mitrídates más allá de sus fronteras se la ofreció la presión de los escitas y de los sármatas sobre las colonias griegas. El Quersoneso, en el sur de la península de Crimea, pidió socorro a Mitrídates, que envió 6.000 mercenarios griegos, al mando de Diofante, que en tres años (del 110 al 107) logró ocupar la mayor parte de Crimea, incluyendo el Bósforo cimerio y llegar hasta Olbia, incorporando todo este territorio en el reino del Ponto. La adquisición era importante, por ser esta región rica en minas de plata, trigo y soldados. La primera faceta política de Mitrídates VI es la de unificador del Ponto, al igual que Burevista, creador del primer Estado dacio centralizado en tiempos de César.

Mitrídates VI extendió su radio de acción hacia Trapezunte, hasta cuyas cercanías la Cólquida (rica en minas), había llegado Jenofonte en el 400 a. de C con los 10.000 griegos, y hacia el oeste, a las ciudades de la costa del otro lado del mar, amenazadas por las tribus del Danubio. Mitrídates VI se presentó como el gran campeón del Helenismo contra las tribus bárbaras y contra los romanos; las colonias griegas del Ponto, las ciudades griegas de Anatolia y de Grecia le consideraron soberano helenístico y liberador.

Tarde o temprano tenía que estallar el conflicto con Roma, ya que la provincia romana de Asia estaba próxima al reino del Ponto y existía en ella, además, un profundo descontento con la administración de Roma, que la agobiaba con impuestos que recaudaban compañías de publicanos. La feroz explotación a que fue sometida la provincia

de Asia Menor, al igual que el resto de Grecia, ha quedado bien descrita por Plutarco (Luc. 20,1,2):

La desgraciada provincia se veía afligida por tantos males y miserias que no hay hombre que pueda imaginarlo, ni lengua que supiera decirlo, y eso se debía a la cruel avaricia de los arrendatarios y usureros romanos que la devoraban y la mantenían en un estado tal de cautividad que, particularmente y en privado, los pobres padres se veían obligados a vender a sus niños, y a sus niñas tenían que obligarlas a contraer matrimonio para pagar el impuesto y la usura del dinero que habían tomado en préstamo para satisfacerlo, y públicamente y en común debían vender las estatuas de los dioses, las pinturas y otros objetos preciosos de sus templos; e incluso al final ellos mismos eran entregados como esclavos a sus acreedores para pasar el resto de sus días en miserable esclavitud; y peor aún era lo que se les hacía soportar antes de esclavizarlos, pues les encarcelaban, les torturaban por el fuego, les desgarraban en el potro, les metían en el cepo, y les obligaban a permanecer de pie en el calor más intenso del verano y en invierno metidos en el fango o bajo el hielo, de tal forma que la esclavitud les parecía el alivio de sus miserias y un reposo para sus tormentos.

Algunos gobernadores romanos se dieron cuenta de la desastrosa situación económica en que se encontraba esta provincia a causa de los impuestos, e intentaron paliarla. Así lo hicieron el procónsul Q. Mucio Scaevola y su lugarteniente, P. Rutilio Rufo, en el 93 pero ambos fueron llevados ante los tribunales de Roma, controlados por grupos favorables a los intereses de los publicanos. Un viaje de incógnito de Mitrídates VI a la provincia romana le permitió conocer directamente la situación explosiva de la provincia, llegando al convencimiento de que no sería difícil sublevarla contra los romanos.

Las operaciones preliminares consistieron en asegurarse el apoyo de los reinos vecinos. Para ello, casó a su hija con Tigranes, rey de Armenia, con el que había hecho una alianza. Se repartió la Paflagonia con Nicomedes III de Bitinia, pero fracasó en su intento de unir la Capadocia; tampoco culminó con éxito el proyecto de ser nombrado rey de Bitinia a la muerte de Nicomedes III. Roma, que ya había intuido el peligro que podía significar la ambición expansionista de Mitrídates VI, animó a Nicomedes IV de Bitinia a invadir la Paflagonia, lo que fue causa de guerra en la primavera del 88.

La guerra cogió a Mitrídates preparado. Contaba con una flota de 300 barcos, y, además, con 130 carros y un ejército de 300.000 hombres, lo que indica que el rey del Ponto preparaba la guerra hacía mucho tiempo. A Mitrídates VI le fue fácil derrotar a Nicomedes IV (que huyó a Rodas) y a dos ejércitos romanos mandados por el gobernador de la provincia, M. Aquilio, que se refugió en Lesbos, donde fue condenado a muerte. El soberano del Ponto se apoderó de Bitinia y de la provincia romana de Asia, donde fue recibido como el liberador de la explotación romana. El odio contra Roma era tan profundo, que en una sola noche fueron asesinados 80.000 itálicos por orden del rey, que se encontraba en Éfeso; todos los bienes de los publicanos asesinados fueron confiscados, lo que permitió a Mitrídates no cobrar tributos en cinco años. El monarca promulgó las mismas disposiciones que todos los revolucionarios: condonación de las deudas y libertad a los esclavos.

Implantó el sistema administrativo de las satrapías, heredado del Helenismo y diferente del romano. Para prestigiar su poder, Mitrídates VI acuñó una excelente moneda de oro, inspirada en los modelos de Alejandro. Mitrídates se consideraba un he-

redero directo del rey macedonio, a quien tenía como modelo. Trasladó la capital a Pérgamo y siguiendo la misma política de los lágidas y atálidas se rodeó de artistas y escritores griegos.

Mientras tanto, la flota de Mitridates VI se había adueñado de las aguas del Egeo y había establecido una alianza con los piratas, cuyas intervenciones, debido a la descomposición del mundo helenístico, habían aumentado considerablemente: sus bases de operaciones eran Cilicia y Creta. Roma, en el 102, había intentado suprimir la piratería sin conseguirlo, pero existían fuertes intereses en ella, ya que los hombres capturados eran vendidos como esclavos en Delos, principal mercado de esclavos del Oriente.

Sólo Rodas resistió a la escuadra de Mitridates VI. Delos fue igualmente saqueada y los mercaderes itálicos asesinados. Cos se entregó al rey del Ponto. En esta isla se encontraban los futuros Ptolomeos XI y XIII, a los que casó con princesas de su familia, emparentándose así con esta dinastía. En ese mismo año, 88 a. de C., Mitridates se apoderó de Tracia, Tesalia, la provincia romana de Macedonia, Beocia, Acaya y Lacedemonia. Atenas también se incorporó gracias a las gestiones del filósofo Aristión. Grecia recibió a Mitridates como liberador de la explotación romana.

La rapidez con que actuó Mitridates VI —debido en gran parte a que los griegos de Asia Menor y Grecia no opusieron resistencia y le abrieron sus puertas— cogió a Roma, que acababa de salir de la Guerra Social, desprevenida. En la capital del Imperio, la lucha entre los dos partidos, populares y *optimates*, tampoco favorecía una rápida toma de decisiones, ya que existía una enconada lucha por el poder.

Finalmente, el senado encargó al cónsul Sila partir hacia Oriente y luchar contra Mitridates VI; tras desembarcar en el Epiro con cinco legiones en el 87, venció a Arquelao, estrategia de Mitridates, y cercó Atenas, que se entregó en el 86. La actuación de Sila fue criticada cuando, para mantener al ejército, se vio obligado a saquear el santuario de Delfos; Sila no era hombre con escrúpulos religiosos: era un militar duro, habituado a imponerse por el terror. Atenas, contra lo prometido, fue saqueada y el puerto del Pireo incendiado. En Beocia, Sila volvió a vencer a Arquelao. En el 86, Roma dominaba nuevamente Grecia.

Mientras tanto, Lúculo, lugarteniente de Sila, viajó por el Mediterráneo (Cirene, Egipto, Siria y Chipre) en busca de efectivos para preparar una flota romana que, en compañía de la rodia, se enfrentase a la de Mitridates VI y los piratas, que controlaban el Mediterráneo. En Hispania, Mitridates VI hizo una alianza con el demócrata Sertorio, que luchaba contra las tropas de los *optimates*, tratando, así, de coger a Roma entre dos fuegos. Estos contactos, por los que Sertorio garantizaba a Mitridates VI la posesión de Capadocia y de Bitinia, datan ya de la Segunda Guerra Mitridática.

En Asia, el propio rey se puso al frente de las operaciones militares, encontrando oposición en las ciudades griegas, al exigir de ellas soldados, barcos y dinero para la guerra. Mitridates, como la mayoría de los soberanos helenísticos —y el propio Alejandro— no tuvo inconveniente en implantar el terror si lo creía útil: una revuelta en Éfeso fue duramente reprimida y a los habitantes de Quíos que se opusieron a sus solicitudes les deportó a la Cólquida.

Perdida Grecia, presintiendo que Asia Menor se escapaba a su control y ante la noticia de que un ejército romano mandado por Lúculo, enemigo ahora de Sila, había cruzado el estrecho del Bósforo y llegado a Bitinia en el 85, Mitridates juzgó prudente entablar negociaciones. Prefirió llegar a un acuerdo con Sila, antes que con Lúculo. El

tratado, que fue una verdadera capitulación, se firmó en la Troade. El rey se vio obligado a abandonar todas sus últimas conquistas: Capadocia, Bitinia y la provincia romana de Asia Menor, a entregar 70 navíos y pagar una fuerte suma como indemnización de guerra. Este triunfo dio a Sila un gran prestigio como general.

Antes de regresar a Roma, donde estaba el verdadero campo de operaciones, el general romano premió a las pocas ciudades griegas que, como Rodas, que habían permanecido fieles a la causa romana y castigó a las que la habían traicionado. Los habitantes de Quíos, que habían sido deportados, volvieron a su isla. Asia Menor debió pagar el apoyo prestado a Mitrídates VI con una altísima contribución: 20.000 talentos. La explotación de los publicanos, las contribuciones de Mitrídates VI y después las impuestas por Sila, arruinaron estas ciudades, antes tan prósperas.

En el 84, Sila volvió de Grecia, con un botín fabuloso, entre el que figuraban numerosas obras de arte y los tratados de Aristóteles, que de este modo quedaron salvados para la posteridad. La Primera Guerra Mitrídática había terminado.

Mitrídates VI no era político que se asustara ante las dificultades. Era hombre de carácter tenaz, que no daba su brazo a torcer una vez que tenía un proyecto en marcha. Sabía muy bien que Roma no era bien querida, ni en Grecia, ni en Asia, a causa de la explotación financiera, ahora acrecentada por la altísima contribución de guerra.

La Segunda Guerra Mitrídática duró del 83 al 81, siendo gobernador de la provincia de Asia L. Licinio Murena. La guerra estalló por la disputa de la Capadocia, que, según el gobernador romano, no fue totalmente abandonada por Mitrídates VI. La Primera Guerra Mitrídática no había erradicado del Egeo la piratería, que siguió dominando el mar; para obtener éxito en esta lucha, fue necesario apoderarse de las bases de aprovisionamiento de los piratas, que estaban en Cilicia y en segundo lugar, algo que no tenía precedentes en la historia de Roma: crear un mando único y extraordinario, que actuase en caso de necesidad, en todas las provincias. Se nombró a Marco Antonio, que no era precisamente la persona más adecuada para este cometido: los piratas cretenses le vencieron y murió en el 71. Esta situación fue francamente adversa a la causa romana. En el 69, los piratas se quedaron con la isla de Delos, que nunca volvió a recuperarse de esta catástrofe.

En el 74 murió Nicomedes IV de Bitania, legando su reino a los romanos, a imitación de Atalo III. No se escapó a la sagacidad de Mitrídates VI el peligro que implicaba tener a los romanos en las proximidades del Ponto. Para conjurar este peligro, invadió Bitinia, siendo bien recibido por la población. Poco antes, Murena había sido llamado a Roma, que consideraba tan preocupante la situación que había enviado los dos cónsules al Oriente. Esto iba en contra de la costumbre romana, pues dejaba Roma sin las dos supremas magistraturas de gobierno. Uno de ellos era Lúculo que conocía bien Oriente y ya había participado en la lucha contra las tropas de Mitrídates VI. Con las legiones, que habían luchado en Cilicia contra los piratas, logró que Mitrídates, que había vencido a su colega, levantara el cerco de Cicico en la Propóntide y que abandonara Bitinia. En el 72, logró derrotar a la flota de Mitrídates VI en la isla de Lemnos, lo que obligó a ésta a retirarse al Ponto Euxino.

Lúculo decidió arrancar las raíces de la guerra e invadió y se apoderó del reino del Ponto en el 71. Al año siguiente, logró adueñarse de las dos ciudades del reino —la capital, Sínope, y Amisea—, mientras Mitrídates VI se refugiaba en la corte de Tigranes.

Lúculo propuso al Senado la creación, con estas tierras, de la provincia del Ponto. Las que quedaban al norte del Ponto Euxino —las primeras que Mitrídates VI había

conquistado— se perdieron también. El hijo de Mitrídates, que las gobernaba, entabló negociaciones directas con Lúculo, con el fin de mantenerse en el poder.

La Tercera Guerra Mitridática terminó con la total victoria de Roma y la desaparición del reino del Ponto. Lúculo demostró estar a la altura de las circunstancias y ser un buen estratega y también un buen gobernador: defendió sus provincias —el Ponto, Bitinia, Asia Menor y Cilicia— de la rapacidad de los funcionarios romanos. Las poblaciones guardaron siempre un buen recuerdo suyo.

Mientras se desarrolló la guerra, el gobernador de Macedonia, hermano de Lúculo, colocó bajo la autoridad de Roma las colonias griegas asentadas en la ribera occidental del Ponto y las declaró autónomas.

Roma no descansaría tranquila mientras viviera Mitrídates VI. Lúculo quería hacerle desaparecer. Exigió a Tigranes —que a lo largo de quince años había logrado ensanchar su reino a expensas de los seléucidas— la entrega del rey, a lo que éste se negó. En el año 69, el ejército romano penetraba en Armenia: la capital, Tigranocerta, cayó en su poder. El rey de Commage, Antíoco I, salió a recibir a Lúculo. Este rey construyó un santuario en Nemroud Dagh, dedicado al culto imperial, al que ya nos hemos referido. En el 68, Lúculo penetró en Armenia; pero se vio obligado a retroceder, ante la negativa de las legiones a seguir evacuando. Mitrídates VI se aprovechó de esta situación para volver al reino del Ponto y arrojar de allí a las legiones romanas; en el 67, ya había reconquistado su reino. Por su parte, Lúculo, a quien los publicanos y sus enemigos políticos no perdonaban, fue destituido del mando. Al frente de la guerra contra Mitrídates VI se nombró ahora a Pompeyo, hombre cargado de experiencia durante la Guerra Sertoriana en Hispania.

Roma seguía considerando a Mitrídates VI como enemigo peligroso, capaz de rehacer sus dominios. La fórmula de un mando extraordinario, arbitrada en el 74, había dado un buen resultado, y se repitió con Pompeyo, más ampliada aún. Se le entregó todo el poder, desde Oriente hasta Hispania, incluso sobre una franja costera de 50 km de profundidad. Ningún general romano había tenido nunca un poder tan extraordinario. Sus objetivos principales eran liquidar a Mitrídates VI y a los piratas. Su táctica consistió en dividir el Mediterráneo en sectores, cada uno de ellos encomendado a una escuadra. Se atacó a los piratas en su misma base de operaciones, la Cilicia, país montañoso, donde la defensa era fácil. Un plan de re inserción social de los piratas capturados —que fueron trasladados a las ciudades semidespobladas por la guerra— facilitó la operación. Pompeyo atravesó Anatolia, pasando por el centro, y Capadocia, hasta salir al Ponto, que fue abandonado por Mitrídates. Este se refugió, entonces, primero en la Cólquide y posteriormente en el Quersoneso Táurico, donde logró restablecer su autoridad.

En este momento, planeó el monarca pónico un plan fantástico, inspirado en la marcha de Aníbal sobre Roma. Se trataba de atacar a Italia remontando el curso del Danubio y levantando contra Roma a todos los pueblos de la Europa Central, para desembocar en el norte de Italia: Mitrídates contaba entonces sesenta y cinco años. El plan fracasó; su hijo Faraces, con el apoyo de Pompeyo, se proclamó rey del Bósforo cimerio y Mitrídates VI se quitó la vida envenenándose. La Cuarta Guerra Mitridática había terminado.

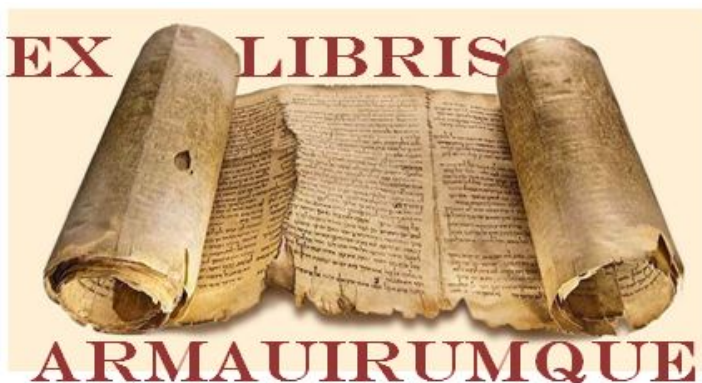
Pompeyo demostró ser tan excelente estratega como organizador. Antes de marchar a Roma, organizó las cuatro provincias de Asia Menor; hizo la paz con Tigranes y con los partos, con los que Lúculo había hecho ya un tratado; agrupó en Galacia a

las tribus celtas y dejó a un rey amigo de Roma ocupando el trono de Capadocia. En el 64, llegó a Siria y juzgó conveniente para los intereses de Roma liquidar la monarquía seléucida: Antíoco XIV huyó y fue posteriormente asesinado. Siria quedó reducida a provincia romana. Pompeyo, llamado por los propios judíos, intervino también en Judea —aquejada por el mismo mal de luchas dinásticas—, suprimiendo su condición de reino independiente: en el futuro, sus habitantes serían gobernados por un ethnarca. Los árabes nabateos compraron su independencia.

Pompeyo recibió los restos mortales de Mitrídates VI cuando se encontraba en el Ponto: celebró suntuosos funerales y enterró el cuerpo en Sínope.

Las ciudades griegas que permanecieron fieles a Roma recibieron la autonomía. Pompeyo fundó ciudades y restableció a los veteranos. A partir de este momento, todo el Oriente dependía de la administración de Roma. Sin embargo, Pompeyo no sacó partido de sus conquistas: para que el Senado reconociese las excelentes medidas que había tomado en Oriente, tuvo que arrojarse en brazos de César.

El saqueo de obras de arte fue grande: en el triunfo de Lúculo, en el 63, Plutarco (*Luc.*, 37) menciona, además de una gran cantidad de equipos militares, una gran estatua de oro de Mitrídates, de seis pies de alto, un largo escudo con piedras preciosas y veinte montones de vasos de plata. En el triunfo de Pompeyo, del año 61, según Plinio (37.14), entre otras riquezas maravillosas, figuraban asientos y vasos de oro, gemas colocadas en nueve armarios, treinta y tres coronas de perlas y una montaña de oro de forma cuadrada, en la que había ciervos, leones, árboles frutales de todas clases y una parra de oro enroscada. Según Apiano (*Mubr.*, 17, 116-117), en el desfile, figuraban el trono y el cetro de Eupátor y una imagen suya de oro que media ocho codos de alto. También menciona retratos de quienes no estaban presentes en calidad de rehenes, como Mitrídates y Tigranes en actitud de lucha, de derrota y de fuga; incluso estaba representado el asedio de Mitrídates y la noche de su huida. Se representaba también cómo murió y estaban pintadas, a un lado, las hijas que eligieron morir con él e imágenes de dioses bárbaros ataviados según las costumbres de su país. Estas descripciones dan una idea exacta del lujo de las cortes orientales, de la calidad y cantidad de obras de arte que había en Oriente y del gran número de artistas que allí trabajaban. Las composiciones que pertenecían a las pinturas de carácter histórico, se exhibían en Roma el día del triunfo de los generales, y servían de eficaz propaganda política.



CAPÍTULO XXXII

ESTRUCTURA POLÍTICA Y ECONÓMICA

EL MARCO POLÍTICO

Las conquistas de Alejandro motivaron un cambio radical en la historia griega, hasta entonces dominada en gran parte por las *poleis*. Se inauguró una época nueva, que significó una innovación total. La monarquía, como forma política de gobierno, había existido siempre, al igual que el sistema de Estados federados. La novedad del Helenismo consistió en la aparición de grandes monarquías, grandes confederaciones y en las grandes líneas de su propaganda política. Los reinos helenísticos permanecerán siempre griegos y el Mediterráneo fue el centro del Helenismo. Las monarquías fueron en este momento las principales fuerzas en la historia política.

El carácter grecomacedón que tuvieron desde el principio las monarquías helenísticas elimina la búsqueda de raíces orientales. Los reyes helenísticos no se titularon, al revés de lo que sucedió en Macedonia, reyes de una región o pueblo, sino simplemente reyes. Los indígenas, sin embargo, les daban otros títulos: a Antíoco I en documentos cuneiformes se le llamaba «Rey del País», «Rey del mundo», «el poderoso Rey», «Rey de Babilonia»; y los Ptolomeos fueron «Reyes del Alto y Bajo Egipto», etc., pero estos títulos no tuvieron ninguna significación para los griegos. El rey debía ejercer un control sobre un territorio. En la Suda (siglo V, *Basilea*) se dice que no es la descendencia lo que da a los hombres la monarquía, sino la habilidad en el mando del ejército y en el gobierno de la ciudad. Así aconteció con los sucesores de Filipo y Alejandro. En especial, la monarquía macedónica fue diferente de las restantes helenísticas: el rey era el *primus inter pares*.

Los griegos, como ya hemos dicho, habían conocido la monarquía desde antiguo, como forma política de gobierno, y se había mantenido siempre en algunas regiones griegas. Al comienzo del mundo helenístico, la monarquía macedónica había desempeñado un papel de primer orden en los asuntos de Grecia, lo que contribuyó a prestigiar el sistema monárquico de gobierno. Los griegos consideraban a Macedonia como un país semibárbaro, y en ello insiste Demóstenes en sus discursos contra Filipo II. La idea de realeza se vinculaba automáticamente con los soberanos persas. Para muchas ciudades libres, este sistema era inaceptable.

Isócrates escribió una biografía laudatoria del rey chipriota Evágoras, que sirvió como modelo al Agesilao de Jenofonte, en la que se habla largamente de sus virtudes.

En la *Ciropaedia*, Jenofonte trató, tomando como modelo la educación de Ciro, de las cualidades que deben adornar al rey y en el *Hierón*, estableció la diferencia entre el rey y el tirano. Las dos obras más influyentes en este aspecto fueron dos escritos de Isócrates: *A Nicocles* y *Nicocles*, en las que se encomia las virtudes de moderación, justicia y autodomínio del rey. En la primera, se defiende la superioridad del régimen monárquico sobre el aristocrático y el democrático, debido a su estabilidad y permanencia. La segunda obra trata de la constitución ideal, problema que ya había preocupado a Platón y Aristóteles. Según Platón, el mejor gobernante es el rey filósofo.

En la época helenística se redactaron muchos tratados sobre la monarquía. Los más antiguos son obra de Aristóteles y de Teofrasto; este último autor se lo dedicó a Casandro. Otras obras se deben a Demetrio de Falero y a los filósofos estoicos Zenón, Cleantes, Sfero y Perseo, este último dedicado a Antígono. Todos, salvo unos fragmentos de Teofrasto, se han perdido.

Las descripciones del monarca ideal helenístico que se conocen son debidas a Hecateo de Abdera, filósofo escéptico conocido a través de Diodoro, en cuya obra hay una descripción ideal de Ptolomeo I, que en realidad sigue cánones griegos. Un segundo documento es la *Carta a Filócrates*, del judío Aristeo, que debió vivir en Alejandría entre los años 160 y 100, donde se trata también del rey ideal helenístico. En tercer lugar, se conservan fragmentos de tres tratados pseudopitagóricos, escritos bajo los seudónimos de Diotógenes, Sthersidas y Ecfanto, del siglo III el último y del II los anteriores. El rey debía ser un vencedor en la guerra, y por ello protector bienhechor del pueblo y un campeón de la civilización contra los bárbaros, como los antigónidas contra los pueblos del norte, o los atálidas contra los gálatas, o Eutidemo contra los nómadas de las estepas. El monarca debe ser también el restaurador y guardián de la paz. Su mejor virtud es la justicia, como afirmaron Platón y Teofrasto. La justicia depende de la obediencia a las leyes. Deben ser los monarcas excelentes administradores y cuidar de la armonía. El rey debe ser generoso, magnánimo con su pueblo, piadoso con los dioses, sabio, inteligente y rico y conservar el dominio de sí mismo.

El título de conquistador, sin embargo, era el más apreciado. Para asegurar una pacífica transición, se asociaba el reino al heredero. Los primeros casos fueron Antíoco con Seleuco y Demetrio I con Antígono I. Para consolidar el reino en el Imperio Lágida, los soberanos solían casarse con sus hermanas, antigua costumbre del Egipto faraónico mal vista por los griegos, aunque en la mitología griega existían precedentes, como el de Zeus y Hera. El caso más antiguo fue el de Ptolomeo II con Arsínoe. También en Egipto está documentada la poligamia, como Ptolomeo VIII Evérgetes II, que se casó con su hermana Cleopatra II y con su hija Cleopatra III.

Las luchas endémicas de unas ciudades contra otras, que fueron el gran cáncer de la historia griega, y el fracaso del federalismo llevaron a la idea de la unificación de Grecia bajo un solo hombre, que tenía el poder en su país o en su ciudad. Seguramente éste era el ideal de Filipo II. Problema oscuro es conocer en qué medida influyeron las monarquías orientales en esta concepción de la monarquía macedónica.

La definición del soberano helenístico, en el momento en que se impone el Hellenismo, ha quedado magníficamente expresada en un epigrama de cuatro versos, atribuido a Calímaco, escrito hacia el 280 y revalorizado recientemente por F. Chamoux. Dice así:

«Un escudo es para Enyalos una consagración conveniente, con falderas de caballos de brillante decoración. En Polemos, proclama que consagra la victoria al rey Magas,

como un bello privilegio, a fin de que bajo su patronazgo se salvaguarden su cetro, sus pueblos y sus ciudades.»

Se trata de la ofrenda hecha por un oficial, al valor de la guerra, a Ares Eupolemos en su santuario. Le consagra el escudo y los arneses del caballo, junto a la estatua de la Victoria. El dedicante consagra la Victoria a Magas, como si se tratara de un dios. El epigrama indica que Magas es el salvador de su reino y de su pueblo; que junto al dios está el rey vivo, el favorito de la Victoria que le acompaña como un bello privilegio en su calidad de rey. La estatua de Niké la dedica al rey, y al mismo tiempo, el soberano está bajo el patrocinio de la Victoria. También señala el epigrama magníficamente en qué consiste el patrimonio real: el cetro símbolo del poder, los pueblos (probablemente las tierras reales con sus trabajadores) y las ciudades Cirene, Barce y Eubespérides. Otros símbolos reales eran la corona, el anillo y el manto de púrpura.

Los reyes residían habitualmente en su capital, Alejandría, Pérgamo, Antioquía y Pella, rodeados de la corte. La capital era una ciudad privilegiada, adornada con magníficos edificios: Alejandría, además del palacio real, tenía dos bibliotecas, un museo, un zoo, un observatorio, un instituto anatómico; en Menfis, se hallaba el Jardín Botánico, donde se aclimataban los árboles frutales. En Antioquía existía una biblioteca pública y en Pella una privada.

Las monarquías contaban con una corte alrededor del rey, que recuerdan más las monarquías del Egipto faraónico o a la de los aqueménidas que a las monarquías griegas de Macedonia, Esparta, etc. Los palacios reales tenían un número elevado de servidores, esclavos y eunucos, especializados en diferentes funciones. Un grupo de amigos rodeaba al soberano, y gozaban de una situación privilegiada, recibiendo dones especiales, como tierras, aunque no desempeñaban ningún papel importante en la sucesión.

Las monarquías helenísticas carecieron de una aristocracia indígena. La primera mención de este grupo de amigos alrededor del rey data del 285, y se encuentra en una carta de Lisímaco dirigida a la ciudad de Priene. Los amigos del rey formaban un consejo de Estado, pero las decisiones incumbían sólo al rey. Eran, generalmente, de origen griego, quedando excluidos los judíos, los iraníes, los sirios o los egipcios, pero más por prejuicios que por falta de capacidad. Algunos eran exiliados políticos, como Demetrio de Falero en la corte de Alejandría. De estos grupos de amigos, el rey nombraba los gobernadores de las provincias, ministros, oficiales del ejército, embajadores, etc. En el siglo II, los amigos del rey formaron parte de la burocracia y se convirtieron en una clase estratificada y jerárquica, con títulos honoríficos e intervención en el gobierno.

Así, los diádocos, cuando se hicieron con el poder, muerto Alejandro, tenían ya experiencia en la administración. Al principio fue rudimentaria, pero con el tiempo se fue perfeccionando hasta alcanzar una gran eficacia mediante una amplia burocracia.

Los templos indígenas también ejercían su poder. El rey tenía que estar en buenas relaciones con ellos; les protegía, les hacía regalos y les concedía privilegios.

El caso de Alejandro Magno es significativo. En Egipto se presentó como continuador de los faraones e hijo de Amón; esto pudo ser una medida política con vistas a ser aceptado por los egipcios. En Persia, siguió con la misma política; se erigió en sucesor de los reyes aqueménidas, y más concretamente, de Darío III, contra el que había luchado. Aceptó una serie de elementos típicamente orientales, como la *proskinesis*, que tanto molestaba a los macedonios, y el ceremonial persa de la corte. Se casó

con una princesa irania y animó a hacer lo mismo a un gran número de macedonios. Conservó la administración aqueménida y mantuvo en sus puestos a muchos notables iranos. Enroló en su ejército a gran número de soldados persas, con sus jefes y oficiales, colocó en el mismo nivel a iranos y macedonios e incluso vistió a la moda persa. Esto último impresionó tanto a los artistas que en el gran camafeo de Francia, Alejandro Magno, vestido al uso persa, con pantalones y el gorro iranio, ofrece a Augusto la bola del mundo, indicando así que el emperador romano era el sucesor de las monarquías helenísticas.

Esta política seguida por Alejandro, que demuestra una gran habilidad y que era la única para no presentarse como extranjero en los territorios conquistados, fue muy difícil de asimilar para los macedonios de su ejército. En Egipto, los soberanos lágidas no aceptaron la cultura indígena. En Asia, la política seguida varió entre distintos los gobernantes. Algunos, como Lisímaco y Antígono, se comportaron siempre como forasteros. Seleuco fue más precavido, pero no se consideraba el continuador de los monarcas aqueménidas. Alejandro Magno le obligó a casarse con una nativa, que después repudió, para casarse con una semiirania. Su concepto de monarquía tampoco fue, al parecer, oriental. Entre las diversas monarquías helenísticas hubo una diferencia fundamental: las que gobernaron el oriente estaban formadas por griegos y por orientales; las de Europa, sólo por griegos. Al no ser el *status* de griego y el de oriental el mismo, la naturaleza del poder fue diferente, según se ejerciera sobre unos u otros. Los griegos siempre estuvieron en minoría en las monarquías orientales. La peculiaridad de estas monarquías era que gobernaban poblaciones muy heterogéneas, amalgamas de diferentes lenguas, religiones, culturas, etnias, etc., condiciones que no se daban en las monarquías de Europa, Antigónidas de Macedonia o Eácidas del Epiro. Por esta razón, se ha llamado a las monarquías orientales personales, por ser la persona del rey el elemento federativo.

La monarquía helenística estuvo estrechamente vinculada a la religión. Las dinastías se hallaron bajo protección especial de determinados dioses. Los soberanos se asemejaban a diversos dioses, y en algunos casos se identificaban con ellos.

Las ciudades establecieron cultos a los reyes y reinas. Existió un culto dinástico de carácter oficial al rey difunto, y a veces a miembros de la familia real en vida. Es difícil establecer la línea divisoria entre el culto a los dioses patronos y el de los dioses del panteón, identificados con miembros de la casa reinante; incluso entre el culto dinástico y el culto específico de cada ciudad. Heracles fue el antepasado de la dinastía de los Argeadas, y Apolo el de la Seléucida; el de los Atálidas fue Dionisos. La asimilación de los reyes a dioses concretos estuvo en estrecha relación con el patronazgo divino y con los antepasados.

Las monarquías helenísticas arrancan de la monarquía macedonia, de donde procedían Alejandro Magno y los diádocos. La monarquía macedonia no perdió nunca los rasgos de la monarquía argeada. El rey era rey de los macedonios, titularidad que corresponde a la idea arcaica de que no existe un Estado, ni comunidad concreta. Otra titularidad era el del «Rey de los Macedonios», lo que no quiere decir que el monarca tuviese un poder absoluto, sino que encarnaba la asamblea de los macedonios. Asamblea que no intervenía en la negociación de los tratados, pero que tenía competencia en las conclusiones, aprobando los tratados por aclamación. La asamblea tenía personalidad jurídica colectiva e intervenía a veces en la sucesión real. Demetrio Poliorcetes, Lisímaco, Ptolomeo Keraunos y Antígono Gónatas fueron aclamados reyes por el ejér-

cito. Sin embargo, los monarcas antigónidas gozaban de gran libertad de acción, más que los lágidas y seléucidas. En la monarquía macedonia, no se divinizó nunca a los soberanos, ni hubo el lujo escandaloso de las cortes orientales.

En Epiro, donde habitaban muchos pueblos, no se puede hablar de una realeza epirota. De estos pueblos, los molosos eran los más importantes. En el siglo IV, hubo una alianza de todos ellos. Los molosos conservaron su realeza tradicional, pero ésta no se extendió a todos los epirotas. El caso mejor conocido es el de Pirro, que disfrutó de una realeza personal y no fue tenido por hegómón de una alianza.

En Oriente la situación fue totalmente distinta, ya que el soberano reinaba sobre pueblos bárbaros. Es posible que se sintiera por ello rey universal y que se perdiera muy pronto su vinculación con los macedonios. La titularidad real fue muy sencilla: el nombre del soberano unido a la palabra *basileus*.

En el caso de los Ptolomeos, que gobernaron, además de en Egipto, en Chipre y en Cirene, se añadió la localización geográfica. La base de esta realeza fue la persona real, cuyas cualidades reconocieron sus contemporáneos.

Las luchas endémicas de unas monarquías contra otras hicieron que las cualidades militares fueran lo más importante. El rey demostraba ser el protegido de los dioses, gracias a sus victorias. Estas eran, pues, fundamentales para demostrar que los dioses le eran propicios. Por esta razón las representaciones de la Victoria o *Niké*, la de Atenea con su armadura, o las de Zeus Nicátor, el Victorioso, son tan frecuentes en las monedas helenísticas. Esta concepción no está ligada a la divinización de los reyes, que en algunos casos, como en el de Ptolomeo II o Seleuco I, lo fueron después de muertos.

De la idea del carisma de Victoria, se pasó a que la tierra conquistada era propiedad del rey, y por derecho este patrimonio se transfirió a los herederos como patrimonio. En esta concepción se basó el derecho dinástico y el carácter patrimonial del reino. Los reyes macedonios transmitieron la realeza en cuanto función, y no el reino en cuanto patrimonio. Las luchas intestinas de seléucidas y lágidas tuvieron lugar no sólo por la realeza, sino también por la herencia. Al morir un soberano, se transmitían realeza y patrimonio. Con esta concepción, los soberanos helenísticos podían legar el reino a quien quisieran, como lo hicieron Atalo III en 133 con el reino de Pérgamo, Ptolomeo Apión con la Cirenaica en el 96 y Nicómedes IV en el 79 con Bitinia. Ni las monarquías de Grecia, ni el propio Alejandro Magno, ni los soberanos aqueménidas tuvieron esta concepción patrimonial del reino, que tiene antecedentes faraónicos. El soberano administró el reino como un patrimonio. Los funcionarios dependieron directamente del rey y se eligieron entre el círculo de amigos y de familiares que integraban el Consejo Real. No hubo una aristocracia de sangre hereditaria.

Los monarcas seléucidas y lágidas podían entregar parcelas de su reino a particulares o a comunidades, templos, etc.; pero el rey era siempre el propietario y se podía llamar en cualquier momento a la donación.

De esta concepción se deduce que los hombres que vivían bajo una monarquía sólo tenían los derechos que el rey les concedía. Como los griegos vivían en *poleis*, las relaciones entre ciudadanos y reyes se produjeron entre ciudades y reyes. Las ciudades del reino oriental carecieron de verdadera libertad, aunque podían disfrutar de autonomía municipal. El rey tenía derecho absoluto sobre sus súbditos y no estaba obligado a dar cuentas a nadie. Las ordenanzas y edictos eran aplicables en todo el reino y las cartas se dirigían a los funcionarios o a las ciudades. La legislación real se refería al derecho público y no al privado.

En las ciudades griegas se mantuvo el derecho de la ciudad; en Egipto, donde no hubo ciudades griegas, no se aplicaba el derecho de una *polis*. Las nuevas ciudades, en el Imperio seléucida del este, estaban bajo el gobernador real, que mandaba la guarnición. No existió una constitución. La legislación expresaba la voluntad del rey. El soberano tenía deberes, no sólo administrativos, de gobierno o militares, sino derivados de un ideal moral, que arranca de la realidad de la *polis* y de la filosofía política. En este aspecto, los reinos helenísticos se apartaron de la concepción de la monarquía macedónica.

Las dos grandes escuelas de filosofía, dirigidas por Platón y Aristóteles, no contribuyen a una nueva teoría política. Las ideas políticas de Platón, expuestas en su *Político*, de que el rey está por encima de toda ley positiva, y de que él mismo es la fuente de la ley, están en la base de la teoría helenística sobre la monarquía, pero en el marco de la *polis*.

A las otras escuelas les interesó fundamentalmente el hombre como individuo y su felicidad. El epicureísmo predicó la abstención de los asuntos políticos. El estoicismo y el cinismo aludieron frecuentemente a los problemas políticos. La meta del cínico era ser dueño de sí mismo, y de este modo tener el poder y el derecho de dirigir a otros, con lo que constituía la base a la teoría del monarca ideal. El estoicismo justificó el poder monárquico, ya que el poder, legitimado por la sabiduría, procede de la participación de la razón que rige el universo. Para el estoico, el hombre es cosmopolita; la única forma política es la monarquía universal, que refleja la soberanía de Zeus.

La documentación sobre la organización del reino antigónida es muy escasa. Macedonia era el único Estado-nación entre todas las monarquías helenísticas. Siempre fue un estado muy tradicional, en donde no hubo problemas de mezcla de culturas. El país estaba dividido en circunscripciones administrativas, que a la vez servían de puntos de reclutamiento militar, bajo la autoridad de un *epistates*, nombrado por el rey. Las villas eran los centros clave de las circunscripciones. Sólo tenían autonomía municipal. En la alta Macedonia, las circunscripciones correspondían a los territorios de las tribus. La aristocracia debió conservar privilegios administrativos.

Tesalia estaba gobernada por reyes del tipo de los de Macedonia. Macedonia favorecía a los regímenes fiables a ella, apoyaba tiranías o colocaba guarniciones en puntos estratégicos, para tener el acceso fácil a Grecia. Tesalia era una zona segura de influencia macedónica. Tracia y Peonia fueron también gobernadas por estrategas.

El reino Seléucida

Fue la que controló la mayor extensión de territorio. Corresponde en origen a lo que había sido el imperio de Darío I, desde la India hasta el Egeo. Era la que tenía más problemas de todo tipo y la más heterogénea bajo todos los aspectos. Un problema siempre grave fueron las comunicaciones, debido a las grandes distancias. Alejandro Magno y los seléucidas conservaron el sistema administrativo aqueménida. El reino seléucida era una monarquía personal, fundada por Seleuco, más que nacional. El territorio no tenía unidad étnica. En la documentación oficial sólo se menciona al rey; detrás de él se encontraban los «amigos», el ejército y la flota. La corte era un vehículo de relaciones internacionales abiertas a los soldados, los políticos y los sabios, generalmente de origen griego o macedonio. Los «amigos» se dividían en varias categorías: varones honrados, varones especialmente honorables, etc.

La base y el poder de la monarquía seléucida era el ejército, que determinó la estructura y la historia del reino, como la colonización, las relaciones con los indígenas y el éxito limitado de la helenización. El rey, los amigos del rey y el ejército ejercían el poder sobre el territorio y la población. El campo estaba cultivado por los campesinos, cuyo *status* era similar al de los siervos rurales.

Una peculiaridad de la monarquía seléucida fue que estaba compuesta por ciudades, pueblos y pequeñas dinastías.

El corazón de la monarquía seléucida estaba formado por Siria, Cilicia y Mesopotamia. La expansión de la monarquía seléucida en Asia Menor siguió la ruta de la *Anábasis* de Jenofonte y la marcha de Alejandro, y no el antiguo camino real persa, que de Éfeso conducía a Sardes, atravesando Frigia.

La monarquía seléucida estaba dividida en distritos y áreas territoriales bajo la directa administración del rey y de sus generales. Estas áreas respondían más a motivos estratégicos que a regiones políticas o económicas. Estaban gobernadas por mandos especiales, que al comienzo de la monarquía solían ser entregadas a miembros de la familia real, especialmente al heredero del trono, que administraban las satrapías superiores y el Irán. Otro mando especial residía en Sardes, con control sobre todo el territorio, desde el río Halys a las montañas del Tauro.

Existía un responsable de las finanzas, un administrador del distrito, o mejor, de la propiedad real, gobernado por un general, que podía ser también administrador de propiedades particulares y un administrador de ingresos, con una función similar a la del economo, que fue poco a poco relegado por el administrador de los ingresos. Es difícil establecer una jerarquía entre las funciones. Otros oficiales eran: el contable, el secretario o el custodio del registro de las deudas.

Herodoto (3.90-4) menciona veinte satrapías durante el gobierno de Darío I, pero no todas están registradas durante los seléucidas. En el siglo III, se conocen once satrapías, número que después debió aumentar, y que formaban una unidad política, estratégica y económica. Las satrapías se subdividían en hiparquías y, más recientemente, en toparquías. El cargo de sátrapa se mantuvo hasta el gobierno de Antíoco III, pero sólo en Asia Menor; desde Antígono, gobernaron estrategas.

Las satrapías al este del Éufrates se agrupaban bajo un gobernador general, que podía ser el heredero a la corona o un príncipe. La capital era Seleucia del Tigris. El estratega de Lidia, con capital en Sardes, extendía su autoridad a los restantes estrategas; era un cargo de carácter militar. Cada satrapía disponía de numerosos funcionarios dedicados a la administración, de carácter civil y financiero. Con Antíoco III, el cargo de estratega llegó a ser el más importante, y el economo controló la administración fiscal y financiera. Apenas se conoce algo de los cargos inferiores. Los funcionarios tenían autoridad sobre los territorios reales, cuya extensión se desconoce y que podían ser donados o confiscados por el monarca.

A estas satrapías seguían en importancia las de Caele-Siria, al sur de Siria, con las importantes ciudades caravaneras de Palmira y Damasco, e Irán, con zonas muy fértiles e importantes rutas de comercio. Quedaban, además, las satrapías del noreste, en el extremo oriental del reino.

En el siglo III y II, hasta la paz de Apamea, las rutas más frecuentadas por el comercio unían Antioquía y Mesopotamia. Una llevaba desde Antioquía en el Orontes, al Éufrates, atravesando Zeugma y continuando por Edessa y Antioquía-Nisibi hasta juntarse con el camino de Persia, que conducía a las satrapías de la zona norte. La se-

gunda, al llegar al Éufrates, descendía a la llanura de Mesopotamia, siguiendo la ruta de Antemusia-Ichnae-Nicephorium, para terminar en Babilonia y en Seleucia del Tigris.

En el siglo II fueron importantes las rutas de Damasco y la que conducía a Petra; no menos lo fueron también las rutas de Anatolía.

Templos y ciudades

La monarquía seléucida, al igual que la aqueménida, tuvo dentro del reino enclaves que pagaban tributo, pero que de hecho eran independientes. Eran templos y ciudades griegas. Hubo santuarios en las regiones interiores de Asia Menor, en Cilicia, Siria, Babilonia e Irán. Algunas aldeas pertenecían a los santuarios. Tenían incluso personal de servicio, constituyéndose así en verdaderos estados organizados. Los seléucidas no siguieron un programa de «desamortización» de las tierras de los santuarios, en favor del Estado, de las ciudades o de los particulares. Sólo mantuvieron una política de intervención en las finanzas de los templos, y a partir de Antíoco III, del este del Imperio.

Estos Estados, o ciudades-templos, que remontan probablemente a la época de los seléucidas son: el de Zeus, en Baetocaece; el de la diosa siria, de Hierápolis; el templo de Bel Marduk, en Babilonia, y el de Zeus Par-Asia, en Castábalá, en Cilicia. En Irán, los santuarios fueron: el de Anahita, en Ecbatana; de Bel en Elam, saqueado por Antíoco III en 201 y 187; el de la isla de Icarus, en el golfo Pérsico, consagrado a Artemis; el de Jerusalén; el de las montañas del Tauro; el de Maen Comana, en Capadocia; el de Cibeles, en Pesinunte; el de Zeus, en Aezani; el de Apollonia Salbace, en Caria; los de Zeus, en Labraunda, en Caria, y en varias ciudades que llevan el nombre de Hierápolis.

En lo referente a las relaciones de los soberanos seléucidas con las ciudades griegas, hay que distinguir si se trata de nuevas fundaciones seléucidas o de ciudades que ya existían antes de dicho período. Las primeras se encontraban principalmente en Siria, Cilicia, Mesopotamia e Irán, aunque también en otras regiones y en Asia Menor. Las fundaciones seléucidas fueron el tipo de ciudades que se remontan a la época de Alejandro, Lisímaco, Antígono y de los otros diódocos. Los reyes ejercieron su control sobre las ciudades que fundaron, si bien contaron con un consejo, magistrados y quizá también asambleas, los órganos típicos de las autonomías. En las ciudades de Siria y Mesopotamia se menciona al prefecto (*Epistates*), colocado por el poder central sobre los órganos de la administración autónoma.

Las relaciones entre el gobierno seléucida y las antiguas ciudades griegas de Asia Menor fueron más distantes. Asia Menor fue una zona periférica del reino, pero muy importante por razones de estrategia y de política. Frecuentemente hubo crisis en las relaciones, ya que las ciudades aspiraban a la autonomía, a la democracia y a la libertad.

No hay razón para poner en duda la ausencia de funcionarios reales en las ciudades de Asia Menor, dentro o sobre las estructuras políticas de la ciudad.

Es preciso distinguir entre la propaganda y las verdaderas intenciones de la proclamación de autonomía, libertad y democracia. La libertad fue quebrantada por las intervenciones del soberano. Hubo ciudades que mantuvieron su independencia. Con Miletos la alianza no se hizo sin ciertas formas de sujeción. Existió una especial conexión de los seléucidas con el santuario de Apolo en Dídima, dios fundador de la dinastía.

Éfeso, trasladada a otro lugar distinto de su asiento anterior por Lisímaco, fue la

residencia real de Antíoco II. Iliuna dependió de los seléucidas. Sardes fue la residencia del gobernador. En lo referente a las relaciones de los seléucidas y las ciudades del oeste de Asia Menor, según D. Musti, las ciudades fueron libres y autónomas, pero no parece que ni Alejandro Magno, ni sus sucesores entendieran lo mismo por estas dos palabras que los habitantes de las ciudades. A Sardes se la concedió la libertad y la autonomía, pero se la obligó a pagar tributo y establecer una guarnición; no obstante, podía servirse de sus propias leyes. La misma política siguió Alejandro con las ciudades del Asia Menor. Aparentemente, estas ciudades gozaban de libertad, pero no era así en la realidad. Con la muerte de Alejandro Magno y las luchas continuas de los diádocos, cambió la orientación política de muchas ciudades. En 315, Antígono proclamó que las ciudades debían ser libres, autónomas y sin guarniciones: con esta proclama pretendió atraerse las ciudades hacia su partido. En el tratado del 311 a. de C., garantizó la libertad; pero después intervino en ciertos asuntos en Cirene, Lebedos y Troade. Existió, pues, una contradicción entre los principios y la práctica.

En la lucha contra los Ptolomeos, que necesitaban bases navales para la flota, Antíoco I, Antíoco II y Seleuco II reconocieron —para atraerse a las ciudades— la autonomía, la libertad, la exención de tributos y de guarniciones. Atalo I, a partir del 240, trató a las ciudades, que se le unieron como aliadas, pero algunas ciudades de Asia Menor alcanzaron cierta independencia exterior: Mileto se relacionó con sus colonias pónicas; Quíos y Magnesia de Meandro recibieron invitaciones para participar en la Antifonía délfica. Las ciudades fueron mediadoras entre los soberanos.

En el Imperio seléucida no se puede hablar de *status* de las ciudades. Se han propuesto varias hipótesis para explicar el vínculo de relación entre los monarcas y las ciudades, considerándose que las ciudades estaban unidas a los reyes por relaciones federales de alianza que, en realidad, era una ficción. También se ha supuesto que existían relaciones «de conveniencia», hipótesis al parecer más aceptable: cuando la monarquía fue débil, sin proclamar su independencia, intentaron hacerse con ella; si, por el contrario, el poder real era fuerte, la ciudad daba pruebas de lealtad para conservar su libertad y autonomía.

La época helenística trajo una renovación de las ideas sobre las fuentes del derecho. Las ciudades de Asia Menor no fueron menos libres y autónomas en la época helenística de lo que fueron en época persa; pero varió la significación de este concepto. Para las ciudades helenísticas, lo fundamental fue la liberación de ciertas señales de sujeción, como los tributos y las guarniciones. Esta libertad y autonomía podían ser violadas en cualquier momento y, de hecho, lo fueron frecuentemente.

Probablemente, los dominios nobiliarios de época persa desaparecieron. Una diferencia del Imperio seléucida con respecto a otras monarquías helenísticas fue el gran número de ciudades griegas que tenía este Imperio. Los seléucidas, como Seleuco I y Antíoco I, siguiendo el ejemplo de Alejandro Magno, fueron grandes constructores de ciudades y desarrollaron un programa de urbanización en su territorio, con una intensa colonización. Fundaron varias Antioquías, Seleucías, Apameas y Laodiceas, concentrando la población de griegos y macedonios en lugares como en Dura Europos, Edessa y Larissa. No se distinguen fácilmente en el ámbito seléucida las *polies* de las colonias: las diferencias entre ellas son más bien de carácter social y económico. Con la creación de ciudades, se desarrolló rápidamente la propiedad privada. El territorio de las colonias había sido durante una o dos generaciones de propiedad colectiva. Las ciudades estaban sometidas a la administración y al control del poder real. Las colonias o *katoi-*

kiai desarrollaron sistemas de autogobierno y de autoadministración, que las hacía —en muchos aspectos— instituciones semejantes a las ciudades.

La colonización seléucida se adaptó a las diferentes condiciones de las regiones de su reino y sus características fueron diferentes de la de los Ptolomeos. Consistió esencialmente en el asentamiento de grupos de colonos, que tenían tendencia a distinguirse y separarse de la población indígena. En Egipto, por el contrario, los colonos griegos y macedonios fueron absorbidos en estructuras culturales, económicas y sociales. La colonización de Antíoco IV, en la mitad del siglo II, se diferenció a su vez de la urbanización y colonización de los primeros seléucidas.

En el siglo II, se volvieron a fundar colonias, dándoles nuevos nombres: las de Antíoco IV, en los mismos sitios que las de los primeros seléucidas son más bien una revitalización de las antiguas, con gentes llegadas de Siria, proceso que ya había comenzado con Antíoco III. Los habitantes de estas colonias de Asia Menor, Siria y Mesopotamia, así como los de las ciudades, proporcionaron soldados a la falange seléucida; los de estas últimas sólo lo hicieron excepcionalmente.

Siguiendo a D. Musti, las relaciones entre los seléucidas y las ciudades del oeste de Asia Menor pueden atravesar por diferentes períodos, desde los tiempos de Seleuco I hasta la paz de Apamea: 1) Relaciones basadas más en la diplomacia que en la hegemonía (312-281); 2) Crisis en las relaciones entre los comienzos del reino de Antíoco I y los primeros años del reinado de Antíoco II (280-258); 3) Consolidación durante los últimos años de Antíoco II, con pruebas de liberalidad por parte de los soberanos seléucidas; 4) Nuevo periodo crítico durante la Guerra Laodicea (246-241), con la crisis entre el poder central y Antíoco Híerax; 5) Periodo de la sucesión de Híerax y Aqueo, y 6) Restauración de Antíoco III.

En las etapas de mejores relaciones, con Seleuco I, Antíoco II y Antíoco III, los soberanos respetaron las formas políticas de libertad y democracia. Antíoco III, hacia el 190, jugó la baza popular para ganarse las simpatías de las masas. Hubo apelaciones a la democracia, como régimen de base popular. Las relaciones entre el poder central y las diferentes ciudades de Asia Menor varió, al igual que las relaciones con las poblaciones nativas. Una importante parte de Anatolia fue dominio real, en el que trabajaban «campesinos reales». Existió aquí una marcada distinción entre los pueblos y los dinastas. Los primeros, Licia, Pisidia, Panfilia, Isauria y Licaonia, fueron poblaciones autónomas que vivían en condiciones tribales y eran amantes de su independencia. Los segundos fueron señores locales, con ligera dependencia del poder central, como Olímpico de Milasa, o la dinastía de los téucridas en Olba de Cilicia.

La capital del reino seléucida estuvo primero en Seleucia del Tigris, entre 311-301; después en Seleucia de Pieria y, finalmente, en Antioquía, junto al Orontes.

El Ejército

El Imperio seléucida, debido a su diversidad, sólo podía mantenerse unido por la fuerza y, por ello, siempre tuvo un carácter militar. La organización del aparato militar seléucida, a cuyo frente se encontraba un secretario jefe, es muy desigualmente conocida.

Disponemos de una buena información (Diodoro, Apiano y Polibio) sobre la composición del ejército seléucida; pero nada sobre los oficiales inferiores. En el ejército de Seleuco I, estaban alistados macedonios, que después se asentaron en las fundacio-

nes militares llamadas *katoikiui*, principalmente atestiguadas en Asia Menor. Algunas de ellas, con el tiempo, se convirtieron en ciudades.

Desde el comienzo del reino seléucida, hubo formaciones mixtas, procedentes principalmente de las zonas con más tradición de guerra. Así, en el año 217, Antíoco III contaba con una falange de 20.000 hombres griegos y macedonios, pero también con 5.000 iraníes y cilicios como tropas selectas, 10.000 indígenas armados a la manera macedónica, 2.000 arqueros y honderos persas y agrianos, 2.000 tracios, 5.000 medos, 10.000 árabes, 5.000 mercenarios griegos, 250 cretenses, 500 lanceros lidios y 1.000 carducianos.

La infantería se dividía en pesada y ligera. También estaban alistados 6.000 jinetes y 102 elefantes, en total, unos 70.000 hombres. Los soldados iraníes eran mayoría. Estaban mandados, parte de ellos, por un indígena de Media y, otra parte, por un macedonio. Los árabes también estaban dirigidos por un jefe local. Árabes, anatolios e iraníes estaban bien representados en el ejército. En cambio, los soldados sirios y los procedentes de Mesopotamia eran pocos, posiblemente, por estar sus regiones habitadas en su mayoría por griegos. En el ejército participaban ciudadanos y gente del campo.

Hay poca información sobre la organización y estructura de la flota seléucida. Se mencionan un navarco en el mar Caspio y en el golfo Pérsico. No hay pruebas de la existencia de un almirante superior.

Los dos principales puertos militares fueron Éfeso y Seleucia en Pieria. En Fenicia se construía la flota bajo Antíoco III, que, en el año 197, tomó directamente el mando de la flota. Se conservan pocos datos sobre la intervención de esta flota, pero sí se sabe que en tiempos de Antíoco I había un encargado del puerto militar, y quizá también del arsenal, en la guerra contra los gálatas, y probablemente también un monarca.

La flota acompañó las operaciones militares de Seleuco II y de Antíoco III, siendo drásticamente reducida en el tratado de Apamea e impidiéndola navegar al oeste de Calycadnus y del cabo Sarpedón. Antíoco IV restauró la flota, y la última mención de ella data de tiempos de Antíoco VII.

Los seléucidas, como los otros monarcas helenísticos, se sirvieron en gran escala de tropas mercenarias. Tenían guarniciones permanentemente acuarteladas en puntos estratégicos. Los monarcas seléucidas hacían también levás en el interior del Imperio. La política de los diádocos intentó convertir Asia Menor en otra nueva Macedonia, que pudiera proporcionar soldados para sus falanges. En muchas regiones, los establecimientos reales no tuvieron la categoría de *polis*, y podían ser llamados al ejército. La táctica militar de los seléucidas, como la de otros soberanos helenísticos, era la falange macedónica que, ante la caballería irania y posteriormente ante las legiones romanas, usaron también elefantes y carros con hoces; fue un fracaso.

Según se ha indicado, el corazón del Imperio seléucida era el terreno comprendido entre el Tigris y Siria. El problema que se les planteaba a los monarcas era la posibilidad de administrar la parte central y nororiental de Irán, cortada por montañas y desiertos y habitada por diferentes tribus.

La región estaba atravesada por rutas que fueron consolidadas por Alejandro, Antígono y Seleuco. Estas rutas explican por qué Bactriana fue un foco de Helenismo más fuerte que Aracosia y Gedrosia, y por qué el valle del Indo estuvo influido por la cultura griega. En Margiana, hay ciudades llamadas Antioquía. La época de Antíoco II (261-240) representa la primera crisis seria para las posesiones iraníes de los seléucidas y para su política en Irán. Los fines de esta política eran militares y tendían a pe-

netrar profundamente en estas regiones y vincularlas con la región central del Imperio. Existían también intereses económicos y el deseo de apropiarse de las tierras de la aristocracia local y el control de las rutas de comercio. La impresión general es que Irán, Media y Pérsia fueron para los seléucidas una especie de avanzadilla y baluarte, pero puntos marginales para la unidad política y económica, que se centra en la región comprendida entre Siria y Mesopotamia. Probablemente, en Irán, como en la época aqueménida, se mantuvo una aristocracia de terratenientes y una nobleza guerrera. En cambio, en Mesopotamia, la organización estaba basada en aldeas, en el poder real y en las relaciones del rey y de los súbditos.

La helenización

En el reino sasánida, la helenización fue poco profunda, y la religión indígena muestra una gran vitalidad. De aquí sólo se conocen en la cultura griega un par de nombres: los filósofos Meleagro, poeta de Gándara y Posidonio. Esta zona actuó como vehículo de transmisión de la cultura helenística. La política seléucida, en lo referente a helenización, fue dirigida hacia las aristocracias locales; en el caso de los judíos, perseguidos por Antíoco IV, fracasó debido a la resistencia nacional y religiosa.

La helenización no parece ser un buen criterio para juzgar el éxito histórico del reino seléucida. La base del Estado la formaba una sociedad de tipo asiático con un monarca, señor de la tierra, y una gran población campesina, en condiciones de dependencia, pero no de esclavitud. La crisis se produjo al introducir nuevas formas económicas —desarrollo de la urbanización, del comercio y de la esclavitud— diferentes de las antiguas.

El Estado seléucida no pudo desarrollar plenamente el sistema de esclavitud. Siria, en cambio, fue uno de los grandes productores de esclavos durante el siglo II y hasta el final del I. La causa de la decadencia del reino seléucida hay que buscarla en la estructura interna del mundo seléucida.

La Monarquía Lágida

Ptolomeo I prefirió Egipto a cualquier otra parte del imperio de Alejandro Magno, por razones estratégicas (el valle del Nilo era muy fácil de defender, según se ha indicado ya) y económicas.

Se dispone de numerosas fuentes para conocer el funcionamiento de la monarquía lágida, más que para las restantes monarquías helenísticas, gracias a los papiros, *ostraca* e inscripciones. La burocracia lágida estaba muy perfeccionada y todos los documentos, de los más variados tipos, se fijaron por escrito. Muchos de ellos nos proporcionan datos de carácter fiscal. Abundan sobre todo los documentos referentes al primer periodo lágida: proceden principalmente de El Fayun, de Alejandría y del Delta. Es imposible establecer generalizaciones, pues el periodo lágida abarca tres siglos y durante él hubo muchos cambios y fluctuaciones.

Ptolomeo I llegó a Egipto en 323 como sátrapa y se estableció en Menfis. Buscó apoyo en los egipcios ante la hostilidad de Pérdicas y la escasez del elemento grecomacedón. Por prestigio consideró, además, establecerse donde estaba la tumba de Alejandro Magno. En 305-304, se proclamó rey, siguiendo el ejemplo de Antígono: nunca fue coronado faraón, aunque utilizó el título faraónico.

Los lágidas eran faraones de hecho. Sólo Ptolomeo I viajó a Menfis a cumplir los ritos de la coronación. Eran reyes para los griegos y faraones para los egipcios, que de esta forma les aceptaban sin dificultad. Pero esto no era más que una ficción: Egipto fue una tierra de conquista para los greco-macedonios.

Cuando Ptolomeo I se estableció en Egipto el valle del Nilo contaba con una larga tradición burocrática, ocupada en su cargo superior por un visir, que atendía principalmente la recaudación de los impuestos y la administración de la justicia. Las tropas, divididas por los pueblos, estaban mandadas por los estrategas, y el fisco y la economía por los ecónomos. Al comienzo de la monarquía, se diferenciaban las competencias de los estrategas de las de los monarcas y las de los ecónomos; pero poco a poco, el estratega fue interfiriendo en asuntos civiles y, en tiempos de Ptolomeo III, se convirtió en una especie de prefecto representante del poder real; a partir del siglo II, ya tenía plena autoridad sobre los funcionarios del nomos. De este modo, el estratega se convirtió en administrador de la justicia, de la economía y de la policía, apareciendo nuevos cargos subalternos, tales como controladores, secretarios, recaudadores de impuestos, policías, etc., con poderes judiciales.

Se reconocieron y diferenciaron un derecho griego y otro egipcio con dos tribunales distintos, hasta que en el siglo II funcionaron tribunales comunes. Existían también jueces reales.

La enorme distancia existente entre la Tebaida y la capital obligó al nombramiento de un cargo con amplio poder militar y civil. Es probable que ya bajo Ptolomeo I hubiera una especie de virrey.

Bajo los gobiernos de Ptolomeo II y III, Egipto fue un reino fuertemente centralizado. El gobierno central cuidaba de aumentar la riqueza, mediante la explotación fiscal y económica. Durante los tres primeros monarcas, todo dependía del rey, rodeado de altos funcionarios. El cargo más importante era el de *dioiketes*, que cuidaba del fisco y de la economía, aunque en realidad tenía amplias atribuciones, pues todo estaba relacionado con estas materias. Se ocupaba de toda la administración, siendo el primero después del rey.

En el siglo II, el protocolo estaba ya fosilizado y jerarquizado. Existía un *dioiketes*; un secretario real, o *epistolographos*, que se encargaba de la diplomacia y de la redacción de cartas dirigidas a los monarcas; un canciller, quizá un oficial que redactaba los edictos; mariscales y almirantes; el gobernador de Chipre y, probablemente, el presidente del Museo y el gobernador de Alejandría. Alejandro Magno sostuvo el principio de la colegialidad para los primeros oficiales civiles.

La administración era diferente en el campo egipcio, *chora*, y en las ciudades griegas. Ptolemais, Naucratis y probablemente Alejandría tenían sus propias leyes y, en teoría, su gobierno propio más de prestigio que de poder. Aún en época de Adriano se citan las leyes de Naucratis. Y Alejandría fue un caso especial en todo Egipto; tenía, como todas las ciudades griegas, su territorio.

Pervivía la forma de administrar las tierras de la época de los faraones, con nomarcas, escribas reales, escribas y oficial de la aldea, llamado este último *homo grammateus*. Salvo el primer cargo, los demás estaban desempeñados por egipcios. El monarca ejercía el control sobre el *nomos*, o distrito, que frecuentemente se extendía alrededor de un centro comercial o un santuario. Con el tiempo, el centro se convirtió en la metrópoli del *nomos* que, en el siglo III, se subdividió en toparquías. En cada *nomos* había un *dioiketes*, con su oficial *oikonomos*. También existía personal subordi-

nado de interventores, recaudadores y escribanos. Los cargos militares estaban separados de los civiles. Los hijos de los escribas y de los sacerdotes podían heredar los cargos de sus padres. No había un sistema determinado de promoción. El pago se hacía generalmente por meses y con raciones de trigo. La situación de los emigrantes griegos era mejor que a la de los indígenas y muchos cargos eran desempeñados sólo por ellos.

Los clerucos tuvieron un papel importante en la introducción de técnicas e ideas entre los campesinos egipcios; gracias a esta labor podían quedar exentos del ejército.

Los sacerdotes habitaban las aldeas y los campos y formaban un grupo homogéneo. La única carrera abierta a los indígenas era el sacerdocio. Cada templo estaba organizado en *phylai*, pero no había obligación de servir siempre en los templos. La tonsura diferenciaba a los sacerdotes de los laicos: llevaban además trajes de lino y podían contraer matrimonio.

El equilibrio existente entre los griegos y egipcios se vio amenazado en tiempos de Ptolomeo Evergetes y con motivo de la guerra siria. Hubo revueltas entre los indígenas debidas a las medidas opresoras del rey. Entre los años 246 a 240, la administración de los clerucos era muy desordenada.

En el siglo II, todo cayó bajo el control del *dioiketes*. Todos los asuntos pasaron al Consejo real. El fin de toda esta burocracia tan complicada era asegurar los ingresos del soberano. Todo era materia imponible en el Egipto lágida, sobre todo la tierra y los productos. La propiedad real se basaba en el derecho de conquista pero no cubría toda la extensión del país. Muchas tierras de diferentes categorías escapaban a su dominio, como las de los santuarios, que no estaban sometidas ni a la explotación fiscal, ni al control real. Estas tierras crecieron desmesuradamente a partir del siglo II.

Otras tierras que escapaban al poder real eran las cleruquías, que se entregaban a los soldados dispersos por las villas indígenas y que vivían en casas de los egipcios. En un principio, a la muerte del titular, la propiedad de estas tierras volvía al soberano; pero con el tiempo, se hicieron hereditarias, al igual que el servicio militar. Las cleruquías se subarrendaban frecuentemente a egipcios, lo que, a la larga, supuso que los egipcios vivieran en el campo y los griegos en las ciudades. También en un principio, los clerucos eran exclusivamente grecomacedonios, pero desde fines del siglo III y ante las dificultades de alistar en el ejército a griegos y macedonios, se integró a los egipcios.

En el siglo II y I se conocen los *politeumata*, agrupaciones de soldados de la misma procedencia, unidos por pertenecer a la misma unidad militar y compartir los cultos de sus países de origen. Al parecer, su finalidad fue mantener la unión de los griegos, diseminados entre los indígenas. La comunidad judía de Alejandría y la de los árabes idumeos en Menfis formaban también *politeumata*.

Egipto, al contrario de lo que sucedió en el reino de selúcida, no tuvo apenas ciudades griegas: tan sólo Naucratis, Ptolomías y Alejandría; ello se debió tal vez al deseo de centralización, ya que las ciudades creaban siempre problemas. Los griegos se dispersaron por todo el país.

Los lágidas concedieron a la gente de la corte muchos bienes, en régimen precario y revocable. El rey regalaba los ingresos del impuesto, pero no la tierra. El derecho de la propiedad real excluía la propiedad privada, que se daba solamente entre los militares y en las zonas de viticultura y arboricultura. Sin embargo, tampoco estas tierras escapaban al fisco, ni al control real. Esta centralización se dio desde siempre en Egipto.

to, que atrajo a una masa de griegos, que recibía mejor trato que los indígenas. El soberano lágida necesitaba enormes recursos financieros para mantener la burocracia, el ejército, la flota y el fasto de la corte: necesitaba metales, oro y plata, ya que las minas de Chipre y Nubia no cubrían las necesidades; en cambio, tenía excedente de cereales. El problema económico lágida consistía en acrecentar al máximo estos excedentes de cereales para venderlos al exterior. Sin embargo, no se puede hablar de un socialismo de Estado, ni de racionalización de la economía, ni de planificación, ni dirigismo en el sentido moderno, como acertadamente indica E. Will. No se trataba tampoco de elevar el nivel de vida de la población; sólo existía una explotación con fines fiscales y mercantiles. La finalidad de la administración lágida fue controlar y orientar la producción. A la larga tuvo que reprimir el descontento debido a la presión fiscal. Este control se extendió a todas las ramas de la producción, monopolizando el Estado algunos productos. La práctica de la administración era imperfecta, debido a la ausencia de medios técnicos y humanos y a la inercia de la población indígena y los intereses privados. La administración trataba a Egipto como a un dominio privado del que había que sacar el mayor rendimiento. La situación evolucionó con el tiempo.

Durante el reinado de los tres primeros Ptolomeos se dio un equilibrio entre el prestigio y el poder de los reyes y el éxito en la explotación. A partir de Ptolomeo IV degeneró la situación interior. Es difícil precisar en qué grado el fracaso de la política exterior lágida, las dificultades en el aprovisionamiento de minerales y las luchas dinásticas contribuyeron al deterioro de la máquina administrativa. También en qué medida el descontento interior, el exceso de explotación y el caos incidieron en la pérdida del poder real.

El ataque de Antíoco III a Egipto obligó a utilizar por vez primera 20.000 egipcios, y a aumentar la presión fiscal para equipar un gran ejército. La victoria de Rafia significó el comienzo de las sediciones: los soldados egipcios comprendieron su importancia en la defensa de la monarquía y cómo se habían vuelto imprescindibles. Como consecuencia de ello el clero egipcio intentó sacar partido de la nueva situación y el campesinado se opuso a la creciente presión fiscal. Algunas regiones de Egipto pretendieron separarse de Alejandría: la Tebaida, bajo faraones de origen nubio, se apartó entre los años 207 y 186; lo mismo sucedió en tiempos de Ptolomeo IX. Aparecieron numerosas bandas de salteadores. A partir de Rafia, el gobierno lágida se vio obligado a hacer continuas concesiones, principalmente al clero indígena, que exigía reivindicaciones de franquicias fiscales y un aumento del territorio: en el siglo I, los templos prácticamente estaban libres de impuestos. A partir del siglo II, se convierten en lugares de refugio de todos los campesinos descontentos, lo que aumentó las tierras incultas e hizo que se descuidaran los canales y el riego. Se multiplicaron las cleruquías con soldados nativos a expensas del dominio real. Durante los siglos II y I, la reacción de la administración lágida fue fluctuante. Unas veces aumentaba la explotación; otras, hacía concesiones en la exención de impuestos y en el descenso de tasas. Se vinculó al trabajador a su lugar de trabajo y se le obligó a realizar ciertos trabajos sin cobrar. Los funcionarios, para asegurarse los impuestos, amenazaron a la población o se dejaron sobornar, lo que aumentó a su vez la presión sobre ellos. La siguiente inscripción nos puede dar una idea de los abusos cometidos por estos funcionarios:

«A Dorion. El rey y la reina atribuyen el más alto valor a que todos sus súbditos reciban justicia. Ahora bien, multitud de personas descienden por el Nilo hacia Alejandría; presentan / quejas contra ti, contra tus subordinados, pero la mayoría de las

veces contra los recaudadores de impuestos. Denuncian expolios y cobros ilegales; / algunos incluso cuentan que han sido objeto de tentativas de chantaje. Por tanto, deseamos que no pierdas de vista que todo esto no es / compatible con nuestra pauta de conducta. Y lo es aún menos con tu salvación que alguno resulte convicto de haber tratado mal a uno de los demandantes / en cuestión. Por esto, a fin de que nada parecido suceda en adelante y de que nadie resulte perjudicado por nadie, y especialmente por los recaudadores / quienes intenten hacer chantaje, deténlos tú mismo y avisa sin tardanza a todos aquellos a los que concierne el asunto» (U. Wilcken, *Urkunden der Ptolemäerzeit*, núm. 113).

La política lágida acabó en un fracaso económico y político y en continuas luchas endémicas.

Los conocimientos sobre la administración lágida en los territorios exteriores a Egipto son muy deficientes, pero, al parecer, los lágidas intentaron en ellos aplicar los mismos procedimientos que en el interior. Hay que tener presente que la función de estos territorios era fundamentalmente estratégica. Chipre, la Cirenaica, Caele-Siria, Tracia y Creta proporcionaban materias primas y algunos minerales de los que Egipto estaba necesitado. Su finalidad era proteger el acceso a Alejandría y ser la base de la poderosa flota lágida. Algunas regiones, como la Cirenaica, no plantearon ningún problema. Al frente de Chipre estaba un gobernador militar que solía pertenecer a la familia real. En la costa de Asia Menor y en Tracia, donde estaban las bases de la flota, los estrategas gobernaban con firmeza.

El programa militar lágida consistía fundamentalmente en tener abierta siempre la ruta terrestre, para que el ejército pudiera actuar en el exterior. Para ello se necesitó el control del sur de Siria, del Líbano y Antilíbano y del valle del Jordán. El papel de Chipre fue importante para la defensa de Egipto y como base naval para extender el dominio naval lágida por todo el Egeo.

También el arte del Egipto lágida arroja luz sobre las relaciones del mundo griego con el indígena y sobre las mutuas interferencias, que no se dieron sin duda sólo en este ámbito, sino en los más variados aspectos, aunque ello sea muy difícil de precisar. Si construían edificios o encargaban una escultura en Alejandría o en Ptolomais, utilizaban artistas griegos que trabajaban en estilo griego con, por lo menos, uno o algunos motivos decorativos egipcios para dar a la obra un sabor local. Si, por el contrario, subvencionaban una obra para atraerse a la población indígena asentada fuera de los núcleos de población griegos, empleaban artesanos indígenas, que trabajaban según el estilo tradicional faraónico. La pervivencia de esta dualidad estilística está bien documentada en los retratos reales, como en los de la reina Arsínoe; uno de ellos ha sido identificado gracias a su parecido con el de las monedas. Como todos los retratos de comienzos del Helenismo, el artista captó no sólo la apariencia, sino también la personalidad de la reina. Otro retrato, en granito rojo, de estilo faraónico, bien identificado por la inscripción, parece más un símbolo que una representación. Otras obras son del más puro arte griego, como los retratos de Ptolomeo VI del Museo de Alejandría, de Ptolomeo IV del de Boston, de Arsínoe III, conservado en la misma localidad, o el de Cleopatra VII en Berlín. Las joyas, y el *ryton* con grifo, hallados en Touk-el-Garamous (fechados entre los años 300 y 250), o la taza Farnese, datada probablemente hacia el 100 a. de C., son obras de arte ptolomeico de estilo faraónico.

Aspectos importantes de la política seguida por los Ptolomeos quedan bien reflejados en el arte, como su política religiosa, con la que intentaron atraerse a la pobla-

ción y al clero indígena para tenerles satisfechos y presentarse como devotos de su religión. En este sentido, los lágidas favorecieron el culto a Serapis (que, aunque traído de Sínope, se fusionó con dioses egipcios) o subvencionaron la construcción de numerosos templos de estilo faraónico. Los más importantes son los de Horus en Edfú, y de Horus y Sebek en Kom Ombo. El primero se construyó según el estilo de los más antiguos templos faraónicos, con altos pilonos que formaban un corredor, seguido por un vestíbulo, un hall hipostado y, finalmente, el santuario. La construcción de este edificio demuestra cómo esta política religiosa fue seguida por todos los faraones, que contribuyeron sucesivamente a su construcción. Así, la capilla principal comenzó con Ptolomeo III Evergetes en 237, y terminó con Ptolomeo IV Filopátor. Las esculturas en relieve fueron costeadas por Ptolomeo VI Filométor y por Ptolomeo VIII Evergetes II. Ptolomeo IX Latiros y Ptolomeo XI Alejandro II añadieron el patio y los pilonos. Ptolomeo XII Auletes todavía hizo algunos retoques en el edificio hacia el 57 a. de C.

El templo de Kom Ombo fue construido por Ptolomeo VI Filométor. Sigue el mismo plan que el templo anterior, salvo que el santuario tiene dos capillas. Un relieve pintado sigue modelos egipcios y representa a Horus, Ptolomeo VIII y a Cleopatra II y III.

Algunas obras de arte indican el grado de identificación entre el arte faraónico y el griego, como la esfinge en la taza Farnese y los lotos en el cuenco de Touk-el-Garamous. En ambos casos estos motivos, prestados del arte egipcio, fueron adaptados al arte griego. A veces se observa una yuxtaposición de formas faraónicas y griegas en la arquitectura. Los ejemplos de la mezcla de ambos estilos son escasos y sin efecto. La yuxtaposición de formas griegas y egipcias se documenta después de la batalla de Rafia y puede interpretarse como un síntoma de la ascendencia del elemento egipcio, debido a la colaboración indígena en esta área. Esta yuxtaposición de formas se percibe ya en la descripción de Alejandría hecha por Callixeno de Rodas, conservada por Ateneo (204 E-206 E), y en la tumba II, datada en la mitad del siglo II, en el cementerio de Anfushi, en la isla de Faros en Alejandría. La fusión de los dos estilos se observa también en un retrato de Ptolomeo VI del Museo Nacional de Atenas y en un anillo de oro con retrato de Ptolomeo fechado en el siglo II.

Los atálidas

No se conoce bien la organización interna del reino de Pérgamo, que gozó a lo largo de su historia de una larga estabilidad. Debía de ser semejante a la de los seléucidas de Asia Menor, pero sin satrapías. Se repiten los dominios reales, cultivados por campesinos reales, los templos indígenas con grandes riquezas, las colonias militares y agrícolas, las ciudades griegas y los enclaves indígenas y dinásticos. Tampoco se conoce bien la política seguida por los atálidas con las ciudades griegas. De Pérgamo conocemos documentos que mencionan la administración municipal bajo los atálidas:

Columna I:

«... [harán (los astynomoi) una inspección y darán el veredicto que les parezca] justo [y si] ni aún así obedecen, / [los] generales les infligirán [el] castigo legal y asignarán al recaudador de multas (praktor) la misión de recaudar la multa; los astynomoi formalizarán un contrato para la restauración del lugar a su estado original en el plazo de / diez días, y exigirán de los infractores una vez y media el costo, y pagarán la suma

debida a los contratistas y el resto a los tesoreros. Y si los astynomoi no actúan / como establece la ley, los generales formalizarán el contrato, y los astynomoi cargarán con el costo y además serán multados con / cien dracmas. Los guardianes de la ley (nomophylakes) les exigirán (esta suma) inmediatamente. El mismo procedimiento se aplicará en el caso de otros infractores. Respecto a los caminos en el territorio (de la ciudad) los / caminos principales no tendrán una anchura inferior a veinte codos y los otros no menos de ocho, excepto si algunas personas usan senderos en sus vecindarios para comunicarse unos con otros. [Aquellos] que posean propiedades junto a los [caminos] los mantendrán / limpios y transitables [y también] el vecindario hasta una distancia de ... estadios, [contribuyendo] a los gastos y a las [reparaciones. Y] si no [obedecen, los...] tomarán fianzas / [de ellos...]

Columna II:

[... los amphodarchai] instarán [a aquellos que hayan] arrojado [... / limpiar el] lugar, como [establece la ley. Si no lo hacen así] (los amphodarchai) informarán a los [astynomoi].

Los astynomoi [formalizarán un contrato con el] amphodarches y exigirán [el gasto resultante / a los infractores inmediatamente] y les multa[rán con diez dracmas ?]. Si alguno de los [amphodarchai incumple alguna] de sus instrucciones escritas [será multado por] los astynomoi con veinte dracmas por [cada falta]. Las / sumas [recaudadas] de las multas [se darán] todos los meses [a los tesoreros] y se destinarán a la limpieza de [las calles], y no [serán] transferidas [a] ningún otro fin. / Los astynomoi se encargarán de recaudar [las] multas y de [todo lo] demás. [Si] no desempeñan las instrucciones escritas, serán multados por los generales y el supervisor de la ciudad con cincuenta dracmas por cada / falta y esta multa se asignará también a los fines mencionados arriba. Sobre las obras en [las calles]. Si alguien remueve tierra o piedras en las calles o hace arcilla o ladrillos o abre desagües / al descubierto, los amphodarchai les amonestarán. Si no cumplen, los amphodarchai informarán a los astynomoi. Estos multarán al infractor con cinco dracmas por cada falta y / le instarán a dejarlo todo en su estado original y a construir desagües subterráneos. Si ciudadanos privados aún se niegan a obedecer, formalizarán un contrato (para las reparaciones) en el plazo de diez días y exigirán de los infractores una vez y media el coste resultante. / Igualmente instarán a que los desagües ya existentes se hagan subterráneos. Si los astynomoi incumplen algo de esto, ellos mismos serán sujetos de las mismas / multas. Sobre los pagos. Si alguno deja de pagar su parte del coste de las contratas para recoger la basura de las calles que se limpian con gastos públicos, o no pagan las multas, los amphodarchai tomarán fianzas de ellos / y las llevarán como garantía ante los astynomoi el mismo día o el día siguiente, y si nadie se ha comprometido a rescatar antes de cinco días los bienes tomados como garantías, se venderán en la fratría o en el ágora cuando esté llena / en presencia de los astynomoi, y se pagarán los trámites...

Columna IV:

/ Les [instarán] a limpiar los acueductos. Sobre las fuentes. Respecto a las fuentes de la ciudad y de las afueras, será competencia de los astynomoi asegurarse de que estén limpias / y de que las cañerías que traen y transportan el agua fluyen libremente. Si alguna necesita ser reparada, lo notificarán a los generales y al superintendente de

las rentas sagradas, para que estos (oficiales) formalicen los contratos (para las obras de reparación). / Nadie estará autorizado para abreviar animales en las fuentes públicas ni a lavar ropas o utensilios ni ninguna otra cosa. Si alguien hiciera alguna de estas cosas, si es libre / se confiscarán sus animales, ropas y utensilios y pagará una multa de cincuenta dracmas, pero si es un esclavo y ha hecho alguna de estas cosas con el consentimiento de su amo, los mismos bienes serán confiscados y / él recibirá cincuenta latigazos en la picota, mientras que si actuó sin el consentimiento de su amo, todo lo que tuviere consigo será confiscado y recibirá cien latigazos en la picota y será puesto en el cepo durante diez días, y al soltarle / recibirá no menos de cincuenta latigazos antes de liberarle. Cualquiera que desee puede prender a los culpables de faltas relativas a las fuentes, y cualquiera que traiga a un infractor o que presente los bienes embargados ante los astynomoi / recibirá la mitad de lo que proceda de estos bienes, mientras el resto se dedicará a la reparación del santuario de las Ninfas. Sobre las cisternas. Los astynomoi que estén encargados, confeccionarán una lista de las cisternas existentes en las casas / y harán entrega de la lista en el mes de Pantheios a los generales y se asegurarán de que los propietarios hacen herméticas (las cisternas) y que ninguna de las cisternas existentes se atasca. Multarán a los que cometan alguna de estas faltas / con cien dracmas por cada cisterna [y] les obligarán a limpiarlas. Si sucede que alguna de las cisternas ya está atascada, lo notificarán a los propietarios para que las limpien / antes de ocho meses. Si ellos (los propietarios) no lo hacen, (los astynomoi) les multarán con la misma suma y les obligarán a limpiarlas (las cisternas). Harán entrega de las multas mensualmente a los tesoreros, y este dinero se destinará a la limpieza / y construcción de cisternas, y no se destinará a ningún otro fin. Respecto a aquellos que posean cisternas y causen daños a sus vecinos por no [hacerlas] herméticas, los astynomoi les [obligarán] a cumplir la ley [multándoles], y si / se produjera un pleito, los astynomoi exigirán la reparación y la pagarán a las partes perjudicadas. Si alguno de los astynomoi no entregara la lista de las cisternas de las que es responsable, o incumpliera / lo prescrito por la ley, los guardianes de la ley le multarán con cien dracmas y dedicarán éstas a los mismos fondos. Sobre los aseos públicos. Los astynomoi cuidarán de los aseos públicos / y de las cloacas que salen de ellos, y [cualquiera cloacas que no] están cubiertas y...» (G. Klaffenbach, *Die Astynomieninschrift von Pergamon*, Berlín, 1954, reproducido en SEG XIII.521; OGIS 483).

Las ciudades conservaban cierta autonomía municipal pero la política dependía directamente del soberano; tenían la posibilidad de nombrar un *epistates*. No se puede demostrar que las ciudades hubieran suscrito una alianza con los atálidas. La libertad de las ciudades no estaba en el programa político atálida. Después de la batalla de Magnesia, las ciudades, que antes eran libres e inmunes, pasaron como tales a poder de Rodas o Pérgamo, y las restantes lo hicieron como tributarias.

Los atálidas fueron grandes constructores. Para la construcción de tantos edificios y para cubrir los gastos militares, diplomáticos, etc., necesitaban una administración eficiente. El reino era rico en todo tipo de cereales, en minerales y en ganado. Es discutible que el sistema fiscal fuera parecido al de los seléucidas. Existían talleres reales, pero no hay pruebas de que existieran monopolios reales.

El patronato de los atálidas abarcaba tres categorías: creación, restauración y ampliación de los santuarios; edificios para embellecer las ciudades; y estatuas de los monarcas atálidas enviadas en agradecimiento por los favores recibidos. Fuera de Pérga-

mo, Filetairo construyó santuarios para las Musas del Helicón, y para Hermes en Thespiái, Beocia. Éumenes II costeó el nuevo templo de Poseidón en Kalanreia en la isla de Paros y contribuyó a la expansión del santuario de Asklepios en Cos. Los atálidas participaron en la reconstrucción de un santuario antiguo dedicado a la Madre de los dioses en Pesinunte, en Galatia. Hay pruebas de que también costearon estatuas votivas, stoas y otros edificios en los mayores santuarios griegos. Atalo I regaló a Delos un conjunto de esculturas, que celebraban sus victorias sobre los galos, y una stoa en el santuario de Apolo. Hacia el año 210, Filipo V construyó otro pórtico al oeste del de Atalo. En Delfos, Atalo I levantó otra stoa al este del oráculo de Apolo. Al final de ella se encontraban santuarios asociados con cultos y leyendas de Pérgamo: como el del héroe Neoptolemo, padre de Pérgamo; y al oeste el de Dioniso, el dios más vinculado al héroe pergamenio Telefos. Éumenes II colaboró en la reconstrucción del teatro de Delfos y en la construcción de una nueva stoa, conectada con el teatro.

En Mileto, los atálidas levantaron un gimnasio y un estadio, y un mercado con columnas —semejante al de Pérgamo— en Assos y en Aisiai; un teatro en Rodas; la gran stoa en Atenas —utilizada por los visitantes del teatro de Dionisos—, costeada por Éumenes II, en la pendiente de la Acrópolis, y una segunda, en el Ágora por Atalo II.

Retratos de los atálidas se han hallado en diferentes ciudades de Grecia y Asia Menor. Frente a la stoa de los atálidas estaban colocadas estatuas de Atalo I y Éumenes II, levantadas por el Consejo que gobernaba en Delfos. Al este del santuario de Apolo, en varios monumentos, aparecieron dos estatuas de Éumenes II consagradas por los aliados etolios. Un gran carro de bronce, tirado por cuatro caballos, con una estatua de Éumenes se encontraba en el llamado monumento de Agripa, junto a la entrada a la Acrópolis de Atenas.

En el ágora de Sición se levantó una colosal estatua de bronce de Atalo I y un retrato del rey en oro. Todos estos monumentos indican la gran potencia económica de los atálidas, que se convirtieron a lo largo de su historia en los mecenas de toda Grecia. Todos estos edificios servían de propaganda política del reino y constituían verdaderas obras de arte, lo que prueba el gusto exquisito de los soberanos.

Ciudades independientes y estados federales

El aspecto más importante en lo referente a las ciudades griegas es conocer el verdadero papel que éstas desempeñaban en la política general y lo que significaban para sus habitantes. El establecimiento de las monarquías y la presencia de Roma (desde mediados del siglo II) afectaron profundamente a las libertades políticas de las ciudades.

A partir de la guerra lamia, ninguna ciudad desempeñó un papel determinante; pero algunas de ellas, como Rodas, por su excepcional situación geográfica en el Egeo y por su comercio (que Roma quebrantó haciendo de Delos un puerto franco en 167), tuvieron cierta importancia. Otras ciudades, como Bizancio, Cícico o Esparta, procuraron librarse de la tutela monárquica. La aspiración de las ciudades griegas era mantener su independencia, como lo indica la alegría con que fue recibida la proclamación de independencia de Flaminio en 196.

Las guerras entre las ciudades griegas no desaparecieron; pero se recurrió frecuentemente al arbitraje de una tercera, o a la intervención del soberano. Igualmente se acudía a jueces extranjeros en los asuntos internos delicados, a los que se recompensó

con decretos honoríficos. La intensificación de los desplazamientos de población mejoró la protección de los viajeros. Se multiplicó la protección de unas ciudades por otras. Se siguió una política más abierta en la concesión de la ciudadanía a forasteros, al igual que se extendieron las convenciones de la concesión de ciudadanía entre dos ciudades, el uso de los tribunales o el derecho contra la piratería y el pillaje. En las monarquías continuó existiendo la vida política griega; sin embargo, ésta fue paulatinamente declinando, lo que se debió a varias causas, una de ellas, la emigración al Oriente de grandes masas de proletariado. La democracia era sólo aparente, pues los ricos acaparaban las magistraturas. Las ciudades necesitaban frecuentemente a estos ricos para cubrir sus necesidades. La situación financiera de las ciudades empeoró con respecto a épocas anteriores y el sistema fiscal no permitió acumular reservas. Las ciudades ricas lo eran por tener muchos ciudadanos ricos: se prefería acudir a la generosidad de los bienhechores que a los impuestos directos. A los bienhechores, *evergetes*, se les recompensó con decretos honoríficos. Esta situación hizo depender la ciudad de las fortunas privadas y de su generosidad. Los conflictos políticos, las luchas entre oligarcas y demócratas camuflaban frecuentemente las luchas sociales por motivos económicos. Estos conflictos no desembocaban necesariamente en revueltas, sino en la demagogia y el desconcierto de la vida constitucional, como dice Polibio (20,6,1-4) refiriéndose a Beocia.

El empobrecimiento de las ciudades obligó a recurrir a los soberanos, que influían en la vida de las mismas. Con el tiempo, el interés de los soberanos se dirigió más a los Estados federales que a las ciudades empobrecidas. El caso de Cirene es muy significativo en cuanto a los problemas que planteaban determinadas ciudades y regiones y de sus soluciones: esta ciudad pertenecía con su territorio al reino lágida y era administrada por un gobernador nombrado por el monarca. Como el gobernador, Ofelles, fue asesinado por Agatocles, durante la expedición contra Cartago, Ptolomeo I envió a su hijastro Magas, nacido del primer matrimonio de Berenice con Filipo, contra Cirene que se había sublevado. Magas restableció la autoridad en el 300 y Ptolomeo I, en recompensa, le nombró gobernador; fue un excelente gobernador de Cirene y colaborador de Ptolomeo I. Acuñó moneda con la efigie del monarca. A la muerte de éste, en 283, el comportamiento de Magas cambió radicalmente. Antes de morir, Ptolomeo I había asociado al poder al hijo habido de Berenice, Ptolomeo II, que, nacido en el 309 en Cos, era mucho más joven. Este nombramiento irritó a Magas que se proclamó rey (título atestiguado por epígrafes y monedas y por los testimonios literarios de Agatárquides de Cnido y Trogo Pompeyo), reinando hasta el 250, aproximadamente.

Ya en el siglo IV se habían generalizado las alianzas sometidas a la hegemonía de una *polis*. Al no ser posible en época helenística la hegemonía de una sola ciudad, proliferaron las ligas o confederaciones, algunas de las cuales desempeñaron un papel importante. En ellas entran a formar parte pueblos en los que se había desarrollado poco la *polis*. La población estaba desperdigada en aldeas, como las de fodicios, los locrios, los etolios, los acarnianos; en el Peloponeso, los eleos y los acayos. En otras regiones, la geografía y una misma lengua favorecieron estas formaciones, como pasó entre los arcadios, los beocios, los calcidios de Tracia, que crearon Estados federales antes de la época helenística. En Asia Menor se creó la confederación licia.

La situación creada por las luchas entre los monarcas helenísticos favoreció la aparición y consolidación de estas confederaciones; en Europa, la expansión macedónica en los siglos III y II. Así nació y se desarrolló la Liga Etolia, cuya influencia se sintió en Tracia y Asia Menor. Arato, en 251, hizo de una modesta confederación aquea un

gran Estado federal, para luchar contra la expansión macedónica en el Peloponeso, llegando a unificar, en 191, todo el Peloponeso y Grecia, salvo Atenas y Esparta. Polibio (2,37,8) ofrece algunos datos sobre el funcionamiento de la Liga Aquea: disponía de las mismas leyes, los mismos pesos y medidas, las mismas monedas, magistrados, consejeros y jueces comunes y, añade que sólo se distinguía de la organización de una ciudad por el hecho de que sus habitantes no estaban dentro del mismo recinto. Polibio alaba, además, la libertad, la igualdad y la democracia, que existía entre los aqueos. En un Estado federal, el ciudadano se define por pertenecer al *koimon* y a una comunidad de origen.

El intercambio de derecho de ciudad no es el fundamento de los *koima* helenísticos. En cambio, se dio la intercomunidad en el derecho privado, en los matrimonios, en el derecho a la propiedad y en la capacidad judicial. Las instituciones políticas estaban calcadas de las de la ciudad: entre los aqueos, se documentaba la *boulé*, la *ekklesia*, los sínodos y los *synklétoi*, reunión de *ekklesiai*, de *boulé* y de magistrados para decidir en asuntos graves de política exterior.

Los etolios tenían *ekklesia*, *boulé*, *apokletoi*, o comisión encargada de ejecutar las decisiones del cuerpo deliberativo.

En las asambleas aqueas, se votaba por ciudades y eran más representativas que las etolias, donde se votaba por individuos.

Al frente del Estado federal había un estratega acompañado de un hiparco y de un secretario y magistrados. Las asambleas se podían convocar en cualquier sitio. En cambio, el ejecutivo tenía un lugar fijo, como un santuario: Termon para la Liga Etolia y Aigion para la Aquea.

El resultado de la conquista de Alejandro Magno fue poner en contacto, a gran escala, a los griegos con el Oriente. Este contacto fue guerrero, en un principio; siempre permaneció el carácter de conquista, aunque simultánea e inmediatamente vinieran la colonización, la aculturación, la yuxtaposición, la asociación pacífica, etc., fundamentadas siempre sobre una posición de fuerza. Siempre hubo un predominio del elemento griego, como lo indica el hecho de que fueron ellos quienes cubrieron los cuadros del ejército y de la administración; los orientales que les alcanzaron fueron siempre muy pocos.

Las condiciones de la colonización griega son mal conocidas. Ésta tuvo como escenario principal Asia. En Egipto, los griegos se diseminaron por todo el país. Alejandro y los diádocos asentaron gran número de veteranos en colonias militares, numerosas en Asia Menor, en el Imperio seléucida y en el norte de Siria. La mala situación en que se encontraba Grecia, debida a la crisis económica y social, favoreció la colonización y las múltiples posibilidades de todo tipo que abrieron las conquistas de Alejandro Magno. Se desconoce si la colonización fue una empresa organizada: cómo llegaban a su destino, cómo se creaban las instituciones cívicas. A veces, los reyes pedían colonos, como hizo Antíoco I, que los solicitó de Magnesia de Meandro para rehacer Antioquía de Persia. Las gentes que participaban en la colonización eran de muy distintas categorías sociales: campesinos arruinados en sus lugares de origen, aventureros, ambiciosos de riqueza, exiliados políticos, gentes sin vinculación con sus patrias, comerciantes, gente culta, etc. La colonización a gran escala se extendió en el tiempo desde Alejandro Magno a la mitad del siglo III.

También se carece de datos sobre el número de emigrantes, que formaban en sus puntos de destino una masa compacta y homogénea. Al principio se mantuvo la uni-

dad étnica de los colonos sin valor político-jurídico. Los colonos se consideraban como los fundadores de la gran colonización, de manera que prescindieron totalmente de distinciones sociales. Aquellos que escalaban altos puestos en las monarquías, lo lograban por su talento y trabajo, y, a veces, también por la intriga: no se documentan en las colonias las tensiones sociales entre ricos y pobres que caracterizan Grecia.

La lengua y el género de vida contribuyeron en gran medida a la homogeneidad de las colonias griegas. Al contrario del fenómeno que se produjo en la gran colonización, las ciudades mantuvieron las lenguas de las metrópolis: el mundo helenístico usó un dialecto ático, con alguna mezcla de jónico, que se enseñaba en los gimnasios, y en el que se redactaban los documentos oficiales. El género de vida que se difundió fue el de la *polis*. La colonización griega fue un fenómeno urbano, salvo en el Egipto lágida. La colonia dio cohesión a los griegos, que de otro modo se hubieran difuminado con los indígenas.

Las ciudades se adaptaban a la topografía, de lo que son los mejores ejemplos Priene y Pérgamo en cuanto a la combinación de la estética urbanística, la seguridad y la higiene.

Las excavaciones en Aî-Khanoum demuestran que en los confines del Helenismo las colonias no se diferenciaban de una *polis* clásica. Tanto las fundaciones seléucidas, como Apamea, Laodicea, y probablemente también Dura Europos (fundación de hacia el año 300), como las ciudades orientales Babilonia y Damasco, constituían verdaderas *poleis* con leyes e instituciones griegas, derecho de ciudadanía y autonomía interna. La mayoría de ellas fueron colonias militares, con el fin no sólo de asegurar la defensa de la zona, sino también de dar casa y sustento a los veteranos. A la igualdad urbana con Grecia, se unían las mismas instituciones políticas, la misma cultura y las mismas estructuras sociales. De este modo afianzaban su originalidad con respecto al medio ambiente indígena.

En las colonias griegas fue la educación, impartida en los gimnasios, lo que más contribuyó a mantener la vida griega. La educación era literaria y física. Uno de los aspectos más interesantes del mundo helenístico para el hombre moderno es la generalización de la misma; incluso los indígenas sentían atracción por la educación griega, y con gusto la recibieron las clases altas, como sucedió en Palestina.

La abundante documentación que ha dado Egipto, permite conocer la estructura de la sociedad griega. En la cúspide, se encontraba el soberano, con la corte y los altos cargos civiles y militares, y, vinculados a ella, los eruditos de la Biblioteca y el Museo, que dependían del mecenazgo de los soberanos. Debajo de esta capa, se hallaba una multitud diversificada de técnicos, financieros intermedios, negociantes y militares. El estrato inferior lo ocupaba una masa de griegos con un nivel semejante al de los indígenas.

Los griegos se sentían todos solidarios ante el elemento indígena. Las inscripciones sólo proporcionan datos sobre los ricos, que desempeñaron cargos importantes. Nada o poco se sabe sobre los griegos dedicados a la agricultura, al artesanado o al comercio.

Los griegos mantuvieron continuos contactos entre sí. A ello contribuyó mucho la unidad lingüística, que llegó hasta la India, como lo prueban los edictos redactados en griego por Asoca. La literatura también demuestra esta homogeneidad. La unidad del Helenismo queda bien patente en las monedas de Bactriana, que son del más puro arte helenístico, además de excelentes retratos. Igualmente se extendió el derecho privado. La administración de las monarquías y la circulación de funcionarios griegos contri-

buían también a los contactos e intercambios entre los griegos, al igual que el comercio, los artistas, los intelectuales, etc. Los jueces forasteros, los pedagogos, los deportistas, los médicos, los artistas, los técnicos, viajaban continuamente, y frecuentemente están citados en los decretos. Para atraerse a los forasteros y para hacer propaganda las ciudades convirtieron las fiestas locales en juegos panhelénicos, e invitaban, mediante embajadas, a atletas y artistas. Las tropas mercenarias contribuían a extender las relaciones entre los griegos, incluso en los límites del Helenismo.

Las tiranías en época helenística

La época helenística conoció también la tiranía como forma política de gobierno. En Atenas fue Demetrio de Falero el que la implantó, con el consentimiento y por la decisión de Casandro. Era un orador, discípulo de Teófrasto, que en varias ocasiones había figurado como estrategia y una vez como arconte. Se consideraba un filósofo que quería poner en práctica la imagen del buen tirano trazada por Aristóteles. No fue un tirano austero, como Pisístrato; le gustaban las cortesanas, las carreras de caballos, las estatuas, los decretos honoríficos y el disfrute de una casa lujosa. Cuando Demetrio estableció la tiranía, en la que se mantuvo diez años, Atenas pasaba un mal momento. La toma de Atenas por Antípatros ocasionó la ruina de la ciudad. La situación económica y social había empeorado desde la conquista de Alejandro Magno. El precio del trigo había subido escandalosamente. La situación en Atenas es tan desastrosa que 22.000 hombres emigraron a Tracia para establecerse en colonias. La situación de los que quedaron en Atenas mejoró. Menandro ha descrito de modo magistral en sus comedias, los problemas del ciudadano medio ateniense. El lujo escandaloso de los revendedores de trigo o de los concesionarios de las minas, chocaba con la miseria de la mayoría de la población ateniense.

El programa de reformas fue variado. Demetrio, en el plano institucional, limitó el disfrute de la ciudadanía a los que dispusieran de un valor superior a las 1.000 dracmas, para lo que fue necesario hacer un censo, en 317. La cifra no era muy elevada e indicaba una fuerte disminución del cuerpo cívico. Promulgó también otras disposiciones de carácter constitucional. Sustituyó el sorteo y la rotación de los cargos, entre las tribus, por la elección, que permitía a las personas más importantes controlar la mayoría de las magistraturas. Se rendían cuentas dos veces por mes a la *boule*, y al dejar de desempeñar el cargo se presentaban ante un tribunal. Se creó un cuerpo de nueve *monofilaces* para evitar que las leyes fueran violadas.

La reducción de la flota a veinte barcos y la ausencia de los mercenarios por haber una guarnición macedónica acuartelada en Muniqua, permitieron la desaparición de las liturgias.

Los gastos de los festejos los costeaba ahora el Estado, que creó un cargo de duración anual, el *agonothetes* cuyo cometido era preparar los concursos dionisiacos.

Demetrio frenó el lujo de los funerales privados y el esplendor en los mausoleos y en el peinado femenino. Para exigir el cumplimiento de las leyes contra el lujo, creó un cuerpo de magistrados especiales. La legislación de Demetrio está toda ella inspirada en Aristóteles.

Con todo, los años del gobierno del tirano fueron de prosperidad para Atenas, debido, en parte a la supresión de los gastos del ejército y a carecer de política exterior.

Los ingresos alcanzaban la cifra de 1.200 talentos al año, lo que era una cantidad respetable. Su administración del Estado fue austera.

Demetrio fue moderado con sus adversarios y se rodeó, como hicieron otros tiranos, de los intelectuales más famosos de su época. Fue popular en Atenas, como lo prueban los decretos honoríficos y las estatuas en su honor. Su enemigo fue la ciudadanía privada.

En política exterior permaneció fiel a Casandro y mantuvo a Atenas al margen de los asuntos del Egeo. Sin embargo, no pudo impedir que Imbros y Lemnos, atraídas por las promesas de Casandro, se pasasen al partido de éste. También perdió Delos. Demetrio Poliorcetes, en el año 307 a. de C., se presentó en las costas del Ática con 250 navíos; entró en el Pireo y proclamó que venía a devolver a los atenienses sus leyes, lo que motivó que fuera invitado a desembarcar y fuera saludado como bienhechor y salvador. Demetrio se vio obligado, tras establecer conversaciones, a abandonar el poder y huir a Egipto.

Agátocles

La tradición historiográfica griega (Diodoro) sostiene el origen humilde de Agatocles. Esto, al igual que los crímenes cometidos por los tiranos, en gran parte, pertenece a la leyenda. El apoyo de un rico siracusano llevó a Agatocles a alcanzar los grados superiores del ejército. Siracusa estaba gobernada por dos tiranos, que ejercían el poder al mismo tiempo, Heracleides y Sosístratos. Agátocles acudió a socorrer a los de Crotona contra los brutos, con un ejército de mercenarios y de desterrados. Siracusa asistía a continuos enfrentamientos entre los partidarios de la tiranía y sus oponentes, y entre los oligarcas inclinados a volver al régimen de Timoleón y los demócratas. Esta situación calamitosa y la amenaza cartaginesa motivaron que se pidiese ayuda a Agatocles, que gozaba de prestigio, quien entró en Siracusa, con un grupo de 3.000 hombres, en su mayor parte procedente de las ciudades sículas; se apoderó de la ciudad, que entregó durante dos días al saqueo. Inmediatamente después, reunió una asamblea general y acusó a los 600 que formaban el Consejo oligárquico. Propuso restaurar la democracia y renunció al poder, pero la asamblea le nombró general con poderes absolutos, como un rey, en el año 317-316 a. de C.

Agatocles dio a su tiranía un carácter popular con la abolición de las deudas y la repartición de tierras; se mostró afectuoso con la gente, dio recompensas y estimuló a otros con promesas. No hizo gala de distinciones reales, no usó diadema, ni tenía guardia personal. Administró bien los ingresos públicos. Llenó de armas los almacenes y construyó muchos barcos. Diodoro utilizó como fuente para escribir la historia de Agatocles a Timeo, a quien Polibio, sin embargo, acusa de parcialidad. Timeo niega al tirano cualquier mérito, mientras Callias de Esmirnia y Antandros de Siracusa le reconocen sus virtudes. A la larga, prevaleció en la historiografía el juicio contrario a Agatocles, como demuestra la obra de Justino.

Agatocles tenía enemigos fuera de Siracusa: los desterrados, que intentaron, con la ayuda de Agrigento, declarar la guerra contra el tirano y entregaron el mando del ejército al espartano Acrótato, que fracasó en su cometido. Agrigento, Mesina y Ge. a hicieron la paz con Agatocles en 314 y reconocieron su hegemonía sobre las ciudades griegas de Sicilia. En este momento Agatocles disponía de un ejército compues o de

10.000 mercenarios de infantería y de 3.000 jinetes más soldados de los aliados de Siracusa.

Los exiliados, entonces, pidieron ayuda a Cartago, que preparó un gran ataque para el año 311. Se dio la batalla junto a Ecnomón y parte del ejército se perdió junto al río Himeros. En Siracusa, la mayoría del pueblo apoyó al tirano. En Gela condenó a muerte a 4.000 personas, confiscó los bienes y exigió todo el oro y la plata. Esta medida, indica el carácter hostil, por un lado, de la tiranía de Agatocles contra los ricos, y popular, por otro, al apoyarse en los estratos desposeídos de la sociedad, a los que por origen, era hijo de un ceramista, se sentía más vinculado. Agatocles planeó llevar la guerra al propio territorio de Cartago. Su conducta con Gela se explica fácilmente por la necesidad de no dejar enemigos a su espalda. Agatocles tomó varias medidas antes de su expedición a África, que le permitieron disponer de dinero y librarse de sus enemigos interiores. Nuevamente, el destacamento de mercenarios asesinó 1.600 ricos, cuyos bienes fueron confiscados. Se apoderó también de los bienes de los menores de edad, prometiendo devolverlos cuando fueran mayores. «Invitó» a las mujeres a entregar parte de sus joyas; se apoderó de parte de los tesoros de los templos y de los bienes de los mercaderes siracusanos, y dio la libertad a los esclavos que estaban en edad de ir al ejército. La concesión de la libertad a los esclavos, no implicaba ninguna rechazo a la esclavitud; lo hacía obligado por las circunstancias. La expedición a África comenzó en principio con éxito, en 310 a. de C. El ejército expedicionario se componía de 14.000 soldados, de los que dos tercios eran mercenarios y una tercera parte de Siracusa. Para obligar a los soldados a combatir y cumpliendo un voto que había hecho durante la travesía, quemó toda la flota. Obligó al ejército cartaginés a encerrarse dentro de los muros de Cartago; mientras tanto, la situación en Sicilia no era muy boyante. El general cartaginés sitió Siracusa, defendida por el hermano de Agatocles, Antandros, y en la que se había corrido el rumor de que Agatocles había sido vencido en África. La llegada de un barco, procedente de África con buenas noticias, dio ánimo a los siracusanos, que obligaron a los cartagineses a levantar el cerco. Agatocles había logrado apoderarse de todo el territorio alrededor de Cartago. En el año 309 a. de C. el ejército de Agatocles estuvo a punto de sublevarse contra él, mientras las ciudades griegas de Sicilia, capitaneadas por Agrigento, intentaban librarse de la tutela de Siracusa. En el año 308 a. de C. logró Agatocles una victoria sobre el ejército cartaginés y entabló negociaciones con Ofelas, que gobernaba en Cirene, para unirse ambos y luchar contra Cartago. Juntó los dos ejércitos, se deshizo de Ofelas y se quedó con su ejército.

En el año 307-306 a. de C. Agatocles, siguiendo el ejemplo de Antígono, de Demetrio Poliorcetes, de Seleuco, de Ptolomeo, de Casandro y de Lisímaco, tomó el título de rey, por no considerarse inferior a todos estos reyes, pero no llevó la tradicional diadema, sino una corona, símbolo de cargo sacerdotal. El uso de la diadema daría un carácter nuevo al gobierno de Agatocles. La corona sacerdotal, en cambio, confería un carácter social a su poder, idea que encajaba bien con la personalidad de Agatocles, que era profundamente religiosa, lo que explica el voto hecho a dos diosas durante la travesía o el dejar libre las lechuzas sobre el ejército para atraer la protección de Atenea.

La peligrosa situación en Sicilia, donde sus lugartenientes, Leptino y Demófilo, habían hecho fracasar un nuevo ataque de Agrigento contra Siracusa, mientras los desterrados dirigidos por Deinócrates, apoyados en las ciudades descontentas del dominio siracusano, comenzaban a inquietarse de nuevo, obligó a Agatocles a dejar el ejército

a las órdenes de su hijo Arcágato y a volver a Siracusa. Logró vencer a Agrigento y a la flota cartaginesa, lo que le permitió retornar a África. Desanimado por una derrota y entristecido por la muerte del hijo, abandonó la mayor parte de su ejército. Su carácter se volvió más cruel, como lo demostró su comportamiento con Egesta, cuyos habitantes se negaron a entregarle parte de sus bienes. Agatocles intentó dejar el poder y entabló negociaciones en el año 306-305 a. de C. con este fin, pero la terquedad de Deinócrates se lo impidió. Preparaba una segunda expedición contra Cartago cuando después de veinte años de gobierno fue asesinado por su nieto Arcágato, que temía que el poder pasara al otro hijo, de nombre también Agatocles.

Con la desaparición de Agatocles se restableció la democracia en Siracusa; Timoleón entregó el poder político a 600 ricos.

Agatocles fue un tirano profundamente popular, como lo prueban la gran cantidad de estatuas que le levantó el pueblo de Siracusa y la ausencia de una guardia personal. Favoreció la causa del pueblo: sus adversarios pertenecieron siempre a la oligarquía.

Nabis de Esparta

La situación de Esparta, poco antes de alcanzar el poder Nabis, era calamitosa, debida a los desórdenes internos y a la amenaza exterior de guerra. Un usurpador, de nombre Licurgo, había dividido el poder con el rey legítimo, Agesípolis. A Licurgo substituyó en el poder un mercenario de Tarento, Macánidas, muerto en Mantinea, el año 207 a. de C.

Las fuentes sobre Nabis son escasas: unos pasajes de Polibio y de Tito Livio y algunas inscripciones. Se ignoran, pues, las circunstancias que llevaron a Nabis al poder hacia el año 207-206 a. de C. Probablemente era descendiente del euripóntida Demárato.

Nabis hizo una revolución social, que inquietó a los romanos y a los aqueos. El programa político lo ha descrito Polibio brevemente (16.3): destierro de los ciudadanos, libertad a los esclavos y casar a éstos con las mujeres y las hijas de sus antiguos amos. Su Estado fue un asilo para todos los que habían sido desterrados de su patria a causa del crimen o la impiedad. Desterró, en cambio, según el testimonio de Livio (33.31.11), a los ricos, y distribuyó sus bienes entre los pobres. Su programa de reformas fue el mismo que el de Agis IV y de Cleomenes III.

Su meta fue restablecer la igualdad de bienes. Otorgó la libertad y la ciudadanía a los esclavos al igual que probablemente a los periecos, lo que tenía ya un precedente, según se ha visto, en una medida de Clearcos de Heraclea. Estas medidas podían responder al hecho de que las mujeres habían acaparado los bienes. No se tiene seguridad, dada la parquedad de las fuentes, de quiénes eran estos esclavos. Posiblemente se trata de los ilotas, que luchaban para poder volver a la antigua constitución, que había hecho de Esparta una gran potencia basada en su ejército. Nabis usó el título de rey, al que probablemente tenía derecho, pero Esparta no fue bajo su mandato una diarquía. Quizá tuviera como modelos a los soberanos helenísticos, como parece indicar su política naval, extraña a la tradición espartana. Estaba rodeado de una guardia de mercenarios cretenses y vivió en la opulencia y tuvo una fortuna considerable. Se rodeó de una corte de amigos. Convocó las asambleas, se reunieron de ciudadanos se reunieron solamente en circunstancias especiales, conservando las leyes espartanas. Las medidas tomadas por Nabis hicieron que sus disposiciones fueran con-

sideradas actos auténticamente revolucionarios y que junto a él encontrarán refugio los pobres, marginados y perseguidos. Se le recibía como un auténtico liberador, como lo demuestra su entrada en Argos, ciudad que le había sido entregada por el gobernador Filocles, al que había colocado Filipo V. «De noche el tirano —escribió T. Livio (32.38.6-9)— fue recibido en Argos. Al amanecer, se había ocupado todos los puntos dominantes de la ciudad y cerrado las puertas. Algunos ricos logran escapar al primer tumulto, y huido, sus bienes fueron robados. A los que quedaron, se les quitó los objetos de oro, y de plata, y se les impuso enormes tributos. A los que los entregaron, se les despidió sin castigarlos. A los que ocultaron algún objeto, fueron torturados, como esclavos. Reunida una asamblea, propuso dos proyectos de ley. Uno sobre el nuevo cálculo de las deudas, la segunda sobre la repartición de tierras a los ciudadanos; que son las dos promesas, que emplean los revolucionarios para inflamar a la plebe contra los ricos.» Los esclavos debieron también alcanzar la libertad. El programa seguido en Argos prueba que Nabis exportaba la revolución; la abolición de las deudas nos remonta a la tradición espartana. Los casos de Argos y de Esparta demuestran que los mismos graves problemas económicos y sociales existían en todas partes.

El estoicismo y las utopías helenísticas no cuestionaron la legitimidad de la esclavitud, pero predicaron la igualdad de todos los hombres. El espíritu fue ahora totalmente diferente del de Aristóteles y los escritores del siglo IV a. de C. Estas ideas, llevadas a Esparta por el maestro de Cleomenes, Esfairos de Boristenes, pudieron favorecer la liberación de los esclavos.

Roma apoyó en Grecia a los ricos. La Liga Aquea se oponía a todo lo que significara cambio social. Las hostilidades contra Nabis estallaron en el año 195 a. de C. por instigación de la Liga Aquea. El ejército de Nabis era importante. El tirano contaba con los 1.000 cretenses de su guardia personal, los ejércitos de Argos y de Esparta y 3.000 mercenarios. Las condiciones de la paz, firmadas por Tito Quimicio con Nabis fueron duras para éste: se le reconocía el título de rey; se le recortaba el territorio de Esparta; se le dejaba una salida al mar, pero perdía Argos, una parte de las aldeas de los periecos, de la flota, del ejército y de los ingresos. En 193, Nabis volvió a las hostilidades apoderándose de las aldeas de los periecos. La Confederación Aquea se dirigió a Roma, que, ocupada con la lucha contra Antíoco III, no colaboró.

La iniciativa de la lucha contra Nabis la tomaron los aqueos y su nuevo estratega Filopoimen, que obligó al tirano a encerrarse en Esparta. Las flotas de Eumenes II y la romana intervinieron también. El armisticio restableció la situación anterior, salvo en el hecho de que Nabis perdió los puntos costeros. En el año 192, en medio de unas maniobras militares, Nabis fue asesinado por Alexámenes, el estratega de la Liga Etolia, que no confiaba en un personaje cuya actuación no había sido rectilínea. Su tiranía había durado quince años, en los que tuvo en jaque a Roma y a la Liga Aquea. Todas las medidas que tomó Nabis se mantuvieron hasta el año 188 a. de C.

Andrisco

Zonaras (9.28) fuente principal sobre la revuelta de Andrisco en Macedonia (149-148), dice así: «En Macedonia un cierto Andrisco, originario de Adramitió, que se parecía en el aspecto a Perseo, pretendió ser hijo suyo. Se dio el nombre de Filipo. Revolucionó a una gran parte del país. Al principio, se fue a Macedonia e intentó re-

volver el país. Como nadie le siguió, se marchó con Demetrio, rey de Siria, con la esperanza de que, por ser pariente, encontraría apoyo en sus pretensiones. Demetrio le apresó y le envió a Roma. Aquí se le convenció de que no era el hijo de Perseo. Fue objeto de un total desprecio en la capital de Italia. Agrupó después una banda de revoltosos, se le unieron muchas unidades y tomó el título de rey. Reunió un ejército y se fue a Tracia. Muchos nativos y príncipes, que odiaban a los romanos, se le unieron. Con ellos invadió Macedonia y la tomó. Después marchó a Tesalia y se apoderó de buena parte de su territorio. Los romanos no tomaron medidas contra Andrisco, al principio. Después encargaron a Escipión Nacica poner orden, por medios pacíficos, en el país. Cuando Escipión llegó a Grecia se dio cuenta de la situación e informó de ella a Roma. Andrisco movilizó un ejército entre los aliados y avanzó hasta Macedonia. Roma, al conocer las medidas tomadas por Andrisco, envió un ejército a las órdenes del pretor Publio Juvencio. Al llegar a las fronteras de Macedonia, le atacó Andrisco, le mató y hubiera aniquilado todo el ejército, si éste no se hubiera retirado durante la noche. A continuación Andrisco invadió Tesalia, la saqueó en gran parte y se atrajo a los tracios. Después de este fracaso, los romanos enviaron al pretor Q. Cecilio Meteto, con refuerzo importante, que partió a Macedonia. Atalo le apoyó con importantes refuerzos. Tomó posiciones poco antes de Pidna. Salió victorioso en un encuentro de la caballería, pero ante la infantería se retiró. Este éxito le envalentonó de tal manera, que dividió su ejército en dos cuerpos. El primero, a sus órdenes, se quedó en el lugar para defenderlo. Al segundo, se le encomendó saquear a Tesalia. Metelo no se asustó y atacó. Venció al primer ejército con el que peleó y se volvió sobre el segundo, que no tuvieron inconveniente en reconocer su equivocación. Andrisco huyó a Tracia. Reunió un ejército y presentó batalla a Metelo. Su vanguardia fue derrotada, sus aliados dispersos y Andrisco fue entregado por el príncipe tracio Bizes y condenado.»

Este texto indica claramente el odio que había en Macedonia y en Tracia contra los romanos, debido a la feroz explotación a que Roma sometía el terreno conquistado. No parece que Andrisco fuera un revolucionario que inquietase a los romanos. Después de su muerte, Macedonia se convirtió en provincia romana, la primera del Oriente.

Aristónico

Las informaciones sobre la tiranía de Aristónico son escasas y poco claras, ya que tratan fundamentalmente sobre las campañas romanas. Aristónico era hermanastro de Atalo III y no aceptó el testamento de éste, que entregaba, a su muerte, el reino de Pérgamo al Senado y al pueblo romano. La política seguida por Roma de apoyar a las clases ricas aumentó los desequilibrios sociales y económicos y favoreció la revuelta. El programa de todas estas revueltas era la abolición de las deudas y la repartición de las tierras, aspiraciones ya viejas de las masas desheredadas. Estos desequilibrios sociales se daban en todo el Mediterráneo, como lo prueban las reformas de los Gracos, contemporáneos de Aristónico, aunque la meta de su reforma fuera fundamentalmente tener soldados para los ejércitos romanos. Por vez primera, participaron en estas revueltas los esclavos, que, excepción hecha del caso de los ilotas, siempre habían sido instrumentalizados, pues se trataba de encontrar en ellos apoyos firmes. Las revueltas de esclavos tienen lugar por estos años, aunque estamos mal informados; así, las de Delos, las de las minas de Laurión, y las dos de Sicilia, hasta la gran revuelta de Es-

partaco del 71. Todos estos movimientos se veían favorecidos por las utopías de carácter filosófico y las doctrinas estoicas, partidarias todas ellas de una tendencia universalista. Si bien estas utopías no tenían una aplicación práctica. Intelectuales con una mentalidad diferente de la de épocas anteriores acompañaron a los reformadores políticos, como Esfairo a Cleomenes y Blosio a T. Sempronio Graco y a Aistónico.

Se han propuesto diversas teorías para explicar la decisión de Atalo III en su testamento: acto de un loco, voluntad de privar a su hermanastro del reino, aceptación de la situación creada de antiguo por la presencia romana, o inquietud de los ricos del reino de Pérgamo ante la agitación social. Se ha pensado que antes de la muerte de Atalo III ya había revueltas o, mejor, inquietud social, y el testamento quiso atajarlas, ya que los romanos eran los únicos que podían hacerlo, pero esta hipótesis no tiene apoyo en las fuentes.

Probablemente, varias causas pudieron mover a Atalo III a hacer el testamento, por el que Pérgamo mantenía su independencia y los bienes del rey pasaban a los romanos.

A la muerte de Atalo III estalló la revuelta, capitaneada por Aristónico. El hecho de que Aristónico fuese hijo de Eumenes II y de una concubina de Éfeso, no le privaba de sus derechos al trono. Apoyaban a Aristónico los ricos, temerosos de que se repitiera en Pérgamo lo que había sucedido en otras partes de Grecia, que fue lo que realmente sucedió, que la presencia romana era terriblemente onerosa y que la libertad estaba muy recortada. Es seguro que los ricos apoyaron la causa de Aristónico, ya que después de su muerte se privó de la ciudadanía y los bienes a los que no volviesen a Pérgamo. Aristónico, por un lado, se apoyó en gente que tenían bienes y, por otro, en los esclavos. Se han barajado varias hipótesis, como que Aristónico reflejara un conflicto de las clases ricas y, por lo tanto, la apelación a los esclavos sólo fuera una táctica, sin idea realmente revolucionaria. A la revuelta, capitaneada por Aristónico, el demos de Pérgamo respondió extendiendo la ciudadanía a los colonos militares, asentados en el reino de Pérgamo, a los forasteros residentes y concediendo la libertad a determinados esclavos, con el fin de poder contar con más defensores del orden establecido, lo que prueba que la situación era realmente peligrosa. Las medidas tomadas estaban inspiradas en las decisiones adoptadas por Hipérides en 338, en Atenas.

La presencia de Blosio de Cumas que, después del fracaso de Tiberio Sempronio Graco, se refugió junto a Aristónico y la creación de la ciudad de Heliópolis, daban una apoyatura ideológica a una revuelta que tenía un gran número de seguidores entre los ricos, las ciudades costeras temerosas de los romanos, los esclavos y los extranjeros: Aristónico disponía de una flota con la que se apoderó de Samos. Para luchar contra Roma, Aristónico contaba con dos fuerzas: los mercenarios y los colonos militares; para mantener fieles a estos últimos, se les concedió la ciudadanía. Se conoce mal la situación de los campesinos, que trabajaban las tierras de los templos, de las ciudades y del rey. Se ha supuesto que era parecida a la de los campesinos egipcios. Aunque entre Egipto y Pérgamo existieron grandes diferencias, es un grave error interpretar todos los reinos helenísticos por lo que sucedía en Egipto, mejor conocido por la documentación aportada por los papiros. Los campesinos de Pérgamo serían libres en teoría, pero en la realidad se encontraban en una condición vecina a la esclavitud. Los esclavos se sentirían próximos a estos campesinos. Es probable que a los esclavos del campo se unieran esclavos de las ciudades y de Pérgamo. A toda esta masa de desheredados la ciudad de Heliópolis les tenía que fascinar.

Aristónico colocó la base de sus operaciones militares en Leuke, entre Fócea y Esmirna. El plan era extender su control, apoyado en la flota, por la costa. Las clases dirigentes de las ciudades griegas no se sintieron atraídas por la rebelión. Éfeso derrotó la flota cerca de Cumas. Esta derrota obligó a Aristóbulo a cambiar de programa y a dirigirse al interior del reino, a los esclavos y a los desheredados. Aliados suyos fueron los misios, y los tracios, que aspiraban a la independencia; las ciudades griegas de Tracia y de Caria le eran adversas. Roma animó a los reyes aliados a intervenir: Nicomedes II, Epifanes de Bitinia, Mitrídates V, Ariates V de Capadocia y Filemeno de Paflagonia. Aristónico logró ocupar las ciudades griegas de Tiatira, Apolonia, Míndos, Samos y Colofón, incluso Pérgamo, donde organizó los elementos más extremistas. Mitrídates V conquistó la capital poco después. En el año 131 Roma declaró la guerra a Aristónico.

Los dos cónsules, L. Valerio Flacco y P. Licinio Craso Muciano, además de P. Cornelio Escipión Emiliano, aspiraban al mando de las tropas. Craso, apoyado en la gente de negocios, logró hacerse con el mando. Partió para Asia con un buen ejército en 131, reforzado con tropas aliadas de Halicarnaso, de Cícico y de Pérgamo. Es probable que el apoderarse de los tesoros de los atálidas y del inmenso *ager publicus*, motivaron que Craso quisiera hacerse con la dirección de la guerra. El general romano se enemistó con los aliados asiáticos con su proceder brutal. En el año 130 cercó Leuke, pero fue derrotado por Aristónico. Este mismo año llegó a Asia uno de los cónsules, M. Perperna, que primero venció al rebelde, después del cerco de Stratonicea, obligándole a entregarse. A M. Perperna le sustituyó el cónsul del 129, M. Aquilio, quien continuó la guerra por todo el año, logrando conquistar Caria y someter a Misia. En el año 128, Roma envió una comisión de decenviros, para organizar el reino.

Las ciudades griegas, según el testamento de Atalo III y según el *senatus consultum*, que habían apoyado la causa de Roma, y las regiones vecinas, obtuvieron la libertad. La administración romana se desentendió de las zonas poco fértiles y atrasadas. Se entregó Licaonia a Ariarates VI, Erigia Mayor a Mitrídates V Evergetes y Telmessia a los licios.

La administración romana respetó muchos de los usos seguidos por los atálidas, lo que molestó a los caballeros, que esperaban obtener pingües beneficios de la nueva provincia. En 126, Aristónico figuró en el triunfo de Aquilio. Después fue estrangulado. Bloisio prefirió suicidarse a caer en manos de Roma.

Las tiranías de Megalópolis y Argos.

Algunas otras tiranías hubo en época helenística, como las de Aristodamo en Megalópolis y la de la familia de Aristómaco en Argos. Antígono Gónatas toleró las tiranías del Peloponeso. Arata y la Liga Aquea se opusieron a ellas. Aristódamo fue asesinado en 251 a. de C. En 244 se estableció otro tirano, Lidiades, en Megalópolis. Arato atacó por todos los medios a los tiranos de Argos. En 235, Lidiades, ante la acometida de Arato y la falta de apoyo de los macedonios, dejó la tiranía y entró con su ciudad en la Liga Aquea. Aristómaco II de Argos siguió su ejemplo. Estos últimos tiranos no lo fueron en el sentido tradicional, sino como agentes de Macedonia, o luchadores por la libertad de sus ciudades, o simples ciudadanos, a los que la inestabilidad del momento convirtió en tiranos.

Los tiranos se apoyaban a veces en el populacho urbano, como sucedió en 279 con Apolodoro en Casandra, pero estos tiranos helenísticos fueron frecuentemente los agentes de los soberanos.

LA ECONOMÍA

A pesar de la gran cantidad de datos suministrados por las fuentes literarias, la arqueología, la epigrafía, la papirología y la numismática, es difícil trazar un cuadro exacto de la economía en todos los reinos helenísticos. La economía helenística no es uniforme y ha variado mucho en los tres siglos. Muchos aspectos se escapan totalmente por falta de documentación. Muchas veces los datos no son indicativos, ni para un mismo lugar, ni para toda la época Helenística, al variar mucho la situación económica de unos tiempos a otros. Las destrucciones continuas ocasionaron cambios, al igual que la piratería y los saqueos. Tampoco el periodo helenístico fue uniforme. Se han propuesto tres teorías principales por los economistas de la Antigüedad. Para el gran historiador de la economía, M. Rostovtzeff, la economía helenística estuvo minada desde el primer momento por el dirigismo de los diferentes Estados helenísticos. Para un segundo grupo, formado por historiadores de primera fila, como K. J. Beloch, E. Mayer, V. Wilamowitz y el historiador de la economía del mundo antiguo, Heichelheim, la economía helenística fue próspera hasta la intervención de Roma en los asuntos de Oriente. Para Preaux y L. Moretti, no se podría hablar con propiedad de la economía helenística, porque el hombre helenístico no notó que la economía de su tiempo fuera diferente de la del periodo anterior. Sin embargo, se introdujeron algunas novedades importantes, como la generalización de la moneda y su corolario: la aparición de grandes banqueros y comerciantes y la extensión de los mercados.

Característica principal de la economía helenística fue el control del Estado, de carácter fiscal y artesanal, lo que ya se había dado en Persia y en el Egipto faraónico. Otros aspectos producían una sensación de novedad, como la intensificación del comercio, sobre todo de productos de lujo.

Los reinos helenísticos no tuvieron nunca programas económicos. Los ingresos se gastaban no en mejorar la producción o elevar el nivel de vida, sino en el mantenimiento de ejércitos, generalmente de mercenarios, de la corte y de la numerosa burocracia. En algunos reinos, como en Egipto y en el reino seléucida, la economía fue en gran medida estatal. Junto a ella existían grandes capitales privados, creados con el comercio, con la banca o con diferentes productos.

Tampoco esta riqueza revertió sobre la fuente que la producía, ni sobre el artesano, agricultura o comercio. Las fortunas privadas se autobeneficiaban. En este aspecto, la mayoría de los griegos helenísticos y de las *poleis* tenían la sensación de que no había cambiado nada. Seguían en muchos aspectos los mismos problemas de siempre. En la Grecia continental el número de *poleis* no aumentó, pero en el reino de los seléucidas y en menor medida, en el de los lágidas, se crearon importantes ciudades, como Antioquía o Alejandría, que desempeñaron un papel importante en la economía.

Hubo grandes capitales en manos de unos pocos, pero las escasas cifras que transmiten las fuentes no parecen indicar grandes diferencias sociales, aunque las hubo. Polibio (21,26) escribe que Alejandro de Etolia, poseía un capital de 200 talentos, lo que no es una cifra excesivamente alta. Otras cifras son casi idénticas: Protágoras de Olbia

prestó a su ciudad en época de crisis, 50-60 talentos, además de otras donaciones, lo que indica que el capital debía ser mucho mayor que el de Alejandro.

De las cifras recogidas en las inscripciones sobre préstamos, y de datos referentes a la crisis de las ciudades, se desprende que los grandes capitales no debían ser muy abundantes. Los romanos apoyaron siempre, como en otros lugares, a los ricos.

Las capas bajas de la sociedad eran muy pobres. Los contrastes sociales se debieron acentuar en la segunda mitad de la época helenística mientras las revueltas de carácter social estuvieron ligadas a situaciones políticas determinadas.

La moneda

Una gran fuente de ingresos fue la acuñación de la moneda, un monopolio de los reinos, al mismo tiempo que símbolo del poder e importante medio de propaganda. Por sí misma representaba un valor y disfrutaba de unas ganancias en relación con las monedas de otros reinos.

Los seléucidas acuñaron ingentes sumas de dinero, incluso cuando ya su reino se encontraba en franca decadencia, como en el siglo II. Circularaban muchas monedas acuñadas en el exterior, pero tenían que llevar como contramarca, un ancla. Los Ptolomeos desarrollaron una política monetaria totalmente diferente: no permitieron que en el reino circulase otra moneda que no fuera suya, y se resellaban en sus talleres las monedas de fuera del país; era un procedimiento para obtener divisas, como lo indica una carta del tesorero de Alejandría al *diocetes* Apollonio del 258, en tiempos de Ptolomeo II Filadelfo: «Según las instrucciones escritas que me habías dado he recibido 57.000 monedas de oro, y las he devuelto después de resellarse. Los extranjeros que desembarquen, los negociantes y los agentes, que traen buenas monedas, y las muestras acuñadas en el reinado anterior (*trichrya*) para cambiarla, conforme al reglamento que nos obliga a tomarlas y a reacuñarlas... Es ventajoso que la mayor cantidad de oro posible se importe del exterior y que la moneda del rey sea nueva y bella, sin que le cueste nada.»

Una de las innovaciones en la economía de la época helenística fue la generalización de la economía monetaria. El Imperio Persa había acuñado moneda, pero su uso no se había generalizado más que en ciertas regiones, como en la costa griega de Asia Menor, que ya la conocían previamente. Alejandro Magno e inmediatamente después los diádocos, acuñaron grandes cantidades de monedas, la mayoría de ellas verdaderas obras de arte, utilizando para ello los depósitos de metales que los monarcas aqueménidas tenían almacenados. Los monarcas helenísticos acuñaron mucha y muy buena moneda, al tiempo que hubo una tendencia a simplificar el sistema monetaria. A finales del siglo IV todos los Estados y ciudades del Mediterráneo usaban moneda ya. Los pequeños estados o ciudades utilizaban monedas de bronce y plata, que eran de circulación limitada. Rodas, Corinto y la Liga Aquea, no cambiaron sus tipos. Entre 340 y 308 Corinto acuñó moneda siguiendo sus tipos tradicionales, que predominan en los hallazgos de Sicilia entre los años 340 y 290. Desde 295 en adelante se introdujeron gradualmente las acuñaciones de Agatocles. El valor del oro y de la plata disminuyó durante la conquista, prueba de que se habían puesto en circulación ingentes cantidades de metales preciosos. La relación del oro y la plata pasó de 1/10 en el siglo IV a 1/13,3 en el siglo III, lo que indica cierta disminución en la circulación del oro. También contribuyeron, pero posiblemente en menor cantidad, a la acuñación de moneda,

las explotaciones mineras. Las monedas de oro no tuvieron nunca la importancia que las monedas de plata. Se substituyó el bimetalismo de los aqueménidas y de Filipo II de Macedonia, por el monometalismo de la plata, típico de las ciudades griegas. Alejandro Magno adoptó el sistema ático para su acuñación, norma que siguieron sus sucesores y reinos un tanto secundarios, como los reinos persas, Bactriana, las monarquías del Ponto Euxino y la misma Macedonia. De este modo se generalizó este sistema, ocasionándose la desaparición de otros, como el *electrum* de Cícico, y la moneda de Bizancio substituida por la ática. Gracias a la Confederación Aquea, se mantuvo en el Peloponeso el sistema egineta, pero sólo con valor regional. La única moneda que conservó su valor debido a la importancia excepcional de su comercio dentro de la economía helenística, fue la de Rodas.

La moneda fue un símbolo de soberanía, por ello tendieron a desaparecer las acuñaciones de las diferentes ciudades salvo la de bronce de circulación local. La moneda de plata que se acuñaba fue ya monopolio real. Los reyes también acuñaron monedas de bronce, índice de que escaseaban los metales preciosos. Su valor fue siempre inferior al nominal. Monedas de bronce circulaban en el interior de los reinos, como los grandes bronceos ptolomaicos, que circularon igualmente en el mundo griego. Las razones por las que se acuñaron monedas llamadas de pseudo Alejandro, o pseudo Lisímaco, no son claras. Se ha creído que responden a la popularidad de la tetradracma de Alejandro, y al deseo de estas ciudades libres de separar su moneda de la de los soberanos reinantes.

Alejandro Magno continuó acuñando los filipos de oro y de plata, durante parte de su gobierno. Inmediatamente después de la muerte de su padre, acuñó monedas de oro, de plata y de bronce, cuyos tipos no variaron mucho. Filipo II consideró que la moneda acuñada por él era de exclusiva circulación dentro de su reino, y nunca la impuso fuera de él, al contrario de lo que haría su hijo. Las monedas de Alejandro se acuñaron en la capital del reino macedonio, en Anfípolis, en Sición, en las ciudades de la costa de Asia Menor, en Siria, en Fenicia, en Chipre, en Alejandría y en Babilonia, siguiendo el pie ático de 8,75, con lo que su moneda se convirtió en la moneda de su extenso Imperio. Se acuñó con el etalón ático, que la hacía más apta para el comercio internacional. Alejandro Magno acuñó moneda en Corinto y en Sición, centros de reclutamiento, y en otras ciudades de la costa jonia, pero no en Egipto, ni en Frigia, donde estuvieron asentadas muchas tropas. Obligó a los talleres, que ya trabajaban, a acuñar sus tipos. En Sardes y en Tarso substituyó a las de los persas. En Chipre o en Fenicia exigió el abandono de otros talleres. Alejandro Magno desvió todo el comercio con Asia a través de Tarso y de Fenicia; por ello necesitó acuñar bastante moneda en esta zona. La finalidad de seguir acuñando los dáricos después de la muerte de Darío III era presentarse como continuador de los soberanos aqueménidas. El taller de Babilonia, destinado particularmente a Egipto, acuñó monedas conjuntamente de tipo macedónico y persa. Ninguna ceca acuñó moneda al este del Éufrates, donde existieron muchas colonias militares y había que pagar a numerosos mercenarios.

Para explicar este hecho se han barajado varias hipótesis. A partir del 330 hubo una ceca móvil, que acuñaba moneda para pagar a las tropas. El metal se transportaba en lingotes, al igual que lo hicieron los aqueménidas. Ciertas satrapías recibieron autorización de acuñar monedas locales diferentes a las reales.

La moneda ateniense gozó desde antiguo de gran prestigio internacional. Alejandro acuñó monedas de oro y de plata. Las primeras fueron la *clistatera* y la *estetera*,

con la cabeza de Atenea, diosa protectora de Atenas, con casco corintio, y la Niké con corona en el reverso. La serie de monedas de plata estuvo compuesta por la tetradracma y la dracma, con cabeza de Heracles cubierta por la piel del león de Nemea, dios con el que el monarca macedónico se sintió especialmente vinculado, y en el reverso Zeus etóforo, sentado en su trono, con el águila posada sobre su mano derecha extendida.

Alejandro Magno también acuñó monedas de bronce que circularon por todo el Imperio. Fueron acuñadas en nombre suyo por las autoridades locales para la circulación interna; llevaban la cabeza de Hércules y en el reverso la clava y un arco.

Muerto Alejandro Magno continuó la acuñación de los mismos tipos, pero en nombre del hermano del rey, Filipo III. Unas cecas aceptaron esta disposición: en las de Alejandría, Damasco y Mileto, nunca se colocó el nombre real. Otras, como Anfípolis, nunca las acuñaron y otras lo hicieron por poco tiempo, como Pella, que las acuñó hacia el 318.

Cada uno de los diádocos siguió considerándose como el verdadero heredero del Imperio de Alejandro Magno y tendieron a unificar todo el Imperio del rey macedónico bajo su mando. Ello hizo que al principio se siguiera acuñando la misma moneda. Antígono y su hijo Demetrio tomaron el título del rey (306-305), como se indicó, e inmediatamente hicieron lo mismo Ptolomeo, Seleuco, Casandro y Lisímaco.

El soberano de Macedonia continuó con la misma moneda de Alejandro lo que fue una manera de declararse único heredero del anterior rey de Macedonia. Casandro, en las acuñaciones de cobre, emitidas entre los años 316 y 306, con la cabeza de Hércules y un león en el reverso, colocó su nombre sin el título de rey, que ya empleó en monedas acuñadas en Anfípolis entre los años 306 y 297, con cabeza de Apolo, y trípode en el reverso, y cabeza de Heracles, y león o jinete en el reverso, en las de Pella. En las acuñaciones de oro y plata de Pella y Anfípolis mantuvo la tipología tradicional.

En estas dos ciudades se establecieron las cecas de Casandro, que abastecía de moneda a Lisímaco, gobernador de Tracia, hasta que éste, en 309-308, contó con ceca propia en Lisimaquia, donde, ya proclamado rey, acuñó tetrábolos de plata y monedas de bronce siguiendo las acuñaciones de Filipo II.

Después de la reorganización que siguió a Ipsos, en la que Lisímaco creó un reino con Tracia y parte de la costa de Asia, cayeron en poder las cecas de Sesto, Quersoneso, Lampsaco, Abidos, Sardes, Colofón y Magnesia, que acuñaron monedas según el sistema ático.

Demetrio Poliorcetes introdujo novedades en las acuñaciones. En el año 300 abrió la ceca de Salamina, donde en las tetradracmas, que seguían el patrón ático, se dio ya el título de rey, y con alusiones como Nike y Poseidón, a su victoria sobre Ptolomeo. Estas alusiones se encuentran también en las acuñaciones de bronce; Nike sobre proa y Atenea Alcídemo, con el título de rey. Algunas cecas continuaron acuñando según los modelos de Alejandro, cuya efigie siguió en las monedas de oro, después que fue coronado rey de Macedonia en 294-293. Demetrio acabó separándose definitivamente de los modelos de Alejandro Magno.

Antígono comenzó acuñando tetradracmas de plata según los modelos de Alejandro para pasar a una emisión de tetradracmas, conmemorativas de la victoria sobre los gálatas.

A Antígono Dosón pertenecen probablemente las tetradracmas con la cabeza de Poseidón y Apolo desnudo en el reverso, sentado sobre la proa de la nave.

Las monedas de la monarquía macedónica siguieron las emisiones de Alejandro Magno hasta su definitiva desaparición con la conquista romana. Se acuñó moneda exclusivamente de plata, tetradracmas, didracmas y dracmas en plata y bronce, abandonándose las de oro. Filippo V se vio obligado, con motivo de sus guerras, a acuñar grandes cantidades de monedas.

Continuó Lisímaco acuñando monedas con leyendas y figuras de Alejandro Magno, con la cabeza de león en el reverso, estateras de oro en Abidos y Sesto, dracmas de plata en Lisimaquia, Lampsaco, Abidos, Magnesia y Colofón, y tetradracmas en Sardis.

Lisímaco abrió nuevas cecas en Teos y Mitilene, año 299-298, pero por muy breve tiempo y acuñó estateras, tetradracmas y dracmas, siguiendo los modelos de Alejandro Magno, pero ya con la inscripción de «Lisímaco rey».

Fue él el primer soberano que acuñó moneda con la cabeza de Alejandro Magno divinizado, con cuernos de carnero, tomados de Zeus Amón, y Atenea Nicéforos sentada en el reverso, y con la leyenda «Lisímaco rey». Aumentó la acuñación de tetradracmas; cerró algunos talleres y las emisiones de otros disminuyeron considerablemente, sobre todo de las cecas de Asia después del ataque de Demetrio Poliorcetes a Jonia en 287-286. Es ahora cuando comienzan las acuñaciones de tetradracmas en Pérgamo.

Ptolomeo I no sigue la norma general de acuñar moneda con etalón ático más que unos pocos años; después la acerca al etalón rodio-quiota y definitivamente al llamado fenicio.

En la monarquía lágida, este tipo de monedas continuaron hasta el gobierno de Ptolomeo Soter. Después se organizaron según el patrón ático, permaneciendo sin introducirse cambios en las leyendas y en los tipos.

Los primeros cambios tuvieron lugar hacia el 320: se sustituye la cabeza de Heracles por la de Alejandro divinizado con cuernos de carnero y piel de elefante.

En el año 319-318 el tipo de Zeus Etóforo es reemplazado por el de Atenea Alcídemo, cambiándose también la leyenda.

En los años que van del 315 al 313, Ptolomeo I acuñó dracmas con la cabeza de Alejandro, con piel de elefante y Atenea Alcídemo en el reverso.

Después del fracaso del ataque de Antígono contra Egipto, Ptolomeo tomó el título de rey. Se inició la acuñación de oro, con el retrato de Ptolomeo rey, y con Alejandro divinizado sobre cuádriga de elefantes en el reverso. Las monedas de plata continúan con los mismos modelos y la misma tipología.

Después de la batalla de Ipsos se transformaron el pie y los tipos de las monedas. Con esta innovación las monedas de Egipto se separaron de las de pie ático.

Ptolomeo Filadelfo, hacia el año 266, reestructuró el sistema tributario egipcio; ordenó este rey retirar de la circulación todas las monedas extranjeras. Hubo graves dificultades para ello, pero la operación se realizó. A la larga, ello llevó al aislamiento de la moneda lágida.

Al final del gobierno de Ptolomeo Evergetes se registra un empobrecimiento del valor de la plata. Después del 210, este metal y el oro desaparecieron de la circulación.

A mediados del siglo II los soberanos lágidas se aprovecharon de las emisiones de bronce. Aumentó constantemente la divergencia entre el valor real y el valor nominal.

Las monedas de los Ptolomeos sólo aparecen en las zonas controladas por la monarquía lágida: Chipre, Cirene y Siria, y rara vez en el reino seléucida. Las monedas de los seléucidas no se han hallado en Egipto.

Egipto fue una excepción dentro del mundo griego, lo que fue explotado por la ad-

ministración lágida. La banca real monopolizó el cambio de todas las monedas, que llegaban a Egipto procedentes del exterior, traídas por los mercaderes. Estas monedas proporcionaron el metal para las acuñaciones ptolomaicas. El procedimiento está atestiguado por un papiro del año 258/257, pero probablemente es de fecha anterior. Las exportaciones lágidas tuvieron mayor peso que las importaciones y sus monedas circulaban poco fuera de la monarquía, siendo utilizadas fundamentalmente para gastos políticos y militares. El reino de Pérgamo en fecha posterior al de los Ptolomeos siguió la misma política monetaria. Los atálidas acuñaron monedas de pie ático, pero sólo después de la batalla de Apamea.

En el reino de Pérgamo se acuñaron tetradracmas de Lisímaco desde el 287-286 hasta el 282, y después de la batalla de Curupedión tetradracmas de Seleuco, con cabeza de Bucéfalo y elefante en el reverso. En el 272, Filetero acuñó tetradracmas con su inscripción y con los prototipos de la cabeza divinizada de Seleuco, y Atenea en el reverso. Filetero, al independizarse de los seléucidas, sustituyó en el anverso la cabeza de Seleuco por la suya convertida en Dioniso.

Pérgamo fue el Estado más poderoso después de la batalla de Apamea y acuñó los cistóforos, que se han relacionado con el nuevo estilo ateniense y la creación del puerto franco de Delos; fueron acuñados no antes del 188 y son llamados de este modo por representar una cista de la que salía una serpiente. Una corona de vid rodeaba la cista. En el reverso, dos serpientes entrelazaban sus cuerpos. La corona indica bien claramente que la cista es de carácter dionisiaco.

Éumenes II adoptó un pie ligero en los cistóforos, que circularon dentro del reino y eliminaron las monedas anteriores. Hay que suponer que existían bancos de intercambio de moneda, como en Egipto a la entrada y salida del país. Las razones de esta política monetaria son oscuras, pero pueden obedecer al mismo motivo que la produjo en el reino lágida, es decir, a la escasez de monetaria. Esta política monetaria había sido ya seguida por las ciudades griegas antes y durante el Helenismo, como Bizancio y Calcedonia, entre los años 235 y 220.

Sobre el aprovisionamiento de metal se está mal informado. Egipto siempre tuvo ciertas dificultades en el abastecimiento de metales, que aumentaron a finales del siglo III. Ello llevó a una multiplicación inflacionista de la moneda de bronce.

La situación del Imperio Seléucida fue distinta de la de Egipto. En el reino seléucida los hallazgos de monedas señalan las principales vías de circulación. El fundador de la dinastía Seléucida, Seleuco, comenzó acuñando moneda de oro y plata en Babilonia, siguiendo los modelos y las leyendas de Alejandro Magno. A partir del año 305, sustituyó por el suyo el nombre de Alejandro.

Después de la paz de Chandragupta, en el año 303, se acuñaron en Seléucida monedas (tetradracmas y óbolos) derivados de las de Alejandro con Zeus Nicéforo y bronce con la cabeza de Atenea, conmemorativos de la campaña de la India.

Otras monedas con cabeza de Alejandro Magno, cubierto con piel de elefante y Nike, y el prótomo de Bucéfalo, fueron también conmemorativas.

Monedas que siguieron el tipo de las de Zeus Nicéforo, conmemoraron la incorporación a su reino de Fenicia y de Mesopotamia.

Contemporáneas de las monedas conmemorativas de las campañas en la India son las acuñaciones de tetradracmas y óbolos con cabeza de Seleuco y Nike.

Por razones de propaganda política, continuó la ceca de Susa acuñando monedas de oro y de plata con la cabeza de Seleuco, pero según los prototipos de Alejandro Magno.

Antíoco I comenzó acuñando tetradracmas, dracmas y hemidracmas, de patrón ático, para introducir hacia el año 285, dos cambios importantes: un nuevo peso, que derivaba de la cultura de Harappa, en función del comercio con la India y la leyenda «el rey Seleuco y Antíoco». De la ceca de Antioquía salieron grandes cantidades de monedas de bronce con la leyenda «Seleuco rey», con Apolo y Atenea Alcídemo en el reverso.

La batalla de Curupedión fue conmemorada con acuñaciones de Pérgamo, tetradracmas con cabeza de Bucéfalo y elefante en el reverso, y en la ceca de Antioquía, bronce con Seleuco, y cabeza de elefante en el reverso.

Con estas emisiones concluyó el intento de Antíoco Nicátor de instaurar un valor propio, símbolo de su poder.

La ampliación de los tipos de oro y plata y la unificación del bronce distanciaron estas acuñaciones de las de Alejandro Magno.

En el año 278 Antíoco Soter acuñó plata, con su retrato y el Apolo sentado, en el reverso, dios con el que estuvo especialmente vinculada la monarquía seléucida. Se tendió a unificar las monedas de plata.

Antíoco Epifanes, renunció a la idea de la unificación de las monedas de plata en 173-172.

En la ceca de Antioquía se acuñaron tetradracmas y dracmas, con Apolo sentado sobre el ónfalos, y la leyenda «Antíoco Epifanes rey divino».

Después de la primera campaña de Egipto, en esta ceca antioqueña, se introdujeron cambios en los tipos de la tetradracma: Zeus coronado, y Zeus Nicéforo en el reverso y —con motivo de la celebración de las fiestas de Dafne— cabeza de Apolo coronado y Apolo guitarrista en el reverso. Se cambiaron también las leyendas: Antíoco Epifanes permitió a los oficiales de las cecas elegir las leyendas y los modelos. Otras cecas, continuaron hasta el año 164, la tipología de Apolo sentado y la leyenda «Antíoco rey».

Los seléucidas perdieron las fuentes de aprovisionamiento de oro con la sublevación de Diodoto. En tiempos de Seleuco Cerannos se dejó de acuñar moneda de oro. Después fueron sólo piezas conmemorativas de sucesos importantes, como para celebrar el expolio del templo de Ene, hacia el 208, la expedición de Antíoco el Grande al Oriente en 205, las fiestas celebradas en Dafne, en 166, etc.

Antíoco Epifanes autorizó en 169-168 a acuñar bronce nuevos en los que se representó la cabeza de Antíoco y recreó modelos de tradición local en el reverso. La política seguida con este permiso, al igual que la dada a las ciudades libres, respondía a la revalorización de las instituciones y fueron síntoma de la descomposición del poder seléucida. Las acuñaciones de Bactriana, de Partia, de Bitinia y del Ponto se basaron en el sistema ático.

Los seléucidas, incluso al final de su reino, acuñaron mucha moneda y de excelente calidad, como se indicó. Se desconoce cómo obtenían el metal necesario para estas acuñaciones, mediante la explotación de las minas, por requisas o compra. Es probable que las minas hispanas, las más ricas de todo el mundo antiguo, enviaran por intermediarios mucha cantidad de plata al Egeo, lo que explicaría el interés de algunos autores de época helenística por las minas de la Península Ibérica. Las monedas de Hierón II de Siracusa se acuñaron con plata hispana. Estas minas hispanas se encontraban en pleno rendimiento, como lo atestigua Diodoro (5,35-38) en su famosa descripción de las explotaciones: éstas seguían procedimientos típicamente helenísticos, que después pasaron a los romanos, quienes explotaron así las minas de oro del noroeste de la Península Ibérica y continuaron en las del sur.

En ciudades que vivían del comercio, como Rodas e Histiaia, en Eubea, no faltó nunca metal. Las minas de plata del Laurión, cuyas explotaciones se conocían bien en tiempos de Jenofonte, estaban en época helenística en decadencia y su producción no fue suficiente para abastecer toda la demanda del metal. Sólo las minas hispanas podían hacerlo.

Las monedas acuñadas por los soberanos, o las pseudo-reales de pie ático, se convirtieron en una verdadera moneda internacional; pero como la fuente de información la constituyen los hallazgos de monedas o las piezas esporádicas, nada se sabe de las rutas de circulación.

Las monedas acuñadas por las *poleis* permiten conocer el área de influencia de éstas.

Las efigies de los soberanos eran auténticos retratos, con los rasgos realizados con una perfección exquisita, sólo comparable a la de los bustos. Expresaban bien su personalidad —descrita en las fuentes literarias—, como la tetradracma de plata de Seleuco I, acuñada después de su muerte por su hijo Antíoco I. Los rasgos físicos estaban bien caracterizados: frente alta, abombada, nariz grande y mentón saliente. La diadema indica que la cabeza representa a un soberano. Este perfil coincide plenamente con el busto de bronce hallado en Herculano, atribuido a Seleuco I, de una gran dignidad de expresión, majestad, generosidad y decisión, cualidades todas que tenía el rey, según la tradición.

Los rasgos en las monedas de Ptolomeo I Soter son de un acentuado realismo, y demuestran bien la fuerte personalidad del fundador de la dinastía Lágida. El perfil de Demetrio Poliorcetes, de trazos finos, expresa juventud, severidad y seducción. Éumenes I hizo representar sobre las monedas la cabeza de su tío Filetero, de gran fuerza de expresión y de firme decisión; la corona de laurel es un símbolo de la popularidad que alcanzó este audaz aventurero. Las monedas de Antíoco IV Epifanes, acuñadas en diferentes años, mantienen los mismos rasgos: frente oblicua, labios gruesos, nuez saliente y mentón redondo y pequeño.

Los impuestos

Los impuestos personales fueron de poca importancia. Se citan en época de los diádocos, y en el gobierno de Antíoco III. Los sacerdotes y escribas de Jerusalén estaban libres de pagarlos (Josef., *Ant. Jud.*, 12, 142). Las ciudades y los principados, que se encontraban dentro de un determinado reino, pagaban tributos en dinero o en especie. Los aqueménidas, y la propia Atenas, con la Confederación ático-délica, establecieron esta recaudación de tributos. Algunas ciudades disfrutaron del privilegio de no pagar tributos.

De la recaudación de ciertos tributos, como el *phoros* y la *eisphora*, era responsable ante el monarca la *polis*. Los funcionarios reales, llamados *telonai*, por alcanzar, mediante compra, en concesión la recaudación, no recaudaban otros ingresos reales. Este sistema de recaudación mediante los *telonai* era antiguo en Grecia. Solían ser gente que actuaba con dureza, ricos y mal vistos. El ministro de Hacienda, el *dioiketes*, residía en Alejandría. Los funcionarios a sus órdenes se llamaban los *oikónómoi*, y vivían en sus dominios.

De los datos anteriormente expuestos y de los ingresos de las diferentes monarquías helenísticas, se deduce que su situación económica era más boyante que la de las *poleis* y la de los particulares.

Los datos de que se dispone son realmente pocos y oscuros. En los reinos de los lágidas y de los seléucidas, debió haber una especie de impuesto personal (*capitatio*), como los impuestos sobre la sal y el aceite, sobre los oficios, derechos de puertos y tasas de aduanas, derechos de cambios de residencia, de aprovisionamiento de pastos y de pesca.

Una fuente importante de ingresos para los soberanos provenía de las posesiones de ultramar y de las ciudades sometidas, que pagaban el *phoros*, tributo; pero había muchos libres de él, por benévola concesión del monarca. También existían contribuciones extraordinarias, *eisphóra*, para cubrir gastos excepcionales, muy frecuentes en tiempos de guerra. Según se ha indicado ya, había una *capitatio* llamada *syntaxis*.

Las contribuciones que pagaban los ciudadanos se recaudaban en las cajas de las *po-leis* o en la de los reyes, sistema fiscal heredado del Imperio Persa. Al igual que en el Imperio Romano, los ciudadanos estaban obligados, en caso de necesidad, a prestaciones especiales, al rey o a la *polis*, tales como trabajos, prestar ganados para transporte, incautación de animales, de viviendas, etc.

La política fiscal de los seléucidas fue la misma que la de los lágidas. El historiador judío Flavio Josefo (*Ant. Jud.*, 12, 138-144) describía así las normas seguidas por la fiscalidad seléucida con los judíos:

«El rey Antíoco a Ptolomeo, salud: En atención a que los judíos, desde el momento en que hemos penetrado en su país, han manifestado una recepción magnífica, han venido a nuestro encuentro con el Consejo de Ancianos, han abastecido espléndidamente nuestro ejército y nuestros elefantes y nos han apoyado para apoderarnos de la guarnición egipcia de la ciudadela, creemos deber nuestro responder de nuestra parte a los servicios prestados, restaurar su ciudad destruida por las calamidades de las guerras, repoblarla y reunir su población dispersa. Hemos decidido, en primer lugar, debido a su piedad, suministrar para los sacrificios, los animales, vino, aceite e incienso, por un coste de 20.000 monedas de plata, y artabas de flor de harina, según la ley de su país, 1.400 medimnos de trigo, y 375 medimnos de sal. Deseo que estos productos se les entreguen como he ordenado, y que se terminen los trabajos del santuario, comprendidos los pórticos y todas las construcciones necesarias. Los judíos aportarán la madera para las obras, de otras naciones y del Líbano, libre de cualquier impuesto. Asimismo, estarán libres de impuestos los otros materiales necesarios para hacer mejor la restauración del santuario. La nación se gobernará según sus antiguas leyes. El Consejo de los Ancianos, los sacerdotes, los secretarios del santuario, los cantores sagrados estarán libres de la contribución de la *capitatio*, del impuesto de la corona y de la gabella. Para repoblar la ciudad más rápidamente, he acordado a los residentes o a los que llegan desde ahora al mes de Hiperberetaio, una franquicia de tres años. También decretamos para el futuro una desgravación fiscal de un tercio de los tributos, para permitirles reparar el daño sufrido.

A todos los que han sido reducidos a esclavitud, les concedemos la libertad, a ellos y a sus hijos nacidos, y mandamos que se les restituyan sus bienes.»

No fue así en lo referido a la producción: algunos grupos de artesanos recibieron un gran estímulo por el aumento de la urbanización, y del crecimiento del comercio. No se rastrea una tendencia a monopolizar la producción, ni a la elaboración de los productos que se registra entre los lágidas.

Los seléucidas eximieron de pagar tributos a ciudades como Teos, Esmirna o Eritras, y a las *po-leis* de los impuestos de aduanas. Otras veces entregaron dinero de la

caja real. Los atálidas tenían sus talleres reales y sus esclavos, pero ello no es prueba suficiente de la existencia de un monopolio real, ya que necesitaban muchos materiales para las frecuentes construcciones. Quizás existiera un monopolio real de la fabricación de pergamino. Sólo los Ptolomeos, entre todas las monarquías helenísticas tuvieron una verdadera política de productividad.

Ptolomeos y seléucidas cobraron derechos de aduanas, que eran elevados en el reino de los Ptolomeos. La documentación informa que los géneros importados desde Siria pagaban unas aduanas del 20, 26, 50, 66 por 100, según los productos, cuando en Grecia se pagaba un 20 por 100 del valor del género importado o exportado. La política de los Ptolomeos, pues, fue una política proteccionista de sus productos.

Otro tributo era el llamado *diapylon*, tasa de entrada de las mercancías llegadas por mar y seguramente también transportadas por tierra. Esta tasa existió también en Atenas.

Pero la difusión de la economía monetaria no significó la desaparición total de la economía natural, en ciertas regiones, principalmente cuando, como en Egipto, ciertos impuestos se efectuaban en especie y en algunas ciudades la vida económica subsistía sin el uso de la moneda; la economía monetaria encajó perfectamente en la vida urbana. Las ciudades se convirtieron en el centro de una circulación monetaria regional. En las zonas rurales el uso de la moneda debió ser muy restringido.

Sólo se conocen los ingresos de algunos monarcas helenísticos. Los ingresos de Ptolomeos Filadelfo eran de 14.800 talentos de plata al año, según dato conservado por S. Jerónimo en su *Comentario al libro de Daniel* (11.5). Incluso en la época de franca decadencia del reino lágida, a mediados del siglo I, según cifra conservada por Estrabón (17, 798), Ptolomeo^o XII Auletes disponía de ingresos anuales de 12.500 talentos. Con estas cantidades se podían mantener continuamente guerras, fiestas costosísimas y una numerosa burocracia necesaria para la administración y recaudación de las rentas de las fincas reales.

La dinastía lágida, en algunas etapas, como bajo Ptolomeo II, alcanzó una gran prosperidad económica, que no revertió sobre los estratos bajos de la sociedad, en este caso, sobre los nativos. Teócrito es testigo de esta riqueza y a ella alude frecuentemente en sus versos: «Qué de riquezas, exclama, afluyen todos los días, a palacio, procedentes de todo el país.» Esta riqueza fue el resultado de una excelente administración implantada por Ptolomeo I y perfeccionada bajo su hijo. Igualmente se mejoró el sistema fiscal, lo que logró que las cajas reales engrosaran grandes sumas. Su riqueza queda bien patente en las numerosas obras que costeó en Alejandría: santuarios, el complejo del palacio real, la construcción de los puertos, el trazado del urbanismo o los nuevos fondos de la Biblioteca; desarrolló las enseñanzas en el Museo, buscando y pagando bien a los mejores intelectuales del momento, que se instalaron en esta ciudad, como Teócrito de Siracusa y Callímaco de Cirene.

En el siglo II la riqueza lágida se mantiene pujante y escandalizaba a los visitantes de la corte de Alejandría, que quedaban admirados ante la suntuosidad de las fiestas, como sucedió a los acompañantes de Escipión Emiliano, cuando, en 140-139, visitaron Alejandría, según Diodoro.

En Pérgamo todos los ingresos estatales pertenecían al monarca, que disponía a su antojo de ellos, como hizo Atalo III al legar en su testamento el reino y sus tesoros al senado y al pueblo romano.

Con estos ingresos fue imposible costear algunas fiestas de las que se tiene noticia en época helenística, cuyos gastos serían fabulosos, como las Adonías descritas por Teócrito en su *Idilio XV*; o la procesión dionisiaca, celebrada en el año 276 en Alejandría, que se conocen por Callixenos de Rodas, al que sigue Ateneo (5,197 c-203 b), o la gran parada —ya citada— que organizó Antíoco IV, en Dafne, que duró un mes, con juegos atléticos, descrita por Polibio.

La ostentación del lujo en estas cortes era realmente escandalosa, como lo indica el recibimiento que Cleopatra hizo a Antonio en el río Cidno, a fin de aplacarle. Las joyas de la esposa de Arato de Sición estaban valoradas en 60 talentos, según Plutarco (*Arat.*, 18).

Los reyes se gastaban grandes sumas en embellecer los santuarios y en hacer donativos a las ciudades. Así, Atalo I costeó en el santuario de Apolo en Delos un pórtico, de forma rectangular. Antígono Gónatas construyó, en el santuario de Apolo en Delfos otro pórtico de 120 metros de longitud. Filipo V pagó otro pórtico dórico de 70 metros de longitud. Los tesoros de estos santuarios estaban repletos de objetos preciosos regalados por los monarcas helenísticos, como el vaso de metal precioso, citado en las inscripciones del tipo de la cratera de Derveni, o el de bronce dorado, que perteneció a un tesalio, que vivió en el siglo IV, hallado en una tumba de Tesalónica. Las escenas grabadas son dionisiacas: Dionisos, desnudo, sentado ante Ariadna; alrededor de la pareja danzan Ménades. En el lado opuesto del vaso un sátiro abraza por la cintura a una Ménade. El fondo del vaso está cubierto por un rico follaje dionisiaco de ramos de vid. Las asas van decoradas con medallones y con palmetas. En el cuello, decorado con frisos de animales y con hojas de hiedra, están sentadas sobre el hombro de la cratera, mujeres vestidas o semidesnudas. Esta excepcional pieza, que pesa 40 kilogramos, es un exponente magnífico de los suntuosos regalos que los príncipes helenísticos donaban como exvotos a los grandes santuarios de Grecia. Su arte es de una calidad exquisita y perteneció a un particular, como reza la inscripción: «A Astión, hijo de Anaxágoras, de Larisa.»

Aunque de fecha posterior —primera mitad del siglo I a. de C.—, pero fiel exponente de la tradición helenística artística, un segundo ejemplo de los magníficos regalos que los soberanos hacían a los templos, lo constituye la cratera Borghese, en mármol, que representa igualmente el cortejo de Dioniso, con Ariadna, la pantera, Sileno, Ménades bailando al son de las castañuelas, y sátiros tocando la doble flauta, con ramos de pámpanos. El arte es también de primera calidad.

Las ciudades se embellecieron con suntuosos edificios, debido a la generosidad de los reyes. Antíoco IV Epifanes costeó la construcción del templo de Zeus Olímpico de Atenas, comenzado por los Pistrátidat. Con Atenas fueron los monarcas especialmente generosos: Ptolomeo II construyó un gimnasio junto al Agora, y Atalo II el pórtico que delimitaba el lado oriental del Agora.

Éumenes II levantó otro pórtico, al oeste del teatro de Dioniso. Atalo I regaló a Pérgamo unos exvotos, que representaban galos vencidos, en bronce, a finales del siglo III, para celebrar sus victorias sobre los gálatas. Copias en mármol del siglo II han llegado hasta hoy. En las fuentes se pueden espigar algunas cifras. Así, en el año 307-306, Atenas, después de su liberación, recibió 150.000 medimnos de trigo, equivalentes a la misma cifra en fanegas castellanas, y dos años después 140 talentos; unos veinte años más tarde, 30 talentos y, finalmente, 100 de Lisímaco. A finales del siglo IV, Filocles de Sidón entregó 100 talentos para la construcción de Tebas. Ptolomeo Filadelfo dejó a su muerte en la banca de Alejandría 740.000 talentos egipcios.

Las ciudades en situaciones especialmente delicadas recibían dádivas de los reyes, como en caso de hambre o cualquier otra desgracia. El hecho más conocido sucedió en el año 227, cuando un terremoto destruyó parte de Rodas, arruinando el célebre Coloso, las murallas y los arsenales, tan necesarios para una ciudad, que vivía del comercio, y concretamente de la importación y venta de los cereales. Con motivo de esta desgracia se dio un bello ejemplo de la unidad y fraternidad del mundo griego, a pesar de las continuas luchas de unos Estados contra otros. Hierón II de Siracusa envió una gran cantidad de jarros fabricados con metales preciosos, y una gran cantidad de monedas; envió también máquinas de guerra. Libró a los barcos rodios, que entraran en el puerto de Siracusa de pagar las tasas. Ptolomeo III mandó materiales y obreros para rehacer las flotas, y restaurar el Coloso, medio millón de hectolitros de trigo y una suma de monedas tres veces mayor. Antígono Dosón regaló igualmente mucho dinero, maderas, hierro y pez para la construcción de la flota. Seleuco III donó diez grandes barcos de guerra y dispensó a los navíos rodios, que llegaban a los puertos de su reino, de pagar tasas; envió trigo y materiales de construcción naval (Pol., 5, 88).

Los reyes helenísticos fueron especialmente dadivosos con sus directos colaboradores. Polibio (32, 8) recuerda a este respecto el ejemplo de Eúmenes II de Pérgamo.

Cuando Ptolomeo VIII Evergetes reinó en Cirene y fue sacerdote de Apolo —magistratura epónima con ocasión de la fiesta anual de Artemisa—, en un gran banquete regaló a los antiguos titulares de este cargo una jarra repleta de alimentos finos traídos del exterior.

Los monarcas concedían a sus directos colaboradores el disfrute de tierras del dominio real, llamadas *dorea*. Los papiros informan frecuentemente sobre estas concesiones y particularmente sobre las otorgadas por Ptolomeo II a su *diocetes* Apollonio, tierras que estaban situadas en las proximidades de EL-Fayun, con una superficie de 2.500 hectáreas. Se entregaba el usufructo, no la propiedad definitiva de la tierra.

Los mercenarios recibían frecuentemente fincas de los reyes, a título precario, con la obligación de servir en los ejércitos en caso de necesidad. Se llamaban estas tierras *cleroi*. Los mercenarios no la cultivaban directamente, se la entregaban a un campesino para que la trabajara y vivían de su rendimiento. Existía una tendencia a convertirla en concesión hereditaria y finalmente en propiedad. La repartición de estos lotes de tierra era de una importancia excepcional, pues estas colonias de veteranos se convertían en verdaderas células de helenización y de propagación de la cultura helenística en todos sus variados aspectos. Los clerucos, como ya hemos dicho antes, no vivían en el campo, sino en ciudades, con población nativa. Todos estos datos son conocidos principalmente por los propios de Egipto.

Estos establecimientos de clerucos en el valle del Nilo y en el interior del reino seléucida constituyeron parte de una verdadera colonización griega, contribuyendo no sólo a extender la helenización dentro de la sociedad nativa, sino a elevar la producción y mejorar la explotación de las tierras.

De los trabajos de Fr. Heichelheim sobre la «Historia cuantitativa» de la época helenística (fluctuaciones monetarias, movimientos de precios, variaciones geográficas y cronológicas de la tasa de interés, coste de vida y nivel de vida), se deduce que la oscilación económica tenía determinaciones políticas. El trigo egipcio, por ejemplo, unas veces fue caro y otras barato. Durante la conquista de Alejandro Magno, el precio fue alto. Durante la guerra de los diádocos, osciló dentro de un precio medio. Descendió entre los años 280 a 250-240, para volver a subir en el siglo II y descender al final del

Helenismo. Factores económicos, políticos y de otro tipo determinaban estas oscilaciones, difíciles de determinar. Las exportaciones de trigo egipcio repercutieron en el mercado exterior del trigo: en la medida en que el trigo repercutía en el coste de la vida, la época mejor del Helenismo fue la inmediatamente posterior a las guerras de los diádocos. El precio del aceite de oliva parece que fue más bajo y estable; ello se debe probablemente a que el aceite se cosechaba en todo el Mediterráneo. No se ha conservado documentación referente al trigo en el Imperio Seléucida, pero no parece que fuera afectado por las fluctuaciones del trigo en el Mediterráneo, al igual que en el interior de Grecia y en Macedonia, o Tracia. El problema del trigo afectaba a las grandes ciudades.

El origen del patrimonio real

Los dominios reales procedían generalmente del territorio conquistado en el centro de Asia, a la extinta monarquía aqueménida, a los ilirios, a Tracia en Grecia y a los indígenas de Egipto. Estos territorios pasaron a ser propiedad de los monarcas. Sobre ellos ejercían un poder absoluto. Los reyes helenísticos disponían de ellos libremente y de los campesinos que los explotaban, nunca como propietarios. Los entregaban en uso a quienes consideraban conveniente y podían exigir su devolución en el momento que lo desearan.

Todas las tierras conquistadas eran patrimonio de las monarquías, y podían ser regaladas. Un testimonio que se ha valorado poco es el testamento de Ptolomeo VIII, redactado en el año 155, después de que su hermano Ptolomeo VII Filométor intentara asesinarle: «Con el apoyo de los dioses, he perseguido, como lo merecen, a los responsables del complot impío, que se ha tramado contra mí, que se proponían quitarme el reino, y también la vida. Si sigo la suerte común de los hombres sin tener herederos para el reino, lego los Estados, que me pertenecen a los romanos, ya que he conservado fielmente desde el principio su amistad y alianza. Yo les confío el vigilar la seguridad de este reino, y les conjuro en nombre de todos los dioses y de su propia gloria, si alguno intenta amenazar las ciudades o el territorio, a intervenir, en virtud de la amistad y de la alianza, que hemos concluido entre nosotros y de mantener el derecho con todas las fuerza. Yo pongo, como fiadores, a Zeus Capitolino, a los grandes dioses Helios y Apolo fundador, en el santuario en el que se encuentra depositado el texto de este testamento. Buena suerte.» Este documento apareció en el santuario de Apolo de Cirene.

El testamento diferencia claramente las ciudades con su territorio, de las tierras reales que dependen directamente de los monarcas que las explotaban mediante campesinos. Así, el siguiente documento atestigua una venta de tierras de Antíoco II a la reina Laodicea, de la que se había divorciado:

«A) [... la copia del edicto escrito] por él... y a los otros... [para poner] las estelas... / [y] de acuerdo con la carta enviada por [el rey] formalizar un contrato y dar instrucciones para inscribir la venta y el registro en dos estelas de piedra, y depositar [una] de ellas en Éfeso, en el santuario de Artemis, y la otra / en Didyma, en el santuario de Apolo, y proporcionar el dinero necesario para ello del tesoro real. Cuida que la erección de las estelas se haga lo más aprisa posible, y escribenos cuando se haya hecho. También hemos escrito a Timoxeno, el guardián de los registros, para que inscriba / la venta y el registro en los archivos reales de Sardes, como ha dispuesto el rey.

B) En el mes de Daesio. El rey Antíoco (II) a Metrófanes, saludos. Hemos vendido a Laodicea Pannucome, la hacienda, y la tierra adscrita a la aldea —está limitada por el territorio de Zelia y Cizyco / y el antiguo camino, que por encima de Pannucome, [pero] ha sido roturado [por] los campesinos del lugar para poder apropiarse de la tierra (el camino que ahora existe en [Pannucome] fue construido después)— junto con cualesquiera caseríos que se encuentren en esta región, los campesinos (laoi) que vivan allí con sus hogares / y pertenencias, y con las rentas del quincuagésimo noveno año, por un precio de treinta talentos de plata, y también los campesinos de esta aldea que se hayan desplazado a otros lugares, con la condición de que ella no pague impuestos al tesoro real y que tendrá el derecho / de adscribir la tierra a cualquier ciudad que desee. Y del mismo modo quienes compren la tierra o la reciban de ella la poseerán legalmente y la adscribirán a la ciudad que deseen, a menos que Laodicea la haya adscrito previamente a alguna ciudad, en cuyo caso ejercerán sus derechos de propiedad donde la tierra haya sido adscrita / por Laodicea. Hemos dado orden de que el pago al tesoro se haga en... tres plazos, el primero en el mes de Audnaeo en el año sexagésimo, el segundo en el mes de Xandico y el tercero dentro de los tres meses siguientes. / Da instrucciones de transferir a Arrideo, el encargado de las propiedades de Laodicea, la aldea, la hacienda, la tierra que le corresponde a ésta, los campesinos, con sus hogares y pertenencias y de inscribir la venta en los archivos reales de Sardes y en cinco estelas de piedra, para emplazar la primera de ellas / en el santuario de Atenea en Ilion, la segunda en el santuario de Samotracia, la tercera en el santuario de Artemis en éfeso, la cuarta en el santuario de Apolo en Didyma y la quinta en el santuario de Artemis en Sardes. Y (da instrucciones) de medir la tierra de inmediato / y limitarla con hitos, y de inscribir los límites en las estelas...

C) ... en el mes de Dios, año... [Pannucome, la hacienda, la tierra y los campesinos que viven allí. Transferidas] / a Arrideo, el encargado de las propiedades de Laodicea, [por... c]rates el hiparco, la aldea, la hacienda y la [tierra] adscrita a ésta, según las instrucciones de Nicómaco el ecónomo, [al que] se añadieron las instrucciones escritas de Metrófanes y del rey a éste, según las cuales era necesario llevar a cabo la medición. Desde / el este, desde la tierra de Zelia que está junto a la de Cizyco, el antiguo camino real que conduce a Pannucome, sobre la aldea y la hacienda, como quedó apuntado por Menécrates, hijo de Bacchio de Pythocome, y Daos, hijo de Azareto, y de Medeio, hijo de Metródoro, ambos de Pannucome, / pero que ha sido roturado por los lugareños; desde éste hasta el altar de Zeus que está sobre la hacienda y que está, como la tumba, a la derecha del camino; desde la tumba el camino real mismo que lleva a través del Eupannese hasta el río Aesepe. [El territorio] se señaló con hitos según los límites que se han indicado» *Didyma II* (Berlín, 1958), 492 A-C, RC 19, 18, 20; *OGIS* 225.

En las monarquías atávida, seléucida y lágida el rey no era el dueño de la totalidad de la tierra: existían propiedades privadas y otras tierras que se escapaban al dominio del monarca. Eran propiedad de los santuarios, de príncipes y de sacerdotes y de tribus semiindependientes; todas ellas pertenecían al Estado, pero en situaciones especiales.

Las ciudades antiguas e importantes tenían estatutos especiales. En ciudades de menor categoría un funcionario real, frecuentemente un oficial del ejército, representaba al monarca en asuntos de la administración y de la política.

Las ciudades seguían gobernándose por sus viejas instituciones. Vigilaban la admi-

nistración de la justicia. En caso de graves desavenencias entre ciudades, el soberano podía intervenir como árbitro. Roma ejerció este arbitraje frecuentemente.

Las relaciones entre los soberanos y las ciudades eran de fuerza. Los reyes siempre disponían de ejército en la región, generalmente de mercenarios. Las relaciones muchas veces tomaban la forma de alianzas. En realidad se necesitaban mutuamente. El monarca obtenía de las ciudades tributos, tropas, el uso del puerto de la ciudad como base de operaciones, el control de un territorio o de una importante vía de comunicación, etc. La ciudad se beneficiaba de la exención de tributos, de privilegios y de ciertas garantías. Frecuentemente los gastos públicos corrían de parte de los soberanos, que construían edificios. Hacían espléndidos donativos a los reyes, como los ya mencionados. Aparentemente, las ciudades trataban en pie de igualdad al rey, al igual que las grandes Ligas, la Etolia, la Aquea y Rodas. La suerte de otras ciudades desperdigadas en el reino, como la mayoría de las fundaciones de los lágidas y de los seléucidas, dependían enteramente de la voluntad del soberano.

En apariencia su situación era la misma de las antiguas ciudades griegas. Algunas de ellas eran capital de los reinos, como Antioquía del reino seléucida, Alejandría del lágida, Pérgamo de los atálidas, etc. Desarrollaron una importante actividad económica y eran la capital administrativa. Estaban embellecidas con magníficas edificaciones, pero dependían del monarca.

El modelo de este Estado helenístico y más concretamente su economía, no tenía su origen en Grecia, sino en la Persia Aqueménida.

La economía helenística al igual que toda la economía de la antigüedad, fue fundamentalmente agrícola. Esto servía tanto para las ciudades, que disponían de su territorio (*chora*), como para los Estados. Frecuentemente las ciudades procuraban extender su territorio con nuevas adquisiciones de terreno, llamado *péree*. Ello era de vital necesidad para las islas del Egeo, como Tasos, Rodas o Samos.

Existía una tendencia a la autarquía, a vivir de lo que producía el territorio, a pesar del gigantesco desarrollo del comercio facilitado por las vías de comunicación. Esta tendencia al trabajo de la tierra, de la que se vivía, queda bien patente en la poesía bucólica helenística y en el amor a la naturaleza, que se desarrolló en esta época. El *Discolo*, de Menandro, representada el año 317-318, trazó una pintura realista de lo que eran los pequeños propietarios del Ática, que serían semejantes a los de otras muchas partes del mundo helenístico. La pequeña posesión del protagonista, de nombre Cnémon, valía dos talentos. El dueño la explotaba directamente, sin ayuda de esclavos jornaleros. Tenía casa, en la que vivía una vieja criada. Los muebles eran pocos y sencillos. Los vecinos tributan culto a Pan y a las Ninfas, divinidades populares entre los campesinos. El santuario de estos dioses era una gruta, donde se celebraban los banquetes rituales.

La pintura de Boscoreale, datada en el siglo I a. de C., representa algunas escenas campestres. En una de ellas, un cabrero guarda sus cabras, apoyado en un pie, que sostiene una columna coronada con un vaso, una ofrenda. A su lado hay otra columna sobre una basa, coronada por un capitel, y detrás un *tolos*, sin ventanas, de cuyas paredes, al igual que de las columnas, cuelgan escudos votivos, junto a un gran árbol. Al fondo se pintó un gran muro con ventanas, un gran arbusto y una montaña. Estas pinturas indican claramente el amor a la naturaleza de las personas que habitaban en las ciudades y su concepción de que toda la naturaleza estaba repleta de dones y objetos a ellos dedicados.

El paisaje que ofrecía el valle del Nilo ha quedado muy bien representado en el mosaico de Palestrina, obra de la época de Sila, muy restaurado, pero del que se conservan dibujos antiguos. El valle, inundado por la crecida, está cubierto de islotes llenos de vida. En uno se levanta un santuario con pórtico de columnas. Rodea el recinto sagrado un alto muro, escoltado por dos torres de varios pisos; una tercera torre se levanta en el borde de la isla y una cuarta detrás de ésta, pero ya en otro islote. Las paredes del santuario están adornadas con guirnaldas. Dos palmeras, un árbol, que parece un olivo y ramaje representan la vegetación. Detrás del santuario, se alza una choza típica del Nilo, de doble ventana, y la puerta de otro edificio. Delante del santuario y en otro islote, cubierto de retama, un pastor apoyado en una larga vara da de beber a una vaca. A la espalda de este grupo, se colocó una choza oval, con ibis posados sobre el ramaje de las paredes. Ante la entrada, sin puerta, charlan dos campesinos: uno está sentado y sostiene un largo arpón en forma de tridente; sin duda, se trata de un instrumento de pesca. Ambos, al igual que el pastor, visten túnica corta y cubren su cabeza con un gorro puntiagudo. En los brazos del río varios hombres navegan, en barcos de todo tipo, grandes y pequeños. Emergen rocas por doquier y a la derecha de la choza se elevan otros edificios rectangulares de altos muros. Delante de la isla, se levantó un arco construido con mimbres y adornado con pámpanos y racimos de vid, bajo el cual, en un lado, beben varias personas reclinadas sobre un diván, acompañadas por un arpista.

En el lado opuesto pueden verse las figuras de tres personas, una de las cuales toca una flauta. Bajo el arco, navega una canoa, impelida por un varón que la hace navegar con largo palo. En otras embarcaciones se rema. Otra escena representa un santuario griego con fachada de columnas cubierta por un gran velo, en parte levantado que cuelga del frontón. Varios soldados con la cabeza cubierta por cascos empenachados acompañan a un varón. Guirnaldas cuelgan del entablamiento. Al lado izquierdo, hay una gran cratera y una mesa de tres pies protegidos del sol por el velo, prueba evidente de que se acaba de terminar un banquete. La composición representa seguramente uno de los muchos desplazamientos de los príncipes a lo largo del valle del Nilo.

También se han representado en este mosaico escenas de culto, como en otro cuadro, donde se representó un templete de cuatro columnas, dentro de un recinto amurallado. Unos sacerdotes egipcios semidesnudos y con la cabeza rapada transportan en unas andas debajo del templete un objeto que parece ser un candelabro, y que debió ser una imagen de culto en su origen seguramente, pues el mosaico está muy restaurado. Van acompañados de varios personajes coronados y vestidos a la moda griega y cuatro de ellos tocan la doble flauta o aulós y tímpanos. Uno sostiene en su mano un ramo de palma. A la derecha, se ve un perro —imagen del dios egipcio Anubis— colocado sobre una basa de piedra; la escena representa el transporte de una imagen, ceremonia bien conocida en rituales egipcios, como en el oráculo de Amón en Siwa. Este mosaico representa con detalle la mezcla de devotos griegos e indígenas en la celebración de los cultos egipcios.

Todo el mosaico está repleto de escenas parecidas en las que se describe la vida en sus más variados aspectos, con toda la fauna (hipopótamos, cocodrilos, aves, peces) y flora del valle del Nilo.

El friso de una terracota romana describe también tres escenas del campo egipcio, debajo de arcos. En la de la derecha tres personajes, dos de ellos con la cabeza coronada, a la sombra de un gran velo, y junto a un árbol, están reclinados en amigable

conversación, en la orilla del Nilo. Un cocodrilo saca la cabeza de las aguas. En la del centro, un viejo desnudo está sentado delante de una columna sagrada o altar decorado con guirnaldas. En la tercera, un viejo sigue a una caballería, que transporta un par de ánforas, junto a una palmera.

La Grecia continental y las islas siempre estuvieron parceladas en pequeñas propiedades, trabajadas directamente por sus dueños, ayudados por una mano de obra semilibre, pero la situación económica y social del campo se degradó según avanzó la época helenística, especialmente desde la intervención de Roma en los asuntos internos de las monarquías, resintiéndose de las continuas guerras y sus secuelas funestas de destrucciones, saqueos y hambre. Polibio alude al despoblamiento del campo ya en el siglo II, fenómeno que motiva la concentración de la tierra en pocas manos y esta redistribución de la tierra, como veremos más adelante. Estas reformas no obedecieron a motivos económicos y tuvieron poco resonancia, porque sólo se llevaron a cabo en Esparta.

Los propietarios que vendían sus tierras continuaban explotándolas como renteros de los nuevos dueños que vivían en las ciudades, y no trabajaban sus propiedades directamente. El mismo sistema de explotación mantuvieron los grandes santuarios, que eran muchos y muy ricos, cuyos dominios eran muy extensos y continuamente en aumento. Algunas veces fueron objeto de saqueos por parte de los reyes, codiciosos de sus fabulosas riquezas. Las inscripciones de Delos ofrecen datos importantes sobre la administración. Se rendían cuentas todos los años ante unos administradores llamados los *hiéropes*, que anotaban la procedencia de los ingresos, los campos, los edificios, etc.

Los campesinos aprovechaban, además de los campos propios para la agricultura, las zonas montañosas para apacentar el ganado, como ovejas, cabras, cerdos, mulas, etc. Los dos primeros animales proporcionaban, además de la carne, cuero y lana. También los tres primeros se utilizaban en grandes cantidades en el culto. También se criaban muchas palomas, que eran ofrecidas a los dioses. La vida en el campo y la descripción de estas fincas, se encuentran en la poesía bucólica, una de las creaciones literarias de la época helenística. El amor al campo y a los animales fue una de las grandes herencias del mundo helenístico. Estas descripciones y el lenguaje de los campesinos, se hallan reflejados en los poetas cultos, como Teócrito, que vivió en Siracusa y en Alejandría. En los epigramas se recogen las dedicatorias de las ofrendas destinadas a los santuarios rústicos, de los que el campo estaba lleno, como indica la pintura pompeyana. Los poetas, como Calímaco, celebraron frecuentemente las cacerías, que aparte del aliciente puramente cinegético, ofrecían la ocasión para ponerse en contacto con la naturaleza.

Hoy día, gracias a los descubrimientos de la arqueología y a la fotografía aérea, es posible hacerse una idea bastante exacta de la explotación de las tierras, de su extensión y de la existencia de alquerías con torres, representadas en la pintura de Pompeya, Herculano y Roma. Este tipo de construcción fue frecuente en todo el mundo helenístico y son indicio de cierto clima de inseguridad, debido a los robos, pillaje y asaltos.

En Egipto, los papiros han proporcionado datos muy concretos sobre las casas de las fincas, que también tenían torres. Se utilizaba el adobe, como material de construcción, en todo el Mediterráneo, debido a que la madera escaseaba en algunas regiones, como en las Cícladas y en Egipto. En el valle del Nilo se levantaban muros de contención para aprovechar mejor el terreno, construyéndose terrazas artificiales. En el archivo de Zenón se recogen gran cantidad de datos sobre el género de vida de estos

campesinos. Zenón, al igual que los restantes griegos asentados en pequeñas aldeas, diseminados por los campos, o viviendo en las ciudades, conservó las costumbres de su lugar de origen, como la tradicional frugalidad griega en el comer. Pan, pesca, legumbres, frutas y aceite componían la base de la comida ordinaria, y los días de fiesta, en que se invitaba a comer a otras personas, se añadían otros alimentos más refinados, como frutas raras, miel y vino procedentes de regiones lejanas. En ocasiones se utilizaban vajillas de plata, de las que se conocen excelentes ejemplares, que son auténticas obras de arte, como las diferentes piezas del tesoro de Berthouville, un bello ejemplo de vajilla helenística con piezas decoradas con relieves que representan seres mitológicos, como centauros y centauresas. También había costumbre de adornar la mesa con flores y perfumar la estancia.

Otra costumbre de gran arraigo de la que tenemos amplios testimonios fue la caza. Entre otras representaciones de escenas de caza, podemos citar el llamado Sarcófago de Alejandro (c. 310), actualmente en el Museo de Estambul, y el mosaico de Pella, en que se representa con extraordinaria belleza y realismo la cacería de un ciervo.

Zenón también ofrece noticias sobre este particular: en una ocasión estuvo a punto de perder la vida ante un fiero jabalí; le salvó un perro llamado Taurón, que pereció en el combate con la fiera y al que Zenón erigió un monumento funerario, para el que un poeta hizo dos composiciones, que se han conservado, una en trímeros yámbicos y la segunda en dísticos elegiacos.

En el delta del Nilo se asentaron muchos colonos griegos, que conservaban las tradiciones de sus ciudades de origen. Se agrupaban en asociaciones de culto y se reunían en determinadas fiestas con sus dirigentes. Estas asociaciones existían también en las grandes ciudades, como Alejandría, y estaban integradas por personas de la misma procedencia. Un decreto grabado en una estela del año 5, procedente de una comunidad de propietarios de Psenemphaia, en el delta del Nilo, indica claramente el funcionamiento de estas asociaciones de culto y el mantenimiento de las tradiciones locales. Según reza la inscripción, los propietarios de las fincas se reunían en el Cleopatrion, que Aristión había costeado en época lágida en honor de alguna de las reinas que se llamaron Cleopatra. La asociación estaba dirigida por Theón, que a su vez era sacerdote y alcalde del pueblo. En el momento de la redacción del decreto acababa de morir, coincidiendo con una crecida del Nilo, que había deteriorado gravemente el mobiliario de la asociación. Hubo que nombrar un sucesor y reparar los daños. Cargos como éste eran de prestigio, pero costosos. El hijo de Theón, de nombre Apollonio, fue nombrado en su lugar. El decreto recoge los sentimientos de agradecimiento al nuevo presidente, que costeó la reparación del local y del mobiliario. La inscripción enumera los honores otorgados por unanimidad al bienhechor: dos retratos, esculpidos o pintados, en forma de medallón, uno de uno de sus hijos, aún niño, que sería admitido a los banquetes de la asociación como privilegio; el derecho de colocar una inscripción en el dintel de la puerta que conduce al edificio restaurado por su cuenta, y la colocación de una estela a la puerta del edificio con una copia del decreto. Otras decisiones tomadas refuerzan la autoridad del nuevo presidente, prohibiendo toda oposición a sus decisiones bajo multa de 3.000 dracmas.

Este texto es de gran importancia para conocer el funcionamiento de estas asociaciones culturales, que tuvieron gran aceptación en todo el mundo helenístico. Demuestra la pervivencia de las tradiciones locales de las regiones de origen de estos propietarios que conservaban influjos indígenas: a lo largo de tres siglos, los griegos vivían

como tales, conservando así su identidad étnica. El decreto indica también la importancia de los ricos, que hacen funcionar a sus expensas las asociaciones, lo que obliga a multiplicar los honores concedidos. Se apela al ejemplo de los antepasados y se incita a los jóvenes y a los niños a participar. Se conservan otros muchos decretos de las mismas características, como uno de los griegos de Tasos, en honor de una rica dama, Epié, que, costeó la restauración de los edificios sagrados y los cultos de la ciudad.

Las finanzas de las ciudades

Aunque abundan testimonios procedentes de las inscripciones, las fuentes literarias son muy parcas en transmitir datos sobre la organización económica y financiera de las ciudades. En época helenística muchas ciudades habían perdido su autonomía, otras la mantuvieron en cierta medida, y algunas se integraron en Estados federales; en este caso pagaban un tributo a la Federación (*eisphorá*), según su importancia económica y la densidad de su población. Hay documentación desde época clásica del cobro de esta *eisphora* por la Liga Aquea y la Licia.

La hacienda federal, *Koinion*, estaba administrada por tesoreros. Dentro de la federación estaban regulados otros aspectos, como el comercio del grano, o la petición —fuera de la Liga— de préstamos en caso de necesidad; pero esta intromisión en la vida de las ciudades se hacía sólo excepcionalmente.

Es de suponer que las finanzas de las ciudades funcionaran de idéntico modo en todas partes. Las asambleas populares tomaban las decisiones.

No parece que se cobrara un impuesto sobre la tierra, ni debieron de existir catástrofes. Tampoco hay indicios claros de una capitación.

En época anterior a la helenística y excepcionalmente en Atenas se recaudó un impuesto extraordinario sobre el patrimonio, de los más ricos y de los forasteros, la *eisphorá*. Durante el Helenismo, los más ricos, en número de 300, adelantaban la suma que la ciudad esperaba recaudar; se llamaba esta operación *proeisphorá*. Luego, estos préstamos se devolvían, con dinero procedente de particulares, no de la ciudad. En otras ciudades funcionaban los préstamos.

En Egipto y en otros lugares, como Delfos, los artesanos pagaban impuestos, al igual que las hetairas, los charlatanes, etc., pero no lo hacían los médicos, los abogados, los maestros o los escritores. Las clases inferiores, como los metecos y los libertos, eran los únicos que pagaban un impuesto personal.

Las ciudades generaban sus propios ingresos, que procedían de partidas como los arriendos de las tierras públicas, la pesca, los pastos, las minas de la sal, etc. Los santuarios que pertenecían a la *polis*, pagaban igualmente.

Últimamente se ha vuelto a la idea de que las ánforas con el sello, de los rodios, de los tasio, etc., pertenecían a una industria estatal, pero se supone que el sello es indicio de control y garantía de calidad, ya que la ciudad no gestionaba ninguna actividad económica. Otros ingresos de carácter excepcional procedían de la venta de la ciudadanía, de las multas, confiscaciones, botines de guerra, préstamos, donativos, etc.

Los impuestos indirectos eran la mayor fuente de ingresos de las ciudades; se percibían por medio del comercio, las aduanas, *pentekosté*, que ascendían al 2 por 100 del valor de la mercancía, por los que las ciudades con gran comercio recaudaban grandes ingresos, como Rodas, que llegó a recibir hasta un millón de dracmas al año.

La creación por Roma del puerto franco de Delos en 164, perjudicó gravemente a Rodas, que vio descender su recaudación por este concepto a 150.000 dracmas (Polibio, 30.31.17). Era diferente la *pentekosté* de otros ingresos que se pagaban en el puerto, por atraque, almacenamiento, descarga, etc., y además todo tipo de mercancía era gravada en el mercado con un impuesto que alcanzaba la centésima parte de su valor (*katosté*).

En una inscripción de Cos, fechada a finales de la época helenística, se mencionan una larga serie de impuestos indirectos sobre los puertos, el pan, el grano, el vino, las legumbres, el pescado salado, la vigilancia de las naves, la lana, los esclavos las hetairas, la pesca, el arrendamiento de terrenos consagrados a las Musas, a la Tierra y a Afrodita y el servicio médico. Unos han defendido que sobre el rédito anual se pagaba una tasa por la posesión de esclavos. Otros, que sobre ambas a la vez. Un impuesto especial gravaba la manumisión de esclavos.

El santuario de Delos recaudaba los impuestos (que eran, a partir de finales del siglo IV, de carácter anual) y los derechos sobre sus propiedades (pesca en los estanques, pastos, la púrpura). También se cobraron impuestos por el derecho de atracar las naves en los puertos de Naso, y en el Apolonion, en la isla de Miconos, sobre el derecho de tránsito. Los templos disfrutaban de una gran libertad administrativa que las ciudades intentaban suprimir.

La asamblea popular a final de año, repartía los ingresos de la *polis* para lo que se presentaba un proyecto de gastos elaborado por el Consejo.

La repartición se hacía por decreto. Algunas partidas podían ser fijas; otras se ajustaban a decretos anteriores. Los ingresos de carácter extraordinario, como donaciones, préstamos, etc., eran administrados aparte, aunque a veces se incluían en los presupuestos ordinarios. Había diversos apartados de gastos y la asamblea señalaba la cantidad de los ingresos que había que asignar a cada uno.

Las dos partidas fijas en la administración de una *polis* eran las referentes a la religión (*hiéra*) y a la administración (*dióikesis*). En algunas ciudades existía una partida especial dedicada a honrar a los soberanos.

Los gastos más elevados eran los religiosos y solían aumentar, al ser la religión la actividad más viva de la ciudad. Algunos autores, como Antifanes, Platón y Teofrasto, se plantearon la conveniencia de este gasto.

La situación se agravó con la aparición de cultos nuevos, como el culto a los soberanos helenísticos y los cultos orientales, o la participación en cultos exteriores o panhelénicos. Determinados cultos, antes privados, ahora se hicieron públicos; la participación en ellos exigió a veces solicitar préstamos. Cuando el presupuesto para la religión estaba agotado, Bulágoras, a mediados del siglo III, prestó a Samos 6.000 dracmas para gastos de viaje y para sufragar los sacrificios en honor de Ptolomeo III y de Berenice, en Alejandría. Augis de Argos entregó hacia 150 a. de C. 10.000 dracmas para costear las fiestas en honor de Tito Quincio Flaminio, creadas un siglo antes.

Los gastos ordinarios en las ciudades eran de diverso tipo: pago a los funcionarios, construcción o reparación de las fortificaciones, gastos militares, pago de deudas y de embajadas. Las partidas asignadas a los diferentes apartados no podían dedicarse a otros fines, pero esto no siempre se cumplía. Otras veces se trasvasaba lo presupuestado para otros fines menos urgentes, que solían ser los presupuestos militares y el aprovisionamiento de grano, como sucedió en Atenas el año 129-128, cuando el tesoro militar y del aprovisionamiento entregó una cantidad para los sacrificios de Apo-

lo. Igualmente se trasvasaban de otros presupuestos partidas para amortizar las deudas de la ciudad.

Cada fondo del presupuesto tenía un tesorero, pero hubo una dirección única, como ocurrió en Atenas, donde este cargo con el tiempo se hizo colegiado. En Priene, desde finales del siglo IV; en Éfeso y en algunas colonias del Ponto Euxino, se guió el mismo sistema desde el siglo III.

Estos funcionarios superiores, *oikónómoi*, formaron colegios en algunas ciudades, como Atenas y Magnesia de Meandro. Era los encargados de administrar los ingresos, según las decisiones tomadas por la asamblea.

En la época helenística, a diferencia del mundo moderno, no existió una intervención de la *polis* con el fin de estimular la industria o el aumento de la producción agrícola. El interés fue sólo fiscal. Así, a veces, se protegía la producción agrícola o industrial contra exportaciones del exterior. Tampoco se favoreció la construcción de viviendas, pero sí la de edificios públicos —que servían de propaganda de la ciudad— y las mejoras y conservación de los puertos.

Los gastos dedicados a los funcionarios no eran muy cuantiosos, pues muchos cargos no estaban remunerados; sólo percibían sueldos los cargos inferiores, y por otra parte el número de funcionarios fue también escaso. Otros cargos no eran fijos, como los de embajador.

Las autoridades promovían los préstamos para diferentes fines: construcciones de edificios públicos, como stoas, bibliotecas, teatros, gimnasios, reparación y construcción de murallas. También se contribuía con trabajos, esclavos, animales, materias primas. Por ejemplo, a final del siglo IV, en Eritras, se abrió una suscripción para las obras de las murallas, ejecutadas con animales de transporte, picapedreros y esclavos. A finales del siglo III, muchos ciudadanos de Cos pagaron contribuciones de 50 a 700 dracmas y se comprometieron a sufragar el sueldo de un militar por un periodo de seis meses a un año.

Los griegos tuvieron siempre muy desarrollado el sentido de comunidad y era un honor para ellos el participar con su dinero en bien de la ciudad. Estas aportaciones se denominaban *epidóseis* y variaban según las circunstancias y las ciudades. Se sabe con certeza, por las inscripciones, que se recurría con mucha frecuencia, incluso en ciudades que gozaban de buena situación económica, como Rodas. Generalmente se señalaban las deliberaciones de la asamblea, la cuantía, los límites temporales de la promesa, los honores otorgados a los participantes (que solían consistir en la inscripción de sus nombres en una lápida colocada en público), las sanciones para los transgresores y las disposiciones sobre el uso del dinero.

Las cantidades eran a veces grandes, como la reunida en Colofón, entre los años 311-306, solicitada para la construcción de las murallas, en que se recaudaron unos 4.400 estateras de oro y una cantidad que osciló entre 245.000 y 36.000 dracmas. En Cirene, por la misma fecha, 318 ciudadanos entregaron cantidades de 250, 300 y 500 dracmas, y uno 4.000. En total, la suma recolectada ascendió a 157.000 dracmas. Otras veces, la recaudación fue un fracaso.

Otro procedimiento utilizado en el mundo helenístico para obtener dinero era solicitar de los ciudadanos los anticipos (*proeisphorai*) de las que ya hemos hablado. En Cos hay constancia de recurrir a los magistrados para el cobro de estos anticipos, que generalmente eran devueltos. También se acudía a préstamos, como lo hizo Olbia en el siglo III, con Apolonio del Quersoneso, a quien se le pidieron en préstamo 3.000

aureos además de solicitar otro de Protágoras. Estos préstamos se solicitaban de los bancos, de los templos, de los ciudadanos o de los forasteros.

Algunas veces, los préstamos que se solicitaban eran muy bajos, lo que indica la desastrosa situación de las finanzas. Generalmente no fueron muy elevados, salvo en ciudades importantes y para programas concretos, como los que hizo Rodas a Sínope, Priene y Argos.

Se concretaban los intereses y el tiempo de cancelar la deuda, pero muchas veces los deudores no podían hacerlo. Los préstamos hechos por los ciudadanos con frecuencia no tenían interés; no así los de los extranjeros o banqueros. Solía ascender a un 8,33 por 100 ó 10 por 100, pero se conocen cifras por encima o por debajo de esas cantidades. En el año 282, Cnido prestó a Mileto —para pagar un tributo a Lisímaco— 55.000 dracmas rodias, a devolver en un período de tres años, a un interés del 6 por 100. Eran fiadores de esta suma 75 ricos de Mileto. Pero otra cifra de 18.000 dracmas debían pagar en las mismas condiciones por solo 12 talentos 10 minas. Mileto, en 205-204, recurrió a un préstamo entre sus ciudadanos con ocasión de una racha de malas cosechas. El préstamo consistió en la entrega de 3.600 dracmas por uno mismo o por otro. Mileto pagó a los suscriptores del préstamo 30 dracmas mensuales. En caso de muerte, se entregaba 150 dracmas a los herederos. El interés fue del 10 por 100. Suscribieron el préstamo 25 personas para sí y 14 para los otros.

Las garantías solían ser los futuros ingresos de las ciudades, y frecuentemente se tardaba mucho en recuperar el dinero. Por ejemplo, parte del dinero prestado por Apolonio del Quersoneso lo recuperaron los herederos; y Tisbe necesitó veinte años para cancelar el préstamo y los intereses con Corsias.

Otros casos duraron aún más años. La recuperación del dinero prestado por Pausímaco e Hipócrates de Cos a Calimma necesitó dos generaciones, un proceso y la creación de un tribunal de 264 jueces de Cnido. Ello se debía a haber invertido el préstamo en fines improductivos, como la construcción de edificios públicos, el pago de fiestas o actividades militares. Se podía recurrir a los tribunales para recuperar el dinero, pero mejor resultado daba bajar el interés.

Los griegos compraban dinero. No estaban reconocidos los contratos que obligaban. Excepcionalmente se adquiría algo por medio de un crédito, que sólo recibía fuerza legal por una ficción, generalmente en forma de acuerdo de préstamo. Se conocen en las fuentes literarias atenienses dos referencias, según M. I. Finley, a un terreno puesto como fianza para cubrir el precio de compra. Una de ellas es un *horos*, o mojón divisor de las fincas, fechado entre los años 340-339 ó 313-312, y hallado en un distrito rural. La parcela estaba gravada con 2.000 dracmas, que se debían sobre el precio. El mayor préstamo conocido en Atenas es de 10.500 dracmas, con motivo de la instalación del triturado de mineral en las minas de plata del Ática.

En Atenas no existía un mercado inmobiliario propiamente dicho. La lengua griega no tenía ninguna expresión para designar los bienes inmobiliarios o a un agente inmobiliario, ni se menciona a ningún ateniense dedicado a la renta de bienes de este tipo. No existía registro regular sobre las propiedades, ni sobre la compra-venta de éstas, ni registros de escrituras o títulos; sólo los mojones de las fincas. No se hipotecaban las propiedades para mejoras o construcciones.

Las deudas avaladas con tierras se contraían con individuos, no con empresas o sociedades, que no existían. Pocos eran los prestamistas de oficio: en el siglo IV se conocen unos 30 banqueros en Atenas. Los préstamos procedían de mercaderes y rentistas,

o de ricos, que ayudaban a amigos en apuros. A veces, varias personas, que no eran ni socios en el negocio, ni amigos, hacían un préstamo. El préstamo era a corto plazo, lo que significaba que no era una inversión a largo plazo. No se hacía por la expansión de la capacidad económica. Los ricos atenienses de los siglos IV y III solían tener deudas contraídas. Se desconocían los asientos contables y el papel negociable. El banquero era fundamentalmente un prestamista y un cambista. Las transacciones se solían hacer de palabra; no existían recibos, pero sí testigos del pago. La fianza era sustitutiva no subsidiaria. Las congregaciones de culto no ponían su dinero en tierras, sino en préstamos de pequeña cuantía, o lo atesoraban. Tampoco invertían en tierras, sino que mantenían el culto con donativos.

Al tráfico marítimo se le atribuía un riesgo elevado. Los comerciantes utilizaban créditos para sus empresas marítimas. Los préstamos no excedían generalmente las 2.000 dracmas. Se detallaban los artículos del contrato por escrito; se prestaba hasta el 100 por 100. El prestamista corría con todos los riesgos del viaje. Se quedaba con el barco o la carga al regreso a puerto, pero no con la pérdida económica. Los préstamos sobre tierras se hacían verbalmente y sin intereses. Si los había, éstos oscilaban entre el 10 y el 18 por 100 anual. Siempre que se pedía un préstamo elevado en Atenas, y se avalaba con bienes inmobiliarios, casi podemos asegurar que su finalidad no era lucrativa. Los atenienses ricos sólo aceptaban préstamos en estas condiciones si eran para gastos suntuarios o para una elevada dote. Atenas prácticamente desconocía el préstamo para comprar o mejorar una finca.

En los siglos IV y III se conoció el endeudamiento por tierras, pero no se entablaron conflictos entre los usureros y los campesinos; de aquéllos rara vez existían quejas, al contrario de lo que sucedió con los tenderos modestos y los artesanos. Como afirma M. I. Finley, no se documentan en Atenas revueltas populares contra los usureros, ni se pidió la cancelación de las deudas, como en otros muchos lugares. Sobre estos temas los oradores áticos constituyen la principal fuente de información.

El historiador Polibio (2.62) ofrece en su *Historia* algunas cifras significativas: los bienes muebles de Megalópolis y Mantinea, en 223, ascendían a 300 talentos, y los de todo el Peloponeso a 6.000. En las ciudades dedicadas al comercio estas cantidades eran mucho mayores. La situación de las ciudades del Oriente era más boyante. En los últimos años del siglo IV, Rodas entregó un préstamo de 100 talentos a Argos; Seléucida del Tigris prestó 150 talentos para que Antíoco III olvidara una revuelta.

El periodo helenístico fue próspero, si se atiende a la riqueza acumulada. La riqueza estuvo, si se considera la distribución geográfica, más repartida que en los siglos anteriores. Aunque se hizo más manifiesta la diferencia entre ricos y pobres. La riqueza se concentró en las capas superiores de la sociedad, en poder de los monarcas, de los altos cargos administrativos y militares, en las oligarquías urbanas y en los templos. Como afirma muy acertadamente E. Will —a quien seguimos—, esta acumulación de capital no permite hablar de capitalismo de Estado, ni de capitalismo burgués. No hubo tampoco una transformación del capital en fuerza de producción. El capital, en manos de los soberanos, de los particulares o de ciudades, se atesoraba, o se gastaba.

Una gran novedad de la época helenística fue la instauración de la economía griega en el Oriente y en Egipto, que, al parecer, no motivó cambios sustanciales en ella. Se observa una yuxtaposición del medio social griego e indígena, y una superposición del aparato administrativo griego y oriental.

La imposición de una fiscalización de tipo griego permitió llevar la riqueza a la cú-

pide de la pirámide social, mientras la base indígena productora funcionaba aparentemente como en siglos anteriores. La economía de las ciudades griegas, insertadas en un contexto político nuevo, prolongó la situación económica y social de épocas anteriores, como veremos a continuación.

La Agricultura

El Reino Lágida

Tanto en Egipto como en el Oriente, continuó el sistema de explotación de la tierra de las épocas anteriores a la conquista de Alejandro Magno. La agricultura ocupaba a la mayoría de los trabajadores libres o esclavos.

La producción agrícola aumentó con la introducción de nuevas técnicas de drenaje e irrigación, de máquinas, como el tornillo de Arquímedes y los arados de hierro, con el uso de nuevos tipos de semillas o el aumento de la superficie dedicada al olivo.

El regadío y el drenaje de los campos están documentados en Egipto, Bactria, Babilonia, Crimea, Tesalia, Eubea y Beocia, y la aclimatación de especies en Babilonia y Siria. El interés por la agricultura queda patente en el hecho de que los propios monarcas, como Hierón II de Siracusa y Atalo III de Pérgamo, figuran citados entre los 50 autores relacionados por Ateneo, Columela (1.1.8), Plinio (18.22) y Varrón (R.R., 1.8-9).

Muchas de las plantas que se aclimataron eran experimentales y no tuvieron un efecto en la economía: eran de lujo. Si algunos lo fueron, gracias a los reyes, fue por reducir las importaciones y ahorrar moneda.

Las tierras reales estaban explotadas en aparcería por campesinos que eran libres, pero dependientes del soberano. La vida que llevaban estos campesinos era miserable y estaban sometidos a requisas legales. Desde comienzos del siglo II, la condición del campesinado empeoró sensiblemente, debido al endurecimiento del gobierno por parte de los funcionarios reales, a la mala conservación de los canales y a las frecuentes revueltas internas que estallaban como resultado de la pobreza. El campesino, que hasta entonces había suscrito un contrato con los funcionarios reales y disponía de una gran movilidad que le permitía cambiar de residencia y de lugar de explotación, se negó ahora a firmarlo y hubo que obligarle a hacerlo mediante amenazas o torturas. La grave crisis se intentó paliar con medidas coercitivas, como la prolongación de los contratos, impuestos suplementarios a los campesinos más ricos, el pago de las deudas por la colectividad, un juramento, etc., todo ello documentado a partir del 164; pero el descontento del campesinado egipcio data de mucho antes, pues las revueltas ya están atestigüadas en los archivos de Zenón.

Había una vigilancia estatal sobre los campesinos egipcios que se efectuaba mediante una red de funcionarios y que afectaba tanto a la siembra como a la recolección de la cosecha y la entrega de la cuota al rey.

Se planificaba en Alejandría, a través del *dioiketês*, cargo que duró hasta el siglo II. Incluso muchos de los templos eran inmensamente ricos, pagaban al soberano y éste enviaba los productos necesarios.

El campesinado intentó evadir esta desastrosa situación económica refugiándose en los grandes santuarios, abandonando las tierras y refugiándose en el delta del Nilo o en Alejandría.

Los lágidas tenían graneros para almacenar las cuotas de las cosechas distribuidos por todo Egipto que eran administrados por *sitologoi*. En Alejandría se construyeron gigantescos almacenes de grano, ya que el comercio exterior de cereales y su distribución por todo el país eran monopolio del rey lágida. Los funcionarios reales fueron los encargados de la distribución de los granos mediante un sistema burocrático muy complicado. Las guarniciones tenían que estar especialmente bien abastecidas de todo lo necesario. Aquellas que dependían de la corona, cuando necesitaban grano, lo solicitaban al soberano o a sus funcionarios.

Las ciudades, para procurarse grano, tenían que obtener un permiso previo de los soberanos, como hizo Samotracia para importar cereales del Quersoneso, solicitando autorización de Hipomedonte, general de Ptolomeo III. Diocles de Priene, en los últimos años del siglo III, solicitó lo mismo al ministro de Antíoco III, Zeuxis.

Más liberal fue la política de los lágidas con la producción de vino, ya que los griegos, que formaban la superestructura de la sociedad egipcia, eran grandes consumidores de vino. Los griegos que explotaban las tierras concedidas por el rey, se vieron favorecidos por medidas fiscales, en caso de pérdidas o nuevas plantaciones de vides, pues su cultivo se encontraba en manos privadas. Los Ptolomeos mejoraron la calidad del vino egipcio y aumentaron la producción. Ello fue una manera de congraciarse con los griegos, que eran quienes lo consumían, pues los nativos bebían cerveza. Los lágidas ejercieron el control de este producto a través de sus funcionarios. Una vez entregado al soberano el 50 por 100 de la producción, que era el porcentaje estipulado, los productores de vino podían comercializar el resto como quisieran.

Otros productos alimenticios y textiles estaban también en manos del Estado, lo que no fue una creación helenística, sino que se remonta a tiempos anteriores a Alejandro Magno. Es de suponer que en otras monarquías de Asia el sistema estatal sería parecido y que los Ptolomeos no fueron una excepción.

La fuente principal para el conocimiento de esta cuestión es la que ofrecen las leyes fiscales de Ptolomeo Filadelfo (conservadas en un papiro del año 259-258), que legisló muy pormenorizadamente sobre este asunto. Se refiere al ricino, al lino, al sésamo y a otras plantas parecidas. De todos modos, sobre la elaboración de la lana, la cerveza, el vino, etcétera, no se sabe demasiado.

El Estado también ejerció un control sobre la producción aceitera, semejante al que tenía sobre los cereales. Las cantidades que debían sembrarse se establecían anualmente en los *nomos*, lo mismo que la recolección del aceite vegetal en las tierras reales, privadas o de los particulares. Las almazaras reales, igual que las de los templos, estaban sujetas a un fuerte control, pero no las particulares.

Las semillas eran entregadas a los campesinos, al igual que los granos, por los funcionarios reales. Todo el proceso de producción estaba bajo control de estos agentes. Los campesinos tenían la obligación de devolver la simiente recibida y además pagar un impuesto del 23 por 100. Los comerciantes acaparaban la producción restante; una vez entregada la parte que le correspondía al soberano, se vendía a otros comerciantes locales. El aceite vegetal fue en Egipto mucho más caro que el de oliva en Grecia. El precio de su importación era prácticamente prohibitivo.

La inmigración griega a Egipto contribuyó a extender el cultivo de algunas especies, como el olivo (monopolio del Estado), la vid y los frutales. El Estado favoreció la existencia de bosques para disponer de madera para la construcción y conservación de los diques.

La producción textil también se encontraba bajo control estatal. Se fijaba anualmente la extensión cultivable del lino, que utilizaban los egipcios en la confección de sus vestidos. Un papiro de Tebtinis recoge datos sobre la producción de textiles en el Egipto lágida.

Los griegos debieron de introducir seguramente utensilios y sistemas de trabajo no conocidos antes por los nativos. De origen griego era la costumbre del doble cultivo anual, que se documenta ya con Ptolomeo II.

Las tierras de Egipto eran de regadío. En el siglo III, este sistema de cultivo se extendió considerablemente y se introdujeron nuevas técnicas, como el tornillo de Arquímedes, representado en una terracota de Alejandría, quizás del siglo I a. de C.

En lo que se refiere a la ganadería, los Ptolomeos la favorecieron, tanto en la mejora de las razas como en el número de cabezas. El soberano poseía sus propios rebaños, de diversos ganados, y sus caballos.

Las bestias de carga utilizadas por los campesinos les pertenecían y eran inalienables.

En general, puede decirse que el aumento de la producción causó un aumento de la fiscalidad pero no una mejora del nivel de vida.

Asia Menor y el reino seléucida

Se dispone de menos datos sobre el campesinado de Asia Menor que sobre el egipcio. No se pueden aplicar a él los datos de los papiros, pues su situación fue diferente, al quedar integrado en una comunidad campesina más ligada a las tierras. Las tierras pertenecían a la monarquía, y los campesinos estaban igualmente explotados por los funcionarios reales. En las tierras donadas o vendidas por el soberano la situación fue la misma, lo que no implicó la posesión de las tierras o de las personas.

La situación del campesinado en Asia Menor y en el reino seléucida se degradó poco a poco y se acudió por parte del poder real a los mismos procedimientos paliativos que en Egipto: nuevos impuestos, juramentos, etc. El siguiente documento puede darnos una idea de la condición del campesinado en el imperio seléucida del siglo III a. de C.:

«El rey Antíoco a Meleagro, saludos. Hemos hecho donación a Aristodócides de Asio de dos mil pletros de tierra de labor para adscribirlos a la ciudad de Ilia o a Escepsis. Así pues, da orden / de que se le asigne a Aristodócides, en la tierra adyacente a la de Gerguitieo de Escepsis, o donde tú decidas, dos mil pletros de tierra para adscribirlos al territorio de Ilia o de Escepsis. Queda con bien.

El rey Antíoco a Meleagro, saludos. Aristodócides de Asio ha venido para pedir que le donemos, en la satrapía del Helesponto, Petra, que pertenecía antes / a Meleagro y, en el país de Petra, mil quinientos pletros de tierra de labor y otros dos mil pletros de tierra de labor en el territorio adyacente a la propiedad que ya se le ha donado. Le hemos hecho donación de Petra, a menos / que haya sido donada, y la tierra adyacente a Petra y otros dos mil pletros de tierra de labor porque, siendo nuestro amigo, nos ha prestado los servicios que dependían de él con toda la abnegación y buena voluntad posibles. Así pues, después de haber verificado / que Petra no ha sido ya donada a otro, asígnala, con la tierra adyacente, a Aristodócides y, en la tierra real adyacente a la anteriormente donada a Aristodócides, da orden de que se mida y que se le asigne

/ dos mil pletros y que se le autorice a adscribirlos a la ciudad que quiera entre las del Danubio o de la Alianza. Si los campesinos vecinos del lugar donde está Petra deciden residir en Petra para su seguridad, hemos ordenado a Aristodócides / que les permita residir allí. Queda con bien.

El rey Antíoco a Meleagro, saludos. Aristodócides ha venido a decirnos que el lugar llamado Petra y la tierra dependiente, que ya habíamos escrito que le donábamos, no está puesta todavía a su disposición, porque se le había concedido a Athenaios, / comandante de la base naval, y pide que a cambio de la tierra de la región de Petra, le sea asignado el mismo número de pletros, que se le habían concedido, en otra, dos mil pletros, y que los adscriba a la ciudad que él quiera entre las de nuestra alianza, conforme a lo que / habíamos escrito anteriormente. Comprobando que es un hombre lleno de abnegación y buena voluntad para nuestros asuntos, queremos manifestarle nuestra consideración y le hemos otorgado nuestro consentimiento también en estos asuntos. Dice que las tierras de la región de Petra que le habían sido concedidas cubrirían / mil quinientos pletros. Da pues orden de que se mida y se asignen a Aristodócides dos mil quinientos pletros de tierra de labor y, a cambio de la de Petra, otros mil quinientos de la tierra real / adyacente a la que le había sido donada en principio. Que se permita a Aristodócides adscribir esta tierra a la ciudad que quiera entre las de nuestra alianza, como hemos escrito en nuestra carta anterior. / Queda con bien.

Meleagro al Consejo y al pueblo de Ilia, saludos. Aristodócides de Asio nos ha remitido las cartas del rey Antíoco de las que enviamos aquí copia. Ha venido también personalmente / para decirnos que, aunque muchos otros le solicitan y le dan coronas, y nosotros le seguimos en este punto por haber recibido embajadas de ciertas ciudades, desea que la tierra que le ha sido concedida por el rey Antíoco, / en razón del santuario y del afecto que os profesa, sea adscrita a vuestra ciudad. Lo que él cree debe serle concedido por la ciudad os lo dirá él mismo. Obraréis pues prudentemente votando todos los privilegios que se le concedan / haciendo transcribir los términos de la concesión que le haréis, grabándolos en una estela y consagrándola en el santuario para que la concesión os sea asegurada para siempre. Quedad con bien» (C. B. Welles, *Correspondencia real en el periodo helenístico*).

En Asia la tierra se cultivó por medio de campesinos. En las ciudades el número de esclavos fue elevado, como parece indicar la documentación sobre las manumisiones de Seleucia del Tigris, del Euleo, de Pérgamo, etc. Trabajaban como criados. Funcionaron dos tipos de talleres: uno empleaba mano de obra libre a sueldo y al mismo tiempo esclavos y pertenecía a los ciudadanos; el segundo lo integraban los talleres reales que empleaban mano de obra libre y asalariada. Muchos de estos talleres estaban emplazados en el campo. La situación de los trabajadores en estos talleres reales era similar a la de los campesinos. Estos últimos obreros poseían pequeñas parcelas de tierras explotadas por los familiares.

Atenas

Se prefirió en esta región la tierra a otras fuentes de riqueza. Ello se debía a la mentalidad no productiva del mundo antiguo en general. Las tierras permanecían muchos años en el mismo nivel de producción, como indican los inventarios del santuario de Delos. La riqueza liberaba al que la poseía de actividades económicas, pero no se

intentaba aumentarla. Los ciudadanos tenían el derecho de poseer tierras y los forasteros sólo mediante decretos especiales que únicamente se obtenían en tiempos de crisis. Los extranjeros, sin embargo, desempeñaban un papel importante en la economía de Atenas, ya que estaban especialmente dedicados a transacciones financieras. No podían tener en propiedad tierras, ni minas o casas, pero sí arrendarlas. En Atenas se ha calculado que vivían permanentemente unos 20.000 ó 30.000 metecos.

Nunca existió, como afirma acertadamente M. I. Finley, un auténtico mercado de fincas, ni una concentración importante de propiedades, ni una explotación continua e intensiva de la tierra. Este autor considera que la extensión normal de una propiedad oscilaba en Atenas entre 19 y 28 hectáreas.

El suministro de grano

Uno de los más graves problemas que se plantearon los Estados y las ciudades helenísticas fue el aprovisionamiento del grano, lo que ya se conoció en épocas anteriores. El grano se almacenaba en graneros, de cuya existencia hay multitud de testimonios. Los había en fincas privadas, como en la de Apolonio en Filadelfia, en Egipto; en los grandes puertos, como el Pireo; en fortificaciones, como en Calcis y Sunion, y en las ciudades, como Cícico, Farsalia, Olbia, Pérgamo y Mileto.

El grano recolectado en territorio de la *polis* se almacenaba en estos graneros. Los agoránomos eran los encargados de que la ciudad estuviera siempre bien abastecida de grano. En varias ciudades este cometido lo desempeñaban, sin embargo, los *sitophylakes*, ya que aquéllos debían vigilar también los mercados o encargarse de la limpieza urbana. En Atenas y en Priene a los *sitophylakes* se les encomendó igualmente la inspección de los pesos y precios.

Gran parte de Grecia se vio obligada a importar grano, debido a la baja producción cerealista de muchas regiones. Egipto, las antiguas colonias del Ponto Euxino, Cirene y Tesalia fueron los principales suministradores de cereales a través de comerciantes griegos o extranjeros, que disponían de canales bien organizados.

En tiempos de Polibio (4.28.4-5) la importación de grano del Ponto Euxino debió disminuir mucho. Con el tiempo, las ciudades prefirieron aprovisionarse de cereales directamente que depender de las monarquías. Ello explica que Mileto intensificara en el siglo III sus relaciones con las antiguas colonias del Ponto Euxino y de la Propóntide.

Para la compra de grano en el exterior se debía utilizar un presupuesto especial dentro de los gastos de la ciudad. El precio del grano estuvo también sometido a control. Muchas veces fue difícil adquirirlo a buen precio para la venta. Se conservan noticias de algunas de estas carestías, como en tiempos de Alejandro Magno, 330-326, quien las solventó con importaciones de grano de Cirene. Hacia el año 275, se disparó el precio del trigo, que de 5 dracmas subió a 60 en Eritras. A finales del siglo III, la carestía alcanzó las mismas regiones productoras tradicionalmente de cereales, como el Ponto Euxino.

La principal causa de la carestía de grano fue la guerra, que en el mundo helenístico fue endémica. Por su causa los campesinos abandonaban la tierra, que quedaba baldía durante años; había dificultades para el aprovisionamiento exterior; los transportes se hacían inseguros; el ejército acaparaba las provisiones, etc. La presencia de los ejércitos romanos en el Oriente agravó aún más la situación, al almacenarse grandes cantidades de grano para su sustento. En el año 129, en Metunna, se les culpó de la carestía.

También agravó el problema, como indica E. Will, el hecho de que los soberanos helenísticos tendieran a monopolizar el grano, obligados por la necesidad de abastecer a grandes ejércitos de mercenarios, a las ciudades y provincias de sus propios Estados, lo que impidió frecuentemente el libre aprovisionamiento.

También las malas cosechas debidas a las sequías, como las documentadas entre los años 330 y 326, contribuyeron a la carestía de los cereales, al igual que la especulación y los malos canales de distribución. La especulación debió ser un mal muy generalizado, como se deduce de las alabanzas y honores tributados a comerciantes que proporcionaban granos a bajos precios, como Heráclidas de Salamina de Chipre, que en el año 325 proporcionó a Atenas 3.000 medimnos de grano, a 5 dracmas, que era el precio normal, y en años sucesivos contribuyó al abastecimiento con 3.000 dracmas. Alrededor del 300, Agátocles de Rodas transportó a Éfeso 84.000 medimnos y los vendió en el mercado a precio más bajo del normal. En la primera mitad del siglo III, Dionisio de Bizancio vendió 500 medimnos al precio pedido por el pueblo. Otras veces se hacía al precio solicitado por los magistrados, como en la primera mitad del siglo IIo hiciera Sócrates de Sidón en Calcis. Estos últimos casos fueron excepcionales.

También se ha supuesto, y creemos que fue una de las causas fundamentales de la carestía, que el suelo griego no producía grano suficiente, ni lo había producido nunca; ello favoreció el acaparamiento y la especulación. Con la venta se amasaron grandes fortunas; por eso los comerciantes de grano, griegos o extranjeros, fueron siempre numerosos.

El caso de Atenas es el mejor conocido, gracias a las inscripciones; son numerosos, 30, los decretos en honor de los donativos de cereales por ciudadanos, por mercaderes, o por los reyes y sus oficiales, lo que prueba que existían siempre dificultades en el aprovisionamiento de grano. La situación en otras muchas *poleis* no debía ser mejor.

En ciudades como Atenas, Samotracia, los y Teos, había un fondo permanente para el aprovisionamiento de grano.

El ejército solía encargarse del aprovisionamiento de las ciudades con frecuencia. Así lo hizo el oficial de Ptolomeo III, Zenón, con Atenas en el año 286-285, o Epínoco, también oficial de Ptolomeo III, con Samotracia.

La ley frumentaria de Samos, datada a finales del siglo II, es un reglamento para la administración de un fondo especial, integrados por entradas extraordinarias más o menos voluntarias. Dice así:

«(1) ...de los más ricos. Harán la elección (de magistrados) durante el mes Cronion en la segunda reunión de la [asamblea]. Los magistrados presidentes (pritanos) convocarán la asamblea [en el] teatro y ordenarán a los miembros de la asamblea sentarse [según] / sus chiliastys, después de situar señales y marcar [un lugar] para cada chiliastys; cualquiera que desobedezca y no se siente en su propio chiliastys, pagará una multa de un estátero samio. Si alega haber sido multado injustamente apelará, y el juicio se celebrará en el tribunal de los ciudadanos / en el plazo de veinte días. La propuesta y elección se llevarán a cabo por los propios miembros de la chiliastys.

(2) En esta asamblea los chiliastys aprobarán después de un examen las fianzas y los garantes. Los pritanos inscribirán las fianzas y los garantes que ellas (los chiliastys) hayan aprobado / en los registros públicos. Igualmente introducirán en los registros públicos (los nombres de) los comisionados (meledonoi) que hayan sido nombrados. Cuando [la] elección vaya a tener lugar, el heraldo de la ciudad rogará por la prosperidad de aquellos que hayan elegido a los hombres que creían que / emplearían los fondos de la mejor manera.

(3) [Los comisionados] que sean elegidos recogerán el interés de los acreedores y lo pagarán a los hombres que hayan sido nombrados para el cargo del suministro del grano. Estos últimos adquirirán el grano que se recaude del impuesto de la vigésima / de Anaia, y pagarán a la diosa (Hera) un precio no menor que el previamente fijado por el pueblo, (a saber) cinco [dracmas] y dos óbolos (un medimno). El dinero que quede, si el pueblo decide no comprar más grano, lo guardarán ellos hasta el nombramiento de otros en el cargo del suministro del grano; entonces les pagarán el dinero a éstos. Pero si (el pueblo) / decide comprar más grano inmediatamente harán el pago al comisionado del grano (sitones) que haya sido nombrado.

(4) Este último adquirirá grano del territorio de Anaia en el modo que le parezca más ventajoso para la ciudad, a menos que el pueblo juzgue más ventajoso comprar el grano en otra parte. Si no, / (la compra) se hará como decida el pueblo. Los pritaneos en el cargo durante (el) mes de Artemision pondrán este asunto en el orden de temas a tratar cada año y presentarán una moción.

(5) El pueblo nombrará cada año, el primer día de las elecciones a las magistraturas, después de cubrirse las magistraturas electivas, / dos hombres, uno por cada tribu, para estar al cargo del suministro del grano, cada uno de ellos con propiedades de valor no inferior a tres talentos. Ellos recibirán el interés de los comisionados (meledonoi) y pagarán el precio del grano junto con cualquier otro gasto realizado y repartirán / el grano. El pueblo elegirá un comisionado del grano (sitones) en la misma asamblea, con propiedades de valor no inferior a dos talentos.

(6) Si (el pueblo) así lo decide, el dinero del interés se prestará, si alguno lo quiere, después de dar las debidas garantías y nombrar garantes, anticipar / y proveer grano más ventajosamente. Los hombres nombrados para el cargo del suministro de grano aceptarán tales garantías bajo su propio riesgo.

(7) Distribuirán todo el grano que se haya comprado entre los ciudadanos que residan de acuerdo con sus chiliastys, repartiendo gratis a cada ciudadano / dos medimnos al mes. Empezarán la distribución en el mes Pelusion y repartirán (el grano) continuamente durante tantos meses como haya (grano). No repartirán (grano) a nadie en sustitución de otro, excepto en caso de enfermedad. Llevarán a cabo la distribución desde la luna nueva hasta el décimo (del mes), y hasta el trigésimo a los ciudadanos que estén fuera, si regresan. / Proveerán cada mes un registro de los beneficiarios de la distribución y lo depositarán en la oficina del auditor público con los nombres de los beneficiarios ordenados según sus chiliastys.

(9) Si alguno de los / acreedores no devuelve el dinero, en parte o en su totalidad, la chiliastys venderá la fianza; si hay sobrante lo dará a la persona que proveyó la fianza, pero si hay déficit, lo recuperará del garante. La chiliastys dará el interés que se deba a los que hayan sido nombrados para el cargo del suministro del grano. Si no lo hace, / los miembros de la chiliastys no recibirán el grano debido hasta que hayan pagado la deuda. Si alguno de los comisionados (meledonoi) que hayan sido elegidos toma el dinero que se supone para prestar, pero en lugar de prestarlo se lo queda indebidamente, pagará a la ciudad (una multa de) diez mil dracmas. Igualmente si no da el interés / a los hombres elegidos para el cargo del suministro del grano, pagará la misma multa, y los auditores públicos (exetastai) considerarán su propiedad como confiscada hasta la cantidad de dinero que debía haber pagado. Además de la multa le declararán privado de sus derechos cívicos, y así quedará hasta que haya pagado. Los miembros de la chiliastys no recibirán / el grano que les corresponde si nombran a un comisio-

nado (meledonos) que no haya pagado el dinero. Los miembros de la chiliastys pueden, si quieren, pagar ellos el dinero que no fue dado a la ciudad por el comisionado (meledonos) o el acreedor, bien todos ellos o repartiéndose entre varios de ellos; y cuando hayan pagado el dinero recibirán distribuciones / de grano desde el momento en que paguen.

(10) No se permitirá a nadie usar estos fondos ni las rentas de ellos para otro propósito distinto que la distribución gratuita de grano. Si algún pritaneo presenta una moción, o algún orador propone, o algún presidente somete a votación que estos fondos sean prestados o destinados a cualquier otro propósito, será cada uno multado con / diez mil dracmas. Igualmente si algún tesorero o comisionado (meledonos) o alguno de los nombrados para el cargo del suministro de grano (sitones) da o presta (estos fondos) para algún propósito distinto de la distribución de grano gratuito [...]

(8) A los miembros de cada chiliastys se les permitirá nombrar al mismo hombre como comisionado (meledonos) por cinco años sucesivos» (*Syll.*³, 976).

Las ciudades paliaban la escasez de grano con tres medidas: 1) Prohibición de exportar. 2) Invitación a los productores a llevar el grano al mercado. 3) Importación extraordinaria de grano.

Los documentos referentes a la prohibición de exportar granos, como el juramento de los del Quersoneso, en Crimea, hacia 300-280, o el decreto de Elatea, de 189, o la prohibición de Beocia por los mismos años, prueban que la producción era muy baja, y que siempre había necesidad de grano, lo que confirma la teoría de M. Rostovtzeff, de ser la baja producción de cereales la causa permanente de la necesidad de procurarlo fuera. Es significativo que el decreto de Elatea señale las causas de la prohibición: las guerras y la carestía, ésta consecuencia de aquéllas.

La prohibición de exportar agravaba la situación. No se podía expropiar el grano. Los magistrados o la asamblea sólo podían invitar a los productores a llevarlo a los almacenes. Se conocen varios ejemplos de ricos terratenientes que seguían las indicaciones de los magistrados o de la asamblea, como Policrites, que en el año 275 prometió vender su grano. Hacia el 230, Protógenes de Olbia vendió, a instancias de los magistrados y de la asamblea, 2.000 medimnos a mitad de precio, esperando su cobro sin interés durante un año; después hizo lo mismo con 4.500 medimnos. Un siglo después Mosquión de Priene entregó en varias ocasiones sus cosechas a bajo precio, o al deseado por el pueblo o lo regaló. Aristónomo de Megalópolis entregó a precio reducido, a finales del siglo II, 1.800 medimnos.

Para la adquisición de grano se crearon unos magistrados especiales llamados *sitónai*. En Atenas, la ciudad de la que se dispone de mayor documentación, fue una magistratura excepcional. A partir del año 271, los miembros formaban un colegio y su número era igual al de las tribus.

Esta magistratura extraordinaria está documentada en 30 ciudades más. En la isla de Ceos quince compradores de grano eran nombrados por la asamblea entre los ricos, para que pudieran pagar con su dinero. El grano se compraba frecuentemente en lugares distantes, como Delos.

Los *sitónai* también controlaban otros fondos especiales, como los donativos de los reyes destinados al aprovisionamiento; por ejemplo, lo hicieron en Delfos, en 160-159, con tres talentos enviados por Éumenes II.

El problema más acuciante era el pago de los cereales. Los proveedores muchas veces esperaban el cobro de la mercancía largo tiempo y en ocasiones no lo cobraban.

Samos no podía pagar ni el precio, ni los intereses, ni el transporte. En estos casos se acudía a ricos ciudadanos o a extranjeros, que regalaban el grano o daban préstamos a la ciudad a bajo precio. En situaciones especialmente caóticas, los préstamos o anticípios eran un fondo de garantía a disposición de los compradores de grano.

Para obtener dinero se acudía también a la generosidad de ciudadanos de ciudades amigas. Se solicitó, por ejemplo, a Ileo de Esparta que entregase 13.500 dracmas para la adquisición de grano, sin interés alguno; o en Éfeso a tres extranjeros a los que se les concedió la ciudadanía. Capón de Tisbe, a principio del siglo II, prestó a Corsias, Beocia, la cantidad de grano que necesitaba. Si las gestiones fracasaban, se acudía a los préstamos de la banca o de otras ciudades. El grano obtenido por procedimientos extraordinarios se vendía —nunca se regalaba— a los ciudadanos. Se hacían repartos gratuitos de grano con fines electorales o conmemorativos, como los que se hicieron en Mileto con motivo del cumpleaños de Eumenes II. La ley frumentaria de Samos pretendía hacer entrega de grano gratuito a los ciudadanos, pero esta medida no fue frecuente. Incluso el grano regalado por los monarcas no se repartió gratis, como lo demuestra el hecho de que en el año 179 el rey de Numidia, Masinisa, regalase a Delos un número no determinado de grano, que fueron vendidos a 3 dracmas y media, precio realmente bajo. Había que pagar el transporte hasta el lugar, el almacenaje y la distribución.

El dinero recaudado se dedicaba a otros fines: a determinadas instituciones, a construcciones, etc., en las que frecuentemente constaba el nombre del donante. Este fue el caso de Eumenes II, que donó 160.000 medimnos a Mileto, para que con la suma recaudada se construyera un gimnasio. En 197, la esposa de Antíoco III donó a Yaso 1.000 medimnos anuales durante diez años, para costear con su venta la dote de las muchachas pobres.

Uno de los graves problemas de las ciudades helenísticas fue el disponer del dinero necesario para las necesidades cotidianas. Se conservan datos sobre la catastrófica situación económica de las ciudades. Después del 200, Larisa no tenía dinero, al igual que Corsias. Cranón, años después, sólo tenía elevadas deudas. En el año 275, Eritras no pudo pagar a los soldados. A veces se llegó a entregar hasta los vasos sagrados, que corrieron el peligro de ser fundidos.

En los casos de bancarota, las ciudades acudían a préstamos y a contribuciones voluntarias de los ciudadanos ricos o de los extranjeros. A veces, las necesidades de carácter más general eran sufragadas por los particulares o por asociaciones. Por ejemplo, está documentado que en torno al año 325, en Lindos, Rodas, más de 200 personas costearon los adornos de la imagen de Atenea, y los vasos sagrados, donativo que se volvió a repetir hacia el 115. En el año 225, en Carnino, Rodas, un grupo de ciudadanos costearon la stoá y las cisternas.

El comercio

El mundo helenístico desarrolló un comercio internacional como no lo habían conocido nunca Grecia, ni el Imperio Aqueménida, ni siquiera en la época de la gran colonización. Facilitaron el desarrollo del comercio la generalización de la moneda, y la gran cantidad de numerario que puso en circulación Alejandro Magno, acuñando dracmas y estáteras con los ingentes tesoros almacenados por los soberanos aqueménidas.

Igualmente contribuyó a aumentar el comercio la creación de un gran número de colonias por Alejandro Magno y sus sucesores, en número de unas 300, algunas de ellas muy importantes por el número de sus habitantes y por su riqueza, como Antioquía o Alejandría. También favorecieron el comercio el desarrollo de las vías de comunicación, las mejoras de los puertos, la generalización del griego como lengua hablada por todo el mundo y el derecho. La expansión comercial creció hasta el año 250 en que comenzó a descender.

En el mundo helenístico hubo dos tipos de comercio: el de alimentos, manufacturas o materias primas entre los diferentes estados helenísticos y el efectuado con Estados no griegos, como la India y Arabia, de donde se importaban fundamentalmente objetos de lujo.

Los productos alimenticios

Sicilia, Egipto y el sur de Escitia fueron grandes proveedores de grano a través de Delos y Rodas. El grano se pagaba con productos locales, como el vino; Diodoro (20.81.4) afirma tajantemente que los ingresos de Rodas procedían de los comerciantes que negociaban con Egipto y que la isla vivía del reino lágida. Era famoso el vino de las islas Cícladas (Quíos, Tasos, Lesbos, Cnido); también era conocido el vino siciliano. Egipto y las antiguas colonias del norte del Ponto Euxino fueron los principales importadores de vino. Rodas, Tasos y Cnido eran las principales exportadoras de vino. Las ánforas rodias llegaron hasta la Península Ibérica. El comercio del vino se puede seguir gracias a los hallazgos de las estampillas desarrolladas en las asas o sobre el cuello.

Sobre el comercio del aceite, la documentación es mucho más pobre. Sínope debía de exportar mucho aceite, que llegaba hasta el mar Negro, al igual que Atenas e Italia meridional. El centro distribuidor del aceite era Delos. Egipto obtenía el aceite de Samos, de Siria o de Mileto.

Las salazones fueron el primer alimento de los griegos. Sus fábricas se encontraban en las colonias del Ponto Euxino y del Bósforo. Asimismo, la Península Ibérica exportaba desde mediados del siglo V grandes cantidades de salazones al Egeo. Se conservan una serie de menciones de las salazones hispanas en época helenística que parecen indicar que se consumían en el Oriente. Seguramente las cita el cómico Difilo, cuando las compara con las famosas de Amíncla «a las que sobrepasan en delicadeza y suavidad» (Athen., 3.121 a). El médico Hicerios, hacia el año 100, las recomienda por sus virtudes curativas (Athen., 7.315 d). Timeo (Pseud. Arist., *De mir. ab. ausc.*, 138) escribe que los «atunes de Cádiz son más gruesos que los de Sicilia», aludiendo también a las conservas de pescado y a su exportación a través de Cartago. Funcionaban igualmente fábricas en Sicilia. Los comerciantes de las salazones eran fenicios, cartagineses y griegos.

Otros productos alimenticios eran la sal, que solía extraerse de aquellos lugares donde estaban asentadas las factorías de salazones (como el Ponto Euxino, el Bósforo, el sur de la Península Ibérica y de la Galia) y la miel, especialmente la famosa de Rodas, Atenas y Caria.

Comercio de madera y mármol

El gran desarrollo de la marina y la construcción de edificios, favoreció el comercio de la madera. Algunos reinos, como Egipto, carecían de ella y la importaban de Chipre. Los lugares que contaban con buenos bosques eran el Ponto Euxino, el Bósforo, Macedonia, Pérgamo, Licia, Caria y Siria. La isla de Delos canalizaba este comercio.

Las canteras de mármol de Paros se pusieron nuevamente en explotación desde finales del siglo III.

Vidrio y cerámica

El vidrio se exportó en grandes cantidades. Los centros productores de vidrio fueron Rodas, Lesbos, Alejandría y principalmente Sidón, ciudad en la que que en tiempos de Augusto se inventó el vidrio soplado.

Las fábricas de cerámica aumentaron su producción durante el Helenismo. Atenas continuó a la cabeza con la elaboración de cerámicas de reflejo metálico. Se generalizó la llamada cerámica megárica, que llegó hasta la Península Ibérica; Delos y Atenas exportaron grandes cantidades de ella. Alejandría produjo vasos de gran tamaño, pintados y con relieves y figuras que han llegado hasta Cartago Nova en España. En la cerámica hubo una *koimé*, imitándose en muchos talleres y en diferentes lugares los mismos vasos.

Comercio de obras de arte

El mundo helenístico desarrolló mucho la venta de obras de arte, tanto de originales como de copias. Los romanos importaron gran número de estas, muchas veces procedentes de requisas.

Los talleres más importantes se encontraban en Rodas, Atenas, Éfeso y Paros. Es probable que, como sucedía en el Imperio Romano, las obras de arte fueran cargas de retorno de los barcos dedicados al comercio, como seguramente es el caso de las obras halladas en Medna y Anticitera.

Comercio de esclavos

La sociedad helenística fue una sociedad altamente esclavista. Aumentó el número de los esclavos domésticos, principalmente en el primer periodo helenístico. Los esclavos estaban dedicados en gran número a los trabajos artesanales y a las labores agrícolas, aunque las fuentes no son claras o no dicen nada sobre las explotaciones agrícolas.

En Egipto se empleaban esclavos en las labores agrícolas, que, en el siglo III, se importaron de Siria y de Palestina. De todos modos, los esclavos constituían entre el 10 y 12 por 100 de la población, de lo que se deduce que el grueso de la mano de obra

no era esclava. Se dispone de datos de dos fábricas textiles de las *chora*, en que trabajaban esclavos.

Hay noticias contradictorias y difíciles de interpretar, como esta: cuando el año 319, el sátrapa de Frigia del Helesponto invade los campos de Cícico, los esclavos se encontraban en la ciudad, y fueron después armados. Parte de las tierras de la ciudad eran trabajadas por frigios libres.

Las cifras sobre el número de esclavos en las distintas ciudades y en el campo son muy difíciles de establecer. Se ha calculado que a finales del reino lágida, Alejandría tenía una población de 1.000.000 de personas, de las que 400.000 serían esclavos. En esta ciudad la esclavitud fue muy floreciente en el siglo III y decayó en el siguiente. En el siglo II el santuario de Delfos era un centro importante de manumisión de esclavos: dos tercios de los esclavos manumitidos eran de origen no griego y un tercio griego. Los grandes santuarios del Asia Menor labraban sus extensas propiedades agrícolas con esclavos sagrados, llamados *hieroi* o *hierodouloi*, a diferencia de lo que sucedía en los templos griegos de la costa, que arrendaban las fincas. Los santuarios de Mâ en la Comana Pónica y en la Comana de Capadocia, tenían cada uno 6.000 esclavos sagrados, para una extensión de 9.000 a 12.000 hectáreas, respectivamente; el de Zeus en Ovenasa, Capadocia, 3.000 (Str., 12.2.6). Estos esclavos sagrados se dedicaban a otros menesteres, como la prostitución sagrada, trabajos artesanales, la administración religiosa y económica; también eran cantores o músicos.

En el mundo helenístico el comercio de esclavos fue muy importante. Las fuentes habituales de la esclavitud proveían de grandes cantidades de esclavos al mercado, al igual que las guerras continuas, la piratería (a la que se dedicaron como fenómeno lucrativo los cilicios, los etolios, los ilirios, los cretenses y los nabateos) o el bandidaje. Los publicanos romanos hicieron de la esclavitud uno de sus grandes negocios. La conquista del Epiro proporcionó 150.000 esclavos y Ptolomeo I trajo de Palestina 100.000, según la carta de Aristeas. El Ponto Euxino, Tracia, Asia Menor y Siria eran los lugares más frecuentes de procedencia de los esclavos que se vendían en los numerosos mercados, de los que el más famoso, hasta el 100 a. de C., fue el de Delos, que vendía hasta 10.000 esclavos diarios (Str., 14.668), pero existían también otros en Éfeso, Rodas, Bizancio, Cnosos, Naupacto, Anfisa, etc. Estos mercados proporcionaron masas continuas de esclavos a los reinos y ciudades helenísticos y muchos fueron vendidos en Italia y en Sicilia.

Se ha calculado que en Italia a finales de la República, había dos millones de esclavos, que en gran medida debían de proceder del mundo griego. Estrabón (14.5.2) señala que en el siglo II la actividad de los piratas cilicios perjudicó gravemente a la monarquía seléucida: «Sobre todo, fue la exportación del ganado humano lo que les empujó a cometer tales crímenes horrendos, porque se había convertido en bastante rentable. Apoderarse de dicha mercancía era fácil y, además, poseían en las cercanías un puerto próspero e importante, Delos, que podía acoger de una forma periódica decenas de miles de esclavos y venderlos; esto dio origen al proverbio: «Acércate, mercante, descarga: todo se vende.»

A partir del 160 en adelante muchos esclavos eran vendidos a Italia. En el año 102, Nicomedes II de Bitinia suplantó a Delos en el negocio de la venta de esclavos. La riqueza de algunos grandes ricos del Ponto Euxino, como Protógenes de Olbia, Apollonio de Quersoneso y Dionisio de Istria, seguramente tenía su origen en el comercio de esclavos.

En cuanto a las revueltas de esclavos, en el mundo helenístico nunca alcanzaron la virulencia de las de Sicilia. El componente servil en la revuelta de Aristónico fue bajo. Las revueltas de Atenas o Delos, alrededor del 120, no fueron peligrosas.

Rutas del comercio internacional

Las rutas del comercio internacional se reconstruyen fácilmente a través de los hallazgos de monedas, aunque éstas no indiquen la mercancía objeto del tráfico.

El floreciente comercio entre Corinto, uno de los grandes centros comerciales del mundo helenístico y por ello —al igual que Cartago— arruinado en el año 146, y Sicilia, se interrumpió entre los años 340 y 290.

Roma y Ptolomeo Filadelfo debieron establecer un tratado comercial alrededor del año 273; ello explica la aparición de los bronceos ptolemaicos en Italia. Los Ptolomeos también comerciaron con Cartago.

También por distribución de las monedas sabemos que en Eubea, Histiaea, fue un gran centro comercial.

El comercio griego (Macedonia, Dirraquio, Apolonia y Tasos) penetró hasta el interior de la futura Dacia a juzgar por las monedas. Los mercaderes griegos estaban interesados en la sal y en el oro. Las vías de penetración en esta región se realizaban a través del Ponto Euxino y el Danubio, o por Taso e Iliria.

Bizancio, Rodas y Atenas comerciaron con las riberas del Ponto Euxino, pero debían utilizar la moneda de Tasos. Polibio (4.38.4-5) relaciona una larga serie de productos que Bizancio importaba del Ponto Euxino.

Los seléucidas y los Ptolomeos estaban interesados en el comercio con la India, Arabia y el África oriental; de esta última traían aromas, oro y elefantes (necesarios para luchar contra los seléucidas). De la India llegaron aromas, marfiles, pavos reales, etc. Arabia proporcionaba incienso, mirra y aromas. Una ruta conducía, a través de Petra, a Alejandría o a Siria.

Al final de la monarquía lágida, el comercio con el África oriental disminuyó mucho (Str., 17.1.13); los nabateos controlaban esta ruta. Para evitarla, los Ptolomeos crearon el puerto de Ampelón, en la costa occidental del mar Rojo y Berenice en el golfo de Acaba, pero esta vía no tuvo aceptación.

La vía comercial con la India que partía de Pataliputra, a través de Matura y Taxila llegaba a Bactra, a Ecbetana y a Seléucida del Tigris. Era una ruta caravanera. Desde la última ciudad partían dos vías: una a través del Éufrates y del golfo Pérsico llegaba a Gerra, y a Petra; la vía marítima desde Gerra iba a Adana (Adén). La segunda vía, desde el Éufrates y Tigris, llegaba hasta Antioquía o conducía directamente a Esmirna, a Éfeso y a Mileto. Con el control de los seléucidas de Siria, una vía directa unió Palmira y Seléucida.

El abandono por parte de Seleuco I de Tachandragupta, la región comprendida entre el Hindukush y el océano Índico, trajo como contrapartida concesiones comerciales, como el suministro de elefantes.

Antíoco I envió una embajada a Patalipoutra, probablemente con fines comerciales, que eran los mismos que tuvo Asoka, cuando estableció lazos de amistad con todas las monarquías mediterráneas y particularmente con Antíoco II. Antíoco III recibió elefantes del príncipe con el que se entrevistó al sur del Hindukush. La India también

proporcionó productos, como perlas, perfumes, especias, marfiles, piedras preciosas. El comercio fue favorecido por el gran desarrollo del urbanismo en época helenística y por la expansión griega. Los griegos fueron unos grandes consumidores de productos, como vino y aceite, vestidos, cerámica, etc.

El comercio internacional se hacía a través de los puertos. Algunos de ellos, como Rodas, Delos, Seléucida, Corinto, Bizancio y Cícico, eran lugares de tránsito de mercancías.

Rodas era la ciudad más rica del mundo helenístico. Poseía una buena flota y se convirtió en una especie de policía contra los piratas. Estuvo en buenas relaciones con los Ptolomeos, con Roma, con Hierón y con las islas. El comercio de Rodas decayó algo con el castigo impuesto por Roma a la isla en 116, pero continuó siendo un importante mercado de cereales.

Un gran mercado de esclavos y de productos del Oriente fue también Delos, que reunió a muchos hombres de negocios, atraídos por la ausencia de tasas portuarias. Aumentó su influencia económica gracias al comercio con Italia, principalmente de objetos de lujo, que pasaba por la isla, y a la creación de la provincia romana de Asia en el 129. También se benefició de la destrucción de Corinto.

El comercio helenístico estuvo en manos de particulares, ya que ni las ciudades ni los Estados podían practicarlo. No hubo asociaciones de comerciantes, salvo rara vez y las atestiguadas tienen un carácter religioso.

La banca

Un comercio tan desarrollado como lo fue el helenístico, necesitó de la banca, que ya existía desde el siglo V en Grecia y estaba en manos privadas.

Sobre este particular hay que recordar lo que escribió M. I. Finley: «no había instrumentos de crédito apropiados, ni papel negociable, ni asentamientos contables, ni pagos a crédito... Salvo algunos textos sueltos y dudosos aquí y allá, lo más que se puede mostrar es el sistema de pago por giro bancario para los pagos de lujo en Egipto helenístico. Había mucho más préstamo de dinero pero se concentraba en pequeños préstamos de usureros, a campesinos o consumidores, o a grandes empréstitos para permitir a personas de las clases superiores hacer frente a gastos políticos o de otro tipo. Sólo el préstamo a la gruesa era productivo en algún sentido, e invariablemente tenía restricción de cantidades y tasas de interés propios de un usurero, más una medida de seguro, que cubría los altos riesgos del tráfico marítimo, que un instrumento propio de crédito».

Antes de la época helenística, los principales centros comerciales y religiosos, donde se realizaban muchas operaciones de cambio de moneda, Corinto, Atenas, Delfos, Delos, Samos, Rodas, Epidauro, Siracusa, Éfeso, Mileto, Halicarnaso, etc., continuaron con bancos, cuyo número aumentó mucho después de Alejandro Magno. En los bancos no sólo se cambiaba moneda, sino que se entregaban los depósitos de metales preciosos o de dinero, también se efectuaban en ellos muchas operaciones de pago o cobro. Es fácil deducir que los principales clientes eran los mercaderes. Se conocen los nombres de algunos banqueros famosos, como M. Minatius, en Delos, poco después del 153-152, que regaló 7.000 dracmas y costó un banquete; Filóstrato, de origen sirio; Mariaio Gesillano, y L. Aufidius, a los que los comerciantes griegos e itálicos consagra-

ron tres estatuas en Delos. El monopolio del cambio en ciertas ciudades o Estados se vendió al mejor postor.

La banca financió en menor medida el comercio. El comercio marítimo estaba financiado por particulares ricos, pero nunca por los bancos, si bien éstos podían intervenir en las estipulaciones y en la custodia de los contratos marítimos.

El dinero se prestaba fundamentalmente a los ciudadanos. En el siglo IV el interés ascendió en algunos casos hasta el 36 por 100; en el siglo I a. de C. un interés en buenas condiciones era del 12 por 100. La garantía la constituían generalmente objetos preciosos.

En los primeros siglos del periodo helenístico, la orden de pago se daba de palabra; a partir del siglo II por escrito. Una invención importante fue el giro. En el siglo I, en Egipto, ya debía de existir el cheque. El monopolio del cambio en ciertas ciudades o Estados se vendió al que pagara más.

La banca de Egipto disponía de sucursales en el país; concedía préstamos y aceptaba depósitos que procedían en su mayoría del soberano.

A partir del siglo IV hace su aparición la banca del Estado, documentada en Delos, Samos, Ròdas y Mileto, y dirigida por altos funcionarios estatales (elegidos por medio año), o por un colegio elegido por un año. No aceptaban depósitos bancarios y su única finalidad era facilitar los pagos al Estado.

Los templos también funcionaban como bancos, ya que hacían préstamos, custodiaban los depósitos y cambiaban la moneda. El templo disponía de los depósitos. Estos «bancos sagrados» existieron en el Artemisión de Éfeso y en templos de Delos, de Priene, de Tera, de Cauno y de Salamina de Chipre.

Los préstamos que hacían los templos procedían de rentas o de las fundaciones. Eran de bajo interés (6,2/3 y 10 por 100, bajo hipotecas) y de pequeña cuantía, no se destinaban a fines comerciales y requerían ser aprobados por el pueblo mediante un decreto.

Algunos Estados teocráticos, como el de Pesinunte, emitían moneda. Existió colaboración entre los bancos públicos y privados y se complementaban sus trabajos.

Los bancos se generalizaron a partir del siglo III. Los banqueros no procedían de la clase servil. Eran ahora personas libres, aunque generalmente, lo hubieran sido algunos en sus ciudades de origen.

Asociaciones mercantiles

Desde el 330 están atestiguadas en Atenas asociaciones de comerciantes y de propietarios de barcos mercantes egipcios o de Tiro; de Sidón a fines del siglo III, y de otras procedencias un siglo después. En Delos aparecen asociaciones de mercaderes de Tiro, desde el siglo III en adelante; de Posidonia (Beirut) hacia 175, y de Alejandría, a partir del 120. En Rodas, desde finales del siglo III. Desde el año 140 en adelante, se documentan grupos provenientes de Italia. En estas asociaciones el culto desempeñaba un papel importante. Muchos de sus miembros llevaban nombres teóforos.

Como escribe M. I. Finley, no existían asociaciones o corporaciones a largo plazo, ni corredores o agentes, ni gremios de nuevo, con alguna excepción ocasional y poco importante. En resumen, faltaban los recursos de organización y operación para la movilización de los recursos de capitales privados.

Los centros comerciales más importantes fueron Alejandría, Rodas y Delos. Estas dos últimas ciudades estaban en excelentes relaciones comerciales entre sí y es probable que gran parte del trigo de Delos procediera de Rodas. Prueba de ello es que cuando Roma entregó Delos a Atenas, en el año 167, aumentó su prosperidad, bien patente en el aumento de la población, en el tráfico del Pireo y en sus monedas. Corinto fue un excelente mercado, debido a su buena situación geográfica: la ciudad era opulenta hasta que su destrucción favoreció también la situación comercial de Atenas. Otros centros comerciales importantes eran Bizancio y Calcedonia, que controlaban todo el comercio del Ponto Euxino.

Cícico era el intermediario entre el Ponto Euxino y el reino de los atálidas. A través de Alejandría y de Rodas, que se complementaban, los Ptolomeos vendían en el Egeo sus propios productos y los que importaban de la India, de Nubia o de Arabia. Rodas fue un gran puerto de tránsito y de distribución de mercancías. Atrajo mercaderes de Siria, que eran, como en Alejandría, quienes controlaban el comercio; éstos se sentían atraídos por la calidad de los puertos rodios, por su organización bancaria y financiera y por las ventajas de su legislación.

Los intereses mercantiles de Rodas se centraban en el Ponto Euxino. Por esta razón en 220 luchó contra Bizancio por la libertad de paso por el Bósforo. Su situación geográfica favoreció su comercio, muy floreciente hasta el año 167. En el comercio helenístico con Egipto ocupó un papel de primer orden y también en el Ponto Euxino.

El trigo de Egipto se exportaba en gran parte a Rodas; en Alejandría, se han hallado unas 80.000 ánforas estampilladas. Como ni el vino, ni el aceite rodios, eran de buena calidad y había que pagar las tasas de ingreso, se ha supuesto que las ánforas se vendían vacías como recipientes. Se ha hallado un barco que naufragó, a comienzos del siglo III, en Kyrenia, en Chipre, que transportaba una gran cantidad de ánforas rodias y cuencos samios y un tipo de molinos que según parece se usaban para moler mineral; están fabricados de una piedra volcánica que procedía de Cos y de las islas del sur de las Cícladas. El cargamento parece probar que el barco recorría diferentes puertos, pero es también posible que toda su carga procediera de Rodas.

Se ha calculado que el 86,4 por 100 de las ánforas estudiadas de un lote de 113.469 asas son rodias. De Cos proceden el 75,9 por 100 y en la misma proporción aparece en Alejandría. En Delos, el 72,7 por 100 de las estampillas de ánforas llegaron de Cos. No se pueden deducir muchas conclusiones de estos datos, pues sólo las ciudades del Egeo y del Ponto Euxino adoptaron la costumbre de estampillar las asas. En realidad no se sabe con certeza si se hacía para que constase la fecha, la garantía de origen, la capacidad o por motivos fiscales. Rodas alcanzó su mejor momento en el comercio en los años en torno al 200 a. de C., pero continuó sus exportaciones, al menos a Egipto, incluso después de los sucesos del 160.

Egipto, lógicamente, mantenía un comercio con Cirene (pero no de trigo, que ésta también producía) y con Cartago. Es muy probable que a través de la capital de los púnicos, el Egeo y los Ptolomeos recibieran estaño y minerales, pero se desconoce con qué producto se pagaban las importaciones. Se carece de documentación sobre las re-

laciones comerciales entre Alejandría y Siracusa, aunque hubo contactos culturales en tiempos del gobierno de Agátocles y de Hierón II. La cerámica italiota hallada en Egipto es escasa. Se ha supuesto que el intercambio de embajadores entre Ptolomeo II y Roma, en 273, llevó implícito un desarrollo del comercio, como se deduce de que cecas de Alejandría y de Tarento, entre los años 269 y 220, acuñaran series paralelas. Con la presencia de Roma a comienzos del siglo II, y a través de Delos, se intensificó el comercio entre Roma y Alejandría.

La documentación del archivo de Zenón, el administrador del *διοικητής* de Ptolomeo Filadelfo, Apolonio, que se ha conservado es un interesante documento sobre las actividades y modo de vida de un rico hombre de negocios de la época. Señala bien las diversas actividades a que se dedicaba al margen del tiempo que invertía en la administración estatal: negocios con Asia Menor, Siria, Palestina y Arabia y explotación de 2.700 hectáreas, que le donó el rey, cerca de Filadelfia; sobre su vida privada ha quedado constancia de que gustaba de los manjares más exquisitos y generoso con los dioses y con los hombres. Este caso particular, ilustra bien el hecho de que las grandes fortunas necesitaban del poder político, y del apoyo de las grandes ciudades comerciales, como Corinto, Rodas, Alejandría, etc., y de Roma. Los familiares del rey fueron quienes disfrutaron de mayores posibilidades de dedicarse a los negocios mercantiles.

Control comercial

Los lágidas ejercieron un fuerte control sobre el comercio de Alejandría. Todas las mercancías que entraban por su puerto, pasaban luego el control y tasación del monarca, lo que supuso una gran fuente de ingresos para el rey. Este gigantesco comercio, en una ciudad de un millón de habitantes, que canalizó todo el comercio de Egipto con el exterior, necesitó de excelentes bancos, de una industria de transformación, de grandes capitales móviles, de arrendatarios de monopolios, y de gran número de juristas, escribientes y contables. El mismo fenómeno se registra en los grandes centros comerciales, como Corinto, Rodas, etc.

El capital mercantil

Se carece de datos para calcular el capital mercantil de los grandes comerciantes y de los banqueros. Un dato indirecto, pero muy significativo, lo recoge Plutarco en su *Vida de Agis* indicando que "la fortuna de los esclavos de los sátrapas y de los esclavos de los intendentes de Ptolomeo I y de Seleuco I, fue más grande que la de todos los reyes de Esparta juntos"; ello prueba la existencia de fabulosas fortunas a comienzos de la época helenística.

En Grecia, que no participó en gran escala en los negocios, los ricos sólo eran propietarios de tierras, que aumentan con el capital obtenido de los préstamos a los campesinos.

Barcos de transporte

Tenemos conocimiento del aspecto de los navíos de transporte por diversas representaciones, como los plasmado en un disco hallado en Alejandría, de finales del siglo II, en el que aparece el Faro de Alejandría coronado por la estatua de Zeus; en un relieve conservado en el Museo de Beirut, un barco navega con las velas desplegadas al viento. Ambos navíos pertenecen al mismo tipo de embarcación de transporte, de época helenística y romana, que siguen el modelo del navío del pecio de Marsella.

Sobre una gema, conservada en el Museo Británico, se colocó un barco de transporte, de vela, con ocho torres. Puede ser una representación del gigantesco *Siracusia*, construido bajo la dirección de Arquímedes para Hierón II de Siracusa, que cargaba 1.700 ó 1.900 toneladas. De este barco se conservó una descripción de Mosción, en Ate-neo (206 d-209 e). Una de las raras representaciones de barcos de vela, salvo los que navegan en el Nilo y aparecen en el mosaico de Preneste, se encuentra en un relieve del siglo II a. de C., procedente de Tasos, y constituye el más antiguo ejemplo conocido de bote; tiene una vela que dibuja una diagonal desde la base el suelo del mástil; fue un tipo de barco usado, probablemente, para pescar en el Egeo.

El comercio y el transporte marítimo subyacen en las numerosas representaciones del Faro de Alejandría, que aparece sobre los objetos más diversos y en los lugares más apartados, como el vaso de vidrio de Begram, Afganistán.

Minas

En la época helenística avanzada, las minas de plata de Laurión estaban en decadencia. Un párrafo de los *Poroí*, atribuidos a Jenofonte (4,14-17), obra que se fecha en 355-354, ofrece datos interesantes sobre los sistemas de explotación en las minas de Laurión, que no debieron variar en época helenística. Dice así: «En el tiempo pasado, los que se han interesado por el tema, han oído que Nicia, hijo de Nicerato, tenía los hombres en las minas de plata, que los arrendaba al tracio Sosia, por un óbolo neto al día por cabeza, con la condición de que el número fuera siempre constante. Hipponico tenía 600 esclavos en las mismas condiciones, que le rentaban una mina al día. Otros tenían un número de esclavos proporcionado a su riqueza. ¿Por qué referirse al pasado, cuando en el presente trabajan las minas muchos hombres arrendados de la misma manera?»

Se ha calculado que en el año 340, en las minas de Laurión, trabajaban 36.000 esclavos aunque ignoramos cuántos esclavos de éstos eran propiedad del Estado Atenien-se. Se ha supuesto que el distrito minero de Laurión fuera de propiedad estatal. El Estado poseía además otros terrenos en las proximidades de los demos de Sunio, Anaflisto, Anfirope, Besa y Torico. Probablemente existían también minas privadas, controladas de algún modo por el Estado. Según Jenofonte (*Poroí* 4,12) el Estado permitía a los extranjeros (metecos) que querían, trabajar las minas en las mismas condiciones que tenían los ciudadanos. La pérdida de días de trabajo eran de cuenta del empresario. El precio del arriendo de un esclavo se mantuvo constante en los siglos V y IV; era de

un óbolo neto al día. Jenofonte calcula 360 días de trabajo al año. En las minas de Laurión también trabajaban personas libres (*Poroi* 4,22). Este último dato demuestra que el trabajo manual no estaba mal visto en Atenas, como indican Platón y Aristóteles. Atenas y Corinto no sentían desprecio por el trabajo manual, después revalorizado por el cristianismo y por el socialismo. En Esparta, por el contrario, estaba prohibido a los Iguales dedicarse a una ocupación lucrativa. En Tespi se condenaba toda profesión. En Tebas se excluía de las magistraturas a los tenderos. En Atenas estaba mal considerado (*Xen. Mem.* 11,8, 1-5) el trabajo que hacía a uno depender de otra persona; por esta razón Nicia acudía a Sosia, y no a un ciudadano libre. Los controles sobre las minas áticas eran muy ligeros. Demetrio de Falero, a comienzo del helenismo, alaba el celo y el amor de los mineros por el trabajo (*FGH*, 228 F 35 a) y Estrabón (3. 147) escribe que querían sacar fuera de las entrañas de la tierra al mismo Plutón. Las minas de oro de Macedonia y de Tracia se encontraban en plena actividad, al igual que las de Estrimón. Los selúcidas transportaban el oro de Siberia a través de Bactriana; la monarquía selúcida fue autosuficiente en metales, pero se dio en este aspecto un importante cambio, al perder los distritos orientales y el centro de Asia Menor. Mitrídates VI controlaba las minas del Cáucaso, Armenia y Asia Menor.

Los Ptolomeos obtenían el oro de Nubia y en pequeñas cantidades de Arabia. El cobre lo importaban de Chipre. Perseo acuñó grandes cantidades de monedas de oro y de plata, en 167, lo que indica que contaba con cantidades importantes de estos metales. En el siglo II se trabajó mucho en las minas de Madeno Khorio; se cerró su explotación en 167, pero se abrió nuevamente en 158.

Las minas hispanas descritas por Diodoro (5.35-38) se explotaban con procedimientos helenísticos, introducidos seguramente por los Bárquidas. En éstas se trabajaba ya con ingenios inventados en época helenística, como el tornillo de Arquímedes. La noticia debe de proceder de Polibio, que asistió a la caída de Numancia en 133 y que prestó especial interés a la descripción de las minas hispanas (*Str.*, 3.147), aunque también podían proceder de Posidonio, que, durante la guerra sertoriana, visitó Cádiz para estudiar el fenómeno de las mareas y que escribió también sobre las minas hispanas. Diódoro describe, al referirse a las minas hispanas, el sistema helenístico de explotación.

Sistemas de explotación helenísticos debían ser igualmente los descritos por Polibio, con ocasión de hablar de las minas de Cartago Nova (*Str.*, 3.148): «Omito todo lo que se cuenta del proceso de laboreo, porque es largo de contar; pero no lo que se refiere a la ganga argentífera arrastrada por una corriente, de la que se dice, que se machaca, y por medio de tamices se la separa del agua. Los sedimentos son triturados de nuevo y nuevamente filtrados, y separadas así las aguas, machacados aún otra vez. Entonces este quinto sedimento se funde, y separado el plomo, queda la planta pura.» Posidonio (*Str.*, 3.147) describe las minas hispanas en los siguientes términos: «Y supone que la industria y la energía de los turdetanos es semejante, por cuanto abren sinuosidades y profundas galerías, reduciendo a menudo las corrientes que en ellas se encuentran por medio del tornillo de Arquímedes.» También debe ser helenística la técnica de trabajar el oro, recogida por Estrabón (3.146) y aplicada en las minas hispanas: «El oro no se extrae únicamente de las minas sino también por lavado... abriendo pozos, o por otros medios, se lava la arena y se obtiene el oro; actualmente son más numerosos los lavaderos de oro que las minas... En efecto, el oro se funde con facilidad mayor por medio de la paja... En los ríos, el oro se extrae y se lava

allí cerca, en pilas o en pozos abiertos al efecto, y a los que se lleva la arena para su lavado.»

En varias minas el trabajo era muy nocivo para la salud por los gases que desprendían las minas, como en Pompeipolis, según testimonio de Estrabón (12.3.40).

Talleres reales

Los talleres reales de Pérgamo o de Egipto no fueron grandes fábricas, que produjeran géneros en grandes cantidades, lo que hubiera implicado cambios fundamentales en la producción. Las técnicas de la época helenística para la elaboración de los textiles, de los distintos metales y de la cerámica fueron las mismas del periodo anterior. Se observa una especialización de los talleres, pero no un cambio en la estructura interna. En los talleres trabajaban tanto libres como esclavos, como en la época clásica. En todos los lugares e incluso en las grandes ciudades, hubo una gran producción familiar. La economía helenística continuó siendo en gran medida la de la época clásica.

Funcionaban talleres reales para la confección de prendas con el lino, que llegaba sin trabajar; se les fijaba la cantidad y la calidad de la producción. Los talleres de los santuarios trabajaban también para este monopolio real. Otras fábricas reales se encargaban con el aceite, de la elaboración de papiros y de la cerveza, que era la bebida corriente de los egipcios. También en Egipto funcionaban fábricas de particulares para la elaboración de la cerveza, el lino y el papiro.

CAPÍTULO XXXIII

LAS RELACIONES ENTRE GRIEGOS Y ORIENTALES. LA HELENIZACIÓN

RELACIONES ENTRE GRIEGOS Y ORIENTALES

El mundo indígena helenístico era muy variado. No era lo mismo Egipto que Irán, el valle del Éufrates, Siria-Palestina o el interior de Anatolia. La documentación de que se dispone para este tema es muy desigual y sólo es abundante para Egipto. Los contactos entre griegos y orientales fueron continuos a lo largo de tres siglos: se observa una helenización de determinados medios indígenas, pero no se produjo una verdadera fusión; la cultura griega conservó su originalidad.

El cosmopolitismo de los filósofos griegos no tuvo aplicación práctica y desde el primer momento el posible programa de fusión entre los macedonios y los persas fracasó. De hecho, en el programa político griego no entró ninguna iniciativa concreta que tendiera a la helenización de los indígenas. Es dudoso que los seléucidas vieran las ciudades fundadas por ellos como focos de helenización. También es discutible que Antíoco IV intentara extender el helenismo; lo que buscaba probablemente era consolidar las bases políticas de su reino. En Irán, las relaciones de los griegos con los nativos no están nada claras. La existencia del reino de Bactriana se podría interpretar como un modelo de fusión grecoirania, pero seguramente corresponde a la necesidad de luchar contra las tribus nómadas.

Algo más se conoce de la fusión de la cultura griega y la indígena en el reino de Mauria, que Seleuco I cedió a Chandragupta, quien gobernó desde el año 322 al 298, sobre un imperio que comprendía el norte de la India, desde el Ganges al Indo, y las montañas del Hindukush. Este reino fue visitado y descrito por el diplomático griego Megástenes. En la capital, Pataliputra, se ha descubierto un capitel, fechado en el siglo III, con palmetas, volutas, ovas y rosetones del más puro arte griego.

En Persia, se detecta un foco de resistencia al helenismo, de origen mazdeo. En cuanto a la monarquía lágida, hubo pronto una separación entre griegos e indígenas, aunque muchos de aquéllos vivieran en el medio indígena. El desprecio de los griegos por los egipcios lo es más bien hacia una población hundida en la miseria: en Egipto, existía una minoría griega explotadora y una mayoría indígena explotada y arruinada por el fisco.

Las revueltas de los egipcios y las huidas a los santuarios indígenas no testimonian unas buenas relaciones con los griegos. La alta sociedad egipcia pudo sentir la atracción

del helenismo; pero no hay una buena información al respecto. En cambio sí se sabe que no hubo fusión entre la legislación griega y egipcia y que los egipcios no tenían acceso a los gimnasios. La política lágida de hacer concesiones a los indígenas fue un fracaso y contribuyó a volver a los egipcios en contra de los monarcas.

Un caso excepcional fue Alejandría, verdadero foco de helenización. En esta ciudad vivían egipcios helenizados; pero el influjo griego fue aún más intenso en la comunidad judía. La situación era diversa en Asia Menor: aquí la atracción por lo helénico (anterior ya a las conquistas de Alejandro) se ejerció, sobre todo, en las clases superiores, como sucedió entre los judíos de Palestina (la influencia de la literatura griega se acusa en algunos libros de las Sagradas Escrituras). Esta influencia se manifestó sin que se transformaran las estructuras sociales, jurídicas, políticas o de modo de vida; incluso cuando una ciudad indígena ascendía a la categoría de *polis*.

La oposición al helenismo se dio en las regiones de baja urbanización, como en Judea, Egipto y Persia. Esta oposición queda bien reflejada en la literatura conservada, de carácter apocalíptico, escatológico y mesiánico, como en los libros apocalípticos judíos apócrifos, o en el Canon de la Sagrada Escritura (Daniel), el Reglamento de la Lucha de los hijos de la Luz; y en Egipto, en el Oráculo del Alfarero, o en la Crónica Demótica, todos los cuales son muy contrarios a la cultura griega.

LA HELINIZACIÓN EN BACTRIANA Y LA INDIA

En la antigua Bactriana las excavaciones realizadas en Bactria, la capital (Balkh), Kapisc (Begram) y Aï Khanum, a orillas del Oxus han aportado algunos materiales que denotan cierto grado de helenización. Esta última ciudad podría ser griega, aunque levantada con materiales locales. Tiene casas con columnas y peristilo, una muralla, un gimnasio, una biblioteca (que guardaba un papiro — fechado entre los años 300-260 a. de C. — de contenido filosófico algo aristotélico) adosada al palacio y fechada alrededor del 150 a. de C., un teatro datado entre 225-150 a. de C. y esculturas (como una dama, de iconografía y concepción griegas, vestida con *chiton e himation* y con algún elemento indígena y fechada hacia el 150 a. de C.). Existen también relieves, como en el templo de Aï Khanum, probablemente del siglo III a. de C., donde como decoración arquitectónica figuran cabezas de varones imberbes en terracota y estuco de estilo griego. Los artesanos griegos desarrollaron una técnica de fabricación de estos relieves a base de estuco y arcilla modelados sobre un armazón de madera, para decorar edificios religiosos o civiles. Esta técnica, imitada después en los imperios parto y kusham, se hizo muy popular en Asia Central y norte de la India.

También se han descubierto mosaicos de guijarros, del 150 a. de C., derivados directamente de los mosaicos de guijarros de Grecia de comienzos del helenismo, con decoración a base de rosetas, palmetas, delfines, monstruos marinos y cangrejos; todo ello —técnica, motivos y composición— del más puro estilo griego, aunque aquí sean más recientes. En Aï Khanum se identificaron en una ciudad, que al parecer es griega, diferentes elementos orientales y semíticos, en el templo inidentificado; iraníes y otros procedentes de Asia Central en la planta del tesoro de palacio, y en los corredores de los edificios. En las restantes fundaciones griegas se dio seguramente esta misma mezcla de influjos. Es significativo señalar que el helenismo se conservó muy puro en una época ya muy avanzada.

Las monedas de Bactriana constituyen excelentes retratos griegos, como la estátera de oro del rey Diodoro I o III, datada a finales del siglo III, acuñada en peso ático y que sigue el modelo seléucida de moneda. En el reverso se representó a Zeus lanzando el rayo. Una excelente pieza labrada en mármol es un soberbio retrato, de gran realismo, cubierta la cabeza con gorro macedón, que representa, por comparación con los retratos de los reyes bactrianos de las monedas, posiblemente a Eutidemo I, hacia el 200. Se ha pensado que esta cabeza fuera una copia de un ejemplar original, seguramente de gran calidad, esculpido en Bactriana o Asia Menor con la que Eutidemo mantenía relaciones.

La historia de Bactriana es poco conocida. Sus fuentes son Polibio, Estrabón y algunas inscripciones indias; también se ha intentado reconstruir por sus monedas, el mejor símbolo de su herencia griega. A los datos ya indicados, se pueden añadir algunos más. Los soberanos de Bactriana, como los Atálidas, fueron los grandes defensores del helenismo contra los bárbaros. Demetrio I (200-185 a. de C.), hijo de Eutidemo, atravesó el Hindukush y penetró en la India. Eutidemo II, hijo de Eutidemo I, reinó en Bactriana; y un tercer hijo, Antímaco I, en Sogdiana. Se consideraban sucesores de los conquistadores macedonios. Algunos investigadores han defendido que Demetrio conquistó Gándara, atravesó el Indo para apoderarse de Taxila y llegó hasta el Ganges; otros dudan de estas conquistas y las atribuyen a otros reyes. A Demetrio I le sucedió Demetrio II Anakletos (180-165): mientras reforzaba su control sobre Gándara, se levantó contra él un usurpador llamado Eucrátides (171-155), que se supone actuaba con el apoyo de los seléucidas. Demetrio se vio obligado a tratar con Eucrátides, quien finalmente lograría deshacerse de él y de sus hijos y proclamarse Gran Rey, mandando sobre Bactriana y Gándara. Para conmemorar esta victoria, acuñó probablemente monedas de oro, plata y bronce con su efigie, siguiendo modelos seléucidas.

Eucrátides tuvo dos hijos: Piletón y Heliocles. El primero fue asesinado hacia el 155; éste fue el último rey de Bactriana, al ser invadido el reino por los nómadas. Al otro lado del Hindukush, unos reinos greco-indios sobrevivieron hasta el siglo I a. de C. El rey más famoso, llamado Menandro (155-130 a. de C.), que lo fue de Bactriana y la India, se hizo budista. Sus relaciones con la India fueron de carácter militar y político. Las dinastías Mauria y de Asoka estaban ya en decadencia en la mitad del siglo II. Penetró en la India, en el valle del Ganges. Sus sucesores carecen de importancia. Para algunos autores, estos reinos formaban parte del mundo helenístico; para otros, de la historia india. Probablemente la verdad esté en el medio.

El influjo griego en el arte de la India se conoce principalmente por las monedas y las excavaciones de Pushkalavati y de la capital, Taxila. El plano de esta última ciudad, fechada en el siglo II a. de C., es hipodámico. La ciudad está defendida por unas murallas, y las casas son muy uniformes con ocho caras por manzana, como en Seleucia del Tigris. Se han descubierto en las excavaciones figuras, joyería y cerámica que siguen modelos griegos, así como una paleta para cosméticos en la que se mezclan elementos griegos e indígenas. Las monedas son de excelente calidad, pero con fuerte influjo indio; la mayoría siguen los pesos indios y usan en el reverso la lengua india (como una moneda de bronce, rectangular, del rey Menandro I Soter, con el nombre en griego y con casco griego que se acuñó probablemente hacia el 150 a. de C.; en el reverso, hay un escudo con leyenda en escritura Kharosthi). Algunas monedas siguen los pesos áticos, como la doble decadracma de plata del rey Amyntas, excelente retrato del más puro arte griego que representaba al monarca con casco macedonio, acuñada

hacia el 120 a. de C. según pesos áticos. En el reverso está Zeus entronizado, con leyenda griega y un monograma, que probablemente fue indicativo del lugar de acuñación, Alejandría ad Caucasum (Kapisa). Esta excelente moneda se acuñó en una época en la que el mundo helenístico estaba ya en declive, y en una región ya independizada de los seléucidas. El pilar de Besnagar, obra de hacia el 100 a. de C., aunque su ejecución y lengua de inscripción son indias, tiene una concepción y finalidad parcialmente griegas; en él se mencionan tres nombres griegos: Heliodoro, hijo de Díón, que levantó el pilar por orden del rey Antiálcidas.

JUDAÍSMO Y HELENISMO

Antes del helenismo, la historiografía griega no se ocupó de los judíos. Hecateo de Abdera se interesó por ellos cuando, hacia el 300 a. de C., escribió su descripción de Egipto. Alude al Éxodo, que considera como una expulsión de los extranjeros y al jefe que condujo a los judíos hasta Palestina, Moisés, que fundó el templo de Jerusalén y al que describe como un gran legislador que dividió la tierra en parcelas iguales inalienables. La dureza de la ley mosaica se explica por el destierro. Admite Hecateo que estos rasgos del pueblo judío son propios de la antigüedad y no de su tiempo.

Contemporáneo de Hecateo de Abdera fue Teofrasto, que creía que el hebreo fue el primer pueblo que suprimió los sacrificios humanos; los considera filósofos, que invocaban a las estrellas en sus oraciones y que ayunaban. Clearco de Solos, discípulo de Aristóteles, en su diálogo *El sueño*, describe el encuentro de su maestro con un judío. Según este autor, Aristóteles comparaba a los judíos con los brahmanes. Otros autores de época helenística se fijaron en su filosofía, como a comienzos del siglo III, Megástenes, y a finales del mismo siglo, Hermipo, que hizo a Pitágoras discípulo de los judíos. Posidonio de Apamea aludió al carácter filosófico de las enseñanzas y a la dirección política de Moisés. Tanto este autor, como Apolonio de Rodas, son contrarios a los judíos. Una excepción importante, al final del helenismo, en el juicio casi unánimemente hostil a los hebreos, fue la de Alejandro Polihistor, quien redactó una *Historia universal*, en el siglo I, donde reunió gran cantidad de testimonios de escritores judíos, que valoraba positivamente. En esta obra a Moisés se le identificaba con Museo.

Hacia el año 270, el sacerdote egipcio Manetón en su *Historia de Egipto* da una valoración hostil. Presentó a Moisés como un sacerdote egipcio apóstata y a los judíos como una rama de los hicsos.

No es posible que estos autores, ni ningún griego, conocieran directamente los libros del Antiguo Testamento; los griegos siempre fueron reacios a aprender lenguas extranjeras. En la obra de Hecateo de Abdera se lee una posible alusión al Deuteronomio y quizá también al episodio del Génesis que narra la creación.

En la época helenística ya existían comunidades judías, que vivían en diferentes ciudades. La dispersión de los judíos por todo el Mediterráneo data de los finales del siglo IV a. de C.; la diáspora fue un fenómeno urbano y en Egipto también campesino.

En Babilonia hubo, desde el destierro, una importante comunidad hebrea que vivió pacíficamente bajo la dominación persa.

Alejandría atrajo pronto a los judíos: se ha calculado que su comunidad ascendía a unas 100.000 personas en una ciudad de un millón de habitantes. Esta comunidad, estuvo integrada por los mercenarios judíos; unos, habían llegado con el ejército de Ale-

jandro, otros con el de Ptolomeo I sin que faltaran emigrantes voluntarios. La atracción de Alejandría fue grande y hubo sucesivas llegadas de hebreos hasta la época julio-claudia. También había comunidades judías en otras localidades de Egipto, como se indicará más adelante.

Antioquía y Sardes albergaban comunidades judías y en Roma, parece que existían desde el año 150, siendo a fines del siglo I a. de C. partidarios de César, cuya muerte lloraron. Estas comunidades hablaban el arameo.

Las comunidades judías atraían prosélitos de origen pagano, más o menos vinculados con el judaísmo. Algunos se integraban totalmente en la religión judaica, se circuncidaban y cumplían con todos los preceptos de la ley. Otros se contentaban con la observancia del sábado, como el grupo formado casi totalmente por gentiles de Cilicia.

Literatura hebrea helenística

Durante el gobierno de Ptolomeo II, según la tradición (Arist., 1.9; 11.5.35-40), se tradujo al griego el Antiguo Testamento, prueba evidente de que los judíos no entendían ya el hebreo.

La época helenística se caracterizó por una importante producción literaria judía que se desarrolló en Palestina.

El enfrentamiento del judaísmo con el helenismo produjo una cantidad notable de literatura apócrifa y apocalíptica, de gran importancia para los orígenes del Cristianismo, que continuó el profetismo cuando éste estaba ya agotado.

Literatura apocalíptica y apócrifa

La literatura apócrifa y apocalíptica procede, en gran parte, de los círculos de «piadosos», los «hasidim», citados por vez primera en el *Libro de Daniel*, hacia el 164, que apoyaron a los Macabeos en su oposición a Antíoco IV Epifanes. Los esenios, citados por Plinio, Filón y Josefo, a los que se alude más adelante, son los descendientes de estos «piadosos», antepasados espirituales de los fariseos. No toda la literatura apócrifa y apocalíptica procede, sin embargo, de estos «piadosos». Se caracterizó toda ella por ser fervorosa partidaria de la Ley, la Tora. Esta literatura se escribió entre el año 200 a. de C. y 100-200 d. de C. Los libros apócrifos se datan con cierta seguridad. El *1 Henoc*, que es uno de los apocalípticos más importantes, se compone de varias partes; la más antigua se redactó el año 190. El *Apocalipsis de las Semanas* y el relato del *Viaje de Henoc* se datan hacia el 170 a. de C. Alrededor del 130 a. de C., el *Libro de Astronomía* y el *Apocalipsis de Animales Simbólicos*. En estos años se fechan *Macabeos III*, *Oráculos Sibílicos III* y el *Martirio de Isaías*. Del 100 a. de C. son *Las Parábolas*. Los *Testamentos de Leví y Neftalí* son anteriores a la mitad del siglo II. Del año 50 a. de C. son el principio y el final de *1 Henoc* y los *Testamentos de los doce Patriarcas*; el *Libro de los Jubileos* se data alrededor del 109-105. Los *Salmos de Salomón* se escribieron entre los años 70-30 a. de C. El medio social, político y religioso en que surgió esta literatura fue la fuerte reacción contra el helenismo impuesto por Antíoco IV Epifanes, quien promulgó una serie de disposiciones que humillaron a los judíos. La resistencia fue de dos clases: una armada, dirigida por Matatías y sus hijos,

Judas Macabeo, Jonatán y Simón, y otra capitaneada por los «piadosos». Antíoco IV prohibió la circuncisión y la celebración del sábado; se impusieron las fiestas paganas y el altar de los sacrificios se consagró a Zeus Olímpico. En el año 171 fue asesinado el último sacerdote legítimo, Onías III, por los partidarios de la helenización. Por estos años surgieron los esenios, los fariseos y los saduceos, cuyas doctrinas examinaremos.

Los esenios

Hacia el año 175-170 comenzaron a organizarse los «piadosos», forzados por los avances de la helenización decretada por Antíoco IV Epifanes. En el año 175-174, ocupó el cargo de sumo sacerdote el filoheleno Jasón, que fue sustituido por otro sumo sacerdote, Menelao, también partidario del helenismo, y que al igual que el anterior no provenía de la única línea legítima sadoquita. En el año 170, a instigación de Menelao, fue asesinado Onías III. La pugna entre los partidarios y los enemigos de la helenización, motivó la guerra de los Macabeos en 167.

La comunidad de Qumrán estaba probablemente integrada por esenios. Se originó, al parecer, por el nombramiento de Jonatán, hermano y sucesor de Judas Macabeo, como sumo sacerdote; este ocupó el cargo después de los tres sacerdotes partidarios de la helenización, Jasón, Menelao y Alcino, nombrados por Antíoco IV Epifanes y por Demetrio IV, y después del vacío creado entre el 159 al 152. Los «piadosos» se retiraron al desierto, guiados por el Maestro de Justicia. En 143-142, fue ejecutado por orden de Trifón el sacerdote impío Jonatán. La incursión de los partos en Babilonia (141-140), donde habitaban muchos judíos, desde los tiempos del destierro, obligó a éstos a refugiarse en Palestina. Cerca de Damasco se debieron unir con los «piadosos» del Maestro de Justicia dando lugar al movimiento esenio, y a su posterior traslado a Qumrán, no antes del 128 a. de C.. Estos judíos de Babilonia pudieron generalizar dentro del judaísmo algunas ideas de origen persa, que luego pasaron a la apocalíptica (y a través de ella al judaísmo de tendencia farisea, posterior a la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70), al cristianismo y a la religión musulmana. Su influencia ha llegado hasta hoy en aspectos tales como la distinción entre los dos eones: el del pecado, que abarca la historia del mundo, y el eón de Dios, el del reino de Dios; o del dualismo entre ángeles y demonios; las ideas de la resurrección de los cuerpos, que aparecen por vez primera en el *Libro de Daniel*; la del juicio universal con el fin del mundo por la predeterminación del devenir de la historia y la del infierno.

En el año 140, parte de los «hasidim», principalmente sacerdotes, se marcharon a Qumrán, en las proximidades del mar Muerto; allí se refugiaron muchos fariseos, perseguidos por Juan Hircano (134-104). Alejandro Janeo (103-76) luchó contra los fariseos, en los que se apoyó su esposa Alejandra (76-67). Los esenios abandonaron Qumrán en tiempos de Herodes el Grande (37/4 a. de C.), que también favoreció la penetración del helenismo. Esta ciudad fue habitada de nuevo en tiempos de Arquelao (4 a. de C.-6) y finalmente fue destruida en el año 68.

La comunidad de Qumrán se consideraba el auténtico Israel, la comunidad de la alianza, que en el futuro participaría en la guerra escatológica contra los hijos de las tinieblas.

Comunidades esenias hubo también en ciudades como Damasco; en Egipto recibieron el nombre de «terapeutas»; vivían agrupados en cenobios de hombres y de muje-

res, separados y contiguos, donde se practicaba el celibato, al igual que en Qumrán. Estas comunidades menores eran visitadas por un *episkopos*, obispo. El cristianismo tomó, seguramente, de estas comunidades la idea de comunidad religiosa, santa y eterna, y el gobierno de los obispos.

Los esenios eran cismáticos, en cuanto estaban separados del sacerdocio oficial, de los dirigentes judíos, fariseos y escribas, y del pueblo. La comunidad de Qumrán, además de no aceptar la sustitución del sacerdote sadoquita, Onías III, por el de los hasmoneos, tampoco aceptó el calendario lunar impuesto por Jonatán. Dividió la comunidad de Qumrán a Israel en dos agrupaciones: la de los santos y la de los perversos.

Además de la Tora de Moisés y de la revelación de los profetas, existía una revelación de los misterios y secretos, comunicada a los residentes en Qumrán, que se referían en gran parte a la historia del mundo pasada, presente y futura. Recibían revelaciones profanas e interpretaban a los profetas, entre los que contaban a los patriarcas. Admitían los miembros de Qumrán la libertad, pero también la predisposición para el bien y el mal. En opinión de todos los apocalípticos, Dios había escrito de antemano la historia de los hombres y del mundo.

La soteriología de Qumrán se fundamentaba en la gracia, y no en las obras. Dios salva, pero la condición para permanecer entre los elegidos es el cumplimiento de los mandamientos. En Qumrán, los sacerdotes desempeñaban un papel importante, al igual que en el Antiguo Testamento. La comunidad tenía un consejo supremo integrado por doce laicos y tres sacerdotes. Los sacerdotes eran los encargados —en la guerra escatológica— de arengar a las tropas y tocar las trompetas de ataque: en el banquete escatológico se sentaban antes que el Mesías de Israel y que los jefes de las tribus y uno de ellos bendecía el pan y el vino. Impartían las enseñanzas y vigilaban el cumplimiento de la ley. Los laicos participaban en ciertas funciones sacerdotales, según su espíritu. Qumrán no impugnaba los sacrificios y la comunidad de Damasco enviaba ofrendas al templo de Jerusalén. En Qumrán la comunidad era el nuevo templo, que sólo necesitaba de sacrificios espirituales. La función expiatoria, purificaba las personas y lugares y borraba el pecado.

Con respecto a los impíos de Israel y de las naciones, los esenios de Qumrán predicaban la guerra escatológica y la aniquilación. Qumrán era una comunidad de hermanos que comían, bendecían y deliberaban en común. Se conocía la corrección fraterna ante testigos antes de acusar al culpable ante la comunidad.

Las comidas eran sagradas, pero no sacrificiales. Los terapeutas no comían carne, ni bebían vino; no así los de Qumrán. Antes de comer se bañaban y comían con vestiduras sagradas y en silencio.

Los ángeles participaban en la liturgia, y con los de Qumrán formaban una única asamblea que tenía conciencia de vivir en los últimos tiempos. Se dio una escatología realizada, ya que estaban presentes Dios, los ángeles, la resurrección, la renovación del hombre y de la creación, la salvación y el don del conocimiento. Los esenios de Qumrán aceptan muchas ideas apocalípticas.

Los fariseos

Surgieron del movimiento de los «hasidim», del siglo II, de los que recibieron la creencia en los ángeles y en la resurrección de los cuerpos, en lo que no creían los sa-

duceos. Los esenios los despreciaban. Se oponían a las especulaciones escatológicas y al cálculo de los tiempos últimos. Observaban la ley escrita y la oral. Se acomodaban con gran flexibilidad al momento presente. Extendían la doctrina de salvación a los israelitas, que fue menos amplia para los gentiles. La literatura apócrifa de origen palestino es, generalmente, poco favorable a la salvación de los gentiles, no así la de procedencia helenística. Los escribas presidían a los fariseos. Ambos eran laicos. Tuvieron un gran ascendiente sobre el pueblo, principalmente a partir de la destrucción del templo, cuando desaparecieron los esenios y los saduceos.

Exégesis apocalíptica

La exégesis apocalíptica se diferenciaba del judaísmo clásico en varios puntos: 1) Los apocalípticos admitían, además de la revelación de Moisés, la de las siete tablas escondidas en el cielo, reveladas a los patriarcas, a Moisés, a los profetas y al maestro de Juscia. 2) Los secretos de las siete tablas fueron revelados a los apocalípticos. 3) Lo característico de la apocalíptica fue la revelación de los secretos de las tablas. 4) Las revelaciones pueden ser verdaderas o falsas. 5) Se practicaba la exégesis alegórica y escatológica. En las siete tablas se reveló el misterio de la historia, pues el plan de Dios está trazado de antemano y se cumple necesariamente. Dios conduce la historia. 6) La exégesis tipológica y escatológica dio como resultado: a) Los tiempos son el eón malo. b) Dios directamente o por mediación del Mesías interviene en la historia y la conducirá a buen fin. El final de la historia ya ha comenzado. c) Habrá juicio para los impíos. d) Los justos se salvarán y gozarán del reino mesiánico. 7) Para los apocalípticos toda la historia es mala, al contrario del judaísmo clásico. 8) La historia se divide en dos periodos: con esta creencia los apocalípticos se diferencian del judaísmo clásico. 9) Los apocalípticos coinciden en muchos puntos con el judaísmo clásico.

La exégesis de las Sagradas Escrituras hechas en Qumrán coincide en líneas generales con la de los apocalípticos.

Los cristianos primitivos estimaron mucho los libros apocalípticos; gracias a esta estima, muchos se han conservado. En el Nuevo Testamento, como en Judas, San Pablo, San Juan, etc., hay un eco de la literatura apocalíptica, cuyas doctrinas se difundieron ampliamente entre los judíos. Conceptos apocalípticos son: la creencia en la vida después de la muerte, la retribución y la resurrección.

Teología de los apócrifos

Los apócrifos, al igual que los autores del Antiguo Testamento, desmitificaron los mitos cosmogónicos, y los escatológicos. El mito soteriológico está representado en la literatura apócrifa por la idea de Dios Salvador directamente o por el Mesías Trascendente. En los escritores apócrifos aparece muy frecuentemente el mito de la asistencia o de la impugnación de los espíritus.

El Dios de los apócrifos es trascendente. Crea el mundo; vigila todo. Conoce lo que va a suceder. Nada se le oculta. Se comunica por sueños y visiones. Se revela en el curso de la historia, en lo que está comprometido. Los ángeles son los intermediarios entre Dios y el cosmos o el hombre. El Dios de los apócrifos es salvador. Su actividad

es antropocéntrica (no cosmocéntrica como en la religión griega), asumida en un teocentrismo. Detrás de la santidad de Dios, se encuentra el amor y la misericordia y la autocomunicación, que convierte la historia en historia sagrada. Los apócrifos sienten a Dios como Padre, protector de todos y bienhechor del mundo. Esta actitud divina es el modelo de la actitud humana. La justicia divina es justicia salvífica. No se relaciona con la justicia griega o romana. Justicia es fidelidad en la salvación. La idea de justicia retributiva aparece, por vez primera, en la versión de los LXX, por influjo de concepciones griegas. La justicia en la literatura apócrifa consiste en el cumplimiento de las obligaciones, como la caridad con el prójimo. Los apócrifos de origen palestino entienden generalmente la justicia de Dios, como justicia salvífica y los de origen helenístico, como justicia distributiva.

Angeología

Los saduceos no creían en la existencia de los ángeles. Los fariseos la admitían. Los rabinos prohibieron el culto a los ángeles, al igual que San Pablo y el Apocalipsis de San Juan. Los libros tardíos, como las *Crónicas*, *Ester*, *Sabiduría* y *Macabeos* los mencionan pocas veces. Los apócrifos dieron gran importancia a los ángeles y a los demonios. Su origen hay que buscarlo en el influjo persa a través de Babilonia, pero la creencia en seres superiores al hombre existió siempre en Israel. Llenan el espacio entre Dios y los hombres. Están hechos de fuego y revestidos de un cuerpo etéreo. Según los apócrifos, se unieron con las hijas de los hombres. Su número es inmenso; según *1 Henoch* (14, 22), miríadas y miríadas sirven a Dios. *1 Henoch* (61, 10) cita varias clases de ángeles: querubines, serafines, tronos, potestades, dominaciones y poderes. En el primer cielo hay 200 ángeles que gobiernan las estrellas. En el cuarto conducen 15 miríadas el carro del sol de día, y mil el de la noche. En el quinto se encuentran 200 miríadas de ángeles rebeldes acaudillados por Satanás. En el sexto cielo hay siete escuadrones de arcángeles que rigen al hombre, las plantas y la naturaleza. En el séptimo habitan las virtudes, potestades, querubines, serafines, tronos, dominaciones y diez escuadrones de ángeles con muchos ojos, según *2 Henoch*.

Los hombres tienen su ángel custodio, al igual que las naciones. Los ángeles están jerarquizados: la jerarquía suprema son los ángeles, que están en la presencia de Dios. Miguel desempeña un papel importante. Los apocalípticos creían que los ángeles regían el cosmos y cuidaban de la naturaleza e intervenían en la vida de los hombres, pudiendo interpretar las visiones.

Los demonios son los ángeles rebeldes. Están también jerarquizados: al frente se encuentra Mastema, que pretende extraviar a los hombres. Otras veces, el jefe de los demonios recibe el nombre de Satán, que es el responsable del extravío de los ángeles, o de Beliar. Los apócrifos explicaban el origen del mal por la caída de los ángeles, al mezclarse con las hijas de los hombres. Para los apócrifos, el mal nunca proviene de Dios. Otros apócrifos explicaban la introducción del mal por la caída de Adán.

Dualismo

Característica de la literatura apócrifa y apocalíptica fue su dualismo: Dios y Beliar, ángeles y hombres, buenos y malos, los que se salvan y los que se condenan, mundo presente y mundo futuro. El dualismo cósmico persa dividía al cosmos en un dios bue-

no y otro malo, concepción nunca aceptada por el judaísmo, para el que los poderes adversos a Dios están subordinados a Él. El dualismo persa ayudó a la apocalíptica a superar la concepción tradicional judía de un futuro intramundano. Los apócrifos eran muy pesimistas al contemplar el mundo presente dominado por el mal y, por lo tanto, pesimista era su interpretación de la historia presente y pasada, aunque este pesimismo conduce a un optimismo en el futuro.

Este dualismo también fue ético, consideraba que estaba poblado de buenos y malos. La retribución será el final de los tiempos.

El mundo se divide, según los apócrifos, en dos planos diferentes: cielo y tierra. Este dualismo era propio del antiguo Oriente. Pero entre ambos hay correspondencia: lo que sucede en el cielo tiene su equivalencia en la tierra. También se creía en el dualismo cuerpo y alma.

El reino de Dios

Aunque esta expresión no figura en los apócrifos, ni en el Antiguo Testamento hebreo es frecuente en los apócrifos el concepto o idea que expresa. El agente es Dios y el Mesías. Los apócrifos más antiguos no predicaban una salvación o condenación ultramundana. Primero se creyó en un reino intramundano, siguiendo a los profetas y a los salmistas, que se realizaba por la intervención exclusiva de Dios o el Mesías. Después se aceptó un mundo futuro. Algunos apócrifos se referían a dos reinos de Dios: uno temporal y mesiánico y otro trascendente; teoría que fue aceptada por rabinos y cristianos. Otros sólo contemplaban un reino en el Más Allá. Esta concepción es típica de los apocalípticos, que son los autores de la mayoría de la literatura apócrifa. Se destruirá a los impíos y resucitarán los justos.

En los apócrifos y apocalípticos, a pesar de considerarse continuadores de los profetas, no se encuentra la lucha contra la explotación de los pobres, los marginados y los explotados, contra la explotación política, social, religiosa y económica, que se lee en las obras de los grandes profetas Amos, Oseas, Isaías, Miqueas, Jeremías, etc. En un periodo de grave crisis económica y social, cuando el pueblo estaba aplastado por las contribuciones, la creencia en un reino de paz, justicia y de prosperidad intramundano o ultramundano y en un Mesías liberador de la explotación, sirvió de consuelo a las masas empobrecidas y explotadas.

Otros escritos judíos de época helénística

En el siglo II Artápano escribió una monografía sobre Moisés. Le hacía maestro de Orfeo, legislador de los egipcios e introductor del culto a los animales.

El embajador enviado por Judas Macabeo a Roma, Eupolemo, fue autor posiblemente, de un libro redactado en lengua griega, sobre los reyes de Judá. En él, Moisés aparece como el inventor del alfabeto y Salomón sigue la misma política que los Macabeos. También circularon máximas y proverbios que se reunieron en época imperial, siglo II d. de C.

La Carta de Aristeas contribuyó a generalizar la leyenda de que Ptolomeo Filadelfo mandó hacer la traducción de los LXX. En realidad, no se tradujeron todos los libros del Antiguo Testamento sino a lo largo de los siglos. Primero sólo se tradujeron los

cinco libros de Moisés; después fue adoptada la versión de los LXX al considerarla inspirada por Dios.

Aristóbulo, hacia 160, aplicó a la interpretación de los Libros Sagrados, el método alegórico de los griegos, después seguido por Filón de Alejandría, por Orígenes, el fundador de la teología cristiana y por otras escuelas cristianas. Aristóbulo defendió que Homero, Hesíodo, Orfeo, Arato, Pitágoras y Platón, aprendieron muchas cosas del Antiguo Testamento. Teodoro escribió un poema sobre Siquem; Filón, sobre Jerusalén y Ezequiel, sobre el Éxodo.

Entre los siglos IV y I se redactaron los *Oráculos Sibílicos*, que se decían emitidos por la Sibila, de tanta importancia en época imperial: eran el sustitutivo de los profetas y respondían a un judaísmo helenizado, con exhortaciones de arrepentimiento.

Un judío palestino, que vivió en Egipto, tradujo al griego el *Eclesiástico*, hacia el 132. También se tradujo el libro *I de los Macabeos*, de finales del siglo II.

En este clima espiritual se escribieron parte de los libros, que se incorporaron a las Sagradas Escrituras: algunos salmos, *Oobelet*, *Daniel*, *I Macabeos*, *Judith*, *Ben Sira*, *Ester*, *Tbit*, *Susana*, *Bel y Dragón*, *Carta de Jeremías* y *Baruch*. La traducción de los libros sagrados al arameo o al griego fue acompañada de una labor de interpretación. En Alejandría se incluyeron en la traducción de los LXX, libros, que no figuraban en el canon, o textos que discrepan del original hebreo. Esta versión alejandrina fue utilizada por los autores del Nuevo Testamento y por la Iglesia cristiana.

La sinagoga

Se llegó a crear un templo rival del de Jerusalén considerado como sacrílego por los judíos ortodoxos en Leontópolis (Egipto) donde a Jahvé se le daba una apariencia femenina; estuvo abierto al culto hasta el año 73 y se convirtió en centro de reclutamiento y de mercenarios judíos. Este templo fue fundado por Onías IV, de antigua familia sacerdotal.

Las sinagogas, que existían, donde había comunidades judías, no pretendían sustituir al templo de Jerusalén: en ellas se analizaban las Sagradas Escrituras, se daban explicaciones de la ley y de los profetas o se oraba. Los orígenes de la sinagoga son oscuros: se ha pensado, pero ello no es seguro, que nacieran durante el cautiverio de Babilonia. En una ciudad, como Alejandría, se construyeron varias sinagogas, que existían incluso en Jerusalén.

Jerusalén se relacionaba con las ciudades de la diáspora, mediante el envío de cartas, o de la recaudación de tasas para el templo.

La revuelta macabea

Palestina estuvo tranquila mientras perteneció a los lágidas. El gobierno lágida ejerció un control más fuerte que el persa: los recaudadores de impuestos de los Ptolomeos actuaban con gran dureza. Durante los primeros años, los seléucidas fueron tolerantes con las diferentes religiones de su reino, como lo habían sido los persas. Palestina pasó al dominio seléucida hacia el 200. Incluso Antíoco III confirmó todos los privilegios de los sacerdotes y de los escribas judíos y sólo se les exigió pagar los tributos. El sumo sacerdote era entonces el jefe del Estado.

Con la llegada de los seléucidas, las capas altas del judaísmo comenzaron a heleni-

zarse y a educarse a la moda griega; en el año 175 se abrió un gimnasio. Los Tobiadas fueron los primeros que tuvieron preceptores griegos. Incluso en Judea se extendió la educación griega entre los estratos altos de la sociedad. Uno de los aspectos de la helenización fue la generalización de los nombres griegos. Un sumo sacerdote se llamó Menelao, a principios del siglo II a. de C. Dos libros que manifiestan el influjo griego son el *Eclesiastés*, de finales del siglo III, y el *Eclesiástico*, de comienzos del siglo II. El primero es un libro de tendencia epicúrea. El segundo sigue a los sabios hebreos y repudia la cultura griega. Se dio un carácter totalmente diferente a la capital, que se llamó Jerusalén-Antioquía. Antíoco IV la convirtió en una ciudad griega, ayudado por los sumos sacerdotes judíos, por los mismos Tobiadas y por las clases altas. La familia más importante fue la de los Tobiadas, que se aliaron con el sumo sacerdote, Jasón, que había cesado del cargo superior del judaísmo a su hermano Onías. Las luchas interiores que siguieron por el nombramiento del cargo de sumo sacerdote, motivó que Antíoco IV Epífanes, colocase una guarnición de gentiles en Jerusalén.

La persecución ha sido bien descrita por el libro I de los *Macabeos*:

«Regresó Antíoco tras haber derrotado a Egipto, en el año ciento cuarenta y tres, y subió contra Israel y Jerusalén con un ejército numeroso. Entró en el Santuario con arrogancia, y cogió el altar de oro y el candelabro con todos sus utensilios, la mesa de la proposición, los vasos de libación, las copas, los incensarios de oro, el velo, las coronas y el adorno de oro de la fachada del Templo, arrancándolo todo; cogió la plata, el oro y los objetos valiosos; cogió también los tesoros escondidos que encontró. Cuando hubo cogido todo, marchó hacia su país, después de llevar a cabo una matanza y hablar con arrogancia. Hubo gran duelo en Israel, en todo su territorio.

Dos años después envió el rey un recaudador de impuestos a las ciudades de Judá, y éste se dirigió a Jerusalén con un numeroso ejército. Les habló con engaño en términos de paz, y ellos le creyeron; cayó entonces de improviso sobre la ciudad, causándole gran daño y dando muerte a mucha gente de Israel. Cogió los despojos de la ciudad y le prendió fuego, destruyendo sus casas y las murallas que la rodeaban; llevaron cautivos a las mujeres y los niños, y se apoderaron de los rebaños. Reconstruyeron la ciudad de David con una muralla grande y firme, con fuertes torres, y se convirtió en su ciudadela. Pusieron allí gente impía, hombres sin ley, que se hicieron fuertes en ella. Almacenaron armas y alimentos, y reuniendo los despojos de Jerusalén, los colocaron allí, convirtiéndose en una gran trampa.

Por entonces escribió el rey a todo su reino, que todos formaran un solo pueblo, abandonando cada uno sus tradiciones. Todos los gentiles aceptaron la orden del rey. A muchos israelitas les pareció bien su culto, sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado. El rey envió cartas, por medio de mensajeros, a Jerusalén y a las ciudades de Judá, para que siguieran tradiciones extrañas al país, oponiéndose a los holocaustos, sacrificios y libaciones en el Santuario, profanando sábados y fiestas, mancillando el Santuario y a los santos, construyendo altares, recintos sagrados y templos para los ídolos, y sacrificando cerdos y animales impuros, dejando sin circuncidar a sus hijos y haciéndose abominables con todo tipo de impureza y profanación, hasta llegar a olvidarse de la Ley y cambiar todas las costumbres. "Y el que no obre conforme a la orden del rey, morirá." En estos mismos términos escribió a todo su reino, designando inspectores para todo el pueblo, y ordenando a las ciudades de Judá que ofrecieran sacrificios, ciudad por ciudad. Se les unieron muchos del pueblo, todos los que abandonaban la Ley, e hicieron mal en el país, obligando a Israel a ocultarse en todos sus refugios.

El día 15 de Casleu del año 145 hizo construir una abominación desoladora sobre el altar, y levantaron altares idolátricos en las ciudades circundantes de Judá; a las puertas de las casas y en las plazas quemaban incienso. Los libros de la Ley que encontraron, los echaban al fuego después de hacerlos pedazos.

Cuando se le encontraba a alguno un libro de la Alianza, o si alguien se mostraba partidario de la Ley, el decreto real le condenaba a muerte. Empleaban su fuerza contra Israel, contra los que eran descubiertos mes tras mes en las ciudades. El 25 del mes ofrecían sacrificios en el ara idolátrica que estaba sobre el altar. A las mujeres que habían circuncidado a sus hijos, les dieron muerte de acuerdo con el decreto, colgando a los niños de sus cuellos, y lo mismo a sus familiares y a los que los habían circuncidado. Sin embargo, muchos en Israel se mantuvieron fuertes y dieron prueba de firmeza no comiendo nada impuro. Prefirieron morir para no contaminarse con los alimentos profanando la alianza santa; y en efecto, murieron. Sobrevino una enorme cólera sobre Israel.

Al haberse difundido el falso rumor de que Antíoco había muerto, tomando Jasón no menos de mil hombres, llevó a cabo repentinamente un ataque contra la ciudad; reducidos los que estaban sobre la muralla, y ya tomada al fin la ciudad, Menelao buscó refugio en la ciudadela. Jasón se dedicó a hacer asesinatos de sus propios ciudadanos, sin compasión, no dándose cuenta de que el éxito contra sus compatriotas era el mayor desastre, y pensando que erigía trofeos de enemigos y no de su misma nación. Pero no pudo mantenerse en el cargo, sino que al final, recogiendo vergüenza como fruto de la conspiración, huyó de nuevo y marchó a la Ammanitis. Así, le llegó el fin de su mala existencia: encarcelado por obra de Aretas, señor de los árabes, huyendo de ciudad en ciudad, perseguido por todos, aborrecido como apóstata de las Leyes y destestado como verdugo de la patria y los ciudadanos, fue rechazado hacia Egipto.

Al llegar al rey noticias de lo sucedido, pensó que Judea trataba de sublevarse; por eso, partiendo de Egipto enfurecido, tomó la ciudad por las armas y dio orden a los soldados de golpear sin piedad a los que encontrasen, y de degollar a los que subieran hacia las casas. Se produjeron matanzas de jóvenes y viejos, exterminio de mujeres e hijos, asesinatos de muchachas y niños de pecho. Ochenta mil fueron aniquilados en un total de tres días: cuarenta mil durante la operación, y no menos que los que murieron fueron vendidos. No contento con esto, tuvo la osadía de entrar en el Templo más santo de toda la tierra, llevando como guía a Menelao, que se había convertido en traidor a las Leyes y a la patria; cogió los utensilios sagrados con sus manos impuras, y arrebató con sus manos profanas lo que había sido erigido por otros reyes para gloria y honor del Lugar. Antíoco se engrería en su interior, sin darse cuenta de que a causa de los pecados de los habitantes de la ciudad se había irritado el Señor por breve tiempo, por lo que había dejado de mirar por el Lugar.

Así, pues, Antíoco, llevándose mil ochocientos talentos del Templo, partió de prisa hacia Antioquía, pensando desde su soberbia que la tierra se haría navegable y el mar se podría pasar a pie, a causa del engruimiento de su corazón. Dejó además gobernadores para hacer daño a la raza: en Jerusalén a Filipo, frigio de raza, y con un temperamento más brutal que el que le había nombrado; en el Monte Garizim, a Andrónico, y además de éstos, a Menelao, el cual se excedía con los ciudadanos peor que los otros, y se enemistó con los ciudadanos judíos según su propensión. Envio a Apolonio, jefe de los misios, con un ejército de veintidós mil soldados, ordenándole degollar a todos los hombres en edad militar, y vender a las mujeres y a los más jóvenes. Cuando éste

llegó a Jerusalén, fingió ser hombre de paz; esperó hasta el día santo del sábado y sorprendiendo a los judíos en reposo, mandó hacer a sus subordinados un desfile militar. A todos los que salieron a presenciarlo los hizo matar; corriendo luego hacia la ciudad con los hombres armados, fue dejando tendido a buen número de gente.

Poco tiempo después, el rey envió al anciano Aténeos para que obligara a los judíos a apartarse de las leyes de sus padres y a no gobernarse por las Leyes de Dios, profanando el Templo de Jerusalén y dándole el nombre de Zeus Olímpico, así como al del Monte Garizim el de Zeus Hospitalario, de acuerdo con el modo de ser de los habitantes del lugar. La embestida del mal resultaba penosa y desagradable para todos. Porque el Templo estaba lleno de desenfreno y francachelas, por parte de gentiles que se recreaban con meretrices y se acercaban a mujeres en los recintos sagrados, introduciendo además cosas indebidamente. El altar estaba lleno de cosas ilícitas prohibidas por las Leyes. No era posible celebrar el sábado ni guardar las fiestas de los padres, ni simplemente confesarse judío. En cambio, por el aniversario mensual del rey se veían llevados con amarga necesidad a comer las entrañas de las víctimas, y cuando tenía lugar la fiesta de Dioniso, se les obligaba a ir en procesión en honor de Dioniso, llevando coronas de hiedra.

Se publicó un decreto para las ciudades griegas vecinas, a sugerencia de Ptolomeo, a fin de que siguieran el mismo proceder contra los judíos, haciéndoles comer las entrañas de las víctimas, y degollando a los que no quisieran pasarse a las costumbres griegas; se podía ver, por tanto, la calamidad que se avecinaba.

Así, dos mujeres fueron llevadas a juicio por haber circundado a sus hijos; después de colgarles los niños de los pechos y de hacerles recorrer públicamente la ciudad, las tiraron de cabeza desde la muralla.

Otros que se habían reunido cerca, en las cuevas, para celebrar a ocultas el día séptimo, delatados a Filipo, fueron quemados todos juntos porque tuvieron reparo en defenderse en honor del día más santo.»

Muchos judíos practicantes se opusieron a esta helenización. Estaban capitaneados por la secta «hazidim». Estallaron desórdenes importantes que fueron dirigidos por Judas Macabeo, que logró apoderarse de Jerusalén en 164. La victoria la alcanzaron Jonatán y Simón, hermanos de Judas. La revuelta de los Macabeos fue de carácter religioso fundamentalmente. El bajo clero sustituyó a la aristocracia. Parte de ésta se refugió en Egipto. Fueron atacados todos los sirios, que estaban en Palestina. Los Macabeos no buscaron el apoyo de los judíos alejandrinos, pues convenía tener neutrales a los Ptolomeos. Dos años después, Antíoco V Eupáter restableció nuevamente las costumbres judías. La victoria judía sobre los seléucidas se debió, más que a la superioridad, a la decadencia en que se encontraba ya la monarquía. En el año 142, se rindió la guarnición seléucida. La victoria reforzó un nuevo espíritu nacionalista. Creció la idea de que el pueblo hebreo formaba una unidad, como pueblo elegido, que se documenta en la *Sabiduría de Salomón* y en la *Carta de Aristeas*.

Se fundó entonces la dinastía de los Hasmóneos, que desapareció el año 63 a. de C., cuando los romanos, a las órdenes de Pompeyo, se apoderaron de Palestina y de Siria. Los Hasmóneos se apropiaron del cargo del sumo sacerdote y del poder político, lo que disgustó a los fariseos. Gobernaron setenta años, del 134 al 63. No atajaron los avances del Helenismo. Juan Hircano (135-104) se apoyó en los saduceos. Idumea y Galilea fueron obligadas a convertirse al judaísmo y Samaria fue vencida.

Sin embargo, durante el gobierno de los Hasmóneos, continuó el influjo griego: se

introdujo la terminología griega, se escribió en griego sobre los utensilios del templo. La helenización no parece que indujera a la apostasía; tampoco decayó la piedad, mantenida por la peregrinación a Jerusalén y por la tendencia a vivir en comunidad.

LA POBLACIÓN

No se pueden establecer precisiones cuantitativas sobre la demografía en la época helenística, que variaba mucho de unas regiones a otras y de un tiempo a otro. Es posible señalar algunos hechos claros. Al comienzo del Helenismo, la inmigración aumentó la población en los países conquistados, e hizo que decreciera en Grecia. Macedonia, debido a la sangría que significó el ejército de Alejandro Magno y de los Diádocos, tenía escasa población en tiempo de Antígono Gónatas. Ha supuesto M. Rostovtzeff que la población de Grecia, a comienzos de la época helenística, aumentaba, ya que la emigración se compensaba con la inmigración y la tasa de natalidad ascendió gracias a la prosperidad general. Por el contrario, E. Will opina que la demografía se encontraba estacionada, ya que no se puede generalizar la prosperidad del siglo III, ni su repartición en la sociedad. Algunos fenómenos de desarrollo urbano pueden dar la falsa ilusión de un desarrollo demográfico.

Sobre la población en época helenística se dispone de algunos datos. Según Diodoro (1.31.7), la población de Egipto en tiempos antiguos, probablemente durante los primeros Ptolomeos, era de siete millones de habitantes. En Alejandría se calculan unos 400.000 esclavos. El censo del Ática hecho por Demetrio de Falerón en el 317 da una población de 21.000 ciudadanos varones, 10.000 metecos y 400.000 esclavos, cifras que, sin embargo, no son aceptadas generalmente.

Otros datos sobre población son indirectos: en la batalla de Rafia, la colonización militar seléucida permitió un reclutamiento de 42.000 infantes, la mayoría macedonios de origen, 3.000 tracios y de 8.000 a 8.500 jinetes de diferente origen. En el ejército lágida había 30.000 griegos y 4.000 galos y tracios.

A estos datos de colonos, hay que añadir los emigrantes, los eruditos y la gente dedicada a la administración o al comercio. La correspondencia de Zenón menciona a griegos y carios. Gentes de Magnesia de Meandro fueron enviadas por Antíoco I a aumentar la población de Antioquía en número de 10.000. A Alejandría se le calcula una población de 1.000.000 de habitantes. Antioquía era ligeramente inferior en población a Alejandría o a Seleucia de Tigris (Str., 16.2.5), que, en tiempos de Plinio (6.122), era de 600.000 habitantes. Apamea contaba con 117.000 ciudadanos en el año 6.

Las comunidades judías en la diáspora eran importantes, pero no se puede calcular su número. Había comunidades judías en Mesopotamia, Siria, Cirene, Asia Menor y Grecia. Antíoco III envió 2.000 familias judías de Mesopotamia y Babilonia a Frigia y a Lidia (Jos., *Ant. Jud.*, 12.147-52).

Una colonia importante de sirios trabajaba en Delos; otra de sirios y egipcios en Demetrias de Tesalía. Y alejandrinos, antioqueños y laodiceos habitaban Rodas en gran número. En Eretria, se mencionan en 60 estelas, 15 isleños, 11 de Grecia Central, 9 de Asia Menor, 8 del Peloponeso, 7 del sur y del este del Mediterráneo y 7 de Macedonia y Tracia. En Atenas, el mayor número de forasteros procedía de Antioquía (108), de Mileto (114), de Heraclea (196), de Ancira (35), de Sínope (27), de Alejandría (26), de Tracia (22), 15 de Amiso, de Apamea y de Corinto. Durante la Guerra Púnica hubo una importación grande de esclavos itálicos a Grecia.

Hubo también en la mayoría de ciudades una gran afluencia de emigrantes que plantearon problemas con su *status* jurídico. En muchas ciudades, como hizo Mileto en el siglo III, se les emancipó en gran número; en otras, se les concedió la ciudadanía romana o se les reinsertó con la concesión de la *isopoliteia*.

En el siglo II, Grecia conoció una gran despoblación. Uno de los factores fue la baja natalidad, debida a la pobreza del país y a otros factores. Hasta el siglo III hubo una cierta estabilidad demográfica. En el siglo II el declive es manifiesto y fue bien indicado por Polibio (36.17.5-8):

«En nuestro tiempo, Grecia entera está sometida a una desnatalidad y a una oligantropía general, que son la causa de que las ciudades se despueblen y de que las tierras queden baldías. La causa es patente y el remedio a la mano. El mal empeora rápida y astutamente, pues en sus pretensiones, deseos e indolencias, los hombres no se casan; y, cuando lo hacen, no alimentan a los niños que les nacen; y si se les mantienen, sólo lo hacen con uno o dos niños, para dejarles ricos y para alimentarlos en el lujo. Mientras sólo hay uno o dos, y la guerra les mata a uno y la enfermedad al otro, es claro que las casas se queden vacías y que las ciudades poco a poco pierdan sus recursos y sus fuerzas.»

Con acierto señala el gran historiador griego las causas y efectos de la baja natalidad griega: los matrimonios no quieren tener más de dos hijos, pues las enfermedades y la guerra frecuentemente los mataban. El resultado es la merma de mano de obra.

Este fenómeno era general en algunas regiones. Polibio (20.6.5-6), en otro libro de su *Historia*, alude al caso concreto de Beocia. En esta época de declive del helenismo, se generalizan los métodos anticonceptivos y el abandono de los niños, sobre todo de las niñas. Algunas veces eran recogidos para hacerlos esclavos, pero en la mayoría de los casos morían. También debió contribuir el celibato masculino. En las clases inferiores la natalidad no era tan baja como en las altas; así lo prueba el hecho de que siempre hubo oferta de mercenarios. El declive de la población se acentuó a finales del siglo II, favorecido por las guerras que sembraban el caos, las deportaciones en masa de la población, el aumento de la piratería, la venta masiva de esclavos a Italia, etc.

En Egipto también decreció la población. Se documentan abortos voluntarios y exposición de niños; pero los textos son contrarios a estos procedimientos. Se carece de documentación para Asia.

La fundación de ciudades, sobre todo en Asia, atrajo a una masa de emigrantes importante. Había también una inmigración regional, pero los efectos y condiciones se desconocen. En Alejandría se tomaron medidas para restringir la inmigración de los indígenas. El autor de la *Carta de Aristea* (108 ss.) señaló los efectos de la inmigración a las grandes ciudades, como Alejandría, al escribir:

«Las ciudades que son muy grandes, por tener una gran prosperidad, están muy pobladas y se ha abandonado el campo. La gente piensa que va a encontrar un nivel de vida más alto en la vida urbana. Es el caso de Alejandría, que sobrepasa a todas las ciudades por su tamaño y su bienestar. La gente del campo, al prolongar exageradamente su permanencia en ellas, contribuye al declive de los trabajos del campo.»

Pasa después el autor a enumerar las medidas que tomó Ptolomeo II para impedir que los campesinos se fueran a Alejandría. Las medidas tomadas por este soberano fueron las siguientes: «En las grandes ciudades, con la consiguiente prosperidad, ha aumentado la población y han abandonado el campo. Todos tienden a divertirse y son

propensos y muy dispuestos para el placer. Esto ocurría con Alejandría, que superaba a todas las ciudades en extensión y prosperidad. Pues los campesinos que inmigraban a ella, al permanecer bastante tiempo, hacían disminuir la agricultura. De ahí que el rey, para que no se quedaran, ordenó que no prolongaran su estancia más de veinte días. Y dio también instrucciones por escrito a los que tenían cargos para que, en el caso de que hubiera que citar a juicio, lo dirimiesen en cinco días. Tanta importancia dio a esto, que puso magistrados para sus subordinados en cada distrito con el fin de que los labradores y sus representantes no hicieran disminuir los graneros de la ciudad, es decir, los beneficios de la agricultura, para su provecho personal.»

Otras regiones, como el Epiro, se urbanizaban sin inmigración, mediante el sinecismo. Tampoco se sabe en este caso qué efecto pudo tener sobre el resto del país. No se conocen las causas de este fenómeno, que debió obedecer a factores políticos, militares y económicos. El desarrollo del comercio en Rodas y Corinto aumentó la población en ambas ciudades. Los desplazamientos de comienzos del helenismo favorecieron el aumento de población en Asia y Egipto, y el descenso en Grecia y en el Egeo.

El individualismo

Desde finales del siglo V, se había planteado el problema no sólo de la posición del individuo en la ciudad, sino también fuera de ella. La conquista de Alejandro Magno hizo rebrotar con fuerza este problema, que se agravó, por ser la vida política más débil en las ciudades. Al no desarrollarse en las ciudades de nueva creación, la vieja comunidad de época clásica se debilitó o desapareció. La filosofía helenística estaba dirigida principalmente al individuo: los filósofos cínicos son el mejor exponente del individualismo helenístico. También el individuo está en la base de la filosofía y de la religión helenística, particularmente de las religiones místicas.

El gimnasio, por el contrario, es un paliativo a la soledad del hombre helenístico. Los gimnasios fueron instituciones públicas para la educación; pero tuvieron un carácter sociocultural. Eran lugares donde se establecían relaciones al margen de la ciudad. En este aspecto, las asociaciones privadas desempeñaron un gran papel en época helenística; se multiplicaron porque respondían a una necesidad del momento para el individuo. Las asociaciones helenísticas eran de dos tipos: las de «culto» y las de «amistad». Ambas tienen aspectos comunes.

Las primeras eran las *tiassos*, que se multiplicaron y obedecían a una necesidad sociológica. El individuo encontraba en ellas un ambiente familiar. Los comerciantes, que viajaban continuamente, tenían sus asociaciones para honrar a un dios de su lugar de origen. En caso de necesidad, encontraban ayuda en ellas, y cuando morían, sepultura.

En las asociaciones se celebraban banquetes, que eran la ocasión de reunirse. Las asociaciones tenían instituciones, calcadas de las de la ciudad, con sus leyes, sus reuniones, sus magistrados, sus finanzas, etc. y recibían frecuentemente donativos. Reunían tanto a griegos como a bárbaros, a esclavos como a libres, a mujeres como a hombres. Eran de carácter cosmopolita.

Este individualismo del mundo helenístico se manifiesta en determinadas obras de la literatura y del arte, como en *Los Caracteres* de Teofrasto, donde por vez primera se hace una descripción y clasificación de ellos; y en los retratos, en los que, también por primera vez en el arte griego, los escultores se propusieron captar y expresar la

personalidad, los rasgos físicos y la interioridad del hombre e intentaron representar intencionadamente los rasgos materiales y espirituales de una persona, de modo que fuera reconocible por otros.

El creador del retrato de los soberanos helenísticos fue Lisipo, que retrató a Alejandro Magno, y cuya obra gustó tanto al monarca que fue nombrado el escultor de la corte no autorizando a nadie más que a él a retratarle, según indican Plutarco, Plinio y otros. Lisipo no sólo supo captar y plasmar en el retrato la virtud de Alejandro, sino el *ethos* de su carácter; creó un nuevo tipo en el arte griego, que se convirtió en la iconografía «estándar» de los soberanos helenísticos y se interesó en representar el carácter del retratado.

Al comienzo del helenismo ya se hicieron retratos «psicológicos», como el retrato póstumo de Demóstenes, obra del escultor Polyektos, datado hacia el 280 a. de C. Los escultores áticos del siglo III, contemporáneos de Polyektos, fueron los que primero representaron al hombre en actitud pensativa. El retrato de Epicuro, de la primera mitad del siglo III, expresa muy bien la ansiedad, la sensibilidad y la fuerza del pensamiento del filósofo ateniense. Este tipo se convirtió en prototipo de las representaciones de filósofos, como los retratos de Hemarco, el sucesor de Epicuro, de comienzos del siglo III, del estoico Kleantes y de Metrodoro, amigo de Epicuro. Aunque los retratos de Metrodoro y de Hemarco tienen un sello característico de ellos, recuerdan en la estructura y en el tratamiento del pelo a la cabeza de Epicuro. Este parecido refleja el deseo de los epicúreos de parecerse al fundador de su escuela, pero también podría indicar que son obras del mismo artista. Retratando a los filósofos, crearon los artistas rostros más introspectivos, y los artistas posteriores siguieron en esta línea, como lo indican los bustos de Carneades, de mediados del siglo II a. de C., y de Posidonio, de comienzos del siglo I a. de C. Las cualidades introspectivas de la personalidad de los filósofos parecen estar en contradicción con la apariencia del dinamismo heroico, que muchos líderes helenísticos cultivaron; pero es un hecho que algunos reyes están retratados con el realismo de los filósofos y de los políticos democráticos, como sucede en una cabeza de Antíoco III, de comienzos del siglo II a. de C. Los ejemplos se podrían multiplicar, pero son suficientes unos pocos.

El interés por el retrato va asociado al interés por la biografía. Ya Dicearco escribió las vidas de Platón y otros filósofos, al igual que Aristoxeno. Los seguidores de Aristóteles estuvieron muy interesados en el género biográfico; no sólo de filósofos, sino de políticos, escritores y hombres de acción. Duris dio una interpretación psicológica a sus biografados. Saturio, a finales del siglo III, escribió una *vida de Eurípides*.

El individualismo se manifestaba también en el interés por la autobiografía, en las que se recogían multitud de anécdotas de tipo personal; desgraciadamente este género se ha perdido y sólo es conocida a través de fragmentos y alusiones de escritores posteriores. En ellos es posible detectar los detalles íntimos desconocidos en la literatura: un fragmento de Eratóstenes, en el que se describe el encuentro casual con Arsínoe en la corte de Alejandría, al final del reinado de Ptolomeo IV Filopator, cuando el libertinaje del soberano había provocado una gran melancolía de la reina proporciona datos muy interesantes sobre el alma y la vida de la reina.

Otra manifestación del individualismo helenístico es la redacción de Memorias o *Hypomnematisnoi*, como las de Arato de Sición, en la que reunió sus recuerdos personales de su carrera política, o las de Ptolomeo VIII Evergetes II en 24 libros, en la que se hacían muchas referencias a los alimentos (pescados, alcachofas de Libia, fais-

nes y otros pájaros) y contenía una gran cantidad de anécdotas sobre otros monarcas helenísticos. Estas memorias constituyen la obra más personal e individual de todos los escritos helenísticos.

Cosmopolitismo

Ya se han avanzado algunos datos a este respecto, al referirse a Alejandro Magno, a la filosofía helenística y a las utopías; pero es posible añadir algunos otros.

Un texto de Plutarco (*De Alex. Mag. fort. aut. virt.*, 329 C) es muy importante en este sentido:

«Alejandro creía que por voluntad divina él era el gobernador y el mediador de todo. Conquistando por las armas a los que no podía persuadir, unificó a los hombres, mezclando, como en una copa de la amistad, sus vidas, sus caracteres, sus matrimonios y sus costumbres sociales. Mandaba a todos que pensasen que todo el mundo era su patria, que el ejército en campaña era como su acrópolis y guarda, que los hombres buenos eran parientes y los malos, forasteros.»

El cosmopolitismo helenístico fue impulsado por Alejandro. De las medidas de su gobierno, pasó a la filosofía y las utopías. Seguramente tenía una base religiosa, como se desprende claramente de las utopías y de la primera frase de Plutarco. Este cosmopolitismo se respiraba en el ambiente; también caracterizaba a sabios, como Eratóstenes, el primer erudito que intentó hacer una síntesis de sus informaciones. En tres libros de su *Geografía* expuso un concepto multirracial y multilingüístico de la humanidad civilizada, incluyendo a las civilizaciones no griegas. Su mundo comprendía cartagineses, romanos, persas y griegos, culturas todas que tenían sus respectivas virtudes.

El historiador Polibio era de la opinión de que todos los pueblos y países que habían intervenido en los sucesos de un periodo determinado, debían ser tenidos en cuenta y como todos los pueblos del Mediterráneo, a finales del siglo III, habían entrado en una etapa internacional, las historias locales no hacían justicia a un periodo tan complejo. También Polibio se interesó por el mundo no griego.

Este universalismo queda bien reflejado en el arte. Los artistas del helenismo denotaron un interés mucho más amplio por todo tipo de personas, esculpiendo con el mismo cariño e interés tanto a los niños como a los viejos, tullidos, forasteros, borrachos, esclavos, etc.

CAPÍTULO XXXIV

EL HORIZONTE CULTURAL HELENÍSTICO

LA FILOSOFÍA

La Academia: Aristóteles

Aristóteles inaugura la ciencia helenística y es el creador de la ciencia moderna.

Había nacido en Estagira, en la Península Calcídica, en 384 y era hijo de un médico de nombre Nicómaco. Durante veinte años frecuentó las enseñanzas de Platón. Muerto su maestro, se dirigió a la corte del tirano Hermias de Misia. Después pasó a Mitilene. En el año 342, fue llamado por Filipo II de Macedonia para hacerse cargo de la educación del joven Alejandro. Muerto Filipo II, en 336, volvió a Atenas, donde fundó su escuela en el gimnasio del Liceo. A la muerte de Alejandro, se vio obligado a abandonar la capital del Ática y a establecerse en Calcis de Eubea. Murió en 322.

Aristóteles es el creador del método científico y del trabajo en equipo prescindiendo del mito y de la especulación. La recopilación de la documentación exigía un trabajo en equipo, que hacían sus alumnos; los discípulos se especializaban en alguna ciencia concreta y recogían documentación sobre ella; así Eudemo sobre la Historia de la Filosofía, Arístóxeno sobre la Música o Teofrasto sobre la Botánica. Se conocen los nombres de otros muchos discípulos famosos por sus conocimientos, como Demetrio de Falero, Dicearco, Heraclides Póntico, etc., que venían a trabajar con Aristóteles de todas las partes del mundo griego.

Aristóteles y sus discípulos antes de redactar una obra de síntesis, como la *Política*, estudiaron detenidamente 158 constituciones, de la que sólo ha llegado la *Constitución de Atenas*. A través de ésta se puede conocer algo del trabajo titánico que su estudio representó, pues había que consultar directamente los archivos, visitar las ciudades e interrogar a los particulares.

El plan de estudio queda bien reflejado en la *Constitución de Atenas*; las restantes seguían el mismo esquema: primero se examinaba la evolución constitucional de la ciudad, y en la segunda parte, muy minuciosa, las constituciones del siglo IV.

Aristóteles estaba muy influido por el sistema de Demócrito y por la ciencia médica del momento. Por ser hijo de médico miró con buenos ojos a Empédocles, que fue el fundador de una escuela médica. La matemática y la física no eran su terreno. En cambio, la Biología era su ciencia preferida y en ella destacó genialmente. En el

pensamiento aristotélico fluyen dos corrientes contradictorias: una es de influjo platónico, otra le fuerza a evitar todo lo trascendente. A la influencia platónica se debe su interés por la política; también es platónica su actitud ante la vida práctica. Concede a la vida contemplativa en la *Ética* un lugar más importante que Platón ya que Aristóteles está más alejado del interés práctico por la vida. La ruptura con el sistema de su maestro está clara en el diálogo *Sobre la filosofía*, en el que ataca la doctrina que afirma que las ideas son números.

Aristóteles no superó la concepción de la ciudad-estado, y no llegó a percibir que con su alumno Alejandro nacía una monarquía universal. En este aspecto su postura fue más tradicionalista que las de Isócrates y de Platón, que defendían que sólo la monarquía podía salvar a Grecia. Aristóteles justificó la necesidad de la esclavitud, porque los «barbaros son esclavos por naturaleza», y por convenirles ser «herramientas vivientes». Esta distinción entre griegos y bárbaros ya para Platón era anticientífica.

De las obras de Aristóteles sólo han llegado los apuntes de sus lecciones en el Liceo y éstos de modo fragmentario. La Lógica y la Ontología ocupan el centro del sistema filosófico de Aristóteles. Son la puerta para el conocimiento, que sirve a todas las ciencias. La primera está trazada en una serie de libros, como los que llevan por títulos: *Analíticos*, *Categorías*, *Refutación de argumentos sofísticos y Tópicos*.

Filosofía de la naturaleza

Para Aristóteles los entes concretos individuales de este mundo son reales y cognoscibles. Admite también la existencia de entes inmateriales, trascendentales con respecto al universo, perceptibles sólo para la razón, y universales de todo género, inmanentes e inseparables de las sustancias que percibimos. Las grandes concepciones de su sistema filosófico son: sustancia, forma y materia, acto y potencia.

Una sustancia es una cosa real. La forma hace que una cosa sea lo que es, es la realidad de las cosas. La materia es el principio de su individualidad. La forma no puede existir separada de la materia. Todas las cosas son algo y tienen la posibilidad de volverse otras cosas. Este es uno de los dogmas fundamentales de la filosofía aristotélica: el de ser en acto y en potencia, con vastas aplicaciones en el campo de la ética y de la psicología. El acto precede siempre a la potencia. Aristóteles distingue entre transformación sustancial y cambio, que no implica transformación de sustancia. Platón y su discípulo Aristóteles estaban interesados en el cómo, en el por qué de las cosas, bajo cuatro apartados: 1) La causa material. 2) La causa eficiente. 3) La causa formal. 4) La causa final. La última causa es la más importante, porque Aristóteles, como Platón, piensan que todas las cosas existen para un fin bueno inmanente, que se dirige a un fin trascendente. Aristóteles no es un determinista perfecto, pues admite la libre voluntad del hombre. Insiste en que el futuro no está completamente determinado. Todo lo anterior cae dentro de los límites de la física o filosofía de la naturaleza.

El Universo

Para Aristóteles el Universo es bien compacto y dispuesto, desprovisto de vacío, de forma esférica, ordenado jerárquicamente, con cada cambio y movimiento subordi-

nados a una finalidad más alta. Tiene una concepción geocéntrica muy influenciada por las teorías de Platón, de Eudoxo y de Calipo.

La región central, es la región del cambio y de la decadencia, del nacimiento y muerte de las sustancias individuales. Lo único eterno e inmutable es la persistencia de las especies, en número fijo y limitado. Todas las cosas están formadas de cuatro elementos: tierra, agua, fuego y aire.

El sol es la causa suprema de la ordenación jerárquica, de las causas del mundo sub-lunar, pero no es la causa suprema del Universo. Para Platón y Aristóteles, la esfera es la figura más perfecta, y su rotación el más perfecto de los movimientos.

Metafísica

Trata de la realidad o del ser como tales. La realidad primera, de la que dependen todas las otras realidades, es la sustancia. La Metafísica estudia la distinción que existe entre sustancia y accidente, forma y materia, acto y potencia.

La Metafísica es la filosofía primera, porque estudia las formas primarias del ser y teología. Aristóteles, como todos los filósofos griegos, cree en la perennidad del universo: el movimiento circular de las esferas es eterno, sin comienzo, ni fin. La potencia, que activa el movimiento, debe ser actualidad pura, eterna, carente de movimiento, o cambio. El primer movimiento circular eterno es producido por la actualización eterna de su potencia por obra de un motor inmóvil, inmaterial, capaz de causar movimiento y de ejercer ese poder continuamente. Este motor eterno, activo, e inmaterial es una inteligencia, que se basta a si misma. La causa del movimiento se halla en el deseo, que inspira la actualidad del primer motor, o sea la inteligencia divina o Dios. El análisis de los astrónomos conocidos por Aristóteles le obligó a postular la existencia de cincuenta y cinco motores inmóviles, en lugar de uno sólo. Si bien es de suponer que estos motores dependían del primer motor. En la filosofía aristotélica no hay cabida para la idea de providencia, ni de creación; así pues se trata de un pensamiento cosmocéntrico, en el que el universo eterno es la realidad última, la suma del ser. El primer motor es parte del todo. Esta concepción establece una fundamental diferencia entre la filosofía de Aristóteles y de Tomás de Aquino, que intentó demostrar la existencia de Dios, con la idea básica de Aristóteles acerca del acto y de la potencia. Dios sería para Santo Tomás la más perfecta de las sustancias, autosuficiente, infinita en todas las perfecciones, el ser absoluto, que hace que el cosmos exista.

Psicología

Aristóteles aceptó la existencia de otra sustancia pensante inmaterial: la razón separable. Para el estagirita el hombre es una unidad ordenada con un principio intelectual trascendente, al igual que el macrocosmos.

Aristóteles entiende por alma el principio de la vida y el ser, unidad íntimamente unida al cuerpo, en lo que se aparta de Platón. La teoría aristotélica del alma, como forma del cuerpo, prueba la ausencia de todo materialismo en su concepción de la forma, que en el cuerpo es necesariamente inmaterial. La vida es la capacidad para alimentarse, crecer, y decaer de la cosa viviente, y no depende de una acción exterior. Las

plantas poseen el alma más sencilla. El siguiente grado en la escala de seres vivos está formado por los animales, que además tienen sensación. Los hombres están dotados de razón. Las facultades del alma en el cuerpo son: la nutritiva, sensitiva, e intelectual. Las ideas de Aristóteles sobre la psicología tuvieron gran influencia en la posteridad.

Ética y Política

La política es la ciencia que sigue la vida humana, la de los hombres que viven en comunidad, en una ciudad o Estado. La ética trata de la conducta individual. En lo referente a la política tiene el filósofo unas miras mucho más estrechas que en la ética, por eso esta última ha sido mucho más estudiada. En cambio, la política se examina como documento histórico.

La ética, no es una ciencia exacta. No parte de leyes morales universales, sino de ideas generalmente admitidas, acerca del bien moral, implícitas en la conducta de la gente honesta. Aristóteles parte de estas ideas morales para remontarse a principios universales, pero no inmediatamente evidentes, que son los fundamentos de la ética, referida a un fin. Su objetivo es conocer la función para la que está destinado, idea que es muy socrática. Todos los hombres aspiran al bienestar, *eudaimonia*, que debe ser una actividad del alma y no un estado o hábito, de su facultad más elevada, no compartida con las plantas, ni con los animales. Es la plena actualización de la naturaleza racional del hombre, que debe estar conforme con la virtud más perfecta, y manifestarse a lo largo de toda la vida. Según Aristóteles el hombre, para ejercer esta actividad del alma conforme a la virtud, necesita de cierta cantidad de riqueza, de salud, de vida familiar y de un físico agradable. Sin embargo, Aristóteles acepta que la bondad se manifiesta principalmente en las grandes desgracias.

Define la virtud en la *Ética a Nicómaco* (1106 a 14): «La virtud es un estado referido a la elección, que consiste esencialmente en la observancia de una medianía relativa a nosotros determinada por una regla, tal como la determinaría un hombre prudente.» La virtud se aprende, como los oficios, mediante la práctica y se refiere, esencialmente, a la elección moral. Aristóteles hizo una descripción detallada de los vicios y virtudes, distinguiendo entre virtudes morales e intelectuales. Acepta la existencia del acto inmoral por flaqueza de la voluntad.

La moral en la vida humana está ordenada para la vida contemplativa, como su fin propio. Protágoras, Platón y Aristóteles son los creadores de la ciencia política griega.

De las ideas políticas de Aristóteles ya se ha adelantado algún aspecto. No sobrepasó los estrechos límites del mundo político de los estados griegos. Su visión, como la de Platón, es unitaria: el hombre necesita de la vida del Estado para alcanzar el desarrollo pleno, que debe ser autosuficiente. Su fin es la realización común del buen vivir para todos los ciudadanos. Reconoce la necesidad de la vida familiar, y de la propiedad privada, siendo contrario, por lo tanto, en estos dos puntos, a Platón. Dedicó especial atención a las relaciones entre amo y esclavo, con notables puntos humanos, superiores a los de sus contemporáneos. No acepta la igualdad de todas las razas, según se señaló ya, pero limita la extensión del concepto de esclavitud, pues cree que no se puede esclavizar al que no sea esclavo por naturaleza. La propiedad privada debe estar sometida al control social. Sólo acepta las formas de comercio más sencillas. Es

contrario a la economía monetar: prefiere el comercio por trueque. El aumento indefinido de la riqueza es un mal, al igual que el comercio muy desarrollado, que favorece la idea aceptada por muchos pensadores cristianos.

El ciudadano debe consagrar su vida al servicio del Estado; los ciudadanos deben ser pocos en número, porque la ciudadanía sólo la deben tener las clases ociosas y deben estar excluidos de ella los artesanos y los agricultores, que no disponen de tiempo libre. La desvalorización del trabajo manual, como el desprecio del cuerpo (Heráclito, Platón, etc.) es una de las herencias más funestas de la cultura griega. Aristóteles desconoce el gobierno representativo, poco documentado en época helenística; piensa que todos los ciudadanos deben participar en la asamblea, por ello el Estado ideal debe ser pequeño. Aristóteles clasifica las constituciones en monarquía, aristocracia y democracia, que pueden ser genuinas o espúreas. La mejor constitución sería, para el momento que vivió Aristóteles, la mixta, por combinar algunos rasgos de la democracia con otros de la oligarquía y por conservar el poder en manos de los pequeños terratenientes y de los acomodados y moderados.

Platón y Aristóteles dieron mucha importancia a la educación. A través de la educación el Estado hace el bien a los ciudadanos. Su control sobre la educación debe ser total, pues es la *polis* la suprema comunidad espiritual. El final de la educación es principalmente producir el carácter perfecto, bueno como gobernante y como súbdito.

Las aportaciones de Aristóteles a la filosofía han sido enormes. En todos los aspectos su pensamiento está vivo. En los autores cristianos ha influido mediante el aristotelismo contenido en el platonismo tardío, que tan poderosamente influyó en los escritores cristianos. El influjo de Platón en Aristóteles fue grande a su vez. Sus discípulos formaron una comunidad de investigadores, historiadores y eruditos, que acentuaron los elementos naturalistas en oposición a los platónicos, que había aceptado Aristóteles. Teofrasto, su sucesor al frente de la escuela, criticó la teoría del motor inmóvil y Estratón, también director de la escuela, la sustituyó por la teoría de la actividad immanente de la naturaleza, que influyó considerablemente en el estoicismo, pues sus discípulos Aristoxeno y Dicearco presentaron una interpretación del alma mucho más materialista que su maestro, adoptando una teoría pitagórica que hacía del alma una armonía de los cuatro elementos.

Ciencias naturales

Aristóteles escribió una *Historia de los animales*, donde describe más de 500 especies distintas. De todo el material recogido unos datos procedían de la observación directa, otros estaban tomados de sus predecesores. El estagirita desarrolló sus concepciones sobre zoología y biología en otros tratados como, *De las partes de los animales*, *Sobre el alma*, *De la generación de los animales*, *Sobre la marcha de los animales*, *Del movimiento de los animales*. Distribuyó los animales según el clima y el ambiente geográfico. Estudió también las migraciones de peces y aves.

Una mezcla de anatomía y de fisiología animal es su obra, *De las partes de los animales*, donde estudia los órganos, sus funciones y los tejidos. Entre los animales incluye al hombre.

El tratado titulado, *De la generación de los animales*, es importante por las ideas de embriología que contiene por las que se considera a Aristóteles el fundador de la em-

biología comparada. Distinguía bien los seres ovíparos, ovovivíparos y vivíparos, y separó los caracteres sexuales primarios de los secundarios. Señaló la función de la placenta y del cordón umbilical.

De los moluscos logró obtener un conocimiento minucioso, así como de los pulpos, de los que describió sus costumbres, formas y desarrollo, con una perfección insuperable. Examinó los órganos reproductores, las diferentes clases de huevos. Describió también detalladamente los crustáceos y todas sus variedades, así como los peces con sus costumbres, alimentación, modo de captura, su anatomía y reproducción. También examinó detenidamente los insectos, y escribió un tratado sobre las abejas. Alcanzó ideas claras sobre la metamorfosis de los insectos.

El influjo de la biología de Aristóteles fue grande a través de los siglos. Así, el fundador de la embriología moderna, Fabricio de Acquapendente (1537-1619), se considera un comentarista de Aristóteles, al igual que el gran biólogo William Harvey (1578-1657), cuya obra, *De la generación*, es un comentario al tratado de Aristóteles del mismo título. En la segunda mitad del siglo XVII y durante gran parte del siguiente el influjo de las ideas biológicas del estagirita decayó, pero después volvió a estar presente en las investigaciones de J. Müller (1801-1858), de R. Owen (1804-1892), de G. H. Lewes (1817-1878) y de W. Ogle (1827-1912).

Aristóteles sistematizó, por vez primera, la Mecánica. Un discípulo anónimo escribió un tratado sobre el tema, donde los principios de la palanca, la balanza, la rueda, y la cuña están ilustrados por el autor. Evita el referirse a máquinas y a instrumentos utilizados en la industria, en lo que se apartó de los filósofos jonios, que, altamente especulativos, e interesados en la cosmogonía, utilizaron analogías y comparaciones con el batán, el fuelle del herrero, la rueda del alfarero, etc. Los pitagóricos, a pesar de su misticismo, se interesaron por la técnica, y lo práctico. En tiempos de Aristóteles y en época helenística se produjo el divorcio entre la ciencia y la filosofía por una parte y los procesos productivos por otra.

El Estoicismo

La época helenística motivó un cambio grande en las escuelas filosóficas. Subsistían aún la escuela platónica, en la Academia, y la aristotélica, en el Liceo; pero el auge de estos sistemas, en gran parte había pasado ya.

En la dirección de la Academia, los directores más famosos fueron Xenócrates y Arcesilas de Pitane, en el siglo III a. de C., Carneades de Cirene en el siglo II a. de C. y Antíoco de Ascalón en el I. La Academia de Platón está representada en un mosaico pompeyano, en el que figuran siete varones en amigable conversación a la sombra de un árbol, junto a un arco, con la ciudad amurallada al fondo.

Los peripatéticos, en el Liceo, se reunieron en torno a Teofrasto, y continuaron con el espíritu multidisciplinar de Aristóteles. Estratón de Lámpsaco y Aristolao de Faselis siguieron esta tradición. Del Liceo se desgajó una rama en el siglo IV, que se asentó en Rodas y se independizó del Liceo ateniense.

Una crítica profunda del Idealismo se debe a Aristico de Cirene, alumno de Sócrates, partidario de una filosofía del placer. Teodoro de Cirene fue llamado «el ateo», por negar abiertamente la existencia de los dioses. Sus conciudadanos le desterraron, temerosos de atraer la ira de los dioses. Se refugió en Atenas, pero se le desterró de

nuevo, refugiándose junto a Ptolomeo I. Después, bajo el gobierno de Magas, pudo volver a su tierra. Este autor influyó en la poesía de Calímaco.

A comienzos del helenismo vivieron los fundadores de las tres grandes escuelas filosóficas de todo este periodo: Zenón de Citión, creador del estoicismo; Epicuro, fundador del Epicureísmo; y Diógenes, del Cinismo. Salvo Epicuro, los otros dos no fueron atenienses: también es característica del helenismo la diversa procedencia de los pensadores.

Los tres impartieron enseñanza en Atenas, que, salvo con la Comedia Nueva, había perdido ya su gran momento en el arte y en la política. Se observa un cambio radical en la filosofía, que ahora se vuelve a dirigir al individuo, aunque se siguen elaborando grandes sistemas cosmológicos. Esta tendencia filosófica encaja perfectamente con una época de gran individualismo, en que adquiere auge la propagación de religiones místicas que buscan la salvación del individuo; se desarrolla el arte del retrato junto con la descripción de los caracteres, del amor, etc., todo lo cual denota a su vez un viraje con respecto a la filosofía anterior.

Al idealismo de Platón, sustituyó un materialismo; y a la especulación sobre la naturaleza de las cosas, un dogmatismo. La filosofía se impregnó de tendencias religiosas. La teoría del conocimiento ocupó un lugar preeminente en las filosofías helenísticas, que oscilan entre el dogmatismo (estoicos) y el agnosticismo (escépticos y aristotélicos). Todas las escuelas filosóficas helenísticas tienen por fin la ética, dirigida a la felicidad, pero interpretada ésta como la falta de angustia, de temor y de sufrimiento; la tendencia es apartarse del mundo y de sus pasiones.

El estoicismo es el principal sistema filosófico del helenismo, el de miras más amplias y el más coherente y más susceptible de desarrollo a la par que el más influyente. El estoicismo evolucionó y se han distinguido por ello tres periodos: estoicismo antiguo, con Zenón de Citión (fundador y director de la escuela hasta 262) y Cleanto de Assos (su sucesor al frente de la escuela hasta 204); el llamado estoicismo medio que dura hasta los siglos II-I a. de C., con Panecio de Rodas y Posidonio de Apamea como principales representantes y, finalmente el estoicismo del Imperio Romano, con Séneca, Epicteto o Marco Aurelio, sin duda el mejor conocido, aunque esta doctrina filosófica influyó notablemente desde finales de la República en los pensadores romanos.

Zenón nació el año 336 en Chipre; algunos autores han querido ver un cierto carácter semita en su sistema, pero esto es poco probable; su alta moralidad ha sido también comparada con la de los profetas de Israel. En 314 se traslada a Atenas y se relaciona con Crates. A finales del siglo IV a. de C., comenzó a impartir enseñanza en la Stoa Poikile, por lo que sus seguidores fueron conocidos como estoicos. Zenón fue un maestro de gran reputación, por lo que fue llamado a las cortes de Alejandría y Macedonia. Atenas le premió con una corona de oro, y a su muerte, en 264, sufragó su funeral.

De los primeros estoicos sólo se han conservado pequeños fragmentos. Su enseñanza es muy sistemática: Zenón dividía la filosofía en Lógica, Física y Ética. En cuanto a la Cosmología, defendían que el Universo era un organismo vivo, no eterno, ni inmutable. Este ente tenía dos principios, uno pasivo, que era la materia, y otro activo, el fuego primordial, que, mediante transmutaciones, dio lugar a otros elementos, originando el mundo. Nada inmaterial existe, pues sólo el cuerpo puede actuar. Dios se identifica con el fuego primordial, con el principio de la razón, o logos, o ley eterna. La concepción estoica de divinidad, debe mucho al pensamiento de Heráclito.

El estoicismo sustituyó la idea de la Tyche por un determinismo: el fuego primordial penetra toda la materia. El universo estoico no tiene principio ni fin, pero sí una sucesión cíclica de principio y fin. La física estoica es racionalista; era el fundamento de la ética y justificaba la religión. Es obra de Cleantes y aunque Zenón sentó las bases, al igual que la lógica es un producto, en gran parte, de Crisipo. El carácter religioso de la filosofía estoica se refleja maravillosamente en el himno de Cleantes a Zeus, omnipresente y soberano, identificado con la naturaleza y el destino.

El sistema práctico del estoicismo era la ética. El hombre es un elemento del Universo. La cosmología explicaba la situación del hombre en el Cosmos, concebido por los estoicos como un fiel reflejo del microcosmos. El hombre, al igual que el universo, se compone de materia y logos, es la parte activa y participa del determinismo; por ello esta escuela no admite la libertad del hombre, ni el destino. Como todo es corpóreo, el alma también lo es. En su esencia es simple, pero tiene ocho facultades. Hay cinco sentidos. El hombre tiene la capacidad de hablar y de engendrar. El alma puede sobrevivir, por poco tiempo, a la muerte.

Los estoicos siempre se interesaron por la medicina, ya que proporcionaba un modelo a su vitalismo cósmico. Esta escuela aportó a la filosofía la noción de Providencia, ya que el fuego primordial es también Dios, que es trascendente e immanente a todas las partes del Cosmos; esto conduciría al panteísmo, una doctrina de resignación ante las vicisitudes de la vida. En este aspecto, el estoicismo es una teología filosófica. Los dioses de culto, para los estoicos, sólo son símbolo de lo divino, o expresión de fuerza de la naturaleza. El estoicismo utiliza la exégesis alegórica para la interpretación de los mitos.

La ética estoica se refiere al momento presente. En ella es donde Zenón fue más original. La virtud es para los estoicos una e indivisible, por lo que es imposible tener una virtud sin poseer las demás. La virtud estoica consiste en vivir según la razón. La ignorancia engendra las pasiones y lleva al sufrimiento. Las emociones, como el deseo, el temor y el placer están corrompidas y deben ser controladas o eliminadas. La sabiduría estoica es una continua sucesión de elecciones, que son buenas si responden a un fin conforme a los designios de la Providencia y al sentido del destino. El estoicismo sitúa la libertad en el destino. El hombre sólo alcanza la ausencia de sufrimiento, si se somete a las leyes cósmicas, enseñadas por la filosofía. La libertad se coloca entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso. El estoicismo acepta la religión popular para racionalizarla; admite por ello los oráculos y la adivinación. Su concepción de la simpatía cósmica conduce a la astrología.

Una idea cara al estoicismo, y recibida del cinismo, es la de fraternidad humana y el cosmopolitismo.

El estoicismo no despreció la acción. El hombre desempeña el papel que le asigna el destino. Ello llevó a los estoicos a intervenir en la política, como hizo Perseo en el gobierno de Antígono Gónatas, Sfairios en el de Cleomenes III, o Panecio en Roma. Blosio de Cumas, amigo de Tiberio Graco, se suicidó al fracasar la revuelta de Aristónico. Los estoicos no rechazaron el Estado, por ser una realidad sensible. Además, las monarquías helenísticas, primero, y el Imperio Romano, después, representaban etapas del Estado Universal. El estoicismo respondía perfectamente a las necesidades del hombre helenístico, por compaginar el racionalismo y el irracionalismo, la piedad y la intelectualidad, la contemplación y la lógica, la teoría y la acción, al tiempo que seguía la tradición de la filosofía griega y ofrecía un conjunto filosófico fuertemente sistemático, lo que le hacía muy atractivo.

El magnetismo personal de Zenón, y su alta moralidad, contribuyeron grandemente a su triunfo. El sistema del fundador del estoicismo le debe mucho a Heráclito, a Sócrates y a los cínicos.

A la muerte de Zenón, le sucedió a la cabeza de la escuela, desde el 264 hasta el 232, Cleantes que, nacido en Troya en 331, vivió casi cien años. Dividió la filosofía en 6 apartados: Física, Teología, Política, Ética, Dialéctica y Retórica. Con su doctrina de la tensión desarrolló la física; y aplicó esta misma doctrina a la ética. El punto de origen de la virtud es la autodisciplina. El pensamiento de Cleantes es en cierto modo un misticismo religioso. Su abstracción de la existencia de Dios se fundamenta en cinco puntos: por la serie ascendente —desde las plantas hasta el hombre— se exige el bien supremo como fin; por la presciencia; por la providencia divina, por los portentos y por el movimiento regular de los astros.

Crisipo fue el tercer pensador que estuvo a la cabeza del estoicismo. Sistematizó el pensamiento estoico y alteró el orden de los estudios, colocando la Lógica en primer lugar, y la Ética antes que la Física. Su filosofía moral se basa en la naturaleza, común a todos los hombres. Crisipo, que es determinista, distingue, aunque todas las cosas son corpóreas, entre el principio activo de Dios, o Razón, y el principio pasivo de la materia. Todo se encuentra bajo el control del destino. La razón de Zeus mueve todas las cosas; por ello es imposible la libertad. Crisipo no duda de la existencia de Dios, y de que todas las cosas están en manos de la Providencia.

El epicureismo

Epicuro había nacido en Samos, hacia el 341 a. de C. visitando en el 323 Atenas; pasó algún tiempo en Colofón y en Mitilene. En 306 retornó a Atenas y compró una casa con un jardín en el camino del Pireo.

La obra de Epicuro se ha perdido en su casi totalidad; pero un buen resumen de sus ideas se reflejan en el *De rerum natura* —del poeta latino Lucrecio que vivió en la primera mitad del siglo I a. de C.—, publicado por Cicerón.

Epicuro formó un grupo de discípulos, sin tener en cuenta la edad, el sexo o la clase social; muchas cortesanas frecuentaron el Jardín y se regeneraron.

El fin de la vida, según Epicuro, es el placer. En este punto, era un seguidor de los Cirenaicos; pero no entendía el placer en un sentido sensual; el placer nacía del sexo, de los alimentos y del cuerpo, pero no se limitaba sólo a esto. Epicuro predicaba una vida sencilla. La moralidad llevaba al placer. Predicaba que para vivir una vida de placer no hay que tener preocupaciones que quiten la paz del alma, como lo son los temores y los deseos, temor a la muerte y deseos de bienes que no fueran necesarios ni naturales, como el deseo de riquezas, de fama o de poder. Rechazaba la participación en la vida pública. Su sistema era un materialismo puro. La física epicúrea partía del mecanicismo democriteo, además de otras aportaciones presocráticas.

Cuatro tipos de experiencia llegan a la mente: el sentimiento, la experiencia sensitiva, la percepción y la reflexión intuitiva.

El segundo apartado de la filosofía epicúrea es la Física. Nada existe, excepto los átomos y el vacío. El número de átomos es infinito, y el vacío también lo es en extensión. Todo lo que existe está compuesto de átomos. Cada acontecimiento puede ser explicado en términos de movimiento. La Física epicúrea conduce a la paz del espíritu.

Los fenómenos atmosféricos, como los truenos y rayos, que se interpretaban como provocados por la ira de los dioses, se explican en términos físicos.

Epicuro negaba toda providencia divina. Admitía la existencia de los dioses, que habitaban los espacios intercósmicos, gozaban de una total serenidad y no se ocupaban para nada de los hombres. Por ello, el hombre no tenía que ocuparse de ellos, ni temerlos, ni dirigirles oraciones ni sacar adivinaciones. Epicuro quiso liberar a la humanidad de toda angustia metafísica y del temor a la muerte, ya que el hombre es un compuesto de átomos, que se disuelven con la muerte. Epicuro admite la participación en el culto comunitario, si se hace caso omiso de todas las representaciones absurdas y supersticiones. La piedad epicúrea era una interiorización espiritual.

El epicureísmo tomó pronto el aspecto de una secta religiosa y sin embargo, la ética epicúrea no tenía nada que ver ni con la teología, ni con la física; su fin era evitar el sufrimiento y buscar el placer, que reside en la satisfacción de las necesidades materiales. En Epicuro, la amistad desempeña un papel de primer orden, ya que es una protección contra el dolor. Su discípulo, Metrodoro de Lámpsaco fue muy querido por el maestro. Le sucedió en la dirección de la Escuela, y a éste, Hemarco.

Epicuro no rechazaba ni el Estado ni la sociedad, pues los juzgaba necesarios para garantizar la tranquilidad del individuo. En este aspecto el epicureísmo se opone al estoicismo. Dos ideas de Epicuro son importantes para la mentalidad moderna: su valoración de la amistad y su teoría sobre el nacimiento de la civilización. Según esta última, la necesidad es la madre de la invención; el lenguaje, que es fruto del desarrollo del grito de los animales, fue creado por los hombres para la mutua seguridad y convivencia.

Carneades de Cirene, que dirigió la Academia en el tercer cuarto del siglo II a. de C., hizo una crítica racionalista al irracionalismo de los epicureos. Atacó al estoicismo por su dogma del conocimiento inmediato y censuró además los aspectos religiosos del sistema, como la aceptación de la adivinación, la idea de providencia, el vitalismo cosmológico, las alegorías mitológicas y la astrología. Este ataque obligó al estoicismo a evolucionar; el promotor de esta evolución fue Panecio de Rodas, que estuvo al frente de la Escuela estoica entre los años 129 y 110 a. de C. Vivió en Roma y frecuentó el círculo de los Escipiones.

Panecio había nacido en Rodas y estudiado en Pérgamo y Atenas. Su obra escrita se ha perdido; pero Cicerón alude a su Ética. Intentó que el estoicismo fuera asimilado por los romanos. Insiste, en su doctrina estoica, que todos los hombres tienen una inspiración de la sabiduría divina escrita en el corazón de todos los que se hallan en el camino de la sabiduría. La virtud más importante, para Panecio, es la justicia. Se desprendió de la teoría de los ciclos cósmicos y de la conflagración general, lo que es señal de un nuevo conocimiento; también de la astrología, lo que llevaba a cuestionar la confraternidad universal, y probablemente, la reinterpretación de la religiosidad popular. Dio más importancia a la moral práctica que a la teórica; al alma individual, que a la del mundo.

Posidonio de Apamea fue de origen sirio y estudió en Rodas. Se ha supuesto que representa la fusión del pensamiento griego y del semítico. Fue un lazo de unión entre Oriente y Occidente, entre Grecia y Roma. Además de sabio, era un filósofo.

Se conocen varios retratos de Zenón, a quien las fuentes describen como hombre sombrío y de ceño fruncido, aspectos ambos expresados magníficamente en esos retratos. La popularidad de Epicuro fue grande, al igual que su influjo en los literatos

romanos, como Horacio, y entre algunos habitantes de Herculano, donde han aparecido varios retratos de los primeros epicúreos. Esta popularidad está además atestigüada por Cicerón. Los retratos muestran un rostro de expresión grave y meditativo; los rasgos profundos indican una salud frágil y haber sufrido mucho.

Carnéades de Cirene tuvo un retrato en Atenas, que fue visto por Cicerón. Sus discípulos Atalo III y Ariarates de Capadocia le dedicaron una estatua en el pórtico de Atalo III en Atenas, de la que sólo se conserva el pedestal.

De Posidonio de Apamea sólo se conserva un busto, pero con inscripción; la expresión de su rostro es reflexiva.

De Crisipo se conocen multitud de retratos, así como su busto en monedas de Soloi, su patria, en Cilicia. Una pintura de Boscoreale, fechada en el siglo I a. de C., representa bien la idea que tenían los griegos de los filósofos: representa a un hombre con barba, que viste un amplio manto y calza sandalias; un largo palo le sirve de bastón.

Epicuro fue contemporáneo de una filosofía que rechazaba todo dogma; su escepticismo remonta a Pirrón, que participó en la expedición de Alejandro Magno; éste, en su ciudad, Elis, enseñó durante cuarenta años que la verdad no se puede conocer; que no hay argumento que no pueda ser refutado; y que la paz del alma llega con el conocimiento de nuestra propia limitación. Pirrón, que llevó una vida muy sencilla, no dejó nada escrito, al igual que Sócrates.

El cinismo

El más viejo filósofo del comienzo del helenismo fue Diógenes el Cínico. Durante veinte años, del 340 al 320, fue un filósofo ambulante, sin casa, ni patria. Hacía una crítica feroz de todo el orden establecido. Vestía de una manera extravagante, chocando su comportamiento a todo el mundo. Predicaba la virtud y la libertad. Los únicos que llevaron una vida licenciosa provienen directamente de los filósofos socráticos, pues su sistema filosófico deriva directamente de las enseñanzas de Antístenes, discípulo de Sócrates. El nombre de cínico proviene directamente del gimnasio de Atenas llamado Cinosarges, donde impartió Antístenes sus enseñanzas. El cinismo significaba una ruptura completa con la sociedad y la familia; por ello no tuvo una gran aceptación en la sociedad helenística.

El cínico más atractivo fue Crates, huésped del rey de Tracia, Lisímaco. Siendo rico, abandonó toda su fortuna para seguir el sistema de vida predicado por Diógenes. Su esposa se llamaba Hiparquía y su matrimonio fue motivado por afinidad de ideas. Atacaba el hedonismo y predicaba la vida sencilla, más que la renuncia a los bienes. Era un pacifista y veía claramente la inutilidad de las guerras. Escribió un poema sobre un país imaginario, llamado *Waletchia*. Crates influyó en Bión de Boristenes. Su pensamiento está lleno de pesimismo y de individualismo.

En el siglo III, la ciencia se divorció de la filosofía; las doctrinas estoica y epicurea no basaron sus enseñanzas en un sistema científico, aunque lo tenían. Epicuro no tiene ningún interés por la ciencia, pero la utiliza para liberar al hombre de su temor religioso.

Utopías helenísticas

En el helenismo, varios autores escribieron tratados en los que se describían utopías. La más antigua en el tiempo es obra de Zenón, y se llamó *La República*. En ella describe una comunidad de sabios, libre de apetitos sexuales y de rivalidades familiares, sin templos, ni gimnasios, sin comercio ni dinero. Esta comunidad se repartía en varias ciudades, que participaban del orden universal. Todos los ciudadanos integraban la comunidad y estaban sometidos a las leyes comunes. Plutarco afirmó que Alejandro Magno convirtió en realidad el sueño de Zenón. Esta utopía encaja muy bien en el sistema estoico.

El pensamiento de Evemero, al que favoreció Casandro, es una utopía en el estricto sentido de la palabra. Es el primer teórico en señalar condiciones ideales para una federación política. La sociedad de Evemero es clasista, dividida en tres estamentos: el superior comprende los sacerdotes y los sirvientes civiles; el intermedio está compuesto por los campesinos, y el inferior, por los soldados y los pastores. No existen privilegios sociales, ni económicos, excepto para los sacerdotes, ni esclavitud. El Estado de Evemero es un Estado Universal. Este filósofo aceptó algunos elementos de la astronomía babilónica, como el viaje de Zeus a Panjaia, la isla sagrada, donde se practicaba la Utopía. El río sagrado de la isla se denomina «agua del sol», ya que la ciudad del sol se encontraba cerca de Panjaia. Asterusa es el nombre de una de las principales ciudades de la Utopía, y Trono el cielo, el de una de las montañas. En Panjaia no existe dinero, ni propiedad privada. Los recursos de la tierra se reparten según tres principios: cada ciudadano debe recibir una cantidad, proporcional a los recursos del momento; los que tienen responsabilidades especiales deben recibir mayor cantidad y se establecen incentivos para que los trabajos estén bien hechos.

El sistema político de Panjaia es la monarquía, según convenía al momento histórico en que apareció. Los ciudadanos de Panjaia elaboraban sus propias leyes y elegían a sus ministros. La sociedad es de una gran igualdad. Los sacerdotes, aunque sin una posición especial en la constitución del Estado, tenían el poder real y se les consultaba.

Alexarjo, hermano de Casandro, fundó una ciudad llamada Uranópolis, en la península del Monte Athos, que acuñó moneda propia. El nombre de Uranópolis se repite en Panfilia, y en una ciudad que quizá fue colonia de Uranópolis, y recuerda a nombres parecidos, como Heliópolis y Hierópolis.

Poco después del año 250 a. de C., un autor desconocido, de nombre Iambulo, escribió una utopía, que se conoce a través de la obra de Diodoro Sículo. Sus ideas acusan el influjo de Evemero y de los estoicos. En ella Iambulo fue capturado por los etíopes y enviado a efectuar un viaje de cuatro meses para buscar la isla de las bienaventuranzas. Si el éxito coronaba el viaje, los etíopes disfrutarían de 600 años de paz y prosperidad. Iambulo describió la vida y la constitución de los que habitaban la isla, llamados «los hijos del Sol», por el nombre de la isla: todos ellos eran físicamente iguales; sus cuerpos son muy largos, sus oídos y lengua están hechos de una forma especial, para sostener a un tiempo dos conversaciones. Los huesos son muy flexibles y sus cuerpos, de una extraordinaria belleza. Los habitantes de aquella isla tenían en consecuencia un aspecto inimaginable: cuatro ojos y cuatro bocas, y sangre con propiedades má-

gicas. Los pájaros vuelan con sus crías a la espalda. El agua es dulce al paladar. Los árboles frutales llevan fruto todo el año. Muchas cosechas crecen sin cuidados. No existe en la isla enfermedad alguna, y la gente vive en una perfecta felicidad. Después de siete años despidieron al protagonista, por no haber alcanzado la perfección e influir negativamente en los habitantes de la isla.

El universalismo y la igualdad que definen a esta sociedad, son característicos de las utopías de carácter astral. Las siete islas son los siete planetas. Las esposas e hijos son comunes. No existe la propiedad privada. Al llegar a los ciento cincuenta años, se quitan la vida. Se presta un interés especial a la educación, como era corriente en toda la época helenística. Los temas tratados en ellas son la vida, la religión y la formación de un carácter excelente. La vida es sencilla y no existe la esclavitud. El trabajo es honroso; y el tiempo transcurre entre la vida comunitaria y las oraciones al dios.

El filósofo estoico Sfaïro, tutor de Cleómenes, pertenece a esos predicadores de utopías. Probablemente era partidario de una redistribución de los bienes, de la igualdad, del Universalismo y del gobierno del sol, ya que Cleómenes admitió como ciudadanos a los aliados y acuñó moneda, con Apolo el dios sol, ideas todas ellas que, posiblemente, provengan de Alexarjo. Todo este idealismo, en el caso de Cleómenes está mezclado con un ambicioso nacionalismo. En el programa de los Gracos, en el que muy posiblemente influyó Blosio de Cumas, había un tradicionalismo aristocrático. El fin propuesto no intentaba directamente solucionar el gravísimo problema económico de amplias masas de la población romana, sino el poder disponer de un gran número de soldados para los ejércitos. En su programa entraban los subsidios de alimentos, la creación de colonias para asentar la población, con reparticiones de tierras, y la extensión de la ciudadanía, al menos a los itálicos. Es muy posible que en el ideal de Blosio no entrara el tradicionalismo e imperialismo, como a la muerte de los Gracos.

El programa de la revuelta de Aristónico, pretendiente al trono a la muerte de Atalo III en 133, se conoce mal. Poco antes, los ciudadanos de Pérgamo habían extendido la ciudadanía a los aliados residentes en el reino, y a algunos esclavos. Las características del programa de Aristónico parecen ser: idealismo, una reforma social, nacionalismo resentido contra los romanos, por haber heredado de Atalo III el reino, y ambición personal. Su revolución prendió entre los esclavos de las grandes fincas y entre la población semilibre del interior del reino. Aristónico creó la «ciudad del sol», que, según piensan algunos investigadores, sería la realización de la Utopía de Iambulo sugerida por Blosio.

En todas las utopías helenísticas, hay un ingrediente fuertemente religioso, relacionado con el sol, un programa de la igualdad entre los hombres, de la universalidad de toda la Humanidad, de la abolición de la esclavitud y una aspiración a la vida sencilla, sin clases y con todo lo necesario para vivir.

Este universalismo es una de las características de la cultura griega helenística, que se manifiesta en múltiples facetas: en ciertas ideas de Teofrasto, opuestas a las de su maestro Aristóteles; en algunas frases de Diógenes, que se declara a sí mismo ciudadano del Universo; en la actitud de Crates; en el carácter de la filosofía estoica y en las Utopías; en la mezcla de las religiones, razas, culturas, que se dio en época helenística, comenzando en la etapa de Alejandro Magno; en las religiones místicas, etc. Este Universalismo pasó posteriormente al Imperio Romano y al Cristianismo.

LA CIENCIA

Medicina

En el mundo helenístico funcionaron varias escuelas de Medicina, pero la más famosa trabajó en Alejandría. Otras, seguramente, lo hicieron en Pérgamo y en diferentes ciudades. Después de la muerte de Aristóteles, perdió importancia esta rama de la ciencia. La Biblioteca de Alejandría reunió una gran colección de tratados médicos; en esta ciudad comenzó a estudiarse la anatomía humana.

Los dos médicos más famosos fueron Erasistrato y Herófilo, cuyas obras se han perdido; ellos fueron los primeros investigadores que diseccionaron, y quizás también viviseccionaron el cuerpo humano. Se ha reconstruido un tratado de Herófilo con cierta probabilidad: se describe en él, los sistemas nervioso, glandular, digestivo, óseo y de reproducción. Prestó especial interés al hígado. Descubrió las membranas, que cubren el cerebro, y diferenció el cerebro del cerebelo. Tuvo algunos conocimientos de la estructura y la retina del ojo, de los nervios del corazón, de los lóbulos cerebrales, y de los nervios craneanos. Distinguió la prensa de Herófilo, y los senos sanguíneos de la cabeza. Descubrió la depresión del cuarto lóbulo del cerebro. Fue el primero que se refirió al duodeno que él puso en circulación. Las palabras retina y duodeno se usan aún en medicina.

Erasistrato, contemporáneo de Herófilo, hizo nuevos descubrimientos, como la acción de la epiglotis, los vasos lácteos del mesenterio, y perfeccionó la anatomía del cerebro, y del corazón. Descubrió las válvulas aurículoventriculares. Separó los nervios sensoriales de los motores. Todos estos descubrimientos tuvieron aplicación en cirugía, como lo prueba la descripción que hizo el cirujano alejandrino Hegetor, que vivió alrededor del año 100 a. de C., quien descubrió por vez primera el ligamento redondo.

Cualquier persona podía ejercer la medicina en la Antigüedad, pues no existían títulos oficiales; por ello proliferaron los curanderos.

A finales del siglo I a. de C. trabajó Celso, quién perfeccionó la anatomía, en la línea de la escuela médica alejandrina, y la farmacopea; describió la práctica dental, la extirpación de amígdalas y la enfermedad de la piel. Escribió un excelente manual con el título *De re medica*, que ha sido uno de los mejores libros de texto griegos que ha llegado al mundo moderno. Lo conocieron el humanista Guarnio de Verona (1374-1460) y Policiano (1454-1499); en 1478 se imprimió en Florencia, e influyó poderosamente después de su publicación.

Farmacopea

En época helenística se investigaron mucho los venenos y los contravenenos, en cuyo estudio Atalo III estuvo muy interesado. Nicandro de Colofón, médico contemporáneo del monarca atálida, escribió dos obras sobre el tema: *Las Certacas*, sobre las mordeduras y picaduras venenosas, y *Alexifarmacos*, sobre los antidotos. Ambas obras son poemas didácticos.

Biología. Botánica

El discípulo de Aristóteles, Teofrasto (372-287), escribió tratados biológicos, que dan una idea bastante exacta del estado de la biología a raíz de la muerte del maestro. Son las obras más completas de biología, de todo el Mundo Antiguo. Teofrasto, como biólogo, no tiene la talla científica de Aristóteles. Sintió la necesidad de comentar términos botánicos, partiendo de palabras corrientes, como carpo, pericardio, y metra (matri), términos que se siguen empleando en la actualidad. Prestó especial atención a la formación de la planta, partiendo de la semilla, lo que indica una observación minuciosa de la realidad. Estableció la distinción entre plantas dicotiledóneas y monocotiledóneas. Teofrasto desconoció la naturaleza del sexo en las flores. Separó en las plantas la raíz, el tallo, la hoja, la estípula y la flor, desde el punto de vista morfológico. Sin embargo, a los rizomas, bulbos y tubérculos los consideró como raíces. Tampoco acertó en la naturaleza de los tallos. Logró una idea aproximada de la relación entre fruto y flor. Distinguió las flores hipoginas, periginas y epiginas y alcanzó una idea muy exacta de la distribución de las plantas en función del clima y del suelo.

Las observaciones de Teofrasto son tan finas, que han sobrevivido muchas de ellas dos mil años. En lo que a las semillas respecta no se avanzó nada —desde Teofrasto— hasta mediados del siglo XVII en que se publicaron las obras de Highmore (1613-1685), Malpighé (1628-99) y Grew (1641-1712).

La biología desapareció con la muerte de Teofrasto. El médico de Mitridates VI Ruptor, Cratenus, introdujo o perfeccionó el método de representar las plantas por la ilustración.

Matemática y Astronomía. Trigonometría

La matemática es una ciencia griega. Para entender las ideas filosóficas de Platón y de Aristóteles es necesario poseer algunas ideas de matemáticas.

La teoría de los números, es decir, los principios de la aritmética y de la geometría están expuestos en los libros I y VII de Euclides y se remontan a los pitagóricos. Aristóteles tuvo ya ideas claras sobre la naturaleza de los principios y de su clasificación.

Un discípulo de Eudoxio, Menecmo, describió las secciones cónicas. Antólicio de Pitana redactó tres libros: *Sobre la esfera móvil*, *Sobre las salidas y puestas* y *Fenómenos*, que coincide en muchos puntos con Euclides, que floreció en torno al año 300. Este último escribió 13 libros sobre los *Elementos*, donde coleccionó muchos teoremas de Eudoxio y perfeccionó los de Teeteto. Ordenó toda la ciencia de sus antecesores; así los libros I-IV y VI de los *Elementos* de Euclides, tratan de la geometría pitagórica. Trató sobre las materias matemáticas conocidas de su tiempo. Sobre geometría escribió los *Datos*, *Sobre divisiones de figuras*, y *Pseudaria*; todas son obras de geometría elemental. A la geometría superior, se dedican los cuatro libros de *Cónicas*; los tres libros de *Porismas*, y *Los espacios planos*.

Sobre matemática aplicada a Euclides se deben: *Los Fenómenos*, *Sobre astronomía esférica*, *la Óptica*, *Sobre la perspectiva* y *los elementos de la Música*.

Euclides estableció la forma de la exposición, que aún se aplica en la Geometría, en sus divisiones formales, a las que dio nombres específicos: el enunciado, la exposición, el replanteamiento de lo que hay que probar, con referencia al hecho particular en la exposición, la construcción, la prueba y la conclusión.

En astronomía la ciencia griega helenística hizo grandes avances. Un discípulo de Platón, Heraclides de Ponto (388-315), afirma ya que la tierra cada 24 horas daba una vuelta a su eje y que Mercurio y Venus, giraban como satélites, alrededor del sol.

Aristarco de Samos (alrededor del 310-230) es un precursor de Copérnico. Aceptó la tesis de Heraclides de que la tierra gira sobre su eje, a la que añadió que el sol está inmóvil, y que los planetas giran a su alrededor. Aristarco fue acusado de impiedad por el estoico Cleanto por haber trasladado el centro del Universo.

Aristarco en su tratado *Sobre los tamaños y distancias del Sol y de la Luna*, dedujo por cálculos geométricos los tamaños y distancias de ambos astros. Defendió que el diámetro del sol es entre 18 y 20 veces el diámetro de la luna; que el diámetro de la luna es entre $2/45$ y $1/30$ la distancia del centro de la luna a nuestra vista, y que el diámetro del sol es entre $19/3$ y $43/6$ el diámetro de la tierra.

Uno de los mayores científicos helenísticos fue Arquímedes (287-212), que inventó el tornillo hueco que lleva su nombre, usado hasta hoy y muy usado en las minas hispanas de la Antigüedad. Mediante ingenios mecánicos evitó los ataques de los romanos a Siracusa. A él se atribuye la frase: «Dadme un punto de apoyo y moveré la tierra». Se interesó en la especulación matemática. Sus obras son las siguientes: *De la esfera y el cilindro*; *La medida del círculo*; *De los esferoides y conoides*; *De la espiral*; *Del equilibrio de los planos*; *El calculador de arena*; *La cuadratura de la parábola*; *De los cuerpos flotantes*, y *el Método*. Obras suyas perdidas son: *Catoptrica*, *De la construcción de esferas*. Investigó también sobre poliedros, y llegó a describir 13 sólidos semi-regulares.

En otros trabajos desarrolló el método de exhaustión de Eudoxio y en sus obras geométricas midió los espacios curvos y los volúmenes.

Eratóstenes de Cirene, vivió poco después de Arquímedes. Escribió su *Método* dedicado al gran sabio siracusano. Ptolomeo Evergetes le nombró preceptor de Ptolomeo Filopator y fue bibliotecario de Alejandría. Trató también de las relaciones de la filosofía de Platón con la matemática en el *Platónico*. Eratóstenes alcanzó renombre por calcular la medida de la circunferencia de la tierra, que fijó en 252.000 estadios, con un error pequeño con respecto a la realidad. En *De la medición de la Tierra*, abordó otras cuestiones astronómicas, como los tamaños del sol y de la luna, los eclipses totales y parciales, la distancia del trópico y los círculos polares, etc. Escribió obras de cronología, astronomía y tres libros de geografía, en la que hacía la historia de la geografía, estudiaba la geografía matemática, la forma esférica de la tierra, etc.

A Apolonio de Perge, astrónomo de tiempos de Ptolomeo Evergetes, se le deben los ocho libros de *Cónicas*. Otros tratados suyos son: *De la sección determinada*, *Contactos o Tangencias*; *Lugares planos*; *Inclinaciones*; *la Sectio Rationis*; *De Sectio Spatii*. Se le atribuyen: *Comparación del dodecaedro con el icosaedro*; *De la hélice cilíndrica*; *Tratado general sobre la geometría elemental*; *Sobre irracionales no ordenados*; *Sobre el espejo ustorio*.

Arquímedes y Apolonio son los dos geométras de más alta calidad científica del helenismo aunque, otros perfeccionaron los detalles. Así Nicomedes, que vivió entre Eratóstenes y Apolonio, inventó el conoide o caracoloide: Diocles, de finales del siglo II,

descubrió el cisoide y redactó un tratado sobre los espejos ustorios. Perseo descubrió las secciones espirales. A Zenodoro se debe un tratado sobre *Figuras isométricas*, donde se comparan las diferentes figuras planas o sólidas, cuyos contornos eran iguales.

Hypsicles, en la mitad del siglo II, completó las teorías sobre los sólidos regulares. Escribió también sobre números poligonales. Posidonio de Apamea (135-51), redactó los tratados *Sobre los meteoros* y *Del Océano*, tratados de geografía y astronomía. Visitó Cádiz durante la Guerra Sertoriana para estudiar el fenómeno de las mareas, que los griegos observaron durante la expedición naval de Alejandro. Calculó la circunferencia de la tierra y el tamaño del sol. Definió las paralelas en Geometría.

Su discípulo Gemino de Rodas, redactó, alrededor del año 70, una gran obra sobre las matemáticas, su historia, clasificación y contenido. Los comienzos de la trigonometría se hallan ya en la medida de un círculo de Arquímedes. Hiparco fue el primero que se sirvió de ella. Fue el astrónomo más grande de la Antigüedad. Entre los años 161 y 126 a. de C. descubrió la precisión de los equinoccios. Calculó el mes lunar en 29 días, 12 horas, 44 minutos, 2,5 segundos. Perfeccionó los cálculos sobre los tamaños y distancias del sol y de la luna. Catalogó 850 estrellas, determinando por vez primera, la posición de las estrellas por su latitud y longitud. A él se deben 12 libros de una tabla de senos geométricos. Utilizó la trigonometría esférica, para calcular arcos en astronomía mediante otros arcos. Perfeccionó los instrumentos usados en las observaciones.

LA TÉCNICA

Durante el periodo helenístico, se inventaron varias máquinas, algunas de las cuales se han seguido usando hasta el siglo XX. Ctesibio de Alejandría, un artesano del siglo III a. de C., inventó la bomba impelente, con sus tres elementos: válvula, émbolo y cilindro; también el órgano hidráulico, en el que el aire que se dirige a los tuvos se produce por medio de una bomba de agua, y varios relojes de agua.

A Arquímedes de Siracusa se debe el llamado tornillo de Arquímedes (usado para extraer agua de minas, charcas, ríos, etc.), diferentes tipos de grúas y máquinas utilizadas en el sitio de Siracusa, además de los espejos ustorios. Este autor escribió también una obra de carácter práctico, para la construcción de un planetario esférico.

La llamada *Torre de los Vientos*, de Atenas, construida por Andrónico de Cyrrhus, a mediados del siglo I; es, en realidad, un *horologium* y una estación de agua.

Filón de Bizancio, siglo II a. de C., fue un ingeniero militar que trabajó en Rodas y en Alejandría; escribió la *Neumática*, además de un tratado sobre mecánica. En la primera obra, estudia las palancas, la construcción de puertos, la balística, la poliorcética, etc. y describió en ella los sifones, las bombas hidráulicas y diferentes juguetes hidráulicos.

Vitrubio, en el siglo I a. de C. redactó un *De Architectura*, basado en la ciencia helenística. El libro X trata de la mecánica práctica, y de las máquinas para levantar pesos y elevar el agua; también de las ruedas de molino, de máquinas para medir distancias recorridas, y de todo tipo de máquinas de guerra, de gran auge en las constantes guerras que se desarrollaron en el periodo helenístico. Este tipo de máquinas de guerra fueron usadas por Filipo II de Macedonia en los asedios de Perinto y Bizancio, por Alejandro Magno en los de Tiro y Gaza y por Aníbal en el de Sagunto (219 a. de C.). Es

muy probable que los cartagineses, a su vez, las copiaran de los asirios, quienes, como se demuestra en los relieves del *British Museum*, usaban máquinas de asedio de todos los tipos en los cercos a las ciudades.

Herón de Alejandría, contemporáneo del anterior, escribió diferentes obras en griego: *La Mecánica*, *La Belopoética*, *Construcción de Automatas*, *Dioptra*, *Neumática*, etc. El tratado sobre *La Mecánica*, que es un manual de mecánica teórica y práctica para arquitectos y albañiles, se dividía en tres partes o libros; constaba de una introducción y desarrollaba teoría sobre las máquinas elementales: cuña, tornillo, torno, palanca y polea.

Herón estudia también una gran cantidad de juguetes, para cuyo funcionamiento se empleaban varios principios, como los sifones o los compartimentos que hacen salir varios líquidos de un mismo recipiente. Se conocía ya la rarefacción de aire al calentarse, así como su contracción al enfriarse y la presión del vapor de agua. Herón describe asimismo un pequeño teatro, cuyas figuras se movían mediante la acción de un contrapeso.

Tenemos noticia de otros inventores de estos siglos, como Ateneo, que escribió un tratado sobre máquinas de sitio; Carpo de Antiquía, inventor del nivel y Diocles, de los espejos ustorios.

Los años dorados de la ciencia helenística llegan hasta el 200: la mayoría de los científicos helenísticos de primera fila vivieron en este periodo. A partir de entonces la técnica mecánica se estancó por varias causas. La profesión de inventor de ingenios estaba mal considerada en la sociedad, como lo indican las opiniones de Platón y Plutarco. El gran número de esclavos existente durante esta época no favorecía tampoco el uso de estas máquinas. Por otro lado, estos ingenios no se inventaron con un fin práctico, aunque algunos de ellos se usaron en las defensas y asaltos a las ciudades, y en las minas.

Diodoro Sículo (III,12,26; 13,1-3,14,1-4) resumiendo a Agatárquides de Cnido, conserva datos muy importantes sobre los sistemas de explotación de las minas egipcias, y el trato brutal dado a los esclavos, a las mujeres y a los niños. En varios puntos coincide con los datos de las minas hispanas, lo que es un nuevo argumento a favor de la conclusión de que estos se explotaron según técnicas helenísticas:

«Es en esta tierra (en los confines de Egipto, en los límites de Arabia, Etiopía) donde los encargados de los trabajos de las minas hacen recoger el oro a una gran cantidad de trabajadores. Estos son, por lo general, criminales condenados, prisioneros de guerra, hombres que, perseguidos a menudo por falsas acusaciones, fueron arrojados a prisión por un acceso de cólera; diversos tipos de infortunados a los que los reyes de Egipto acostumbran a enviar a las minas de oro, bien solos, bien acompañados por toda su familia, tanto para obtener una justa venganza por los crímenes cometidos, cuanto para conseguir abundantes beneficios del fruto de su trabajo. Los desgraciados que han sido así condenados a los trabajos de las minas, cuyo número es muy considerable, están encadenados, obligados a trabajar día y noche sin descanso y vigilados tan estrictamente que cualquier intento de fuga es inútil. Como sus guardianes son soldados extranjeros y hablan lenguas distintas a las del país, los trabajadores no pueden ni por medio de su conversación, ni de ninguna otra manera despertar la piedad de quienes los vigilan, o corromperlos.

He aquí cuáles son los procedimientos empleados para tratar las minas: Se expone al fuego intenso la parte más dura de la tierra que contiene el oro, hasta lograr que

estalle, y a continuación se trabaja con las manos. La roca se ablanda de la misma manera y cuando está dispuesta a ceder ante un esfuerzo moderado, miles de estos miserables de los que hemos hablado, la destrozan con los mismos utensilios de hierro que se emplean habitualmente para tallar la piedra. Tras haber hecho la prueba de la roca, el jefe de todo el taller dirige a los trabajadores, les da instrucciones. Entre los condenados a esta triste vida los más robustos se encargan de partir con mazas de hierro el mármol que se encuentra en la mina y no emplean para este tipo de trabajo más que la fuerza de sus cuerpos, sin ninguna ayuda técnica. Las galerías que abren no siguen, pues, una línea recta, sino la dirección que toman naturalmente las venas de esta piedra brillante; y como los trabajadores se encuentran a oscuras en medio de los rodeos que dan estas galerías, llevan linternas iluminadas, atadas a la frente. Por otra parte, se ven obligados a cambiar la posición de sus cuerpos, siguiendo la calidad de la roca que encuentran, para arrojar al suelo de la galería los bloques que desprenden. Este es el pesado trabajo que han de realizar sin descanso, bajo las órdenes de un concienzudo vigilante que los doblega a fuerza de golpes...

...Los niños que aún no han despertado a la pubertad, se introducen por las galerías en los huecos de la roca, recogen con gran dificultad los trozos de piedra desprendidos y los sacan al aire libre, a un lugar frente a la entrada. Otros trabajadores, con más de treinta años, cogen de allí los trozos de un tamaño determinado y los machacan en morteros de piedra con mazas de hierro, hasta que quedan reducidos al tamaño de una lenteja. Tras ellos, las mujeres y los ancianos reciben estas piedrecillas, las echan en molinos alineados y dos o tres de ellos, colocándose en el brazo del molino, lo hacen girar hasta que logran convertir el tamaño de las piedras que les han sido entregadas, en un polvo tan fino como la harina. Como estos trabajadores no pueden dedicar ningún cuidado a sus cuerpos y no tienen siquiera un vestido con el que ocultar sus partes naturales, no hay nadie que viendo a estos infortunados no se sienta golpeado por la compasión debido al exceso de males que soportan; pues no se hace excepción, ni son más suaves con los débiles, los tullidos, ni con las mujeres teniendo en cuenta la menor fortaleza de su sexo. Todos indistintamente son obligados a trabajar a golpe de látigo, hasta que absolutamente agotados por el cansancio, perecen bajo el peso de su tortura. Los desgraciados hasta este punto ven el futuro aún más espantoso que el presente y esperan con impaciencia la muerte, pues les parece preferible a la vida; hasta el extremo es horroroso el suplicio al que han sido condenados...

...Finalmente, hombres instruidos en el arte de tratar los metales toman las piedras reducidas al tamaño que hemos indicado y concluyen la última parte del proceso. Comienzan por extender sobre una ancha plataforma, algo inclinada este mármol pulverizado. Lo remueven mientras vierten agua por encima. La parte terrosa arrastrada por el agua fluye por la plancha inclinada, mientras que el oro más pesado, permanece en su lugar. Repiten varias veces esta operación, primero frotando ligeramente la tierra con las manos, después, presionándola suavemente con finas esponajas, van quitando poco a poco la tierra inútil, hasta que sólo queda la pepita de oro puro. Otros reciben una cierta cantidad de estas pepitas que les son entregadas al peso y las colocan en vasos de cerámica, donde las mezclan con un lingote de plomo, de un peso proporcional a la cantidad de pepitas que contenga el vaso, algunos granos de sal, un poco de estaño y salvado de harina de cebada. Después cierran los vasos con una tapa perfectamente ajustada uniéndola con arcilla diluida y los colocan en un horno en el que cuecen durante cinco días y cinco noches sucesivos. A continuación lo retiran del fuego,

los dejan enfriar y al abritlos no encuentran más que oro muy puro que ha perdido muy poco de su peso, las otras materias han desaparecido. Así es cómo se trabaja en las minas situadas en el extremo de Egipto; y se ve qué penosos esfuerzos cuesta obtener este metal.»

Helenístico fue también el sistema de explotación minera en Cartagena descrito por Estrabón (III 2, 10), resumiendo a Polibio, que visitó estas minas al final de la guerra celtibérica: «Ocupan un área de 400 estadios, unos 75 km., que en ellas trabajan 40.000 obreros, y que en su tiempo (de Polibio) rentaban al pueblo romano 25.000 dracmas diarias. Y omito todo lo que cuenta (Polibio) del proceso del laboreo, porque es largo de contar, pero no lo que se refiere a la ganga argentífera arrastrada por una corriente de la que se dice, se machaca y por medio de tamices se la separa del agua; los sedimentos son triturados de nuevo y nuevamente filtrados, y separadas así las aguas, machacados aún otra vez. Entonces, este quinto sedimento se funde, y separado el plomo, queda la plata pura». Incluso la explotación de las minas auríferas del noroeste hispano se hizo con técnicas helenísticas, no de origen romano, ya que Italia carecía de minas importantes, según ha demostrado recientemente Sánchez Palencia. Plinio (XXXIII 70-78) describe minuciosamente la técnica de explotación llamada indistintamente *arrugia* o *ruina montium*, que serían dos operaciones diferentes, y que consistía en la excavación de galerías o pozos, destinados a provocar el derrumbamiento del terreno; en la construcción de grandes depósitos, colocados en los lugares más elevados de la explotación y donde desaguaba una red de acueductos; en la caída de grandes cantidades de agua almacenada, sobre los montones de tierra, que eran dirigidos en estado de lodo hacia los canales de decantación. El derribo de la roca se hacía mediante martillos o merced a la *ruina montium*.

Los morteros servían para triturar la roca, que machacada era conducida por el agua a los estanques, donde el oro se separaba de las arenas. Es imposible que esta técnica fuera indígena, y no hay pruebas arqueológicas de que la emplearan los nativos hispanos antes de la llegada de los romanos.

Todos los datos procedentes de Hispania demuestran que la técnica minera avanzó mucho en la época helenística y que se siguió aplicando durante el Imperio Romano.

El faro de Alejandría

El progreso técnico alcanzado permitió la construcción del Faro de Alejandría, una de las maravillas del mundo; levantado sobre una plataforma, que se asentaba en la roca viva en el extremo de la isla de Faros, constaba de cuatro cuerpos superpuestos: el primero era el mayor y medía casi sesenta metros; se ascendía a él no por una escalera, si no por una rampa en el interior, con varias ventanas para recibir la luz exterior. En la terraza superior cuatro tritones tocaban una caracola. El segundo cuerpo era octogonal, con una altura de unos 30 metros; una escalera conducía a una segunda terraza, sobre la que se alzaba el tercer cuerpo, de forma cilíndrica con una altura de unos 7 metros. El edificio estaba coronado por una estatua de Zeus. En una de las terrazas superiores, se encendía el fuego de noche: por la rampa interior, subían los animales de carga, que transportaban el combustible. El faro estaba fabricado de piedra calcárea típica de Egipto.

Posidipo de Pella compuso un epigrama, que se grabó sobre el monumento y que

se ha conservado en un papiro. El arquitecto de este singular monumento fue Sóstrato de Cnido, hijo de Dexifanes. El faro fue el símbolo de Alejandría, y como tal, se representó en terracotas, vidrios, monedas y mosaicos, como en el cosmogónico de Mérida, de finales de la época de los Antoninos.

LA RELIGIÓN

El culto real

El hombre del mundo helenístico fue profundamente religioso, al igual que lo había sido en periodos anteriores. Para él la presencia de los dioses se sentía en cualquier parte. Los dioses tradicionales del panteón griego, convivían con un sinnúmero de divinidades menores, de contornos no muy bien definidos, que poblaban la naturaleza, como ninfas, demonios, héroes, etc., y que, frecuentemente carecían de nombre. Los artistas reproducían habitualmente una naturaleza poblada de ninfas que rodeaban a Pan, como se comprueba en un fresco pompeyano, copia de un original helenístico, del llamado tercer estilo (primer cuarto del siglo I) en el que Pan toca la siringa en el campo, acompañado de ninfas, una de las cuales toca la cítara. Esta representación responde a las concepciones de la religiosidad popular.

Los dioses eran necesarios para el individuo y para la comunidad, ya que cada ciudad estaba ligada desde antaño a unos determinados dioses, que la protegían; de ahí la necesidad de celebrar el culto, los rituales, las fiestas religiosas, los sacrificios, las procesiones, la consulta de los oráculos, etc.

La intervención de los reyes y de los romanos favoreció la revitalización de la religión en el mundo helenístico, con la instauración del culto real, organizado oficialmente por las ciudades. Este tipo de religiosidad contaba con precedentes en el mundo griego, como el culto a los héroes, Heracles por ejemplo, que fue aceptado en el Olimpo por los dioses.

Algunos hechos favorecieron el culto al soberano. Por ejemplo, ideas como la expresada en su *Política* por Aristóteles (3.12.128a) en el sentido de que los hombres virtuosos deben ser considerados dioses entre los hombres; el culto a los héroes fundadores de *poleis*; los honores divinos tributados a Lisandro en el Heraion de Samos o a los tiranos siracusanos Dionisio y Dión, por los habitantes de Siracusa; la pretensión de que las monarquías helenísticas descendieran de los dioses: la Argeada de Heracles, la Seléucida de Apolo, y la Epirota y la Póntica del mismo Zeus; el que el mismo Alejandro Magno fuese proclamado hijo de Zeus Amón en el Oráculo de Siria en 332-331; y las ideas procedentes de Egipto o de Asia de que los soberanos eran los sumos sacerdotes o sus representantes divinos. Los reyes helenísticos, precisamente, se presentaron como continuadores de los faraones o de los reyes aqueménidas, como ya hiciera el propio Alejandro; sin embargo, nunca llegaron a utilizar sus títulos divinos.

Los Atálidas, al igual que los emperadores romanos, sólo fueron divinizados después de su muerte. Sólo Atalo III, el último monarca de la dinastía, consideró a Zeus, a Apolo y a Hestia como compañeros de culto.

Fue Lisímaco el primer soberano helenístico que, en monedas acuñadas en Tracia a comienzos del siglo III, divinizó a Alejandro Magno, reproduciendo sus facciones idealizadas, con cuernos de carnero, indicando así que era hijo de Zeus Amón, como se lo

anunció el oráculo de Siria cuando fue consultado. Las monedas de Faselis, en la costa de Asia Menor, evocaban el perfil de Alejandro Magno, imberbe, joven, y cubierta la cabeza con la piel del león de Nemea: Heracles, precisamente, era, según la tradición, el fundador de la dinastía de los Argeadas.

Los artistas representaron muy pronto a Alejandro divinizado. En la Casa de los Vetti, en Pompeya, se le pintó entronizado, semidesnudo, sosteniendo en su mano los rayos de Zeus, su padre. Es ésta probablemente una copia de la pintura que para el Artemisión de Éfeso hizo Apeles, donde representó al héroe macedón con rayos. El tronco está escoltado por esfinges y estos tipos de trono son característicos de la diosa fenicia Astarté. El retrato de Apeles recuerda que Alejandro no sólo era hijo de Zeus, sino que también ejercía el poder de Zeus. En la gema de Neisos, de fines del siglo IV, Alejandro estaba representado de pie, desnudo, con rayo, con la égida de Zeus, con espada y junto al águila. Esta gema es una fusión del tipo de héroe de Lisipo, con el tipo de dios de Apeles, debida a Pírgoteles o a Neisos. Pírgoteles recibió la autorización de representar a Alejandro Magno en las gemas, y posiblemente también en las monedas.

Se tiene noticia, a través de Plinio (35.94), de una pintura que representaba a Alejandro emplazada en el *Forum Augusti* de Roma, en compañía de Niké y de los Dioscuros, hijos también de Zeus, que participaron en la expedición de los argonautas. Esta pintura conmemoraba una victoria naval, el periplo al Océano Índico, o el descenso por el Indo. En una tetradracma de Ptolomeo I, se representó en el anverso la cabeza de Alejandro Magno, cubierta con gorro de piel de elefante, típico de Dioniso. Podría ser también una alusión a África, pero es poco probable.

En las monedas helenísticas quedó bien reflejada la divinización de los monarcas helenísticos. En una tetradracma de Seleuco I, acuñado después de su muerte por su hijo Antíoco I, el soberano difunto lleva cuernos de toro, que le asimilaban a Dioniso. Estos símbolos indican claramente una tendencia a la apoteosis, que dio paso al culto al soberano. Los cuernos de toro reaparecen en las monedas de Demetrio Poliorcetes, que tenía una especial veneración por Dioniso. Bajo el gobierno de Ptolomeo III Evergetes, se acuñaron monedas de oro, que representaban a los dioses salvadores Ptolomeo I Soter y Berenice I, fundadores de la dinastía, y por otro a los dioses Filadelfos.

Las monedas de Ptolomeo II y Berenice constituye el primer caso de divinización oficial de soberanos en vida, y se les incluyó en el culto real de Alejandro en Alejandría; ello sucedió poco antes de la muerte de Arsinoe. En esta ocasión no se creó un culto nuevo, sino que sus estatuas se colocaron en el templo de Alejandro, servido por sacerdotes de éste. En cambio, Ptolomeo y Berenice tuvieron culto aparte y sólo más tarde se les incluyó en el de Alejandro. El camafeo de Viena, de comienzos del siglo III, con la representación de la culebra sobre el casco, la cabeza de Zeus Amón, y el rayo en la carrillera, probablemente represente a Ptolomeo II y a Arsinoe II, que recibieron culto en vida en la capilla de Alejandro Magno. Nada tiene de extraño que Ptolomeo lleve los atributos de Alejandro. En una octodracma de oro de Ptolomeo IV Filopator, Ptolomeo III lleva la égida de Zeus. Una novedad del culto a los Ptolomeos fue la institución de los sínodos sacerdotales, que determinaban los honores que debían tributarse a las personas de la familia real. En monedas de Antioquía, con el busto de Cleopatra se lee: «la reina Cleopatra diosa neotera». En otras de Marco Antonio, acuñadas también en Asia poco antes de su triunfo con Cleopatra, la corona de hiedra indica que los habitantes de Éfeso habían saludado al triunviro como nuevo Dioniso.

Antíoco IV Epifanes, hizo representar en sus monedas su cabeza radiada, como la

del dios sol, a la que unió la leyenda de «Antífoco rey, el dios presente.» Colocó una estatua de Zeus Olímpico esculpida por Fidias, en el Santuario de Dafne y proyectó construir un gran templo a Zeus Olímpico en Atenas; en el templo de Jerusalén recibió culto Zeus Olímpico.

El culto al soberano se inició en ocasiones al poner éste su imagen en los templos de los dioses tradicionales, y recibir allí culto. El primero que comenzó esta práctica fue Demetrio Poliorcetes, cuando estableció su residencia en el Partenón y en el templo de Apolo en Delos. Pero el caso mejor conocido es el de Arsinoe II que, muerta, fue incluida en el culto de los dioses egipcios. Arsinoe está representada como diosa en Tanis, 270-246 a. de C., delante de su hermano Ptolomeo II Filadelfo. La inscripción la identifica como hija de Amón. Arsinoe se introdujo en los templos egipcios después de su muerte. Otra mujer, Laodicea, recibió también honores divinos entre los Seléucidas:

«Menedemo a Apolodoro, a los magistrados y a la ciudad de Laodicea, saludos. He aquí la copia de la disposición que nos ha sido enviada por el rey. / Ateneos pues a las instrucciones y haced de manera que la disposición, transcrita en una estela de piedra, se emplace en el santuario más visible de los que haya en la ciudad. / Quedad bien. Año 119, el diez Panemos.

El rey Antíoco a Menedemo, saludos. Queriendo aumentar tanto como sea posible los honores debidos a nuestra hermana la reina Laodicea y considerándolo muy necesario, / no sólo porque ella comparte nuestra vida con afecto y solicitud, sino también a causa de sus piadosas disposiciones para con la divinidad, no dejamos de hacer con afecto todo lo que conviene y todo lo que es justo que ella obtenga de nosotros, / y decidimos que así como se designan para nuestro culto grandes sacerdotes en todo el reino, se designen también para ella, en los mismos lugares, grandes sacerdotisas que llevarán coronas de oro con su retrato y cuyo nombre se inscribirá / en los contratos después de los grandes sacerdotes de los antepasados y de nosotros mismos. Puesto que, en tu gobierno, Laodicea ha sido designada, que todo se ejecute conforme a las instrucciones antedichas y que las copias de las cartas, transcritas / sobre las estelas, sean consagradas en los lugares más a la vista a fin de que, ahora y en el porvenir, nuestros sentimientos con respecto a nuestra hermana sean patentes también en este punto. Año 119, el ... Xandicos.» (J. Pouilloux, *Selección de inscripciones griegas*, número 30).

El culto dinástico tuvo un origen diferente al del dado por las ciudades; probablemente, se reforzó con él el poder de la casa reinante y tuvo un fuerte carácter de propaganda política. Comenzó con el culto a Alejandro Magno, quizá en 290. Fue un culto nacional, desempeñado por un sacerdote epónimo.

Otros documentos de la divinización de soberanos helenísticos son las esculturas y bronce, como el príncipe helenístico retratado en pie, desnudo, apoyado en su lanza, que se conserva hoy en el Museo Nacional de las Termas, en Roma, del que se duda si representa a Prusias de Bitinia (de finales del III o comienzos del siguiente) o a Demetrio I Soter (162-150). La desnudez indica que se trata de un dios o un héroe. Esta desnudez heroica y las formas idealizadas, como en la estatua citada, se repiten en un pequeño bronce, probable retrato de Alejandro Balas (150-145).

Se tiene noticias de varios santuarios dedicados al culto de los soberanos, conocidos por las esculturas o por la arqueología. En Egipto, el más famoso centro de culto de los soberanos fue el Sema de Alejandría, donde se guardaba el sarcófago de oro con el

cuerpo de Alejandro Magno y probablemente una estatua de Augusto divinizado. Con los siglos, se debieron añadir los retratos de otros faraones.

Sólo en Pérgamo parecen quedar restos de un centro dedicado al culto a los reyes. En la ciudadela de esta ciudad, al Sur del Palacio de los Atálidas y al Este del famoso altar de Zeus, se levantó una estructura, que por comparación con el Heroon de Calidón, se ha interpretado como un *temenos* de culto a los soberanos. Se cree que dos grandes cabezas, una de Alejandro, interpretación de un estilo relacionado con el tipo de Lisipo y otra supuesta de Atalo I, proceden de este edificio, donde existían nichos para guardarlas.

Pero de entre los conservados, el santuario más famoso de los consagrados a la divinización de los soberanos helenísticos pertenece al antiguo reino de Commagene, situado en las montañas del Norte de Siria, entre Capadocia y Mesopotamia. En el siglo II a. de C., este reino logró independizarse de los Seléucidas, siendo gobernado por una dinastía local, que se proclamó descendiente de Darío I y de Alejandro Magno. El rey más famoso de esta dinastía fue Antíoco I (64-38), que intervino en las guerras de Roma en Oriente, del siglo I, primero como aliado de Pompeyo; después como partidario de los Partos, por lo que fue depuesto del reino por Marco Antonio. Aquí, en Nemrud Dagh, se construyó una tumba, preparada para su culto. Se tallaron en la roca tres terrazas, dos de las cuales fueron dispuestas como patios, con colosales estatuas en sus ejes principales y ortostatos esculpidos en los laterales. Se conservan varias de estas estatuas, algunas de las cuales llegan a tener hasta 10 metros de alto y son identificadas por las inscripciones. Su orden era el siguiente: la primera era una fusión de Apolo, Mitra, Helios y Hermes; la segunda representaba la Tyche de Commagene; la tercera es una fusión de Zeus y Ahuramazda; la cuarta era el propio Antíoco; la quinta una mezcla de Heracles, de la divinidad local Artagnes y de Ares. En estas esculturas se observa una mezcla del arte griego con el oriental o un injerto del arte griego en el oriental. Los gorros de la cabeza, el hieratismo de las figuras y su descomunal tamaño proceden del arte del próximo oriente; en cambio, el rostro de Antíoco y la barba de Apolo y de Zeus corresponden al gusto helenístico.

El culto griego a los soberanos fue producto del encuentro entre el pensamiento político griego y las creencias religiosas orientales. Esta fusión se debió dar igualmente en otros aspectos de la cultura; incluso las creencias iránias fueron aceptadas por los apocalípticos judíos.

En estos santuarios de culto a los monarcas helenísticos trabajaban talleres de retratistas de los soberanos. Antíoco II, en 193, escribió una carta pública, conservada en una inscripción, en la que anunció la creación de un nuevo cuerpo de sacerdotisas, dedicadas al culto de su esposa Laodice que debían llevar coronas de oro decoradas con retratos de la reina. Estas capillas funcionaban no sólo en las grandes ciudades, como Alejandría o Pérgamo, sino también en las pequeñas.

Algunos textos ilustran bien las características del culto a los monarcas helenísticos, como el siguiente decreto en el que Escepsis establece honores religiosos a Antígono al recibir su carta:

«[...] Puesto que Antígono ha enviado] a Acio quien [en todo se muestra] bien dispuesto [hacia nuestra ciudad] y continúa [manteniendo su celo] y [pide] que la ciudad le declare sus demandas; y puesto que también ha enviado / noticias del acuerdo concluido por él con Casandro, Ptolomeo y Lisímaco, copias del juramento, y noticias de lo que se ha hecho en relación a la paz y a la autonomía de los griegos; que el pueblo

/ resuelva: puesto que Antígono ha sido responsable de grandes beneficios para la ciudad y para otros griegos, ensalzar a Antígono y regocijarse con él por lo que se ha hecho; que también se regocije la ciudad / con los otros griegos porque vivirán en paz de ahora en adelante disfrutando de la libertad y la autonomía; y que Antígono reciba honores dignos de sus logros y se vea al pueblo devolver las gracias / por los beneficios recibidos, que se señale un recinto sagrado para él (temenos), se construya un altar y se erija una estatua lo más bella posible, y que se celebren el sacrificio, la competición, la coronación y el resto del festival todos los [años] / en su honor como se hacía antes. Que se le [corone] con una corona de oro de cien [estateros] de oro [de peso], y que se corone a Demetrio y Filipo con coronas de cincuenta dracmas de peso cada una; / y que se proclamen las coronas en el concurso durante el festival; que la ciudad ofrezca un sacrificio por las buenas nuevas enviadas por Antígono; que todos los ciudadanos lleven coronas y que el tesorero proporcione el dinero / para estos gastos. Que se envíen presentes de amistad a Antígono, y que se inscriban en una estela el texto del tratado, la carta de Antígono y el juramento que envió, según él / dispuso, y se guarde en el santuario de Atenea; que el secretario [supervise] la tarea, [y] el tesorero proporcione el dinero para los gastos; que todos los ciudadanos [prometan] el [juramento que se envió], / como fue [dispuesto por Antígono]; y que aquellos que han sido elegidos...» (OGIS 6).

Incluso se conocen los jarros utilizados en los cultos de los soberanos griegos, de tiempos de Ptolomeo II Filadelfo y Arsinoe, deificados como *Theoi Adelfoi*. En uno de ellos, se representa a la reina Berenice II vestida a la usanza griega, sosteniendo una cornucopia llena de frutos y realizando una libación, con una pátera decorada, sobre un altar con la inscripción «de los dioses bienhechores»; se fecha en el 243 a. de C.

El culto a los soberanos reforzaba la religión tradicional, pues los monarcas se asimilaban a los Dioses Olímpicos, como sucedió en el 247, cuando el navarca Callicrates, oficial de Ptolomeo Filadelfo, fundó el Zefiron, al oeste de Alejandría, consagrado a la reina Arsinoe, asimilada a Afrodita; Arsinoe recibió el nombre de Cipris, por su asimilación con la diosa.

Recibieron también honores los soberanos después de haber otorgado grandes favores. Así, en el año 304, Ptolomeo I liberó a los rodios del cerco de Demetrio. Los rodios le proclamaron Salvador, y le rindieron culto en el Ptolomeon levantado en el interior de la ciudad.

Por las mismas fechas fue divinizado Seleuco I, bajo el nombre de Seleuco Zeus Nicator, y Antíoco I, como Antíoco Apolo Soter. Este culto procedía de las ciudades independientes (situadas fuera o dentro de los dominios de los soberanos), del mismo monarca o de los templos y los particulares. Mucho contribuyó a ello la actitud de los poetas, que usaban el lenguaje del mito y de la deificación, y las formas de devoción empleadas cuando se dirigían a los reyes las ciudades o los particulares; pero ningún soberano instituyó un culto exclusivo a su persona. Tan sólo la rivalidad de Cleopatra II y III, a fines del siglo II, motivó la difusión de sus cultos personales. Los monarcas actuaban como dioses y como manifestación de un poder excepcional; tenían carisma divino pero se ha supuesto que no eran considerados como dioses en la tierra.

Junto al culto de los soberanos en vida, se generalizó la heroización de los personajes importantes por sus hazañas, por favores prestados, etc. Estos cultos también enriquecieron la religión griega tradicional, y continuaron viejos aspectos de la religiosidad griega, que asimilaba y admitía toda clase de nuevos cultos y rituales.

Los dioses tradicionales vieron revivir su culto. Los viejos santuarios recibían un número de devotos, como nunca antes se había conocido. Son los soberanos helenísticos los que embellecen los viejos santuarios con excelentes edificios, según testimonios aducidos en otras páginas. Pirro, por ejemplo, fue devoto del santuario de Dodona, como lo prueba su retrato del Museo Nacional de Nápoles, con la cabeza cubierta por un casco macedónico, de ancha ala, ceñido con ramo de encina: los oráculos de Dodona se obtenían del susurro de las hojas de encina. De época romana es otro retrato suyo —copia de un original griego de la primera mitad del siglo III a. de C.—, conservado en la Glyptoteca de Copenhague, en el que aparece coronado también con ramo de encina.

El hallazgo de gran número de tablillas de plomo, sobre las que se escribían las consultas, indica que este santuario era muy frecuentado en época helenística; lo mismo sucede con Olimpia y Delfos, según demuestran la arqueología y la epigrafía. Delos se convirtió no sólo en un importante mercado de excelentes relaciones con Roma, sino en un santuario de primera categoría, en el que quisieron dejar constancia de su generosidad y devoción los monarcas Lágidas, Atálidas y Antigónidas. Los reyes pugnaban por donar edificios a cual más grandioso, como se indica en otro lugar. Excepcional por su originalidad es una galería de 67 m, que guardaba un barco de guerra, consagrado al dios por una victoria naval; dos de sus pilares estaban decorados con prótomos de toro. Algún soberano costeó, seguramente, el templo de los doce dioses. Los romanos y Mitridates VI Eupator han dejado también en Delos constancia de su devoción al dios Apolo.

La veneración de los fieles que visitaban el santuario, queda bien patente en el *Himno (IV)* que Ptolomeo Filadelfo, alrededor del 275 a. de C., mandó componer al gran poeta Calímaco de Cirene. Este gran lírico, afincado en Alejandría, celebra el mito de Apolo, cuando su madre Leto, huyendo de las iras de la esposa de Zeus, Hera, se refugia en Delos, para contar diversos episodios de la infancia del dios. Dato importante es la descripción de las fiestas y ritos sagrados, que continuamente tenían lugar en el santuario. El poeta es testigo de la gran veneración que gozaba Apolo, cuando escribe: «Isla de mil altares, de mil plegarias, ¿qué marino o mercader, que atraviesa el Egeo, evita tu playa?». El poeta describe asimismo el rito de flagelar el altar y morder el olivo que la ninfa Delia había inventado, para hacer reír y entretener a Apolo.

Precisamente en la religiosidad helenística, rebrotaron los viejos ritos y mitos, que estaban olvidados o, que sin significado primordial, se habían ya borrado. Ello fue obra, principalmente, de los poetas cultos y de los eruditos. Al mismo tiempo, los versos de Calímaco demuestran que estos ritos y mitos pervivían en la religiosidad popular. En este aspecto, los *Himnos* de Calímaco son de una importancia excepcional. No se trata de composiciones de erudito que conoce perfectamente el origen de los ritos o mitos a través de la información libresca, tan de moda en la época helenística. Los *Himnos* estaban compuestos para ser recitados en la fiesta religiosa. Son auténtica poesía religiosa, encargada para unas ocasiones determinadas. Por esto, contienen gran número de alusiones muy concretas a los mitos y a los rituales, e indicaciones precisas a edifi-

cios, donde se celebraban las fiestas religiosas. Frecuentemente se recitaban acompañándose de la lira, o se cantaban a coro. El *Himno IV* se originó por la invitación de Ptolomeo II a celebrar una fiesta en Delos; el *Himno I* se escribió para una fiesta a Zeus en tiempo de Magas; el *Himno II* se compuso para la gran fiesta de Apolo en Cirene y el *Himno VI*, para honrar a Deméter en las Tesmoforias. Estos *Himnos* son un excelente exponente de la religiosidad del hombre helenístico.

Las ciudades, los soberanos y los ricos pugnaban por construir nuevos templos y hacer nuevas ofrendas. Otras veces se instituían nuevas fiestas para agradecer a los dioses especiales favores, como las *Sotéria*, creadas para conmemorar que el santuario de Delfos no fué saqueado por los galos en 279. Los generales romanos Flaminio y Paulo Emilio también rivalizaron en honrar a Apolo. Precisamente en el santuario de Apolo en Delfos ha aparecido un retrato de Flaminio, de excepcional calidad artística. La fecha de la estatua se sitúa hacia el 196, año en el que el aristócrata romano proclamó en los Juegos ístmicos la libertad de Grecia, por lo que las ciudades griegas levantaron en su honor muchas estatuas e inscripciones. Fue Silla el que se vio obligado a llevarse el tesoro sagrado del Delfos para poder mantener la guerra.

En la época helenística se celebraron de nuevo viejos rituales que desempolvaban los eruditos y que habían caído en desuso, como la *Pitáide*, que abandonada en el siglo IV, fue restaurada por Atenas en el II, celebrándose desde el 138 al 97. La ciudad del Ática mandaba una embajada, que salía en procesión del santuario de Apolo Pítico, y que hacía a pie el camino hasta el santuario de Delfos, pasando por Eleusis. Se celebraba la aparición en el cielo de una luz en forma de carro. Cuando la luz «aparecía», la procesión, compuesta de magistrados, sacerdotes y fieles se ponía en marcha, rodeada de jóvenes armados a pie y a caballo. En Delfos eran recibidos con gran solemnidad. Los fieles cantaban peanes, consagraban un trípode y celebraban concursos musicales y poéticos en los que participaban artistas dionisiacos. A su vuelta, un carro transportaba a Atenas en un trípode el fuego sagrado, que se encendía en el templo de Delfos. Se consideraba un gran honor haber participado en esta fiesta religiosa.

Todos estos documentos demuestran, pues, que la religión griega tradicional no se encontraba en decadencia en la época helenística.

Oráculos

Durante el helenismo, los oráculos florecieron como nunca. No sólo en los grandes santuarios de Delfos o de Dodona —en el Epiro— sino en otros muchos, se daban oráculos que son citados por Pausanias en el siglo II. Del santuario de Corope, en Magnesia —que pertenecía a la ciudad de Demetrias— se conocen dos reglamentos de culto muy detallados; uno de ellos es fechado en el siglo II. En estos documentos, la Confederación de los magnesios, y los magistrados de la ciudad dan normas muy precisas para consultar el oráculo, según un determinado ceremonial. Expresamente, se hace constar que un gran número de forasteros consultan el oráculo. El segundo decreto, legisla el modo de defender la yerba, los árboles del recinto sagrado, prohibiendo arrancar los árboles y apacentar el ganado.

En Asia Menor, existían desde antiguo dos santuarios muy venerados, ambos consagrados a Apolo, dios oracular por excelencia: el de Claros, cerca de Éfeso, y el Didimaion de Mileto. El oráculo de Claros se consultaba de noche, en un lugar subterráneo.

En el Didimaion los ritos oraculares se celebraban en una gran sala. Un tercer oráculo funcionaba en Dafne, en las cercanías de Antioquía, capital de los Seléucidas; su fundador fue Seleuco I. En este santuario el oráculo se obtenía del ruido de una fuente sagrada, cuyas aguas caían por la ladera de una colina. La fuente, como la de Delfos, se llamaba Castalia. Los sacerdotes eran, siguiendo la costumbre de otros santuarios, los intérpretes. Los griegos, al igual que los romanos, interpretaban el oráculo de cualquier fenómeno el vuelo de las aves, la llama de un altar, las entrañas de las víctimas, palabras incoherentes, etc.

También funcionó otro tipo de oráculos, en los que se consultaban los espíritus de los muertos, como en Éfeso y en el Épiro, junto a la desembocadura del Aqueronte. La necromancia era ya conocida en la Grecia arcaica, como lo indica —en los poemas homéricos— el descenso de Ulises al reino de los muertos; pero hacía ya muchos siglos que había desaparecido de Grecia este tipo de rito adivinatorio.

Cultos místéricos

Junto a la religión tradicional, durante los siglos del helenismo, se desarrollaron mucho los cultos místéricos, ya conocidos en Grecia de antiguo, como lo prueba el culto de Core y Deméter celebrado en Eleusis. Los cultos místéricos eran de una gran antigüedad, siendo particularmente florecientes a partir de la época helenística. Un fiel podía iniciarse en varios cultos místéricos y mantener al mismo tiempo su piedad con los dioses tradicionales.

El culto a Deméter fue trasladado a Alejandría por Ptolomeo I, que hizo venir de Eleusis a un miembro de la familia de los Eumolpidas, una de las dos encargadas del culto en Eleusis. Este personaje fue consejero religioso y organizador de los cultos eleusinos en Alejandría, que duraron hasta época romana, pues en monedas de la época de los Antoninos se representa a Triptolemo en un carro tirado por serpientes.

Deméter contó con un santuario en Pérgamo, construido por Filetero y su hermano Eumenes en el centro de la ciudad. La viuda de Atalo I, Apolonis, mandó levantar los propileos, las columnas y los *oikoi*.

El culto de Core y Deméter influyó en los tributados a las Grandes Diosas de Megalópolis, en el siglo III. En Licosura se veneraba, más que a ninguna otra diosa, a una hija de Deméter y Posidón; se conserva la estatua de culto, tallada por Damofón de Mesenia, y una ley sagrada, del siglo II.

En Andania, Mesenia, se veneraba a otro dios, sobre cuyo rito místico estamos bien informados por Pausanias y por una inscripción del 92-91 a. de C. La inscripción recoge datos muy completos sobre el derecho de asilo en el santuario; se dan normas precisas sobre las procesiones, las víctimas de los sacrificios, el papel de las sacerdotisas y los sacerdotes y sobre los vestidos y los ornamentos. Todo está minuciosamente determinado: el ritual se cumplía con una precisión asombrosa.

En época helenística, Dioniso fue muy venerado. Los ritos dionisiacos producían una liberación de los peligros de la vida cotidiana —mediante el éxtasis y la borrachera— y del temor de los muertos, por la certeza de la resurrección de Dioniso. No parece que esta función liberadora de Dioniso fuera unida a una verdadera doctrina soteriológica. Todos los símbolos dionisiacos están citados en la descripción hecha por Calixeno de la gran procesión organizada por Ptolomeo II Filadelfo, en la que Dioniso

era la figura central. Los misterios de Dioniso no eran secretos: unas cofradías dionisiacas, llamadas *tiastos*, se encargaban de todas las ceremonias del culto, que pronto se hizo muy popular. La asociación sacral, dedicada al culto de Dioniso, estaba formada por artistas dramáticos y por músicos. Un decreto de la Liga Anfictiónica, del 278-277, le otorga inmunidad y privilegios en todas las ciudades.

Según se ha indicado, algunos monarcas helenísticos estaban especialmente vinculados con Dioniso, en especial los Atálidas, que elegían como sacerdotes a familiares suyos. Los soberbios mosaicos de Pella (con Dioniso montado sobre una pantera), las escenas de la cratera de Derveni, de Borghese y otros muchos documentos que cabría recordar (como la excelente joya de oro que representa un *naískos* con Dioniso ebrio apoyado en un sátiro y acompañado de la pantera, o el relieve, del que hay muchas variantes, de Dioniso visitando a un fiel, que come en compañía de su mujer o de un amigo) indican la familiaridad de los dioses con los mortales.

Los ritos que se desarrollaban en estas orgías eran muy antiguos, y fueron descritos por Eurípides en *Las Bacantes*. En Roma, ocasionaron la primera persecución religiosa conocida en el Imperio, en el año 186 (Liv., 38.8 ss.). En ellos participaban las mujeres, y tenían fama de ser rituales licenciosos, en los que la danza desempeñaba un papel importante; se imitaba al coro de sátiros y ménades, que acompañaban al dios. Dioniso alcanzó una gran popularidad en época helenística, que pasó al Imperio Romano, como lo indican las pinturas de la *Villa de los Misterios*, en Pompeya, del segundo estilo, que describe el ritual de iniciación de la dueña de la casa. De difícil interpretación, algunas escenas representan una flagelación de los iniciados. Hay también numerosos sarcófagos dionisiacos de época imperial, que demuestran la vinculación de Dioniso con la inmortalidad a través de la iniciación de los devotos.

Pequeñas imágenes de Dioniso y sus acompañantes se multiplicaron durante el Helenismo, incluso como objetos de adorno en el mobiliario. Buenos ejemplares son las piezas, del mejor arte helenístico, aparecidas en Volubilis, la capital de los reyes de Mauritania. Incluso en cerámica, como la megárica, se incluían frecuentemente relieves de tema dionisiaco, como bacantes, ménades, sátiros, silenos, etc.

La propagación de los espectáculos teatrales, mediante compañías de artistas dionisiacos, prueba también la extensión de este culto en época helenística. Los monarcas lágidas fueron muy devotos de él. Ptolomeo II, con ocasión de las *fiestas Ptolomaicas*, celebradas en el 271, hizo desfilar por las calles de Alejandría una gran procesión dionisiaca. Para este festival, llegaron delegaciones especiales de Grecia y del Mediterráneo oriental. Así lo describe Ateneo:

«Después de hablar de otras muchas cosas y enumerar rebaños de animales, añadió (Callixino de Rodas): "Ciento treinta ovejas etíopes, trescientas árabes, veinte eubeas; veintiséis bueyes indios, todos blancos, ocho etíopes, una gran osa blanca, catorce leopardos, dieciséis panteras, cuatro linceos, tres panteras jóvenes, una jirafa, un rinoceronte etíope. A continuación, en un carro de cuatro ruedas, Dionisos en el altar de Rea, refugiado allí al ser perseguido por Hera, con una corona de oro, y Príapo de pie junto a él llevando una corona de hiedra dorada. Luego estatuas de Alejandro y Ptolomeo, llevando coronas de hiedras hechas de oro. La estatua de la virtud, de pie junto a Ptolomeo, tenía una corona de olivo hecha de oro. Príapo, en pie junto a ellos, con una corona de hiedra de oro. La ciudad de Corinto, de pie junto a Ptolomeo, estaba coronada con una diadema de oro. Junto a todos ellos se puso una tribuna para los vasos de beber, llena de copas de oro y un cuenco de mezclar de oro con una capacidad de

cinco medidas. Este carro de cuatro ruedas iba seguido por mujeres que llevaban costosos vestidos y adornos; se les daba el nombre de ciudades, algunas de Jonia y el resto eran las ciudades griegas establecidas en Asia y en las islas y que habían estado bajo los persas; todas llevaban coronas de oro. En otros carros de cuatro ruedas se transportaban un tirso (báquico) de oro, de noventa codos de longitud y una lanza de plata de sesenta codos de longitud, y en otro un falo de oro de ciento veinte codos, pintado y ceñido por tiras de oro, con una estrella de oro en su extremo, cuya circunferencia era de seis codos.

Aunque las cosas que se han mencionado en estas procesiones eran muchas y variadas, sólo hemos seleccionado las que contenían oro y plata. Pues había muchos objetos en el desfile dignos de mención, multitud de animales salvajes y caballos, y veinticuatro enormes leones. Y había otros carros de cuatro ruedas llevando no sólo estatuas de reyes sino también de muchos dioses [...] después de éstos marchaban la caballería y la infantería, todos equipados de modo maravilloso. La infantería se componía de unos cincuenta y siete mil seiscientos y la caballería de veintitrés mil doscientos. Todos tomaron parte en la procesión llevando cada uno su uniforme apropiado y la panoplia adecuada a cada uno." Pero aparte de las panoplias que todas estas tropas llevaban, había muchas otras de reserva. El solo hecho de establecer su número no es fácil; pero Callixino daba una lista. "En el concurso se honró a hombres con coronas de oro e incluso con estatuas. Ptolomeo (I) fue el primero, luego Berenice, y fueron honrados con tres estatuas en carros de oro y con recintos sagrados en Dodona. El coste total en moneda de Rodas ascendió a dos mil doscientos treinta y nueve talentos y cincuenta minas, y todo este dinero fue entregado a los oficiales encargados antes del final del espectáculo gracias al entusiasmo de los que otorgaban las coronas. Ptolomeo (II) Filadelfo, su hijo (fue honrado con) dos estatuas de oro en carros de oro erigidas sobre columnas, una de seis codos, cinco de cinco codos y seis de cuatro codos."

Qué monarquía [...] ha sido alguna vez tan rica en oro, ciertamente ninguna que se adueñase de la riqueza de los persas y de Babilonia, o explotara minas o poseyera el Pactolo (en Lidia), que arrastra oro en polvo. Es sólo el Nilo, río llamado certeramente "el que fluye con oro", el que con su ilimitada provisión de alimento produce oro puro, que es cosechado sin peligro de modo que todos los hombres tienen suministros suficientes (oro) que a la manera de Triptolemo es enviado a cada país [...] Filadelfo aventajó a muchos reyes en riqueza, y se dedicó con entusiasmo a equiparse de toda clase de cosas, de modo que aventajó también a todos en número de barcos. Los mayores barcos que tenía eran dos "de treinta", uno "de veinte", cuatro "de trece", dos "de doce", catorce "de once", treinta "de nueve", treinta y siete "de siete", cinco "de seis" y diecisiete "de cinco". Tenía el doble de barcos comprendidos entre los "de cuatro" y las galeras de guerra (?). Los barcos enviados a las islas y a las otras ciudades que gobernaba y a Libia sumaban más de cuatro mil. ¿Es necesario mencionar la gran cantidad de libros, la construcción de bibliotecas y la colección del Museo, cuando todo el mundo sabe estas cosas?» (Ateneo, *Deipnosophistae*, V, 201 b-f, 202 f-203 e = Callixino de Rodas, *FGrH*, 627 F 2).

Las *Ptolemaieia* se asimilaron a los juegos olímpicos; tuvieron competiciones atléticas, musicales, carreras a caballo, etc., en las que participaban griegos y probablemente también egipcios.

Ptolomeo IV Filopátor hizo que los directores de las iniciaciones dionisiacas le entregaran una copia del ritual para conocerlo. Mucho debió contribuir a propagar los

misterios dionisiacos el hecho de que Alejandro Magno y sus compañeros creyeran descubrir en Nysa vestigios del paso de Dioniso, cuando el dios llegó hasta la India en busca de su amada Ariadna, y volvió acompañado de ménades, bacantes, sátiros, sileños, elefantes y carros tirados por panteras, tema que fue muy representado en sarcófagos y mosaicos romanos. Alejandro Magno volvió de la frontera india como un nuevo Dioniso: en una tetradracma de Ptolomeo I, como ya se ha indicado, la cabeza de Alejandro va cubierta con el gorro de piel de elefante de Dioniso, al igual que la de Demetrio I de Bactriana. Nombres teóforos de Dioniso son muy frecuentes en esta época helenística: en una tetradracma de Mitrídates VI, del año 76-75, el rey del Ponto lleva el sobrenombre de Dioniso; también en monedas de Seleuco I y de Demetrio Poliorcetes, ambos soberanos llevan los cuernos de Dioniso.

En las fiestas dionisiacas se cantaban ditirambos y se celebraban representaciones de comedias y tragedias, que eran rituales en honor del dios. Precisamente el sacerdote de Dioniso era quien los presidía, sentado en un trono en mitad del hemiciclo, como en el Teatro de Dioniso en Atenas, cuyo auditorio, con un aforo de 14.000 espectadores, se reconstruyó en época de Licurgo (338-326).

Un ritual, en los misterios dionisiacos de Delos; consistía en llevar un pájaro, con cuello y cabeza de falo, sobre un carro de gran tamaño. Precisamente, junto al principal santuario de Apolo en Delos, se hallaba situada la capilla de Dioniso —con dos bases rectangulares coronadas por unos gigantes falos— de fines del siglo IV o de comienzos del siguiente, costeados por un ciudadano de Delos, de nombre Caristio, en conmemoración por su dirección del coro. En el lado opuesto se representa un pájaro con cabeza y cuello en forma de falo. Las inscripciones mencionan un falo de madera llevado en procesión durante las fiestas Dionisiacas de Delos; este falo indicaba que Dioniso era, en origen, un dios de la renovación de la naturaleza, de la vegetación y de la fecundidad de la tierra. El elemento místico jugaba un papel importante en los rituales dionisiacos. Pronto, diferentes utensilios de los rituales de Dioniso y de Deméter, como las panderetas y tambores, el bastón y la caja de instrumentos sagrados, se utilizaron en todas las religiones místicas.

Otro culto que se hizo también muy popular fue el de los Cabiros de Samotracia, en el que se inició la madre de Alejandro Magno, Olimpia, conocido ya desde el siglo V. Un templo a los Cabiros se construyó en Delos (aunque la iniciación sólo se podía hacer en el santuario de Samotracia) en el siglo IV, pero sus obras fueron concluidas sólo a finales del siglo II. Los iniciados formaban asociaciones, que se extendieron a todo el mundo griego, convirtiéndose en propagadores de esta religión mística. En Samotracia, junto al culto a los Cabiros, se veneraba un dios de ultratumba, identificado con Hades, de nombre Axiokersos, y a su consorte. Los Cabiros, dioses indígenas, fueron a su vez identificados con Cástor y Polux. Este culto se propagó principalmente entre navegantes, el santuario recibía visitas de los devotos procedentes de muy remotos y diferentes lugares: las islas del Egeo, Italia, Cirene, Alejandría, Asia Menor, etc. Su culto constaba de una ceremonia de iniciación y un ritual dramático del tipo de los misterios de Eleusis.

El sincretismo hizo que se identificara a los Cabiros con otros muchos dioses. Este fenómeno religioso, típico del mundo griego y romano, fue muy bien captado por Estrabón (10.466), cuando escribe: «Algunos dirían que los Coribantes, los Cabiros, los Dáctilos del Monte Ida y los Telquinos eran los mismos que los Curetes, y todos ellos eran, igualmente, tipos báquicos y entusiastas, que, con danzas armadas y tumultuosas,

con rumores, címbalos, timbales y armas, y también con flautas y con gritos, hacían crecer la excitación durante las ceremonias religiosas.» Vemos aquí qué acertadamente describe Estrabón los rituales de los cultos dionisiacos, que se imitaron en otros cultos místéricos, todos los cuales tenían un gran parecido de fondo. Dioniso estuvo muy vinculado con los cultos de Samotracia. Todos los efebos de Pérgamo, en el 135, recibían una iniciación en el culto de los Cabiros.

En el relato mitológico del dios infernal Axiokersos, como en el de Hades, se describía el rapto de una diosa de la fertilidad, que llegó a ser su consorte, de nombre Axiokersa. Su unión fue el motivo de un drama sagrado, que se representó en el festival de Samotracia. En el Herón tenía lugar la iniciación: éste, tal como se conserva, se remonta a fines del siglo IV, pero el pórtico de columnas fue rehecho en la segunda mitad del siglo II. Junto a él, se construyó el teatro y un nicho cuadrangular en medio de una piscina que simbolizaba el mar, con una Victoria sobre una proa de navío levantada a comienzos del siglo II. El carácter religioso de las representaciones teatrales queda patente también en los teatros construidos dentro de los santuarios, como en este de Samotracia, en el de Anfiario (en Oropus) fechado en el siglo III, o en el del santuario de Dodona, fechado en este mismo siglo.

En el centro de las ruinas de Samotracia se encuentra un edificio circular, la mayor construcción esférica de la arquitectura griega, levantada entre los años 289 y 281, por Arsinoe II, cuando era esposa de Lisímaco. En este edificio se celebran los sacrificios y las asambleas en el festival anual; Filipo II, Alejandro y los soberanos helenísticos levantaron en él diferentes monumentos. En el año 168, Perseo, derrotado en Pidna, buscó refugio en el santuario.

Dioses de la salud

Los dioses que curaban el cuerpo gozaron de especial veneración durante el Helenismo. El más famoso fue Asklepios, que recibía culto en su santuario de Epidauro, al que llegaban fieles de todas partes y donde se hacían curas milagrosas; los médicos públicos rendían culto a este dios. Exigía a sus devotos no sólo una pureza ritual, sino también moral, apartándose su culto en este aspecto del de los cultos místéricos. Las curaciones respondían a la práctica médica de Hipócrates, en las que la autosugestión desempeñaba un papel importante. Desde Epidauro, el culto se extendió a otras regiones del mundo griego, como Lebena en Creta, Balagrai en Libia, y a las ciudades romanas. Multitud de pequeñas inscripciones atestiguan las numerosas curaciones que los fieles alcanzaban de Asklepios. En la isla de Cos, donde Hipócrates enseñó medicina, existió otro gran santuario dedicado a Asklepios, que atrajo a una gran cantidad de devotos; la escuela hipocrática existía todavía en época helenística.

En Epidauro, por el contrario, nunca se abrió una escuela de medicina. El templo, con su altar monumental, se levantó a finales del siglo IV, siendo descrito por Herondas en una poesía del 270. Por ella se sabe que se sacrificaban gallos y se ofrecían tablillas votivas. Junto al gran altar, se encontraban las imágenes de Asklepios y de Higía, obra de los hijos de Praxiteles. Había también otras esculturas, como un niño tirando de una oca, tema típicamente helenístico, y un retrato de una dama de Cos. Una pintura de Apeles, de gran realismo, representaba un sacrificio.

Algunos relieves representaban también muy fielmente el sacrificio a Asklepios e

Higia; el dios está sentado y su hija de pie, colocada de frente, ante un altar. Una familia se dispone a sacrificar un toro conducido por un sirviente; el padre vierte sobre el altar granos, que ha tomado de una fuente presentada por un joven; el resto de la familia está compuesto por dos mujeres con un niño y otra tercera con un infante en brazos. Los devotos de Asklepios fueron tan numerosos que, en el siglo II, fue necesario ampliar el templo con la construcción de dos terrazas, que fueron añadidas a la primitiva. La inferior medía casi 100 × 50 metros; un pórtico recorría tres de sus lados y se accedía a ella por una rampa. Una escalinata conducía al altar y al templo. La tercera terraza tenía también pórticos en tres de sus lados; pero su templo era de mayores dimensiones que el interior, con peristilo dórico. Esta construcción monumental en terrazas constituye un precedente del santuario de Fortuna, en Preneste, de época silvana o del de Mulva (Sevilla).

Serapis

Es una creación original de los Ptolomeos, aunque este dios ya recibía antes culto en Sínope. Con él, al igual que con otros muchos dioses griegos, se dio un fenómeno de sincretismo, al asimilarse con dioses de otros panteones, con lo que la religión griega se enriqueció. Serapis era venerado en tiempos de Ptolomeo I, según una indicación de Tácito (*Hist.*, 4.83-84):

«Todavía nuestros autores no han escrito nada referente al origen de este dios. He aquí lo que cuentan de él los sacerdotes egipcios. Mientras Ptolomeo, el primer rey macedónico que hizo florecer Egipto, se ocupaba en embellecer la ciudad de Alejandría, de fundación reciente, con las fortificaciones, los templos y el culto, vio en sueños a un joven de belleza fascinadora y de una estatura extrahumana, que le aconsejó enviar al Ponto hombres de confianza para buscar allí su estatua. Esta estatua daría prosperidad al reino y llenaría de grandeza y de gloria a la ciudad que la poseyera. Al mismo tiempo vio al joven elevarse al cielo en un torbellino de fuego. Ptolomeo, asombrado por la promesa y el prodigio, mandó buscar a sacerdotes egipcios, quienes gozan de la facultad de interpretar los sueños, pero, como ellos conocían poco el Ponto y los países extranjeros, se dirigió a Timoteo, ateniense, del pueblo de Eumólpides, a quien había hecho venir, como presidente de las fiestas de Ceres. Timoteo, habiendo interrogado a personas que habían viajado por el Ponto, se enteró de que allí existía una ciudad llamada Sínope y no lejos de esta ciudad un templo, que, según una antigua tradición del país, estaba consagrado a Júpiter-Plutón, pues se veía delante del dios, una imagen femenina, atribuida generalmente a Proserpina. Ptolomeo, con ligereza natural entre los príncipes, tan inclinados al temor como a la seguridad, y ocupado más de los placeres que de los dioses, olvidó poco a poco este oráculo, dedicándose a otros asuntos. Hasta que volvió a ver al mismo joven, más terrible y amenazador, quien le anunció que perdería el reino y se perdería a sí mismo si no cumplía sus órdenes. Entonces Ptolomeo hizo marchar rápidamente embajadores con presentes a Escidroteo, rey a la sazón de Sínope, y recomendó a los navegantes hacer escala en Delfos para consultar allí el oráculo de Apolo. La travesía fue feliz. El oráculo no fue dudoso: les dijo que prosiguieran su ruta y se llevaran la estatua de su padre, dejando la de su hermana.

Llegados a Sínope, presentan a Escidroteo los regalos, las súplicas, las instrucciones de su rey. Escidroteo dudó, ya por temor al dios, ya por temor a las amenazas

y oposición del pueblo. Sin embargo, los regalos de mensajeros le tentaban. Pasó tres años en esta indecisión, durante los cuales Ptolomeo no cesaba en sus plegarias. Aumentaba la pompa de la embajada, el número de naves y la riqueza de los regalos. Por fin el joven se apareció con rostro amenazador a Escidrotemo, diciéndole que no tardase más la ejecución de los deseos de un dios. Como aún no hiciera caso, el cielo envió plagas de toda especie y enfermedades y de día en día se manifestaba aún más su cólera. Convocada la asamblea, expone los mandatos del dios, su visión, la de Ptolomeo y los males que se iban a desatar contra ellos. El pueblo estaba en contra del rey, envidiaba a Egipto, temía por sí mismo, y no cesaba de rodear el templo. Se esparció el rumor de que el mismo dios, por su voluntad, había transportado la estatua a las naves amarradas en el litoral. Después, por otro prodigio, aunque el trayecto era inmenso, no tardaron sino tres días en arribar a Alejandría. El templo, digno de la magnificencia de la ciudad, fue construido en un barrio que se llamaba Racotis, donde antiguamente había estado una capilla consagrada a Serapis y a Isis. Esta es la tradición más constante acerca del origen y del traslado del dios. Sé que hay algunos que le hacen venir, en tiempo del tercer Ptolomeo, de Seleucia, ciudad de Siria, y otros ponen la sede, de la cual fue trasladado, en Menfis, en otro tiempo tan célebre y apoyo del viejo Egipto. En cuanto al mismo Dios, muchos creen que es Esculapio, porque sana los cuerpos enfermos; otros, Osiris, antiquísima divinidad de aquel pueblo; otros muchos pretenden que es Júpiter, por su poder omnímodo; pero la mayor parte conjeturan que es Plutón y se fundan en los diversos atributos por los que se le reconoce más o menos claramente.»

Serapis fue resultado de la combinación de Osiris, esposo de Isis —dios de carácter funerario—, y del buey Apis, venerado en Menfis. Al dios traído de Sínope se le denominó Serapis. Se conservan muchas imágenes suyas. Una de las mejores, ya de época romana, se ha hallado en Valladolid. Se le representaba con el rostro de Asklepios, Zeus o Hades, caracterizado por su majestad, con largos cabellos ensortijados y barba crecida. Un *calatos* troncocónico, símbolo de la fertilidad, con espigas de trigo y ramos de olivo en relieve, coronaba su cabeza. El dios vestía a la moda griega. Estaba entronizado, con Cerbero a sus pies. El famoso *Serapeum* de Alejandría, levantado por Ptolomeo IV guardaba su imagen, realizada en materiales nobles, y de la que existen muchas copias, seguramente inspiradas en el Zeus de Briaxis, que bien pudo ser el escultor de la estatua de Sínope, citada por Tácito. Precisamente Briaxis trabajó en el Mausoleo de Halicarnaso, hacia el 350.

Una moneda de bronce de Antonino Pío muestra el *Serapeum* de Alejandría con la imagen del dios. El templo fue destruido por fanáticos cristianos en 391 d. de C.

Sobre los aspectos de su culto, Calímaco proporciona algunos datos. El poeta de Cirene compuso dos epigramas para dos ofrendas a Serapis. Una de ellas era un monumental candelabro de veinte pisos; la segunda era un carcaj con su arco, que le dedicó un mercenario cretense que había participado en la campaña contra Euhespérides, en el año 246. Demetrio de Falero coleccionó himnos en honor a Serapis, que después se utilizaron en todo el mundo.

El culto a Serapis fue griego en sus inicios como griegos fueron sus devotos. Al igual que Cirene tributaba culto a Zeus-Amón, que se representaba con un rostro típicamente griego, de ensortijada barba, con cuernos de carnero y orejas de animal. Su culto databa de cuando los colonos de Cirene se pusieron en contacto con el dios Amón, venerado en el oráculo de Siwa, e identificaron al dios Amón con el padre de los dioses

y de los hombres griegos. Amón era un dios de carácter solar, el mayor dios del panteón egipcio, que se correspondía fácilmente con Zeus, dios del cielo y el supremo del panteón griego. Las imágenes de Zeus-Amón eran las mismas que las de Zeus, a las que se añadió las orejas de animal y los cuernos de carnero.

El santuario más famoso de Serapis fue el ya citado *Serapeum* de Alejandría. Su culto se extendió rápidamente y sus templos se multiplicaron. Sólo en Delos se le erigieron tres templos; dos de ellos eran privados (el más antiguo del siglo III) y el tercero de carácter oficial: su culto era mantenido por la ciudad y data del siglo II. De Atenas llegaba cada año un sacerdote, para intervenir en el culto oficial de este dios, lo que prueba que estos santuarios recibían devotos de otras ciudades. Serapis se asoció también a otros dioses egipcios —como Isis, Harpócrates o Anubis— aunque su culto fue específicamente griego.

Las inscripciones de Delos indican que Serapis tenía la primacía entre todos los dioses que se veneraban con él. Después del culto de Serapis y del de Isis, los cultos egipcios más extendidos fueron los de Osiris, Anubis y Harpócrates. En muchas ciudades, estos dioses fueron incluidos en los cultos públicos oficiales y existían en ellas asociaciones privadas culturales. Una de las particularidades de los templos de Serapis era la presencia en ellos de personas que permanecían durante cierto tiempo en el recinto sagrado por algún motivo. Determinadas familias sacerdotales se encargaban del culto, junto con funcionarios públicos y cofradías.

En una inscripción del *Serapeum* de Delos se narra el origen de uno de estos cultos orientales: «El sacerdote Apolonio hizo este documento por orden del dios. Nuestro abuelo Apolonio, un egipcio de la clase sacerdotal, trajo consigo a su dios cuando llegó de Egipto y continuó sirviéndole según sus costumbres ancestrales. Se cree que vivió noventa y siete años. Mi padre Demetrio le sucedió y siguió sirviendo a los dioses, y, con motivo de su piedad, el dios le concedió el honor de un retrato en bronce, que le fue dedicado en el templo del dios. Él vivió sesenta y un años. Cuando yo heredé los objetos sagrados y asumí el encargo de conservar el culto, el dios me otorgó un oráculo durante el sueño. Me dijo que no debía permanecer en locales alquilados, como antes, sino que debía poseer un *Serapeum* dedicado a él y que él mismo encontraría el lugar donde debía establecerse y me lo indicaría. Y así fue. Ahora el lugar estaba lleno de estiércol y estaba inscrito en un aviso de venta expuesto en el mercado. Así como el dios lo quiso, se efectuó la compra, y el templo fue construido en seis meses. Pero algunas personas se sublevaron contra nosotros y contra el dios y promovieron una acción pública contra el templo y contra mí, para que nos infligieran un castigo o multa. Pero el dios me hizo una promesa en el sueño: "Nosotros venceremos." Ahora que el proceso ha terminado y hemos vencido de forma digna del dios, rendimos justas gracias y alabanzas a los dioses. He aquí el himno de Maiistas sobre este argumento.»

Isis

Isis fue muy venerada en el mundo helenístico y en el Imperio Romano. Esta diosa era ya conocida en el Mediterráneo desde la gran colonización, a través de amuletos que repartió el comercio fenicio por todo el Occidente. De la diosa se conservan multitud de imágenes, aunque en su culto no había ningún tipo de iniciación, pues la religión egipcia desconocía la iniciación de los vivos. En algunas figuras se acusa la in-

fluencia de las imágenes con peplos, de tiempos de Fidias; otras siguen modas de comienzos del helenismo. En varias imágenes la diosa está acompañada del pequeño Horus; a veces, tienen elementos tomados del arte egipcio, como el peinados con plumas, los cuernos de vaca y el nudo sobre el pecho.

En la religión egipcia, Isis era una diosa virgen madre. En algunas imágenes, como en una procedente de Delos, datada en el siglo II, lleva el nudo sobre el pecho, atributo suyo, y la cornucopia, símbolo de Tyche. En esta imagen hay una asimilación de los dioses más populares del helenismo. En el culto de Isis, la música, tocada con sistros, desempeñaba un papel muy importante. Dos pinturas pompeyanas (una de ellas de Herculano) representan escenas de culto a Isis. Los sacerdotes llevan la cabeza rapada y los devotos tocan sistros. Durante el Helenismo, Isis fue la patrona de la navegación, aspecto en el cual su culto es específicamente griego. Sus himnos conservados, de muy diversa procedencia, dan algunos aspectos curiosos de su culto. La novela de Apuleyo, *El asno de oro*, es la fuente más importante para el conocimiento del culto de Isis y del carácter de la diosa. Isis enseñó a los hombres el lenguaje, la escritura, la justicia, el derecho, la agricultura, los misterios y la curación de enfermedades. Su carácter astral es muy claro. Todo el universo, y hasta el destino, le estaban sometidos.

Isis también proporcionaba la inmortalidad a sus devotos; de ahí que un difunto, en Delos, lleve en su mano derecha un sistro, como garantía de inmortalidad. Isis, Osiris y Serapis están íntimamente relacionados con la inmortalidad.

En el helenismo, debido a un conocimiento más profundo de la astronomía, los dioses de carácter astral —como la propia Isis— alcanzaron gran popularidad. La astronomía influyó en el pensamiento teológico: los astros se adoraban como dioses; pero ello no llevó a una teología solar, que sólo se desarrolló en el Imperio Romano, a partir del siglo III d. C.

Otros dioses. Cibeles

Entre los dioses extranjeros aceptados por los griegos, algunos lo fueron desde antiguo, como Cibeles, la Gran Diosa de Anatolia, cuyo templo en Atenas era el archivo del estado ateniense. Se trataba de una diosa de la fecundidad, que alcanzó una gran popularidad en Asia Menor, como la Artemis Efesia. Su culto penetró en Roma, con ocasión de la Segunda Guerra Púnica, cuando el Senado solicitó una imagen suya para transportarla a Roma y lograr con su presencia vencer a Aníbal. A su sombra, penetraron otros cultos de dioses menores, como Atis, el dios castrado que se cubría con gorro frigio y Agdistis. Atis, como dios funerario, obtuvo una gran popularidad en el Imperio Romano; algunos aspectos de su culto, como la castración, practicada por sus sacerdotes, repugnaron siempre a los romanos; pero estos aspectos chocantes de su culto atrajeron la curiosidad de los griegos, como el ateniense Timoteo, que en tiempos de Ptolomeo I estudió su culto. De antiguo hubo en Grecia rituales orientales, por ejemplo, en el templo de Afrodita en Corinto hubo prostitutas sagradas; en el Artemisión de Éfeso, la imagen de la diosa no seguía cánones griegos, participando en su culto eunucos sagrados.

En algunos relieves Cibeles es representada de pie vestida a la moda griega, con sus atributos (como el león), y sosteniendo un pandero; empuña un cetro y una corona ciñe su cabeza. Atis viste el traje frigio (túnica corta y pantalón), manto colgado de los hombros y una devota acompañada de un sirviente. Estos relieves se fechan en el siglo II. El culto a Cibeles se hizo muy popular en la época helenística.

Los griegos fueron siempre propensos a aceptar los dioses de Asia y Egipto. Entre las primeras figuran Men, Atargatis (asimilada a Afrodita) y Haddad (asimilado a Zeus), llamados los dioses sirios. En los santuarios de Atargatis funcionaban teatros, pero no había iniciaciones individuales. Astarté era asimilada a Afrodita; Melqart de Tiro lo era a Heracles. Los templos más famosos de este último se hallaban en Tiro y en Cádiz. En esta última ciudad, el ritual fue siempre típicamente semita.

El mundo helenístico conoció multitud de santuarios públicos y privados, locales donde se practicaban ritos antiquísimos. En cada ciudad, los cultos a los héroes y los cultos domésticos eran muy florecientes, así como los cultos agrestes lo eran en la campiña.

Los griegos de época helenística adoraron a dioses extranjeros, y los indígenas a los griegos. En las ciudades se daba una mezcla maravillosa de religiones; en Susa, durante los siglos II y I a. de C., cuando era ya una ciudad griega, con una guarnición asentada en la acrópolis, el principal templo de la ciudad estaba dedicado a la diosa local Nanaia.

Asociaciones religiosas

Otra característica de la época helenística es la proliferación de asociaciones religiosas. En la Atenas del siglo III se tiene constancia de varias, en honor de Asclepio y de Bendis, y algo más tarde, en el Pireo, en honor de Dioniso. El puerto del Pireo era el asiento de varias asociaciones de extranjeros, con sus templos donde practicaban culto a los dioses de sus países de origen: los egipcios a Isis y los chipiotras a Afrodita. A finales del siglo III se documenta una cofradía de Serapis y su culto contaba con devotos entre las familias ricas atenienses, pese a lo cual Serapis no tuvo en Atenas gran arraigo.

La revitalización de la religión griega tradicional no motivó conflictos con los cultos de origen no griego. Sólo en el año 167-166 se intentó suprimir el *Serapeion* privado de Delos; también en el Ática, en Rammunte, hubo una ligera oposición al culto de Agdistis.

El ataque a la religión griega tradicional

No tuvo un fuerte impacto en la religión de la masa, la crítica a la religión. Al comienzo del periodo helenístico el principal ataque llegó de Evemero, que vivió a fines del siglo IV y a comienzos del siguiente. Evemero había tenido predecesores en el agnosticismo de Protágoras, en el ateísmo de Pródico y en las teorías sobre la religión de Demócrito y de Critias.

Este personaje publicó una obra filosófica, como hemos expuesto anteriormente, en la que narraba un viaje a un país imaginario, Panjaia, situado en el océano Índico, cuyos habitantes procedían de Escitia, Creta y la India; los sacerdotes eran cretenses. En una inscripción colocada en el templo de Zeus Trifilios, se leían los nombres de los reyes del país; Urano, Cronos y Zeus, dioses tradicionales de Grecia, cuyos mitos eran hechos históricos sin relación con la religión. Zeus viajó a lo largo del mundo, haciendo continuos favores a los mortales; después murió en Creta. La gente, agrade-

cida por los favores otorgados, le levantó altares y templos y le convirtió en dios. Para Evemero, los dioses fueron hombres de gran prestigio, que vivieron en tiempos anti-quísimos y que, después de morir, recibieron culto y fueron divinizados; sólo los astros son inmortales y eternos. Se daba al fenómeno religioso una significación histórica, que desacralizaba radicalmente la religión griega.

No se ponía así en duda la existencia de los dioses, ni su poder; sólo se daba una interpretación histórica a los mitos. Las teorías de Evemero, que fue considerado un ateo en su tiempo, fueron utilizadas en siglos posteriores por los cristianos como argumento contra la religión pagana; pero no se extrajeron de ellos sus últimas consecuencias.

También la escuela filosófica de Epicuro hacía un serio ataque a la religión. Sus ideas nos son bien conocidas gracias al poema latino escrito por Lucrecio y publicado por Cicerón. Para el vate latino, la religión tiene un poder opresor para la humanidad. Estas ideas tampoco calaron en la masa de los fieles.

Epicuro no negaba la existencia de los dioses, sólo su providencia. Si los dioses no se ocupaban de los mortales, éstos tampoco debían ocuparse de aquéllos. Atacó también Epicuro la magia y la superstición, tan arraigadas en el mundo helenístico y después en el romano; por ello fue alabado por algunos autores cristianos.

Otra gran escuela filosófica del helenismo, el estoicismo, enseñaba que la Providencia regía todo el universo. Su teoría religiosa ha quedado bien expresada en el Himno a Zeus, obra de Cleante. Un dios supremo gobierna el universo, donde se dan el bien y el mal. Un principio moral fundamental de los estoicos es la distinción de lo que se escapa al control humano y de lo que depende de él. El estoicismo tendía a un monoteísmo. Para los estoicos, la divinidad es una, pero recibe diferentes nombres según su función. El estoicismo es panteísta, materialista e inmanentista; la divinidad no se consideraba separada de la materia. Tuvo, sobre todo por su moral, un gran influjo en el Cristianismo. Las concepciones nuevas de los filósofos sobre el universo tuvieron un gran impacto en la religiosidad, pero en siglos posteriores, ya durante el Imperio Romano.

En el helenismo se generalizó poco a poco la idea de que el mundo era regido por un poder superior, que se denominó Tyche, y los romanos llamaron Fortuna. En época helenística las ideas abstractas, como la riqueza, la victoria, etc., tendieron a concretarse, y lo mismo ocurrió con la Fortuna. Algunas ciudades instauraron un culto al Demos, a la Paz, a la Concordia y a la Polis, precedentes del culto a Roma, que tanto arraigó en Oriente. En el 195, Esmirna levantó un templo a Roma, ejemplo imitado por otras ciudades.

La Niké y la Tyche fueron muy populares en los siglos helenísticos. Se las representaba continuamente. De aquélla, la escultura más famosa es la llamada Victoria de Samotracia, datada en finales del siglo III o a comienzos del siguiente; estaba colocada sobre una nave, al igual que aparece en una tetradracma de Demetrio Poliorcetes. Se ha supuesto, pero ello no es seguro, que conmemoraba la victoria de la flota rodia sobre la seléucida, en 190.

Ya Alejandro Magno, en el reverso de sus monedas de oro, mandó grabar la imagen de una Tyche alada, con un ramo de laurel, símbolo de las victorias del soberano macedón en mar y tierra. Esta imagen se repite en muchas otras monedas, como en una tetradracma de Lisímaco, acuñada en Pérgamo, con una Atenea Nikéfora. Precisamente Atenea portadora de Victoria tenía un santuario en la segunda terraza de la

Acrópolis, fechado a finales del siglo IV. Eumenes II rodeó el templo con dos stoas y levantó la puerta monumental.

En el reverso de una tetradracma de plata, acuñada en Persépolis por Seleuco I, Niké corona un trofeo. Se conservan varias terracotas procedentes de Mirina, en Etolia, que eran imágenes de Niké, fabricadas para ser colgadas: se fechan a comienzos del siglo II. La Tyche más famosa que se conoce es la de Antioquía, sentada sobre la personificación del Orontes, con corona torreada y espigas en su mano derecha, símbolo de la fertilidad. La escultura original, fundida en bronce, es obra de Eutíquides de Sición, discípulo de Lisipo, que fue comisionado para hacer esta obra después de la fundación de la ciudad, en el año 300. En Tebas, la imagen de la Tyche sostenía a Plutón, la riqueza, en brazos.

Magia, astrología y adivinación

La magia y la superstición estaban muy extendidas entre la población. A la entrada de las casas o dentro de ellas, se colocaban objetos de carácter apotropaico, como falos, que después fueron muy utilizados en época romana como amuletos. Otras veces se ponían esqueletos y calaveras grabados en las piedras de los anillos. Este mismo carácter apotropaico deben tener probablemente los esqueletos representados en uno de los vasos de Boscoreale, ciudad próxima a Pompeya, con nombres de filósofos o poetas: sobre uno de ellos aparecen los de Sófocles, el poeta bucólico Mosco; Zenón, y los filósofos, y Epicuro, creador del epicureísmo. En otro, se grabó los de Arquíloco tocando la lira, Menandro sosteniendo una antorcha y dos máscaras de Comedia y Eurípides. Durante el banquete descrito por Petronio, el protagonista, Trimalción, saca un esqueleto para estimular a los comensales a seguir disfrutando de los placeres de la vida.

También tenían carácter mágico ciertas fórmulas escritas en las casas, en las que se afirmaba que la desgracia no podía entrar allí, por habitar en el sitio algún dios determinado. Este mismo sentido mágico tenían las tablillas de imprecación, en metal o en mármol, o los signos de dioses extranjeros colocados en las casas, como el de Tanit, en el vestíbulo de la Casa de los Delfines en Delos.

Asimismo se usaban con fines mágicos unas tablillas, en las que se escribía el nombre de la persona a quien se quería perjudicar, y a menudo también el órgano preciso, invocando a Hermes o a Hécate. En Cnido, se colocaron en público unas tablillas con la relación de crímenes, para obligar al causante a reparar los daños; si éste no aparecía, la tablilla se depositaba en el templo de Deméter.

El Oráculo de Delfos, en época helenística, se valió de sortilegios para obtener oráculos, lo que no había hecho antes.

En la astrología y en la magia hubo una preocupación religiosa, que intentaba adueñarse de los resortes del mundo. La astrología era lo contrario de la magia: estudiaba las fuerzas inalterables. El interés por esta disciplina aumentó al final del mundo helenístico, coincidiendo con el florecimiento del platonismo. A Beroso, sacerdote babilonio, se le atribuye la fundación de la astrología en Cos. En su *Babyloniaká*, dedicada a Antígono I, resumió los mitos y leyendas de su patria. Sin embargo, en la astrología helenística influyó el libro de Necepsos Petosiris, escrito en Egipto durante el siglo II. Un tratado sobre astrología circulaba bajo el nombre de Hermes Trismegisto. Entusiasta de esta ciencia fue Hiparco de Nicea.

De Egipto procede la división del cielo durante la noche en 36 sectores, cada uno de ellos gobernado por una divinidad y en relación con las propiedades mágicas de piedras y plantas.

Platón, en la *República* (2.364 b), arremete contra los charlatanes y adivinos, que acudían a las puertas de los ricos para convencerles de que, mediante sacrificios y encantamientos tenían el poder de los dioses para expiar y curar las faltas cometidas por sus antepasados, o por ellos mismos, y que, mediante ciertos métodos, se obligaba a los dioses a hacer daño a una persona. En *Las Leyes* (10.909 b), habla el mismo autor de los que hechizan a los muertos y a muchas personas en vida, persuadiendo a los dioses con sortilegios, plegarias o sacrificios. Todo lo hacían por el dinero. En los ejércitos helenísticos no figuraban adivinos.

Teofrasto describe al supersticioso bañándose todo el día, haciendo aspersiones e invocaciones a los correspondientes dioses por cualquier motivo. Durante el día, llevaba una hoja de laurel en la boca, y sobre sí, una hierba. Acude a casa de los adivinos a interpretar sus sueños. En un idilio de época de Teócrito, se narra una práctica mágica, hecha por Simeta, para atraer a su amante infiel, Delfis: la protagonista busca una hoja de laurel; pide que le traigan las sustancias mágicas y un vaso envuelto en lana carmesí. Invoca a la luna y a Hécate Ctonia, para que la asista en los ritos y haga que éstos sean eficaces, como fueron los de Circe y Medea. Arroja luego al fuego diversas sustancias, incluso un trozo del manto de Delfis. Todo va acompañado de plegarias. En cada operación había que hacer girar una rueda.

Apolonio de Rodas, en *Los Argonautas*, describe los encantamientos que Medea prepara en el templo de Hécate. Escenas similares eran muy frecuentes en el Helenismo.

La inmortalidad

Las inscripciones funerarias son un fiel reflejo de las creencias sobre el más allá. Algunas expresan la duda o la negación. Epicuro, y el filósofo Teodoro, que enseñó en Alejandría, habían negado todo tipo de inmortalidad; pero esta creencia no era la generalizada. La opinión que sobre los difuntos tenía el hombre helenístico está bien expresada por Plutarco, en su *Consolación a Apolonios* (27): «No solamente tenemos a los difuntos por bienhechores. Creemos que es un sacrilegio mentir en su nombre o hablar mal. Son mejores y más poderosos. Esta creencia es entre nosotros tan sólida y tan antigua, que nadie puede decir cuándo ha comenzado, ni a quién se debe. Existe de siempre.»

Existía frecuentemente la creencia en una inmortalidad de carácter astral; el alma se marchaba al aire. Junto a esta creencia se documenta la de la permanencia en el reino subterráneo de Hades, o en un lugar como las islas de los Bienaventurados, de las que habla Estrabón (3.150).

El Hades era el reino de Perséfone y de Plutón, representado en Etruria en la *Tumba del Ogro*, fechada en los siglos III y II. La iniciación en las religiones místicas, por lo menos en la dionisiaca, aseguraba a los fieles la inmortalidad, al tiempo que les defendía de las disposiciones del destino. Ello se pretendía también con las láminas de oro depositadas en las tumbas helenísticas: siete de ellas se encontraban en el sur de Italia, y ocho en Roma, Tesalia y Creta, fechadas en el siglo IV y comienzos del Imperio. En ellas, se leen referencias a las relaciones con la reina de ultratumba, al viaje

al más allá y a la divinización del difunto. Perséfone era una diosa muy vinculada con la idea de inmortalidad. En Cirene, sobre la tumba de una mujer, se colocó una estatua de la diosa.

En época helenística, se dio una tendencia a heroizar a los difuntos y a deificar a los monarcas, según se ha indicado ya. En el último periodo del helenismo, los altares sustituyen a las estelas en Cos, Rodas y en el suroeste de Anatolia, lo que prueba un culto a los difuntos heroizados.

Coexistieron la cremación y la inhumación. En Atenas prevaleció esta última. Las cenizas del incinerado se depositaban en recipientes de cerámica, metal o en una urna de plomo. Las ofrendas consistían en armas, si se trataba de un guerrero, joyas, vasos, terracotas, etc. También los monumentos funerarios variaron de unas regiones a otras. Las sirenas se generalizaron, como símbolos funerarios, entre los griegos de Occidente. En Tesalia, se puso de moda representar sobre las estelas, coronadas por un frontón, símbolos femeninos, como la granada, o pintar el banquete funerario, como en la estela de Demetrias de Tesalia. La costumbre de pintar las estelas se extendió hasta Alejandría, donde se representaron jinetes acompañados de un sirviente o escenas de despedida.

En Sidón fue frecuente el uso del sarcófago, al igual que en el sur de Rusia y en Egipto. También se usaron sarcófagos de madera.

En Licia y Cirene hay tumbas excavadas en la roca, existiendo en Alejandría tumbas con varias habitaciones, antecedentes de las catacumbas.

En otros lugares, se construyeron mausoleos, del tipo del de Halicarnaso, en el que trabajaron Timoteos, Briaxis, Leojares y Escopas. La tumba más grande del helenismo es el Mausoleo de Belevi, en las proximidades de Éfeso, muy parecido al Mausoleo de Halicarnaso. Una pirámide corona la *cella*, rodeada de un peristilo de columnas. El pie de la pirámide estaba flanqueado por grifos, y las esquinas por pares de caballos. Fue levantado poco después del 300 como tumba de Lisímaco, que se trasladó a Éfeso, sobre el 290. Quedó incompleto, debido probablemente a su muerte en 281. El cuerpo de Lisímaco, fue incinerado en el Quersoneso Tracio y el mausoleo pasó a manos de Seleuco. Éste fue, al parecer, reutilizado por un soberano seléucida, quizá Antíoco II, muerto en 246.

La mayor tumba de Macedonia conocida es la de Lefkaelia, cerca de Naoussa. Es de dos plantas: la primera, con columnas dóricas y pinturas entre ellas; la segunda y superior lleva columnas jónicas. El espacio entre ambos pisos tiene escenas de lucha y es del mismo tipo que la tumba real de Aegeae, en Vergina. Entre las columnas dóricas están representados: el difunto, que nos es desconocido, Hermes, el guía de los muertos, y Aeco y Radamante, jueces de los muertos, según nos dice Platón. Acaso reciben a un soldado, probable dueño de la tumba, que les es presentado por Hermes Sicopompo. Este monumento se fecha a comienzos del siglo III.

Otra posible escena de ultratumba es la representada en el Hierónimo de Rodas, de fines del siglo III o comienzos del II. Formaba parte probablemente de un *heroon*. La composición expresa las creencias sobre ultratumba. Un pilar divide dos escenas: la de la izquierda probablemente se sitúa en la vida y podría significar una disputa filosófica; en la de la derecha están representados Hermes Sicopompo, Perséfone, Plutón, el difunto junto a un par de figuras sentadas, los espíritus del difunto, una figura alada (un juez de ultratumba?), otra figura sentada y una dama saliendo de la tierra (un pecador condenado al Tártaro?). Se ha supuesto que Hierónimo es el filósofo rodio del mismo nombre, que murió hacia el 220. El escultor del relieve se llamaba Demetrio.

Otros monumentos reproducen escenas de despedida del difunto, como un altar de Rodas, levantado en honor de Comos de Laodicea. Se fecha en el siglo II o I. Los griegos de Asia con frecuencia representaron sobre sus tumbas escenas del banquete funerario, con protomos de caballos en las esquinas. El banquete podría significar la buena ventura del muerto en la otra vida, mejor que una alusión al banquete funerario en sí. En la estela de Apolonia, de la segunda mitad del siglo II, los dos acompañantes llevan, respectivamente, la antorcha y un frasco de perfume usados en los ritos fúnebres.

En las tumbas griegas del siglo IV en adelante, se representaron con frecuencias sirenas, cuyo sentido escatológico se desconoce; así, en la tumba de Parmenisco de Apolonia (Iliria), del siglo II. El uso de pinturas de tema funerario, como el banquete, fue en época helenística más frecuente que los relieves del tipo de la estela de Demetrias en Tesalia.

El difunto, reclinado sobre la tapa de un sarcófago, con pátera en la mano, sólo se conoce entre los griegos del este, antes de la llegada de los romanos, en un ejemplar de Belevi; recuerda los relieves con escena de banquete fúnebre.

Otras tumbas eran más complicadas, como una de Eretria, en Eubea, fechada en el siglo III. Es una tumba de cámara, precedida de una antesala, todo ello cubierto con un gran túmulo, como en Macedonia, que debió estar coronado por un monumento de mármol. En la cámara funeraria había camas y tronos de mármol.

La cúpula del *tholos* funerario de Kazanlak, en Bulgaria, construida hacia el 300, está decorada con pinturas que representan probablemente el ritual seguido. Al matrimonio, que quizá sean los dueños de la tumba, se acercan unos sirvientes con ofrendas, acompañados de músicos, como en la tumba de los escudos de Tarquinia, del siglo III. También se reprodujeron carreras de carros —que sin duda formaban parte del ritual— como en los funerales de Patroclo, tema favorito de los griegos de los siglos IV y III a. de C., y en las tumbas etruscas (tumbas de las Olimpiadas, del Colle Cassuxini, della Scimmia y delle Bighe).

Una arquitectura diferente de monumentos sepulcrales son las tumbas excavadas en la roca, con fachada con columnas jónicas y frontón; en el interior, existe una cámara funeraria y poyos adosados a las paredes para depositar los sarcófagos. Se fechan en el siglo IV-III. En Cirene hay tumbas de fachada, datadas en época ptolemaica, que derivan de modelos alejandrinos, probablemente de la mitad del siglo III.

También en Cirene se documenta la tumba en forma de torre, del siglo II. Filón de Bizancio aconsejaba usar estos monumentos en caso de guerra.

Se construyeron asimismo monumentos funerarios de un lujo excesivo. Ello motivó la prohibición de monumentos muy suntuosos por parte de Demetrio de Falero.

Una última característica de la religiosidad funeraria de la época fue la suntuosidad y el lujo de ciertos funerales. Uno de los más grandiosos fue el de Hefestión, compañero de Alejandro, del que Diodoro (XVII.115.1-5) dice:

«Cada uno de los generales y amigos quisieron satisfacer los deseos del rey e hicieron imágenes de Hefestión con marfil, oro y otros materiales considerados de gran prestigio. Alejandro reunió artesanos y un ejército de obreros y derribó la muralla de la ciudad en una longitud de diez estadios; juntó tejas y niveló el lugar donde iba a situarse la pira, que construyó de forma cuadrada con una longitud de un estadio de lado. Dividió el área en treinta secciones y extendiendo las tejas sobre los troncos de palmeras, construyó toda la estructura de forma cuadrada; entonces decoró los muros exteriores. Sobre las hiladas de los cimientos se pusieron en orden cerrado proas de quin-

querremes de oro, doscientas cuarenta en total. Encima de cada una se colocaron dos arqueros arrodillados de cuatro codos de altura y figuras armadas de cinco codos, mientras que los espacios intermedios fueron ocupados por estandartes rojos de fieltro. Sobre todo esto, en un segundo nivel, se colocaron antorchas de quince codos de altura, con guirnaldas de oro en sus asas; en sus extremos llameantes se posaban águilas con las alas desplegadas y mirando hacia abajo, mientras que en sus bases había serpientes mirando hacia las águilas. En el tercer nivel fue tallada una multitud de animales salvajes perseguidos por cazadores. El cuarto nivel llevaba una centauromaquia ejecutada en oro, mientras que el quinto mostraba alternativamente leones y toros, también en oro. La siguiente altura fue cubierta con armas macedonias y persas, testificando las proezas de un pueblo y las derrotas del otro. En la cima se levantaron unas sierenas, huecas y capaces de ocultar en su interior a aquellas personas que cantaban lamentos por la muerte. La altura total de la pira era superior a ciento treinta codos.»

ARTE Y ARQUITECTURA

La imagen del rey

Retratos de los reyes

El retrato es una creación helenística. Los artistas a través de ellos captaron muy bien la rica personalidad del personaje.

En el carruaje, que se construyó para llevar el cuerpo de Alejandro, bien descrito por Diodoro (18.26.3) aparecen ya algunas de las características del arte helenístico, como la fusión de elementos griegos y orientales. Dice así Diodoro:

«En este año Arrideo, que había sido encargado de transportar el cuerpo de Alejandro, habiendo terminado el vehículo en el que el cuerpo real iba a ser llevado, hizo los preparativos para el viaje. Una vez que estuvo éste dispuesto, siendo digno de la gloria de Alejandro, no sólo sobrepasó a cualquier otro en el coste, ya que en su construcción se gastaron muchos talentos, sino que también fue famoso por la magnificencia de su arte, por lo que creo debe ser descrito. En primer lugar prepararon un ataúd del tamaño exacto del cuerpo, hecho de oro batido, y el espacio sobrante lo llenaron con especias para proporcionar al cuerpo un dulce aroma y hacerlo incorruptible. Sobre el ataúd colocaron una tapa de oro, ajustada con la mayor precisión en el borde superior. Todo ello se cubrió con un magnífico manto de púrpura recamado en oro y al lado situaron las armas del difunto, siendo el deseo de los que allí estaban que se ejecutase con toda la pompa digna de su éxito. Entonces se dedicaron a recubrir el vehículo en el que tenía que ser transportado. En la parte superior del carruaje se construyó una bóveda de oro, de ocho codos de ancho por doce de largo, cubierta con escamas superpuestas adornadas con piedras preciosas. Bajo todo lo largo del techo, se colocó una cornisa rectangular de oro, a partir de la cual se proyectaban cabezas de cabras y ciervos en relieve. De dos anchas palmas fueron suspendidos anillos de oro y a través de éstos corría una hermosa guirnalda decorada con brillantes colores de todo tipo. En los extremos había borlas de malla de las que pendían grandes campanas, de manera que quienquiera que se aproximase oía el sonido a gran distancia. En cada esquina de la bóveda había una figura áurea de la Victoria portando un trofeo. La co-

lumnata que soportaba la bóveda era de oro con capiteles jónicos. Dentro de la columnata había una red de oro, hecha con cuerda del grosor de un dedo, que llevaba cuatro largas tablillas pintadas, unidas por sus extremos y cada una igual en longitud al costado de la columnata.

En la primera de estas tablillas había un carro adornado con relieves y sentado en él se encontraba Alejandro llevando un espléndido cetro en sus manos. Sobre el rey aparecían unos grupos de asistentes armados, uno de macedonios y otro de persas de su guardia personal, y frente a ellos soldados armados. La segunda tablilla mostraba a los elefantes en orden de batalla seguidos por la guardia personal; eran montados por hindúes y detrás se encontraban macedonios completamente armados con su equipo regular. La tercera tablilla mostraba tropas de caballería en formación de batalla, y la cuarta barcos dispuestos para el combate. Junto a la entrada a la cámara se situaron leones de oro con los ojos vueltos hacia aquel que quisiera entrar. Había un acanto de oro que poco a poco se iba extendiendo por el centro de cada columna desde la basa hasta el capitel. Sobre la cámara, en el centro del tejado, bajo el cielo abierto, se colocó un estandarte de púrpura blasonado con una corona de olivo de gran tamaño, de manera que cuando el sol proyectaba sus rayos, se reflejaba tal brillo y luminoso destello que desde una gran distancia parecía como el resplandor de un relámpago. La estructura del carruaje bajo la cámara cubierta, tenía dos ejes bajo los cuales giraban ruedas persas, cuyos cubos y radios eran dorados y la parte que se apoyaba en el suelo de hierro. Las partes salientes del eje eran de oro, con la forma de cabezas de león, llevando cada una una espada en los dientes. A mitad de su longitud, el eje llevaba un sustentamiento ingeniosamente ajustado al centro de la cámara, de forma que gracias a ello la cámara no se alteraba por los choques producidos en lugares quebrados. Había cuatro mástiles y cada uno se le pusieron cuatro tiros con cuatro mulas enganchadas a cada uno, de manera que había sesenta y cuatro mulas, seleccionadas por su fuerza y tamaño. Cada una fue coronada con una corona dorada, teniendo además una campana de oro que les colgaba por la quijada, y sobre sus cuellos se colocaron collares de piedras preciosas.»

Retratos de Alejandro

El único artista que fue autorizado a hacer el retrato de Alejandro en vida fue Lisipo, que fue el retratista oficial. Como afirma su biógrafo, Plutarco (*Alex.*, 4.1), hizo un retrato muy exacto. Captó bien el carácter personal del monarca. Creó un nuevo tipo, el retrato del héroe, que se convirtió en una iconografía real o *estándar* de los reyes helenísticos. Fue copiado durante mucho tiempo. No se conservan los retratos de Alejandro hechos por Lisipo. La cabeza de Pérgamo, datada hacia el 200, expresa la fuerza dramática de los retratos de Lisipo; quizás más próxima al original es la cabeza de Xannitsa, localidad cercana a Pella. Tiene la melena característica de los retratos de Alejandro heroico y expresa mejor el espíritu de su leyenda. Se data este retrato entre los años 200 y 175.

El único pintor que le retrató fue Apeles de Cos y Pyrgoteles el único que le presentó en piedras talladas. La pintura más famosa de Apeles fue la de Alejandro representado como Zeus Keraunophoros, que estuvo colocada en el Artemisión de Éfeso. Un eco de esta pintura es la pintura de Alejandro como Zeus de la Casa de los Vetti, de Pompeya, del siglo I.

Otras dos imágenes del Alejandro de Apeles se expusieron en el Foro de Augusto de Roma, según Plinio (35.94); en una se hallaba Alejandro entre Niké y los Dioscuros y se conmemoraba en él una victoria naval, quizás la expedición al Indo. En la segunda, Alejandro iba en un carro triunfal en compañía de una personificación de la guerra. De los retratos de Pyrgoteles, sólo se pueden hacer conjeturas. Vinculada con las ideas de la escultura y pintura contemporáneas es la representación sobre una gema, debida a Nessos, fechada a finales del siglo IV o en los comienzos del siglos III, que recuerda algo el tipo lisípeo de Alejandro. Sostiene los rayos su mano izquierda y una espada la derecha. Sobre el brazo derecho está la égida. A la izquierda está posada en el suelo el águila de Zeus, y a la derecha está colocado el escudo. Se representa en esta gema a Alejandro, como Zeus, y su imagen es una fusión del héroe de Lisipo con el de Apeles. En esta imagen, Alejandro está ya divinizado.

Problemáticos son ya los dos famosos camafeos, el de Viena y el de Leningrado, que se han identificado a veces con las cabezas de Alejandro y de Olimpia. En el camafeo de Viena el perfil no parece coincidir con el de Alejandro. La culebra, los rayos y la cabeza de Zeus Amón son figuras apropiadas para el héroe macedón. Más probable es que las cabezas sean las de Ptolomeo II y de Arsinoe II.

El camafeo de Leningrado difiere algo de la pieza anterior. También están representadas la égida con la cabeza de la Gorgona y una cabeza que podría ser de Zeus Amón. En el yelmo hay una serpiente alada. Ciertos detalles del pelo de la dama y de la égida indican que pertenecen esta excepcional pieza al periodo romano. Las figuras han sido identificadas como Tiberio y Livia. En las monedas con la figura de Alejandro se acusa, quizá, el influjo de Pyrgoteles; en algunas de ellas la cabeza de Alejandro aparece con la piel de león de Nemea, y en el reverso, Zeus entronizado sosteniendo el águila y el cetro (Zeus era el dios más panhelénico y Heracles podía ser el gran organizador del ataque contra Persia).

Después de la conquista de Persia, de la consulta al oráculo de Siwa, y de su proclamación como dios, se introdujeron nuevos simbolismos en las monedas en los que Alejandro no es sólo el descendiente de Heracles, sino el mismo Heracles, idea que se refleja en las monedas del 325. La cabeza de Heracles se transforma en la de Alejandro. Con estas monedas comienzan los dos excelentes retratos de reyes helenísticos.

Muerto Alejandro, sus retratos circularon profusamente. Se le convirtió en un dios protector y sus retratos eran tenidos por talismanes.

Aparecen magníficos retratos de la cabeza de Alejandro, con los cuernos de carnero de Zeus Amón, en monedas de oro y plata, acuñadas por Lisímaco, después de tomar el título de rey, 306-305. En estas monedas se acentúa la divinización de Alejandro.

En el Imperio Lágida, la evolución de su retrato siguió un camino diferente. Después del asesinato de Filipo III, Ptolomeo I acuñó monedas en las que Alejandro se representaba como dios protector de Egipto, que guardaba su cuerpo.

Las monedas llevan la cabeza de Alejandro con los cuernos de Zeus Amón, y también con el gorro de piel de elefante, que alude a sus campañas en la India, o más bien al triunfo indio de Dioniso, o a la asociación con África. Estas monedas llevan a Zeus entronizado en el reverso, reemplazado después por una Atenea armada.

El retrato de Ptolomeo se grabó en las monedas después de que se proclamó rey en 305. Se mantuvo, no obstante, la imagen de Alejandro, legitimando el origen de la dinastía.

El gran festival de Alejandría, celebrado alrededor del 276 y descrito por Callixino

de Rodas, se conmemora probablemente en una estátera de oro, con el retrato de Ptolomeo y Alejandro, éste en un carro tirado por elefantes.

Con la proclamación de los Diádocos como reyes, se sustituyó el retrato de Alejandro por el de cada uno de ellos. Sin embargo, los retratos de Alejandro se mantuvieron en las monedas principalmente el tipo de Alejandro como Heracles, que se documenta en el siglo III en Sición y en el siglo III-II en Mileto, Priene, Sardes y Cos y en las ciudades libres de Asia Menor.

Los retratos esculpidos de Alejandro se copiaron durante mucho tiempo. Se subdividen en dos tipos: el heroico y el divinizado. El primero, quizás, arrancaba de Lisipo y el segundo de Apeles. Del primer tipo las cabezas más representativas son las de Pérgamo, del Asclepios de Cos, del siglo II, la del Museo Capitolino de Roma, que le representa como Helios, siglo II y de Ptolemais, del siglo II.

Al tipo divinizado pertenecen una estatuilla, datada alrededor del 300, hallada en una casa consagrada al culto de Alejandro en Priene, la gran cabeza procedente de Alejandría o la de Magnesia, inspirada en imágenes de culto del barroco helenístico, como el Poseidón de Melos o el Zeus del templo de Hera en Pérgamo. Todos estos retratos se fechan en el siglo II.

Las pinturas que representaban a Alejandro fueron también numerosas y se conocen por fuentes referentes a los tiempos de los Diádocos o de Alejandro. Desde el primer momento hubo una gran variedad: Protágoras de Caunos pintó un Alejandro en compañía de Pan, poco después del 305; a Antifilo se debe un Alejandro joven y un Alejandro y Filipo; Aetión, uno de los creadores del barroco helenístico, fue el autor de la boda de Alejandro y de Roxana; Filoxeno de Eretria pintó la batalla de Alejandro contra Darío, representada en el famoso mosaico de Alejandro.

Imitaciones de los retratos de Alejandro

Unos derivan de los retratos psicológicos atenienses, de comienzos del siglo III, que acentúan sus cualidades de gobernante y su buen juicio. Otros proceden de los retratos de Alejandro hechos por Lisipo, que se fijaron en el héroe favorecido por la fortuna. Estos retratos representan un ideal de monarca. Demetrio Poliorcetes acuñó moneda imitando los modelos de Alejandro, que utilizó como propaganda política. Después de su victoria naval en aguas de Chipre sobre la flota de Ptolomeo, acuñó tetradracmas con la imagen de Poseidón (dios del que descendía) y Demetrio Poliorcetes con una Niké con la trompeta. Estas figuras de Poseidón se copiaron después en las tetradracmas con el retrato de Demetrio, con los cuernos de Poseidón Táureos, que indicaban que su relación con Poseidón era la misma que la de Alejandro con Zeus Amón. Dos retratos de Demetrio son la copia romana en mármol de Herculano, que deriva de un original helenístico, fechado alrededor del 290, y el bronce de Herculano, basado en un retrato de la misma fecha. Su postura es la misma del Poseidón de Lisipo.

La villa herculánea «de los papiros», que ha proporcionado estos dos retratos, ha dado otros varios de caudillos helenísticos, como uno de Filero, deificado por Éumenes I y convertido en el patrono de la dinastía. Su retrato se reproduce en las monedas. Otro retrato de esta misma villa se ha identificado como un retrato de Ptolomeo II Filadelfo. Una cabeza de Pérgamo, fechada hacia el 200, pertenece a Atalo I.

Retratos que siguen el modelo de Alejandro son: el de Antíoco I (en monedas de

Antíoco II) y el de Trifón, en una tetradracma de plata, datada entre los años 142-139, que se presentaba como un nuevo Alejandro con sus cabellos leoninos. En el reverso se grabaron el águila y los rayos de Zeus.

Mitrídates VI Eupátor también se retrató tomando por modelo los retratos de Alejandro y tiene también cabellos leoninos. Este parentesco entre los retratos de Alejandro y de Mitrídates VI queda patente en retratos en mármol, como uno que le representa, con la piel del león de Nemea, que le asimila a Alejandro-Hércules.

Monumentos

Los artistas helenísticos realizaron también una serie de monumentos, que se relacionaban estrechamente con los reyes. En ellos quedan bien patentes las virtudes, que deben adornar a los monarcas. Se agrupan en tres apartados: escenas de cacerías, de batallas y composiciones religiosas o militares. En los dos primeros grupos, el influjo de Lisipo es manifiesto y en el último queda un eco del arte de Apeles.

Los escultores Lisipo y Leochares, según Plutarco (*Alex.*, 40.4), construyeron un grupo dedicado por Crátero en Delfos, en el que se conmemoraba una cacería de león: tenía estatuas de bronce del león y de los perros; a Alejandro se le representaba luchando con el león, y a Crátero ayudando al rey. Este monumento celebraba el valor del monarca macedón, pero posiblemente simbolizaba también su política. Probablemente el monumento aludía ya a la divinización de Alejandro.

Hay noticias en las fuentes literarias de otras cacerías reales, como una de Alejandro debida a Euthykrates, que había en Thespiái, y una cacería de Ptolomeo, obra del pintor alejandrino Antifilo. Una idea de lo que fueron estas cacerías la proporciona el relieve con cacería de un león, fechado probablemente en el siglo III, procedente de Mesene, inspirado en el monumento de Crátero. La cacería más famosa es la representada en el sarcófago de Alejandro, obra datada entre los años 325 y 311. Se halló en la necrópolis real de Sidón. Posiblemente fue el sarcófago del último rey de Sidón, Abdalonimo, que debía a Alejandro su trono después de Ipsos. El sarcófago, rodeado de relieves, que representan batallas y cacerías con gentes vestidas a la usanza persa, macedónica o griega. Algunos soldados griegos visten túnicas y llevan armas; otros van desnudos, como los guerreros de época clásica. Las figuras propias de la transición del arte clásico al helenístico son retratos de Alejandro, de Abdalonimo y de otros varios. Algunos motivos son clásicos y derivan del templo de Niké en la acrópolis de Atenas. La mayoría de las figuras son ya de gusto helenístico: algunos rostros están idealizados, otros expresan sentimientos.

El tema de la cacería real es de origen oriental. Ya en el siglo IV fue adoptado por los reyes de Macedonia, como lo indica el friso con cacería de león y oso de una tumba de Vergina, que se ha supuesto de Filippo II. Aparece también en mosaicos de guijarros de Pella, datados entre los años 330 y 300 a. de C. Otros animales han sido descubiertos en el palacio de Casandro y de Antígono Gónatas y ambos acusan la tradición clásica.

El monumento más famoso con escenas de batalla era el monumento a la batalla del Granico, de Lisipo: tenía 25 jinetes en bronce y un retrato de Alejandro y quizás algunos infantes. Este monumento influyó mucho en el arte helenístico y en él aparecen ya algunas de sus principales características, como el individualismo, la mentalidad teatral y la representación de la figura triunfante de Alejandro. Fue trasladado a Roma

por Metelo en 146. Se supone que el Alejandro en bronce de Herculano era una copia del Alejandro a caballo del monumento.

Los grupos de galos, que conmemoraban las victorias de los Atálidas, sobre los invasores, emplazados en Pérgamo y Atenas, son una continuación de estos monumentos. Estos monumentos debieron ser numerosos y a ellos aluden las fuentes referentes al santuario de Olimpia. Este tema se repite igualmente en la pintura, por ejemplo, Philoxeno de Eretria pintó la batalla de Alejandro con Darío; a Aristeides se debe una pintura con la representación de una batalla de griegos y persas; Herakleitos de Athmonon decoró el estadio de Atenas con una batalla de Antígono contra los bárbaros.

Sólo hay alusiones a ellas en las fuentes literarias referentes a representaciones militares o religiosas. También había esculturas de Alejandro, de Ptolomeo, que se sacaban en procesión, como sucedió en la de Alejandría descrita por Callixeno de Rodas.

Arquitectura

La elección del emplazamiento de los templos respondía a motivos religiosos y muchos fueron conocidos como lugares de culto. Sólo en la época helenística los arquitectos atendieron a la elección del lugar en función de los visitantes. Quizás el templo más significativo en este aspecto es el de Atenea en Lindos, dórico, levantado hacia el 330. En el siglo II se construyeron escaleras, puertas, una stoa y unos propileos —todo de un gran efecto— en los accesos al santuario. Un caso parecido es el de la acrópolis de Kameiro en Rodas. Este tipo de planificación original pudo ser una creación de los arquitectos rodios. Se utilizaron frecuentemente en época helenística, como en el santuario de Asclepio en Cos, las rampas, las puertas, las columnatas, las escaleras, las stoas, los templos, los altares. El conjunto se iba completando con el tiempo. Este plan se desarrolló en la ciudad de Pérgamo, donde los santuarios y los edificios públicos se adaptaron a las posibilidades del terreno. Se elegía el lugar en función del panorama, como en los templos itálicos de época helenística (mezcla de tradiciones itálicas y griegas): de Hércules en Cori, de finales del siglo II a. de C. o de Júpiter Anxur en Terracina, de época de Sila, en la costa del Latium. De influjo helenístico en sus concepciones es el citado santuario de la Fortuna Primigenia.

Los arquitectos helenísticos, además de elegir el lugar para producir un efecto en el visitante, toman un gusto por la teatralidad, utilizando el interior del edificio para crear inesperados espacios y panorámicas. El mejor ejemplo de ello es el templo de Apolo en Dídima, levantado hacia el 300 y cuya construcción continuó hasta el Imperio Romano. El arquitecto fue, al parecer, Paonio de Éfeso, el mismo que planeó el nuevo templo de Artemisa en Éfeso y de Dafnis de Mileto. El templo era jónico y seguía los templos jónicos del Heraión de Samos y del Artemisión de Éfeso; se caracteriza por la complejidad y variedad de los espacios interiores. Otros edificios expresan una fusión de teatralidad y sentido de religioso misterio, como el Arsinoeion y el Hierón en el santuario de Samotracia. El segundo está fechado hacia el 325, y el primero, circular, se reconstruyó entre los 289-281, siguiendo los modelos de los *tholoi* del siglo IV; la parte superior exterior iba decorada con columnas. En el Hierón se celebraban los misterios de Samotracia. Ambos edificios son originales. Dos filas de bancos recorrían los muros. Las paredes estaban estucadas con imitaciones de piedras.

El templo de Artemis en Sardes es de estilo jónico, fechado hacia el 300, con una

cella con pronaos y opistódomos, emplazado sobre un podio. Entre los años 175-150 se añadió una columnata jónica pseudodíptera, según un diseño creado por Hermógenes.

Los escritos de los arquitectos helenísticos sobre su profesión fueron una influyente rama de la tradición didáctica. Vitruvio escribió su *De Architectura* probablemente en época de Augusto, pero en gran parte es una recopilación de la tradición helenística, iniciada por el arquitecto Piteo, oriundo posiblemente de Priene, donde construyó el templo de Atenea, consagrado por Alejandro en el 334, y quizás también uno de los arquitectos del Mausoleo de Halicarnaso. Hombre contrario al orden dorio, su estilo quedó bien reflejado en el santuario de Atenea en Priene, jónico, caracterizado por la medida del pie ático, por el módulo de la estructura, y por la multiplicación de la unidad dentro de las dimensiones divisibles por 10.

Seguía la misma concepción el arquitecto Hermógenes, muy influyente en su tiempo, que también condenaba el orden dórico, como imperfecto, y que intentaba desarrollar nuevas formas en el orden jónico. La base de su sistema fue que el espacio interaxial de una columnata y la altura de las columnas podían estar en una relación directa; sus concepciones fueron aplicadas por él en el templo de Dioniso en Teos. Sin embargo, el templo más famoso que construyó fue el de Artemis Leukophryene en Magnesia de Meandro, pseudodíptero, datado entre los años 150-130. Obra suya fue probablemente también el templo tetrástilo del ágora dedicada a Zeus Sosípolis con friso en entabladura, opistódomos en la *cella* y molduras de estilo ático en sus paredes.

El plan de Priene responde a la misma concepción que el de Pérgamo, con aprovechamiento de terrazas.

El orden corintio se empleó mucho en la arquitectura helenística: fue adoptado después por Roma y generalizado en época de Augusto. Su maestro fue el escultor Calímaco, que lo utilizó en los momentos fúnebres de Corinto, según Vitruvio.

El primer monumento que empleó el orden corintio en el exterior fue uno de Lisícrates en Atenas, obra del 334, que celebraba una competición en el teatro.

En el siglo IV el orden corintio se había empleado en la arquitectura religiosa en el interior, como en los *tholoi* de Delfos y de Epidauro, en el *Philippeion* de Olimpia, y en los templos de Atenea Alea en Tegea, de Zeus en Nemea, Didíma y en el citado Arsinoeion. Se le consideró como el orden más apropiado para recintos sagrados.

Aparte del monumento de Lisícrates, otro de los primeros monumentos civiles en emplear el orden corintio en el exterior fue el Propileo de Ptolomeo II, construido hacia el 280 en Samotracia. El primer templo en hacerlo fue el Olimpieion de Atenas, cuyas obras abandonadas desde la caída de los Pisistrátidas, fueron nuevamente reemprendidas, con ocasión de la visita que efectuó Antíoco Epifanes a Atenas, y dirigidas por Cossutius. Augusto continuó la obra, que se concluyó bajo Adriano.

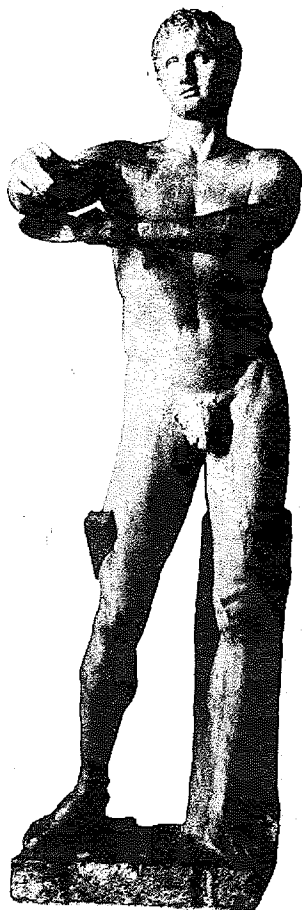
Escultura

Lisipo y su escuela

Fue el artista más creador e influyente de todo el periodo helenístico. Él, con sus discípulos, introdujo las mayores innovaciones de todo el arte helenístico. Su actividad artística comprende los años que van del 370 ó 360 al 305. Vivió en la etapa final del periodo clá-

sico y fue el creador del arte helenístico. En su primera etapa artística trabajó en la tradición de su predecesor Policleto, célebre por sus esculturas de atletas dedicadas en el santuario de Olimpia y por su canon de proporciones, cuya obra cumbre es el famoso Doríforo. Por una parte, Lisipo se considera como un artista naturalista y, por otra, como seguidor del canon de proporciones (Plin., 34.65), si bien el suyo propio.

En la producción de Lisipo se detectan tres características: las cabezas de las esculturas son más pequeñas que las realizadas por escultores anteriores; la torsión del cuerpo hace que la escultura no sea vista desde un único ángulo; los brazos y las rodillas son concebidos para proyectarse fuera del espacio tradicional. La obra mejor lograda del periodo clásico de Lisipo es el *Apoxiomeno* (atleta rascándose con un estrigilo), datada entre el 340 y el 330. De esta primera fase es también un Eros, conocido, como la anterior, sólo por copias romanas: el original estuvo en Thespiiai. Lisipo, siguiendo la tradición escultórica, es al mismo tiempo un innovador genial, sus obras tienen un sentido teatral, bien patente en sus retratos heroicos de Alejandro, en el monumento



Copia del Apoxiomeno de Lisipo. Original, hacia el 340-330 a. de C.

conmemorativo del Granico y en el de Crátero, fechado poco después del 321. La cronología de las restantes obras de Lisipo es incierta.

El efecto teatral lo lograba Lisipo también con esculturas de tamaño colosal. Las dos obras más famosas en este aspecto fueron los bronce de Zeus y de Heracles en Tarento, de cronología dudosa, pero ejecutadas probablemente después que fuera nombrado escultor de la corte de Alejandro. El bronce de Zeus permaneció en Tarento y fue probablemente descrito por Plinio (34.40). El bronce de Heracles fue llevado a Roma por Fabio Máximo en 209; estuvo expuesto en el Capitolio y fue trasladado más tarde a Constantinopla, donde fue destruido en 1204 en el saco de los francos.

Lisipo ejecutó otras figuras más de Heracles, de las que la más famosa fue el llamado de Farnesio, que representa al héroe apoyado en su clava; la copia de Nápoles, caracterizada por su musculatura, fue obra de Glykon, ateniense de origen. La escultura estuvo en las Termas de Caracalla. Pausanias (2.9.8) menciona un bronce de Lisipo colocado en el ágora de Sición, localidad de donde era originario el artista; fue un trabajador infatigable, ya que según Plinio (34.37) hizo 1.500 obras.

A Lisipo se debe también el Heracles Epitrapezios, igualmente fundido en bronce, conocido por una copia romana en mármol que representaba al dios sentado, con clava y banqueteeando; fue descrita esta pieza por Marcial (9.44) y por Estacio (Silv. 4.6, 32-47). Todas estas esculturas ilustran la segunda gran innovación de Lisipo: su expresionismo emocional y su pathos. Heracles fue un dios muy popular durante el helenismo, ya que Alejandro descendía del héroe dorio y quizás llegó a considerarse él mismo como Heracles. Fue también un símbolo de las aspiraciones humanas para los cínicos y para los últimos estoicos.

Entre las obras vinculadas con el arte lisípeo figuran un retrato de Sócrates y el Marsias Borguese. La torsión del cuerpo y la esbeltez de esta última escultura parecen lisípeas y si no lo fuera está concebida dentro de su estilo artístico. La última fase del escultor está representada por una tendencia al simbolismo, a la personificación y a la alegoría, bien patente en su Cairos (Oportunidad), bronce de Sición, descrito por Posidipo (*Anth. Graec.*, 2.49.13).

Las obras de sus continuadores son conocidas principalmente por alusiones literarias. A su hijo Euthykrates se le atribuye una cacería de Alejandro, una batalla de jinetes y un Heracles (Plin., 34.66). Su otro hijo, de nombre Daippos, fue el autor de otra escultura en la línea del Apoxiomeno. Su discípulo, Clares de Lindos, realizó el Coloso de Rodas, que representaba al dios protector de la isla, Helios; medía 32 metros de altura y fue levantado en 280. Considerado como una de las maravillas del mundo, fue destruido en 224 por un terremoto. El discípulo de Euthykrates, de nombre Toisikrates, siguió la retratística lisípea. Se le recuerda por sus retratos de Peukestes, el escudero de Alejandro y de Demetrio Poliorcetes. Eutyichides hizo la famosa *Thyche de Antioquía*, de la que han llegado muchas copias.

Relacionadas con la escuela de Lisipo figuran: la «muchacha de Anzio», que probablemente representa una sacerdotisa; la «Afrodita en cuclillas», hoy atribuida a Doirdalsas de Bitinia, que estuvo en el *Porticus Octaviae* en Roma; «la muchacha sentada» y el «Hermes» de Herculano.



La Tyche de Antioquia.

La escultura de Pérgamo

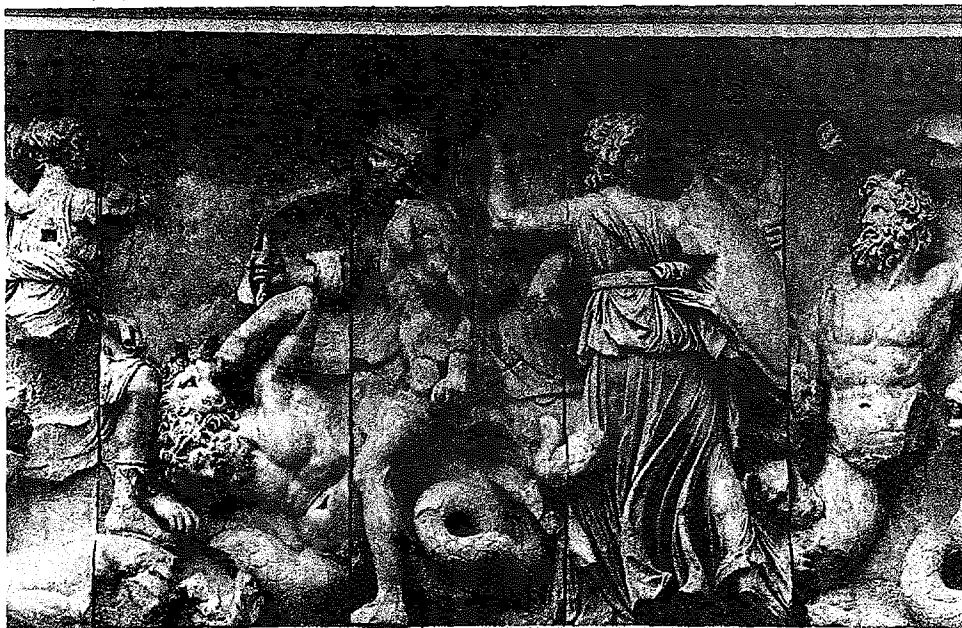
Las victorias de Atalo I sobre los galos y los seléucidas entre los años 233 y 223, convirtieron a Pérgamo no sólo en el centro político y cultural más importante del helenismo, sino también en el artístico. Para conmemorar estas victorias, Atalo I encargó una serie de esculturas, que ejercieron después una gran influencia artística. El estilo en que estaban labradas se ha llamado el «barroco helenístico»; tiene precedentes en el arte de comienzos del Hellenismo y puede arrancar de las obras de Lisipo, pero alcanzó su madurez en estos monumentos.

Atalo I llamó a escultores de diferentes ciudades griegas, que trabajaron posiblemente bajo la dirección del escultor de Pérgamo, Epígono. La Atenas de Pericles fue quizá el modelo que quiso imitar Atalo I. Plinio (34.84), como se ha indicado, nos ha transmitido los nombres de los artistas: Isógono, Pirómaco, Stratónico y Antígono, que trabajaron a finales del siglo III.

Pirómaco es probablemente el escultor ateniense que realizó una imagen de Asklepios para el santuario de Pérgamo; trabajó con Nicerato, escultor ateniense, a mediados del siglo III en la Atenea de Pérgamo. Nicerato, fue el autor del monumento de Delos, ofrecido por Filetero para celebrar la victoria sobre los galos. Ambos fueron buenos retratistas. Al primero se debe un retrato de Antístenes, y al segundo el de Alcibiades. Al parecer, ambos son los creadores del retrato histórico «imaginario», al que pertenecen el Homero ciego y el Pseudo-Séneca. A Stratónico podemos identificarlo con el Stratónico de Cícico, famoso orfebre de plata, que trabajó en Delos, en 235, y a Antígono con Antígono de Caristo, el padre de la historia del arte griego. Del primer escultor no se tienen noticias.

Las esculturas del monumento son identificadas según se admite generalmente con las copias romanas de galos, como la del Museo Capitolino de Roma y del Museo de las Termas. La primera representa a un galo moribundo y la segunda a un jefe galo suicidándose, después de asesinar a su esposa. Otras cabezas de galos están expuestas en diferentes museos. Las inscripciones halladas indican que el monumento se encontraba en el recinto de Atenea, en la acrópolis de Pérgamo, donde estarían emplazadas las estatuas del galo matando a su esposa, el trompetero moribundo y otras tres figuras, sobre una base redonda en el centro, pero su colocación es aún discutida por los especialistas.

Pausanias (1.25.2) describe un grupo que se encontraba en la Acrópolis de Atenas: «Hacia el muro del Noto está la guerra de los gigantes, que vivieron en otro tiempo en Tracia, y en el istmo de Pelene, la lucha de los atenienses y las amazonas, la batalla de Maratón contra los persas y la derrota de los gálatas en Misia, todo ofrenda de Ata-



Fragmentos de los relieves del altar de Pérgamo.

lo y cada figura era de dos codos de alta.» Este monumento, que debe datarse hacia el año 200 (cuando Atalo I visitó Atenas), debía constar de 20 figuras, de efecto teatral y de dramático realismo componiendo escenas mitológicas, legendarias e históricas de gran tradición y significación en el arte griego.

Otro monumento conmemorativo de la victoria de Filetero sobre los galos se levantó en Delos, consagrado por un aristócrata de Pérgamo de nombre Sosícrates. Fue obra de Nicerato. En estos grupos se expresan perfectamente la ferocidad de las luchas, la dignidad de los enemigos y la sensación de derrota, expresada magníficamente en los gestos y actitudes. Las esculturas ofrecen un excelente ejemplo del individualismo y del cosmopolitismo helenístico; están representadas con gran meticulosidad, cuidando el vestido, el armamento y la fisonomía de los galos.



Venus de Milo. Original siglo IV a. de C. Versión del siglo II a. de C.

El altar de Zeus en Pérgamo

Se comenzó a construir hacia el 180 con motivo de las victorias de Eumenes sobre el Ponto y Bitinia y la creación de los *Nikephoria*. Consiste en un patio sobre una alta base, rodeado por una columnata jónica y se levantó en una terraza de la acrópolis. Representa la lucha de los dioses y los gigantes, tema tratado en el arte griego arcaico, aunque el tamaño de las figuras no tiene precedentes; se conservan 84 de ellas, sin contar los animales, de un total de 100. El estudio anatómico de los combatientes es un vehículo para el expresionismo abstracto: están magníficamente expresadas la tensión de los músculos de los luchadores, al igual que la emoción, y la ferocidad demoniaca de los gigantes. Son también importantes los estudios de los pliegues de los vestidos de los dioses y el movimiento de las figuras. Los grupos de combatientes expresan un dramático *crescendo*, efecto que los animales contribuyeron a aumentar. Está muy bien lograda la sensación de tumulto y la serenidad y majestad de los dioses; algunos de cuyos rostros son totalmente clásicos. En el friso oriental se esculpieron los dioses olímpicos, acompañados por Niké y Heracles, mientras en el lado noroeste se encuentran cuatro deidades de carácter acuático: Tritón, Anfítrite, Nereo y Océano. En el lado suroeste se emplazaron los sátiros, las ninfas y Dioniso. En el friso sur se hallan Asteria y los dioses del cielo y de la luz, Helios, Eos y Selene. En el friso norte sólo se ha logrado identificar a Afrodita y a Dione. Se ha pensado que las composiciones expresan una alegoría cosmológica muy del gusto del helenismo. Algunos autores, como E. Simon, opinan que todo el friso está inspirado en la *Teogonía* de Hesiodo y que no hay necesidad de acudir a los *Fenómenos* de Arato o a la *Biblioteca* de Apodoro. Se cree que trabajaron en el friso unos 40 escultores, pero solo se conoce el nombre de 15 de ellos. Teoretos, natural probablemente, de Pérgamo, que esculpió las ninfas; Nenécrates, seguramente el escultor rodio padre de Aponio y de Tauriscos (los escultores del Toro Farnesio) (Plin., 36.34), fueron los más famosos.

Esculturas al aire libre del siglo II

Se datan entre los años 197 y 138 y acusan el influjo del arte del Altar de Zeus, pero expresan menos dramatismo: conocemos la cabeza del Heracles de Berlín, el retrato de Alejandro de Pérgamo, el Zeus de Pérgamo o la Tragedia de la misma ciudad; todas estas esculturas ilustran la perpetuidad y diversidad del barroco en la escultura de Pérgamo. Después del año 150, como indica J. J. Pollit, se cultivó en el arte de Pérgamo el clasicismo.

«El barroco helenístico»

La madurez del estilo que se ha llamado barroco se extendió entre los años 225 y 150, pero pervivió, años después, como en el Laocoonte, del siglo I a. de C. Tiene

sus precursores en las esculturas de finales del siglo IV y de comienzos del siglo III, como los últimos trabajos de Lisipo, las esculturas de una tumba de Tarento, fechada entre los años 300-275, o el relieve ático del caballo con niño, de comienzos del siglo III. La mayoría de los artistas que trabajaron en este estilo no eran oriundos de Pérgamo. Centros importantes del estilo barroco fueron Pérgamo y Rodas.

Una obra de origen rodio es probablemente la pieza maestra de este estilo: la Niké de Samotracia, fechada hacia el 200, de gran efecto dramático. El tipo recuerda al monumento de Demetrio Poliorcetes levantado para conmemorar su victoria naval en Chipre, en 306. Paionio construyó otra escultura de Niké en Olimpia. Ésta se cree obra de Pitócrito, quien también realizó una proa de nave en Lindos, Rodas. Algunos detalles de esta escultura, como las alas, recuerdan a los de ciertas figuras de Pérgamo.

Obra rodia datada hacia el 150 debe ser también el Toro Farnesio, hoy en el Museo Nacional de Nápoles. Representa a los hijos de Antíope, Zetón y Anfión, arrojando a Dirce, reina de Beocia, el toro, en castigo por su crueldad con su madre. La obra se conoce por una copia romana que estuvo expuesta en las Termas de Caracalla. Los escultores fueron los citados Apollonio y Taurisco de Tralles. El rostro de Dirce tiene la misma patética expresión y gesto que Gea en el Altar de Pérgamo. La forma del grupo es piramidal. También pertenecen al original, probablemente, los elementos realistas tomados de la naturaleza. A finales del siglo III y en el siguiente se esculpieron figuras para ser emplazadas al aire libre. Uno de los grupos más famosos es el de Menelao llevando el cadáver de Patroclo, de estructura piramidal y de gran patetismo. Recuerda al galo que ha matado a su esposa. Se fecha a finales del siglo III y su autor pudo ser Antígono de Caristos, escultor especializado en temas históricos.

Otro grupo de este género, de composiciones diferentes, representa a Marsias colgado de un árbol para ser desollado por un sirviente escita, por osar competir con Apolo en el arte de la flauta; de él se conservan muchas copias de un original datado entre los años 200-150. El grupo helenístico se caracteriza por su patetismo y horror ante el castigo; el rostro del escita está en la tradición de los gigantes de Pérgamo. Es de gran realismo en la línea de las esculturas galas de Atalo I.

A esta corriente pertenecen también los dos retratos citados: el de Homero Ciego, datado entre los años 200-150, obra cumbre del barroco helenístico, y el que probablemente represente a Hesíodo, de estilo cercano a las obras de Pérgamo.

El grupo más famoso dentro del barroco helenístico es el de Laocoonte y sus hijos. Se ha supuesto recientemente que podría ser una pervivencia de este estilo ya dentro del siglo I. Plinio describe esta obra (36.37), que se encontraba en la *Domus* de Tito: Laocoonte era un sacerdote troyano que se opuso a que se introdujera el caballo dentro de la ciudad por lo que tanto él como sus hijos fueron estrangulados junto al altar por dos serpientes enviadas por los dioses enemigos de los troyanos. La leyenda está descrita en el *Saco de Troya* del poeta épico del siglo VIII o VII Arctinos y por Virgilio (*Aen.*, 2.199-277). Se parece mucho el grupo al del Altar de Pérgamo, con diferencias en el rostro del sacerdote, en los cabellos y en los pliegues del vestido.

Se ha supuesto que fue obra de los escultores rodios Atanóдорos, de su padre Hegasandros y de Poliodoro, fechada también —por proximidad al estilo de Pérgamo— en el siglo II a. de C. Los tres artistas son los autores del grupo de la Gruta de Tiberio

en Sperlonga, que consistía probablemente en una sala de banquete. En época de Tiberio la cueva fue decorada con las esculturas de Odiseo cegando al Cíclope Polifemo, de gran expresión dramática. Sobre su procedencia hay cuatro posibilidades apuntadas: 1) que sean originales helenísticos, esculpidos posiblemente en Rodas, en el siglo II o I a. de C. 2) copias de originales helenísticos. 3) variantes libres de prototipos helenísticos fabricados en época romana. 4) creaciones originales de época romana.

Una combinación de las posibilidades 2 y 3 parece ser lo más aceptable: son originales griegos modificados. Para el Laocoonte la solución es similar. El mármol es rodio, pero una pieza del altar está hecha en mármol itálico de Luna, que se explotó poco antes del gobierno de Augusto. Los tres citados escultores, quizás, esculpieron el Laocoonte en Roma, como propone J. J. Pollit, al mismo tiempo que trabajaban en Sperlonga. Se ha supuesto que el añadido del segundo hijo al prototipo piramidal se debe a la lectura de Virgilio, que menciona dos hijos. Estos monumentos no son, por tanto, ni puramente helenísticos ni romanos, sino ejemplos de una tradición mixta.

Estilo rococó

En 1921, W. Klein ideó una adaptación de los conceptos artísticos del XVIII francés al arte griego. A él se debe la denominación «rococó» de las obras de este período helenístico, que divide en cuatro apartados: figuras dionisiacas, sátiros y ninfas; esculturas decorativas de damas; niños; relieves ornamentales. La mayoría de ellas pertenecen al estilo llamado neoclásico o al arcaizante. Era un arte decorativo, teñido de erotismo, originado en el segundo cuarto del siglo II, como reacción contra el barroco helenístico de Pérgamo. M. Bieber aumentó el censo de los temas que integran el rococó, con campesinos, animales, figuras grotescas, actores, pedagogos y escenas familiares de la vida corriente. Todos son figuras decorativas y alegres. Algunas de ellas, como los viejos, son más realistas que graciosas. La cronología es muy discutida: algunas pertenecen al siglo III, mientras que otras son de época romana y no creaciones helenísticas. Fueron imitadas en el siglo XVIII.

Un grupo importante de este estilo es el de los niños, llenos de gracia, que ejercieron especial fascinación sobre los artistas helenísticos y que en el arte clásico se contraponía a los adultos. Una de las esculturas que gozó de mayor aceptación fue el niño estrangulando un pato, probablemente del 150 a. de C., obra de Boeto de Calcedonia (Plin., 34.84), considerado como creador del rococó helenístico; a él se atribuyó también un segundo grupo, en el que el niño apoya su brazo izquierdo en el pato. El grupo tuvo gran aceptación y se conocen variantes, como el niño y el cachorro, datado en el siglo II o I. Otras veces, los artistas se inspiraron en la mitología: así, representaron a Eros dormido, a Heracles niño estrangulando las serpientes, o erotes en actitudes de adultos, como en el mosaico alejandrino de finales del siglo III o del siglo II (en el que tres erotes cazan un ciervo), o en la pintura de Aetión de finales del siglo IV.

Otro grupo lo integran parejas en actitudes amorosas. Las más famosas, que tuvo después gran aceptación en la escultura y musivaria romanas fue el de Eros y Psique besándose; fue realizada entre los años 150-100 a. de C. En otros grupos intervienen sátiros y Pan, como en el del Museo Nacional de Atenas, datado en la misma fecha, o el llamado de Pan y Olimpo, atribuido al escultor Heliodoro, que fue situado en el *Porticus Octaviae* de Roma (Plin., 36.35).

En otro grupo, hacia el 100 a. de C., Afrodita se defiende con una zapatilla de las intenciones eróticas de Pan.

Los grupos de ménades y sátiros tuvieron una gran aceptación entre el público, como el reconstruido por W. Klein, en que un sátiro danzando invita a participar al baile a una ninfa. El grupo, del que se conocen varias copias, se representó en las monedas. Otras veces se esculpió a un hermafrodita rechazando a un sátiro (siglo II a. de C.) o una ninfa a un sátiro, obra datada hacia el año 100. Todas estas composiciones podrían ser una parodia del *pathos* titánico de la gigantomaquia de Pérgamo; también podían servir como motivos decorativos, o esculturas votivas de un santuario dionisiaco. Todas estas posibilidades quedan abiertas.

Se conocen también parodias. Así el tema de la lucha entre los dioses y los gigantes tiene su parodia en la batalla entre sátiros y gigantes, en el que uno de los sátiros caído parece ser una imitación del trompetero moribundo de Epígono.

Una parodia del grupo de Laocoonte es el grupo hallado en Split, Yugoslavia, en el que una culebra gigante ataca a tres sátiros. Otra parodia del barroco helenístico son los diferentes grupos en los que Pan aparece sacando una espina del pie de un sátiro: el artista ha logrado expresar magníficamente el dolor en el gesto del sátiro; se fecha este grupo a finales del siglo II o comienzos del primero.

En la misma línea figuran el viejo centauro montado por un Eros, cuyo original era probablemente un bronce de finales del siglo II a. de C. o el Centauro Joven realizado con excelente estudio anatómico, lleno de vida y de alegría, posible copia también de un original en bronce fechado a finales del siglo II a. de C. Ambos bronces son conocidos por las copias en mármol firmadas por los copistas Aristeas y Papias de Afrodísias que proceden de la Villa Adriana de Tívoli. El primer grupo expresa magníficamente bien el contraste entre la vejez y la infancia.

En el apartado de las figuras dionisiacas pueden incluirse varias figuras, como sátiros danzando, sátiros ebrios o sátiros llevando al niño Dioniso. El más famoso es el Fauno Barberini, obra ejecutada hacia el 200 a. de C. que expresa bien la sensación de reposo y sueño.

Pequeñas terracotas contienen escenas de la vida corriente, con los siguientes temas: amantes sobre *kline*, del Louvre, datado hacia el siglo II a. de C.; mujeres jugando a las tabas, doncellas con niños o pedagogos con sus alumnos. Frecuentemente se representan hombres con defectos físicos o el grupo de los enanos, en bronce —150-100 a. de C.— hallado en un barco naufragado cerca de Mahdia en la costa tunecina, probable parodia de danzarinas. También solían ser representadas danzas religiosas en las que intervenían enanos, temas que nunca fueron tratados con anterioridad en el arte griego, y pueden reflejar una fuerte tendencia al realismo social en el arte helenístico.

Estas mismas composiciones pasaron a la musivaria; baste recordar el mosaico de la Casa del Fauno de Pompeya, con Eros cabalgando un tigre, del siglo II a. de C.

Una pieza excepcional es el Agón de Boeto, bronce de mitad del siglo II, con mezcla de elementos tomados de Praxíteles, de Policeto y de Lisipo.

«Realismo»

Siguen este estilo las esculturas de viejas, de pescadores y de pastores, que también expresan el espíritu «rococó» del arte helenístico. El impulso de estas creaciones pa-

rece más bien ser diverso; indican un realismo social que responde muy bien a las corrientes espirituales del mundo helenístico, bien manifestadas en el retrato. También se dio un interés especial por los grupos étnicos y por las razas diferentes de la de los griegos, como los escitas, los africanos o los persas, lo que constituye un buen exponente del cosmopolitismo del mundo helenístico.

Una de las esculturas más importantes dentro de este estilo es la vieja con cesto, del Museo Metropolitano de Nueva York, obra de finales del siglo II o de comienzos del siguiente. No de menor calidad, con excelente representación de las huellas que deja el tiempo en la mujer, es la vieja pastora (siglo II a. de C.) del Capitolino en Roma, o la vieja borracha, de finales del siglo II, conservada en la Glyptotheka de Munich, atribuida —quizá no con mucho fundamento— a Mirón de Tebas: probablemente fue obra alejandrina. Estas esculturas son el mejor exponente de los estratos inferiores de la sociedad, que vivía en las grandes ciudades helenísticas.

Las esculturas de ancianas tienen su contrapartida en otras que representan viejos, como el viejo pescador del Louvre —datado probablemente entre los años 200-150— con un soberbio estudio anatómico. Una segunda escultura del mismo tema, fechada a finales del siglo II o en el siguiente, hoy en el Palazzo dei Conservatori, combina el realismo con una expresión de dignidad. Existen muchas copias de estas obras, lo que indica que agradaban al público; podían estar situadas en villas o en baños, dando una atmósfera rural al ambiente. No es fácil conocer quiénes compraban estas obras y con qué fines. Como la escultura griega monumental era de carácter religioso o conmemorativo y estas figuras no cumplían esta función, caben dos posibilidades: o son creaciones del final del helenismo encargadas por particulares al extenderse la moda romana del coleccionismo, o se trata de estatuas votivas fabricadas para los festivales populares de Alejandría. Si se acepta la primera posibilidad, tendrían un carácter meramente decorativo, y serían buenos ejemplos del rococó helenístico. Podrían ser también expresión de las predilecciones filosóficas de sus propietarios, de las virtudes de la sencilla vida rústica, de la vida libre de preocupaciones, alejada de los problemas de los intelectuales. Si, por el contrario, se admite que son figuras votivas, parece lógico relacionarlas con los festivales rústicos, como los *Lagynophoria* de Alejandría; el mismo carácter tendría algunos *Idilios* de Teócrito.

Todas estas esculturas expresan una fantasía poética y un realismo social, que desempeña un importante papel en el arte helenístico. Una pieza cumbre de este realismo es el púgil, en bronce, del Museo de las Termas de Roma, fechada en el siglo II o a comienzos del siguiente, obra de gran realismo en el estudio anatómico y en la expresión un tanto embrutecida del rostro, con la nariz rota. De no menor calidad artística es el Torso Belvedere, firmado por Apollonio, hijo de Néstor, que ofrece parentesco notable con el cuerpo del púgil. En la misma línea artística se halla el bronce hallado en el Cabo Artemisión, que representa a un jinete en la tensión de la carrera, fechado a finales del siglo II o comienzos del I a. de C.

Exotismo

Una de las características del helenismo es el gusto por lo exótico, por lo nuevo y desconocido, bien representado en la literatura por los escritores llamados *paradoxographoi*, como *Bolos* de Mendes, autor de las *Thaumasia* o Calímaco con sus *Colección*

de maravillas de todo el mundo por lugares, o por su discípulo, Filostéfano de Cirene, que redactó un libro de *Ríos maravillosos y fuentes*, o Antígono, probablemente el escultor Antígono de Caristio, que trabajó en Pérgamo, en tiempos de Atalo I, autor de una historia del arte.

El arte exótico responde al mismo gusto que el de estos escritores. Un buen ejemplo de esta tendencia son las representaciones de animales exóticos, como tigres, leopardos, cobras, aves, cocodrilos o hipopótamos, representados, por ejemplo, en el mosaico de la Fortuna de Praeneste. El pintor Nealces pintó cocodrilos en el siglo III (Plin., 35.142). Un tema querido de los artistas fue la vuelta de Dionisio de la India, acompañado de camellos, panteras, elefantes y monos.

Otra escultura de este estilo es la famosa Alkippe, obra de Nicerato, que trabajó en Pérgamo, y citada por Plinio (7.34), que estuvo expuesta en el teatro dedicado por Pompeyo en el año 55 a. de C.

«Neoclasicismo» y estilo arcaizante

A finales del helenismo se extendió una nostalgia intelectual de la Grecia clásica como consecuencia de lo cual los viejos maestros se pusieron de moda. Los artistas de este periodo tuvieron conocimiento de todo el arte griego, seleccionando y combinando los estilos. Se llega así a un eclecticismo histórico en la escultura, conocido bajo los términos de neoclasicismo y de estilo arcaizante.

Los escultores imitan conscientemente las formas y a veces los temas de la escultura griega que aparecieron entre 480 y 340. A comienzos y en la primera mitad del siglo II a. de C. trabajó un grupo de escultores, que intentaron recrear el estilo de Fidias en sus obras. En la segunda mitad del siglo II otro grupo imitó los modelos clásicos. La mayoría de los modelos imitados y de los artistas eran atenienses, por este motivo el estilo se le denomina neoático. Al mismo tiempo se desarrolló la industria de las copias. La diferencia entre ambas tendencias consistió en el hecho de que en las esculturas neoáticas se combinaron los modelos clásicos, y a veces se introdujeron variantes. Un tercer grupo se especializó en variar los prototipos clásicos.

El primer artista neoclásico fue Damofón de Mesania —primera mitad del siglo II—, que trabajó para varios templos de su patria; reparó la estatua de Zeus en Olimpia, obra de Fidias y se especializó en esculpir imágenes de culto, algunas de tamaño monumental; realizó imágenes para el templo de Despoima (de las que se conservan las cabezas de Amitos, de Deméter y de Artemis), caracterizadas por la suavidad de los rostros, con cierto alargamiento, y por la sencillez de los rasgos. Contemporáneo de él fueron otros dos escultores áticos: Eubúlides y Eukleides. Trabajaron ambos en la segunda mitad del siglo II. Pausanias menciona del primero una Atenea, Zeus, Memoria, las Musas y un Apolo, expuestos en un gimnasio dedicado a Hermes. Su estilo es una versión exagerada del estilo clásico. Damofón es de estilo más espontáneo y más libre. Euklides labró también imágenes de culto.

El neoclasicismo floreció también en Pérgamo. Los Atálidas introdujeron en su capital el estilo clásico. Obras originales de Mirón, Praxiteles y de otros escultores fueron adquiridas como ejemplos del periodo clásico. La pieza más significativa es una Atenea Parthenos de Fidias, que no es propiamente una copia exacta, sino una recreación, con carácter propio. La más famosa obra de influjo neoclásico, un tanto libre, es la Afrodita de Melos, con detalles, que llevan a los siglos V y IV, fechada entre los años 150-125.

Desde la mitad del siglo II trabajó en Roma y en Atenas un grupo de escultores que hacía copias del arte griego arcaico y formaban sociedades familiares. Una de estas familias artísticas es la integrada por los escultores Apolonio y Arquias, que realizó la copia en bronce del Doríforo de Policeto, de Herculano. Otra familia de copistas fue la de Timárquides y Policles.

Las esculturas neoáticas responden a idénticas condiciones y mercado; a esta corriente pertenece Apolinios, hijo de Arquias. Característico de estos escultores fue el relieve con figuras, algunas veces sobre paneles, otras sobre puteales cilíndricos, donde se copiaban formas del arte griego primitivo, utilizadas también para producir efectos decorativos. Los prototipos solían ser obras áticas de finales del siglo V y del IV, pero también del arcaísmo y del periodo helenístico. J. J. Pollit divide la escultura neoática en tres periodos: 1) Entre el año 150 y el 86, fecha del saqueo de Atenas por Sila, que coincide con el florecimiento de la industria de copias. Los talleres se encontraban en Atenas. 2) Del 86 a la época de Augusto, con los talleres en Roma. 3) De Augusto hasta el gobierno de los Antoninos. La etapa más importante fue la primera. La segunda se caracterizó por una elegancia más decorativa. Se conocen los nombres de muchos escultores de la tradición neoática. Una de las piezas más significativas de esta corriente es el panel decorativo que representa a dos mujeres y un toro, fechado hacia el 180 a. de C., adaptación de las figuras del templo de Atenea Niké, en la Acrópolis de Atenas del 420 a. de C.; ésta exagera la cualidad del prototipo. Ménades de finales del siglo V con vestidos llamativos reaparecen en el arte neoático; unas veces separadas, otras en combinaciones. Se ha supuesto, pero ello es poco probable, que deriven de obras de Calímaco, el escultor de finales del siglo V, famoso por el uso de taladro. A este grupo pertenecen: el relieve con Ménades de Florencia, obra de alrededor del año 100 a. de C., la basa del Museo Laterano de finales del siglo I a. de C. con Ménades, el Ánfora de Sosibios, 50 a. de C., con idéntica decoración y el nitón del escultor Pontios, de finales del siglo I a. de C. Los vasos de Sosibios, de Pontios y de Salpión, este último de finales del siglo II a. de C., al que se debe una cantera de mármol con Hermes seguido de dos sátiros y de una Ménade, que representa al niño Dioniso, se pueden considerar, como una transición para otro grupo de escultores, de los siglos II y I, que son adaptaciones. Algunas obras más se pueden clasificar más bien como originales helenísticos que como adaptaciones neoáticas. La pieza más famosa es la crátera Borghese del Museo del Louvre, siglo II, de estilo helenístico, decorada con escenas dionisiacas. De esta crátera se conocen muchas copias. Aplicó el escultor la técnica de fabricación en serie de la industria de las copias a sus propias creaciones.

Arcesilao fue famoso por un modelo de yeso, que se utilizó para sacar copias en piedra o bronce.

Adaptadores fueron el hijo y el nieto del escultor Policles, al que menciona Plinio, como neoclásico, hacia el 150.

Los hijos de Timárquides, Dioniso y Policles, joven, fueron los primeros artistas que trabajaron en Roma y que se beneficiaron del mecenazgo romano. El Apolo Citaredo del British Museum, 150-100, puede estar en relación con Apolo de Timárquides, que estuvo dentro o cerca del *Porticus Octaviae*. El prototipo de esta obra es el Apolo de Praxiteles. Todas estas esculturas se caracterizan por su languidez.

Después del año 86, la escuela más famosa, que trabajó ya en Roma, fue la de Pasíteles, del que no se conocen obras suyas, pero sí de artistas de su escuela, como el Orestes, datado en el 50 a. de C., esculpido por su discípulo Estéfanos y el posible gru-

po de Orestes y Electra de Menelao. La escultura de Estéfanos es un original ecléctico de estilo neoclásico y no una obra influenciada por el estilo Severo. El grupo de Menelao es también de tendencia ecléctica. Los escultores de la escuela de Pasíteles aplicaron la tecnología de la industria para producir muchas réplicas, según un sistema de trabajo propio de final del helenismo.

En el estilo arcaizante se utilizaron modelos de la segunda mitad del siglo VI hasta el 480. A este estilo pertenecen el relieve de Pan y las Gracias del Museo Capitolino de Roma, firmado por Callímaco y fechado en el siglo I a. de C. El perfil de las piernas recuerda a los *kouroi* del periodo 540-525 y las Gracias a las últimas *korai*. A este grupo pertenece un trípode hallado en el ágora de Atenas, datado hacia el año 100 a. de C. La clámide de varón no sigue modelos del periodo arcaico. La mezcla de estilos fue propia de finales del helenismo, y se documenta en el relieve del Museo Banracco de Roma, con tres Ninfas conducidas por Hermes danzando ante un altar, con Aqueloo y Pan sentados. Las otras figuras recuerdan el estilo de los relieves votivos del final del siglo IV. Se ha sugerido que había un único cartón usado por los escultores para hacer todas las figuras arcaizantes, que podía ser modificado añadiendo atributos o variando el vestido. El estilo arcaizante fue coherente y sofisticado. Eran piezas decorativas. Las esculturas parecen a menudo reflejar antiguas imágenes de culto. Unos autores opinan que el estilo arcaizante aparece ya en el siglo V y que se desarrolló a lo largo de todo el arte griego posterior. Otros defienden que el primero se desarrolló en el siglo IV y que el estilo arcaizante de final del helenismo es un florecimiento del anterior. Últimamente se ha propuesto la teoría de que este estilo es una invención helenística del siglo III y que el estilo arcaizante de finales del helenismo es un eco mecánico de él. Parece, pues, que fue una creación del arte helenístico.

La pintura

Las pinturas helenísticas más famosas son los «Paisajes de la *Odisea*», que se descubrieron en el Esquilino en Roma. Representan la tierra de los Lestrigones, el palacio de Circe y la llegada y el sacrificio de Odiseo a Ultratumba. Las escenas están separadas por pilastras. En éstas la figura humana se pierde en la inmensidad de la naturaleza. Forman un friso narrativo, que se anticipan al friso de la Columna trajana. Debían pertenecer a un ciclo en las que intervenían mayor número de escenas de la *Odisea*.

Se ha pensado que sean copias de un original helenístico, procedente de algún centro importante. Otros autores son de la opinión que se trataba de obras más bien romanas y que algunos de sus detalles recuerdan la pintura romano-campana de finales del siglo I a. de C. o del siglo siguiente. Se ha supuesto que fueran creadas en el sur de Italia, en Alejandría o en cualquier otro lugar. Más que copias son «pinturas de género», arte helenístico en Roma. Representan la culminación de una tradición de pintura paisajista helenística.

De comienzos del helenismo se conservan algunas pinturas notables, como la fachada de una tumba en Laskadia; se pintó en ésta un frontón con columnas, con cuatro figuras de tipo ilusionista, que representan al guerrero macedonio muerto, con traje militar, incinerado dentro de la tumba; Hermes Sicopompo, portador de las almas al Hades, y los dos jueces de Ultratumba: Aiaco sentado, y Radamanto de pie. Las pinturas son de estilo impresionista y quizás acusen influencias de Platón a través de Aris-

tóteles, pues esta localidad fue la antigua Mieza, donde Aristóteles fue tutor de Alejandro. En las figuras hay un sentido de masa tridimensional. Debajo del frontón se representan puertas.

Contemporánea es la tumba de Kazanlak en Bulgaria. La escena principal está pintada en la bóveda, donde se representa el matrimonio sentado a la mesa, y a unos sirvientes, músicos, guerreros y mozos con caballos caminando hacia él. Encima hay una carrera de cuádrigas. El anillo exterior está adornado con bucraneos alternando con rosetones. Sin duda se representa el banquete fúnebre y el ritual de las carreras de carros. Las pinturas son obras posiblemente de un artesano griego itinerante y se acusa en ellas un eco de la pintura de la cerámica griega. Todas las figuras están silueteadas.

En Vergina, Macedonia, se han descubierto dos tumbas, una de las cuales se ha supuesto que es la tumba de Filipo II de Macedonia. Más importante desde el punto de vista artístico es la tumba de Vergina I (hacia 340-330) por las pinturas murales. Una escena representa el rapto de Perséfone por Plutón. Perséfone está aterrada. Su gesto indica magníficamente angustia y desesperación. Hermes, colocado a la izquierda del carro, guía la comitiva a Ultratumba. El estilo de esta tumba parece encontrarse a medio camino entre la de Kazanlak y el de Lefkadia. Se ha sugerido que el pintor de estas tumbas pudo ser Nicómaco, hijo de Arístides, que pintó un rapto de Proserpina, que se exhibió en el Capitolino de Roma. Se fecha esta tumba alrededor del 340. Estas pinturas artísticamente no difieren radicalmente en su concepción de la pintura arcaica de los vasos griegos. La figura humana ocupa el lugar más importante en la composición.

El mosaico de Alejandro Magno, que es una copia de una pintura del final del siglo IV, se encuentra ya en esta línea artística. Tiene un gran sentido dramático. En la tumba de Vergina I, en una escena de cacería, mal conservada, se acusa la misma corriente artística del mosaico de Alejandro Magno. Los cazadores a pie o a caballo, acompañados de sus perros, en un bosque, atacan a un león y a un oso. La composición está también dominada por la figura humana, como es tradición no sólo en las pinturas de los vasos griegos arcaicos, sino al final del Helenismo, y en las primitivas pinturas romano-campanas, en las pinturas de las tumbas etruscas del periodo helenístico, como en la tumba del Tifón, fechada alrededor del 150 a. de C., en las estelas de Demetrias, como en la de Arquídice, datada alrededor del 200, en la cerámica de Centúripe, de finales del siglo II o de comienzos del siguiente, y en el segundo estilo pompeyano, como en el friso de la Villa de los Misterios de Pompeya del 50, o en la pintura de Boscoreale. Todas las cuales indican que los «Paisajes de la *Odisea*» no se hallan al final de una evolución de la pintura griega. En este sentido, son importantes cuatro grupos de monumentos: 1) Varios relieves helenísticos. 2) El friso de Télefos en el altar de Pérgamo. 3) El mosaico de tema nilótico del Templo de la Fortuna en Preneste y algunos moldes con relieves, y tablas, que se pueden remontar a la costumbre de ilustrar los manuscritos. Los relieves helenísticos se fechan ya en el Imperio Romano. En ellos, como en los relieves con escenas de sacrificio, probablemente datados a mediados o a finales del siglo II a. de C. y en el de Dioniso visitando a un poeta, versión del siglo I, de un original de un siglo anterior, o en el relieve del campesino conduciendo su vaca al mercado, están presentes el campo, los edificios y los árboles.

Probablemente la fuente de inspiración de estos relieves se remonta al friso de Télefos del altar de Pérgamo, todo alrededor del 150. El friso relata la vida de Télefos, rey de Misia, que vivió en tiempos de la guerra de Troya y fue un antepasado de los

Atálidas. Se calcula que la extensión de este friso oscilaba entre 80 y 90 metros. Fue hecho bajo Éumenes II, cuya vida narraba en detalle, desde el nacimiento hasta la muerte; se descubren gráficamente los barcos, los interiores de los edificios, las batallas, los templos y las escenas campestres. Este friso es el primer ejemplo de una narración continuada, que es una invención helenística y una de las mayores contribuciones del arte helenístico al arte universal. En los «cuencos homéricos» se representan escenas aisladas de la épica o del drama griego. Casi todos estos cuencos proceden de Beocia. Se conservan unas seis piezas y más de la mitad son escenas tomadas de la *Iliada*, de la *Odisea* o de los poemas del ciclo épico. Recuerdan escenas de los grandes dramaturgos, principalmente de Eurípides. Se fechan entre los años 175 y 125. Son contemporáneos, por lo tanto, del friso de Télefos.

Una narración continuada ofrecen también las Tablas Iliacas, que ilustran escenas de la épica. Su estilo es parecido al de los «cuencos homéricos». La pieza más significativa, hoy en el Museo Capitolino de Roma, describe diferentes episodios de la guerra de Troya, ilustrando las escenas con inscripciones o versos sacados de la *Iliada Persis*, de Estesícoro, de la *Iliada*, de la *Aetiopsis* y de la pequeña *Iliada* de Lesques.

Todas estas escenas, al parecer, están inspiradas en las pinturas de los papiros alejandrinos, que se hicieron en la biblioteca de Alejandría en tiempo de Ptolomeo Filadelfo.

Plinio (36.189) menciona los *lithostrata*, abundantes en Italia en tiempos de Sila. Uno de ellos podía ser el mosaico nilótico de Palestrina. Es una especie de mapa de las orillas del Nilo, tratado de modo pictórico y tridimensional en las representaciones de las islas. Este mosaico podría ser un reflejo de la pintura topográfica egipcia, que bien pudo llevar a Roma el topógrafo Demetrio, que dio hospitalidad en la capital del Imperio, en 169, a Ptolomeo VI Filométor. Este tipo de pintura estuvo muy en boga en Alejandría a finales del siglo III y a comienzos del siguiente. Es una pintura en principio propia para la ilustración de libros, y que pudo ser aplicada a los estudios geográficos de Eratóstenes, o a los poemas de Calímaco.

El mosaico

Los mosaicos helenísticos de más calidad artística y técnica son los hallados en Pella, capital de Macedonia. Se han encontrado en dos edificios que formaban parte del palacio construido por Casandro. Son obras de dos artistas diferentes, que siguen técnicas diversas. Uno de estos mosaicos representa la cacería de un león (se fecha entre los años 330 y 300) y el segundo la cacería de un ciervo. Ambos están confeccionados con la técnica llamada mosaico de guijarros. Los musivarios han logrado producir la sensación de estar ante una pintura mural, como la de la tumba de Vergina, distinta de la pintura decorativa de vasos. El mosaico de guijarros es una creación del siglo III. A la misma técnica pertenece el mosaico con centauro de Rodas, datado alrededor del 300-270. En el siglo III se abandonó la técnica del mosaico de guijarro y se adoptaron los pequeños cubos de piedra, de vidrio y de terracota: se volvió entonces a la policromía y al ilusionismo. Se ha pensado que esta técnica procede de Sicilia, probablemente de Siracusa, y que de aquí pasó a Alejandría. Un apoyo a esta teoría es el mosaico de la Casa de Ganimedes, de Morgantina, datado entre los años 260-200. También se ha defendido que el origen del mosaico de teselas es Alejandría, donde se daría la transi-

ción, observada en el mosaico hallado en esta ciudad, de la cacería de un ciervo por tres erotes, fechado a finales del siglo III o comienzos del siglo siguiente. El *opus vermiculatum* utilizaba piedrecitas aún más finas.

Los temas tratados con estas dos técnicas se pueden dividir en cinco apartados: escenas mitológicas; composiciones teatrales; decoración de animales, figuras fantásticas, como grifos y erotes; iconografía real y política, como el Mosaico de Alejandro, y paisajes, como el mosaico nilótico de Préneste. Las orlas florales están bien documentadas, como en el citado mosaico de Pella con la cacería del ciervo, obra de Gnosis.

Los mejores centros de mosaicos son: Pella, Delos, Pérgamo, Alejandría y Pompeya. Los mencionados mosaicos de la cacería del león y de la cacería del ciervo de Gnosis, pertenecen a la iconografía vinculada con los palacios reales de comienzos del Helenismo. Otro mosaico de guijarros de calidad excelente es el de Dioniso cabalgando una pantera, datado entre los años 330-300. De la misma fecha es el mosaico de guijarros de Pella, con el rapto de Helena por Teseo, que recuerda el rapto de Perséfone por Plutón de Vergina.

Los mejores mosaicos de teselas provienen de Delos: se fechan entre los años 166 y 100. Un ejemplo excelente de este tipo de mosaicos es el de la ninfa Ambrosia y Licurgo, o los hallados en la Casa de las Máscaras. Las obras cumbres de *opus vermiculatum* son los mosaicos con Dioniso cabalgando un leopardo; procede de la Casa de las Máscaras de Delos. De la Casa de Dioniso procede otro mosaico con Dioniso alado montando un tigre. Es probable que trabajase en Delos un artista que se especializó en temas dionisiacos y teatrales, en relación con el culto y con el mito dionisiaco. Estos mosaicos podían también evocar la tragedia, la comedia y la danza.

La ciudad más famosa por la calidad de sus mosaicos fue Pérgamo, donde trabajó Sosos, el mejor musivario, que hizo obras que fueron después copiadas, según Plinio (36,184). La modalidad con la que trabajó este artista es la llamada *asarótos oikos*, que se caracteriza por representar los restos de comida de un banquete diseminados por el suelo, como se observa en el mosaico romano del siglo II de Heracleito, hallado en el Aventino en Roma, basado en un *asarótos oikos* de Sosos.

Un mosaico inspirado en un pavimento de Sosos es el hallado en Tívoli, siglo II, con palomas bebiendo en una fuente. Esta última obra es decorativa. Los restos de los mejores mosaicos de Pérgamo proceden del palacio construido por Eumenes II, en el que trabajó Sosos. Los fragmentos de mosaicos conservados son de gran utilidad. Un excelente ejemplo es el *opus vermiculatum* con papagayo.

Procede de Thmuis uno de los más famosos mosaicos, con una probable personificación de Alejandría, obra de Sófilo, en el siglo II; es un raro ejemplo de representación de tendencia política en mosaico.

Pompeya ha dado el conjunto más variado de *opus tessellatum*: la Casa del Fauno da una idea exacta de la calidad y variedad de los mosaicos helenísticos. A la entrada de la casa se encuentra un mosaico con máscaras de teatro, entre hojas y frutos.

En el ala derecha de la casa, un mosaico representa un gato atacando a un ave; en la parte superior, y en la parte inferior, dos patos y otros pájaros en compañía de peces, tema muy frecuente en mosaicos pompeyanos. Son decoraciones muy apropiadas para un comedor. En la misma Casa del Fauno, en la exedra, un mosaico está cubierto con aves, como patos y animales del Nilo, cobra, hipopótamo, plantas acuáticas, etc.

De la Villa de Cicerón en Pompeya proceden los dos mejores mosaicos de tema teatral inspirados en la comedia nueva, datados hacia el año 100; son obra de Dioscó-

rides de Samos. En un mosaico se representan tres músicos callejeros con un joven. Todas las figuras llevan máscaras. La escena está tomada de las *Mostellaria* de Plauto. En un segundo pavimento tres mujeres están sentadas a la mesa. La escena está inspirada quizás en la *Synaristosai* de Menandro. La policromía y la luz de estos mosaicos parecen un reflejo de la tradición técnica de las pinturas del comienzo del Helenismo.

En los mosaicos helenísticos de Pompeya las escenas mitológicas son raras. El más famoso mosaico pompeyano de tema mitológico es el de Teseo luchando con el Minotauro, probablemente inspirado en una pintura helenística. La técnica de este mosaico es inferior a la de los mosaicos de Alejandro o de Dioscúrides.

LAS LETRAS

La creación de bibliotecas

Antes de la época helenística existían ya bibliotecas. Eurípides y Aristóteles tuvieron cada uno la suya, al igual que Teofrasto. Con el desarrollo de la ciencia, en sus más variados aspectos, y de la erudición, se crearon bibliotecas en los principales centros de cultura. La más famosa fue la de Alejandría, obra de Ptolomeo I, en colaboración con Demetrio de Falero, a comienzos del siglo III. Fue una dependencia del Santuario de las Musas, o Museo, levantado junto al palacio real, donde los Ptolomeos reunían a sabios, eruditos y literatos, dedicados a sus trabajos y pagados por los soberanos. La política cultural de los lágidas reunió en esta biblioteca una gran cantidad de volúmenes. Existió un programa de compra de libros, y así, en el año 286, se obtuvo la biblioteca de Aristóteles. Sus directores fueron eruditos de primera fila: el primero de ellos fue Zenódoto de Éfeso, filólogo que trabajó sobre los poemas homéricos, al que siguió el lírico Calímaco, el poeta Apolonio de Rodas, Eratóstenes y el filólogo Aristófanes de Bizancio. Una segunda biblioteca funcionaba en el *Serapeum*. Cuando la Biblioteca de Alejandría se incendió, con motivo de la revuelta contra César, contaba con 700.000 volúmenes, clasificados alfabéticamente por autores y por temas dispuestos en armarios. Se redactaron catálogos, como el que hizo Calímaco en sus *Pinakes*, donde cada obra llevaba su correspondiente registro, según el autor y la materia, acompañada de una nota bibliográfica. La Biblioteca de Alejandría fue un centro fundamentalmente erudito: no parece que los historiadores deban nada a este lugar, ya que la mayoría de ellos procedía de fuera de Egipto.

Otros soberanos siguieron el ejemplo lágida y crearon bibliotecas públicas, subvencionadas por el Estado, como los Atálidas en Pérgamo, que trataron de competir en este aspecto con los monarcas lágidas, siendo generosos en sus bibliotecas, especialmente durante el siglo II. Dado que los lágidas tenían el monopolio del papiro, y ante las dificultades para su obtención, Eumenes II favoreció la fabricación del pergamino que tanta importancia alcanzó en la Edad Media y cuyo uso se generalizó en el Bajo Imperio. Los reyes seléucidas, en su capital —Antioquía— y los antigónidas en la suya —Pella—, crearon bibliotecas.

También Mitrídates VI del Ponto siguió el ejemplo de los demás monarcas helenísticos. Incluso ciudades pequeñas contaron con bibliotecas, como Nisa en Caria o Tauromenio en Sicilia. La multiplicación de las bibliotecas contribuyó a la difusión de la cultura, a la erudición y a la investigación de todas las ramas del saber humano.

Geografía

La época helenística conoció un interés extraordinario por los viajes y sus descripciones, que encajaba perfectamente en la eclosión de la cultura griega que siguió a las campañas de Alejandro Magno, y al interés que se despertó en los más variados campos del saber.

Hacia el año 330-325, Piteas de Marsella exploró el Atlántico, llegando a las tierras del norte de Europa, a las islas al norte de Escocia y posiblemente al mar Báltico. El geógrafo Estrabón negó toda autoridad a Piteas, lo que impidió conocer la descripción de estos lugares.

Uno de los grandes geógrafos de la antigüedad fue Eratóstenes de Cirene, amigo de Calímaco, que escribió, como era frecuente en época helenística, sobre diferentes materias: filología, mitología, matemáticas, cronología y geografía. Estrabón, en su *Geografía*, incluyó datos de Eratóstenes sobre el sur de la Península Ibérica (3,148), las islas Baleares (2,159) y el Atlántico. Señaló tres grandes penínsulas en Europa: Iberia, Italia y una tercera, que comprendía todas las tierras entre el sur del Peloponeso, el Adriático y el Ponto Euxino (2,108). Dudaba si creer a Piteas, pero le dio fe en cuanto a lo referente a Bretaña, Iberia y Cádiz (2,104). Trazó un mapa de la tierra conocida, dividida en dos partes mediante una línea que iba de poniente a levante, paralela a la línea ecuatorial. Un extremo de esta línea estaría en el estrecho de Gibraltar y el otro en Rodas y en el golfo de Isos (2,67).

El interés por explorar nuevas tierras es una constante del mundo helenístico. Posidonio (Str., 2.99) recogió la noticia de que Eudoxos de Cicico, en tiempo del rey Evergetes de Egipto, exploró por dos veces las costas del océano Índico. La tercera empresa fue el intento de circunnavegación de África, partiendo de Cádiz, con un barco de transporte y una pentecontera (Str., 2.99-100).

Cronografía

El desarrollo de los estudios helenísticos hizo posible la historia universal en esta época. Eratóstenes es el verdadero creador de la cronología científica; escribió dos obras importantes de cronología: una de ellas se denominaba *Cronografías*, y en ella se recogían los principales acontecimientos históricos referentes a la historia griega, desde la guerra de Troya hasta la muerte de Alejandro Magno. Completó esta obra con una lista de los *vencedores olímpicos*, obra aumentada y corregida en el siglo II por Apolodoro de Atenas. El sistema de contar por Olimpiadas era un cómputo mucho más fácil de aceptar por todos los griegos, ya que tradicionalmente cada ciudad refería las fechas por el nombre de sus supremos magistrados. El método de Eratóstenes fue aceptado por Polibio y Diodoro Sículo. La cronología de la antigüedad, en gran medida, se basa en los datos recogidos por Eratóstenes.

La casi totalidad de las obras de cronología griega se ha perdido. Es posible conocer cómo serían a través del «Mármol de Paros» (una crónica escrita en mármol, hallada en la localidad de Paros) y la crónica de Apolodoro. Un trabajo de Dionisio de Hali-

carnaso versaba sobre la cronología y autenticidad de los hechos, según los cánones de la filosofía alejandrina.

Etnografía e historia

Éforo de Cime y probablemente Anaxímenes de Lampaco convirtieron la monografía, al estilo Tucídides, en historia griega global. En el siglo IV a. de C., Éforo se propuso hacer un informe completo de toda Grecia, con los sucesos políticos y militares. Este autor, más que el creador de la historia universal, como creía Polibio, es el creador de la historia nacional. Éforo es también un compilador, por escribir una obra utilizando otros libros.

En época helenística se generalizaron mucho las historias de una ciudad o región, debido al interés que hubo siempre por conocer las raíces y la historia de los ritos, mitos, regiones, ciudades, pueblos, etc. Las conquistas de Alejandro Magno aumentaron este interés, bien atestiguado por Herodoto, por conocer otros pueblos: Hecateo de Abdera escribió sobre Egipto; Megástenes sobre la India, y Agatarquímedes de Cnido sobre Asia y Europa.

Al primero de los citados, Hecateo de Abdera, se le conoce a través del libro I de Diodoro Sículo. Mezcló en su obra la mitología, la teología, la geografía y la etnografía. No tuvo continuadores. Megástenes redactó una obra (tras su embajada desempeñada en la India) sobre la geografía, las costumbres, la religión y las constituciones de aquel país. La obra se ha perdido, pero fue muy utilizada por Diodoro Sículo, Estrabón, Plinio el Viejo y Arriano.

Agatarquímedes de Cnido fue un fino observador, como lo demuestran sus descripciones sobre las minas. Se ha perdido su obra histórica; sólo quedan algunos fragmentos de su trabajo geográfico. Era hombre de una gran amplitud de miras, comparable a Polibio. Los griegos no eran proclives a aprender idiomas extranjeros, y las noticias que recogían eran ya de segunda mano; sólo podemos exceptuar en este sentido a Menandro de Éfeso, que conocía el fenicio.

La mayoría de los historiadores trató la historia de Occidente, y no la de Oriente, como Timeo, siciliano desterrado a Atenas, que prestó atención a las minas hispanas; fue el primer historiador griego que incluyó a Roma en su historia.

Pronto, no obstante, se describió el Occidente, no conquistado aún por Roma, por griegos interesados en la etnografía, como Polibio, Artemidoro de Éfeso, Apolodoro de Artemita y Posidonio, que se refirieron a la Península Ibérica, por ejemplo, en Diocarco, Timóstenes, Eratóstenes, Hiparco, Silano y Crates. Varios de ellos son escritores de primera fila dentro del periodo helenístico. Ninguno de ellos estuvo en la Península Ibérica. Sí la visitaron Polibio, Posidonio, Artemidoro y Asclepiades. Estrabón es el transmisor más importante de todos los conocimientos sobre etnología antigua.

En la época helenística, se publicaron unas guías de carácter histórico-geográfico, del tipo de las que se escriben en el mundo moderno.

En el siglo II, Polemón de Ilión escribió sobre su patria, la Acrópolis de Atenas, Samotracia y Cartago, y recogió inscripciones de diferentes ciudades; es un modelo para Pausanias. En el siglo III, Dicearco redactó una *Vida de Grecia*: no tuvo continuadores en Grecia pero sí en Roma, donde Varrón le imitó.

El mayor historiador del helenismo fue Polibio, que narró la historia del hundi-

miento de Grecia y la ascensión de Roma como única potencia del Mediterráneo tomando como modelo a Tucídides; escribió, pues, la obra de su mundo contemporáneo. Su información es buena y directa; su conocimiento, en lo político y en lo militar es grande. Es un excelente analista de los acontecimientos históricos, que bucea en las causas profundas de los mismos. Además de Tucídides, influyó en su *Historia*, Éforo.

Trogo Pompeyo, contemporáneo de los dos historiadores anteriores, redactó una *Historia Universal*, en latín, mezclando elementos orientales y griegos que se conoce por un resumen del siglo II, debido a Justino. Está por aclarar si en este aspecto, Trogo Pompeyo tuvo predecesores.

Dionisio de Halicarnaso utilizó elementos de la historia griega local, para redactar unas *Antigüedades Romanas*. Había leído tanto a los cronistas romanos como a los eruditos griegos. Se han perdido los testimonios directos sobre investigación erudita, que fueron de excepcional importancia y debieron ser muy numerosos. En las *Antigüedades Romanas* de Dionisio de Halicarnaso quedan algunos ejemplos de disputas, que se refieren a la historiografía. Abordan tanto el problema de la forma, como el contenido. La teoría de la Historia de Asclepiades de Mírlea la conservó Sexto Empírico. Todas las obras de filología de Pérgamo y Alejandría se han perdido, como las *pinakes* o tablillas redactadas por Calímaco; sólo han llegado escolios y léxicos posteriores. Tampoco se ha salvado ninguna edición crítica, ni catálogos de inscripciones, ni los tratados sobre las costumbres, los rituales, los inventos o los descubrimientos. Todo el gigantesco trabajo de erudición de Alejandría se ha perdido. Tampoco queda nada de las crónicas locales, salvo la del templo de Lindos del año 99, y el resumen incorporado a la *Bibliotheca* de Focio, de la crónica de Heraclea Póntica de Menón. De la erudición y de la historia local helenística no ha pervivido nada.

La historiografía griega fue imitada por historiadores no griegos en los siglos III y II a. de C. Hubo un gigantesco esfuerzo por defender la cultura de los países contra la Helenización. En este sentido, Beroso de Babilonia, Manetón de Egipto, Fabio Píctor de Roma y Demetrio de Palestina escribieron en griego, en el siglo III, sobre sus regiones, con un fuerte acento nacionalista. A Manetón se debe la lista de faraones y su distribución por dinastías.

Los romanos pronto pasaron a usar el latín para escribir esta clase de historias. Los *Orígenes*, de Catón, fue la primera obra escrita por un latino bajo el impacto de la cultura helenística. A esta tendencia de los autores extranjeros a escribir la historia de sus respectivos países usando el griego y los cánones griegos, correspondió otra de los autores griegos a tratar la historia de los pueblos extranjeros. Sósilos escribió sobre Aníbal, y Filino sobre Cartago. Los historiadores griegos redactaban la historia con pueblos empíricos, clasificados según su probabilidad. Sólo interpretaron los hechos concretos. El problema planteado demuestra la competencia de los historiadores griegos en la valoración de los pueblos, y hasta influyó la retórica en la elaboración histórica. La meta de la historiografía griega no era revelar el destino del hombre ni valorar los hechos en función de los buenos resultados; no reemplazó nunca a la religión o a la filosofía. Los filósofos griegos pensaban que la historia estaba plagada de pasiones y ambiciones, de las que la filosofía intentaba liberar al hombre. Posidonio, que fue al tiempo historiador y filósofo, fue un ejemplo único. La filosofía influyó en la historiografía. Onesícrito convirtió la vida de Alejandro Magno en una novela casi cínica. Hecateo de Abdera y Evémero publicaron sus especulaciones bajo una forma etnográfica.

Un género que cultivaron los hombres del Helenismo, muy en boga en el mundo

moderno, fueron las memorias de los generales, que se convirtieron en género popular. Muerto Alejandro Magno, Ptolomeo I y Jerónimo de Cardia escribieron sus memorias, que constituyeron la fuente principal para la historia del rey macedonio redactada por Arriano, en el siglo II. Aristóbulo, un personaje de segunda fila, compañero de Alejandro, fue también utilizado por Arriano.

Con la desaparición de la ciudad-estado y la creación de las monarquías helenísticas, el gobierno de un soberano se convirtió en la unidad de la historia política y, de este modo, la historia se convirtió en biografía. Estas biografías de época helenística se han perdido, pero fueron usadas por autores posteriores, como Plutarco en sus *Vidas Paralelas* y antes, por Cornelio Nepote y Diógenes Laercio, en su *Vidas de filósofos ilustres*. Este género remonta al Agesilao de Jenofonte.

La filología

En esta época hace su aparición la filología, en el sentido moderno de la palabra. Se sometieron los textos antiguos a una crítica depurada; se eliminaron las interpolaciones; se estableció un texto auténtico, libre de falsificaciones e inexactitudes; se comentaron los textos con glosas; se redactaron gramáticas y léxicos; se hicieron diccionarios de términos raros; se estudiaron dialectos. Todo este ingente trabajo, realizado principalmente sobre obras literarias, se ha perdido, pero sirvió a autores posteriores y de alguna manera se ha salvado. La obra de Homero llamó la atención de los eruditos, más que ninguna otra y fue leído como libro sagrado; ya se ha indicado que Homero fue, en opinión de Herodoto, el creador de los dioses griegos. El interés del mundo helenístico por este autor fue enorme: es ahora cuando se esculpe el «retrato ideal de Homero», del que se sacaron multitud de copias, que recuerdan el perfil del poeta que figura en las monedas de Amastris, puerto de Anatolia sobre el Ponto Euxino, retrato identificado con Homero por una inscripción. Su prestigio fue tan grande que el escultor Arquelao de Priene, en la segunda mitad del siglo II a. de C., representó la apoteosis de Homero en un relieve de varios pisos. En lo alto de una montaña está sentado Zeus, fácilmente identificable por sus atributos, la égida y el águila posada a sus pies. Junto a él se encuentra Mnemosine, alegoría de la Memoria y madre de las Musas, que le acompañan, cada una con sus atributos respectivos, distribuidas en dos picos. En medio de ellas, de pie y dentro de una hornacina, está Apolo con su lira, junto al Onfalos de Delfos. En la parte derecha dirige al dios la visita un poeta con un papiro en la mano. En el relieve inferior, se esculpió la Apoteosis de Homero, entronizado y acompañado de dos figuras alegóricas, la Iliada y la Odisea. Coronan al poeta Cronos (el Tiempo) y Oikoumene (la Tierra). Ante Homero, se hace un sacrificio en un altar cilíndrico. Detrás de él hay un toro. Dos nuevas figuras alegóricas levantan el brazo, precedidas por una tercera que lleva dos antorchas. La dama que realiza el sacrificio vierte unos granos sobre el altar, acompañada de una sirvienta que lleva un jarro y una pátera. Cierran la comitiva cuatro personas y un joven.

Este gusto por las obras de Homero pasó a la pintura, que frecuentemente se inspira en pasajes de la Iliada y de la Odisea (Ulises en la tierra de los Lestrigones, el palacio de Circe, el descenso de Ulises a los Infiernos, etc.), fechados hacia el año 50 a. de C.

El gran especialista en Homero y maestro de muchos, fue Zonódoto. Continuaron

su labor Aristófanes de Bizancio, Aristarco de Samotracia, Apolodoro de Atenas (que comentó el Catálogo de la Iliada) y, en Pérgamo, Crates de Nallos, que dio una interpretación de tipo estoico a los poemas. Estrabón utilizó a Homero como fuente histórica.

Se estudiaba con frecuencia la geografía homérica, la lingüística y la interpretación histórica. Este tipo de trabajos contaba con una tradición antigua. Atenas hizo el texto oficial de Esquilo; pero los alejandrinos generalizaron el método.

Homero no fue el único autor que acaparó la atención de los eruditos alejandrinos: también se hicieron ediciones críticas de otros autores, como trágicos, oradores (principalmente de Demóstenes), poetas líricos (sobre todo de Píndaro) e incluso de autores contemporáneos, como Menandro. Con este mismo método se trabajó en otras bibliotecas, como en la de Pérgamo. Bajo el influjo del estoicismo, se tendió a interpretar los textos de forma alegórica.

El conocimiento del texto de Homero se basó en la labor de estos filólogos, transmitido por gramáticos posteriores. Ellos se plantearon la mayoría de los problemas que la filología moderna se hacen aún y las soluciones propuestas hoy, en gran parte, son las ofrecidas por la filología alejandrina.

La literatura

La poesía lírica conoció un gran desarrollo en la época que nos ocupa, alcanzando una gran calidad artística e influyó muy poderosamente en los poetas de comienzos del Imperio Romano. En la poesía helenística el lector buscaba más la calidad literaria que la extensión: la obra poética más extensa, el poema épico *Los Argonautas*, de Apolonio de Rodas, tiene una extensión de 5.835 versos. Compuesto a mediados del siglo III a. de C., canta el viaje de Jasón en busca del vello cino de oro a la Cólquide; la gran aceptación que obtuvo explica que pasase a la pintura. Es obra caracterizada por la erudición mitológica y geográfica, por la viveza y originalidad del lenguaje, por el sentido del paisaje y por la magnífica presentación de Medea enamorada, figura que arranca de las tragedias de Eurípides, que, en sus obras, trató el carácter de las mujeres tal como se manifestaba en la realidad. Se tienen noticias de otros poemas épicos; uno de ellos cantaba la lucha de Antíoco I contra los gálatas.

El mayor poeta helenístico, y de gusto más exquisito, fue Calímaco de Cirene, que trabajó en la Biblioteca de Alejandría, comparable, por su calidad literaria, con Píndaro. Siempre demuestra una gran erudición. Sus obras, como sus *Himnos*, fueron escritas para ser recitadas en público con ocasión de fiestas religiosas: en este aspecto fue grande la función social del poeta. Estas composiciones son el mejor exponente del gusto culto y refinado de las personas que oían o leían estas composiciones poéticas. La actividad de Calímaco, como la de muchos sabios helenísticos fue enciclopédica: su interés tenía una gran amplitud; ningún aspecto cultural les era ajeno. Otras poesías iban dirigidas a los eruditos, como los cuatro libros titulados *Aitía* o los *Órigenes*, una colección de pequeños poemas que recogen gran número de leyendas de diferentes santuarios y que utiliza el poeta para ofrecer una explicación mítica de los ritos aún en uso. Los *Aitía* constituyen la obra cumbre de Calímaco y de toda la poesía helenística. La brevedad, la originalidad del tema, la viveza en la descripción, la penetración psicológica, la erudición y el gusto exquisito y refinado en la expresión, son características de este libro, cuyo contenido desgraciadamente se ha perdido en casi su totalidad.

El influjo de Calímaco en los poetas griegos y latinos fue grande. El impacto en su generación fue tan importante, que pronto se hicieron comentarios para hacer más asequible las *Aitia* al gran público, buena prueba de la alta estima de que gozaban.

La obra de Calímaco es muy variada: ya se han citado los *Pinakes*, que eran catálogos bibliográficos, en los que Calímaco demostraba su gran erudición. Casi la totalidad de la obra del poeta de Cirene se ha perdido, pero quedan sus títulos, que demuestran un interés por los más variados campos de la cultura, característica de la erudición helenística. Estos títulos, que cabe recordar son: *Costumbres de los bárbaros*, *Denominaciones étnicas* y *Fundaciones de Estados Insulares y de ciudades con sus cambios de nombres*, son obras de historia o de etnología; *Denominaciones étnicas*, estudios lingüísticos; la *Cabellera de Berenice*, en la que narra cómo se transformó en constelación el cabello de esta reina. Trabajos de lexicografía son los *Nombres de los meses*, clasificados por pueblos y por ciudades, y *Los diversos nombres de los peces*. Los tratados de geografía e historia natural son: *De los vientos*, *De los pájaros*, y *De los ríos del mundo habitados*. También hay un trabajo sobre mitología, titulado *Sobre las Ninfas*. Un trabajo sobre paradoxografía, el primero que se hizo, es *Maravillas del Mundo entero*, que sigue un orden geográfico. Un opúsculo polémico contra el filósofo peripatético que había publicado un tratado sobre la poesía y el estilo, de nombre Praxífane de Mitilene, es el titulado *Contra Praxífane*.

Calímaco tuvo que defender sus teorías literarias y atacar las de sus adversarios. Ello entraba dentro del espíritu de competición, que caracterizó a la sociedad griega de todos los siglos.

Este autor escribió también epigramas, género antiguo en Grecia, al que ya se dedicara Simónides, para ser colocados sobre las ofrendas o epitafios funerarios en verso. El epigrama alcanzó un gran desarrollo en el Helenismo y a este género se dedicó Posidipo de Pella. Los epigramas eran encargados y pagados según la categoría del autor y se caracterizaban por su brevedad, originalidad, densidad, calidad y sinceridad. Con Calímaco, el epigrama alcanzó una gran calidad literaria; a veces no estaba compuesto para ser grabado sobre una tumba u objeto, sino para expresar las ideas y sentimientos del autor. La antología griega recoge ya epigramas helenísticos a partir de la *Guirnalda de Meleagro*.

Alejandro atrajo eruditos, sabios y literatos de todo el mundo, debido a las facilidades que éstos encontraban en la Biblioteca. Tan excelente como Calímaco en la técnica de su arte es el siracusano Teócrito, que escribió treinta *Idilios*, más varios epigramas. Su poesía se caracterizaba por su lirismo narrativo, por la forma exquisita y por su amor a la naturaleza y a los animales.

Teócrito es el creador de la poesía bucólica, cuyos lejanos orígenes se remontan a Livio, que influyó poderosamente en las *Églogas* de Virgilio y, posteriormente, en la literatura del Renacimiento: el Cíclope ha perdido su carácter feroz y salvaje, para convertirse en un enamorado de la ninfa Galatea. Su influjo en las artes fue también muy grande, como lo atestiguan las representaciones de Polifemo y Galatea en mosaicos, como el soberbio de Córdoba, datado hacia el año 200 d. de C., pero que remonta a un original helenístico perdido.

Teócrito situó a sus pastores en los campos sicilianos. Los hizo hablar en dialecto dórico, todavía entonces hablado en Siracusa y en el campo: su obra cumbre es precisamente la titulada *Las Siracusanas*. El poeta pone en sus composiciones multitud de elementos realistas. Su poesía es tierna, refinada, minuciosa y de impacto inmediato,

al tiempo que de una gran sencillez. Captó bien la vida rústica de pescadores y pastores, que el autor describe. En otros *Idilios* canta a la naturaleza, al trabajo, al amor y a la muerte. Precisamente, el descubrimiento del tema del amor data de esta época; también aparece en Calímaco y pasó a la escultura, donde tenemos los grupos de Eros y Psique, datado hacia los años 150-100; de Afrodita y Pan, fechado hacia el 100; de ninfa y sátiro, de la misma fecha; de hermafrodita y sátiro, del siglo II a. de C., etc.

El Idilio II describe los hechizos de una joven que quiere atraer a su amado infiel. El Idilio XV pinta a las mujeres sicilianas de Alejandría, participando en el culto a Adonis en una excelente descripción de una fiesta. El Idilio I lamenta la muerte del pastor Dafnis: el tema de los lamentos por la muerte de los seres queridos gozó de cierta aceptación en la poesía helenística.

Bión, el sucesor de Teócrito lloró también la desaparición de Adonis, en su poesía. Mosco escribió un poema fúnebre dedicado a Bión: el poeta representa en esta última pieza al difunto como un pastor.

Herondas, del siglo III a. de C., fue autor de *Mimos*, destinados a la representación; nació quizá en Cos, donde sitúa muchas de sus obras. Algunas composiciones de Teócrito, como *Las Siracusanas* o el *Amor de Kyniska*, son ya verdaderos mimos. Herondas traspone a la literatura un género popular muy antiguo. Los tipos que presenta, están sacados del pueblo, como las prostitutas, las damas de buena familia, los artesanos, los comerciantes, etc. Las escenas también están tomadas de la vida cotidiana; pero la lengua está plagada de referencias literarias. A partir del siglo II a. de C., toda poesía entró en decadencia y hace su aparición la novela de Alejandro.

La filosofía inspiró obras literarias escritas para el gran público. Unas veces eran didácticas, como los *Fenómenos* de Arato de Soloi, discípulo de Zenón, en la que versificó la *Astronomía* de Eudoxo de Cnido, a fin de dar a conocer la concepción providencialista de los estoicos sobre el universo: la composición empieza con un himno a Zeus. Los filósofos cínicos, para predicar sus ideas sobre la pobreza, utilizaron la diatriba, que tenía mucho de crítica social.

La sátira, en la que descollaron Menipo de Gádara y Cércidas de Megalópolis, mezclaba la prosa y el verso. Este último autor fue contemporáneo de Arato e intervino en las guerras y en el gobierno, bajo Antígono Dosón. Atacó la corrupción y la desigualdad social provocada por el desigual reparto de las riquezas: era un seguidor de la filosofía cínica.

El teatro

La literatura, como el arte, es un excelente reflejo de la sociedad donde florece. La comedia nueva, con Menandro y Filemón, que no ha perdido el carácter de concurso dionisiaco, es el mejor reflejo de la sociedad de este tiempo, de sus problemas, de sus inquietudes, de la escala de valores y de sus transformaciones. La modernidad de Menandro queda reflejada en el florecimiento del amor y de los sentimientos del hombre, de los que no se ocupan ni Esquilo, ni Sófocles, ni Aristófanes, salvo en las canciones corales y justificaciones divinas.

La comedia se convierte, durante el Helenismo, en comedia de caracteres, de intriga y de costumbres. Su finalidad es divertir al pueblo. Estaba vinculada con el medio ateniense, pero tenía un carácter universal. Por ello gustaba a todos los públicos y de

ella Plauto y Terencio hicieron adaptaciones para el público romano. La aceptación por el público de las obras de Menandro queda bien patente en el gran número de retratos suyos que se han conservado, caracterizados por la elegancia de facciones, por la expresión delicada y por la simpatía profunda que despierta en el observador. El original es de comienzos del siglo III a. de C. Un retrato se hallaba en el teatro de Atenas; y las esculturas son obra de Cefisódoto y Timarco, hijo de Praxíteles. Un relieve romano de tipo helenístico representa a Menandro sentado, con tres máscaras características de la comedia nueva. Deriva de un prototipo, como el conocido relieve del Museo Laterano. Escenas de sus comedias pasaron a la musivaria, como en un mosaico pompeyano, fechado en el siglo II a. de C., firmado por Dioscórides de Samos, que ilustra una escena de la comedia *Synaristosai*. Representa la primera escena de la obra, en la que intervienen tres mujeres: una vieja, Philainis; su hija, Pythias, y quien las ha invitado, Plangon. La vieja se lamenta de que una esclava, situada a sus espaldas, le retire el vino sin haberlo bebido; esta obra fue imitada en la *Mostellaria*, de Plauto. Un segundo mosaico, obra del mismo artista que el anterior, y hallado en la llamada Casa de Cicerón, en Pompeya, toma su tema de la comedia de Menandro, *Theophoroumene*; participan en la escena cuatro músicos que tocan en honor de Cibeles. Uno de ellos toca la doble flauta. A su espalda, un muchacho toca un cuerno. Delante de la dama, dos músicos, vestidos con trajes asiáticos, tocan los címbalos y el tímpano; se hallan ejecutando una danza ritual. La decoración representa el proscenio de un teatro: los músicos llevan máscaras cómicas.

La popularidad de las representaciones teatrales queda también patente en el gran número de piezas relacionadas con Menandro o en las que aluden a la comedia media, así, la que representa al actor cómico que toca un tambor, con máscara grotesca sobre el rostro y una hoja de hiedra sobre la cabeza, una túnica corta y pantalones, que dejan ver un falo postizo, datada en el siglo IV. Otro relieve con tema de la comedia nueva se guarda en el Museo Nacional de Nápoles, quizá del siglo I a. de C; en él figura un viejo a la puerta de su casa, esperando a su hijo, que llega borracho de una juerga.

En Alejandría y Ptolemais se ponían en escena muy frecuentemente obras de teatro. En Egipto son muy numerosas las terracotas con imágenes de artistas de teatro. Se conocen también los nombres de diversos escritores alejandrinos de tragedias. El más famoso fue Licofrón de Calcis, del que se conserva un largo monólogo de las profecías de Casandra, en un lenguaje ya incomprendible para los antiguos.

La novela

La novela como género literario es una creación helenística. Estaba destinada a un público no erudito y combinaba los viajes fantásticos con los temas eróticos, aventuras, etc., generalmente con un desenlace feliz. La novela tuvo una gran aceptación entre el pueblo: era una compensación a los sinsabores de la vida cotidiana. El tema general era la idealización de los amantes: en el siglo II a. de C., se publicó *Nino y Semiramis*, y en el I antes o después de Cristo, *Quereas y Calirroe*, de Caritón de Afrodiasias. La novela helenística fue continuada en época imperial, con *Las maravillas de más allá de Tule*, de Antonio Diógenes; *Dafnis y Cloe*, de Longo; *El asno*, de Apuleyo, y *Leucipo y Clitofonte*, de Aquiles Tacio, todos ellos autores del siglo II.

APÉNDICES

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ

APÉNDICE I

SITUACIÓN DE LA MUJER EN GRECIA

ÉPOCA ARCAICA Y CLÁSICA

La literatura griega ha dejado una soberbia galería de retratos femeninos, donde se explotan todos los aspectos humanos de la mujer, a excepción del amor, que no fue hasta la época helenística. Grandes heroínas griegas fueron Antígona, Medea, Alcestes, Fedra y Clitemnestra. Las mujeres de la *Ilíada* y la *Odisea* gozan de gran libertad y dignidad. En la vida pública de Grecia la intervención de la mujer fue nula; sólo casos como los de Aspasia, primero amante de Pericles y después su esposa, y Elpinice, la hermana de Cimón y Diotima, la interlocutora de Sócrates, pueden considerarse relevantes. En Atenas la actividad de la mujer se centró en la casa y la del hombre en la calle. Ya Teognis había escrito: «Yo desprecio a la mujer que anda callejeando.» La idea que tienen de las mujeres los escritores arcaicos es más bien peyorativa. Así, Hesíodo escribe, «quien confía en una mujer, confía en ladrones». Semónides de Amorgos escribió aún frases más duras sobre las mujeres: «éste es el mayor mal que Zeus creó, y nos echó en torno como una argolla corrompible, desde la época en que Hades acogiera a los que por causa de una mujer se hicieron guerra». Sin embargo, la mujer estuvo siempre muy presente en la literatura, en el arte y en la religión.

Pericles, en la oración fúnebre, dice a las mujeres afligidas por la pérdida de los seres queridos: «para una mujer es una gran gloria no mostrar más debilidad de la que corresponde a su sexo, y que no se hable de ella, ni para bien ni para mal, entre los hombres».

La mujer ateniense vivía en el gineceo, donde entraban rara vez los hombres. Los hijos estaban en compañía de sus madres y nodrizas. Según Jenofonte, en el *Económico* (7): «Es para la mujer más honroso el permanecer en casa, que salir fuera.» La misma opinión es la de Aristófanes, expresada en *Lisístrata*. De las compras se ocupaban el marido y los esclavos. La mujer estaba en Atenas excluida de los simposios y de las reuniones populares. Alguna vez podía ir al teatro; nunca a los grandes santuarios. Las mujeres de las clases bajas se veían obligadas a salir fuera de casa para trabajar.

La mujer carecía de derechos: la autoridad del esposo se extendía a toda la casa. El varón representaba sus intereses en los tribunales, pues el testimonio femenino carecía de valor en ellos. En Tesalia, Beocia, Mégara, Amorgos, Teos y Delfos las mujeres tenían derechos de posesión y plenos poderes en los actos jurídicos. En las leyes de Gor-

tina la mujer podía ocuparse de su fortuna, y en un proceso, prestar juramento. El padre era el que buscaba esposo para la hija. En caso de adulterio, se podía matar al adúltero y ella ser repudiada. En caso de separación, volvía al padre o a sus hermanos, que recobraban la autoridad sobre ella. En caso de separación, debía solicitarla del arconte por escrito para poder abandonar al marido. Los hijos permanecían con el padre, incluso en el caso de divorcio por culpa del varón. Se podía después volver a casar. En las leyes de Gortina, el hombre culpable debía pagar una indemnización a la mujer. En las ciudades dorias, las mujeres gozaban de algunos privilegios. La posición social y jurídica de la mujer ateniense no fue nada buena.

En el siglo V hubo intentos de emancipación por parte de las mujeres. *Lisístrata*, *La asamblea de las mujeres* y *Las Thesmoforias* de Aristófanes reflejan y dan una idea muy exacta de la situación de la mujer ática durante la crisis de la Guerra del Peloponeso. Praxágoras lucha ya por obtener la igualdad en la sociedad en lo tocante a los derechos y deberes, y que haya la misma formación y educación para hombres y mujeres.

El trágico Eurípides, el primero que se atrevió a hacer hablar en sus tragedias a los esclavos y describió a las mujeres tal como se mostraban en la realidad, sentía piedad e indignación por la suerte de las mujeres. Él fue muy desgraciado con ellas.

Platón defendió que la diferencia entre hombre y mujer era de grado. Las mujeres eran perfectamente capaces para desempeñar las funciones cívicas, pero eran más débiles. En su ciudad ideal tenían participación, y debían recibir una educación semejante a la del hombre. En la *República*, propuso la abolición de la casa privada. El Estado, según Platón, era el único que debía controlar los matrimonios y cuidar de la crianza y de la educación de los hijos.

Aristóteles, en cambio, fue un defensor de la familia; en contra de lo defendido por su maestro, Platón, consideraba que las mujeres difieren de los hombres en el género: aunque escasamente, sin embargo, no se hallan totalmente desprovistas de capacidad moral e intelectual y los hombres deben tratarlas bien. Podían recibir una educación y disfrutar de libertad limitada. También Aristóteles niega a la mujer capacidad para el estudio científico y las cualidades mentales necesarias para ejercer autoridad.

Matrimonio

La joven ateniense se solía casar con un varón mucho mayor que ella, ya que, según Menandro, «el matrimonio es un mal, pero necesario». Se hacía un contrato matrimonial, que era la base legal del matrimonio. La dote consistía en vestidos, joyas y esclavos. Los dos contrayentes debían estar en posesión de sus derechos civiles para legitimar a sus hijos. La transgresión de este punto se castigó severamente, como sucedió en el proceso contra la hetaira Neera, en el que intervino Demóstenes.

La celebración del matrimonio se hacía en medio de una gran fiesta familiar y se ofrecían sacrificios a los dioses con esta ocasión. Antes del matrimonio la desposada se bañaba en la fuente de Calliroe de Atenas, y fuera de la capital del Ática en otras fuentes o ríos sagrados.

El día de la boda se lavaba y vestía a la novia. Se la coronaba y cubría con un velo. Por la tarde, el nuevo matrimonio era acompañado a casa. La esposa iba en un carro tirado por mulas o por bueyes, acompañada por su esposo y por un muchacho. Los acompañantes cantaban frecuentemente cantos licenciosos. Las muchachas entonaban

un canto nupcial. En la casa la esperaba la madre del novio, que la conducía al tálamo nupcial.

La esposa se encargaba de la educación de los hijos. Cuidaba de la casa y de los sirvientes. El tejer los vestidos era una de las ocupaciones preferidas, a juzgar por las representaciones de los vasos griegos.

Mujer y religión

La mujer participó frecuentemente en las ceremonias del culto. Aristófanes hizo decir a una dama: «Con siete años, llevaba ofrendas. Después yo di vueltas a la rueda sagrada. A los diez años, yo había vestido en honor a Diana, el traje flotante de color amarillo-azafrán y he sido osa en las fiestas Brauronias. Ya de mayorcita he sido canéfora, adornada con el collar de higos.» La vida de la mujer estaba, pues, impregnada de religión. Las mujeres podían participar en las ceremonias públicas del culto o alcanzar una alta posición como sacerdotisas.

En muchas de las fiestas religiosas más importantes de Grecia, participaban las sacerdotisas activamente. Así, la sacerdotisa de Deméter Chamine, era la única mujer que podía presenciar los juegos de Olimpia. La sacerdotisa de Atenea, aparecía en público revestida de los atributos de la diosa. En el Oráculo de Delfos, de tanta importancia religiosa, económica y política, la pitonisa era una mujer. En Argos, la sacerdotisa de Hera daba el nombre al año. La sacerdotisa de Atenea Políada en Atenas recibía en la acrópolis a los nuevos matrimonios y las ofrendas con ocasión de un nacimiento o de una muerte. Las mujeres participaban cada cuatro años en las Panateneas, celebradas en junio-julio: en un plazo de nueve meses debían tejer el peplo; las muchachas de las mejores familias llevaban, como canéforas, los instrumentos sagrados del sacrificio.

En las Tesmoforias, fiestas celebradas en honor de Deméter y Core, sólo participaban mujeres. Se celebraban en otoño durante tres días. Las mujeres de las mejores familias sacaban fuera los restos putrefactos, los troceaban y los depositaban en un altar, mezclándolos con simientes; el ritual tenía por objeto asegurar la fertilidad de la tierra el año venidero. En mayo y junio se celebraban las Skiroforias; las mujeres depositaban lechones en cavernas como ofrenda a las diosas de la tierra y también ramos de pino y panes en forma de falos o de serpientes.

En las Antesterias, que se celebraban durante febrero y marzo, la mujer del arconte *basileus*, llamada la Basilinna, participaba activamente: en compañía de catorce mujeres celebraba rituales secretos en el santuario de Dioniso y se casaba con el dios.

LA SITUACIÓN DE LA MUJER ESPARTANA

Gozó de muchas mayores libertades que la mujer ática, llegando a alcanzar grandes fortunas en ocasiones. No vivió encerrada en casa, como las mujeres atenienses. En el gimnasio recibían educación, tanto las muchachas como los jóvenes: practicaban desnudas ejercicios atléticos, como en el lanzamiento de disco y la jabalina, y la lucha; cantaban y danzaban al son de la música.

Al Estado espartano se le planteó siempre el problema de alcanzar una alta tasa de nacimientos para disponer de soldados suficientes para el ejército. Ello obligó a cos-

tumbres totalmente impensables en otros Estados griegos: los hombres viejos buscaban a sus esposas un amante joven para poder tener descendencia. La vida en común de las parejas no se consideró indecente, si de este modo se aseguraba la descendencia. Los niños recién nacidos se examinaban delante del Consejo de los Ancianos; si parecían débiles de cuerpo, se les mataba a la edad de siete años; el Estado se encargaba de la educación.

La situación de la mujer espartana llamó mucho la atención de los escritores áticos. Así, Eurípides, en su *Andrómaca* (595 ss.), Platón en *Protágoras* (342) y en *Las Leyes* (780 ss.) y Aristóteles en la *Política* (2.9) se ocuparon de ellas.

ÉPOCA HELENÍSTICA

La situación social de la mujer mejoró sensiblemente en el helenismo. La comedia nueva toca frecuentemente el tema del amor. Había ya cierta libertad para elegir esposo, como lo indica *La Samia* de Menandro, en la que ya intervienen los sentimientos personales. El descubrimiento del amor, que se manifestó en el periodo helenístico como una faceta del individualismo, ha quedado muy bien reflejado en la literatura y en el arte, en las pinturas de las mujeres, o en *Los litigantes*, en *La Samia* de Menandro, ya aludida, en los mismos de Herondas y de Teócrito (XIV), en los idilios de este poeta (III, XI, XII) o en el libro III de *Los Argonautas*. En todos ellos, se pinta el amor en la vida; son mujeres de carne y hueso actuando en la vida corriente, no heroínas ni prototipos. Los escultores, frecuentemente, tomaron la pasión amorosa, como tema de sus esculturas. Baste recordar los grupos de Eros y Psique besándose, fechados en 150-100 a. de C.: de Afrodita y Pan, datados alrededor del 100 a. de C.; de Ninfa y Sátiro, fechado en los mismos años.

En las nuevas ciudades de Asia debió mejorar sensiblemente la situación de la mujer. En los epitafios funerarios, se expresan frecuentemente verdaderos sentimientos de los cónyuges. Zenón —igual que los cínicos— predicó una comunidad de mujeres en la que hombres y mujeres debían vestir de la misma manera. Las restantes escuelas filosóficas, y el estoicismo posterior a Zenón, defendieron el matrimonio y la familia, reconociendo la igualdad entre el hombre y la mujer.

La mujer disfrutó de mayor libertad que en épocas pasadas y empezó a interesarse por la cultura, como fue el caso de las mujeres del círculo de Epicuro. También se conocen mujeres artistas. Teócrito, en *Las Siracusanas*, describe mujeres que se desenvuelven con entera libertad, lo que le atrajo algunas opiniones adversas. Algunas ciudades instituyeron las *gyneconomas*, conocidas en Atenas y Alejandría posiblemente por Demetrio de Falerón, encargadas de la vida pública de las mujeres, de su vestuario, de su comportamiento en el culto, etc. Se admite frecuentemente que esta emancipación de la mujer debe mucho a la actuación de las reinas; de hecho, como señala E. Will, el influjo de la mujer se manifestó sólo en las capitales, como Alejandría o Antioquía, donde estaban situadas las cortes.

Algunas reinas fueron alabadas por sus virtudes; otras por su protección a las artes o a las letras; y otras fueron censuradas por sus vicios. Salvo Arsínoe II, las restantes reinas que intervinieron en política, como Laodice, esposa de Antíoco II, y varias de las Cleopatras, lo hicieron en momentos de descomposición de las monarquías; contribuyeron a ella con su actuación, salvo Cleopatra VII, que fue un auténtico jefe de Estado.

APÉNDICE II

LA VIDA AMOROSA EN EL ARTE Y LA LITERATURA

En el arte y en la literatura ha quedado bien reflejada la vida amorosa de los griegos. Muchas escenas son de una gran crudeza para la mentalidad moderna, pero no para la griega, de un talante bastante liberal.

ÉPOCA ARCAICA

En un *oinochoe* etrusco de imitación corintia, fechado a finales del siglo VII, dos parejas desnudas hacen el amor; se representa también a Teseo y Ariadna, y el laberinto de Creta. Hombres vestidos y hetairas danzando desnudas se pintaron en un ánforisco tardocorintio del Pintor de Tideo, fechado en el segundo cuarto del siglo VI. En la época arcaica los temas dionisiacos ocupan un papel importante en la pintura vascular, pues fue una etapa de la historia griega en la que el culto de Dioniso gozó de especial predicamento.

Intervienen sátiros y ménades en un *komos*; las orgías en honor a Dioniso cobraron pronto un carácter más profano, por la tendencia de los rituales a degradarse y convertirse en juegos, como sucedió con los juegos olímpicos, los espectáculos teatrales, etc.

En ciertos cultos, la sexualidad desempeñaba un papel primordial. En las procesiones de la campaña del ática en honor de Dioniso, se transportaban gigatescos falos en carrozas engalanadas, como se representa en una copa ática de figuras negras, datada en torno al 560 a. de C.. Los rituales de los misterios de Eleusis en honor de Core, Deméter y Triptolemo, relacionados con la ultratumba, se basaban en ritos de la fecundidad: se exponían con fines rituales órganos sexuales y era preciso consumir el acto sexual para obtener la fecundidad de los campos.

No podían faltar escenas de homosexualidad masculinas estando ésta tan extendida: así, en un ánfora ática de figuras negras del Pintor de Berlín 1686, fechada hacia el 540, y también en un ánfora de figuras negras, hoy en el Museo de Cerámica de Sèvres. Lo frecuente era pintar los coqueteos amorosos, que preceden al amor homosexual (a veces el varón mayor aparece acariciando el pene del muchacho, como en un ánfora debida al Pintor de Cambridge o en una taza de figuras negras del Museo de Boston), pero rara vez el acto sexual.

Safo es la cantora del lesbianismo con acentos difícilmente igualados por la pasión amorosa. En los mitos de los dioses también aparece la homosexualidad, como entre Zeus en Olimpia, fechada alrededor del 470 a. de C.; Ganimedes sostiene un gallo, símbolo del amor.

Se ha discutido mucho sobre los orígenes socioculturales de la homosexualidad y de la pederastia en Grecia. Se ha pensado que ambas podía ser un producto del amor de los griegos por la belleza del cuerpo humano. J. Boardman propone una tesis, seguramente más acertada: según el sabio inglés, su origen se debe a que las relaciones entre hombre y mujer eran denigrantes, ya que ésta no contaba nada; Solón promulgó una ley por la que obligaba a los varones a hacer el amor con sus esposas por lo menos tres veces al mes. Otros investigadores son de la opinión de que la homosexualidad nacería del temor del muchacho a su madre, a la que obedecía y de la que aprendía.

Ya en el arcaísmo se representó a varones desnudos masturbándose, como en un *kylix* ático del Pintor Amasis (530-520).

Arquilocos describe magníficamente la primera vez que un varón se acuesta con su joven esposa, virgen aún: «La cogió de entre las flores en capullo, yacía envuelta en suave velo, acunándose en mi brazo, que apaciguaba su tímido desmayo de gacela. Acaricié tiernamente sus senos, y mis dedos descubrieron su desnudo cuerpo en flor, mi pasión se gastó en blanquear un poco su blondo vello de doncella.» El acto amoroso entre una pareja envuelta en un manto decora un vaso de figuras negras conservado en la actualidad en Bolonia.

El beso se representa en un *kylix* ático de figuras rojas del Pintor del beso (finales del siglo VI); se trata de un joven y de una muchacha, en esta ocasión vestidos.

Un *kylix* de figuras rojas, obra del Pintor de Talia, que trabajó a finales del siglo VI, representa gráficamente la orgía de un *komos*, probablemente ya desacralizado. En el interior de un vaso se representa la *kline* convertida en una barra horizontal. El brazo izquierdo de la hetaira y su pierna derecha rodean el cuerpo de su compañero, mientras le golpea con una sandalia. En una copa ática de Macrón, que vivió alrededor del 480, una ménade se defiende de la acometida amorosa de un sátiro, dispuesta a golpearle el pene con un tirso. El varón, en el citado *kylix*, apoya la rodilla de la pierna izquierda en el muslo de la hetaira. Detrás de la escena, un muchacho que contempla a la pareja, se masturba. Debajo de la *kline* yace otra hetaira o quizás una flautista.

En los lados extremos se pintó una animada escena de coqueteos y persecuciones amorosas en la que intervienen muchachos, varones barbudos y hetairas, todos desnudos, como es habitual en este tipo de representaciones, aunque estos últimos llevan la cabeza cubierta por unos gorros, pues los jóvenes solían participar en estos festines coronados. Alguna hetaira danza al son de los crótalos. Es interesante señalar, que dentro de la copa una inscripción dice: «el bello Leagro», un político ateniense muy conocido, amigo de Temístocles, que llevó 10.000 colonos atenienses a la isla de Tasos en 465-464. Este *komos* representa magníficamente el carácter de las orgías de la alta sociedad ateniense; incluso da el nombre de una hetaira famosa, Talia.

ÉPOCA CLÁSICA

El simposio se introdujo en Grecia hacia el año 600. En este tipo de actos se comía recostado en divanes, colocados a lo largo de las paredes, y delante de ellos se ponían unas mesas de tres pies con los manjares. Los varones iban vestidos con unas anchas

túnicas. Después de comer se ofrecían libaciones a los dioses y finalmente se bebía (los griegos mezclaban el vino con el agua). Asistían al banquete algunas hetairas y flautistas, que a veces se desnudaban y se sentaban en los divanes junto a los comensales. Los banquetes terminaban con escenas desenfundadas que son representadas, sin el menor pudor, en los vasos griegos. J. Boardman cree que del hecho de que frecuentemente no se representen las mesas, ni las copas, parece deducirse que las escenas se sitúan en burdeles. Los aristócratas atenienses visitaban frecuentemente el barrio de los alfareros, y convivían con ellos y con sus amigos. Como los hombres se solían casar ya un poco mayores, sus primeros contactos sexuales los tendrían con las hetairas, que muchas veces procedían de fuera del Ática, como Lais de Corinto, que cobraba por sus caricias cantidades fabulosas.

Sin embargo, sería una grave equivocación creer que toda la vida amorosa de los griegos, y más concretamente de los atenienses, se reducía a las orgías con hetairas. Baste recordar que los mitos han dejado magníficos ejemplos de pasión entre enamorados y que estos casos debían ser frecuentes. En *Eurípides*, Alceste ofrece su vida a cambio de la de su marido, siendo ella, a su vez, salvada de la muerte por la intervención de Heracles. Muerta Eurídice, Orfeo encantó a Hades para que la dejara volver de la ultratumba. El de Penélope y Ulises fue un matrimonio por amor. El *Hipólito* de Eurípides representa la pasión amorosa de la mujer madura, Fedra, hacia el hijastro joven.

Los temas eróticos, muy complicados, llamaron poderosamente la atención de los artistas, en época clásica. En este arte descolló como estrella de primera magnitud el Pintor de Brysos, alrededor del 480, que decoró fundamentalmente copas. Nadie como él, en un espacio tan pequeño, ha representado escenas tan completas y variadas de *komos*: las escenas son de una gran viveza, fuerza de expresión y realismo. Representan las uniones de hombres desnudos con hetairas. Frecuentemente se reproduce el amor anal; ejemplos son un *pelike* de comienzos del siglo V hallado en Tarquinia y un *kylix* ático, obra del Pintor de Briseida, alrededor del 470 a. de C. Ya en los vasos de figuras negras, se pintaron el amor anal, como en un ánfora de Munich y la felocio, lo que hace suponer que eran ambas prácticas frecuentes. Los hombres podían salir a la calle en Atenas casi desnudos, no así las mujeres, que mostraban muy poco de su cuerpo. Douris (480-470) fue el pintor de un *komos* de hombres, vestidos con largas túnicas, que bailaban sosteniendo copas en sus manos. Estos simposios fueron exclusivos de la alta sociedad ateniense. Los pintores de la cerámica ática de figuras rojas captaron muy bien y supieron expresar el ambiente festivo y sexual de estas reuniones, en las que el amor, la música, la bebida y la danza desempeñaban un papel importante; en ellos se olvidaban los problemas culturales o políticos, como se deduce de los *Diálogos* de Platón y de las intervenciones de Sócrates.

Algunas escenas amorosas no tienen paralelo en la cerámica griega, lo que indica que el pintor se las ingeniaba para buscar todas las situaciones amorosas posibles. Así, en un *pelike* un varón desnudo sentado en el suelo, con el falo erguido, levanta el manto a una muchacha. Otra composición fuera de lo corriente se ve en un *kylix* ático, de Apolodoro, fechado en torno al 500: aparecen dos hetairas, una de pie, la otra en cuclillas delante de ella; ambas se encuentran desnudas y esta última toma el pubis a su compañera. Quizás sea una escena de lesbianismo no representada en la pintura vascular.

En las comedias de Aristófanes se hacen frecuentemente alusiones de carácter se-

xual, a conocidos personajes de la vida del Ática, con una libertad y procacidad que hoy día sería imposible permitir. En *Lisistrata* se alude a varias posturas eróticas: «No levantaré hacia el techo mis zapatillas persas... y mucho menos me pondré a gatas agazapándome cual leona entre barrotes.»

La primera postura se representa en una copa del Pintor de Triptolemo, hacia 470, y se vuelve a encontrar en gemas del siglo IV. Muchos de estos vasos áticos con escenas eróticas proceden de Etruria y no del Ática. Se ha pensado que fueran pintados pensando en unos compradores a los que gustaba este tipo de representaciones tomadas de la vida amorosa de Atenas.

Otra escena de una licencia inigualable se representó en una hydria ática, fechada en torno al 430: un joven desnudo está tumbado sobre una *klime*; dos varones se disponen a unir a él a una muchacha sostenida en alto. La actitud de la mujer es de desagrado y disgusto.

Los temas amorosos se repiten, como no podía ser menos. En una copa, hoy en Berlín, sátiros ejecutan la *fellatio* y el coito anal entre dos esfinges que no se dignan contemplar los juegos amorosos. La *fellatio* unida al amor anal era muy frecuente en las reuniones en las que intervenían hetairas, como lo indica la copa ática atribuida a Skythes.

En un *oinochoe* del Pintor de Schuwalow, que trabajó en el último cuarto del siglo V, un joven sentado está a punto de unirse a una doncella, que es sujetada por los hombros. La misma postura, pero esta vez entre jóvenes homosexuales, se repite en un vaso del Pintor Dinos.

En un *stamnos* de Polignoto, de finales del siglo V, dos varones barbudos con los falos rígidos sostienen en alto a una hetaira, antes de unirse a ellas. La escena se caracteriza por la seriedad de los personajes. Se ha perdido ya la alegría y vivacidad que caracteriza a las composiciones del *komos* en épocas anteriores.

En vasos de figuras rojas (500-475) aparece una mujer desnuda con un gran falo en las manos, como en un ánfora ática de París. En el lado opuesto de este mismo recipiente, una mujer también desvestida, que sostiene un pájaro con cuello de falo, descubre un gran recipiente lleno de falos con ojos. El primer tema se repite en una copa ática del Pintor de Nikosthenes, en la que la mujer lleva dos falos, que se dispone a introducirse por la boca y por el pubis.

Otra serie de espejos del siglo IV son importantes por las escenas eróticas, en ellos representadas, que aluden a los coqueteos amorosos entre dos amantes (Afrodita y Anquisés; Selene y Endimión; Hermes y Ninfa; Afrodita y Eros; Afrodita y Adonis), o el acto amoroso en diferentes posturas. Como estos objetos han aparecido en tumbas, probablemente hay que buscar en ellos algún sentido religioso relacionado con la vinculación entre la diosa de la fecundidad con las ideas de ultratumba, que deben tener ya los vasos modelados en forma de órganos masculinos y femeninos fechados en el siglo VI. Posiblemente contenían aceites perfumados. Estos objetos se ofrecían como exvotos también en los santuarios.

El carácter religioso de algunas representaciones sobre vasos áticos de figuras rojas, en las que intervienen mujeres y falos, queda bien patente en algunas piezas, como en una copa del siglo V, en la que dos hetairas, una vestida y otra desnuda, bailan alrededor de un gigantesco falo clavado en la tierra. Se trata muy posiblemente de un festival religioso. En un vaso fechado entre los años 430-420 del Pintor de Hasselmann, una dama rocía unos falos plantados: probablemente se trata de la participación de

las mujeres en un festival de la fertilidad, al igual que la dama desnuda que transporta en brazos un gigantesco falo en una cratera ática del Pintor de Pan, del segundo cuarto del siglo V. Magníficamente describió Aristófanes en los *Acarnanios*, estos festivales, que deben ser muy antiguos, en los que intervienen mujeres: «Y por cierto, todo está ya en su punto. ¡Oh soberano Dioniso, sea de tu agrado esta procesión que yo dirijo y este sacrificio que te ofrezco con toda mi familia, y permite que celebre felizmente las Dionisias campestres, libre de los trabajos de la guerra, y que la tregua que he concluido por treinta años me traiga felicidad! Vamos, hija mía, ya que eres graciosa, procura llevar graciosamente la cesta con la mirada grave, como quien no come más que ajedrea. Feliz quien se case contigo y te haga gatitas que en nada serán inferiores a ti en ventosear, al apuntar la aurora. Adelántate y entre la multitud ten mucho cuidado de que alguno, sin tú enterarte, te birle las joyas de oro. Jantias, vosotros dos debéis mantener bien enhiesto el falo detrás de la canéfora, y yo marcharé detrás de vosotros cantando el himno fálico. Y, tú mujer, contéplame desde el terrado de la casa. ¡Adelante!

Fales (falo), compañero de Baco, comensal, merodeador nocturno, adúltero y amante de los muchachos, al cabo de cinco años puedo al fin saludarte, regresando lleno de contento a mi aldea, después de haber concluido una tregua para mí solo y de verme libre así de miserias, de guerras y de Lámacos. ¡Cuánto más dulce es, oh Fales, Fales, sorprender robando leña a la hermosa leñadora Trata, la esclava de Estrimodoro, en el Feleo, cogerla por la cintura, levantarla y tirarla a tierra y desflorarla! ¡Fales! ¡Fales! Si quieres beber con nosotros, al cesar tu embriaguez, a la hora de la auroa, devorarás el plato de la paz y en el hogar quedará colgado el escudo.»

APÉNDICE III

LA EDUCACIÓN EN GRECIA

ÉPOCA ARCAICA

La paideia homérica

Los poemas de Homero existían ya en el siglo VII a. de C. Fueron llevados a Atenas por Hiparco, desde Jonia, poco antes de morir Pisístrato. La *Ilíada* estaba ya confeccionada a finales del siglo VIII y la *Odisea* a comienzos del siguiente, aunque pudo haber varias generaciones de aedos que trabajaran en los poemas. Ambos poemas cantan una gesta heroica. La que describe Homero debe ser probablemente la anterior a él, la llamada Edad Oscura, aunque haya partes en ambos poemas mucho más antiguas.

La cultura griega que describe el poeta es privilegio de una aristocracia de guerreros. Las ceremonias y los juegos ocupan la vida de los caballeros homéricos, la música, la danza, los certámenes de elocuencia y sobre todo el deporte: la lucha, las competiciones de carros, las carretas a pie, el torneo, el lanzamiento de pesos, el tiro con arco, y el lanzamiento de jabalina.

Homero describe una vida refinada, cortesana y muy delicada en sus relaciones con la mujer, que parece gozaba de una buena posición social.

La leyenda cuenta que el centauro Quirón educó a Aquiles y a otros héroes, como Acteón, Asclepio, Céfalo, Jasón, etc. Quirón recibió de Peleo el encargo de educar a su hijo Aquiles. Le entrenó en el deporte, la equitación, la caza, el lanzamiento de jabalina; le enseñó a tocar la lira, e incluso cirugía. Un segundo maestro de Aquiles durante su niñez fue Félix. Como consejero, le acompañó a la Guerra de Troya. Le enseñó la oratoria y a ser un buen guerrero, conocimientos que constituían el doble ideal del caballero perfecto. La educación griega conservó a lo largo de los siglos los rasgos de este origen caballeresco y aristocrático. Los dos aspectos de la educación homérica, el técnico (aprendizaje del canto, de la danza, de tañer la lira y la oratoria) y el ético, orientado hacia una existencia ideal, se conservaron en la sociedad griega, aunque sufrieron cierta evolución. No en vano fue Homero el educador de Grecia desde el primer momento como afirmaría Platón (Prot. 339 a), y como lo demuestra su influjo en Hesiodo. Jenófanes de Colofón, en el siglo VI, ya indicaba también que fue el maestro de Grecia desde el principio. Alejandro Magno durante sus campañas tuvo a las obras de

Homero como libro de cabecera. La gente se sabía de memoria la *Iliada* y la *Odisea*, como afirma Jenofonte de Nicorato.

Los héroes homéricos amaban profundamente la vida, pero estaban dispuestos a sacrificarla por una ética del honor, simbolizada en la palabra *areté*; amaban la gloria como reconocimiento del valor. En Homero aparece ya el ideal agonístico de la vida, que es uno de los aspectos fundamentales de la cultura griega. Como dijo Peleo a su hijo Aquiles: «Sé siempre el mejor y mantente superior a los demás» (II,6,208).

Como escribió Platón (Phaedr. 254 a), el poeta «revistiendo de gloria miles de gestas antiguas, contribuyó a la educación de la posteridad». Homero presentó a sus héroes como ejemplos a imitar, y así ha sido a lo largo de los siglos. El mismo Alejandro Magno tuvo como modelo a Aquiles.

La educación en Esparta

En esta ciudad se perpetuó la educación homérica, aunque sufrió una evolución. Esparta, como Creta, fue siempre una ciudad de carácter aristocrático y militar. Desde el siglo VIII y a lo largo de todo el siglo siguiente Esparta estuvo a la cabeza de la cultura griega. Conservó a lo largo de los siglos un tipo de educación que había ya desaparecido del resto de Grecia. Jenofonte, Platón y Plutarco prestaron especial atención a la educación espartana.

La cultura y educación espartanas en los tiempos arcaicos se conocen gracias a los poetas líricos, como Tirteo y Alcman, y a las excavaciones, como las efectuadas en el santuario de Artemis Orthia. Los poetas y la arqueología permiten conocer una Esparta culta, centro artístico de primer orden. El espíritu militar, logrado ya en las guerras contra Mesenia (735-716), fue una de las características de la cultura espartana, según ya aparece en Tirteo, el cantor de esta guerra, y en la plástica contemporánea.

La educación espartana tuvo como fin preparar al joven para la guerra. Se educó al soldado, no al caballero. Esto supuso un cambio en la educación homérica, al introducir el armamento de los hoplitas. Apareció así en Esparta el ideal colectivo de la dedicación al Estado. La polis ocupó ahora el lugar más importante. Tirteo cantó que morir por la patria, caer en primera fila, es un acto bello, y aún mejor. Nació, pues, una nueva concepción de la *areté*, distinta de la agonística de Homero, como indicó tajantemente Tirteo (Fragm. 12, 1-10, 13-18): «no juzgaría digno de recordar a un varón sólo por su valor en las carreras de a pie o en la lucha, así fuera tan grande y fuerte como los Cíclopes, más rápido que Boreas, el tracio, más hermoso, que Titono, más rico que Midas o Ciniras, más poderoso que el rey Pelope; así fuera lengua más dulce que la de Adraastro, y poseyera todo el prestigio, si careciera de valor militar, sino fuera capaz de aguantar a pie firme la batalla». Para Tirteo «la *areté* verdadera, el más alto precio que se puede alcanzar, es un bien comunitario, útil a la ciudad y al pueblo, que consiste en que cada uno, plantado en sus dos piernas, se mantenga firme en la primera línea de combate, desechando de su corazón todo pensamiento de huida».

La sociedad espartana practicó los deportes atléticos e hípicas. En las listas de los vencedores en los Juegos Olímpicos, los campeones espartanos ocupan un lugar privilegiado. Se conocen los nombres de los vencedores lacedemonios entre los años 720 y 576, de un total de 81 atletas. En las carreras en el estadio alcanzaron la victoria 21, entre 36 campeones. Esto fue el resultado de un entrenamiento excelente. Tucídides (I,6) atribuye a los atletas espartanos dos innovaciones deportivas, que se generaliza-

ron en Grecia: la desnudez de los deportistas y el empleo del aceite como linimento. Una característica de la educación deportiva espartana fue la participación de la mujer desde mediados del siglo VI.

En la educación espartana, como en la homérica, la música desempeñó un papel de primer orden. Acompañaban a la danza, a la gimnasia, al canto y a la poesía; en Esparta, según Plutarco (Mus. 1134 B), florecieron las dos primeras escuelas de música, de las que se tiene noticia. La de Terpandro, que fue la más antigua, se caracteriza por ser sólo instrumental o vocal. Floreció en la primera mitad del siglo VII. La segunda, de finales del siglo VIII y comienzos del siglo VI, se dedicaba a la lírica coral. En esta última sobresalieron: Taletas de Cortina, Polimnesto de Colofón, Xerócrito de Locres, Xenodamos de Citeras y Sakadas de Argos, y los poetas líricos Tirteo y Alcmán. Esparta ejerció una gran atracción sobre todos ellos, a pesar de no ser nacidos en esta ciudad. La vida artística estaba dirigida por el Estado en las grandes fiestas religiosas. En las Jacintias, las doncellas, transportadas en carros y acompañadas de jóvenes jinetes, marchaban cantando.

En el santuario de Artemis Orthia de Esparta se celebraban concursos musicales y un juego de cacería, en el que participaban niños de diez a doce años. En las Carneias, que era la fiesta nacional doria, se celebraban banquetes y una carrera.

En las Gimnopedias participaban dos coros, uno de hombres casados y otro de jóvenes. En las fiestas de Artemis Orthia los danzantes se tapaban el rostro con máscaras de vieja. El poeta Alcmán (Fragm. 1) conserva los nombres de algunos maestros: Agido y Hegesicora.

Hacia mediados del siglo VI se estancó la cultura espartana, seguramente a causa de la revolución política y social de la aristocracia contra la agitación de las clases populares, eliminándose de la educación las artes y las competiciones atléticas. No quedan noticias posteriores de vencedores en los Juegos Olímpicos. Esparta se convirtió en un Estado militarizado. Aunque la educación militar se atribuyó en la Antigüedad a Licurgo, realmente sólo se conoce a partir del siglo IV gracias a Jenofonte (Lac. 2). Esta educación militar se endureció todavía más durante la época helenística. La educación continuaba en manos del Estado, pero su finalidad ahora era el entrenamiento del hoplita.

El Estado se ocupaba del varón desde el momento de su nacimiento. Si era débil o deforme, se le eliminaba (Plut. Lyc. 16), una vez presentado a una comisión de ancianos, que decidían su suerte. Hasta la edad de los siete años el Estado delegaba la educación del niño en la familia. Las mujeres espartanas se ocupaban de la crianza y fueron famosas.

La educación en manos del Estado comprendía desde los siete a los veinte años. Estaba confiada a un magistrado especial llamado paidonomos. Los jóvenes se organizaban en grupos. La educación se subdividía en tres ciclos: de los ocho a los once años; de los doce a los quince; y de los dieciséis a los veinte. A partir de este momento, los jóvenes pasaban a formar parte de las agrupaciones de hombres.

La educación espartana tuvo un fin único: preparar buenos hoplitas, aunque seguramente conservaron el gusto por la música y la poesía heredado de Terpandro y de Tirteo, y sabían leer y escribir. Se practicaba la música militar.

La educación física, como preparación militar, ocupaba el primer puesto. Al aprendizaje del uso de las armas, pronto se unió los movimientos de la formación compacta (Xen. Lac. 2).

La educación estaba enfocada al fortalecimiento y endurecimiento del carácter. Se sacrificó el interés del individuo al bien de la ciudad. A los jóvenes se les educó en la austeridad. Estaban mal alimentados, vestían pobremente, llevaban la cabeza rapada y descubierta y dormían sobre una litera de cañas. Aunque se desarrolló el sentido comunitario y la obediencia, también se fomentó el robo, la mentira y el disimulo (Xen. Lac. 2,6-8). Se les endurecía el carácter a golpes, incitándoles a la disputa y a la pelea de unos jóvenes contra otros en el santuario de Artemis Osthia. En la educación de los muchachos se dió más importancia, pues, al deporte y a la gimnasia que al canto, la música y la danza. La mujer, en cambio, era educada sobre todo para tener hijos. Como bellos objetos de placer se exhibían desnudas en las fiestas.

La educación espartana contó siempre con admiradores entre la sociedad ateniense. Los descontentos de Atenas miraron con admiración a Esparta, que empezó a decaer visiblemente a partir de su victoria sobre Atenas en 404.

La pederastia

Una de las características de la educación espartana fue la pederastía, como observó Jenofonte (Lac. 2.12). La antigua sociedad griega creyó que el amor entre un adulto y un adolescente era la forma más noble del amor. Pero no fue este un rasgo original de los dorios. Aparece a imitación de las relaciones entre los dioses. Zeus amó a Ganimedes, Heracles a Hilas, Apolo a Jacinto, etc. Desde finales del siglo VII, los poetas, desde Alceo a Píndaro, celebraron la pederastia.

Esta práctica arranca por lo menos de la Edad Oscura, en una sociedad de carácter militar y en la que se excluye a la mujer. Se creía en el siglo IV que el ejército era más invencible si estaba formado por amantes. Así se constituyó el batallón sagrado tebano de Pelópidas, creación de Górgidas. Estrabón (10.483) cuenta cómo funcionaba la pederastia en Creta. El joven era conducido por un educador al campo, donde permanecía dos meses dedicado a la caza y a los banquetes. Después se celebraba la vuelta. Su amante le regalaba entre otros objetos una armadura. Así se convertía en escudero, entraba a formar parte de los ilustres y se integraba en la nobleza masculina. Participaba a partir de ese momento en los coros y en los ejercicios gimnásticos. Se buscaba, como puntualiza el geógrafo, el valor y la buena educación. Se requería un alto rango y la igualdad social entre los amigos. La relación de los amantes favoreció el espíritu de emulación, el amor a la gloria y el valor en el combate. La pederastia desempeñó un papel importante en la política, sobre todo entre los tiranos, según Plutarco (Erot. 929). Los casos más famosos fueron la conjura de Aristogiton y de Harmodio contra los Pisistratidas (Tuc, 6, 54-59).

Característica de la pederastia griega fue su ideal misógino. Es muy probable que la desastrosa situación de la mujer influyera poderosamente en la generalización de la pederastia entre las clases altas. La educación a través de la pederastia quedó reflejada en el caso de Sócrates, según indicaron bien Platón y Jenofonte. En opinión de estos autores, Sócrates distinguía entre el apetito sexual y el deseo de alcanzar un valor ideal. Se establece un deseo importante por parte del varón de mayor edad de seducir al más joven; por parte de este último el deseo hacia el varón mayor es de admiración e imitación. El de mayor edad se convertía en maestro. Se llegó así a una paternidad espiritual, bien examinada por Platón. Y La educación se tornaba así en pederastia y en

un sustituto de la paternidad. Ambos amantes vivían juntos y participaban de la misma vida social: el banquete y la gimnasia. La madre y el padre, como ya hemos dicho, no desempeñaban ningún papel en la educación del niño a partir de los siete años. El padre, en el ambiente aristocrático, se dedicaba a la vida pública, según testimonio del Laques (179 d), Platón, Arístides y Tucídides, el jefe aristocrático de la oposición a Pericles, acudían a Sócrates para consultarle sobre la educación de los hijos, porque reprochaban a sus padres que les habían dejado en absoluta libertad, ocupados en los asuntos públicos. Platón (Conv. 209 c) afirma que la pederastia establece una comprensión más estrecha que la de los padres con los hijos.

La homoesexualidad sólo estuvo aceptada legalmente en Elida (Xen. Lac. 2.12. Plut. Pel. 19). En Creta y en Esparta, donde en realidad se admitía, estaban penadas por las leyes la violación del joven y las relaciones homosexuales (Str. 10.483). En Atenas se castigaban por ley al esclavo pederasta, la prostitución, el proxenetismo y la violación del joven.

En época arcaica no funcionaba todavía esta escuela. Una copia ática, obra del pintor Duris, alrededor del 480, representa una escuela con maestros y alumnos.

En Quíos se estableció la escuela pública poco antes de la batalla de Lade en 496, donde, al desplomarse el techo de una escuela, sepultó a 119 niños. En Estipalaia, el pugilista Cleomenes en 492, en un ataque de locura, mató a 60 niños, que estaban en la escuela (Paus. 6.9.6). La escuela tuvo una finalidad más bien técnica que educativa. La paideia y la educación consistieron esencialmente en las relaciones profundas que unían al joven con el varón de más edad, que se convertía de este modo en modelo a imitar y en guía. El amante de mayor edad era el responsable del desarrollo del joven. Jenofonte (Lac. 2. 13) consideraba a la pederastia la forma más perfecta y bella de educación.

Paideia y lesbianismo

El lesbianismo, al que ya se ha aludido, tuvo también un carácter eminentemente pedagógico. Las jóvenes recibían la educación en comunidad en el periodo comprendido entre la infancia y el matrimonio, en una cofradía religiosa dedicada al culto a las Musas. La alumna configuraba su ideal de belleza según el modelo de la maestra. Este tipo de educación se dio muy pronto en Grecia. El caso más conocido es el de Safo, hacia el 600. En esta cofradía se practicaron la danza colectiva, la música instrumental, principalmente con la lira, y el canto. Una serie de fiestas religiosas o banquetes regían la vida comunitaria de las muchachas. La música desempeñó un papel importante en la pedagogía griega a lo largo de los siglos, incluso tuvo connotaciones religiosas.

En la educación de las jóvenes no se desatendían los deportes. Safo estaba orgullosa de haber entrenado a una vencedora en carreras de a pie. Se daba importancia también a la coquetería y a la moda. Esta educación dejó un fuerte impacto amoroso en el corazón de Safo, que ha quedado magníficamente expresado en sus poemas.

Las cofradías religiosas, como la dirigida por Safo, debieron estar muy extendidas en Grecia, aunque no se tiene noticia de su existencia. Máximo de Tiro (Dion. 24,9) ha conservado los nombres de otras dos maestras que se llamaban Andrómeda y Gorgo.

Características de la formación griega

Por el contrario, la educación en la Grecia clásica fue ante todo moral, más que técnica, encaminada a aprender un oficio, ya que conservó siempre algo de la herencia aristocrática. En origen fue privativa de las clases adineradas. La paideia griega pretendía la formación del carácter, de la personalidad, dentro de la vida elegante y deportiva, bajo la dirección de un varón mayor de edad (Xen. Lac. 5.5). Las elegías de Teognis de Megara, en una fecha tan temprana, mediados del siglo VI a. de C., que se cantaban en los banquetes de las hetairas y de la aristocracia, al son de la flauta, ilustran las enseñanzas a su noble amigo Cirno. Estas enseñanzas no estaban libres de un deseo carnal, bien patente en los vasos griegos. Las enseñanzas que Teognis transmitía a su amante eran de carácter ético y heredadas de los antepasados.

«Por mi afecto hacia ti voy, Cirno, a enseñarte lo que yo mismo, de niño, aprendí de los hombres de bien. Sé sensato y no intentes con actos innobles ni injustos conseguir distinciones ni méritos ni siquiera riqueza.

Sabe que es así. Y no tengas tratos con gente mezquina, sino que quédate siempre del lado de los hombres de bien. Y bebe y come junto a ellos, y siéntate junto a ellos, y procura agradecerles a ellos, que tienen enorme influencia. De los buenos aprenderás cosas buenas, y si a los malos te mezclas, incluso el saber que tienes echarás a perder. Aprendiendo esto, júntate a gente de bien, y dirás luego que a los amigos yo sé darles mis buenos consejos».

En la enseñanza técnica también el amor desempeñó un papel importante. Igualmente en ella se dio, además del vínculo amoroso, el deseo de iniciarse en el arte o en la ciencia.

Este tipo de paideia duró mucho tiempo, al no existir en principio instituciones educativas. De ahí que se despreciara al que impartía las enseñanzas por dinero.

Los autores modernos, como Marrou y Laso de la Vega y otros muchos han insistido en el carácter eminentemente educativo de la pederastia griega, pero no se puede perder de vista su aspecto sexual. Sócrates atrajo a la juventud dorada de Atenas, y la inició en las prácticas amorosas. Buscaba a sus alumnos en los gimnasios. Platón fue el amante de Alexis o de Dión. La paideia de la Academia se transmitió durante tres generaciones a través de parejas de amantes: Xenócrates lo fue de Polemón, Polemón de Crates y Crantor de Arcesilao. Aristóteles fue el amante de Hermeas, Tirano de Atarnea, y discípulo suyo: Eurípides fue el amante del autor de tragedias Agatón, Fidias de Agoracrito de Paros, discípulo suyo. El médico Teomedón de Eudoxio de Cícico, astrónomo.

Podemos encontrar las primeras representaciones de atletas en el arte griego ya en un cuenco ático, datado hacia el año 530, y en la basa ática de un Kuros, de finales del siglo VI. Los relieves de la basa de una estatua ática, obra de alrededor del 479, indican claramente cuales eran los deportes preferidos en Atenas en los primeros decenios del siglo V. Aparecen representados el pugilato, el juego de la pelota, la lucha entre animales un perro y un gato, etc. La educación ateniense de la primera mitad del siglo V representó un avance notable en el paso de una cultura de guerreros aristocráticos a una de escribas.

El abandono de la educación militar en Atenas se dio en el siglo VI. El historiador Tucídides (1,6,3) recoge la noticia de que los atenienses fueron los primeros en perder la costumbre de ir armados, y en adoptar un género de vida más civilizado. En la época arcaica debió generalizarse en Grecia el ideal guerrero, bien conocido ya en Esparta, predicado por Tirteo y por Calino de Éfeso, hacia el 650, con ocasión de la invasión cimera.

En Atenas, no se perdió del todo, debido a las continuas luchas que la ciudad sostuvo, el carácter militar de la educación, pero se generalizó la educación civil. La importancia de la pedagogía ateniense radica en que fue modelo para toda Grecia. La efebía, que fue una instrucción militar obligatoria durante al menos dos años, desde los dieciocho hasta los veinte, se desarrolló en el siglo IV. No parece que comenzara a funcionar antes de la Guerra del Peloponeso.

Los torneos mencionados por Homero, con ocasión de los funerales de Patroclo, se convirtieron después en una técnica deportiva, pero quedó prácticamente fuera de la educación. En la guerra eran necesarias la agilidad y fortaleza del cuerpo; de aquí la importancia que se dio a la práctica del atletismo y la gimnasia, como preparación indirecta para la guerra, según leemos en el *Sócrates* de Jenofonte (Mem. 3,12). Esta creencia contribuyó a hacer popular la educación física y a extenderla a las clases inferiores. Sin embargo, nunca perdió la educación ateniense su origen aristocrático. Todavía Isócrates, en una época tan democrática como la del año 354, señalaba este carácter de la educación ática. Para Platón (Prot. 326c) era el privilegio de la élite, que completaba la educación. Ésta en el siglo V se dirigía a las clases ociosas, aristócratas y terratenientes. En mucho menor grado a los artesanos, campesinos o pequeños comerciantes. La equitación fue siempre el deporte de la aristocracia. Los nobles atenienses fueron muy aficionados a ella, igual que a las carreras de carros, propias de minorías por ser un deporte caro. La equitación no sufrió, por tanto, la democratización que tuvo el atletismo. Aunque, en un principio, sólo la aristocracia frecuentaba los gimnasios, y todavía, a comienzos del siglo V, los campeones olímpicos atenienses procedían todos de la nobleza, a finales de este siglo se generalizó en Atenas el ir al gimnasio. De este modo se extendieron algunos de los aspectos más importantes de la cultura aristocrática. El viejo ideal de Homero llegó por fin al pueblo. Antes con Píndaro, había perdido el atletismo el carácter popular que Homero había querido imprimirle. El vencedor olímpico era un héroe como los grandes campeones que lucharon en Troya. Se generalizó la idea del valor ejemplar del deporte, aunque siempre contó con detracto-

res; Tirteo (Fragm. 12. 1-10) lo combatió en nombre de la ciudad y Jenofanes de Colofón (Fragm. 2) en nombre del ideal de la filosofía y de la ciencia.

La educación aristocrática finalmente se generalizó; es decir, se democratizó y se hizo colectiva. Tuvo entonces necesidad de institucionalizarse, lo que llevó a la creación de la escuela. Sin embargo, Teognis y Píndaro se cuestionaron la validez y mejora de este proceso evolutivo. El segundo se planteó el problema de si podía adquirirse la areté sólo con la enseñanza, pues, para la aristocracia, los buenos, como gustaban de llamarse así mismos, la nobleza era condición necesaria para el aprendizaje. Píndaro sólo concebía la educación de los nobles. A pesar de la aparición de la institución escolar, nunca desapareció la educación particular, según testimonio de Aristóteles (Eth. Nik. 1180, b. 7 s). Aristófanes pinta en *Las nubes* (964-965) a los niños marchando a casa de sus maestros, pero añora la paideia antigua de los vencedores de Maratón (nubes 986).

En *La República*, de Platón la educación antigua comprendía la gimnasia y la música. Se preparaba al muchacho para las pruebas atléticas: velocidad, pugilismo, lucha, salto de longitud y lanzamiento de disco. En cuanto a la música, origen vocal e instrumental, constituía también un conocimiento básico de la educación. Aristófanes (Nubes 964) describe a los jóvenes dirigiéndose a casa del citarista. Para el griego de todas las épocas la música fue un elemento importantísimo de la cultura. En opinión de Teognis (Fragm. 1. 791), los tres saberes fundamentales del varón culto son: saber tocar la lira, cantar y bailar. Platón (Leg. 2. 654 ab) no considera educado al cantante ni al danzarín que no sepa intervenir en el coro. La educación musical, según Platón, tenía una finalidad moral: formar a los muchachos en el control de uno mismo.

Al aprendizaje de la música y el canto iba unida la poesía. En los banquetes se cantaban poesías líricas, que tenían un fuerte contenido ético; se cantaban las obras de los poetas gnómicos, como las *Enseñanzas* de Quilón. Las elegías de Teognis, al parecer, se resumieron para ser cantadas por un grupo aristocrático, que se ha supuesto era el de Calias. Las *Elegías* de Salón iban dirigidas a sus conciudadanos, pero tenían una intención educativa. En siglos posteriores fue muy citado por los oradores en las asambleas. El ideal de Solón era el equilibrio de la polis mediante la justicia social. El poeta ensalzaba los placeres de la vida, como el amor a los niños, a los huéspedes, a los perros de caza, a los caballos, al canto, a la amistad y al vino.

Los niños atenienses frecuentaban las enseñanzas de varios maestros; por lo menos de tres al mismo tiempo: el citarista, el paidonomos y el grammatista, que enseñaba las letras. A Solón se le ha atribuido una legislación sobre las buenas costumbres del ciudadano en las escuelas, pero esta legislación no está documentada hasta el siglo IV; quizás se refería a la palestra, y no a la escuela. Al final del siglo VI, en Atenas, la mayoría de la población sabía ya escribir, como se deduce de la introducción del ostracismo. En el año 480, durante las Guerras Médicas, se tiene noticia de la existencia de maestros en Atenas (Plut. Them. 10). Todavía durante la Guerra del Peloponeso, había atenienses que leían con dificultad (. Nubes 964-971).

La educación ateniense, como indica Marrou, era más artística que literaria, y más deportiva que intelectual. *Las nubes* de Aristófanes recogen datos interesantes sobre la educación ateniense, aunque no menciona el cómico el aprendizaje de la escritura. A la música consagra ocho versos, de un total de sesenta; el resto lo dedica a la educación física, principalmente en su aspecto moral.

El ideal de la educación antigua, centrado en el aspecto moral y en la belleza física,

quedó resumido en la palabra *calocagathia*, llegar a ser un hombre bello y bueno. Platón pensó en una síntesis entre la perfección corporal y moral al describir a Cármides, hermoso de aspecto pero preocupado por la perfección moral, y a Lisis y Mexeno, que discutían sobre la amistad. Con el tiempo, bajo la dirección de Sócrates y de Epicuro, la educación fue esencialmente espiritual. En la época antigua el calocagathos fue fundamentalmente el deportista, que no carecía de un interés ético. El griego se preocupó mucho de cuidar su cuerpo. He aquí un texto de *Las nubes* (1002-1019) de Aristófanes que lo atestigua:

«Voy, pues, a decir en qué consistía la educación antigua, cuando yo florecía profesando la justicia y cuando la templanza estaba en honra. En primer lugar, no era necesario que se oyera a un niño chistar ni una sola palabra; luego, se veía marchar por la calle, para acudir a casa del maestro de música, a todos los que eran de un mismo barrio, sin manto y en filas apretadas, así nevara espesamente como harina. Allí se les enseñaba ante todo un canto, mientras ellos tenían los muslos separados, o bien: "Oh Pallas, terrible destructora de ciudades", o bien: "Un son que lleva lejos", conservado el modo transmitido por sus padres. Si uno de ellos hacía el payaso o se permitía alguna inflexión del tipo de las que hoy en día están de moda según Frinis, tan difíciles de modular, era abrumado a golpes, por querer abolir las Musas. En casa de paidotriba, era preciso que, al estar sentados, los niños estirasen el muslo, de manera que no enseñaran nada que llamara la atención a los de fuera; luego, cuando uno se levantaba, debía allanar la arena y procurar no dejar a los enamoradizos ninguna huella de su virilidad. Ningún niño se friccionaba con aceite más abajo del ombligo, de manera que sobre sus órganos florecía un fresco y tierno vello, como sobre los membrillos. Ninguno se acercaba a su amante con inflexiones blandas de voz, prostituyéndose él mismo con los ojos. Jamás estuvo permitido en la comida servirse la cabeza del rábano silvestre, ni quitar a las personas de más edad el eneldo o el apio silvestre, ni ser glotón, ni reír cloqueando, ni cruzar las piernas.

Razonamiento Injusto.—Sí, antiguallas que saben o huelen a Dipoliodas, con todo lleno de cigarras, de Cedeidas y Bufonías.

Razonamiento Justo.—Sin embargo, con todas estas antiguallas se formaron los guerreros de Maratón, gracias a mi sistema de educación. Pero tú enseñas a los hombres de hoy a estar ya temprano envueltos en mantas; y yo me sonrojo cuando, en las Panateneas, veo a algunos que, obligados a danzar, sostienen su escudo delante de su sexo, sin consideraciones para con Tritogenia (*Dirigiéndose a Fidípides*). Así, pues, joven adolescente, con toda confianza te digo que me escojas a mí, el razonamiento fuerte: aprenderás a detestar el Agora, a abstenerte de acudir a los baños públicos, a enrojecer por todo lo que es vergonzoso, y si alguien se burla de ti, a encolerizarte; aprenderás a levantarte de tu asiento cuando se acerquen los viejos; aprenderás a no ser grosero con tus padres; aprenderás a no cometer ningún acto vergonzoso capaz de mancillar el pudor que es tu ornato; a no entrar por la fuerza en casa de una bailarina, no sea que vayas a recibir, mirando todo esto boquiabierto, un membrillo lanzado por una pequeña ramera y a perder tu buena reputación; aprenderás a no replicar a tu padre en nada, a guardarte de echarle en cara, llamándole Japeto, su edad y el tiempo en que fuiste educado como un polluelo.

Razonamiento Injusto.—Si tú le crees, jovencito, por Dioniso, te parecerás a los lechones de hipócrates, y se te llamará "querido de mamá".

Razonamiento Justo.—Siempre, reluciente y fresco como una flor, pasarás tu tiem-

po en los gimnasios, en lugar de recitar en el Agora palabrerías espinosas sin pies ni cabeza, como se hace hoy en día, o de desmandarte a propósito de un asunto hecho todo de enredo, competencia y embrollo. Bajarás a la Academia, y allí, bajo los olivos sagrados, caminarás, coronado de caña ligera, con un amigo de tu edad, mientras florece el smilax, la despreocupación y el álamo blanco que pierde sus hojas, gozando de la estación primaveral, cuando el plátano cuchichea con el olmo. Si tú haces lo que yo te digo y aplicas a ello tu espíritu, tendrás siempre el pecho fuerte, el color del rostro claro, las espaldas anchas, la lengua corta, la nalga grande, la verga pequeña. Pero si practicas las costumbres del día, en seguida tendrás el color pálido, las espaldas estrechas, el pecho cerrado, la lengua larga, la nalga sumergida, la verga grande, y serás gran litigante. Hará que consideres honesto todo lo que es vergonzoso, y que consideres vergonzoso todo lo que es honesto, y para colmo de todo te mancillará con el vicio inmundo de Antímaco.»

La educación sofista

La gran revolución pedagógica en la educación llegó con los sofistas, que intentaban formar, principalmente, al hombre político. No se vincula esta revolución en origen con la extensión de la democracia, que siguió durante muchos decenios utilizando en el gobierno a hombres procedentes de la aristocracia, como la familia de los Almeónidas, o los nuevos ricos. Los sofistas preparaban a los alumnos para triunfar en la carrera política. Fue una innovación pedagógica más técnica que política. Enseñaron en la segunda mitad del siglo V. No hubo entre los sofistas grandes diferencias de edad. Pitágoras de Abdera nació en torno al 485, Gorgias de Leontinoi y Antifón de Atenas fueron algo más jóvenes, y más aún, pero contemporáneos en alguna etapa de la vida, que Pródico de Ceos e Hipias de Elis. Acertadamente, Platón, colocó juntos en su *Protágoras* a los más famosos sofistas del momento en casa de Calias en compañía de Alcibiades y de él mismo. La mayoría de los sofistas, con algunas excepciones, habían nacido fuera de Atenas aunque aquí vivieron algún tiempo, llevaron una vida viajera. Son mal conocidos, ya que se conservan pocos fragmentos de sus obras. La fuente de información más importante, muy difícil de manejar en este caso, fue su enemigo Platón. No fueron propiamente filósofos, ni buscadores de la verdad. Fueron fundamentalmente educadores. Hacían de la enseñanza una profesión remunerada, aunque no fundaron escuelas. Reunían a los hombres y los educaban durante tres o cuatro años. Cobraban sus honorarios, que a veces eran muy elevados, de una sola vez. Protágoras cobraba 10.000 dracmas por alumno. Sócrates, entre los años 393 y 338, sólo 1.000 (Plut. Isocr. 837). Incluso había honorarios más baratos. Protágoras fue el primero que comenzó a recibir dinero por sus enseñanzas. Recorría las ciudades buscando alumnos acompañado de los que ya tenía (Plat. Prot. 315 a).

Los sofistas pronunciaban en las ciudades o en los santuarios panhelénicos conferencias por las que cobraban. Trataban en ellas multitud de temas. Para impresionar al auditorio hablaban con gran aplomo y seguridad desde un alto trono, e incluso se vestían como los aedos. Los sofistas lograron un gran impacto en la juventud y en los mejores intelectuales del momento, como en el historiador Tucídides, en el trágico Eurípides y en el orador Esquines.

Protágoras educaba a sus discípulos para ser buenos ciudadanos y alcanzar las supremas magistraturas de la ciudad. La finalidad de su enseñanza era la antilogía: en

cualquier problema se podía defender indistintamente el pro y el contra. Protágoras tomó de Zenón de Elea el procedimiento polémico y la dialéctica rigurosa. El sofista enseñaba a confundir al adversario. Este procedimiento fue de un efecto asombroso, como lo indican Aristófanes en *Las nubes*, y Tucídides en la *Historia*. Herencia de los sofistas fue la discusión como método de descubrimiento, o de verificación de un problema. La dialéctica, tal como la practicaban los sofistas, influyó poderosamente en la cultura, en la ciencia y en la filosofía griega.

Los sofistas enseñaron el arte de hablar en público. Fueron grandes retóricos. El político necesitaba conocer bien todos los resortes de la oratoria, al participar en el Consejo, en la Asamblea, en determinados actos sociales o en los tribunales. El sofista, que logró el lugar más destacado en la enseñanza de la retórica, fue Gorgias de Leonitino, ciencia, que según Aristóteles, tuvo origen en Sicilia con ocasión de los procesos seguidos por las anulaciones de las confiscaciones de los bienes por parte de los tiranos, Terón de Agrigento y Hieron. Los primeros retóricos aparecen en Siracusa: Corax y su discípulo Tisias. El filósofo Empédocles de Agrigento fue el maestro de Gorgias. El arte de la retórica fue una de las grandes aportaciones a la cultura, que pervivió durante toda la Antigüedad e incluso muchos siglos después. Los sofistas enseñaban la retórica, en la teoría y en la práctica (las reglas). Ofrecían a los alumnos un modelo de composición, que debían imitar. El tema propuesto era muy variado. Protágoras hablaba de la justicia, con ocasión del mito de Prometeo y Epimeteo. Pródico tomó como tema a Heracles entre el vicio y la virtud. Gorgias hizo el elogio de la Élide. Algunos sofistas se especializaban en determinados temas, como Antifón en la elocuencia judicial, que comprendía, la acusación, la defensa, la réplica y la duplíce. Los sofistas escribían los discursos para que los alumnos los conocieran e imitaran. Los maestros daban preceptos y utilizaban toda clase de recursos, como adular a los jueces, criticar los testimonios arrancados por tortura, hablar de la justicia en general, etc.

Característica de los sofistas fue tocar los más diversos temas; de ello se gloriaban Gorgias e Hipias. Algunos tuvieron una curiosidad universal, como Hipias de Elida, que se interesó por los oficios, y Pródico por la medicina. Otros despreciaban los oficios. Se interesaron por las disciplinas científicas, según testimonio de Platón. Hipias (Plat. Prot. 318 e) exigía a sus alumnos el estudio del cuadrivio pitagórico: aritmética, geometría, astronomía y acústica. Algunos sofistas cayeron en la cuenta de lo formativas que eran estas ciencias. El interés de Hipias abarcaba aspectos muy variados. Se interesaba por la Historia, la Biografía, la Mitología, la Geografía y por los trabajos manuales. De sus estudios sobre los vencedores olímpicos parte el posterior interés griego por la cronología. Otros sofistas, como Pródico, tuvieron un interés general. Los sofistas, al criticar a los poetas, se plantearon las relaciones entre el pensamiento y el lenguaje. Protágoras, Pródico, e Hipias, estudian las leyes del lenguaje, con lo que instituyeran las bases de la gramática. Fueron, pues, los sofistas los iniciadores de muchas ciencias, que después no continuaron explorando. Pusieron límites a la educación.

La educación socrática

A la educación sofista se oponía la impartida por Sócrates, del que se conservan bastantes datos difíciles de manejar. Platón alaba mucho a su maestro. El Sócrates de Jenofonte es un tanto pedestre. Los cómicos, como Aristófanes, Eupolis y Amipsias, le caricaturizan.

Sócrates siguió con la actitud crítica, típica de los sofistas, y continuó la antigua tradición aristocrática. Para Sócrates la ética fue todavía fundamental en la educación. Insistió en la importancia de los factores naturales. Sostiene la necesidad de defender la verdad. En este aspecto fue heredero de los filósofos jonios o itálicos. Los sofistas y Sócrates fueron innovadores audaces en el método educativo. Sócrates fue un moralista, próximo a Pródico. Se aproximó a Hípias en la búsqueda de las fuentes de la vida.

Como escribe Marrou, a quien seguimos en lo referente a la educación, la nota característica de la generación a que pertenecen Sócrates y los sofistas, consiste en haber lanzado una gran cantidad de ideas, algunas de ellas contradictorias, y en haber sembrado en el seno de la tradición griega numerosas semillas, que prometían muchos fecundos desarrollos. A la generación venidera le tocaría seleccionar y extraer las sobrias líneas de conducta de una institución definitiva.

Con los sofistas se abandonó el ideal de la educación caballescaca. Aristófanes en *Las nubes* (184-186) los pinta ya como sabios, y diferentes totalmente de los anteriores educadores. Jenofonte los critica abiertamente en su tratado de la caza. Se puede apartar de ellos el acento puesto en la vida deportiva, lo que indica un cambio importante en la pedagogía. La enseñanza se vuelve más intelectual y más técnica. El atletismo se convirtió poco a poco, y a partir de la Guerra del Peloponeso, en algo profesional y especializado.

El atleta necesita un entrenamiento y guardar determinadas reglas higiénicas. Dromeus de Stymfalia describe las ventajas de la dieta de carne. Los atletas se reclutan en el campo y no entre la aristocracia. Se pusieron al servicio del que mejor pagaba, como en 480 hizo el corredor Astilos de Crotona, convencido por el tirano Hierón. El deporte ya no fue, a partir de las enseñanzas de los sofistas, el ideal de la juventud ateniense.

La paideia posterior a los sofistas

En la década del 390 al 380, por obra de Isócrates (436-388) y de Platón (427-348), la educación según el método antiguo alcanzó su madurez. No introdujeron novedades en las instituciones, sino que las seleccionaron y actualizaron. No se adoptó tampoco un tipo único de educación; había una adecuada a los filósofos y otra a los oradores, representadas respectivamente por Platón y por Isócrates. También desempeñaron los pequeños socráticos, Fedón de Elis, Euclides de Megara, Aristipo de Cirene, Esquines y Antístenes, un papel importante en la paideia. Fueron discípulos de Sócrates, menos Antístenes, que lo fue de Gorgias. Todos fueron el puente entre la pedagogía de Isócrates y Platón y la de Sócrates, aunque en algunas ideas se encontraban más cerca de los sofistas.

Menos el autor citado en primer lugar, todos son maestros profesionales y no itinerantes. Todos cobraban por las enseñanzas; el fin de su educación no fue práctico, como los sofistas, sino el alcanzar la sabiduría. Dieron gran importancia a la educación moral y a la formación personal. Desempeñó un papel importante una cierta dialéctica agresiva, con una técnica de razonamiento, que estuvo en la base de la formación del espíritu. Rechazaron las ciencias, principalmente las matemáticas, como lo hizo Antístenes, o simplemente las toleraban, como Aristipo. Impartían una educación literaria. Insistieron en el estudio de la lengua y en la literatura. Aristipo publicó ya seis libros de conferencias.

Platón y la Academia

Platón fue un intelectual, que miró en su vida más bien al pasado. Interesado por la política en su juventud, la derrota de la aristocracia con la caída de los Treinta Tiranos (404-403) obligó a Platón a cambiar de escenario. Marchó a la corte del tirano siracusano Dionisio I, que no aplicó su ideal político. De regreso a Atenas, en 387, abrió la Academia dedicada a la teoría y a la utopía. Siempre conservó cierto gusto por la acción, lo que le llevó dos veces, hacia el 367 y el 361, a volver a Siracusa a la corte del hijo de Dionisio, sin conseguir en estas estancias ningún cambio. Ayudó a su discípulo Dión a deponer a Dionisio el joven, y en 353-352 a Hiparato, para vengar el asesinato de Dión.

Siempre mantuvo Platón un interés por la política. En la Academia, además de filosofía, se enseñaba política. Un gran número de hombres de Estado fueron discípulos de Platón: Dión de Siracusa, Pitón y Heráclido, que liberaron Tracia, Cabrias y Foción, estrategas atenienses, Aristónimo, que legisló en Megalópolis de Arcadia, Formión de Elea, Menedemo de Pirra, Eudoxio de Cnido, Aristóteles y Xenócrates, consejero de Alejandro, Calipo, que asesinó a Dión, Clearco, Tirano del Ponto, y su enemigo Quión, Eufraios, consejero de Pérdicas III, Erasto y Corisco, gobernadores de Assos, y aliados de Hermias de Atarneia. Esta sola lista de hombres de Estado indica la importancia que en la Academia se dio a la ciencia política, fijándose en las virtudes cívicas y no en las militares. Platón en *Las Leyes* (I. 628 e-630 c) descalifica el ideal guerrero de la educación espartana. Este ideal de la paideia platónica, de formar a hombres de Estado, continuó en la época helenística con los estoicos. Perseo y Arato desempeñaron un papel importante en la corte de Antígono Gonatas, y Esfero en la de Ptolomeo Evergetes. Platón trazó los diferentes cuadros educativos en *La República*, los libros II-III y VIII, y en *Las Leyes* II y VII. Estas últimas describen la educación de un modo más elemental y más popular que en *La República*, dirigida a los gobernadores-filósofos y a una paideia más elevada.

Platón dio gran importancia en las enseñanzas de la Academia a la noción de la verdad, y a su conquista fundada en la razón, lo que le diferenció del pragmatismo de los sofistas. La posesión de la verdad no sólo era necesaria para el estadista, sino para el cabeza de familia, para el médico, para el orador, y para el filósofo. La educación que impartió Platón fue de alcance universal. Este pensamiento aparece claro en Hippias Mayor, en el Protágoras, en los primeros *Diálogos Socráticos* y en el libro VII de *La República*.

La enseñanza de la ciencia coincidió en la Academia con el método de investigación. La Academia fue un centro educativo y una escuela de altos estudios al mismo tiempo. Funcionaba como una cofradía de miembros unidos por la amistad, consagrada al culto de las Musas, lo que le dio un carácter religioso. Muerto Platón, fue convertido en héroe; se le consagraron sacrificios y banquetes un santuario, dedicado primero a las Musas y después a él mismo junto al bosque sagrado del héroe Academo, asiento de muchas leyendas, situado en las afueras de Atenas y próximo a otras capillas dedicadas a los dioses infernales: Poseidón, Adasto y Dionisio. Platón enseñó en un gimnasio sentado en una exedra. Los alumnos bebían y participaban, además

de en las lecciones, en la conversación. Existió cierto régimen comunal entre los alumnos y el maestro. Los programas de las enseñanzas han quedado reflejados en las grandes utopías de *La República* y de *Las Leyes*. Pero no todo era utopía en las enseñanzas platónicas, Platón tuvo intuiciones proféticas, que constituían las aspiraciones profundas del pensamiento griego. Platón defendió la financiación de la enseñanza, ya que, en su opinión, la educación debía ser pública. Los maestros debían ser elegidos y controlados por la ciudad mediante magistrados especiales, hecho que sólo sucedía hasta entonces en ciudades como Esparta. Platón defendió una educación igual —no coeducación— para los jóvenes de ambos sexos, método pedagógico que responde a la emancipación de la mujer que se dio a partir del siglo IV. Los estudios filosóficos ocupaban el lugar más alto de la educación y estaban reservados a unos pocos más preparados. La base del sistema pedagógico fue la educación griega tradicional. La cultura filosófica fue una continuación y enriquecimiento de la educación anterior. En este aspecto la pedagogía platónica coincidió con la propugnada por Isócrates. Los niños y las niñas debían comenzar la educación en común, dedicándose a juegos educativos en jardines de infancia. La paideia propiamente dicha comenzaba a los 7 años y comprendía gimnasia y música. La gimnasia para Platón era la preparación para la guerra, y no una simple competición. Los deportes practicados fueron el atletismo, las carreras de a pie, los asaltos de esgrima, los combates de infantería pesada y ligera, el tiro al arco, la jabalina, la honda, las marchas y maniobras, y las prácticas campamentales. Todos ellos ejercicios de carácter militar que también debían practicar las muchachas, que, a juicio del filósofo, debían ser igualmente soldados. En la Academia se hacían murales para los ejercicios prácticos de clasificación. También los jóvenes debían practicar la caza y la equitación, aspectos antiguos de la educación aristocrática. Esta educación, como sucederá después en la época helenística, se impartirá en los gimnasios, en los estadios y en los picaderos públicos, por profesores pagados por el Estado. Rasgos arcaizantes de la paideia platónica son la preocupación por dar un valor educativo al deporte, su carácter ético y la igualdad con la cultura intelectual para ambas formar la personalidad del individuo. Platón, lo que es signo de modernidad, concedió importancia a la higiene y a los alimentos, en los que coincidió el filósofo con las prescripciones médicas del momento. Medicina y matemática ejercieron un fuerte influjo en el pensamiento platónico. Los médicos prestaron, a partir de entonces, especial atención al deporte, como Heródico de Selimbria, que fue médico y entrenador al mismo tiempo.

Platón añadió la danza y la música a la enseñanza de la gimnasia; la danza exigía disciplina y armonía, condiciones necesarias para la disciplina moral. También en la educación platónica los aspectos culturales tuvieron siempre suma importancia, como tendrán después en la etapa helenística. El niño aprenderá a leer y a escribir y conocerá los autores clásicos, poetas y escritores en prosa. Platón criticó a los poetas considerados clásicos en su época, principalmente a Homero en los libros II-III y X de *La República* y en *Las Leyes*. En los poetas condena los mitos, que considera mentiras sobre los dioses y que convierten el arte en contrario a la verdad.

Platón se planteó ya el problema de si la educación debía ser artística y literaria o convertirse en ciencia. Sin embargo, la obra de Platón era deudora en gran medida las enseñanzas de los poetas (Homero, los líricos y los trágicos), a los que cita continuamente. Un tercer estudio abarcaría la enseñanza de las matemáticas, que se impartían en todos los niveles de la educación, y no sólo en el superior, como propugnaba Hipias. Platón añadió al estudio de los números el del cálculo aplicado a los oficios y a

los problemas cotidianos. También predicó el conocimiento de la geometría y de la astronomía. Estas ciencias añadidas a la educación significan una innovación notable.

Las matemáticas en la mente de Platón tenían un valor formativo, en lo que coincide con Hippias, y un carácter universal. Sin embargo, sólo los espíritus selectos debían profundizar en las matemáticas. Su estudio seleccionaba a los futuros filósofos y les adiestraba para futuros estudios aún más elevados. Las matemáticas, según Platón, son el mejor instrumento para la conversión del alma: el deseo de desligarse del mundo sensible debía arraigar pronto en el joven.

Platón incorpora a sus enseñanzas el programa de Hippias del cuadrivio, añadiendo a la enseñanza de la geometría plana la del espacio, recién creada por Teeteto y que progresó en la Academia gracias a Eudoxo. La ciencia debía ser puramente racional. Platón fue más allá de la utilidad práctica. Introdujo en sus enseñanzas la inversión ideal y el programa científico.

Los estudios secundarios ocupaban el espacio de tiempo comprendido entre los diez y los diecisiete o dieciocho años. Entre los dieciocho y los veinte, se dedicaba el muchacho a la gimnasia, probable alusión a la efebía. En época de Jenofonte (Hell. 6. 7. S) ya se practicaba poco la gimnasia entre los ciudadanos.

Terminado este período, comenzaba la enseñanza superior, en la que se cultivaba la ciencia mediante una visión de conjunto. A partir de los treinta años, el hombre se dedicará a los estudios filosóficos. Después de un periodo de cinco años, estará en plena posesión del método dialéctico para llegar a la verdad total. Platón enseñó que el filósofo debería intervenir activamente en la vida de la ciudad durante quince años y a partir de los cincuenta podrá consagrarse a la contemplación del Bien.

Platón, sin embargo, no se planteó el problema acuciente para la Atenas de su tiempo, de cómo educar convenientemente a los cuadros rectores de la sociedad; sólo se preocupó de formar a unos pocos filósofos, capaces de dirigir el Estado. Finalmente, Platón cayó en la cuenta del fracaso del filósofo como gobernante, según se desprende de *La República*, terminada de redactar alrededor del 375 y antes de que fracasara en sus dos posteriores intentos de aplicar sus ideas a la política. Este fracaso en la reforma del Estado le llevó a replégarse hacia el interior.

Isócrates y la retórica

Isócrates, como Platón, se propuso educar y formar a la élite rectora de la ciudad. Sin embargo, la comparación entre Isócrates y Platón es desfavorable para el primero.

Cicerón (*De or.* 2.94) le llamó el padre del humanismo. Fue sobre todo un maestro de la cultura literaria, el educador de la Grecia de su tiempo, del Helenismo posterior y de gran número de literatos, oradores y poetas. Los alumnos de Isócrates llegaron al centenar (Plut. *Isoc.* 937 c). Nunca pretendió ser filósofo; sólo perfeccionar la cultura, como reza el epitafio que los atenienses grabaron sobre su tumba. Entre 393 y 338, enseñó elocuencia. Antes, durante los años 403-402 a 391-390, había sido logógrafo en los pleitos. A partir del 380 fue también escritor y hombre político. En sus manos el discurso se convirtió en un instrumento de acción política y a través del cual comunicar sus ideas. Fue un conferenciante público. Su *Evagoras*, rey de Chipre, es el primer elogio en prosa de una persona real. Isócrates publicaba sus discursos, largamente madurados. Fue un educador profesional con intención de formar profesores. Enseñaba en

primer lugar a hablar bien. En este aspecto Isócrates continuó la obra de los sofistas, Pródico y principalmente Gorgias, con los que convivió en Tesalia, en los años de final de la Guerra del Peloponeso, 415-414 a 403. La escuela donde impartió sus lecciones estaba próxima al gimnasio del Liceo, donde enseñaba Aristóteles. Fue la suya una escuela abierta a todo el mundo. Cobraba 1.000 dracmas y recibió excelentes regalos de sus alumnos agradecidos, como Timoteo o Nicocles. En 956 estaba considerado entre los 1.200 ciudadanos más ricos de Atenas. Los alumnos procedían de los más distantes lugares, Sicilia o el Ponto Euxino, lo que habla muy alto en favor de su educación.

Al igual que Platón, dio Isócrates importancia a la educación tradicional, pero introdujo ciertas innovaciones contemporáneas. La meta fue la formación integral, corporal y espiritual del individuo.

Isócrates prestó especial atención al estudio de los autores clásicos. Recomendó el conocimiento de los poetas y de los sofistas, de los historiadores, el estudio de la matemática y el arte de discutir mediante el diálogo, o sea la dialéctica, y hasta la filosofía. Isócrates, al revés de lo que hizo Platón, coloca la enseñanza de la filosofía en la enseñanza secundaria, y sin consagrar mucho tiempo a ella.

En la paideia de Isócrates la oratoria ocupó junto con la retórica un lugar privilegiado. Fue el arte por excelencia. Criticó Isócrates la retórica de los manuales teóricos y predicó la práctica de este arte y la necesidad de cualidades humanas. Isócrates fijó los principios generales de la composición y de la educación. Propuso a sus discípulos modelos para el aprendizaje de este arte, introduciendo la imitación. Las obras fundamentales del maestro fueron los textos básicos, no los antiguos poetas.

Isócrates dio un espíritu moral cívico y patriótico, a la elocuencia. Se opuso al mismo tiempo a los socráticos, principalmente a Antístenes, a los seguidores de los sofistas y a Alcidas, sólo preocupado por el éxito. Como Platón, Isócrates llevó una vida común con sus alumnos, que nunca fueron muy numerosos. Formó, al igual que Platón, a hombres dedicados a la política. Al igual que Sócrates, fue sospechoso de comprometer a la juventud. Su influencia fue grande en Timoteo y en Nicocles.

Alumnos de Isócrates fueron personajes bien destacados en la política, como Euzónomo, Lysiteidas, Calípo, Onéter, Anticles, Filónidas, Carmantidas y el gran estratega Timoteo, su discípulo preferido, que encarnaba en la vida real el ideal del maestro. Discípulos fueron también el trágico Teodectes, el crítico Asclepias, el atidógrafo Androción, los historiadores Teopompo y Eforo, y los grandes oradores áticos, Hipérides, Iseo, y Licurgo.

En política interior sus ideas fueron típicas de la aristocracia ilustrada y en política exterior defendió la unidad panhelénica contra los bárbaros. En el plan panhelénico de Isócrates se necesitaba un guía. Pensó primero en los prohombres de Atenas, después sucesivamente en Jasón de Feras, en Dionisio de Siracusa, en Arquidamo de Esparta, en Nicocles de Salamina y finalmente en Filipo de Macedonia.

Esta unidad panhelénica se basaba en su opinión en un ideal de libertad y autonomía, sustentados en una cultura común, más que en los lazos de la misma sangre. Este ideal cultural sería una de las características del Helenismo. En este aspecto Atenas fue a lo largo de su Historia la escuela de Grecia, en frase de Tucídides y de Isócrates.

La retórica se transformó en la mente de Isócrates en ética. Su pensamiento estuvo muy apartado de la filosofía platónica. Isócrates se movió siempre en el plano de la vida práctica, donde no es posible un conocimiento racional y demostrado. La paideia de Isócrates pretendió formar a sus discípulos para la práctica de la vida política.

Platón e Isócrates, aunque tan diferentes en cuanto a la pedagogía, fueron los dos puntos de apoyo de la educación griega. Entre ambos hubo emulación, y mutuamente se influyeron en algunos aspectos.

LA EDUCACIÓN EN LA GRECIA HELENÍSTICA

La educación griega, a partir de la generación posterior a la de Alejandro Magno, alcanzó su forma clásica, aunque sufrió alguna evolución. Perdió su carácter aristocrático y descendió en importancia la cultura física, en favor de la formación literaria. La educación fue moral, libresca y más escolar y se impuso la formación en escuelas. La educación helenística se extendió a todo el mundo griego. Pasó al Imperio Romano y a Bizancio. No hubo, pues, una educación autónoma.

Las fuentes para el conocimiento de la educación helenística son abundantes. Se generalizó el uso de los manuales y tratados pedagógicos, las inscripciones, que hablan de las instituciones educativas, como la escuela, y los papiros hallados en Egipto.

Dentro de la cultura helenística la educación ocupó un lugar primordial. El sabio helenístico fue ciudadano del mundo. El heredero de la polis fue la persona, que adquirió conciencia de sí misma como medida de todas las cosas. La paideia helenística, con la finalidad de alcanzar la perfección del ideal humano, duraba toda la vida. La palabra cultura alcanzó en el helenismo el sentido que hoy aún tiene. La unidad del mundo griego consistía en tener el mismo ideal. La polis con sus instituciones fue el marco más propicio para extender la cultura, pero no el único, pues muchos griegos vivían en el campo. Sin embargo, todos los griegos, viviesen donde viviesen, recibían la misma paideia, al igual que los bárbaros helenizados.

Los sucesores de Aristóteles dieron a la educación su carácter autónomo, que ya aparece en Teosfato y en Aristoxenos, discípulos ambos de Aristóteles, y en los estoicos, Cleantes, Zenón, Crisipo, Clearco de Solo o Cleómenes. Menandro consideró la educación «el más precioso bien que pudo otorgarse a los mortales». No se escapó a Diodoro Sículo (12.12), al hablar de Carondas de Locres, la importancia excepcional de la educación para igualar a los ciudadanos. El historiador trazó un panegírico de la cultura. En los monumentos funerarios se leen alusiones a la cultura intelectual de los difuntos. Frecuentemente se trata, no de profesionales de la cultura, sino de personas que ejercían otras profesiones, como comerciantes, médicos, etc. En los Campos Elíseos se imaginaba la gente a los difuntos entregados a los goces del arte y de la inteligencia, como se lee en el diálogo neoplatónico, fechado en el siglo I a. de C., llamado *Axiados*. La misma inmortalidad se alcanzaba mediante el ejercicio de la cultura. Desde siempre, los grandes sabios, que crearon escuela, como Pitágoras o Platón, habían sido heroizados. Esta heroización se generalizó en época helenística.

Las instituciones educativas. La efebía

La educación helenística duraba desde los siete a los doce o veinte años. Abarcaba unos estudios muy complejos. En el Helenismo el periodo de tiempo comprendido entre la escuela primaria y la efebía se dedicaba a otros estudios, la enseñanza secundaria, que daba a los muchachos una sólida cultura. La efebía correspondía cronológicamente

a la enseñanza superior. Se enseñaba a los jóvenes en el gimnasio retórica, medicina y filosofía. En algunos centros especiales, como en Alejandría y en Pérgamo, aparecieron establecimientos científicos dedicados a la investigación. Estos últimos estudios los cursaba sólo una minoría. Las mujeres helenísticas frecuentaban las escuelas, la palestra y el gimnasio. La educación helenística fue pública y competencia de la polis. Alguna vez, los reyes intervinieron en la política escolar, pero siempre a título privado, como mecenas. En el Egipto Lágida el gimnasio fue sostenido económicamente por algunas instituciones, que podían ser los antiguos alumnos.

La polis helenísticas no tuvieron una política educativa uniforme, pero se preocuparon de ella. La efebía fue la única institución pública.

Conviene matizar lo escrito ya en otras páginas de este libro sobre la efebía ateniense, que es la institución que mejor se conoce. Con la pérdida de la independencia, la efebía ática se convirtió en una escuela, donde estudió una minoría rica.

Entre los años 334 y 325 el número de efebos se sitúa entre 380-390, en los años de quintas reducidas; y 650 o 700, en los años de crecimiento demográfico. En el año 306-305 son 400. En el año 367-366 sólo hubo matriculados 33, y 23 en 244-243. A finales del siglo III, la efebía se hizo anual y cara. Había desaparecido su carácter de preparación para el ejército; su finalidad era ahora únicamente educativa. Desde el año 162-161, el número anual de efebos osciló en torno a los 79, número que irá aumentando; así en 119-118, se inscribieron también muchachos extranjeros, que serían hijos de comerciantes ricos de Italia o Siria, asentados en Delos. Después procedían ya de diferentes lugares, del Mundo Helenístico, como Cirene, el Ponto Euxino, Tracia o Siria. La efebía se convirtió en un lujo. Sin embargo, existía alguna diferencia entre los efebos griegos, y los extranjeros, que no participaban en los concursos. Todavía recibían entrenamiento militar, pero quedó muy simplificado, al revés de lo que sucedió con el maestro de gimnasio, que alcanzó cada vez más relieve. La efebía ateniense se convirtió con el tiempo en una institución de educación física. A partir del siglo II a. de C. se impartió a los efebos una cultura filosófica y literaria. Las relaciones entre amigos se desarrollaron mucho en la efebía, que estaba organizada como una ciudad en pequeño.

La efebía no fue una institución exclusivamente ateniense. Se documenta en todo el Mundo Griego. Fue muy parecida en todas partes. En Cícico y Apolonía duraba dos años y en Quíos tres. Fue en todas las ciudades una institución fundamentalmente deportiva y cívica. En los países bárbaros, la efebía iniciaba en la vida griega. Fue, pues, un medio muy poderoso de helenización.

Unos magistrados se encargaban de inspeccionar y dirigir la efebía. La magistratura más importante se llamaba el gimnasiarco y la desempeñaba el ciudadano más cualificado y rico. Este cargo está documentado en más de 200 ciudades. Existía también en pequeñas ciudades y aldeas de Egipto. Este cargo en Atenas se llamaba cosmetes.

El gimnasiarco tenía como ayudante al hipio-gimnasiarca, y el cosmetes el subcosmetes. Funcionaban igualmente unos inspectores de la sabiduría, llamados sofronistas. Eran diez y se elegían uno por cada tribu. Esta última magistratura desapareció en el Mundo Helenístico para reaparecer en el Imperio Romano. Las ciudades grandes tenían varios gimnasios, donde iba la gente según la edad. Las funciones se desdoblaron. De la instrucción de los muchachos se encargó a un especialista, el paidotriba, en Atenas y el cometes en Egipto. Frecuentemente se nombró también un jefe de efebos, elegido directamente por los muchachos, que actuaba a las órdenes del gimnasiarca. Aris-

tóteles considera típico de las ciudades aristocráticas la existencia de una magistratura llamada *paidonomía*, que el filósofo sólo conoció en Esparta y Creta. Su ausencia en otras ciudades griegas motivaba una total libertad en la educación y que el Estado no careciese de poder de control, y de coerción. La *efebía* fue la única institución educativa costeada por la comunidad. La erudición helenística atribuyó al legislador Carondas de Catania la introducción de la escuela obligatoria, gratuita y pública. Las escuelas primarias fueron siempre, generalmente, privadas. En la práctica para costear las escuelas se acudió al mecenazgo.

Los particulares ricos donaban el capital necesario para el sostenimiento de algún servicio público concreto. Se conocen varios casos de donaciones para sostener escuelas primarias y secundarias. A finales del siglo III, un ciudadano de nombre Politrus donó a Teos la suma de 3.400 dracmas, que se colocaron al 11,50 por 100 y que rentaban 3.900 dracmas, dedicados a costear la enseñanza de los maestros. En el año 200-199, Eudemo de Mileto legó a su ciudad 6.000 dracmas, que al 10 por 100 producían 6.000 dracmas, de los que 3.300 se dedicaban a pagar a los profesores. El resto se empleaba en los gastos de los sacrificios.

También los príncipes, a título particular, crearon fundaciones. En 160-159 Atalo II de Pérgamo donó a Delfos, que pasaba un mal momento económico y había solicitado ayuda a Pérgamo, 1.800 dracmas, destinados a la educación de los hijos, suma que colocada al 7 por 100, rentaban 1.200 dracmas, destinados a pagar a los maestros.

Durante el helenismo se incrementaron las prestaciones de los particulares llamadas liturgias. El *gimnasiarca* en Atenas era un ciudadano rico, que pagaba durante un año los gastos de la *efebía*. Siempre se contaba con la generosidad de los ciudadanos ricos. A veces un *gimnasiarca* se menciona varias veces, o el cargo se hace vitalicio o hereditario. También participan las mujeres con su dinero a la suma donada por los esposos o los hijos. En ocasiones desempeñaron también el cargo. Fundaciones privadas ayudaban a los gastos de la institución, pasaban al *gimnasiarca*, o contribuían a sufragar los gastos, como el aceite de los atletas, etc.

Funcionó también una magistratura encargada de la educación de las muchachas. El *gineconomo* velaba por las buenas costumbres de las mujeres adultas. El reglamento del 196 de Magnesia, referente a las fiestas de Zeus Sosipolis, concede a los *gineconomos* un papel muy similar al de los *paidonomos*.

En Pérgamo existían magistrados especiales dedicados a inspeccionar la educación femenina. Las muchachas, al igual que los varones, estudiaban poesía y música. Había concursos femeninos. En Lesbos, en Tenedos y en otras ciudades se impartía un curso de belleza y de economía doméstica.

La educación física

La gimnasia continuó siendo en el Helenismo un aspecto fundamental de la *paideia* griega. Los griegos diseminaron por todo el imperio creado por Alejandro Magno gimnasios y campos de deportes que ocupaban un lugar preeminente en la *efebía*. La educación deportiva y cívica continuaba para los jóvenes, que habían dejado la *efebía*, en los club juveniles. Los niños también recibían educación física. Se conserva documentación en este aspecto de Egipto, de Pérgamo, de Eretria, de Attaleia, etc. Los niños participaban en competiciones deportivas en Teos, en Larisa, en Atenas. Los con-

cursos de los niños se dividían en categorías. En Thespiac participaban los «mayores», que se distinguían de los «jóvenes». En Larisa, en Oropos y en otras ciudades competían los «imberbes». En Esparta los niños intervenían en los concursos deportivos desde los nueve años; e incluso antes, a partir de los siete u ocho años. En la época helenística, como sucedió siempre en Esparta, las niñas y las muchachas recibían educación física. En Quiros, Teos y Pérgamo, al parecer, había una coeducación física. Pero los ejercicios de los niños y niñas eran más ligeros en intensidad que los de los muchachos.

La educación física continuó siendo en la época helenística la misma que las etapas anteriores. El deporte se profesionalizó cada vez más. La educación física estaba dominada por un espíritu competitivo. Se continuó practicando en época helenística la equitación. En Atenas, a final de la República Romana, la equitación en la efebía estaba equiparada al ejercicio de las armas y a la gimnasia.

La práctica de los deportes náuticos fue poco importante. Se difundió la natación, de la que hubo concursos en el santuario de Dioniso, cerca de Hermione. Las regatas están atestigüadas en las fiestas Panateneas de Corcira. También intervenían los jóvenes atenienses en aguas de Mumiquia y de Salamina.

La educación física griega se interesó también por otros deportes, como por el juego de la pelota, del que se practicaban varias variantes. También se jugaba a la taba. Estos últimos deportes no alcanzaron un favor especial.

El pentatlón

La carrera, el salto, el lanzamiento de disco, de jabalina y la lucha fueron los deportes más practicados; la carrera era sobre pista llana. La más apreciada se practicaba en el estadio y se corría aproximadamente unos 200 metros. También practicaron los griegos otras carreras más largas, como la de doble distancia en Olimpia, y una carrera de fondo, cuya distancia variaba, entre siete, doce, veinte o veinticuatro estadios. En estas últimas distancias había que recorrer la pista varias veces. En otras carreras, de distancia variable, se corría con escudo y casco. Frecuentemente se celebraron carreras de antorchas.

El único salto que se practicó fue el de longitud con impulso. Se saltaba desde un podio con los dos halteras de bronce o de piedra, que reforzaban el balanceo de los brazos. El atleta tenía que caer con los dos pies juntos en un suelo mullido.

A partir del siglo V se empleó un disco de bronce que pesaba 1,293 kg., en los lanzamientos; pero este peso no era fijo, pues se conservan discos de 1,3, 2,1, 2,8 y hasta 4 kg. La base de lanzamiento era un espacio acotado por delante y por los lados. El disco se lanzaba con las dos manos a la vez hasta la altura de la cabeza. El peso descansaba sobre el pie derecho. El pie y el brazo derecho equilibraban el lanzamiento.

En la lucha competían parejas, que previamente habían sido sorteadas. Había que derribar al adversario sin caerse. El combate tenía tres asaltos. Estaba permitido agarrar al enemigo por el cuello, el cuerpo y los brazos.

Estos ejercicios integraban el pentatlón. Al parecer, para proclamarse vencedor, tenía el atleta que clasificarse el primero por lo menos en tres pruebas.

Pugilismo

A partir del siglo IV, se utilizaron guantes y no vendajes como anteriormente. La táctica y el juego de las piernas eran importantes, no la lucha cuerpo a cuerpo, que se desconocía. El combate duraba hasta que uno de los combatientes estuviese agotado y se diera por vencido, levantando el brazo. Se atacaba fundamentalmente a la cabeza.

Una combinación de pugilismo y lucha era el pancracio, competición en la que estaba permitido todo tipo de golpes. Sólo se prohibía saltarle los ojos al adversario. Si caían los combatientes, la lucha continuaba en el suelo. El suelo era mullido y se regaba previamente. Los combatientes resbalaban y se cubrían de barro. Una soberbia cabeza hallada en Olimpia es la del pugilista Satiros, obra del escultor Silanión, fechada alrededor del año 335. Un púgil representa la magnífica escultura de bronce, de Apolonio, hijo de Nestor, de mediados del siglo I a. de C.

La gimnasia

La educación física estaba encomendada al paidotriba, que era un educador que conocía la higiene deportiva. En Teos y en Mileto el paidotriba cobraba anualmente; si no, los padres costeaban la educación física de sus hijos. Hacia el año 320 el importe era de 100 dracmas. El maestro, no sólo enseñaba al alumno la práctica de la gimnasia, sino también la teoría.

Las enseñanzas del paidotriba consistían en una serie de entrenamientos: caminar sobre diferentes clases de terrenos, correr unos 30 m., correr en círculo, correr y saltar, mover los brazos, cavar, ejercicio que fortalecía los músculos, diferentes ejercicios de brazos, lucha contra un saco lleno de arena o de grano, colgado del techo, y flexión del cuerpo. Todos estos ejercicios se practicaban al son de oboe, que imprimía ritmo a los movimientos.

Cuidado del cuerpo

El atleta griego desde el siglo VIII iba desnudo totalmente. A veces se defendía la cabeza del sol mediante un bonete confeccionado con piel de perro. El atleta se ungía el cuerpo con aceite, antes y después de la competición, por motivos higiénicos. Después se cubría el cuerpo con una fina capa de polvo, que protegía la piel contra la intemperie. El paidotriba vestía en los ejercicios de educación física una capa de púrpura, y llevaba, como distinción, una larga vara en forma de horquilla, con la que castigaba a los alumnos.

La palestra

A las escuelas de educación física se las llamaban generalmente gimnasios y palestras. El gimnasio tenía varias palestras. Se generalizaron por todo el mundo helenístico. Todos responden a un modelo uniforme descrito por Vitrubio (5.11). Las excavaciones han sacado a la luz gimnasios bien conservados, como el de Priene. Un atleta,

que se limpia la piel con los extrigilos, y el polvo de la palestra, es el Apoxiomeno de Lisipo.

Educación artística.

A partir del siglo IV en Sición, por influjo del pintor Pánfilo, uno de los maestros de Apeles, se introdujo el dibujo en la paideia. Hacia el año 240 era ya una asignatura fundamental. En el siglo II a. de C. figuraba ya en los concursos escolares de Teos y de Magnesia de Meandro.

El niño aprendía a dibujar a carbón y a pintar sobre una tablilla de boj. Se dibujaba principalmente la figura humana. Al parecer, la finalidad del dibujo según Aristóteles era afinar la vista y el gusto por las formas.

Ya se ha señalado que en la educación griega la música era tan importante como la gimnasia. Durante el siglo V, a juzgar por las representaciones de los vasos griegos, se tocaba la lira y la flauta, que perdió importancia en Atenas con el tiempo. En el programa educativo de Aristóteles quedó ya fuera, aunque se debió seguir enseñando en regiones como Beocia.

La enseñanza de la música instrumental quedó reducida a la lira, de siete cuerdas, pulsadas con los dedos, o con un plectro de concha. El niño aprendía a tocar la lira bajo la enseñanza de un maestro. La enseñanza era empírica y se hacía directamente.

El muchacho griego aprendía también a cantar. El joven, que tocaba la lira, cantaba al mismo tiempo, como en los concursos escolares de Teos y de Magnesia de Meandro. En la época helenística los alumnos cantaban en coros al unísono, o en coros mixtos, acompañados generalmente, por el aulos. Los griegos no conocían la polifonía vocal. En las fiestas religiosas como en las Panateneas, en las Targelias y en las Dionisiacas, los coros participaban activamente en concursos organizados por tribus. Cada tribu tenía su coro, dirigido por el corega, que costeaba a sus espensas los gastos. El vencedor era premiado con un monumento. El más famoso es el de Lisícrates, consagrado en 335-334.

En la época helenística artistas profesionales, asociados en colegios, dirigían los coros. En el tesoro de los atenienses está grabado el texto literario y musical de los himnos de Apolo, cantados con ocasión del triunfo alcanzado en Delfos en el año 128-127, por los mismos jóvenes que habían participado diez años antes. El peán en honor del dios era cantado por un coro formado por treinta y nueve artistas atenienses profesionales, que eran parte de un grupo de sesenta. Generalmente los coros estaban integrados por los jóvenes de las ciudades. En el siglo II a. de C. están documentados en Magnesia de Meandro coros de muchachas y en Teos, en la misma fecha, coros mixtos.

El canto coral se asociaba a la danza. Según los lugares predominaba uno sobre el otro. La enseñanza de la danza no era objeto de un interés especial en la paideia helenística, salvo en Arcadia en el siglo II. Estaba, en origen, relacionada con la tradición aristocrática. Poco a poco fue desapareciendo. En el siglo IV en las fiestas Panateneas había concursos de danzas guerreras o pírricas, para hombres, jóvenes y niños. En el siglo II la danza pírrica ya no se practicaba, salvo en Esparta. También la enseñanza de la música decayó. En el siglo II en Quíos, en Magnesia o en Teos todavía había concursos musicales. En las escuelas enseñaban letras, tres profesores, dos gimnasia y sólo uno música. Su salario era de 700 dracmas anuales; el de los otros dos oscilaba en-

tre 500 y 600 dracmas. Se impartía la enseñanza de la música dos años antes de ingresar en la efebía y durante ella. Los primeros aprendían música y a tocar la lira. En Atenas en el Diogeneion sólo los muchachos, que aspiraban a la efebía, aprendían música, que no figuraba en los concursos de efebos. En la música, al igual que en la gimnasia, se tendió a la especialización. Hasta el primer tercio del siglo V estaban equilibradas la educación, la cultura y el arte musical. A partir de los grandes compositores Melámpides, Cinesias, Frinis y Timoteo, que introdujeron refinamientos en la estructura armónica y en el ritmo, se quebró este equilibrio. A partir de ahora la música fue objeto de los especialistas.

Aristóteles en el libro VII de su *Política* asienta el criterio de que la educación musical no debía rivalizar con la de los profesionales. Sólo debía formar a los aficionados y sólo conocerse la técnica musical. Su aprendizaje, entonces, se estancó. Corrían historietas moralizantes en época helenística sobre el valor de la música, como que Pitágoras aplacó el furor erótico de un joven borracho cambiando el ritmo, o que el matemático apaciguaba los estallidos de su corazón con la música. Los dos grandes maestros, y Heráclides Póntico, señalaron que la música dórica era grave y viril; la frigia, agitada; la lidia, fúnebre, etc. Se llegó a extremos inverosímiles. Ateneo, siguiendo a Teofrasto, asegura que era suficiente para curar un ataque de ciática tocar el aulos y expulsar el aire sobre la parte enferma.

La educación musical sólo se conservó en las regiones griegas, conservadoras, como Acaya, Arcadia y Laconia. La música, al igual que la gimnasia, con el helenismo tendió a desaparecer, pues la educación se volvió más literaria. El interés por la música en época helenística queda bien reflejado en el arte, como en la pintura de Herculano que celebra el triunfo de un atleta; o en la preparación de un concierto de Estabies, con los músicos ambulantes, representado en el mosaico pompeyano de Discúrides de Samos, hacia el año 100 a. de C., etc.

LOS CICLOS DE ENSEÑANZA

La escuela primaria

Comenzaba, según se ha indicado a los siete años. Antes, el niño dependía de la madre, de la niñera y de la nodriza; estas últimas solían ser esclavas. Estas mujeres guiaban los primeros pasos del niño en la sociedad. El niño aprendía con ellas a hablar. El estoico Crisipo insiste en la necesidad de seleccionar cuidadosamente las niñeras para que el niño aprenda a hablar con corrección. Los niños aprendían así la música, cantando canciones de cuna, y literatura, oyendo cuentos, como las fábulas de Esopo. El mayor tiempo lo pasaban los niños jugando con muñecas, caballitos, sonajeros, pelotas, tabas, etc., que frecuentemente, en caso de fallecimiento, se depositaban en las tumbas infantiles. No existían jardines de infancia. No faltaron filósofos que se quejaron de esta primera educación familiar. Platón proponía que los juegos estuvieran ya en la niñez orientados a la iniciación profesional o científica. Platón era partidario de que las tareas escolares comenzaran a los seis años, Aristóteles a los cinco, y Crisipo a los tres.

Durante los años de la infancia el pedagogo intervenía activamente en la educación del niño. Era el encargado de acompañar al niño a la escuela y de llevarlo a casa. Solían ser esclavos, que llevaban el equipaje escolar le obligaba a hacer los deberes.

En la escuela primaria aprendía el adolescente a leer. Todos, niños y niñas, iban a la escuela, según se desprende de las leyes de Mileto y de Teos. Se conservan pocos datos sobre los locales escolares, que debían ser una sala con una cátedra para el maestro y con taburetes para sentarse. No existían mesas. Se escribía sobre tablillas. Se decoraban las paredes con imágenes de las Musas, con máscaras colgadas de los muros. Hermes y Heracles eran los dioses protectores de los gimnasios.

El responsable de la educación era el maestro, que a veces tenía un ayudante. Era una profesión bastante menospreciada, como se observa en los casos del orador Esquindines o del filósofo Epicuro, cuyos padres fueron maestros. Marrou es de la opinión de que este desprecio de la sociedad griega por el maestro se debe a que era un oficio en el sentido más comercial y servil del vocablo, salvo en algunas ciudades, como Mileto y Teos, en las que las escuelas eran públicas. Los maestros, elegidos por asamblea, eran magistrados públicos.

Los maestros estaban mal remunerados. En Mileto un maestro recibía 400 dracmas mensualmente y en Teos 500 dracmas por año, salario que era algo más elevado que el de un obrero especializado, que ganaba un dracma por día. En Mileto y Teos los tesoreros municipales pagaban a los maestros. En las restantes ciudades dependían de los particulares. Cobraban a final de mes, pero no era raro recibir la paga con retraso.

Los maestros carecían de formación profesional. En la ley escolar de Mileto no se exigía a los maestros ningún título, sólo honorabilidad y buen carácter. La pedagogía intentaba contribuir a la perfección del hombre, y no se preocupa por resolver los problemas del niño.

Los maestros recibían algunas ventajas. En Lampsaco, en el siglo III, se concedió inmunidad fiscal a los maestros, y Ptolomeo Filadelfo les otorgó la exención de la gabela. Muchos maestros gozaron de la alta estima de sus alumnos que lo manifestaron con inscripciones y monumentos. Los maestros enseñaban a leer pero no pretendieron formar el carácter de los alumnos. La educación moral estaba en manos del pedagogo.

Los niños seguían los cursos en tres establecimientos paralelos: la escuela de música, de letras y de gimnasia. No está claro la distribución de las horas de trabajo. Se entraba a la escuela al amanecer. Al parecer, el niño pasaba toda la mañana en la palestra. Se bañaba y volvía a casa a comer. De nuevo en la escuela se dedicaba a la lectura. El pedagogo repetía esta lección en casa. Las últimas horas de la mañana se dedicaban a la educación física.

No se conocía el descanso de un día a la semana, ni las vacaciones. Se celebraban algunas fiestas de carácter religioso, cívico o escolar. Cada ciudad o región tenía su calendario. En Mileto el día 5 de cada mes era vacación en honor del mecenas Eudemo. En Alejandría, en el siglo III, se descansaban los días 7 y 20 de cada mes en honor de Apolo. A estas fiestas oficiales se sumaban las familiares.

Los maestros se quejaban a veces de que tenían demasiados alumnos en clase. La distribución por clases estaba encomendada al paidonomos.

Gracias al material que ha proporcionado Egipto, de tablillas, papiros y ostraca, es posible tener una idea muy exacta de la educación primaria, cuyo panorama consistía en enseñar a leer, escribir, contar y aprender de memoria. Se aprendían primero las letras, después las sílabas, las palabras, las frases y los textos. Las letras se aprendían llamándolas por su nombre. Después se enseñaba un alfabeto de las veinticuatro letras mayúsculas, por columnas. El niño las cantaba. Se aprendían las sílabas con todas las

combinaciones posibles, pero no se vocalizaban. Después se pasaba a las sílabas de tres letras para terminar con dos sílabas más complejas.

Las palabras se enseñaban partiendo de los monosílabos, algunos de los cuales eran muy difíciles de aprender. En la lectura de los textos las palabras no estaban separadas, ni había puntuación. Un manual del siglo III tenía textos seleccionados de Eurípides y de Homero. Se había elegido una serie de pasajes de los poetas, que se leían en voz alta y se aprendían de memoria o mejor se salmodiaban canturreando. Se usaban para la lectura rollos que medían hasta 2,90 m. de longitud.

Las jóvenes se iniciaban al mismo tiempo en la lectura y en la escritura. Primero el maestro copiaba los textos, y después lo hacían los alumnos. Se escribió sobre tablillas de madera, de una, dos o varias caras, unidas entre sí. A veces se las recubría de cera. Se escribía con un punzón y con el otro extremo se borraba. Se usaban también plumas de caña y tinta. Se empleó mucho el papiro, por ambas caras, pero también otros materiales, como la cerámica. El maestro enseñaba directamente a escribir las letras, dibujando un modelo que el niño repasaba ayudado por la mano del maestro. Las letras después se repetían en las páginas. Se escribían letras, sílabas, palabras y frases.

La escuela griega primaria no enseñaba la lengua viva, que se aprendía con la vida. Se enseñaban al niño los números enteros, los cardinales y los ordinales por su nombre y por su símbolo, y a contar con los dedos. Se enseñaba también el sistema métrico, con los múltiplos y submúltiplos. El citado manual del siglo III contiene sólo una tabla de números cuadrados. En un papiro del siglo I están documentados cálculos de cuadrados. Después aparecieron cálculos más complejos. En la escuela primaria no se enseñaban las cuatro operaciones.

Marrou califica la pedagogía de sumaria y brutal, y según este autor no ha hecho grandes progresos desde entonces. Con carácter rudimentario, el maestro se limitaba a repetir continuamente la lección. Los castigos corporales eran muy frecuentes. Herondas describe en sus poesías algunos de éstos. También se estimulaba al alumno con la emulación. Pocas veces intervenían en los concursos organizados por las ciudades helenísticas o por los mecenas los alumnos de la escuela primaria. En el santuario de Artemis Orthia en Esparta, se celebraban concursos en los que participaban jóvenes de nueve a diez años de edad.

La escuela secundaria

Estaba encargado de la escuela secundaria el gramático. A veces, un mismo profesor impartía dos clases de enseñanzas como Aristónico de Rodas, que en el siglo I daba lecciones de retórica por la mañana y de gramática por la tarde. La enseñanza secundaria tendió poco a poco a recargarse a expensas de la superior. Se estudiaba fundamentalmente a los poetas y a los escritores clásicos. La cultura desde Platón se basaba en la poesía y no en la ciencia. La paideia helenística transmitía fundamentalmente los conocimientos literarios de los grandes autores.

En la época helenística ya estaban confeccionadas las listas de los grandes hombres: legisladores, pintores, escultores e inventores. Ya en el siglo III a. de C. se redactaron las listas de los diez mejores oradores, los diez mejores pintores, los diez mejores poetas, etc. Se tendió a la selección de las obras dentro de cada autor, lo que influyó peyorativamente sobre la tradición manuscrita. De las cuarenta o cincuenta obras de Aris-

tófanes, sólo han llegado hasta nosotros las once seleccionadas por el gramático Símaco, que vivió alrededor del año 100 d. de C., para uso de los escolares. De la ingente producción de tragedias de Esquilo y Sófocles se conocen las siete piezas elegidas para la enseñanza, en tiempos de Hadriano, en cuanto al primer trágico y seguramente mucho después para Sófocles. El número siete era el número preferido.

El autor más leído fue Homero. Alejandro Magno llevó consigo en sus campañas la *Iliada*, que conocía bien. La *Iliada* se leía en todo el mundo griego helenístico, Sinope, Marsella, Chipre, etc. Fragmentos de la obra de Homero se conservan en número increíble procedentes de Egipto. Se conocía desde la enseñanza primaria. En las escuelas se prefería la lectura de la *Iliada* a la de la *Odisea*. Los filósofos se inclinaban, en cambio, por la *Odisea*.

Junto a Homero se leía en las escuelas a Hesiodo, a Orfeo, a algunos autores modernos, como Quérido, autor de una epopeya sobre las Guerras Médicas, y a Apolonio de Rodas, a quien se debe *Los Argonautas*. Siempre se estudiaron los poetas líricos, como Safo, Alceo, Alcán, Píndaro y entre los modernos, Calímaco y los Epigramistas. De estos autores circulaban antologías. Los autores líricos se cantaban en principio y después se declamaron sus poesías.

De los tres trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, éste último fue el preferido en época helenística. Entre los cómicos se prefirió Menandro a Aristófanes. También se leyó en la escuela a Epicarmo y a otros autores menores.

En lugar secundario se conocían en las escuelas los prosistas, principalmente los historiadores, Herodoto, Tucídides, Jenofonte y Helánico. Tucídides era el más leído. Entre los oradores se prefería Demóstenes a Isócrates, que estudiaban los retóricos. Los cuatro autores de moda fueron Homero, Eurípides, Menandro y Demóstenes.

La enseñanza utilizó los avances de la filología, que en los tiempos helenísticos gozó de gran interés. Los grandes críticos alejandrinos, Zenodoto, Aristófanes de Bizancio y Aristarco, influyeron poco en las lecturas de Homero. Sus conclusiones no fueron recogidas en las escuelas secundarias. Influyó más la pedagogía estoica a partir de Crisipo, que se ocupó de la paideia y de la exégesis homérica. Influyeron las escuelas filológicas de Pérgamo y de Rodas con Crates de Mallos, Panecio, y en menor lugar con Aristarco. Se explicaban las obras de Homero además de otras tres, según el texto tradicional.

Para el estudio de los autores el niño manejaba primero unos resúmenes. El maestro, al parecer, utilizaba para sus publicaciones cuadros murales y bajorrelieves explicativos. A principio del siglo I a. de C. el manual de Dionisio de Tracia, tenía todavía una idea muy confusa de las tareas del gramático. Ante un texto debía criticarlo, leerlo, explicarlo y dar su juicio. Los textos se comparaban, ya que debido a la tradición manuscrita, las variantes eran múltiples. Con la lectura comenzaba el estudio de los autores. Los textos carecían de puntuación y de separación de palabras. El alumno separaba los versos y las palabras mediante acentos y dividía las sílabas desde el punto de vista métrico. Con vista a la declamación, según Dionisio de Tracia, las epopeyas y las obras teatrales se dialogaban. Los textos eran aprendidos de memoria, tanto en la escuela primaria, como en la secundaria.

En los siglos II y I en las escuelas secundarias de Teos existían concursos de lectura y declamación de Homero, de los líricos cantados, de los trágicos y de los cómicos. En Larissa los concursos eran de declamación y de poesías líricas, no cantadas. En Quíos

había premios de lectura y de declamación de las obras de Homero, y en Pérgamo los concursos eran para las muchachas.

Una parte importante del método de estudio de los autores lo ocupaban las explicaciones del texto literario. Había que comprender bien el texto, lo que tratándose de autores antiguos, que redactaron sus obras en lengua arcaica, entrañaba cierta dificultad. El alumno escribía en una columna las palabras de Homero y en otra su interpretación. Los poetas se glosaban. Junto a la lexicografía se estudiaban la morfología y el contenido, los acontecimientos, etc. Se generalizaron las divisiones y subdivisiones de los relatos, como hizo Asclépidos de Mirlea en el siglo I a. de C. La onomástica desempeñó un papel importante ya en la escuela primaria. En los grafitos del gimnasio de Priene, junto a los nombres de los éforos, se leen los de quince personajes importantes de la Historia espartana sin orden cronológico. Los alumnos se interesaban por la mitología y por la genealogía de los dioses, debido a la preocupación generalizada por la erudición.

La crítica literaria tenía una finalidad de orden moral más que estético. Poco a poco, motivado por la erudición, se fue perdiendo esta finalidad. La pedagogía estoica colaboró en afianzar esta intención de orden moral en los autores. La lectura de los poetas en la época helenística fue uno de los atributos principales del hombre culto. Las citas de ellos abundaban por doquier.

A partir del siglo I se introdujo en las escuelas secundarias el estudio de la técnica del lenguaje; es decir, de la gramática, que fue una de las conquistas de la ciencia griega, empezando por Protágoras, siguiendo por Platón, por los estoicos y más concretamente por Crisipo. En el siglo I a. de C., como se ha señalado ya, Dionisio de Tracia redactó un manual, que se puso de moda inmediatamente, y que motivó las gramáticas latinas de Varrón y de Palemón. No se hizo pensando en la pedagogía del joven, sino que era un equivalente teórico de la lingüística general teórico. Analizaba esta gramática la lengua griega de manera abstracta, descomponiendo su estructura. Comienza con definiciones generales, para pasar al análisis de las letras, las sílabas, partes del nombre, el pronombre, el artículo, el verbo, el participio, etc. Dionisio no prestó ninguna atención a la sintaxis.

Finalmente, el alumno de la escuela secundaria se ejercitaba en la composición literaria, necesaria para el conocimiento de la retórica. Los ejercicios eran de carácter elemental. Se comenzaba por la fábula, a la que seguía la narración, principalmente poética. Los alumnos resumían el argumento hecho por el profesor. En los papiros de Egipto se conservan narraciones sobre Aquiles, Eneas, Ifigenia en Aulide, Licurgo, Adrasto, Patroclo, etc. Se centraba la narración sobre una anécdota moral referida a algunos personajes, como Pitágoras, Esopo, Anacarsis y Diógenes entre los autores modernos. La sentencia era también importante. El alumno no pretendía ser original.

Siguiendo a Hipias, a Platón y a Isócrates, el estudio de la matemática fue importante para la formación del espíritu.

Hacia el año 240, Teles caracterizaba el ciclo secundario de la educación por las enseñanzas de la aritmética, de la geometría y de la equitación. En el catálogo de los alumnos vencedores en los concursos de Magnesia de Meandro del siglo II figuran competiciones de aritmética, de dibujo, de música y de poesía lírica. En el Diogeneion de Atenas, los muchachos aprendían (Plut. Quaest. conv. 9.736 D) geometría, música y retórica. La matemática figuró siempre en la paideia junto a la literatura. Se pretendió dar siempre una cultura general que comprendiera no sólo la filosofía, sino diferentes téc-

nicas, como la arquitectura, la medicina, el dibujo, el derecho, etc. Para los filósofos abarcaba esta cultura general el trívio (gramática, retórica y dialéctica) y el cuatrívio (geometría, aritmética, astronomía y teoría musical), según era tradicional desde los tiempos de Arquitas de Tarento. Sobre estas ciencias se conservan manuales de época helenística.

Se conocen manuales de geometría, como los de Hierón de Alejandría, que vivió en el siglo II a. de C., pero estas enseñanzas estaban encaminadas a los albañiles, a los ingenieros o a los agrimensores. La enseñanza de la geometría era especulativa, al igual que la aritmética, que no representaba las grandes sumas. No se introdujeron los números fraccionarios o irregulares.

La ciencia de las leyes numéricas, que sigue la música, remonta a Pitágoras. Consistía la ciencia musical en el estudio de la rítmica y de la estructura de los intervalos.

La astronomía matemática griega se desarrolló mucho desde Aristarco de Samos (310-250) a Hiparco, (finales del siglo II). Un manual conservado es la *Introducción a los fenómenos* del estoico Gemino de Rodas (siglo I a. de C.). El manual de astronomía fue el poema de 1.154 hexámetros, obra de Arato, que llevaba el título *Fenómenos*, compuesto alrededor de los años 276-274. Era un manual más literario y filosófico que técnico. Versificó el autor en él dos trabajos redactados en prosa: los *Fenómenos* de Eudoxio de Cícico y el *Peri semeion* de Teofrasto.

Gramáticos, matemáticos y astrónomos comentaron esta obra, como Atalo de Rodas e Hiparco en el siglo II. El comentario era fundamentalmente literario, prestando especial interés a las etimologías y a las leyendas mitológicas. Mnaseas de Corcira se gloriaba de dedicarse tanto a la matemática y a la geometría, como al comentario de los poemas homéricos.

El estudio de estas cuatro ciencias en época helenística fue decayendo ante la ciencia literaria, que terminó por desplazar en las escuelas secundarias a las matemáticas. Filósofos o especialistas eran los que acabaron por interesarse por las matemáticas pero ya en la educación superior.

La educación superior en la efebía

Los estudios en la enseñanza superior estaban diversificados. La educación física era la parte más importante de la educación, pero ésta estaba dirigida sobre todo a recibir una cultura para la vida aristocrática que esperaba a los efebos. La cultura deportiva se componía de lecciones, conferencias y audiciones recibidas en la exedra del gimnasio. Inscripciones áticas, fechadas entre los años 123-122 y 31-38, felicitan a los efebos por su asistencia a los cursos impartidos por los gramáticos, por los filósofos, por los retóricos y a otras conferencias. Estas conferencias están documentadas en Pérgamo, en Perge y en Sextos. Gramáticos se citan en Priene, Delfos, Atenas y Eretria. Se completa la educación con recitales de poesía o de música. Las matemáticas habían perdido su importancia. Las enseñanzas principales superiores estaban en manos de los retóricos y de los filósofos, como en Delfos, Eretria, Heliarte e Hístría.

Los conferenciantes de paso por la ciudad impartían estas lecciones retribuidas con un decreto laudatoico, o con una recompensa honorífica. Característica de la cultura helenística fue la existencia de estos conferenciantes ambulantes, que eran médicos, artistas, filósofos o retóricos. También había profesores fijos, reunidos por el gimnasiarca y frecuentemente pagados por él, que daban cursos de duración anual.

Los efebos basaban principalmente sus estudios en bibliotecas, como la que hubo en el Ptolemaion de Atenas, mantenida por ellos mismos. Cada promoción aportaba cien volúmenes. Se conserva un catálogo incompleto de los libros de esta biblioteca. En él se citan en primer lugar a los poetas, a Esquilo, a Sófocles, y a otros clásicos, a Menandro, a oradores y a historiadores, como Demóstenes y Helánico, y a filósofos.

Las bibliotecas se fueron generalizando. En el catálogo de la biblioteca de la ciudad de Teos figuran tratados políticos y diálogos de Demetrio de Falero, Hegesias de Magnesia y de Teopompo, y el manual de retórica de Teodectes de Faselis.

Estos estudios eran considerados seriamente. Así, en la Atenas de finales del siglo II a. de C., en los programas de las fiestas se mencionan dos concursos literarios, antes de las pruebas deportivas, uno en prosa y otro en verso, consagrados a la alabanza del dios. En el siglo I a. de C., en Priene, un gimnasiarca costeó varios concursos sobre filología y sobre gimnasia.

Las competiciones deportivas ocupaban el primer lugar. Otros concursos eran de carácter moral. En los juegos instituidos por un gimnasiarca, de nombre Menas, alrededor del año 125 a. de C., figuran, al lado de las restantes pruebas de carácter militar y atlético, tres concursos de buena conducta, de amor al trabajo, y de fortaleza. Casi todo en la efebía era una iniciación a las diferentes materias.

La enseñanza superior se impartía en Alejandría. Ya Ptolomeo Soter organizó una investigación científica, que atraía a Alejandría a literatos y a científicos, con el reclamo de estar libres de impuestos y de otras cargas. Su coste corrió a cargo de las arcas reales. Instrumentos de trabajo fueron, además de la biblioteca, el jardín botánico y el zoológico. Entre los años 260 y 249 el bibliotecario Calímaco catalogó 120.000 volúmenes. El Museo era una continuación en su concepción de la comunidad pitagórica, de la Academia platónica, del Liceo aristotélico y del Jardín de Epicuro. Los consejos de Demetrio de Falero influyeron en la creación del Museo y la concepción del Liceo, ya que Demetrio era discípulo de Teofrasto.

En el Museo no se impartían enseñanzas. Era un centro de alta investigación. Pronto los sabios formaron discípulos. Así, Aristarco fue discípulo de Dionisio de Halicarnaso y Apolonio de Apión. Ambos maestros eran famosos gramáticos. Pronto se crearon escuelas rivales, como las de filología de Aristarco y Aristófanes; en medicina, las de Herófilo y la de Erasístrato.

No se impartían estudios técnicos, salvo los de medicina. Funcionaron gran número de escuelas en Alejandría, en Cnido, en Cos, y en muchos otros lugares del mundo griego. El corpus hipocrático fue la base de los estudios médicos. Se seguía enseñando la medicina según un método arcaico. Se iniciaban los aprendices con un médico que les proporcionaba las primeras experiencias prácticas, aunque también había una enseñanza teórica. La filosofía helenística influyó en la educación médica. El médico visitaba a los enfermos, acompañado de sus discípulos.

En la educación superior dominaba la cultura retórica, el arte de la elocuencia. En este aspecto el helenismo siguió las enseñanzas de Isócrates.

La retórica se convirtió en el género más importante. Influyó en la filosofía, en la poesía y en la literatura. Con el tiempo la retórica desempeñó un papel de primer orden en la vida política. Desde los sofistas e Isócrates, la elocuencia fue el objetivo superior de la cultura. Era la cumbre de la educación superior, pues servía para transmitir el patrimonio cultural griego. No hay que olvidar, además, que la cultura en época helenística fue en gran medida una cultura de conferenciantes.

Podían encontrarse retóricos en todo el mundo griego. Se enseñaba la retórica como en tiempos de Isócrates, aunque cada vez era más necesaria una técnica más precisa.

El estudio de la retórica comenzaba con una iniciación teórica. Se iniciaba al alumno por medio de las clasificaciones y definiciones que introdujo Aristóteles en su *Retórica*. El estudio comprendía cinco partes: la invención, la disposición, la elocución, la mnemotécnica y la acción. El discurso constaba de seis partes: exordio, narración, división, argumentación, digresión y peroración.

Se colocaban ante los alumnos unos modelos, como hicieron antes del periodo helenístico los sofistas e Isócrates. En el helenismo ya se había determinado quienes eran los diez mejores oradores. Cada retórico prefería a un orador determinado. Los ejercicios constituían verdaderos discursos.

La enseñanza de la retórica helenística no preparaba al orador para la vida real. Los discursos eran ficticios. Este sistema nació en Atenas en tiempos de Demetrio de Falero, cuando se perdió la libertad política y la importancia de la elocuencia. Los ejercicios costaban de controversias y de argumentaciones. El aprendizaje de la retórica requería mucho tiempo. Era un sistema de leyes convencionales, adquiridas. El orador gozaba de gran libertad. Contribuía esta ciencia a dar una formación común a los alumnos.

La educación filosófica sólo se impartía a una minoría, ya que la filosofía helenística era un ideal de vida, frecuentemente de tipo ascético, que conllevaba una ruptura con la vida común de los contemporáneos. Al filósofo se le reconocía por su vestido descuidado. Los cínicos fueron los que más se significaron en este sentido. La filosofía era una verdadera conversión. Las mujeres también seguían las enseñanzas de la filosofía, como la rica Hiparquía, que siguió las lecciones de Crates. Mediante el discurso de exhortación se atraía a los discípulos. El género fue creación de Aristóteles con su *Protreptico*, dedicado al príncipe Themison de Chipre, obra que imitaron los estoicos.

La pedagogía de la filosofía comprendía tres formas: la filosofía oficial, que se impartía en el interior de cada sistema filosófico, organizado como una cofradía, fundada por un filósofo ilustre, y transmitida de maestro a discípulo y así sucesivamente. Existía un maestro de escuela. Platón seleccionó a su sobrino Espeiosipo; éste a Xenócrates; éste a Polemón y éste último a Crates. Aristóteles entregó la dirección de su escuela, el Liceo, a Teofrasto. La sede de las cuatro grandes escuelas, de las que es posible conocer la sucesión, fue Atenas. Tenían filiales en otras ciudades en las que enseñaban también maestros aislados. Había igualmente filósofos ambulantes. Estoicos y cínicos fueron dados a este tipo de enseñanza filosófica. Generalmente comenzaba la enseñanza de la filosofía al terminar el alumno la enseñanza secundaria. Los epicureos y los escépticos prescindían de esta costumbre. Se comenzaba por unas nociones elementales sobre la historia de la disciplina, partiendo de los jóvenes, que aprendían en unos manuales. Después se dictaba un curso esotérico, en el que el discípulo seguía el comentario de los textos de los clásicos de cada escuela, principalmente de los fundadores, como Platón, Aristóteles, Epicuro, Zenón o Crisipo. El profesor exponía su propio pensamiento en conferencias para el gran público o para iniciados. Los cínicos y cirenaicos (Teodoro, Bión, etc.) hacían en el siglo III disertaciones populares. No daban cursos completos, sino pláticas, seguidas de diálogos. El filósofo era un verdadero guía del alumno. La enseñanza filosófica comprendía la física, la lógica y la ética, programa que crearon, probablemente, Xenócrates y los primeros discípulos de Platón. Poco a

poco las preocupaciones morales se impusieron. Los filósofos helenísticos se preocupaban por el Bien Supremo, que proporcionaba al hombre la felicidad personal, aunque los filósofos no se desprecuparon de los problemas sociales y políticos. Fueron frecuentemente consejeros de reyes y estuvieron en la base de algunas revoluciones. En el período helenístico las diferentes escuelas se disputaban el terreno, lo que originaba una fuerte polémica entre las diferentes escuelas y contra los retóricos. Ya los epicureos polemizaron contra Nausifanes y Critolao. Diógenes y Carneades en el siglo II acusan la pérdida del espíritu metafísico de los anteriores; esta pugna motivó una tensión creadora e influencias recíprocas. La enseñanza de la filosofía acabó igualmente en un tecnicismo, lo que motivó que la retórica defendiera el humanismo. La retórica abordaba los problemas humanos y morales, que también pertenecían al filósofo, que se interesó tanto por la retórica, como por la técnica experimental. Para Aristóteles la retórica estaba al margen de la filosofía. En cambio, los estoicos la integran en la lógica. La retórica influyó poderosamente en la filosofía. Los filósofos se hicieron en parte retóricos; también declamaban y utilizaban los procedimientos retóricos.

Se llegó a una cultura mixta, en la que reaparece el ideal de la primera sofística. Tal es el caso en el siglo III a. de C. de Arcesilao, y de Licón, el peripatético, y en el siglo I a. de C. de Filón de Larisa.

Durante el helenismo no cambiaron las estructuras fundamentales de las escuelas, tan sólo hubo modificaciones. El centro más importante de enseñanza filosófica continuó siendo Atenas. En esta ciudad enseñaban todas las grandes escuelas filosóficas, que eran cofradías laicas y religiosas al mismo tiempo. La Academia trabajaba desde el 387; el Liceo desde el 355, aunque no se afincó definitivamente hasta el año 306. En este último año Epicuro comenzó sus enseñanzas en el Jardín de Atenas. A partir del 301-300 lo hicieron los estoicos con Zenón. También se establecieron en Atenas los cínicos, los escépticos, etc. Dos grandes escuelas fueron fundadas por metecos (Aristóteles, Teofrasto, Zenón, etc.). Siempre hubo muchos estudiantes extranjeros. Los directores fueron frecuentemente extranjeros. Al frente del Pórtico no hubo un ateniense hasta el siglo II, Mnesarco.

Seguía en importancia a Atenas, Alejandría. La importancia pedagógica de Alejandría fue superior a la de Atenas. Los estudios renacieron en el siglo II en todo el Mundo Griego, según Ateneo (4.184 BC), que se basa en los historiadores Meneclides de Barca y Andrón de Alejandría. Ptolomeo VII persiguió a los científicos. Muchos se exiliaron, lo que hizo que las restantes ciudades helenísticas se llenaran de gramáticos, filósofos, geómetras, músicos, maestros de dibujo y de gimnasia, médicos y técnicos, que tomaron muchos nombres ilustres según Ateneo.

Pérgamo fue rival de Alejandría en la ciencia. Los Atálidas fueron grandes mecenas, principalmente fuera de su reino en Atenas, Delfos, Rodas, etc. Desde finales del siglo II sobresalió Rodas, por la enseñanza de la gramática con Dionisio de Tracia, y de filosofía con Posidonio. En Rodas aprendió Cicerón oratoria.

La paideia helenística se orientó hacia el hombre, no hacia el niño. Al griego helenístico no le interesó la psicología del niño.

La educación griega pretendió la formación total del individuo, su cuerpo y su espíritu, sobre todo el carácter moral. No se interesó fundamentalmente por el técnico, salvo en el caso de la medicina. Con los años aumentó la cultura general. Pero nunca perdió la educación cierto aire aristocrático. Se terminó por identificar al hombre libre con el noble desocupado, a quien el trabajo de los esclavos dejaba el tiempo libre para

educarse. La educación fue fundamentalmente literaria, no científica, no olvidando nunca la tradición, ni que el hombre vive en sociedad.

La educación helenística en Roma

Italia, como el resto del Mediterráneo, se integró en la cultura helenística, según afirma Horacio (Ep. 2.1.156). La educación romana sólo dio algunos retoques a la griega. A partir de los siglos V y IV a. de C., a través de Campania, la helenización fue cada vez más profunda en el arte y en la educación. Pompeya era una ciudad helenística. La juventud aristocrática se agrupaba siguiendo el modelo de la efebía. Con la conquista romana de la Magna Grecia y de Sicilia, y con las guerras del Oriente, el influjo griego fue aún mayor, principalmente, a partir de la incorporación del reino de Pérgamo en 132. Roma recibió la educación cosmopolita de la época helenística. En el año 312, el censor Cayo Claudio, el ciego, recibió ya la influencia del helenismo. En el siglo II los romanos hablaban la lengua griega en sus relaciones con los griegos, como lo hizo el censor I. Sempronio Graco en 169 en Rodas, o en 131 Craso Muciano que, al administrar justicia, hablaba cinco dialectos perfectamente. El griego se convirtió en la lengua internacional, en la lengua diplomática. El político romano debió dominar bien el arte de la elocuencia para persuadir al pueblo. Los primeros oradores latinos de formación griega se documentan en tiempos de Catón el censor (234-139); según Cicerón, remontan a M. Emilio Lépidio Porcina, el cónsul del 137, cuya oratoria admitía ya la comparación con la ática.

Pronto los romanos de espíritu más cultivado se sintieron atraídos por la cultura griega, como Escipión Africano, Flaminio, Paulo Emilio o Escipión Emiliano, que conocía bien a Homero. Intelectuales de primera fila, como Polibio, o filósofos como Panecio, trataron a la nobleza romana. Posidonio ejerció un fuerte influjo en la sociedad romana de su tiempo. Los intelectuales griegos que iban a Roma en misión diplomática, daban conferencias a la juventud romana, como el estoico Crates de Malos en 159, que fue enviado como embajador por el rey de Pérgamo; en 154, Atenas envió a los filósofos Carneades, Diógenes de Babilonia y Critolao (Plim. 7. 112); Catón logró que se les expulsara de Roma.

Los romanos de educación tradicional, encabezados por Catón, el censor, en 154, se opusieron a la cultura griega. En el año 173, el senado expulsó a Alicio y Filioco, filósofos epicureos. En 161 se expulsó a todos los filósofos y retóricos. A veces se glorriaban los oradores, como lo hicieron Craso y Antonio, de no estar bajo la influencia de la cultura griega; éste último, ya viejo, aprendió griego y leía a Tucídides y a Demóstenes.

Pronto se impuso la educación helenística. La aristocracia romana se procuró pedagogos griegos para instruir a sus hijos. Se trataba de esclavos que, como Livio Andrónico, habían ido a Roma cuando la conquista de Tarento en 272. Livio Andrónico introdujo la epopeya en Roma con fines pedagógicos, al igual que la poesía lírica y dramática. El senado le encargó estas obras para las ceremonias religiosas, a semejanza de las griegas. Pronto aparecieron escuelas para aprender griego. Los amos ponían a los esclavos a enseñar para cobrar buenos ingresos. Había también maestros de origen libre, como Ennio, oriundo de Mesapia. En el año 167, en Roma, muchos maestros griegos impartían enseñanza (Pol. 31.24). Las familias aristocráticas, como la de Paulo

Emilio, se rodearon de buenos maestros gramáticos, retóricos y sofistas para educar a sus hijos. Cornelia, la madre de los Gracos, seleccionó a los maestros griegos de su hijo. Diófanes de Mitilene les enseñó oratoria y Blossio de Cumas filosofía. Los jóvenes romanos pronto frecuentaron las escuelas de Grecia. En 119-118 se admitieron en la efebía de Atenas muchachos romanos. También frecuentaron las escuelas filosóficas de Atenas o de Rodas, como lo hizo Cicerón.

La enseñanza de la música, del canto y de la danza atrajo a los jóvenes romanos. Escipión Emiliano condenaba la inclinación de los jóvenes a aprender estas disciplinas. Las niñas aprendían música, pero sólo con fines recreativos. La danza pasaba por ser un arte deshonesto. Los jóvenes de la alta sociedad romana aprendían música, como la madre de Bruto, que tocaba la lira y danzaba más de lo que convenía a una mujer honesta. La música y la danza fueron por ello un tanto marginadas de la educación.

Los romanos se opusieron a la práctica del atletismo como parte de la educación. Escipión el Africano, en 204, estando en Sicilia, frecuentaba el gimnasio. Esto escandalizó a sus contemporáneos. Desde el año 186 hubo competiciones deportivas en Roma, pero como espectáculos reservados a profesionales. Los romanos no encontraban tiempo para dedicarse al deporte. Además, el desnudo humano les molestaba, tanto como la pederastia.

En las escuelas romanas, junto a los estudios tomados de la educación griega, se impartieron otros en lengua latina, tanto en las escuelas primarias como en las secundarias o en las superiores. La educación bilingüe data por lo menos del siglo II a. de C.

La enseñanza de la filosofía siguió en Roma el modelo griego. Se abrieron varias escuelas, la pitagórica y la epicurea con Lucrecio. La enseñanza científica fue también griega. Los romanos desarrollaron sólo los estudios más prácticos: la arquitectura y la agrimensura. Durante la época republicana la enseñanza de la medicina era de origen griego y se impartía también en griego.

Los romanos cultos como Cicerón fueron bilingües. Pronto se establecieron relaciones entre el griego y el latín. Así Varrón comparó la gramática latina y griega.

Los romanos tradujeron al latín obras del griego. Cicerón, que asimiló perfectamente la cultura griega, tradujo a Crato, Platón y a los oradores. Escribía en griego con la misma perfección que en latín.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS GENERALES

I

- K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte*, 8 vol. Berlín, 1924.
H. BENGSTON, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950.
H. BERVE, *Griechische Geschichte*, Friburgo de Brisgovia, 1951.
G. BW. BOSTSFORD Y C. A. ROBINSON, *Hellenic History*, Nueva York, 1969⁴.
J. B. BURY, *A History of Greece*, Londres, 1951.
J. B. BURY Y R. MEIGGS, *A History of Greece*, Londres, 1955³.
H. VAN EFFENTERRE, *Histoire Universelle: l'âge grecque 550 à 270*, París, 1968.
G. GOLTZ Y R. COHEN, *Historia Greca*, 4 vol., París, 1924-1938.
G. L. HAMMOND, *A History of Greece*, Oxford, 1959.
J. HATZFELD, *Histoire de la Grèce ancienne*. París, 1962.
L. H. JEFFERY, *Archaic Greece. The City-States c. 700-500 B. C.*, Londres, 1976.
M. L. W. LAISTNER, *A History of the Greek World, 479 to 323 B. C.*, Londres, 1957³.
F. RUZE Y M-C. AMOURETTI, *Le monde grec antique*, París, 1981³.
G. DE SANTIS, *Storia dei Greci dalle Origini alla fine del secolo V*, 2 vol., Firenze, 1967.
F. SCHACHERMAYR, *Griechische Geschichte*, Stuttgart, 1960.
R. SEALEY, *A History of Greek States 700-338 B. C.*, California, 1976.
M. SORDI, *Storia Greca*, Milán, 1971.
VV.AA., *The Cambridge Ancient History*, vol. V-VII, Cambridge, 1928.
I. WEHLER, *Griechische Geschichte*, Darmstad, 1976.
E. WILL, *Le monde Grec et l'Orient, I: Le V siècle (510-403)*, París, 1972.
E. WILL, C. MOSSE Y P. GOUKOWSKY, *II: Le IV siècle et l'époque hellénistique*, París, 1975.

II

- H. BENGSTON, *Griegos y Persas. El mundo mediterráneo en la edad antigua*, Madrid, 1972.
R. BIANCHI BANDINELLI (director), *Historia y Civilización de los Griegos*, Barcelona, 1981.
R. COHEN, *Historia de Grecia*, Barcelona, 1955.
E. CURTIUS, *Historia de Grecia*, 4 vols., Buenos Aires, 1962.
J. K. DAVIES, *La Democracia y la Grecia Clásica*, Madrid, 1978.
M. I. FINLEY, *Los griegos de la Antigüedad*, Barcelona, 1973.
L. GARCÍA MORENO, *La Antigüedad Clásica*, Pamplona, 1980.
C. GRIMBERG, *Grecia*, Barcelona, 1973.
S. HORNBLOWER, *El mundo griego 479-323 A.C.*, Barcelona, 1985.
P. LEVEQUE, *La Aventura griega*, Barcelona, 1968.
J. A. LÓPEZ PÉREZ (ed.), *Historia de la Literatura griega*, Madrid, 1988.

- O. MURRAY, *Grecia Arcaica*, Madrid, 1981.
 P. OLIVA Y B. BORECKY, *Historia de los griegos*, Buenos Aires, 1966.
 V. V. STRUVE, *Historia de la antigua Grecia*, Buenos Aires, 1964.
 A. TOVAR Y M. RUIPÉREZ, *Historia de Grecia*, Barcelona, 1963.
 U. F. WILKEN, *Historia de Grecia*, Madrid, 1959³.

FUENTES

- M. CRAWFORD Y D. WHITEHEAD, *Archaic and Classical Greece. A Selection of Ancient Sources in Translation*, Cambridge, 1983.
 W. DITTENBERGER, *Orientalis Graecae Inscriptiones Selectae*, Leipzig, 1903-5.
 —, *Sylloge inscriptionum Graecarum*, Leipzig, 1951-1954³.
 C. W. FURNARA, *Translated Documents, Archaic Times to the Peloponnesian War*, Baltimore, 1977.
 E. L. HICKS Y G. F. HILL, *Greek Historical Inscriptions*, Oxford, 1901.
 G. F. HILL, *Sources of Greek History 478-431*, edición revisada por R. Meiggs y A. Andrewes, Oxford, 1951.
 F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker*. 15 volúmenes.
 R. MEIGGS Y D. LEWIS, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century B.C.*, Oxford, 1969.
 CH. MICHEL, *Recueil d'inscriptions grecques*, Bruselas, 1900-1927.
 M. N. TOD, *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, vol. I, *To the End of the Fifth Century B.C.*, Oxford, 1946; vol. II, *From 403 to 323 B.C.*, Oxford, 1948.
 J. WICKERSHAM Y E. VERBRUGGHE, *Greek Historical Documents, The Fourth Century B.C.*, Amsterdam, 1973.

CAPÍTULO I

- H. BENGTSON Y W. MILOJČIĆ, *Großer historischer Atlas I*, Munich, 1953.
 M. BESNIER, *Lexique de géographie ancienne*, París, 1914.
 E. BUNBURY, *A History of Ancient Geography*, 2 vols. Nueva York, 1960.
 L. CARREZ, *Atlas de géographie ancienne*, Lille.
 M. CARY, *The Geographic Background of Greek and Roman History*, Oxford, 1949.
 A. CHAMPDOR, *Délos, l'île d'Apollon*, París, 1960.
 J. CHARBONNEAUX, *Aspects de la Grèce*, París, 1954.
 P. DE LA COSTE-MESSELIÈRE, *Delphes*, París, 1957.
 L. DELAPORTE, A. PIGANOL, E. DRIOTÓN, R. COHEN, *Atlas historique. I. L'Antiquité*, París, 1937.
 J. G. FRAZER, *Sur les traces de Pausanias*, París, 1927².
 A. van der HEYDEN Y P. LAVEDAN, *Atlas de l'antiquité classique*, Bruselas, 1961.
 P. JACQUET, *La Grèce à ciel ouvert*, Lausanne, 1953.
 E. KIRSTEN Y W. KRAIKER, *Griechenlandkunde*, Heidelberg, 1957.
 H. KIEPERT, *Manuel de Géographie ancienne*. París, 1887.
 F. KUYPERS, *Griechenland*, Munich, 1935.
 W. LEAF, *A study in Homeric Geography*, Londres, 1912.
 L. von MATT Y U. ZANOTTI BIANCO, *La Grande-Grèce*, París, 1962.
 R. MUIR Y G. PHILIP, *Atlas of ancient and classical history*, Londres, 1938.
 L. PARETI, *La Sicile antique*, París, 1960.

- A. PHILIPPSON, *Land und See der Griechen*, Bonn, 1947.
 —, *Das Klima Griechenland*. Bonn, 1948.
 A. PHILIPPSON y E. von KIRSTEN, *Die Griechischen Landschaften*; Francfort, I, 1, 1950; I, 2, 1951; I, 3, 1952; II, 1, 1956; II, 2, 1958; III, 1 et 2, 1959; IV, 1959.
 G. RODENWALT, *Olympie*, París, 1936.
 J. O. THOMSON, *A History of ancient Geography*, Oxford, Univ. Pr., 1948.
 Fr. VILLARD, *Sicile grecque*, París, 1955.
 G. WESTERMANN, *Atlas zur Welt Geschichte*, Berlín, 1967.

CAPÍTULO II

- B. F. C. ATKINSON, *The Greek language*, 2.^a ed., Londres, Faber, 1949.
 R. G. G. COLEMAN, «The dialect geography of ancient Greece», *TPbS*, 1963, 58-126.
 R. A. CROSSLAND, «Indo-European origins: the linguistic evidence», *Past and Present* 12, 1957, 16-46, 13, 88.
 —, «Immigrants from the North», *CAH* (ed. rev.) I, Cap. XXVII Fasc. 60, 1967.
 —, «The position in the Indo-European language-family of Thracian, and Phrygian and their possible close cognates», *Ploudiv Symposium*, 1969, 225-36.
 J. FRIEDRICH, *Kleinasiatische Sprachdenkmäler*, Berlín, 1932.
 V. I. GEORGIEV, «L'ethnogenèse des peuples balkaniques: confrontation d'opinions», *Ploudiv Symposium*, 1969, 331-3.
 M. GIMBUTAS, «Proto-Indo-European culture: the Kurgan culture during the fifth, fourth and third millennia», *Indo-European and Indo-Europeans*, 1970, 158-79.
 J. B. HAINSWORTH, «Greek views of Greek dialectology», *TPbS*, 1967, 62-76.
 —, «The Greek Language and the Historical Dialects», *The Cambridge Ancient History*, III, 1, Cambridge, 1982², págs. 850-865.
 J. B. HALEY, y BLEGEN, C. W. «The coming of the Greeks», *AJA*, 32, 1928 141-54.
 F. HAMPL, «Die Chronologie der Einwanderung der griechischen Stämme und das Problem der Nationalität der Träger der mykenischen Kultur», *MH*, 17, 1960, 57-86.
 H. M. HOENIGSWALD, «Criteria for the subgrouping of languages», en H. Birnbaum y J. Puhvel, *Ancient Indo-European Dialects*, Berkeley y Los Ángeles, 1966.
 O. HOFFMAN y A. DEBRUNNER, *Geschichte der griechischen Sprache*, 2 vols., Berlín, I, 3^e ed., 1953; II, 1954; trad. cast., Madrid, 1975.
 S. MARINATOS, «Grammaton didaskalia», *Minoica: Festschrift zum 80. Geburtstag von Johannes Sundvall*, Berlín, 1958, 226-31.
 —, «Mycenaean culture within the frame of Mediterranean anthropology and archaeology», *AttilCIM* (I), 1968, 227-94.
 A. MELLETT, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, París, 1913.
 J. MELLAART, «The end of the Early Bronze Age in Anatolia and the Aegean», *AJA*, 62, 1958, 9-33.
 —, Review of R. A. Crossland, *Immigrants from the North*, *JHS*, 89, 1969, 172-3.
 J. MILLER, «Eteokretes», *RE*, VI, 1909, 709-10.
 V. PISANI, «La question del l'indo-hittite et le concept de parenté linguistique», *AO*, 17, 1949, 251-64.
 —, *Manuale storico della lingua greca*, Florencia, 1947.
 H. POESCHEL, *Die griechische Sprache. Geschichte und Einführung*, Munich, 1950.
 M. W. M. POPE, «Aegean writing and Linear A», *Studies in Mediterranean Archaeology*, 8, 1964.
 F. SCHACHERMEYR, «Zum Problem der griechischen Einwanderung», *AttilCIM*(I), 1968, 297-312.
 A. F. SEMENOV, *The Greek language and its evolution*, Londres, 1936.
 U. VON WILLAMOWITZ, *Geschichte der griechischen Sprache*, Berlín, 1928.

CAPÍTULOS III y IV

- J. L. ÁNGEL, *Lerna, II: The People*, Princeton, 1971.
- E. C. BANKS, *The Early and Middle Helladic Small Objects from Lerna*, Diss. Cincinnati, 1967.
- B. N. BARTEL, *Mortuary practice in early bronze age Anatolia*, Diss. Univ. Missouri, Columbia, 1975.
- C. W. BLEGEN, J. L. CASKEY, M. RAWSON, J. SPRELING *Troy I. General Introduction. The First and Second Settlements*, Princeton, 1950.
- C. W. BLEGEN, J. L. CASKEY, M. RAWSON, *Troy II. The Third, Fourth and Fifth Settlements*, Princeton, 1951.
- K. BRANIGAN, *The Tombs of Mesara. A Study of Funerary Architecture and Ritual in Southern Crete, 2800-1700 B.C.*, Londres, 1970.
- H. G. BUCHHOLZ (ed.), *Agäische Bronzezeit*, Darmstadt, 1987.
- H. G. BUCHHOLZ, V. KARAGEORGHIS, *Prehistoric Greece and Cyprus*, Nueva York, 1973.
- F. CADOGAN (ed.), *The end of the Early Bronze Age in the Aegean*, (Cincinnati Class. Stud., 6), Leiden, 1986, XIII+196 p.
- H. W. CATLING, *Cyprus in the Early Bronze Age. The Cambridge Ancient History. I, 2. Early History of the Middle East*, Cambridge, 1971³. págs. 808-823.
- J. M. COLES, A. F. HARDING, *The Bronze Age in Europe*, Londres, 1979.
- W. DORPFELD, *Troja und Ilion. Ergebnisse der Ausgrabungen in den vorhistorischen und historischen Schichten von Ilion 1870-1894. I-II*, Atenas, 1902.
- C. DOUMAS, *Cycladic Art Sculpture and pottery from the N.P. Goulandris Collection*, Londres, 1983, 165 págs.
- , *Early Bronze Age burial habits in the Cyclades*, *Studies in Mediterranean Archaeology*, 48, Göteborg, 1977.
- , *Early Bronze Age settlement patterns in the Cyclades*, Londres, 1973, págs. 227-230.
- M. I. FINLEY, *El mundo Egeo*, Madrid, 1970.
- N. H. GALE, A. PAPASTAMATAKI, Z. A. STOS-GALE, «Cooper sources and copper metallurgy in the Aegean Bronze Age», P. T. Craddock, M. J. Hughes, «Furnaces and Smelting Technology in Antiquity», *British Museum*, Londres, 1985, págs. 82-93.
- G. GLOTZ, *La Civilisation Egéenne*, París, 1952.
- S. HOOD (ed.), *Excavations in Chios 1938-1955. Prehistoric Emporio and Ayio Gala*, Londres, 1981-82, 2 vols. (506 págs.; 282 págs.).
- R. W. HUTCHINSON, *La Creta prehistórica*, Méjico, 1978.
- G. F. MYLONAS, *Aghios Kosmas. An Early Bronze Age Settlement and Cemetery in Attica*, Princeton, 1959.
- N. PLATON, *La civilización égéenne, 1. Du néolithique au bronze récent, 2. Le Bronze récent et la civilisation mycénienne*, París, 1981, 2 vols.
- C. RENFREW, *Before Civilization. The Radiocarbon revolution and Prehistoric Europe*, Harmondsworth, 1976.
- , *The Emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B.C.*, Londres, 1972.
- F. SCHACHERMEYR, *Die Vormikenischen. Perioden des Griechischen Festlandes und der Kykladen*, Viena, 1976.
- M. SÉFÉRIADES, *Troie I: Matériaux pour l'étude des sociétés du Nord-Est Egéen au début du Bronze Ancien*, París, 1985, 290 págs. + XXUV láms.
- J. THIMME, (ed.), *Art and culture of the Cyclades*, Chicago, 1977.

CAPÍTULO V

- E. C. BANKS, *The Early and Middle Helladic Small Objects from Lerna*, Diss. Cincinnati, 1967.
- J. G. P. BEST, *The arrival of the Greeks*, Amsterdam, 1974.
- E. T. BLACKBURN, *Middle Helladic Graves and Burial Customs with special reference to Lerna in the Argolid*, Diss. Cincinnati, 1970. Ann Arbor, 1980.
- H. BÜLLE, *Orchomenos, I. Die älteren Ansiedlungsschichten*, Munich, 1907.
- J. L. CASKEY, «Greece and the Aegean Islands in the Middle Bronze Age», *Cambridge Ancient History, II-1, History of the Middle East and the Aegean Region. c. 1800-1380 B. C.*, Cambridge, 1973³, pág. 117-140.
- H. W. CATLING, «Cyprus in the Middle Bronze Age», *Cambridge Ancient History, II-1. History of the Middle East and the Aegean Region. c. 1800-1380 B. C.*, Cambridge, 1973³, páginas, 165-175.
- R. A. CROSSLAND; A. BIRCHALL, (Eds.), *Bronze Age Migrations in the Aegean, Archaeological and Linguistic Problems in Greek Prehistory*, Londres, 1973.
- J. H. CROUWEL, *Chariots and other means of Land Transport in Bronze Age Greece*, Allard Pierson Series, 3. Copenhague, 1981.
- O. T. P. K. DICKINSON, *The origins of Mycenaean Civilization*, Göteborg, 1977.
- N. G. L. HAMMOND, *Migrations and Invasions in Greece and Adjacent Areas*, 1976.
- W. HELCK, *Die Beziehungen Ägyptens und Vorderasiens zur Ägäis bis ins 7. Jhs. v. Chr.*, Darmstadt, 1979.
- R. J. HOWELL, «The Origins of the Middle Helladic Culture», en R. A. Crossland; A. Birchall (Eds.), *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Londres, 1973, págs. 73-106.
- K. MÜLLER, *Tiryns IV. Die Urfirniskeramik*, Munich, 1938.
- I. MUÑOZ VALLE, «En torno al problema de la llegada de los griegos», *Hant*, 6. 1976, pág. 169-186.
- M. R. POPHAM; L. H. SACKETT, *Excavations at Lefkandi, Euboea, 1964-1966*, Londres, 1968.
- C. RENFREW, «Patterns of population growth in the prehistoric Aegean», P. J. Ucko; R. Tringham; G. W. Dimbley, *Man, Settlement and Urbanism*, Londres, 1973, págs. 383-399.
- , «Problems in the General correlation of Archaeological and Linguistic Strata in Prehistoric Greece: The Model of Autochthonous Origin», R. A. Crossland; A. Birchall (Eds.), *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Londres, 1973, págs. 265-279.
- M. SAKELLARIOU, *Les Proto-Grecs*, Atenas, 1981.
- , *Peuples Préhelléniques d'origine Indo-Européenne*, Atenas, 1977.
- , *Le peuplement de la Grèce et du bassin égéen aux hautes époques. III. Les proto-Grecs*, Atenas, 1980.
- F. SCHACHERMEYR, *Die Aegäische Frühzeit. Die Ausgrabungen und ihre Ergebnisse für unser Geschichtsbild*, 1) Die vormykenischen Perioden des griechischen Festlandes und der Kykladen, 1976.
- , *Die Vormykenischen Perioden des Griechischen Festlandes und der Kykladen*, Viena, 1976.
- S. SYMEONOGLOU, *The Topography of Thebes from the Bronze Age to Modern Times*, Princeton, 1985.
- H. VAN EFFENTERRE, *Les Égéens. Aux origines de la Grèce, Chypre, Cyclades, Crète et Mycènes*, París, 1986.
- R. A. VAN ROYEN, *The arrival of the Greeks. The evidence from the settlements*, Amsterdam, 1979.
- E. VERMEULE, *Grecia en la Edad del Bronce*, Méjico, 1971.
- R. WÜNSCHE, *Studien zur ägäischen Keramik der frühen mittleren Bronzezeit*, Munich, 1977.
- C. ZERNER, *The Early Middle Helladic Period at Lerna*, Univ. of Cincinnati, 1978.

CAPÍTULO VI

- M. C. AMOURETTI, *Fouilles exécutées à Mallia. Le Centre Politique II. La Crypte Hypostyle (1975-1963)*, París, 1970.
- J. BEST; F. WOUDDHUIZEN, *Ancient Scripts from Crete and Cyprus*, Leiden, 1988.
- J. BOARDMAN, *Pre-Classical. From Crete to Archaic Greece*, Harmondsworth, 1978.
- K. BRANIGAN, *The Foundations of Palatial Crete. A Survey of Crete in the Early Bronze Age*, Londres, 1970.
- , *The tombs of Mesara: a study of funerary architecture and ritual in Southern Crete, 2800-1700 B. C.*, Londres, 1970.
- W. C. BRICE, *Inscriptions in the Minoan Linear Script of Class A.*, Oxford, 1961.
- A. BROWN, *Arthur Evans and the palace of Minos*, Oxford, 1986.
- A. R. BURN, *Minoans, Philistines and Greeks, 1400-900 B. C.*, Londres, 1930, reimpresso en 1968.
- G. CADOGAN, *Palaces of Minoan Crete*, Londres, 1976.
- H. W. CATLING, *Cyprus and the West. 1600-1050 B. C.*, Sheffield, 1979.
- A. COTTERELL, *Los orígenes de la civilización europea*, Barcelona, 1986.
- B. DETOURNAY; J. C. POURSAT; F. VANDENABEELE, *Fouilles exécutées à Mallia. Le Quartier Mu, II. Vases de Pierre et de Métal, Vannerie, Figurines et Reliefs d'Applique, Éléments de Parure et de Décoration, Armes, Secaux et Empreintes*, Études Crétoises, XXVI, París, 1980.
- Y. DUHOUX, *Le Disque de Phaestos*, Lovaina, 1977.
- A. EVANS, *The palace of Minos at Knossos. I. The Neolithic and Early and Middle Minoan Ages*, Londres, 1921.
- A. J. EVANS, *The Palace of Minos at Knossos, II*, Londres, 1928.
- , *The Palace of Minos at Knossos, III*, Londres, 1930.
- , *The Palace of Minos at Knossos, IV*, Londres, 1935.
- P. FAURE, *La vida cotidiana en la Creta Minoica*, Barcelona, 1984.
- K. P. FOSTER, *Aegean Faience of the Bronze Age*, New Haven, Londres, 1979.
- V. GEORGIEV, *Les deux langues des inscriptions crétoises en Linéaire A.*, Linguística Balcánica, VII, 1, Sofia, 1963.
- G. C. GESELL, *Town, palace and House Cult in Minoan Crete*, Göteborg, 1985.
- G. GLOTZ, *La Civilisation Egeéenne*, París, 1952.
- L. GODART; J. P. OLIVIER, *Recueil des inscriptions en linéaire A. Vol. 1. Tablettes éditées avant 1970*, París, 1976.
- , *Recueil des inscriptions en Linéaire A. Vol. 2. Nodules, scellés et rondelles édités avant 1970*, París, 1979.
- , *Recueil des inscriptions en Linéaire A. Vol. 3. Tablettes, nodules et rondelles édités en 1975 et 1976*, París, 1976.
- , *Recueil des inscriptions en linéaire A. Vol. 4. Autres documents*, París, 1982.
- C. H. GONDON, *Evidence for the Minoan Language*, Ventnor (N. J.), 1966.
- J. W. GRAHAM, *The Palaces of Crete*, Princeton, 1962.
- R. HÄGG; N. MARINATOS, (Eds.), *The Minoan Thalassocracy. Myth and reality*, Estocolmo, 1984, pág. 230.
- S. HOOD, *The Minoans. Crete in the Bronze Age*, Londres, 1971.
- S. HOOD; D. SMYTH, *Archaeological Survey of the Knossos Area*. British School at Athens, Suppl. Vol. 14, Londres, 1981².
- R. W. HUTCHINSON, *La Creta prehistórica*, Méjico, 1978.
- S. D. INDELICATO, *Piazza pubblica e palazzo nella Creta minoica*, Roma, 1982.

- B. J. KEMP; R. S. MERRILLEES; E. EDEL, *Minoan Pottery in second millenium Egypt*, Maguncia, 1980.
- C. R. LONG, *The Ayia Triadha sarcophagus: a study of Late Minoan and Mycenaean funerary practices and beliefs*, Goteborg, 1974.
- N. MARINATOS, *Art and religion in Thera, Reconstructing a bronze age society*, Atenas, 1984, pág. 128.
- F. MATZ, *Kreta, Mykene, Troja*, Stuttgart, 1956.
- F. MATZ, «The zenith of Minoan civilization», *Cambridge Ancient History*, II-1. *History of the Middle East and the Aegean Region. c. 1800-1380 B. C.* Cambridge, 1973³, págs. 557-581.
- J. P. OLIVIER, *Le Monde Grec.*, Bruselas, 1975, págs. 441-449.
- D. L. PAGE, *The Santorini Volcano and the Destruction of Minoan Crete.* (J. H. S., Suppl., Paper 12), Londres, 1970.
- L. R. PALMER, *Mycenaeans and Minoans. Aegean Prehistory in the Light of the Linear B. Tablets*, Londres, 1965².
- , *The Penultimate Palace of Knossos*, Roma, 1969.
- J. D. S. PENDLEBURY, *Introducción a la arqueología de Creta*, Méjico, 1965.
- N. PLATON, *La civilisation égéenne. 1. Du Néolithique au bronze recent. 2. Le Bronze récent et la civilisation mycénienne*, París, 1981.
- M. R. POPHAM, *The destruction of the palace at Knossos, Pottery of the Late Minoan III A Period*, Göteborg, 1970.
- J. RAISON; M. POPE, *Index Transnumeré du Linéaire A.*, Lovaina, 1977.
- C. RENFREW, «Trade as Action at a Distance», J. A. Sabloff; C. C. Lamberg-Karlovsky, *Ancient Civilization and Trade*. Albuquerque, 1975, págs. 3-59.
- F. SCHACHERMEYR, *Die Minoische Kultur des Alten Kreta*, Stuttgart, 1964.
- , *Kreta zur Zeit der Wanderungen, Vom Ausgang der Minoischen Ära bis zur Dorisierung der Insel*, Viena, 1979.
- J. STRANGE, *Caphtor/Keftiu: A new investigation*, Leiden, 1980.
- H. VAN EFFRENTERRERRE, *Le Palais de Mallia et la Cité Minoenne, Étude de synthèse*, Roma, 1980.
- , *Les égéens. Aux origines de la Grèce, Chypre, Cyclades, Crète et Mycènes*, París, 1986, página, 246.
- , *Fouilles Exécutées à Mallia. Le Centre Politique, I. L'Agora (1960-1966)*, Études Cretoises, XVII, París, 1969.
- G. WALBERG, *Tradition and Innovation. Essays in Minoan Art.*, 1986, pág. 162.
- R. F. WILLETTTS, *Cretan Cults and Festivals*, Londres, 1962.
- D. WILSON, *Domestic Architecture in Early Minoan Crete*, (Tesis microfilm), London University, 1979.

CAPÍTULOS VII y VIII

- F. R. ADRADOS, «Más sobre el culto real en Pilos y la distribución de la tierra en época micénica», *Emerita*, 29, 1961 págs. 53-116.
- , «Wa-na-ka y ra-wa-ke-ta», *CMic*, 2, 1968, págs. 559-73.
- , «Les institutions religieuses mycénienne», *AMyc*, 1, 1972, págs. 170-203.
- S. ALEXIOU, «Neue Wagendarstellungen aus Kreta», *AA*, 1964, págs. 785-804.
- P. ALIN, *Das Ende der Mikenischen Fundstätten auf dem Griechischen Festland*, Lund, 1962.
- T. W. ALLEN, *The Homeric Catalogue of Ships*, Oxford, 1921.
- P. B. S. ANDREWS, «The falls of Troy in Greek tradition», *GR*, 12, 1965, págs. 28-37.
- J. L. ÁNGEL, *Lerna*, 2, Princeton, 1971.
- G. BECATTI, «Interrogativi sul Vaso dei Guerrieri di Micenne», *Studi in Onore di Luisa Banti*, Rome, 1965, págs. 33-46.

- E. L. BENNETT, «The landholders of Pylos», *AJA*, 60, 1956, págs. 103-33.
- E. L. BENNETT; & J. P. OLIVIER; *The Pylos Tablets Transcribed*, 1, Roma, 1973.
- J. L. BENSON, «A problem in orientalizing Cretan birds: Mycenaean or Philistine prototypes?», *JNES*, 20, 1961, págs. 73-84.
- , *Horse, Bird and Man*, Amherst, 1970.
- J. G. P. BEST; & Y. YADIN; *The Arrival of the Greeks*, Amsterdam, 1973.
- P. P. BETANCOURT, «The end of the Greek Bronze Age», *Antiquity*, 50, 1976, págs. 40-7.
- F. BIANCOFIORE, *Civiltà Micenea nell'Italia Meridionale*, Roma, 1967².
- M. ANNA BISI, «Fenici o Micenei in Sicilia nella seconda metà del II millenario a.C.?», *CMic*, 3, 1968, págs. 1.156-68.
- C. W. BLEGEN, *Troy*, 3, Princeton, 1953.
- , *Troy*, 4, Princeton, 1958.
- , *Troy and the Trojans*, Londres, 1963.
- , *The Palace of Nestor*, 1, Princeton, 1966.
- , *The Palace of Nestor*, 2, Princeton, 1973.
- J. BOUZEK, *Homerisches Griechenland*, Praga, 1969.
- K. BRANIGAN, *The Foundations of Palatial Crete*, Londres, 1970.
- , *The Tombs of Mesara*, Londres, 1970.
- C. BRILLANTE, *La leggenda eroica e la civiltà micenea*, Roma, 1981.
- CARLIER, *La rogamté en Grèce avant Alexandre*, Estrasburgo, 1984.
- R. CARPENTER, *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge, 1966.
- P. CARTLEDGE, *Sparta and Lakonia. A regional History. 1300-362 B.C.*, Londres, 1979.
- J. CHADWICK, *The Mycenaean World*, Cambridge, 1976.
- J. CHADWICK; J. T. KILLEN; & J. P. OLIVER; *The Knossos Tablets*, Cambridge, 1971⁴.
- J. N. COLDSTREAM; & G. L. HUXLEY; *Kythira*, Londres, 1972.
- J. M. COOK, *The Troad*, Oxford, 1973.
- L. COURTOIS, *Chariots and other means of Land Transport in Bronze Age Greece*, Copenhagen, 1981.
- E. M. CRAIK, *The Dorian Aegean*, Londres, 1980.
- L. DEROU, *Les Leveurs d'Impôts dans le Royaume Mycénien de Pylos*, Roma, 1968.
- L. DEROU; & MONIQUE GERARD; *Le Cadastre Mycénien de Pylos*, Roma, 1965.
- V. R. d'A. DESBOROUGH, *The Last Mycenaeans and their Successors*, Oxford, 1964.
- B. C. DIETRICH, *The Origins of Mycenaean Civilization*, Gothenburg, 1977.
- L. DOR; J. JANNORAY; H. VAN EFFENTERRE; & MICHELINE VAN EFFENTERRE; *Kirra, Etude de Préhistoire Phocidienne*, Paris, 1960.
- H. VAN EFFENTERRE, *Les Egéens. Aux origines de la Grèce, Chypre, Cyclades, Crète et Mycènes*, Paris, 1986, págs. 36-55.
- A. J. EVANS, *The Mycenaean Tree and Pillar Cult*, Londres, 1901.
- , *The Palace of Minos at Knossos*, 1, Londres, 1921.
- , *The Palace of Minos at Knossos*, 2, Londres, 1928.
- , *The Palace of Minos at Knossos*, 3, Londres, 1930.
- , *The Palace of Minos at Knossos*, 4, Londres, 1935.
- P. FAURE, *La Vie Quotidienne en Grèce*, Paris, 1973.
- , *La Vie Quotidienne en Grèce au Temps de la Guerre de Troie*, Paris, 1975.
- M. I. FINLEY, *La Grecia Antigua. Economía y Sociedad*, Barcelona, 1984.
- H. FRANKFORT, *Cylinder Seals*, Londres, 1939.
- A. FURUMARK, *The Chronology of Mycenaean Pottery*, Estocolmo, 1972².
- M. GÉRARD-ROUSSEAU, *Les Mentions Religieuses dans les Tablettes Mycéniennes*, Roma, 1968.
- E. GRUMACH, *The Coming of the Greeks*, Manchester, 1969.
- C. F. C. HAWKES, *The Prehistoric Foundations of Europe to the Mycenaean Age*, Londres, 1940.
- R. HESTRIN, *The Philistines and other Sea Peoples*, Jerusalem, 1970.

- G. L. HUXLEY, *Achaean and Hittites*, Oxford, 1960.
- G. KARO, *Die Schachtgräber von Mykenai*, Munich, 1930.
- K. KERÉNYI, *Der Frühe Dionysos*, Oslo, 1961.
- R. LAFFINEUR, (ed.), *Thanatos. Les contumes funéraires en Egée à l'Age du Bronze* (Actes du Coloque de Liège), Liège, 1987.
- M. L. LANG, *The Palace of Nestor*, 2, Princeton, 1969.
- J.A. A. LENCMAN, *Die Sklaverei im Mykenischen und Homerischen Griechenland*, Wiesbaden, 1966.
- M. LINDGREN, *The People of Pylos*, Uppsala, 1973.
- H. L. LORIMER, *Homer and the Monuments*, Londres, 1950.
- W. A. McDONALD; & G. R. RAPP; (eds.), *The Minnesota Messenia Expedition: Reconstructing a Bronze Age Regional Environment*, Minneapolis, 1972.
- G. MADDOLI, «Studi sul pantheon miceneo», *AMAT*, 27, 1962, págs. 51-130.
- G. MADDOLI, (ed.), *La civiltà micenea. Guida storica e critica*, Bari, 1981.
- J. MANESSY-GUITTON, «Temenos», *IF*, 1968, págs. 14-38.
- M. MARAZZI, (ed.), *La sociedad micénica*, Madrid, 1982.
- S. N. MARINATOS, *Excavations at Thera*, 1, Atenas, 1968.
- , *Excavations at Thera*, 2, Atenas, 1969.
- , *Excavations at Thera*, 3, Atenas, 1970.
- , *Excavations at Thera*, 4, Atenas, 1971.
- , *Excavations at Thera*, 5, Atenas, 1972.
- , *Die Ausgrabungen auf Thera und ihre Probleme*, Viena, 1973.
- , *Excavations at Thera*, 6, Atenas, 1974.
- J. L. MELENA, *Thoy and the Trojan War*, Brin Mawr, 1986.
- R. S. MERRILLEES, *Trade and Transcendence in the Bronze Age Levant*, Gothenburg, 1974.
- A. MORPUNGO DAVIES, *Mycenaeae Graecitatis Lexicon*, Roma, 1963.
- A. MUSTI, (ed.) *Le origini dei Greci. Dori e Mondo Egeo*, Bari, 1986.
- G. E. MYLONAS, *Ancient Mycenae*, Londres, 1957.
- , *Aghios Kosmas*, Princeton, 1959.
- , *Eleusis and the Eleusian Mysteries*, Princeton, 1961.
- , *Mycenae and the Mycenaean Age*, Princeton, 1966.
- A. NIBBI, *The Sea Peoples and Egypt*, Park Ridge, N.J., 1976.
- M. P. NILSSON, *The Minoan-Mycenaean Religions Lund*, 1950².
- D. L. PAGE, *History and the Homeric Iliad*, Berkeley/Los Angeles, 1959.
- , *The Santorini Volcano and the Desolation of Minoan Crete* (Hellenic Society Supplementary Paper 12), Londres, 1970.
- L. R. PALMER, *Achaean and Indo-Europeans*, Oxford, 1955.
- , *Mycenaeans and Minoans*, Londres, 1965².
- , *The Penultimate Palace of Knossos*, Roma, 1969.
- M. PAROUSSIS, *Les listes des champs de Pylos et Hattusa et le régime foncier mycénien et hittite*, Paris, 1985.
- J. D. S. PENDLEBURY, *The Archaeology of Crete*, Londres, 1939.
- A. W. PERSSON, *The Religion of Greece in Phehistoric Times*, Berkeley/Los Angeles, 1942.
- N. PLATON, *La civilisation égéenne. 2. Le Bronze récent et la civilisation mycénienne*, Paris, 1981.
- M. R. POPHAM, *The Destruction of the Palace at Knossos*, Gothenburg, 1970.
- B. RUTKOWSKI, *Cult Places in the Aegean World*, Varsovia, 1972.
- F. SCHACHERMEYR, *Poseidon und die Entstehung des Griechischen Götterglaubens*, Munich, 1950.
- C. F. A. SCHAEFFER, *The sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean 1250-1150 B.C.*, Londres, 1978.
- A. SCNAUFER, *Frühgriechischer Totenglaube*, Hildesheim, 1970.

- N. C. SCOUFOPOULOS, *Mycenaeen Citadels*, Gothenburg, 1971.
 A. M. SNODGRASS, *Arms and Armour of the Greeks*, Londres, 1967.
 —, *The Dark Age of Greece*. Edinburgh, 1971.
 T. G. SPYROPOULOS & J. CHADWICK; *The Thebes Tablets*, 2, Salamanca, 1975.
 L. A. STELLA, *La Civiltà Micenea nei Documenti Contemporanei*, Roma, 1965.
 C. G. STYRENIUS, *Submycenaean Studies*, Lund, 1967.
 W. D. TAYLOUR, *The Mycenaean*, Londres, 1964.
 G. THOMSON, *Studies in Ancient Greek Society: The Prehistoric Aegean*, Londres, 1949.
 M. G. F. VENTRIS & J. CHADWICK; *Documents in Mycenaean Greek* Cambridge, 1973².
 E. T. VERMEULE, *Greece in the Bronze Age*, Chicago, 1964.
 —, *The Art of the Shaft Graves of Mycenae*, Cincinnati, 1975.
 A. J. B. WACE, *Mycenae*, Princeton, 1949.
 T. WALCOT, «The divinity of the Mycenaean king», *SMEA*, 2, 1967.
 P. B. L. WEBSTER, *From Mycenae to Homen*, Londres, 1964².
 K. WUNDSAM, *Die Politische und Soziale Struktur in den Mykenischen Residenzen nach den Linear B Texten*, Viena, 1968.

CAPÍTULO IX

I

- P. DAS ALIN, *Ende der mykenischen Fundstätten auf dem griechischen Festland*, Lund, 1962.
 A. R. BURN, *The world of Hesiod; a study of the Greek Middle Ages. c. 900-700 B. C.*, Nueva York, 1966².
 R. CARPENTER, *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge, 1966.
 J. N. COLDSTREAM, *Greek Geometric Pottery. A survey of ten local styles and their, chronology*, Londres, 1968.
 P. COURBIN, *Tombes géométriques d'Argos. I. (1952-1958)*, París, 1974.
 E. M. CRAIK, *The Dorian Aegean*, Londres, 1980.
 S. DEGER-JALKOTZY, (ed.), *Akten des Symposions von Stift Zwettl (Nö)*. 1980, Viena, 1983.
 V. R. d'A. DESBOROUGH, *Protogeometric Pottery*, Oxford, 1952.
 —, *The Greek Dark Ages*, Londres, 1972.
 —, *The Last Mycenaean and their Successors, an Archaeological Survey, c. 1200-c. 1000 B. C.*, Oxford, 1964.
 B. C. DIETRICH, *Tradition in Greek Religion*. Berlín; Nueva York, 1986.
 R. DREWS, *Basileus. The evidence for kingship in Geometric Greece*, New Haven, Londres, 1983.
 R. HAGG, *Die Gräber der Argolis in submykenischer, protogeometrischer und geometrischer Zeit*, Uppsala, 1974.
 N. G. L. HAMMOND, *Migrations and Invasions in Greece and Adjacent Areas*, Park Ridge. (N. J.), 1976.
 G. L. HUXLEY, *The Early Ionians*, Londres, 1966.
 N. F. JONES, *Tribal Organization in Dorian Greece*, Berkeley, 1975.
 T. A. KELLY, *A History of Argos to 500 B. C.*, Minneapolis, 1976.
 I. MORRIS, *Burial and ancient society. The rise of the Greek city-state*, Cambridge, 1987.
 O. MURRAY, *Early Greece*, Glasgow, 1980.
 O. MUSTI, (ed.), *Le origini dei Greci. Dori e Mondo Egeo*, Bari, 1986.
 M. R. POPHAM; L. H. SACKETT, *Lefkandi I. The Iron Age. The Settlement. The Cemeteries*, Londres, 1979, 1981 (2 vols.).
 F. SCHACHERMEYR, *Griechenland im Zeitalter der Wanderung. Vom Ende der Mykenischen Ära bis auf die Dorier*, Viena, 1980.

- A. M. SNODGRASS, *Early Greek Armour and Weapons, from the end of the Bronze Age to 600 B. C.*, Edinburgo, 1964.
- , *The Dark Age of Greece. An Archaeological Survey of the Eleventh to the Eighth Centuries B. C.*, Edinburgo, 1971.
- C. G. STYPRENIUS, *Submycenaean Studies*, Lund, 1967.
- R. A. TOMLINSON, *Argos and the Argolid from the End of the Bronze Age to the Roman occupation*, Londres, 1972.

II

- M. ANDRONIKOS, *Totenkult* (Archaeologia Homerica, 3), Gotinga, 1968.
- V. BERARD, *Les Phéniciens et l'Odysée*. París, 1903.
- C. BRILLANTE, *La leggenda eroica e la civiltà micenea*, Roma, 1981.
- A. R. BURN, *The world of Hesios; a study of the Greek Middle Ages. c. 900-700 B. C.*, Nueva York, 1966.
- E. CANTARELLA, *Norma e sanzione in Omero. Contributo alla protostoria del diritto greco*, Milán, 1979.
- F. CODINO, *La questione omerica*, Roma, 1976.
- M. CROISSET, «L'ordre des aventures d'Ulysse dans l'Odysée» CRAI. 1905, págs. 351-363.
- M. DETIENNE, *Crise agraire et attitude religieuse chez Hésiode*, Bruselas, 1963.
- M. I. FINLEY, *El mundo de Odisen*, Madrid, 1980.
- L. GIL (Ed.), *Introducción a Homero*, Madrid, 1963.
- G. GLOTZ, *La solidarité de la famille dans le droit criminel en Grèce*, París, 1904.
- P. A. L. GREENHALGS, *Early Greek Warfare, Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages*, Cambridge, 1973.
- J. E. HARRISON, *Prolegomena to the Study of Greek Religion*, Cambridge, 1922³.
- R. JANKO, *Homer, Hesiod and the Hymns*, Cambridge, 1982.
- G. S. KIRK, *Los poemas de Homero*, Buenos Aires, 1968.
- J. V. LUCE, *Homero y la Edad Heroica*, Barcelona, 1984.
- W. A. McDONALD, *The Discovery of Homeric Greece*, Londres, 1967.
- A. MELE, *Il commercio greco arcaico. Prexis ed emporie*, Nápoles, 1979.
- , *Società e lavoro nei poemi omerici*, Nápoles, 1968.
- C. MOSSÉ, *La femme dans la Grèce antique*, París, 1983.
- D. L. PAGE, *History and the Homeric Iliad*, Berkeley, 1959.
- L. PARETI, *Homero y la realidad histórica*, Méjico, 1961.
- A. SCHNAUFER, *Frühgriechischer Totenglaube: Untersuchungen zum totenglauben der mykenischen und homerischen Zeit*, Hildesheim, 1970.
- G. STAGAKIS, *Studies in the Homeric Society*, Wiesbaden, 1975.
- G. VLACHOS, *Les sociétés politiques homériques*, París, 1974.
- A. J. B. WACE; F. H. STUBBINGS (Eds.), *A companion to Homer*, Londres, 1962.
- T. B. L. WEBSTER, *From Mycenae to Homer*, Londres, 1964.

CAPÍTULOS X, XI Y XII

- A. ANDREWES, *The Greek Tyrants*, Londres, 1956.
- M. AUSTIN; P. VIDAL-NAQUET, *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, París, 1972.
- J. BERMEJO, *Mito y parentesco en la Grecia arcaica*, Madrid, 1980.
- H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen, I y II*, Munich, 1967.
- A. BLANCO, *Historia del arte hispánico. La Antigüedad I, II*, Madrid, 1978.
- J. M. BLÁZQUEZ, *La colonización griega en España en el marco de la colonización griega en Occidente. Simposio de colonizaciones*, 1971, Barcelona, 1974.

- J. M. BLÁZQUEZ; J. GONZÁLEZ NAVARRETE, *The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain*, AJA 89, 1985.
- , *Der Einfluss der griechischen Kunst des 5. und 4. Jb. v. C. auf die Kunst Turdetaniens (Sudspanien)*, *Ilpaktika*, Atenas, 1985.
- J. BOARDMAN, *The Greeks Overseas*, Londres, 1980.
- L. BRACES, *Las tiranías y los desarrollos políticos y económicos sociales. Historia y Civilización de los griegos*, Barcelona, 1982.
- P. CABRERA; R. OLMOS, *Die Griechen in Huelva. Zum Stand der Diskussion*, MM 26, 1985.
- M. CAVEL-LEVEQUE, *Marseille grecque*, Marsella, 1977.
- A. COTTERELL, *Los orígenes de la civilización europea*, Barcelona, 1986.
- M. DETIENNE, *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, Madrid, 1981.
- A. DOMÍNGUEZ MONEDERO, «La presencia griega en la Península Ibérica», *Revista de Arqueología* 57, 1986.
- T. J. DUNBABIN, *The Western Greeks*, Oxford, 1948.
- V. EHRENBERG, *From Solon to Socrates*, Londres, 1967.
- C. J. EMLYN-JONES, *The Ionians and Hellenism*, Londres, 1980.
- M. I. FINLEY, *El nacimiento de la política*, Cambridge, 1983.
- W. G. FORREST, *A History of Sparta 950-192 BC*, Oxford.
- , *La Democracia Griega*, Madrid, 1966.
- A. GARCÍA Y BELLIDO, *Hispania Graeca*, Barcelona, 1948.
- C. GARCÍA GUAL, *Antología de la poesía lírica griega*, Madrid, 1980.
- , *Mitos, viajes, héroes*, Madrid, 1981.
- L. GERNET, *Antropología de la Grecia antigua*, Madrid, 1980.
- A. J. GRAHAM, *Colony and Mother City in Ancient Greece*, Manchester, 1964.
- E. HOMANN-WEDEKIND, *Das Archaische Griechenland*, Baden-Baden, 1966.
- G. L. HUXLEY, *Early Sparta*, Londres, 1962.
- W. JAEGER, *La Teología de los primeros filósofos griegos*, Méjico, 1952.
- A. M. H. JONES, *Sparta*, Oxford, 1965.
- F. KIECHLE, *Lakonien und Sparta*, *Vestigia* 5, 1963.
- D. LANZA, *Il tiranno e il suo pubblico*, Turín, 1977.
- S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, Roma, 1974.
- C. MOSSE, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969.
- O. MURRAY, *Grecia Antigua*, Madrid, 1981.
- P. OLIVA, *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, 1983.
- R. OLMOS; M. PICAZO, *Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der iberischen Halbinsel*, MM 20, 1979.
- E. RIPOLL PERELLO, *Els grecs a Catalunya*, Barcelona, 1983.
- F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *el mundo de la lírica griega antigua*, Madrid, 1981.
- B. B. SHEFTON, «Greeks and Greek Imports in the south of the Iberian Peninsula. The Archaeological Evidence, Phonizier im Westen», *MB*, VIII, 1982.
- B. SIMÓN, *Ramón y locura en la antigua Grecia*, Madrid, 1984.
- A. SNODGRASS, *Early Greek Armour and Weapons*, Edinburgo, 1964.
- J.P. VERNANT, *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona, 1973.

CAPÍTULO XIII

- R. BUCK, *A. History of Boiotia*, Alberta, 1979.
- A. R. BURN, *The Lyric Age of Greece*, Londres, 1960.
- J. C. CARCOPINO, *L'Ostracisme athénien*, París, 1935².

- C. W. ELIOT, *Coastal Demes of Attica: A Study of the Policy of Kleisthenes*, Phoenix supp. 5, Toronto, 1962.
- F. GHINATTI, *I gruppi politici ateniesi fino alle guerre persiane*, Roma, 1970.
- A. GOMME, *Historical commentary in Thucydides*, vol. II, Oxford, 1956.
- F. JACOBY, *Athis*, Oxford, 1949.
- M. LANG, «The Murder of Hipparchus», *Historia*³, 1954, págs. 395-407.
- A. O. LARSEN, «Cleisthenes and the Development of the Theory of Democracy Athens», en *Essays presented to G.H. Sabine*, Ithaca, 1948, págs. 1-16.
- P. LÉVEQUE Y P. VIDAL-NAQUET, *Clisthène l'Athénien*, París, 1964.
- D. M. LEWIS, «Cleisthenes and Attica», *Historia*, 12, 1963, págs. 22-30.
- P. OLIVA, «Die Chronologie der peisistratischen Tyrannis», *Studia Antiqua A. Salac.*, Praga, 1955, págs. 25-34.
- J. H. OLIVER, «Reforms of Cleisthenes», *Historia*, 9, 1960, págs. 503 y ss.
- M. OSTWALD, *Nomos and the Beginnings of the Athenian Democracy*, Oxford, 1969.
- J. PODLECKI, «The Political Significance of the Athenian "Tyrannicide" Cult», *Historia*, 15, 1966, págs. 129-141.
- G. PUGLIESSE CARRATELLI, «Note di Sotira Greca arcaica I: Aisumnetai; II: L'oracolo di Delfi e i tiranni», *Rend. Accad. Arch. Napoli*, 21, 1941, págs. 295-319.
- G. SANDERS, «La chronologie de Psistrate. Essai d'interpretation», *La nouvelle Clio*, 7-9, 1955-57, págs. 161-179.
- F. SARTORI, *Le eterie nella vita politica ateniese del VI e V secolo a. C.*, Roma, 1957.
- R. SEALEY, «Regionalism in Archaic Athens», *Historia*, 9, 1960, págs. 155-180.
- , «The Origins of Demokratia», *CSCA*, 6, 1973, págs. 253-295.
- , «The Word «Demokratia»», *Class. Philol.*, 59, 1964.
- R. THOMSEN, *The Origin of Ostracism. A synthesis*, Copenhagen, 1972.
- W. E. TOMPSON, «Kleisthenes and Aigeis», *Mnemosyne*, 4, 22, 1969, págs. 137-52.
- E. VANDELPOOL, *Ostracism at Athens*, Cincinnati, 1970.
- B. T. WADE-GERY, «The laws of Kleisthenes», *C. Q.*, 27, 1933, págs. 17-29.
- J. WELL, *Studies in Herodotus*, Oxford, 1923.
- , «The Chronology of the Reing of Cleomenes I», en *Studies in Herodotus*, Oxford, 1923, págs. 74-94.
- F. R. WÜST, «Zu Kleisthenes», *Historia*, 13, 1964, págs. 370-373.

CAPÍTULO XIV

- W. DEN BOER, *Laconian Studies*, Amsterdam, 1954.
- P. CARTLEDGE, *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B. C.*, Londres, 1979.
- K. M. T. CHRIMES, *Ancient Sparta*, Manchester, 1950.
- P. CLOCHÉ, *La démocratie athénienne*, París, 1951.
- R. COHEN, *Atenas, una democracia. Desde su nacimiento a su muerte*, Barcelona, 1961.
- J. DAY, Y M. CHAMBERS, *Aristotle's History of Athenian Democracy*, Univ. California, 1962.
- W. G. FORREST, *A History of Sparta*, Londres, 1968.
- , *La Democracia griega. Trayectoria política del 800 al 400 a. de J. C.*, Madrid, 1966.
- G. GLOTZ, *La cité grecque*, París, 1928.
- C. HIGNETT, *A History of the Athenian Constitution*, Oxford, 1952.
- G. L. HUXLEY, *Early Sparta*, Londres, 1962.
- F. JACOBY, *Attis*, Oxford, 1949.
- A. H. M. JONES, *Athenian Democracy*, Oxford, 1957.
- , *Sparta*, Oxford, 1967.
- A. LEDL, *Studien zur älteren athenischen Verfassungsgeschichte*, Heidelberg, 1914.

- M. A. LEVI, *Quattro studi spartani e altri scritti di storia greca*, Milán, 1967.
 D. M. LEWIS, *Sparta and Persia*, Leiden, 1977.
 P. OLIVA, *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, 1983.
 F. OLLIER, *Le mirage spartiate*, París, 1933.
 L. PARETI, *Storia di Sparta arcaica I*, Florencia, 1920.
 H. E. STIER, *Die klassische Demokratie*, Colonia, 1954.
 T. TARKIAIEN, *Die athenische Demokratie*, Zürich/Stuttgart, 1966.
 E. N. TIGERSTEDT, *The legend of Sparta in classical Antiquity*, Estocolmo, 1965.
 B. T. WADE-GERY, «The Spartan Rhetra in Plutarch Lycugus VI», *C. Q.*, 37, 1943, págs. 62-72.

CAPÍTULOS XV y XVI

- M. BERVE, *Zur Themstokles-inchrift von Troizen*, Munich, 1961.
 L. BRACCESI, *Il problema del decreto di Temistocle*, Bolonia, 1968.
 A. DASCAKAKIS, *Problemes historiques autour de la bataille des Thermopyles*, París, 1962.
 B. GALLOTTA, *Dario e l'Occidente delle guerre persiane*, Milán, 1980.
 N. G. L. HAMMOND, «The Campaign and the Battle of Marathon», *JHS*, 88, 1968, págs. 13-57.
 D. HEGYI, «Athens and Aigina on the Eve of the Battle of Marathon», *Acta Antiqua*, 17, 1969.
 —, «The Historical Background of the Ionian Revolt», *Acta Antiqua*, 17, 1966, págs. 285-302.
 C. HIMMER, *A history of Greek vase painting*, Londres, 1962.
 J. LABARBE, *La loi navale de Thémistocle*, París, 1957.
 J. F. LAZENBY, «The Strategy of the Greeks in the Opening Campaign of the Persian War» *Hermes*, 92, 1964, págs. 264-284.
 R. J. LENARDON, *The Saga of Themistocles*, Londres, 1975.
 D. M. LEWIS, «Notes on the Decree of Themistocles», *Class. Q.* 11, 1961, págs. 61-66.
 G. NENCI, *Introduzione alla guerra persiana*, Pisa, 1958.
 A. J. PODLECKI, *The life of Themistocles*, Monreal-Londres, 1975.
 G. POSENNER, *La première domination perse en Égypte*, El Cairo, 1936.
 C. ROEBUCK, «The Economic Development of Ionia», *C.P.*, 48, 1955, págs. 9-16.
 G. DE SANTIS, «Aristagora di Mileto», *Em Problemi di Storia Antica*, Bari, 1932, págs. 63-91.
 G. SMETS Y A. DORSINFANG-SMETS, «La bataille de Salamine. Les sources» en *Mélanges Grégoire*, IV, Bruselas, 1953, págs. 409-426.
 P. TOZZI, «Erodoto V.106: nota preliminar sulla insurrezione ionica», *Athenaeum*, 53, 1975, págs. 136 y ss.
 E. VANDERPOOL, «A Monument to the Battle of Marathon», *Hesperia*, 35, 1966, págs. 93-106.
 M. WHITE, «The Duration of the Samian Tyranny», *JHS*, 74, 1954, págs. 36-43.
 ED. WILL, «Deux livres sur les Guerres Médiques et leur temps», *Rev. Philo.*, 3, 38, 1964, págs. 70-88.

CAPÍTULO XVII

- D. W. BRADEEN, «The Athenian Casualty List of 464 B. C.», *Hesperia*, 36, 1967, págs. 321-328.
 P. A. BRUNT, «The Hellenic League League against Persia», *Historia*, 2, 1953-54, págs. 135-163.
 W. R. CONNOR, *Theopompus and Fifth-century Athens*, Washington, D. C., 1968.
 A. J. EARP, «Athens and Miletus ca. 450 B. C.», *Phoenix*, 8, 1954, págs. 142-147.
 C. H. FORNARA, «The Date of the «Regulations for Miletus», *A. J. P.*, 92, 1971, págs. 473-475.
 W. G. FORREST, «Themistokles and Argos» *C. Q.* 10, 1960, págs. 221-241.
 G. E. M. DE STE GROIX, «Jurisdiction in the Athenian Empire», *Class. Quart.*, II, 1961, págs. 94-112 y 268-280.
 N. G. L. HAMMOND, «Studies in Greek Chronology of the Sixth and Fifth Centuries B. C.: I. The Third Messenian War», *Historia*, 4, 1955, págs. 371-381.

- L. E. HIGHBY, «The Erytrae Decree», *Klio*, 36, 1936, págs. 39-57.
- F. JACOBY, «Some Remarks on Ion of Chios», *C. Q.*, 41, 1947, págs. 1-17.
- H. W. JACKSON, «The Original Purpose of the Delian League», *Historia*, 18, 1969, págs. 12-16.
- A. H. M. JONES, «Two Synods of the Delian and Peloponnesian Leagues», *Proc. Cambridge Philol. Soc.* 2, 1952-53, págs. 43-46.
- F. KIECHLE, «Athens Politik nach der Abwehr der Perser», *Hist. Zeitschr.*, 204, 1967, págs. 265-304.
- D. M. LEAHY, «Aegina and the Peloponnesian League», *Class. Phil.*, 49, 1954, págs. 232-243.
- H. B. MATTINGLY, «The Peace of Kallias», *Historia*, 14, 1965, págs. 273-281.
- B. D. MERITT, «The Tribute Quota List of 454-3 B. C.», *Hesperia*, 41, 1972, págs. 403-17.
- H. D. MEYER, «Vorgeschichte und Begründung des delisch-attischen Seebundes», *Historia*, 12, 1963, págs. 405-446.
- C. L. MURISON, «The Peace of Callias: its Historical Context», *Phoenix*, 25, 1971, págs. 12-31.
- A. S. NEASE, «Garrisons in the Athenian Empire», *Phoenix*, 3, 1949, págs. 102-111.
- P. SALMON, «La politicae égyptienne d'Arth'enes, VI^e siècles avant J. C.», *Acadèm. Royale de Belgique. Classe des lettres, Mémoires 2.^a serie 57*, 6, Bruselas, 1965.
- J. J. SAYAS ABENGOCHEA, «La Arqueología de Tucídides, esquema de comprensión de un desarrollo económico», *Revista de Madrid*, 20, 1971, págs. 23-36.
- J. SCGARF, «Die erste ägyptische Expedition der Athener. Ein Beitrag zur Geschichte der Pentekontaetie», *Historia*, 3, 1954-55, 308-325.
- R. SEALEY, «Ephialtes», *Class. Philol.*, 59, 1964, págs. 11-22.
- , «The Origin of the Nature of Athenian Alliance of 478/7 B. C.» en *Studies in Greek History*, Oxford, 1973, págs. 311-345.
- J. D. SMART, «Kimon's Capture of Eion», *JHS*, 87, 1967, págs. 136-138.
- D. W. REECE, «The Date of the Fall of Ithome», *JHS*, 82, 1962, págs. 111-120.
- D. STOCKTON, «The Peace of Callias», *Historia*, 8, 1959, págs. 61-79.
- E. VANDERPOOL, «The Ostracism of the Elder Alcibiades», *Hesperia*, 21, 1952, págs. 1-8.
- K. VOELKL, «Perikles und die Ägyptische Katastrophe», *Orpheus*, 2, 1955, 61-75.
- A. G. WOODHEAD, «The Site of Brea: Thucydides 1. 61. 4.», *CQ*, 2, 1952, págs. 57-62.

CAPÍTULO XVIII

- D. ASHERRI, «The Site of Brea», *Amer. Journ. Phil.*, 90, 1969, págs. 337-340.
- E. BICKERMAN, «Autonomía», *Rev. Inter. Droits Antiqu.*, 5, 1958, págs. 313-343.
- R. J. BOCK, «The Athenian Domination of Boeotia», *Class. Phil.*, 65, 1970, págs. 217-227.
- D. W. BRADEEN, «The Popularity of the Athenian Empire», *Historia*, 9, 1960, págs. 257-269.
- M. CHAMBERS, «Four Hundred Sixty Talents», *Class. Phil.*, 53, 1958, págs. 26-32.
- F. CHAMOUX, «L'île de Thasos et son histoire», *Rev. Et. Grecques*, 72, 1959, págs. 348-369.
- J. M. COOK, «The Problem of classical Jonia», *Proc. Cambridge Philol. Ass.*, 7, 1961, págs. 9-18.
- G. E. M. DE STE. CROIX, «The Character of the Athenian Empire», *Historia*, 3, 1954, págs. 1-40.
- , «Notes on Jurisdiction in the Athenian Empire», *C.Q.*, 11, 1961, págs. 94-112 y 268-280.
- S. DOW, «Studies in Athenian Tribute Lists», *Class. Phil.*, 38, 1943, págs. 20-27.
- A. J. EARP, «Athens and Miletus. 450 B.C.», *Phoenix*, 8, 1954, págs. 42-47.
- S. K. EDDY, «Europa in the Tribute Lists», *Amer. Journ. Arch.*, 89, 1968, págs. 129-143.
- S. K. EDDY, «Four Hundred Sixty Talents Once More», *Class. Phil.*, 63, 1968, págs. 184-195.
- P. GAUTHIER, «Les clérouques de Lesbos et la colonisation athénienne au V^e siècle», *Rev. Et. Grecques*, 79, 1966, págs. 64-88.
- D. GILLS, «The Revolt at Mytilene», *Amer. Journ. Phil.*, 92, 1971, págs. 38-47.
- A. J. GRAHAM, «The Fifth-Century Cleruchy on Lemnos», *Historia*, 12, 1963, págs. 127-128.
- J. R. GREEN; R. R. SINCLAIR; «Athens and Eritria», *Historia*, 19, 1970, págs. 515-517.
- N. G. L. HAMMOND, «Strategia and Hegemonía in Fifth Century Athens», *C.Q.*, 19, 1969, págs. 111-144.

- R. HEIGGS, *The Aethenian Empire*, Oxford, 1972.
- P. HERMANS, «Zu den Beziehungen zwischen Athen und Milet im 5. Jahrhunderts», *Klio*, 52, 1970, págs. 63-73.
- L. I. HIGHBY, *The Erytrae Decree*, *Klio, Beiheft*, 26, Leipzig, 1936.
- J. A. O. LARSEN, «The Constitution and Original Purpose of the Delian League», *Harv. Studies Class. Phil.*, 51, 1940, págs. 175-213.
- R. P. LEGON, «Megara and Mytilene», *Phoenix*, 22, 1968, págs. 200-225.
- , «Samos in the Delian League», *Historia*, 21, 1972, págs. 144-158.
- F. A. LEPPER, «Some Rubrics on the Athenian Quota-Lists», *Journ. Hell. St.*, 28, 1962, págs. 25-55.
- H. B. MATTINGLY, «Athens and Aegina», *Historia*, 16, 1967, págs. 1-5.
- , «Athenian Finances in the Peloponnesian War», *Bull. Corr. Hell.*, 92, 1968, págs. 450-485.
- , «The Financial Decrees of Kallias», *Proc. Afric. Class. Ass.*, 7, 1964, págs. 35-55.
- , «The Protected Found in the Athenian Coinage Decree», *Amer. Journ. Phil.*, 95, 1974, págs. 280-284.
- M. F. MCGREGOR, «The Postscript of the First Quota-List», *Gr. Rom. Byz. St.*, 8, 1967, págs. 103-112.
- R. MEIGGS, «The Crisis of Athenian Imperialism», *Harvard Stud. Class. Phil.*, 67, 1963, págs. 1-36.
- R. MEIGGS, «The Dating of Fifth-Century Inscriptions», *JHS*, 86, 1966, págs. 86-98.
- B. D. MERITT, *Documents on Athenian Tribute*, Cambridge Mass., 1937.
- , *The Athenian Assessment of 425 B.C.*, Ann Arbor, 1934.
- , «The Early Athenian Tribute List», *Class. Phil.*, 38, 1943, págs. 223-239.
- B. D. MERITT, «Tribute Assessments in the Athenian Empire from 454 to 440 B.C.», *Amer. Journ. Arch.*, 29, 1925, págs. 247-271.
- H. D. MEYER, «Vorgeschichte und Begründon des delisch-attischen Seebundes», *Historia*, 12, 1963, págs. 405-446.
- A. S. NEASE, «Garrisons in the Athenian Empire», *Phoenix*, 3, 1949, págs. 102-111.
- H. W. PLEKET, «Thasos and the Popularity of the Athenian Empire», *Historia*, 12, 1963, págs. 70-77.
- H. POPP, «Zum Verhältnis Athens zu seinen Bündnern im attisch-delischen Seebund», *Historia*, 17, 1968, págs. 425-443.
- W. K. PRITCHETT, «The Koan Fragment of the Monetary Decree», *BCH*, 89, 1965, págs. 423-440.
- , «The Transfer of the Delian Treasury», *Historia*, 18, 1969, págs. 17-21.
- T. J. QUINN, «Political Groups in Lesbos during the Peloponnesian War», *Historia*, 20, 1971, páginas 405-417.
- , «Thucydides and the Unpopularity of the Athenian Empire», *Historia*, 13, 1964, páginas 257-266.
- E. S. G. ROBINSON, «The Athenian Currency Decree and the Coinages of the Allies», *Hesperia*, 8, 1950, págs. 324-340.
- J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'imperialisme Athénien*, Paris, 1947.
- R. SEALEY, «Notes Tribute Quota-List 5, 6 and 7 of the Athenian Empire», *Phoenix*, 24, 1970, páginas 13-28.
- G. TÉNÉKIDES, *La notion juridique d'indépendance et la tradition hellénique. Autonomie et fédéralisme aux V et IV siècles av. J.-C.*, Coll. de l'Institut Français d'Athènes 83, Atenas, 1954.
- H. TRIEPEL, *L'egemonia*, Florencia, 1949.
- M. B. WALLACE, «Early Greek Proxenois», *Phoenix*, 24, 1970, págs. 189-208.
- A. B. WEST, «The tribute List and Non-tributary Members of the Delian League», *Amer. His. Rev.*, 35, 1929-30, págs. 267-275.
- A. G. WOODHEAD, «The Institution of Hellenotamiae», *Journ. Hell. St.*, 79, 1959, págs. 149-152.
- F. R. WUST, «Amphiktyonie, Eidgenossenschaft, Symmarchie», *Historia*, 3, 1954, págs. 129-153.

CAPÍTULO XIX

- H. BRAUER, *Die Kriegsschuldfrage in der geschichtlichen Überlieferung des Peloponnesischen Krieges*, Diss., Münster, 1933.
- I. A. BRUCE, *A Historical Commentary in the Hellenica Oxyrhynchia*, Cambridge, 1967.
- , «The Corcyrian Civil War», *Phoenix*, 25, 1971, págs. 108 y ss.
- P. A. BRUNT, «Sparta Policy and Strategy in the Archidamien War», *Phoenix*, 19, 1965, páginas 255-80.
- , «The Megarian Decree», *AJP*, 72, 1951, págs. 269-82.
- G. L. CAWKWELL, «Anthemócritus and the Megarians and the Decree of Charinus», *REG*, 82, 1969, págs. 327-335.
- , «Thucydides' account of Periclean Strategy», *Yale Class. Studies*, 24, 1975, págs. 53 y ss.
- W. R. CONNOR, «Charinus' Megarian Decree», *AJP*, 83, 1962, págs. 225-246.
- G. E. M. de STE CROIX, *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres, 1972.
- V. EHRENBERG, «Perikles and his Collegues between 441 and 429 B. C.», *Am. Journ. Phil.*, 66, 1945, págs. 113-134.
- A. FUKS, «Thucydides and the stasis at Corcira», *AJP*, 92, 1971, págs. 48 y ss.
- D. GILLIS, «The Revolt at Mytilene», *AJP*, 92, 1971, págs. 38-47.
- A. W. GOMME, «The Athenian hoplite force in 431 B. C.», *C. Q.*, 21, 1927, págs. 142 y ss.
- , «Thucydides and Sphacteria», *C. Q.*, 17, 1924, págs. 36 y ss.
- G. B. GRUNDY, *Thucydides and the History of his Age*, Oxford, 1948.
- N. G. L. HAMMOND, «The campaigns in amphiloquia during the Archidamian War», *Proc. Brit. Sch. at Athens*, 37, 1936-37, págs. 128 y ss.
- B. W. HENDERSON, *The Great War between Athens and Sparta. A companion to the Military History of Thucydides*, Londres, 1927.
- A. J. HOLLADAY y J. POOLE, «Thucydides and the Plague at Athens», *C. Q.*, 29, 1979, págs. 282 y siguientes.
- L. HOMO, *Pericle. Una experiencia de democracia dirigida*, Méjico, 1959.
- D. W. KAGAN, *The Oubreak of the Peloponnesian War*, Nueva York, 1969.
- R. P. LEGON, «The megarian Decree and the balance of the Greek naval Power», *Clas. Philol.*, 68, 1973, págs. 161 y ss.
- M. A. LEVI, *Pericle*, Milán, 1980.
- , *Plutarco e il V secolo*, Milán-Varese, 1955.
- W. P. MAC ARTHUR, «The Athenian Plague: A Medical Note», *C. Q.*, 4, 1954, páginas 171-174.
- B. D. MERITT, «Athenian Covenant with Mytilene», *AJP*, 75, 1954, págs. 359-368.
- A. D. MOMIGLIANO, «Some Observations on Causes of War in Ancient Historiography» en *Acta Congressus Madvigiani. Proceedings of the Second International Congress of Classical Studies* Copenhague, 1954, I, 1958, págs. 199-211.
- D. L. PAGE, «Thucydides' description of the Great Plague at Athens», *C. Q.*, 3, 1953, págs. 97-119.
- L. PEARSON, «Prophasis and Aitia», *TAPA*, 83, 1952, págs. 205-223.
- F. P. RIZZO, «Il racconto della spedizione ateniese a Corcira in Ellanico e Tucidide», *Rev. Filol.*, serie tercera, 4, 1966, págs. 271-289.
- G. DE SANTIS, *Pericle*, Milán, 1944.
- J. J. SAYAS ABENGOCHEA, «La revolución de Corcira», *Hispania Antiqua*, 1, 1971, págs. 179-195.
- R. SEALEY, «Athens and the Archidamian War», *Proceedings of the African Classical Association*, 1, 1958, págs. 61-87.
- , «Thucydides, Herodotos and the Causes of War», *C. Q.*, 7, 1957, págs. 1-12.

- V. A. SIRAGO, «Campagna e contadini attici durante la guerra archidamica», *Orpheus*, 8, 1961, págs. 9-52.
- V. STEFFEN, «De Aristophane a Cleone in ius vocato», *Eos*, 47, 1954, págs. 7-21.
- W. E. THOMPSON, «The Chronology of 432-1», *Hermes*, 96, 1968, págs. 216-232.
- F. M. WASSERMANN, «Post-Periclean Democracy in Action. The Mytilene Debate (Thuc. III, 37-48)», *TAPA*, 87, 1956, págs. 27-41.
- A. B. WEST, *The Athenian assessment of 425 B. C.*, Ann. Arbor, 1934.
- H. D. WESTLAKE, «Athenian aims in Sicily, 427-424 B. C.», *Historia*, 9, 1960, págs. 385 y ss.
- , «Nicias in Thucydides», *C. Q.*, 35, 1941, págs. 58-65.
- , «Seaborne Raids in Periclean Strategy», *C. Q.*, 39, 1945, págs. 75-84.
- , «Sophocles and Nicias as Colleagues», *Hermes*, 84, 1956, págs. 110-116.
- , «Thucydides and the Fall of Amphipolis», *Hermes*, 98, 1962, págs. 276 y ss.
- T. E. WICK, «Thucydides and Megarian Decree», *Antiquité Classique*, 46, 1979, págs. 74 y ss.
- B. G. H. WILLIAMS, «The political mission of Gorgias to Athens in 427 B. C.», *C. Q.*, 25, 1931, págs. 52 y ss.

CAPÍTULO XX

- S. ACCAME, «La battaglia presso il Pireo del 403 a. C.», *Rev. di Filol.* 16, 1938, 346 y ss.
- R. ALLEN, *The Mutilation of the Herms: A Study in Athenian Politics*, Diss. Univ. of Cincinnati, 1951.
- A. AMIT, «The Melian Dialog and History», *Athenaeum*, 46, 1968, págs. 216 y ss.
- A. ANDREWES, «The Generals in the Hellespont» *JHS*, 73, 1953, págs. 2-9.
- O. AURENCHÉ, *Les groupes d'Alcibiade, de Leogoras et de Teucros. Remarques sur la vie politique athénienne en 415 av. J.C.*, París, 1974.
- G. BARBIERI, «Alcibiade e le strategie dal 411 al 408», en *Studi Calderini-Paribeni*, I, Milán, 1956, págs. 51-68.
- I. A. F. BRUCE, *An Historical Commentary on the Hellenica Oxyrhynchia*, Cambridge, 1967.
- P. A. BRUNT, «Thucydides and Alcibiades», *Rev. Etud. Grecques*, 65, 1952, págs. 59-96.
- F. CAMON, «La demagogia di Iperbolo», *Gionarli Italiano di Filologia*, 15, 1962, págs. 364-74.
- , «Le cariche pubbliche di Iperbolo», *Giornali Italiano di Filologia*, 16, 1963, págs. 46-59.
- , «L'ostracismo di Iperbolo», *Giornali Italiano di Filologia*, 16, 1963, págs. 142-62.
- M. CARY, «Notes on the revolution of the 400 at Athens», *JHS*, 72, 1952, págs. 56 y ss.
- E. CAVAINAC, «Les décarchies de Lisandre», *Rev. Et. Hist.*, 25, 1924, págs. 285 y ss.
- G. E. M. DE STE. CROIX, «The constitution of the Five Thousand», *Historia*, 5, 1956, págs. 1-23.
- G. DEININGER, *Der Melier-Dialog*, Erlangen, 1939.
- E. DELEBECQUE, *Thucydide et Alcibiade*, Publ. Fa. des Lettres Aix-en-Provence, 1965.
- G. DONINI, *La posizione di Tucidide verso il governo dei cinquemila*, Turin, 1969.
- S. DOW, «The Law Codes of Athens», *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, 71, 1953-57, págs. 3-36.
- W. EBERHARDT, «Der melierdialog und die Inschrift ATL A 9», *Historia*, 8, 1959, 284-314.
- V. EHREBERG, «Die Urhunden von 411», *Hermes*, 57, 1922, pág. 613.
- G. FABRIZIO, *Contributo storiografico-storico allo studio della guerra deceleica*, Milán, 1946.
- W. S. FERGUSON, «Sparta and the Peloponnese» y «The Athenian Expedition to Sicily», en *Cambridge Ancient History*, 5, 1927, 254-311.
- G. FERRARA, «La politica dei Meli in Tucidide», *P.P.*, 50, 1956, págs. 335-346.
- A. FUKS, *The Ancestral Constitution*, Londres, 1953.
- D. GILLIS, «Collusion at Mantinea. Retrospectiva política della situazione peloponnesiaca nel 418 a. C.», *Rend. Ist. Lombardo*, 97, 1963, págs. 199-226.
- R. GOOSSENS, «Autour de l'expédition de Sicile», *L'Antiquité Classique*, 15, 1946, págs. 43-60.

- D. KAGAN, «Argive Politics and Policy after the Peace of Nicias», *C. P.*, 57, 1962, págs. 209-218.
- D. H. KELLY, «What happened to the Athenians Captured in Sicily?», *Class. Rev.*, 20, 1970, págs. 277-307.
- T. KELLY, «Cleobulus Xenares and Thucydides' Account of the Demolition of Panactum», *Historia*, 21, 1972, 159-169.
- M. LANG, «The Revolution of the 400: Chronology and Constitution», *AJP*, 88, 1967, páginas 176-187.
- J. A. O. LARSEN, «Cleisthenes and the Development of the Theory of Democracy at Athens» en M. R. Konvitz y A. E. Murphy (eds.) *Essays in Political Theory presented to George H. Sabine*, Ithaca, N. Y., 1948, págs. 1-16.
- W. LIEBESCHUTZ, «Thucydides and the Sicilian Expedition», *Historia*, 17, 1968, págs. 289-306.
- D. LOTZE, *Lysander und der peloponnesische Krieg*, Abh. der Sächsischen Akad. der Wiss. zu Leipzig, Philol.-hist. Klasse 57, 1, 1964.
- M. F. MACGREGOR, «The Genius of Alcibiades», *Phoenix*, 19, 1965, págs. 27-46.
- S. MAZZARINO, «Tucidide e Filisto sulla prima spedizione ateniese in sicilia», *Bollettino Storico Catanese*, 4, 1939, págs. 5-72.
- , «Per la cronologia della spedizione 'periclea' in Sicilia», *Archivio Storico per la Sicilia Orientale*, 42-43, 1946-47, págs. 5-15.
- G. MEAUTIS, «Le dialogue des méliens et des athéniens», *R.E.G.*, 48, 1935, págs. 250 y ss.
- B. D. MERRITT, «The departure of Alcibiades for Sicily», *AJA*, 33, 1930, págs. 125-152.
- A. MOMIGLIANO, «Le cause della spedizione di Sicilia», *Riv. Fil. Class.*, 7, 1929, págs. 371-377.
- C. MOSSE, «La rôle de l'armée dans la révolution de 411 à Athènes», *Rev. Hist.*, 231, 1964, páginas 1-10.
- J. A. R. MUNRO, «The End of the Peloponnesian War», *C. Q.*, 31, 1937, págs. 32 y ss.
- H. NEUMANN, «Die Politik Athens nach dem Niciasfrieden und die Datierung des Ostrakismos des Hyperbolos», *Klio*, 29, 1936, págs. 33 y ss.
- H. W. PARKE, «The development of the second Spartan empire, 405-371 B. C.», *JHS*, 50, 1930, págs. 37 y ss.
- A. PIGANIOL, «Deux notes sur l'expédition de Sicile», *Rev. des Etud-Grecques*, 50, 1937, páginas 1-14.
- W. K. PRICHETT, «Expeditures of Athena 408-406 B. C., and the hellenotamiai», *Bull. Corr. Hell.*, 88, 1964, págs. 455-481.
- , «The Thucydidean Summer of 411 B. C.», *Class. Philol.*, 60, 1965, págs. 259-261.
- A. E. RAUBITSCHHECK, «Theopompus on Hyperbolos», *Phoenix*, 9, 1955, págs. 122-26.
- A. RHEM, «Über die sizilischen Bücher des Thukydides», *Philologus*, 89, 1934, págs. 133-160.
- P. J. RHODES, «The Five Thousand in the Athenian Revolutions of the 411 B. C.», 92, 1972, págs. 115-127.
- J. J. SAYAS ABENGOCHEA, «Las ideas políticas de Tucídides», *Rev. de Estudios Políticos*, 185, 1972, págs. 45-62.
- R. SEAGER, «Alcibiades and the Charge of Aiming at Tyranny», *Historia*, 16, 1967, págs. 6-18.
- R. SEALEY, «Constitutional Changes in Athens in 410 B. C.», *CSCA*, 8, 1975, págs. 271-295.
- L. SECHAN, «Deux grandes figures athéniennes: Thucydide, Alcibiade», *Rev. Etud. Grecques*, 79, 1966, págs. 482-92.
- A. SIMONETTI, «Alcibiade e i cavalli», *Rend. Ist. Lomb.*, 103, 1969, 273-286.
- E. R. SMITH, «Lysander and the Spartan empire», *Class. Philol.*, 43, 1948, págs. 145 y ss.
- F. D. SMITH, *Athenian political commissions*, Diss., Chicago, 1920.
- M. TREU, «Der Stratege Demosthenes», *Historia*, 5, 1956, págs. 420-447.
- G. VLASTOS, «The Constitution of the Five Thousand», *AJP*, 73, 1952, págs. 189-198.
- H. D. WESTLAKE, «Corinth and Argive coalition», *AJP*, 61, 1940, págs. 414 y ss.
- U. WILCKEN, «Zur oligarchischen Revolution in Athen vom Jahr 411 v. Chr.», *SB Berlin*, 3, 1935, 34 y ss.

A. M. WOODWARD, «Financial Documents from the Athenian Agora», *Hesperia*, 32, 1963, págs. 144-155.

CAPÍTULO XXI

- S. ACCAME, *Ricerche intorno alla guerra corinzia*, Nápoles, 1951.
- R. ALAIN DE LAIX, *Probouleusis at Athens. A Study of Political Decision Making*, Los Ángeles, 1972.
- J. K. ANDERSON, *Military theory and practice in the age of Xenophon*, California, 1970.
- G. L. CAWKWELL, «The imperialis, of Thrasybulus», *C.Q.*, 16, 1976, págs. 270 y ss.
- , «The King's Peace», *C.Q.*, 31, 1981, págs. 69 y ss.
- J. CHRISTIEN, «La Loi d'Epitadeus. Un aspect de l'histoire économique et social à Sparte», *Rev. Hist. du Droit Franç. et Etrang.*, 55, 1954, págs. 197 y ss.
- J. K. DAVIES, *Athenian Propertied Families 600-300 B.C.*, Oxford, 1971.
- D. ENGELS, *Alexander the Great and the logistics of the Macedonian army*, California, 1977.
- A. FUKS, «Isokrates and the social-economic situation in Greece», en *Ancient Society*, III, 1972, págs. 7 y ss.
- A. W. GOMME, *Population of Athens*, Oxford, 1933.
- G. T. GRIFFITH, «The Union of Corinth and Argos 392-386 B.C.», *Historia*, 1, 1950, págs. 236-256.
- N. G. L. HAMMOND, *Empirus*, Oxford, 1967.
- R. HOPPER, *Trade and Industry in classical Greece*, Londres, 1979.
- S. HORNBLOWER, *Mausolus*, Oxford, 1982.
- A. H. M. JONES, *Athenian Democracy*, Oxford, 1957.
- S. LAUFFER, *Die Bergwerkssklaven von Laureion I-II*, Mainz, 1955-56.
- D. MACDOWALL, *Andokides on the mysteries*, Oxford, 1962.
- B. MACDONAL, «The emigration of potter from Athens in the late fifth century and its effects on the Attic pottery industry», *AJA*, 85, págs. 157 y ss.
- C. MOSSÉ, *Athens in Decline*, Londres, 1973.
- , *La fin de la Démocratie athénienne*, Paris, 1962.
- F. NOLTE, *Die historisch-politischen Voraussetzungen des Königsfriedens vom 386 v. Chr.*, *Frankfurter Diss.*, Bamberg, 1923.
- H. W. PARKE, «The development of the second Spartan empire», *JHS*, 1, 1930, págs. 37 y ss.
- , «The Development of the Second Spartan Empire», *JHS*, 50, 1930, págs. 37 y ss.
- J. PECIRKÁ, *The formula for the Grant of Enktesis in Attic Inscriptions*, Praga, 1966.
- W. K. PRITCHETT, *Greek state at War*, California, II, 1974.
- W. W. TARN, *Hellenistic military and naval development*, Cambridge, 1930.
- P. TREVES, «Introduzione alla storiaguerra corinzia», *Athenaeum*, 16, 1938, págs. 65 y ss.
- , «Note sulla guerra corinzia», *Riv. di Filologia*, 15, 1937, págs. 113 y ss.
- H. T. WADE-GREY, *Essays in Greek History*, Oxford, 1958.

CAPÍTULO XXII

- S. ACCAMI, *La lega ateniense del secolo IV a.C.*, Roma, 1941.
- J. BUCKLER, «The alleged Theban-Spartan alliance of 386 B.C.», *Eranos*, 78, 1980, págs. 179 y ss.
- , «The re-establishment of the Boiotarchia 378 B.C.», *AJAH*, 4, 1979, págs. 50 y ss.
- G. BUSOLT, «Spartas Heer und Leuctra», *Hermes*, 40, 1905, págs. 387 y ss.
- I. CALABI, *Ricerche sui rapporti tra le poleis*, Florencia, 1953.
- G. L. CAWKWELL, «Epaminondas and Thebes», *C.Q.*, 22, 1972, págs. 254-278.

- , «The foundation of the Second Athenian Confederacy», *C.Q.*, 23, 1973, págs. 47 y siguientes.
- , «Notes on the Peace of 375-4», *Historia*, 12, 1963, págs. 84-95.
- P. CLOCHÉ, «La politique de L'Athenien Callistratos», *REA*, 25, 1925, págs. 22 y ss.
- , «Isocrate et Calistratos», *Rev. belg. de philos. et hist.*, 6, 1927, págs. 673 y ss.
- H. W. PARKE, «Herippidas harmost at Thebes», *C.Q.*, 21, 1927, págs. 162 y ss.
- D. G. RICE, *Why Sparta failed. A Study of Politics and Policy from the Peace of Antalkidas to the Battle of Leuctra*, Diss. Yale, 1971.
- T. T. B. RYDER, *Koine Eirene*, Oxford, 1965.
- , «Spartan relations with Persia after the King's peace a strange story in Diodorus XV 9», *C.Q.*, 57, 1963, 105-109.
- R. SEAGER, «The King's Peace and the balance of power in Greece 386-362 B.C.», *Athenaeum*, 52, 1974, págs. 36 y ss.
- R. SEALEY, «IG II² 1609 and the transformation of the second Athenian sea-league», *Phoenix*, 11, 1957, págs. 95-111.
- A. G. WOODHEAD, «Chabrias, Timotheus and the Aegean allies, 375-373 B.C.», *Phoenix*, 16, 1962, págs. 258-266.

CAPÍTULO XXIII

- J. BUCKLER, *The Theban hegemony 372-362 B.C.*, Cambridge, 1980.
- F. CARRERA THOMES, *Egemonia beotica e potenza marittima nella politica di Epaminonda*, Turín, 1952.
- P. CLOCHE, *Thèbes des Beoties des origines à la conquête romaine*, Paris-Namur, 1952.
- J. K. DAVIES, «The Date of I. G. II² 1609», *Historia*, 18, 1969, págs. 309-333.
- M. LALOUETTE, *Thebes ou la naissance d'un Empire*, Paris, 1986.
- J. A. O. LARSEN, *Greek federal states*, Oxford, 1968.
- , *Representative government*, California, 1955.
- R. MOYSEY, *Greek relations with the Persian Satraps: 371-343 B.C.*, Michigan, 1975.
- C. A. ROEBRUCK, *A history of Messenia from 369 to 146 B.C.*, Chicago, 1941.
- P. ROESCH, *Thespiens et la confederation beotienne*, Paris, 1965.
- T. T. B. RYDER, *Koine Eirene*, Oxford, 1965.
- F. TEAGER, *Der Frieden von 362-1. Ein Beitrag zur Geschichte der panhellenischen Bewegung im 4. Jahrh.*, Stuttgart, 1930.
- H. D. WESTLAKE, *Thessaly in the fourth century B.C.*, Londres, 1935.

CAPÍTULO XXIV

- J. J. BUCHANAN, *Teorika. A Study of Monetary Distributions to the Athenian Citizenry during the fifth and fourth Centuries B. C.*, Nueva York, 1962.
- J. M. CARTER, «Athens, Euboea and Olynthus», *Historia*, 20, 1971, págs. 418-429.
- G. L. CAWKWELL, «Aeschines and the Peace of Philokrates», *TEG.*, 83, 1960, págs. 416 y ss.
- , «The defence of Olynthus», *C. Q.*, 19, 1969, págs. 245-265.
- , «The Peace of Philokrates again», *C. Q.*, 28, 1978, págs. 93 y ss.
- P. CLOCHE, *Historie de la Macédonie jusqu'à l'avènement d'Alexandre le Grand*, Paris, 1960.
- , *Un fondateur d'empire, Philippe II roi de Macédonie*, Saint-Etienne, 1955.
- J. R. ELLIS, *Philip II and Macedonian imperialism*, Londres, 1976.
- PH. GAUTHIER, *Un commentaire historique des Poroi de Xenophon*, Paris-Ginebra, 1976.
- F. GRANIER, *Die makedonische Heeresversammlung*, Munich, 1931.
- N. J. HACKETT, *The Third Sacred War*, Cincinnati, 1970.

- N.G.L. HAMMOND, *History of Macedon*, I, Oxford 1972; II, en colaboración con G. T. Griffith, Oxford, 1979.
- M. B. HATZOPOULOS y otros, *Philip of Macedon*, Atenas, 1980.
- A. MOMIGLIANO, *Filippo il Macedone*, Florencia, 1934.
- R. PARABENI, *La Macedonia fino ad Alessandro Magno*, Milán, 1947.
- S. PERLMAN, *Philip and Athen*, Cambridge, 1973.
- D. RAYMOND, «Macedonian royal coinage to 413 B. C.», en *Numismatic Notes and Monographs*, 126, 1953.
- M. SORDI, *La lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, 1958.
- R. THOMSEN, *Eisphora*, Copenhagen, 1964.

CAPÍTULO XXV

SOCIEDAD

- J. K. ANDERSON, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon*, California, 1970.
- A. ANDREWES, *Greek Society*, Londres, 1971.
- M. T. W. ARHEIM, *Aristocracy in Greek Society*, 1977.
- E. BADIAN (ed), *Ancient Society and Institutions: Studies presented to Victor Ehrenberg*, Oxford, 1966.
- J. BELOCH, *La popolazione del mondo greco romano*, Milán, 1909.
- F. BOMER, *Untersuchungen über die Religion der Skalaven in Griechenland und Rom*, Wiesbaden, 1958.
- P. BRIANT, *Rois, tributs et pausans*, París, 1982.
- M. BROADBENT, *Studies in Greek Genealogy*, Leiden, 1968.
- N. BROCKMEYER, *Bibliographie zur antiken Sklaverei*, Bochum, 1971.
- F. BOURRIOT, *Recherches sur la nature du génois, Étude d'histoire sociale athénienne*, 2 vols., 1976.
- A. CALDERINI, *La manomissione e la condizione dei liberti in Grecia*, Milán, 1908.
- M. CLERC, *Les mètèques athéniens*, París, 1893.
- G. E. M. DE STE CROIX, *The class struggle in the ancient Greek World*, Londres, 1981.
- J. K. DAVIES, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.*, Oxford, 1971.
- P. DUCREY, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique des origines à la conquête romaine*, París, 1968.
- M.I. FINLEY, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, 1982.
- M. I. FINLEY y otros, *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua*, Madrid, 1979.
- Ph. GAUTHIER, *Symbola, Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy, 1972.
- L. GERNET, *Anthropologie de la Grèce antique*, París, 1968.
- G. GLOTZ, *La solidarité de la famille dans le droit criminel en Grèce*, París, 1904.
- F. GSCHNITZER, *Historia Social de Grecia. Desde el Periodo Micénico hasta el Final de la época clásica*, Madrid, 1987.
- A. R. W. HARRISON, *The Law of Athens: Family and Property*, Oxford, 1968.
- J. HASEBROEK, *Griechische Wirtschafts und Gesellschaftsgeschichte bis zur Perserzeit*, Tübinga, 1931.
- N. HIMMELMANN, *Herren und Sklaven. Die Sklaverei im oikonomischen und politischen Schigen*.
- S. C. HUMPHREYS, *Anthropology and the Greeks*, Londres, 1978.
- B. JORDAN, *The Athenian Navy in the Classical Period. A Study of Athenian Naval Administration and Military Organization in the Fifth and Fourth Centuries B. C.*, 1975.
- H. G. KIPPENBERG (ed.), *Seminar: Die Entstehung der antiken Klassengesellschaft*, Frankfurt, 1977.
- J. KROMAYER y G. VEITH, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*, Handbuch der altertimswissenschaft, 1928.

- F. KUDLIEN, *Die Skalven in der griechischen Medizin der klassischen und hellenistischen Zeit*, Wiesbaden, 1968.
- W. K. LACEY, *The Family in classical Greece*, Londres, 1968.
- D. LOTZE, *Metaxu eleutheron kai doulon*, Berlín, 1959.
- H. W. PARKE, *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle of Ipsus*, Oxford, 1933.
- R. V. POHLMANN, *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*, 2, volúmenes, Munich, 1925.
- W. K. PRITCHETT, *The Greek State at War*, 4 vol. California, 1974-1985.
- D. ROUSSEL, *Tribu et cité. Études sur les groupes sociaux dans les cités grecques aux époques archaïque et classique*, 1976.
- R. L. SARGENT, *The Size of the Slave Population at Athens*, Univ. of Illinois Studies on the Social Sciences XII, 3, 1924.
- K. L. SINGH, *The Impact of Family Relationships in Athenian Politics 594-322 B. C.*, Diss. Univ. Wisc., 1971.
- J. P. VERNANT, *Mythe et société en Grèce ancienne*, París, 1974.
- (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, 1968.
- P. VIDAL-NAQUET, *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique*, París, 1970.
- D. WHITEHEAD, *The ideology of the Athenian Metic*, Cambridge Philological Society, suplemento, 4, 1977.
- E. WILL, *Doriens et Ioniens*, París, 1956.
- R. F. WILLETTTS, *Aristocratic Society in Ancient Crete*, Londres, 1955.

ECONOMÍA

- A. ANDREADES, *Geschichte der griechischen Staatswirtschaft*, Munich, 1931.
- J. ANNEQUIN y otros (ed.), *Formes d'exploitation du travail et rapports sociaux dans l'antiquité classique (Recherches internationales à la lumière du marxisme, 84)*, París, 1975.
- D. ASHERI, *Distribuzioni di terra nell'antica grecia*, Turín, 1966.
- M. AUSTIN y P. VIDAL-NAQUET, *Economies et Sociétés en Grèce ancienne*, París, 1972.
- J. P. BARRON, *The Silver Coins of Samos*, Londres, 1966.
- G. BODEI GIGLIONI, *Lavori pubblici e occupazione nell'antichità classica*, Bolonia, 1974.
- R. BOGAERT, *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leyden, 1968.
- , *Les origines antiques de la banque de dépôt*, Leyden, 1966.
- A. BOCKH, *Die Staatshaushaltung der Athener, I-II*, Berlín, 1886.
- H. BOLKESTEIN, *Economic Life in Greece's Golden Age*, Leyden, 1958.
- L. BRENTANO, *Das Wirtschaftsleben der antiken Welt*, Hildesheim, 1961.
- P. BRUN, *Eisphora-Syntaxis-Stratiotika. Recherches sur les finances militaires d'Athènes au IV s. av. J. C.*, 1983.
- K. BUCHER, *Die Entstehung der Volkswirtschaft, I-II*, Tübingen, 1893.
- A. M. BURFORD, *Craftsmen in Greek and Roman society*, Ithaca, Nueva York, 1972.
- , *The Greek Temple Builders at Epidaurus. A social and economic study of buildings in the Asklepion sanctuary during the 4 and early 3rd B. C.*, Liverpool, 1969.
- G. M. CALHOUN, *The Business Life of Ancient Athens*, Chicago, 1926.
- M. R. CATAUDELLA, *Atene fra il VII e il VI secolo: aspetti economici e sociali dell'Attica arcaica*, Catania, 1966.
- P. CLOCHÉ, *Les classes, les métiers, le trafic*, París, 1931.
- J. K. DAVIES, *Athenian propertied families*, Oxford, 1971.
- , *Wealth and the power of wealth in classical Athens*, Londres, 1984.
- M. DETIENNE, *Crise agraire et attitude religieuse chez Hésiode*, Bruselas, 1963.

- M. I. FINLEY, *Economía de la Antigüedad*, Madrid, 1974.
- , *La Grecia antigua: Economía y sociedad*, Madrid, 1984.
- , *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, Paris, 1973.
- A. FRENCH, *The Growth of the Athenian Economy*, Londres, 1964.
- P. GARNSEY y C. R. WHITTAKER (eds.), *Trade and Famine in classical Antiquity*, 1983.
- P. GARNSEY (ed.), *Non-Slave Labour in the Greco-Roman World*, Proceedings of the Cambridge Philological Society, supl. 6, 1980.
- G. GERA, *L'Imposizione progressiva nell'Antica Atene*, Roma, 1975.
- L. GERNET, *L'approvisionnement d'Athènes en blé au V et IV siècles*, Paris, 1909.
- G. GLOTZ, *Le travail dans la Grèce ancienne*, Paris, 1920.
- P. GUIRAUD, *La main d'oeuvre industrielle dans l'ancienne Grèce*, Paris, 1900.
- , *La Propriété foncière en Grèce*, Paris, 1893.
- J. HASEBROEK, *Staat und Handel im alten Griechenland*, Tübingen, 1928, *Trade and Politics in Ancient Greece*, Londres, 1933.
- J. F. HEALY, *Mining and Metallurgy in the Greek and Roman World*, Londres, 1978.
- H. HEATON, *Economic History of Europe*, Nueva York, 1963.
- F. M. HEILCHELHEIM, *An Ancient Economic History*, 3 vols. Leyden, 1958-1970.
- R. HOPPER, *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres, 1979.
- S. C. HUMPHREYS, «Cità e campagna nella Grecia antica», *Riv. Stor. Ital.*, 83, 1971, págs. 124-129.
- J. IMBERT, *Histoire économique*, Paris, 1951.
- A. JARDÉ, *Les céréales dans l'antiquité grecque*, Paris, 1925.
- H. KNORRINGA, *Emporos. Data on Trade and Trader in Greek Literature from Homer to Aristotele*, Amsterdam, 1926.
- C. M. KRAAY, *Coins of Ancient Athens*, Oxford, 1968.
- , *Greek Coins and History*, Londres, 1969.
- , *The Composition of Greek Silver Coins*, Oxford, 1962.
- K. KOSTER, *Die Lebensmittelversorgung der altgriechischen Polis*, Berlín, 1939.
- S. LAUFFER, *Die Bergwerkssklaven von Laureion i-ii*, Wiesbaden, 1955-1956.
- J.-PH. LEVY, *L'Economie Antique*, Paris, 1969.
- R. MEIGGS, *Trees and Timber in the Ancient Mediterranean World*, Oxford, 1982.
- E. MEYER, *Die wirtschaftliche Entwicklung des Altertums. Kleine Schriften*, I, 1910.
- H. MICHELL, *The Economics of Ancient Greece*, Cambridge, 1956.
- C. MOSSÉ, *El trabajo en Grecia y Roma*, Madrid, 1980.
- D. MUSTI, *L'economia in Grecia*, 1981.
- L.-H. PARIAS y otros, *Histoire générale du Travail*, I, Paris, 1959.
- H. W. PLEKET, *Epigraphica*, vol. I.: *textes on the economic history of the Greek World*, Leyden, 1964.
- A. PETINO, *Storia Economica. Il mondo antico*, Catania, 1961.
- H. RICHARDOT, *Histoire des faits économiques*, Paris, 1963.
- K. RIEZLER, *Über Finanzen und Monopole im alten Griechenland*, Berlín, 1907.
- C. A. ROEBUCK, *Tonian Trade and Colonization*, Nueva York, 1959.
- M. ROSTOVITZEFF, *Historia social y económica del mundo helénistico*, 2 vols., Madrid, 1967.
- D. SCHAPS, *Economic rights of women in ancient Greece*, Edimburgo, 1979.
- C. SELTMAN, *Greek Coins*, Londres, 1955.
- , *Wine in the Ancient World*, Londres, 1957.
- C. G. STARR, *Athenian Coinage, 480-449 B.C.*, Oxford, 1970.
- R. THOMSEN, *Eisphora: a Study of direct taxation in Ancient Athens*, Copenhagen, 1964.
- J. TOUTAIN, *L'économie antique*, Paris, 1927.
- A. P. USHER, *The Early History of Deposit Banking in Mediterranean Europe*, I, Cambridge Mass, 1943.
- C. F. VILLARD, *Les Vases Grecs*, Paris, 1956.

- R. VISSCHER, *Dans einfach Leben*, Gotinga, 1965.
 E. C. WELSKOPF, *Die Produktionsverhältnisse im Alten Orient und in der griechisch-römischen Antike*, Berlín, 1957.
 E. CHF. WELSKOPF (ed.), *Neue Beiträge zur Geschichte der Alten Welt*, I, 1964, págs. 239 y siguientes.

CAPÍTULO XXVI

FILOSOFÍA

Presocráticos

- J. BURNET, *Early Greek philosophy*, Londres, 1930.
 G. CALOGERO, *Storia della logica antica*, I, *L'età arcaica*, Bari, 1967.
 G. CASERTANO, *La nascita della filosofia vista dai greci*, Nápoles, 1977.
 F. M. CLEVE, *The Giants of Pre-Sophistic Greek Philosophy*, La Haya, 1965.
 A. COVOTTI, *I presocratici*, Nápoles, 1934.
 D. FURLEY; Y R. E. ALLEN; *Studies in presocratic philosophy*, Londres, 1970.
 TH. GOMPERZ, *Pensatori greci*, I. Florencia, 1967.
 G. S. KIRK; Y J. S. RAVEN; *The Presocratic Philosophers*, Cambridge, 1957.
 R. LAHAYE, *La philosophie ionienne: L'Ecole de Milet*, París, 1967.
 R. MONDOLFO, *Il pensiero antico*, Florencia, 1970.
 E. PACI, *Storia del pensiero presocratico*, Londres, 1970.

Pitagorismo

- W. BURKERT, *Weisheit und Wissenschaft, Studien zu Phytagoras, Philolaos und Platon*, Nürnberg, 1962.
 J. A. PHILIP, *Phytagoras and Early Pythagoreanism*, Toronto, 1956.
 E. ROUGIER, *La religion astrale des Pythagoriciens*, París, 1959.
 M. TIMPANARO CARDINI, *Pitagorici, testimonianze e frammenti*, vol. I-III, Florencia, 1969.

Heráclito

- K. AXELOS, *Héraclite et la philosophie*, París, 1962.
 K. DEICHGRABER, *Rythmische Elemente in Logos des Heraklit*, Wiesbaden, 1963.
 HEIDEGGER, *Heraklit*, Constanza, 1954.
 G. S. KIRK, *Heracitus. The Cosmic Fragments*, Cambridge, 1954.
 R. MONDOLFO; Y L. TARAN; *Eracilito. Testimonianze e imitazione*, Florencia, 1972.
 H. QUIRING, *Heraklit*, Berlín, 1959.
 C. RAMNOUX, *Héraclite ou l'homme entre les choses et les mots*, París, 1959, 1968.
 L. WINTERHALDER, *Das Wort Heraklits*, Stuttgart, 1962.

Parménides

- K. BORMANN, *Parmenides*, Hamburgo, 1971.
 A. CAPIZZI, *Introduzione a Parmenide*, Bari, 1975.
 J. H. M. M. LOENEN, *Parmenides Melissus Gorgias*, Assen, 1959.
 J. MANSFELD, *Die Offenbarung des Parmenides und die menschliche Welt*, Assen, 1964.
 A. P. D. MOURELATOS, *The Route of Parmenides*, New Haven, 1970.
 M. UNTERSTEINER, *Parmenide, testimonianze e frammenti*, Florencia, 1958.

Empédocles

- J. BOLLACK, *Empédocle*, París, 1965.
G. COLLI, *Empédocle*, Pisa, 1949.
G. NELOD, *Empédocle d'Agrigent*, Bruselas, 1959.
J. ZAFIROPULO, *Empédocle d'Agrigent*, París, 1953.

Demócrito

- V. E. ALFIERI, *Atomos Idea, L'origine del concetto dell'atomo nel pensiero greco*, Florencia, 1953.
C. BAILEY, *The Greek Atomists and Epicurus*, Oxford, 1928.
F. ENRIQUES; Y M. MAZZIOTTI; *La doctrina di Democrito d'Abdera*, Bolonia, 1948.
D. J. FURLEY, *Two Studies in the Greek Atomists*, Princeton, 1967.
A. POTAGA, *Zur Philosophie Demokrits*, Innsbruck, 1961.

Anaxágoras

- D. CIURNELLI, *La filosofia di Anassagora*, Padua, 1947.
F. M. CLEVE, *The Philosophy of Anaxagoras*, Oxford, 1949.
D. E. GERSHENSON; Y D. A. GREENBERG; *Anaxagoras and the Birth of Philosophy*, Nueva York, 1964.
F. ROMANO, *Anassagora*, Padua, 1965.
J. ZAFIROPULO, *Anaxagore de Clamozène*, París, 1948.

Sofística

- E. DUPREEL, *Les Sophistes*, Neuchâtel, 1948.
A. LEVI, *Storia della sofistica*, Nápoles, 1966.
M. UNTERSTEINER, *I sofisti*, Turín, 1949; 1967².

Protágoras

- G. M. SCIACCA, *Gli dei in Protagora*, Palermo, 1958.
S. ZEPPI, *Protagora e la filosofia del suo tempo*. Florencia, 1961.

Gorgias

- R. MORESCHINI, *Gorgia*, Turín, 1969.
R. VITALI, *Gorgia: retorica e filosofia*, Urbino, 1971.

Sócrates

- F. ADORNO, *Introduzione a Socrate*, Bari, 1970.
S. BLASYCCU, *Socrate*, Milán, 1972.
O. GIGON, *Sokrates*, Berna, 1947.
V. DE MAGALHAES VILHENA, *Le problème de Socrate*, París, 1952.
A. E. TAYLOR, *El pensamiento de Sócrates*, Méjico, 1955².
A. TOVAR, *Vida de Sócrates*, Madrid, 1947.

Platón

- G. CAMBIANO, *Platone e le tecniche*, Turín, 1971.
H. CHERNISS, *The Riddle of the Early Academy*, Berkeley, 1945.
K. VON FRITZ, *Platon in Sizilien*, Berlín, 1968.
M. ISNARDI PARENTE, *Filosofia e politica nelle lettere di Platone*, Nápoles, 1970.
—, *Studi sull'Accademia platonica*, Florencia, 1979.
G. RYLE, *Plato's Progress*, Cambridge, 1966.
J. WIPPERN, *Das Problem der ungeschriebenen Lehre Platons*, Darmstadt, 1972.

Pindaro

- E. L. BUNDY, *Studia pindarica I. The eleventh Olympian ode*, Berkeley, 1962.
R. W. B. BURTON, *Pindar's Pythian Odes*, Oxford, 1962.
J. D. DUCHEMIN, *Pindare poète et prophète*, París, 1955.
M. FERNÁNDEZ GALLIANO (ed.), *Pindaro. Olímpicas*, Madrid, 1956.
B. A. GRONINGEN, *Pindare au banquet*, Leiden, 1960.
J. IRIGOIN, *Histoire du texte de Pindare*, París, 1952.
A. KOHNKEN, *Die Funktion des Mythos bei Pindar*, Berlín-Nueva York, 1971.
E. THUMMER, *Die Religiosität Pindars*, Innsbruck, 1957.
M. UNTERSTEINER, *La formazione poetica di Pindaro*, Mesina-Florencia, 1951.

Esquilo

- G. CERRI, *Il linguaggio político nel Prometeo di Eschilo. Saggio di semantica*, Roma, 1975.
M. GRIFFITH, *The Autenticity of the Prometheus Bond*, Cambridge, 1977.
C. MIRALLES, *Tragedia y política en Esquilo*, Barcelona, 1968.
G. MURRAY, *Esquilo, creador de la tragedia*, Buenos Aires, 1954.
W. NESTLE, *Menschliche Existenz und politische Erziehung in der Tragödie des Aischylos*, Stuttgart, 1934.
G. THOMSON, *Eschilo e Atene*, Turín, 1949.
E. C. YORKE, *L'autenticité et la date du Prométhée enchaîné d'Eschyle*, Neuchâtel-Ginebra, 1960.

Sófocles

- V. EHRENBERG, *Sophocles and Pericles*, Oxford, 1954.
M.^a R. LIDA, *Introducción al teatro de Sófocles*, Buenos Aires, 1944.
O. LONGO, *Sofocle, Edipo Re*, Florencia, 1972.

Eurípides

- V. DI BENEDETTO, *Euripide: teatro e società*, Turín, 1971.
E. DELEBECQUE, *Euripide et la guerre du Péloponnèse*, París, 1951.
S. MICHAELIS, *Das Ideal der attischen Demokratie in den Hiketiden des Euripides und im Epi-taphios des Thukidides*, Diss. Marburgo, 1951.
G. MURRAY, *Eurípides y su época*, Méjico, 1949.
G. PADUANO, *La formazione del mondo ideologico e poetico di Euripide*, Pisa, 1968.
G. ZUNTZ, *The Political Plays of Euripides*, Manchester, 1955.

La Comedia

- C. AUSTIN, *Comicorum Graecorum Fragmenta in Papyris reperta*, Berolini-Novii Eboraci, 1973.
A. BELLESORT, *Athènes et son théâtre*, Paris, 1954.
P. GEISSLER, *Chronologie der altattischen Komödie*, Berlin, 1925.
F. GUGLIELMINO, *Poeti della commedia attica antica*, Catania, 1945.
A. N. LITTLE, *Myth and Society in Attic Drama*, Nueva York, 1942.

Aristófanés

- E. DE CARLI, *Aristofane e la sofistica*, Florencia, 1971.
V. EHRENBERG, *L'Atene di Aristofane*, Florencia, 1957.
W. KASSIES, *Aristophanes Traditionalisme*, Amsterdam, 1963.
B. MARZULLO, *Aristofane. Le commedie*, Bari, 1968.
S. MURRAY, *Aristophanes and the War Party*, Londres, 1918.
G. NICOSIA, *Aristofane e il pensiero politico greco del secolo V a de C.*, Roma, 1939.
C. F. RUSSO, *Aristofane autore di teatro*, Florencia, 1962.
F. TURATO, *Il problema storico delle «Nuvole» di Aristofane*, Padua, 1972.

Historia

- F. CHATELET, *El nacimiento de la Historia*, 2 vols., Madrid, 1978.
K. VON FRITZ, *Die Griechische Geschichtsschreibung*, Berlin, 1967.
G. F. GIANOTTI, *Mito e storia nel pensiero greco*, Turin, 1976.
E. A. HAVELOCK, *Cultura orale e Civiltà della scrittura, da Homero a Platone*, Roma-Bari, 1973.
F. JACOBY, *Griechische Historiker*, Stuttgart, 1956.
S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, Bari, 1966.
D. ROUSSEL, *Los Historiadores griegos*, Buenos Aires, 1975.

Heródoto

- D. FEHLING, *Die Quellenangaben bei Herodot. Studien zur Erzählkunst Herodotos*, Berlin, 1971.
PH-F. LEGRAND, *Hérodote, Introduction*, Paris, 1932.
J. MYRES, *Herodotus, the father of history*, Oxford, 1953.
POHLENZ, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber des Abendlandes*, Leipzig, 1937.
J. E. POWELL, *The History of Herodotus*, Cambridge, 1939.
W. W. WELLS, *Studies on Herodotus*, Oxford, 1923.
H. WOOD, *The Histories of Herodotus. An Analysis of the Formal Structure*, La Haya-Paris, 1972.
K. WUEST, *Politisches Denken bei Herodot*, Diss., Munich, 1935.

Tucidides

- F. E. ADCOCK, *Thucydides and his History*, Cambridge, 1963.
E. DELEBECQUE, *Thucydide et Alcibiade*, Aix-en Provence, 1968.
A. W. GOMME, *A Historical Commentary on Thucydides*, I-III, Oxford, 1945-56.
A. W. GOMME; A. ANDREWES; Y K. J. DOVER; *A Historical Commentary on Thucydides*, IV, Oxford, 1970.

- B. HEMMERDINGER, *Essai sur l'histoire du texte de Thucydide*, Paris, 1955.
 H. J. HUNTER, *Thucydides. The Artful Reporter*, Toronto, 1973.
 A. KLEINLOGEL, *Geschichte des Thukydidestextes im Mittelalter*, Berlin, 1965.
 J. DE ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide*, Paris, 1956.
 —, *Thucydide et l'impérialisme athénien*, Paris, 1947.
 H. P. STAHL, *Thukydides*, Munich, 1966.
 H. D. WESTLAKE, *Individuals in Thucydides*, Cambridge, 1968.
 A. G. WOODHEAD, *Thucydides on the Nature of Power*, Cambridge, 1969.

Jenofonte

- H. R. BREITENBACH, *Historiographische Anschauungsformen Xenophons*, Diss., Freiburg, 1950.
 E. DEBELECQUE, *Essai sur la vie de Xénophon*, Paris, 1957.
 W. P. HENRY, *Greek historical Writing. A Historiographical Essay based on Xenophons Hellenica*, Chicago, 1957.
 J. LUCCIONI, *Xénophon et le Socratism*, Paris, 1953.
 G. B. NUSSBAUM, *The Ten Thousand. A Study in Social Organization and Action in Xenophon's Anabasis*, Leiden, 1967.
 E. M. SOULIS, *Xenophon and Thucydides*, Atenas, 1972.

Oratoria

- F. BLASS, *Die attische Beredsamkeit*, Leipzig, 1878¹, 1893², reimpresión en Hildesheim, 1966-67, en 4 vols.
 A. KRUMBACHER, *Die Stimmbildung der Redner im Altertum bis auf die Zeit Quintilians*, Paderborn, 1920.
 LAVENCY, *Aspects de la logographie judaïque attique*, Lovaina, 1964.
 E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa*, I, Leipzig, 1898.
 W. PILZ, *Der Rhetor im attischen Staat*, Diss., Leipzig, 1934.

Isócrates

- K. BRINGMANN, *Studien zu den politischen Ideen Isokrates*, Gotinga, 1965.
 E. BUCHNER, *Der Panegyrikos der Isokrates*, Wiesbaden, 1958.
 M. A. LEVI, *Isokrates*, Milán, 1959.
 E. MIKKOLA, *Isokrates*, Helsinki, 1954.
 F. POINTNER, *Die verfassungstheorien des Isokrates*, Diss. Munich, 1969.

Lisias

- F. FERCKEL, *Lysias and Athen*, Würzburg, 1937.
 W. VOEGELIN, *Die Diabole bei Lysias*, Basilea, 1943.

Demóstenes

- R. CLAUD, *Démosthène, Prologues*, Paris, 1974.
 G. CLEMANCEAU, *Démosthère*, Paris, 1926, Barcelona, 1939².

- P. CLOCHÉ, *Démosthène et la fin de la démocratie athénienne*, Paris, 1937.
 E. DREUP, *Aus einer alten Advokatenrepublik*, Paderborn, 1916, reimpr., Nueva York, 1967.
 M. FERNÁNDEZ GALLANO, *Demóstenes*, Barcelona, 1947.
 W. JAEGER, *Demóstenes. La Agonía de Grecia*, México, 1945.
 A. H. M. JONES, *The Athens of Demosthenes*, Cambridge, 1952.
 J. LUCCIONI, *Démosthène et le panhellénisme*, Paris, 1961.
 G. MATHIEU, *Démosthène, l'homme et l'oeuvre*, Paris, 1948.
 A. W. PICKARD-CAMBRIDGE, *Demosthenes and the last days of greek freedom*. Nueva York-Londres, 1914.
 P. TEVES, *Demostene e la libertà greca*, Bari, 1933.

CAPÍTULO XXVII

OBRAS GENERALES

- P. E. ARIAS, *L'Arte della Grecia*, Turin, 1967.
 G. BECATTI, *L'Età Classica*, Florencia, 1965.
 J. CARBONNEAUX, *L'art grec.*, París, 1959.
 L. DEMARGNE, *Naissance de l'art grec.*, París, 1964.
 P. DEVAMBEZ, *Le style grec.*, París, 1944.
 —, *L'art au siècle de Périclès*, Lausanne, 1955.
 R. GINOUVS, *L'art grec.*, París, 1964.
 A. RIDDER; W. DEONA, *El Arte en Grecia*, Méjico, 1961.
 J. TRAVLOS, *A Pictorial Dictionary of Ancient Athens*, Londres, 1971.
 T. B. L. WEBSTER, *Greek Art and Literature*, 530-400 B. C., Oxford, 1939.
 —, *Art and literature in 4th. Century Athens*, Londres, 1956.

ARQUITECTURA

- FR. CALI, *L'ordre grec.*, Grenoble, 1960.
 W. B. DINSMOOR, *The Architecture of Ancient Greece. An account of its historical development*, Londres, 1950.
 G. GRUBEN, *Die Tempel der Griechen*, Munich, 1966.
 R. MARTIN, *Manuel d'architecture grecque*, I, París, 1965.
 D. S. ROBERTSON, *A Handbook of Greek and Roman architecture*, Cambridge, 1943².
 G. RODENWALDT, *Griechische Tempel*, Munich, 1951².

ESCULTURA

- P. E. ARIAS, *Skopas*, Roma, 1950.
 —, *Policleto*, Florencia, 1964.
 G. BECATTI, *Problemi fidiaci*, Milán. 1951.
 —, *Il maestro d'Olimpia*, Florencia, 1924.
 H. BEYEN; W. VOLLGRAFF, *Argos et Sycione. Études relatives à la sculpture de style sévère*, Den Haag, 1947.
 R. BIANCHI BANDINELLI (dir.), *Historia y Civilización de los griegos. Grecia en la época de Pericles*, tomo IV, *Las Artes figurativas*, Barcelona, 1981.
 A. BLANCO FREIJEIRO, *Arte Griego*, 1982³.

- F. BROMMER, *Die Skulpturen der Porthenongiebel*, Mainz, 1963.
 E. BUSCHOR; R. HAMANN, *Die Skulpturen des Zenstempels zu Olympia*, Marbury, 1924.
 R. CARPENTER, *The Sculpture of the Nike Temple Parapet*, Cambridge, 1929.
 J. CHARBONNEAUX, *La sculpture grecque archaïque*, Paris, 1938.
 —, *La sculpture grecque classique*, 2 vols., *Id.*, 1944-1946.
 —, *Les bronzes grecs*, Paris, 1958.
 F. ECKSTEIN, *Anathemata. Studien zu den Weihgeschenken strengen Stils im heiligtum von Olympia*, Berlin, 1969.
 E. LANGLOTZ, *Fidias probleme*, Frankfurt, 1947.
 A. LINFERF, *Von Polyklet zu Lysipp. Polyklets Schale und ihr Verhältnis zu Skopas non Paros*, Giessen, 1966.
 TH. LORENZ, *Polyklet*, Wiesbaden, 1972.
 H. G. NIEMEYER, *Promachos*, Woldsassen, 1960.
 H. PAYNE y G. M. YOUNG, *Archaic marble sculpture from the Acropolis. A photographic catalogue*, Londres, 1936.
 CH. PICARD, *Manuel d'archéologie grecque. La sculpture*, Paris, 1935-1966.
 —, *La sculpture antique des origines à Phidias*, Paris, 1923.
 —, *La sculpture antique de Phidias à l'ère byzantine*, *Id.*, 1926.
 S. REINACH, *Répertoire de la statuaire grecque et romaine*, 5 vols., Paris, 1897-1924.
 —, *Répertoire des reliefs grecs et romains*, 3 vols., *Id.*, 1909-1912.
 G. M. A. RICHTER, *Greek Portraits*, 4 vols., Bruselas, 1955-1961.
 G. RICHTER, *The sculpture and sculptors of the Greeks*, New Haven, 1950³.
 B. S. RIDGWAY, *The Severe Style in Greek Sculpture*, Princeton, 1970.
 M. ROBERTSON; A. FRANTZ, *The Parthenon Frieze*, Londres, 1975.
 M. L. SÄFLUND, *The East Pediment of the Temple of Zeus at Olympia*, Göteborg, 1970.
 K. SCHEFOLD, *Griechische Plastik, I. Die grossen Bildhauer des archaischen Athen*, Basilea, 1949.
 B. SCHWEITZER, *Alla ricerca di Fidias*, Milán, 1967.

PINTURA

- G. MÉAUTIS, *Les chefs-d'œuvre de la peinture grecque*, Paris, 1939.
 E. PFUHL, *Malerei und Zeichnung der Griechen*, 3 vols., Munich, 1923.
 S. REINACH, *Textes grecs et latins relatifs à l'histoire de la peinture, Recueil Milliet. I*, Paris, 1921.
 —, *Répertoire de peintures grecques et romaines*, Paris, 1922.

CERÁMICA PINTADA

- J. D. BEAZLEY, *Attic Black-figure Vase-painters*, Oxford, 1956.
 —, *Attic Red-figure Vase-painters*, 3 vols., *Ibid.*, 1963.
 R. M. COOK, *Greek painted Pottery*, Londres, 1960.
 P. DUCATI, *Storia della ceramica greca*, 2 vols., Florencia, 1922-1923.
 J. C. HOPPIN, *A Handbook of Attic red-figured vases*, 2 vols., Cambridge (Mass.), 1919.
 —, *A Handbook of Greek black-figured vases*, Paris, 1924.
 E. POTTIER, *Musée du Louvre. Catalogue des vases antiques de terre cuite*, vol. I, II, VI, Motte-
 roz, 1896-1929.
 —, *Douris et les peintres de vases grecs*, Paris, Laurens, 1911².
 —, *Le dessin chez les Grecs d'après les vases peints*, Paris, 1926.
 S. REINACH, *Répertoire des vases peints grecs et étrusques*, 2 vols., 2^e éd., Paris, 1923-1924.
 G. M. RICHTER, *The craft of Athenian pottery*, New-Haven, 1923.

- G. M. A. RICHTER, *Attic Red-figured Vases*, New Haven, 1958.
 J. D. BEAZLEY, *Attic Black-figure Vase-painters*, Oxford, 1956.
 —, *Attic Red-figure Vase-painters*, 3 vols., *Ibid.*, 1963.

CAPÍTULO XXVIII

OBRAS GENERALES

- R. AIGRAIN, *Histoire des religions*, París, 1955.
 E. BEVAN, *Later Greek Religion*, Londres, 1927.
 A. BREMOND, *La piété grecque*, París, 1914.
 J. CHARBONNEAUX; A. J. FESTUGIÈRE y colaboradores, *Histoire des religions*, II, Grèce, Rome, París, 1944.
 E. DEUBNER, *Attische Feste*, Berlín, 1932.
 L. R. FARNELL, *The cults of the Greek states*, 5 vols., Oxford, 1896-1909.
 W. S. FOX, *Greek and Roman mythology*, Londres, 1930.
 G. GIANNELLI, *Culti e miti della magna Grecia*, Florencia, 1924.
 W. K. C. GUTHRIE, *The Greeks and their Gods*, Londres, 1950.
 J. E. HARRISON, *Prolegomena to the study of Greek religion*, Cambridge, 1922.
 O. KERN, *Die Religion der Griechen*, 3 vols., Berlín, 1926-1938.
 G. MÉAUTIS, *Mythologie grecque*, Neuchâtel, 1959.
 M. P. NILSSON, *Greek Piety*, Oxford, 1948.
 —, *La religion populaire dans la Grèce antique*, París, 1954.
 —, *Les croyances religieuses de la Grèce antique.*, París, 1955.
 —, *The Dionysian Mysteries of the Hellenistic and Roman Age*, Lund, 1957.
 R. PETTAZZONI, *La religion dans la Grèce antique*, París, 1954.
 E. DES PLACES, *Les religions de la Grèce antique*, en M. Brillant y R. Aigrain, *Histoire des religions*, t. III, París, 1955.
 L. PRELLER, *Griechische Mythologie*, 2 vols., Berlín, 1894-1926.
 W. H. ROSCHER, *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, seis volúmenes y suplemento, Leipzig, 1884-1937.
 A. SEVERYNS, *Les dieux d'Homère*, París, 1966.
 U. V. WILAMOWITZ, *Der Glaube der Hellenen*, 2 vols., Berlín, 1931-1932.

MONOGRAFÍAS

- B. BERGQUIST, *The Archaic Greek Temenos: a study of structure and function*, Lund, 1967.
 J. BREMMER, *The Early Greek Concept of the Soul*, Princeton, 1983.
 J. CASABONA, *Recherches sur le vocabulaire des sacrifices*, Aix-en-Provence, 1966.
 D. B. CLAUS, *Toward the Soul: an inquiry into the meaning of psyché before Plato*, New Haven, 1981.
 K. CLINTON, *The Sacred Officials of the Eleusinian Mysteries*, Philadelphia, 1974.
 A. B. COOK, *Zeus: a study in ancient Religion*, Cambridge, 1914-40.
 R. M. DRAWKINS, *The Sanctuary of Artemis Orthia*. *JHS Suppl. V*, Londres, 1929.
 M. DETIENNE, *Les jardins d'Adonis*, París, 1972.
 —, *The Gardens of Adonis: Spices in Greek Mythology*, Atlantic Highlands, 1977.
 —, *Dionysos mis à mort*, París, 1977. *Dionysus Slain*, Baltimore, 1979.
 M. DETIENNE; J. P. VERNANT, *La cuisine du sacrifice en pays grecque*, París, 1979.
 B. C. DIETRICH, *Origins of Greek Religion*, Berlín, 1974.

- E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational*, Berkeley, 1951.
- L. R. FARNELL, *Greek Hero Cults and Ideas of Immortality*, Oxford, 1921.
- R. FLEISCHER, *Artemis von Ephesos und verwandte Kultstatuen*, Leiden, 1973.
- W. D. FURLEY, *Studies in the Use of Fire in Ancient Greek Religion*, Nueva York, 1981.
- H. GALLET DE SANTERRE, *Délos primitive et archaïque*, Paris, 1958.
- M. GÉRARD-ROUSSEAU, *Les mentions religieuses dans les tablettes mycéniennes*, Roma, 1968.
- H. GESE, «Die Religionen Altsyriens» en H. Gese, M. Höfner y K. Rudolph, *Die Religionen Altsyriens, Altarabiens und der Mandäer*, Stuttgart, 1970.
- M. GIMBUTAS, *The Gods and Goddesses of Old Europe, 7000-3500 B. C.*, Londres, 1974.
- R. GINOUVES, *Balanoutikhè: recherches sur le bain dans l'antiquité grecque*, Paris, 1962.
- F. GRAF, *Eleusis und die orphische Dichtung Athens in vorhellenistischer Zeit*, Berlín y Nueva York, 1974.
- G. GRUBEN, *Die Tempel der Griechen*, Munich, 1966.
- R. HÄGG; N. MARINATOS (eds), *Sanctuaries and Cults in the Aegean Bronze Age*, Estocolmo, 1981.
- J. E. HARRISON, *Prolegomena to the study of Greek religion*, Cambridge, 1903, 1922³.
- , *Themis: a study of the social origins of Greek religion*, Cambridge, 1912, 1927².
- B. HEMBERG, *Die Kabiren*, Uppsala, 1950.
- H. V. HERRMANN, *Omphalos*, Münster, 1959.
- , *Olympia*, München, 1972.
- W. JAEGER, *The Theology of the Early Greek Philosophers*, Oxford, 1947.
- J. JEANMAIRE, *Couroi et Courètes*, Lille, 1939.
- , *Dionysos: histoire du culte de Bacchus*, Paris, 1951.
- B. JORDAN, *Servants of the Gods*, Göttingen, 1979.
- K. KERÉNYI, *Die Mysterien von Eleusis*, Zurich, 1962.
- , *Eleusis: archetypal image of mother and daughter*, Londres, 1967.
- , *Zeus und Hera*, Leiden, 1972.
- , *Dionysos: Urbild des unzerstörbaren Lebens*, Munich y Viena, 1976.
- D. C. KURTZ; J. BOARDMAN, *Greek Burial Customs*, Ithaca, Nueva York, 1971.
- F. LAUMONIER, *Les cultes indigènes de Carie*, Paris, 1958.
- H. METZGER, *Recherches sur l'imagérie Athénienne*, Paris, 1965.
- J. D. MIKALSON, *The Sacred and Civil Calendar of the Athenian Year*, Princeton, 1975.
- L. MOULINIER, *Le Pur et l'Impur dans la pensée et la sensibilité des grecs*, Paris, 1952.
- G. E. MYLONAS, *Eleusis and the Eleusinian Mysteries*, Princeton, 1961.
- W. F. OTTO, *Dionysos: Mythos und Kultus*, Frankfurt, 1933, 1948².
- H. W. PARKE, *The Oracles of Zeus*, Cambridge, Mass., 1967.
- , *Festivals of the Athenians*, Londres, 1977.
- H. W. PARKE, D. E. W. WORMELL, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956.
- A. PICKARD-CAMBRIDGE, *Dithyramb, Tragedy, and Comedy*, Oxford, 1927, 1962².
- T. H. PRICE, *Kourotrophos: cults and representations of the Greek nursing deities*, Leiden, 1978.
- W. K. PRITCHETT, *the Greek State at War III: Religion*, Berkeley, 1979.
- O. REVERDIN, *La religion de la Cité Platonicienne*, Paris, 1945.
- N. J. RICHARDSON, *The Homeric Hymn to Demeter*, Oxford, 1974.
- W. H. D. ROUSE, *Greek Votive Offerings*, Cambridge, 1902.
- G. ROUX, *Delphi: Orakel und Kultstätten*, Munich, 1971.
- J. RUDHARDT, *Notions fondamentales de la pensée religieuse et actes constitutifs du culte dans la Grèce classique*, Génova, 1958.
- B. RUTKOWSKI, *Cultplaces in the Aegean World*, Wroclaw, 1972.
- E. SIMON, *Die Götter der Griechen*, Munich, 1969.
- E. T. VERMEULE, *Götterkult, Archaeologie Homerica V*, Göttingen, 1974.
- J. P. VERNANT, *Mythe et société en Grèce ancienne*, Paris, 1974.

- H. S. VERSNEL (ed.), *Faith, Hope and Worship: Aspects of Religious Mentality in the Ancient World*, Leiden, 1981.
- M. W. DE VISSER, *Die nicht-menschengestaltigen Götter der Griechen*, Leiden, 1903.
- S. WIDE, *Lakonische Kulte*, Leipzig, 1893.
- R. F. WILLETTS, *Cretan cults and Festivals*, Londres, 1962.
- C. G. YAVIS, *Greek Altars: origins and typology, including the Minoan-Mycenaean offertory apparatuses*, Saint Louis, 1949.
- G. ZUNTZ, *Persephone*, Oxford, 1971.

CAPÍTULOS XXIX Y XXX

- ALTHEIM, F., *Alexandre et l'Asie*, Paris, 1954.
- CUMMINGS, L. V., *Alejandro el Grande*, Nueva York, 1939.
- EHRENBERG, V., *Alexander and the Greeks*, Oxford, 1938.
- ENGELS, D. W., *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley, 1978.
- FAURE, P., *La vie quotidienne des armées d'Alexandre*, 1982.
- GREEN, P., *Alexander of Macedon*, Middlesex, 1974.
- HAMILTON, J. R., *Alexander the Great*, Londres, 1973.
- HEISSERER, A. J., *Alexander the Great*, Oklahoma, 1980.
- LANE FOX, R., *Alexander the Great*, Middlesex, 1973.
- LEVI, M. A., *Alessandro Magno*, Milán, 1977.
- RADET, G., *Alessandro il Grande*, Turín, 1944.
- SAVILL, A., *Alexander the Great*, Londres, 1959.
- SCHACHERMEYR, F., *Alexander der Grosse*, Viena, 1973.
- WEIGALL, A., *Alexandre le Grand*, Paris, 1934.
- WILCKEN, U., *Alexander the Great*, Nueva York, 1967.

CAPÍTULOS XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV

OBRAS GENERALES

- ALLEN, R. E., *The Attalid Kingdom*, Nueva York, 1983.
- AYMARD, A., *Le royaume de Macédoine de la mort d'Alexandre à sa disparition*, Paris, 1949.
- CALDERINI, A., *La dinastia ellenistica dei Lagidi*, Milán, 1944.
- CHAMOIX F., *La civilisation hellénistique*, 1981.
- DELORME, J., *Le monde hellénistique (323-133 a. C.). Evenements et institutions*, Paris, 1975.
- DESANGES, J., *Recherches sur l'activité des Méditerranées aux confins de l'Afrique*, Roma, 1978.
- ERRINGTON, R. M., *Philopoemen*, Oxford, 1969.
- FERGUSON, J., *The Heritage of Hellenism*, Londres, 1973.
- , *Utopias of the Classical World*, Londres, 1975.
- FERGUSON, W. S., *Hellenistic Athens*, Chicago, 1974.
- FESTUGIÈRE, A. J., *La vie spirituelle en Grèce à l'époque hellénistique*, Paris.
- FRASER, P. M., *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Rebeliones y conflictos internos en las ciudades del mundo helénistico*, Zaragoza, 1984.
- GRANT, M., *From Alexander to Cleopatra*, Londres, 1982.
- GRIMAL, P., *Hellenism and the Rise of Rome*, Londres, 1968.
- GUEN, E. S., *The Hellenistic World and the Coming of Rome, I y II*, Berkeley, 1984.
- HADAS, M., *Hellenistic Culture*, Nueva York, 1959.

- HANDS, A. R., *Charities and Social Aid in Greece and Rome*, Londres, 1968.
- HANSEN, E. V., *The Attalids of Pergamon, Ithaca*, 1947.
- HARRIET, G., *Hellenistic Queens*, Oxford, 1932.
- HEINEN, H., *Untersuchungen zur hellenistischen Geschichte des 3. Jh. v. C. Historia* 20, 1972.
- HEUS, A., *Stadt und Herrscher des Hellenismus, Klio* 39, 1963.
- HOLLEAUX, M., *Rome, La Grèce et les monarchies hellénistiques au III^e siècle avant J. C.*, Hildesheim, 1969.
- JARDE, A., *Les céréales dans l'antiquité grecque. La production*, Paris, 1979.
- JOUGUET, P., *El imperialismo macedonio y la helenización del Oriente*, Méjico, 1958.
- KAERST, J., *Geschichte des Hellenismus*, Darmstadt, 1968.
- LEVEQUE, P., *Pyrrhos*, Paris, 1957.
- LEVI, M. A., *L'ellenismo e l'ascesa di Roma*, Turín.
- NICOLET, C., *Rome et la conquête du monde méditerranéen*, Paris, 1978.
- PARKE, H. W., *Greek Mercenary Soldiers*, Oxford, 1970.
- POHLENZ, M., *La liberté grecque*, Paris, 1956.
- ROSTOVITZEF, M., *The social and economic history of the hellenistic World*, Oxford, 1953.
- SCHMITT, H. H., *Untersuchungen zur Geschichte Antiochos des Grossen in seiner Zeit, Historia* 6, 1964.
- SCHNEIDER, C., *Kulturgeschichte des Hellenismus*, Munich, 1969.
- SEDLAR, J. W., *India and the Greek World*, New Jersey, 1980.
- SEIBERT, J., *Historische Beiträge zu den dynastischen Verbindungen in hellenistischer Zeit, Historia* 10, 1967.
- TARN, W. W., *La civilisation hellénistique*, Paris, 1936.
- , *Antigonos Gonatas*, Oxford, 1969.
- TOYNBEE, A., *La civilización helénica*, Buenos Aires, 1960.
- VOGT, J., *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, Oxford, 1974.
- WALBANK, F. W., *The Hellenistic World*, Cambridge, 1982.
- , *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, 1984.
- WESTLAKE, H. D., *Thessaly in the Fourth Century B. C.*, Groninga, 1969.
- WILL, E., MOSÉ, C., GOUKÓWSKY, P., *Le Monde Grec et l'Orient, II, Le IV^e siècle et l'époque hellénistique*, Paris, 1975.
- ZAHRT, M., *Olymb und die Chalkidier*, Munich, 1971.

ECONOMÍA, TECNOLOGÍA Y CIENCIA

- BLÁZQUEZ, J. M., *Economía del Mundo Helenístico en Polibio. Estudios sobre el Mundo Helenístico*, Sevilla, 1971.
- , *Problemas económicos y sociales de los siglos V y IV a. C. en Diodoro de Sicilia. Clases y conflictos sociales en la Historia*, Madrid, 1977.
- , *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao, 1978.
- , *Historia económica de la Hispania Romana*, Madrid, 1978.
- , *Historia de España. España Romana*, Madrid, 1983.
- BURFORD, A., *Craftsmen in Greek and Roman Society*, Routledge, 1978.
- FARRINGTON, B., *Ciencia y política en el Mundo Antiguo*, Londres, 1946.
- FINLEY, M. I., *La economía de la Antigüedad*, Berkeley, 1973.
- , *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Londres, 1980.
- FRENCH, A., *The Growth of the Athenian Economy*, Londres, 1964.
- GSCHNITZER, F., *Historia social de Grecia, desde el período micénico hasta el final de la época clásica*, Madrid, 1987.
- GLOTZ, G., *Le travail dans la Grèce ancienne. Histoire économique de la Grèce*, Paris, 1920.

- HEALY, J. F., *Mining and Metallurgy in the Greek and Roman World*, Londres, 1978.
- HEICHELHEIM, F. M., *Storia economica del mondo antico*, Bari, 1972.
- HODEGS, H., *Technology in the Ancient World*, Middlesex, 1970.
- HOPPER, R. J., *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres, 1979.
- LOZANO, A., *La esclavitud en Asia Menor helenística*, Oviedo, 1981.
- , *Levantamientos de esclavos en la segunda mitad del siglo II a. C. (excepto Sicilia)*, *Memorias de Historia Antigua I*, 1977.
- MOSSÉ, C., *El trabajo en Grecia y Roma*, Madrid, 1980.
- PLÁCIDO, D., «El papel de la economía en la Antigüedad Clásica», *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, 1982.
- SALMON, J. B., *Wealthy Corinth. A History of the City to 338 B. C.*, Oxford, 1984.
- SARTON, G., *Historia de la Ciencia*, Cambridge, 1952.
- , *Historia de la Ciencia*, Cambridge, 1959.
- TOZZI, G., *Economistas griegos y romanos*, Méjico, 1961.

ARTE

- AKURGAL, E., *Orient et Occident. La naissance de l'art grec*, París, 1966.
- ARIAS, PL, HIRMER, M. *Tausend Jahre. Griechische Vasenkunst*, Munich, 1960.
- BEAZLEY, J. D., *The Development of Attic Black-Figure*, Berkeley, 1951.
- BECATTI, G., *L'età classica*, Florencia, 1965.
- BIEBER, M., *The Sculpture of the Hellenistic Age*, Nueva York, 1955.
- BLANCO FREJEIRO, A., *Arte Griego*, Madrid, 1982.
- BOARDMAN, J., *Athenian Red Figure Vases. The Archaic Period*, Londres, 1983.
- , *Athenian Black Figure Vases*, Londres, 1985.
- , *Greek Sculpture*, Londres, 1985.
- BOARDMAN, J., DÖNIG J. FUCHS, W. HIRMER, M., *The Art and Architecture of Ancient Greece*, Londres, 1967.
- CENTRE, JEAN BÉRARD, *Les céramiques de la Grèce de l'est et leur diffusion en Occident*, París, 1978.
- CHARBONNEAUX, J., MARTIN, R., VILLARD, F., *Grecia Helenística*, Madrid, 1971.
- COOK, R. M., *Greek art*, Middlesex, 1984.
- DEMARGNE, P., *Nacimiento del Arte Griego*, Madrid, 1964.
- HAMPE, R., SIMON, E., *Un millénaire d'art grec 1600-600*, Friburgo, 1980.
- LANE, A., *Greek Pottery*, 1948.
- LANGLOTZ, E., HIRMER, M., *Kunst der Westgriechen*, Munich, 1963.
- LIPOLD, G., *Die griechische Plastik. Handbuch der Archäologie*, 1951.
- MARTIN, R., *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1956.
- ONIAN, J., *Art and Thought in the Hellenistic Age*, Londres, 1979.
- PAPAIOANNOU, K., *Griechische Kunst*, Friburgo, 1972.
- POLLARD, J., *Birds in Greek Life and Myth*, Londres, 1977.
- POLLITT, J. J., *Art and Experience in Classical Greece*, Cambridge, 1985.
- , *Art in the Hellenistic Age*, Cambridge, 1986.
- RICHTER, G. M. A., *Korai, Archaic Greek Maidens*, Londres-Nueva York, 1968.
- , *The Sculpture and Sculptors of the Greeks*, Yale, 1950.
- , *Kouroi*, Londres, 1960.
- , *Archaic Greek Art*, Oxford, 1959.
- , *Attic Red Figured Vases. A Survey*, New Haven, 1946.
- , *The portraits of the Greeks*, Londres, 1969.
- , *El Arte Griego*, Barcelona, 1980.

- ROBERTSON, D. S., *Arquitectura Griega y Romana*, Madrid, 1981.
 ROBERTSON, M., *La peinture grecque*, Genova, 1959.
 SCHLUMBERGER, D., *L'Orient hellénisé*, Paris, 1970.
 WEBSTER, T. B. L., *Hellenismus, Baden-Baden*, 1966.

FILOSOFÍA

- ARMSTRONG, A. H., *Introducción a la filosofía antigua*, Londres, 1957.
 COPLESTON, F., *Historia de la Filosofía. Grecia y Roma*, Barcelona, 1969.
 FARRINGTON, B., *La rebelión de Epicuro*, Barcelona, 1968.
 GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la Filosofía Griega*, Madrid, 1985.
 JAEGER, W., *La teología de los primeros filósofos griegos*, Madrid, 1977.
 LONG, A. A., *La filosofía helenística*, Madrid, 1977.
 POHLENZ, M., *La stoa*, Gotinga, 1959.

APÉNDICES

- BLAZQUEZ, J. M., *Arte y erotismo en la Grecia antigua*, *Revista de Arqueología* 8, 1987.
 BOARDMAN, J., *La Rocca, E., Eros in Grecia*, Milán, 1975.
 DOVER, K. J., *Greek Popular Morality in the Time of Plato and Aristotle*, Oxford, 1975.
 —, *Greek Homosexuality*, Londres, 1978.
 FLACELIÈRE, *Love in Ancient Greece*, Nueva York, 1962.
 GALLIANO, F., LASSO DE LA VEGA, J. S., ADRADOS, F. R., *El descubrimiento del amor en Grecia*, Madrid, 1959.
 GOULD, T. F., *Platonic Love*, Londres, 1963.
 LACEY, W. K., *The Family in Classical Greece*, Ithaca, 1984.
 MARCADÉ, J., *Eros Kalos*, Ginebra, 1962.
 MARROU, H. T., *Historia de la educación en la antigüedad*, Madrid, 1985.
 POMEROY, S. B., *Diosas, ramerías, esposas y esclavas mujeres en la antigüedad clásica*, Madrid, 1987.